N.° 1

$1.20

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
DIARIOS
Periódicos
Y REVISTAS
Chilenas

2

Para Todos

-92-

M. R.

Es propiedad

Como una sombra

TRAS las constituciones vigorosas
se adivina la acción fortificante
de la

Avena Gavilla

alimento DELICIOSO
para todas las edades.

CONSUMALA Ud.

diariamente en casa o pídala preparada en leche en los Cafés, Salones de Te, Restaurants, Hoteles,

Casa de Leche La Primavera
Restaurant Naturista

Etc.

El Secuestro

por Paul Bourget

I

EL automóvil se detuvo. Las últimas trepidaciones del motor cesaron y nada delataba su presencia en la hondonada en que se había apostado, sino el crudo resplandor de sus focos proyectados sobre los rojizos fustes de un grupo de pinos rodenos.

Del pesado carruaje descendieron un hombre y una mujer que se pararon a escuchar un momento. Los suspiros del viento en las ramas y la resaca del mar en las rocas próximas era lo único que turbaba el vasto silencio.

Aquella Nochebuena envolvía aquel rincón de la costa provenzal en una atmósfera suave como de primavera y tan diáfana que los viajeros podían distinguir, a algunos pasos, bajo la bóveda del bosque que los ocultaba, las formas fantasmales de las ruinas a las que debe aquella playa el nombre de Pomponiana.

Cuantos han visitado Hyéres conocen aquel pintoresco montículo donde el penúltimo duque de Luynes comenzó unas excavaciones interrumpidas por su muerte.

Hyéres está a cuatro kilómetros. Tolón, a más de diez. Toscas cabañas de madera, donde se reunen los jugadores de bolos, y algunas villas diseminadas a lo largo del camino mantienen en aquel sitio durante todo el día una circulación de viandantes que termina a eso de las ocho.

Eran ya pasadas las once. Sin embargo, como si no estuviesen bastante seguros de la completa soledad, los propietarios del automóvil continuaron hablando en voz baja una vez que, tras de encargar al chofer que les esperase, se internaron en el bosquecillo, a veces bajo y tupido como un matorral, a veces alto como una verdadera pineda, que reviste la pendiente de aquellas colinas, especie de oasis que se alza entre Hyéres, Tolón y el golfo de Giens.

El hecho, cuya primera etapa marcaba aquella parada misteriosa a tal hora y en tal sitio, era uno de esos siniestros atentados ante los cuales retroceden siempre los seres de cierta educación, y el hombre que así caminaba por una desierta carretera de Provenza aquella Nochebuena del año 1902, llevaba un nombre que contrastaba singularmente con la aventura a que se disponía.

Se llamaba el marqués de Rourre y descendía auténticamente de una de las más nobles familias de la Auvernia. Su compañera le había cogido del brazo con el ademán de una mujer que no quiere dejarse escapar un cómplice de quien no se halla muy segura, y le llevaba como arrastrándole.

Un vehemente deseo de sugestión emanaba de su precioso rostro, vuelto hacia él y cuyos delicados rasgos esculpía la luz de la luna. Con la mirada negra de sus ojos profundos, con la sonrisa de su boca trémula, con el calor de su brazo, con el acento de su voz seductora trataba de infundirle su voluntad.

—Ya ves que todo nos favorece—le decía.—Está claro como si fuese de día. Media hora de valor y asunto concluído... Te he prometido ser tan buena para con el niño, como si fuera su madre. No hubiera podido probarte mejor cuánto te quiero... Porque, en último extremo, no soy yo su madre, y se trata del hijo suyo, de ella. Pero lo olvidaré para no pensar más que en nosotros... Ese hijo es el arma segura que no errará el blanco. ¡Ah, si pudiera ir yo, yo misma, y arrancarlo de aquellas manos!... ¡Te juro que tendría fuerzas para ello. Pero, no; no me conoce. Gritaría, lucharía; mientras que a ti... Todavía no hace un año que te vió. Tú eres su padre y te seguirá tranquilamente... ¡Es tan fácil!...

—Sí — contestó el marqués de Rourre, — tan fácil... ¡y tan duro!... ¡Entrar como un ladrón, escondiéndome, en una casa donde he vivido como señor! ¡Correr el riesgo, si me ve un criado, de llegar a las manos con él y de ser quizás innoblemente detenido! ¡Escalar muros, forzar puertas!... ¿Y si la marquesa de Rourre está al lado del hijo?...

—No estará — interrumpió vivamente ella — y bien lo sabes, puesto que hemos elegido de propósito esta hora. Habrá ido a la misa del gallo como todo el mundo. Y aunque la encontraras, ¿acaso no tienes un derecho sagrado, el derecho de la naturaleza? Una vez más te digo, ¿no eres el padre? ¿No es tu hijo? Vas a recuperarle y nada más... No hay fallo de tribunal que pueda provalecer contra la sangre. ¿Por qué te han negado el hijo? Porque vivías conmigo y yo no soy tu mujer. Pero cuando tu separación se haya convertido en divorcio ¿lo seré o no?

—Serás mi mujer — contestó él estrechando más el delicado brazo que se apoyaba en el suyo.

Se calló durante un rato. Sin duda le había conmovido profundamente la evocación de la tragedia realmente vívida: su matrimonio con una piadosa joven de su mundo, la señorita Luisa de Avancon; el nacimiento de su hijo Mauricio; sus primeras infidelidades, cometidas durante el embarazo y el puerperio de la madre; después, su pasión por aquella mujer cuyos piescecitos oía él ahora hollando, a su lado, los guijarros del camino; los celos de la esposa, sus disputas, las brutalidades que él cometió, hasta llegar a la última escena de violencia ante testigos, la cual había conducido al escándalo de su proceso de separación.

Por baladronada había llevado a su casa a Julia Cordier. Este era el verdadero nombre de su peligrosa amante, más conocida en los teatruchos donde actuaba, antes de sus relaciones con el marqués, con el pseudónimo de Julieta de Orsay.

Su impúdica presencia bajo el techo conyugal había sido cosa de ella. Desde el primer día vió en su amante a uno de esos individuos débiles, bajo apariencias enérgicas, de quienes puede conseguirse todo con una diplomacia un poco hábil. No aspiraba ella a menos que a ser la marquesa de Rourre.

De ahí aquel escándalo que tendía a aislar al desgraciado para siempre de su esfera.

Creyendo muy rico a de Rourre, no había calculado ella que asestaba un golpe terrible a sus propias esperanzas obligando a su amante a comprometerse de ese modo.

El marqués, seguro de heredar a un tío materno que no tenía más próximo pariente que él, había dilapidado mucho en su juventud; pero las relaciones del proceso habían motivado un cambio en las disposiciones del anciano gentilhombre; él cual dejó la nuda propiedad de todos sus bienes al hijo de su indigno sobrino y el usufructo a la madre.

En tanto que la marquesa de Rourre veía aquella gran fortuna unirse a sus bienes paternales y subir su renta a más de ciento cincuenta mil francos, el amante de la ex-Julieta de Orsay acababa de arruinarse.

¿Cómo reconocer el sacrificio de ésta al renunciar por él a su porvenir teatral sino con todos los mimos de la "toilette" y del lujo?

Y Francisco de Rourre había buscado el dinero donde se encuentra en París; en casa de los usureros, en las mesas de baccara, en la Bolsa.

"PARA TODOS"
M. R.
Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag"
AÑO I -:- NUM. 1
OCTUBRE 4 DE 1927
REVISTA QUINCENAL
Aparece los martes.
Precio: $ 1.20
Editada por la Empresa "Zig-Zag" Santiago-Chile.

...y nada delataba su presencia en la hondonada en que se había apostado, sino el crudo resplandor de sus focos...

Trágico resultado de tales operaciones era aquella expedición clandestina aquella noche de Navidad. Instigado, arrastrado, seducido por los consejos de la aventurera a la cual había ligado su destino, el desgraciado se disponía a secuestrar a su hijo.

Todo estaba preparado para un viaje a América con la criatura. Después se trataría de vender a la madre un regreso que seguramente pagaría muy caro.

Horrible proyecto, admirablemente favorecido por la permanencia de la esposa separada en una quinta algo aislada en los alrededores de Hyéres, y sobre todo por un pequeño detalle conocido del secuestrador, que había vivido allí los primeros tiempos de su matrimonio: el anterior propietario había hecho construír en el parque una capilla independiente de la casa.

Como Julia Cordier había recordado cínicamente, todas las probabilidades hacían presumir que el niño se encontrase solo en su habitación aquella Nochebuena. Sus cinco años no permitían que su madre le impusiese la fatiga de la misa del gallo.

¿Cómo iba a dejar de sentir el padre, en su misma degradación, lo que añadía de innoble a su emboscada aquella seguridad fundada precisamente en la devoción de su mujer y en sus cuidados por la salud de su hijo?

Cuando al fin rompió el silencio, se notó ese remordimiento en el tono con que acentuó una de las frases pronunciadas por la insinuante y funesta consejera:

—Sí — repitió, — serás mi mujer... **Ella** me ha desafiado, me ha humillado, me ha arruinado. Yo la obligaré a que no pueda llevar el nombre de su hijo sin compartirle contigo... Pero es lo cierto que me hace sufrir tener que acechar, tener que engañar... Me es insoportable que ella pueda decir que le he tenido miedo. Y cuando uno se esconde, tiene miedo.

—Si piensas así, vamos a volvernos — dijo la amante haciendo ademán de retroceder.

Y añadió cruelmente:

—Todavía no han olvidado a la Orsay en "Varietés" ni en el "Palais Royal". Con volver allí se acabó...

—No — replicó él, apasionado. — No me abandonarás, jamás, jamás.

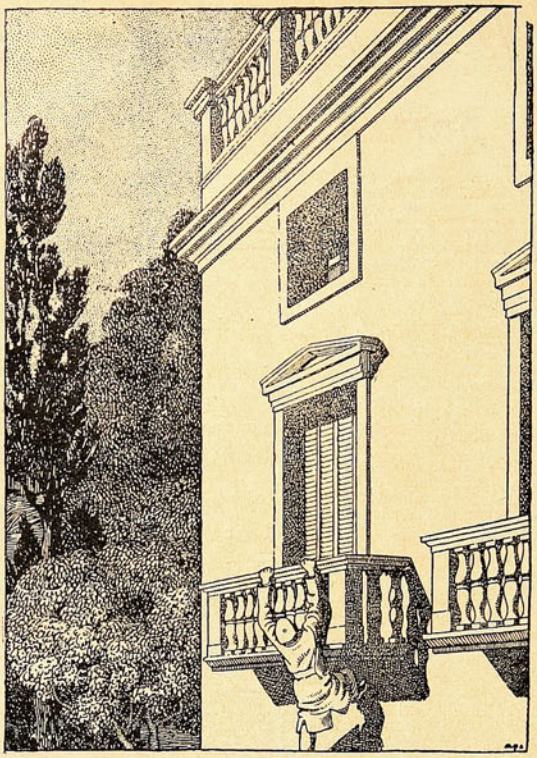
La había estrechado entre sus brazos. En la transparencia de aquella suave noche meridional, aquella voluptuosa beldad que le había embrujado arrancó a sus sentidos una vibración más profunda. Sus bocas se unieron en un beso que devolvió a aquel hombre perdido el frenesí de su primera resolución.

—Esa fortuna era mía. **Ella** me la robó, perjudicándome en el concepto de mi tío. Recuperaré lo que pueda y como pueda. Vamos.

Y sin cambiar más palabras reanudaron la marcha, siendo él quien ahora la conducía a ella. Los pinos de Alepo iban agigantándose más cada vez y proyectaban sobre el camino una sombra más densa que la luna cernía con su polvillo de plata pálida.

Los cómplices, acompañados por los ladridos de los perros, bordeaban cercados y seguían atajos en los cuales debían abrirse paso entre las ramas de los arbustos, entre los lentiscos, los enebros, los zarzales y los rosmarinos. Los perfumes de estos arbustos aromáticos, mezclados al aroma de los pinos y al relente de las colinas por donde había paseado con su esposa la luna de miel, suscitaban en Francisco de Rourre recuerdos que exasperaban aún más su cólera.

Por fin se divisó una tapia que daba en ángulo recto a un camino desierto a aquella hora.



Un esfuerzo más y empinándose sobre los alambres que sostenían las plantas trepadoras...

—Ahí es — dijo él, deteniéndose.

—Son las doce y cinco — añadió Julia después de mirar a la luz de la luna un reloj engastado en su brazalete. — Te espero aquí. Dame un beso, amor mío, y ten valor. Piensa que es por mí por quien vas a exponerte... ¡Ah! Yo debiera impedirlo... ¿Y si te tomasen por un ladrón? ¿Y si te disparasen un tiro?...

—No tengas cuidado — respondió él bruscamente.

Aquella mujer felina acababa de emplear el argumento más decisivo. Había mostrado el peligro a un hombre de buena raza.

Estrechóla éste de nuevo contra su pecho apasionadamente y de un salto escaló el muro, poniendo el pie en una gran piedra colocada en aquel punto como hito. Demasiado bien conocía aquella particularidad, pues él mismo había sido quien en otro tiempo había hecho reparar aquel ángulo de la cerca.

II

El parque, en el centro del cual se hallaba la villa ocupada por la marquesa de Rourre, parecía un trozo de la misma colina.

Se habían respetado los pinos y se habían trazado entre ellos, para los viandantes, avenidas cuyos meandros hubiesen extraviado a cualquiera. Había en el escalón de rocalla que bajar, verdaderas peñas que rodear y un charco que evitar, formado detrás de un paredón.

Estaba muy reciente la permanencia del infiel marido en aquel hermoso paraje para que pudiera engañarse a la vista de aquel laberinto.

Diez minutos después de haber dejado a su amante se encontró frente a la casa.

Silenciosa y cerrada alzábase ésta, recortando nítidamente en el cielo, a la luz de la luna, la línea de su original arquitectura. Dos terrazas a la italiana prolongaban a ambos lados el único piso rematado por una torrecilla. Geranios trepadores y rosales Banks revestían la fachada con un manto movible de hojas y de flores.

Sólo una parte del bosque había sido cultivada: la que se extendía delante de la fachada. Allí crecían al aire libre palmeras y yucas, vegetación africana que atestiguaba la dulzura y la fuerza de un clima inmejorable para construír en él un nido de amor en la paz, de felicidad en la soledad.

A través de las palmas dentadas de las **Phenix** y de las **Jubeas** se perfilaban a cincuenta metros, la silueta de la capilla y su campanario gótico. Veíase luz a través del rosetón.

Por esta señal pudo convencerse Francisco de Rourre, de que había adivinado bien. Se celebraba allí un oficio al cual debían de asistir todos los habitantes de la casa.

Los aullidos de un perro encadenado junto a la caseta del jardinero, a doscientos pasos de la casa, habían redoblado al acercarse el secuestrador, pero como el animal estaba atado precisamente para que los fieles de la misa del gallo estuviesen a cubierto de su vigilancia, y como los ladridos duraban desde hacía más de una hora, ninguna de las personas que se hallaban en el castillo en aquel momento, había hecho caso de ellos.

Los dos perritos de la marquesa habían quedado en la planta baja de la casa; pero aunque hubiesen estado en la misma habitación donde iba a penetrar, no hubiese Francisco retrocedido. Eran dos **Kings Charles** ya viejos y que le conocían. Por lo demás, no se paró, a pesar de las probabilidades favorables o adversas.

Tratábase para él de escalar una de las terrazas, la de la derecha, que daba acceso, mediante una puerta-ventana, a la habitación de la marquesa de Rourre. Estaba seguro, conociéndola como la conocía, de que el cuarto del niño debía de ser la habitación contigua, que le había servido a él, en otro tiempo de alcoba.

Debajo de la terraza había dos grandes jarras de forma provenzal, convertidas en floreros, donde se abrían vigorosamente tupidos **anthemys**.

Haciendo pie en una de aquellas, Francisco asió con una mano uno de los pilares de la balaustrada y con la otra se agarró a la cornisa.

Un esfuerzo más y empinándose sobre los alambres que sostenían las plantas trepadoras, se vió a horcajadas en el balcón.

Hasta aquí toda la dificultad había sido material. Ensangrentarse las manos en un escalo, magullarse las piernas, correr el riesgo, si es uno visto, de ser tomado por ladrón y recibir un balazo, son sensaciones que un hombre de energía afronta tranquilamente.

Pero en el momento en que Francisco de Rourre iba a forzar el balcón pensó que podía encontrarse realmente, como se lo había dicho su amante con mal disimulada inquietud, en presencia de su mujer...

Su corazón, tan tranquilo desde el momento en que había franqueado la tapia del parque, le latía furiosamente al golpear las persianas, cerradas con pestillo.

Si hubiese habido alguien en la habitación aquellos golpecitos hubiesen bastado para hacerle ir al balcón; pero de la estancia cerrada no partió ruido alguno.

Francisco, introduciendo los dedos en el intersticio de las tablillas de la persiana, tiró violentamente hacia sí de uno de los batientes y sintió que la falleba interior cedía a aquella presión desesperada.

Envolvióse la mano previamente con un pañuelo y de un puñetazo hizo saltar el cris-

tal correspondiente a la hoja violentada. De esta manera pudo abrir el balcón y penetrar en la estancia, indudablemente vacía, puesto que aquel ruido no había provocado grito alguno.

La brutalidad de aquella fractura había despertado, en quien la cometía, los peores instintos, como sucede cuando un hombre de cierta condición comete actos cuyo oprobio le denigra ante sí mismo.

El gran señor convertido en asesino sintió ante el éxito de su abominable designio un acceso de alegría feroz que sucedió de un modo casi espasmódico a su ansiedad.

Se echó a reír, profiriendo en voz alta unas palabras que hubieran helado la sangre en las venas a la moradora de aquel recinto — arrodillada en la capilla en aquel instante — si hubiese podido oírlas y ver aquel rictus:

—Ahora ya está...

Al mismo tiempo y a pesar de que los rayos de la luna que entraban por el balcón medio abierto daban a la estancia una tenue claridad, sacó del bolsillo una lámpara eléctrica, cuyo resplandor le permitió ver una palmatoria, que encendió enseguida.

A pesar suyo, tan pronto como la frágil llama derramó su luz circular, escudriñó con la mirada los rincones de aquella habitación, cuyo aspecto le estremeció.

La esposa ultrajada y abandonada no había cambiado nada en ella. Hubiese sido natural que su resentimiento la hubiera movido a quitar de allí todos los objetos, testigos demasiado elocuentes de una unión tan dolorosa como breve.

Pero no. Los muebles, en el mismo sitio; la misma colgadura en la alcoba y la misma cama, con una sola almohada en ella. Los mismos cuadros en las paredes. ¿Los mismos?...

No del todo. Encima de la puerta había uno que antes no estaba. Francisco de Rourre se acercó con la luz en la mano, como si no hubiese podido creer lo que veía.

Era un retrato de él lo que su mujer había colocado allí. Debía de haberlo mandado hacer después de la separación, por una fotografía. Se acercó al escritorio y vió más retratos suyos en marcos de cuero que la marquesa de Rourre llevaba consigo dondequiera que iba. Su forma lo atestiguaba.

El asombro que se apoderó del improvisado visitante ante aquellos extraños detalles fué tan intenso que su mano comenzó a temblar y tuvo que dejar la palmatoria. ¡Había entrado en aquella casa persuadido de que su mujer le odiaba! ¡Se había mostrado tan implacable en el proceso!

¿Para qué entonces aquellas huellas indiscutibles de un amor que, para ser lógico, hubiera debido traducirse en indulgencia en lugar de mostrarse tan dura, sobre todo en la reivindicación de su hijo?

Aquellos retratos de su marido diseminados por doquier ¿eran testimonio de que la amaba todavía o de que quería hacer ver que le amaba todavía?

Pero si era comedia ¿para quién la representaba? ¿A quién tenía que mantener en una ilusión que todo desmentía en su conducta, puesto que jamás había aprovechado una sola ocasión para acercarse a aquel cuyo nombre llevaba, cuyo hijo guardaba celosamente?

Los jueces habían concedido al padre derecho para ir a ver a su hijo en épocas determinadas, y no lo había casi utilizado, porque en todas las visitas estaba presente la madre, glacial cuando él llegaba, glacial cuando él partía, sonriente sólo cuando Mauricio estaba entre los dos...

Y he aquí que a través de la vertiginosa polvareda de pensamientos que se levantaba en el espíritu de aquel hombre inmóvil y como fulminado por el exceso de la sorpresa, comenzaba a esbozarse una respuesta a aquel "¿para quién"?, que surgía súbitamente de todos los rincones de la estancia.

Dicha respuesta iba a precisarse de un modo más conmovedor con un incidente bien pequeño, pero que había de remover en el padre las fibras más íntimas de su ser.

Para sacudir la repentina hipnosis de que se sentía poseído, se había dicho:

—De prisa. Julia me espera.

Esa evocación de la amante en la alcoba de la esposa, era una rebelión de su presente contra su pasado, una adhesión de su voluntad, momentáneamente turbada, a la influencia que le había como arrastrado a aquel momento y a aquel acto.

Cogió la palmatoria y entró en el tocador que daba paso a la otra habitación, a aquella donde estaba seguro de que dormía su hijo. Veíanse allí varios paquetes, misteriosamente envueltos y, aparte, una caja muy grande que debía de contener un juguete más espléndido que los otros, a juzgar por su dimensión.

Era la única que tenía una inscripción que Francisco de Rourre no pudo dejar de leer:

"Para mi querido Mauricio, de parte de su querido papá, que está de viaje..."

Los caracteres habían sido trazados, ¿por quién, sino por la madre, que había querido desfigurar su letra? Todo el secreto de la vida actual de aquella infortunada mujer estaba en la sublime y candorosa mentira de aquel envío en nombre del marido culpable...

Vió la camita y, sobre la almohada, la inocente cabeza, con los ojos cerrados, la boca abierta y los bucles de oro esparcidos.

Pero era el padre, el padre que podía volver, el padre cuyo abandono debía ignorar el niño y cuyo puesto había que guardar en aquel tierno corazón.

El héroe de aquella piadosa novela maternal, contemplaba con ojos asombrados y faz convulsa aquel regalo hecho en su nombre sin saberlo. Todavía llevaba en su traje de automovilista, desgarrado a trozos, y en sus manos, manchadas de arañazos sangrientos, la huella ignominiosa de su escalo por el muro y entre clavos.

¡Oh! ¡Qué le importaba ya que Julia le esperase? ¡Qué lejos estaba ella ahora!... ¿Se atrevería verdaderamente a cometer el delito que le había llevado hasta allí, a secuestrar al hijo en cuya alma la madre encendía tan palmariamente un culto por él?

¡Secuestrarle! ¡Confiarle a aquella mujer que no había poseído de él más que los sentidos, el delirio de una pasión embriagadora, pero tan baja, tan mezclada con carne y con sangre!...

El oficio que se celebraba en la capilla iba a concluír... ¿Iba a ser sorprendido así? ¿Y por su mujer? ¡Eso, jamás!...

Presurosamente, vivamente, andando de puntillas, velando con la mano la llama de la bujía, fué a la habitación donde había adivinado que dormía su hijo.

Vió la camita, y sobre la almohada, la inocente cabeza, con los ojos cerrados, la boca abierta y los bucles de oro esparcidos.

El aliento regular de aquella criatura encantadora, no fué precipitado al acercarse el padre, quien, inclinado sobre la camita, rozó con sus labios la mejilla fresca y rosada del niño—de su hijo—para el cual, gracias a la madre—no había dejado de ser el gran amigo bienhechor y admirado, el protector, ¡el padre!...

No había acabado aún la misa, pues la capilla seguía cerrada; y con tanto terror de verse sorprendido como si no saliese de allí con las manos vacías, sin haber llevado a cabo su monstruoso proyecto se colgó de la balaustrada, se dejó caer al suelo y huyó por el parque.

I I I

—¡Sólo! — exclamó Julia, cuando su amante hubo franqueado el muro de la cerca y apareció ante ella.—¿No has encontrado la habitación? ¿Había gente? ¡Qué pálido estás! ¡Cómo tiemblas! Habla, habla...

—Vámonos—dijo Francisco de Rourre, con voz temblorosa, sin responder a aquella pregunta de ella, que le había cogido el brazo con insistencia.

—Di la verdad. No te has atrevido. Has tenido miedo...

Rió estridentemente.

—O es que tu mujer...

—Te prohibo que hables de ella—interrumpió él, desasiéndose y estrechándola a su vez, con un abrazo violento que le arrancó un débil grito.—¿Lo oyes?—repitió.—Te lo prohibo.

Su acento había sido tan extraño y su rostro había tomado una expresión tan fiera, que la amante se calló. ¿Qué había ocurrido en aquella media hora para cambiarle así?

Habían tomado el camino que debía conducirlos hasta el automóvil, sin que en esta ocasión tratase de disimular Francisco de Rourre.

En el momento en que los focos aparecieron entre los troncos de los pinos rodenos, dijo ella con voz en que vibraba cierto desafío:—¿Sabes? Vamos a ir a Marsella. No pienso andar rodando por el sur... Puesto que el asunto ha fracasado, me vuelvo a París. Tuya es la culpa si vuelvo al teatro...

—¡Oh! Puedes hacer lo que quieras—replicó él.—Todo me es igual, con tal de que marchemos de aquí pronto, pronto...

Por primera vez comprendió la amante que la esposa había encontrado medio de ser en el corazón de aquel hombre más fuerte que ella, que lo había arrastrado hasta el borde del crimen.

Y como era incapaz de explicarse, si no era por razones bajas, aquel cambio que arruinaba un plan de chantage largo tiempo acariciado, gruñía rabiosamente, entre las trepidaciones del automóvil, un "¡Cobarde!", que el padre de Mauricio no oyó si quiera.

A través del cristal del rápido carruaje, veía alejarse los pinos de la colina, como fantasmas, y una angustia infinita le inundaba el alma, donde, sin embargo, aparecía una tímida esperanza.

Si su mujer había querido que su hijo continuase queriéndole y respetándole, ¿sería para rechazarle si un día volviera?... ¿Volver?... ¿Tendría alguna vez fuerza para ello?

Y al dirigir sus ojos hacia su compañera, que le espiaba de reojo—como un felino que acecha los movimientos de su presa—sintió, con un estremecimiento de toda su carne, que la odiaba tanto como la había querido.

P. B.

Las cuatro dichas

POR GERMANA ACREMANT

JUAN y Héctor Malón son los propietarios del almacén de novedades que ostenta el bonito nombre de "Las Cuatro Dichas."

Como han conseguido comprar la casa vecina, han decidido transformar completamente su establecimiento: fachada de gusto moderno, espléndidos escaparates, elegantes salones en el interior... El arquitecto a quien han llamado para dirigir las obras les expone su plan:

Creo que deberíamos empezar por suprimir esa enseña. Hay que seguir el gusto del día. Una plancha de hierro colgada a la puerta, a merced del viento, no sienta bien en una tienda a la moderna. Además de que ésta de ustedes no tiene nada de bonita. ¿Qué representa esa pintura tan vulgar? Cuatro damas de por los años de 1830. Es bastante inocente. Yo pondría en su lugar grandes letras que reflejaran la luz del sol durante el día y se iluminaran eléctricamente durante la noche...

Juan y Héctor Malón se miraron.

—No — dijo el primero, — no aceptaremos nunca la supresión de nuestra enseña.

—Es para nosotros algo así como un fetiche — añadió el segundo.

—Si desea usted conocer su historia lea el documento redactado por nuestro abuelo, que fué uno de los que intervinieron en ella.

El arquitecto, asombrado de que aquella plancha mal pintada tuviera tanta importancia, cogió el papel que le ofrecían, un papel ya pajizo, borroso y arrugado, y en él leyó lo siguiente:

"En 1830 la tiendecita que hoy se titula "Las Cuatro Dichas" ostentaba un título más sencillo: "Madame Saint-Crépin. Modas y Mercería". Se vendían en ella manteletas, chales y los mil atavíos que sirven de complemento al arte encantador de las frivolidades, perendengues y faralás. La señora Saint-Crépin, viuda todavía apetitosa, gozaba en la pequeña población de buena fama de modista y atendía al servicio de la tienda con sus tres hijas, Clementina, Emma y Fanny. ¡Verdadera fortuna para una comerciante en artículos de modista poseer tres hijas de semblantes simpáticos, de ademanes graciosos y vivas de imaginación!

¡Con frecuencia los polos elegantes se detenían ante el escaparate, sólo por admirar la sonrisa de Clementina, los ojos azules de Emma o los cabellos rubios de Fanny.

Por desgracia, y aunque la señora Saint-Crépin se esmeraba en vestir a sus tres hijas con sedas y terciopelos, dejando el tartán y la sencilla indiana para las hijas de los otros tenderos, ni uno solo de aquellos elegantes manifestaba la menor intención de casarse con Clementina, ni con Emma, ni con Fanny. Como la mayor de las tres hermanas estaba a punto de cumplir los veintidós años, la situación empezaba a presentarse inquietante.

Cada día sentía la señora Saint-Crépin aumentar sus temores de morir de embolia, hasta tal punto le latía el corazón siempre que un hombre entraba a la tienda. Pero ¡oh, desgracia! como sólo vendía artículos femeninos, los únicos hombres que allí iban estaban ya casados.

Una vez la asaltó la idea de vender tirantes, cinturones, corbatas y calzones a la griega, pero Clementina, Emma y Fanny no fueron de su parecer.

—Nosotros no aceptaremos nunca un matrimonio que no sea de inclinación — le dijeron.

La señora Saint-Crépin, que había empezado por sentir grandes ambiciones, adquirió poco a poco ideas más sanas. Dejó de fijarse en los hijos de los banqueros y en los hijos de los Cresos y puso sus ojos en los jóvenes que pudieran convenirles y que fueran de su misma posición.

Se dió cuenta asimismo de que el señor Malón, negociante en paños, tenía tres hijos en edad de merecer. ¿Por qué no habría de poderse celebrar un triple enlace? Puede una dedicarse al menudeo en el comercio y proyectar al por mayor el casamiento de los suyos. Para ello lo primero era entrar en relación con el señor Malón.

Una tarde, la honorable señora dijo a sus hijas que tenía que llevar su acostumbrada limosna de cuaresma al señor cura. Se puso su bonito traje de seda gris y se envolvió en su chal de la India, poniéndose como única joya un relojito, a manera de medallón, colgado de una cadenita de oro que le rodeaba el cuello.

—¡Qué guapa te pones para ir a ver al señor cura! — le dijo Clementina.

—¡Tú, que nunca sales sin nosotras! — prosiguió Emma.

—¡Debe ser muy urgente esa limosna para que así cambies tus costumbres!...

Hay que decir que no era precisamente al

Deseado, Alfredo y Aquiles, hicieron una entrada emocionante en la tienda de la señora Saint-Crépin

señor cura a quien iba a ver la señora Saint-Crépin. ¡Piadosa mentira! A quien iba a ver era al señor Malón, comerciante en paños.

Este, en cuanto percibió a la excelente dama tan suntuosamente vestida, se quitó el gorro que años atrás le había bordado su mujer y que estaba adornado con una larga borla de seda negra.

—¿A qué debo el honor de verla por aquí, señora Saint-Crépin?

—Desearía ver muestras de cachemira, señor Malón.

—Nada más fácil, señora...

Mientras él desenrollaba las piezas de tela sobre el mostrador, la dama consideró que no debía en una primera conversación, aventurarse más allá de los lugares comunes de rigor en estos casos. Declaró que tenía que reflexionar para elegir y que volvería al día siguiente.

Qué fué lo que hizo. El señor Malón que, con su inseparable birrete, estaba ahora en la trastienda, hizo sentar a su cliente en un cómodo confidente.

El comerciante en paños era muy amable. La comerciante en modas le compró toda una pieza de cachemir.

La inquietaba únicamente el pretexto que pudiera encontrar para volver de nuevo. Hasta entonces aún no había tenido ocasión de conocer a Deseado, a Alfredo y a Aquiles, los tres hijos del señor Malón.

A punto de marcharse ya, se le ocurrió una idea que juzgó sublime.

—¿Sabe usted jugar a la brisca, mi querido señor Malón?

—¡Cómo no, querida señora! Todas las tardes jugaba a la brisca con mi difunta esposa.

—¡Ay, como yo con mi esposo!...

—¡No he vuelto a jugar desde que perdí a mi mujer!...

—¡Ni yo, desde el fallecimiento rápido e inesperado de mi marido!

—¿Me permitirá usted que me atreva, querida señora Saint-Crépin, a invitarla a jugar conmigo? Creo que sería un modo de honrar nuestros respectivos queridos cónyuges.

—Acepto, querido señor Malón. Veremos quién sabe más de los dos.

La comerciante en modas dejó, durante una semana, su tienda de cuatro a cinco de la tarde. Esperaba siempre ver a Deseado, a Alfredo o a Aquiles, pero ninguno de los tres se presentaba. A todo evento empezó por hacerle al padre la apología de Clementina, de Emma y de Fanny, para ver si el padre se la repetía a sus hijos. El señor Malón contestó ponderando las cualidades de sus tres muchachos. Deseado, Alfredo y Aquiles. No había duda: los dos jugadores de brisca se habían comprendido.

A las pocas mañanas, Deseado, Alfredo y Aquiles hicieron una entrada emocionante en la tienda de la señora Saint-Crépin.

—¡Cuánto celebramos encontrarla, señora! — dijeron a la comerciante. — Quisiéramos hablar con usted a solas.

Apenas entraron en la trastienda se explicaron:

—Señora — prorrumpió el mayor: — mis hermanos y yo estamos a punto de casarnos.

—¿De casarse?...

La señora Saint-Crépin, para no desfallecer, sostenía desesperadamente bajo sus narices un frasco de sales.

—¡Sí... de casarnos!... Pero nosotros no querríamos de ningún modo dejar a nuestro padre en la soledad. Siente por usted una verdadera inclinación... ¿Querría usted aceptarlo por esposo?...

—Imposible, señores; sería ridículo que teniendo yo tres hijas solteras...

No dijo más. Clementina, Emma y Fanny aparecieron de pronto y se echaron a sus pies suplicándole que accediera. Resultó que era con ellas con quienes los tres muchachos deseaban casarse. Mientras la señora Saint-Crépin iba a casa del fabricante, Deseado, Alfredo y Aquiles visitaban también a Clementina, Emma y Fanny.

Las cuatro bodas se celebraron el mismo día, en la misma iglesia, en el mismo altar y a la misma hora.

La señora Saint-Crépin y el señor Malón unieron sus corazones, sus hijos y sus comercios. Esta casa común se llamó "Las Cuatro Dichas".

—He aquí, señor arquitecto, por qué queremos conservar nuestra vieja enseña de hierro pintado, que si bien no es del gusto del día, conserva entre los encajes de las cuatro damas de 1830 el profundo perfume de las cosas deliciosamente anticuadas.

G. A.

Y sea en ellos lo que en nosotros no fué.

DON Fernando Casadabantes, prócer de limpia y preclara ejecutoria, apenas enviudó cerró a cal y canto las puertas de su palacio. Fuera del cura y del médico, ningún otro mortal franqueaba su casa, ni él salía de ella como no fuera para ir a misa, y eso muy de mañana.

Una noche, al punto de levantarse los manteles, abordóle su hijo Ramiro con un tan extraño tono de voz, que don Fernando quedó suspenso y aguardando a ver en qué paraban las corteses razones del mozo.

—Ya conoces—decía — mis simpatías por Clarita, la hija de doña Servanda. En algo más de un año que llevamos hablando hemos caído en la cuenta de que nuestros propósitos entran de lleno dentro de las buenas costumbres y de los más austeros principios, y así, me atrevo a pedirte que visites a doña Servanda y recabes de ella la licencia necesaria para llevar a feliz término nuestras relaciones.

Un rayo caído a los pies de don Fernando no lo dejara tan impresionado, y aunque era persona de grandes alientos y firmísimas resoluciones, no pudo responder.

—Si acaso no fuí contigo—siguió diciendo el mozo—según tú tienes derecho a exigir de mí, castígame en eso, que, después de tu cariño y del de mi buena madre (q. s. g. h.), será lo que más me duela.

—No me pesa, Ramiro, de tu conducta—respondió don Fernando—, y ni aunque me pesara, dejara de hacer lo que pides, por la humildad que pusiste en la demanda y por el piadoso recuerdo que para la sagrada memoria de tu madre has tenido en este solemne instante de tu vida... Pero has de saber... Has de saber—prosiguió después de una extraña pausa—que doña Servanda espera este momento para lanzar a vuelo la clamorosa campana de su charla, y siendo ella tan batallona como es, no dejará de soltar alguna andanada de las suyas, que yo, a fuer de tozudo, respondón y avinagrado, no tendré más remedio que impugnar con toda la reciedumbre de que soy capaz... La pobre Servanda no fué muy feliz en su matrimonio; su marido y yo anduvimos siempre con pleitos, y aun cuando al fallecer quedaron éstos en suspenso, creo que doña Servanda no me tiene buena ley. Esto, no obstante, al salir de casa cerraré con siete llaves el arca de mi genio, y sólo cuando lo vuestro esté ultimado dejaré que salten guardas y cerrojos, si por acaso la premura en el contestar y la rapidez en el decir no me dan tiempo para quitar las mencionadas trabas con toda la digna compostura y grave ademán que son de rúbrica entre las gentes de pro.

Con los ojos arrasados en lágrimas besó Ramiro a su padre, que, no menos enternecido, retiróse a sus habitaciones, revolviendo agradables recuerdos de la juventud, sepultada bajo la losa de muchos, de muchísimos años.

La misma noche, y en idéntica hora, Clarita ponía en autos a su madre, doña Servanda, del paso que se urdía. Oyó doña Servanda el relato con agresiva calma, y cuando terminó Clarita, levantó la voz en términos que alarmaron a la hija.

—No fué muy feliz en su matrimonio—afirmaba doña Servanda después de un largo sermoneo—el pobre don Fernando. Tu padre y él siempre anduvieron en pleitos, y aun cuando al morir quedaron en suspenso, no por eso se suavizaron las asperezas; pues bien sabes que ni don Fernando puso jamás los pies en casa, ni de la nuestra hubo nadie que los pusiese en la de él... No será malo que mida las palabras de su discurso, porque, según es él de encopetado y yo de estirada, al menor atisbo de hostilidad habré de demostrarle quien soy y que no en balde corre por mis venas sangre de héroes, mártires y fundadores. De todas suertes, por mucho que me acosara, tendría fortaleza suficiente para resistir hasta que lo vuestro sea acabado.

Y en espera del ansiado momento pasaron varios días; días que doña Servanda ocupó en almacenar razones para rechazar una posible alusión al pasado, y que don Fernando empleó en madurar las discretas razones con que había de sazonar la petición que al cabo de los años forzábale a pisar los umbrales de los linajudos Torremontieles.

Pasó don Fernando la mañana inquieto y nervioso. Con todo escrúpulo y cuidado estuvo arreglándose para la famosa ceremonia, y cuando haciendo un esfuerzo tremendo para dominarse abordó la calle, sintiendo sobre sí el punzante flechazo de las inquisitivas miradas que le dirigían los vecinos, presagiando el choque de ambos enemigos, notóse turbado, sí, pero arrogante y apuesto como en sus juveniles tiempos.

Aguardábale doña Servanda temblando. Aquel día revisó más de lo acostumbrado el orden y la limpieza de la casa.

A la hora en punto llegó don Fernando, y mientras Ramiro quedaba en una salita esperando, don Fernando pasó al salón; salón donde bailó los primeros lanceros, teniendo por pareja a la entonces gentil y vaporosa Servanda. Todo estaba igual. Recordábalo don Fernando con pasmosa exactitud... Allí en aquel ángulo, trémulo de emoción, declaró su amor a Servanda; aquel amor que no le había sido posible olvidar y que quedó enterrado por una simple cabezonería de joven.

Tras una corta espera, que a don Fernando se le antojó un siglo, apareció doña Servanda. Irguióse aquél, y quedaron ambos frente a frente. Hubo una mirada rápida y cegadora como el cruce de dos aceros; mirada de mutuo examen. Incapaz de hablar doña Servanda, indicóle por señas que se sentara, haciéndolo ella en la silla donde años atrás tuvieron la última conversación de amor.

—Ya tenía noticia de la embajada—habló doña Servanda después que hubo escuchado el claro y reposado discurso de don Fernando—, y declaro que lo supe con verdadero regocijo. Así es que, puesto que ya estamos de acuerdo, puede, si quiere, acompañarme a tomar la tarde. Practico todavía las añe-

PIEDRAS PRECIOSAS

Por RABINDRANATH TAGORE

I

RÁPIDO y claro, el Jumma corría a través del valle, cernido por sus escarpados ribazos en declive. Las colinas sombrías, cubiertas de árboles, estriadas de torrentes, se redondeaban a su alrededor. Govinda, el gran predicador Sikh, sentado sobre la roca, leía las escrituras, cuando Raghunath, su discípulo, orgulloso de sus riquezas, se inclinó ante él, diciéndole:

—Te traigo un humilde obsequio, indigno de ser aceptado.

Y depositó a sus pies un par de brazaletes de oro, minuciosamente trabajados con pedrerías de gran precio.

El maestro tomó uno, lo volteó alrededor de su dedo, y los diamantes lanzaron sus relámpagos de luz.

Súbitamente el brazalete, deslizándose de su mano, rodó a lo largo del talud, cayendo en el río.

—Ay de mí—exclamó Raghunath, saltando a la corriente.

El maestro abatió los ojos sobre su libro, y el agua, guardando y reteniendo lo que había robado, continuó su curso.

Terminaba el día; Raghunath regresaba al lado del maestro, mojado y empapado.

Sin aliento casi, le dice:

—A pesar de todo, aún podría encontrarlo, sólo con que tú me mostrases el sitio en que cayó.

Entonces, Govinda, elevando el otro brazalete, lo lanzó al río diciendo:

—Allí está...

II

UPAGUPTA, el discípulo de Budha, dormía entre el polvo, extendido contra el muro de la ciudad de Mathura. Todas las lámparas estaban apagadas, cerradas las puertas, todas las estrellas escondidas en el cielo nebuloso de agosto.

¿A quién pertenecían aquellos pies cuyos brazaletes tintineaban en la sombra y que rozaban su pecho?

Se despierta, sobresaltado, y la luz de una lámpara de mujer hirió sus ojos, que perdonaban de antemano.

Era una danzarina, constelada de joyas, envuelta en su manto azul, embriagada en el vino de su juventud.

Inclinó su lámpara y percibió el rostro joven de una austera belleza.

—¡Perdóname, oh, joven asceta!—dice la mujer—y consiente en venir a honrar mi

El gran poeta y filósofo hindú

casa. La tierra polvorienta no es un lecho conveniente para ti.

—Mujer—respondióle el asceta — sigue tu camino. Cuando los tiempos hayan madurado, yo vendré a buscarte.

Súbitamente, la noche negra fué desgarrada por el resplandor de la tempestad. Llegaba gruñendo sordamente de uno y otro punto del horizonte, y la mujer temblaba de miedo.

Las ramas de los árboles, a los lados de los caminos, se curvaban bajo los racimos en botón.

Las notas jubilosas de la flauta a lo lejos confundidas con las cálidas brisas de la primavera.

Los ciudadanos festajaban las flores de los bosques.

En lo alto del cielo, la redonda luna contemplaba las sombras de la ciudad dormida.

El joven asceta marchaba por la calle desierta, mientras que sobre su cabeza los "Koels" enamorados cantaban sus quejas sin sueño, entre las ramas del mangal.

Upagupta franqueó las barreras de la ciudad y se tendió al pie de las murallas.

¿Qué mujer se agitaba en la sombra del muro, a sus pies; su cuerpo cubierto de llagas, transportado a toda prisa fuera de la villa?

El asceta, sentándose a su lado, apoyóle la cabeza sobre sus rodillas, humedeció sus labios con agua, reconfortó su cuerpo con un bálsamo.

—¿Quién eres tú, oh, misericordioso?—preguntó la mujer.

—Por fin ha llegado el tiempo de mi visita, y aquí estoy—respondió el joven asceta.

III

SANATÁN desgranaba su rostro sentado a la orilla del Ganges. Un Brahmín harapiento llegóse a él y le dijo:

—Socórreme, porque soy pobre.

—No me queda más que mi platillo de recoger limosnas—dijo Sanatán—porque ya he dado todo lo que poseía.

—Nuestro Señor Siva, se me ha aparecido en sueños—respondió el Brahmín—y me ha aconsejado que viniese a tu encuentro.

Sanatán entonces recordó que antes había recogido una piedra sin precio entre los guijarros de la orilla, y que la había escondido bajo la arena, pensando que podía serle útil a alguien.

Con el dedo indicó el lugar al Brahmín, que, sorprendido, desenterró la piedra.

El Brahmín sentóse sobre el suelo, y púsose a soñar, solitario, hasta el momento en que el sol desaparece tras de los árboles, a la hora en que los pastores conducen sus rebaños a la calma del redil.

Entonces, levantándose, volvió lentamente junto a Sanatán, y le dice:

—Maestro, enséñame a conquistar la parte más pequeña de aquella riqueza que desdeña a todas las demás riquezas del mundo...

Y diciendo estas palabras, arrojó al río la piedra inapreciable.

Y SEA EN ELLOS LO QUE EN NOSOTROS NO FUE

jas costumbres de mis antepasados, y no me hallo si a estas horas no tomo el legendario chocolate...

Quedóse don Fernando maravillado escuchando aquella sonora voz, dulce mensajera de su mocedad, y, dejándose llevar de la emoción, respondió con suave acento:

—Yo también, en los años que de voluntario encierro cuento, sigo practicando las plácidas y sosegadas costumbres de mis antepasados, pareciéndome que con ello doy más cabida en mi hogar a la venerable sombra de mis padres y que yo continúo siendo el alocado rapaz de siempre... Es decir, el de siempre no... ¡El de entonces!

Desfalleció doña Servanda ante el recuerdo, y por disimular el llanto que a sus ojos acudía, levantóse con presteza y ordenó que sirviesen el chocolate en el jardín y que avisasen a Clara y a Ramiro para que los acompañasen...

Con gran pompa y serena majestad descendía la noche sobre la tierra. Ya los primeros luceros brillaban en la extensa planicie del firmamento y las brisas vespertinas, cargadas de aromas, incensaban el ambiente.

Sentados en el jardín, cada cual vivía sus recuerdos. Por delante pasaron los novios, perdiéndose después a lo largo de un sendero.

—¡Hermosa noche!—comentó doña Servanda, levantándose y disponiéndose a pasear en la dirección que los novios llevaban.

—¡Hermosa en verdad!—repitió don Fernando, levantándose también.

Y luego, como dando satisfacción a un deseo que le abrasara el pecho, continúo:

—¡Séales ella propicia, y sea en Clara y en Ramiro lo que en nosotros no fué!

Las últimas palabras de don Fernando sonaron veladas por la emoción. Doña Servanda, sin fuerzas para responder, guardó silencio...En aquel punto la luna, escalando la oscura crestería del boscaje, arrojó sobre los irreconciliables enemigos el blanco torrente de su luz, envolviéndolos en un triunfante nimbo de paz.

EMILIO MENDEZ de la TORRE

EN AHUMADA

32

ENTRE ALAMEDA
Y MONEDA

TELEFONO 1078
CASILLA 1017

SE ESTÁ INSTALANDO EL ALMACEN CENTRAL DE

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

PROPIETARIA DE: { EMPRESA ZIG-ZAG -- SOC. IMP. Y LIT. "CONCEPCION"
EMPRESA GRAFICA ARTICULOS RECLAME "EGAR"

que atiende también al público en

Matucana esq. Romero

a media cuadra de la Estación Central

TELEFONO 257, ESTACION.

CUENTO DE LADRONES

POR A. HERNANDEZ CATÁ

El criado de librea volteó el conmutador, y al mismo tiempo que la luz rescataba a las tinieblas los dorados esplendores de la Sala de Consejos, se apartó, para dejar paso a los cinco personajes, doblado en una reverencia casi medrosa. Hacía mucho tiempo que no los había visto juntos. La última vez fué cuando la famosa quiebra del "Crédito Agrícola y Naval", que llenó de falsedades tantas columnas de periódicos, lavó con arroyuelos de oro mares de fango, y llevó la miseria y la blasfemia a hogares habituados de antiguo a una pobreza resignada. Su mismo padre hubo de vender, por la centésima parte del costo, sus dos acciones únicas, lo cual equivalía a haber ahorrado durante seis años inútilmente. Pero de esta desgracia, a modo de compensación, le vino el trato con financieros y el poder colocar a su hijo en un puesto merced al cual, sólo por estar nueve o diez horas diarias llevando papeles o haciendo reverencias, disfrutaba de una librea azul y de treinta monedas de plata el día último de cada mes. De aquí que contemplarlos otra vez juntos, fuese para él como la presencia de algo amenazador y cósmico; cerco de sangre en la luna o fumarolas sobre pacíficas montañas.

Menos el extranjero lampiño, a quien no conocía, y su director, con quien envejecía paralelamente, a todos los halló casi caducos. Y en el instante en que pasaron, pensó, casi con lástima, en que ya las manos temblonas tendrían harto trabajo en pastorear a esos díscolos gigantes llamados millones, cuyo paso atrae y absorbe las economías tímidas o audaces del pueblo.

El anciano de la cara de caballo de ajedrez enfermo del hígado, le dijo:

—Apague la araña grande; es mejor. Basta con la lámpara de mesa.

Y justificó, volviéndose a los demás:

—Así no se ve desde la calle. Las fachadas de los bancos siempre atraen mirones.

—Sin duda, sí. Usted piensa en todo.

El director del Banco creyó oportuno excusarse, y explicó:

—Si los he citado aquí, es por cuestión de tiempo. Ya saben cómo estoy. Por si fuera poco, el encargado de Bolsa se me enfermó ayer; y con la incertidumbre de estos días sería peligroso el menor error. Y como nuestro asunto urge...

—Sin duda, claro...

Quien a cada paso afirmaba así su certidumbre, tenía, en su mirar intranquilo de antílope, algo asustado, suspicaz, incompatible con su afirmación favorita. Señalando los hondos sillones de abullonada piel, propuso:—¿Nos sentamos?

—Sí.

—Usted en la presidencia, no faltaba más.

Hubo una discusión protocolaria y, al cabo, un viejo de barba rala y obesidad jadeante, ocupó el lugar dictatorial, teniendo al lado, en calidad de asesor técnico, al extranjero a quien el criado no conocía. Ya sentados, la luz a la altura de los rostros, descubrió mejor miradas y facciones. Fuera del extranjero de nariz en forma de pico rapaz, pupilas apasionadas y labio sinuoso—belga de patria e israelita de sobrepatria—los de más, por sus años y por el escaso rescoldo de ímpetu vital perceptible en sus gestos, no parecían poseer esa capacidad de posibilidades sensuales que legitima a los hombres de presa. Todo era ya pretérito en ellos. Venas de relieve, caras fláccidas, párpados ganosos de cerrarse en sueño largo sobre pupilas mates, arrugas, calvas, canas... Lo menos cuatro siglos de acciones pequeñas, de experiencia mezquina y fatigas sumaban aquellos cinco viejos. Y, acaso, el extranjero joven, al consultar sus papeles llenos de cifras, pensase en la injusticia de que el metal mágico a cuyo toque los eriales se vuelven jardines, las intransigencias se ablandan, lo absoluto se vetea de relatividades irónicas, y la carne joven se aviene a no dar todas sus fragancias a otra carne por igual deseable, estuviera en manos de quienes, vueltos de espaldas a la vida, sólo podían esperar ya un entierro suntuario y un poco de publicidad funeral.

El presidente-arterioesclerosis y abotagamiento, dijo:

—Puesto que se han empeñado ustedes en echarme esa obligación más, seré breve para que aquí, Monsieur Lejeune, especifique los datos en que ha de apoyarse la operación. Todos sabemos que se trata de forzar un poco la baja, de vender acciones nuestras, readquiriéndolas bajo mano, así como las de los demás tenedores, sobre todo las de los pequeños. Una vez desvalorizadas, se procederá al reajuste, al canje de obligaciones, al aumento de capital y a la explotación verdadera de los saltos de agua. Claro que la pérdida inicial se enjugará casi con la misma reacción bursátil. Pero el porvenir de la empresa está en esto último. Aquí, Monsieur...

—Un momento.

La voz levemente gangosa se impuso y, metódicamente, con lógica frialdad, el proyecto empezó a desarrollar ante los cinco viejos sus vértebras de áspid. No era menester gran imaginación para comprender que a su paso por muchos sitios, al igual de ayer, al igual de mañana, la pobreza que quiso ser prudente o aventurera, se transformaría en miseria y desesperación.

El más estricto cálculo de probabilidades regía todas las previsiones y guarismos, pormenores, compulsaciones, se encadenaban en la exposición del extranjero.

Sin duda la voz del escrúpulo habría podido—sin requerir la lanza del DON QUIJOTE, armada sola de elemental justicia—argüir, condenar; pero el tono monórrimo embotaba con somnolencia entendimientos y entrañas.

A pesar de hablar un extranjero, ¡qué maravilla de eufemismos para orillar el nombre vil del hecho de desposeer a los infelices que a costa de sacrificios habían adquirido una acción o dos! El acento y el fino escoger de palabras, favorecía el transformar el discurso en trampolín donde saltar hacia menudas imaginacio-

nes. Hubo largos períodos en que tal ruina adiposa o tal boca o intestino supervivientes, se fugaron de los oros de que estaba recamado el salón, para evocar nietos dilapidadores o pisitos casi sórdidos, entre cuyas paredes, muchachas primaverales soportaban, a cambio de pan, húmedos fantasmas de besos.

El caballo de ajedrez histérico, pensaba: "Habrá que vigilar a estos pájaros para que no se vayan a llevar la mejor lasca; sin duda". Y el de las venas abultadas: "Si pudiera advertir a la mujer de mi secretario que no vendiese... Pero, no: hay que ser prudente y dejarse de sentimentalismos..." Y el director del Banco no lograba disimular la sonrisa que le producía el recordar que el portero, al igual de su padre antaño con el "Crédito Agrícola y Naval", poseía cuatro acciones de la empresa, cuya transformación estaba estudiándose... La voz gangosa proseguía, proseguía... En su estudio todo estaba previsto, hasta las garantías de índole moral que las cinco entidades o fuerzas coaligadas para realizar la operación, cambiarían entre sí. Nada se dejaba al azar; el mapa de la situación de las acciones era casi completo. Y los riachuelos de oro que desde las columnas de la Prensa debían higienizar los mares de fango próximos a removerse, estaban canalizados de antemano. Hora a hora, día a día, el plan de rumores, de ventas, de ofertas desechadas, de pánicos, de nuevas compras, estaba trazado con estrategia infalible. Claro es que habría lágrimas, que a lo mejor cualquier bobo confiaría al cañón de una pistola apoyada contra la propia sien, el consuelo de su pérdida en vez de ponerse otra vez a trabajar y a ahorrar. Pero... ¿Era posible hacer una tortilla sin romper huevos? No. La imagen a la vez doméstica y terrible, tranquilizó y halagó a todos. El extranjero se explicaba a maravilla. Hubo un movimiento de calvas y canas unánime.

El asunto estaba, pues, en principio hecho. Para los detalles de ejecución, el extranjero y el caballo de ajedrez bilioso, se entenderían con el director del Banco. Uno de ellos saldría al día siguiente para París, a fin de "controlar" allá ciertos núcleos de acciones. El gran reloj de la sala de consejos—reloj en yo tiempo no sólo era oro, sino dolor también—sonó varias campanadas; y una prisa repentina propagó efímera actividad juvenil entre las poltronas. Dijérase que la posibilidad de gozar de veras aquel exceso de riqueza ya en camino, los reanimara. Un mes, tal vez dos, y los modistos y joyeros recibirían encargos, y los cuarenta caballos de algún nuevo automóvil irían por calles y carreteras a lento trote para no agravar la taquicardia de su dueño.

—¿Las ocho, ya? ¡Qué barbaridad!—dijo el presidente, levantándose.

—¡Y yo que tenía que ir a la farmacia por un específico!—suspiró otro.

—También yo...

—Los llevaremos hasta allí.

—Gracias, traemos también nuestro coche... De todos modos, iremos hablando.

Las banalidades y las sonrisas hubiesen despistado al mejor observador. Suponer allí una fuente de llanto habría sido como suponer en un vergel fragosidades de sierra y amenaza de trabucos. Ni el menor rastro dramático quedaba en ninguna faz. Máscaras desgastadas, incapaces de expresar ni ambición, ni remordimiento, mostraban todas, excepto la del extranjero de facciones de crimen y la del hipóptico de movilidad de sospecha, un júbilo beato. Salieron y, otra vez junto a la librea curvada con medroso respeto, el director del Banco tornó a sonreír.

En la calle la prima noche estaba llena de multitud. La luz anatómica de los arcos voltaicos desnudaba ante los escaparates deseos e intenciones. Muy alegres, haciendo chanza a la estrechez, subieron los cinco al más grande de los automóviles, dando órdenes a los otros de que lo siguieran. El trote habitual hubo de convertirse en paso difícil para no atropellar a los que, contra toda razón, pasaban de una acera a otra. El caballo de ajedrez amarillo taconeó con impaciencia: "Nunca aprenderá la gente a andar... Aún debía haber más accidentes... ¡Ah, si yo fuera chofer!..." Con frivolidad hablaron de las actrices de moda, de la carestía de los caramelos, de la inutilidad de la nueva generación... El paso difícil se detuvo de improviso y un rumor de multitud los forzó a inquietarse. ¿Qué pasaba? ¡No era posible andar en automóvil por la ciudad! Debía de suceder algo... Sí, hacia la derecha, en aquel grupo del que se destacaban dos policías... El caballo de ajedrez volvió a dar sobre la alfombra del Rolls pataditas inquietas. ¡Era repugnante!... No iba a llegar a tiempo de comprar sus salicilatos... ¿Qué ocurría? Un chico, metiendo casi por la ventanilla su cabeza desvergonzada, se lo dijo: "Es un hombre que ha robado unas latas de sardinas en aquella tienda y se lo llevan". Bien hecho. ¿Acaso estamos en Rusia? ¡No faltaba más!" Poco después, el automóvil pudo continuar su camino. Pero ya la farmacia estaba cerrada.

LAS MUJERES JUZGADAS POR SI MISMAS

Miente toda mujer que diga que le es indiferente verse llamar bonita. — ¡Linda mujer! ¡Encantadora mujer! Nada suena tan dulcemente como esto en sus oídos.

MADAME BOURY

El amor reaviva la extinguida llama con las chispas de los celos.

LADY BLESSINGTON

La mujer vale más, mucho más, que el hombre.—VION (MADAME).

Hay muchas más mujeres víctimas de los hombres, que hombres víctimas de las mujeres.—VION (MADAME).

El amor maternal da mucho y recibe poco. Vive a costa de sí mismo.— VION (MADAME).

La vanidad hace muchas veces imposible la juventud y ridícula la ancianidad de la mujer. — FLAHAN (MADAME).

El corazón de la mujer se seca siempre que se corrompe.—GEULIS (MADAME).

La coqueta y el conquistador destruyen, aniquilan, devastan y siembran por doquier el llanto, la desesperación y el luto.

GIMENO (CONCEPCION).

Las mujeres son partidarias de las modas porque rejuvenecen y renuevan.

PUISIVEUX (MADAME de).

La mujer que no sabe razonar siempre quiere contradecir.

RIMUSAT (MADAME de).

Las mujeres llenan los intervalos de la conversación y de la vida, como la paja que se introduce en las vasijas de porcelana; ningún caso se hace de esa paja, y sin ella todo se rompería.—NEKER (MADAME).

En los matrimonios por amor surge ordinariamente el odio.

DUCHESSE D'ORLEANS.

Preferiría ser soltera toda mi vida antes que ser la Reina más poderosa del mundo con la obligación de tener un marido.

DUCHESSE D'ORLEANS.

CHOPIN Y JORGE SAND EN VALLDEMOSA

Por

MARIO VERDAGUER

JORGE SAND.—Los ojos maravillosos abiertos al mundo de la fantasía, en un rostro andrógino donde la pulpa cordial de la boca se encendió en el carmín de las pasiones literarias. Sus enigmas sentimentales se hacen más penetrantes al aparecernos en este retrato vestida de hombre, tocada con el sombrero romántico de Alfredo de Musset.

EN el verano de 1836, Jorge Sand iba todos los días a la tertulia del Hôtel de France, en la calle Laffite, de París. Allí se reunían Eugenio Sué, Mickiewicz, el cantante Nourrit, Lamennais, Heine, Litz.

Todos hablaban del talento glorioso de Chopín.

—¡Traédmele!—exclamó un día Jorge Sand.

Y Hiller llevó una noche a Chopín.

Ellos se miraron por la primera vez. El era tímido y frágil como una señorita. La escritora le contempló con unos ojos ávidos, llenos de negras sombras ansiosas.

Y entonces fué cuando Chopín dijo a Hiller:

—¡Qué ser más antipático esa Jorge Sand! ¿Se trata verdaderamente de una mujer? Permitidme que lo ponga en duda.

Y aquel artista, que era un ángel de bello rostro con la delicadeza de una pálida mujer triste, se sintió poseído de oscuros presentimientos.

Y se separaron.

Ella, que era como un hombre de veinte años, fumaba desmesudaramente, jugaba a la princesa, y se reía del público, a quien llamaba *jumento*. Y entre esos jumentos buscaba a sus amantes: Miguel de Bourges y Feliciano Malefille, y además enseñaba a fumar a Balsac en la *honka*.

Y todo esto era antes de Chopín.

El barómetro sentimental no marcaba buen tiempo.

* * *

ENTRETANTO el solitario Chopín trabajaba: el *Impromtu*, los *Dos Nocturnos, Mazurcas, Valses Brillantes*. Toda una obra inmortal.

Y Jorge Sand, que comenzaba a sentir una pasión nueva, escribía a la Marliani:

"Decididamente, esto es intolerable."

Y su sol, como decía Sainte-Beuve, entraba en las fases diversas de los signos del Zodiaco.

Luego hubo el deseo en los labios húmedos de una mujer de treinta años. Y a esto la Jorge Sand le llamaba "cumplir con su deber."

Y entonces fué cuando se supo en París que Chopín había sido raptado y que la novelista se lo llevaba a Mallorca.

Feliciano Malefille se quedó llorando en París. Y ella hizo el mismo trayecto que cuatro años antes había seguido con Musset, cuando encontraron al gordo Stendhal, lleno de visiones de Italia, sentado en la cubierta de un buque de vapor.

El "Phénicien" los llevó a Barcelona. El mar era puro, azul; un mar de Grecia, un lago de Suiza.

Luego embarcaron en el "Mallorquín".

El vapor salió de Barcelona el día 7

En ese largo claustro blanco se abre la puerta de la celda donde el músico moribundo escuchaba las sonoridades misteriosas del invierno mallorquín. Corredor desierto donde gimen los vientos diversos que vienen del pasado.

FEDERICO CHOPIN.—Polonia le dió su sentimiento caballeresco y sus sufrimientos históricos; Francia su fácil elegancia y su gracia; Alemania su profundidad de ensueño. La naturaleza le dió una figura elegante y estilizada, un aire enfermizo, un corazón noble y el genio. No fué de ninguna tierra, vino del país de Mozart, de Rafael Sanzio y de Goethe; del país de la poesía.

de noviembre de 1838, a las cinco de la tarde, y llegó a Palma el 8 a las once y media de la mañana. En el libro de pasajeros, en la página correspondiente a aquel viaje, se lee lo siguiente:

"Primera clase: Md. Dudevant, casada. M. Mauricio, su hijo, menor de edad. Mademoiselle Solange, su hija, menor de edad. Mr. Federico Chopín, artista.

"Segunda clase: Mad. Amelia, camarera."

Por la mañana vieron aparecer la ciudad de Palma sobre la inmensa esmeralda traslúcida del mar.

Todavía se alzaba en la torre de la Almudana el arcángel de hierro de Jacobo el Segundo y los molinos harineros conservaban aún sus alas blancas que giraban en la atmósfera espesa de luces y de colores.

Y luego Chopín escribe a Fontana:

"El cielo es de turquesas, el mar de lapislázuli, las montañas de esmeraldas. El aire es como el cielo. Una vida deliciosa. Corre a casa de Plevel, pues el piano no ha llegado todavía. Viviré probablemente en una encantadora cartuja. Aquí está lo más bello del mundo."

—¡Mi querido cadáver!—exclama fumando Jorge Sand.

* * *

MENDIZABAL hizo expulsar a los frailes de San Bruno, de la Cartuja de Valldemosa, para que Chopín estuviese tranquilo. Y entonces había allí la soledad.

Jorge Sand escribe *Spiridión*.

Chopín compone cuatro Nocturnos y vomita sangre.

"Chopín es un ángel—escribe luego la literata—en Mallorca ha compuesto mú-

Absurdos olivos de Valldemosa, mur murantes en las noches lunares inspiradoras de Chopín; personajes que poblaron la imaginación de la Sand con la palpitación temerosa de un paisaje único en la tierra.

sica que huele a Paraíso; pero estoy tan acostumbrada a verle en el cielo, que me parece que su vida o su muerte no significan nada para él. Creo que él mismo no sabe en qué planeta se halla."

Los amores de Jorge Sand han fracasado en ese paraíso terrenal de Mallorca, de aquella isla que es la verde Helvecia, bajo el cielo de la Calabria, con la solemnidad y el silencio de Oriente.

Chopín no amaba el paisaje. su mundo estaba en las sonoridades ocultas que escapan al oído de los hombres, pero ella le comprendió bien, y le contemplaba con sus grandes ojos de corza.

Mallorca los vió pasar, un poco estupefacta y un poco escandalizada, ante aquella mujer que vestía a su hija de hombre y que fumaba cigarrillos. Ella dejó enredada en el jardín de la Cartuja de Valldemosa la apasionada palpitación de su novela *Spiridión*, escandalizó a los abogados de Palma con su novela *Lelia*, y volcó un tintero sobre la célebre carta de Valseca, que había guiado a Américo Vespucio.

Chopín no dejó más que un recuerdo ultra-poético, y su piano Pleyel, que nadie quiso, porque lo había tocado un tuberculoso. Los mallorquines vieron en él la muerte, porque no pudieron comprender a aquel hombre que era puro como una lágrima.

CHISTES

—Si no traía usted malas intenciones, ¿cómo es que el guarda le vió escondido detrás de un árbol?

—Pues, porque el árbol no era bastante grueso.

Cuando usted necesite adquirir un piano o piano-automático, exija siempre las siguientes marcas:

EN PIANOS

Grotrian-Steinweg

* FEURICH *

Baldwin

GÖRS & KALLMANN

EN AUTOPIANOS

AMPICO

Packard

WEBER BROS

Manualo

EL PIANO AUTOMATICO CON ALMA HUMANA

Y quedará completamente satisfecho de su compra. Estas marcas son la mejor garantía de alta calidad. Nuestros precios no admiten competencia y concedemos buenas condiciones para el pago.

UNICOS AGENTES PARA CHILE:

GRIMM & KERN

AHUMADA. 99 ESQUINA MONEDA

Especialistas en Pianos y Auto-Pianos

Comerciantes "VICTOR" autorizados

(Victrolas VICTOR y Discos Ortofónicos)

Sana, esquisita i de incomparable calidad es la cocoa Hucke.

TUS OJOS

Para encontrar dos piedras peregrinas
con que formar tus ojos ideales,
Dios buscó en los prodigios minerales
las lágrimas más puras y divinas.

Repasó las madréporas marinas,
el lujo de las plumas orientales,
el hervir de las luces siderales,
las grutas de facetas diamantinas.

Y no hallando materia luminosa
adecuada a tu faz maravillosa
por elocuente, y expresiva y rara,
mordió sus labios, de coraje rojos;
¡después, Dios mismo se arrancó los [ojos
y con amor los estampó en tu cara!

Giacomo Lauri-Volpi

El sucesor de Enrico Caruso

Tenor de la Metropolitan Opera Company

Artista Exclusivo BRUNSWICK

Nacido en Italia, estudió bajo la dirección del famoso Papa Cotogni. Tomó parte activa en la Guerra mundial, en calidad de capitán de infantería, y después del conflicto prosiguió sus estudios bajo la dirección del Maestro Enrico Rosati.

Su debut se efectuó en 1920 en el Teatro Constanzi de Roma. Su éxito fué inmediato y la Scala de Milán lo contrató para la temporada 1920-21. Sus renovados éxitos le valieron un llamado al Colón de Buenos Aires, donde cosechó nuevos y gloriosos laureles.

En el invierno siguiente cantó en España, con tanto éxito, que Gatti-Casazza lo contrató para la New York Metropolitan Opera Company.

Andrea Chenier, Cavalleria Rusticana, Bohéme, Schiavo, Pagliacci, Rigoletto y muchos otros son los discos *Brunswick* cantados por Lauri-Volpi.

Este afamado contante ha sido contratado por la Empresa del Teatro Municipal para la actual temporada lírica.

La Casa Hans Frey, importadora exclusiva de los afamados discos y máquinas parlantes Brunswick, recibirá en breve un hermoso y nuevo surtido de discos de Lauri-Volpi, para dar a todo el mundo la oportunidad de oír su divina voz. Mantiene, además, un extenso surtido de discos Brunswick de música bailable, canciones, marchas, orquestas, bandas, óperas, etc., etc.

Máquinas parlantes Brunswick, superiores a todas las otras. Facilidades de pago.

Pida una demostración, sin compromiso; a la

Casa Hans Frey

ESTADO, 196, Esq. AGUSTINAS (frente al Templo)

Casas en: Antofagasta, Copiapó, Coquimbo; La Serena; Valparaiso; Santiago; Concepción; Temuco

MERLINO

HABÍA razón para que todo el Pazos-del-Alto, pueblecillo remontado en la más arisca sierra, acudiese en masa y puntualmente a solazar su espíritu con aquel divertimiento.

Más de un año se contaba ya sin que hubiese llegado a los Pazos caravana alguna de cómicos o titiriteros: había, pues, razón para que, al presentarse en la venta del tío Canijo los notables artistas Merlino y Carusonte, niñas, mozos y viejos se echasen encima lo mejor que en trapos guardaban los armarios y acudiesen solícitos a la cita de artistas tan portentosos.

Del buen éxito de la función y de lo regocijado de ella respondían los programas, repartidos de antemano a la salida de la misa mayor.

"Veréis, veréis, señores—decían esas hojillas;—veréis a Merlino subir por altísima escalera de mano, junto a la cual la escala de Jacob resulta microscópica. Merlino, sin embargo de tales alturas, con una habilidad y una maestría que deja pasmado al auditorio, sube uno a uno los incontables escalones, hasta ganar la punta, y esto sin haber tenido jamás el menor tropiezo..."

Los programas, pletóricos de frases extraordinarias, hacían el más cumplido elogio del artista, poniendo palpable ante el público el triunfo asombroso de Merlino al ascender sin tropiezo por aquella prodigiosa escala, junto a la cual la de Jacob era un juguete de niños...

¿Vosotros pensaréis que lo de subir y subir escalones es empresa que realiza todo aquel que no sea un paralítico?

Carusonte os respondería que si esto, efectivamente, puede hacerlo cualquier hombre, no es tan fácil que lo haga cualquier perro, y como Merlino era un perrillo... Comprenderéis ya si la cosa merecía ser vista y alabada.

Carusonte, que era el amo y el maestro (siendo a la vez empresario, cajero y otras cosas más), enumeraba en el programa, y encomiaba una a una, las gracias de Merlino, pintando con los más vivos colores la docilidad del animalejo, el cual nunca diera ocasión para un golpe o reprimenda; alabando su inteligencia extraordinaria, que a veces lo colocaba al nivel de los humanos; elogiando su cariño por el maestro; su resignación en los malos días, cuando el dinero escaseaba en los bolsillos y el pan se volvía remilgoso... Había que ver entonces a Merlino, ocultando su abatimiento para aligerar la carga del amo, saltando con regocijo, lamiendo las manos de Carusonte, moviendo la cola sin cesar... Aquello era para hacer llorar a las piedras...

Por eso Carusonte, que no tenía, como la mayor parte de los mortales, padre, madre, hermanos o parientes, lo había cifrado todo en Merlino, y de allí sus fuertes lazos con el perro y el tratamiento paternal que le consagraba.

Y poco era todo aquello para pagar dignamente la deuda que Carusonte había contraído con el animalillo, puesto que éste, de años atrás, era el que daba de comer a su amo. Gracias a Merlino, Carusonte, que era un dejado de la suerte, un bueno para nada, un paria, un infeliz, podía llevarse un pedazo de pan a la boca... Pensad si había razón para aquel cariño...

Todo eso y más decían de Merlino los programas.

Carusonte, que por la mañana los había repartido profusamente, apostado en la esquina frontera a la parroquia, estaba ya recibiendo las entradas en la venta del tío Canijo.

Aún no daban las tres de la tarde y el gran patio del mesón comenzaba a ser insuficiente para contener al público que llegaba... Todo el Pazos-del-Alto asistía a la fiesta.

Roberto, el hijo del boticario, que no perdía ocasión para hacer saber a cuantos le rodeaban que había salido del pueblo, esto es, que sabía de viajes y que por tanto había visto muy grandes cosas, repetía de continuo en alta voz:

—¡Una maravilla! ¡Una verdadera maravilla el tal Merlino!... Justamente hace hoy dos meses que le ví esta suerte en Colmenares. ¡Un portento! Gracias a que Carusonte se ha acordado de este pobre Pazos-del-Alto, porque, si así no fuese, los que no han salido nunca de estos rincones no podrían gozar hoy de lo que sólo puede verse en las ciudades cultas... ¡Una maravilla!...

Roberto miraba a todo el mundo por encima del hombro; pero los demás no le veían a él, ocupados como estaban en colocarse lo mejor que podían en aquellas sillas maltrechas y de tamaños tan diversos.

El patio de la venta presentaba un aspecto delicioso. Todas las muchachas llevaban rosas entre el pelo; todos los mozos lucían bandas de colores vivos. La luz rielaba alegremente en los ojos, y la impaciencia pedía a gritos que el teloncillo de manta roja se levantase al instante para regocijo de la sencilla gente. Los chiquillos aplaudían. Los viejos daban con sus bastones en el suelo.

¡Por fin! Suena una campanilla argentina en la puerta principal, otra le responde en el fondo del escenario, y al punto, como si de magos se tratase, el teloncillo rojo, sin una mano que lo ayude, sube por sí sólo y graciosamente hasta tocar las vigas, y deja al descubierto la escena, donde se ven dos mesas

—¡Vamos, Merlino! — le dice el maestro.—Advierte que el público se impacienta...

con carpeta roja, dos sillas, una escalera de mano ajustada al techo, un paraguas, un tapete amarillo, dos bonetes verdes y un almohadón azul en el centro del escenario. Esto es todo. Pero no se necesita más para pasar un rato alegre. Y algunos ratos de éstos se recuerdan toda la vida.

La escena permanece sola por un momento, como para excitar aún más la curiosidad del público. Un grave silencio reina por todas partes. La gente se pregunta qué va a pasar allí, y de pronto, cuando menos se espera, óyese un gran golpe de tambora, suena un clarinetazo estridente, y Carusonte, con la rapidez de un rayo y como llovido del techo, cae en el centro del escenario diciendo con voz de falsete:

—Señores, la función empieza...

No es necesario más para que la chiquillada aplauda a rabiar y para que mozas y mozos cambien entre sí miradas amables, como diciendo:

—¿Pero veis qué simpático es el señor Carusonte?...

Animado éste por tan graciosa acogida, suelta la verba, que no la tiene corta, y hace a maravilla el payaso negro del perrillo, mientras mide a grandes pasos el tablado, retorciendo sus flacas piernas enfundadas en pantalones de un luto enérgico, y enredándose en los faldones puntiagudos de un frac nunca visto que le ciñe el pecho fuertemente, hasta saltarle los ojos, todo lo cual le da un aspecto de grillo estrangulado.

—¡Una maravilla! ¡Una verdadera maravilla el tal Merino...

—Nada valgo—grita chillonamente el buen hombre,—soy un nadie, por más que hace dos años cantaba aún con bellísima voz, cosa que me valiera el sobrenombre de segundo Caruso; pero ¿qué queréis, señores? Al volver una noche de la casa de mi empresario, píllame un viento maligno, y he ahí que la voz se me apaga violentamente, como una vela en el aire, y que el segundo Caruso, con admiración piadosa de todos los que le aplaudieron, fenece allí mismo, dejando tan sólo en su lugar al grotesco Carusonte... a este pobre diablo que está a vuestras plantas y que es puramente una caricatura del ilustre desaparecido. Pero Merlino es una gloria, y él sabrá compensaros... Voy a traerlo.

La multitud, encantada de tanta sencillez y mansedumbre, estalla en vivas y aplausos; y Carusonte, después de hacer una reverencia profunda que le voltea los faldones del frac hasta cubrirle las orejas, gira rápidamente y desaparece por el fondo.

La gente se acomoda mejor en las sillas. Un dulcero aprovecha ese primer paréntesis para anunciar sus azucarillos, y los novios cambian sonrisas y miradas significativas, mientras las buenas viejas procuran guardar mayor compostura en sus personas, cruzando los brazos y ajustando sus pañolillos en el pecho.

—¡Pim, pam!...

Es la voz de Carusonte, que suena tras las bambalinas.

Todos los rostros se vuelven hacia el proscenio. Un silencio, dos golpes de triángulo, tres tamborazos retumbantes, y Carusonte aparece en el fondo de la escena, llevando de la mano a Merlino, que avanza parsimoniosamente en dos pies, sin apartar un punto sus ojos humildes del rostro de su amo.

Merlino es un perrillo gris, lanudo, que no levanta gran cosa del suelo. Lleva un collar azul en el cuello; moños, azules también, en las cuatro patas, y moño color de fuego en la punta de la cola. Puesto en dos pies y andando con parsimonia, parece un pingüino que avanza.

—¡Bravo, bravo!—grita Roberto, el hijo del boticario.—Ahora sí que veréis cosa buena... Preparaos a abrir la boca...

El público no le escucha. Todos aplauden: todos se ocupan en ver el foro y los artistas.

Estos, llegados al primer término de la escena, suspenden su marcha y quedan inmóviles.

Se hace el silencio para oír mejor lo que allí se va a decir, y Carusonte, tomando los dos bonetes verdes que están sobre el tapete, coloca uno en la cabeza de Merlino, pone otro en su propia cabeza, y exclama en seguida:

—Señores, aquí tenéis al rey de la altura, a Merlino, que va inmediatamente a subir por esa escalera, para demostrar al inteligente público que es digno del favor que le dispensa viniendo a aplaudirlo en esta respetable sala.

Nadie para mientes en que la respetable sala es tan sólo el patio de la venta, por el cual entraban y salían, no hace unas horas, lechoncillos rollizos, arrieros de barboquejo y mulas bien enjaezadas.

—Señores — continúa Carusonte,—Merlino agradece vuestra presencia, y va a recompensarla como es debido. ¡La suerte empieza!

Dicho esto, maestro y discípulo se encaminan hacia la derecha del escenario, donde se ve la escalera, que se inclina un poco, ajustada en el techo con fuertes cordeles.

—¡Pim, pam!...

Son las palabras cabalísticas con que Carusonte hace saber a Merlino que va a comenzar el acto.

En seguida, sacando el amo de su bolsillo un gran trozo de azú-

(Continúa en la pág. subsiguiente)

Flores de Pravia

Lo más Fino y Esquisito

Jabón, Polvos,

Crema, Colonia

Extracto para el Panuelo

DE NUESTROS CLASICOS

FRAY LUIS DE GRANADA

En la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora

Salid, pues, ahora, hijas de Sión (dice la esposa en los cantares) y mirad al Rey Salomón con la corona con que le coronó su madre "en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón". ¡Oh ánimas religiosas, amadoras de Cristo, salid ahora de todos los cuidados y negocios del mundo; y recogidos todos vuestros pensamientos y sentidos, poneos a contemplar a vuestro Salomón, pacificador de los cielos y tierra; no con la corona que le coronó su padre cuando le engendró eternalmente y se lo comunicó todo; sino con la que le coronó su madre cuando le parió temporalmente, y le vistió de nuestra humanidad! Venid a ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no sentado a la diestra de la majestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frío en un establo. Venid a celebrar este día de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal, desposado con la naturaleza humana, con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redentor.

Llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las escrituras divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendía la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierros de todos los santos. Era la media noche, más clara que el medio día, cuando todas las cosas están en silencio, y gozaban del sosiego y reposo

de la noche quieta. Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente palabra de Dios descendió de las sillas reales del cielo a éste lugar de nuestras miserias, y apareció vestida de nuestra carne... ¡Oh venerable misterio, más para sentir que para decir; no para explicarse con palabras, sino para adorarle con admiración en silencio! ¿Qué cosa más admirable, que ver aquel Señor, a quien alaban las estrellas de la mañana; aquel que está sentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y estrado de sus pies es la tierra; que haya querido bajar a tan grande extremo de pobreza, que cuando naciese (ya que quiso nacer en este mundo) le pariese su madre en un establo, y le acostase en un pesebre, por no tener allí otro lugar más cómodo?...

Grande humildad es nacer en un establo; más grande gloria es resplandecer en el cielo. Grande humildad estar entre estas bestias; más grande gloria es ser cantado y alabado por los ángeles. Grande humildad es ser circuncidado como pecador; pero es grande gloria el nombre de Salvador. Grande humildad es venir al bautismo entre publicanos y pescadores; más grandísima es la gloria de abrírsele los cielos, sonar la voz del Padre, y verse sobre él el Espíritu Santo en figura de paloma, y los preconios y temores de San Juan Bautista. Finalmente, grandísima humildad fué padecer y morir en una cruz; pero grandísima gloria fué oscurecerse el cielo, temblar la tierra, despedazarse las piedras, abrirse las sepulturas, aparecer los difuntos, hacer sentimiento todos los elementos. Todo esto era razón que así fuese: porque lo uno convenía para curar la grandeza de nuestra soberbia, y lo otro convenía a la dignidad de la persona que la curaba...

(Extracto de los Sermones).

SANTA TERESA DE JESUS

Tres cartas

I

"Carta escrita a sor Leonor de la Misericordia, carmelita descalza en el convento de Soria".

¡Oh, cómo no quisiera tener más cartas que escribir sino esta!...

Créame, mi hija, que cada vez que veo carta de Vm. me es particular consuelo: por eso no la ponga el demonio tentaciones para dejarme de escribir. En la que Vm. trae de parecerle anda desaprovechada, ha de sacar grandísimo aprovechamiento. El tiempo le doy por testigo, porque la lleva Dios como a quien tiene ya su palacio, que sabe no se ha de ir; y quiérela ir dando más y más que merecer. Hasta ahora puede ser que tuviese más ternuritas, como la quería Dios ya desasir de todo; y era menester.

Heme acordado de una santa que conocí en Avila: que cierto se entiende que lo fué su vida de tal. Habíalo dado todo por Dios, cuanto tenía; y habíale quedado una manta con que se cubría, y dióla también. Y luego da'e Dios un tiempo de grandísimos trabajos interiores y sequedades; y después quejábase Señor, ¿después que me habéis dejado sin nada, os me váis? Así, que hija, de esto es su majestad, que paga los grandes servicios con trabajos, y no puede ser mejor paga: porque la de ellos es el amor de Dios.

Yo le alabo: que en las virtudes va Vm. aprovechada en lo interior. Dejé a Dios en su alma y esposa; que él dará cuenta de ella, y la llevará por donde más le conviene. Y también la novedad de la vida y ejercicios parece hacer huír esa paz; más después viene por junto. Ninguna pena tenga. Prócese de ayudar a llevar a Dios la cruz, y no haga peso en los regalos: que es de soldados civiles querer luego el jornal. Sirva de balde como hacen los grandes al rey. El del cielo sea con ella...

II

"Carta escrita a un caballero, afligido con la muerte de su mujer."

La gracia del Espíritu Santo sea con Vm., y

INSTITUTO DE BELLEZA

UNICO DE SU GENERO

EN SUD-AMERICA Y DE FAMA MUNDIAL

Señora Elva Larrazábal de Tagle, inventora del famoso tratamiento Bizzornini para la extracción radical del vello.

Mi tratamiento Bizzornini no se vende fuera del establecimiento; si alguien le ofrece algún preparado con ese nombre, tiene que ser una falsificación que puede ser muy perjudicial para usted.

Mi tratamiento Bizzornini está registrado con el N.o 11978, desde el año 1914. Todo pedido debe hacerse directamente al establecimiento.

PIDA PROSPECTO GRATIS

San Antonio, No. 265

Casilla 2165 -SANTIAGO

NOTA: Vendo preparaciones para embellecer. Regalo un frasco de esencia a cada compradora.

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos Depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello **Sobre** el cutis, en cambio Vytt deshace el vello y la raíz **debajo** del cutis. Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se aplicó y el vello ha desaparecido.

El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, Casilla 1161, Santiago.

El "Vytt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

VYTT

Análisis cuantitativo: Natrium sulphide, 8%; Barium Sulphide, 2%; Calcium carbonate, 40%; Glycerine, 2%; Agua, 48%.

le de fuerzas espirituales y corporales para llevar tan gran golpe como ha sido este trabajo: que a no ser dado de tan piadosa y justa mano, no supiera con qué consolar a Vm, según a mi me ha lastimado. Mas, como entiendo cuán verdaderamente nos ama este gran Dios, y sé que Vm. tiene bien entendida la miseria y poca estabilidad de esta miserable vida, espero en su majestad dará a Vm. más y más luz para que entienda la merced que hace nuestro Señor a quien saca de ella, conociéndole: en especial pudiendo estar cierto, según nuestra fe, que esta alma está adonde recibirá el premio conforme a los muchos trabajos que en esta vida ha tenido, llevados con tanta paciencia.

Esto he yo suplicado a nuestro Señor muy de veras, y he hecho que lo hagan estas hermanas, y que dé a Vm. consuelo y salud, para que conmience a pelear de nuevo en este miserable mundo. Bienaventurados los que están ya en seguridad. No me parece ahora tiempo para alargarme más, sino es con nuestro Señor en suplicarle consuele a Vm: que las criaturas valen poco para semejante pena cuando más tan ruínes como yo. Su majestad haga como poderoso, y sea en compañía de Vm. de aquí adelante, de manera que no eche menos la muy buena que ha perdido

III

"Carta al padre Juan de Jesús Roca, carmelita descalzo, escrita desde la cárcel en que se hallaba la santa."

Recibí la carta de V. R. en esta cárcel, a donde estoy con sumo gusto, pues paso todos mis trabajos por mi Dios y por mi religión. Lo que me da pena, mi padre, es la que VV. RR. tienen de mí: esto es lo que me atormenta. Por tanto, hijo mío, no tenga pena, ni los demás la tengan; que como otro Pablo (aunque no en santidad) puedo decir: que las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi religión, son regalos y mercedes para mí.

Nunca me he visto más aliviada de los trabajos que ahora. Es propio de Dios favorecer a los afligidos y encarcelados con su ayuda y favor. Doy a mi Dios mil gracias, y es justo se las demos todos por la merced que me hace en esta cárcel. ¡Ay, mi hijo y padre! ¿hay mayor gusto, ni más regalo ni suavidad, que padecer por nuestro buen Dios? ¿Cuándo estuvieron los santos en su centro y gozo, sino cuando padecían por su Cristo y Dios? Este es el camino seguro para Dios, y el más cierto: pues la cruz ha de ser nuestro gozo y alegría. Y así, padre mío, cruz busquemos, cruz deseemo, trabajos abracemos: y el día que nos faltaren ¡ay de la religión descalza! ¡ay de nosotros!

SAL DIGESTIVA
Bémecé
M. R.
Bicarbonato de Sosa. Magnesia. Carbonato de Cal
ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias. Gastritis, Hiperacidez, etc.
Dosis: Una cucharadita despues de cada comida
de Venta en todas las Farmacias
Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40

MERLINO

car, lo pone en el hocico del animalejo, y éste lo traga violentamente, quedando después inmóvil, como si esperase algo.

—¡Vamos, Merlino!—le dice el maestro.—Advierte que el público se impacienta...

Pero Merlino, que no aparta sus humildes ojos de los del amo, sigue en actitud expectante, como aguardando algún acontecimiento que hubiese de realizarse antes de comenzar la suerte.

Carusonte levanta la cabeza hacia el techo para observar qué es lo que espera o distrae a Merlino; pero como nada advierte, la baja de nuevo, diciendo con energía:

—¡Pim! ¡Pam!...

Mas, el perrillo, inmóvil siempre, no parece escuchar aquellas sílabas animosas, y sigue en su actitud de expectación, con los humildes ojos puestos en el mismo punto. Parece que está escuchando alguna cosa.

Carusonte avanza unos pasos, tratando también de oir lo que tan perplejo trae a Merlino; pero en la sala reina un solemne silencio y no se advierte ni el vuelo de una mosca.

—¡Merlino!—dice el amo con voz que hace pensar en los primeros relámpagos anunciadores de fuertes tormentas.—¿Te haces cargo de que el público ha pagado y de que espera?...

Merlino mueve la cola y clava sus ojos de mártir en el amo, como para decirle:

—¡Ten compasión de mí!...

—¡Pim!... ¡Pam!—repite enérgicamente Carusonte, desoyendo la súplica del animalillo. Pero éste, resuelto a todo, según parece, no da un solo paso, y sigue, como siempre, con los ojos puestos en un mismo punto.

Carusonte, rojo como un pavo, saca del bolsillo un gran pañuelo y se enjuga el sudor que inunda su frente.

—¡Un momento, señores!—dice dirigiéndose al auditorio.

Y tomando nuevamente a Merlino de la mano, da la vuelta con él y desaparece por el fondo.

El público, una vez solo, comenta el suceso.

—Va a castigarlo—dicen unos.—¡Buenos azotes le dará, por más que predica la tolerancia y la dulzura! ¡Pobre animalillo!

—¡Merece una paliza!—dice el guardia que está en la puerta.—Porque esto de pagar una peseta por ver un enterrador de frac y un perro que no hace nada, no me parece divertido.

—¡Qué chasco!—exclama Roberto.—¡Tan bien que trabajó cuando lo vi en Colmenares!...

Los comentarios cesan, porque amo y discípulo se presentan nuevamente en el escenario.

—Señores — dice Carusonte, — Merlino va ya a cumplir como debe. Preparaos a batirle palmas.

El público aplaude con entusiasmo, tratando de alentar al perro; pero éste, más abatido que nunca, vuelve a poner los ojos en su amo, y queda otra vez inmóvil, en la actitud de quien espera alguna cosa.

—¡Merlino!—le dice Carusonte con la voz apagada por la cólera. —¿Olvidas tus promesas?...

Merlino parece olvidarlo todo, absolutamente todo, porque ni se mueve de su sitio ni da muestras de escuchar palabra de las muchas que su amo le dirige.

—¡Vamos, Merlino! ¡Aquí!—grita Carusonte, como un trueno, levantando un pequeño látigo.—¡Aquí, de prisa! ¡Pim, pam!...

Merlino parece sordo, y el público se impacienta ya.

Nueva excursión de Merlino y de Carusonte hacia el interior del escenario; nueva aparición de los dos artistas en el foro, y nuevo fracaso del animalejo, que se obstina en no querer hacer la suerte, pidiendo compasión con la mirada afligida de sus ojos humildes.

La tarde entera transcurre en vanos intentos, porque la obstinación de Carusonte raya con la del perrillo.

—Señores — dice de pronto el guardia en un tono furibundo,— ya es demasiado; habrá que devolver las entradas.

—Por supuesto, por supuesto — responde con gran dignidad Carusonte desde el foro.—Pobreza no quita honradez, y aunque Merlino y yo nos quedemos sin comer esta noche, nadie podrá decir que hemos robado el dinero del prójimo.

Merlino, que está junto a su amo, parece afirmar lo que éste dice.

Y el público desfila hacia la puerta, llevando en los ojos la visión de aquel perrillo triste, que acaso no haya trabajado porque la fatiga o el hambre lo tengan enfermo.

Carusonte, siempre con Merlino a su lado, se dirige hacia la puerta para devolver las entradas; pero en el momento de hacerlo, una cima de todos: es la del tío Canijo, que grita desesperadamente, dirigiéndose a los artistas:

—¡Pero, zopencos! ¿Con qué vais a pagarme el alquiler de las sillas y el del patio si devolvéis lo que os dieron?...

Carusonte, metido en su envoltura fúnebre y estrangulado por ella y por la situación, hace en la puerta de la venta una figura lamentable... Merlino casi llora...

Mas Pazos-del-Alto tiene un gesto de piedad, y la sencilla gente, sin exigir devolución alguna, sale hacia la calle, dejando al tío Canijo con la boca cerrada y a Carusonte con una bolsa pesada en las manos.

Una vez que todos desaparecen por la esquina, Carusonte paga su deuda al ventero, lía las mantas, se coloca en la espalda los chirimbolos de su oficio y sale de la venta con el perrillo en los brazos.

Y así como Merlino, que jamás ha sabido de ascensiones, ni de escalas ni de suertes, acaba de ganar, por la milésima vez quizás y sólo por sus mansos ojos, el sustento de muchos días, que pondrá a cubierto del hambre y del frío el cuerpo suyo y el de su amo.

Carusonte, una vez en el camino abierto, suelta al perrillo, que le sigue alegremente, y mientras la luna llena comienza a levantarse, las sombras de los dos viajeros se funden en una sola, pintando en el suelo un garabato extraño, que es a veces burlesco y a veces lastimoso...

MARIA ENRIQUETA

Correspondencia

María Teresa Peña.— Las arrugas prematuras pueden venir por falta de salud y son fáciles de hacer desaparecer. Las personas sanguíneas están menos propensas a las arrugas que las biliosas. En general, todas las personas calmosas se arrugan poco y tarde: las de pasiones vivas y semblantes expresivos sufren más pronto este daño, porque sus nervios se contraen bajo las impresiones del cerebro.

Ciertos hábitos pueden retardar la presencia de las arrugas. No fruncir con frecuencia las cejas, no reír de manera inmoderada y con frecuencia. No trabajar mucho, no leer ni dibujar largo tiempo, no entornar los ojos para ver mejor. Toda tensión de músculos exagerada, toda fatiga, emoción o sufrimiento, perjudica la pureza del cutis. Una vida tranquila, salud, reposo prolongado, son los mejores remedios contra la vejez prematura.

Empiece usted por examinar su estado general de salud, antes que nada. Si nota alguna anormalidad vaya inmediatamente al médico que la ponga en curación. Una de las cosas más importantes para mantener el cutis bueno, es que la digestión marche perfectamente. Una vez que esté a tratamiento cualquier falla que sufra su menaje, siga el siguiente sistema con su rostro—si usted viviera en Santiago le recomendaría el masaje facial, pero, supongo que en el pueblecito desde donde usted me dirige su carta no existirán semejantes servicios en las peluquerías. Al lavarse se secará con un paño de hilo cuidadosamente, porque la humedad relaja los tejidos. Usará el agua que emplee lo más caliente posible, terminando con una rápida inmersión en agua helada. Luego de bien seca, se pondrá la siguiente crema: Miel de Narbona, 34 gramos. Jugo de cebolla de lirio blanco, 30 gramos. Cera blanca fundida al baño de María, 30 gramos.

Sobre esta crema usará polvos de almidón boricado al diez por ciento.

Siga este sistema durante un mes, mañana y noche y verá usted que esas feas arrugas que la apenan desaparecen totalmente.

Un Tímido.—Para sus manos sudorosas recomendamos lo siguiente: Agua de Verbena, 150 gramos. Agua de Colonia, 150 gramos. Tanino, 0.25 gramos. Lávese las manos frecuentemente, póngase la loción anterior y luego dése polvos de talco mezclados por partes iguales con ácido bórico pulverizado.

Niña moderna. — Si su boquilla de ámbar se ha puesto de un sucio color amarillento, lávela con agua jabonosa y déjela después remojando en agua oxigenada veinticuatro horas, teniendo cuidado de ponerla en un recipiente que tenga cierre hermético.

Santiaguina.—Supongo que el frasco a que usted se refiere es de esencia. Para abrirlo bastará que frote un rato largo el gollete con un cáñamo. La frotación producirá calor y la tapa de cristal se desprenderá fácilmente.

Una dueña de casa.—Para evitar que las chinches se desarrollen con los calores que luego empezarán, puede usted pulverizar las habitaciones y los muebles con la siguiente preparación: Agua, 1 litro. Esencia de trementina, 1 litro. Espíritu de vino, 1 litro. Sublimado corrosivo al 1 por mil, 100 gramos.

Lolita.—Las noticias que dan los diarios en Vida Social no se pagan. Mande la fotografía con el nombre de la señorita en cuestión, el nombre del novio y la fecha en que se efectuará el matrimonio al diario que usted desee, dirigiendo la carta al Director de la Vida Social.

Un entusiasta.—Dolores del Río es mexicana, perteneciente a una familia de lo más distinguido del país, emparentada con los marqueses de Vinet, aristócratas españoles. Es casada con don Jaime del Río. Su dirección es: "Metro-Goldwyn-Mayer. — Culver City, California."

Penquista.— Si se le caen las pestañas use lo siguiente: Infusión de té, 100 gramos. Sulfato de Quina, 1 gramo. Póngaselo a toda hora con un pincelito suave.

Buena dueña de casa.—Esa mancha de tinta en la alfombra del escritorio que la tiene tan preocupada desaparecerá fácilmente, querida señora. Empape con leche la mancha. Verá usted que al rato la leche se empieza a oscurecer porque absorve la tinta. Con una esponja quite esa leche y ponga nuevamente leche limpia. Volverá a oscurecerse. Vuelva a retirarla con la esponja y a renovarla. Poco a poco verá usted que la mancha va desapareciendo, hasta sólo quedar la señal blanquizca y grasienta de la leche. Entonces déjela secar y ya seca, frótela con bencina. Su alfombra quedará como nueva.

Lucrecia Silva.—Usted debe tener algo a los riñones y cuanto antes póngase en manos de un buen médico.

CORRESPONDENCIA A ESTA SECCION. — Se contestará toda pregunta a nuestros lectores.

Toda correspondencia debe dirigirse en la forma: Dirección de "Para Todos" (Sección consultorio de belleza). Casilla 3518.—Santiago.

La Señorita

Marthe Chenal,

la hermosa diva de la GRAN OPERA de PARIS, habla de la "VELOUTY" de DIXOR (M. R.)

"Velouty de Dixor"
Tu nous donnes blancheur
De neige — plus encor
Des roses la fraîcheur!

Marthe Chenal

Traducción:

"Velouty de Dixor"
La blancura nos das
De la nieve; aún más:
De rosas el frescor.

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS.

REISER, PETITBON & CIA.

Antiguos Representantes de Fábricas Extranjeras

Establecidos el año 1900

SANTIAGO	MILANO	VALPARAISO
Estado, Núm. 91	Corso Italia 8	Blanco, Núm. 913
Casilla 69	ITALIA	Casilla 1397

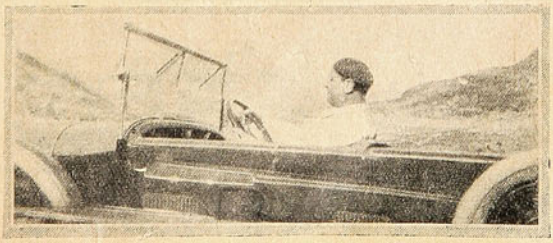
AGENTES GENERALES PARA CHILE DE LAS SIGUIENTES FABRICAS ITALIANAS:

AUTOMOVILES.....	"FIAT"
CAMIONES.....	"SPA"
ASCENSORES.....	"STIGLER"
NEUMATICOS.....	"PIRELLI"
BICICLETAS.....	"BIANCHI"
MOTOCICLETAS.....	"BIANCHI"
ACUMULADORES.....	"HENSEMBERGER"
MAGNETOS.....	"MARELLI"

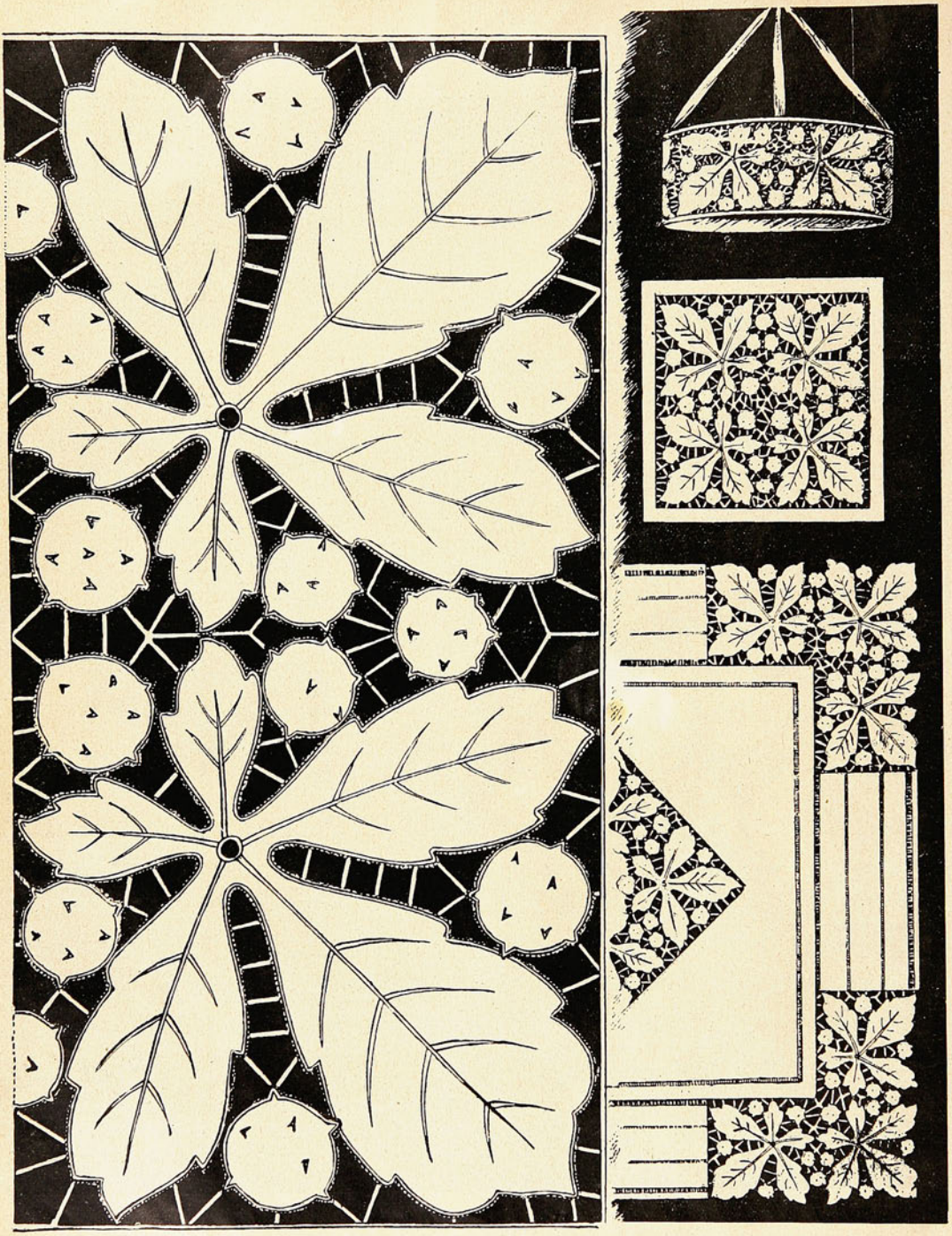
Presupuestos, Catálogos e Informaciones Técnicas a Solicitud

LOS ARTISTAS Y EL AUTOMOVIL

Una linda estrella norteamericana manejando su auto.



Emil Janning manejando su coche.



Las mantelerías blancas.

Para aquellas señoras que no transigen con las mantelerías de color tan de moda, damos este hermoso modelo en granité blanco, adornado de un rico motivo Richelieu.

UN PASO HACIA EL IDEAL

LO QUE SIGNIFICA EL TE DANZANTE

El proceso puede hacerlo cualquier historiador del desenvolvimiento de los hábitos sociales y no tiene por qué ser un Heródoto quien trate de filosofar sobre la costumbre moderna de introducir la danza aún entre las cosas más serias de la vida. Zarathustra ha dicho que es necesario saber bailar y es de suponer que Zarathustra no hubiera bajado de la montaña para decirnos algo sin importancia, pues este hombre fuerte y renovador quería crearnos de esta manera una moral más sincera y más ágil.

*

La danza, en épocas anteriores, fué el rito alegre que, forzosamente, tenía que ser celebrado después de la cena. En esas épocas nadie se hubiera atrevido a bailar de día. Tenía cierto sentido caricaturesco danzar a otra hora que no fuera la noche. Una de nuestras graves abuelas no se hubiera atrevido jamás a echar su pavana entre sorbo y sorbo de mate, a eso de las cuatro de la tarde, cuando estaba en todo su auge el recibo de misiá Panchita Villablanca. Es claro que podía haber casos "de fuerza mayor", pero no era lo general y lo general quiere decir la costumbre.

Mas, nos fuimos libertando, ya que en nombre de la libertad de espíritu es que hablaba también Zarathustra. Y se empezó a bailar antes de la sopa y luego a la hora del aperitivo y después a la hora del té. El baile se ha ido intercalando en la vida moderna hasta ser un hábito de todo momento.

Por eso no es posible saber si a la hora del té hay que bailar o tomar té, o si es preciso que el té baile y todas las cosas tengan un momento en que estén en movimiento rítmico.

Pero, y esta es la importancia profunda de los matices de la vida; el baile hace perder al ritual del té toda su rigidez. Sin baile, el té resultaría una rutina. Porque arrojar un puñado de hojas que amarillean como las manecitas que en el lejano Oriente fueron cosechándolas, arrojar esas hojitas en una tetera, servirlo en delicadas tazas de porcelana traslúcida e irlo saboreando lentamente, en el mayor número de sorbos para prolongar la fruición de una hora tranquila; eso, eso decentona en el vivir moderno... Dinamismo quiere la hora actual. Y entonces se rompe el encanto de viejo rito y se crea la necesidad del té danzante.

Y mientras el té danzante se hace hábito y la comida danzante gana terreno y el aperitivo danzante asoma tímidamente en lontananza, aguardemos pacientes y resignados la hora del desayuno danzante para bien acercarnos al ideal de Zathustra, que es el de despertarnos bailando.

REFRANES SENTENCIOSOS

Parientes y trastos viejos, pocos y lejos.

Guerra, caza y amores, por un placer, mil dolores.

Al que de ajeno se viste, en la calle le desnudan.

No firmes carta que no leas ni bebas agua que no veas.

Da Dios almendras a quien no tiene muelas.

Oveja que bala, pierde bocado.

Por do fueres, haz como vieres.

A la mala costumbre, quebrarla las piernas.

A buen pagador, no le duelen prendas.

El melón y el casamiento ha de ser acertamiento.

Quien no tuviere que hacer, arme navío o tome mujer.

Candil sin mecha, poco aprovecha.

Soldado agua y fuego, se hacen lugar luego.

Amigo con todos y fiel con ninguno.

Ni te dé Dios más mal que muchos hijos y poco pan.

Quien ramo pone, su vino quiere vender.

Si quieres malas mañas, compra rocines y albardas.

Crinofricto

por sus virtudes no sólo es el mejor depilatorio. sinó que es

UNICO EN EL MUNDO,

y si se tiene en cuenta que

DURA ETERNAMENTE

también es el más barato.

NO SE GASTA CON EL USO Y SU ACCION ES CADA VEZ MAS EFICAZ.

¿QUE ES EL «CRINOFRICTO»?

"CRINOFRICTO" es una sorprendente Novedad Británica, para uso del tocador. Fabricado exclusivamente en Shalford, Inglaterra.

No es una substancia natural y simple, sino una composición cuidadosa y científicamente preparada después de largos años de costosos y delicados experimentos. Libre de todo ácido o cáustico que pueda dañar el cutis más delicado.

No existe en el mundo un producto similar al **"CRINOFRICTO"** o con el cual se le puede comparar.

Su efecto es absolutamente SEGURO e HIGIENICO.

El **"CRINOFRICTO"** es una hermosa pastilla blanca, pura, inodora, de forma ovalada, con una de sus faces ligeramente convexa o rayada y la otra face completamente lisa y más suave; sirve principalmente para depilar $ 70.

Agentes Exclusivos para Chile:

Gath & Chaves Ltd.

ESTADO ESQUINA DE HUERFANOS.

Santiago, octubre de 1927.

Distinguida señora:

Tenemos el agrado de comunicar a Ud. que hemos tomado a nuestro servicio al reputado profesional de "coiffure", Mr. Paul, por lo que esperamos se servirá visitar nuestro departamento de Peluquería Señoras, tercer piso, donde él y otros especialistas del peinado podrán atender a Ud. con el mayor esmero y a su completa satisfacción.

Sin otro objeto, quedamos a la espera de su grata visita, y aprovechamos la ocasión para suscribirnos de Ud. Attos. Ss. Ss.

The Chilian Stores GATH & CHAVES Ltd.

MU-SIAN

CUENTO CHINO

NARRADO POR UN RUSO

YON-KO-ZAN tenía cuatrocientas ochenta y dos lunas de edad, o sean treinta y cuatro años cumplidos. Enormes espejuelos daban testimonio de su profundo saber, su tez era del más hermoso color amarillo que puede verse y la coleta de seda en que terminaba la larga trenza de sus negros cabellos le caía hasta los talones. Para terminar el retrato diremos que Yon-Ko-Zan estaba enamorado, pero enamorado como sólo puede enamorarse un chino: enamorado por referencias.

Amaba ardientemente, apasionadamente, locamente a la bella Kouar-Mu-Sian, a la que, sin embargo, no había visto nunca...

El día anterior, su madre, la venerable madre de Yon-Ko-Zan, le había mandado llamar y después de saludarle inclinándose hasta el suelo, le había hablado así al describirle los encantos de la hermosa niña:

—¿Has oído hablar, mi querido dueño, de la incomparable Kouar-Mu-Sian, la hija del venerable A-Puo-Chin-Yan?

Yon-Ko-Zan cerró los ojos para indicar a su madre que estaba dispuesto a escuchar.

—Hoy mismo, su honorable madre, Tohu-Chu-Mei y ella han venido a visitarme. En prueba de simpatía mutua nos hemos bañado en la misma piscina y he podido admirar la belleza de Kouar-Mu-Sian... ¡Es más hermosa que yo!...

Yon-Ko-Zan, como hijo amante y sumiso, no contestó; limitóse a mover la cabeza para indicar hasta qué punto aquella afirmación le parecía inadmisible.

—Más hermosa que yo—repitió Sian-Yen-Yan con energía—y su educación puede servir de modelo. No sabe siquiera atarse las cintas de su bata; puede, cruzando las manos sobre el pecho, rascarse la punta de la nariz; tan largas son las uñas de sus dedos índice y meñique; su cuerpo parece haber sido tallado en el más amarillo de los limoneros... En cuanto a los méritos y servicios de sus antepasados, dudo que tres resmas de papel de arroz sean suficientes para enumerarlos. He aquí todo lo que tenía que decirte, mi querido dueño.

Y se retiró, después de haberse inclinado hasta el suelo ante su sabio hijo.

En toda la noche siguiente, Yon-Ko-Zan no pudo conciliar el sueño. Compuso unos versos en los cuales cantaba la incomparable belleza de Kouar-Mu-Sian y con ellos se presentó por la mañana en las habitaciones de su madre. Hizo a ésta los diez y seis saludos que todo chino debe a los autores de sus días y terminado este cumplimiento, le leyó el canto que le había inspirado la hermosura de su presunta prometida. Hélo aquí:

"Mi tinta no es bastante negra, mis pinceles no son bastante ágiles, la ciencia de las letras, que nos viene del cielo, no tiene bastantes palabras para cantar su belleza.

"Cuando ella anda, la huella de sus pasos recuerda la de un gatito que huye; con el agua que puede contener uno de sus escarpines apenas si una mariposa pudiera apagar su sed; sus ojos son semejantes a pequeñas hendiduras donde, como ratoncillos petulantes, se mueven sus negras pupilas.

"Ella desconoce todavía la diferencia entre el bien y el mal, y ya su cuerpo, amarillo como un trozo de marfil antiguo, demanda y espera caricias y besos.

"Su sencillez es tal, que ella no sabe todavía lo que distingue el día de la noche; la luz de la luna le parece igual a la del sol.

"El jardinero del cielo, A-Puo-Chin-Yan, su padre, ha visto crecer esta flor en sus jardines. ¡Feliz aquel que la posea! ¡Feliz aquel que se embriague con el perfume de su boca; feliz aquel sobre cuyo rostro caigan las lágrimas de sus pestañas!..."

Sian-Yen-Yan escuchó, con los ojos cerrados el poema de su hijo. Cuando éste hubo terminado le dijo:

—Veo que amas con verdadero amor a la bella Kouar-Mu-Sian. No debes, por tanto, sufrir lejos de ella. Ella también, según la afirmación de su madre, siente por tí una ardiente pasión.

Fué por la noche, a la hora del reposo y la alegría, cuando un largo cortejo compuesto de sesenta y dos mandarines, deudos de Yon-Ko-Zan, se detuvo a la puerta de A-Puo-Chin-Yan. Detrás de aquellos familiares venían sus mujeres, en palanquines, y después sus hijos, llevando todos farolillos de color. A la cola del cortejo se arremolinaba una muchedumbre de curiosos.

Penetraron por la abertura oval practicada en el muro, golpearon el **gong** y cuando el dueño de la casa apareció ante ellos, le preguntaron:

—¿Qué mal te ha hecho Yon-Ko-Zan, el más ilustrado joven de la China, el ornamento y argullo de nuestra Patria?

A-Puo-Chin-Yan se inclinó profundamente hasta por tres veces ,tal como está obligado a hacerlo un ignorante delante de los sabios, y contestó:

—Yo respeto en gran manera el saber del joven Yon-Ko-Zan y para mí será el mayor placer oír la relación de sus buenas acciones y sus altos hechos.

Los parientes de Yon-Ko-Zan siguieron preguntando:

—¿Por qué entonces atormentas tú a ese joven? ¿Por qué deseas su pérdida?

Y cuando A-Puo-Chin-Yan expresó la sorpresa y el aturdimiento que le causaban tales preguntas, entonces le explicaron el asunto de que se trataba.

—En tu jardín, ¡oh, favorito del cielo!, crece una flor que quiere coger el joven Yon-Yo-Zan. El perfume de esa flor, extendiéndose por toda la tierra ha perturbado sus sentidos y envenenado su sangre juvenil; hoy se encuentra sin fuerzas, su muerte está cercana, su anciana madre acaba de llamar al bonzo para que lea las últimas oraciones al fruto amado de su corazón. Esperamos que tengas compasión de ese joven y le dejes coger la flor que le atrae...

A-Puo-Chin-Yan, comprimiéndose la cabeza entre las manos en demostración de intenso dolor, exclamó:

—¡Qué terrible desgracia! ¡Qué espantosa coincidencia! Esa misma hermosísima flor morirá bien pronto, y morirá de amor por un joven adolescente... venís a mí cuando estoy sumido en el dolor más profundo y cuando todo está ya dispuesto para los funerales de Kouar-Mu-Sian...

—¡El nombre, el nombre del culpable! —gritaron a una los comisionados, tirando de sus sables.

A-Puo-Chin-Yan, mostrándose espantado, inclinóse al suelo y respondió:

—¡Yon-Ko-Zan!...

Apenas hubo pronunciado este nombre, los amigos y deudos de Yon-Ko-Zan prorrumpieron en gritos de alegría; adelantáronse los músicos seguidos de la multitud de curiosos y comenzó el baile en honor de los dos enamorados.

A-Puo-Chin-Yan hizo que los visitantes penetraran en la casa; las señoras fueron conducidas a los departamentos reservados mientras los maridos tomaban asiento en la terraza del jardín y se armaban de los indispensables palillos para dar comienzo al festín a que se les invitaba.

Sirviéronles huevos empollados y tostados; cochinillos mamones asados, confituras de gengibre, hígados de ganso, sopa de aletas de tiburón, caviar de langosta, almendras tostadas otra sopa de huevos de paloma, pollo hervido y adornado con cogollos de bambú; una tercera sopa de arroz y nidos de golondrina, ranas fritas, tuétano de sollo con cebollas y trufas, mirlos asados y en ensalada, un pato rodeado de cincuenta y dos fuentecillas distintas, pescado ahumado, cangrejos entre pétalos de rosa, salsa de pétalos de crisantemo, ostras asadas, pasteles de confituras de dátiles y almendras, pastelillos de puerco; nueva sopa de yerbas marinas, más pasteles de huevos empollados y de habas, sopa de babosas de mar con espinacas, nuez moscada y cohombros con sal y azúcar...

Los huéspedes comieron por espacio de tres horas, completamente olvidados de las pobres víctimas que morían de amor. Cuando todos fueron presa del hipo, el dueño de la casa, comprendiendo que estaban satisfechos, se puso en pie y dijo:

—Señores: vuestra llegaba a mi hogar ha sido inesperada por completo; perdonadme, pues, el haberos ofrecido solamente la ordinaria comida de cada día.

A lo que contestaron todos:

—He aquí lo que atestigua la riqueza de tu casa; la de Yon-Ko-Zan no es menos suntuosa. Jamás una aguja (y de ello estamos, desde luego, convencidos) ha desflorado los dedos de Kouar-Mu-Sian; jamás sus uñas se han estropeado en un trabajo despreciable...

Y dicho esto entregaron al feliz padre los regalos del novio: túnicas bordadas de hojas y flores brillantes y dragones de oro, mangas de tul de seda cubiertas de mariposas del más exquisito trabajo. A-Puo-Chin-Yan, a su vez, envió al novio una túnica enteramente bordada con nombres tiernos y dulces. Era aquella la mano de obra de ochenta criadas, más la misma Kouar-Mu-Sian había agregado algunas puntadas irregulares para testificar su absoluta ignorancia del arte del bordado

—La flor de mi corazón, la bella Kouar-Mu-Sian desearía admirar al sabio Yon-Ko-Zan con este brillante traje, tan pronto como sea posible. Ella arde en deseos de ourleer todos los nombres cariñosos bordados sobre este tissú, ya que ella no puede, por sí misma, ni siquiera deletrearlos...

—Todos nosotros podemos afirmar la completa inocencia de la incomparable Kouar-Mu-Sian—, agregaron los deudos del novio. Mas ya es hora de volver a la vida a nuestros pobres moribundos llevándoles la buena nueva.

Y solamente cuando los extraños embajadores franquearon la pequeña puerta oval que daba salida a la calle, fué cuando A-Puo-Chin-Yan les manifestó su deseo de trabar conocimiento cuanto antes con su futuro yerno.

*

Sus palanquines se encontraron una vez en la mitad exacta del camino que separaba los hogares de los dos novios. El de Kouar-Mu-Sian estaba herméticamente cerrado; la vista no podía penetrar en él; pero esto no impidió que Yon-Ko-Zan compusiese en el acto un pequeño poema destinado a celebrar la belleza de aquella cautiva, realmente desconocida para él. Después entró en la casa de A-Puo-Chin-Yan y sin atreverse a levantar los ojos ante su dueño y señor le hizo las veintitrés reverencias debidas por el adolescente, por el joven sin experiencia, al venerable sabio que tenía delante.

Pasados algunos minutos de espera, el visitante invitó al dueño de la casa a tomar asiento, sin ceremonias, recibiendo él igual

invitación. Los los se instalaron en la alfombra que cubría el piso y entonces comenzó entre ellos una conversación muy animada. Yon-Ko-Zan debía, antes que nada, informarse de la salud de su futuro suegro. Y lo hizo en estos términos que son los usuales en el idioma chino:

—¿Cómo suda usted?

Después, y siempre de la misma manera, le preguntó por su muy honorable esposa, por sus hermanos, las mujeres de éstos, sus tíos, tías y abuelos. Y oyendo que la abuela de A-Puo-Chin-Yan hacía trescientas veinticuatro lunas que había muerto, expresó el pesar que le causaba el fallecimiento de una mujer de tanto mérito; y siguió enunciando la misma pena en honor del abuelo, del bisabuelo y del tatarabuelo de su futuro suegro. Al enterarse de que los padres de éste habían muerto también (lo que desde luego no era de extrañar, dada la edad del hijo), Yon-Ko-Zan se retorció las manos con desesperación, una expresión dolorosa apareció en su semblante y sus labios repitieron iguales frases de pena, pues ya no podría oír los consejos de personas tan sabias y experimentadas.

A-Puo-Chin-Yan, a su vez, pidió a su interlocutor noticias de todos los suyos; lloró por los desaparecidos y deseó alegría y buena suerte a los vivos.

Tan sólo respecto de una persona permanecieron mudos: ni una palabra pronunciaron acerca de Kouar-Mu-Sian. Como buenos chinos de esmerada educación, ambos evitaron hablar de lo que les interesaba y llevaron la conversación a temas más elevados. Yon-Ko-Zan expuso las causas del último eclipse de luna; habló de las interminables guerras suscitadas por un famoso Bogdikan que había vivido veintidós siglos atrás y los pueblos que habitaban al otro lado de la Gran Muralla.

—El futuro esposo de mi hija es un hombre inteligente en extremo—, dijo a su esposa A-Puo-Chin-Yan a la hora de sentarse a la mesa.

—El padre de mi novia es un hombre bastante inteligente—, dijo Yon-Ko-Zan a su madre en el momento de entrar en su casa:—¡Sabe escuchar!...

Por la tarde, la incomparable Kouar-Mu-Sian masticaba ruidosamente algunas golosinas que le había traído la madre de su prometido. Cuando se le servía alguna de las más conocidas preguntaba la niña cómo se llamaba aquel manjar, si se comía y cómo se le comía. Y todos los presentes se extasiaban ante aquella absoluta inocencia.

Terminada la colación, Kouar-Mu-Sian se levantó y... naturalmente, cayó al suelo. El entusiasmo llegó a su colmo al darse cuenta los presentes de la extremada pequeñez de aquellos pies.

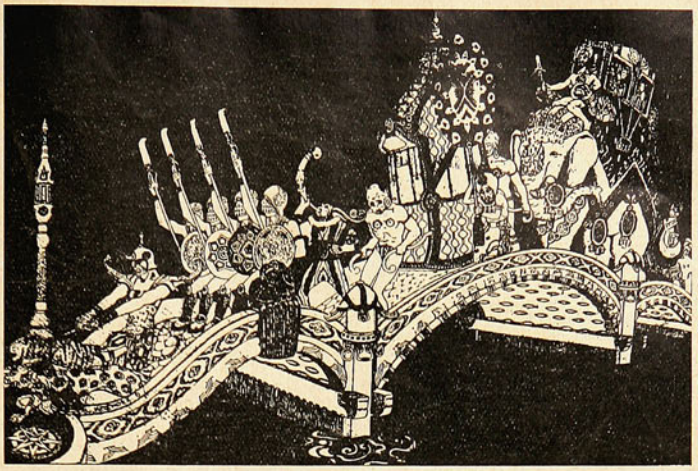
—Mi hijo será feliz. Su futura esposa no sabe nada del mundo—declaró la madre de Yon-Ko-Zan.

—Mi hija será feliz—pensó la madre de Kouar-Mu-Sian.—El que va a ser su marido es tan instruído, sabe tánto de todo...

—El podrá vanagloriarse de la pequeñez de los pies de su mujer—, agregó la madre de la novia.

—Ella puede estar orgullosa—decía la madre del novio.—Su futuro esposo posee tanta ciencia que ha conquistado el derecho de usar espejuelos.

Los días que precedieron a la boda pasaron para todos como minutos, en medio de alegres ocupaciones.



"...cuando un largo cortejo compuesto de sesenta y dos mandarines..."

Los regalos volaban de una casa a la otra. Los parientes de Kouar-Mu-Sian vigilaban el embellecimiento de la casa que edificaba el enamorado Yon-Ko-Zan; los deudos de éste vigilaban a su vez los preparativos del ajuar de la novia.

Decidióse celebrar el matrimonio para la época en que el Dragón Celeste hubiera devuelto por su boca la luna que estaba a punto de tragarse por completo. Así los nuevos esposos sabrían cuántas lunas duraría su feliz unión.

Al fin, una delgadísima hoz de luz brilló en el cielo y el día de la boda llegó.

*

El novio, en su solitaria mansión, leía los sabios consejos de Confucio relativos a la vida conyugal.

La novia, vestida con el traje nupcial, hallábase sentada en su gabinete de soltera oyendo con curiosidad mezclada de extrañeza, los consejos y advertencias de su madre.

En aquella misma hora, a las casas de él y de ella acudían parientes y amigos lanzando alegres gritos y desgranando sus parabienes. Después, en el templo, el bonzo cantó con voz gangosa las oraciones de Confucio, que todos oyeron agrupados ante el altar, llevando en las manos varillas encendidas que despedían perfumada humareda.

Por último, un muchacho encargado de vigilar la aparición de la luna nueva, corrió gritando:

—¡La luna, la luna!...

Todos se mostraron agradecidos al Dragón Celeste que devolvía a la tierra el astro de la noche y se dirigieron a donde se hallaban los novios.

Entre el ruido de la música, de los cantos y del baile, Yon-Ko-Zan fué llevado a su futuro hogar doméstico. Cuando estaba próximo a la puerta, vió que por la misma calle avanzaba otra procesión igual, con los mismos cantos, las mismas antorchas de colores deslumbrantes... Le traían a Kouar-Mu-Sian...

En el jardín comenzó a servirse un banquete monstruoso, entretanto las iluminaciones brillaban con raro esplendor y los cohetes y dragones de fuego chisporroteaban en el espacio.

En la calle también la multitud participaba del festín de la boda; notábase, sin embargo, un extraño contraste entre los jardines de donde partían las alegres exclamaciones de los invitados y la casa donde todo era silencio y misterio.

Yon-Ko-Zan calzando zapatillas suaves sin talones, vestido con un ligero traje donde aparecían bordadas palabras dulcísimas de amor, entreabrió, latiéndole el corazón, la mampara que le separaba de la cámara íntima. Las paredes estaban tapizadas de pesadas telas bordadas de oro; el piso cubierto de alfombras sedosas, y todo alumbrado con farolillos multicolores.

Al fondo de la cámara divisábase la alcoba, sombría, atestada, sobrecargada de almohadones bordados... Y en medio de la habitación veíase de pie aquella minúscula muñeca de catorce años, temblando ante lo desconocido, ardiendo en curiosidad.

Cubierto el rostro con un antifaz de seda dorada. Kouar-Mu-Sian parecía una verdadera estatuilla de la cual iba a salir volando una linda mariposa, matizada con todos los colores del iris.

Yon-Ko-Zan se detuvo y, dulcemente, pronunció su nombre por la primera vez:

"¡Kouar-Mu-Sian!"

Estremecida al oírle, avanzó ella lentamente a su encuentro, moviendo con dificultad sus diminutos pies, y balanceándose como un rosal agitado por el viento.

—Kouar-Mu-Sian—repitió él cuando ella estuvo a dos pasos de distancia: te anuncio que soy tu marido.

La niña cayó a sus pies y él, para ayudarla a incorporarse, le tendió sus manos, manos que ella cogió a tientas y llevó a sus labios.

Al levantarla, Yon-Ko-Zan la condujo hasta la montaña de cojines amontonados junto al muro; desgarró el antifaz que cubría el rostro de Kouar-Mu-Sian y desgarró también los zapatitos que cubrían sus lindos pies.

Se oyó el ruido que produce la seda al partirse; y entonces, por vez primera, Yon-Ko-Zan pudo contemplar aquella belleza que él había cantado con tanta pasión. Hallábase ahora delante de ella, de rodillas, sintiendo el más legítimo orgullo, el orgullo de tener una esposa cuyos dos pies cabían en su mano y mirando con éxtasis la figurilla asustada de "su mujer", la primera mujer de su vida...

Y ella con una curiosidad infantil y una perplejidad creciente, miraba a aquel hombre que estaba arrodillado a sus plantas, aquel chino con espejuelos, igual a otros mil chinos que ella había visto cuando la paseaban en su palanquín por las calles de la ciudad.

¿Dónde estaba aquel otro, aquel otro caballero soñado, de ojos parecidos a rutilantes estrellas, de quien le hablaba su madre cuando ella, la pobrecita Mu-Sian, lloraba ante la simple idea del matrimonio?

*

Dos años transcurrieron y Kouar-Mu-Sian, la "endeble muchachita" como la llamaba cariñosamente su marido, habíase convertido en una muy atravente mujer. El encarnado suave de sus mejillas, sus ojillos estrechos y astutos, su delicado busto cuyas líneas se adivinaban bajo la ligerísima tela, sus pequeñísimos pies, sus manos en miniatura, todo la hacía semejante a una graciosa muñeca de porcelana.

Mu-Sian vivía en una casa cuyas paredes estaban cubiertas de pequeñas placas de loza pintada de flores brillantes. De las cornisas, de los ángulos y remates del techo, colgaban dragones y quimeras también de porcelana, y detrás del edificio extendíase el jardín cubierto de maravillosas flores.

En reducidos macizos sobrecargados de ro-

sas, pequeñas como, margaritas, llenaban el ambiente con su suave perfume. En arbolillos enanos, no más altos que la propia Mu-Sian, maduraban las manzanas, las naranjas, las peras de tamaño de cerezas. Abetos retorcidos, de treinta centímetros de altura, y arces de hojas microscópicas, parecían recortados en finísimo papel de China.

Entre aquellos macizos de juguetería, Mu-Sian, siguiendo la costumbre de las damas de su país, jugaba a las muñecas... Cuando éstas le aburrían se paseaba, poniendo con cuidado sus entorpecidos pies sobre la arena de las alamedas, entre aquellos árboles que un jardinero artista había convertido en pagodas verdes o en figuras grandiosas. O bien, apasionada como era por los peces dorados, gozaba viéndolos juguetear en el agua cristalina de los estanques.

Cuando Mu-Sian lo deseaba, al caer la tarde estallaban los fuegos de artificio, iluminábanse las alamedas y todo el jardín aparecía rayado en zig-zags de oro. Flores y frutas de fuego se balanceaban en los árboles; en el aire chisporroteaban cascadas de luz; volaban quimeras y dragones encendidos y en el cielo sombrío aparecía un galante letrero con el nombre de "Mu-Sian".

Si su marido estaba en la ciudad por permitírselo sus negocios, entonces, de vez en cuando, aparecía en el jardín, la acariciaba, le ofrecía un regalo y la preguntaba si deseaba algo.

—Nada — contestaba Mu-sian moviendo tristemente la cabeza.

Casi todos los días la visitaban parientes y amigas y le hablaban de las casas de porcelana, de las muñecas, de los jardines de árboles enanos, de los fuegos de artificio, de los últimos regalos que sus esposos les habían traído. La pequeña Mu-Sian escuchaba todo aquello como se oye una vieja historia de la que conocemos el principio y el fin.

Ochenta y seis criadas la servían, cada una con funciones especiales. Esta creaba para su señora caprichosos o fantásticos peinados; otra cuidaba del baño; la tercera vigilaba la ropa blanca; la cuarta los alfileres...

Aquellas ochenta y seis sirvientes seguían cada uno de sus movimientos, adivinando el menor de sus deseos; cantaban y bailaban para divertir a su ama; pero Mu-Sian no oía sus cantos, Mu-Sian no admiraba sus danzas...

De los armarios colgaban cuatrocientos trajes; Mu-Sian cambiaba seis de ellos seis veces al día, en obediencia a un obligatorio ceremonial.

¿Por qué, pues, Mu-Sian lloraba cada noche? Ella misma no comprendía el motivo de su llanto, ni de dónde venían las ideas que con frecuencia asaltaban su pequeño y débil cerebro.

Acordábase, sí, de las narraciones de su madre, narraciones que siempre se referían a la Divinidad que la aguardaba en la mansión nupcial, a las caricias que le prodigaría el Caballero del Ensueño cuyos ojos semejaban rutilantes estrellas.

Pero en seguida pensaba que su marido se parecía, como se parecen dos gotas de agua, a todos los demás chinos. Recordaba el ardiente poema compuesto por él cuando no la conocía y se preguntaba por qué razón él no le dedicaba otros iguales, ahora que ya había podido admirar su belleza. En aquellos momentos, la joven lloraba deseando huir lejos..., muy lejos:...

En una palabra, la pequeña Mu-Sian se aburría. ¿Y no es ésta la enfermedad más peligrosa para una mujer, lo mismo en China que en todas partes?

*

Mu-Sian se había sentado en su jardín aéreo, cuando sonó el "gong" y en la pequeña puerta oval apareció un joven de aspecto extraordinario a juicio de ella, que pudo verle desde el balcón, al penetrar el visitante en la casa.

A juzgar por su rostro, era, sin duda alguna, un hijo del Celeste Imperio; pero ¡qué extraño traje! Cubríale la cabeza un sombrero alto, de un negro brillante. Al descubrirse, apareció la trenza arrollada en tres roscas alrededor de la cabeza.

No llevaba túnica sino una especie de chupa muy corta, camisa floreada y zapatos de suelas muy finas que le permitían andar con pasos suaves, vivos y elásticos. ¡Qué contraste con los altos y pesados zapatos de Yon-Ko-Zan! Sobre el pecho del recién llegado lucía un lazo negro semejante a una gran mariposa que hubiera posado allí sus alas temblorosas... Otras dos mariposas, aunque más pequeñas, se habían posado también sobre sus zapatos.

Toda aquella indumentaria le pareció elegante, bonita y graciosa a Mu-Sian. Involuntariamente dirigió la mirada hacia los pies y el pecho donde las lindas mariposas habían elegido domicilio; pero, de repente, pensó en las conveniencias sociales y se retiró del balcón para no ser vista por el desconocido.

Apenas hubo entrado en su gabinete, la criada encargada de anunciar las visitas, le llevó, sobre una bandeja, una linda tarjeta. En vez de enorme rollo de papel, de algunos metros de largo, que se usa en China para esos casos, le fué entregada la pequeña cartulina donde le leyeron, pues ella no podía hacerlo por sí misma, este nombre: "Toun-Li-Chi-San". Era el hijo del hermano de su padre.

Y aún antes de que Mu-Sian hubiera tenido tiempo de contestar que ella no podía recibir estando ausente su esposo; antes de que hubiera podido pronunciar una palabra, el joven estaba a la puerta de la habitación y avanzaba a pasos precipitados, tendiéndole las manos.

—¡Kouar-Mu-Sian! ¿Quién podría reconocerte?

Ella avanzó también para besarle las manos, como ordena la etiqueta china; pero ya él estaba a su lado, la había sujetado por las manecitas, las llevó a sus labios y en seguida depositó un largo beso sobre las mejillas de Mu-Sian estupefacta. ¡Qué exceso de honor aquel, honor que hasta entonces no había merecido ninguna dama china! ¡Un hombre le había besado las manos a ella, a Mu-Sian!...

La joven no podía volver de su sorpresa. Toun-Li, sonriente, la miraba con sus ojillos alegres, rebosantes de malicia.

—Perdóname, Mu-Sian, por haber entrado así, sin ceremonias, sin ninguna de esas ceremonias chinescas de que tanto se burlan en el país de donde vengo; ¡son tan mortalmente fastidiosas, sobre todo, entre parientes?... Pero, oye, deja que te admire otra vez... ¿Es cierto que eres tú, Mu-Sian, aquella chiquitina Mu-Sian que llevaba yo en mis brazos porque sus piecesitos no podían sostenerla a causa del odioso estuche en que estaban encerrados?

Y mientras así hablaba seguía besándole las manos, las mejillas y la boca.

—Mas, ¿qué te pasa?—siguió diciendo Toun-Li.—Parece que estás contrariada. No me has ofrecido asiento... ¡Ah, vamos, sí! había olvidado que en esta tierra el visitante es el que manda sentar a la dueña de la casa... Siéntate, Mu-Sian, y charlaremos.

Y la obligó a sentarse en una poltrona, al mismo tiempo que él se instalaba en un cojín, a sus pies.

—Me parece que estoy hablando con una amiga—pensó Mu-Sian, que se sentía ya muy complacida y había olvidado todas sus contrariedades.

(CONTINUARA EN EL PROXIMO NUMERO)

Acudan Uds. sin pérdida de tiempo a los especialistas

INSTITUTO ORTOPEDICO ALEMAN

San Antonio 540-546 - SANTIAGO-Casilla 3494

APARATOS DE CORRECCION, BRAGUEROS, FAJAS, Etc.

y toda clase de trabajos concernientes al ramo.

NATACHA RAMBOVA, MUJER DE VALENTINO, CUENTA COMO LO CONQUISTÓ

PROLOGO

¡LA figura corporal de Rudy nos ha abandonado! Voy a narrar a sus admiradores de todo el mundo mis recuerdos acerca de él. Mientras escribo estas páginas vuelven a mi memoria aquellos días en los que compartía con vosotros, su público, tantos momentos felices que no olvidaré nunca.

Creo que no tengo derecho a guardar para mí sola mis recuerdos de Rudy, y que debo compartirlos con todos los que le admiraron y amaron. Rudy pertenecía a su público tanto como a mí o a otra persona alguna; por eso creo un deber mío publicar estos recuerdos.

Así, pues, cuando se lean estas páginas debe tenerse presente que sólo quiero llevar conmigo al lector a algunos años atrás de la existencia de Rudy, y que quizá este lector le pudo conocer tan bien como yo misma. Quiero mostraros a Rudy como hombre familiar, como niño grande cuyo corazón no envejecía; al amigo, al compañero, al amante; en una palabra: tal y como era.

Se han escrito muchas Memorias acerca de su vida; algunas, verídicas; otras, no. A lo menos sirven para que se tenga conocimiento de sus primeros años, de su infancia en Italia y de sus primeras luchas en América. El período de su vida que yo voy a narrar empieza el año antes de terminar su película "Los cuatro jinetes", que fué el punto de partida de su fama, y termina unos pocos meses antes de su muerte.

Cuando se lean estas páginas de su vida privada y de la mía, muchos me criticarán severamente. Pero la crítica es una cosa despreciable, que se desvanece en seguida, mientras que la memoria de tal artista guardará la huella de su carácter para todo el tiempo futuro.

El público le conoce bajo la forma de un amante impetuoso: el Jerife, Gallardo el torero, el espadachín Beaucaire; así era ante la pantalla, así se mostraba el artista. Si ustedes quieren conocer al hombre que se ocultaba bajo ese disfraz, búsquenlo en estas páginas. Se le verá ensayando, representando, en momentos de descanso, y se estimará al hombre privado tanto como al artista.

Poca cosa habrán ustedes oído de lo que se refiere a cierto aspecto de su vida: a lo concerniente a las cosas psíquicas. Muy poca gente sabe que Rudy era un "medium" de gran clarividencia y que había realizado maravillosas experiencias en sus comunicaciones con el mundo de los espíritus.

En estas páginas contaré a ustedes alguna de estas experiencias, que me fueron narradas personalmente por él, pero que nunca fueron publicadas.

En la época en que murió Rudy mi familia y yo tuvimos la fortuna de albergar en el hotel de mi padre al señor Jorge Wehner, un notable espiritista. La claridad de visión de Mr. Wehner cuando caía en un trance profundo nos hizo posible comunicar con Rudy inmediatamente después de haber muerto. La insólita rapidez con que Rudy se puso en comunicación con nosotros se debe en gran parte a la experiencia y consejos que había recibido en vida de esa alma tan grande, H. P. Blavastky, fundadora de la Sociedad Teosófica.

Las comunicaciones que se leerán más tarde fueron dictadas por Rudy al "medium" antedicho, profundamente dormido. Las reproduzco tal y como las tomé, algunas de ellas ante mi padre y mi madre, ante el señor Richard A. Hudnut y algunos amigos íntimos.

En estos mensajes, Rudy regala al mundo el fruto de su experiencia personal al trasponer la gran puerta del más allá, y todo su conocimiento adquirido en en la otra vida.

Espero que al transmitir sus enseñanzas Rudy pueda aún servir al público y devolverle así, a su manera, el afecto que tan generosamente le concedió.

A mi madre debo algunos de los detalles de estas Memorias, que fueron recogidas por ella, y a mister Wehner, por sus facultades psíquicas, que hicieron posibles las revelaciones de Rudy.—**Natacha Rambova.**

Valentino, con su mirada sugestionadora.

MI PRIMER ENCUENTRO CON RODOLFO

FUE un día templado de invierno, en Hollywood, en uno de los pocos sitios donde pueden verse tales cosas. El viejo estudio parecía aún una colmena; pero la gran agitación y atareamiento que la impresión de "Los cuatro jinetes" había producido, estaba a punto a extinguirse, y cierta calma y descanso comenzaba a enseñorearse del estudio.

En esta época trabajaba yo allí, como director artístico, para la Nazimova. Estábamos a punto de comenzar a "filmar" la película "Camila"; pero un pequeño detalle nos tenía detenidos. No teníamos quién representase el principal papel masculino. Habíamos probado un "Armando", el papel masculino más importante, alto y otro bajo, uno gordo y otro flaco, oscuro y claro; ninguno nos gustaba.

Entonces llamaron a mi puerta.

—Adelante—repliqué, algo aburrida, pensando en que iba a tener que contemplar a otro presunto Armando.

La puerta se abrió, y Nazimova entró seguida de una corpulenta persona envuelta de pies a cabeza en valiosas pieles, como un esquimal. Lo que se veía de su rostro no era muy atractivo. Dos ojos negros chispeantes, con pestañas y cejas blancas por la mica que se utiliza para simular la nieve en los estudios de "cine". "Este—pensé yo—es el peor de todos".

—Natacha: quiero presentar a usted a Rodolfo Valentino. Rodolfo: esta señorita es miss Rambova, mi director artístico.

El hombre de las pieles avanzó y nos dimos la mano. Por lo menos, su apretón era vigoroso Puede decir que un poco demasiado vigoroso. Le miré a la cara. Dos pequeños arroyos de sudor le corrían por el rostro través de la pintura de la caracterización se mezclaban con la mica. ¡Qué día de calor aquél! La visión de este hombre derritiéndose dentro de sus pieles difícilmente podía evocar al romántico Armando. Entonces él sonrió. El resplandor de sus filas de dientes, perfectamente iguales, tenía algo muy atractivo.

—Natacha: éste es el joven que trabajó para Rex Ingram en "Los cuatro jinetes". ¿Qué piensa usted de él? June Mathis dice que podría servirnos.

El hombre de las pieles sonrió y comenzó a hablar nerviosamente y con un ligero acento extranjero.

—Espero que me perdone por la facha con que me presento. Creo que usted sabrá que estoy trabajando con Alicia Lake en "Mares desconocidos", y he estado trabajando al sol durante dos horas. No puedo detenerme ahora, porque me estarán buscando. Hágame el favor de disculparme con Madame.

Otra sonrisa, una inclinación y se marchó.

Así vi por primera vez a aquel hombre de quien había oído hablar tantas veces. Realmente, se le parecía poco; pero a veces nuestros vestidos pueden engañarnos, sobre todo en condiciones como aquéllas.

Nazimova me explicó que había visto alguno de sus "arranques" y que le habían parecido realmente muy buenos, quedando convencida de que era él la única persona que podría representar el papel de Armando, aun cuando siempre pudieran oponérsele algunos "peros", y esta vez eran de los peores.

No quedaría libre con Alicia hasta lo menos dos o tres semanas después, lo cual significaba, probablemente, cuatro o cinco, y al cabo de unos días marchaba contratado a Arizona. Así pues, sería necesario que trabajase en dos películas al mismo tiempo, cosa que se hacía a veces. Nazimova esperaba que regresase míster Byriant, su marido y empresario, que estaba entonces en Nueva York. Quizá no opinaría favorablemente, por el concepto tan distinto que tenía del personaje de Armando. Sin embargo, Madame llevó adelante sus gestiones, y después de muchas conferencias con el director de Alicia y con la plana mayor de la casa, llegó a un convenio. Teníamos que esperar tres semanas. Yo no me explicaba de momento por qué tantas dificultades para que Valentino representase el papel de Armando, y me parecía que era una de las tantas ideas raras que asaltaban a la Nazimova.

RUDY ERA UN CHICO RARO

LAS tres semanas pasaron, y por fin nuestro hombre volvió. El primer problema quedó resuelto; pero quedaba otro, y era el del pelo charolado que llevaba el protagonista. ¿Cómo nos íbamos a arreglar? Nos reunimos todo el mundo en mi despacho para discutir esta cuestión tan importante. El Armando del argumento que teníamos que realizar era un joven francés, provinciano, ineducado y que seguramente desconocía el uso de la pomada para el pelo. Además había que esperar la opinión de Mr. Bryant.

Después de muchas discusiones, nos deci-

dimos ver qué tal parecería Rudy con el pelo rizado naturalmente, que, como es de suponer, poseen todos los buenos chicos de provincia. Rudy fué enviado a su cuarto para que se quitase el barniz del pelo dándose un buen lavado de cabeza, mientras que yo acaparé todos los hierros y tenacillas de rizar el pelo y lamparillas de alcohol que encontré en la peluquería. Por qué razón no encomendamos esta operación al peluquero es cosa que realmente no me acuerdo, aún cuando creo que fué realmente para conseguir que Rudy revocase su decisión de no mostrarse jamás con pelo rizado. Yo le aseguré que las tenacillas no harían más que ondulárselo ligeramente.

Por fin, la transformación se verificó. Madame Nazimova estaba encantada. Yo reservaba mi opinión y Rodolfo estaba horriblemente contrariado. Sin embargo, después de hacerse una prueba, y cuando pudo verse a sí mismo que hacía buen efecto en la pantalla, su gusto por la buena caracterización, juntamente con los argumentos de la Nazimova, le dejaron convencido.

Mis recuerdos de aquel tiempo me presentan a Rudy como un chico raro, y, en rigor, siempre fué un niño. Se sumergía de tal manera en la obra que estaba representando, que se olvidaba de todo lo que le rodeaba; pero en los descansos entre dos escenas parecía no tener otro deseo más que divertir a todo el mundo con sus chistes y piruetas. Este aspecto de Rudy me fastidiaba mucho, porque sus chistes americanos dichos medio a la italiana resultaban perfectamente sin gracia. Su continua y forzada jovialidad me cansaba mucho, porque en estos días yo tomaba a la vida, al trabajo y a mí misma muy en serio.

Tiempo después solíamos divertirnos recordando estos detalles, y Rudy me confesó las razones de esa extraña conducta. Su mejor amigo en aquella época era Norman Kerry, que le había facilitado el medio de entrar en las películas. Norman se mostraba siempre muy campechano con todo el mundo y se hacía muy simpático, por lo cual Rudy, esperando alcanzar los mismos resultados, procuraba seguir el modelo de Norman lo más exactamente posible. Todo el mundo que conozca a Norman sabe qué maravilloso sentido de la alegría posee, qué buen humor, qué espontaneidad y qué gracia en los chistes. Esto es lo que incitaba a Rudy a mostrarse de un modo semejante.

Cuando comencé a conocer a Rudy más profundamente, comprendí que bajo toda esta alegría forzada había un muchacho triste y abandonado. Siendo como era un extranjero y un desconocido, el camino que tenía que recorrer no era de los más fáciles. Las mismas gentes que entonces le consideraban por debajo de ellos fueron las primeras que después de sus éxitos le rodearon de atenciones y adulaciones.

El recuerdo de estos días nos producía luego después gran diversión. Sin embargo, hubo un episodio en aquellos días que nunca pudo olvidar Rodolfo. Una deuda de gratitud y de afecto le ligaba con Pauline Frederick y con su madre por el gran cariño e inteligencia que le prodigaron cuando las necesitó. Siempre me habló de ellas en este sentido y siempre con emoción en su voz, recordando cómo le habían ayudado en todas las ocasiones.

Como Rodolfo y yo habíamos nacido ambos en Europa y hablábamos francés e italiano, encontramos en seguida un terreno fácil para entendernos y para cimentar nuestra amistad. Teníamos muchas cosas que contarnos de nuestra vida en Francia e Italia, conversaciones que terminaban en alegres planes para volver a Europa, aun cuando de momento no pensábamos que esta visita la íbamos a hacer juntos.

Yo vivía entonces en un pabelloncito, del que estaba muy contenta. Se componía de un dormitorio, un cuarto de baño, una habitación para estar y una cocinita. Lo había decorado con brillantes colores. Los muebles que había adquirido de segunda mano consistían en mesas volantes y sillas, pintado todo de rojo y negro, en un estilo parecido a la laca china, que siempre me ha gustado mucho. Este barnizado lo verificábamos los domingos en el patizuelo detrás de la casa, y Rudy era mi ayudante.

Tan pronto se acababa el trabajo en el estudio, Rudy venía conmigo a mi pabelloncito, donde cocinábamos "spaghetti" y preparábamos lo que él entendía por un "almuerzo regio". Antes de que estos preparativos se terminaran daban las doce de la noche sin que hubiera llegado la hora de almorzar. Pero lo que perdíamos en tiempo lo ganábamos en apetito.

EL ARTISTA ERA SINCERO EN SU RISA Y EN SU DOLOR

RECORDARÉ siempre una escena de "Camila", porque me hizo ver por primera vez la extraordinaria sensibilidad y sinceridad del carácter de Rodolfo, que para mí ha sido el verdadero secreto de sus grandes éxitos.

D E L T R I U N F O

¡Cuánto sufrí, y qué solo! Ni un amigo,
ni una mano leal que se tendiera,
para estrechar la mía; ni siquiera
el placer de crearme un enemigo.

De mi abandono y mi dolor testigo,
de mi angustiosa vida compañera
fué una pobre mujer, una cualquiera,
que hambre, pena y amor partió conmigo.

Y hoy en mi triunfo asegurado se halla,
tú, amigo por el éxito ganado,
me dices que la arroje de mi lado,

que una mujer así, denigra... ¡Calla;
con ella he padecido y he gozado;
el triunfo no autoriza a ser canalla!...

J O A Q U I N D I C E N T A

La escena a que me refiero era la de la almoneda. Después de la muerte de Camila, Armando, loco por el dolor, vuelve al cuarto de Camila, donde se está verificando una almoneda. Armando pide que se le entregue un libro que había regalado a Camila en la primera parte de la película, y que ella había guardado consigo hasta la hora de su muerte.

Antes de comenzar a representar cualquier escena de emoción, invariablemente Rudy quería estar solo, a fin, según pude observar, de concentrar toda la emoción y carácter del papel en la interpretación que le daba. Así, cada uno de sus personajes era para él un ser real y viviente.

Durante los largos trozos de impresión de escenas pude observar que Rudy luchaba con sus emociones hasta que se le saltaban las lágrimas. Algunas veces todos terminábamos llorando, desde el director hasta los ayudantes, y aún Birkle, nuestro fotógrafo, tenía que secarse las lágrimas.

Su dolor sincero, tanto como lo espontáneo de su risa, era contagioso.

Terminada la impresión, me encontré a Rodolfo sentado en una silla con la cabeza entre las manos llorando como un niño, igual que cuando más tarde lloraba a su madre, por la que sentía un cariño apasionado. No se trataba, pues, de un fingimiento, sino que era un dolor real lo que momentáneamente le producía su papel dramático.

He lamentado siempre que este "film" no se haya proyectado con su final verdadero, que le habría dado mayor sinceridad.

*

Apenas se terminó la impresión de esta película se anunció el estreno de "Los cuatro jinetes" en Los Angeles. Estábamos tan impacientes, que apenas podíamos esperar que llegase el momento tan deseado de contemplarla. Rudy, naturalmente, se procuró billetes para verla desde el primer instante. "Los cuatro jinetes" se habían ya proyectado en Nueva York y habían sido recibidos con una tremenda ovación; pero aún entonces no podíamos imaginarnos su triunfo futuro. June Mathis había telegrafiado a Rudy felicitándole por el modo con que su "performance" había sido recibida; pero esto parecía algo tan grande que no podíamos imaginárnoslo. Después de tantas luchas y tantos disgustos, no parecía posible a Rudy que el momento tantas veces soñado había llegado ya.

CAMINO DEL TRIUNFO

LA tarde tan ansiada de la primera proyección de la película llegó por fin.

El público, silencioso, daba miedo. Mientras se proyectaba la cinta no se oía el más leve rumor, salvo, de vez en cuando, algún sollozo contenido mientras la historia se desarrollaba. Hacia la mitad de la cinta Rudy se apoderó de mi mano y no la soltó hasta la terminación, con lo cual quería decir que sabía que había alguien a su lado capaz de comprenderle. Ambos llorábamos a impulso de diversas emociones: alegría por el triunfo que se comprendía ya seguro, y pena por la tragedia de la película.

Una vez terminada hubo un momento de silencio, e inmediatamente se desencadenó una tremenda ovación, sincera y espontánea, apreciación de una cosa bien hecha. Rudy fué rodeado y felicitado por una porción de compañeros de trabajo y por mucha gente que no conocía; pero su única intención parecía ser la de ganar la puerta. Necesitaba estar solo. Yo comprendí. Mientras volábamos a casa, a mi pabelloncito, no hablamos ni una palabra. Tan sólo un "Buenas noches" cuando me dejó irme sola a mi pequeño dormitorio.

UNA EXTRAÑA DECISION DE RUDY

EL recuerdo de otra tarde viene a mi imaginación; otro episodio igualmente característico de Rudy, pero cuya terminación fué muy diferente.

Carlos Bryant (el primer marido de Madame Nazimova) volvía de Nueva York, y la Nazimova tenía mucho interés en que Rudy le viese y le hiciese buena impresión. Todo estaba arreglado para que se celebrase una pequeña reunión de amigos. Iríamos a comer y a pasar la tarde en Sunset Inn (Santa Mónica), que en aquellos días constituía la delicia de la colonia de peliculeros, y en donde todas las "estrellas" más brillantes del firmamento cinematográfico podían contemplarse mientras gozaban alegremente de unos momentos de libertad en compañía de sus amistades. Viola Dana y Alicia Lake, las inseparables "estrellas" de la casa Metro, se hacían notar en seguida por lo alegre y ruidoso de sus risas y su exagerada gesticulación y manera de hablar. Priscilla Dean estaba cerca de ellas divirtiendo a sus amigos con su chispeante vivacidad. El pequeño Buster Keaton, con el gordo camarada Fatty Arbuckle, estaba, como de costumbre, haciendo desternillarse de risa a la concurrencia con los gestos que hacía mientras bailaba. ¡Si hubiese habido allí una máquina de fotografiar para sorprenderlos! La pequeña Bebé Daniels estaba también allí, rodeada por su fiel cohorte de admiradores. Gloria Swanson, que ya era la exótica "estrella" de De Mille, podía ser vista entre otras muchas "estrellas" ya desaparecidas y otras que estaban naciendo a la vida.

Rudy había sido advertido de antemano que míster Bryant era un inglés, y, por lo tanto, un hombre poco inclinado a las amistades fáciles. Pero Rudy nos aseguró que míster Bryant le parecía bien y que, por lo tanto, no veía por qué no iban a poder ser

amigos. Nosotras, sin embargo, lo dudábamos.

Llegó la noche. Charlos Bryant estaba algo cansado. Rudy se mostraba alegre, pero algo inquieto. Para romper el hielo se distribuyó en abundancia el licor más favorecido por la ley seca, y todo marchaba bien. Nos sentíamos felices.

Entonces comencé a notar que Rudy había bebido demasiado. Le hice señas por debajo de la mesa, pero no me hizo caso. Carlos volvía a llenar su vaso y Rudy el suyo. Se veía en sus ojos que había tomado una decisión. Quería mostrar a Charles que era un gran camarada. Nadie podría aventajarle. Comenzaron a sentirse grandes amigos.

Nazimova y yo empezamos a sentir miedo previendo resultados desastrosos. Carlos, como inglés que era, estaba acostumbrado a mezclar diferentes bebidas, mientras que Rudy, como latino, sólo bebía vino, y, evidentemente, no podía seguir los pasos del otro. Más señar por debajo de la mesa. Ningún resultado. Yo estaba furiosa y echaba fuego por los ojos cada vez que Rudy me miraba, que no era muy a menudo, mientras que él y Carlos parecían encantados uno del otro. Nazimova dió media vuelta y se olvidó de ambos. Por lo que a nosotros se refería, el asunto estaba completamente estropeado. Rudy se estaba convirtiendo en espectáculo de todo el mundo, a pesar de todas mis precauciones. Era insufrible. Las innumerables aventuras de Rudy desfilaron por encima de la mesa, comentadas por carcajadas sonoras. Nazimova decidió no aguantar más, y dijo que era hora de marcharse. Olvidándonos completamente de ellos, nos levantamos y marchamos hacia la puerta, abandonando todas nuestras esperanzas. Yo estaba tan furiosa y tan desorientada por aquella acción de Rudy, que apenas podía reprimir las lágrimas. Nunca le había visto beber antes, o a lo menos con aquel exceso.

Conforme bajábamos majestuosamente para tomar nuestro nuevo Rolls Rovce, en un silencio digno, pero dolorido, vimos que Charles y Rudy venían en nuestra busca cogidos del brazo. Rudy, encantado con su nuevo amigo; Charles, evidentemente divertido y soportándolo como si también lo fuese.

Ya dentro del coche rompí a llorar. Nunca había pensado en ver a Rudy borracho. Aquello era más de lo que yo podía resistir. Comencé a escandalizar. Rudy se quedó dormido. La Nazimova se encerró en su altivo y digno silencio, mientras que Charles se reía groseramente de todos nosotros y me decía que olvidase a Rudy. Pero como míster Bryant era un hombre serio y realmente una persona, vió en seguida en aquellas chiquilladas de Rudy el deseo manifiesto de echárselas de hombre curtido, lo cual le encantó, y disipó sus prejuicios y opiniones desfavorables. Rudy había triunfado: ¡pero por qué medios más diferentes de los que había pensado!

El éxito de Rudy con Carlos había sido completo; pero no había intentado nada en mi favor Cuando llegamos a la casa de Nazimova todos nos apeamos, pues Rudy y yo habíamos dejado allí nuestro coche para volvernos a casa de él desde allí. Rudy, que se había despertado, estaba decidido a llevarme a mi casa; pero como yo estaba todavía furiosa, estaba decidida, a mi vez, a no aceptarlo. Insistí en decirle que no se encontraba en situación de llevar a nadie, a lo cual él replicó que en su vida había estado tan prudente con la bebida y que no tenía nada que ver con lo que yo decía.

Esto fué ya demasiado, y la Nazimova y Bryant se echaron a reír estrepitosamente, mientras que nuestra indignación crecía con sus risas. En nuestra terquedad no queríamos ceder ni uno ni otro; pero yo era la que llevaba la ventaja, porque el coche era mío. Así, pues, me metí en él y eché a andar, dejando a Rudy que corriese detrás, mientras gritaba que estaba perfectamente sereno y en condiciones de acompañarme. Di al Rudy en medio de la noche. Así terminó la fiesta y nuestra primera polémica, primera y única vez que vi a Rodolfo, debo decirlo, en tal situación...

NO REPRESENTABA LOS PAPELES: LOS VIVIA

POCO después de terminar la impresión de "Camila", Rex Ingram comenzó los preparativos para una nueva obra, "El poder Conquistador", y se ofreció a Rudy que representase el papel principal con Alicia Terry, lo cual le agradó mucho.

Como de costumbre, se interesó mucho en los preparativos, que le absorvieron completamente, en el estudio de sus nuevas caracterizaciones. Volvió a leer el libreto y a estudiar su parte. Todos los detalles del traje tenían que poseer gran exactitud, hasta el monóculo que debía llevar en uno de los episodios, lo cual le divertía muchísimo. Pasaba horas y horas ensayándose para llevarlo con completa facilidad y aire displicente.

Desde que Rudy terminaba de estudiar un argumento hasta que se procedía a fotografiarlo, mostraba una peculiaridad rarísima, que consistía en que no podía desprenderse del papel que acababa de estudiar. Parecía como dominado por él, cosa que a veces me fastidiaba mucho, porque le sentía raro, y yo como si estuviese en presencia de un extraño. Se debía esto, creo yo, a su delicadeza de pensamiento y sensibilidad para el medio que le rodeaba. Quizá él mismo no se daba cuenta. Aún sus ideas y opiniones sobre diferentes asuntos estaban sujetas al cambio de sus caprichos. Las variaciones en el medio ambiente que le rodeaba l acelerador, el coche arrancó y abandoné a causaban mucho efecto. No puede decirse que representase un papel, sino que lo vivía.

Mientras él "filmaba" esta cinta, ocurrieron muchos incidente sdivertidos. Yo no tenía parte directa en ella; pero oía todo lo que había ocurrido durante el día a la hora de comer o de la cena, porque Rudy continuaba compartiendo conmigo la mayor parte de las comidas en mi pabelloncito, que estaba cerca del estudio.

Una tarde irrumpió en él hecho una furia. Sus ojos echaban lumbre y la excitación le hacía temblar.

¡Rex le había insultado!

¿Qué había ocurrido?

En semejantes momentos la sangre italiana se revuelve en las venas. Su pensamiento único era el de batirse en duelo. Esta intención le perseguía desde tiempo atrás y parecía ser como de sus secretas ambiciones. Por fin se había presentado el momento.

Rudí estaba vestido para la escena que ocurre en un salón durante la noche, y estaba muy satisfecho, porque le gustaba mucho vestir de etiqueta. Se iba a proceder a fotografiar su scena, cuando Rex se detuvo inopinadamente y le reprochó delante de los comparsas. No sé exactamente si se discutía de si era blanco o negro; lo cierto es que Rex llevaba la contraria. Las palabras comenzaron a agriarse. Rex le dijo a Rudy que debía estar mejor enterado. Rudy dijo a Rex que no entendía una palabra de trajes, porque lo único que sabía llevar era los chalecos de punto. Las palabras continuaron cada vez peor.

La disputa se resolvió llamando a un actor inglés, Frank Elliot, a quien se consideraba como la última palabra en cuestión de moda. Este señor dijo que el frac de Rudy era impecable y perfectamente cortado. Siguieron todavía una porción de disputas, que, a mi juicio, no eran más que chiquilladas.

París ordena
que se tengan
en cuenta
Cinco detalles
Descuidarlos es estar fuera de moda

Tratándose de medias de seda, Holeproof emplea un sistema para evitar faltas, que son un atentado contra la elegancia, garantizando así la eliminación de todo defecto debido a estos 5 detalles exclusivos.

(1) *Matices Parisienses:*—LUCILE, famosa "couturiere" de París, es quien ahora crea exclusivamente para Holeproof los más hermosos colores. Sólo Holeproof ofrece esta apreciable ventaja, que proporciona a las damas la seguridad de obtener sus medias en los más elegantes y delicados colores de moda.

(2) *Refuerzo "Ex":*—Estas exquisitas medias de seda, están ahora provistas del ingenioso e *INVISIBLE* refuerzo "EX", invento de Holeproof y que consiste en finísimos y resistentes hilos hábilmente tejidos en punteras y talones, cuya duración prolonga de un modo sorprendente.

(3) *Ajuste Perfecto:* Las Medias Holeproof, se tejen a la medida; no se estiran mecánicamente. Por esto es que ciñen perfectamente la pierna, siguiendo fielmente todas las curvas y contornos sin formar la más leve arruga.

(4) *Sin imperfecciones:* — Nueve distintas inspecciones hechas por expertos en la fábrica a cada par de medias Holeproof, garantizan su perfección y excelencia en todo sentido.

(5) *Economía positiva:* — Como no obstante muy prolongado uso mantienen siempre su forma primitiva, color y elasticidad las Medias Holeproof, resultan positivamente más económicas que las de otras marcas que se venden a los mismos precios sin poseer tales méritos.

Lisas y con cuchilla calada. — En todas las tiendas.
Si no tienen la marca HOLEPROOF en la puntera no son legítimas.

Cuatro de los estilos HOLEPROOF más populares para señoras, son los números 2700 y 2230 lisos y 2600 y 2245 con cuchilla calada, de rica seda natural, costura disimulada y pie francés.

Medias Holeproof
(Franciscan Hosiery)

Representante: O. H. Mitchell, Huérfanos 761, Santiago
Al por mayor: Emile Samuel, Huérfanos 736, Santiago

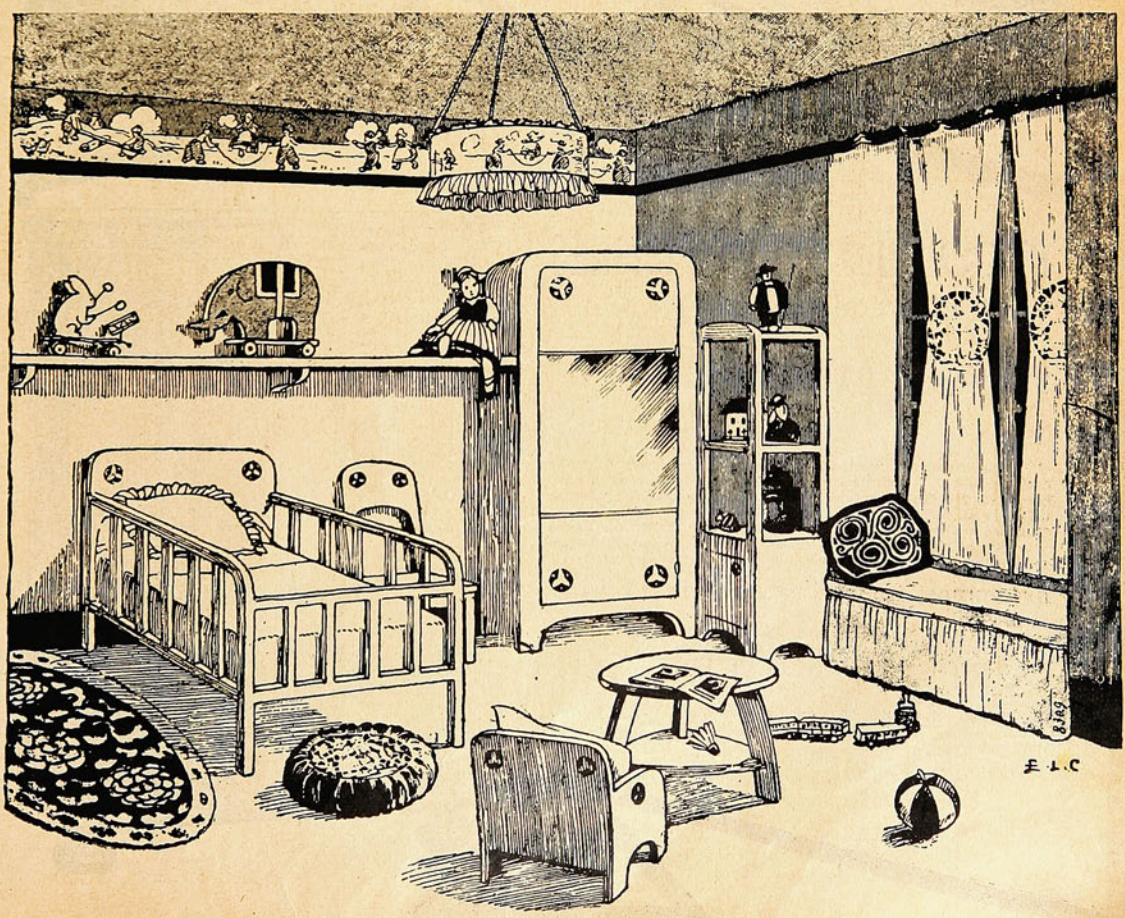
SOFIA

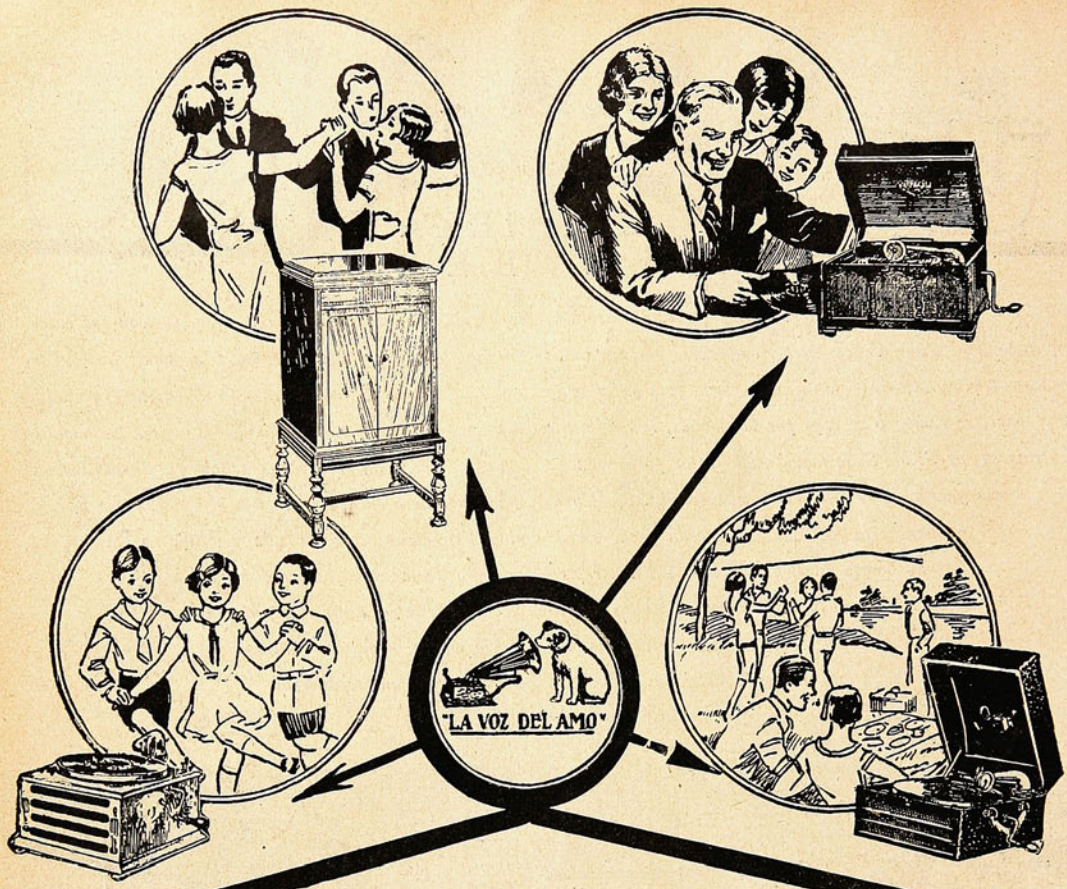
Sofía está bordada en las esquinas de la carpeta de la mesa de los niños y también en el cojín de la pequeña silla. Cojín y carpeta son de tela de hilo en color crudo. El traje de Sofía y la cinta del sombrero son brin azulino, incrustado con punto de Richelieu muy ralo. El camisolín y los calchunchos son blancos. El resto es punto de cadeneta rojo.

Abajo greca verde.

LA PIEZA DEL BEBÉ

S. M. el niño necesita una pieza en que todo esté consultado para su tamaño y sus gustos. Debe empezarse por pintar las paredes con pintura lavable de un color claro, pues así se evita que el papel se rompa o se raye por las manos, generalmente traviesas de S. M. Si la mamá sabe pintar puede ponerle una guarda en lo alto, hecha al estencil. Si la mamá no tiene esta facilidad, la guarda puede ser de un bonito papel con monos. En una repisa, a baja altura, estarán colocados los juguetes de S. M., y para guardar los más delicados habrá una pequeña vitrina, ya que es bueno habituar al niño a ser cuidadoso con sus cosas. Los muebles pequeñitos estarán pintados al laqué. Los del modelo son en color verde, muy claro, con un motivo decorativo en verde más obscuro. En la pantalla se repiten los monos de la guarda. Frente a la ventana habrá un diván armado sobre una arca en que se guarda la ropa blanca del niño. Este diván, como la silla colocada a la cabecera de la cama, son en altura normal, ya que están destinados a la mamá o a la niñera, mientras miran jugar o esperan que se duerma S. M. el niño.





UTIL EN TODAS LAS OCASIONES

LA NUEVA

Victrola

ORTOFONICA

(M. R.)

El único instrumento perfecto que, basado en el nuevo principio científico de la "armonización de obstáculos", reproduce las voces humanas e instrumentales con el volumen y potencia precisos del original.

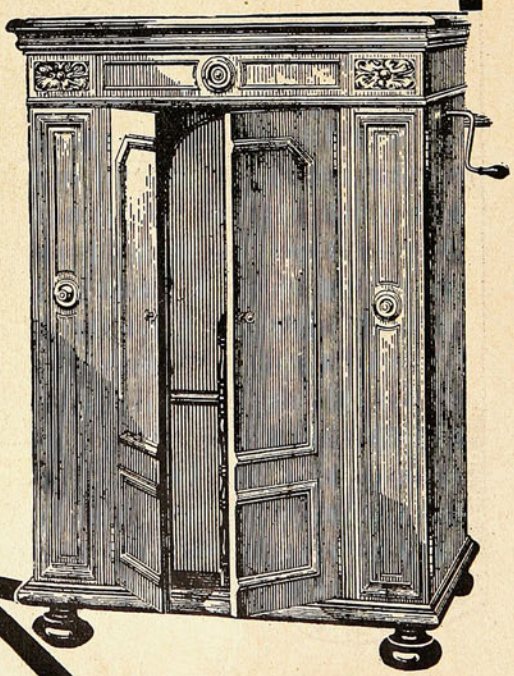
Tenemos una gran variedad de modelos, de gran belleza de líneas, a precios al alcance de todos los bolsillos y concedemos liberales facilidades de pago. Apreciaremos su visita, sin compromiso.

OFRECEMOS AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO.

Distribuidores Exclusivos:

CURPHEY y JOFRE Ltda.

SANTIAGO, Ahumada, 200, esq. Agustinas — VALPARAISO, Esmeralda, 99; Blanco, 637.

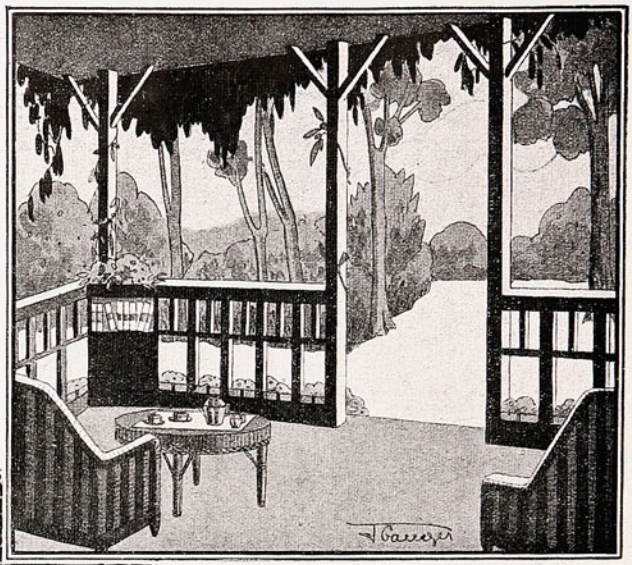


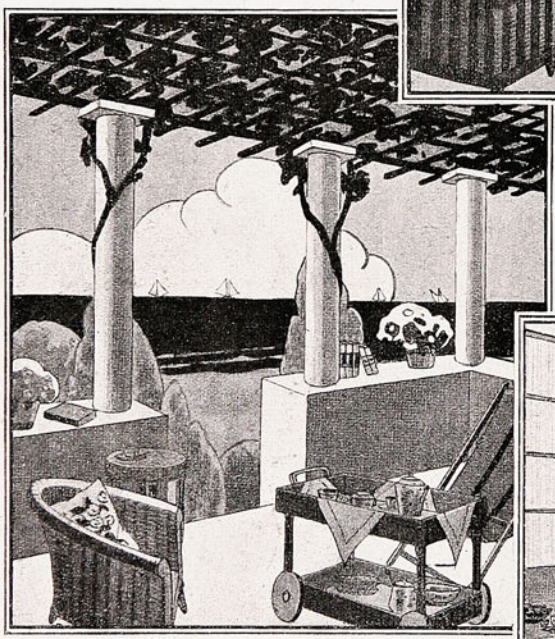
Periodicos y Revistas Chilenas

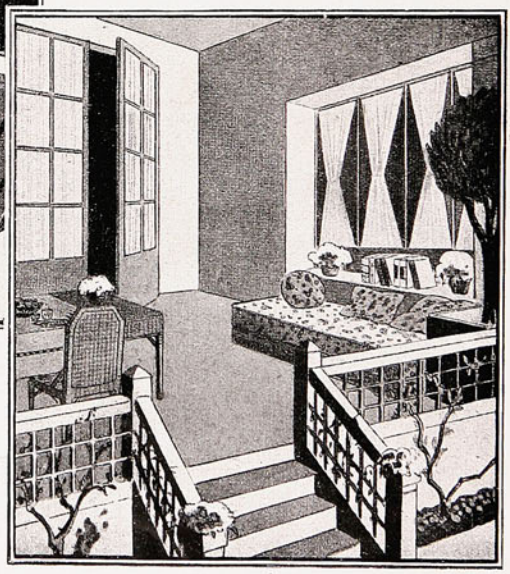
Gran Mundo

Señorita Ines Prieto Nieto

Las terrazas







CON la entrada de la Primavera hay que ir pensando en el arreglo de la terraza, pues los días cada vez están más templados y ya es una delicia tomar en ella el café después de almuerzo. He aquí unas cuantas ideas para hacerlas lo más confortables posible. En la parte externa de la balaustrada exterior se coloca una cajonería conteniendo, plantas, floridas. Mesa enana y sillones de junco laqueado de gris y azul'no. Esquinero con armarito para guardar la caja de los cigarros, los licores y el frasco con confites. Anaquel para los libros y una maceta encima. Terraza de estilo pompeyano, bajo un emparrado de verdura que sostiene columnas de color ocre. Balaustrada de este mismo color. Muebles de mimbre y sillas columpio de lona. Mesa de té con ruedas, para facilitar a la dueña el servir a cada uno su taza.

Esta gran terraza está lo suficientemente abrigada para servir de comedor a ciertas horas. Frente a la ventana se coloca un gran diván, cubierto por una cretona de colores vivos. En el alfé'zar libros y cacharros con flores. Mesa y sillas de mimbre.

LAZLÓ, PINTOR DE REYES, PRINCIPES Y MAGNATES.

S. M. LA REINA DE GRECIA

S. M. LA REINA VICTORIA EUGENIA

MUSSOLINI VISTO POR LAZLÓ

ANDREW ELPHINSTONE, HIJO DEL LORD DEL MISMO NOMBRE

Gabriela Mistral, a los 8 años

Inés Echeverría (Iris) de 3 años

María Monvel, a los 9 años.

Ricardo A. Latcham, a los 5 años

Marta Brunet, a los 9 años

Sady Zañartu a los dos años de edad

Armando Donoso, a los 3 años

Hernán Díaz Arrieta, a los 4 años

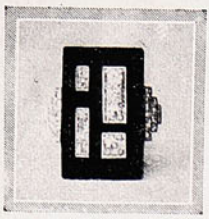
Eduardo Barrios, a los 9 años

Víctor Silva Yoacham, a los 5 años

Jenaro Prieto, de año y medio

Angel Cruchaga Santa María, 8 años

¿Qué dicen estos retratos inocentes? Anunciarían algo de la expresión íntima de los futuros escritores chilenos. ¿Quién podría decirlo?

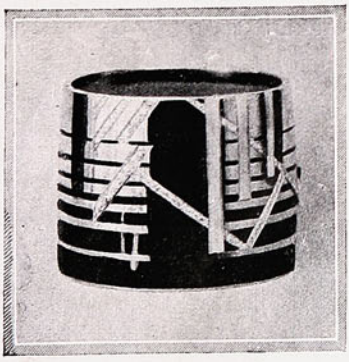


ANILLO DE ESMALTE NEGRO CON BRILLANTES

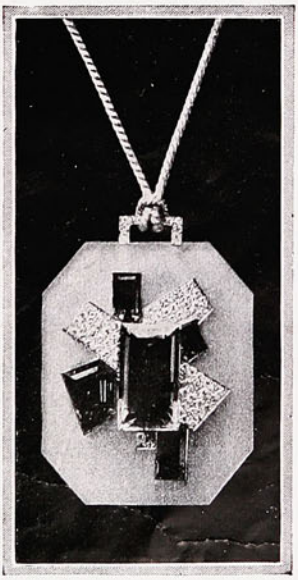
PENDANTIF EN ONIX, DIAMANTES Y JADE

ANILLO DE ONIX CON BRILLANTES Y UN OJO DE ESMERALDA

EXQUISITA SEDUCCION DE LA JOYA MODERNA



PULSERA EN MADERA LAQUEADA AL ROJO VIVO CON INCRUSTACIONES DE ORO Y BRILLANTES



PENDANTIF EN ONIX, DIAMANTES Y JADES

PULSERA EN LAPIZLAZULI CON INCRUSTACIONES DE PLATA

DE TODO EL MUNDO

LA BAILARINA GITANA LAURA DE SAN TELMO, QUE ENLOQUECE ACTUALMENTE AL PUBLICO DE PARIS

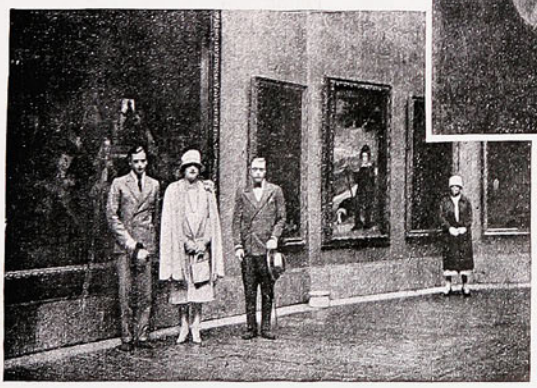
LA MARY, BAILARINA CUBANA QUE TRIUNFA EN YANQUILANDIA

CELIA GÁMEZ, LA BELLISIMA CANCIONISTA ARGENTINA

DE TODO EL MUNDO

Tsuno-Ko, célebre cantante cómico-dramática japonesa, a quien la crítica francesa llama "Méller oriental", y que ha actuado recientemente con gran éxito en el palacio real.

El Gran Duque Dymitri de Rusia con su esposa, la multimillonaria yankee Miss Enny



El príncipe Jorge de Gran Bretaña, que, con su hermano, ha visitado España.

S. M. la reina Doña Victoria, con el príncipe de Gales y su hermano, el príncipe Jorge, durante su visita al Museo del Prado, el mismo día de su llegada a Madrid

Carmen Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, la mayor de las hijas del Presidente del Consejo Español

SU MAJESTAD LA MODA

UN SUNTUOSO CONJUNTO PARA LAS NOCHES DE OPERA

Traje de crepe satin blanco. Falda amplia con tres vuelos en el delantero. Flor de lama de oro en el hombro. Abanico de plumas amarillas. El abrigo es de terciopelo amarillo trabajado en fruncido. Cuello y puños de zorro blanco. Nada más suntuoso en su sobriedad que este conjunto

LOS ECHARPES MULTICOLORES

Sobre una toilette de color claro o sobre la sobriedad de un traje sastre, nada es más lindo que la nota restallante de un echarpe de colores violentos. He aquí unos cuántos modelos salidos de las más renombradas casas parisinas.

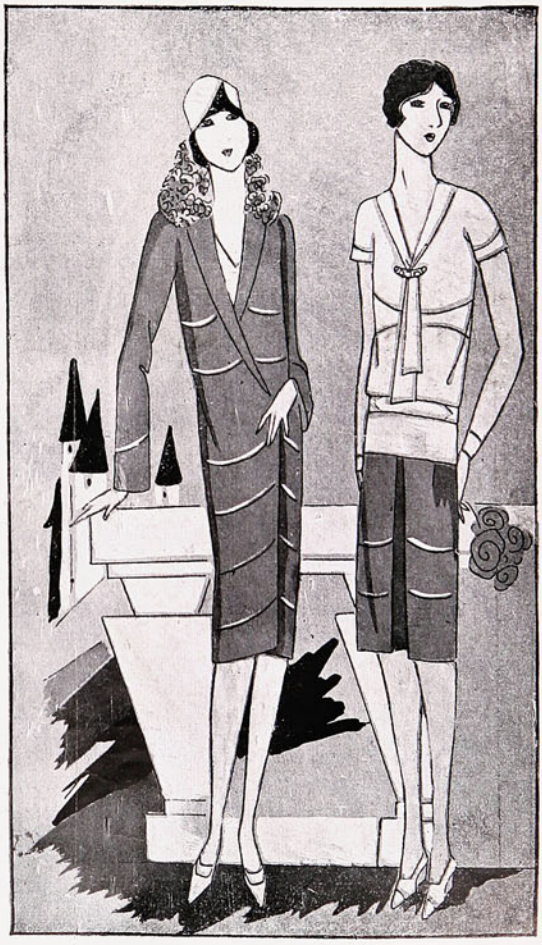
DOS ENCANTADORAS TOILETTES MATINALES

Traje de dos piezas en espumilla blanca, finamente trabajada con alforzas. Falda plisada en color azul gris. Sombrero de fieltro blanco. El segundo modelo es un abrigo de línea recta en paño azul. Cintura, cuello, puños y bolsillos adornados con un galón bordado. Sombrero de paño azul con adorno bordado, haciendo juego.

SU MAJESTAD LA MODA

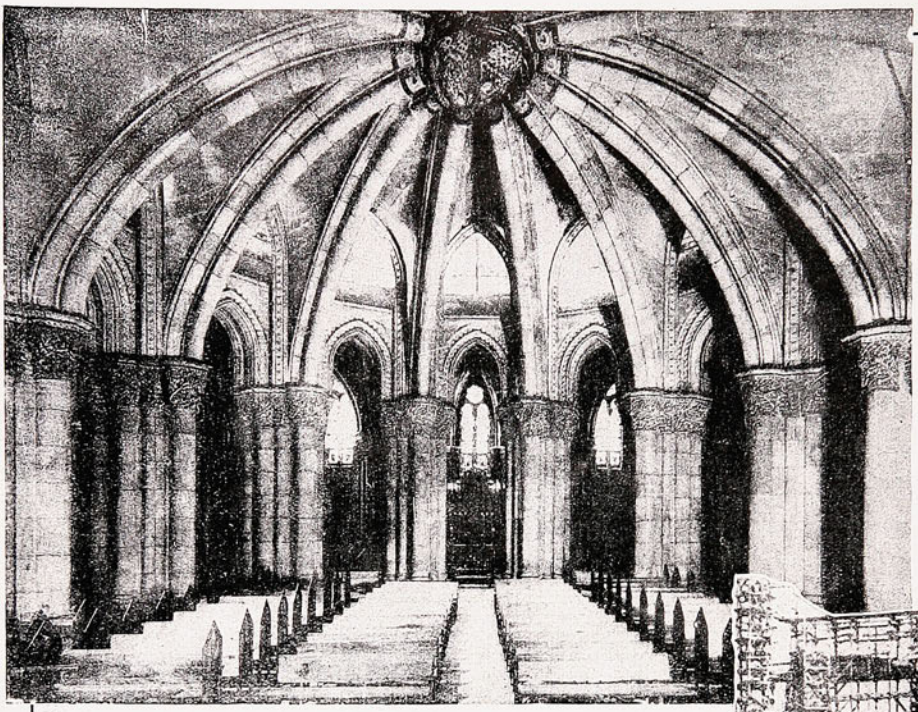
MARCIAL Y ARMAND PRESENTAN ESTE ABRIGO DE ENTRETIEMPO.

ES DE DRAPELLA COLOR PERGAMINO, CON UN GRACIOSO CORTE EN EL DELANTERO, EN QUE SE VUELVE A ENCONTRAR EL MOVIMIENTO DE GODETS QUE ALGUNOS MODISTOS QUIEREN IMPONER NUEVAMENTE. CUELLO Y PUÑOS DE LIEBRE BEIGE.



UN CONJUNTO MUY PRÁCTICO

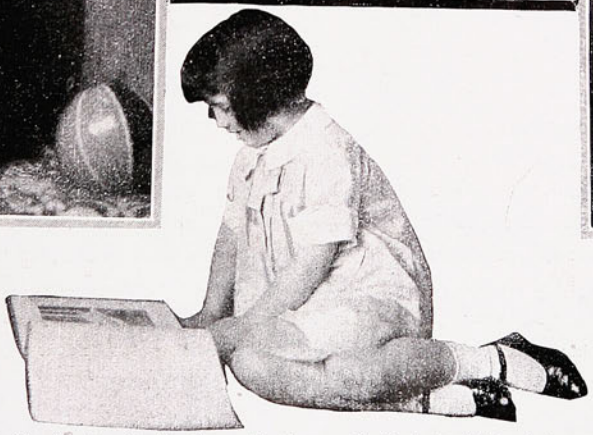
ABRIGO DE PAÑO SEDÁN EN COLOR AZUL GRIS LLENO DE CORTES PESPUNTEADOS. CUELLO DE PIEL. LA FALDA, HACIENDO JUEGO, SE ACOMPAÑA CON UNA CASACA DE ESPUMILLA BLANCA. SOMBRERO DE ESPUMILLA BLANCA Y NEGRA



CRIPTA

BARCELONA POSEERA LA CATEDRAL MAS SUNTUOSA DE EUROPA

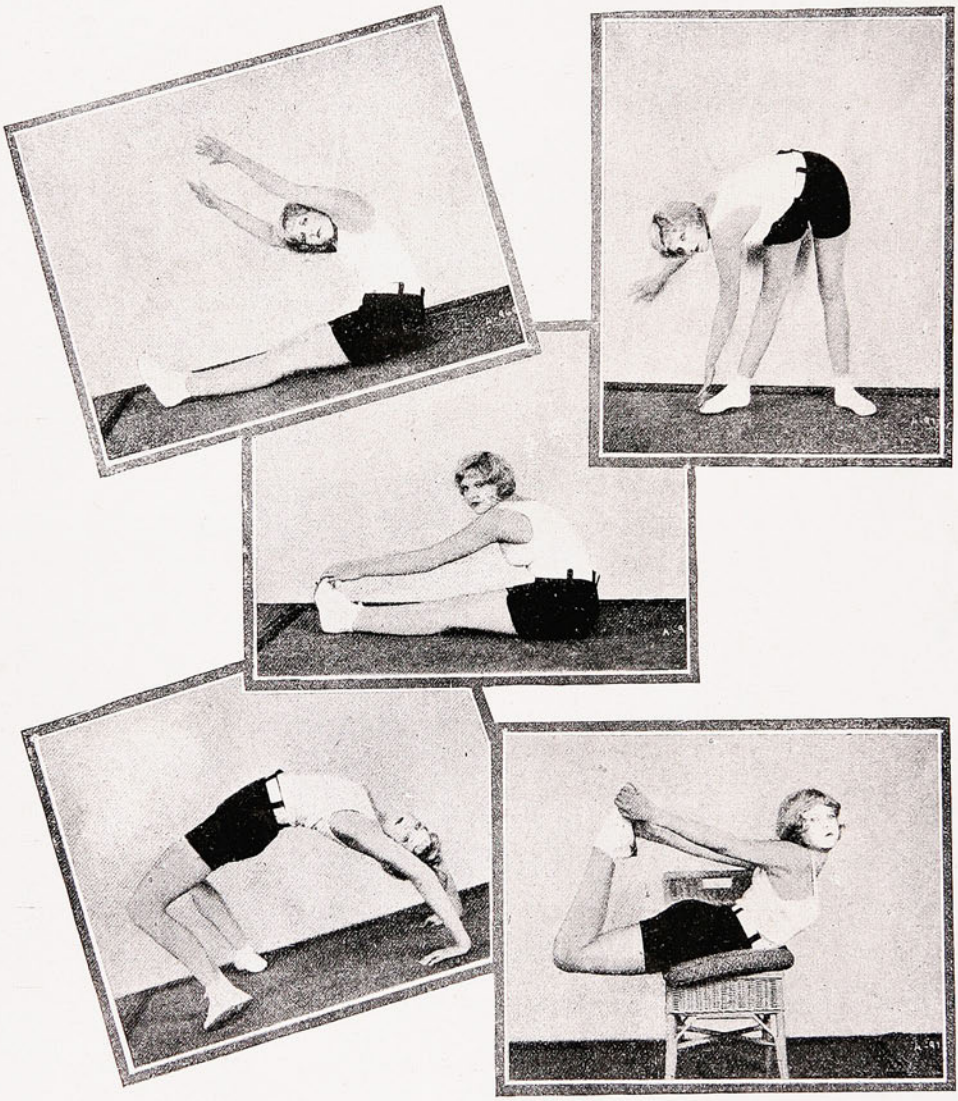
Cataluña ha lanzado más arriba que ningún otro pueblo la exaltación de las torres de una Catedral con un vuelo y con un ímpetu de "Hosanna in excelsis": el vuelo y el ímpetu de las torres de La Sagrada Familia, el templo de Antonio Gaudi que hace un año bajó a descansar de la grandiosa obra hecha en las sagradas tinieblas de su cripta.



NIÑOS BONITOS

EN UN CONCURSO DE BELLEZAS DE BERLIN

LA GIMNASIA QUE USTED DEBE HACER TODAS LAS MAÑANAS PARA CONSERVAR LA SILUETA ESBELTA.



En esta página, Virginia Lee Corbin, la actriz más joven de First National, ilustra los ejercicios que practica todas las mañanas para conservar su cuerpo esbelto. Ejercicio 1: Me siento con las piernas rígidas y los brazos extendidos, y doblo el cuerpo a derecha e izquierda. Ejercicio 2: Doblo el tronco y hago girar los brazos, tocando la punta de los pies. Ejercicio 3: Me tiendo de espaldas, en seguida levanto el tronco y hago girar los brazos, hasta tocar los pies. Ejercicio 4: Este es muy bueno para fortalecer y reducir el abdómen. Pongo los pies y las manos en el suelo y levanto el tronco lo más posible. Ejercicio 5: Muy bueno para reducir el busto y la espalda. Me tiendo en una silla y extiendo los brazos hacia atrás hasta cogerme los pies; mantengo esta postura por un minuto, descanso y la repito cinco veces.

LAS TRIUNFADORAS DE LA PANTALLA

María Corda

La linda María Corda, encarnación graciosa de opereta vienesa, rubia como un rayo de sol, elegante, fina, blanca, es en Europa la más afortunada de las "estrellas".

ESCENAS GRAFICAS DE LA VIDA EN HOLLYWOOD

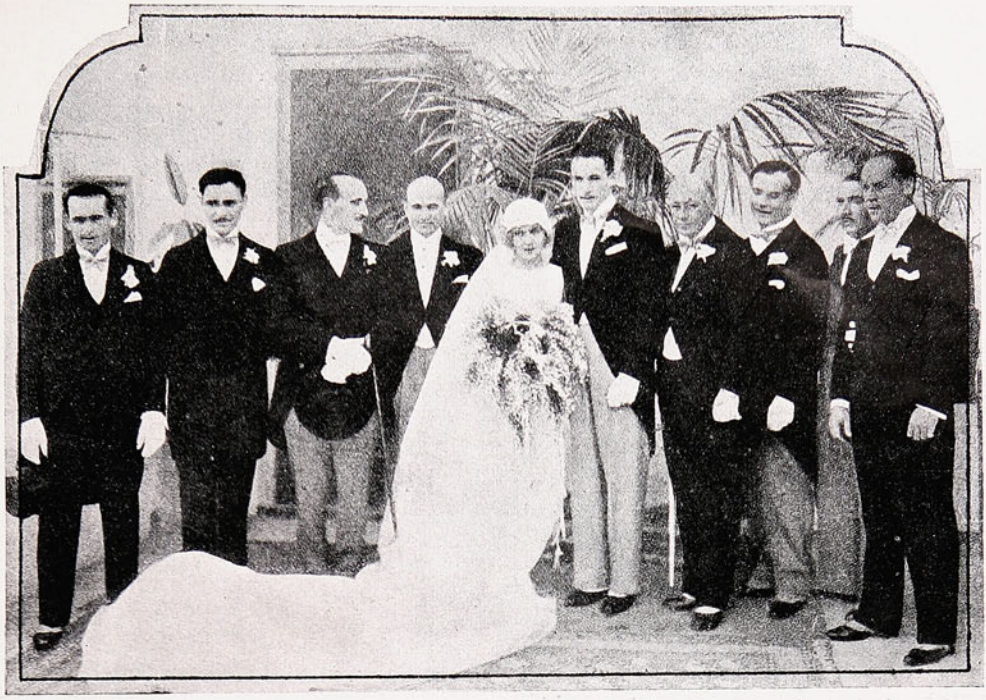
Rita Carewe, hija del director Edwin Carewe y colaboradora en "Resurrección", dirigida por su padre, parece ser la chica sobre quien recaerá la elección para el papel estelar de "Los caballeros prefieren a las rubias" Rita, que ha lanzado la moda de suprimir las medias, aparece aquí haciéndose blanquear las piernas en el "bastrador" del taller.

Desde el tiempo en que representaba "Hamlet", en Londres, George K. Arthur conserva este cráneo como signo de buena suerte.

Su Alteza Imperial, el archiduque Leopoldo de Austria, sobrino nieto de Francisco José I, "posa" en compañía de su antigua vasalla Lya de Putti en los talleres de Universal

Dolores del Río.—¿En qué quedaron? ¡Atrévanse? ¿Por qué son tan cortos de genio?

Ethelynne Claire, actriz de comedias de Universal. — ¿Quién me los ha dado?



LOS recién casados: Rod La Rocque y Vilma Banky, en el refectorio de la iglesia católica del Buen Pastor de Beverly Hills, después de la ceremonia nupcial. Con ellos aparecen sus nueve pajes de honor. De izquierda a derecha: Harold Lloyd, Ronald Colman, Donald Crisp, Samuel Goldwyn, Vilma Banky, Rod La Rocque, Cecil B. de Mille, Victor Varconi, George Fitzmaurice y Jack Holt.

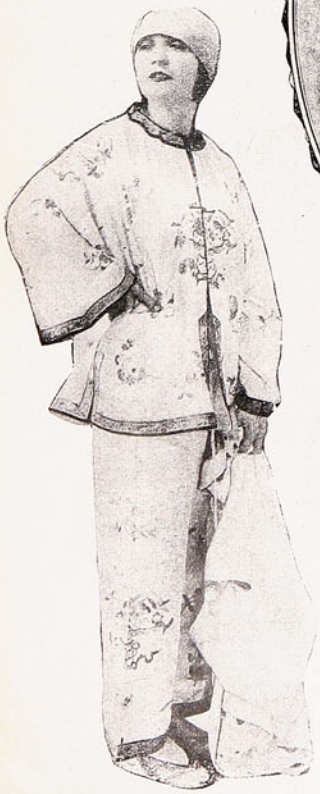
ESCENAS GRAFICAS DE LA VIDA EN HOLLYWOOD

POBRE Marguerite Du Plessis! La dulce y delicada dama no puede permanecer tranquila en la tumba del Pere Lachaise. La Dama de las Camelias resucita una vez más en la pantalla. Norma Talmadge nos ofrece ahora una interpretación a la moderna de la obra de Dumas y nos presenta al apuesto actor español Gilbert Roland, en la tierna caracterización de Armand.

POLA NEGRI, AHORA PRINCESA MDIVANI Y SIEMPRE MIMADA DE TODOS LOS PUBLICOS, EN UNA COLECCION DE SUS MAS BELLAS FOTOGRAFIAS

Una de las mejores fotografías de Pola

Un telegrama reciente aseguraba que Pola Negri se retiraría del cine. ¿Por qué razón? Casada ennoblecida con un título, triunfando en los salones, la célebre artista de la pantalla sabe mantener su popularidad.



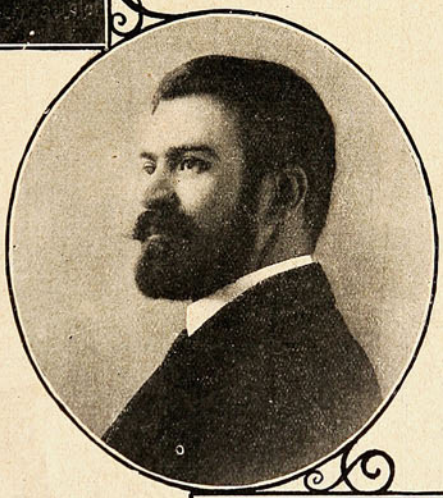
He aquí a Pola, vistiendo un bonito pijama, de colores ricos, con su casquete cerrado y sus babuchas orientales

La clásica sonrisa de la vampiresa

¿Cómo tratar las Afecciones del Cabello?

Hall del estudio del doctor Benguria

El problema de las afecciones del cabello ha preocupado en todos los tiempos a la humanidad, desde los días más remotos de la civilización. Ya el célebre médico de Cleopatra creia haber descubierto la soñada panacea que podía prevenir la calvicie y que, seis siglos más tarde, un físico célebre en la corte de los francos aseguraba haber encontrado nuevamente en un viaje a Egipto.



Señor Vicente Mardones, Moneda, 875.

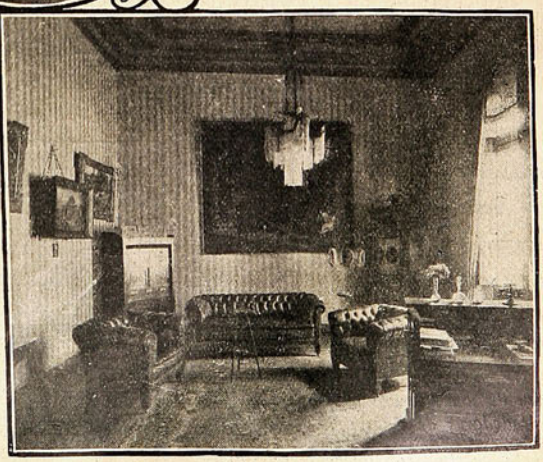
Ha sido necesario aguardar hasta nuestros días para que el secreto de un específico tan sencillo como milagroso viniera a resolver de una vez una de las ansias que más han traído preocupadas a la humanidad. No ha sido preciso recurrir a los ingredientes que pueden dañar la salud, sino al más sencillo de los tónicos, capaz de reconstituir por sí solo las raíces capilares y de devolver a las canas, con la sola fricción con el específico sobre el cuero cabelludo (raíz del cabello) su natural color primitivo, haya sido rubio, negro o castaño.

El secreto del específico Benguria realiza lo que jamás se obtuvo por otros procedimientos: esto es, desde las primeras aplicaciones ataca completamente la caspa, detiene la caída del cabello, tonificándolo y dándole un brillo y suavidad admirables.

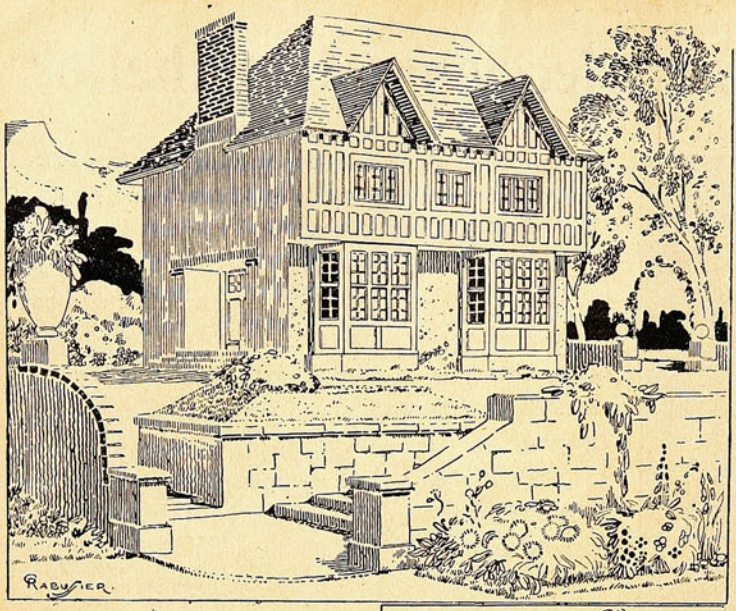
¿Cómo evitar el encanecimiento prematuro? He ahí uno de los secretos beneficios del específico Benguria: vuelve a las canas su color natural y vivifica las fuentes activas que mantienen en adelante su color natural, estimulando el crecimiento del cabello en toda su normalidad, sin necesidad de usar más específicos.

¿Por qué razón el específico Benguria ha llegado a ser en todo el mundo la perfecta panacea del cabello? No somos nosotros los llamados a justificar sobre su eficacia, sino el público mundial y las autoridades competentes que le han concedido las más altas distinciones. En efecto, el específico Benguria ha sido premiado en las siguientes Exposiciones: Primer premio: Cruz y medalla de oro en París, Londres, Barcelona, Milán, Roma, Bruselas y la República Argentina.

En Italia obtuvo la medalla de oro de la Asistencia Pública de Roma. Tiene clínicas establecidas en todas las grandes ciudades del mundo; en todas las ciudades del país, y en Santiago, en Moneda, 875, está a cargo de don Vicente Mardones.



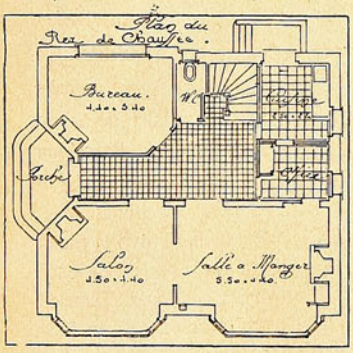
El escritorio del doctor Benguria.

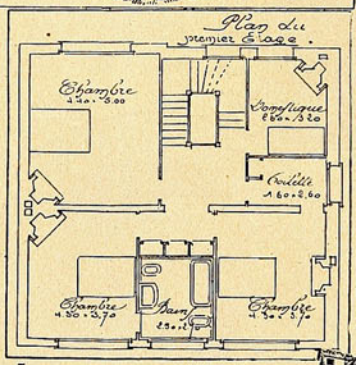


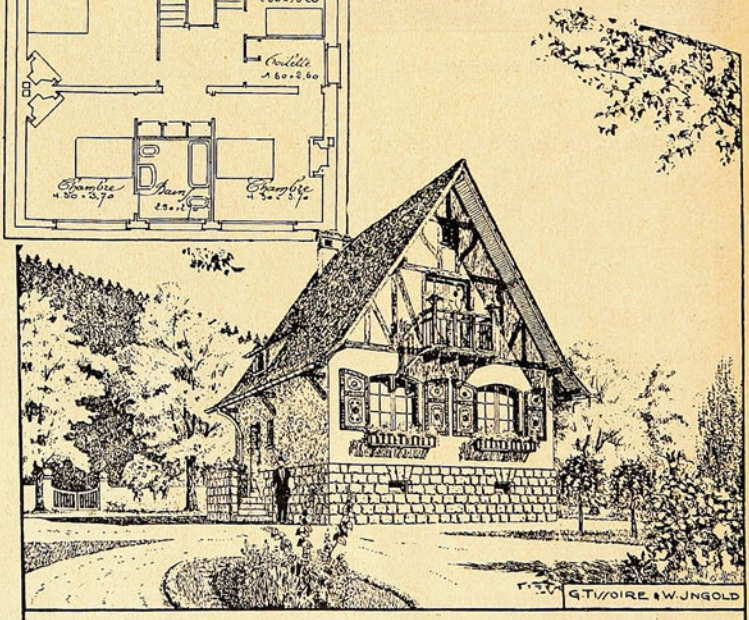
LA CASA QUE USTED DESEA TENER

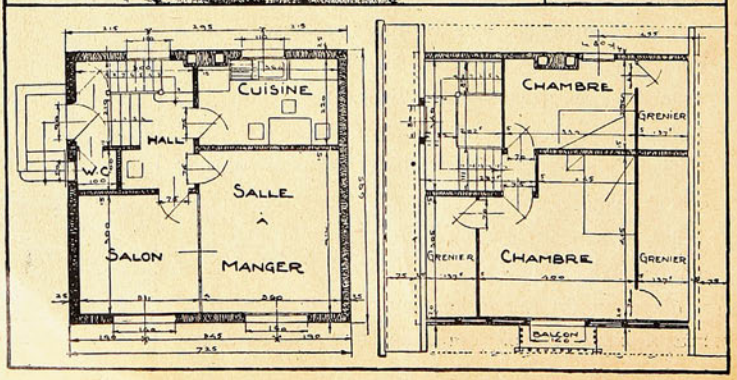
Es la aspiración de todos: tener una casita propia. Y hoy por hoy, con las facilidades que dan las Cajas Hipotecarias y las Cajas de Retiro de toda repartición administrativa y particular, es muy fácil hacerse propietario. Las barriadas de chalets aumentan de una manera asombrosa en los alrededores de Santiago.

La cuestión comunicación se simplifica cada vez más con las líneas de autobús, que no dejan barrio por recorrer. La pavimentación, los servicios sanitarios y todas las comodidades que el gas y la electricidad pueden dar, hacen de estas poblaciones una verdadera delicia. Sólo hay el problema de los planos que sean bien consultados para reunir a la belleza de un exterior las comodidades del interior, todo esto dentro de una suma que esté al alcance de todos. Damos dos lindos planos que han de agradar a los lectores.









LOS SOMBREROS DE MODA

LOS sombreros de entre tiempo muestran una feliz disposición de material dentro de una línea más armoniosa que la llevada en el invierno. Las copas son más bajas y las pequeñas alas sombrean deliciosamente los ojos. El terciopelo se combina con paja, con encaje, con tafetán. Los modelos de la izquierda muestran las variaciones que una gran casa parisién hace con estas materias primas.

1.—Capelina en que la paja pone su nota primaveral.

2.—Sombrero de terciopelo azul obscuro, adornado con cinta gros grain rosa.

3.—Sombrerito suelto de terciopelo y tafetán.

4.—Pequeño sombrero sin ala, adornado de lophophore, de dos tonos opuestos.

5.—Capelina de terciopelo negro y encaje metálico. Flor de lama de oro. Junto a los sombreros de terciopelo tienen sitio de honor los de espumilla o crepé Georgette, pespunteados en los más fantásticos dibujos. Algunos tienen los pespuntes en el mismo tono que el género del sombrero. Otros están hechos en colores distintos, tono sobre tono, en otros hay las más sorprendentes mezclas y en éstos el hilo de oro y plata tiene la nota enriquecedora. Damos algunos modelos en este estilo.—1. Sombrero muy práctico, en crepé Georgette gris, pespunteado en diferentes tonalidades grises.—2. Capelina de espumilla verde manzana, con la parte interna del ala en tono más obscuro. Pespuntes de hilo de oro.—3. Sombrero suelto de dos tonos, pespuntes en el tono más claro, flechas en el más sombrío.—4. Sombrero en forma de turbante, en raso azulino, con los pespuntes de plata.—5. Pequeña campana de tafetán pespunteado, adorno de cinta gros grain, de diversos colores.

EL CORTEJO NUPCIAL

La corte nupcial está formada por las amigas más íntimas de la novia vistiendo trajes similares. El número mínimo puede ser de cuatro y el máximo de ocho. Los colores preferidos para estos vestidos son los muy pálidos, como el rosa, el jacinto, el lila, el verde Nilo. La hechura es generalmente inspirada en los trajes de 1830. En estos trajes hay que evitar las exageraciones en el escote, la ausencia de mangas y la falda demasiado corta.

En los casamientos más elegantes, efectuados últimamente en París, se han visto cortejos nupciales en que las damas iban vestidas de blanco, sin ir por esto en detrimento de la toilette de la novia, muy por el contrario la armonía del conjunto era exquisita. Uno que otro detalle de color ponía una bella nota en los trajes de la corte.

Damos la última creación de Jeanne Lanvin, en que se sigue esta novedad. Traje de novia, de raso blanco, adornado de rosas de seda sobre tul de plata. Velo de tul y diadema, en que se repiten las flores que adornan el vestido. Calzado de lama de plata. El traje de la dama de honor es de tafetán blanco. Cuerpo en forma de bolero, cintura y bajo de la falda de lama de plata. Lazo al cuello idéntico, como así mismo las zapatillas. Sombrero de tul color rosa muy pálido, con la copa adornada por bandas de cintas de lama.

EN PRO Y EN CONTRA DE LA MUJER

La mujer es sensible, creyente y muy piadosa. — MICHELET

Todos los razonamientos del hombre no valen un solo sentimiento de la mujer.
VOLTAIRE

La salud de las mujeres es una comedia muy ingeniosa, que representan a beneficio de los médicos. — X. AUBRYET.

¿Qué sería de la sociedad sin la mujer?
SAINT-PROSPER

La castidad es el patrimonio y la gloria de las mujeres.
LE MAITRE

Dudo que las hazañas de César y de Alejandro sobrepasen en energía a la resolución de una mujer joven y hermosa que, combatida por mil ejemplos contrarios. y en medio de mil fuertes y continuadas persecuciones, se mantiene intacta y pura.
MONTAIGNE

El que desee encontrar una esposa que reuna fortuna, nobleza y hermosura, pretenda, en vez de una compañera cariñosa, una dueña imperiosa y déspota.—MONTAIGNE

El amor de la mujer conduce a la virtud.
TIBULO

La mujer es más afable en público que en su propia casa. — TITO LIVIO

La mujer es un intermedio entre Dios y el ángel.—DESTOUCHES.

Si los hombres no fueran inconstantes, las mujeres no serían coquetas.
ESPAÑA (D. J.).

Los que desprecian a la mujer no la comprenden.—BASORA (D. F.).

Dios hizo a la mujer y descansó.
MAHOMA.

La mujer es la mitad del hombre, la compañera de su vida, el ángel de su paz.
MERCADER (D.).

La mujer tiene una sonrisa para todas las alegrías, una lágrima para todas las desgracias, una excusa para todas las faltas, una súplica para todos los infortunios y un consuelo para todos los corazones.
SAINT-FOIX

La vanidad, que es el carácter distintivo de las mujeres, las hace creerse superiores a todos los hombres de la tierra.—BRUYS.

Cuando se trata en todo país de consagración de afectos, de amor y de abnegacion, ¿quién da el ejemplo? La mujer.
D'ARLINCOURT (Vizconde).

¡Honrad a las mujeres! Ellas siembran de rosas el camino de nuestra vida, forman los lazos afortunados del amor, y bajo el púdico velo de sus gracias. riegan con mano sagrada la flor inmortal de los nobles sentimientos. — SCHILLER.

LA BOGA DEL BLANCO

He aquí una serie de modelitos deliciosos, en que el blanco impone su encanto:

1. Traje de mañana en popelina blanca, con un bordado en el delantero, hecho con redondelas de concha perla.

2. Traje de noche, en crépe Georgette blanco, muy apropiado para una jovencita.

3. Traje de baile en espumilla blanca. Cintura y canesú bordado con diamantes. Plecadura de seda.

4. Traje para comida de confianza, encantador para la niña que recién sale a sociedad. Es de espumilla blanca, con el cuello, la chorrera y los godets de la falda en crépe Georgette.

5. Muy lindo modelito para ir al paseo de la Alameda, en las mañanas. Es de espumilla blanca, adornado simplemente con alforzas en la pechera y en las tiras que marcan el talle. Pliegues muy hondos en la falda. Un renard blanco lo completa a maravilla.

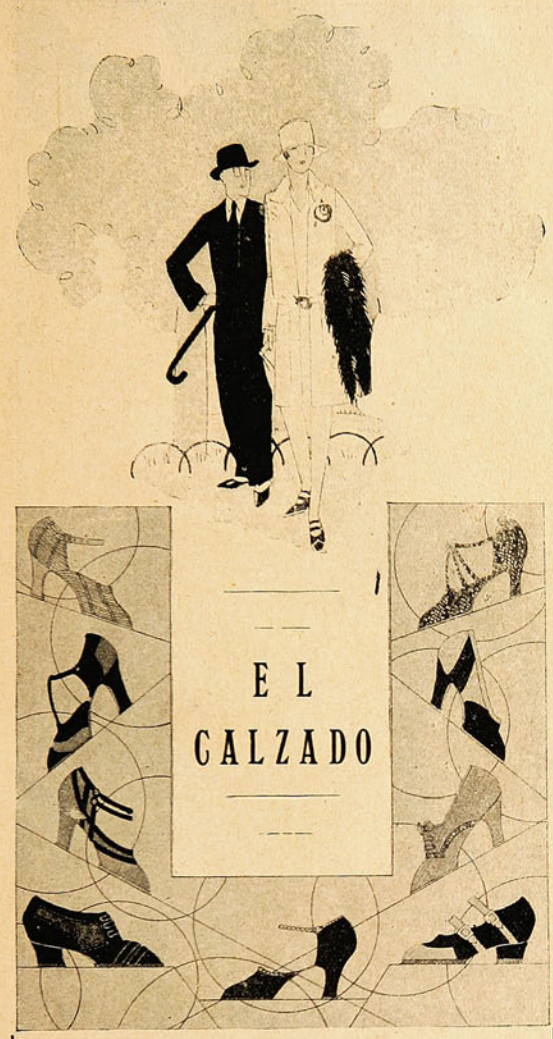
PARA LOS DIAS MAS FRIOS

1.—Conjunto de sarga beige. La falda tiene grandes pliegues huecos y está rodeada de cuero muy flexible, en color vicuña. La casaca tiene el mismo adorno de cuero en el cuello, las mangas, el final de la abotonadura y los bolsillos. Botones de corozo.

2.—Sweater de marocain, de lana azul rey, bordado con grandes manzanas y follaje en colores naturales. Falda de popelina azul marino.

3.—Traje de lana escocesa. Canesú del cual parten dos patas que pasan por debajo de la cintura. Esta cintura sólo existe en el delantero. La espalda es recta.

La primavera tiene sus variaciones, más en un clima ya de suyo cambiante como es el de Santiago. Hay que contar para esas ocasiones con trajecitos abrigadores, en los cuales se usarán las muselinas de lana, y de preferencia las lanas inglesas a finas rayas, a cuadros o escocesas. Las formas ofrecen pocas novedades, siendo siempre la nota imperante en estos modelos la falda plisé o plegada, que se completa con un sweater. La diferencia está en las mangas largas y en los géneros más cálidos.



EL CALZADO

CADA vez toma mayor importancia en la toilette femenina, el capítulo del calzado. Antes se tenía unos cuantos pares de zapatos para llevar en las distintas horas del día, pero el color era siempre el mismo: negro. Después vino el calzado de color a implantar su reinado y ya hubo que preocuparse de tener un par para combinar con cada traje. Ahora, los zapatos admiten todas las fantasías, y más que nunca hay que prestarles atención, teniendo un gran tino en los materiales, formas y colores que se eligen, ya que según el traje que acompañan, deben corresponder unos y otros. Damos una colección muy nueva en que hallan nuestras lectoras calzado para toda circunstancia.

Admire Ud. la belleza de nuestros incomparables estilos, adecuados para Primavera y Verano.

Ricardo Samsó y Cía

Suc. de M. Artigas y Cia.

201 - AHUMADA - 201

CASILLA 2970

A pasar el domingo en el campo

1.—En cover coat beige, adornado de aplicaciones y de cinturón en cuero azul. — 2. Abrigo de terciopelo de lana encostillado, puesto en distintos sentidos. El cuello echarpe, de terciopelo de lana, unido, lo hace aún más práctico y confortable para las madrugadas. — 3. Muy original este abrigo de sarga azul marino con sesgos de tafetán del mismo color. El cuello y los puños tienen un reborde blanco. Botones de concha perla también blancos. —4. Género escocés y género liso hacen de este abrigo un lindo modelito. Sombrero haciendo juego. — 5. De jersey verde con un cuello rosado, este abrigo; lleva en la cintura un cordón que se anuda a un lado. — 6. Para el bebé nada será más práctico que este abrigo en moletón, cerrado por una hilera de botones y con un simple adorno de punto de cruz hecho en lana. — 7. Abrigo de kasha azul marino y beige. El cinturón sale de la costura del lado izquierdo y viene a cerrar en el fin de la solapa. — 8. Abrigo inglés en género de dos caras. Modelo que lo mismo puede servir para niña como para niño. Notarán las mamás que cada abrigo lleva su sombrero haciendo juego, confeccionado con los mismos materiales que el abrigo. Ya lo saben las que son prolijas y pueden por su trabajo permitirse el lujo de tenidas completas para sus niños.

LA LINEA DEL PIJAMA DE HOY ES MUY DISTINTA A LA QUE HASTA AHORA IMPERABA

Este pyjama está indudablemente inspirado en los bellos estilos orientales. Resultará muy bello hecho en "tissu" de plata, pintado con colores transparentes y pálidos para la túnica interior y los pantalones. La chaqueta puede hacerse en seda fulgurante color amatista, forrada también de seda fulgurante azul turquesa.

Y sobre esos citados pantalones en "tissu" de plata puede ir, por ejemplo, este modelo, hecho en seda estampada, con múltiples volantes de tonalidades distintas.

...O puede ir también este otro bello modelo, hecho en tules dobles de plata, con flores de terciopelo de tonos cobrizos y aplicaciones de "marabout" gris.

PARA LA TARDE

Conjunto de seda de fantasía, a cuadros rojo, laca y blanco. El traje es de una pieza, cruzado sencillamente y sujeto por una lazada. Abrigo recto, con el forro en seda rojo laca. Flor y sombrero de este último color. El traje indicado para ir a tomar once a una pastelería del centro.

PARA LAS MAÑANAS DE SOL

Los conjuntos de faldas plisadas acompañadas de un sweaters con manga corta son los más apropiados para estas mañanas de sol primaveral. Se hacen tanto en crepé de Chine como en géneros de lana o en jersey y tienen todos una linea juvenil muy agraciadora. Una nada los adorna; un sesgo de color opuesto, un bordado de lana, una incrustación de otro género. Hé aquí tres modelos muy simpáticos.

Traje compuesto de una falda plisada en popelina azul marino, sweater de polina blanca con bufanda aparte. Bolsillos, contorno de cuello y mangas y puntas de la bufanda adornados de un bordado en lana azul.

Traje integro plisado en muselina de seda jacinto, en la que se incrustan bandas de raso, que forman con el plisado un doble contraste de género brillante y mate.

Conjunto en espumilla de seda rosa pálido. La falda va plisada solamente en el delantero. Sweater adornado con sesgos beige tostado, igual que la corbata.

CASA McROSTIE
274 AHUMADA 274
"LAS NOVEDADES INGLESAS"
CASILLA 834 TELEFONO 37

LA UNICA CASA IMPORTADORA EN SANTIAGO QUE SE HA ESPECIALIZADO EN

Confecciones y Altas Novedades para Señoras

Cuento con un enorme y variado surtido en TRAJES DE SEDA, desde lo más sencillo a lo más novedoso y elegante.

Gran Importadora de MEDIAS DE SEDA, marca

Kayser y Holeproof

Respectivamente, desde

$ 25 y $ 23.90

Hemos recibido recientemente un selecto surtido en Trajes Importados, o sea las últimas primicias de la Moda PARISINA.

Traje de crepe Georgette rosa pálido, con paños sueltos plisados en la falda. Abrigo de terciopelo en el mismo tono, un poquito más oscuro. Mangas muy anchas con un trozo de piel de armiño en el puño.

Para la noche

Cuello de la misma piel. Sombrero turbante, adornado con un puf de plumas desrizadas. Gran tenida para asistir a un diner-danzant.

MACHUCHO CONTRA KALCETA

El cartero había traído dos cartas...

...inclinó el cuerpo, huyó la cabeza al golpe...

LOS quince primeros días de vacaciones veraniegas los aprovecharon Machucho y Pilongo regiamente.

A la alegría de ver los rostros queridos de su anciano padre y de sus jóvenes hermanitas se añadía el goce de una libertad salvaje y sin límites.

Se levantaban con el alba para gozar de las incomparables salidas de sol veraniegas y, tras de tomar un ligero desayuno, se ponían a trabajar.

Y trabajar era subir a las cimas inaccesibles y descender a los abismos sin fondo, cortar árboles a hachazos, aserrarlos en pedazos tras de despojarlos de la opulenta ufanía de sus hojas, nadar en regatos cristalinos, correr y revolcarse en el blando césped de los declives y luego boxear.

Como con el violento ejercicio se les despertaba un apetito no menos violento, se lanzaban a la mesa como lobos hambrientos, lo que hacía sonreír con júbilo al buen Rufo y enrojecer de placer a sus hermanitas.

Después, en hamacas tendidas a la sombra de algún copudo pino o de un robusto nogal, digerían la copiosa y sana comida dormitando. El resto de la tarde lo dedicaban a charlar acerca de sus planes futuros y a leer periódicos deportivos y alguna que otra carta, llena de nostalgia, que Juan, el buen carpintero, les mandaba.

I

UN día en que el correo del día anterior no les había llevado nada subieron, después de comer, a una cima, abrigada de la brisa Norte, y se tendieron en la hierba.

Tras el atracón de alegría campestre, volvía a rondarles la nostalgia del bullicio y movimiento de la ciudad.

Pilongo levantó de pronto su rubia cabeza e interpeló a Machucho, que no se movió de su primitiva postura.

—...¿Y si nos fuésemos a cazar elefantes al Africa, tigres reales al Asia, cóndores a América y orangutanes a Oceanía?... ¡Qué delicia debe ser contemplar países y bestias exóticas, bogar en las vías fluviales americanas, navegar en juncos chinescos, en cárabos argelinos y en piraguas indias, pisar desiertos y escalar cumbres!...

—¡Cállate por Dios, Pilongo!—dijo por fin Machucho incorporándose, lo cual hizo que se marcasen a través de la ligera camisa los robustos músculos de su torso.

Su voz sonó casi dolorosa. Hizo una pausa y continuó:

—¡Me entristeces hablándome de esas cosas tan deseadas y que tal vez nunca logremos contemplar! Y, sin embargo, para poder disfrutar de estas maravillas, ¿qué nos falta?... ¿Sangre fría?... Hacemos los ejercicios acrobáticos más difíciles, suspendidos con una sola mano de cualquier abismo... ¿Puntería?... A 500 metros tocamos un papel del tamaño de la palma de la mano y podemos herir, como Nathaniel Bumpo, "Ojo de Halcón", a las aves en pleno vuelo. Somos incansables en la carrera, levantamos pesos que harían desfallecer a hombres robustos, cortamos árboles con la destreza legendaria de Paulino Uzcudún, el boxeador guipuzcoano... ¿Qué nos falta, pues? Casi nada. ¡Dinero!

Pilongo, tras esta melancólica exposición de sus condiciones y cuitas había hecho Machucho, se echó a reír destempladamente.

—¡Acuérdate, Machucho—le dijo entre hipos de risa—de que hace seis meses, no solamente no teníamos dinero sino que tampoco lo teníamos en casa!... No desconfíes. ¿No te acuerdas ya de Kalceta?

...70 k. para Machucho

La balanza acusó 95 k. para Kalceta...

—¡Kalceta! Ya se habrá olvidado de su reto.

Hubo un momento de silencio. El son metálico de unas esquilas vino en ondas sonoras a acariciarles los oídos. Unas sombras tenues velaban la ya confusa lejanía.

—¡Maa-chuchoo!... ¡Pilongooo!

La recia voz del cartero rural llegó a los oídos de los dos muchachos, quienes recogieron sus escasos efectos y bajaron a la explanada a paso gimnástico.

El cartero había traído dos cartas. Una del tío Juan notificando su llegada y otra de Kalceta, "Campeón del mundo", en la que recordaba su apuesta y solicitaba su presencia para la firma del contrato que se celebraría en la ciudad en el plazo de tres días.

Recobrado el buen humor al ver cómo respondía la realidad a sus deseos, Machucho y Pilongo reanudaron sus entrenamientos concienzudamente y doblaron el tiempo que dedicaban a boxear, que repartieron en espacios de tres minutos con descansos de uno.

Machucho daba los golpes con una contundencia extraordinaria y, además, era rapidísimo. Pilongo, cuando iban mal dadas, no tenía más remedio que ceñirse a una defensiva desesperada llena de esquivez. Gracias a su astucia y agilidad podía librarse de los mamporros fuertes, pero no sin que le quedasen en el cuerpo algunos cardenales.

El tío Juan había llegado el mismo día que su carta y, nombrado por unanimidad manager y apoderado, tomaba muy en serio su nuevo cargo y pasaba el día leyendo y releyendo mamotretos científicos referentes a preparación de boxeadores.

Gracias a su astucia y habilidad podía librarse...

El día de la firma del contrato, Machucho, Pilongo y el tío Juan bajaron al pueblo desde donde en una tartana de alquiler se dirigieron a la ciudad. La firma era por la tarde y como llegaron la misma mañana el tío Juan les hizo los honores de su casa, en donde descansaron y comieron en espera de la hora de la cita con Kalceta.

II

SERIOS, casi solemnes, a la hora en punto fijada llegaron a casa del notario y encontraron allí esperándoles a sus futuros adversarios.

Los dos grupos se saludaron y luego, mientras el notario llenaba las formalidades de rúbrica, se mantuvieron alejados. Indudablemente el contrato estaba redactado de antemano, pues tras un breve rasguear de pluma el notario reclamó atención con un gesto y empezó a leer las cláusulas.

Machucho y Pilongo y especialmente el tío Juan no pudieron contener su asombro.

¡Kalceta pedía para antes de efectuar el combate una indemnización de 5.000 pesetas y la apuesta era, en vez de 10,000 pesetas, de 100.000 pesetas!

El tío Juan reclamó atención y dijo que, "como sin duda había oído mal, rogaba se repitiese la lectura", lo que el notario efectuó seguidamente. Con gran estupefacción volvieron a oír las cifras anteriores.

—¡Aquí hay error!—dijo con voz fuerte—¡Cuando el boxeador Kalceta por medio de su manager retó a Machucho a combate en el campo del "León F. C.", no se habló de subvenciones de ninguna clase y la apuesta era de 10,000 pesetas, cantidad más que suficiente!

—¡Nada de eso!—dijo el manager de Kalceta impetuosamente—. Mi poulain no puede boxear sin una bolsa de 100.000 pesetas cuando menos, pues así lo exige su alta categoría... de modo que exigiré daños y perjuicios en el caso de no firmar usted ese contrato.

—¡Poquito a poco, señor mío!—dijo con toda calma el tío Juan—. Debo hacer notar que los retados somos nosotros. El contrato ha sido redactado antes de llegar nosotros aquí y la verdad es que, siendo nosotros los que hacemos el honor de aceptar combate a Kalceta, a nosotros tocaba poner las condiciones y a él aceptarlas.

—¡Cuando no se dispone de dinero no se boxea con Kalceta—dijo el sparring-partner con orgullo y mirando de arriba abajo a Machucho—. ¡Yo, que únicamente soy su entrenador, me miraría mucho antes de aceptar

—¡Nada de eso!—dijo el "manager" de Kalceta...

...Kalceta, luchador viejo, privado de la vista...

un combate que me rebajara de categoría!

Machucho no pudo contenerse ante tanta insolencia.

—¡Caballero!—dijo con la voz ronca de coraje—. ¡Cuando Kalceta me retó no preguntó si tenía o no dinero y tampoco debió creer que yo fuese tan despreciable cuando solicitó que boxease con él! ¡Hoy mismo puedo darle a usted una lección de boxeo, que demostrará que no es usted de mi categoría!

Luego dirigió la palabra al tío Juan:

—¡Tío Juan! ¡No se diga que tenemos miedo! Poseemos unas 25.000 pesetas, usted me dejará las 75.000 pesetas que faltan. ¡No quería ganar a Kalceta tan gran cantidad; pero, puesto que se empeña, no hay más remedio!...

Su voz era fuerte, de mando. En el mismo tono se dirigió al notario y el contrato quedó redactado nuevamente.

"El vencedor cobrará las 100.000 pesetas de la apuesta.

"Además, el 50 por ciento de las entradas.

"Además, el 50 por ciento de los derechos de publicidad.

"El vencido... no tendría derecho a cobrar nada.

"El 50 por ciento restante de entrada y publicidad sería para la Beneficencia, una vez deducidos los gastos de organización".

Todos firmaron y momentos después estaban en la calle.

La organización del combate corría a cargo del Club de Foot-Ball "León F. C." y el combate quedaba señalado para el 2 de septiembre. Era el 10 de agosto.

Machucho servía al grupo de sus contrincantes, a distancia, esperando que Kalceta y su **manager** se separasen del **sparring-partner**, lo que hicieron al poco rato.

Entonces Machucho se acercó.

—¿Caballero?...

—¡Simpson, para servirle!—contestó el individuo con acento extranjero.

—¿Es usted inglés?—preguntó Pilongo.

—¡De la misma inglaterra!—contestó el otro irónicamente.

—Nosotros pensamos hacer pronto un viaje por allá—dijo Pilongo.

—Eso será si ganan, ¿verdad?—preguntó Simpson con más ironía todavía.

—¡Indudablemente!—dijo Pilongo sin desconcertarse.

—Caballero Simpson — dijo Machucho con voz grave—, quisiera darle gratis la lección de boxeo que solicitaba usted en casa del notario.

—Mucho honor para mí, joven. Venga a mi Academia y no tendrá que esperar mucho.

Siguieron todos a Simpson y éste los condujo a un edificio cercano y los introdujo en la sala de gimnasia.

Los preliminares fueron rápidos.

Simpson se despojó de su americana, jersey y pantalones y quedó con el torso desnudo y con una especie de calzoncillos negros ajustados al cuerpo como acostumbraban llevarlos los entrenadores. En cuanto a Machucho, en un instante quedó en pantalón corto. En seguida se calzaron unos guantes de combate y se pusieron en guardia.

—¿Pero a cuántos **rounds** vais?—preguntó le tío Juan verdaderamente asustado.

—No se trata, tío Juan, sino de proporcionarle una lección gratis, de modo que no hay tiempo fijado..., sino solamente hasta que el señor inglés se canse ..

—¡De estar de pie!—acabó Pilongo con una carcajada.

—¡**All right!** ¡**A finish**!—dijo Simpson.

No se habló más. El tío Juan dió tres palmadas y se cambiaron los primeros golpes.

Simpson dejó de sonreír. Su adversario no sabía marrullerías, pero se las paraba todas. Además, se ceñía a una sabia defensiva. Simpson perdió la paciencia ante aquella guardia inatravesable haciendo un amago rapidísimo.

Pero, más rápido que él, Machucho aprovechó el movimiento en falso de la **finta** y se lanzó a fondo en un directo a la barbilla.

Simpson abrió los brazos y cayó desplomado. Machucho se quitó los guantes, se vistió, ayudado por Pilongo, que no cesaba de reír, y por el tío Juan, que babeaba de admiración.

Cuando el infeliz entrenador abrió los ojos, se vió sentado en la estera y atendido por sus discípulos, quienes le oyeron masculiar tremendas imprecaciones mientras se limpiaba la boca con el dorso del guante.

—¡Irán a Inglaterra! ¡Tal vez pasen por Rugby... y entonces!...

III

PASARON los días y, llegado el 2 de septiembre, Machucho y Pilongo, en un cómodo auto que envió para su uso particular el "León F. C.", se trasladaron a la ciudad. El pesaje de los dos boxeadores se efectuó en el local social "Eco de Sports" y la balanza acusó 95 kilogramos para Kalceta y 70 kilogramos para Machucho.

A las 3 en punto de la tarde nuestros héroes se dirigieron al vestuario del campo de juego. Poco después llegó Kalceta y sus segundos.

Mientras tanto, en el ring se efectuaban los combates preliminares y, terminado el último, el voceador o **speaker** se encaramó al **ring** con la bocina en la mano. Los boxeadores rodeados de sus **managers** y **sparrings** aparecieron a su vez y fueron saludados con una ensordecedora ovación que duró hasta que el **sneaker**, haciendo signos con la bocina, indicó que iba a hablar.

Se hizo, pues, un silencio relativo y encarando la bocina a los cuatro puntos cardinales sucesivamente voceó las características de los luchadores.

"Kalceta, **challenger** del campeón del mundo de peso fuerte, peso 95 kilogramos, contra Machucho, portero del equipo "León F. C.", pese 70 kilogramos... Combate a 20 **rounds** de 3 minutos... Guantes 4 onzas... vendajes duros"

Un **brouhaha** gigantesco recorrió el amplísimo recinto atestado de gente, y no cesó hasta que hubieron terminado los preparativos de combate.

Simpson abrió los brazos y cayó desplomado.

Apenas los contendientes se hubieron calzado los guantes sonó el gong y la voz de un juez pudo oírse:

—¡Todos fuera!

Los **managers** y **sparrings** saltaron del **ring**, dejando solos a los boxeadores con el árbitro y se acurrucaron en los rincones con la vista a ras del tapiz para no estorbar la visión de los espectadores.

Los boxeadores se dirigieron a su rincón y apoyados en las cuerdas con ambas manos, frotaron sus pies en el tapiz para evitar el riesgo de resbalar e hicieron unas flexiones

Sonó el gong nuevamente e instantáneamente se hizo un silencio absoluto.

Machucho y Kalceta se juntaron en el centro del **ring** y se dieron la mano.

IV

¿AQUE explicar las incidencias de la lucha que los periódicos de todo el mundo han traído en todos sus detalles y que habéis comprobado en la pantalla del cine?

Nos limitaremos, pues, a copiar algún trozo del "Eco de Sports", lo cual tiene el aliciente de estar escrito por una de las plumas más doctas en la materia.

Decía el "Eco de Sports" tras algunas consideraciones técnicas:

"Cuando el gong sonó dando orden de comenzar el combate, no pudimos evitar un escalofrío. De un lado la ciencia, el peso, la dureza adquirida en cien combates; del otro, un niño, valiente, decidido, pero careciendo de todo lo anterior.

"El elefante y el león se saludaban. Cerramos maquinalmente los ojos previendo el mazazo de Kalceta y un formidable aplauso del público nos los hizo abrir rápidamente.

"¡Kalceta tenía ciencia (tal como nosotros los profesionales la entendemos), pero Machucho tenía más! ¡Tenía la improvisación! Desde entonces miramos con toda calma.

"Kalceta atacaba con los puños en alto. Eran sus golpes los trompazos del elefante colérico. Machucho, replegado en sí mismo, preveía **crochet**, **swing**, **uppercut** o lo que fuese y rapidísimo antes de que el negro pudiese cerrar su guardia, un puñetazo corto, pavoroso de potencia, sacudía el aire como un relámpago e iba recto al flanco, al corazón, a cualquier sitio que Kalceta dejase libre.

"El negro ante aquellos sublimes **zarpazos** sacudía con rabia su **trompa** (perdón, sus brazos), se lanzaba sobre Machucho con saña inaudita y volvíamos a ver al blanco aplastado... pero nada de eso. Un esquive, un nuevo zarpazo y Kalceta rabioso hería en el vacío y daba con su cuerpo en las cuerdas.

"Eso fué el primer **round**. ¡Tres minutos de combate que nos parecieron tres segundos!

"Machucho rodeado de sus amigos, sentado en su silla, sonreía, sin demostrar cansancio. Kalceta resoplaba, juraba, maldecía, estaba cansado y nervioso. Machucho no se había lanzado a fondo todavía. Kalceta había hecho los imposibles para vencerlo.

"Volvió a sonar el gongo.

"Kalceta, rápido, saltó hacia adelante mientras sus segundos retiraban la silla y evacuaban el **ring**, atravesó la distancia que lo separaba de Machucho como una tromba y aprovechó su empuje para lanzar un directo larguísimo, una especie de **flecha** (que se diría en esgrima), pero también, como en esgrima italiana, Machucho inclinó el cuerpo, huyó la cabeza al golpe y su izquierda en arresto fué a chocar violentamente con la cara de Kalceta. Podían tanto los 95 kilógramos de Kalceta y su empuje que a pesar de ser el golpe violentísimo no hizo sino detenerlo en su carrera.

"Lo que siguió la pluma no tiene rapidez para contarlo. Kalceta tenía, en la décima de segundo que siguió al golpe, su derecha extendida por encima de la cabeza de Machucho y su izquierda tratando de desviar el golpe de izquierda de nuestro héroe.

"Quedaba, pues, a Machucho su derecha libre por espacio de otra décima de segundo y la aprovechó en **crochet** a la cara. Kalceta, que había resistido la violencia del primer golpe, no pudo sostener la del que le seguía a cortísima distancia... y fué a caer de costado contra las cuerdas, tapándose la cara con ambas manos.

"Machucho tenía cogida la victoria si lograba colocar un tercer golpe en sitio vulnerable (barbilla o estómago), pero Kalceta, luchador viejo, privado de la vista por los dos certeros mazazos, se incorporó con un puño pegado a la cara y el otro a su estómago, esperando recobrarse en poco tiempo y dándosele un ardite de los golpes que le daba Machucho en diferentes partes del cuerpo, pues su epidermis endurecida en la lucha podía aguantarlos sin gran riesgo.

"¿Cómo iba a arreglarse Machucho para forzar la cerradísima guardia de Kalceta? ¡Si éste se reponía, la victoria podía escapársele!

"¿Cómo?... ¡No lo sabemos! Pero el milagro se hizo. En medio de una serie de puñetazos a los flancos, Kalceta bajó los brazos. ¿Se había vuelto loco el boxeador negro o era Machucho por artes desconocidas el autor del prodigio?

"Lo ignoramos. Kalceta bajó los brazos un instante y Machucho colocó en la barbilla un **uppercut**.

¡Pero, señores, qué **uppercut**! Resonaron los dientes de Kalceta con ruido fatídico. Su rudo corpachón saltó por el aire como levantado por una catapulta.

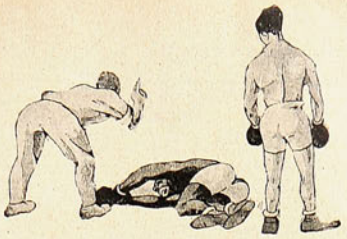
"El juez se puso a contar al caído en medio de un griterío espantoso. Todos gritábamos, llorábamos, aplaudíamos.

"Un gentío inmenso se abalanzó, nos arrolló, nos empujó contra el **ring** y en un momento nos sentimos suspendidos, transportados en volandas, moléculas de una formidable masa. Con los sentidos ya un poco turbados, creímos ver a Machucho arrebatado del **ring**, llevado en hombros y vitoreado.

"La masa de que nosotros formábamos parte, sin cesar de gritar, se ponía en movimiento en dirección a la calle. Tuve la impresión de que me aplastaba, que me reconcentraba en mí mismo hasta tomar la apariencia de un papel de fumar. ¡Perdí el conocimiento y me dejé llevar como un pelele!...

"Cuando volví en mí, me hallé en la calle, **cómodamente** extendido en el suelo. En rededor mío, varios bastones y algún que otro sombrero. ¡Me los probé, pero ninguno era el mío!"

Hasta aquí el "Eco de Sports" en su edición extraordinaria.



El juez se puso a contar al caído

Lo que no pudo explicar el redactor, o sea, por qué Kalceta bajó sus manos providencialmente lo vamos a aclarar nosotros. El milagro era el siguiente:

Machucho estaba efectivamente preocupado por la guardia del negro.

En aquel mismo momento Pilongo se asomó al borde del **ring**, y dijo en boz baja.

—¡Machucho!... ¡Patada en la espinilla!

Machucho oyó a Pilongo y puso en práctica aquella idea luminosa.

Una serie de golpes a los flancos y un voltear vertiginoso para distraer al juez y al público... y un golpe rápido y fuerte en la pierna del negro.

Kalceta bajó los brazos para coger su parte dolorida y Machucho colocó a su sabor el golpe fatal.

IV

EL tío Juan acababa de llegar con unos papeles en la mano. Venía pálido y jadeante.

—¿Qué sucede?—preguntaron ansiosamente los muchachos.

El tío Juan se caló las gafas y leyó los papeles con voz apenas perceptible:

"Cobrado de la Junta del "León F. C.", del notario y de la Fox-Film e ingresado en el día de hoy en el Banco de España:

Apuestas.	100,000 ptas
Privilegio de exclusiva a la Fox-Film.	25,000 "
50 o|o de entradas, después de deducir gastos.	30.000 "
Total.	155,000 ptas.
Entregado a los pobres el 50 por ciento de entradas . .	30,000 ptas.
Entregado a los pobres el 50 por ciento del privilegio. '	25,000 "
Total.	55,000 ptas.

El tío Juan acabó de leer con un suspiro y se desmayó, mientras Machucho y Pilongo lo abrazaban.

El resto de la tarde y toda la noche fué una sucesión continua de visitas.

El Ayuntamiento en corporación a dar las gracias.

La Junta y el equipo del "León F. C."

Periodistas, fotógrafos y repórters de todo el mundo, etc., etc.

A las cuatro de la mañana, terminaba el visiteo, pero en vez de descansar Machucho. Pilongo y el tío Juan resolvieron marcharse a su casa inmediatamente para evitar que se repitieran aquellas fastidiosas escenas.

Subieron al auto que esperaba a la puerta y se lanzaron a toda velocidad. Eran las 5 de la mañana. Los muchachos intentaron dormitar. En aquel momento un frenazo brusco les hizo asomar curiosamente a las ventanillas. Un extraño cortejo se había atravesado en su camino.

Kalceta llevado en hombros por dos empleados y seguido de su **manager** y **sparring-partner** era conducido a su alojamiento.

Machucho se interesó por su estado, pero no se dignaron contestarle, únicamente Simpson cuando estaban ya en la esquina de la calle, se volvió, mostró los puños y voceó con rabia:

—¡Si vais a Inglaterra... pasad por Rugby!

Machucho y Pilongo se encogieron de hombros y el auto emprendió la marcha, raudo.

Machucho y Pilongo, que querían viajar por el Continente Europeo, empezaron por visitar Inglaterra y al pasar por Rugby volvieron a ver a Simpson, con el que les acontecieron cosas raras e imprevistas y que encontrarán nuestros lectores en el próximo número.

MAXIMAS Y CONSEJOS

Si la dulzura no es la principal virtud de la mujer, es en cambio el medio más poderoso de su felicidad.—AIME MARTIN.

Cuando la mujer se desagrada, la sociedad perece; Mesalina es el símbolo de Roma en decadencia, y Cornelia representa a Roma libre y virtuosa.—ANONIMO

La justicia de la madre ha de ser misericordia como la de Dios.
ARENAL (Concepción).

La sonrisa de la mujer resignada ablandaría las piedras.—IDEM

La naturaleza ha dicho a la mujer: sé bella si puedes, formal si quieres; pero sé siempre digna de estima.
BEAUMARCHAIS

Cuando una mujer necesita ser guardada, no lo merece.—BERNARD

Una mujer que tiene criterio, es la razón que nos habla y el corazón que nos guía.—BONNIN

La verdad debe ser la amiga más leal de la mujer.—CATALINA (Severo.)

No hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden una doncella que las del recato propio.—CERVANTES

La mujer que escucha la primera vez, escucha la segunda.—BYRON

La mujer que no ha conquistado el corazón de su marido antes de casarse con él corre grave riesgo de no conseguirlo cuando la posesión y la seguridad se han convertido en armas poderosas contra ella.
COWLEY (Mrs.)

La vejez y la maternidad son una especie de sacerdocio de la naturaleza.
CHATEAUBRIAND

MORAL DE LOS CHINOS

El trabajo es la salvaguardia de la inocencia de las mujeres.

Es fácil adivinar lo que será una mujer en casa de su marido, viendo lo que es en casa de sus padres.

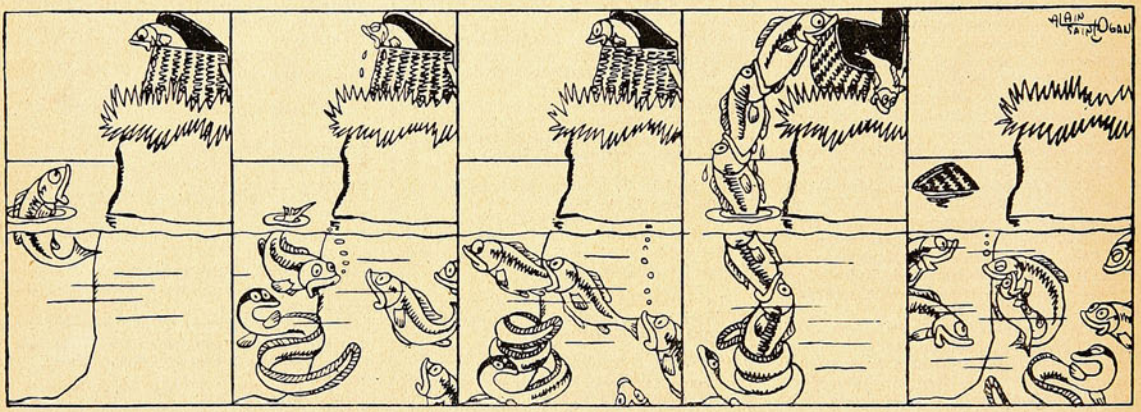
Pour les levres et le teint . . .
Le Rouge Permanent
CHERAMY
M. R.
PARIS
CARMIN
GRENAT
ORANGE

POTPOURRI INFANTIL

LA CURIOSIDAD DE TOPITO

Topito es un perro muy curioso, y por tener este feo defecto ya le han pasado varios chascos muy desagradables. Pero Topito no escarmienta. Hoy en la mañana Topito vió que la cocinera llegaba de la calle con un gran canasto tapado por un paño. Topito empezó a sentir una curiosidad por saber qué había allí, y muy sentado junto al canasto se dedicó a levantar el paño con las manitas. Cuál no sería el espanto y el dolor de Topito al ver que del canasto salían las terribles patas de una langosta viva, que con sus garfios peor que tenazas le dió el feroz pellizco en una mano.

LA HISTORIA DE LA TRUCHITA



Había una vez una truchita, que fué apresada por la red de un pescador. La puso éste en un canasto al borde del estanque y se fué a echar la red en otro sitio. En esto la mamá de la truchita la vió prisionera y llorando se fué a darles la noticia a los demás parientes que habitaban en el estanque. Entonces decidieron entre todos formar una escala puestos unos sobre otros, y así pudieron salvar de su prisión a la truchita, que ahora está feliz al lado de su mamá.

LA MUÑECA DE MARIQUITA

Mariquita va de visita a la casa de su padrino que le regala una linda muñeca. Mariquita empieza por hacerle la toilette y luego muy contenta baila con ella el minué que le están enseñando en el colegio. Pero resulta que cuando llega la hora de irse está lloviendo, con uno de esos chubascos primaverales que pasan en seguida. Cuando llega a la casa de sus papás ha salido el sol nuevamente y Mariquita, para que la muñeca se seque, la coloca en la rama de un árbol del jardín, pero con tan mala suerte que la muñeca se cae y se hace mil pedazos. Pobre Mariquita que se quedó sin muñeca...

menu

ALMUERZO

Huevos en pie.

Estos huevos, raros y vistosos, son agradables y sencillos de hacer.

Lo primero que se prepara, mientras se cuecen, hasta endurecerse los huevos, es una salsa, friendo en manteca una cucharada de harina; cuando va tomando color se le pone vino blanco, jamón y champiñons, en pedacitos muy menudos estas dos cosas. Se sazona y aparta a un lado y se frien luego en manteca unas rebanadas de pan de molde muy gruesas para que, marcando en el centro de ellas un círculo con una copita o con una huevera y ahuecando bastante la señal, pueda mantenerse en ella el huevo duro. El pan puede cortarse redondo o cuadrado y una vez que se les ha hecho la ahuecadura es cuando se frien.

Cuando esté listo se pelan los huevos duros y calientes, se coloca cada uno de pie en el pan frito, se pone todo en una fuente, vertiéndole por encima la salsa preparada de antemano.

Corbina rellena.

Se elige una corbina que no sea muy grande y vaciándola y escamándola, se seca después cuidadosamente con un paño.

Hecho esto se prepara el relleno que consiste en una pasta hecha con choros crudos machacados en el mortero con un poco de perejil, una chalota y un poco de pimienta. Con esta pasta, sazonada con sal, se rellena la corbina, se ata y se deja unas seis horas que se penetre del sabor del relleno.

Un par de horas antes de servirla se cuece en una pescadera con un poco de aceite, un vaso de vino blanco, otro de caldo, sal, perejil picado y pimienta, dándole vuelta con cuidado para que se cueza igualmente por ambos lados.

Así que esté cocida se espolvorea con pan y queso parmesano rayado y se mete al horno hasta el momento de servirla.

Tournedos a la Favorita.

Los Tournedos son unas pequeñas lonjas de lomo de vaca, de no más de un centímetro de espesor; para prepararlos se espolvorean de sal y se asan a la parrilla, untados con un poquito de manteca.

Preparados en esta forma se pone cada uno sobre el fondo de una alcachofa — cocida de antemano con agua con sal — y colocadas en una fuente.

Se hace una salsa Bearnesa en esta forma: Se pone en una cacerolita cuatro yemas de huevo, cuatro cucharadas de aceite, cucharada y media de vinagre fuerte al que se le habrá agregado tres cucharadas de agua, cuatro gramos de sal fina, uno de pimienta negra molida y media cucharada de perejil picado en tal forma que sea una verdadera pasta.

Se bate todo muy bien en la cerola, se coloca esta al baño María, se mueve continuamente la salsa, siempre para el mismo lado, como si se tratase de una crema y cuidando de que el agua no llegue a hervir para que no se corte la salsa y se deja espesar.

Lista la salsa Bearnesa se echa sobre cada tournedo, se rodea la fuente con papas cocidas enteras y salteadas se sirven.

Es un plato muy fino y exquisito.

Souflé de pan de Molde.

Se corta muy finamente el pan de molde y se untan las rebanadas con mantequilla en abundancia, se espolverean con azúcar flor y canela y se ponen en un molde liso untado también con mantequilla.

Al ir colocándolo en el molde se pone entre el pan unas almendras peladas y partidas y unas pasas. Se le echa por encima leche hirviendo con azúcar al paladar hasta que esté todo bien empapado y se deja un rato en reposo. Después se aplasta un poco con una cuchara, se le cubre con otra capa de almendras y pasas, se le agregan tres yemas de huevo batidas, se espolvorea de azúcar y se cuece al horno como un flán.

COMIDA

Menestras de papas.

Se cortan las papas en rodajas y se frien. Una vez fritas se revuelcan en huevo batido y así rebozadas se vuelven a freir para colocarlas después en el caldo del puchero al que se le agrega un huevo batido con un poquito de vinagre.

Coliflor con salsa de mantequilla a la Alemana.

Se limpia y se tiene un rato en agua la coliflor, cociéndola después en agua con sal, a fuego lento. Una vez cocida se pone en una fuente y se cubre con la salsa que se hace de la manera siguiente:

Se bate muy bien un poco de mantequilla fresca con media cucharada de harina y un poco de leche o sino caldo de carne. Cuando está bien batido se le añade sal fina, nuez moscada rayada, dos yemas de huevo y otro poquito de mantequilla, se bate de nuevo y se echa, como hemos dicho, sobre la coliflor.

Esta manera de preparar la coliflor resulta agradabilísima, siendo plato muy generalizado en Alemania, sobre todo en las provincias del Rhin.

Pajaritos con salsa de Vino.

Se limpian y vacian los pajaritos, espolvoreándolos con sal, después se frien en aceite con un poquito de cebolla. Una vez fritos, con unas hojas de laurel, se les pone un polvo de pimiento molido y antes que esto se queme se le añade vino blanco y un poco de orégano. Se les agrega agua hirviendo y se dejan cocer a fuego lento.

Así que estén tiernos se sacan uno por uno con tenedor, para que salgan bien escurridos, y para servirlos se les vierte encima la salsa que se habrá colado.

Carne con vinagre.

Se coloca la carne en un solo pedazo, en la cacerola en que habrá vinagre, vino blanco, sal y un poquito de cebolla muy picada, perejil también picado muy fino y una cucharada de manteca. Se deja asar a fuego dándole vueltas cotinuamente. Se sirve con ensalada de berros.

Merengue con Naranja y Arroz.

Hágase un arroz con leche, como de costumbre, hirviendo primero una taza de arroz en agua con sal, y sacándole el agua cuando esté medio cocido, para poner en su lugar cuatro tazas de leche, dejando que el arroz se termine de cocer hasta que la leche se consuma. Al ponerle la leche se le habrá agregado azúcar al paladar y raspadura de cáscara de limón.

Se cortan finamente las cáscaras de seis naranjas, que se unen en una cacerola con una libra de azúcar y una taza de agua, cociéndolo a fuego vivo hasta que espese; igual que jarabe.

Cuando el arroz esté medio frío se extiende en una fuente que resista el horno, colocándolo de modo que cubra el borde de ésta, formando como una rosca. En el centro se ponen los cascos de las naranjas — se tendrá cuidado de sacarle las pepas — y se le vierte encima el jarabe.

Hecho esto se baten las claras de tres huevos hasta punto de merengue, se les agrega tres cucharadas colmadas de azúcar flor y se extiende sobre la naranja. Se pone un momento al horno suave para que se endurezca un tanto el merengue y se sirve espolvoreándole encima dos cucharadas de avellanas tostadas y molidas.

DEL DOMINIO DE SU VOLUNTAD DE LA FUERZA DE SU CARACTER

La Auto-Sugestión nos enseña, pues, que hay en nuestra personalidad grandes reservas, inagotables fuerzas, en estado latente, que sólo esperan que se las ponga en movimiento para actuar en favor de nuestro organismo, de nuestra capacidad, a fin de labrarnos la felicidad.

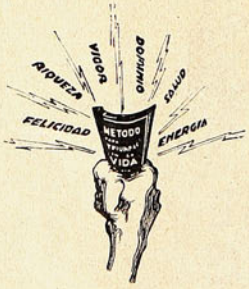
Gracias al cultivo ordenado y perseverante de estas milagrosas facultades—que se encuentran en la mente de todos los individuos—encontramos la llave de nuestro porvenir.

Para vencer en la existencia, se necesita, antes que todo, poseer un cuerpo sano, lo que se consigue por medio de las indicaciones higiénicas del "Método para triunfar en la vida". En este sentido, en este curso sólo se emplean los factores naturales como procedimiento terapéutico: sol, aire, agua, alimentación adecuada, todo en combinación con la Auto-Sugestión.

Los que fracasan en sus actividades deben buscar la culpa de sus derrotas morales y materiales en ellos mismos: no han sabido o no han querido aprovechar las fuerzas benéficas que Dios ha puesto a su alcance, o sea, la energía psíquica.

Nuestra mente es un verdadero y poderoso dinamo, al cual es preciso hacer funcionar en beneficio de nosotros mismos. ¿Cómo se consigue esto?

Con el estudio práctico de las lecciones del curso por correspondencia del profesor Tepper. Escritas en lenguaje claro, sencillo y agradable, sin palabras técnicas, dichas lecciones son de fácil y entretenida comprensión; y desde la primera, se experimenta en nuestra personalidad física y espiritual un alivio extraordinario que poco a poco se va cambiando en una incomparable fuerza en nosotros mismos, en un dominio absoluto de nuestros actos, en una voluntad de hierro para vencer, en una confianza segura sobre nuestro futuro.



CURSO POR CORRESPONDENCIA. — Aprendizaje fácil y rápido. Exito garantizado.—**PIDANSE PROSPECTOS GRATIS. CASILLA, 2891. — CONSULTAS, CATEDRAL, 1409, de 2 a 5 P. M.**

IVAN MOSJOUKINE

VIMOS actuar por primera vez a este insigne actor ruso, en la película de Alejandro Dumas, Desórden y Genio. Esencialmente romántico, Mosjoukine constituye una personalidad desasida del ambiente actual, y como ajena en todo momento a nuestras circunstancias. Liberado resueltamente de todo bajo realismo, enfermo de sensibildad temblorosa, Mosjoukine compone sus extravagantes personajes, "esquizofrénicos" que diría Lombroso, o en perpetua embriaguez de amor y de vino, como diría Baudelaire.

Le vimos en seguida en Matías Pascal, pieza pirandelliana e infinitamente adaptable al temperamento de Mosjoukine.

Sin embargo, hay esenciales diferencias, entre el personaje de la novela, y el Matías Pascal, creación de Mosjoukine. Matías Pascal es un abúlico que se deja llevar de las circunstancias, arrastrado por una pereza invencible de voluntad. El Matías compuesto por el actor ruso, es ardiente y exaltado, y se agita en lucha perpetua contra su destino. Vencido siempre, su rebeldía no se aquieta jamás.

Miguel Strogoff es a nuestro juicio, un asunto que no concuerda con el temperamento de Iván Mosjoukine. Su genio se desarrolla con la misma potencia, pero su manera especial de sentir, perjudica el desarrollo del drama y su actuación misma.

Aun nos queda por admirar a Mosjoukine en Casanova, su

Mosjoukine lleva el traje romántico con tanta gracia altiva, que se diría que Shelley vive todavía o que ha reencarnado en él.

Casanova.

última producción. En el apasionado romance del más romántico de los amadores, su belleza, su lirismo y su imponderable atractivo físico, han de constituir una manifestación de arte soberbia.

Digamos ahora algo del hombre.

Nació Iván Ilitch Mosjoukine en las primeras horas del 26 de setiembre del año 1889, en una pequeña villa de la Rusia central, en Penza. Cuando vino al mundo, dos hermanos le esperaban ya. Mosjoukine fué el último, lo que hacía decir con frecuencia a su padre que no se aguardaba sino la llegada del pequeño Ivánouchka para que la familia estuviera completa. Sus padres eran propietarios rurales que poseían una fortuna considerable, y tenía además viejos títulos de nobleza.

Sus hermanos han tenido también en la vida actuación brillante.

El mayor, Alejandro Ilitch, es ahora un gran cantante, a quien su admirable voz de bajo ha valido éxitos internacionales. El menor, Constantino Ilitch, era oficial en la marina del Zar antes de la revolución.

Los tres Mosjoukine hicieron sus estudios juntos en un Liceo de Moscou. Pero llegados a la edad de elegir una carrera, los separaron sus disposiciones intelectuales y sus ambiciones diferentes. El sueño de Iván en su juventud, lo constituyó la idea de ser abogado. Entró a la Facultad de Derecho donde permaneció dos años. Por aquella época fué por la primera vez a un teatro, y aquel arte para él desconocido, lo conquistó inmediatamente para siempre. Cuando su vocación se diseñó fuertemente, aprovechó de sus primeras vacaciones para hacer conocer a su padre su resolución. Aquel se opuso como

ocurre generalmente, pero Iván le juró con la mayor solemnidad que en tal materia, sólo atendería a sus propias aspiraciones. Enfadado el padre, lo envió a Moscou, y de miedo de que se evadiese, lo acompañó personalmente a la estación y cerró con sus propias manos la ventanilla. Pero fué un trabajo inútil. En la primera estación, Iván juzgó conveniente cambiar de tren, y tomar el que venía precisamente en dirección contraria. Marchó a Kiew a enrolarse en una compañía teatral cuyo director era un actor bastante bien dotado. Enseñó a Mosjoukine el A B C de su arte y lo llevó durante dos años por toda Rusia, de ciudad en ciudad. Este niño mimado del éxito que gana hoy muchos miles de dollars por semana, ganaba en sus comienzos apenas cincuenta rublos al mes.

Al cabo de algún tiempo el joven comediante escribió a su padre para excusarse de sus pasadas insolencias y para rectificar su inquebrantable decisión de dedicarse al teatro. Aquel le respondió con una carta llena de reconvenciones, en la cual le predecía su pronto regreso en calidad de Hijo Pródigo. Su carrera continuó sin grandes obstáculos. Representó en Moscou en el teatro popular y en el teatro dramático, obras de repertorio moderno: Bataille, Berstein, Ibsen, Shaw y D'Annunzio, y también los viejos fondos del repertorio nacional: Pouchkine, Dostojeesky, Turgueniew, Tolstoy, Gogol, Korolenko, Ostrowsky, Gontcharow, Arzybachow, Rozanow y Gützkow. Interpretó el repertorio shakesperiano y molieresco entre otras cosas, el Misántropo. Pero su mayor éxito debía alcanzarlo con Kean o Desorden y Genio, donde Volkof y él hicieron los papeles principales y en L'Aiglon de Rostand, piezas ambas popularísimas en Rusia.

Conceptuado ya como un gran actor en los teatros moscovitas, hizo el descubrimiento del cinematógrafo. Las principales firmas productoras de la época tenían sus agencias en Moscou y San Petersburgo.

Conquistado por este nuevo arte en vías de crecer, debutó en roles secundarios en las compañías Reuss Khanjoukhoff y Karitonoff, antes de entrar en la Ermolieff donde llegó rápidamente a la categoría de estrella.

El primer rol que debió representar para la pantalla fué el de un hombre que llora sobre una mujer muerta su bello ensueño de amor despedazado. Habiendo asimilado las lecciones de los mejores comediantes del teatro ruso, Petrowksky y Wladimir Sladkopevtzeff, comprendió que la pantalla reclamaba al mismo tiempo que una intensa expresión una sobriedad extrema. Obtuvo un gran éxito en este primer ensayo y luego se le confiaron roles de importancia. Facultades personales habían de ayudarlo a su acceso a la cumbre. Desde luego una extraordinaria ductilidad de exteriorización, una facilidad inaudita de pasar de la risa al llanto y del llanto a la risa, y de reir y de llorar, no con lágrimas o carcajadas convencionales, sino de asimilar hasta el sufrimiento ambas manifestaciones extremas de la emoción. Un don maravilloso que le permitía pasar, en pocos segundos y en el proceso de una sola expresión por toda la gama emotiva, por todo el arco iris de las emociones humanas.

Mosjoukine y María Corda con una amiga en Hollywood.

En segundo lugar una manera de expresar en "dos tonos" que permite adivinar a través del sentimiento expresado, máscara en cierta forma, el sentimiento secreto, mucho más profundo y reprimido por el pudor, razón o interés. Así en este hombre tan bello y varonil a la vez, pueden leerse al mismo tiempo, la sensualidad bajo el misticismo, la duda angustiosa en la fe y la honda turbación en la ficticia serenidad.

Hombre de rara asexualidad aparente, y al mismo tiempo de una violencia y de un frenesí de temperamento llevado al más alto grado de lo patológico, que se traduce por una inaudita nerviosidad en los gestos, en las manos, en las actitudes, nerviosidad que llega al paroxismo.

En 1920, Mosjoukine marchó a Francia, con toda su compañía y con sus películas a medio impresionar. La vida en Rusia no era ya posible.

Una vez terminados los trabajos ya comenzados, Mosjoukine puso en práctica su deseo de toda la vida. Impresionar una película con Kean o Desorden y Genio, su primer gran éxito en las tablas. Y de una pieza banal de Dumas padre, sin sustancia, sin ideas, sin acción, compuso Mosjoukine una como no se hará otra igual en veinte años, con tal poder de estilización y tan sintética al mismo tiempo de exteriorizaciones, que se puede afirmar que nunca, ningún comediante del cinematógrafo, ha llevado hasta tal altura el arte dramático.

Pudimos admirarlo en seguida en "El Difunto Matías Pascal", donde el gran actor pone en juego todas sus posibilidades emotivas y expresivas.

Lo vemos pasar allí de la alegría más loca al dolor más angustioso, de la flema glacial a la expansividad más desordenada, de lo trágico a lo burlesco y de lo burlesco a lo trágico con el mismo impulso, la misma nerviosidad y la misma desenvoltura.

Le encontramos de nuevo en Miguel Strogoff. Su actuación y su "maquillage" alcanzaron ahí tal realismo, que debió contenerse de nuevo para no aterrorizar al público.

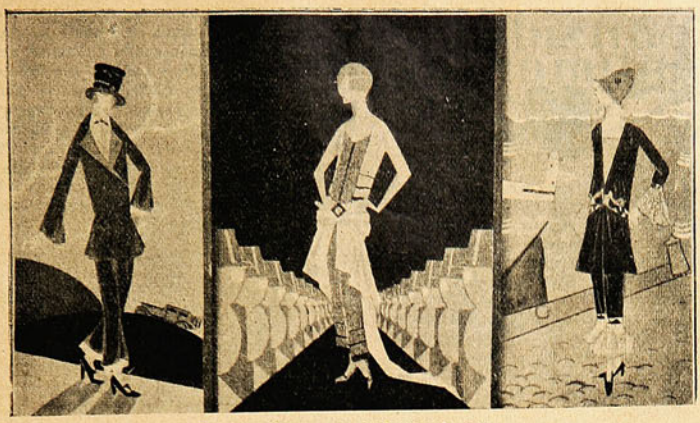
El último film de Mosjoukine, "Casanova", no lo conocemos todavía. El asunto es extractado de las memorias del célebre aventurero del siglo XVIII. Juan Casanova de Seingalt es una de las más atrayentes figuras de aventureros de que hay memoria y seguramente Mosjoukine siente especial atracción por este Don Juan.

En su vida privada, Mosjoukine es un hombre sencillo que estudia mucho y a quien el esplendor de la gloria no ha cegado.

El 12 de diciembre de 1926, llegó a Nueva York y el 22 del mismo mes a Hollywood.

Primero se pensó que su "partenaire" sería Lya de Putti, pero luego se decidió que ésta fuera Mary Philbin y Nigel de Brulier.

En Hollywood se ha conquistado rápidamente grandes simpatías.



Las tres damas que acabamos de ver...

UNA REVOLUCION EN LA MODA FEMENINA

Por E. GOMEZ CARRILLO

MIENTRAS los hombres discuten teóricamente el problema del calzón corto, la mujer, sin decir una palabra, lo resuelve en la práctica. Porque sólo los que tienen ojos y no ven, son capaces de penetrar en el universo femenino de nuestros días, sin darse cuenta de que nos hallamos en vísperas de asistir al triunfo de una revolución, que a todos los tradicionalistas les parecerá absurda, loca, casi criminal, y que, sin embargo, no es más que la consecuencia lógica de la moda de los cabellos cortos y de las faldas no menos cortas. ¿Qué era, en efecto, lo que en otras épocas hacía imposible que las partidarias de la **culotte** lograsen imponer sus ideas aún a los espíritus más libres? Pues, en primer lugar, el prejuicio de que, al enseñar las pantorrillas una mujer, cometía un pecado contra el recato. Luego, la falta de armonía que los artistas notaban entre una cabeza con su moño abundante y un atavío de paecillo de opereta. Hoy, por breves que sean los pantalones que se adopten en definitiva, nada nuevo nos harán admirar. Y en cuanto a la silueta, difícil será hallarla más **garçonnière** que la de la mujer que se peina, según el figurín del día, con la nuca afeitada y las orejas libres de todo pelo.

O bien una gran dama, o bien una muchacha...

Ya sé que, al oír esta noticia, muchos de mis lectores sentirán deseos de sonreír con dulce escepticismo. "¿La mujer con calzón corto? — exclamarán.—No, no es eso posible fuera del **music-hall** y del circo. El buen gusto bastará para hacérse'o comprender. Y si eso no bastara, la gente de la calle se encargaría de obligarlas a renunciar a sus fantasías, aplicándoles el correctivo de burlas que las locas desatadas merecen. Dejad, pues, que salgan las primeras, si se atreven. Después no habrá ninguna que quiera exponerse a correr los mismos "peligros". Pero estas palabras, que me figuro oír en muchos labios, lo único que demuestran es que el hombre no conoce nunca a la mujer. ¿Exponerse a las burlas? A mucho más se han expuesto las elegantes de Constantinopla para tener derecho a

Ved a Sacha con su boina...

TROUSSEAUX MODERNOS

La línea recta de la silueta moderna exige que la ropa interior tenga una perfección de corte tan definitiva como puede tenerla el propio vestido. Una arruga en la camisa, unos calzones mal armados a la cintura, una combinación hecha de cualquiera laya, pueden ser los causantes de que una figura femenina pierda su bella armonía.

Fuera del corte hay la elección de los materiales que cada vez se refina más, y así vemos ropa interior de linón de hilo, de espumilla de seda, de opal mercerizado y de opal de seda, de jersey de todas calidades y como adornos se ponen en primer lugar los sesgos de colores opuestos, unidos prolijamente por puntos al aire hechos a mano, luego están las aplicaciones de encajes entre los cuales se usa de preferencia el de Venecia y el de Bruselas, después vienen los sesgos de tul sobre bordados y por último las cintas con las cuales se confeccionan adornos muy caprichosos.

No sólo en la ropa personal se nota este refinamiento: la ropa destinada a la casa sufre la influencia de las modas, y así vemos las mantelerías en linón de color con aplicaciones de tonos diferentes. Para el lunch y el té son inapreciables y de una elegancia refinada, siempre que sus colores se combinen con el de las porcelanas que decoren la mesa y con las flores.

Para las comidas de mayor etiqueta, y aún para las comidas en general, el mantel de color blanco en tela de hilo lisa o en granite, es siempre el predilecto. Las aplicaciones de filet, los cuadros bordados al realce o en bordado inglés, hacen de estas piezas verdaderas obras artísticas.

Todos estos componentes del trousseax moderno se encuentran en la Casa

El Pimassa y Cia SANTIAGO

CLARAS, 270.
(esquina Huérfanos).

Casilla 2696.
Teléfono 4017.

que siempre se ha distinguido por la fina ejecución, la originalidad de sus modelos y la óptima calidad de sus materiales.

Consultorio sentimental

P.—Soy viuda y entre los escasos amigos que llegan a mi casa, hay un señor que me demuestra desde hace varios años, un amor abnegadísimo. Yo sólo siento por él amistad y agradecimiento. Además, estoy enamorada de un hombre joven que tal vez me quiere menos y a quien yo amo con pasión. A sabiendas de que yo jamás podré corresponder al amor del hombre maduro, nunca me he resuelto tampoco a prescindir de su amistad. ¿Hago mal en ello? ¿Se trataría en mí de una coquetería reprobable? Yo creo que no y que es el temor a hacerlo padecer, lo que me impide a despedirlo. ¿Qué le parece a usted?—ELISA.

R.—Depende, depende. Si usted supone que alejando de usted a ese caballero él la olvidaría, constituye de su parte un egoísmo retenerlo, si no se encuentra capaz de pagarle en la misma moneda de amor. Si la vida privada de ese señor es triste, y él está contento con lo poco que obtiene de usted, aunque esté seguro de no avanzar nunca en su cariño, es de su parte consideración piadosa el continuar favoreciéndolo con su amistad. Estúdiese a sí misma y asegúrese usted de que no se deja llevar por un egoísmo reprobable y de una coquetería más reprobable aún, para retener una voluntad que siempre resulta preciosa por los beneficios (morales) que puede reportar en cada momento.

* * *

P.—Estoy de novia, además estoy segura de que mi novio me adora. Estamos para casarnos en poco tiempo más, y he venido a saber ahora último que mi novio tiene una querida con la cual vive hace ocho años. No tiene hijos de esta mujer y dado lo largo de sus relaciones y el ningún interés que la mujer tiene, es de suponer que está cansado con ella. Lógicamente no puede inspirarme el caso celos de amor. Hay, sin embargo, quien me asegura que debo alejar a mi novio, romper con él, en consideración a esta desgraciada. Yo dudo que sea tal mi obligación, porque considero que para evitar el sufrimiento de una sola persona (la querida) acarrearía el sufrimiento de dos: (mi novio y yo).— PAQUITA.

R.—También tiene el caso su pro y su contra, señorita. Evidentemente, sería mucho pedir a usted que se sacrificara hasta ese extremo y que hasta ese extremo también sacrificara la felicidad de su novio. El problema más que para usted, es para su novio que no dejará de ver en estos momentos, el gran trastorno que ocasiona a los jóvenes el atarse con lazos de esa especie fuera del matrimonio. El es el que tendrá que resolver algo para indemnizar a la compañera de tantos años. De todos modos felicitamos a usted por su criterio seguro, y por su carencia de celos revolucionarios.

P.—Me pretende un joven, señor. A mí me gusta mucho, y mi mamá se opone a mi matrimonio sin otra razón que la de que mi novio es muy celoso. Dice que ella fué martir de mi padre por esta razón, y que los celosos, cuando lo son, proceden por temperamento, aunque la mujer no les dé el menor motivo de celos. ¿Tiene razón mi madre? ¿Pueden hacerme los celos desgraciada, aunque el novio tenga otras cualidades buenas? Yo he oído decir que, por el contrario, los celos son un homenaje.—MARIA.

R.—Su madre tiene razón, señorita, y uno de los más graves defectos que puede tener un marido, son los celos. Los celos implican desde luego, gravísimas fallas morales, desde luego, egoísmo y falta de delicadeza. Los celos son un homenaje sólo cuando son simulados o implican una galantería, nunca cuando son sinceros y sin causa. Los hombres celosos son, como dice su madre, en todo momento y lugar, con causa y sin ella. Jamás se corrigen de su defecto, que no es otra cosa que un sentido insolente de propiedad. Si no lo ama mucho, señorita, renuncie al novio celoso, y decimos si no lo ama mucho, porque en caso contrario, no atenderá usted nuestro consejo...

Toda correspondencia debe dirigirse en la siguiente forma: Dirección de "Para Todos". (Sección Consultorio Sentimental). Casilla 3518. SANTIAGO.

UNA REVOLUCION EN LA MODA FEMENINA

suprimir la tiranía del charchaf. Se han expuesto a ser maltratadas, a ser lapidadas, a ser asesinadas. Sin embargo, ni un momento han dejado de seguir adelante, llenas de entusiasmo. Y es que nuestras hermanas son menos tímidas que nosotros y no tienen miedo ni de la muerte ni del ridículo, que son los dos grandes espantajos de los que creen encarnar el sexo fuerte. Recordad lo que pasó en tiempo del Directorio, cuando los médicos de París hicieron publicar por todas partes que la moda de los trajes transparentes causaba hecatombes durante el invierno. Ni una sola maravillosa dejó de salir vestida de nubes de gasa, a pesar de las lágrimas que las damas serias o de los consejos de los caballeros sensatos. Y para saber hasta dónde llega el desdén del ridículo en la mujer, la historia de la crinolina basta.

Además, ¿a qué discutir lo indiscutible? Los que dicen que las mujeres no se atreverán, no saben lo que pasa en el mundo de las elegancias. Ya se han atrevido. Ya la damisela con calzón corto no es un paje, de revista, ni una amazona de alta escuela, sino una dama, como muchas otras, en los salones, en los paseos, en los **dancing**, en los tés, en los teatros, en la calle misma. Sí, señores: en la calle. Y si no la habéis visto, es porque todavía no ha llegado el momento en que el hada de las transfiguraciones quiere que el rey Sharriar, que duerme en todos los cerebros masculinos, abra los ojos ante la evidencia. ¿Creéis, acaso, que vísteis a las que se cortaron el pelo en los primeros tiempos del gran holocausto? No. Antes de adoptar el tocado a la **garçonne**, que hasta los ciegos descubren, hubo mil matices de ensayo, de aclimatación, mejor dicho, que ni siquiera fueron descubiertos por los novios, que son, sin embargo, los que mejor observan a las bellas. El sombrero era el cómplice de las conspiradoras. Y, poco a poco, los lindos bucles iban cayendo, a medida que los hombres se iban acostumbrando a resignarse. Con los calzones cortos pasa lo mismo ahora. Las faldillas de **sports**, de viaje y de auto, comenzaron hace tiempo a acostumbrarnos a la nueva silueta. Ved a Sacha con su boina estilizada y a Zaliovk con su bastón. Luego, ya más radical, aunque no menos discreta, apareció la excursionista. Al apearse de su coche, sólo se veía su cabeza de muchacho, su pechera blanca y su corbata algo bohemia. Lo demás lo ocultaba un abrigo de pieles. Pero en cuanto era preciso desabrochar el abrigo, veíanse los calzones bajo una especie de faldón, que el menor soplo de aire movía. Lo más difícil era hacer pasar de esos atavíos campestres a la **toilette de ville** la prenda revolucionaria. ¿Cómo llevar un pantaloncito de lo que puede llamarse la época de trancición, sin incurrir en las amargas quejas del esposo tímido o de la madre austera? Una señorita parisiense de las que se pasean por el Bois de Boulogne como si estuvieran en una palaciega galería, dijo a su modista:

—Yo atravesaré los Campos Elíseos con ese trajecillo tan mono que tiene calzones bombachos, atados por cintas de oro...

—¿Usted sola?

—Con mi perro.

Y desde entonces, ya no es una. Son muchas las que, sin que a los distraídos transeuntes les choque, van por entre los jardines de la gran ciudad vestidas de muchachos. De allí a lo que se llama el traje **habillé**, no había más que un paso fácil de franquear. En los salones, en efecto, todo lo nuevo, por nuevo que sea, gusta. ¿Que algunas damas del siglo XIX murmuran? Poco importa. Otras, en cambio, envidian. Y otras admiran. Así, vemos a menudo figurines en los que, o bien se nos presenta una muchacha con una túnica de fino paño y faldellín que deja ver su pantaloncillo en las tertulias de tarde, o bien una gran dama que, entre los volantes algo cubistas de su **toilette de soirée**, esconde mal un pantaloncillo de terciopelo negro, de corte ancho y flotante, cual una falda cortada por medio... ¿Os escandaliza todo esto? ¿Decís que la mujer va perdiendo poco a poco, por culpa de estas novedades diabólicas, lo que constituía su verdadero encanto?... Permitidme que, aún a riesgo de hacerme pasar por inmoralista, os asegure que os equivocáis, y que ni los cabellos cortos, ni las pantorrillas al aire, ni los calzones de paje, cambian para nada lo que es la divina esencia de la feminidad. Vestida como queráis, ¡oh! modistos todopoderosos, y siempre, en el fondo, la mujer será la mujer, con su sensibilidad, con su sutileza, con su ternura, con su fervor, con su coquetería, con su gracia, con su misterio... ¡Ah!, y también con su pudor. Es absurdo, en efecto, creer que, porque las pragmáticas de la moda ordenan que se enseñen las rodillas y las pantorrillas, nuestras contemporáneas sean menos recatadas que sus abuelas. Esas abuelas, precisamente, nos han dejado imágenes en las que el escote no tiene nada que envidiar al de las damas de los teatros de varietés. Y las abuelas de esas abuelas eran las que, en tiempo de Barrás, llevaban las faldas abiertas hasta la cadera, cuando iban a los bailes del Directorio. Lo importante para que la feminidad no periclite, no es el traje, sino las ideas de igualdad de los sexos y de trabajo hombruno. Tal vez vais a creer que os digo una herejía, pero estoy convencido de que para el porvenir del alma de nuestras hermanas, más peligroso es el ejemplo de una madame Curie, que el de mil bellas Oteros o mil Lianas de Pougy. Vestidita con una blusa de estudianta y con un pantaloncillo de terciopelo blanco, que se ve a cada paso que da entre los faldones de su **jupe-de-lantal**, la muchacha que lee a Verlaine es más mujer que la niña que se trajea como su señora mamá y que lee libros de medicina experimental, u otros tratados de los que hasta ahora le estuvieron vedados.

Y después de todo, como dice madame Delarue Mardrus, **il n'y a rien a faire contre les grands rythmes qui nous menent malgré nous.** Nada, nada... Tan nada, que si mañana las bellas quieren ataviarse como las tres damas que acabamos de ver en un figurín de Manuel, todos acabaremos por encontrar que así están deliciosas.

E. GOMEZ CARRILLO.

LIBROS Y AUTORES

La Princesa Bibesco.

Catalina-París, por la Princesa Bibesco

Es la historia de una muchachita nacida en Rumania, en el convencionalismo que aún amarra a las viejas familias de noble estirpe. Su abuela tuvo como única ilusión en la vida el poder radicarse en Francia, el poder asimilarse a la existencia parisina. Su madre tuvo esta misma ilusión: de ahí que la muchachita haya heredado esa ansia y de ahí su segundo nombre.

Catalina-París crece en el amor a Francia. Llegada a jovencita, su padre—la antítesis de las mujeres de la familia,—la obliga a casarse con un príncipe polaco y empieza para ella un peregrinaje por las cortes europeas.

Nutrida de lecturas, con una cultura que llega de lo clásico hasta lo modernísimo, Catalina-París, muchachita intelectualizada, se aburre espantosamente en su nueva vida. Su suegra representa la tradición: ella el reaccionismo. Y viene la observación aguda, llena de malicia que llega al sarcasmo, para decir las comedias que en los escenarios de la corte de Berlín, de Viena y de San Petersburgo se representan.

Novela en forma de narración directa hecha por la heroína, situada en los años anteriores a la guerra y durante la guerra misma, es Catalina-París un verdadero documento de la vida de las cortes. Cuando se refiere a la de Berlín, dice: —"Es un fusil". Cuando habla de la vienesa: —"Es un sofá". Así el tono desenfadado. Cuando conoce al viejo emperador Francisco José apunta: —"Tantos cocheros de fiacre habían copiado su cabeza que se dudaba que fuera él mismo". Todas las pequeñas intrigas políticas, las pequeñas y también las grandes, quedan recogidas por su pluma sagaz e irónica.

Una vez que estalla la guerra Catalina-París se refugia en Francia y así se enamora de un aviador francés. Ni un instante vacila en entregarse a ese amor. La vida cortesana está lejos. Rumania se pierde en el pasado. Su marido, el príncipe, es un punto en la lejanía que le es completamente indiferente. ¿Entonces? Se da a su amor con una especie de embriaguez de triunfo porque por el hombre que quiere se realizará su ansia de la vida entera: ser francesa.

Perteneciente la Princesa Bibesco a una familia casi real en los Balkanes, emparentada con toda la nobleza europea, empezó su carrera literaria publicando en revistas mundanas artículos sobre viajes y algunos cuentos tomados del folklore rumano. Luego dió a la publicidad una novela que fué acogida benévolamente por la crítica y ahora con Catalina-París cimienta sólida su prestigio de novelista amena, llena de observaciones agudas, con el estilo novedoso en una especie de sequedad punzante, con los paisajes en contraposición a los personajes, que si éstos tienen la vitalidad agresiva y caricaturesca en su mayoría, aquéllos son líricos, con una especie de decoloración de pastel en las tonalidades.

La Rosa de Saron, por los Hermanos Tharaud

Otra novela de ambiente judaico en que los hermanos Tharaud hacen gala de su conocimiento de las regiones austriacas limítrofes con Rusia, en que la vida del Ghetto continúa en toda su pureza de costumbres. Sitúan su héroe en este medio y luego de mil vicisitudes en que el carácter del muchacho se va asimilando a otras civilizaciones, acaban por dejarlo en el umbral de una gran ciudad, que ha de hacer de él un triunfador probablemente.

Novela interesante que muestra a nuestros ojos el mecanismo perfecto en su repetición que mueve a una raza.

La Vida de Hoffmann, por Jean Mistler

Jean Mistler nos muestra en esta obra la existencia atormentada de Hoffmann, sus amores imposibles, las continuas decepciones de su carrera funcionaria y musical. Hay que decir que esta existencia atormentada, inquieta, tiene algo de alucinante. Las páginas de su estada en Banberg en la época de sus amores tan castos con su joven alumna Julia Marc de quince años, cuando había él pasado la cuarentena, son tal vez las mejores del libro. La gran dificultad y el gran atractivo de este relato está en el brusco cambio de lo real y lo irreal en que siempre fluctuaba la vida de Hoffmann.

La Casa de los Masones, por Huberto Pérez de la Ossa

Es una novela sin reposos. Todos los personajes tienen una movilidad continua, que casi se hace cinemática. Los personajes por ello, no tienen un valor individual, psicológico y detallado. No tienen valor sino en cuanto van adheridos a las acciones, a los hechos, que constituyen el desfile plástico de la novela. Ni aún el amor, que gusta de la quietud, tiene en este libro pausas remansadoras.

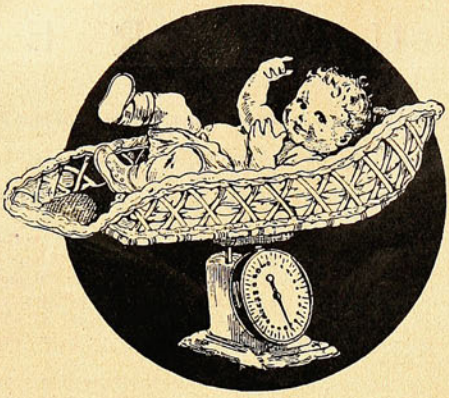
HEMOGLOBINA

ANTIFIMICA FERRAN (Gotas)

HEMO-VIVA-ANTITOXICA. Hipermunizando caballos con Alfas, se obtiene el SUERO ANTIALFA y este gran tónico antituberculoso, que con un frasco, máximo $ 15, cura y da vida aun al que por tisis, estados febriles, inapetencia, anemia, agotamiento, raquitismo, esté al borde de la tumba. Si sigue postrado es porque quiere; Anti-Alfa o Anti-fímica es Vida.

VACUNA ANTI-ALFA FERRAN (Inyecciones)

Profilaxis de la Tuberculosis y en tan alto grado, que es solución al problema. Exito en Pre-Tuberculosis, procesos inflamatorios, eritomas, asma, convulsiva, toses rebeldes, períodos irregulares y enfermedades de etiología oscura que las producen. Microbios Alfas. Absoluta inocuidad. Certificado de mundiales enimencias médicas ocupan cientos de brillantes páginas. POR REAL DECRETO DECLARADA OBLIGATORIA EN ESPAÑA. (Base: Bacterias Alfas). Buenas boticas y R. Ribot. Casilla, 1485, Santiago.



LA HIGIENE DE LOS PEQUEÑITOS

Por el

Doctor G. Labeaume

La lactancia artificial puede dar buen resultado cuando está bien dirigida. Sin embargo, la mortalidad de los niños criados con biberón es mucho más elevada que la de los niños criados a pecho. Lo más corriente, es que los accidentes se deban a la mala calidad de la leche, y son especialmente frecuentes en verano.

La leche de vaca habitualmente empleada cuando la madre no puede amamantar, está frecuentemente sucia en el momento de emplearla: los orines de la vaca están sucios. La lechera se ha olvidado frecuentemente de lavarse las manos. A veces está enferma, o viene de estar cuidando sus niños enfermos de enfermedad contagiosa, gastro enteritis, fiebre tifoidea, escarlatina, difteria, tuberculosis, y estos gérmenes envenenan la leche. El aire está cargado de bacterios que caen en la leche. Estos bacterios no transmiten forzosamente las enfermedades, pero son susceptibles de alterar la leche con su desarrollo. El recipiente puede no estar tan limpio como sería necesario. La vaca puede estar enferma de tuberculosis o de fiebre aftosa y contaminar la leche. La leche es un excelente medio de cultura para los microbios. Estos no encuentran en invierno una temperatura favorable a su desenvolvimiento, pero en verano, especialmente cuando pasan algunas horas entre la ordeña y el empleo de la leche, y los lecheros recorren largamente las calles asoleadas, los microbios pululan y cunden en esa atmósfera de estufa. Producese, pues, al desenvolverse, toxinas, tanto más peligrosas para los lactantes, si los procedimientos de depuración no los destruyen. Por otra parte, suele descremarse la leche y en tal caso, su valor nutritivo disminuye considerablemente, sin tomar en cuenta que, el agua con que se la adultera, puede estar cargada de microbios. Además se adiciona la leche con sustancias destinadas a asegurar su conservación: bicarbonato de soda y sustancias antisépticas peligrosas para la nutrición.

La mayoría de las alteraciones digestivas y de las gastro-enteritis son debidas a la mala calidad de la leche: estas afecciones serían completamente evitadas si se vigilara la calidad de la leche que toman los niños. Para remediar los peligros de las malas leches debe tratarse: primero, obtener leyes que protejan la leche destinada a los niños. Segundo, enseñar a los niños de las escuelas, en la ciudad y en el campo, los peligros que encierra la mala calidad de la leche y los medios de obtenerla y mantenerla con limpieza.

La madre prevenida de los accidentes causados con la leche antigiénica, tiene el deber de informarse sobre las calidades de la leche, comprándola solamente en los establos en que las vacas han sido sometidas a la vacuna de la tuberculina, establos que deben ser mantenidos con gran limpieza y donde la leche se conserva en refrigeradores y al abrigo de las moscas y el polvo hasta el momento de venderla.

A pesar de todas estas precauciones, la leche está fatalmente llena de gérmenes, no puede ser consumida cruda y debe ser hervida o esterilizada, cuanto más cerca de la ordeña mejor. Esta depuración de la leche indispensable, tiene el inconveniente de modificar su composición y en particular de destruir las vitaminas, cuya pérdida debe ser compensada por la adición de jugos de fruta o de hortaliza.

Pida únicamente esta antigua y acreditada marca

Cuídese de las imitaciones

La que recomiendan todos los doctores del País.

A base de cacao, malta, peptona, etc., (en forma de crema).

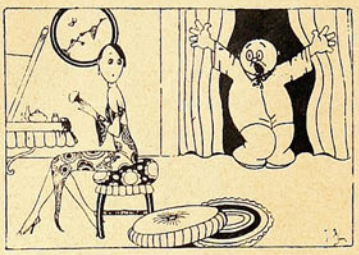
BIBLIOTECA DE CHILE

PARA DECORAR LA ROPA DEL BEBE

Motivos para bordar a punto de tallo en la ropa del bebé. Hechos en algodón mercerizado de color, quedan muy vistosos.

LA MAMA.—¿No te he dicho que no quiero que leas cuentos cuando estudias?
JUANITO.—Es que ahora no estudiaba, mamá; ahora sólo leía cuentos.

LO PRIMERO ES LO PRIMERO, por Menda



EL MARIDO.—¡Hay fuego en la casa! ¡Las llamas nos rodean! ¡Huyamos sin perder un minuto!
LA MUJER.—Bien, querido. En cuanto me cambie de bata y me pinte un poco los labios, estoy lista.

—Ahí, bañero, ahí hace media hora que se cayó mi mujer.
—Ya se habrá ahogado.
—No; ella siempre, antes de salir, tarda más de una hora en componerse.

EL PERRO RIN TIN TIN ES CAUSA DEL DIVORCIO DE SUS AMOS

RIN Tin Tin, el maravilloso perro-actor, la "estrella" más renombrada de las que aportó al cinematógrafo la raza canina, está a punto de ser motivo de la separación matrimonial entre sus dueños. He aquí cómo y por qué:

La señora del amo, maestro y director de **Rin Tin Tin** ha entablado ante los Tribunales yanquis demanda de divorcio, fundándose en que su marido no se ocupa de ella para nada y que todas las atenciones y mimos que debieran corresponderle se los dedica exclusivamente al perro. En una palabra: se queja de que **Rin Tin Tin** usurpa en el hogar la preeminencia, el rango y los privilegios máximos, mientras que ella no pasa de tener más puesto que el que suele ocupar en una casa cualquier chucho vulgar e insignificante.

La solicitud de divorcio ha sido admitida por los jueces.

*

La actualidad de esta noticia nos ofrece la coyuntura de reseñar, aunque sea a grandes trazos, algunos detalles sobre la vida, historia y principales méritos de **Rin Tin Tin**.

El gran artista es ante todo un animal de inteligencia suprema, lo que prueba su acendrada modestia. **Rin Tin Tin** ha desdeñado siempre el reclamo vano y estrepitoso, tan cultivado por sus colegas las "estrellas" de la raza humana, infladas de vanidad y estupidez. Nunca se ha dedicado al soborno y a la seducción de agentes de publicidad o de corresponsales de Prensa para que le creen o acrecienten una falsa fama; ni siquiera ha provocado directamente en su vida social y privada ningún escándalo de los que proporcionan fugaces chispazos de populachería resonante. **Rin Tin Tin** ha ganado su celebridad por procedimientos legítimos, con su talento y trabajo geniales. Desprecia la gloria artificiosa y pasajera, y, por tanto, las propagandas pueriles que la engendran. De aquí que apenas se hable de **Rin Tin Tin**, pese a la elevada alcurnia que ocupa como héroe inimitable de la pantalla. Aunque su carrera de artista peliculero la hizo en California, **Rin Tin tin** es europeo, nacido accidentalmente en Francia, de madre alemana y de padre desconocido. (Se sospecha, sin embargo, que éste fuera también de nacionalidad germana).

Una mañana, a fines del verano de 1918, en un sector del frente de la guerra europea, ocupado por tropas norteamericanas, se tuvo conocimiento de que los alemanes habían desalojado algunas trincheras de sus líneas avanzadas. Al ser ocupadas por los soldados yanquis, encontraron en una de ellas, abandonada y recién parida, una magnífica perra que amamantaba cinco pequeños vástagos. Pertenecía el animal al Cuerpo de perros policías que los alemanes utilizaban en el frente, y debido, sin duda, a la precipitación de la retirada, no pudieron llevarla consigo.

Entre varios militares americanos sortearon quiénes se harían cargo de la parturienta y de sus hijos, correspondiéndole uno de ellos a un teniente de Aviación, que lo bautizó con el nombre de **Rin Tin Tin**. Poco tiempo después, terminaba la guerra, llevándolo consigo a su país.

La natural inteligencia de **Rin Tin Tin** y sus asombrosas dotes de comprensión y obediencia, sugirieron a su dueño la idea de destinarlo al cinmeatógrafo como actor, logrando rápidamente y de manera triunfal la categoría de "as".

Desde hace varios años, **Rin Tin Tin** trabaja en cuatro o cinco películas anualmente, desempeñando en ellas el papel protagonista. Es popularísimo en todas partes, y sus obras tienen una cotización comercial de primer orden. Hace ya tiempo que cobra por su trabajo dos mil dólares semanales, y tiene un contrato establecido a larga fecha. Por seguros de vida y accidentes paga primas que corresponden a un valor de más de medio millón y medio de dólares.

Sábese que **Rin Tin Tin** tiene una novia llamada "Nanette". Ha tenido de ella varios hijos, y uno de ellos suele trabajar con el padre en las películas. Por cierto que "Nanette" ha confesado públicamente hace poco que seguirá amando con toda fidelidad a **Rin Tin Tin** mientras éste—¡oh vanidad femenina!—continúe manteniendo su cargo de héroe cinematográfico.

*

No creemos que la cuestión del divorcio planteado por sus dueños, o, mejor dicho, por su dueña, altere en nada trascendental la cotidiana vida de **Rin Tin Tin**. Continuará trabajando como hasta ahora, y, como siempre, será mimado y atendido por su amo. Es más: si la separación de los esposos llega a ser un hecho, es muy posible entonces que la señora haga fervorosos votos para que su ex-marido continúe extremando toda clase de cuidados y cariños a **Rin Tin Tin**. Porque la madre del cordero, o sea del problema, estribará tan sólo en la percepción de los dos mil dólares que gana **Rin Tin Tin** todas las semanas. Sabido es lo delgado que hilan en estos casos, a favor de las mujeres, los jueces yanquis. Y es seguro que, de autorizar el divorcio, perciba la denunciante la mitad, por lo menos, del sueldo del perro-artista.

De ocurrir así, ¿quién duda de que las lanzas se vuelvan cañas y toda la antipatía celosa que hasta hoy le tuvo a **Rin Tin Tin** su ex-dueña se convierta en la más acendrada devoción de ahora en adelante?

A la sabiduría de **Rin Tin Tin** no ha de escapársele seguramente el fenómeno, y nosotros le aconsejamos que para entonces gaste por lo menos una broma a la señora que la alarme un poco: ¡que se finja enfermo, por ejemplo, o que se declare en huelga una temporada, o que se tome unas vacaciones para pasarlas al lado de su "Nanette"!

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene intima

NEOLIDES
M. R.

antiséptico vaginal
ni cáustico • ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

LOS ESCRITORES ANTE SUS OBRAS

EDUARDO MARQUINA

EL autor de "En Flandes se ha puesto el sol", apenas tiene de catalán el acento; acento tan mordido, tan gastado por una dilatada castellanía conviviente, que el día menos pensado se lo va a dejar enredado en los castizos flecos de un polícromo mantón verbenero...

No obedece su aspecto, su fisonomía, su porte, al patrón conocido del catalán clásico. Así, al pronto, en seguida, más que comerciante nos parece un dómine sencillo y noblote, muy metido en sus cosas y un poco al margen de la vida azarosa de hoy.

Reposado, hidalgo, como un buen hombre de ayer.

Ancho de espaldas y cuerpo; grueso, con gafas, con manos carnosas de abad; orondo y de buen color, cabellos negros y negro bigote recortado.

No creo que sea el poeta ideal de las niñas ensoñadoras que suspiran por la tuberculosis. ¡Tiene "un aquél" de burgués!

—

Al filo del mediodía, en su despacho claro y sencillo, junto a su amplio escritorio antiguo, de carácter, con incrustaciones de maderas, dialogábamos. El escritorio, un revoltijo de papeles y cuartillas. De pisapapeles, un servicio de café, ya sin líquido, y un cenicero grande de loza colmado de colillas. Marquina va recordando y habla, con pequeñas pausas, frases tendidas.

—¿Tiene usted predilección por algún libro suyo determinado?

—Pero no ha salido aún: "Recogimiento". De los publicados, "Vendimión" es el que me interesa más.

—¿Qué obra le costó más trabajo escribir?

—Hablaremos de las teatrales. Los versos los escribo cuando tengo necesidad de escribirlos; por eso mis libros de poesía, si le contesto sinceramente, le diré que son obras de años; en cambio, las obras teatrales suelen salirme de un tirón... "El pobrecito carpintero" es, en este punto, la que me costó más trabajo. Es la primera de esta nueva etapa mía, a la que pertenecen "Fruto bendito", "La ermita, la fuente y el río", y me costó once meses, sin dejarlo. En cambio, "La ermita, la fuente y el río" la hice en veinte días, después de "Fruto bendito," durante los ensayos de ésta.

—¿Ha sentido alguna vez la tentación de modificar algo de lo publicado?

—Siempre. Pero no es posible hacerlo. Es muy difícil ponerse a tono otra vez; lo enmendado habría de notarse. Estos postizos quitarían unidad a la obra, armonía. Además, yo no releo mis libros. Me gusta tenerlos en la mano, tocarlos, pero no leerlos. Me dan los demás más grata impresión...

—¿Y qué tipo ha creado con más amor?

—Todos. Algunos de ellos, como el "Diego Acuña" de "En Flandes se ha puesto el sol", ha salido solo. Lo sentía dentro. Es el légamo de la raza, que se agitó al ponerme a escribir. "Andrea Deseada", también con mucho amor. Son resultado de cosas vividas, de figuras que han pasado junto a uno y que me han interesado. ¡No sé cuál de las dos más!

—¿Hubiera usted deseado para sí la vida que ha imaginado y que ha hecho vivir a alguno de sus personajes?

—No tengo parentesco con ellos. No soy su hermano. Mis personajes han sido creados objetivamente. Cada uno ha llevado "su vida", no la mía. Yo no me quiero meter en sus vidas, ni me siento reproducido en ellos. Yo tengo deseos distintos; es más: procuro crearme una independencia absoluta de la vida literaria.

—¿Qué concepto tiene usted de su obra?

—En absoluto, que es una obra sincera. No traiciono nada, ni encubrí un pensamiento. No está completa, desde luego. Hay muchas cosas que no he dicho aún. ¡El tiempo dirá!

—¿Siente fastidio por la literatura?

—No, señor. Desde los ocho años empecé a escribir y no me cansé. Mi vicio es la lectura. En el pasillo habrá visto usted mis estantes repletos de libros; algunos que no leeré. Es un vicio mayor que el de escribir. Compro muchos, muchos, aún sabiendo que a lo mejor no habré de leerlos. Está tan arraigado en mí este vicio, que en el despacho, como usted ve, no los tengo. Y a esos pocos les doy la espalda, porque como sienta al escribir la tentación de coger uno, ya no sigo trabajando y no lo suelto hasta acabar de leerlo.

—¿Qué libros lee?

—Autobiografías. Y biografías históricas. Por lo que me sugieren. A este punto que prefiero Benvenuto Cellini, a la "Divina Comedia". Esto parece una herejía; pero es que "La Divina Comedia", es la obra ya realizada, y las biografías me señalan muchas rutas, muchos aspectos sugerentes...

—Dígame, usted: la crisis del libro y del teatro, ¿le han afectado a usted?

—Poco. De mis libros de versos se han hecho varias ediciones. En verdad, vendo ahora más. La crisis teatral, tampoco. El ingreso en general, disminuye; pero lo compenso con colaboraciones, y voy viviendo.

—¿Cuál es su distracción favorita?

—Contemplar la naturaleza. En la ciudad, el "cine"... No se asombre usted. El "cine" ve las cosas como no las ve el ojo humano. Me interesa en cuanto a este aspecto de la originalidad de la visión, y le creo un extracto de parte estética. El "cine" logra recoger los momentos trágicos sin repugnancia para el espectador. Mire...

Eduardo Marquina nos va hablando de las bellezas del "cine"; va citando momentos críticos de innegable esteticismo, en películas conocidas; nos habla de sus favoritos—¡oh, Florence Vidor, Putti!—con jovial encanto, con entusiasmo de convencido, con el brío del enterado y del partidista. Marquina, cinedófilo, no deja también de tener su interés, por cómo niega la pugna tan decantada entre el teatro y la pantalla y por cómo la visión del poeta asonanta con la plasticidad lírica y efectista del "film".

—

Después, oyéndole, le dió ganas a uno de sopetarle una pregunta: "¿Y la barretina?". Pero uno calló. Porque el poeta, que pudo poner a la poesía castellana el encendido gorro catalán, prefirió cubrir su ímpetu racial con los pliegues de la parda lóriga catellana y sentir la añoranza de la tizona hidalga y vengadora y del chambergo gris halduno; con plumas rizadas, al viento como un airón, como un reto...

E. ESTEVEZ-ORTEGA

EL HOMBRE DEL "HISPANO"

Por PIERRE FRONDAIE

I

Blanco, magnífico como una barca regia, pero terrestre y plantado sobre unas ruedas poderosas, el "hispano" recogía las postreras luces del atardecer en su carrocería, con reflejos de marfil y de plata. Durante tres horas había estado atravesando el páramo, con potencia de bólido, oblongo. Ahora descansaba. Varios muchachos, venidos para adorarle, circulaban prudentemente a su alrededor.

El pueblo se hallaba rodeado de bosque. Por todos lados—atrás como adelante, y a derecha e izquierda—el denso ejército de los pinos, con intervalos reglamentarios en filas correctas, en masas acordes, parecía aguardar una orden misteriosa para ponerse en marcha hacia el mar. Un gran silencio ritmado con vastos soplos aproximaba los graznidos de los buhos. La noche ascendía a grandes oleadas y, en las casas, las lámparas hacían oficio de linternas.

Frente al coche había una posada más larga que él; pero no mucho más. Las vidrieras de la planta baja exponían la sala del interior: una chimenea negra como la cavidad de una pipa, jamones suspendidos, un gato flaco sobre el mostrador. Tres carreteros tragaban en una mesa y, en otra, comían dos hombres de ciudad.

Habían salido de Burdeos alrededor de las cuatro. Luego, el gran coche pura sangre, la bestia de lujo había bebido los vientos. Habían visto árboles, árboles, árboles. Habían espantado a las mulas, a los jabalíes, a los renacuajos de los estanques. Habían entrado como un proyectil en la noche apacible. Y ahora, hacían alto en Castex, a veinte kilómetros de Bayona.

Salieron de la posada. Deleone era gordo y grasiento, como el sufete de Cartago al que izaban sobre los elefantes con ayuda de cabria y polea. Jorge Dewalter emanaba apostura y distinción. Su rostro, de nobles facciones, la tristeza atrayente de su sonrisa y en especial sus ojos, sus ojos cambiantes de suavidades claras, eran los signos visibles de su natural apasionado. Parecía enérgico y bueno, lastimado por el incesante desenfreno de ser sensible. Cifraba en los treinta años y llevaba la cinta de la Legión de honor. La llevaba en su abrigo de viaje.

Afuera, el hispano había desaparecido progresivamente entre las tinieblas. El chofer encendió los faros. Irradió entonces el coche sus regueros de luz, y pudo verse el camino sin fin que se iba hacia España. A lo lejos otro ejército de pinos pareció esperar el combate.

—Me estoy preguntando qué hago aquí, dijo Dewalter.

Desde la carretera, su compañero le gritó:

—De seguro que aún no estás cazando búfalos. Me haces un servicio. Eso es lo que haces.

A su vez, tomó asiento Deleone en la carrocería suntuosa. Dewalter sonrió vagamente, limitóse a encogerse de hombros y calló. La noche, sobre el páramo misterioso, olía a sal y a resina. En las últimas casas del pueblo, el motor comenzó el canto de la carretera. Muy pronto la marcha fué regular y rítmica como la de un tren y a ambos lados del coche poderoso, en dirección opuesta a la suya, los árboles parecían huir guardando sus distancias. El viento de la velocidad chillaba en los oídos como un lobo. Atravesaron Bayona de un salto y el hálito nervioso del mar anunció el término del viaje. Estaban en Biarritz frente al hotel del Palais.

II

—¿Se ha fijado usted en sus ojos? preguntó miss Redge.

No, respondió la cajera. Me he fijado en su coche.

—¡En el coche y no en sus ojos! dijo como indignada la solterona. ¡Cosa muy propia de la costa vasca!

La muchachota rió de buena gana:

—Costa de plata, dijo.

Miss Redge le volvió las espaldas con desdén. Desde el país de Gales había venido a San Juan de Luz a causa de su salud. Había abierto una pastelería en una plazoleta, en el sitio mismo donde empieza el camino del golf, entre una tienda de flores y la oficina de un farmacéutico. El conjunto ofrecía un aire calmoso y novelesco de provincia. La pastelería era grata: de las paredes pendían los retratos de los soberanos de Inglaterra. A un lado, tras la estantería de los dulces, miss Redge había colocado mesas donde podían tomarse infusiones; al otro había instalado bar; y acabó lamentándolo porque no atraía más que hombres solos, extranjeros que se atracaban de ginebra hablando con rapacidad de cosas deportivas. Miss Redge había imaginado una especie de técapilla, un lugar recogido, punto cándido de cita para amantes. Desagradábale toda clientela que no fuera de ese género. Aquella tarde, a las cinco, irradiaba júbilo en soledad.

Desde varios días antes desarrollábase en su casa una aventura maravillosa.

Su idea única era que los héroes de esta aventura no fuesen incomodados por nadie. Les esperaba. Nunca les había dirigido la palabra; pero, tres veces ya, habían acudido allí. Ignoraba el nombre del caballero. Le llamaba: **el hombre que nunca ríe cuando está solo.** La cajera decía: **el hombre del hispano.** La dama admirable y respetada sí era conocida. Sabíase que se llamaba Estefanía, el último retoño de la familia Coulevai.

LA MAS BELLA Y APASIONADA NOVELA

"El hombre del hispano", filmada en Europa, ha dado ya la vuelta al mundo en una preciosa película. Esta hermosa novela, tan apasionante como atrayente, fué publicada por "L'Illustration" de París, consagrándose su éxito luego en ventas fantásticas de ejemplares.

HHistoria de amor, triste y fatal, sacudida por una callada pasión dolorosa, tocará muy hondo en todos los corazones.

Desde la primera página subyuga su interés, como ha apasionado en el cine, logrando ser el mayor éxito de una novela en estos últimos años.

El hombre del hispano, del blanco auto que devora las distancias y que es como una ironía de fortuna en poder de quien nada tiene y que vive sólo de la ilusión de un amor avasallador, renueva en la novela el aspecto más patético del romance sentimental, tratado por la pluma de un grande escritor moderno, como es ya el célebre Pierre Frondaie.

Y la familia Coulevai, en las regiones vasca y bearnesa, resulta algo así como una dinastía.

Sin ir demasiado lejos—hasta la época del Gran Rey por ejemplo, cuando un Coulevai, la víspera misma de Lagos, en 1693, le ganó una pipa a Juan Bart con una jugada de dados—la historia de los Coulevai era conocida de todos desde 1880. En dicho año había muerto Pascual Coulevai. Sus restos cruzaron la oscura villa de Oloron donde cada morada, llena de grilletes, es orgullosa como una casa de banca. Se les vió pasar en la confluencia de los torrentes; en la iglesia de Santa Cruz todo el pueblo rezó por ellos. Por una vez, Oloron estuvo en la calle.

Esta ciudad católica, sombría y aplastada bajo el sol, como un racimo de uvas negras, parece destinada a madurar sobre la colina sin ser vendimiada por los siglos. Las generaciones se suceden allí a imagen de los álamos, tan perfectamente parejos en los caminos que de lejos resulta difícil distinguirlos. En Oloron las edades se suceden y se asemejan. Las riquezas se acopian sin gastarse. La panadera tiene escudos, al aceitero podrían prensarle sin acabar nunca, el rentista economiza no sólo sus rentas sino las rentas de los intereses. Las casas, bien construídas, leprosas de orgullo y de vejez, rivalizan en cuanto a fortuna con los más suntuosos edificios de Amberes o de Hamburgo. Durante las horas cálidas del día, nadie cruza por las calles inmóviles y sólo algunos gatos famélicos danzan sobre las guijas puntiagudas del arroyo, entre dos siestas reticentes. Llegada la noche, la pequeña ciudad se recorta, grandiosa y hostil, en el aire límpido. El milagro bearnés envuelve de encanto chocarrero esta fortaleza de la avaricia y de la prudencia que, en cualquier otro clima, sería desagradable en sumo grado. Pero posee hondas virtudes que los padres, al morir, transmiten a los hijos como llaves morales de un invisible ajuar de familia.

Pascual Coulevai, a la hora de reunirse con sus antepasados, dejó con pena, en manos de dos hijos, veinte millones que estos hijos se repartieron. La mayor, Marta Coulevai, murió en el éxtasis y el celibato. Toda la fortuna pasó entonces a manos del pequeño, que fué el abuelo de Estefanía. Sólo tuvo un hijo, el cual se casó hacia 1894 con una española de la Argentina. Esta española iba a añadirle a la vieja sangre razonable de los Coulevai, toda una infusión de elementos paladinescos, aventureros y ultramarinos. Estefanía heredó algo de su nobleza simpática y de su gusto por las cosas sentimentales.

Antes de morir a su vez, y viudo desde mucho tiempo atrás, su padre la casó casi sin consultarla. Los veinte millones crecieron hasta cincuenta. Ya iban transcurridos cuatro años de todos estos hechos. Estefanía seguía esperando una revelación de su espíritu y de su carne. Comenzaba a sufrir una terrible sed sentimental, una de esas avideces que nunca se sabe hacia qué desiertos conducen porque dan lugar a los espejismos.

Estefanía entró en la pastelería de miss Redge. Llevaba un gran sombrero, una capelina de paja flexible que enmarcaba su rostro radiante. Era alta; cada uno de sus ademanes raros la embellecían. Una sarta de perlas perfectas, demasiado gruesas quizás, le ceñían el cuello. Un traje ligero y bordado dejaba ver sus brazos, dorados por el sol. Ella misma era un ser radioso; al sonreír, bajo sus labios sensuales se veía una luz extraordinaria.

A su lado estaba su íntima Pascualina Rareteyre. Era una morena del país, nacida en buena cuna. Cierto que se consolaba con harta frecuencia de haber perdido a su marido el señor Rareteyre; pero su independencia, unida a las gracias y bondades de su carácter, le atraía la indulgencia general.

—Nadie, dijo al ver la soledad del refugio.

—Va a venir, respondió Estefanía con calma. Debe estar, como ayer, en casa de la florista. El mismo escoge las rosas.

Y añadió, sonriendo:

—Y no encarga a su chofer que las lleve...

—Es una aventura admirable, exclamó la señora Rareteyre... ¿Te acuerdas de Shakespeare? Julieta entra; Romeo se encuentra frente a ella. Ni una palabra, y ¡hecho!: el amor los ha sellado.

—Sí, es una linda historia, murmuró suavemente Estefanía.

Miraba hacia afuera, impaciente por verlo aparecer. Sólo veía la plazoleta desierta, llena de sol. A su vez sentóse junto a su amiga, que le decía:

—Tengo curiosidad por ver al tal Dewalter... ¿Cómo es el hombre que no tiene más que aparecer para causar estragos... y en un corazón como el tuyo?

—No podría decírtelo, respondió Estefanía con extrañeza.

Se miraba, y no se reconocía.

Cinco días antes había ido de visita a casa de la señora Deleone. Estaban organizando una fiesta de caridad. La señora Deleone era una buena mujer, pero su fortuna la entorpecía. Instalada en Biarritz con idea de mejorar la salud de sus hijos parecía dichosa de tener a su marido junto a ella desde la víspera. Le amaba no obstante su gordura. Con ingenuo placer le había contado a Estefanía su llegada imprevista, en el coche de un amigo. Deleone intervino y concretó: era el hispano más bonito y mejor carrozado que había visto hasta entonces.

—¿Cuándo me ofrecerás uno igual? había preguntado la esposa mirándole con ojos infantiles.

Deleone respondió:

—Cuando sea tan rico como Dewalter.

Contó que habían guerreado en los mismos parajes, que simpatizaban desde el Marne, y que su amigo era un héroe. Estefanía escuchaba vagamente. Pensaba que el tal héroe debía

ser, como el espeso Deleone, un gordiflón algo grotesco.

Pero entró él. Vió aquellas facciones armoniosas, la gracia fascinante, la mirada clara, aquel algo inexplicable que no le había visto a nadie. Estefanía se dió cuenta, de pronto. Sintió un vago temor, quizás una esperanza, en todo caso una turbación desconocida.

Je le vis, je rougis, je palis a sa vue,
Un trouble s'éleva dans mon ame éperdue.
Mes yeux ne voyaient plus, je ne pouvais parler
Je sentis tout mon corps et transir et bruler...

Sucedió que Estefanía tuvo que prolongar su estancia en el salón. Había enviado su propio coche a Bayona a recoger unas compras; no volvía aún. Por fin se decidió a partir, pues tenía que llegarse hasta Anglet para hacer otra visita.

Viéndola molesta por la falta de vehículo, Deleone—fué Deleone quien habló—Deleone le propuso a Estefanía el auto de Dewalter... Dewalter nada había dicho. Ella aceptó, pidiendo que la llevaran a Bayona. Dewalter había solicitado permiso para salir con ella. No tenía nada que hacer: una vez presentados sus respetos a la esposa de su amigo creyó serle agradable dejándole a su marido. De modo que Estefanía y él se encontraron solos ante el coche; pero sin decirse ni palabra. No se atrevían. Mientras Estefanía extrañaba aquel silencio, Jorge Dewalter tembló. En su rostro expresivo dibujóse por algunos minutos la sonrisa, su sonrisa habitual, algo cansina y melancólica; luego reapareció la energía en su mirada... y se despidió.

La escena databa de cinco días antes. Después habían vuelto a verse cuatro veces. Habían comido al día siguiente en casa de los Deleone.

En esta ocasión fué Estefanía la que propuso el tercer encuentro: poseía varios autos... y sin embargo—ella misma quedaba estupefacta al recordarlo—le había pedido a Dewalter si podía conducirla a Cambo al día siguiente. Le había visto palidecer. Al regreso de Cambo se habían citado para el otro día en San Juan de Luz, en la tienda de miss Redge, y luego, anteayer le esperaba. Preguntábase por qué había traído consigo a la señora Rareteyre y para qué tomaba precauciones. Por vez primera en su vida, amaba.

—Ahí está, dijo Pascualina en voz baja. Tenías razón. Ahí viene, lleno de flores, como el mes de mayo.

Jorge Dewalter apareció en el umbral. Traía rosas. Y ese ademán, difícil para un hombre, aquella entrada de lejos con la carga algo cursi no parecía molestarle lo más mínimo. Se hallaba transfigurado y, a modo de un hechizo, caminaba hacia Estefanía...

III

Sir William Meredith Oswill, al despertarse, tenía la costumbre de abrir primero un ojo y no volver a cerrarlo ya. Así permanecía algunos minutos, sin abrir el otro. Y, de súbito, tomaba el aspecto de un animal feroz. Alguien, con instinto de cazador hubiera murmurado: "¡Lástima de escopetazo!".

La magnífica pelambrera gris, densa e hirsuta como legítimos pelos de fiera que durante el día se alisaba sobre el cráneo cual flexible caparazón de plata, hallábase sujeta por un pañuelo de seda verde. El cuerpo del mencionado animal se movía a sus anchas bajo excéntricos pijamas. Poseía un juego completo de ellos: cincuenta y dos. Unicamente quedaban al descubierto los pies y las manos, largas, flacas, verdadera firma de su vejez racial. Sir William Meredith Oswill conocía la historia detallada de sus antepasados a partir de Guillermo el Conquistador.

Cierta vez, en la posada de este nombre, frente a Cabourg, Sir William no había dejado de recordarle al camarero que le servía ginebra de no muy buena calidad:

—¡Ginebra, eso? había proferido a grandes gritos ¡Pipí de vaca!

Y como el sirviente protestase, le había interrumpido sin consentirle articular ni tres sílabas:

—¡Pipí de vaca! digo que pipí de vaca... de aquellas vacas a las que uno de mis abuelos y no el mejor, paje del rey Guillermo, en 1065, cortaba la gelatinosa cabeza en pleno campo, para divertir a su amo antes de largarse de Inglaterra.

Y mientras el camarero desaparecía ocultando su azoramiento, Oswill proseguía gravemente su discurso explicando a los desconocidos vecinos que el abuelo en cuestión corta-cabezas de vaca, ya nunca había salido de Inglaterra a causa del mareo.

Esto dicho, y bebida la mitad del tarro de ginebra, Oswill se había ido al casino a perder o ganar tranquilamente unos miles de luises sin sospechar que una vez más se había puesto en evidencia.

Cuando se acercaba a Biarritz Cinegink, izado siempre sobre un taburete de bar, resumía sus impresiones diciéndole a Laberose:

—¿Has dicho zebra?

A lo que Laberose contestaba invariablemente:

—No: he dicho loro.

Era un rito. Realmente aquel animal se asemejaba más al jabalí.

El ojo, sobre todo, aquel ojo que abría primeramente por las mañanas,—siempre el derecho siendo el otro de igual forma pero de diverso color lo que le daba a la vista una fuerza extraña, una especie de áspera ironía,—el ojo, inquieto como una mosca, era sin disputa un ojo auténtico de paquidermo. Y, en el cuarto de hora subsiguiente al despertar mientras el personaje ordenaba sus ideas para la jornada—es decir que buscaba ingenuamente la manera de realizar las excentricidades que su cerebro había estado elaborando toda la noche en buena mecánica inconsciente, apta para fabricar lo imprevisto—el ojo recobraba posesión de la alcoba y de los objetos. No precisaba gran trabajo para ello: la habitación de sir William Meredith Oswill, espaciosa y clara, estaba casi desnuda.

Su único lujo lo constituía el lecho. Inmenso, sin necesidad pues desde hacía tres años, su habitante lo ocupaba solo. La que también hubiera podido dormir allí, lady Oswill, no sólo no se cuidaba sino que se negaba obstinadamente a hacerlo. Era bajo, enclavado sobre un peldaño que formaba la cara de un estrado. El conjunto era un hacinamiento de peletería de gran precio. Numerosos individuos, en todas las agrestes partes del mundo donde se practica la caza arriesgando la vida—bosques canadienses, soledades árticas o antárticas, gigantescas charcas tropicales, desiertos africanos—habían luchado para conquistar los despojos contra los que Oswill rozaba con fruición sus pijamas extravagantes. La ropa blanca era suave a placer. Sin gran trabajo habrían podido pasar las sábanas por un brazalete cerrado a través de una de aquellas gruesas cadenas, por ejemplo, que el señor llevaba en el brazo izquierdo. Eran dos cadenas soldadas en la muñeca, de platino y de oro. Los almohadones estaban festoneados de encajes como los de las damas. En las noches calmosas, William Meredith, con los miembros tensos, pesaba abrumadoramente sobre los trofeos de caza y las telas exquisitas. Y aparecían sobre su cuerpo robusto, desengrasado por una constante práctica deportiva, los arabescos azulencos de un tatuaje. Oswill estaba tatuado desde el cuello a las rodillas. Era como una túnica de mangas cortas; los dibujos se detenían en cada brazo por sobre el codo. Una reciente Majestad, uno de los más grandes monarcas del mundo tuvo la fantasía de adornarse el torso con unas escenas de la caza a la zorra. El animal entraba en la madriguera. Sobre las espaldas y en las caderas galopaban briosos caballos. El adorno de Oswill lo constituían pájaros y mariposas. Algunos se ayuntaban. El tatuaje indestructible, de un azul obscuro sobre la piel curtida por el aire libre, daba al personaje en la hora del baño el aspecto curioso de un bronce chino. Se había ofrendado este capricho durante un viaje por la América austral.

Otra de las manías más extrañas de Oswill era la de hacer experiencias fisiológicas sobre los coleópteros. De ordinario hablaba francés: pero tenía una manera jovial y perentoria de decir "mis experiencias fisiológicas" con acento inglés; apoyaba largamente la dicción sobre el primero de ambos vocablos y lanzaba el segundo con prodigiosa rapidez. Su desembarazo, dábale el aire de querer excusarse por ser superior. Tenía un orgullo enfermizo de las curiosidades de su cerebro. A veces, en puesto de decir "fisiológicas", decía "psicológicas", por haber extendido el campo de sus experiencias.

"Experiencias..."—Torneaba la palabra, le hinchaba en su garganta y entre los dientes. Era una dilatación. Dueño comúnmente de sí mismo, de impecable corrección que contrastaba con el desenfado de su lenguaje, excéntrico e inquietante, no se ponía en ridículo más que cuando sacaba a colación su manía. Hubiérase dicho que se hacía cargo de ello. Entre sus dientes, la psicología y la fisiología—esas dos palabras—silbaban como víboras; al propio tiempo mostraba una sonrisa estereotipada, mecánica como sabiendo que se exponía a la chacota. Pero siempre, en lo alto del rostro, la mirada dura, la mirada fija y bicolor recordaba que la manía podía resultar peligrosa. Tratábase de un hombre que hacia los treinta años, en las Indias, amarraba a los juncos de las riberas, y tranquilamente a los eunes indígenas de carne fresca; en los recodos de las sendas que bajan hacia el agua atraía al alligator: cebaban al señor tigre. Oswill era un buen rifle: mas, sin embargo, ya en dos ocasiones las fieras habían devorado a las criaturas. Hubo que llamar a un regimiento con cañones. El gobernador de la provincia tuvo que rogar al personaje que se fuera más lejos—a la Indochina francesa—a continuar sus cacerías. Oswill había obedecido, sonriente, pero con los dientes apretados. Luego al referir la aventura, nunca dejaba de añadir:

—Demasiadas historias por dos chiquillos indios cuscurreados. Eran flacos como gatos de White Chapel. ¡Vaya un motivo! Es curioso... Los ingleses de hoy se han vuelto sensibleros como los rusos... ¡los ingleses que han tenido

¡SEÑORAS! ¡DUEÑAS DE CASAS!

El preferido postre de su hogar debe ser

Imperial Pudding Powder

DE IMPORTACION

(a base de maicena, huevos esterilizados y vainilla)

El más rico postre en plaza.

Para hacer un exquisito helado (bocadio) no hay mejor.

Preparación sencilla.

De venta en los buenos almacenes

Comprando seis paquetes, Ud. obtendrá de su almacenero **un paquete como regalo.**

Cada entrega de seis envases (sobres) a su almacenero, dará derecho a un paquete como regalo.

Pida Ud. una muestra de este maravilloso producto mandando $ 1 (un peso) en estampillas, junto con su dirección completa.

Contra reembolso de $ 10 (diez pesos) se le mandará por encomienda postal, libre de todos gastos, 12 paquetes (una docena) de muestras.

Aproveche esta ocasión escribiendo hoy mismo al:

Representante para Chile:

CUSTAVO CEULEMANS

Casilla 75 — Santiago

o a los agentes-vendedores: Señor Vicente García, Lira 357, Valparaíso; Señor Bernardo Jorquera, Casilla, 337, Concepción.

HÉMOSTYL Dr. ROUSSEL

M. R.

FÓRMULA:
SANGRE HEMOPOYETICA TOTAL
CLICEROFOSFATO DE SOSA
NUEZ VÓMICA-ESENCIAS
TÓNICAS Y ESTOMACALES

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

TONICO PODEROSO PARA ADULTOS Y NIÑOS
TUBERCULOSIS-ANEMIAS
CONVALECENCIA-CRECIMIENTO-DEBILIDAD
RAQUITISMO-CLOROSIS-EMBARAZO-LACTANCIA

a Hobbes! En verdad que me da asco. No es ese el carácter nacional.

Si después de tropezarse con un tarro de ginebra pensaba en Tolstoi o en Dostoyewski se ponía furioso. El primero, sobre todo, a quien llamaba devora-carlotas le daban ganas de vomitar. La historia de la Maslowa le parecía repugnante. Había sacado de sus "experiencias" la certeza de que el amor es un achaque del espíritu, ni más ni menos, que el agorafobia o la locura furiosa. No negaba que hubiera enamorados; pero de la misma manera que existen opiómanos. Su mayor gusto habría sido encerrarlos. Decía, además, que unos establecimientos modestos con baños, duchas, camisolas, harían sido suficientes. Decía:

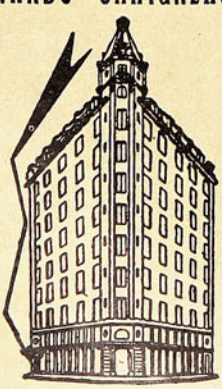
—Enfermos de ese género, pero verdaderos enfermos, hay muy pocos. Los demás casi todos son simuladores. No hay amor. Es una broma. Se efectúa la posesión y... ¡adiós! Otras veces, es el interés quien toma la palabra: dinero, vanidad, sentido práctico. O bien, se es fiel como se es sedentario, por tullidez o por falta de dinero para tomar un billete. Los que insisten son unos estafadores. El amor es el triunfo del abuso de confianza.

Experimentaba una dicha inmensa, la del tiburón en el agua, cuando se abismaba en esta negativa pasional. Reía con risa metálica mostrando sus dientes sólidos y cortos. A medida que invectivaba su júbilo crecía. Acaso no fuera extraña a esto la actitud de su mujer. Negaba él la pasión pero hacía profesión de odiarla. ¡Anomalía sorprendente! ¿Cómo se puede odiar lo que no existe?

Cuando Oswill descubrió esta contradicción se enteró súbitamente de otras muchas cosas acerca de sí mismo.

Lady Oswill se hallaba hecha de tal modo que muchos hombres la hubieran robado muy a gusto a su marido; en todos lados, así en París como en Londres, en Roma y hasta en Nueva York, hubiera figurado como presa envidiable, y, mejor aún, en esas citas de placeres fáciles y de excitaciones cortas que son las estaciones termales de moda. ¡Aureas aventuras! Se ligan, se desatan, vuelven a ligarse... Los amantes se van, se dispersan; pero vuelven de temporada en temporada como aves de paso. Las grandes habituadas del adulterio, libres y casadas, independientes y sensibles a una joya que fija una fecha y un recuerdo, vienen a ser uno de los más poderosos atractivos de la estación donde ejercieron su fantasía. William Meredith tenía todas las probabilidades de ser un marido burlado. Pero lady Oswill, en una sociedad tan desenfadada, seguía siendo la más modosa de las mujeres. Nadie la había visto nunca bañarse en la estrecha playa donde goteante y desnudo en el **maillot** pegajoso, entre

FERNANDO CHAIGNEAU P.



OFRECE EN VENTA
Propiedades muy bien construídas y de gran rentabilidad.

OFRECE EN ARRIENDO
Locales en pleno centro y casas de residencia

79 – CALLE LA BOLSA – 79
CASILLA 3031

los hombres, igualmente exhibidos, el "tout Biarritz" femenino se expone al sol cual un rebaño. Ya era esta una cosa digna de notar; pero aún había más: nunca la había encontrado nadie en el camino de la Barra, o en dirección de Hendaya, o en cualquier otro sitio, a la hora en que se suele estar en casa de la costurera. Nunca recordaba nadie haberla sorprendido en actitud de ocultarse. Era perfectamente pura y sólo el marido tatuado, el caballero de los ojos bicolor sabía qué tal era en el tálamo. Y aún así, para que él mismo lo supiese precisaba tener buena memoria; hacía tiempo, muchísimo tiempo que el acceso a la alcoba de la esposa le estaba vedado; y más, mucho más tiempo aún que no la había tendido sobre aquellas pieles entre las que ahora acababa de abrir el ojo izquierdo. Muchacha poco inclinada a revuelos imaginativos se había casado cuatro años antes por consejo imperioso de su padre. Oswill pertenecía a una gran familia. Cuando quería, su pujanza no carecía de seducción; pero en su calidad de destructor se había destruído a sí mismo. Lady Oswill, ahora, le ignoraba.

Mientras el personaje dormía aún, el doméstico había entrado y vuelto a salir, dejando cerca de la cama el desayuno habitual junto a una copa de soda y dos botellas. La una contenía agua de Evian, la otra unos polvos blancos (conocidos de quienes beben demasiado champaña por la noche) y que se llaman **Eno's Fruit Salt**. Allí estaba también el té hirviendo, abundantes limones y una sandía. Merced a esas aguas, a dichos polvos y a aquellas frutas, sir Oswill—después del baño frío—podía lanzarse a la calle tan campante como si pocas horas antes no hubiera trasegado bastante Pomery ginebra o coñac, es decir, suficientes mixturas de todas clases para fulminar a un chimpancé.

Como después de mucho tiempo, aquel día—dos de la tarde según la costumbre—sir Oswill no acababa nunca de remover el ojo izquierdo y de lanzar rápidas miradas en todas direcciones. Había soñado, deformándolas, con aventuras de antaño, gracias a las cuales le convenía no vivir más en Inglaterra. La cosa no había llegado al deshonor, pero sí a convertirle en "indeseable", a fuerza de extravagancias. Había soñado, viéndose de nuevo en medio del instituto modelo que creara a dos minutos de Hyde Park con el célebre propósito de estudiar el amor entre los coleópteros. En sueños, acababa de recorrer el tiempo como con marcha atrás. Furioso de despertarse en Biarritz prolongaba su contrariedad haciendo muecas horribles. Tragóse la cuarta tajada de sandía y, de pronto vió en la bandeja, junto al **Eno's Fruit Salt**, una carta. Abrió entonces el ojo derecho, el negro, se sentó cómodamente, encendió un cigarrillo y rasgó el sobre. Después de leerla, estuvo silbando durante dos o tres minutos, llamó al criado y alegre y ágil como un abstemio se dispuso a vestirse para el golf. Un segundo criado le acompañó al cuarto de baño. El primer criado se quedó solo: despeó la cama y levó la carta desdoblada. Venía dicha carta de Casablanca y en ella un corredor de terrenos proponía la compra de una especie de territorio. El criado encogióse de hombros y salió. Afuera, hacía buen tiempo. Una brisa de mayo rizaba la superficie del mar. Oíanse a lo lejos, hacia el hotel del Palais, los grandes autos ligeros tomar el vuelo. Oswill volvió.

Su cabeza, roja, estaba limpia. Las mejillas le brillaban como cepilladas con **scrubbs**. Sobre los pantalones bombachos y las medias vistosas (una mescolanza de rosa y verde) había endosado un capote de lana clara, una amplia capa de Barclay. Alrededor del cuello, una gran bufanda amarilla se arrollaba con abultada desenvoltura. Una Dunhil entre los labios, los cabellos pegados, lisos y blancos como crines de lenguados, parecía un león marino.

Descendió. Abajo, frente a la escalinata de la quinta, el torpedo trepidaba. Vacilando un segundo, preguntó:

—¿La señora está en el comedor o en sus habitaciones?

Le contestaron que había salido. De la Dunhil se escapó una humareda más espesa. Asió el volante y al arrancar, dijo:

—Preparen las maletas para un mes.

Y luego, sin precauciones, como un bruto, se lanzó hacia el golf, en dirección de San Juan de Luz. Los links de Biarritz le parecían aquel día demasiado próximos. Tenía ansias de velocidad.

IV

El mismo día, a la misma hora, miss Redge en su pastelería-capilla se había quedado arrobada viendo volver al hombre del hispano. Abstraído, y como abismado en sí mismo, esperaba. El lugar se hallaba casi desierto, discretamente adornado con jazmines y rosas artificiales. Sobre las mesas los inocentes pastelillos parecían hermanos de Pulgarcito. Ningún ogro: los dos únicos consumidores, aparte Dewalter, estaban encaramados sobre los taburetes del bar. Eran Laberose y Cinegiak que mataban el tiempo. Afuera, las hojas de los plátanos recortaban sobre la blancura del suelo sombrías manos, temblorosas al menor soplo.

Nada veía Jorge Dewalter en torno suyo. Ni tampoco vió entrar a Oswill que volvía del golf. Había jugado los dieciocho agujeros sin perder un tanto, con rapidez de pájaro. Tenía sed. Mientras que brutalmente frenaba Oswill su coche, descendía y desde fuera, a través de los cristales inventariaba la pastelería con una ojeada, Cinegiak y Laberose al verle rompieron a reír, y seguidamente a gastarle bromas; hacíanlo con esa mezcla de desenfado y respeto que el tal caballero inspiraba. A través de los cristales les hizo una mueca de simpatía y, al entrar, se llegó hasta ellos. Cordialmente puso una mano en el hombro de Laberose.

—Estoy seguro de que hablabais de mí.

Cinegiak rió francamente.

—Sí, de la apuesta.

Aludía con ello a una historia de diez años atrás conocida por todo Biarritz, y por cuya causa Oswill había tenido que salir de Londres, instalándose en la costa vasca.

Oswill también se echó a reír, jovialmente.

—¿La apuesta? ¿Muy graciosa, no?

Y añadió con cierta gravedad.

—En Inglaterra no son muy inteligentes... Había yo apostado que el timbre de la voz humana es el mejor medio físico para conquistar a una mujer, afirmando que era el único seguro. Había yo alquilado, a la sazón, un tenor que poseía una voz extraordinaria... muy hermosa... y le llevaba a casa de los amigos

Rieron los tres, a coro. Oswill añadió fríamente, orondo de su éxito:

—En casa del duque de Greeland la cosa produjo un drama... ¡con su hermana! Motivo por el cual me tomaron inquina.

Lo que Oswill no decía era que, en efecto la hermana del duque de Greeland—treinta años, fecha, recatada hasta entonces—se había enamorado del tenor. El tal tenor llevaba corrido lo suyo... y un poco lo de otros. Y al final, la noble solterona había muerto: escándalo enorme. Oswill iba proclamando por todo Londres que había ganado su apuesta; que el prestigio físico de la voz humana quedaba definitivamente asentado; que, gracias a él, la hermana de su amigo el duque de Greeland había fallecido útilmente, mártir de la ciencia experimental.

Al recordarlo, se regocijaba:

—Me tomaron inquina. Me da igual, ¿comprenden? Yo estoy aquí pero mi carbón continúa allá en mi mina. Y en Biarritz puedo poner buenos leños en la chimenea.

Decía verdad. Era propietario de grandes yacimientos de hulla donde vivían en esclavitud dos o tres mil familias numerosas. De generación en generación vivían encorvadas bajo todas las fatalidades del trabajo... el libre trabajo que es, a los trabajos forzados, lo que la cruz de Jesús a la de Barrabás, es decir, muy exactamente el mismo potro de tormento.

Dirigiéndose al barman Oswill dijo:

—¿Quiére darme ginebra?

—Es usted un número (1), proclamó Laberose.

Oswill le miró maliciosamente con su ojo de jabalí:

—El destino es una lotería, amigo mío. Todos somos números. Sólo que hay muchos ceros.

Le palmoteó en el codo y consintió en añadir campechanamente:

—Conste que no lo digo por usted.

No se sabía lo que iba a proferir aún cuando, bruscamente, guardó silencio. En el otro extremo de la pastelería acababa de ver a Dewalter que, medio de espaldas y siempre pensativo, no se había enterado de que estaba perorando un nuevo consumidor. Oswill, al des-

(1) Locución popular francesa que equivale a nuestro "Es usted muy gracioso"; conservo la versión literal para no descomponer el juego de palabras que viene a continuación y que de otro modo resultaría ininteligible. (N. del T.)

cubrirle, quedó inmóvil, como un cazador que olisquea su presa. Y murmuró:

—¡Caramba, qué raro!...

—¿Qué le ocurre? preguntó Cinegiak.

—Nada, contestó Oswill.

E indicando con un ademán la mesa donde estaba Dewalter le dijo al barman:

—Sirva usted allá mi ginebra.

Sin ocuparse más de ellos, avanzó hacia el que así parecía interesarle. Cinegiak y Laberose se encogieron de hombros. Oswill estaba de espaldas a Dewalter, tan cerca de él, que sólo con extender el brazo podía haberle acogotado.

—¡Hola! dijo. Buenos días... ¿Es así como tenía que marcharse usted al Senegal?

Dewalter se había vuelto. Y como preocupado aún por sus meditaciones contemplaba con extrañeza al personaje.

Oswill sonreía con expresión amistosa.

—Tiene usted el aire estupefacto. Yo también lo estoy un poco... Creo que me reconocerá...

La frase caía a tiempo. Un segundo antes hubiera sido prematura. Bajo los arreos de golf, Dewalter había necesitado unos momentos para reconocer en Oswill al viajero con quien en el tren, había hecho el trayecto, ocho días antes, de París a Burdeos. Recordábale vestido de otra forma, en el ángulo del vagón; y, en vez de la pipa que llevaba ahora, un largo cigarro interminable.

Oswill seguía sonriendo, con la mano tendida.

Dewalter se puso en pie, cortésmente. Balbuceó, por decir algo:

—Dispénseme, es tan inesperado...

—Lo mismo digo, contestó Oswill. ¿Quiere usted que nos sentemos juntos?

—Se lo suplico.

El barman trajo la consumación. Oswill explicó:

—Es mi ginebra.

Habíase instalado y proseguía jovialmente:

—Oiga, debe usted parecerse mucho a su abuelo, ¿no? No le conozco... Pero imagino que debió ser un francés como usted, ignorante del arte de viajar. ¡Cuando pienso en la conversación que tuvimos y le veo aquí!... ¿Era una broma? Me extraña... Nunca lo hubiera creído.

—No era broma, articuló Dewalter. Es cierto que me voy al Senegal.

Oswill sonrió:

—Tanto mejor... porque... recuerdo... Usted me dijo cosas muy interesantes que... me afectaron... se lo aseguro. Y como yo no suelo impresionarme sentiría que, por una vez que lo estaba un poco, resultase inútil. ¿De manera que se marcha usted al Senegal? Es un camino atrayente...

Le miró, y encontrándole muy elegante preguntó:

—¿Sigue siendo muy pobre?

—Sí, dijo Dewalter, y aun algo más que cuando le vi...

—Hace ocho días, concretó Oswill flemáticamente.

Entró un chofer vestido con impecable librea blanca. Acercóse a la mesa y quitándose la gorra esperó.

—¿Qué desea? le dijo Oswill.

El chofer designó a Dewalter:

—Deseo hablarle a mi amo, señor...

—¡Oh! murmuró Oswill, estoy realmente muy interesado. ¿Le estorbo quizás?

—¡Oh! no señor, dijo el chofer... es para los neumáticos...

Y añadió dirigiéndose a Dewalter:

—Es que aquí conozco al que los vende. Necesito gomas de recambio... Si el señor se estuviese aún aquí un cuarto de hora, podría ir a comprarlos...

—Vaya usted, ordenó Dewalter impertérrito.

El chofer le pidió mil quinientos francos. Le explicó que adquiriría dos neumáticos y que llenaría el depósito de esencia.

Dewalter extrajo la cartera; le temblaban ligeramente las manos. Dió el dinero pedido y el chofer se fué.

—¿Y bien? sonrió Oswill impasible... ¿decía usted que seguía siendo muy pobre?

—Todavía algo más, ya lo está viendo, replicó Dewalter.

Sorbió un vaso de ginebra.

—Está nervioso, bromeó Oswill, bebe como un inglés.

De lejos Cinegiak le llamó:

—¿Viene usted, Oswill?

—No—le gritó—. Estoy con un amigo. Me quedo un poco. Buenas tardes.

Cinegiak y Laberose levantaron los hombros. Ya en la puerta, profirieron las palabras rituales:

—¿Has dicho zebra, querido?

—No, compadre; he dicho loro.

Salieron. Oswill y Dewalter se quedaron solos.

V

Dewalter se había puesto en pie, mirando a Oswill; y le dijo con ironía algo lastimada:

—¿Aguarda usted la continuación? Bien es verdad que se la debo...

Oswill se había hundido en su sillón:

—¡Oh! no, respondió, no me debe usted nada... Claro que la semana pasada, en el vagón donde le encontré por vez primera y, a solas con usted, tampoco me debía nada... Y sin embargo me habló y me hizo confidencias. Le aseguro que no le hubiera escuchado, rogándole que me dejara dormir tranquilo sin aquella historia de los paisajes... que me pareció típica; quería yo cerrar las esclusas del vagón y usted me pidió que no lo hiciera, porque se iba de Francia para siempre y deseaba darle un último adiós con los ojos a su tierra... Dijo usted cosas muy hermosas a este respecto, entre Tours y Burdeos. Y como no tenía sueño le escuché con interés.

—¿De modo que porque no tenía sueño? repitió Dewalter con cierto despego.

Oswill le miró con simpatía:

—Digo así... pero debo añadir que también le escuché porque me agradó usted. Siempre me han inspirado una gran simpatía las gentes que se van muy lejos... Creí de verdad que se iba usted... Imaginé que era un emigrante auténtico y que me contaba sus vicisitudes por hallarse totalmente solo y saber que no volvería a verme más.

Oswill se levantó:

—Y aún estoy seguro de no haberme equivocado.

—No se equivocaba usted.

Antes de proseguir Dewalter permaneció unos instantes en silencio. Su voz era tranquila pero con un no sé qué de febril y de amargo.

—Era y soy, un emigrante auténtico... Antes de cinco días estaré en alta mar... Ya no conoceré a Francia ni a nadie en Francia... En suma, tenía usted razón: cuando le hablé me encontraba tan solo, cruzando de noche mi patria por última vez que exhalé mis quejas en voz alta... Usted estaba allí...

Oswill bebió su ginebra.

—No, usted no se quejó: no le hubiera escuchado. Usted dijo...

Pero Dewalter le interrumpió, hablando casi brutalmente:

—Sé muy bien lo que dije. Le dije: "Me voy muy lejos, para siempre; dejeme mirar por la ventanilla...". Dije también: "Soy huérfano. Me educaron con un lujo que ya no existe. He guerreado. Tengo la cruz. Ni oficio ni beneficio. Me quedan sesenta mil francos. En este pequeño encierro, mi alma, demasiado vasta tropieza y se lastima. Me voy con mis cuatro monedas. He aceptado un puesto en el Senegal un puesto sin porvenir. Voy a vivir y morirme allá puesto que nada de lo que hubiera querido lo puedo tener en Francia. "Esto es lo que dije..."

Oswill sonreía:

—Y añadió usted: "No tengo mujer". Yo exclamé: "¡Bravo!" Y en Burdeos: "Buena suerte". Y usted entonces dijo: "Mi barco sale dentro de tres horas..." Me lo encuentro en Biarritz. ¿Ya hizo fortuna? Sólo la carrocería de su coche vale más de sesenta mil francos.

Dewalter guardó silencio. Sobre la serenidad de su rostro había una especie de crispación.

—¿Teme que le traicione? murmuró Oswill. No! lo que pasa es que soy un excéntrico, soy inglés y curioso. Quizá el único curioso de todos los ingleses... Hago experiencias psicológicas. Estudio por afición. Algunas contrariedades me han traído... Si habla, tenga confianza en mí...

El tono se iba haciendo insinuante. Presentía la extraña aventura y mendigaba datos.

—¿No lo repetirá usted? dijo Dewalter con ironía. Prométamelo.

Pero Oswill repuso secamente:

—Hecho. Además yo me voy también, mañana mismo.

Viendo que no obtenía nada, fingió mostrarse indiferente:

—No diga nada si no quiere.

Pero su ojo registraba a Dewalter.

Este encogió los hombros:

—¿Callarme? ¿Por qué? También hoy, si estuviese tan solo...

Fijó la vista en él:

Además, es tan raro encontrarle a usted de nuevo...

—No es tan raro que yo esté en Biarritz, puesto que aquí venía..., respondió Oswill.

Dewalter le interrumpió nervioso:

—¡Yo soy quien no venía!

Empezó a dar pasos por la tiendecita desierta:

—Oiga, oiga, va usted a ver mi historia. Ya sabe el comienzo. Se lo dije en el tren. Soy un infelizote que se larga... Además, mi barco no ha partido: una avería en las máquinas. Diez días de retraso: usted ha podido leerlo en la **Petite Gironde.** Entonces me volví a la estación, la sucia y fangosa estación de Burdeos San Juan, que hiede a sardinas y a petróleo. Y me fuí a tomar una habitación en el Términus para esperar. Ya usted sabe, la soledad, en el Términus... Y entonces—fíjese bien—he caído en manos de un compañero, un camarada de guerra, Deleone...

—¿Deleone?

—Sí, Deleone se llama. Ya ve usted que se lo digo todo.

—Le conozco un poco.

—Su esposa vive en Biarritz, donde cuida a sus hijos... El, en París, de juerga en juerga. Todo me lo ha referido el mismo Deleone. Acababa de comprar un hispano para regalárselo a una mujer, no sé quién exactamente, una bailarina a la que mantiene... en fin, una socia, como él dice...

Es muy rico, Deleone...

Oswill soltó una carcajada:

—No mucho... pero en fin lo bastante para poder regalarle un hispano a una socia, o prestársela a su amigo.

Dewalter interrumpió sus pequeños paseos por la estancia:

—No se trata de un préstamo. Oh, no. Deleone nada sabe de mí. Me conoció en las trincheras. Y, a igual uniforme igual vida; intimidad... pero en el fondo extraños... dos extranjeros de la misma patria... En suma, que Deleone ignora si soy o no soy rico. Sabe que soy bravo y que me gusta vivir. Ni más ni

menos. Me lo tropiezo en Burdeos y le digo: "Me marcho al Senegal". Rompe a reír: "Te vas de cacería, pillastre. ¡Explotador! ¡Citroen!". No contesto. Luego digo: "Estoy **en panne** por diez días". Entonces dice,—parece que le esté oyendo:—"Estás loco si te quedas en Burdeos diez días. Vámonos a Biarritz. Te llevo en mi coche". Y añade: "Llegas como caído del cielo".

Oswill se divertía de lo lindo:

—¿Cómo en los melodramas?

—Casi; eso es. O tan neciamente como en los dramas... "Llegas como caído del cielo"... Después supe lo que significaba todo aquello: Deleone ha comprado el hispano para uso de una amiga. He ido por carretera hasta Burdeos para probarlo. Y, como su esposa se encuentra en Biarritz, en Burdeos toma el tren. No quiere que le vean aquí el coche del adulterio. Es muy sencillo.

Oswill se frotó las manos:

—Según eso hay ahí todo un caso de amor normal; nada falta; traición, abuso de confianza. ¿Y qué más?

—Luego, Deleone me ve y piensa: "Con Dewalter puedo ir hasta Biarritz. Diré que el hispano es suyo y no habrá la menor sospecha... No me explicó su truco hasta que estábamos en medio del páramo y cuando ya había yo aceptado, por el retraso del barco y falta de quehaceres, pasar aquí mi última semana de Francia.

Oswill seguía disfrutando:

—Comprendo perfectamente. Le explicó la lección al chofer. En materia de amor las primeras conquistas son las de los domésticos...

—Le explicó la lección al chofer como usted dice... como usted acaba de ver, articuló Dewalter... Y el conflicto es éste: yo, pobre tipo castigado por la vida hasta verme casi en la miseria, he llegado a Biarritz, a la costa de Plata, en un vehículo de multimillonario que, por espacio de ocho días, es mío.

—Es chistosísimo—exclamó Oswill riendo a carcajadas.

Pero Dewalter repuso secamente:

—No le veo la gracia...

Su interlocutor le miró con fijeza:

—¡Se va bien en un hispano! Le aseguro que es más cómodo que un camarote de segunda con destino a Dakar.

Oswill le envolvió en una mirada:

—¡Cosas de la vida! Es infinita la multiplicidad de sus facetas. Pero, ¿por qué diablos paga usted los neumáticos?

—¿Que por qué pago los neumáticos?

Dewalter le pasó una mano por el hombro. Había adoptado un aire algo altanero y prosiguió diciendo:

—He tomado hospedaje en el hotel del Palais, de Biarritz... Me hallaba en la pendiente... He combatido dos años al lado de Deleone, he arriesgado la piel como él, en los mismos sitios... No iba a contarle bruscamente que, vuelta la paz, ya no teníamos el mismo grado... Me hospedé en el Palais y entonces es cuando he visto verdaderamente la maldad del destino.

Oswill, que le escuchaba atentamente, dijo

—Arma usted la mar de historias por un viaje en primera clase.

—He nacido para camarote de lujo, tanto como otros, ¿se entera usted? dijo Dewalter.

—¿Está usted celoso?

El pobre se sintió desarmado. Sonrió y dijo:

—¡Oh, no! Se lo juro... Cuando me batía bien sabía yo que no era por mí. A mí me han educado en la opulencia... Luego me quedé al raso. Nunca me había pasado por la imaginación que llegara a sucederme. Soy poeta a mi modo. Incapaz de ganar dinero... me había resignado... Pero esta aventura estéril...

Se le alteró el tono de la voz.

—... Este contacto con la dicha, con tan grandes posibilidades de felicidad, en el preciso momento en que me voy... esto me ha sentado... de modo que me duele...

De repente parecía sufrir mucho.

—Estoy persuadido de que no lo dice usted todo, insinuó Oswill.

—No, contestó Dewalter dolorosamente, no se lo digo todo, así es. No puedo decírselo todo.

Su fisonomía y su acento le traicionaban.

—Hace diez días me iba tranquilo... vacío el corazón... ninguna impedimenta... hoy... ¡Ah! Ese Deleone me ha metido en un mal paso...

Oswill le examinaba con delectación:

—**¿Está usted enamorado?** ¡Algún tropiezo con una mujer que le tomó por lo que no es! ¿Le vió en el hispano? El color de las alas... Conozco a fondo el lance... lo mismo ocurre entre los coleópteros...

Dewalter interrumpió:

—No bromee... soy un pobre muchacho...

Oswill puso mala cara:

—¿Y acaso no se irá usted?

Dewalter hizo una expresión ambigua. Y cogiendo el sombrero:

—Mire, le dijo, ahí está mi chofer... Adiós... Es curioso; desempeña usted un papel fatal en mis historietas. Siempre llega a punto de presenciar mi fracaso...

Y recordó a Oswill:

—No lo cuente.

—Ya le prometí no decir ni palabra, afirmó Oswill.

Era concreto, áspero, algo desdeñoso. Le levantó:

—Déjeme darle un consejo: acuéstese con "ella" y lárguese... Si no lo hace así no es usted hombre.

Dewalter le contempló como con náuseas:

—No tiene usted sobrada sensibilidad.

Oswill sonrió.

—¿Yo? yo no tengo ni sombra de sensibilidad...

—¡Qué suerte!... ¡Vaya, buenas tardes!

Salió bruscamente.

Oswill aún bebió otra ginebra, pensando:

—Me divierte mucho con su historieta... De todas formas es un impostor... Está maduro para amar...

Vió volver a Cinegiak y Laberose.

—Hemos caído en la Reserva junto a la señora de Souvre y su **flirt**, dijo uno de ellos. Incomodábamos y nos hemos ido.

Oswill que se había levantado de la mesa respondió:

—Yo, me hubiera quedado. Me gusta ver cómo mienten las gentes.

—Mentir, ¿por qué?

Oswill palmoteó en el hombro de Laberose:

—Dos tipos que se hacen el amor mienten siempre el uno al otro.

De no ser así se asquearían, marchándose cada cual a una isla desierta.

A través de los cristales vió, en un vehículo, a Estefanía sola, que cruzaba:

—¡Calla! dijo, ahí va mi mujer.

VI

Dewalter no era hombre para juzgado por sir Meredith Oswill. Nada había dicho de su juventud salpicada de languideces y de pasmos, agitada por ese viento misterioso que, sin saber de dónde, sopla sobre los destinos novelescos.

Había nacido hacia 1884, en los alrededores de Poissy, en una de esas quintas cuyos jardines se bañan en el Sena viendo pasar el ensueño interminable de las chalanas; oyen el reír de los excursionistas que vuelven del baño; asisten a la pesca de caña de los sábados por la tarde. Tienen grandes perrazos que de noche se enfadan al divisar la luna por entre los álamos. Jorge, a medida que iba creciendo tomó la costumbre que soportar el domingo, la presencia de un hombre alegre de quien llevaba el nombre. Durante la semana, aquel marido hacía en París negocios y juergas. Mientras tanto, Jorge se encontraba a diario en la quinta con otro hombre. Menos expansivo, le acariciaba al niño los cabellos y miraba a la madre tiernamente, con ojos dulces y apasionados. A la vera de este desconocido, Jorge reía menos que con el extraño del domingo. Pero le amaba más. Juntos los tres, su madre, aquel hombre y él, iban en barca hacia Triel. En cierta ocasión tropezaron con un señor hosco y pensativo con aspecto de viejo can plantado sobre las patas posteriores. Le dijeron a Jorge que era el señor Zola, que había escrito: **Una página de amor.** Fué un título que ya no olvidó nunca. Al cumplir diez años su gran amigo de los días laborables se fué, después de estrecharle entre sus brazos y de besarlo llorando. La madre, arrasada en lágrimas contemplaba a su hijo, explicándole que se trataba de un largo e indispensable viaje a una comarca próxima a Pekín. Dos años más tarde y cuando ella preparaba en secreto grandes baúles para ir a juntarse con el desterrado, recibió un telegrama. Al abrirlo se quedó unos momentos como exánime. Se hallaban solos en la casa. Una sirvienta se había ido al mercado. Otra, en el extremo del jardín, lavaba un montón de ropa. Jorge tuvo la sangre fría de no pedir auxilio. Comprendió que el telegrama era cosa de su amigo. Echó una ojeada y vió que había muerto. Era el lazo de seda del destino. Los baúles inútiles quedaron dispersos; una mujer, ya triste adelante, vivió sin más consuelo que su hijo, recuerdo vivo, espectro de su dicha estrangulado ferozmente por los dioses tenebrosos de la China.

El marido cruzó a través de este drama como un estornino por una telaraña sin experimentar la menor conmoción. Vivía feliz puesto que ganaba mucho dinero, casi un poco menos del que gastaba. Gracias a él conoció Jorge el lujo y el desorden. La madre falleció a su vez. Había conservado, para sus contemplaciones, algunas reliquias del pasado. Eran fotografías, objetos del muerto y todas las cartas de aquel amor. El señor Dewalter, estunefacto, se enteró de pronto que jamás había tenido hijos. Y se volvió a juerguear con las chicas del arroyo parisiense. Jorge se fué con los "spahis" (1). A su regreso se encontró solo ante la vida, como Daniel frente a los leones.

Lo que le aconteciera hasta el momento de tropezarse con Estefanía es la historia de un desgraciado durante catorce años, un deambular por caminos oscuros. ¿Dónde, los amigos para organizar las etapas? ¿Dónde los sitios de reposo? En ningún lado. Marcha como indigente. Trabajo sí encuentra; pero es labor semejante a los túneles inconclusos, en cuyo extremo no luce nada. Hasta le ocurre que se le niegan plazas modestas. Dícenle con sincera cortesía: "No puedo ofrecerle eso a usted." Tener aires de príncipe... ¡qué fortuna para un estafador! Pero para un pobre honrado... ¡qué tragedia! Sin embargo, se gana el pan valerosamente. Intenta hacerse escritor: excesiva nobleza y poca habilidad; quizás sea un gran poeta pero nadie lo sabrá. Lucha. Pasan los años. Encuentra hembras fáciles; descansa alguna noche entre sus brazos y luego, demasiado puro, de otra raza, se aleja sin que logren retenerle. Algunas piensan con bajeza que dá lástima en aquel ser hermoso y sin dinero. ¡Si ellas se atrevieran! Pero no se deciden. Su dignidad de hombre le protege contra toda asechanza de la deshonra. Al fin se encuentra con una que quiere seguirle. Trata de hacer con ella lo que intentará siempre todo hombre honrado aunque irregular: la creación de un hogar humilde. Existe una finalidad, pero la eterna Manon reaparece, fatal, al cabo de siete años. Para no envilecerse no tiene otro remedio que dejarla. Otra vez solo, huérfano de su primer amor, vuelve a encontrarse cada vez más desarraigado.

Y viaja sin cesar. Su destino se resiente de las marchas desequilibradas. Padece sed infinita, y en el camino, ni un manantial. Se obstina, se enfervora, ensaya, recomienza. Un estafador hábil le tiende un cepo, y Jorge cae, y paga a los acreedores. Y cuando cumple sus treinta años, cae en súbito desánimo... Nada le ha salido a derechas, todo le ha mentido. Se siente con alma de gran señor y carece de desvergüenza para serlo. Comprende que todo ha concluído, que nunca surgirá del desastroso anónimo y que no le resta sino abdicar.

De pronto aparece en las paredes un cartelito blanco. Se bate por doquiera, en el Yser, en Champaña, en el segundo Marne. Ha recobrado por completo su apostura. Caballero de la Legión de honor, el uniforme le devuelve la dignidad. Por espacio de cuatro años se olvida de la existencia. Regresa y vuelve a encontrarla, sale del infierno y torna al presidio. ¡Basta!

Una noche de abandono, más áspera que las otras, demasiado sensible para los amores de paso, demasiado digno para buscar apoyos, demasiado delicado para las faenas, firma su segunda abdicación. Y se expatría: ¡adiós, París, que no ha logrado conquistar, patria demasiado hermosa para la eterna pobreza!... Realiza todo cuanto posee, vende sus pequeños recuerdos, corta su última raíz, se quema a sí mismo para renacer. Una mañana, una mañana dorada de septiembre, contempla la villa por última vez y se va.

Estremecientes soledades, costas desconocidas, anchas playas negras y vosotros, selvas sin fin, misteriosos pantanos, ¿qué vais a hacer de este hombre?

—No os corra prisa responder: está en la Costa de Plata.

(Continuará)

(1) Tropas coloniales de Africa. (N. del T.).

Impreso en los Talleres de la Emp. "Zig-Zag"

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

Pour les lèvres et le teint...

LE ROUGE PERMANENT

CHERAMY

PARIS

CARMIN **M.R.** **ORANGÉ**

CINZANO

VERMOUTH

M. R.

N.° 2

$1.20

BIBLIOTECA NACIONAL
DIARIOS
Periódicos
Revistas
Chilenas
DE CHILE

INVITACION

Para Todos

M.·R.

Es propiedad

Para jovenes y viejos

ES LA

AVENA GAVILLA

EL ALIMENTO IDEAL

Sus excepcionales condiciones nutritivas y su fácil asimilación, son benéficas para cualquier organismo. El sano, el convaleciente o el enfermo. : : : :

Las vitaminas, proteinas, hidratos, grasas, sales minerales y todos los elementos nutritivos que contiene un plato de Avena Gavilla en leche (Porridge) hacen de él el alimento diario ideal para todos los seres

Prepárelo cuotidianamente en casa o consúmalo en los principales Cafés, Casas de Leche, Salones :: :: :: de Te, Restaurants, Hoteles. :: :: ::

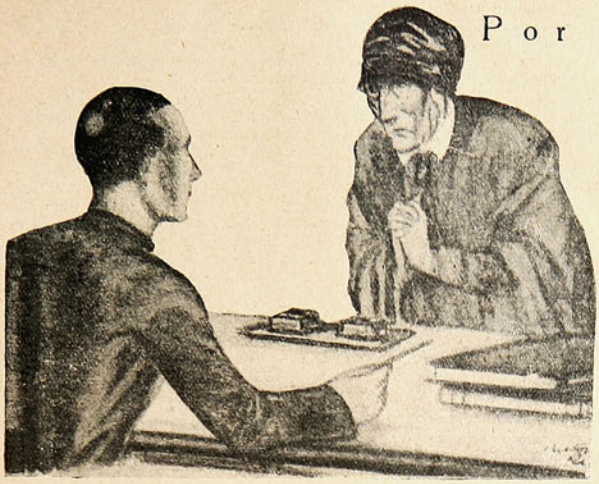
CASA DE LECHE LA PRIMAVERA

Restaurant Naturista

ETC.

EL EXTRAÑO CASO DEL PADRE REINA

Por José Montero Alonso



LAS palabras salían perezosas de nuestros labios, con intervalos largos, en los que palpitaba el tedio de la tarde inverniza. Habíamos refugiado nuestro aburrimiento en aquel café céntrico, ruidoso, pero cuya animación no arrojaba de nuestros espíritus el lastre de cansancio y de vacío que la tarde dominical, hosca, estéril, aposentó en nosotros.—Mirad. Ahí pasa el padre Reina — dijo Alberto Luján.

Tendimos la vista hacia la calle, a través de los grandes cristales del café. Vimos, unos segundos, pasar rápidamente un sacerdote alto, delgado, de rostro pálido y enjuto.

Tenía este padre Reina, que nuestro amigo nos había hecho mirar con curiosidad, un prestigio de conferenciante ameno, ágil y profundo a la vez, lleno a un tiempo de solidéz ideológica y de gracia de artista en la expresión.

Su gran talento le conquistaba adhesiones crecientes. Se le atribuían milagrosas curaciones espirituales. Se vinculaban a su palabra virtudes mágicas.

Pertenecía este padre Reina a la Compañía de Jesús.

Cuando hubo pasado, Juan Luis Montaner, el otro de los tres amigos allí reunidos, rompió su largo silencio.

—Yo no he podido creer nunca nada de lo que a este hombre atribuyen...

—Es que tú—argumentó Alberto Luján—tienes hacia todo el mismo descreimiento. Un descreimiento más vivo, claro, en estas cosas religiosas... Sin embargo, yo os puedo contar del padre Reina, un caso absolutamente cierto. Le ocurrió a un amigo mío. Un amigo a quien conocí casi tanto como os puedo conocer a vosotros. Es, además, un caso que rima bien con el ambiente tristón de esta tarde y con nuestro propio estado espiritual. ¿Me escucháis?... Pues, empiezo...

Y Alberto Luján comenzó a contarnos aquel extraño caso del padre Reina.

— ★ —

El padre Reina estaba en su casa, trabajando. Sentado ante la gran mesa oscura, leía, anotaba sus observaciones en cuartillas, consultaba papeles y libros. Entró un servidor.

—Hay una señora que desea verle a usted. Dice que es para una cosa urgente...

—Bien, que pase...

A los pocos segundos entraba en la estancia la señora. Una viejecita septuagenaria, de paso vacilante y lento, de cuerpo que se curvaba ya en busca de la madre tierra.

Vestía un traje negro, anticuado ya. Todo en la indumentaria era marchito, viejo, de otro tiempo.

El padre Reina la invitó a sentarse.

—Usted me dirá, señora...

Ella le explicó rápidamente, con su vocecita leve, temblona, el objeto de la visita.

Quería que el padre Reina fuese a confesar a un caballero que estaba en trance de muerte. Se llamaba Manuel Piñero, y vivía muy cerca, en la calle de San Bernardo. El enfermo tenía arraigado interés en que fuera el padre Reina el que le confesara en esta hora final de su vida...

Por eso no habían avisado a la parroquia cercana, y habían preferido venir a buscar al citado sacerdote en su casa propia...

—Bien. Iré inmediatamente—dijo el padre Reina.

La viejecita llenaba sus temblores con palabras le gratitud.

Al irse, repitió el nombre y las señas del enfermo:

—Ya sabe: Manuel Piñero... Ahí, en la calle de San Bernardo...

Marchó la viejecita del traje deslucido y viejo. El sacerdote se dispuso a salir. Recogió el manteo, tomó un libro de oraciones y comenzó a bajar la escalera.

Llegó en seguida a casa del enfermo. Dijo en la portería:

—Voy a ver al señor Piñero...

Le indicaron:—En el segundo de la derecha...

Subió. Llamó. Cuando le abrieron, dijo:

—Vengo a ver al enfermo. Soy el padre Reina, a quien han avisado ahora...

El criado hizo un gesto de asombro.

—¿El enfermo?... No. Ha debido usted confundirse...

—¿No es aquí donde vive don Manuel Piñero?...

—Sí. Aquí es... Pero no hay nadie enfermo en la casa. Precisamente, el señorito está ahora trabajando en su despacho...

El padre Reina calló unos instantes. No sabía qué pensar, qué hacer.

—Bien—dijo.—De todos modos, quisiera ver al señorito. Dígaselo. He de aclarar esto...

—Pase usted—le dijo, tras una breve espera, el criado.—Por aquí...

El padre Reina se vió en seguida en el despacho del señor de la casa.

Una estancia amplia, severa, ordenada. Un hombre joven, de apariencia afable y enérgica, le invitaba a sentarse...

—Siéntese. Usted me dirá...

—¿Tengo el gusto de hablar con don Manuel Piñero?...

—Servidor de usted...

—Verá. Yo le explicaré... No sé si hay en esto una burla o una confusión. Hace un rato (estaba yo trabajando, en mi despacho), se presentó en mi casa una señora. Fué conmigo mismo con quién habló. Quería que con toda urgencia fuera a confesar a un enfermo. Y me dió el nombre y la dirección de él. Ese nombre era el de usted, y esa dirección la de su casa... Y por eso he venido, pero su criado me ha dicho que no había tal enfermo...

—En efecto, no lo hay, por fortuna... Yo vivo sólo, en esta casa, y ya lo ve, estoy perfectamente.

—Es inexplicable, entonces...

—Inexplicable, sí. No sé a qué atribuir esto. Para broma, me parece demasiado pesada. No sé, no sé... Y en cuanto a una posible confusión, me dice usted que tampoco...

—Estoy absolutamente seguro de que el nombre que me dieron, fué el de usted y las señas las de su casa. Ya ve que yo no le conocía y que ignoraba por completo que pudiera vivir aquí...

Cayó sobre los dos un silencio espeso, molesto. Algo extraño, invisible, desconocido, pesaba sobre ellos, llenándoles de un raro malestar. No sabían qué decirse el uno al otro...

—Entonces—habló el padre Reina—le dejo a usted. Y siento muy de veras haberle molestado con algo tan incomprensible...

—Soy yo el que siente su molestia por haber venido hasta aquí...

—...El mismo rostro, la misma figura, aún el mismo traje.

¿Querían los dos que las frases de cumplimiento borrasen el aire, indefinible mente desazonador, de la situación anómala.

Se disponía el padre Reina a salir de la estancia. Sus ojos se fijaron en un lienzo que durante la breve entrevista había quedado a su espalda. Un lienzo grande, señorial, de marco dorado...

—Ese retrato...

—Es de mi madre...

—Pues, esa señora fué la que habló conmigo, rogándome que viniera aquí...

Manuel Piñero tuvo en su mirada una fijeza de estupor. Miró profundamente al padre Reina, queriendo descubrir en él su sinceridad, su farsa o su locura...

—¿Qué dice usted?... No, no es posible... Mi madre murió hace ya años...

—Pues era la misma señora, milagrosamente... El mismo rostro, la misma figura, el mismo traje... La cosa continúa siendo incomprensible; pero yo estoy seguro, créame, de cuánto le he dicho...

Salieron, por fin, de la estancia, y ante la puerta de la escalera se despidieron. Se dieron sus nombres respectivos, se ofrecieron sus respectivas casas...

El padre Reina, al encontrarse de nuevo en la calle, respiró con fuerza el aire vital de la tarde clara... ¿Estaría bajo el dominio de una pesadilla? Pero, no. El se daba perfecta cuenta de que estaba en plena normalidad de sus facultades...

Pronto se vió de nuevo en su casa. Otra vez en el silencio de su despacho, ante sus libros, ante sus papeles. Quiso trabajar.

Llamaron a la casa.

—Desean verle a usted, urgentemente...

—Que pase...

Entró en la estancia un criado. El mismo criado que antes, en la casa de don Manuel Piñero, le abrió la puerta.

—¡Mi señorito se muere!... Nada más que al salir usted empezó a ponerse muy malo. Y quiere que vaya usted... ¡Está muy malo, muy malo!..

El padre Reina marchó de nuevo a la calle, con el criado aquel.

Cuando llegó a la casa, el enfermo estaba muy grave. Se había puesto así repentinamente, inexplicablemente... El sacerdote le confesó, le acompañó en sus horas últimas...

Cuando se hizo el supremo silencio, el padre Reina, tras de orar ante el cadáver, salió a la estancia contigua; al despacho en que estaba el retrato de la madre del muerto. Los ojos del lienzo parecían mirarle, reconocidamente, como en signo de gratitud por aquel auxilio espiritual prestado, merced al milagroso aviso maternal, al hijo solo que acababa de morir...

— ★ —

Al finalizar Alberto Luján su relato, quedamos en silencio. Sobre nuestro espíritu descreído de hombres de hoy, ponía un escalofrío el paso de lo indescifrable...

LOS QUE NO CREEN SER AMADOS

Por Amado Nervo

Se hablaba de Carlos N., un cuarentón distinguido, jovial, a la sazón en París, y alguien dijo:

—¡Vendrá en estos días a Biarritz.

—En ese caso—prorrumpió nerviosa y precipitadamente nuestra amiguita Ivona, la más guapa, seductora y capitosa de la reunión—ya sé lo que tengo que hacer: marcharme de aquí en seguida.

—Pero, ¿por qué?—preguntamos nosotros.

—Porque no quiero encontrarme con Carlos, ni en Biarritz ni en ninguna parte.

Y ante la expresión de sorpresa que había en nuestros rostros, Ivona explicó:

—Es el hombre que más me ha hecho sufrir en el mundo y el único a quien, sin duda, he querido.

—Pero si Carlos tiene el carácter más dulce de la tierra... Sería incapaz de quebrar la caña cascada y de apagar la mecha que aún humea, según la expresión bíblica...

—Pues con eso y todo, me ha hecho sufrir lo indecible. ¿Saben ustedes por qué? Por su escepticismo. Desde que le conocí (yo era entonces una pobre **midinette de chez Paquin**) se me entró por todas las ventanas del corazón. Lo quise con fiebre... Pero él tenía por principio capital en la vida que ninguna mujer podía amarle. Afectuoso, admirablemente bien educado, en la generosidad de los otros. En el fondo de su espíritu velaba la idea de en la generosidad de los otros. En el fondo de su espíritu velada la idea de que siendo feo, con sus treinta y ocho años cumplidos y una enfermedad crónica que parece, no era posible que una muchacha—y mucho menos una parisiense—pudiera quererlo sino por su dinero... Claro que no lo decía jamás. Es demasiado inteligente y correcto para molestar a nadie; pero lo pensaba... y yo sabía que lo pensaba y, ese era mi infierno.

Soy naturalmente expresiva, mimosa, un poquito arrebatada, y solía llenarle de caricias. El las recibía y devolvía con cierta grave cordialidad indulgente; pero a todas mis confesiones y afirmaciones, a todos mis "te adoro", contestaba con una sonrisa odiosa (sí, odiosa por la duda) y con un: "¡Vamos, no es para tanto; no exageremos!", que ponía hielo en las entrañas.

Herida a cada instante en mi amor propio de enamorada, acabé por empeñarme en la más cruel de las luchas: en llevar a su alma la convicción de mi idolatría exclusiva. ¡Pero todo fué en vano! ¡Jamás me creyó! Llegó hasta apagar (siempre deferente y piadoso), aquella sonrisa que me hacía daño; mas la duda, el escepticismo amable y mundano, mejor dicho, anclado en el fondo de su ser desde la primera juventud, triunfó de mis pruebas, de mis sacrificios, de mi abnegación... y un día, después de cuatro años de aquella horrible vida, segura de lo incurable de su enfermedad y de lo estéril de mi empeño, le dejé escritas tres palabras: "Me voy. ¡Adiós!..." Y partí.

Supe después que, comentando mi huída, se había limitado a decir a sus amigos:

—"¡Era natural!... ¡Me lo esperaba!"; ¡y que sonreía...! ¡con aquella sonrisa!

—La humanidad—dije yo comentando el amargo relato de Ivona—rara vez da en el nudo de la ponderación. El hombre o es un animal fanático o un animal escéptico. Me río yo, por ejemplo, de los ateos que justifican su incredulidad con "la falta de pruebas positivas". Si a las doce de un bello día de junio, el propio Jesucristo descendiese sobre la plaza de la Concordia, en una nube resplandeciente, y se detuviese sobre el vértice del obelisco, la multitud empezaría por vociferar: "¡Milagro! ¡Milagro!..."; y acabaría por discutir el hecho acaloradamente, con la ayuda de los sabios oficiales, hasta convenir en que todo había sido alucinación colectiva.

En el hombre de mundo—añadí—esta incredulidad arranca sobre todo del amor propio. Creemos que hace un papel de sobra desairado y ridículo el que, por la presunción de juzgarse querido, se encuentra con el desengaño, saltándole donde menos lo piensa, como la liebre del refrán.

Además, en esta época snob, en que toda idealidad y todo sentimiento se consideran cursis en el grupo reducido—y verdaderamente cursi con la peor de las cursilerías: la espiritual, de los aristócratas—la ingenua confesión de creerse amado provoca sonrisas misericordiosas.

—Es muy cierto lo que usted asienta—afirmó Rafael, uno de los del grupo,—y esta credulidad no siempre para, como la de Carlos, en la huída de Ivona. Yo presencié un hecho trágico—que desde hace rato rabiaba por referirles—de cuya autenticidad les respondo con mi palabra de honor, y que se desarrolló, brutal e impensado, no hace aún dos años.

Uno de mis mejores, y más aristocráticos amigos, cubano de origen, había tenido piedad de cierta muchacha andaluza, próxima a rodar por el arroyo, a causa de la miseria y de los manejos de una madre digna del garrote. Llevóla a vivir a un pisito alegre, y solía invitar allí a sus amigos, pollos elegantes todos, como él, y celebrar cordiales yantares, en que la mejor salsa era el buen humor unánime.

La andaluza, de naturaleza apasionada, de temperamento exclusivista, de incomparable fidelidad, había acabado por adorar a su amigo protector, y se lo decía a cada paso, delante de todos.

El sonreía, callaba y se dejaba querer; pero en el fondo de su corazón dormía la duda, esa duda amable, cortés, sonriente, mundana, de que hablaba usted.

Y una noche en que el **champagne** había vertido más oro y perlas que de ordinario en la cristalina fragilidad de las copas, ella, enredándole los brazos al cuello, fué más afirmativa que otras veces:

—¡Te adoro—le dijo con énfasis meridional,—y por ti daría la vida!

El sonrió—¡con aquella sonrisa!—y respondió paternalmente con un ligero metal de ironía en la voz:

—Vamos chicuela, no es para tanto (¡lo mismo que Carlos!).

—¡Te juro que por ti daría mi vida!—insistió ella con más énfasis aún.

—¡Vaya, vaya—tornó él a responder,—no exageremos!

—¿Entonces tú no crees que te quiero hasta ese punto?

—Yo creo que, naturalmente, algún afecto has de tenerme. No en balde he procurado suavizar y embellecer tu vida...

—¡Eso sería gratitud!—replicó ella,—y yo te hablo de amor. ¿No crees, pues, que te adoro, que te idolatro, que sería capaz de morir por tí?...

—Lo que tú quieras—repuso mi amigo, dándole una palmadita en el hombro.—No vamos a reñir por eso...

—¡Ah, bien se ve que no lo crees!...—exclamó ella amargamente.—¡Bueno, pues yo te lo probaré hasta la evidencia!

Y pasando del diapasón trágico al ligero, cogió una copa, se la hizo llenar de **champagne** y la bebió de un sorbo.

Poco después se nos escapó del comedor, en los instantes en que el aturdimiento alegre de todos menudeaba historias, charlas y risas, y de pronto, en medio de la algazara, sonó sordamente un tiro.

En ese momento todos comprendimos, como si una convicción telepática se hubiera producido en nuestros cerebros, y echamos a correr hacia la alcoba de la muchacha, encontrando a ésta muerta en su lecho, con la sien perforada por una bala y con una browing diminuta en la diestra.

¡Se había matado porque no la quisieron creer!

CUANDO Mis Cora Lilley abandonó hace algunos meses la Corte de Divorcio de San Luis, se había ya casado y divorciado doce veces y todavía no había concluído la semana cuando fué conducida al altar por Mr. Henry La Forge, su marido décimo tercero y contra quien ahora ha presentado demanda de divorcio. Ella tiene sólo 44 años y ha sido solicitada por más hombres que la mayoría de las otras jóvenes que ordinariamente se conoce.

—He sido muy criticada, dice Cora, por haberme casado con tantos hombres. Según dicen, es un acto inmoral en una mujer, pero yo creo que lo inmoral consiste en continuar viviendo con un hombre con quien uno no simpatiza. Naturalmente, no creo que una mujer deba solicitar su divorcio por razones frívolas o por un simple capricho. Jamás he hecho eso. Mi primer marido era un ladrón y mi segundo marido era cruel y me maltrataba. Después de tres años de vida conyugal, no lo pude soportar por más tiempo y presenté una demanda de divorcio. Y si yo era todavía joven y había tenido dos fracasos en mi vida matrimonial, no por falta mía, ¿por qué nubiera debido de abstenerme en buscar mi felicidad personal y seguir solitaria el camino de la vida?

Cora, la optimista Cora, después de haber sido casada trece veces, todavía cree poder encontrar la felicidad en el matrimonio.

Mi tercer marido, prosigue, Miss La Forge, poseía un restaurant que a mí me parecía que marchaba muy bien. Pero muy pronto después de nuestra boda se dedicó al juego, vendió su restaurant y me persuadió a que hipotecara mi casa y mis muebles, gastó el dinero y un día llegó hasta maltratarme. Me divorcié de él. ¿Quién era el culpable?

Después de haberme desembarazado de Barnes, fuí cortejada por Butcher. Me sentía algo sola y conocí a Mr. Butcher en una fiesta. El era el alma de la reunión y nos sentimos invenciblemente atraídos el uno hacia el otro. Nos casamos dentro de unos pocos meses y vivimos felizmente juntos durante un año. Mr. Butcher era un hombre industrioso y creí que por fin había encontrado el hombre que yo necesitaba. Pero después de doce meses me llegaron noticias de que su corazón era muy grande para que una sola mujer lo llenara y que yo no era la única en compartir su ternura.

Me había acostumbrado al ambiente alegre que Mr. Butcher había introducido en nuestro hogar durante el año que vivimos juntos, y cuando conocí a Mayron Crow, también en una fiesta, pronto después de nuestro divorcio, me interesé porque era más alegre aun y más bromista que Mr. Butcher. Se vestía bien, hablaba mucho de dinero y parecía ocupar una próspera situación. ¡Qué engañada fuí. En nuestra boda, Mr. Crow hizo todas las cosas en grande escala y derrochó generosamente el dinero. Nos dirigimos con otro matrimonio amigo desde San Luis a Clayton y allí nos casamos. Al regresar tuvimos que cruzar un puente, donde se cobra unos pocos centavos por cada pasajero que lo atraviesa. Mi nuevo marido y el marido de mi amiga mantuvieron una larga conversación en voz baja cuando llegamos cerca del puente. Impaciente le dije a mi amiga que pasáramos y los dejáramos a ellos entregados a su conversación. Más tarde, cuando mi nuevo marido llegó al departamento que habíamos tomado, pude descubrir el misterio. Mr. Crow no tenía el dinero suficiente para pagar el pasaje por el puente. A la mañana siguiente no había desayuno y tuve que salir a comprarlo. Mr. Crow era de una naturaleza alegre que no se inquietaba por nada y se pasaba el día en casa, es decir, en "mi casa", que le debió parecer tan agradable que nunca se ocupó en buscar trabajo. Yo lo alimenté durante una semana, y esto habría continuado indefinidamente si no hubiese llegado borracho una noche y no me hubiese dado una paliza. Seis meses después conseguía mi divorcio. ¿Quién podría culparme de este nuevo fracaso?

A continuación conocí a John Whitny, que me pareció el hombre de mejor humor que hasta entonces yo había encontrado. Me casé con él y durante cuatro años todo marchó a pedir de boca. Era un irlandés alto y fuerte y muy agradable, pero algunas veces le daban furiosos accesos de cólera, y entonces tenía que esperar fuera de mi casa hasta que se tranquilizara. En cierta ocasión persiguió a mi hija Alicia con una escopeta, y no tuve más remedio que divorciarme. Poco después me casé con Sherman Porter. Era viudo con dos hijos jóvenes, buen trabajador y ahorró dinero para comprarse una casa. Y entonces, continó miss La Forgue, sucedió una cosa inesperada. Mr. Porter principió a sentirse rico, a derrochar el dinero y a especular. Este fué el principio del fin de mi hermoso sueño. Los ahorros que juntos habíamos efectuado se desvanecieron, perdió todo lo que había ganado e insistió en que yo le prestase dinero. Me negué a hacerlo y recibí una paliza. Casi todas mis aventuras matrimoniales han terminado en esta forma.

Después de obtener mi divorcio conocí a Alberto Lilley, con el que me he casado tres veces. Alberto me gustaba en extremo, era industrioso y poseía todas las cualidades para hacerme feliz. Pero Porter era vengativo y nos amenazó con denunciarnos, pues la ley prohibe que una persona divorciada contraiga matrimonio antes de un año después del divorcio Por esta razón, para evitar dificultades, Mr. Lilley y yo anulamos apresuradamente nuestro matrimonio y nos separamos en buenos términos. Durante nuestra separación conocí a William Swanson. Si Mr. Lilley hubiera estado cerca cuando terminó el año, me hubiera casado con él otra vez. Pero desgraciadamente estaba lejos y decidí correr el riesgo de casarme con Swanson. Pero Swanson bebía mucho y a los cinco meses principió a quedarse fuera de casa. Lo soporté por dos meses más y después presenté mi demanda de divorcio. Más o menos en ese tiempo, Alberto Lilley volvió a San Luis y nos volvimos a casar. Pero también se puso borracho y me fué imposible seguir viviendo con él, así es que tuve que volver a divorciarme. Pero yo lo amaba porque era un camarada delicioso y fuimos muy felices juntos. Yo lo eché de menos y él me echó de menos a mí y decidimos volver a casarnos .Pero Alberto había cambiado por completo de carácter y se había convertido en un hombre intratable. Como yo continuaba amándolo trataba de suavizarlo por todos los medios posibles, y un día en que con besos y caricias le recordaba mi amor, me dió una bofetada que me puso los dos ojos en tinta. Y así tuve que presentarme ante el Tribunal para que los jueces me libraran de Alberto Lilley por la tercera vez y por la última vez. Este nuevo fracaso no debilitó mi fe en los hombres, y cuando conocí a Alejandro Yates me casé con él. Otra mujer intervino y al otro día tuve que separarme de mi marido número doce. Y ahora soy Miss Henry La Forge, mi marido número trece. Si Henry me resulta bueno, continuaré a su lado, pero si es como los otros, no trepidaré un momento en divorciarme". ¿Cuánto tiempo tardará Cora en conocer a su marido número catorce? Según sus amigos, es cuestión de tiempo.

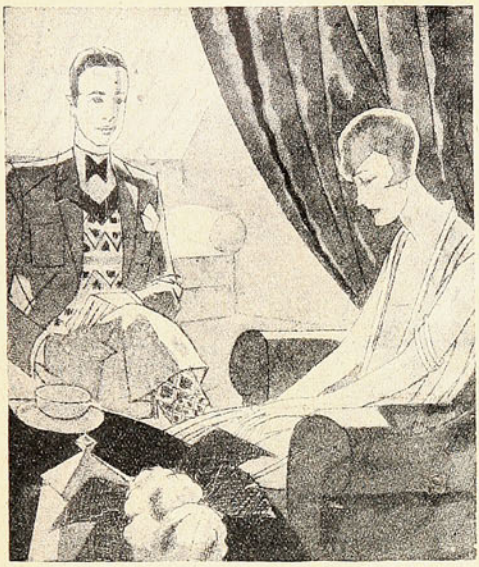
CASADA Y DIVORCIADA 12 VECES, Y AHORA VUELTA A CASAR

EL LUJO EN LAS NIÑAS

POR IDALIA VASSALIS

No saben las madres jóvenes (porque generalmente son éstas) el mal tan grande que le ocasionan a sus niñitas vistiéndolas con telas lujosas. Es cierto que una niña de corta edad se viste con muy poco costo, por la escasa cantidad de tela que sus vestidos requieren, pero hé aquí el mal que a la postre resultará de la vanidad de las madrecitas que visten a sus hijas con sedas y terciopelos: Esta niña, naturalmente, crecerá, y bien sabido es que la costumbre hace ley y una criatura que siempre ha vestido telas finas, no gustará más tarde vestir telas inferiores. Y de quién será la culpa si la niña quinceañera sacrifica a sus padres para ponerse lo que los recursos de éstos no le permiten? De quién será la culpa si más tarde esta niña sacrifica al marido, llevándolo a faltar a sus deberes de hombre honrado? De la madrecita débil, sencillamente, que no supo hacerle comprender a la pequeña que es necesario acostumbrarse a vestir toda clase de telas, según sean las circunstancias de la vida y especialmente, del bolsillo de quien ha de sufragar estos gastos, y hacerle ver que la elegancia y atractivo de la mujer no están en la calidad de telas que use, ni en lo costoso o recargado de sus adornos, sino en el corte y sobre todo, en la manera de llevarlo. La elegancia es un dón como cualquiera otro, y como todos los dones, lo llevamos en sí, y mal podría proporcionárnoslo determinada tela si naturalmente no somos elegantes.

Es preciso, madres del día y del porvenir, acostumbrar a vuestras pequeñitas a vestir sencillamente, eso sí, inclinándolas al buen gusto, pues en muchas ocasiones de su sencillez dependerá su tranquilidad y aún hasta su salvación. Los hombres acostumbran decir que el lujo pierde a las mujeres, y en verdad que no carecen de razón. Hay cabecitas que todo lo postergan ante el infinito placer de vestir un traje llamativo y ostententoso, sin recordar el cúmulo de sacrificios y hasta lágrimas que habrá costado, para mañana relegarlo al olvido, bien por haber pasado de moda o por haber perdido todo su atractivo. Y su dueña qué habrá ganado en cambio? Nada, absolutamente nada; contar con menos dinero en su bolsillo o en el de su marido, el cual podrá hacer falta para algo más útil o indispensable.



LIBERTAD

POR HENRY DUVERNOIS

—¿Te parece lindo este sombrero?—preguntó Teresa a su joven esposo.

—Sí, es muy lindo.

—¿Quieres responderme seriamente, como responderías a un hombre?

—Entonces es otra cosa. Aguarda que lo mire bien... Vamos a ver... Da vueltas...

—¿Y bien?

—¿Y bien? Es espantoso.

—¡Pero qué monstruo eres!

—No soy un monstruo. Soy un amable joven, franco y leal. Y por lo que toca a tu sombrero, llévatelo inmediatamente o no respondo de mí! ¿Qué significa esa cinta escocesa, esa pluma llorona y todo ese conjunto horrible?

—Para poseer sombreros magníficos, es preciso gastar cien mil francos por año, dijo Teresa con voz temblorosa de cólera.

—¿Estás segura?

—Absolutamente segura.

—¡Qué exageración tan ridícula!

—Tú no me comprendes, pero si me escuchase una mujer, me comprendería.

—Háblame entonces, como le hablarías a una mujer.

—¿Eso quieres? Pues bien: Estoy harta, harta de modistas, de matrimonio, de tí. Esta vez, la medida se ha colmado. Con que mi sombrero es odioso! Desgraciadamente, yo no me visto para tí. Querido mío, es muy sencillo. Gana más dinero, especula, has lo que hace ese y el otro.

—Escoges mal tus ejemplos. "El otro" está preso desde ayer.

—Dios mío, Felipe. Sin duda eres muy espiritual. Te concedo con toda buena voluntad, que diviertes al mundo con tus chistes adorables y tus finas burlas, pero a mí no me haces reír, te lo aseguro. Es inútil. Te gastas un género de alegría que no soy capaz de apreciar en debida forma, ya que es una alegría que va siempre dirigida contra mí. Lo he visto ya demasiadas veces. Cuando vas al teatro y la heroína te parece grotesca, siempre le encuentras alguna semejanza conmigo. ¿Qué buscas en los libros? La manera de fortificar el desprecio que desde hace tiempo sientes por mí. Si se trata de una idiota, de una coqueta o de una loca, siempre piensas en mí, y te demuestras encantado cuando otros más perversos que tú se encargan de vengarte. Entonces, querido buen muchacho ,como te llamas a tí mismo, te dejo con tus amados estudios. Parto. Mi decisión es irrevocable. Quiero tentar una última experiencia...

—¿Sobre un sombrero?

—Supongo que no creerás que la voy a tentar sobre un manuscrito griego.

—Adiós, Felipe!

—Adiós, Teresa. ¿A qué hora comemos?

—No volveré a comer ni esta noche, ni mañana ni nunca. Te devuelvo la libertad y recobro la mía. ¿Sonríes con escepticismo? Permíteme añadir que ya cambiarás de tono esta noche cuando te convenzas que he estado hablando seriamente. ¡Adiós!

"Sola, estoy sola!", pensó Teresa cuando se encontró en la calle. Pero como disponía de la cólera para que la hiciera compañía, no le pareció la soledad demasiado penosa. ¿Dónde ir? Su padre y su madre eran gentes al estilo de su marido, gentes calmosas, alejadas de bulla, que reuhían las lágrimas y las corrientes de aire y no preguntaban jamás a las gentes por su salud, temerosas de que les contasen cosas desagradables. Teresa pensó en sus dos íntimas amigas: Nicola Mangot y Gilberta Houret. Se dirigió primero donde Nicola, a quien encontró aún en cama y quejándose de un fuerte dolor de cabeza.

—Mi pobre piojita—le dijo—sufres y yo no vengo a decirte cosas muy alegres. Me voy a divorciar.

De golpe, Nicola olvidó su dolor de cabeza.

—¿Te divorcias? ¡Oh, mi linda, cuánto te envidio! Ya lo sé. Tu marido no peca de amable. El mío, en cambio, lo es demasiado. Qué persecución! Ahora acaba de salir. He obtenido que salga a la calle a fumarse un cigarrillo. Me ostiga con sus romances. Estoy casada hace siete años y cinco meses, y me parece que hace el mismo tiempo que estoy de novia. Me parece que no me ha soltado la mano, desde aquellas noches en que me la tenía cogida en casa de mis padres, detrás de un gran bouquet, tan estúpido como un repollo...

—¡Tu marido es muy buen muchacho!

—¿Lo encuentras así?—exclamó Nicola. Es posible. En fin. Héte aquí libre. Ven lo más seguido que puedas, te lo ruego. Augusto siente una gran simpatía por tí. Tú eres el único tercero que él admite entre los dos. Por comenzar, esta noche comes en casa. Yo no sé si podré sentarme a la mesa. Sufro horriblemente. Pero tú acompañarás a Augusto. De esta manera, yo estaré tranquila. El estará encantado de verte. Sácate el sombrero...

—A propósito, ¿cómo lo encuentras?

—¿Qué?

—Mi sombrero.

—A Augusto le gustará mucho. Es la forma que prefiere.

Ahora en casa de Gilberta Houret. Gilberta acoge a su amiga con gritos de éxtasis.

—Héla aquí, aquí a la más linda. Estás matadora! ¿Qué hay de nuevo, maravilla de maravillas?

—¡Me divorcio!

Gilberta se sofoca.

—¡Entonces! Vas a ser libre?

—Naturalmente.

—¡Naturalmente! Pero es una cosa grave. Si no sabes dónde ir, puedes comer aquí, por cierto... Pero tú conoces a Emilio. Es el muchacho más ligero, más frívolo que existe... Me hace sufrir tanto! Cuando sepa que ya no eres la mujer de su amigo... que eres libre... estoy segura que te mirará con otros ojos... Sí, sí, sus ojos de Don Juan... y cambiará de tono... No llegará a hacerte la corte... enseguida... pero intentará un flirt, sí, un ligero flirt. Te lo prevengo porque estoy segura que eso te ofendería. Los hombres...

—Sí. Los hombres... las mujeres... una pregunta antes de marcharme. ¿Qué te parece mi sombrero?

—Exquisito! No te pongas otro jamás.

—Gracias. Estoy de éxitos. Corro donde mi modista.

Las siete. Teresa retorna al domicilio conyugal. En el ascensor calcula: Entre la astuta Nicola que detesta a su marido y que procura arrojarme en sus brazos para deshacerse de él, y la tierna Gilberta que adora al suyo y que me huirá como la peste, ¿qué haré yo? Me convertiré en objeto de utilidad o de execración pública. Porque no hay otros medios. Todas las amigas se parecen a Nicola o a Gilberta. Nunca había pensado en eso. Realmente que no hay como la experiencia...

Abre la puerta conmovida. Se contenta con divisar en el comedor los cubiertos colocados como de ordinario. En su gabinete, Felipe trabaja apaciblemente.

—¡Encanto!, exclama Gilberta. ¡He comprado otro sombrero, querido!

Si yo tuviera un hijo... POR JACK DEMPSEY

Nueva York, 1926.

HACE poco se me preguntó: "Si usted tuviese un hijo, ¿lo alentaría a que se hiciese pugilista profesional?"

Yo no le metería en la cabeza a ningún muchacho la idea de hacerse boxeador, pues creo que los padres no deben intentar nunca influír en el ánimo de sus hijos en la elección de sus carreras. Creo que es un grave error la idea de que un padre o una madre resuelva lo que desea que sea su hijo, y luego esforzarse porque el hijo llene esas aspiraciones.

Si un muchacho quiere hacerse albañil y sus padres desean hacerlo doctor, y poco menos que lo fuerzan a que lo sea, ocurre casi invariablemente que el muchacho no llega nunca a ser doctor, y en cambio pudo ser un gran albañil. Porque si él desea hacer una cosa y se ve precisado a hacer otra en la vida, su mente y su corazón no se hallan nunca puestos de verdad en el trabajo que debe hacer, sino en el que hubiera deseado hacer.

De manera que si alguna vez llego a tener un hijo, no voy a intentar influír sobre él respecto de lo que él deba resolver acerca de las actividades a que se dedicará en la vida. Pero si encuentra que él desea hacerse pugilista, entonces, sí, ciertamente, que he de alentarlo y ayudarlo en toda forma posible para lograr todo el éxito que le sea factible alcanzar.

Creo que el deporte del ring es ahora una profesión altamente honorable y decente. Ha llegado a ser eso a fuerza de muchos años de esfuerzos hechos para levantar el deporte. Los viejos moldes del pugilismo, que se remontan a los días de los combates a mano limpia, han quedado hace mucho tiempo eliminados del sport. Toda la rudeza, todo el ambiente de escandaleras, y las tácticas de "bar", han desaparecido ya hace tiempo. El sport está siendo conducido ahora en manera que no admite a los bellacos y a los elementos de baja estofa, que en otros tiempos eran parte integrante del mismo.

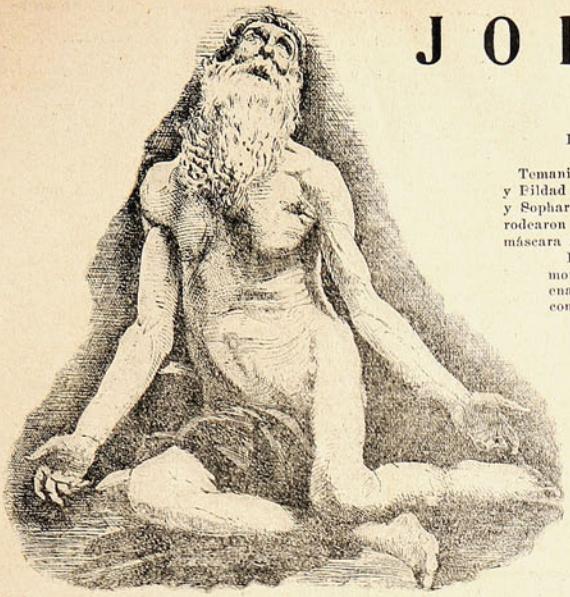
El muchacho que se dedica al boxeo, debe, necesariamente, construír su estructura física mediante los constantes ejercicios que realice. Pronto advertirá que sólo mediante una vida metódica, exenta de disipaciones y excesos de toda naturaleza, podrá mantener un buen estado físico y constituir un éxito en el ring.

Y por cierto que la paga que un muchacho recibe por sus actividades en boxeo, aún cuando se eleve a grandes alturas en el deporte, es infinitamente mayor que la que recibiera en cualquiera otra ocupación entre las edades de 18 y 25 años. Si el muchacho se muestra cuidadoso de su dinero, le quedará, para cuando haya terminado sus días de boxeo, una renta conveniente para el resto de su vida...

De manera, que, todas las cosas consideradas, apruebo ciertamente la idea de que un hijo mío se haga un profesional del ring, siempre que ese hijo tenga ambiciones pugilísticas. Porque el deporte, tal como es dirigido en la actualidad, desarrolla en los jóvenes la hombría, forma al muchacho físicamente, le enseña en los comienzos de la vida el valor de una existencia limpia y moderada... le provée de una bonita renta.

JOB

POR GUILLERMO VALENCIA



ALEF

Como un viviente escombro de dolor, en la noche
medrosa se tuerce la cancrosa figura de Job el
idumeo.
Su lacerada carne despréndese a pedazos
bajo los picotazos de un buitre, par de aquel que
sobre un monte—ya hendido el pecho—le sorbió
la sangre rebelde a Prometeo.

BETH

Job, el príncipe atento y noble más que todos los
reyes orientales, fué opulento: bueyes tuvo sin
cuento, y de ovejas lustrales, un mar en que
la espuma fuesen los recentales.
De asnas con
piel de argento y finos pies cebrados, innúmeras
manadas, y enjaezadas filas de dóciles camellos
de sabio andar y de cimbrantes cuellos.

CHIMEL

En leños de Setim se alzó vivienda y la chapó con
oro de Helevilat. Ahora tiene por sola tienda una
palmera, palmera compasiva que agita sobre el
mártir sus flabeles de amor y su tul de quimera.
y de sombra...
Oh! príncipe ,tu trono es la raída estera,
y tu reino ,aquel lívido país que no se nombra...

DALETH

Satán el envidioso te hirió y caíste de la próspera
cumbre al abismo, y midió tu heroísmo, en tu sér,
todo el pávido horror de tu sima interior: el desdén
que degüella a cercén la esperanza, y el olvido que
avanza, que avanza con las fauces sedientas y
su séquito de ortigas hambrientas.

HE

Fué la luz ascua odiosa a tu pupila turbia y ulcerada.
Ni la mano sedosa de la noche; ni el alba nacarada
palparon dulcemente para el dormir o el despertar,
tu párpado roído por el llanto voraz que fluyó go-
ta a gota, en el silencio oscuro; como el aceite im-
puro que se desliza, entre cripta fatal, de una
lámpara rota que en el muro agoniza...

VAN

Tu oído—memorioso caracol de la playa eternal en
los mares divinos—captó para tu mal las bárbaras
saetas que lanzó contra ti el arco siempre tenso
de los labios mezquinos.
¡Mudo sufrir inmenso! ¿Quién ove el gotear
que sin cesar instila de una infeliz pupila?
Nadie cuenta las gotas de sangre que al
rodar hinchan ríos que de los corazones discurren
hacia el mar.

ZAIN

Los amigos de Job?
Eliphaz
Temanita
y Bildad el Suhita
y Sophar Naamathita
rodearon al pobre leproso con dolosa piedad cuya
máscara ambigua la virtud arrancó.
Bajo el fuego vivaz que la carne
mordía, la pureza erecia de ese humano crisol; se
enalbaba el metal con hervir refulgente, y el es-
combro doliente se doraba de sol.

IETH

El silencio aguzaba el sentir, fecundaba la pena,
desvelaba al olvido... y la rútila comba serena
proponía a los ojos atónitos el enigma de Orión.
Grito inmenso brotó de la entraña del gi-
gante caído, que cruzó por los ámbitos del desierto
dormido y, rugiendo, llegóse al reclamo la afel-
pada fiereza de un león.

TETH

Y entonces vivió Job la sublime soberbia de su
aflicción sin par, y escupió a la protervia de
los hombres efímeros, y adivinó que un cráneo no es
para el mar, estrecho, y que la Eternidad—como cua-
ja la perla en su menudo lecho—puede cristalizar
en instante fugaz y que el dolor tenaz y profundo
va a Dios, como el globo errabundo que asciende
arrebatado por el imán astral. Y en fúlgida de-
mencia abrió las cataratas de su quebranto, y en
veloz bandada, sus trágicas querellas como águilas
indómitas volaron de su boca ensangrentada.

YOD

Y tuvo la intuición del Bién, y pesó la Creación
con la vieja balanza de Jehová, y como insomne
lámpara, sobre la inmensidad puso a oscilar
su propio corazón. Y mientras de su cuerpo—antes
membrudo y ágil y oliente a cinamomo, ungido
con el óleo de las palmas, y fiero de vigor—se caía
la carne macerada, y a lo largo de los huesos
desnudos, los flojos ligamentos fingían el cordaje de
un bajel despojado por la ira de los vientos;
vencedor de su horrenda pesadumbre, su grandeza
inmortal unificó en la cumbre el nácar de la
perla y el de la podredumbre.

CAF

Lo traicionó la vida; se irguió más grande que ella;
lo traicionó la sombra: se refugió en el púdico pabellón
de la estrella; su compañera huyó; se consoló miran-
do los vaivenes de la voluble datilera, y un áspid
insidioso que pasaba, miróle sonreír con la dulzura
de la primavera.
Ostentaba su frente, en vez de guirnalda
riente y joyeles galanos, un hirviente cintillo de
túmidos gusanos. Encarnaba su sér los dolores hu-
manos: el tedio que corroe, la zozobra secreta, la
irrisión del vidente coprófago, y el titilar de la pupila
inquieta y temerosa que ansía ver la meta más
allá del abismo sellado de la fosa.

LAMED

Encarnaba su sér los martirios humanos, y con
sus flacas manos plasmaba sin querer,
entre negra tortura, la crispada figura
del pesar irredento; musitaba el lamento sin
fin de su amargura, al sonar de su horrible cadena,
y la pena fluía cruel, como un hilo implacable
de hiel sobre el labio tostado y sangriento, sediento
de caricias y miel.

MEM

Oh gigante sufrir! Oh velado gemir sin testigos!
Oh mentir de esperanza! Oh mentir de sonrisas y amigos!
Vuelva, oh! Job, tu rugir de león,
tu imperiosa demencia,
tu solemne valor,
el sereno saber de tu ciencia y
el secreto cordial de tu férvido amor:
porque todo creador en su seno recata un dolor
como el tuyo, inmortal...

Popayán, diciembre de 1926.

CADA CUAL PAGA LO SUYO

POR EDUARDO ZAMACOIS

He olvidado tu nombre, mujer; pero te llamases Alicia, Berta, Margarita o Elisa..., ¿qué importa? Recuerdo que eras alta y joven, y que cuando nos conocimos llevabas un abrigo de paño rojo que casi te cubría la fimbria del vestido, y sobre el oro de tus bellos cabellos una gorrita blanca.

Esta imagen basta a mi corazón y florece en mi ingrata memoria con un perfume de jazmines, tu aroma predilecto. ¿Ves como evoco y preciso detalles? De todo me acuerdo: de la belleza, pulida por la ociosidad, de tus manos; de la tristeza de tus ojos azules; de tu voz..., pero no de tu nombre. ¿Cómo mis labios perdieron la costumbre de llamarte?

¿Eras Ivonne?... ¿Susana, quizás?...

Tú, probablemente, tampoco habrás olvidado aquella mañana—vernal debía de ser—en que una pirueta de la Suerte decretó que almorzásemos juntos.

¡Almuerzo excelente, porque entre plato y plato todo fueron risas!...

Yo vivía entonces solo, en un sotabanco. Mis modestos asuntos marchaban desmayadamente; en las casas de Bouret y de Garnier escaseaban las traducciones, y como todavía era bisoño en esta amadísima y anárquica república de las letras, los periódicos españoles se acordaban poco de mí.

Confesado esto, a nadie extrañará que todas las mañanas la primera atribuladora interrogación que mi necesidad sometía a mi conciencia fuese la siguiente:

—¿Qué empeñaré hoy?...

El objeto destinado aquella mañana al sacrificio—yo lo había resuelto de antemano, y por eso dormí tranquilo—era el reloj.

Vosotros, los pobres, los hijastros de la suerte, que por individual experiencia conocéis estos menudos dolores, ¿no es cierto que la pignoración de un reloj cuesta mucho trabajo?... Es decir... Si vamos por la calle con amigos, y se trata de allegar recursos para proseguir una fiesta, entonces ocurre al revés: lo primero que empeñamos es el reloj, como si enajenándolo quisiéramos olvidar que las horas dichosas en que estamos finirán muy pronto.

Cuando estamos en nuestra casa, sucede lo contrario. El reloj se niega a salir, protesta, alega razones, y su resistencia nos somete a perplejidades atroces. El reloj es la voz del hogar, el corazón del hogar. El sigiloso avance de sus manecillas nos acompaña, e indudablemente nos guía. Cuando la miseria se lleve el reloj, nuestra casa se habrá quedado muerta.

Pues... a pesar de estos persuasivos matices sentimentales, y de cuanto mi pobre reloj se resistió a divorciar su suerte de la mía, lo llevé a empeñar.

Serían las once de la mañana, o poco más, y el júbilo de las calles soleadas y el buen humor estomacal que me inspiraba la proximidad de un copioso almuerzo poníanme alas de golondrina en los pies.

Por la calle de Provence enderecé mis pasos hacia la Chaussée d'Antin, donde el Monte de Piedad tenía una Sucursal. La Chaussée d'Antin es una de las vías más limpias, lindas y transitadas, de París: el suelo de asfalto, los comercios de primer orden y a lo lejos, sirviendo de término y placer a los ojos, el rincón verde de la Plaza de la Trinidad.

Yo iba a entrar en la Sucursal, cuando vi una joven, alta, rubia, metida en un largo gabán rojo, que avanzaba hacia mí. Sobre el fondo negro y bruñido de la acera, por donde en aquel momento discurrían contadas personas, su figura grácil, a la vez lánguida y alegre, su elegancia cansada se recortaban graciosamente.

Un brusco y noble sentimiento de orgullo me detuvo al enfrentar la puerta de la casa de préstamos.

—No quiero—pensé—que una mujer así sepa que voy a empeñar...

Y seguí adelante. Nos cruzamos, y pasamos tan cerca el uno del otro, que sentí en mi brazo el contacto del suyo.

Era bonita: tenía la nariz respingueña, las pupilas azules, misericordiosa y triste la línea de los labios; y cubriendo los cabellos rútilos, casi bermejos, semejantes a un copo de nieve caída sobre una hoguera, una boina blanca. Casi inmediatamente miré hacia atrás, y vi, con sorpresa y agrado, que la bella desconocida también volvía la cabeza; pero sorprendida por mi movimiento, apenas me miró.

Seguí caminando, deteniéndome ante los escaparates de los comercios. Luego pensé:

—Ya puedo retroceder; ya se habrá ido...

Di media vuelta y torné a verla. Se acercaba. Lo que yo había hecho acababa de repetirlo ella exactamente; y ahora, que la examinaba mejor, me pareció más interesante. Nos cruzamos, y al mirarnos, ya más confiadamente, yo me reí con los labios y ella con los ojos.

Este curioso vaivén se repitió otra vez, y otras; muchas...

—Estará esperando a alguien—discurría yo.

Según la escena se prolongaba, mayor decisión y empeño ponía mi vanidad en no descubrir a la gentil muchacha mi miseria. La Sucursal se cerraba a la una; eran las doce. Miré a la desconocida con rencor: aquella mujer significaba un obstáculo para mí, una especie de prohibición, un espionaje.

—Bien podía haber citado a su amante en otro lado—pensé.

Y luego:

—Tendría gracia que viniese a pignorar y estuviera aguardando a que yo me fuese...

Rato hacía que ambos mediamos el trozo de acera comprendido entre el cruce de la calle La Fayette con el boulevard Haussmann, y la calle Provence. Ella paseaba lentamente, con el aire taciturno de quien sabe que ha de esperar mucho tiempo; yo había adoptado igual actitud.

Ya no nos sonreíamos, y como nos estorbábamos, llegamos a mirarnos hostilmente. La probable simpatía de los primeros momentos evolucionaba hacia el odio. Ninguno de los dos cedería. Paciencia contra paciencia, y a una coquetería, otra. Yo reflexionaba:

—¡Dichosa mujercita!

Y ella, según supe después:

—¡Qué hombre tan inoportuno!

Luego, en aquel aborrecimiento mutuo, asomó una ironía.

—Me parece—mascullaba yo—que si de ese individuo a quien esperas depende tu almuerzo, te quedas en ayunas.

Y la desconocida, ya semiconocida:

—Es usted antipático; le detesto a usted; la mujer a quien seguramente aguarda hará muy bien en no venir.

En uno de estos vaivenes coincidimos los dos delante, precisamente, de la Sucursal del Monte de Piedad. Esta casualidad y la impaciencia que abrillantaba los ojos azules de la joven, me exasperaron; no pude contenerme.

—Señorita...

—Caballero...

(Continúa en la página subsiguiente)

—Señorita...
—Caballero...
—¿A quién espera usted?

LAS GRANDES ENCUESTAS DE PARIS...

¿QUE ES EL "FLIRT"?

ESOS periodistas y reporteros de París, que todo en la vida lo ven azul-verde, o más bien dicho, con la más encantadora frivolidad o seriedad, si ustedes quieren, puesto que la frivolidad es lo más serio de la existencia—acaban de abrir una interesantísima encuesta en una de las revistas más sérias de París, preguntando a las artistas de cine, a las escritoras, a los modistos, a los poetas, a los literatos, esta cosa al parecer sencillísima.

¿Qué cosa es el flirt?

Naturalmente que ha habido contestaciones llenas de ingenio y de gracia, que con verdadera curiosidad han devorado, lo mismo las elegantes de los "Palaces" y de los "Ritz", que las modistillas más deliciosas de la gran ciudad.

Mme. Rosamunde Gerard, la ilustre poetisa, fué la primera en decir lo que ella pensaba sobre el flirt.

—Es un juego desinteresado, sin importar la belleza, ni la edad; es algo más que la amistad... ¿Coquetería? Algo de eso y más bien un deseo de gustar. Eso siempre, sólo que a veces las mujeres coqueteamos sin flirtear, así como otras flirteamos sin coquetear.

Yo tengo un flirt, y si se me pregunta si me casaría con él, le contestaría inmediatamente, que jamás se me había ocurrido tal cosa.

Eso demuestra que no hay asomo de interés en el flirteo.

• •

La inteligentísima Colette, también echó su "cuatro de espadas" en la encuesta:

—A mí me encanta el flirt—dice riendo la estupenda escritora.—En realidad, es muy difícil decir lo que es el flirt... Sentirlo, en cambio, es muy fácil...

• •

—El flirteo, es una cosa encantadora, — dice una de las más bellas mujeres de Francia, Mme. Yvonne Printemps—él permite conocer a fondo a las personas que nos rodean, sin prisas y sin inquietudes. Se vive en una atmósfera de galantería, respirando aromas de pasión sin notarlo y en este caso, según el profesor Dropper, se forma uno su ideal sin quemarse ni la punta de las alas.

• •

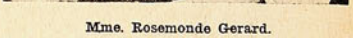
—El flirt — murmura el escritor Paul Giraudoux — es una amistad refinada, se puede decir el alma de la amistad, es el subrealismo de la galantería, sin llegar al amor, el amor, a más de que está descartado actualmente en sociedad, nada tiene que ver con el flirt; es cierto que el amor está a un paso, pero ese paso raras veces, casi nunca llega a darse, sería ridículo anti social, que del flirt, se pasara al amor, para ello hay otros procedimientos.

—¿Cuáles son ellos? — preguntaron los indiscretos reporteros.

—Eso es otra cosa—contestó el novelista, no hay método que lo enseñe, cada cual tiene su manera para expresar los sentimientos de su corazón...¿no ve usted que los libros y los manuales de los perfectos enamorados nunca dan resultado práctico?

—En la actualidad se prefiere el flirt al amor, enamorarse realmente como están las cosas es un absurdo, dice un ladino reportero social que comenta las contestaciones. La mujer de éstos tiempos se ríe a mandíbula abierta de los enamorados sentimentales y románticos.

Yvonne Printemps.



Mme. Rosemonde Gerard.

Colette.

Jean Giradoux.

Cuando usted necesite adquirir un piano o piano-automático, exija siempre las siguientes marcas:

EN PIANOS

Grotrian-Steinweg

* FEURICH *

Baldwin

GÖRS & KALLMANN

EN AUTOPIANOS

AMPICO

Packard

WELTE BROS

Manuelo

EL PIANO AUTOMATICO
CON ALMA HUMANA

Y quedará completamente satisfecho de su compra. Estas marcas son la mejor garantía de alta calidad. Nuestros precios no admiten competencia y concedemos buenas condiciones para el pago.

UNICOS AGENTES PARA CHILE:

GRIMM & KERN

AHUMADA. 99 ESQUINA MONEDA

Especialistas en Pianos y Auto-Pianos
Comerciantes "VICTOR" autorizados

(Victrolas VICTOR y Discos Ortofónicos)

—¿A quién espera usted?
—¿Y usted?—repuso vivamente.
—Yo, a que usted se marche.
—¿Sí?... ¡Qué casualidad! Yo necesitaba también que usted se fuese.

Creí que se burlaba. Sin embargo, por su rostro resbaló una tristeza, una melancolía femenina tan elocuente de soledad, de penuria, de hambre, tal vez, que me humanicé. Vi claro y fuí leal.

—Yo iba a empeñar mi reloj, señorita — murmuré.
—¿Es posible? Y a mí que me daba vergüenza...
—¿Pensaba usted pignorar algo?
—Esta sortija...

Rompimos a reír y los dos cogidos del brazo, entramos en el zaguán. Éramos hermanos en la dura religión del No Tener, de la Casualidad y del Dolor.

Alma gemela, mujercita de la capa roja y de la boina blanca, tú, como yo, no habrás olvidado aquel almuerzo, el mejor de nuestra vida, tal vez, que a los postres, entre carcajadas de veinte años, pagamos a escote...

EDUARDO ZAMACOIS

APOLOGOS GRIEGOS Y ORIENTALES ADAPTADOS PARA LOS NIÑOS

LA ULTIMA PREDILECCION DE EDISON

El célebre inventor Mr. Thomas A. Edison, que, como saben ustedes, acaba de cumplir ochenta años, ha pronunciado un discurso, por Telefonía sin Hilos, que ha sido religiosamente escuchado por 300 señores concurrentes a un banquete organizado en Nueva York.

Esas 300 personas eran todas sordas, como lo es el propio Edison, y han podido oir la conferencia, gracias a los potentes amplificadores, especialmente instalados al efecto.

La conferencia fué apropiada a las circunstancias.

En ella, M. Edison se felicitó de ser sordo.

—Esto—dijo—me libra de oir los ruidos que distraen la atención de los simples mortales que no gozan de sordera.

El gran inventor añadió que espera que dentro de cien años, todo el mundo, sin excepción, será sordo, porque las orejas humanas no podrán resistir más tiempo el ruido ensordecedor de las ciudades modernas.

LA HORMIGA Y LA PALOMA

En cierta ocasión una hormiga descendía a orillas de un riachuelo, con el fin de apagar la sed. La corriente la alcanzó y poco faltó para que la hormiguita se ahogase, a tiempo que una paloma pasaba por allí llevando una ramita en el pico. Vió a la hormiguita que se ahogaba y le arrojó la ramita que llevaba. La hormiga trepó sobre la rama y se salvó.

Algún tiempo después, habiendo un cazador cogido en una trampa a la paloma, iba ya a echarle mano, cuando la hormiga, deslizándose hasta el cazador, le picó el pie. El cazador lanzó un grito y dejó caer la trampa. La paloma agitó las alas y se fué volando por el cielo libre.

LA TORTUGA Y EL AGUILA

La tortuga pidió al águila que la enseñase a volar. El águila la disuadió de ello, pues juzgaba esta idea mala. Pero la tortuga insistió. El águila la tomó entonces en sus garras, la subió muy alto y la dejó caer. La tortuga chocó contra una piedra y se rompió en mil pedazos.

EL LEON Y LA RATA

Cierta vez dormía un león. Una rata pasó corriendo cerca a él. El león se despertó y la cogió. La rata entonces le suplicó: "Si tú me dejas partir, yo también te salvaré". Algún tiempo después, unos cazadores capturaron al león y le ataron con fuertes cuerdas a un árbol. La rata oyó los rugidos del león. Acudió inmediatamente a donde el león estaba y después de libertarlo, royendo las cuerdas, díjole: "¿Te acuerdas que una vez te burlaste de mí, porque pensabas que tu salud no podía depender nunca de mí? Pero ahora estás viendo que hasta una pobre rata puede prestar un buen servicio".

EL MENTIROSO

Un muchacho guardaba un rebaño de ovejas y, fingiendo que veía un lobo, se puso a gritar: "El lobo! El lobo!" Los campesinos acudieron y vieron que no era verdad. Tres veces el muchacho repitió su engaño, pero a la cuarta vez, el lobo vino realmente. Entonces el muchacho, lleno de miedo, gritó con más fuerza: "¡A mí! Socorro! Pronto! El lobo! El lobo!" Los campesinos, creyendo que el muchacho quería, como siempre, burlarse de ellos, no lo escucharon. Y el lobo, viendo que no tenía nada que temer, mató a sus anchas el rebaño entero.

⚜ ⚜

LA PALABRA DE CAMBRONNE

Comoedia ha abierto una encuesta para saber si, en la batalla de Waterloo, Cambronne pronunció realmente la frase y la palabra... famosa.

Al día siguiente de la batalla, a nadie le chocó que Cambronne se hubiera servido de la tal palabra en la excitación de la lucha y la fiebre de la resistencia. Sin embargo, él siempre negó haberla empleado.

Pero, que Cambronne la dijese o no, parece que, antes que él, otro héroe, un marino, la lanzó en circunstancias parecidas.

Ese marino era el capitán de fragata Collet, que mandaba la **Melpómene**.

El 30 de Abril de 1815, o sea cuarenta y nueve días antes de la batalla de Waterloo, la **Melpómene** se encontró, a la vista de Nápoles, con el navío inglés **Triomphan**.

Se entabló el combate. Los marinos franceses llevaron la peor parte, y, al cabo de una hora, la **Melpómene**, desmantelada, empezó a hundirse.

El comandante del buque inglés invitó a Collet a que se rindiera. Por toda respuesta, Collet profirió la palabra (que todavía no era la palabra de Cambronne) y se dejó ir a pique.

El capitán inglés mandó echar al agua un bote y salvó al valeroso Collet.

—¡Comandante, le dijo cuando lo llevaron a su presencia, es usted un valiente; pero es usted demasiado... expresivo en sus respuestas!

JOSEFINA BAKER, LA CREADORA DEL CHARLESTON, ESCRIBE SUS MEMORIAS

La señorita Josefina Baker, estalló en una sonora carcajada cuando le sugerí la primera vez que la vi a solas, que escribiera sus memorias.

Hará de esto un año. Ella acababa de cumplir veinte. Ocupaba dos grandes habitaciones en una tranquila pensión de familia, próxima al parque Monceau.

Medio día. Josefina duerme aún. La despierto yo misma y ella me dice saltando por sobre una pequeña banqueta: "Ha hecho usted bien en despertarme. Siéntese".

Esto en americano, porque Josefina conoce en francés apenas algunas palabras, como "bonjour", "bonbon", etc. Viste una bata rosa con pantuflas del mismo color. Es alta, flexible, graciosa y risueña. La bata rosa se abre a cada instante.

Una cabeza de muchacha salvaje, fina y encantadora, iluminada por una risa de treinta y dos dientes, cabellos negros y engomados, aplastados contra el cráneo. Uñas plateadas.

—Yo no sé escribir. Yo no escribiré nunca. Yo sólo amo la danza y danzaré toda mi vida.

La bailarina negra, se hunde en un sofá de cuero, mete frileramente la cabeza entre los hombros, lanza una de sus babuchas en el aire y se echa a reír.

—Es preferible que yo le cuente a usted mis memorias y que sea usted quien las escriba. ¿Qué le parece?

—No estaría malo.

—Pués bien, yo nací en las orillas del Missisipi.

Mientras Josefina habla, yo recuerdo cuando la vi la primera vez. Se alzó el telón. la noche. Charleston. Y entra en escena un personaje extraño, que marcha con las rodillas dobladas, vestido con un calzón con blondas, que tiene algo de kangurú y algo de ciclista. Es Josefina Baker. ¿Un hombre? ¿Una mujer? Sus labios están pintados de negro. Su piel tiene el color de las bananas. Sus cabellos muy cortos están tan pegados a la cabeza que simulan un extraño tocado de caviar. Su voz es sobrecaguda y está agitada de un perpetuo temblor. Parece un saxsófono en movimiento y parece que los sonidos de la orquesta saliesen de ella misma. Hincha sus mejillas, se desarticula y finalmente huye en cuatro pies con las piernas flacas y la parte de atrás más alta que la cabeza como una jirafa jovencilla. En seguida, para concluir, una danza bárbara danzada por algunas "girls" y Josefina Baker. Esta danza es de una rara lubricidad, de una extraña inconveniencia, es el retorno a las épocas más pretéritas de la civilización: la declaración de amor hecha en silencio con los brazos detrás de la cabeza, con un simple gesto del vientre... Josefina baila enteramente desnuda, con un pequeño collar de plumas azules y rojas alrededor de los riñones y otro en torno del cuello. Estas plumas tiemblan con mesura y su temblor está sabiamente graduado.

Ondulante o fatídica, blanda o estridente, Josefina Baker sugiere fantásticas imágenes con una precisión punzante. Su danza que va del charleston de la Carolina del Sur a las mímicas más simples, opone el instinto a la civilización.

Josefina cuenta sus memorias:

San Luis es una gran ciudad de 800.000 mil habitantes de los cuales 100.000 son negros. Mi familia: una bisabuela, una abuela, mi madre, mi hermano y mis dos hermanas. Mi padre no estaba con nosotros. Trabajaba lejos. Mi padre y mi madre se casaron a disgusto y fueron siempre pobres porque nadie les ayudó. Mi padre y mi madre se separaron para trabajar cada uno por su lado. Mi madre vivía con mi abuela y cuando yo era pequeña éramos todos horriblemente pobres. Fuí a la escuela a los cinco años. No puede quedar allí mucho tiempo, porque me peleaba con los alumnos y con las profesoras. Siempre preferí la libertad y no he podido soportar que se me imponga cosa alguna. Sin embargo, como yo quería saber algo, me dediqué a ser la mejor alumna posible. Cambié varias veces de colegio porque ninguno me gustaba, pero por fin me mantuve tranquila y estudié algo. Desde luego, me apasionó la historia. Me habría gustado saber lo que han hecho los hombres de todos colores desde que el mundo

JOSEFINA BAKER (Conclusión).

existe. En esta época yo adoraba a todos los reyes y reinas. ¿Por qué me hice bailarina. Porque nací en una ciudad muy fría, porque fuí muy friolenta toda mi vida, porque siempre he deseado bailar en el teatro.

¿Qué es lo que yo he amado más? Los animales. Los gatos, los perros, los loros... Yo llevaba a casa a las bestias abandonadas que encontraba en los caminos. Actualmente, posee siete perros, tres gatos, un chancho, un loro, dos cabros, un pescado rojo. Durante toda mi infancia, me encantaba hacer cosas que fastidiaban a las gentes. Caminaba al azar, golpeaba en todas las puertas, preguntaba cualquier cosa y estaba feliz, cuando las personas gruñían por ello. En seguida huía a todo correr. Cuando tuve dieciseis años me hice grande de repente y tan gruesa como ahora, eso sí que con algo menos de pecho. A esa edad, me corté los cabellos y abandoné mi familia. Con familia no puede hacerse en este mundo nada de valor. Debuté en Filadelfia en un teatro pequeño. Ganaba diez dolares por semana. Comencé a pensar en Nueva York, en el dinero a expuertas, en un costoso abrigo. Un día marché allá y fuí directamente a un Music Hall de Broadway. El director me dijo que volviera, me dijo lo mismo durante una semana y yo no tenía ya que comer. Pasé tres días sin comer y me fuí a dormir a un parque. Por fin se me contrató para una tournée. Fuimos de ciudad en ciudad y volvimos luego a Broadway. Allá me vió bailar el director de la Gran Revista y me dijo:

—Venga a mi casa mañana. Es necesario.

Al día siguiente estaba yo allá.

—"Veinte dollares por semana por que trabaje usted aquí". Yo telefonée a mi madre:

—Mamá, he obtenido un pequeño éxito. Al poco tiempo, ganaba yo 150 dollares por semana, y luego después dosciennos cincuenta dollares.

Al poco tiempo, Nueva York era estrecho para mí; además las revistas negras hacían furor en París. Marché a París un día en el Berengeria. Triunfé. ¿Y qué más quiere usted saber? Ahora soy feliz. Tengo dinero, mucho dinero y se me colma de magníticos regalos. Se me ha dado diamantes del tamaño de un huevo. Se me ha dado un par de aros antiguos que pertenecieron a una duquesa hará cincuenta años, se me ha dado perlas como dientes, flores importadas de Italia, sillas de laca de la China, dos automóviles, juguetes de cuerda y otros que caminan con electricidad, vasos de Holanda, elefante de marfil de Rusia, un oso, un pato, un conejo, un gato de peluche y muchos animales de peluche. Un par de sandalias de oro. Un abrigo, dos abrigos, tres abrigos, cuatro abrigos. Por último, un cabriolet "epatante", enteramente tapizado en piel de serpiente. Tengo muy buen apetito. Me gusta comer muy bien, pero sobre todo me gusta "maquillarme". Sobre esto, puedo dar a las mujeres algunas recetas de belleza. La mejor agua para la cara es el agua de lluvia. Todos los meses, es indispensable darse un baño de vapor. Es interesante poder nadar todos los días un poco. Las bestias de tierra, no son jamás tan armoniosas como las bestias del mar. Algunas fórmulas:

Jugo de naranjas mezclado con agua de Colonia más un tercio de agua hervida. Es esta una loción que suaviza la piel. El agua de bananas para las arrugas cuando aparecen. En esta forma: Se maceran cinco o seis frutas en alcohol. Al cabo de seis días, el alcohol ha disminuido. Se restablece el nivel con agua hervida. Se deja reposar y se filtra. Se lava con ello en la tarde ligeramente..."

Y así continúan las memorias de la muchacha negra que acapara fortuna exhibiendo su piel cobriza y sus contorciones extravagantes.

VARIEDADES

En América y Oceanía, desde que votan las mujeres, ha mejorado notablemente la condición de los obreros. Nueva Gales del Sur ha admitido el principio lel salario mínimo; en Australia el aumento de jornales se ha logrado por medio de consejos femeninos; en Nueva Zelandia se ha promulgado, gracias a la mujer, una ley sobre accidentes del trabajo y se ha impuesto el arbitraje obligatorio. En Colorado se han creado los cargos de inspectores e inspectores del trabajo.

En un Congreso del frío artificial, celebrado en Toulouse hace algún tiempo, propúsose una interesante aplicación de la refrigeración, que, aunque un tanto dudosa aún para aplicarla a pies juntillas, es digna, no obstante, de tenerse en cuenta. Partiendo del hecho de que la mayor mortalidad de los recién nacidos se produce en las épocas de calor, y teniendo en cuenta que el calor no sólo favorece las alteraciones de la leche y la reproducción de los microbios, sino que ejerce una influencia directa sobre el organismo, el doctor E. Apert, médico de los hospitales, declaró su convicción de que las habitaciones ocupadas por niños de pecho propensos o atacados de gastroenteritis, deben ser enfriadas artificialmente, pues que tan lógico es en patología como en fisiología enfriar las habitaciones en verano como caldearlas en invierno. Recomienda, pues, el citado doctor, que durante el verano se mantengan a baja temperatura los aposentos o salas le hospital donde haya niños propensos a la gastroenteritis.

Una gran casa de confecciones de París acaba de inaugurar una sección para caballeros, cuyos trajes estarán confeccionados por mujeres modistas. Se dice que algunas celebridades masculinas del teatro y del deporte, lucen ya las creaciones lanzadas por dicha casa. Se asegura también que así se reprimirá — por el contrario de lo que algunos podrán haber creído — la escurridiza tendencia hacia el afeminamiento porque iba el atavío varonil, pues es natural que la mujer procure realzar en el hombre la nota que ella en él prefiere: la netamente masculina.

ANECDOTAS

El presidente M. de Harlay, célebre magistrado francés del siglo XVIII, tenía fama de ser hombre de muy mal genio.

Un día, la duquesa le la Ferté, que seguía un pleito ante el tribunal presidido por de Harlay, fué a ver a éste para interesarle en su favor; pero apenas iniciada la conversación, hubo de soportar una brusquedad de lenguaje del presidente, y la duquesa, al oírla, dió por terminada la entrevista y se marchó, murmurando al salir:

—¡Viejo mono!

De Harlay la siguió, sin decir una palabra, y la acompañó hasta dejarla en su carroza, despidiéndola con gran reverencia.

Poco tiempo después, se falló el pleito a favor de la duquesa, la cual se apresuró a visitar a de Harlay.

Amabilísima, deshaciéndose en sonrisas y en palabras corteses, le manifestó su agradecimiento.

De Harlay la dejó decir, y se limitó a contestarla tranquilamente:

—Señora, estoy muy satisfecho de que un viejo mono haya podido complacer a una mona vieja...

PARA LAS COQUETAS

NO HAY QUE ENGORDAR

POR LUCE DELARUE-MADRU

Una de las diez plagas de la edad madura, y no la menor, es la gordura lenta y segura que marca con tanta evidencia el fin de la juventud.

Recuerdo una muy bella novela de Lucien Daudet, en la que la encantadora amiga de un lord encuentra después de diez años de separación a su antiguo amigo y queriendo seducirlo nuevamente, piensa en ponerse el viejo traje con que él la conociera y que ha guardado a través del tiempo como una reliquia. La mujer sube a su pieza mientras el lord espera en el salón. Al cabo de una hora de espera paciente, el lord ve llegar a la camarera con cara de drama. "Su gracia — dice — no se ha podido poner el traje."

Todo un drama, en efecto.

No poder ponerse el traje es la prueba evidente de lo irreparable. Desde ese momento la mujer hará todo lo posible para adelgazar. Pero tendrá ella la razón?

Lo que haría falta es **no haber engordado**, porque una vez el cuerpo instalado en sus nuevas dimensiones, se corre el peligro, si se enflaquece, de ver que una serie de arrugas y de carnes fofas reemplazan a las antiguas curvas.

Si no se ha combatido a tiempo al enemigo, lo mejor será aceptar la nueva silueta y saber sacarle el mejor partido posible.

La admirable mujer de un pintor famoso, muy gorda desde su juventud, puso en práctica todas las armas de su buen gusto artístico para hacerse con las líneas de su cuerpo uno de los conjuntos más encantadores y seductores que imaginarse pueda.

Vestida con trajes muy amplios, evitando siempre las formas estrechas y adornadas que hubieran acusado las formas que ella quería disimular, avanzaba, magestuosa y drapeada por los géneros muy souples y hasta las más estilizadas de las mujeres, hasta las más célebres por su silueta sin curvas, le envidiaban la sensación que producía a su paso. Cierto que pocas mujeres como esta tienen un tal genio para el acomodo de las masas y de los colores.

Como ese genio no es fácil de adquirir, evitar en un momento dado la detestable gordura que aparece con la cuarentena o con la cincuentena, según los temperamentos.

¿Cómo hacerlo?

Hay muchas maneras. (Y no hablemos de las drogas cuyo uso es siempre más o menos peligroso.)

La primera de estas defensas sin peligro es atacar directamente la alimentación.

Ud., señora, está muy lejos de saber los kilógramos que se agrega semanalmente nada más que con el hábito de tomar el té con sandwichs, con dulces y con tostadas con mantequilla. ¿Tiene además la costumbre de pasarse chupando pastillas a toda hora? Esa azúcar, toda esa azúcar, se convierte en grasa sobre su persona. Puede usted estar segura, completamente segura de esta alquimia.

Su primer cuidado, si tiene usted tendencia a engordar, será entonces suprimir los dulces, los sandwichs y todo lo que sea golosina a la hora del té y los bombones y pastillas en el resto del día. Resumiendo: Tome su té sin acompañarlo de ninguna cosa sólida.

El pan fresco que usted toma en las comidas lo encontrará usted alrededor de su músculos. Suprímalo y reemplácelo por pan tostado. Es el segundo punto que hay que observar estrictamente.

Tercer punto: Si usted continúa engordando, no vacile en sacrificar una comida, la de la noche, comiendo en cambio una compotera entera de frutas.

No beba usted en las comidas. Como la bebida es indispensable para el buen funcionamiento de los riñones, puede tomar en ayunas o a media tarde, un buen vaso de agua destilada, a sorbos, uno cada cinco minutos. Fuera de este tratamiento alimenticio al cual se habitúa el estómago en seguida, existen cinturas y sosten-senos en cauchu que sirven a maravilla para reducir las caderas, la cintura y el pecho.

Tienen por objeto estos aparatos hacer traspirar las partes del cuerpo a que van ceñidas. Andar rápidamente a pie, la gimnasia, cualquier deporte, aumentando la traspiración, ayudan a la cintura y sostén-senos en su tarea. Hay que acostumbrarse a usarlos todo el día. Y al quitárselos, hay que frotarse con un guante de lana empapado en alcohol o en vinagre aromático, para evitar los resfríos y los reumatismos.

Y por último, aunque a ustedes les parezca una bizarrería, hay que desear firmemente, constantemente, desde que se empieza a engordar, hay que desear con toda el alma enflaquecer, porque el pensamiento influye sobre los músculos según la opinión del doctor Vacher en su libro tan celebrado. "El pensamiento que sana". Casi todas las mujeres de cuarenta años que empiezan a engordar se resignan diciendo: ¡Qué hacerle!, condenándose por la propia voluntad a ser una vieja mujer sin ningún encanto.

La vida es la lucha: todo el Universo está demostrándolo. Si nosotras queremos conservar nuestra juventud y por lo tanto, nuestra belleza, modifiquemos ligeramente este aserto y digamos: La lucha es la juventud.

No me cansaré de decirlo. Como una antigua réclame que veía en un diario del cual no recuerdo el nombre, un diario que veía cuando era muy pequeña, les digo, y les digo a ustedes, señoras: "Tengan cuidado, empiezan a engordar".

EL MATRIMONIO CIENCIA EXACTA

Por O. HENRY

CREO que ya en otra ocasión le hablé a usted— me dijo Jeffer. son Peters un día — de la poca confianza que tengo en la perfidia de la mujer. No puede uno contar con ellas como auxiliares ni en el más inocente de los engaños.

—Es verdad — le contesté; — fuerza es hablar de ellas en términos tan lisonjeros. Creo que tienen derecho a que se las llame el sexo honrado.

—¿Y por qué no han de ser honradas?—exclamó Peters.—¿No disponen, acaso, del sexo fuerte para que realice las estafas, o se mate trabajando por ellas? Las mujeres están muy bien en el negocio mientras no entran en juego sus emociones, porque entonces es preciso acudir a un hombre para que las substituya y subsane sus errores.

Recuerdo precisamente el caso de aquella viuda que Andy Tucker y yo empleamos para que nos ayudara en un pequeño negocio de agencia matrimonial al que nos dedicamos en la ciudad del Cairo, del estado de Illinois.

Con una agencia matrimonial se puede ganar mucho dinero, si se dispone de capital suficiente para hacer una extensa campaña de propaganda.

Disponíamos en aquel entonces de unos seis mil dólares, suma que esperábamos doblar en dos meses, que es el tiempo máximo durante el cual puede uno dedicarse a esta clase de operaciones sin correr el peligro de que le den pasaje gratuito para Nueva Jersey (1).

Redactamos un anuncio que decía:

> VIUDA RESPETABLE., bella, **muy casera, de treinta y dos años, con dos mil dólares en efectivo, dueña de una gran propiedad rústica, desea casarse. Prefiere hombre pobre que sea cariñoso, porque sabe que las más sólidas virtudes residen casi siempre en la clase humilde. No importa la edad ni la falta de atractivos físicos si el interesado reúne condiciones de lealtad y de competencia para manejar la citada propiedad y sabe emplear acertadamente el dinero.**
>
> **Dirigirse con detalles a SOLEDAD.—Casa de Peters & Tuckers. — Agentes.—Cairo, Illinois.**

—Hasta aquí todo marcha bien—dije a mi socio cuando acabé de leer aquella página literaria.—Ahora ¿dónde está la viuda?

Andy me echó una de aquellas miradas suyas con que solía expresar una calmosa irritación.

—Jefferson—me dijo.—creía que en el arte a que te dedicas habías dado ya de lado a tus ideas de realismo. ¿Para qué queremos una viuda? ¿Acaso se te ocurriría buscar sirenas de mar entre el agua de los papeles mojados que los magnates de Wall Street esparcen por el mundo? ¿Qué tiene que ver un anuncio de demanda de matrimonio con una mujer?

—Mira, Andy—le dije,—tú bien sabes que tengo por norma que, en todas mis incursiones en el terreno de lo ajeno y en mis ataques contra la letra de la ley, el artículo anunciado u ofrecido exista realmente, que sea tangible. Con esto y con un profundo conocimiento de las ordenanzas municipales y del horario de los trenes, he logrado siempre salir de aquellos apuros que no pueden arreglarse dando un billete de cinco dólares y un buen cigarro a la policía. Pues bien: creo que para realizar el proyecto que nos ocupa es preciso disponer de una viuda encantadora o de su equivalente, con o sin belleza, con o sin propiedades, dinero y demás aditamentos enumerados en el anuncio, para el caso de que al juez de paz se le ocurra exigirnos pruebas de nuestro honrado proceder.

—Bien—dijo Andy, después de reflexionar brevemente:—tal vez tengas razón y sea más seguro por si la administración de Correos o el juez de paz tratase de investigar nuestro negocio. Pero, ¿dónde vas a encontrar una viuda que esté dispuesta a emplear su tiempo en un proyecto matrimonial en el que no ha de haber matrimonio?

Le dije a Andy que yo conocía a la viuda que nos hacía falta. Un antiguo amigo mío, un tal Zeke Trotter, que despachaba sodas y extraía muelas en un puesto de feria, había convertido en viuda a su esposa, hacía un año, bebiendo equivocadamente un específico contra la dispepsia en lugar del brebaje con que solía emborracharse.

Yo conocía a la viuda por haber estado muchas veces en su casa cuando aun vivía mi amigo, y la creía dispuesta a trabajar con nosotros.

Como no nos separaban más que sesenta millas de la pequeña ciudad en que la viuda vivía, tomé inmediatamente el tren y fuí a verla. La hallé en la casita de siempre y en su jardín vi los mismos girasoles y encima del lavadero cacareaban las mismas gallinas. La señora Trotter era el deseado ideal para nuestro anuncio, excepto en lo que se refería a la belleza, a la edad y al valor de su inmueble. Con todo, no carecía de encantos, y en mí era, además, un tributo a la memoria de mi buen amigo darle el empleo.

—¿Es un negocio honrado el que usted me propone, señor Peters? —me preguntó, después de mis primeras palabras.

—Señora—le dije,—Andy Tuckers y yo hemos calculado que en este dilatado y desgraciado país habrá unos tres mil hombres que tratarán de obtener, valiéndose de nuestra agencia, la hermosa mano de usted, junto con el dinero en efectivo y la propiedad. Y esos tres mil serán todos sujetos que, a cambio de lo mencionado, se atreverán a ofrecerle a usted que se convierta en esposa de un haragán o de un mercenario, de un impostor, de un fracasado o de un cazador de fortunas.

Andy y yo, señora, nos proponemos dar una lección a esas aves de rapiña de la humanidad. Mi amigo y yo hemos renunciado, con harto sentimiento, créalo usted, a llamar, como correspondería, a nuestra sociedad: "Gran agencia matrimonial para bandidos". ¿Comprende usted ahora?

—Sí, señor Peters—respondió ella.—Debí haber tenido en cuenta que usted no se mete en nada que sea un oprobio. Pero, ¿en qué consisten mis obligaciones? ¿He de rechazar personalmente y de uno en uno a tres mil canallas o podré hacerlo de diez en diez.

—Su empleo, señora—le dije.—será realmente muy descansado. Vivirá usted en un hotel tranquilo y no tendrá nada que hacer. Andy y yo nos ocuparemos de la correspondencia y de todo lo demás. Naturalmente, es posible que, entre los pretendientes, haya alguno que sea capaz de tomar el tren con objeto de defender personalmente su causa. Si esto ocurriera, tendrá que tomarse la molestia de darle usted misma calabazas. Le pagaremos un sueldo de veinticinco dólares por semana y correremos además con los gastos de hotel.

—Concédame cinco minutos—exclamó la señora Trotter—para recoger mi caja de polvos y poder entregar la llave de la casa a mi vecina, y en seguida soy con usted para empezar a ganarme el sueldo.

Llevé, pues, a la señora Trotter al Cairo y la instalé en una buena fonda, lo bastante alejada de donde vivíamos nosotros para no llamar la atención. Luego me fuí a informar a mi socio del resultado de mi viaje.

—Muy bien — exclamó Andy. — Y ahora que tu conciencia está tranquila en cuanto a la tangibilidad y proximidad del cebo, pongámonos a trabajar.

Insertamos sin pérdida de tiempo nuestro anuncio en todos los periódicos del país. Nos contentamos con una sola inserción en cada uno, porque, de lo contrario, hubiéramos tenido que tomar más tarde tantos empleados, que el ruido de sus mandíbulas al morder la goma de mascar hubiese llamado la atención de las autoridades.

En un banco de la ciudad depositamos dos mil dólares a nombre de la viuda, y entregamos a ésta el resguardo para que pudiera enseñarlo caso de que alguien dudara de la honradez y buena fe de la agencia. A mí me constaba que la señora Trotter era una persona de confianza y que, por lo tanto, no podría haber inconveniente en que el dinero estuviese a su nombre.

La inserción del anuncio, por una sola vez en todos los diarios del país, dió por resultado que Andy y yo tuviéramos que emplear diariamente doce horas para atender a las demandas.

El promedio de cartas que llegaban por día era en unas cien. No se me había ocurrido nunca que pudiera haber en el país tantos hombres de corazón magnánimo, pero pobres, dispuestos a casarse con una viuda encantadora y a tomar sobre sí la molestia del manejo del dinero de ella.

La mayoría de los hombres decían que eran viejos o que habían perdido el empleo, o afirmaban que el mundo no les comprendía; en cambio, todos aseguraban que su cariño era tan grande y que tenían tantas otras buenas cualidades, que era la viuda la que habría de sentirse afortunada al casarse con ellos.

Cada uno de los pretendientes recibía una carta de la casa Peters y Tucker, en la que se le informaba de que la viuda había quedado profundamente impresionada ante la rectitud y el desinterés que la demanda revelaba, y se le suplicaba que volviera a escribir indicando más detalles y remitiendo una fotografía. Al mismo tiempo la casa Peters y Tucker informaba al solicitante que sus honorarios eran dos dólares y que era preciso remitirlos con la segunda carta a fin de que ésta llegara a manos de la hermosa viuda.

Supongo que ya habrá apreciado usted la sencilla belleza de nuestro plan.

El noventa por ciento de aquellos nobles y desinteresados indigentes logró, de algún modo, encontrar el importe de los honorarios y nos lo envió. No se trataba, naturalmente, de otra cosa, aunque Andy y yo nos quejábamos bastante de tener que tomarnos la molestia de abrir los sobres y extraer los billetes.

Algunos clientes acudieron personalmente. Los enviábamos a la señora Trotter y ella se encargaba del resto. Sólo cuatro de estos últimos volvieron a la oficina para exigirnos el importe del billete del tranvía.

Cuando empezaron a venir cartas de regiones apartadas, los ingresos diarios alcanzaron el promedio de doscientos dólares.

Una tarde, cuando nos hallábamos atareadísimos, Andy abriendo cartas y silbando una marcha nupcial y yo metiendo los billetes de uno y dos dólares de cajas de cigarros, penetró en nuestra oficina un hombre pequeño y se quedó mirando las paredes como si anduviera buscando un cuadro célebre robado de algún museo. Tan pronto como le vi entrar sentí la satisfacción del hombre que sabe que tiene sus asuntos en regla.

—Veo que tienen ustedes bastante correo hoy—observó el hombrecillo.

Yo alargué la mano y cogí mi sombrero.

—Venga conmigo—le dije.—Le hemos estado esperando. ¿Cómo dejó al presidente cuando salió usted de Washington?

Llevé al individuo de la policía secreta al hotel donde residía la viuda y se la presenté. La señora le enseñó, a mi ruego, el resguardo del banco en el que tenía los dos mil dólares a su nombre.

—Parece que todo está en regla—dijo el policía.

—Así es, en efecto—le contesté.—Y si no está casado, no tengo inconveniente en que platique un rato con la señora, por si puede conquistarla. Naturalmente, usted no pagaría los honorarios.

Muchas gracias—dijo.—Si no estuviera casado, acaso aprovecharía la ocasión. Buenos días, señor Peters.

Al cabo de unos tres meses habíamos reunido unos cinco mil dólares y comprendimos que era llegado el momento de abandonar el negocio. Las quejas contra nosotros ya eran muchas, y por otra parte, la señora Trotter parecía estar cansada del empleo. Muchos pretendientes habían ido a visitarla personalmente y ya esto la molestaba.

Convinimos, pues, en cerrar la agencia. Yo fuí a ver a la señora Trotter para abonarle la última semana de sueldo, despedirme de ella y pedirle al mismo tiempo una orden de pago por los dos mil dólares que en su nombre habíamos depositado en el banco.

Cuando llegué, me la encontré llorando como una niña que no quiere ir al colegio.

—¿Qué le pasa, mi buena señora?—exclamé al verla.—¿La ha ofendido alguien o añora usted su casita?

—Yo le diré, señor Peters—me contestó ella.—Se lo diré todo, porque siempre fué usted un buen amigo de mi esposo y no me importa que lo sepa. Señor Peters, estoy enamorada. Amo a un hombre, y lo amo tanto, que no puedo pensar en qué sería de mí sin él. ¡Es mi ideal!

—Pues váyase con él! Es decir... si él también la quiere. ¿Sabe usted si él sufre los mismos síntomas que usted?

—Sí, le pasa lo mismo que a mí—dijo la señora Trotter.—Pero es el caso que se trata de uno de los caballeros que han venido a verme con motivo del anuncio de ustedes y no quiere casarse si no le entregó los dos mil dólares. Se llama William Wilkinson.

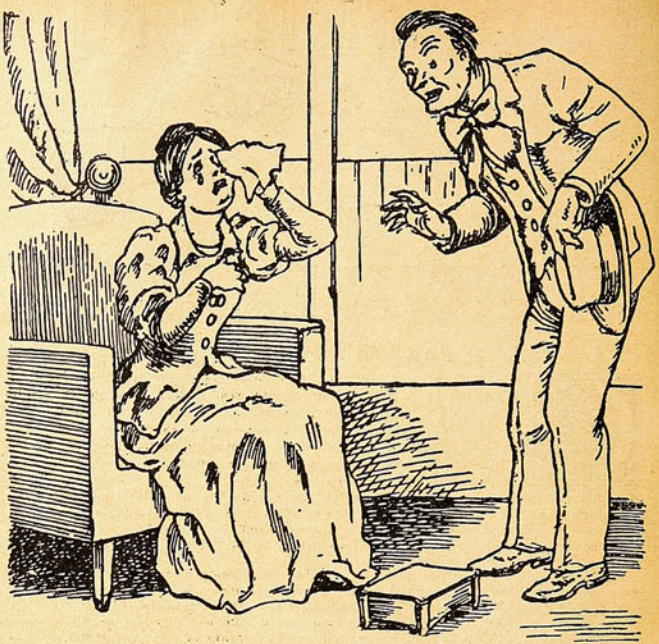
Y nuevamente se echó a llorar y se entregó a las agitaciones histéricas sintomáticas del romanticismo agudo.

—Señora—la interrumpí,—no hay hombre que simpatice tanto con los sentimientos de una mujer como yo. Por otra parte, ha sido usted la esposa de uno de mis mejores amigos. Si dependiera de mí, le diría que se quedara con los dos mil dólares y con el hombre a quien ama. Podemos muy bien darle este premio porque hemos arrancado más de cinco mil dólares a esos vampiros que aspiraban a su mano. Pero tengo que consultar antes el caso con Andy Tucker, mi socio... Andy es una buena persona, aunque para él por encima de todo está el negocio. Yo le hablaré y veremos lo que se puede hacer.

Volví inmediatamente a nuestro hotel y expuse el caso a Andy.

—Ya me esperaba yo algo así—exclamó Andy.—¡Está visto que no es posible confiar en las mujeres! En cuanto surgen los afectos, se olvidan de lo convenido.

Llevó al individuo de la Policía Secreta al hotel.



—Ten en cuenta, Andy—le dije,—que siempre resulta muy triste que hayamos sido causantes de la desilución de una mujer.

—No lo niego— me contestó,—y comprendo que debemos ceder en este caso. Tú has sido siempre un hombre de corazón tierno y generoso. Acaso yo soy un poco duro y demasiado materialista; pero quiero enmendarme. Vé al hotel y dile a la señora Trotter que retire del banco los dos mil dólares, que los entregue al hombre a quien ama y que sea feliz.

De un salto me puse de pie y estreché fuertemente la mano de Andy. Luego fuí otra vez al hotel y di a la señora Trotter la buena noticia. La alegría le hizo derramar tantas lágrimas como antes le había hecho derramar la desdicha.

Dos días más tarde ,Andy y yo nos disponíamos a salir de la ciudad.

—Antes de partir de aquí, quisiera presentarte a la señora Trotter— dije a Andy.—A ella le gustaría conocerte para poder expresarte su gratitud.

—¿Para qué? No me parece necesario— respondió Andy.—Más vale que nos apresuremos a llegar a tiempo a la estación.

Guardaba yo en aquel momento nuestro capital en un cinturón, pues así siempre lo llevábamos, cuando Andy extrajo de su bolsillo un gran fajo de billetes y me lo dió para que lo guardara con los otros.

—¿Y qué dinero es éste? — le pregunté.

—Los dos mil dólares de la señora Trotter — contestó Andy. — Me los dió ella. La he visitado durante más de un mes, tres veces por semana.

—¿Entonces tú eres William Wilkinson? — pregunté.

—Lo he sido hasta ahora — me respondió Andy.

O. HENRY

PIERNAS BRAZOS ACCIDENTADOS:

Acudan Uds. sin pérdida de tiempo a los especialistas

INSTITUTO ORTOPEDICO ALEMAN

San Antonio 540-546 - SANTIAGO-Casilla 3494

APARATOS DE CORRECCION, BRAGUEROS, FAJAS, Etc.

y toda clase de trabajos concernientes al ramo.

MAXIMAS

El que logra un beneficio de un hombre débil, se jacta regularmente de haber engañado a su bienhechor como a un bobo.

No vengarse de un enemigo cuando se halla la ocasión, es una prueba de humanidad, dice Plutarco; mas el compadecerse de él cuando ha caído en la adversidad y prestarle los socorros que pidiere, es la señal más grande de benevolencia y generosidad.

Donde quiera que se encuentre a un hombre, decía Séneca, se puede hacer un beneficio.

Desconfiad, dice Horacio, del que murmura de su amigo ausente; del que no le defiende cuando es acusado; del que hace reír con bufonadas; éste seguramente tiene un corazón negro y depravado.

Los grandes talentos excitan la aversión y la envidia de los medianos.

El desprecio de la reputación conduce al desprecio de la virtud.— Tácito.

La chanza, decía un antiguo, es como la sal, que se debe usar con precaución.

No hay vicio que no sea su mismo castigo.—Séneca.

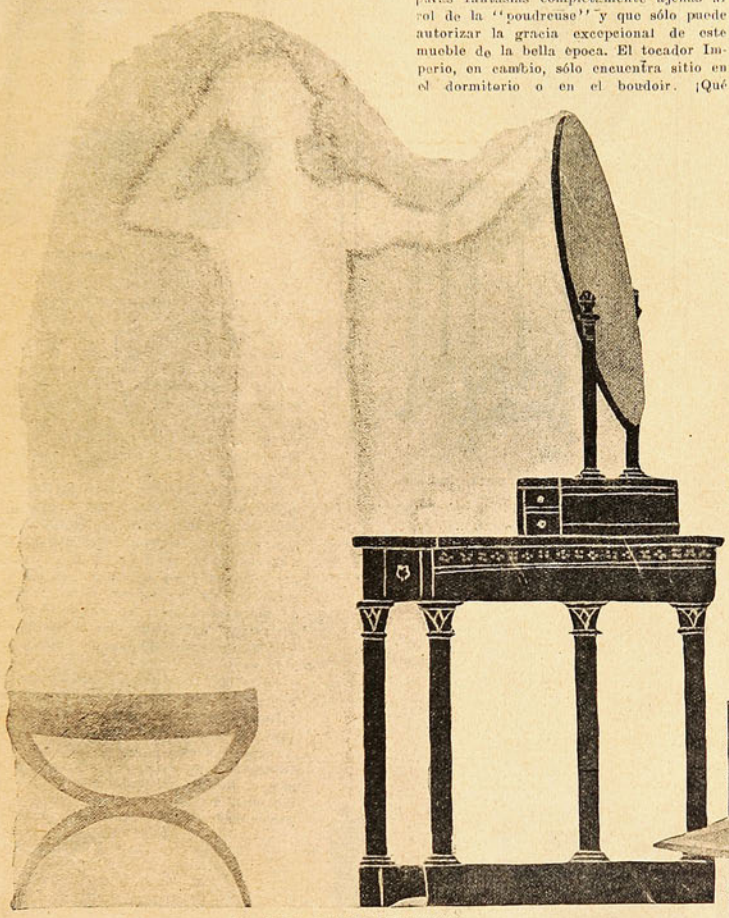
NUESTRO TOCADOR Y SUS ACCESORIOS

POCOS muebles nos parecen más seductores que el tocador. En todos los tiempos parece que los artistas se han esmerado en hacerlos lo más elegantes y prácticos posible. Casi siempre están hechos en maderas preciosas y representan en el arte mobiliario la coquetería femenina en su mayor refinamiento. Este mueble encantador corresponde exactamente a la idea que nos formamos de él: es refinado e indispensable.

El más antiguo de estos muebles es la "poudreuse" del siglo XVIII. La de la época de Luis XV con las patas curvadas graciosamente y la del tiempo de Luis XVI con las patas rectas, son tal vez las más rebuscadas y las más escasas. Hechas en maderas claras, en erable, en limoncillo, en raíz de cedro, incrustadas de flores de otras maderas y de mosaicos en dameros, con marquetería en madera de rosa y en madera de violeta, está casi siempre realzada, valorizada, por bronces admirablemente cincelados y dorados. A derecha e izquierda tienen dos postigüillos que, abiertos, dejan ver la cajonería en que se alinean los frascos para los perfumes preciosos. Debajo hay algunos cajones que en otros tiempos servían para guardar las cartas de amor, los polvos y los lunares. En el centro queda el espejo movible, secreto también, ya que se baja sobre el mueble como una tapa, sin dejar ver, una vez cerrado, nada de su agua indiscreta y límpida.

El más precioso y el más raro de estos pequeños muebles es la "poudreuse" Luis XV china, en madera de rosa, cubierta de una admirable laca que los años han patinado. Y el más modesto es el tocador de hombre en madera frutal con adornos de bronce. Este no tiene ni postiguillos ni cajones. Es una especie de mesa cuya tapa se levanta dejando ver un solo cajón guardador de los frascos, las escobillas y las peinetas. Generalmente está forrado interiormente en seda labrada. Algunas personas, queriendo aprovechar para su salón la gracia de este mueble, lo colocan a modo de mesa de arrimo con un paño de encaje encima, un candelabro antiguo, unos cuantos bibelots y un florero expandiendo el perfume de unas rosas.

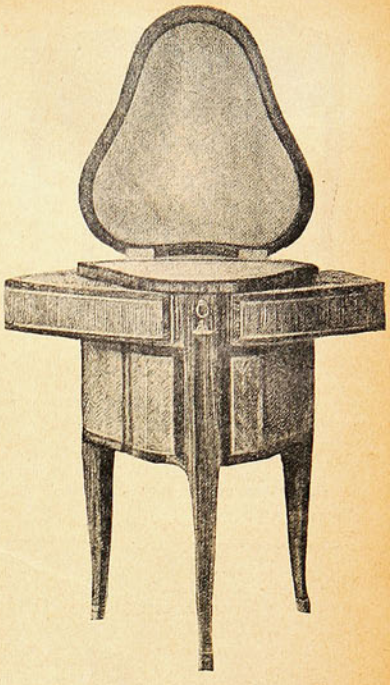
Hay quien prefiere aprovechar las "poudreuses" chinas—que alcanzan precios verdaderamente locos—en el hall, transformándolas interiormente en licoreras. A los lados se colocaban los frascos y en el centro, multiplicados por el espejo, se ven los distintos vasos. Pero estas son puras fantasías completamente ajenas al rol de la "poudreuse" y que sólo puede autorizar la gracia excepcional de este mueble de la bella época. El tocador Imperio, en cambio, sólo encuentra sitio en el dormitorio o en el boudoir. ¡Qué elegancia aporta al conjunto de los muebles oscuros; qué alegría no da su mármol blanco! ¡Cómo evoca la presencia encantadora de una mujer!



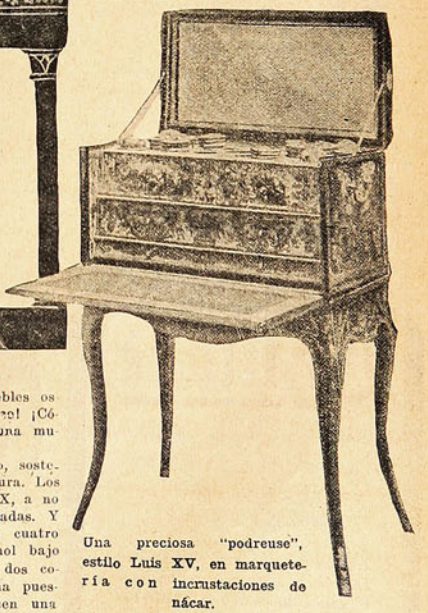
Un lindo tocador "Imperio".

Héla aquí parecida a un espejo griego, sostenida por los cuellos de cisne de línea pura. Los pies son en forma de lira, en forma de X, a no ser que sean en forma de cariátides aladas. Y héla aquí, en una época posterior, con cuatro columnas que sujetan la mesa de mármol bajo la ovalada forma del espejo que otras dos columnas mantienen. Sobre todas, Jacob ha puesto motivos de bronce dorado que parecen una sonrisa sobre el oscuro enmaderamiento. Las más finas muestran margaritas, liras, leones alados y cisnes, alternando con las palmas, motivo característico de ese estilo.

Más fácil de adaptar con cualquier amoblado es la mesa tocador de la Restauración. Ejecutada bajo el reinado de Carlos X en marquetería incrustada de madera de limón—lo más comunmente en forma de flores—tiene el aspecto de un escritorio que corona un espejo redondo, movible. Los cuellos de cisne en bronce verdegris y las patas de león, evocan el Imperio tan cercano a la Restauración, pero a pesar de estos detalles este mueble gracioso es demasiado personal para no ser bien acogido en todas partes. Algunos hábiles decoradores lo reservan siempre para las habitaciones de muchacha soltera.



Poudreuses" Luis XV, en marquetería y bronce.

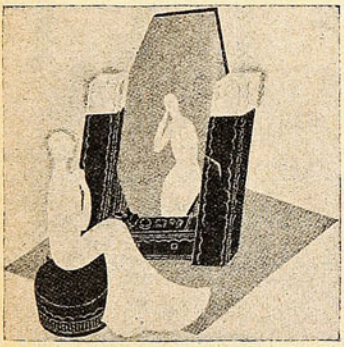


Una preciosa "podreuse", estilo Luis XV, en marquetería con incrustaciones de nácar.

Así todos los tocadores, así hasta la confortable, la sólida Luis Felipe, grande y cúbica, con su vasto espejo encuadrado de madera torneada, todos encuentran sitio en nuestros departamentos, embellecen el boudoir, el dormitorio o la pieza de vestir, con sus frascos, sus escobillas y la sutil evocación de sus perfumes, de sus polvos y de sus pinturas.

La ''poudreuse'' Luis XV china, es la que alcanza más altos precios.

El tocador moderno es rico de formas y muy variado. Se lo encuentra en todas las maderas, desde las más preciosas hasta las más comunes, pero, sea la que sea la forma que adopte, es práctico y puede decirse que nuestros artistas del mueble han puesto en él lo mejor de su talento.



Un tocador moderno..

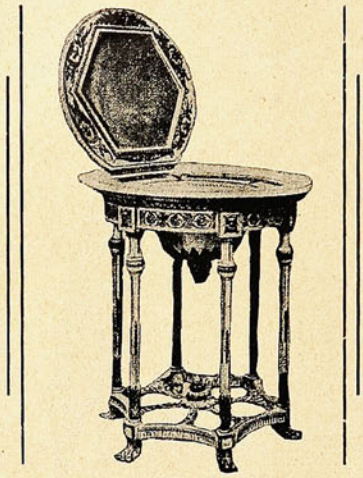
Suele inspirarse este tocador moderno en los de la época Luis XV y tiene unos cajoncillos minúsculos ,unas veces en la mesa, otras a los lados, siempre muy cerca del suelo, ya que delante de estos tocadores se coloca un taburete que es casi un cojín. El espejo es lo suficientemente grande para que se pueda ver la persona de cuerpo entero.

SAL DIGESTIVA
Bémecé
M. R.
Bicarbonato de Sosa, Magnesia, Carbonato de Cal
ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias. Gastritis. Hiperacidez, etc.
Dosis: Una cucharadita despues de cada comida
de Venta en todas las Farmacias
Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40

Otros modelos son una verdadera cómoda con infinidad de cajones y un triple espejo en lo alto que permite cerrarlo, quedando así el mueble convertido en una variación de la cómoda y del chiffonier.

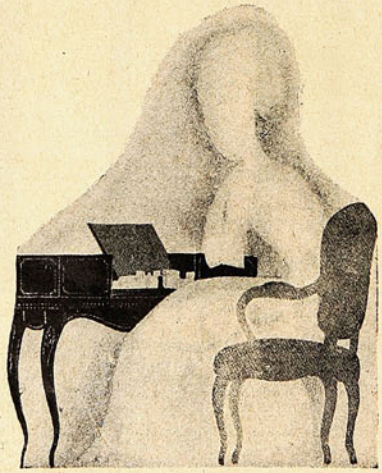
Hecho en madera de rosa, en raíz de haya, en caoba, en limoncillo, en ébano, incrustado de marfil o de carey, con los tiradores de los cajones reemplazados por bordas de seda, este tocador moderno armoniza admirablemente con la frivolidad de las frasquerías preciosas que hace el arte actual.

Los frascos, hechos en las materias más extrañas, rebuscan cada vez más sus formas. Aquellas banales frasquerías de otros tiempos han sido reemplazadas por unas robustas botellas en



''Poudreuse'' de estilo italiano.

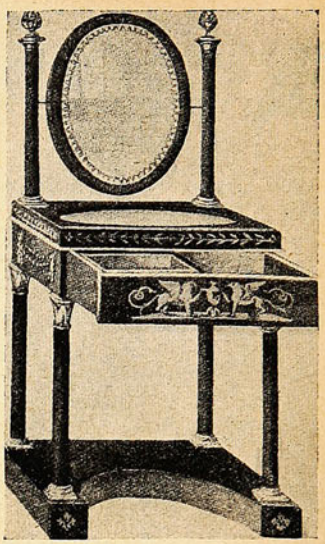
formas rectangulares. Poiret es el que más ha variado los modelos, presentando junto a las frasquerías unas cajas maravillosas. En unos y otros se destaca un motivo floral en relieve y en colores que se obtiene pintando el cristal antes



Una encantadora ''poudreuse'' clásica.

de ponerlo en los hornos. Otros modelos son completamente lisos, con las curvas graciosas que armonizan con ciertos tipos de muebles más delicados. Algunos de estos modelos evocan los frascos que antes se alineaban en las farmacias. En cristal ahumado, en cristal irisado o teñido por algún procedimiento que lo hace pálido o restallante, tienen en letras góticas los nombres de las materias que están destinados a guardar. Otros, más sencillamente, llevan el monograma caprichoso de su dueña.

Verdaderas obras de arte son los cristales tallados, gravados o incrustados con esmaltes. Es-



Tocador ''Imperio''.

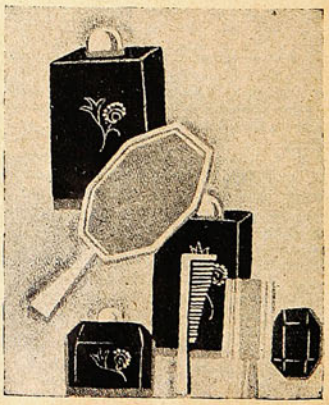
tos esmaltes suelen aparecer en las tapas poniendo un aro de luz de colores en el borde del cristal de color unido. Puede decirse que la novedad que presenta el año en la materia, es este de las tapas esmaltadas.

Los juegos de escobillas acompañan y completan las frasquerías. También en ellas el modernismo ha puesto mano. A las formas ovaladas han sucedido las formas redondas, a las líneas curvas las derechas, rompiéndose todas ellas por los octágonos y los hexágonos que se repiten en los mangos.

El marfil, el carey, el nácar, los metales preciosos que antes se empleaban para la hechura completa de los juegos de escobillas, se emplean hoy por hoy solamente en incrustaciones sobre maderas raras: palisandro, ébano, nogal plateado. Algunas veces una línea de plata ilumina la sobriedad de la madera. Otras veces esta línea de plata se enrosca en un arabesco y hace así un motivo decorativo que tiene por fondo un cristal negro, una lámina de ónix o un laqueado muy oscuro.

Estas lindezas puestas artísticamente sobre el tocador, ya sea sobre la mesa o en la cajonería, reflejándose en el espejo o en el cristal de la tapa, forman el más exquisito de los conjuntos. Agréguese a esto el oro verde de los perfumes transparentándose en los frascos y así tendremos el tocador presentándose a nuestros ojos como una de las más puras manifestaciones del gusto moderno que tanto nos place.

LUCILA VILLITARD



LAS TRIBULACIONES DE LA BARONESA

París, 2 de agosto.

LA baronesa Elena de Reinach Werth, anteriormente Miss Elena Tennyson, se casó a fines de 1916 con el arrogante barón francés Hardouin, de Reinach Werth y se divorció por infidelidad del marido, en 1919. Despues volvió a escuchar sus seductoras protestas de amor y volvió a casarse con él en 1920.

Ahora trata de presentar una nueva demanda de divorcio en Francia, pero se encuentra envuelta por complicaciones legales de todas clases.

"Se me dice que no puedo regresar a los Estados Unidos sin el consentimiento de mi marido, declara la encantadora Baronesa, porque soy francesa por mi matrimonio y todavía estoy casada.

La Baronesa conoció a su marido en Washington donde éste servía como intérprete del Ejército francés.

El Barón había estado ya casado con otra norteamericana, Miss Diana Morgan Hill, muy conocida en la sociedad de Washington.

La guerra trajo de nuevo a Washington al Barón Hardouin. Se veía muy bien en su uniforme de color azul horizonte y poseía finos y atrayentes modales.

Esta vez llegó agregado a la misión de André Tardieu a los Estados Unidos. Elena Tennyson se ocupaba en labores para la Cruz Roja y se sentía por consiguiente predispuesta a aceptar el amor de un soldado.

Poco tiempo después de casado, la pareja regresó a Francia y la Baronesa sufrió la misma suerte que muchas hermosas y ricas herederas norteamericanas. No tardó en fleschibrir que su marido se divertía más fuera que dentro de su casa y algunas noches no regresó a su hogar.

Sintiéndose herida en su amor propio y en su ternura, pidió su divorcio en París, fundándolo en las relaciones que su marido sostenía con dos mujeres: la Condesa Kato de Cattalineau y una modista llamada Lisette. La Baronesa ganó el juicio y éste fué su divorcio número uno.

Elena quedó abandonada en una país extranjero. Debía permanecer en Francia si quería recibir la pensión que le otorgaba la ley. Una niña norteamericana divorciada de un francés, encuentra poca simpatía en Francia, sea inocente o culpable.

La soledad de la Baronesa se vió de pronto animada por la presencia de un hermoso italiano, el Príncipe Di Scordia, miembro de una histórica familia mucho más antigua que los Reinach Werth.

Ella aceptó las atenciones del Príncipe y se hallaba pronta a anunciar su compromiso con él, cuando sucedió algo que desbarató sus planes.

El Barón de Reinarch Werth, descubrió que su ex-esposa era muy deseable. Un año de separación le había hecho comprender que la necesitaba y encontró una oportunidad para visitarla y principar a cortejarla de nuevo. De rodillas le pidió que lo perdonara. Era hermoso y atrayente, y Elena recordó que había sido antes su marido, así es que despidió al Príncipe y volvió a casarse con el Barón. Durante algún tiempo vivieron feliz y tranquilamente, y en 1921 les nació una niña. Después volvió a repetirse la eterna historia. Las tentaciones de París eran demasiado grandes para guardar al Barón dentro de su hogar. Frecuentó la vida alegre de la gran capital, especialmente la de Montmartre. Se hizo miembro de muchos clubs nocturnos y de salones de juego, y en muchas ocasiones se le vió llegar a su casa a las tres o cuatro de la mañana, completamente embriagado.

Por último, a instancias de su mujer, consintió en trasladarse a Nueva York, para evitarse tentaciones. Su familia, que poseía grande influencia entre los banqueros del mundo, le consiguió una buena posición en un banco de Nueva York y durante algunas semanas la vida pareció sonreir a la joven Baronesa. Pero aunque Nueva York no tiene la alegría de París y aunque está prohibida la venta del champagne y otros licores, la Metrópoli americana puede ofrecer muchas tentaciones a un parisiense.

Una vez, ella dice, el Barón la amenazó con un revólver, y en otra ocasión le dijo: "Sería mejor que te suicidaras". Esto la atemorizó porque ella sabía que su primera esposa se había suicidado.

Elena se separó del Barón, y por la segunda vez pidió su divorcio, en esta ocasión ante los Tribunales de Nueva York.

La Baronesa pretendía que su marido le pasara una pensión de 250 dóllars a la semana, pero el Barón declaró que su sueldo sólo consistía de 400 dóllars mensuales.

"Entonces, dice la Baronesa, decidí regresar a Francia para ver a mi hija que había quedado con mis suegros. El Barón se embarcó en el siguiente vapor, y cuando llegué a Francia descubrí que me habían ocultado a mi hija. Empleé detectives para encontrarla, pero hasta ahora todo ha sido inútil. Oí que se hallaba con la cuñada de mi marido, cerca de Le Mans, pero cuando los detectives llegaron, ella ya no se necontraba allí... Después supe que estaba con mis suegros en sus propiedades de Alsacia, pero tampoco se le pudo encontrar".

Ahora la Baronesa se encuentra desesperadada, pues los Tribunales franceses no pueden hacer nada por ella, puesto que la custodia legal del niño pertenece al marido y los Tribunales americanos la consideran como francesa. "Cuando tenga el dinero necesario, entablaré una nueva demanda de divorcio y espero que entonces la ley francesa me dará la razón y obligará a mi marido que me entregue a mi hija".

En cierta ocasión la Baronesa salió en busca de su marido y lo encontró en compañía de una mujer en uno de los cabaret de Montmartre y cuando le pidio que la acompañara a su casa, él exclamó: "¡no me interrumpas!", estoy ejercitando los derechos de todo noble francés".

LOS HOMBRES QUE NOS GUSTAN

Por EVA

NO hay un determinado tipo de hombres que nos gusten, por cierto, como no hay tampoco un grupo determinado de mujeres que gusten a los hombres. La elección en amor, depende, como dice Ortega, más del elector que del elegido y se puede conocer al hombre o a la mujer por el individuo a quien ama. Naturalmente para conocer a un hombre o a una mujer por su elección en amor, hay que darse cabal cuenta de sus sentimiento amoroso, y de las condiciones y cualidades que este sentimiento a veces ofuscado, cree reconocer en la persona elegida. Hombres y mujeres llevamos dentro de nosotros las condiciones detalladas y concretas que exigimos al individuo del sexo contrario para amarle, pero somos susceptibles de caer en error, tanto más, cuanto más elevada sea la facultad imaginativa que poseamos, y por ende más grande nuestro poder de creación.

Buscar la mujer en el hombre y el hombre en la mujer, vendría pues a ser un nuevo género de quiromancia psíquica, que nos permitiría allegar datos acerca de cualquier individuo en cuyas facultades morales e intelectuales queramos ahondar. Divertido ejercicio, para el cual tropezaríamos con una dificultad que es obvia: el hombre y la mujer están a la vista, pero el mecanismo del sentimiento permanece oculto. El juego nos resultaría, pues, tan difícil, como conocer un ser humano por cualquier otro capítulo que no fuese su amor.

Naturalmente que nuestro ejercicio encontraría estas dificultales en los individuos en que la imaginación ejerce un predominio leve o acentuado. Los cerebrales son los que más expuestos están a equivocarse en la elección en amor, no los seres simples. Donde no hay imaginación, el error desaparece porque desaparece el espejismo.

Pero nos apartamos del tema que pretendíamos desarrollar. ¿Cuáles son los hombres que nos gustan? Casi todos. Y no se vea impudicia en esta respuesta. Quiero decir que es difícil encontrar un tipo de hombre, bastante desgraciado a quien no corresponde un tipo de mujer que, al tropezar con él, le amará seguramente. Por cierto que hay hombres que gustan a muchas mujeres y hombres que gustan a una sola. Y nosotras queremos referirnos a los primeros.

Es evidente que la gran mayoría de las mujeres siente el atractivo de la belleza. Los hombres bellos, con poco que les ayude un carácter afable, alcanzan grandes éxitos. Dentro de la belleza, cada cual prefiere una facción cualquiera, y sé de cien mujeres que se han enamorado de los ojos de un hombre sin tomar en cuenta para nada el resto de su aspecto físico, ni ninguna de sus cualidades morales.

A este tipo de mujeres pertenecen las que se enamoran de los marinos y los militares, por los vistosos trajes, los botones dorados, las relucientes espadas y la aparente virilidad y fuerza del que los lleva. Es una explicable sugestión en el tipo de las mujeres simples y cada hombre que vista de la indicada manera tendrá grandes probabilidades con un enorme número de mujeres, aún cuando no sea hermoso.

La sugestión colectiva que ejerció en todas partes la figura de Valentino, no se debió sin duda exclusivamente a la belleza del malogrado actor. Valentino era mucho menos bello que Barrymore, que Monjouskine y otros actores de la pantalla, y ninguno ha tenido con las mujeres el éxito universal de Valentino. Ello se explica por qué Moujoskine posee un temperamento excesivamente cerebral y arbitrario, y aunque no se lo expliquen, las mujeres se dan cuenta por instinto de la frigidez de su temperamento. Por lo que toca a Barrymore, es un Don Juan, pero un Don Juan que enamora sin enamorarse. Y las mujeres adoran a Don Juan, pero al Don Juan que se enamora, aunque sea un día o una hora, pero que durante ese día o esa hora es absolutamente sincero.

MATRIMONIO

TODOS sabemos que la unión de los sexos, sancionada por las leyes o sometida a diferentes costuumbres, ha recibido el nombre de matrimonio; mas estas leyes y estas costumbres, de institución humana (prescindimos aquí de la religiosa, aunque en realidad es la más recta y sólida), varían según los climas, los pueblos y el grado de civilización.

En Europa, y por lo general en las latitudes templadas, los matrimonios son monógamos, es decir, que el hombre se une a una sola mujer, que es lo que aconseja la razón moral, la fisiológica y la política.

En Asia y en Africa, donde el cristianismo no tiene, por desgracia, tan hondas raíces, las consideraciones políticas han hecho de la poligamia un precepto de religión, pudiendo tener un hombre cuantas mujeres esté en disposición de mantener.

Por último, en las regiones del Tibet, en el Bentam, Neupaul y Java, está admitida la "poliandria", o unión de varias mujeres con un hombre, forma de matrimonio que se modifica diariamente y tiende a desaparecer, lo mismo que la anterior.

En Asia, cuna del género humano, había antiguamente pueblos cuyas leyes permitían al padre casarse con su hija, al hijo con su madre y al hermano con su hermana. En Persia, en Asiria y en el país de los Parthos, el hombre podía enlazarse con la mujer que le había dado a luz. En la antigua Grecia, estaba prohibido el matrimonio entre los hijos de la misma madre, pero permitido entre los del mismo padre. En Egipto, Arabia, Perú, Siam, etc., podía un hombre casarse con su hermana.—En la Tartaria, la Escitia, Chile, etc., el padre se casaba frecuentemente con su hija.

En casi todos los pueblos orientales y africanos se admite la pluralidad de mujeres, al paso que en el Tibet, Nepaul y Java muchos hombres se enlazan con una sola mujer, según hemos dicho.—En el reino de Lassa y de Calicut, se ven asimismo matrimonios de una mujer con muchos hombres.—Las Naires, mujeres nobles del Malabar, tienen el derecho de casarse con muchos hombres, mientras que éstos no pueden casarse sino con una sola mujer. Las de Todvis, al norte del Indostán, y las de los Newards, toman el número de maridos que se les antoja.

Los Indos celebran los desposorios con fiestas que duran muchos días; una vez terminada la ceremonia, la novia vuelve a la casa paterna, sin que al novio le sea permitido verla hasta pasado un año, estando obligado durante este tiempo a trabajar para los padres de su futura.

Los Otomiros observan diferente conducta; el novio no hace saber a los padres que le conviene su hija hasta después de haber vivido maritalmente muchos meses con ella; en el caso contrario, se la devuelve.

Entre los negros del Congo y los calmucos, la novia debe permanecer un año entero con su pretendiente con objeto de probar su áptitud para el matrimonio; si durante este espacio de tiempo no se hace embarazada, vuelve al hogar paterno como un objeto sin ningún valor.

Los Tártaros del norte de Rusia no pueden obtener la mano de la joven a quien aman sin haber luchado antes mucho tiempo con ella y conseguido derribarla.

En Groenlandia, tan luego como ha terminado la ceremonia del matrimonio, la novia huye a las montañas; el recién desposado debe correr tras ella y darle caza como a una cierva salvaje; cuando ha conseguido alcanzarla y sujetarla, ella forcejea violentamente; entonces no le queda al marido otro remedio sino atarla, meterla en un saco y llevarla de este modo a la morada nupcial.

Los Kamtschadales y Koriacos tienen una costumbre no menos extraña y más peligrosa. El joven que quiere casarse, pide a los padres de su amada el permiso de tocarla. Si se lo conceden, la joven se rodea el cuerpo, de pies a cabeza, de fajas y correas de cuero, de tal suerte que formañ una coraza impenetrable. El novio debe desatar las correas y desarrollar las fajas, a pesar de la resistencia que le opone la doncella, auxiliada por sus compañeras. Hasta después de haber sostenido una lucha encarnizada y de sacar el cuerpo lleno de arañazos y contusiones, no logra, por lo general, conseguir su objeto y ser proclamado esposo vencedor. A menudo es mortífera esta lucha, porque la novia y sus compañeras se precipitan sobre el pobre amante, le arrancan los cabellos, le arañan el rostro, le derriban y lo pisotean, en tanto que él hace todos los esfuerzos imaginables para desatar las correas; a veces suelen pasar meses y aún años antes que el pobre pretendiente llegue a tomar a su mujer por asalto. Sucede también que después de muchos años de insistencia, el desdichado mozo tiene que renunciar a la que ama y retirarse avergonzado, molido, lleno de cicatrices y con frecuencia liciado para toda su vida.

En ciertas provincias de la Rusia septentrional, la joven esposa presenta a su marido, inmediatamente después de casarse, un haz de varas que deben servir para azotarla en caso de indiferencia o frialdad en su amor.

En Corea, el hombre puede expulsar del hogar doméstico a su mujer y a los hijos que haya tenido de ella, cuando así se le antoje.—Ciertas tribus de las orillas del Missouri observan lo contrario; la mujer abandona a su marido cuando le parece, estando éste obligado a entregarle todo lo que posee, excepto su vestido y sus armas. La fugitiva puede ir a vivir con cualquier otro hombre, abandonarle cuando se canse con él y hacer gala de su inconstancia durante los hermosos años de su juventud.

Las leyes persas autorizan tres clases de uniones: la primera consiste en comprar una o muchas mujeres; la segunda en tomar una alquilada, como entre nosotros se alquila una habitación. El contrato se celebra ante un juez, y no puede romperse sin que proceda la correspondiente indemnización de daños y perjuicios. Al terminar el tiempo del contrato, que es más o menos largo, la mujer recibe religiosamente la cantidad estipulada, y puede renovar el "alquiler", si así le conviene, o ir a alquilarse a otra parte. El tercer matrimonio, único que merece este nombre, consiste en una unión de dos personas de la clase noble. Las hijas de familias ricas son dueñas de la casa de su esposo, y mandan a las demás mujeres que sólo viven con el amo en el concepto de alquiladas o de esclavas, debiendo éstas obedecerla.

Entre los antiguos Galos existía una costumbre muy razonable relativamente al matrimonio de las jóvenes: no eran los padres los que les daban un esposo, sino que ellas tenían el privilegio de escogerlo, y su elección se respetaba religiosamente. El padre de la doncella núvil convidaba a comer a unos cuarenta o cincuenta mancebos, y cuando éstos estaban sentados alrededor de la mesa, la joven daba una vuelta en torno de ella, y deteniéndose luego enfrente del joven a quien prefería, le presentaba la copa para que bebiera; si el joven aceptaba, arreglábase en el acto el matrimonio, que se celebraba en el mismo día.

Podríamos multiplicar aun más las citas de este género; pero creemos haber dicho lo bastante para probar que el matrimonio varía según los tiempos, los climas, los pueblos y las costumbres.

LO QUE ME DIJO ALBERTO GERCHUNOFF

POR MARIA MONVEL

MUCHAS horas conversamos con Gerchunoff que nos dedicó casi en su totalidad los tres últimos días de su estada en Chile. Por lo demás, ya le conocíamos desde antes. En otro de sus viajes, — ha venido ya cuatro veces, — le tuvimos comiendo en casa, y pudimos estimar su raro ingenio de ''causseur'', y la prosopopeya simpática con que se expresa.

En aquellos tres días de charla consecutiva, hablamos de muchas cosas suyas y nuestras, pero especialmente de sus viajes y de los comienzos de su vida de escritor que son curiosísimos.

Este hombre pausado y de hábitos sedentarios que no parece haber conocido la prisa jamás, tuvo una infancia y una juventud azarosa. Yo conocía ya algo de esto, que había leído en una de sus obras más bellas: ''La Jofaina Maravillosa'', deliciosos comentarios a la obra cervantina. Algo relata allí de sus comienzos, relato que despertó en mí el deseo de conocer detalles.

Gerchunoff cuenta:

—Muy amargos fueron mis comienzos, en verdad. (Su timbre grave y su pausada voz, da a este preludio sencillo un enorme interés). Yo pertenezco a una familia de campesinos rusos, que radicaron en la Argentina hace muchos años. Mi madre quedó viuda, y no quiso que nosotros fuéramos campesinos. Nos trasladó a Buenos Aires, con el objeto de educarnos. Pero éramos muy pobres: de tal manera que yo hube de dedicarme a un oficio. Me contraté en una fábrica, donde entraba a la seis de la mañana, y salía a las ocho de la noche. Rendido y a veces mal comido, recibía a un muchacho que me daba lecciones. Aprendí a leer, aprendí a escribir, y encontré en cualquier rincón, una edición barata del Quijote. De entonces data mi conocimiento con el caballero de la Triste Figura. Lo amé apasionadamente porque amaba a los humildes y defendía a los humillados. Yo era humilde, y fuí muchas veces humillado en la fábrica. El Caballero de la Triste Figura me habría defendido si yo hubiera vivido en su tiempo, y si se hubiera percatado de mi lamentable situación. Yo se lo agradecía, y lo encontraba adorable a pesar de sus fracasos. ''La ''Jofaina Maravillosa'' pagó mi deuda de gratitud. tud.

De muchacho fuí socialista. Yo creía firmemente que los bienes del mundo debían repartirse equitativamente, y aguardaba esa nueva era a la que yo debía asistir. Dejé de esperar. Me casé joven, porque me sentía solo. El matrimonio me obligó a tomar la vida en serio. Ya no me encontraba capaz de ser un trabajador manual, y me dediqué al periodismo para ganarme la vida. Soy periodista desde entonces, y desde entonces también, aguardo el extraordinario acontecimiento que me libre de esta obligación. Porque yo no he nacido periodista. Yo he nacido escritor, exclusivamente escritor, y toda otra faena me es extraña.

—¿Usted ha viajado mucho, Gerchunoff?

—Algo, sí. Tengo muchos recuerdos gratos de mis viajes, es decir, de las gentes notables, a quienes he conocido deambulando por allí. En París, conocí a Preust.

Este hombre me impresiona extraordinariamente.

—Dígame usted todo lo que observó, todo lo que vió en él.

—No era todavía demasiado famoso. Fué el año catorce. Era un escritor enfermo. Padeció durante veinticinco años de un asma tenaz, que antes de matarlo, lo confinó largos años en su habitación. Era pálido y agradable. Hablaba con voz queda, y cada vez que se le preguntaba: ''¿Cómo está usted, Preust?'', respondía infaliblemente: ''Bien, pero anoche casi me he muerto...'' Y era verdad. Cada noche, estaba a punto de morir. era grato a las mujeres. Siempre estaba rodeado de un grupo de ellas que lo mimaba en forma extraordinaria. Era generoso hasta la más absurda prodigalidad. ¿Qué más?

Todo lo ha dicho en sus novelas, que son casi autobiográficas.

Me habla de otros conocimientos, que me interesan mucho menos. En seguida nombra a madame de Noailles.

—Por entonces era una mujer interesantísima, de un gran ''charme'', que despertaba pasiones tumultuosas. Valía más que su obra.

—En realidad la obra de madame de Noailles no ha servido sino para realzar su prestigio de mujer. Es de esos seres limitados, que dice usted, Gerchunoff. Tuvo la vena pasional, que ha desaparecido en su último libro ''L'honneur de souffrir'', y que por eso, es muy inferior a los anteriores. ¿Y en España, a quien conoció usted?

—A todos. A Ortega, desde luego. Por entonces era un filósofo sin más, y hacía una vida solitaria y modesta. Hoy es un filósofo, pero además es un hombre de sociedad y un ''homme a femmes''. Entonces y ahora un maravilloso escritor, pero un filósofo que maneja un poco ideas agenas. Conocí también a Araquistain, simpático muchacho, y a Ayala, torero y extravagante, y a Baroja y a Azorín y a todos.

—¿Tiene usted muchos proyectos respecto a trabajo?

—Muchos. Tengo tres libros en preparación. Lo que me hace falta, es un poco de tiempo.

—Dígame usted algo de la Argentina y de los amigos de allá. ¿Cómo es la Storni? Fué muy amiga de Gabriela.

—Efectivamente. Estaban siempre juntas. La Storni es una mujer muy estimada en la Argentina por su talento. No es bella, pero tiene cierto no sé qué de muy grato gentil. Siempre se establecen comparaciones entre ella y Juana de Ibarbourou. Son distintas. Juana es quizás más artista, o sea más poetisa, o sea un poquito más artificial. La Storni es más humana.

—Deseo mucho ir a Buenos Aires.

—Yo prefiero que usted no vaya. Quiero mucho a Buenos Aires, y temería que lo encontrara usted antipático. Buenos Aires no suele resultar simpático sino después de un largo conocimiento.

Charlamos de otras cosas. De repente le digo:

—¿Le parece que tiene algún valor la literatura que hacen las mujeres en América?

—Ya lo creo — me dice Gerchunoff con tal gravedad, que excluye, al menos en apariencia, toda posibilidad de ironía. — Vale muchísimo más que la que por el momento se hace en Europa. No creo que haya en Francia ninguna Gabriela Mistral, y positivamente no la hay en España. Por otra parte, la mujer americana lleva consigo una inquietud mucho más honda que la mujer europea en general, y esto lo reconocen sin reservas, algunos escritores del viejo continente.

—Los españoles, al menos, se vuelven locos cuando hablan de Victoria Ocampo, Ricardo Beza, por ejemplo, ha quedado deslumbrado con ella para siempre. A mí, me decía una y mil veces que no dejase de frecuentaria, a mi paso por la Argentina, pero desgraciadamente, yo me vine por Panamá.

—No es extraño. Victoria Ocampo es una dama que despierta interés por muchos aspectos. Desde luego, es muy bella, además es muy rica, y hace una vida que, aunque sencilla, tiene no sé qué de extraordinario por el fasto y el refinamiento de que la rodea.

Estamos en un biógrafo, sentados ante una mesita de té. Gerchunoff parece hondamente preocupado de los personajes que se mueven en la pantalla. Nosotras, las tres señoras que estamos con él, hemos resuelto marcharnos porque la cinta es insoportable. Trabaja Milton Sills, que estaría muy envanecido si supiera que se parece extraordinariamente a Ortega y Gasset. Yo lo miro al principio con devoción por lo del parecido, pero después la película se vuelve demasiado tonta. De pie, esperamos a Gerchunoff que no se resuelve a abandonar la sala.

—Un minuto, un minuto, — dice con desesperación — pero luego se pone de pie, y sale muy tranquilo.

—Ya he visto que se van a casar — dice suspirando — ¡ya puedo marcharme tranquilo!

Gerchunoff suele hacer chistes sin pretenderlo, y con una gran gravedad. Dice que le encantaría saber bailar. Que el baile le parece maravilloso y que le gustaría especialmente bailar el tango, ''la música triste por excelencia, porque es la más sensual.''

Otra vez en casa me hace una pregunta extraordinaria:

—¿Ha sentido usted la tortura de un amor imposible, María?

Yo contesto algo, que seguramente no es la verdad. Me pregunta en seguida si la muerte me causa un gran terror.

Le digo que sí, que me produce un terror infinito. No he mentido esta vez. Gerchunoff está de acuerdo conmigo. Me dice:

—A mí también, y lo que me horripila de la muerte, es la pérdida de la memoria, la imposibilidad de recordar...

En nuestros tres días de charlas consecutivas, hemos hablado muchas cosas más y muchísimo más interesante que las transcritas. Desgraciadamente, lo que puede darse a la publicidad es muy poco, lo menos, y lo más insignificante.

EL REINADO DEL AUTOMOVIL

Según las estadísticas de los especialistas norteamericanos, entre coches de turismo, de lujo, camiones y camionetas, a fines de diciembre de 1926 circulaban en el mundo 27 millones y medio de vehículos automóviles. El aumento del número de autos, durante ese año ascendió a tres millones de vehículos, o sea más de 8,000 cada día.

En esas estadísticas, los Estados Unidos figuraban, naturalmente, a la cabeza, con una circulación de 22 millones de automóviles. La Europa entera sólo cuenta un poco más de tres millones.

El segundo lugar lo ocupa la Gran Bretaña, con 984,368.

El tercer puesto corresponde a Francia, con 901,000 autos.

Después siguen: Canadá, con 820,000; Australia, con 361,000; Alemania, con 318,000; la República Argentina, con 222,000; Italia, con 150,000.

Todos esos automóviles consumen anualmente ¡más de 51,000 millones de esencia!

LOS NIÑOS

(Longfellow).

Venid a mí, niños queridos,
Que ahí estáis: oí vuestro juego.
Y volaron desvanecidos
Mi tedio, mi desasosiego.
Vosotros abris la ventana
Por do mira mi alma al Oriente
Y las aves de la mañana
Cruzan cantando por la mente:
En vuestros pechos no hay vacío,
Todo es sol, y aves, y aura leve;
Viento de otoño hay en el mío,
Y cayó la primera nieve.
¡Ah! ¡nunca hay niños por demás!
¿Sin ellos el mundo qué fuera?
Temamos el desierto de atrás
Más que la noche venidera.
Lo que es a la selva el follaje
Que nutren la luz y el ambiente,
Antes que el dulce humor cuaje
En rígido astil resistente.
Tal son los niños para el mundo;
Le dan a gustar la bonanza
De un clima radiante y jocundo
Que abajo a los troncos no alcanza.
Venid, decidme, prendas suaves,
Aquí, al oído, cierta cosa,
Eso que os cantan vientos y aves
En vuestro cielo de oro y rosa.
¿Qué son nuestras gracias ficticias,
Qué de nuestros libros la ciencia,
Pesados con vuestras caricias,
Y alegre mirar de inocencia?
Eclipsáis cuantas fantasías
Se han dicho o cantado jamás,
Porque sois vivas poesías
Y muertas todas las demás.

RAFAEL POMBO

LA OBRA UNICA E INSUBSTITUIBLE

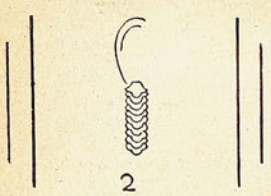
Acelerando de día en día la rapidez de su publicación, en forma incomprensible (dada la suma de trabajos y esfuerzos requeridos) para quien desconozca los poderosos medios de que dispone la Sociedad editora, prosigue su triunfal carrera la gigantesca **Enciclopedia Espasa**, acercándose con celeridad inesperada a su fin.

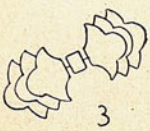
Con brevísimos intervalos, y cuando aún nos faltaba algo por ver de los tomos precedentes, tres nuevos volúmenes de Enciclopedia vienen a enriquecer nuestra biblioteca, el LI, LII y LIII de la colección, integrados en conjunto por cerca de 4.500 páginas, tipográficamente impecables, según es norma de la obra, y riquísimos por la gran variedad de temas.

Cualesquiera que sean las actividades y aficiones del lector, habrá de hallar forzosamente en estos tomos un amplísimo campo donde ensanchar sus conocimientos profesionales, aparte una infinidad de artículos de interés general.

Así, vemos los magníficos estudios dedicados a las voces geográficas: **Río Janeiro, Roma, Rosario, Rumania, Rusia, Salamanca, San Petersburgo**; los de bellas artes: **Románicos, Románticos, Revisión, Revolución, Robo**, y otros muchos. Entre las biografías, recomendamos los referentes a **Reynolds, Ribera, Ricci, Richelieu, Rizal, Robbia, Robert, Robespierre, Rodin, Rodó, Rojas, Romero, Roosevelt, Rossetti, Rossi, Rousseau, Rubéns, Sagasta, Sarasate, Salmerón, Salcillo.**

En definitiva, un nuevo triunfo para los editores y un paso más—y no son muchos ya los que faltan— para llegar a la cima del monumento cultural levantado mediante la **Enciclopedia Espasa.**





FRIVOLIDADES

Nada le presta mayor atención la mujer verdaderamente chic que a esos pequeños detalles que completan una toilette dándole carácter. Ponerse un traje que se ha comprado a una Casa Importadora o uno que ha hecho una buena modista, es cosa fácil que cualquiera puede alcanzar. Pero lo que requiere una verdadera escuela de gusto—ya que pocas la poseen innatamente—es el arte de completar una toilette por medio de las mil pequeñeces que hacen único el modo de vestir de una mujer. Un collar, un broche, una cartera, una nadería tal vez, es lo que imprime originalidad. He aquí para nuestras elegantes una serie de pequeñeces, de frivolidades encantadoras, de entre las cuales han de poder sacar alguna para completar el chic de sus toilettes.

En la figura central vemos los collares que han venido a tomar el sitio de los collares de perlas que ya nadie usa. Este es una creación de Lanvin y está hecho en marfil con incrustaciones de esmalte rojo y negro. La pulsera hace juego. Con un traje oscuro, estas dos notas de color resultarán extraordinariamente atractivas.

El número dos es un adorno para sombrero hecho en lentejuelas de oro y dos aigrettes también de oro. El siguiente número es también un adorno para sombrero, un broche en que se repiten los materiales del anterior. Combinados estos dos adornos pueden hacer un conjunto muy lindo, es decir, poner al sombrero el primero y el segundo en la cintura del traje.

Cartera de forma nueva en cuero azul marino con el cierre de concha perla. Guantes blancos en previl con el puño mosquetero cerrado por una cremallera.

El seis es un tarjetero en esmalte morado y oro. Se lleva en la mano, ya que no tiene cadena para colgarlo del brazo y sirve para las visitas de grande etiqueta.

Luego vemos una flor de género metálico que servirá para prender en el cuello del abrigo de noche. El que sigue es un broche de nácar y esmalte verde que puede emplearse como cierre de un cinturón. Y, por último, tenemos un anillo de plata con un dibujo en gusto moderno esmaltado en colores vivos.

MADAME ROLAND, O EL CISNE

TENIA, como dice Thiers, "las gracias de una francesa y el heroísmo de una romana." Pudo huir, y afrontó el cadalso. Ofrecióse al verdugo como las víctimas antiguas, vestida de blanco, y lapidó, por los siglos de los siglos, el terror revolucionario con su inmortal imprecación a la Libertad:

—¡Libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Se comprende que Lamartine ciñese de laurel estas finas sienes románticas, perladas del sudor agónico, entre el batir de los tambores y la picamar de descamisados y calcetas, dando vivas a la Nación y mueras a la Tiranía. ¿Qué dolor comparable al de esta musa de la Libertad, sacrificada por la Libertad misma? Ninguna de las víctimas del Terror es tan insignemente patética. Ni Lavoisier, pidiendo el plazo de unas horas para descifrar su última reacción química; ni Chenier, corrigiendo su postrer estrofa, momentos antes de subir a la carreta, ofrecen el perfil augusto de esta mujer que, en plena belleza, en plena juventud, en pleno ardimiento liberal, rindió su vida a los sicarios del Terror.

Se comprende también que los "normalistas" discípulos de Agustín Thierry la estudien hoy documentalmente como una profesora de energía intelectual. Esta fué, sobre todo: enérgica. Pero de una energía sin estruendos, sin músculos, toda alma. Inteligente y bella, rige en el salón y en el club con un espíritu de novedad y de reforma. Uno de sus mejores biógrafos, Luis Hinet, señala esta gentil alianza de hermosura y buen juicio, cualidades que rara vez van juntas y que, ciertamente, no la abandonan hasta que perece en el cadalso.

Roland, gran periodista, sutil político, sólida virtud legalista, despósase con esta bella y grave adolescente, en unión casi paternal, puesto que le lleva veinte años, y casi doctrinal, puesto que ordena y guía su cultura, que en poco tiempo es asombrosa. Y he aquí cómo, en este hogar de intelectuales, va surgiendo la Evolución frente a la Revolución, la Medida frente al Desborde, la Selección frente a la Plebe. Roland, ministro de Luis XVI, lleva a las Tullerías todas las ansias de la calle, y a la calle, toda la confusión de las Tullerías. Es, por inspiración de su esposa, el intermediario cordial, el Buen Samaritano de Francia.

Pero la corte no transige. El club no cede. Estrambos fanatismos se aprestan a envilecerse y envilecer. Y entonces, todos los espíritus ponderados forman el cuadro girondino.

Hombres como Vergniaud, como Guadet, como Brissot, como Barbaroux, pródigos de esa Sibila, pretenden encauzar los destinos nacionales. Y, entre la espada de la Convención y la pared de la Corte, parece la Legión Sagrada del Pensamiento. Entonando La Marsellesa mueren los bravos girondinos. E invocando a la Libertad, con un cuarto de siglo cumplido, cae bajo la segura hachería madame Roland, vestida de blanco, como las víctimas antiguas, inmolando "las gracias de una francesa y el heroísmo de una romana."

Para su catarro tome jarabe de Résyl

Curación segura de las **Bronquitis y Toses rebeldes**

Preservación y alivio de la TUBERCULOSIS

Se presenta tambien en comprimidos, forma muy práctica para las personas ocupadas

RESYL

Eter glicero

Consultorio Sentimental

P.— Tengo 22 años y estoy de novia desde hace tres meses. Me comprometí porque quise, sin que nadie forzara mi voluntad, y hoy me ocurre que estoy arrepentida. Hice un viaje por mar, un viaje [illegible] me gustó mucho un señor, de lo que deduzco que mi amor por mi novio no ha sido tal amor, sino una desdichada equivocación en que he incurrido. Mi novio no sabe nada todavía, y yo no me atrevo a casarme con él, sin tener la convicción de que lo quiero mucho. ¿Qué hago? Es muy bueno. Se me hace muy duro ocasionarle tan gran pesar. ¿Me debo casar de todas maneras? — GRINGA.

R.—No se case. Por lo menos, postergue el matrimonio para que esa dualidad de sentimientos aconche y sepa usted a qué atenerse. No hay nada peor que casarse en un estado de animo semejante. De todas maneras, su novio, si rompe usted, sufrirá menos que, si estando casados y quizás con la ligadura de un hijo, se da cuenta del desamor de usted. Desconfíe usted de la volubilidad que anuncia lo que acaba de acontecerle. Aguarde estar muy segura de si misma. El tiempo es un buen consejero. En todo caso es como una rejilla, que deja pasar los amores menudos, pero detiene los sólidos y grandes.

P.—Soy soltera, de 24 años, y tengo una amiga de mi edad que es casada. La frecuento mucho, porque somos amigas desde el colegio. Ella me adora. Yo sin quererlo, sin ni siquiera remotamente pretenderlo y sólo por fatalidad, me he enamorado de su marido. Su viva amistad, me fuerza a pasar en su casa muchas horas y allí he visto al marido y lo he tratado tanto que he llegado a enamorarme de él. Cuando me di cuenta, por respeto a mi amiga dejé de frecuentar la casa, pero ella se demostró extrañada y hube de volver. Por lo que toca a él, no tiene la menor sospecha. Yo se lo he ocultado cuidadosamente. Sin embargo, como ya no me consideraba capaz de seguir haciendo una comedia para mi tan dolorosa, se lo he confesado todo a mi amiga. Primero se alarmó, Pero cuando yo le dije que su marido no sabia nada, recobró la tranquilidad por completo. Le hice ver la necesidad de que yo fuera poco por su casa, pero no la reconoció. Dice que con mis honrados sentimientos ella nada tiene que temer de mi. Yo le contesté que estaba en lo justo, pero que se demostraba egoista pretendiendo que prolongara yo una situación que para mi es una tortura. No quiere entenderlo ¿Qué hago? Dígame usted, señor, qué puedo hacer?—ANA.

R.—Desde luego hacer poderosos esfuerzos de voluntad para vencer el amor. El amor apasionado, es la mamayoría de las veces un proceso de autosugestión, susceptible de vencer con alguna voluntad. En todo caso, no volver donde la amiga sino las veces en que sea indispensable, hasta que ese amor haya desaparecido totalmente. La actitud de su amiga, es de una confianza que honra a usted pero muy peligrosa para ambas. El amor, aunque no se trate sino del caso de una fuerte autosugestión, no es [illegible]. Ese hogar está en peligro si usted no lo remedia, y sobre todo está en peligro la felicidad suya. Renuncie cuanto antes a tan peligroso juego, mil veces más grave para usted que es una muchacha soltera y sin experiencia.

P.—Tengo 18 años. Soy hija única y mi padre se casa en segundas nupcias. Yo le he rogado que no lo haga. Nada tengo que decir en contra de mi madrastra a quien odio sin conocer y a quien me resistiré a ver jamás. Como soy muy joven no puedo marcharme de casa. Mi padre no quiere consentirlo. Mi madre murió hace dos años. Yo no podría soportar la presencia de otra mujer en la casa y en el sitio que ella ocupó. Si no encuentro donde irme o si mi padre me retiene, me mataré. ¿Vé usted alguna salida para mi angustiosa situación?—N.

R.—La resignación. No veo otra. Es de pensar en matarse es una maldad y un disparate. Si su padre la quiere a usted, no tiene usted por que pensar o proponerse a castigarlo, dándole tan gran pesar. Comprendemos la firmeza de sus sentimientos filiales, pero piense usted, señorita, que generalmente, son los buenos casados y los que mucho han amado a su mujer, los que se casan pronto una vez que enviudan. No pueden privarse de la compañía que les falta, y buscan angustiosamente con qué llenar ese vacío. Reflexione usted, conozca a su madrastra y si no lo merece, no la odie usted, porque el odio no envenena en verdad, sino al que lo siente.

Toda correspondencia debe dirigirse en la siguiente forma: Dirección de "Para Todos". (Sección Consultorio Sentimental). Casilla 3518. — SANTIAGO.

La Señorita

Marthe Chenal,

la hermosa diva de la GRAN OPERA de PARIS, habla de la "VELOUTY" de DIXOR (M. R.)

"Velouty de Dixor"
Tu nous donnes blancheur
De neige — plus encor
Des roses la fraîcheur!
Marthe Chenal

Traducción:

"Velouty de Dixor"
La blancura nos das
De la nieve; aún más:
De rosas el frescor.

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS.

EL MEDICO EN CASA

HAY que huir del romadizo como del peor de los males, ya que por un romadizo mal cuidado se puede llegar a las más graves complicaciones. Cuando se sienta ese abombamiento a la cabeza que es tal vez el primero de sus síntomas, hay que ponerse en la parte interior de la nariz aceite de oliva y aspirar flor de azufre. Por las noches se puede poner un pañuelo amarrado fuertemente a las sienes. Cuando se siente que el romadizo cede se puede terminar con él bañándose las narices con árnica. Es un remedio algo heróico, pero soberano.

Otro remedio que corta enteramente el romadizo, si se aplica en el primer momento, es aspirar vapor de agua hirviendo en que se haya echado una buena cantidad de alcohol alcanforado.

Como tónico puede tomarse tres veces al día la siguiente preparación: Vanarol, 1 gramo. Antipirina, 1 gramo. Jarabe de bálsamo del Perú, 20 gramos.

Pinchaduras de agujas.

Las que se ocupan en trabajos de tapicerías en lanas, deben cuidar mucho de no pincharse con las agujas porque muchas lanas están teñidas con sustancias venenosas.

Si llegara a producirse un pinchazo debe inmediatamente meter la parte afectada en alcohol y mejor todavía, en alcohol al que se le habrá agregado unas cuantas gotas de ácido fénico.

Las quemaduras

Las madres deben siempre tener a mano remedios para estos pequeños accidentes que en pequeña escala están siempre sufriendo los niños. Ya con un fósforo, con un cohete, con un anafe, con un brasero, con una estufa, el caso es que por mucho que se cuide a los niños, en gracia de su imprudencia, suelen producirse quemaduras leves, por suerte, que se pueden perfectamente cuidar sin auxilio de médico.

Un excelente remedio para calmar el dolor y disminuir la inflamación es dejar caer éter, gota a gota, sobre la quemadura. Cuando el dolor se ha calmado, se envuelve la parte dañada con una compresa de agua fría y extracto de Saturno o de fenol mezclado con agua en partes iguales.

El agua destilada de laurel cerezo en la proporción de 8 por 100 con agua de goma es un excelente remedio para las quemaduras.

También se puede aplicar una cantidad espesa de colodión, de manera de producir una piel ficticia que permita la formación de la verdadera piel debajo e impida al mismo tiempo la acción dolorosa y perjudicial del aire.

Otro remedio de una eficacia comprobada y muy sencillo es el siguiente: en el mismo momento en que se produzca la quemadura, se vierte alcohol en una vasija honda y se sumerje en él la parte quemada. Se notará que el dolor del paciente va desapareciendo y al cabo de una hora, hasta la misma ampolla no sólo se hace insensible, sino que disminuye considerablemente de volúmen.

Ua vez que la quemadura ha cicatrizado queda la mancha que muchas veces se hace rebelde a todo tratamiento y pone su fea marca en un sitio a lo mejor visible.

Hay que hacer entonces la siguiente pomada: Jabón blanco de Marsella, 20 gramos. Miel de Narbona, 120 gramos. Polvos de estosaque, 15 gramos. Aplicada esta pomada por las noches y espolvoreada con talco, se verá que al poco de usarla constantemente, las manchas de las quemaduras van desapareciendo.

El estreñimiento.

Hay mujeres en las cuales el estreñimiento forma parte de su estado normal.

Nuesra naturaleza, nuestro traje y nuestro régimen nos convierten esa desoladora indisposición en amenaza constante para nuestra salud y para nuestra belleza.

El estreñimiento es el menos declarado, pero el más real enemigo de nuestra cutis y de nuestro color. Está relacionado con la gastriti, la enteritis y la dispensia. Por pereza, muchas veces, no se vigila el buen funcionamiento del intestino.

Otras veces se retarda voluntariamente el deseo de necesidades que hechas a horas fijas, son la salud de nuestro organismo.

La que tenga tendencias al estreñimiento, debe observar estrictamente ciertas reglas, hasta que la naturaleza se ordene normalmente. Si no hace esto, puede estar segura de que dentro de poco tiempo su cutis estará ajado, lleno de arrugas, con un feo color amarilloso y que le pelo, los ojos, y hasta las uñas sufrirán con este estado general de salud, que sólo depende del buen funcionamiento de su intestino.

Las legumbres verdes, las espinacas, las zanahorias, los repollitos de Bruselas, etc , constituyen una excelente alimentación para las personas que padecen de estreñimiento.

No recomendamos las drogas sino para los casos crónicos muy rebeldes. Un buen régimen alimenticio es lo mejor. Hay que suprimir la carne, el chancho, el vino y licores en general y los aliños y salsas. Las verduras antes indicadas, más las ciruelas, huesillos y descarozados son los mejores estimulantes.

Cuando el caso es muy grave se puede tomar en las noches una cucharada de vaselina líquida o sino una infusión de hojas de sen, 20 gramos. Hojas de coca, 4 gramos. Hojas de fahan, 4 gramos.

Para evitar los dolores abdominales con que el estreñimiento suele venir acompañado, hay que tener siempre el vientre abrigado, si es posible con una faja de lana.

EN PRO Y EN CONTRA DE LA MUJER

Todas las virtudes de la humanidad son inherentes a la mujer: el hombre, por el contrario, necesita conquistarlas.—Caro.

El corazón de la mujer es como a estos instrumentos, que suenan bien o mal, según quien los toca.—Saint Prosper.

Exceptuando a mi madre, odio a toda la raza de la mujer.—Eurípides.

La mujer es a la felicidad del hombre lo que el acorde al instrumento de música, lo que la entonación a una sonata, lo que la armonía a todas las cosas.—J. L.

La mujer es la obra maestra del universo. —Lusing

La mujer es la amiga natural del hombre.—Bonald.

La Naturaleza ha puesto bajo su protección a la mujer y la ha tratado con ilimitada preferencia.—Humboldt.

El enemigo natural del hombre es la mujer.—Montaigne.

Se dice que lo que quiere una mujer lo quiere Dios. Este proverbio sólo es verdad cuando la mujer quiere algo malo.—Delaunoye.

La mujer es realmente la flor de la existencia. —Saint Pierre.

La mujer es el instrumento del diablo.—San Bernardo

La mujer es la puerta de todas las desgracias. —Hovelle.

La mujer no es solamente nuestra igual, sino en muchos puntos nuestra superior.—Michelet.

El hombre y la mujer ni son iguales ni podrán llegar a serlo.—Bonald.

EL ALMACEN CENTRAL DE

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO

SANTIAGO

Propietaria también de { Empresa Zig-Zag. Soc. Imp. y Litog. "Concepción". Emp. Gráfica. Artículos Réclame "EGAR"

SE ESTÁ INSTALANDO EN

AHUMADA 32

Y

NUEVA YORK 37

ATIENDE ADEMÁS AL PUBLICO EN

MATUCANA esq. ROMERO

a media cuadra de la Estación Alameda

TELEFONO 257 - ESTACION - CASILLA 1017

DEL RING AL ESCENARIO

UNA ENTREVISTA CON JORGE CARPENTIER

ESTA noche voy a entrevistar a Jorge Carpentier. No se saca nada con ser bravo, con tener un puño seguro que golpea firme, cuando se tiene que afrontar una entrevista a solas, frente a frente, con Jorge Carpentier. No deja de dar cierta aprensión la perspectiva. Si el terrible boxeador se enojara, si de pronto sus terribles manos se cerraran enviando un derecho al mentón...

—Una entrevista—me asegura el señor Varna—no es un match de box. Usted va a ver un artista que danza, que canta y que representa comedias. Le juro que es otro hombre, un hombre nuevo...

Es lo mismo. Cuando franqueo el umbral deslumbrador del "Palace", no llevo mucha tranquilidad en el espíritu... Tengo suerte: Carpentier está en escena. Muy derecho en su smoking impecable, mira la sala atenta, con una sorpresa encantadora, en que hay aún mucho de emoción y canta. Y canta muy bien. Sonríe. Se excusa. Y poco a poco empieza a boxear en una parodia de match con miss Hamilton. Después danza con Florencia Walton, flirteando con ella. Se ve cuanta aplicación pone en su tarea. Después boxeará en verdad. Pero ya su buen humor, su modestia, su actuación ha conquistado la sala y los bravos aturden en sus estallidos.

En medio de una serie de girls reidoras y medio desvestidas, que suben las escaleras, llego hasta el camarín del simpático artista. El cuerpo musculoso está ahí, grande, soberbio y desnudo en su fuerza serena, dibujada con una gran pureza de líneas. Está sentado frente a un espejo, sereno, bello, las piernas extendidas, el codo apoyado en la mesa del tocador. Parece "El Hércules en Reposo" del Parthenón. Nunca como esta noche he sentido la emocionante belleza de las obras maestras de Phidias y de Práxiteles donde, bajo un mármol raro, palpita una alma. Esta vez, delante de Carpentier, siento la misma emoción que pudiera darme la estátua, aumentada aún por la sorpresa de que sea un hombre el que tiene esa belleza perfecta. Al principio hablo en voz baja, pero luego una mano amistosa se tiende hacia mí. Se diría que este hombre tiene miedo de su fuerza, que tiene miedo de causar miedo. No es el Titán el que habla, es un gigante buen chico, un chico tímido y dulce, que es el más simpático de los chicos de Francia: nuestro Jorge... Es muy sencillo, una sonrisa va subrayando las palabras de bienvenida.

—Hable, lo escucho.

Y como antes que todo yo soy "público", es del público por quien le pregunto, por el que un momento antes lo ha aplaudido frenéticamente.

—A ese público le debo emociones menos fuertes que al público del ring. Comprendo que esté completamente sorprendido: ¡ver al hombre que ayer nada más daba golpes espantosos y que al día siguiente se presenta en un escenario para danzar y cantar! Esperan que aparezca un coloso torpe que a cada movimiento rompe algo y se encuentran conmigo, que con mucha modestia hago una serie de cosas gentiles, divertidas. Entonces se encantan.

—¿Le gusta su oficio?

—Enormemente.

—¿Es más fácil que aprender a boxear?

—Pero no... Los pasos americanos se danzan a contratiempo y por lo tanto son sumamente difíciles de coger. Hay que tener un oído excelente.

—¿Y el canto?

—Adoro la música, la opereta y la canción.

Y Carpentier, canturreando, se pone un peinador claro con galones negros, que lo modela como un jersey.

—¿Debe usted recibir una enormidad de cartas de amor, de declaraciones frenéticas?

Jorge responde con una sonrisa en que no se sabe qué hay más: si satisfacción o ironía. Y como yo insista en mi pregunta con una curiosidad pueril, acaba por decirme:

—Aunque tuviera aquí una de esas cartas, no se la mostraría a nadie y menos a usted, que pertenece a esa raza terriblemente indiscreta de los periodistas.

Lo dice con una sinceridad que tiene todo el acento de la verdad y que hace honor al artista y al hombre.

—¿Le gusta a usted representar comedias?

—La comedia me encanta. Haría de mil amores un rol en alguna pieza fantasista de autor alegre, de un Tristán Bernard o de un Yves Miranda. Las ofertas no me faltan, pero yo quiero estudiar muy bien las piezas para ver aquella que encuadre exactamente con mi temperamento. Antes de interpretar un rol quiero sentirlo, enamorarme de él, si puede así decirse.

He perdido ya el miedo y entonces es cuando pregunto: "Y el box?"

Esta vez es el campeón cargado con el peso de ciento cincuenta victorias, el que contesta muy neto, muy franco:

—Lo practico, lo practicaré siempre, es lo que me gusta más en el mundo. Ya no lo practico como profesional, pero no he dejado, no dejaré nunca de boxear como aficionado, para mi propio placer—y dice gravemente: "Si dejara de boxear me enfermaría, tendría fiebre."

Jorge Carpentier se levanta de pronto, exaltado y enorme. Y alrededor de nosotros—tanto la ilusión es fuerte y tomadora—parece que el rumor de la multitud se oyera con sus aclamaciones, sus gritos y sus aplausos. Me parece que el peinador va a caer, que los preparadores entran. Tengo la impresión dee tocar los cordeles, de oír el golpe seco del gong. Minuto admirable lleno de recuerdos febriles... Pero el timbre del entreacto suena. Hay que tomar la máscara—la máscara de la Comedia—y es con su nuevo aspecto con el que Jorge Carpentier me da una breve y cordial despedida y desaparece.—PAUL L'EVESQNE.

VIAJE DE INSPECCION

APENAS tomó posesión de su alto cargo el general Jonesco, recientemente nombrado director de los ferrocarriles de Rumania, quiso cerciorarse por sí mismo del fundamento que pudieren tener las quejas acerca de las malas condiciones en que se viajaba en el país y de la conducta irregular de algunos empleados ferroviarios, que explotaban, descarada e indignamente, a los viajeros.

Al efecto, decidió hacer un viaje de inspección sin previo aviso, solo, disfrazado con una barba postiza y vestido con modesto traje de paisano.

Y en ese viaje ha visto cosas curiosísimas.

En primer lugar, en el despacho de billetes le cobraron por el suyo el doble del precio marcado en la tarifa.

En el momento de pasar al andén, el empleado encargado de vigilar la entrada le hizo observar que el billete carecía de algunos requisitos reglamentarios; pero para evitar molestias al viajero, y mediante una propina, accedió a franquearle la puerta.

No había acabado el general de instalarse en un compartimento, cuando un nuevo empleado reparó en que el billete tenía equivocada la fecha, y... la cosa se arregló con otra propina.

A poco de haberse puesto el tren en marcha, el inspector de ruta impuso al general una multa de 30 leis, ¡porque no fumaba yendo en un compartimento de fumadores!

Así comenzó el viaje de inspección del general Jonesco.

EL TEATRO MAS GRANDE

EL teatro más grande del mundo es, sin duda alguna, el colosal Roxy Theatre, de Nueva York, que acaba de ser inaugurado.

La magnífica sala puede contener 6,200 espectadores.

Actualmente cuenta con una orquesta de cien ejecutantes, con una masa coral importantísima y un cuerpo de baile de 50 bailarinas.

Tiene un órgano, también el más grande del mundo, en el que tres artistas pueden tocar simultáneamente en tres teclados distintos.

También tiene un hermoso carillón, de 21 campanas.

Unas cifras para terminar la noticia. Durante la semana del 12 al 18 de marzo, todos los días, desde mediodía a media noche, la sala ha estado completamente llena, y la recaudación por venta de entradas ha alcanzado el formidable total de 157,611 dólares, o sea, en números redondos, un millón de pesetas.

Un Drama

Edith dice que ella le daba todo el dinero que no necesitaba para vestirse, pues soñaba con un hogar propio y en tener un automóvil.

Pero a ella no le gustaban las conversaciones de los camarines, las conversaciones de damas con caras de santas, cuerpos celestiales, pero de cerebros muy mundanos.

Sus compañeras [illegible] este disgusto y trataron de escandalizar a la muchacha. Cuando terminó la temporada Edith se dió cuenta de que ella no había nacido para trabajar en los escenarios.

Aquí principiaron sus dificultades domésticas. Allen era un actor típico, que vivía, respiraba en la escena y no hablaba nada más que de cosas de su oficio.

Ahora que su mujer había abandonado el teatro, no tenían nada en común, y ella encontró pronto que sólo iba a su casa para dormir y para cambiarse de ropa. Edith cree que ninguna otra mujer le disputaba su cariño. Pero un marido que se halla siempre fuera de su casa no puede convenirle a ninguna muchacha que tenga algo de amor propio.

Por último, ella se negó a continuar representando el papel de una muñeca y determinó regresar al lado de su madre que vivía en Washington. Para hacer esto necesitaba dinero para el pasaje, y la desgraciada esposa encontró a su

Mrs Edith Parker Davis en su danza acostumbrada.

MR. Earlz Carroll, director y autor dramático tuvo que oír el otro día una dolorosa historia relatada por los rojos labios de una hermosa corista. Miss Edith Davis le contó la historia de su vida que había sido corta y dulce hasta el tiempo de su matrimonio.

Hacía pocos años que había llegado a Nueva York, y primero había sido modelo de un establecimiento de modas y todavía ocupaba ese empleo cuando conoció a Allen Davis, que trabajaba como actor en un vaudeville y con el cual se casó.

Ambos trabajaron durante el año pasado en el Vanities Theater, él ganando sesenta dólares semanales y ella cincuenta.

COSAS

Destruir es cambiar; nada más. En la destrucción está la necesidad de la creación. En la destrucción está el pensamiento de lo que anhela llegar a ser.

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

En el mundo en que nada se aniquila; en el mundo en que nada se crea; en el mundo físico; en el mundo moral; en el mundo en que la nada no existe...

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

En el volcán que se levanta en medio del océano; en la isla que se hundo en el mar; en la ola que se evapora, en la nube que se condensa en lluvia...

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

En la tierra que se rompe con el arado; en el mineral que se funde en el horno; en el cuerpo que se volatiliza, en el prejuicio que desaparece...

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

Pálidas imágenes del pensar humano; brutales explosiones de la materia inerte; sois igualmente destructoras; sois igualmente creadoras.

Destruir es cambiar; no algo más:

¡Destruir es crear!

PIO BAROJA

entre Bastidores

marido comiendo en el departamento de un autor teatral. Ella y su marido se retiraron a uno de los dormitorios para conversar privadamente, y le echó en cara todas sus faltas, repitiéndoselas como el único y gastado disco de un fonógrafo. La discusión fué agriándose y una pistola intervino en la disputa, causando dos heridas a Mr. Davis. Inmediatamente Edith sintió el horror de la acción que acababa de cometer y los remordimientos la agobiaron.

Lo demás que recuerda, fué que se encontró corriendo en la calle seguida por tres policías, que la persiguieron con el instinto de un perro cazador que persigue cualquier cosa que huya. Cuando la cogieron los policías comprobaron que su instinto no los había engañado.

Edith terminó su historia repitiendo que ella amaba a su marido más que a todo en el mundo, y que no haría nada para tratar de justificarse.

Mr. Carroll notando que se acercaban algunos detectives, se limitó a decir:

—Esa es una noble conducta y yo la comprendo a usted muy bien.

El mismo dió los diez mil quinientos dólares de fianza, y le dió cita en un restaurant para que comieran juntos. La tarde siguiente, mientras el director comía con su corista, recobrada de la cárcel, le explicó el trabajo que le daría en el teatro.

Lo que pretendía Mr. Carroll era que ella cantara una canción que había hecho componer durante los días en que Edith se hallaba en prisión. La canción se llamaba "¿Por qué disparé contra mi marido?", y según él, lo más divertido que tenía en la letra era una parte en que decía que lo había herido por amor. Después de ésto debía cantar parodias de canciones viejas y nuevas, pero sus títulos hicieron estremecerse de horror a la pobre joven. He aquí algunos: "Juanita, tráeme la pistola", "Genoveva murió de un tiro", "Me divorcié de él con la ayuda de un revólver" "Sí, señor, ella me va a matar". Edith se negó terminantemente a aceptar este nuevo papel que le ofrecía su director, y Mr. Carroll indignado ha retirado la fianza y la pobre Edith ha ido a parar de nuevo con sus pobres huesos a la cárcel. Mientras tanto Allen Davis ha mejorado visiblemente de sus heridas, y ha declarado ante el juez que él tiene la culpa de todo lo sucedido. Dice que espera nada más que salir del hospital para unirse otra vez con Edith, a la que nunca ha cesado de amar.

Edith Davis disparó dos tiros de su pistola sobre su marido, pero inmediatamente se sintió horrorizada y escapó corriendo hacia la calle.

EL ESPOSO IDEAL

El esposo ideal puede ser empleado del estado, concertista, poeta, futurista, millonario o cualquiera cosa. Pero es antes, después o siempre, un perfecto diplomático.

Quizá ignore ciertas reglas de urbanidad, como con el cuchillo o toque el saxófono: acaso tenga el perfil de un aguacate, la gracia de una tortuga o manía por las corbatas chillonas.

El nunca olvidará vuestro cumpleaños y jamás recordará vuestra edad.

El, nunca insistirá veros antes del desayuno, ahorrando así pequeñas lastimaduras a vuestra vanidad.

El, siempre tendrá el piropo listo para cuando estrenéis un vestido o un sombrero y nunca "notará" las pequeñas arrugas que el cansancio o la edad graban en torno a los ojos o a la grasa que se va acumulando debajo de la barbilla.

El nunca se reirá de vuestras equivocaciones, jamás os hará objeto de mofa en público ni en privado, creyéndose siempre perfecto.

El jamás aludirá a vuestro pasado con ironía y, al daros el beso de despedida por la mañana, no mirará al reloj o la puerta.

El jamás hablará de los encantos físicos de otra mujer de menos de cincuenta años.

El jamás arrojará agua fría sobre vuestro entusiasmo, y con frecuencia os traerá jacintos, que simbolizan la belleza del alma.

El es el hombre que sabe que mientras mantenga "viva" la vanidad de su compañera nunca disminuirá su amor por él, y el que, graciosamente, lubrica las ruedas del carro matrimonial para que no sufra tropiezos.

Y después de todo esto, podrá hacer lo que desee, pues él es el "esposo ideal".

LA MUJER EN EL HOGAR

LA ciencia que más importa a las mujeres conocer es la economía doméstica, que trata de todas las cuestiones relativas a la administración y a la dirección de una familia.

Administrar una familia consiste en disponer de todos los medios, de modo que se le procure en el presente y en el porvenir la mayor cantidad de bienestar posible, en atención a los recursos de que dispone

La dirección es arreglar la existencia moral y asegurar la subsistencia y la representación social en el círculo en que se vive.

Se llama **familia** una reunión de individuos, generalmente parientes o unidos los unos a los otros, teniendo entre ellos una estrecha solidaridad de afecto, de interés y de creencias.

La familia es una unidad social, y toda persona que administra o dirige una familia cumple una función social muy importante.

La administración y una parte de la dirección de las familias están, en general, confiadas a las mujeres, y por eso ejercen una influencia considerable.

La mujer, como individuo, puede proceder de diferentes maneras en la sociedad: puede ser comerciante, obrera, escritora; pero si se quiere precisar y determinar el alcance de su figura, es decir, de su papel de mujer **indispensable al funcionamiento social**, se reconoce que no puede producirse sino de tres maneras diferentes:

1.a Vigilando la prosperidad de una familia, que se mantendrá tanto mejor cuanto más sabiamente sea administrada.

2.a Educando los niños, que serán los miembros más o menos útiles a la sociedad, segun que hayan sido más o menos bien educados y dirigidos.

3.a Creando con sus cuidados y combinaciones, en apariencias íntimas, una reserva para el porvenir, que también es una unidad de la fortuna pública.

La importancia de ese papel la eleva a la altura de una misión. Cuando la mujer lo llena dignamente, la sociedad no tiene derecho a exigirle otra cosa, y de cualquiera manera que obra de otro modo, su acción no tendrá jamás la misma importancia.

Si esta misión de la mujer se ejerce en el silencio, en la esfera modesta del hogar, no por eso es inferior, ni menos alta, ni menos esencial a la prosperidad de las naciones.

Lo que nos parece infinitamente pequeño es a veces lo más importante.

La aptitud para dirigir y administrar una familia, no es en la mujer una facultad innata, es el resultado natural de la inteligencia y de la educación. Nosotros decimos a la vez la **inteligencia** y la **educación**, porque si, por la simple costumbre, una mujer inteligente puede siempre resolver poco más o menos las cuestiones ordinarias, se presentan a cada instante en la vida dificultades que nadie resolverá si el estudio no le ha preparado a ello.

La economía doméstica, en efecto, no consiste solamente en la práctica de las cosas del arreglo doméstico; en su parte teórica no puede apoyarse más que en los datos ciertos y positivos de la ciencia. Estos datos le son suministrados, segun los casos, por las Ciencias físicas y naturales, o bien por las ciencias morales y políticas.

La alimentación, el lavado, el vestido, la habitación, la higiene, interesan a los problemas más delicados de la química y de la fisiología. Se trata de establecer el presupuesto de la familia, de equilibrar los recursos y los gastos, de buscar las causas de prosperidad y suprimir las causas de ruina, de prever el encarecimiento de los comestibles o la disminución de las rentas, de determinar la mejor colocación de los ahorros; problemas de economía política que se ponen ante el ama de gobierno, pero más grande y más difícil es aún la misión de la mujer. No solamente la prosperidad y la dicha presentes de la familia, sino su seguridad en lo sucesivo, dependen de ella en una medida muy grande; tiene también su parte de responsabilidad en el porvenir del país.

1.o Debe preparar sus hijos, para que sean útiles, almas sanas, corazones altamente esforzados.

2.o Debe hacer del hogar que se le ha confiado un lugar tranquilo y dulce, donde el hombre pueda reposar del trabajo y de las luchas de la vida y de donde salga vivificado, sosegado y bueno.

3.o Debe tener para todos, marido, hijos, criados, pero particularmente para el hijo, un lugar de estimación tan querido y venerable que más tarde cada uno de ellos, en su fuero interno, pueda transportarse como a un tribunal supremo, para juzgar sus propios actos y permanecer en el deber.

Así es como la influencia de una humilde mujer puede, mucho tiempo después de que haya desaparecido, hacer aún bendecir su memoria; pero que se persuada bien de que la estima en que los suyos la tienen, es la misma condición de esta influencia.

Estos sentimientos de confianza y de estimación deben extenderse mucho más allá del círculo del estrecho parentesco.

Es a la mujer a la que le está confiado el cuidado de mantener y de consolidar los vínculos que unen su familia a las familias afines y al resto de la sociedad. Parentescos frágiles que las pasiones humanas extienden o rompen fácilmente, y que, sin embargo, forman alrededor de cada domicilio como un escudo de amistad, de benevolencia, de ayuda y de protección.

Esta ciencia, en apariencia tan fútil, de las relaciones sociales, no es en el fondo más que el resumen de las atenciones y de la asistencia que nos debemos los unos a los otros; pero las conveniencias, las costumbres, la moda misma, influyen sobre ella en gran parte; los disgustos no están compensados por la mancomunidad de interés y los estrechos vínculos de la sangre.

Es necesario a la mujer un tacto infinito de prudencia y de delicadeza; es menester un sentimiento exquisito de las conveniencias para procurar y conservar a los suyos los beneficios de un excelente medio y relaciones, o quizás de amistades útiles.

Tal es la elevada misión de las obligaciones que la Naturaleza y la sociedad imponen a la mujer, tales son los deberes de que necesita rendir cuenta a su familia y a su país. Pero estas obligaciones no las conocerá de ciencia cierta si no las estudia seriamente en el conjunto y en los detalles. Estos deberes no los llenará en toda su extensión, si no está preparada para ellos desde su juventud, desarrollando en ella las cualidades que forman sus bases.

Para llenar completamente su tarea de mujer de gobierno, son necesarias desde el principio dos grandes cualidades: el orden y la vigilancia.

Ajuste perfecto

Las Medias Holeproof de seda ciñen perfectamente la pierna siguiendo fielmente todas las curvas y contornos, sin formar la más leve arruga. Esto es debido a que se tejen a la medida. No se estiran mecánicamente.

Las Medias Holeproof se venden en 31 matices Parisienses, con y sin cuchillas caladas. Tienen 5 características de elegancia y durabilidad. No obstante su excelencia, sus precios son razonables.

Uselas usted por elegancia y economía.

Lisas y con cuchilla calada. — En todas las tiendas.
Si no tienen la marca HOLEPROOF en la puntera no son legítimas.

Cuatro de los estilos HOLEPROOF más populares para señoritas, son los números 2200 y 2230 lisas y 2000 y 2145 con cuchilla calada, de rica seda natural, costura disminuida y pié francés.

Medias Holeproof
(Pronúnciese Jolprof)

Representante: O. H. Mitchell, Huérfanos 761, Santiago.
Al por mayor: Emile Samuel, Huérfanos 736, Santiago

El orden es el arte de dar a cada cosa su lugar, a cada objeto su importancia.

La vigilancia es el cuidado del dueño que mira y sabe ver, es la firmeza para mantener las decisiones tomadas y el espíritu de prosecución en la dirección de las cosas.

Es fácil hacer reglamentos para sí mismo y para los otros; es fácil poner en determinados días toda la casa al revés, con pretexto de gran arreglo; es fácil hacer producir de repente, como un relámpago, la cólera de una madre ofendida. Pero si la dueña de la casa no vigila constantemente a su personal y a ella misma, si los hijos no están amoldados a la disciplina y los sirvientes al trabajo regular, no se necesitarán más que algunos días para que todo vuelva a caer en el caos.

Sin embargo, esta vigilancia no permite una minuciosa revisión de cada detalle todos los días; solamente se necesita tener dulzura y voluntad para que se hagan bien las cosas, hasta que el orden, el trabajo, la limpieza, la exactitud, hayan pasado al estado de costumbre.

Las obligaciones morales de la mujer piden otras muchas cualidades.

La familia es en pequeño la imagen de la sociedad: las mismas pasiones se agitan en ella, los mismos trabajos se encuentran. En esta agrupación de individuos, parientes, hijos, servidores, los caracteres casi siempre son diferentes, los intereses opuestos a menudo, y la mujer, sobre la que recaen todas las responsabilidades, se debe al esplendor de su casa.

Para volver a encontrarse siempre con su superioridad incontestada y su autoridad intacta, es necesaria una **abnegación absoluta**, para atraerse los corazones; una **perfecta modestia**, para manejar los amores propios; una **ciencia** profunda de lo justo, para arreglar conveniencias tan diversas; una **benevolencia extrema**, para dulcificar los razonamientos, y una **previsión vigilante**, para impedir los conflictos.

Todas estas cualidades no se improvisan; existe siempre el germen en el corazón, en los instintos de mujer, pero solamente en la razón sacará las fuerzas necesarias para saber dirigirse a sí misma, reformar aquí o desarrollar allá.

La personalidad de cada uno de nosotros está en nuestras manos, en la época de la juventud, un instrumento admirablemente dócil, pero que no se modifica sino por medio de un trabajo personal y constante.

La educación previsora hace tocar la realidad de las cosas, invita a la buena voluntad y llama al orden; la necesitamos para perfeccionarnos y engrandecernos. El alma humana no cede más que a sus propios esfuerzos.

De aquí que los que desprecian las tareas que la dirección del hogar y la familia imponen a la mujer ignoran que para esta misión se necesita más espíritu culto y sólida instrucción que para cualquier otra carrera o arte, que sólo exigen determinados conocimientos, mientras la buena dueña de casa necesita saber un poco de todo.

FACETAS DE LA ACTUALIDAD

CONGRESO DE ESPIRITISTAS

SITIADOS por el escepticismo socarrón del accidente, cuarenta y dos sabios psiquiatras están actualmente deliberando en París, protegidos por la hospitalidad cordial de la Sorbona.

Quieren averiguar esos sabios la existencia del sexto sentido, que se relaciona con el metafísico más allá. Y todo, como siempre, no habría pasado de nuestra clásica encogida de hombros si no fuera que llegan noticias tan sensacionales que exceden de toda ponderación.

En efecto, y entre otras cosas espeluznantes, James Mac-Master, norteamericano, presentó a la asamblea la impresión digital de un espíritu. La obtuvo en Boston, ciudad donde, como en todas las de los Estados Unidos, impera la ley seca...

Bird, colega de Master—dicen los telegramas—presentó una fotografía en la que se veía a uno de los presentes a la reunión apretando la mano de un espíritu. Expresó que la sensación causada era como la que se sentía al tocar sangre humana, y que el apretón era muy fugaz, ya que la sustancia teleplástica desaparece a la vista, aunque continúe existiendo veinte segundos. Agregó Bird que se descubrió que las impresiones digitales del espíritu que habían sido fotografiadas eran idénticas a las del pulgar de la mano del padre de la medium, que falleció hace quince años. Dichas impresiones digitales fueron tomadas por un oficial de policía, de una navaja que había usado el difunto poco antes de morir y que desde entonces no había sido tocada.

El hecho ha conmovido a París y un diario, "París Soir", que no lo discute, llega a la molesta conclusión de que toda la humanidad tendrá que alistarse en los gabinetes de identificación para abastecer la demanda de fichas dactiloscópicas de los espíritus...

Y SIGUE LO METAFÍSICO...

PERO si bien es cierto que en París los espíritus están dando más preocupaciones que los "camelots du roi", desde Italia llegan noticias más sorprendentes.

El profesor Cazzamali, de la Universidad de Milán, ha enviado una comunicación al Congreso Psiquiátrico de la Sorbona, por la que pone en conocimiento de la sutil asamblea que ha conseguido fotografiar las emanaciones del cerebro humano. Para obtener ese resultado, el profesor Cazzamali coloca a sujetos hipnotizados en una habitación dotada de aparatos especialmente construídos y que contienen placas sensibles, en las que luego pueden ser observadas algunas manchas, más o menos rectas, que varían según el temperamento del sujeto.

Son cosas verdaderamente sorprendentes, de las que muchas personas ya no dudan y de las que podemos esperar provechosas consecuencias; sobre todo de nuestra penetración en el mundo formidable de las ex personas, ya que, por ejemplo, resultaría sumamente interesante conocer algo sobre la solución que ellas le han dado al problema del tránsito.

LA CREOSOTA, CALMANTE CARDIACO...

NO sabemos si es en las novelas de la Invernizio, de Vargas Vila o de Pérez Escrich, donde aparecen hechos iguales—no lo podemos afirmar por lo mismo que las hemos leído—pero esos lanzamientos de cosas quemantes a la cara, están en los noveleros.

Todo esto a propósito de esa niñita de la apacible Quillota, que el otro día roció con la consonante, o sea con creosota, el rostro de tres de sus conciudadanas que se paseaban con un joven. No hay para qué insistir en que la causa del desaguisado es el joven. Diez gramos de celos y una mujer son más explosivos que un kilo de nitro-glicerina.

Pero el hecho es curioso. Estábamos acostumbrados al clásico vitriolo. La creosota, hasta ayer, desempeñaba el modesto papel de calmante para las muelas.

A esa niñita que la ha hecho entrar en el Código Penal, debiera darle un dolor de muelas muy grande, tanto o más que sus celos; y entonces, desesperada, que no encontrara creosota por ninguna parte...

EN LA FANTASTICA CINELANDIA

EN ese país maravilloso, miliunochesco y fabuloso de Cinelandia—vulgo Hollywood—donde hasta el romadizo pasa las fronteras de lo real, los romances acaban, como en todas partes, en matrimonio.

Pero el matrimonio de Cinelandia no es como el otro, con muebles a plazo, datos demográficos, riñas amenas y carácter de eternidad. Nó. Es, simplemente, una película. Con la diferencia, tan sólo, de que no termina en matrimonio precisamente sino en divorcio.

Se casa la "estrella". Todos los diarios publican su fotografía. Al poco tiempo ella descubre que su marido es roncador o partidario del escabeche, y se divorcia. Los jueces en Los Angeles son los ángeles de los jueces, y divorciarse no cuesta nada. Entonces (se ha divorciado la "estrella") los diarios publican su retrato. Resultado: Una propaganda que, aun con gastos de pleito y de posible indemnización al asteroide, sale gratis. Además la "estrella", abúlica, displicente, cansada de hacerle películas al público, se ha hecho una para ella. Provecho y recreación.

Ahora se ha casado Norma Shearer, la gentil canadiense, con el director Irving Thalberg. El matrimonio, con toda la pompa de las cosas efímeras, se realizó el jueves recién pasado en Hollywood. Todos los diarios publicaron el retrato de la "estrella"...

LA ACTUALIDAD MEJICANA

EN Méjico han sucedido cosas lamentables en estos días. Las prematuras vísperas electorales encendieron mucho los ánimos y se llegó, por último, a un extremo revolucionario. Los candidatos, generales Serrano y Gómez, eran enemigos de la reelección, representada por el general Obregón. Como sus argumentos no consiguieron aminorar la voluntad de este último de luchar por la Presidencia en contra de ellos, sublevaron algunas tropas. Y les fué mal. Serrano cayó fusi-

Alejandro de la Barrera

..Francisco Serrano, general, candidato.. a Presidente de Méjico

..Arnulfo Gómez, general, candidato a.. Presidente de Méjico

Norma Shearer.

lado, de los primeros, con otros generales amigos. Eran todos hombres de valer, pero conviene aclarar, para el prestigio de este pueblo hispano-americano, que no por haber tantos generales incluídos en su dolorosa actualidad, eso significa que todo el ejército y el país están en la revuelta. Ha sido un estallido político solamente, en el cual aparecen tantos militares de ese grado, porque en Méjico los generalatos, como los "coronelatos" en Estados Unidos, son grados muy accesibles, para optar a los cuales casi no se necesita otra condición que haber nacido.

¡SUÉLTENLO, POR BENIGNO!

Se ha dado cuenta en la crónica periodística de un hecho que no tiene la menor importancia: Alejandro de la Barrera, "El poeta universal", está preso por ladrón. En la cárcel ha sostenido ser autor de doscientos poemas y ha agregado que cada poema suyo produce una catástrofe. Cita ejemplos: Nungesser y Coli, Alpataca1, el teatro nacional, etc.

Y dice que si no lo sueltan escribirá otro poema.

Sin necesidad de la amenaza deben soltarlo, porque, por lo menos, éste tiene a su favor lo de prevenir respecto de las consecuencias de sus versos. En cambio anda por ahí tanto alevoso poeta autor de muertes repentinas, catalepsias y todas las catástrofes que no alcanzan a cubrir los doscientos poemas de Alejandro de la Barrera.

⚜ ⚜

"El Dominio del Canadá"

Mi hermana Gabriela—nos dijo Luis—era lo que se llama una alhaja, y de lo más fino. Alborotadora, traviesa con inventiva, pizpireta y audaz, tenía eternamente con un Jesús en la boca a todos los de la casa. Mis hermanos y yo la adorábamos por su carácter alegre, por su desplante, por la inagotable verba con que nos entretenía, por la cantidad de historias absurdas que se sabía de memoria. Nos sugería continuamente lo que descaba, y éramos todos sus cómplices en cuanta diablura de chiquilla le venía a las mientes. En aquel entonces tenía mi hermana (que era la mayor de la familia) diez años y una imaginación tan despierta como de veinte. Empezaba a aprender, con éxito muy mediano, la Geografía, y se sabía de memoria los nombres de todas las naciones de América, sin darse cuenta muy exacta de lo que significaban ni de lo que designaban. En aquellos tiempos se lo aprendía uno todo de corrido, y llegaba al último año de escuela, habiendo hecho prodigios de memoria y sin un solo conocimiento serio.

Un día mi hermana encontró en su lección de Geografía esta denominación: "El Dominio del Canadá." No entendió, naturalmente, lo que significaba **dominio**: lo de **Canadá** la dejó un poquillo pensativa; la designación completa, **Dominio del Canadá**, le sonó de una manera peregrina en el oído, y llevada por la más divertida asociación de ideas, dió en que el "**Dominio del Canadá**" debía de ser un personaje **terrible**, un viejo monstruoso, especie de ogro famélico que se comía a los niños.

Y como su natural regocijado la llevaba sin cesar a la broma, en cuanto hubo imaginado esta atrocidad, nos reunió en concilio a sus cinco hermanos y a todos los chiquillos del barrio que frecuentaban nuestra casa, y con una solemnidad cómico-seria, y en un lenguaje de lo más hiperbólico que ustedes quieran oir, nos dijo que el **Dominio del Canadá**, un viejo espantoso, acababa de llegar al pueblo y aquella noche mismísima iría a nuestra casa a hacernos una visita. Todo el cotarro de mocosos nos echamos a temblar y, llenos de curiosidad, abrumamos a preguntas a la farsante Gabriela.

—¿Cómo es el Dominio?

—¿No comerá crudos?

—¿Viene solo o acompañado?

Gabriela respondía a cuántas preguntas le hacíamos, con una fertilidad de palabra y de imaginación dignas de mejor suerte: el Dominio era un hombre gigantesco, vestido de negro, muy moreno, con una barba alborotada que le llegaba al pecho. Era tan terrible, que al verlo los niños caían muertos de alferecía. Cuando llegara, deberíamos saludarle, diciéndole: "¡Buenas noches, señor don Dominio!" Esto sin alzar los ojos, y en seguida, a callar y a dejar que él hablara e hiciera lo que quisiera, inclusive apoderarse de alguno de nosotros para su cena de aquella noche. Se alojaría el Dominio en un cuarto oscuro donde se guardaban los trebejos de la casa, y nosotros esperaríamos su visita en el corredor inmediato, al cual daba una de las puertas de ese cuarto.

Si he de decir verdad, nuestro natural temor iba mezclado con una buena dosis de curiosidad: pues qué, ¿era moco de pavo eso de tener la oportunidad de ver a **don Dominio del Canadá**, caballero tan principal, sin duda? Y luego que pudiera ser que al fin y a cabo no nos comiese a ninguno de nosotros, y hasta acontecer que, en realidad, el tal don Dominio fuese la propia Gabriela en persona.

A pesar de esas dudas y de esos precoces escepticismos, sea dicho con franqueza, las emociones que al caer la tarde nos embargaban no eran para contadas.

A esos de las seis y media, una docena de muchachos, cuando menos, instalados frente a la puerta del cuarto oscuro, por donde debía salir el Dominio del Canadá, esperábamos la visita, sentados en un gran canapé de madera pintado de verde, hablando en voz muy baja, entrecortada por tal o cual nerviosa risita a la sordina semiburlesca, semirrecelosa. De cuando en cuando, Gabriela, que mantenía cerrada la puerta de la pieza en que se había confinado con una criada, única confidente de sus manejos, nos gritaba entreabriendo apenas las maderas: "¡Ya va a llegar el Dominio!" y nosotros, con un estremecimiento de curiosidad, nos apretábamos unos contra otros y esperábamos...

Como a las siete de la tarde, y cuando ya nuestra impaciencia empezaba a agotarse y la tensión nerviosa era insoportable, la puerta se abrió y apareció en el umbral un figurón entrapajado, cubierta la cara con una máscara de barro, de lo más gesticulante y horroroso que verse pueda, y lanzando un aullido, al cual respondimos todos con un ¡ah!, mezcla de espanto y de desahogo, púsose a recorrer con pasos solemnes el espacio libre que nos separaba de la puerta...

Después de algunos minutos de zozobra, durante los cuales el increíble personaje no había devorado a nadie, limitándose a pasear rugiendo de un modo espantoso frente al público infantil, mi hermano Daniel—¡alma heroica!—se atrevió a preguntar, eso sí, con voz débil y medrosilla:

—¿Es usted don Dominio?

—¡No!—gritó la aparición, que dió un paso hacia él—; yo soy apenas el último de sus criados...—y desapareció por el negro hueco de la puerta, que se cerró tras ella.

—¡El último de los criados del Dominio — exclamó Daniel—, y ya ven ustedes qué horrible es!

—¡Pues cómo será el Dominio!—sugirió Lola, una chiquilla de la vencidad, que daba diente con diente.

—¿Cómo será el Dominio?—repetimos todos, agitándonos en el canapé.

Tras otro cuarto de hora de espera, la puerta se abrió de nuevo y el personaje de marras, vestido aún más estrafalariamente, y medio envuelto en un cobertor rojo, al cual, ligándolo con unos bramantes, había arreglado unos cuernos, salió aullando más desaforadamente que la primera vez.

Pasados los primeros momentos de estupor, Daniel volvió a interrogarlo:

—¿Es usted el señor don Dominio?

—¡Nooooooo!—bramó el fantasma!—: soy apenas el segundo de sus criados.

Dicho lo cual, desapareció y quedó apestando a azufre.

—¡El segundo de los criados del Dominio!!!—tornó a exclamar Lolita—. Pues ¿cómo será el Dominio en persona!!!...

—¿Cómo será el Dominio en persona?—íbamos repitiendo todos.

Algunos minutos después, la puerta volvió a abrirse, y el fantasmón, provisto de una larga cola, de un bonete de papel puntiagudo, y llevando sobre el pecho una zalea crespa y oscura, surgió de nuevo de la sombra, berreando hasta desgañitarse.

—¿Es usted el Dominio? — preguntó una vez más Daniel, apeando al personaje el tratamiento de Don (lo cual prueba que con todo se familiariza uno, hasta con el Dominio del Canadá), y éste respondió:

—¡Noooooooooo..! Soy apenas el primero de sus criados.

Apareció aún, todavía más terrible, el primo del monstruo, luego el tío, luego el hermano, luego el padre... El Dominio no llegó a aparecer. Debía ser tan tremendo, que ningún disfraz satisfizo probablemente a Gabriela, la cual, artista inconsciente, tuvo miedo de desilusionarnos si encontrábamos al Dominio inferior a nuestro espanto, y acertó con sus gradaciones ingeniosas a dejarnos suspenso el ánimo, llenos aún de la ansiedad de lo inesperado, con un mundo de conjeturas en la cabeza, conservando al personaje todo el enigmático prestigio que ella había sabido darle, y preguntándonos todavía una semana después, durante la cual en vano pedimos a la muchacha la repetición de la la visita:

—Sí así eran sus criados y parientes, ¿cómo sería el Dominio del Canadá?

— ★ —

—¡Ah! mucho ha llovido y granizado desde entonces—añadió Luis—. Mi hermanita Gabriela murió poco después de una fiebre miecciosa, y ¿qué quiren ustedes? el torbellino de mi vida me ha hecho olvidarla. Sin embargo, basta que oiga o lea en cualquier parte esta designación geográfica: "El Dominio del Canadá", para que mi vieja memoria me muestre con claridad deslumbradora la puerta misteriosa, el personaje terrible, el canapé verde en que doce criaturas se agrupaban asustadas, y la voz medrosa de Lolita, exclamando:—Si así son sus criados, ¿cómo será el Dominio del Canadá?

AMADO NERVO

⁂

GUIA PRACTICA

UNA buena pasta perfumada para el baño es la que se hace con 150 gramos de bicarbonato de sosa, 120 de ácido tartárico en polvo y 200 de almidón. Se empasta, bien homogeneizada, con aceite de almendras, y se aromatiza con 20 gotas de esencia, al gusto de cada uno.

CUANDO se desea hacer crecer las pestañas sin recurrir al aceite ricino, se pueden obtener buenos resultados con vaselina amarilla, friccionándose las raices suavemente por la mañana y por la noche y dando forma curvada a las pestañas con un cepillito muy fino.

UN collar sencillo disimula bien un cuello demasiado largo. Los vestidos de dos colores, los a rayas horizontales o a cuadros hacen parecer más bajas y más gruesas a las que pecan por altas y delgadas.

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene intima

NEOLIDES

M.R.

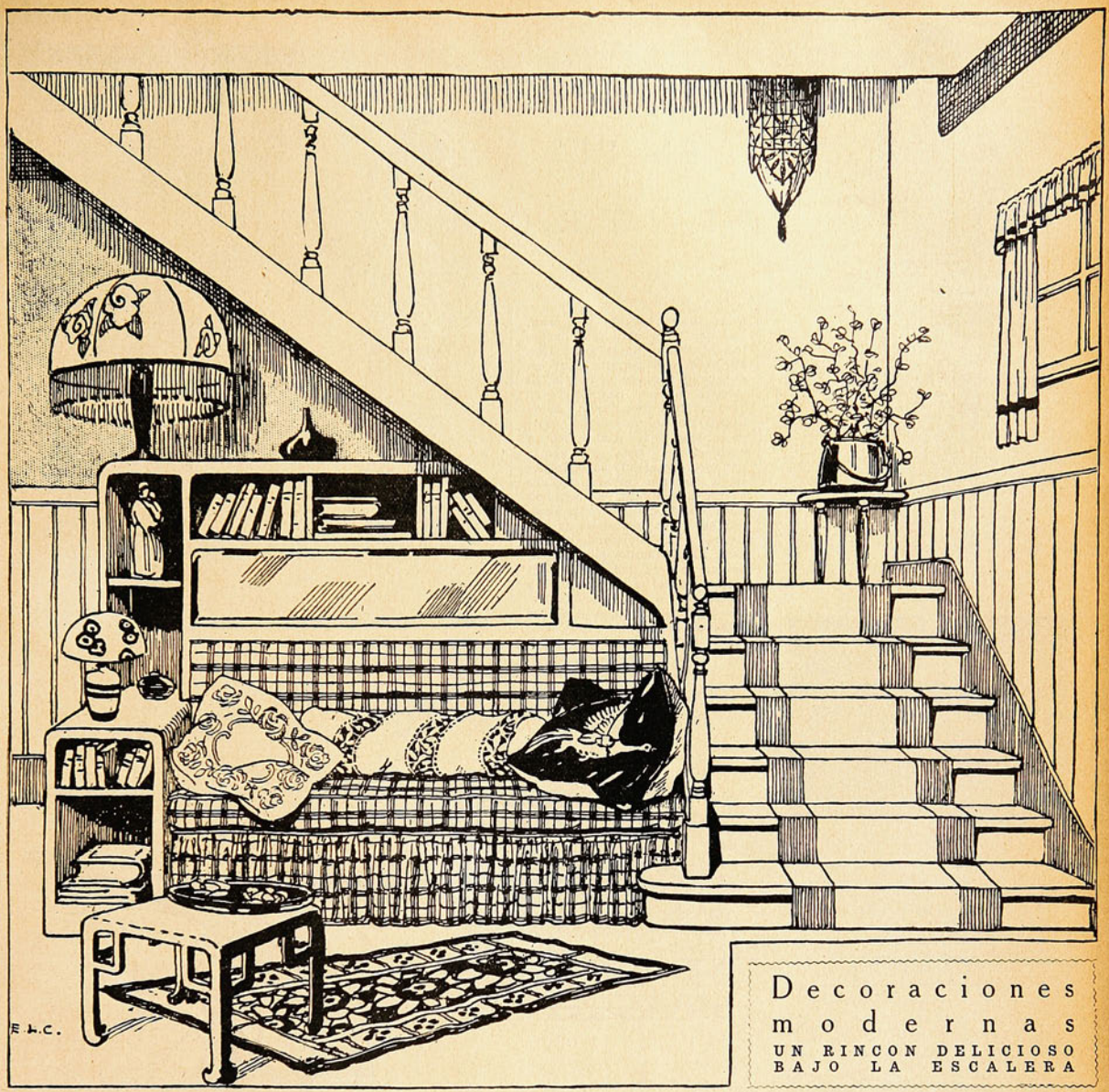
antiséptico vaginal

ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



Decoraciones modernas

UN RINCON DELICIOSO BAJO LA ESCALERA

La exigüidad de las casas modernas, obliga a no desperdiciar ningún rincón, aprovechando aquellos que antes no merecían ni siquiera una mirada. Así pasa con ese hueco que resta debajo de la escalera, sin importancia antes, y que ahora se presta para arreglar un sitio delicioso en que reunirse familiarmente y hasta recibir a las visitas de confianza.

El rincón que aquí modelamos, pertenece a una casa modesta, en que todo detalle ha de ser estudiado con atención para realizarlo con economía. Se empezará por colocar en las paredes un papel de anchas rayas que forme zócalo, papel que puede ser azul con rojo; el resto de la pared llevará un papel liso, color gris claro. Lista la empapeladura, se pintará la escalera de color gris con pintura especial para piso, y se escogerá una alfombra azul con guarda roja para conservar en todos los detalles la armonía de los colores

En el descanso se hará un taburete esquinero, donde un cacharro de cobre será una linda nota amarilla.

El farol irá metido en una pantalla de rafia tejida y con un forro de seda rosa.

Terminado el fondo de este conjunto, se hará que el carpintero, aprovechando maderas sobrantes que nunca faltan en ninguna casa y que pueden ser hasta de cajones inútiles, construya la estantería y el veladorcito que enmarca el diván. Se pintará con esmalte gris, un poco más oscuro que el empleado en las paredes, y se decorará sencillamente con dos ribetes de pintura muy finos, uno rojo y otro azul.

En los compartimentos de la repisa se colocarán libros, alguna estatuilla y uno que otro potiche.

El veladorcillo se aprovechará en la misma forma, colocando sobre repisa y veladorcillo dos lámparas de distinto tamaño, ambas con pantallas en que dominen los tonos rosa y azul pálido.

El diván puede hacerse aprovechando un sommier viejo, que se cubrirá de cretona a cuadros rojos, azules y grises. Un vuelo disimula las patas en que se montará el sommier, y una tira de género liso sirve de fondo.

Hay que hacer notar, que todo el encanto de este rincón y su originalidad está en el género que cubre el diván, en la cretona a cuadros que le imprime al todo algo de la alegría un poco ingenua y tan confortable en su limpieza, que tienen los interiores holandeses.

Como últimos detalles, hay que citar la alfombra y la mesa enana, muy bonita de líneas, que hacen de este rincón una verdadera delicia.

TOSES
POR TENACES QUE SEAN
Bronquitis agudas y cronicas, Catarros
son radicalmente curados por la
Siroline "Roche" M.R.
a base de Thiocol "Roche"
precave de la Tuberculosis
F. HOFFMANN-LA ROCHE & Cº PARIS - BASILEA - DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS.

A LAS 12 HORAS, EN EL CENTRO

Como aún no hace un gran calor, hay que tener para estas mañanas de octubre un traje de lana abrigador que permita salir en cuerpo sin atrapar un resfrío. El primero de estos modelos, que destinamos a este objeto, es de kasha rosa con un sencillo echarpe bordado en las puntas, con un cordoncillo de todas las gamas del rosa. Igual adorno se repite en el cinturón cerrado por una hebilla de galalita. El segundo modelo es de crespón verde agua, con una banda incrustada en verde más oscuro, formando una especie de chaquetita que abre sobre un peto de linón blanco. El último modelo es muy juvenil y encantador en su simplicidad. Hecho en drapella blanca, se drapea sobre un falso de raso color marfil.

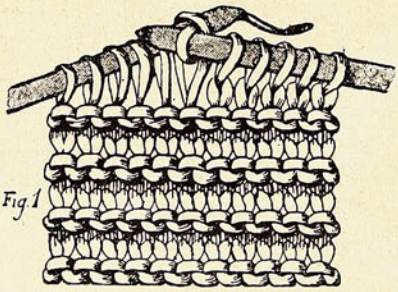


Fig. 1

Presentamos a las mamás esta linda capa tejida a palillos, de muy fácil ejecución, y que servirá admirablemente a la nena para resguardarse del frío en estas mañanas tan anubarradas.

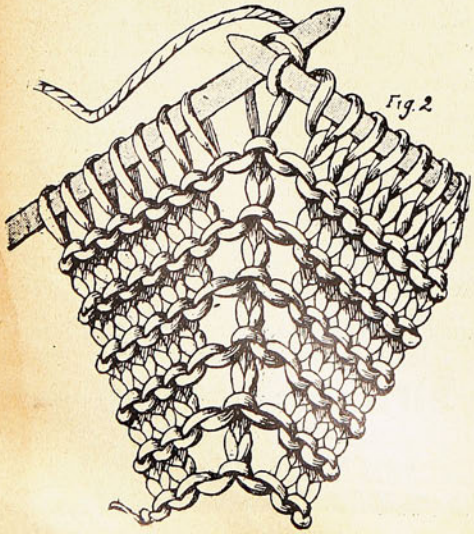


Fig. 2

CAPA TEJIDA A PALILLOS PARA NIÑA DE OCHO AÑOS.

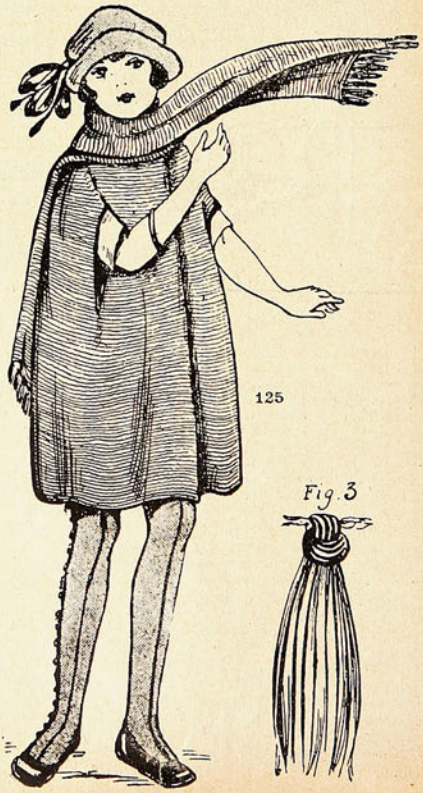
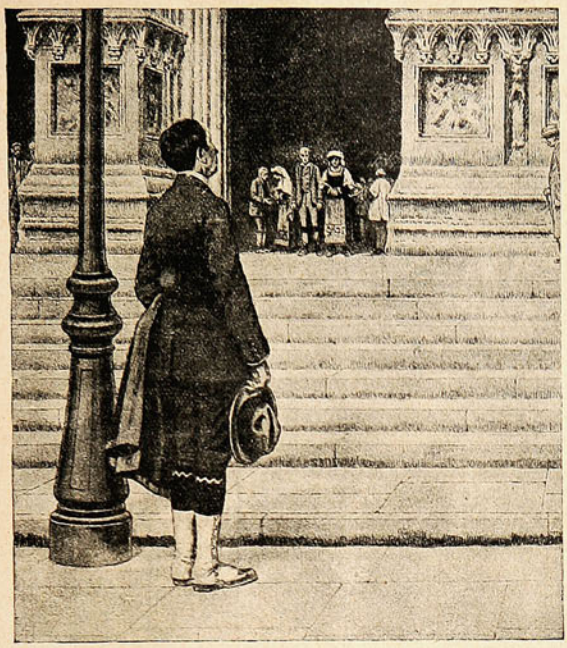


Fig. 3

LA PIGMALIONA

POR JOSE M.ª SALAVERRIA



LA Catedral de Milán está materialmente erizada y acribillada de estatuas. No recuerdo los miles de estatuas en mármol, piedra y bronce que los catálogos asignan al célebre y magnífico Ducmo; sólo sé que tuvo para mí el carácter de una emocionante fiesta la contemplación de aquella muchedumbre escultórica, pero principalmente las bellas, las airosas, las incomparables estatuas que pueblan el exterior del edificio.

Son personajes sagrados en su mayoría. Pero hay entre ellos bastantes retratos de caballeros, doncelles y soldados, que hacen en la punta de los pináculos góticos o en las junturas de los arbotantes las figuras más graciosas y esbeltas, con esa elegancia de la actitud en que los italianos han sido los maestros insuperables.

Desde la plaza, y por espacio de no pocas horas, me complacía en admirar aquella población de fantasmas artísticos, y casi llegué a atribuirles una vida que, por su intensidad imaginativa, lindaba con lo real. (Porque de lo imaginado ya se sabe que con frecuencia, y espontáneamente, se pasa a lo realizado. Bastará que pongamos un ejemplo: Don Quijote, persona viviente de cuya realidad nadie duda.)

Me faltaba, sin embargo, el último y retardado placer estético. Una mañana me decidí a escalar las alturas de la Catedral para ver de cerca la población estatuaria y pasearme por las terrazas y cornisas que convierten el techo del Duomo en una ciudad pintoresca y fácil de recorrer. Me acompañaba un guía, perfectamente matriculado y provisto de la abundancia verbal que suele ser, como entre los peluqueros, una condición inexcusable del oficio. Mi aversión por los cicerones tiene mucha antigüedad y es muy consecuente. No sabría decir por qué contravine entonces mis convicciones. Lo cierto es que tuve suerte, porque, gracias al guía, que no tengo reparo en llamar providencial, me fué posible conocer un episodio tan curioso como romántico.

Me paseaba, pues, por las terracillas y los vericuetos que forman la techumbre de la Catedral milanesa, y había examinado muchas de las hermosas estatuas, cuando una de ellas, por su singular atractivo, por su belleza incomparable, me retuvo suspenso y lo que se dice maravillado. Era un mancebo vestido a la usanza igual del siglo XV; un doncel extraordinariamente hermoso como un aristocrático mayorazgo del mejor momento renacentista, digno de la corte de un Médicis o de la casa ducal y triunfante de César Borgia. Mármol puro. Maestría consumada del cincel. El noble y gallardo mancebo, de pié en lo alto de un pináculo gótico y cerca de la línea de la fachada lateral, erguíase con elegancia suprema y medio volvía el rostro hacia adentro, sonriendo ligeramente. Y al fondo, allá abajo—prudente advertencia del vértigo—el trajín de la calle invitaba a apartar la mirada.

Los grandes enemigos de los monumentos célebres suelen ser las inscripciones. El perfecto turista, sedentario notario o probo tendero en su país de origen, se cree en el derecho de girar gratuitamente una letra a la posteridad inscribiendo su nombre, a punta de lápiz o de cortaplumas, en todos los sitios memorables por donde pasa. Al pie de la estatua del prodigioso mancebo había también una inscripción, tallada con algún objeto acerado en el mármol. Me aproximé y leí:

Anna Mourray

Y entonces se adelantó el guía para decirme:

—¿Le ha llamado la atención ese nombre, caballero? Créame que con motivo. Porque en esas letras se oculta la historia más triste y extraña que ha escuchado usted en su vida. Se la voy a contar, señor...

Y como sabía que un perfecto cicerone, cuando tiene algo que relatarnos, es mucho más fuerte que todas nuestras resistencias y evasivas, opté por seguir mi camino y dejarle en el libre uso de la palabra. He aquí lo que me contó.

Una vez apareció en el Duomo de Milán una inglesa joven y de una belleza nada común. Al principio no pareció que fuera mucho más rara o extravagante que el tipo medio de las mujeres de su país que van rodando solas por el mundo, de museo en museo y de ruina en ruina. Pero pronto pudo observarse en ella una categoría de extravagancia verdaderamente singular. Se pasaba las horas muertas contemplando esa estatua de doncel hermoso que sonríe, y al llegar la noche tenían los guardianes que recurrir a toda su autoridad para conseguir que accediese a separarse de su estatua.

La integridad profesional de los guardianes tiene, es claro, un límite que el dinero, sábiamente regateado, puede hacer salvar; así ocurrió con la inglesa. Corrompió con sus dádivas a uno de los guardianes, y se dedicó a pasear por el techo del Duomo a la luz de las estrellas.

Algunos transeuntes, retardados en la noche, empezaron a contar fantásticas apariciones, que la gente aceptaba a título de pueriles mentiras. Alguien llegó a decir que en la alta noche, en la soledad y el misterio de una romántica noche de luna, había visto una vaga forma de mujer abrazada a una estatua... ¡Bah! Simple mentira o disculpable alucinación de trasnochador que ha bebido con exceso.

Hasta que una noche de mayo, a la hora en que el público abandonaba las salas de espectáculos, estalló repentinamente una furiosa tempestad. Llovía a torrentes, retumbaban los truenos... y a la temerosa luz de los relámpagos los transeuntes pudieron ver, en efecto, una forma de mujer abrazada a una estatua.

Tan alta, tan en peligro, que a pesar de la lluvia y el viento muchos transeuntes se pararon a mirar, y algunos, advertidos del riesgo que corría aquella desatinada mujer, pusiéronse a dar gritos, instándola para que se retirase. ¡Inútil! La pobre mujer, víctima de un amor tan extravagante como dramático, no escuchaba las voces de la calle; sólo entendía la voz de su locura, que la tempestad furiosa contribuía a hacer más alucinada. Y de pronto, a la luz de un relámpago, vióse desprenderse la extraña forma de mujer y precipitarse en el vacío. Allí quedó, aplastada materialmente sobre las losas de la plaza. ¿Cayó herida por un rayo? ¿Se dejó caer voluntariamente, impulsada por la desesperación de su amor absurdo o por un capricho de su triste locura? No se sabe. Lo único cierto es que la infeliz inglesa descansa ahora en el "cementerio de los ingleses".

—Puede usted cerciorarse por sí mismo, caballero—recaleó mi guía—en el "cementerio de los ingleses"...

No le hice caso. Le pagué con largueza, pues al fin el hombre era listo e insinuante, y me marché con ánimo de proseguir mi itinerario de perfecto turista. Pero el diablo del cicerone me había apresado por la parte más débil de mi imaginación. ¡Infeliz mujer! ¡Pobre víctima de un amor alucinado!... No pude resistir más y ordené al chofer que me llevase al "cementerio de los ingleses". Un pequeño y melancólico camposanto perdido entre los solares y los huertos del suburbio. El cicerone no había mentido. Allí estaba la tumba, cubierta con una sencilla losa en la que destacaba, bajo una cruz el nombre:

Anna Mourray...

Alguien, quién sabe qué mano piadosa, había plantado junto a la tumba unos frescos rosales.

INSTITUTO DE BELLEZA

UNICO DE SU GENERO

EN SUD-AMERICA Y DE FAMA MUNDIAL

Señora Elva Larrazábal de Tagle, inventora del famoso tratamiento Bizzornini para la extracción radical del vello.

Mi tratamiento Bizzornini no se vende fuera del establecimiento; si alguien le ofrece algún preparado con ese nombre, tiene que ser una falsificación que puede ser muy perjudicial para usted.

Mi tratamiento Bizzornini está registrado con el N.º 11978, desde el año 1914. Todo pedido debe hacerse directamente al establecimiento.

PIDA PROSPECTO GRATIS

San Antonio, No. 265

Casilla 2165 -SANTIAGO

NOTA: Vendo preparaciones para embellecer. Regalo un frasco de esencia a cada compradora.

HEMOGLOBINA

ANTIFIMICA FERRAN (Gotas)

HEMO-VIVA-ANTITOXICA. Hipermunizando caballos con Alfas, se obtiene el SUERO ANTIALFA y este gran tónico antituberculoso, que con un frasco, máximo $ 15, cura y da vida aun al que por tisis, estados febriles, inapetencia, anemia, agotamiento, raquitismo, esté al borde de la tumba. Si sigue postrado es porque quiere; Anti-Alfa o Anti-fímica es Vida.

VACUNA ANTI-ALFA FERRAN (Inyecciones)

Profilaxis de la Tuberculosis y en tan alto grado, que es solución al problema. Exito en Pre-Tuberculosis, procesos inflamatorios, eritomas, asma, convulsiva, toses rebeldes, períodos irregulares y enfermedades de etiología oscura que las producen. Microbios Alfas. Absoluta inocuidad. Certificado de mundiales eminencias médicas ocupan cientos de brillantes páginas. POR REAL DECRETO DECLARADA OBLIGATORIA EN ESPAÑA. (Base: Bacterias Alfas). Buenas boticas y R. Ribot. Casilla, 1485, Santiago.

VISTA BIEN, SI QUIERE TRIUNFAR EN LA VIDA Y GUSTAR A LAS MUJERES

	Vestón	Pantalón	Chaleco	Camisa	Cuello	Corbata	Sombrero	Reloj	Guantes	Medias	Zapatos	Bastón	Pañuelos	Abrigo	Botones
Chaqué (etiqueta de día).	Chaqué de uno o dos botones.	Gris a rayas negras o blancas.	De la tela de la chaqueta o de franela gris o beige.	Blanca o de color discreto a rayas.	Blanco de pico.	Lazo, larga o plastrón, color discreto.	Copa.	Cualquiera, con o sin cadena.	Grises de botones	Negras o de color de seda.	Negros, con caña gris o avellana, o bajos negros con gaiter.	Oscuro, recto o de cayado.	Blanco de seda o hilo.	Gris oscuro, largo, para tapar el faldón del chaqué.	Cualquiera discretos
(Media etiqueta de día).	Saco negro, ribeteado	Igual al del chaqué.	Igual al del chaqué.	Igual al del chaqué.	Blanco de pico o doblado.	Igual al del chaqué.	Copa, pajilla, bombín o fieltro negro.	Igual al del chaqué.	Grises o amarillos	Negras de seda.	Igual al chaqué.	Igual, etc., etc.	Igual, ect., etc.	Gris, brown o azul.	Cualquiera discretos
Levita (etiqueta de día, hoy sólo para personas mayores).	Levita cruzada negra, con vueltas de seda.	Negro o a rayas grises o negras.	De la misma tela de la levita.	Blanca.	Blanco de pico	Plastrón	Copa.	Cualquiera.	Grises.	Negras de seda	Negro, con paño del mismo color, o con gaiter gris o blanco.	Oscuro, recto o cayado.	Blanco de seda o hilo.	Negro o gris oscuro	Cualquiera discretos
Frac queta de noche)	Chaqueta de solapa de picos, negros, ribeteado o sin ribete.	Negro con galón.	Blanco de piqué o de seda.	Blanca de pechera dura.	Blanco de pico.	De lazo, blanca (de hilo).	Copa (en invierno o pajilla en verano). También clack.	Extraplano, de plata o platino, con o sin cadena, de platino, nácar o perlas.	Blancos	Negras de seda.	Bajos negros de charol, sin puntera y tacón bajo	Recto, negro, con plata o marfil.	Blanco de hilo o seda.	Negro con vuelta de seda.	De platino perla o nácar.
Smoking (el traje de noche)	Chaqueta con 1 o 2 botones, o cruzada, negra, con solapa de pico o redonda.	Negro recto (puede usarse con galón).	Blanco de piqué (en verano) o de seda negra, o del paño del traje.	Blanca de pechera dura o de pliegue muy ancho.	Blanco de pico o doblado.	De lazo, negra, de seda	Pajilla (en verano), bomba, fieltro o clack.	Cualquiera, (preferible extraplano del frac).	Gris perla	Negras de seda.	Igual a los del frac.	Recto o de cayado, en tonos discretos.	Blanco de seda o hilo.	Negro con vueltas de seda.	De oro, o platino y perla.
Calle (paseo, oficina, etc., etc.)	Saco de color.	Pantalón de bajo doblado o recto.	De la misma del pantalón y del saco.	De color a rayas o motas.	Bajo, doblado suave o almidonado, blanco o del color de la camisa.	Colores discretos que entonen con la camisa.	Pajilla, fieltro gris o brown o bombín	Cualquiera de bolsillo.	Grises o amarillos	De color tan o negras (según el zapato)	Amarillos o negros, altos o bajos.	Cualquiera de tono claro.	Blanco o de color.	Gris o brown claros	Cualquiera de colores.
Playa (1.a combinación).	Saco azul, gris o brown	Blanco, gris perla o beige (bajo doblado)		Colores vivos a rayas o tonos planos	Bajo suave del color de la camisa.	Colores vivos, a rayas o dibujos finos estampado.	Pajilla, gorra de yate o panamá (con cinta de color).	De pulsera.		De colores	Blancos o combinados, blanco con negro o avellana.	Caña clara.	Colores igual o que armonicen con corbata y camisa.		Cualquiera de colores vivos.
Playa (2.a combinación).	Saco de 1 o 2 botones, de dril crudo o blanco.	De bajo doblado (de la misma tela)		(Igual)	(Igual).	(Igual).	(Igual)	(Igual).		(Igual).	(Igual).	(Igual).	(Igual).		(Igual)
Traje de yate (para bailes o travesías).	Chaqueta cruzada, con botones negros o de oro (del club).	De dril o franela blanco, (con bajo doblado).		Blanca.	Recto o doblado blanco	Lazo negro (con recto) o larga negra (con doblado.	Gorra de Yate.	(Igual).		Blancas de seda.	Blanco de cuero o de tela.		Blanco de hilo.		(Igual)

PARA LAS HACENDOSAS

El cuidado de las pieles

Ya toca a su fin el mal tiempo y hay que pensar en guardar las pieles para el año próximo, lo que hay que hacer con mucho cuidado si no se quiere pasar luego el gran disgusto de encontrarlas apolilladas. A las que poseen un abrigo de valor no dudamos en aconsejarles que lo lleven a casa del peletero, para que lo limpien y lo guarden en la sección especial que todas estas casas tienen con este objeto. A las que viven en pequeñas ciudades o aquellas que poseen un abrigo de poco costo, pero que tienen en mucha estima, les damos las siguientes indicaciones para preservar sus pieles de todo deterioro.

Para limpiarlas lo mejor es la esencia mineral en una proporción de tres cucharadas de sopa por un litro de agua. También, si causa alguna inquietud el mojar la piel, puede hacerse la limpieza en seco, espolvoreándola con ácido bórico, poniéndola luego al sol un buen rato y por fin sacudiéndola y peinándola con un cepillo suave.

Si la piel es blanca hay que hacer la limpieza con harina flor. En caso de que con el uso haya tomado el blanco un tinte ligeramente amarilloso, se la dejará nuevamente blanca pasándole un paño mojado en agua y amoníaco por partes iguales.

Esto es en cuanto a la limpieza.

Si se trata de una piel muy cara, vuelvo a insistir en la necesidad de confiársela a un peletero. En la imposibilidad de hacerlo, hay que descoser el forro de abrigo y rociarlo por la parte interior de la piel con una solución de un litro y medio de alcohol y treinta gramos de esencia de serpol Una vez bien rociada la piel se dobla, poniendo en las dobladuras pedazos de diarios—la tinta de los diarios es un gran insecticida—y se coloca en una caja bien cerrada en la que se ponen unas muñequillas de algodón empapada en la solución de alcohol y esencia de serpol. Así acondicionada la caja, se guarda en un lugar oscuro y una vez por mes se saca la piel para airearla y para asolearla, repitiendo la operación de rociarla por la parte interior. Todo esto implica algún trabajo, es verdad, pero de todos modos, es preferible dárselo, a no encontrarse a fin de vacaciones con que el lindo abrigo de piel está completamente deteriorado por la polilla, la humedad y las hormigas.

Para quitar las manchas de sangre

Se lava la parte manchada con agua fría, a la que se le habrá agregado una media cucharada de ácido tartárico. Después se enjuaga varias veces y se verá que la mancha ha desaparecido.

La conservación de los parquets

Por más cuidado que se tenga con los pisos y por más a menudo que se hagan virutillar y encerar, sobre todo cuando hay niños en la casa, no dejan éstos de rayarlo o mancharlo. Para las rayas no hay otro remedio qué la virutilladura, y cuando ésta no saca las rayas, hay que recurrir al raspaje hecho por un maestro especialista. Con las manchas que no son frescas hay que hacer otro tanto, pero cuando éstas acaban de producirse, pueden sacarse fácilmente. Si son manchas de tinta écheseles en seguida sal de acederas y limaduras de estaño disueltas en agua. Se deja esta solución unas horas sobre la mancha y después se lava abundantemente con agua jabonosa muy caliente. Las manchas de grasa hay que untarlas con cal, dejando la cal un día entero sobre ella. Luego se lava con jabón negro y un cepillo áspero, ojalá que sea de alambre.

Limpieza de las escobillas de ropa

No se deben de lavar nunca las escobillas destinadas a la limpieza de la ropa. Cuando estén sucias a fuerza de tanto haber cepillado, se las puede frotar con afrecho, que tiene la propiedad de extraer las materias grasas. Si las cerdas de las escobillas son flexibles, trátense con álcali disuelto en agua y déjense secar.

Para que las plantas estén siempre bonitas

Hay que evitarles las corrientes de aire, el sol de mediodía, el calor excesivo y la humedad. En las noches, cuando el tiempo está templado, hay que darles mucho aire, pero si hace frío, deben ponerse a reparo para evitarles las heladas que las quemarían por completo.

Las plantas verdes se conservarán admirablemente si se las riega dos veces por semana y una vez a la semana se las riega en forma de lluvia, para lavarles las hojas y preservarlas así del perjuicio que les ocasiona el polvo. En el agua que se emplee para esta lluvia se pondrá una cantidad de sulfato de hierro del tamaño de una nuez.

La luz es tan indispensable para las plantas como el sol, el aire y el agua.

GUIA PRACTICA

Para batir huevos en la cuarta parte del tiempo que se emplea habitualmente, basta usar a la vez tres tenedores, que pueden perfectamente sostenerse en la mano.

Dícese que las cebollas constituyen uno de los mejores tónicos nerviosos. Las cebollas picadas y metidas entre rebanadas de pan y manteca forman unos emparedados excelentes, que comidos por la noche aseguran buen sueño. El desagradable olor se neutraliza comiendo un poco de perejil.

Para limpiar metalles resultan excelentes los paños de gamuza, o de simple algodón, impregnados de la solución siguiente: Agua, 20 gramos; trípoli blanco, 2; jabón blanco, 4. Se deja secar la tela después de haberla empapado en esta solución, y una vez secos se utilizan con gran éxito en la limpieza de metales dorados.

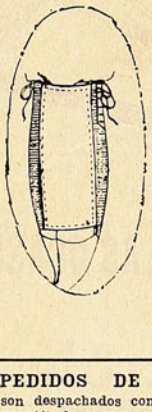
Para aclarar el cutis cuando se ha puesto demasiado moreno por la acción del sol se untarán la cara y las manos con una pasta compuesta de magnesia y agua templada. A los pocos minutos se quita con agua de jabón muy espumosa, y después se lava bien con agua clara templada.

También es bueno, cuando se vive en el campo, lavarse con leche descremada.

SON LOS MODELOS MAS PERFECTOS y los que imponen la moda por la transformación maravillosa de la silueta. Usando las incomparables

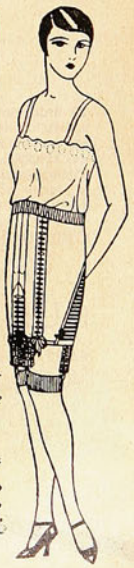
F A J A S "N I R V A N A"

desaparecen las imperfecciones.



FAJA NIRVANA III, modelo nuevo muy de moda, en muy buenos elásticos de hilo y ricas telas broche y simil, a $ 90, $ 54.90 y $ 40.90.

PEDIDOS DE PROVINCIAS
son despachados contra-reembolso, con prontitud y esmero, basta para ello enviar medidas de cintura y caderas; además en caso de no quedar bien, cámbiase sin recargo de franqueo.

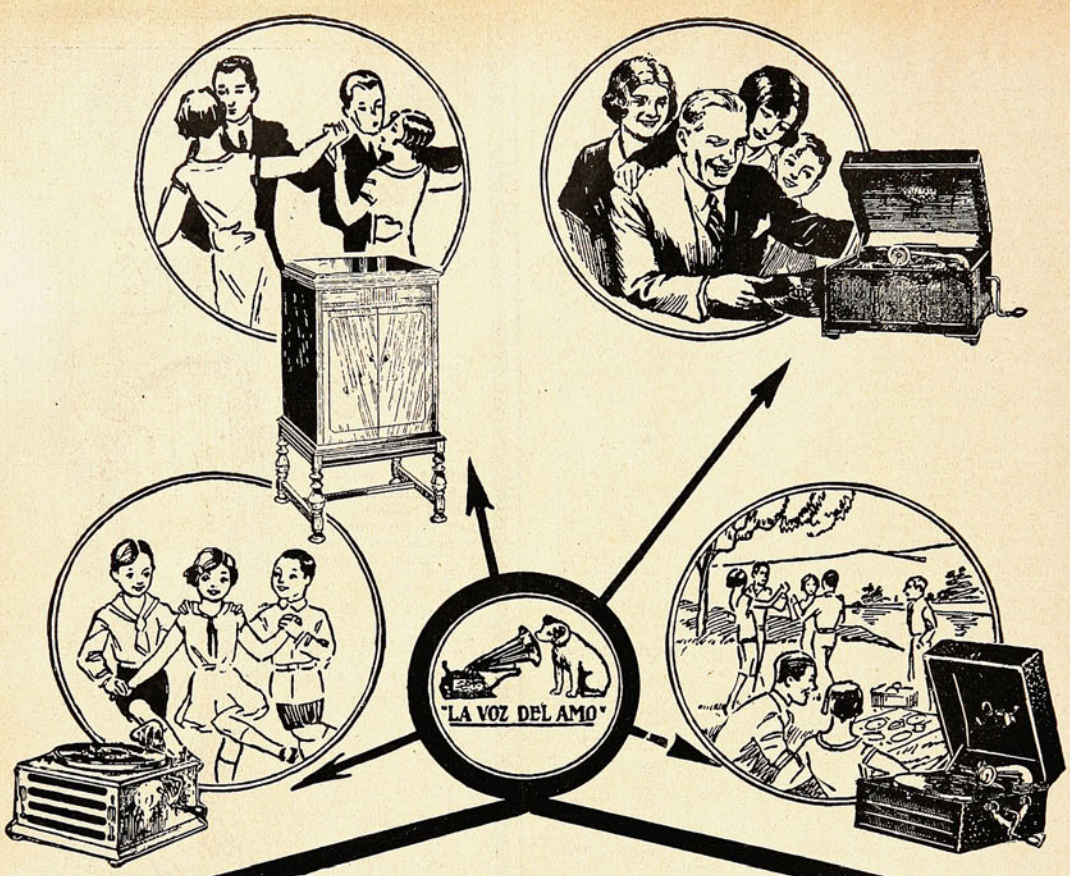


AHUMADA, NUM. 323, ENTRE HUERFANOS Y PLAZA. — TELEFONO 4486

Esta Casa no tiene sucursal.

Rechace las imitaciones y exija siempre la marca "Nirvana", que es la que jamás decepciona.

FAJA NIRVANA 107, modelo nuevo con pequeñas partes de elástico, cerrado atrás y cordones adelante, muy reductor de caderas y estómago. En muy buenas telas, a $ 85, $ 60 y $ 35



UTIL EN TODAS LAS OCASIONES

LA NUEVA

Victrola

ORTOFONICA

(M. R.)

El único instrumento perfecto que, basado en el nuevo principio científico de la "armonización de obstáculos", reproduce las voces humanas e instrumentales con el volumen y potencia precisos del original.

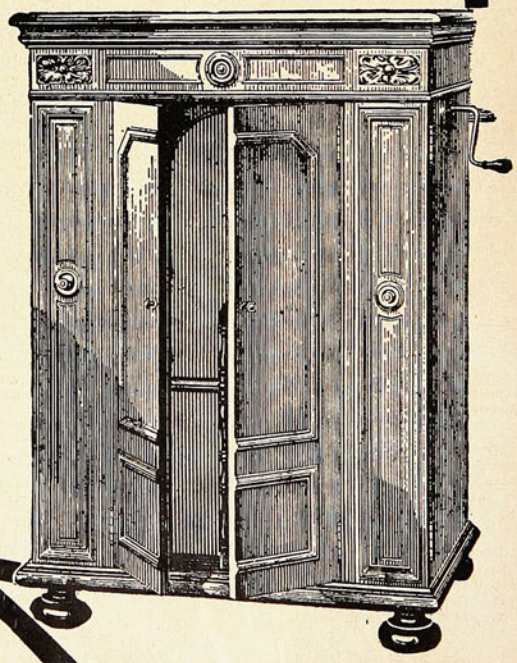
Tenemos una gran variedad de modelos, de gran belleza de líneas, a precios al alcance de todos los bolsillos y concedemos liberales facilidades de pago. Apreciaremos su visita, sin compromiso.

OFRECEMOS AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO.

Distribuidores Exclusivos:

CURPHEY y JOFRE Ltda.

SANTIAGO, Ahumada, 200, esq. Agustinas — **VALPARAISO**, Esmeralda, 99; Blanco, 637.



RECUERDO DEL PRIMER AMOR

Don JOSE SANTOS SALAS, Ministro de Higiene e Instrucción

—Ministro, ¿cuál ha sido su primer amor?

Aun cuando Salas no ha sido periodista nun-

ca, como político debe estar muy acostumbrado a las indiscreciones, porque no se sorprende más que don Carlos Silva.

—Mi primer amor, es muy vulgar. Una prima... la prima de todos los colegiales. Y ese ensueño en torno de un ensueño, y ese amor al amor, que se fija por casualidad en un objeto próximo para darle más verosimilitud y consistencia... Pero mi verdadero amor, mi verdadero primer amor, no fué precoz. Yo era estudiante de Medicina, y me enamoré de una muchacha que estaba mucho más altamente colocada que yo. En nombre de la situación social, se me rechazó como si con mi pretensión hubiese yo cometido un delito. Yo estaba muy enamorado. Mi amor y mi orgullo sufrieron por igual. Parece ser que era yo demasiado sensible. Nunca más ha abierto mi corazón sus puertas al amor...

Le he contado a usted más que los otros, señora: de mi primer amor y de mi amor último. Su curiosidad periodística puede estar satisfecha.

Y yo me quedo un poco trémula, como si hubiera descubierto una oscura herida, o una inesperada invalidez en persona a quien conceptuaba por sana...

Don CARLOS SILVA VILDOSOLA, director de "El Mercurio".

Entre el ajetreo del diario, a las siete de la tarde, encontramos a Don Carlos, a quien tienen acaparado tres señores que le conversan animadamente.

—¿Una pregunta, Don Carlos?

—Las que quiera. Pase usted, señora.

En su oficina, separados por su mesa de trabajo, frente a frente.

—¿Cuál fué su primer amor, Don Carlos?

La pregunta es para sorprender, pero Don Carlos no se inmuta. Periodista viejo, conoce este género de indiscreciones.

—Hace años que pasó. Yo era un muchachuelo, un colegial de once años.

—¿Y ella?

—Tenía veinte. Pasaba yo todos los días por su casa para ir al colegio. Siempre estaba ella sentada tras de una ventana bordando. Yo la comparaba con las princesas de mis cuentos, y era la personificación de todas ellas, tan hacendosa, tan rubia y tan blanca. Yo vivía en una casita humildísima y ella en un palacio.

—¿No se percató ella?

—Nunca.

—¿Y nunca le habló usted?

—Sí, pero ya los dos teníamos canas.

—¿Se impresionó usted?

—Sí, con mi niñez rediviva...

—Pero su amor, su amor de niño, ¿cuánto duró?

Don Carlos se ríe.

—Hasta que dejé de verla porque cambiamos de casa.

Don CONRADO RIOS, Ministro de Relaciones.

Es su hermano, don Alfredo, quien nos lo cuenta.

—Conrado no ha tenido ningún amor...

—Déjese usted de reservas, hombre de Dios, que no estamos preguntando por el último. Eso sí que sería indiscreto. El primero siempre es un amor inocente, cuando más, divertido.

—Pues, pues... (Alfredo Ríos se pasea de un lado a otro, con más deseos de contar que de no contar). Cuando fué Conrado a Arica, en este último viaje, luego de desembarcar, y mientras lo festejaban las autoridades y había discursos y brindis y qué sé yo, una viejita, solicitó el ser recibida por el Ministro, y con tales instancias, que no hubo más remedio que dejarla pasar. Debo decirle que mi padre fué médico, y residió muchos años en el Norte, donde ejerció su profesión con tanto amor por ella

Excmo. señor don CARLOS IBAÑEZ DEL CAMPO

—¿Su primer amor, Excelencia?

Interrumpo una grave mirada del Coronel, que tiene la particularidad de poseer un ceño muy adusto cuando está mudo, y de dulcificarlo extraordinariamente en cuanto ha dicho la primera palabra.

Se ríe.

—Yo no puedo contestar esas cosas.

—¿Por qué? El primer amor es una cosa cándida, el primer amor no es nunca indiscreto...

—Yo no he tenido amores precoces. Mi primer amor, fué mi mujer.

Ha dejado de hablar y se ha puesto de nuevo serio, con una seriedad casi desacostumbrada, que hace sospechar una oscura emoción. Callamos un instante, y hablamos de otra cosa.

y por los menesterosos que solicitaban sus consejos, que dejó largos y numerosos recuerdos. No se asombró mucho Conrado, dados estos antecedentes, de que inmediatamente que se vió en su presencia, la modesta viejita lo abrazara llorando y le dijera:

—¡Hijito! Yo conocí mucho a su padre! Fué nuestro médico, nuestro amigo, nuestro buen ángel! Me curó a mí, curó a mi finado y a casi todos mis hijos de distintas dolencias. No se asombre usted que yo quiera abrazarlo, a usted, hecho ya un hombre y un hombre de pró... Pero, además, quiero darle un recuerdo, un recuerdo que le va a gustar a usted mucho y que yo he conservado largos años, en espera de esta ocasión..."

Y la viejita comenzó a buscar, entre la espectación de todos, en cada uno de sus hondos bolsillos, aquel tan anunciado y guardado recuerdo. Por fin lo encontró. Se trataba de un papelito arrugado y amarillo por el tiempo y por las muchas manos que lo habían rozado. Se lo tendió a mi hermano. Conrado creyó que era algún papel de su padre, quizás una vieja receta, y lo abrió con devoto interés. Deletreó el papel, y algo cambiada por el tiempo, reconoció su propia letra. Miró la fecha. Diecisiete años atrás. Conrado tenía quince, y el papel decía más o menos:

"Señorita, la espero a usted en la plaza esta tarde, junto a la fuente. Si usted me ama, mírame al menos al pasar.—Conrado".

Es probable que haya sido ese el primer amor de Conrado.

Don LUIS CRUZ, director de "La Nación"

—¿Cuál fué su primer amor?

—Estoy tan viejo y he sido tan enamorado, que no me acuerdo ya de mi primer amor.

Me imagino que habrá sido el ama que me crió...

Pero, si se trata de un amor más exaltado, diré que recayó en una chiquilla muy simpática, fecsita pero simpática, que me volvió lo-

co "porque nunca me hizo caso" como decíamos entonces y que, desgraciadamente para ella (¡pobrecita!), se equivocó.

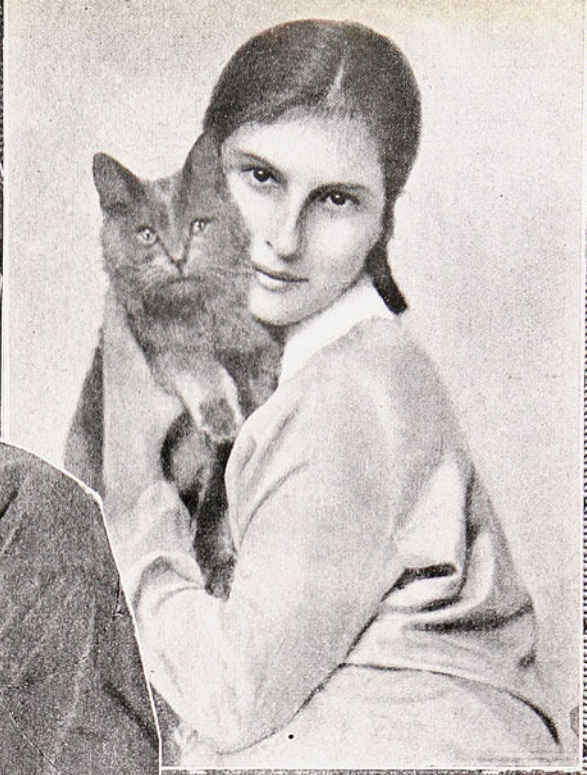
Si se hubiera casado conmigo, sería hoy tan feliz como la mía, con su "Cruz" a cuestas.

GLORIA SWANSON, EN
"LOS AMORES DE SONIA"

VIRGINIA LEE GORBIN

VISTA DE UN GRUPO DE ACTORES DEL CINE TOMADA EN 1913. ARRIBA, DE IZQUIERDA A DERECHA: DOROTHY GISH, SEENA OWEN Y NORMA TALMADGE. CENTRO: ROBERT HARRON, HARRY AITKEN, SIR HERBERT TREE, OWEN MOORE Y WILFRED LUCAS. SENTADOS: DOUGLAS FAIRBANKS, BESSIE LOVE, CONSTANCE TALMADGE, CONSTANCE COLLIER, LILLIAN GISH, FAY TINCHER Y DE WOLF HOPPER

CURIOSO Y EXPRESIVO TIPO DE INDIECITA AMERICANA



SIBYLLE BINDER, ARTISTA BERLINESA, CON SU GATO SIAMES, PREMIADO EN LA ULTIMA EXPOSICION HABIDA EN LA CAPITAL GERMANA.

CHAPLIN EN LA PELICULA "EL CIRCO" SU ULTIMA

UNA NIETA DE ROTHSCHILD, AFI-

CIONADA AL VOLANTE

LAS DOLLY SISTER, RESPLANDENTES BAILARINAS QUE HAN HECHO FURORE EN CASI TODOS LOS TEATROS DE EUROPA.

ANITA LOOS, LA AFORTUNADA AUTORA DE "LOS CABALLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS", EXHIBE PARA TODOS PUBLICOS SUS HERMOSAS PIERNAS.

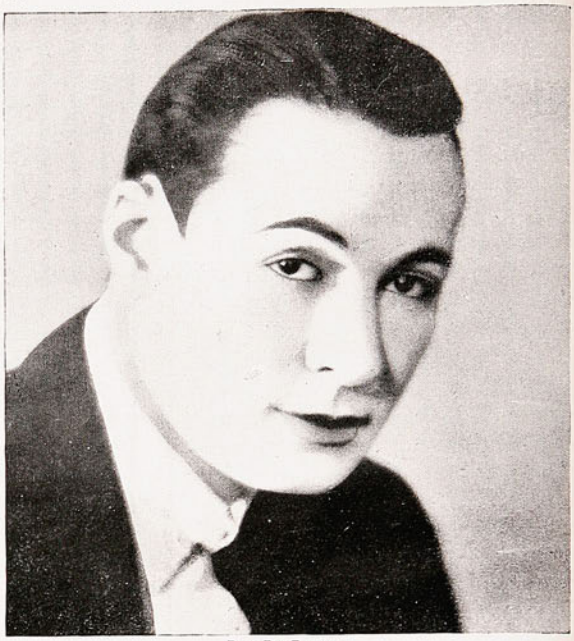
EMMIL JANNING, TOMANDO EL BAÑO, Y EL TE EN UNA MESA DE CORCHO.

LA ESCRITORA ELISABETH BERGNES CON SU PERRO DANES.

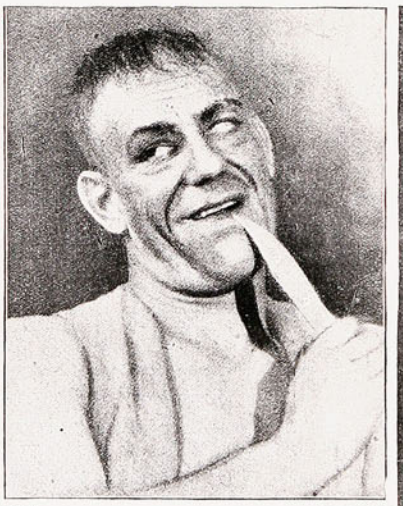
La preciosa Greta Nissen, "estrella" de primera magnitud en la pantalla.

MATRIMONIO EN HOLLYWOOD

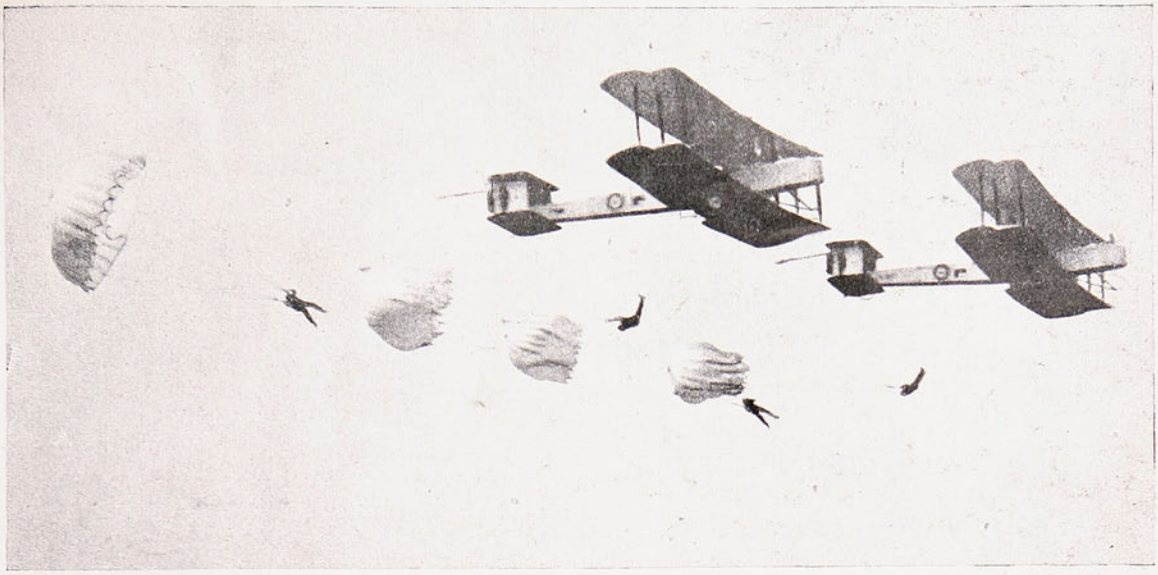
Vilma Banky.



Rod La Roque.



ALGUNAS CARACTERIZACIONES DEL ACTOR DE CINE LON CHANEY, ENTRE LAS CUALES NUESTROS LECTORES RECONOCERAN AQUELLA INOLVIDABLE DEL "FANTASMA DE LA OPERA".



Los aviadores franceses ensayando un nuevo tipo de paracaídas en un campo de aviación cercano a París

El rey Fuad de Egipto en compañía del príncipe de Gales a la llegada del primero a Inglaterra.

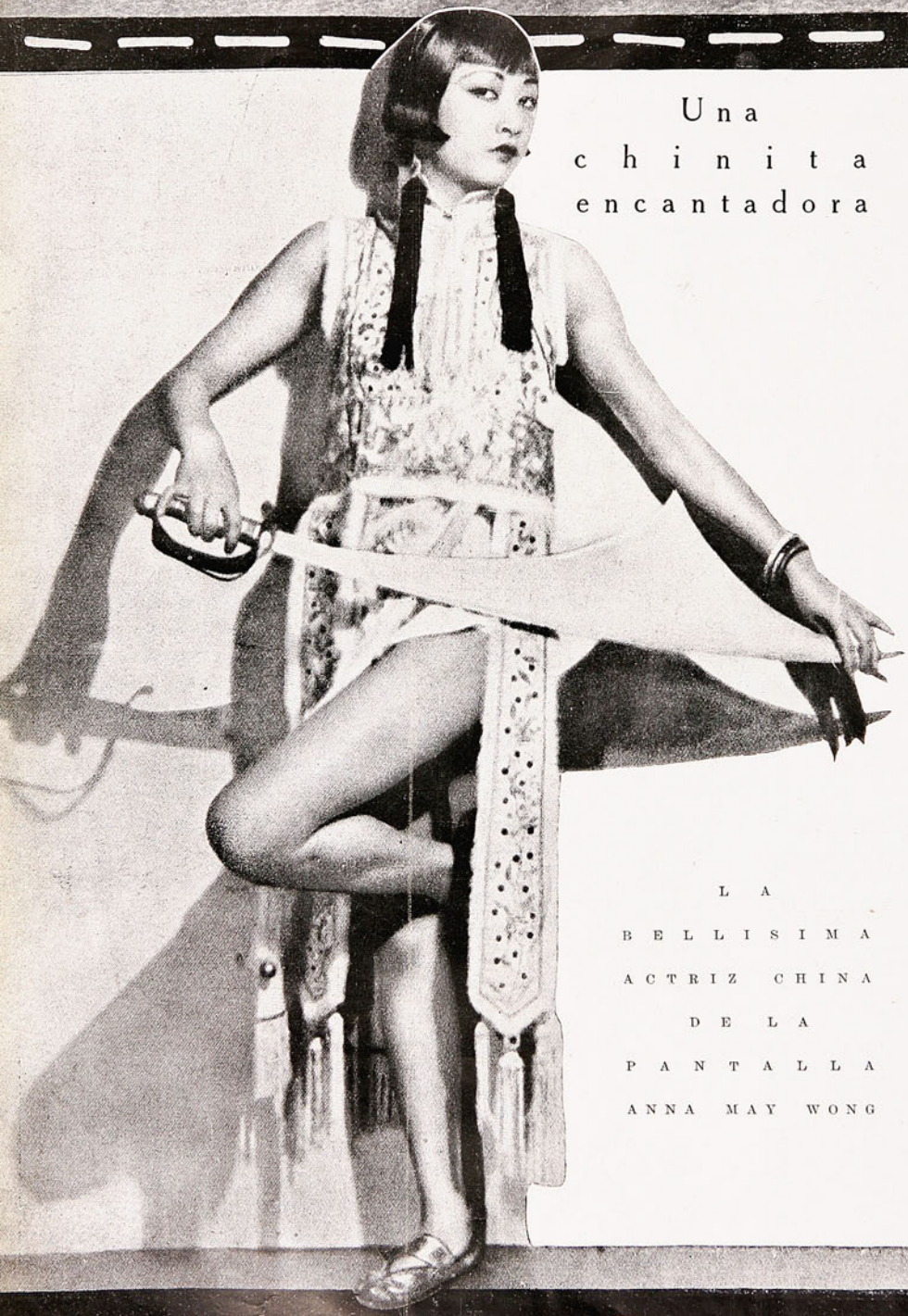
EL PRINCIPE DE GALES, ILUSION DE LAS PRINCESITAS DE EUROPA.

En las fotografías sonríe a menudo el "Charming Prince"...

Benito Mussolini, hace veinte años

Izquierda: El príncipe, polista.

Derecha: El príncipe, jugador de "golf".

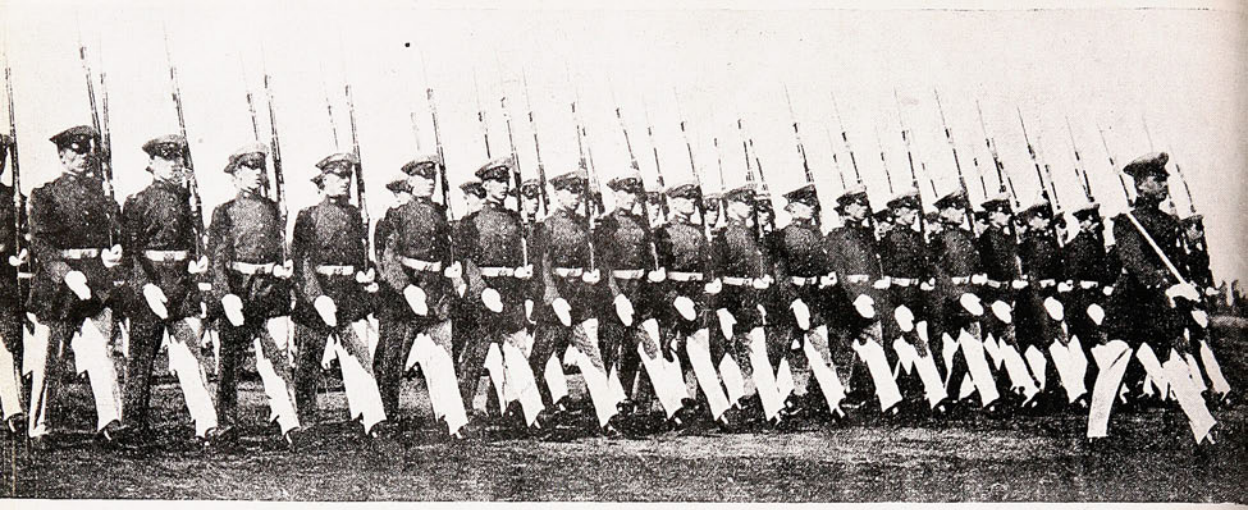


Una chinita encantadora

LA BELLISIMA ACTRIZ CHINA DE LA PANTALLA ANNA MAY WONG

LA PIEDRA QUE HABLA

Diferentes expresiones de estatuas hechas en piedras, obras maestras de la época renacentista alemana.



UN RECUERDO DEL COLEGIO MILITAR ARGENTINO EN SANTIAGO. — SEPTIEMBRE 18 DE 1927.

¿EL PAJARO QUE HABLA Y EL ARBOL QUE CANTA DE LA MARAVILLOSA LEYENDA?

HELLEN WILLS, LA CAMPEONA DE TENNIS NORTEAMERICANA MUESTRA EN ESTE RETRATO LA GRACIA HELENICA DE SU PERFIL.

NORMA EN "BAJO LAS MARGARITAS", PRIMER ARGUMENTO ESCRITO ESPECIALMENTE PARA ELLA Y FILMADO EN 1913.

De izquierda a derecha: Hilliard Karr, con peso de 350 libras; Frank Alexander, 465 libras y "Kewpie" Bills Doss, 380 libras.

Miss V. M. Rushton, del club Barnacre Archers, de Lancashire, ganadora del campeonato femenino británico de tiro del arco, disputado en Oxford hace algunas semanas.

Smith Köning, campeón universitario alemán.

El "vuelo de la paloma", por M. Macdonald

El príncipe Federico Segismundo de Prusia, muerto últimamente de una caída del caballo.

BELLISIMAS PARISIENSES LUCIENDO SUS TRAJES DE PRIMAVERA EN LONGCHAMPS.

EL SOMBRERO MAS GRACIOSO QUE SE HA VISTO EN ESTA TEMPORADA ENTRE LAS ELEGANTES BERLINESAS

UN SEDUCTOR MODELO DE LANVIN PARA LA NOCHE

ABRIGO DE NOCHE: EL LIGERO MANTONCILLO BORDADO, NO ES CONOCIDO SINO CON EL NOMBRE DE "CHAL ESPAÑOL"

INEDITO Y ENCANTADOR TOCADO DE LANVIN.

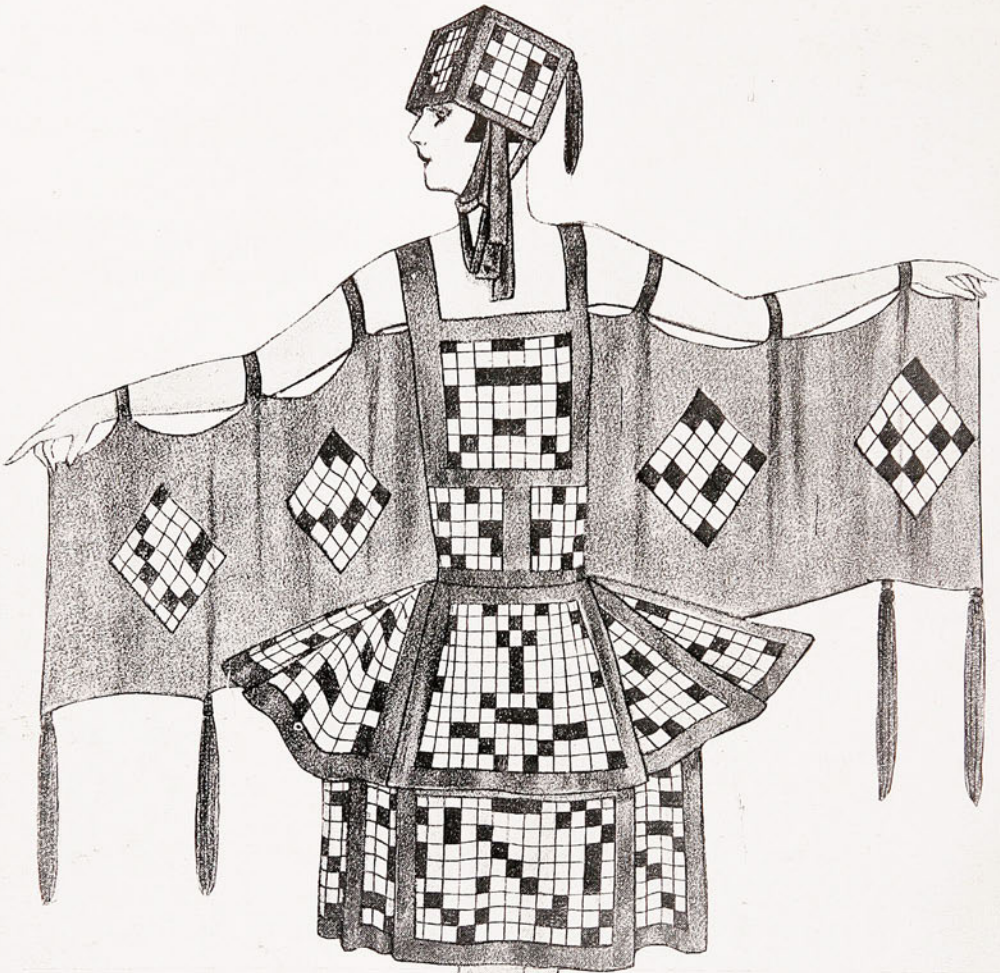
ARTE ALEMAN

LA MADRINA de Erich Echilings.

LA ENFERMEDAD

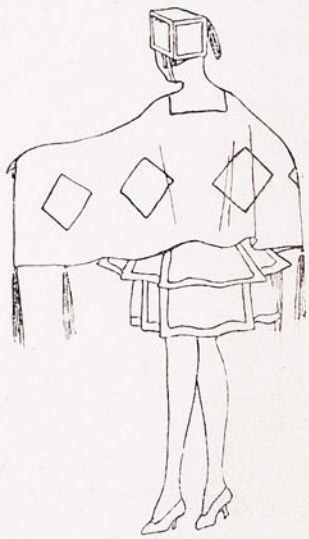
Curiosas e interesantes esculturas por el artista austriaco Franz Xaver Messerschmidt, que se han expuesto recientemente en el Museo Baroque, en el Belvedere Palast, de Viena.

EL REMEDIO



Un puzzle que dejará muy perplejos a muchos...

Hecho en pongué verde y blanco. En este último color van los cuadriculados en negro, hechos con pintura al batik. Un disfraz nuevo y llamativo.

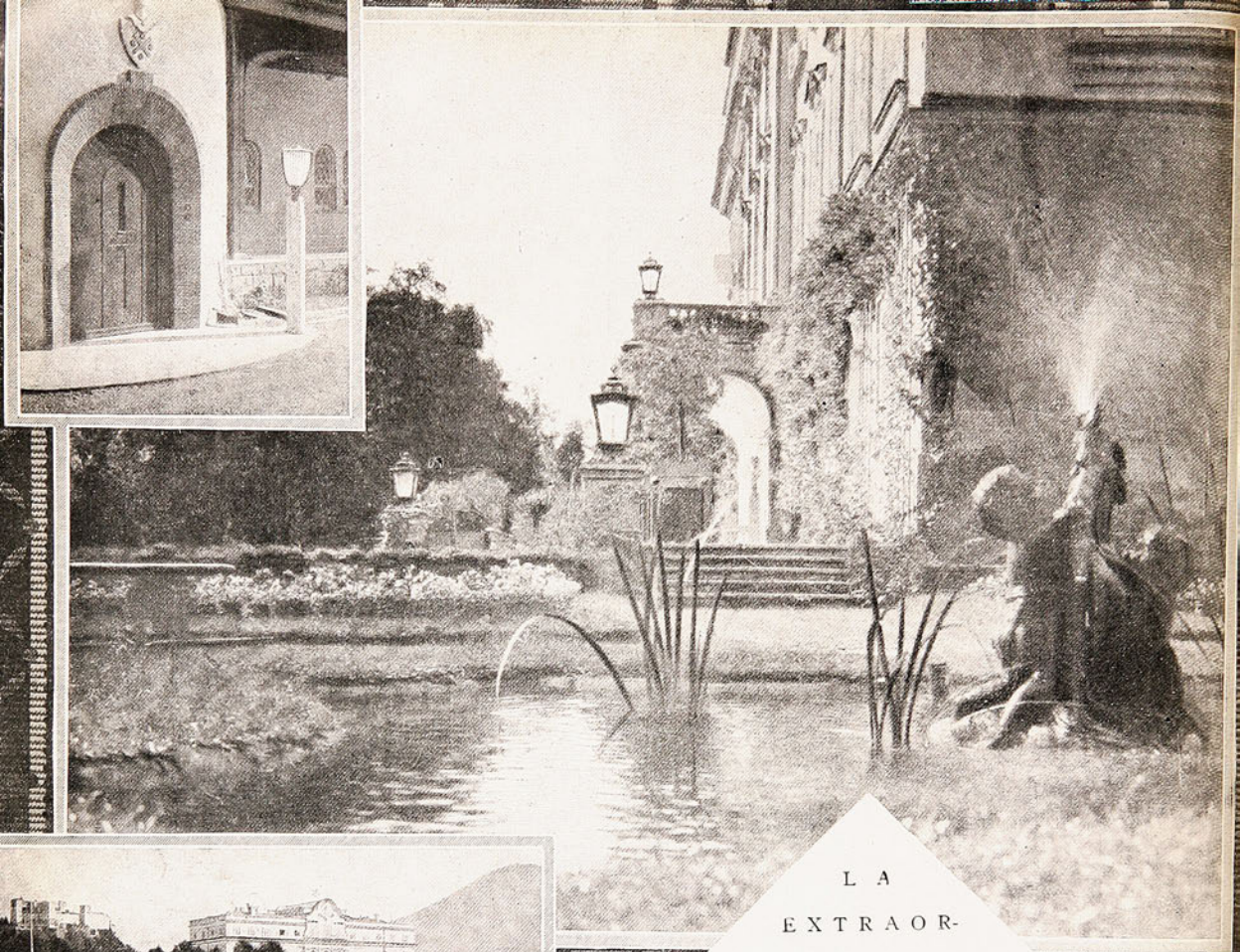


FANTASTICO TAPADO DE PLUMAS, TAN RARO COMO COSTOSO.

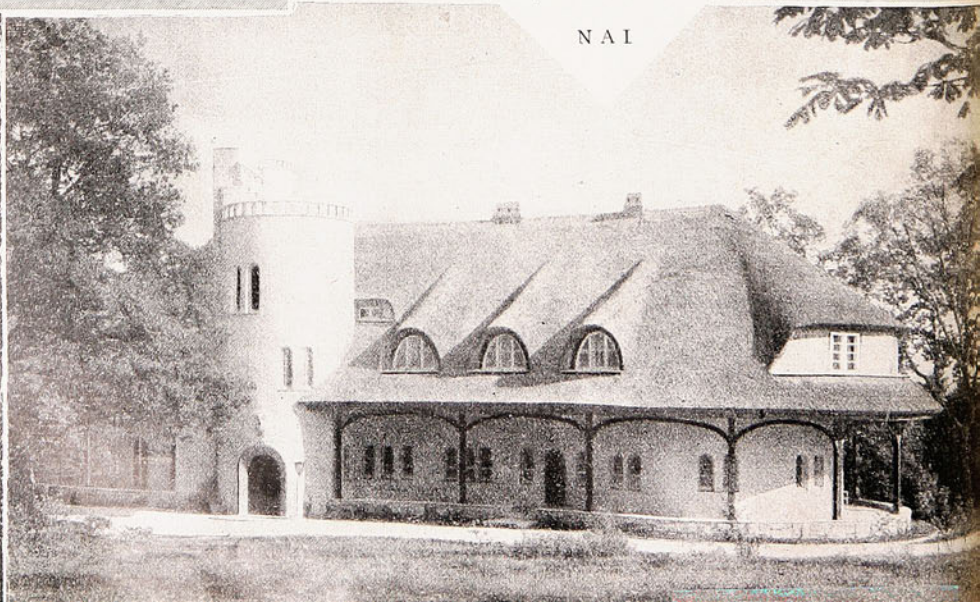
La última novedad en collares y brazaletes, es el cordón de oro, adoptado por el notable modisto Premet, de París.

COQUETO TRAJE CON UN ECHARPE PARA LA MAÑANA.

EL BARON Y LA BARONESA DE ROTSCHILD EN UN PADDOCK DE BERLIN.



LA EXTRAORDINARIA BELLEZA DE LOS CASTILLOS FRANCESES, BAJO EL CIELO MERIDIONAL



EL ESPECIFICO BOLIVIANO BENGURIA ES CONSIDERADO EN EUROPA COMO EL MEJOR PARA EL CABELLO

Señor Rafael Benguria.

Hace unos veinte años que el Dr. Benguria, inventor del Específico que lleva su nombre, dió a conocer como único remedio en la caída del pelo el tónico vegetal preparado en Bolivia, de donde extrajo de las ricas floras bolivianas las sustancias principales para dicho medicamento, país rico en materia de yerbas medicinales.

Hoy día el Específico Boliviano Benguria, es considerado como el único en toda enfermedad del cuero cabelludo y del cabello en genral, sus grandes y eficaces resultados en toda caída del cabello y estado de canosidad, lo han colocado como el mejor del mundo, premiándolo en varias exposiciones científicas de Europa, premios que constan de grandes diplomas y medallas de oro, que exhiben en las distintas clínicas establecidas en varios países de Sud-América y Europa, todas bajo la dirección del Dr. R. Benguria B, quien en la actualidad reside en Buenos Aires, República Argentina.

Desde sus primeros tiempos, el Dr. Benguria ha desplegado todo interés para llegar al éxito seguro en la curación de la calvicie; sus esfuerzos hoy día son coronados por los resultados eficaces con que obra su medicamento, en toda enfermedad a la raíz del pelo.

Consultorio del doctor Benguria.

En sus primeras aplicaciones es detenida la caída del pelo, basta con este hecho para que la calvicie no se desarrolle. luego se ve la aparición de cabello nuevo, el cual se desarrolla a medida que el Específico robustece los tejidos capilares, trasformándose ésta en cabello a medida que se usa el Específico.

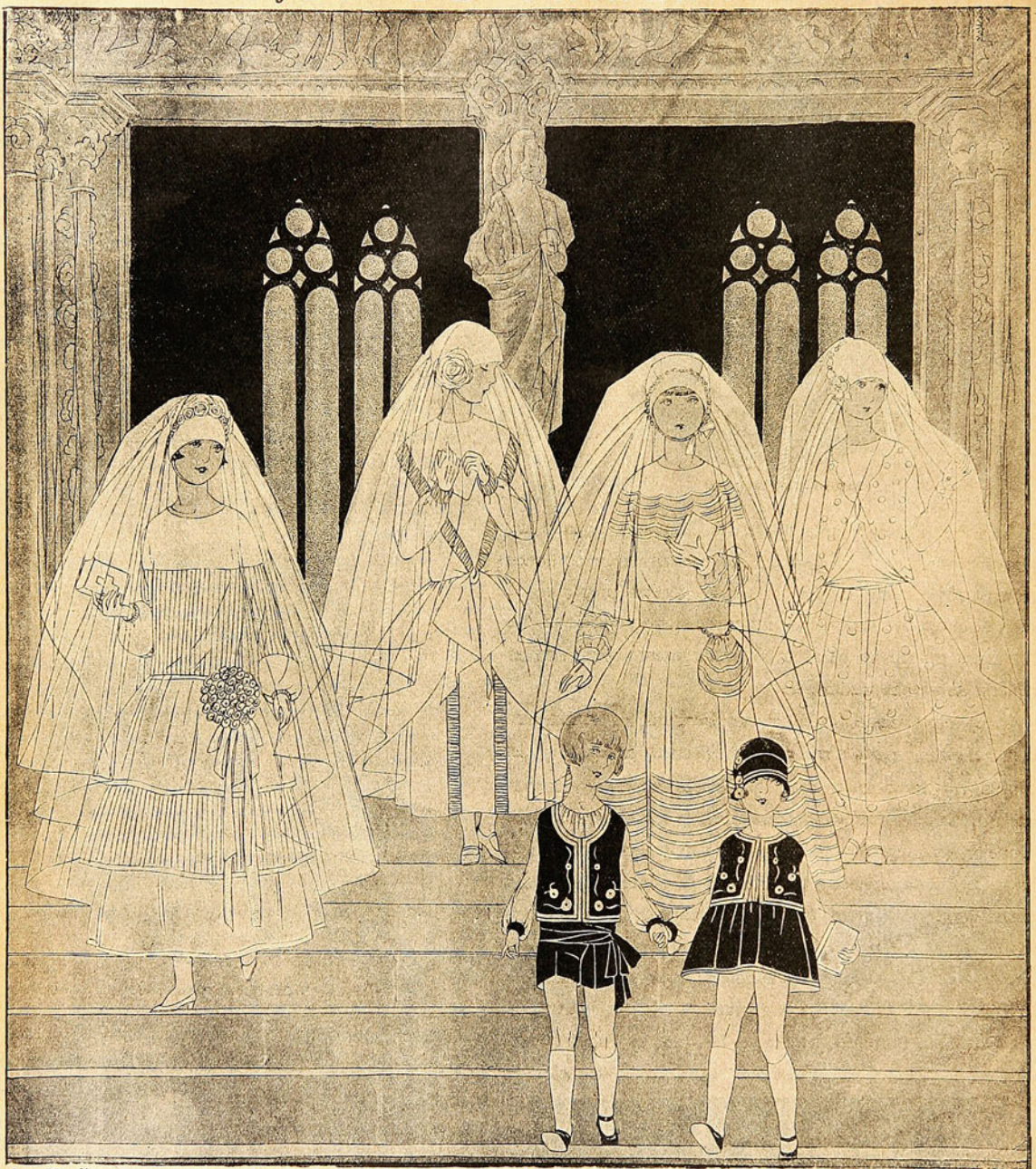
Las canas también son curadas a base de este tónico vegetal, no es tintura, se trata sólamente de un tónico poderoso que vuelve la coloración al pelo blanco, el cual está envejecido por falta de alimentación y cuidado.

Una de las enfermedades tal vez más rebeldes para terminarla es la afección grasosa, la cual es la causa de la caída del pelo, calvicie y canas, terminando con estas materias, como es la caspa, grasas, aceites y seborreas, etc., está a salvo una persona de ser calvo o canoso, esto es muy fácil de combatirla con el Específico del Dr. Benguria B. También es fácil, y se estima que es lo único que pueda curar las enfermedades de peladas; por desgracia son muchas las personas que dejan lucir partes del cuero cabelludo completamente pelado, en formas de pesos fuertes o más pequeñas, estas afecciones deben tratarse tan pronto como aparecen, para evitar su propagación.

Señor Vicente Mardones.

Puede verse en la fotografía que reproducimos, la personalidad del Dr. R. Benguria B., inventor y dueño del famoso Específico que lleva su nombre y la del representante general en Chile, don Vicente Mardones O, quien atiende su consultorio diariamente, de 9 de la mañana hasta las 7 de la tarde, en Moneda, 875, altos, donde será atendido con especialidad; también es de hacer presente que es la única parte donde puede solicitar el Específico Benguria.

LOS TRAJES DE PRIMERA COMUNION



1.— Muselina lisa y muselina alforzada forman este muy lindo traje de Primera Comunión. En vez de limosnera lleva en la cintura un ramo de rosas, bajo el cual se esconde una cartera. Cofia en la que se repiten las rosas, y velo de tul.— 2. Traje de organdí. La falda tiene un efecto de panier adelante. Se adorna simplemente con tiras abullonadas.— 3. Este está hecho en muselina. Los sesgos de muselina forman ondas y van colocados sobre tul. Limosnera idéntica.— 4. Gasa cristal unida y gasa cristal bordada, con pintas al realce, hacen de este traje un modelo sencillo y elegante. — 5 y 6. Para los dos hermanitos serán deliciosos estos dos trajes de raso, negro, bordado con flores de colores vivos, en el estilo búlgaro. Los boleros son ribeteados con tres sesgos de raso de distintos colores, que forman contraste. Camisolines de crépe georgette blanco.

BODA EN EL CAMPO

RAZONABA con los chillidos de la guitarra y un violín: entre estas pobres gentes el matrimonio no es motivo de exhibición; aportan partes iguales, se casan libres de intereses, fríamente. No se ostentan objetos de plata, no pedrería, menos aun cheques.

Cuatro músicos en una casa que sólo tiene un cuarto y dos apéndices, rascan cuerdas a más no poder, acentuando su fuerza sobre las que prestan mayor comodidad.

Al monótono compás, las parejas parecen llegar al fin de una faena cuotidiana.

A veces la música se queja.

Hay hojas de palma en cruz de ornamento.

Los invitados empiezan a subir el espíritu con espíritu desde temprano, porque es sobrado motivo el de la boda.

Se respira aire denso, y las lamparillas niegan su luz.

El novio y la novia se muestran hasta el fin de la fiesta, y si alguna madrina presentable existe, les hace por todo el rato compañía.

En el rostro congestionado de los cónyuges se adivina gran perturbación, tanta cosa gira al rededor de ellos.

Será que han perdido la voluntad, o han llegado a un enredo del cual no pueden salir; el caso es que hay que darles un empuje para que tomen la ruta que da principio a la vida marital.

Ni lágrimas paternas, ni besos rojos de amigas; sólo el violín y la guitarra a veces chillan menos, y hacen música llorona; las luces de cera se mueren en pálido azul. Fuera, las estrellas de pupila empañada, dejan caer ligera llovizna...

MAX JIMENEZ

LA UNICA CASA IMPORTADORA EN SANTIAGO QUE SE HA ESPECIALIZADO EN

Confecciones y Altas Novedades para Señoras

Llegando a ser la más popular de la plaza, por su inmenso y selecto surtido, sus PRECIOS RAZONABLES y su absoluta SERIEDAD.

Cuento con un enorme y variado surtido en TRAJES DE SEDA, desde lo más sencillo a lo más novedoso y elegante.

OFERTA ESPECIAL

Tapados de Seda

En finísimos géneros importados. Gran fantasía. Forrados enteramente en seda. Enorme surtido de tamaños. Precio excepcional.

$ 245.00

Recibimos recientemente, un suntuoso surtido en trajes importados, originales de las más prestigiosas casas de París. Nuestros bajos precios los ponen al alcance de todo bolsillo.

¿ES FACIL LLEGAR A SER "ESTRELLA" CINEMATOGRAFICA?

Artículo escrito por tres grandes figuras de la pantalla, que da a conocer las líneas generales de lo que se necesita para triunfar en el cine. Sus autores, **Jack Holt, Esther Ralston** y **Ernest Torrence**, hoy de fama universal, que acaban de filmar **La Diosa Ciega**, de la **Paramount**, que en breve se estrenará en el Coliseum de Barcelona, se elevaron por sus propios méritos, y nadie mejor que ellos pueden dar un consejo a los que aspiran a triunfar.

Durante los últimos cuatro años he recibido innumerables cartas de personas que desean trabajar en la escena muda. La mayoría de estas personas creen que es tarea fácil llegar a ser una **estrella** de la pantalla. Es más: muchos creen que al llegar a Hollywood hay una multitud de productores ansiosos de recibirlos con los brazos abiertos, para darles un papel de protagonista. Este es un gran error. Al parecer, la mayoría de éstos que tienen aspiraciones elevadas no se fijan en la gran multitud de gentes que aparecen en distintas escenas formando "ambiente", haciendo el papel de "masa". Muchas de las personas que forman este "ambiente" son actores y actrices de talento que no han tenido la ocasión de poder demostrar su valer; pero que, indiscutiblemente, tienen más derecho y más oportunidad de caracterizar primeros papeles que los que pudiera tener uno que jamás ha trabajado en un escenario. No obstante, año tras año siguen apareciendo en papeles insignificantes, cuando no entre la "masa" de millares de "extras", cuyo nombre no se menciona para nada al impresionar una obra. Antes de llegar a ser **estrella** se necesita haber pasado por múltiples pruebas; caracterizar papeles de insignificante trascendencia pagados con salarios irrisorios, y haber aprendido en la escuela de la práctica los múltiples recursos que tiene que emplear un actor o una actriz.

A los que aspiran a "entrar" al cinematógrafo yo les digo: "No se haga la ilusión de ser "una **estrella**". Las **estrellas** están muy altas. Y, por encima de todo, no venga a Hollywood sin antes haber tenido un "entrenamiento" en cualquier estudio de la ciudad cinematográfica. No destruya su presente con la vana ilusión de **algo** muy problemático.

Al decir "no venga a Hollywood", no pienso en su situación después de haber comenzado a trabajar en la escena, sino en los largos días de soledad, de busca interminable por los estudios, de desalientos y desengaños, que generalmente preceden a la admisión del recién llegado a la colonia cinematográfica antes que consiga colocación.

Antes de "entrar al cinematógrafo" son necesarias muchas cosas. Primero de todo, saber si sus facciones "fotografían bien". Esto no quiere decir que debe ser necesariamente hermosa o hermoso. Lo principal es la proporción. Muchas personas, hombres y mujeres, han fracasado en el cine, a pesar de su belleza.

La pantalla requiere cierta proporción, cierta "individualidad" que no todos poseen. Si la posee usted, tiene la mitad de la batalla ganada. Antes de venir a Hollywood cerciórese de este hecho. JACK HALT.

GUIA PRACTICA

Para preservar los libros de los ataques de los insectos se emplea el alcanfor y también la esencia de sándalo. Si estuviesen ya atacados se podrá atajar el mal colocándolos en cajas herméticamente cerradas, dentro de las cuales se hayan introducido algunos frasquitos destapados de sulfuro de carbono. Hay que tener cuidado con esta sustancia, porque es muy inflamable.

Las superficies de aluminio se protegen muy bien con una mezcla de parafina líquida y ceresina a partes iguales.

En ninguna ocasión son de buen gusto los perfumes penetrantes; pero en los viajes dejan de ser de mal gusto para ser de mala educación. No tenemos derecho a obligar a nuestros compañeros de viaje a soportar el suplicio de nuestro perfume favorito durante ocho, o diez, o doce horas de automóvil o de ferrocarril.

Para limpiar guantes sin mojarlos, pónganse sobre una tablilla bien limpia, tómese un cepillo fuerte, y frótense con una mezcla de arcilla de quitar manchas, bien seca, y alumbre en polvo. Después de bien sacudidos y cepillados para que caigan estas materias, cúbranse de salvado seco y albayalde, sacudiéndolos después de nuevo. Esto basta cuando no tienen manchas de grasa. En este último caso, quítese la grasa con corteza de pan tostado, frótense luego con una franela impregnada de polvo de alumbre y tierra de quitar manchas, y quedarán como nuevos.

Al meter una varilla por la jareta de una cortina debemos poner en la punta de la varilla un dedal, porque de este modo entra más fácilmente y no rasga la tela.

El valor nutritivo de las grasas sigue este orden: tocino, manteca de vaca, yema de huevo, aceite de olivas, aceite de almendra, de nueces, de coco, etc. El orden de digestibilidad es precisamente el contrario.

Se dice que las nueces tienen un positivo valor terapéutico. Aumentan la presión sanguínea y la temperatura y son, por lo tanto, convenientes en los casos de anemia, clorosis, etc. En cambio resultan nocivas siempre que haya exceso de sangre.

La trementina no debe faltar nunca en las casas, pues tiene numerosos usos. Calma rápidamente el dolor de muelas; es excelente contra los callos; está indicada para aliviar el reumatismo y los males de garganta; es un seguro preservativo contra la polilla, pues basta rociar los cajones con ella para librar la ropa de los ataques de los insectos y ahuyentar también las hormigas. Para lavar la pintura da también el mejor resultado echar unas cucharadas de trementina en un cubo de agua caliente.

Las damas de la Corte de Austria llamaban nada menos que "Agua de eterna juventud" a la que se logra con la siguiente receta: Almendras dulces pulverizadas, 48 gramos; goma arábiga pulverizada, 32 gramos; incienso de elibárum pulverizado, 32 gramos; alcohol de 90°, 24 gr.; clavo de especia molido, un gramo. Lávese frecuentemente el rostro con un trapito de seda o muselina empapado en esta composición y se tendrá un cutis reluciente y fino como la cera.

EL "DON JUAN" DE NUESTROS DIAS

NATACHA RAMBOVA CUENTA LA VIDA DE SU ESPOSO, RODOLFO VALENTINO

(Continuación)

EL PASATIEMPO FAVORITO DE RUDY

LOS automóviles fueron el pasatiempo favorito de Rudy. En esta época a la que me estoy refiriendo, no tenía ninguno, y voy a contar por qué.

Apenas firmado su primer contrato, y con la esperanza de ganar en seguida grandes sumas, la ambición de Rudy fué la de comprarse inmediatamente un automóvil. ¡Cuánto tiempo hacía que lo estaba deseando! Mientras tanto, no hacía más que pensar en la marca que había de comprar. Sería un Mercer de carreras. Rodolfo era muy derrochador en sus gastos y quería absolutamente que el coche que había de comprar fuese el que él suponía ser el mejor.

Se combinó con el vendedor para comprarlo a plazos. En la alegría de poseerlo, no hacía más que correr al coche apenas terminado el trabajo, y vice-versa. Las semanas pasaban, el contrato terminó y con él los hermosos cheques semanales. Fué de estudio a estudio buscando trabajo; pero apenas había nada que hacer. Después de entretener durante algún tiempo al vendedor, tuvo por fin que confesarle que no podía seguir pagando los plazos. El vendedor le recogió el coche, después de haber pagado casi la mitad, y Rudy se quedó sin lo uno y sin lo otro.

Me acuerdo que cuando me lo contaba exclamé: "¡Pero, Rudy, usted podía habérselas arreglado para no haber perdido todo el dinero!"

Rudy me miró muy sorprendido, contestándome: "Ya hice todo lo que pude".

Para consolarse en estas cosas, Rudy tenía muy buena filosofía. Se negaba completamente a entablar polémicas o a mortificarse por cualquiera cosa que ya no tenía remedio, y la misma respuesta que me dió entonces es la que le servía para los asuntos que habían salido bien.

La experiencia que había realizado le curó momentáneamente de su deseo de comprar automóviles. No teniéndolo, pues, en aquel momento, utilizaba, naturalmente, el mío, que era un pequeño Buick que había rodado bastante. Era un cochecito que compré cuando comencé a trabajar en los estudios de la Compañía Metro. En mi opinión, era una preciosidad, y como era mi primer coche, lo había provisto de toda clase de detalles: espejo, floreros, faros, etc.

Pero Rudy tenía otra opinión, y le parecía que no tenía "cachet" y que no corría todo lo necesario. Para remediar estos defectos, empezó a pensar en otro coche que tuviese la velocidad necesaria y que pudiera ser cambiado por el Buick. Empezó a recorrer todas las casas que vendían automóviles de segunda mano y leía todos los anuncios de venta y cambio. Rudy no podía hacer nada si no lo hacía a fondo.

Un día, mientras estaba almorzando tranquilamente en mi casa, Rudy me llamó por teléfono. Me decía que estaba al otro lado de la ciudad, pero que venía inmediatamente, y que no me moviera de casa, porque venía a darme una gran sorpresa. No, de ninguna manera quería decirme en lo que consistía. Fué preciso esperar.

Cerca de hora y media después, un ruido tremendo atrajo mi atención. Corrí a la ventana, segura de que iba a ver la sorpresa que Rudy me había preparado. Mi imaginación me pintaba un lindo y pequeñito cochecillo de deportes, de que tantas veces me había hablado.

¡Sí que fué sorpresa! Rudy llegaba deshaciéndose en sonrisas y haciéndome señas, impaciente, para que fuese junto a él a admirar su hallazgo. El hallazgo resultó ser un viejo Cadillac de 1914, que tenía aún las huellas de haber estado pintado de azul oscuro. Mi expresión debió delatarme, porque Rudy se apresuró a decir que la prueba de un buen coche está en la máquina y que la de éste era incomparable. Tiempo después pude convencerme, para desgracia mía, de que, en efecto, no podía compararse a ninguna...

El embrague era maravilloso, me dijo Rudy. Había hecho toda clase de pruebas. Las velocidades, superiores a todo lo que podía esperarse de un coche que en realidad no era un automóvil de carreras; el freno, perfecto: yo mismo tenía que probarlo. ¡No había otro coche semejante! Respecto al exterior, esto era un simple detalle, y en una semana podía quedar como nuevo.

No había nada que oponer, y me decidía a subir con él para probar. Entonces pude convencerme qué clase de joya era aquel motor.

Todo esto acabó, por supuesto, con el cambio de mi Buick por el viejo Cadillac, más cuatrocientos dólares que dieron por el cambio, y con los cuales Rudy me prometió convertir el coche en una cosa regia.

Era un magnífico comprador, porque en su imaginación infantil veía lo que quería, y nos hacía ver a los demás cosas que no existían, salvo en su fértil imaginación.

Mientras tanto, "El poder conquistador" se había acabado de "filmar", y podía, por consiguiente, dedicarse en cuerpo y alma a su nuevo juguete. Se dedicó incansablemente a la transformación del viejo carromato, le proveyó de dos potentes faros y de otros varios detalles que instaló él mismo.

Después de darle una buena capa de pintura negra y de barnizarlo como el charol; después de mucho niquelado y de muchos pulimentos, no parecía una cosa tan mala. Pero entonces comenzaron nuestros apuros. Se le ocurría pararse en los momentos más inoportunos; incidentes todos ellos que Rudy aseguraba ser propios de todos los motores de mucha fuerza. Su capacidad para consumir aceite y gasolina era realmente notable. Sin embargo, ambos declarábamos que por fin poseíamos un coche espléndido y que era una gran adquisición sobre nuestro Buick, y en esto quedamos.

De nuevo comenzó la busca de trabajo. Aun cuando "Los cuatro jinetes" andaban ya corriendo por los "cines" desde hacía varios meses, los empresarios no se habían dado cuenta real todavía del valor de Rudy. Había varios ofrecimientos "posibles" que, por una razón u otra, se fueron al foso. Rudy, que desconocía el mecanismo del ahorro, estaba siempre apurado en los intervalos entre dos contratas.

Yo trabajaba en los dibujos para las instalaciones y trajes de la nueva película de Nazimova, "Salomé", por cuyo trabajo había recibido un adelanto. Entonces la Nazimova decidió repentinamente posponer la impresión de esta película en favor de "La casa de muñecas", que se hizo primero.

Rudy y yo marchábamos mal. El daba diariamente una vuelta por los estudios, aparentemente para saludar a los compañeros; pero, en realidad, para hacerse presente a los directores o a los empresarios. Cuando nos lo permitía nuestro crédito, Rudy almorzaba en uno de los restaurantes del bulevar favorecido por la clientela de directores.

Mientras tanto, yo tomé algunos discípulos de dibujo. Esto y el sacrificio eventual de alguna de mis joyas familiares nos iba sosteniendo.

Cuando nuestro apetito se acentuaba demasiado hacíamos una excursión matinal a un privado de caza, y estas correrías en el aire fresco de la mañana, el placer de cazar furtivamente alguna pieza, constituía nuestro mayor encanto, al cual se añadía como incentivo el peligro de que nos detuvieran. Más allá de Santa Mónica las casas empezaban a escasear y comenzaba la quietud de los caminos rurales. Entonces nos deteníamos y nos preparábamos para la acción. Sacábamos la escopeta de su estuche, la cargábamos y el gatillo quedaba en disposición de disparar, y bajábamos la capota del coche.

Rudy se sentaba en la parte alta de la capota, apoyando los pies en el asiento, y mientras tanto, yo conducía. Tan pronto veíamos una codorniz o una paloma que salía en busca de su desayuno yo disminuía la marcha hasta casi pararnos, y entonces Rudy disparaba. Habíamos observado que si parábamos el coche completamente las aves se asustaban y echaban a volar, mien-

tras que si seguíamos marchando, aunque fuese muy lentamente, no se fijaban en nosotros.

Como Rudy era un buen cazador y el juego daba mucho rendimiento (cazábamos en tiempo de veda), no se tardaba mucho en cazar ocho pájaros, límite máximo de nuestras correrías. Entonces cambiábamos de táctica y nos dedicábamos a perseguir conejos, lo cual exigía una maniobra completamente distinta.

Era menester meterse por algún sendero y dejar escondido el coche entre algún matorral. Ocultábamos los pájaros cazados entre la hierba, no fuese cosa de que algún guarda campestre celoso de su deber hiciese pesquisas indiscretas. Nos internábamos por unos vallecitos y marchábamos a campo traviesa con el fusil bajo el brazo. Los conejos abundaban, porque muy poca gente se decidía a venir por estos parajes. El vedado mismo apenas estaba explotado por sus arrendadores.

El límite que señalábamos a nuestra caza de conejos era el de cuatro. Tan pronto habían caído nos volvíamos atrás. Algunas veces teníamos que abandonar la caza antes de llegar a la cifra marcada porque la mañana avanzaba demasiado y teníamos miedo de que nos sorprendiesen.

CUANDO ERAMOS POBRES

VARIAS veces escapamos con grandes apuros. Me acuerdo especialmente de cierto día en que acabábamos de esconder el coche y nos disponíamos a marchar hacia el sitio de los conejos, cuando de improviso salió un hombre de detrás de unos árboles y se adelantó rápidamente hacia nosotros. Echamos a correr hacia el coche con toda la velocidad que nos permitían nuestras piernas; echamos fusiles, pájaros y cartuchos dentro del coche, montamos a toda prisa y dimos al acelerador, escapando de allí a toda marcha. Cuando estábamos fuera de vista nos paramos para respirar. Para evitar el encontrarnos otra vez con el hombre teníamos que marchar en dirección opuesta a Holliwood, y, por lo tanto, para regresar a casa teníamos que retroceder por el mismo camino. Esperamos todo el tiempo que nos pareció suficiente y nos decidimos a volver. Conforme nos acercamos a la zona de peligro, vimos que el hombre continuaba allí. Era ya imposible pararnos o dar de nuevo una vuelta sin despertar sospechas. Lo mejor que podíamos hacer era seguir adelante en la dirección en que estaba el hombre. ¿Nos detendría? Desde luego. Aminoramos la marcha, con el corazón saliéndosenos por la boca, pensando con terror en que nos denunciaría. El hombre nos preguntó si habíamos visto a alguien con un fusil, pues había oído algunos tiros. Rudy fué el primero que encontró palabras para contestar: "Sí — dijo; — hemos visto a un hombre por un camino cerca de la carretera; pero no nos hemos fijado si llevaba escopeta, o, según me parece ahora, acaso, la llevaba". El hombre se dirigió a mí. Acaso yo me había fijado mejor. Pero yo, temerosa de que el temblor de mi voz nos delatase, repliqué con un movimiento de cabeza. El hombre contestó: "Gracias" y se apartó a un lado. No es necesario decir que salimos de estampía.

Durante algún tiempo después de este suceso resolvimos pensar que estábamos cansados de la caza; así, pues, las suspendimos provisionalmente y las sustituímos por otro deporte, al que bautizamos con el nombre de "mutiolismo". Para que me comprendan los lectores, explicaré que las mutiolas son, en realidad, almejas, que, cocidas con ajo y aceite de oliva, nos gustaban muchísimo. El mutiolismo consistía, por lo tanto, en hacer una excursión a la playa por la mañana muy temprano, cuando la marea estaba baja, procediendo a la busca de esos mariscos entre las rocas. Dichos animalitos constituían nuestro menú durante algunos días, y como iban a parar a una casa regida por un refinado gusto italiano, podían estar seguros de que encontrarían en ella una exquisito salsa de tomate. De esta manera nuestra afición a las excursiones quedaba satisfecha y la despensa ganaba en provisiones.

¡Cuántas veces en años posteriores recordábamos con nostalgia estos momentos felices! Eramos muy pobres, desconocidos de todo el mundo y gozábamos de nuestra libertad gloriosa. Había días de risa, días de sueños y de forjar ambiciosos planes para el futuro.

Por lo que a mí se refiere, sé que esos días fueron los más felices que habré pasado en mi vida.

Rudy y yo éramos muy aficionados a los animales. Siempre que podíamos nos pasábamos el día en alguno de los varios jardines zoológicos que hay cerca de Los Angeles, y una de nuestras ambiciones más soñadas consistía en poder llegar a tener un pequeño jardín zoológico propio. El viejo Selig Zoo era nuestro favorito; pero muchos días íbamos a visitar el Curley Steckler, el director y principal domesticador de los animales utilizados en la Sociedad Universal Studios.

Horas enteras nos pasábamos oyendo a Curley relatar sus aventuras y experiencias. Después de concederle un generoso crédito a todas sus historias de milagrosos escapes de entre las garras feroces, nos permitía hacer una visita a nuestros amigos irracionales, particularmente a "Joe Martín", el famoso chimpancé de innumerables películas exhibidas por la Universal, y de "Ethel", la leona domesticada. Algunas veces, "Ethel" sentía deseos de realizar alguno de sus primores, y como número principal del programa íbamos a ver comer a "Tom", "Dick" y "Harry", los tres grandes leones.

Sabiendo mi afición a los animalitos pequeños, Curley nos dijo durante una de nuestras visitas que tenía algo nuevo que enseñarme, y nos condujo entre la serie de jaulas para leopardos. En el fondo de una de ellas había cuatro adorables cachorros de león que sólo contaban mes y medio de vida.

Rudy y yo empezamos a dar gritos de alegría e insistimos en que queríamos comprar uno. Curley, en un principio, se resistió, diciendo que no eran juguetes y que va mostraban una voluntad propia, poco amistosa. Pero Rudy y yo no nos dimos por enterados y, por fin, Curley tuvo que ir por una jaula y nosotros escogimos nuestro cachorro.

Después de arañar, morder y rugir abundantemente, nuestra leoncita fué instalada en una caja y depositada en nuestro coche. Dejamos a Curley, que movía la cabeza en señal de duda, y nos decía que antes de una semana le habríamos devuelto el cachorro.

Nos moríamos de impaciencia por llegar a nuestra casa y poder soltar al animalito. La primera cosa que teníamos que hacer consistía en encontrar el medio de hacer inofensivas sus garras. Después de que lo hubimos hecho, Rudy insistió en que era necesario bautizarla, dándole una buena jabonadura en el baño, antes de dejarla en libertad.

Jamás he visto testimonio de mayor indignación en un ser más joven. Recorrió majestuosamente toda la casa, dando rienda suelta con sus bufidos al resentimiento que sentía.

Muchas experiencias curiosas hicimos con "Zela", nombre que dimos a nuestra leoncita. La indignación o la cólera era su punto fuerte, según nos indicó Curley, y su gran característica parecía consistir en su indomable orgullo. No toleraba la menor muestra de solicitud por nuestra parte; pero a menudo, cuando Rudy estaba leyendo, tranquilamente echado en el sofá, la veía saltar sobre sus rodillas para que le hiciese fiestas y la acariciase. Pronto se convirtió en un capricho favorito y nos mostraba gran adhesión, principalmente a Rudy, a quien seguía a todas partes, como si le adorase.

Curley no salía de su asombro al ver que, pasada la semana, no le devolvíamos el cachorro. El pobre Curley fué una víctima de sus propios leones, y Rodolfo nos contará más tarde su encuentro con él en el otro mundo.

Los animales no podían resistir a la simpatía y comprensión que les testimoniaba Rudy. Los quería, y ellos le querían a él, en consecuencia, respondiéndole en el mismo lenguaje. Recuerdo un caso de esta mutua amistad. Ocurrió en San Francisco, poco tiempo después de la época de que estoy hablando. Estaba en esta ciudad haciendo algunas escenas de "Moran of the Lady Letty" con Dorothy Dalton. Entabló amistad con un caballero y su esposa, que eran muy aficionados a los animales, y le hablaron de sus perros-policías, de los que estaban muy orgullosos, alguno de los cuales habían aleccionado ellos mismos. Rudy manifestó grandes deseos de verles, y los señores le invitaron a su casa para que los observase de cerca.

RUDY ME REGALA UNA CULEBRA

UN hermoso perro criado por aquellos señores atrajo en seguida la atención de Rudy. Era famoso por su salvajismo hacia cualquier extraño, y esto avivó aun más la curiosidad de Rudy para que se lo dejasen ver de cerca. Con los pelos de punta y emitiendo siniestros gruñidos, el perro se acercó a Rudy.

Rodolfo comenzó a hablarle, interesadísimo por vencer la animosidad del animal. Al cabo de un rato el animal se había calmado, dejó de gruñir y se puso a oler con curiosidad a aquel ser extraño que no se había atemorizado por su ferocidad. Con gran asombro de su propietario, comenzó a mostrar síntomas de amistad por Rudy.

Al cabo de varias visitas, Rudy y el perro "Marqués" se hicieron grandes amigos. Cuando llegó el momento de marcharse de San Francisco, los propietarios le regalaron el perro, diciéndole que la amistad de aquel animal, que hasta entonces había pasado por inabordable, era cosa tan extraordinaria, que comprendían que el perro pertenecía más a Rudy que a ellos mismos.

Cuando nuestra situación financiera alcanzó el punto más bajo de su curva y la mayoría de mis alhajas familiares tuvieron que hacer una larga visita al prestamista, Rudy fué encargado inopinadamente de impresionar "El hijo del Sheik".

Nadie puede darse idea de lo providencial que fué aquel encargo. Como le gustaba mucho montar a caballo y, en general, todo ejercicio al aire libre, Rudy estaba en su elemento mientras impresionaba esta película, especialmente en los campamentos alquilados en Oxinard, donde podía estar entre los "cow boys", entre camellos y caballos, y en donde toda la compañía se albergaba en tiendas de campaña.

Cuando volvió de Oxinard, Rodolfo trajo, para añadirla a nuestra colección de bichos, un hermoso y raro ejemplar de serpiente. Estos reptiles nos fascinaban.

Nuestra familia animal se componía por entonces de "Shiek", un perro-policía minúsculo que habían regalado a Rudy mientras impresionaba la película; dos grandes perros daneses, Zela, la leona; un monito de color verde musgo y la culebra.

Mis desgraciados vecinos se negaban a seguir soportando la vecindad de "Zela" por lo menos. Como ahora tenía cuatro meses, había crecido mucho. Además había adquirido la desagradable costumbre de abrir las compuertas de la ventana y saltar a la calle para darse un paseo.

Es fácil imaginar el terror y la indignación que sus rapiñas causaban en la vecindad. Por fin, se me invitó con toda finura, pero con toda energía, a que yo o la leona cambiásemos de domicilio.

Rudy y yo estábamos desolados, porque era imposible que él se llevase el animal a su pequeña habitación en la pensión. Nos decidimos a ponerla a pupilaje con el domesticador Nell Shipman, que tenía sus animales en un rancho, a unas treinta millas de Los Angeles. Muchas lágrimas derramamos cuando se la llevaron; pero no podíamos hacer otra cosa.

La última vez que vimos a "Zela" fué unos cuatro meses más tarde, cuando fuimos a hacerle una visita de despedida. El domador se llevaba todos sus animales a Oregos, donde miss Shipman vivía, según creo, para hacer algunas películas, "Zela" marchaba con ellos.

El domador nos advirtió que no nos acercásemos demasiado a la jaula, porque podía no reconocernos y, según nos dijo, se había vuelto muy traicionera. Como el domador vió que estábamos muy poco satisfechos de la marcha de nuestro animal favorito, nos entretuvo enseñándonos algunos animales que acababa de recibir para educarlos. Estos eran unos encantadores osezno. Mientras jugaba con ellos, Rudy desapareció. Cuando me di cuenta, le

llamé; pero no contestó. Extrañada por lo que le tendría tan ocupado, fuí a buscarle.

Encontré a Rudy dentro de la jaula de la leona, sentado en el suelo con ella. La estaba hablando y la llamaba por los nombres que la dábamos en casa. Ella estaba acurrucada en un rincón, mirándole con aire de duda. Poco a poco se le fué acercando, arrastrándose, como cien veces la había visto hacerlo en casa cuando quería que la acariciásemos. Ya junto a Rudy, puso la cabeza en sus rodillas, emitiendo pequeños gruñidos de placer.

Rudy estuvo así durante algún tiempo, acariciándola y hablándola cariñosamente, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Esta fué la última vez que la vimos.

Cuando se terminó la impresión de "El hijo del Sheik", Rudy fué contratado por Famous Players para la película "Moran of the Lady Letty", en la que volví a reanudar mi trabajo con Nazimova. Hacia esta época, mis padres volvieron de Europa. Quiero dejar a mi madre el relato de la impresión que produjo su primer encuentro con Rodolfo.

He aquí sus palabras:

"En los primeros días de mayo del año 1921 salimos de San Francisco para Europa. Cuando llegamos a Nueva York recibimos en nuestro hotel un telegrama de Natacha, diciéndonos que no dejásemos de ir a ver "Los cuatro jinetes" y que la escribiésemos lo que pensábamos de esta película. Después de verla la escribimos diciendo que nos había parecido un "film" extraordinariamente bueno y que estábamos entusiasmados con la actuación de la nueva "estrella" cinematográfica Rodolfo Valentino.

Al llegar a París, unas cuantas semanas después, recibimos otro telegrama de Natacha anunciándonos sus relaciones con Rodolfo Valentino y solicitando nuestros parabienes. La mayoría de los chicos modernos han enseñado tan bien a sus papás, que suponen que han de sancionar todas sus acciones sin replicar. Así lo hicimos nosotros, y enviamos nuestras felicitaciones inmediatamente.

En octubre volvimos a América, y de Nueva York fuimos directamente a Hollywood para encontrarnos con nuestro futuro yerno.

Natacha nos había descrito de un modo entusiasta su primera casita, que había amueblado enteramente según sus gustos. Por este tiempo estaba trabajando con madame Mazimova, en calidad de director artístico, y gozaba de buen sueldo. De su descripción de esta mansión al estilo cinematográfico, creí poderla comparar con ventaja a un palacio.

Natacha vino a buscarnos a la estación hacia las siete de la tarde. Nos dijo que Rudy estaba trabajando; pero que podría comer con nosotros a las ocho.

Subimos por el Sunset Boulevard y nos detuvimos a poco. "¡Entren ustedes! ¡Estamos en casa!"

Como ya estaba oscuro, era difícil encontrar la entrada. Subimos varios escalones y entramos por un estrecho corredor que conducía a la mansión. Esta resultó ser, en miniatura, lo que yo había tomado por un garage. Natacha llamó al timbre, y una criadita muy mona y limpia abrió la puerta.

La habitación que daba frente a ella podía albergar hasta cuatro personas si se las ponía de canto. El tapiz, creación de los más brillantes colores y atrevido dibujo, estaba pintado en el suelo. Cuatro sillas de cocina pintadas de laca roja, un pequeño y cómodo sofá cubierto con cretonas brillantes, dos mesitas de té con aparatos de luz cubiertos con alegres pantallas de papel y varias estanterías que primitivamente habían sido cajones de tabaco, pero que ahora estaban transformadas en objetos de arte gracias a una pintura roja, componían el moblaje de este cuarto.

En seguida entré en la habitación que estaba a mano derecha. Las ventanas eran pequeñas y estaban protegidas por cortinas de tafetán violeta. El suelo estaba cubierto con una alfombra negra. Una mesita de cocina pintada de negro y con una tapa de un espejo estaba en uno de los extremos. Sobre ella había dos canastillas hechas con cuentas de cristal, llenas de flores hechas con la misma materia, de un género que puede verse a centenares en los cementerios de Italia. En el lado opuesto había una arqueta negra y alargada, que careciendo de fondo y de tapa, exigía un buen adivinador para averiguar para qué servía. Dos sillitas con asientos de seda estaban a sus costados. Esta habitación me parecía la capilla de un depósito de cadáveres; pero resolví pensar que era el dormitorio de Natacha.

Al entrar en el cuarto de baño me metí sin saberlo en la guarida de un cachorro de león. Este era el compañero inseparable de Natacha: pero había necesidad de atarlo cuando había visitas.

Pasé por una pequeña cocinita para ir al garage, donde me encontré con dos enormes perros daneses que Rudy le había obsequiado en calidad de regalo de novios. Por el momento estaban enfermos de raquitismo, porque su ama se había empeñado locamente en alimentarlos con vegetales.

Volvimos a la casa en el momento preciso en que Rudy llegaba para comer. Vi a un Adonis flacucho, muchachil, aunque de contextura atlética, con unos ojos oscuros y ardientes de novela y una franca y honrada sonrisa, que en seguida conquistó por completo mi corazón. Como venía directamente del trabajo, se excusó de no estar vestido para la cena.

Rudy, en consonancia con la costumbre italiana, nos abrazó a mi marido y a mí, besándonos cariñosamente en ambas mejillas. Era imposible no querer a este chico impulsivo e inocente.

Pronto se puso la mesa y todos nos sentamos para una cena ligera y deliciosa.

Mi marido y yo dejamos a estos chicos tan ocupados, con la promesa de que Rudy nos visitaría en San Francisco tan pronto terminase su película.

Pocas semanas después vino a vernos, quedándose con nosotros quince días. Durante esta visita aprendimos a quererle de veras y a aceptarlo como un verdadero hijo".

Terminada la impresión de "Moran of the Lady Letty", Rudy comenzó casi inmediatamente después "Más allá de las rocas", con Gloria Swanson.

Decidimos entonces comprar la casita de Wedgwood Drive, en Whitely Heights. Como la cantidad que había que pagar al contado era todo lo que podíamos juntar ambos, apenas nos quedó dinero para los muebles. Pero no nos apuramos por esto, porque íriamos comprándolos poco a poco.

Un amigo de Rudy con quien había vivido antes vivía también ahora en Whitely Heights, pocas puertas más allá. Se combinaron para volver a vivir en compañía, a fin de estar lo más cerca posible de mí, y la mayoría de las comidas las hacía conmigo. Estos planes no eran más que momentáneos, porque esperábamos poder casarnos para la primavera. A lo menos, estábamos decididos a que la Nochebuena, que estaba próxima, se celebrase con una comida en nuestra nueva casa. Los pocos muebles que yo tenía en mi anterior pabelloncito se trasladaron a la nueva casita dos días antes de Pascuas. Fué algo horrible. No había agua caliente ni gas; pero estábamos tan contentos de estar en nuestra propia casa, que nada nos importaba.

El único moblaje de la habitación estable era el árbol de Navidad y una silla. ¡Pero qué horas más admirables pasamos decorando este árbol! Era el primero que teníamos uno y otro después de varios años. Varias guirnaldas pendían de las ventanas, y las campanillas rojas y las imágenes de Santa Claus sustituían al resto del mobiliario.

La comida de Pascuas se cocinó toda ella en una pequeña estufa eléctrica; pero, si mi recuerdo no me engaña, fué la mejor que comimos en toda nuestra vida.

A medianoche fuimos a abrir las cajas que contenían nuestros regalos.

Encendimos las bujías del árbol de Navidad, y estábamos ya desatando las ataduras de las cajas, cuando repentinamente Rudy me cogió por un brazo y me llevó escaleras arriba. Me empujó hacia mi dormitorio y me dijo que no me moviese de allí hasta que me llamase.

Oí cómo echaba a correr fuera de la casa y calle abajo. No podía darme cuenta de lo que ocurría.

Al cabo de diez largos minutos volvió. La puerta de la calle sonó de nuevo. Esto era más de lo que mi curiosidad podía aguantar. Abrí la puerta y llamé, preguntando si podía bajar.

Nadie contestó. Silencio.

Oí un débil ladrido. Corrí escaleras abajo.

La cabeza de un perrito pequinés y las dos manitas salían de la abertura de la media que había puesto a Santa Claus en espera de regalos. Rudy estaba junto a la chimenea, con una expectación infantil, esperando ver mi sorpresa.

Di gritos de alegría. Desde hacía tiempo suspiraba por un pequinés, pues el último que tuve lo había perdido un año antes.

Así es cómo el pequeño "Chuckie" entró a formar parte de nuestra familia.

Abrimos nuestros regalos; reímos, gritamos y jugamos con el perrito hasta que todas las velillas del árbol se consumieron. Cansados por tantas emociones, nos separamos. Rudy se fué a su casa y yo a mi habitación. Así pasamos nuestra primera Nochebuena, juntos y en nuestra pequeña casita.

Pasadas las fiestas, comenzaron los preparativos para "Sangre y arena", que era la primera película de su contrato con la Sociedad Famous Players.

Pune Mathis adaptó la novela para la pantalla, y lo hizo maravillosamente. Nadie comprendía a Rodolfo como ella. Ella fué quien le proporcionó la primera ocasión de lucimiento en "Los cuatro jinetes", y nuevamente escribía para él un papel que había de ser, a mi juicio, su mejor caracterización y en el cual realizaría su mejor interpretación.

Se enviaron de España trajes de torero y otros detalles necesarios.

Durante estos días, Rudy se movía en un mundo creado enteramente por él.

(Continuará)

La belleza del ritmo

tan admirada y cultivada en nuestro tiempo, ante todo es la expresión del más perfecto funcionamiento de músculos y articulaciones. Pero este no sólo lo exijen los bailes y deportes, sino asimismo los quehaceres de la vida cotidiana. Por ello cuidado a que no se agrave y complique un ataque de gota o reumatismo por no ser tratado a tiempo o por servirse de medicamentos que no atacan el mal en su raiz. ¡Sea Vd. previsor y cuidadoso! Aproveche para su propio mal una experiencia científica de muchos años y de millones de casos, **tomando el Atophan de la Casa Schering de Berlin.** Su acción es rápida y segura y carece de los efectos secundarios de muchos otros medicamentos, pues no ataca el corazón ni ejerce cualquier otro efecto nocivo. Dosis: 3 veces al día 1 a 2 tabl.

Fíjese en el envase original con el *"Angulo Schering"* — tubos de 20 tabl. de 0,5 gr.

Ácido 2—feniquilolein—4—carborílico.—**M. R. Disuélvase bien las tabletas en agua, al tomarlas.**

Correspondencia

Una que quiere ser rubia.— No le censuro el gusto. El pelo rubio tiene cada vez más devotas. Ahora, que como el gusto no suele estar acorde con lo que la Naturaleza ha dado, el cambiarse lo moreno por lo rubio tiene sus inconvenientes. Es bonito ser rubia, sí, y lucir una melena de oro. Pero como todo lo forzado, querer ser rubia "para siempre" presenta grandes desventajas. Si usted, se tiñe el pelo con agua oxigenada, puede fácilmente contraer una enfermedad a los ojos, como le ocurrió a la reina Margarita de Italia, que casi se quedó ciega. Si usa el agua oxigenada con amoníaco verá que al tono rubio del primer tiempo se sucede una mezcla de colores que hará de su cabeza un verdadero arco iris. Además, con los tintes, cualquiera que sea, el pelo se pone quebradizo y sin brillo. Así, mi linda amiguita, lo que mejor puede no hacer es conformarse con su cabellera oscura y no querer ser rubia, que aunque Anita Loos diga que "Los caballeros las prefieren rubias", es también muy cierto que las morenas son muy gustadoras.

J. M. — Los Angeles. — Puede usted con confianza usar el aceite de castor para hacer crecer las pestañas. Mézclelo por partes iguales con alcohol y se lo pone en las noches con un pincelito fino, cerrando bien los parpados para que no se introduzca en los ojos.

Laurita. — Para su pelo grasoso, le recomiendo que se lave la cabeza en seco con harina de trigo. El lavado con agua déjelo para una vez al mes y hágaselo con quillay, porque el champú aumenta la caspa. Vijile también su comida, eliminando todo lo que sea grasas.

Una fea desesperada. — Concepción. — ¿Por qué? No, no es fundamental, no es necesaria la belleza perfecta para inspirar amor. Un pequeño defecto físico como el que usted padece, no es un obstáculo para que un hombre la quiera. Cultive usted su espíritu y espere la llegada del amor, acordándose de aquello que ha dicho la sabiduría popular: "La suerte de la fea la bonita la desea."

Matilde. — Ese enrojecimiento en el cuello cada vez que va a cortarse la melena, viene de la máquina o de las tijeras, o de la peineta que no están perfectamente desinfectadas. Haga que delante de usted quemen en una llama de alcohol las dos primeras y en cuanto a peineta, tenga usted una propia que puede llevar cada vez en su bolsón, para así tener la absoluta seguridad de que no se la usan. Mientras puede usted ponerse en la parte afectada un poco de pomada de óxido de zinc.

Una temuquense. — La única forma en en que puede usted secar esas zapatillas de raso sin que se le deformen es llenándolas con afrecho o avena. Como estas substancias están ávidas de humedad, tomarán la del calzado que se secará perfectamente. Luego puede usted tenerlas unos días en la horma.

Pablito. — Cierto es que la mantequilla de cacao es desagradable de usar así sola. Puede usted hacer preparar la siguiente receta que le mejorará las grietas de los labios. Miel rosada, 100 gramos. Aceite de olivo, 35 gramos. Esencia de rosa, 10 gotas. Cera Vírgen 10 gramos. Mantequilla de Cacao, 35 gramos.

María Teresa Luco. — Mezcle una cucharada de harina de maíz con una cucharada de bicarbonato. Ponga un poquito de esta mezcla en la palma de la mano y agréguele unas gotitas de agua para formar una pasta que extenderá todas las noches — después de lavarse la cara con jabón blanco de Marsella — sobre la nariz y esa parte de las mejillas en que tiene también puntos negros. Deje que la pasta seque, y duerma con ella. Al día siguiente lávese con agua tibia y sin jabón. Siga este sistema un tiempo y verá usted como esos barrillos acaban por desaparecer.

Uno que quiere aprender gimnasia sueca.—Encargue Ud a la Librería Nascimento, Ahumada, 125 Santiago, el libro Mon Sisteme de Müller. Existe en inglés y en francés, si usted no entiende ninguno de estos idiomas puede conseguir con algún amigo que se lo traduzca y luego, guiándose por los grabados, llegará usted a practicar todos los movimientos con entera maestría.

Nené. — Viña del Mar. — Use este preparado para conservar la blancura de sus manos que peligra con el sol de la costa: Clicerina 1 onza. Agua de Rosas 1 onza. Acido fénico 10 gotas. Tintura de Benzoina 10 gotas.

Una Admiradora. — Armando Moock vive actualmente en Buenos Aires. Puede usted dirigirle la correspondencia al Consulado chileno. Su última obra que estrenó se llama "La Señorita Charlestón," y tuvo un grande éxito.

Una que no sabe. — San Carlos. — Hágase un conjunto de espumilla gris plata, que es de un color muy de moda. Elija — en la revista encontrará usted lindos modelos de gran chic — un vestido de forma recta, con la casaca adornada por alforzas muy finas y la falda con pliegues o con plisados, dispuestos en grupos. Sobre este llevará usted un abrigo de kasha o de paño en el mismo tono que la espumilla, también de corte recto y con un adorno de alforzas que recuerde el de la casaca. Como ahí, hace frío en toda la primavera puede usted ponerle un cuello y puños de liebre plateada, una piel que no es cara, que se usa mucho y que le dará una grande elegancia al conjunto. El forro será de espumilla como la del vestido. Completará esta toilette con medias gris-rosa, zapatillas-sandalias, de cabritilla grises, guantes y cartera de este mismo color. El sombrero puede ser de espumilla pespuntada o de paja, pero siempre guardando armonía con el conjunto, es decir, en color gris. Con esta toilette puede usted estar segura de causar muy buena impresión en el matrimonio de su hermano y no temer a la elegancia de las chillanejas.

Juan Gálvez. — San Bernando.— La dierección de Vicente Blasco Ibáñez, es Villla Fontana Rosa. Mentón, Francia.

CORRESPONDENCIA A ESTA SECCION
Se contestará toda pregunta a nuestros lectores.

Toda correspondencia debe dirigirse en esta forma: Dirección de "Para Todos". (Sección Consultorio de Belleza). Casilla 3518 — Santiago.

CARTAS DE UN MEDICO A UNA MADRE JOVEN

POR EL DOCTOR GUILLERMO PLATH

CARTA I

Amada Luisa:

En vano intentaría expresarte con cuánta alegría he recibido la primera carta que me has enviado desde tu nueva residencia. Dicho sea entre nosotros, estaba ya a punto de enfadarme un poco contigo, o, por lo menos, de tener algunos celos cuando, alguna vez que otra, oía hablar de las encantadoras cartas de cierta recién casada, que pintan su dicha acual con tan brillantes colores como tan sólo la edad juvenil y el amor suelen emplearlos. ¿Será, me decía, que rodeada del brillo celeste de su luna de miel, ha olvidado por completo la estrella, hoy en su ocaso, que en otro tiempo la había dirigido en el camino de su juventud? ¿No podría tener un par de palabras para el antiguo amigo, que tanto ha sentido la separación de aquella amable niña, ya que así has de permitirme que siga llamándote? Sin embargo, no podía menos que disculparte y que exhortarme a mí mismo a tener paciencia, en la firme confianza de que, a pesar de todos los cambios ocurridos en tu residencia y en tu situación, tu corazón seguiría siendo el mismo; confianza que ha quedado plenamente justificada por tu apreciada carta.

Nunca he tenido la menor duda de que pronto te sentirías feliz en tu nueva residencia. En verdad, la verdadera felicidad no está absolutamente ligada a las condiciones exteriores; sin embargo, el aspecto agradable de los objetos que nos rodean contribuye mucho a hacer amable la vida interior. Hay una gran diferencia entre el que puede saludar el principio del día echando una mirada sobre el alegre verdor y las espléndidas flores de un jardín, o dejar que la vida se esparza por los campos, los bosques y las lejanas montañas, y el que rodeado de los muros de una ciudad y oprimido por la pesada atmósfera de ésta, tiene que empezar por buscar en dónde podrá descubrir una pequeña parte de cielo azulado.

De todos modos, amada Luisa, como irás reconociendo mejor cada día, no es precisamente en las ciudades en donde deben buscarse los hombres más felices, y esto por razones muy sencillas. Cuanto más se aleja el hombre de la naturaleza, tanto más artificiales se vuelven las condiciones de su existencia y tanto más le cuesta conservar la plena armonía interna de su ser, y el estado de ánimo que es necesario para ser feliz, que nos hace accesibles a todo lo bueno y bello, que nos da armas contra las tempestades de la desgracia, y que comunica a toda la vida la elevada consagración de la que apenas se forman idea millares de personas. ¿Qué son, en cambio, las embriagadoras diversiones de una gran ciudad, que con harta frecuencia alejan al hombre de sí mismo, le hacen insensible a los encantos de la felicidad doméstica y a la grandiosa sencillez de la naturaleza, y no dejan, al fin, tras sí, más que la desconsoladora impresión de un descontento sin límites?

Sin embargo, no debes interpretar mal mis palabras. Admito que hay excepciones y conozco algunas de ellas. Tampoco disminuyo, en modo alguno, el valor de cierta educación social elevada, que puede adquirirse indudablemente, con más facilidad ,en los grandes círculos del trato social. Mis censuras se dirigen a la tendencia falsa y exclusiva que se detiene en la superficie de las cosas, que toma las apariencias por realidades, y que nos sale al paso y nos embaraza por todas partes en medio del brillo de las grandes ciudades. Quiero cultura, pero unida estrechamente a la sencillez y a la naturalidad, y esto lo he encontrado siempre, en mayores proporciones, en las poblaciones pequeñas y en el campo. ¿No vemos, acaso, que todo el que ha conservado en su ánimo un pequeño y plácido destello de espíritu juvenil, en medio del vaivén de una vida agitada, se siente atraído irresistiblemente por la naturaleza, que se nos presenta en todas partes tan grande, tan bella, tan verdadera y tan sencilla?

Pero basta. Empiezo de nuevo a charlar, pues a pesar de mis canas sigo siendo un niño.

CARTA II

¿He comprendido bien las insinuaciones expresadas en tu última carta? ¿Esperas ser madre? Dios te acompañe y bendiga. Todavía no se ha extinguido el eco de las celestiales palabras dirigidas a la Virgen: "¡Salve bendita entre las mujeres!" Ha descendido sobre ti una dicha nueva y desconocida, y surge para tu porvenir una nueva existencia consagrada a la sublime misión de dar el ser a una criatura hecha a imagen de Dios. Debes reconocer con humildad y gratitud la alta dignidad a que has sido llamada, y prepararte con santa seriedad para los deberes que ella te impone. Es triste tener que decirlo. Millares de mujeres no presumen la alteza de su misión, desatienden los deberes de ésta y sacrifican, por culpa propia, la verdadera dicha de la vida, que consiste en la conciencia de querer cumplir con corazón agradecido y con ánimo contento los preceptos divinos, que son al mismo tiempo exigencias impuestas así por la razón como por la naturaleza.

Me preguntas si te prestaré el auxilio de mis consejos. ¡Qué pregunta! ¿Qué es lo que podría serme más garadable que corresponder, aunque sea de lejos, como mejor me lo permitan mis conocimientos y mis fuerzas, a la conmovedora confianza que siempre has tenido en mí, y que de puro ilimitada, me hacía sonreir con frecuencia? Hoy no tienes ya a tu lado a tu amada madre y, por lo que me dices, no has encontrado ninguna amiga a quien puedas dirigirte para que te asista con sus consejos.

Permíteme, pues, que sea de lejos para ti lo que fuí en otro tiempo para tu inolvidable madre, y ojalá que su bendición asista a mis palabras, para que los resultados de mis consejos sean tan útiles como lo fueron para ella. Serán para mí horas dichosas las que pase en espíritu contigo, a pesar de la distancia que nos separa; horas de agradable memoria, durante las cuales la inteligencia y el corazón se elevarán y remozarán, en medio de la monotonía, a veces tan triste, y de la prosa de la vida diaria.

Una cosa, sin embargo, debo advertirte desde ahora. Algunas veces, de aquí en adelante, te serán necesarios consejos, que no pueden darse de un modo seguro desde lejos, sino que requiere la presencia personal de quien debe darlos. Por lo tanto, es necesario que pienses en la elección de un médico en tu actual residencia. Esta elección no debe hacerse con apresuramientos, y, por otra parte, concibo perfectamente que en este momento y en las condiciones en que te encuentras, podría serte difícil dirigirte con plena confianza a un médico que te fuera completamente desconocido. La elección de médico es, en conjunto, una cosa demasiado importante para hacerla de ligero.

Algo puedo indicarte sobre este punto, ya que tal vez has tenido ocasión de conocer, aunqu no haya sido más que de vista, algunos de los médicos de esa comarca. Este conocimiento no carece, a mi entender, de importancia, sobre todo tratándose de mujeres, las cuales, por lo que se dice, tienen un especial talento fisiognomónico y se guían en la apreciación de las personas por el sentimiento y por la primera impresión, con más seguridad, en muchos casos, que la que puede alcanzar el hombre a pesar de la precisión de su razón. Por otra parte, eres maestra en el arte de pintar, así con el pincel como con la palabra. Trázame, pues, de vez en cuando, algunos rasgos de los médicos de esa, así como, en general, de la sociedad que te rodea, a fin de que pueda formarme a manera de un marco para la agradable imagen de tu vida doméstica.

DEL DOMINIO DE SU VOLUNTAD DE LA FUERZA DE SU CARACTER

Nuestra mente es un verdadero y poderoso dinamo, al cual es preciso hacer funcionar en beneficio de nosotros mismos. ¿Cómo se consigue esto?

El conocimiento de las verdades Psíquicas y la práctica de la Auto-Sugestión, es de enorme importancia para todas las personas, sin distinción de sexo ni edad. Mediante ellas se adquieren salud, vigor, se disciplina la inteligencia, se forma el carácter, el dominio de sí mismo, para afrontar con éxito todos los problemas de la vida.

La Auto-Sugestión nos enseña, que hay en nuestra personalidad grandes reservas, inagotables fuerzas en estado latente, las cuales, convenientemente desarrolladas, pueden llegar a adquirir con facilidad un poder maravilloso.

El conocimiento y la práctica de estas extraordinarias facultades, nos salvan de los fracasos materiales y espirituales, y nos libran de los peligros que traen consigo la ignorancia, las enfermedades, las pasiones y los vicios.

Los que fracasan en sus actividades, deben buscar la culpa de sus derrotas morales y materiales en ellos mismos: no han sabido o no han querido aprovechar las fuerzas benéficas que Dios ha puesto a su alcance, cuya potencia es admirable y decisiva en el porvenir de nuestra existencia.

Con el estudio práctico de las lecciones del curso por correspondencia "AUTO-SUGESTION" (Método práctico para triunfar en la vida), por el profesor Tepper, nos enseña en forma fácil y segura, cómo todos nosotros podemos aprovecharnos de las enormes fuerzas espirituales que poseemos, en beneficio de nuestra salud y del éxito en las diversas actividades de la lucha diaria.

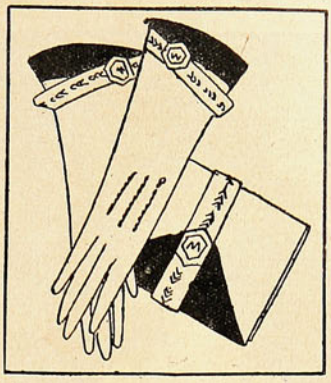
Las instrucciones de dicho curso, están escritas en lenguaje sencillo, claro y ameno, sin tecnicismos de ninguna especie, a la vez constituye esta enseñanza, la última palabra en materia de investigaciones científicas de esta naturaleza, de modo que su comprensión y aprendizaje son rápidos y perfectos para cualquiera persona.

La extraordinaria acogida que tiene este curso por correspondencia, tanto en el país como en el extranjero, en vista de los grandes resultados que con ella se alcanzan, es la mejor recomendación acerca de sus beneficios. Centenares de cartas, con expresiones de gratitud, acreditan fehacientemente el más completo éxito obtenido de este curso.

CURSO POR CORRESPONDENCIA.—Aprendizaje fácil y rápido. Exito garantizado.—PIDANSE PROSPECTOS GRATIS A CASILLA 2891.—CONSULTAS, CATEDRAL, 1409, de 2 a 5 P. M.

Algunos ecos de la Moda

El color que más se ve actualmente en París es el blanco. Empezó haciendo su aparición en los trajes de noche, que perlados o cubiertos de diamantes son verdaderamente feéricos. Tanto éxito tuvieron que poco después los modistos presentaron una serie de conjuntos para la tarde en que sobre un vestido de espumilla blanca se llevaba un abrigo del mismo color en kasha o en un género de lana suelto. Y en vista del entusiasmo que producían en las elegantes, han aparecido ahora los trajes de mañana, en que se consulta también el traje sastre, todo ello en blanco, con los sombreros de igual color y zapatos y carteras y guantes en el tono. No se puede negar que los conjuntos de estas toilettes son de una suprema elegancia y que la poseedora de una toilette así puede considerarse sin disputa la más elegante de una reunión. Un detalle: las medias para una "ensemble" así se llevarán en color gris-rosa.



Juego de guantes y cartera de piel de Suecia y cinta de oro bordada, con las iniciales.

Cada vez hay una mayor fantasía en el calzado. A los de petate y a las incrustaciones de pieles de color siguieron los muy lindos y muy caros de piel de lagarto y de cocodrilo. Ahora vienen los de piel de serpiente, que cuando es verdadera, alcanzan precios verdaderamente locos. Muchos zapateros de lujo están haciendo los zapatos y las carteras haciendo juego, pero como a los fabricantes de guantes no les conviene esto, ellos también han lanzado a la moda de los guantes y las carteras en juego. Probablemente acaben por ponerse de acuerdo los tres y hacer zapatos, carteras y guantes idénticos, lo que agregaría una nota de refinamiento a la toilette femenina.

El traje ideal para arreglar dos vestidos que estén fuera de uso.

Generalmente los trajes se acaban primero en el cuerpo, sobre todo debajo de los brazos, ya sea por el roce o por la transpiración. Cuando dos trajes están así inutilizados pueden arreglarse perfectamente y de dos hacer uno que quedará como nuevo si se tiene gusto para elegir un lindo modelo y que hasta puede quedar irreconocible mediante la teñidura de alguno de los géneros. Con la moda de las casacas estos arreglos se facilitan mucho y para el caso de que alguna de nuestras lectoras quiera hacer un arreglo semejante, le damos el modelo que va en esta página y que es lo más lindo y a propósito para el objeto.

La falda se puede hacer aprovechando la de un vestido de lana, ya sea a cuadros o lisa, y la casaca quedará linda en espumilla de un color con los vivos, los ojales, los botones y la corbata en un color resaltante.

Las copas de los sombreros tienden a bajar de altura cada vez más, lo que es de felicitarse, porque esas copas altas como chimeneas que usábamos en el invierno era muy poco sentadas y sobre todo a las chicas de estatura les quedaban muy mal.

Hoy por hoy viene la copa con adornos de nervaduras, de alforzas y de drapeados, pero siempre guardando una proporción armoniosa.

Sigue la voga de los mantones de Manila para la noche. En verdad resulta una lindeza sobre la blancura brillante de un traje de baile, la suntuosidad policromada de un gran mantón de Manila que envuelve la silueta en líneas llenas de gracia y de donaire.

La piel de serpiente empieza a aparecer como adorno en los vestidos. Una gran casa francesa lanzó no hace mucho un modelo de mañana en que el chaleco y el sombrero en forma de casco de aviador, eran de este material. Y ahora vemos que en uno de los restoranes parisinos más famosos, y en el cual se celebraba una cena de caridad, hizo su entrada triunfal y despanpanante Josefina Baker, la bailarina negra que trae loco a París, vestida con un traje de noche de crepe georgette en la falda y cuyo cuerpo era de piel de serpiente color azul eléctrico.

Dos tipos de zapato elegante, uno de gamuza con aplicaciones de charol, y otro de cabritilla con incrustaciones de varios colores.

Vuelve el godet. En los trajes de baile se ha llevado siempre, es decir, desde hace tres años en que se empezó a usar con furor. No se puede negar que para los trajes de noche, sobre todo en aquellos que están destinados al baile, es imprescindible, ya que las faldas cortas y estrechas son incómodas hasta lo infinito para la danza. Los pliegues y los plisados tienen más aspecto de calle que de noche, de ahí que luego de su gran furor, los godets estuvieran dedicados casi exclusivamente a los trajes de noche. Pero ahora han vuelto a tomar plaza entre los modelos para el día y así vemos una cantidad de trajes en los últimos figurines llegados de Europa, en que en abrigos y en vestidos aparecen de nuevo triunfalmente.

Los collares de perlas han pasado a la historia y con razón, porque a fuerza de ser vulgares se hicieron intolerables. Actualmente se usan los collares con la misma intensidad que antes, pero en vez de perlas se ven bolas de jade, de ámbar, de ónix, de corales, de marfil, unidas por gruesos cordones de seda. Otros collares están formados por aros de distintas dimensiones, hechos de oro o plata con incrustaciones de esmaltes de colores.

Formulario de Belleza Femenina

ESTHER RALSTON, famosa estrella de la Paramount

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

INDUDABLEMENTE, un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquiera indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis y además siempre se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas, pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo: pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las farmacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

Para evitar el vello

ES cosa muy fácil hacer desaparecer temporáneamente el vello: pero, evitar de un modo definitivo esa innecesaria abundancia de pelo, representa un problema distinto. No son muchas las damas que conocen los espléndidos resultados que se obtienen mediante el empleo del porlac pulverizado. El porlac se aplica directamente al pelo que se quiere eliminar. Este tratamiento recomiéndase no sólo para la instantánea desaparición del vello y de las superfluidades del cabello, sino que también para la destrucción definitiva de las raíces. Casi todos los boticarios pueden proporcionarle porlac, una onza, más o menos, cantidad suficiente para el experimento.

Manera de desprenderse de un cutis malo

ES una tontería intentar cubrir un color cetrino, cuando se le puede hacer desaparecer o cambiar el cutis. Lo mejor es aplicarse cera pura mercolizada lo mismo que si se tratara de cold cream, lavándose la cara por la mañana con agua caliente. El efecto, después de las primeras aplicaciones, es sencillamente maravilloso. Gradualmente y sin dolor, la cera absorbe la cutícula mortecina en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel nueva y aterciopelada que hay debajo. Ninguna mujer ostentará un cutis pálido, con ronchas, barrillos o pecas, si compra en la farmacia cera pura mercolizada y la usa en la forma indicada.

Un secreto contra los barrillos

LOS puntos negros, la graseza del cutis y la dilatación de los poros cutáneos del rostro, son molestias que en general nos asaltan juntas. Pero, tenemos la ventaja de poder combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua caliente una tableta de stymol, que, al disolverse, produce una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha cesado, se usa el agua, así "estimolizada", para bañarse el rostro, secándose, luego, con una toalla. Los intrusos puntos negros salen del cutis para desaparecer en la toalla: los grandes poros grasos se contraen como por encanto y se borran de la cara. Merced al stymol, que se halla en venta en todas las farmacias, la piel queda alisada, blanda y fresca, sin experimentar daño alguno.

1. Camisa-calzón en espumilla de seda color marfil. El calzón lleva dos grupos de pliegues. Canesú de encaje. Tirantes de cinta encarrujada.—2. Camisa y calzón haciendo juego en espumilla amarilla limón. Puntos al aire hechos a mano. Incrustaciones de la misma tela plegada.—3. Camisa y calzón en color malva. De forma derecha, la camisa lleva los tirantes en cinta de terciopelo negro y ambas piezas están adornadas con hilos tirados lindamente dispuestos. — 4. Camisa y calzón en espumilla coral. Incrustaciones de tul del mismo color. La camisa está cortada en dos piezas, que se unen por una cinta y lleva además un monograma bordado.—5. Camisa y calzón color rosa seca. La primera lleva pliegues y el canesú está cortado en ondas que se repiten más pequeñas en la parte baja del calzón. Cintas y puntos bordados al realce, en color más oscuro.

La ropa interior de espumilla de seda

PIENSE UN INSTANTE

La mujer es el defecto más bello de la Naturaleza.—Milton.

La mujer es belleza, amor y bendición.—Michelet.

La mujer es el animal de ideas cortas y de cabellos más cortos todavía.—Anónimo (de actualidad).

La mujer es capaz de hacer todo lo que nosotros hacemos, y la única diferencia que hay entre ellas y nosotros consiste en que son mucho más amables.—Voltaire.

La concupiscencia, la cólera, el deseo de hacer daño, la mala intención y la perversidad son las principales dotes de la mujer.—Manon.

La mujer es un demonio, que se nos mete en el infierno por la puerta del paraíso.—San Cipriano.

La mujer es al alma lo que el clima de Niza o Nápoles al pecho.—Balzac.

La mujer es más perfecta que el hombre.—Saint-Evremont.

A quien una mujer maldice, le maldice Dios.—Dai Veda.

El infierno está empedrado de lenguas de mujer.—Abate Guillon.

Las visitas

HAY muchas clases de visitas: las obligatorias, las amistosas, las de pésame, las de despedida, las de llegada, las de año nuevo, etc. Principiaremos hablando de las obligatorias. Se entiende por tales las que se deben entre sí los oficiales de un mismo regimiento, los magistrados de un mismo tribunal, los empleados del mismo Ministerio.

Aún cuando no constan en ningún código, son obligatorias por costumbre en año nuevo y con ocasión de la llegada y la partida.

Muchas veces esas visitas se convierten de obligatorias en amistosas; pero mientras sean de la primera categoría, deben ser muy cortas.

Claro es que el visitante no se levantará apenas haya tomado asiento: pero tampoco es natural que permanezca una hora en una casa cuyos dueños le son desconocidos o poco menos. ¿Cómo encontrar motivo para tratar de asuntos que puedan interesar igualmente al que habla y al que escucha?

Lo conveniente estriba en no salir del círculo de las generalidades, y éste se agota al cabo de pocos minutos. Entonces es cuando el visitante debe levantarse y despedirse. Un cuarto de hora a lo sumo basta perfectamente para que la visita se dé por terminada y cumplido el deber que la imponía.

La cortesía requiere que esas visitas sean devueltas dentro de la octava que las sigue, de lo contrario queda en mal lugar el que deja de hacerlas.

Claro es que una defunción, una enfermedad, un accidente grave, permiten y aún exigen que no se cumpla esa regla de etiqueta; pero tan pronto como hayan pasado las circunstancias excepcionales que motivaron el retardo, se realizará la visita aplazada.

Visitas de pésame.

No deben hacerse ni en los primeros días que siguen a la defunción, ni aplazarse más allá de mes y medio. El caballero o la señora que hacen la visita cuidarán de no llevar un traje llamativo ni de colores claros y procurarán adoptar un continente grave y en armonía con lo que requiere la índole de las circunstancias. No deberán hablar del difunto, a no ser que les una con su familia una amistad muy estrecha; pero escucharán con atención y deferencia cuanto se refiere al triste acontecimiento que motiva su presencia en la casa.

A no ser que se trate con suma intimidad a la familia visitada, se abreviará la visita, que no debe durar más de unos veinte minutos.

Visitas de llegada

Por distintos motivos puede ocurrir que al llegar a una población se desee entrar en relaciones con algunas personas que viven en ella.

Para conseguir su objeto hay que acudir a su casa. Si no se las encuentra se deja tarjeta, y si las personas visitadas envían la suya es señal de que autorizan una nueva visita.

Caso de no devolver tarjeta, se entenderá que por una causa cualquiera no desean trabar relaciones. En tal caso, no hay que manifestar ningún resentimiento; pero sí abstenerse de volver a la casa.

Si en una donde se ha acogido con amabilidad y cortesía al recién llegado ocurre una defunción o una desgracia grave, antes de que hayan devuelto su visita los que la habitan, el visitante puede presentarse de nuevo para dejar tarjeta o ser recibido y esperar luego la decisión de los visitados.

Como se ha abusado algunas veces de esas visitas para entrar en relaciones, en muchas ocasiones, y a menos de ser persona muy conocida o de llevar un nombre ilustre, conviene esperar que los acontecimientos y los encuentros fortuitos faciliten esas relaciones, en lugar de buscarlas con empeño, que algunas veces puede parecer excesivo.

Visitas de Año Nuevo

Aún cuando, por el nombre que se les da, parece que debieran hacerse el primero de enero, es preferible que pase esta fecha.

No importa tampoco que transcurran unas dos semanas, ni aún que sea los últimos días del mes cuando se haga la visita.

Las tarjetas — cuando se recurra a tal medio para felicitar al Año Nuevo—si deben enviarse el primero de enero, pues ya se encargará el correo de retardar unos días su entrega.

Cuando esas visitas se hacen a un superior jerárquico o a personas con quien no se tiene gran confianza, no deberán prolongarse más allá de un cuarto de hora.

Tampoco, a menos de intimidad verdadera, se felicitará especialmente el "buen año", sino que la visita revestirá el mismo aspecto que las de puro cumplido.

Visitas de enhorabuena

Así como al ir a dar el pésame no se debe hablar del difunto antes que lo hagan los interesados, cuando se acude a una casa con motivo de un fausto suceso, es preciso dar la enhorabuena a las primeras palabras que se cruzan después del saludo.

Por aquello de que el corazón hace decir a los labios lo que siente con vehemencia, agradecerán los visitados la enhorabuena, y la buena impresión producida desde los primeros momentos hará que la conversación que siga a ella, sea la más cordial que se pueda esperar.

Esta clase de visitas son las más agradables que cabe hacer y recibir. Como reina gran cordialidad en ellas, no importa que se prolonguen algo más de lo permitido, pues, ni por una ni por otra parte se siente cansancio ni la menor molestia.

Esas visitas se devuelven antes de un mes y acostumbran a estrechar las buenas relaciones entre quien las hace y quien las recibe.

Las visitas y los solteros

Aún cuando un hombre soltero tenga casa propia y con todas las comodidades apetecibles y servidumbre numerosa, no deberá extrañar que las visitas que haga las devuelva únicamente, **(Continúa en la pág. subsiguiente)**

EL OSADO PRETENDIENTE

por José Baeza

LUJOSO dormitorio de mujer soltera. Dan esta nota de feminidad y doncellez, una estrecha cama de rica madera del Brasil que se ve a la izquierda, un elegante y sencillo secreter colocado en el lado opuesto, un frágil y esbelto veladorcillo que hay en el mismo lateral, pero más hacia el centro de la habitación, y la frivolidad, la coquetería con que todo está dispuesto y ornamentado. Es de noche. Por un balcón abierto que hay en el fondo, penetra la luna dándole a todo, hasta a la atmósfera, una delicada tonalidad ambarina.

(Entra una DONCELLA que enciende la luz, y detrás, ADELA en traje de "soirée").

ADELA

Vete. No te necesito.

DONCELLA

¿La señorita me da permiso para que me acueste?

ADELA

Sí, sí. Yo misma me arreglaré.

DONCELLA

Buenas noches, señorita. Que descanse la señorita.

ADELA

Buenas noches.

(Se va la doncella. Adela, que ha comenzado a quitarse las joyas y las va dejando sobre el velador, cuando se cerciora de que la fámula no puede oírla, se interrumpe en su tarea y, cogiendo con ambas manos un collar de perlas que lleva puesto y llevándoselo a los labios, prorrumpe en entusiastas aclamaciones):

¡Gracias, gracias. ¡Oh mi talismán, mi querido talismán! ¡Tú me lo has traído, tú! El es el que yo soñaba; él es mi ideal... mi ilusión... Alto, distinguido, elegante, de ojos misteriosamente negros... ¡Qué gentileza, qué porte, qué simpática audacia!... ¡Gracias, gracias!

(Después de besar el collar efusivamente, termina de quitarse las joyas. De pronto, como obedeciendo a una súbita idea, corre hacia el balcón).

Si nos hubiera seguido... aquel taxi que se detuvo en la esquina...

(Se asoma. Acecha la calle a un lado y a otro. De pronto se retira de un salto, jadeando de emoción y con las manos en el pecho).

Sí... él... me ha seguido... viene...

(Presta atención).

Se acerca... Se detiene... ¿Qué querrá?... Me da miedo... ¡Debe de ser tan atrevido! Yo saldría: pero no, no me atrevo.

(Vuelve a prestar atención).

No se le oye; debe de seguir plantado en la acera de enfrente. Yo saldría, pero...

(Se interrumpe sobresaltada. Arrojado desde la calle, un menudo objeto cae en el centro de la habitación. Después de vacilar un momento, va hacia ello y lo recoge).

Un monedero... ¡Qué extraño!

(Lo abre, lo examina).

Está vacío... ¡Ah, no! Aquí hay un papel.

(Lo saca, lo desdobla).

¡Una carta!...

(Buscando la luz, se coloca de espaldas al balcón y lee).

"Mi dulce Adela...". (¡Qué atrocidad!). "Mi dulce Adela: necesito imprescindiblemente hablar con usted. Fíjese bien: necesito. Esto quiere decir que si usted sigue mostrándose tan despreciativa, no respondo de lo que pueda hacer. ¿O es acaso que no se ha dado usted cuenta de que la vengo cortejando desde hace poco menos de una semana? Sea como fuere, cinco o seis días de constantes molestias son muchos días para un hombre que está acostumbrado a obtener las cosas en el mismo instante de desearlas...". ¡Habráse visto! ¡Qué majadero! Estos hombres arrogantes son tan odiosos como simpáticos.

(Sigue leyendo en voz baja. Todo queda en silencio. De la calle no llega el menor ruido. De súbito, por entre los hierros del balcón, surge una mano. Otra en seguida. Una cabeza después... un cuerpo ceñido por elegante smoking. Con admirable agilidad, el audaz salva el obstáculo de la baranda y, sin detenerse, sin vacilar, se dirige hacia Adela y la rodea con sus brazos de modo que una mano queda sobre la boca a modo de mordaza. Adela, paralizada por la emoción, encogida, sin parpadear, mira de reojo al bárbaro pretendiente... ¿Pretendiente? Un relámpago de comprensión le anima el impávido semblante. Se yergue, estruja y arroja la carta. Su expresión no es ya de miedo, sino de desdén. Tan inconfundible es su actitud despreciativa, de orgullo lastimado, de altivo despecho, que el inaudito galán no opone la menor resistencia cuando la prisionera trata de libertarse. Líbrase, pues, Adela de la recia cadena de los brazos masculinos y, distanciándose unos pasos, exclama sin mirar al desconocido):

"Mi dulce Adela..."

¡No es usted más que un ladrón!

(El sonríe con gesto teatral, dueño de la situación, enciende un cigarrillo y se sienta en una butaca que hay al lado del velador. Tanto cinismo acaba por irritar a Adela).

¡Oh, eso es demasiado! Salga usted de aquí inmediatamente.

LADRON

(Inconmovible). ¡Calma, señorita, calma! Tranquilícese.

ADELA

(Más indignada). ¡Es usted un miserable!

LADRON

Un miserable también puede estar cansado y querer descansar. Eso es lo que me pasa a mí y por eso no me voy. Mucha costumbre tengo, pero hacer el hombre-mosca es siempre trabajo fatigoso... Sin embargo, le voy a demostrar que soy una persona complaciente. Déme usted ese collar que llevaba esta noche en el teatro y no se ha quitado aún, y me marcho en seguida.

ADELA

(Llevándose ambas manos al pecho para proteger la preciada joya). ¡Jamás, jamás! ¡Eso sí que no! Le defenderé con mi sangre, con mi vida.

LADRON

(Dejando de sonreír). Mire usted, señorita: he empleado más de una semana en preparar este golpe. Desde que por casualidad me tropecé con usted y vi que era poseedora de un estimable collar de perlas, me dediqué de lleno a plancar este negocio que dentro de breves instantes ha de terminar felizmente. He trabajado mucho, más de lo que usted se figura. He tenido que fingir que la pretendía a usted para hacer averiguaciones por medio de su portera. Gracias a ello he podido saber cuál era la disposición y situación exacta de este dormitorio y otras muchas cosas que han facilitado grandemente la realización de mis planes. ¡Así me ha salido todo tan a pedir de boca! Aunque, a decir verdad, yo esperaba que usted se desmayase. ¡Oh si usted se llega a desmayar! A estas horas estábamos su collar y yo camino de la frontera de Francia... Pero no ha sido así. De todas formas, estoy muy satisfecho de lo bien que el travieso azar se ha portado conmigo; usted se ha puesto a leer la carta de espaldas al balcón; usted, aunque no se ha desvanecido, ha sabido comprender lo que hubiera significado que la vieran con un hombre en su habitación y no ha proferido el menor grito... En fin, señorita, le he dado todas estas explicaciones para que se forme una idea del tiempo y la sustancia gris que he dedicado a este asunto, es decir, para que comprenda que no puedo salir de aquí sin el collar.

ADELA

¡Gritaré! ¡Lo prefiero todo a que se lleve usted mis perlas!

LADRON

(Con tono pausado, pero terrible). Un grito de usted puede significar para mí la ruina, el presidio; quien sabe si algo peor. De modo que no grite usted. No grite usted, Adela. Podría cegarme y... matarla.

(Para disimular su nerviosidad, baja la mirada al suelo, mientras, con los codos sobre las rodillas, enlaza las crispadas manos. Adela se impresiona visiblemente. Comprende que el ladrón ha hablado con absoluta sinceridad: comprende que si no varía de táctica, o ha de sacrificar el collar o ha de exponerse a perder la vida. La situación es desesperada. Tal vez por eso, porque es absolutamente imprescindible discurrir algo, tiene una feliz ocurrencia. Adela se yergue, recupera su anterior gesto de altivez y, magnífica, soberana, se arranca el collar de la garganta y lo arroja sobre el velador).

ADELA

¡Ahí tiene usted lo que desea! Supongo que ahora no se negará a marcharse. (Transición. Enlazando las manos y aparte, suplica): ¡Que no se lo lleve, Señor, que no se lo lleve! Tú que lo puedes todo, haz que represente bien esta comedia y que se conmueva el duro corazón de ese bandido.

LADRON

(Asombradísimo ante el gesto de Adela, se pone en pie. Con los ojos clavados en la muchacha, queda un instante pensativo. Por fin, con el gesto del que renuncia a hallar una explicación a lo inexplicable, avanza hacia el velador, se apodera del collar y, con él en la mano, se inclina ante Adela). Buenas noches, señorita. Antes de irme desearía comprobara usted que no me llevo ninguna otra joya.

ADELA

(Acertando a dar a su voz un matiz de profunda amargura). Bah, qué me importan las joyas. Algo de más valor va a llevárseme, a arrancarme usted despiadadamente.

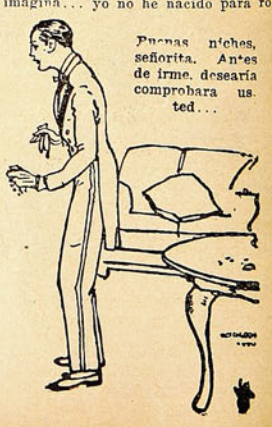
(Y se lleva las manos al pecho. El ladrón queda desconcertado: no puede dar crédito a lo que ha oído. Mas ello es tan evidente que no puede menos de creer. Y esta convicción le trastorna, le enloquece).

LADRON

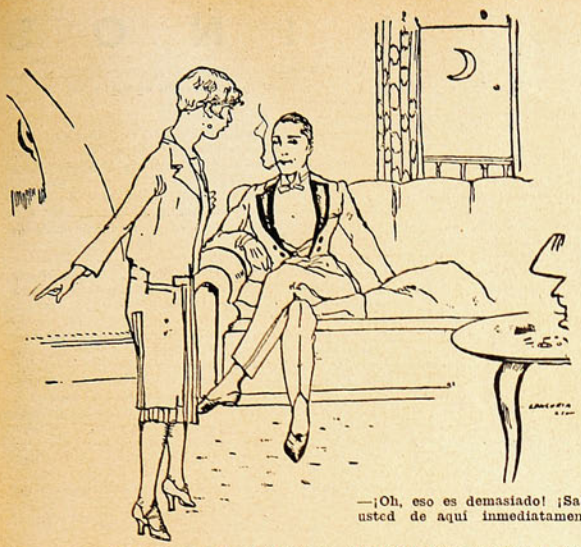
(Balbuceando, tembloroso). ¿Será posible? ¿Será cierto, Adela, que me quiere usted? ¡No, Adela, no! ¡Qué pena, qué locura!

(La sorprendida ahora es Adela. No creía que el ladrón se dejara embaucar tan fácilmente y, mucho menos, que su alma fuera capaz de concebir una pasión tan súbita y tan violenta... ¿Qué hacer? Nada mejor que echarse a llorar. En la comedia que está representando, unas lagrimitas vienen que ni pintadas y, por otra parte, puede ocultar el rostro entre las manos, con lo que se ahorrará una porción de gestos que sabe Dios cómo le saldrían. Indudablemente, hay que llorar. Llorar. El ladrón va a decir algo pero no puede. Entre sus dedos crispados rechinan las perlas del collar. Adela mira de reojo y ve cómo el sensible ratero arroja la joya sobre el velador. Quiere dar gracias al cielo, pero se contiene. El ladrón vuelve a levantar los ojos hacia ella y, como obedeciendo a una resolución súbita, le dice muy agitado):

Señorita, yo no soy lo que usted se imagina... yo no he nacido para robar. Si lo hago, es... Escúcheme usted, Adela. Yo tuve un gran amor. Amé a una mujer con pasión ciega, tan ciega, que no supe ver la maldad que encerraba su alma. Me engañó el brillo de sus ojos, el resplandor de su sonrisa,, la blancura virginal de su rostro. Aquella mujer fué mi esposa. Y a los tres años de matrimonio, cuando ya dos hijos habían consolidado nuestra unión, me abandonó, nos abandonó, porque ya mi fortuna estaba tan quebran-



Buenas noches, señorita. Antes de irme desearía comprobara usted...



—¡Oh, eso es demasiado! ¡Salga usted de aquí inmediatamente

tada, que era insuficiente para satisfacer su inagotable afán de ostentación. ¡Qué días aquellos, amiga mía! ¡Qué días aquellos que siguieron a su huida! De no ser por mis hijos, me hubiera matado. ¡Pero mis hijos, los hijos de mi alma!... Me sobrepuse, hice acopio de energías y busqué trabajo. Pero, ¿dónde, en qué iba a trabajar yo? No sabía nada de nada. Fuí hijo único de unos padres demasiado buenos y demasiado ricos. Pensé, cavilé. ¡Mis hijos, mis hijos!... En fin, que realicé el primer robo, y con tan buena fortuna, que decidí seguir ganando de esta forma el pan de mis hijos. Poco a poco, la llama del doloroso recuerdo se fué apagando y llegó a extinguirse en absoluto. Ya no pensaba en aquella mujer ni me importaba qué pudiera haber sido de ella. Mi alma ha ido curtiéndose, endureciéndose. Por eso ahora, al comprender que usted me amaba, al sentir la divina emoción que he sentido... Nó sé, Adela, no sé; no sé qué cambio se ha operado en mí. Lo que sí le aseguro es que me enorgullece el saber que sigo teniendo corazón y que no volveré a robar... Ahora... ¿quiere usted darme la mano?

Adela, que ha escuchado con profunda emoción el largo y conmovedor discurso, no sólo tiende la mano, sino que dirige al que se la estrecha una mirada que puede ser de piedad y puede ser de amor. El ladrón redimido se dirige al balcón, da el último adiós a Adela y, después de comprobar que la calle está sola, se descuelga por los hierros con gran limpieza y agilidad. Adela permanece un instante poseída por dulcísimo éxtasis que adormece su alma e inmoviliza su cuerpo. Llévase al fin las manos a la frente, suspira y, desechando el sueño imposible, se aproxima al velador para recoger y guardar las joyas. Algo la detiene. Con ojos desmesuradamente abiertos y manos convulsas revuelve las alhajas y todo cuanto contiene el velador).

ADELA

(Enloquecida, corriendo al balcón). ¡Mi collar! ¡Mis perlas! ¡Ladrones! ¡Socorro!

JOSE BAEZA

MANCHAS DE COLOR

Me miro vagamente en el espejo y me devuelve la imagen de un anciano sin fuerza y sin alientos.

Todas las formas de la miseria eterna de los seres que vagan por el mundo, me rodea, me oprime en este alegre día de primavera. La angustia está en mi pecho, vaga angustia terrible como la muerte.

¡Ya no hay para mí ni alegría ni pena! ¡Oh qué triste está todo mientras las aves cantan!

Primavera

Cantan las golondrinas. Se fueron con el frío las neblinas que velaban el sol.

En los lejanos valles, aún brillan sobre el agua fugitiva, nieblas densas que brotan de la tierra, manos tendidas hacia el cielo en busca de la luz que en lo alto reina.

¿Qué buscan esas nieblas en la armonía ardiente de los cielos sin fin?

Lo mismo acaso que buscaba antaño, cuando la juventud vivía en mí.

Y tú ahora, alma enferma, aún buscas como un ciego ante la luz, un poco de calor para las manos que se tienden al sol.

Amanecer

Todo resplandece: el aire, el sol que brilla como una inmensa lámpara a través de los vidrios.

Cantan los pájaros, resuenan las carretas por el camino que se pierde a lo lejos, en los confines vagos.

¡Y mi alma no tiene una flor donde posarse en este día de oro!

FEDERICO GANA

ANTIGUAS RECETAS DE BELLEZA

Las mujeres de la antigua Grecia y Roma tenían fama de poseer un cutis brillante y transparente. Acostumbraban a lavarse con una esponja mojada en agua fría y a friccionarse luego con una toalla seca. Si se practica correctamente, la fricción es saludable para el cutis.

He aquí una vieja receta, que se usaba mucho entre las damas de antigua corte de España y que se dice comunica gran suavidad y blancura al cuello y a los brazos:

Se hace hervir, durante cuatro horas, en vinagre y vino blanco, un puñado de afrecho. Se añade a esto cinco yemas de huevo y un gramo de ámbar gris. Luego se mezcla todo. Es necesario tenerlo embotellado y bien tapado, durante quince días, antes de usarlo. Una dama puede usar esto cada vez que hace su "toilette" y su cutis adquirirá gran suavidad y finura.

He aquí otra loción que también fué muy usada por nuestras abuelas y que produce al aplicarla felices resultados, por su delicioso y fresco perfume.

Se ponen, en efusión, dos puñados de flores de jazmín en un litro de agua de rosas y otro litro de agua de azahar. Se cuela por papel de filtrar y se le agrega un gramo de almizcle y otro de ámbar gris.

No hay loción más refrescante y agradable para el cutis.

COMO SE AMA EN NUEVA YORK

Cuando el hombre ama

Da todo su corazón.
Da toda su voluntad.
Da todo su pensamiento.
Da con gusto todo su dinero.
Pide reciprocidad.
Pide sumisión absoluta.
Pide la anulación de la mujer, dentro de su yo personal.
Desea, sin darse cuenta de ello, una dulce esclava que sepa dominarlo.

Cuando la mujer ama

Da la mitad de su corazón.
Da una pequeña parte de su voluntad.
Da una cuarta parte de su pensamiento.
Da calculadamente sus caricias.
Pide dinero.
Pide compañerismo.
Pide derechos.
Desea un amo, que sepa ser su esclavo.

CORTESIA Y BUEN TONO (Conclusión)

casada, puesto que ninguna mujer, sea cual fuere su condición social, puede visitar a un soltero.

De todos modos, esta regla, como todas las reglas, tiene sus excepciones, que son bien pocas.

Acompañada de su marido, de su padre o de su hermano, puede una señora visitar a un soltero, cuando se trata de pedirle su apoyo para una obra pía.

También le será permitido a una señora acudir al taller—no a la casa — de un pintor o de un escultor para las obras que tiene acabadas o aquellas en que trabaja y que distan de estar terminadas. Puede visitar ese taller acompañada de alguno de sus parientes y también de alguna señora anciana.

Cuando hay que acudir a la audiencia que concede un Ministro o un alto empleado, no se considera como visita—ni lo es en realidad—la entrevista, y puede la señora presentarse sola al despacho del prócer.

Visitas a los enfermos

Cuando se sabe por un aviso expreso de la misma casa o por una casualidad cualquiera, que en una familia con quien se está en buenas relaciones, alguien está enfermo, se debe acudir allí sin tardanza, a fin de que el enfermo advierta que se le considera y que su salud interesa al visitante.

Se debe procurar no cansar al paciente, aún cuando se encuentre mejorado o con ganas de hablar. Lo mejor es dirigir la palabra a los deudos y no al enfermo, pues así se evita a éste todo cansancio y toda emoción.

De todos modos no deben ser muy largas las visitas que se hacen a un enfermo.

En caso de tratarse de una persona con quien nos una íntima amistad, se hablará con ella algunos minutos, procurando animarla y luego saldrá el visitante de la habitación y continuará hablando con los demás individuos de la familia.

Si el estado del enfermo lo requiere, se ofrecerá para velarle y para cuando sea necesario, y sus servicios, aún cuando no se acepten, serán tenidos en cuenta y agradecidos así por el paciente como por los demás deudos.

* * *

Otras muchas clases de visitas hacen las personas que tiene extensas relaciones de amistad y sociales.

Las más agradables e importantes de todas ellas son, sin duda alguna, las que pueden calificarse de "visitas a sus íntimos". Acerca de ellas no hemos de dar ningún consejo ni especificar un sólo detalle.

PARA LOS NIÑOS

MACHUCHO Y PILONGO EN RUGBY

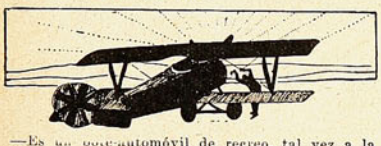
I

¡BOTE a estribor!—gritó entre dos ráfagas el vigía de a bordo y su voz metálica vibró medio apagada por los últimos furores de la tormenta.

La cosa era tan insólita, que todo el personal franco de servicio se asomó a los tragaluces o bien subió a cubierta para mirar mas a sus anchas en la dirección marcada por el vigía.

El capitán, el segundo de a bordo y algunos pasajeros agarrados a los pasamanos y armados de buenos gemelos marinos miraban también hacia las costas españolas.

El capitán, luego de mirar un buen rato con el catalejo, dijo con autoridad.



—Es un bote-automóvil de recreo, tal vez a la deriva por la corriente del golfo. ¡Haga usted virar de bordo y vamos a su encuentro!

El segundo dió media vuelta con rigidez teutónica y poco después el navío, dando alguno que otro bandazo, pues la mar lo cogía de través, se dirigía al encuentro de los extraños viajeros. Estos debieron darse cuenta inmediatamente de la maniobra, pues en el bote pudo verse un instante revolotear un objeto blanco. Sin duda un pañuelo.

Un hombre alto, seco, pulcramente afeitado, verdadero tipo de turista inglés y que hasta entonces había permanecido silencioso mascando el tubo de una formidable pipa, se encaró con el capitán y le dijo:

—¡By Jove!... Apuesto 1000 L. a que los tripulantes de ese bote no son náufragos sino que vienen a bordo por su propia voluntad.

El capitán se puso a dar palmaditas amistosas en el hombro del inglés.

—¡No quiero ganarle más dinero, Mr. Jhon!—dijo, y se alejó, mientras Mr. Jhon repetía incansable su apuesta por todos los grupos.

Esta escena ocurría en el "Stettin", hermoso buque de 8.000 toneladas, de la ruta de Oriente, sorprendido por la tempestad poco después de zarpar de Génova. A causa de ella, había variado su ruta acostumbrada acercándose a las costas españolas para acogerse a algún puerto en caso necesario. Lo más fuerte del huracán había pasado ya y el "Stettin" proseguía su ruta tranquilamente pensando ganar el tiempo perdido, cuando la voz del vigía había producido tan fuerte consación. Surcar el mar, aunque estaba muy calmado ya, constituía todavía una locura para un frágil bote de paseo.

—¡Stop!—y el "Stettin", con sus máquinas paradas, anduvo un trecho por el impulso adquirido.

Multitud de pasajeros contemplaban curiosamente los esfuerzos de los tripulantes de la canoa para ponerse al amparo del barco. El mecánico, sin duda un hábil marino, sorteó con golpes de timón otras tantas montañas de agua, y la canoa, a riesgo de ser aplastada contra el navío, intentó en su carrera pasar cerca de la escala que del "Stettin" habían arrojado.

Un joven agilísimo con un maletín en la mano gateó por el capot y aguardó el momento propicio para saltar. Su compañero, con un pie en la borda, también aguardaba.

Una ola enorme cogió la canoa y la lanzó con velocidad vertiginosa a lo largo del costado del transatlántico.

—¡Quietos!—gritó el capitán, previendo una desgracia.

Pero en aquel mismo instante los dos jóvenes, dando un salto inverosímil, se agarraban a la escala y sanos y salvos trepaban por ella con agilidad pasmosa. Poco después hacían su aparición en cubierta saludados con un "hurra" entusiasta

—¡Españoles!—dijeron sencillamente al poner los pies en el fuerte.

Eran casi dos niños de unos 16 a 18 años de edad, pero con un vigor superior a ella. El capitán los miraba con la boca abierta y lo mismo los demás pasajeros. Sólo el inglés sonreía.

—¡De buena se han escapado ustedes!... Náufragos, ¿eh?...

—¿Náufragos?... De ningún modo... Supimos que el "France" acababa de zarpar de Barcelona, vimos el humo de sus chimeneas y, como tenemos reservados aquí un camarote, fletamos una canoa y ¡velay!

—Todo eso está bien. Pero este buque no es el "France" sino el "Stettin"...

—¡Córcholis!—dijo el mayor de los muchachos—. ¡Qué equivocación! Ustedes perdonen... pero con esta mar cualquiera se entretenía en leer el letrero... Adiós, señores... ¡Buen viaje!

Y los dos muchachos, girando sobre sus talones, se dirigieron a la escala que unos marineros estaban izando.

—Pero, ¿adónde van ustedes?... Su canoa está ya lejos... Supongo que no querrán alcanzar al "France" nadando... ¡Quédense aquí y en Cádiz los desembarcaremos!

—¡Gracias, capitán! Pero es que nosotros nos dirigíamos a Londres...

—¡También nosotros hacemos escala en Londres!

—Pues entonces, capitán, báganos el favor de reservarnos una cabina a nombre de Machucho y Pilongo.

—¿Machucho y Pilongo?—dijo el inglés en un

Y el partido empezó con el acostumbrado lanzamiento.

grito—. ¡Capitán, yo pago! Estos jóvenes son mis huéspedes.

Y ante la mirada de extrañeza de los dos muchachos·

—¡Yes!... Yo conocer a ustedes: Machucho, vencedor de Kaleeta. (Véase el tomo II). Pilongo, delantero centro del "León F. C.". (Véase tomo I). ¡Mr. Regnaud!—dijo dirigiéndose a uno de los pasajeros—. Ya debe usted haberse convencido de que he ganado la apuesta.

Y Mr. Jhon Smart de Manchester, contentísimo por haber ganado la primera apuesta de su vida, cogió del brazo a sus nuevos amigos y los condujo a la cámara, mientras el "Stettin", vomitando torrentes de humo por sus tres chimeneas, reanudaba la marcha rápidamente hacia el Sur, en busca del estrecho de Gibraltar.

Ocho días después, Machucho y Pilongo, en viaje de recreo, desembarcaban del "Stettin" en uno de los inmensos muelles de Londres, acompañados por Mr. Jhon, y, con gran alborozo, se disponían a visitar la ciudad.

II

HASTA que el mal tiempo los recluyó forzosamente en su cuarto de la pensión, Machucho y Pilongo no se dieron punto de reposo.

Un día que recordaban todo lo visto mientras esperaban a Mr. Jhon, su acompañante semiternero, empezaron a sentir que el tedio y el aburrimiento se infiltraban lentamente en su alma aventurera a impulsos del clima de Londres, tan distinto del de su patria.

—¡Vamos a Escocia!—dijo de pronto Pilongo rompiendo con uno de sus impulsos la calma soñolienta de la tarde.

Machucho, sin contestar, siguió mirando la calle esfumada en la neblina que los rezagados gaseros pugnaban inútilmente por deshacer.

Un ruido de pasos resonó en el corredor.

—¡Adiós, Mr. Jhon!—dijo Machucho tan pronto como el inglés apareció en el umbral de la puerta, envuelto en una nube de humo.

—...

—¡Nos vamos a Escocia!—gritó Pilongo—. Huímos de esta feroz ciudad y nos vamos a visitar los viejos castillos de la patria de Douglas el Negro y de María Estuardo...

—¡Well!—dijo Mr. Jhon, extrayendo de su pipa una tan colosal bocanada de humo que convirtió el cuarto en una sucursal de la calle en cuanto a neblina—. ¿A qué hora?

—En el primer tren.

—Pues así... mañana a las 7 y, si no tienen ustedes inconveniente, los acompañaré hasta Manchester, mi ciudad natal.

. . . . . .

El rápido de Londres-Edimburgo en el cual viajaban nuestros aventureros pasó a toda velocidad ante un bosque de semáforos, traqueteó con fragor al atravesar incontables desvíos, siguió durante un minuto corriendo ante largos muelles y finalmente disminuyó su marcha mientras el agudo silbido de su locomotora taladrando el aire avisaba a los viajeros una estación importante.

Un mozo voceó en inglés: "Rugby... 1 minuto".

—¿Rugby?—dijeron los dos muchachos dando un salto en sus asientos.

—¡Yes! Rugby-City... la cuna del football—dijo Mr Jhon.

Machucho y Pilongo empezaron a meter en los maletines periódicos y libros, mientras el inglés los miraba atónito.

El rápido tras de su corta parada volvía a ponerse lentamente en movimiento. Machucho y Pilongo bajaron al andén, hicieron con la mano un saludo amistoso a Mr. Jhon y luego sin vacilar se dirigieron a la salida.

Un ruido tremendo les hizo volver la cabeza. Se volvieron y estallaron en franca carcajada. Mr. Jhon, sin duda no resignado a hacer solo el viaje, acababa de saltar por la ventanilla del tren en marcha con tan mala fortuna que había hecho rodar por el suelo al jefe de la estación.

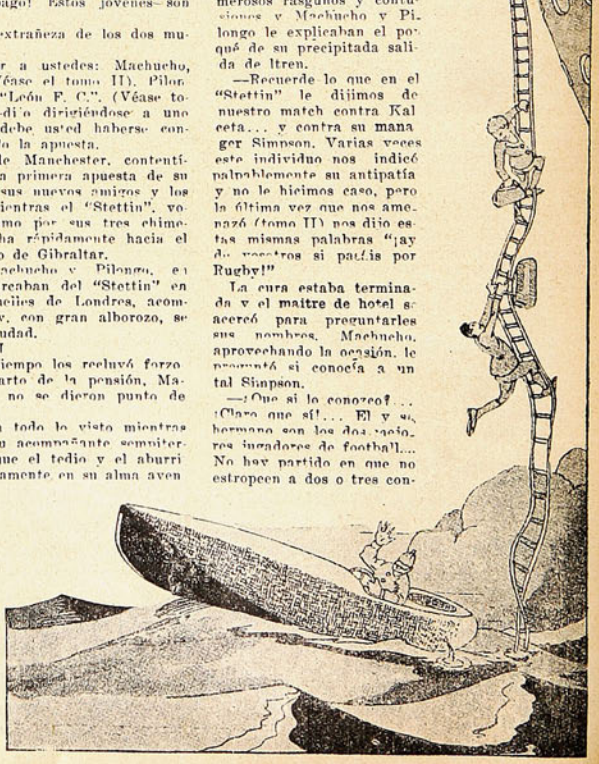
Los dos hermanos volvieron a socorrer a los caídos y cogiendo un coche se llevaron consigo a Mr. Jhon descalabrado.

Poco después el médico del mejor hotel de Rugby aplicaba a Mr. Jhon unos cuantos parches en sus numerosos rasguños y contusiones y Machucho y Pilongo le explicaban el porqué de su precipitada salida de Ittren.

—Recuerde lo que en el "Stettin" le dijimos de nuestro match contra Kaleeta... y contra su manager Simpson. Varias veces este individuo nos indicó palpablemente su antipatía y no le hicimos caso, pero la última vez que nos amenazó (tomo II) nos dijo estas mismas palabras "¡ay de vosotros si pasáis por Rugby!"

La cura estaba terminada y el maitre de hotel se acercó para preguntarles sus nombres. Machucho, aprovechando la ocasión, le preguntó si conocía a un tal Simpson.

—¿Que si lo conozco?... ¡Claro que sí!... El y su hermano son los dos rasgos ingadores de football... No hay partido en que no estropeen a dos o tres con-



trarios. Ahora precisamente, coincidiendo con la vuelta de España del mayor de los hermanos, se ha formado un nuevo bando en Rugby que se llama... aguarden... **Machucho and Pilongo Club**, o, para abreviar, **The Mapi Club**. Están los ánimos tan excitados que los fanáticos de los Clubs rivales se pegan en cualquier parte que se encuentren...

El maitre se dió cuenta de que era inútil continuar hablando porque nadie lo escuchaba. Machucho y Pilongo en un rincón del hall se daban sin parar abrazos, puñetazos, empujones... todo sazonado con risotadas que hacían temblar las paredes de la habitación.

—¡¡Tenemos un equipo en Rugby!!... ¡Zas... zas... Boum!

—¿Se han vuelto locos?—preguntó el maitre algo asustado a Mr. Jhon.

—¿Locos?... ¡Ya hace 18 años que lo son!—dijo Mr. Jhon y sin añadir palabra siguió a los dos hermanos, que salían a la calle dejando al maitre estupefacto.

Lo primero que hicieron los presuntos jefes del **Mapi-Club** cuando el aire fresco de la calle les hizo volver a la realidad fué preguntar al primer transeunte que toparon por el local social de la nueva Sociedad; pero por desgracia suya ni éste ni los sucesivos a quienes preguntaron pudieron darles sino indicaciones imprecisas que les hicieron dar vueltas y más vueltas.

Preguntaban va al undécimo con idéntico resultado cuando al volver una calle del viejo Rugby oyeron confusa gritería, al parecer proveniente de una plazuela del fondo. Corrieron allí y presenciaron durante unos momentos la mayor ensalada de palos que habían presenciado en su vida. Se los propinaban unos 20 o 30 hombres armados de sendos garrotes sin proferir más que algunos gritos de cuando en cuando. Machucho y Pilongo reían a carcajadas al presenciar el extraño espectáculo y lo mismo algunos curiosos.

De pronto un mocetón tumbó tras unos cuantos pases sabios a su antagonista de un descomunal revés y subiéndose de pies sobre la barriga del caído gritó con toda la fuerza de sus pulmones: "**Hurrah for the Mapi Club!**". "**Hurrah, Hip Hip...**". La voz expiró en su garganta. Un enemigo le había dado a su vez un estacazo en la coronilla.

—¡Ah! ¡Cuá! ¡Cómo!...—dijeron en el colmo de la estupefacción los dos aventureros, y, armándose cada cual de uno de los garrotes abandonados en el suelo, se lanzaron al grupo como una tromba mientras que gritaban con todo su vigor.

—¡Yo soy Machucho!

—¡Yo soy Pilongo!

—¡**Hurrah for tehm!**—dijo Mr. Jhon arrancando un garrote de las crispadas manos de un caído y atizando a su vez estacazos sin mirar si daba a amigos o enemigos. Una formidable aclamación acogió las hazanas del nuevo refuerzo y poco después los partidarios del **Rugby-City**, llenos de cardenales cabeza y espaldas, huían a la desbandada abandonando en el campo de batalla armas y bagajes. (Garrotes y sombreros).

Machucho y Pilongo se vieron un momento después abrazados por gentes extrañas y luego llevados en triunfo al local social que habían estado buscando inútilmente toda la mañana. Allí volvieron a repetirse los saludos y las presentaciones. Machucho subió a la tribuna y largó un discurso breve saludando y explicando las causas de su llegada a la ciudad. Mr. Jhon se encargó de ir traduciendo palabra por palabra.

La Junta deliberó unos momentos y quedó convenido que retarían al **Rugby-City** a un match

con apuesta para celebrar dignamente la llegada de Machucho y Pilongo. Inmediatamente se escribió la carta y se esperó la contestación con ansiedad.

El **Rugby-City Club** aceptaba la pelea y señalaba la semana siguiente para efectuarla. Las condiciones eran: 1.ª Obligación de jugar Machucho y Pilongo; 2.ª Apuesta de 10,000 L.

Algo fuerte era la cifra porque el Club no disponía sino de unas 5,000 L., pero Mr. Jhon puso por su parte 3,000 L. y Machucho y Pilongo 2,000 L., con lo que quedó completa la cifra.

III

LLEGÓ el día del gran match. En toda clase de vehículos la ciudad entera se dirigió al campo de deportes en un estado de ánimo fácil de comprender.

Las aventuras de Machucho y Pilongo aparecidas en los periódicos, la apuesta formidable y la emoción del partido que se preveía, hizo que las localidades llegasen a una suma crecidísima.

Por fin, a la hora anunciada los equipos se alinearon y lanzaron los acostumbrados hurras. Entonces fué cuando Machucho y Pilongo pudieron ver a los dos hermanos Simpson que alineados entre sus compañeros les dedicaban ademanes de desprecio.

—¡Ya nos veremos!—dijeron sonriendo brutalmente.

Machucho y Pilongo se limitaron a encogerse de hombros sin dignarse responder. Y el partido empezó con el acostumbrado lanzamiento.

Las **melees**, las **touches**, las **arrancadas** se sucedían con rapidez vertiginosa, pero sin ser coronadas por jugadas decisivas. Pilongo mareadísimo hacía no obstante escapadas peligrosas, cortadas con rabia por los **equipiers** enemigos y por su parte Machucho se desquitaba de los furiosos golpes dados a su hermano tumbando, sacudiendo y zarandeando como peleles a los **equipiers** del **Rugby-Club** que llegaban a sus dominios.

Un ala del **Rugby** escapó veloz, sorteó a varios del **Mapi** y al llegar frente a Machucho hizo un centro atrasado a los hermanos Simpson que venían tras él. Estos saltaron sobre Machucho valiéndose de su corpulencia y de la velocidad adquirida y, aunque el valeroso muchacho se cogió a los dos estrechamente, no pudo evitar que el peso lo venciera y que los tres cayesen rodando tras la línea fatídica. **Rugby**, pues, gracias a una jugada ilegal se apuntaba 3 puntos.

En el campo había un vendedor de melones...

Faltaba la transformación que, como es sabido, podía proporcionarles 2 puntos más y con ellos una gran ventaja. Pero Machucho y Pilongo reuniendo a sus hombres cuchichearon.

—¿Se opone a esto el reglamento?

—No—dijeron algunos rascándose la cabeza.

En un momento los **equipiers** del **Mapi-Club** se encaramaron uno sobre otro hasta formar una pirámide humana en cuya cima subió Pilongo sonriendo dispuesto a apoderarse del balón en caso de pasar por entre los palos superiores, condición precisa para poder marcar los dos puntos. El referee, Mr. Todd, vaciló antes de considerar como válida aquella rara colocación (nueva en los anales del football Rugby); pero, como no había nada en el reglamento que a ello se opusiese, ordenó que continuase el juego.

Simpson, encargado de tirar la **transformación**, estaba frenético, pero al mandato del árbitro tiró el golpe con enorme fuerza y dirección. La pelota volteó fuertemente en el aire y silbando buscó su camino por entre los palos, pero Pilongo, veloz como una centella, inclinó la pirámide humana y se lanzó con decisión al vacío. ¡Había cazado al vuelo el balón y, fuertemente abrazado a él, rodaba por la hierba!

Los aplausos fueron formidables... tan enormes, que ni siquiera se oyó el silbato ordenando el fin de la primera parte y fué preciso que Mr. Todd, apoderándose del balón, indicase a los jugadores que había llegado la hora del descanso.

El campo era una olla de grillos. Aquel prodigio de habilidad había electrizado a los del **Mapi-Club** y hecho renacer en ellos nuevas esperanzas; pero el **Rugby Club** no estaba desanimado tampoco. La ventaja estaba a su favor y se proponía sostenerla manteniéndose en una cerrada defensiva.

Cuando el juego volvió a empezar, comprendió Pilongo lo difícil que era marcar intentando atravesar por entre aquella muralla humana y entonces, dejando el balón en el suelo, avanzó driblando con su estilo inimitable, sorteó a unos cuantos contrarios y al llegar a los 22 metros lanzó un schoot soberano... que valió al **Mapi-Club** un soberbio drop-goal o sean 4 puntos. ¡Ganaban! El estruendo en populares era ensordecedor. Los contrarios, rabiosos ante el mal resultado de su táctica se lanzaban al ataque una y otra vez, imprecauciones y haciendo suicidades. Fué preciso que Machucho, firme como una roca en la defensa, se dejase de contemplaciones y colocase algún que otro golpe en los estómagos de los mo-

tes. El partido se acercaba a su fin, el marcador seguía acusando un punto de diferencia a favor del **Mapi-Club**. Entonces fué cuando a Pilongo se le ocurrió la treta que, divulgada algún tiempo después, motivó que los hermanos Simpson reclamasen ante los Tribunales. (Podemos adelantar que no les valió).

En el campo había un vendedor de melones. Compró Pilongo uno de tamaño y color aproximado a la pelota, volvió al terreno de juego con él escondido bajo el jersey, se apoderó del balón y haciendo mientras corría una sustitución rapidísima se dejó **placar**. El jugador placado o sea cogido deja el balón en el suelo, el contrario se apodera de él y sigue el juego. Pero Pilongo lo que había dejado a Simpson era el melón y mientras los equipiers del Rugby avanzaban como una tromba, Pilongo a su vez corría en dirección contraria, sin que nadie tratase de estorbarle el paso.

Ante el caso anómalo de dos pelotas en el campo todo el mundo quedó en suspenso. Para deshacer la duda Pilongo hizo botar la suya en el suelo. Simpson hizo lo mismo, pero el vegetal se quedó estrellado en la hierba. Entonces, comprendiendo el fatal error, volvieron grupas y echaron a correr tras de Pilongo. ¡Pero era ya tarde! Pilongo con un **crochet** maravilloso se deshacía

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido con la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos Depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello **Sobre** el cutis, en cambio Vytt deshace el vello y la raíz **debajo** del cutis. Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se aplicó y el vello ha desaparecido.

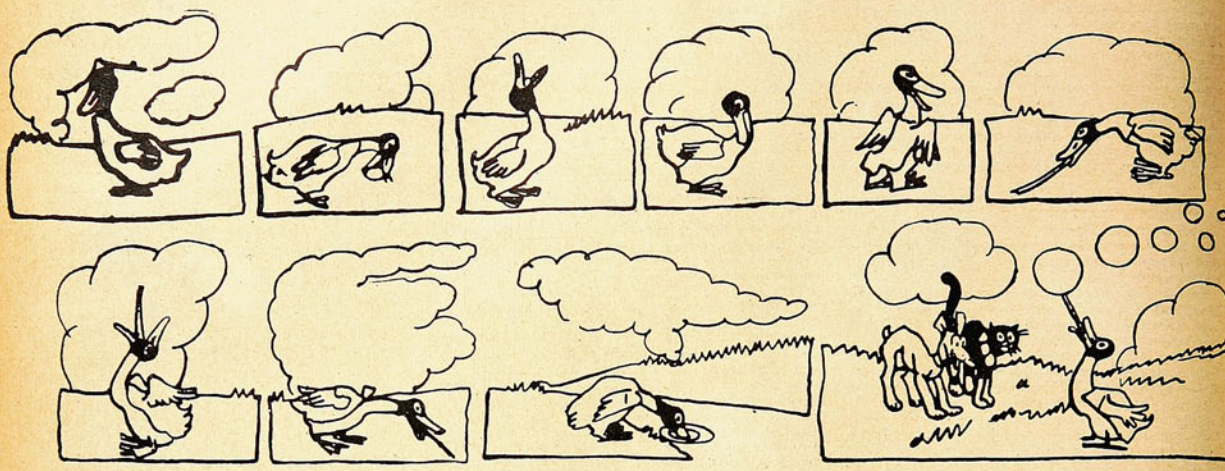
El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, Casilla 1161, Santiago.

El "Vytt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

VYTT

Análisis cuantitativo: Natrium sulphide, 8%; Barium Sulphide, 2%; Calcium carbonate, 40%; Glycerine, 2%; Agua, 48%.

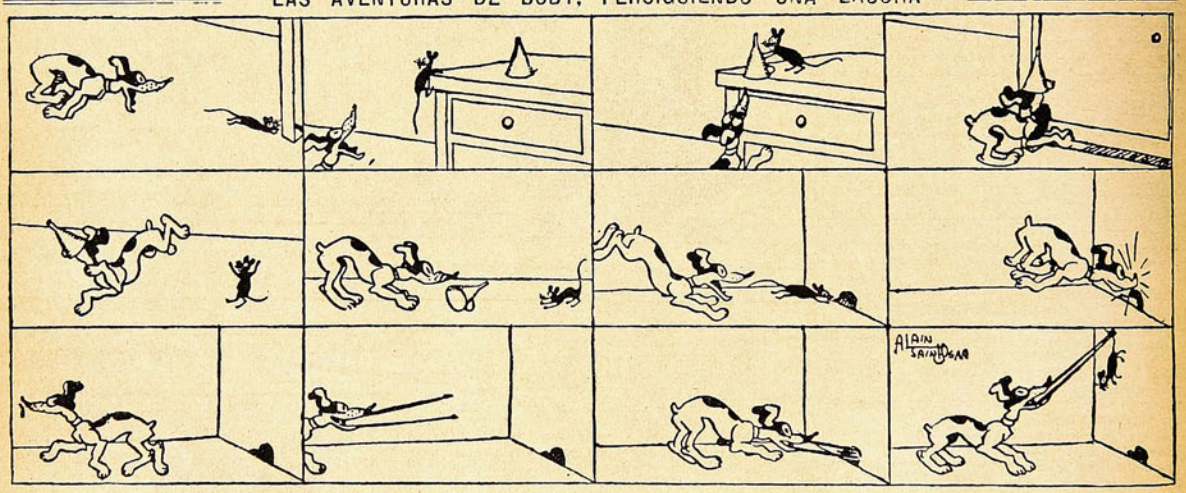
PARA LOS NIÑOS



UNA INDIGESTION MUY RARA

Cua-Cua es un pato muy goloso. Una vez se encontró un pedazo de jabón y se lo tragó de un solo bocado. Pero el pedazo era demasiado grande y se le quedó atravesado en el cogote. En esto halló una pajita y se la tragó pensando que la paja haría pasar el jabón. Pero no fué así y Cua-Cua muy afligido se dirigió al estanque a tomar un poco de agua. Pero tampoco pudo deshacer el taco, y para su gran espanto y gran divertimiento de Mique y Trac—el gato y el perro de la casa—cada vez que hacía un esfuerzo para arrojar el jabón, la paja y el agua, echaba por el pico los más lindos globos de jabón.

LAS AVENTURAS DE BOBY, PERSIGUIENDO UNA LAUCHA



MACHUCHO Y PILONGO EN RUGBY

(Conclusión)

del último adversario y dejaba el balón en el suelo triunfalmente. Había marcado un essai y por lo tanto el Mapi-Club se apuntaba 3 nuevos puntos. La transformación fué fallada y poco después el árbitro silbaba el fin del emocionante partido.

En la caseta de los jugadores se procedió a levantar acta notarial. El Mapi-Club había ganado el partido y la apuesta por 4 puntos de diferencia.

IV

A TARDECIA... La muchedumbre abandonaba el campo y marchaba en grupos por la campiña en dirección a Rugby. Los confines del horizonte fueron tiñéndose de un rosa pálido. Y súbitamente, viniendo de lo alto, percibióse claramente el jadeo de un motor. Un pájaro mecánico iba acercándose al terreno de juego. Encontrando en él un excelente aterrizaje, describió una curva rápida y se posó en la hierba rodando dulcemente.

La gente acudía de todas partes. El aviador dijo que había perdido la ruta a causa de la niebla cuando se dirigía a París. Pareció extrañado al notificarle que se hallaba en Rugby, en el centro de Inglaterra a más de 200 kilómetros de su ruta primitiva.

Machucho y Pilongo cambiaron una ojeada que era un poema.

—Pregúntele—dijeron a Mr. Jhon—si piensa volver a París...

—En seguida que desengrase la bujía—contestó el aviador.

—Pues ahora—continuó Machucho—propóngale que nos lleve como pasajeros...

Mr. Jhon se atrevió a protestar tímidamente; pero, viendo la tozudez de sus amigos, comunicó sus deseos al aviador, que aceptó la propuesta.

La noticia corrió de grupo en grupo rápidamente. El Mapi-Club, que quería celebrar su victoria con un gran banquete, no podía consolarse de la marcha prematura de sus Presidentes honorarios.

Se encaminaron todos lentamente al pabellón y allí les fué servido un te de honor con el que se brindó hasta enronquecer. Mr. Jhon, cuando llegó su turno, brindó también y luego, volviendo a su manía ordinaria, dijo solemnemente:

Apuesto... 2,000 L. a que mañana no están Machucho y Pilongo en Le Bourget...

Simpson el mayor acababa de entrar en la sala, sucio de polvo y barro.

—¡Yo acepto!—dijo con voz insegura.

—¿Qué acepta usted?—preguntó Mr. Jhon con desprecio.

—Apuesto 2,000 L. a que Machucho y Pilongo no están mañana a las 7 de la tarde en París...

—¡Pues apuesta usted lo mismo que yo apostaba!

—En ese caso—dijo Simpson poniéndose de amarillo que estaba, lívido—no he dicho nada. Hizo además de retirarse.

—¡Alto ahí!—volvió a decir Mr. Jhon—. Acepto su apuesta porque me es igual—y extrayendo de uno de sus bolsillos el talonario de cheques extendió uno y lo firmó y rubricó, mientras que Simpson hacía lo propio.

—Si mañana a las 7 de la tarde no han hecho ustedes efectivo este cheque en casa de Park and Son de París, ha perdido usted su dinero—dijo Simpson con su malévola sonrisa.

—Y usted—respondió Mr. Jhon—puede quedarse con el mío después de esa fecha y hora.

Los dos antagonistas se volvieron la espalda a tiempo que el mecánico avisaba que el aeroplano estaba listo para partir. Los muchachos repartieron unos apretones de manos y Pilongo preguntó a Mr Jhon.

—¿Y usted cómo se va a arreglar para estar en París mañana?

—Fácilmente. Tren especial a Londres. Auto a Croydon y de allí aeroplano a Le Bourget.

Machucho y Pilongo se echaron a reír.

—¡Hasta mañana, pues!—y se encaramaron ágilmente en el aparato.

. . . . . .

Las sombras habían llenado el campo. Los grupos se marchaban discutiendo los acontecimientos de la jornada.

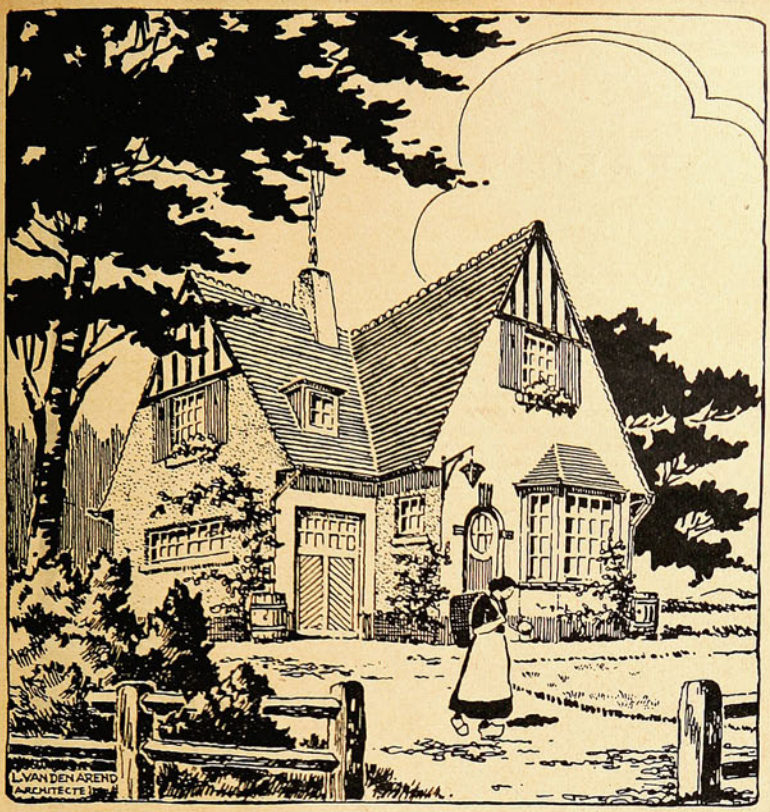
Dos hombres, dos sombras echadas de bruces en el suelo reían a carcajada limpia.

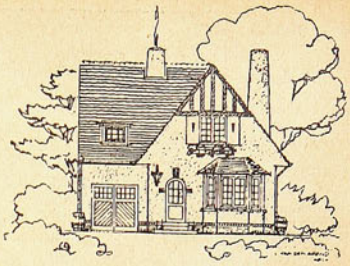
—¡Já... já... já! Les he cerrado seis tensores del aparato.

—¡Já... já... já! ¡Qué tortilla!

En el próximo número **Machucho y Pilongo** aviadores, luchan denodadamente en la desgracia. Aguantan tempestades... construyen aparatos... vuelan... nadan.

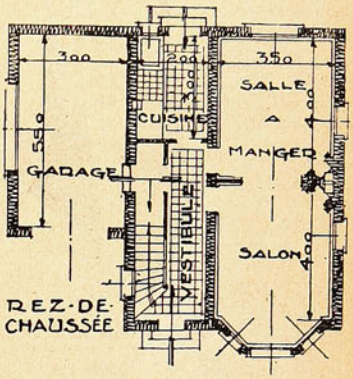
¿Llegan a tiempo a París?





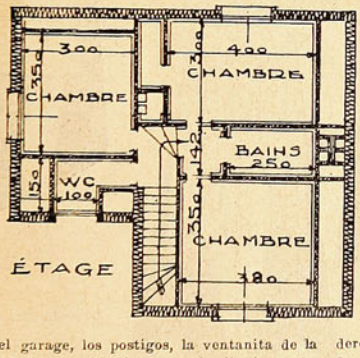
LA CASA QUE NOS CONVIENE

UN CHALET DE ESTILO ANGLO-NORMANDO



EN el plano de este lindo chalet se han consultado las mayores comodidades posibles dentro de un espacio reducido. Así, por ejemplo, cuenta con un garagge adjunto que tiene la gran ventaja de comunicarse interiormente con la casa, lo que permite cerrarlo por dentro.

Tiene este chalet el aspecto rústico propio de los estilos en que se inspira. El exterior está pintado de color crema con los envigamientos en color café muy oscuro. La puerta de entrada, la del garage, los postigos, la ventanita de la boardilla, los cajones para las plantas y las tinajas para la lluvia están pintados en azul rey muy vivo. Todas las maderas de las vidrieras son blancas. Y el techo, como lo pide el estilo de la construcción, es muy inclinado y está cubierto por tejas planas de color casi negro.



El piso bajo comprende el vestíbulo de entrada, el salón, el comedor, la cocina con su salida independiente y el garage, más un pequeño repostero que queda debajo de la escalera. En el descanso de ésta queda la entrada a la pieza y al W. C. de las sirvientas. Luego, en el segundo piso, hay dos dormitorios y el baño de la familia, todo ello dando a un pequeñito hall cuadrado. El domitorio principal tiene su "clos" y aun hay otro rincón en que guardar maletas o esas cosas fuera de uso que nos suelen ser inútiles.

El salón y el comedor se comunican por una gran mampara, que abierta en los días de recepción, puede formar una gran sala espléndida para bailar.

Debajo de la escalera queda la bajada para el subterráneo, que servirá de despensa y donde también puede instalarse cómodamente un lavadero. Con un fondo de grandes árboles y un parquesito de estilo inglés, al frente, este chalet resultará extraordinariamente confortable y bonito.

RELATOS DE FISICA

LA HUMEDAD

I

CUANDO la araña ha tejido una tela espesa, tan pronto se mantiene inmóvil en medio de su nido como abandona ese nido y se va más lejos a tejer una nueva tela. ¿Por qué?

La araña teje su tela según el tiempo que hace o que vaya a hacer. El examen de la tela permite reconocer el tiempo que hará: si la araña está inmóvil, arrebujada en medio de su tela, sin tratar de dejarla, señal de lluvia. Si, por el contrario, sale del nido para tejer más lejos una nueva tela, señal de buen tiempo.

La araña tiene de tal manera sutiles los sentidos que apenas la humedad empieza a condensarse en el aire, sin que todavía nosotros sintamos esa humedad, creyendo que el buen tiempo perdura, cuando ya está lloviendo para la araña.

Así como un hombre desnudo sentirá la humedad y vestido no la notará, así también llueve para la araña cuando todavía para nosotros el tiempo no es sino apenas incierto.

II

DURANTE la época de las lluvias, las puertas se ensanchan y no cierran bien, y, durante el verano, ellas se secan y cierran perfectamente. ¿Cuál es la causa de este fenómeno? Hélo aquí. Durante la época de los páramos y de las lluvias (junio, julio y agosto en Tunja y Boyacá), la madera se llena de agua como una esponja y se hincha; mientras que en verano, el agua se evapora y la madera se contrae.

¿Por qué la madera de un árbol tierno como el pino o el sauce se ensancha más que la del roble?

Porque un árbol duro, como el roble, ofrece menos poros vacíos y el agua no puede entrar en él; mientras que un árbol tierno como el sauce, ofrece mayor cantidad de poros vacíos, en los cuales el agua puede entrar. La madera podrida ofrece todavía más poros vacíos, y por eso un árbol podrido se ensancha y se reseca más.

Los troncos de árboles talados ofrecen a las abejas uno de los mejores sitios para la fabricación de su colmena. Las mejoras colmenas se obtienen sobre sauce podrido. ¿Por qué? Porque el aire circula mejor a través de un tronco podrido y así las abejas respiran más fácilmente.

UNA LECCION DE ECONOMIA

MISIÁ Hormiguita es muy trabajadora y económica. Por eso, en uno de los cajones de su cómoda tiene formado un montón brillante de monedas de oro, producto de sus ahorros. Ayer, el señor Escarabajo, que usa una capa muy bonita de seda tornasol, vino a invitarla, en nombre de su señora, para una fiesta que ambos darán en honor de la señorita Mariposa, quien se casará dentro de unos días. Misiá Hormiguita está perpleja. Tantas han sido sus tareas, que no ha podido hacerse un solo vestido de reunión para esta temporada. Piensa que tendrá que comprárselo hecho, lo cual le costará carísimo y quizás le comprometa todas las monedas de oro. Esto la entristece, pues con ellas pensaba comprarse una pieza de lino. Sus sábanas están algo raídas y tiene necesidad de hacer, cuando menos, media docena de sábanas nuevas. Valen un dineral las confecciones, que no siempre satisfacen plenamente. Así, decide no asistir a la fiesta. Pero su esposo le dice:

CASOS Y COSAS

Temístocles murió a la edad de 68 años de resultas de un fuerte veneno que tomó él mismo en presencia de sus amigos.

La consorte que elija todo hombre juicioso, ha de tener seis PP. "Puella, Pía, Prudens, Pulchra, Púdica y Potens".

El arca de Noé, después del diluvio, se cree, vino a fondear sobre el monte "Ararat", al pie del cual nacen el Tigris y el Eufrates.

El padre Kirker fué el inventor de la linterna mágica.

La E, era una letra numeral que entre los romanos valía 250, y con una rayita encima 5,000.

"Dábale arroz a la zorra el abad". Esta oración deletreada de derecha a izquierda, dice lo mismo que de izquierda a derecha.

Copérnico era natural de Torn (Prusia); fué doctor en Medicina.

Ovidio nació el mismo día de la muerte de Cicerón.

El agua gasificada, o en el estado de vapor, ocupa un espacio 1,700 veces mayor que en el estado líquido.

Del rey Alfonso X de León y IV de Castilla (llamado por sobre nombre el "Sabio"), cuentan que leyó 14 veces la Biblia; y fué el primero que dió leyes e hizo escrituras en romance, pues antes se extendían en latín.

A mediados del siglo XIII, el Papa Urbano IV, francés de nación, y Cisterciense, instituyó la solemnidad del "Corpus".

LAS FALDAS IRREGULARES

Cada vez acentúa más la moda lo disparejo del ruedo de las faldas. En esta página podemos ver los más variados modelos en que lo disparejo se presenta en sus diversidades, ya que en la enorme fantasía de los modistos, los modelos se varían hasta lo infinito.

El primero es un trajecito para comida íntima, en crep georgette color limón, con la falda recogida y el borde festoneado, más corto adelante, y atrás forrado por cintura echarpe y cuello chal anudado graciosamente al lado.

Traje de mañana en popelina blanca. Plastrón muy original ribeteado de azul marino. Corbata de terciopelo de este color. La falda lleva el ruedo a un lado, formando caída.

Traje para noche en velo de seda rosa pálido, sobre un falso de crep-satín rosa fuerte. La falda está formada por paños sueltos, cortados en forma de pétalos. Cintura en X muy nueva.

Vestido para comida en espumilla de seda color coral. Falda con caídas a los lados. Rosa de plata en el hombro izquierdo y al lado derecho de la cintura. Largo collar de corales

Muy simpático es este modelo en lanilla inglesa, de tono gris plata. La blusa, por el corte de las ondas, tiene un movimiento de bolero. Cintura abullonada, motivo que también se repite en las mangas. La falda lleva una caída al lado

El Rey S. Fernando III de León y II de Castilla fué hijo de la reina Berenguela: ordenó las "Leyes de la Partida", y estableció "el Consejo de Castilla". Fué aclamado rey en Valladolid el 1.o de julio de 1217. Murió en el día de 31 de mayo de 1252, en la ciudad de Sevilla, donde se conserva su cuerpo incorrupto.

Exasperados los Sicilianos con los tributos y vejaciones de los franceses, y en virtud de una conspiración tramada por el emperador Miguel Paleologo, convinieron el día y hora, tomaron por señal el toque de las campanas a vísperas en el tercer día de la Pascua de Resurrección (30 de marzo de 1282), y a la hora de la señal convenida dieron simultáneamente contra los franceses que había en la isla, y los pasaron a cuchillo en número de 8,000.—De aquí proviene el dicho de las "Vísperas Cicilianas", de fatal memoria para los franceses.

CREME SIMON
Para la HERMOSURA de las SEÑORAS
POLVOS Y JABON SIMON
Paris (M. R.)

BESOS A LOS NIÑOS...

HUBO un tiempo en que, por moda o por sistema, aparecieron de pronto los niños a quienes sus mamás o sus niñeras llevaban a los jardines de París luciendo una gran medalla pendiente del cuello y que, en todos los idiomas conocidos, rezaba: "No me bese usted". La moda de París cundió, como de costumbre, en los medios selectos, y también en los escasos parques infantiles de España vimos algunos bebés rollizos y aristocráticos ostentando sobre oro o sobre plata la prohibitiva inscripción. No sabemos qué se habrá hecho de aquellas medallas... Sin duda, los entonces bebés, hoy ya personas mayores, recordando que aquello sólo sirvió para que sus respectivas mamás presumieran de cuidadosas e higienistas, y nunca para evitarles a ellos el peligro del besuqueo inútil, no han creído oportuno colgar las medallas contra el beso al cuello de los infantes de la siguiente generación. Sin duda, yacen las tales medallas, en completo olvido, en el fondo de armarios y cajones, justo y merecido castigo a su impertinencia, pareja a la de esos cartelitos —"Sed breves", "Id derechos a vuestro asunto", etc., etc. — que algunos hombres de negocios cuelgan sobre sus cabezas y que apenas nos sentamos frente a ellos nos hacen sentir irresistible impulso de volverlos de cara a la pared. Y no es que la concisión en las palabras sea cosa mala, ni que los besos sin ton ni son a los chiquillos sean cosa buena, sino que ni para lo bueno ni para lo malo tienen ninguna eficacia medallas y carteles. Además, la supresión absoluta del beso al niño es algo abominable. Del mismo modo que la prodigalidad en el beso al niño es algo antipático y desde luego perjudicial. Pero, como decía el doctor Krafft, hay besos y besos...

El citado doctor reglamenta a su modo los besos, clasificándolos del modo que sigue:

Primero, besos necesarios, irresistibles, indispensables todos a la causa a que sirven, inspirados por el amor, y entre los que, naturalmente, se cuentan los besos maternales. Contra éstos, la lucha de la higiene fuera inútil y hasta ridícula. Son una institución sólida, casi un sacramento. Deben respetarse.

Segundo, besos excepcionalmente útiles; en la mayoría de los casos superfluos. Besos de lujo. Estos, según el citado doctor, pueden ya reglamentarse, estableciendo serias economías de cantidad y modo. Entre éstos, cuenta los besos entre hermanos y los de amigas y parientes, que no deben tolerarse sino cuando vienen de personas muy sanas y que sientan realmente afecto por la criatura. Y aun este consentimiento, con moderación y a condición de que no sean dados en la boca.

Tercero, besos inútiles y hasta estúpidos. Todos los demás. Entre éstos se cuentan en primer lugar los besos a los animales — ¿no habéis visto a muchas mamás acercar el gatito o el perrito a la boca del niño? — vehículo seguro de gran número de dolencias parasitarias e infecciosas. En los besos forzados que por obediencia dan los niños a otros niños—muchas veces, desconocidos—con gran dulzura, pero también con gran frialdad, dan y reciben los gérmenes productores de la difteria, de la tos ferina, del sarampión y de la oftalmía. Claro que todos los besos incluídos en esta que pudiéramos llamar tercera clase deben ser definitivamente abolidos.

Entonces... ¿no besar al niño?... ¿No enseñarle desde la cuna la máxima dulzura, tan plena y perfecta que es una para todos los afectos? No, no; ¡qué salvajada!... Nada de medallas ni de letreros. Basta un poco de sentido común y un mucho de sinceridad para distinguir entre beso y beso. Para consentir que se bese al niño... según quién le bese, cuándo le bese y cómo le bese...

¿VOLVEREMOS AL TALLE CORTO?

El año pasado los modistos franceses hicieron una intentona para restablecer el talle en su justo sitio. Se decía que la iniciativa había nacido entre las mujeres yanquis, poseedoras de los cuerpos más hermosos del mundo, y desosas, por lo tanto, de lucirlos dentro de las líneas normales de un traje. Nada es más disimulador de defectos físicos que un traje recto. Se pueden tener las piernas demasiado largas o demasiado cortas, se puede tener la cintura muy ancha o ridículamente angosta, se puede estar hecha en cualquier forma y vestida con un traje recto, nadie sabe de esos defectos. En cambio, la cintura en su justo sitio revela todas las desproporciones. De ahí que las mujeres, en su mayoría, con mucho tino, rechazaran los modelos que el año pasado presentaron los modistos. Pero he aquí que éstos hacen una segunda intentona, y que esta vez parecen haber logrado mayor éxito, ya que se repiten con mucha insistencia los modelos ceñidos a la cintura.

Presentamos cuatro modelos en que esta modalidad se insinúa claramente.

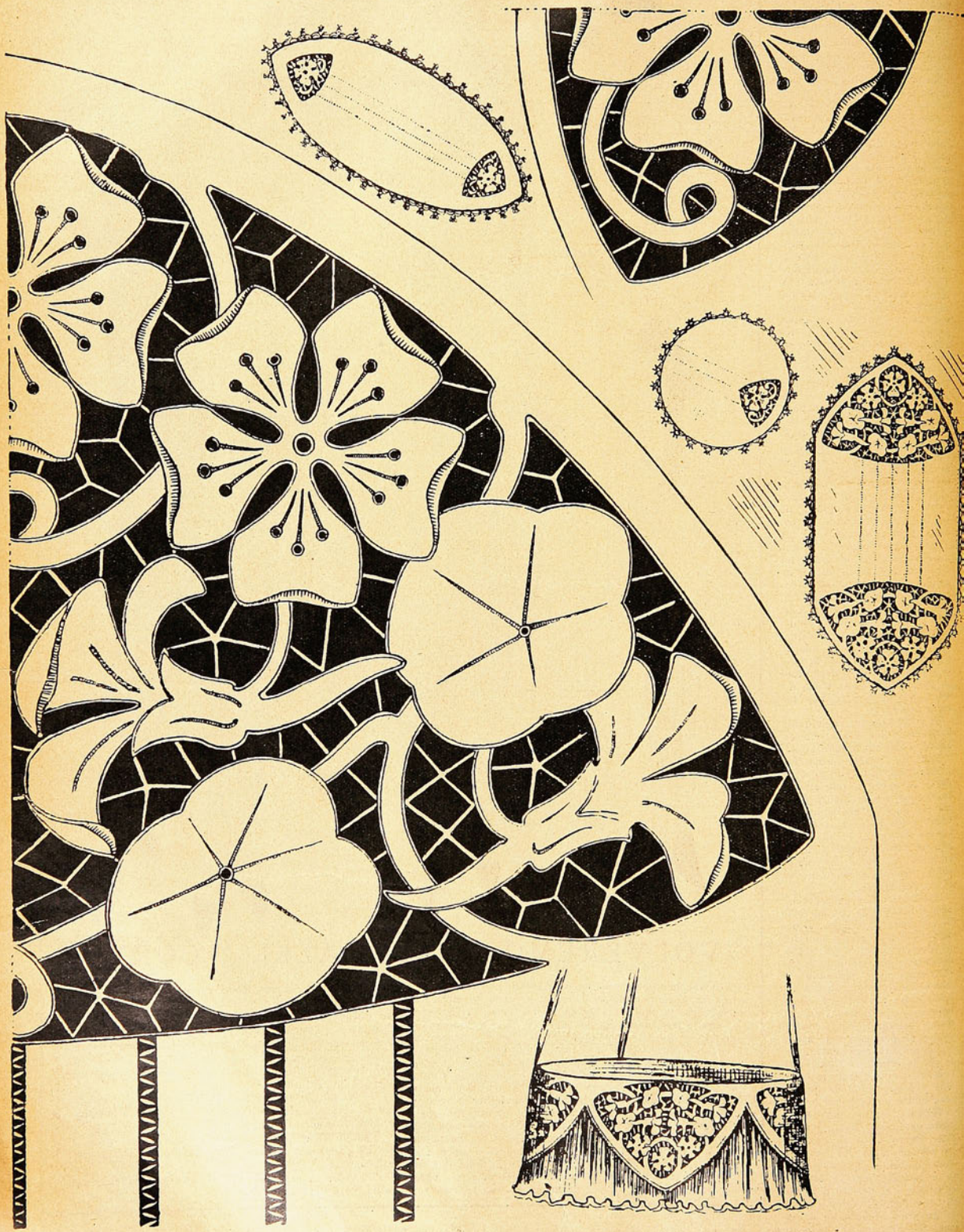
El primero es un robe-manteau en kasha color arena con un corte en el canesú, muy original, corte que se repite en las caderas formando pliegues. Botones de corozo café. Cintura muy ceñida, puesta en el sitio donde está la cintura.

Un modelo en que se nota la influencia del arte nuevo en la moda. Es de popelina azul horizonte con muy caprichosos cortes en blusa y falda.

Vestido de crepella gris plata, también con un adorno de cortes geométricos. Cintura formada por gruesos cabochones.

Trajecito de espumilla azul con puntas rojas muy sencillo, pero lleno de elegancia.

UN MOTIVO MULTIPL



Muy bonito este dibujo para bordado Richelieu que puede destinarse a un juego de mesa, paños para bandejas, pantallas, etc.

ALMUERZO

Coribinuia asada con naranja

SE escama, limpia y seca con un paño el pescado. Se espolvorea con sal, por dentro y por fuera, asándolo a la parrilla.

Cuando esté asado y al ir a servirlo, se pone en una pescadera rociándolo con aceite en que se habrá frito perejil y un ajo y se le habrá agregado una cucharada de vinagre. Se le añade jugo de naranja agria y se pone al horno hasta que dé el primer hervor.

Papas rrellenas con queso

Se cuecen las papas enteras y peladas, se cortan luego por un extremo, ahuecándoles el interior con una cucharilla y rrellenándoles las dos terceras partes con queso rayado y el resto con pan, también rayado. Se cubren con el pedazo de papa que se les quitó, se espolvorean con harina y luego se pasan por un batido de huevo y se frien. Se pueden servir con una ensalada de verudara cruda o si no con una salsa de tomate.

Filete con callampas

Preparado y puesto en la parrilla el filete, se deja asar. Cuando esté en su punto se coloca en una cacerola sobre una capa de callampas puestas antes en sal para que blanqueen.

Luego se les añade una salsa preparada con manteca, cebolla y perejil muy picado, echándole también vinagre y jugo de limón y se deja cocer a fuego lento hasta que las callampas estén desechas y convertidas casi en una salsa.

Tortilla soufflée al coñac

De cuatro huevos se separan las yemas de las claras. A las yemas se les echa una onza y media de azúcar flor, se baten mucho y cuando estén espesas se les agrega una copa de coñac.

Las claras se baten a punto de nueve y unen a las yemas, colocándolo en un molde redondo y hondo en forma de que sólo quede lleno hasta la mitad. El molde estará untado con mantequilla. Se pone al horno y cuando esté dorado se sirve.

COMIDA

Sopa de puré de camarones

Se lavan y se cuecen los camarones. Luego se les quitan las colas, machacando lo demás hasta dejarlo muy desecho, se le agrega caldo y se pone todo a cocer nuevamente.

Después se pasa por el colador y se deja a fuego suave hasta el momento de servirlo. Entonces se tiene pan frito en la sopera con las colas de los camarones peladas y cortadas en pedacitos, se vierte encima el caldo y se sirve.

Fritos de croquetas de espinacas

Se limpian prolijamente las espinacas y se cuecen con agua y sal. Se ponen después a desaguar y se pican muy finas agregándoles una taza de leche y dándoles un nuevo hervor para que emeban bien. Entonces se dejan enfriar.

Cuando están frías se toman en porciones iguales, se envuelven con pan, luego en huevo batido y nuevamente en pan, friéndolas en aceite o manteca muy caliente un momento antes de servirlas.

Ragout

En manteca se frien cebolla y chalotas picadas muy finas y unos pedacitos de jamón. Cuando estén a medio freir se le agregan unos trozos de ternera, aliñándolo con sal, pimienta y un manojito de perejil picado, removiéndolo mucho y echándole después bastante caldo para que siga cociéndose despacio.

Se pelan papas y zanahorias, cortándolas si es posible con un molde especial para que salgan en estrellas o en triángulos, se limpian una cabezas de cebollitas de la reina, unos porotitos verdes y unos asientos de alcachofas, todo lo cual se agrega al guisado cuando está a medio cocer, dejándolo sin moverlo hasta que todo esté a punto de servirlo.

Gallina al horno

Se despluma y vacia el ave, introduciendo luego en su interior sal molida, pimienta en grano y ruedas de limón, colocándola en una cacerola con asas acompañada por unos pedacitos de tocino, hojas de laurel, un diente de ajo y vino blanco. Se le pone luego encima otros pedacitos de tocino y un poquito de aceite frito, dejándola cocer en el horno hasta que esté tierna.

Se sirve con ensalada de apio crudo.

Flan de fresas

Se exprimen las fresas para sacarle el jugo. De ser posible esta operación debe hacerse sin agua, y en caso de tener que ponerla alguna que sea poco y templada.

Hecho esto se baten yemas de huevo en proporción al jugo de las fresas; se le hecha azúcar al paladar y un poco de canela en polvo. Bien mezclado se pone este batido a las fresas en la flanera, bañada en azúcar quemada, cociéndolo al baño de María hasta qeu quede en su punto.

Se saca del molde cuando esté bien frío.

Por cada libra de fresas puede calcularse cinco yemas de huevo.

PIENSE UN INSTANTE

Las mujeres no son nunca responsables de sus culpas, porque éstas provienen de nosotros mismos.—Balzac.

Todos los oradores enmudecen cuando habla la belleza.—Shakespeare.

La mujer es la ayuda, el refugio y el consuelo del hombre.—Balbo.

Ama y aprecia a la mujer y no abuses nunca de su debilidad, pues sería infamia y cobardía.—Mantegazza.

El corazón de la mujer es una lira que tiene tres cuerdas: la primera vibra por el amor; la otra por Dios y la tercera por la gloria.—Salvany.

Las dos cosas más bellas que hay en este mundo son la mujer y la rosa, y los dos bocados mejores y más sabrosos son la mujer y el melón.—Malesherbes.

La mujer tiene ojos para atravesar las paredes y orejas para oír lo que no se dice.—Sir Trolpp.

El alma de la mujer es tan sensible, que se compadece de todos los infortunios.—Cantú.

En cuestión de mujeres, no importa no escoger, porque ninguna vale nada.—Plauto.

La mujer se parece al papagayo: habla mucho y no dice nada.—Duplessis.

Debemos a la mujer la vida, nuestra nutrición primera y nuestra cariñosa acogida; ¿no tendremos con ella consideración alguna?—Cantú.

Hay, es verdad, mujeres virtuosas, pero son éstas generalmente tan feas, que es preciso ser un santo para no odiar la virtud.—Montesquieu.

Un hombre que no tiene mujer es un nómada sin patria, que no puede decir nunca "esta tierra es mia".—Oddo.

Gobernar a una mujer es más difícil que gobernar un reino.—Milton.

La razón es el verdugo de la razón del hombre.—Lemede (Carlos).

La mujer es el sostén de la familia.—Riccabone.

Siendo la mujer el don más hermoso que Dios haya hecho a los hombres, es una ingratitud hablar mal de ella.—Guvard.

Las mujeres son bellas, como los serafines de Klopstock, pero terribles como los demonios de Milton.—Diderot.

La menos imperfecta de todas las mujeres tiene el diablo en el cuerpo.—Caron.

La mujer educa al género humano con bastante más constancia y lucimiento que cualquier otro preceptor.—Smiles.

Los juramentos de las mujeres quedan grabados en el aliento del aire y en la superficie de las ondas.—Cátulo.

La mujer es la llave que Dios ha concedido al hombre para abrir la puerta de la felicidad.—F. L.

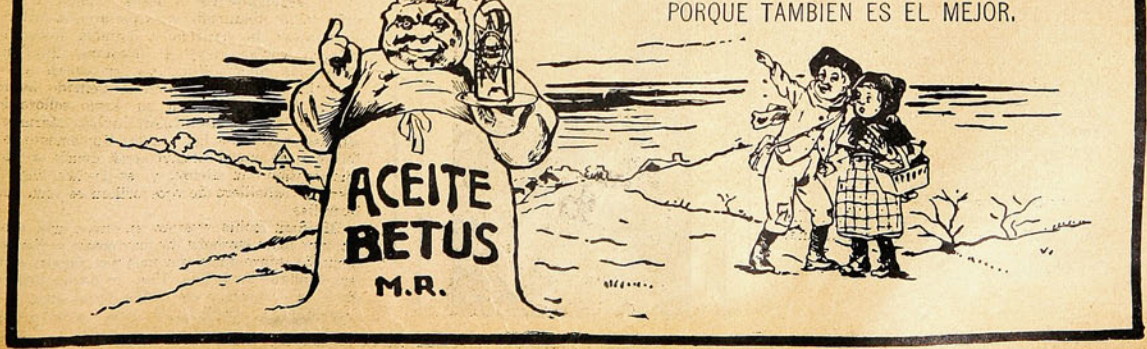
La lágrima de una madre es un diamante del corazón, más precioso que los ópalos de Oriente.—Dumas.

La mujer es el alma del mundo.—Dai Veda.

La mujer es el origen de todas las grandes cosas.—Lamartine.

El hombre es más animal; la mujer más humana.—Burdach.

La mujer fué la última palabra del Creador, proferida la cual, se reposó para contemplarla.—Hôüssaye.



MU-SIAN

CUENTO CHINO

NARRADO POR UN RUSO

RESUMEN DE LO ANTERIOR

Yon Ko Zan, chino de treinta y cuatro años y gran situación, estaba enamorado por referencias de Kuar Mu Sian, con la cual se casa, luego de unas cuantas divertidas ceremonias, Yon-Ko-Zan era muy rico, y Kuar Mu Sian estaba rodeada de todos los regalos imaginables. Se casó sin conocer a su marido, y, por lo tanto, no lo amaba. Un día recibe una visita inesperada. Un primo lejano, que ha estudiado en París, y que por consiguiente ha abandonado la mayor parte de las tradicionales costumbres chinas. El primo encuentra bellísima a Kuar Mu Sian, y se lo declara sin ambajes. La china le oye con sobresalto pero con una desconocida felicidad...

—Mi señor está de viaje—empezó...

El la interrumpió:

—¡Ah, sí, Yon-Ko-Zan! Perdóname, Mu-Sian; no puedo pronunciar todos sus nombres; necesitaría haber comido antes ochenta y dos platos. ¡Benditos sean todos sus antepasados y su bravura! ¡Que todos los dragones bienhechores le ayuden! ¿Y en qué ha venido a parar ese viejo condiscípulo con el que repetíamos de memoria la sabia moral de Confucio? El era seis años... perdón, setenta y dos lunas mayor que yo, lo que no le impedía tener la inteligencia menos desarrollada... No dudo de que después haya tenido tiempo de aprender la moral de ese viejo imbécil de Confucio, sino también de olvidarla, teniendo a su lado una mujercita como Mu-Sian...

—Hijo del hermano de mi padre...—empezó ella, con cierto tonillo de reconvención.

—Eso es muy largo: "hijo del hermano de mi padre"... Llámame sencillamente "primo", como se dice en aquel lejano, aunque delicioso país que acabo de dejar: "Primo". Eso es más breve y más fácil.

—"Primo"—repitió Mu-Sian sonriendo.

Y el vocablo le agradaba como agrada todo lo que es nuevo y desconocido. ¡Primo!

Ella hubiera querido retirarse y dejar solo al visitante. Su deber le imponía el hacerlo así, porque en su presencia se había hablado irrespetuosamente de su esposo. Pero en vez de esto, se quedó y preguntó:

¿Tú estabas en el país de los Bo-Laug-Li (1), ¿no es verdad, hijo del hermano... quiero decir, primo?

—Ocho años, noventa y seis lunas, he vivido en París.

—¿Y qué hacías tú en aquel país de bárbaros?

—¿De bárbaros? ¡Já, já, já!... Entre aquellos bárbaros estudiaba yo Derecho.

Naturalmente. Mu-Sian nó comprendía cuál ciencia había aprendido el hijo del hermano de su padre.

—Fuí allá—agregó él—por orden de mis jefes para llegar a ser a mi regreso un funcionario de nuestro poderoso y magnífico Imperio.

—Y... ¿está muy lejos esa tierra donde se enseña la ciencia que necesitan poseer los funcionarios?

Toun-Li le habló entonces de aquel país tan lejano, tan maravilloso, donde él había vivido tantos años: de las casas, altas como pagodas; de los dragones que respiran llamas y conducen miles de personas sobre barras de acero; de mares inmensos, de navíos que los recorren; de teatros donde se canta como cantan los ángeles del cielo...

Hablaba de todo aquello pintorescamente, con los ojos brillantes, entusiasmándose cada vez más al narrar sus agradables recuerdos. Su expresión era por demás cálida y atractiva, a tal punto que la pobre Mu-Sian olvidaba cerrar los ojos y escuchaba sin recordar que dejándolos abiertos cometía la mayor falta de educación que existe en el mundo. A veces lanzaba exclamaciones de sorpresa, de éxtasis, de terror, según el primo iba citando los mares inmensos y los dragones de fuego. Oía todo aquello con delicia, enrojeciéndose su rostro, chisporroteándole los ojos...

Desde hacía rato una pregunta le quemaba los labios; al fin se decidió a hacerla, bajando la vista.

—Y allí, quisiera preguntártelo... allí... ¿hay mujeres?

—¿Que si las hay? ¡Ya lo creo! ¡Y cómo son!... Y comenzó a describirle los espléndidos sombreros adornados de plumas, de flores y de pájaros que llevan aquellas mujeres; de sus hombros y sus gargantas, brillantes como el alabastro; de las telas que usan, transparentes como telas de araña, de sus faldas de encaje y sus medias bordadas... Y seguía hablando con el entusiasmo de un hombre joven que vuelve de París.

De pronto calló, mirando a Mu-Sian. En los ojos de la linda primita brillaban algunas lágrimas.

—¡Mu-Sian, querida mía! ¿por qué lloras?

—¡Ay, porque la pobre Mu-Sian no tiene nada semejante! ¡Mu-Sian no se parece a esas hermosas mujeres!

—¿Cómo? ¿Y tus pies?—Y antes de que Mu-Sian tuviera tiempo de impedirlo, Toun-Li, arrodillado, se los besaba.

—¡Cuánto no darían ellas, Mu-Sian,—continuó el joven—por tener unos pies como los tuyos, tus encantadoras manecitas, a las que sólo afean esas largas uñas... Oye, Mu-Sian, procúrale un placer inmenso a tu primo, permítele que las corte. ¡Son tan feas esas uñas!... Yo te enseñaré a cuidarlas como las cuidan las damas de Bo-Lang-Li, y tú verás qué lindas garritas de rosa adornarán tus hechiceras manos...

Ella le escuchaba completamente turbada sorprendida; en las palabras, en la voz y las miradas de Toun-Li sentía una fuerza que la atraía.

—¿Y qué?—dijo—¿acaso las uñas largas no son la mayor belleza de una mujer? ¿Y tú podrías?...

Enrojeció y no acabó la pregunta.

—¿Qué, que podría hacer yo? Acaba, acaba, primita.

—¿Podrías tú besar unas manos que no tuviesen las uñas largas?

—¿Qué dices? Yo las cubriría de besos innumerables... ¿No besar esas manecitas?... Ahora, escucha. Este atroz peinado que lleves desfigura tu linda cabeza. ¿Qué cosa tan horrible han hecho con tus cabellos, niña! Espera, voy a peinarte a la europea; ya verás cómo es sencillo, distinguido y bonito.

Sin duda que Toun-Li había hipnotizado por completo a la inocente Mu-Sian. Le desató el cabello y creó un nuevo tocado con tal habilidad y ciencia que la joven quedó complacida. Ninguna criada la había peinado nunca tan pronto y tan bien.

—Y ahora, mira...

Y la condujo ante un espejo. Mu-Sian dió un grito. ¿Pero era aquél realmente su semblante, era su rostro el que reflejaba el espejo, con los cabellos ahuecados, negros como el azabache, reunidos en elegantes conchas y sujetos apenas por largas horquillas?... Y el extraño peinado parecíale a la prima no sólo nuevo, sino original y... bonito.

Entonces le tendió las manos al "primo": él le cortó las desmesuradas uñas, las igualó ligeramente y se retiró unos pasos para admirar su obra.

—¡Mu-Sian—exclamó—qué linda eres!...

Ella lo miraba con ojos brillantes, sin saber cómo plantear una nueva interrogación. Por fin se atrevió:

—Ahora dime, ¿crees tú que luzco tan bien como esas hermosas mujeres de que me hablabas hace un instante?

—¿Tú?...

Por toda respuesta él dejó caer sobre ella otra lluvia de besos. ¡Y qué besos!... Plenos de entusiasmo, de ardor, de atracción: besos desconocidos para la pobre muchacha.

En medio de aquel turbión que la arrastraba, ella se decía: "¡Esta es la felicidad de que me hablaba!..." Y agregó después en alta voz:

—Supongo que me dedicarás un poema...

—¿Un poema?... Ah, sí, el famoso poema en el cual todo chino bien nacido debe cantar la belleza de aquella mujer a quien no ha visto todavía. Sí, te escribiré una, Mu-Sian: pero éste, al menos, será realmente inspirado por tu hermosura, y en él, primita mía, podrás reconocerte... Te lo traeré mañana.

¿Qué más podía desear ella si él, en su honor, iba a escribir un poema?...

Cuando Toun-Li se marchaba, no sin antes haberle besado las manos un incalculable número de veces. Mu-Sian se asomó a la balaustrada del jardín aéreo y le dijo:

—Mañana espero tus versos...

Indudablemente que ella procedía contra todas las reglas de la etiqueta china; pero fuera de la alegría que llenaba su sér, todo lo demás le era indiferente. Jamás el jardín le había parecido tan hermoso, ni el sol tan brillante, ni el gorjear de los pájaros tan alegre, ni tan graciosas las manzanas lilliputienses.

Mu-Sian había pensado hacer unos regalos a sus sirvientas; mas, aunque éstas cantaron y danzaron mucho para distraerla, ella permaneció indiferente a sus cantos y danzas, sonriendo dulcemente a lo que sólo ella veía y oía.

La misma sonrisa enigmática se mostraba en su semblante por la noche, cuando el jardín quedó iluminado y empezaron a brillar los fuegos de artificio y doradas quimeras volaron por los aires. Al acostarse, Mu-Sian puso una almohadilla bajo su cabeza para impedir que se deshiciera el peinado hecho por el "primo"; luego un largo sollozo le subió a la garganta. Lloró dulces lágrimas, sin saber por qué las vertía; únicamente sabía que de mucho tiempo atrás nunca se había sentido tan alegre, y, en sueños, vió al hermoso caballero de ojos brillantes como las estrellas.

Mu-Sian había vestido su traje más claro, una bata bordada de mariposas y flores. Sentada sobre unos almohadones jugaba con sus muñecas favoritas. Una de éstas, peinada a la europea y con uñas recortadas, representaba a Mu-Sian: la otra, cubierta en-

(1) Europa.

teramente de mariposas de seda negra, representaba al "primo".

¿Qué se decían las figurillas? Mu-Sian escuchaba embriagada su propia voz, y el rumor de las palabras cariñosas que pronunciaba.

De repente, el ruido de los pasos de una persona que se había detenido en la puerta la hizo incorporarse.

—Buenos días, querida prima; ¿qué haces en ese rincón?

—Juego con mis muñecas—contestó ella sonriendo.—Tú eres aquél, y yo soy ésta.

—¿Y qué dicen ellas?

Mu-Sian sonrió otra vez, pero ahora con cierta astucia.

—El le está leyendo unos versos encantadores.

—Perfectamente, picarilla. Siéntate aquí en este sillón; no, en este trono; tú serás la reina y yo, el más fiel de tus súbditos, me sentaré a tus pies.

—¡Pero es verdad que tú has escrito un poema para mí?

—Sí, un poema que canta tu hermosura. Y leyó:

¿Por qué escuchar anhelas
del ave la canción,
si el ave más canora
canta, niña, en tu voz?
Que Dios oculte o muestre
los astros en la altura,
siempre habrá dos estrellas
en las pupilas tuyas.
Si abril renueva amante
en tu jardín la flor,
otra más bella guarda
tu tierno corazón.
El ave toda fuego,
el astro brillador,
la bella flor del alma
se llaman el Amor. (2)

La pobre Mu-Sian, desconocía, naturalmente, a Víctor Hugo y sus obras. Para ella aquél era en raelidad el poema soñado, compuesto expresamente en su honor. Y se dejaba arrullar por aquellos versos como por una música del cielo.

Cuando Toun-Li hubo terminado, la joven murmuró:

—¿Ya? Léemelos otra vez.

El releyó el apasionado canto y cayó de hinojos, mirándo'a con ojos brillantes, los ojos del Caballero del Ensueño. Entonces Mu-Sian fué presa del vértigo y no pudo resistir el loco deseo de besar al "primo", de besar ella misma, por la primera vez en su vida... Se inclinó, le echó al cuello sus dos brazos, apoyó sobre los labios de Toun-Li su boca entreabierta, quemante, y sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo.

Un silencio profundo reinaba en la habitación. De repente, un grito extraño, salvaje ni gemido, ni ahullido, el grito de una bestia herida de muerte, interrumpió aquel beso sin fin...

Temblando de espanto, como si hubieran despertado de un sueño, los dos jóvenes miraron a la puerta. Apoyándose en ella para no caer, estaba Yon-Ko-Zan...

Una palidez mortal cubría su amarillo rostro; la ouijada inferior caída, los ojos, tras los grandes cristales de los espejuelos, agrandados por el horror... Aquella situación se prolongó por algunos instantes; por fin, Yon-Ko-Zan volvió en sí, bajó la cabeza como si hubiera recibido un golpe mortal, se la apretó con ambas manos en un gesto de-

(2) El original francés de Víctor Hugo, dice así:

Aquoi bon entendre
les oiseaux des bois?
L'oiseau le plus tendre
chante dans ta voix.
Que Dieu montre ou voile
les astres des ciex,
la plus pure étoile
brille dans tes yeux.
Qu'Avril renouvelle
le jardin en fleur,
La fleur la plus belle
Fleurit dans tan coeur.
Cet oiseau de flamme,
cet astre du jour,
cette fleur de l'ame
s'appelle l'Amour.

sesperado y tambaleándose salió de la habitación. Ya sabía él cuál era su deber.

Siguieron algunos minutos de pesado y punzante silencio. Mu-Sian, pálida como la muerte; Toun-Li, aturdido, no sabía qué hacer. Un criado entró y dirigiéndose a este último le dijo:

—Mi señor ordena que salgas inmediatamente de su morada.

Mu-Sian temblaba toda ella.

—Yo no la abandonaré de ningún modo—exclamó Toun-Li.—Dile a Yon-Ko-Zan que deseo hablarle.

—Si no sales inmediatamente, mi señor ordena que te corten las manos y los pies como a un ladrón.

—¡Huye, sálvate!—murmuró Mu-Sian ahogada por la emoción.

Toun-Li se alejó con las manos crispadas y las facciones contraídas. El doméstico prosiguió:

—En cuanto a tí, ama, mi señor ordena (Mu-Sian escuchaba con toda su alma)... que vistas inmediatamente el traje blanco.

Mu-Sian lanzó un grito ronco; tendió las manos hacia adelante como para alejar de ella una visión horrible y cayó al suelo desvanecida

*

Lentamente, lentamente sonaba la esquila llamando a la oración. Mu-Sian, vistiendo el blanco traje de luto que en China forma parte del ajuar de las novias, fué conducida a la capilla consagrada a los ídolos, situada en el primer piso de la misma casa.

Los muros de aquel recinto se veían cubiertos por las estatuas y figuras que habían adorado los abuelos de Yon-Ko-Zan. Este, en cuclillas, sobre una alfombra bordada de imágenes sagradas, manteníase con la cara entre las manos, murmurando una plegaria. Desprovisto de sus ofrendas de flores artificiales, su ídolo especial, la imagen de Confucio, parecía tener los ojos fijos en él.

Un gran manojo de varillas olorosas se habían hacinado sobre un inmenso reloj de arena colocado en el altar de los sacrificios. Las espirales de humo invadían el templo y volteaban alrededor de los concurrentes. Todos ellos amigos y deudos de la familia, estaban sentados sobre sus talones, en completa inmovilidad, semejantes a estatuas monstruosas.

Dos criados sostenían a la pobre Mu-Sian para que no rodara al suelo.

Terminada la oración, Yon-Ko-Zan se puso de pie. Todos los presentes lo imitaron: él se inclinó muchas veces delante del altar, cogió un objeto que allí estaba y se volvió hacia Mu-Sian.

Su rostro estaba pálido, pero tranquilo e impasible. Mu-Sian sentíase subyugada por la fijeza de aquella mirada; adivinó que su marido había tomado una resolución irrevocable, miró lo que traía en la mano y su cuerpo vaciló... Entre los dedos de Yon-Ko-Zan brillaba un largo y curvo puñal.

Quiso ella gritar, pero no tenía voz; su lengua no podía articular ningún sonido. Yon-Ko-Zan extendió el brazo hacia ella y con voz extraña, aunque firme y fría habló de este modo a los presentes:

—¿Vosotros sabéis lo que ha hecho esta mujer?

Todos inclinaron la cabeza en señal afirmativa.

—Ella ha cometido una acción desconocida hasta hoy en la familia de Yon-Ko-Zan: ha deshonrado a sus antepasados.

Todos inclinaron nuevamente la cabeza. El continuó:

—Una acción semejante sólo puede lavarse con sangre...

Mu-Sian moría de terror. Pero... ¿Qué iba a hacer su marido?

Yon-Ko-Zan se sienta en la alfombra, sobre sus talones; entreabre su túnica...

Mu-Sian se inclina hacia adelante; la mirada siempre fija en su marido. En cierto momento, un gemido inarticulado se escapa de su pecho; ahora comprende lo que quería hacer aquel hombre!... Acaba de hundirse en el vientre el puñal curvo, cortante como una navaja; su rostro, sin embargo permanece tranquilo, absolutamente impasible.

Solamente sus pupilas se han dilatado de un modo extraño y a través de sus grandes espejuelos su mirada terrible se fija en su esposa.

—¡No, no, perdón!—exclama ella.

El, por toda respuesta, vuelve a clavarse el puñal en la herida. Sus facciones se contraen y, sin duda, deja escapar alguna queja, porque todos los presentes exclaman a la vez:

—¡Gloria! ¡Gloria a Yon-Ko-Zan que no teme a la muerte y no siente el dolor!...

Yon-Ko-Zan, sugestionado por aquellos gritos y tal vez por su mismo sufrimiento, eleva por tercera vez el puñal y se abre el vientre de arriba abajo. Todo queda flotando ante los ojos de la desgraciada Mu-Sian, que cae sin sentido entre las manos de hierro de los criados que la rodean.

Cuando vuelve en sí, las mismas férreas tenazas la fuerzan a permanecer inclinada sobre el cadáver de Yon-Ko-Zan que yace boca arriba.

En el rostro del muerto, blanco como el lino, se ha congelado una mueca de tremendo dolor. Los ojos vidriados, las pupilas dilatadas, parecen haberse fijado en un solo punto con la expresión de una espantosa agonía.

Mu-Sian quiere apartarse de aquel horrible espectáculo; pero las mismas garras de hierro la tienen sujeta cerca del cadáver y las mismas voces le repiten:

—¡Mira, mira!...

*

Toun-Li, encerrado en su casa, ignoraba completamente las torturas morales infligidas a la desventurada Mu-Sian.

Sonó el "gong" y, asomándose a la puerta oval, percibió una multitud enorme que se acercaba al edificio. Componíanla, en primer lugar, todos los parientes de Mu-Sian; seguíanlos amigos y curiosos. Delante de la procesión marchaba un anciano en andrajos con una cuerda atada al cuello. Cuando aquel hombre levantó la cabeza, Toun-Li se extremeció: había reconocido en él a A-Puo-Chin-Yan, el padre de Mu-Sian.

Un bonzo se dirigió a él preguntándole:

—¿Conoces a este viejo, Toun-Li?

—Sí—respondió el joven, temblándole la voz—es el hermano de mi padre.

—¿Sabes tú para qué ha venido él hasta aquí?

—Lo ignoro.

—Ha venido para que se le ahorque a la puerta de tu casa. Tú has llevado la desgracia a su familia; tú eres el causante de que Yon-Ko-Zan, para lavar su deshonor, se haya infligido el más atroz de los suplicios.

Toun-Li apenas podía sostenerse en pie

oyendo aquellas terribles nuevas. El sacerdote prosiguió:

—Tú debes lavar la deshonra de la casa del hermano de tu padre, a menos que de tu morada.

tú prefieras verle colgado a la puerta

—Habla. ¿Qué debo hacer?

—Casarte con su hija, con Kouar-Mu-Sian.

—Toun-Li lanzó un suspiro de alivio; sus ojos brillaron de alegría. ¿Cómo? ¿Acaso era aquel el castigo que a él se le había reservado? ¿Mu-Sian estaba viva y se convertiría en su mujer?

—¿Y eso es todo?—balbuceó.

—Eso es todo; tal es la sentencia acordaba. ¿Consientes tú en casarte con una mujer deshonrada?

—Cuando quieras y será para mí una dicha.

—Síguenos, y quita la cuerda que lleva atada al cuello el honorable A-Puo-Chin-Yan.

. . . . . .

—¡Pobre Yon-Ko-Zan!—suspiró Toun-Li al franquear la puerta de aquella casa, a la que tanto dolor había llevado él.

Se le condujo al templo de los ídolos y se estremeció a la idea del drama que se había desarrollado en aquellos muros.

—Detente y permanece sobre esa alfombra enrojecida con la sangre de tu víctima.

Toun-Li con su gesto de horror puso los pies sobre la amarilla alfombra donde aparecía una mancha negruzca. ¡Cuándo terminarán estas atroces ceremonias?—pensaba.

Sentáronse los acompañantes, cada uno sobre sus respectivos talones. El bonzo ordenó:

—Que traigan a Kouar-Mu-Sian.

Toun-Li alzó los ojos; traían a la infeliz cubierta con un largo velo blanco; venía temblando, sosteniéndose apenas. La detuvieron cerca de él, sobre la misma alfombra.

—¡Toun-Li-Chi-San, quítale el velo a tu prometida! Como ella está deshonrada, todos pueden ver su cara antes de la celebración de la boda.

Toun-Li retiró el velo y dando un paso atrás lanzó un grito de horror. ¿Era realmente Mu-Sian la que estaba allí, frente a él? Su boca, ayer tan linda, parecía ahora la boca de un abismo; sus dientes habían sido cubiertos, como los de las viudas, con una pasta negra y sólida como el mismo hueso: sus cejas habían sido arrancadas y bajo los hinchados ojos dos úlceras demostraban las torturas sufridas. Pero lo más espantoso era la cabeza de la pobre Mu-Sian, enrojecida, inflamada... Los cabellos habían sido arrancados, uno a uno, según el castigo que la ley china impone a las esposas infieles.

—Ahora, procedamos al matrimonio—ordenó el bonzo.

—¡Jamás!—gritó Toun-Li, retrocediendo con toda la fuerza de su sér.—¡Jamás!...

Y antes de que nadie pudiera impedirlo se lanzó fuera del templo, saltando, derribando a sus pies parientes y criados.

En el vértigo de aquella carrera Toun-Li sólo oía un grito que le desgarraba el corazón: el grito de la pobrecita mutilada Kouar-Mu-Sian!

*

Toun-Li no se daba cuenta del tiempo que llevaba encerrado en aquella prisión, en el fondo de aquel calabozo sombrío y húmedo donde le habían arrojado con grillos en los pies. Su cabeza y sus manos hallábanse comprimidas, mejor dicho, encajadas en un cepo atado fuertemente a sus hombros; cada movimiento era un martirio horrible para él. Tenía que dormir sentado; mas, ¿podía llamarse sueño aquel estado inconsciente, lleno de angustiosas pesadillas?

Su alimento lo había limitado a algunos puñados de arroz hervido que el guarda ponía cada día sobre el cepo y que Toun-Li debía recoger trabajosamente con la lengua. Parecíale al infeliz preso que aquellas torturas llevaban un siglo cuando apenas habían transcurrido ocho días desde su encarcelamiento.

Durante aquellos ocho días, ¡cuántas cosas habían pasado! El viejo A-Puo-Chin-Yan, según le explicaba el guarda a la vez que le dirigía terribles injurias, se había ahorcado a la puerta de su casa; la sentencia se había publicado y Toun-Li estaba condenado a muerte. Sobre un solo punto no pudo contestarle el carcelero: ¿Qué había sido de Mu-Sian?

Mientras más días pasaban, más deseaba la muerte el pobre Toun-Li; si hubiera podido moverse, se habría destrozado el cráneo contra los muros del calabozo. Sin embargo, tembló y sintióse desfallecer cuando abriéndose la puerta entró el jefe de los guardas seguido del carcelero y le anunció:

—Sígueme, Toun-Li-Chi-San. ¡La hora de la justicia ha sonado!

No era precisamente la muerte lo que le aterraba, sino la tortura que habría de precederla. Miró con horror las dos planchas entre las que se coloca el desgraciado condenado al tormento... Después, al descubrir al verdugo, no pudo apartar la vista de él. Era un hombre gigantesco, semidesnudo, que llevaba al cinto todo un arsenal de armas blancas y en la mano un hacha formidable.

Comenzó el interrogatorio.

—Tú has seducido a la hija del hermano de tu padre y a su marido lo has empujado al suicidio; a tus puertas se ha ahorcado el padre de ella... Tú has mancillado nuestro divino culto; tú te has reído de las santas leyes divinas y humanas... Responde, pero responde en el acto. Si te niegas a confesar, sabe que te espera el tormento.

—Sí, es verdad—suspiró Toun-Li.

—¡Pues por todos esos crímenes nuestro sabio tribunal te ha condenado a muerte!...

Toun-Li estaba ya medio muerto de pavor... Pero, ¿qué era lo que estaba diciendo ahora el mandarín comisionado por la Justicia Suprema? ¿Qué significaba aquel extraño discurso?

—Como perteneces a la ilustre clase de los mandarines.—agregaba el juez—tus parientes han utilizado en tu favor uno de los derechos que te conceden nuestras leyes: ellos han encontrado un sustituto tuyo que tomará tu nombre, morirá en tu lugar y su familia entrará en posesión de tu fortuna. Quédate ahí y presenciarás el suplicio de Toun-Li-Chi-San. ¡Que traigan a Dzin-Bi!

Toun-Li miró con asombro a su extraño sustituto. Era un infeliz "coolio", agotado por la miseria, con el pecho hundido, la mirada sombría, el paso inseguro...

—Dzin-Bi—díjole el juez—¿consientes tú, ta! como lo permite nuestra ley, en tomar sobre ti el nombre, el crimen y la pena que debe sufrir este mandarín?

—Sí...—murmuró aquel desgraciado.

El verdugo entonces, a una señal convenida, levantó y dejó caer su pesa-hacha y la cabeza de la víctima volteó en el aire, cayendo al suelo y dejando tras ella un ancho reguero de sangre. Atáronla por la trenza a una garrucha y la elevaron al tope de una larga pértiga.

—¿Cómo te llamas ahora?—preguntó el mandarín al ex-Toun-Li.

—Dzin-Bi—murmuró éste con voz apenas perceptible.

—Ya has visto la ejecución de Toun-Li-Chin-San; desde hoy éste ha dejado de existir. Y tú, despreciable "coohe", tú debes abandonar en el acto esta provincia Si mañana al salir el sol, alguien te viera aquí, tiene el derecho de matarte como a un perro.

Dicho esto, el mandarín se alejó.

El nuevo Dzin-Bi se dirigió entonces a uno de sus deudos. Este se alejó también, arrojándole al suelo algunas monedas; los demás parientes hicieron otro tanto. Tan sólo en los ojos de su hermano pudo el desgraciado advertir el brillo de una lágrima.

—¡Huye en seguida!—díjole éste alejándose.

—¿Y Mu-Sian? ¡En nombre del cielo, díme qué ha sido de ella!...

—Mu-Sian no volverá jamás a ver su patria; no podrá contar a nadie la vergüenza de su raza—agregó. Y se marchó apresuradamente para que ninguna persona le viera hablando con un ser despreciable y vil.

Toun-Li quedó solo; miró una vez la cabeza ensangrentada de su sustituto y con pasos vacilante se alejó de aquel lugar.

Parecíale estar bajo el peso de una horrible pesadilla, que al prolongarse indefinidamente le ahogaba...

*

En Singapoore, en el templo de Confucio, entre las viudas que por voto religioso están dedicadas al culto del santuario, la mirada se detiene sobre una viejecita vestida de negro, como todas sus compañeras. Su frente sin cejas da a sus ojos lacrimosos una perenne expresión de espanto. Su cabeza está desnuda de cabellos, excepto algunos ralos mechones que aparecen aquí y allá.

No tratéis de hablarle; por toda contestación ella abrirá la boca dejando escapar una especie de silbido y a su vista retrocederéis espantados: en aquella boca se mueve la mitad de la lengua: la otra mitad ha sido bárbaramente cortada! :La pobre viejecita tiene veintidós años y se llama Kouar-Mu-Sian!...

. . . . . .

Si al llegar a San Francisco de California necesita usted alquilar los servicios de un "coolie", inevitablemente tendrá usted que acudir a un notario chino encargado de la agencia; y ciertamente que usted maldecirá en su interior al amarillo funcionario, a causa del excesivo celo que demuestra al defender los intereses de los "coolies".

Ese notario exigirá a usted unos honorarios bastante crecidos ;pero, en cambio, no pedirá nada al pobre y desgraciado chino.

Por eso los "coolies" veneran a su notario; nada deciden sin su dictamen, ni a nadie acuden sino a él en sus diferencias con los extranjeros.

Aquel hombre, europeo por el traje y por las costumbres, es, sin embargo, semejante en lo físico a sus queridos clientes.

A veces, en sus ojos profundos y tristes aparece una expresión de angustia, un temblor semejante al que resbala sobre las olas después de la tempestad.

Todo en él indica la raza, la elegancia exterior, la educación y la instrucción. Tan sólo su nombre vulgar disuena del conjunto.

Llámase Dzin-Bi, lo que en chino significa "Muerto de Hambre"...

Y si en su presencia pronuncia usted el nombre de Toun-Li, entonces en sus ojos aparece un terror convulsivo, como si ante él se alzase una espantosa visión.

N. DOROCHEVITCH

RECUERDO DE VIAJE

POR CARLOS FOLEY

ESTE invierno pasado volvía yo de Poissy, donde acababa de recoger seis mil francos que me había legado un pariente. Por cierto que, cuando el notario me entregó la cantidad, guardé en la cartera los billetes sin contarlos.

Como me había detenido allí algo más de lo regular, me fué preciso apresurar el paso al dirigirme a la estación, pues ya era la hora de que llegara el tren. Afortunadamente tuve tiempo de meterme muy de prisa en un departamento que creí vacío.

No lo estaba: una dama ocupaba el rincón de la derecha en los asientos de delante; yo me instalé en los de atrás, y para estar más lejos de ella me coloqué en el rincón izquierdo. Y no a fe por desconfianza, sino para estar más cómodo.

Por lo demás, la dama era joven, bonita y muy elegante. Su vestido de viaje, de color azul oscuro, hacía resaltar la elegancia de su esbelto talle, y sus cabellos oro pálido ondulaban bajo un sombrero de plumas y cintas del mismo matiz que el vestido. Dos diamantes atornillados en los lóbulos de las orejas y las pulseras de la muñeca izquierda revelaban una coquetería con cierto sabor de severidad británica.

No llevaba maleta ni saco de mano; solamente se veía junto a ella un paraguas con puño de oro.

No paró su atención en mí cuando entré y tomando un diario que llevaba doblado sobre sus rodillas, se puso a leerlo con la más absoluta indiferencia y como si estuviese sola.

No me ofendió en lo más mínimo este desdén de gran tono.

Al pasar por la estación de Marions-Lafitte se me ocurrió la idea de revisar algunas cartas que sólo había leído muy a la ligera por la mañana. Eché mano al bolsillo y al sacar los papeles tropecé con la cartera. Me regocijé al acordarme del legado y tuve la idea de contar los billetes que por delicadeza no había querido examinar al recibirlos del notario.

Los saqué de la cartera y en la completa seguridad de aquel vagón estrecho y bien cerrado los conté uno por uno sin la menor preocupación de que nadie me espiara. Estaban los seis mil francos justos, no hay que decirlo.

Cuando hube gozado un poco el placer de repasarlos, volví a meterlos en la cartera y con mi negligencia habitual puse esta junto a mí en el asiento, con el paquete de cartas que me proponía leer. Las fuí leyendo, en efecto, una por una y después de leídas las dejaba maquinalmente a mi lado.

Una vibración de hierro me hizo estremecer: era el puente Asnieres. La joven dobló el diario y sin volver la cabeza hacia mí y con los ojos fijos en su muñeca empezó lenta y tranquilamente, pero con mucha destreza, a quitarse el guante de la mano derecha. Poco tardó en quitárselo.

Aunque estábamos para llegar, no se me ocurrió la idea de que no era aquel momento de quitarse los guantes. Sólo pensé en admirar aquella mano larga, fina y nerviosa, de dedos redondos y afilados, que la dama procuraba desentumecer, moviéndolos con ligereza y agilidad maravillosas. También observé que en la mano derecha no llevaba sortija ni pulsera.

En esto la sombra del gran muro de Batignolles empezó a caer en el vagón y vi que la lámpara no estaba encendida. Poco tiempo después siguió el ruido ensordecedor bajo la bóveda. Entramos en la negrura del túnel.

De pronto, en medio de aquel estruendo, percibí un ligerísimo roce en mis papeles. Distraído como soy, había cien probabilidades contra una de que yo no me preocupara por tan poca cosa; sin embargo, bien fuera aviso sobrenatural, o bien desconfianza latente, de improviso me acordé de la cartera. No por reflexión, sino por un movimiento instintivo y brutal, de que me habría avergonzado a la luz del día, me lancé bruscamente con las manos abiertas sobre los papeles y los agarré debajo. Con sobresalto en el corazón sentí que bajo los papeles acababa yo de agarrar algo, algo que, como un animal cogido en el lazo, trataba de escabullirse, se movía, forcejeaba, se crispaba, se retorcía. Entonces apreté más, apreté con todo mi peso, con toda mi fuerza.

En aquel momento, la locomotora lanzó un silbido de alarma; luego, calló; el tren disminuyó su rapidez y se detuvo suavemente en la noche del túnel en plena negrura. Yo pasé algunos segundos de pesadilla angustiosa. Al propio tiempo, entre el roce y el desgarro de papeles, la lucha continuó silenciosa y solapada, desesperada y salvaje.

Después de haberse agitado y retorcido en vueltas y revueltas desesperadas, violentas y terribles de reptil a quien se aprieta, la mano aplastada debajo de las mías, se replegó, quedóse inmóvil, se durmió, se hizo la gata muerta.

Yo nada veía ni oía nada, ni siquiera un soplo; pero comprendía bien que ella apelaba a la astucia, y que en la misma oscuridad me estaba espiando traidora.

Sofocado por la emoción y agotadas mis fuerzas por esta tensión de nervios, yo esperaba la luz del día como si hubiera de traerme la libertad.

Al cabo de algunos momentos, muy cortos probablemente, pues me sería imposible precisar su duración, el tren volvió a ponerse en marcha con mucha lentitud. Experimenté con esto tal alivio, que todo mi ser se aflojó en su tensión. Probablemente ella estaba esperando este momento, porque, despertándose de pronto, la mano intentó de nuevo retirarse; pero esta vez no con tirones bruscos, sino con un movimiento continuo, tenaz y vigoroso, en que empleaba todo el resto de su energía.

Al sentir que bajo mis dedos y bajo mis papeles se movía, se deslizaba y se safaba poco a poco, cometí la imprudencia de mover mis manos para agarrarla mejor. Cuando cerré los dedos la mano se me escapó no sé por donde ni cómo.

Abrí febrilmente la cartera, palpé los seis billetes de banco, y guardándolos en el bolsillo del pecho me abroché la americana y crucé los brazos encima.

Por fin una luz gris entró en el departamento. Todo esto había sido tan rápido, tan salvaje y tan fantástico, que yo no pude coordinar, como al despertar de una horrible pesadilla.

Mi primera mirada fué para la joven. Allí estaba en el mismo sitio y en la misma actitud de indiferencia altiva. Nada se había descompuesto en su traje ni se había movido un pliegue de su vestido; el diario seguía doblado sobre sus rodillas, y a su lado continuaba el paraguas con puño de oro. Unicamente me pareció la viajera, más pálida, mientras que con los ojos puestos en su muñeca — acaso magullada y dolorida — se abotonaba el guante con la misma soltura de antes, pero con mayor fuerza.

Realmente era para creer que yo acababa de despertarme.

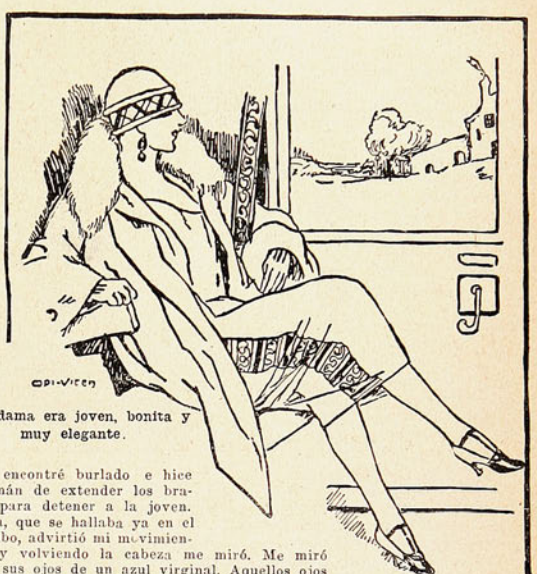
¿Qué iba yo a decir? ¿Qué prueba dar de lo ocurrido?

El tren estaba para detenerse y el andén caía a mi lado. La viajera se levantó y dejando caer negligentemente el periódico tomó su paraguas, y con admirable sangre fría, al pasar por delante de mí, murmuró con voz clara y tranquila, y en el tono de cortesía corriente:

—Usted dispense, caballero.

Después bajó tranquilamente el cristal, y con un gesto de autoridad hizo que un empleado le abriese la portezuela.

Ningún perjuicio había sufrido yo; pero de pronto me sentí necio,



La dama era joven, bonita y muy elegante.

me encontré burlado e hice ademán de extender los brazos para detener a la joven. Esta, que se hallaba ya en el estribo, advirtió mi movimiento, y volviendo la cabeza me miró. Me miró con sus ojos de un azul virginal. Aquellos ojos limpidos y encantadores, que debían ser su astucia y su mentira suprema en sus delitos flagrantes de robo, se abrían ante mí tan agradados por la sorpresa y tan profundos de candor que la dejé marchar.

A no ver mis papeles arrugados y rotos aún estaría yo en la duda de si este duelo mudo, rabioso y trágico de nuestras manos en la oscuridad, había sido únicamente una alucinación.

UN DIVORCIO SINGULAR

En Alemania se acaba de dar un caso notable de divorcio.

Una señora de Breslau, influída quizá por la moda imperante, se propuso adelgazar, y, al efecto, se sometió a un régimen especial de alimentación y de ejercicios apropiados

El tratamiento adoptado, en el que entraban también en buena parte algunos específicos medicinales, produjo el resultado apetecido: en doce meses, la señora consiguió reducir su peso en cerca de quince kilogramos.

En vano el marido rogó y amenazó; pero la mujer no atendió los ruegos, ni se rindió a las amenazas.

Cansado de luchar inútilmente, y en vista de que la disminución de peso llevaba consigo una reducción equivalente de carnes de su demasiado coqueta esposa, y que además el régimen seguido por ésta había estropeado su estómago y, consiguientemente, agriado su carácter, el marido acudió a los tribunales, pidiendo el divorcio.

El tribunal competente ya ha sentenciado.

Y en la sentencia declara que, si la disminución del peso y del volumen de la joven señora hubiera sido debida a causas naturales, la demanda de divorcio habría sido denegada; pero como se había obtenido voluntariamente y valiéndose de ejercicios y de drogas, el fallo debía ser favorable a la petición del marido.

Y se ha dictado el divorcio.

⚜ ⚜

UN AVISO Y UN BUEN CONSEJO

A la puerta de una taberna de un pueblecito francés hay colgado un cartel, en el que, en gruesos caracteres, puede leerse:

"Consumidor, recuerda que: Cuatro vasos hacen un litro, y dos litros una **ronda**.

Dos rondas producen una discusión, y una discusión una querella.

De una querella sale una batalla, y de una batalla... dos gendarmes.

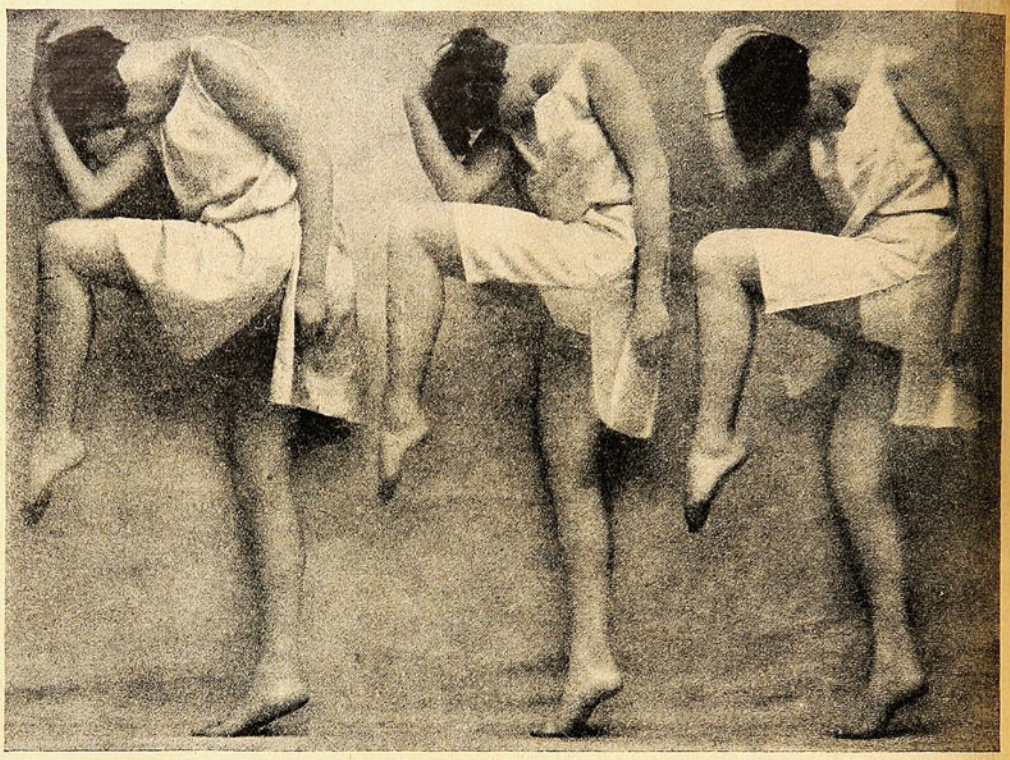
De un juez de paz, de un escribano y de un alguacil, resulta una multa o unos cuantos días de cárcel, además de las costas.

Aparte de eso..., ven aquí; bebe moderadamente, paga honradamente, vete amigablemente y vuelve a tu casa tranquilamente".

¡Y habrá quien diga que la taberna es un foco de desmoralización!

RITMICA

POR HELENE JUNG



EN el siglo XVIII nuestras abuelas, con los brazos de una morbidez absoluta, se encantaban en su debilidad como si ésta fuera una gracia más. Prisioneras en los trajes planetas encontrábanse felices en su holganza. Hoy por hoy, la mujer participa de los elementos en lucha contra ellos mismos y la Eva de cuerpo puro y bello debe recurrir a las armas que las abuelas desdeñaban: los músculos.

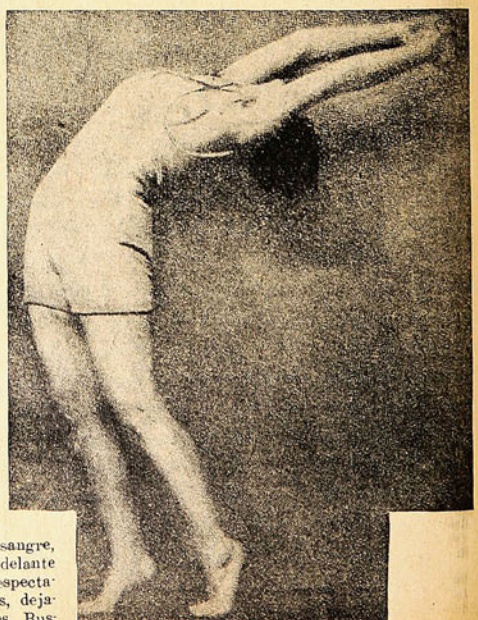
Entonces, para estimular el natural indolente que heredamos, una educación muscular se impone. Hay que ir al estadio, a la escuela al aire libre de Huberto, y ahí un profesor le enseñará a usted no sin alguna rudeza, el A B C de los movimientos, de todos los grandes movimientos naturales que hemos olvidado a fuerza de hacer en la vida el mínimum de los gastos. Esa es la primera etapa. Queda la segunda. Muchas veces he oído contraponer la gimnasia a la rítmica como si fueran dos enemigos irreconciliables. Yo creo, por el contrario, que una es completada por la otra. El ideal del cuerpo es que el ritmo discipline la fuerza. Una sala con colgaduras sombrías ofrece en su desnudez la atmósfera de un templo, desde la entrada hay un silencio religioso. Por solo adorno un piano. Es la sala de lecciones del profesor ritmiciano Huberto. De pronto una música se eleva en ese silencio, una música que ciertamente no es la que esperábamos. Los acordes melódicos parecen ir acolchados por la cadencia de los pies desnudos que se deslizan sobre el piso. Las alumnas acaban de entrar surgiendo por entre las colgaduras. Todas llevan un maillot negro que diseña nítidamente sus formas y que da por contraste una palidez de estatua a sus cutis. Cuando desfilan, rápidas, blancas y negras, parecen la ilustración viva de las notas.

¿Y no es acaso ese el fin que ellas quieren tocar? Mirémoslas saltar sobre las corcheas, picar sobre la punta de los pies ciertas frases, andar con pasos iguales sobre las negras, retener, descomponer en dos movimientos el tiempo de una blanca y en cuatro el de una semibreve, un semibreve que se abre más lentamente que una flor en la mañana luminosa.

Mientras las piernas nos describen el valor de las notas, el cuidado de llevar el compás está confiado a los brazos. El primer tiempo está siempre sujeto por un cierre de las manos y una elevación sobre la punta de los pies. Me doy cuenta de que este primer movimiento, que es una afirmación de voluntad, hace pasar una sombra de cólera, una violenta contracción de las cejas, hasta en aquellos rostros más tímidos, lo que prueba que si las emociones provocan los movimientos, los movimientos provocan ciertos reflejos interiores.

Maravillémonos delante del prodigioso mecanismo: el oído atento a la música, el cerebro trascribiendo los gestos, los miembros ejecutándolos, el ritmo en todo a la vez, en las venas como en la sangre, el pecho como en el aliento. ¡Hola! Henos aquí delante de la desenfrenada carrera de las semifusas. Los espectadores inmóviles guardan cierta distancia, perdidos, dejados al borde del camino por estas nuevas bacantes. Buscan desesperadamente los espectadores el rostro de una amiga, de una hermana, de una yanque de melena rubia. Imposible de ver otra cosa que no sea las piernas levantadas por el huracán musical. La embriaguez del ritmo no habita en los corazones de los que contemplan el maravilloso espectáculo, de los que están junto al muro, inmóviles como imágenes y no en movimiento como la realidad.

De pronto: silencio... Después: unas cuantas sombras blancas y negras que se desgranan lentamente, silenciosamente... Después nada... Milagro de los cuerpos que obedecen, se diluyen en el reino de un Dios Todopoderoso. Las alumnas detenidas toman sus formas habituales ya

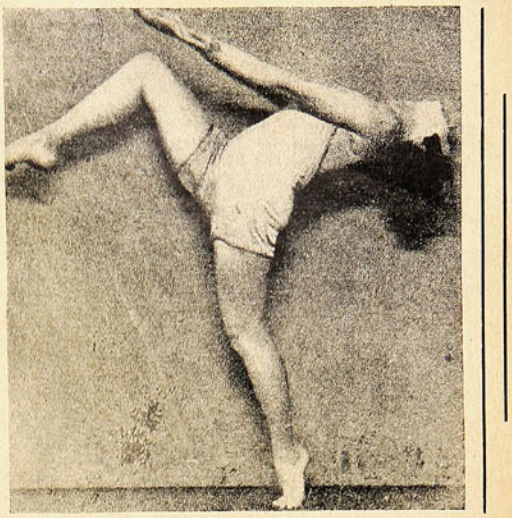


ligereza ya de la lentitud. Es la hora del reposo, del recreo. Las jovencitas se sientan en el suelo en posturas encantadoras y luego, sobre un tema musical que el profesor tararea, se ejercitan en las sutilezas del solfeo.

Para acabar danzan con el tema de una fuga de Bach.

¿Danzan? No.

La rítmica es lo contrario de la danza. La danza es hermana de la inspiración, decían los antiguos. Se manifiesta en cada ser según su sentir único e imprevisto. Aquí no hay nada semejante. Tales actitudes resultan de tales armonías. Todo está compuesto. Las figurantas devienen geométricas y son fragmentos impersonales del conjunto. La ronda de la derecha representa el acompañamiento de la mano izquierda, una línea de un cuerpo que se levanta como una flecha es un arpegio vivo y así los movimientos se encadenan a los motivos. Una precisión tan completa encanta el espíritu y estas "matemáticas aladas" satisfarían completametne al autor de Eupalinos. Por mi parte he asistido a la triste metamórfosis de la salida. He temblado de pena al ver a las que fueron las actrices del ritmo integradas en sus vestidos modernos, trabadas por los altos tacones de sus zapatos, dispersándose en la pegajosidad de una tarde lluviosa. Tiritando bajo sus paraguas, iban presurosas hacia los autobuses. Pero he visto a una de ellas subir unas escaleras con tan hermoso movimiento, que secretamente me sentí consolada. Me pareció ver que a pesar de ella misma, los músculos de esa mujer llevaban en sí el recuerdo imborrable del ritmo. La seguí hasta que se perdió en la sombra de un pórtico. Y me dieron ganas de darle las gracias por poner la nota de su bello movimiento en la tarde lluviosa y sucia.



La Bienvenida

ACONTECIO una vez en una clara noche de luna, que el sapiente, el gran Krisna, dijose a sí mismo, después de prolongada y profunda meditación.

—Sí; hasta ereí que el hombre era la más hermosa criatura de la Tierra, pero me equivoqué.

Porque allí veo la flor de loto, dulcemente mecida por céfiro nocturno. ¡Oh, sí, más bella, mucho más bella es esa flor que todos los seres vivientes! Sus hojas acaban de abrirse bajo la plateada caricia de la Luna, y no se cansan mis ojos de contemplarlas...

—Sí; nada existe entre lo humano que pueda parangonarse — respondió Krisna lanzando un suspiro.

Pero al cabo de un instante añadió:

—¿Y por qué no he de poder yo, dios, crear con la fuerza de mi verbo un ser que sea entre los hombres lo que es un loto entre las flores?

—¡Que así sea, pues, para mayor júbilo del hombre y de toda la creación! ¡Cambia, pues, de forma, ¡oh loto!; conviértete en una virgen y preséntate ante mí!

Un suavísimo temblor corrió inmediatamente por la límpida superficie de las aguas, cual si el ala ligera de golondrina la hubiese rozado. La noche se volvió más luminosa, la Luna brilló en el firmamento con más fulgentes rayos, y los cantos de los zorzales nocturnos más intensos resonaron. Luego todo enmudeció. El prodigio se operaba ante Krisna, estaba el loto revistiendo forma humana.

El mismo dios quedó asombrado.

—Flor de las lagunas has sido hasta ahora, se, de hoy en adelante, la flor de mi pensamiento, y habla.

Y la virgen se puso a murmurar como dulcemente murmuran las albas hojas del loto al ser besadas por los céfiros del estío.

—¡Oh, señor! Cambiado me has en ser humano; ¿pero dónde es voluntad tuya qeu yo habite? Recuerda, Señor, que siendo flor me estremecía y cerraba mi corola al más ligero contacto con el aire. Miedo tenía, Señor, y grande, a los aguaceros, a los truenos, a los rayos, a los vendavales, hasta los ardientes besos del sol me llenaban de pavor... Soy, según tu voluntad, la viviente encarnación del loto; conservo, pues, mi primordial naturaleza... y tengo miedo, ¡oh, Señor!, tengo miedo de la tierra y de todo cuanto encierra... ¿Qué morada me destinas?

Krisna alzó los ojos llenos de sabiduría hacia las estrellas, reflexionó unos instantes y dijo luego:

—¿Quieres vivir en las cumbres de las montañas?

—Las nieves eternas allí reposan; hace allí tanto frío, Señor; ¡tengo miedo!

—Entonces voy a madarte construir un palacio de cristal en el fondo del lago.

—En las acuáticas profundidades penetran las serpientes y nadan mil reptiles; ¡tengo miedo, oh, Señor!

—¿Prefieres las estepas infinitas?

—¡Oh, Señor, los huracanes y las tormentas las recorren de continuo, cual salvajes rebaños!

—¿Qué voy a hacer, pues, de tí, oh viviente encarnación del loto?... ¡Ah! En las cavernas de Ellora viven los santos anacoretas... ¿Quieres vivir lejos del mundo en las entrañas de la tierra?

—Allí no hay luz, Señor ¡tengo miedo!

Krisna se sentó en un pedruzco y apoyó la cabeza entre las manos. Y la virgen estaba ante él, temblorosa y azorada.

Entretanto, los primeros fulgores del amanecer empezaban a iluminar el horizonte. El lago, las palmeras y los bambúes pronto fueron de oro puro. El coro de las rosadas garzas reales, de las grullas azules y de los cándidos cisnes en las aguas,, y el de los pavos reales y de los bagalis en las florestas, estallaron en suaves melodías, acompañadas por los sones de unas cuerdas invisibles templadas en el hueco de una concha de perlas.

Y las notas de una canción humana suavemente resonaron.

Entonces Krisna salió de su ensimismamiento y exclamó:

—Es el poeta Wolmiki que saluda al nuevo día.

Al cabo de un instante, el largo y tupido velo de las purpúreas flores de los bejucos se desco-rrió, y de pie, a la orilla del lago, apareció Walmiki.

Mas de pronto enmudeció, habia visto la viviente encarnación del loto. La concha se deslizó lentamente de la mano hasta caer al suelo; fluyeron sus brazos a lo largo de las caderas, y quedóse inmóvil, cual si el gran Krisna lo hubiese convertido en arbol nacido al borde de las aguas.

Y el dios se regocijó con el asombro que en el poeta había despertado aquella creación suya, y dijo:

—espierta, Walmiki, y habla.

Y dijo Walmiki:

—...¡Amo!

Era la unica palabra que recordaba, la única que le era posible pronunciar.

El rostro de Krisna súbitamente se iluminó.

—¡Oh, virgen maravillosa! Ya encontré en el mundo una mansion digna de ti, en el corazón del poeta vivirás.

Y Walmiki murmuró de nuevo:

—...Amo!

La voluntad del poderoso Krisna empujó entonces a la virgen hacia el corazon del poeta, que se volvió por la misma voluntad de dios, transparente como el cristal.

Serena como una mañana del estio y clara como las ondas del Ganges entró la virgen en el habitáculo qeu le estaba reservado. Mas de pronto, al contemplar de cerca el corazón de Walmiki, el rostro de la doncella palideció y el pavor, semejante a un viento helado, la cubrió toda entera.

Krisna quedó pasmado.

—¡Oh, sublime encarnación del loto! — exclamó. — ¿Tendrás miedo acaso del corazón del poeta?

—¡Señor! — contestó la virgen. — ¡Qué mansión me has reservado! En ella veo reunidas las nevadas cumbres de las montañas y las profundidades de las aguas, pobladas de monstruos, y las estepas, con sus huracanes y sus tempestades, y las lóbregas cavernas de Ellora, y tengo miedo, Señor, tengo miedo...

Entonces, el sabio y bondadoso Krisna, contestó.

—¡Cálmate, oh sublime encarnación del loto! Si en el corazón de Walmiki reinan las eternas nieves, tú serás el tibio aliento primaveral que las derrita: si en él viven las acuáticas profundidades, tú serás la perla que las avalore, si en él asientan las estepas toda su inmensidad, tú sembrarás en su suelo las flores de la bienaventuranza, y si allí reina la oscuridad de las tétricas cavernas de Ellora, tú serás el rayo de sol que todo lo ilumine...

Y Walmiki, que durante aquellos momentos había recobrado la palabra, añadió:

—¡Y serás la bienvenida!

ENRIQUE SIENKIEWICZ

¿INGENUIDAD O IRONIA?

El autógrafo:

—No piense más, maestro. Cualquier tontería y su firma al pie.

EL HOMBRE DEL "HISPANO"

Por PIERRE FRONDAIE

VII

LADY Oswill dió las gracias a su doncella y quedó sólo. Pensaba en el día siguiente y en la promesa que para la tarde de ese día había hecho. Antes de separarse de Dewalter, tras de haber pasado una hora con él en la pastelería de mis Redge había habido entre ellos un silencio, embarazoso y henchido como una semilla presta a germinar. El éxtasis provocaba en las manos del hombre una humedad ligera y en la mirada femenina un brillo febril. El amor estaba presente. Ambos lo sabían y la mujer aguardaba sus órdenes.

Por fin, al cerrar la noche, ella había dicho:

—Es preciso partir.

Dewalter suspiró. Separarse de Estefanía hasta el día siguiente ya le parecía un suplicio.

Ella dijo aún:

—Mañana estaré libre...

Calló algunos segundos y repitió en el mismo tono.

—Mañana estaré libre... Venga a buscarme hacia las diez en su automóvil... Me llevará a almorzar a Hendaya o a San Sebastián... y luego, para la comida, me devolverá a Biarritz...

El la interrogó suavemente:

—¿La acompañará su amiga?

Ella respondió, con la voz entera, turbada y clara a la vez como la noche que caía:

—No, estaré sola... Mañana, por vez primera, pasaré todo el día con usted...

Y, nuevamente, huyeron varios segundos extraordinarios. Estefanía miraba al frente con sus ojazos sin misterio. Jorge se inclinó hacia la mano, sobre la mesa, y ella sintió el beso cálido y rápido hasta lo más profundo de su carne. Temblaban.

Pusiéronse en pie. Jorge pagó y, sin decir palabra, subieron al hispano. Silencioso, volaba sobre el camino con la blandura de una barca. En dos ocasiones, entre San Juan de Luz y Biarritz se cruzaron con otros coches donde iban amigos de Estefanía. Ella no se ocultaba.

Al despedirse Dewalter le dijo que iría por la noche a Ciboure y que allí se encontrarían.

—Y, además, mañana...

Jorge la interrogaba humildemente. Ella respondió: "sí", descendió sin volverse y entró en su casa.

Comió en sus habitaciones. Oswill se hallaba en el bar vasco. Antes de vestirse para ir a Ciboure, después del baño, se contempló largamente y se sintió feliz: sabía que al día siguiente estaría así, entre los brazos de aquel hombre a quien diez días antes, ignoraba por completo No le daba miedo ni pesar sino muy al contrario una dicha inmensa, una confianza sin límites en ella, en él, y sin duda una impaciencia por entregarse.

Oswill, a su regreso del bar, había cenado en el comedor. Deseaba hablar con su esposa y preguntó, por el teléfono privado, si podía recibirle. Respondió ella que iba a bajar; y colgó el aparato.

Todavía durante varios minutos prolongó su maravillosa soledad. Un par de gruesas perlas suspendidas de un hilo incaban a ambos lados de su cuello. Su alma dichosa exaltaba su belleza. Casi que ni pensaba en la conversación que su marido acababa de pedirle. En todo caso sería breve y sin importancia. Antes de salir de su alcoba contemplóse por última vez y bajó. Le mandó recado a Oswill que le esperaba en el salón. Llegó él.

Aunque ya impregnado de licores, conservaba sobre sí los beneficios del deporte y, con su smoking impecable, nadie hubiera adivinado que se hallaba beodo. Y lo estaba sin embargo, pero lúcido y contento de pensar que al día siguiente, iba a emprender viaje. Las maletas ya estaban listas. Estefanía sonrió cortésmente. Oswill le rozó los dedos con los labios. No era éste un ademán inglés pero el señor estaba muy contento.

Por cortesía pareció ella no advertir aquel besamanos, a pesar de que la incomodaba el más leve contacto con su marido. Llevaba él un cigarro encendido y, con todo género de apariencias corteses, la examinaba con la desemboltura de un propietario que ojease una yegua de carreras.

Y dijo:

—Adelgaza usted. Bebe demasiado té y poco alcohol. Y además no cena lo bastante en mi compañía.

RESUMEN DE LA PARTE PRIMERA

DELEONE y Dewalter, llegan a Biarritz en un magnífico [illegible] en compañía su mujer en Biarritz, y una querida en Burdeos. El Hispano, lo había comprado Deleone para regalárselo a su querida, y como quería que su mujer ignorase tan significativa manifestación, resuelve pedirle a su amigo Dewalter, que, arruinado, había pensado dirigirse al Africa para rehacer su fortuna, que le haga el inmenso servicio de aparecer en Biarritz como dueño del magnífico automóvil. Dewalter acepta. En el salón principal del Casino de Biarritz, Estefanía, bellísima esposa del excéntrico millonario inglés William Meredith Oswill, vé a Dewalter, quien le es presentado. Sabe que es dueño de un coche magnífico, y lo creyó tan rico como ella. Lady Oswill no amaba a su marido, con quien la habían casado cuando ella no era capaz de reflexión, pero no había tenido nunca un amante. Temía enamorarse. Lo temía especialmente por su inmensa fortuna, que consistía para cualquiera una presa envidiable. Dewalter, con su coche de multimillonario y su bella estampa, la sedujo de golpe, y, más que todo porque no le inspiró desconfianza. Su fortuna lo ponía al abrigo de toda sospecha de seducción por interés.

Dewalter había conocido a Oswill en el tren, antes de que su amigo le hiciese la extraordinaria recomendación de que pasase por dueño de un coche que no le pertenecía. Dewalter no sabía que Oswill era el marido de Estefanía, la linda mujer a quien acababa de ser presentado. En aquel viaje en tren, le contó él su situación y su pobreza y su proyecto de desterrarse al Africa. Cuando Oswill lo encuentra en Biarritz, y dueño de un coche de tanto lujo, lo interroga; Dewalter le cuenta la verdad, pero le hace prometer que no dirá a nadie una palabra.

Ella no contestó, indiferente, deseosa de no añadir ni un minuto inútil a la entrevista.

Oswill continuó diciendo:

—Lo siento... La presencia de una mujer bonita me estimula el apetito. Como mejor cuando estamos juntos en la mesa.

Ella permaneció silenciosa. Y él entonces dió fin a los preámbulos.

—Quería hablarle.

Ella dijo:

—Mañana me hubiera usted visto.

—Habría faltado tiempo. Era menester que la avisara esta misma noche.

Sorprendida, le miró sin interrogarle. Se había compuesto él un semblante agradable y sonreía, dejando al descubierto todos sus dientes cortos.

—Quería decirle que nos vamos mañana.

Ella continuaba mirándole:

—¿Cómo así?

—Partimos mañana. Nos vamos a Marruecos.

Como si no entendiese, Estefanía preguntó:

—Pero, ¿quién?

Oswill respondió, campechano:

—Usted y yo. Nos vamos a Marruecos, a Tánger. Recibí la carta ahora poco. Me proponen ciertos territorios.

Maquinalmente hizo ademán de cogerlos. Esto sí era bien inglés. Y añadió:

—Quiero comprar. Viviremos allá quince días.

Permaneció ella silenciosa algunos segundos. Cobró ánimos y luego dijo cortésmente:

—Lo siento muchísimo; pero irá usted solo a Marruecos.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ganas de viajar.

La mirada de Oswill adquirió una dureza repentina. La examinó. Hacía un esfuerzo para disimular su sorpresa; se le iba achicando la sonrisa.

—¿No tiene usted ganas de viajar? Tampoco yo. Pero es un negocio importante.

Ella respondió:

—No tiene usted necesidad de mí.

Oswill dejó totalmente de sonreír.

—Nunca tengo necesidad de usted... pero habitualmente, me acompaña cuando yo se lo pido.

—Pues bien; le ruego que esta vez no me lo pida.

—¿Por qué?

Ella arguyó con calma.

—Porque me negaría a acompañarle.

Oswill apretó con tanta fuerza el habano entre los dientes que lo cortó. Hubo una pausa. Estefanía se puso en pie tranquilamente y, con además de salir, se echó el abrigo sobre los hombros. Su marido, respiraba con fuerza.

—Bien, murmuró.

Y añadió luego:

—Es usted perfectamente libre, ya lo sabe.

Ella le miró con altivez:

—Es lo de menos...

Comprendió Oswill que su esposa encerraba en estas cuatro palabras sus odios y sus ascos. Sabía que se había casado con él sin conocerle, por sorpresa, y para obedecer a su padre. Permaneció impasible. Ella dió un paso hacia la puerta, [illegible] retuvo con un ademán y sentándose, prosiguió:

—¿Dice usted que es lo de menos? De todos modos son nuestros convenios desde que hemos vuelto a ser extraños el uno para el otro...

Sonreía de nuevo pero con expresión maligna. Bajo un imperio desconocido acababa de verla más briosa que de ordinario, menos pasiva y de una hostilidad provocante. Aprestóse para la lid. Y lo hizo de modo avieso, deseando humillarla a la vez que expresaba su pensamiento. Hablaba a plena voz:

—Al casarme con usted estaba muy contento... Sí... Por aquellos tiempos ansiaba poseerla y sabía que era el único medio de conseguirlo. Era usted honesta, irreprochable y además, casi tan rica como yo...

Alardeaba de ser verídico. Catador de mujeres, pagaba. Había lamentado que la descendiente veinte veces millonaria de los Coulevai no hubiera sido la muchacha, calzada con sandalias, de un resinero. La transacción hubiera sido más sencilla. Hoy, enfurecido por la negativa, decía crudamente:

—Estaba muy contento, sí; pero no digo con esto que estuviera enamorado. ¿Creyó usted quizás que llegaría a estarlo con el tiempo? Pues no. Soy como todo el mundo; no amo sino a mí mismo. Sólo que soy el único en decirlo. Y usted se sintió defraudada... por hallarse imbuída de las fábulas que desde pequeña... Ella le escuchaba sin dignarse proferir ni una sílaba. Oswill concretaba más aún:

—Cuando la engañé, le pedí que no nos divorciásemos... Sabía que fatalmente habría usted caído en manos de otro tan repugnante como yo, pero menos sincero. La impedí que se marchase. Y entonces me dijo usted: "quedo libre". Accedí...

La última palabra la hizo romper su silencio; Oswill la insultaba. A su vez habló ella, nerviosa, agudizada su sensibilidad aquella noche por la donación de sí misma, decidida para el día siguiente:

—No confundamos. No dije "quedo libre"... por haberme sido usted infiel. No, sino por otra cosa. A mi madre la engañó su marido. Ella lloró y perdonó. Se amaban...

La interrumpió bruscamente:

—No, se lo aseguro. En el mundo no hay amor ni Dios. Soy ateo para todo eso.

Ella replicó rápida:

—Yo no.

Oswill soltó una carcajada:

—¿Pero cree usted en Dios?

—Si usted me lo permite—contestó Estefanía con altivez. Y añadió secamente:

—Y creo en el amor.

—¿Desde cuándo?

Plantó ella sus miradas luminosas en las de Oswill

—Desde siempre; y ahora más que nunca.

No había duda. El marido recibió la frase en plena cara. Se quedó inmóvil. Estefanía triunfaba.

Oswill se sirvió un vaso de oporto, y luego un segundo vaso; y, uno tras otro, de un golpe, los absorbió. Hacía pasar la píldora. Hubo una larga pausa, casi un minuto, de descanso. Encendió él un segundo cigarro. Todo cuanto había bebido por la tarde y durante la comida se reanimó de súbito por el vino y por la ira.

Al percatarse de su propia embriaguez, se observó. Su costumbre de beber era tal que sabía estar borracho sin parecerlo. Pero su cerebro sobreexcitado trabajaba y la intoxicación del alcohol le daba lucidez. Por fin exclamó riendo:

—¿Luego se dispone a hacer tonterías?

Estefanía replicó:

—¿Qué quiere decir usted?

Oswill hizo como si no viera la indignación despertada en su esposa por la pregunta. Afectó olvidarse de que ya carecía de derechos para hacerla. Y prosiguió:

—Créame; nadie vale la pena.

—Se sale usted de nuestros convenios, dijo ella.

Le costaba un esfuerzo creciente no plantarle allí mismo y marcharse. Pero Oswill había adoptado un tono paternal. ¿Los convenios? ¡Bien que los conocía! Repitióle que ella era libre; pero que se atrevía a darle un consejo.

Perdió entonces Estefanía la serenidad y nerviosamente repuso:

—Y yo le aconsejo a usted que me dojo en paz. En tres años de matrimonio tan solo me ha enseñado usted la negación de todo. Ya le previne que algún día se afirmaría en mí alguna cosa.

A pesar suyo, Oswill se apasionó:

—Que alguna cosa ... La ilusión... conozco el paño. Lo he escrito. Lo he estudiado. La naturaleza tiende velos. El amor es un escamoteador: rosas, bagatelas, toda clase de enredos... Pero cuando la justa ha concluído siempre resulta como la liebre que sale de estampía y el corazón es como el cazador que la ve desaparecer. **¡No encontrará jamás un hombre sincero!** Quizás él mismo lo crea... Pero no acuda usted a un ensayo del que volverá estafada. No vaya.

Bajó de tono y dió un paso hacia ella. Con simulada dulzura y una sonrisa de velada autoridad, le dijo:

—Yo impediré que vaya.

Ella se irguió:

—¿Cómo que lo impedirá usted?

No había gritado. Pero el tono de la voz era tan firme y altanero que Oswill comprendió que nada impediría.

Hay minutos en los cuales el hombre desposeído se estrella en vano contra la mujer que le rechaza. Oswill percibió la presencia tenebrosa de lo desconocido. Furioso, con rápido arrebato, afirmó:

—¡No existe el amor! Cuando usted haya encontrado el amor, el verdadero amor, sin amaños... entonces hablaremos.

Ella le lanzó de un golpe:

—Pues podemos reanudar la conversación.

Hubo una pausa. Estaban uno frente al otro, cara a cara. Oswill contemplaba a Estefanía y veía su esplendor mejor que de costumbre. En aquel minuto la hubiera comprado. Pero se sintió pobre y sin armas. Entonces, disimuló, cambiando de conversación. Deseaba informarse, saber más. Reunió todas sus fuerzas para fingirse indiferente y comenzó a dar pasos por el salón.

Al fin, preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer esta noche?

Ella respondió:

—Me voy a Ciboure, a bailar...

Y añadió sin discernir si era por prudencia o por bravata:

—No le impido que venga.

Había entre los dientes de Oswill como un ligero silbido de víbora. Los ojos en el vacío, siseaba. El insistió negligente, sin dirigirle la vista:

—¿Qué habrá?

Estefanía resolvió no callar nada. Y dijo:

—Estarán Deleone, su mujer y un amigo...

—Deleone, su mujer... y un amigo...

Estupefacto, paró en seco, luego de haber repetido la respuesta. De un golpe, como se alza el telón en el teatro de Polichinela, veía la verdad. Prodújole un deslumbramiento, un estupor mezclado con una sensación enorme de bufonería. No daba crédito a sus oídos.

Repitió:

—¿Deleone... su mujer... y un amigo?... ¿No es ese señor que tiene un coche tan bonito... un hispano? El señor...

Ella articuló con calma:

—Sí, el señor Dewalter. Pero ¿qué le pasa a usted?

Oswill tomó una actitud de bestia, de un enorme macaco, y, sacudido de arriba abajo por una especie de placer epiléptico la miraba con expresión maligna. Estefanía le creyó loco y se puso en pie, poco dispuesta a asistir a los espasmos de un borracho. De repente Oswill se calmó, se sirvió un vaso y dijo:

—Es graciosísimo.

Ella ya estaba harta, y todo su desprecio, casi su odio, salía. La hilaridad de Oswill y sus últimas palabras le inspiraban repugnancia. Vió un insulto contra ella, contra su elegido. Y repuso:

—¿Cree usted que es graciosísimo?

Oswill respondió tranquilamente:

—Sí, muy divertido.

—¿Qué quiere decir eso?

Oswill había recobrado su corrección pero su paso era vacilante. Su acento británico aumentaba. Y dijo sonriendo exageradamente.

—Eso no quiere decir nada, y si quisiera decir algo, yo no se lo diría... ¿Conque se va usted a Ciboure con Deleone... y un amigo?... Pues bien; tiene usted razón... yo me voy a Marruecos... sí, me voy... Cuándo le digo que me voy a Africa... me voy...

Estefanía se encogió de hombros sin conceder más atención a sus palabras... Oswill había bebido... Fatigada, salió del salón. El marido marchó a su lado con afectada calma. Y se despidió, añadiendo correctamente:

—Dispense que haya querido llevarla conmigo a Casablanca. Iré solo. Salgo mañana. Olvide esta discusión ridícula y haga lo que buenamente le parezca. Buenas noches...

Frente a la terraza, al fondo del jardín, la mar tranquila de septiembre hacía un rumor de plata al jugar con los guijarros. El faro cercano la iluminaba y su luz parecía tender sobre las aguas millones de escamas. En una quinta próxima ladraba un perro, sin causa ni motivo. La hora tenía la hermosura eterna de la indiferencia y, entre la tibieza espléndida de la noche, sólo Estefanía, henchida de amor, parecía efímera y viviente.

VIII

Todo Biarritz estaba allí, apretujado, agitado, fragoroso; unos ocupados todavía en cenar, otros ante una provisión renovada de cualquier champaña de post-guerra; la mayoría danzando tumultuosamente en el **parquet**, pero en tumulto brillantísimo compuesto de todas las celebridades de Francia y de España, de todas clases donde predominaba el **demimonde**, una mezcolanza de financieros, adeptos de las carreras, mujeres de teatro y también grandes damas auténticas y de unos cuantos señores verdaderos sin contar los magnates de Israel y sus criados políticos.

E incesantemente, cual gotea un grifo mal cerrado sobre un cuenco de madera, la calle del pueblo abastecía de recién llegados a la Reserva de Ciboure. Titubeaban un segundo ante la fila de los **maitres d'hotel**. Con aires importantes, y como ministros acosados, aquellos servidores gritaban diciéndoles que se dieran media vuelta. A pesar de todo avanzaban, metíanse por estrechos pasadizos entre las mesas y finalmente se encajaban. Afuera, un tumulto salvaje hacía un estrépito de barrio de negros. Los denuestos de los chofers, el mugido inútil de los claksons, los gritos inarticulados de los grooms ocupados en estivar a los vehículos, las órdenes de los dueños, los desplumbramientos de los curiosos envueltos de súbito por las proyecciones de los faros, algunos mendigos, etc., et., todo ello creaba una confusión llena de alaridos, una cacofonía de plazoleta africana cuando, entre el vocerío ensordecedor de las noches de fiestas da comienzo a la devoración de los prisioneros asados a la parrilla. Un olor de esencia rechazaba el del mar.

Sólo ante la mesa donde había cenado,—ocupada ahora como las otras por dos cubos de plata (ciento sesenta francos) un plato de mallos fizcochos (veinte francos), un ramo de flores (treinta francos) y unas lamparillas de pantallas rojas (gratuitas)—Jorge Dewalter vió llegar a Estefanía y a los amigos de su séquito, los Deleone, la linda señora de Jouvre, seguida por el joven Aigregorch que la deseaba en vano pues aunque ella tenía ojos ardientes, su corazón era frío y dedicado a su esposo; y por último a Pascualina Rareteyre. Estefanía amaba a aquella personita poco razonable pero encantadora y de esmeradísima educación. Era calmosa y le comunicaba una sensación de reposo. Además, la irreprochable lady Oswill —que sabía que al día siguiente ya no sería "la irreprochable"—la austera Estefanía no tenía ningún lado ridículo, ni siquiera el de ser severa. Desdeñaba aventurar juicios y las flaquezas de su frágil amiga no la preocupaban lo más mínimo.

Jorge Dewalter, mientras esperaba la llegada de sus invitados, había estado llamando la atención. Un hombre solo es un punto de mira cuando, joven aún y apuesto, constituye un misterio. Aquella noche, en la Reserva de Ciboure, todos, o casi todos se conocían. Cada cual habría podido detallar quiénes eran los comensales. Aquél venía del Sahara, siendo el primero que lo había atravesado en vehículo; aquel otro era director de un periódico; éste, Sem. ¿Y aquel alto? El ex-Ministro de la Guerra. Imposible no reconocer a Pierre Laffitte y a las ilustraciones femeninas cuyos retratos solía publicar. Unos autores dramáticos atraían los comentarios. El hermano de un polemista ilustre charlaba con un enemigo político. Un príncipe ruso bebía a cargo de una modista. Un modisto opulento, flanqueado de una negra resultaba bárbaro y suntuoso: con su barbilla corta y sus ojos verde mar sobre un rostro flácido tenía aspecto de un pez blanducho; un pintorete de moda, caído en la publicidad comercial, un académico, el hermano de un soberano reinante, un multimillonario de Nueva York, algunos indígenas sin título, todos estaban allí, como al desnudo. Con una frase rápida, sin insistir, se les aireaban sus avatares, sus secretos, sus costumbres, buenas o malas. Todo el mundo estaba al tanto de ello. Pero de Jorge Dewalter no se sabía nada. Cuando lady Oswill estuvo junto a él, y su mesa quedó ocupada por cinco personas, dejó de llamar la atención. Ya no era más que una unidad entre un grupo conocido. Pero durante todo el rato que estuvo solo había despertado la inquietud de las mujeres y de algunos hombres, siempre al acecho de posibles rivales.

El, en cambio, no se había fijado en nadie... Se hallaba lejos, más lejos que en el extranjero, y como en un sueño extraño. La ironía de su situación se le había eclipsado del espíritu. Esperaba a Estefanía. Mañana sería suya. El porvenir no pasaba de ahí. Aquel ser delicado, sensible como un niño, aquel hombre sin tacha parecía no darse cuenta de que la mujer que iba a ser suya esperaba sin duda de él los largos días de un amor fiel. Si lo hubiera pensado quizás hubiera tomado la fuga en el acto. Pero la picardía del destino parecía haberle nublado la lucidez. Cuando la heredera de los Coulevai estuvo a su lado, su maravillosa letargia aumentó. La tenía muy cerca. La veía, la respiraba. Ella le clavaba la vista, sonriendo. El pobre vencido se dormía sobre los laureles de esta victoria casual.

Lo más notable fué que estuvo brillante. Todos los humos de su rica infancia volvieron a subírsele a la cabeza. Llevó la conversación con agilidad, evitando las pausas demasiado embarazosas y diciendo siempre lo que era preciso. Un impostor no hubiera logrado dar el cambiazo de modo tan perfecto. Pero en su juego no entraba cálculo alguno ni la menor bajeza. Acicalábase instintivamente para el amor como esos miserables insectos nocturnos que se iluminan al sentir el deseo.

Poco a poco, el tumulto había ido cesando, acabando por dispersarse el gentío. La mayor parte de los comensales-danzarines habían vuelto a sus enormes vehículos, regresando a Biarritz atraídos por el baccarat o simplemente por el descanso. Sólo quedaban algunas parejas rezagadas y varios grupos en tres o cuatro mesas. Todo lo que hasta entonces y en detalle había sido vulgar y escandaloso, las idas y venidas de los criados, los relieves expuestos de las cenas, borró gradualmente y por fin pudo saborearse la poesía serena del lugar.

Por el día, la Reserva de Ciboure no está bien situada. La bahía afeada por las construcciones de la costa, se asemeja a todos los arrabales: el hombre, al instalarse allí no ha dejado de ponerla horrible. Pero al reinar la noche, ésta borra regularmente con su magia todas las taras. Ahora, una belleza singular se extendía sobre el golfo, agrandado por los prestigios de la luna.

A pocos pasos, las aguas se mecían suavemente como un monstruo encogido en gigantesca hamaca. Soplaba una brisa casi imperceptible y junto al **parquet** de la danza, el jazz-band, agresivo hace poco, parecía amansarse. Con voz etérea, frágil y rara como gorjeos de pájaro, con no se sabe qué languidez, qué nostalgia de desierto y palmeras, los dos negros cantaban acompañados de sus banjos. Las estrellas lejanas, la terraza, la presencia del mar abajo, todo proporcionaba la impresión de hallarse en un peldaño, camino del cielo. Pascualina y la señora de Jouvre bailaban, Deleone y su esposa en una mesa vecina charlaban con unos amigos: Jorge Dewalter y Estefanía se hallaban solos, en febril y rara soledad. Sentíase ella muy dichosa. Pero, poco a poco, vuelta la calma, creciente el silencio, quizás aumentado por las canciones africanas, la dulzura casi inquietante y como insólita de la noche, todo ello devolvióle a Dewalter la percepción de la verdad. A medida que la hora avanzaba volvía a verla frágil. No se movía. Vagamente le parecía que un solo ademán iba a desvanecerlo todo... Permaneció largo rato en silencio, con una dicha que empezaba a amargarse. Ella jugaba con una rosa, contemplándole.

De pronto, Jorge palideció y cogiendo las manos de Estefanía las besó con unción, bruscamente, con una especie de frenesí tremante. Ella sonrió, sorprendida. Alzó él entonces la cabeza y vió que la extrañaba.

—No puede usted comprender mi emoción... Gracias—dijo balbuceando.

Y, por segunda vez, repitió el ademán. Ella repuso, algo oprimida y más rápida que de ordinario:

—¿Por qué no puedo comprender?... Su voz tiene una sonoridad a la que nadie me ha acostumbrado. Es maravilloso que un hombre colmado de dones por la vida aún pueda sentir semejante emoción...

Estefanía pensaba en los otros. Pensaba en su existencia, inútil hasta entonces. Continuó:

—Me ha dado usted las gracias. Lo mismo podría yo decirle.

Jorge le sorprendió el tono cansino con que decía ella estas palabras. Y mirándola, dijo:

—¿Ha sido usted desgraciada alguna vez?

Sencilla y digna, respondió:

—Muy a menudo.

La certeza de que no podría nada contra ello oprimió el corazón del hombre. Con ánimo de pedirle perdón otra vez, pero más rápido como afrentado, inclinó la cabeza sobre las manos de Estefanía. Pero ella no podía adivinar la causa que en realidad agitaba a Jorge y, en confianza, dijo, a la vez que sonreía con encantadora ingenuidad:

—He sido desgraciada, sí. Pero creo que ya no volveré a serlo.

El callaba. Sin dejar de sonreír, Estefanía preguntó:

—¿En qué piensa usted?

El contestó con tembloroso acento:

—En nada...

Sentíase abrumado, deshecho y, de pronto temió que ella lo advirtiera. Así que se excusó con una terneza:

—Dispense mi turbación. Está usted tan cerca de mí y parece tan irreal... No sonría... Le aseguro que me parece que va usted a desaparecer de pronto, dejándome solo. No quedará más que una humareda.

Así, para él mismo, se expresaba su verdadera angustia: el sentimiento de lo efímero. Pero, sin acertar a comprender, ella reía de las tiernas palabras, pues también le parecían graciosas. Dueña de su equilibrio y de su potencia vital no temió desaparecer como un penacho de humo. Rió. Y su risa era suavemente sensual.

—Está usted loco, dijo.

Se estremeció él y con voz queda y atropellada, murmuró:

—¡Sí! estoy loco.

Jorge la contemplaba seducido como por un deslumbramiento, como un niño pobre ante la magia de un juguete suntuoso y animado. Vacilaba al hablar:

—Permítame decirle... Si yo hubiera... a Dios o a la naturaleza... explicado mis sueños... lo que había querido encontrar... pues bien es usted lo que hubiera descrito, usted absolutamente... Créame... Y no tan sólo usted con sus hermosas manos, sus ojos, esa voz, sino todo, se lo aseguro, todo, ese vestido, esas perlas en su cuello, ese perfume... ¿Cómo llama usted a ese perfume?

Ella dijo:

—Es ámbar antiguo. Lo conoce usted bien.

Jorge repuso con ingenuidad, tremante y casi inclinado sobre ella:

—No, no lo conocía.

El la aspiraba y continuó con ardor concentrado, oliendo el sabio efluvio:

—¡Ah! Quisiera llevármelo.

—¿Por qué llevárselo? ¿Va usted a marcharse?

—Va a ser preciso que me vaya.

—¿Pero no se irá en seguida?

—No, enseguida, no.

Tranquilizada volvió a sonreír.

Y, en cuanto a él, decíase que no mentía, que prolongaría su estancia algunos días, unos pobres días a fin de llevárselos allá lejos, muy lejos. Y durante breves instantes saboreó un goce pleno, radiante como la luna que ascendía por el firmamento. Luego quedó atónito por el carácter inverosímil de la aventura. Después de una pausa, Jorge preguntó:

—¿Por qué ha sido tan bondadosa? Desde el primer momento, a la primera mirada, tuvo usted para conmigo...

Pensó ella que era cierto. Y él le dijo que la creía casi severa con los demás. Estefanía pensó en voz alta:

—Tanto como severa, no. No, nada. No les veo. Antes de usted no he encontrado a nadie. He vivido demasiado aquí. Hay acaso, en medios distintos del nuestro, almas menos resecas.

—¿Cree usted?

La interrogaba por natural impulso. De repente se sentía feliz por lo que ella había dicho. Veía un resquicio abierto. Puesto que ella pensaba que otros menos privilegiados que los que ella había conocido, eran diferentes, más sensibles y de mejor corazón, ¿podría él acaso, antes de ausentarse, al decirle adiós, revelarle su miseria? Dicho al marcharse, el acto carecería de vileza. Pero ella, radiante, proseguía ofreciéndose un poco de piedad cerebral, el refinamiento en medio de su dicha de pensar vagamente en la plebe, desconocida para ella.

—Imagino en efecto que hay otros seres, sin lujo, menos mimados que nosotros.

A Jorge le desanimó la palabra: nosotros. ¿Cómo revelarle, después de esto, que él no pertenecía a los felices de este mundo? Una pequeña ironía, le hizo sonreír sin acritud mientras contemplaba embelesado a Estefanía. Y suavemente repuso:

—¿El lujo? ¿Habla usted mal del lujo?

Ella respondió con naturalidad:

—Oh, no; eso no.

Se explicó ella tranquilamente, hablando de las riquezas como el panadero habla del pan, con la certeza soberana de que la harina no puede faltarle. Con cada palabra, y sin que ella se apercibiese precisaba para él aunque involuntariamente la imposibilidad de su dicha:

—El lujo es indispensable para todo. Yo no sabría pasarme sin él. Tengo una prima que se ha metido a monja. Y vive... privada de todo cuanto constituye el ornato de vivir. No me lo explico.

Estefanía jugueteaba, indiferente, con su collar de a millón:

—No le hago reproches al lujo, que es nuestra atmósfera natural... Pero sí digo que ciertos seres—casi todos los que he conocido—carecen de felicidad en medio de su fortuna. Y esto es insensato...

Dewalter, como impasible, bebía sonriendo una copa de champaña. La copa... ¿La libación a los dioses acaso? Y por sus oídos, entraba la cicuta. Estefanía seguía hablando con gran sencillez muy segura de que él participaba de sus opiniones:

—La fortuna ¡bella cosa! Es... no sé... es la posibilidad de todo... el arte sin inquietud, el amor libre de espíritu... Es una locura poseer todo eso y no saber gozarlo. Usted, por el contrario, como yo, usted sí sabe. Su coche, por ejemplo, tiene algo de raro y exquisito. Usted es un dilettante por naturaleza; lo comprendí en seguida... Y ese desdoblamiento en el mismo hombre, ese fervor junto a una mujer, ese amor que aparece... pues bien, sí, es muy raro, muy precioso, y yo jamás lo había encontrado.

Examinábalo ella con placer. Parecióle excesivamente serio, sin embargo. Sonriente, para punzarle un poco, le dijo:

—Sólo tiene usted un defectillo... Resulta algo triste.

Jorge surgió de su ensimismamiento y respondió con indefinible exageración:

—No estoy triste puesto que lo poseo todo.

Y, a su vez, habló. El champaña, su exaltación creciente de ocho días acá, la atmósfera embriagante del lugar y hasta las palabras de Estefanía le dieron el don de revocarse. Con una mezcla de pena y de deseo, se mostró tal como su madre lo había verdaderamente concebido, tal como habría sido de haberlo consentido su destino. Estefanía tenía razón sin saberlo. Siempre ante el pobre en marcha que era Jorge, danzaba como un fantasma su doble suntuoso. Y era ese doble quien se expresaba ahora:

—Tiene usted razón. No creo que llegara usted a encontrar fácilmente un hombre henchido de más amor, y, al propio tiempo, que ansíe tanto como yo todo lo que la vida puede ofrecer de bello y exquisito, en la facilidad del placer. Usted ha comprendido bien mi temperamento. Amo, es verdad, todo lo que adorna la existencia, los hermosos caballos, los paisajes amañados por la ciencia de los jardineros, los objetos raros, las más divinas músicas. Por mi aversión hacia todo lo mediocre soy poeta. Y, a la vez, tengo un corazón rebosante de ternura. Hay minutos en que siento hervir en mí todos los deseos de la tierra.

Estefanía le escuchaba, dichosa. Su voz era cálida, ardiente, llena de matices, y las palabras centelleaban como piedras preciosas sobre un terciopelo oscuro. Calló unos segundos y, apagando la voz, con frenesí de arbolillo agitado por el vendaval, articuló:

—Todo eso representa usted para mí, todo. Es usted todo cuanto aguardo en la vida, todo su esplendor y su encanto... todo lo que tiene de imposible. Todo eso es usted.

Ella se había quedado inmóvil, sin responderle, como suspensa ante tal ímpetu. Y al fin exclamó con mal contenido júbilo:

—¡Ah! Bien sabía yo que existía en el mundo un hombre que se me asemejaba.

Por espacio de un minuto, un largo minuto, permanecieron uno al lado del otro, en silencio, apretujados como si el cielo estuviese menos en el cielo que en sus corazones. Ardían de impaciencia, desfallecían... Por fin dijo Jorge con raro acento, dulce y sencillo, como niño lleno de ingenuidad:

—Quisiera morir a su lado...

Sencilla y sana rió ella por idea tan exaltada. La morbidez nunca hacía presa en ella como buena descendiente de la vieja raza de los Coulevai:

—¡Ah, Dios mío!... ¿Morir? Lo que hay que hacer a mi lado es vivir. Usted es libre y yo no estoy muy cautiva. Ya verá usted qué bien nos lo arreglamos.

Al unísono, pensaron en la promesa de Estefanía y en la jornada que ya se iba anunciando con la caída de la noche y los primeros escalofríos del alba. Los negros se habían callado desde mucho antes y casi todas las luces estaban apagadas: Deleone y su esposa, por broma, se habían ido sin despedirse, llevándose a la señora de Jouvre. Sólo quedaban allí un **maitre d'hotel**, respetuoso, fatigado, y Pascualina, que tranquilamente sentada les miraba de lejos, satisfecha, contenta de ver por fin a su amiga, dichosa y frágil. En la calle del pueblo ya no quedaban más que sus dos coches. Rieron ambos a un mismo tiempo, algo confusos, y Pascualina, afectuosamente, se burló de ellos. Solicitó retirarse sola en el coche descubierto de Dewalter, e insistió con gentileza para que sus amigos no tuvieran que parecer convencidos con demasiada rapidez. A despecho de la caída próxima seguía guardándole toda clase de respetos a Estefanía.

Partieron. Ambos autos se siguieron en la noche agonizante. Jorge oprimía una mano de lady Oswill entre las suyas. Ya no había en ellos otra idea que la de una felicidad creciente; y, su fatiga nerviosa, se reabsorbía en la poderosa juventud del alba.

IX

Oswill partió al día siguiente para Marruecos sin que volviera a entrevistarse con su esposa. Era presa de una especie de furor del que ni se daba cuenta por hallarse convicto de ser indiferente a los hechos y cosas de Estefanía. Debía pues sonreír. Y sonreía al despertarse, al vestirse, al correr en auto hacia Cette, donde tenía que embarcar. Pero ¡cuán oblicua y peligrosa era aquella sonrisa! Furioso, masculló entre dientes, apoyando en el pedal de desembrague:

—Me voy a Marruecos. Yo, cuando digo que voy a Africa, me voy.

Y pensaba en aquel imbécil, en aquel aventurero de a perra gorda que, en camino para el Senegal, bifurcaba en Burdeos yendo a empotrarse en las arenas de Biarritz. ¿Y era ese tipo el que le gustaba a Estefanía? Tanto mejor. ¡Qué mejor prueba para ella de que el amor y el embuste son una misma cosa, y que Oswill tenía razón, siempre razón! A su regreso no dudaba encontrarla decepcionada, y con el impostor en fuga después de haber dado la lección.

No concebía que su mujer llegase a los límites del desfallecimiento ni que fuera capaz de franquearlos. En otros tiempos, él mismo la había manchado, ultrajándola; había querido aplicarle los métodos que empleaba con las rameras. Le había encontrado rebelde. A partir de entonces habíala respetado. La creía incapaz de una falta. Ignoraba que las mujeres honradas caen a veces con vértigo de rayo y que una sola noche tempestuosa o un único día de lluvia en su corazón, puede bastar para esa caída.

Sólo pensaba que iba a lastimarse. Y para esto no tenía él cura. Furioso y satisfecho a la vez, bebía los vientos, sobre la carretera, como un bólido, sin cuidarse de los obstáculos vivos porque estaba asegurado.

Pues bien; aquel mismo día, y en Hendaya como estaba decidido, Estefanía se entregó a Gorge Dewalter. Se dió sin reservas, pura, poniendo toda su esperanza y el orgullo de ser bella en la preciosa ofrenda que le hacía. Extraña al único hombre que la había poseído, libre en conciencia, tenía ahora la sensación de que su vida comenzaba, y que, al fin, acababa de casarse.

Cuando Dewalter se encontró solo, aquella misma noche en Biarritz en su habitación del Palais, evocó a Estefanía tendida sobre el lecho; y rompió a llorar... Veía a la Necesidad, austera, dura, con los músculos rígidos. Estaba junto a él. Le indicaba la puerta en silencio y le gritaba: "¡Al desierto! ¡Vete!"

De pronto se resolvió a partir, obedeciendo aquella orden. ¿Para qué aguardar algunos días más como se había propuesto? Hasta para la misma Estefanía era mejor que él se fuera enseguida. La idea de haber obrado mal le quemaba como un hierro candente. Se sintió apuñalado por la idea de haber abusado de una mujer y se debatía inútilmente contra el

dolor. Pero resulta propio de la naturaleza humana obrar al principio con arreglo al deseo y hallar después las razones necesarias para justificarse Así suele suceder: cuando transige con el deber, el hombre se hace siempre su propio abogado, su juez luego, y acaba absolviéndose a sí mismo...

Jorge Dewalter amaba a lady Oswill sin conocerla. Sabía también que él la gustaba. Sin maldad; sin villanía siquiera—para excusarse, —díjose que ella lo poseía todo y él nada; que ella vivía en Biarritz, lugar pecador; que su abandono había sido rápido. Jorge no había leído mucho a Stendhal. Pensó que aquella mujer le olvidaría pronto; que había sido respetuoso y sincero; que, sin duda, ninguno de los hombres a quienes pudiera haber pertenecido o que la poseyeran en el porvenir no habrían puesto ni pondrían en sus actos el fervor ni el agradecimiento infinito que hoy le conmovían. Pensó con amargura que ella se quedaba y él iba a partir; que pronto se borraría de aquel cerebro de mujer, mientras él no habría de olvidarla nunca más. Aferróse a esta idea desesperadamente; su propio dolor, creciendo a oleadas, anegaba todo lo demás; llegó a saborearlo lentamente y, por espacio de una hora, la desesperación le tuvo embotados los sentidos. Se había desplomado sobre el tapiz de la habitación, con el rostro oculto entre sus brazos y los brazos apoyados sobre un sillón. Brotaban lágrimas de sus ojos, y, al secarse, dejaban huellas amargas...

Sonó el teléfono.

Al principio no se movió. No conocía a nadie. Debían llamar por error. Pero el timbre insistió. Pensó entonces que quizás fuese Deleone, deseoso de hablarle del coche y darle instrucciones. Se llegó al aparato. Y con el corazón palpitante, escuchó la voz de Estefanía...

Le dijo que estaba sola, que eran las once y que deseaba que él acudiera a su lado por algunos instantes. No quería dormirse sin volverlo a ver. Escuchándola sin contemplarla se dió cuenta de cuán maravillosa era su voz.

Cesó la conversación.

Y ya él se disponía a obedecer.

Se endosó el smoking no queriendo tener que decir que no había comido; se borró del rostro las huellas de su llanto; y ya estuvo igual que todos los muchachos "distinguidos y simpáticos". Irónicamente sonrió ante el espejo y descendió. Atravesó el hall, lleno de una concurrencia elegante y alegre. Celebrábase una fiesta de gala en el Palais. Al pasar reconoció algunos rostros vistos la víspera en la Reserva de Ciboure y a Pascualina que, desde lejos, le saludó amistosamente. Salió con paso presuroso y, ya en el gran jardín reseco del hotel, respiró con avidez la brisa salobre del mar.

Se dirigió hacia la quinta de Estafanía. Conocía muy bien su emplazamiento, pues desde las ventanas de su cuarto, la había visto repetidas veces. Se hallaba a orillas de la costa, a dos pasos, entre el palacio y el faro.

Cuando llegó, la calle empinada estaba desierta. A un lado había edificios, elegantes chalets cuyas espaldas daban sobre el océano. A la derecha había terrenos todavía libres que, por la noche, tomaban aspecto de pequeños campos. Separaban la calle, tranquila como una avenida provinciana, de la carretera nacional tendida entre Bayona y la frontera. Los faroles ardían inútilmente anegados en el resplandor de la luna. En la planta baja de la residencia de los Oswill no había luz; pero en el primer piso las lámparas de la alcoba de Estefanía filtraban sus destellos a través de las celosías.

El paso de Dewalter, suavizado sin que él se diera cuenta como el de un contrabandista, asustó a unos gatos de jardín, los cuales, con ligereza demoníaca saltaron las verjas del lado de los terrenos inocupados. De vez en vez y a intervalos regulares, el faro lucía en lo alto de la calle.

Jorge avanzaba sin escuchar otros rumores que las lengüetadas continuas del agua sobre los guijarros y el ritmo apresurado de su corazón. Nunca había tenido la suerte de llegarse así, de noche, a una cita furtiva, concebida en un ambiente novelesco, ni que le esperase una amante preciosa. Sentía gran exaltación y al propio tiempo todo aquello le parecía bien natural: él había nacido verdaderamente para el amor. Por fin se encontró ante la quinta.

Se detuvo y permaneció inmóvil algunos minutos. No se atrevía a llamar ni a hacer señal alguna Como su amiga no aparecía para abrirle, no supo qué hacer y empezó a preguntarse si no habría hecho un viaje en vano. Temió algún impedimento. Pero en el primer piso, alguien corrió la celosía, entreabriéronse las ventanas; y vió a Estefanía. En la sombra, murmuró que iba a bajar. Y él, entonces, se sintió orgulloso como un rey.

Abajo, elevada sobre dos peldaños había una puerta de doble hoja, ante la que subían gruesos barrotes. Tenía además dicha puerta una especie de refuerzo que formaba como una zona oscura en la fachada, una alcoba donde tenerse en pie. Oyó que Estefanía le llamaba. Tras los barrotes, había abierto un cristal opaco. Subió Jorge los peldaños y ella tendió los brazos. Sintió él aquellas manos suaves sobre su rostro. Se hallaban uno junto al otro, separados por el espesor de los barrotes; y la puerta seguía cerrada. Ella dijo que una de las doncellas de su servicio estaba ocupada en el primer piso y que a los pocos instantes se retiraría. Estefanía prefería esperar, para abrir, a que no hubieran testigos molestos en la casa.

El dijo:

—Me he adelantado. He venido demasiado pronto.

Ella respondió negativamente, con voz tierna y bondadosa. Y así quedaron murmurándose amores, con exquisito goce de sus espíritus. Al igual que Jorge, tampoco tenía ella la costumbre de los encuentros furtivos. Experimentaba una alegría traviesa por su estratajema. Parecíale a él un recuerdo que recogían para unirlo a todos los que ambos guardarían de aquel amor. Ella pensaba inconcretamente que este alto de su amante a la puerta de su casa le traería suerte y que era la imagen misma de la dicha, esperando y recortando su sombra sobre el muro.

Paso un transeunte. Dewalter se disimuló mejor en el ángulo del peldaño superior. Sintió el aliento fascinante de Estefanía. Callaban y sonreían con felicidad. Por fin todo quedó tranquilo en la casa, pero, por juego, prolongó ella dos o tres minutos aun su suplicio. Sobre sus cuerpos estirados—y entre ambos—sentían la frialdad del obstáculo y los ruines barrotes como la espada desnuda de Tristán. Por fin ella dió vuelta a la llave silenciosa. Y al pisar él las alfombras de la casa estrechó frenético a su querida entre los brazos. La sentía temar, tenderse, y, por los labios, entregarse. Formaban un grupo macizo, atados una al otro, con inmovilidad radiante.

El fué el primero en separarse. Experimentaba una cierta inquietud. Lo que sabía de sí mismo le hacía temer, por ella, una imprudencia excesiva. Había que evitar la posibilidad de que les sorprendieran. Pero Estefanía confirmó que estaba perfectamente sola, pues su esposo había salido de viaje por la mañana.

—Y además—añadió con gravedad—; ¡hace tanto tiempo que le esperaba a usted y que soy libre!...

Calló él, sin saber qué decir. Se sentía en presencia de una mujer superior a las otras y, de pronto, comprendió que su audacia no nacía de su "facilidad" sino de su amor. En todos los actos de ella, en la franqueza de su entrega, había algo imputable, no a la costumbre, sino a la novedad. Se enteró bruscamente, sin poder dudarlo, que era él su primer amante. Arrastrado por el deseo y la pasión, Jorge sólo se decía que su responsabilidad era cada vez mayor. Absorbíase en su goce y amaba a Estefanía tan violentamente que desapareció todo lo demás, como un cielo despejado por el viento.

Ella le hizo entrar en el gran salón de la quinta. Una iluminación suave y discreta disfuminaba los muebles y envolvía de misterio los objetos. En toda la estancia florecía una riqueza cultivada por el gusto. Había allí numerosos búcaros repletos de rosas languidecientes y Jorge pensó en aquellas doce desgraciadas "Paul-Nerón" que la antevíspera le había ofrecido en la pastelería. Ella le vió mirar las flores y dijo complacida:

—Hago un consumo terrible. Las cultivan expresamente para mí, a millares en las rosaledas de Olorón. Todas las mañanas los jardineros las renuevan y las traen hasta aquí en automóvil. El aire del mar las marchita muy pronto.

Cada vez que se trataba de cosas de riqueza, Estefanía hablaba con desenfado y seguridad, como una mujer árabe hablaría en el desierto de las arenas.

Llevaba un airoso deshabille de "chez Lanvin", en el que su joven cuerpo se movía con soltura y todos sus ademanes resultaban hermosos. Llevaba desnudos los brazos y los pies. Adornaban sus dedos varias gruesas perlas negras y Jorge sentía sus sibias redondeces en las palmas Se quedó, riendo. Ella se las quitó arrojándolas al suelo; y con sus manos libres y más vivas acarició el rostro y los cabellos de su amante. Jorge había caído de rodillas ante ella, sujetándole las piernas con un abrazo interminable. Hablaban en voz queda y para mejor gustarle aún, decíale cosas maravillosas.

Por vez primera, le mintió.

Fueron embustes extraños, sin objeto, sin necesidad, impuestos por las circunstancias al más sincero de los hombres. Hasta entonces, Jorge y Estefanía se habían encontrado cogidos en el amor como granos en el harnero. Confiados en las apariencias no habían tenido tiempo ni espacio para interrogarse sobre su pasado. Ahora eran el uno del otro. El lazo físico creó más confianza en una sola hora, que años enteros de amistad; la desnudez de las almas no viene más que luego de la de los cuerpos. Quienes lo niegan acusan ignorancia. Sólo después de haber dormido enlazados, mezclados los alientos, es cuando los amantes abren los corazones.

Para Estefanía, aquella era la noche misma de su entrega.

Inclinábase hacia Jorge y le interrogaba sin inquietud. Quería conocer detalles de su vida. Ya ella había explicado la suya de modo transparente. Había dicho que nada había pasado por su alma después del casamiento y, con dolorosa dignidad, había concretado que la habían casado mal. Era todo.

Aquella noche, todos los acontecimientos que iban a caer sobre Dewalter estuvieron a punto de ser impedidos. Hubo bastado, para que lo fuesen, que Jorge hubiera entrado en la habitación contigua. Si en vez de elegir el salón grande de la quinta para recibirle, Estefanía le hubiera conducido al pequeño, uno de ángulo que carecía de vistas sobre el mar, el destino de aquel hombre habría cambiado. En una de las paredes y vestido en traje de golf habría visto el retrato del marido, que ni siquiera había intentado saber quien era, pues que él mismo iba a ser un simple transeunte. Habría reconocido a Meredith Oswill tal y como había estado hablándole la víspera en la pastelería de miss Redge. Habría sabido que su confidente, el desconocido con quien se había confesado—y el único—el excéntrico cuyo nombre no había tenido la curiosidad de conocer era el esposo de su querida. Y entonces, seguro de hallarse a merced suya, hubiera hablado enseguida. Pero Estefanía abrió otra puerta. Había ella vacilado un segundo y luego, molesta justamente por la presencia del retrato había penetrado en el salón contiguo. El hombre jamás oye sonar el minuto importante de su vida; y, sin embargo, suena.

Aquella noche fué cuando Jorge Dewalter se fabricó un personaje. Aquella noche fué cuando, por obra del Verbo, creó de sí mismo un ser nuevo, determinado, un falso Dewalter. ¿Era falso, en verdad? Lo era, puesto que ninguno de los recuerdos que refería—lances de juventud, calofrios de infancia, aventuras recientes no eran reales. Eran inventados. Pero no era menos verídico ese Dewalter, puesto que ninguno de aquellos recuerdos imaginarios era inverosímil y que todos, por el contrario, absolutamente todos habrían podido constituir los recuerdos de Dewalter el pobre, de haber nacido éste Dewalter el rico.

Tan verídicos eran que tenían como base la verdad. Dios creó el escaramujo con que el hombre artificioso hizo la rosa, no encontrando suficiente suntuosidad y riqueza de aromas en la flor que brotara del humus terrestre. La embelleció, colmándola de nuevos dones y, al aplicar su imaginación, compuso el orgullo de los jardines. Dewalter, postrado a los pies de Estefanía, de escaramujo que era se hizo rosa. Pero el hombre así mejorado, no dejó de ser el mismo aunque más feliz.

Durante su infancia había poseído un gran castillo, rodeado de coto para caza, en Sologne. Aquel castillo existía realmente. Allí pululaban las codornices, liebres agilísimas, orondos faisanes y ánades numerosos. Un estanque, florido en primavera como un lienzo de Monet, arboledas dispuestas con ingenio, tierras extensas a recorrer componían la heredad. Jorge cuando contaba unos doce años había vivido en aquel castillo durante las vacaciones de otoño. En los amaneceres frescos y húmedos de octubre había ido con los guardas a las reservas. Pero no era sino un castillo adonde iba invitado pues era propiedad de unos primos de su familia. Al hablar con Estefanía, fué el castillo de su abuela.

Jorge había leído mucho. Especialmente, conocía Roma. Un hermano de su padre, de su verdadero padre, un hermano ya fallecido, había sido sacerdote, viviendo largo tiempo en el Vaticano con un empleo subalterno. Dewalter lo había visto una vez, una sola vez y guardaba memoria de él. Con la avidez propia de los muchachos le había hecho mil pregun-

tas al sacerdote; con posterioridad había leído mucho; podía pues describir el encierro del papa. Y al hablar de un viaje, ese viaje que siempre proyectan los enamorados, Jorge le dijo a su amante que pensaba llevarla a Roma. La evocó como una ciudad familiar. Reconoció ella las siete colinas, los surtidores de agua, los palacios en ruinas... Refirió Jorge cierta caída que había hecho yendo a caballo por la Vía Apia. Y Jorge había hecho su servicio militar en el cuerpo de caballería. Montaba bien, muy bien. Había hecho una caída, en efecto, pero en Champaña, en acto de servicio, a lo largo de una carretera llena de baches.

Amalgamaba ingénuamente lo que había visto con lo que él hubiera deseado; la realidad se mezclaba a la fantasía y de tal modo que ni él mismo hubiera podido discernir exactamente lo uno de lo otro, al hablarle a Estefanía. Un deseo exasperado de no ser pobre ante su amante colmaba de riquezas, una dicha de engrandecerse a sí mismo, le arrastraban... Ella le escuchaba con credulidad, rendida a los encantos de la hermosa juventud por él pintada. Así permanecieron durante dos horas. Ella le interrumpía cuando alguna de sus palabras le traía algún recuerdo propio. A su vez, evocaba ella una dicha infantil que no necesitaba en modo alguno trasponer. Al final acordaron que el alba de sus vidas había sido idéntica y que, en verdad, el destino les había colmado de favores. En el ánimo de Jorge ni siquiera se deslizó la más leve ironía. Su inventado personaje tomaba cuerpo, se instalaba y empezaba a regirle.

Hubo un momento, sin embargo, en que un instinto le gritó que revelara toda la verdad. Estefanía había dicho una frase conmovedora, expresando que, a pesar de todo, antes de conocerle a él le habían faltado muchas cosas. Y entonces le pareció a él probable que un día—¡oh! pero no esta noche—que algún día, quizás mañana, antes de embarcarse, podría hablar libremente. Habían llegado a los recuerdos menos distantes, a los de la vida reciente, a los recuerdos de ayer mismo. Ella había dicho, exactamente, con cierto dejo de tristeza:

—Ahora lo tenemos todo, Jorge: Pero antes de conocerle, ¡que desiertos para mí! Ya le diré más tarde lo que faltaba...

Estefanía había dicho esto pensando en su marido. Y Jorge había respondido de inmediato, como náufrago cogiéndose a una tabla:

—Y yo también se lo diré.

Pero ella había tenido miedo, interrumpiéndole. Quería conocer la infancia, la edad pura, pero no otra cosa, no los relatos del hombre. Sonriente, habíase inclinado poniendo un blanco dedo sobre los labios adorados.

—Y, dulce y gravemente, tuteándole por vez primera:

—No más recuerdos, Jorge. No te preguntaré más. Sé todo lo tuyo hasta los veinte años y me basta y me sobra. En adelante, ya no podrías decírmelo todo, por respeto. Y nada he de preguntarte... Te verías forzado a hacer omisiones, o quizás arreglos porque has sido un hombre joven, demasiado rico, ocioso... Tendrías seguramente algo que ocultar... Y mira, amor mío, yo alimento un odio feroz, enfermizo, por todo lo que no es la verdad entera. Prefiere no preguntarte nada.

Habíase inclinado ella sobre los labios que sellaba y entonces comprendió Dewalter que era ya demasiado tarde y que nunca jamás podría desmentirse. Puesto que le era forzoso marcharse, ¿por qué no dejar el recuerdo de un hombre feliz, ocioso... "demasiado rico"... como ella decía?

Su entrevista aún se prolongó largo rato. Por fin, hacia las dos de la madrugada, se despidieron y ella desde su ventana, le había visto marcharse hacia el Palais. Juvenil y seductor. Jorge se volvía para enviarle besos con el ademán. Cuando hubo desaparecido, Estefanía aún permaneció un buen rato contemplando la calle desierta. Pensaba en lo muy dichosa que era, en que aquel hombre no tenía que hacer nada sino amarla y que, si nduda, el futuro de sus dos corazones estaba asegurado para siempre.

X

Deleone hacía alarde de expresarse con vulgaridad.

—¡Te he traído suerte con mi carro. No se habla más que de vuestros amores...

Era en Bayona, en la calle de los Soportales. Jorge había acompañado a Estefanía, que había salido de compras. Estaba esperándola. Y Deleone les había visto primeramente a la entrada de la ciudad y luego hacia la gran plaza del Teatro, a cuyos pies se desliza ese simpático Adour que Verlaine comparara con un rufián.

Apoyado ahora contra la carrocería del hispano donde se hallaba sentado Dewalter, Deleone proseguía:

—Yo en tu puesto no me iría sin liquidar.

Al amante le produjo impresión esta palabra. Respetaba a Estefanía y los comentarios de su compañero le hacían daño. Pero de todos modos, no quería interrumpirle concediendo importancia a sus palabras. Deleone, por su parte, le tranquilizó:

—¡Ah, caramba! para liquidar vas a necesitar mucho tiempo. La hermosa Estefanía es difícil. No es de esas gallinas de aquí que se entregan a los gallos de paso, y que con solo un aletazo...

—¿No admites, dijo Dewalter, que se pueda agradar a una mujer, por el carácter, por el respeto que se le testimonia y desear merecer su amistad, sin otra cosa?

—Si es así, me cargas, respondió el otro.

—Pues bien, deja que te cargue, repuso Jorge. ¡Ya sabes que allá en el frente me llamabas el idealista!

Fingía estar contento. Y juntos rieron al recordar una pose que habían hecho a retaguardia, antes de dar comienzo el segundo Marne. Habían encontrado faldas. Dewalter había sido el único, entre los compañeros, que no había aprovechado la ocasión. Y Deleone resumió jovialmente:

—Eres una antigualla. Afortunadamente que has nacido con perras: te hubieras muerto de hambre...

Y prosiguió:

—Mi mujer no me deja ni a tres tirones. Quiere guardarme en la nursery. Entre tanto, en París, mi otro gobierno, Florinette Soinsoin, se impacienta... ¿Cuándo sale tu barco?

Jorge se estremeció imperceptiblemente, pero con voz tranquila, contestó:

—El jueves de la semana próxima.

—¿No te quedas aquí?

—No, dijo Dewalter, siempre pausado.

—Entonces, ruédame el coche hasta Burdeos. Lo cogeré dentro de algunos días, al pasar, cuando mi mujer descorra el cerrojo.

Le tendió una tarjeta, con las señas del garage donde Dewalter debía dejar el hispano. La víspera misma, el chofer había cometido una falta seria. Deleone le había despedido, tomando la precaución de pagarle el regreso y expedirle a París para evitar habladurías.

—¿Queda entendido? terminó Deleone. Pues gracias y a la recíproca.

Se efué Por la esquina de la calle aparecía la hermosa silueta de lady Oswill. Y pensó:

—¡Granuja! La hará caer... Pero ¡qué me mez largarse a Africa... a cazar búfalos!

Con su lenguaje pintoresco, Deleone había dicho la verdad. Todo Biarritz había notado que ahora lady Oswill ya no salía nunca sola. La vida recogida de las villas termales no consiente misterios prolongados. Pero Dewalter se hacía simpático. Encontrábanle chic y muy gran señor. Deleone en dos palabras, pronto repetidas, había dicho lo que pensaba de él: que era rico, de buena familia y valeroso. Además todo percance de Oswill producía como una sensación de bienestar. Nadie creía que su mujer se encontrase en falta. La gente se contentaba con esperarlo. Mostrábase ella en público con serena indiferencia. Parecíale que su dicha ya no había de acabar y que, tarde o temprano, quedaría afianzada. Apenas si pensaba en su marido, en ruta hacia Marruecos. Deseaba que diese la vuelta al mundo y consideraba al mundo demasiado pequeño.

Aquel domingo se celebró en Bayona una corrida de toros. El ganado era bravo; los toreros, los más valientes y diestros de España. El famoso Belmonte contratado con su cuadrilla, toreaba por vez primera luego de la cornada que la temporada anterior, en Madrid, había puesto su vida en peligro. En Burdeos y en San Sebastián, en los hoteles y agencias, los billetes desaparecían por momentos y, a partir del viernes, fué imposible encontrar entradas a precio de taquilla. Pero Estefanía, previsora, había dicho a Dewalter que las tomara con tiempo.

La tarde de la corrida lady Oswill estuvo maravillosa.

Sobre su vestido de encajes de Flandes, se había puesto un mantón pomposo. Un collar de ámbar viejo ponía una suavidad dorada, algo opaca en el arranque de su cuello. Caía sobre el traje con pesada ligereza y sobre el efímero esplendor humano testimoniaba la solidez de las edades. Las manos adornadas con un diamante y una perla oscura, los antebrazos color de sol se transparentaban bajo unos guantes largos de seda negra. Dos rosas magníficas, destinadas a morir pronto en el circo prolongaban en el pecho su vida ya cortada.

Jorge no había visto nunca semejante espectáculo, el más exaltante que pueda ofrecer una multitud en fiesta. Un cielo impecable y ya de España ponía sobre las arenas un Mediterráneo aéreo. Allá, al otro lado del circo, la luz hacía surgir cada detalle. Al mismo tiempo los mezclaba todos. Las toilettes de las mujeres, las sombrillas, los abanicos agitados sin descanso componían lienzos gigantescos como los que ayer pintaban los impresionistas. Era un prodigioso cabrilleo. Los trajes más oscuros del elemento masculino le añadían el calor de sus manchas fulvas. La alegría y la impaciencia circulaban. Los viejos aficionados explicaban de antemano a los novicios las bellezas del próximo toreo. Discutíase del valor de los toros y del mérito de los matadores. El ruedo se hallaba desierto pero de las gradas surgía un clamor incesante compuesto de las conversaciones de treinta mil bocas.

Estefanía y su amante habían tomado asiento en la contrabarrera. Desde aquella localidad preferente no les escaparía el menor detalle de la fiesta. Hecho el paseillo (1) echada la llave y abierto el toril de donde surgió el toro con rapidez de tromba sobre sus patas elásticas, Estefanía quedó suspensa del interés de las destrezas. Su ánimo intrépido sabía juzgar. No se engañaba sobre la calidad de los pases, de las banderillas, sobre los hábiles manejos del toreo a caballo: discernía la vistosidad y el ademán teatral de la verdadera proeza; y cuando tocaban a matar conocía la ciencia de la estocada. Pero Jorge, por vez primera ante aquel trabajo hermético no podía discernir sus finezas. Los clamores del gentío, las invectivas de los tendidos cuando el matador vulneraba las leyes establecidas, todos los rumores, aplausos y silbidos, producíanle extrañeza. Unicamente, el conjunto de la fiesta, la belleza solar del circo, las alternativas de clamores y silencio, le divertían. Y sobre todo se hallaba junto a su amante. Allí, como en cualquiera otro sitio, sólo esta dicha podía embargarle desde hacía una semana. Estaba tan junto a ella que sentía las formas de su pierna contra la suya y a veces le cogía ella la mano y la oprimía o, distraída un momento del espectáculo, le envolvía en una mirada ardiente. Su perfume le embriagaba. Pensaba que era suya cada día, que el destino, al paso, habíale ofrecido aquel regalo maravilloso. Pensaba que momentos después volvería a entregársele y que, como él mismo, saborearía ella su doble placer. Poco a poco, Jorge no fué viendo más que lo que pasaba por su imaginación... Se alegró cuando ella le propuso marcharse de la plaza antes del último toro. Ya en Biarritz ella se atrevió a subir a la habitación de Jorge por una de las escaleras del hotel del Palais mientras él empleaba el ascensor. Almorzaron en plena intimidad y conocieron su amor mejor aun que hasta entonces, en sus citas apresuradas. Estefanía no regresó a su casa hasta altas horas de la noche. Al día siguiente se llevó a Olorón.

Desde hacía muchos meses no había vuelto a pensar en su casa natal. La indiferencia, la renunciación, las desilusiones de la vida conyugal, su especie de claustración moral durante tres años, la muerte de su padre acaecida hacía mediados de este período, habían aminorado lentamente en ella todo deseo de volver hacia el pasado. En las épocas propicias recibía diariamente rosas de su heredad, que la servidumbre colocaba a su antojo en los búcaros de la quinta. Estefanía ni siquiera gozaba del perfume de aquellas rosas. Pero la llegada de Dewalter reanimó los viejos recuerdos. Al ver a su amante junto a ella, Estefanía evocó, con mil otras cosas, los extensos terrenos en los que ya no había vuelto a pensar. Ansió recorrer del brazo de Jorge todos los senderos de su infancia.

---

(1) Una pequeña y modesta advertencia del traductor: como es natural tratándose de un escritor extranjero, esta descripción de la españolísima fiesta de toros padece de algunas expresiones poco afortunadas y nada a tono con la hermosa justeza verbal del resto de la obra. El acto de salir las cuadrillas, por ejemplo, es decir, esto de "hacer el paseillo" el autor lo describe diciendo: sitot l'entrée de la première quadrilla... ¿Primera cuadrilla? En todas las corridas suelen salir, en una sola, todas las cuadrillas. Este y otros detalles de poca monta son los que nos permitimos ajustar al gusto español, aunque siguiendo fielmente el original.

(Continúa).

Impresc en los talleres de la Emp. ''Zig-Zag''

CRÈME SIMON

Para la
HERMOSURA de las SEÑORAS

POLVO Y JABON SIMON Paris

M. R.

$1.20

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
DIARIOS
PERIODICOS
Y REVISTAS CHILENAS

Para Todos

M. R.

Es propiedad

LAS·FUTURAS·MADRES

DEBEN DIARIAMENTE TOMAR

AVENA GAVILLA

en leche **(PORRIDGE)** *porque robustece y contribuye a que la criatura nazca vigorosa.*

El estómago la tolera perfectamente.

Durante la lactancia debe continuarse tomando

AVENA GAVILLA

para enriquecer la leche y mantenerse fuerte.

Prepare diariamente

AVENA GAVILLA

o consúmala en los Cafeés, Salones de Té, Restaurants y Hoteles.

Casa de Leche La Primavera

Restaurant Naturista,

Etc.

A Mitzie le parecía que la muerte la seguía día y noche los pasos como una amante celoso, vengándose de todos los que se enamoraban de ella.

LA MUERTE DE SU CELOSO AMANTE

"PARA TODOS"

M. R.

Es propiedad: Empresa ZIG-ZAG

Perteneciente a la Sociedad Universo

REVISTA QUINCENAL

Año I ❁ NUM. 3

1.o de noviembre de 1927

LA hermosa reina de los cabarets, ídolo de la alegre vida nocturna de Viena y Budapest y estrella cinematográfica, vive ahora recluída en el claustro de un convento austriaco en donde ella ha buscado un refugio y olvido a lo que llama su "maldición de amor".

Al despedirse de este mundo declaró a sus amigos con lágrimas en los ojos: "Yo soy fatal a todos aquellos que me aman. La más terrible de todas las maldiciones pesa sobre mí y voy a dejar el mundo para no derramar más tristezas a mi lado".

Ahora se encuentra gravemente enferma, atendida día y noche por las monjas que serán hasta su muerte sus compañeras, y así abandona la escena de sus triunfos una de las mujeres más hermosas y admirada de la Europa Central.

Era una mujer de gran inteligencia, nacida en alta cuna. La muerte de su padre la dejó en libertad para realizar sus ambiciones y pronto después su esbelta y elegante figura fué a adornar los salones lujosos de elegantes cabarets.

Entonces un joven periodista de Budapest la vió y se sintió atraído por el encanto de su sonrisa y por la viveza de su ingenio. Le dedicó párrafos en su diario alabando su gracia y su hermosura y de este modo Julio Csortos, un conocido actor, conoció su existencia, fué a verla y cayó rendido a sus encantos.

El actor se enamoró perdidamente de ella y le pidió su mano, pero Mitzie era muy joven. Sentía temor del matrimonio, y cuando Csortos persistió en sus deseos, sus hermosos ojos brillaron de cólera y se disgustó con él.

Y caso raro, al mismo tiempo que Mitzie lo abandonaba, la estrella de Julio Csortos principió a debilitarse y muy pronto su gran popularidad murió en la memoria del público.

Mitzie continuó representando papeles de poca importancia en los cabarets y una noche conoció y atrajo la atención del Barón Baich, un noble húngaro famoso en toda la Europa Central.

Hijo de padres opulentos, este hermoso y atrevido jinete, aunque algunos años mayor que Mitzie, supo conquistar su corazón y muy pronto corrió el rumor en los círculos aristocráticos que el joven noble iba a casarse con la hermosa actriz. Este rumor no carecía de fundamento, pero la familia del noble rehusó recibir a la presunta novia y amenazó al Barón con desheredarlo si llevaba a efecto el matrimonio.

Pálido y angustiado el Barón, le contó a Mitzie lo que le ocurría, la besó apasionadamente y la tuvo abrazada durante un largo minuto; y entonces abandonó la estancia apresuradamente, un segundo después se oyó un disparo, los sirvientes corrieron y encontraron al Barón con el pecho atravesado por una bala. Mitzie quedó desesperada por el suicidio de su amante y fué a buscar un consuelo en la alegría nocturna de la capital austriaca. Su belleza y su ingenio le dieron inmediatamente entrada a los mejores círculos y una vez más llegó a ser el ídolo de la juventud dorada de Viena.

Entre el grupo de sus admiradores se contaban el capitán Von Brandt, un gallardo oficial de caballería y el Barón Blev. Ambos se enamoraron perdidamente de Mitzie, que ahora trabajaba en el cine, donde era una estrella de primera magnitud. Mitzie se mostraba indiferente a ambos, pues la hermosa niña tenía su corazón enterrado en la tumba del cementerio de Nagyvarad, pero los dos rivales la perseguían constantemente con sus atenciones y donde se encontraban se miraban mutuamente con odio. Por fin llegó un día en que el Barón no pudiendo soportar más el suplicio de los celos, sacó una tarjeta de su cartera y la entregó al Capitán sin pronunciar una sola palabra. El Capitán saludó y entregó a su vez su tarjeta al Barón. A la mañana siguiente, Viena se despertó con la noticia de que el duelo había sido fatal para Von Brandt: la bala del Barón lo había muerto instantáneamente. El Capitán era uno de los mejores espadachines del ejército, y como siendo el ofendido tenía la elección de armas. Deliberadamente él escogió el revólver, dando así la victoria a su antagonista y condenándose a muerte por el amor de Mitzie Hoffmann.

Fué entonces cuando Mitzie cambió su nombre por el de María Palma, para no ser identificada más con las tragedias que habían ensombrecido su vida.

Pasó el tiempo y María comenzó poco a poco a recuperar su antigua viveza y alegría, pero encontró muy luego que, a pesar de sus buenas intenciones, los hombres no la dejaban tranquila.

Su fama como estrella cinematográfica había aumentado y se le veía en los clubs nocturnos más elegantes en compañía de miembros de la nobleza húngara.

Entre éstos se hallaba el Conde Johann Nemes, un hombre de mediana edad que pidió a María el privilegio de ser su protector en la vida. Otro de sus admiradores era un hermoso joven de ojos oscuros llamado Tibor Reviczky, rico propietario húngaro que perseguía con sus atenciones a María Palma.

La importunidad de este joven puede haber sido la causa que obligara a María a buscar un refugio entre los brazos de su otro enamorado que anunció gozoso a sus amigos su próximo matrimonio con la gentil artista. El día de la boda, el Conde se hallaba fuera de sí de felicidad y las felicitaciones más calurosas que recibió fueron las del mismo Reviczky, que solicitó el privilegio de conducirlo personalmente en su carro al Castillo del Conde, donde debían pasar su luna de miel.

Fueron los celos o fué sencillamente un accidente: eso nadie lo sabrá jamás, porque, en un recodo del camino el coche se volcó y el Conde y su rival perecieron bajo él.

Durante muchos meses, María estuvo enferma en un sanatorio, y al salir de él decidió ingresar al convento donde ahora se encuentra poniendo así fin a las trágicas pasiones que despertaba en los hombres.

COPLAS

Por LOPE de VEGA

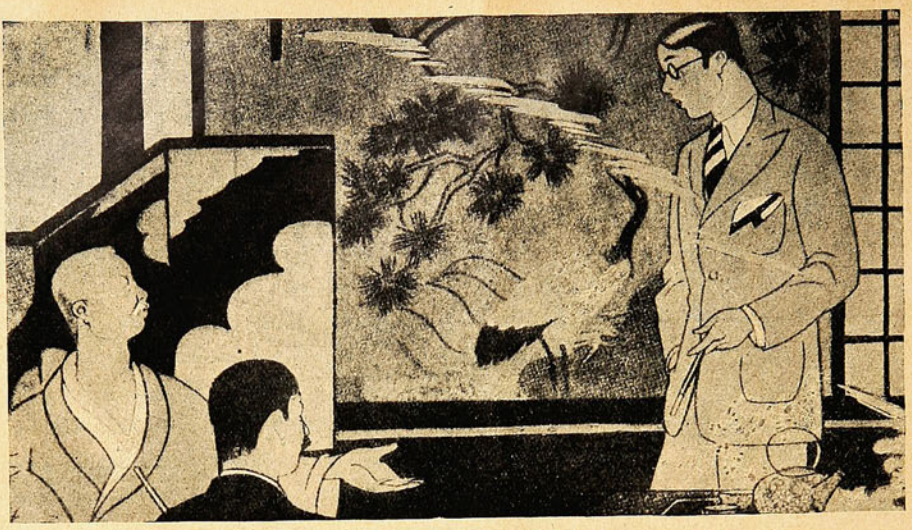
Madre, unos ojuelos ví
verdes, alegres y bellos,
¡ay, que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí!

Las dos niñas de sus cielos
han hecho tanta mudanza,
que la color de esperanza
se me ha convertido en celos.

Yo pienso, madre, que ví
mi vida y mi muerte en ellos
¡ay, que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí!

¡Quién pensara que el color
de tal suerte me engañara!
¿Pero quién no lo pensara
como no tuviera amor?

Madre, en ellos me perdí,
y es fuerza buscarme en ellos.
¡Ay, que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí!



EL JAPON DE HOY YA NO ES COMO EL DE AYER...

UN día, en Tokio, un viejo amigo mío y yo estábamos hablando. Un joven se asomó a la puerta y luego trató de retirarse.

—Ven aquí —dijo su padre.— Estamos hablando cerca de ti y de tus amigos—la nueva cosecha de **Furgo - Shonen** (jóvenes malos) y **Kisen shiso** (pensamientos peligrosos). Ven y saluda. ¿Qué te pesa en la mente esta mañana?

—Buemo...—empezó el joven, y la sangre le subió a las mejillas.

—No necesitas ruborizarte — dijo su padre.—Estás frente a un caballero que acaba de regresar de América.

Tal vez oirás algo que es bueno para ti, si no agradable. Pero primero, ¿qué es lo que quieres? Este caballero es un antiguo amigo de la familia, y sabe todos sus secretos. Y lo que es mas, nosotros sabemos que él los sabe—así es que no vaciles.

—Bueno,—repitió el joven,—aquello de que te hablé anoche, padre. ¿Por qué no?

—Eso es un juego—un juego muy peligroso y moderno—por eso, uno de los peores. ¿Comprendes eso?

—Pero tú lo haces,—replicó el joven.—¿Por qué no puedo yo hacerlo?

—Un momento, hijo,—dijo su padre.—Déjame hacerte una pregunta: ¿A dónde fuiste anoche? ¿Al Teatro Imperial? Sí... sí... y viste a "Hamlet", ¿eh? Bueno, Shakespeare escribió ese drama. ¿Por qué no puedes tú escribir una cosa como esa, hijo? El lo hizo; ¿por qué tú no puedes hacerlo?

—¿Shakespeare vivió hace mucho tiempo? Bien. Edison todavía vive. Este caballero lo vió. El inventó el fonógrafo. ¿Por qué tú no puedes hacer algo como eso?

—Tal vez eso está demasiado lejos. Bien. El año pasado, yo gané unos cuantos miles de yens—más de los que puedes contar sin lápiz y papel, hijo. ¿Por qué tú no puedes ganar otro tanto—o la mitad? Tú vienes a mí y me dices: "Tú lo haces; ¿por qué no puedo yo hacerlo?" Francamente, no lo sé.

UNA pausa. Luego:—Bueno, padre, es bueno o es malo. Eso es lo que quiero decir. Tu edad o el dinero que ganas nada significa. Si es bueno para ti apostar en las carreras, entonces también es bueno para mí. Si yo no debo hacerlo, porque es malo, entonces nadie debería hacerlo. Eso es lo que yo creo, honorable padre.

—Una idea muy brillante,—dijo mi viejo amigo, olvidándose de su papel de padre.—Tú crees que un hombre que no gana dinero puede apostar en las carreras también como el que gana dinero. Bien, hijo, si crees que puedes apostar sin dinero, hazlo.

—Estoy hablando acerca de lo que es bueno o malo,—repitió el joven.

—E... eh,—dijo el padre, y luego, como muchos padres que quieren aparecer victoriosos cuando han sido derrotados, miró airadamente a su hijo y dijo:

—¡Supongo que vas a permanecer aquí, discutiendo toda la mañana!...

El joven se retiró como si nada hubiera en el mundo que le agradara tanto como volver la espalda a su padre. Pero su retirada no fué rápida o humillante. Se retiró como un conquistador. Y él lo sabía; la espalda que nos volvió fué como una sonrisa. Yo quise aplaudir. Pero no lo hice. Nadie sabrá lo que me costó asesinar mi contento.

Cuando el joven se alejó, yo me volví a su padre.

—Te venció en toda la línea,—dije.

—Sí,—dijo mi amigo.—¿Qué significará esta nueva rebeldía?

—Significa que estamos con las momias, clasificados entre las reliquias petrificadas. Y lo único que podemos hacer es aceptar eso tan graciosamente como podamos.

Por la expresión de la cara de mi amigo, os hubierais imaginado que esta nueva y gloriosa rebeldía de la juventud era una dolorosa sorpresa.

—Por supuesto,—dije,—no es posible olvidar ese refrán: "Tú lo haces—¿por qué no puedo yo hacerlo?

—Sí, ese **por qué**. En esas dos palabras está el misterio de todo esto. El momento en que permitimos que esa pregunta aparezca en la arena política, el trono vacila. El momento en que damos a nuestros hijos el derecho de decir "por qué"—ese minuto abdicamos. La distinción de la edad—siguiendo el ejemplo de la distinción del nacimiento—encontró su tumba. La mujer dice al hombre, "por qué no puedo yo hacerlo", y la distinción de los sexos desaparece.

—Es sólo otro paso en la Marcha Eterna de las cosas. Lo que se llama democracia es una palabra política para la gran corriente. Nosotros los padres vemos las mismas cosas en su forma más delicada, más potente. ¡La Revolución Francesa y la Guerra Mundial! Meros juegos de salón comparados con esta tremenda revolución que nosotros hemos nombrado **Furgo-Shonen y Kisen shiso**.

Y, como lo he dicho, **Furgo-Shonen y Kisen shiso** son las palabras con que el Japón describe a la Generación Joven.

¿Tienen algo parecido a esto en América?—me preguntó mi amigo.

—Si sólo cambias tu nombre y el de tu hijo, el diálogo que oí hace unos cuantos minutos, traducido, sería exactamente lo que oirías en Chicago, en México, en Habana o en Buenos Aires, repliqué yo.

—¿Realmente? Entonces esto es más grande que el Nipón?

—Es mundial.

SI, las cosas han cambiado, aun en el Japón. Hace veinte años un joven no se hubiera atrevido a dar los buenos días a su padre sin caer de rodillas y poner la frente en el suelo. Nunca se le ocurría a un joven discutir los deseos y mandatos de su padre en las cosas más insignificantes—mucho menos en una cosa tan grave como apostar en las carreras.

Pero hoy es diferente.

En América la Generación Joven es un crecimiento, un desarrollo. En el Japón es una bomba, una explosión. En medio siglo Japón saltó sobre la distancia que América y Europa necesitaron más de cinco siglos para recorrer.

Una revolución social de esa naturaleza hace sus primeros gestos en crímenes: el hombre que disparó un rifle contra el Príncipe Regente fué un joven de dieciocho años, y otro joven de diecinueve años hundió una daga en el corazón de Kei Hara, el hombre más notable del Japón.

De acuerdo con la información obtenida de la policía de Tokio, hay en esa ciudad más de tres mil muchachas de menos de dieciséis años de edad, que están en las listas negras de la policía.

No hace muchos años había dos bandas de jóvenes en Tokio. Una de ellas trabajaba en los parques y calles robando descaradamente; esa banda se daba el nombre de "Los Valientes". La otra, que llevaba el nombre de "La Serpiente", especializada en crímenes menos ruidosos pero, si se quiere, más graves.

Como en América y Europa, la policía del Japón culpa a las películas cinematográficas por la rebeldía de la juventud; y como todas las películas vienen de países extranjeros, los países extranjeros son directamente culpables.

LA ciudad de Osaka es el Chicago del Japón. Y allí encontré a un amigo de mi padre—de cabellos blancos ahora, y con la sabiduría de setenta inviernos.

En el momento en que entré en su cuarto inmaculado, comprendí que el anciano estaba emocionado.

—Tú conoces al joven Abe,—dijo en una voz que tenía mucho de desprecio.—Tiene ahora veinticinco años. El año pasado se casó. Y rehusó... sí, rehusó, vivir bajo el techo de su padre; ¡rehusó traer su esposa a la casa de su padre! ¡Insolencia inaudita! Su joven esposa ha de tener parte de la culpa. Y establecieron un hogar separado. ¡Horrible, pero los jóvenes de hoy día se atreven a hacer esas cosas!...

—Bueno, su padre, después de perder todo su dinero en especulaciones, lo visitó hace unos cuantos días. ¿Y qué supones, el joven dijo a su padre?

—El sabía que su padre había perdido su dinero. ¿Acaso tendió sus brazos filiales y pidió a su padre que viniera a vivir con él? No. Su padre tuvo que ordenarle que lo hiciera.

—¡Piensa en la humillación del padre! ¡Pero espera, espera! ¿Qué crees, entonces, que el hijo contestó al padre? Esto:—Tengo que preguntarle a mi esposa.—¡Esas fueron sus palabras!...

En aquel momento un joven de veinte años entró al cuarto.

—Oh, abuelo, gritó.—Y luego, al verme, me ofreció sus disculpas.

—Otro miembro de la Joven Generación,—dijo el abuelo.—Este muchacho está tratando de levantar fondos para un hospital moderno que él y sus compañeros creen que necesitamos. ¿Qué suerte has tenido?

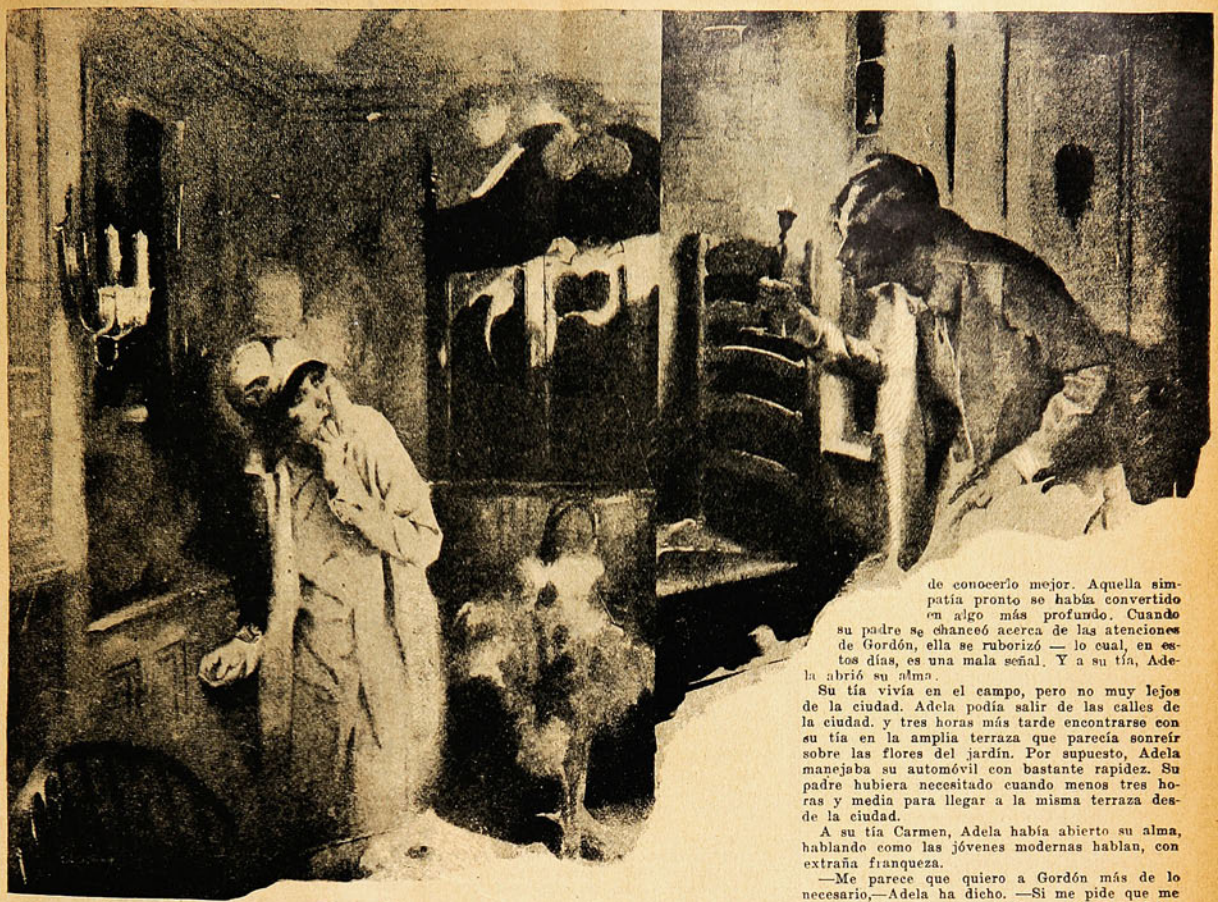
—Oh, no muy buena,—dijo sonriendo el joven.—Apenas si hemos logrado juntar veinte mil yens. Pero ahora avanzaremos más de prisa.

Cuando el joven salió, el anciano confesó:—Diré esto por nuestros jóvenes: Saben hacer las cosas. Yo no hubiera podido encontrar veinte mil yens—ni siquiera la mitad.

Yo guardaré silencio y pensé en lo que él había dicho

La Generación Joven del Japón tiene nuevos vicios y nuevas ideas, y está siempre pecando contra los dos pilares del Oriente: la lealtad a la casa real y el amor filial. Pero nadie puede negar que tiene la habilidad, la energía y el talento para llevar a cabo muchas cosas—y que esas cualidades son muy superiores a las de las otras generaciones.

Sobre todo, la Generación Joven sabe hacer frente a las crisis. Y esa después de todo, es la prueba suprema con la cual todos los hombres, jóvenes o viejos, deberían ser medidos. Y siendo así, me parece que la Generación Joven del Japón es una bendición, después de todo.



MIEDO

Por M. SANGSTER

AUN desde su niñez más temprana lo había conocido. Casi desde que podía recordar. Tal vez había habido un día en que una sensación de miedo no llegara en alas de la oscuridad para atormentarla. Pero ese día estaba tan lejano, ahora que casi había dejado de ser.

Era todavía una niñita cuando la niñera había puesto el miedo en su vida. Porque la niñera gustaba de salir por la noche y era necesario que Adela—dejada sola en su aposento—permaneciera absolutamente inmóvil y quieta. Si la niña pedía un sorbo de agua, o una caricia, o un juguete... bueno, aquellas excursiones nocturnas no se podrían volver a repetir! Así se dijo la niñera. Y por eso, a la niñita tendida en la blancura inmaculada de su camita, había dado consejos severos.

—Ahora, chiquilla, debes guardar silencio—había dicho, y después de veinte años Adela todavía podía oír sus palabras.—Recuerda que al menor ruído **ellos** vendrán por ti. **Ellos** saldrán de la oscuridad y se acercarán. ¡Si siquiera mueves un dedo! ¡Si siquiera hablas en voz baja!

Y luego la niñera había apagado la luz. Y había dejado a la niña—tensa y fría de terror—frente a la oscuridad de la noche.

Adela no se había movido. No había hecho el menor ruido. Con su cuerpecito tenso, con los brazos rígidos, había permanecido inmóvil. Pero sus ojos, dilatados y agonizantes, se volvían a todos lados. Y en su cerebro se estaba preguntando—preguntando cómo eran **ellos**. Preguntándose si sus manos—largas y delgadas y de uñas agudas—estaban muy cerca, aquí en la oscuridad! Aquella sombra, en el rincón... parecía más densa que las otras sombras... ¿era allí en donde **ellos** estaban? Si ella sollozaba, en su terror, ¿saltarían ellos sobre ella? ¿Y sus dedos, como garras, le destrozarían la garganta?

La niñera había permanecido muy poco tiempo en la casa de Adela. Pero su influencia había crecido con la niña. **El miedo.** Un miedo que sollozaba, en los fragantes crepúsculos del campo, cuando Adela tenía doce años. Un miedo que la hacía correr a su casa, cuando tenía dieciséis años, de los corredores oscuros del colegio. Un miedo que la había perseguido, con la llegada de la noche, desde su niñez más temprana.

¿En el día? Adela podía entonces reirse de sus terrores. En el día era sólo una joven sana y hermosa. Interesada en sus estudios, en los deportes, en los bailes y en el teatro. En el día era como otras jóvenes—sólo que más hermosa. Pero en la noche—en la noche el terror se apoderaba de ella. El miedo y la oscuridad entraba a su alma y la atormentaba.

Al crecer, aquellos **ellos** tan vagos de su niñez tomaron forma. Una forma nacida de la histeria de muchos miles de noches. **Ellos** se hicieron manos. Manos que agarraban, que imploraban, que se extendían—tan irritadas como heridas y tan lastimeras—de todos los lugares oscuros. Las ramas de un árbol, vistas bajo la plata de la luna. El vestido que había puesto sobre una silla. Las cortinas movidas por el viento. Todo... manos!...

Si, en su niñez, Adela hubiera hablado de su miedo, podría haber sido aliviado. Si su madre lo hubiera sabido, o su padre, o un doctor, podría haber sido curado con amor o simpatía o medicina. Pero con el nacimiento del miedo—aquella primera noche—la reserva también había nacido. Tal vez fué porque la niñera había dicho: —¡No hagas el más ligero ruido! **¡Ni siquiera hables en voz baja!**—Tal vez fué porque, al crecer, Adela no quiso confesar que sentía un miedo tan infantil. Tal vez... ¡oh, tantos motivos! Por eso ella no había confesado su miedo... no quería confesarlo... a nadie. Pero aquel día del otoño, cuando Gordón vino con un telegrama en la mano y una gran luz en sus ojos intrépidos, entonces quiso confesar su miedo. Y no pudo...

* * *

OJOS intrépidos? Tal vez fué el valor que había en los ojos de Gordón lo que primero había atraído a Adela. ¡Las cualidades que nos faltan son generalmente las que más admiramos en los demás! Ella había simpatizado con Gordón inmediatamente, y más después de conocerlo mejor. Aquella simpatía pronto se había convertido en algo más profundo. Cuando su padre se chanceó acerca de las atenciones de Gordón, ella se ruborizó — lo cual, en estos días, es una mala señal. Y a su tía, Adela abrió su alma.

Su tía vivía en el campo, pero no muy lejos de la ciudad. Adela podía salir de las calles de la ciudad. y tres horas más tarde encontrarse con su tía en la amplia terraza que parecía sonreír sobre las flores del jardín. Por supuesto, Adela manejaba su automóvil con bastante rapidez. Su padre hubiera necesitado cuando menos tres horas y media para llegar a la misma terraza desde la ciudad.

A su tía Carmen, Adela había abierto su alma, hablando como las jóvenes modernas hablan, con extraña franqueza.

—Me parece que quiero a Gordón más de lo necesario,—Adela ha dicho. —Si me pide que me case con él—y sé que lo hará...—sus ojos, al hablar, se llenaron de sueños y de luz.

La tía acarició la mano elegante de su sobrina. Los ojos de la tía también tenían la luz de muchos sueños. Ella también había conocido la gloria de la juventud y del amor—una gloria pasajera. Después de un momento, ella habló:

¿Es Gordón un ingeniero civil?—preguntó. Y luego:—Es... es una profesión muy romántica, Adela. Lo llevará a lugares muy lejanos. ¿Te agradará el cambio constante, la excitación?

Adela se había reído.—Oh,—había replicado a su tía,—Gordón no es uno de esos ingenieros errantes. Tiene su trabajo en la ciudad. Lo necesitan aquí en la oficina. Por supuesto,—añadió con un poco de orgullo,—él podía levantar puentes en Borneo. Por supuesto, él podía tender rieles en Perú. Pero no tendrá que hacerlo.

Poco despusé de esta conversación Gordón le habló. Adela había adivinado. El quería casarse con ella—le quería con toda su alma. ¡Oh, ella había adivinado eso! Pero se había equivocado acerca de Borneo y de Perú. Porque un mes después de que el compromiso se había anunciado, y el anillo todavía se sentía muy pesado en el dedo de Adela, Gordón vino—aquel día del otoño. Con un telegrama en la mano y el brillo de la aventura en sus ojos.

—Adela,—dijo con voz ronca de emoción,—¡Adela, adivina!...

Adela murmuró algo muy simple—y sin embargo no tan simple.—Adivino,—murmuró,—que me quieres un poco... ¿sí?

Hubo un intermedio. Un intermedio glorioso. Y luego...

—Pero aparte de eso,—Gordón le dijo,—tengo buenas noticias. Tengo que salir. Tengo que dirigir un gran trabajo en el Africa del Sur..... Adela... —su voz temblaba de excitación,—vamos a cruzar la selva con una caravana, y los indígenas llevarán nuestro equipaje. Seremos los únicos blancos por cientos de kilómetros. ¿Puedes imaginártelo?—Gordón nunca había visto los trópicos, y tal vez sus descripciones no eran exactas.—Arboles majestuosos, flores, y vides de un verde vivido que se bajan a tocarnos la cara. Y un movimiento entre los matorrales cuando pasamos. Yo he oído hablar del ritmo de las selvas africanas. Una clase de murmullo que nunca cesa. ¡Oh Adela, qué luna de miel... ¡qué luna de miel!

Pero Adela, pálida y con los ojos muy abiertos, le puso la mano en el brazo.—¿Quieres decir, —pregunto,—que vas a dejar la ciudad?

Dulcemente, pero sin comprender, Gordón la corrigió.

—Quiero decir que **vamos** a dejar la ciudad,—le dijo.—¡Y pronto! Tengo que salir dentro de un mes. Oh, Adela, ¿no te sientes emocionada? Piensa en la clara luz del sol, brillando entre los árboles. ¡Y piensa en las noches que nos envolverán como un manto negro de seda!... ¡Pero... Adela!...

Porque Adela había empezado a llorar. Y había una nota de histeria en su voz, cuando por último pudo hablar.

—Gordón,—sollozó.—**No puedo ir. No puedo.** Tendrás que dejarme aquí...

El hombre la estrechó tiernamente contra su pecho, pero había asombro en su voz.

—Pero Adela,—dijo,—tienes que venir. Estaré allá cuando menos dos años, tal vez tres. Sería inhumano esperar tanto tiempo. Y no es necesario...

Pero ella estaba llorando más violentamente. —Esperaré hasta el fin del mundo,—sollozó. —Gordón, te esperaré. Pero no puedo ir contigo. ¡Oh, Gordón, te amo, pero lo que me pides es... imposible!

Con una exclamación, Gordón se puso de pie. Había estado sentado junto a Adela, en el sofá. La joven, libre de sus brazos, puso la cabeza sobre las rodillas, temblando de emoción. Una mano—la mano en que brillaba el anillo de compromiso—se tendió hacia Gordón. Pero él no la vió. Y al cabo de un silencio de varios minutos, interrumpido sólo por los sollozos de Adela, él habló.

—Creía,—dijo por último, y muy lentamente (¿cómo podía Adela saber que su voz era tan lenta y severa porque las lágrimas estaban muy cerca?)—Creía que tú eras diferente de todas las otras mujeres del mundo. Que la ciudad, y las cosas que la ciudad significa, no tenían importancia para ti. Que no tenían .. mucha importancia. Creía que tú podrías privarte de automóviles, y de teatros y de lujos. Creía que me amabas lo suficiente—lo suficiente para quitar su importancia a esas cosas. Hay un verso en la Biblia, "A dónde tú vayas, yo iré..." Algo parecido a eso. ¡Creía que tú sentías eso, Adela!

Todavía con la cabeza baja, Adela trató de hablar. Dos veces empezó a decir que las hermosas palabras de Ruth habían siempre encontrado un eco en su corazón. Pero las palabras murieron en su garganta. Y nada dijo. ¿Cómo podía decirle a Gordón que tenía miedo de ir con él? **Miedo.** ¿Que el ritmo de las selvas africanas llenaría su alma de terror?

Sin palabras, inarticulada, rígida, sintió que Gordón se separaba de ella; oyó sus pasos lentos que cruzaban el aposento. Y mientras anhelaba detenerlo—y no podía—oyó que la puerta se abría... y se cerraba. Fué sólo cuando otra puerta se cerró en la distancia, que Adela sollozó ruidosamente en la agonía de su espíritu adolorido.

HAY siempre una persona a quien nos volvemos en momentos de angustia. Y el espíritu de Adela se estaba ya volviendo hacia su tía, hacia su tía Carmen, que siempre estaba dispuesta a escucharla y a comprenderla.

Si su tía Carmen hubiera tenido un teléfono, la cosa habría sido más sencilla. Adela habría podido sollozar inmediatamente la primera noticia de sus dificultades con Gordón. Pero... bueno, se dijo a sí misma, llegaría a casa de su tía en cerca de tres horas. Tomaría una petaquilla y permanecería en la casa de su tía tres o cuatro días tal vez más

Cuando una está emocionada y llorando, se necesita tiempo aun para preparar una petaquilla. Eran casi las dos de la tarde cuando Adela, cubierta la cara con un velo para ocultar sus ojos enrojecidos por el llanto, salió de la casa. En la puerta se detuvo para dirigir la palabra a la doncella.

—Di a mi madre,—dijo,—que voy a pasar unos días con mi tía.

EL CAMINO se extendía ante ella. Adela, manejando su automóvil, bendijo este día de otoño y el aire fresco y vigorizante. Si hubiera sido un día de estío—tibio y tranquilo—no hubiera podido manejar. Pero había cierta cualidad de desafío en la brisa que agitaba el rojo y el bronce de las hojas moribundas. ¡Y el día era tan hermoso?

¡Porque... era un rompimiento! Las lágrimas subieron a los ojos de Adela, de manera que apenas si podía ver la cinta blanca del camino que se deslizaba bajo las ruedas veloces del automóvil. Ella sabía que el romance había terminado, que Gordón no volvería a su lado. ¿Y por qué había de volver?

CAIA la tarde, y el sol se hundía entre las sombras amatistas de las lejanas colinas, cuando el automóvil de Adela entró al camino que conducía a la casa de su tía. ¡Cuánta paz parecía encerrar aquella casa bañada por los últimos rayos del sol poniente—una casita blanca, tejos de los ruidos de la ciudad! Adela se sintió contenta porque su tía vivía en un lugar tan aislado, aunque con frecuencia se había preguntado cómo podía ella soportar la soledad de la casa. El caserío más cercano estaba a más de 15 kilómetros de distancia, y su tía no tenía siquiera teléfono. Pero esas cosas parecían no importar a su tía, y tampoco importaban a Adela, mientras que los candelabros estuvieran arrojando su luz y sintiera la mano de su tía sobre su mano.

Adela bajó de su automóvil. Cruzó lentamente el jardín y subió los tres escalones que conducían a la terraza. Sus pasos parecieron encontrar un eco solitario en la terraza. Y en el llamador que brillaba sobre la puerta, Adela vió un papel que la brisa movía ligeramente.

Con dedos que temblaban, Adela abrió la nota, y leyó:

"He ido a la ciudad a pasar unos cuantos días con mi sobrina. La llave está bajo la puerta".

Eso era lo que decía la nota. Sin duda había dejado la llave para el jardinero o para la lavandera...

ESTANCIAS

Por Francisco A. de Icaza

Este es el muro, y en la ventana,
que tiene un marco de enredadera,
dejé mis versos una mañana,
una mañana de primavera.

Dejé mis versos en que decía
con frase ingenua cuitas de amores;
dejé mis versos que al otro día
su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleda,
en aquel sitio de aquel sendero.
ella me dijo, con voz muy queda:
"Tú no comprendes lo que te quiero".

Junto a las tapias de aquel molino,
bajo la sombra de aquellas vides,
cuando el carruaje tomó el camino,
gritó, llorando: "¡Que no me olvides!"

Todo es lo mismo, ventana y hiedra,
sitios umbrosos, fresco emparrado,
gala de un muro de tosca piedra,
y aunque es lo mismo, todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;
entre las ramas hay otras flores,
hay nuevas hojas y nuevos ruidos
y en nuestras almas nuevos amores.

Con la nota en la mano, Adela se volvió hacia el lugar en donde su automóvil esperaba. Y de súbito vió que los colores habían desaparecido del cielo. Adela se apresuró a tomar la llave debajo de la puerta. No podía volver a la ciudad en la oscuridad del camino. Mejor pasar la noche en una casa vacía y aislada—en donde podía tener cuando menos luz y calor y la seguridad de puertas cerradas.

La casa estaba llena de sombras. Adela buscó inmediatamente una caja de cerillas, y luego, corriendo de cuarto en cuarto, encendió los candelabros y cerró las pesadas cortinas de las ventanas.

—Aquí pasaré la noche,—se dijo a sí misma.

Y se confesó que más bien descansaría mal en el sofá que hacer frente a la oscuridad de las escaleras o a las sombras del segundo piso, en donde las camas blancas esperaban ser ocupadas.

Sentada en el sofá, Adela trató de no pensar en Gordón. En Gordón cruzando—con la sonrisa en sus ojos intrépidos y un canto en sus labios—las selvas africanas. Trató una vez más de leer, pero el libro parecía insípido!

—En vano he luchado,—decía el héroe;—no puedo más. ¡Dejadme deciros cuán ardientemente os admiro y os amo!

Gordón le había revelado su amor de manera muy diferente. El no había luchado por ocultarlo. Sus labios habían sido como una llama—como una llama—contra los suyos. Se cubrió la cara con las manos. Y en el corredor el reloj dió las ocho.

¡Adela no hubiera podido decir cómo pasó aquella noche! Desde las ocho hasta las once permaneció sentada, sollozando a intervalos, en un extremo del sofá. Leyendo de vez en cuando un párrafo que parecía no encerrar significado alguno. Y mientras tanto, uno por uno, los candelabros empezaron a consumirse. Y la oscuridad pareció bajar de las escaleras, avanzar por el corredor, por la cocina, en donde un ratón se deslizó ruidosamente. Fué cuando el ratón se deslizó. cuando Adela cerró las puertas del salón y apagó algunos de los candelabros. Tenía que empezar a economizar la luz contra la llegada de las horas terribles que vienen antes de la aurora. De otra manera se quedaría en la oscuridad.

ADELA, dejando caer el libro, se irguió, rígida, en el sofá. Un ruido... ¿qué podía significar? Aquí, en el campo, en donde había tan pocos ruidos nocturnos. Aguzando el oído, escuchó. Confiando en que no hubiera más ruidos... y sin embargo, anhelando oir algo.

Y... oyó algo. Sobre el sendero enarenado que conducía a la terraza. Un sonido extraño y fantástico. Como si un cuerpo fuera arrastrado sobre la arena. Un cuerpo muy grande. Adela, con el corazón latiéndole apresuradamente, lo oyó avanzar por el sendero. Y lo más horrible era la lentitud con que parecía acercarse. Podía imaginarse una masa informe impulsándose con manos grandes y crueles. Acercándose a la casa vacía... a ella.

—Cuando llegue a la terraza moriré,—se dijo, mientras que la sangre le latía ruidosamente en las sienes.

¡Pero no murió! Ni aún cuando el ruido se acercó, más lentamente y por eso más horrible, a la puerta.

—Oh, Dios... oh, Dios... oraba Adela.—¡**Oh, Dios!**

Sus súplicas eran tan informes como el horror que se acercaba más a cada momento.

Y luego, de súbito, aquel ruido cesó. Cesó por completo y durante algunos segundos. Y Adela, con las palabras de una oración temblando en sus labios pálidos, oyó una voz. Una voz muy débil. Pero una voz que, por toda su debilidad, ella reconoció.

—Adela, dijo la voz, una voz tan baja que apenas si podía oirla.—Adela... ven... ¡pronto!... Y...

—¡**Gordón!**—sollozó Adela, al saltar del sofá—al correr por el corredor—olvidando en su angustia que estaba lleno de sombras... al abrir la puerta.

El estaba tendido en la terraza. ¡Gordón! En una posición fantástica y torcida. Sus manos—Adela, después de traer un candelabro podía verlas—estaban cortadas y arañadas por la arena del sendero. La sangre corría de una herida en la frente.

—¡Oh, Gordón,—sollozó Adela, al inclinarse hacia él,—oh, mi Gordón!

Pero Gordón había perdido el sentido.

ELLA pudo arrastrarlo hasta el salón. Corrió a la cocina—¿qué importaban los ruidos que había oído?—en busca de agua. Corrió escaleras arriba—olvidándose de la oscuridad—hacia el cuarto de baño en donde su tía tenía las sales aromáticas. Y con una almohada bajó su cabeza y las sales bajo la nariz, lo volvió a la vida. Y cuando sus ojos se abrieron, comprendió—más de lo que había comprendido—cuánto lo amaba.

—Supe que estabas sola.—murmuró Gordón.—Tu tía está en tu casa... vine... por ti.

—Vine de... prisa en mi automóvil. Choqué en la... oscuridad... con un... poste... y me quebré... esta pierna... Adela... ¿me amas?

Los labios de Adela le contestaron, posándose sobre los suyos.

ERA cerca de media noche, cuando ella terminó de hacerlo tan cómodo como pudo.

Una media noche muy negra. Su cabeza estaba vendada—su pierna descansaba en una almohada. Y Gordón levantó la vista y habló.

—Lo peor de todo,—dijo,—es que no hay teléfono en la casa. Y...—hizo una mueca de dolor.

—Y,—dijo Adela con voz tranquila,—tienes que tener un doctor tan pronto como sea posible. ¿Crees que puedes pasarte sin mí? Hay un caserío a menos de quince kilómetros. Puedo volver en menos de treinta minutos...

La voz de Gordón vaciló.—Puedo soportar esto hasta el amanecer,—dijo, como si una pierna quebrada fuera algo sin importancia.—No me agrada la idea de que salgas al camino cuando la oscuridad es tan profunda.

Pero ya Adela se estaba poniendo su abrigo. Y su mente estaba recorriendo los años de su vida—desde aquella noche, la primera vez que la niñera la había dejado sola, hasta esta noche en que se había estremecido al oir un ratón, y no había tenido el valor de subir las escaleras que conducían a la alcoba de su tía. Su mente la estaba llevando a todas aquellas noches pobladas de manos horribles. Y de súbito, Adela se dió cuenta de que eran sólo sombras. Que las manos—que se extendían hacia ella—nunca habían existido. Que los terrores informes no habían existido. Que, no importaba en dónde se encontrara, en un camino bordeado de árboles gigantes, o en medio de una selva africana—nunca existirían de nuevo. De súbito comprendió que eran sólo imaginarios. ¡Que sólo Gordón, herido y **necesitándola**, era real!

—¿Caminos oscuros?—dijo sonriendo.—¿Qué son caminos oscuros? Volveré muy pronto... con el doctor.—Y luego, al inclinarse, y rozar sus labios con los de ella, habló de nuevo.

—No tengo miedo,—dijo, y extraño como le pareció, maravilloso como le pareció, dijo la verdad,—no tengo miedo ahora... La oscuridad será más profunda que ésta... mucho más profunda... en las selvas africanas.

Menjou y la linda Greta Nissen

MENJOU EL DON JUAN DEL CINE

ES a Carlos Chaplin a quien debe el cine un artista como Manjou. Cuando se pensó en filmar la película "Opinión Pública", Chaplin buscaba, sin poderlo encontrar, un tipo que pudiera representar un personaje como somos casi todas las gentes, egoista, pero del todo desprovisto de bondad, que sacrificara muchas cosas a su placer, pero susceptible también de sacrificarse a sí mismo un poco cuando hacia falta. Un hombre, en fin, capaz de una buena acción y también de pequeñas maldades. Chaplin buscó y buscó y por fin encontró a Menjou. Desde entonces Menjou, es solicitado para todos aquellos papeles donde debe aparecer el perfecto tipo del boulevardero, del clubman. Su rostro fino, rasurado, donde se vé vagar errante una sonrisa siempre cínica y perfectamente irónica, parece el propio rostro de París, del París de la imaginación, de las terrazas de café, de las "Boites" nocturnas, y de los pequeños teatros del Bosque y de la Rue de la Paix. El París, en fin, de "la Vie Parisienne" y de cinco a siete. Personifica para nosotros el vividor simpático que vive en el Ritz, que posee un Hispano y algunos caballos de carrera. Generoso con sus amables y lindas amigas, él pierde sonriendo una fortuna al baccarat, que rehace en Deauville o en Biarritz. Terminada la estación, se marcha ha descansar en el castillo que le ha legado su familia.

Representa siempre un juego de epicuro que toma la vida por sus buenos aspectos y que acepta por adelantado todos los riesgos que pueden presentarse. Conoce aceptaciones y renunciamientos de los que no sería capaz un héroe. Momentos de breve tristeza, de ligera melancolía, que no le permite prolongar su filosofía de escéptico. La existencia es para él una aventura que él desea grata y que maneja con estilo y elegancia.

Uno de los mejores retratos de Menjou

Su vida

Menjou es hijo de padre y madre franceses, pero él nació en Estados Unidos. De niño, poseyó una salud muy frágil. Su abuela paterna que era quien estaba encargada de cuidarle, endulzaba sus dolores con lindas leyendas del país vasco.

Adolfo tiene un hermano, llamado Enrique, con quien hizo sus primeros estudios en Cleveland. Cuando estos estuvieron terminados, se vió obligado a buscar una carrera. El soñaba con ser oficial y su padre no se opuso a ello. La disciplina intensiva de la Escuela Militar, sirvió mucho a Adolfo, formándole un alma sólida y un coraje a prueba de contrariedades. Pronto, sin embargo, se cansó de la vida militar y quiso ser ingeniero. En la universidad de Cornell donde efectuó estos últimos estudios entró a formar parte de una compañía dramática. La vocación dormía en él, se despertó aquí. Primero quiso ser autor dramático, pero luego fracasó en tal empresa y algún tiempo después entró en la Vitagraph donde se le hizo un pequeño contrato. Luego se marchó también de allí a causa de lo mal que se remuneraba su trabajo.

Menjou y la guerra

Desde el principio de la guerra, Menjou se apasionó por esta gran aventura y fué uno de los primeros en enrolarse en las filas americanas para ir a combatir por Francia. Cuando vino el armisticio, Menjou retornó a Estados Unidos con la alegría de ver a sus amigos... y el temor de no encontrar una colocación.

Su carrera

Mucho tuvo que esperar Menjou, pero por fin su buena fortuna le hizo encontrar con William Worthington, que con su claridad y justa comprensión del cinema, le confió la administración de su producción. Luego encontramos a Menjou "partenaire" de Mabel Normand. Sin embargo, su nombre era todavía totalmente desconocido.

Por aquella época llegó a Nueva York, proce

Saliendo de su casa en Beverley Hills

Otra fotografía de Menjou y Greta en la película "La rubia o la morena"

dente de Florida, la joven Catalina Kinsley, que debutaba en el periodismo. Las necesidades de su trabajo, llevaban a Catalina con frecuencia al estudio donde trabajaba Menjou, y aunque ella no se percató gran cosa de su existencia, él se enamoró de la linda chica y con mucho mayor timidez de la que se podría esperar en el futuro don Juan de la escena muda, le pidió su mano.

La muchacha se sorprendió muchísimo, pero no debe haberse disgustado con el galán, porque treinta días después, novios ya, partían ambos a la Florida para obtener el permiso de la familia Kinsley. La familia Kinsley no puso buena cara a la demanda. El joven era un desconocido y además se gastaba mostachos... Pero, naturalmente, dió el consentimiento.

Las familias saben en Estados Unidos, que aquello es una pura fórmula que no todas las muchachas se guardan de tomar, y saben, además, que los novios se casan exactamente lo mismo con consentimiento o sin él.

En este país sin prejuicios de los Estados Unidos, existe, sin embargo, uno curioso: la mujer no trabaja una vez casada. El hombre se ha hecho para eso, y la tradición sólo autoriza el trabajo de las artistas después del matrimonio. Menjou tenía pues que pensar en mantener dos bocas en lugar de una, y marchó a California con su esposa, esperando obtener allá algo más de suerte. Pero no fué así. Las mismas respuestas en los estudios: "la distribución está completa, vuelva usted dentro de una semana, deje su nombre y una fotografía... en la primera ocasión, etc., etc.

Por fin obtuvo un rol que le tuvo ocupado cerca de tres samanas, en "La cautiva del caudillo Moro", que había de iniciar el gran éxito de Valentino, y luego Douglas Fairbanks le dió un papel, el de Luis XII en los "Tres Mosqueteros."

Chaplin le dió en seguida el rol de Pierre Revel en "La Opinión Pública", lo que contituyó para Menjou su primer gran triunfo.

Sus últimos films

Hace cuatro años que Menjou es célebre. Desde entonces, se ha convertido en los films un héroe a la Paul Morand que trata sus asuntos de Bolsa en pyjama, en su lecho, entre dos telefonemas, un vaso de agua helada y un periódico libertino. La Gran Duquesa y el Camarero y Las penas de Satán, han constituido después sus más grandes éxitos. Ultimamente ha filmado Rubia o Morena y acaba de terminar El Maitre d'hotel.

El hombre

Adolfo Menjou, quizas a causa de sus grandes dichas, y de las dificultades que ha tenido que vencer, es un hombre de carácter muy agradable y servicial con todo el mundo. Puede decirse que tiene el corazón en la mano y la mano en el bolsillo para las necesidades de todos sus amigos pobres. Por lo demás, es un modelo de buen sentido, de tacto y de modestia. Posee la coquetería de la simplicidad, ignora el bluff completamente. Tiene un gran sprit, pero no el tan habitual de los estudios cinematográficos que consiste en criticar y denigrar. Es amado en el estudio por sus compañeros y goza entre los humildes que trabajan para él, de una enorme popularidad.

Algunas anécdotas

Un día que Menjou hojeaba un álbum de fotografías viejas, uno de sus huéspedes se admiró que en épocas en que Menjou se debatía en una situación financiera muy precaria, vestía, sin embargo muy elegantemente. Menjou respondió: Tened el aire próspero y la prosperidad vendrá hacia vosotros. Es preciso no dar jamás la impresión de ser desgraciado, porque las gentes que os encuentran, atravesarán la calle para no veros, y puede ser que alguna de ellas pudiera seros útil.

No se debe distraer el mundo con el relato de vuestras desdichas, porque os hacéis despreciar inútilmente. Mi abuela me enseñaba esto constantemente, repitiéndome siempre el proverbio francés: "Es mejor inspirar envidia que piedad."

Profesión de fe:

"Si debiera recomenzar mi vida, sería artista de cine. Si el cinema no existiera, sería artista de teatro, y si en el teatro no hubiere lugar para mí, sería maquinista o electricista, porque no me siento capaz de vivir en otra parte que en la atmósfera de humo de los estudios."

Cuando alguien pregunta a Menjou por qué no se corta sus bigotes, dice que porque ellos son

Menjou es un papá feliz: su hijo es su mejor camarada

sus fetiches. Recuerda que gracias a ellos obtuvo su primer rol, y piensa que les debe, siquiera sea por este motivo un poco de gratitud.

En tanto que tantas estrellas procuran epatar a sus camaradas con sus modales extravagantes, Menjou lleva una vida sencilla y simple. Rara vez usa para dirigirse al estudio su magnífico Packard y su chauffeur negro, prefiere usar su Ford que dirige el mismo; cuando llega al estudio se lamenta de que no sea plegable para meterlo en su bolsillo interior.

Adolfo Menjou, no lleva jamás dos veces la misma corbata. Por este motivo es asaltado en todas partes por los camiseros que le ofrecen los más suntuosos ejemplares. Hace poco adquirió de un golpe, doce docenas de las más hermosas y se le pasó una cuenta de 1,500 dolares en total.

Adolfo Menjou está en trámites de divorcio. A este respecto ha declarado:

"El matrimonio no es para un artista de cine. No hay el tiempo necesario para dedicarse a su esposa tanto como ésta tiene derecho a exigir de su marido. Además, existen las admiradoras, y por poco celosa que sea una mujer ¡qué de escenas todos los días!

VIAJE DE INSPECCION.

APENAS tomó posesión de su alto cargo el general Jonesco, recientemente nombrado director de los ferrocarriles de Rumania, quiso cerciorarse por sí mismo del fundamento que pudieran tener las quejas acerca de las malas condiciones en que se viajaba en el país y de la conducta irregular de algunos empleados ferroviarios, que explotaban, descaradamente e indignamente, a los viajeros.

A efecto, decidió hacer un viaje de inspección sin previo aviso, sólo, disfrazado con una barba postiza y vestido con modesto traje de paisano.

Y en ese viaje ha visto cosas curiosísimas.

En primer lugar, en el despacho de billetes le cobraron por el suyo el doble del precio marcado en la tarifa.

En el momento de pasar al andén, el empleado encargado de vigilar la entrada le hizo observar que el billete carecía de algunos requisitos reglamentarios; pero para evitar molestias al viajero, y mediante una propina, accedió a franquearle la puerta.

No había acabado el general de instalarse en un compartimiento, cuando un nuevo empleado reparó que el billete tenía equivacada la fecha, y... la cosa se arregló con otra propina.

A poco de haberse puesto en tren en marcha, el inspector de ruta impuso al general una multa de 30 leis, ¡porque no fuma yendo en un compartimento de fumadores!

Así comenzó el viaje de inspección del general Jonesco.

*

ANECDOTA.

EL presidente M. de Harlay, célebre magistrado francés del siglo XVIII, tenía fama de ser hombre de muy mal genio.

Un día, la duquesa de la Ferté que seguía un pleito ante el tribunal presidido por de Harlay, fué a ver a éste para interesarle en su favor; pero, apenas iniciada la conversación, hubo de soportar una brusquedad de lenguaje del presidente, y la duquesa, al oirla, dió por terminada la entrevista y se marchó, murmurando al salir:

—¡Viejo mono!

De Harlay la siguió, sin decir una palabra, y la acompañó hasta dejarla en su carroza, despidiéndola con gran reverencia.

Poco tiempo después se falló el pleito en favor de la duquesa, la cual se apresuró a visitar a de Harlay.

Amabilísima, deshaciéndose en sonrisas y en palabras corteses, le manifestó su agradecimiento.

De Harlay la dejó decir, y se limitó a contestarla tranquilamente:

—Señora, estoy muy satisfecho de que un viejo mono haya podido complacer a una mona vieja.

HEMOGLOBINA

ANTIFIMICA FERRAN (Gotas)

HEMO-VIVA-ANTITOXICA. Hipermunizando caballos con Alfas, se obtiene el SUERO ANTIALFA y este gran tónico antituberculoso, que con un frasco, máximo $ 15, cura y da vida aun al que por tisis, estados febriles, inapetencia, anemia, agotamiento, raquitismo, esté al borde de la tumba. Si sigue postrado es porque quiere; Anti-Alfa o Anti-fímica es Vida.

VACUNA ANTI-ALFA FERRAN (Inyecciones)

Profilaxis de la Tuberculosis y en tan alto grado, que es solución al problema. Exito en Pre-Tuberculosis, procesos inflamatorios, eritomas, asma, convulsiva, toses rebeldes, períodos irregulares y enfermedades de etiología oscura que las producen. Microbios Alfas. Absoluta inocuidad. Certificado de mundiales enimencias médicas ocupan cientos de brillantes páginas. POR REAL DECRETO DECLARADA OBLIGATORIA EN ESPAÑA. (Base: Bacterias Alfas). Buenas boticas y R. Ribot. Casilla, 1485, Santiago.

CASOS Y COSAS.

A mediados del siglo XIII el Papa Urbano IV, francés de nación, y Cisterciense, instituyó la solemnidad del "Corpus".

El Rey S Fernando III de León y II de Castilla fué hijo de la reina Berenguela: ordenó las "Leyes de la Partida", y estableció "el Consejo de Castilla". Fué aclamado rey en Valladolid el 1.º de julio de 1217. Murió en el día de 31 de mayo de 1252, en la ciudad de Sevilla, donde se conserva su cuerpo incorrupto.

Copérnico era natural de Torn (Prusia); fué doctor en Medicina.

La consorte que elija todo hombre juicioso ha de tener seis PP., "Puella, Pia, Prudens, Pulchra, Pudica y Potens".

El arca de Noé, después del diluvio, se cree, vino a fondear sobre el monte "Ararat", al pie del cual nacen el Tigris y el Eufrates.

El padre Kirker fué el inventor de la linterna mágica.

El teniente.—Le falta una estrella en el kepi.
El soldado.—Oh, mi teniente, debe ser una estrella filante.

*

¡HOGAR, DULCE HOGAR!

(Shakespeare).

LA amabilidad del señor Gutiérrez me brinda la ocasión de charlar con las lectoras de su distinguido semanario. Con estas cuartillas le envío mi agradecimiento; mi agradecimiento y un recibo por el importe de mi trabajo.

Según todas las revistas femeninas, sigue estando de moda la cretona para el adorno de nuestros hogares. ¡Qué lindas combinaciones se pueden hacer con la cretona! ¡Qué niditos más acogedores podemos conseguir con ella!

Yo he confeccionado un perchero con una tabla de lavar y un palo de escoba cortado en pedacitos y cubierto todo con una cretona amarilla, formando pabellón por un lado y con unos bullones recogidos con un lazo azul húsar por el otro, que aunque me esté mal el decirlo, es un verdadero encanto. ¡Hay que ver la impresión que le hizo el otro día al chico de la tienda! Se estuvo un cuarto de hora embobado, mirándolo, y no se fué hasta que salió mamá y le pagó la factura.

¡Pues, y en camas turcas! ¿Qué sería de las evocadoras camas turcas sin la cretona? Tengo yo una, también creación mía, que, no es porque esté yo delante, pero es un verdadero primor. Verán ustedes cómo la hice: Fuí y cogí la tabla de planchar y la puse sobre las patas de una silla que habíamos jubilado en mayo último. Luego, puse una almohada sobre la tabla y lo cubrí todo con una cretona granate morrón. El resultado es definitivo, y el morrón que se da uno al sentarse, si no toma precauciones, también.

Otro día, amables lectores, hablaré a ustedes de mis habilidades como cocinera. Papá opina que la sección debe llamarse "Arte culinario", pero yo estoy buscando otra palabra que suene mejor, tratándose de cosas de comer.

MIOSOTYS.

*

CLARA BOW ES LA QUE MAS ENAMORADOS TIENE

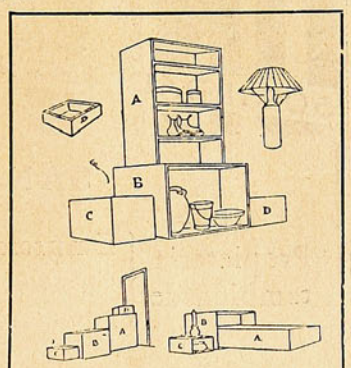
A los primeros actores cinematográficos que trabajan en Hollywood debiera servirles de experiencia lo acaecido a Ulises en el mar Lorelei. El ídolo griego, para evitar que sus tripulantes se arrojaran al agua atraídos por el canto de las sirenas, se vió en la necesidad de taponarles los oídos.

La bella artista Clara Bow debe ser la encarnación de una de estas sirenas. No pasa una semana sin que algún galán de la pantalla anuncie su boda con ella.

Al parecer, no hay hombre, que, después de conocer y tratar a la actriz dos días seguidos, no pierda la cabeza por sus pedazos. Si éste es casado, se apresura a gestionar el divorcio; pero a los pocos días se encuentra con que la tornadiza Clara lo ha sustituído por otro.

El último escándalo de esta naturaleza lo promovió con el primer actor Gary Cooper, con quien trabajó en una película. Lo "flechó" y cuando Cooper se disponía a casarse, resultó que Clara anunciaba por otro lado su casamiento con un nuevo prometido.

Lo dicho: ¡los galanes de Hollywood deben taparse los oídos cuando hablen con Clara Bow!



Modelo de habitación económica para recién casados, con pocos posibles.

Se trata de sacar el mayor partido posible a cuatro cajones y a una botella de vino.

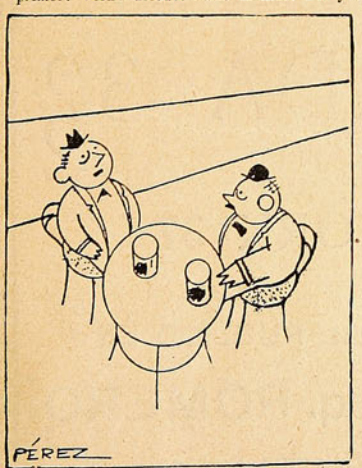
Colocados los cajones, como se indica en la parte superior, hacen el efecto de un bonito armario, muy práctico, para guardar todos los objetos de uso doméstico.

En la posición segunda, abajo a la izquierda, sirven de escalera para limpiar los montantes y para formar una barricada detrás de la puerta, cuando a primeros de mes suben esos pelmazos: casero, lechero, carbonero, etc.

Tercera posición, abajo a la derecha; muy práctica para la hora de comer o para servir el te a las amistades.

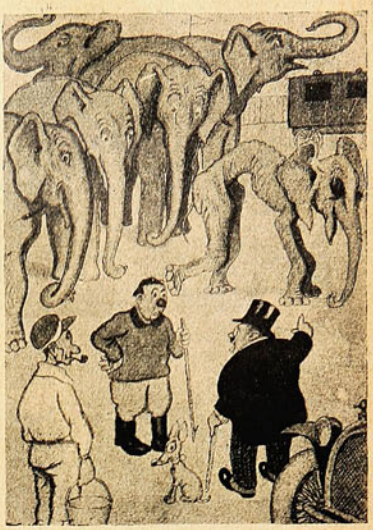
El modelo de lámpara, arriba a la derecha, es muy sencillo. La botella del vino, con un cabo de vela y una pantalla de papel, tipo verbena, luce que es un primor.

Y, por último, el cajón D, arriba a la izquierda, es muy práctico. Durante el día sirve de sombrerera o de "secreter", y por la noche, con ta un mueble muy necesario, si tie un poquito de serrín o arena, resu nen ustedes gato.



—Si un individuo le llamase idiota, ¿qué haría usted?
—Un individuo, ¿de qué talla?

UNA ELEGANTE
Por J. Xaudaro



El Barnum.—Oiga, "Cornak", ¿qué le pasa a esa elefanta?
El "Cornak".—¡"Na"! que se nos ha vuelto coqueta, y le ha dado por conservar la línea.

*

CASOS Y COSAS

Temístocles murió a la edad de 68 años de resultas de un fuerte veneno que tomó él mismo en presencia de sus amigos.

La E era una letra numeral que entre los romanos valía 250, y con una rayita encima 5,000.

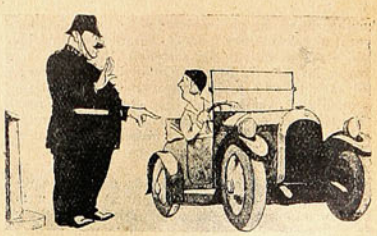
"Dábale arroz a la zorra el abad". Esta oración deletreada de derecha a izquierda, dice lo mismo que de izquierda a derecha.

Ovidio nació el mismo día de la muerte de Cicerón.

El agua gasificada, o en el estado de vapor, ocupa un espacio 1,700 veces mayor que en el estado líquido.

Del rey Alfonso X de León y IV de Castilla, (llamado por sobrenombre, el "Sabio"), cuentan que leyó 14 veces la Biblia; y fué el primero que dió leyes e hizo escrituras en romance, pues antes se extendían en latín.

Exasperados los Sicilianos con los tributos y vejaciones de los franceses, y en virtud de una conspiración tramada por el emperador Miguel Paleólogo, convinieron el día y hora, tomaron por señal el toque de las campanas a vísperas en el tercer día de la Pascua de Resurrección (30 de marzo de 1282), y a la hora de la señal convenida dieron simultáneamente contra los franceses que había en la isla, y los pasaron a cuchillo en número de 8,000.—De aquí proviene el dicho de las "Vísperas Cicilianas", de fatal memoria para los franceses.



Poli irritado.—¿No vió mi mano? ¿Por qué paró?
Dama cachazuda.—Creí que la sacaba p virar...

IDILIO SALVAJE, por Juan Carlos Dávalos

I

MEDIO día. En el trigal de la hoyada, Junto al cerco, Faustila Renfiges, la pajarera, comía, extrayendo de su olnita, con una cuchara de palo, su ración de locro.

Al otro lado del cerco, entre inmensos pedrones grises, murmuraba el arroyo, de donde la chinita había traído, en una escudilla, el agua para beber. Follajes de acacias y de algarrobos tamizaban, en aquel sitio, la luz dorada y tibia del sol de diciembre.

Todos los días, desde que el trigo comenzó a madurar y ella a rondar, almorzaba allí, solita, la pajarera.

Esta vez, mientras masticaba, calmosa, su maíz sazonado con charqui, estaba recordando un percance que a esa misma hora le sucediera pocos días antes. Y fué que el Tomasito Chocobar, dejando en el cerro del frente las cabras que cuidaba, había caído sobre ella como el halcon cuando asalta de improviso a la paloma en la soledad del soto. ¡Pero ella se defendió del atrevido con recios mojicones y en lucha cuerpo a cuerpo derrotó a su agresor y lo despachó mohino y con viento fresco, haciéndole zumbar además, unos cuantos hondazos por la cabeza.

Y ahora sonreía la Faustina, contenta de su triunfo sobre aquel rapaz que presumía de irresistible entre las pastorcitas de Tacuil. Cierto que era simpático el muy osado, y que ella, quizá, después de todo, no lo quería mal. Pero no le gustaban los mozos consentidos que andan a la pesca de amoríos, inconstantes y lindos como el keuti.

II

Acabado el almuerzo, requirió el vellón y la rueca, colgóse al cuello la honda de lana y paso a paso, mientras hilaba, comenzó a caminar por la senda que sus ojotas, a fuerza de rondar, habían trillado por junto a los cercos en todo el contorno del vasto sembradío.

De los saucedales vecinos al arroyo, y de los viejos algarrobos que sombreaban aquí y allá la sementera, se descolgaban a picotear el trigo ávidas bandadas de palomas, de tordos y jilgueros. La pajarera emitía entonces, para ahuyentarlos, gritos largos, agudos, como de alimaña montaraz, o agitaba en alto su blanco chambergo ovejuno, o lanzaba con su honda certeras pedradas.

El día entero, del alba al crepúsculo, se lo pasaba en la simple y celosa brega.

Parecía, vagando desgarbada entre los trigos amarillentos, con su camisa blanca, su ancha pollera azul y su gran chambergo, un espantajo que por brujería se hubiese echado a andar.. Los pájaros avizores ya, la presentían y como chicuelos burlones que eluden el castigo, se dispersaban al oir desde lejos sus pasos, dejando en la tierra soleada tendales de grávidas y rotas espigas.

Sobrábale tiempo a la chinita, en tantas y tan largas horas tediosas, para hilar el vellón traído de su casa; y así, mientras vigilaba, sus manos sostenían maquinalmente la rueca girando al aire la "puiscana" infatigable de los pastores calchaquíes.

Era el tiempo en que brotan en los ásperos cerros de piedra el amancay amarillo y el amancay blanco, cuando la abeja salvaje canta en torno a los bravos cardones por libar la miel espesa de las pasacanas; el tiempo de la azucena blanca y de la azucena roja, que salpican los pardos eriales con manchas de sangre y de nieve; cuando el eterno viento de la cordillera se vuelve tibio y manso, se humedece y se carga con fuertes aromas de menta y de jarilla.

Y aquel sol fecundante que abría las corolas en los cerros desiertos y sazonaba las espigas en el valle fértil, movía también el corazón, caldeaba la sangre de la humilde pajarera, y ponía en sus grandes ojos oscuros el azoramiento de los primeros amores. Sorda gestación del instinto, indefinida inquietud, imperiosa como la madurez de la flor.

La Faustina Renfiges amaba.

¿A quién o a qué?

Amaba quizá su bonita honda de lana, delgada y overa, cuyos ramales gemelos caían rozándole los mórbidos senos cuando ella caminaba distraída.

Amaba tal vez el intenso azul del cielo, bruscamente cortado allá en la altura por el filo del cerro inmediato. Amaba, tal vez, el destello fugaz del Keuti, cuando aletea un punto sobre la retama florida, y se pierde como una roja chispa en el aire vibrante de reflejos verdosos.

III

Habíase detenido, medio agobiada por el bochorno, en una gruta de follajes, junto al cerco, a la sombra de una acacia. En aquel sitio escondido y fresco sobresalía dos palmos del suelo una maciza [illegible] de granito gris que mostraba, por la depresión labrada en su centro, haber servido de maray, [illegible] pos remotos, a los antiguos pobladores del

[illegible]ióse al borde de la piedra sitiendo en los [illegible] desnudos el cosquilleo de las gramillas tem[illegible]sas, y al levantar los ojos cansados de ensueños y de sol, vió con sorpresa delante de ella, la figura desarrapada y resuelta de Tomasito Chocobar.

Silencioso como una aparición, el rapaz fuése acercando hasta caer sentado sobre los talones, a los pies de la huraña chinita. Quitose luego el rotoso chambergo, suspiró como fatigado de haber andado mucho, y, sin decir palabra, clavó sonriendo sus pupilas vivaces en los hermosos ojos de de su enemiga. Largo rato estuvieron así, contemplándose frente a frente.

No se miran de otro modo, fascinados por el ciego instinto, dos vicuñas jóvenes que se encuentran al acaso en una vega solitaria de los Andes. Pero la sonrisa del pastor se fué cambiando en leve mueca de amargura y con la humedad cristalina del llanto, sus pupilas titilaron como estrellas.

Ante aquella queja muda, sintiéndose invadida por extraña laxitud, ella preguntó, dulcemente:

—¿Y por qué lloráis, pues?

El pastor, con voz entrecortada, casi en secreto, como temiendo que sus palabras llegasen a otros oídos, le declaró su amor, y le confesó que lloraba de pena, que lloraba porque ella lo había vencido en la lucha, que lloraba porque ella, siendo una mujer, lo había corrido con una honda, como se espanta al zorro dañino que acecha a la majada.

La Faustina Renfiges, enternecida se arrellanó en su duro asiento, dió un gran suspiro de alivio, se desperezó largamente:

—¡Bah!... dijo. ¡Desforzada estoy hoy día, Tomasito!

Y se tendió de espaldas en el cóncavo lecho de piedra

VARIEDADES

EN América y Oceanía, desde que votan las mujeres, ha mejorado notablemente la condición de los obreros. Nueva Gales del Sur ha admitido el principio del salario mínimo; en Australia el aumento de jornales se ha logrado por medio de consejos femeninos; en Nueva Zelandia se ha promulgado, gracias a la mujer, una ley sobre accidentes del trabajo y se ha impuesto el arbitraje obligatorio. En Colorado se han creado los cargos de inspectores e inspectoras del trabajo.

EN un Congreso del frío artificial, celebrado en Toulouse hace algún tiempo propúsose una interesante aplicación de la refrigeración, que, aunque un tanto dudosa aún para aplicarla a pies juntillas, es digna, no obstante, de tenerse en cuenta. Partiendo del hecho de que la mayor mortalidad de los recién nacidos se produce en las épocas de calor, y teniendo en cuenta que el calor no sólo favorece las alteraciones de la leche y la reproducción de los microbios, sino que ejerce una influencia directa sobre el organismo, el doctor E. Apert, médico de los hospitales, declaró su convicción de que las habitaciones ocupadas por niños de pecho propensos o atacados de gastroenteritis deben ser enfriadas artificialmente, pues que tan lógico es en patología como en fisiología enfriar las habitaciones en verano como caldearlas en invierno. Recomienda, pues, el citado doctor que durante el verano se mantengan a baja temperatura los aposentos o salas de hospital donde haya niños pro[illegible] la gastroenteritis

EL ALMACEN CENTRAL DE

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

SANTIAGO

Propietaria también de { Empresa Zig-Zag. / Soc. Imp. y Litog. "Concepción". / Emp. Gráfica. Artículos Réclame "EGAR"

SE ESTÁ INSTALANDO EN

AHUMADA 32

Y

NUEVA YORK 37

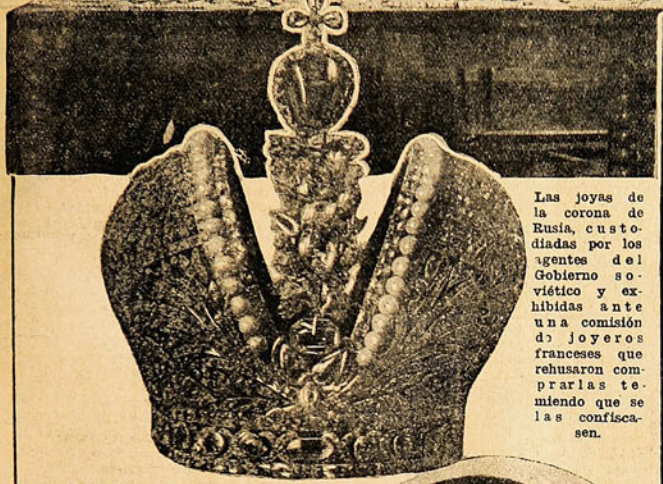
ATIENDE ADEMÁS AL PUBLICO EN

MATUCANA esq. ROMERO

a media cuadra de la Estación Alameda

TELEFONO 257 - ESTACION - CASILLA 1017

LAS JOYAS AVALUADAS EN 300.000,000 DE DOLLARS Y QUE NADIE SE ATREVE A COMPRAR



Las joyas de la corona de Rusia, custodiadas por los agentes del Gobierno soviético y exhibidas ante una comisión de joyeros franceses que rehusaron comprarlas temiendo que se las confiscasen.

La corona imperial, mandada fabricar por Pedro El Grande en 1721. Esta corona es el ejemplar más valioso de la colección.

LAS joyas de la corona de Rusia, acumuladas durante siglos de tiranía y barbarie constituyen la colección más valiosa que existe. Modestamente, puede estimarse su valor en 300.000,000 de dólars. Después de la caída del gobierno del Czar, toda esa gran riqueza cayó en manos de los feroces proletarios rusos conocidos con el nombre de bolcheviques.

¿Qué han hecho los bolcheviques con las joyas? Han corrido rumores que algunos de los más hermosos ejemplares han sido vendidos a millonarios americanos; que algunas mujeres rusas han sido vistas en Monte Carlo y en otros alegres balnearios franceses llevando joyas de maravillosa belleza y se habla particularmente de una tal Mme. Víctor, de quien se dice que era la favorita de Lenín. El gobierno bolchevique no puede deshacerse de estas joyas porque serían reclamadas por la familia de los Romanoff por los gobiernos extranjeros, como pago del dinero que han prestado a Rusia. Pero existen fuertes sospechas que muchos de los ejemplares más valiosos faltan ahora en la colección. Se dice que la familia Dodge de Detroit, importó recientemente de Europa el collar de perlas más perfecto que se conoce, compuesto de trescientas ochenta y nueve perlas perfectas y avaluado en cinco millones de dóllars. Se cree que este collar sea el célebre collar que perteneció a la Emperatriz Catalina La Grande. Ningún joyero ha podido explicar el origen del collar de los Dodge, sino diciendo que es el collar de la Emperatriz Catalina

Miss Delfina Dodge Clonwell, que compro el collar avaluado en cinco millones de dóllars y se cree ser el que perteneció a Catalina La Grande.

Una de las más famosas joyas de la corona de Rusia es el famoso diamante Orloff, adquirido por el Príncipe Orloff para la Emperatriz Catalina

Todas estas joyas se exhiben ahora en el tesoro del gobierno soviétista. Allí se ven joyas históricas que dicen sangrientas y trágicas historias y que han pasado por las manos de Cleopatra, Mesalina, Tamerlan, Gengis Kan, Ivan el Terrible y otras célebres figuras de la historia. Entre ellas ocupa el lugar principal la corona imperial de los Romanoff que pesa más de dos kilos y está cubierta de diamantes de cuatro mil quilates y circundada de otras piedras preciosas. La corona fué ordenada fabricar por Pedro el Grande en 1721, insertando en ella muchas joyas célebres en la historia.

Pero la más notable de todas estas gemas es el diamante Orloff, que pesa ciento noventa y cuatro quilates tres cuartos. Según los archivos históricos, el diamante Orloff perteneció al Gran Mogol y simbolizó todos los crímenes y todo el esplendor del imperio Mogol.

El imperio Mogol existió durante un breve período de esplendor y de tiranía y entonces en 1739 Shah Nadir, un bravo jefe de Persia, se dejó caer como un rayo sobre Delhi, capturó la capital y la saqueó. Entre el botín recogido se contó el famoso trono del Pavo Real con sus maravillosas joyas que Shah Nadir se dejó como parte de su propio botín. Poco después este jefe pereció a manos de sus feroces vasallos y durante el desorden que creó la rebelión un soldado francés que había desertado del ejército de su nación e ingresado al de Shah Nadir concibió la idea de robar el gran diamante. Una noche oscura y tempestuosa se introdujo en la Sala del Trono disfrazado de fakir y se robó el diamante. El atrevido soldado abandonó inmediatamente los dominios del Czar y consiguió llegar a Madras, posesión inglesa en la costa, con su maravillosa presa. Allí la vendió por diez mil dóllars a un capitán de un barco inglés y se dedicó a disipar su pequeña fortuna. Se dice que poco

(Continúa en la pág. subsiguiente)

Las perlas del collar de los Dodge.

EL JARDIN DE LOS POETAS

SALMO DE AMOR — Por Eduardo Marquina

¡Dios te bendiga, amor, porque eres bella!
¡Dios te bendiga, amor, porque eres mía!
¡Dios te bendiga, amor, cuando te miro!
¡Dios te bendiga, amor, cuando me miras!
¡Dios te bendiga si me guardas fe:
si no me guardas fe, Dios te bendiga!
¡Hoy que me haces vivir, bendita seas:
cuando me hagas morir, seas bendita!
¡Bendiga Dios tus pasos hacia el bien:
tus pasos hacia el mal, Dios los bendiga!
¡Bendiciones a ti cuando me acoges:
bendiciones a ti cuando me esquivas!
¡Bendígate la luz de la mañana
que al despertarte hiere tus pupilas:
bendígate la sombra de la noche,
que en su regazo te hallará dormida!
¡Abra los ojos para bendecirte,
antes de sucumbir, el que agoniza!
¡Si al herir te bendice el asesino,
que por su bendición Dios le bendiga!
¡Bendígate el humilde a quien socorras!
¡Bendígante, al nombrarte, tus amigas!
¡Bendígante los siervos de tu casa!
¡Los complacidos deudos te bendigan!
¡Te dé la tierra bendición en flores,
y el tiempo en copia de apacibles días,
y el mar se aquiete para bendecirte,
y el dolor se eche atrás y te bendiga!
¡Vuelve a tocar con el nevado lirio
Gabriel tu frente, y la declare ungida!
¡Dé el cielo a tu piedad don de milagro
y sanen los enfermos a tu vista!
¡Oh, querida mujer... ¡Hoy, que me adoras
todo de bendiciones es el día!
yo te bendigo, y quiero que conmigo
Dios y el cielo y la tierra te bendigan!

CANCION DE LA PRIMAVERA — Por Pablo Piferrer

Ya vuelve la primavera:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Tiende sobre la pradera
El verde manto—de la esperanza.

Sopla caliente la brisa:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Las nubes pasan aprisa,
Y el azur muestran—de la esperanza.

La flor ríe en su capullo:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Canta el agua en su murmullo
El poder santo—de la esperanza.

¿La oís que en los aires trina?
Suene la gaita.—ruede la danza:
—"Abrid a la golondrina,
Que vuelve en alas—de la esperanza."—

Niña, la niña modesta:
Suene la gaita.—ruede la danza:
El mayo trae tu fiesta
Que el logro trae—de tu esperanza.

Cubre la tierra el amor:
Suene la gaita,—ruede la danza:
El perfume engendrador
Al seno sube—de la esperanza.

Todo zumba y reverdece:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Cuanto el son y el verdor crece,
Tanto más crece—toda esperanza.

Sonido, aroma y color
Suene la gaita.—ruede la danza:
Unense en himnos de amor,
Que engendra el himno—de la esperanza.

Morirá la primavera:
Suene la gaita.—ruede la danza:
Más cada año en la pradera
Tornará el manto—de la esperanza.

La inocencia de la vida
(Calle la gaita.—pare la danza)
No torna una vez perdida:
¡Perdí la mía!—¡ay mi esperanza!

¡QUIEN SABE!

Por José Santos Chocano

Indio que asomas a la puerta
de esa tu rústica mansión,
¿Para mi sed no tienes agua?
¿Para mi frío, cobertor?
¿Parco maíz para mi hambre?
¿Para mi sueño, mal rincón?
—¡Quién sabe, Señor!
Indio que labras con fatiga
tierras de que otros dueños son,
¿ignoras tú que deben tuyas
ser, por tu sangre y tu sudor?
¿Ignoras tú que audaz codicia,
siglos atrás, te las quitó?
¿Ignoras tú que eres el amo?
—¡Quién sabe, Señor!
Indio de frente taciturna
y de pupilas sin fulgor,
¿qué pensamientos es el que escondes
en tu enigmática expresión?
¿Qué es lo que buscas en tu vida?
¿Qué es lo que imploras a tu Dios?
¿Qué es lo que sueña tu silencio?
—¡Quién sabe, Señor!
¡Oh raza antigua y misteriosa
de impenetrable corazón,
que sin gozar ves la alegría
y sin sufrir ves el dolor:
eres augusto como el Ande
el Grande Océano y el Sol!
Ese tu gesto que parece
como de vil resignación
es de una sabia indiferencia
y de un orgullo sin rencor...
Corre en mis venas sangre tuya;
y, por tal sangre, si mi Dios
me interrogase qué prefiero
——cruz o laurel, espina o flor,
beso que apague mis suspiros,
o hiel que calme mi canción—
responderíale dudando:
—¡Quién sabe, Señor!

REGRESO AL HOGAR

Por Guerra Junqueiro

¡Cuántos años hace que salí, llorando,
de este nostalgioso, cariñoso hogar!...
¿fué hace veinte?... ¿treinta?... Ni lo sé ya cuándo:
—Aya la mi aya, que me estás mirando:
¡canta y tus cantigas me harán acordar!

Di la vuelta al mundo, la vuelta a la vida.—
Tan sólo hallé engaños, decepción, pesar...
Tengo el alma ingenua toda alicaída...
—Aya la mi aya, que estás arrecida
¡canta, y tus cantigas me harán suspirar!...

Vengo de cansancios y dolor, deshecho;
en mi cara hay surcos de tanto llorar,
¡nunca me saliera de mi nido estrecho!
—Aya la mi aya, que me diste el pecho,
¡canta, y tus cantigas vuélvanme a cunar!

Dióme Dios otrora, viático hechicero,
oro de astros, velo de claro lunar;
pero me robaron a medio sendero;
—Aya la mi aya, soy un pordiosero,
¡canta tus cantigas que hacían llorar!

Y como antes, en tu regazo amado,
(¡vengo muerto, muerto!...) ¡déjame ocultar!
¡Ah, tu rapazuelo llega tan cambiado!...
—Aya la mi aya, ¡llega tan cambiado!
¡canta tus cantigas que hacían soñar!

Cántame cantigas reposadamente,
tristes, tristes como la luna y el mar...
¡Canta, a ver si logro que el alma doliente
se me haya dormido, cuando, finalmente,
la Muerte piadosa me venga a buscar!

LA LLUVIA NO DICE NADA — Por Pedro Miguel Obligado

Mientras muere el día,
llueve.
Es una agonía
breve.
La ciudad se queda abrumada,
con la tristeza de la hora.
La lluvia no dice nada
y llora.
Ciérranse puertas y vidrieras,
huye la gente
como de un mal, por las aceras;
y un hombre mira, indiferente.
La lluvia parece cansada
cual un rosal que se desflora;
no dice nada, nada, nada,
y llora.
Viene mandada por el río,
soltando besos de frescura,
deshace en gotas el envío,
para que alcance su ternura.
Pero al sentirse rechazada,
se vuelve un poco más sonora:
Va a hablar... y al fin, no dice nada,
y llora...

La lluvia tiene algo de loca;
gime un recuerdo de canción;
todo la irrita, en todo choca
su vagorosa obstinación.
Ve la ciudad atormentada,
y la campiña verde añora;
no dice nada,
y llora...
¿Mira en el pueblo tanta pena,
que no hace más que lagrimear?
¿O forma un lienzo de tan buena,
porque nos quiere consolar?
¿Es que se sabe desdeñada,
y que su inútil fin deplora?
No dice nada, nada, nada,
y llora...

Sobre el muerto día,
llueve
una melodía
leve.
La ciudad se queda encatada
bajo una luz que se evapora...
La lluvia no dice nada,
y llora...

PAGANA — Por José Santos Chocano

No os ofendáis, señora,
porque esta vez a vuestro oído llega
el verso amante del que en vos adora
las formas sólo de la estatua griega.

Dejad que mi alma esculpa
vuestro perfil olímpico de Diosa
con cinceles de amor. ¿Tengo la culpa
de que sea yo artista y vos hermosa?

Arte soy, vos belleza;
y dejaros de amar fuese un ultraje:
no grabaré mi nombre en la corteza,
pero quiero dormir bajo el follaje...

¿No os place ver la estatua
que en el museo artístico descuella,
no neciamente desdeñada y fatua,
pero como segura de ser bella?

A mí me place el firme
molde en que se vació vuestra hermosura
¡Bajo el golpe traidor quiero morirme,
como César, al pie de una escultura!

Por eso, ya que en vano
os quisiera estrechar de ardores lleno,
dadme ese traje que ceñís tirano
en que resalta vuestro ebúrneo seno.

Hundiera en él mi frente;
y aspirara, con fiebre voluptuosa,
el perfume impregnado que se siente
como una tibia emanación de rosa.

¡Sí! Yo os quiero mirar, señora mía,
desnuda al fin correr por el boscaje.
Diosa desnuda de la selva umbría:
tal vez mi sombra os servirá de traje.

ALGUNOS ECOS DE LA MODA

por

Mari-Sol

Rizos en la nuca.

COMO características generales de la moda, sigue predominando la silueta fina y esbelta, si bien privada de la rigidez de anteriores temporadas en virtud de plegados, movimientos y líneas ondulantes que le dan un aspecto más juvenil y más variado.

La longitud de la falda permanece en el mismo sitio, pero el ruedo es desigual en muchos modelos, lo que hace aparecer imprecisa esa longitud.

La línea de la cintura es algo más alta, aunque hay extremos, en algunos modelos está en su sitio normal y en otros mucho más abajo de las caderas.

En la línea de las caderas los vestidos no se ciñen, sino que quedan un poco sueltos. Los ruedos presentan mayor amplitud mediante plegados, pancies godets. Los escotes no se sujetan a regla fija, quedan a gusto de cada cual. Las mangas son largas en la mayoría de los modelos. Sólo los vestidos de deportes y de noche carecen de ellas. Los vestidos de deportes se componen generalmente de una falda y un swater. Los de tarde y noche son de una pieza. Los conjuntos tienen las chaquetas de género de lana y el vestido de seda, estando la primera forrada con el género de este último.

Los géneros se emplean en contraste de colores y materiales, con mucho trabajo de pliegues y de alforzas, fruncidos e incesiones, con lo cual se obtienen nuevos y preciosos efectos.

LOS cabellos rizados vienen lentamente a imponerse, a cada paso encontramos una elegante que ha adoptado este nuevo peinado. Pero eso sí que reservan la novedad para la noche y es entonces cuando se pueden ver las nucas cubiertas de pequeños rizos o todo el contorno de la cabeza rodeado de los mismos rizos en forma de corona.

Una corona de crespos.

EN general la flor empieza a ocupar un puesto predominante en la toilette femenina. Sin embargo, las flores de fantasía que llevamos en el hombro serán reemplazadas por flores naturales. Con las sedas estampadas se usarán flores iguales a las que señala el dibujo del género.

EMPIEZAN a hacer su aparición los dibujos futuristas, muy bien combinados, los cuales han sido acogidos con entusiasmo por los modistos y por las elegantes. Se ha visto por ejemplo un modelo que tenía una manga de un color y otra de otro distinto en absoluto. Estas tendencias son muy modernas, pero una mujer debe estudiarlas mucho antes de decidirse a usarlas.

LAS joyas son cada vez más suntuosas. Las piedras talladas en forma cuadrada son las más en boga. La esmeralda es la predilecta, pero advertimos que el zafiro reaparece y que según los últimos ecos, está siendo un serio rival de la esmeralda.

Los sombreros de ala ancha.

LAS JOYAS AVALUADAS EN 300 MILLONES DE DOLARES Y QUE NADIE SE ATREVE A COMPRAR

(Continuación)

después pereció en una pendencia. El capitán inglés la vendió a un judío que se la llevó a Europa que, a su vez, la vendió al Príncipe Orloff, favorito y entonces en desgracia, de la Emperatriz Catalina. Orloff le ofreció la joya a la Emperatriz que lo restauró a todos sus honores y privilegios. El hijo de Catalina, el Czar Pablo, fué extrangulado por algunos oficiales del ejército. Mucha gente cree que el diamante Orloff ha sido fatal a todos los que lo han poseído.

Otra joya notable de la colección es un diamante groseramente tallado de ochenta y ocho quilates que, según se cree, perteneció al rey de los Medos, y de los Persas el año 2000, antes de Cristo. En el siglo XIX se hallaba en poder del Shah de Persia y habiendo sido asesinado el Ministro ruso en Teherán el Shah ofreció en desagravio el diamante al Czar de Rusia.

En el tesoro se encuentra también una esmeralda de ciento veintiséis quilates y medio que, según los expertos es la más hermosa que se conoce.

¡Qué extraño problema! ¡Poseer esa inmensa fortuna y no poder conseguir un pequeño préstamo!

Los nuevos peinados.

Los brazaletes de oro son cada día más anchos. Algunos modelos parecen un verdadero puño de oro con piedras incrustadas en dibujos orientales o modernistas.

LOS cinturones hacen furor y se usan con todos los trajes, sin excepción, inclusive los hay que llevan dos: el primero hecho en el material del traje y el segundo, muy estrecho, en un material de fantasía. Las hebillas son de dibujos sobrios y bien trabajadas, tratadas con un lindo motivo decorativo que completa el aspecto general del traje.

SE usarán mucho los chalecos de géneros de colorines en dibujos geométricos puestos sobre un traje de espumilla de seda o los de cretona, puestos sobre los trajes de velo de hilo y de brin lavable. Son encantadores y hacen muy seductor el conjunto.

CON los primeros calores veremos aparecer las sombrillas y los sombreros de ala ancha. Las primeras vienen en tal fantasía que a veces no se sabe si son en realidad una sombrilla o una gran flor maravillosa. Hechas en espumilla, de tafetán, en raso brillante, unas en forma de quitasol japonés y otras más cóncavas, semejantes a setas, todas ellas tienen los más variados puños, muy gruesos y muy cortos, tallados en madera y pintados en esmaltes o tienen puños de marfil, jade o ámbar, artísticamente labrados. Se ven mucho las sombrillas hechas por varios vuelos de tafetán. La cretona hace unos modelos encantadores para las mañanas. La cretona de seda rebordada con hilos metálicos presenta unos modelos para carreras, muy originales y extraordinariamente vistosos.

En cuanto a sombreros con ala, hemos visto una linda colección en que había de todos tamaños, desde la pequeña cloche con una ala que sólo sombrea los ojos, hasta la gran capelina que hace una especie de aureola misteriosa al rostro. Hechos en pajas de fantasía y en crin, adornadas por cocardas de cinta o ramos de flores, son deliciosamente juveniles y de toda comodidad para librarse de los rayos de sol que ya empiezan a quemar despiadados.

Otro modelo de capelina.

Consultorio sentimental

P.—Soy un muchacho joven y estoy enamorado de una muchacha igualmente joven, que me corresponde con un amor muy semejante al que le profeso. Cuando la conocí, era una lindísima chica, pero resulta que un rasguño mal cuidado le produjo una herida en un ojo, y luego, como lógica consecuencia, una fea cicatriz que la deforma completamente. Yo siento por ella todavía un gran amor, pero su fealdad me repele al mismo tiempo, y dudo entre abandonarla y casarme con ella. ¿Qué me aconseja usted?—JHON H., Valparaíso.

..R.—No se case. Desde el momento que usted duda, ya no la ama. Usted siente quizás la necesidad de cumplir su palabra. Pero como usted se comprometió con una mujer bella y la fatalidad la ha convertido en fea, queda usted eximido de su promesa. Esto, que a primera vista parece una crueldad, lo es, es cierto, pero es una crueldad del destino, no suyo. La piedad es un bello sentimiento que debe y puede ejercerse en todas las circunstancias de la vida, menos en las circunstancias de amor. No se case. Sería peor para ella y atroz para usted. Si rompe usted su compromiso, ella sufrirá mucho, pero más sufrirá si al cabo de poco tiempo advierte ella, una vez casada, la repulsa que produce. Además, en el primer caso, sufrirá uno solo, y en el segundo sufrirán dos. Si fuera usted capaz de fingir durante toda su vida, sería usted un héroe y un santo, pero los héroes y los santos abundan poco, usted no fingirá... No se case.

P.—Tengo quince años y mi novio dieciocho. Mi madre no nos deja casarnos. ¿Sería demasiado pecado que nos escapáramos? ¿Consentiría en esta forma mi madre en el matrimonio?—LUISA.

R.—¡Ya lo creo que sería un horrible pecado! Su madre hace muy bien en no consentir en tan absurdo matrimonio. Si se quieren ustedes, ¿por qué no esperan con paciencia tres años? Son ustedes muy jóvenes. Se casarán ustedes, usted de dieciocho y él de veintiuno. A pesar de todo, ¡cuánto tiempo les quedaría para aburrirse! A ustedes, como bebés que son, les parece que el matrimonio es una cosa muy sencilla porque la ceremonia es tan breve: "Os declaro casados en nombre de Dios". "En nombre de la ley os declaro casados". ¡Qué fácil, qué fácil! ¡Y hay una madre en el mundo bastante inhumana y absurda para oponerse! Pero es que lo difícil viene después. Miren ustedes en torno suyo, todos los matrimonios que conocen y vean ustedes lo que son en su mayoría: tedio, monotonía, dolor, niños enfermos, niños desaplicados, miseria, etc... ¡Y todos estaban tan enamorados como ustedes cuando se casaron!

¡Qué mal haría yo en quitarles tan bellas ilusiones si en realidad consiguiera quitárselas! Yo no tengo escrúpulos porque sé que ustedes no me harán el menor caso y pensarán: ¡Qué solterona tan fea debe ser la que responde al consultorio sentimental! Y tienen ustedes razón: soy una horrible solterona... De todas maneras, paciencia, no desobedecer a la madre. Trae mala suerte. Esperar. El noviazgo es una linda época, la más bella. Prolónguela.

P.—Tengo veinte años. Soy, modestia aparte, muy bonita y tengo dos pretendientes. Uno tiene veinticinco años. Es muy buenmozo, por lo menos a mí me gusta mucho, y parece que me quiere bastante. Sin embargo, es raro, caprichoso, celoso, exigente, y además... es pobre. El otro tiene cuarenticinco bien llevados, no es feo, no es desagradable, tiene un carácter encantador, me mima mucho, pero a mí me gusta más el joven. Creo que enamorada, enamorada no estoy de ninguno de los dos. El viejo es rico. Mi familia, como todas las familias, se inclina por el viejo. Deme su parecer.—MATILDE.

R.—Respuesta difícil. Si contestáramos desde el punto de vista de la moral corriente, le diríamos a usted: cásese con el joven, porque parece ser que es a él a quien usted ama; pero si le respondemos desde el punto de vista de la eugenesia, ciencia muy aconsejada por el ilustre médico español Gregorio Marañón, le diremos a usted: cásese con el viejo. ¿Y por qué, dirá usted, la eugenesia aconseja que las muchachas se casen con los viejos? Pues porque la eugenesia es una ciencia muy materialista, y el viejo de su consulta es un viejo rico, de donde se deduce que la eugenesia aconseja a los viejos cuando son ricos, y cuando no son demasiado viejos, como es también el caso por usted consultado. La eugenesia considera que un hombre al pretender una mujer debe contar con los medios de vida suficientes para que ella y la prole no padezcan necesidad, y aconseja a las mujeres, en bien de la prole, que no se casen sino con hombres que puedan proporcionar a los hijos una situación lo más agradable posible. La eugenesia, pues reprueba el matrimonio por amor, porque duda que el amor corresponda siempre a las necesidades de la especie y lo conceptúa por, el contrario, ciego y torpe en sus elecciones. El hombre que la pretende a usted, no es viejo puesto que a los cuarenticinco años un hombre está en la flor de la vida. Su aspecto agradable, indica que es sano: sólo la salud tiene un aspecto verdaderamente agradable. Este segundo punto asegura a los hijos por venir una buena salud. Su dinero, es el tercer factor de felicidad en el supuesto matrimonio: los hijos obtendrán una educación esmerada y no carecerán jamás del confort necesario a la buena salud. Dirá usted, señorita, que la eugenesia es una ciencia muy egoísta con la madre que sólo piensa en los hijos. Es verdad, la eugenesia sólo piensa en los hijos. Pero como generalmente ocurre que cuando una mujer es madre, su única felicidad estriba en la dicha de sus hijos, resulta, pues, que la eugenesia no es tan egoísta como a primera vista parece.

Y todo esto, naturalmente, es un consejo en vano, como todos los consejos. A usted le gusta el joven, con sus veinticinco años, su mal carácter y su franciscana pobreza. Se casará usted con el joven, a pesar de la eugenesia y de mis consejos. ¡Que Dios les haga felices!

La mujer en el hogar

Lo primero que ha de tener presente la dueña de la casa es el presupuesto de que, según los haberes de la familia, puede disponer para el alquiler de la habitación. No deberá nunca excederse de lo que buenamente pueda pagar, pero no ha de entender que en esto es conveniente una exagerada economía, puesto que una habitación malsana es causa de gran número de enfermedades, en las que se gasta más de lo que se ha economizado en los alquileres, sin contar los sufrimientos y desgracias que pueden acarrear.

Se entiende por salubridad de una habitación (del latín salus, salud) las garantías que ofrece a los que la habitan. La salubridad, cuando la casa está bien construída y perfectamente seca, depende de causas muy complejas: las principales consisten en la **orientación**, la **ventilación**, la **naturaleza del subsuelo** y la **vecindad**.

La orientación de una casa está en la situación de sus huecos (puertas y ventanas) relativamente a los cuatro puntos cardinales. Las reglas de la orientación varían según las localidades.

El viento que viene del lado del mar trae siempre consigo la humedad, a menos de que las montañas, las altas colinas o un gran espacio de terreno interpuesto no le hayan resecado algo. Esta humedad será fría si el viento viene del Norte; caliente si viene del Mediodía.

Cada país deberá elegir, por consiguiente, con preferencia tal o cual orientación, según la situación de las montañas que lo defiendan de los vientos.

Por ejemplo, los habitantes de los valles profundos, en donde los vientos, aprisionados entre dos montañas, soplan como los aires de las tempestades, no deben orientarse a la parte de la corriente. Fuera de esto, se puede decir que la orientación mixta, Sudeste o Noroeste, es la mejor en la mayoría de los casos.

Cualquiera que sea la orientación que las circunstancias impongan, los huecos deben estar dispuestos de tal modo que el sol dé en la casa durante una parte del día. El sol produce efecto, no solamente por su calor, que remueve las capas de aire y las renueva, sino por su luz. La luz directa es un agente absolutamente indispensable a la salud.

La casa debe estar ampliamente abierta al aire exterior: cada habitación ha de tener su ventana; las alcobas cerradas, los gabinetes oscuros, son malsanos. En el invierno son necesarios los ventiladores para renovar la atmósfera interior, más enrarecida por la calefacción, y en el verano se deberá arreglar de modo que se puedan establecer en ciertos momentos corrientes de aire.

Las condiciones de ventilación suficientes están siempre con corta diferencia completas en el campo, pero tienen necesidad de ser muy cuidadosamente estudiadas en las ciudades, en donde la aglomeración de los seres vivientes echa cada día cantidades considerables de gas asfixiante o deletéreo en el medio que se respira.

La naturaleza del subsuelo debe, al contrario, llamar particularmente la atención en los campos.

Los suelos arenosos o cretosos, los suelos constituídos por rocas, como el granito o el calcáreo, serán favorables, porque dejan pasar las aguas de la lluvia. Los suelos arcillosos o margosos la retienen, y una casa construída en semejantes suelos será húmeda, a menos de trabajos particulares de saneamiento.

Si el subsuelo estuviera constituído por un fondo pútrido, como una antigua laguna, será peligroso habitar la casa.

Existen, en fin, cierto número de condiciones locales de insalubridad, procedentes de lugares de infección en la vecindad. Estas causas deben ser investigadas con tanto más cuidado cuanto que son ordinariamente muy activas.

Las principales son: la vecindad de un lodazal, de un brazo de río en vía de desecamiento, de un hospital, de amontonamiento de restos orgánicos (estiércol, inmundicias, hoyo de basuras mal cubierto), de un ingenio insalubre (fábrica de arsénico, cuerdas de intestinos, de pajuelas químicas, etc.)

Si absolutamente se estuviere obligado a habitar esas temibles vecindades, como los obreros agregados a una fábrica ,o establecer cerca de su casa alguna acumulación de despojos pútridos, como estiércoles u hoyos de basuras para explotaciones agrícolas, sería necesario orientarse de modo que no se esté bajo el viento del foco de infección, es decir, de manera que el foco de infección no esté interpuesto en la misma línea, entre la habitación y la dirección del viento que sopla más habitualmente en el territorio.

Por muy modesto que sea el presupuesto de la familia, deben evitarse esas casas húmedas, sucias, hediondas, como se encuentran en las grandes ciudades, en donde el sitio es reducido, la ventilación insuficiente, y cada piso está contaminado por un centro de suciedad, de olores nauseabundos, de miasmas perniciosos.

Es preciso convencerse de que en tales habitaciones no se pueden criar hijos bien sanos y que el dinero que se gasta cada año para hacer frente a las enfermedades sería mejor empleado en darse el placer de una habitación aseada e higiénica.

SAL DIGESTIVA
Bemecé
M. R.
Bicarbonato de Sosa, Magnesia, Carbonato de Cal
ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias, Gastritis, Hiperacidez, etc.
Dosis: Una cucharadita despues de cada comida
de Venta en todas las Farmacias
Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40

El Buen Juez

POR TRISTAN BERNARD

EL rey Salomón se había fastidiado un poco por todo el ruido que el pueblo de Israel había hecho en rededor de su famosa sentencia.

—No hay más que decir—se decían a menudo sus cortesanos—de lo que puédese llamar un juicio admirable.

Después, se había hablado de ello cada vez menos. Por otra parte, ningún caso nuevo o difícil había sido sometido en lo sucesivo a la sagaz apreciación del juez.

Su autoridad amedrentaba a los litigantes. Por temor a un veredicto sin apelación, no osaban presentarse ante él, y transigían siempre por adelantado.

Los cortesanos repetían a menudo que era bien sensible, cuando se era un juez tan notable, no tener nada que juzgar.

Pero una mañana, cuando el rey llegaba al palacio, el levita vino hacia él corriendo.

—Rey todopoderoso—dijo el levita—allí hay dos hombres furiosos que demandan justicia de V. M. Están en pugna a causa de una anciana. Os esperan con impaciencia.

—¡Ah!, esto es desagradable, desagradable—dijo el buen juez, acelerando jubilosamente el paso.

Cuando el rey se hubo sentado en su trono magnífico (aún un regalo de la reina de Sabá, probablemente), el levita hizo entrar a los dos hombres y a la mujer entrada en años. Y he aquí lo que Salomón supo de la causa, no sin pena, a decir verdad, porque los dos hombres hablaban casi todo el tiempo juntamente con gran vivacidad.

Uno de esos hombres, viajante en trigo, había ido a desposarse, quince días antes, a una comarca vecina. Luego, habiendo perdido a su mujer, había vuelto al país. Pero su suegra, caída en desgracia, acababa de llegar a la ciudad para demandar a su yerno el asilo de que le era deudor en su morada, según la ley de Israel y de los pueblos vecinos. Pero sucedió que, equivocado por un parecido de nombre y de fisonomía, se había ido a la casa de otro individuo del país, que, naturalmente, no la había aceptado y habíala enviado con el verdadero yerno, que, a su vez, pretendía insolentemente no haberse casado jamás con la hija de esta mujer.

Los dos hombres, puestos juntos, habían convenido venir a las manos. Luego, habiéndose amedrentado cada uno de la ira del otro, habían decidido someterse al juicio del sabio Salomón.

Este se recogió un instante, la frente entre sus manos profundas. En seguida, levantó la cabeza y dijo gravemente a los dos hombres:

—No veo, en los documentos que me aportáis, pruebas de mucho peso para designar quién de ustedes es el que se ha casado, hace quince años, en el país vecino. Esta mujer, sin embargo, habla con el acento de la verdad. No se equivoca en lo que concierne a uno de vosotros. Pero, ¿cuál de ustedes? Haced venir a uno de los guardias del palacio.

Y cuando el guardia estuvo allí:

—Que se divida a esta mujer en dos—dijo el buen juez—y cada uno de estos dos hombres se lleve la mitad.

—¡Ah! ¡Esto es horrible!—dijo uno de los hombres.

—La voluntad del rey—exclamó el otro—es siempre equitativa. Que se la parta en dos. Cada uno de nosotros tendrá su parte.

—¡Basta!—exclamó el rey.— Tú eres el verdadero yerno. Eres tú quien la habrás toda entera.

Y se levantó la audiencia.

EL ALCALDE DE NUEVA YORK

Por CESAR FALCON

Mr. Walker, alcalde de la formidable ciudad de Nueva York, está actualmente de visita en Londres. Esta parece una noticia tonta. Sin embargo, es una noticia sensacional. Lo sensacional claro es, no lo constituye la visita misma. Un alcalde en Londres, aunque sea el de los siete millones de neoyorquinos, es como una gota de agua en el mar. Nadie se da cuenta de su presencia. Londres está ya muy acostumbrada a las visitas de seres más o menos importantes. Es, quizás, la ciudad del mundo más frecuentada por reyes y revezuelos, presidentes y ministros, enviados extraordinarios y ordinarios. Por toda clase de personajes pintorescos. Casi todos vienen por dinero o por combinaciones relacionadas con él. Pero esto no establece ninguna diferencia para la curiosidad de Londres. Las gentes de Londres los ven llegar y marcharse sin ninguna sorpresa.

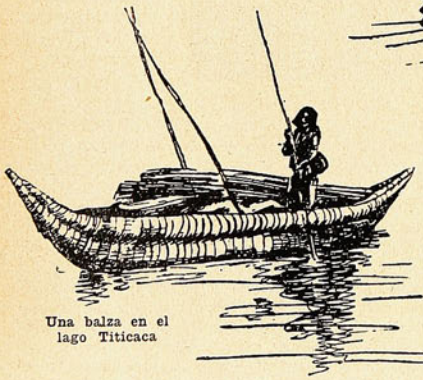
Desde luego, el alcalde de Nueva York no viene a pedir dinero. Está descontado. Para algo es la primera autoridad de la ciudad más rica del mundo. Tampoco viene a darlo. Londres no ha llegado todavía a tal estado. Cualquiera de los dos objetos le habría dado a su visita una importancia histórica. Pero, sin llegar a tanto, la visita tiene bastantes motivos para merecer un párrafo periodístico.

En primer lugar, el alcalde de Nueva York ha venido a estudiar la manera cómo los Ayuntamientos de Londres administran los "slums". Es decir: los horribles tugurios de los barrios más pobres de Londres. Y ha venido a estudiar el asunto para aplicar sus observaciones al régimen edilicio de Nueva York. El problema debe ser muy urgente en Nueva York, porque Mr. Walker, después de visitar los "slums" londinenses, ha transmitido su informe por teléfono a sus subordinados de Nueva York.

Aquí está uno de los datos sensacionales de la visita. Durante los últimos meses una serie de gentes más o menos tontas o más o menos maliciosas nos ha estado hablando en tono mayor de las fabulosas riquezas de Nueva York. En Nueva York, nos han dicho, no hay pobres. Todo el mundo tiene una casa, un automóvil y un aparato de "radio". Y cuando muchos estaban comenzando a creerlo, el propio alcalde de Nueva York se presenta en Londres a tomar ejemplo para mejorar la administración de los "slums" neoyorquinos. El dato no puede ser más sensacional. Si los "slums" de Londres pueden indicar alguna mejora a los de Nueva York, éstos son, seguramente, algo como el infierno o peor aún.

El otro dato sensacional es también una rectificación. Mr. Walker se levanta de dormir a las doce del día. Esto es ya desconcertante. Uno estaba acostumbrado a imaginarse a los norteamericanos en un ir y venir incesante, levantándose con el alba, corriendo velozmente en sus automóviles propios por unas interminables carreteras de asfalto, haciendo siete negocios de setecientos millones en siete minutos, estornudando en el rostro de una señora y derribando de un puñetazo a cualquier hombre de cualquiera nacionalidad, y, después de haber trabajado en formarse esta imagen de los entes norteamericanos, se encuentra uno con el propio alcalde de Nueva York, el hombre representativo de Norteamérica, durmiendo hasta las doce del día, como el rentista meridional más holgazán, y estudiando el modo de mejorar las habitaciones de los pobres de su ciudad en uno de los lugares más espantosamente pobres del Mundo. Naturalmente, uno se queda atónito.

LA PUNA, EL CANSANCIO DE LA ALTURA BOLIVIANA



Una balza en el lago Titicaca

LA puna es la tristeza hecha tierra. Esta región de Bolivia, hosca y fría, situada a inverosímiles alturas, con llanos infinitos y cordilleras nevadas, se asemeja a las desoladas altiplanicies del Tibet. Es inmensa y arrugada como el rostro de un milenario gigante. Sólo allí se halla la verdadera, la plena, la suprema soledad del no ser.

La puna es una hermana, muerta cuánto ha, de la pampa argentina...

Tierra cadavérica, rígida, inexpresiva, que parece haberse enfriado al salir del caos. Tierra hostil a fuerza de inmovilidad huraña; su polvo salitroso ciega los ojos del viandante para que se detenga y vuelva hacia los valles donde el aire es tibio y los campos verdes. La puna no quiere habitantes, no quiere intrusos. Le basta tan sólo la silenciosa sombra de algún cóndor que vuela muy alto sin turbar su sueño o su infortunio.

Tierra afligida por una crónica ictericia, tierra ingrata, estéril, quizá maldita, tal vez olvidada del Creador... Repele, rechaza, ahuyenta... Es la negación de la vida universal. No ha conocido ni conocerá nunca el alivio de la verdura; sobre su adusta faz jamás se inclinará la copa agradecida de un follaje que sabe a renovación y a esperanza.

El viento es el incansable guardián de la puna. Sopla sin cesar. Viento insistente, encaprichado, obstinado, terco, testarudo... Viento eterno. Tiene los gritos del furor y de la desesperación, los animales aullidos del sufrimiento, los arranques de la cólera, el silbido siniestro del apache; a veces zumba, a veces murmura, a veces gime, siempre es monótono y persistente. El viento azota la puna como se azota un cuerpo exánime para hacerlo revivir. Desdeña las matas de paja brava como cabellos hirsutos, raspa la tierra cual diabólico rastrillo y encorva el lomo de las viejas rocas con brusco ademán, y cuando, al atardecer, se queja como un herido que agoniza, suele contestarle la "quena" del indio. Y el viento y la "quena" se armonizan, pues la una repite lo que el otro llora.

El sol es el protector de la puna. Con pasmosa prodigalidad le da una bienhechora ilusión de calor. La empapa en extraño almagre, la metaliza, la pule, la bruñe, la ilumina para suscitar el espejismo de las lejanías. El sol lo pone todo en evidencia. Las más remotas cumbres resaltan con sus peñascos mordorés, sus barrancos azufrados y su nieve consolidada; la más humilde pirita, el más insignificante grano de mica arden con pretensiones de diamante o de oro... La puna inerte crece en medio de la monótona crudeza de la luz. Su ocre presuntuoso y avasallador parece disputar el dominio del infinito al azul perenne del firmamento.

El sol sobre la puna es un prestidigitador que pretende crear. Todo el día le hace una promesa de vida que no cumple nunca y que la noche frustra periódicamente. Le brinda como brindan al hombre las religiones, una existencia mejor que a nadie consta...

El crepúsculo es el bálsamo fugaz de la puna. Llega lentamente. Ayuda a la tierra yerma de quien la luz se despide, en el postrer desengaño del ocaso. Sabe discretamente marchitar los colores, aminorar el reflejo, apagar poco a poco el fulgor. Su misteriosa mano lo atenúa todo, lo edulcora todo, lo mitiga todo. Parece que preparara algún acontecimiento, algún milagro... Tiene la dulzura de la hermana de caridad y la cautela meditabunda del conspirador. Palia, apaciguа... Luego, los picachos altivos, la nieve, las peñas, el llano cuya prolieromía palpitaban al sol, se ven envueltos en morado velo, como los objetos del culto en Semana Santa. ¿Acaso a esta tierra le falta ya su redentor? Hora incierta en que el viajero busca en vano su sombra, fiel compañera, hora de angustia y de desconfianza, hora violeta que reposa sobre el corazón de la puna como una falaz amatista.

Y luego viene la noche... ¿Por qué Fromentin y Loti no se han aventurado otrora por estas ignotas comarcas? ¡Ah, la noche en el altiplano de Bolivia!...

El viento murmura en sordina. Comprende. Parece que también él esperara algo. Los montes, poco a poco, se borran, como paquidermos que se alejan. La llanura se transforma. ¿Es acaso la noche que se ha tornado sólida, dura, fría? ¿O es más bien la tierra que se ha inmaterializado y oscurecido? No. La tierra es sombra y la sombra es tierra. Una alquimia desconocida las ha amalgamado.

¡Ay del ser viviente que viniera a perturbar ese formidable instante de transición! Su alma no sería bastante grande ni su cerebro bastante fuerte para concebir el anhelo inquieto que sube de las entrañas del desierto...

De repente, un estremecimiento recorre el éter, como si el telón de un teatro fuera a levantarse. Ya hay penumbra. La sombra se torna azul. En un abrir y cerrar de ojos, el lejano cielo se ha convertido en un inmenso tamiz que cierne plata. La atmósfera es de cristal, de un cristal celeste, diáfano, fiel transmisor de claridad. Por millares, las estrellas, como en ninguna otra parte del Universo, alumbran con inaudito brillo, como si Dios acabara de encenderlas por segunda vez. Ahí están todas aquellas que los españoles atónitos descubrieron desde la proa "de las blancas carabelas" y que siguen ofreciendo a los emigrantes de hoy un engañoso presagio de buena suerte... Constelaciones australes, enormes, inexplicables, que, sobre la puna boliviana, parecen abrir desmedidamente los ojos, espantadas de tanta desolación y tanta soledad.

Una caravana de llamas.

Hay, en efecto, una infinita y secreta comprensión entre el cielo tachonado y la tierra sombría. Entre ellos se entabla un diálogo mudo y profundo. La puna ha salido de su diurno letargo. ¿Qué dice? Quizá clama, quizá mendiga, tal vez protesta, reprocha o acusa. Desde lo alto, la Cruz del Sur, que parece sostener el cielo crucificado, aconseja la serenidad la paciencia, el perdón...

La noche avanza. Diríase que la esfera celeste se mueve como esos mapamundis giratorios donde niños aprendimos los nombres de insospechados mundos. La noche rueda. Lentamente, uno tras otro, los astros resbalan y van cayendo sobre las serranías que obstruyen el horizonte. Deben internarse en el corazón de las montañas, dejando, en medio del lodo y de la roca, una imborrable estela de fuego. Algún día quizá, cavando allí, un emigrante audaz y despechado encontrará un filón de metal. Borracho de codicia y de alegría, ese hombre ahondará el agujero maravilloso, sin saber que va en pos de un astro caído. Y nadie, nadie podrá explicarle el origen de tan estupenda riqueza, ínfima compensación que otorga el cielo justiciero a esa desventurada tierra...

ADOLFO COSTA DU RELS

UN AMOBLADO CHINO... HECHO EN SANTIAGO

TENER una pieza china... un salón chino para jugar mah-jong... "¡Hem! — dirán ustedes — lindo sueño para realizar en los tiempos que corren..." Y evocarán muebles espléndidos, laqueados, dorados, calados; tapices espesos donde el gran dragón del Extremo Oriente retuerce sus anillos entre los amarillos y los azules; bordados en los cuales se ve el prisma nacer y morir. Maravillas todas de un precio inabordable en las cuales no vale la pena pensar si solamente se desea un cambio amable, una picante fantasía en el amoblado.

Entonces vamos a acomodar el estilo chino a nuestro gusto. Justamente, los estilos han sido hechos para la mujer y no la mujer para los estilos.

Nuestros padres lo han comprendido bien y por eso nunca los vimos copiar servilmente, sino que adaptar.

Los navegantes franceses fueron los primeros en traer a su país los muebles, los tapices y las pinturas chinas. Los decoradores miraron desde el primer momento con admiración entusiasta estas muestras de exotismo. Y de ahí nació ese adorable Luis XV chino que todos hemos admirado, esos budoirs deliciosos en que los panneaux de los muros, pintados de azul sobre un fondo crema, nos muestran series de chinos de largas coletas, caminando hacia las pagodas de techos retorcidos entre las palmeras desconcertantes. Escritorios, cómodas, poudreuses, muestran sobre sus flancos de puro estilo Luis XV, paisajes de Extremo Oriente y en los fondos de laca pulida se ven las montañas puntiagudas, de reflejos metálicos, alternando con los manzanos florecidos de oro.

Nosotras podemos hacer perfectamente chinos del siglo XX. No hay que perder de vista que la decoración moderna exige líneas simples, bellos colores y motivos ornamentales sobrios, pero definidos. Todo esto puede realizarse con el estilo chileno.

Henos aquí en el umbral de la pieza que vamos a amoblar, a decorar y a transformar en algo encantador, gastando lo menos posible. Se ve fea, esta pieza, con sus pinturas deslavadas y su papel desteñido. Pero esperen ustedes un poco y la verán transformada hasta hacerla agradable a los ojos y querida al corazón. Ya sabemos que los muebles serán pocos. En un ángulo un diván ancho y bajo, en el centro de este lienzo de pared una cómoda, una de esas cómodas de madera blanca que se pueden laquear con la mayor fantasía. Tendrá los ángulos redondeados y estará puesta sobre patas en forma de una gran aceituna. Habrá además, una o dos mesas de forma sencilla, con los ángulos redondeados como los de la cómoda, las patas en garras o bien derechas y vueltas en la parte baja. Cerca del diván se colocará una mesa triple y diseminados por la pieza habrá dos sillones y algunas sillas. Y no pensemos ahora en otra cosa que en los colores y en la ornamentación.

Las paredes se cubrirán con un papel de color unido que en lo alto llevará un friso pintado o si no una guarda. Si usted no se puede procurar un papel chino—en blanco, marfil, oro o plata—que tiene el aspecto encantador de las cosas hechas a mano y que cualquiera puede colocar en las paredes, ya que tienen solamente un metro de largo y, por lo tanto, son muy manejables, haga poner por un empapelador cualquiera un simple papel de uno de los colores indicados, siempre que tenga una apariencia aterciopelada.

En nuestra imaginación vemos un salón encantador con los muros de marfil y las enmaderaciones verdes. Un verde muy suave, por ejemplo. Hay que hacer notar que los colores chinos, siempre netos y frescos, no tienen nada en absoluto de llamativos. El verde amarillo se recubrirá con dos o tres capas de barniz laca que lo patinará y lo atenuará. Si se quiere economizar el barniz, bastará agregar al verde de la pintura un poco de ocre que la hará tener en seguida la apariencia de vejez que se desea. Hemos dicho: muros color marfil y enmaderaciones verdes. En los muros, arriba, junto al cielo raso, se pondrá una cornisa de cinco centímetros de ancho. Debajo de esta cornisa irá una guarda pintada al pochoir de papel con motivos chinos. Tal vez un señor en palanquín con sus servidores o bien unos peregrinos en larga caravana hacia una pagoda. La alfombra será negra. Hemos de recordar que las alfombras viejas, desteñidas, quedan flamantes haciéndolas teñir de un color oscuro. También las carpetas de felpa, de esas que ya nadie osaría poner sobre la mesa, teñidas hacen un gran papel en el suelo. Para esta pieza quedaría también muy lindo un tapiz hecho a cuadros negros y verdes.

La cómoda, las mesas, la madera de sillones y sillas estarán pintadas de verde, del verdadero verde de las lacas chinas, siempre suave, pero esta vez un poco más sostenido que en el tono de las maderas. El diván y las sillas y sillones estarán tapizados con un género negro con dibujos chinos en oro.

A decir verdad, lo que se necesita es un género de tapicería en que el bordado de oro esté suplido por uno de seda amarilla muy brillante que tiene sobre los verdaderos brochados en metal, la ventaja de que duran mucho más. Si aún se quiere gastar menos, se puede buscar una cretona con fondo negro y dibujos enteramente chinos.

En las ventanas se pondrán visillos de tul recogido en color marfil y las cortinas serán en tela china — ya sea pongué o chantung — en color arena. Las cortinas llevarán abajo un ancho sesgo verde y en el centro, pintado al pochoir, se verá un gran dragón estirando sus patas amenazantes.

La mesa que servirá para jugar, se cubrirá con una tela color arena con un sesgo negro alrededor y en las esquinas algún motivo chino pintado al pochoir. Sobre esta mesa, en una caja de laca, tendrán una especie de trono las fichas del juego que tanto aman los pescadores de Mekon. En suma: tenemos una decoración negra y verde sobre un fondo pálido. Hay ahora que poner algunas notas vivas que se destaquen del conjunto. Sobre el diván, sobre sillas y sillones, en el suelo mismo, se colocarán una infinidad de cojines de una bella tonalidad naranja, mezclada con verde y negro. La lámpara central que pende del techo será de maderas negras, en forma de pagoda, y por dentro estará forrada con seda naranja. Sobre la mesa se colocará una lámpara enana con su gran pantalla de color verde pálido.

Sobre la cómoda, en su bandeja de laca, el servicio de té será una nota naranja y negra. En la chimenea, o si no sobre una mesita baja, el Buda filosofará mudamente, en porcelana policromada o si no simplemente en yeso dorado. Dos ceniceros en color naranja y un quema perfume en el mismo color, estarán también esparcidos en esta mesita.

El dragón pintado al pochoir de las cortinas se repetirá en el cajón del medio de la cómoda y sobre los cojines verdes irá pintado en negro y oro. En fin: las últimas notas que recuerdan el Extremo Oriente las darán los motivos negros pintados en la parte baja de las puertas, reproducciones de los dibujos de las fichas del mah-jong. También puede ponerse sobre la cómoda un espejo con marco de laca negra colgado del muro por un grueso cordón naranja.

El conjunto de esta pieza tendrá un aspecto de refinamiento exótico que agradará a todos los aficionados a las cosas originales.

Y aquí termina este arreglo delicioso en que hemos creado el chino, un chino en que hay unos cuantos muebles laqueados, papeles lisos de colores claros, algunos metros de telas, unas de un sólo color, otras con ramazones, y unos cuantos tarros de pintura, todo ello unido a la mucha imaginación, prolijidad y fantasía, dando por resultado toda la China luego de haber pasado en la tarea unos cuantos ratos encantadores.

UNA FEDERACION DE MUJERES. N. F. B. P. W. C

LAS misteriosas iniciales del título de este artículo quieren decir nada menos que National Federación of Busines and Professional Women's Clubs. Lo que en castellano pudiera traducirse: Federación Nacional de Club de Mujeres de Negocios y Profesionales...

En los Estados Unidos hay actualmente muy cerca de 10 millones de mujeres que trabajan en múltiples profesiones, artes y oficios, ganándose su vida sin necesidad de depender del hombre. Pero de esos 10 millones, solamente unas 100.000 pertenecen a la aludida Federación Nacional, que anualmente se reúne en magno Congreso para tratar del mejoramiento de las condiciones sociales y económicas en que labora el feminismo. La Asamblea de este año se acaba de celebrar en Oakland, Estado de California, presidida por la infatigable miss Lena Madesin Phillips.

Congregáronse en Oakland unas 3,000 representantes de los Clubs femeninos, tratándose interesantísimos asuntos.

El primero que se discutió fué el referente a la absoluta prohibición del trabajo a los niños, que ya ha sido decretada en cinco de los 48 Estados de la Unión, siendo preciso que se apruebe en 36, por lo menos, para que aquella se convierta en ley nacional.

A continuación pusieron a discusión el proyecto de ley limitando a ocho horas diarias el trabajo de la mujer. Pero en esto no se pudo llegar a un acuerdo. Hay dos tendencias: la de las que creen que con esa limitación, que no tienen los hombres se perjudicarían ellas al competir con aquellos, siéndoles muy difícil llegar a ocupar así elevadas posiciones; y la de las que se quejan de la explotación que efectúan muchos de los dueños de fábricas o talleres, donde la mujer trabaja con exceso y cobra menos que el hombre.

Después se trató del proyecto de imponer una contribución a los hombres o mujeres que, llegada cierta edad, no se casan... (Se incluye en este proyecto a las mujeres, porque aquí se supone que la mujer que no se casa es porque no quiere casarse...) El debate fué entrenidísimo, y hasta cómico, por algunas de las razones abonadas en pro o en contra del proyecto. Pero, en general, predominó el espíritu matrimonial (las mujeres siempre están dispuestas al sacrificio), y se reconoció, como observara Mrs. Elva Wilcox, del Estado de Nueva Jersey, que "todos los hombres y todas las mujeres se casarían, **si pudiesen**". Lo que se necesita es, por lo tanto, que a unos y otras se les ponga en condiciones de poder; que a unos y a otras se les aumenten los sueldos, ya que eso de "contigo pan y cebolla" aquí no basta. Ni basta con que sólo gane sueldo el marido... o la mujer. Han de ganar los dos, trabajando los dos, y disfrutando por igual los dos. ¿No es esto lo ideal?

Como nota característica de la importancia que aquí se concede a la propaganda periodística, mis Helen Havener, de Portland, Estado del Maine, dió cuenta de que 976 Clubs consiguieron publicidad durante el año último, por artículos y noticias, en no menos de 4.000 columnas de periódicos, lo que, naturalmente, contribuyó al fomento de la Federación.

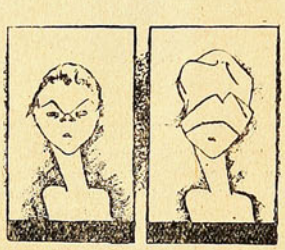
Dos frases definitivas, como resumen. Miss Lola Lackey, de Little Rock, Estado de Arkansas, dijo: "A las mujeres se las paga menos de lo que merecen". Y la presidenta, Madesin Phillips, declaró: "Las mujeres han dependido ya demasiado tiempo de los hombres..."

Aunque es lo cierto que somos los hombres los que, desde recién nacidos, dependemos casi exclusivamente de las mujeres...

MIGUEL de ZARRAGA

EL.—Encantadora es esa chiquilla, tan preciosa, tan "a la antigua".

ELLA.—Como que ha probado ya todas las demás actitudes...



LA MODA EN 1927
Un sombrero que le nace bien a las estropeadas por la mano de Dios.

NAUMAQUIA Y CARRERAS

Me estoy vengando de los metros que tiene la película "Ben-Hur" con los centímetros de artículo que dedico a ella. Muchos lectores me perdonarán, gracias a esa especie de masonería, esa hermandad instintiva que suscita el cinematógrafo, como todos los vicios clandestinos. El cinematógrafo es un vicio del que nadie se entera. Aparte de los vicios que puedan cultivarse a su sombra en las capitales de provincia, el cinematógrafo, considerado inocentemente, es la embriaguez de la mirada. Es la bebida a chorro del movimiento. Sus mejores éxitos fueron mostrar en el fondo de la botella o de la sala oscura los horizontes sin fin, luego de haber llenado la pantalla con el detalle; o viceversa: lanzar desde el fondo el detalle como una locomotora encarrilada por la vista hasta chocar con los ojos. El espectador seegaba bebiendo la pantalla llena, o no acababa nunca de beber, con la mirada, hasta la última gota del horizonte.

Los argumentos, los escenarios más fotogénicos, han sido, naturalmente, los de escenas con mucho movimiento al aire libre y detalles desmesurados. La oscilación de la embriaguez, lo mismo que aleja a las cosas, las acerca extraordinariamente. El cinematógrafo, que embriaga tomando el efecto como causa, puso en seguida delante de los ojos sus lentes embriagadores de miope y de présbita. Sería lo más curioso ir siguiendo científicamente los progresos de la ténica cinematográfica, que, como alambiques del brevaje fotogénico, han ido refinando la embriaguez primitiva. Se ha llegado a poder hacer "cock-tails" de movimientos. Ya nada más corriente, para cambiar una imagen por otra, que transformarla, verterla en ella. La imagen en la pantalla está siempre en fusión, vive, como la célula biológica, en un medio oceánico. Por la facilidad de precipitar o retardar las proyecciones, el movimiento es un dócil acordeón del cineasta.

Claro que en el cinematógrafo el movimiento no es sólo tiempo, y en función del movimiento va dado también el espacio. Perfeccionando la fotogenia del movimiento, se ha conseguido una fotogenia más sugestiva de la quietud, de lo confinado. Charlot, como todo espíritu, se adelantó a la técnica, y en su figura, tan cinematográfica, de líneas que se mueven ,obtuvo desde sus primeras películas esos efectos suyos de quietud, tan hondos y maravillosos (como concibió el efecto del detalle en la velocidad). Hoy, lo más fotogénico en el cinematógrafo no es el espacio sin fin, sino la vida en lo hermético. ¿Qué arte podría dar ahora la vida de esas vidas que se pasan en el interior de una barraca de feria como la de en unos segundos la película "Varietés"? La película "Ben-Hur", da en unos segundos la historia de siglos que se han pasado en el vientre de las galeras al mostrar los galeotes de un tirrreme romano, con la horrible maquinaria de sus cadenas, los trallazos y los timbales del cómitre.

Es una obra maestra, en la que tiene que colaborar el ruido, la música, hermana natural de la fotogenia, porque también tiene la sugestión embriagadora alcohólica, estupefactiva. Aquí se ha conseguido la reconstitución histórica. Porque no es un cuadro de historia, sino un dinamismo del esfuerzo humano. La diferencia se ve aún más en el combate naval y en la carrera de cuadrigas. Resulta falso todo el carnaval histórico de la galera romana, del carro latino; pero son insuperables la batalla misma y la carrera: el choque de las naves como lo sintió el galeote, las patas de los caballos como las vió el caído, las visiones que más ultrajan y las más triunfantes. No hay actualmente en París espectáculo más primaveral que la naumaquia y las carreras de Ben-Hur". Tirar una película de este calibre es la obra moderna más semejante a lo que fué construir una catedral. Fred Niblo, el realizador; Ramón Novarro, el protagonista, son nombres que se pierden en la grandeza colectiva de la obra.

Se puede dar toda ella por los dos trozos puramente fotogénicos de la historia encerrada en las galeras y de los carros arrastrados por el viento.

CORPUS BARGA.

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos Depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello **Sobre** el cutis, en cambio Vytt deshace el vello y la raíz **debajo** del cutis. Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se aplicó y el vello ha desaparecido.

El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, Casilla 1161, Santiago.

El "Vytt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

VYTT

Análisis cuantitativo: Natrium sulphide, 8%; Barium Sulphide, 2%; Calcium carbonate, 40%; Glycerine, 2%; Agua, 48%.

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene intima

NEOLIDES
M.R.

antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

LA ULTIMA CALAVERADA

Por PEDRO A. DE ALARCON.

TENGO la seguridad—dijo el Marqués, encendiendo otro cigarro—de que, si se examinara la vida de todos los grandes calaveras arrepentidos, se encontraría que perdieron su ultima batalla; quiero decir, que su última calaverada fué un chasco, una derrota, un Waterloo.

—¡Qué reaccionario es este Marqués! ¡Miren ustedes con qué arte, en el símil de que se ha valido, la virtud hace el papel de la Santa Alianza, restauradora de Luis XVIII y del antiguo régimen!

—También se podría decir—replicó el preopinante,—que, en mi símil, la virtud hace el papel de la árida roca de Santa Elena, dado que ese fué el camino que tomó Napoleón después de su derrota...

—¡Pero no lo tomó sino a la fuerza, señor Marqués, e intentó muchas veces escaparse!

—Pues, entonces, Duque, prescindamos del símil. En cambio estoy más decidido que nunca a sostener mi tesis: "Nadie ha dejado de ser calavera al día siguiente de un triunfo. Todos los Lovelaces se han abrazado a la virtud al día siguiente de un descalabro".

—Marqués...—exclamó el General X., que hasta entonces había callado—: ¡mucho insiste usted en esa idea; lo cual me hace presumir si hablará usted por experiencia propia! ¡Usted fué muy calavera en su juventud!

—¡Nada más que lo puramente necesario!

—Y luego, de pronto, se convirtió usted en hombre de bien cuando aún podía aspirar a nuevas glorias...

—¡Ya lo creo! Todavía no contaba treinta años cuando me retiré del mundo y me casé con Eloísa... ¡No esperé, como Carlos V, a estar lleno de reumas para abandonar los campos de batalla!...

—Pues vamos a ver: compruébenos la tesis contándonos la derrota que precedió a su retirada a Yuste.

—Sí, sí..., ¡que la cuente!

—¡Con muchísimo gusto, señores! ¿A qué viejo no le agrada recordar sus campañas amorosas, aún aquellas en que fué poco afortunado? ¡Perfectísimamente me acuerdo del hecho que determinó mi abdicación!

—¡Y fué, en efecto, un descalabro!

—¡Horrible! ¡Providencial, por mejor decir. Porque os advierto que no me derrotó ningún hombre más agradable que yo a la beldad de que se trataba; ni menos me derrotó el desdén de ésta; ni tampoco me derroté yo a mí mismo...

—¡Bravo, Marqués! ¡Esa última frase es digna de la Corte de Luis XVI!

—No; no quedó por mí en manera alguna...—prosiguió el Marqués, mordiscando el cigarro—. ¡Me derrotó la Providencia!

—¡Veamos, veamos! ¡Basta ya de prólogos! Nuestro interés no puede estar más excitado.

—Muchísimas gracias, Duque. Pues, señor, el caso fué el siguiente:

II

EMPEZARE por deciros que mi arrepentimiento, o sea el descalabro que voy a contaros, no data, como suponéis, de la época de mi enlace con Eloísa.

—¡Oh! Ya comprendemos que sería anterior...

—¡Nada de eso! Fué posterior. Yo me curé en falso al casarme; esto es, yo era todavía un calavera impenitente cuando conduje al altar a Eloísa; y, si me casé con ella, fué por miedo de no encontrar más adelante otra mujer de sus virtudes, digna del depósito de mi honor y de ser madre de mis hijos. Pero aún podía decir: ¡Lated angis in herba! ¡Aún no estaba arrepentido! ¡Aún no había formado propósito de enmendarme! ¡Aún no había pasado por la susodicha derrota!

El Marqués chupeteó detenidamente el cigarro hasta reavivar su lumbre; dió un suspiro, y continuó:

—Llevaba yo ya tres años de casado con esa adorable Marquesa que todos conocéis, y a cuyo talento y bondad hacéis cumplida justicia...

—¡Oh, la Marquesa es un ángel!

—Pues añadid que entonces era también joven y hermosa...

—Hermosa... ¡lo será siempre!—exclamó el Duque—. Eloísa es la mujer que más me gusta hoy en Madrid.

—Y joven.../ ¡lo es todavía!—agregó cierto pollo muy elegante.

—¡Eso se figura ella!—replicó el Marqués, muy orgulloso y contento.—Pero aquí, entre nosotros, debo deciros que tiene cuarenta y cinco años. A lo menos, yo la llevaba diez cuando la conocí, y tengo cincuenta y cuatro cumplidos... ¡Si me oyera! En fin, vuelvo a mi historia.

—Estaba yo en aquel tiempo (como sigo estándolo hoy) verdaderamente prendado de mi mujer; reconocía todas sus bellas cualidades; considerábame feliz en haber ligado mi vida a la suya; proclamaba que el matrimonio tenía indudablemente muchas ventajas... Pero...

—Pero... ¡había usted sido calavera!...

—¡Justamente! ¡Había yo sido calavera!... ¡Lo había sido, y aún me quedaba en el corazón algo de aquella satánica codicia del bien ajeno, que constituye el carácter de todos los conquistadores de pueblos y de mujeres!

—¡Soberbio! ¡Edificante! Está usted hablando como un libro, señor Marqués...

—¡Y era...—prosiguió éste, contemplando de un modo melancólico la ceniza de su cigarro—, era que yo no había entrado en la virtud por las puertas del desencanto, de la humildad y de la penitencia! ¡Era que mi casamiento había sido un triunfo, una fortuna, una conquista más!... ¡Era que Dios no me había hecho caer del caballo, como a San Pablo!

—¡Sublime, Marqués, sublime!

—¡Parece que me explico!—exclamó el relatante, riéndose, y derribando con el meñique la mencionada ceniza.—¡No me llamará usted hoy epicúreo, señor Duque!

—No decimos nada. Continúe usted.

—Pues señor: a los tres años de matrimonio—¡recuerdo que un día de canícula!—principió a sentir que retoñaba en mi corazón el calaverismo. El fantasma de la otra, de la mujer ajena, de la mujer nueva, del fruto vedado, comenzó a hacerme guiños en el sereno horizonte de mi paz doméstica. "¡Yo quisiera desamortizarme!—empecé a decir para mi capote.—¡Yo quisiera reivindicarme, recuperarme, resucitar; probarme a mí mismo que soy todavía un hombre peligroso, capaz de inspirar una pasión en activo servicio, y demostrar al diablo que, si hasta aquí he resultado un modelo de maridos fieles, ha sido por mi gusto, no por necesidad ni decadencia; que no me morí al casarme; que soy libre de hecho; que aún vive Pelayo; que puedo escalar las murallas de mi cárcel cuando me acomode, y que si habito en ella no es como forzado de la virtud, sino como voluntario de mi mujer!"

Al poco tiempo de ocurrírseme todas estas atrocidades, hijas de mi impunidad, pareciéme que la suerte, que el destino, que el hado, que el numen en que creen los jugadores y cuantos no se atreven a hacer a Dios cómplice de sus proyectos, se había puesto de mi parte y me proporcionaba la ocasión de realizar el acto de independencia porque suspiraba todo mi ser...

¡Redoblad ahora vuestra atención, que va a salir la heroína del drama!

III

VIVIA yo con Eloísa en el campo, en las cercanías de Bayona, en uno de aquellos chalets que tanto abundan allí y que se alquilan por la temporada de verano. Hallábase situado el nuestro en la carretera que conduce a Pau. Todavía no había ferrocarriles en el Mediodía de Francia.

Precisamente había sido en aquella especie de quinta donde había yo concebido (a priori y en abstracto) la pícara idea de faltarle solemnemente a mi cara mitad; de tener una aventura en toda forma, previa la correspondiente conquista; de aumentar un nuevo laurel a los de mi borrascosa juventud. ¡La soledad, el espectáculo de la pagana naturaleza y la rápida visión de las hechiceras veranceadoras y bañistas que pasaban por delante de nuestra vivienda, en soberbios carruajes, dirigiéndose a otros puntos del Pirineo, contribuyeron sin duda a sacarme de mis casillas!

¡El campo... y, sobre todo, el campo de Francia, tan poblado de divinidades mitológicas con medias y corsé, es el más terrible enemigo del matrimonio! La seda, en el silencio de los bosques, cruje de un modo que causa vértigo...

En tal situación, pues, supe que una antigua novia mía, gaditana, con quien estuve para casarme, y cuya mano no llegué al fin a pedir, sólo porque me permitió besársela varias veces cuando la llevaba del brazo, escoltada por una tía suya, viuda, y por un antiguo amigo de ésta, desde cierta tertulia inolvidable hasta la casa, en que vivía; casa cuya pícara llave no pude adquirir nunca, no por falta de voluntad de la niña, me parece a mí, sino por sobra de vigilancia de la vieja...

—¡Escupa usted, Marqués, que se ahoga!

—¡Descuidad, que no os diré el verdadero nombre de la interesada! Pero para entendernos, bueno será que la llamemos Antonia, Josefa, Dolores... en fin, como queráis.

—Preferimos Antonia. Es muy bonito nombre...

—Y nombre romano, clásico, propio de estatuas semi desnudas...

—Pues bien: repito que Antonia había llegado tal vez a convertirse de mi futura en mi pretérita, si yo le hubiese dedicado más tiempo, o si la tía nos hubiese dejado más espacio; y que un hombre de mis circunstancias no debía, ni pudo, o, por mejor decir, no quiso llamar esposa suya a una mujer que le merecía tal concepto.

Porque habéis de saber que el verdadero calavera no se casa nunca con sus víctimas, ni con las que han estado abocadas a merecer semejante dictado. El calavera se casa con una santa como mi Marquesa, o baja solterón a los profundos infiernos. Esos Tenorios vulgares que acaban por pagar en la Vicaría todo lo que deben al sexo contrario, poniéndose en manos de una equívoca hija de Eva que vengue a todas sus predecesoras, son unos calaveras apócrifos, unos impostores, unos falsos profetas del amor.

¡A ver! Deme usted lumbre, pollo. Y ustedes, ¡perdónenme estos entusiasmos de ultratumba!...

El hombre bien nacido no pierde nunca su amor platónico al arte. A más que la teoría que mantengo puede servir de advertencia a las incautas. Iba diciendo que por entonces supe que aquella mi antigua novia (casada ya a la sazón con un pobre

La Marquesa

amigo mío, de la especie predestinada, que o no probó a besarle la mano a Antonia antes de pedírsela, o era menos receloso y precavido que yo) habitaba en otro chalet solitario, situado en aquella misma carretera y a una legua corta del nuestro.

No bien me enteré del caso, procuré hacerme el encontradizo con su marido y con ella.

Alegráronse ambos mucho de aquel encuentro y de aquella vecindad; llevé a mi mujer a misa a la misma aldea en que solían oírla ellos; hubo las presentaciones consiguientes; mediaron dos largas visitas...— es decir, nosotros almorzamos un día en casa de Antonia, y Antonia y su marido almorzaron otro día en la nuestra, — y, con esto, fuimos ya los cuatro mejores amigos del mundo.

Mi pobre Marquesa no sospechaba nada, y, sin embargo, la cosa no podía marchar más de prisa. La legüecilla que separaba los chalets andábase en menos de media hora, bien en el tilbury que tenían nuestros vecinos, bien en los caballos de silla que teníamos mi mujer y yo; y en cuanto al camino del adulterio, puede decirse que Antonia y yo lo andábamos a paso doble, de tal manera, que ya estábamos tocando al término de tan criminoso viaje.

Desde mi primer encuentro con ella conocí que recordaba aquellos besillos que en otro tiempo deposité yo en sus manos; y, a mayor abundamiento, aproveché todos los descuidos de su esposo y de mi mujer para aumentar el catálogo de los antiguos y reverentes ósculos con media docena que pude plantarle en el carrillo izquierdo, otra media docena en el derecho y uno de padre y muy señor mío en mitad de su perjura boca; todo esto dando vueltas por nuestro jardín o por el suyo, mientras que su marido y mi mujer — ¡con remordimiento lo digo! — hablaban de floricultura, o se contaban lo muy felices que, respectivamente, los hacíamos Antonia y yo... Lo que no podían conseguir nunca los infelices era pasearse por las mismas calles de árboles que nosotros... ¡Tal afán —aparente — poníamos nosotros en perseguir vilanos, a falta de primaverales mariposas!

Porque estas escenas ocurrían a mediados de septiembre.

—El domingo se marcha mi marido a Pau, donde estará tres días. El lunes, después que oscurezca — a fin de que no llames la atención de los transeuntes, — puedes montar a caballo e ir a verme a mi chalet. Yo estaré en el jardín, en el pabellón grande, que, según recordarás, se halla, lo mismo que éste, al extremo de la verja y lindando con el invernadero. Procuraré, además, que la verja no esté cerrada, sino entornada, y que el portero haya ido a la aldea a algún recado que lo entretenga mucho tiempo. Por consiguiente, podremos disponer de dos o tres horas de absoluta libertad y sin riesgo de que se entere nadie.

El Marqués

Así me dijo Antonia la mañana que almorzó en nuestro chalet con su marido.

Yo no pude menos de admirar — y de sentir— la consumada sabiduría que revelaba aquel plan de batalla.

—Es veterana — me dije. — ¡Alguien ha madrugado más que yo!

Pero, de cualquier modo, Antonia era todavía muy digna de personificar mis pecaminosas ilusiones. Veinticuatro años; blanca y pelinegra: estéril aún; rica de formas y gallarda de movimientos; risueña, impávida, terrible; con boca de niño y ojos de mujer, muy mujer..., que ha dicho Perico Alarcón...: tales eran las señas particulares de aquella beldad a los veinte meses de matrimonio.

"¡Con ojos negros y ardientes
como una cita en la sombra!"

¡Parecía la estatua viva del pecado!

IV

EL lunes por la tarde recibí una comunicación — que yo mismo me había escrito, disfrazando perfectamente la letra — en la cual el alcalde del pueblecillo a que pertenecía nuestro chalet me prevenía que compareciera aquella noche, a las siete, ante su autoridad, a fin de enterarme de un gravísimo asunto que me importaba personalmente, encargándome mucho el secreto y advirtiéndome que fuera solo.

El pueblecillo distaría cosa de una legua.

—"Ha sido un error; me han confundido con otra persona", tenía yo pensado decirle a mi mujer... a la vuelta.

Pero por de pronto, fingí gran alarma, mucho miedo y extraordinaria curiosidad..., con lo que partí en el acto, dejando a mi pobre mujer muy afligida;... ¡tan afligida, que hubo un momento en que temí se desmayase!... por lo cual no me marché hasta que su corazón se desahogó a fuerza de llanto...

Ya veis que no escatimo ninguna circunstancia agravante de mi iniquidad. Falsificador, embustero, verdugo,... ¡todo lo fuí a un mismo tiempo, con tal de ser por añadidura, traidor a una fe jurada en los altares y ladrón de la honra de un confiado amigo. Total: cinco infamias.

El auditorio se iba poniendo serio.

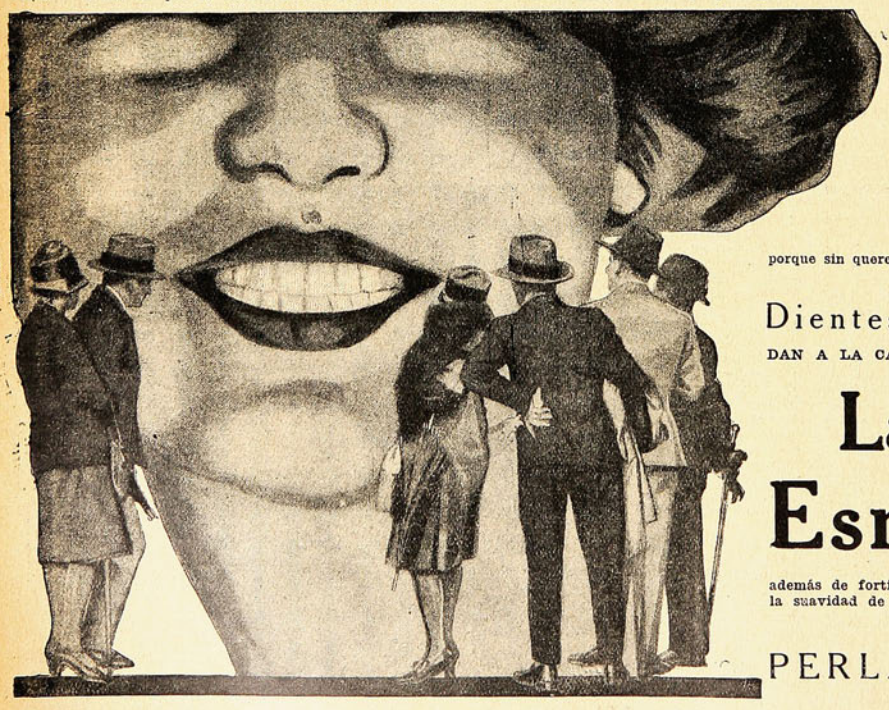
El Marqués hizo una pausa, y luego continuó en tono más alegre:

V

ERA una de aquellas noches de niebla tan frecuentes en los Pirineos durante ocho meses del año.

No se veía nada, absolutamente nada. ¡Ni tan siquiera divisaba yo mi propio bulto!

Pero el arrecife era recto, ancho, llanísimo: te-



ASI
mira la gente
mis Dientes

porque sin quererlo la vista se clava en la boca del que habla.

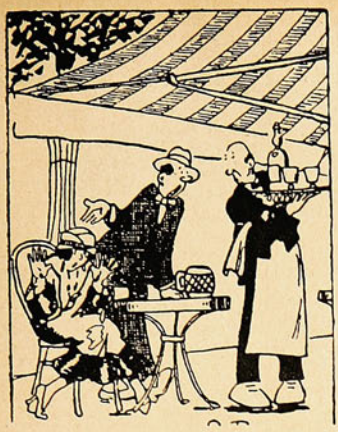
Dientes Blancos y Sanos
DAN A LA CARA UNA ATRACCION SIN IGUAL.

La Pasta
Esmaltina

además de fortificar las encías, limpia los dientes con la suavidad de una esponja, sin rayar el esmalte, dejándolos como

PERLAS ORIENTALES

PASTA ESMALTINA



—¡Torpe! ¡Ha mojado usted el vestido a mi señora!
—¡Pero si era vermouth seco!

nía árboles y cunetas a los lados, y mi caballo, inteligente por todo extremo, y que ya había ido varias veces de nuestro chalet al de Antonia, no podría extraviarse...

Consideré, pues más ventajosa que inconveniente aquella espesísima niebla, impenetrable de todo punto, a causa de la oscuridad de la noche... ¡Ni nadie me vería en el camino, ni nadie podría conocerme en el momento de entrar en la casa ajena!

—¡Hay un Dios que protege a los enamorados! — me dije alborozadamente.

¡Y cómo me latía el corazón! Mis antiguos amores con Antonia; aquellas tímidas, embozadas y simbólicas conversaciones propias del noviazgo con una señorita; aquellos rápidos e insuficientes besos que estampé en sus manos de soltera; aquellos otros más audaces, pero no menos ligeros, que había estampado ya en sus mejillas de casada y en su aleccionada y agradecida boca; sus lánguidas miradas en nuestras recientes entrevistas, sobre todo en la última; todo esto constituía, para mi amorosa esperanza, un mundo de ilusiones, de promesas, de indefectibles venturas...

¡Qué larga deuda iba a cobrar! ¡Una deuda de cinco años! ¡Y a qué poca costa! ¡Cómo me alegraba de no haberme casado con Antoñita, sino con mi santa mujer! ¡Qué suerte tan grande la mía! ¡Tener un angel por mujer propia, y no ser un angel la mujer ajena! ¡Qué distinta habría sido mi situación, si me hubiera casado con la ingrata que iba a escarnecer en mis brazos la fe conyugal, me hubiera enamorado luego de la dulce prenda incapaz de pecado que tenía por esposa! ¡Oh, doble desventura! ¡Ni la una ni la otra me hubieran amado entonces! La una por mala y la otra por buena, me habrían maltratado igualmente! Y de aquel otro modo, era mío el corazón de las dos: las dos se esmeraban en hacerme feliz; encontrábame a un mismo tiempo venturoso marido y venturoso amante. ¿Seguía siendo el hijo mimado del Amor y el nieto favorito de su madre Venus!...

Por aquí iba en mis erróneas y detestables reflexiones, cuando tropezó el caballo y caí.

VI

LA caída de Saulo de que hablaba usted antes
—¡Justamente! ¡La caída de San Pablo! —replicó el antiguo calavera, lanzando una gran bocanada de humo y siguiendo con la vista sus azuladas espirales, que fueron a ennegrecer el techo del gran salón del Casino del Príncipe de esta villa — entonces Corte, — donde pasaba la

La viajera.—¿Está usted seguro de que no he dejado nada, mozo?
El mozo.—Nada, señora. ¡Ni siquiera una propina!

presente conversación en tiempos del último ministerio Istúriz.

—Según eso... — observó uno, — se rompió usted...

—¡No me rompí nada, mi general!

—Pues entonces...

—Déjeme usted concluír.

Me levanté ileso — milagrosamente, si se considera que la caída fué por las orejas del caballo; —busqué el sombrero que me costó gran trabajo encontrar en medio de tinieblas tan absolutas; cepilléme con ambas manos, como Dios me dió a entender, volví a colocarme sobre la silla, no arrepentido todavía — pues yo era más contumaz que el Apóstol de los gentiles, — sino, antes bien, lleno de mayor impaciencia que nunca por estrechar entre mis brazos a aquella pecadora, cuyas viles promesas me habían hecho dejar a mi bendita mujer llena de tribulación y angustia en la soledad de una casa de campo, en una noche tan triste, en tierra extranjera, contando los segundos y temiendo a cada instante por mi libertad y por mi vida.

Pero esto lo pienso ahora; pues lo que es entonces... sólo pensaba en los aguerridos ojos de Antoñita; en su incitante boca; en su sedoso pelo; en sus brazos, que habían engordado desde que yo le daba el mío al salir de las tertulias de marras; en su talle, no menos redondo que cuando yo bailaba con ella, diciéndole al oído cosas equívocas, cuyo sentido parafraseaban sus ojos y su aliento; en sus pies, por último, que yo pisé tantas veces, cuando íbamos en coche, acompañados de la sombra de Nino de su ya destronada tía, a Carabanchel o a la Alameda de Osuna...

Metí, pues, de nuevo espuelas al caballo, y al cabo de un cuarto de hora, sus desperezos y relinchos me denotaron que estaba cerca del paraíso de mis sueños.

En cuanto al noble animal, regocijábase sin duda de aquel modo porque habría olfateado la vecindad del hospitalario paraje en que ya había sido muy bien tratado dos o tres veces.

—¡Gracias, buen servidor! — le dije acariciándolo. — ¡Tú también amas esta mansión de venturas!

El caballo me contestó con una parada en firme, como diciendo:

—Hemos llegado.

Y, en efecto, a través de la niebla apercibí dudosamente un punto de claridad, que comprendí era la iluminada ventana del pabellón en que me aguardaba Antoñita.

Me apeé del caballo; avancé a la orilla del camino, y topé con la verja.

Mi corazón brincó de gozo... Pero en seguida me asaltó un miedo muy natural.

—¿Si estará cerrada? ¿Si se habrá arrepentido Antonia? — me pregunté, con el recelo propio del que acude a primera cita de tal clase.

Até el caballo a un hierro de la verja, y luego fuí empujando los demás, hasta que al fin cedió uno...

¡Era la puerta que se abría.

—¡Bendita sea! — pensé lleno de agradecimiento ante aquella formalidad de mi adorada y ante aquella facilidad de la cancela... que me anunciaba tantas otras facilidades.

Al mismo tiempo, un fantasma blanco se delineó entre la bruma, y una voz baja, trémula, ronca de emoción y sobresalto, pero llena también de infinita dulzura, murmuró en medio de las tinieblas:

—Juan, ¿eres tu?

—¡Yo soy, mi vida! — le contesté alargando los brazos...

Y palpé unos suaves y tibios hombros, y oí un gemido de placer; y una ardorosa cara, bañada en llanto, se apoyó en la mía; y la misma dulce voz, más amante aún que al principio, pero menos velada ya por la inquietud, me dijo entre dos cariñosos besos:

—¡Ay, Juan! ¡Creí que no volvías nunca!

Era mi mujer.

VII

SI; era mi mujer!

¡Hallábame en mi casa, en mi propia casa, en el jardín de mi chalet — semejante en un todo al de Antonia y al de todos los chalets del mundo!

Cuando me caí del caballo...

—¡Comprendido! ¡Comprendido! (interrumpió el Duque). El animal se volvió, como hacen siempre todos en tal caso, en sentido contrario a la marcha que había seguido hasta entonces...

—¡Exactamente! Y, como yo, con aturdimiento de de la caída y con las vueltas que dí para buscar el sombrero me desorienté por completo...

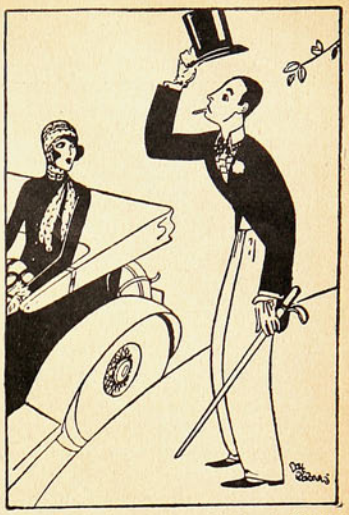
—¡Eso es!... El caballo prefirió regresar a casita, a seguir corriendo aventuras...

—¡En una palabra! Como yo tenía en aquel momento algo de animal irracional, no caí en la cuenta de que podía muy bien estar desandando lo andado.

—¡Bien! ¿Y qué?

—Termine usted su historia...

—¡Esperamos el desenlace!...



—Sube, Monín, y vamos hasta el Hipódromo...!
—Lo siento, Cuca, pero me caso esta tarde.
—¡Qué lata!
—¿Verdad que sí?

—¿Qué ocurrió después?

—¡Nada! Lo que ya he dicho: que estaba en mi casa y que tenía entre los brazos a mi mujer, a mi buena Eloísa, a vuestra amigota, la Marquesa...

—¡Bueno!... ¿Pero qué hizo usted? ¿Qué dijo?

—¡Toma! La llevé al pabellón del jardín... (pues aquel jardín tenía su pabellón correspondiente, en el cual había estado aguardándome la pobre, para hallarse más a la vista de la carretera): la llevé, digo al pabellón del jardín,... y nunca más volví a ver a Antonia, ni a pensar en otra mujer que en aquella legítima y santa que me abrazó llorando de amor y de alegría, precisamente en el momento en que yo creía tener entre mis brazos a su rival.

¡Pobre Antoñita! — exclamó el Duque. — ¡Qué noche pasaría!

Todos soltaron la carcajada.

VIII

POR lo demás — cocluyó el Marqués, tirando el resto del cigarro, — háganme ustedes el favor de considerar ahora el respeto que me causaría desde entonces aquel caballo que me había vuelto a la senda de la virtud.

Si yo hubiera sido Emperador, como Calígula, lo habría hecho, no digo Cónsul, sino catedrático de Etica... Pero no era más que Marqués, y lo vendí casi de balde, avergonzado de que un animal irracional fuese, dentro de mi casa, más digno que yo de las bendiciones de mi confiada esposa.

El mendigo (que acaba de quitarle la ropa al bañista).—¡Nada, que se viene detrás de mí! ¡¡Los hay que no tienen el menor sentimiento de vergüenza!!

PEREGRINAJE

Por CONCHA ESPINA

EL ENCUENTRO

IBA por la calle, muy temprano, sola y meditabunda, cuando oyó que la llamaban como cuando era chiquitina, con su nombre dulcemente afinado en un diminutivo encantador... ¿No llamarían a otra?

No; era a ella, indudablemente: al volver la cara vió que una señoruca muy vieja y humilde procuraba darle alcance.

Se detuvo; miráronse las dos, y la anciana dijo, anhelosa:

—¿No me conoces, hija mía?

Como la viajera dudase, memorando, la señora añadió:

—Soy doña Paquita, tu maestra, la que te enseñó a leer.

Entonces sí que la discípula se puso alegre. Toda la mirada pensativa se le animó en los ojos: la sonrisa le llenó el semblante y abrazó con efusión a la vieja, que estaba llorando.

Hiciéronse a una orilla de la calle y se pusieron a hablar. Doña Paquita, mirando a la muchacha, decía.

—¡Cómo has crecido!

—No; ¡si cuando me despedí de usted era ya tan alta como ahora!

Ciertamente. La discípula no había crecido, pero la profesora había menguado.

Estaba la pobre muy seca y arrugada, con los ojos turbios, suspirante la voz.

Y la joven, mirándola con tierna simpatía, sintió que una fuerte marea de recuerdos subía de su alma para romper en la playa combatida de su corazón.

Sin apartar la vista del angustiado semblante de la vieja, evocó la sala del colegio, abierta sobre un jardín, y vió el "libro segundo", donde aprendió a juntar las palabras: por cierto que lucía una cubierta dorada y en cada hoja, recortado, un "santo" de aquellas historias que antes divertían mucho a los niños y que estaban explicadas con aleluyas.

Acordábase muy bien de algunos renglones, y estuvo a punto de decir en alta voz: Entra Canene en la Corte sin cuartos ni pasaportes. ¡Era hermoso haber sido niña cuando se jugaba a la rueda y al escondite hasta el momento de vestirse de largo!...

...y ella no hacía más que volver los ojos a la dulce vida de la niñez.

Al entrar en la sala, a mano derecha, allí estaba su sitio, una sillita enana con el distintivo de un lazo rosa... ¿Por qué a las niñas les gustará tanto ese color?

Aquí a la viajera se le distrajo un poco la memoria con el simbolismo de los colores. Pero en seguida tornó a verse ocupando su puesto en la clase, sosteniendo en el regazo la "almohadilla", una cajita de madera cuyo relleno exterior, de serrín, se vestía con raso verde. Y que tenía bajo la tapa una cosa muy interesante: ¡un espejo!

Muchas veces levantaba la nena su minúsculo costurero, "como que iba a buscar el dedal o la aguja"... ¡Iba la muy coqueta a mirarse! Y de reojo cuidaba de que ni la maestra ni las demás chiquillas se enterasen de sus contemplaciones. En una bolsa muy elegante colgaba la costura sobre el respaldo de la silla...

Se acordaba siempre con insistencia del "marcador", un pañal de cañamazo bordado a punto de cruecillla con algodón rojo; en el centro se extendían los abecedarios con diferentes tipos de escritura, y a la orilla, las guirnaldas de flores.

Las letras góticas le habían costado mucho hacerlas, sobre todo una, allá a la terminación del alfabeto, ¡una que luego le dió mucho quehacer en la vida! Llegó a romper el tejido, deshaciéndola, para volverla a bordar, y gimió, sin conseguir que igualase en pulcritud con las otras: allí quedó hilachosa y deforme, acentuando en la tela su color encendido, como un cuajarón de la sangre simulada por el bordado rojo...

De nuevo se distrae la soñadora para dudar tristemente: cuando las niñas componen su "marcador", ¿tendrán ya presentimientos?...

Doña Paquita le estaba preguntando muchas circunstancias actuales, y ella no hacía más que volver los ojos a la dulce vida de su niñez.

Interroga la anciana:

—Conque, dime, ¿qué haces, hija, de ti? Cuéntame algo.

Y la viajera también pregunta:

—¿Recuerda usted cómo cantaba el canario que teníamos en el balcón?

Quería la maestra aprender cosas recientes, mientras la discípula deseaba recordar cosas pasadas.

Habían ido acercándose a una esquina por donde entraba un gajo de sol en la calle fría y mojada, y coloquearon melancólicamente hasta que llegó el momento de despedirse.

—Vivo, como siempre, en la calle de la Paz—dijo la señora.—Si fueras a verme, tendría mucho contento.

Prometió la joven ir, para evocar los tiempos alegres en que hizo palotes y aprendió a juntar las letras.

Se dieron un abrazo, empinándose la anciana en la punta de los pies y la viajera inclinándose con viva solicitud.

Quedóse doña Paquita bajo el único rayo de sol, repitiendo:

—Ya sabes: en la calle de la Paz; ¡qué no lo olvides!

Y la muchacha se alejó por la acera, humedecida con la lluvia del amanecer. Había despertado del ensueño de su infancia en un largo suspiro.

LA PLEGARIA

ANDUVO toda la calle, cruzó una plazuela y fué a buscar la escalinata de un templo. Subió despacio, recreándose en pisar aquellas lozas o en contar los escalones.

Entró por la puerta de la derecha, la puerta "suya", y adelantándose lentamente, con honda emoción, acercóse a los bancos cerrados por las congregantes. A la parte de afuera se arrodilló, pareciéndole una cosa nueva y extraña no franquear el cuadro ni colgarse la medalla al cuello.

No obstante, hacía ya tiempo que la viajera había levantado sobre su corazón la insignia blanca y azul, dándole muchos besos para guardarla entre sus reliquias de soltera, en una de esas cajas olorosas y sugestivas que nunca faltan en un armario de mujer... Pero, ¿de veras habían pasado años desde que ella guardó en aquel estuche la medalla de la Congregación?

No podían ser muchos, porque estaban muy vivos en la memoria de la peregrina los recuerdos de aquellos días felices, y además descubría allí muchas congregantes que eran las mismas de entonces: detrás de las mantillas, a la sombra liviana de los tules, los perfiles conocidos de muchas "Hijas de María" se inclinaban devotos sobre los libros de oraciones.

En el altar, en aquel trono de mármol blanco, siempre vestido de primera comunión, la voz fervorosa de un sacerdote alzaba, lo mismo que en los días pasados, una plática elocuente y persuasiva.

Iban las congregantas de dos en dos a recibir el Santo Cuerpo, mientras el órgano desgranaba en la altura su armoniosa oración: ¡los sones y la plegaria, como antaño!

Y al terminarse la misa, apareció de frente al público la "secretaria" de siempre, repartiendo a las "Hijas de María" unos libritos azules que llevaban en la cubierta el nombre de la Virgen y su imagen.

La soñadora, separada de sus antiguas compañeras, tendió la mano ávidamente hacia el obsequio. Y mirando a la intrusa con un poco de sorpresa, la repartidora le dirigió después una sonrisa de amistad, entregándole el "Oficio de la Inmaculada Concepción".

Un engaño misericordioso poseyó entonces aquella pobre alma ebria de benignas memorias; sobre ella dejaron de pesar los tristes años de peregrinaje y dolor contados lejos de aquel templo, en extraña ribera, y el delirio de las recordaciones le hizo temblar, loca de alegría...

ANUNCIOS MATRIMONIALES

UN periódico francés reproduce el siguiente anuncio matrimonial, aparecido en 1877, en la revista "Matrimonial News", de Londres:

Número 8,148.

"Una dama de apenas veintinueve años de edad, de cinco pies y tres pulgadas de estatura, de constitución delicada, con los ojos grises, la boca pequeña, los cabellos castaños, largos y abundantes, el corazón ardiente, y dispuesta a la abnegación, estaría encantada de entablar relaciones con un caballero de cuarenta a cuarenta y cinco años, que tenga algunos medios de fortuna, buenos sentimientos y gustos poéticos".

A ese anuncio contestó este otro:

Número 8,152.

"Un respetable confitero, que mide cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, de cincuenta y cuatro años de edad, inteligente, bien establecido, de buenas maneras y aficionado a la poesía, se consideraría dichoso de encontrarse lo más pronto posible con el número 8,148".

PARFUMERIE L.T. PIVER
M. R.
PARIS
LOCION 'FLORAMYE'
EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS
a $ 8.25 el frasco
Concesionarios: SALAZAR & NEY
Arturo Prat N.o 210 — Santiago, Casilla, 1034
SON LOS MAS RICOS, LOS MAS ADHERENTES Y DE PERFUMES MAS EXQUISITOS

CARTAS DE UN MEDICO A UNA MADRE JOVEN

Por EL Dr. GUILLERMO PLATH.

DESEAS que te dé algunas reglas de conducta para tu nuevo estado, sobre el cual, por lo que me dices, no puede ya actualmente caber duda alguna. También me pides que te dé algún consejo sobre diferentes molestias de poca importancia que suelen estar más o menos enlazadas con el embarazo.

En primer termino, por lo que toca a las náuseas que te molestan, sobre todo por la mañana, la paciencia será para ti, como en muchas otras cosas, una hermosa virtud. Es verdad que hay una porción de medicamentos para combatirlas, y que todos ellos son recomendados con gran confianza; pero esto precisamente demuestra que no disponemos de ningún medio seguro, pues, de poseerlo, nadie se habria preocupado por buscar otros. En un caso, proporciona buenos resultados uno de ellos, y, en otro caso, otro distinto, sin que pueda siempre señalarse la causa de esta eficacia.

Cuando, por ejemplo, predomina, como no es raro, una excesiva acidez en los liquidos del estómago, unida generalmente a la acedía, suele dar buen resultado, la magnesia ordinaria (carbonato magnésico). Si, al mismo tiempo, las deposiciones intestinales son perezosas, es útil la magnesia calcinada, de la que se toma una cucharadita medianamente colmada, o bien antes de acostarse, o bien antes del café del desayuno.

Otras veces se obtiene un alivio con una pequeña cantidad de polvos efervescentes, repetida varias veces al día. Es preferible tomarlos en seco o mezclarlos con muy poca agua, de manera que no se disuelvan más que en el estómago. Algunas mujeres notan mejoría tomando una pequeña taza de café negro, a primera hora de la mañana; otras, prefieren tomar, inmediatamente después de despertar, algo de sabor fuerte y picante, como, por ejemplo, una pequeña rebanada de pan moreno aderezada con sal y alcaravea. Tampoco debe despreciarse la aplicación de varias hojas de papel de estraza, empapadas en ron o en coñe, en el hueco del estómago, lo cual constituye un antiguo remedio contra el mareo. El uso de sustancias alcohólicas, como vinos de Madera o de Oporto, o el buen coñae, a dosis muy pequeñas, disminuye cor frecuencia estas molestias; pero no se le debe recomendar en todos los casos. Puedes también probar de tomar el primer desayuno, echada en cama, antes de levantarte. De todos modos, debes tener constancia y saber esperar. Estas molestias, por lo demás, no suelen durar más que algunos meses, y, como todas las del embarazo, tienen, por lo menos, la ventaja de que se sabe a qué van encaminadas.

La pereza en las deposiciones intestinales de que te quejas, es igualmente bastante frecuente durante los primeros meses, y, por lo tanto, no debe ser considerada como un hecho morboso propiamente dicho, del mismo modo que, en general, el estado entero del embarazo no debe ser considerado, en modo alguno, como una enfermedad, ni como necesitado de muchos medicamentos. Por de pronto, harás bien en corregir esta astricción de vientre, por medio de algunas modificaciones en la alimentación. El uso de frutas, de pan moreno y de tortas con miel, es, con frecuencia, suficiente. En caso contrario, puedes recurrir al empleo de pequeñas lavativas de agua, o bien, si es que es preciso, de todos modos, un medicamento al interior, puedes hacer uso por la noche de la magnesia calcinada, ya mencionada, o de pulpa de tamarindos, o bien puedes tomar a primera hora de la mañana un pequeño vaso de agua de Friedichshall o de Pullna.

Pero guárdate de tomar, sin necesidad, medicamentos más enérgicos de toda otra clase, como son, por ejemplo, muchas píldoras, las cuales generalmente contienen sustancias dotadas de acción intensa y con frecuencia son empleadas de un modo abusivo. Sin embargo, tratándose de ti, semejante advertencia es casi superflua, ya que sé muy bien que nunca has tenido gran afición a los medicamentos, y me acuerdo perfectamente de las dificultades que encontraba para hacer tragar a fuerza de halagos a una muchacha bien conocida mía, por lo demás muy estimable, un medicamento que tal vez había llegado a ser necesario.

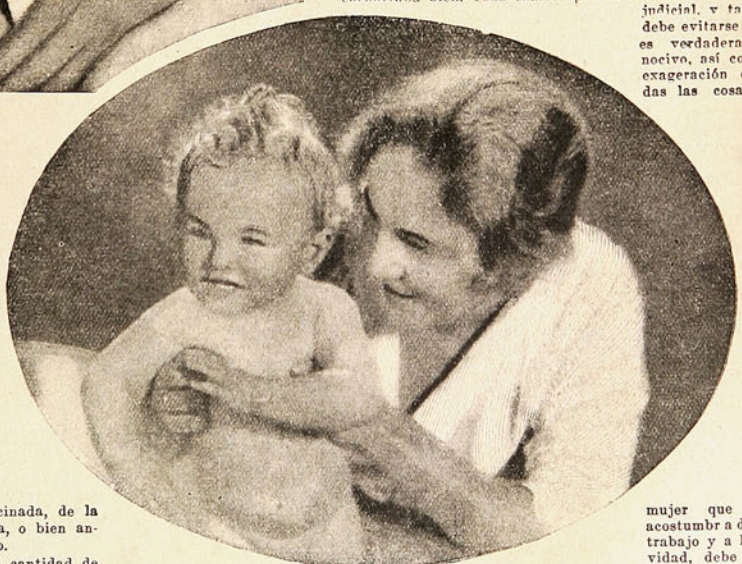
En mi próxima carta te explicaré algunas reglas de conducta que debes observar durante el embarazo.

CARTA IV

En mi última te hice notar que, como ya se comprende por sí mismo, el embarazo no debe ser equiparado a una enfermedad. Es cierto que me preguntarás, ¿cómo puede ser entonces que un estado completamente normal se convierta con frecuencia en origen de muchos padecimientos, para escapar a los cuales son necesarios muchas veces, según el testimonio de la experiencia, una conducta circunspecta y las precauciones más rigurosas?

A esto, debe contestarse lo siguiente:

Cuando a consecuencia de haber sobrevenido el embarazo, es necesario introducir un cambio considerable en el método de vida, será porque este último no ha sido conveniente antes de esta fecha. De esto se deduce que la mujer en cinta hará bien en seguir, en general, el mismo método de vida a que estaba acostumbrada y con el cual se encontraba bien. Todo cambio profundo y repentino es perjudicial, y tan sólo debe evitarse lo que es verdaderamente nocivo, así como la exageración en todas las cosas. La mujer que está acostumbrada al trabajo y a la actividad, debe seguir fiel a esta costumbre durante el embarazo, con tal que el trabajo no sea demasiado penoso y que sea adecuado a este estado.



Lo mismo se aplica, en general, a las demás cuestiones de la vida cotidiana, como el ejercicio, las comidas y bebidas, las horas que se dedican al esparcimiento y a las diversiones, etc. Por este motivo, el curso del embarazo en las mujeres que viven en el campo, no va unido ni de mucho, por regla general, a tantas molestias, ni está expuesto a tantos trastornos como en las que viven en las grandes ciudades, en donde la sencillez y la naturalidad del método de vida sucumben, con tanta frecuencia, ante las exigencias de una falsa cultura y de las relaciones sociales a que está uno

acostumbrado. A tales mujeres les es necesaria, indudablemente, cierta instrucción, pues la conservación de la salud es doblemente importante durante el embarazo, por tratarse en él de la salud y de la vida así de la madre como del niño, y, por otra parte, una conducta imprudente y desacertada puede producir durante el embarazo, con más facilidad que en las demás épocas, enfermedades cuya curación ofrece de ordinario grandes dificultades.

No es que yo crea que sean necesarios largos preceptos para ti, joven, sana y acostumbrada a una vida sencilla, para guardarte de los peligros que pareces temer, y así debéis considerar las explicaciones que siguen tan sólo como una prueba del gusto con que cumplo tus deseos, hasta cuando esto me pueda parecer superfluo.

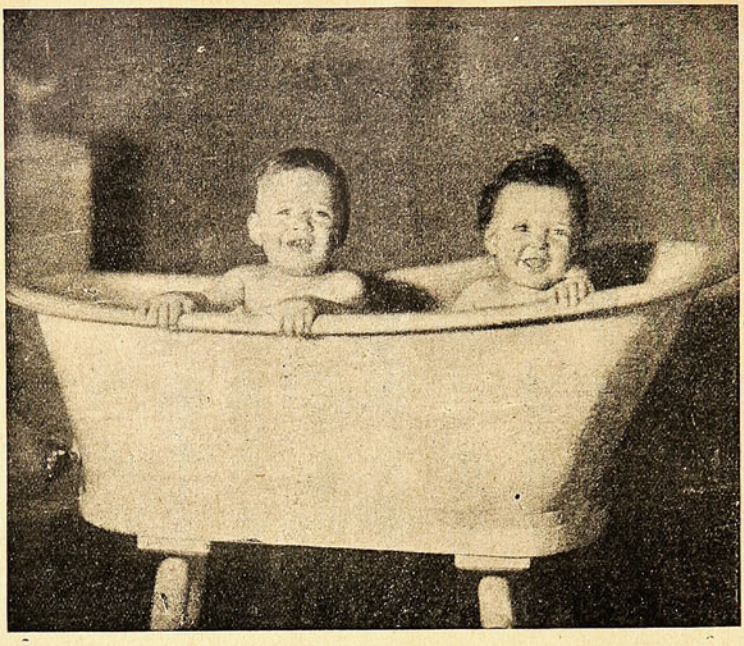
Así, creo innecesario indicarte que evites las afecciones y la exaltación de ánimo, como por ejemplo, el enojo y el mal humor. La mujer noble debe saber mantener alejadas de sí estas debilidades indignas de ella, aún sin tener que pensar en los perjuicios que producen, los cuales, de todos modos, pueden ser más nocivos todavía durante el embarazo. Aún prescindiendo de los peligros que nacen muy fácilmente a consecuencia de estos estados de ánimo, así para el embarazo como para la vida del niño, o por lo menos, para su salud, no puede dudarse, y la experiencia lo comprueba, de que en el maravilloso taller de la naturaleza las condiciones de la madre, en todos tiempos, pero sobre todo durante el embarazo, moldean, no sólo la configuración corporal del niño, sino también la disposición de su espíritu. ¡Cuán elevada se debe sentir la madre al pensar que le es dado, por medio de la cuidadosa vigilancia de sí misma, imprimir en su hijo no solamente una constitución corporal sana, sino también la disposición a la salud del espíritu, mucho más importante que aquélla! En cambio, ¡cuán triste debe parecer la suerte de tantos y tantos niños, en quienes el temperamento apasionado de su madre ha impreso, ya antes del nacimiento, el sello del odio, de un carácter pendenciero o de la terquedad, que con mucha frecuencia pueden ya percibirse en ellos durante los primeros años!

Sin embargo, dirás tal vez, la verdad es que no siempre está en nuestra mano guardarnos de todos los movimientos del espíritu, a los cuales no se sustraen ni aún las almas elevadas, a pesar de su más leal voluntad, como la aflicción, el miedo y, especialmente, el temor natural a los peligros que puede traer consigo el parto, que va acercándose paso a paso.

No te falta del todo la razón, y otro día hablaremos de este punto.

N. del T.—Los vómitos del embarazo ofrecen ciertamente, en la inmensa mayoría de los casos, un carácter benigno, pero a veces se acentúan y agravan hasta constituir un estado serio. Por lo mismo, debe llamarse al médico en cuanto la frecuencia o la pertinacia de ellos empiece a exceder los límites ordinarios, y tan sólo mientras no se llegue a tal punto será prudente contentarse con los sencillos medios que recomienda el Autor. A veces, se obtienen también buenos resultados preparando los alimentos en una forma que les reduzca al menor volumen posible (papillas espesas, huevos pasados por agua, etc.), sin permitir otras bebidas que la leche. En general, es preferible prescindir de las bebidas alcohólicas. Los polvos efervescentes de que habla el Autor, son el bicarbonato sódico y el ácido cítrico, que se tomarán separadamente, pero a continuación inmediata uno de otro. La cantidad será de unos dos gramos (una tercera parte de cucharadita pequeña, arrasada) de cada uno, y si bien el bicarbonato puede tomarse en seco no recomendamos esta práctica para el ácido cítrico, pues por su sabor agrio será mejor disolverlo en una jícara o poco más de agua.

Las aguas de Friedrichshall y de Pullna, citadas por el Autor, son aguas purgantes alemanas parecidas (pero mucho más débiles) a las españolas de Rubinat, Loeches y Carabaña. Creemos no cometer un pecado de meticulosidad excesiva, disuadiendo a la madre de tomar, sin recomendación facultativa, estas aguas, ni purgante alguno, incluso la pulpa de tamarindos, bajo cuyo nombre, por otra parte, se expenden preparados que contienen además de los tamarindos, otras sustancias más enérgicas. Es más prudente que la mujer en cinta se limite al uso de alimentos que favorezcan las deposiciones, y de lavativas de agua hervida. Para estas últimas, sobre todo cuando el embarazo está adelantado, es conveniente ajustar al pico de la jeringa un tubo de goma que permitirá que el agua introducida en el intestino llegue a mayor altura.



Uno que tiene sueño

PIENSE UN INSTANTE

La mujer ha sido hecha para la humanidad.—Neufville.

La mejor de todas las mujeres no vale nada.—Hesiodo.

Encargaos mejor de guiar sólo en medio de la borrasca un navío de alto bordo que de guiar a una mujer.—Flechter.

El "honor" de la mujer se funda en su "fidelidad", así como el del hombre se funda en su honradez.—Mabire.

VARIEDADES

Las madres de Southwark están obligadas por las autoridades a pesar a sus hijos semanalmente y a dar cuenta del peso al inspector del Consejo Sanitario.

Un médico americano afirma que el reflejo de los colores de las telas, ejerce una feliz influencia sobre la salud. Y asegura que el color lila atenúa las enfermedades mentales, que el violeta combate el insomnio, el azul calma los nervios, el blanco y el rojo atenúan la digestión y el rosa preserva de la neurastenia...

SUPLICIOS PARA SEÑORAS

Por FERNANDA POLAILLON

ES mi día de recibo. Acaban de dar las seis y media y con su sonido mis amigas parten una a una. Nicó se queda la última: su cara muestra satisfacción, y sus lindos ojos tienen una luz de contento que me inquieta y me pone un tanto nerviosa, igual que cuando una tormenta no acaba de estallar. Flexible, se levanta y dice:

—Hasta luego querida, me voy. Su reunión ha sido encantadora. Y qué linda es su toilette...

Espero siempre el correctivo a tanta amabilidad: conozco a mi amiga: nunca hace un cumplido sin mezcla y, química sabia, dosifica con acierto la dulzura con la acidez. Antes de llegar a la puerta se detiene.

—Me parece que sus cabellos están menos rubios que otras veces. Venga cerca de la luz para verla mejor... Es seguro... Su pelo se obscurece... ¿Por qué no va usted donde Victorina?

—¿Victorina?

—Pero si usted debe conocerla, la peinadora de moda... Saliendo de casa de ella usted tendrá diez años menos: no se la reconocerá.

He aquí lo que yo esperaba: la flecha del Parto. Las últimas palabras las saborea la linda boca como si fueran un exquisito bombón, luego me besa ligeramente para no alterar el arco perfecto de los labios artísticamente retocados. A pesar de mi filosofía de mujer que confiesa abiertamente los treinta años, me miro disimulada en un espejo: es verdad: cambio: ¿Iré entonces donde esa Victorina?

Al día siguiente me encuentro irresoluta; diez años de menos son muy tentadores. Y es con el corazón palpitante como me dirijo a casa de la bruja.

Tengo al llegar una impresión de clínica: la oficina es blanca, esmaltada como una sala de operaciones y flota en ella una neblina caliginosa que envuelve a las pacientes en un halo grisáceo. Cinco o seis mujeres están en tratamiento; las unas bajo las manos diestras de una "lavadora", tienen la cabeza cubierta por la espuma del champú; otras están secándose encapuchadas de papel de seda. Me pongo un tanto inquieta por este escenario, pero hay que entrar y decidirse...

—¿La señora Victorina?

Una mujercita baja vestida por un delantal de enfermera, con unos lentes de concha cabalgándole sobre la nariz, parecida a las brujas de Macbeth, está apilando, triturando y haciendo cocer las hierbas mágicas que tienen el poder de devolver la juventud.

—Señora quisiera...

—En seguida — contesta una voz breve — usted ve que estoy ocupada...

Bien, esperaré. Dócil, me siento en una silla y espero. Mientras, me distraigo mirando. De pronto todas las mujeres tienen un impulso que me parece ritual, porque se levantan al mismo tiempo y cambian de sitio. Pero mi turno llega. Me quitan el sombrero con autoridad. Victorina se acerca con una lupa en la mano, se inclina sobre mí y examina mi cabeza en tanto que yo aguardo ansiosamente su diagnóstico.

—Qué cosa más rara resultan estos cabellos largos que ya nadie usa...

Sonrió casi avergonzada de esta anomalía de la cual me dan deseos de excusarme.

—No importa, se la tratará a pesar de todo. ¿Qué es lo que usted quiere? ¿Oxígeno? ¿Hennè?

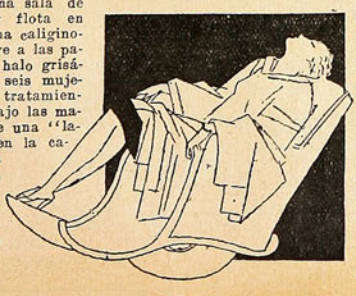
—Dios mío... Vea: yo era muy rubia y cada día se me oscurece más el pelo. Entonces una amiga que elogió su habilidad, su gusto...

—Ya se. Inútil. Se le harán dos oxigenaciones del 3 y 4 y dos aplicaciones del 25 y 38.

Ya está hecho; imposible retroceder a pesar del disgusto que me da al verme reducida a unos números que clasifican mi caso.

La mujer de la lupa termina diciendo:

—Me interesan las rubias como usted; son difíciles y a veces nada resulta con ellas; pero por lo mismo es divertido ensayar.



Sí. ¿Y el peligro? Tiemblo uno poco. He conocido algunas mujeres pintadas que parecían zanahorias y otras trigo dorado: ¡Si yo fuera

Mme. Gabrielle Robinne

la bella y distinguida artista de la COMEDIE FRANCAISE, de Paris, habla de la "VELOUTY" de DIXOR (M. R.)

Pour la beauté des mains et du décolleté, il n'existe rien de mieux que la "Velouty" de Dixor

Gabrielle Robinne

TRADUCCION:

Para la belleza de las manos y del escote, no existe nada mejor que la "Velouty" de Dixor.

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS

se vende a los siguientes precios:

1|4 tubo o tubo maletín	$	2.00
1|2 "	"	8.00
1|1 " o super tubo	"	13.50

Tres colores:
Blanco-Natural (rosado) e Ivoire (marfil)

PARA LAS HACENDOSAS

Para limpiar los objetos de marfil

CEPILLESE el marfil con piedra pómez pulverizada y disuelta en agua. Déjese luego secar al sol. Si la operación no es suficiente, repítase otra vez.

Los objetos de marfil pueden también limpiarse exponiéndolos al vapor de azufre. Pero si es verdad que este procedimiento deja el marfil completamente limpio, también es verdad que hay el peligro para los objetos muy frágiles de quebrarse.

Conservación de espejos y cristales.

Los espejos no deben colocarse nunca contra una pared húmeda.

Para limpiarlos no se debe usar el blanco de España ni el blanco de Meudón que a la larga les quita el brillo. Hay que emplear, sencillamente, alcohol con agua. Para los cristales sí que se puede emplear el blanco de España mezclado con un poco de alcohol. No se debe mojar nada más que un cristal cada vez, porque esta sustancia no produce ningún efecto una vez que está seca.

El espíritu de vino, el agua de lejía o el agua de jabón dan un excelente resultado para limpiar cristales pintados. Para evitar el vaho que se forma en los cristales úntenselos ligeramente de glicerina por medio de un algodón.

Cómo se destapan los frascos de cristal y vidrio.

Cuando un frasco contiene un líquido azucarado, basta, para destaparlo, hacer pasar un poco de agua entre el tapón y el gollete. Si el frasco contiene una esencia cualquiera, hay que introducir alcohol. El aceite sirve para destapar los frascos que contienen aceite o cualquier producto resinoso.

El procedimiento que consiste en romper el gollete del frasco tapado demasiado herméticamente, es expuesto, porque puede también romperse el frasco.

Vulgarmente, para destapar un frasco, se frota el gollete con una liz cuyo movimiento de vaivén desarrolla calor y produce cierta dilatación. Este método es el más sencillo y el más práctico.

Limpieza del mármol blanco

Pásese un cepillo duro empapado en una solución de soda cáustica. Enjuáguese con agua fresca y déjese secar. Las manchas de roña desaparecen con la acción de la sal de acederas. Las manchas de grasa se tapan con una mezcla de blanco de España disuelto en bencina. Al cabo de unas dos horas se frota y se seca completamente. El limón limpia muy bien los mármoles blancos. Luego se enjuaga con agua de jabón y se le pule por medio de una bayeta empapada en aceite de oliva.

Manchas de grasa en puertas y artesonados

Es indispensable limpiar la pintura de las puertas en el lugar del cierre. Las placas de cristal no siempre bastan para preservarlas. Muy preferible para la limpieza es el agua con cal al agua de jabón. y mejor aún es el uso de la bencina que no deteriora la pintura y que es de tan fácil uso.

Se conserva el artesonado blanco, apomazándolo, es decir poniéndole piedra pómez pulvevrizada encima, con la ayuda de un trapo húmedo. No hay que frotar, Sino que echar, pegar el polvo al artesonado. Luego de un rato se enjuaga con agua. Este procedimiento conviene a toda madera con tal de no abusar de él, pues acabaría por perjudicar la pintura.

Conservación de las alhajas

Las alhajas de oro y las piedras preciosas se conservan jabonándolas y pasándoles luego un trapo fino.

Es inútil, como se pretende a veces, dejarlas secar en aserrín. Basta una vez secas por el trapo, pasarles ligeramente una piel de gamuza. El jabón no deteriora las alhajas, pero cuando la montura es complicada, lo que sucede generalmente en las joyas modernas, se introducen por los pequeños huecos partículas de jabón que luego es muy difícil extraer.

Lo mejor es acostumbrarse a frotar seguido las joyas con la ayuda de la gamuza. Esta precaución basta para mantenerlas siempre brillantes.

Para jabonar las sortijas basta un cepillo fino que pueda penetrar fácilmente en los intersticios.

No se deben tocar nunca las piedras si no es con la gamuza.

Para las pulseras y las cadenas de oro sin piedras es muy conveniente hacerlas hervir en la solución siguiente: Agua 250 gramos. Sal de amoníaco 30 gramos.

Las joyas de acero se limpian frotándolas con una franela empapada con una mezcla de aceite de oliva y de sebo.

(Conclusión)

SUPLICIO PARA SEÑORAS

a quedar como ellas. — "Baje la cabeza. Incline el cuello. Ponga un poco de atención. No hace otra cosa que moverse. Otra. A otra le toca. Cambie de silla. La que está en el henné 2, dele su silla a la señora del pelo largo."

Soy yo el fenómeno.

Enviada a la silla del henné 2 miro confundida a estas mujeres que en su casa deben ser autoritarias, caprichosas, rebeldes a toda orden y a todo consejo y que aquí sólo saben obedecer. Pero me llaman.

Señora del pelo largo, pase al otro henné.

Una pasta caliente recubre en seguida mi cabeza y mi cráneo se transforma como por encanto en el de Josefina Baker.

—¿No teme usted que no me convenga este color de ébano?

Victorina no se digna contestar. Mi pregunta no le llega: y desde ese momento tengo la seguridad de que al sacarme el sombrero me han sacado también mi cerebro de ser que piensa y que posee una inteligencia.

—Dele su silla a la oxigenada del rincón. Y usted pase al champú para lavarse.

Un espejo me hace mirarme: ¡estoy de color de zanahoria! ¡Zanahoria! ¿Qué van a decir de mí en mi casa? Desesperada busca la mirada de Victorina: parece tranquila y contenta.

No tenga miedo esto se arregla en seguida.

Resignada paso por entre las manos de las ayudantas del verdugo. Me hacen pasar por la cabeza corrientes de aire frío, de aire cálido, de aire húmedo. Al fin parece que todo acaba. Ganada por el medio he corrido como las demás mujeres de una silla a la otra, jugando a las cuatro esquinas con sus compañeras desconocidas, vuelta a ser por una mañana, la chiquilla que fuí hace quince años.

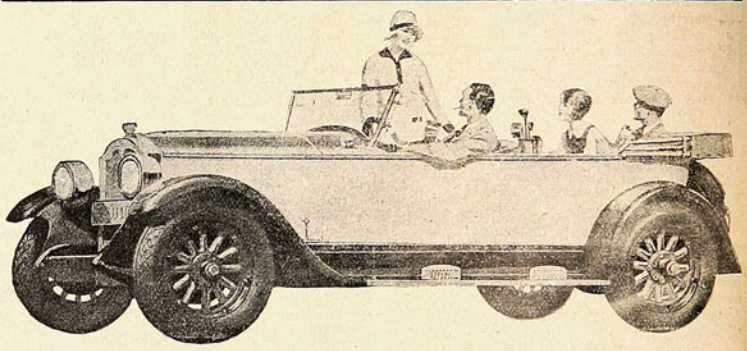
—Ahora váyase a que la sequen...

Esto está dirigido a mí. Sigo con los ojos el sitio que me muestra el índice autoritario de Victorina. Es un recinto de vidrios lleno de ruido de un aparato eléctrico. Un hombre canoso dirige con mano indiferente el tubo de metal por el que se escapa el aire que ha de secar las cabezas mojadas. Me hace pensar en los encantadores de serpientes y que en los circos presentan al público una boa adormecida. Detrás de él hay una ventana abierta sobre la calle, dejando entrar el aire de la mañana que refresca excesivamente la atmósfera caliente de la pequeña sala.

—¿No podría usted cerrar la ventana?

—Es que tengo calor, señora ¿Sabe cuántas cabezas he secado desde esta mañana? Veinte, señora. Con la suya serán veintiuna... y todavía la suya tiene el pelo largo... Entonces comprenderá usted que un poco de aire fresco sea agradable.

¿Y yo? Yo que hace dos horas paso sucesivamente del lavado al masaje, del henné al oxígeno, del frío al calor. ¿Tendré aún que agregar la bronquitis? Pero un hada — la Moda — vela sobre mí: al salir del horno secador estoy convertida en una maravilla: diez años son muy agradables de perder. Y olvido los malos modos de Victorina, las carreras para cambiar de silla, el egoismo del encantador de serpientes, lo olvido todo, hasta los quinientos francos que cuesta el tratamiento, lo olvido todo en la alegría de la juventud vuelta a encontrar. Decididamente, desde hoy sólo confesaré que tengo veintidós años...



La confianza inspira a sus muchos compradores

La lealtad de los propietarios de automóviles "BUICK", hacia el nombre "BUICK", es una de las más hermosas tradiciones en el mundo automovilístico.

Muchos años de superioridad sobre sus competidores — y un renombre conocido y comentado dondequiera que hayan automóviles — han servido para estimular y acrecentar esta confianza en el "BUICK".

Esta confianza ha sido ganada, también, por un alto principio: por la preocupación constante de utilizar todo lo más nuevo y mejor en diseños de automóviles.

Muchas otras razones podrían darse del por qué todos los dueños "BUICK", adquieren otra vez un "BUICK" cuando necesitan un nuevo coche, pero lo evidente es que tienen una confianza íntima en él, que no les permite ningún cambio.

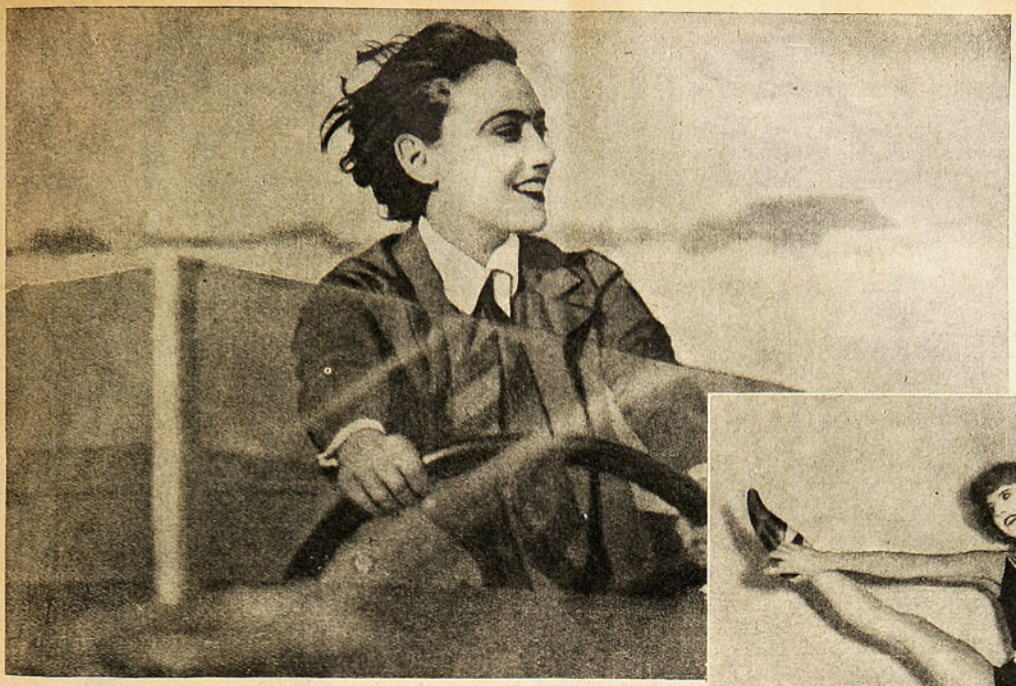
Aproveche la experiencia de más de un millón de dueños de "BUICK", y decídase en adquirir uno para que pueda apreciar la satisfacción de poseer el mejor coche.

No olvide que "cuando se construyan mejores automóviles, "BUICK" los construirá".

AGENTES PARA CHILE:

MORRISON Y CIA

VALPARAISO. SANTIAGO.



La bellísima Gloria Swanson, predilecta de todos los públicos del mundo, manejando su automóvil a una velocidad media de ochenta kilómetros por hora.

EL SECRETO DE LA SALUD Y LA BELLEZA:

EJERCICIO Y ALIMENTACION

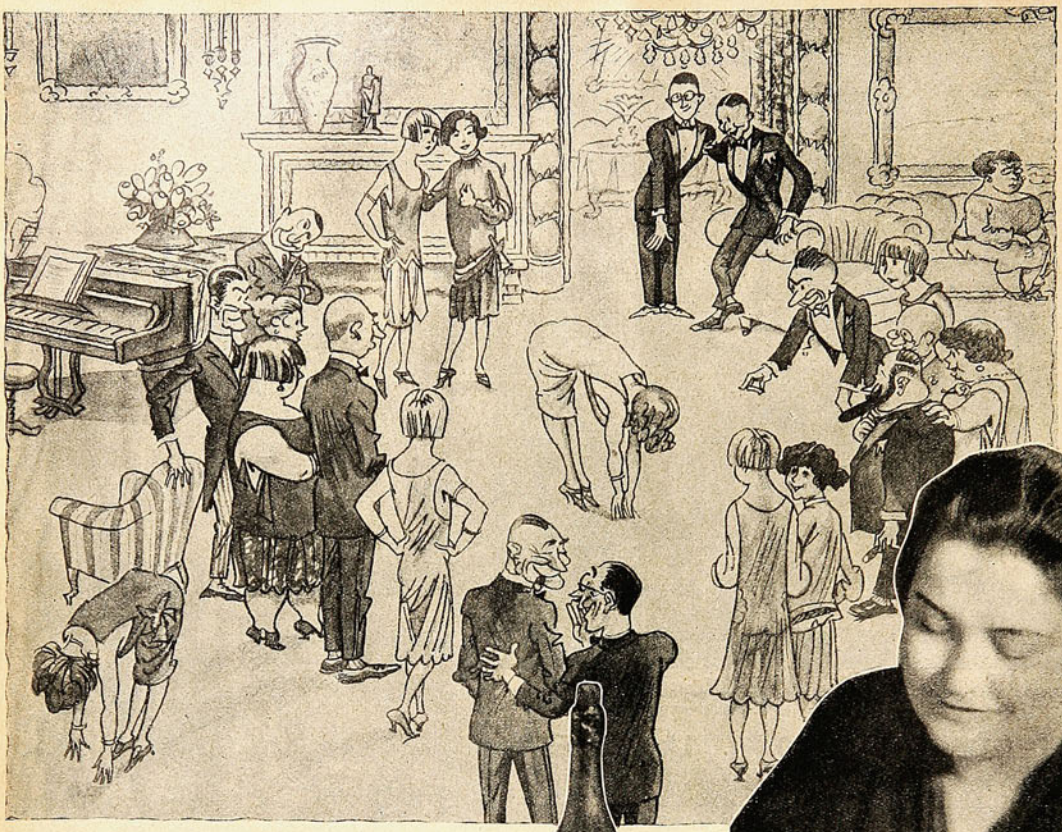
LAS actividades de la mujer aumentan día a día. Las mujeres han abarcado todas las carreras liberales y todo género de carreras. Las mujeres, cuyo único comercio, de ejercer antes alguno, era el comercio amoroso, hoy se dedican a todos los comercios, y a todos los juegos de azar. No hay un solo deporte donde las mujeres no hayan llegado. Atraviesan el Canal de la Mancha nadando y la Cordillera de los Andes en frágil aeroplano. Baten notables récords de resistencia escalando los montes más abruptos. Cruzan solas en automóvil el Sahara, y compiten con el hombre en todos los deportes conocidos. Podría creerse que, para ocuparse en tantas cosas, las mujeres han abandonado el cuidado de su belleza. Pues no es así. El cultivar el don más precioso con que puede dotar la naturaleza a una mujer, constituye y constituirá siempre, el cuidado supremo de toda mujer verdaderamente tal. Además, la mujer necesita resistencia física y moral para ejercer las distintas faenas a que se halla totalmente dedicada, y el cultivo de la belleza es al mismo tiempo el cultivo de la salud.

Y no son ya sólo las mujeres jóvenes, las muchachas, las que dedican un buen espacio de tiempo a la tarea de conservarse ágiles y hermosas. Son las mujeres de toda edad y condición, que convencidas, aunque algo tarde, de que no hay belleza sin salud, buscan con afán los medios de recuperar las líneas perdidas, deshacer la fea doble barba, y de entumecer los miembros ateridos por larga vida sedentaria, con ejercicios metódicos y saludables. Las jóvenes, mientras tanto, ágiles como corzas, someten sus flexibles músculos a las más variadas pruebas, y consultan diariamente la balanza, que no ha de marcar ni un kilógramo más de lo que las normas infalibles de la belleza han establecido, para cada estatura.

El tennis, el polo, el golf, con sus baños de aire libre y de sol, endurecen y refrescan la tez femenina, procurando la circulación abundante de la sangre por todos los tejidos. La natación suaviza y redondea los músculos y sazona la piel... Pero todo el secreto no está en los ejercicios ni en los movimientos, ni en la salud de los nervios, robustecidos por el manejo del volante a altas velocidades. La clave máxima del secreto, está en los alimentos. En contar las calorías y huir de las grasas, he ahí en pocas palabras la preocupación moderna de las que luchan por prolongar salud y belleza. En los restau-

Y el resultado: ágil y perfecta.

No sólo las jóvenes, sino también las viejas y las gordas, luchan por reconquistar la belleza.

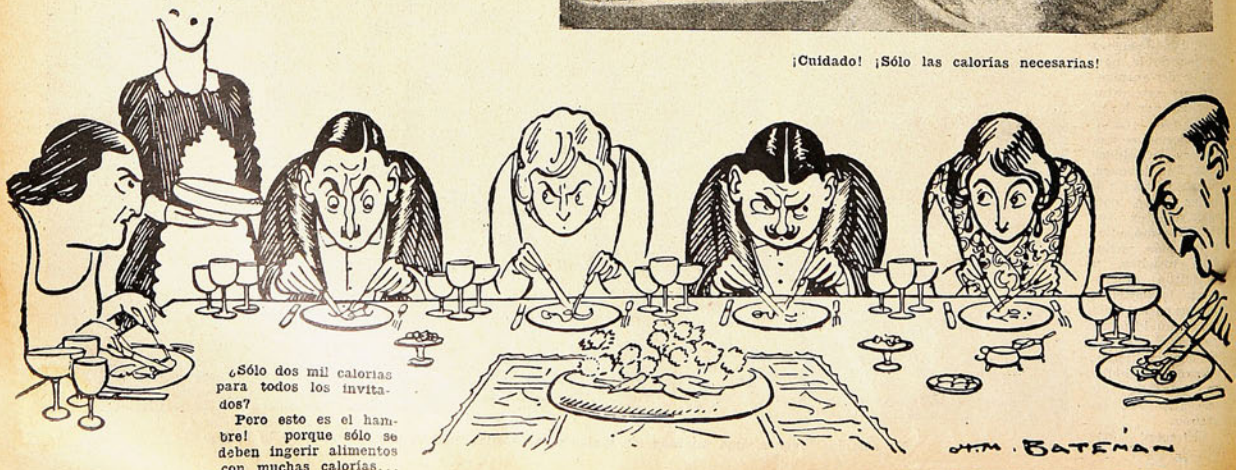


Lo que se vé en un five o clock moderno: en lugar de los ricos sandwichs y los exquisitos pasteles, las muchachas y las señoras, hacen pruebas y ejercicios, en pleno salón...

---

rantes americanos, los alimentos se sirven por calorías. Un plato de pollo, 150; un plato de sardinas, 300, etc... Y el menor consumo posible de grasas. Las grasas aniquilan, envejecen, engordan, y estas tres cosas son en sí una sola. Las grasas ponen el cutis opaco, y cansan las pupilas, intoxican el organismo y lo convierten en torpe y pesado. La moderna mujer elegante, sabe, pues, que ya no puede como sus antepasadas, cuya belleza era flor de un día, entregarse sin reflexión a los placeres de la mesa, ni pasar las horas muertas en hondas butacas contemplando cómo se ponen muelles sus brazos y sus piernas; muelles y lentos, como los quería fray Luis de León para la perfecta casada. La mujer moderna, es o no es una casada perfecta, pero en todo caso lo es en otra forma ágil, sana, perfecta de espíritu y de cuerpo. ¡Conque, señoras mías, a hacer ejercicio y alimentaros con cuidado!...

¡Cuidado! ¡Sólo las calorías necesarias!



¿Sólo dos mil calorías para todos los invitados?

¡Pero esto es el hambre! porque sólo se deben ingerir alimentos con muchas calorías...

H.M. BATEMAN

RECUERDO DEL PRIMER AMOR

Del Embajador de los Estados Unidos de América, Mr. Williams Collier

El señor Embajador se excusa de la encuesta, diciendo que, hace tanto tiempo, que no recuerda...

El Ministro de Portugal, don AMADEO FERREIRA D'ALMEIDA

—¿Mi primer amor? El amor sólo es asunto diplomático en los casamientos reales, pero como me pone usted, señora, para contestar, en tan buena compañía, la voy a complacer.

Yo, en eso, hice excepción al de la prima, popularizado tan finamente por nuestro Dr. Julio Dantas, al describir su Cardenal Portugués. Mi primer lío, choque, ensayo amoroso, cuando aún estudiante y muy joven, ya tuvo carácter internacional; era tal vez una predestinación, una sugestión de carrera.

Viviendo en la Florida, provincia portuguesa, antiguo reino del Algarve, separada apenas por el río Guadiana de la risueña Andalucía, íbamos allí a las fiestas en bando los estudiantes. Me acuerdo que hace más de 30 años, cuando estaba de moda la bicicleta, ya lleno el pecho de medallas deportivas, fuí a un alegre pueblo andaluz a tomar parte en unas carreras de aficionados, y no me porté mal.

En la indispensable corrida de toros vi una mujer preciosa, un sueño goyesco de rara hermosura: mantilla, pelo y ojos negros relucientes; labios y claveles disputándose color y perfume. Nos conocimos después en el baile y bailamos. Fué un incendio con sustancias explosivas.

El marido (porque infelizmente, todas las mujeres bonitas tienen siempre un marido), vino junto a nosotros y me dijo: —Que no vaya usted a seducir mi esposa con todas sus medallas...

Tardía prevención—ella acababa de proponerme de escaparse conmigo a Portugal, y sin ninguna alternativa.

Ante el escándalo, la familia y un conflicto internacional, sólo había una solución—escaparme yo solo!

Más tarde, al dejar a Julio Verne, leyendo a Napoleón, encontré este consejo: "En amor la única victoria está en la fuga". Y, con un dulce recuerdo, pensé que si no lo había escrito, lo había instintivamente realizado.

No la he vuelto a ver; y si acaso la encuentro en la Exposición de Sevilla, dirá, como en la linda "Mañana de Sol": ¡Y éste, era aquél!...

Del Capitán ALEJANDRO LAZO

Como casi todos, a nuestra pregunta, tiene un primer movimiento de sorpresa y una negativa.

—Mi primer amor... Pero si eso no tiene ninguna importancia... Eso no interesa a nadie...

Y como insistimos, tras una breve defensa, acaba por decirnos:

—Mi primer amor fué una chiquilla muy jovencita que vivía cerca de la Escuela Militar cuando era yo cadete. Solía estar en la puerta de su casa o en el balcón cada vez que yo pasaba en las tardes y así fué cómo me enamoré románticamente, con toda la ilusión y la tontería de los trece años. Una vez que estaba

ella en la puerta y yo en la esquina, tiró ella a la calle el cartucho vacío de pastillas que acababa de comer y luego, cuando entró a la casa, fuí yo muerto de susto y de vergüenza de ser visto, a recoger el cartucho para guardarlo como una reliquia. Así pasó todo el año escolar. Nos mirábamos, nos sonreíamos y nada más... Pero llegaron las vacaciones y con ellas la salida de los cadetes. Yo me fuí a mi casa y es claro, para evitarme el calor, en vez de mi flamante uniforme, usaba a veces un muy fresco traje de brin. Y como yo estaba bastante coquetón con mi traje de paisano, conseguí poder venir a la capital para ver a la chiquilla. Aquí fué mi gran desilusión... Me miró con la misma indiferencia con que hubiera mirado un palo de fósforos... Como si en la vida me hubiera visto... Como si no hubiéramos pololeado todo un invierno... Entonces me convencí que si yo me había enamorado de ella, ella sólo quería en mí los relucientes botones de mi traje de cadete...

JOAQUIN EDWARDS BELLO

—Mi primer amor fué aquella maravillosa niñita que encontré en Valparaíso una tarde que salí a vagar por los cerros que estaban detrás de mi casa. Lo he contado en un artículo...

—Convenido. Ese fué un amor rememorado para hacer literatura. Pero, dinos ahora un amor más real, más sentido en tu primera juventud.

Joaquín quiere protestar, decir que él no hace literatura con los recuerdos y más cuando éstos atañen al amor. Tanto lo maldeseamos que al fin nos cuenta la siguiente historia, tal vez verídica, tal vez hecha en el caso en que condimenta sus estupendos "lunes" de "La Nación".

Del Embajador del Brasil, don ABELARDO ROCA.

Pídeme usted un recuerdo de mi primer amor.

Imagino que el mío debe haber sido bello, como todos los primeros amores, y siento no poder contarle ninguna impresión... porque el corazón del hombre no tiene memoria.

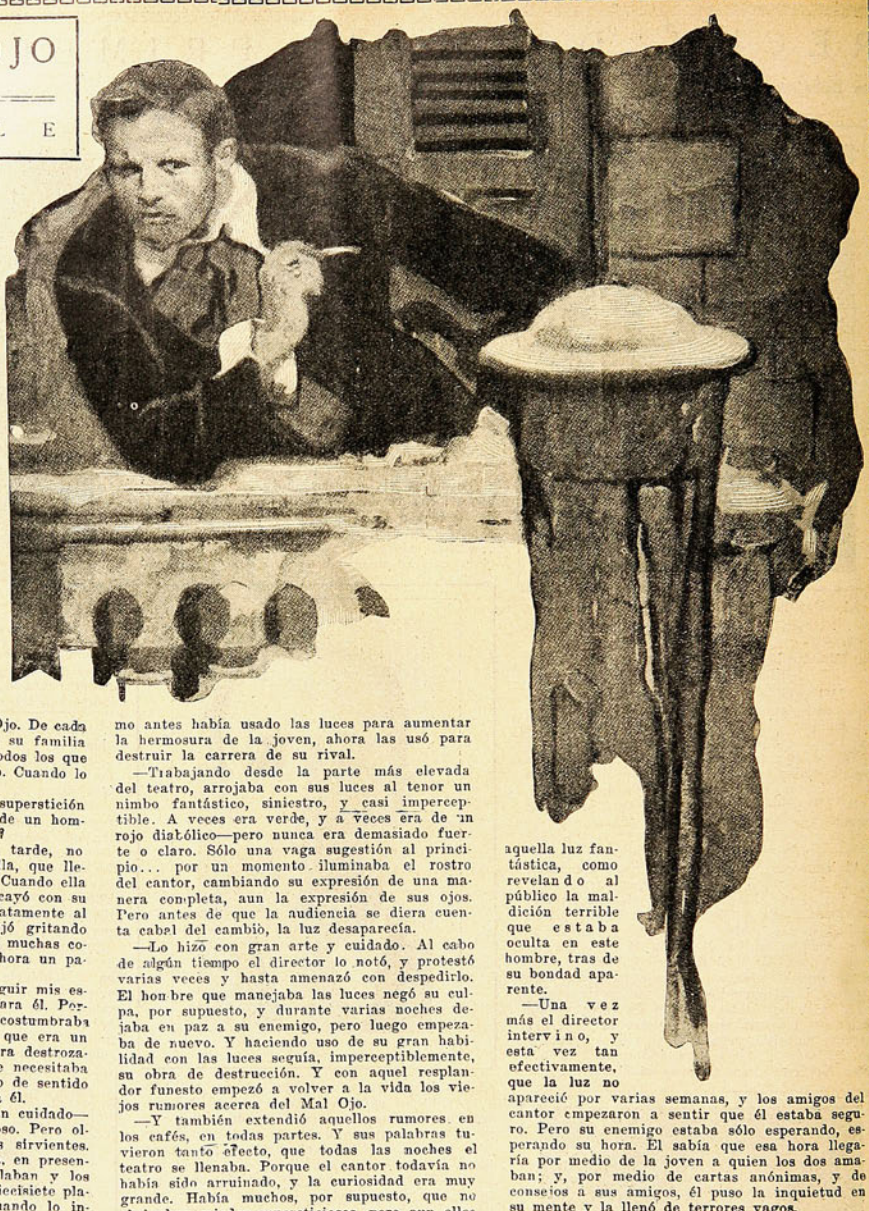
—Mi madre tenía una amiga muy buena moza, extraordinariamente hablodora, muy gestera, llena de atractivos de real hembra. Por cierto que una señora de sus cincuenta años, pero que todavía podía ponerse tiesa junto a las más guapas. Yo la adoraba en silencio, tal como conviene a estos sentimientos a esa edad. Lo que más me instaba en ella, lo más subyugante de ella para mí, fuera de sus opulentos kilos, era su cabellera peinada en un morcillón muy negro, con su gran moño en lo alto y sus peinetas de concha consteladas por piedras de todos colores. Cada vez que iba a casa yo casi me ponía enfermo de emoción. Apenas atinaba a saludarla. La miraba desde lejos, nada más. Pero una vez que estaba ella sola en el salón de la casa esperando a mi madre, que había ido a arreglarse, porque debían salir juntas, a no se qué paseo, tal vez porque le incomodaran los largos alfileres que entonces se

usaban para sujetar el sombrero, se sacó éste, pero con tan mal tino, que tras el sombrero salió la estupenda cabellera negra peinada con morcillón y un moño en lo alto y las peinetas de concha consteladas de piedras preciosas. Salió todo junto, quedando sólo el cráneo monda y lironda de la cuitada señora, que desde ese momento dejó de existir para mí.

EL MAL OJO

Por

E. POOLE



AHORA míralo—murmuró mi compañero—observa la expresión de sus ojos.

Estábamos en Venecia. Nuestra góndola se había detenido en uno de los canales angostos, un cañón lustroso, profundo y vago que reflejaba las luces de las ventanas que parecían flotar sobre el agua negra. Agua inquieta. Oleaditas casi imperceptibles que lamían sin cesar los muros. Ni un sonido podía oirse, excepto los pasos de la gente que cruzaba el puente, no muy lejos de nosotros.

Estábamos bajo un balcón soportado por dos enormes cabezas de leones, cabezas de piedra, ennegrecidas por los años. Y levantando la vista hacia una ventana iluminada, vi a un hombre como de cincuenta años que estaba sentado allí, inmóvil, leyendo. Era alto y delgado, y vestía una camisa negra de seda. Sus cabellos negros tenían hilos de plata entre ellos. Sonriendo al leer, arrojó lejos de sí su cigarrillo; y al volverse para verlo caer al agua, yo pude ver sus ojos sonrientes—ojos llenos de bondad, pero también de ironía.

—El es el hombre más solitario de Venecia—siguió diciendo la voz de mi amigo—Porque tiene el Mal Ojo. De cada generación alguien lo ha tenido en su familia —el ojo que acarrea desgracias a todos los que mira. Por eso nadie quiere conocerlo. Cuando lo ven venir le vuelven la espalda.

—Pero,—yo murmuré,—¿es una superstición de esa clase suficiente para hacer de un hombre un paria, para arruinar su vida?

—Sí,—dijo mi compañero.—Una tarde, no hace mucho, pasó junto a una chilla, que llevaba a su hermanito en sus brazos. Cuando ella vió quién era se aterró tanto, que cayó con su hermanito al canal. El saltó inmediatamente al agua y los salvó, pero ella se alejó gritando de terror. Y eso fué agregado a las muchas cosas que se dicen contra él. El es ahora un paria.

—Cuando vine a Venecia para seguir mis estudios musicales, traje una carta para él. Porque él tiene una hermosa voz — acostumbraba cantar en la ópera. Y yo me dije que era un crimen permitir que su carrera fuera destrozada de esta manera. Todo lo que se necesitaba para romper el encanto era un poco de sentido común. Por eso di un banquete para él.

—Escogí a mis invitados con gran cuidado—ni uno solo de ellos era supersticioso. Pero olvidé a Beppo y a su mujer, mis sirvientes. Cuando empezaron a servir la mesa, en presencia del Mal Ojo, sus manos temblaban y los platos empezaron a caer al suelo. Diecisiete platos quebraron aquella noche; y cuando lo invito ahora, yo mismo tengo que servir la mesa. ¡No cuesta entonces tanto!

—¿Ha dejado de cantar?—pregunté.

—No... y confío en que podremos oirlo esta noche. Por eso te traje a este lugar. Pero su voz ha dejado de ser la voz que tenía cuando cantaba en la ópera. Aun cuando aun entonces unas cuantas almas buenas estaban tratando de arruinarlo, murmurando que tenía el Mal Ojo, él era tan joven y tan lleno de vida y alegría, y tenía una voz tan hermosa, que el dueño de la ópera no sólo rehusó despedirle, sino que logró aquietar las malas lenguas.

—Pero luego una mujer entró a su vida... una mujercita frágil, rubia y con ojos azules. Primero era sólo una corista, pero su voz prometía tanto, que pronto le dieron partes más importantes. Y el hombre que manejaba las luces se enamoró de ella, y usó las luces para aumentar su hermosura. Con toda la habilidad de su arte, la sacaba de entre el grupo de coristas y la hacía aparecer aun más bella de lo que era.

—Mientras tanto nuestro héroe, el tenor, también se sentía atraído hacia ella—tanto, que pasaba varias horas diarias enseñándole a cantar y a representar. Pronto eran amantes. Y entonces el hombre que ella había rechazado, loco de celos, empezó a tomar su venganza. Como antes había usado las luces para aumentar la hermosura de la joven, ahora las usó para destruir la carrera de su rival.

—Trabajando desde la parte más elevada del teatro, arrojaba con sus luces al tenor un nimbo fantástico, siniestro, y casi imperceptible. A veces era verde, y a veces era de un rojo diabólico—pero nunca era demasiado fuerte o claro. Sólo una vaga sugestión al principio... por un momento iluminaba el rostro del cantor, cambiando su expresión de una manera completa, aun la expresión de sus ojos. Pero antes de que la audiencia se diera cuenta cabal del cambio, la luz desaparecía.

—Lo hizo con gran arte y cuidado. Al cabo de algún tiempo el director lo notó, y protestó varias veces y hasta amenazó con despedirlo. El hombre que manejaba las luces negó su culpa, por supuesto, y durante varias noches dejaba en paz a su enemigo, pero luego empezaba de nuevo. Y haciendo uso de su gran habilidad con las luces seguía, imperceptiblemente, su obra de destrucción. Y con aquel resplandor funesto empezó a volver a la vida los viejos rumores acerca del Mal Ojo.

—Y también extendió aquellos rumores en los cafés, en todas partes. Y sus palabras tuvieron tanto efecto, que todas las noches el teatro se llenaba. Porque el cantor todavía no había sido arruinado, y la curiosidad era muy grande. Había muchos, por supuesto, que no abrigaban muchos supersticiosos, pero aun ellos encontraban interesante la lucha entre los dos rivales. Porque el tenor, que ya se había dado cuenta del peligro, estaba luchando por su vida de artista—luchando con su voz y con sus ojos, tan sonrientes y tan llenos de bondad.

—¡Oh, pueblo de Venecia! —parecía gritar al cantar por las noches. - ¡Mirad y escuchad! ¡Aquí no hay maldición! Yo soy vuestro amigo... lleno con la alegría de la belleza y de la vida... de la vida y del amor!

—Pero cuando cantaba así sonriendo, con su voz tan rica y vibrante, en sus ojos y en su cabeza brillaba aquella luz fantástica, como revelando al público la maldición terrible que estaba oculta en este hombre, tras de su bondad aparente.

—Una vez más el director intervino, y esta vez tan efectivamente, que la luz no apareció por varias semanas, y los amigos del cantor empezaron a sentir que él estaba seguro. Pero su enemigo estaba sólo esperando, esperando su hora. El sabía que esa hora llegaría por medio de la joven a quien los dos amaban; y, por medio de cartas anónimas, y de consejos a sus amigos, él puso la inquietud en su mente y la llenó de terrores vagos.

POR la influencia de su amante, ella iba a representar, por último, un papel principal. La noche llegó. Esta era la gran noche de su

EL ESPECIFICO BOLIVIANO BENGURIA Y LA CURACION DEL CABELLO EN CORTO TIEMPO

Toda afección al cuero cabelludo se puede curar en corto tiempo, con el conocido y prestigioso medicamento "Benguria". Este específico de tanta fama en el mundo entero, ha llegado a colocarse en todos los mercados europeos, siendo hoy día el más considerado en las enfermedades del cabello. Las ciencias médicas lo recomiendan como insuperable en todo tratamiento relacionado con las afecciones capilares, y por sus favorables resultados se le ha premiado en varias exposiciones europeas, premios que constan de grandes Diplomas y Medallas de Oro, cuyos premios se exhiben en las distintas clínicas del Dr. R. Benguria B.

En la curación de la Calvicie el Específico Boliviano "Benguria" es insuperable, basta con la aplicación diaria por espacio de uno o dos meses, para que se vea la aparición de cabello nuevo formándose rápidamente en pelo grueso y firme.

Las canas, poco a poco empiezan a desaparecer y no vuelven más; la curación se hace radicalmente; este específico obra por tonificación a los tejidos capilares; no se trata de tinturas; las Canas no vuelven y el cabello no se nota que antes hubiere sido canoso.

El Específico "Benguria" termina con toda afección, quitando las caspas, grasas, aceites, seborreas, etc., en pocos días de usarlo.

Solicite hoy mismo este preparado tan conocido y antiguo en Moneda, 875, y en provincias, en las siguientes partes:

Valparaíso: — Malaree Hnos., Condell, 173; A. Presciutty y Cía., Condell, 165; La Joven Italia, Condell, 235; Plaza Echaurren, Droguería Petersen; Viña del Mar, Droguería Central; Antofagasta, Marcelino Rimassa, Droguería Germania; Iquique, A. Zepeda, Droguería Victoria; Arica, E. Camusio, Droguería Italiana; Tocopilla, Francisco Choloux; Punta Arenas, José Peruzovic, Errázuriz, 932; Valdivia, Casa Carstens; Temuco, Droguería Alemana; Concepción, (Por Mayor), Vergara González y Cía. y Casa Harosteguy, B. Arana, 802; Chillán, Casa Francesa y La Belle Jardinière. San Carlos, Botica San Carlos. Parral, Botica Bristol; i Linares, Casa Real; Talca, Droguería Anguita; Droguería Valenzuela y Botica el Indio; Curicó, Samuel Rodena, San Fernando, Botica Internacional; Rancagua, José Iraguen.
Dr. R. Benguria B., Moneda, 875. Se atiende de 9 A. M. a 7 P. M. Casilla 2426. Teléfono 882. — SANTIAGO.

A base vegetal; Decoc. de cusi-cusi, hasnu huichinca y suphur.

EL MAL OJO (Conclusión).

vida, el principio triunfal de su carrera. Pero sus miedos supersticiosos aumentaban hasta que sus nervios parecían prontos a estallar. Y luego, en la primera escena, antes de que empezara a cantar, los ojos del tenor parecieron llenarse de súbito con una luz tan siniestra, que ella retrocedió aterrada.

—El la tomó del brazo y repitió sus palabras. Ella empezó a cantar, pero su voz vacilaba. Trató una nota alta, pero la voz le faltó, lastimosamente. Y cuando él se volvió hacia ella en un esfuerzo desesperado para infundirle calma y confianza, ella lo miró a los ojos, y con un grito de terror, desapareció corriendo entre los bastidores!!

—Y aquel grito, al vibrar en el teatro, trajo consigo un eco de gritos de espanto. El pánico se apoderó de la audiencia. En vano el tenor trató de calmarla. Sus amigos hicieron lo mismo. Pero las mujeres estaban tratando locamente de alejarse del Mal Ojo! Con una profunda inclinación y una irónica sonrisa, el cantor se volvió y salió del escenario. Eso fué hace veinte años. Desde entonces no ha vuelto a cantar en la ópera.

Mi amigo dejó de hablar.

¿Pero no ha tratado de cantar en alguna otra parte?—pregunté.—Con seguridad que en algún otro país...

—Los cantos que él sabe, los papeles que representa,—replicó mi amigo,—de nada sirven fuera de Italia. Y el rumor del Mal Ojo lo seguiría aún hasta Nápoles. Además, él no quiere salir de Venecia. Dice que ama a la ciudad. Su propia generación está pasando, y ya no es tan bien conocido. Unos cuantos de nosotros cenamos frecuentemente con él, y aún logramos persuadirlo que nos acompañe a la ópera. Pero la mayor parte del tiempo la pasa en su casa, como tú lo has visto. Y con frecuencia canta. Tal vez cantará esta noche.

El hombre que estaba sentado a la ventana había dejado de leer, y estaba mirando el canal. Sobre el puente pasaron lentamente tres figuras, y desaparecieron.

El gran palacio veneciano elevaba su masa oscura hacia el cielo. En los siglos pasados, ¿qué fiestas alegres había habido aquí?

Como si respondiera a esta pregunta, de la ventana abierta flotó una voz dulce y rica, que cantaba en la noche—cantando un trozo de ópera acerca de los amores del pasado. ¿Triste? ¡Todo lo contrario! Mi amigo tenía razón. ¿Porque quién podía sentirse triste con una voz como ésta?

Siguió cantando mientras que nosotros escuchábamos, fascinados por el encanto de su voz. Noté que en el puente se había detenido un grupo de chiquillos, como si ellos, también, estuvieran fascinados. El hombre parecía estar cantando para ellos—sonriéndoles, al cantar, con sus ojos bondadosos. Pero de súbito una chiquilla levantó la mano y murmuró algo. E inmediatamente todos desaparecieron.

Cuando el ruido de sus pasos rápidos murió en la distancia, la voz del cantor también murió. Luego empezó a cantar de nuevo, casi tan alegremente como antes. Pero aunque todavía sonreía, la expresión de sus ojos era diferente—aguda e irónica.

LA VIDA DE LOS EDIFICIOS

Después de la caída de un gran edificio en el centro de Londres y del súbito derrumbamiento de una de las grandes arquitecturas de la City, no obstante cuanto se ha escrito en los diarios y cuanto se ha hablado en todas partes del fenómeno, yo no he oído sino una explicación, además de comprensible, sensata: los edificios están cayéndose porque han cumplido el plazo para el cual fueron construídos. Esto se lo he oído a una persona completamente ignorante de la arquitectura, y, sin embargo, es lo más lógico de cuanto se ha dicho. Quien sea capaz de entender los informes de los técnicos podrá explicar el hecho de otro modo. Es decir, podrá explicárselo a él mismo. Para entender en Inglaterra las cuestiones técnicas no basta ser técnico en la materia. Es indispensable ser, además, técnico inglés. Porque la técnica inglesa, hasta donde es posible entreverlo a través de las pausas, los silencios, las meditaciones y los chistes de sus sacerdotes, es una cosa completamente distinta de las demás técnicas.

Pero el hecho visible y comprensible es éste: las casas de Londres están cayéndose. Se caen sin ningún motivo claro. Los técnicos hablan del suelo y del subsuelo, de las bases y de los hundimientos subterráneos. Mas, aunque todo esto tenga mucha importancia, también hay otro dato importante. Las casas de Londres no se construyen como las demás del mundo. Cuando un hombre, en cualquier otro país, quiere construir una casa, comienza por comprar un pedazo de terreno. En Londres, en cambio, comienza por alquilarlo. Esto solo ya establece una diferencia muy profunda entre las casas de Londres y las demás de la Tierra.

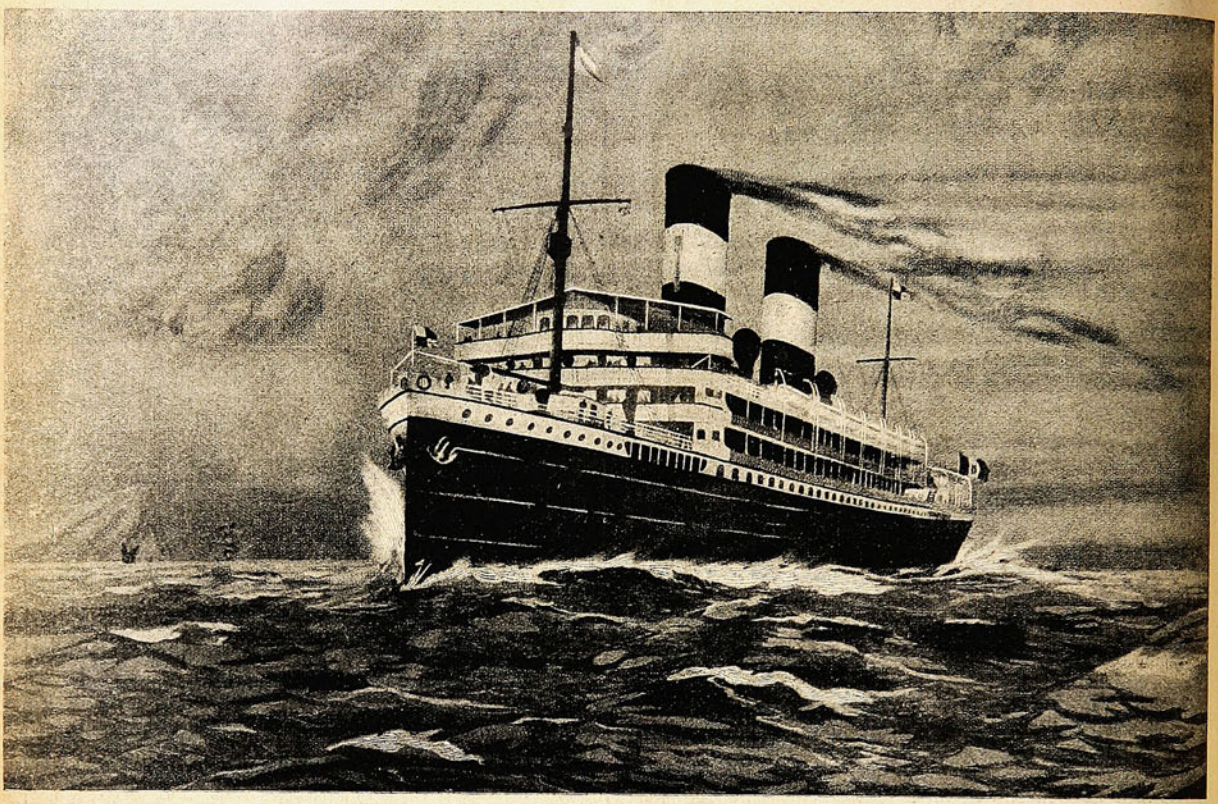
Luego, si en cualquiera otra parte del mundo se alquilase un pedazo de terreno para construir una casa, se alquilaría así, sencillamente, indefinidamente, por cuanto tiempo la casa pudiere tenerse erguida. En Londres nada se hace con tanta inseguridad. Los terrenos se alquilan por un plazo perfectamente definido y marcado. Por noventa años o por novecientos. Al final de los noventa o de los novecientos años, el propietario adquiere otra vez todos sus derechos sobre el terreno, y, como si no quiere realquilárselo, el inquilino no puede llevarse la casa al hombre, la casa queda íntegra para el dueño del terreno.

Esta es, naturalmente, una viveza de los propietarios de la tierra. Pero nada nos autoriza para creer que, siendo los dos ingleses, el dueño del terreno es más astuto que el dueño de la casa. El dueño de la casa tiene también su viveza. Si no puede llevársela al terminar el arrendamiento del terreno, puede, en cambio, construírla calculando el plazo del arrendamiento. Construírla para noventa o novecientos años. De este modo, al vencerse el plazo del arrendamiento, cuando el dueño del terreno comienza a frotarse las manos, satisfecho de astucia, la casa, obediente al designio de su constructor, se derrumba sola. Y si esto no se ha visto antes es porque nadie ha vivido todavía novecientos años en Londres.

Así, el juego de astucia entre el dueño y el arrendatario del terreno es al mismo tiempo una garantía y una amenaza para el inquilino de las habitaciones. Este tiene la seguridad de poder vivir a salvo novecientos años en ellas. Pero si le ocurre ser el inquilino del año novecientos, la noche de la terminación del contrato el techo cae a cubrirle en el sueño eterno.

CESAR FALCON

EL ELEGANTE TRASATLANTICO "PRINCESA MAFALDA", HA NAUFRAGADO



HA desaparecido de la superficie de los mares uno de los barcos más hermosos, que hacían la carrera entre Europa y Argentina. El "Princesa Mafalda" pertenecía a ese tipo de grandes y lujosos trasatlánticos, que fueron de los primeros en traer a nuestro continente todas las ventajas del confort y del exquisito gusto.

Una persona, que había realizado cuatro viajes en dicho barco, nos declaraba lo siguiente: "Yo estaba acostumbrado a viajar en ese trasatlántico. Para mí ninguno reunía tales calidades de comodidad y agrado.

"Recuerdo, que la última vez, el año pasado, en que volvía de Europa, nos sorprendió una violenta tempestad frente a las costas del Brasil, sitio donde han solido perderse otros grandes buques. El piloto mayor, con quien me había hecho amigo, viéndonos una noche algo asustados, nos dijo: "No teman por ahora. Esta tempestad no es cosa seria. Solamente son temibles, muy temibles, estas costas, algunas millas más cerca de la tierra. Tal vez para un capitán poco avezado aquí, puede haber temores de peligro, pero en ningún caso para quienes, como nosotros, conocemos tanto esta ruta".

Así, pues, seguía navegando confiado el "Princesa Mafalda", hasta que Anfitrita ha reclamado su tributo, ese tributo que pide cada cierto tiempo a un "Titanic" o a un "Príncipe de Asturias".

Tal vez, en la historia de los grandes naufragios, sea éste uno de los mayores y más lamentables, aunque los socorros acudieron a salvar a los tripulantes a tiempo.

Era este barco una real nave, por su tamaño, su amplitud y sus comodidades. Media 150 metros de largo y desplazaba doce mil toneladas.

A bordo se publicaba un periódico, titulado el "Correo del Mar", mantenido con las noticias radiotelegráficas que se recibían a diario de todo el mundo.

EL PRIMER AMOR DE ENRIQUE HEINE

EN Dusseldorf, a orillas del Rhin, vivía la vieja Göcherín, viuda de un honorable verdugo de la antigua ciudad de Goch. Esta bruja no menos honorable que su difunto esposo, maestra en el arte de la hechicería, influyó sobremanera, aunque indirectamente, en la formación psicológica del gran bardo alemán.

En 1817, la vieja Göcherín compartía su vivienda con una nieta suya de diecisiete años, la hermosa Josefa, o "la roja Sefcheu", llamada así por el color extraño de su cabellera "Sus cabellos — dice Enrique Heine — eran rojos, de un rojo de sangre, y le caían, formando largos rizos, hasta más abajo de los hombros, pudiéndoselos anudar debajo de la barbilla. Parecía entonces como si le hubieran cortado el cuello y la sangre manase a grandes chorros rojos."

"La roja Sefcheu" gustaba de cantar con su patética voz los románticos lieder populares que Heine escuchaba con recóndita atención de enamorado, despertándose en él desde entonces su afición a la lírica.

De entre los numerosos lieder que recitaba musicalmente "la roja Sefcheu", prevalecía para el gusto del poeta en fárfara aquel en que el malvado **Tragig** canta: "¡Oillia, querida Oillia mía!... No serás tú la última..." Tanto conmovía al futuro autor de "Intermezzo" este **lied**, que rogó a "la roja Sefcheu" le copiara íntegras sus estrofas para no olvidarlas jamás, a lo que accedió ella escribiéndoselas, no con tinta, sino con sangre de sus propias venas.

Así, en la **Casa libre**, apelativo que las gentes honradas de la ciudad solían dar a la mansión del verdugo, se sucedieron, atraídos por el amor, no pocos años de la adolescencia de Enrique Heine, en compañía de la bruja Göcherín y de su nieta la ardiente y fantástica Josefa.

Y tan fantástica, puesto que en las **Memorias** del bardo teutón resaltan emocionalmente las historias relatadas por ella y seguramente por ella soñadas, de ahorcados guemebundos y ateridos que, en las noches blancas del invierno, venían a llamar en los cristales de la **Casa libre**, pidiendo un sitio en la lumbre del hogar para calentarse, como en compensación del calor vital que les arrebató para toda una eternidad con su espada el difunto esposo de la vieja Göcherín, el honorable verdugo de Goch.

—¡Oh, el primer amor del inmortal poeta! Aprovechando un día que la vieja Göcherín habíales dejado solos en la **Casa libre**, Heine dijo a "la roja Sefcheu" que le enseñara la espada que usó su abuelo en su larga práctica de verdugo. Subió la joven al desván y descendió a poco blandiendo heroicamente con sus débiles manos el formidable mandoble y cantando uno de los motivos del **lied** que tanto gustaba escuchar a Heine: "¡Oillia, querida Oillia!... ¿Quieres besar la desnuda espada?...

A lo que el poeta respondió en un arrebato de amor lúbrico: "¡No quiero besar la desnuda espada: quiero besar a "la roja Sefcheu!"

"Si la besé — dice Heine; — la di mi primer beso, a pesar de la espada justiciera que había abatido las cabezas de cien infelices; a pesar de la mácula que recae sobre quien se roza con el linaje infame; besé a la bella nieta del verdugo. La besé, no sólo por amor, sino por desprecio a la vieja sociedad y a sus oscuros prejuicios. En aquel momento ardieron en mi las llamas de las dos pasiones a que consagré luego mi vida; el amor a las mujeres hermosas y el amor a la revolución francesa."

El amor, sea el que sea, en siendo verdadero, siempre es fecundo en el corazón del hombre para bien de la humanidad.

FERNANDO LOPEZ MARTIN

Mademoiselle Edmonde Guy, dueña, en el más alto grado, de la belleza y la gracia parisienses, únicas en el mundo. Con tales dotes y un gran talento de actriz, la señorita Guy, "vedette" del Casino de París, ha llegado a ser la reina de ese pueblo cosmopolita, inquieto y prodigioso que se llama el "Boulevard".

A qué edad tiene la mujer mayor atractivo

LA mujer ultramoderna procura siempre aparecer como una jovencita, como una colegiala; pero si llegara a comprender la apreciación que un hombre hace de este anhelo de frescura y juventud, se convencería de que está en un crorr.

Ya Balsac nos describió a "la mujer de 30 años" y Bourget a "la mujer de 40 años". Ellos sabían que cuando la mujer llega a la edad madura comprende mejor al hombre. Si a las cualidades que en una mujer hace nacer la experiencia y el conocimiento del mundo puede reunirse el encanto de la juventud, como frecuentemente sucede, entonces se tendrá al tipo de "mujer ideal", la que posee para el hombre los mayores atractivos.

Un filósofo inglés, hablando sobre el éxito que en nuestrso días obtiene una mujer de edad madura, hace la siguiente observación: "La juventud es rica en entusiasmo y tiene un deseo intenso de vivir; pero rara vez se distingue en ella un sello de personalidad propia. Por esto es que una jovencita no satisfará, a la larga, a un hombre exigente".

Una mujer, en la mitad de la vida, tiene sobre el hombre un gran atractivo, aun cuando carezca de cualidades físicas. La mujer que llega a la edad madura ha vivido lo bastante para saber dar tranquilidad y paciencia a su carácter; ya no se pegará con la cabeza en la pared; sabrá dar el consentimiento adecuado al hombre, entenderlo y convertirse en su mejor compañera.

El sexo femenino posee el don de poder perfeccionarse armoniosamente y esto durante toda la vida, don que el hombre no posee. Ninón de Lenclos, a los 80 años de edad, podía ver a sus pies a un mundo de admiradores.

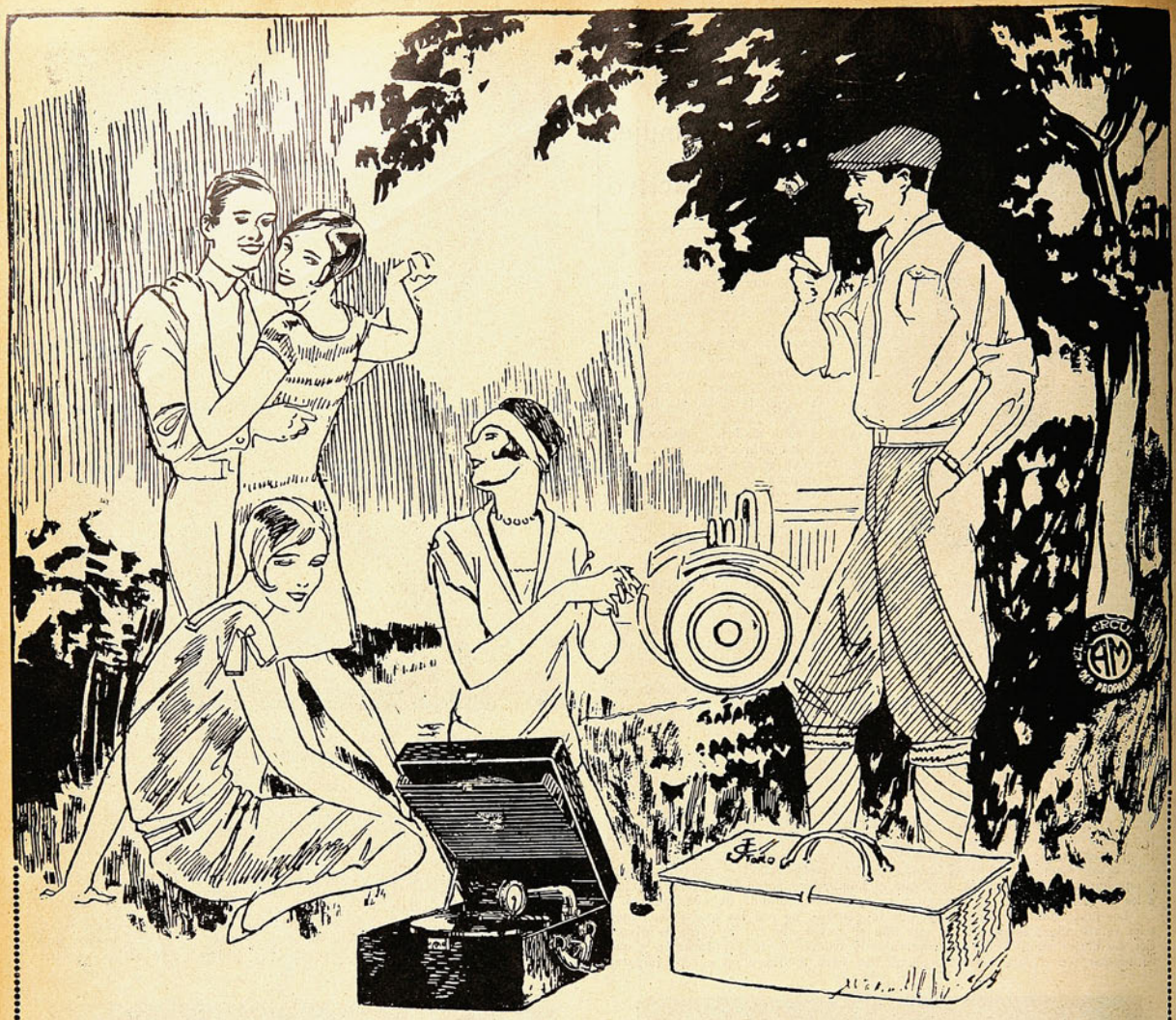
Los matrimonios más felices, por lo general, no son los que se contraen a los veinte años; éstos son los que dan el mayor número de casos de divorcios. La mujer madura lleva al matrimonio valores de mayor duración y que no desaparecen tan rápidamente como una cara bonita o un cuerpo impecable. Muchas veces la experiencia obtiene triunfos que no han logrado la belleza y la juventud.

La mujer, en cada una de sus edades, tiene un encanto especial; pero los que permanecen fieles con ella son los que luce cuando ha llegado a la edad madura. Una personalidad fuerte y propia es, según Goethe, "la mayor de las dichas para una criatura humana" y ella presta a las mujeres que la poseen un eterno atractivo, el que siempre resalta en su conducta, en su trato y da gracia a sus modales; ese atractivo se conserva intacto y la edad no puede marchitarlo. Esa es la razón por la cual se ve, muy frecuentemente que, una mujer de edad madura recibe los homenajes de los hombres, aun cuando esté rodeada de mujeres muy jóvenes y bellas. Solamente la experiencia y la madurez pueden proporcionar a la mujer ese atractivo.

Las hermanas Rossen, bellas artistas de variedades, con los trajes de baile que lucieron en una fiesta de caridad celebrada en París

Mary Brian, estrella norteamericana

La bonita Margarita Morris



EN LOS PASEOS AL AIRE LIBRE

Y EN TODA REUNION CAMPESTRE, DONDE ES NECESARIO QUE REINE ALEGRIA Y BUEN HUMOR, ES CUANDO MAS UTILIDAD PRESTA UN INSTRUMENTO MUSICAL COMO LA NUEVA

VICTROLA PORTATIL Semi Ortofónica

FABRICADA EN LOS MODELOS 1 – 5 PRECIO: $ 500.– M-1
1 – 6 PRECIO: " 400.– M-1

cuyas magníficas cualidades de construcción, elegancia y solidez, brillo de tonalidad, reproducción sin par, y volumen de gran potencia, los colocan por encima de todos los instrumentos musicales similares.

CON PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES USTED PUEDE ADQUIRIR UNO DE ESTOS MAGNIFICOS MODELOS DE VICTROLAS SEMI ORTOFONICAS

SOLICITENOS UNA DEMOSTRACION PRACTICA

Distribuidores Exclusivos:

Curphey y Jofré Ltda.

SANTIAGO: AHUMADA, 200, ESQ. AGUSTINAS. VALPARAISO: ESMERALDA, 99. – BLANCO, 637.

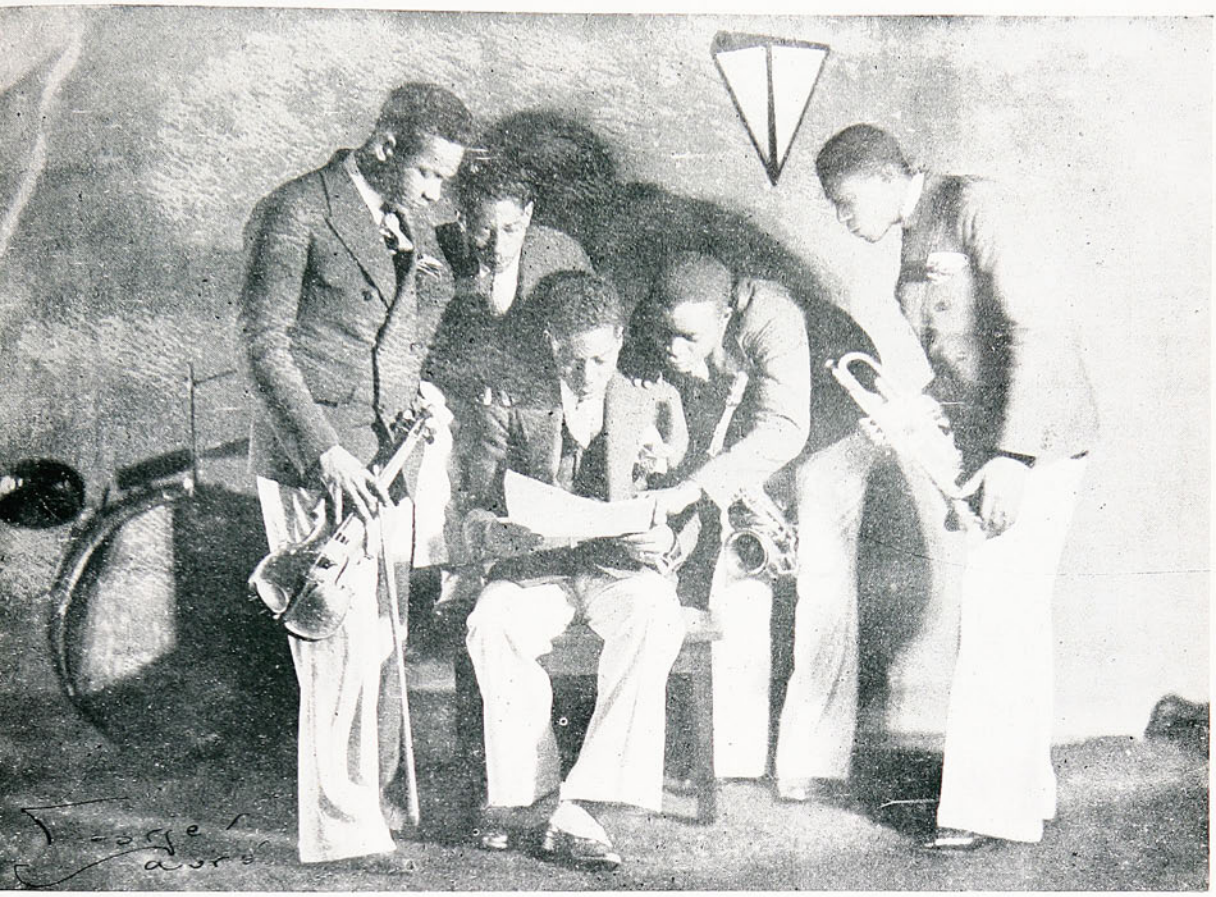
LA MODA DE HACE TREINTA AÑOS

UN MOMENTO DE JAZZ BAND

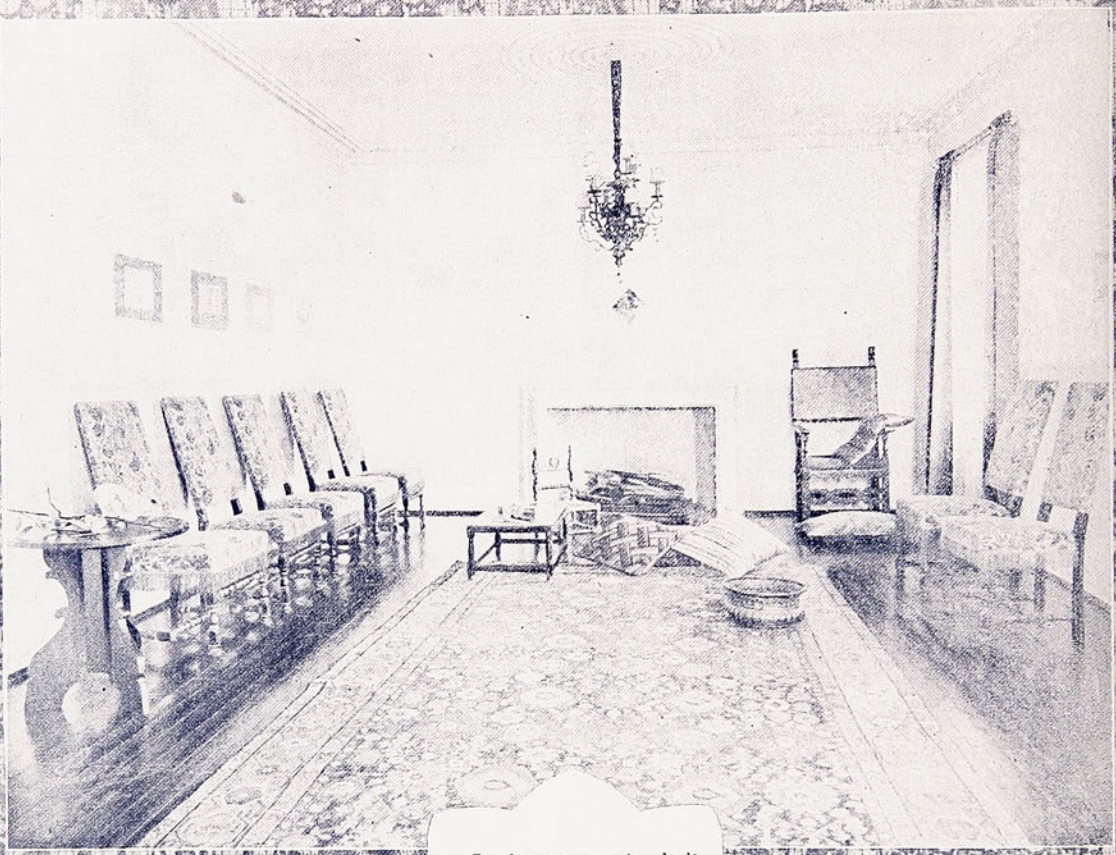
DE LA ORQUESTA DE NEGROS CUBANA

(Foto. Georges Sauré)

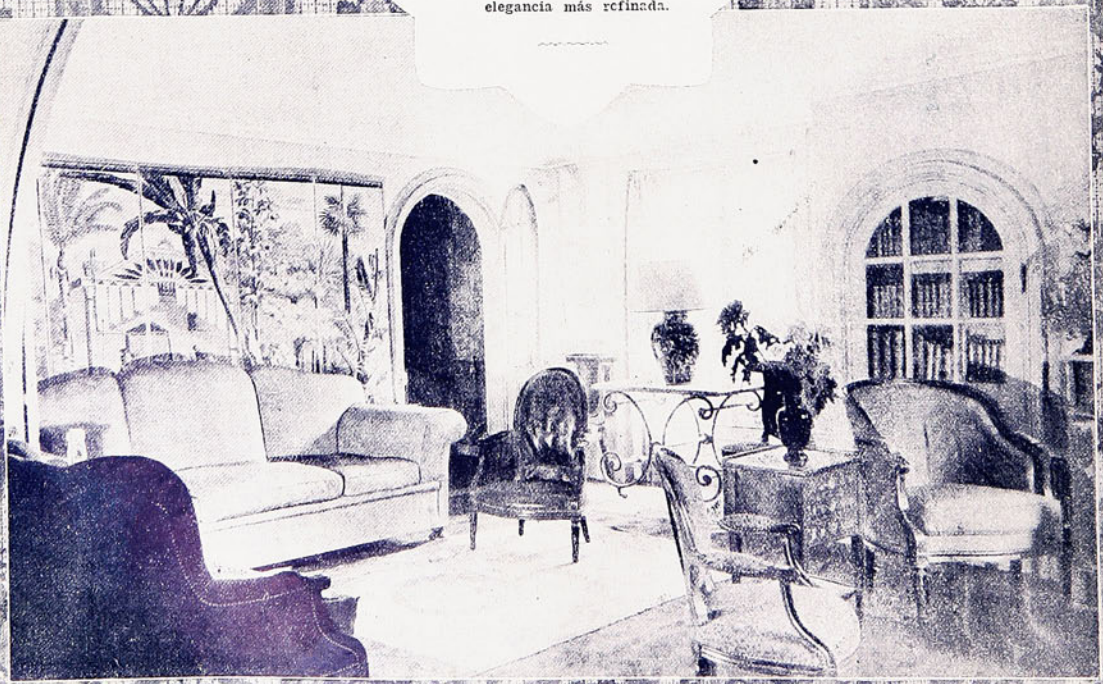
SEGUN EL OBJETIVO DE SAURÉ



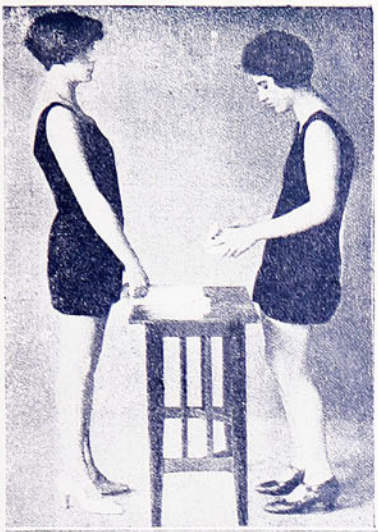
DE LA ORQUESTA DE NEGROS CUBANA (Foto. Georges Sauré)



Dos hermosos aspectos de la residencia parisina de la Princesa de Lucigne, donde al lado de la sobriedad más extremosa, se encuentra la elegancia más refinada.



LAS BUENAS Y LAS PERNICIOSAS POSICIONES CORPORALES

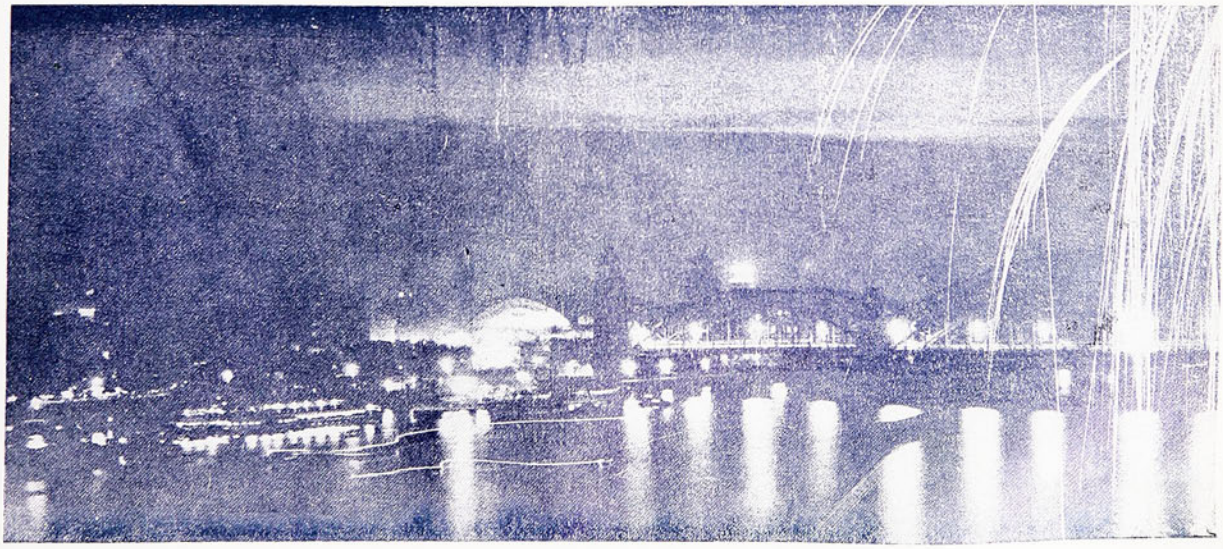


Buena y mala posición para estar de pie.

Perfecta y falsa manera de andar.

Buena y mala manera de sentarse.

¿Cómo agacharse? Mala posición la segunda



Colonia bajo los fuegos de artificio.

DE TODAS PARTES

El "leader" chino Sun Yat Sen, iniciador del nacionalismo chino

La actriz alemana Rut Landshoff: una Margarita.

Tres corredores indios que se han destacado en una reciente prueba de resistencia efectuada entre San Francisco (California) y Gran-Pass (Oregón), cubriendo una distancia de 480 millas en doce días. De izquierda a derecha: Jam ón, Melika y Coche.

Dos que no se entienden.

LA PRINCESA HELENA DE RUMANIA, CON SU HIJO, EL PRINCIPE HEREDERO.

LOS GRANDES EPISODIOS OLVIDADOS

EL CRUCERO "ABOUKIR", QUE FUE HUNDIDO, AL INICIARSE LA GUERRA, POR EL SUBMARINO ALEMAN "U 9"

DIBUJO DE W. STOWER, PUBLICADO EN "ILLUSTRIRTE ZEITUNG", EN 1914

"Los sioux". (Los jefes de la tribu fumando los kalumés de paz).

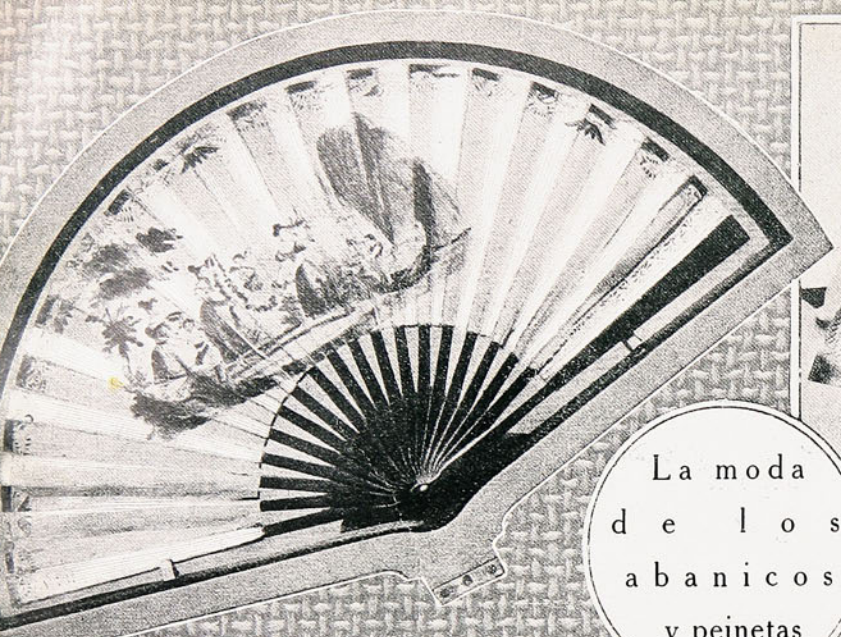
"Dama turca". Forma parte de la colección que se refiere a mujeres de diversos países y regiones.

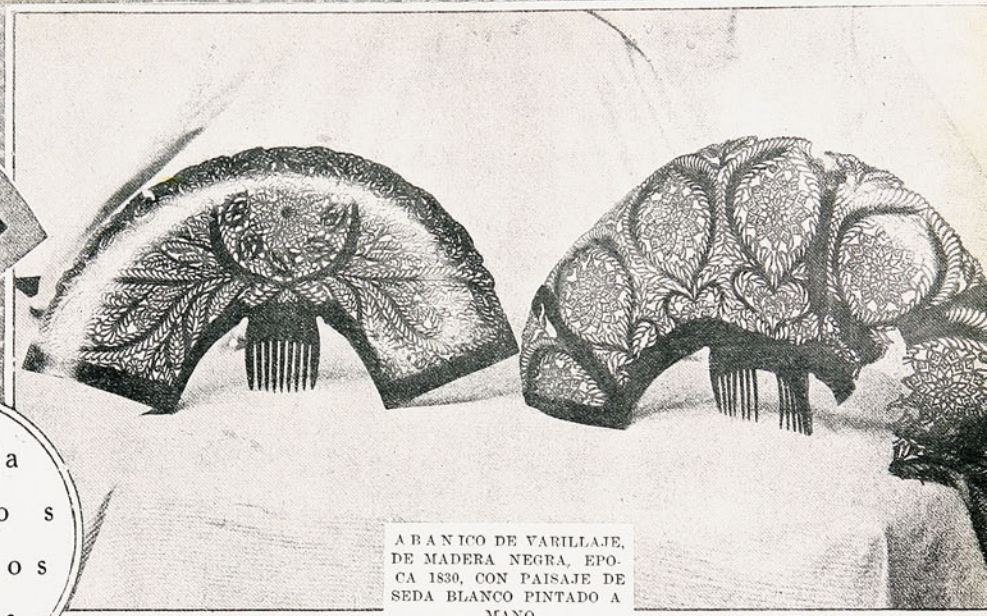
EL anuncio de una exposición de Chicharro atrae el interés del mundo intelectual y artístico, no sólo de España, sino también de los demás países, por tratarse de una de las figuras más descollantes de la pintura contemporánea. De regreso de Italia, donde ha permanecido durante catorce años, dirigiendo la Real Academia de Pintura Española, en Roma, fija su residencia en Madrid y se dispone a presentar sus trabajos, fruto de diez años de labor, en el próximo mes de noviembre.

"Vaso espiritual". (La mujer intelectual).

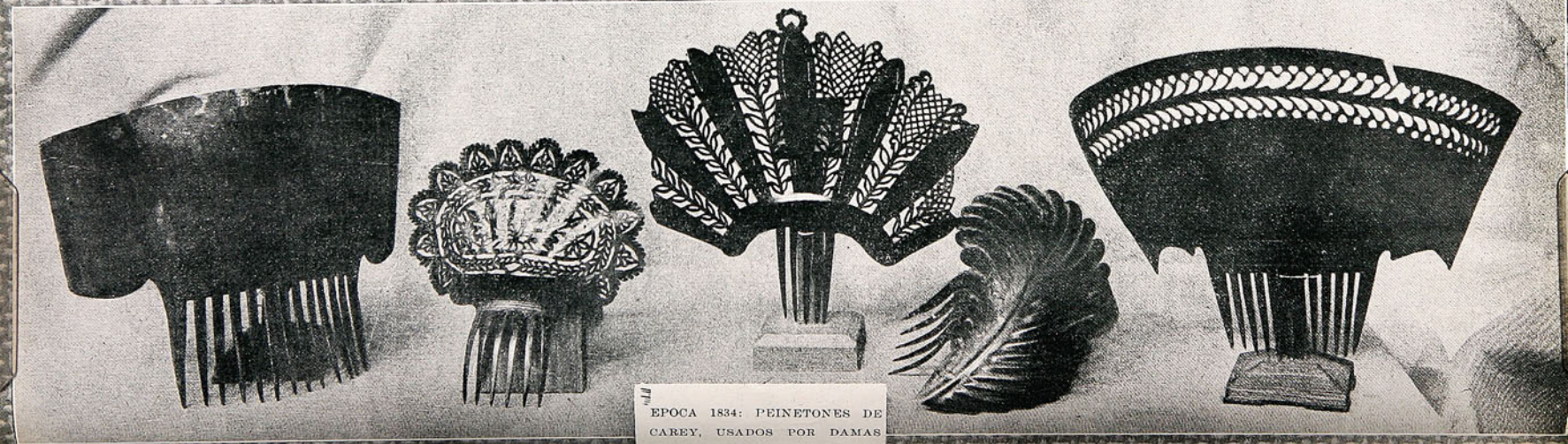
"El buitre".—En círculo, Eduardo Chicharro.

La moda de los abanicos y peinetas



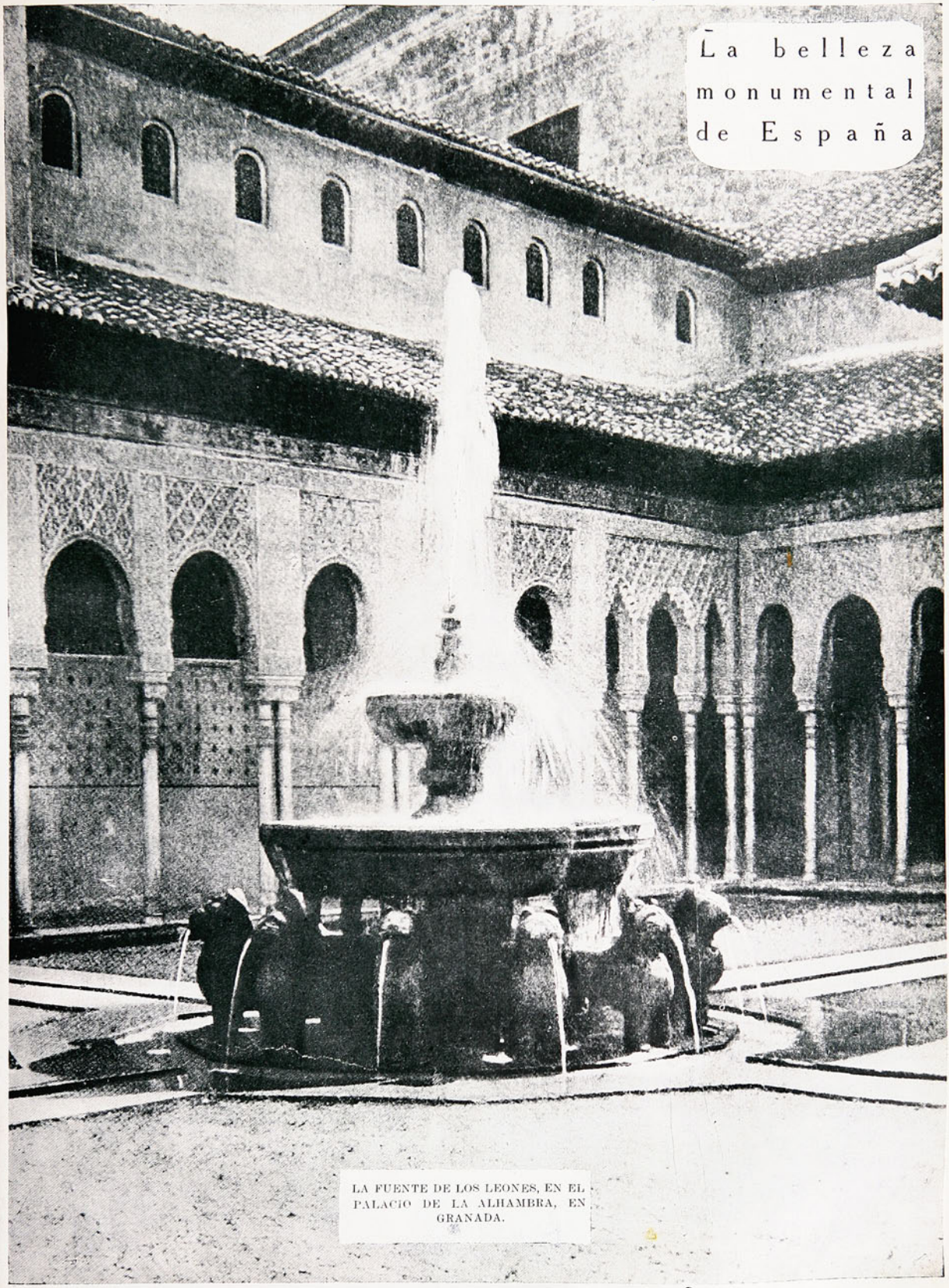


ABANICO DE VARILLAJE, DE MADERA NEGRA, EPOCA 1830, CON PAISAJE DE SEDA BLANCO PINTADO A MANO.

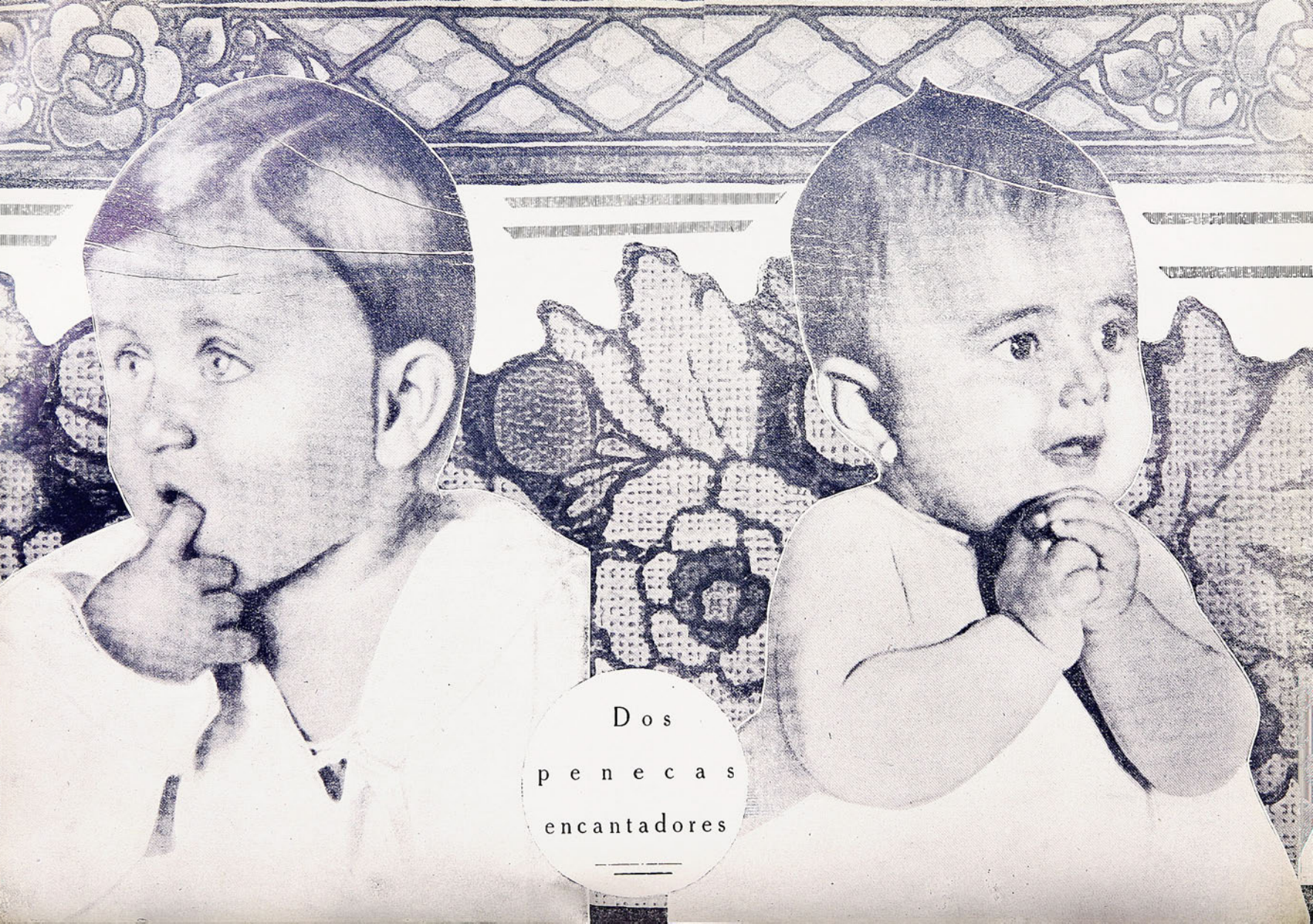


EPOCA 1834: PEINETONES DE CAREY, USADOS POR DAMAS

La belleza monumental de España



LA FUENTE DE LOS LEONES, EN EL PALACIO DE LA ALHAMBRA, EN GRANADA.


Dos
penecas
encantadores

CURIOSIDADES DEL OBJETIVO

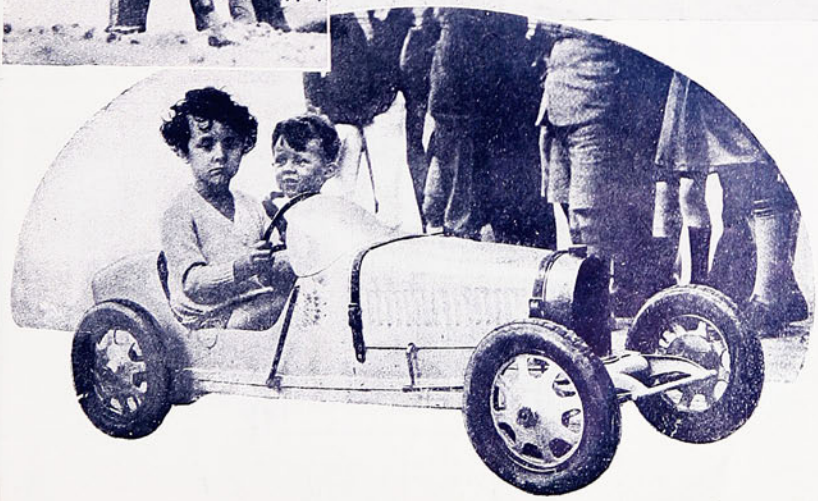
SISOWATH, REY DE CAMBODGE, QUE ACABA DE MORIR.

UN BANQUETE EN LA JAULA DEL LEON.

LA VUELTA AL MUNDO EN UNA RUEDA, EMPRENDIDA POR EL CAPITAN APRO.

ALEGRIA EN LA PLAYA

MYRNA LOY Y LEILA HYAMS, TENDIDAS EN LA PLAYA DE SANTA MONICA, ANUNCIAN AL MUNDO POR MEDIO DEL RADIO QUE EL CLIMA DE HOLLYWOOD NO DEJA NADA QUE DESEAR.

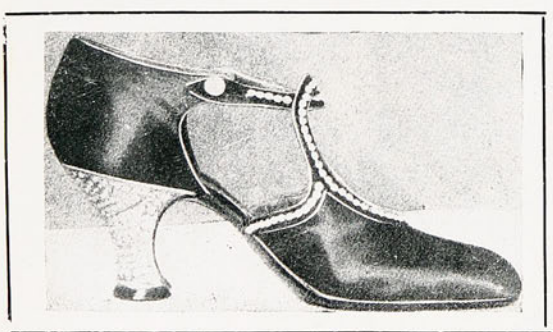


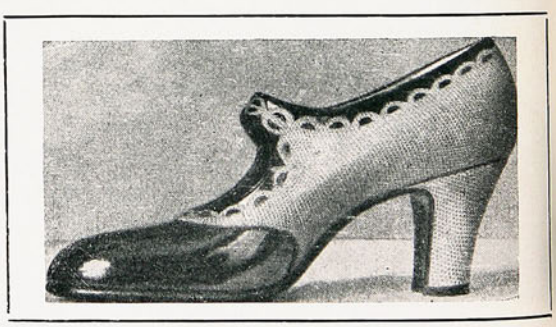
EL MAS PEQUEÑO BUGATTI DEL MUNDO, MOVIDO MEDIANTE ELECTRICIDAD.

UN MANTON DE CHINA

¡LA gracia del mantón! ¡Qué de poemas y de alegrías no se han escrito en su honor: un bello mantón sobre los hombros de una hermosa mujer, es el adorno más delicado y gracioso que pueda hacer resaltar su belleza! Así, por lo menos, lo creen los croniqueurs ingleses, que ahora comienzan a poner de actualidad los mantones españoles, esos que ya le salen al encuentro a todos los viajeros que hacen las rutas del Oriente. No tienen de España más que la imitación, porque se tejen más fácilmente en Singapore o en Alemania, que en las propias ciudades asoleadas del sur de Espa-

Nuevos modelos de zapatos para señora

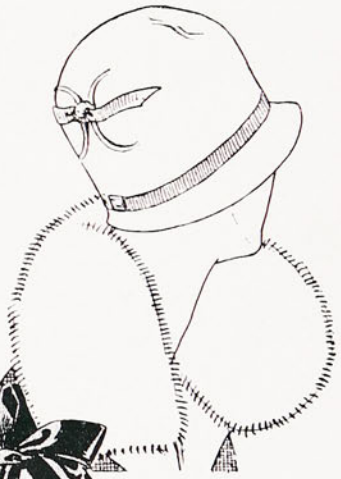




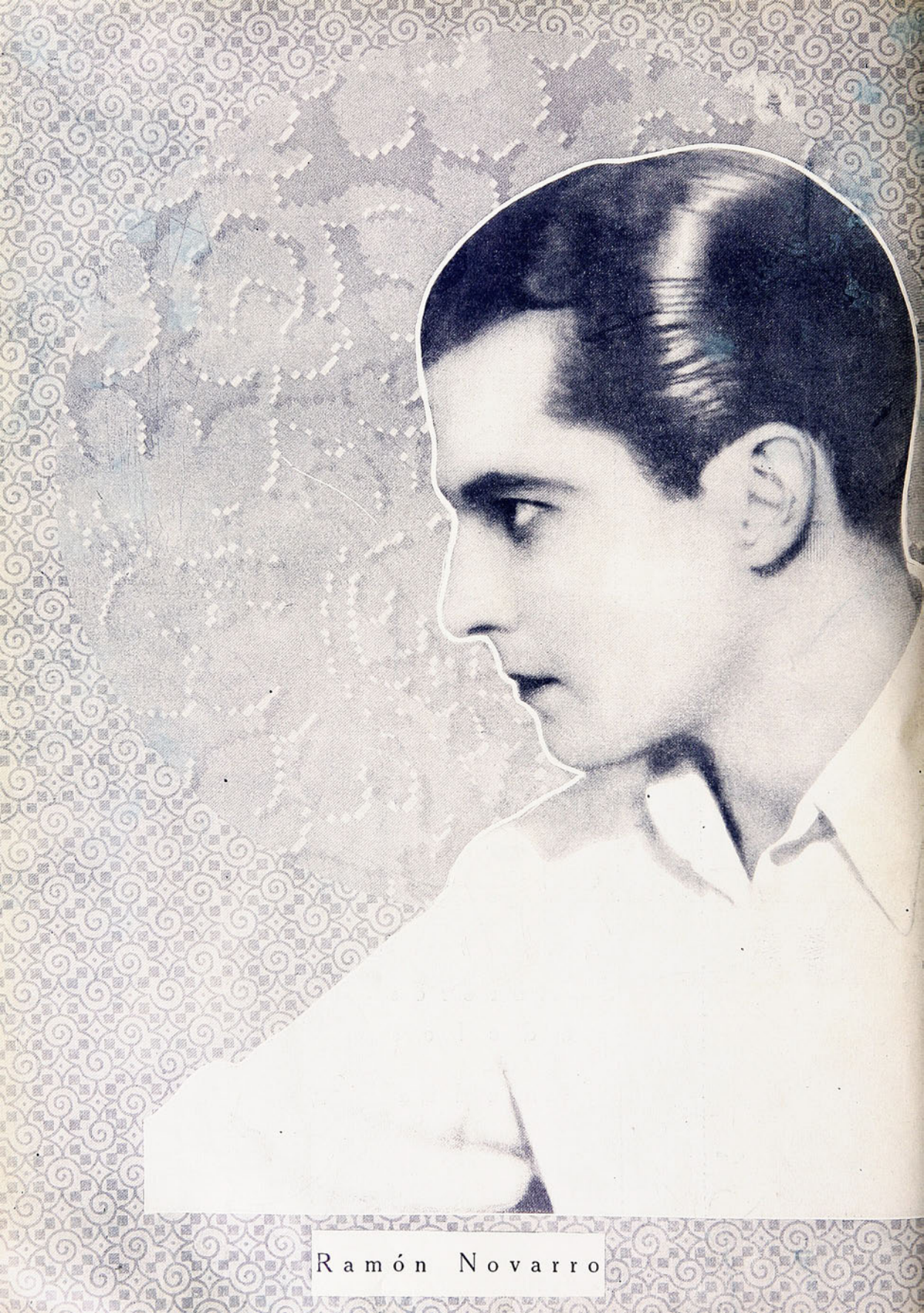
1. ZAPATO PARA TEATRO, DE SATIN NEGRO, ADORNADO CON "STRASS". EN EL TALON, ENTRE LAS PIEDRECITAS, RAYAS DORADAS Y AZULES. — 2. ZAPATO FORMA OXFORD, DE CHAROL NEGRO Y PIEL DE LAGARTO. — 3. ZAPATO PARA RECEPCION, DE BROCADO VERDE Y PIEL DORADA. — 4. ZAPATO DE PIEL DE SERPIENTE Y CHAROL NEGRO

TE VOY A REGALAR

ña. Mantones de colores vivos, de tonos gritones, que deslumbran a los viajeros en Colón y en las Canarias, en Alejandría y en Ceylán; mantones que guardan de España la audacia de sus flores, de sus tonos andaluces, de su gracia única. Mantones que son la conquista de Andalucía, sobre todo el Oriente, porque, según ya lo afirmaba también Ortega y Gasset, ¿acaso Andalucía no es el Oriente, no es Africa, no es lo medioeval siempre intacto con su fantasía y hasta con sus supersticiones?



Sombreros modelos de media estación

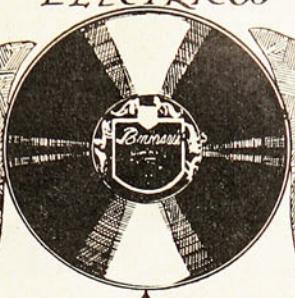


Ramón Novarro

Brunswick

DISCOS ELECTRICOS

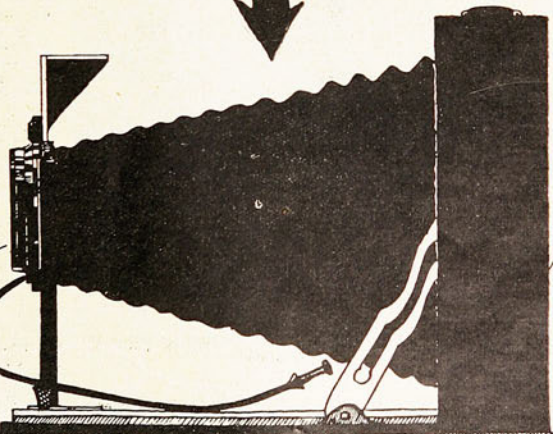
PANACUSTICA



PANATROPE

CASA HANS FREY

OLIPHANT



ARTICULOS FOTOGRAFICOS

SANTIAGO
Portal Fernández Concha, 936. Estado, 196

VALPARAISO
Esmeralda, 60. Condell, 324

CORTESIA Y BUEN TONO

Para comer una ostra.

Cómo se debe tomar el espárrago.

Para comer un camarón.

LA ETIQUETA DE UNA COMIDA

La invitación se hará con ocho días de anticipación por lo menos, bien de viva voz, bien por escrito. En este último caso deben decir sin pérdida de tiempo al anfitrión si aceptan o rehusan, a fin de que puedan ser reemplazados los que tiene por [illegible] una comida no dispensa de la visita que los franceses llaman "de digestión" y que se hace al cabo de unos días—una octava—de haber asistido al convite.

En caso de negativa se especificará el motivo que la dicta y la hace obligatoria, expresando el sentimiento que produce tener que renunciar a una fiesta tan agradable. Puede ocurrir también que, después de aceptar la invitación, alguien se vea obligado a renunciar a ella. En ese caso se escribe inmediatamente al anfitrión, diciéndole la causa de su obligada ausencia y manifestando la pena que se experimenta.

Digamos ante todo que los invitados deben llegar unos minutos antes de la hora señalada y en ningún caso después de ella. Acudir con demasiada anticipación origina o puede originar molestia a los dueños de la casa. Presentarse tarde es una grosería.

La dueña y su esposo esperan a los invitados en el salón. Estos y sus invitados visten traje de etiqueta. Los caballeros de frac y guante blanco; las señoras luciendo ancho escote.

Si los invitados son todos íntimos de la casa, pueden vestir traje de calle; pero cuidando de que sea el mejor que tengan, a fin de honrarse a sí mismos y a la casa que les recibe.

Una vez reunidos todos los que han de tomar parte en la comida y llegada la hora de ésta, pues se ha de servir con toda puntualidad, el mayordomo o una criada, según los casos y la posición

social de los anfitriones, abren de par en par la puerta y pronuncian la frase ritual:

—¡La señora está servida!

Entonces el dueño de la casa ofrece el brazo a la señora más anciana o de mayor respeto que hay en la reunión y se adelanta con ella hacia el comedor, después de haber dicho a uno de los invitados:

—Sírvase ofrecer el brazo a mi mujer.

Algunas veces se ha avisado al entrar a la casa por medio de una tarjeta al favorecido el deber que le incumbe a dar el brazo a la señora.

Téngase en cuenta, sin embarrgo, que no hay

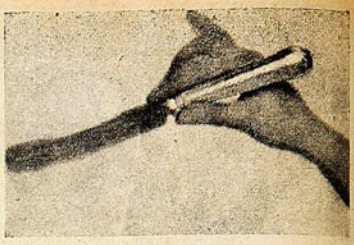
Hasta para apurar un sorbo de licor se puede tener gracia.

que precipitarse ni mucho menos, pues, la dueña de la casa es la última que debe entrar en el comedor, siguiendo la regla que impone el buen tono de que los que reciben son los que han de tratar de honrar a sus huéspedes momentáneos.

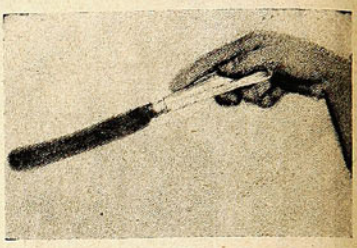
Cuando han entrado las parejas en el comedor, los caballeros se esfuerzan en acomodar a sus damas. Retiran la silla o la acercan, según los casos, hacen que aquella se siente y durante toda la comida procuran que nada le falte, hablan con ella haciendo que su conversación sea amena y agradable, avisan a los criados si algo le falta y demuestran por su actitud y por sus prevenciones que únicamente tienen ocupada la mente en servir a su pareja.

Las señoras, por su parte, han de mostrarse reconocidas a tantas y tan finas atenciones, deben estar sonrientes y amables y aun cuando no les sea simpático el caballero "serviente" que les ha tocado en suerte, portarse de modo que parezca tener todas sus simpatías.

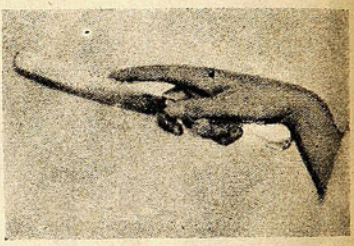
Correcta manera de mondar una manzana



Pésima manera de tomar el cuchillo.



Otra manera cursi.



Pecando de lo contrario.

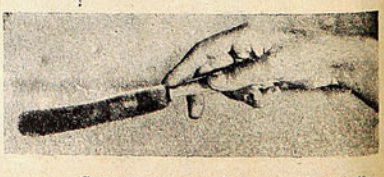
Antes de formar las parejas que han de estar reunidas durante el tiempo que dura la comida, el dueño o la dueña habrán cuidado de dar a conocer en breves palabras el nombre y la posición social de los caballeros a las señoras y a aquéllos las circunstancias y nombres de éstas.

De esa manera todo el mundo está mucho más a gusto y con menos nerviosidad, pues, tienen todos la certeza de no cometer ninguna de las incongruencias o involuntarias faltas que pueden cometer hablando a personas cuyas características se ignoran por completo.

Es muy fácil, por ejemplo, que a una de las señoras se le ocurra decir que no le gustaría haberse casado con un militar o con un médico y que se dé la casualidad de que el que en aquellos momentos está a su lado pertenezca al ejército o ejerza la medicina.

Y pudiera muy bien suceder que uno de los caballeros declarara que las mujeres educadas en un convento o en el extranjero no son de su agrado, y se diere el caso de que su pareja hubiera estado en determinado colegio o que pasó la adolescencia en un colegio de Inglaterra o Alemania.

Aun cuando ninguna de esas afirmaciones hechas por una u otra pueden tener el carácter de una ofensa, pues, el que las oye ha de comprender que una persona bien educada no puede hacerles con la premeditada intención de molestar a la persona con quien habla, no dejan de molestar levemente y lo mejor es prescindir de toda crítica cuando no se conocen los antecedentes de sus interlocutores. Lo mejor es hablar de asuntos que en modo alguno puedan dar ocasión a semejantes molestias: no hacer afirmaciones rotundas, no pronunciarse francamente en ningún sentido y dejar siempre una puerta de escape para escurrirse por ella cuando una réplica algo viva



Correcta manera de tomar el cuchillo.

indica que lo que se dice no coincide exactamente con el pensamiento de la persona con quien se habla.

EL servicio

Debe hacerse en silencio. Los camareros no han de despegar los labios. Es preciso que retiren los platos y los cubiertos, que pongan otros en su lugar, que sirvan los vinos, que ofrezcan pan, que cambien por los de postres los platos ordinarios sin que se produzca ruido de vajilla, sin tropezar con los invitados. Es necesario también que estén atentos a lo que puede hacer falta a los comensales sin que éstos se vean obligados a pedirlo.

Ese silencio es conveniente, a fin de que las conversaciones puedan sostenerse sin esfuerzo; y el buen servicio, para que no se interrumpan aquéllas por culpa de los camareros.

La discreción de los dueños de la casa y la de sus invitados ha de correr parejas si se quiere que la comida resulte agradable. Los que ofrecen el banquete no han de alabar su propia obra, explicando que los vinos y las viandas son de lo más escogido que se puede apetecer. Dicen que por sus frutos se conoce el árbol. Si los vinos por su aroma y su paladar prueban que proceden de los mejores viñedos de la Rioja, de Jerez, de Burdeos, de Borgoña, del Rhin, no hay necesidad de pregonarlo. Si el cocinero ha guisado a conciencia carnes sabrosas y tiernas, aves que estén en su punto, pescados saliendo del mar o truchas pescadas en el río horas antes, no es menester decirlo, pues ya lo advierten los que regalan su paladar con tan exquisitos manjares y no suena bien el elogio en boca propia. Tampoco, ni aun tratándose de íntimos, se debe mentar el precio de las cosas, pues, resultaría poco delicado.

Los invitados, por su parte, han de mantenerse en una reserva exquisita. No deben alabar con exceso los platos que se les ofrece, porque unos elogios exagerados parecería que delatan la costumbre de comer viandas menos escogidas.

Y si por azar y por una involuntaria falta del cocinero uno de los guisos no es excelente sino todo lo contrario, se abstendrán de hacer el menor gesto que pueda dar a entender que no es de su gusto.

Si por desgracia el bodrio es tan abominable que no puede tragarse ni a tirones, claro es que no hay que ingerirlo a riesgo de pasar un mal rato y pillar una indigestión — como aconseja un autor francés, que seguramente no tenía el paladar de Brillat-Savarin—, pero se deja en el plato como si no se tuviera más apetito, y no se habla una palabra de él. Y ténganse por seguro que esa reserva ha de ser agradecida por los dueños de la casa que, por su lado, habrán advertido también el desastre culinario.

Guárdense también los invitados de comer haciendo melindres, como si el manjar que tienen delante no fuera bastante delicado para sus paladares.

En las casas donde se dispone de tiempo y de medios suficientes para poder hacerlo, cuando hay criados nuevos en cuya habilidad no tienen los amos absoluta confianza, se hace, antes de servir una comida un ensayo general, como en los teatros.

Los dueños indican exactamente a cada uno lo que deben hacer cuando se encuentren en presencia de los invitados; los movimientos que deben evitar: cómo han de componérselas para servir el vino, cuyas botellas van envueltas en una servilleta y metidas en una cestita, y muchos detalles que ignoran los que no han servido nunca comidas a las personas del gran mundo.

Las jovencitas invitadas deben ser servidas antes que la dueña de casa y ésta antes que los caballeros.

Pero si entre éstos se encuentra un anciano y la señora de la casa es joven aún, hará que se le presente la fuente antes que a ella. Sin embargo, si el caballero exige que se sirva antes, obedecerá por no contrariarle.

La comida deberá ser bastante abundante para que los invitados puedan repetir, si tienen apetito, cuando por segunda vez los servidores les presentan las fuentes.

El comedor, cuando es posible, debe ser fresco en verano y estar caldeado en invierno. Es conveniente que esté brillantemente iluminado.

En la actualidad se ha desterrado la costumbre de lavarse la boca después de las comida, porque la operación resulta repugnante.

Tampoco se debe recurrir a los mondadientes. Si pueden tolerarse en un restaurant o en la propia casa, cuando no hay ningún invitado, no se deben usar cuando se está entre personas poco menos que desconocidas.

Como las personas bien educadas no tocan durante la comida ninguna otra cosa con las manos que el pan, y como éste no ensucia los dedos, no hay ninguna necesidad de ofrecer a los invitados esos tazones de cristal que sirven para que los dedos se mojen en el agua que contienen.

Cuando se sirve el vino debe cogerse la botella por la parte superior, de modo que el índice se apoye en el cuello para hacer presión. Después de llenar la copa, se levantará rápidamente la botella, cuidando de que no caiga ninguna gota en los manteles.

Coger la botella por su base se considera una grosería, quizá porque es mucho más fácil verterlo fuera de la copa.

El criado que tiene a su cargo servir los vinos, debe nombrarlos cuando los ofrece a los comensales. Cuidará de no levantar mucho la voz, pero también pronunciar de un modo claro y distinto, a fin de que se entienda la procedencia del caldo. Y si éste tiene una antigüedad respetable, es bien que diga, por ejemplo: "Jerez, tal marca, solera de 1870". Así el invitado paladea con más veneración el generoso néctar.

EL CHIC

exige armonía de colores en las prendas de vestir femeninas.

Pero es preciso tener en cuenta, que si los colores no son de moda, no ofrecerán ese aspecto distintivo de la elegancia femenina Parisiense.

Las medias de seda Holeproof son esencialmente elegantes en color y forma, porque se ajustan éxtrictamente a los dictados de la moda—de la última moda parisiense.

Y, además, se distinguen por su alta calidad, la uniforme transparencia de sus tejidos, perfección de hechura y durabilidad extraordinaria, siendo sus precios módicos.

Lisas y con cuchilla calada. — En todas las tiendas.
Si no tienen la marca HOLEPROOF en la pantorrilla no son legítimas.

Cuatro de los estilos HOLEPROOF más populares para señoras, son los números 2100 y 250 lisas y 2125 con cuchilla calada, de seda natural, tejidos dominguera y por francos.

Medias Holeproof

Representante: O. H. Mitchell, Huérfanos 761, Santiago.
Al por mayor: Emile Samuel, Huérfanos 736, Santiago.

LA PURPURA PALIDA

EN esta fría mañana de diciembre he salido de mi rincón de Montmartre hacia el Barrio Latino. Es voluptuoso y reconfortante gozar de tiempo en tiempo los aromas de la mañana. Por la mañana y de modo especial en las del invierno, los puentes del Sena se nos ofrecen en todo su valor de paisaje de París. Y las torres de Nuestra Señora a través del sendal de la neblina. Y los árboles desnudos. Y un librero de viejo con su barba apoyada sobre su tapabocas. Y la torre Eiffel medio borrada sobre un cielo de plomo. Y el río más despierto que nunca y más fuerte. El río cuya respiración nos traspasa un poco la carne al cruzar hacia la orilla izquierda.

⁂

Pero hoy se celebra en la Sorbona el aniversario de la muerte del cardenal Richelieu. Me atrae esta efemérides. Quiero saber si Francia dedica a sus cardenales históricos una mayor atención que España al suyo. En realidad, Richelieu no significa, para la Universidad de la Sorbona, lo que nuestro cardenal Cisneros significa para la de Alcalá de Henares. Pero, en todo caso, son dos figuras equivalentes. Hay, empero una diferencia fundamental. Francia es un país en el que la profesión de fe católica es casi opuesta a los deberes cívicos del buen republicano. España sigue sometida a su vieja religiosidad. Los cardenales tienen, pues, en ambos países una significación distinta. Un funeral en Francia es una transigencia; en España, un aspecto de las buenas costumbres.

⁂

Pero, realmente, la púrpura antigua ha palidecido igual en los dos países. En esta mañana de invierno la iglesia de la Sorbona está vacía. Helada. Rodean el túmulo de Richelieu, bajo las naves, que devuelven el ruido de los pasos, los condes de Rochefoucauld, que representan a los descendientes del cardenal. Y hasta media docena de académicos, de catedráticos, de políticos que tienen un empleo en la Instrucción Pública. La iglesia de la Sorbona está tan solitaria como la de Santa María la Mayor, en Alcalá de Henares, la mañana en que cada año se dice una misa en memoria de Miguel de Cervantes, nuestro Señor. Los fueros del olvido se extienden por el mundo con un absoluto desdén de las fronteras.

⁂

La púrpura de Richelieu está tan pálida como la del cardenal Cisneros. Pero en el día de su aniversario la tumba de Richelieu se cubre de crespones. Y un familiar del arzobispo de París dice un responso ante ella después de la misa fúnebre. He aquí la ventaja que la memoria de Richelieu lleva a la de Cisneros. Este ni siquiera descansa en la Universidad que fundó, y que ahora yace así mismo muerto en poder de una comunidad de Esculapios. Su tumba está bajo el crucero de la Iglesia Magistral, medio cerrada al culto, que se alza en uno de los más deleitosos rincones de la vieja Cómpluto. España parece que ha puesto especial intención en contrariar los deseos de quien quiso dormir eternamente entre los muros universitarios que él edificó a sus expensas.

⁂

De estas dos púrpuras cardenalicias no queda más recuerdos que sus imágenes, talladas en el mármol de dos sepuleros. En realidad, tanto monta la púrpura como el cetro, como el harapo. La felicidad de los mendigos principia donde acaba la de los magnates. Tanto vale el mausoleo de la Sorbona como el de la Magistral de Cómpluto. La vida, senda del olvido, ha hecho del mundo una gran fosa común. Después de la muerte, son los pordioseros quienes mandan. Y el mundo se equilibra.

EL NUEVO IDILIO DE POLA NEGRI

Con esa magnífica disposición que los críticos de los grandes periódicos norteamericanos suelen manifestar hacia los artistas de las grandes empresas cinematográficas, los lectores yanquis rara vez llegan a saber la verdad relativa a dichos artistas.

Como en tantos otros casos anteriores, los nuevos amores de Pola Negri se anuncian ante el público de los Estados Unidos en una forma que parece calculada para prevenir toda censura a la artista que dicho público se había acostumbrado a ver como la inconsolable viuda de Rodolfo Valentino.

Si se hubiese publicado la noticia escueta del noviazgo y de la boda, el público podría haber censurado a la estrella polaca, tachándola de inconstante y tal vez de desleal. Por eso algunos cronistas peneleros — entre ellos, los que influyen en mayor número de borregos que leen — se adelantan al juicio adverso que se esperaba, y dan, al par que la noticia, una amplia explicación, a su manera. Según ellos, Pola estaba muy triste desde la muerte de Rodolfo; se sentía muy sola; echaba de menos los mimos del amado; necesitaba un hombre que la sacara de tan triste situación. Llegó un príncipe guapo y amoroso y resolvió el problema. Pero, a pesar de todas las apariencias, Pola sigue respetando la memoria del amado inmediatamente anterior.

Con lo cual los críticos le hacen muy poco favor al bello príncipe, a cuyo noviazgo atribuyen un carácter de emplasto, o poco menos, y, además, hacen que los lectores no borregos cavilen en dirección opuesta a la señalada, aunque no sea más que por aquello de satisfacción no pedida...

Probablemente, los aludidos críticos habrían dejado en mejor lugar a Pola y a su principesco remedio si hubiesen dicho la verdad neta y destarada, que es la que a continuación tenemos la suerte de revelar:

Cuando Valentino partió de Los Angeles para Nueva York en su último viaje, le acompañó Pola Negri a la estación y se despidió de él en los términos más afectuosos. A los pocos días de llegar a Nueva York, Rodolfo humilló a Pola ante el mundo entero, presentándose en público, a altas horas de la noche, en compañía de Juana Acker, que había sido su primera esposa. Pola quedó por el momento en ridículo; pero no dió ningún paso público que pudiera interpretarse como un desquite. Dominó su amor propio. Sin embargo, no logró vencer del todo la natural tendencia a desquitarse, porque en su vida privada sí dió pasos que parecían llevarla en tal dirección.

Si Rodolfo tenía muchas admiradoras, también se comprenderá que Pola tuviese numerosos admiradores. Uno de ellos era el príncipe Sergio M'Divani, hermano del que se había casado poco antes con Mae Murray, siendo padrino Rodolfo y madrina Pola. Por los días en que el italiano se fué a Nueva York, Pola y Mae estaban en buena armonía, al menos en apariencia. Pola veía a Sergio en la casa de Mae, Joven — de unos veintisiete años,— guapo y simpático, y conocido de Pola desde la adolescencia, le costó poco trabajo conseguir que la artista humillada por el novio le aceptase a él a modo de consuelo. A buen seguro que si Rodolfo hubiera seguido llamando la atención con otras mujeres en Nueva York, Pola, en Los Angeles, habría salido al público en compañía de Sergio M' Divani. Pero enfermó Rodolfo...

Pola, como tantos otros, no creyó en la gravedad hasta última hora. Siguió flirteando con el príncipe, y flirteando con él estaba cuando le llegaron, por fin, las noticias que la convencieron de que el otro estaba a punto de morir. Fué entonces cuando su conciencia se alborotó y dió lugar a la serie de escenas trágicas que todos conocen ya.

Más tarde, la vida volvió a pedir lo suyo, y el príncipe Sergio vino pronto a ofrecerse... Se esperó un poco; otro poco; lo más que se pudo esperar. Hasta que, al fin, Sergio y Pola se sintieron bastante enamorados para arrostrar la tempestad de censuras de cuantos no se hayan visto en caso igual.

Pola y Sergio se casan, y la artista polaca llega a princesa lo mismo que llegó Mae Murray.

Mas no se crea que la intérprete de la Dubarry ha olvidado al inolvidable Valentino. Todavía llora por él con no poca frecuencia. Ha logrado conciliar lo que más bien parece irreconciliable; y, por ende, llora por el muerto y se divierte con el vivo.

BALTASAR FERNANDEZ CUE

M U E R T A

Por AMADO NERVO.

En vano entre las sombras mis brazos, siempre abiertos
Así quieren su imagen con ilusorio afán.
¡Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos!
¡Oh, Padre de los vivos! ¿a dónde van los muertos?
¿A dónde van los muertos, Señor, a dónde van?
Muy vasta, muy distante, muy honda, sí, muy honda,
¡pero muy honda debe ser ¡ay! la negra onda
en que navega su alma como un tímido alcor,
para que aquella madre tan buena no responda
ni se estremezca al grito de mi infinito amor.
Gracia,, sin duda, es esa zona que hiende. Fría,
¡oh, sí muy fría! pero muy fría! debe estar,
para que no la mueva la voz de mi agonía,
para que todo el ruego de la tierra mía
su corazón piadoso no llegue a desherar.
Acaso en una playa remota y desolada,
enfrente de un oceano sin límites, que está
convulso a todas horas, mi ausente idolatrada
los torbos horizontes escruta, con mirada
febril, buscando un barco de luz que no vendrá.
¡Quien sabe por qué abismos hostiles y encubiertos,
sus blancas alas trémulas el vuelo tenderán!
¡Quien sabe por qué espacios brumosos y desiertos!
¿Oh, Padre de los vivos, a dónde van los muertos,
¿A dónde van los muertos, Señor, a dónde van?
Tal vez en un planeta bañado de penumbra
sin fin, que un sol opaco, ya casi extinto, alumbra,
cuitada peregrina, mirando en rededor
ilógicos aspectos de seres y de cosas,
absurdas perspectivas, creaciones misteriosas,
que causan extrañeza sutil y vago horror.
Acaso está muy sola. Tal vez, mientras yo pienso
en élla, está muy triste; quizás con miedo esté.
Tal vez abre sus ojos algun arcano inmenso.
¡Quién sabe lo que siente, quién sabe lo que ve!
Quizás me grita: "¡Hijo!" buscando en mi un escudo,
(Mi celo tantas veces en vida la amparó)
y advierte con espanto que todo se halla mudo,
que hay algo en las tinieblas fatídico y sañudo,
que nadie la protege, ni le respondo yó.
¡Oh, Dios, me quiso mucho; sus brazos, siempre abiertos
como un gran nido, tuvo para mi loco afán!
Guiad hacia la vida sus pobres piés inciertos...
¡Piedad para mi muerta! Piedad para los muertos!
¿A dónde van los muertos, Señor, a dónde van?

PARA LEER...

Hay que leer, mujeres, hombres. Hay que rodearse de bellas cosas para hacer bella la vida; mas antes hay que rodearse de libros — prolongaciones de nuestro horizonte — para hacer bello nuestro espíritu. No hay que olvidar cómo es el libro "luz del ciego, alegría del triste, aire libre y espacio abierto para el recluso, andariego afán satisfecho para la mujer, condenada sin él a la trágica lucha de la imaginación volandera y el cuerpo dolorosamente apegado a la tierra por más de una honda raíz". Como hay que recordar que "por el libro son nuestros los paisajes de otras tierras y las lenguas de otros países; que en el libro poseemos el mundo de la realidad y el de la ficción; sabemos de la dicha y del dolor de nuestros hermanos, cercanos o apartados, y del modo de darles nuestro consuelo o de hallar el suyo; nos adueñamos de la varita de virtudes que posee — son palabras de Ortega y Gasset — "la gracia de convertir el Universo en un paisaje habitado sólo por cosas deseadas, y tenemos quien nos dé la compañía sin quitarnos la soledad".

Todo esto, y más, es el libro. Hay, por ello, que rodearse de libros. Hay que leer.

Hay que leer, sea como sea. Pero, a ser posible, hay que leer bien. De cómo se lee bien espiritualmente, poetas y ensayistas y educadores han hablado largamente y con fruto. De las condiciones materiales de la lectura es de las que — brevemente — quisiéramos nosotros tratar.

No son, ciertamente, desdeñables. Una Biblia, un "Don Quijote", bella, pulcra, elegantemente editados, no dicen más ni menos que un "Don Quijote" o una Biblia de tapas mugrientas, caracteres confusos, ilegibles, y páginas plagadas de erratas. No dicen más ni menos de lo que el autor ha dicho; pero sí dicen bastante significativas e interesantes acerca de la personalidad de quien los ha editado y de quien los ha adquirido. Porque toda cosa tiene un aspecto material, físico, cuyo valor es, si relativo, innegable. El amor es antes que nada; pero tras él viene fatalmente el refinamiento. Todo refinamiento nace de un amor. Del amor al libro ha nacido la bella presentación material del libro.

Quien de otro modo no pueda leer, lea de codos en la fría y vulgar mesa del café. Mas quien tenga medios para ello, demuestre su refinamiento, más que su opulencia, creando en torno a sus lecturas un ambiente grato y exquisito, dando al rinconcito de los libros importancia y color de santuario, poniendo en su hogar esa nota confortable e inteligente del butacón bajo la ventana y ante el libro abierto, y en torno, los grabados dilectos, la copa preferida, la obra de arte, las flores...

Flores y libros son en una casa grata anticipación de sensibilidad, de inteligencia y de delicadeza que no escapan a la penetración del visitante comprensivo.

Acudan Uds. sin pérdida de tiempo a los especialistas

INSTITUTO ORTOPEDICO ALEMAN

San Antonio 540-546 - SANTIAGO-Casilla 3494

APARATOS DE CORRECCION, BRAGUEROS, FAJAS, Etc.

y toda clase de trabajos concernientes al ramo.

¿Amar o ser amada?

Por EDUARDO ZAMACOIS.

CON el presente artículo daremos por concluída una labor de investigación que hace tiempo emprendimos, y que nuestro vivir movedizo, bien a pesar nuestro, dejó interminada. Y era la de conocer el dictamen de las mujeres respecto al siguiente dilema, el más implacable, tal vez, de cuantos atormentan nuestro corazón:

"¿Qué es preferible: amar o ser amados?... ¿Querer o dejarnos querer?..."

Pregunta que formulamos basándonos en el hecho tan irrecusable como amargo, de que nunca, o casi nunca, Ella y El se dedican un cariño igual.

A nuestra interrogación, numerosas plumas femeninas—algunas de escritoras conocidas—respondieron, y con sus contestaciones en estas páginas de "Para Todos" fueron publicadas y glosadas según sus méritos y nuestro mejor entender; mas otras, las últimas que recibimos, quedaron inéditas, no por desmemoria, sino porque el tiempo para ocuparnos de ellas nos faltó, y son éstas, que, tanto por su valimiento como por elemental cortesía, vamos a comentar aquí.

Del retraso con que lo hacemos, sus autoras sabrán indultarnos. ¿Y cómo no, si quien dijo Mujer dijo Perdón?...

Una de las cartas más interesantes que tenemos a la vista viene de Chicago (departamento de Il'inois" y la firma una española, esposa de un norteamericano: la señora Ester Pérez de King.

Su respuesta es elocuente y rotunda:

"El amor o la fuerza de amar—dice—es la facultad creativa por excelencia, y la mujer que ama es artista creadora; el amor, para ella, ya sea correspondido o no, es el objeto, el fin, de su vida toda. El verdadero artista no persigue el éxito; ejerce su arte con desinterés, sólo porque no puede ser feliz de otro modo. Su arte es una necesidad, y cuanto más fuerte e imperiosa, tanto mejor será su obra. Así, la mujer ama, siendo más feliz cuanto más su amor se desenvuelva y exteriorice".

Y añade sutil:

"El tipo que más fuertemente atrae a la imaginación femenina es "Don Juan". Podría escoger otro más digno de su amor; pero difícilmente hallaría ninguno más a propósito para su desarrollo. El mismo desamor, la misma bajeza y deslealtad del objeto amado, hacen que el sentimiento de la mujer se exalte hasta llegar a lo heroico y sublime. Porque en amor, como reza el Evangelio, "es cosa bienaventurada dar antes que recibir", y la mujer rica y poderosa en amor es más feliz cuando da plenamente de su tesoro, sin interés, ni esperanza de recompensa.

"... No me tienes que dar porque te quiera,
porque aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera..."

Dice el alma mística, como pesarosa de que su Amante fuese tan generoso que su amor aventajase al suyo".

La señora Pérez de King apadrina aquella definición "nunca superada"—asegura—según la cual el amor es la fuerza que "todo lo cree, todo lo espera, todo lo puede y todo lo soporta", de donde deduce que "es más dichosa la mujer que la posee en mayor grado". Y estas palabras que "Doña Inés" le dice a "Tenorio" en la escena del cementerio:

"Yo mi alma ofrecí
en precio de tu alma impura..."

"no son—escribe—las de una víctima ordinaria; son las de la víctima redentora, que en el aparente fracaso encuentra la forma más depurada y más duradera del triunfo".

¡Hermosa y sagaz observación que por ir vestida de luz, no necesita de apostillas!...

De igual modo discurre la bellísima dama argentina que colabora en "La Razón" de Buenos Aires, bajo el seudónimo de "Mesée Tubat". Su réplica, trascendental y breve, tiene una diafanidad clásica y un dulzor melancólico.

"Se es feliz en la vida—dice—por el cariño que se siente hacia los otros, no por el que se inspira".

En la señora E. C. M., que se limita a enviarnos un soneto maestro, escrito con una letra llena de personalidad y de aristocracia, advertimos un "matiz sentimental" que merece anotarse. El parecer de las señoras Pérez de King y "Mesée Tubat" es el suyo... hasta cierto punto, porque E. C. M. prefiere al terrible dolor de "amar sin ser amada", ese arcano, templado y a veces voluptuoso sufrir derivado del volebat amare agustino. A lo largo de los catorce versos, su pena rueda suave, dilecta y otoñal.

"Amar sin esperanza y sin pa-
[sano;
de barro que pretendan pago hu-
[mano;
amar lo que no alcanza nuestra
[mano,
sacrificando nuestros corazones
Encender, como estrellas, ilu-
[siones
de un puro amor, en nuestro vivir
[sano;
y sentir en el alma un soberano,
un suave anhelo de renunciaciones.
Amor tan silencioso y tan callado,
amor tan escondido y tan constante,
tan íntimo, tan hondo y tan profundo
que no lo sepa nunca el ser amado
y no lo olvide nunca el ser amante.
¡Amor de amor, supremo bien del
[mundo!..."

Con cuya última frase, de un hondo panteísmo, se echa ligeramente fuera de la cuestión.

Muchas de nuestras comunicantes, a vuelta de divagaciones prolijas, "se abstienen de votar", intimidadas por la magnitud del problema que más lágrimas ha hecho correr.

"Estela-Mari", que es adorada por un hombre mientras ella, a su vez, adora en otro, "sin que El lo sepa", responde con el silencio a nuestra pregunta.

"La señorita Nadye" (de Barcelona), habla por adivinación, que no por experiencia.

"Amar sin correspondencia—dice—debe de ser muy triste, tanto cuando nos sucede a nosotros, como cuando somos causa de que a otros les suceda".

Y no añade más.

Irolina Carballo (de Coruña), a semejanza de esos bañistas frioleros que se acercan al agua y, luego de contemplarla unos instantes, renuncian a meterse en ella, declara:

"Lo más prudente es renunciar al amor".

Por este estilo hay sobre nuestra mesa de trabajo catorce cartas más, cuyas autoras—o porque conocen el dolor, o quizás porque no se acercaron a él lo bastante—giran alrededor de la pregunta, rehuyendo su encuentro. ¡Oh, cuán cierto es que el Amor asusta!...

Afortunadamente, la mayoría de las misivas recibidas reafirman la opinión, vieja en nosotros, de que el triunfo, la exaltación de la propia personalidad, está "en amar". En lugar del cógito, ergo, sum, cartesiano, podríamos decir: "Siento, luego existo", pues la conciencia y la verdadera sabiduría acaso más que en el pensamiento tengan establecida su Santa Sede en el corazón. Desear, apetecer, sentirnos capaces de inmolarnos, de renunciar a todo con tal de que a la persona que erigimos en el centro de nuestra alma y árbitro de nuestro porvenir, nada le falte; dejar de ser para que Ella o El vivan mejor... ¡Eso es "la plenitud!"...

Y por si el dictamen afirmativo de la pluralidad de nuestras contemporáneas no fuera suficiente, recordemos lo que, sin titubeos ni tampoco prever que sus cartas íntimas estaban destinadas a la inmortalidad, redactaron los más audaces temperamentos amorosos, aquellos en quienes la pasión fué total anulamiento y hoguera de inacabables sacrificios.

"Bien sabéis—escribía Eloísa, la extraordinaria mujer que supo sujetar el destino del espíritu más grande de su época—que, al par que nuestros amores no podían ser puros, yo nunca he amado en vos al hombre. ¿Cuánta repugnancia no os he mostrado por el matrimonio? Aun cuando yo sabía perfectamente que el nombre de esposa es solemne entre los hombres y santo en la religión, encontraba mayor encanto en el de querida. Las cadenas matrimoniales llevan consigo una adhesión necesaria que aminora "esa libre gloria del amor que yo siempre he deseado conservar. ¿Cuántas veces os he asegurado que era para mí más dulce vivir con Abelardo, como querida, que ser emperatriz con Augusto, y que hallaba mayor complacencia en obedeceros que en tener bajo mi dominio al señor del mundo?..."

Con estas palabras elocuentes, la amada ejemplar testimoniaba su voluntad de renunciar a todo, aun a la estimación social, para más devotamente consagrarse al cariño del hombre a quien, sin limitaciones, como una esclava, rindió su albedrío. Y lo mismo que ella, él, cuando la escribe, prescinde de todo y lo ofrece todo... y no pide nada; pues al que de veras ama el placer de hacer desinteresada donación de cuanto tiene, le satisface y deleita de modo que no desea más.

A Tomás Carlyle, de cuyo desapacible carácter mucho se ha hablado, su esposa, olvidando cuán reiteradamente, de palabra y de obra, la había ofendido, le escribe humilde, como si fuese la ofensora:

"Haced lo posible por ser paciente y tolerante con vuestra "Goda"—así la llamaba él—, porque ella os ama y está dispuesta a hacer cuanto queráis".

Si nuestra pregunta: "¿Qué es preferible: amar o inspirar amor?..." hubiera sido dirigida a los hombres, de fijo que éstos se habrían declarado en pro del segundo aspecto del problema. A "Don Juan" no le interesa tanto sentirse enamorado como inspirar amor: es frío, desleal, vanidoso. ¡Esto sobre todo!... A "Don Juan" le gusta hacer sufrir y que lloren por él... ¡y contarlo!...

Mas no fueron Ellos, sino sus víctimas, las interrogadas, y el espíritu de sacrificio predominó sobre los consejos egoístas de la comodidad, y la cuestión revistió su forma más noble.

EDUARDO ZAMACOIS.

PARA LOS NIÑOS

Machucho y Pilongo aviadores

I

El piloto volvió la cabeza hacia sus dos pasajeros y les dijo gritando para que sus palabras no quedasen apagadas por el endemoniado ruido del motor:

—¡Cambridge!

Siguieron volando durante un cuarto de hora y luego descendieron. Había bruma en las capas inferiores, pero tan escasa, que no privaba de distinguir las luces.

—¡Si aumenta la niebla es posible que aterricemos en algún tejado!—masculló el piloto.

En efecto, la bruma iba espesándose por momentos y hacía imposible el reconocimiento del terreno. Aparecían luces y en seguida volvían a desaparecer.

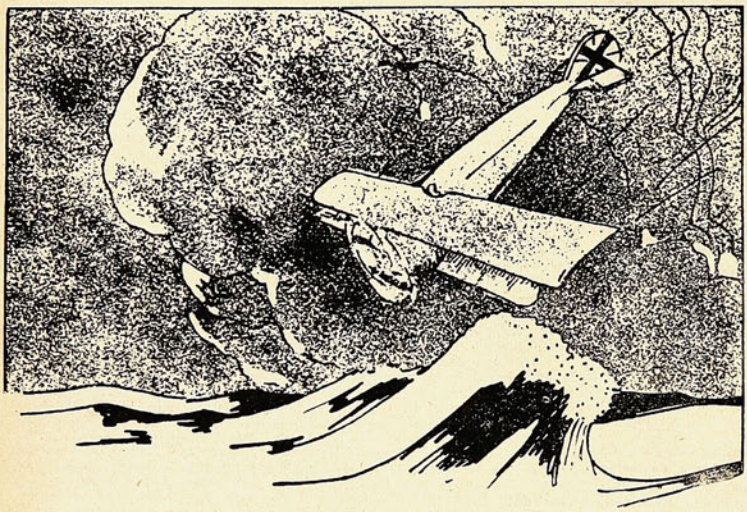
Descendieron velozmente. Una brisa sutil, empapada en agua, calaba hasta los huesos de los excursionistas.

—¡Listos!... ¡Creo distinguir el suelo!

Reinaron dos segundos de angustioso silencio, sólo turbado por el silbido del aire al rozar los tensores de acero y en seguida un trueno prolongado (la resaca rompiendo contra el litoral) hizo su aparición.

—¡Pero en donde estamos?—gritó con angustia el piloto.

Un choque violentísimo levantó el aparato poniéndolo a riesgo de dar una vuelta de campana, pero por suerte volvió a recobrar la estabilidad y, tocando nuevamente tierra, continuó rodando hasta llegar a pocos metros de una masa oscura.



Los tres ocupantes, todavía muy sobresaltados, saltaron a tierra firme. Dos o tres hombres aparecieron entre la bruma como fantasmas.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Rugby.

Los hombres se miraron con extrañeza.

—¡Pues nadie lo diría! Más bien parece que vengan del mar...

—¡Pero ¿no estamos en Cunner-field?—balbuceó el piloto.

—No, señor. Han aterrizado ustedes a 100 metros del mar... en el muelle de Harwich.

Preguntaron por una fonda en donde pasar la noche y uno de los curiosos los condujo a un fonducho que tenía la ventaja de estar muy cerca de allí. Cenaron frugalmente y se encerraron en el cuarto que les había sido destinado. No tardaron mucho en dormirse, pues estaban cansadísimos por el partido de rugby que habían jugado aquella tarde.

A las 5 de la mañana, unos golpecitos dados en la puerta de su alcoba advirtieron a Machucho y Pilongo que había llegado la hora de abandonar el tibio lecho. Se asearon en un momento, se vistieron y salieron corriendo a la calle.

La oscuridad era completa. El aeroplano estaba encarado al mar que batía el muelle con furia a escasa distancia. Dos o tres linternas de luz muriente daban apenas el resplandor suficiente para que el piloto en sus operaciones no anduviese del todo a ciegas. Unos cuantos marinos envueltos en pesados impermeables presenciaban y ayudaban con buena voluntad la carga de bencina.

El piloto dió febrilmente una última mano a sus composturas, cargó en el aparato algunos sacos con correspondencia e indicó con un gesto a Machucho y Pilongo que era hora de subir al aparato.

—¡Como no corran mucho—dijo un marino viejo—es probable que bailen algo por ahí arriba!... Está bajando el barómetro y en este tiempo es mala señal...

Trepidó el motor con fragor de tormenta y la hélice en furioso torbellino comenzó su trabajo. El aparato recorrió rápidamente el espacio de tierra firme sin lograr despegarse y al llegar al extremo del muelle se hundió en el vacío..

II

El aparato producía la impresión de que andaba dando tumbos por el alborotado firmamento.

—¡Pero qué pasa?—dijo Pilongo gateando por la estrecha comunicación del aparato hacia el asiento del piloto.

El pobre hombre enloquecido por la emoción, no reconocía. Se limitó a señalar hacia las alas cuyos tensores (cerradas hábilmente por Simeón en su casi totalidad), no habían podido resistir a los embates del huracán. El ala derecha inferior, sin sostén, había terminado por desgarrarse y amenazaba ruina total.

—¿Puede arrglarse eso? — preguntó a su vez Machucho.

—Es casi imposible — contestó, por fin, tartamudeando de frío— habría que ir gateando por el ala y la operación es peligrosa hasta en tiempo ordinario...

Pero Machucho no era hombre que se acobardase ante el peligro. Se ciñó su impermeable atándoselo de modo que el aire no hiciese presa en él y sin vacilar un instante saltó al vacío.

—¡Cuidado!—gritó el piloto — ¡Se va usted a hacer arrebatar por el viento!...

Pero Machucho ya no le oía. Cegado por el agua que caía a torrentes, zarandeado como un pelele por fuertes ráfagas, gateaba ganando terreno, pulgada por pulgada. Por de pronto el peso de su cuerpo, equilibrando el aparato, permitió que el piloto pudiese gobernarlo más fácilmente.

—¡Sujete la lona... de modo que no flote!

Machucho, tras de inauditos esfuerzos, pudo coger uno de los tensores rotos, que la velocidad ponía tirantes como cuerdas de guitarra, y rápidamente fué cosiendo con el mismo acero la tela al armazón del ala. Una vez lograda la burda compostura, retrocedió lentamente acercándose al cuerpo del avión.

—¿Qué?—dijo Machucho jadeante cuando los brazos de Pilongo lo hubieron izado nuevamente a bordo—. ¿Marcha esto ahora?

Pero incapaz de resistir por más tiempo al aire, a la lluvia, al frío y a la emoción se desmayó. Pilongo lo recibió en sus brazos y tras unas vigorosas friegas en el pecho pudo ver con inmensa alegría cómo su hermano volvía a la vida.

El temporal amainaba, pero ya era demasiado tarde para tratar de salvar el aparato. Durante el huracán, el piloto había perdido la ruta en su furiosa lucha con los elementos y ahora procuraba remontarse para tratar de distinguir algún barco o la anhelada tierra.

—¡Esto no va!—dijo el piloto a los dos hermanos que acurrucados tras él esperaban poder ayudarle en algo.

Miraron el reloj. Eran las 8 de la mañana El sol pugnaba por atravesar masas compactas de nubes sin lograrlo. A sus pies las olas agitadas todavía chocaban unas contra otras con fuerte estruendo. El aparato se acercaba al mar por momentos a pesar de los desesperados esfuerzos del piloto. Los presuntos náufragos, pálidos, pero serenos, aguardaron el choque con el líquido elemento.

A las ocho y media, cuando un sol de invierno hizo su tímida aparición anunciando el fin decisivo de la tormenta, el tren de aterrizaje rozando la cresta de una ola salpicaba a los viajeros de espuma y segundos después todo el aeroplano picaba en el mar produciendo el formidable choque una tempestad... en miniatura.

¡Se acabó!—dijo el piloto escupiendo una bocanada de agua salobre y abandonando la dirección que había logrado conservar casi hasta el último momento.

El aeroplano rodó un instante dando tumbos y luego, parado

¿Se han hecho ustedes daño?

el motor, quedó inerte a merced de las olas que empezaron a barrerlo en todas direcciones.

—¡Piloto! — gritó Machucho — ¡Me parece que la lona resiste bien por debajo!

—Lancen al mar la correspondencia mientras que yo desatornillo algunos hierros.

Pilongo se lanzó a cumplir la orden, pero de pronto dió un grito de alegría.

—¿Qué pasa?—preguntaron Machucho y el piloto intrigados.

—¡Pasa... que estamos salvados!

Machucho y el piloto se miraron. ¿Se habría vuelto loco Pilongo?

—¿Tiene usted goma, cola o algo que sirva para coser?

—Algo de eso hay, en previsión de alguna componenda—dijo el piloto.

—¡Pues manos a la obra!—gritó Pilongo en el colmo de la alegría.

—¿Pero qué obra?

Pilongo sin responder directamente a la pregunta puso en manos del piloto y de su hermano unos cuantos sacos vacíos y proveyéndose de unas tijeras empezó a rasgar sacos por la mitad.

—¿Y nosotros qué hacemos?—preguntaron Machucho y el piloto en el colmo de la impaciencia.

—...Ayudarme a hacer... ¡el globo!

—¡Acábaramos!

Y los tres se pusieron febrilmente a trabajar. La idea de Pilongo era buenísima, pues los sacos eran de tela engomada muy ligera. Si el mar respetaba al aparato, era posible en dos horas hacer un globo aceptable...

A las 10 de la mañana el trabajo estaba muy adelantado y el globo empezaba a tener forma de tal. Sin embargo, escaseando los sacos fué preciso arrancar tela de las alas del aparato sumergidas, con lo que disminuyó la superficie de sustentación y fué preciso tirar al mar un buen pedazo del motor para evitar que el aparato se hundiese.

A las 11 el aeróstato estaba terminado y la barquilla (una caja) atada con 5 o 6 tensores al globo. Con gran emoción el piloto encaramado junto con Machucho y Pilongo en la barquilla inflamaron latas de bencina y el informe globo comenzó a hincharse cabeceando.

—¡Cuidado... mucho cuidado!

Por fin la pesada e informe envoltura comenzó a flotar en la atmósfera. El peligro estaba ahora en que el despegue no fuese lo suficiente rápido para permitir una elevación de unos

...y se dejó caer de cabeza al agua.

cuantos metros y fuesen rodando por el mar.

El globo hacía desesperados esfuerzos para romper sus ligaduras.

—¡Suelta todo! — voceó el piloto considerando la hinchazón bastante.

Machucho y Pilongo se lanzaron uno a cada tensor. Libre de trabas, el globo dió un brinco y segundos después se mecía a unos 300 metros de la superficie del mar.

¡Estaban en salvo!

—¡Basta de hurras, señores! — dijo el piloto a los dos hermanos que gritaban con gran entusiasmo.

Comprendiendo la justicia del reproche, los jóvenes se pusieron inmediatamente a trabajar y lograron que el globo continuase su marcha ascendente. Los restos del aeroplano empezaban a dejar de ser visibles, lo cual era un indicio de su marcha. Organizaron una especie de guardia por turno. De ese modo pasaron dos horas.

De pronto, el piloto señaló unas columnas de humo, diciendo:

—¡Estamos salvados!

Precisamente una corriente área los llevaba en aquella dirección y poco a poco en el horizonte fueron apareciendo los cascos de una veintena de navíos.

—¡La Escuadra Inglesa del Canal!—dijo el piloto con la mayor alegría. — ¡Bajemos!

—Bueno... bajemos — dijo Pilongo—; pero le ruego no olvide que nosotros tenemos pendiente una apuesta. A las 6 de la tarde debemos estar en París.

Los buques estaba ya a una distancia tan corta, que podían distinguirse los menores detalles de su construcción. Multitud de marinos corrían por los puentes y se encaramaban a las cofas. El buque insignia, intrigado por el raro aspecto del globo, lanzó un cañonazo con pólvora sola para reclamar la atención e hizo señales con banderas.

—... Pregunta quiénes somos...

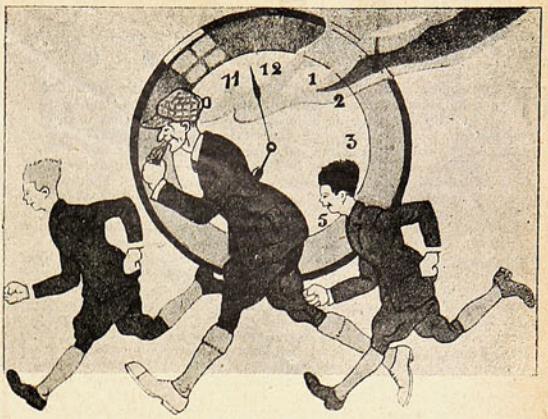
Machucho cogió dos latas que llevaban etiqueta roja y, poniendo entre ellas su bufanda amarilla, indicó su nacionalidad.

Volvieron a ondear nuevas banderas.

—¿Qué hay que decir ahora?

—¡Esto! — dijo el piloto arrebantando la bufanda a Pilongo y ondeándola.

Tres o cuatro chalupas automóviles se desprendieron de los potentes costados de los barcos y bogaban hacia ellos a gran velocidad. Pilongo apagó el fuego y el globo empezó a descender suavemente. Una chalupa con unos cuantos marineros y un oficial había llegado bajo ellos.



—¡Desciendan sin temor, que ya los pescaremos!—dijo el oficial.

—Perdone usted una pregunta. ¿A dónde se dirigen ustedes?

El oficial vaciló antes de responder.

—...De crucero a las costas de España...

—De modo que...

—antes de 4 días estan ustedes en Vigo.

—Pues ¡muchas gracias, pero no nos conviene!... Baje usted, piloto, si así lo desea.

El piloto no se hizo repetir la invitación, y se dejó caer de cabeza al agua. El globo sin aquel lastre de 80 kilógramos se elevó de golpe hasta más de 500 metros.

Las chalupas volvían a alejarse hacia los acorazados. El piloto debía haber puesto en antecedentes al oficial y pocos momentos después la chalupa y el piloto eran izados a bordo del buque almirante. Los gigantes de acero volvieron a vomitar torrentes de humo y reanudaron su marcha.

Machucho recapacitó un momento.

—Era la escuadra del canal. Van hacia España o sea hacia el Sur. Si logramos encontrar una corriente que nos lleve hacia el Este, forzosamente aterrizaremos en Francia o en Bélgica...

—¡Eres un tío con lógica! —dijo Pilongo alborozado

El navío almirante volvía a reclamar atención.

Pilongo.

—¿Llevas lápiz? — dijo Pilongo.

—¡Aguarda... no sé!...

—Es igual, mete el dedo en aceite y apunta donde quiera.

Y Pilongo fué dictando una serie de colores exactos a los de las banderas que iban apareciendo.

—¡Ya está!

—Ahora quítate la bufanda y agítala como yo.

Despues de aquél saludo se pusieron nuevamente a trabajar mientras que los colosos de acero se iban alejando.

Acumularon combustible hasta que su suerte les hizo encontrar una brisa que los conducía poco más o menos en la dirección deseada y, media hora después, señalaban una larga sombra a nivel del mar.

—¡¡¡Tierra!!!

Innumerables canales, llenos de barquichuelos aparecieron en una tierra llana y arenosa.

—Estamos en Bélgica o en Holanda... Según la hora que sea, aun no hemos perdido la apuesta.

Unos gritos interrumpieron la entusiástica charla de Pilongo. Un campanario se les venía encima a gran velocidad. No había tiempo de encender fuego y, de común acuerdo, lanzaron al vacío sus impermeables y las latas de bencina sobrantes.

—¿Has visto?—preguntó Pilongo.

—¡Calla, no me digas nada!—dijo Machucho con mal humor. ¡Por tu importuna charla por poco nos hacemos cisco!

Estaban en campo raso. El globo volaba al lado de una carretera plantada de soberbios álamos. Unos autos iban por ella.

Un trompezón violentísimo seguido de una serie de tumbos y crujidos les hizo caer revueltos y confundidos.

—¡Córcholis!... ¡Caracoles!... ¡Rapámpano!

La barquilla cesó en su movimiento rotatorio y los dos muchachos, estrechamente abrazados, abrieron los ojos. Estaban presos entre las ramas de un servido de paracaídas.

árbol altísimo y que providencialmente les había

—¿Se han hecho ustedes daño? — preguntaron en francés.

Estaban en Gante. En Bélgica.

III

A las 6 de la tarde tras de devorar en tren especial los 280 kilómetros que separan a Gante de París, Machucho y Pilongo alquilaban un potente auto y devoraban la carretera que conduce a Le Bourget, en busca del inglés.

Preguntaron en las oficinas del inmenso aérodromo. Nadie supo darle razón. Confusos y malhumorados, salieron al campo de aterrizaje de los aviones de Londres. Empezaba a encenderse los potentes faros de señales y la tierra estaba en una semi-oscuridad.

—Aquél debe de ser—dijo Pilongo a Machucho, notando un bulto extendido en el suelo y del cual se desprendían fuertes nubes de humo.

—¡Mr. Jhon!—gritaron al unísono.

El inglés se incorporó sobresaltado y confuso, pero reconociendo a sus dos amigos soltó una risotada y guardándose el cronómetro, papel y encendedor en uno de sus amplios bolsillos, les alargó ambas manos que se apresuraron a estrechar.

—¡Well! Estaba a punto de quemar el cheque. ¡Este pobre Simpsoón tiene mala suerte en las apuestas!

Los muchachos lo arrastraban al auto y el chauffeur arrancaba al instante en dirección a París. Durante el trayecto Machucho y Pilongo le contaron sus complicadas aventuras.

Ya estaban cerca de la Banca cuando un policía precisamente frente a ellos extendió el brazo e interrumpió la circulación. Una enorme fila de vehículos se ponía en marcha y les cortaba el camino en sentido transversal.

Machucho saltó al asiento del chofer, a quien inmovilizó con su cuerpo, dió un bocinazo de aviso y apoderándose del volante lanzó el auto a toda marcha.

IV

El cajero miró el documento, luego el reloj y se puso a pagar el cheque. En aquel momento daban las 7 horas en sonoras campanadas. Machucho y Pilongo respiraron. El inglés, por su parte, suspiró con satisfacción, mientras se embolsaba su dinero, y los dos hermanos oyeron murmurar:

—¡Ya es la tercera apuesta que gano en mi vida!

Salieron a la calle y fueron a la oficina de Telégrafos donde pidieron el libro de señales marítimas y pudieron descifrar las señales que les había hecho el almirante. "Saludo intrépidos aeronautas españoles. Deseo feliz viaje."

Llenos de alegría expidieron un radio.

"Aeronautas españoles al tocar felizmente tierra francesa saludan con cariño colores ingleses. Machucho, Pilongo."

La "Ville-Lumière" resplandecía con sus mil letreros luminosos. Los "boulevards" desbordaban de paseantes. Ante un periódico deportivo un grupo de gente comentaba con gran animación lo que acababa de escribirse en un gran transparente.

Machucho y Pilongo se acercaron y la estupefacción los dejó clavados. Decía así:

"Han llegado Machucho y Pilongo. ¿Hay exageración en sus hazañas? Sería fácil averiguarlo con sólo que tomase parte en algunas de nuestras pruebas de portivas. ¿Lo harán?"

—¡Demonio!—dijo Machucho confuso.—¿Cómo habrán sabido nuestra llegada?

Well — dijo Mr. Jhon con flema—. ¡Yo les he telefoneado!

PARA LOS NIÑOS

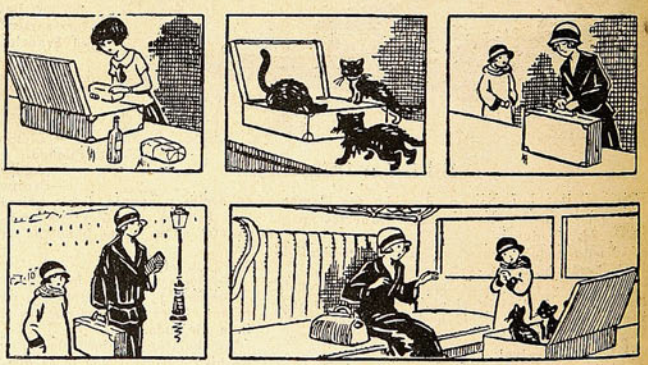
EL TESORO DE LAS ROSAS

HACE muchos, pero muchos años, vivían en su pobre choza un par de leñadores, ya viejecitos, que disfrutaban de una gran dicha. Una mañana se levantaron muy temprano para ir al bosque cercano en busca de leña. Iban tranquilamente por el camino, cuando creyeron oír una especie de quejido que partía de un foso cubierto de rosales silvestres. —"¿Qué será?"—preguntó la vieja llena de sorpresa y de susto. —"Veamos"—contestó el hombre y con mucha decisión se acercó al foso mirando a su interior. Entonces dijo alegremente: —"Mira, mujer, qué guagua más linda". La mujer se puso de rodillas para poder admirar a su sabor la criatura. En el fondo del foso había una lindísima niñita que sonreía, tendiendo a los leñadores sus bracitos blancos. —"La preciosa, es el cielo quien nos la manda. ¡Cómo vamos a regalonearla!... Pobre pequeño querubín... Tú faltabas a nuestra felicidad, ya que no tenemos hijos. Tú vas a ser nuestra hijita y la felicidad de nuestra vejez". La mujer tomó en brazos a la guagua y echó a andar camino de su choza, seguida por el viejo, ambos llenos de felicidad. En la casa, delante de la chimenea, la niñita, reconfortada, sonreía cada vez con más confianza a sus padres adoptivos. —"Le vamos a poner Rosa"—dijo el viejecito. "Sí—contestó ella—le llamaremos Rosa en recuerdo del sitio en que la encontramos. Ella será para nosotros el Tesoro de las Rosas". Y ambos viejos se pusieron a acariciar a la niñita que con un gesto lleno de gracia tiraba de las blancas barbas del leñador. Y pasaron los años... y la niñita se convirtió en

una linda jovencita llena de belleza y de virtudes. Y una noche en que había tempestad, una pobre vieja cubierta de harapos llamó a la puerta de los leñadores pidiendo hospitalidad. La leñadora le dijo: —"Pase, buena anciana, séquese al lado de la chimenea mientras yo le preparo un plato de sopa". Pero de repente, ante los ojos estupefactos de todos, la vieja harapienta se transformó en una maravillosa señora vestida de sedas refulgentes y adornada por joyas suntuosas. —"Yo soy—dijo—el hada Reconocimiento, madrina de Rosa que no es otra que la hija del rey y que estoy ahora encargada de llevar a su palacio". —"Rosa, la hija del rey... Así que vamos a perderla..."—dijo la leñadora con los ojos llenos de lágrimas. —"Sí—confestó el hada—pero como ustedes han sido tan buenos con ella, tanto el rey como yo queremos que ustedes pidan lo que más deseen para concedérselo". Entonces los viejos, llorando a lágrima viva, dijeron a dúo: —"Nosotros no queremos nada, ya que nada nos consolará de la pérdida de Rosita. Si usted, buena hada, se lleva nuestro tesoro, no nos quedará otro remedio que morirnos de pena". —"No esperaba yo otra cosa de sus virtuosos corazones—dijo entonces el hada.—Pero un desinterés y un cariño como éste merece un gran premio. Ustedes encontraron un tesoro y lo conservarán. Yo los llevo con Rosita a los palacios del rey, donde ustedes serán los intendentes". Y así fué cómo en la mayor de las felicidades los buenos leñadores acabaron sus días en el palacio del rey entre Rosita y el hada que solía ir a verlos.

LOS GATITOS INTRUSOS

TERESITA y su hermana mayor, Gabriela, tenía que hacer un viaje. Teresita tuvo a su cargo la preparación del cocaví y su arreglo en una maleta. Preparó unos cuantos sandwichs, una torta de avena y unas presas de pollo con sus respectivas lonjas de pan. Acabado el arreglo, Teresita tuvo varias otras cosas que hacer, todo con mucho apuro, porque la hora de la partida se aproximaba. Mientras Teresita estaba en estos quehaceres, los tres gatitos negros llenos de travesura y de golosinería que había en la casa, sintieron el buen olor de las vituallas y se metieron en la mesa comiéndoselo todo. Gabriela entró a la pieza y sin fijarse que los tres gatitos estaban en el fondo de la maleta haciendo la digestión de su comilona con un buen sueño, cerró la maleta y salió presurosa con ella en la mano, seguida por Teresita, ambas camino de la estación. No dejó de admirarlas que de vez en cuando sintieran unos ¡Miau! ¡Miau! medio ahogados. Teresita pensó que a fuerza de querer los gatitos que estaban en la casa, los sentía en todas partes y Gabriela también pensó lo mismo. Ya en el tren, pasó un largo rato en que las dos hermanas se dedicaron a mirar el paisaje por la ventanilla. Con el ruido del tren no sentían los maullidos desesperados que daban los tres prisioneros de la maleta. Al cabo de dos horas, como sintieran hambre, abrieron de común acuerdo la maleta, apareciendo ante sus ojos estupefactos los tres gatitos llenos de viveza y de ganas de jugar.



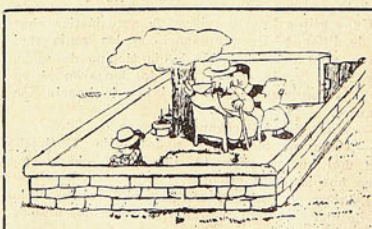
MODOS Y MODAS DEL MAL DECIR

"Repartición" de premios

EN los últimos días universitarios del verano, y después de las solemnes "calabazas" septembrinas, circulan con profusión programas, a veces redactados en centros docentes y decentes para anunciar la "repartición" de premios a los alumnos más aprovechados.

Todo ello parece plausible, incluso que entre los premiados haya hijos y nietos de algunos catedráticos, como testimonios de las discutidas leyes de la herencia mental; pero no parece tan digno de aplauso el uso de la palabra "repartición", que tiene todo el aire de un barbarismo agudo, con aspiraciones a quedarse en casa.

Tal vez buscando y rebuscando se hallen ejemplos del uso de dicha palabra en el sentido de "reparto" o "distribución", y se habla con propiedad cuando se dice "repartición" de consumos, o "repartición" de otras contribuciones; pero no parece práctica recomendable jubilar aquellas dos palabras tan castizas para usar a troche y moche la "repartición", que es, además, término equívoco, porque significa propiamente "partición repetida o reiterada".



—Si eres buena... daremos luego una vuelta por el jardín.

Por el camino barbarista de la "repartición" de premios, además de dar de baja en el léxico de nuestro idioma dos palabras propias y sonoras, puede llegarse fácilmente a la "repartición" de periódicos; a la hora de la "repartición" del correo; a la "repartición" de papeles de una obra dramática, y hasta a la "repartición" de tortas y bofetadas.

"Tibi una", maestro Cirueda, si vuelves a estampar (¡maldita sea tu estampa!) "repartición" de premios, y si consientes que lo digan tus "cirueles" discípulos.

—U. C. de la A.—

Nota bene. Como de costumbre, bastantes lectores de ambos mundos me favorecen con su correspondencia, casi siempre amable. Ninguno se impaciente, porque, si Dios quiere, todos llevarán con el tiempo su condigna respuesta.

—Vale.

EL "DON JUAN" DE NUESTROS DIAS

NATACHA RAMBOVA CUENTA LA VIDA DE SU ESPOSO, RODOLFO VALENTINO

(Continuación)

TOMÓ lecciones de toreo de un viejo matador retirado, que después le ayudó a vestirse. Hablaba con él en español y discutían muchos episodios e incidentes de la vida pasada del matador.

Se dejó crecer las patillas, aprendió a andar como los toreros y aún a comer como éstos. Si alguna vez un papel dramático se convirtió en cosa viva, fué seguramente el de Gallardo, vivido por Rudy.

EL DIA DE BODAS

DE todos los papeles que Rudy interpretó, el de Gallardo fué seguramente el que le iba mejor. El y su personaje tenían muchos rasgos comunes; como lo probó su propia vida. Quizá entonces, subconscientemente, comprendía que estaba interpretándose a sí mismo. Sus infancias y carreras respectivas fueron semejantes, colocadas en distintos ambientes.

Este modo de vivir su personaje, que le absorbía totalmente, fué observado no sólo por mí, sino por otras muchas personas.

Mientras se filmaba esta película se concedió a Rudy el decreto de divorcio con Juana Acker. El decreto se concedió el 4 de marzo de 1922; pero no se hizo ejecutivo hasta el 4 de marzo de 1923.

Nosotros queríamos casarnos lo antes posible; así, pues, pedimos a míster Gilbert, el abogado de Rudy, su opinión sobre el asunto. Este nos explicó el sentido de la ley y nos dijo que tendríamos que tener paciencia durante un año o más.

Naturalmente, esto no nos agradaba. Cuanto más pensábamos sobre ello más absurdo nos parecía. Muchas gentes que nosotros conocíamos se habían casado, prescindiendo del Estado, mucho antes de que el año trascurriese, y, al parecer, nadie se había considerado sujeto por esa prescripción.

Si todo el mundo, al parecer, había hecho lo mismo, ¿por qué razón no íbamos a poder hacerlo nosotros?

Decidimos que no fuese así, y terminado "Sangre y arena" nos propusimos marchar a Méjico.

Mientras tanto, yo terminé mi trabajo para "Salomé" con la Nazimova. Pocos días después de las últimas escenas de la película de Rudy nos fuimos con un amigo de éste, Douglas Gerard, a pasar unos días de vacaciones a Palm Strings.

BODA EN MEJICO

DESDE aquí nos fuimos en automóvil a Mejicali, acompañados por el doctor White y Gerry.

Nuestro matrimonio, que se celebró el día 13 de mayo, fué un acontecimiento magnífico, aun cuando iba a causarnos muchos disgustos y trastornos más tarde.

La ceremonia se celebró en casa del alcalde; mientras actuaba una orquesta de cuerda en el pórtico de la casa, alternando con la Banda Municipal, que estaba en el patio. Toda la ciudad estuvo presente en el festejo.

Siempre querré al pueblo mejicano por la alegría que nos dió aquel día. Todo le parecía poco para nosotros.

El almuerzo de bodas, compuesto íntegramente por platos y bebidas del país, tuvo lugar también en casa del alcalde y duró hasta las siete de la tarde, hora en que decidimos marcharnos, acompañándonos el alcalde y el jefe de Policía hasta la frontera en su coche, mientras la banda tocaba y las gentes nos despedían con grandes aclamaciones.

Un fin trágico e inmediato esperaba a nuestros sueños al día siguiente de nuestra boda. Desde el estudio, muchos kilómetros distante de donde estábamos, nos llamaron por teléfono, diciéndonos que volviésemos inmediatamente a Los Angeles. Abandonamos todo, maletas y trajes, y sin descansar hicimos la larga distancia en automóvil, hasta que llegamos a las nueve de la noche del mismo día.

La escandalosa acusación de bigamia, la detención de Rudy y mi precipitada marcha a Nueva York por consejo de míster Gilbert, son cosas demasiado conocidas para tener que volverlas a contar.

Puede imaginarse fácilmente nuestro estado de ánimo, deprimido y desalentado por aquella separación tan rápida y cruel, que nos destrozaba el corazón.

La vista del proceso, que no fué más que un miserable asunto de publicidad, fué resuelta favorablemente después de una declaración en la que míster Gilbert nos defendió de nuevo con su acostumbrado talento y habilidad.

Tan pronto como los empresarios estuvieron seguros de que las películas de Rudy no se prohibirían por la Policía, volvió a reanudar su trabajo, empezando por "El joven rajá".

LO QUE DICE LA MADRE DE NATACHA

HE AQUI lo que escribió mi madre acerca de mi matrimonio:

"Apenas casados Rudy y Natacha en Méjico, ésta se presentó de improviso en el Hotel Biltmore, donde estábamos parando unos cuantos días esperando el vapor para Europa.

Al ver el estado de espíritu de Natacha y su desesperación renunciamos a nuestros pasajes y decidimos abrir nuestra casa de campo de Foxlair, en Adirondacks.

A pesar de la calma y del reposo de aquel paisaje de montañas, Natacha seguía inconsolable. Se lamentaba constantemente de que la publicidad dada al asunto podía arruinar la carrera de Rudy. Los muchachos se escribían y telegrafiaban diariamente, y Natacha recorrió varias millas muchas veces a fin de poder llamar por teléfono a Hollywood. Rudy estaba haciendo en esta época "El joven rajá", que creía terminar en algunas semanas".

Voy a transcribir una carta que me escribió Rudy en aquellos días, porque le retratara mucho mejor de lo que yo pudiera hacerlo:

Martes, cinco treinta de la tarde.

Mi única y queridísima Babykins: Al llegar a casa encuentro tus dos cartas en lugar de los telegramas que esperaba, y mi corazón se alegró infinito de recibir también aquella carta del viernes por la noche. Si supieras cómo las devoro y cómo deseo recibir más y más tus líneas queridas, no me dirías que son largas y las prolongarías más todavía. Por largas que puedan ser siempre han de parecerme cortas, porque son los únicos momentos de felicidad de que disfruto. Me parece que te oigo hablar, y te aseguro que me siento feliz y orgulloso de ser quien ha despertado en ti esa adorable feminidad cuya existencia había adivinado. Pero un falso orgullo y una equivocada idea de la discreción te impidió siempre manifestarla. Sólo el dolor de la separación la ha hecho brotar.

Cuando más leo tus cartas más admiro en ti esas admirables cualidades de feminidad que tanto admiré en mi pobre madre. Algunas gentes me dirán que pertenezco a la vieja moda; pero no es verdad.

Tú significas para mí todo lo que es ideal y sagrado, y digno de amarse. Tú eres para mí la joya preciosa que Dios me ha concedido, y todos los sufrimientos, privaciones y dificultades que pudiera pasar por tu causa serían motivo de alegría para mí y los sobrellevaría sonrientemente.

No creas, querida mía, que sólo quiero recibir cartas alegres tuyas y dejar para ti sola tus lágrimas, que quiero compartir contigo. Si no lo hiciese así creería que habías dejado de quererme. Necesito participar de tus lágrimas tanto como de tus alegrías.

Acuérdate, querida mía, de la noche en que, de vuelta de Palm Springs, llorabas en mis brazos ante la idea de tenerte que marchar a Nueva York. Te amaba entonces y te amo ahora como nunca, y sabes cómo me enfadaba cuando me decías que me fuese para poder llorar tú a solas, porque me parecía que sólo me querías cuando la felicidad reinaba; pero que me querías alejar, como si no me estimases digno de compartir tus lágrimas. Me sentía defraudado y casi me enloquecía la idea de que tú no eras mía cuando sufrías como si tú te hubieras retirado de mi posesión.

Estoy seguro que mi pobre y querida mamá te querrá tanto desde el otro mundo como si fueses su propia hija, y que nos protegerá y nos guardará de todo daño, ayudándonos para que estemos juntos siempre y para siempre.

Voy a dejarte ahora por un momento, a fin de dar mi lección de esgrima, y continuaré esta carta esta noche después de cenar.

He bebido el café tan caliente, a fin de volver a ponerme a charlar contigo, que casi me he escaldado la garganta. Pero como ya estoy hablando contigo, todo me importa poco.

No puedo decirte mucho sobre mi nueva película, excepto que la fotografía es buena, porque no hemos llegado todavía al núcleo del asunto; pero creo que va marchando muy bien.

Mañana o pasado recibiré una serie de clichés que se tomaron el sábado con destino a la publicidad, y te los enviaré.

Rodolfo Valentino en "El Hijo del Sheik".

No puedo comprender por qué has estado tantos días sin recibir noticias mías, porque te he escrito diariamente. Quizá es un retraso del correo.

Diles a Mazzie y al tío Dick cuánto les quiero y cuán agradecido les estoy por todo lo que han hecho por nosotros. Su cariño y su lealtad son un tesoro rarísimo.

¡Oh, querida mía! ¡Qué delicia el ir a Niza! Bueno. Si no puede ser ahora lo será dentro de pocos años; de cualquier modo, creo que podremos ir a pasar nuestra luna de miel en la primavera próxima. Por lo pronto estaré en tus brazos, querida mía, dentro de seis semanas. **Ti stringo al cuore forte, forte.**

Sempre, sempre, sempre il tuo Bambino che ti adora e vive per te sola".

UNA NOCHE TRAGICA

VUELVO a dejar la pluma a mi madre para que continúe la narración.

"Para escapar a la indiscreción periodística, Rudy intentó venir de incógnito. Pero de Hollywood telegrafiaron que marchaba a Nueva York; así, pues, en cada estación se encontró con gente de la Prensa.

Oí reír a Natacha por primera vez desde que llegamos a Foxlair, cuando Rudy llegó. Su propia madre no le hubiera reconocido. Se había dejado crecer la barba y unos anteojos oscuros le ocultaban los ojos. Llevaba un traje de jugar al "golf", con un saco de chismes de "golf" pendiente de sus hombros, y se reía con una risa que le llegaba de oreja a oreja.

Douglas Gerard, un actor inglés, venía con él. Nuestra pequeña tertulia estaba completa. Foxlair era un lugar ideal para pasar las vacaciones. Su gran extensión, su terreno montañoso, su gran lago con pesca abundante, sus campos para "golf" y su parque para caza de ciervos proporcionaban a los chicos todo género de oportunidades para divertirse.

Realmente se pasaban el día en traje de baño, de natación, de excursiones en barca y de jugar al "golf", sin pensar en vestirse hasta la hora de cenar. Yo acostumbraba a sentarme en mi gabinete y oía aquellas tres risas continuas como si ninguna nube pudiera ensombrecer su felicidad.

Esta divertida vida de campo, con buen apetito y ejercicio alternado con descanso, pronto devolvió a sus semblantes el color de la buena salud. No parecían ya aquellos chicos angustiados, ojerosos, de hacía unas cuantas semanas.

En Foxlair no nos preocupábamos nunca de cerrar las puertas ni las ventanas por la noche. Pero cierto día, hacia las seis de la tarde, una de las criadas vió a un hombre que había llegado en un Ford, dejándolo tras el gran macizo de arbustos que había bajo la ventana de la cocina.

Esto le pareció sospechoso a la criada; pero como mi marido había ido a Nueva York para sus asuntos y yo estaba en cama con dolor de cabeza, no quiso decir nada del incidente; pero cerró las puertas posteriores de la casa.

Después de cenar, la noche se hizo oscurísima y cayeron grandes chaparrones. Natacha, Rudy y Gerry estaban jugando al "póker" en el gran salón, cuya mampara daba a la terraza. Esta terraza tenía una altura de unos doce pies desde el suelo y daba la vuelta a toda la casa. Desde donde Natacha estaba sentada podía ver la terraza; pero a causa de la oscuridad apenas podía ver lo que pasaba detrás de la mampara.

De improviso esta puerta comenzó a abrirse suavemente. Esto le extrañó a Natacha, que dijo en voz baja.

—No hagáis ningún movimiento; pero creo que hay alguien en la terraza. Veo que la mampara está abierta un poco.

—No hagas caso—contestó Rudy—. Será el viento.

—No hay viento ahora—replicó Natacha—; más bien hay bochorno.

En aquel instante vió que la puerta se abría otra vez sigilosamente y percibió la silueta de un hombre.

En voz baja todavía dijo:

—Veo a un hombre que está mirándonos. El revólver del tío Dickie está arriba, en el cajón alto de su cómoda. Ve tú y cógelo, Gerry, Rudy y yo continuaremos jugando, como si no nos hubiésemos dado cuenta.

Gerry se levantó, y en el tono normal de voz dijo:

—Voy a tomar mis mebidas nocturnas.

Y se fué.

Natacha y Rudy esperaron a Gerry, sin saber que éste había cogido el revólver y, saliendo por la puerta trasera de la casa, junto a la cocina, se acercó en puntillas por la terraza hasta la parte que estaba frente al salón.

De repente se oyó a Gerry gritar:

—¡Manos arriba, o disparo!

El hombre se echó hacia la barandilla de la terraza, y parecía que iba a saltar. Gerry le agarró por la chaqueta. El hombre giró sobre sí mismo como un gato, y agarrando a Gerry con sus dos manos por el cuello lo hizo caer al suelo doce pies por bajo de la terraza. Guerry cayó de espaldas; pero como la lluvia había, felizmente, ablandado el piso, no se hizo daño. Cosa chocante: el revólver no se disparó en esta lucha. La caída hizo desvanecer un instante a Gerry; pero a los pocos segundos había vuelto en sí. Saltando sobre sus pies y volviéndose en la dirección en que se oían los pasos del hombre, que corría, hizo tres disparos seguidos.

En la oscuridad se oyó un gemido de agonía. Después, el silencio.

Los muchachos, que se habían quedado inmóviles por el susto, se precipitaron hacia la ventana y llamaron a voces a Gerry. Ninguna respuesta de éste. Entonces, Rudy, que sabía que había en mi habitación una escopeta de caza, entró en mi cuarto, se precipitó hacia ella, seguido por Natacha.

los primeros meses del pleito con Flamous Players. La situación de Rudy

tróleo y con bujías. Yo, que tenía una gran jaqueca, estaba extendida en la oscuridad, aterrorizada por todo aquel estrépito.

Rudy irrumpió en la habitación, gritando:

—¡La escopeta! ¡La escopeta! ¡Han matado a Gerry!

—¡La escopeta está en la ventana saledizal—repliqué yo.

Un segundo después la había cogido Rudy.

—¡No dispares!—gritóle Natacha—. Te vas a herir o te vas a desfigurar para toda tu vida. ¡Acuérdate que te debes al público!

Entonces otra lucha comenzó en la oscuridad. Natacha quería quitar la escopeta a Rudy. Las sillas y las mesas crujían. Oía cómo caían al suelo mis cuadros con fotografías y mis floreros, haciéndose añicos. Salté de la cama y busqué los fósforos para encender una bujía; pero temblaba de tal modo, que tardé uno o dos minutos en poder encenderla.

Los muchachos habían desaparecido como por arte de magia. Natacha colgaba de la americana de Rudy. Yo los seguí, llevando la bujía encendida, sin ver más que su loca disputa frente a la puerta principal y luego en el pasillo. Al entrar en el gabinete me encontré con Gerry, y esto fué lo que más me asustó de todo. Le confundí con el ladrón, o con el asesino, o espía, o lo que fuese.

Era imposible reconocer a Gerry cubierto como estaba de barro de pies a cabeza y sin que le viese otra cosa de su persona más que los ojos y los dientes. Al verlo levanté los brazos y comenzó a pedir auxilio.

Con una voz que apenas podía salir de su boca, cubierto de barro, murmuró:

—¡Soy Gerry! ¿No me conoce usted? Le he dado; pero no he conseguido encontrarlo.

Entonces él y yo llamamos desde la terraza a Rudy y a Natacha para que volviesen; pero no obtuvimos respuesta.

Poco después volvían empapados de agua. No habían encontrado nada. Gerry estaba convencido de que había matado o, por lo menos, había herido seriamente al hombre. Cogieron unas linternas y los tres se marcharon en busca de la víctima.

Yo me quedé allí, arrebujada en mi peinador, con los pies desnudos, estornudando una y otra vez; pero sin atreverme, llena de miedo, a salir de mi cuarto. Después de una investigación infructuosa todos volvieron a casa. El hombre, evidentemente, había escapado, y era inútil buscarle por más tiempo en la oscuridad.

Cuando todo volvió a quedarse tranquilo y los chicos estaban ya durmiendo, oí, muy de madrugada, el taf-taf de un motor. Asomándome al balcón de mi cuarto, vi al pequeño Ford que desaparecía rápidamente por el camino frente a la puerta principal.

Aquella mañana encontramos las huellas del hombre y el lugar donde había caído, tras un pequeño muro. Varios cigarros rotos habían salido de sus bolsillos y estaban en el fango.

Después de desayunar, los tres muchachos marcharon a North Creek Station y preguntaron al jefe si había tomado alguien el tren allí aquella madrugada. Como hay muy pocas casas cerca de North Creek, aquel empleado conoce a todo el mundo. Nos dijo que, en efecto, había llegado un forastero conduciendo un Ford con otro hombre. Este parecía bien vestido, alto, delgado y de buena presencia. Parecía estar enfermo, porque andaba apoyado en dos bastones y arrastraba un pie. Este hombre compró un billete para Nueva York y tomó el tren, mientras el otro marchó rápidamente en su automóvil.

Qué significaba aquello y quién era aquel hombre, ladrón o detective, es cosa que no hemos vuelto a saber; pero, fuese quien fuese, de seguro que no querrá volver a encontrarse con Gerry..

• • •

Poco tiempo después de este suceso dejamos Foxlair, marchándonos a Nueva York. Mi tía, mistress Werner, vino de la costa para reunirse con nosotros, mientras que mis padres, después de varios aplazamientos, marcharon por fin, a Europa.

No he hablado de los disgustos que surgieron entre Rudy y la Sociedad Famous Players después de la película "Sangre y Arena". Su comportamiento con Gerry y el litigio que siguió son cosas muy conocidas para tener necesidad de entrar en detalles. Sólo me referiré a esta cuestión, brevemente, cuando sea necesario, para mostrar qué influencia tuvo en nuestra vida privada.

Nuestro matrimonio verificado en Méjico fué declarado ilegal, y, por lo tanto, era necesario que viviésemos separados.

Mi tía y yo tomamos habitaciones en la calle Sesenta y Siete, para estar cerca de Rudy, que se fué a vivir con un antiguo amigo suyo, Frank Menillo. Sus habitaciones estaban en el Hotel de los Artistas, en aquella misma calle. Vivimos allí durante los primeros meses del pleito con Flamous Players. La situación de Rudy era tal, que le incapacitaba para ganarse con qué comer; así, pues, nuestro estado económico volvía a pasar por una situación precaria.

Un amigo providencial, bajo la forma de Joe Godsol, vino en nuestro socorro. Siempre le estaremos agradecidos por su bondad y generosidad que dispensó a Rudy, sin exigirle la menor garantía por su parte. Realmente, no teníamos ninguna que dar. Esta prueba de amistad, sin mezcla de egoísmo, no puede ser olvidada, y esta ayuda no fué prestada, como ordinariamente ocurre, pensando en recibir algún beneficio, sino que ni aun pidió ni aceptó el menor interés cuando se le ofreció. Aun cuando esta deuda se pagó tan pronto como el mandamiento judicial se modificó en el sentido de permitir a Rudy que trabajase; siempre quedaremos agradecidos a Joe por un servicio que no puede pagarse con dinero.

Una de las últimas fotografías de Natacha Rambova

EL MUNDO DEL MISTERIO

DURANTE los primeros meses de nuestra estancia en Nueva York comenzamos a sentir interés por las cosas psíquicas. Voy a contar cómo:

Una amiga nuestra muy querida murió en el Hotel Astor después de grave enfermedad. Nosotros, naturalmente, estábamos muy apenados. Durante su enfermedad, su hija y una fiel amiga que vivía con ellas nos refirieron varias extrañas e inexplicables llamadas que habían oído, especialmente antes de la muerte de la madre. Era aquélla la primera vez que Rudy y yo teníamos noticias directas de cosas semejantes, y creíamos hasta entonces que esos hechos podían explicarse de alguna manera corriente. Hablamos mucho sobre los fenómenos y experiencias psíquicas, porque tanto Jenny (nuestra amiga) como su hija se interesaban por el asunto desde hacía varios años. Estábamos aún muy lejos de quedar convencidos.

De improviso, una mañana, pocas semanas después, oímos que la hija iba a enviar una comunicación a Rudy. Esta se había obtenido por medio de la escritura automática de la amiga que había estado viviendo con ellas cuando ocurrió la muerte de su madre. Ella nos dijo que no sabía si Rudy le creería o no; pero que como había recibido la orden del más allá de transmitir la comunicación, lo hacía así.

(Continuará).

menu

ALMUERZO

Ensalada Italiana

Se toma medio kilo de asado de ternera frío, cien gramos de lengua salada, dos sardinas grandes, también saladas, que se habrán desaguado y limpiado de escamas y espinas, una betarraga, dos pepinos en escabeche, apio cocido y papas cocidas. Se pica todo en pedacitos. Se cuecen tres huevos hasta dejarlos duros y las claras se pican, agregándolas a la mezcla ya hecha. Las yemas se deshacen con un poco de aceite y se agregan también. Se aliña todo con sal, pimienta blanca, mostaza, aceite y vinagre, más tres cucharadas de jugo de carne. Se pone todo muy bien revuelto en una fuente redonda, formando pirámide y se adorna con rabanitos, accitunas, rebanadas de huevo duro, ramitas de apio y pepinos en escabeche.

Lenguados al plato

Se limpian y se les quita la piel negra a unos lenguados, que se abren por un lado y se espolvorean con sal fina.

Se tiene preparada una fuente que resista el horno, se engrasa y se pone sobre ella una capa de callampas fritas con cebolla muy fina. Encima, uno al lado del otro, se colocan los lenguados rociándolos con una copa de vino blanco y una taza de caldo; se pone una nueva capa de callampas con cebolla y se cubre todo con pan rayado y mantequilla. Se coloca la fuente en el horno que estará regular y al cual se le aumentará un poco el calor. Cuando el pescado esté cocido se sirve.

Perdiz con coles

Se pela, vacía y limpia la perdiz sin mojarla. Se asa una cebolla, una cabeza de ajo y unas hojas de laurel, que se introducen luego en el interior de la perdiz, con un poquito de sal y se coloca el ave así preparada en una olla. Se le agrega una taza de aceite y otra de vinagre, no sin olvidar de introducirle a la perdiz por el buche unos granos de pimienta negra. Se llena la olla de agua y vino blanco mezclados en partes iguales y se pone al fuego lento. Cuando está a media cocción se le agrega unos cogollos de coles amarrados con un hilo para que no se deshojen, dejándolo que se acabe de cocer todo, lo cual durará tres horas por lo menos. Cuando todo está a punto se desamarran las coles y se sirven en un lado de la fuente y en el otro la perdiz.

Pudding de manzana

Se hace un dulce de manzana con poco almíbar, se mezcla este dulce con tostadillas, deshaciéndolas bien y agregándoles dos yemas de huevo batidas con una clara. Se pone la mezcla en un molde untado de mantequilla y se asa en un horno a fuego moderado.

COMIDA

Sopa Gaditana

Se ponen en la sopera cuadraditos de pan bien fritos, otros cuadraditos pequeños de jamón, frito también, redondelas de huevo duro y perejil picado muy fino. Hecho esto se le agrega una yema de huevo a la que se le habrá mezclado una cucharada de vino añejo.

Listo todo esto en la sopera se le echa encima el caldo del puchero, colado y muy caliente. Es una sopa muy rica.

Espárragos con huevos y papas

Se pican los espárragos y se cuecen en dos aguas, para quitarles lo amargo y se dejan después que desagüen.

Se fríe en aceite un poco de cebolla picada y unas papas cortadas en rodajitas pequeñas, cuando esto esté frito se le agregan los espárragos y cuatro huevos batidos, revolviéndolo todo constantemente para que no quede como tortilla. Se le agrega una taza de caldo, un polvito de pimentón, sal y una raspadura de nuez moscada, más una cucharada de harina en que se habrá desleído unas cucharadas de caldo. Se le deja que de un hervor hasta que espese y se sirve.

Sesos en Salsa Negra

Se ponen los sesos en agua fresca por espacio de tres horas, después se les cambia el agua por otra templada para quitarles la tela que los envuelve.

Estando pelados se lavan nuevamente y se cuecen en agua con una cucharadita de vinagre, un pedazo de cebolla, sal, pimienta, perejil, laurel y tomillo. Cuando hayan cocido por espacio de un cuarto de hora se apartan y se dejan escurrir.

Se pone en la sartén dos cucharadas de manteca de vaca hasta que tome un color oscuro. Entonces se echa en la sartén los sesos bien escurridos y cortados en pedacitos, se les da una vuelta y apartándolos del fuego, se aliñan con sal y una cucharadita de vinagre, se espolvorean con perejil picado y se sirven muy calientes, acompañados de un puré de papas.

Carne en salsa con pan frito

Se pone en una olla un pedazo de carne con jugo de limón, cebolla muy picadita, pimienta, perejil y un diente de ajo, más un polvito de pimentón dulce.

Se pone a fuego suave y cuando está cocida se le pone una rebanada grande de pan frito, rayado, al cual se le habrá agregado un poco de caldo para formar una especie de salsa. Se sirve con ensalada de lechuga.

Leche helada

Se mezclan, en frío, dos yemas de huevo con un litro de leche muy fresca, medio kilo de azúcar y un poco de canela. Se pone al fuego y se mueve sin parar hasta que espese. Se deja enfriar, se cuela y se pone en la heladera.

Para servirla se coloca en una fuente redonda, se rodea de bizcochos y se cubre con frutas confitadas.

EL DELITO DEL COMUNISMO

Por Miguel de Zárraga.

MISS Charlotte Whitney ha sido puesta en libertad, después de ocho años de prisión¡ ¿Cuál fué su crimen?...

Escuchad antes quién era ella. Sus antepasados, puritanos ingleses, llegaron a América en el "Mayflower", y su propio padre fué magistrado de la Corte Suprema de los Estados Unidos. Ella, de espíritu profundamente cristiano, consagró la mayor parte de su vida al constante auxilio de los menesterosos. Vivía soltera en California, y había ya cumplido sus cincuenta y dos años de edad cuando estalló la guerra de Europa. Una guerra odiosa, que ella, como tantos otros, repudiaba.

Un día, en la ciudad de Oakland, se permitió la libertad de pronunciar públicamente un discurso defendiendo a un tal John Mc-Hugh, miembro de la Unión Internacional de Trabajadores, al que se acusaba de ideas comunistas... Miss Whitney fué detenida entonces y procesada como cómplice de aquél. Durante el proceso no se pudo demostrar, ni remotamente, que ella fabricase bombas, ni siquiera predicase la revolución social. Lo único que se probó, porque ella misma hubo de declararlo, fué que ella se había libremente afiliado al partido comunista. Y como en el Estado de California estaba vigente, y lo sigue estando una ley que considera criminal el sindicalismo y castiga a los sindicalistas con prisión, variable, de uno a catorce años, ¡miss Whitney fué internada en la penitenciaría de San Quintín!

Los que conocían personalmente a la condenada, admirando sus inegables virtudes, la aconsejaron que pidiese el perdón al gobernador del Estado. Pero ella se opuso. ¿Cómo podía pedir perdón para un delito que ella no consideraba como tal, ni cometiera? Pedir el perdón hubiera equivalido a reconocer la existencia de aquél. Algunos amigos apelaron entonces a la Corte Suprema de los Estados Unidos, y este augusto Tribunal, apenas hace dos meses, confirmó la sentencia del juez de California, sosteniendo la constitucionalidad de la ley en virtud de la cual se dictara aquélla... Ahora, el gobernador, Young, de California, usando de sus facultades soberanas, ha ordenado que sea incondicionalmente puesta en libertad miss Charlotte Whitney.

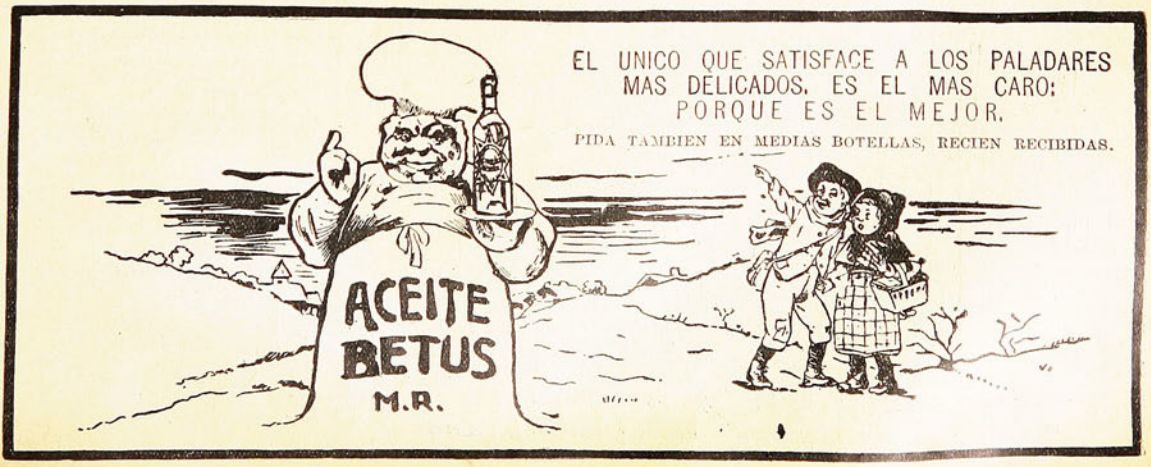
Y el decreto gubernamental merece anotarse. En él se hace constar que el encarcelamiento de la procesada fué "impremeditado". Agrega que la ley, en virtud de la cual fué condenada, es, indudablemente, constitucional; pero que "las anormales condiciones en que se tramitó el proceso", influyeron abrumadoramente en el jurado, y que, "en circunstancias normales", nunca hubiera sido perseguida la delincuente...

Nadie ignora que durante los años de 1919 y 1920, toda esta gran nación norteamericana dedicóse a contener la difusión del radicalismo, que amenazaba con extenderse de costa a costa, y la palabra bolchevique se convirtió, entonces, en el mayor insulto que se podía proferir contra un hombre.

En las cárceles de California hay actualmente 72 presos, a los que se condenó por sus ideas comunistas. ¿Serán también perdonados? El perdón de miss Whitney puede servir de precedente.

Pero hay algo más importante que esos perdones: la tranquilidad de la nación. Había que salvar a la nación, y la nación salvóse.

Los casos de miss Whitney y sus correligionarios son, en verdad, muy tristes, y a nadie se le debiera condenar por sus ideas. Pero esas ideas, de muy pocos, eran una amenaza creciente para más de cien millones de sus compatriotas. Y la ley de California, por muy severa que fuese, era la ley...



EL ENCAJE EN EL TROUSEAUX MODERNO

1. Camisa y calzón de linón de hilo blanco. De forma muy simple este juego, está lindamente adornado por un entredós de encaje que encuadra un monograma hecho en tul grueso. Las dos piezas llevan puntos al aire, hechos a mano.
2. Camisa y calzón de tela de seda color azulino. De forma redondeada la parte baja. tanto la camisa como el calzón llevan transversalmente encajes de color ocre. Tirantes de terciopelo negro.
3. Camisa y calzón de velo de algodón amarillo. La camisa lleva un ancho canesú, terminado en punta, de cuya punta sale un pliegue hueco que enancha el faldón. Adorno de encaje de Venecia.
4. Camisa y calzón de batista malva. El encaje va colocado en escaleras. La parte baja de la camisa recta, lleva en la misma forma unos hilos tirados a mano.
5. Camisa y calzón en espumilla de seda marfil. Los encajes se prolongan en patas que sujetan los pliegues en la camisa. El motivo se repite en el calzón.

VARIEDADES

UNA gran casa de confecciones de París acaba de inaugurar una sección para caballeros, cuyos trajes estarán confeccionados por mujeres modistas. Se dice que algunas celebridades masculinas del teatro y del deporte lucen ya las creaciones lanzadas por dicha casa. Se asegura también que así se reprimirá—por el contrario de lo que algunos podrán haber creído— la escurridiza tendencia hacia el afeminamiento por que iba el atavío varonil, pues es natural que la mujer procure realzar en el hombre la nota que ella en él prefiere: la netamente masculina.

UNA NOVELA INTERESANTE, POR TOVAR

EL VIAJERO, ENFRASCADO EN LA LECTURA. — ¡Demontre! Se conoce que alguien ha abierto una ventanilla.

TROUSSEAUX MODERNOS

La línea recta de la silueta moderna exige que la ropa interior tenga una perfección de corte tan definitiva como puede tenerla el propio vestido. Una arruga en la camisa, unos calzones mal armados a la cintura, una combinación hecha de cualquiera laya, pueden ser los causantes de que una figura femenina pierda su bella armonía.

Fuera del corte hay la elección de los materiales que cada vez se refina más, y así vemos ropa interior de linón de hilo, de espumilla de seda, de opal mercerizado y de opal de seda, de jersey de todas calidades y como adornos se ponen en primer lugar los sesgos de colores opuestos, unidos prolijamente por puntos al aire hechos a mano, luego están las aplicaciones de encajes entre los cuales se usa de preferencia el de Venecia y el de Bruselas, después vienen los sesgos de tul sobre bordados y por último las cintas con las cuales se confeccionan adornos muy caprichosos.

No sólo en la ropa personal se nota este refinamiento: la ropa destinada a la casa sufre la influencia de las modas, y así vemos las mantelerías en linón de color con aplicaciones de tonos diferentes. Para el lunch y el té son inapreciables y de una elegancia refinada, siempre que sus colores se combinen con el de las porcelanas que decoren la mesa y con las flores.

Para las comidas de mayor etiqueta, y aún para las comidas en general, el mantel de color blanco en tela de hilo lisa o en granite, es siempre el predilecto. Las aplicaciones de filet, los cuadros bordados al realce o en bordado inglés, hacen de estas piezas verdaderas obras artísticas.

Todos estos componentes del trousseax moderno se encuentran en la Casa

A. Rimassa y Cía
SANTIAGO

CLARAS, 270.
(esquina Huérfanos).

Casilla 2696.
Teléfono 4017.

que siempre se ha distinguido por la fina ejecución, la originalidad de sus modelos y la óptima calidad de sus materiales.

El dulce nido

POR ANDRES BIRABEAU

—¡La amo!

—¡Muy bien!... ¿Qué más?

—¿Qué más?... Este...

—Sí... Me invitará a que, como buenos amigos, vayamos a tomar una taza de té en su pisito de soltero. ¡La consabida taza de té en el consabido pisito de soltero!... ¡Es claro!... He coqueteado demasiado con usted... Sin embargo, creí que se habría dado cuenta de que por mi parte sólo se trataba de una broma, tal vez un poco pesada...; y que yo pertenezco a esa categoría de mujeres honestas que se avergüenzan de ser tales, pero que lo son de verdad. Usted no ha comprendido esto, y henos en la taza de té. Detengámonos por favor, señor mío... Pero, vamos, ¿cómo ha podido usted imaginarme a mí en su piso de soltero?...

—No, señora... Yo no me la imagino a usted en mi piso. Le he dicho que la amo. Me la imagino en un pisito alquilado expresamente para usted, amueblado para usted, adornado para usted. ¡Será nuestro nido, el sagrado refugio de nuestro amor!... La amo mucho, y la respeto tanto como la amo. Quisiera vivir toda mi vida al lado suyo. Pero, por desgracia, usted ya está casada y yo no puedo ofrecerle más que un refugio secreto, pero ¡eso sí! completamente suyo ¡se lo juro! y en el cual no entrará ninguna otra mujer...

—Es usted realmente admirable cuando habla así... Pero, ¿tiene ya el piso?

—No, pero puedo fácilmente hallar uno... Por lo demás, no hay por qué detenerse a pensar en tales insignificancias.

—Pienso en ello porque...

Marta dejó la frase en suspenso, y sonrió. Y, sonriendo, agregó:

—Tengo interés en saber si le resultará fácil...

—¿Fácil, qué?...

—Si... encontrar un piso adecuado.

—¿Y si lo encontrase?

—Pues... entonces pase después a decírmelo.

La respuesta es alentadora; la sonrisa que la acompaña, más aún. ¡Una nueva conquista, y sin mayor trabajo!... ¡Es verdad, no había resultado tan difícil la conquista de Marta, casada hacía sólo un año con un simpatiquísimo joven del cual se decía que estaba enamoradísima! ¡Debilidad de las mujeres! ¡Realmente, todas son iguales!

Max está casi desencantado. ¡No hacía falta seducirla ni festejarla! ¡Bastaba encontrar un pisito, arreglado con un poco de buen gusto y con coquetería!...

Max está desencantado ¡Es como haber tomado gran impulso para saltar un arroyuelo de dos palmos de ancho! Marta resulta una conquista demasiado fácil, y por eso ahora le parece menos codiciable.

Pero, a partir del día siguiente, Max se ha encontrado con inconvenientes. En la agencia adonde se dirigió no supieron darle siquiera una dirección, a pesar de los cincuenta francos que tuvo que abonar para que fuera atendida su consulta.

—No tenemos absolutamente nada, señor. Se están pagando precios exorbitantes por verdaderos cuchitriles. ¡La población de París se ha duplicado! Y los dueños prefieren entenderse directamente con los interesados para no pagar comisiones. Va a tener que buscar personalmente, señor, y seguramente le costará trabajo necontrar lo que busca...

Max se ha lanzado a recorrer la ciudad con la nariz hacia lo alto... ¡Ni un solo papel! Ha entrado en las casas, ha interrogado cortésmente, con el sombrero en la mano, a los señores porteros... ¡Vanas sonrisas! ¡Vanas cortesías!... En esa forma ha explorado todo su barrio, todas las calles, todos los pasajes... Hielo sin saber ya adónde ir a buscar un piso...

¡La conquista de Marta no es, en el fondo, empresa tan fácil como en un principio había imaginado! Y no precisamente porque la virtud de Marta sea una gran resistencia: ella está tan impaciente como su adorador. Cada vez que se encuentran, Marta suele ser la primera en preguntar:

—¿Y...? ¿Lo encontró?

—Marta..., todavía no puedo decirle que sí...—ha tenido que contestarle Max, esforzándose por sonreír.—Todavía no he encontrado un piso adecuado. No puedo, para usted, conformarme con un marco cualquiera.

—Max—piensa Marta—debe de ser de gustos demasiado difíciles o refinados. Seguramente andará buscando algo complicado: un piso en planta baja, en una calle poco frecuentada, con entrada libre de miradas indiscretas, y a lo mejor, con dos salidas... ¡Qué cosas tan complejas deben ocurrírsele!

Ella se conformaría con un piso quinto, con tal de que la casa fuera limpia y tuviera ascensor... Y, a decir verdad, preferiría un quinto piso. Arriba hay luz y aire, y es más saludable. Bastaría con que tuviese dos o tres habitaciones, una cocina, y si hubiese terraza, ¡oh, entonces...!

¡Max tenía que buscar un piso así! ¡Cuán reconocida quedaría ella! Pero, desgraciadamente, Max continúa sin encontrarlo. Ha puesto en la empresa, sin embargo, todo su amor propio. Se levanta de madrugada, y durante todo el día no hace más que entrevistarse con porteros y encargados. Pero todo lo que consigue es llegar por la noche extenuado a su casa, y caerse de sueño antes de haber terminado de cenar.

Rechaza invitaciones; no va al teatro... ¡Demonio! ¿Si no descansase por las noches, cómo tendría fuerzas al día siguiente para recorrer calles y más calles?

¡Ah! ¡Si Marta—ahora deseada con encarnizamiento—quisiera comprender su situación!... El querría hablarle así:

—¡Amiga mía! ¡Es imposible! ¡No encuentro nada!... ¡Si usted fuese más amable y se decidiera a venir a mi casa! Yo, en tanto, seguiría buscando.

Si ella consintiese, la busca del piso sería menos fatigosa, menos desesperante...

Pero Marta no quiere escuchar razones. Su virtud acepta la inmolación, pero únicamente en un quinto piso!

¡Por fin! Hélo a Max que llega triunfante, casi febricitante de alegría.

—¡Lo encontré! ¡Lo encontré!

—¿El pisito?

—¡Sí! ¡Admirable! ¡Quinto piso, ascensor, balcones a la calle! ¡Una monada!

—¿De veras? ¿De veras? ¡Oh Max, qué alegría!... ¡Esa noticia merece un abrazo!

No uno :dos, tres abrazos dió Marta a Max.

—¿Cuándo iremos a ver el pisito?... ¿Mañana, Max?

—¿No le parece demasiado pronto?...

—No importa. Déme la dirección. Espéreme, indefectiblemente, mañana a las cuatro en la puerta...

¡Oh! ¡Cuán halagadora es esa premura!

Y Max, levantando la nariz, mira las altísimas ventanas de aquel piso tanto tiempo buscado y tan difícilmente conseguido.

Marta no tiene menos impaciencia que él. Todavía no han dado las cuatro y hela que asoma por la esquina. Pero... pero... no está sola... ¡Con un hombre?... ¡Su marido?... Sí. Y el marido de Marta, apenas ve a Max, se precipita a su encuentro:

Mi mujer acaba de enterarme de que usted se ha ofrecido muy gentilmente a buscarnos el pisito que en vano hemos tratado de conseguir durante seis meses. Habíamos preguntado en todas las casas, habíamos hecho todas las tentativas imaginables: avisos, agencias, ofrecimientos de dinero, y no podíamos encontrar... Estábamos verdaderamente desesperados. ¡Pero usted ha sido más hábil que nosotros, y ha sabido encontrar el quinto piso que era nuestro sueño!... ¡Gracias!... Y... dígame: ¿hay calefacción?...

Max se siente humillado, desconcertado, anonadado... ¡Qué burla tan sangrienta!... Ha estado semanas enteras recorriendo París de norte a sur, de este a oeste, jadeante, ansioso, desesperado por lograr el dulce nido..., el amable refugio apetecido por Marta... Y en realidad todo había sido una farsa, una burla malvadamente femenina, con un objetivo práctico, conyugal, prosaico... ¡Oh, qué cruel!

Ella, en ese trágico momento, lo mira con su adorable sonrisa de siempre, pero en sus ojos brilla todavía la burla; y el mohín delicioso de sus labios parece significar:

"¡Tonto, más que tonto!... ¿Creías acaso que las pasiones volcánicas y los flechazos son de este siglo?"

—Mi mujer acaba de enterarme de que usted se ha ofrecido muy gentilmente...

ANDRES BIRABEAU

J. Patrascanescki.

DIA DE DIFUNTOS

Por JOSE ASUNCION SILVA

La luz vaga... opaco el día...
La llovizna cae y moja.
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría
por el aire, tenebrosa, ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco, de letal melancolía,
y no hay nadie que en lo íntimo no se aquiete y se recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,
y al oír en las alturas
melancólicas y oscuras
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
con que suenan las campanas,
las campanas plañideras,
que les hablan a los vivos
de los muertos.
Y hay algo angustioso e incierto
que mezcla a ese sonido su sonido,
e inarmónico vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto
por todos los que han sido.
Es la voz de la campana
que va marcando la hora
hoy lo mismo que mañana,
rítmica, igual y sonora;
una campana se queja
y la otra campana llora,
ésta tiene voz de vieja
y esa de niña que ora.
Las campanas más grandes que dan un doble recio
suenan con acento de místico desprecio;
mas la campana que da la hora
ríe, no llora;
tiene en su timbre seco sutiles armonías;
su voz parece que habla de fiestas, de alegrías,
de citas, de placeres, de cantos y de bailes,
de las preocupaciones que llenan nuestros días;
es una voz del siglo entre un coro de frailes,
y con sus notas se ríe
escéptica y burladora
de la campana que gime,
de la campana que implora,
y de cuanto aquel coro conmemora;
y es que con su retintín
ella midió el dolor humano
y marcó del dolor el fin.

Por eso se ríe del grave esquilón
que suena allá arriba con fúnebre són;
por eso interrumpe los tristes conciertos
con que el bronce santo llora por los muertos.
No la oigáis, ¡oh bronces! no la oigáis, campanas,
que con la voz grave de ese clamoreo
rogáis por los seres que duermen ahora
lejos de la vida, libres del deseo,
lejos de las rudas batallas humanas;
seguid en el aire vuestro bamboleo:
¡no la oigáis, campanas!...
Contra lo imposible, ¿qué puede el deseo?

Allá arriba suena, rítmica y sonora,
esa voz de oro,
y sin que lo impidan sus graves hermanas
que rezan en coro,
la campana del reloj
suena, suena, suena ahora,
y dice que ella marcó,
con vibración sonora,
de los olvidos la hora;
que después de la velada
que pasó cada difunto
en una sala enlutada
y con la familia junto
en dolorosa actitud,
mientras la luz de los cirios
alumbraba el ataúd
y las coronas de lirios;
que después de la tristura,
de los gritos de dolor,
de las frases de amargura,
del llanto conmovedor,
marcó ella misma el momento
en que con la languidez
del luto, huyó el pensamiento
del muerto, y el sentimiento,
seis meses más tarde... o diez.

Y hoy, día de muertos... ahora que flota
en las nieblas grises la melancolía,
en que la llovizna cae gota a gota
y con sus tristezas los nervios embota,
y envuelve en un manto la ciudad sombría;
ella, que ha marcado la hora y el día
en que a cada casa lúgubre y vacía
tras el luto breve volvió la alegría;
ella, que ha marcado la hora del baile
en que al año justo un vestido aéreo
estrena la niña, cuya madre duerme
olvidada y sola en el cementerio;
suena indiferente a la voz de fraile
del esquilón grave y a su canto serio;
ella, que ha marcado la hora precisa
en que a cada boca que el dolor sellaba
como por encanto volvió la sonrisa,
esa precursora de la carcajada;
ella, que ha marcado la hora en que el viudo
habló de suicidio y pidió el arsénico,
cuando aun en la alcoba recién perfumada
flotaba el aroma del ácido fénico;
y ha marcado luego la hora en que mudo
por las emociones con que el gozo agobia,
para que lo unieran con sagrado nudo
a la misma iglesia fué con otra novia;
¡ella no comprende nada del misterio
de aquellas quejumbres que pueblan el aire,
y lo ve en la vida todo jocoserio;
y sigue marcando con el mismo modo,
el mismo entusiasmo y el mismo desgaire
la huída del tiempo que lo borra todo!
Y eso es lo angustioso e incierto
que flota en el sonido;
esa es la nota irónica que vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto
por todos los que han sido.
Es la voz fina y sutil
de vibraciones de cristal
que con acento juvenil,
indiferente al bien y al mal,
mide lo mismo la hora vil
que la sublime y la fatal
y resuena en las alturas
melancólicas y oscuras
sin tener en su tañido
claro, rítmico y sonoro,
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
de aquel misterioso coro
con que suenan las campanas...
Las campanas plañideras
que les hablan a los vivos
de los muertos!...

LOS CONJUNTOS

Blanco y negro, con la exquisita elegancia de estos dos colores, este modelo en crépe georgette blanca y raso negro, es una maravilla de buen gusto. Abrigo recto en raso, con el forro le crépe blanco. Sombrero haciendo juego.

Traje de espumilla color beige, adornado exclusivamente con alforzas. Abrigo de paño café, dorado, en que se repiten las alforzas. Cuello de piel de leopardo.

Conjunto en gris y azul marino, muy original.

Crépe satín azul rey y rosa, muy pálido. La blusa lleva un gran plastrón marcado por pequeños sesgos. Cintura encontrada en los dos colores. Abrigo ablusado, en que el forro, que sólo llega hasta la cintura, imita el corte del traje.

Vestidito de espumilla de seda de fantasía, con cintura de un sólo color. Abrigo de kasha, de un color, forrado en el género del vestido.

Correspondencia

Una mamá que no sabe.— Antes de darle de mamar a su niño debe lavarse los pechos con agua con bicarbonato enjuagándolos después cuidadosamente. Puede hacerlo con un algodón, para evitar mayores molestias. Al final de la mamada debe hacer lo mismo, espolvoreándolos luego con talco. Cada vez que pierda leche debe repetir esta operación. En las agrietaduras póngase lo siguiente: Salol, 4 gramos. Eter, 5 gramos. Colodión, 30 gramos.

Titina.—Una fácil receta de Cold-Cream: Cera blanca, 20 gramos. Aceite de Almendras Dulces, 125 gramos. Blanco de Ballena, 40 gramos. Se mezcla todo al baño de María y una vez bien unido se saca del fuego, sin dejar de removerlo y se le agrega 80 gramos de agua de rosas y 12 gotas de esencia de rosas.

Una afligida.—Para las pecas es muy buena el agua trioxigenada, siempre que se use con constancia. Como me dice que tiene el cutis seco debe ponerse, luego que el agua trioxigenada se evapore, la siguiente loción: Aceite de almendras dulce 50 gramos. Agua de colonia 100 gramos. Agua de Azahar, 50 gramos. Agua de tilo, 50 gramos. Tintura de Mirra 4 gramos. Esencia de nardo, 6 gramos. Los polvos debe usarlos color rachel mezelados con ocre, pues así disimulará más su defecto.

Polola.—Ricardo Cortés es casado con Alma Rubens. Pola Negri no fué casada con Chaplín. Su primer marido era un noble polaco y su actual marido es un príncipe de Georgia: Sergio Mdivani. Greta Garbo es soltera. Antonio Moreno es casado con una dama de la aristocracia de Los Angeles. Lupe Véliz es soltera. Bebé Daniels está de novia con un señor de San Francisco, dueño de caballos de carrera, célebres en las pistas hípicas de Estados Unidos. Arlette Marechal es soltera. Pero por Dios, Polola, ¿qué le ha dado a usted con el estado civil de los artistas cinematográficos? Ni que llevara usted estadística...

Una madre.—Vaya personalmente a hablar con la señora Adela Edwards de Salas que vive en la calle Compañía esquina de Teatinos. Ella podrá ayudarla a colocar a esa jovencita en la Cruz Blanca, institución destinada justamente a salvar de los peligros que implican la pobreza, un temperamento vivo y el abandono, en una mujer que empieza la vida sin ningún apoyo moral.

Margarita de Ercilla. — Si vive usted en el campo y desea una preparación casera para blanquear las manos y suavizarlas, puede usar la siguiente: Bata una clara de huevo a punto a merengue y agréguele cinco centígramos de alumbre. Lávese las manos antes de acostarse con agua templada en la que habrá remojado una bolsita con afrecho, hasta dejar el agua blanquizca. Séqueselas cuidadosamente y póngase la preparación anterior, esperando que se seque para colocarse unos guantes viejos y limpios, de hilo, con los cuales dormirá. En la mañana se lavará nuevamente con agua tibia y afrecho, poniéndose luego una mezcla de leche fresca con jugo de limón y glicerina, en proporción de una cucharita de café, para diez gotas de glicerina y diez de jugo de limón. Si es usted constante verá que sus manos parecen al poco tiempo las de una princesa.

Sin Firma (Viene de Valdivia). —Pide una receta para los sabañones. Los provoca la falta de circulación. Haga mucho ejercicio y si está usted un poco débil—que debe estarlo—tome algún tónico, aceite de hígado de bacalao de preferencia, que es el gran tónico. Evite los cambios bruscos de temperatura. No se caliente las manos. Conozco el sur y sé lo aficionada que es la gente por esos mundos al brasero. Lávese las manos con agua tibia con unas gotas de glicerina y benjuí por partes iguales. Use siempre para salir guantes de lana gruesos y si los usa de cuero, que estén forrados en franela. Además aplíquese tres veces al día la siguiente pomada: Mantequilla de Cacao, 40 gramos. Aceite de avellanas, 8 gramos. Acido cítrico, 0.40 gramos. Precipitado blanco 020 gramos. Tintura de Almizcle, 15 gotas. Para evitar la molestia de la grasa, use unos guantes de goma que ahí encontrará en las boticas y con los cuales podrá realizar sus tareas de casa y dormir sin manchar las sábanas.

SA PRETENSION.—Tal vez se le ven las pestañas así porque las tiene demasiado claras. Le voy a dar todo un régimen para que le crezcan y al mismo tiempo se le oscurezcan. Lávese en las noches la cara cuidadosamente con agua tibia y luego los ojos con una mota de algodón mojada en agua de rosas. Entonces, con un pincelito fino, se pasa sobre las pestañas la siguiente preparación que puede hacer despachar en cualquier botica: Aceite de fenugreco, 0.50 gramos. Aceite de ajonjoli, 9 gramos. Aceite de ricino, 10 gramos. Nitrato de pelocarpina, 2 gramos. Cocaína, 0,75 gramos. Acido gálico, 0.25.

Duerma con esta preparación sobre las pestañas. Al día siguiente se lava en la misma forma que en la noche, es decir, primero toda la cara con agua tibia y jabón si tiene costumbre, y luego se pasa la mota de algodón mojada en agua de rosas sobre los ojos. Entonces se pondrá esta preparación que es una excelente sustituto del rimmel, con la diferencia de que no daña los ojos si algo se introduce en ellos: Cera virgen, 50 gramos. Axenge, 60 gramos. Negro de humo, 60 gramos.

Si usted es perseverante verá que sus pestañas van creciendo y oscureciéndose, dándole así a sus ojos la sombra que usted desea.

DORITA.—No conocemos la preparación a que usted se refiere. Pero sea lo que sea, no se la aconsejamos. Eso de ponerse una crema sobre la cara, una crema que sea una especie de esmalte debajo del cual desaparezcan las imperfeciones del cutis, nos parece muy antihigiénico. Si usted tiene mal cutis, debe empezar por cuidárselo hasta que se mejore. Entonces verá usted que unos buenos polvos le son suficientes para su toilette. Si usted gusta puede decirnos qué es lo que tiene en el cutis, indicándonos además si su piel es seca o grasosa y además el color de su coloración. Con el mayor placer la ayudaremos en su tarea de hermosearse.

LALI ELGUIN.— Puede usted mandar sus colaboraciones a la dirección de "Para Todos", que en caso de ser buenas se publicarán gustosamente.

DEL DOMINIO DE SU VOLUNTAD DE LA FUERZA DE SU CARACTER

Nuestra mente es un verdadero y poderoso dinamo, al cual es preciso hacer funcionar en beneficio de nosotros mismos. ¿Cómo se consigue esto?

El conocimiento de las verdades Psíquicas y la práctica de la Auto-Sugestión, es de enorme importancia para todas las personas, sin distinción de sexo ni edad. Mediante ellas se adquieren salud, vigor, se disciplina la inteligencia se forma el carácter, el dominio de sí mismo, para afrontar con éxito todos los problemas de la vida.

La auto-Sugestión nos enseña, que hay en nuestra personalidad grandes reservas, inagotables fuerzas en estado latente, las cuales, convenientemente desarrolladas, pueden llegar a adquirir con facilidad un poder maravilloso.

El conocimiento y la práctica de estas extraordinarias facultades, nos salvan de los fracasos materiales y espirituales, y nos libran de los peligros que traen consigo la ignorancia, las enfermedades, las pasiones y los vicios.

Los que fracasan en sus actividades, deben buscar la culpa de sus derrotas morales y materiales en ellos mismos: no han sabido o no han querido aprovechar las fuerzas benéficas que Dios ha puesto a su alcance, cuya potencia es admirable y decisiva en el porvenir de nuestra existencia.

Con el estudio práctico de las lecciones del curso por correspondencia "AUTO-SUGETION" (Método práctico para triunfar en la vida), por el profesor Tepper, nos enseña en forma fácil y segura, cómo todos nosotros podemos aprovecharnos de las enormes fuerzas espirituales que poseemos, en beneficio de nuestra salud y del éxito en las diversas actividades de la lucha diaria.

Las instrucciones de dicho curso, están escritas en lenguaje sencillo, claro y ameno, sin tecnicismos de ninguna especie, a la vez constituye esta enseñanza, la última palabra en materia de investigaciones científicas de esta naturaleza, de modo que su comprensión y aprendizaje son rápidos y perfectos para cualquiera persona.

La extraordinaria acogida que tiene este curso por correspondencia, tanto en el país como en el extranjero, en vista de los grandes resultados que con ella se alcanzan, es la mejor recomendación acerca de sus beneficios. Centenares de cartas, con expresiones de gratitud, acreditan fehacientemente el más completo éxito obtenido de este curso.

CURSO POR CORRESPODENCIA. — Aprendizaje fácil y rápido. Exito garantizado. — PIDANSE PROSPECTOS GRATIS A CASILLA 2891. — CONSULTAS, CATEDRAL, 1409, de 2 a 5 P. M.

I II III IV

LOS DELANTALES PARA ANDAR POR CASA

I.—Delantal en tela de hilo, blanca, ablusado en las caderas y sujeto por un cinturón. Grandes bolsillos abotonados. Cuello en forma de pechera.

II.—Delantal en cretona de colores. No tiene mangas y está abierto en los lados, debiendo por lo tanto meterse por la cabeza para ponérselo. Cuello de género liso. Cintura y corbata en cinta de color más vivo que impere en la cretona.

III.—Delantal en brin color natier. Canesú cortado en ondas del cual salen los pliegues dobles. Bolsillos triangulares con que se repite el monograma que adorna el canesú. Cintura de brin de color más oscuro.

IV.—Delantal para servir el té. Está hecho en espumilla de seda color limón. Parte baja plisada. Tirantes y ribetes en terciopelo negro. Gran flor bordada en colores resaltantes.

PARA LAS MAÑANAS DE SOL

Traje de lana de fantasía y de lana lisa. Muy apropiado para jovencita.

Vestido de lanilla inglesa, con un dibujo nuevo lleno de chic. Blusa de espumilla color marfil.

Traje sastre de popelina, color tabaco, abierto sobre una blusa de seda cruda.

Vestido muy original, en que la casaca va enteramente alforzada formando ángulos. Falda con los tablones cosidos hasta cierta altura.

Sobre una falda gris de espumilla plisada y con el borde disparejo, va colocada una casaca de espumilla azul marino, con motivos estampados de rosas multicolores.

PARA LOS DINEES DANZANTS DEL CLUB DE LA UNION

Creación de Worth, en terciopelo chiffón, azul cielo. Flores de terciopelo azul eléctrico. Capa de este último color, también en terciopelo, con cuello de renard blanco y negro. Una novedad son las zapatillas de terciopelo azul.

PARA COMER EN LA TERRAZA

El traje está hecho en lamé gris y oro. Cinturón muy ancho, en forma. La falda lleva tres paños godets, fruncidos arriba. Flor de lama de oro. El abrigo es de seda, labrada, en dos tonos, de azul sobre fondo gris azul. Adornos de renard blanco

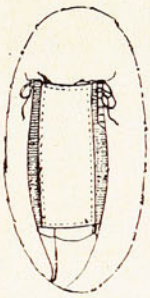
Fajas y Sostenedores Nirvana

M. R.

SON LOS MODELOS MAS PERFECTOS y los que imponen la moda por la transformación maravillosa de la silueta. Usando las incomparables

F A J A S
"N I R V A N A"

desaparecen las imperfecciones.



FAJA NIRVANA III, modelo nuevo muy de moda, en muy buenos elásticos de hilo y ricas telas y broche y simil, $ 90, $ 54.90 y $ 40.30

PEDIDOS DE PROVINCIAS son despachados contra-reembolso, con prontitud y esmero, basta para ello enviar medidas de cintura y caderas; además en caso de no quedar bien, cámbiase sin recargo de franqueo.

CASA NIRVANA

AHUMADA. NUM. 323. ENTRE HUERFANOS Y PLAZA DE ARMAS. — TELEFONO 4486

Esta Casa no tiene sucursal.

Rechace las imitaciones y exija siempre la marca "Nirvana", que es la que jamás decepciona.

FAJA NIRVANA 107, modelo nuevo con pequeñas parte de elástico, cerrado atrás y cordones adelante muy reductor de caderas y estómago. En muy buenas telas, a $ 85, $ 60 y $ 35.

"PARA TODOS"

LOS PYJAMAS

1.—Pyjama en tela de seda rosa. El pantalón derecho tiene vueltas terminadas por un sesgo de seda negra. El mismo sesgo ribetea la chaqueta, el cinturón y los bolsillos. Corbata de cinta también negra.

2. Pyjama en seda lavable, adornado con el mismo género, con impresiones de estilo chinesco. Cuello chal. cintura con lazada, ribetes de los bolsillos y vueltas de los pantalones en esta última tela.

3. Pyjama con encrepe satín azul noche. En forma derecha, está adornado sencillamente con sesgos del mismo género, en azul rey.

4. Pyjama en crespón de seda color malva. El pantalón está adornado con un ribete morado. El cuerpo es sin mangas y va encuadrado por ribetes iguales a los del pantalón. Flor bordada en colores vivos decora el cierre.

NEURALGIAS
JAQUECAS, GRIPPE
CIATICA, REUMATISMO
Resfrios, Dolores de cabeza y muelas

ANTI-REUMATICO
ANALGESICO
SEDANTE

Alivio inmediato
sin efectos secundarios nocivos

ASCÉINE

Comprimidos de
Acido acetil-salicilico, Fenacetina
Cafeina

De venta en todas las Farmacias

LAS CRETONAS ALEGRANDO LOS VESTIDOS MATINALES

I. Tela de hilo y cretona, hacen de este conjunto un primor de elegancia. El sombrero está confeccionado con los mismos materiales.

II. Falda de cretona. Casaca de brin azulino, ablusada por medio de alforzas interiores en la cintura y en los hombros. Sombrero azulino de brin.

III. Vestidito para el bebé, en cretona. El abrigo es de moletón blanco con un galón alrededor, que lo adorna graciosamente. Sombrero capota igual.

IV. Paletó corto en gabardina, ribeteado de huincha de seda blanca.

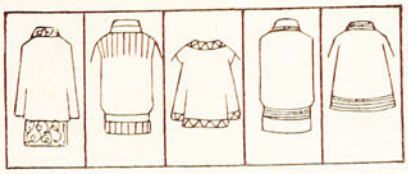
V. Vestido de kasha blanca con paletó suelto de cretona y bufanda y puños de kasha con huinchas de todos colores. Sombrero haciendo juego.

VI. Sombrero de tela de hilo blanca, en que se vé como se le aplican, pegadas simplemente con engrudo las flores recortadas de la cretona que lleva en el echarpe.

VII. Bonete para el bebé, en brin verde agua, con el ala en ondas, ribeteada de brin verde más oscuro. Lazada en que se repiten al final las ondas y el ribete.

VIII. Capelina especial para evitar las quemaduras del sol a los cutis muy delicados de algunas criaturas. Es de paja y lleva por adorno un pequeño ramo de flores de todos colores, sujeto por una cinta de terciopelo, que sirve atrás para mantener el ala vuelta.

IX. Brin de un color y cretona, hacen de este sombrerito un lindo conjunto que combina con la cartera, en que se emplean los mismos materiales.



PARA LA MAÑANA

1. Cofia en encaje Valenciennes ocre, rayado por una banda de muselina de seda plisada. Nudo de cinta coral. — 2. Cofia de espumilla rosa pálida, adornada de incrustaciones de encaje de Venecia y rodeada de tul plisado. — 3. Paletocito mañanero de espumilla de seda rosa pálida. Quillas de encaje de Venecia. Delantero plisado. Hace juego con la cofia anterior. — 4. Paletocito de raso malva, adornado sencillamente con alforzas muy finas. — 5. Paletocito en velo de seda verde jade. Pliegues a los lados y encaje de Bruselas. Bolsillo con monograma. Cinta de terciopelo negro. — 6. Cofia en encaje ocre, adornado con un vuelo muy fruncido, que forma una especie de tiara. Cocardas de encaje y cinta. — 7. Paletocito de pongé amarillo limón. Cuello pierrot plisado. Vuelo también plisado alrededor. Cinta azul eléctrico.

TOSES
POR TENACES QUE SEAN
Bronquitis agudas y cronicas, Catarros
son radicalmente curados por la
Siroline "Roche" M.R.
a base de Thiocol "Roche"
precave de la Tuberculosis
F. HOFFMANN-LA ROCHE & Cº PARIS. BASILEA - DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS.

LA SENCILLEZ EN EL VESTIR DE LOS NIÑOS

1. Este trajecito de tela de hilo color verde Nilo, no lleva otro adorno que un simple sesgo de cretona. — 2. Sobre una faldita muy corta, de espumilla rosa, se coloca una túnica muy amplia, de tela de Jouy multicolor. — 3. Es un verdadero hallazgo este conjunto para niño. compuesto de tres piezas: un pantalón y un bolero, en tela de lana inglesa color azulina, adornados de sesgos blancos y de un camisolín de linón, de hilo color crudo. — 4. Tela de hilo azul. y como adorno, tela de hilo rosa, bordada con un motivo en sedas de color lavables. Un galón une los dos géneros, formando el todo un muy lindo y práctico traje de diario. — 5. Muy simple este vestidito en velo blanco, finamente rayado de verde, formando cuadros. Sesgos de velo blanco y pequeña corbata de cinta negra.

Traje de crepe satín azul marino, en que la parte opaca del género ha sido empleada como adorno. Cuerpo formando bolero doble. La falda está cortada en paneaux y abre sobre un falso de crepe georgette del mismo color.

Muy lindo este traje de noche en raso flexible color verde agua, con el cuerpo formado por un triple bolero irregular y la falda drapeada sujeta al lado derecho por dos grandes flores plata y verde.

Traje de mañana en popelina azul abierto sobre un pe-

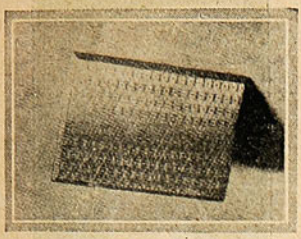
chero blanco. Cinturón de gamuza blanca. Un pespunte hace en la chaqueta el efecto de bolero.

Abrigo de crepe satín negro cortado caprichosamente empleando el género por sus dos caras para dar un lindo efecto de brillo y de opacidad.

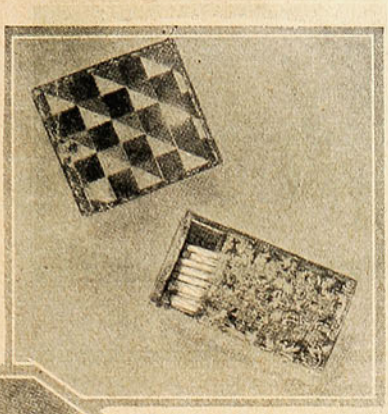
Trajecito de mañana en que el movimiento del bolero está dado por una cinta degradé en tres tonos de azul. Dicho adorno se repite en el escote y en los bolsillos. Falda plisada.

Para su catarro tome jarabe de Résyl
Curación segura
de las Bronquitis y
Toses rebeldes
Preservación y alivio de la
TUBERCULOSIS
Se presenta tambien en comprimidos, forma muy práctica para las personas ocupadas

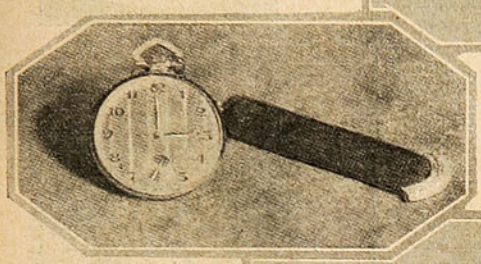
RÉSYL
ETER GLICERO-GUAYACOLICO SOLUBLE - M. R. - DE VENTA EN TODA FARMACIA



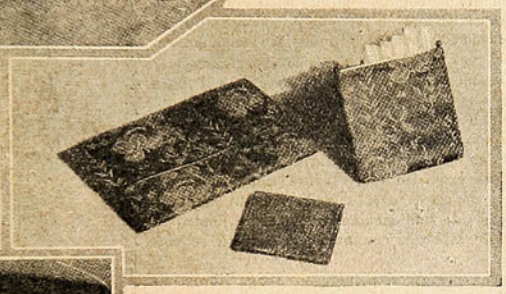
Cigarrera de plata, labrada en gusto árabe.



Cigarreras modernas con esmaltes de colores.

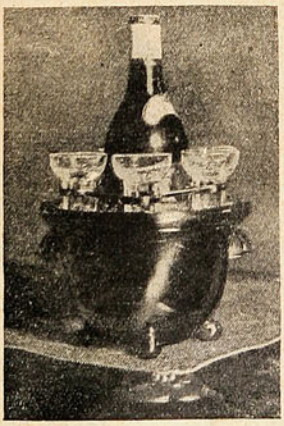


Reloj extra plano en oro verde, con leontina de falla negra iluminada, en un semi círculo de platino y brillantes.



Tipos de cigarreras, cartera y tarjetero, en género negro, brochado de oro, modelo para traje de frac.

Guantes de piel de zorro, especiales para deportes. Frasco para licores, forrado en piel de serpiente.



Balde para helar vinos, en cobre pulido. Copas enanas de cristal labrado, color amatista.

PARA EL SEÑOR...

LA CONQUISTA DE LA BELLEZA

BETTY BRONSON, famosa estrella de la Paramount.

Renovación del cutis por absorción

SI su cutis está desfigurado por manchas, palidez, barrillos, pecas, etc., de nada sirve que use usted pinturas, cremas u otros ingredientes. Tales imperfecciones no desaparecerán y con el uso de materias nocivas sólo conseguirá desfigurarse un poco más. Lo mejor es quitar el cutis mismo con todos sus defectos y para ello basta comprar cera pura mercolizada, que se extiende por el rostro todas las noches lo mismo que si fuera cold cream, quitándola por la mañana con un poco de agua caliente. La cera mercolizada absorbe el velo mortecino en pequeñas partículas, de manera que nadie puede notar que está Ud. arreglándose la cara, a no ser por el resultado, que es realmente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis lozano y hermoso.

¿Por qué hay mujeres que aparentan ser viejas?

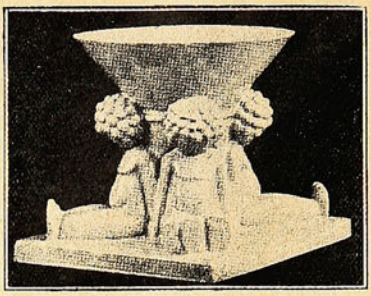
GENERALMENTE, por sus mejillas descoloridas. La belleza es muy fugitiva, pero una mujer inteligente sabrá retenerla, contrarrestando los efectos de los años. Si sus mejillas palidecen, ella renovará su colorido, no con rouge, que es ordinario y se nota, sino que con un discreto toque de rubinol en polvo, que da un suave color exactamente igual al rosado natural. El rubinol se obtiene en cualquiera farmacia o perfumería. Toda mujer sabia conoce también el encanto de unos brazos hermosos y de unas manos delicadas, y sabe asimismo que para tener y conservar dichos dones no son necesarios esos costosos "alimentos de cutis", sino tan sólo el uso de la cera pura mercolizada

Eficaz remedio contra el vello

MUCHAS damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento de vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y aplíquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del vello o pelo superfluo, sino que el de matar las raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.

Desaparición instantánea de los barrillos

UN procedimiento muy sencillo, inofensivo y agradable, está ahora en uso para limpiar el rostro de puntos negros, librarlo de grasas y hacer que desaparezcan los anchos poros que lo afean. Basta con que eche usted una tableta de stymol (de venta en todas las boticas), en un vaso de agua caliente y que se lave la cara con el líquido después que haya desaparecido la efervescencia que produce. Los puntos negros pigmentosos salen como por encanto de su nido y se confunden en la toalla; los poros se contraen y la grasa desaparece dejando un cutis liso, suave y fresco, libre de toda mancha. Pero a fin de que este rápido resultado se convierta en permanente, es preciso que repita usted el tratamiento varias veces, con intervalos de cuatro o cinco días.



Adorno de mesa.

NO hay dominio de las artes decorativas en que se manifieste mejor la intimidad personal, que el bibelot. Para una mujer es una forma de exteriorizar buen gusto, eligiendo para su casa esos mil menudos objetos inútiles y encantadores, que pondrán en ella la nota característica e inolvidable de su espíritu. Extendido en un diván, con una mesita enana a su lado, tendrá usted uno de los más dulces placeres del día, cuando llegaba la hora de la intimidad hogareña, ver usted salir del quema-perfumes moderno una vaga humareda olorosa, que lo hará soñar con todo lo que la vida le habrá dado de agradable. Para encantar su somnolencia, ese chino con aspecto hierático y socarrón, quemará entre las manos una pastilla de perfume y a la vez que exquisito olor, tendrá una suave luz. ¡Y no sonreírá usted cuando levante la falda ahuecada de una menina y encuentre dentro el cisne de la borla con que una coqueta se empolva.

Quema perfumes, polvoreras, apoya libros, figurillas decorativas para colocar en una vitrina, estatuas pequeñitas y llenas de gracia para decorar la mesa, todo un mundo de fineza, sale hoy de las porcelanas que verdaderos artistas crean para regalo de nuestros ojos y complemento frívolo de la decoración del hogar moderno.

Lámpara de porcelana "Groom".

Quema-perfumes "Danzerina".

Caja para polvos "Monina".

Apoya libros.

Quema-perfumes "Mongol".

Grupo "Jazz", estatuillas decorativas.

EL MEDICO EN EL HOGAR

LA GRIPE

1.o Ante todo:
No purguéis;
No dejéis a vuestro enfermo de pie;
No deis antipirina.

2.o Luchad contra la **infección gripal:** astenia, más algias, más fiebre, con:

a. El reposo en la cama; nada de visitas ni lecturas

b. Un enema de agua salada si hay motivo para limpiar el intestino (el purgante tendría una acción deprimente; lo daréis más tarde, cuando descienda la fiebre, y si todo va bien).

c. Dad en seguida la **quinina:** un sello de 0,25 gramos de brom-hidrato de quinina, mañana y noche. Es mejor asociar la quinina con la cafeína como corrector de la depresión, y a la aspirina o al piramidón, que son buenos analgésicos.

Una fórmula útil es la poliasociación sinérgica de:

Brom-hidrato de quinina	0,25	gramos
Aspirina	0,30	»
Cafeína	aa 0,05	»
Exalgina	aa 0,05	»
Fenacetina	aa 0,05	»

Para 1 sello, N.o 6. Dos sellos al día en una taza de infusión.

La quinina puede prescribirse también en supositorios (en el niño) o en invecciones subcutáneas, para las cuales daréis la preferencia al formiato básico de quinina.

El polvo de quina amarilla dado en café fuerte, caliente y azucarado, a la dosis de 4 cucharaditas al día, es un buen tónico sucedáneo de la quinina.

d. Con los sellos prescribid la **poción estimulante clásica.**

La antigua Todd-acetato, a la que se asocia el acónito para calmar la tos de la traqueítis:

Acetato amónico	2 gramos
Tintura de acónito	XXX gotas
Elixir de Garus (o jarabe de Punch)	20 gramos
Poción de Todd	c. s. para 90 c. c.

Consúmase en las 24 horas. Cada cucharada sopera se dará adicionada de líquido, para mejor tolerancia del acetato amónico.

3.o **Lavad el riñón.**

La dieta hídrica con bebidas tibias un poco alcoholizadas: té con ron, grogs muy ligeros, agua con champaña bien batida.

Por la mañana: una taza de café fuerte es un buen estimulante. Durante el día: caldo de legumbres, tisanas (variadas a gusto del enfermo), naranjadas, limonadas y leche.

Total en 24 horas: dos litros a dos litros y medio de bebida, no más para no fatigar el miocardio.

4.o Combatid la penosa **rinotráqueobronquitis catarral** y prevenid las **complicaciones respiratorias** con la antisepsia nasal y faringe.

Mas para ello no empleéis sino soluciones débiles, no irritantes.

a. **Las instilaciones nasales** con:

Solución de plata coloidal al 2 por 100 en suero fisiológico: III a IV gotas tibias, 3 veces al día, en cada fosa nasal, con la cabeza echada hacia atrás.

O las instilaciones nasales de aceite resorcinado débil al 1 por 100.

b. **Las inhalaciones** mañana y tarde con un bol de agua hirviendo, en el que se vierte una cucharadita de una de las mezclas:

Tintura de benjuí	aa	25 gramos
Tintura de eucalipto	aa	25 gramos
(U. E.)		

O la mezcla:

Esencia de badiana	XX gotas
Mentol	0,75 grs.
Salicilato de sosa	3 grs.
Alcohol de 60°	100 grs.

Se echará una cucharadita de esta segunda mezcla en el agua hirviente del inhalador. Al final de la inhalación y cuando el agua se haya entibiado, el enfermo la empleará como gargarismo.

c. **Las vaporizaciones** en el cuarto, de una cacerola de agua en ebullición con hojas de eucalipto.

d. En caso de angina: **los gargarismos** con un vaso de agua tibia y una cucharadita de licor de Labarraque o de neol.

En las anginas graves: reemplazad el gargarismo por los **lavados** de la garganta (irrigador con cánula de ebonita) y dos cucharadas soperas de licor de Labarraque para 1 litro de agua hervida tibia. El lavado es algunas veces fatigoso; pero limpia muy útilmente la garganta.

5.o **Ved la orina:** cantidad emitida y albúmina. Si el enfermo no puede beber suficientemente (náuseas, repugnancia): el gota a gota rectal de suero glucosado al cuarenta y siete por mil, medio litro, mañana y tarde.

6.o Vigilad el **pulso** y el **corazón.** En caso de desfallecimiento: inyección de aceite alcanforado cada 3 ó 6 horas, según la necesidad.

7.o Buscad, por medio de la uña, la línea blanca abdominal de la **insuficiencia suprarrenal:** inmediatamente de comprobada, dad la solución de adrenalina al 1|1,000, X gotas tres veces al día; o bien un sello mañana y noche de 0,10 gramos de polvo de suprarrenal.

II.—COMPLICACIONES DECLARADAS

A partir del 5.o día en general es cuando debéis acecharlas: es el momento de las neumonías, de las bronconeumonías, otitis, etc., aunque en las gripes precozmente infectantes pueden aparecer desde las primeras horas.

1.o **La congestión pulmonar gripal:** a. Haced sentar al enfermo en la cama, cubrid el pecho con: **ventosas secas** y, si las bases están obstruidas, **escarificad** en ellas algunas ventosas.

b. Estableced como regla: la temperatura cada tres horas, y, si excede de 39°, una **envoltura del tórax** con una servilleta-esponja (empapada en agua a 35°), más un ancho impermeable y una servilleta seca para sostenerlo todo. Dejarlo colocado una hora. Secad la piel al quitar la envoltura y dad en este momento una bebida caliente alcoholizada.

c. Añadid: una **poción expectorante:** en las 24 horas, 20 gramos de jarabe de Désessartz (o bien aa. 1 gramo de benzoato de sosa y terpina), incorporados a la poción de Todd. Nada de quermes, expectorante violento que deprime el corazón.

El peligro es doble: en el corazón y en la inercia de los conductos aéreos. Doble razón para no dar: ni opiados, ni expectorantes brutales, y para prescribir: 2 gramos de ergotina al día, que se añaden a la poción.

d. Ante todo: un tónico general: **aceite alcanforado** o aceite etéreoalcanforado, repetido tantas veces como sea necesario para sostener el corazón; una inyección cada tres horas, en caso extremo, al mismo tiempo que la envoltura. Es necesario también un tónico cardíaco: una o dos ampollas de 0,05 gramos de **sultafo de esparteína** reemplazarán en las 24 horas las inyecciones de aceite alcanforado correspondientes. Además, es preciso un tónico nervioso: una o dos ampollas de 1 miligrama de **sulfato de estricnina** se inyectarán cada día, en sustitución del aceite alcanforado.

Añadid: la **adrenalina por os** o el suero adrenalinado en gota a gota rectal o en inyecciones subcutáneas (adrenalina, 1 a 2 miligramos en las 24 horas, en 250 c. c. de suero fisiológico).

e. En caso de asfixia amenazante: inyecciones subcutáneas de **oxígeno** con los aparatos de Baveux o de Heckel.

2.o **Neumonía y bronconeumonía gripales:** haced **envolturas** simples y sinapizadas.

Sostened el corazón con las inyecciones alternadas de **aceite alcanforado** y **esparteína.**

Añadid a la poción: XXX gotas de **adrenalina** al 1|1,000, más XX gotas de **digitalina** al 1|1,000. Para variar los tonicardíacos, reemplazad la digitalina por la tintura de estrofanto a las mismas dosis.

Tercera indicación: combatid el elemento infeccioso por los **coloides:** unciones de ungüento **colargolado** al 15 por 100; inyección intramuscular (intravenosa en caso necesario) de 5 c. c. de ultraplata o de 2 c. c. de rodio coloidal.

Contra la asfixia: medio litro de oxígeno en inyección subcutánea, mañana y noche.

Aquí también: miocarditis, ¡he aquí el peligro! Vigilar además la pleura a causa de la pleuresía purulenta, que deberá incindirse y drenarse rápidamente, al mismo tiempo que una inyección de trementina provocará en el muslo un absceso de fijación.

3.o **Edema agudo del pulmón:** sangría copiosa en el pliegue del codo y tratamiento general por el aceite alcanforado y la esparteína.

4.o **La otitis** aguda se ve con frecuencia particular en algunas epidemias de gripe: gotas tibias de aceite fenicado al 1|100 en el conducto auditivo: vigilancia del tímpano y también de la mastoides. Siempre que sea posible, llamad al aurista: pues a menudo la gripe da otitis de sorpresas y de complicaciones.

III.—INFECCION GRIPAL INTENSA.

Reviste dos formas: la **asfixiante** con facies cianótica y la **tóxica** con facies pálida y plomiza.

Tened una buena enfermera que vigile el pulso constantemente y sepa obrar pronto, en caso necesario, según las instrucciones que la dejaréis. Para comodidad del tratamiento metódico: regulad las inyecciones de aceite alcanforado, según un horario definido (por ejemplo, cada 3 ó 4 horas), y a las horas de las inyecciones haced dar V gotas de adrenalina al 1|1,000 por la boca. Conviene utilizar los tonicardíacos, pero con prudencia en los asfícticos, a fin de no bloquear la circulación pulmonar.

Tres medicaciones de base:

a. Los coloides: la ultraplata (en caso necesario, intravenosa), el estaño, el rodio coloidal.

b. La inyección cotidiana intravenosa de 2 gramos de uroformina (8 c. c. de una solución al 1|4, es decir, que contenga 0,25 gramos de uroformina por 1 c. c. de agua destilada).

c. Por último, cada vez que os inquietéis por la evolución de la infección, está indicado el **absceso de fijación.** No hacerlo ni demasiado pronto ni demasiado tarde, en general del 4.o al 6.o día: 1 c. c. ó 1 c. c. y medio de esencia de trementina en medio de la cara externa del muslo. Una de tres: o la reacción es **normal** con enrojecimiento, calor, comienzo de la fluctuación del 2.o y 3er. día y fluctuación más franca el 4.o y 5.o día: se incinde entonces el absceso claramente fluctuante entre el 4.o y el 8.o día. O bien la reacción es **violenta** con edema seudoflemonoso que calman las cataplasmas calientes. O el absceso no ha **prendido:** reacción de defensa débil—mal pronóstico:—reinyectad 1 c. c. **in situ** cada 12 horas, 2 ó 3 si es necesario.

Entre los innumerables tratamientos propuestos, recordemos: el cacodilato de guayacol en inyección intramuscular; la poción con suero antidiftérico (de Roux), 15 a 20 c. c. de suero en 24 horas;—el novarsenobenzol en inyecciones cotidianas intravenosas o en píldoras quera-tinizadas; el terpeno ozonizado en inyecciones cotidianas intravenosas, de 20 a 40 c. c., durante 5, 6, 8 ó 10 días; la aguja de platino es indispensable, pues el terpeno ozonizado oxida y llena de orín instantáneamente la aguja de acero En cuanto a las vacunas y a los sueros, no han dado hasta ahora el resultado que de ellos se esperaba.

IV.—GRIPE GASTROINTESTINAL CON NÁUSEAS, VÓMITOS, DIARREA

a. La dieta hídrica absoluta; y 4 papeles de 0,05 gramos de calomelano el 1er. día.

b. Contra los vómitos: hielo, poción de Riverio, agua cloroformada mezclada con agua a partes iguales, para tomar a cucharaditas de café.

c. En caso de diarrea profusa: inyecciones subcutáneas de suero glucosado al 47|1,000.

Pensad también en la posibilidad de una disentería amibiana.

V.—AL OCTAVO DIA, EL ENFERMO NO COMPLICADO ESTA CONVALECIENTE

a. En tanto la fiebre no ha desaparecido completamente, no le dejéis salir del cuarto, sobre todo en tiempo de pandemia y de complicaciones respiratorias. Luego haced cambiar de aires, y, si es posible, enviadle al Mediodía (invierno), o a una estación sulfo-arsenical (verano).

b. Antes de realimentar normalmente a vuestro convaleciente, examinad la orina. Prescribid para comenzar: sesos, pescado magro, jamón, yemas de huevo, legumbres verdes y legumbres secas, burdeos, media taza de café al mediodía con un dedal de buen licor.

c. Pero el ex enfermo queda **asténico** y esta astenia, característica de la infección gripal, puede prolongarse durante semanas.

Prescribid: una fricción estimulante del tórax y los miembros con alcoholato de espliego o de Fioravanti, o con agua de Colonia.

Y un estimulante: el extracto fluído estabilizado de cola, los formiatos y glicerofosfatos de cal, la tintura de equinácea angustifolia (XX gotas dos veces al día).

d. O también, para respetar el tubo digestivo: una serie de diez inyecciones subcutáneas de las mezclas del comercio: sulfato de estricnina, cacodilato de sosa y glicerofosfato de sosa. La dosis de estricnina puede ser progresiva, pero la cesaréis cuando se manifieste el efecto enervante.

e. En tanto dure la raya blanca, continuad el empleo de la adrenalina en gotas, o en sellos de polvo de suprarrenal, alternando con sellos de polvo de hipófisis, que levantarán la tensión arterial.

f. Las **consecuencias:** son ante todo secuelas respiratorias.

Frecuentes son los brotes de **pleuritis recidivante,** dolorosa y difícil de diferenciar de la pleuritis bacilar, por poco que vaya acompañada de estado subfebril. Combatidla con revulsivos variados: compresas trementinadas, puntas de fuego ultrafinas.

Enviad vuestros convalecientes de congestión pulmonar, de neumonía, a hacer una cura sulfoarsenical.

La apendicitis puede aparecer también como consecuencia lejana de la gripe.

El Retrato

POR

Allain Pelletier

SILENCIOSAMENTE aquel hombre subía la gran escalera. Tenía la rara precaución, cada vez que ponía el pie en la alfombra, de borrar con un ligero movimiento la huella que podía dejar. Subía en la oscuridad. Unicamente cuando había pasado varios escalones partía de su mano, en que tenía un objeto, una luz débil y mortecina, que volvía a desaparecer.

No se oía ni un roce ni un crujido.

Al fin de la escalera se detuvo. Una cortina de seda tendía delante de él sus pliegues pesados. La separó, buscó la cerradura, tentó con un dedo las cinceladuras valiosas. De su bolsillo salía un objeto fino. Probó, sin éxito, ajustarlo a la cerradura; tomó otro.

Procedía con tanta prudencia que sus manos no parecían moverse. Se oyó un débil crujido y la pesada puerta se entreabrió. El hombre lanzó un suspiro de satisfacción. Su linterna, elevada en el aire durante un segundo, le hizo ver una habitación desierta, como lo esperaba.

Entonces entró, enderezó su cuerpo, instintivamente inclinado, pronto para el ataque. Pero quedó perplejo por el aspecto de la habitación. Era un pequeño salón de descanso, con muebles cómodos y sencillos, con telas floreadas, libros y "bibelots". Una mesa de trabajo desocupada. Ningún mueble que pudiera esconder alhajas. Encima de la chimenea, un sobre con el nombre de la dueña del lugar:

"Señora baronesa de Molinieux, villa del Ailnes".

Lo estrujó con disgusto y lo arrojó al suelo.

Dos puertas lo invitaban a ir más lejos. Dió algunos pasos. Pasando delante de un espejo, un gesto automático lo hizo mirarse. Tenía buen aspecto. Nada, ciertamente, del "apache" feroz y cínico.

Una expresión tenaz y resuelta, la expresión del hombre que se repite a sí mismo, para darse ánimo, los motivos que tiene para hacer lo que su mala cabeza le ha inspirado un día de furioso rencor. Un poco de extravío, un resto de duda, como los últimos vestigios de una lucha entre la conciencia que trata de gritar y el instinto de pereza y gustos bajos que domina a la pobre alma desorientada.

Sin saber por qué, abrió la puerta de la derecha. Ahora estaba en el cuarto de la criada; lo indicaban los muebles. Se explicó la verdad:

—La dueña es vieja. Quiere tener a su persona de confianza cerca de ella por la noche. Al lado, seguramente, está el cuarto de la baronesa.

Iba a pasar, cuando un detalle lo detuvo, por el choque que produjo en su mente obtusa. Delante de él, una ventana, bajo sus cortinas de "guipur", estaba tapizada de papel de diario bien extendido.

Esto lo hizo sumergirse bruscamente en el pasado. Multitud de imágenes se agolparon en su cerebro torpe, imponiéndose. Volvió a ver las ventanas de su casa, cuando partieron para realizar un pequeño viaje, tapizadas de diarios en forma semejante. Su mujer, Magdalena, tenía esas precauciones de ama de casa cuidadosa cuando vivían juntos.

Entonces otra idea le atormentó bruscamente:

La "femme de chambre" de la baronesa era su esposa. Estaba en casa de Magdalena. Trató de razonar.

Sabía bien que su mujer había encontrado una colocación en el castillo, y porque sabía que todos habían partido para Hyéres había combinado su plan. Sabía también qué vanidad y qué deseo de venganza lo llevaban a dar un golpe allí, en la casa donde ella había ido cuando el vino, la pereza y las malas ideas lo convirtieron en un hombre perdido, de quien ella debió huir un día, muerta de vergüenza y miedo.

Aquello había sido para él el fin de toda honestidad. Sabiendo que estaba tranquila, que era estimada y considerada por sus cualidades, y que la compadecían, había sentido un odio feroz.

Una especie de inquietud, que algo tenía de respeto, le había impedido buscar la ocasión de verla. Había trabajado en los talleres de Nevers, embriagándose, peleando a cuchilladas, ahogando con burlas las vagas sensibilidades que lo hacían aún un poco humano.

Un día vió partir el auto que conducía a la baronesa y a Magdalena. Los demás criados irían en tren. Durante semanas, la casa estaría cerrada, y vacía: el dinero y las cosas de valor, al alcance de un golpe bien dado. Encontraría recompensado en una sola vez todo lo que había sufrido. ¿Por qué no se había quedado ella?

Era su primer robo. La satisfacción con que lo había calculado le había dado una gran lucidez inspiradora y una sangre fría de la que estaba orgulloso. Y encontrarse allí le emocionaba. Se sentía incómodo y súbitamente torpe. No osaba avanzar. Todo su aplomo había desaparecido.

Se veía rodeado de cosas que reconocía y sentía en su pecho los violentos latidos de su corazón, que lo transformaban. Un vestido de verano, con lunares azules, en una percha.

Volvió a ver a Magdalena, en el umbral, esperándole, ataviada con este sencillo vestido que ella había hecho. Sobre una mesa, una piel de Mongolia envuelta en un diario. Coutier la había comprado para que su esposa se engalanara los domingos, cuando iba a misa. Un peine sobre una "mesa-toilette". Vió el pesado rodete rubio sobre la nuca blanca; le pareció que lo tomaba con timidez, que lo acariciaba.

El peine continuó brillando cerca de la linterna del ladrón. El ya no pensaba en el objeto por el cual se encontraba allí; su cerebro se poblaba de imágenes dulces.

De pronto se estremeció: un cofrecito de laca sobre la mesita blanca, lo atrajo de tal modo que tendió hacia él ávidamente la mano. Este cofrecito, él lo había visto entre la ropa con olor a limpia, cerca del montón de servilletas bordadas. ¡Ah! El sabía bien lo que contenía antes: un collar de perlas de Magdalena, los guantes blancos del día de su boda, una bolsita de seda, una pulsera de plata. La llave del cofrecito estaba en la cerradura minúscula. Le dió vuelta, abrió.

Pero antes de encontrar los objetos conocidos, apareció una fotografía: era su retrato.

Entonces recordó. Una vez que habían ido a la ciudad, Magdalena había querido que Coutier se hiciera retratar con su elegante traje nuevo. El se había resistido un poco, rezongando, a causa del dinero que le costaría, pero en el fondo presumido y glorioso.

Se miró. Una fotografía de cuando era honesto, de cuando no bebía, de cuando no hacía escapar a Magdalena con maldiciones y puñetazos. Del tiempo en que era feliz.

Entonces tenía una esposa que lo amaba. Ahora... ¡Tantas le había hecho! Era necesario ser una santa para perdonarlo.

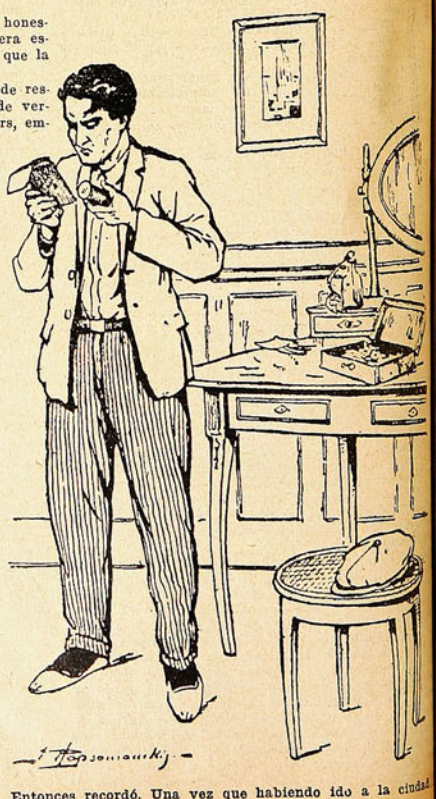
Y sin embargo... Ella no lo detestaba del todo, tenía un poco de confianza, de piedad al menos: pensaba en él alguna vez. De lo contrario, ¿habría guardado esa fotografía cerca de ella, escondida, pero de modo que pudiera verla cuando los buenos recuerdos alejaban a los otros?

Coutier miraba el retrato, y de pronto no vió nada, porque sus ojos estaban llenos de lágrimas. Sus mejillas temblaban, sus manos no tenían fuerza, como si sostuvieran un objeto muy pesado.

Dejó el cofre, se secó los ojos con el dorso de la mano, miró una vez más las cosas conocidas, y se sintió reconquistado por ellas, libre del mal, condenado de nuevo al pasado honesto. No comprendía bien lo que sentía. Era una mezcla de dulzura, vergüenza y esperanza, y un gran deseo de ser mejor.

Se sintió rehabilitado, en el buen camino, sacado del fango por donde se arrastraba. Suspiró y, volviendo a tomar su linterna, volvió, conteniendo su respiración y calculando sus pasos, por el camino avanzado, rápidamente, con la alegría de huir de ese lugar donde la honesta voz de las cosas había cambiado su alma criminal.

ALLAIN PELLETIER



Entonces recordó. Una vez que habiendo ido a la ciudad

INSTITUTO DE BELLEZA

UNICO DE SU GENERO

EN SUD-AMERICA Y DE FAMA MUNDIAL

Señora Elva Larrazábal de Tagle, inventora del famoso tratamiento Bizzornini para la extracción radical del vello.

Mi tratamiento Bizzornini no se vende fuera del establecimiento; si alguien le ofrece algún preparado con ese nombre, tiene que ser una falsificación que puede ser muy perjudicial para usted.

Mi tratamiento Bizzornini está registrado con el N.o 11978, desde el año 1914. Todo pedido debe hacerse directamente al establecimiento.

PIDA PROSPECTO GRATIS

San Antonio, No. 265

Casilla 2165 - SANTIAGO

NOTA: Vendo preparaciones para embellecer. Regalo un frasco de esencia a cada compradora.

PARA LAS COQUETAS

Baños de belleza

El jabón es un elemento conservador de la belleza de la epidermis. **Los baños jabonosos** son, por consiguiente, de muy buen efecto para la limpieza y conservación de la piel, a condición de que las fricciones con jabón vayan seguidas de prolongada inmersión en el agua.

Los baños de alfrecho son refrescantes y quitan a la piel todos los elementos adiposos que dificultan el buen funcionamiento de los poros.

Los baños de almidón suavizan la epidermis.

Los baños alcalinos (250 gramos de carbonato de sosa), evitan la formación de granos y las irritaciones de la piel.

Los baños sulfurosos, que deben ser preparados en una bañera esmaltada (80 a 100 gramos de trisulfuro de potasio), combaten eficazmente la anemia.

Los baños arsenicales (5 a 10 gramos de arseniato de sosa), atenúan los dolores reumáticos.

Tanto los sulfurosos como los alcalinos son baños medicinales, que no deben tomarse sino después de haber sido aconsejados por el médico.

Las personas muy nerviosas pueden someterse un excelente régimen hidroterápico, añadiendo al agua tibia del baño un kilogramo de sal de cocina.

El baño de glicerina se obtiene adicionando de 300 a 500 gramos de glicerina al agua del baño.

Este baño se recomienda a las personas que tienen la piel seca y rugosa.

Un baño de belleza, muy recomendable, es el siguiente:

Carbonato de sosa	500 Grms.
Carbonato de cal	1 "
Almidón de potasio	1 "
Sulfato de sosa	8 "
Sulfato de sosa	5 "
Aceite de espliego	1 "
Aceite de tomillo	10 "

El baño de rosas se prepara del siguiente modo:

Agua de rosas, 11½ litro.	
Alcohol de 90 grados, 30 gramos.	
Tintura de benjuí, 50 gramos.	

El llamado baño virginal se prepara según la fórmula siguiente:

Agua de rosas, 11½ litro.	
Tintura de benjuí, 500 gramos.	
Glicerina, 150 gramos.	
Acido salicílico, 5 gramos.	

Agua de Colonia

De las muchas aguas de tocador ideadas, es sin duda la más antigua y la más usada la llamada Agua de Colonia. Su fama está bien justificada, puesto que esta agua es refrescante, suave y de agradable perfume.

Para nadie es ya un secreto la fórmula del Agua de Colonia, que hizo célebre y rico a Juan María Farina, pero no la reproduciremos aquí porque la preparación, según esta fórmula, es larga y costosa, no resultando, por lo tanto, práctica sino para los perfumistas, que encuentran su provecho en preparar de una sola vez una gran cantidad.

Preferimos dar varias recetas que permitan preparar Agua de Colonia de buena clase en pequeñas cantidades y sin necesidad de alambique:

1.o.—Alcohol 1 litro.

Esencia de azahar	7 Grms.
Esencia de limón	6 "
Esencia de bergamota	2 "
Esencia de romero	2 "

2.o.—Alcohol 1 litro.

Esencia de cáscara de naranja	5 Grms.
Esencia de limón	5 "
Esencia de bergamota	5 "
Esencia de romero	2 "
Esencia de azahar	1 "

Para obtener una Agua de Colonia Superior:
Alcohol de 90 grados: 1 litro.

Esencia de bergamota	6 Grms.
Esencia de limón	4 "
Esencia de cidra	7 "
Esencia de azahar	11½ "
Esencia de orégano	1 "
Esencia de canela	5 gotas
Esencia de almizcle	3 "
Esencia de ámbar	4 "

La melena y los furúnculos

Las señoras y señoritas que han dado en seguir esa moda de la melena corta, no tardarán en sentir las naturales molestias y desazones que sienten a las veces los hombres en el cuello. ¿No quieren parecerse a los hombres? Pues es justo que tengan algunas de nuestras incomodidades y enfermedades.

Si hemos de creer al doctor Harold Dalins, una eminencia de Indianópolis, la práctica de la melena en las señoras produce furúnculos de tamaños diversos y molestias a la vez distintas, según la piel y la calma de la paciente. Las manifestaciones de ese doctor, verdaderamente sensacionales, han de conmover a las damas ante el espanto de un divieso, que no reúne las exquisiteces de un lunar.

Pero no hay que alarmarse de sus indicaciones ni temer llevar el cuello torcido por usar las tijeras, porque las observaciones del doctor, antes que nada, han de confirmarse por el tiempo, que, afortunadamente, lo cura todo, hasta los furúnculos, que nacen de contrariar a Schopenhauer, que hizo la frase más célebre que se le ha ocurrido a un peluquero famoso.

Los furúnculos cervicales posteriores detendrán a las elegantes que se hayan decidido a suprimir de su linda cabeza los abundosos apéndices, tan cantados por los poetas, aunque los apéndices son todos absurdos cuando se trata de obras de filosofía. Pero en las mujeres, las rubias y las morenas, con sus rizos, trenzas y moños, hasta con sus postizos, se tiñan o no los cabellos, de la proporción que la Naturaleza les quiso dar o les hizo adquirir, resulta uno de sus más deliciosos primores que destacan un bello rostro, antes o después, de peinarse, se miren o no al espejo; todo muy bien, con tal de que no se valgan de sus dimensiones excesivas para sujetarnos al matrimonio.

Y volviendo a la terrible amenaza de los furúnculos, que para estremecer a las atrevidas con gestos e ideas a lo garzona, se producen éstos en la nuca al irritarse la piel, originando en los poros cierta dilatación, por lo que se infecciona la sangre, más que la del papá o el marido, al ver a su hija o cónyuge transformada en el chico de la portera a los cinco años de edad.

Esto no quiere decir que abominemos de los cabellos cortos. Al revés, si todas las cocineras se lanzasen a esta moda, se podrían llamar a muchos "consommés" semicalvos o imberbes si les gustan más. Agradezcamos que desaparezcan los bucles de algunas convertidas en seres andróginos, que saben agitar la cabeza mecánicamente para que esparzan al aire sus crenchas a lo Velásquez, aunque los furúnculos que preconiza el insigne doctor Harold Dalins pongan su nuca en igual situación que un político a la antigua usanza. Porque esto no es moderno. Furúnculos los padeció desde Adán hasta el propio Hernán Cortés cuando Mariana se le echó al cuello, porque la hija del Perú se agarraba más que un furúnculo reventado... de satisfacción.

EL PAIS DE LOS BUEYES BLANCOS

Bona del Nievra.—¿Qué turista ha sentido completamente el lirismo en la campiña romana si, además de un acueducto, ha divisado una yunta de bueyes blancos? Los bueyes blancos, contra toda imposibilidad, parecen los padres de los toros blancos, los abuelos de las palomas blancas, los suegros de los cisnes del Capitolio. En Roma parecen también las almas en pena de los antiguos senadores romanos. Son unos bueyes que han sabido revolverse en el manto de ceremonia sepulcral para visitar las ruinas, los museos de piedras al aire libre. Son bueyes prestigiosos, más prestigiosos que los demás bueyes; bueyes de museo, buenos para ser sacrificados en una ceremonia romana y comidos en un banquete también sepulcral, en un banquete lúgubre. Son los bueyes decorativos, unos de hacer a la tierra con el arado romano la ofrenda de los trabajos del hombre. Todo esto es muy sabido. Lo que se sabe menos es que los bueyes latinos se fabrican en la Francia del centro, en los prados del país nivernés. Naturalmente, Mussolini lo sabe y manda aquí sus funcionarios a comprar los bueyes blancos.

¿Por qué no los toros? Se lo voy a decir a ustedes en secreto. Los toros blancos, que a los soles de Italia se diría que están vestidos, arropados, engualdrapados, sofocados y ceremoniosos, por los valles nivernenses, entre las montañas nevadas del Morván, se bañan desnudos en las luces verdes y grises. Todos los bueyes del país nivernés son blancos; y sus señoras infieles, las vacas, todas son blancas; y el toro, el pobre padre, es blanco de cabeza a rabo, si dejamos ocultas las partes rosas. El efecto no es de ninguna pureza. Aquí el ganado vacuno tiene las mismas malas costumbres que en otras partes; se cría mejor que en Italia, pero es de una apariencia obscena. La vaca blanca, sentada (que es cuando se debe mirar una vaca; una vaca de pie no es digna de contemplación); la vaca blanca, sentada, no tiene el aspecto venerable de comadrona del portal de Belén que debe tener sentada toda buena vaca. Tiene algo de esfinge o de Venus. Es una gran diabla. Los bueyes blancos, desnudos, evocan el sadismo del "romsteck". Y el toro blanco, en dos patas, es lo más parecido que puede verse al dios de los bueyes latinos, al minotauro griego.

A no ser que Mussolini busque en él a Júpiter hecho toro para raptar a Europa.

CORPUS BARGA

GUIA PRACTICA

Para aumentar el buen gusto de las verduras no hay cosa mejor que añadir una cucharadita de azúcar al agua de hervirlas.

Las manchas de hierba en los trajes de color claro se quitan fácilmente frotándolas repetidas veces con un trapo empapado en alcohol.

El remedio más eficaz contra las hormigas es el petróleo. Cuando invaden una habitación, lo mejor es rociar el pavimento y las paredes con un pulverizador, y en seguida huyen. El petróleo ordinario es mejor para el caso que el petróleo refinado. En general, basta un par de días de tratamiento para acabar con las hormigas.

BELLAS DAMAS
CUIDAD DE VUESTOS ENCANTOS, DETENED LA INEXORABLE VEJEZ TOMANDO LOS FAMOSOS
CRISTALES YODADOS PROOT
M. R.
BASE: SAL DE KARLSBAD YODADA.

EL HOMBRE DEL "HISPANO"

Por PIERRE FRONDAIE

PARTIERON tempranito en el hispano. Una atmósfera fluída y ya dorada bañaba el país vasco y, más lejos, el Bearne. Por Bayona y Bidache, se llegaron a Sauveterre. Unas bellas colinas corrían a su encuentro por ambos lados de la carretera. Las casas aisladas que iban encontrando les parecían bonitas y llegaban hasta pensar que podrían vivir allí. En una posada se detuvieron para tomar un frugal desayuno.

La leche, gruesos melocotones y el pan aún caliente les parecieron incomparables. Ella se reía de los detalles humildes como un niño que descubriera un mundo. Tendíale a Jorge la mitad del fruto que había mordido y los cubiertos de estaño jugaban en sus manos alegres, como instrumentos bárbaros. El jarro rústico, la mesa tosca y señalada por los enchillos de los arrieros, las banquetas alargadas en la sala baja, todo le parecía pertenecer a un pla neta distante. Y él—en la pobre posada donde, razonablemente, podría haberla invitado varios días—contemplaba su sencillez suntuosa y, en las manos, aquellas sortijas que por sí solas hubieran bastado para pagar varias veces la casa, los campos y los muebles campesinos. La vieja hostelera, de fisonomía ruda y triste, pensaba con envidia en que eran dichosos.

Antes de Sauveterre cruzaron una plaza, donde había gran alboroto de gritos y mugidos. Era día de mercado de bueyes. Sobre el suelo se recortaban las sombras concretas de los plátanos. Los animales, al sol, azotaban el aire con sus largas colas ahuyentándose las moscas. Un babeo plateado caía de sus narices y, pacientes y mansos, dejaban que los hombres decidiesen su suerte resignada. Los compradores gritaban en sus dialectos, haciendo un rudo de disputa. Al mismo tiempo, varios grupos de mujeres vendían legumbres frescas, recién salidas de la tierra y todavía impregnadas de los efluvios benéficos del suelo. Eran duras y brillantes como, allá en los puertos, los pescados que poco antes se debatían en las redes. Pululaban ancianos y niños llevando seronces. La iglesia próxima tocaba para un bautismo y los padres de la criatura, endomingados, esperaban sobre los peldaños de la puerta principal donde el paso de las generaciones había dejado huella sobre las piedras. Una vida simple y robusta reinaba por doquiera en todo el pueblo; pero la agitación del dinero, la oferta y la demanda, la aspereza de la lucha por la ganancia, la avaricia campesina le daban aspecto de combate. El auto tuvo que detenerse algunos minutos, interceptado por el ganado y el gentío. Varios chiquelos astrosos se agarraron a las ruedas y los hombres se apartaban de mal talante para dejar paso al gran vehículo de los ricos. Uno de aquellos rústicos farfulló, lanzando sobre Jorge una mirada celosa. Aquel rústico tenía depositado en la banca de Olorón y en valores del Estado, un millón flamante, salido de la guerra. Dicho millón hacía compañía a otros dos, reunidos con anterioridad. Aquel hombre tenía el rostro surcado de arrugas y llevaba una ropa burda y andrajosa. Había venido a pie desde un lugarejo vecino. Murmuró dirigiéndose al tratante en vacas con quien discutía:

—Espie drin héns aquére boéture! Gayte lou caddet. Qu'en y a qu'en au tropi de restes qu'en au, tonnerre! Que partatjeri ptà dab aquet!

La frase odiosa ondeó estas palabras sonoras. Estefanía Coulevai la oyó y tradujo risueña el deseo del campesino: compartir la fortuna de Jorge. Rió él sin contestar y encendió un cigarrillo. Y rodaron largo rato en silencio.

Después de franqueado Sauveterre, vieron un torrente que aparecía, se ocultaba y volvía a aparecer, siempre a la izquierda del camino. Luego se alejaba para acercarse varios kilómetros más adelante. Era el torrente de Olorón. Por fin, atravesaron la vieja ciudad dormida y llena de cadenas. La heredad de Estefanía se hallaba en las afueras, junto al camino de Pau.

Era un edificio vigoroso, joven aun, pues solo contaba doscientos años de existencia. No había perdido nada de su solidez y parecía presta a resistir los asaltos de los días y de las estaciones durante siglos enteros. Estaba dorada y con algunas desconchaduras como si las caricias de tantos soles la hubieran señalado incrustándose en su piedra. Sus líneas eran finas y hermosas. El Coulevai del siglo XVIII que la construyera había demostrado allí su ciencia y su buen gusto. Regresaba de las Indias. A semejanza del vino Burdeos su espíritu había mejorado en aquel prolongado viaje. Habiendo visto y aprendido mucho, después de guerrear en Francia, y traficar en los mares y de tener negocios bancarios en Pondichery había vuelto a Olorón hacia los setenta años Y entonces había pensado que ya era hora de hacerse un castillo.

En la actualidad, las altas ventanas daban sobre un parque al que un montón de primaveras le habían dado gran vigor forestal. Era una villa de pájaros. Su serenata aérea apaciguábase a fines de octubre cuando las persistentes lluvias del invierno comenzaban a hacer su ruido monótono sobre la hojarasca. Fuera de las tapias se extendían vastas tierras divididas por vallas y arboledas pobladas por las silenciosas aves de rapiña, que llegada la noche iban aleteando blandamente en busca de sustento Así, en ausencia de los propietarios humanos, las grandes leyes guerreras del hombre y de la muerte no cesaban de reinar en aquellos dominios.

Además de los huertanos, de los aparceros y de varios criados ociosos, la casa era regentada por una pareja de viejos guardas. Uno de estos era Antonia que, veintiséis años antes, le había dado a Estefanía su primer vigor con sus abultados pechos bien repletos. Ahora, Antonia estaba arrugada como una manzana de invierno y comenzaba a encorvarse.

Pero siempre hacendosa y feliz con su suerte corría de la mañana a la noche. Amaba humildemente a su marido el guarda Nicolás, veneraba el recuerdo de los amos desaparecidos, adoraba a Estefanía cuyo primer diente lo llevaba en el dedo montado sobre un arito de oro. Y execraba a sir Meredith Oswill, a quien llamaba "el repulsivo inglés". Nicolás era un hombretón alto y de fisonomía dura. Sus ojos eran límpidos y su carácter recto y limitado. Tenía el paso rápido. Un cazador furtivo le había salpicado algunos años antes el muslo derecho de perdigones. A cada luna nueva padecía dolores que le recordaban aquel maldito escopetazo. Y entonces apretaba sus estrechos labios y se iba a husmear de noche con su carabina. Los cazadores de coto cerrado consideraban prudente alejarse.

La víspera, Estefanía había anunciado a la vieja Antonia su visita.

La anciana no había dormido. Durante toda la noche había estado pensando en las cosas de casa, en los preparativos necesarios para hacer honor a lady Oswill y darle deseos de volver con más frecuencia. Al despuntar el alba había matado un pollo y un par de patos silvestres que le trajera su marido. Recorrió la vasta residencia gritando tras las criadas. Mandó abrir las celosías y Nicolás, ayudado por tres huertanos, enceraba aquellos pisos cuyos dibujos figuraban baldosines. Mientras él se ocupaba de este trabajo, preparando las recepciones, Antonia, metida en la cocina solo pensaba en las magnificencias de la mesa. Tenía allí truchas vivas del riachuelo vecino, hígados de oca que condimentaba con hierbas sutilmente olorosas, una variedad de legumbres del huerto y sabrosísimas frutas de setiembre. Como todas las bearnesas creía que una comida para una persona debe ser capaz de hartar a seis. Así a los goces de la glotonería se añade el placer de elegir. Y para Estefanía Coulevai nada le parecía superfluo.

En el fondo sólo tenía un tenebroso resquemor: pensar que el repulsivo inglés se aprovecharía de sus buenos cuidados. No dudaba verle aparecer luego con su cabeza de jabalí. A veces llamábale así, hablando consigo misma y reía en silencio. Pero Oswill le inspiraba un terror pánico. Se divertía aplicándole nombres raros y nunca el suyo. Antonia decía:

—Mira Nicolás, aunque a ese repulsivo inglés, le ves afeitado, no por eso deja de ser un Barba Azul.

Nicolás, seco y respetuoso, contestaba que no había que mezclarse en las cosas de los amos. No obstante se alegraron muchísimo cuando vieron a Estefanía sin su marido. Antonia ni siquiera se atrevió a preguntar quién era aquel señor desconocido que le reemplazaba. En cambio, se le alegró el corazón al ver cuán afables eran sus maneras junto a lady Oswill y qué dulce su voz cuando le hablaba. Estefanía, enternecida al ver de nuevo a su nodriza, la besó. Nicolás, conmovido, bromeaba.

—La señora, siempre la misma exactamente como cuando era pequeña: siguen gustándole las manzanas viejas.

Guiaron a los amos hasta el comedor. Ricos zócalos de madera antigua adornaban las paredes y sobre ellos, en cuadros esculpidos con oros apagados había pinturas con escenas de caza Y en los amplios pasillos pendían despojos de nobles animales.

La propia Antonia se había cuidado de que los cubiertos estuviesen bien puestos. Los armarios y las cómodas guarecían tesoros de plata y de mantelería fina. Mejor aun que en Biarritz Jorge sintió nesar sobre él todo el peso de la riqueza hereditaria de los Coulevai.

No por ello estuvo menos contento. La satisfacción de Estefanía, su indecible gozo por tener en fin al amor presente en su vieja morada reflejábase en cada palabra que decía. Bebieron un vino delicioso. Y concluído el almuerzo quiso ella hacerle los honores de la heredad con todo detalle.

Recorrieron los paseos, floridos con tanta solicitud como si los amos hubieran estado siempre presentes. En el cielo de otoño recortaban su silueta particular árboles de todo género, favorecidos en su desarrollo por el clima húmedo del sudoeste: robles, cedros del Líbano, magnolias, plátanos, sóforas, castaños, higueras, abetos, nísperos, sicomoros y otras veinte especies diferentes. Y junto a la casa se extendía un estanque cubierto de flores y de hiedra.

Era lo único que allí parecía abandonado. Sus aguas estaban doradas y densas, punteadas en la superficie por el florecimiento de una lenta descomposición, la de las plantas ocultas en las profundidades. Los nenúfares tardíos se mostraban profusamente con aire de bandejas chinescas y, a orillas del estanque se adivinaba todo un enredijo de brotes vigorosos que no habían sido tocados desde largo tiempo. La superficie líquida era vasta. Un puentecillo rústico, roído por las lianas y poblado de insectos servía de torpe paso a un ramalillo, a doscientos metros de la finca. Nadie le cruzaba ya por prudencia. Encontraron por azar a Nicolás y éste se excusó de aquel abandono. Ni él ni los huertanos eran ya capaces de arreglar el estanque. Durante tres generaciones habían tenido el capricho de dejarle en estado silvestre.

—Y sin embargo, convendría arreglarlo. Tal como está ahora resulta una madriguera de cercetas un cobijo de esos patos nómadas que cruzan por el cielo. ¡Ah, caramba! Se necesitarían muchos obreros para limpiarlo.

Pero a Estefanía le agradaba aquel aban-

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN LOS NUMEROS ANTERIORES

DELEONE y Dewalter llegan a Biarritz en un magnífico Hispano. Deleone tenía su mujer en Biarritz y una querida en Burdeos. El Hispano lo había comprado Deleone para regalárselo a su querida, y como quería que su mujer ignorase tan significativa manifestación, resuelve pedirle a su amigo Dewalter que, arruinado, había pensado dirigirse al Africa para rehacer su fortuna, que le haga el inmenso favor de aparecer en Biarritz como dueño del magnífico automóvil. En el Casino de Biarritz, Estefanía, bellísima esposa del excéntrico millonario inglés William Meredith Oswill, vé a Dewalter, quien le es presentado. Sabe que es dueño de un coche magnífico y lo cree tan rico como ella misma. No amaba a su marido, con quien la han casado cuando ella no era capaz de reflexionar. Sin embargo, aunca ha tenido un amante. Teme enamorarse. Lo teme especialmente por su inmensa fortuna, que constituye para cualquier mujer presa envidiable. Dewalter, con su coche magnífico y su bella estampa, la seduce de golpe y sin restricciones porque no le inspira desconfianza. Su fortuna le pone al abrigo de toda sospecha de interés. Dewalter había conocido a Oswill en el tren, antes de que su amigo le hiciese la extravagante recomendación de que quedase por dueño de un coche que no le pertenecía. Dewalter no sabía que Oswill era el marido de la linda mujer a quien acaba de ser presentado. En aquel viaje en tren, le cuenta él su situación y su pobreza y su proyecto de desterrarse al Africa. Cuando Oswill lo encuentra en Biarritz, dueño de un coche de multimillonario, le interroga a Dewalter le cuenta la verdad, pero le hace prometer que no dirá a nadie una palabra.

Estefanía y Dewalter se enamoran el uno del otro, ella con sinceridad y confianza, y él con sinceridad y honda preocupación. Estefanía no oculta su amor al marido, y éste, después de un diálogo de gran escepticismo, se marcha al Africa. Ha sabido que su mujer está enamorada de Dewalter, el pobre diablo que no tiene sino la apariencia de la fortuna en el Hispano, que no le pertenece, y esto le procura cierta felicidad maligna mezclada con un odio feroz. Nada dice por maldad y por cumplir su palabra de callar la confidencia hecha por el desconocido. Estefanía, muy enamorada, y por primera vez enamorada, se entrega a Dewalter. En seguida huye con él a su casa de campo a gozar del amor de "toda la vida", porque piensa conseguir el divorcio y casarse con Dewalter...

dono. Presentía que un mundo desconocido, jamás incomodado por el hombre, un universo misterioso y croante, dichoso de su libertad, pululaba bajo aquellas matas y aguas cenagosas y tranquilas. Pensaba que una orden suya sería orden de matanza, decreto de exterminio; que con una sola palabra, frívolamente dicha, destruiría la vida oscura creada y desenvuelta allí por cincuenta años de eclosiones sucesivas. Estefanía sonrió, contestando a Nicolás que ya lo arreglarían más adelante. Ahora la idea de la paz profunda que reinaba en el estanque, regocijaba su ánimo. A Jorge le gustó esta idea. Nicolás, demasiado sencillo para comprender, se dijo que lady Oswill era el ama y aquel fangal le pertenecía... No obstante, gruñó un poco:

—Si fuera mío lo limpiaría. Apostaría algo a que hay cadáveres en el fondo. Me han contado que en ese estanque se hundió un cazador furtivo. Parece que tuvo la desgracia de echarse en él para huir de un guarda... Fué en tiempos de Napoleón III.

Estefanía repuso:

—Dejémosle libre curso a la naturaleza... Si es cierto que cayó ahí un hombre, ya hace tiempo que habrá revivido en forma de plantas...

La tarde refrescaba y regresaron a la casa, despidiéndose de Antonia. Sin tener la audacia de concretar el por qué experimentaba una simpatía singular por Dewalter. Al verles avanzar juntos por el fondo del parque los había encontrado muy hermosos.

Estefanía besó a la vieja Antonia, y ella lloró de gozo y de ternura, diciéndole que volviera más a menudo.

—Volveremos, prometió Estefanía.

Jorge se había puesto al volante y el hispano desapareció entre las sombras violáceas de la noche. Atravesaron los pueblos que ya no distinguían más que por el temblor de las lámparas y el olor de los leños otoñales que humeaban por las chimeneas. Estefanía indicaba el camino.

Al día siguiente volvieron a Hendaya. Tomaron el te en la pastelería de miss Redge y, por la noche, se les volvió a ver cenar en la Reserva de Ciboure. Ya se atrevían a pasar de nuevo por los mismos caminos. Pensaba Estefanía que ya nada podría desunirles. Y Dewalter sabía que tres días después, habría partido.

X

Ahora, la idea de la marcha estaba tan arraigada en Jorge que ya no le causaba más que un dolor sordo. Era una pena agridulce, y como, sobre el suelo, la sombra ligera de su destino. Pero estaba bien preparado para el finis brutal de su felicidad.

La víspera, hallándose de paseo por la playa, había contemplado la frágil construcción de arena, el castillo—con zanjas, torres, puentes — que unos niños dorados como melocotones elevaban con serenidad a pocos metros del mar. Y había pensado que antes de caer la tarde, con sólo una ola producida por la marea, el gran Océano borraría para siempre hasta las huellas de su juego. Nunca más, jamás eternamente volverían a ver su construcción efímera, como tampoco vuelve a verse la misma forma de una nube. También los niños lo sabían. Y sin embargo, no ocupándose más que del minuto presente, aplicábanse con ardor a su juego. Ya empezaban a subir las aguas... Dewalter pensó que se asemejaba a aquellos niños: el mismo desierto movedizo que poco después nivelaría los granos de arena se lo llevaría a él mañana y, pronto en la playa de Biarritz alguien buscaría tan en vano el recuerdo de su aventura como si buscara la desparecida silueta del castillo construido para una hora.

Estaba tan persuadido de todo ello que su pena por perder a Estefanía se le hacía soportable. En cada uno de nosotros el subconciente trabaja al margen de la inteligencia. El suyo lo defendía. Fabricaba oscuramente el contraveneno para las intoxicaciones del pensamiento.

El viaje a Oloron le había sido saludable. Allí había tenido ocasión de contemplar frente a frente a la vieja fortuna. ¿Qué iba a hacer en aquellos dominios un emigrante como él? ¿Y Estefanía? La riqueza hallada en la cuna habíale dado una visión estrecha de la vida. ¿Qué hacía él, pues, junto a ella? La dama era bella, generosa, noble de corazón y de espíritu. Ella le amaba. Pero Jorge había comprendido que su amante no tenía la menor noción de la pobreza. Ignorábala hasta el punto de no poder imaginársela. Los problemas de dinero le eran tan extraños como los de Astronomía. Para ella, comprar, pagar, era escribir una cifra, — casi como un número de teléfono — firmar debajo y tender un cheque.

Dos días antes, un detallito, el más banal de los detalles le había demostrado perfectamente a Jorge todo esto.

Se hallaba en la pastelería de San Juan de Luz y, afuera, en la calle un artista vagabundo cantaba con la esperanza de recoger alguna limosna. En ciertos momentos hasta los amantes más refinados resultan sensibles a la trova callejera: el cantante le gustó a Estefanía. Por indicación de ella, Jorge le dió un óbolo. Y entonces en medio del placer que le causaba la canción había evocado ella:

Recuerdo, dijo, a cierto cantante de Taormina. Me encontraba allá con mi madre y lord Crawe...

Jorge conocía el nombre. Para asegurarse bien que se trataba del famoso inglés, célebre por sus rebuscas de arqueología, interrogó:

—¿El coleccionista?

—Sí, prosiguió Estefanía... Tenía aquel cantante una voz de cielo. Le dí quientos francos y durante una hora cantó sólo para mí. Quizás nos le encontremos cuando vayamos a Italia y, para nosotros dos, cantará...

Hablaba con naturalidad, contenta, y le parecía sencillísimo pagarle a un cantante callejero el precio de un artista de teatro. No obstante, llevada de su nobleza innata y de su respeto por el amor siempre había tenido la obsesión de hallarse expuesta a un engaño sentimental y que le buscasen por su fortuna. La fuerza de Oswill, al obtener su mano, quizás había emanado de hallarse sobre toda sospecha de tal naturaleza, pues como rico lo era tanto como ella. Hoy ni siquiera concebía la idea de un Dewalter pobre. Equivoda por las apariencias, arrastrada por su instinto de amarle había juzgado sin desconfianza al hombre que le gustaba a raiz de su aparición en el hispano. Deleone, al vuelo, había hablado de su rica ociosidad y sobre todo, sobre todo, Estefanía no había puesto en duda ni un segundo lo que él mismo le había referido. Los recuerdos de adolescencia contados a sus pies, cuando hizo su primera visita nocturna a la quinta, eran recuerdos dorados. No se paraba a pensarlo siquiera: creía a Dewalter rico, muy rico, como ella; y Jorge a su vez no ignoraba que ella lo creía así. Habría querido consagrarlo a ella su existencia y no separarse nunca de su lado. No obstante, convencido de la precisión de marcharse al día siguiente, hallaba en la desigualdad de sus fortunas una energía secreta. Sabía que saldría con el corazón desgarrado pero se alejaría sin chistar.

La víspera del día fatal, Jorje fué a ver a Estefanía a su casa. Era miércoles, el tercero de setiembre y aquel que cada mes dedicaba ella a sus recepciones. No había querido faltar a esta obligación acostumbrada. Además, difícilmente habría podido dejar de hacerlo. Había invitado a Jorge para el té, ansiosa de tenerle a su lado no obstante la molestia de no deber hablarle más tiempo que a las demás personas. Adivinaba que la presencia de su amante sería comentada aquella noche misma. Pero ¿qué le importaba después de lo que ya ella había hecho?

A la llegada de Jorge, los dos salones estaban llenos de todos los que, en Biarritz y sus alrededores, constituyen una sociedad hermética. Había gente que venía desde Pau para visitar a lady Oswill. Apenas si algunos visitantes menos selectos, impuestos por la estación termal y ciertas notabilidades de tránsito se mezclaban con los representes de las viejas familias del Bearne y del pais vasco. Inglaterra y España tenían allí una representación selecta. La entrada de Dewalter pasó en un principio inadvertida. Su prestancia natural, aquel desembarazo con que, a su llegada a la Costa de Plata, había adquirido las maneras y la ropa necesaria para estar a tono con aquel mundo, hicieron de Jorge un visitante más, entre los otros. Sin embargo, la fiebre de sus ojos o quizás una irradiación nacida de su estado de ánimo — el tono, acaso, con que a pesar de su estudiada reserva le hablaba Estefanía — le singularizaron un poco. Se le discernió y le examinaron. Los que no residían en Biarritz le veían por primera vez. Y con esa adivinación que produce la costumbre de las intrigas provincianas, hasta los menos enterados no tardaron en advertir que entre todos aquellos visitantes, sólo él, únicamente él, ocupaba el corazón del ama de casa. De suerte que bajo la discreción requerida, convirtióse Jorge en el atractivo de la recepción. Los mal pensados imaginaron sin ambajes lo peor. Pero a nadie se le ocurrió pensar que Jorge no perteneciese a la más distinguida sociedad. La estancia en aquel sitio le daba todas las garantías necesarias. Su presencia en el salón de lady Oswill le abría de un golpe todas las puertas. Era lícito creer: es su amante. Lo grave hubiera sido que dijesen: es un paria. A nadie pudo ocurrírsele tal impertinencia.

Por segunda vez en su vida Dewalter estuvo a punto de ver el retrato de Oswill. Esta vez quien lo impidió fué Pascualina. Llamóle, y, para hablarle, le retuvo en el gran salón, en el momento en que, algo decaído iba a penetrar en el otro y reconocer, sobre la pared, a su confidente. Pascualina admiraba a Jorge por haber logrado el amor de Estefanía. Le parecía un triunfo extraordinario, el signo de una superioridad indiscutible. Su amiga habíale explicado cómo era aquel hombre singular y había puesto en sus palabras toda la devoción de que es capaz una mujer enamorada cuando fía todos los secretos de su corazón. Pascualina se había quedado deslumbrada. Jorge era a sus ojos el héroe ideal y, — por decirlo todo, — el amante deseable para sí.

Al verle aislado, adivinando que lady Oswill padecía por no poder estar más cerca de él, Pascualina le cogió al vuelo, entablando conversación con Jorge. A distancia Estefanía pareció sonreir agradecida. Sabía que iban a hablar de ella, allá en el rincón. Al mismo tiempo escuchaba con aire de mostrar gran interés, pero casi sin oirle, a cierto personaje un tanto ridículo, alto y deslavazado, hueso y de perfecta educación, el hijo del banquero Chillet, que desde la época de Bonaparte, le hacía la competencia en el Sudoeste al Banco de Francia. Le estaba refiriendo gravemente su última caída de a caballo, el día anterior, en una cacería de zorros con el equipo de Pau. Caía regularmente tres o cuatro veces por semana y su cuerpo era un surtido muestrario de cicatrices y costurones. Hablaba de equitación y de ciencia cinegética: Estefanía no podía desprenderse de él.

—Chillet ha hecho presa en nuestra amiga, dijo Pascualina a Dewalter. Ya tiene para rato... ¡Ah, no! Afortunadamente acude Baragnas en su auxilio.

Un hombre anciano, en efecto, se aproximaba a lady Oswill. Llamaba la atención por sus ojos enormes y verdes y el tinte cobrizo de su rostro surcado de arrugas. Conservaba apostura y simpatía y, desde treinta y cinco años antes, era el amante de la condesa de Joze, sentada allí en un bergére. En pie y a su lado su marido, filósofo desde hacia largo tiempo, combinaba el medio de quedarse a pasar la noche en Biarritz y devolverla sola — con Baragnas, se sobrentiende — a Olthez de donde habían venido a visitar a lady Oswill.

Dewalter oía con cierta indiferencia todos estos detallos que Pascualina le daba con voz rápida. Cerca de ellos, el marqués de Solá, con su traje cortado en Madrid, la única ciudad del mundo donde se viste mejor que en Londres, le contaba a otro señor español, cómo el año anterior en Deuville, jugando al polo, había obtenido ventaja sobre S. M. Alfonso XIII. Y también oían, a fragmentos, una animada conversación que sostenían dos damas. Una de ellas, con volubilidad, refería su reciente visita a un convento inmediato, enclavado cerca de Anglet. Allí las religiosas reclusas han hecho voto de silencio eterno. De sus labios cerrados no sale una palabra. Y la dama en cuestión, con arrolladora abundancia de palabras superfluas, declarábase maravillada de aquella disciplina y casi a punto de entrar en el convento mencionado. Más lejos, estaba Belmonte el torero. Otro grupo hablaba de política exterior y, bruscamente un hombre de edad madura y aire formal, el señor de Saint Bremond, coronel de caballería durante muchos años, declaró que mejor estaría él en una conferencia internacional que todos los canallas de la República. Como demostración de su aserto explicó que en tres días había aprendido a jugar al mah-jong. Oiase, pues, en el salón un tenaz abejorreo.

—No le quepa duda, señor Dewalter, murmuró maliciosamente Pascualina... Aquí todo el mundo tiene los ojos puestos en usted aunque nadie lo demuestra. Dentro de un rato, al volver a los coches, toda esa gente le pondrá en tela de juicio. Y si piensan como yo le absolverán y aún añadirán enhorabuenas. Pero por muy arisco que tenga usted el carácter tendrá que perder su independencia. A la próxima recepción será menester que no se arrincone.

Bajó Pascualina la voz y dijo con graciosa malicia, aprovechando para punzarle sus ventajas de confidente:

—Una vez admitido, ya se sabe cuál es el protocolo. El amante es como la hija de la casa. Debe ayudar a servir el té. Estoy seguro de que lo hará usted muy bien.

—La próxima vez, dijo Dewalter, ya no estaré en Biarritz.

Ella se quedó mirándole, estupefacta.

—¿Qué dice usted?

Y, con un movimiento instintivo, volvió los ojos a Estefanía. Demasiado sabía, sin embargo, que hablaban en voz baja y que estaban

aislados. Hasta sus mismos vecinos no hubieran podido, sin descortesía, descifrar sus palabras. Pero la respuesta de Dewalter parecíale extraordinaria, viniendo luego de las confidencias de su amiga. Parecióle imposible que las palabras de esta respuesta no hubieran sido oídas por aquella a quien más interesaban.

Dewalter había guardado silencio. Ella insistió:

—¿No estará usted en Biarritz? ¿Dónde, ¿Dónde, pues, estará?

Jorge mintió:

—Pues... en París.

—¿Cómo? ¿En París? ¿Llamado por alguien? ¿Se dedica a los negocios? ¿Le ata a usted algo por allá?

Su amistad con Estefanía le daba la impresión de tener derecho a interrogarle.

—Ni me dedico a los negocios ni tengo atadura alguna, respondió Dewalter. Todo cuanto amo en el mundo está aquí. Pero, en fin, mi casa no está en Biarritz y no puedo vivir todo el año en el hotel del Palais. He recibido un telegrama de un amigo, casi un hermano; necesita de mí, de mi presencia y de mi firma. Y es de tal importancia para él que no puedo demorar mi marcha.

—¿Nada más? preguntó Pascualina.

Sonriendo tristemente, Jorge dijo:

—Nada más...

—¿Y ella le deja marchar?

—Sí; me dejará. Aun no he podido decírselo. El telegrama que me llama lo recibí hace una hora.

Ella exclamó:

—Si yo fuera Estefanía no se iría usted.

Lady Oswill estaba mirándoles. Pascualina le hizo una seña casi imperceptible. Se hallaba como fuera de sí, muy decepcionada por verle tan tranquilo. Y en verdad que, en medio de aquella sociedad de la que él no formaba parte, Jorge se hallaba bien sereno: para él, estaba resuelta la cuestión.

Estefanía, sin apresurarse, llegó hasta ellos después de haberle dicho, al pasar, una frase amable al señor de Solá, ocupado esta vez en contarle a la baronesa de Joze, lo mucho que se dedicaba a sus hijos S. M. la Reina de España. Jorge la vió venir y tembló de pies a cabeza. Lamentaba haberle dicho aquello a Pascualina. Al propio tiempo parecíale que anunciar su partida allí, a media voz, con aire indiferente, ante el banquero Chillet, los señores de Saint Bremond y Baragnas, la joven marquesa de Jouvre y toda aquella gente enclaustrada en sus tradiciones externas, era más fácil. Ya Estefanía le estaba ofreciendo un vasito de oporto.

—Ni siquiera tiene usted una taza de te, señor Dewalter, le dijo.

Desde un principio se había expresado ella con voz opaca para no verse obligada a cambiar de tono.

—¿Sabes lo que acaba de decirme? dijo con voz queda Pascualina. Pues me ha dicho que un amigo le reclama y que tiene que marcharse enseguida a París.

Dewalter, para aparentar serenidad, se clavaba las uñas en la piel. Ignoraba lo que Estefanía iba a responder y esperaba casi un grito. ¡Y sólo preguntó cuándo era la marcha! Aparecía tranquila y sonriente. A dos pasos de distancia, nadie de los que estaban en el salón hubiera podido afirmar que no hablaban con banalidad del sabor del te de China y de la cantidad de pedazos de azúcar que conviene echar en él.

—Creo que habré de partir mañana, respondió Jorge.

—¿Lo oyes? murmuró Pascualina.

—Lo oigo perfectamente, dijo Estefanía, y me parece muy natural que vaya a París. La temporada toca aquí a su fin. Todos los días hay gente que se va. Es la época.

Y tranquila, como una Diana después de la cacería, dió un paso hacia la derecha colocándose a igual distancia de su amante y del coronel de Saint Bremond. Moduló una graciosa sonrisa para el viejo soldado, preguntándole si también él se disponía a salir de Biarritz.

Respondió el coronel que sus escopetas ya estaban preparadas en el castillo que ocupaba en Ustaritz, entre Bayona y Cambo, y que le esperaban en Sologne.

Acto continuo precipitóse a hacer un elogio de esta región:

—En el siglo pasado la sanearon maravillosamente. ¡Ah! al menos, en aquella época los talleres nacionales eran cosa buena...

—El señor Dewalter posee un coto por aquellos contornos, interrumpió Estefanía designando a Jorge con un suave ademán. ¿No es así, señor Dewalter?

Cogido de improviso, necesitó algunos segundos para recordar que el castillo de Sologne figuraba entre sus invenciones. Pero el coronel, satisfecho del encuentro, lanzábase de nuevo a volcar ditirambos sobre los sanos goces de aquella comarca llana; y Jorge se limitó a escucharle. Estefanía les había dejado frente a frente Encontrábase ahora junto a la baronesa de Joze y muy atareada en demostrarle el placer que recibía con su visita. Pascualina, estupefacta, habíase distanciado también.

Jorge no acertaba a comprender lo que pasaba por su ánimo... ¿La liberación de haber anunciado su marcha, o dolor por la indiferencia de lady Oswill? Durante unos minutos se abstrajo de cuanto sucedía en torno suyo. Inmóvil y sonriendo con expresión vaga, oía sin escuchar las palabras del señor de Saint Bremond. Percibía, como entre una niebla palabras sueltas, vacías de sentido para él: "Perdices... matorrales... conde Clary... cuádruple..." Aunque no muy perspicaz, el viejo coronel descubrió al fin que estaba hablando en balde. Miró a Dewalter con severidad, pensó que era un fantoche y le volvió la espalda. Dewalter se encontró solo. Y entonces fué cuando recuperó la sensación de las cosas externas. Vió que su amante reía graciosamente en un grupo, a pocos metros de él y sintió el corazón apretado como en un puño.

—Todo ha concluído, pensó Jorge. Creí, en mi desvarío que dejaría huella en un alma y no va a quedar ni la señal que pueda dejar la sombra de un ala de pájaro sobre un muro. Me equivoqué...

Le dieron ganas de gritarles a todas aquellas gentes felices la historia imaginaria que había vivido por espacio de diez días. Pascualina regresó a su lado y recobró él su serenidad

—Ya ve usted, dijo Jorge, que Estefanía ha recibido muy bien la noticia.

Ella respondió:

—No me lo explico.

—¿Por qué? Varios días de ausencia, es cosa de poca monta.

Al articular esta mentira no acertaba Jorge a disimular su decepción. Realmente, había temido causarle pena a Estefanía. Pero, de todos modos, tan poca... ¡era demasiado poca!...

Pascualina adivinó vagamente lo que Jorge estaba pensando; y lo adivinaba en la medida posible de su ignorancia de la situación. Sintió el deseo de acudir en su ayuda. Y con tono amistoso le dijo:

—Estefanía le ama, señor Dewalter.

Sonrió él con amargura:

—No lo dudo. Dígale que me excuse: preparativos de viaje... ¡se encuentra tan solicitada en este momento! Esta noche, le telefonearé.

Estaba junto a la puerta y aprovechó para salir bruscamente. Ya en el recibidor, mientras un doméstico le tendía el sombrero, sintióse desfallecer y, para reaccionar, se mordió los labios con violencia. Afuera, soplaba un viento áspero del lado del faro.

Jorge murmuró:

—¡Ya está ahí el viento de alta mar!

Y se alejó.

Iba hacia el hotel, recorriendo en sentido inverso el camino que, ocho días antes, y en plena noche, pisara por primera vez. Andaba ligero pero algo encorvado. Titubeaba como un beodo o como esos mercenarios de la Legión que, entre las polvaredas del sur, sienten que toda la civilización gravita sobre sus espaldas, con la pesadez voluntaria de sus equipos.

XI

Al terminar la recepción, cuando por casi todas las carreteras de la comarca iban, en algún auto, varias personas hablando del salón de lady Oswill, de la gente que habían visto allí y en particular de aquel caballero: —Bastante chic realmente.—¿Cómo se llama?... Lewal... Dewal... ¡ah! sí... Dewalter...—Tiene una gran figura...—¿Pero es ese mismo muchacho de quien nos han hablado y que acompaña casi siempre a Estefanía?... ¡Calla... calla! ¡Y el marido de Marruecos!—y cien otras cosas... mientras tanto, Pascualina se había quedado a solas con Estefanía. La actitud de su amiga la había llenado de estupor.

—He visto que Jorge se ha ido del salón sin besarme la mano, dijo riendo Estefanía. Como es parisiense, mis provincianos deben divertirle poco. Pero no por eso dejaré de decirle que hizo mal no despidiéndose oficialmente. Cuando se obra así en casa de una mujer, parece que vaya uno a esconderse en la habitación inmediata, en espera de que se haya marchado todo el mundo.

Parecía estar muy contenta y sin la menor inquietud por el próximo viaje de su amante.

—Pero Jorge se vá... y tu le amas, dijo Pascualina.

—Biarritz es una aldea; se está aquí muy estrecho, respondió Estefanía.

Calló por espacio de algunos segundos y prosiguió gravemente:

—Sí, le amo, Pascualina. Le amo con toda mi alma. ¿No ha dicho que le llama un amigo? ¡Cuán raros son los que saben responder a las solicitudes de la amistad!...

Pascualina comprendió entonces a qué altura había colocado a Jorge en su espíritu y que no discutía lo que él afirmaba. Puesto que Jorge había anunciado que le era preciso partir es que, en efecto, debía hacerlo. No obstante sintió Pascualina cierta extrañeza. Estefanía se había resignado pronto a la separación. ¿Cuándo volvería Jorge a Biarritz? Nada decía lady Oswill de todo esto. La señora Rareteyre no consideró oportuno insistir y pusiéronse a conversar de otra cosa.

Jorge Dewalter, en llegando al Palais, había pedido su nota, añadiendo que al día siguiente tomaría el tren de la mañana. Había subido a su habitación, comenzando a arreglar por su propia mano las maletas, sin auxilio de criado alguno. Pero, desde su arribo a la Costa de Plata, había hecho muchas compras y le era imposible llevárselo todo en las únicas maletas de mano que poseía, pues sus baúles se habían quedado en Burdeos. Frente a esta dificultad, en la que no había pensado, interrumpió su tarea y, hastiado repentinamente de todo, se echó sobre la cama. Por la ventana abierta penetraban los estremecimientos del crepúsculo. Abajo, se escuchaba la orquesta.

Pensaba:

—"Estoy aquí, en Biarritz, por última vez de mi vida. Jamás veré de nuevo estos lugares frívolos y agitados donde, por espacio de dos semanas, he puesto mi corazón a prueba. ¡Dos semanas! Han desaparecido como agua que se evapora. Guardarán para mí una existencia metafísica. ¿Qué significarán para Estefanía? ¡Ah! ¡Bien acabo de comprobarlo..."

Seguía atónito por la indiferencia que había demostrado ella. De manera que sin que no se lo hubiese dicho nadie y aún sin conocer el verdadero motivo, ¿había ella previsto la próxima separación? Y de no haberlo previsto, ¿cómo hubiera podido recibir la noticia sin dar la menor muestra de extrañeza?

Sintió Jorge clavársele en el corazón un vacío agudo como un cuchillo. Y se quedó como si se le escapara la sangre a chorros, desfalleciendo progresivamente. Sintióse abrumado por un dolor verdaderamente físico. No hacía el menor movimiento y por sus arterias circulaba la fiebre. Parecióle ser presa de un delirio y estar ya tendido sobre el suelo del Senegal. Guardaba en el cerebro imágenes que se había creado de aquel país, apariciones de bosques húmedos, llanuras tristes, sombras tétricas y densas bajo un sol blanco, de tan ardiente, y una soledad espantosa. Y empezó a sufrir con tanta acuidad en su cuerpo y en su espíritu que se quedó incapaz de hacer un movimiento. Había perdido la noción de que no estaba ya allá, desplomado como un negro sobre las dunas, sino en el tercer piso del antiguo palacio de la emperatriz Eugenia. Aunque conservaba los ojos abiertos ya no veía los verdaderos objetos que le rodeaban y permaneció así largo rato, sin luz, hasta mucho después de haber cerrado la noche. Cuando pensaba en Estefanía ya no la contemplaba tal como había visto poco antes en un salón sino como cuando la había tenido entre los brazos. Era como una aparición de su amante perdida. Y entonces, una angustia física, un dolor de bestia enferma le hacía gemir, quejarse suavemente sin tener noción de que lo hacía. Jorge sollozaba transido de pena, de recuerdos, ya nostálgicos...

Y cuando ella entró, cuando la vió verdaderamente, y posó ella la mano sobre su pobre frente, Jorge se irguió como despertando de una pesadilla y dió un grito de júbilo. Chilló como pueden hacerlo las bestias henchidas de ternura que ven de nuevo a su amo. Se alzó hacia ella y estrechándola furiosamente contra él rompió a llorar. Devolvióle ella las caricias, satisfecha y sorprendida por aquel frenesí que no acertaba a comprender.

Cuando Estefanía le hubo calmado, consolándole durante un buen rato, Jorge se apaciguó. Prodigábale ella sus mimos en la penumbra con ternuras infinitas; y con labios ardorosos bebía las últimas lágrimas de su rostro.

(Continúa).

Impreso en los talleres de la Emp. "Zig-Zag"

CURA GÁSTRICA

Gelosa, Gelatina, Caolín purificado

ARDOR ACIDEZ
PESADEZ CALAMBRES

GASTRALOSE

M.R

TABLETAS

Dosis.

DOS TABLETAS UNA MEDIA HORA ANTES DE CADA UNA DE LAS COMIDAS PRINCIPALES,
POR LA MAÑANA AL LEVANTARSE POR LA NOCHE ANTES DE ACOSTARSE;
EN CASO DE NECESIDAD EN EL MOMENTO DE LAS CRISIS DOLOROSAS.

La GASTRALOSE tomase al natural o disuelta en un poco de agua

LABORATORIOS LICARDY _ 38, B^d Bourdon _ **NEUILLY - PARIS**

SÉDALOSE

M.P.

SEDANTE
DEL SISTEMA
NEURO-VEGETATIVO

estados espasmódicos
excitación nerviosa
neurastenia
psicastenia
melancolia
insomnio

LABORATORIOS
LICARDY
30, Bd BOURDON
NEUILLY-PARIS

Fórmula: (Solución 40 cm/3). Passiflora incarnata (extracto fluido); Crataegus Oxyacantha; Beleño (extracto blando) sesenta centigramos; Glicerina; Jarabe de cáscara de naranjas amargas CSP.

CINZANO

VERMOUTH

M. R.

N.° 4

$1.20

PREPARANDO LAS ARMAS

Para Todos

M. R.

Es propiedad

La belleza femenina

No se consigue sólo con los afeites y trapos.

LA buena salud y la constitución vigorosa del organismo hacen más por ella que todos estos MEDIOS ARTIFICIALES.

PROTEJA Ud. la salud robusteciendo el organismo con un plato cuotidiano de

Avena Gavilla

(PORRIDGE)

en leche y pronto su silueta adquirirá las curvas clásicas de la belleza femenina y su cutis, cual fresco pétalo de rosa, tendrá la transparencia y la frescura que no dan las sedas, ni los bonitos sombreros, ni el rouge.

HAGA preparar diariamente AVENA GAVILLA en leche o consúmala en la

Casa de Leche "LA PRIMAVERA"
Restaurant Naturista

y principales Cafés, Salones de Te, Restaurants, Hoteles, Etc.

EL ANTOJO DE LA RECIEN CASADA.—

Por O. Henry

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
DIARIOS Periódicos y Revistas Chilenas

LA luna de miel estaba en su cenit. En el modesto departamento pintado de fresa, todo era nuevo: el tapiz, las cortinas, los muebles y la felicidad de los esposos. La señora se balancea en una silla ad-hoc, figurándose que vaga en pleno azur, con los pies apoyados sobre un mundo sometido a su ley. Envuelta en azules sueños y metida en un kimono del mismo color, se preguntaba lo que los pueblos de la India y de la tierra del fuego, y también los de Groenlandia, pensaran de su matrimonio con Martín Burney, "self made man", antes nómade y celibatario, y hoy día campeón "amateur" del Estado de Nueva York, para el box y el pugilato.

Se preguntaba todas estas cosas sin inquietud, porque, después de todo, ¿qué le importaba la opinión del mundo? Existía un hecho indudable contra el cual la tierra entera hacía tres semanas, Martín Burney, "amateur" no podía nada: desvenc i b l e, era su potencia de su amor.

El esposo mira a la esposa, conshacerlo caer a sus pies. Tal era la hacer sino una pequeña mueca para maridito, "su queridito", y nada más te leguas a la redonda, ningún rival cosa respecto de ella. No tenía que le había resistido más de cuatro rounds. Pero no podía él decir otra que de ella sola. En un radio de veinciente de su fuerza y como sorprendido de su propia debilidad. Cruza sus pequeños pies, se estira, levanta los ojos al techo, abre los labios golosos, y con la misma voz que Cleopatra debió pedir a Antonio Roma dice:

—Tesoro mío, quisiera comerme un durazno...

Era febrero y daban las diez de la noche.

El campeón "amateur" se levantó sin decir nada, completamente dueño de sí. Se puso su abrigo y su sombrero y con una voz donde no se trasluce la menor emoción:

—Voy por uno, dijo.

—Pero pronto — dijo ella — ya sabes que no me gusta quedarme sola. Uno grande, uno muy maduro.

Y se dijeron los más conmovedores adioses, como cuando se parte, por ejemplo, a dar la vuelta al mundo a bordo de un velero.

Una vez en la calle, Martín se alzó el cuello de su sobretodo y consideró las cosas con atención. La noche estaba negra y las calles relucían con el hielo. El problema no se presentaba fácil. Se trataba de extraer de lo desconocido el fruto color de sol, el tesoro de la Persia brillante. Martín encendió su pipa, y se hundió en el decorado nocturno.

Para satisfacer su conciencia, hizo una estación ante la frutería italiana: "La bella piamontesa". Las naranjas palidecían bajo las camisas de seda; las manzanas mostraban el candor de sus relucientes mejillas; las bananas anémicas, languidecían fatigadas de tanto aguardar el sol.

—¿Duraznos?, dijo Martín, procurando hablar en la divina lengua del Dante.

—Povero: — supiró la vendedora — Es demasiado temprano para los duraznos. ¿Quiere usted naranjas?

Pero no se trataba de naranjas.

Martín marchó a casa de su amigo Callahan, que tenía una casa con café, restaurant y juego de bolas abierto toda la noche. Le contó lo que le acontecía; que le hacía falta un durazno inmediatamente, porque a su mujercita se le había ocurrido comerse uno antes de dormir. Peto Callahan levantó al cielo sus grandes brazos flacos. ¿Duraznos? ¡Ni uno sólo, no tenía ninguno!... Ni siquiera en Broadway había todavía...

Martín fué a muchas partes, y luego a muchas partes más aún. De tal manera que, cuando llegaron las doce, él se encontraba, buscando todavía, en los bajos de la West-Side Avenue, donde no estaban ya abiertas sino las casas donde no es costumbre de ir en busca de duraznos. Y allá lejos, en el pequeño departamento, todo color de fresa, la esposa se balancearía seguramente, algo sorprendida quizás, de que su marido la abandonase durante tanto tiempo, pero segura, en cambio, de que el almanaque y el zodíaco, no podían oponer más de cuatro rounds ante el campeón del Estado de Nueva York para el box y el pugilato.

¿Está usted descorazonado?

No, Martín Burney no estaba descorazonado: impaciente, solamente, un poco impaciente. Al otra lado de la calle, divisó una frutera, dispuesta a cerrar su despacho. De un salto alcanzó el espacio que le separaba de ella y empujó la puerta que iba a interponerse entre él y el tesoro buscado.

—¿Tiene un durazno?, dijo.

—Ni uno sólo, señor, antes de tres semanas: pero tengo las más hermosas naranjas, nacidas todas bajo el hermoso cielo de Valencia.

Con la misma voz con que Cleopatra debió pedirle Roma a Antonio: —"Amor mío—dijo—quisiera comer un durazno."

Martín se alejó en la noche helada. Las calles parecen de acero, los faroles alumbran las fachadas lívidas. Suena una hora... Y ni un sólo durazno. Y allá lejos la esposa...

A la derecha en una calle, Martín divisa la fachada verde de una posta de policía. ¡Una inspiración! El conoce al brigadier de la posta que guardaba las canteras en Harlem, en el tiempo en que Martín trabajaba en casa de Corrigan.

—¿Está aquí el capitán? — preguntó.

—¡Ah!, Burney, yo le creía a usted en viaje de novios.

—Sí... pero volví ayer...

—Bien, pase mañana a verme.

—¿Mañana?, no, sería demasiado tarde. Es necesario que sea esta misma noche. Yo le traigo una idea. Y si usted quiere ponerle la mano encima a Denvre Dick.

—¿El boxeador?... ¿Pero se está usted burlando de mí? Hace dos meses que todo eso es un asunto finiquitado,

—Error. Después que se hizo coger en la calle 43, ha reabierto en nuestro distrito. Se juega grueso. Los asuntos de juego me interesan.

—¿En mi distrito? — dijo el capitán.

—A trescientos metros de la comisaría. Tan cierto, como que lo he visto por mis propios ojos.

—Vamos allá entonces. ¿Puede usted ayudarnos? ¿Tiene usted sus entradas? ¿Cómo hacer?

—Hay dos medios. O meternos a fuerza de puños, o aprovechar que los cerrojos no estén puestos. Tome diez hombres y un coche. Es muy frecuentado.

Cinco minutos después, once policeman entraban detrás de un guía en una casa aparentemente virtuosa. Dos de los agentes llevaban hachas de abordaje. En el tercer piso, Martín designó una puerta. Reinó un gran silencio. Con un gesto, las hachas hicieron pedazos los vidrios. Se levantó un rumor y la puerta cedió. Con el revólver en la mano, el brigadier y los suyos penetraron al recinto. Martín empezó a conocer lo que era impaciencia.

—¡Oh—dijo—qué fastidio. Si lo que yo quería era una naranja!

En el salón de Denver Dick, todos los juegos están en su elemento. Un clamor llena el departamento. Llueven los golpes... Denver Dick en persona hace su aparición y se encuentra frente a frente con Martín, que fué tantas veces su rival y siempre con fortuna. Denver adivina la denuncia. El ve rojo, cae sobre su rival y se traba una descomunal batalla. Los dos hombres ruedan sobre el piso, procurando cada cual coger al otro por el cuello. Denver Dick no piensa sino en vengarse. El campeón, más dueño de sí, no olvida lo que ha venido a buscar, y se deshace de él poco a poco. Denver no tiene tiempo de evitar un golpe de cabeza en pleno estómago, vacila y cae contra la muralla. Momentos después llegan cuatro agentes y Denver queda de nuevo fuera de combate.

Martín no le mira siquiera. Entra en el Club, mientras en la pieza del fondo, donde encuentra sobre una mesa y en una vajilla de plata, suntuosas vituallas.

¡Y cuántas frutas!: naranjas, peras, bananas, higos, uvas... ¡Maldición! ¡Y ningún durazno! Ni uno. Martín tiene que hacer grandes esfuerzos para mantenerse dueño de sí. Sobre la misma mesa, una caja de cigarros Princesa, se le ofrece tentadora. La desdeña y lanza al suelo una última mirada de esperanza. De deslanza al suelo una última mirada de esperanza. De delanza al suelo una última mirada de esperanza. De delbajo del mantel, que cae hasta la alfombra, dos suelas se divisan. ¿Los pies de un cadáver? Martín los tira hacia sí, y extrae a la plena luz, un pobre negro más muerto que vivo, flotando en un traje demasiado grande para su talla, con una corbata blanca, una servilleta bajo el brazo, que implora y le suplica y le pide

PIO BAROJA

Por E. ESTEVEZ-ORTEGA.

DON PIO es avaro de palabras, avaro de ademanes, de cordialidad, y tal vez... de nada más... De chico tenía exiguas ambiciones. Entrar de dependiente en una tienda honesta y tranquila para poder leer novelas detrás del mostrador, en las pausas que fuera abriendo su menguada clientela. Ya hombre, sus sueños de la infancia tuvieron cierta realidad, por amor de un tío suyo, que le requirió —cuando era médico rural en Cestona—para que viniese a Madrid a regentar una acreditada panadería que aún hoy subsiste. ¡La cosa tiene miga!, que diría Muñoz Seca. ¿Ha influído el ambiente aquél en la obra y espíritu de Baroja? Acaso. Pero el influjo fué contraproducente. Baroja, demócrata, anarquizante, republicano por convicción, proletario por afinidad ideológica, al enfrentarse con la vida. se sintió engañado, y tuvo más de un punto de vacilación. Nadie mejor que él pudo decir el manido adagio: "Una cosa es predicar..."

Pío Baroja, visto por el caricaturista Maribona

Pudo decirlo, y a lo mejor no lo dijo; pero lo ha debido pensar muchas veces. De ahí su natural hermético y ese aire cavilante de sus paseatas silenciosas. ¿Desdeñó la política, como tantas otras cosas gentiles y deliciosas de la vida, por un vulgar desengaño cualquiera, por unas frases de desdén, o por oculta o íntima amargura? ¿Desdeña su literatura también? Vamos a verlo.

—¡Chis, chis!... Don Pío: ¿tiene usted preferencia por algún libro suyo?

—No; por ninguno. No pienso en ellos, sino en lo que tengo que hacer...

—¿Qué libro le costó más trabajo escribir?

—No sé... Creo que "La busca", pero no estoy muy seguro.

—¿Ha sentido usted alguna vez la tentación de modificar algo de lo publicado?

—No, señor; nunca. Por la razón de que no me ocupo de lo ya publicado. No soy un parnasiano, y no pienso absolutamente nada en la posteridad. Si mis libros duran treinta años, me parecerá suficiente...

Se nos ocurre de pronto, por extraña asociación de ideas, pensar en algunos de sus personajes, tan íntegros, tan cabales, tan corpóreos. Avinareta, el padre Chamizo, el doctor Aracil, Natalia, Zalacaín, etc., etc., y entonces preguntamos al autor de **Memorias de un hombre de acción**:

—¿Desearía usted vivir la vida que ha imaginado para algún personaje suyo?...

Pero Baroja se encoge de hombres y exclama sencillamente:

—Las cosas absolutamente imposibles no las pienso.

Podía pensarlas... Y en cuanto a la imposibilidad, cabría amplia discusión. Pero, buena, no es cosa de enzarzarnos ahora en polemizar de si éste o el otro personaje es o pudiera ser Baroja; o si Baroja podría comportarse en la vida como éste o aquél otro personaje suyo; o si sus personajes hablan en nombre de él o hablan por hablar... Además, se nos ocurre en seguida otra pregunta:

—¿Qué concepto tiene usted de su obra?

—Tengo un concepto oscuro—nos dice el autor de "Las cavernas del humorismo".—No sé si está bien del todo o no... No me chocaría nada que mis libros estuvieran bien, y no me chocaría tampoco nada que estuviera mal...

—¿Le ha afectado la crisis del libro, de que tanto se habla?...

—¡No sé!...

—¡Hombre!...

—Creo que nada... Por ahora voy subiendo muy despacio en la ruta.

Estas sencillas y sinceras palabras del maestro sí que nos causaron dolorosa sorpresa. Nuestra mirada corrió por ringleras de libros, de tejuelos, rara vez prometedores. Un batiburrillo incomprensible, deleznable, de autores y títulos igualmente vacuos. ¡Raramente el libro apetecido o el autor digno. Avalancha, en cambio, presuntuosa e inútil. Allí estaban muchos... Baratitos, sin abrir siquiera. Inmenso saldo de ex-favoritos, de nuevos, de genios recién hechos;... ediciones íntegras y definitivas a precios inverosímiles — el papel vale más—de laureados y todo... (¿Se lee? ¿No se lee? ¿Se publica mucho?—Sigue en pie la interrogante de los tiempos de **Fígaro**).

—Es injusto que usted no venda mucho, Baroja. Porque usted es un novelista...—exclamamos de pronto, sinceros convencidos. Y luego añadimos:

—¿Cuál es su distracción favorita

—Leer. O quizá, mejor, releer. Más que leer me gusta hablar; pero hay pocas personas con quien me gusta hablar...

—Soy de su misma opinión, D. Pío... Pero, ¡ay!, dichoso usted, que al fin puede charlar con quién le plazca. Pero yo, ¿sabe usted?, por deberes informativos, me veo precisado, bien a pesar mío, de cuando en vez, a entrevistarme con gente conocida... ¡Hay! D. Pío. Algunas veces... ¡no quiero ni pensarlo!...

SI....

por Rudyard Kipling.

Si puedes estar firme cuando en tu derredor
todo el mundo se ofusca y tacha tu entereza;
si cuando dudan todos fías en tu valor
y al mismo tiempo sabes excusar su flaqueza;
si puedes esperar y a tu afán poner brida,
o blanco de mentiras esgrimir la verdad
o siendo odiado al odio no dejarle cabida
y ni ensalzas tu juicio ni ostentas tu bondad;

Si sueñas, pero el sueño no se vuelve tu rey;
si piensas y el pensar no mengua tus ardores;
si el Triunfo y el Desastre no te imponen su ley
y los tratas lo mismo, como a dos impostores;
si puedes soportar que tu frase sincera
sea trampa de necios en boca de malvados,
o mirar hecha trizas tu adorada quimera
y tornar a forjarla con útiles mellados;

Si todas tus ganancias poniendo en un montón
las arriesgas osado en un golpe de azar,
y las pierdes, y luego con bravo corazón
sin hablar de tus pérdidas vuelves a comenzar;
si puedes mantener en la ruda pelea
alerta el pensamiento y el músculo tirante
para emplearlos cuando en tí todo flaquea
menos la Voluntad que te dice: "Adelante";

Si entre la turba das a la virtud abrigo;
si marchando con Reyes del orgullo has triunfado;
si no pueden herirte ni amigo ni enemigo;
si eres bueno con todos, pero no demasiado
y si puedes llenar los preciosos minutos
con sesenta segundos de combate bravío.
tuya es la Tierra y todos sus codiciados frutos,
y lo que más importa, serás Hombre, hijo mío.

Versión de EFREN REBOLLEDO

EL ANTOJO DE LA RECIEN CASADA

(Conclusión).

por Dios que no le haga daño. Con su sólido puño sujeta al negro contra el suelo, y con la otra mano le mete una Browning bajo la nariz, gritándole con voz que procura hacer terrible:

—¡Encuéntrame un durazno, o perderás la vida!

El otro llora.

—¡Pero si no tengo ninguno! ¡Había tres docenas cuando se comenzó a jugar y ya se los comieron todos!

Martín aprieta más.

Pero estaba escrito que el negro no debía morirse en aquel día. Seguido siempre por la Browning, él escudriña todo: la despensa, la cocina, el salón. Por fin, en el bolsillo de un abrigo abandonado en el vestuario, pone la mano sobre una cosa redonda, fresca y aterciopelada, un durazno rosa, rico, grueso, madura, el último.

Martín lo coge, y la tempestad que rugía en él se apacigua. Lo mete en su bolsillo, abandona al negro sin preocuparse para nada más de él, y coge la escalera, ignorando lo que ha sido de los agentes, de Denver y de todas las cosas.

Fuera, se lanza a correr. El recuerdo de sus penosas búsquedas se desvanece. La alegría del triunfo lo vuelve más ágil que una pluma. Los caballeros de la Edad Media, debían volver así junto a sus damas, tras de las grandes y sostenidas luchas.

Martín corre, pero mucho menos de lo que quisiera, a causa de un dolor que lleva en el costado y que se hace mayor a medida que se acerca a su vivienda. Temiendo no poder llegar hasta el fin de un golpe, se detiene en una farmacia para que le examinen. Enseña la parte dolorida sin soltar el durazno. El boticario palpa largamente el flanco extriado de manchas violetas y decorado por un tatuaje que representa un buque marchando a velas desplegadas. No le encuentra, sin embargo, nada roto.

—El señor—dice—¿ha debido caer de un rascacielo?

—¿Cuánto?—dice Martín.

Paga y pide una escobilla de ropa.

Como a las tres de la mañana llega.

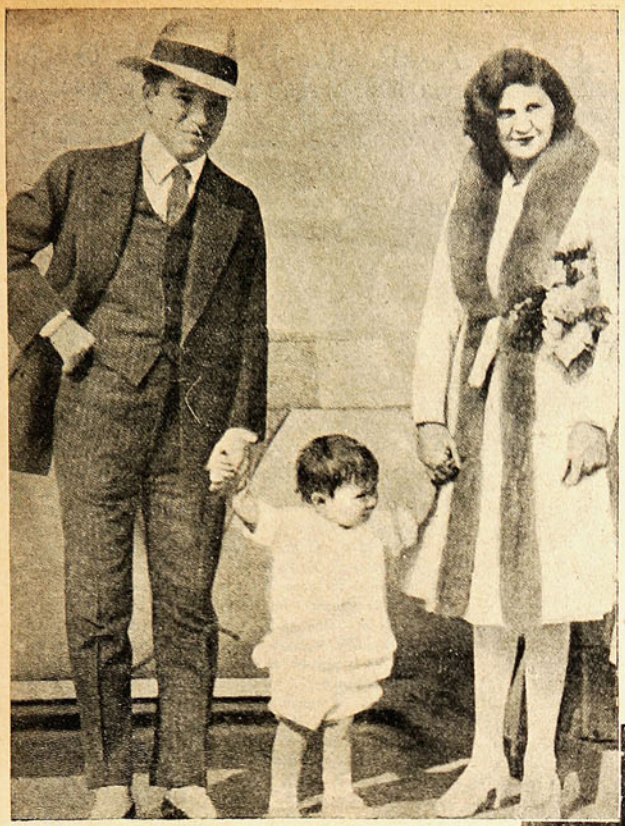
La lámpara brilla todavía. Inmóvil en su sillón, la señora se había adormecido. Abre los ojos y reconoce a su esposo. En su mano, toda magullada, el campeón mantenía la fruta tan deseada y su rostro sonríe con una inefable sonrisa.

Pero la señora hace una mueca y levanta su dedo, rechazando con suavidad:

—¡Pero, hijo mío!—dice—¡por qué me traes un durazno! ¡Si lo que yo quería era naranja!...

Con su sólido puño, mantiene al negro cogido, y con el otro, le mete una Browning bajo la nariz: —"Encuéntrame un durazno, o te mato."

CHAPLIN EL HOMBRE MAS DESGRACIADO...



Era en tiempos de paz conyugal, cuando sólo reclamaba la atención pública por su arte soberano el famoso comediante de la pantalla.

YA SABEMOS que la justicia de los Estados Unidos—rueda de molino trituradora de hombres, movida por una corriente de prejuicios e intereses, de orgullos e intrigas—falló en favor y provecho de Lita Grey el pleito de divorcio entablado por esta mala actriz y peor mujer contra su marido Carlos Chaplin, el glorioso Charlot...

Lita Grey obtuvo, con su divorcio, gran parte de la fortuna de Chaplin. Tal divorcio y tal fortuna fueron la única razón y el único objeto del matrimonio de Lita Grey. Pero tras de esta figura abominable de divorciada rapaz; tras de ese íntimo drama de la duplicidad, urdido lentamente, al correr de los años, hay algo que no aparece: una mano que desde la sombra mueve las marionetas, y para la cual fué Lita Grey, con su maldad y su ambición, un instrumento... Para hallar esa mano, habría que buscar en los secretos de los grandes consorcios cinematográficos... Chaplin es hoy, entre los actores del teatro del silencio, el único independiente: el único que para editar una película como "El Circo", no terminada todavía y en la que van gastados ya novecientos mil dólares, no necesita nada de nadie; el único que es, a un tiempo, autor, intérprete, director, capitalista y administrador de sus propias producciones... Era necesario, para evitar una competencia ruinosa, privar de sus alas a este genio demasiado universal... Las mejores, las más sólidas plumas de esas alas quedan entre las uñas de Lita Grey... La victoria de esta mujer es una victoria más de las fuerzas ocultas que dominan la vida en los Estados Unidos; es, también, la victoria necesaria de la norteamericana contra el extranjero que es Chaplin en Norteamérica... Terminado "El Circo" y liquidados sus asuntos, Chaplin volverá a Europa, donde nació y donde formó su talento... Y seguirá siendo, en Londres, en París o en Berlín, el genial ,el glorioso, el único **Charlot**... La América del Norte, la América de Lynch, de Monroe y de Mac-Kinley, la América dura y triste habrá perdido, en cambio, una luminaria de gracia que el mundo imaginaba suya, y que, como tantas otras cosas, es nuestra...

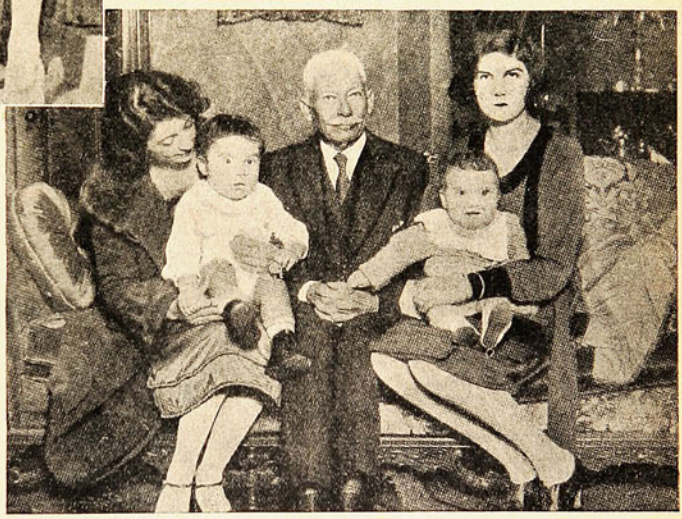
*

El padre de Chaplin fué un cómico, un "excéntrico" inglés... La madre de Chaplin fué una cantante española... Y Chaplin nació en Francia, en Fontainebleau, el 16 de Abril de 1889.

A los ocho años de edad, el pequeño Charlie trabajaba ya, formando parte del "número" de su padre... Imitaba a los actores ingleses de aquella época, y hacía de ellos caricaturas muy afortunadas... Pero el padre murió, y la madre no halló contrato... Entonces comenzó para Charlie y para su hermano Sydney una época de miseria... La madre cosía, y los niños iban a recoger y a entregar la labor, recorriendo largas distancias a pie por las calles de Londres... De esos años inolvidables le quedó a **Charlot** la profunda melancolía que presta a su comicidad una de las razones del éxito: el contraste... Más tarde, Chaplin volvió al teatro... Tenía diez y siete años cuando ingresó en la compañía de Frey Karno, que cultivaba ese género especial de pantomima inglesa, cuyos intérpretes necesitan ser actores, bailarines, acróbatas, prestidigitadores y payasos... Y con los **sketchs** tradicionales de esa pantomima—"La vuelta del borracho", "El prestidigitador torpe", "Una noche de Club", y otros semejantes—se formó la personalidad artística inicial de **Charlot**... **La compañía Karno fué a Nueva York** en 1910, y Chaplin, que seguía en ella, se interesó mucho por las películas cómicas presentadas, entonces, por el "Biograph"... Dos años después, y al término de otra expedición a los Estados Unidos, Chaplin comenzó su carrera cinematográfica en los "Keystone Studios", bajo la dirección de Mack Sennett y con contrato de un año. Durante esos doce meses, **Charlot** impresionó cuarenta películas que fueron, más que nada, otros tantos esquemas ideados en torno a un tipo todo sorpresas y paradojas. Pero en tales esquemas aparecía la nueva fórmula de la comicidad cinematográfica basada en un carácter y una acción perfectamente definidos e inteligibles, sin necesidad de los largos y complejos epígrafes que hasta entonces precedían a las escenas y las explicaban.

De los Keystone Studios, Chaplin pasó a la Essanay en 1913. En quince meses aparecieron otras once creaciones del ya famoso actor. Más tarde, en 1916, Chaplin comenzó, por cuenta de la "Mutual", la serie de doce películas entre las que figuraron "El vagabundo", "El noctámbulo", "El usurero", "El policía", "El maquinista" y "El emigrante", magistrales estudios en que la figura siempre cómica de **Charlot** se eleva ya sobre su primer nivel y aparece con trascendencia filosófica.

Esta ascensión se acentuó, rapidísima, en los años que mediaron desde 1917 hasta 1922, y que fueron empleados por Chaplin para realizar las ocho películas contratadas por la "First National", y a cuya serie pertenecen "Charlot soldado", "Un idilio en el campo", "Vida de perro", "Día de paga", "El peregrino" y "El chico", la admirable tragicomedia que dió ocasión de revelarse a Jackie Coogan. Posteriormente a esta labor, comenzó Chaplin a trabajar asociado a Douglas Fairbanks y a Mary Pickford primero, y sólo después, "La opinión pública" y el célebre "Gold Rush", obra maestra de la cinematografía actual, fueron las últimas producciones de Chaplin antes de iniciar en 1926 la impresión de "El Circo", formidable esfuerzo que han venido a interrumpir la demanda de Lita Grey, las intervenciones judiciales, y la campaña de falso puritanismo que en derredor de esta historia están llevando a cabo los enemigos del insigne actor.



Y he aquí a Lita Grey, la mujer sobre quien pesa el dolor de un hogar truncado, refugiada con sus hijos en casa de su abuelo y su madre.
(Fots. Agencia Gráfica)

*

Esos enemigos no son únicamente los rivales en la profesión o los competidores en la industria; a esa legión se suman los incontables de la estupidez y de la hipocresía. El tipo creado por Chaplin, el **Charlot**, es el nombre sin suerte, perpetuamente rebelado contra las injusticias de la sociedad y del destino... Es un vencido que no se resigna a la derrota; pero que sabe, por dura experiencia, todo lo que hay que temer de la crueldad humana... Es débil, pero astuto... Es tímido, pero cuando se presenta la ocasión propicia se torna audaz y agresivo... Es humilde en apariencia, pero de vez en cuando se alza en él, inesperado, el orgullo de una dignidad irreductible... Es ingenuo, porque tiene buen corazón; pero en la lucha contra el mal su ingenuidad se cubre con armadura de cinismo... Es, en suma, la figura sintética del hombre, erguido contra los demás hombres, en el desierto de la humanidad... Esa figura hace reír; pero mucho más hace pensar; y, sobre todo, hace pensar de igual modo a los blancos y a los negros, a los amarillos y a los cobrizos, a los europeos y a los americanos, a los africanos y a los asiáticos, al habitante de la gran ciudad y al ranchero perdido en el campo, al analfabeto y al intelectual...

Carlos Chaplin es el único hombre a quien conocen, comprenden y aman, en el mundo, casi todos los seres humanos sin distinción de razas, ni de religiones, ni de nacionalidades... Un hombre así, dueño, además, de un alto espíritu crítico, puede ser algo más que un artista; puede ser, con aspecto nuevo, un apóstol... Y en algunas películas como "El chico", "El peregrino" y "Charlot soldado", la risa provocada por Chaplin conmueve las bambalinas de la farsa social...

ANTONIO G. DE LINARES

TEORIA DEL CHARLESTON

Por JOSE MARIA SALAVERRIA

LOS higienistas dicen que para evitar el cansancio conviene cambiar el género de actividad. Yo creo que también puede evitarse la fatiga (la fatiga nerviosa) cambiando el motivo de diversión. Si yo, por ejemplo, me obstino en divertirme con la lectura apasionada y como enfurecida de una serie de libros concienzudos o con el desfile de una infinidad de ideas más o menos trascendentales, lo justo será que me precipite de golpe en un mundo de diversión radicalmente opuesto. El alma entonces se refresca y recupera toda su indispensable aptitud para el regocijo, para la amenidad.

El baile del charleston, verbigracia. Entre la lectura de unos libros concienzudos y la contemplación de un baile de esa especie, el tránsito es suficientemente profundo, radical, como para que el sistema nervioso sufra el efecto de un brinco. Las ideas que andan por la mente hacen allí dentro una real pirueta, y los ojos, asombrados, se van detrás de las piernas de los danzarines que bordan sobre el piso encerado del salón del "thé dansant" las más estupefacientes filigranas.

Es el instante en que el amigo nos sorprende, se acerca y exclama:

—¿Pero a usted le diviertan esas insensateces? ¿Es posible que un hombre de su inteligencia y sus hábitos encuentre placer en contemplar los ejercicios acrobáticos de unos jóvenes que se diría que han perdido la cabeza a fuerza de libaciones? ¿Se puede siquiera llamar baile a una cosa que iría bien llamándose simplemente mojiganga?

Yo le he contestado a mi amigo que en muchos momentos de la vida el hombre discreto tiene necesidad de ejercer de Pilatos. Necesitamos lavarnos las manos frecuentemente, si no queremos convertir nuestros días en consecutivos e implacables dramas. Yo estoy en un salón; el ambiente es amable y lujoso; hay muchas mujeres hermosas, muchos caballeros elegantes; se oye el gemir de los violines, el cantar de las risas, y unas cuantas parejas se prestan por añadidura a divertirme con sus bizarrías. ¿Para qué discutir? Yo no tengo la culpa de cuanto en el salón se trama. Yo soy ahora el discreto espectador que se lava las manos.

—Pero usted con su presencia, que resulta un asentimiento, contribuye a la legitimación de una insensatez. En las épocas de crisis, el oficio de Pilatos ni es permisible ni decente.

—¿A qué crisis se refiere usted en este caso? ¿Qué es lo que ahora está en crisis? ¿La danza?

—Naturalmente. El baile ha perdido en nuestros días toda su dignidad.

—Le confieso a usted—he dicho a mi amigo—que yo daría cualquiera cosa porque el hombre no se desposeyera nunca de la dignidad. Yo no imagino, pero ni mucho menos, que el hombre se encuentra en el mundo para nada; creo, por tanto, que por lo mismo que su papel es de importancia, está obligado a guardar cierta compostura.

Reconozco que el charleston no añade prestigio a los seres humanos, y puestos a inventar, me hubiera alegrado mucho que los jóvenes hubiesen inventado un baile algo más elegante. El hombre, lo mismo que la mujer, necesitan bailar. Es un ejercicio que se practica desde que existen hombres y mujeres sobre la tierra. Pero en esto, como en todas las cosas, el hombre no acierta siempre; se parece al poeta, que un día está inspirado y otro día no lo está.

Carguemos la culpa a los dioses,, que son los que deciden en punto a inspiración. Por lo que nos revelan los motivos escultóricos, se ve que los griegos estaban verdaderamente inspirados en cuanto al arte de bailar; es cierto que los griegos, predilectos hijos de los dioses, estaban inspirados en casi todos los menesteres de la inteligencia. Pero sin ir tan lejos, bastará que nos remontemos unos años hacia atrás para descubrir el baile que llamaremos digno. Fué ayer todavía, cuando reinaba el vals, esa magnífica función coreográfica que convertía un salón en algo al mismo tiempo majestuoso, elegante y sonriente. Nosotros pertenecemos a una generación ritmada con los compases de Valdteufel. Ese ritmo, que se ha hecho en nosotros naturaleza, al chocar con el ritmo actual (aire de fox-trot, y sus similares o correlativos) produce el efecto de una detonación. Es lo que se llama una catástrofe.

—¿Y cómo se resigna usted a transigir con eso que llama una catástrofe? prorrumpe mi amigo.—¿Por qué no se rebela usted?

—Yo me había rebelado ya—contesto a mi amigo.—He hecho bastantes méritos como voluntario de la protesta, no escatimando argumentos, ironías y hasta ultrajes contra un orden de cosas que venían tal vez directamente de Norte América, a perturbar el noble paso de danza del perfecto europeo. Pero la danza no es más que un capítulo del grueso volumen de agravios que trae la época, una época que comenzó un poco antes de la guerra europea, y que con la guerra adquirió su máximo empuje.

Es el baile, es el jazz-band, es el negro tocando el saxofón, es la frenética charlestonada y, además de eso, es la pintura al cubo, la poesía desmetrada, la política absurda, la zarabanda de las finanzas y los pantalones "chanchullos". Todo eso y muchísimo más. ¡Ahí es nada! Pues bien, cuando uno se da cuenta de la magnitud y el peso, del empuje y la energía con que todo eso cae sobre nosotros, hombres pertenecientes a la raza blanca, entonces acude una imagen que es como una iluminación. En efecto, estamos viéndonos en la actitud desatinada de uno que pretendiese contener con toda la fuerza de sus desdichados hombros nada menos que una montaña que se hunde.

—¿De modo que esto no tiene remedio? ¿Esto, según Ud., es una fatalidad?

—¡Exactamente! Es una fatalidad, como cualquiera de esos fenómenos de la naturaleza ante los cuales no hay sino bajar la frente y aguardar a que pasen. Los fenómenos humanos colectivos, por más desapacibles y sin sentido que nos parezcan, no surgen así como así; no son fruto de una persona de buen humor, ni de la voluntad de un hombre de talento. Obedecen a motivos profundos que nadie en el momento decisivo, podría contrariar o detener. Esos fenómenos, para emplear el idioma de los modistos, se llaman modas. A veces, la sociedad tiene fortuna, y la moda es sublime; es el caso de la moda del gótico. Otras veces la suerte nos vuelve la espalda, y surge el "estilo modernista" a base de cemento armado. Hay que dejar que el movimiento, el fenómeno, trace su trayectoria completa, puesto que la misma moda del cubismo es, según esa teoría, una proyección planetaria. Afortunadamente, el mundo está hecho de razón, y al cabo de un viaje por el espacio del absurdo, los hombres retornan al buen sentido.

—Es decir, que el charleston no puede durar mucho...

—En nuestros días, amigo mío, los fenómenos nunca duran mucho. Yo no sé si el año que viene los jóvenes seguirán bailando como ahora. Probablemente no. Es posible también que inventen un nuevo modo de danza todavía más disparatado que el de hoy. ¿Qué le vamos a hacer? Le repito que en mí se ha gastado la facultad de indignación que antes poseía, y ahora, resignado, procuro extraerle al fenómeno la parte de diversión que tiene.

—¿Diversión? ¿Es posible?...

—Mire usted, ese joven que no contará más de veinte años. Observe su juego de piernas. ¡Es increíble! Los trenzados que hace, las pataletas que da, la gimnasia de cintura abajo que ejecuta suponen un ejercicio capaz de rendir a un atleta. Véale trabajar, y qué a conciencia cumple con el rito, puestos todos sus sentidos en la obra. Observe a la joven que lleva en sus brazos, qué concienzudamente trabaja también... ¿No le resulta eso divertido? Estamos en la época de la pirueta, y como pirueta, confesemos, que el charleston llega a la genialidad. Ya sabe Ud. que en la literatura contemporánea el "clown" es un personaje muy solicitado, quizá muy manoseado. Vaya Ud. a averiguar por qué motivos el hombre culto de nuestros días tiene la vocación irresistible del clown. Esos jóvenes que bailan a los compases de una música de negros están haciendo voluntariamente el clown.

LA CORDURA DE MARIANA

Por WHATOFF ALLEN

CON las manos juntas sobre sus finas rodillas, cubiertas por medias de seda color carne, Mariana, sentada sobre un tarro vacío de bencina, contempla con aire pensativo todos los colores del arco iris en un pequeño mar de aceite derramado a sus pies.

—Usted ve las cosas como yo, ¿no es verdad, Donald?—dijo de repente, aparentando dirigirse a la parte trasera de un pequeño torpedo de dos asientos.

Una exclamación ahogada partió de la región del diferencial, mientras hacia su aparición un joven delgado y de buena estampa, con el traje cubierto de manchas de aceite.

—Mariana—dijo acercando hacia donde estaba ella otro tarro vacío en el cual se sentó—cree usted que es esa una pregunta prudente para dirigirla a un pobre hombre que ha estado media hora aplastado por su automóvil, buscando una falla que por fin no existía?

Ella alzó los hombros con impaciencia:

—Encienda un cigarrillo, Donald, y conteste enseguida.

—Mi vista está sin duda oscurecida por el aceite, Mariana, porque lo único que veo y que entiendo en estos momentos, es que está sentada junto a mí sobre un horrible tarro de bencina una linda mujercita de ojos azules y melenita rubia, en actitud patética. La verdad es que si no estuviera yo tan sucio, ya habría cogido entre las mías esas manitas para reconfortarlas.

—Donald, insistió ella, es preciso que vea usted las cosas como las veo yo. Es duro para nosotros, pero si no se puede hacer otra cosa... Si su tío... lo que yo deseo a mi tío como castigo en el otro mundo, es que se pase por toda la eternidad buscando fallas imaginarias a la caprichosa panne de un automóvil como me ha ocurrido a mí ahora.

—¿No existirá algún medio de que se modifique ese testamento?—preguntó Mariana.

—Ninguno. Las condiciones son espantosamente claras. Yo no gozaré de mi legado, sino durante el tiempo en que no me esfuerce en aumentarlo. Mi tío debió tener la insensata convicción de que en la vida no hace falta más dinero que el necesario para no morirse de hambre.

—¡Como si eso fuese posible!—suspiró Mariana.

—Además, debo casarme—prosiguió él. Mi tío encontraba que los jóvenes deben casarse temprano, y perderé toda mi herencia si no me caso a los veinticinco años.

—Y usted tendrá veinticinco años dentro de unos, Donald.

—Sí, y estoy enamorado de usted, Mariana.

—También yo le amo, Donald. ¡Es terrible! Si siquiera fuésemos nosotros algo económicos! Pero no lo somos. De modo que es imposible que usted se case conmigo.

—Pero si economizáramos...—balbuceó él.

—No—dijo Mariana, sacudiendo la cabeza.—Sus gustos son refinados. Le hace a usted falta su auto, su taller chic, etc. Puede usted acaso pasarse sin jugar al golf, y sin hacer sports en invierno? No, usted no podría economizar. No se puede cultivar el amor en una atmósfera pobre. Es una flor, Donald, y no una patata.

—Queda el trabajo—dijo Donald.—Claro que si me pongo a trabajar, pierdo mi herencia, bien claro lo dice mi tío, pero por Mariana, por mi Mariana de las lindas manos, comenzaré abajo en la escala, pero subiré muy alto, muy alto... Me da vueltas la cabeza pensando sólo en las alturas hasta donde yo subiré, si usted Mariana quisiera esperar, nada más que esperar un poco.

—Donald, dijo ella tristemente. Tengo ya más de veintidós años. Y en todo caso, yo no creo que tiene usted mucho dinero sobre su escala, por lo menos no tanto como haría falta para sostener a una mujer tan costosa como yo. Porque yo soy como usted, Donald, no tengo gustos modestos. Necesito trajes elegantes, sombreros de "no se cuántos pesos", medias "de no se qué precio". Y el invierno en el Cairo y el otoño en Cannes. Tía Ana, no lo consentirá jamás. Ella no encuentra que sea usted un buen partido, y si me caso con usted, no me dá un centavo...

Durante unos instantes, un profundo silencio reinó en el garage. Mariana con las cejas fruncidas, reflexionaba y Donald mirándola, pensaba cómo podían teñirse sus cabellos tan maravillosamente de seda y de sol. La muchacha reanudó la conversación.

—Una humilde casita y el lechero que llama a la puerta de entrada. El cinema el sábado en la noche y un paseo el domingo, y las cuentas de la carne y de la luz y del pan y los zapatos que es preciso componer... No Donald, no es posible. Al cabo de ocho días, seríamos los dos enormemente desgraciados. Debemos ser juiciosos y hacernos un espíritu práctico. Vamos a casarnos, ya lo tengo estudiado, con una mujer aceptable usted, y yo con un hombre aceptable, uno y otro, abundantemente provistos de dinero.

—Mariana—dijo Donald,—lo que usted me propone es un comercio simple, un tráfico vulgar. Si creyera yo que hablaba usted seriamente...

—¡Pero, si hablo muy seriamente!—afirmó ella. Debemos calcular con frialdad. Los mendigos que tienen gustos dispendiosos, no pueden darse el lujo de escuchar a su corazón. Yo no lo olvidaré a usted nunca! Seguramente, pensaré mucho en usted cuando esté en Cannes, y si siento remordimiento, me diré que veranear en Cannes, es preferible a hacerlo en los alrededores..' Y si me recuerda usted, cuando esté por ejemplo en trance de hacer Ski en Mürren, piense usted que ahí la nieve es más bella que en las calles de una ciudad. Y los dos nos aplaudiremos de haber tomado el partido de la juiciosidad.

—Nó, Donald, no me interrumpa, porque si lo hace usted, yo me echaré a llorar y lo echaré al mismo tiempo todo a perder. Debemos a toda costa ser razonables y recordar que gentes como nosotros no pueden casarse simplemente porque aman. El amor está algo anticuado, usted lo sabe. Nosotros haremos matrimonios de conveniencia, y seremos mucho más felices que economizando, y lamentando siempre las cosas de que nos hayamos privados. Yo no podría ser feliz jamás siendo pobre, Donald, y a usted le ocurriría otro tanto. Y si somos, a pesar de todo, desgraciados, más vale ser ricos y desgraciados que pobres y desgraciados, lo que ya es mucha desgracia junta.

—Es una lógica de hierro, Mariana...

Mariana se puso a enrollar en torno de su dedo su minúsculo pañuelo.

—Si os basta con dos mil libras al año. Donald, ahí está Margarita Ferrer. Yo sé que usted le gusta mucho y si usted la pidiera...

—Muchas gracias, Mariana.

—Y para mí, M. de Maitland. Ocho mil libras de renta, pero para mí sería bastante.

—Me parece una compensación en extremo modesta para tener en cambio un marido calvo y que habla por la nariz. Y además, ¿está usted segura que morderá el anzuelo?

—Completamente. Así, pues, todo está arreglado Donald, ¿no es verdad?

—Es decir que usted, Mariana, definitivamente no se casa conmigo.

—No puedo, Donald, es que no puedo...

—Está bien. Si no me caso con usted, cualquiera me da lo mismo y Margarita Farren me es igual a otra cualquiera.

—Perfectamente. Como ella debe venir al baile que tía Ana da la semana próxima, puede usted hacerle la proposición.

—Oh, nó, las señoras primero, Mariana. Cuando vea que su viejo ha mordido el anzuelo, abordaré a Margarita. Antes no.

—Nó, Donald, de ninguna manera. Procederemos al mismo tiempo.

—¿Simultáneamente, quiere usted decir?

—Evidente. Será más fácil. ¿Con que resueltos?

—Resueltos. Ya que todo esto es para su felicidad...

Ella le lanzó una mirada inquieta y se marchó bruscamente.

Donald, sólo expresó su rabia con un gesto absurdo. Nadie creería que una persona pudiera desahogar su ira dando de puntapiés a un auto, pero la huella que hasta hoy conservan los tapabarros del pequeño torpedo, da claras pruebas de que ello ocurre algunas veces.

Donald pasó la mayor parte del tiempo que siguió a estos acontecimientos jugando al golf. Estaba tan distraído, que batió todos los récords de su club en el número de bolas perdidas. Pero su resolución no flaqueaba. Era preciso calcular friamente, como había dicho Mariana, con un infinito buen sentido. Mariana estaba perdida para él, la cosa era clara. ¿No sería una estupidez de su parte rechazar el casarse con otra mujer, perdiendo así una fortuna y quizás una esposa adorable? Mirando las cosas desde el punto de vista "friamente calculador", nada más razonable que buscar otra muchacha cuando acaba de ser rechazado por una y sobre todo, si esta otra tenía dos mil libras de renta. El amor es claro... Pero Mariana lo había explicado con claridad. El matrimonio de conveniencia se imponía. Si Mariana lo hacía, él también lo haría. Ahora, si ella cambiaba de resolución...

Pero, cuando en la tarde del baile entró Mariana con un traje de qué se yo cuántos miles de francos y unos zapatos de quizás qué fantástico precio y exhibió ante Donald una mirada de desafío, él se convenció que los proyectos de la joven se llevarían hasta el fin.

Danzaron juntos silenciosamente, hasta que Mariana habló.

—Donald, ahí está el señor Maitland.

—Ya lo he visto, Mariana, es un espectáculo reconfortante.

Mariana se encogió de hombros.

—¿Ha visto a Margarita?—lleva un traje espléndido

—Sí, brilla como una faja de billetes de banco.

Continuaron bailando silenciosamente. Cuando la música se detuvo, acudieron a sentarse en un rincón.

—Es preciso no retroceder, Donald. Yo he dado el quinto y sexto baile al señor Maitland y he pedido a Margarita los mismos para usted. Comprenda lo que esto significa.

—Lo comprendo y llevo en el bolsillo de mi chaleco un anillo reluciente para ofrecérselo.

Mariana lo abandonó bruscamente.

Cuando la orquesta atacó el quinto baile, Donald recorrió el salón con los ojos, y apercibió en un extremo un magnífico traje verde. Dudó un instante y se dirigió hacia el hall. Pero a la puerta se detuvo en seco para dejar pasar a Mariana. Mariana, la juiciosa, se apoyaba en el brazo del señor Maitland con conmovedor abandono, pero al ver pasar a Donald, le tocó en el brazo con la punta de su abanico.

—¿Busca usted a Margarita?—preguntó. Lo espera cerca de la chimenea.

El la miró alejarse, y luego lanzó una fugitiva mirada al traje verde y se instaló en un sofá que protegía un biombo. Margarita con su traje de tafetán verde, brillante como un fajo de billetes de banco, esperaba en vano que su galán viniera por ella.

Ella debe venir al baile que dará mi tía Ana.

Donald se puso a pasar inquieto por el medio del salón nuevo debió hacerse un lado, para dejar pasar a Mariana y Maitland. Esta vez, ella no le habló, pero alzó coquetamente la mano, para mostrarle un hermoso brillante, que fulguraba en su dedo como una estrella. Entonces, Donald se dirigió resueltamente hacia la chimenea.

Margarita no estaba ya allí y él la buscó en vano por todo el salón.

Por fin, por entre la puerta abierta del jardín,

GUSTOS DEL HOMBRE RESPECTO A LA MUJER

El hombre que adoró a esta muchacha tendría ahora 1950 años de edad

Los que hoy cuentan 45 años recuerdan con fruición este tipo de muchacha

Y los mozos del día se inclinan reverentes ante esta muchachita, prototipo de la mujer que hoy agrada

Es gracioso y nos hace dudar de la cordura y la sensatez humanas, posar la vista en cualquier dibujo o retrato de la mujer moderna que el "hombre de buen tipo" hoy ansía para delicia de su corazón, y luego ¡oh asombro!, colocar a su lado alguna amarillenta estampa de la Eva de ayer con la femenina efigie amada del cuarentón bien parecido que luce en los palcos el donjuanesco historial de su bien disimulada calva.

Nuestro asombro, nuestra estupefacción y nuestro escepticismo suben de punto sí, por último, establecemos el contraste con el majestuoso perfil de la doncella helénica que alisaba el oro de su pelo con peine de marfil, muchos años antes de que otra doncella, aquella dulce nazarena de leve pisar y túnica azul, como el cielo de Jericó, apretase tiernamente contra su seno las sonrosadas carnes el Dulce Rabino... El hombre de apolíneo gesto que amó a la doncella de puro perfil heleno, tendría hoy unos mil novecientos cincuenta años de edad. ¡Una friolera!

Bella era, y serena, la espléndida griega. Pero el "hombre de buen tipo de hoy, aún admitiendo su divina perfección, apreciaría en ella pequeños detalles comentables, si no censurables. "Un poco larga la nariz... Un poco grueso el cuello... Un poco desgreñado el pelo..."

—Y a tí, lector, porque si eres lector y no lectora, no cabe duda que eres también "hombre de buen tipo", tampoco te entusiasmaría la muchacha "Muy mil novecientos dos" que tanto encandilaba a tu padre. En primer lugar, te desagradaría el pretencioso ricito sobre la frente; en segundo, el peinado monumental, que parece estar a punto de derrumbarse sobre la redonda cara, el cuello lleno de mechones rebeldes, las orejas emparedadas, los hombros demasiado anchos y, por último, el aire y el gesto demasiado altivo, demasiado "de Reina".

¿Y esta niña; te agrada, lector. Es toda armonía, toda gracia, todo "chic", no demasiado diminuta, pero sí lo suficiente para que tu porte varonil y atlético parezca amparado de todo mal con gesto protector y caballeresco.

Su nariz... su dislocante flor en el hombro... sus joyas (falsas o legítimas)... Todo, absolutamente todo, en detalle y en conjunto, parece hacer de ella la mujer completa, la mujer-sumum, el alfa y el omega de la felicidad. Y la griega y la altiva de fin de siglo y todas las demás te parecerán ridículas—o trágicas—a su lado.

Pero, ¡ah!, algún día surgirá otra, ataviada de modo indescriptible, o casi inataviada, que es lo más probable que tomará entre sus dedos el retrato de una bella "Muy mil novecientos veintisiete", del este éxtasis de perfección y dechado de hermosura y, sonriendo desdeñosamente, triunfadora y consciente, lo restituirá aburrida a la caja de laca, donde dormirá con la griega y la abuela.

Y lo más curioso del caso es que entonces, dentro de diez, veinte o treinta años, los "buenos tipos de la época" seguirán amando a las muchachas contemporáneas y criticando a las otras las del pasado, que también fueron bellas, fueron perfectas y fueron amadas...

LA CORDURA DE MARIANA (Conclusión)

entrevió entre unas palmeras, el traje verde. Margarita estaba sola. Donald fué resueltamente a sentarse junto a ella.

Sólo al fin de la séptima danza entró de nuevo al salón. Margarita mostraba sobre los labios una sonrisa satisfecha. La condujo junto a Mariana y luego observó que ésta se había dado cuenta del fulgurante anillo que ceñía el dedo de la joven del traje verde.

No bailó más con Mariana. Por un acuerdo tácito, se evitaron mutuamente. Pero al siguiente día, cuando Donald batallaba en el garage con su testarudo automóvil, Mariana entró bruscamente, se sentó sobre un tarro viejo, y se puso a contemplar soñadoramente la gran mancha de aceite extendida bajo su pie.

—¡Donald!

—Buenos días, Mariana.

—¿Podría usted venir un instante?

—Otra vez una fina silueta con el traje todo manchado de aceite se sentó junto a ella en otro tarro viejo.

—¿Y bien?

—Espero, Donald, que será usted feliz

—Gracias, Mariana. Si el juicio nos da la felicidad... Soy ahora tan juicioso.

Ella le interrumpió con pasión:

—Es preciso que sea usted feliz. Porque ahora si es usted desgraciado, todo será inútil. Debo confesárselo: le amo a usted tanto, que no he podido realizar mi proyecto. No he podido proceder con juicio. Me ha parecido todo tan comercial y friamente calculado. El señor Maitland es calvo y habla por la nariz...

—...

—Yo no quería comprometer su destino. Yo pedí un anillo a tía Ana y lo pedí para que usted lo viera. Usted se resolvió por Margarita y yo deseo de todo corazón que sea usted feliz.

Como el día anterior. Ella enrolló en torno a su dedo un átomo de pañuelo. Donald se lo arrebató suavemente y lo metió en su bolsillo.

—Mariana, Mariana del infinito buen sentido. Usted es la única responsable de todo lo que ha ocurrido. Usted es demasiado juiciosa para sus veintidós años. Gracias a su maldita sabiduría, yo me he acercado a Margarita, he hecho todo lo que he hecho y me he cubierto de ridículo. Yo llevaba el anillo dispuesto a colocarlo en su lindo dedito, cuando me dí cuenta que la plaza estaba ya tomada. Entonces fuí donde Mariana, y con gran dolor de mi corazón vi que era novia de otro hombre y mi demanda la hizo sonreír.

—Donald, ¿pero es verdad? ¿pero es cierto?

—Tuve el honor de recibir su primera confidencia. Margarita estaba radiante y me lo contó todo. Yo no creo que un marido calvo y que habla por la nariz sea para tanta dicha, pero...

—¿Pero es el señor Maitland el novio de Margarita?

—El mismo.

Reinó un gran silencio en el garage. Mariana habló primero:

—Después de todo, no tenemos necesidad de ir al Cairo en el invierno.

En casa también se está bien.

Donald, se levantó de un salto:

—No es chic, Mariana, no es chic. Voy a ensuciarle, si la abrazo a usted, su lindo traje de quizás cuántos miles de francos.

Mariana le puso las manos sobre los hombros:

No importa. Es un viejo y horrible traje. Además yo me lo puse en previsión, y expresamente para eso.

—Mariana, es usted infinitamente previsora!...

¿DEBEN LAS MUJERES PINTARSE? ¿SE HAN PINTADO ANTES MAS QUE AHORA?

DOS ARTISTAS FRANCESES OPINAN SOBRE LA MATERIA

Tityana, la novelista de los romances alertas y ardientes hace la apología del maquillage para una encuesta verificada en Francia.

EL maquillage se remonta a la más remota antigüedad. Es en efecto, Eva, la primera mujer que lo inventó. Bajó los ojos, ante los asombrados ojos de Dios. Bajó los ojos: primer maquillage, porque disimula el pensamiento. Es también el más inocente; nosotros hemos hecho después algunos progresos.

Los orientales han convertido el maquillage en una verdadera ciencia de los cuidados corporales. Es sabido que las razas de Oriente poseen un talento especial para todo lo que es la simulación... exterior o interior. Los griegos, los romanos, poseían secretos maravillosos para componer su rostro y su cuerpo.

Esther, llamada a participar el lecho de Asuero, debió macerarse en aceites perfumados, tanto, como si fuera a embalsamarse. ¿Qué son nuestros modestos fastidios en casa del peluquero junto a tamaños suplicios, y qué muchacha en víspera de su boda consentiría en someterse a tan terrible retiro de belleza? Se nos reprocha acerca de los pequeños ingredientes que usamos para embellecernos: pero ¿qué son éstos junto a los que las elegantes del siglo diecisiete empleaban en la Corte? Las muchachas de calidad no habrían podido salir de ninguna manera, sin ostentar sobre las mejillas una buena capa de rouge y algunos lunares. Otra cosa: el maquillage estaba reservado a una sola casta: la nobleza. Hoy día casi todas las mujeres se pintan: la joven obrera, la criada, la dactilógrafa, llevan en su saco el negro, el rojo y el azul indispensables en la hora actual para toda mujer que respete su rostro.

Yo conocí una joven que tenía muchos éxitos en sociedad. Elegante, chic, sin ser precisamente linda, gustaba por no sé qué encanto un poco extraño. Una mañana tuve ocasión de ir a su casa y sorprenderla en su lecho.

Por un instante creí que me había equivocado de departamento. Estaba de tal manera fea, que no la reconocí, a la misma mujer que había visto yo tan encantadora la víspera. Su rostro, cuidadosamente lavado para pasar la noche, era otro. Me dí cuenta entonces de cuánto debía esta mujer al maquillage. Se excusó ella gentilmente de recibirme en tal forma. Y como su "deshabillé" era lindísimo, pensé que se refería naturalmente a su rostro.

Quizás si a causa de que ahora nos pintamos más libremente y sin cuidarnos de ocultarlo, se nos acusa de pintarnos demasiado. Mientras más simples somos, más complicadas se nos imagina.

Catalina de Médicis trajo de Italia con su perfumista, Renato el Florentino, muchos refinamientos de coquetería... En esa época una elegante no llevaba rouge en su saco, pero llevaba una verdadera máscara que conservaba intacto el trabajo de la mañana. Bajo Luis XIV, el maquillage completo lo constituían las pinturas y los perfumes. El rey Sol y su Corte, consideraban indecoso lavarse... Nuestro actual maquillage efectuado después de una larga permanencia en la sala de baño, no es más que un reforzamiento de tonos. Y este trabajo es un arte, el más fino y el más delicado, pero toda mujer nace un poco artista...!

La réplica que formula Raymond Millet está expresada con una violencia que no debe incomodar, porque no es sino la violencia que suscita la lucha y la discusión de donde, según la fórmula consagrada, brota la luz:

"He aquí, quiérase o nó — dice el escritor — una cuestión cuya apariencia fútil esconde uno de los más grandes problemas sociales de la hora presente, porque se la siente confusamente hermana de esas cuestiones fronteras, que separan las generaciones y las clases: ¿puede fumar una muchacha? ¿Puede flirtear, danzar el fox trot y peinarse a la garçonne, Ya sé que me váis a decir que llego con demasiado retardo, y que todo el mundo cuando se le interroga acerca de este asunto, responde: ¿y por qué no?

Es justamente todo ese mundo el que aplaude también las novelas escandalosas, y otras cosas por el estilo.

Yo no haré ni historia, ni documentación del maquillage. Desde luego, no se crea que soy un atrasado. Soy joven, amo el ruido, la velocidad, y las flores Nadie podrá pretender que soy un burgués o un moralista o un marido, o cualquiera de esas cosas ridículas. Hecha esta declaración, me permito decir a las muchachas, a las amantes y a las esposas, que no deben pintarse.

Grande será mi recompensa, si después de haber escrito estas palabras de fervor, una solo muchacha se detiene a reflexionar un poco. Que se pregunte ante su espejo un instante: ¿debo realmente pintarme? Y que el espejo le devuelva su imagen marchita y concluída para que tenga miedo de la labor devastadora que está haciendo.

Nos parece que el maquillage, los cigarrillos orientales y las pequeñas aventuras y las seducciones medioeres, son incompatibles con la Pureza. "La pureza es una cosa que existe, dice Radiguet. Sólo un paladar sin delicadeza puede ignorar su sabor".

Se me dirá que la pintura es cosa de siempre. También son cosas de siempre el alcoholismo y la guerra y no vamos por ello a conceptuarlas por buenas.

El maquillage vulgariza la expresión. El aire puro y los sports dan a la tez extraordinaria frescura. El maquillage marchita los semblantes más juveniles. Es absolutamente impotente para reparar el ultraje de los años. Un rostro de abuela sencillo y puro, es mucho más hermoso que un rostro anciano y pintado.

Por otra parte, las mujeres que se maquillan, sienten secretos celos de aquellas que no lo hacen. Bien que se dan cuenta de la diferencia. Y por último, esta "cocina" al aire libre y a la vista de todos, es repugnante. Hubo un tiempo en que siquiera las mujeres procedían a esta operación en sus alcobas...

RAYMOND MILLET

PARABOLA DEL ODIO

Por ANTONIO G. DE LINARES

He aquí una montaña de la que se hizo señor el lobo.

Y todos los lobos de aquella montaña eran como hermanos, y se albergaban en madrigueras comunes, y comían por igual de la presa.

Más llegaron a la cumbre unos pastores que apacentaban rebaños. Los pastores temían por el ganado, y para adiestrarlos en su guarda, fueron en busca de lobeznos.

Y los hallaron en las madrigueras del lobo, y los llevaron a las cabañas; y con halago y castigo los redujeron a la obediencia, los enseñaron a defender la hacienda de sus amos.

Medraron aquellos lobeznos y se cruzaron; y pronto fueron legión de perros guardianes, contra los cuales en vano intentaba luchar el lobo, antes señor de la montaña.

Y en las noches, cuando hacia la linde del bosque brillaban como ascuas errantes los ojos de las fieras, de los padres hacia ellos iban los hijos, los frenéticos, gruñidores y salvajes.

Y era el choque de una hecatombe. Y los lobos segaban las arterias de sus hijos. Y los perros trituraban el cráneo de sus padres.

Eran los lobos plebe hambrienta. Eran los ahitos perros fieles guardadores del ganado, bien que el amo los confiara. Sin ese bien y sin ese amo, perros y lobos, de una misma raza, hubieran convivido en única y tranquila mesnada.

Pero en la montaña fueron los pastores mensajeros de guerra, porque es destino del hombre ser eterno perturbador de toda armonía y de todo silencio.

Y por el hombre, perros y lobos, hermanos, reñían mortales duelos.

Y contra el hombre alzaban las fieras en sus aullidos de muerte, una tremenda acusación.

Y contra el hombre clamaban las cumbres, los riscos, la montaña entera.

Y decían: ¡Vuelve a tus ciudades, a tus aldeas, a tus hormigueros!; ¡Vé a tus infiernos de tus pasiones! ¡Vete... eterno reprobo de la dicha!... ¡Eterno perturbador de toda calma!

. . . . . .

Quien tiene oídos para oir, oiga. Oid, pues, vosotros, la parábola del odio.

Sois en el mundo los que odiáis como las bestias en la montaña. Y un mal pastor os separó de vuestra cuna, y con halago y castigo os redujo a obediencia.

Y defendéis lo que ciertamente no os pertenece, y para ello luchái contra vuestros hermanos y contra vuestros padres.

Hombres sois, bienaventurados vosotros si arrancáis de vuestro corazón la cizaña que arrojó el mal sembrador.

¿ES MAS INFIEL EL HOMBRE QUE LA MUJER?

LO QUE OPINA EL ESCRITOR GASTON CHERAU

LARGO tiempo mantenido en un olvido injusto, casi ignorado durante mucho tiempo del gran público, se pregunta uno cuáles son las enigmáticas causas de tan irritante silencio, de las tinieblas espesas en las cuales desaparece la personalidad de este notable escritor, que debió ocupar siempre un sitio, y desde los comienzos, entre los elegidos de la gloria y de la fortuna.

Aquellos que conocen las bellezas contenidas en sus libros y la emoción humana que en ellos se desenvuelve, a más del generoso amor que demuestra siempre para los débiles y los desgraciados; la magnífica piedad que se desarrolla a través de su obra, exaltada siempre con los sufrimientos de este mundo, se sorprenden de que Gastón Chérau, no recibiera desde el comienzo, los homenajes que le eran debidos y que le son debidos, en razón de su talento.

Quizás valdrá más no indignarse. Las glorias tardías suelen ser con frecuencia las más robustas, las más seguras y las más armoniosas. Alguna justicia acaba de hacérsele franqueándole las puertas de la Academia Goncourt, alta consagración que no podía faltar a su talento y carácter.

Nadie conoce mejor que Gastón Chérau, los matices del alma y del corazón humanos, que ha analizado él con fervor atento y apasionado. Nadie ha penetrado mejor los secretos que esconde el fondo de nuestro corazón... Hemos pensado pues, que una entrevista con el novelista de "Champi-Tertu", no podía dejar de interesar a nuestros lectores.

Al enunciarle nuestra pregunta, Gastón Chérau, no duda un minuto.

—Incontestablemente — dice — ¡los hombres son menos infieles que las mujeres! ¿La razón? La independencia de las mujeres se ha desarrollado en forma inaudita, en tanto que la libertad del hombre ha disminuído en la misma proporción. El pabellón del adulterio en la mujer — pabellón de tela transparente y no de tela sólida — es la libertad... he ahí un punto establecido.

Mientras la mujer se entrega toda entera a su independencia — a su independencia loca y casi sin límites — ¿qué hace el hombre? ¿qué hace el marido? Permanece ocupadísimo... es necesario que se ocupe de las necesidades de la vida, de la exigencia de su hogar. Le es preciso mostrarse practicamente razonable y clarividente; le es necesario ganar dinero y hacerse cargo de la mayor cantidad de negocios posible. Y es precisamente gracias a su trabajo abrumador, a las absorventes necesidades que él cumple y a las preocupaciones que la causan, que adquiere la mujer la completa y exquisita libertad de la cual ella goza y abusa!

—La consecuencia de esta libertad es...

—¿Qué duda cabe?... Su adulterio. Por vía de consecuencia, la mujer es, pues, más infiel que el hombre **y el hombre menos infiel que la mujer.**

Estamos metidos en el corazón mismo del asunto. Gastón Chérau, cuya lógica es implacable, prosigue:

—Si debiera completar la exposición de este paralelo diría que hay a base de la relativa fidelidad del hombre, a base de la fidelidad proporcional del marido, otras razones de las cuales la más importante es la siguiente:

El adulterio del hombre disminuye en proporción inversa del número de ocasiones que se ofrecen a él y de la facilidad de la elección.

En otros tiempos el hombre consideraba que el hecho de poseer una querida tenía un gran prestigio. Se gloriaba de ello con orgullo. Hoy día el mismo acto, no tiene para él ningún género de importancia, pierde su valor y su interés... Es demasiado fácil: **Un hombre bien no se echa fácilmente encima la carga de engañar a su mujer para poseer una querida.**

Yo llevo la indiscreción hasta preguntar a Gastón Chérau, por qué considera él tan fácil obtener la posesión de una querida. Se han acaso convertido las mujeres hoy día en mucho más livianas que antes?

Con la misma franqueza y la misma lógica, Gastón Chérau responde:

—Las mujeres han perdido prestigio porque son tanto más numerosas que los hombres. Tienen ellas que hacer grandes esfuerzos para alcanzar a los hombres y en cambio éstos no deben hacer ninguno para lograrlas a ellas. Permítame usted esta expresión: la necesidad ha creado el órgano. Para recuperar un prestigio que se desvanece, que tiende aún a desaparecer por completo, para salvarse de ese peligro, se esfuerzan ellas en alcanzar el mayor número de amantes posibles, y esperan encontrar la calidad en la cantidad. Se imaginan que en toda esa cantidad, encontrarán alguno cuyo amor las satisfaga. La mujer comete en esto, en suma, un error de psicología, porque

La bonita Anna Nilsson, la elegante infiel de Broadway.

amor sólo vale algo si es el único. Cuando hay muchos, todas sus cualidades y todos sus defectos se confunden.

Chérau aborda ahora las consecuencias sociales del adulterio.

Es una cosa formidable constatar la cantidad de "rendez-vous" que se han creado desde que el adulterio ha prosperado, no hablo sólo de las oficiales, sino de las otras... de las que existen clandestinamente, de las mujeres que reciben a domicilio, y con una alegría complaciente a sus amigas, para que a su turno puedan ellas recibir a sus amantes.

—Creo que entramos — le digo yo — en los dominios del adulterio venal y que nos alejamos al go de nuestro objeto.

—No, me doy cuenta cabal de la pregunta y no hago causal de las necesidades de dinero que determinan a ciertas mujeres a tener amantes generosos. En suma ellas son poco generosas, porque el marido gana ahora mucho más que antes, y la situación pecuniaria de las mujeres casadas, se encuentra muy mejorada. Yo hablo del deseo que muestran de disponer de sí mismas. Existe una lucha interior de la que usted no se da idea. Se lo he dicho recién y se lo repito, que siendo las mujeres mucho más numerosas que los hombres, ellas no hacen solamente un esfuerzo de coquetería que les es natural y casi inherente a su sexo, sino un esfuerzo en cierta manera extratégico y diplomático, un esfuerzo de cálculo y de precaución, a causa de la concurrencia... Ellas saben seducir mucho más psicológicamente que antes, se muestran más expertas, y multiplican los detalles de la toilette y de la conversación. La competencia les resulta terrible. Todo lo contrario de antes, que, cuando un hombre quería engañar a su mujer, debía llevarse el trabajo de elegir: ahora es la elección la que se le ofrece siempre.

—¿Piensa usted que si quisiera obtener alguna medida eficaz contra el adulterio, sería necesario introducir algunos cambios en el matrimonio?

—No lo sé... La cuestión del matrimonio es difícil. Muchos espíritus lo han abordado y León Blum, especialmente, individuo cultivadísimo, pero no práctico, ha consagrado a este problema todo un libro — aparecido hace algunos años — donde preconiza un matrimonio "de ensayo". Esta concepción se opone a la del matrimonio como se le practica habitualmente. Hay algo más lamentable que las uniones prematuras de dos jóvenes que no se conocen y que van a vivir siempre juntos? Uniendo en matrimonio dos jóvenes que no se comprenden, se les condena a una vida de luchas, de querellas y de absurdos. Hay noventa y nueve probabilidades en cien, que aquello resulte un fracaso. Yo soy partidario de las uniones tardías y de las alianzas concertadas cuando ha pasado ya la primera juventud.

Yo presento una objeción al señor Chérau:

—Pero no teme usted que de esa manera, los hijos comiencen a sonreírle cuando usted comience a envejecer? Se les ve crecer, pero no se les ve grandes. ¿No ve usted ahí una consecuencia deplorable del sistema que usted preconiza?

—El problema se resuelve generalmente de una manera muy simple, responde Chérau. La mujer joven que no tiene hijos, admite los que le lleva el marido. Los cuida y los educa con el mismo amor que si fueran suyos...

—Pero volvamos a las causas del adulterio. Por ahora las hemos abandonado. Me gustaría mucho saber cuáles son las causas más frecuentes del adulterio masculino.

—Muchas y de muchísimas clases: si el hombre es inteligente y sensual y se casa con una mujer sensual y tonta, la engañará, eso es indiscutible. Si el hombre es sensual y la mujer no lo es, la engañará también. En un gran número de uniones, los hombres se quejan de la ausencia de sensualidad de sus esposas. La falta está en la educación religiosa que ha formado el espíritu de la mujer de tal manera que la sensualidad, combatida por sus directores espirituales, se le representa como una tara... Para la durabilidad de la entente, es necesario que la mujer sea capaz de esta sensualidad, que a menudo le hace demasiado falta.

—¿Pero no cree usted que la sensualidad puede ser despertada, y que es al marido a quien corresponde educar a la mujer en este sentido?

—No, porque siempre media generalmente el confesor..

Chérau no completa sus palabras, y yo no me atrevo a insistir.

—Esas son las causas del adulterio masculino, añadiéndose a ellas, el orgullo imbécil que experimentan ciertos hombres en poseer una querida.

—¿Y las causas determinantes del adulterio femenino?

—Son diferentes de las que acabo de expresarle. Para la mujer del pueblo, es la necesidad de consuelo la que la empuja generalmente a la infidelidad; en la burguesa y la mundana, la curiosidad y el aburrimiento. Advierta, sin embargo, que en las clases vigiladas, como la burguesa, por ejemplo, el adulterio es raro, porque tiene una repercusión más grande. En los medios obreros, el hombre es más fiel que la mujer, porque está más ocupado, pero la mujer, tiene al menos una gran excusa a su infidelidad. A menudo no se siente bastante mimada... Ella encuentra entonces al amante que la acaricia y la consuela, por lo mismo que puede mostrase más gentil, ya que a él no le toca soportar ni las cargas ni el aburrimiento... Y después... los hogares que se rompen, porque el hombre o la mujer no han sabido conservar su felicidad.

MAURICE HAMEL

LA COPLA ANDALUZA

Las flores al ambiente
le dan su aliento,
y al respirar se aspira
de ellas el beso.
Todo es perfume;
alejemos del alma
las pesadumbres.

Nada es malo, nada es bueno,
que todo es según se mire
y según lo comprendemos.

A la gente hay que decir
lo que le agrada escuchar
y aquello que quiere oir.

La gente circula y pasa,
y lo que pasa se va...:
echemos las penas al viento,
y también se marcharán.

¿Es la vejez la vida
que ya nos deja?
¿o es que faltan bríos
para la brega?,
¿o es tan sólo
que nos vamos cansando
ya de nosotros?

¡Organillo callejero!...,
tú me traes a la memoria
recuerdos malos y buenos.

¡El frío!
qué desagradable es,
habla de muerte, de olvido.

Mito el pájaro o la fiera,
nunca le enfada su amante,
nunca castiga a su hembra.

GLORIA de la PRADA

¿CONTINUAN LAS LIGAS ESTANDO DE MODA?

¿Por qué no?

Es una moda de todos los tiempos—como que se remonta al de las propias mamás. Un rey las hizo célebres, creando la célebre Orden de la Jarretiera. En el siglo XVIII, la liga se componía de un nudo de cintas bastante voluminoso que sujetaba una joya. En 1927 es una flor, o la graciosa cabeza de una vedette que sonríe al curioso y al indiscreto. Mariposas, libélulas, se prenden igualmente sobre la media de seda estirada. Una liga negra, se adornará con un monograma de brillantes. ¿Que prefiere usted, las unas o las otras?...

CARNET DE MUJER

Amas, y dices que ya no estás sola en el mundo. En efecto. Has encontrado un enemigo, que no podrás desarmar fácilmente.

No se es fiel sino a sí misma. Y aún así, pocas veces.

El hombre muy severo con la mujer que se vende para ganarse el pan, está siempre próximo a saludar a la prostituta enriquecida.

El corazón se rehusa a veces, cuando el espíritu se rinde.

Se suele rozar el espíritu, pero no se persuade el corazón.

Ciertos hombres nos consuelan de envejecer, y cuando ya les olvidamos, se presenta a nuestros ojos el tiempo aquel en que los amábamos como el mejor de nuestra vida.

Hay hombres que no sacrifican nada con tanta facilidad como lo que aman.

¿Qué es preciso hacer para seducir a un hombre, aún a un hombre de valor? Como belleza, un sabio maquillaje. Como espíritu, una coquetería burlona... Y sobre todo, nada de corazón.

Cualquiera que sea en lo futuro la evolución del lenguaje, el amor no tendrá nunca sino un sinónimo: el odio.

El hombre delicado, es siemre susceptible, pero hay uno que lo es mucho más que él: el necio.

El peor enemigo de la mujer, no es el hombre, ni el tiempo. Es la mujer.

MARGARITA PREVOST.

LUNA CREPUSCULAR

El sol de la tarde se viste de payaso.
amarillo, rojo, celeste, violeta,
y hace la última pirueta
en el tinglado del ocaso.

Y el bisturí chispeante de lucero minúsculo,
una rubia naranja monda,
en la luna de oro que aparece, redonda,
en el policromo cielo del crepúsculo.

ALBERTO FRANCO

EL BAJEL DE LOS SUEÑOS

Desde las lisas playas de la vida
el bajel blanco de los sueños zarpa,
y el velamen tendido finge un arpa
pro el viento del mar estremecida.

Navega así la barca
por honda soledad
camino de la plácida comarca
de Simbad.

Y cuando rudas tempestades bramen
y navegue el bajel a la derivá,
blanca tela dará para el velamen
la luna sensitiva.

Esa luna que ahora se adelgaza
en una larga y argentada boa
que se enrosca y se enlaza
a los viejos—tan viejos—mascarones de proa.

ALBERTO FRANCO

CONSULTORIO SENTIMENTAL

P.—Tengo diecisiete años. Cuando sólo contaba quince, conocí a un joven de quien me enamoré perdidamente. Después, por disgustos que en estos casos nunca faltan, nos peleamos por espacio de cerca de un año. En este tiempo, tuvo él relaciones con una joven mayor de edad, con el resultado que es fácil prever. Ahora ha reclamado mi cariño. Yo se lo entregué nuevamente, ignorando lo que más arriba explico, pero me lo ha confesado todo. Por el momento se encuentra lejos, porque no quiere casarse con la otra joven, pues, según él, no es culpable de lo pasado, y además jura que sólo a mí me ama en el mundo. Yo me siento impulsada a perdonarlo, porque las pruebas de cariño que me ha dado, son infinitas. Mis amigas dicen que hago mal. ¿Es verdad? ¿Cuál sería entonces mi deber?

R.—Ha hecho usted bien en perdonar. Parta usted de la norma que jamás es malo perdonar. Sin embargo, si usted cree en conciencia que si rechaza a usted ese joven, aceptaría él casarse con la otra muchacha y legitimar a su hijo, indudablemente, ese es el deber de los dos: es decir, olvidarlo usted, y casarse él reparando así la falta. No importa que no sea él el culpable. De todos modos, fué el instrumento de la desgracia de otro, y su deber es enmendar en tal caso, la plana al destino. Naturalmente que este es un caso de conciencia. Depende de muchos factores que sólo usted puede conocer. Por su parte, cumpla usted, haciendo lo posible porque la falta de su novio quede reparada. Recuerde, que no puede cimentarse jamás, felicidad alguna sobre la desgracia de otra persona, mucho más cuando esa persona es un niño, o sea un inocente. "La voz de la conciencia" suele responder en tales casos. Llámela usted.

P.—Me pretende un joven, señor. Mis padres no lo ignoran, y por el contrario, se muestran muy conformes con este pololeo, que más bien puede considerarse noviazgo. Yo lo quiero mucho, pero a veces me desespero porque es muy celoso, y tiene además un carácter endemoniado que por cualquiera cosa se disgusta. Sin embargo, son enojos pasajeros y luego vuelve a estar como antes. Cuando le hablo de su mal carácter y de sus celos infundados, me dice que sólo los celosos quieren de verdad. ¿Será esto cierto? ¿Me hará desgraciada este joven si me caso con él?—BETTY.

R.—Lo más prudente es que no se case usted. El mal carácter y los celos son un mal síntoma. Es preferible que un hombre tenga un vicio y cualquier otro defecto grave antes de mal carácter. Los celos son consecuencia directa de ello. El hombre que quiere y que tiene buen carácter, no se pone celoso jamás sin motivo, porque eso es un puro deseo de molestar y un sentido desmedido de la propiedad. No se case. Lo principal en el matrimonio es la paz dentro de la casa y con el joven de que usted habla, no la obtendrá nunca.

P. Saniago. Estoy locamente enamorada de un vecino de mi misma edad. Yo tengo dieciséis años, pero con tan mala suerte que no me corresponde. ¿Qué hago? ¿Se lo doy a entender, o me muestro indiferente? Deme un consejo, señor, usted que tendrá seguramente más experiencia que yo en materia de amores.—CHIVA.

R.—Sí, en materia de amores; ¿pero usted cree que las nenas de dieciséis años se enamoran? Sin embargo, todo puede ser. Las personas mayores, con su escepticismo, casi no se enamoran nunca tanto como los jovencillos. Que, ¿qué hace? Déselo a entender un poquito. Hoy por por hoy, no hay más remedio. Los hombres se han puesto tan tímidos, que la mujer es siempre la que ha de tomar la iniciativa... Y si, a pesar de todo, no le hace caso, déjelo. Peor para él. Los muchachos simpáticos sobran en todas partes.

P.—Muy señor mío: Tuve amistad con un joven durante cuatro años, y como mi familia se opuso a estas relaciones rompí con él. Dejó este pasar un tiempo, y luego me escribió. Como no le que se las tendría que pagar tarde o temprano. Yo contestara, me volvió a escribir amenazándome conservo esta carta. Pero es el caso que ahora yo quiero a otro joven y este tiene buenas intenciones conmigo. Yo le he contado todo lo que me pasa, y él me dice que no le tema; pero el otro no me deja ni a sol ni a sombra. Dice que tiene cartas mías y que él las mostrará. Yo quisiera saber por qué me hostiliza en esta forma.

R.—La molesta, porque hay gente en el mundo que ha nacido para incomodar a sus semejantes hasta el fin de sus días. Si continúa en sus amenazas, sería la ocasión para que su novio, le diera unos cuantos cachetes, sistema primitivo, pero muy útil con ciertos fastidiosos recalcitrantes. Si ocurriera que su incómodo exgalan, fuere más fuerte que su novio, valdría la pena recurrir a la justicia, para que librase a ustedes de semejante moscardón. ¡De dónde habrá sacado ese fulano que el amor es obligatorio y que por que lo quiso usted un tiempo, ha de tener obligación de seguir queriéndolo toda la vida? ¿Cabe una majadería mayor?...

ASI
mira la gente
mis Dientes

porque sin quererlo la vista se clava en la boca del que habla.

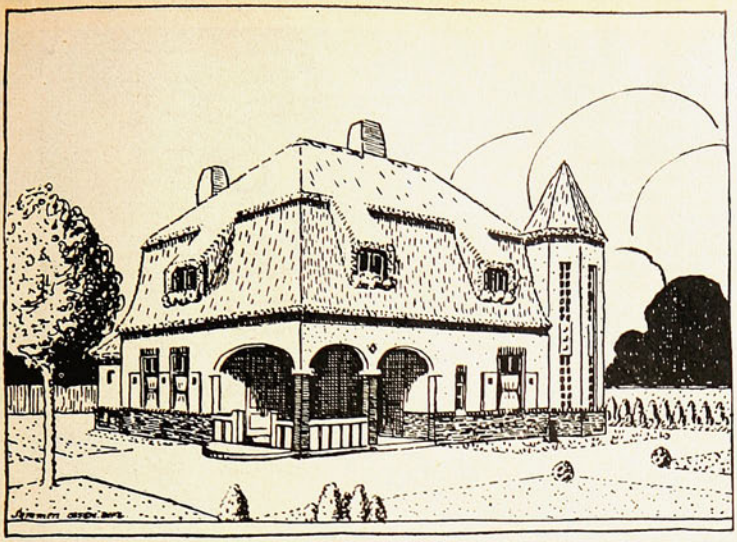
Dientes Blancos y Sanos
DAN A LA CARA UNA ATRACCION SIN IGUAL.

La Pasta Esmaltina

además de fortificar las encías, limpia los dientes con la suavidad de una esponja, sin rayar el esmalte, dejándolos como

PERLAS ORIENTALES

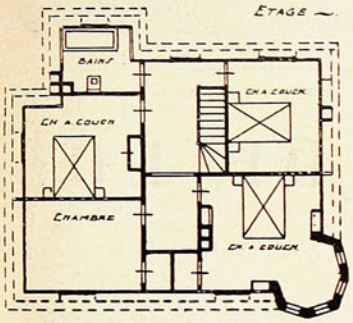
PASTA ESMALTINA

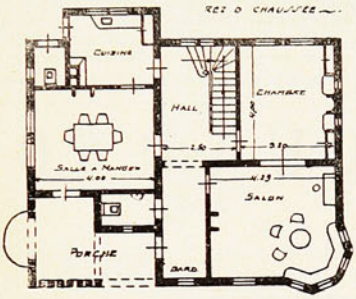


GRAN CHALET

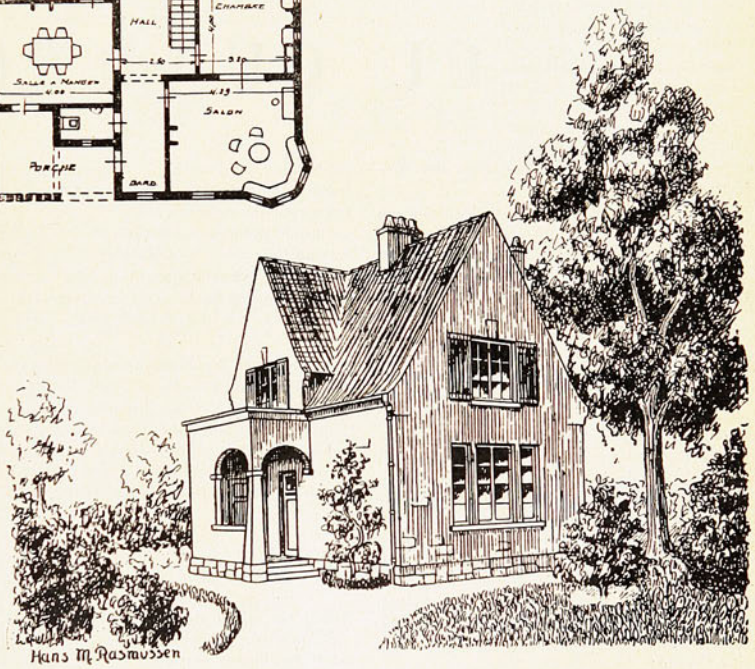
PRESENTAMOS dos planos de chalets, destinado el primero a una familia numerosa que puede además darse el gusto de edificar sin medirse en el costo. El segundo, modesto, pero de linda apariencia y lleno de comodidades, es muy apropiado para una familia obrera que viva con la pulcritud de que hoy empieza a gozar nuestra clase trabajadora.

Consta el primero de dos pisos y un sótano quedando en éste la despensa, la leñera, el lavadero y la bodega, la pieza de las empleadas y su baño. El primer piso tiene un pórtico que da entrada a un vestíbulo, separado por una mampara del hall. Quedan en este piso el salón, el escritorio, el comedor, una pieza de toilette, la cocina y otra toilette de servicio. Debajo de la escalera



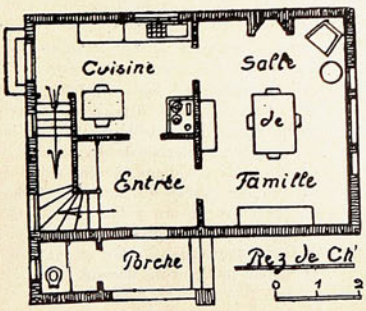


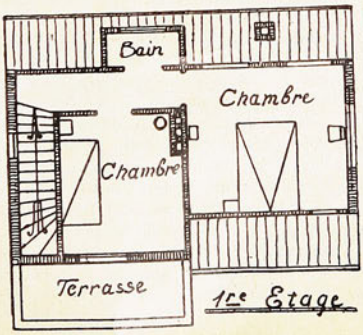
queda la bajada al sótano. En el segundo piso hay un hall prolongado por un vestíbulo semejante al de los bajos, cuatro dormitorios, dos de ellos con su clos y una sala de baño. Todas las habitaciones tienen una excelente luz. La fachada no puede ser más pintoresca con su torre que le da mucho carácter y el techo de pizarra con las ventanas abohardilladas tan pintorescas.



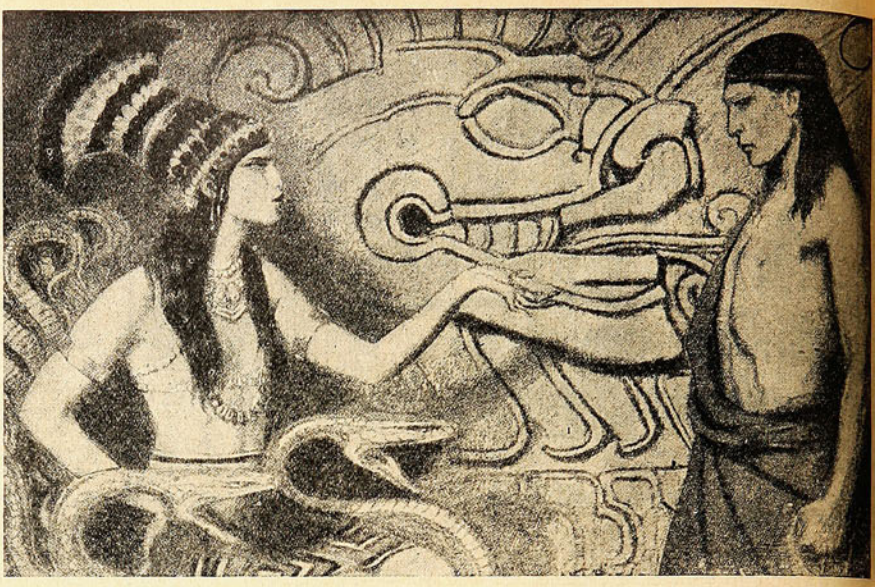
PEQUEÑO CHALET

El segundo chalet consta de un pórtico, de un hall, de una gran pieza que servirá de comedor y de sala, y de una cocina, más una





...pequeña toilette que abre sobre el pórtico. La escalera desemboca en el segundo piso en un hall al cual dan dos buenas habitaciones y una sala de baño, pequeña, pero que tiene capacidad para todo lo necesario al aseo. La fachada movida está pintada de azul y el techo es de tejuela negra.



—¡Tendrás lo que deseas, oh necio! ¡Tu corazón estará a sus pies esta noche!

EL CUARTO DE LOS

Por RODOLFO

HAY en Oaxaca un templo ruinoso en donde crecen las hierbas de la selva; en donde las gruesas vides extienden sus tentáculos verdes para cubrir los esqueletos de piedra de un pasado glorioso; en donde la luz del sol se filtra entre las hojas. Las orquídeas purpúreas cuelgan de los árboles de cacao como serpientes encantadas por un dios. Y mariposas de alas rojas vuelan como flores de la selva a las que se ha dado una vida breve y tempestuosa.

Hay silencio — misterio — amenaza. Porque el pasado muerto se vuelve sombrío cuando se abre su tumba. Pero, aquí en este templo ruinoso de Oaxaca, sin nombre, desconocido excepto para los pocos que han desafiado la amenaza de los días y noches de la selva, hay una leyenda oculta, tan llena de encanto, que los grifos grabados parecen brillar con sus colores. Una leyenda tan verdadera que la historia asegura que nombra a sus actores, y pone el sello sólido de la verdad sobre las escenas fantásticas del drama.

Una joven de largos cabellos adornados con flores, de ojos soñadores y labios crueles que reflejan una sonrisa eterna y burlona, está arrodillada en una enorme cámara, y parece que las paredes están cubiertas con estatuas de dioses. Pero no hay reverencia, no hay adoración en la actitud de la doncella. Sus grandes ojos están fijos con expresión insolente en la cara de la estatua más cercana, y los labios tienen una sonrisa tan burlona, tan mortal como la línea de un arco que se encoge para lanzar la flecha. En la mano tiene una flor, que toca ligeramente la barba de la estatua. Y parece que la imagen se estremece al contacto de la flor de piedra.

Hay un nombre grabado bajo la figura arrodillada, "Chalchihh", que significa "Preciosa Joya Brillante". Es un nombre que evoca una belleza rara y fabulosa, una belleza dura, y tan cruel como la punta de un diamante. Y bajo el nombre se encuentra esta inscripción:

"Había una princesa, hija del Rey de Méjico, que fué tomada por esposa por Nezahualpili, Emperador de los Aztecas. Muchos hombres murieron por su amor, porque ella era tan hermosa como la luna y tan mortal como el escorpión. Ella vivió en una magnificencia nunca igualada por ninguna princesa, y murió en un cuarto de oro..." La mano de los siglos ha borrado las últimas palabras.

Era muy joven, esta Princesa Chalchihh, hija del Rey de Méjico, y la fama de su maravillosa belleza se había extendido por toda la tierra de Nahua. El Emperador, Nezahualpili, empezó a soñar con ella aun antes de que viera su imagen reproducida en las hojas pulidas del magüey. Y después, el mayor deseo de su vida fué hacer su esposa a la joven princesa mejicana.

Pero cuando, de acuerdo con las costumbres de los aztecas, ofreció sacrificios al gran dios Teotl, pidiendo que le enviara un mensaje por medio de la boca inspirada del sacerdote, la voz del oráculo vino breve—y ambigua.

—Cuídate de los dioses de oro!—dijo Teotl De la Princesa, y de la unión de los dos reinos no dió consejo, ni profecía. Por eso el Emperador, traduciendo el silencio de la deidad de acuerdo con sus propios deseos, envió a los dignatarios más altos del imperio a pedir la mano de la Princesa de Méjico.

Y POR ESO, después de muchas lunas las negociaciones terminaron. La hija del rey mejicano vino a la tierra de Nahua con mil sirvientes y esclavos.

Cuando por primera vez vió al Emperador entre las largas pestañas que ocultaban las luces verdes de sus ojos, comprendió, con una sabiduría muy superior a sus años, que él iba a ser su esclavo. Y cuando él le habló con palabras tiernas y solemnes, dándole la bienvenida al país de los aztecas y pidiéndole que le indicara cómo podía mostrarle su respeto y su amor, ella contestó con su vocecita dulce:

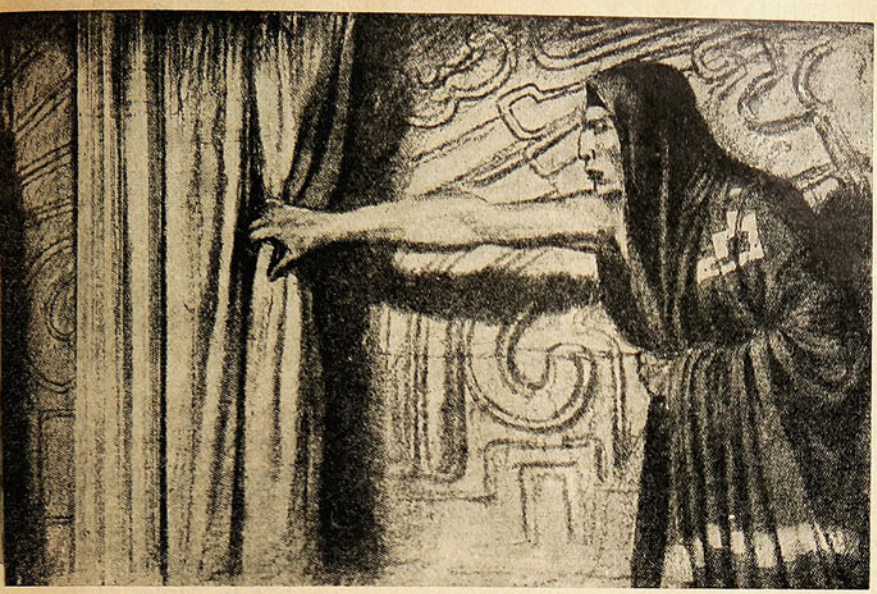
—Dáme un palacio, mi dueño y señor, en donde mis propios esclavos y sirvientes puedan vivir, y en donde yo pueda jugar sin temor a la grandeza de tu corte.

—¡Dulce niña!—pensó el Emperador,—¡todavía tan joven, tan llena de las ideas de la juventud! Tú tendrás tu palacio,—le prometió, sonriendo,—y será digno de tu belleza y de tu rango.

TRES mil esclavos trabajaron para construir el palacio de la Princesa. De piedra blanca y brillante eran las paredes y las terrazas; grabados y pintados eran los techos y las puertas. Tenía jardines y fuentes y grutas rocosas.

Un cuarto era azul, con el techo pintado para representar el cielo y con las paredes cubiertas con tapices de las plumas azules de los pájaros tropicales. Una cámara era blanca, con tapices de plumas blancas. Y había una cámara roja con cortinas de juncos rojos y tapices de conchas rojas. Las paredes estaban cubiertas con plumas rojas, y rubíes con reflejos de fuego rodeaban los nichos de los dioses de la Vida y del Fuego. Roja era la luz que se filtraba entre las cortinas—roja como las rosas, o roja como la sangre. Una cámara gloriosa—o siniestra.

Y había un cuarto amarillo, en donde, en un nicho grabado y pintado, estaba la estatua del gran dios Teotl. El piso estaba cubierto de figuras doradas, las paredes ocultas por tapices de plumas de canario. Oro... oro en todas partes. Cubría el altar, se encontraba en el piso, brillaba en el techo y en las columnas. Mezclado con la fragancia del copal se percibía el olor metálico del cuarto amarillo. Y a la propia cámara de la Princesa, el Emperador dió los cuidados más grandes. Una joya tan rara, dijo, debía tener un estuche digno de su belleza. Por eso las paredes estaban cubiertas de joyas, y el piso era de oro y de obsidiana. Flores rojas florecían en grandes jarras de jade. El lecho de la Princesa era de oro y las mantas de plumas de colibrí. Los botines y los tributos de ciudades conquistadas hacían glorioso el cuarto en donde la Princesa dormía.



Las cortinas se separaron. Era el Emperador. Había muerte en sus ojos.

AMANTES DE ORO

A R T E S

Y, después de haber producido un milagro de belleza para satisfacer el capricho de la mejicana, el Emperador se volvió una vez más a los asuntos del estado. La Princesa Chalchiuh, con sus sirvientes y esclavos y bailarinas, se quedó en el palacio—"para jugar", como ella lo había dicho.

Extraños en verdad eran los "juegos" de la Princesa de ojos verdes. Le agradaba hacer que un esclavo fuera arrojado al estanque de mármol; le agradaba ver los esfuerzos del infortunado cuyos pies estaban atados con fibras de magüey. Y cuando la fuerza casi le había abandonado, ella palmoteaba y gritaba:—¡un esfuerzo más, oh valiente! Alcanza la orilla del estanque, y te daré una bolsa de discos de oro!

ELLA se jactaba de cumplir siempre sus promesas—la Reina de los ojos verdes. Y cuando el esclavo, desesperado, llegaba a la orilla del estanque para caer sin aliento a sus pies, ella se reía alegremente, una risa cristalina, como de joyas que caen en un plato de oro. Y le daba la bolsa de discos de oro—pero atada a sus pies. De manera que él se hundía de nuevo en el agua límpida, mirándola fijamente con ojos que acusaban y maldecían.

No es de maravillarse entonces que el Miedo fuera un huésped constante del palacio que el Amor había edificado. El Miedo recorría con pasos silentes los corredores y las cámaras. Porque nadie sabía cuándo los ojos verdes de la Princesa encontrarían una falta, una omisión o una oportunidad para uno de sus "juegos". Sólo el Emperador ignoraba toda la maldad que se ocultaba bajo aquella cara infantil y sonriente.

Pero pronto la Princesa Chalchiuh se cansó de los juegos que había inventado. Anhelaba algo nuevo y terrible. Y por eso una mañana de primavera salió con una de sus doncellas, envuelta en una manta humilde, y con una canasta de flores sobre la cabeza.

MUY ansiosamente examinaron aquellos ojos verdes las caras de todos los jóvenes que pasaban a su lado, hasta que encontró uno lo bastante hermoso para retener su atención. El sólo vió a una jovencita, casi una niña, de labios rojos y ojos verdes que sonreían enigmáticamente, que invitaban. Una flor, una pregunta, una respuesta sonriente—y, más tarde, una modestia fingida con las largas pestañas tocando la curva suave de las mejillas...

—Si quieres en verdad verme de nuevo ven esta noche al canal que se encuentra al final de la Calle de las Flores. Una canoa te esperará; te conducirá hasta mí.

¡Ah, pero el Miedo visitó el palacio de la Princesa aquella noche! Porque en la cámara de oro se encontraba una figura de madera tan perfecta, tan bien pintada, que parecía ser realmente la Princesa Chalchiuh quien dormía bajo las mantas de plumas de colibrí. Largas pestañas negras descansaban sobre las mejillas, y largos cabellos negros se extendían sobre las mantas iridiscentes.

La Reina, de pie junto a la imagen, se rió alegremente. Las luces verdes de sus ojos parecían diablillos que danzaban.

—Has trabajado bien, mi escultor,—dijo al hombre que se encontraba a su lado,—y tendrás más trabajo para tu cincel antes de que la noche termine.

Luego se volvió hacia las doncellas, que la miraban asustadas:

—Si el Emperador viene, decidle que todavía duermo, y que estoy muy fatigada. El se alejará—como siempre.

FUE en la cámara roja en donde recibió al joven, que había venido ciegamente, ansiosamente, como una alevilla que vuela contra la llama. Vió una mesa de plata cubierta con platillos exquisitos—el humo azulado de perfumes que ardían, las luces rojas de los rubíes, el brillo rojo de tapices y columnas—y contra la cortina escarlata de juncos, con flores blancas en sus cabellos perfumados, a una joven de ojos verdes y de labios más rojos que una herida.

Ella le tendió los brazos. Sus labios rojos sonreían.

—¿Para qué las preguntas, oh joven? Toma el placer que es tuyo esta noche. Yo te pido en cambio... sólo tu corazón.

—Mi corazón,—él murmuró cayendo de rodillas a sus pies,—es tuyo.

Ella se rió dulcemente, como quien espera un goce secreto.

—Todavía no, todavía no... un poco más tarde.

Y más tarde, mucho más tarde, cuando los vapores de algún vino extraño se habían disipado en su cerebro, el joven despertó para encontrarse atado sobre una piedra que le obligaba a curvar la espalda—despertó para mirar, sin comprender, un par de ojos verdes tan duros y brillantes como la punta de una daga. Otra persona se encontraba también en la cámara—un hombre de cara muy pálida, y cuyos ojos eran los de un animal atrapado y atormentado.

—Míralo bien, oh escultor,—estaba diciendo la voz de la Princesa,—es muy hermoso No olvides el pequeño lunar de la mejilla derecha. Es una mancha en una cara perfecta

El joven se agitó débilmente, frenéticamente. La Princesa se rió.

—El embustero,—dijo riendo,—me ha ofrecido su corazón, y ahora no quiere dármelo. Pero yo lo tomaré... ves, querido joven, yo tomaré tu corazón.....

.....

Al terminar la luna el Emperador volvió al palacio de la Princesa Chalchiuh.

Cuando entró a su recámara, a la recámara enjoyada en donde la Princesa dormía, se admiró al encontrar muchas estatuas de oro macizo adornadas con piedras preciosas. Las estatuas eran de tamaño natural y tenían un aspecto extrañamente humano.

—Son mis dioses, los dioses de mi país,—dijo la Princesa. —Siempre están cerca de mí, para que no me sienta sola en este país lejano de los aztecas.

El Emperador sabía que los mejicanos tenían muchos dioses que no eran reconocidos por los aztecas. Pero él toleraba todas las religiones.

—Mi Princesa es muy devota,—dijo. sonriendo y acariciándole la mejilla.

PARA LAS HACENDOSAS

El cuidado de los encajes

LOS encajes son algo precioso que en algunas familias representan un valor que se transmite de generación en generación. Sean de Inglaterra, de Bruselas, de Venecia, de Chantilly, de Valenciennes, estén destinados a velos de novias, a trajes de baile, a echarpes que antes fueron mantillas; a ropa blanca o a mantelerías; los encajes deben ser tratados en cierta forma para que su conservación sea mucha. Para limpiarlos deben arrollarse en un cilindro de vidrio, o en su defecto, en una botelle larga. Una vez hecho el rollo, dejando el encaje algo tirante, se cubre con una tela blanca y se cose para inmovilizarlo. Entonces se sumerge durante 24 horas en agua de jabón saturada, se exprime después entre las manos y se repite la operación tantas veces como sea necesario para que los encajes queden limpios. Finalmente, se sumerge la botella, siempre con el encaje alrededor, en agua limpia, renovando el agua hasta que el jabón haya desaparecido por completo. Entonces se escurren los encajes y se pasan por agua engomada ligeramente y con un poco de azul, luego se ponen a secar entre dos lienzos puestos en varios dobleces y por fin se planchan sobre una cubierta de lana, con las planchas ligeramente calientes.

Cuando se trata de una mantilla o de un chal de Inglaterra, de los que fueron el orgullo de nuestras abuelas, ambos imposibles de arrollar en torno a una botella, por su tamaño, hay que proceder en otra forma. Se deslie jabón de Marsella en agua muy caliente. Se coloca la mantilla o el chal en un recipiente, doblado convenientemente, echándosele encima el agua jabonosa caliente, en forma de quedar completamente cubierto. Doce horas después se retira el encaje y sin escurrirlo — puesto que el jabón le da apresto natural — se comprime sobre una mesa entre dos toallas, teniedo cuidado, antes de que esté completamente seco, de estirarlo con mucha delicadeza con las manos, jamás se empleará para ello la plancha ni menos los alfileres. El jabón que queda en el encaje y el estirado, suplen toda otra operación. Si después de las doce horas de estar en el agua jabonosa el encaje no está limpio, se le cambia una nueva agua y se mantiene en ella otras doce horas.

Los encajes negros que se ponen rojizos con el tiempo, se pliegan en paquetes atados por los dos extremos y se inmergen durante algunas horas en una solución de agua con vinagre, en proporción de cuatro cucharadas de vinagre por cada medio litro de agua. Se enjuagan después con café frío y se planchan después, húmedos todavía, entre dos trozos de franela.

Cuando los encajes se ponen amarillentos hay que doblarlos y meterlos en una bolsa de linón nuevo, sumergiéndolo todo en un baño de aceite de oliva puro durante 24 horas. Luego se hace permanecer la bolsa en un baño de agua jabonosa hirviente, durante un cuarto de hora, se enjuaga con agua tibia y por fin se pasa por agua debilmente almidonada. Después de estas operaciones se extrae el encaje de la bolsa, se le tiende para que se seque a la sombra y se plancha en la misma forma que anteriormente se ha indicado.

Como se clava un clavo en la madera o en el yeso.

El clavar un clavo en la madera no siempre es una operación fácil, en especial si la madera es dura, en cuyo caso se ha de abrir antes un orificio con una barrena. Entonces, ejerciendo la fibra de la madera poca presión sobre el clavo, se le puede sujetar fácilmente. en cambio, el clavo quedará perfectamente empotrado, de tal modo que será difícil arrancarlo, si se tiene antes la precaución de mojarlo con amoníaco. Se forma así, instantáneamente, una pequeña capa de óxido sobre el hierro, haciendo que el metal quede como envejecido en el acto y todo el mundo sabe que los clavos viejos son de muy difícil extracción.

Valiéndose de un procedimiento análogo se puede fijar sólidamente clavos en el yeso, utilizando la adherencia provocada por el orín.

Para exterminar las cucarachas

Es difícil librar una casa de estos enojosos insectos de una manera completa, hay que perseguirlas sin descanso, tapando los agujeros de los pavimentos, de los coductos de agua, etc. Es conveniente recordar que una escrupulosa limpieza es la mejor defensa contra estos insectos domésticos. La cocina ha de quedar todas las noches completamente limpia de resíduos y de basuras que con su olor las atraen.

Da buenos resultados el petróleo en bruto emulsionado con agua, en proporción de 50 gramos de aceite mineral por un litro de agua. Se vierte este preparado por los agujeros, hendiudras, etc., por donde pueden salir las cucarachas, repitiéndose la operación cada cierto tiempo para destruir las nuevas generaciones.

Para limpiar las cocinas a gas

Se mezcla una pequeña cantidad de azúcar con una cucharada de vinagre adicionada de plombagina, obteniéndose así una pasta apropiada para limpiar los fogones de hierro que por este modo adquieren un hermoso pulimento. Se empapa un estropajo de lana con la pasta anteriormente descrita, se mezcla además con la plombagina un poco de polvo de almidón y un chorrito de agua, en la que previamente se haya fundido un poco de cola. Las porciones de la cocina que tengan manchas de leche, de caldo o de grasa, se limpian espolvoreándolas con sal y frotándolas con un estropajo.

Cola para pegar papel sobre cristal

Es muy a propósito para ello el silicicato de sosa. Si éste no tiene la consistencia de jarabe, se le concentra con un 25 por ciento de azúcar de cande y un poco de glicerina. El papel aplicado con una capa muy ténue de esta cola sobre el vidrio, adhiere tan fuertemente, que no se despega ni siquiera embebiéndolo en agua, sino que es preciso rasparlo con un cuchillo para poder sacarlo.

GUIA PRACTICA

Cuando las estatuas de mármol están expuestas al aire libre, no sólo se ennegrecen, sino que se cubren de vegetaciones minúsculas, que forman extensas manchas verdosas. Para evitar que esto suceda se prepara una mezcla de dos partes de cera virgen y una parte de aceite de adormidera. Se calienta ligeramente y se pasa en caliente sobre el mármol, utilizando para ello un pincel.

SÓLO LA MEJOR SEDA SE EMPLEA EN LAS MEDIAS HOLEPROOF

HOLEPROOF le ofrece a Ud. medias hechas con la mejor seda, cuyos hilos son uniformemente parejos y del mismo grueso. Así, las medias no se afean con anillos y manchas, como sucede con otros marcas.

A mayor costo, Holeproof selecciona sólo la seda más fina: eso da a las Medias Holeproof su duradera belleza. Su precioso lustre natural y su fina textura en nada resultan afectados por el uso y el lavado. No se destiñen ni se manchan.

Para que duren más, las Medias Holeproof van reforzadas en la punta y el talón donde hilos más fuertes, hábilmente tejidos e invisibles, impiden desgarraduras.

Aunque perfectas en cada detalle, las Medias Holeproof no cuestan más que otras. Elija Ud. sus medias, de entre 31 colores parisienses de moda. Le sorprenderán gratamente la hermosura y la economía de las Medias Holeproof.

Representante: O. H. MITCHELL. Huérfanos. 761. —SANTIAGO.

Medias Holeproof

(Pronúnciese Jolp uf)

Fabricamos también calcetines para caballeros y para niños, en todos estilos y colores.

Holeproof Hosiery Co., Milwaukee, Wis., U. S. A.

LA CAZA DEL CLIENTE

Es sabido que en los Estados Unidos se lleva hasta lo increíble el arte del **reclamo.**

Todo comerciante cree, y no sin razón, que es necesario descubrir el cliente posible, seducirle y empujarle a la compra. Pero para esto es necesario, ante todo, conocerle.

Y esa es la misión de ciertas agencias.

Una de Chicago ofrece sus servicios y expone su programa del modo siguiente:

"Tenemos extensas listas de gentes que poseen un piano, un violín, una mandolina u otro instrumento cualquiera.

Tenemos listas de gentes que juegan a los naipes.

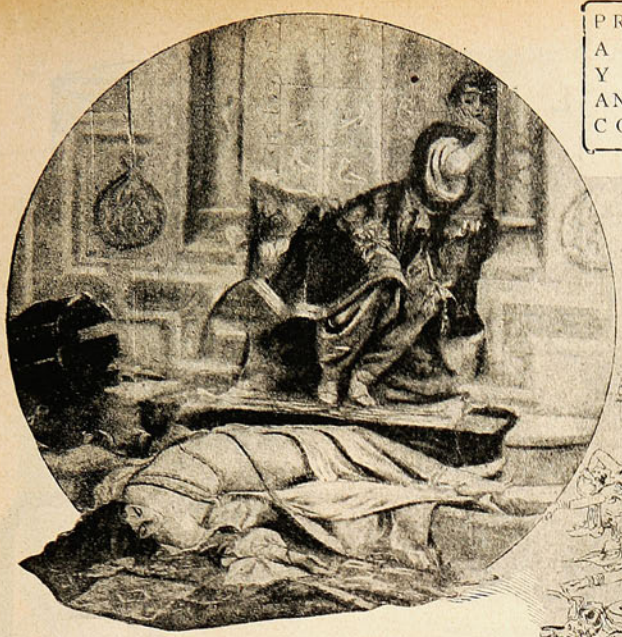
Una casa constructora de ojos artificiales nos paga 10 centavos por cada caso de accidente con pérdida de un ojo que nosotros le indicamos.

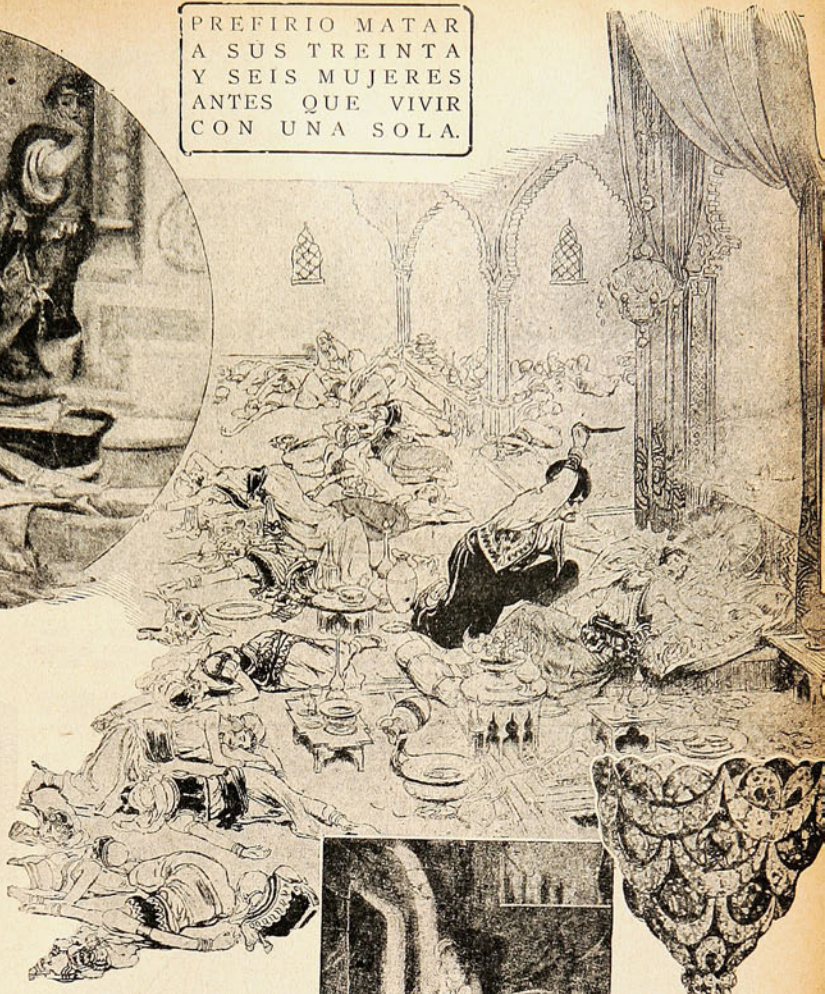
Recibimos 10 centavos de un ortopédico por cada caso que nosotros le señalamos de un accidente que implique la pérdida de un brazo o de una pierna.

Nosotros hacemos saber a los vendedores de biberones los nacimientos de cada día, y a los marmolistas los fallecimientos que ocurren"

Una agencia de Nueva York se enorgullece de tener, a la disposición de los comerciantes, listas completas de epilépticos, de alcoholizados, de fumadores, de ciegos, de sordos, de mujeres pecosas, de inventores, de mecánicos, etc., etc.

PREFIRIO MATAR A SUS TREINTA Y SEIS MUJERES ANTES QUE VIVIR CON UNA SOLA.





París, 21 de julio.

AVRAM Pasha, rico y poderoso turco del viejo régimen, enevenó a todas las mujeres de su harem y se mató después en su palacio en Anatolia, Asia Menor, porque la poligamia había sido abolida por el nuevo gobierno de Turquía.

Avram Pasha había sido uno de los hombres más ricos de Turquía antes de la guerra; poseía cinco palacios en Constantinopla y terrenos en otra parte del imperio. Tenía un harem lleno con las más hermosas mujeres de Turquía, tenía quinientos esclavos, doscientas mujeres y trescientos hombres. Su harem estaba custodiado por un cuerpo de veinte eunucos negros y tiranos. Avram Pasha había sido el mayor comerciante de esclavos del imperio turco y había proveído de hermosas mujeres el harem del Sultán Abdul Hamid. La profesión de comerciante de esclavos era considerada una profesión honorable y aún una profesión piadosa en Turquía, porque, segun la religión mahometana, es un trabajo noble el de proveer de mujeres a los altos dignatarios del imperio. Despues de la guerra cayeron muchas desgracias sobre la cabeza de Avram Pasha, pero a pesar de muchos reveses de fortuna todavía conservaba su hermoso palacio de Anatolia en cuyos patios se paseaban sus bellas mujeres adornadas de joyas y de telas preciosas.

Entonces se dictó el odioso decreto que abolía la poligamia. Avram Pasha, el gran Avram Pasha, confidente y amigo del Sultán, recibió una orden de la Asamblea de Angora, obligándolo a disolver su harem y a conservar una sola mujer. Avram Pasha no pudo pensar más que en un medio de salvación para él y para sus treinta y seis esposas. Ese medio era la muerte.

Y dió un hermoso fin para sus mujeres. No les comunicó sus intenciones porque pertenecían al sexo débil y tal vez hubieran podido rebelarse contra la sentencia de su señor, pero las informó que les iba a dar un magnífico banquete para celebrar una gran victoria de la fé mahometana.

Las mujeres acogieron la idea con transportes de júbilo y el Pasha gastó todo el resto de su fortuna en la preparación de tan magnífica fiesta.

Avram Pasha preparó los diferentes guisos de su último banquete por su misma mano, poniendo en ellos un activo veneno, un veneno que actuaría suavemente sin causar dolor, que sumiría en un profundo sueño a los comensales que nunca volverían a despertar.

Pasha y sus esposas, reclinados lánguidamente en hermosos divanes y entretenidos por una música lánguida y suave dieron principio a la fiesta. Hasheech fué uno de los principales ingredientes del veneno usado por el Pasha. Produce sensaciones de inmenso deleite ilusiones de genio de grandeza y de poder y destruye todas las ordinarias concepciones de la vida y de la moralidad, pero cuando se toma en grandes cantidades paraliza casi por completo el organismo humano. Por fin, cuando el veneno había hecho su efecto y sus treinta y seis esposas se habían quedado dormidas, Avram Pashá fué besándolas una después de otro y enterrándoles su daga en el corazón. La última en morir fué su esposa favorita.

Cuando el veneno había hecho su efecto, Avram Pashá besó una por una cada una de sus mujeres, enterrándoles después su daga en el corazón.

Avram Pasha miró a su alrededor con orgullo y derramando el contenido de un pomo de veneno en una copa de champagne la elevó sobre su cabeza diciendo: "No hay más que un sólo Dios y Mahoma es su Profeta. He sido fiel a la religión de mis padres y con este acto final de devoción me entrego a la piedad y a la justicia de Alah."

Entonces se bebió la copa con el veneno, cayó de espaldas en el diván y expiró.

Esta ha sido una de las tragedias más emocionantes provocada por el nuevo régimen en Turquía.

CUENTO JUDIO

En el "Avenir" hemos leído este cuento.

Es uno de esos cuentos judíos, de los que los propios israelitas son los primeros en reírse.

Isaac habita en el último piso de una casa que no tiene calefacción central.

Su amigo Absalón le pregunta:

—¿Cómo te las gobiernas, en el invierno, para calentarte? Debes de gastar un dineral en carbón.

—¿Tú crees? Pues no. Me caliento todo el invierno con un leño.

—¿Con un leño? ¿Con un solo leño?—dijo Absalón, admirado.

—Exactamente; con un solo leño.

—Dime cómo lo haces. Siempre es bueno aprender esas cosas.

—Nada más sencillo. Cuando tengo frío, tomo mi leño y salgo con él al descansillo de la escalera. Tú sabes que vivo en el sexto piso. Tiro el leño por el hueco de la escalera y bajo corriendo a buscarlo en el portal; lo recojo y vuelvo con él a mi piso, subiendo de tres en tres los escalones. Llegado arriba, repito la operación. Y te aseguro que a los cuatro o cinco minutos de entretenerme en ese juego, tengo todo el calor apetecible.

La admiración que Absalón manifestó al principio se trocó repentinamente en el más absoluto desprecio.

Isaac se da cuenta de ello, pero no se lo explica. Y como no se lo explica, pregunta:

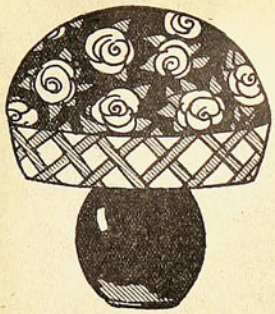
—¿No encuentras ingenioso mi sistema?

—¡Bah! En el fondo—contesta Absalón—, eres un loco derrochador.

—¿Te parece así?

—¡Claro! Para hacer eso, ¿qué necesidad tienes de comprar un leño?

LAS PANTALLAS CLASICAS



NADA más simpático en el interior moderno, que las pantallas destinadas a producir en las habitaciones esa deliciosa media luz en que todo parece cobrar un aire de misterio realmente subyugante. De fácil hechura, todo consiste en gusto para la elección de la forma, que se confiará a uno de esos hombres peritos en armazones de alambre, y en gusto para la elección de los materiales en que lo principal ha de ser armonizar los colores con los que primen en la habitación a que la pantalla está destinada.

La primera de las pantallas que presentamos a nuestras lectoras tiene la forma de un girasol a esa hora de la tarde en que la flor pliega sus pétalos. Está hecho en tafetán color oro sobre una armazón forrada de blanco. La parte superior se borda íntegra con nudos de gruesa seda café, terminando cada nudo por una mostacilla amarilla para bien imitar los pistilos.

Las dos pantallas siguientes, están hechas la primera con dos capas de crepé, una rosa y la otra lila, cubiertas ambas por una especie de collar de gruesas cuentas de vidrio morado que llega muy abajo y la segunda está hecha con cretona ribeteada con un galón de oro con un lacito Luis XV en cada punta.

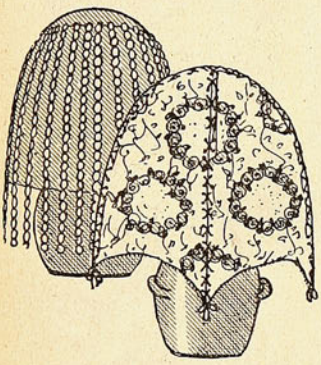
Sigue una pantalla hecha en pergamino finamente pintado con una guarda de rosas en colores naturales. Cinta rosa fuerte sirviendo de ribete.

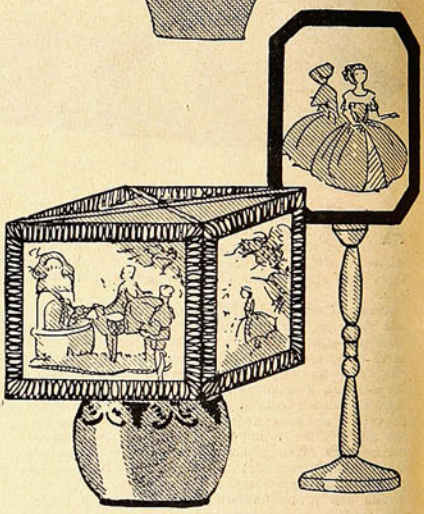
Arriba, a la derecha, hay una original pantalla hecha de cintas de falla en tres tonos de lila, alternando los tonos. Dos hileras de gruesas bolas de madera dorada unen entre si las cintas.

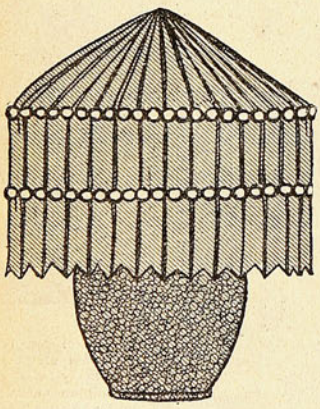
Pantalla en cretona de seda con la parte baja en pongué amarillo con cintas azules formando un enrejado.

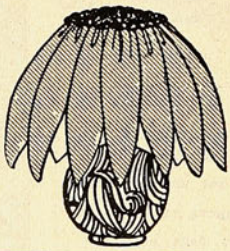
Linterna cuadrada con motivos pintados en siluetas sobre pongué amarillo muy pálido. Ruche de cinta de oro alrededor.

Para poner delante de un candelabro antiguo este pequeño biombo será encantador. Está montado en un pie de madera con el marco también de madera laqueado de negro y el motivo de seda marfil pintado en silueta.









LA ETIQUETA, SEGUN NOS LA ENSEÑAN LAS PELICULAS

Declaración de amor.—Epoca Victoria. La dulce y tímida heroína, que ha sentido un ataque de amor no solicitado durante el tiempo en que pasa la mitad de la película, se consideraría ofendida si el galán, ¡al fin!, no se le declara en la siguiente situación: un lugar entre sombras, un riachuelo (a ser posible, sobre un puente de madera), puesta de sol, un rosal al lado. (Esto es absolutamente indispensable). La mano masculina sube y resbala por la rústica barandilla del puente hasta apoderarse de la mano femenina. Ella vuelve los ojos hacia las rosas; luego torna la cabeza lánguidamente, y entonces el héroe cae de un modo rápido de rodillas. ¡Y la declaración de amor está hecha!

La invitación al baile.—Ninguna señorita aguardará a que la saquen a bailar. Toda "niña bien" elegirá con la vista el tipo de hombre que prefiere para danzar. De pronto, se abalanzará sobre él, arrastrándole hasta la mitad del salón, y, rodeándole con el brazo derecho el pescuezo, le obligará a dar saltos. ¡Es de muy buen tono que ella lleve en los labios un cigarrillo, y una copa de "whisky" en la mano izquierda!

Una presentación.—En los altos círculos sociales, cuando un caballero sea presentado a una dama, ambos deben estirar los brazos todo lo que puedan a la altura de la barbilla y sólo han de estrecharse las puntas de los dedos Para saludar a la dueña de la casa se hará la imitación grotesca de un paso de minué, al estilo de una inclinación de Corte; es decir, una reverencia lo más ridícula posible...

La hora del té.—En el "cine", únicamente las "vampiresas" invitan a tomar el té Se considera "au fail" llegar alrededor de las cinco en traje de noche. La heroína esperará al héroe tumbada en una "chaisse longue" y vestida con una "negliée" provocativo. Un momento antes de tomar la infusión, el mono favorito de la vampiresa romperá la vajilla, lo que a ella le hará mucha gracia. Repuesto el servicio y servido el té, cuidarán ambos de sostener las tazas en la mano, a una inclinación de 45 grados, y mantener el dedo meñique rígidamente estirado...

La urbanidad en un salón —Al entrar una señora, ningún hombre se levantará de su asiento aunque la dama se acerque a charlar con él. Es de muy buena educación en este caso hacerle cosquillas en la cadera a la señora mientras conversa con uno. Se considera de alta etiqueta tenderse en los sofás o estirar las piernas por encima de los brazos de las butacas.

¡Exactamente como si se estuviese solo y en su propia casa!

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene intima

NEOLIDES

antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

EL FIVE STEP, NUEVO BAILE

Tiempo inicial, algo suelto y casi gimnástico.

George White, el creador del nuevo baile.

Segundo tiempo: un delicado balance del cuerpo en el Five Step.

Tercer tiempo.

Cuarto tiempo.

y Five Step

El Charleston comienza a estar en decadencia: la nerviosidad de los music halls exige algo nuevo, más nervioso y novedoso. He aquí, pues, que Mr. George White, clásico bailarín, acaba de inventar el Five Step, baile esencialmente norteamericano que, según lo indican las insinuaciones de su autor, no parece ser ni el más audaz ni el más inquietante para la moralidad pública.

LA LIMOSNA

Por IVAN TURQUENEF

CERCA de la ciudad, por la carretera, iba un hombre viejo y enfermo. Vacilaba al andar. Sus piernas endebles, a la vez pesadas y flojas, se enredaban arrastrándose o tropezando, como si fueran ajenas. Los vestidos pendían de su cuerpo hechos jirones; extenuado, debaja caer la cabeza, descubiera, sobre el pecho.

Sentóse al borde del camino, inclinándose hacia adelante, acodado sobre las rodillas y con la cara entre las manos. A través de los dedos nudosos corrió su llanto hasta el polvo seco y gris.

Recordaba... recordaba el tiempo en que fué sano y rico, y cómo repartió salud y riqueza entre amigos y enemigos. Y ahora todos le habían abandonado, los amigos antes que los enemigos, y no tenía ni pan siquiera. ¿Sería necesario que llegara hasta pedirlo de limosna? Y su corazón desbordábase en amargura y vergüenza.

Y las lágrimas siguieron formando pequeñas manchas en el polvo gris. De pronto oyó que alguien le llamaba por su nombre; alzo la cabeza abatida. y —ióse frente a un desconocido.

Tenía éste el semblante tranquilo y grave, pero no severo; los ojos no lucientes, sino claros; y la mirada penetrante, sin dureza.

—Tú has repartido tu hacienda, — dijo pausadamente; — pero has hecho el bien. ¿Te arrepientes?

—No me arrepiento, — suspiró, mejor que dijo, el viejo... — pero ahora muero, y muero de hambre.

—Y si no hubiera habido quien pidiera tendiendo la mano, — prosiguió el desconocido, — ¿habrías podido probar tu virtud y ejercerla?

El anciano quedó callado y pensativo.

Y agregó el desconocido:

—Desecha el orgullo, pobre hombre, ve y tiende la mano; da a otra gente ocasión de mostrar con sus actos lo que es.

El anciano se puso de pie y levantó los ojos. Ya no vió a su interlocutor. A lo lejos, por la carretera, avanzaba un caminante.

El anciano se acercó y le tendió la mano. El viajero volvió el rostro con aire duro y desdeñoso y no le dió nada.

Pero atrás venía otro caminante que dió limosna al viejo. Y el viejo compró pan, y el pan le pareció bueno, y no tuvo ya vergüenza en el corazón, sino, por el contrario, un apacible contento que le llegó a lo más íntimo del alma.

PARA LA BELLEZA

LA HIGIENE DEL ROSTRO

ES una opinión corriente que Balzac inventó la mujer de treinta años. En la vida real, la mujer de treinta años—salvo algunas excepciones—no ha renunciado al mundo y a sus pompas. Balzac se mostró mucho más audaz de lo que se cree generalmente, creando en "Modeste Mignon" ese personaje prodigioso de la duquesa de Chalieu, bella a los cincuenta y seis años. Sin querer rivalizar con la "soberbia Eleonora", no hay probablemente una mujer que no quiera, una vez pasada la juventud, mostrar una cara llena de frescura y de encanto y una silueta airosa y esbelta.

Nunca se dirá bastante que para conservarse en juventud y belleza hay que dar a la cara, y al cuerpo en general, ciertos cuidados que se pudieran llamar "preventivos". La madre debería enseñar a sus hijas, junto con la limpieza y las buenas maneras, el arte de prevenirse de las arrugas mucho antes de que éstas aparezcan. Supongamos una cara completamente fresca: la de una mujer desde los dieciocho años a los treinta y cinco. Admitamos que la epidermis es normal, ni grasosa ni seca, cada una debe modificar ligeramente, según la calidad de su epidermis, el tratamiento que conviene a casi todas. Digamos, entre paréntesis, que nada es más desfavorable a la salud como las salidas nocturnas frecuentes.

Se comenzará por limpiar la cara, digo limpiar y no lavar, a que el uso del jabón no conviene sino una o dos veces por semana, para librar la piel de la tierra y de los polvos, cremas y pinturas que pueden cubrirla. Se empleará para esta limpieza vaselina pura o aceite de olivas, glicerina mezclada con agua de rosas o con agua de azahar. Para esta limpieza se hará uso de un tapón de algodón hidrófilo, que se tirará en seguida.

También pueden aprovecharse para este objeto trozos de género de hilo usado, sea de pañuelos, de sábanas y de ropa blanca.

Se procederá cada noche a esta limpieza.

Hacer el masaje de la barbilla a las orejas

Se limpiará la cara con un tapón de algodón hidrófilo

Como para un masage manual, se imprimirá al tapón un movimiento de adentro hacia afuera, de la base de la nariz hacia las orejas, de los ojos hacia las sienes. No hay que olvidarse del cuello, cuya piel es tan delicada como la del rostro, y está también amenazada por las arrugas. Se lo limpiará en la misma forma y luego se lo untará con una buena crema.

Volvamos a la cara. Un lavado con agua muy caliente, seguido de otro de agua fría, sirve para apretar los poros dilatados. Los ojos hay que lavarlos con agua caliente en un baño especial, una de esas copitas que tienen una forma ovalada. A este precio se conservarán siempre las pestañas tupidas y crespas. Luego se secará el rostro y el cuello con trozos de algodón, y por fin con una toalla de hilo muy fina. Entonces procederá a untarlo con una pomada a base de lanolina, única materia grasa que la epidermis asimila completamente. Como una vez hecha esta operación quedará el cutis reluciente, puede empolvarse con polvos de almidón, con ayuda de otro algodón. Esta pomada, que ha de ser la alimentación diaria del cutis, puede hacerse perfectamente en la casa. Nada es más simple. Una parte de vaselina, otra de lanolina, se ponen ambos a fundir en un cacharro de loza esmaltada, a fuego muy suave. Una vez hecha la mezcla, se le agrega otra parte de agua de rosas. Hay personas que prefieren algunos productos de perfumería. Cada una sabe lo que conviene a su epidermis, pero siempre no estaría de más que ensayaran la crema anterior, que da muy excelentes resultados.

Se terminarán estos cuidados con varios movimientos del cuello, que sirven para mantener puro el contorno de la cara y para prevenir las arrugas en esta parte del cuerpo. Inmovilícense los músculos faciales y échese atrás la cabeza lo más que se pueda, echándola luego adelante, hasta tocar con la barbilla el pecho. Luego vuélvase el cuello hacia el costado, poniendo la barbilla frente al hombro. Hay que repetir cada uno de estos movimientos por lo menos quince veces, y hay que hacerlos con cierta energía, como si fuera cualquiera otra fase de la gimnasia.

En la mañana se comienza en seguida el arreglo de la cara. Nada de agua, salvo para los ojos y las orejas. Para estas últimas se hace un tapón de algodón alrededor de un palito, y así se limpian prolijamente. Se limpiará la cara lo mismo que en la noche, utilizando una leche, una crema o, simplemente, glicerina con agua de rosas. Se dejará el cutis así mientras se tome el baño y se hagan todas las demás cosas complementarias a la toilette matinal. Entonces se empolvará la cara ligeramente. ¿Para qué, si se posee un lindo cutis, disimularlo bajo una espesa capa de polvos? Un poco de polvos rosados en las mejillas, un poco de rojo en los labios y ya se puede afrontar la luz del día. Todas las mujeres actuales quieren pasar por deportistas, nada acorda menos con los ejercicios en pleno aire que una cara demasiado pintada. Además, el calor y la transpiración, que cualquier deporte desarrolla, absorben rápidamente todo lo que sea color artificial.

Fuera de esta simple higiene, hay bastantes otros cuidados que dar al cutis. Cuando se tenga la cara fatigada, hay que proceder en la siguiente forma:

Hacer hervir un poco de leche y agregarle una parte igual de agua fría, entonces, con un tapón de algodón, bañarse durante diez minutos la cara. Luego se seca con una batista y se engrasa con crema. Entonces se recuesta la persona, cerrando los ojos y se mantiene en una posición horizontal durante un cuarto de hora, haciendo lo posible por descansar verdaderamente por el relajamiento de todos los músculos y la inmovilidad absoluta. Al levantarse, se limpia el rostro como se ha indicado, con un tapón empapado en Agua de Colonia, en vinagre aromático o en agua de rosas mezclada con agua de azahar. Entonces se seca la cara y se

Después del masaje, un poco de crema

empolva, poniendo antes la crema que sea habitual. Seguido regularmente este tratamiento, que demanda algunas molestias, da un excelente resultado. Si no se dispone del tiempo necesario o no se quiere perderlo en estos cuidados, que algunas juzgarán inútiles, se podrá proceder de esta otra manera: al hacer la toilette matinal, se mojará un gran trozo de algodón en agua, lo más caliente que se pueda resistir, se le da una forma alargada, se moja en Agua de Colonia y se azota vivamente la cara con esta especie de chicote. En seguida se pasa por toda la cara un pedazo de hielo.

Todo lo que hace trabajar los músculos faciales es excelente, es decir, el masaje manual o el eléctrico. El primero no puede ser confiado nada más que a un profesional, el segundo, en cambio, está al alcance de todas las mujeres. No hay más que comprar un buen estuche con todos los aparatos, que se enchufa en cualquier enchufe corriente. Para hacer este masaje se apoya la esponja para los ojos y las sienes, la campana para el resto de la cara, el vibrador sobre el cutis, y se levanta luego, repitiendo este doble movimiento de quince a dieciocho veces en cada punto.

En masaje en el cuello

No hay que **mover** el vibrador, no hay que pasearlo sobre la cara, sino que posarlo, levantarlo y volverlo a posar. El masaje fortifica los músculos, cierra los poros, aterciopela la tez y mejora el color. Algunas personas recomiendan el uso de las máscaras de caucho, pero aquí no hablaremos de ellas, limitándonos solamente a los medios más fáciles y naturales para conservar la belleza y la juventud.

Este fin, perseguido por las mujeres desde tiempos inmemoriales, está en la mano de todas desde que la ciencia de la dentística ha adelantado en la forma estupenda en que ha progresado en los últimos años. ¿Hay posibilidad de parecer bella, si al sonreír se muestra una dentadura llena de desperfectos? Cierto que las visitas donde el dentista son muy poco agradables, por eso deben tenerse con los dientes toda clase de precauciones, frotándolos todos los días con mucho cuidado mañana y noche, y después de cada comida, de abajo hacia arriba para los dientes de la mandíbula inferior, de arriba hacia abajo para los de la mandíbula superior. No hay que olvidar que la parte interna también necesita su buena cepillada. Sólo en la limpieza de la mañana se usará una pasta dentífrica.

Después de la crema, un poco de polvos de almidón

Toda mujer preocupada de su belleza tiene que cuidar su silueta, haciéndose un régimen alimenticio y practicando algún deporte. En caso de no poder dedicar unas horas a jugar tennis o golf, a remar o a nadar, se contentará con largos paseos, aprovechando sus diligencias para andar a pie o hará en su casa algunos ejercicios gimnásticos.

Hay que cuidar también que la circulación de la sangre sea normal y que el aparato digestivo marche con regularidad. Todas las mujeres debían tener el hábito de tomar en ayunas un gran vaso de agua fría o caliente, y en la noche otro vaso de tisana refrescante. La mayoría de las mujeres excesivamente gordas, deben solamente su gordura a las golosinas que comen despreocupadas, ignorando que esa azúcar es la que les hace la doble barba y los tejidos adiposos que les afean la silueta. Si se tiene una cierta tendencia a la gordura, hay que cuidar mucho de privarse de ciertas comidas y de las golosinas en particular. La mujer bella que desea ser verdaderamente encantadora, debe saber que, una vez que ha puesto la última mano a su arreglo, tiene que olvidarse por completo de sí misma. Nada más exasperante que esas mujeres coquetas, que parecen estar siempre ante sí mismas como ante un "altar y su divinidad".

Limpieza de los dientes mañana y noche

La estética, en este punto, está siempre cerca de la bienaventuranza.

Mme. Gabrielle Robinne

la bella y distinguida artista de la COMEDIE FRANCAISE, de París, habla de la "VELOUTY" de DIXOR (M. R.)

Pour la beauté des mains et du décolleté, il n'existe rien de mieux que la "Velouty" de Dixor

Gabrielle Robinne

TRADUCCION:

Para la belleza de las manos y del escote, no existe nada mejor que la "Velouty" de Dixor.

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

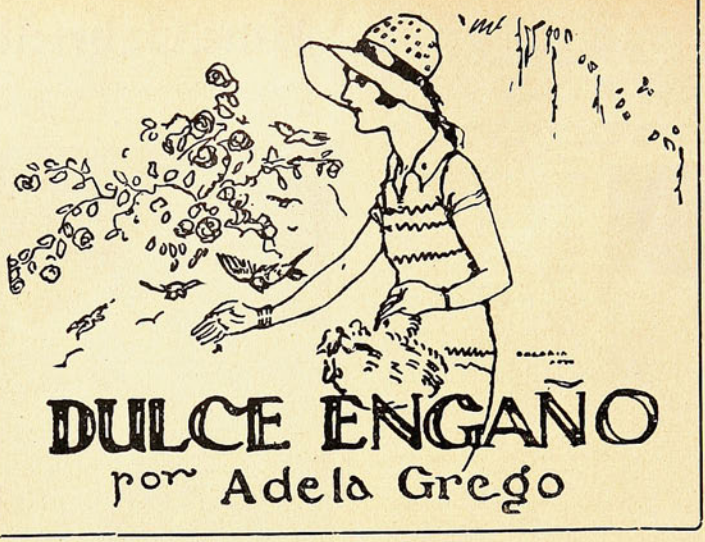
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS

se vende a los siguientes precios:

1|4 tubo o tubo maletín	$ 2.00
1|2 "	" 8.00
1|1 " o super tubo	" 13.50

Tres colores:

Blanco, Rosado (Naturelle) y Marfil (Ivoire)



DULCE ENGAÑO

por Adela Grego

IMPULSADA por la fuerza de la costumbre, Ana María bajó al jardín como todas las mañanas a contemplar sus flores y a repartir migas de pan entre los audaces gorriones, que llevaban su atrevimiento hasta cogerlas de su propia mano. Pero hoy no descendía los escalones saltando alegremente ni había en su garganta trinos de pájaros. Su paso era lento e indeciso y su mirada ausente se fijaba en un punto invisible del horizonte.

Aquella noticia y el propósito de sus padres, de su madre más bien, pues su padre demasiado absorto en sus pensamientos, apenas había tomado parte en la conversación, habían caído como una piedra en la linfa transparente de su vida.

¿Cómo había podido ocurrírsele una idea semejante después de tan largos años de ausencia, a aquel tío suyo cuyos rasgos aparecían vagamente en su memoria mezclados con los primeros recuerdos de la infancia? De él sabía únicamente lo que las cartas de América habían traído a intervalos irregulares.

Llegado allá a los veintidós años con su título de ingeniero y mucha ambición por todo bagaje, había trabajado duramente y no siempre con éxito, hasta que al fin, rendida la suerte por su valor y su esfuerzo, se había dignado tenderle la mano.

Ya desde entonces esta diosa esquiva le había acompañado en sus arriesgadas empresas y al parecer, en la actualidad, era dueño de fabulosas riquezas. Creía haber oído hablar de su unión con una joven bellísima a quien sorprendió pronto la muerte dejándole un hijo de pocos años.

Pero todo esto se apretujaba, se confundía en su imaginación para dejar paso a otra idea más punzante, más absorbente, que la atormentaba desde aquella mañana.

Tío Juan sentía de pronto la nostalgia de la patria y volvía a España deseando pasar el último tercio de la vida bajo su cielo luminoso y en el hogar alegrado por la mujer que hacía un año turbaba su sueño y llenaba su vida de locas ilusiones.

Y esa mujer era ella, cuyo retrato había llegado a sus manos justamente con los de toda la familia.

¿Por qué habría recaído en ella precisamente su elección, coincidiendo tan extraño capricho con la ruina casi total de su padre, que hasta entonces se le había ocultado cuidadosamente? Volvió a ver el semblante compungido y lloroso de su madre al hacerle la difícil revelación y pedirle aquel sacrificio superior a sus fuerzas; pero lo que más la había conmovido fué la tristeza infinita que leyó en los ojos de su madre, aquel don Pedro Luján tan altivo, tan sereno y sobre todo tan bueno y tan conocedor del corazón de su hija.

¡Cuánto debió sufrir pensando que su honra y la tranquilidad de su vejez sólo podrían salvarse a costa de la felicidad, de la renuncia de las más legítimas aspiraciones de su Ana María! Y viendo aquellos ojos húmedos por las lágrimas a duras penas contenidas, se había olvidado de sí misma, vencida por la compasión, y había prometido.

En esto había llegado junto a la taza del surtidor, que esta mañana no desafiaba al sol con su haz de hilillos irisados, y al inclinarse con un movimiento inconsciente, sorprendió su imagen en el tranquilo cristal de las aguas.

Como un espejo en que los peces simulan fugaces pinceladas rojas, repitió su busto de niña-mujer envuelto en el jersey multicolor, sus facciones delicadas y sus ojos llenos de luz, el óvalo de su rostro sonrosado coronado por la cabellera de color de miel que acariciaba con los largos tirazones el cuello blanco y torneado. Se detuvo a contemplar aquella fresca visión de juventud, sonriendo complacida, y por un momento dejó de pensar en el motivo de su pesadumbre. Sus diez y ocho años eran un canto a la vida, y en esta edad es imposible no ceder al hechizo de sus melodías. Mas, la tristeza tardó poco en apoderarse de nuevo de su mente, y con un suspiro, casi un sollozo, apartóse de allí.

Siguió avanzando por el jardín, salieron a su encuentro piando los gorriones, pero sus chillidos estridentes no hirieron su oído, ni con sus reboleteos lograron atraer su mirada perdida en lontananza. Sin saber cómo se halló otra vez al pie de la escalinata. Entonces volvió a la realidad, titubeó un momento, se pasó la mano por la frente y, subiendo rápidamente los escalones, corrió a refugiarse en su habitación, y allí, de bruces sobre la cama, desahogó en llanto silencioso todo el dolor de su corazón.

* *

Un telegrama con su fría concisión había avisado para aquella tarde la llegada de tío Juan.

Desde que anunciara su viaje se habían hecho grandes preparativos en la casona. Todo parecía poco para recibir al hermano que partió con sólo su talento y un mundo de ambiciones, y volvía ahora inmensamente rico y con la ilusión de prestar un poco de calor al frío de sus últimos años, uniendo a su vida que declinaba otra vida que empezaba a alborear.

La familia de Luján llegó a la estación pocos minutos antes de que sonara la campana avisando la salida del tren de la próxima estación. En el andén se hallaban paseando algunos de los parientes de don Juan, conocedores de su viaje. Se cruzaron saludos y se cambiaron impresiones. Todos, quien más quien menos, se sentían emocionados, aunque por distintas causas. Ana María fué la única que no sonrió ni salió de su mutismo.

Por la curva de la línea férrea asomó un penacho de humo, sonó un silvido prolongado y la negra larva del tren se fué acercando, al mismo tiempo que moderaba su marcha hasta detenerse en la estación de Piedra Alta.

Se abrió la portezuela de un coche de primera y bajó un militar obeso seguido de dos señoras y varios niños y tras ellos un joven de estatura aventajada y aspecto agradable, que al apearse quedó un momento indeciso. Pero sus vacilaciones duraron breves instantes y con ademán decidido y respetuoso, dirigióse hacia donde estaba la familia de don Pedro, que se sentía un poco defraudada al no ver llegar al viajero esperado, y preguntó:

—Perdone, caballero: ¿tengo el honor de saludar al señor Luján?

—Servidor de usted — contestó éste algo extrañado.

—Soy Enrique Fernández, secretario de don Juan Luján, quien se ha visto obligado a quedarse en Madrid un par de días, retenido por un asunto imprevisto. Me ha enviado para que espere su llegada aquí y expresé a ustedes su sentimiento por no haber podido cumplir su palabra. Por lo demás, esta carta suya le explicará mejor que yo la causa de su retraso.

La carta que entregó a don Pedro y que éste leyó sin poder disimular la impaciencia decía así:

"Querido hermano: Un asunto enojoso en la embajada me retendrá unos días en Madrid, privándome por el momento del placer de abrazaros tan pronto como era mi deseo.

"En mi lugar va Enrique Fernández, mi secretario, muchacho excelente y digno de toda mi confianza, a quien te ruego recibas afectuosamente.

"Presenta mis respetos a tu esposa e hija, en cuya benevolencia confío para que me perdonen".

Don Pedro Luján tendió su mano a Enrique Fernández y se hicieron las presentaciones.

Ana María, al balbucir unas palabras de cortesía en contestación a la profunda reverencia de Fernández, advirtió que el joven, además del aspecto distinguido, tenía el cabello rubio, el rostro de facciones correctas y que le sonreía con unos labios muy rojos y unos dientes muy blancos, en tanto que sus ojos se fijaban en ella con admiración y simpatía.

* *

Enrique Fernández había sido el bienvenido en el hogar de don Pedro Luján, pues si bien es verdad que la carta de don Juan le había abierto las puertas de la casona, no lo es menos que sus prendas personales le habían abierto de par en par todos los corazones.

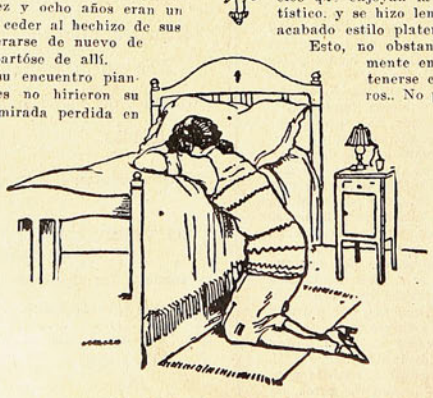
En los tres días que llevaba en Piedra Alta había paseado por sus pintorescos alrededores acompañado de don Pedro y había visto cuanto el pueblo encierra de notable y digno de ser visitado. Se había extasiado ante los retablos que se conservan en la iglesia parroquial, obra de uno de nuestros genios del Renacimiento, y había mostrado sus conocimientos en el arte pictórico.

Deambulando por las calles, admiró la belleza de algunos de los palacios que enjoyan la población con su aspecto señorial y su mérito artístico, y se hizo lenguas de la fachada de la casa consistorial, del más acabado estilo plateresco.

Esto, no obstante, había encontrado tiempo para hallarse casualmente en el jardín a la hora en que Ana María solía entretenerse cuidando de sus flores y dando de comer a sus pájaros.. No puede negarse que el primer día que la muchacha se quedó a solas con él, se sintió un poco intimidada, pero para Enrique, con su palabra fácil y la magia de su voz cálida y arrulladora, no fué empresa de titanes vencer su turbación, ahuyentando la tristeza de sus ojos y atrayendo sonrisas a sus labios.

Y al caer de la tarde, de vuelta de sus paseos, cuando Ana María, sentada al piano, dejaba volar su alma en torrentes de armonía, entraba de puntillas en el salón, sumido ya en la penumbra, y hundido en amplio butacón, dejaba que la emoción le invadiese poco a poco. El melómano que había en él no había regateado su admiración al advertir el arte de Ana María.

Porque Ana María era una verdadera artista: la técnica del piano no tenía secretos para ella y su exquisita sensibilidad sabía sorprender y reproducir los matices más sutiles y delicados. Interpretaba con entusiasmo, por no decir con



...y allí, de bruces sobre la cama, desahogó en llanto silencioso todo el dolor de su corazón.

...a la hora en que Ana María solía entretenerse cuidando de sus flores y dando de comer a sus pájaros.

pasión, la música de los clásicos, entre los cuales Beethoven y Chopin eran sus favoritos.

Cuando Enrique entró, la muchacha daba comienzo a uno de los deliciosos "Nocturnos" del genial compositor polaco, y él, con un respeto casi místico, fué a sentarse en un ángulo del salón completamente sumergido en las sombras, desde donde podía contemplar la blanca silueta de la pianista bañada en el oro del crepúsculo.

El grito desgarrador que un espíritu atormentado lanza en la noche estrellada se reprodujo al pasar por el alma llena de inquietudes de Ana María, repercutiendo en los nervios de Enrique.

En aquel momento, con una intuición de la que él mismo no se daba exacta cuenta, adivinó la lucha que el deber y el instinto sostenían en el corazón de la muchacha, y en la desesperación que vibraba en aquellas frases doloridas comprendió que triunfaba el más poderoso de los sentimientos. Sintió la protesta de la mujer que, ansiosa de vivir, ha vislumbrado la verdadera esencia de la vida.

Enmudeció el piano y el pecho de Ana María se dilató con un profundo suspiro, mientras su mirada iba a perderse en las nubes que el sol, al trasponer la lejana sierra, teñía de púrpura con sus postreros rayos.

Entonces ocurrió algo inesperado. Enrique, con un movimiento brusco, se levantó de su asiento, dirigiéndose al lado de Ana María, y antes de que ella hubiese vuelto de su asombro, había cogido una de sus manos que todavía descansaba encima del teclado y le decía con voz acariciadora:

—Ana María, perdóname si, queriéndote tanto, te he hecho sufrir. Esta farsa ha sido la prueba a que un padre ha querido someter a la mujer que el hijo desde tierras lejanas, por la gracia de tus ojos divinos, había elegido para compañera. Yo soy Enrique Luján y hace un año que tu nombre y tu imagen vienen turbando mi sosiego y alejando el sueño de mis párpados. Mi padre, que ha concentrado en mí todos sus amores, no supo resistir a la vehemencia de mis súplicas y consintió en acompañarme a España, no sin antes exigir de mí la promesa formal de que llevaría a efecto esta prueba mientras él quedaba en Madrid esperando que yo le llamara. Ahora que lo sabes todo ¿querrás perdonarme, Ana María?

Los ojos de la muchacha, que hasta entonces habían estado fijos en él, sin comprender el sentido de sus palabras, comprendieron al fin y se ocultaron tras el velo dorado de las pestañas.

Y cuando Enrique, rodeándola con el brazo, la atrajo hacia sí, Ana María no opuso ninguna resistencia, resolviéndose el conflicto de aquellos corazones con la sencillez con que a lo mejor se resuelven las cosas grandes.

GUIA PRACTICA

Para limpiar los muebles de mimbre, que al terminarse el verano suelen estar bastante rozados, deben, ante todo, cepillarse con un cepillo limpio y duro. Si son teñidos no deben lavarse con agua y jabón; se usará, en cambio, un trapo humedecido con parafina. Un poquito de lustre para muebles, discretamente empleado, hará que se vaya el olor.

Los muebles blancos de mimbre o caña se lavarán con agua salada, en proporción de cuatro cucharadas de sal para cada litro. Úsese un cepillo de uñas, y no se moje demasiado la paja porque se abriría. Enjuáguese, séquese y déjese al aire. El uso de agua y zumo de limón a menudo devuelve su blancura a los muebles de junco. El jabón los pone amarillentos.

• ★ •

Para lavar y remozar los encajes debe tenerse en cuenta que los hilos que forman estos delicados tejidos suelen encogerse más o menos bajo la influencia del agua caliente. Así, pues, conviene sumergirlos, previamente enjabonados, si los necesitan, en un agua casi hirviendo mantenerlos en ella hasta que el agua esté tibia y entonces retirarlos, enjuagarlos, teñirlos, si se quiere, y arreglarlos, dándoles forma, y cuidando siempre de estirar los hilos. Para ello se les fija con alfileres sobre un muletón o bayeta gruesa, de tal modo que sea sólo la cabeza del alfiler la que sostenga los hilos del encaje. Este puede ensancharse o disminuirse a voluntad, según la distribución de los alfileres colocados mientras está húmedo.

• ★ •

Pregunta acerca de cuál es su receta para conservarse tan maravillosamente bella y esbelta, una hermosa artista de "cine" ha hecho las siguientes declaraciones:

"Desde mis tiempos difíciles—ha dicho—, en que la pobreza me imponía un régimen de anacoreta, soy sumamente sobria en las comidas. Hoy, que los ingresos obtenidos con mi arte me permitirían cumplidamente atender a mis gustos, perdura en mí el hábito de comer poco contraído en mi época de penuria.

Además—añade—paso de pie una gran parte del día. Trabajo siempre en pie, mientras estudio, mientras ensayo, mientras laboro... Esto bastaría a mantenerme delgada, esbelta. Este es el motivo de que las muchachas dependientas de comercio o almacén sean delgadas en su mayoría. Las modistas, las empleadas, las cajeras, en cambio, que permanecen muchas horas sentadas, engruesan fatalmente... Creo, no obstante, que el sistema de las dietas ahora tan en boga, es un mal sistema. Mi opinión es que la mujer debe comer lo suficiente para conservar la energía y recurrir a los ejercicios y masajes para eliminar la grasa y mantenerse esbelta y ágil. Esta, en todo caso, sería mi receta."

"PROMONTA"

(EN TABLETAS Y EN POLVO)

MEDICAMENTO TONIFICANTE DEL SISTEMA NERVIOSO.

Preparado orgánico a base de sustancias provenientes del sistema nervioso central, combinadas con vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

Bajo el constante control de los profesores de la Universidad de Hamburgo, Drs. Weygandt y Hans Much, y del profesor de la Universidad de Berlín, Dr. Boruttau.

De venta en todas las boticas.

Agentes exclusivos para Chile: DAUBE y Cía.

La fama mundial de la Fenalgina ha provocado innumerables imitaciones y falsificaciones de este producto. En beneficio de su propia salud debe Ud. rechazar las tabletas sueltas y exigir la Fenalgina en cajitas de 24 tabletas o en sobrecitos de 4 tabletas, a fin de tener la seguridad de recibir el producto legítimo y no una imitación ineficaz y nociva. La fenalgina es el único producto que los médicos recomiendan sin temor para las guaguas y los niños.

FENALGIN

(FENALGINA)

domina rápidamente el dolor, proporciona pronto y seguro alivio sin ninguno de los inconvenientes de los productos opiados u otras drogas narcóticas. Es indispensable en el hogar.

De venta en todas las Boticas.
Concesionario para Chile: Am. Ferraris
Compañía 1295 — Santiago — Casilla 29 D

Fenalgina M. R. Form. Fenilacetamida carbo-amoniatada

¿EN QUE EPOCA SE INVENTARON LA SERVILLETA, EL TENEDOR, EL COMEDOR, LAS MEDIAS, EL RELOJ, EL ABANICO, LOS POLVOS DE ARROZ?

Por GASTON DERYS

La sevilleta

CUANDO la dueña de casa va a dar un último vistazo a la mesa preparada para una comida y la ve cuebierta de flores, de cristales, de platería, de manteles y de servilletas bordados ¿ha pensado alguna vez que la servilleta se usa desde hace muy poco tiempo entre los franceses?

Nuestros abuelos amaban el aparato, pero no

Se empolvaba bien el cabello antes de empolvarse el rostro.

tenían idea de lo que significaba el confort y muchas veces ignoraban también la limpieza. La servilleta, que primero estaba reservada a los niños, apareció bajo el reinado de Carlos VII. Anteriormente los invitados se limpiaban los dedos en el mantel, con toda sencillez.

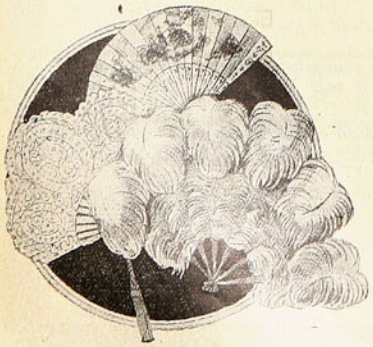
Cuando la servilleta se hizo general, se la usó en el hombro, luego en el brazo izquierdo y después anudada al cuello. Operación difícil esta última cuando se lleva una alta golilla tiesa.

En el siglo XVI el uso de la servilleta aún no estaba implantado entre toda la gente de la buena sociedad, ya que Montaigne cuenta que si él comería sin mantel, él, un gentilhombre consejero del Parlamento de Burdeos, no podría prescindir de la servilleta.

Bajo Luis XIII, el empleo de la servilleta se extendió a la burguesía y las dueñas de casa empezaron a ingeniarse por presentarla doblada en las formas mas fantásticas. De ahí que Pedro David en su "Mayordomo de Hotel" publicado en los primeros años del reinado de Luis XIV, explica veintisiete maneras diferentes de doblar la servilleta: como gallo, como gallina empollando, como melón, como tortuga, como cruz... Hay para todos los gustos.

El Tenedor

Se cita como un hecho notable el que Carlos V poseyera media docena de tenedores. En cambio poseía más de ciento cincuenta platos y escudillas de oro y más de cien docenas de platos de plata. Así nuestros antepasados adoraban el faustoy desdeñaban la delicadeza. Se arruinaban por

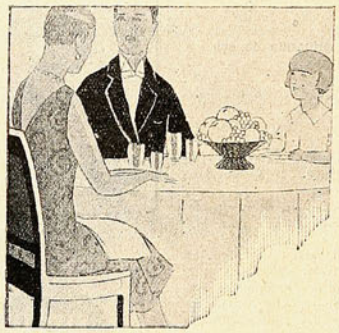


El abanico, accesorio de la toilette femenina.

Aún en el Renacimiento, las gentes nobles se servían con la mano.

poseer vajillas de oro y plata, se servían treinta guisos diferentes cada vez, pero los príncipes comían con los dedos y las princesas también.

Los grandes señores del fastuoso Renacimiento, vestidos de terciopelo, de seda, de diamantes



El comedor es una coquetería moderna.

y perlas, tomaban de la fuente que les presentaban, con tres dedos, como la etiqueta de ese entonces lo exigía, la ración que les parecía mejor. Y para comérsela se servían también de los dedos, ayudándose con un cuchillo.

A fines del siglo XVI el tenedor se introduce

Una ocasión.

en la corte de Francia. Y no deja de ser divertido que su aparición provoca una especie de escándalo.

Parecía un refinamiento de sibaritas su uso y los vicios apegados a la tradición lo condenaron furibundos. El Rey-Sol usó rara vez el tenedor. Hay que acordarse que este rey gustaba de hacer bromas en la mesa a sus cortesanos. Cuenta Saint-Simon que como madame de Montespan y madame de Thianges fueran ambas muy finas para comer, el rey—por cierto que estas bromas serían hoy por hoy intolerables — hacía poner en sus raciones de mantequilla o de torta, cualquiera inmundicia.

El uso del tenedor no se generalizó verdaderamente hasta fines del siglo XVIII.

El Comedor.

El comedor es también una conquista moderna. Nos parece imposible hoy día prescindir del comedor en la casa que habitamos y donde cada habitación está destinada a cierto uso. El comedor, tal cual nosotros lo hemos conocido, evoca mil recuerdos de intimidad, de fiestas familiares, que hacen de esta pieza una de las más queridas. Y fué en el siglo XVII y sobre todo en el XVIII cuando el comedor se hizo común. Antes se improvisaba una mesa en cualquiera pieza con ayuda de caballetes, o se traía la mesa lista desde la cocina cuando había visitas, o se arreglaba una gran mesa en el salón, o en la sala de armas para las fiestas de los señores principales. La

Entonces se amarraba la servilleta al cuello.

burguesía comía generalmente en la cocina.

En Versalles, Luis XIV comía en su pieza o en la ante-cámara o en el vestíbulo. Y aun bajo Luis XV, cuando ya muchos tenían una pieza especial para comer, el rey, la reina y los príncipes de la sangre, comían tanto en una pieza como en otra.

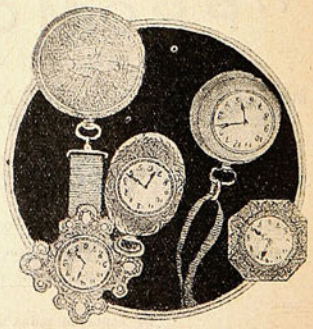
Las medias

Las medias tejidas, con el aspecto que tienen ahora, no aparecieron hasta el siglo XVI. Antes se llevaban en las piernas, largas tiras de género arrolladas a la manera romana o pantalones cortados en forma en un género muy fino como usaron los medioevales.

La invención de la máquina de tejer medias se debió al inglés William Lee que no inspiró ninguna confianza a sus compatriotas y que, llamado por Enrique IV y por Sully, explotó su descubrimiento en Rouen.

A su muerte, los obreros que trajera de Inglaterra, se volvieron a su patria, donde esta vez fueron recibidos con los brazos abiertos. La industria de las medias se hubiera perdido para Francia si Colbert no encarga a un mecánico de procurarse a cualquier precio los planos de la máquina. Se consiguieron por fin, y en el castillo de Madrid, en el bosque de Bolonia, se instaló una manufactura que tenía la protección directa del rey y cuya marca era una flor de lis.

Hay que hacer notar que al principio las medias sólo se tejían con seda. Aunque parezca árida esta observación, puede que alguna vez sirva a la mujercita que acaba de llegar a su casa cargada de paquetes y a la cual su marido reprocha el haber comprado tantas medias.



El reloj tuvo siempre las formas más diversas.

"PARA TODOS"

menu

ALMUERZO

Arroz a la Milanesa.

Se hace un frito de cebolla, tomate, perejil, un diente de ajo y una cucharada de manteca.

Cuando esté a punto se echan unos pedacitos de jamón, moviéndolo todo muy bien. Se añade el arroz, se le da vuelta a todo reunido hasta que tome color, agregándole dos anchoas. Se le pone agua hirviendo hasta que quede bien cubierto y se deja hervir a fuego lento hasta que el agua se consuma. Cuando está el arroz completamente cocido se espolvorea con queso rayado y se pone un momento en el horno antes de servirlo.

Alcachofas a la Lionesa.—

Se limpian, parten en trozos y se lavan, sancochándolas y secándolas después. Se colocan en una cacerola con manteca, zumo de limón y cebolla picada. Se dejan dorar un poco y se les agrega caldo, pimienta y perejil picado, dejándolas que se cuezan completamente. Se sirven en su misma salsa.

Bifteaks con vino.—

Se cortan los bifteaks y se asan en la parrilla espolvoreados con sal. Luego se ponen en una cacerola con manteca, pedacitos de tocino, cebolla picada menuda y vino blanco. Se machacan unos granos de pimienta negra, un diente de ajo, bastante perejil, y desleído todo este machacado con un poco de agua, se le vierte encima a la carne, teniéndola en el fuego hasta que esté cocida. Se sirve con una papa cocida, y dorada con mantequilla en el horno.

Torta de almendras con chocolate.

Para seis huevos se pone media libra de almendras molidas, media libra de azúcar, un cuarto de onza de chocolate rayado, cáscaras de limón también rayado y dos onzas de tostadillas rayadas.

Se baten primero las claras a punto de merengue; después las yemas y se mezcla luego el azúcar, las almendras, el chocolate y las tostadillas, se trabaja la mezcla un rato moviéndola con una cuchara siempre en el mismo sentido y se pone luego en un molde untado con mantequilla.

COMIDA

Consomé a la Jardinera.—

Se tienen cocidos y cortados en cuadritos unos porotitos verdes, repollitos de Bruselas, previamente cocidos. Se bate una yema de huevo duro con mantequilla hasta formar una pasta a la cual se va agregando puré de porotos — que también se tendrá preparado de antemano — y por fin el caldo, echándolo todo en la sopera en que estarán las verduras y la clara de huevo duro, picada también en pedacitos cuadrados.

Croquetas de Bacalao.—

Se tiene el bacalao hecho trozos, en agua durante dos o tres días para desalarlo, luego se limpia de piel y espinas, para picarlos muy finamente y freirlo con perejil y ajo. Después de darle unas vueltas en el sartén se le añade leche y harina, moviéndolo mucho, a fuego lento, hasta formar una pasta espesa, que se pone después en una fuente para que enfríe. Ya fría la pasta, se corta en pedacitos, se envuelven en pan rayado y huevo batido y se fríen, sirviéndolas muy calientes.

Hígado a la italiana.—

Se corta el hígado en tiras, se lava y se pone en un adobo con sal, pimienta en polvo y vinagre, dejándola un rato para que e impregne en el adobo.

Se fríe cebolla en rebanadas en una sartén con manteca. Cuando está medio frita se le agrega el hígado, se le da unas vueltas y se le agrega unas tiras de pimientos colorados, dejándolo hervir a fuego muy lento para que la cebolla suelte todo el jugo. Al ir a servirlo se coloca nuevamente a buen fuego, espolvoreándolo con harina y sirviéndolo antes que ésta tome color.

Chuletas de ternera con espinacas.—

Se preparan bien unas chuletas de ternera, se rebozan en manteca y se espolvorean con sal y pimienta, friéndolas así.

Cuando hayan tomado un poco de color por los dos lados se les agrega un poco de caldo y se las deja cocer lentamente, sirviéndolas luego sobre un puré de espinacas en una fuente redonda que se adorna con unos triángulos de pan frito en mantequilla.

Tostadillas con crema de Jerez.—

Se prepara un molde forrado por los lados con tostadillas mojadas en almíbar o Jerez. En el fondo se coloca una capa de las mismas tostadillas y luego una de crema y otra de tostadillas hasta terminar por tostadillas, prensándolo todo un poco.

La crema se hace con mantequilla y azúcar flor en igual cantidad, dos yemas de huevo, una copita de jerez y una tacita de café muy cargado.

Se bate primero la mantequilla, se le agrega el azúcar y luego las yemas, se mezcla bien todo y hechándole, por último el jerez y el café, queda lista para ponerla en el molde alternada con las tostadillas, como ya hemos indicado.

Una vez aprensado el molde, se deja con peso encima por unas horas, para luego vaciarlo en un plato redondo y espolvorearle tostadillas deshechas mezcladas con almendra tostada molida.

¿EN QUE EPOCA SE INVENTARON LAS SERVILLETAS, EL TENEDOR EL COMEDOR, LAS MEDIAS Y EL RELOJ? -(Conclusión).

—¡Cómo, mi amigo, me riñes porque he comprado dos docenas de medias. Pero date cuenta de que es una ocasión extraordinaria. Cuando pienso que los reyes de Francia se ocuparon de las medias de sus súbditos hasta el punto de hacerla una cuestión vital y que el Rey-Sol no vaciló en hacerse fabricante de medias...

El reloj.

Se asegura que los primeros relojes datan de la época de Francisco I. Pero eran esos más relojes portátiles que verdaderos relojes, como se usan actualmente. Reemplazaban los cuadrantes solares de bolsillo, porvistos de una báscula que permitía darle una orientación conveniente al cuadrante.

Algunos autores atribuyen el invento del reloj a un alemán, Peter Heulien, que redujo el tamaño de los relojes horizontales que se ponían sobre los muebles, conocidos en el siglo XVI con el nombre de relojes de mesa. Una argolla permitía llevar estos relojes como un pendantif.

Se vendían en Francia, en vida de Peter Heulien, unos relojes tan buenos como los que salían de Nurenberg. Los primeros relojes franceses se fabricaron en Blois.

Hasta principios del siglo XVII el reloj era un objeto raro. Poco a poco fué reduciendo su tamaño hasta poderlo llevar en el bolsillo. Tenía las formas más diversas: de cruz, de almendra, de tulipa, de octógono. Estaba cubierto de finas cinceladuras. La forma redonda y plana no se hizo común hasta la segunda parte del siglo XVII.

El descubrimiento de la pintura sobre esmalte, con la ayuda de colores opacos en 1630, por Juan Toutin de Chateaudum, renovó completamente la decoración del reloj. El siglo XVIII produce admirables relojes esmaltados. Los de los hermanos Huard de Ginebra, son célebres.

El reloj pulsera que hoy tiene tanta boga es muy reciente. En cambio, el reloj-anillo se fabricaba en el siglo XVIII en una forma maravillosa.

En ese siglo los hombres llevaban dos relojes, uno en cada bolsillo del chaleco, unidos por gruesas cadenas de oro adornadas con piedras preciosas. A una dama que le preguntaba la razón de ese doble uso, le contestó el caballero de Boufflers: "Uno adelantado, el otro atrasado, cuando cerca de usted debo venir miro el primero y el segundo cuando debo partir."

El abanico.

El origen del abanico se pierde en la noche de los tiempos.

Se ven, en el Museo de Nápoles, vasos etruscos que datan de cinco siglos antes de Jesucristo. Traídos del Oriente a Grecia y a Roma, el abanico ha formado parte siempre de la vestimenta femenina.

El abanico de las antiguas era casi siempre de forma rígida, con el mango de ébano o de marfil y adornado muchas veces de plumas. Pero el abanico tal como lo usan actualmente las mujeres, plegable y que se cierra, el abanico retráctil, no aparece sino en la primera parte del siglo XVII.

Catalina de Médicis tuvo abanicos rígidos. Ana de Austria ya los tuvo plegables.

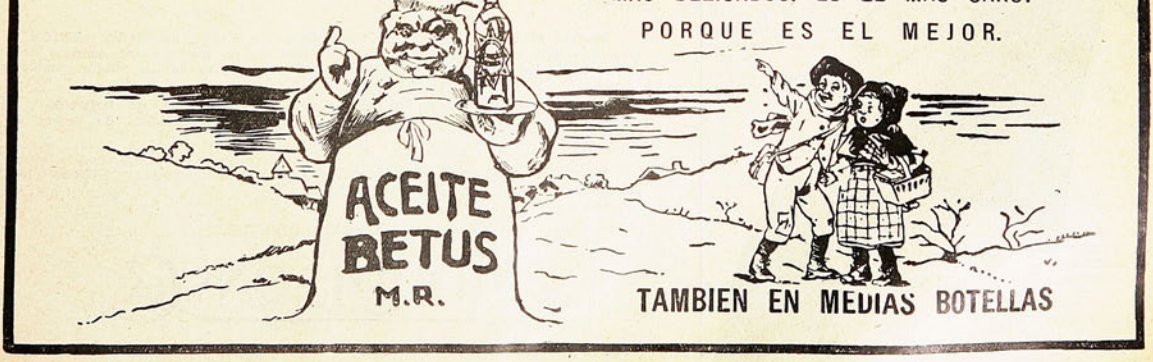
En el siglo XVII el abanico no era un lindo objeto entre las manos de la mujer, no servía solamente para darse aire, sino que servía para protegerse de los rayos del sol, reemplazando al quitasol, pesado e incómodo.

Es por eso que puede verse en algunas estampas antiguas a la princesa Palatina, madre del Regente, en traje de caza, con un fusil en una mano y un abanico en la otra.

Todas las variaciones del abanico que conocemos hoy día, en marfil, en nácar, en concha, en ébano, adornado de encajes o de plumas, pintado con motivos galantes o mitológicos, han sido realizadas en el siglo XVIII con igual perfección y delicadeza.

Los polvos de arroz

La costumbre de empolvarse los cabellos es tan antigua como la coquetería misma. Pero la moda de empolvarse la cara con polvos de arroz, harina, talco y bismuto, data del siglo XVIII. En el reinado de Carlos IX se hace común empolvarse el pelo, pero empolvarse la cara sólo se hace en la Regencia. Los polvos eran un pasaporte de aristocracia y refinamiento. Por lo mismo que no todos los que llevaban espada eran gentileshombres, así no todas las mujeres que se empolvaban no poseían cuarteles de nobleza. Prohibidos por la Revolución, los polvos de arroz que protegen la epidermis y le dan un aspecto tan seductor de aterciopelamiento, están actualmente democratizados y gozan de una popularidad universal.



ALGUNOS ECOS DE LA MODA

Por MARY SOL

Los pliegues de los trajes de noche se toman con un broche de piedras preciosas.

SIGUE el mal tiempo y con el mal tiempo tenemos que recluir en el fondo del guardaropa, los trajes de calle delgados. Sólo es posible usar los conjuntos de vestido y abrigo. Algunas casas importadoras anuncian la próxima exposición de los modelos de verano y con esa gran indiscreción que dicen es la característica de la gente de la prensa, hemos ido a curiosear los modelos, valiéndonos del privilegio que nos otorga la obligación de enterar a las lectoras de cuanta novedad presente la moda.

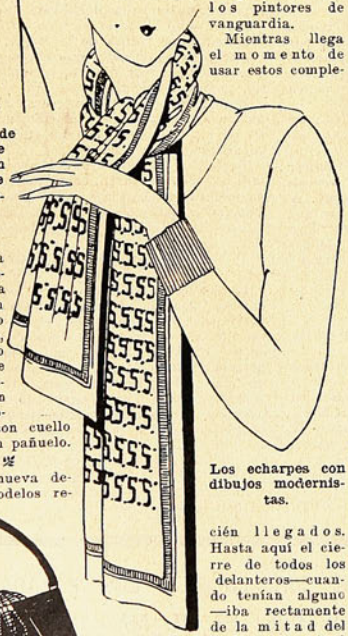
⁂

Los trajes sastre ofrecen pocas variaciones. Viene mucho la chaqueta de lanilla muy delgada puesta sobre una falda de espumilla plisada de tono más claro o más oscuro o francamente de otro color. Así hay chaquetas azules con falda gris o falda verde con chaqueta rosa. Las combinaciones de colores más dicordantes en apariencia hacen los conjuntos más bonitos. Con estos trajes sastre se lleva un blusa camisero o, más comúnmente, un sweater o un pul over de fantasía.

⁂

Los echarpes y los grandes pañuelos de seda para arrollarse o atarse alrededor del cuello serán la nota de color de esta primavera que es primavera sólo en el nombre. Hechos en espumilla o en crepé georgette, pintados al batik o estampados por las grandes casas productoras francesas, tal como la de Rodier, estos echarpes y pañuelos presentan cada día mayores novedades de dibujo y de colorido, inspirándose en motivos orientales o en las muy desconcertantes composiciones de los pintores de vanguardia.

Mientras llega el momento de usar estos complementos de la toilette femenina sobre la gracia de un vestido de velo de color claro, se los usa bajo el traje sastre a modo de chaleco si no un echarpe, a modo de blusa con cuello vuelto si es un pañuelo.



Los echarpes con dibujos modernistas.

⁂

Una línea nueva detentan los modelos recién llegados. Hasta aquí el cierre de todos los delanteros—cuando tenían alguno—iba rectamente de la mitad del cuello a la mitad de la cintura. La línea nueva hace que este cierre baje del hombro derecho a la cadera izqierda. Tanto vestidos como abrigos, de una y de otra casa parisién, muestran esta particularidad que hace una linda variación en la vestimenta de la mujer.

Nuevos modelos de carteras alargadas.

⁂

En los trajes de baile y de noche, en general, las flores puestas en la cintura, en la cadera o en el hombro, han sido suplantadas por una hebilla que va invariablemente colocada en la cadera, sujetando los pliegues y que está hecha en piedras preciosas en algunos modelos y otros en imitaciones muy bien trabajadas, tanto que dan una perfecta ilusión de autenticidad. La flor se ha dejado ahora para los vestidos de calle, pero no la enorme flor que vimos en la estación pasada, sino un pequeño ramito de floreitas minúsculas agrupadas coquetamente, muchas veces de distintos colores todas ellas, y que en la solapa de un traje sastre o en la vuelta de un abrigo de tarde son una exquisita nota restallante.

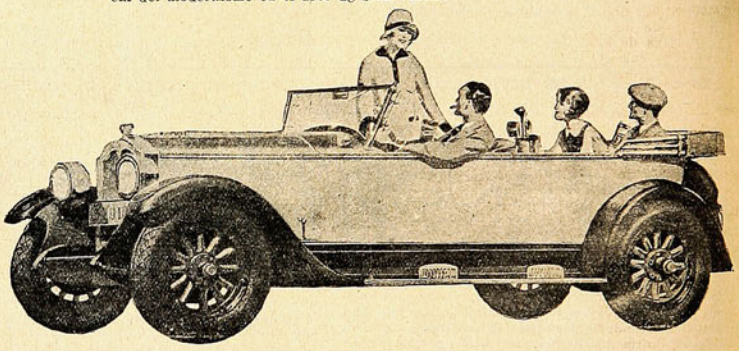
El modelo de collar que ha lanzado la casa Lelong.

⁂

Las alforzas siguen siendo las reinas en todos los modelos. No hay traje que no tenga una parte trabajada en esta forma, en los más variados dibujos, hasta el punto de que muchas veces, vistos a cierta distancia, parecen estos trabajos simple obra de pespunte a máquina.

⁂

Cada vez se corta más el género de los trajes, buscando por este modo de darle a los paños las más extrañas formas geométricas, acentuando la influencia del modernismo en el arte de bien vestir.



La confianza inspira a sus muchos compradores

La lealtad de los propietarios de automóviles "BUICK", hacia el nombre "BUICK", es una de las más hermosas tradiciones en el mundo automovilístico.

Muchos años de superioridad sobre sus competidores — y un renombre conocido y comentado dondequiera que hayan automóviles — han servido para estimular y acrecentar esta confianza en el "BUICK".

Esta confianza ha sido ganada, también, por un alto principio: por la preocupación constante de utilizar todo lo más nuevo y mejor en diseños de automóviles.

Muchas otras razones podrían darse del por qué todos los dueños "BUICK", adquieren otra vez un "BUICK" cuando necesitan un nuevo coche, pero lo evidentes es que tienen una confianza íntima en él, que no les permite ningún cambio.

Aproveche la experiencia de más de un millón de dueños de "BUICK", y decídase en adquirir uno para que pueda apreciar la satisfacción de poseer el mejor coche.

No olvide que "cuando se construyan mejores automóviles, "BUICK" los construirá".

AGENTES PARA CHILE:

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO. SANTIAGO.

Las grandes estrellas de la pantalla

NORMA TALMAGE

Las tres hermanas Talmadge de pequeñitas: Natalia, Constancia y Norma.

EL nombre de Norma, se ha convertido para todos, en sinónimo de belleza, de ternura, de feminidad, desde el día en que, por primera vez, se la vió trabajar, en la tela mágica.

Habría sido bastante para ella, el ser la más sensible, la más sincera, la más conmovedora artista del mundo. Pero ha querido también, poseer una personalidad seductora y convertirse en una "lady" deliciosa.

Norma Talmadge, nació a las orillas del Niágara, el 2 de mayo de 1897. Poco después del fausto día de su nacimiento, su madre dió a luz una después de otra, a las dos hermanas de Norma: Constancia y Natalia. Las tres muchachas constituyeron siempre, la alegría del barrio, el honor de la escuela y el orgullo de su familia.

Norma se distinguió entre sus hermanas, por ser ella la más sentimental de las tres: a los once años, se enamoró locamente de un muchacho de más o menos su edad. Cuando se olvidó de él, era porque una gran pasión, la mayor de su vida, se había aposentado ya en su corazón:

Con la divertida expresión de Kiki.

Norma Talmadge, había decidido convertirse en una insigne estrella de Cinema.

La muerte del padre de Norma, decidió en ella, estos impulsos no del todo definidos. Norma y Constancia tenían ya en la escuela gran fama de pequeñas estrellas "amateurs", y su entrada en el cine, no le costó grandes dificultades.

En 1914, Norma tenía diecisiete años, y un metro sesenta y dos de

El último retrato de Norma Talmadge.

estatura. Aunque todavía no poseía la completa belleza que más tarde le ha dado tanta fama, era ya dueña de esa feminidad melancólica y al mismo tiempo alegre, que hace llorar de emoción al público por poco que ella lo pretenda.

Y lo más importante, es que poseía ya, en edad tan tierna, todo el talento necesario para crear una gran estrella.

Había, sin embargo, algo que le hacía falta: un "bussiness-man" hábil, que dirigiera y guiara su talento. Ella lo encontró, al mismo tiempo que un marido: Joseph Schenck, con quien se casó dos años más tarde.

En el curso de su carrera, Norma ha poseído dos partenaires que la han secundado con mucha inteligencia y que son ambos hondamente simpáticos: Thomas Meighan y Eugenio O'Brien. Este último debía ser el "leading man" favorito de Norma, y el que trabajaría más con ella.

No es extraordinario, si se ve cuán fugaz es la vida de las estrellas del cinema: Fanny Ward, Theda Bara, Perla White, el que Norma Talmadge, que se inició con todas ellas, continúe siendo aún estrella de primera magnitud y predilecta de todos los públicos, como siempre

El marido de Norma, es rico como Creso, pero eso no influye grandemente en la felicidad conyugal de Norma, que existiría de todos modos, lo mismo en su lujosísima mansión de muchos millones de dóllares, que en un modesto rancho de totora. El dinero no preocupa gran cosa a Norma. Constancia en cambio, adora el fausto, y sigue la moda, gastándose lujos deslumbradores, de tal manera, que es la moda quien la sigue a ella y bien a duras penas. Norma, por el contrario, es tan discreta, que apenas si se da cuenta la gente hasta qué punto es rica.

Norma Talmadge tras de su último viaje a París en 1927.

¿No podría intitularse "Dolor" a este notable cuadro. (Primera parte de la Dama de las Camelias.)

Habita una gran villa a la extremidad oeste de Hollywood. Lo que prefiere en ella es la inmensa piscina donde vienen a bañarse todos sus amigos.

Su marido la adora. El cree—y con razón—que ella es la más espiritual, la más bella y la mejor dotada de las creaturas humanas.

"La Señora", "Secretos", "Kikí", son las mejores películas que le hemos visto a Norma. Sería difícil decir en cuál de las tres sobresale más el dúctil talento de la insigne actriz.

Nos queda por admirar todavía "La Dama de las Camelias", donde

La Dama de las Camelias se duerme... ¿Puede soñarse algo más en belleza, gracia y melancolía?

la sensual y dolorosa flor humana, está admirablemente caracterizada, por la sola actriz que podía hacer en este papel, un rol insuperable.

En la hora actual, Norma entra en el apogeo de su carrera: "La Dama de las Camelias", marca el sumun de su genio. Jamás ha aparecido más bella, y jamás su juego se ha mostrado más insuperable. Los que la han visto actuar en el rol de la lamentable y mil veces adorable heroína de Dumas Hijo, dicen de ella, que es la más grande trágica del siglo, después de Sarah Bernhardt.

¿Cómo trabaja Norma Talmadge? No por cierto, como otras vedettes, que cumplen su rol en los momentos en que son llamadas, y luego se marchan sin saber nada más. Norma, elige su **metteur en scene**, su partenaire, y dibuja sus propios decorados. ¿Y su familia?

Norma Talmadge fija en le corazón de su marido y en el de diez millones de personas, que la quieren con adoración. Constancia se divorcia por segunda vez, de un noble oficial inglés, con quien casó luego de su divorcio con un rey de las conservas. Constancia es la misma locuela de la infancia y sus maridos pretenden que es muy fastidioso, encontrarla siempre que se llega a casa, a caballo sobre el zócalo de una ventana, vestida con el mantel de la mesa o en tren de discurrir cualquier niñería del mismo jaez.

Norma Talmadge, mientras tanto, continúa en su maravillosa aventura de amor y de genio.

LAS CANAS

DAN ASPECTO DE VEJEZ; CURELAS CON LA LOCION

Matacanas

LLUCH XX

M. R.

No es nociva ni irritante;
No mancha ni perjudica,
Es una loción fragante
Que da cabello abundante
Y la raíz fortifica.

PUNTOS DE VENTA:

SANTIAGO: Daube y Cía.; Droguería Francesa, Huérfanos, 840, y buenas boticas.
VALPARAISO: Daube y Cía.; L. Despouy y Cía.; Botica Hermes, Victoria, 612; Botica Unión Viña y boticas.
CONCEPCION: Casa Daube y Cía.
ANTOFAGASTA: Casa Daube y Cía.

Si su farmacéutico no lo tiene, haga que lo pida a Daube y Cía.

Base: A. Rosas. Quina, Nogal, Azufre, etc.

LA ELEGANTE MAESTRIA DEL SALTO

Este modesto salto alcanza a 7.89 m.

En la gimnasia moderna y en toda la amplitud del deporte, el salto parece resumir el más bel'o de los ejercicios y aquel en el cual se resuelven todas las bellas actitudes de la estatuaria antigua. El "élan" del salto, la flexión que lleva el cuerpo hacia arriba, el impulso que tanto tiene del vue'o, convierten el torso ágil en la figura milagrosa de la elasticidad.

El caso de los grabados adjuntos es ejemplar y ahorra todo comentario: el galgo, el hombre, el caballo que vue'an sobre el obstáculo parecen haber vencido la propia resistencia de la gravedad para elevarse en el bonito impulso volador.

Se renueva en el gimnasta moderno el caso del discóbolo o del nadador, que han afinado su cuerpo en el perfecto escorzo gracioso, ese que la estatuaria ha retenido en su momento creador.

El salto es difícil, no sólo para el caballero que jinetea su corcel sino para el simple mortal que levanta su cuerpo con el impulso del vuelo olímpico.

Es preciso ver en estas instantáneas magníficas lo que el objetivo ha conseguido fijar: saltos ejemplares, singulares en su extraordinaria importancia.

Ahí está el caso de Osborne, maestro del salto de altura, que ha cruzado la barra tendida a dos metros; ahí está también el célebre caballo americano, realizando la hermosa proeza de ese verdadero vuelo aé reo; y ahí está también, el perro que dominó los cuatro metros con su cuerpo liviano como el aire, flexible en su gracia casi voladora.

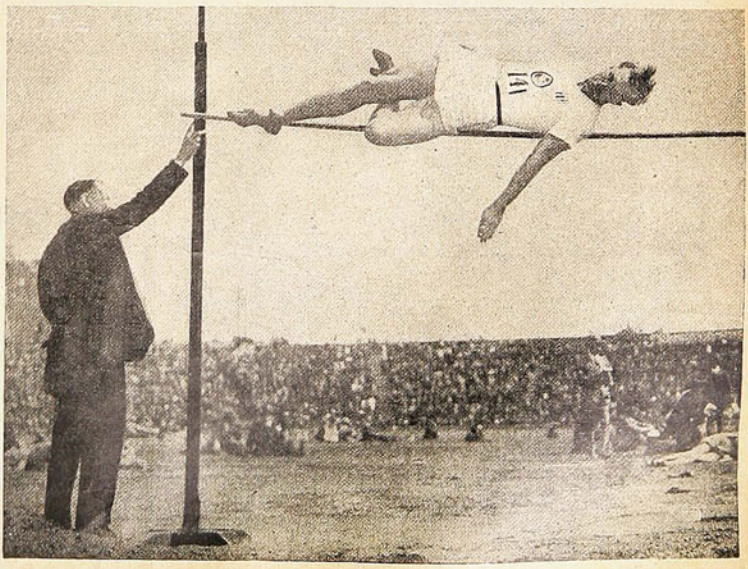
También un gran pez sabe saltar...

En la garrocha, por su parte ha logrado Carlos Hoff llegar al salto de los cuatro metros veinticinco de altura, récord que puede consignarse por su extraordinario interés.

Espectáculo magnífico que sólo han podido justipreciar los espectadores que vieron tales pruebas o reproducir el objetivo atento con la maravillosa precisión de la lente moderna.

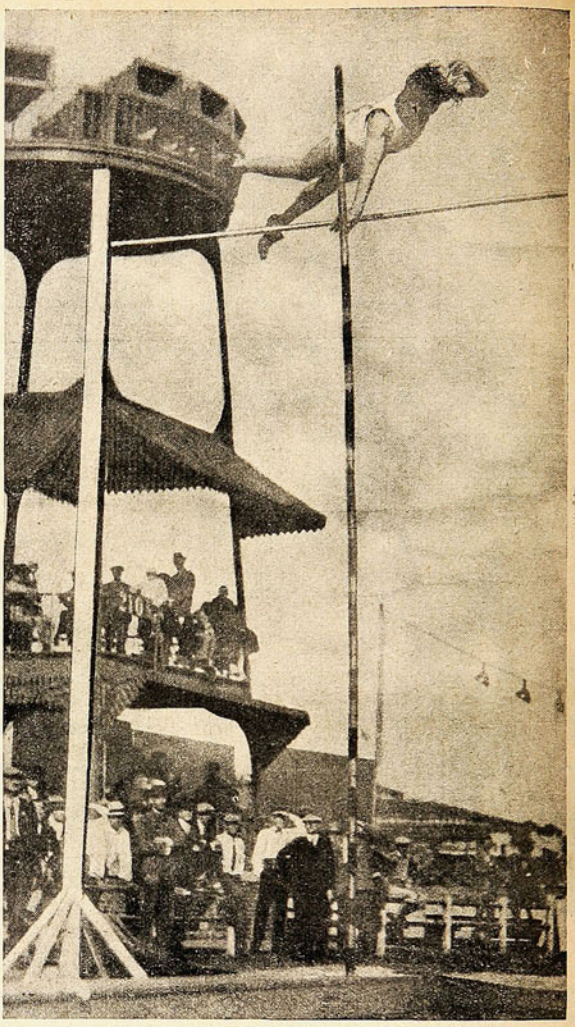
En la información gráfica que reproducimos podrá darse cuenta el lector de los aspectos más interesantes y audaces del salto, el salto en su am-

Hans Luber, el campeón de salto acuático de Europa.



Osborn, salta 2 metros.

Un colosal salto de 2 m. 36, de alto, a caballo.



Carlos Hoff, un artista del salto: 4 m. 25.

El record mundial de altura, batido por un perro: más de 4 metros.

plitud y en su altura, el salto de vuelo en el bañista y el salto ágil en el perro, el lebrel que domina con su "élan" el obstáculo más alto.

GUIA PRACTICA

Las manchas del rostro, debidas a la acción prolongada del sol y del aire, especialmente a orillas del mar, se quitan lavándose dos o tres veces al día con infusión de tila.

Para ahuyentar a los mosquitos basta poner en el centro de la habitación una esponja empapada en esencia de eucalipto o de lavanda. No exagerando las dosis, estas esencias no causan dolor de cabeza, como sucede con el pelitre o sus compuestos.

PARFUMERIE L.T. PIVER
M.R
PARIS

LOCION FLORAMYE
LOCION POMPEIA

$ 8.25 EL FRASCO

EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS

y también donde los Concesionarios:

SALAZAR & NEY — A. Prat N.o 219 — SANTIAGO.

SABER VESTIRSE...

SE habla comunmente de la "elegancia natural". ¡Jé!... No se debe creer en esta expresión. Se puede ser por naturaleza flexible, delgada, graciosa, distinguida. Se nace bella o hermosa, pero la elegancia se adquiere. Porque la elegancia comprende el arte de vestirse, que exige un estudio minucioso y constante, no solamente de la moda en general, sino, para cada mujer, un estudio más minuciosos y constante aún de su propia persona, del medio en que actúa y de las circunstancias para las cuales debe vestirse.

Para la mañana.

Un paso en falso se da en un instante, en materia de vestimenta. Este traje, perfectamente elegante a las diez de la mañana, no lo será a las tres de la tarde, mientras que el vestido que se lleva a las diez de la noche, entre la admiración de todos, tres horas antes estaría en absoluto desplazado.

Un gusto seguro—cualidad natural ésta — sabrá elegir siempre el color a propósito. El color, a demás, depende más de la época que de la hora. Si la moda, por uno de sus caprichos, pone en primer plano el gris plata veremos este color pasearse por las mañanas entre los árboles del parque en la forma de un correcto traje sastre, y también lo veremos en la noche—en un vestido de gran escote—siendo el rey de un baile.

La elección de la forma, como la del color, es cuestión de gusto y de primera mirada. Cuestión de ciencia es la elección del género. Porque, sin ser prevenida, ¿cómo se sabrá que esta tela debe usarse en las mañana, y esa otra en las tardes, y aquéllas en las noches

Por eso es útil enumerar lo que está prescrito por el buen tono, con mucho más lógica que la que se cree, para ser realmente elegante, según la hora. Haremos lo posible para dar una lista completa.

Para la mañana.

En las mañanas deben usarse trajes prácticos. Esa es la labor del día en que se desarrolla mayor actividad. Una mujer que trabaje en su casa o en alguna oficina, que practique algún deporte y que simplemente haga sus compras en el centro, debe ir invariablemente vestida con un traje sastre o con un robe-manteau de lana inglesa, de gabardina, de kasha, de terciopelo de lana, de crespón de lana, de cachemira, de sarga, de jersey de lana o de reps.

Este traje será más grueso o más delgado, según las estaciones. Sobre la pollera se pondrá un sweater de lana o de seda y lana, o una blusa de espumilla de seda en estilo camisero. Los tonos vicuña, gris, canela, son los más apropiados, como también los tonos oscuros de estos mismos colores. Se llevará ropa interior de jersey de seda y las medias serán de seda muy gruesa o de lana. Pocas mujeres usan para la ciudad las medias de lana chinescas, que, en realidad, son demasiado deportivas. Los zapatos serán de forma holgada con medios tacos y el material puede ser cabritilla, cuero inglés o cocodrilo. Los guantes de cuero o de cabritilla y la cartera imprescindiblemente de forma grande en cuero o piel.

Ahora veamos lo que se debe usar en la tarde. Hay que rechazar todo lo que recuerde el género deportivo una vez pasadas las cuatro de la tarde. Se lleva un abrigo o un conjunto, pueden éstos estar confeccionados con una seda sobria o con una hermosa lana de fantasía. Los otomanos, las crepellas, los reps, los terciopelos de lana o de fantasía, entran en la serie de lanas. Entre las sedas hay que colocar el moiré, las fallas, los terciopelos, los rasos, las espumillas. Para los vestidos la lana se emplea cada vez menos. Sólo se admiten algunos tejidos de fantasía.

Para la mañana

Estos vestidos estarán hechos con espumilla de seda, con raso, con crepe georgette, con crepe satín, con terciopelo. Para los tés elegantes pueden añadirse a estos tejidos la lama y los encajes.

Con los conjuntos de más vestir, la ropa interior debe ser de batista muy fina, de linón o de espumilla de seda. Las medias sólo podrán ser de seda y los guantes de cabritilla o de suecia. Los zapatos se elegirán en cabritilla o en charol, en gamuza o en serpiente, en cocodrilo o en lagarto, admitiéndose en las formas una mayor complicación y tacos cubanos o Luis XV.

Para la noche toda fantasía será espléndida. Se admiten las capas y los abrigos de terciopelo o de raso, con la condición de que los forros sean una maravilla de brocados lameados o de sedas recubiertas de hilos metálicos. En los vestidos las sedas se hacen competencia, y así se ve el moiré, la espumilla de seda, el terciopelo, el tafetán, el velo de seda, el crepe georgette, el tul, los encajes y todas las lamas, todos los perlados y todos los bordados imaginables, siempre que estén hechos con mostacillas o imitaciones de piedras preciosas.

La ropa interior será de velo tri-

¡NIÑOS!

PEDID a VUESTRAS MADRES QUE OS DEN LA SIN RIVAL COCOA PEPTONIZADA RAFF

DETROIT STUDIOS

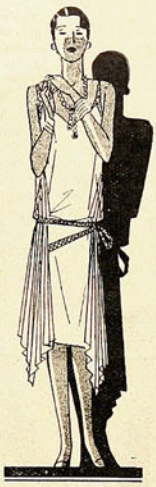
A base de cacao, malta, pepto na, etc., (en forma de crema).

M. R.

de ser finas, apenas se hacen perceptibles sobre las piernas de las elegantes.

Para el calzado se emplea el raso dorado o plateado, las lamas, los rasos lisos combinados con las antetricres, los tacos metálicos, las hebillas de atrás, los botones de cabochones. Los guantes no se llevan. La fantasía más desatada reina en los

Para la noche



Para la tarde

sacos. Que sean pequeñas polvoreras de oro o de plata, que sean sacos de terciopelo o de brocado, de muselina o de raso, que tengan un cierre precioso o que estén recamadas de mostacillas y de brillos, en la noche pueden usarse todos, con tal de que sean elegantes, bellos y espirituales.

Ahora hablaremos de algunos detalles que ninguna mujer debe olvidar, ya que siempre, en el conjunto de su vestimenta, debe haber una perfecta armonía.

Da verdaderamente lástima ver en algunos días de lluvia, a las diez de la mañana, por las calles llenas de charcas de la ciudad, una mujercita encantadora de porte y de cara, que con un impermeable de buena clase acompañado por un sombrerito de cuero en el tono—muy bien elegidos para la hora y la ocasión—lleva medias de seda finas hasta ser transparentes en color beige rosa, y zapatillas escotadas con altos tacos Luis XV. Esta tenida debe llevarse con medias de hilo o de lana color bronce o gris y con zapatos de cuero inglés, café o grises muy oscuros, con suela de goma. Y entonces se podrá decir de ella que es completamente elegante.

En provincias suele verse por las mañanas a la señora que va de compras al mercado vestida con un abrigo de terciopelo de lana adornado de pieles, o de razo adornado por bordados, modelo que en el año anterior fuera su orgullo y que ahora aprovecha tan malamente. Que se ponga por favor esta señora un abrigo de lana muy sencillo, con medias lisas y zapatos de suela gruesa. Y como hay que aprovechar en alguna forma el abrigo del año anterior, puede muy bien fabricarse con él una linda bata para andar por casa, y hasta para recibir a sus amistades íntimas, si el abrigo está hecho con un género de seda o en terciopelo.

Hay que tener en cuenta que un pecado de inteligencia es perdonable cuando está hecho del lado de la sencillez, pero que es imperdonable cuando se vuelve hacia la fantasía. De dos mujeres que, sea involuntariamente, sea voluntariamente, se han equivocado en la elección de su vestimenta, la que va a tomar el té a las cinco de la tarde a una pastelería del centro, vestida con un sobrio traje sastre, será tildada sólo de severa. En cambio, la que hace sus compras en el centro a las once de la mañana, vestida con un abrigo de raso, será juzgada extravagante, y hay que recordar que la extravagancia linda, por lo común, con lo ridículo.

Si se debe salir por la mañana de la casa para almorzar en el centro y tomar luego el té con una amiga, yendo después a la tanda vermut, se puede ser elegante a todas estas horas, poniéndose un vestido de espumilla de seda muy sencillo y encima un abrigo de paño o de kasha en el tono.

Un té elegante exige que esta toilette sea cambiada por otra más de vestir. Un traje de tarde puede ser al mismo tiempo traje de comida. Después de la guerra los vestidos de noche se han simplificado mucho. ¿Hay que comer en un restorán? Hoy por hoy, que los hombres, por sus múltiples quehaceres, se desocupan tarde y no tienen tiempo para ir a la casa a cambiar el vestón por el smoking, las mujeres, para estar a tono, deben usar vestidos sencillos en las comidas. Se reservarán los vestidos de gran escote y llenos de brillos y de perlados para las noches de la ópera, para las grandes comidas de gala y los bailes en las residencias de los magnates.

¿Se cree que todo está considerado al elegir cuidadosamente la tela de un traje? No. Una mujer debe adaptar a su persona las telas que usa. Un tejido suave y flexible, una tela en que el brillo es como una caricia, hacen el cutis sedoso y el color más bello. A esto hay que agregar el color, imprescindiblemente. Algunas telas adelgazan o engordan. En estos tiempos de flaqueza a todo precio, es una gran ventaja saber distinguir unas de otras.

En la tienda de géneros, lo mismo que delante de una mesa bien servida, la señora que quiere aparecer siempre delgada, debe saber abstenerse. Debe olvidar que existen los escoceses, los dibujos de pequeñas flores sembradas, tan lindos en primavera y verano, las decoraciones anchas, los brochados con ramos, etc.

En resumen: no son adelgazantes sino los tejidos extremadamente secos; en lana: la sarga y la gabardina, el paño y la popelina; en seda: la espumilla, los crepes marrocains y los crepes georgettes, siempre que sean muy gruesos y tengan una bonita caída.

Habrá también que hablar de los sombreros. Nuestros sombreros actuales son la desesperación de las aficionadas a lo pintoresco. Todos son iguales. El fieltro es el rey, el paño es el primer ministro, la paja es la reina, pero suele andar siempre con el rey o con el primer ministro. La forma es tan poco variada que sólo se diferencian los sombreros por el color. Se adornan con una cinta de gros grain, con un pincho, con un motivo de fantasía.

En algunas fiestas celebradas últimamente en París, se han visto en las tardes unas pequeñas tocas de terciopelo en estilo oriental, adornadas por un puf de aigrettes.

Con los vestidos de noche deslumbradores, la mujer chic lleva solamente sus cabellos bien cortados en una melena original, ya sea lisa o con crespos, pequeños rizos que se agrupan en la nuca o alrededor de la cabeza, como una diadema. Nada

Para la noche

de cintas, ni de peines, ni de joyas adornándola.

Hay que advertir aún que las señoras de cierta edad deben evitar los colores claros y las fantasías, y que las jovencitas deben dejar para sus madres las telas suntosas. Con estas últimas advertencias creemos haber cumplido el propósito de ayudar a nuestras queridas lectoras en el arte de bien vestirse que para todas deseamos.

GENOVEVA

Para ajuares de novia, ropa de cama, mantelería, ropa blanca fina, visite usted la única casa en Chile, que le venderá estos artículos de impecable calidad, buen gusto y a precios módicos.

A. Pimassa y Cía. SANTIAGO

CLARAS, 270.

Casilla 2696. Teléfono 4017

COMO VIVEN LOS ULTIMOS INCAS

SEGURAMENTE tendrán noticias los lectores de "Para Todos" de Carlos Boccaccio, el audaz explorador italiano que, para estudiar las costumbres y tomar una película científica, se internó en las regiones vírgenes del oriente ecuatoriano, realizando su valiente propósito, no sin pasar grandes penalidades, y gracias a un alarde de resistencia moral y física verdaderamente singular. Carlos Boccaccio escribió, una serie de artículos con ilustraciones inéditas de positivo valor, describiendo, bajo el título "En las Florestas Vírgenes del Ecuador", las peripecias de su viaje al país de los últimos incas.

El señor Boccaccio se dispone a abandonar el país solicitado por una poderosa empresa fílmica de Los Angeles; pero, antes de marchar, ha querido ofrecer este ameno relato que ha de ser acogido con interés en los círculos científicos y entre nuestros numerosos lectores, por su amenidad, su novedoso asunto y su emocionante desarrollo.

*

Voy a poner bajo vuestra mirada a una raza llamada "Jíbara", salvaje en sus costumbres, pero más inteligente que nosotros los civilizados, que, escondida en una selva virgen en el oriente ecuatoriano, muy lejos de nosotros, ha resuelto el problema de su felicidad.

El jíbaro es materialmente, perfecto. Entre ellos es muy difícil encontrar locos, neurasténicos, leprosos, inválidos; debido a la excepcional pureza de su sangre y a la vida natural que disfrutan. Tal vez a nosotros nos parecerá un defecto; pero ellos tienen otro pensamiento, otras modalidades, otra interpretación de la vida, a la que someten sus costumbres; desprecian el trabajo, que dejan a cargo de sus mujeres. Estas se levantan muy de mañana y con sus cestas van a las huertas a recoger yuca y plátanos. El varón permanece en la cabaña hilando, o vaga por el campo cazando y holgando. Por eso la ambición de los jíbaros es ser dueño del mayor número posible de mujeres.

Carecen de toda organización social; su independencia absoluta la conservan celosamente, aislándose en tribus en los más intrincados sitios de la selva ecuatoriana.

A sus fiestas, que suelen durar varios días, llamaban a las gentes de su raza, parientes y amigos, por medio de un instrumento primitivo, a modo de tambor, llamado "Tánduli", que se percibe a más de 15 kilómetros.

En la choza del jíbaro, las mujeres duermen en un departamento al que no tienen acceso los varones. Son vastas estas chozas, construídas de troncos de "chonta" y en ellas viven de 20 a 30 personas. Se establecen cerca de un río, en parajes fértiles, sobre altos montes para evitar el asalto de los enemigos y se procuran caza, pesca, yuca, plátanos, maíz, caña de azúcar, algodón, que parece seda vegetal; productos que siembran y cosechan bajo el cuidado de sus mujeres. No tienen horas para comer; cuando sienten apetito llevan a la boca, con las manos, lo que prefieren. La carne la comen asada o cocida, usando sal que extraen de un lugar desconocido. Su manjar predilecto es la carne de mono.

Es interesante y muy curioso su modo de dormir. Las camas son hechas de caña, sobre las que sólo apoyan el cuerpo, mientras que los pies permanecen sobre un palo horizontal bajo el cual, continuamente, arde un poco de fuego que los libra de la humedad y del reumatismo.

Son de una extrema limpieza, tanto los hombres como las mujeres. Se bañan diariamente y, con peines de madera, peinan su largo y lacio pelo, siempre negro.

Desconocen toda escritura, lo mismo que la numeración. Sólo cuentan, con los dedos, hasta diez; pero saben orientarse perfectamente, distinguen sin equivocarse jamás las huellas de los animales, la del hombre y la mujer, y calculan la altura del sol en el momento en que fueron impresas las huellas que les interesa observar. La falta de sol es la única idea que tiene de un día a otro y sólo es esta su noción del tiempo.

Las enfermedades y la muerte no las juzgan naturales; las atribuyen a maleficios. Para las primeras acuden al "voshino", médico-sacerdote, que les da un brevaje, "natema", y les expulsa el espíritu malo. Cuando mueren, vienen guerras, pues creen que es culpa del "voshino" y los deudos cumplen la venganza como una ley sagrada. Al muerto, si es adulto, lo encierran dentro de un tronco de árbol hueco y lo entierran horizontalmente en su misma cabaña, en el lugar preciso en que dormía. Si se trata del jefe, todos abandonan la choza y se alejan para siempre de ahí. Sólo las mujeres del jefe van diariamente a llevarle "chicha" y plátanos, que dicen, toma el muerto por la noche.

Sus armas son flechas envenenadas, con las que adormecen pájaros y fieras y que lanzan con corbatanas, con gran puntería.

Los jíbaros suelen usar un narcótico, como el opio de los chinos, para soñar, usando diversas clases para provocarse alucinaciones diversas; bailes, mujeres, guerras y cosas que jamás habían visto, siendo un delirio maravilloso para ellos. Cuando usan estos nepentes no comen en 24 horas.

Una de las costumbres más raras y terribles de los "jíbaros", heredada de sus antepasados y guardada en secreto inviolable, es la "tzantza", disecación de cabezas humanas, que reducen hasta el tamaño de un puño, sin perder las facciones, y que conservan como trofeos.

Los jíbaros son muy fecundos. Cada jefe tiene, por lo menos de 20 a 30 hijos, que a los cuatro o cinco meses, ya no necesitan cuidados, pues gracias a su constitución, caminan solos.

El jefe jíbaro "Chupi", retratado por primera vez en su vida, con todos sus arreos y brillantes adornos de ceremonia. La camisa está hecha de millares de "tibias" de ave; de los dos collares que lleva, el grande está hecho con pequeños huesos de animales, teñidos de vivos colores, y el chico está formado por diminutas conchas nacarinas. Al pecho porta unas enormes sartas de corales de sus antepasados. En las manos tiene una flauta primitiva, adornada con corales y el bastón jerárquico, ornamentado a fuego. Cuando, para solemnes ocasiones, se ponen esta indumentaria, se pintan el rostro con vivos colores vegetales. (Desconocen el "tatuaje").

GUIA PRACTICA

La canela tiene grandes propiedades terapéuticas. Se puede tomar en polvo hasta la dosis de cinco gramos como estimulante, excitante y antiespasmódico.

La canela es el mejor de los condimentos aromáticos que pueden añadirse a la leche.

LA RAZON DE LA GALANTERIA

CUENTA "Excelsior" que una joven maestra de una escuela de niños tiene la noble ambición de inculcar a sus discípulos, no sólo toda la ciencia que pueden comprender sus inteligencias en principios de formación y desarrollo, sino también las buenas maneras, la galantería, todo aquello, en fin, que contribuye a hacer de los niños hombres bien educados.

En una de sus lecciones de buenas maneras les enseñaba que cuando un señor acompaña en la calle a una dama, debe colocarse al lado de afuera de la acera.

—¿Sabéis por qué?—preguntó a los muchachos, que la escuchaban religiosamente.

Los chiquillos se quedaron con la boca abierta, sin saber qué contestar.

Uno de ellos, al cabo de un momento de reflexión, exclamó:

—¡Yo lo sé, señorita! ¡Es para que el señor pueda escupir en el arroyo!

EN LOS PASEOS AL AIRE LIBRE

Y EN TODA REUNION CAMPESTRE, DONDE ES NECESARIO QUE REINE ALEGRIA Y BUEN HUMOR, ES CUANDO MAS UTILIDAD PRESTA UN INSTRUMENTO MUSICAL COMO LA NUEVA

VICTROLA PORTATIL Semi Ortofónica

FABRICADA EN LOS MODELOS 1 – 5 PRECIO: $ 500.– M-1
1 – 6 PRECIO: " 400.– M-1

cuyas magníficas cualidades de construcción, elegancia y solidez, brillo de tonalidad, reproducción sin par, y volumen de gran potencia, los colocan por encima de todos los instrumentos musicales similares.

CON PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES USTED PUEDE ADQUIRIR UNO DE ESTOS MAGNIFICOS MODELOS DE VICTROLAS SEMI ORTOFONICAS.

SOLICITENOS UNA DEMOSTRACION PRACTICA

Distribuidores Exclusivos:

Curphey y Jofré Ltda.

SANTIAGO: AHUMADA, 200, ESQ. AGUSTINAS. VALPARAISO: ESMERALDA, 99. – BLANCO, 637

reina de la Danza

GAVOTA

Por

ANA PAVLOWA

La Milagrosa Belleza del Sur de Chile

Fotografías de don Germán Wiederhold.

Cerro "Tronador", desde Casa Pangui.

Lago Llanquihue: Volcán Osorno.

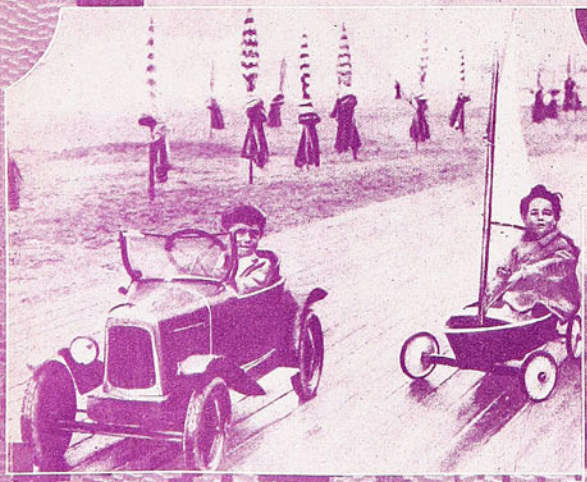
Hotel de Peulla.—Lago Todos Los Santos.—Cerro Bonete.—Cerro Techado.

Cerro Puntiagudo. — Lago Todos Los Santos.

Nuestra Suiza incomparable

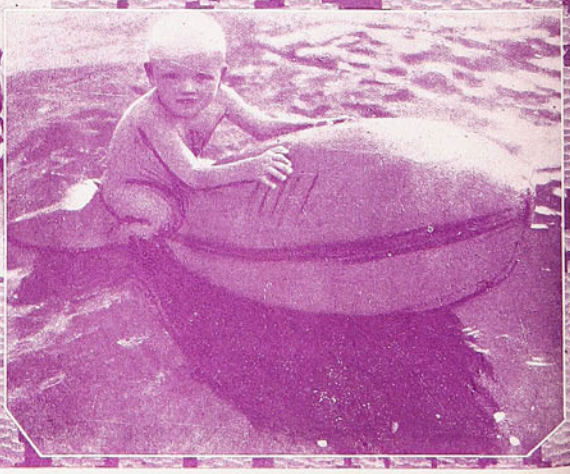
DEL IMPERIO CELESTE

LA GRACIA FRAGIL DE LAS HIJAS DEL CELESTE IMPERIO SE PONE EN MANIFIESTO EN ESTA FOTOGRAFIA LLENA DE ENCANTO.



"AUTO" Y BARQUITO — JUGUETES DE ALQUILER — EN UNA PLAYA FRANCESA

UN BEBE A LOMOS DE... DIVERTIDO MONSTRUO DE GOMA.



DE LA ESTIRPE NOBLE

Los reyes de España acaban de celebrar sus bodas de plata.—He aquí una fotografía que los muestra en la época de su matrimonio.

Lili Alvarez, la primera figura del "tennis" español, fotografiada con el Rey Gustavo de Suecia

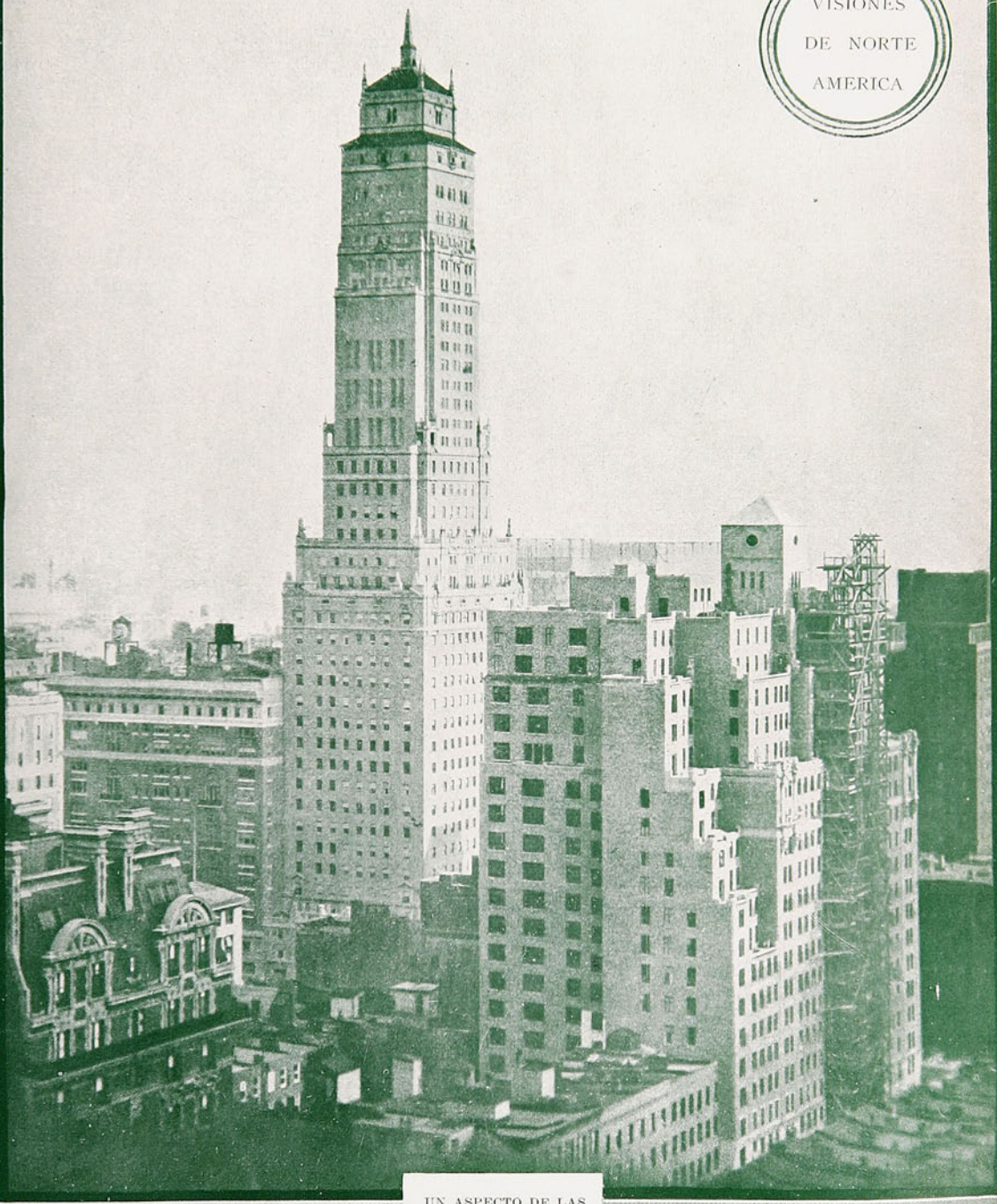
LA DUQUESA DE YORK con su hija LA PRINCESA ISABEL

Dos sombreros graciosos

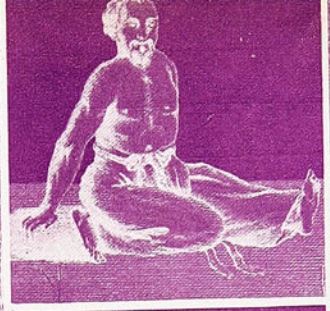
Campana de fieltro verde adornada sencillamente por una guirnalda de hojas de terciopelo en diferentes tonos de verde.

Muy nuevo este modelo de fieltro rojo, en que una ancha faja forma el ala y parte de la copa, trenzada faja brillante y fieltro en una forma llena de originalidad. Modelos de Lanvin.

VISIONES DE NORTE AMERICA



UN ASPECTO DE LAS ULTIMAS CONSTRUCCIONES DE NUEVA YORK



LA CURIOSA GIMNASIA CHINA

Según el libro del médico Hou Han, del siglo XIII, al cual pertenecen los curiosos grabados que reproducimos.

UNA REGATA HISTORICA

Regata de góndolas en el canal Grande, de Venecia.

NISITA
N. FRODEN

FERNANDITO
LAZCANO
ALFONSO

También tenemos nosotros niños bonitos

Fotografías de Hochhausler

LUZ
VALDIVIESO
LAZCANO

SILVIA
DOCKIN

Unas nacen como estrella . . y otras, estrelladas

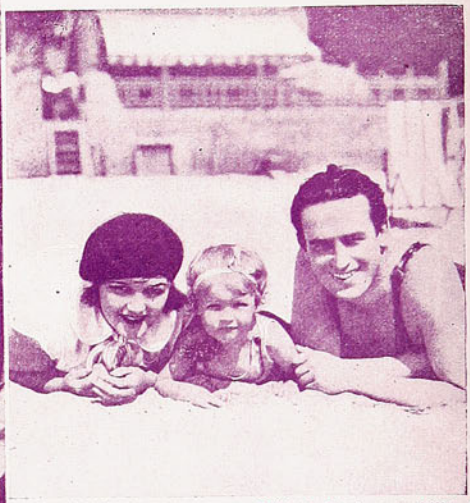
CUATRO LINDAS CAMPEONAS YANKIS, QUE POR SUS FORMAS DESAFIARIAN A CUALQUIER MODELADOR

LA GRACIA DE LA MODA

Hermoso modelo de abrigo de casa en moletón marfil bordado con aplicaciones de raso de colores y largas puntadas de seda gruesa. Sesgo de raso coral.

DE LA VIDA DEL CINE

Pola Negri con su flamante esposo, el príncipe Sergio Mdivani de Georgia



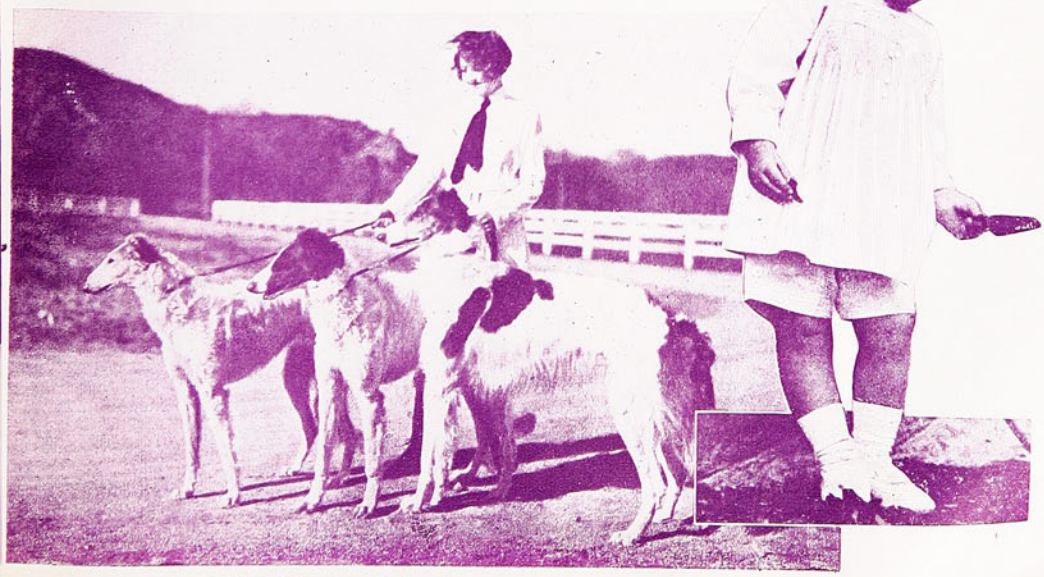
Harold Lloyd con su esposa Mildred Davis y su hijita Gloria, en la playa particular de su casa de verano. Mildred Davis ha vuelto a la carrera del cine, que abandonara hace cinco años, al casarse con Lloyd.

María Jacobini en el papel de Beatriz Cenci

Ronald Colman, el taciturno. A pesar de su vida esquiva, Ronald ha adquirido gran popularidad en Hollywood. Aquí aparece vestido para una escena de "The magic flame".

Custodia Romero, la Venus de Bronce, bailarina española de estilo

Richard Dennison, artista que actualmente triunfa en Londres



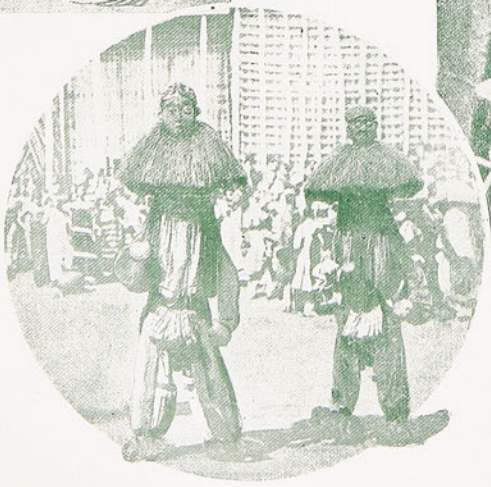
Consuelo Baker, una de las más ricas herederas mejicanas.

El heredero del trono de Rumania.

DEL MUNDO EXOTICO

Las mujeres del rey.

Cuando el rey Nioja bebe, se cubren el rostro todos sus súbditos.



Danza de máscaras

La máscara de rey.

Casamiento infantil en la isla de Borneo, entre una niña de 12 años y un niño de 9. Bendición de los recién casados por el sacerdote.

La encantadora Lily Damita

Que volvió loco a todos los públicos con su preciosa película "El Juguete de París".

¿QUE SABE USTED?

¿Sabe usted que el azúcar está a la cabeza de los alimentos que producen energía?

Por eso el jornalero necesita consumir más dulces que las niñas ociosas.

¿Sabe usted que el azúcar puede convertirse rápidamente en energía y que sirve como un estimulante para aquellos que hacen gran uso de fuerza física?

Por eso se dan dulces a los soldados que emprenden marchas forzadas, a los cazadores y a los atletas.

¿Sabe usted que el dulce tiene mucho sabor y se asimila tan rápidamente, que cuando se come en exceso destruye el apetito?

Por eso los niños que comen muchos dulces rara vez tienen apetito regular, por los alimentos que son más necesarios para ellos.

¿Sabe usted que una solución muy fuerte de azúcar irrita los órganos digestivos?

Por eso los dulces no deben comerse cuando el estómago está vacío.

¿Sabe usted que los dulces blandos, que pueden comerse rápidamente, pronto llenan el estómago con una solución concentrada de azúcar?

Por eso los dulces que pueden ser chupados lentamente son mejores para los niños.

¿Sabe usted que el uso de las nueces en los dulces aumenta su valor alimenticio y ayuda a mitigar su dulzura empalagosa?

Por eso las nueces se usan en muchas clases de dulces.

¿Sabe usted que la consistencia moldable de ciertos dulces se debe a la presencia de una azúcar que no es cristalina?

Por eso la glucosa, y su forma más común, el jarabe, se usa para hacer esos dulces.

¿Sabe usted que al agregar ácido al jarabe hirviente, parte de la azúcar se convierte en glucosa?

Por eso el ácido acético o el vinagre se pueden usar cuando la glucosa no se puede obtener.

¿Sabe usted que el chocolate puro necesita muy poco calor para suavizarse?

Por eso el chocolate de los dulces que permanecen duros cuando hace calor, ha sido adulterado.

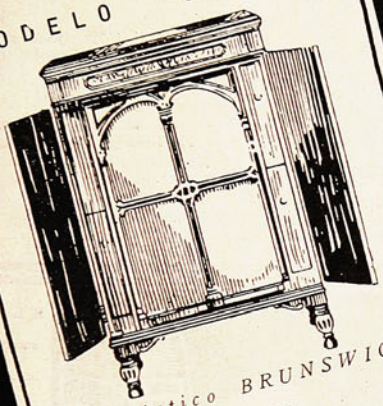
LAS ESTRELLAS
DE LA PANTALLA

Constance Talmadge

PRESENTAMOS A UD. VARIAS OFERTAS

UN EXTENSO SURTIDO
DE DISCOS
BRUNSWICK

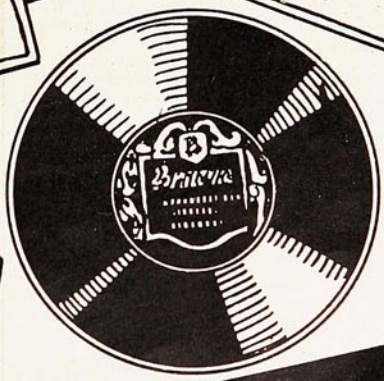
MODELO "CORTEZ"



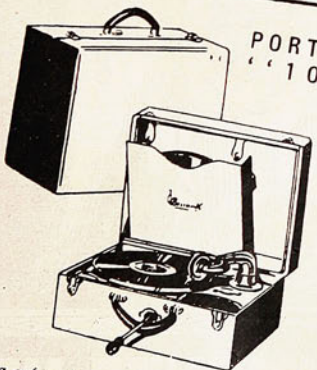
Panacústico BRUNSWICK
$ 4.500

MODELO "SEVILLA"

Panacústico BRUNSWICK
$ 1.880



PORTATIL "102"



Panacústico BRUNSWICK
$ 490

CASA HANS FREY

SANTIAGO
Portal Fernández Concha, 936. Estado, 196

VALPARAISO
Esmeralda, 60. Condell, 394

¿SABE UD.... SEÑOR?...

Que el "smoking jacket o sea chaqueta de fumar de los ingleses no es prenda para salir de casa, ni justifica que nuestro "smoking" se apele así?—Que nuestros padres y abuelos llamaban al "smoking" de hoy, saco frac, y lo usaban mucho con corbata blanca?

Que a nuestro "smoking" le llaman los norteamericanos "tuxedo", recordando el famoso Tuxedo Park, bello lugar de residencias de los afortunados aristócratas de aquel país?

Que el "spat" también le dicen en inglés "gaiter" y en español polaina, suplebota y cubrebota?

Vestón, algo amplio, con dos botones

Que el pantalón ancho que en los Estados Unidos de Norte América llaman "collegiate", y aquí "Príncipe de Gales", jamás los ha usado el errático hijo de Jorge V?

Que se discute mucho en los Congresos de sastres el volver a usar colores brillantes en los trajes para hombres?

Que antiguamente el traje negro era de viaje y de calle, y el de etiqueta era de vistosos colores?

Que la etiqueta máxima hasta de día es el frac en Francia y otros países de Europa y de Sud América?

Que el frac ha vuelto a ocupar su puesto de antes de la Gran Guerra?

Que Alberto Stein, sobrino del inolvidable sastre Máximo Stein, se halla retirado de los negocios en Praga, donde se nos dice goza de fabulosa renta y donde posee un gran hotel?

Que la famosa casa de Sulka, tiene casa también en Londres y en París?—Que a pesar de los esfuerzos que han hecho los joyeros no ha vuelto la moda del fistol en la corbata?

Que lo único que se usa es una perla con el plastrón y a veces con corbata larga?

Que el monóculo se usa ahora sin aro ni cinta?

Que no es correcto llevar espejuelos de carey con ropa de etiqueta?

Que no se debe llevar los guantes blancos metidos en la abertura del chaleco, sino en la mano u ocultos en el bosillo derecho del pantalón?

Que es muy elegante usar cinta con los colores del club, con el sombrero de pajilla?

Que hoy se admite llevar fieltro de tonos claros con pantalones claros y zapatos de playa?

Que el "Stacomb" fija el pelo tan bien que la raya se conserva intacta todo el día, aunque se vaya sin sombrero?

Que los sombrereros están preocupados por la creciente moda de llevar la cabeza al aire?—Que el "blazer" (saco de franelas de colores) vuelve a estar de moda entre los deportistas elegantes?

Que este ivierno se piensa imponer otra vez el bombín entre los elegantes.

Que el "smoking" cruzado, (usado sin chaleco si se quiere) se va imponiendo?

El pantalón ancho, cómodo, sin arrugas

Que el londinense "chic" sale de "frac" siempre sin averiguar antes dónde puede caer?

Que el elegante de Lóndres usa más el frac que el smoking?

Que en Londres sustituyen las palabras "frac" y "smoking" con las de "white tie" o "black tie" (corbata blanca o corbata negra?)

Que en cambio en París, el frac la mayoría de las veces luce exagerado?—Que en París si los "dinner parties" son de pocos comensales e íntimos se usa el "smoking" hasta yendo con señoras?

Que en París casi todos los caballeros van de "smoking" al teatro o al restorán?

Que en Londres, hasta con "smoking" se lleva sombrero de copa?

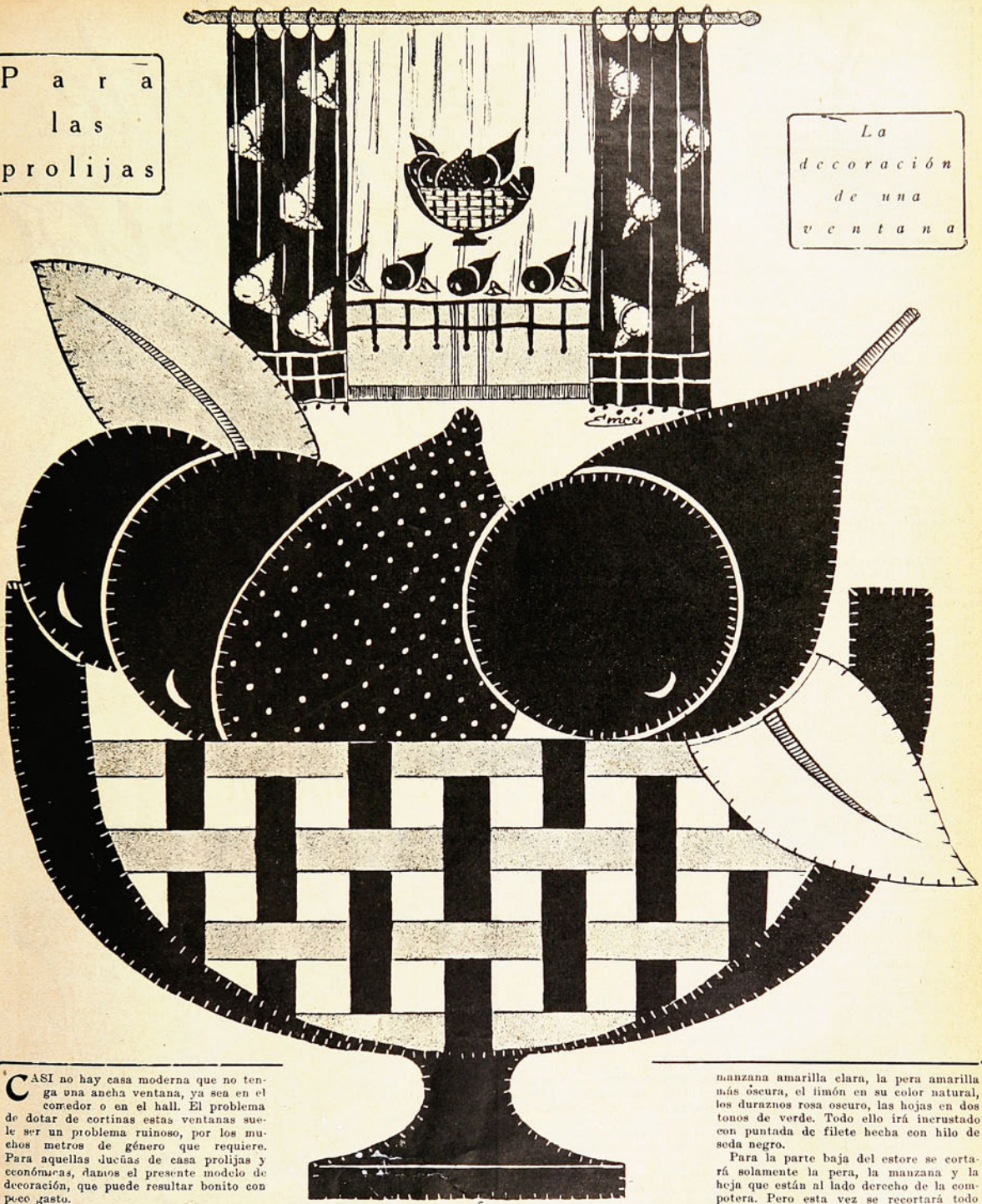
Todo el traje respira cierta holgada amplitud

El chaleco cruzado y parejo en la cintura

A base de: Harina malteada, féculas, azúcar, cacao desgrasado y fosfato.

Para las prolijas

La decoración de una ventana



CASI no hay casa moderna que no tenga una ancha ventana, ya sea en el comedor o en el hall. El problema de dotar de cortinas estas ventanas suele ser un problema ruinoso, por los muchos metros de género que requiere. Para aquellas dueñas de casa prolijas y económicas, damos el presente modelo de decoración, que puede resultar bonito con poco gasto.

Se empezará por comprar osnaburgo y por hacerlo lavar cuidadosamente para que le salga el feo color amarilloso que tiene. Luego se planchará y se cortará el género necesario para el estore, tiñendo el resto en el color que combine con el de la pieza en que esté la ventana. Pongámonos en el caso de que este color sea azulino. Tíñase el género de azulino y háganse las cortinas.

Si se sabe pintar al pochoir puede hacerse el trabajo en esta forma, lo que lo facilita y hace mucho más rápido. Si no se sabe esta forma de pintura habrá que recurrir a la más lenta tarea de las aplicaciones en géneros de colores que resulta muy bonita y que bien vale el tiempo que en ella se emplea.

Sobre el estore, que es de color blanco amarillo, se pondrá el dibujo central de la compotera con frutas. Esta irá hecha en rojo y la parte de adentro en cintas rojas y amarillas entrecruzadas. Las frutas serán: la manzana amarilla clara, la pera amarilla más oscura, el limón en su color natural, los duraznos rosa oscuro, las hojas en dos tonos de verde. Todo ello irá incrustado con puntada de filete hecha con hilo de seda negro.

Para la parte baja del estore se cortará solamente la pera, la manzana y la hoja que están al lado derecho de la compotera. Pero esta vez se recortará todo el azulino, en el mismo género que las cortinas, formando así una especie de guarda. Se terminará el estore con un enrejado de huinchas hechas con el osnaburgo azulino, y que a su vez terminarán por borlas de madera azulina.

Para las cortinas se empleará el motivo de una manzana y dos hojas, recortado en la tela del estore, es decir, en blanco amarilloso, poniéndole abajo el enrejado en este mismo color con las borlas de madera en color amarillo.

Las cortinas se montarán en una larga barra de bronce o en una de madera barnizada de negro. El estore irá interiormente sujeto a un grueso alambre que queda detrás de la barra y que no se ve.

Pueden nuestras lectoras realizar confiadamente esta decoración con la seguridad de quedar satisfechas del efecto lindo y moderno que tendrá una vez terminada.

Correspondencia

F. BADILLA.—Santiago.—Para las arrugas de las manos da un excelente resultado, el uso de la Crema Ivoire. Es una crema algo cara, y por si usted no la puede comprar, le damos la siguiente receta, que es fácil de preparar en cualquiera botica:

Alcohol, de 90 grados, 350 gramos. Benjuí, 3 gramos. Incienso, 3 gramos. Goma arábiga, 2 gramos. Piñones, en polvo, 3 gramos. Clavo de olor en polvo, 3 gramos. Almendras dulces, 3 gramos. Nuez moscada, 1 gramo. Se deja todo en infusión dos días, agitando la botella por lo menos tres veces al día. Luego se agregan 45 gramos de agua de rosas. Destílese hasta reducir a la mitad.

Con esta loción, o con la crema primeramente indicada, se hará masaje en la siguiente forma mañana y noche: úntese las manos con cualquiera de los dos productos y luego se frota los dedos desde la punta hasta abajo, lo mismo que se estuviera poniendo guantes. Continúe el movimiento hasta la muñeca, sobre el dorso de la mano. Luego haga lo mismo en las palmas. Si usted tiene constancia con este sistema, verá que en unos quince días esas arrugas desaparecen por completo. Una advertencia: no use para lavarse agua muy caliente, sino apenas tibia.

VILMA.—Santiago. — Para endurecer las uñas puede emplear la siguiente pasta: Cera blanca, 10 grase se le agrega, removiéndola siemmos. Aceite de nueces, 10 gramos. Alumbre de roca, 1 gramo. Cuando esta mezcla empiece a solidificarpre, 5 gotas de cloroformo. Lávese las manos por las noches con agua templada y rajas de limón, frotando con éstas las uñas. Luego de bien enjuagadas, se pone sobre las uñas la preparación anterior y duerme con unos guantes viejos, de hilo, para que la pasta permanezca toda la noche sobre las uñas. Cuide, eso sí, de tener la pasta en un frasco que tenga cierre hermético.

UN INTERESADO. — **Talcahuano.** — Me parece difícil que usted pueda encontrar aquí campo para sus actividades teatrales, ya que probablemente, por ser usted italiano, no debe poseer nuestro idioma en la forma que un actor debe poseerlo. En cuanto al cine, no hay que pensar en él, las casas productoras chilenas se han dedicado a la importación de películas, dado el escaso éxito que las producciones propias han tenido.

R. R.—Antofagasta.—Su cuento "Noche Trágica", revela buenas cualidades de escritor, que con el cultivo pueden dar ópimos frutos. Lea usted mucho, seleccionando entre los modernos autores. Si posee idiomas, lea a cada autor en su propia lengua. Y entre estos autores modernos ponga la sazón de los clásicos, que son la mejor base para un literato. Este cuento que nos envía no tiene bastantes méritos para ser publicado.

PORTEÑITA. — **Valparaíso.** — Para sus manos enrojecidas puede usar esta receta: óxido de zinc, 5 gramos. Oxicloruro de bismuto, 2,5 gramos. Se trituran estas sustancias con 12 gramos de aceite graso y después se le añade: Glicerina, 50 gramos. Lanolina, 30 gramos. Lávese en las noches con agua templada y póngase esta pomada, durmiendo con unos guantes viejos para no ensuciar las sábanas. En la mañana se lava con agua templada nuevamente y para obtener que le blanqueen a medida de su deseo, use esta otra preparación: A un cuarto de litro de agua destilada le agrega 2. 5 gramos de ácido sulfúrico, y 1,5 de tintura de mirra. Si es usted constante con estos dos remedios, verá que en poco tiempo tiene las manos como las de una princesa. Una muy simple manera para hacer desaparecer las grietas de la cara es batir una clara de huevo hasta que esté a punto de merengue, entonces se le agrega una cucharadita de ron y se bate nuevamente. Esta preparación se coloca sobre las partes afectadas una vez que se han lavado con agua tibia. Evite los cambios bruscos de temperatura, el viento y el sol que son los causantes de esas desperfecciones de su cutis.

DESGRACIADA. — **Chillán.** — Lo que usted debe hacer es decirle a su madre lo que le pasa para que la lleve a ver médico. No crea que la tendrán que examinar. Eso es pura y simplemente debilidad y según su estado, el doctor recetará inyecciones o un tónico. Es lo único que nos atrevemos a recomendarle. Muchas gracias por sus cariñosas palabras.

B. A.—Quillota.—Use la pasta Bizornini que es una de las pocas que da un excelente resultado y que no ofrece ningún peligro.

JAIME. — **Parral.** — Vigile su digestión. La mayoría de las veces las espinillas vienen del mal funcionamiento del intestino. Tome todas las noches una cucharadita de sal de frutas. Lávese con agua tibia en las noches y jabón de Marsella, y se pasa después por las partes infestadas un algodón con alcohol alcanforado. En la mañana se lava con agua tibia nuevamente, pero sin jabón, poniéndose luego sobre la piel la siguiente crema: Pasta de almendras dulces en polvo fino, 500 gramos. Harina de centeno, 300 gramos. Fécula de papas, 300 grámos. Esencia de rosas, 25 gramos. Esencia de jazmín, 25 gramos. Esencia de heroli, 25 gramos. Bálsamo del Perú, 20 gramos. Esencia de canela, 0,5 gramos. Pero volvemos a recomendarle que lo principal es mantener la digestión en perfecto estado. Si no es inútil pretender poseer buen cutis. Si por su calidad de varón le molesta ponerse la crema en el día, úsela en la noche, una vez que el alcohol se le haya secado sobre el cutis.

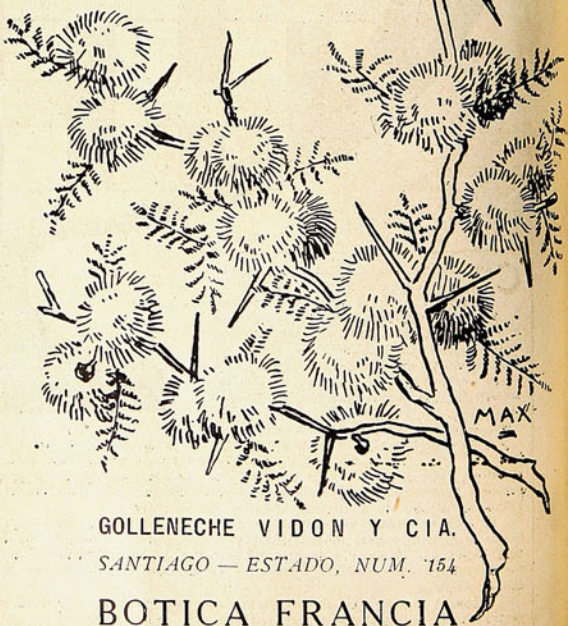
E. L. S.—Santiago.—Hay varias pomadas destinadas a ese uso, pero lo único radical son las aplicaciones de rayos X que van descolorando y haciendo desaparecer las cicatrices. Puede hacerse las aplicaciones en el Instituto Sanitas. Si usted no quiere recurrir a ese sistema, puede aplicarse la pomada Cuticura que a la larga, dicen algunas personas, que da resultado. Búsquela en una buena farmacia.

UN REUMATICO. — **Valparaíso.**—Por la vitamina que contiene el limón, puede ser un gran tonificante para la salud en general y mejorando el estado general de salud puede usted sentirse aliviado un tanto del reumatismo. De todas maneras no le aconsejamoss ese sistema que no conocemos, por cuanto si usted padece de exceso de jugos gástricos, puede serle perjudicial. Lo que le recomendamos por haber experimentado sus beneficios es el Amargo Sulfuroso, que puede adquirir en cualquiera botica y que esperamos le de una pronta mejoría en su dolencia. En el mismo medicamento encontrará usted las indicaciones para su uso.

NOTA.—Rogamos a nuestras lectoras indicar si poseen un cutis seco o grasoso al hacer sus consultas sobre belleza.

Flor de Espino

El Agua de Colonia de la Suprema Distincion



GOLLENECHE VIDON Y CIA.

SANTIAGO — ESTADO, NUM. 154

BOTICA FRANCIA

FACETAS DE LA ACTUALIDAD

EL DESQUITE

La princesa Ana, de Francia.

El Príncipe Amadeo.

PERO los príncipes aventureros no ocupan todo el cartel de la actualidad. Hay también de los otros. Las cortes europeas se aprestaron en estos momentos para estar bien representadas en el matrimonio de la princesa Ana de Francia con el príncipe Amadeo, Duque de la Puglia.

El enlace, que sin duda fué el mayor acontecimiento social del año en Europa, se verificó el sábado 5.

La princesa nació en 1906, en el castillo de Nouvion en Thiérache, Aisne. Ha pasado la mayor parte de su vida en Larache, Marruecos español, donde su familia posee extensas propiedades agrícolas. Allí vivía con sus padres, los duques de Guisa, con su hermano, el príncipe Enrique Roberto, pretendiente al trono de Francia y sus hermanas Isabel y Francisca.

A pesar de su aislamiento de los grandes centros de la cultura occidental, la princesa ha recibido una esmerada educación, es una intrépida amazona y gran aficionada a los deportes.

EL PIBE PELADO

Mr. Gerald Beaumont, famoso autor de argumentos y novelas, instruyendo a Jackie Coogan en asuntos hípicos, sobre los que versa la comedia "Juanito, córtate el pelo", de que es intérprete Jackie y autor Mr. Beaumont.

HOLLYWOOD, la ciudad que para muchos es la realización del Paraíso Terrenal; la ciudad luminosa, millonaria y florida para la que se comienza a vaticinar el comando espiritual del mundo, ya ha producido un acontecimiento de trascendencia internacional: Jackie Coogan, el pequeño y célebre actor, más conocido por "El Pibe", ¡se ha cortado el pelo!...

La noticia ha hecho vibrar los cables, los telégrafos y los teléfonos y un milagro ha sido que no haya habido un pánico en Wall Street...

La fotografía nos muestra a la pequeña eminencia en compañía de Mr. Gerald Beaumont, famoso autor de novelas y argumentos, instruyendo a Jackie en asuntos hípicos, sobre los cuales versa la comedia "Juanito córtate el pelo", de que es autor Mr. Beaumont y que marcó el momento solemne del paso del pibe al hombre. Aunque en realidad, ahora va a parecer mujer...

Ileana, princesa.

LA noticia de la fuga de la princesa Ileana de Rumania con un teniente de la marina, fué recibida con júbilo. Y con profunda contrariedad el desmentido quejoso de la reina María. Contrariedad momentánea, porque plato tan sabroso no se lo van a quitar a uno de la boca, con un desmentido, por muy real que éste sea.

Las aventuras de Carol, el príncipe atorrante, nos tenían aburridos. Las poses gallardas de la reina ya no entusiasman. Tampoco hay indicios para esperar que el Rey Miguel realice los deseos del "Zanahoria" de Renard y monte en su caballo de palo "y se las guille". Debía, pues, fugarse la princesa.

Estamos satisfechos. Pero, ¿quién nos dice que toda esta linda historia de un alboroto romántico en los Balkanes no sea el anuncio de una nueva opereta de Kallmann o de Franz Lehar?

MUSTAFA KEMAL, RECORDMAN

Mustafá Kemal Pashá.

ESTE Mustafá dinámico y resonante que impera en Turquía, cuyo penacho blanco indica a todos los turcos, modernistas o reaccionarios, el camino de la civilización de occidente, ha galopado tanto por alcanzarla, que nos ha sobrepasado: ¡se acaba de pronunciar un discurso de siete días! Al octavo, ¿descansó?... ¡No, señor! Tuvo que ocuparse en despertar a sus oyentes.

Pero, chirigotas a un lado, no se puede negar que la civilización occidental tiene en Mustafá Kemal un discípulo aprovechado que ha llegado hasta poseer el sentido del record: consciente de su hazaña y de la necesidad de recordarla siempre, ahora ha roto con la rigidez del Corán y se ha mandado hacer un retrato pintado... Sobre la travesía del Atlántico en avión, nada dice el libro sagrado de los turcos, pero es indudable que Mustafá la ha de realizar algún día de éstos.

Para su catarro tome jarabe de Résyl

Curación segura de las **Bronquitis y Toses rebeldes**

Preservación y alivio de la TUBERCULOSIS

Se presenta tambien en comprimidos, forma muy práctica para las personas ocupadas

RÉSYL

ÉTER GLICERO-GUAYACÓLICO SOLUBLE — M. ER. — DE VENTA EN TODA FARMACIA.

CURIOSIDADES DE LOS CONTRATOS

Gloria Swanson.

EN el último contrato de Gloria Swanson figura una cláusula en virtud de la cual se compromete la artista a conservar siempre la esbeltez de su silueta. El contrato de Walter Hiers especifica lo contrario: si Walter pierde el apetito y algunas libras con él, bajando de las doscientas veinticinco en que se expande al presente, su sueldo se evapora.

A Vilma Banky le exigieron, por otra parte, que disminuyera quince libras antes de firmar su contrato con Samuel Goldwin, y le conceden solamente cinco libras de gracia. Finalmente, Ben Turpin está condenado a mirar el mundo de través. Si alguna vez se le ocurre mirar derecho, su nombre desaparece automáticamente de la lista de pagos.

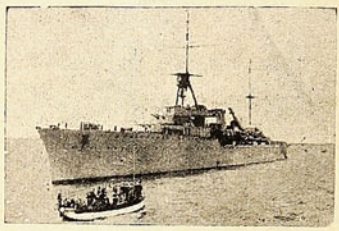
LOS GRANDES HECHOS DE POLICIA

Después de herir mortalmente al agente y al habilitado, que yace en el suelo, junto al césped, los bandidos emprenden la huida, descargando sus revólveres al aire para amedrentar a los que presenciaron el vandálico atentado y para evitar así una inmediata persecución.

HACE unos cuantos días se consumó en Buenos Aires un asalto a pleno sol que consternó a la ciudad. Cuatro enmascarados en veloz automóvil, se detuvieron frente al hospital Rauwson en los momentos en que llegaba el pagador y, obrando rápidamente, mataron al policía que lo acompañaba hirieron al pagador y le arrebataron el maletín que contenía unos ciento treinta mil nacionales, huyendo enseguida sin que hasta hoy hayan podido ser capturados. Después se ha sabido que se dirigieron al Uruguay y que son cuatro anarquistas reconocidos.

Como entidad política, el anarquismo tiene ese inconveniente de que los robos hay que hacerlos a balazos — podría haber comentado Bernard Shaw...

EMBAJADORES EUROPEOS



"Lamotte Picquet". Crucero francés. Nuevo. 8,000 toneladas. 1927.

POR la ruta de Saint Roman, en el avión "Nunggeser y Coli", dos brillantes oficiales de la aviación francesa han llegado a América trayendo el saludo de Francia.

Estuvo entre nosotros el hermoso crucero alemán "Emden" y en estos días llegarán, completando un crucero por Sudamérica, los buques franceses "Lamotte Picquet" y "Jaguar".

Italia nos envía, todavía con olor a astilleros, sus flamantes motonaves transatlánticas y cada hombre o cosa de España que nos llega viene con las credenciales del hispano-americanismo. Son buenos síntomas, sobre todo en vísperas, como parece ser del fracaso de la próxima conferencia panamericana...

Costes, aviador francés. 1927.

LAS MUJERES AVIADORAS

LA única cosa que ha progresado más que el feminismo, es la aviación. Pero la aviación ya está siendo dominada por el feminismo. Y no es de ahora. La más admirable travesía de los Andes que hasta ahora se ha hecho, la realizó la inolvidable Madame Bolland, que se lanzó sobre la mole y la pasó haciendo cachañas, en un aparatito que parecía hecho para un gato persa.

Después, varias mujeres han realizado hazañas dignas de cualquier héroe. Pero últimamente ha aparecido un lote de aviadoras, con mártires y todo, que eclipsa en valor a cualquier "as" de la guerra europea. Miss Mildred Doran, se zambulló para siempre en la desgraciada carrera a Honolulo y a los pocos días, a una edad en que hasta los hombres piensan en lo entretenido que es tejer calcetas, se lanzó sobre el Atlántico Norte la princesa Lowesthein, para siempre, jamás...

Miss Ruth Elder, que alcanzó a volar 5.400 kilómetros.

Ahora Ruth Elder, la hermosa aviadora norteamericana, hizo una buena tentativa y llegó hasta cerca de las Azores, mientras el pobre marido se quedaba en Estados Unidos mandándole cables de un romanticismo de que sólo los hombres son capaces en la época actual.

Vuelan, pues, las mujeres y, quieras que no, por ellas tendrán que volar los hombres tras sus huellas aéreas. Y esto nos traerá progreso: el mundo será un sola patria, pues las fronteras son inútiles para los aeroplanos y el pasaporte cae en el ridículo. Los hoteles, siempre alertas contra visitas imprevistas, tendrán que mejorarse mucho. El buen aire nos hará bien para el organismo. Todo progresará. El progreso se irá a las nubes. Tan a las nubes que por ahí va a llegar el fin del mundo, porque, ¿quién cuidará de las guaguas?...

CASI COMO EN CHILE

EN una imporante ciudad ausrtiaca, la policía acaba de descubrir una formidable organización de incendiarios. Estos trabajaban en la siguiente forma: A las 2.15 de la madrugada se incendiaba el almacén de A. Estaban los bomberos trabajando por extinguirlo, cuando comenzaba un fuego violento en la tienda de casimires de B, quince minutos después. Y antes de una hora diez negocios de la ciudad estaban ardiendo. Como los bomberos no estaban preparados para luchar contra tanto incendio simultáneo, todos ellos, por lo general, cobraban el seguro.

Pero hay más. La cosa se descubrió debido a que los incendiarios, temiendo que la acción destructora del fuego no fuera total, se alistaron de bomberos además, para así reemplazar por el hacha y el agua la tarea dejada inconclusa por el fuego. Es un sistema perfecto, al cual, quitándole las exageraciones finales, debería ser adoptado por nuestros flamantes e inmunes incendiarios.

CORTESIA Y BUEN TONO

DEBERES DE LOS VISITANTES

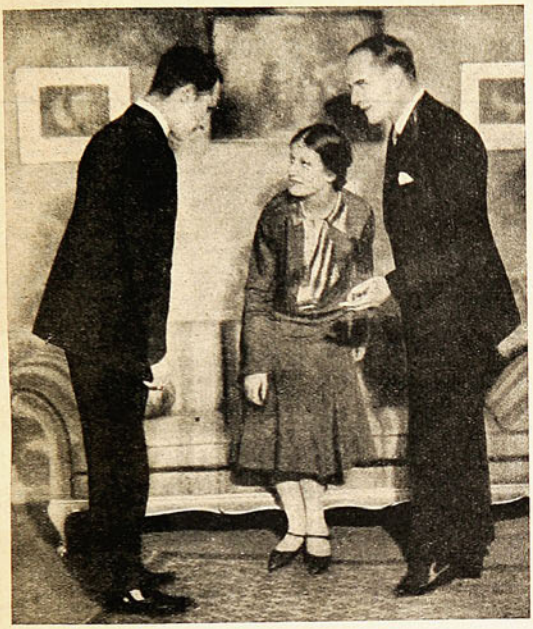
CUANDO llegan a la casa y antes de entrar en el salón, dejan los caballeros en el vestíbulo o en la antecámara los paraguas, guardapolvos, etc., que exige la intemperie y sólo guardan en la mano el sombrero, sin dejarlo en ninguna silla ni mueble que esté a su alcance.

Por torpeza o por descuido, algunos caballeros, en tanto que saludan, tienen el sombrero de un modo que recuerda la posición del de los mendigos al pedir limosna. Esto hace sonreír a los que advierten tal descuido y debe evitarse, como se huye de cuanto puede parecer ridículo.

Las señoras entran con la sombrilla en verano, con la boa y el manguito en invierno.

Señoras y hombres atraviesen la habitación y van en derechura hacia la dueña de la casa y saludan con una inclinación de cabeza a las demás personas.

Cuando es una señora la que entra, se levantan la dueña de la casa y



Una mala manera de presentar: la señora nunca debe adoptar posición tan poco fina.

los caballeros presentes; no las demás señoras. Lo mismo ocurre cuando una señora se marcha. En tal caso, si hay algún caballero en la reunión, y la dueña de la casa no tiene quien la ayude a hacer los honores, tomará a su cargo—sin que sea obligatoria tal cosa; pero sí demostrativa de que la educación del que la ejecuta es excelente—acompañar a la dama hasta la puerta, para volver luego a su sitio.

* *

Las señoras tienen el deber de acudir a las visitas, llevando su mejor traje de calle, si llegan a pie, y si van en coche pueden ostentar vestidos magníficos y lucir las joyas que tengan. Esto no quiere decir que no puedan acudir a los salones las señoras que no posean vestidos muy elegantes. Si sólo se dispone de algunos modestos en grado sumo, se escoge el de mejor aspecto y no es difícil que con un poco de gracia natural y realzándolo con algunos accesorios no se pueda ir a un salón donde están reunidas muchas mujeres ricas y elegantes.

Hasta hace pocos años los hombres debían llevar levita y frac o smoking, cuando menos aquélla por la tarde, éste por la noche.

La costumbre permite presentarse en traje de calle o chaqué por las tardes, a no ser que se trate de una primera visita de cumplido. Por la noche, en los saraos y fiestas y aún en las sencillas recepciones continúa siendo obligatorio el frac o smoking.

LO QUE SE DEBE EVITAR

Hay algunas señoras jóvenes que, sin darse cuenta de la inconveniencia de tal cosa, tienen la costumbre de llevar consigo a las visitas a sus hijos de corta edad.

No se les ocurre, cegadas por su cariño maternal, el suplicio que imponen a una ama de casa cuidadosa de sus muebles, figurillas y objetos artísticos.

Durante los primeros minutos los niños, atemorizados por la presencia de tanta gente desconocida, permanecen quietos; pero luego ya no hay quien mantenga quietas las piernas y las manos ávidas de movimiento. Primeramente con sumo tiento, después ya con mayor desembarazo, tocan cuanto les gusta y echan a perder a conciencia el raso o el terciopelo de las sillas, la pintura de las paredes, la madera labrada de los arrimaderos, decapitan figurillas, rompen cristales y causan tanto daño como un temporal. Cogen con sus manos pecadoras los álbums de vistas y retratos y dejan en ellos la huella no inmaculada de sus deditos. Y hay madres que, a fin de que callen sus tiernos vástagos, les invitan a que continúen mirando las fotografías.

Cuando la señora de la casa tiene niños de corta edad, se puede sin el menor inconveniente llevar a ella los propios; pero entonces no entran en el salón, sino que permanecen en la nursey (cuarto de los niños) jugando y enredando con los de la casa.

* *

Es de muy mal tono adoptar una actitud envarada y glacial respecto de las otras personas que están en el salón además de la dueña o los dueños de la casa.

Tal actitud depende casi siempre del deseo de evitar nuevas relaciones. Pero como no se impone por la fuerza una relación social y mucho menos amistosa, como con un poco de reserva y otro poquito de inteligencia, es fácil evitar las intrusiones, no es necesario poner "cara feroce" a los convidados, pues con ella no solamente se molesta a quien ya se pretende, sino también a los que no hay razón ninguna de ofender: a los dueños de la casa.

Deben comprender los que de tal suerte se portan que dan a cuantos les rodean y les ven menguada idea de su propia valía, puesto que socialmente vale poco la o el que no sabe dominarse y deja transparentar lo que guarda en el pecho.

En igual censura incurren los que en una visita emplean un tono altanero o desdeñoso hablando con otra persona. Si ésta les es profundamente antipática o si tienen resentimientos más o menos fundados contra ella, lo mejor es que se abstengan de dirigirle la palabra, o quizá aun es más sencillo dar por terminada la visita y retirarse cuando ven que entra la persona aborrecida.

* *

En el campo hay visitante que se presenta acompañado de uno o varios perros.

Son éstos unos animales simpáticos y fieles, cariñosos y vigilantes; pero que desconocen en absoluto los usos y costumbres de la buena sociedad.

Apenas han entrado, en compañía de sus dueños, en la casa ajena, toman posesión de ella, asustan a los volátiles, acosan a los gatos, ladran y ensucian con sus patas nada limpias las esteras y alfombras que encuentran al paso. Y si se les ocurre entrar en el salón se instalan cómodamente en los sillones y sofás con gran amargura de los dueños de la casa. Lo mejor es evitar las molestias que ocasionan, prescindiendo de ellos.

MANERA DE DESPEDIRSE

Son muchas las personas que no saben como componérselas para marcharse de un salón.

Creen que es necesario encontrar en breves frases una fórmula que explique su partida y dilatan ésta, porque no encuentran aquéllas.

A lo mejor aprovechan la coyuntura de haberse levantado la dueña de la casa para saludar a un nuevo visitante y se escurren rápidamente sin advertir que tal modo de proceder no es correcto.

Parece que huyan del o de los que acaban de llegar como si sintieran profunda antipatía por ellos y molestan a la señora que les ha recibido, porque en un momento le es preciso levantarse dos veces.

Lo mejor es esperar un rato y entonces, aprovechando la ocasión que ofrece la conversación que languidece, dejar su asiento, dirigirse en derechura a la dueña de la casa, despedirse con un apretón de manos y la promesa de volver a verse. Se saluda con una inclinación de cabeza a las demás personas y se sale del salón acompañado o no.

En caso de que alguien salga hasta la puerta, no hay que entretenerse allí en saludar, ni en contar algo que haya quedado por decir cuando se estaba en el salón, pues, el acompañante es necesario que vuelva entre los concurrentes y que no se eternice en la puerta.

PRESENTACIONES

Aun cuando en Chile reina mayor latitud que en Inglaterra en materia de presentaciones y no tenemos inconveniente en dirigir la palabra a una persona que encontramos en casa de uno de nuestros amigos, en algunos casos, sin embargo, es conveniente y punto menos que necesario proceder a la presentación de diversas personas que, por el hecho de concurrir a una misma reunión, fiesta o banquete, es probable que tengan ocasión de hablar entre sí.

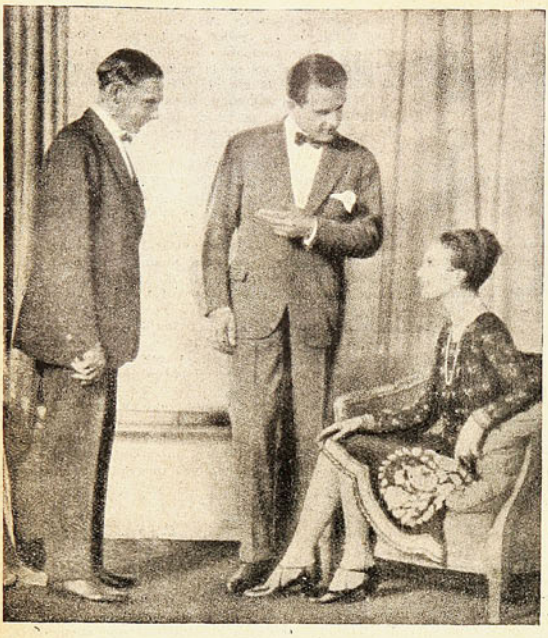
Y podría darse el caso—que algunas veces se ha dado—de que, desconociendo los nombres respectivos, pero conociendo algunos hechos, se hablara con poca claridad y con exceso de ligereza de la misma persona a quien se está dirigiendo la palabra.

El dueño de la casa y en su defecto la dueña, presentará a las señoras los caballeros que han de ofrecerles el brazo para ir al comedor.

NINGUNA MUJER VERDADERAMENTE HERMOSA PUEDE PRESCINDIR DEL USO DE LOS INIMITABLES.

CRISTALES YODADOS PROOT

BASE: SAL DE M. R. KARLSBAD YODADA.



Correcta manera de presentación, en la cual se advierte desenvoltura y delicadeza.

Cuando la reunión es muy numerosa, se prescinde de presentaciones; pero muchas veces, los caballeros hacen que un amigo común les presente a las señoras que se proponen invitar a bailar.

No olvide nunca todo aquel que haga la presentación, que no se presenta jamás una mujer a un hombre, un viejo a un joven, un general a un capitán de navío, un hombre ilustre a otro desconocido, un diputado a un elector, sino todo lo contrario, como el buen tono y la sana lógica y la más elemental cortesía exigen.

Las presentaciones entre hombres no requieren muchas palabras. El que las hace se limita a decir, por ejemplo: "El señor X". Y dirigiéndose al otro añade: "El señor Z".

Manera exagerada de saludar.

Entonces aquel de los dos hombres que ocupa más elevada posición o que tiene más años que el otro, es quien entabla la conversación como mejor sabe y puede.

Entre una señora y un caballero, la primera se limita a inclinarse al oír el nombre del segundo; pero, puede, sin embargo, ser ella quien pronuncia las primeras palabras para romper el hielo. A pesar de ello no faltará a la más estricta cortesía el caballero si viendo callada la dama, toma la iniciativa del diálogo.

Entre hombres de edades y posición equivalentes, el más despejado y decidido tomará la palabra, que ha de servir para trabar más amplio conocimiento.

Cuando un joven va por primera vez a un baile o a una reunión, su madre le presenta a sus amigas y conocidas, diciendo sencillamente: "Mi hijo". El padre procede de la misma manera para presentarle a sus camaradas y conocidos.

Si en una reunión la dueña de la casa tiene en torno suyo un número reducido de visitantes, es oportuno que les presente unos a otros diciendo algunas palabras que precisen su personalidad, por ejemplo:

—El doctor C., profesor de la universidad central. El señor D., el escultor, bien conocido.

EL APRETON DE MANOS

Nadie puede decir a punto fijo dónde ni cuándo empezó la costumbre de darse un apretón de manos para manifestar la alegría que produce el encuentro de una persona amiga. En eso, como en muchas otras cosas, los eruditos han perdido el tiempo. Pero tanto si fué en Inglaterra como en Alemania donde tuvo origen esta costumbre, el caso es que se ha generalizado durante los dos últimos siglos y que ahora la practican casi todos los hombres civilizados—sin que produzca grandes resultados que sepamos.

Habrán notado cuantos poseen el don de la observación, que aun cuando es muy general esa costumbre y admitida por todos, no se sigue en todos los casos. Un hombre no da la mano a un niño de cuatro o cinco años, aunque sea hijo de su mejor amigo o de su hermano. Un padre al encontrarse de manos a boca con un hijo suyo, no le alarga la mano; un muchacho talludo o que aun no ha salido de la infancia, no se despide de su madre dándole un apretón de manos

A nadie se le ocurrirá alargar la mano al mancebo de una tienda en la que compra algunas veces. Cuando tomamos una sirvienta no le damos la mano después de haber cerrado trato. No le daremos un apretón de manos al cura que acaba de casarnos, ni al sastre que nos prueba un pantalón, ni al cartero que nos entrega una carta.

Lo que decimos demuestra sin el menor género de duda que hay ocasiones en que se debe dar la mano y otras en que no es necesario tal ademán.

Para no cometer una torpeza, es conveniente saber cuando es necesario seguir tal costumbre y cuando no.

Cuando alguien viene a vernos por primera vez, no debemos estrecharle la mano. Tampoco se debe alargar al despedirse después de una primera entrevista.

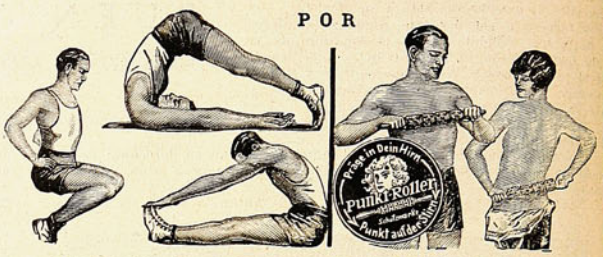
Un hombre no puede tomar la iniciativa de estrechar la mano a una mujer. Por ganas que tenga de ello ha de esperar que el ademán deseado parta de ella.

Un inferior no debe tender la mano a un superior, ni un joven a un viejo, ni una muchacha a una anciana.

Hay gentes que dan la mano de tal manera, tocando apenas la que se les ofrece, que rayan en la impertinencia. El apretón de manos debe ser franco o no debe darse.

No es necesario tampoco apretar la mano ajena como si se quisiera estrujar. Antes que un saludo afectuoso parece una broma de mal género, a no ser que se trate de un camarada que pueda responder de igual manera.

VIVIR 10 AÑOS MAS
REJUVENECER 10 AÑOS
POR



GIMNASIA O MASAJES CON PUNKT-ROLLER
M. R.

EL ALMACEN CENTRAL DE
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA
SANTIAGO
Propietaria también de | Empresa Zig-Zag.
Soc. Imp. y Litog. "Concepción".
Emp. Gráfica. Artículos Réclame "EGAR"
SE ESTÁ INSTALANDO EN
AHUMADA 32
Y
NUEVA YORK 37
ATIENDE ADEMÁS AL PUBLICO EN
MATUCANA esq. ROMERO
a media cuadra de la Estación Alameda
TELEFONO 257 - ESTACION - CASILLA 1017

EL JARDIN DE LOS POETAS

NOCTURNO

Por — *José Asunción Silva.*

Una noche
una noche toda llena de murmullos, de perfumes, y de música de alas,
una noche,
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,
a mi lado lentamente, contra mi cenida toda, muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminaba
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca,
y tu sombra
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y era una
y eran una sola sombra
y eran una sola sombra larga...
Esta noche,
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de la muerte,
separado de tí mismo por el tiempo, por la tumba y la distancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...
y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...
Sentí frío. Era el frío que tenían en su alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos de perfumes,
y de música de alas,
se acercó y marchó con élla
se acercó y marchó con élla
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristeza y de lágrimas...

DANZA DEL VIENTO

Por — *Alfonso López Vieira.*

El viento es buen bailador;
Baila, baila, baila y silba,
Cuando baila cuando gira,
Todo gira en derredor.
Dice a las flores, bailando:
—Bailad conmigo, bailad
Y curvadas y oscilando
Poco a poco van bailando,
Los pétalos van soltando,
Y al suelo van a parar...
Y él las deja vacilando,
—¡Y allá va!...
El viento es buen bailador
Baila, baila, baila y silba:
Cuando baila, cuando gira,
Todo gira en derredor.
—Dice a las altas ramadas:
Bailad conmigo, bailad;
Y sintiéndose agarradas,
Bailan, bailan desgreñadas,
Ya cansadas, suspirando.
Y el las deja vacilando,
—¡Y allá va!...
El viento es buen bailador;
Baila, baila, baila y silba;
Cuando baila, cuando gira
Todo gira en derredor.
Dice a las hojas mustiadas;
—Bailad conmigo, bailad.
Del quieto suelo arrancadas
Las hojas por él alzadas,
Pobres viejas arrugadas,
Como un ay cayendo van;
Bailan tristes suspirando,
Y él las deja vacilando,
—¡Y allá va!...
El viento es buen bailador,
Baila, baila, baila y silba;
Cuando baila, cuando gira,
Todo gira en derredor.
Dice a las ondas saladas:
—Bailad conmigo, bailad;
Y las ondas empinadas,
Por sus brazos arrolladas,
Se pelean,
Y sus rizos se rerrean
En el viento fluctuando.
Y él las deja vacilando,
—¡Y allá va!...
El viento es buen bailador;
Baila, baila, baila y silba;
Cuando baila, cuando gira
Todo gira en derredor.
Dice a la lluvia cayendo:
—Bailad conmigo, bailad,
Y al de ellas su cuerpo uniendo
Besa su boca, sintiendo
Que ella abrázale sonriendo,
Y se desmaya girando,
Y al beso doble la faz,
Y el las deja vacilando.
—¡Y allá va!...

LA VUELTA DE CAPERUCITA

Por Evaristo Carriego.

Entra sin miedo hermana: no te diremos nada.
¡Qué cambiado está todo, qué cambiado!, ¿no es [cierto?
¡Si supieras la vida que llevamos pasada!
Mamá ha caído enferma y el pobre viejo ha [muerto...

Los menores te extrañan todavía, y los otros
verán en tí la hermana perdida que regresa:
puedes quedarte, siempre tendrás entre nosotros,
con el cariño de antes, un lugar en la mesa.

Quédate con nosotros. Sufres y vienes pobre.
Ni un reproche te haremos: ni una palabra sobre
el oculto motivo de tu distanciamiento;

ya demasiado sabes cuánto te hemos querido:
aquel día, ¿recuerdas?, tuve un presentimiento...
¡Si no te hubieras ido!

MI VAQUERILLO

Por — *José María Gabriel y Galán.*

He dormido esta noche en el monte
con el niño que cuida mis vacas;
en el valle tendió para ambos
el rapaz su raquítica manta.
¡Y se quiso quitar, ¡pobrecito!
su blusilla y hacerla la almohada!

¡Una noche solemne de enero.
Una noche de enero muy clara!...
Los valles dormían,
los buhos cantaban,
sonaba un cencerro,
rumiaban las vacas...
Y una luna de luz amorosa,
presidiendo la atmósfera diáfana,
inundaba los cielos tranquilos
de dulzuras sedantes y cálidas.
¡Qué noches, qué noches!
—¡Qué horas, qué auras!
¡Para hacerse de acero los cuerpos!
¡Para hacerse de oro las almas!
Pero el niño, ¡que solo vivía!
me daba una lástima
recordar que en los campos desiertos
tan solo pasaba
las noches de enero.
rutilantes, medrosas, calladas,
y las húmedas noches de mayo,
cuando el aire menea las ramas,
y las noches terribles de junio,
tan negras, tan bravas,
con lobos y cárabos,
con vientos y aguas!...
¡Recordar que dormido pudieran
pisarlo las vacas;
morderle en los labios
horrendas tarántulas;
matarlo los lobos,
comerlo las águilas!...
¡Vaquerito mío,
cuán amargo era el pan que te daba!
He pasado con él esta noche,
y en las horas de más honda calma
me habló la conciencia
muy duras palabras...
y le dije que sí, que era horrible,
que llorándolo el alma ya estaba.

El niño dormía
cara al cielo, con plácida calma;
la luz de la luna
puro beso de madre le daba
y el beso del padre
se lo puso mi boca en su cara...
Y le dije, con voz de cariño,
cuando ví clarear la mañana:

—Despierta, mi mozo,
que ya viene el alba,
y hay que hacer una lumbre muy grande,
y un almuerzo muy rico... ¡levanta!
Tú te quedas luego
guardando las vacas,
y a la noche te vas y las dejas...
¡San Antonio bendito las guarda!...
Y a tu madre mañana le dices
que vaya a mi casa,
porque ya eres grande
y te quiero aumentar la soldada...

LA SEÑORITA PAULANTIER

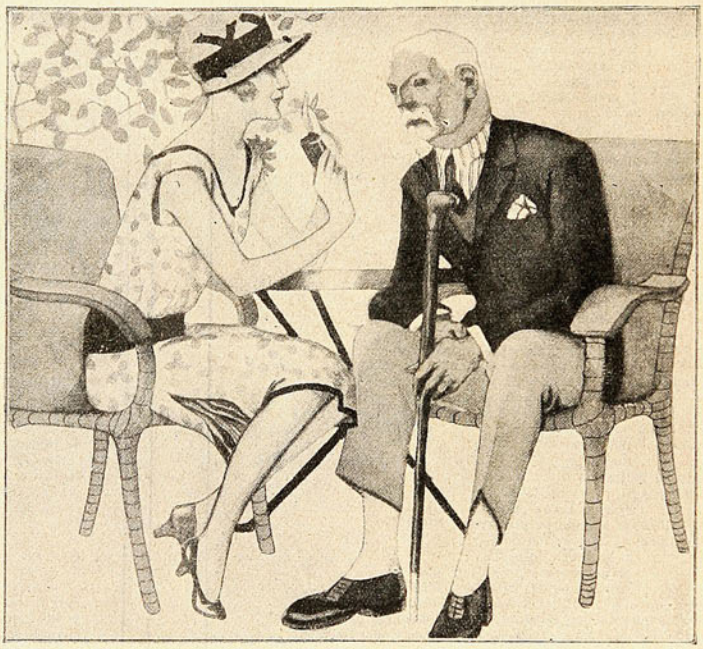
Por MELITON GONZALEZ

CARIÑO, RESPETO Y FIDELIDAD.—A este tema debieran ajustar su vida todos los matrimonios, y a él continúan ajustándola el señor de Chaumin y su esposa desde hace treinta y pico de años que se casaron y residen en París. Por la mañana, el señor de Chaumin suele quedarse en casa y leer los periódicos, su única ocupación. Por la tarde, ambos esposos salen de paseo, amartelados como en los días de su luna de miel; solamente cada uno va por su lado si ella necesita ir de tiendas, porque al bueno de su marido le empalaga la palabrería de los horteras cuando pretenden convencer a las compradoras de que una tela gris es más oscura que una negra o más clara que otra blanca, y de otros absurdos de ese tamaño.

Es una tarde de otoño. La señora de Chaumin ha salido de tiendas con su amiga y vecina, la señora de Bouton. ¿Adónde ha ido el señor de Chaumin? Lo sabremos cuando sea necesario, para el buen desarrollo de este cuento, tan histórico como la bondad y la sencillez del lector permitan. Por ahora sólo podemos decir que vuelve a su casa al anochecer. Su mujer le recibe, como de costumbre, risueña y amable. Siéntase a la mesa, y durante la comida, la señora de Chaumin cuenta a su esposo las tiendas que ha visitado con la señora de Bouton, y le hace minuciosa descripción de cuanto han comprado.

—¡Y tú, qué has hecho mientras tanto? ¡Has paseado?—pregunta la esposa, más por cariño que por curiosidad. — No olvides que tu reumatismo es debido, en gran parte, a tu vida sedentaria, a la falta de ejercicio.

—Eso pensé hacer, pasear, después de tomar un boock en el café de Ostende; pero después de tomarlo, cuando iba a levantarme, llegó Luis Delaunay, un antiguo amigo y condiscípulo; hacía más de quince años que no nos habíamos visto, y, para contarme su vida durante ese tiempo, ha querido que diéramos un paseo, en su magnífico auto por los alrededores de París. Según se ha explicado, reside en Marsella, en donde se casó con la hija de un rico naviero, y se considera el hombre más feliz del mundo, porque su mujer es un ángel, y se aman cada día más. A esto le objeté: "Te felicito, mi querido Luis; mas permíteme opinar que, por muy ángel que tu mujer sea, no es posible que en bondad supere a la mía, ni que os améis más que mi mujer y yo".



—Muy bien contestado—apoyó la esposa.

—Y, para darle una prueba de cuanto acababa de decirle, no he querido aceptar la invitación de almorzar mañana con él en uno de los más caros restaurantes, por no dejar de almorzar en compañía de mi adorable mujercita.

Han pasado seis días. A las diez de la mañana la esposa salió a casa de su modista. Poco después el cartero trae una carta del interior dirigida al señor de Chaumin, en la que el abogado Charles Deschamps le ruega se sirva pasar por su despacho antes de mediodía para tratar de un asunto que le interesa.

El señor de Chaumin corre a casa del abogado, donde tiene que esperar largo rato en la antesala. Cuando pasa al despacho, el abogado, que es amigo del señor de Chaumin, se excusa:

—Perdón, amigo mío, si le hice esperar. Estaba con un esposo que me ha encargado la presentación de su demanda de divorcio por un motivo nuevo para mí y un tanto difícil: el hombre se casó con una joven italiana muy morena. Cuando la conoció, ella tenía en los carrillos un pequeño y sedoso vello, y, sobre el labio superior, una ligera sombra; vello y sombra que daban a la chica un aspecto interesante; pero, a los veinte años de matrimonio, el vello de los carillos se ha convertido en pobladas patillas, casi en barba cerrada, y la sombra, en formidable bigote. Ella se niega a afeitarse; la navaja le causa espanto, y no quiere emplear depilatorios, pues entiende que, hasta los más acreditados, corroen el cutis. En la demanda, él hace constar que es barbilampiño, y, teniendo su esposa barba casi cerrada, y llevando, como lleva, el cabello a lo garçon, él está en ridículo, pues parece que él es la esposa vestida de hombre, y ella, el esposo, vestido de mujer. Este es el caso.

—Bien; pero, ¿el motivo de haberme usted llamado...?—pregunta el señor de Chaumin, impaciente.

—Amigo mío; el motivo es bastante serio: la esposa de usted quiere divorciarse, y me ha encargado que yo formule y presente la demanda.

—¡Mi esposa! ¡Demanda de divorcio! ¡Es posible!—exclama el señor de Chaumin.

—Sí, señor; pero, tratándose de usted, deseo que arreglemos el asunto amistosamente: procurar que su esposa le perdone y que la demanda no sea presentada.

—Yo se lo agradezco, amigo Deschamps; mas yo le aseguro que jamás di motivo para tan extrema resolución. Mi conciencia está tranquila.

—No puede estarlo, amigo Chaumin; el jueves de la semana última contó usted a su esposa que había dado un paseo en auto por los alrededores de París con Luis Delaunay, amigo y condiscípulo de usted, que reside en Marsella y está casado con la hija de un rico naviero..

—Sí; eso le dije durante la comida.

—Confiese, amigo Chaumin, que eso fué una novela inventada por usted.

El semblante del señor Chaumin toma el color de un cirio funerario.

El abogado continúa:

—En la plaza de la Magdalena, su esposa, acompañada de la señora de Bouton, le vió a usted con una hermosa señorita en un taxi descubierto. También le reconoció a usted la señora de Bouton. Ambas tuvieron tiempo sobrado de convencerse de que aquel era el señor de Chaumin, mientras la fila de autos estaba detenida por disposición del guardia encargado de ordenar la marcha de los vehículos. Su esposa tomó nota del número del taxi, y puede presentar como testigos de la infidelidad de usted a la señora de Bouton y al chauffeur del taxi 45154. Añada usted a esto que su esposa, después que usted se acostó, le registró los bolsillos y vió que aquella tarde había usted gastado ciento ochenta francos. Un boock de cerveza cuesta mucho menos. Y por medio de una Agencia de informaciones sabe que en Marsella no reside ningún vecino que se llame Luis Delaunay.

—¡Ah, señor Deschamps!—exclama el señor de Chaumin. —No tengo más remedio que confesar mi imprudencia: el acompañante de aquella señorita era yo; yo, que, por no infundir celos a mi esposa, cometí la indiscreción de no decirle la verdad, la bella verdad, que quería de mentir. Y la verdad es la que le voy a decir a usted, la que diría a mi confesor si fuese necesario. Yo estaba tomando un boock en el café Richelieu cuando una hermosa joven, vestida con sencillez, pasó lentamente. Su semblante expresaba contrariedad de ver ocupados todos los veladores de la acera. Ella se detuvo delante del mío y, aunque, por su aspecto, comprendí que no era una aventurera, no me atreví a ofrecerle asiento a mi lado. ¡Qué hubieran pensado quienes me viesen con una joven tan linda! Me hubieran tildado de viejo verde; lo más repugnante que puede ser un hombre de mi edad. La joven me miró como pidiéndome hospitalidad. Yo no pude sostener su mirada, bajé los ojos. Entonces oí que me preguntaba, con voz dulce y plañidera: "¡Usted me permite que me siente en su velador?" "Con mucho gusto", contesté. Sentóse frente a mí. Saqué del bolso de mano un frasco, de cuyo contenido eché un poco en media copa de agua que pidió al mozo, y me explicó: "Al pasar por aquí me ha sorprendido la hora de tomar la segunda dosis de esta medicina; por eso he pedido a usted permiso de sentarme; la conservación de mi salud me ha obligado a tomarme esa libertad. Sepa usted, señor, que estuve gravísima a causa de un ataque de reuma, del que curé gracias a este maravilloso específico. Ahora lo tomo por precaución" "Yo también padezco mucho de reuma", le dije. "Porque usted quiere—me aseguró;— tómese usted un par de frascos de este específico, el **Uromichelet**, y yo le garantizo que no volverá a sufrir dolores reumáticos, porque el **Uromichelet** es el mayor disolvente y eliminador del ácido úrico, ácido causante del reuma, del artritismo, de la gota, de la ciática y de otras muchas dolencias". Me advirtió que no en todas las farmacias tenían de aquel específico, y se brindó a acompañarme a la que ella lo compraba y tenía la seguridad de que lo vendían legítimo. No me había yo decidido, cuando ella hizo venir un taxi desalquilado, en el que nos marchamos después de decirle al chauffeur: "Calle..., número..., farmacia del doctor Russell".

Por el camino me tomó el pulso y aseguró que yo llegaría a cumplir cien años si continuaba tomando de aquel medicamento y seguía el régimen alimenticio que ella se había impuesto y me anotó en un papel. Llegamos a la farmacia, y dijo al farmacéutico: "Dé usted a este señor dos frascos de **Uromichelet**" Y después de estrecharme la mano muy afectuosamente, salió y desapareció en la calle. "¿Cuánto es?", pregunté al farmacéutico, al entregarme los dos frascos. "Veinticuatro francos—me contestó—, mas lo que usted tenga a bien dejarme para la señorita María Paulantier": "¿Quien es la señorita Paulantier?", pregunté. "La que ha venido con usted", contestó el farmacéutico. Y, al observar mi asombro, continuó: "Permítame que le felicite: acaba usted

(Continúa al frente)

EL "DON JUAN DE NUESTROS DIAS"

NATACHA RAMBOVA CUENTA LA VIDA DE SU ESPOSO, RODOLFO VALENTINO

(Continuación)

El mensaje era para Rudy, y provenía de su propia madre, que había fallecido en Italia algunos años antes.

Francamente, quedamos muy intrigados. La mencionada comunicación se refería a varios incidentes familiares relacionados con la juventud de Rudy, que nadie conocía en América.

Tuvimos ocasión de volver a encontrar otra vez a la "dama de la escritura automática" (C. M. G.) poco tiempo después. Le dijimos que el mensaje

Valentino en "El hijo del Sheik"

nos había interesado profundamente y le agradeceríamos mucho si quería cenar una noche con nosotros, a fin de poder hablar más detenidamente sobre el asunto.

No he dado los nombres de los amigos en cuestión porque todos ellos son profesionales a quienes el público conoce, y podrían lamentarse de que se hablase de ellos directamente en estas Memorias.

Cuanto más profundizamos en ese don tan notable que es la escritura automática tanto más nos convencíamos de que había una gran verdad oculta bajo todo ello: la verdad de la vida perennal en su ininterrumpida senda de evolución y progreso, así como la verdad de la comunicación con los que suponemos muertos.

Como nos íbamos interesando cada vez más, adquirimos la costumbre de reunirnos en mis habitaciones una o dos noches por semana para obtener mensajes y discutir acerca de esto.

C. M. G., aunque poseía un raro don mediúmnico, apenas hacía uso de él, como no fuese para entretener a sus amigos o para ayudar a algunos amigos personales. Era esta persona una artista muy conocida, y jamás utilizó su facultad profesionalmente.

Creo útil detallar algunos momentos de su escritura automática, porque ella por sí sola era ya una cosa convincente.

Después de haberse tocado un trozo de música, C. M. G. cogía un lápiz y lo apoyaba blandamente sobre el papel. Casi inmediatamente comenzaba a escribir. Apenas comenzaba, su mano volaba literalmente sobre las cuartillas. La escritura se verificaba al revés de lo usual, esto es, de derecha a izquierda, de tal modo que ella no sabía nunca lo que escribía, y frecuentemente podía seguir escribiendo mientras hablaba con nosotros. Para leer estas comunicaciones había que ponerlas frente a un espejo.

Varios incidentes de la infancia de Rudy, ya olvidados, nos fueron contados por una vieja señora italiana que había cuidado de él en su primera infancia. Todos esos detalles fueron comprobados por Rudy, así como el nombre de la mujer, que yo he olvidado.

Recibimos mensajes de la madre de Rudy, Gabriela Guglielmi, escritos sobre los que él derramó lágrimas de alegría, y de otras innumerables personas. Muchos consejos utilísimos nos dió Jenny, siempre tan amable y familiar.

Siempre por medio de estos mensajes nos pusimos en contacto con Meselope, un viejo egipcio, miembro de la Cofradía Hermética. Este, como todos los altos maestros, nunca daba consejos sobre las cosas materiales, sino que reservaba sus comunicaciones a los consejos espirituales y a las oraciones.

Black Feather, "Pluma Negra", un espíritu indio, "guía" de Rudy, a quien éste debía ver varias veces después de su tránsito, también se hizo uno de los concurrentes más queridos.

En una de aquellas comunicaciones nos dijeron, días antes de ocurrir la modificación de las disposiciones judiciales referentes al pleito entre Valentino y los "Famous Players", que íbamos a realizar en breve una excursión por muchas ciudades. Puede decirse que los hechos más importantes para nosotros, aun en futuro, nos fueron profetizados de ese modo.

Estas profecías fueron las que más nos decidieron a creer en la verdad de aquellos mensajes, porque ninguna profecía del futuro puede explicarse por medio de las teorías corrientes de lectura del pensamiento consciente o subconsciente.

Varios meses después de estas maravillosas publicaciones, recuerdo que una noche, mientras que C. M. G. estaba escribiendo, se detuvo repentinamente y exclamó: "Oh, miren ustedes; no están escribiendo al revés, como de costumbre" Entonces la escritura continuó diciendo que no era ya necesario escribir al derecho, porque así nos causaría menos molestia para leerlo. Desde este momento todas las comunicaciones vinieron escritas de la manera normal.

No tardó Rudy en hacer el descubrimiento de que también él era médium y que podía recibir escrituras automáticas. En un principio no le gustaba hacerlo, pensando que C. M. G. era un instrumento mucho más perfeccionado.

La larga excursión por muchas ciudades que se nos había profetizado resultó ser la "tournée" como bailarines, para la cual nos embarcamos para Mineralava. En esta "tournée" conocimos a George Ullamn, en quien pronto descubrimos al hombre que se nos había descrito psíquicamente como persona destinada a encargarse de los negocios de Rudy.

Voy a mencionar su propia versión de este fenómeno tal como él lo escribió en su libro "Valentino según yo le conocí":

"Había observado que Rudy y Natacha estaban muy interesados en algo sobrenatural, que era lo que yo no sabía. Resultó ser la escritura automática como forma de revelaciones psíquicas. Antes de tomar ninguna decisión consultaban primeramente a este poder.

No sabiéndolo yo, me quedé al principio muy sorprendido de la tranquilidad con que recibían lo que a mí me parecían cosas asombrosas. Cuando llegaron a ocurrir cosas sorprendentes, yo esperaba, naturalmente, que ellos participarían de mi propia sorpresa; pero rara vez sucedió así. Al contrario, les oía decir que aquello era lo que ellos esperaban, como si supiesen qué es lo que tenía que suceder Por ejemplo: sabían que iban a tener una larga "tournée" y que iban a encontrar un nuevo empresario. Resultó que todas estas cosas las habían averiguado por medio de la escritura automática".

EN ESPERA DEL DIVORCIO

El mes de marzo de 1923 nos encontró bailando en Chicago. Estábamos en comunicación constante con míster Gilbert, nuestro abogado, esperando impacientemente la firma final del decreto de divorcio.

Creímos que esto sería el fin de nuestros sufrimientos ¡pero no fué así.

Descubrimos que no podríamos volver a casarnos en Chicago, o que, por lo menos, no podríamos hacerlo durante un año todavía. En Illinois existe una ley especial que tiene por objeto declarar ilegal el matrimonio efectuado un año antes del decreto final de divorcio. ¡Esto era demasiado!

El señor Miguel Romano, un pasante del procurador del distrito, muy amigo nuestro, nos ayudó a resolver el problema.

La solución consistió en cierta excursión nocturna a Crowns Point en Indiana, donde la ceremonia se celebró final y legalmente el 14 de marzo, actuando mi tía Mrs. Werner y el señor Romano como testigos.

Durante esta "tournée" de danzarines se completó el libro de poemas "Sueños diurnos".

Cuando este libro se publicó, en el mes de mayo siguiente, muchos artículos y críticas de los periódicos nos hicieron pasar muy buenos ratos. Algunos de estos poemas estaban dedicados a personas solamente indicadas por medio de iniciales,

LA SEÑORITA PAULANTIER (Conclusión)

de hacer una obra de caridad. La señorita Paulantier es tan hermosa de cara como de corazón; un modelo de hija: mantiene a su madre, viuda e impedida, y a dos hermanitos de corta edad, y está estudiando el cuarto curso de Medicina; todo esto sin más recursos que un tanto por ciento de las ventas que me proporciona, y las gratificaciones que quieren darle aquellas personas de buenos sentimientos, a las que aconseja para la conservación de la salud. Supongo que a usted le habrá aconsejado también". Las palabras del farmacéutico me llegaron al alma. Tomé dos frascos más y dejé un billete de cien francos para la señorita Paulantier. ¡Esto es todo, se lo juro, amigo Deschamps, se lo juro!

—Espere aquí un momento—dice el abogado, y pasa a una habitación inmediata, donde espera el resultado de la conferencia la señora de Chaumin, a quien refiere cuanto acaba de relatar el esposo.

Llama ella, por teléfono, a la farmacia del doctor Russell. Este afirma lo dicho por el señor de Chaumin, y añade que, si es preciso, el comisario del distrito certificará la honorabilidad de la señorita María Paulantier, que ésta mantiene a su madre y hermanas, y sigue la carrera de Medicina sin más recursos que los explicados por el farmacéutico al señor que la gratificó con un billete de cien francos.

No hace falta el certificado del comisario. La esposa entra en el despacho y abraza al señor Chaumin, bien convencida de que, hasta la fecha, su esposo no ha puesto un paréntesis en el lema a que ambos ajustan su vida: cariño, respeto y fidelidad.

cosa que intrigaba mucho a los periodistas. Me acuerdo especialmente de uno de ellos, donde se removían las cenizas de una pasión extinguida, y que estaba dedicado a G. S. Los reporteros sacaron la conclusión de que la persona era Gloria Swanson, como en recuerdo de algún memorable episodio.

La razón de estar dedicados estos poemas solamente a iniciales, estribaba en que todos ellos estaban recibidos por medio de la escritura automática, siendo realmente verdaderos poemas, aun cuando algunos escritores no lo hayan notado. Las iniciales respondían al nombre del espíritu que los había inspirado. G. S. era George Sand.

En la portada de este libro puede verse dibujada una pluma negra: era un testimonio de agradecimiento al espíritu guía de Rudy, "Pluma Negra" (Black Feather).

Se observará que ni en la cubierta ni en la página inicial del libro se encuentra la preposición "por", que indique al Rodolfo Valentino como autor de esos poemas. El titulado "El niño amor" (a B.) fué inspirado por Byron; "Gitanos" (a R. B.), por Robert Browning; "Al sol mañanero" (a E. B.), lo fué por Elisabeth Barret, y el preferido por Rudy entre todos ellos, "Glorificación" (a W. W.), fué inspirado por Walt Whitman.

Cuando la "tournée" como danzarines se terminó, en el mes de agosto, nos embarcamos para Europa.

Nadie puede imaginarse las maravillas de felicidad de esta excursión a Europa, la primera que hacíamos juntos. Fué, en realidad, el colmo de todos nuestros sueños y planes. Nuestra tía, que nos había acompañado durante tantos momentos de disgustos y ansiedades, y por quien Rudy sentía sincero afecto, nos acompañó.

Partimos en el "Aquitania". Fué una travesía maravillosa. George Artiss y su esposa iban a bordo, y pasamos con ellos muchas horas en agradabilísima compañía.

Nuestra tía nos dejó en Cherburgo, marchándose a París, y desde allí a la finca donde quedamos en encontrarla después de unas semanas.

EN LONDRES

PASARÉ por alto nuestra llegada a Londres y la muchedumbre que nos esperaba, aún cuando diluviaba.

Durante los tres primeros días de nuestra estancia en Londres, Rudy estuvo prisionero en nuestras habitaciones del Carlton Hotel por el inacabable torrente de periodistas y fotógrafos. Por fin pudimos evadirnos para contemplar todos los rincones históricos que habíamos tan frecuentemente evocado en nuestros viajes imaginarios: la torre de Londres, la Abadía de Wéstminster, el castillo de Windsor y otros muchos.

Rudy y yo éramos muy aficionados a la historia y sentíamos predilección por el período del Rey Ricardo, el de las Cruzadas, hasta la Reina virgen Bess.

De todos los lugares de interés histórico, creo que el que más nos hizo gozar con sus evocativas bellezas fué Hampton Court. Las habitaciones del cardenal Woley acababan de abrirse al público. Yo ya había estado varias veces en ellas; pero el volverlas a ver otra vez en compañía de Rudy, su entusiasmo renovaba el mío y me sentía más emocionada que nunca.

Hubo mucho que hacer con sastres, zapateros, sombrereros, camiseros, etc., puesto que Londres es para los hombres, lo que París para las mujeres: el paraíso de los escaparates de modas.

Teníamos una carta de recomendación para el señor y la señora Richard Guinness, amigos de mi madre, que hicieron todo lo que les fué dable para que nuestra estancia en Londres fuese lo más agradable posible.

La señora Ginness tiene uno de los salones más interesantes de Londres. En su casa, adornada con exquisito gusto, puede encontrarse a todo el mundo, desde Michael Arlen y Edmond Dulac y lady Diana Duff-Cooper o Morris Gest. Mistress Ginness es una mujer muy brillante, de interesante y atrevida franqueza, una de las pocas mujeres que he encontrado en el mundo social lo suficientemente fuertes para despreciar los modelos más convencionales de la hipocresía habitual y del mundo de los "snobs". En su casa, en la Great Cumberland Place, se pueden encontrar los talentos más notables de cada rama del arte y de la vida. La huéspeda, tan amable, sólo busca a las personas que pueden resultar más interesantes.

Recuerdo un almuerzo al que fuimos invitados y en el cual Rudy se hizo culpable de una "plancha". Entre los invitados estaban lord y lady Birkenhead y Arturo Rubinstein, el pianista.

En un momento de silencio, lord Birkenhead preguntó a Rudy si era aquélla su primera visita a Londres. Rudy consideró extraña la pregunta, puesto que todos los periódicos, durante los últimos quince días, no hacían más que hablar de esta primera visita. Rudy contestó que, en efecto, era así. Para continuar la conversación, Rudy preguntó finamente a lord Birkenhead si había estado alguna vez en América. Esta pregunta tan ingenua produjo gran diversión a nuestra huéspeda, que la consideró como una pequeña torpeza, pues lord Birkenhead acababa de regresar de uno de sus viajes a América, donde había pronunciado discursos sensacionales. Pero, ¿qué podía significar lord Birkenhead, por famoso que pudiera ser, a Rodolfo Valentino, o Rodolfo Valentino a lord Birkenhead? Ambos se movían en mundos completamente distintos.

LA VIEJA ESCUELA DE NATACHA

ANTES de dejar Inglaterra hicimos una excursión a Bletchingley Surrey para ver los perritos pekineses de mistress Ashton Cross, famosos en todo el mundo.

En nuestro camino pasamos por mi vieja escuela, en Leatherhead Court, cerca de Epsom, donde pasé tantos años de mi infancia.

Nos detuvimos lo suficiente para pasear por los viejos jardines, que ahora parecían desiertos, porque era todavía el período de vacaciones.

Desde aquí marchamos por caminos bordeados de setos vivos desde Surrey hasta Merstham. Frente a la antigua cabaña encontramos a las dos señoritas Cross, que nos estaban esperando para servirnos de guía a través de varios caminitos llenos de revueltas que conducen a la casa de los perritos.

No olvidaré nunca lo que vieron mis ojos cuando traspasamos las viejas puertas de Whitehall Rougheti. Las hermosas praderas que rodeaban la casa estaban literalmente llenas de pekineses. Seguramente estábamos en el paraíso de los perritos pekineses. Había algunos que apenas podían hacer otra cosa que arrastrarse ganduleando, y allí estaban muchos antiguos campeones vencedores en famosos concursos caninos, desdeñosos de sus múltiples adornos; había además pekineses de todos tamaños y colores.

Pasamos un rato delicioso. Cuando nos volvimos otra vez a Londres dejamos a mistress Ashton Cross y a sus hijas con su familia perruna disminuída en dos sedosos infantes de seis semanas de edad.

Después de tres semanas maravillosas en Londres, una mañana neblinosa marchamos a Croydon, y de aquí, en aeroplano, a París.

SU COCHE DE CARRERAS

PARIS fué otra nube de interviús, recepciones, cosas que ver y tiendas que visitar.

En París Rudy encargó un coche Voisin de carreras, especialmente construído para él. Muchas horas transcurrieron eligiendo el tono justo de gris para la pintura exterior y el de marroquín rojo para la tapicería. Como, naturalmente, no podía estar terminado hasta varios meses después, la casa Voisin nos alquiló otro coche de carreras para que lo usáramos mientras tanto.

En este coche, unas dos semanas después, dejamos París, y marchamos a la finca donde nos esperaban. Esta fué la primera vez que fuimos conduciendo un coche desde París a la Riviera. Por lo que a mí se refiere, creí que sería la última. Por desgracia, las carreteras estaban en espléndidas condiciones, y digo por desgracia, porque daban oportunidad a Rudy de probar la portentosa velocidad del coche. ¡Nunca olvidaré esa carrera! Rudy era, por fortuna, un conductor muy hábil, pero infatigable. Cada coche que veía en la carretera era para él una invitación especial para probar la superioridad de nuestra marcha, y así lo hacíamos. Nuestra carrera fué una loca aventura a través de un polvo asfixiante. El punto culminante fué cuando llegamos a los caminos en mil revueltas y dobles curvas de los Alpes, conforme nos aproximábamos a nuestro destino.

"PLUMA NEGRA", EL ESPIRITU-GUIA

ME sentía tan fatigada que apenas podía exhalar ya más protestas contra aquella velocidad, protestas que ahogaba el ruido del escape de gases, abierto.

Al dar la vuelta a una curva, sólo nos encontramos con el espacio vacío ante nosotros. ¡Era una doble curva! Rudy se volcó sobre el volante, agarrándose ferozmente a las palancas. El coche dió un salto y se detuvo con una de las ruedas traseras en el aire, sobre el precipicio.

Miré a Rudy. Temblaba y estaba mortalmente pálido. La primera cosa que me dijo fué: "¡No has visto a "Pluma Negra"?" Moví la cabeza negativamente, no pudiendo articular palabra. Entonces Rudy me dijo que le había visto inclinándose hacia él para ayudarle a dar al volante la vuelta que nos salvó. Realmente era menester que nos fuese guiando algún ángel guardián para habernos podido salvar de aquel terrible peligro.

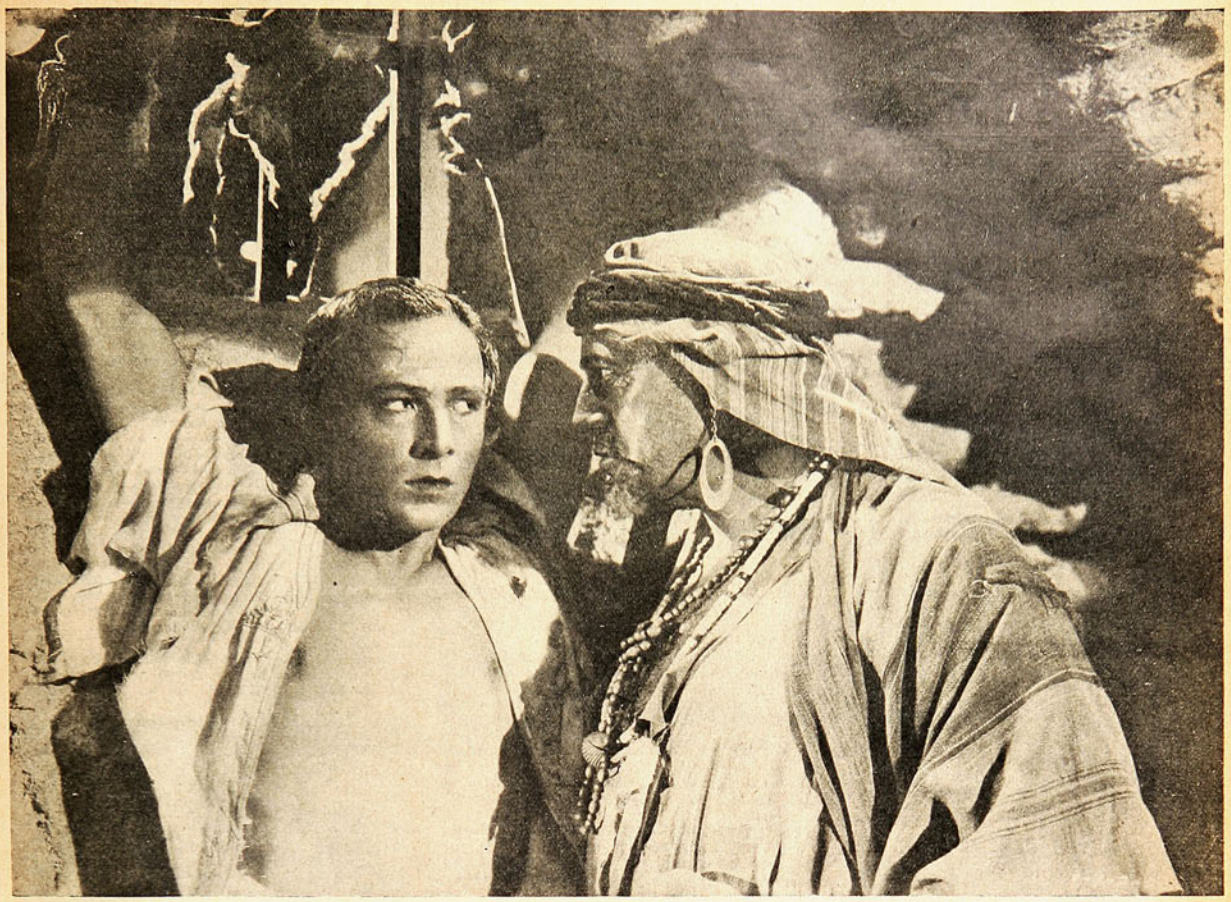
Por primera vez en mi vida tuve una sensación como si estuviese histérica. Realmente, me hubiese gustado tener un ataque, para dar una lección a Rudy; pero él mismo estaba tan alterado, que conseguí dominarme y contener mis palpitaciones.

El resto de nuestra excursión se hizo lentamente y sin incidentes. Llegamos a la finca hacia las diez de la noche, destrozados, hambrientos y como alucinados. Nunca sentimos tan intensamente lo que vale la casa y la familia. Sucios como estábamos, caímos literalmente en los brazos del tío Dickie, de mi madre y de la tía. Como no conocíamos todavía el "chateau", nos dedicamos en seguida a explorarlo, olvidando nuestro cansancio y nuestra excitación. El interior de la casa estaba decorado casi por completo en el estilo del siglo XVIII, porque tanto mi padre como mi madre tenían gran afición al ambiente antiguo. Pero mi madre, que conocía nuestro gusto por los colores brillantes, había arreglado nuestras habitaciones con alegres objetos y vivos tonos. Estaba muy inquieta por si no nos gustaba la decoración, pues era la primera vez que se decidía a tales atrevimientos, y luego nos contó que a sus amigos les había parecido todo horroroso; pero nosotros estábamos encantados.

Rudy era infatigable. Apenas amaneció el día siguiente ya estaba haciendo exploraciones por el jardín, por las habitaciones de los invitados, por el invernadero, por el pequeño mueble que estaba bajo el jardín, y planeaba toda clase de arreglos. Entre tanto, yo me había vestido e iba en su busca, cuando venía a decirme que había descubierto un sitio para instalar su pequeño "jardín zoológico", una perrera para sus perros mayores (que no había comprado todavía), un embarcade-

SAL DIGESTIVA
Bémecé
M. R.
Bicarbonato de Sosa, Magnesia, Carbonato de Cal
ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias. Gastritis. Hiperacidez, etc.
Dosis: Una cucharadita despues de cada comida
De Venta en todas las Farmacias
Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40

INSTITUTO DE BELLEZA
UNICO DE SU GENERO
EN SUD-AMERICA Y DE FAMA MUNDIAL
Señora Elva Larrazábal de Tagle, inventora del famoso tratamiento Bizzornini para la extracción radical del vello.
Mi tratamiento Bizzornini no se vende fuera del establecimiento; si alguien le ofrece algún preparado con ese nombre, tiene que ser una falsificación que puede ser muy perjudicial para usted.
Mi tratamiento Bizzornini está registrado con el N.o 11978, desde el año 1914.
Todo pedido debe hacerse directamente al establecimiento.
PIDA PROSPECTO GRATIS
San Antonio, No. 265
Casilla 2165 - SANTIAGO
NOTA: Vendo preparaciones para embellecer. Regalo un frasco de esencia a cada compradora.



Valentino en "El hijo del Sheik"

ro, un escenario al aire libre y Dios sabe cuántas cosas más.

No llevábamos aún diez días, cuando decidimos que era ya hora de marcharnos a Italia. Era la primera excursión por su propia tierra después de diez años.

LA VUELTA AL PAIS

En Ventimilla, la frontera franco-italiana, tuvimos que detenernos para que las Aduanas revisasen nuestro equipaje y presentar nuestros pasaportes. Preguntamos a uno de los guardias dónde teníamos que ir y qué teníamos que hacer. El guardia nos dijo que las Aduanas estaban cerradas porque era la hora de comer y tendríamos que esperar hasta los dos de la tarde. Rudy miró su reloj. ¡Eran las doce!

Nos acaloramos y evocamos toda clase de argumentos. Nada pudo alterar la digestión y la siesta de los oficiales. No teníamos más que esperar.

Hacia las dos y cuarto se abrieron por fin las Aduanas.

El ardor y excitación de Rudy por llegar a su país se había enfriado un poco. Se nos preguntó si teníamos algo que declarar. Rudy explicó que veníamos a Italia a hacer una excursión en automóvil que duraría unas cuantas semanas y que no tenía nada que pagase derechos más que una docena de cajas de cigarrillos. Se le dijo que las exhibiese.

Esto produjo gran conversación entre los oficiales, que por fin pidieron cierta suma como derechos de sus cigarrillos. Esto hizo que Rudy—a quien la larga espera había ido consumiendo la paciencia—saltase furioso. Empezó diciendo que era un italiano que volvía a su propio país y que no tenía que pagar nada. Además la cantidad era ridícula y que con ella podría comprar todos los cigarrillos de Italia.

Uno de los oficiales entonces le dió sonriendo unos golpecitos en la espalda y nos señaló con el dedo a mi tía y a mí. Estábamos demasiado lejos para oír lo que decían; pero vimos que Rudy replicó, indignado, en italiano.

Pocos minutos después saltó al coche, agarró el volante y salimos de estampía.

¿Había pagado? ¡Estaba todo al corriente? Sí. Todo iba bien.

Entonces averiguamos de qué se trataba. Los oficiales se habían atrevido a insinuar que, después de ir a América y casarse con una rica heredera, bien podía dar a su país algunos de sus dólares americanos. Esto nos hizo enorme gracia a mi tía y a mí; pero Rudy, herido en su amor propio, se negó a reconocer que la cosa tuviese la menor gracia. ¡Sus compatriotas le habían insultado groseramente! ¡Y esto al volver a su país diez años después! ¡Y que le acusasen de haberse casado por dinero!

Nuestra evidente diversión sólo consiguió reducirle a un silencio lleno de indignación y de resentimiento. Conseguimos ahogar nuestras risas, y de este modo no tardó en reinar de nuevo la paz.

El viaje por la costa italiana fué muy bello. El camino va serpenteando por la base de las montañas, con el azul Mediterráneo casi siempre a la vista. Indiferentes al polvo del camino, gozábamos de lo hermoso de cada vista.

Descendimos en una pequeña posada del camino para tomar una ligera cena. Las mesitas estaban en una terraza que daba al mar. Una gran parra daba sombra a la terraza y filtraba los rayos del sol poniente, dando un color rojizo a los racimos de uvas purpúreas que colgaban sobre nuestras cabezas. El inevitable moscardón llenaba el ambiente con su ronroneo. Solamente en este instante, en aquel ambiente tranquilo y soñoliento, me di cuento completa de que estábamos en Italia.

Rudy estaba silencioso. Mi tía y yo comprendíamos que muchos episodios de su vida desfilaban en este instante por su imaginación. En un momento de descuido le vimos enjugarse una lágrima.

Ya tarde, cansados por nuestra larga carrera, llegamos a Génova, donde pasamos el resto de la noche.

Cansado como estaba, Rudy tomó papel y un lápiz para ponerse en comunicación con su madre, cuya presencia espiritual había sentido intensamente varias veces. Muchas de sus comunicaciones fueron palabras de amor y de aliento. Tales sentimientos de amor filial no deben ser privados del velo de la discreción. Y, sin embargo, habrá quien dude. Por fortuna, Rudy conocía su verdad y gozaba de sus beneficios.

A la mañana siguiente fuimos a ver la escuela donde fué Rudy de niño, el Colegio Dante Alighieri, situado en las colinas de los alrededores de Génova.

Como era aún tiempo de vacaciones, pudimos pasear por la escuela a nuestro antojo. Rudy nos enseñó el local de la escuela, su pupitre y el rincón donde pasó la mayor parte del tiempo, castigado. El comedor, con sus largas mesas y bancos de madera, y el dormitorio evocaron a Rudy muchas de sus diabluras infantiles. Había sido la desesperación de sus maestros y de su propia madre.

Pasamos dos horas deliciosas en aquel lugar. A la vuelta, y según descendíamos la colina donde estaba la escuela, pasamos por una pequeña tienda de encajes. Casi tapaba la puerta una mujer de pelo muy negro y de corpulentas dimensiones. Colgados a sus faldas había seis u ocho chiquillos de poca diferencia de edad.

En el instante mismo en que Rudy vió aquel modelo de maternidad dió un frenazo, saltó del coche y se precipitó hacia la tiendecita. Todo lo hizo tan rápidamente que apenas nos dimos cuenta de qué era lo que ocurría.

Rudy se dirigió a la mujer y comenzaron a surgir exclamaciones de asombro, risas y de elogio de los niños. Un momento después desaparecieron todos por la puerta adentro.

En seguida reaparecieron con muchos envoltorios, mientras continuaban las risas, y proseguimos nuestro camino, siendo despedidos por gran agitación de manos, grandes y pequeñas.

"¡Quién podía creerlo!—dijo—¡Es María!" (No estoy segura del nombre; pero éste puede emplear se sin peligro). Algo nos contó de sus primeros escarceos amorosos con la hija del jardinero. Ella se acordaba perfectamente de él. De joven había sido muy bonita. ¡Pensar que si Rudy hubiese seguido en Italia podría haber sido el propietario de la tiendecita de encajes y de la abundante María, sin olvidar a los ocho niños, que podrían haber sido suyos! Así es el Destino.

(Continuará el próximo número).

BELLAS Y JÓVENES

VIOLA DANA, famosa estrella de la Universal Pictures Corporation

La naturaleza hace nuevos cutis.

Es sabido que la piel humana constantemente sufre un proceso de desgaste y renovación. Cuando se avanza en años o la vitalidad declina, dicho proceso se entorpece. Entonces la piel mortecina y gastada permanece tanto tiempo acherida que las personas se ven con decepción cada día más avejentadas por el mal aspecto que presenta un rostro surcado por arrugas y manchas. El sentido común enseña que es inútil pretender revivir con cosméticos un cutis ya gastado y descolorido. No hay en tal caso procedimiento más acertado que el natural, que consiste en quitar la piel mala. Se ha probado que la cera mercolizada tiene la propiedad de absorber la piel debilitada, y lo hace en partículas tan pequeñas y en forma tan suave y gradual, que no causa molestia alguna. La cera mercolizada—que se puede adquirir en cualquiera farmacia,—se usa por las noches lo mismo que si fuera cold cream y se retira en la mañana con un poco de agua caliente. Si quiere usted poseer un cutis hermoso, rosado y fresco, ponga en práctica este sencillo procedimiento.

Para extirpar las raíces de vello.

Las damas a quienes contraríe el crecimiento del pelo supérfluo, deben saber que existe un medio que permite obtener la definitiva desaparición de todo vello, lo que se consigue matando las raíces. Para conseguir este resultado basta aplicar porlac puro pulverizado a las partes donde se haya presentado tan incómodo huésped.

Recomiéndase muy especialmente este tratamiento porque él tiende a la instantánea desaparición del vello y porque, además, al extirpar las raíces de dicho vello, hace que éste no vuelva a reaparecer. Una onza de porlac, que puede ser adquirida en cualquiera farmacia es suficiente para el tratamiento.

Desaparición instantánea de los barrillos

Un procedimiento muy sencillo, inofensivo y agradable, está ahora en uso para limpiar el rostro de puntos negros, librarlo de grasas y hacer que desaparezcan los anchos poros que lo afean. Basta con que eche usted una tableta de stymol (de venta en todas las boticas), en un vaso de agua caliente y que se lave la cara con el líquido después que haya desaparecido la efervescencia que produce. Los puntos negros pigmentosos salen como por encanto de su nido y se confunden en la toalla; los poros se contraen y la grasa desaparece dejando un cutis liso, suave y fresco, libre de toda mancha. Pero a fin de que este rápido resultado se convierta en permanente, es preciso que repita usted el tratamiento varias veces, con intérvalos de cuatro o cinco días.

Mejillas rosadas

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas, no use nunca rouge, carmín ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquiera farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal, que nadie puede apercibirse que no es natural.

COMO CUIDARE A MI NIÑO...

Por DR. ISAURO TORRES

NO HAY QUE BESAR A LOS NIÑOS.—Es una costumbre por demás antihigiénica y perniciosa la de besar a los niños. Las madres no deben besar a sus hijos en lo boca, ni mucho menos dejarlos besar por otras personas, porque el beso no produce ningún placer al niño y en cambio puede acarrearle un sinnúmero de gravísimas enfermedades, desde las aftas y granos hasta la tisis y la sífilis. En efecto, muchos niños han contraido una tisis terrible o una sífilis horrorosa por el beso de personas que parecían sanas, pero que estaban

Como debe ser bañado un chico.

afectadas de estas perniciosas enfermedades. Otros han muerto de grippe, de crup o de anginas a los pocos días después de haber sido besados por bocas contaminadas.

Las madres deben saber: que la boca es un foco constante de un número incalculable de gérmenes de enfermedades contagiosas; que en la saliva pululan millones de microbios; que son muy pocas las personas que se asean debidamente la boca; que a pesar del aseo siempre puede haber peligro, por padecerse de alguna enfermedad contagiosa: tuberculosis, sífilis, difteria, etc. Por eso las madres inglesas y norteamericanas ponen a sus hijos baberos con la siguiente inscripción: "No me bese".

FRIO Y CALOR, BAÑOS DE SOL Y DE MAR—Al niño hay que hacerlo resistente al frío, porque acostumbrándolo a soportar las bajas temperaturas se le evitan muchos resfríos, bronquitis y pulmonías.

El niño que pasa siempre demasiado abrigado se enferma, se resfría con mucha facilidad.

Es verdad que durante el primer mes de la vida los niños son muy sensibles al frío, por lo cual es necesario abrigarlos bastante, pues por falta de esta precaución mueren muchas criaturas; pero pasadas las cuatro primeras semanas es conveniente ir acostumbrando al bebé a resistir al frío, lo que se conseguirá manteniéndolo en la casa sin gorra, sacándolo al aire libre, evitando que esté el día entero dentro de las piezas y aprovechando los días abrigados para quitarle poco a poco la ropa, a fin de que en la época calurosa del Verano no tenga nada más que una camisa, un pañal y un babero. En esta época de calor los pies deben estar desnudos durante el día y la camisa debe ser de mangas cortas o sin mangas (tanto para las mujeres como para los hombrecitos).

Claro es que a las horas demasiado frescas del día (en la mañana temprano y en la tarde al anochecer) debe ponerse más ropa al niño y colocársele escarpines o zapatitos.

Estos consejos que doy para los bebées los recomiendo también para los niños mayores de un año, a los cuales es indispensable hacerlos jugar al aire libre en un patio o mejor en un lugar con árboles (jardín, plaza o avenida), evitando sí que jueguen donde halla tierra suelta porque se exponen a respirar una antihigiénica atmósfera cargada de polvo. A estos niños habrá que tenerlos la mayor parte del día con poca ropa, con la cabeza, cuello, brazos, piernas y pies (y si es posible también el pecho), completamente desnudos. No hay que abrigarlos mucho porque el ejercicio es el mejor abrigo; por eso nunca se impedirá que jueguen; al contrario, hay que estimularlos a que se muevan, salten, corran y griten (el grito vigoriza la garganta y los pulmones). Si se caen, no deben hacerse demostraciones alarmantes para que no se crían tímidos y apocados. Cuando no se pueda tener a estos niños con los pies desnudos, se les colocarán únicamente sandalias.

El calor es muy malo para los niños: los hace traspirar demasiado, los debilita y les produce una propensión a las diarreas. Es conveniente por lo tanto en verano mantenerlos en lugares frescos.

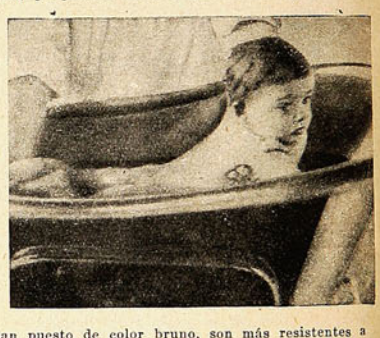
Pero si el calor les hace mal, en cambio el sol les es sumamente beneficioso.

Como se sabe, los rayos solares constituyen uno de los desinfectantes más poderosos que se conocen. La luz es no sólo el enemigo formidable de la tisis, porque destruye el microbio que la produce, sino también un remedio eficaz para el raquitismo. Por eso deben destinarse siempre para dormitorios las piezas más asoleadas y al mismo tiempo las más ventiladas, porque desde el punto de vista de la higiene el aire es el mejor complemento del sol.

Y además de ser desinfectante, el sol es gran tónico reconstituyente.

Es admirable observar los efectos prodigiosos que en muchísimos niños producen los rayos solares; y tanto es así que muchas veces da mejor resultado el sol que todos los tónicos y remedios de botica.

No teman, por lo tanto, las madres que el sol tueste o queme la cara y cuerpo de sus chiquitines, porque los niños a quienes los rayos solares



han puesto de color bruno, son más resistentes a las enfermedades que aquellos de cutis de cera, criados para desgracia de ellos y de sus familias al abrigo del aire y de la luz; digo para desgracia, porque estos niños de cutis finísimo que no ha sido herido jamás por el aire y por los rayos del sol, son los candidatos más seguros al raquitismo, a la escrofulosis y la tisis.

Y para que los niños aprovechen por completo los efectos maravillosos de la Naturaleza, se les tendrá en la noche en piezas bien ventiladas en donde respiren un aire puro, y en el día se les mantendrá fuera de las piezas para que reciban la acción benéfica del aire libre y de la luz solar.

En algunos niños débiles y enfermizos no basta la luminosidad difusa, sino que es menester que reciban directamente la acción del rayo solar en forma de "baños de sol", los cuales son absolutamente necesarios e indispensables en los niños pálidos, anémicos, escrofulosos, débiles, tuberculosos, convalecientes, raquíticos,, de poco peso o de crecimiento retardado.

En todos estos niños los efectos del sol son maravillosos.

Deben administrarse los baños en la forma que indicamos en seguida, porque el asoleamiento cuando no se hace de una manera metódica, puede producir un estado grave de insolación (fiebre, malestar, etc.)

Los baños de sol deben darse al aire libre, teniendo cuidado de evitar el viento.

Solamente en los días muy fríos se asoleará a los niños en una galería o en una pieza. En todo caso se evitará asolear la cabeza, para lo cual se usará un sombrero o una sombrilla.

Los baños de sol se practican en la siguiente forma:

En las guaguas mayores de un mes y en los niños menores de cinco años se principia por aso-

lear el primer día durante tres minutos los pies y piernas. El segundo día se asolea durante igual tiempo desde la cintura para abajo; y solamente al tercer día, se asoleará todo el cuerpo (excepto la cabeza). Al cuarto día se dará un baño de sol general (menos la cabeza), durante seis minutos; y al quinto día, durante nueve minutos, y se seguirá aumentando tres minutos cada día, hasta enterar media hora.

En los niños mayores de cinco años, se seguirá un procedimiento semejante al anterior; pero los períodos en vez de tres minutos serán de cinco minutos.

Durante el baño conviene que el niño cambie de posición, a fin de que reciba los rayos solares no sólo por delante del cuerpo, sino también por los costados y por detrás.

Como se comprende, estos baños de sol deben darse completamente al desnudo, tanto en los niños grandes como en los bebés. No se usará más vestimenta que un sombrero o quitasol y un pañuelo en las entrepiernas.

No conviene dar baños de más de media hora de duración, salvo que un médico aconseje expresamente lo contrario.

La mejor hora para dar los baños de sol es la mañana, antes de que el sol esté demasiado fuerte. Y como no conviene que el estómago esté lleno, es mejor esperar una o dos horas después del alimento.

Si el niño tiene úlceras, escrófulas, fístulas, etc., no se asoleará únicamente la región enferma, sino que se darán siempre baños completos de todo el cuerpo, porque, sin discusión, los baños generales son desde todo punto de vista mucho más beneficiosos que los locales o parciales.

Cuando en invierno se están dando estos baños y desaparezca el sol por más de tres días, se principiarán entonces los baños siguientes por períodos un poco menores del asoleamiento último; así, por ejemplo, si el último baño que se dió al chiquitín fué de quince minutos se volverá un poco atrás y se principiará solamente por diez o doce minutos.

Cuando los niños se hayan dado durante varios días baños de sol de media hora, no será necesario ya asolearlos en reposo, sino que se les permitirá jugar y moverse durante el baño; pero habrá que custodiarlos a fin de que no dejen de asolearse todo el cuerpo.

Nunca se darán baños de sol a los niños que estén muy agitados, sudorosos o rendidos. En tales circunstancias se esperará un rato hasta que se les pase el cansancio.

En cuanto a los baños de mar, debo decir que son muy beneficiosos para los niños mayores de dos años, siempre que no sean muy nerviosos ni tengan tos. En cambio, no deben bañarse nunca en el mar los niñitos de menos de dos años de edad.

Como las aguas marinas tienen sales muy provechosas para la salud, los niños que por ser demasiado chicos o demasiado nerviosos no pueden bañarse en el mar, pueden hacerlo dentro de una pieza, en una bañadera (lavatorio, artesa o tina de baño) con agua de mar, tibia.

Todos los niños, de cualquiera edad que sean (siempre que no tengan tos), benefician mucho con el aire de mar; por eso es útil llevar los niños a la playa cuando no sople viento, ni haga frío ni demasiado calor, ni esté nublado.

Los baños de sol, de que he hablado más arriba, pueden hacerse perfectamente a la orilla del mar; pero debe evitarse el viento; y en los niños mayores de dos años pueden combinarse los baños de sol con los de mar, aprovechándose así muy bien los saludables efectos del sol, del agua y del aire de costa. Se dará entonces primero el baño de sol e inmediatamente después el baño de mar.

También es muy beneficioso hacer correr o jugar un rato a los niños por la playa antes de que entren al agua. No importa que estén traspirando en el momento de bañarse; pero no deben estar demasiado cansados.

En cuanto a los baños de río, tienen las mismas contra-indicaciones que los de mar; y en cambio no ofrecen ninguna ventaja, pues no poseen las sales medicamentosas de las aguas marinas.

He ahí una madre feliz con sus mellizos.

CONSEJOS PARA LA NOCHE.— No es raro que a veces, sobre todo en las primeras semanas, la guagua moleste un poco en la noche, ya sea porque tenga flato y haya que darle algunas cucharaditas de agua o de algún remedio, o porque se ensucia y haya que lavarla, o porque tenga irritaciones de la piel y sea necesario limpiarla bien y curarla, o sencillamente porque se moja y hay necesidad de mudarla. Por todas estas razones, yo aconsejo a las madres que todas las noches (por lo menos durante los primeros meses de la guagua), dejen en el velador o en una mesita cerca de la cama, lo siguiente:

Una o dos mudas (pañal, mantilla, etc.)
Algodón.
El tarro de talco.
Un lavatorito.
Una taza chica.
Una cucharita.
Un thermo con agua hervida caliente.
Un chal o una pañoleta para que la madre cubra sus espaldas y no se resfríe cuando se siente a dar de mamar o a mudar al chico.

Todo debe estar a la mano, a fin de no tener que levantarse de la cama a media noche.

El thermo con agua caliente es muy necesario, porque permite lavar con agua tibia las nalgas e ingles del niño cuando al mudarlo se le encuentra sucio. Permite también dar agua cosida caliente o templada cada vez que sea menester.

En vez de algodón puede usarse una esponja (pero el algodón es preferible en las primeras semanas).

HIGIENE DEL ESPIRITU.—**Hábitos.**— Las madres tratarán de seguir al pie de la letra los siguientes consejos:

Trátese siempre a los niños con dulzura, pues son seres sumamente sensibles.

Evítense todos los malos hábitos con energía; pero sin gritos ni castigos corporales.

Edúquese al niño desde chico en las buenas costumbres: preceptos de higiene, hábitos de aseo, obediencia, etc. ¡Al árbol hay que criarlo derecho desde chiquito!

No se olvide que no hay nada que moleste más y que dé peor idea de los padres que un niño consentido, un niño mal criado.

No se asuste jamás a las guaguas. No se infunda miedo a los niños. El terror es causa de insomnio, de nerviosidades, de debilidad, de convulsiones, de una serie de enfermedades nerviosas.

Hay madres desnaturalizadas que castigan a sus guaguas porque lloran. Búsquese la causa del llanto y póngasele remedio con cariño, y si es menester obrar con energía no se llegue por esto a la crueldad. Edúquese al niño evitando el castigo. Pegar a una guagua es un salvajismo!

El chupete es un mal hábito. Es anti-higiénico: debilita, aumenta inútilmente la producción de saliva y puede acarrear graves infecciones de la boca y de todo el organismo mediante los microbios que por lo general contiene.

HEMOGLOBINA

ANTIFIMICA FERRAN (Gotas)

HEMO-VIVA-ANTITOXICA. Hipermunizando caballos con Alfas, se obtiene el SUERO ANTIALFA y este gran tónico antituberculoso, que con un frasco, máximo $ 15, cura y da vida aun al que por tisis, estados febriles, inapetencia, anemia, agotamiento, raquitismo, esté al borde de la tumba. Si sigue postrado es porque quiere; Anti-Alfa o Anti-fímica es Vida.

VACUNA ANTI-ALFA FERRAN (Inyecciones)

Profilaxis de la Tuberculosis y en tan alto grado, que es solución al problema. Exito en Pre-Tuberculosis, procesos inflamatorios, eritomas, asma, convulsiva, toses rebeldes, períodos irregulares y enfermedades de etiología oscura que las producen. Microbios Alfas. Absoluta inocuidad. Certificado de mundiales enimencias médicas ocupan cientos de brillantes páginas. POR REAL DECRETO DECLARADA OBLIGATORIA EN ESPAÑA. (Base: Bacterias Alfas). Buenas boticas y R. Ribot. Casilla, 1485, Santiago.

LA MEJOR TINTURA

ABSOLUTAMENTE INOFENSIVA

SIMILAX

NUEVO DESCUBRIMIENTO FRANCES

HACE DESAPARECER LAS CANAS EN 15 MINUTOS

Base: Parafenilendiaminosulfónico

Representantes: SALAZAR y NEY — A. Prat 219 — SANTIAGO.

COSAS DE MAMÁ

Por

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

TRES mudanzas equivalen a un incendio; cuatro, a un naufragio. Eso es mucha verdad, y doña Paula era la primera en reconocerlo así. Pero es que hay mudanzas y mudanzas; y a quella suya no se parecía ni poco ni mucho a las demás. Como que el mobiliario se renovaba completamente, sin aprovechar más que los colchones y la batería de cocina, por ser nueva, de aluminio, recién comprada. Era empeño de don Andrés, en un alarde de ostentación.

—Nada de trebejos, Paula. Para vejeces, ya estamos nosotros. No me vayas a llenar la casa nueva de cachivaches.

Doña Paula se dejó convencer, muy satisfecha, después de todo. ¿Quién le dijera que había de lucir aquel boato, dispuesta a estrenar un menaje realmente principesco en la nueva casa, hermosa finca de su propiedad, recién construída? Era como un sueño de ventura, en el que había que creer por fuerza. Verse en edad no muy anvanzada, fuerte aún y saludable, rodeada de sus hijos, ya mayores, con un marido de los que no abundan, trabajador y amante de los suyos; y, por si esto fuese poco, dueños de un capital saneado, que sin cesar engrosaba, gracias al esfuerzo incansable de don Andrés, que no tenía hartura para traer ganancias a su hogar.

A tan próspera situación habían llegado como efecto del trabajo no interrumpido: nada de loterías ni de herencias, que enriquecen de pronto y dan idea equivocada del dinero, como si fuera algo desprovisto de importancia, ya que tan livianamente penetra en el bolsillo.

Los orígenes de don Andrés y doña Paula no pudieron ser más humildes: oficial de albañil era él, y ella planchadora, cuando se conocieron — ¡ayer fué la fecha! — un miércoles de Ceniza, en el Canal, enterrando la clásica sardina, con sus correspondientes exequias de holgorio y comilona.

Casáronse a poco, dos chavales aún, con veinte años escasos; y desde entonces sin decaimientos ni impaciencias, los dos á una, ¡a trabajar! Ella, en la casa, que resplandecía de limpia, cuidando de los críos, que iban creciendo como una bendición de Dios, y él, en las obras, con modestas contratas primeramente, más tarde empresas de mayor empuje, siempre acucioso del negocio, que aumentaba, aumentaba, al conjuro de su laboriosidad y su honradez.

Y he aquí que un domingo — diez años acababa de cumplir Pablito, el chico mayor—fueron, como tantas veces, a tomar el sol y merendar en las Ventas.

Don Andrés — ¿quién pensaba por entonces en llamarle "don"?,— parco en palabras, propuso extender el paseo hacia la izquierda del Abroñigal. Doña Paula—Paula "a secas" en aquellos ya lejanos tiempos—dócil como siempre, accedió al cambio de ruta. Y así llegaron al Cerro del Viento, donde alzábase una colonia obrera recién construída, rojeando el ladrillo nuevo, en alegre contraste con el blanco llagueado de cal.

Hormigueaban los vecinos en la colmena humana, entrando y saliendo, con su vestimenta domingüera. Muchos de ellos saludaban a don Andrés, deferentes.

—¿Qué te parece mi última obra? — preguntó el albañil a su mujer.

—No está mal; pero has hecho otras casás más bonitas.

—Es que ésta... es mía. Digo mal: nuestra y muy nuestra... Doña Paula se quedó mirando embobada a su marido. ¿Es decir, que eran propietarios? Comprendió que se imponía una modificación en su existencia: hizo que los chicos fuesen a escuela "de pago", y por si esto era poco — ¡medida trascendental en grado sumo!—tomó una criada para que la ayudase en los quehaceres domésticos.

Aun recordaba la impresión que hubo de producirle el hecho insólito de tener una persona a su servicio. Ninguna de sus prosperidades ulteriores hizo tanta huella en su ánimo como la primera criada, una zafia alcarreña, que vino a redimirla del fregado, por diez pesetas al mes. Con harta mayor indiferencia supo años más tarde que "ponían coche".

—No me alcanza el día para ir de unas obras a otras—decía don Andrés, razonando su determinación. — Así aprovecharé mejor el tiempo y los domingos iremos a merendar sobre ruedas.

A poco, el coche se convertía en un soberbio automóvil. Cuatro casas más fueron inscritas en el Registro a nombre de don Andrés Peláez, que ya ostentaba el "don" bien remachado.

Pablito, el hijo mayor, estuvo en Bélgica estudiando ingeniería. El segundo cursaba con aprovechamiento la carrera de arquitectura. Las dos niñas se educaron en las Damas Negras, de donde salieron muy remilgadas, llamando a doña Paula "mamá" en vez de "madre", como antaño, y sintiéndose algo avergonzadas cuando salían con la pobre señora, en cuya innata plebeyez desentonaba la indumentaría burguesa con que, por no disgustar a las niñas, tenía que ataviarse.

Ellas fueron las que animaron a don Andrés para construir la nueva lujosísima casa — un mal negocio, según él, que no rentaría "ni un cochino cuatro por ciento". — Por ellas se deshacía del antiguo mobilario, heterogéneo, de aluvión, en el que mezclábanse trastos viejos de la primera época con los mueblecillos vistosos de la última etapa. Todo iría al trapero, sin consideración a los servicios prestados en una larga vida. ¡Humana ingratitud, que trata por igual a los muebles y a las personas!

Angeles y Charito, para evitar sensiblerías maternales, vigilaban la opreración. Ante los ojos atónitos de doña Paula fueron desfilando la sillería de brocatel, que tanto la enorgulleciera cuando la adquirió; el piano en que las niñas cencerreaban de pequeñas; el trinchero y la lámpara del comedor, tan linda, con sus tres brazos, que parecían despedirse de todos en un adiós tristísimo; y, en fin, la cómoda, el primer ornato de su casita proletaria... ¡Oh! Esto era ya demasiado.

—A ver, mozo, espere: no se lleve la cómoda. Déjela ahí.

Sentíase enérgica, vindicando el vetusto trastajo, medio deshecho, que traía a su mente un cúmulo de recuerdos. Allí guardó muchos años, entre alcanfor, el traje de boda y el mantón alfombrado, con los que el Viernes Santo engalanábase para ir a la Cara de Dios, de bracero con su marido; allí, en un mugriento portamonedas, entre cintajos y ropa blanca, escondía los menguados ahorrejos conyugales ,amasados, céntimo a céntimo, con las sobras del jornal; allí estuvieron las coronitas y los velos de las niñas en su primera comunión, y las notas de exámenes de los chicos, y las recetas de la enfermedad gravísima del pequeño...

Aquel mueble era como una persona de la familia; su venta implicaba una amputación intolerable...

—La cómoda no entra en el lote; si es necesario, yo la compro...

Resuelta, encarábase con el chamarilero, que sonrió previendo un negociejo. Charito, que avizoraba, aproximóse.

—Vamos, mamá, no seas ridícula. Ya sabes que papá lo ha dicho muy serio: en la casa nueva no entran porquerías.

Doña Paula quiso hablar, explicando a Charito las razones en que se fundaba para retener la cómoda.. No se atrevió, ante la idea de que su hija la encontrase más ridícula aún. Con aparente indiferencia, transigió.

—Bueno, sí, dices bien: que se la lleven...

Pero se volvió de espaldas para no ver al hombre que cargaba con la cómoda. Parecíale ésta un ataúd que contuviese el cadáver de un ser querido... ¡Y tan querido! Era el santuario de sus recuerdos, el pasado, que huía para siempre...

Sin poderse contener, lloró, tratando de ocultar sus lágrimas. Viéndola con el pañuelo en los ojos. Angeles quiso averiguar la causa, interrogando a Charito.

—¿Por qué llora mamá?

—¡Figúrate! Quería llevarse la cómoda del cuarto de costura. Naturalmente, yo me he opuesto.

—¿Y por eso llora?

Las dos pugnaron por contener la risa. Magnánima, Charito se encogió de hombros:

—Cosas de mamá...

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos Depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello **Sobre** el cutis, en cambio Vytt deshace el vello y la raíz **debajo** del cutis. Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se aplicó y el vello ha desaparecido.

El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, Casilla 1161, Santiago.

El "Vytt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

VYTT

Análisis cuantitativo: Natrium sulphide, 8%; Barium Sulphide, 2%; Calcium carbonate, 40%; Glycerine, 2%; Agua, 48%.

PARA SOIREE

1. Vestido de crepe satín negro con el escote y los drapeados en crepe georgette color rosa fuerte.

2. Otra variación del negro y del rosa que en París hace furor actualmente. Lleva el borde del escote en crepe georgette rosa y el ruedo de la falda, que forma un pliegue con godets en el lado izquierdo. Sobre la cadera derecha lleva un paño suelto cortado como pétalo de flor, que llega casi hasta el suelo y que está forrado de rosa.

3. Muselina de seda rosa y azul con bordados de seda blanca y de plata.

4. Capa de terciopelo de seda coral con dos incrustaciones en ondas de guipure de oro. Gran cuello de renard blanco. Forro de lama de oro

5. Capa doble en que la parte superior hace un movimiento de talma. Es de terciopelo zafiro con zorro plateado y forro de lama de plata.

LA PRIMAVERA CON PANTALONES

COMO todo momento decisivo, ha pasado como si nada: las mujeres se ponen los pantalones. Nada de chistes ni de metáfora. Los pantauones remeninos son una realidad de la profunda transformación de las faldas. Profundidad hacia arriba: la moda, la moda de las faldas cortas. Cuando las faldas han llegado en su involución a recortarse por encima de las rodillas, han descubierto, naturalmente, dos de las cuatro esquinas de Venus; las otras dos estaban ya descubiertas son los codos. Las cuatro esquinas, justifi[illegible]s en la arquitectura del desnudo, apar[illegible]ustificadas entre los trapos del ve[illegible] cuatro huesos inexplicables sólo [illegible]ecesitan razones más altas. El c[illegible]ica con el antebrazo, sino con el desnudo de todo el brazo. La rodilla necesita también el testimonio de toda pierna. Pero las faldas, reducidas al diminutivo de faldetas, hacen de la Venus más griega un soldado griego o escocés.

Los pantalones femeninos son una extensión, o, al menos, un afianzamiento de la moral en los sostenes del real cuerpo de las damas a la última moda. Los pantalones que llevan estas damas-caballeros, son de dos clases: o pantalones a la vista, ajustados por debajo de las rodillas (clásicos y románticos), o pantalones de sorpresa, revelados por la carrera para coger el autobús, o por el salto para pasar un charco, faldas falsas que, aún siendo tan cortas como las verdaderas, los técnicos las reconocen en seguida en que descubren menos las piernas, se despegan menos. Las mujeres con pantalones no ofenden en nada a la moralidad de las costumbres. Todas las personas que en nuestra época se sienten economistas, explicarán por la economía los pantalones femeninos como han explicado la universalidad del pelo corto.

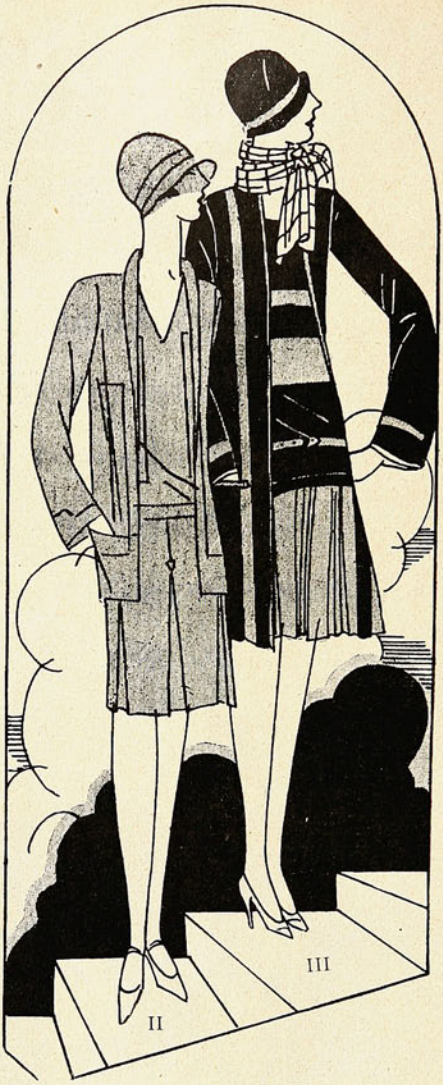
Afortunadamente, las restricciones de las faldas o de los cabellos, son pruebas del lujo de la democracia. La cabeza universal ha provocado el crecimiento de la industria de la peluquería. En París hay ya tantas peluquerías como bares; y la corporación de peluqueros ha tenido que tomar medidas para que los Bancos y las oficinas públicas no se queden sin empeños, pues una máquina de rizar produce mucho más que una máquina de escribir. Nunca las mujeres han ido con tanta unanimidad ni tanto a las peluquerías como desde que se cortan el pelo. Las mujeres con los pantalones irán a todas partes, sobre todo a las sastrerías.

CORPUS BARGA.

LA ELEGANCIA EN EL DEPORTE

1) Para las caminatas matinales, este trajecito será de mucha utilidad. Está compuesto por una falda de crépe de Chine azul marino acompañada de una chaqueta gris de paño, cerrada sencillamente por un cinturón de gamuza del mismo color y adornada por cuatro bolsillos sobrepuestos.

2) Traje-sastre en jersey de lana chinesco. Falda con pliegues huecos y paletó recto con grandes bolsillos.



3) Conjunto compuesto de una falda con grupos de pliegues en lana de un solo color y de una casaca y un largo abrigo de color más oscuro, adornada por franjas del género de la falda. Muy chic.

4) Un encantador abriguito de lana adornado solamente por pespuntes que se puede llevar con cualquier traje.

LOS LUTOS

5. Traje de primer luto en espumilla mate con pechera de crespón muy fino, cerrado por una pequeñita hebilla de azabache. Los pliegues de la falda van sujetos adelante por otra hebilla en tamaño grande. Toca de espumilla con sesgo blanco y gran velo.

6. Traje de dos piezas en crepe georgette. Falda plisada en el delantero, con los pliegues cosidos hasta cierta altura y casaca enteramente bordada con cordoncillo.

7. Vestido de lanilla con un chaleco de raso ribeteado de trencilla.

1. Traje de noche en lama negra. Cuerpo formado por dos alforzones, que dan a la línea de un bolero. Falda con dos volantes planos. Cintura de raso. Escote angular con una flor en el hombro izquierdo.

2. Traje de noche para jovencita, en tafetán. La falda está armada en la cintura por una serie de pabilos que la mantienen en el aire, como si fuera un traje de estilo. Las ondas de la falda están bordadas a punto de cadeneta con seda muy brillante. Flor de lama de plata en el hombro.

3. Muy elegante traje para comida o para recibir, en espumilla y encajes de Chantilly. Modelo muy a propósito para una señora de cierta edad.

4. Traje de crepe satín en que se utiliza el género por los dos lados para formar el vestido y su adorno. Botones de corozo.

LOS GENEROS DE FANTASIA

1. Traje sastre muy clásico en género de fantasía rojizo. Falda pegada al peto blanco por medio de botones de nácar.

2. Abrigo mañanero en lana de fantasía verde y beige.

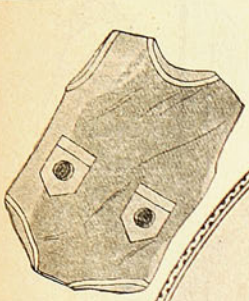
3. Muy simpático modelo en espumilla de fantasía con cuello y puños de espumilla blanca y una incrustación de género liso en el delantero.

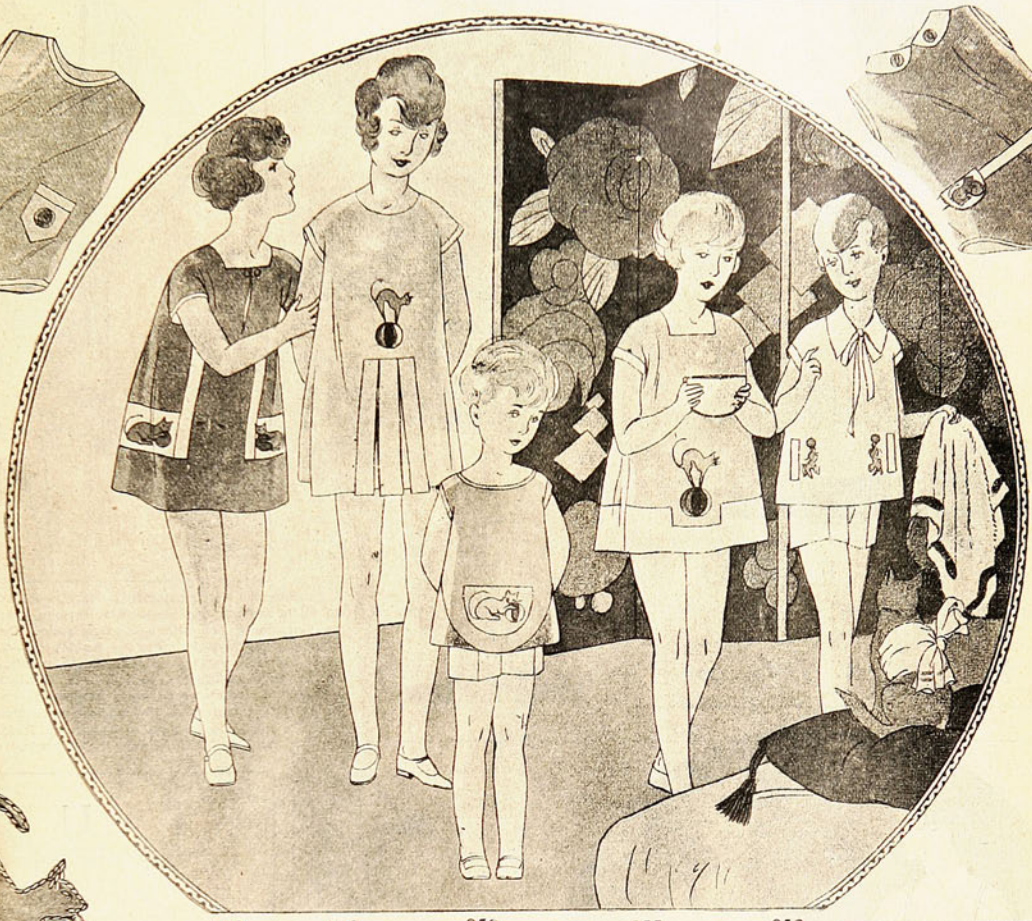
Los volantes en ondas

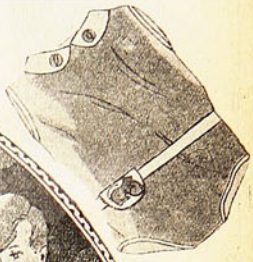
1. Traje hecho íntegramente de volantes cortados en ondas. La falda tiene un leve movimiento de godets y lleva además un paño suelto prendido a un lado por un broche de atrás.

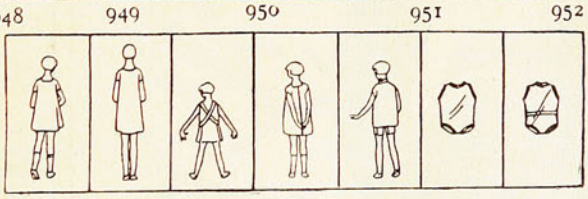
2. Vestido de espumilla de seda con los volantes de la falda cortados en ondas muy profundas y adornados por un motivo bordado en mostacilla. Cuello chal anudado en el hombro.

Un motivo bordado en algodones de colores o hecho con pedazos de tela, unidos por un punto de tallo, forman divertidos adornos para los delantales de los niños.



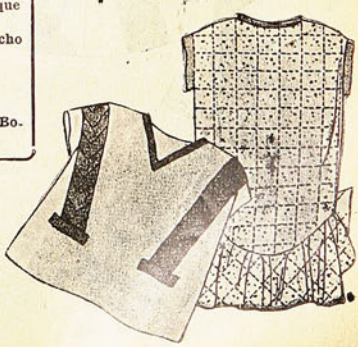






1. Mameluco de vichy rosado ribeteado de blanco, bolsillos de est color.
2. Delantal de velo verde adornado por bandas blancas sobrepuestas.
3. Este delantal, con el delantero tableado, no lleva otro adorno que el motivo bordado.
4. Delantal redondo cerrado atrás por dos tirantes cruzados y hecho en dos tonos de rojo. Bolsillo delantero.
5. Delantal de cretona rosa lisa, con sesgos grises.
6. Traje para niño en brin rosa con casaca suelta.
7. Mameluco en tela de hilo verde con sesgos grises
8. Vestidito muy sencillo en espumilla de seda impresa y lisa. Botones de nácar.

9. Traje-delantal en cretona a cuadros blancos y rojos y cretona roja que se ribetea de blanco.
10. Delantal de brin verde claro con aplicaciones de otros dos tonos de verde más oscuros.
11. Delantal en velo de fantasía con sesgos de color unido.



PEQUEÑOS MODELOS PRÁCTICOS

1. Delicioso este trajecito de lanilla de fantasía, trabajado en la cintura con sesgos que forman grandes ondas. Falda enanchada por pliegues encontrados. Cuello de organdí blanco y corbata de cinta de terciopelo.—2. Abrigo de género inglés a cuadros con un lindo movimiento de godets en la parte delantera derecha.—3. Trajecito de popelina mercerizada color verde claro adornado con sesgos más oscuros. Falda con caída forrada en este último color. Botones de nácar en el escote de forma muy nueva y vueltas en las mangas de organdí blanco.

TUL

1. Camisa y calzón en linón de hilo blanco. De forma muy sencilla, este juego se adorna coquetamente con cuadrados de tul incrustados como dameros.—2. Camisa y calzón en espumilla de seda color limón. Una banda de tul incrustada en ondas por ambos lados hace el adorno. La camisa se enancha por medio de pliegues huecos. El calzón lleva una rebeca cortada en forma.—3. Camisa y calzón en batista. Un sesgo de tul con una pata hace el adorno. Cinta de color fuerte sobre los pliegues dobles.—4. Camisa y calzón en velo de algodón rosa adornado simplemente por sesgos de tul. Pliegues en la camisa para darle amplitud. — 5. Camisa y calzón en pongé lila adornado por tul ocre puesto a modo de cordura.

PEQUEÑOS MODELOS PRACTICOS

1. y 2.— Diferentes aspectos de un novísimo modelo de abrigo para viaje en lana inglesa color beige. La espalda presenta un corte original en el canezú cortado en punta...

...para formar un pliegue encontrado. Cinturón cruzado en el delantero, ocultándose una de las vueltas, para dejar sólo la otra viéndose en los costados y apareciendo los dos en la parte de atrás. Bolsillos en los costados. Cuello de abrir y cerrar. Este abrigo sólo puede ponerse con una pequeña campana de fieltro en el tono.

3. Vestido de línea muy juvenil en jersey de lana color beige adornado en el escote y en la cintura por tres bandas incrustadas de jersey rosa, azul y amarillo. Botonadura al costado de la cintura. Delantero fruncido para darle amplitud a la falda.

FAJAS NIRVANA
Y SOSTEN-SENOS NIRVANA

M. R.

Para adquirir las líneas esculturales que exige la moda actual, es indispensable usar NUEVOS MODELOS DE FAJAS Y SOSTEN-SENOS NIRVANA

Fajas Elásticas NIRVANA

recién llegadas; gran variedad de modelos nuevos a $ 190.–, $ 150.–, $ 120.– y $ 85.–

PEDIDOS DE PROVINCIAS

Atiéndese contra reembolso, enviando medidas de cintura, busto y caderas. Además, cámbiase, en caso de no quedar bien, sin nuevo recargo de franqueo.

RECHACE LAS IMITACIONES. ESTA CASA NO TIENE SUCURSAL

CASA NIRVANA
AHUMADA, 323
Entre Huérfanos y Plaza de Armas

EL TUSOR DE COLORES

1. Vestido muy práctico en tusor de color crudo. Sombrero de paja color azul marino.

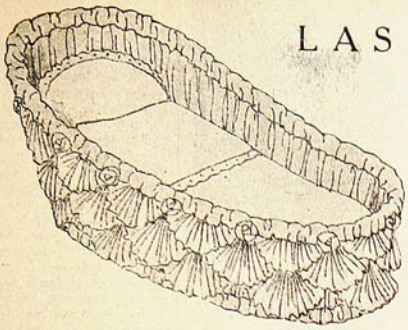
2. Traje de tusor rosa pálido con sombrero del mismo género adornado por tres cintas azul rey. Corte muy original en el vestido que le da a este modelo una gran seducción.

3. Vestido de tusor color marfil con incrustaciones de tusor rosa vieja. Cinturón de charol y gamuza rosa. Sombrero de fieltro rosa vieja.

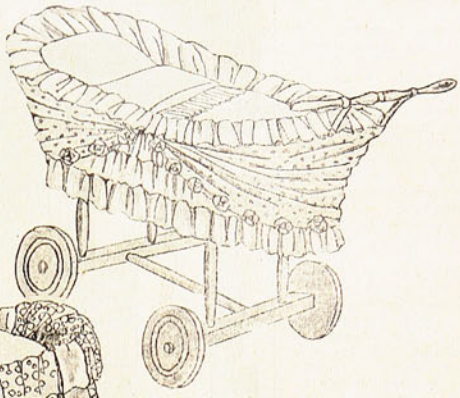
4. Vestido de tusor azul marino con hilos tirados por todo adorno. Sombrero de paja de Manila azul. El cinturón del traje es de metal plateado.

LAS CUNAS

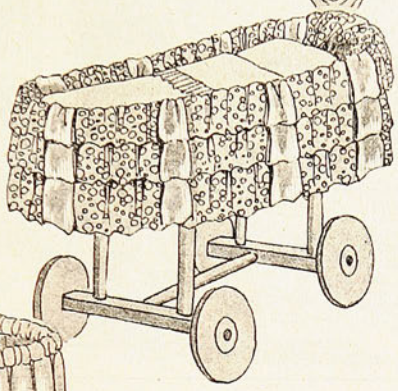
DUERME, MI NIÑO, DUERME, QUE VIENE EL CUCO...



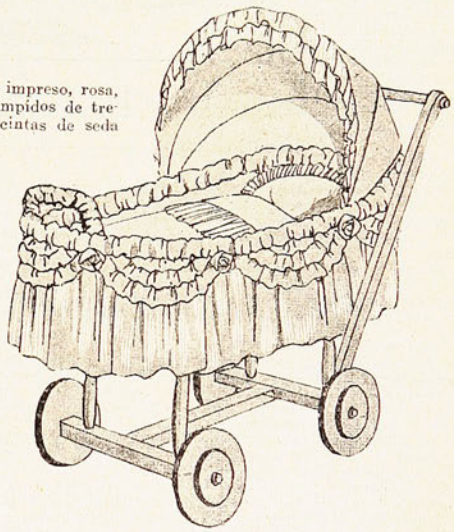
Moisés todo blanco, con vuelos de pongé, y rosas de tul blanco superpuestas.



Modelo drapeado en velo o muselina, sostenido por pequeñas rosas pálidas sobre tres volantes unidos.

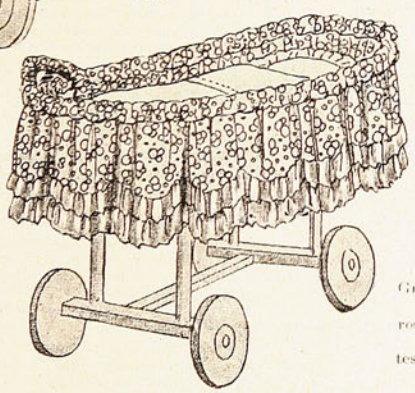


Tres volantes de velo impreso, rosa, azul y blanco, interrumpidos de trecho en trecho por cintas de seda azul.



Abullonado de velo unido, que cae sobre un ancho volante, que termina por otros tres pequeños, en velo bordado.

Gran volante de pongé de seda rosa, que sostiene rosas minúsculas.



Gran volante de cretona impresa en colores rosa y blanco, que bordan en grandes dientes dos pequeños volantes superpuestos de taffetan rosa.

MEDITACIONES TRIVIALES

Con frecuencia oímos decir a los hombres: "Descaría volver a la juventud, pero con la experiencia que hoy tengo". ¡Contradicción! Lo que constituye la primavera de la vida, como la llaman los poetas, no es, en constituye la primaverade la vida, como la llaman los poetas, no es, en verdad, aquel vigor juvenil que enciende las venas y pone luz en las pupilas; ni es tampoco aquella aparente rosa entreabierta. Lo que constituye la juventud es la inexperiencia de donde brotan, como las aguas de la peña, la alegría y el entusiasmo de la vida. Dinero, gloria, amor, todos esos fantasmas tras de los cuales corren los hombres vertiginosamente, los tiene el joven aprisionados en sus manos porque los lleva idealmente dentro de su corazón. Yo tengo a esos jóvenes viejos, si así puede decirse, una lástima inmensa. Jóvenes con experiencia, no son jóvenes. Sobre los pétalos de esa flor recién abierta al sol, cayeron ya los hielos de la noche, y debe, por lo mismo, marchitarse. Pensad en un joven reflexivo, meditabundo por el análisis, económico y prudente, dotado, en una palabra, de lo que se llaman cualidades en los hombres maduros. ¿Qué queda de esa juventud?... Lo que queda de la mariposa cuando se la estruja entre las manos... FOLA

GUIA PRACTICA

Una buena pasta perfumada para el baño es la que se hace con 150 gramos de bicarbonato de soda, 120 de ácido tartárico en polvo y 200 de almidón. Se empasta, bien homogeneizada, con aceite de almendras, y se aromatiza con 20 gotas de esencia, al gusto de cada uno.

Cuando se desea hacer crecer las pestañas sin recurrir al aceite ricino, se pueden obtener buenos resultados con vaselina amarilla friccionándose las raíces suavemente por la mañana y por la noche y dando forma curvada a las pestañas con un cepillito muy fino.

Las manchas del rostro debidas a la acción prolongada del sol y del aire, especialmente a orillas del mar, se quitan lavándose dos o tres veces al día con infusión de tilo.

EL HOMBRE MALO

Por JOSE LOPEZ REY.

EL profesor nos ha encargado escribir un cuento.

—Moral — ha dicho — ha de ser moral. En él se demostrará cómo el virtuoso recibe siempre su premio o cómo el malo ha de padecer su castigo.

Yo he elegido lo segundo. Estoy bastante familiarizado con los hombres malos de los cuentos, y no me será difícil describir uno. Porque el protagonista de mi relato será, naturalmente, un hombre malo, fundamentalmente malo, que cometerá maldades y será luego castigado: esto es necesario para obtener la moraleja.

Bastará ver a mi personaje para convencerse de su natural perverso. Sus descuidadas barbas medio le ocultarán una cicatriz que le surque la cara; los ojos, bajo las espesas cejas, pondrán, al mirar, miedo en el alma; el pelo enmarañado y duro como el de un pordiosero... Cubrirá su cuerpo un remendado traje de pana y llevará un profundo zurrón. En verdad, todos los hombres malos llevan un zurrón y un negro y deforme sombrero.

Tendrá el cuento un lindo principio: habrá perdido en el campo, un pueblecito, pequeño y humilde como un Nacimiento: todo él estará nevado: la luna iluminará el blanco camino solitario que conduce al pueblo, y en el cual la nieve se ha endurecido. Un hombre aparecerá en él de pronto: será el hombre malo que llegue de algún lejano lugar con el zurrón al hombro y un nudoso palo en la diestra. Mira a las casas, silenciosas, en reposo... Sólo en una, la más distante, habrá luz. Entrará el hombre en la plaza del pueblo; en su centro, una cruz de piedra parece señalar el cruce de dos caminos.

Es, ciertamente, una lástima que este hombre no sea bueno: si lo fuera, podría ahora rezar, y acaso se asomase el ventero ofreciéndole, en su casa, abrigo.

Me agrada mucho esta frase: ofrecer abrigo... Me la ha sugerido mi abuelita. Mi abuelita, cuando rezamos el rosario, ya terminado éste, suele hacernos rezar algunas otras oraciones por los difuntos y otros fines; cuando llueve o nieva, el último Padrenuestro le encabeza siempre con esta dedicatoria:

—Por los caminantes sin abrigo...

Y es entonces particularmente grato imaginarse la figura de un desamparado mendicante caminando, arrecido bajo la lluvia o la nieve, que, empujada por el viento, parece perseguirle como a un fugitivo... Es agradable —digo—pensar que acaso nuestras oraciones le confortan en su cuita y le ayuden en su demanda de albergue...

Pero mi personaje es un hombre malo, y para él no habrá oraciones ni encontrará asilo en la noche de hielo.

Y ahora, ¿qué hará?

Ahora se encamina a la única casa en que brilla luz. Esta casa es la más apartada del pueblo; tiene un amplio corral, donde un carro levanta al cielo las lanzas cargadas de nieve y una garita cobija al perro, negro y gruñón. El hombre malo, sin abandonar el zurrón ni el garrote, salta la tapia; ládrale el perro, y él le amenaza levantando el bastón; se oirá luego un ruido: la puerta que da a una volada galería se abre y podrá verse a las sombras huir ante la luz de un candil para tornar a agruparse tras ella. Un hombre gordinflón, en camisa, llevará la luz; un picudo gorro de dormir cubre su calva... El hombre malo, libre ya del perro, se esconde tras un pilar de madera, y cuando el otro reconoce el patio, se abalanza sobre él y le mata de un garrotazo. La ventana en que brillaba la luz se entreabre, y de ella se escapa un grito de mujer, al que siguen voces de criados. A estas voces huye el asesino, y, al poco rato, acuden gentes soñolientas y armadas. Al levantarlo, el cuerpo del muerto deja una negra huella en el suelo y todos sienten el frío de la emoción y el frío, más intenso, del amanecer que comienza.

El hombre malo ha huido; pero pronto la Justicia da con él. Un juez con la cabeza entrecana y el traje negro, viene a instruir el proceso, montado en un pollino; tras él, el escribano de ropas negras y gruesos lentes, recordando, como siempre, al cuervo.

Uno tras otro van apareciendo más y más crímenes que el hombre malo cometió todos juntos, le llevarán a la horca.

Es entonces cuando, en una templada mañana en que el sol derrite la nieve, llega al pueblo una mujeruca triste, envuelta en un largo manto de viuda: es la madre del hombre malo, al que van a ajusticiar mañana. El juez le permite ver a su hijo. Cuando éste la ve, la expresión de maldad desaparece totalmente de su rostro. Se abrazan primero y lloran; luego, ya más sosegados, hablan: hablan de tiempos pasados, de cuando él vivía en otro pueblo que, como éste, es pequeño y humilde cual el de un Nacimiento, y salía al campo tras las mariposas de bellas alas, cuyo fatal amor a la luz, servía en los consejos de los viejos para templar en los niños la naciente ambición; de las manzanas agradables a la vista y agradables al paladar, y de los olorosos membrillos que perfuman la ropa; de la tibieza del sol al resbalar, en los mediodías de invierno, sobre las fachadas de las casas, y del fuego que, en las noches, caldea sus interiores; del viento que canta alegre en el bosque durante el día y trae terrores cuando ha anochecido ya... Le hablará la madre luego de la soledad en que su marcha le dejó y del fervoroso afán que guiaba sus rezos impetrando para el hijo ido el amparo del Cielo. Y parecerá, al fin, humanizada para siempre la faz del asesino, y, al través de sus lágrimas, sonreirá él al sol que atraviese los barrotes de la reja, y una dulce esperanza de perdón les ganará a los dos, porque la madre pensaré que el cielo perdona, por los padres, los extravíos de los hijos, y el pensar que ha vuelto a amar y que Dios es infinitamente misericordioso.

Y por ello, al salir de la cárcel, irá la madre, muy diligentemente, poseída de una gran indulgencia, a hablar al juez...

—Un cuento moral—dijo el profesor—. En él se demostrará cómo el virtuoso recibe siempre su premio o cómo el malo ha de padecer su castigo.

Y yo he elegido lo segundo. Es, pues, preciso, a pesar de la madre, castigar al asesino.

Así, el juez desoirá los lamentos de la angustiada mujer y las palabras con que le dice cómo era la sonrisa que, de niño, iluminaba el rostro de su hijo y cuál el diminutivo que le daba su amor, y se levantará el patíbulo y en él, la horca... Y el hombre malo pendera de ella mientras la madre llora y el juez, con majestuoso sosiego sale del pueblo sobre su jumento...

¡Ah, el juez! Si no fuera por la moral, yo haría que de nuevo se endureciese la nieve, para él, a lo largo de los caminos...

PENSAMIENTOS

Una conciencia tranquila es una blanda almohada, en la cual sólo el hombre de bien logra descansar.

No envidies al botón de rosa que da encanto al jardín... Si tú eres eso... ¡Búscate a ti misma!

No envidies las nubes que se deslizan como plumones blancos: si así son tus pensamientos, que navegan en tu conciencia azul...

En cualquier estado, soltera, casada, viuda, tu alma puede ser blanca como las alas de un ángel.

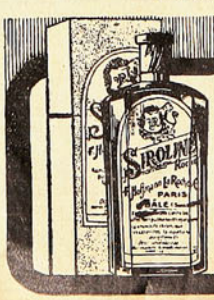
No te manches... ni siquiera con un mal pensamiento... y Dios estará contigo.

Si tu pensamiento es blanco como un rayo de luna, por él bajará el Espíritu del Señor a tu corazón.

Bendice al Señor que te dió el don de la palabra, y procura hacer buen uso de ella.

El alma pura es alegre como el pajarillo en la alborada. Ríe, canta, charla, y que todo ello sea musica.

Una conciencia tranquila es suave y blanca como el vellón del cordero sin mancha.



TOSES
POR TENACES QUE SEAN
Bronquitis agudas y cronicas, Catarros
son radicalmente curados por la
Siroline "Roche" M.R.
a base de Thiocol "Roche"
precave de la Tuberculosis
F. HOFFMANN-LAROCHE & Cº PARIS. BASILEA - DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

PARA LOS NIÑOS

Machucho y Pilongo, automovilistas

I

En la suave mañana de aquel día de noviembre los autos de carrera, pur sang de acero y aluminio, pintados de brillantes colores, devoraban la blanca cinta de la carretera, llana y arenosa como una pista. Toda la Francia esportiva, acodada en los pretiles de madera que cerraban sin interrupción como un inmenso anillo los 25 kilómetros del circuito, contemplaba llena de admiración la maestría de los ases europeos del volante que **echaban el resto**, como vulgarmente se dice, decididos a llevarse el Gran Premio.

Pasaban y pasaban. En la retina de los espectadores quedaban estampados con luces de maravilla los reflejos de sus capots multicolores, de los que el sol otoñal sacaba chispas brillantes. De cuando en cuando, un auto, todo rojo ceñido por una franja amarilla, pasaba también. El público, al divisarle lejano, se agolpaba y apretujaba en los pretiles y, a su paso, una descomunal aclamación sacudía los pechos y se fundía en un grito enorme que acompañaba al alegre juguete hasta que daba la vuelta en el viraje con más maestría y más valor que los que le precedían y que los que venían detrás.

Largo rato duraban los murmullos y las vociferaciones entusiastas y, cuando el silencio expectable volvía a enseñorearse poco a poco del tibio ambiente otoñal, la exclamación que antes era triunnfal, pero horrísona armonía inteligible, cogía letras, formaba sílabas, y, al unirlas formando vocablos, en kilómetros y kilómetros del recorrido, dos nombres se oían distintos:

¡Machucho! ¡Pilongo!

II

Machucho y Pilongo corrían el Gran Premio de Europa, de Lyon. El tomar parte en esta carrera reputada como la más importante del continente europeo, el enfrentarse en descomunal lucha con los ases más famosos del volante, no era en ellos como hemos visto en aventuras anteriores, resultado del afán de descollar en todos los deportes. Era, más bien, un puntillo y una despedida. Puntillo, por cuanto los periódicos deportivos franceses se habían permitido poner en duda su alta calidad; y, despedida, porque cediendo a los ruegos de su familia que estaba ansiosa de abrazarles, querían cerrar la serie de sus triunfos con uno que fuese sonado, y al mismo tiempo que pusiese a España y a la industria nacional en lugar preeminente.

Al advertir los periódicos que iban a tomar parte en el Gran Premio de automóviles, habían recibido proposiciones de las casas más importantes de Europa y América para pilotear sus coches, pero sistemáticamente habían rehusado las más tentadoras ofertas. Dinero, no querían. Gloria, les sobraba. ¿Qué deseaban, pues?

Lo que deseaban con tanto afán, pero sin comunicarlo a sus amigos siquiera, era que la oferta viniese de una casa española. Querían que su última hazaña deportiva fuese provechosa para su país.

Y, un día, precisamente el día en que Mr. Abraham vino a ofrecerles la marca "Studebaker" y Mr. Jhon la "Rolls", ellos recibieron la proposición de la casa que esperaban. La de la "Hispano Suiza." La invencible marca española ponía a su disposición un nuevo tipo de carreras, y les indicaba la necesidad de ir a Lyon cuanto antes a hacerse cargo del coche, a fin de aprender con el debido tiempo su manejo.

Mr. Jhon y Mr. Abraham quedaron como atontados ante el rudo golpe. También ellos querían que su país estuviese dignamente representado, y por eso habían dado los pasos convenientes.

—Well—dijo Mr. Jhon con un suspiro arrancado de lo hondo de su patriotismo—: no me queda más recurso que pilotear yo mismo el "Rolls", y pienso demostrarles que no en vano mi auto es llamado mundial.

—¡Alto ahí!—dijo Mr. Abraham—. Recojo el reto. Yo también pilotearé el "Studebaker", y veremos quién vence a quién.

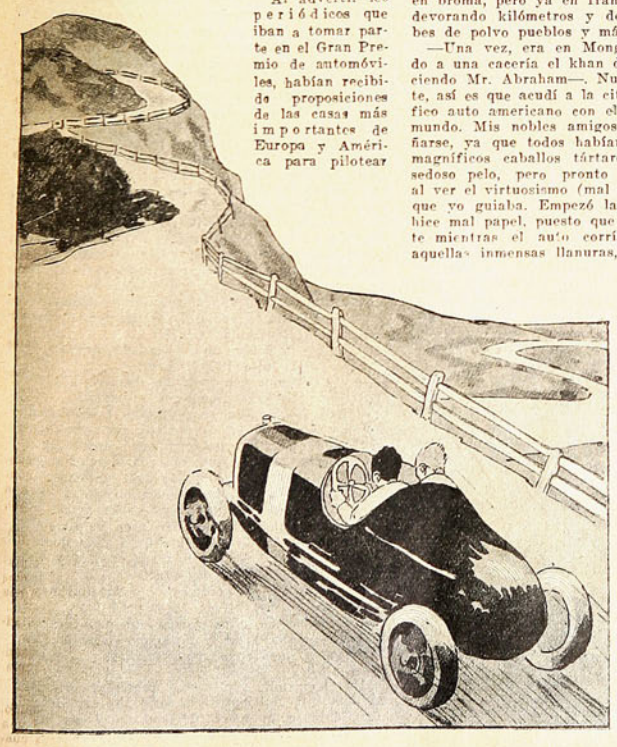
El inglés y el americano iban a marcharse con el pésimo humor que les hemos visto demostrar en el episodio anterior, pero Machucho y Pilongo les cogieron por el brazo cariñosamente.

—¡No se precipiten, señores!... Haremos, si no lo toman a mal, el viaje y la carrera juntos.

Así se convino después de cambiar unos cuantos monosílabos y, al día siguiente, el poderoso auto particular de Mr Abraham, se comía la carretera llevando a bordo a los dos hermanos y a Mr. Jhon.

Los primeros momentos del viaje fueron difíciles, pero hablando del tiempo y luego de coches, se fué rompiendo el hielo. El americano, que conducía por sí mismo, empezó a explicar casos y aventuras a él sucedidos y, medio en serio, medio en broma, pero ya en franca camaradería, fueron devorando kilómetros y dejando atrás entre nubes de polvo pueblos y más pueblos.

—Una vez, era en Mongolia, me había invitado a una cacería el khan de Tugurt—comenzó diciendo Mr. Abraham—. Nunca he sido buen jinete, así es que acudí a la cita piloteando un magnífico auto americano con el que daba la vuelta al mundo. Mis nobles amigos no dejaron de extrañarse, ya que todos habían acudido montados en magníficos caballos tártaros de largas crines y sedoso pelo, pero pronto cambiaron de opinión al ver el virtuosismo (mal me está el decirlo) con que yo guiaba. Empezó la cacería, y en ella no hice mal papel, puesto que abandonando el volante mientras el auto corría a toda marcha por aquellas inmensas llanuras, disparé mis rifles como nunca, sin perder una sola bala y mi mecánico me fué mostrando las piezas cobradas. Mi entusiasmo me llevó lejos, y fuí a parar a una serie de colinas en donde me fué forzoso abandonar el examen del cielo (cazábamos patos), y volver a empuñar el volante.



...y hasta las Eses, el fatal camino pendiente...

Abraham hizo una pausa satisfechísimo. Jhon miró a Machucho, éste a Pilongo, y Pilongo, no teniendo a quien mirar, volvió a mirar a su hermano y éste nuevamente a Mr. Jhon. Un silencio de muerte acogió la extraña historia de caza.

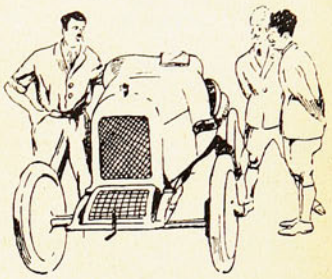
A media tarde, al atravesar una cadena montañosa, el motor empezó a jadear. Pasada aquella pendiente, vino otra y luego otra, y al fin una empinadísima. Esta vez el motor se declaró en franca rebeldía, y, a pesar de los desesperados esfuerzos de Abraham, que se ponía azul de tanto apretar el volante como si quisiese con su empuje ayudar a subir al motor, éste falló dos o tres veces... y quedó parado.

Es decir, el motor quedó parado, pero el coche no, pues inmediatamente que dejó de funcionar el motor, el coche empezó un movimiento retrógrado.

—¡Pero, frene usted por Dios! — dijo Machucho—. ¿No ve que nos volvemos a París?

Abraham estiró palancas, apretó registros, dió gas, pero el auto se negó a marchar hacia adelante. El freno resbalaba y el coche, según la expresión de Machucho, volvía a París poco a poco.

Fué preciso que Pilongo bajase del auto y, cogiendo de la cuneta un par de pedruscos, los aplicase detrás de las ruedas para que éstas cesasen en su movimiento.



...y se extasiaron ante las correctas líneas y amplio pecho del devorador de kilómetros.

—Voy a mirar el motor — dijo Abraham exhalando un suspiro—. Jamás me había pasado una cosa semejante... pero, digo mal; en Mongolia me pasó exactamente lo mismo... Tal vez la causa sea perecida.

Destapó el motor y miró ávidamente por entre los cilindros.

—Pero, ¿qué busca usted? — dijo Mr. Jhon contemplando con curiosidad los extraños movimientos del americano.

—¡Apuesto a que busca uno de los patos que cazó en Mongolia!—comentó Machucho.

—Sí, lo reconozco; eso miraba, pero no veo nada que se le parezca.

—A ver, me permite usted—dijo Jhon—. Me parece que es pata en vez de pato...

Metió la mano, y, quitando una bujía, la examinó un momento y, mientras Abraham continuaba mirando los rincones del motor, Jhon la limpió cuidadosamente, pues estaba engrasadísima, y la volvió a poner en su sitio.

—No busque usted más, Abraham — dijo Mr. Jhon—. Ya puede usted volver a arrear.

Abraham miró de soslayo a Jhon, subió a su asiento y volvió a ponerse en marcha sin dificultad alguna. Como sus amigos estaban ya dentro del auto, demarró bruscamente y continuó el camino hasta Lyon sin despegar los labios, pues tras él oía las carcajadas comprimidas de sus amigos.

Unicamente al pasar frente al hotel, dijo Abraham a modo de disculpa:

—¡Lo de hoy me hace pensar.. que tal vez en Mongolia metí también la pata!...

III

En el hotel encontraron al representante de la "Hispano" con instucciones concretas. El coche ya había llegado, y se extasiaron ante las correctas líneas y amplio pecho del devorador de kilómetros. Verificaron su inscripción en el A. C. de Francia y, llenas todas las formalidades, al día siguiente empezaron a tomr lección del mecánico, no de manejo, pues no lo ignoraban, sino de los secretos profesionales que la experiencia de correr carreras acumula en muchos años.

Los días pasaron como un soplo.

El día anterior a la carrera se verificó el sorteo de orden de salida, y después de un buen repaso al motor se dedicó el día al descanso y a leer la Prensa; pero ésta apenas nombraba a los dos hermanos. Las velocidades logradas en los entrenamientos eran escasas, pero el encargado de la "Hispano" y los muchachos sonreían al leer los comentarios.

A las 8 de la mañana del día siguiente, las tribunas, tanto las de preferencia como las populares, estaban atestadas. El telégrafo y el teléfono

funcionaban sin interrupción repartiendo por el mundo las primeras notas y comentarios.

Los conspicuos del A. C. de Francia, atareadísimos, iban de un lado para otro, conscientes de su importancia, tomando notas, resolviendo reclamaciones, disponiendo la mise au point general. Los controles iban saliendo en auto para repartir se por todos los puntos importantes del circuito, a fin de poder transmitir las noticias convenientes durante la gran carrera.

La hora se acercaba. El prefecto de Lyon, reconocible por su banda tricolor que aparecía bajo la negra levita, tomó entonces asiento en un soberbio auto, y, acompañado de las demás autoridades, salió a cerrar el circuito. Tras de su auto, nadie debía pasar ya por la pista.

No tardó en volver. Los 25 kilómetros del circuito fueron cubiertos en escasos minutos, y a su vuelta la Banda Municipal lionesa entonó el himno nacional francés. La carrera iba a empezar.

Sonaron los timbres, funcionaron los teléfonos, corrieron los mecánicos, los pilotos, los boys de servicios secundarios, los periodistas tomaron rabiosamente las últimas notas, y los fotógrafos ensuciaron unas cuantas placas.

En medio de la animación pudo verse al starter que con un banderín de colores, indicio de su jerarquía, ordenó la alineación.. Los autos fueron arrastrados a fuerza de brazos hasta la línea blanca de salida, y fueron quedando alineados con el piloto en el asiento y el mecánico desmontado pronto a obedecer las órdenes del director de la carrera.

La salida era de coche en coche, por orden de sorteo y con intervalos de cinco segundos.

—Número uno... Talbot... Prepárese—dijo la voz del starter.

Inmediatamente el mecánico dió vuelta a la manivela de marcha del motor, y apenas éste empezó a retumbar se encaramó de un salto en su asiento a la izquierda del piloto. El driver, con una mano en el volante y la palanca del cambio de marchas en la otra, esperaba la orden de salida. El starter estuvo contemplando durante unos segundos la esfera de su cronómetro, levantó el banderín y lo dejó caer.

Talbot arrancó instantáneamente, produciendo su motor más ruido que el galope de cien caballos, y, acelerando rapidísimamente la marcha, desapareció como un bólido en la recta saludado por innumerables pañuelos. La carrea había empezado.

Otras siete veces levantó el banderín el starter en el corto espacio de tiempo que dejamos señalado, y cada vez fueron tomando la salida "Salmson", y "Studebaker" piloteado por Abraham, "Fiat", el "Hispano" de Machucho y Pilongo, el "Rolls" guiado por Jhon, y por último el "Chiribiri".

Los coches eran inmejorables, los conductores magníficos, así es que, a pesar de las dificulta-

...las noticias llegan de los controls, y un speaker las traduce con su portavoz al público ansioso.

des del recorrido, los coches corrían a mitad de la carrera en el mismo orden que cuando partieron, aunque habían cerrado la distancia e iban casi en grupo, con la sola excepción de "Salmson" que se había despeñado en el dificilísimo recorrido de las Eses al pretender escapar a toda marcha y distanciar a sus rivales.

En la vuelta quince (el total de vueltas que

Talbot arrancó instantáneamente, produciendo su motor más ruido que el galopar de cien caballos...

había que dar era de veinte), el público empezó a bostezar creyendo en una carrera fácil, cuando el "Rolls" de Jhon pasó a cabeza y produjo en su esfuerzo la vuelta más rápida, y Machucho y Pilongo se detuvieron con extrañeza general frente al avituallamiento, cambiaron en un periquete el juego delantero de ruedas y se aprovisionaron de aceite y bencina. Los más vieron en esto una prueba de su vencimiento, pero otros más avisados no vieron en la maniobra sino lo que era verdaderamente una medida de prudencia que les hizo suponer que la batalla iba a empezar.

Basta ver el brusco demarraje de Machucho y el saludo que lanzan los dos hermanos a la Tribuna antes de perderse entre la nube de polvo que levanta su descabellada marcha.

En efecto, la batalla empieza. ¡Y qué batalla! Los espectadores, entusiasmados ante el magno espectáculo, están roncos de tanto gritar. La performance del "Rolls" de Jhon ha caído al primer empuje de los españoles, pues, resueltos a ganar a todo trance y no temiendo al peligro porque no tiene límites su sangre fría, se lanzan impávidos a toda marcha en los más ceñidos virajes, y, hasta las Eses, el fatal camino pendiente de curvas pronunciadas en donde el conductor del "Salmson" ha visto el fin de su carrera, los ve pasar con las manos puestas delicadamente sobre el volante y sin coger para nada el freno que allí es la única garantía de la vida... y el auto rojo y oro pasa cenido por su propio estruendo y alcanza poco a poco a sus rivales.

Los acontecimientos van de prisa ahora. En la vuelta 18, "Talbot" y "Chiribiri" han quedado atrás en el Pont Rompu, y el descomunal trío "Rolls", "Studebaker" y "Fiat", son alcanzados en la misma recta de las Tribunas y pasados en el viraje.

"Hispano" vence, pero sus ocupantes quieren ser absolutos en su triunfo. Quieren que toda Francia vea de lo que son capaces, y así, en la vuelta 19, esperan a sus contrincantes a los que en aquel momento llevan ya dos minutos de ventaja.

"Fiat", "Rolls", "Studebaker" y "Chiribiri" se aprovisionan entonces a medida de su llegada, como si al ver el reto de Machucho y de Pilongo quisieran vender cara su derrota, y, una vez listos, se forman en línea y todos a una parten...

Es la vuelta final. Un descuido, los nervios fatigados por el esfuerzo continuado, cualquier molécula que se introduzca en el ardiente motor, pueden modificar la victoria que sonreía a Machucho y Pilongo. Pero, ellos, que han ganado en 19 vueltas o sea en resistencia, quieren ganar en una sola o sea en velocidad. Y un inmenso escalofrío recorre el gandioso anillo de 25 kilómetros. Los coches arrancan a la vez en medio de un silencio angustioso y comprimido, empujados, arrebatados por sus potentes motores y se pierden en el viraje.

De medio en medio minuto las noticias llegan de los controls, y un speaker las traducía al público ansioso:

—"Hispano" en Pont Rompu pasa a "Fiat"... "Hispano", codo a codo con "Rolls" y "Studebaker". "Hispano" en las Eses pasa a la cabeza...

Y el silencio continuá... Ganan los dos pequeños héroes, pero aún puede haber un tropiezo cualquiera, una piedrecilla, la dirección rota, un neumático deshinchado...

Pero de pronto se oye el triunfante alarido de un motor en la lejanía, y cientos de prismáticos se apuntan a la carretera en busca de los colores...

¡"Hispano"... "Hispano"... "Hispano"!...

Y una aclamación rueda, atruena y ensordece. Millares de pañuelos ondean al viento y, Machucho y Pilongo, vencedores en la magna prueba, llegan bólidos entre los bólidos.

Ya han pasado la línea que señala la meta, pero, en vez de dirigirse al avituallamiento, frenan en seco, encaran el auto a la Presidencia, y se incorporan en sus asientos saludando mientras la Banda Municipal entona las majestuosas notas de la Marcha Real.

La policía es impotente entonces para sofocar o contener el entusiasmo de los espectadores que invaden la pista.

—Cuidado... apartarse...

Dos puntos se agrandan... Dos coches llegan juntos a toda velocidad. El público, asustado ante el peligro, huye en todas direcciones. Los dos autos vienen codo a codo haciendo inverosímiles esfuerzos cada uno de ellos para pasar delante del otro, pero las máquinas, rendidas tanto como los conductores, no dan más de sí... y juntos pasan la meta "Rolls" y Studebaker".

Jhon y Abraham, que los piloteaban, saltan inmediatamente a tierra y reclaman el segundo puesto.

Pero, la presidencia, después de una corta deliberación, acuerda premiarles por igual, y la banda de música se divide en dos partes y a la vez tocan el himno inglés y el himno americano. Ni Salomón hubiese resuelto mejor el pleito en más breve espacio.

IV

Tres horas después de estos acontecimientos que ya estaban en conocimiento del mundo civilizado, Machucho y Pilongo, completamente aseados, llamaban a la puerta del cuarto de sus dos amigos. Esperaban encontrarlos apenados e iban a consolarlos, pero no fué así. Se encontraron con dos fisonomías sorientes. La sabia decisión del director de la carrera les había dejado plenamente satisfechos.

—Señores— dijo Machucho —ha llegado el momento de volver a nuestros lares. Nuestras aventuras deportivas tocan a su fin... por el momento. Cuando, hace más de un mes salimos de casa, teníamos el proyecto de descansar visitando Francia e Inglaterra. Dios ha querido que no fuese así, y más bien hemos salido a aventura por semana. El reposo que en países extraños no hemos podido encontrar, vamos a buscarlo en nuestra patria y en nuestra casa. Allí les ofrecemos hospitalidad hasta que se cansen de ella...

Y añadió con la voz ligeramente conmovida, parodiando a Rosalía de Castro:

"Tenho un ha casinha branca
En alto del Pirineo;
Tenho paz y tenho amor,
¡Estoy viviendo en el cielo!"

—¡Alto!—dijo Jhon consultando breves momentos con Abraham—. Aceptamos, pero con la condición de que antes de ir a pasar una temporada en su casa, en lo que tendremos mucho gusto, harán ustedes una excursión con nosotros.

—¿Y adónde piensan ustedes dirigirse? — preguntó Pilongo con la boca ya hecha agua.

—A los Dolomitas del Tirol, en la región llamada el jardín de Austria. Tres días dedicados a alpinismo... tres más a cazar osos... y vamos con ustedes a conocer España.

—¡Aceptado!— dijeron a coro Machucho y Pilongo.

—Y, como en ellos pensar un plan era adoptarlo y adoptarlo era ponerlo en ejecución, empezaron alegremente sus preparativos.

En el episodio siguiente, "Machucho y Pilongo, alpinistas (penúltimo de la serie), se establece una formidable competencia de habilidad entre los cuatro amigos... quedando al fin empatados.

oooooooooo

ENOJOSA ESCAPADA

Teresa y su hermano Alfonsito, están en el campo, en casa de su tío. Se pasean por todas partes y admiran los animales que poseen su tío y su hijo Gustavo.

Franquean una puerta y se lanzan al campo. Cogen flores y frutas silvestres, y se divierten mucho. Pero la noche se aproxima, y es preciso regresar. Los aturdidos, pierden el camino, y se encuentran por fin completamente perdidos.

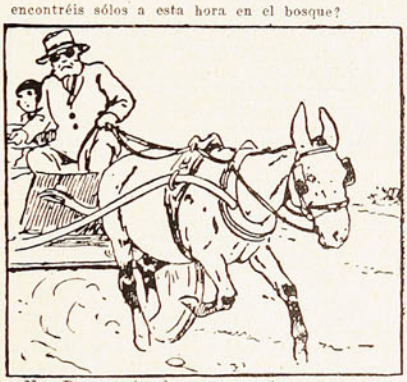
Se está oscureciendo por completo. Espantados, se ponen a correr de derecha a izquierda, pidiendo socorro. "Voy, voy", exclama una voz gruesa y áspera, y los niños ven aparecer...

...saliendo de entre las malezas, un hombre mal vestido y provisto de una gran barba, de un par de anteojos negros y de un sombrero casi deshecho.

Su aspecto no es tranquilizador. ¿Como es posible—dice, que dos pequeñuelos como vosotros, os encontréis sólos a esta hora en el bosque?

"Ya veo lo que es, dice el hombre. Habéis querido hacer la cimarra y os habéis perdido. "Venid. Yo tengo aquí una carretela". Y los arrastra...

...a un camino cercano, donde se encuentra, una carretela tirada por un asno. "Va usted a conducirnos donde nuestro tío", preguntan gozosos los muchachos.



No. Dos vagabundos como ustedes, no merecen tener una familia y una bella casa. Vendréis conmigo y me serviréis de criados". Y azota a la bestia que parte al galope.

Al cabo de media hora, la carreta se detiene. "Llegamos, dice el hombre. Pero como no quiero que sepan donde vivo, os vendaré los ojos". Los chicos están aterrorizados. Su compañero les coge...

...por una mano a cada uno, y les conduce al interior de la casa. De pronto, les arranca la venda. Teresa y Alfonsito dan un grito de júbilo. Están en el salón de su tío que...

...les tiende los brazos, en donde ellos se precipitan llorando. Durante este tiempo, su compañero se ha quitado la barba y los lentes y reconocen a su primo Gustavo, que, habiéndose dado cuenta de su fuga, los...

...había perseguido para protegerlos y darles una lección. Ella les servirá mucho para en adelante...

EL HOMBRE DEL "HISPANO"

Por PIERRE FRONDAIE

Parecía buscarle el alma con sus besos y, callada y omnipotente, apretaba contra su seno aquella cabeza querida como para exprimirle el dolor ignorado. Al cabo de algún tiempo comprendió ella que Jorge estaba curado. Y entonces le habló.

Contestó él que el motivo de su pena era la idea de la separación, que le había causado hondísimo disgusto la indiferencia que ella había mostrado por la tarde y que había creído tener que marcharse sin volver a verla. Aun tuvo fuerzas para mentir más, añadiendo que, aun cuando se trataba de poco tiempo, la idea de verse privado de ella le parecía insoportable.

Rió ella con tierno alborozo y, largamente, después de haber reído, apretó los labios. Y luego, muy al oído, le dijo:

—¿Nuestra separación? ¿Privado de mí? ¿Pero cómo pensaste que te irías solo?

Jorge la contempló a su vez sin comprenderla

Mas, ella proseguía:

—Yo misma, Jorge, había proyectado salir de Biarritz y darte, sin recelos, y mejor que aquí, varios días enteros de mi vida. Un amor como el nuestro hay que llevárselo. En esta tierra tengo demasiadas obligaciones y costumbres que me sustraen a ti. He soñado con que me lleves por ahí, adonde sea... Deseaba decírtelo. Mi marido está de viaje y ¡sabe Dios cuándo volverá! Todo este tiempo lo tenemos libre. Yo pensaba en Roma que tu deseabas ver de nuevo. Pero no cambio París por todas las peregrinaciones del mundo. Puesto que un amigo te llama allí, me iré a estarme contigo varias semanas... ¡Qué loco! ¡Creerme indiferente cuando mi corazón brincaba de júbilo! ¡Y llorabas! ¡Oh culpable, culpable por haber dudado de mí!...

Había embellecido—de un modo raro, cual iluminada por su alma adorable. Y Jorge Dewalter dejó de razonar. Poco antes había visto el estado de su cartera. Aun le quedaban cincuenta billetes de a mil francos. Decíase que ya no precisaba de más cordura, que un hado favorable velaba por él y que aquellas semanas iban a valer por toda una vida. Ebrio de felicidad había cogido las manos de su recobrada Estefanía, cubriéndolas de besos.

XII

Dos días después tomaron el camino que va de la frontera de España al hotel Ritz, en la plaza Vendome, por Burdeos, Tours y Orléans. Unicamente a Pascualina enteró Estefanía de la escapatoria que había imaginado. Jorge comunicó a Deleone que había modificado sus proyectos, pues llamado con urgencia a París ya no se iba al Senegal.

Deleone dióse por satisfecho. Su esposa, más ingeniosa y menos distraída que de costumbre, lograba retenerle en la Costa de Plata. Por tanto, el regreso de Dewalter a París le procuraba al hispano un piloto hasta la calle Marbeuf. Sobreentiéndase que en la calle Marbeuf era donde Deleone tenía "el gallinero", como él mismo designaba al palacete que, meses antes, había ofrecido a Florinette Soinsoin, mote de guerra que ocultaba el verdadero nombre de Yvonne Chuán. Deleone rogó a su amigo que, a la llegada, telefoneara al distrito dieciséis y Jorge respondió que dejaría encargo de ello en el garage. Sentía que aquel hermoso vehículo, ágil y rápido como pájaro no fuera de su propiedad, pues le gustaba a Estefanía. Pensó en que iba a ser preciso sustituirle.

La proximidad de octubre dábale pretexto para mostrar deseos de tener un coche cerrado. Decidió alquilar un automóvil para el servicio de lady Oswill. Sabía que montaría en él sin cuidarse de como fuese, como se ponen las sandalias al saltar de la cama. Sabía también que ya no podría dejar de tener un chofer ante la puerta durante las semanas que iba a vivir con ella. Jorge estaba dispuesto a desempeñar su papel hasta el fin, a esconder su pobreza, como esos obreros que, enfermos y sin recursos, disimulan su desaseamiento y se componen el rostro para que no les arrojen de los talleres; y también como las gentes bien educadas que no hablan jamás de sus dolencias.

Ahora, él mismo llegaba a sonreír de su locura. Y se decía:

—Es un engranaje. Lo que principia en la idea acaba en la acción. Me han considerado rico y tuve que—fingirlo. Hoy tengo los ademanes de la riqueza. Mañana...

Al llegar a este punto ya no se decía nada más.

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN LOS NUMEROS ANTERIORES

DELEONE y Dewalter llegan a Biarritz en un magnífico Hispano, Deleone tenía su mujer en Biarritz y una querida en Burdeos. El Hispano lo había comprado Deleone para regalarselo a su querida, y como quería que su mujer ignorase tan significativa manifestación, resuelve pedirle a su amigo Dewalter que, arruinado, había pensado dirigirse al Africa para rehacer su fortuna, que le haga el inmenso favor de aparecer en Biarritz como dueño del magnífico automóvil. En el Casino de Biarritz, Estefanía, bellísima esposa del excéntrico millonario inglés William Meredith Oswill, vé a Dewalter, quien le es presentado. Sabe que es dueño de un coche magnífico y lo cree tan rico como ella misma. No amaba a su marido, con quien la han casado cuando ella no era capaz de reflexionar. Sin embargo, nunca ha tenido un amante. Teme enamorarse. Lo teme especialmente por su inmensa fortuna, que constituye para cualquiera una presa envidiable. Dewalter, con su coche magnífico y su bella estampa, la seduce de golpe y sin restricciones porque no le inspira desconfianza. Su fortuna le pone al abrigo de toda sospecha de interés. Dewalter había conocido a Oswill en el tren, antes de que su amigo le hiciese la estravagante recomendación de que quedase por dueño de un coche que no le pertenecía. Dewalter no sabía que Oswill era el marido de la linda mujer a quien acababa de ser presentado. En aquel viaje en tren, le cuenta él su situación y su pobreza y su proyecto de desterrarse al Africa. Cuando Oswill lo encuentra en Biarritz, dueño de un coche de multimillonario, lo interroga: Dewalter le cuenta la verdad, pero le hace prometer que no dirá a nadie una palabra.

Estefanía y Dewalter se enamoran el uno del otro, ella con sinceridad y confianza, y él con sinceridad y honda preocupación. Estefanía no oculta su amor al marido, y éste, después de un diálogo de gran escepticismo, se marcha al Africa. Ha sabido que su mujer está enamorada de Dewalter, el pobre diablo que no tiene sino la apariencia de la fortuna en el Hispano, que no le pertenece, y esto le procura una felicidad maligna mezclada con un odio feroz. Nada dice por maldad y por cumplir su palabra de callar la confidencia hecha por el desconocido. Estefanía, muy enamorada, y por primera vez enamorada, se entrega a Dewalter. En seguida huye con él a su casa de campo a gozar del amor de "toda la vida", porque piensa conseguir el divorcio y casarse con Dewalter...

Había adoptado el acuerdo de cerrar los ojos. Sabía que, al cabo de un mes, Estefanía tendría que regresar a su casa; y entonces volvería a abrirlos. Y quizás era en esto como la mayoría de los hombres: huyen hacia adelante y renuncian a defenderse porque esperan el milagro.

Se hallaban en París desde hacía ocho días. Todo había ocurrido muy sencillamente y ninguno de los actos de Dewalter pudo—sorprender a Estefanía. Se había hospedado ella en el hotel Ritz, según tenía por costumbre. Su doncella, a la que había resuelto poner al corriente de todo, había acudido a su encuentro por tren. Era una muchacha vasca, muy afecta a su ama, y que detestaba a Oswill al estilo de la vieja Antonia. Al llegar ante el hotel Estefanía, fatigada, dijo a Jorge que acudiese a buscarla alrededor de las ocho.

Era poco después de mediodía cuando su amigo hubo partido, lady Oswill sonrió pensando que había olvidado pedirle sus señas y que tampoco él había pensado en dárselas. Sintió deseos de llamarle por teléfono y se puso a consultar el **Tout-Paris** y el **Anuario de los Abonados**; pero fué en vano. Al no encontrar lo que buscaba se entretuvo pensando que Jorge podría no volver jamás y que era tan sencillo que resultaba verdaderamente misterioso. Al fin se durmió. Cuando despertó eran las siete de la tarde. Se vistió y a las ocho en punto el conserje del hotel avisó por teléfono que Jorge estaba abajo. Estefanía ordenó que le hiciesen subir a su salón particular. Era exiguo y tranquilo y tenía un jardincito enfrente.

Jorge no se había olvidado de indicar su dirección puesto que ya no la tenía. En ruta, silenciosamente, había reflexionado y todo ocurrió como lo había previsto. Condujo al garage el hispano del que, en adelante, ya no tenía que servirse. Alquiló para un mes un coche cerrado y pagó la quincena adelantada. Le costó dos mil francos. Se hizo conducir a cierta agencia de la rue Royale y allí le indicaron que en los Campos Elíseos había disponible un piso amueblado. Lo visitó. Cinco ventanas daban sobre la avenida y sobre una vía transversal. Las habitaciones eran espaciosas; un tapicero experto habíalas adornado con buen gusto para un norteamericano encariñado con los siglos pretéritos. Al entrar daba la impresión de ser una residencia suntuosa, y el yanqui realquilaba, cansado súbitamente de París. Dewalter recordó las riquezas de Olorón y las de Biarritz. Lo que le proponían era, en suma, modesto y digno a duras penas de Estefanía. Le pidieron siete mil francos. Pagó. El norteamericano dejaba al marcharse a su doméstico, hombre viejo acostumbrado a los amos fugitivos. En el precio entraba el suministro de la ropa blanca. No se sentía allí la frialdad de los cuartos de tránsito. El empleado de la agencia felicitó a Dewalter, diciéndole que aprovechaba una verdadera ganga. Hizo allí mismo el inventario con ayuda del mozo mientras el nuevo ocupante se ingeniaba—por dar a las cosas un aspecto familiar. Ordenó que le trajesen flores. Propusiéronle una buena cocinera, de servicio en la casa. La admitió en el acto y, como todavía le quedaba una hora antes de vestirse, descendió a la calle y compró algunos objetos que le parecieron necesarios. Ya no tenía noción de lo que estaba haciendo y preparábalo todo con fruición para recibir a lady Oswill. Todos sus pensamientos giraban alrededor de un solo propósito: no desengañarla.

Ya se estaba esforzando por dejarle un buen recuerdo.

Quizás no se daba Jorge exacta cuenta de la adoración que sentía por ella, una adoración sencilla, poderosa y que impulsaba al martirio. Seguía su camino ingenuamente. ¿Será preciso creer que aquellos que siguen su camino, sostenidos por la exaltación de la idea, ya no experimentan sufrimiento alguno? Jorge no sufría. Además. ¿quién habría podido aconsejarle? Nadie. Era, de seguro, uno de los hombres más aislados de la tierra. En aquel entonces ya no conocía más que a un viejo amigo de su familia un pobre notario provinciano, el señor Montnormand, cuya oficina se hallaba en Saint-Germain en Laye (1). Era un anciano afectivo y cándido, el único ser con quien Dewalter mantenía correspondencia. Cierto que también contaba aquel desconocido del tren, el excéntrico que había vuelto a encontrar en Biarritz. A veces Dewalter tenía el presentimiento de que volvería a verle. Pero pensaba en él con repulsión.

Oswill no se quedó en Marruecos tanto tiempo como había pensado en un principio. Apenas se encontró en alta mar comenzó a arrepentirse de haberse alejado de Biarritz. Fumaba enfurecido sus cortas pipas y si en vez de encontrarse en un paquebote fuera en un yacht de recreo no cabe duda que hubiera dado orden al capitán de virar de bordo. Para distraerse recorría la cubierta, examinando a los pasajeros y estudiando taras en sus semblantes. Vió una pareja. Eran dos recién casados, jóvenes, que hacían su viaje de bodas. Oswill estuvo hablando con ellos. Esforzábase por discernir en sus respuestas la diferencia de sus caracteres y prever cómo y en cuanto tiempo se hallarían desunidos por primera vez. Ella era de natural lánguido predispuesta sin duda a cansarse y decepcionarse pronto. El era un campesino, ingenuamente enamorado y sensible. Oswill dedujo que la esposa llegaría a entristecerle. Reaplandecía felicidad, pero sin duda la esposa no tardaría en traer la neurastenia al hogar; y el marido, en la lucha por la vida, perdería algunas de sus armas. El maniaco se complació en preverlo así, alegrándose como si hubieran sido enemigos suyos. Con tenebrosa habilidad y odiosa campechanía esforzábase en perturbarlos de antemano, diciéndoles cosas aptas para crear entre ellos una diferencia de opiniones. La pareja no advertía el veneno y se divertían con las paradojas de Oswill. No obstante tuvo éste la dicha de apercibirse en dos ocasiones por un gesto de la mujer y una reflexión del hombre, que habíales facilitado materia para discusión. Le escuchaban ellos con simpatía, sentados y muy unidos uno contra el otro en tanto que el buque deslizábase a través de la noche despejada, Veían en la sombra su semblante irónico, el pequeño incendio de su pipa y la brasa de sus ojos malignos. Pero Oswill les hacía reir y les decía palabras peligrosas que ya nunca olvidarían y de las que algún día, uno contra el otro, podrían servirse para

(1) Localidad de los alrededores de París.—(N. del T.).

golpearse. Las palabras. quedan. Oswill lo sabía.

Cuando se encontró en su camarote, ocupado en frotarse los tatuajes con un guante de crines. se regocijaba seguro de haber echado, semilla mala en aquel campo. Pero la imagen de Estefanía volvió a su pensamiento. Al meterse en cama siempre le ocurría lo mismo. Destapó un cajón de ginebra y bebió varios tragos, silbando como un áspid en los intervalos. Enfureciose porque, de pronto, tuvo la sensación de inquietarse por lo que ella pudiera estar haciendo a tales horas. Murmuró su eterno "¡es gracioso!" y revolviéndose entre las sábanas como un cachalote entre las olas preguntóse iracundo si no iría a volverse tan necio como otro marido cualquiera. En esto, oyó rumor de voces a través de los estrechos tabiques: era la joven pareja que hablaba en el camarote inmediato. Discutían una reflexión que Oswill les había hecho sobre la educación de las mujeres árabes. Por las répliicas entrecortadas que atravesaban el ligero tabique de madera, tuvo Oswill la satisfacción de comprender que aquel disentimiento era obra suya. Y se durmió — tal vez para no tener el disgusto de oír que la querella se apaciguaba, renaciendo la reconciliación.

En Casablanca se había prometido correr buenas juergas, frecuentar los bares y buscar en los barrios aventureros, en las casas africanas de lenocinio nuevos objetos de meditación. Nada de esto hizo Oswill. Obraba, por el contrario como si tuviera prisa y quisiera regresar a su casa lo más pronto posible. Arreó a los tratantes de terrenos en venta como si fueran negros. Cuando no era posible utilizar el auto galopaban por los senderos. Vino, vió y compró. No estaba más que a un día de distancia de Fez, y desdeñó visitar aquella maravilla donde, tras las paredes desconchadas se esconden las fontanas y los jardines. Oswill encontró el pretexto de que estaban en septiembre y que volverían por primavera. En realidad no pensaba más que en el país vasco. Extrañábale este pensamiento insistente y él se lo explicaba a sí mismo: era, se repetía Oswill, para saber como "plantaría" la señora Oswill a Jorge Dewalter. Era para gozar mentalmente de su fracaso. Era para regocijarse de antemano con la desventura de aquellos dos tontos... Oswill no admitía que su exasperación naciera sencillamente por haber partido dejándoles el campo libre. Rechazaba la idea de estar inquieto o simplemente preocupado.

Encontrándose de regreso en la costa y con dos horas que perder antes de volver a embarcarse, — enseguida, enseguida, — se fué a casa de una hetaira que le indicó el portero del hotel. Era bonita, vigoroza, su voz tenía un acento que Oswill conocía bien, el acento de la frontera española. Había llegado tres años antes desde las riberas del Nivelle en compañía de un muchacho, que había muerto, pocos meses después de la llegada, en los alrededores de Marrakech.

A partir de entonces dedicábase a "hacer fortuna" y se vendía con sencillez en espera de reunir un capitalito que le consintiera casarse al volver a su tierra. La muchacha recibió al inglés con una deferencia complaciente, dispuesta a obedecerle a su antojo. Pero él estuvo contemplándola y, bruscamente, pensó que aquel cuerpo majestuoso no estaba hecho para distraerle. Interrogóla para saber si había vivido en Biarritz. Respondió ella que había servido en casa de ciertas personas que nombró. Eran unos primos de los Coulevai. Oswill la interrogó de nuevo y, sin transición la injurió. Le dijo que todas las mujeres eran insensatas, que las despreciaba y que admiraba mucho a un vaquero al que había visto devolver la suya a su casa dándole puntapiés en el trasero. Añadió que todo el sexo entero no merecía ocupar a un solo hombre, a menos que este hombre no fuera una calamidad. Oswill pidió a la vasca que la sirviera una copa de coñac. Desnuda y trémula sirvió ella el licor. El le arrojó quinientos francos y se fué, lleno de incomprensible iracundia. Ya estaba él en el barco, indignado por el ruido de los aparejos, y la muchacha aun permanecía atónita por la incoherencia de su cliente. Por fin le pareció comprendido y. llegada la noche, le estuvo refiriendo el caso a un colono de sus fieles.

—Queridito, resumía ella, ese tipo los lleva puestos. ¡Seguro que es cornudo y que además lo sabe!

Durante la travesía Oswill se mantuvo oculto. Sentíase de humor para proferir las mayores demasías y prefería no ver a nadie. Cosa notable: se olvidaba de beber. A ratos concebía un cierto odio por lady Oswill y pensaba que de buena gana le haría daño. Siguió con su monomanía. Pensó de repente que tenía sobre ella un título de propiedad, que le daría un narcótico y que haría uso despiadadamente, de sus privilegios. Mientras el buque avanzaba cortando el oleaje, examinó Oswill su proyecto.

Al fin, dedujo que era vano el tal propósito.

Y resolvió lo imposible: se propuso obtener, después de tres años, el antiguo consentimiento. Lo deseó, súbitamente, con firmeza. No quiso más que eso. Volvía a verse en las horas de la boda, y en su cerebro malsano, apto siempre para destruir, confundíanse las imágenes de Estefanía y de la prostituida de Casablanca. Dijose que ambas eran suyas por igual y, a una y otra, tenía derecho a exigirles cuanto quisiera. No obstante abrigó la intención de disimular su frenesí, ensayando una experiencia. Y se la formuló de este modo:

—Su resistencia es un pedazo de azúcar. ¿En qué mixtura lo desharé?

Oswill fabricó de antemano una mezcla de socaliña y voluntad, a base de zalemas y con una sospecha de magnetismo. Satisfecho de su propósito y no dudando de su triunfo, saltó del buque a su coche yéndose de una arrancada hasta Biarritz: al llegar a casa un doméstico le dijo que lady Oswill había partido hacía una semana sin dejar señas.

Entonces Oswill anduvo errante por la ciudad, como buscando alguien con quien liarse a puñetazos. Le asfixiaba la ira, y, durante tres días, estuvo bebiendo sin parar. Insultaba a los criados. Y a la postre se quedó dormido como un niño después de un castigo. Cuando despertó había recobrado su lucidez. Resolvió vengarse y examinó con método la situación. Ya no dudaba de la victoria completa del amante. Estaba persuadido de que lady Oswill no ignoraba nada, incluso la miseria de Jorge. Pensaba que Estefanía le habría seguido para sacarle de ella y pareciale con toda su riqueza, como esas miserables trota-aceras que se consuelan de sus ascos, pagándose las felicidades de su corazón. Día por día su semblante se iluminaba y su furor se encalmaba pues sabía que iba a hacer daño. Pero lo que Oswill ignoraba aun era como haría ese daño.

Durante todo este tiempo, Jorge Dewalter aguantaba a pie firme, aunque poco a poco, como el héroe de **La piel de zapa**, veía estrecharse su felicidad. Renacían sus angustias y Estefanía, vivía sencilla y soberanamente entre el deslumbramiento de su amor. Cada una de sus horas estaba henchida de gozo. Ignoraba los sentimientos lacerantes de ambos hombres.

XIII

En octubre, París renace. Tras la tregua de las vacaciones todos vuelven del campo o de la playa de esas temporadas salubres con un frenesí de vida ciudadana. Los teatros y cabarets de moda recobran su clientela ayer dispersa a tenor de las estaciones y de las cacería. En las calles desborda una circulación atareada y en las noches precoces de estos finales de otoño, se iluminan, al propio tiempo que los vehículos, las vitrinas y los balcones. Sin embargo, el resto benigno de la estación que pasa, dorada y madura como un fruto en sazón, aun consiente a las multitudes respirar el aire libre de los jardines. Circula por doquiera un placer de recobrar las costumbres. Ya no se trata del lujo nervioso de las grandes semanas primaverales cuando, hacia el barrio de la Estrella, la propia capital es una ciudad de veraneo. Congregando ahora entre sus paredes demasiado exiguas a sus hijos pródigos y a todos sus parientes provincianos París vuelve a ser París, todo él a un tiempo.

Estefanía no se cansaba de gozar. Experimentaba la triple felicidad de estar enamorada por primera vez en su vida, de hallarse libre con su amante entre la plaza Vendôme y la rotonda de los Campos Elíseos y de poseer cuenta abierta en todos los comercios que convierten a este punto exacto de Francia en el mostrador más maravillosamente refinado del universo.

Aquel día encontró a Pascualina Rareteyre.

Había ésta dejado Biarritz dos semanas después de su amiga y se hallaba en París desde hacía unos días. Aún no había tenido tiempo de ir al Ritz. Juntas, subieron hacia la Estrella. Una brisa tibia oreaba el paseo. Las dos mujeres caminaban a gusto y, como eran hermosas, los transeuntes se volvían para mirarlas.

—Tu marcha no pasó inadvertida, decía Pascualina. Todos se percataron de que coincidía con la desaparición del señor Dewalter. Hasta tus mejores amigos lo han comentado.

—¡Un tema nuevo de conversación! exclamó tranquilamente lady Oswill.

Caminaron algunos instantes en silencio. Pascualina miraba a Estefanía y, llena de gozo, veía la dicha impresa en su semblante. Ya no mostraba aquella tristeza altiva que, en otros tiempos, aun cuando sonriese, le daba austeridad. Sobre su boca, más sinuosa que antes, paseciale ver la huella de los besos recientes.

Estefanía ¡adivinando quizá la admiración de su amiga experimentó el deseo de hablar de su felicidad. Y dijo:

—¡Si supieras cuán dichosa soy!

—¿Tanto?

—¡Más aún... Jorge ha iluminado mi vida.

—Bien lo veo, dijo Pascualina.

Pero añadió:

—¿Y tu marido? ¿Todavía en Marruecos?

—Sin duda, respondió Estefanía.

—¿No hay noticias?

—Ninguna.

Mostraba en sus breves réplicas una indiferencia absoluta y parecía no preocuparse de Oswill lo más mínimo como si se tratase de un extraño. Pascualina, sorprendida, exclamó:

—De todos modos va a serte preciso regresar.

—Sí.

Suspiró y durante unos segundos pareció madurar una idea secreta. Al fin la reveló:

—A cada momento que transcurre aspiro a mayor libertad, Pascualina. Vivir sin Jorge ya no es vivir. Quisiera ser su esposa.

—¡Oh, oh! me parece que pides demasiado, dijo riendo la señora Rareteyre.

—No; no es demasiado. Jamás he tenido yo un amante. Y si mañana, la vida, nos separase...

—¿Y porqué ha de separaros? repuso su amiga. Ambos me pareceis decididos, tanto el uno como el otro, a no dejaros desunir.

—Es verdad, sí; pero, con todo, yo sigo casada y como acabas de decirme va a ser necesario que regrese.

Suspiró, con tristeza:

—¡Pobre Jorge! ¿Cómo podrá pasarse quince días sin mí?...

—Te escribirá.

Sonrió Estefanía orgullosa:

—¡Qué bellas cartas! Releeré todo lo que me dice cuando le tengo a mis pies. Paso los dedos por entre sus cabellos, siento el calor de su frente febril...

—¿Tiene fiebre? interrumpió Pascualina bromeando.

Estefanía sonrió de nuevo:

—Siempre tiene una poca fiebre como si tuviese el alma prendida en llamas. Su cabeza y su corazón trabajan incensantemente por mi. Me mira con ojos de bondad: veo su amor en sus ojos, y, con voz que es un encanto, me dice cosas muy bellas.

—Tienes suerte, respondió la señora Rareteyre siempre jovial. ¡Mucha suerte! ¡Un tal amante de buenas a primeras! ¡ Con tánto que he ido yo espigando!

Lady Oswill pareció no haber entendido.

Gravemente, con solemnidad involuntaria y como para dar gracias a los hados, murmuró:

—Sí, tengo suerte. Sucede que mi dicha repleta de angustia, como en esas noches serenas del estío, cuando la luna parece peligrosa...

—No lo he notado... No soy una intelectual, dijo bromeando Pascualina.

Habían llegado a lo alto de la avenida de los Campos Elíseos. La hora era cálida y difusa y la compacta silueta del Arco de Triunfo recortábase, pesada y maciza sobre los postreros reflejos del sol poniente. Vehículos rápidos y, silenciosos como aves nocturnas recorrían la vía lujosa y, de minuto en minuto, iba perdiendo el cielo sus reflejos. Los transeuntes andaban pasito a paso.

Estefanía se paró en la esquina de la calle Lord Byron.

—¿Qué haces? preguntó la señora Rareteyre

—Jorge vive aquí. Ya te invitará un día a tomar el té.

—No dejaré de venir, aprobó la risueña joven. Me es muy simpático ese hombre que te hace feliz y quiero felicitarle por ello.

—Tu podrás hacerlo, respondió lady Oswill.

Su voz era suave y honda al decir esto y en ella destilaba sutilmente todo su ardor y su dicha angustiada.

Cuando estuvo en el salón donde Jorge la aguardaba, le encontró en al penumbra. No había encendido las lámparas y quizás no se había percatado siquiera de la caída de la noche. Dió la luz y él se mostró sonriente. No le había visto desde la hora del almuerzo. Se arrestujó contra él y, sin decir nada, se dejó acariciar. Jorge le recordó que había dado cita a la sirvienta. La llamaron y Estefanía le dijo que no volvería al hotel, que su modisto tenía qu

llevarle un traje nuevo y que se lo trajera luego allí. También ordenó que telefonearan a casa de Lewis. Llevaba un gorrito de este modisto universal. Se lo quitó e hizo que lo pusieran en la alcoba. Evolucionaba con gran desenvoltura, con resolución inquebrantable de confesar siempre y en todo momento su amor y su orgullo de amar.

Cuando Estefanía y Jorge se encontraron a solas ella se puso a contemplarle, dichosa. El estaba pálido con una ligera expresión sombría en los ojos, pero con semblante viril y sin tristeza, algo crispado como quien se obstina en mirar desde lejos. Sonreía con indefinible expresión de bondad y la examinaba ingenuamente como un niño que admirase una estatampa. Experimentó ella un placer tan intenso que le comunicó a lo físico, recorriéndole el cuerpo entero con una sensación de caricia. Balbució para él lo que le había dicho a Pascualina:

—¡Nunca en la vida he sido tan feliz como lo soy desde hace un mes, querido Jorge!

Estremecióse él y sus gestos se suavizaron más aun como si esta pequeña frase le recompensara de un gran sufrimiento. Quiso escucharla de nuevo:

—¿De veras?

Con un movimiento de voluptuosidad le tendió ella los brazos. Alzábalos como asas vivas y parecían cargados con toda su ternura. Estaba radiante. Cogió él aquella admirable cabeza entre las manos y habló, contemplándola.

—Voz deliciosa... Belleza... locura... espejismo... ¡cuánto te amo!

Rió ella con risa sana, juvenil, y se levantó:

—¿Espejismo?... ¿espejismo?... ¿Cómo es espejismo? Supongo que hay en mí algo de realidad...

El contestó suavemente:

—No.

Y con una especie de pirueta escabullóse de su lado. Estefanía volvió a reir.

—¡Oh! eres demasiado filósofo para mí. Bien está lo de locura: pero espejismo...

Pensaba ella con placer en su cuerpo generoso que no cesaba de entregarle. Y le gritó:

—No sabes muy bien lo que dices... Ya lo he observado: adoptas tonos y maneras sentenciosas... Dices muchas cosas a medias...

Jorge la interrumpió bromeando:

—¡Cosas de la locura!

Y mientras ella reía aún, volvió a cogerla y la abrazó con todas sus fuerzas. Entonces sintió ella un impulso hacia él, un extraordinario impulso, que venía del fondo de su ser. Le dijo que tenía él derecho a su vida entera. Causóle gran sorpresa oirle responder con vago tono, como a pesar suyo, como para sí mismo, que no tenía derecho absolutamente a nada. De pronto le encontró exagerado, unas veces triste y otras contento en demasía. Transcurrida una larga pausa Estefanía le preguntó si tenía algo que ocultarle.

Insistió. Parecíale que Jorge sentía una inquietud oscura.

—Dímelo. La idea de que pudieras ocultarme algo me sería insoportable. No podría olvidarlo nunca. Hoy, ahora enseguida, te lo pregunto: ¿tienes algo que ocultarme?

Le había cogido de las manos y mirábale fijamente con sus límpidos ojazos. Durante unos segundos concibió él una esperanza insensata. Cruzó por su mente, como un relámpago, la intención de ser franco. Pero vió tanta lealtad en el semblante de Estefanía que le dió miedo. Comprendió claramente que si confesaba, todo habría concluído y que nunca más le creería. Recordaba que en cierta ocasión, la primera noche de Ciboure, le había dicho ella todo el horror que le inspiraba la mentira. Y acercándosele al oído le dijo como ponderando las palabras:

—No, no. No tengo nada que ocultarte... Te quiero sencillamente y soy feliz.

—Tanto mejor, murmuró Estefanía, tanto mejor. Revelar un secreto entre nosotros no hubiera helado.

Y cambiaron de conversación.

La vió serenada y confiante en su palabra. Antes de responderle la había mirado fijo y, otra vez estaba contenta. Estefanía hizo el proyecto de ir al teatro y de comer antes en el **cabaret** del Cancton, en casa de esos rusos que, cerca de la Bolsa asan el carnero sobre agujas y fabrican sopas heladas mientras que unos zinganos les arrancan a sus violines el canto de los marineros del Volga. Tres días antes habían pasado allí una hora agradable. Jorge aprobó la proposición de volver. Estaban solos. La desnudó y cuando ella hubo tomado el baño, enjugó por su propia mano el bello torso mojado, las piernas magníficas y los pies encantadores que la habían traido. Y cuando volvió la sirviente, presentando el traje nuevo. Jorge las dejó solas y pasó a su gabinete particular.

Cuando estuvo arreglado para la comida, sacó de un cajón una carta. Era de su propia escritura. Sin releerla la encerró en un sobre que, ya redactado, llevaba las señas del señor Montnormand, notario de Saint-Germain-en-Laye. Una vez cerrada teníala en una mano y, maquinalmente, dábase contra la otra, a golpecitos irregulares. Hacía esto con la mirada perdida. Por fin se metió el sobre en el bolsillo y volvió junto a Estefanía.

—¿Estoy bonita? preguntó ella sonriendo.

Surgía del vestido cual entre una flor abierta y varios diamantes brillaban sobre ella como rocío. Agachada a sus pies la deméstica recosía una perla de la falda. La amante con los brazos en alto se alisaba un mechón rebelde de los cabellos, junto a la oreja que aparecía desnuda. Desde la calle subía el rumor sosegado de la avenida suntuosa. Jorge la ayudó a ponerse el abrigo de zibelina y cuando hubieron descendido la doncella estaba mirándolos por la ventana: vió al señor Dewalter sacar de su bolsillo un sobre, vacilar en echarlo a un buzón y luego guardarlo otra vez mientras lady Oswill, indiferente a estos ademanes desaparecía, metiéndose en el coche.

XIV

La ciudad comenzaba a envolverse en niebla muy a menudo. Las prolongadas lluvias, portadoras de los hollines y de los polvos infectos de las fábricas del Norte, descendían hacia la Ile-de-de France. (1).

Un cierzo maldito silbaba en los ángulos de las calles y retorcía el agua como un cabo de látigo antes de azotar los rostros. En los autobuses, en las tiendas, en las bocas del Metropolitano, en los cines, los vestidos expelían un barro malsano en cuanto la atmósfera se caldeaba un poco; y la tristeza de las grandes ciudades, durante las estaciones inclementes, caía sobre varios millones de existencias.

Entonces es cuando, en París, cada movimiento produce una fatiga. La circulación desgasta a la muchedumbre. El hormiguero devora a sus hormigas: el trabajo y el placer tienen, por la noche, la misma oquedad en los ojos; pero la vida continúa dorada para los que puedan arrojar diariamente en el remolino un millar de francos. No se necesita menos para que uno descienda de su coche, almuerce en el ''Café de París'' o ''chez Montagné'', haga un par de recados, cene en el Ritz y escuche desde un palco a Raquel Meller. Lady Oswill, sin tener de que preocuparse, había gastado en el espacio de un mes, entre las plaza Vendome y la ''Rue de la Paix'', algo más de doscientos mil francos. Y, por vivir al lado de ella y correr con los gastos de paseo. — los gastos de carretera si así puede decirse — Jorge Dewalter se había quedado sin dinero.

Apenas si le restaban unos cuantos billetes de a mil, una semana o dos de resistencia y, luego, el abismo. Jorge se daba perfecta cuenta de ello y su angustia reaparecía.

Mediaba noviembre. Estefanía le dijo que no podía dispensarse de volver a Biarritz, que estaba sin noticias de aquel marido que evitaban nombrar y el cual debía encontrarse de retorno a Francia de un día para otro. Consideraba ella que ya era indispensable una organización nueva de su vida. Daba por lograda la cordura de Oswill, pensando que se mostraría complaciente con tal de que ella no le abandonase por entero y siguiese haciendo la vida en común varios meses al año. Resolvió tomar el tren y pensó que Jorge la acompañaría. Pero éste objetó que le era menester quedarse para resolver determinados trabajos. Había fingido ocuparse de economía política.

Ella lo creyó porque era él quien lo decía.

Convinoso pues que Estefanía se iría sola a Biarritz y que, o volvería tras una ausencia de tres semanas, o acudiría él entonces a reunirse con ella. Estefanía se prodigó a Jorge durante los últimos días y que su amor, lejos de amenguar con el uso haciase cada noche más imperioso.

Por fin, el 11 de noviembre—día del Armisticio—la acompañó a la estación.

Eran las siete de la tarde. Llovía con tanta violencia que el agua al caer rebotaba sobre el asfalto resbaladizo. La acompañó hasta el compartimento de coche-camas que ella había elegido de una sola plaza; la doncella ocupaba otro. El grande y pesado tren gravitaba sobre la vía subterránea. Los andenes estaban casi desiertos y los recorrían hablando en voz baja. Estefanía le daba mil tiernas recomendaciones y le oprimía la mano en la suya. Envolvíase en un abrigo de piel gris que despedía efluvios de ámbar. Llevaba el rostro enmarcado por un sombrero combinado con alas de pájaro plegadas y, bajo un velo ligero, los ojos tomaban aspecto de misterio. Jorge solo sabía decirle: ''¡Qué hermosa está!'' Su acento era trémulo y estaban ambos tan agitados por el dolor de separarse que ella no advirtió que Jorge ya no la tuteaba. Por fin los empleados del tren hicieron las postreras llamadas. Hubo pues que subir al vagón y, desde lo alto del estribo, ella le guía hablándole mientras él se agarraba a la barra de apoyo vertical, alzando hacia su amante la cabeza confusa. Temblaba interiormente mientras afectaba no decir más que palabras corrientes y, de pronto advirtieron el arranque. El tren que se llevaba a Estefanía estaba en marcha.

Le envió ella un beso con su mano enguantada y Jorge ya la vió a diez metros de él...

Permaneció inmóvil dos o tres segundos y luego, bruscamente, como perdiendo la noción de lo que hacía, echó a correr mientras se aceleraba la velocidad de las ruedas. Estefanía le miraba sin comprender aquello y no comprendió nada hasta que Jorge estuvo otra vez al lado suyo: había saltado sobre los estribos, subiendo rapido al vagón. Le había volado el sombrero. Partía sin nada, sin equipajes, con la cabeza descubierta. Apretaba los dientes con tanta fuerza que las mandíbulas se dibujaban bajo el rostro delgado; a momento, no pudo decir palabra.

Estupefacta y gozosa, lanzaba exclamaciones de extrañeza por su arrebato. Pero Jorge, sin salir de su mutismo, con un ardor sombrío la empujaba hacia su compartimento y, una vez cerrada la puerta, la arrancaba de su abrigo. Estrechándola entre sus brazos parecía querer fundirse con ella. Oyeron en el pasillo al camarero del wagón-restaurant anunciando el primer servicio, y entonces rieron sabiendo que no irían a comer. Obraban sin discernimiento embriagados el uno de otro, tumultuosos y ansiosos a un tiempo, como guerreros en combate.

Al recobrar el dominio de sí mismos ella le acariciaba sonriente y le preguntó si pensaba pasar allí la noche y apearse en La Negresse, que es la estación de Biarritz, sin un traje de recambio. Pero Jorge le dijo que solo había tratado de ganar un par de horas y que se apearía en Les Aubrais. Consultó ella su reloj-brazalete y vió que aún faltaban cincuenta minutos para llegar a dicha estación. Se sintió fatigada y él le aconsejó que se acostase.

Mientras el mozo de servicio preparaba el compartimento para la noche permanecieron ellos de pie en el pasillo, muy cerca uno de otro y ambos en silencio. Una quietud sedante enseñoreábase en Estefanía, la cual se apoyaba contra Jorge. Había dejado de llover. Una luna glacial corría por el cielo en sentido inverso del tren. La campiña uniforme y sin belleza, cortada por carreteras monótonas, parecía interminable. De vez en cuando, en las inmediaciones de un pueblo dormido, la máquina lanzaba pitidos estridentes; una palanca retumbaba al paso bajo el peso del tren; atravesaban una estación sin nombre y una humareda cuajada de chispas iba a extinguirse sobre los terraplenes.

(Continuará)

(1). — Designación geografica de un extenso radio, donde está comprendida la comarca parisiense (N del T.)

''PARA TODOS''
M. R.
Es propiedad: Empresa "ZIG-ZAG"
Perteneciente a la
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA
REVISTA QUINCENAL
AÑO I — NUM. 4
SANTIAGO DE CHILE
15 de noviembre de 1927

Impreso en los Talleres de la Emp. Zig-Zag

Las virtudes del aceite de hígado de bacalao... El sabor del vino de Oporto.

La Pangaduine es un extracto infinitamente más activo y digerible que el aceite de hígado de bacalao, que puede tomarse bajo la forma de un elixir delicioso a base de vino de Oporto o de un granulado que se ronza como un bombón. Es el remedio soberano contra :

La Anemia, los trastornos de crecimiento, el linfatismo, el raquitismo, la neurastenia, la tuberculosis, etc., etc... Pidan a su farmacéutico la

El célebre Doctor Doyen dice :
" Desde que existe la Pangaduine, ni una vez recurrí al aceite de hígado de bacalao, bajo cualquier forma que fuera ".

Pangaduine
M. R.

succedáneo del Aceite de Hígado de Bacalao.
A base de : Extracto de Hígado de Bacalao — Glicerina — Jarabe de grosellas y vino de Oporto.

M. R.

No. 5

$1.20

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Para Todos

M. P.

Es propiedad

La gran cantidad
de vitaminas y demas
elementos nutritivos
que contiene la
AVENA GAVILLA
la hacen un alimento
supra enérgico.

Tome Ud. diariamente
un plato de AVENA
GAVILLA en leche
(porridge) y su salud
mejorará notablemente.

Hágala preparar en
casa o consúmala en los
Cafés, Restaurantes,
Hoteles, Etc.

Casa de Leche "LA PRIMAVERA"
Restaurant Naturista, Etc.

EL ROMANCE DE AMOR DE UN PRINCIPE

HELENE LUPESCU CUENTA SUS AMORES CON EL HEREDERO DEL TRONO DE RUMANIA

YA el telégrafo, a raíz de la muerte del Rey de Rumanía, transmitió los escándalos, los incidentes políticos, suscitados en torno a la sucesión del trono en aquel país: el Príncipe Carol, heredero legítimo, había renunciado al trono para entregarse a sus amores. Primero una esposa morganática reclamaba derechos para su hijo; luego una amante nueva, Helene Lupescu, le retenía entre sus brazos.

Y es esta, Helene Lupescu, quien ha escrito estos recuerdos, que ahora publicamos. No hay novela de amor más romántica que esta, donde la pasión haya sacrificado un trono.

COMO en todos los casos en que el verdadero amor se desarrolla en circunstancias equívocas, la mujer es la que paga, yo, Helene Lupescu, estoy considerada por el mundo entero como una cortesana vulgar, como una sirena egoísta y carente de escrúpulos por cuyas baratas caricias ha renunciado a un trono un príncipe de sangre real.

Y tanto por reivindicar el nombre de ese príncipe—que se llama Carol de Rumania—como por dar satisfacción a un natural anhelo de mi corazón, revelaré la verdad de todo lo ocurrido.

La realidad es que, habiendo nacido Príncipe Heredero de la Corona de Rumania—país formado, solidificado y civilizado por Carol I, hermano de su abuelo, y por Fernando I, su padre, recientemente fallecido — Carol vive conmigo en el destierro en una villa cercana a Neuilly, frente a las murallas de París.

A mí me llaman "Magda Lupescu, la pelirroja judía", y a nuestro hogar lo califican de "misteriosa villa, nido de ilícitos amores", desde el cual "se traman tenebrosas intrigas contra Rumania".

Permítaseme, pues, poner las cosas en su lugar.

Carol firmó su renuncia al trono en enero de 1926.

No fué tal gesto, como el mundo supone, una deserción cobarde y cometida a sangre fría ante las responsabilidades inherentes al Príncipe Heredero del Trono de un país que tiene cifradas en él todas sus esperanzas. Carol procedió así bajo las más siniestras circunstancias, acosado por las falsedades e intrigas de sus enemigos.

BRUSCO Y A VECES POCO DELICADO

Durante años y años se han estado entretegiendo esas intrigas. Desde el casamiento morganático de Carol con Zizi Lambrino, durante la guerra de los cuatro años—mera calaverada de joven que terminó en el matrimonio porque Carol fué demasiado decente y caballeroso, para actuar de otra manera—se le ha traído y llevado como un juguete, amenazándolo y acosándolo, y poniéndolo, en fin, en una situación que ningún hombre de carácter enérgico, impulsivo y rectilíneo, como él, podía tolerar.

Porque Carol es así; brusco y a veces poco delicado. Carece de facilidad de palabras y suele mostrarse hoscamente tímido. Invariablemente prefiere recurrir a la acción a entrar en discusiones o tratar de congraciarse.

Sé de lo que hablo, porque la amistad existente entre el Príncipe Carol y yo, data de hace mucho tiempo y lo conozco mejor que nadie, sí, mejor quizás que su propia madre, la Reina María. Nadie puede engañarme respecto a Carol.

La primera vez que nos vimos fué en Rumania, niños aún. Sucedió hace mucho, mucho tiempo, porque yo tengo ahora 28 años de edad y Carol tiene 34. Yo nací en Bucarest, siendo mi padre rumano y mi madre rusa. Los Lambrino no somos judíos, a pesar de que aseguran que sí. Tengo algunos amigos judíos a los cuales estimo profundamente y si yo fuera judía me enorgullecería de decirlo.

El Príncipe Carol y yo nos conocimos estando yo de visita en la residencia del administrador de una de las posesiones del Rey. Un buen día mi padre me llevó a tomar el té con la Reina Isabel, esposa del Rey Carol I, a la que se conocía en el mundo de las letras por "Carmen Sylva", la "Reina Poetisa".

MI LUENGA Y ROJA CABELLERA

"Carmen Sylva", adoraba a los niños. Su única hija había muerto a la edad de cuatro años, y la pobre Reina tenía el corazón transido de dolor. Me acogió con gran cariño y mandó a buscar unos bombones. Cuando los trajeron, el Príncipe Carol, que estaba a mi lado, tomó la caja y me la ofreció. El contaba quince años y yo nueve.

—Tenía muchas ganas de conocerte—díjome—. ¡Tienes un pelo tan bonito!

Este modo de expresarse, sencillo y poco vehemente apuntaba ya como una de las características más salientes de mi Príncipe. Tiene un corazón de oro; pero no sabe mostrarlo con palabras. No obstante, me halagó el cumplido, porque uno de los mayores motivos de vanidad era para mí, mi roja cabellera. ¡Bastantes dolores de cabeza me costó! Y cuando llegó la moda del pelo corto, me llené de alegría. Ahora uso "melenita", no a lo "boy", sino bastante larga, por el cuello.

Sonreí al joven Príncipe y éste, en el acto, me rogó que abriera la caja de bombones.

—¡Come!—dijo con voz enérgica impetuosa, pero serena, alargándome la caja. Tomé un bombón, pero apenas lo había tragado cuando Carol me hizo tomar otro. Vacilé. Entonces él cogió uno y me lo puso en los labios.

—Yo no quiero más—exclamé.

—¡Sí! ¡Cómelo!—insistió Carol.

Me negué de nuevo, con firmeza, pero él repuso:

—¡Yo quiero que te lo comas!

No logré comprender cuáles eran sus intenciones y la terquedad de Carol me disgustó. Altivamente, alejé de mí los bombones y no hubo nada en el mundo que me hiciera comer uno más.

El Príncipe Carol, heredero del trono, al cual renunció en diciembre de 1925.

ME CASE A LOS 16 AÑOS

¡Cuánto nos hemos reído después recordando aquel episodio de los bombones! Pero entonces yo no me daba cuenta de que, bajo su gesto brusco e imperativo, sólo se ocultaba el deseo de prolongar el placer de tenerme a su lado, haciéndome comer un bombón tras otro. Y le gustaba el procedimiento porque con él no tenía necesidad de hablar...

¡Pobre muchacho! ¡Qué mal supe juzgarlo! ¡Cuántas gentes lo juzgan mal ahora mismo! Pero yo no. Mucho me enseñaron las entrevistas que sucesivamente tuve con Carol y aunque transcurrieron meses y años sin que apenas nos viéramos, siempre nos unió la amistad; siempre supe comprenderle y siempre vi, bajo su aparente brusquedad, a un hombre de corazón bueno y valeroso, y un carácter firme y enérgico.

A los diez y seis años de edad contraje matrimonio con un oficial del ejército rumano. Fuimos felices; pero nuestra felicidad duró poco porque no tardé en ver que nuestros caracteres eran diametralmente opuestos y nuestros gustos demasiado distintos para poder vivir en paz juntos. Mas, vino la guerra y no hubo más remedio que echar a un lado los problemas íntimos y personales.

Mi padre se puso en el acto a la disposición del gobierno. Se fué al frente y mi madre con él. Yo también fuí, con mi esposo. Consagrámonos los cuatro al servicio de la patria y tanto mi madre como yo hicimos todo cuanto en nuestras manos estaba por ayudar a nuestros soldados y cuidar de los pobres huerfanitos abandonados al azar por aquellos terribles acontecimientos.

¡Eran tantos, tantos, los niños sin padres! ¡Y tantos soldados que morían como moscas!

EL PACTO DEL DIVORCIO

Fué durante la guerra cuando Carol se casó con Zizi Lambrino. Me interesó el sucedido, claro está; pero entonces no había el menor asomo de pasión amorosa entre Carol y yo, y al saber de su matrimonio le deseé toda suerte de felicidades.

Terminada la guerra, me fuí a vivir con mis padres, cerciorada de que mi esposo y yo no podíamos congeniar. Así y todo la separación fué amistosa y amigos seguimos siendo. Pactamos el divorcio, cosa corriente en Rumania, entablé la demanda y fué decretada la separación.

Luego, seguí viviendo con mi familia; pero hacía viajes al Occidente de Europa cada vez que podía. Durante una de esas periódicas visitas a mis amistades de París, me tropecé con Carol. Fué en diciembre de 1925. El Príncipe Carol regresaba de Londres, donde había asistido a los

funerales de la Reina Alejandra, en representación de su familia.

La entrevista tuvo lugar en una recepción que daba en su residencia un agregado militar de la Legación rumana.

—Yo quisiera—díjome mi Príncipe — reanudar nuestra vieja amistad de aquellos felices tiempos en Rumania.

Tan cansado y sediento de afectos me pareció, que, desde el fondo del alma y sin otra intención que la de reconfortarlo, le respondí:

—Ven mañana a mi departamento.

He ahí cómo brotó en mi un nuevo sentimiento por aquel jovencito azarado y brusco, que, contra mi voluntad, intentara en Rumania hacía muchos años atiborrarme de bombones...

YO NO QUIERO UN MATRIMONIO MORGANATICO

Al día siguiente, Carol vino a visitarme a mis habitaciones de París, ocultando su ternura bajo una extremada reserva. Al advertirlo, traté de inspirarle confianza recordándole cariñosamente aquel mocito de 15 años que siendo aún niños se empeñó en atiborrarme de bombones, cuando me conoció en Rumania. Ahora sí se comprenderlo.

Por regla general, las mujeres no hallan atractivo alguno en Carol. Carece de habilidad para lisonjear a su compañera y es demasiado varonil y sincero para servir de "ratón de boudoir". Decepcionado de ver que sus amigos lo juzgan mal, Carol cobra súbito interés por cualquiera dedicación, y emprende un largo viaje en automóvil o aeroplano. Entonces las gentes exclaman: ¡Bah! ¡Está loco! ¡No se puede contar con él para nada!

Ni está loco, ni "es imposible contar con él". Carol es siempre considerado y sabe querer a sus amigos. Es caballeroso, generoso, leal y patriota.

El amor que me profesa es tierno y desinteresado. Si se pudiera divorciar de su esposa, la Princesa Helena de Grecia, se casaría conmigo a la menor indicación mía.

Cuando entablamos relaciones amorosas, su primer pensamiento fué para mí y las consecuencias que nuestra unión había de acarrearme; pero yo, sinceramente, no quiero un matrimonio morganático. También yo sé amar a mi patria, amo a Carol y reconozco los deberes que tiene contraídos con su pueblo.

El casamiento de Carol con Zizi Lambrino fué uno de esos yerros que suele cometer la juventud. ¿Sería yo capaz de hacerle incurrir en otro error de esa especie? ¡Jamás! ¡Ni pensarlo si quiera! ¡Ni por un sólo instante he acariciado yo la idea de que lleguemos a casarnos!

ESPIAS DE ZIZI LAMBRINO

Zizi Lambrino vivió hasta hace poco en Neuilly, cerca de nuestra residencia. Jamás hemos hablado Carol y yo de aquellos amores y aquel casamiento, a pesar de que sigue constituyendo para él motivo de no pocas preocupaciones y disgustos. Yo creo que no tengo derecho a formar criterio sobre el asunto, y mucho menos a comentarlo públicamente. Una puede abrir el propio corazón a la mirada del mundo; pero el de los demás debe ser sagrado.

Ninguna mujer puede erigirse en juez de otra, porque es imposible saber lo que hay en el fondo. ¿Es que, por ventura, no estoy sufriendo yo misma la condenación de una sociedad que quizás no me juzgara tan acremente si supiera todo lo que hay en mis amores y cuáles son las intrincadas circunstancias que en ellos han concurrido?

Recientemente, nos hemos visto obligados a echar de nuestro lado a un mayordomo francés y a la esposa de éste, que me servía de doncella, porque podíamos cerciorarnos de que eran espías de Madame Lambrino, a la cual rendían todos los días detallados informes de cuánto habíamos o dejábamos de hacer. Después, supimos que se habían hecho hábiles esfuerzos para inducir a esos servidores a envenenar nuestros alimentos. ¡Pero hasta ahí no llegó su maldad!

No tenemos pruebas concretas de la existencia de este tenebroso complot, pero son tantos ya los que hemos descubierto y frustrado que no queda más remedio que creer, asombrarse y confiar en Dios.

En París, cuando Carol y yo no éramos más que meros amigos, empezó la murmuración y alguien envió a Rumania la noticia de que estábamos haciendo una vida de libertinaje y escándalo. Y entonces comenzaron a llegar de Bucarest serias reprimendas y conminaciones, cuya injusticia irritó de tal modo a Carol que le hicieron pensar por primera vez en renunciar a su derecho de nacimiento.

MI CORAZON SUFRIA CON SU AUSENCIA

Bajo la adversidad y el infortunio, nuestro mutuo cariño se hizo cada vez más acendrado. Cuanto más se ensañaba en él la desgracia más comprendía que me necesitaba. Las reprimendas de la Corte de Rumania redoblaron su furia y súbitamente Carol salió de París con dirección a Milán.

Habrá sido una imprudencia por mi parte haberle seguido; pero le seguí. Sabía que Carol estaba cediendo de una amistad sencilla y sincera..., de algo que jamás había tenido. Yo era una mujer que tampoco había gozado de mucha felicidad en la vida y cuyo corazón sufría al contemplar a aquel pobre muchacho abandonado e incomprendido.

Yo era de su país; conocía su infancia; había tratado a su padre y al tío de éste, ambos verdaderos esclavos del deber, y a su orgullosa y amante madre, la Reina María, respecto a la cual quiero hacer constar en este mismo momento que mi corazón está a su lado porque, en toda esta dolorosa tragedia, ella es la que más sufre.

María es una mujer de corazón magnánimo, incomprendida a veces porque posee un espíritu elevado, ignora el miedo y se muestra impaciente cuando siente sobre sí la tiranía de la voluntad ajena; pero hay ternura y hay piedad en el fondo de su alma. Ni es solapada ni dada a las intrigas.

Todavía ama a Carol; pero por ser Reina, le está vedado ser madre. No le fué dado dirigir y encauzar la vida íntima y la educación de sus hijos—por lo menos la de sus hijos mayores—porque a ello se opusieron fuertes influencias y tan ruda prueba ha pesado dolorosamente en su alma.

Yo he sido madre dos veces, y aunque mis dos hijitas murieron—una al nacer y otra cuando ya tenía un año—llevo en mis entrañas el instinto maternal y siento como todas las madres sienten. Quisiera arrodillarme a los pies de la Reina María y contarle las angustias de Carol en este calvario que al presente parece interminable.

ESTAN ENVENENANDO LA MENTE DE LA REINA MARIA

Las cuestiones planteadas en el seno de las familias reinantes, a desemejanza de las demás, son muy difíciles de explicar. Y hay que recordar que para las familias reinantes es contrario a la tradición defenderse siquiera de los ataques de la opipnión pública.

Carol ama a su bella madre; pero los conspiradores y los intrigantes han logrado envenenar, aunque sólo sea en cierto modo, la mente de la Reina y su modo de pensar para con su hijo. Es tan franca y honrada que no puede creer que sean falsas las historias que hacen llegar a sus oídos respecto a la desgracia de Carol. Los que la rodean la están engañando.

La reina siente animadversión hacia mí, como es natural. Le es imposible ver el asunto bajo sus dos aspectos. Para ella, yo soy "la sirena egoísta y carente de escrúpulos" que tengo a su hijo entre mis garras. Yo soy la mujer escarlata que tienta al hombre, vence su resistencia y lo desarma recurriendo a todas las maldades para quebrantar su carácter.

¡Si ella supiera cuán honda y sinceramente deseo el bienestar y la felicidad de Carol! Dios quiera que llegue algún día a comprenderlo. Tal vez haya algún instinto de madre en el amor que profeso a Carol; lo cierto es que fué el intenso deseo de ayudarle y cuidarle lo que me obligó a seguirle a Milán.

Me alojé en un hotel y Carol se me unió enseguida agradecido y complacido, al parecer, de que yo hubiera venido.

Y NUESTRO AMOR CRECIA, CRECIA

Yo permanecí encerrada en mi hotel; pero mi príncipe se aventuró a salir varias veces. Donde quiera que él iba seguíanle tres emisarios rumanos que hallaban siempre mil maneras de molestarnos y humillarnos. Nuestra vida se convirtió en un tormento constante y tan doloroso llegó a hacérsenos aquel espionaje, que decidimos irnos a Venecia.

Nuestro amor crecía y se hacía cada vez más acendrado. El infortunio nos estrechaba a los dos bajo su negra ala y juntos gozamos de una felicidad triste y aterrorizada. Hubo momentos en que creímos hallarnos en un mundo fantástico plagado de tempestades y tremendos peligros. Yo me aferraba a él—¿qué mujer no lo hubiera hecho en mi lugar?—porque le quería, y yo no soy ni hipócrita ni puritana.

A cada día que pasaba, más firme era mi intención de no traicionarle, de no interponerme siquiera entre él y su patria, si su patria lo reclama para que cumpla con su deber o su hijito se lo ordena. El presidente del Consejo, Bratiano, no quiere ver regresar jamás a Carol, porque Carol no se deja dominar...

El Príncipe ama a su hijito, el tierno Mihail, que a la edad de cinco años siente sobre sus débiles sienes el peso de una corona y el orgullo que en él cifra no tiene límites; pero Carol nunca ha podido acariciar durante mucho tiempo a su hijo por la incompatibilidad de caracteres existentes entre él y su esposa, Helena. Carol y Helena se mostraron en toda ocasión profundo respeto; pero el de ellos fué un "matrimonio de Estado".

¡La nuestra es una unión por amor!

(Continuará)

LA VIDA Y LAS ELEGANCIAS FEMENINAS

Por MARQUESA DE CESPON

A propósito de las elegancias femeninas de este verano, que han tenido todo su apogeo en la playa de Deauville y en algunas "villes d'eaux", se ha discutido mucho a propósito de lo que ha dado en llamar la decadencia de la moda. Y todos los costureros están de acuerdo en declarar que en los últimos años, la moda es un elemento de la vida contemporánea, que se halla muy comprometido; pero no todos se atreven a decir que la moda ha terminado, que la moda es algo que preocupa muy relativamente a la mujer actual. Los que tal cosa afirman, si tienen razón, alegan principios que están en contradicción con la vida que llevamos hoy en día. Para ellos la moda ha dejado de existir desde el momento en que la vida elegante no es un algo que sucede en los salones, en los medios encerrados, de ciertos faubourgs parisienses o, a lo más en ciertos jardines que rodean los agradables alrededores del Bosque de Bolonia. Pero en cuanto a lo que hace con la necesidad de la vida moderna no lo niegan y lo más que hacen es denigrar los encantos de esa vida.

¡Vida trepidante, vida al aire libre, vida alegre y que se desliza sobre el mundo sin ninguna clase de esfuerzos! Tal es lo que se critica, tal es lo que se condena. Y, como es natural, este ideal femenino, cada día más preciso y exigente, ha creado nuevas cosas que los amos de la moda se han visto en la obligación de imponer según sus cánones y sus caprichos. Es decíros, que el pecado de que se acusa a la moda moderna es la de ser algo "muy sport".

¡Muy "sport"! oiremos decir por todas partes: en las grandes ciudades, en las playas elegantes, en los casinos, en el yateh, en el auto en fin: en todos esos sitios en que el alma de la mujer ha ido desnudando su voluntad al mismo tiempo que desnuda más y más su cuerpo. Los directores de la elegancia, si por azar se atreven a hablar de la liberación de la mujer, no harán sino condenar sus gustos. Y este es un error, pues cuanto más libre es la mujer, los medios de vida se van simplificando más, hasta el punto de que hoy el nivel de un presupuesto de una elegante es semejante al de un hombre: de tales condiciones los señores costureros han sacado su partido. Quiero deciros que, conforme van desnudandonos más, las facturas que nos pasan son mayores. Ellos alegan que los tejidos que emplean son más caros, que las tendencias del arte del atavío están, actualmente, en razón del tejido y de los colores, que los esfuerzos de sus modelistas se dirigen a darnos la sensación de la más perfecta elegancia con el menor número de detalles, lo que significa un trabajo enorme. Pero todo eso es falso, pues a los antiguos trajes complicados, a los antiguos trajes, todos llenos de adornos costosos, han venido a suceder la simple silueta actual, que no es más que una línea, de la cabeza a los pies, apenas señalada por la colocación, más o menos alta o baja del talle.

Esta silueta, "muy sports" es la que predomina en todas partes, aún en los salones más severos; lo más que se permite una mujer es cubrir su cuerpo con las nuevas variaciones de los elegantes trajes de estilo, drapeados; estos vestidos están caracterizados, generalmente, por la importancia que se le da a las faldas, en menoscabo del corsage como es natural.

Se nos dice que hay, actualmente, dos tendencias en la renovación de la moda que hará su aparición en el próximo invierno: una hacia la fantasía más pura y otra hacia la simplicidad más absoluta. ¡Ambas tendencias nos anuncian grandes novedades que no dejarán de seducir a las elegantes! Nosotros, lo que vemos en el fondo de esto no es sino una reacción de algunos costureros audaces, para salvar a la moda, en lo que ella tiene de señorial y de aristocrático. Los que están con Poiret, por la fantasía, seguramente llevan la partida perdida; en cambio, los otros, los que hacen "petites robes", llevan la partida ganada. Entendámomos cuando hablamos de la partida perdida de los primeros: para ellos será más bien un triunfo el pensar que aun existen grandes damas capaces de ostentar, con elegancia y desenvoltura, vestidos que son obras de arte. Aclamarán su snobismo y estarán decididos a proclamar que, todavía, existe el buen gusto, a pesar de la democratización de todas las instituciones. Pero, los otros, los que siguen la evolución de la época obtendrán, juntamente, lo que tratan de evitar sus rivales: es decir, que todo París, una mañana, amanezca vestido de la misma manera.

Los costureros que se empeñan en hacer de la moda algo práctico y no un privilegio de gente snob y millonaria, abusan, sin embargo, de ciertos principios que serían perdonables si no estuvieran en contradicción con la esencia de deliciosa frivolidad que supone toda elegancia. Para ellos el sport es una justificación del mal gusto, lo que es un supremo error. Lo que hace admirables sus puntos de vista son sus tendencias hacia la simplicidad que el arte busca siempre, con afán. La mujer ha llegado a presentarse con todos los encantos que, en otra época, se escondieron por sistema. Con su vestidos de conjunto — de tres a dos piezas — en tejidos ligeros y prácticos — muselinas sutiles, kashas, tules, rasos — se desenvuelve en nuestros ambientes con una naturalidad que a nadie choca. Su apego del desnudo, que en nada ofende el pudor, aunque digan lo contrario los moralistas, lo hemos visto alcanzar su máximo en las playas en este verano. Pues, los vestidos de playa, así como los vestidos de baño, eran verdaderas toilletes hechas con los mismos principios con que se confecciona sus toiletes de noche. Es más, muchos de estos vestidos tenían una elegancia mayor que la de los trajes para ciertas ceremonias exigidas por la vida mundana, no sólo por los tejidos ricos en que se hallaban cortados, sino por la silueta práctica y cómoda que dejaban libres cualquier movimiento.

LOS HOMBRES QUE NOS GUSTAN

Por EVA

EL HOMBRE ELEGANTE.—Gusta extraordinariamente a las mujeres, el hombre bien vestido. Si supieran los hombres hasta qué punto influye en el ánimo de las mujeres, la calidad de la camisa, procurarían llevarlas impecables, al menos aquellos hombres para quienes la conquista de las mujeres constituye grato deporte. Sé de una mujer que permaneció mucho tiempo indiferente y despreciativa ante el tímido asedio de un jovencillo que, por su edad y condición, no era en forma alguna digno de ella, pero el muchacho era elegante, y un día apareció junto a la dama en cuestión, con una linda camisa de seda gris, gruesa y espumosa. La camisa levantó la balanza inmediatamente y equiparó al jovencillo hasta entonces insignificante, con la dama indiferente e intelectualizada. Por supuesto que no todo lo hace una camisa. El joven era un bello muchacho, pero seguramente con una camisa de algodón a rayas, su belleza habría pasado inadvertida. No hay que confundir, sin embargo, la elegancia, que es una cosa sobria y de buen gusto, con esa manera de vestir afectada que adoptan ciertos hombres y que es más desagradable que el desaliño absoluto.

EL HOMBRE SANO.—Como del hombre elegante, gustan las mujeres del hombre sano. Esa leve demacración y esa blanca palidez que suelen hacer interesante a las mujeres, no procura a los hombres ningún encanto. No conozco una sola mujer que me haya dicho que le interesan los hombres frágiles. En este sentido, todas las mujeres somos primitivas y sólo nos gustan los hombres fuertes, con una salud equilibrada y con nervios sólidos, y si es posible, inmutables. Los hombres tímidos o sentimentales suelen disgustar a las mujeres, porque las obligan a tomar la iniciativa en caso de mucho interés por parte de ellas y a violar de este modo las tradicionles leyes del pudor. La mujer es siempre la que se insinúa, pero con una insinuación tan leve que ni la compromete ni la perjudica. El hombre que aún siendo bastante sensible para advertir la insinuación se mantiene tímido e indeciso, aburre a las mujeres que no gustan de invertir los papeles y hacer ellas lo que corresponde al galán. Los hombres tímidos a este punto no obtienen éxito jamás con las mujeres, y su indecisión los perjudica seguramente en todos los otros aspectos de la existencia. No quiero decir con esto que las mujeres gusten de los audaces que lo atropellan todo y no son jamás bastante hábiles para comprender cuando el gesto audaz y fino, al mismo tiempo, cae bien. En todo momento y circunstancia, la mujer ama la delicadeza y la galantería. En tiempos en que ésta, la galantería, reinaba, las conquistas de los hombres eran mucho más numerosas, las mujeres se enamoraban más y con más frecuencia. La mujer es un ser a quien apasionan los detalles (no lo olviden los aprendices de don Juan), y lo mismo influye en ellas un gesto cualquiera favorablemente, que otro, de mal gusto, la decepciona para siempre.

EL HOMBRE AUDAZ.—La audacia, bien manejada, es seguramente una de las cosas que más nos agradan. Las razones, de esta predilección nuestra, ya están expresadas anteriormente. Por desgracia para los hombres y para nosotras, es raro el individuo que la maneja con prudencia. Siempre están pecando por falta o exceso en esta importante condición. Durante esa iniciación deliciosa del amor, que se llama el flirt, es cuando el hombre pone en juego todas sus dotes donjuanescas, y la mujer comprende en seguida si sabe o no sabe iniciarse en el peligroso juego. El flirt, lleva rara vez al amor verdadero, pero más intelectual y exquisito, es casi más grato que el mismo amor. Pasatiempo de salón, ni compromete ni atormenta. En cambio, es una buena escuela de "esprit", ingenio y sociabilidad. El "flirt" tan en boga en Europa, es casi desconocido en Chile, y me imagino que en toda América. Apenas si lo ponen en práctica algunos muchachos colegiales, que por incultura y poca edad, no pueden desarrollar el juego a todo lo que puede dar de sí de encanto y de ingenio. Esta carencia de "flirt" en nuestros amores, puede deberse a nuestra escasa verbosidad y a nuestro consiguiente disgusto por la conversación. El "flirt" es el amor en la conversación, y naturalmente un amor que no suele pasar de la conversación. Es ahí donde el hombre hábil puede hacer uso de una audacia ligera, que ruborice sin molestar y alhague con delicadeza... Naturalmente, que para todo esto se requiere tiempo y los hombres y aún las mujeres empiezan a carecer tanto de él, que sólo queda espacio para un amor breve, escaso y un tantico grosero en el cual no aparecen, ni siquiera en pequeñas dosis, la espiritualidad y el ingenio. El amor de antaño, lleno de gracia y de inteligencia, encantador como el minueto y adorable como la crinolina, parece haber desaparecido para siempre.

¿QUE SABE USTED...?

¿Sabe usted que el azúcar está a la cabeza de los alimentos que producen energía?

Por eso el jornalero necesita consumir más dulces que las niñas ociosas.

¿Sabe usted que el azúcar puede convertirse rápidamente en energía y que sirve como un estimulante para aquellos que hacen gran uso de fuerza física?

Por eso se dan dulces a los soldados que emprenden marchas forzadas, a los cazadores y a los atletas.

¿Sabe usted que el dulce tiene mucho sabor y se asimila tan rápidamente que cuando se come en exceso destruye el apetito?

Por eso los niños que comen muchos dulces rara vez tienen apetito regular por los alimentos que son más necesarios para ellos.

¿Sabe usted que los dulces blandos que pueden comerse rápidamente pronto llenan el estómago con una solución concentrada de azúcar?

Por eso los dulces que pueden ser chupados lentamente son mejores para los niños.

¿Sabe usted que el uso de las nueces en los dulces aumenta su valor alimenticio y ayuda a mitigar su dulzura empalagosa?

Por eso las nueces se usan en muchas clases de dulces.

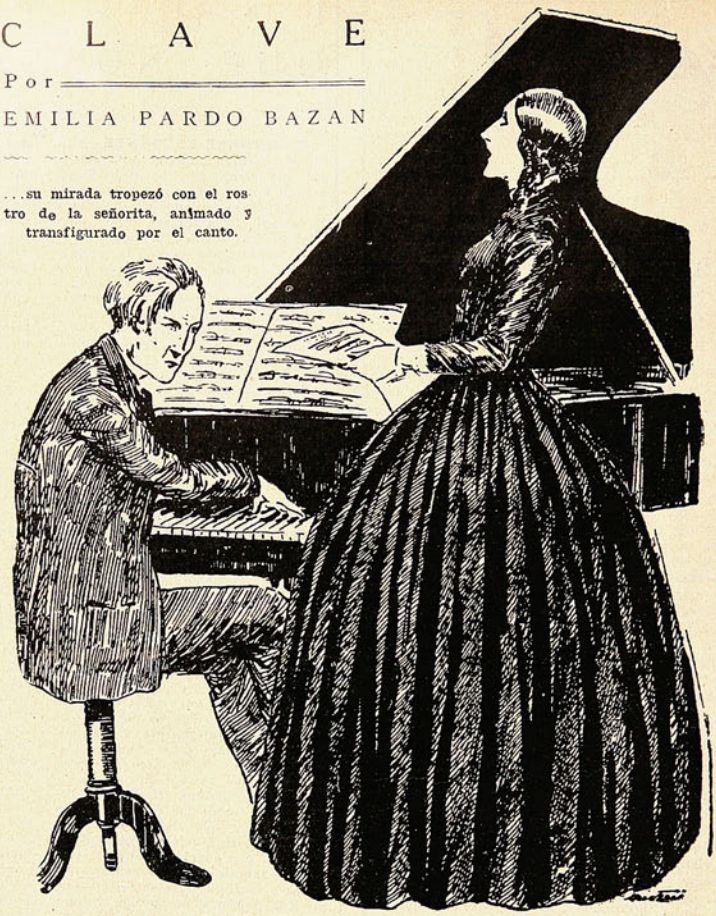
¿Sabe usted que la consistencia moldable de ciertos dulces se debe a la presencia de una azúcar que no es cristalina?

Por eso la glucosa, y su forma más común, el jarabe, se usa para hacer esos dulces.

CLAVE

Por

EMILIA PARDO BAZAN



...su mirada tropezó con el rostro de la señorita, animado y transfigurado por el canto.

EL famoso compositor y profesor de canto y música Alejandro Redlitz se entretenía en leer sin instrumento una de las últimas páginas de su amigo Ricardo Wagner, a tiempo que el criado le anunció que estaban allí una señora y una señorita muy linda, las dos pobremente vestidas, que pedían audiencia, insistiendo en conseguirla sin tardanza.

Atusóse Redlitz las lacias greñas amarillas con resabios de fatuidad trasañeja, y dijo, encogiéndose de hombros:

—Que pasen al salón.

A los pocos instantes hallábanse frente a frente el maestro y las damas, que damas parecían, a pesar de lo humilde de su pergeño. La madre ocultaba los blancos cabellos y el rostro lleno de dignidad bajo su sombrero de desteñida pluma; la hija, con su trajecito gris de paño barato y su toca de paja abollada, sin más adorno que una flor mustia, no conseguía disimular una belleza sorprendente, un tipo moreno de esos que deslumbran como el sol.

Redlitz se sintió interesado, conmovido, casi enamorado de pronto, y en vez de la tiesura y frialdad con que suele acogerse a los que solicitan (no cabía duda que madre e hija algo solicitaban), se deshizo en cortesías y amabilidades y se apresuró a ponerse a disposición de las dos señoras en cuanto pudiese y valiese.

Tomó la palabra la hija, y expresándose en correcto francés, con suma modestia y gracia dijo así:

—Somos españolas y muy pobres; lo poco que nos quedaba de nuestro patrimonio lo hemos realizado para hacer el viaje a París y consultar al célebre Redlitz sobre una cuestión vital. Deseamos saber si yo poseo o no poseo una voz de esas que son la fortuna y la gloria. Muchos elogios ha obtenido mi voz, pero temo que no eran sinceros y que la amistad extravió el juicio de los que me alabaron. Yo sueño con la celebridad: la medianía me causa horror. Si mi voz es una de tantas como se oyen en los salones y se aplauden por galantería..., desengáñeme usted, señor de Redlitz, y volveré a mi patria y me dedicaré a coser o entraré a servir.

El maestro se quedó perplejo cinco segundos; al fin, tomando de la mano a la artista en embrión, la guió al gabinete donde tenía su magnífico Pleyel. Sentóse al piano y preludió el acompañamiento de una sencilla romanza italiana.

A los primeros gorgoritos de la joven, Redlitz sintió un impulso de honradez que le aconsejaba sinceridad, y estuvo para decir a la cantante que buscase otro camino. La voz era como hay muchas, fresquecilla, simpática y vulgar.

Pero cuando Redlitz levantaba la cabeza e iba a abrir la boca, su mirada tropezó con el rostro de la señorita, animado y transfigurado por el canto; y de tal suerte agradó al maestro aquel rostro de expresión seductora, que temiendo que la muchacha se volviese a su país, prorrumpió en bravos, y con las más halagüeñas frases le aseguró que tenía un verdadero tesoro en su garganta, que rivalizaría con la Patti y la Nilson, y que sólo necesitaba, para llegar a tan brillante resultado, las lecciones que él, Redlitz, le daría diaria y gratuitamente.

Confundiéronse las españolas en expresiones de gratitud, y el maestro, obligándolas a que tomasen asiento, las obsequió con vino del Rhin, bizcochos y confituras de varias clases.

Quedaron de acuerdo en la hora a que volverían al día siguiente para empezar las lecciones; el maestro las acompañó hasta la puerta, que abrió y cerró él mismo, y cuando desaparecieron en el caracol de la escalera los pliegues de las faldas, Redlitz volvió a sentarse al piano y recorrió las teclas, interpretando una soñadora melodía de Beethoven. Toda su incorregible sentimentalidad de austriaco renacía, turbándole el corazón, y los ojos color de café de la señorita española se le aparecían como dos faros en medio del árido Sahara de los cincuenta y pico de años que ya contaba el ilustre maestro...

Entretanto, las dos mujeres, al salir a la calle, se miraban, se cogían las manos y se echaban a reír gozosamente.

—¿Lo ves? — exclamó la madre.—¡Bien sabía yo que tu voz es un portento!

—Pues mira — respondió la hija — hasta hoy no lo creí; pero después de que me lo dice este hombre tan competente y tan famoso...

—¡Lo que es si dudases ahora..., chiquilla!...

—No,- ya no dudo. En Madrid, sí dudaba. ¡Influye tanto la posición en los juicios de los amigos entusiastas! Pero Redlitz, que me tiene por una pobre, por una muchachuela desconocida, que no me ha visto jamás, ¿por qué había de engañarme? Estoy convencida. ¡Qué alegría! No sé lo que me pasa.

—Ya ves que la idea de disfrazarnos de pobres ha sido excelente.

—¡Divina! Este sombrero mío lo he de guardar en cristalera.

Y la joven soltó una carcajada de júbilo.

—¿Qué opinas? ¿Te convendrán las lecciones de Redlitz? — preguntó la madre.

—Qué disparate! De humorada ya bastó. Esta noche misma nos volvemos a Madrid; también hay allí buenos profesores de canto.

Y llamando al primer coche alquilón que pasaba, las dos señoras se metieron en él, dando las señas de un hotel caro y céntrico.

Al día siguiente Redlitz, que había adornado su gabinete con flores raras y olorosas, esperó en balde a su nueva alumna. Lo mismo sucedió toda la semana.

El maestro se acordó con desesperación de que no se había enterado de dónde paraban las españolas; pensó en una enfermedad, en una desgracia; apeló a la policía, escribió a España, puso en juego influencias...

Nadie pudo darle razón de las dos extranjeras de humilde pergeño, a quienes nunca volvió a ver.

Y siempre fué un enigma para los admiradores del talento de Redlitz el por qué estuvo más de dos meses triste y preocupado, así como fué otro misterio para los admiradores de la marquesita de Polvareda verla empeñada en que tenía una voz admirable, cuando lo que tenía eran unos ojos de "date preso" y una cara y un talle de patente.

PROBLEMA DEL VELLO SUPERFLUO *Por* ..... *MARIA JERITZA*

Tantas preguntas me llegan sobre el problema del pelo superfluo que crece en el cuerpo de muchas mujeres, que no estará demás que hoy charlemos sobre este asunto.

La ciencia no ha logrado todavía averiguar la causa de los vellos superfluos, ni por qué algunas mujeres sufren semejante fastidio y otras están libres de él.

Algunos creen que el clima afecta el crecimiento de los vellos, porque se ha observado que muchas mujeres de países fríos al ir a vivir en los trópicos notan la aparición excesiva de esas vellosidades.

Es absurdo creer que la piel de la mujer debe estar absolutamente desprovista de todo vello. Las vellosidades ligeras son necesarias para conservar la piel saludable y es una de las protecciones que nos da la naturaleza. El uso de remedios heroicos para quitar los vellos de la cara puede traer graves y permanentes consecuencias

Mi consejo es no tocar el vello, a menos que sea muy conspicuo y afee a la persona que lo padece. Antes de decidiros a extirparlo, procurad taparlo con polvos o crema; y no os determinéis a hacer uso de la aguja eléctrica o los rayos X sin probar primero las cremas y depilatorios benignos, confeccionados especialmente para extirpar el vello de la cara. No olvidéis que las dos operaciones antes mencionadas, además de ser muy costosas si no se practican por verdaderos cirujanos, experimentados y responsables de lo que hacen pueden resultar muy peligrosas, no estando exentas de algún peligro, por ligero que sea, aún llevadas a cabo por las susodichas personas.

Lo dicho se refiere al vello de la cara; en cuanto al que crece en brazos, piernas y axilas, el buen sentido debe ser vuestro único guía en las medidas que adoptéis para branquearlo. La aguja eléctrica y los rayos X no sirven para los lugares donde las vellosidades son muy copiosas.

Hay regiones del cuerpo, como la parte posterior del cuello, tan sensibles que la aplicación de aguja eléctrica es demasiado dolorosa. Es mucho mejor mantener el pelo muy corto en tales lugares, sin afeitarlo, pues la navaja lo haría crecer con mayor rapidez y más grosor.

La muchacha que posea una vellosidad ligera en las piernas y en las axilas, verá que lo mejor para quitar el vello de las axilas es la navaja de seguridad, y para el de las piernas un pedazo de piedra pomez mojada en agua y aplicado a sus miembros como una esponja a la hora del baño.

No permitáis que os extirpen verruga alguna, un vello superfluo, sin la recomendación especial de un especialista de la piel.

No hay que hacerse ilusiones: es dificilísimo extirpar de modo definitivo los vellos superfluos. Aún usando la aguja eléctrica suelen reaparecer después de seis meses, más, entonces es mucho más fino, y si se vuelve a tratar por el mismo procedimiento, suele desaparecer para siempre.

APOLOGOS ADAPTADOS PARA LOS NIÑOS

EL CIERVO VIEJO Y EL CIERVO JOVEN

El ciervo joven dijo una vez al ciervo viejo: "Papá, eres mucho más grande y ágil que los perros; tienes, además, unos cuernos enormes para defenderte; ¿por qué entonces les tienes miedo a los perros?" El ciervo viejo se puso a reir y dijo: "Hijo, tienes razón; pero lo malo es que tan pronto como oigo el ladrido de un perro, me pongo a correr y ya no tengo tiempo de reflexionar.

LA ZORRA Y LAS UVAS

Una zorra vió un gran racimo de uvas maduras que colgaba de la parra. Inmediatamente se dispuso a cogerlo, pero por más esfuerzos que hizo, no lo logró. Entonces, para ahogar su despecho, exclamó: "No las quiero coger, no están maduras".

EL PERRO Y SU SOMBRA

Un perro atravesaba el rio sobre una tabla, con un pedazo de carne en la jeta. Al mirar en el agua, creyó ver otro perro con otro pedazo de carne. Entonces, muerto de envidia, dejó caer su pedazo de carne y se arrojó sobre el otro perro para quitarle la presa que codiciaba. Pero no encontró nada. El agua se llevó su pedazo de carne verdadera y el perro se quedó afligido, con el rabo entre las piernas.

LA GOLONDRINA Y LAS CHISGAS

Un campesino había armado una trampa para las chisgas que le robaban las semillas. Muchas chisgas y con ellas una golondrina, fueron cogidas en la trampa. La golondrina dijo al campesino: "Déjame, yo no soy una chisga, sino una golondrina y tengo mi nido bajo el alero de tu casa. En mi pluma se ve claramente que no soy una chisga". Pero el campesino respondió: "Con las chisgas te he cogido y con ellas te mataré".

EL ARTE Y LA REALIDAD

Hay dos mundos. Uno de ellos existe sin que se hable nunca de él: se le llama el mundo real, porque no es el mundo del arte: de éste es preciso hablar, pues de otro modo no existiría.

Si no se habla de una cosa, resulta como no acaecida. Sólo la expresión da realidad a las cosas.

Es mucho más difícil hablar de una cosa que hacerla. Todo el mundo puede hacer historia; sólo un gran hombre puede escribirla.

Muchos son los que obran bien, pero contadísimos los que hablan bien; lo que demuestra que hablar bien es mucho más difícil que hacer, y, desde luego, mucho más hermoso.

OSCAR WILDE.

LA NUEVA MODA MASCULINA

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
Sección Periódicos y Varios

Ya no podrán escandalizarse los hombres porque las mujeres enseñen las piernas hasta la rodilla . .

Casa y hogar

Se ha dicho repetidamente que la casa refleja el carácter de los que la habitan, y que, como la casa sea, así son los que en ella viven. La casa es el lugar donde se reposa, donde se guardan los afectos más puros, donde gozamos los dolores que lejos de ella adquirimos.

Por eso, el deseo del hombre es poseer una casa, ser dueño de esas paredes que al abandonarlas parece que con ellas, dejamos algo de nuestra alma, perdemos lo que ya no volveremos a recoger jamás. Y ese deseo se acrecienta si se trata de poseer una casa en el campo o en ciudades jardines, en lugares donde no se sepa de otras cosas que de paz, aire, sol, flores y follaje.

Ese deseo puede lograrse por medio del ahorro y la previsión; a eso responden los proyectos de ciudades jardín y de casas baratas, tan extendidos hoy en este país donde a la previsión se le dedica el interés capital que tiene. Esa previsión ha convertido en propietarios a millares de individuos cuya condición económica jamás hubiera permitido poseer una casa, y ha llenado de casitas caprichosas, lugares donde antes no había indicio alguno de que en ellas pudieran alzarse las alegres fachadas de las viviendas que se muestran por todas partes, entre macizos de flores.

La cuestión del estilo es la primera que se presenta al construir una casa. Existe el tipo de casa que hasta hace poco se consideraba como exótico y hoy está adoptado por casi todos los países, el tipo que armoniza las características del estilo del país a las exigencias modernas donde el arte puede hacer, dentro de la sencillez, construcciones que no desentonen del marco que las ha de rodear.

Al planear la casa, debemos considerar la forma de la entrada, que tan decisiva impresión causa siempre en los visitantes. Una hermosa entrada es la mejor bienvenida que a los huéspedes se les puede dar. Existe el pórtico de altas columnas que recuerda el estilo de los monumentos griegos; el pórtico de piedra tosca, que parece arrancado de una casa aldeana o de un viejo molino ya arrumbado, y ese otro que forman las campanillas y las enredaderas al comunicarse con los salientes de la fachada.

El vestíbulo es muy necesario sobre todo en aquellos parajes donde las nieblas son muy frecuentes. Ha de ser alto, extenso, con amplios ventanales, rodeado de asientos confortables, donde se pueda pasar agradablemente la espera. En casas donde la familia sea pequeña, puede reducirse éste. En las casas que tengan dos pisos, se encontrará en él el arranque de la escalera, que en muchas construcciones es en forma de caracol, aun cuando no falte la escalera de cómodos escalones y de descansos dotados de asientos.

La que los norteamericanos llaman "living-room", es la habitación más característica de la casa: en ella, los varios miembros de la familia leen, trabajan, juegan y pasan la mayor parte de su vida familiar. En ella ha de haber, ante todo, comodidad, ya que los demás elementos los proporcionan los miembros que de ella disfrutan.

Un elemento indispensable de estas viviendas son los asientos junto a las ventanas. Desde ellos, sobre todo los ancianos, contemplarán el paisaje y podrán recrearse con las bellezas de los macizos que rodean la casa.

El comedor ha de estar decorado de modo que responda al fin para que se destina esa habitación, no precisamente con motivos ni alegrías que hablen de alimentos, sino con cuadros o dibujos que, al cubrir dos tercios de la altura de las paredes, recreen la vista de los comensales con los tonos que entren en el decorado.

Toda vivienda que quiera dar un testimonio del espíritu selecto de su dueño ha de tener una biblioteca. En estas casas modernas puede dedicarse a ese efecto una habitación en la parte más silenciosa. En la tonalidad de las alcobas se ha de huir de los colores chillones, y deben emplearse los tonos claros, armonizando, desde luego, con el que se emplee en los muebles y con la luz que en ellos se proyecte. Las alcobas han de ser amplias, soleadas y situadas en la parte del edificio menos propicia a sufrir los efectos del clima.

La cocina, donde el gas y la electricidad han evitado el efecto de los humos, soleada, y sus paredes, cubiertas con mosaicos o con chapas de metal.

Naturalmente que lo principal ha de ser el cuarto de baño, dispuesto en forma que pueda servir al mismo tiempo de tocador, pues el limitado número de habitaciones obliga a juntar servicios.

Hasta aquí el trabajo del arquitecto, luego corresponde a la dueña de la casa, a la señora del hogar, el decorado interior de la casa que ha de ser como un nido para el descanso del esposo y la alegría de los niños.

TRIGUEÑA O RUBIA....

¿Por cuál se decide usted?

LOS médicos franceses — dice una revista norteamericana — han descubierto, después de varios experimentos "post mortem", que la glándula pineal es la causa de las grandes diferencias de temperamento entre las rubias y las trigueñas. Por experiencia general se sabe que las trigueñas son más apasionadas, más abenegadas que las rubias, más intensas en su amor.

La glándula pineal es un cuerpo localizado en el cerebro y durante mucho tiempo ha sido para la ciencia un misterio; unos creían que era un resto del ojo primitivo. Descartes y otros decían que era el lugar donde residía el alma, y los médicos citados afirman que, como la tiroides y las adrenales es una glándula cuya secreción influye grandemente en el carácter del individuo actual sobre la sangre y el sistema nervioso. Científicamente hablando, las emociones son una reacción de la sangre y de los nervios y, por consiguiente, las diferencias en la citada glándula y sus secreciones producirán diferentes caracteres. Las observaciones recientes prueban que entre la glándula pineal de las trigueñas y la de las rubias existe una marcadísima diferencia. La glándula de la rubia es sensiblemente más pequeña, su secreción mucho menor y sus estructura más compacta.

Las conclusiones de los médicos son que existen razones químicas y fisiológicas que hacen que el carácter de las rubias y de las trigueñas sea diferente.

El doctor Meoney, profesor de la Universidad de Colorado, es de la misma opinión que los médicos franceses y dice que la diferencia de caracteres entre la rubia y la trigueña obedece además, a que la rubia desciende de un pueblo primitivo que vivía bajo condiciones climatológicas en las cuales la lucha por la existencia era dura, y por necesidad era un pueblo vigoroso, agresivo, inteligente, activo, malhumorado, creador y egoísta. Se adaptaba fácilmente al medio en que vivía y sabía soportar los rigores del clima, las privaciones y el hambre; aptos para la lucha diaria, para perseguir, atisbar y cazar a los animales que eran parte principal de su alimento.

Estos pueblos se hicieron naturalmente más vivos, malignos, astutos, que los que vivían en mejores condiciones. Por otro lado, la trigueña, dice el doctor yanqui, es la representante de otro pueblo primitivo que vivía con relativo bienestar, con abundancia de frutos, sin necesidad de procurarse pieles y abrigos contra el clima, por lo que, lógicamente, se hizo más indolente, más lánguido, más poético y menos práctico y apto para las luchas por la vida.

La trigueña tenía fruto en abundancia. La falta de necesidad de pensar en los problemas de la existencia produjo los efectos contrarios en la fisonomía de la trigueña, que no tenía que esforzarse en luchar por el alimento, en usar de la astucia, ni en ser egoísta, y podía, por consiguiente, prestar más atención que la rubia a sus emociones.

Así, la rubia considera un deporte, un placer en subyugar al hombre, en capturarlo para sus fines egoístas; antes de amarle tiene que pasar por el placer de convencerle de que ha cazado al hombre y le tiene sujeto.

La trigueña, en cambio, no pide sino amor al hombre elegido y se entrega a él con toda su alma.

Mademoiselle Mayan, que fué actriz adorada por los parisienses, la llamada "la trigueña más bonita de Francia", decía:

"Las trigueñas presentan al hombre que aman su corazón abierto; las rubias le presentan las cuentas de la modista. La rubia nunca se olvida de sí misma. Una trigueña puede amar locamente, indebidamente, porque el amor es todo para ella y no es feliz si no ama y es amada. Cuando se convence de que ha entregado su amor a un falso ídolo, llora, sufre y sigue amando aunque el hombre sea indigno de su amor; en cambio, las rubias no saben lo que es el sacrificio por la pasión amorosa, y cuando ve que se ha equivocado, olvida a su novio y busca otro. En un naufragio la rubia gritaría: "¡Las mujeres y los niños primero!"; la trigueña exclamaría: "¡Primero mi marido!"

"El sabio que dijo que las trigueñas lloran y besan con más facilidad y ardor que las rubias, conocía el temperamento femenino. La trigueña da besos sin que se los pidan; a la rubia hay que sacarle los besos con tirabuzón"

Oigamos ahora lo que dice mistress Moers, una de las rubias más bonitas de los Estados Unidos:

"Lo que dicen los sabios tendrá su base científica, pero por experiencia no saben lo que es el amor de una rubia, porque a ninguna rubia se le ocurre amar a un sabio, porque los sabios no son humanos.

Una rubia es más astuta que una trigueña, y nosotras mostramos en nuestro amor más sentido común que las trigueñas.

"Estas no piensan más que en la satisfacción que obtienen de amar y ser amadas; en cambio, las rubias no nos enamoramos hasta convencernos de que vale la pena de hacerlo, y cuando lo hace, lo hace con toda su alma sobre todas las cosas, exceptuando quizás su amor propio, su orgullo. Mientras que la trigueña no pide sino que se corresponda a su amor, la rubia quiere que también quede satisfecho de su amor propio. Si la rubia no se siente orgullosa del ser amado no le será fiel. Tan fuerte sabe ser nuestro amor que ningún hombre abandona a una rubia: en cambio, las trigueñas engañadas se cuentan por miles.

Las rubias sabemos luchar por el hombre a quien amamos, las trigueñas no saben más que llorar por él. Si una rubia se enamora de un hombre va en su busca; si una trigueña se enamora de uno, hace que la busquen. Ha habido muchos sultanes que han cambiado cuatro esclavas trigueñas por una rubia y siempre han creído que habían hecho una ganga".

Esto y otras cosas más dice la hermosa rubia yanqui y para ponerse de acuerdo sobre rubias y trigueñas, ¿no crees lector, que lo mejor será procurarse dos novias, una trigueña y otra rubia y hacer los experimentos necesarios no "post mortem", sino vivitas y coleando?

EL ABANDONADO

Por ADA NEGRI

Sombra en la sombra nocturna, una mujer se arrastra por la calleja tétrica. Sigilosa, deja en el suelo un fardillo, y desaparece taciturna, sin volver la cabeza.

Está vivo el bultito y exhala un vagido sutil, como lamento de pajarito friolento que busca su nido. Los muros, la puerta, las piedras de granito duro, escuchan el trémulo llamado.

Con temblor habla de él la ventana al rojizo fanal abierto, como una llaga en el corazón de la calle, y el viento que pasa, a la estrella inmortal y al cielo, que todo lo olvida en su altura.

El grillo susurra con sordo calofrío a la cloaca:—"¡Un niño está allí, en el fondo; un niño se muere sobre el empedrado! La misma que lo trajo al mundo, por hambre o por vergüenza, lo ha arrojado al fango".

¿Por qué? ¿Qué ley horrible es esa que así ahoga el instinto materno ¿Qué venda te ciega, madre? ¿Qué tenaza feroz te retuerce así el corazón, esclava de los hombres?

El débil gemido que pide la madre y la cuna se hace sollozo y estertor. Y la calleja mira con ojos desencajados morir al niño en el seno de la noche impotente que se va, llena de llantos no llorados, de angustias no dichas, de terribles desdenes mudos.

Quiso, pero no pudo salvar a aquel harapito humano. En vano se afligieron las tinieblas suplicantes. Ahora, los astros se apagan en el primer temblor del alba, que derrama ceniza en el cielo. Las puertas se abren y las mujeres aparecen en el lugar por donde, fantástica y descolorida, pasó la Muerte.

Como un harapo que obstruye el paso, aparece en la luz el desconocido. Está desnudo, está sólo, más leve que una sombra. No tiene ni madre, ni casa, ni cruz... ¡Recógelo, tú, trapero...!

Mary Pickford parece una colegiala que ha hecho novillos para ir al campo, a jugar con sus cuatro cachorros.

Las grandes artistas y sus perros favoritos

Por MARCIANO ZURITA

EMPECEMOS por Mary Pickford... Ignoro yo qué edad tiene de hecho y cómo viste de ordinario la linda peliculera canadiense. En la fotografía parece una niña. La melena rubia, el trajecito a cuadros—como un uniforme escolar—y los calcetines descuidadamente arrugados, le dan el aspecto de una colegiala. Su sonrisa indica travesura, inquietud, bullicio, agilidad, desazón. Su mirada, un poco indecisa y errante, demuestra ingenuidad e inconstancia. Pero lo primero—la indumentaria—pudiera ser su caracterización para alguna película, y lo segundo—su mirada y su sonrisa—un reflejo teatral del personaje representado. O sea una doble ficción artística. En cambio, lo que no admite duda es la realidad apacible y candorosa de los perros con quienes Mary Pickford juega. Los cuatro cachorros están tranquilos y serenos, un poco adormilados e indolentes junto al color de nieve y de seda de la artista. Se ve perfectamente que tienen costumbre de corretear con ella, de subirse a su falda, de cosquillearla con su boca húmeda y besucona en las pantorrillas desnudas. No son perros de película, adiestrados para tal o cual escena; son perros de verdad, recién nacidos y ya inquietos, bulliciosos y retozones, como su ama. Esta da la sensación de que no puede ser por ahora una mujer formal. Sigue siendo la colegiala lista, resuelta y desaplicada que, como antes en el internado, hace ahora novillos en los ensayos y se va al campo, seguida de sus cuatro perros, que se le meten entre las piernas y le tiran, regruñones y tozudos, de los calcetines.

Cilly Feindt, con su perro favorito en brazos.

En cambio, en la bailarina María Ley, observamos un profundo instinto maternal, de mujer hacendosa, reposada y seria. Como Mary Pickford, acaricia también a sus perros, igualmente retozones y mamoncillos; pero las caricias de María Ley son más tiernas, más calmosas, más solícitas y providentes. No sería capaz de besar ruidosa y cálidamente a ninguno de sus cinco cachorros, pero si de criarlos a todos con biberón. Tampoco los coge en brazos, ni se los pone sobre la falda, ni los hace saltar, ni les enseña a morder y a gruñir. María Ley siente ese respeto sagrado de todas las madres hacia todo lo recién nacido: niño, perro, pájaro, flor... Diríase que ese mismo respeto le ha hecho ponerse de rodillas y pedir permiso a la madre perra para acariciar a los perros niños. Y a pesar de ello, todavía teme, como todas las madres, que sus manos, aun siendo suavísimas, hagan daño, en vez de acariciar. Por eso, sus dedos apenas tocan la desdentada boca del cachorrillo, que, a su vez, mira a la artista lleno de confianza, deseoso de mimos, como pidiendo que le besen, que le arrullen y que le duerman...

Gloria Swanson ve en su Lulú un objeto más de tocador.

Menos chiquilla que Mary Pickford y menos mujer que María Ley, la gran actriz berlinesa, Cilly Feindt, se ha hecho retratar también con su perro favorito en brazos. Pero Cilly Feindt, al retratarse así, responde más a una postura previamente estudiada que a un impulso íntimamente sentido. No le interesa el perro que lleva en brazos. No le ve con ojos de niña ni con instinto de madre. No sabe cogerle; no sabe tampoco jugar con él ni acariciarle. Seguramente le está molestando. Esa

Norma Shearer, con sus magníficos galgos rusos.

Elisabeth Pinajeff, acompañada de su fiel guardián.

postura rígida en que le obliga a estar, no puede ser grata al animalito, quien de buena gana huiría de los brazos de su dueña, para ir a jugar a la cocina, porque Cilly Feindt, aun siendo muy cariñosa para él, no le comprende. Le atracará de bombones y de pasteles, le preparará todas las noches un lecho suave, limpio y mullido, y cuando ya sea viejo, como su compañero de casa, estará muy gordo, tendrá mal genio, y aún no habrá aprendido a descansar cómodamente sobre las butacas...

Xenia Desni tiene también su perro favorito, a quien llama mimosamente "Encaje de seda". Es un perro triste, circunspecto y parsimonioso, como los de los circos. Cuando se pone de pie, lo hace por puro compromiso, de mala gana, con cara de pocos amigos, gruñendo y meneando las patitas, como si estuviera escribiendo a máquina.

Xenia Desni quisiera poder transmitirle toda su gracia, toda su risa y toda su gentileza; pero "Encaje de seda" se halla muy conforme con su sosería, con su seriedad y con su desgarbo. No hay compatibilidad posible entre ambos. Llegará un día en que Xenia Desni haya amaestrado plenamente a "Encaje de seda". Ese día "Encaje de seda" habrá divertido mucho a los contertulios de Xenia Denis; pero cuando se eche a dormir sobre el cojín de plumas que le dispondrá, solícita, su ama, mirará a ésta con odio y a la calle con melancolía. En su egoísmo canino, deseará menos almohadones y más libertad...

Ese instinto regalón, holgazán, de los perros ha debido de comprenderlo Gloria Swanson, fomentándolo, para hacerse simpática al suyo. La hermosa artista norteamericana no obliga a su lulú a hacer piruetas, como Xenia Desni obliga a su pekinés. Gloria Swanson es de temperamento muy femenino y sutil, y no considera conveniente el trabajo inútil de los perros de lujo. Al de Gloria Swanson se le baña y se le perfuma constantemente, y cuando se enrosca para dormir en la butaca de seda, sus lanas finas, suaves y blancas le dan el aspecto de una gigantesca borla de polvos. Es, por consiguiente, un objeto más de tocador, de los muchos que tiene Gloria Swanson...

En cambio, Elisabth Pinajeff, la gran artista berlinesa de la pantalla, y madame Spinelli, la lindísima actriz francesa de la comedia, demuestran una vigorosa sobriedad de espíritu, que contrasta indudablemente con las travesuras de Xenia Desni y con las ñoñerías de Gilly Feindt, como sus perrazos arrogantes y poderosos contrastan con los perruchos raquíticos y endebles de éstas. Poseer un perro como el que vigila al lado de la Pinajeff o como el que se adormila recostado sobre las piernas de la Spinelli, revela una gran perspicuidad de ideas y un gran laconismo de apreciaciones estéticas. Aún siendo esto un lujo, es un lujo sencillo, austero, lleno de discreción y de majestad. Porque estará muy en moda lucir en los paseos un perrito de Malta, melenudo y nostálgico; un perro chino, tristón y currutaco; un carlín de pelo rubio, un lulú de pelo blanco o un griffón de pelo enmarañado; pero yo creo que mucho más elegante y mucho más acertado exhibir un lapón de cara de lobo, un danés de ojos de fuego, un braco de Bengala, de piel de tigre, o un mastín de Finlandia, avisado y sagaz como un zorro... Por eso, advierto una gran distinción en Norma Shearer, la famosa intérprete cinematográfica de "Entre Naranjos". Norma Shearer se ha hecho retratar con sus dos galgos rusos, cuya piel sedosa y blanca, armoniza con el armiño de la artista. Es un conjunto atrayente y gallardo. Lleno de gentileza, de aristocracia, de buen gusto, digno del refinado pincel de nuestro egregio Benedito.

Pero no todas las grandes artistas poseen el temperamento depurado de Norma Shearer... Y en medio de todo, ¿qué más da? Las travesuras, las frivolidades tienen también un encanto seductor, como todo lo tierno y todo lo infantil. Muy hermoso es el otoño con sus dorados paisajes llenos de reposo y de majestad, pero más linda es la primavera con sus primeros brotes imprecisos, con sus primeros trinos balbucientes, con sus primeras flores imperfectas, con sus primeras mariposas inseguras...

MARCIANO ZURITA

Las manos maternales de María Ley, acarician a los perritos recién nacidos.

UN ASESINO DISTINGUIDO

Por ANTONIO G. DE LINARES

EL Jurado del Sena acaba de absolver libremente a un asesino muy distinguido: a un asesino que cometió el más bárbaro y vil de los asesinatos; a un asesino cínico, hipócrita y cobarde; pero dotado de tan buenas relaciones que durante el proceso han acudido a prestar testimonio de estimación en su favor un mariscal de Francia, un juez de París y un famoso autor dramático; a un asesino que ha pasado de los cuarenta años sin dejar más huellas de su existencia que las de la vulgaridad primero y del crimen después; pero tan elegante que para manifestarle su simpatía invadió la sala de audiencia, durante la vista, un público femenino todo lo ruidoso y ambiguo que requiere el moderno chic...

... Y, sin embargo, la víctima fué una mujer.

* *

El hombre, antes de ser el Asesino, se llamaba Samuel Sidney Conquy, pertenecía a una familia israelita de negociantes argelinos y no era nada.

Hace seis años, Samuel Conquy halló en su camino a una muchacha muy joven, muy inteligente, muy bella... Esta muchacha, Gisela Robert, trabajaba en la moda, y había pasado una larga temporada en Londres... Samuel la cortejó, le propuso el matrimonio, habló de amor... Gisela, entonces, con la gran sinceridad de su mirada luminosa y de su voz de cristal, respondió.

—No tengo dote... Vivo de mi trabajo... Y, además, tuve en Londres unos amores desgraciados con un hombre que me prometió ser mi marido, me sedujo y me abandonó... En tales condiciones, no creo que siga usted interesándose por mí...

Entonces Samuel reiteró su ofrecimiento y habló de negocio; ella era una excelente modista: él tenía algún dinero; unidos el talento y la gracia de ella con el dinero de él, podrían fundar una casa de modas, hacer buenos affaires y, por lo tanto, ser felices...

Gisela había dejado sus ilusiones en la mala ventura de Londres, y en un momento de fatiga y desengaño renunció al único bien que le quedaba: el tesoro de su juventud y de su libertad. Se casó con Samuel Sidney Conquy, y al firmar el acta de matrimonio firmó su terrible sentencia...

* *

Samuel Conquy y su mujer realizaron el proyecto comercial. Fundaron una casa en París, con sucursales en Vichy, en Cannes y en París-Plage... Pasaron años, los negocios no resultaron tan brillantes como Samuel esperaba, y al cabo el matrimonio cedió sus establecimientos a una gran casa del Faubourg Saint-Honoré, en la que marido y mujer entraron como directores, con un sueldo de cincuenta mil francos cada uno de ellos.

Cien mil francos anuales y unos puestos brillantes hubieran podido hacer la felicidad de un hombre y una mujer unidos por verdadero amor... Pero Samuel Conquy y Gisela Robert no se habían amado verdaderamente nunca... El había visto en ella a la mujer cuya hermosura y cuyo poder de sugestión significaban una gran fuerza utilizable para llegar; ella había visto en él a un asociado que le permitía dejar de ser empleada para ser dueña... Y en la nueva situación del matrimonio, si el marido, cobrando un sueldo que era incapaz de ganar, seguía desenvolviendo al amparo de la belleza y del talento de la mujer su primitivo plan de negocio, la mujer, en cambio, restituída a su condición de empleada y teniendo que trabajar doble, sólo hallaba en su marido un estorbo y una carga...

El marido hizo el amor a las maniquíes... La mujer se dejó cortejar por el señor Bacher, director de los servicios de publicidad... El marido no dió importancia al flirt de la mujer, en tanto que ese flirt no comprometió la situación financiera... Pero el día en que la mujer, con la sinceridad de su mirada luminosa y de su voz de cristal, declaró al marido su deseo de poner fin a una unión que ya no tenía razón de ser, y su proyecto de casarse, después del divorcio, con el señor Bacher; el día en que Samuel Conquy vió perdidos los cincuenta mil francos que ganaba para él su mujer, y los otros cincuenta mil que a él le pagaban sólo por ser marido de la directora, ese día acabó el hombre y surgió el Asesino...

Los esposos se hallaban separados. El vivía en el domicilio común. Ella, en una pensión particular... En la gran casa del Faubourg Saint-Honoré, ella tenía su despacho y él el suyo... Una mañana de febrero último, Samuel Conquy llegó a su despacho a la hora de costumbre, con la tranquilidad de costumbre, dejó su sombrero y su abrigo cuidadosamente colocados en un armario, tomó del cajón de su mesa una pistola cargada con seis proyectiles, pasó al despacho de su mujer y le anunció:

—Puesto que me abandonas, te voy a matar...

Ella vió el gesto del brazo, encañonando el arma; vió el rostro abyecto y cruel del Asesino, evocador de las matanzas, de los festines de sangre humana que el Jehová de Israel disponía para fiesta y para gloria de su pueblo; vió la muerte y vió algo más: el tormento... Cayó de rodillas, implorando piedad...

—¡Por Dios!... ¡No hagas eso!...

El sonreía... Pudo matarla instantáneamente de un balazo... Pero no apuntó a la cabeza ni al corazón... Apuntó al vientre, buscando la agonía larga, el espantoso sufrimiento... Disparó... Herida, ella imploró de nuevo en un lamento:

—¡Por Dios!... ¡No hagas eso!...

El sonreía, la contemplaba, apuntaba de nuevo lentamente, siempre al vientre, y disparaba... Y así, hasta seis veces: hasta que no quedó un solo proyectil en el arma... Entonces el miserable volvió a su despacho, tomó de nuevo su abrigo y su sombrero, y se entregó a la policía...

La pobre Gisela murió en la noche de aquel día con los intestinos desgarrados, en martirio indescriptible.

Samuel esperó tranquilamente el día del juicio... A su espalda estaba Israel.

* *

Durante la vista de la causa, Samuel Conquy representó la farsa del arrepentimiento. Pasó las horas fingiendo sollozar y simulando congojas y desmayos... Hizo, en sus declaraciones, literatura de folletín... Clamó su amor hacia la muerta... Palideció, tembloroso, ante la más leve amenaza de castigo... Calumnió a la asesinada, mintió, fué bajo, cobarde y cínico...

Por otra parte, la actitud del público llegó a ser de tal índole que el Presidente declaró:

—¡Hay aquí, sin duda, muchos socios del asesino!...

Había también muchos socios del asesino entre los testigos.

El Jurado absolvió.

Y Samuel Conquy, al oir la sentencia, arrojó al suelo el pañuelo que durante varias horas había enjugado sus lágrimas supuestas o su llanto de miedo, y alzó un rostro sereno, rufianesco y sonriente...

El público de "socios del asesino" aplaudió... Como ese público, la justicia aprobaba el crimen, al negar que en él existiera delito, y bien merecía ese aplauso...

Samuel salió a la calle, empujado por la mano invisible y omnipotente de Israel... Y ha declarado a los periodistas que se va al campo a descansar, y que próximamente reanudará sus negocios... También hemos sabido que para celebrar su triunfo Samuel ha ofrecido un banquete a sus amigos... En ese banquete se debieron pasar muy buenos ratos evocando la farsa del proceso y recordando la terrible agonía de Gisela Robert...

París, 1927

EL MAL INCURABLE

Por JOSE BAEZA

I

ENTRE las frondas, el reflejo de los cien arcos voltaicos pone fantásticos matices y dibuja extrañas formas. La fiesta está lejos y aires de lejanía acarrean el débil suspiro de los violines.

En un rincón de la senda, un banco, y en el banco, una muchacha tan delicada y frágil como la voz del sexteto invisible. Su traje tiene en la penumbra un impreciso color de humo, es un destello blanco su garganta y poseen un fulgor poderoso sus ojos inmensos y oscuros.

—Señorita...

El joven que llega es un verdadero **dandy**. Alto, delgado, de rostro y manos blanquísimos, tiene, como la señorita a quien se dirige, un aire de inconfundible aristocracia. Basta oírle pronunciar esta primera palabra para comprender que ha nacido dentro de un ambiente de gentileza y corrección.

—Señorita...

—¡Hola, buenas noches!

La joven ha tratado de ocultar un gesto de contrariedad.

—¿Me recuerda usted?—ha dicho él ante el tono familiar con que la damita le recibe.

—¿Cómo no, Julio?

—¡Y Julio a secas! Es usted muy amable, Emilia.

—¡Bah!

Emilia ríe; cree conveniente reír. De otro modo su enojo se trasluciría demasiado claramente. Aún así, Julio, empapado de convencionalismo, sabe entrever lo que la amiga trata de ocultar discretamente.

—A pesar de todo—dice,—sé que vengo a molestarla. En este momento, no sólo mi aparición, sino la de la persona por usted más conocida y estimada, hubiérala contrariado. Para algo se ha alejado usted de la música y de la luz y ha buscado la paz deliciosa de este rincón... Sin embargo, es tan importante lo que quiero decirle, que no he dudado un momento en venir a interrumpir sus amargas cavilaciones.

Emilia, sorprendida, no puede menos de preguntar:

—¿Por qué amargas?

Julio replica, imperturbable:

—¿Acaso no lo son?

Emilia no responde. Se limita a abatir la mirada, rehuyendo los perspicaces ojos de Julio.

—¿Me siento —inquieto éste.

Silencio.

—Me siento, Emilia. Su cordialidad..., y sobre todo su tristeza, me dan derecho a esta leve brusquedad... Oigame, buena amiga, alma buena: yo sé que está usted triste y que su tristeza no es esa tristeza dulce de que tan frecuentemente gozan las mujeres de su edad. No: su tristeza es una tristeza verdadera, mezcla de dolor efectivo y real amargura... Usted, joven, rica, hermosa, sabe que es víctima de un mal incurable y ve cómo se aproxima inexorablemente su fin. Esto es muy grave, lo comprendo. La fortuna fué siempre compañera inseparable de usted y le aseguró una porción de placeres a los que ahora ha de serle muy penoso renunciar.... Pero, ¿por qué no imponerse?... Me he enterado de muchas cosas (he tenido interés en enterarme) y sé que la idea de su muerte constituye una obsesión constante para usted. Eso sí que es espantoso. ¿No le parece que eso es cien veces peor que la muerte misma? Si yo no supiera que fué usted siempre una mujer valerosa, ni le hablaría como le hablo ni habría venido a decirle que es necesario poner fin a esa tortura, que es preciso que expulse de su pensamiento esa terrible idea fija, para obtener el beneficio de ser feliz hasta que llegue su última hora... Acaso se diga usted que eso es imposible; que, como reza el dicho vulgar, los toros se ven muy bien desde la barrera. Pero yo le digo, amiga mía, que si así piensa usted, se equivoca de medio a medio. Yo no veo los toros desde la barrera: yo también estoy enfermo del pecho. Y no sólo eso, sino que en mí el mal está mucho más avanzado que en usted. Si usted desconfía de curarse, yo tengo la absoluta certeza de que no me curo. Comprenderá, pues, que hablo con conocimiento de causa y que puedo saber que lo que digo es posible. Si, indudablemente: con un poco de filosofía y otro poco de valor, se puede afrontar la muerte con relativa serenidad y, desde luego, sobreponerse a terrores prematuros. Y si no, aquí me tiene usted a mí. Yo no pienso nada en mi enfermedad y he logrado imponerme a ella de tal modo, que en este momento no me diferencio en nada del hombre más sano del mundo. Me forjo ilusiones, concibo esperanzas, sufro dulces desengaños, me preocupo por las cosas más nimias, discuto, juego a las cartas con interés... ¿No es esto ser un hombre sano y feliz?... Y si necesita una prueba de lo que estoy diciendo, allá va: Emilia, la amo a usted. En usted he soñado y en usted he pensado constantemente. Representa usted para mí una bellísima ilusión, una enloquecedora esperanza... Emilia: ¿se siente capaz de no rechazarme?... Pero, ¿qué es eso? ¿Por qué llora usted? ¡Pobre amiga mía! ¿Todavía ese temor?... ¿No?... ¿Ya no teme? Entonces... ¿Será, acaso, que mi súplica le ha llegado al corazón?... Por favor, Emilia, míreme usted... más... de frente... ¡Oh, gracias, gracias! ¡Soy el hombre más feliz de la tierra!

II

UNOS meses después.

El mismo jardín y el mismo rincón. Un rumor de hojas anuncia al otoño. Se oye también un distante sollozo de violines.

Esta vez, en el banco está sentado Julio y es Emilia la que llega.

—¡Julio, Julio! ¡Qué emoción! ¡Cómo anhelaba este momento! Ahora sí que puedo gozar plenamente de las bellezas de este amado rinconcito. Todo me parece distinto y mejor. Los matices, las formas, los perfumes... ¡Qué bien, qué bien me siento! Ahora es cuando me doy cuenta de lo que he mejorado, ahora que este lugar me recuerda aquella otra noche en que todo era amargura y cobardía. ¡Qué milagro, Julio, qué milagro! El amor obra maravillas...

Queda de súbito inmóvil, asida al brazo de Julio e impávidos los ojos, a los que la luz lejana arranca inquietas vislumbres. El novio, que no aparta de aquella mirada la suya, ve cómo se multiplican las adiamantadas reverberaciones.

De pronto, Emilia oculta el rostro entre las manos y prorrumpe en sollozos convulsivos.

—¡Pero, criatura! ¿Qué te sucede?

Emilia levanta la cabeza y sus manos vuelven a crisparse sobre el brazo de Julio.

—¡Yo no quiero que tú me dejes! ¡Yo quiero tenerte siempre, Julio mío! ¿Qué podría importarme mi salud si tú no recobraras la tuya?

El sonríe, saca el pañuelo y va diciendo, mientras enjuga aquellos ojos que muy pronto serán suyos de por vida:

—Oyeme. No llores más y escucha.

El tono sereno de Julio infunde ánimos a Emilia, que se apresta a escuchar. El comienza:

—Un día, no sé por qué calle, pasaba yo con un amigo. En sentido contrario venías tú en automóvil, triste, pensativa... "¡Hermosa mujer!" no pude menos de exclamar, y mi amigo, que era vuestro médico, me respondió: "¡Pobre muchacha!"

—Pero ¿y tú, Julio, y tú?

"¿La conoces?" le pregunté, interesado, y él, entonces, me contó lo que yo voy a contarte a ti... Tú estabas completamente sana... ¿Te asombras? ¿No te lo repetía él mismo constantemente?

—Eso se le dice a todos los enfermos.

—Bien: pues estabas completamente sana, por lo menos en lo que se refería a esa enfermedad que creías padecer. Si algún mal tenías era el de la aprensión. La edad crítica en que te hallabas, un poco de debilidad nerviosa, los antecedentes familiares fueron más que suficientes para que la idea terrible se apoderara de ti, y con tal ahínco, que llegó a convertirse en algo tan peligroso como el mismo mal que te obstinabas en padecer. "Acabará por enfermar" me dijo mi amigo. "Se ha empeñado en morirse, y se morirá". "¡Pero eso es horrible!" exclamé yo. "¡Tú debes evitarlo a toda costa!" "No puedo; me he dado por vencido; no he visto caso de obstinación semejante". Fuimos un gran rato en silencio. Hablamos de otras cosas. Cuando llegó el momento de despedirnos le dije: "¿Me presentarás a esa joven?" "Mañana mismo, si quieres", me contestó. "Va a una fiesta que dan unos íntimos amigos míos y puedo llevarte..." Al día siguiente fuí a la fiesta y te conocí. Desde entonces me impuse la obligación de salvarte, costara lo que costara. Seguramente te amaba ya, pues, de otro modo, no se explica la obsesión que tu mal imaginario llegó a constituir para mí. Al terminar la fiesta le pregunté al doctor: "¿Acaso un amor no la haría olvidar?" "Seguramente" me contestó. "Pero, ¿quién es capaz de convencerla de que puede tener un novio sin temor a hacerle víctima de un contagio? ¡Es tan generosa, tiene un corazón tan grande!... No verás tú que consienta en cambiar un beso con ninguna de sus amigas". "Pero ¿tú opinas?" insistí yo "que un amor, lejos de perjudicarla, le haría bien?" "No sólo eso, sino que creo que la salvaría". ¿Necesitaré explicarte más? Tuve la suerte de interesarte, de que correspondieras a mi amor hasta el punto de que en estos tres últimos meses no has tenido pensamientos más que para mí. De aquí que hayas ido mejorando poco a poco, pero tan ininterrumpidamente, que hoy, tanto tu cuerpo como tu espíritu rebosan salud.

Emilia, que le escuchaba con gran interés, tuvo una mueca de angustioso desaliento.

—Pero, ¿y tú, Julio, y tú?...

Y nuevamente rompió a llorar.

Sin embargo, Julio se echó a reír.

—¡Qué tonta!... No lo nas comprendido... Tampoco yo estoy enfermo.

Emilia dió un brinco en su asiento.

—¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Me engañaste?

—Naturalmente. Diciendo que padecía del mismo mal que tú, no podías temer que se me contagiara el tuyo.

—Entonces... ¿estás sano? — insistió Emilia sin dar crédito a sus oídos.

—¡Toma! ¡Como una lechuga!—respondió Julio.

Emilia quiso decir algo, pero era tan grande su emoción, que no pudo.

Por ella hablaron los violines, que allá en la glorieta henchida de luz, prorrumpieron en un alegre aire de marcha.

Marcha que llegó a los oídos de los enamorados con delicadas, dulces, suavísimas cadencias nupciales.

¿ES LA INDIFERENCIA FEMENINA UN ACICATE PARA EL AMOR DEL HOMBRE?

—Quiero que veas a Pepe — me decía una tarde la linda María Luisa. — ¡Anda como loco!

—No me extraña—le contesté. — Eres linda, atractiva, joven. Pensaba enumerar otros méritos de la chica, pero ésta me interrumpió con alegre risa:

—¡Qué tonta eres! ¿Crees que por eso Pepe hace tantos pape... litos para mí? ¡Si es por lo mal que lo trato que él insiste! Contesto con el silencio a media docena de cartas suplicantes. A la séptima, le hago la gracia de una frívola charla telefónica. En un baile le concedo la primera pieza, y le sonrío con sonrisa que no admite resistencia. Y luego... Bailo y coqueteo el resto de la velada con otro muchacho, aunque no me interese un ápice. Convéncete, atrasada de noticias: ¡todos los hombres son como Pepe!

—Quizás no todos—protesté yo, aferrada a mi sueño.

Al cabo de un tiempo noté preocupada a mi amiga. Mi intuición femenina me hizo sospechar que estaba enamorada, y esperé tranquila una confesión que no tardó en llegar. Yo creo que es debido a mi poca curiosidad por los asuntos ajenos por lo que precisamente tengo esa facilidad de provocar confidencias. Respeto las reservas, las abstracciones, los estado de ánimo que se reflejan en un gesto, en una mirada. Pero no "tiro de la lengua", como se dice vulgarmente, para inmiscuirme en lo que no me incumbe.

María Luisa es una de las que me conocen en ese sentido, y me dijo directamente mientras tomábamos el té:

—¿No me notas rara? ¿Cómo no me preguntas nada?

Y sin esperar preguntas ni respuestas, según su hábito anterior, se entregó a una charla continua:

—Los hombres son incomprensibles. ¿Me oyes bien? Incomprensibles. ¿Te acuerdas de Carlos, de Enrique, de Pepe, del teniente de navío Aníbal L.? Debes recordar que a todos los tenía locos por el sistema tan simple de hacerles un poquito de caso, y luego nada de eso, y viceversa.

—Con lo cual llegaste a la conclusión de que todos los hombres son iguales—le contesté.

—Sí — dijo ella con un suspiro; — he creído eso, creo todavía, pero... Bueno, te lo diré a tí.

Y me narró su caso:

Sólo una muñeca frívola, que actúa en su justo medio de mundanas superficialidades, como es María Luisa, podía asombrarse de un hecho tan sencillo como lo es el de encontrarse un hombre a quien no agrada que ninguna mariposa de salón o de cualquier lugar, lo haga blanco de sus maquinaciones.

Habituada a tratar con hombres que anteponen un equivocado amor propio a cualquier afecto, llama "sus enamorados" a jóvenes que, en realidad, sólo sienten capricho por una voluble muchacha, o de tenorios maduros que se empeñan en agregar un nuevo nombre a la larga (real o inventada) lista de novias pasajeras.

La indiferencia estudiada, la mentira innecesaria, la promesa fácil y el cumplimiento que no llega nunca, son armas para atraer tontos, pero no para enamorar hombres.

Y como mi amiga María Luisa, muchas jóvenes se extrañan de que al hallar un hombre de su gusto, con el cual desearían ser felices, lo pierdan fácil y definitivamente, con los mismos medios empleados para retener fatuos e ingenuos.

El hombre bien intencionado que se dirige a una chica porque ésta le causa buena impresión, se alejará al descubrir en ella una coquetería malsana o una indiferencia que puede significar sequedad de corazón, o simplemente, que ese corazón tiene otro dueño. En el mejor de los casos, pasará algunos ratos con ella, pero a su justo tiempo emprenderá una honrosa retirada.

Y es aquí donde empieza el asombro de ellas: ¿cómo pueden fallar las armas? Y fácilmente, se enamoran aún más, o mejor dicho, esta vez realmente, del que permanece impasible ante sus coqueterías o del que demuestra evidentes deseos de alejarse "para cambiar de aires".

El equivocado amor propio hace perseguir lo que se muestra esquivo. Pero el verdadero amor propio aconseja no sacrificar la dignidad por un capricho, ni aún por un verdadero sentimiento tan profundo como puede ser un amor intenso.

Y de estas cosas saben muy bien los que son realmente "hombres".

UNA HORA DE CHARLA CON EL Sr. ALFREDO ESCALA

LA INDUSTRIA OLIVERA EN ESPAÑA Y LA POSIBLE EN CHILE.—VISITANDO UNA FABRICA ESPAÑOLA

Señor Alfredo Escala.

CONSIDERAMOS más oportuno tratar de vernos con el señor Escala después de las seis de la tarde. Un colega bonaerense nos obsequió la noticia del viaje del señor Alfredo Escala a esta ciudad y con la más buena de las voluntades nos puso en antecedentes de la trayectoria que en la vida le ha tocado desempeñar al que pronto sería nuestro entrevistado. También nos advirtió que deberíamos proceder con cierta cautela al vernos con él, pues no gusta de la publicidad y su labor honda y dinámica, no tiene más publicidad que la rotunda de los hechos efectuados.

En el hall del hotel varios pasajeros leían los diarios. Ninguno de ellos nos pareció ser el señor Escala. Todos nos hicieron la impresión de ser hombres pasivos y no del dinamismo que, sin conocerlo, suponíamos en el físico del que buscábamos. Efectivamente, no estaba allí.

—Pieza 15, nos dijeron en la oficina, al preguntar.

El tecleo fuerte y rápido de una máquina de escribir nos llevó a su cuarto. Mientras el mozo golpeaba y pasaba nuestra tarjeta, yo rápidamente ordenaba mis ideas y...

—Adelante, señores, ¿en qué puedo servirlos? Pasen Uds.

Una voz jovial y enérgica me sacó de la abstracción.

—Quizás somos importunos, interrumpiendo su trabajo, objeté yo.

—No, señores periodistas, nos dijo, tienen ustedes buen olfato. Acabo de terminar; sólo me falta una corta frase que, si ustedes son tan amables, me permitirán...

—Pero, ¿quién dijo a usted que éramos periodistas.

—En todas partes del mundo son ustedes iguales. Tomen ustedes asiento mientras tanto. Con el permiso de ustedes.

Y volviéndose al teclado, en pocos minutos terminó su interrumpido trabajo.

El señor Escala es un hombre fuerte, de una juventud vigorosa; un rictus enérgico contrae sus labios; su mirar es franco y vivo. Tiene ojos claros, pelo rubio. Nos parece un americano del norte cuando de pié ante nosotros nos ofrece, sonriendo, un cigarrillo.

—No se extrañen que inmediatamente los haya a ustedes reconocido. Mi constante trato con gente de los más variados oficios, me ha hecho ducho en la materia; al mirar un individuo ya sé en qué se ocupa; claro es que muchas veces me equivoco, pero no tan frecuentemente como pudieran ustedes imaginarlo.

—Ya que Ud. tan rápida y sorpresivamente nos ha desenmascarado, no nos hacemos la ilusión de imaginar que no conoce Ud. nuestras intenciones.

—Tanto como eso no, pero algo malicio. ¿Desean ustedes hacerme una entrevista? Pues, procedan. Estoy enteramente a las órdenes de ustedes.

—Usted lo ha dicho. Nuestras intenciones no son otras.

A pesar de todas las recomendaciones que habíamos recibido de nuestro colega, preferimos ser francos y abordar el asunto de plano.

—Hemos sabido que está usted recientemente llegado de Europa, a donde ha ido en viaje de estudio y de negocios, y descaríamos conocer sus impresiones.

—Efectivamente, hace mes y medio que llegué. Recorrí rápidamente Francia, Italia, parte de Alemania y estuve algunos días en Londres; pero donde pasé un mayor tiempo fué en España, donde gracias a la gentileza de un gran industrial, que mantiene muy buenas relaciones con el mercado chileno, pasé una temporada agradabilísima. Precisamente, la carta que acabo de terminar era para este caballero, el más gentil de los españoles que conozco. Aquí tienen ustedes.

Y el señor Escala nos entrega el sobre de la carta en referencia.

—José Bau, leímos y repetimos, José Bau. Francamente, el nombre no nos sabe a novedad. Industrial, ¿dice usted?

—Sí, señor, y seguramente ustedes muy a menudo han saboreado el producto de su fábrica.

—Como no, decimos nosotros, tratando de coordinar recuerdos. Bau. Bau, ¡ah, ya! El fabricante del aceite.

—El mismo, sí señor. La amistad que tuve con este caballero es uno de mis más perennes recuerdos del viaje.

—El Aceite Bau es un artículo de gran aceptación.

—Tanto que Chile ocupa uno de los primeros lugares en las exportaciones que hace la fábrica.

—¿Visitó usted la fábrica?

—Sí, señor, muchas veces y detenidamente, y pude, gracias a ello, darme una cuenta exacta del valor de esta industria. Es una cosa magna la elaboración de este producto. Llegué a Tortosa, donde están los establecimientos Bau, en la mejor época, pues, se estaba efectuando la recolección de las olivas.

—Y díganos, señor Escala, ¿es absolutamente efectivo que el aceite de comer, como lo llamamos aquí, es "puro de olivas"?

—Eso es relativo, ya que depende del aceite de que se trata. Para vender aceite, muchos comerciantes inescrupulosos afirman que son puros de oliva, cuando en realidad no lo son. El Aceite Bau es tan puro que puede decirse de él que es la esencia misma de la oliva, tratada por la más pródiga y escrupulosa de las elaboraciones.

—¿Y cómo se obtiene el aceite del fruto?

—El, como ustedes sabrán, está contenido en ciertas pequeñas células de la oliva y, solamente, puede extraerse por trituración y apresamiento. El Aceite no es como el jugo de uva, que requiere un segundo procedimiento para convertirse en un buen vino; **no es producto del arte**, o sea del Enólogo sino un producto de la naturaleza, que debe extraerse del fruto que lo suministra tal cual es, y sin desmejorarlo con recolección tardía, o fermentación de la oliva, o con malos sistemas de extracción, o con depositarlo en locales inadecuados o fata de limpieza.

—Estábamos creídos, interrumpimos nosotros la palabra fácil del señor Escala, que el aceite que tomamos había sufrido ya una transformación.

—Transformarlo, no se puede; lo más que puede hacerse, es extraerlo con todas las precauciones y contenerlo en recipientes adecuados. Después de esto, solamente con la refinación sistema José Bau, se ha podido obtener que el jugo, o sea el Aceite Bau, recupere el aroma de la flor del fruto y obtenga un sabor comparable a dicho aroma.

—La recolección de la oliva se hace en tierra?

—Para obtener el Aceite Bau se procede a cosechar las olivas antes de caer a tierra, a mano, haciéndolas, después, triturar con una muy leve carga en la máquina y a lento giro de la muela, para que no se rompa ningún caroso; después se pasa la pasta a la prensa, dejando que el aceite se cuele sin presión y dejándolo reposar en depósitos subterráneos, enlozados en esmalte blanco, sin ninguna juntura, donde mantiene una temperatura adecuada y siempre igual hasta haber terminado su depuración. En seguida se refina por el sistema Bau, en a cual es daré a ustedes se los interesa.

—Encantados, señor Escala, siga usted no más.

—Como ya creo haber dicho a ustedes, la operación inicial en la fabricación del Aceite Bau, es el lavaje de las aceitunas.

—¿Y esta operación es de importancia?, inquirimos nosotros.

—¡Precisamente, es uno de los detalles que más ha contribuido al éxito de la industria de don José Bau.

—¿En qué consiste esta operación?

—Pues, como tantas otras cosas que resultan de gran eficacia, en algo muy sencillo. Es un aparato para lavar las aceitunas con perfección absoluta, y que consiste en un cilindro hueco, formado por barrotes de ébano. No ven, nos dice, pasándonos una postal que ha encontrado entre sus papeles.

En ella está dibujado el cilindro en referencia, primero, recibiendo la carga del departamento de triaje; después ya completo, pasando contra una corriente de agua y, por fin, vaciando las aceitunas sobre el recipiente, cóncavo-convexo, de ébano del sécaje.

—¿Y estos cilindros, son muchos?

—Muchos, hay 14 baterías que trabajan día y noche, durante la cosecha. Cuando el cilindro está completo, se coloca automáticamente dentro de dos aros, que a su vez están suspendidos de un carro eléctrico, cuyos rieles están fijados en el techo del departamento.

Este tren, lanzado a una velocidad de 500 metros por minuto, parte y entra al departamento del lavaje: Una serie de canales paralelos, cuyos techos tienen una pendiente de 10%.

Cada canal está revestido de azulejos blancos y corre por todos ellos, precipitadamente, caudalosa corriente de agua filtrada y en contra de la corriente y manteniendo su velocidad de 500 metros por minuto, se sumerge cada cilindro en una canal, donde evoluciona marchando alternativamente hacia adelante y hacia atrás, hasta que el agua que sale del cilindro es tan limpia como el agua filtrada antes de tocar las aceitunas.

—Ya está la aceituna lavada, ¿dónde pasa, en seguida?, preguntamos, interesados en la charla.

—Al departamento de sécaje pasan entonces, los cilindros, donde abren, vertiendo entonces las olivas sobre plataformas de ébano, de forma cóncava-convexa. Esa disposición y este material impiden la menor machucadura. Completa esta obra una fuerte corriente de aire frío, que seca en el acto las olivas contenidas en cada aparato de los mencionados, dejándolas dispuestas para pasar a las prensas.

—El trabajo no puede ser más interesante.

—Y únicamente debido a él el Aceite Bau no tiene tufo, pues desaparecen con este lavaje todas las impurezas que la oliva puede llevar adherida.

El señor Bau observó esta deficiencia en las fábricaciones de otros aceites, y fué lo que decidió a implantar este invento, que le permitió obtener el mejor aceite de olivas puras y sanas.

Esas olivas frescas y sanas han sido el secreto del éxito de don José Bau.

—Estábamos en la creencia, decimos nosotros, que Italia era el mayor país productor de olivas, pero, considerando la magnitud de los negocios del señor Bau, pensamos que no es así.

—Efectivamente, no lo es, dice el señor Escala, y tanto es así que el año 1925, por ejemplo, España exportó 49.970,650 kilos de aceite, de los cuales fueron destinados a Italia más de 11 millones de kilos, y el año pasado la exportación fué de $2.000,000, siendo un 40% de ella destinado a Italia.

—¿Cree usted posible la implantación de la industria del aceite de oliva en nuestro país?

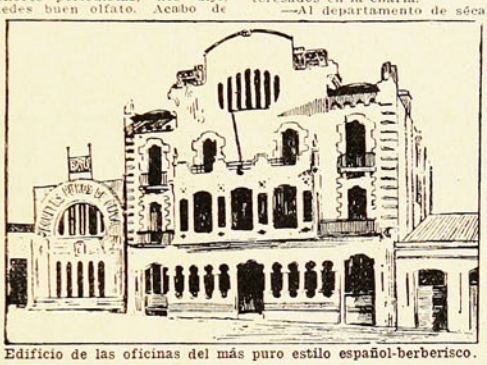
—Posible, sí, y ya existen algunas fábricas que preparan buenos aceites, pero para que esta industria pueda competir con los aceites extranjeros, faltan muchos años. Nuestros agricultores no se han preocupado de las plantaciones de olivos, y ellas son muy pequeñas, y ustedes sabrán que para el desarrollo de un olivo se necesitan años.

—Tenemos noticias que hay ya quienes se preocupan activamente del asunto, y sabemos que la oliva chilena no tiene nada que envidiar a la española.

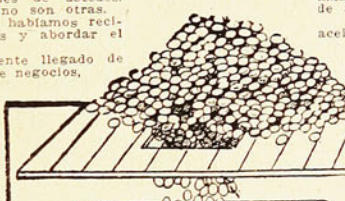
—Efectivamente, la aceituna chilena es muy agradable y son famosas las producidas en algunas zonas como el valle de Aconcagua y San Fernando. Estas últimas, sobre todo, gozan de una bien merecida fama.

. . . . . .

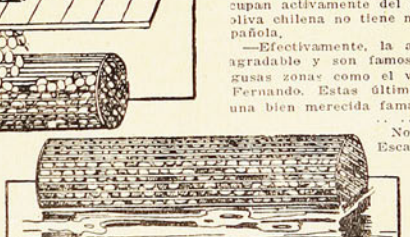
Nos despedimos del señor Escala después de un rato de charla sobre asuntos generales, y salimos del hotel, entusiasmados por las esperanzas que nos hizo concebir sobre el porvenir industrial chileno.



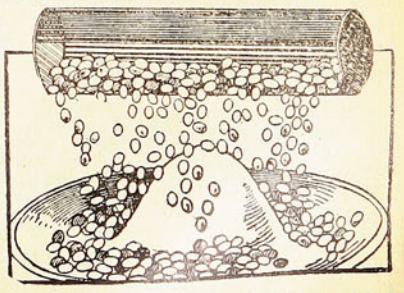
Edificio de las oficinas del más puro estilo español-berberisco.



Forma en que el cilindro recibe la carga del departamento de triaje.



Un cilindro cargado de aceitunas.



Un cilindro volcando las aceitunas sobre un recipiente de ébano.

PRISIONERO ENTRE LOS INDIOS

Acabando de llegar de Italia, con poca plata en el bolsillo y muchas esperanzas en el corazón, me presenté, en cuanto arribé a San Paulo, a la Dirección de Ferrocarriles de la "Soracabana".

Estaban reclutando gente para la punta extrema de la línea Bauruense: línea nueva que atravesaba un territorio virgen, malsano y frecuentado por las tribus indias de los Azgúes, los más feroces guerreros indios luego de los Apaches.

Yo, como es natural, no sabía nada de aquello, pues no conocía el Brasil ni de haberlo visto en el mapa.

Mi ofrecimiento fué inmediatamente aceptado. Y me enviaron en seguida a la casa "de lavoura e emigración", donde me encontré en compañía de italianos, portugueses, españoles y chinos que recordaban la Torre de Babel.

Sin embargo, pude comprender que nadie conocía el lugar a donde le enviaban, ni por otra parte le preocupaba ello.

Pronto confraternizamos devorando pan y salchicha. Y sin preocuparnos de si nos comprendíamos o no, comenzamos cien de esos diálogos de signos, sonrisas y exclamaciones que a mi parecer es el único "esperanto" posible entre los ignorantes.

Al anochecer nos avisaron que partiríamos al día siguiente.

Y a las cinco de la mañana, llenos de sueño y de frío, nos metieron en quince o diez y seis vagones. Silbó la máquina. Y entre un fragor de hierro viejo partimos hacia Baurú.

* *

El viaje duró dos días.

Costaba Dios y ayuda defenderse del humo lleno de carbonilla despedido por la endiablada máquina que en vez de carbón engullía leña.

Se durmió como se pudo, pues las cabezas chocaban unas con otras, dando origen a un vasto repertorio de blasfemia.

Además, la sed nos quemaba las entrañas.

¿De qué provenía?

De las salchichas que nos habían dado para el camino y que nos habíamos arrollado al cuello, aunque algunos preferimos arrojarlas por la ventanilla.

Por fin, a las diez de la noche, silbó el tren, disminuyó la marcha y se detuvo.

¿Habíamos llegado?

Hasta entonces sólo habíamos visto villorrios entre bosques y grandes valles donde pastaban millares de bueyes y caballos. Bien es verdad que el polvo y el estado de sofocación en que nos encontrábamos nos impedía contemplar a gusto el país que atravesábamos.

Pero, ¿estábamos en la estación de Baurú?

No se podía averiguar, a causa de la oscuridad. Sólo se veían manchas negras.

Un español, asomando mucho por las ventanillas, pudo tocar una de aquellas manchas.

Y dijo:

—¡Caramba!... ¡Son árboles!.. ¡Imposible!... ¡Virgen santa!... ¿Cómo ha de ser Baurú?

Pero la puerta del vagón se abrió. Y apareció una sombra larga llevando una lámpara resinosa.

Era el jefe de tren.

—¡Chut, chut, senhores! O trems está circundado.

—¿Qué ocurre?

Es español, me replicó:

—¿No lo comprende?... Está rodeado...

—¿Por los árboles? ¡Qué novedad!

Pero el jefe de tren, entre el silencio general, dijo:

—Os indios, senhores, os Azgú. Nao falais.

Empalidecimos.

A decir verdad nadie sabía quiénes eran los indios ni menos los Azgúes. Pero la cara y la voz del jefe de tren expresaban tanto terror que pronto comprendimos que se trataba de una cosa peligrosa.

Sólo oía gritos de dolor, gemidos de angustia, estertores...

Y el jefe de tren desapareció; luego de cerrar la portezuela. Iría a avisar a nuestros compañeros de los otros vagones.

* *

Y nos quedamos a oscuras diciendo una serie de hipótesis tan distintas que en otra ocasión hubieran sido cómicas.

¿Quiénes eran los indios Azgúes? ¿Salvajes?

En eso parecían estar todos de acuerdo.

Pero, ¿qué clase de salvajes? ¿Asesinos? ¿Antropófagos?

Además, ¿por qué estaba parado el tren? Si había peligro, ¿por qué no volvía hacia atrás?

Luego nos enteramos de que los indios se habían apresurado a quitar los carriles inmovilizando el convoy.

Y comenzaba a ganarnos una sensación de angustia. En torno a nosotros reinaba profundo silencio. E instintivamente busqué en mi bolsillo la gran navaja de muelles preguntándome al mismo tiempo si no era un absurdo esperar los acontecimientos amontonados como un rebaño.

De pronto hendió el aire un grito de dolor y miedo, al cual siguieron silbidos extraños como de invisibles proyectiles.

Oímos mandar:

—¡Todos abaixo! ¡Abaixo as cabecas!

En la noche resonaron seis o siete disparos de revólver. Pertenecían al personal del tren, que eran los únicos armados. Pero, ¿cuántos eran? Pocos. ¿Y nuestros asaltantes?

Los silbidos hacíanse más frecuen-

EN EL USO DIARIO DE LA

CREMA DEL HAREM

ESTA EL SECRETO DE LA CONSERVACION DE UN CUTIS FRESCO Y SUAVE

—Oye, papaíto: ¿por qué te caíste anoche en la escalera?

—Porque no había luz, hija mía.

—¿Sí? Pues mamá dice que venías bastante alumbrado.

—Hace mucho tiempo que no te veo con Pepita: ¿habéis reñido?

—No; me casé con ella.

PECES DE COLORES

HAY sobre la mesita de la sala una esfera de cristal llena de agua. El agua es casi azul, y en su fondo se posan sedimentos negruzcos. Dos o tres rayitas vivas trazan incansablemente en ellas espirales que se enredan hasta el infinito. Cada mes, poco más o menos, una de esas rayitas deja de colear, y cae muerta sobre el lecho de posos; y cuando caen las otras, dos manos indiferentes vacían la esfera de cirstal, renuevan el agua y traen — nadie sabe de qué acuario lejano — nuevas rayitas que empiezan en seguida a dar vueltas y vueltas.

Muchas veces la sala está en penumbra y los prisioneros, apoyando el triangular hociquillo contra el transparente muro de su cárcel, se detienen a contemplar la misteriosa y vulgar Atlántida que creen sumergida con ellos; otras se abren las ventanas y entran rayos de sol que estallan en luces de bengala al chocar contra los cristales. Entonces los pececillos relampaguean, llena el agua un temblor de alegría, y el nadar es tan rápido, que la esfera parece un diminuto Saturno que tuviera tres anillos rojos.

Y en tanto, los dueños de la casa hablan y hablan, sin sospechar que el visitante sienta melancolía ante aquella noria de peces, cruel, estéril, estúpida, y divina, también... porque recuerda la noria de la tierra.

* * *

EL CIERVO FLORIDO

ESTA sobre la bastonera. Su hocico afilado, su tostada piel, la vidriada dulzura de su mirar, se borran bajo el doble arabesco de sus cuernos, tan complicados, tan profusos, que parece que van a prolongarse a uno y otro lado.

A. HERNANDEZ CATA

—¡Ejaló!... ¡Ejaló!... ¡Que in cuanti saque la cabeza..., lo ahogo!...

—¿Qué escándalo es ese del baile de los pintores?

—¡Que una modelo fué en traje de faena!

PRISIONERO ENTRE LOS INDIOS

(Conclusión)

tes. El español de que hablé dió de repente un grito y me cayó encima.

Afuera sonaban más tiros de revólver confusiones seguidas de absoluto silencio.

Fuera sonaban más tiros de revólver.

Encendí una cerilla a cuya vacilante luz, examiné al español inanimado a mis pies.

¡En la frente, entre ceja y ceja, tenía hundida una flecha!

Entonces nos precipitamos como locos a las portezuelas.

Yo, sin embargo, me retrasé un poco junto al muerto.

Y por las blasfemias y exclamaciones que oí deduje que mis compañeros habían sido acogidos con una nube de flechas que les transpasaron.

Bajé procurando adaptarme al suelo. Sólo oía gritos de dolor, gemidos de angustia, estertores. Mis manos se bañaban en sangre, perdí la navaja, me faltó la respiración...

Y me desmayé.

* * *

Me desperté en incómoda posición. Era de mañana. Mi cabeza colgaba, mis manos estaban atadas a la espalda. Y me dí cuenta de que era transportado a hombros de un hercúleo hombre rojo.

Mirando alrededor me enteré de que unos veinte de mis compañeros eran transportados por el mismo y extraño medio de locomoción. Y un centenar de hombres de color de ladrillo caminaban en espeso grupo por un sendero de la selva.

Aquello duró unas dos horas.

Por fin llegamos a un claro muy grande, donde nos echaron como sacos sobre la hierba.

En el claro había cerca de sesenta cabañas de creta y bambú, recubiertas de hierbas larguísimas que, según supe luego, eran el sapé, muy frecuente en las praderas brasileñas.

De allí salieron muchachos, mujeres y viejos, todos rojos y horribles.

Nos miraban y nos tocaban con la punta del pie.

Aunque iban desnudos como gusanos, no noté en ellos esos gestos de júbilo o furor que esperaba de ellos.

Tras aquella visita sufrimos otra, pero más emocionante para nosotros porque comprendíamos que se decidía nuestra suerte. Los guerreros indios, en efecto, volvieron escoltando a un viejo majestuoso, cubierto de un manto de plumas, y que sin duda era el jefe.

Nos examinó uno por uno, murmuró palabras incomprensibles y movió la cabeza de vez en cuando.

A mí, que era el último de la fila, me dijo en perfecto portugués, señalando a todos:

—¿Extranjeros?

Le contesté:

—Sí, señor.

Añadió:

—¿Trabathadores?

Hice señas de que sí que eran trabajadores.

Y se inclinó hacia mí examinando las palmas de mis manos: examen que debió satisfacerle porque hizo al punto una señal a sus guerreros, que yo interpreté favorablemente.

Fuimos transportados, como estábamos, frente a una cabaña más grande que las otras.

Un guerrero depositó junto al viejo una vasija con líquido verdoso.

Y a una señal del jefe (pues tal sería el viejo), se acercó otro indio con un instrumento afiladísimo que me hizo estremecer.

¿Qué iban a hacernos?

Todos mis compañeros palidecieron.

El indio se inclinó, agarró la vasija y se acercó a un pie del compañero que estaba al principio de la fila.

Y a pesar de los aullidos del paciente le practicó dos cortes en la planta de los pies, bañando luego las heridas con el contenido acitoso de la vasija.

Yo también sufrí el suplicio rechinando los dientes.

Luego fuimos desatados y puestos en libertad.

* * *

Hace dos meses que esperamos que nuestras heridas cicatricen, acariciando en tanto rosados proyectos de fuga.

Los Azgües nos hacen trabajar en fabricar arcos y flechas.

¿Es que no se cicatrizan nunca las heridas? ¿El misterioso líquido verdoso será un medio para que nunca podamos escapar?

A Dios confío este escrito...

PEDRO RUDINI

N. B. Este documento fué encontrado en un cilindro de corteza de árbol por un cazador portugués.

Era el año 1901. Y habrán pasado veinticinco años desde que los indios realizaron el asalto en la línea bauruense.

Todas las buscas fueron inútiles.

I. SENA

PARFUMERIE L. T. PIVER
M. R
PARIS

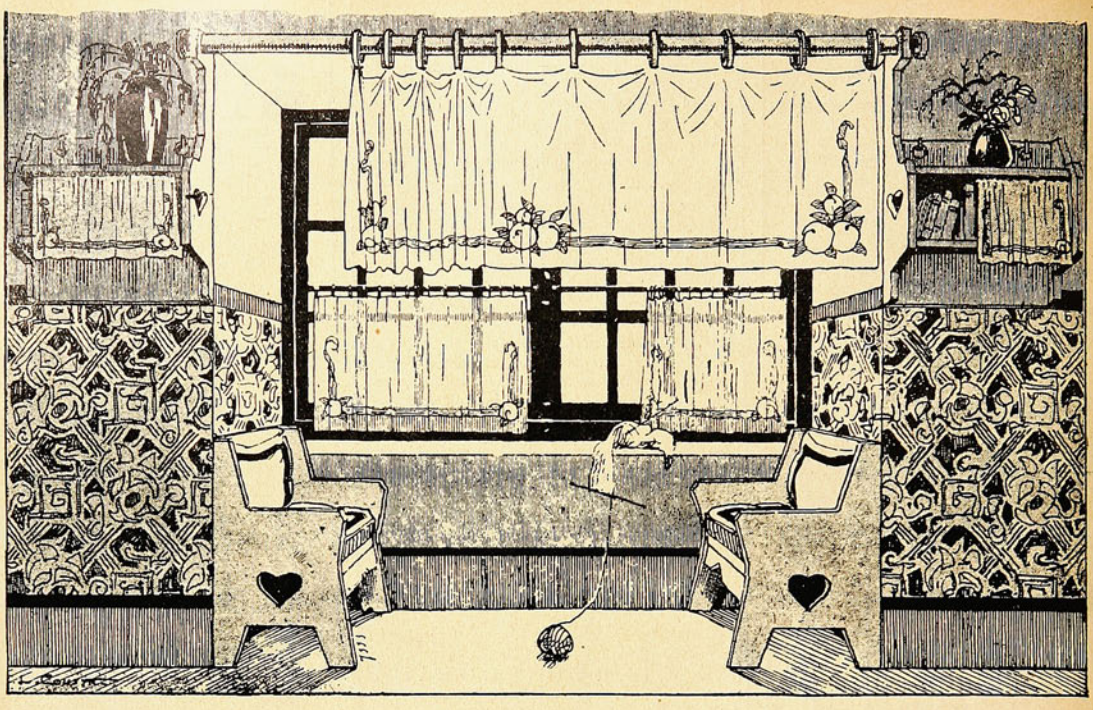
LOCION FLORAMYE
LOCION POMPEIA

$ 8.30 EL FRASCO

EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS

y también donde los Concesionarios:

SALAZAR & NEY — A. Prat N.o 219 — SANTIAGO.



LA DECORACION DE UNA VENTANA

Lo que se prefiere hoy día son las casas bien iluminadas en que la luz entra alegremente a chorros, inundando las piezas de sol. Este sol es como una felicidad que entrara a la casa desde la calle. Pone sus lentejuelas sobre las alfombras, sobre los muebles, sobre los cuadros, sobre los espejos. Lo rejuvenece y lo hace todo riente. Es un rico adorno al que todos tienen derecho. Y es también un visitante lleno de beneficios, ya que destruye los microbios y vivifica el aire de las piezas.

Por todas estas causas vemos hoy día que la mayoría de las cortinas se hacen sin forro. Esta capa espesa del forro no se emplea nada más que cuando se trata de una cortina muy alta que sin forro no tendría el peso necesario para caer con la gracia debida. Es este principio de la cortina ligera el que nos ha traído el éxito de las cortinas de tul cuadrado en el estilo de la malla, de la etamina y de la muselina, que son los géneros que se emplean actualmente para las ventanas, los balcones, los miradores y los windows.

Antes sólo se conocían las cortinas, los visillos y los estores en color blanco o crema, desde hace algún tiempo la moda nos ha dotado de las más grandes fantasías en materia de coloraciones en las cortinas y así vemos éstas en amarillo, en verde, en rojo, en azul, en violeta, drapeándose indistintamente en las ventanas de la casa moderna.

Si debemos elegir, entre estos colores, uno que sea bien agradable, debemos inclinarnos hacia el amarillo. Nada es más decorativa y más alegre y hasta el pálido sol de invierno, filtrando a través de las mallas de este color, toma una coloración caliente que pone en las habitaciones la alegría de un hermoso sol de verano.

De la misma manera que no queremos en las ventanas cortinas pesadas de géneros gruesos, no queremos tampoco draperías, paniers, levandados al estilo italiano, tan apreciados por la moda de hace medio siglo atrás. Las cortinas se cuelgan hoy por hoy simplemente de una barra de bronce o de madera por medio de argollas de uno u otro material. Se hacen dos pequeños pliegues en el género, justo en el sitio en que se pega la argolla y ya está todo listo.

En esta encantadora disposición de cortinas ligeras, la que hemos consultado para adornar la ancha ventana que vemos en el dibujo adjunto. Abierta en el espesor de la muralla en una sala de espera o vestíbulo, sería completamente banal y desacogedora si la dueña de casa muy ingeniosa, no hubiera tenido la inspiración de convertirlo en un exquisito rincón lleno de atractivos. Para esto ha pintado los muros y la parte baja de la ventana en gris muy pálido, casi gris perla, dándole una tonalidad más oscura a los batientes de la ventana. Los visillos y el store corto están hechos en malla cuadrada crema, tono que armoniza admirablemente con el gris del resto. Para realzar con una nota viva estos tonos un tanto descoloridos, llevan los visillos y el store un motivo de frutas de colores bordado en estilo malla. Son unos grupos de manzanas con follajes hechos en sus propios colores naturales con seda gruesa lavable, unidos estos grupos por una guarda hecha en amarillo fuerte y ocre.

Dos pequeños estantes en madera blanca pintada de gris están colocados a cada lado de la ventana formando una interesante decoración. En ellos la dueño de casa ha colocado libros, bibelots y objetos de costura. Una cortinilla de malla crema con el mismo bordado que los visillos y store, está colocada delante de cada estante, mantenida por medio de anillos de bronce en un simple alambre grueso del mismo material. Para romper la monotonía del muro gris sería bueno colocar una ancha guarda en forma de zócalo de papel cretona o con un dibujo modernista lleno de sorpresas y encanto.

Dos bancos de madera pintados de gris con un corazón recortado al aire lo mismo que el que adorna los estantes, completan este rincón lleno de confort y elegancia simple.

TOLHUACA

(Le conviene leer con atención).

TERMAS sulforosas de 96° centíg. de temperatura.
UBICADAS en el dep. de Marilnán, 30 kmts. al norte de la estación de **Curacautín.** — Altura s|m, 1,000 metros.
SERVICIO DE AUTOS de las Termas, y autos de alquiler...

Se han obtenido curaciones comprobadas en las siguientes afecciones: DEFORMACIONES cartilaginosas y óseas, Reumatismo y Gota, ciertas QUEBRADURAS pectorales, algunas formas de ESTERILIDAD, ARTERIO ESCLEROSIS, Obstrucción de Arterias y Venas, VARICES, EXCEMAS, heridas rebeldes, manchas y otras afecciones de la piel y todas las que ceden a la influencia de los gases sulfurosos y de las emanaciones radio activas.

Buen hotel, con alimentación sana, variada y abundante; insuperables panoramas, hermosas e interminables sendas abiertas en la montaña milenaria, generalmente a la vera de arroyos de aguas cristalinas y frescas.

Itinerarios, tarifas y las informaciones que se deseen, encontrará Ud. en la Agencia.
HUERFANOS, 1153, Of. 38.

HORACIO ECHEGOYEN

LOS HEROES DEL CINE

RAMON NOVARRO

COMO en el caso de Sófocles, de Goethe y de Byron, los hados fueron en extremo pródigos con Ramón Novarro, uno de nuestros más ilustres representantes en los lares cinematográficos. Aunque nunca antes de ahora gozó de la cuantiosa fortuna que los tales próceres heredaran al nacer, fué, no obstante, agraciado con todos los otros dones —más preciosos aún que las meras riquezas—que enaltecieron la vida de aquellos grandes modelos. Talento superior y multilateral; un carácter suave, dulce y equilibrado que os cautiva a primera vista; un alma piadosa y noble que se transparenta en su rostro de niño grande: una alta y ejemplar ambición, secundada por una firme tenacidad —dignas ambas de ser emuladas—que le impelen a los grandes empeños y han sido como piedras angulares de su triunfo; un puro y digno ambiente familiar que ha plasmado su carácter elevado y probo, sin detrimento de sus alientos artísticos y, como remate y complemento de todo esto, una belleza física de rara perfección, que le convierte en el efebo más acabado del cinematógrafo. Ramón Novarro encarna admirablemente el tipo de hermosura masculina tan cara al exquisito gusto estético de los antiguos helenos. Sin tener las repugnantes deformaciones musculares del atleta moderno, posee la robustez física, la agilidad, la destreza y armonía que hacían del joven ateniense un arquetipo de hermosura varonil. Todo en él es apostura, proporción, serenidad y genuina elegancia. Su figura entera nos da la impresión de una absoluta "armonía preestablecida", de una correspondencia o correlación estrecha entre su ritmo interior y su apariencia física, entre su alma y su carácter, entre sus máximos anhelos y los medios de que dispone para alcanzarlos.

Aunque por lo que a la edad concierne, es el Benjamín de las grandes estrellas, figura, sin embargo, entre los más eminentes por su alcurnia artística y el prestigio alcanzado. A nuestra raza, en general, y a Méjico en particular, les cabe este orgullo de haber producido al más joven de los artistas en esta constelación de innumerables estrellas de primera magnitud. Novarro conquistó gloria y fama cuando todavía era un adolescente; ambas, cual diosas caprichosas, se le rindieron, cuando aún no le apuntaba el bozo y él ha sabido mantenerlas unidas a su carro de triunfador.

Hace diez años, los vientos de tempestad revolucionaria que venían asolando a Méjico hacía tiempo, arrojaron del suelo patrio a esta familia, igual que a otras muchas. Unos en New York, otros en La Habana, otros en Los Angeles, muchos quedan aún dispersos por el mundo en voluntario ostracismo. A este grupo pertenece la familia del Dr. Samaniego, padre de nuestro héroe. Habiendo llegado a esta ciudad en 1917, aquí se radicaron y a pesar de los dos lustros transcurridos, se mantienen invulnerables a la deletérea influencia de Hollywood. Sus añejas y cristianas tradiciones familiares, sus costumbres domésticas, su culto respetuoso a los valores consagrados (la religión, la iglesia, la familia, el arte, la honestidad y la decencia, atributos indispensables en todo hogar latino a la antigua), se mantienen incólumes en el seno de esta familia admirable. Y emergiendo de esta atmósfera de intensa religiosidad (tres de sus hermanas son monjas profesas), y de este ambiente familiar tan serio, tan unido, tan conservador, surge a la vida cinematográfica Ramón Novarro como una flor de loto, como un producto exótico, de portentosa vitalidad y resistencia, que Hollywood no ha podido asimilar ni siquiera influenciar en lo más mínimo.

Este aspecto en la evolución de Novarro fué siempre un misterio y un motivo de curiosidad para mí. Esta impermeabilidad de su carácter, este poder vivir entre llamas sin chamuscarse siquiera, esta capacidad de resistencia al pernicioso influjo moral que este medio ejerce sobre todos los que se ponen en íntimo contacto con él, era algo realmente extraordinario que yo no alcanzaba a comprender. ¿Cómo—me decía—es posible el milagro de vivir diez años la vida de los estudios y aún conservar la ingenuidad, la pureza y las ilusiones de la adolescencia? Y no fué sino hasta que lo conocí y conocí a su familia que pude hallar la solución del enigma. En la vida de casi todos los grandes hombres hay un ser misterioso que en gran parte determina el rumbo de sus destinos: alma seráfica en Poe, en Dante y en Petrarca; espíritu incógnito en Shakespeare; matrona venerable en los Gracos... En Novarro, esta influencia todopoderosa reviste también el augusto carácter de madre. A pesar de que el artista ha levantado una infranqueable barrera entre el santuario de su hogar y el mundo del cine al que él por su profesión pertenece, y aún a riesgo de contrariarle, yo no puedo eximirme de rendir aquí homenaje de admiración a esta noble dama que tan magistralmente ha sabido moldear el carácter del gran actor. De ella hereda, Novarro su gran talento musical y su magnífica voz de tenor,—la señora Samaniego es también una excelente pianista y posee, a su vez, una bella voz, aunque nunca perteneció al teatro.

* * *

Desde niño Ramón demostró gran predilección por el teatro y precoces aptitudes artísticas que fueron inteligentemente dirigidas y encauzadas por el buen gusto y talento de su madre. Ya antes de abandonar su país gustábale tomar parte en representaciones familiares en las cuales probó sus excelentes condiciones de actor. Su madre, sin embargo, llevada de su amor por la música y sostenida por el gran talento que el joven artista demostraba para el piano, hubiera querido hacer de él un "virtuoso" de este instrumento. Mas la ambición de Ramón era llegar a ser un actor famoso y a tal finalidad se encaminaron todos sus esfuerzos, sin abandonar la música y el canto—sus dos grandes amores de la edad viril. Dadas las aficiones juveniles de nuestro héroe, fácilmente podremos imaginar, cuál no sería su alegría al trasladarse su familia a Los Angeles, ya por aquella época convertido en centro cinematográfico del mundo. Conviviendo en extraño maridaje encontramos en Ramón Novarro, junto al artista exquisito, de alma delicadamente sensitiva, capaz de darse toda entera en sus momentos de inspiración, al hombre práctico, de agudo sentido común, que percibe rápidamente el aspecto material y utilitario de las cosas, y sabe aprovechar la oportunidad, que según la proverbial expresión castellana la pintan calva. Esta segunda personalidad que subconscientemente alienta en él, fué la que, sin duda, le impulsó hacia los estudios con perseverante tenacidad desde el primer instante y la que le hizo ver las grandes posibilidades que el cine encerraba para él.

Muchas personas creen—sobre todo en los países de habla castelana—que Ramón conquistó la fama por asalto y que llegó a la alta posición que hoy ocupa en el mundo de la pantalla, sin gran esfuerzo. Como siempre, una es la leyenda y otra muy diferente la historia verdadera. Y ésta última tuvo en el caso de Novarro, como en casi todos los grandes artistas, un prefacio angustioso, de incontables vicisitudes y desengaños. Cinco años duró su período de duro aprendizaje; cinco años de viacrucis, en el que cada estudio era una estación una esperanza que nunca llegaba a cristalizar: cinco años de trabajo como "extra" entre el montón anónimo, sin una oportunidad para demostrar sus aptitudes; cinco años de entrevistas con los directores y sus ayudantes que se traducían en nuevos desengaños y descorazonantes desilusiones. No, jóvenes soñadores, la gloria y la fortuna son como hembras coquetas que no se rinden sino al amante capaz de arrostrar por ellas las grandes penalidades y eso únicamente, tras un largo y perseverante cortejo. Ni aún Ramón Novarro, con su extraordinario talento artístico, su belleza adónica y su apostura varonil, pudo rendirlas sin esfuerzo y tenaz paciencia. Durante estos 5 años de espera, en que la diosa Fortuna resistió indiferente los galanteos y requiebros del más garrido y apolíneo de sus enamorados, Novarro daba clases de música y de canto, trabajaba como "extra" cuando podía y esperaba, esperaba con una fe obstinada y trémula preñada de ilusiones y hecha a prueba de desengaños.

Por fin, la dama de sus amores acudió a la cita, revistiendo la encantadora forma de un director famoso. (En el mundo cinematográfico, el director es una especie de dios todopoderoso para los infelices aspirantes, un ser misterioso, portador de la varita mágica que los ha de levantar hasta el pináculo de la gloria o confinarlos nuevamente al gran montón anónimo). Fué allá por 1921. Ramón Novarro trabajaba por aquellos días en un pequeño teatro de Hollywood al que asistían con frecuencia actores y directores del cinematógrafo. Desempeñaba el papel principal en una farsa titulada **"The Spanish Fandango"** y tuvo la suerte de que una de las noches se encontrase entre los espectadores, Rex Ingram, el gran director del Metro Studio. Ingram comprendió en seguida las posibilidades que este jovencito aún imberbe encerraba y al siguiente día tuvo lugar la cita por cinco años anhelada y pacientemente esperada. Tal fué la clara visión que Rex tuvo del talento artístico de su nueva estrella

que le confió inmediatamente el importante papel de Ruperto de Hentzau en "El Prisionero de Zenda", la película que consagró a nuestro héroe.

A Rex Ingram corresponde, pues, el mérito y el honor de haber descubierto al gran actor que en Novarro alienta y a él le debe este mejicano ilustre, si no la gloria que es hija legítima de su talento superior y de su esfuerzo, por lo menos el haberle dado oportunidad de probar su excelsa valía. Novarro ha correspondido siempre generosamente a la protección de Rex reconociendo públicamente su deuda para con el gran director. El resto de la carrera artística de Ramón Novarro es demasiado bien conocido de mis lectores para que yo me detenga a referirlo. Inmediatamente después aparecieron **Where the Pavement Ends, The Red Lily, Scaramouche y Ben-Hur** que viene a ser como el coronamiento feliz de su brillante carrera. Recientemente ha sido presentado en "Las malas lenguas", que lícito sea de paso, es bastante inferior a las cintas anteriores, debido, más que a defecto de Novarro, a las especialísimas circunstancias en que se encontraba el director al terminar la cinta que no le permitieron supervisar el proceso final de selección y corte. Su última película "El Príncipe estudiante", no conocida todavía del público, es otra obra maestra en que Novarro reverdece los laureles conquistados en **Ben-Hur** y las otras producciones anteriores.

* * *

Ramón Novarro en la caracterización de Ernesto, en la reciente película "Las males lenguas", filmación de "El gran Galeoto", de don José Echegaray.

Y sin embargo, con ser tan completo su triunfo en la pantalla, nosotros creemos que el campo más adecuado para su arte no es el cinematógrafo, precisamente. A nuestro entender, su delicada sensibilidad artística es, no diremos demasiado fina, pero sí más a propósito para expresarse a través de la música y del canto que de la mímica. Novarro, en nuestro concepto, es un artista esencialmente lírico y esta condición fundamental de su temperamento, hace de él un estupendo intérprete en temas emotivos y sentimentales, cuando el medio de expresión es la música o el canto. Su exquisita voz de tenor, de dulces matices y aterciopeladas variantes, de amplio registro y timbre suave y melodioso; su gusto musical depurado y completo dominio del piano; sus magníficas aptitudes coreográficas que le convierten en consumado bailarín y, por último, su galanura y belleza física, harían de él un concertista único en el mundo probablemente. Nosotros que hemos tenido el placer de verlo y aplaudirlo interpretando canciones populares en el coquetón teatrito de su residencia particular (el edificio tiene capacidad para sesenta personas solamente), sentimos que la índole especial del arte a que actualmente está entregado, nos prive de todo lo que hay en Novarro de más rico y luminoso, de más bello y encantador: el cantante.

Por eso cuando hace días me decía que estaba determinado a alternar su labor del estudio con jiras internacionales dando conciertos de canciones populares en carácter, aplaudimos entusiastas. En este campo, seguros estamos, no tendrá rival este privilegiado hijo de las musas. Es justamente su medio y la especial naturaleza del espectáculo se adapta a su particular modalidad artística como anillo al dedo. Confiemos, pues, en que no se arrepienta y haga verdaderas estas promesas. Sería la dedicación de un rico temperamento musical y lírico, que a la vez posee una bella voz de tenor, a una forma superior de arte, para la cual está magníficamente equipado por la naturaleza.

La vida de Ramón, fuera del estudio, transcurre apacible y serena, como la de un monje. La música y el canto consumen el tiempo que el estudio le deja libre y jamás se le ve en los **parties** o reuniones de los otros artistas. En realidad, él vive como al margen de la vida tumultuosa y estridente de Hollywood, la cual conoce menos que cualquier profano. Su pasión por la música y el canto reviste los caracteres de un verdadero culto. Habiendo recorrido muchos países, ha logrado reunir una colección de canciones populares francesas, italianas, alemanas, españolas, rusas, cubanas, mejicanas, etc., que es, acaso, la más selecta y numerosa que en el mundo exista. Su guardarropa es tan surtido y tan ricos son los trajes con que ha de caracterizar su repertorio, que traducido en dinero, su valor representaría varios miles de dólares. Su profesor de canto, el gran barítono francés Louis Graveure, por quien nuestro amigo siente admiración sin límites, es, según sus propias palabras, "lo mejor que ha encontrado en Europa".

¡Curiosa coincidencia! Cuando muchos grandes artistas están abandonando su campo favorito (el drama, la ópera, etc.), para ingresar en el cine, atraídos y deslumbrados por el brillo cegador del oro, este joven artista hispano se prepara a hacer precisamente lo contrario, impulsado por su temperamento de esteta fino y delicado en quien el espíritu de Ariel parece haber encarnado.

Y es que a Novarro, dadas sus aptitudes y aficiones congénitas, y la excelente preparación musical que tiene, no puede satisfacerle la inferior modalidad artística a que al presente está dedicado. El, naturalmente, sostiene el punto de vista contrario; pero nosotros sospechamos que, maguer inconfesada, alienta en su espíritu una secreta inconformidad que algún día le ha de impulsar a buscar otros medios de expresión estética, que estando más en armonía con su exquisito temperamento lírico, se traduzcan al mismo tiempo en una fórmula artística más refinada y culta.

El cinematógrafo, a pesar de su prodigiosa carrera, sus innegables progresos y su brillante porvenir—justo es confesarlo—se mantiene todavía hoy en el rango de las artes útiles, en la categoría de entretenimiento genuinamente popular, adaptado al gusto de las masas y mancillado por el sórdido afán de lucro que lo condiciona. Hasta ahora no es más que una industria mercantilizada, en la cual toda finalidad o principio estético queda supeditado al objetivo económico. Toda película que se haga de espaldas al gusto del vulgo y con miras puramente artísticas, ya se sabe de antemano que es un fracaso financiero. Dígalo, si no, el señor D. W. Griffith, el más grande de los directores norteamericanos, quien, tras muchos años de brillante labor, se encuentra aún pobre, precisamente por haberse empeñado en elevar el nivel artístico del cine, sin tener en cuenta que al paladar de las masas repugnan los manjares demasiado finos. Tal como hoy lo vemos—sobre todo en Norte América—el cine queda reducido a un arte dramático en el que las emociones intelectivas y líricas, la riqueza de vida interior y el pensamiento, apenas si tienen representación por una incapacidad inherente al género en sí mismo. Lo que en él predomina es el dramatismo de la acción, el humorismo de las situaciones ridículas y el argumento o trama; todo lo cual lo asemeja enormemente a la dramaturgia truculenta de un Lope o un Calderón, o a los fantásticos libros de caballerías, pero lo mantiene a regular distancia de lo que pudiéramos llamar un Arte Bello.

Ramón Novarro y May Mc-Avoy en "Ben-Hur", la más grande producción hecha hasta hoy por Metro-Goldwyn-Mayer.

El magnífico triunfo obtenido por Novarro en la pantalla solamente nos revela una fase o aspecto de su gran talento, y no el más hermoso, por cierto. Mas ello nos sirve de pauta para imaginar, cuál no sería su éxito en aquel otro campo, en el que todas sus múltiples aptitudes pudieran manifestarse con amplia libertad.

EL ANIVERSARIO

por J. MATTIOLI

I

Habíanse conocido en el baile, y el ligero discreteo que brotara a la luz de las arañas, mecido por un vals húngaro, habíase poco a poco convertido en verdadero amor.

Cuando Ivona de Mazeilles pasaba del brazo de Jorge de Vaumont, no cabía imaginar más armoniosa pareja. Ivona era elegante, delicada como una figurita de vitrina, con manos y pies de niña; con unos cabellos finísimos que orlaban como aureola de oro su rostro vivaracho, de nariz ligeramente remangada; con un cutis purísimo, una boca delicadamente cincelada y unos ojos castaños cuya expresión dulce y seria corregía lo que su semblante tenía de sobradamente picaresco. Este picante contraste constituía su mayor atractivo, porque a su frágil gracia de rubia añadía el atrayente hechizo de las morenas.

Jorge de Vaumont era alto, delgado, esbelto, con esa soltura elegante que sólo se hereda con ese no sé qué indefinible que se recibe al nacer, pero que no se compra.

Sus cabellos castaños hacían resaltar su tez mate, en la que que brillaban espléndidos ojos, ora apasionados, ora soñadores, ya acariciadores, ya imperiosos; un bigote fino y sedoso sombreaba una boca que al abrirse descubría unos dientes de deslumbrante blancura.

Jóvenes ambos, de familia igualmente distinguida y de igual fortuna, habían nacido el uno para el otro; así es que, después de una temporada durante la cual habían bailado casi siempre juntos, la sociedad que frecuentaban se enteró con placer de su próximo matrimonio.

Ivona creía que el día de la boda no llegaría nunca y decía a sus amigas:

—No creeré en mi dicha hasta que baje las escaleras de la iglesia.

Casáronse en Mazeilles, pequeña aldea de Normandía en donde la familia de Ivona habitaba un antiguo castillo señorial regalado por Luis XIV a Guido de Mazeilles en 1678, después de la paz de Nimega.

Su viaje de novios duró seis meses; visitaron Italia, España, la Palestina y Gracia, y como los dos eran muy artistas y sus corazones vibraban al unísono, experimentaron durante aquella excursión placeres raros, exquisitos, porque cuando dos se aman del mismo modo parece que se aman dos veces.

De regreso en París, instaláronse en Passy, en un elegante hotelito, en donde vivieron, lejos del mundanal ruido, saboreando su felicidad.

Un hermoso niño había venido a aumentar su dicha: aquel ángel de cabellos castaños era el vivo retrato de su padre; tenía su misma mirada, su misma sonrisa y tuvo más adelante su mismo altivo porte.

El pequeño Guido era la alegría de la casa; desgraciadamente al venir al mundo había robado un poco de la hermosa salud de su madre, que, desde su nacimiento, no se sentía bien. Sin estar verdaderamente enferma, habíase tornado muy endeble teniendo que renunciar a su distracción favorita, montar a caballo con su esposo.

Pasaba el tiempo; el joven matrimonio permanecía tan dichoso y tan unido como el primer día. Jorge, para no dejar sola a su mujer, salía muy poco y se entretenía pintando con exquisita seguridad lindas acuarelas. Pero su mayor triunfo como pintor había sido una miniatura de su hijo, que acababa de cumplir ocho años.

Una noche, al regresar a su casa, Vaumont dijo a su esposa:

—¿A que no aciertas a quién acabo de encontrar en una situación que inspira lástima? A mi prima de la Jarre, de quien, como sabes, me extrañaba no tener noticias desde hacía tanto tiempo. Su marido se ha arruinado en el juego y se ha suicidado como un cobarde, dejándola sola en el mundo y sin fortuna.

—Hubieras debido traerla, Jorge, que yo habría tratado de consolarla.

—He pensado en ello; así es que la he invitado para mañana.

—Has hecho muy bien. Será preciso prodigarle muchos cuidados e infundirle la ilusión de que todavía tiene una familia.

Al día siguiente, a las once, Jorge llegó a su casa acompañado de su prima. Era ésta un tipo extraño, de una belleza poco vulgar. Tenía los cabellos negros, de ese negro de tinte azul tan poco común, que descendían en gruesas ondas alrededor de un óvalo muy puro; una piel fina y blanca que dejaba transparentarse en las sienes una red azulada; una boca roja, de un rojo de madroño, con labios delicadamente arqueados, acaso un poco desdeñosos, y unos ojos de un color gris verde, brillantes, franjeados de largas pestañas negras que velaban sus resplandores metálicos e inquietantes. Tenía, en resumen, un perfil de madona, pero con ojos de sirena.

Su figura ondulante, admirablemente proporcionada, amoldábase dentro de un elegante traje negro.

II

La señora de la Jarre habíase convertido en la compañera inseparable de Ivona, a cuyo lado pasaba muchos ratos tocando el piano, leyéndole sus autores favoritos y procurando de mil maneras distraer sus horas de reclusión.

Muchas veces, la señora de Vaumont, no queriendo privarla de que saliera, decía a Valentina que montara su yegua Ariette y fuera a dar algunos paseos con Jorge y Guido.

La señora de la Jarre, que era excelente amazona, había aceptado aquella invitación, pero las más de las veces Guido se había quedado en casa, prefiriendo privarse de su placer favorito a tener que salir con aquella supuesta tía que no le inspiraba cariño alguno.

Todos los años, en el mes de mayo, los Vaumont se iban a Mazeilles. Los padres de Ivona habían muerto, y como no dejaban más hijos, a ella fué a parar el castillo.

Pero aquel año Jorge parecía querer aplazar el viaje, pretextando una serie de razones buenas o malas: que el tiempo estaba fresco todavía; que era menester hacer en su hotelito algunas reparaciones que quería vigilar personalmente; en una palabra, los mil motivos que se nos ocurren cuando una cosa no nos interesa.

Pasaban las semanas y los Vaumont seguían en París. Ivona sentía aquel retraso, mas no tanto como Guido, que aquel año sobre todo no veía el momento de partir, pues sabía que en el castillo no vería a la señora de la Jarre.

¡Cosa extraña! El muchacho, en general tan afectuoso, había conservado cierta antipatía contra Valentina, y a pesar de las insinuaciones de ésta y de los reproches de sus padres, aquel sentimiento había crecido de día en día. Mostrábase cortés, pero nada más; nunca tenía para aquella señora un beso ni una palabra cariñosa.

Cuando estaba en su presencia, sentábase en un rincón y no perdía uno solo de sus movimientos; dijérase que la vigilaba con la mirada; con ese instinto tan seguro en las personas sensibles, comprendía que, a causa de ella, su padre, a quien adoraba, era más severo con él. Al fin llegó la víspera de la partida para Mazeilles: aquel día Valentina había de comer con los Vaumont, pero envió un recado diciendo que no saldría de su casa porque estaba muy cansada y que al día siguiente iría a despedirles a la estación.

La comida fué triste; parecía que flotaba en el aire un embarazo indefinible. Una ráfaga de tempestad, semejante a esos polvos impalpables que es imposible sacar de un sitio, introducía un malestar entre aquellos seres en apariencia tan felices. Jorge estaba preocupado y hacía inauditos esfuerzos para que su preocupación no se trasluciera: sólo una arruga que cruzaba su frente revelaba su incomodidad moral. Guido, por el contrario, estaba muy alegre, más alegre que de costumbre; pero aquella misma alegría parecía irritar a su padre, quien, dos o tres veces, le riñó severamente, haciendo que los ojos del niño se llenaron de lágrimas.

Terminada la comida y cuando se hubieron trasladado al salón, Ivona dijo a su marido:

—Cántame algo esta noche; te vas volviendo muy perezoso. Voy a acompañarte "Sans toi", que es mi pieza favorita, como sabes, y que hace un siglo que no he oído. Y había abierto ya el piano cuando Jorge le respondió:

—Ivona mía, siento no poder complacerte, pero tengo que salir.

¿Por qué mientras escuchaba esta respuesta vió brillar delante de ella las pupilas de acero de Valentina, semejantes a dos espadas que se le clavaran en el corazón?

—¡Ah!... ¿De veras?—repuso Ivona en extremo pálida.—¿No puedes pasar con nosotros esta última velada?

—No, es imposible; un amigo mío necesita hablarme, y aun llegaré tarde a la cita. Y después de haber mirado su reloj, Jorge salió de la estancia.

—¡Qué lástima que no hayáis cantado y tocado esta noche en que precisamente estábamos solos!—exclamó Guido suspirando.—Pero, en fin, ya nos indemnizaremos en el castillo. Dime, mamá, ¿verdad que no me reñirás? ¡Seremos tan dichosos los tres! ¡Si supieras cuánto me disgusta que esa señora de la Jarre llame a papá "Jorge"! ¡No quiero que le llame como tú! Papá es nuestro, sólo nuestro, y no quiero, no debe quitárnoslo.

Ivona se estremeció al oír estas palabras, como si Guido con su dedo de niño hubiese tocado una fibra dolorida de su ser, una fibra que comenzara a sufrir; y ella misma se sorprendió de aquella impresión. ¿Iba ahora a volverse celosa?

Sin embargo, decíale la razón que si Jorge hubiese amado a aquella prima se habría casado con ella en otro tiempo. Sí, insinuaban los celos contestando a este argumento; pero es que entonces era Valentina casi una niña, mientras que hoy es una mujer en todo su esplendor, una flor abierta, al paso que tú decaes de día en día.

"¡Es verdad!—decíase al fin como para poner término a la lucha.—Pero yo tengo el amor de Jorge, ese amor de 10 años del que estoy tan segura.

¡Ay! ¿De qué podemos estar seguros en este mundo? ¿Acaso puede nadie decir que no teme en materias de amor? Y tú mismo, pobre corazón ¿qué haces en este instante más que dudar?"

Así como nuestros ojos, cuando estamos en un sitio oscuro, acaban por percibir algunos contornos, así también en el corazón de Ivona se dibujaban hechos, en apariencia insignificantes, pero que se enlazaban entre sí como se suceden los eslabones de una cadena.

La presencia de la camarera, que iba en busca de Guido, interrumpió los pensamientos dolorosos de Ivona, que besó cariñosamente la rizosa cabeza de su hijo, cuyos párpados comenzaba a cerrar el sueño, y agarrando un libro trató de disipar aquella obsesión cruel. Pero volvía las páginas maquinalmente y sólo leía con los ojos, hasta que al fin, cansada y nerviosa, subió a su cuarto. En el suelo vió un medallón de Jorge.

—¡Cómo se inquietará Jorge si cree haberlo perdido en la calle!—dijo para sí Ivona.

Iba a dejar el medallón sobre la mesa, cuando casi inconscientemente lo abrió.

Un fantasma que hubiera surgido delante de ella no la hubiera hecho estremecerse más que lo que se ofreció a su vista: en vez de los dos retratos que creía ver, se destacaba sobre la seda azul una bellísima miniatura de Valentina. Sí, era su rostro pálido, de ardientes labios, con sus ojos verdosos, cuya mirada cruelmente enigmática, parecía desafiarla; con sus hombros y su seno de blancura alabastrina, delicadamente rodeados de negras gasas.

Ivona lanzó un grito desgarrador el grito de un ser a quien se atormenta, a quien se asesina; el estertor de su corazón que sangraba. ¡Oh, qué horrible dolor! ¡Qué traición tan infame! ¡Verse engañada de un modo tan vil, tan miserable, por aquella a quien había acogido como a una hermana y

que traidoramente le robaba su dicha!

¡Y él! ¡Su Jorge, a quien adoraba, a quien ponía tan por encima de los demás hombres! ¡Qué caída tan lamentable la de su ídolo!

De modo que nada había podido contenerle, ni su esposa, ni su hijo. ¡Qué terrible cinismo había necesitado para poner el retrato de aquella mujer en lugar de los otros! ¿Cómo no se había revelado su honor?

¡Por qué lazos, por qué hechizos le había esclavizado y había aniquilado su conciencia hasta el punto de que nada en él temblara ante aquel sacrilegio?

En aquel momento — Ivona estaba segura de ello — Jorge hallábase al lado de ella; había querido consagrarle aquella última velada. Ahora comprendía por qué no quería partir.

Arrodillada junto a la cama, sollozaba amargamente, midiendo con espanto la extensión de su desdicha.

Transcurrían las horas y aquella dolorosa vela continuaba, vela fúnebre, la de su felicidad muerta.

Un golpe dado en la puerta de su cuarto la hizo estremecerse: era la camarera con un billete de Jorge que había traído un criado del casino.

"Querida Ivona: Mi amigo se bate mañana y me ha rogado que fuera su testigo; no quiero separarme de él esta noche; volveré a casa mañana para acompañarte a la estación. — **Jorge**".

—¡Oh, el miserable!...—murmuró Ivona.—¡Se atreve a hablar de un lance de honor!

Y estrujando con asco el lacónico billete, lo quemó en la bujía.

Cuando el papel quedó reducido a un poco de ceniza, acercóse a la mesa y temblando escribió estas palabras:

"Jorge: Parto dejándoos a ti y a la que es verdaderamente digna de ti en punto a infamia y traición. Me llevo a mi hijo. Nada temas; prosigue en paz tu vileza. No acudiré a los tribunales, porque no quiero arrastrar por el fango el nombre que mi hijo ha de llevar.

"¡Que Dios quiera, un día, concederte el perdón que yo no te otorgaré jamás!—**Ivona**".

Metió la carta en un sobre, junto con el medallón y la cerró.

. . . . . .

A la mañana siguiente, a las seis Ivona y su hijo partían para Mazeilles, y cuando Guido preguntó por qué no esperaban a su papá, obtuvo por toda respuesta estas palabras:

—Tu papá se ha ido y no volverá nunca más.

III

Pocos días después de su llegada al castillo, la señora de Vaumont fué acometida de una fiebre violenta.

La sacudida había sido demasiado fuerte para aquella naturaleza delicada, y aquel regreso al hogar de sus padres en tan tristes condiciones fué para ella un doloroso calvario.

A cada paso que daba alzábase delante de ella el fantasma querido de su felicidad: allí se había casado, allí había nacido su hijo, y de todas las piedras del castillo surgían recuerdos que enconaban en aquel pobre corazón lacerado la incurable herida.

Ivona había estado durante muchos días entre la vida y la muerte; pero al fin había triunfado su juventud. Desgraciadamente más a menudo se vive con el dolor que del dolor se muere.

Hasta parecía que su salud había mejorado; dijérase que la vida, por un refinamiento de crueldad, le había prestado nuevas energías a fin de que con ello aumentara su facultad para sufrir.

Guido también estaba muy cambiado, pero desfavorablemente: en aquel niño excesivamente impresionable el sufrimiento moral se había manifestado por un abatimiento extraordinario; aquel cambio brutal en su existencia le había herido de muerte, y como una flor trasplantada, decaía a ojos vistas.

Una tarde, el niño parecía estar mejor; la fiebre había cedido.

Ivona, abrumada por tantas horas de angustia, se había adormecido ligeramente, teniendo entre las suyas la diáfana cabecita de Guido.

De pronto incorporóse éste en la cama, gritando:

—¡Papá, papá!

—Guido, ángel mío; estoy ya aquí, no tengas miedo—le dijo su madre.

—Querida mamita, veo a papá que es desgraciado... y que nos llama... ¡Oh, mamá!... Es necesario que le perdonemos el habernos tenido olvidados durante tanto tiempo. Sí, papá..., te quiero siempre y voy... voy a darte un beso.

Y diciendo estas palabras cayó de nuevo en la cama, mostrando en sus labios una última sonrisa, con los ojos mirando hacia lo alto como en extática visión.

Ivona se precipitó sobre él, pero ¡ay! era tarde. Aquella alma pura había emprendido su vuelo hacia la eternidad.

IV

Los altos cipreses iluminados por las luces del crepúsculo vespertino, tomaban un aspecto fantástico, y un último rayo del sol de otoño hacía flotar como una aureola de oro la blanca tumba ante la cual estaba arrodillada la señora de Vaumont.

Aquella desdichada mujer, dos veces herida en el corazón, pasaba diariamente largas horas junto a aquel sepulcro; pero aquel día su estación piadosa se prolongaba: era el undécimo aniversario del nacimiento de Guido.

¡Cuán implacable con ella había sido la existencia!... ¡No le quedaba ya nada en el mundo!

—¡Dios mío!—murmuró con las manos crispadas en la verja del monumento.—¡No tengo fuerzas para sufrir más! Me habéis quitado todo lo que para mí había en la tierra, todo lo que formaba mi alegría. ¡Apiadaos de mí y tomad mi vida, esa vida tan miserable, sin consuelo y sin esperanza! He bebido hasta la última gota del amargo cáliz, pero ¡tened compasión de mí, Dios mío; no puedo más! No hay en el mundo quien sufra más que yo.

—Te engañas, Ivona—murmuró cerca de ella una voz temblorosa—porque en el mundo están aquellos a quienes martirizan los remordimientos.

La joven se volvió, bruscamente sorprendida: Jorge estaba junto a ella; al verle, hizo ademán de retroceder, y pálida como las flores que rodeaban la cruz de mármol, díjole, temblorosa:

—¡Vete de aquí! ¡Me inspiras horror! ¡Por tu culpa murió! Mataste nuestras dos existencias y tu presencia en este sitio es un sacrilegio. ¡Déjame lo único que en este mundo me pueda, el derecho de llorar en paz!

—¡Oh, por piedad, Ivona! ¡No hables así! Desde hace dos meses que regresé de Africa, en donde busqué en vano la muerte, todas las tardes vengo y me oculto como un criminal para arrodillarme sobre la tumba de mi hijo. ¡Oh, qué expiación tan terrible! Vengo para rogarle que obre un milagro, que destruya el odio que en ti adivino. Nunca, ya lo ves, he tratado de encontrarte, porque sabía que te haría sufrir demasiado; pero no puedo vivir sin saber si el niño idolatrado a quien lloramos pensó en mí antes de morir, si no me había olvidado del todo. ¡Oh, Ivona! Te lo suplico, en nombre de todo el amor que le profesabas, dime si pronunció mi nombre; repíteme sus últimas palabras. Es una gracia que espero no tendrás el valor de negarme.

Ivona permanecía callada, y en el silencio del anochecer sólo se oía su respiración jadeante; pero al fin, con voz entrecortada por la emoción, dijo:

—Sé dichoso; sus últimas palabras fueron para ti, para decir que debíamos perdonarte el olvido en que durante tanto tiempo nos habías tenido. El te perdonó..., pero él era un ángel... ¡Yo no puedo perdonarte..., no podré jamás!

Y al decir esto, rompió a llorar.

Jorge lanzó un grito de alegría, y arrodillándose junto a su esposa, díjole en voz baja:

Ivona, hoy es el aniversario de su natalicio: acuérdate de que en otro tiempo le regalábamos juntos, en esta fecha, lo que deseaba. Si aún estuviera aquí, con sus manecitas acercaría las nuestras. ¡Por él, no por mí, que soy indigno de ello, accede a su última petición: satisface su deseo, Ivona, y en este primer aniversario que pasa en el cielo concede ese perdón que él reclamaba.

...Con la noche tibia, perfumada por los olores de octubre, parecía extenderse y envolver los seres y las cosas una atmósfera de paz y de calma... En el corazón de la infortunada madre librábase un combate terrible; mas al fin, tras una lucha suprema, Ivona tendió su mano a Jorge...

Y oyó en su corazón el eco de una voz infantil que desde el cielo le decía:

—¡Gracias!

I. MATTIOLI.

—Ivona, hoy es el aniversario de su natalicio.

PARA LAS COQUETAS

ALEGRE Primavera, cuando la pradera te hace nacer, tu aliento pasa suavemente por el corazón como una caricia embriagadora...

A esta exclamación laudativa de un poeta famoso, ningún higienista dejaría de responder: —"Pero la Primavera hace salir en las mejillas y en las frentes de esas mismas personas embriagadas, una serie de manchas y de granos nada, pero nada bonitos".

Esta respuesta es el justificativo de las precauciones que todo ser cuidadoso de su estética debe guardar consigo mismo en esta época del año.

Cambiante, cruel, inconsiderada como es de común la juventud, la estación renovada por lo general les excita el sistema nervioso, los debilita, hace hervir las sangres espesas, provoca bilis intempestivas. Una tal efervescencia física, porque altera la salud y perjudica la belleza. Las pieles se congestionan, se irritan y las erupciones no tardan en aparecer. La laxitud hace desgraciosas las actitudes. La acción de los rayos del sol, a que la epidermis había dejado de acostumbrarse, acaba por ser perniciosa.

Borrachos de sol se va con la cabeza descubierta. Caricia nefasta que por lo común da por resultado la grippe y sus molestas consecuencias. Una nube que pasa, el viento que cambia de dirección, bastan para desarrollar una cantidad de malestares, de los cuales la angina es uno de los más perniciosos. La angina, esa enemiga terrible de la belleza. En el intercambio de las estaciones, sobre todo los herpéticos, hay el peligro de atrapar la angina herpética, reconocible por ciertas manchas amarillentas en la garganta, que muchas personas llenas de espanto y mal advertidas toman por difteria. No es contagiosa, pero determina un estado general lleno de malestares, la laxitud de todo el cuerpo, de desgano en la comida.

Hay ante todo que vigilar el régimen alimenticio. La Primavera es rica en verduras y en frutas. Las primeras, que son por excelencia los alimentos refrescantes y depurativos, deben comerse crudos o cocidos. Si crudos, debe tenerse la prudencia de lavarlos por lo menos dos veces en agua caliente. Si cocidos, deben estarlo en exceso y condimentados con leche, más la mantequilla que se le agregará a placer en el momento de comerlos. Deben alternarse estos alimentos con las legumbres secas, restos de la provisión invernal, que con sus cualidades alimenticias harán un buen complemento a los otros alimentos.

La alimentación de carne será reducida. El estómago será además el primero en reclamar esta reducción. 125 gramos de carne blanca serán suficientes para un adulto y puede considerarse como sabio al que reduzca su porción de pan a 200 gramos diarios, si no quiere padecer fermentaciones y dilataciones del estómago que lo tendrán completamente mal a gusto. Nada de aliños, de alcohol y de vino.

No se crea que sólo los alimentos sólidos pueden ser perjudiciales a la belleza alterando la salud. También los líquidos dan este resultado en caso de no usarlos con moderación. Cerveza blanca, vino con agua, agua pura con la condición de ser filtrada, cocina y mineral, limonadas o naranjadas. La leche debe tomarse en abundancia, ya que, a más del favor de los médicos, dispone del de los enfermos que, gracias a un régimen sabiamente dispuesto, han mejorado de enfermedades graves sólo consumiendo leche.

Muchos, para no cansarse y llegar a tomarle horror, hacen una cura de una semana solamente bebiendo leche, con lo cual regularizan las funciones intestinales. Otros prefieren durante veintiún días tomar en ayunas medio vaso de agua de Vichy tibia con media cucharadita de sulfato de soda disuelto en ella.

A los cuidados alimenticios internos será bueno agregar los cuidados preventivos externos, cuando llegue la Primavera debe ponerse en el cutis la siguiente crema: Lanolina, 60 gramos. Mantequilla de cacao, 30 gramos. Aceite de ricino, 20 gramos. Agua de Colonia Rusa, 15 gramos. Peróxido de oxígeno, 5 gramos.

Cuando las pieles se manchen con granos, con pecas o con espinillas, hay que vigilar estrictamente el régimen alimenticio y tomar todas las mañanas en ayunas un vaso de tisana laxante, tal como agua de tamarindos, cachanlagua o natre. Además se harán lavados intestinales con agua tibia que contenga 2 gramos de benzoato de soda y 2 gramos de fosfato de soda. Estos lavados están destinados a intensificar la acción depurativa de las tisanas laxantes.

La carne, ya tan desagradable para la juventud, se recrudece en esta época, y se requieren cuidados especiales para que ciertas caras tengan un aspecto medianamente presentable, sobre todo en los adolescentes.

He aquí todo un sistema para seguir esta clase de enfermos. Todas las noches debe hacerse una limpieza prolija con un algodón mojado en licor de Hoffmann. Después de esta limpieza, con otro algodón, hay que aplicarse la siguiente mixtura: Azufre precipitado, 10 gramos. Alcohol, 40 gms. Glicerina, 10 gramos. Agua de Rosas, 125 gramos.

Además se tomará todas las mañanas una tisana laxante y se evitará en la alimentación hasta la sombra de un aliño, quedando prohibidas las bebidas que contengan alcohol.

Para las personas propensas a las quemaduras del sol, damos la receta siguiente, que da los mejores resultados aplicada en las noches, luego de lavarse con agua templada y jabón de Marsella. Agua destilada, 10 gramos. Glicerina, 30 gramos. Oxido de zinc, 10 gramos.

Durante el día se ayudará la acción de este tratamiento nocturno por medio de aplicaciones de la loción siguiente: Alcohol de 90 grados, 1 cuarto de litro. Vinagre aromático, 1 cuarto de litro. Polvos de benjuí, 30 gramos.

Muy suavemente es la mezcla siguiente: Agua de tilo, 50 gramos. Agua de Rosas, 50 gramos. Agua de flor de naranjo, 50 gramos. Acido bórico, 50 gramos. Tintura de benjuí, 5 gramos.

Otra de las calamidades que trae consigo la Primavera son las herpes, todos conocemos esas pequeñas placas harinosas que con un arañazo se hacen desaparecer cierta desaparición, ya que momentos después la placa harinosa ha aparecido nuevamente.

Para empezar un sistema curativo de las herpes, hay que suprimir por completo el jabón. Se empleará agua tibia y por cada litro se le agregará un litro de glicerina químicamente pura y una cucharadita de café de bicarbonato de soda. Este lavado será acompañado de una secadura muy superficial para no levantar las herpes. En la casa se podrá mantener el cutis bajo la siguiente crema durante el día, renovándole tres veces: Tanino, 2 gramos. Calomelano, 1 gramo. Glicerolado de almidón, 30 gramos. Para salir se pasará un algodón sobre esta crema, un algodón con Cold Cream muy fresca para levantar la otra pomada y en seguida se pondrán los polvos que serán de preferencia de almidón. De vuelta a la casa se pasará nuevamente el algodón con Cold Cream y se pondrá la crema curativa dada anteriormente.

La Primavera es la estación en que más hay que hacer funcionar la hidroterapia. Baños, lluvias, duchas, serán muy convenientes para activar la circulación de la sangre lo que evitará las congestiones.

Según los temperamentos y las afecciones así será la naturaleza de los baños. Para los que sufren de acnée, recomendamos los baños sulfurosos, salados, de ácido bórico, iodados. Para los herpáticos: los baños de bórax. Para los afectos a los furúnculos, están recomendados los baños azufrados. Así, cada temperamento, según sus necesidades, debe alterar el régimen alimenticio, el curativo y el hidroterápico, sin olvidar un momento que el aire es otro de los factores indispensables a la belleza.

CUANDO LA PRIMAVERA HA LLEGADO...

PARA NO ENVEJECER, TOMAD SIEMPRE
CRISTALES YODADOS
M. PROOT R.
Base: Sal de Karlsbad Yodada.

HIJOS DEL DIVORCIO

Por CLARA BOW y ESTHER RALSTON

HABRÁ cosa de no muy lejanos años, existía, y es de creer exista todavía, en las afueras de París, en lugar solitario y apartado, apacible y muy hermoso, dotado de todos aquellos encantos que la madre Naturaleza se complace en prodigar en los lindos jardines de la bella Francia, un convento de religiosas teresianas que, a la vez que plácido refugio de piadosas y santísimas mujeres, era asilo de niñas temporalmente abandonadas, huérfanas legales, víctimas de las costumbres disipadas de la época y de genios malavenidos, pobres seres faltos del cariño de un hogar tibio y amoroso: hijas del divorcio.

En el recinto interior de aquellas paredes, limpias y santas, pero de ambiente frío, encontrábanse reunidos una tarde Kitty, Julia y, ¡horror de los horrores!, Teddy, un rapazuelo que, atrevido, escalando el muro, recubierto de verdes enredaderas, había caído como del cielo dentro de los tranquilos jardines del convento.

—¿Cómo te llamas?—preguntáronle las dos chiquillas.

—Teddy.

—¿Y tienes padres?

—Sí, pero están divorciados.

—Los nuestros, también—repuso Julita.

Y desde aquel momento, por una ley de afinidad inexplicable que une a los que sufren de los mismos pesares, estableciése y afirmóse un gran cariño entre los tres hijos del divorcio.

Fué aquélla una impresión inolvidable en la vida de Kitty, que de las dos chiquillas era la de temperamento más romántico; casi tan inolvidable como la de aquel día en que su madre la dejara en el orfanato, y en que llegada la noche, al acostarse, temerosa de la oscuridad, saltó de su lecho para refugiarse en los brazos de Julita, exclamando llena de infantil terror: "¡Tengo miedo!"... ¡Tengo miedo!...

* * *

Pasaron los años desde aquel día en que Kitty, Julita y Teddy se habían encontrado en los jardines del convento parisiense, y hoy los encontramos, rodeados de una atmósfera bien diversa, en una de las playas elegantes de los Estados Unidos.

Teddy, rico y "sportsman", anda locamente enamorado de Julia, y Kitty, pobre, pero no menos bella, ha encontrado su ideal en un joven y elegante príncipe, hijo de familia arruinada, que la ama de todo corazón, sin parar mientes en la pobreza de la joven ni en la suya.

Pero como la penuria jamás fué manjar de agradable gusto, Kitty, aconsejada por su madre, sacrifica su amor por el príncipe y le hace ver la futilidad de sus amores.

Vico: no debemos destruir un amor que no podría sobrevivir a la miseria y a las privaciones. Conservémoslo como un recuerdo exquisito y dulce que nos habrá de acompañar eternamente.

Y Ludovico, accediendo a los deseos de su Kitty, regresó de nuevo a Europa, con el alma caída y el corazón lacerado y con la idea persistente de que ya no volvería a verla nunca, nunca...

LOS BAÑOS EN EL DANUBIO

Por MARIANO TOMAS

HAY unos cuantos balnearios a lo largo del río, cerca de la ciudad: el de Kritzendorf, el de Baaden, el de Stand-Baad... Son como unas playas pequeñitas.

De lo que antes sería pradera verde han hecho una planicie enarenada, y alrededor de ella se levantan barracones, donde se expende tabaco, café, flores, artículos de baños, frutas y almuerzos. El quiosco reservado para la música se eleva en el centro de la placetilla, y, ya fuera de ella, se alinean las casetas de los bañistas que vienen de la ciudad, y las casas de madera asentadas en el terreno fangoso sobre gruesas vigas, como construcciones lacustres, de los que residen en el balneario durante toda la temporada.

Estas casitas tienen un aspecto risueño, con sus pórticos y ventanas adornados de flores, y sus cortinas de colores alegres, y hasta los mismos soportes sobre los que se sostienen les prestan un aire de ingravidez graciosa... Sólo que la humedad de estas calles, formadas por los pueblecillos portátiles, es desagradable; el pie se hunde en los barrizales y bajo las casas zigzaguean hilillos de agua, que van a morir en el río. Yo creo que se hubiera evitado esto con haber elegido para balnearios, lugares secos por donde no pasara el Danubio...

El Danubio es la entidad menos importante en tales baños; se le ha tomado como un pretexto: pero eso es todo.

A no ser que estas señoritas que pasean por la playa o toman baños de sol indolentemente reclinadas en la arena, vinieran con la intención de sumergirse en la corriente azul: pero luego, la animación de las conversaciones y de la música les haya hecho olvidar el motivo que aquí las trajo y hasta el velo brevísimo con que se cubren.

Es gente de buen humor la que puebla estos balnearios: unos muchachos han izado sobre unas angarillas improvisadas a una joven y la llevan en procesión hasta el kiosco; otros, sin más vestidos, aparte el bañador breve, que un cuello almidonado y un sombrero de copa, forman una comparsa, que entona canciones e imita los diversos registros del órgano... Y hasta hay quien, sin pretenderlo, llena de franco regocijo a la asamblea: como un buen señor alto y seco, que envuelve cuidadosamente su delgada humanidad en un albornoz luengo y tocado con una ridícula gorrilla, que es como una media pelota de niño, mira, azorado, a través de sus enormes gafas ahumadas, y anda de acá para allá, en busca de un lugar donde poder extender su silla plegable, que lleva bajo el brazo.

Cuando llega la charanga militar, los muchachos y las jóvenes la rodean, y marchan a su lado marcando el paso rítmicamente como un batallón al que hubieran uniformado con arreglo a los figurines del Africa Central. Luego se agrupan alrededor del kiosco para escuchar el viejo vals, obra del más antiguo de los Straus: "El bello Danubio azul". Es un delicado homenaje a este buen río, tan manso y tan complaciente, que, ahora, a su vejez, se ve forzado a tomar por oficio aquel tan necesario en toda República bien organizada, de que habló Don Quijote.

En el mismo lugar donde la charanga interpreta el vals vienés, hay colocado un gracioso aviso:

"Por moralidad se prohibe el baile."

Y yo busco inútilmente, entre los grupos de jóvenes que alborotan, ríen, cantan y se persiguen, sin darle importancia alguna al desnudo, a esta extraña moralidad en cuyo nombre se prohibe la danza.

"La Velouty de Dixor - Paris"

M. R.

HUGUETTE DUFLOS

una de las bellezas del Teatro Francés, artista tan aplaudida como elegante dice:

—"Con la "VELOUTY de DIXOR", a toda hora del día, causaréis la impresión de recién haber dado la última mano a vuestra toilette."

ELVIRE POPESCO

la bella y turbadora intérprete de las obras de VERNEUIL se expresa así:

—"La "VELOUTY de DIXOR" es, sin cuestión, el producto de belleza soñado para el rostro, las manos y el escote."

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS.

se vende a los siguientes precios:

1|4 tubo o tubo maletín	$	2.00
1|2 "	"	8.00
1|1 " o super tubo	"	13.50

Tres colores:

BLANCO, ROSADO (NATURELLE) y MARFIL (IVOIRE)

LOS SABADOS LITERARIOS DE BARRIOS

Por GONZALEZ VERA

En el artículo que insertamos de seguidas, y a propósito del reciente libro de Mariano Picón Salas: "Mundo Imaginario", evoca González Vera las largas y sabrosas pláticas que un grupo de escritores y artistas celebraba en casa de Eduardo Barrios. Los sábados de Barrios eran respetables—dice González Vera—porque era prohibida toda lectura de obras inéditas. Los tertulianos del sábado fueron caricaturados y pintorescamente deformados, por el diestro lápiz de Pablo Vidor.

Eduardo Barrios, por Vidor

ANTES, Eduardo Barrios era un hombre simpatiquísimo, porque daba más importancia a sus semejantes que a las gallinas. Ahora, no sé si por razones filosóficas, nos ha puesto en segundo término.

Pero nosotros podemos tomar una pequeña venganza no prodigando el menor elogio a su gallinero, y hablando sólo del Barrios de ayer, del excelente Eduardo que tenía un cuarto el día sábado para todos los hombres del mundo.

En su cuarto, no tan espacioso como la Catedral, podían convivir artistas y habladores de toda la vasta América y de algunos rincones de las tierras viejas.

Allí estaba Vidor aprisionando líneas; allí estaba Acario Cotapos hablando con todas las voces y expresándose con todo el cuerpo; allí estaba el

Pablo Neruda, por Vidor

encendido Dublé Urrutia llenando el cuarto de problemas; allí estaba Leng en actitud religiosa; allí estaba Neruda con su perfil de espada; allí estaba Carlos Préndez Saldías hundido en un sillón pero monumental siempre; allí estaba silencioso el Claudio Arrau, que en otros sitios impone silencio a todos; allí estaba Totila con su cara de santo joven; allí estaba el hierático Raúl Silva Castro sin abrir la boca para cosas ligeras, pero dispuesísimo a describir el traje de los montenegrinos, a enumerar la flora del Niágara, a relatarnos escenas de la vida alacalufe. Y por los rincones, como elementos del cuadro, racimos de poetas adolescentes nacidos en el aquí, ahí y allí de América. Un poco más lejos, en otro extremo de ese cuarto comparable sólo al pan de Cristo, permanecían las guardadoras del hogar.

En ese cuarto simpático y respetable, porque era prohibida toda lectura de obras inéditas, conocí a Mariano Picón Salas. Lo conocí y nada más.

Mariano es capaz de estar callado mucho tiempo. Podría decir cosas interesantes si quisiera; pero se calla. Por táctica prefiere que los demás se comprometan en charlas interminables. Cuando habla, siempre vierte juicios cabales. Y aunque por su juventud no sale todavía del período peligroso, piensa con claridad, y sabe.

Tiene en el fondo de su espíritu algunas convicciones y vive con el oído atento a ellas. Es un hombre honrado. Aunque le quiero mucho, creo que nunca será rico ni llegará jamás a ser el primer hombre de su país. Pero bien pudiera ocurrir que, andando el tiempo, sea su voz más oída en América que la de esos primeros hombres.

Mariano Picón Salas, por Vidor.

Si queréis reconocerlo, mirad a los hombres altos. Aquel cuya cabeza se asiente cansada sobre los hombros, será él.

Ahora ha publicado un libro, un **Mundo Imaginario**; pero ese mundo es la real Venezuela de su niñez.

Leyéndolo olvidaréis que viene de una tierra cálida. En gran parte de su libro no se ven las palabras. Sabe dar volumen y movilidad a sus primeros recuerdos. Tropezaréis con tremendos fan-

Alfonso Leng, por Vidor.

Raúl Silva Castro, por Vidor

tasmas de piratas ingleses que allá todavía sirven para enderezar la conducta de los niños.

Luego os tomará el ambiente de una hacienda semejante a las nuestras. Conoceréis uno de esos abuelos feroces que no sueltan la vara de Moisés mientras viven. Y, como componente del cuadro, una tía solterona, buenísima, consagrada por entero a Dios, una de esas santas silvestres que a veces son lo único edificante de un pueblo.

Mariano Picón Salas sabe enredar en sus palabras los rasgos permanentes de los seres y las cosas. En su libro se alza de repente la figura de un tío que está en Brasil, vuelve, parte a otro sitio y muere. Uno no acierta a comprender cuál es el interés de ese tío lejano, borroso; pero lo cierto es que su difusa silueta entra en nosotros para siempre.

Después se siente la inquietud de una nueva revolución. Allá en el campo unos hombres se es-

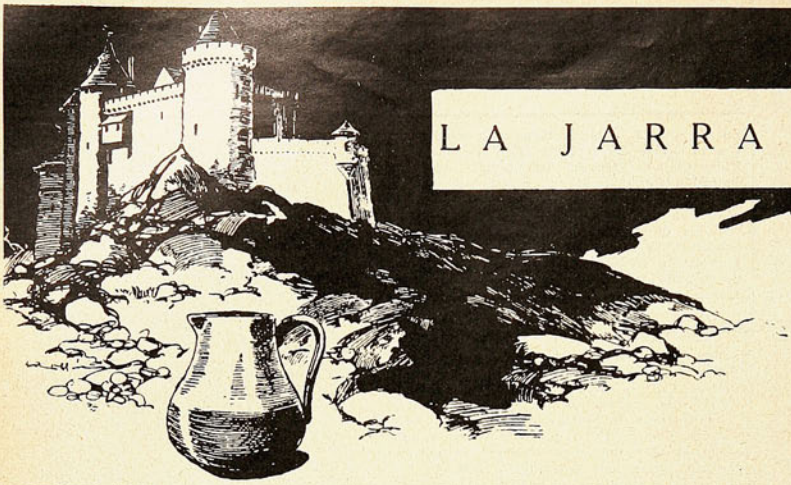
González Vera, por Vidor

tán batiendo con otros. La batalla se desarrolla lejísimo; pero la inquietud entra a todos los corazones, corre por los valles, sube a las montañas. La vida se desorganiza.

Y siguiendo por el libro, se cae en alguna quieta ciudad de provincia. Domina el ambiente religioso. Los sacerdotes tratan de reanimar el recuerdo de los doce apóstoles con material de esta época, y ocurre, naturalmente, que los nuevos apóstoles no son fieles a sus respectivos modelos.

Siguen luego algunas páginas con interesantes y certeras observaciones sobre la vida de los colegiales. Y ,por último, un bien hecho capítulo acerca de pensión. Acaso sea esta parte de su libro la que se lee con más interés. Tiene humor, es concisa, dibuja las imágenes de una sola raya.

Bien pudiera ser, que en libros sucesivos, se acentúe su tono humorístico y sus trazos sean fuertes como para llegar al hueso.



LA JARRA QUE CANTA

HABIA una vez un terrible bandido que asaltaba los castillos, detenía los coches en los caminos, asesinaba a los viajeros y ponía fuego en las granjas... Se llamaba Sin Gracia.

Había hecho su guarida en el extremo de una roca abrupta y vivía en compañía de gentes que le obedecían ciegamente. Eran todos tan malas gentes, que se gloriaban de poseer una insensibilidad a toda prueba.

—Yo, decía siempre Sin Gracia—tengo el corazón tan duro, que mis ojos todo lo pueden ver y mis oídos todo oírlo, sin que uno solo de los latidos de mi corazón se apresure.

Un enano, llamado Patas Chuecas, que se ocupaba en perseguir una liebre, oyó esta exclamación.

—¡Espera!—dijo—que yo te haré mentir!

Se desliza por la ventana abierta, sube a la mesa donde se encuentra sentado Sin Gracia, y empieza a buscarle afanosamente al bandido una parte vulnerable.

¿El corazón?... Está defendido por una doble malla.

¿Los ojos?... Los párpados que ha abatido la embriaguez, acaban de cubrirlo.

¿Las orejas? La derecha reposa sobre el puño cerrado.

Patas Chuecas, marchó de nuevo a la conquista de su liebre, después de rozar con la punta del dedo la oreja izquierda del bandido.

Y Sin Gracia, continuó más malo que antes y sus hombres más insensibles que nunca.

Ocurrió que un día el malvado se durmió no lejos de una fuente donde las mujeres del lugar venían siempre en busca de agua.

Desde hace un buen rato, duerme a todo dormir, roncando y con la boca abierta. De pronto, empieza a sentir que su sueño se desvanece y que se queda sumergido en una especie de leve inconsciencia. Al mismo tiempo, comienza a percibir una especie de música muy dulce que llega al corazón y conmueve extraordinariamente. Una emoción rara hace presa del bandido medio dormido ,la sangre circula emocionada por las venas y el corazón hasta entonces insensible empieza a hacer: toc, toc, apresuradamente.

El bandido, empieza a despertar con tan raras

—¡Canta!—gritó Sin Gracia.

manifestaciones, se pone en pie y dice: Mi corazón es duro como el hierro. Frunce las cejas, enfadado por esta súbita emoción y exclama: ¡Hum, hum! Y he aquí a Sin Gracia tan perverso como antes.

Y muy a tiempo, porque ya venían sus hombres de regreso de una emboscada.

—¿Fué bueno el golpe?—preguntó Sin Gracia.

—¡Una tropa de bohemios! Pero las mujeres traían la cabeza y el cuello cargados de sequíes de oro.

Y los sequíes, ¿dónde están?

—En esta jarra. Una muchachita la traía en las manos y yo se la quité. Y en seguida todos se treparon a su nido de águilas. Patas Chuecas roncaba mientras tanto con el aire consternado y la cabeza baja.

Al día siguiente, Sin Gracia descendió de nuevo al precipicio donde había oído la voz anteriormente.

Se tendió sobre la yerba mojada y con el oído atento, cerró los párpados. Pero en vano. Sólo el viento cantaba entre las hojas secas. Entonces Sin Gracia se levantó y fué hacia la fuente.

Bella Aurora, una hermosa niña bebía sus lágrimas junto con el agua clara de la linfa. Lloraba por la mujer que la había recogido huérfana, porque tan pequeña, ella estaba ya sola en el mundo.

—¡Canta!—le gritó Sin Gracia, en cuanto la hubo visto

—¡Señor!—balbuceó temblorosa la niña—yo no sé cantar!

Pero él se obstinaba en creer que era ella quien le había encantado la víspera con su canto. Y de tal modo, lo creía, que pretendió obligarla a cantar por medio de la violencia. Furioso, la llevó violentamente a su cueva. La metió en una habitación pequeña más o menos limpia y le trajo alimentos.

—¡Come primero—le dijo—y enseguida cantarás!

Bella Aurora tenía mucho miedo, pero también tenía mucha hambre y devoró los alimentos.

En la misma jarra que había servido para transportar los sequíes de oro, Sin Gracia le llevó agua.

—¡Canta ahora!—le dijo.

¡Pobre Bella Aurora! Un gran temblor la sacudió entera. La verdad era que ella no sabía cantar, sino unas pocas rondas, y tenía además tanto miedo!

De repente, Sin Gracia comprendió que su sola presencia podía anudar la voz en la garganta de la bella niña y se marchó a otra habitación.

—¡Canta ahora! Yo te escucharé desde aquí, con la puerta abierta!

Bella Aurora, sola en medio de la habitación, cruzó una contra otra sus manitas ansiosas! Ella no sabía cantar, y el bandido la intimidaba tanto.

De repente la jarra habló:

—Bella Aurora, yo sé todas las canciones de Sarah, la de la voz de oro, la pequeña bohemia de cuyas manos me ha arrancado el maldito hombre que te retiene prisionera. ¡Voy a cantar para tí!

—Oh, canta, buena jarra—imploró Bella Aurora.

Sin Gracia comenzaba a enfadarse, cuando se elevó delicado como un hilo de plata, conmovedora y pura una fresca voz de niño.

Y de pronto, los ojos del bandido se llenaron de una clara luz, se distendieron sus duras facciones y la secreta corriente que llevaba en su pecho le inundó con sus olas bienhechoras.

Patas Chuecas, desde un rincón espiaba y manejaba los compases de la canción. Cuando vió rodar por las curtidas mejillas de Sin Gracia una perla brillante, huyó.

Cada mañana Sin Gracia, llevaba a la pequeña alimentos y agua fresca.

Al principio le gritaba con voz áspera:

—¡Come y canta!

Y luego más tarde:

¡Oh!, canta, buena jarra!...

SAL DIGESTIVA
Bémecé
M. R.
Bicarbonato de Sosa, Magnesia, Carbonato de Cal
ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias. Gastritis. Hiperacidez, etc.
Dosis: Una cucharadita despues de cada comida
De Venta en todas las Farmacias
Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40

Bella Aurora le salía al encuentro con los brazos abiertos...

—¡Cuando hayas concluído, no dejes de cantar!

Y al fin, un día:

Y al fin, un día:

—¡Canta, querida!

Con tal tono, que Bella Aurora le cogió la mano y se la besó.

Pasó el tiempo, y una mañana:

—¿No te doy ya miedo, pequeña?

—No, señor, afirmó la niñita.

—Entonces, para darme un placer, vas a cantar cerca de mí, ¿quieres?

¿Qué hacer? Bella Aurora lanzó a la buena jarra una mirada de angustia.

Se valió de una pequeña estratagema:

—Delante de vos, tendré vergüenza...

—Pero... para que me des una gran alegría...

—¿Alguna cosa muy corriente, entonces? Lo que cantan los niñitos en el campo?

—¡Muy bien, eso mismo!

Y tenía tan buen aspecto con su gran barba y su buen semblante, que Bella Aurora cobró valor.

Ella cantó: "Laralá, laralá, vamos al bosque"... excusándose después de cada verso.

Sin Gracia lo encontraba todo encantador.

—Me parece, decía, ver una ronda de niños bailando en torno de unas rosas blancas.

Sintió en torno de su cuello los menudos brazos de Bella Aurora, y sobre su mejilla, las tiernas mejillas tan suaves como frutas.

Si quieres, Bella Aurora, desde hoy puedes llamarme Buen Amigo.

—No, dijo Bella Aurora con el índice levantado y una graciosa sonrisa. Os llamaré mi padre, y será más bonito.

Patas Chuecas, desde su rincón, batía palmas.

Sin Gracia, pensó que sus compañeros tenían muy rudo aspecto para presentarlos a los ojos de Bella Aurora. Les repartió sus bienes y les abandonó. Dijo que su guarida era demasiado fea y áspera para tan tierna paloma. Compró una clara casita e instaló a Bella Aurora con una buena mujer y quemó la guarida.

Solía pensar con pena que había ejercido un feo oficio y que su conciencia era demasiado negra, para merecer que Bella Aurora le llamase "padre".

Resolvió cambiar de conducta y aclarar su conciencia a fuerza de buenas obras.

Y cuando por las tardes, tras del trabajo honrado, llegaba a la linda casita, Bella Aurora le salía al encuentro echándole los brazos al cuello.

Y Sin Gracia pensaba que por eso, la canción le había parecido tan dulce y había entrevisto con ella ciclos tan azules y ternuras tan hondas...

CANCION MATERNAL

Por Rabindranath Tagore

Hijo mío, vamos río abajo por la existencia. Nuestras vidas habrán de separarse y nuestro amor se olvidará. ¿Qué te daría yo para que no te fueras? ¡Ay! Pero seré tan tonta que intente comprarte el corazón con regalos?

Tu vida empieza; es largo tu camino; de un sorbo apuras el cariño que te damos, y vuelves a irte corriendo del lado nuestro.

Tienes tus juegos y tus amigos y es natural que se te pase el tiempo sin pensar en nosotros.

¡Nuestra vejez, en cambio, es tan ociosa! ¡Tenemos tantas horas para contar los días que cayeron y para amar en nuestro corazón lo que siempre se fué de nuestras manos! El río alegre rompe todos los diques y se va cantando. La montaña se queda, y lo recuerda y lo sigue con su amor. Mi canción te envolverá con su música, hijo mío, como los tiernos brazos del amor. Te tocará en la frente cual un beso de bendiciones. Si estás solo, se sentará a tu lado y te hablará al oído; cuando estés entre la gente, te cercará, para alejarte de ella.

Mi canción, cual las dos alas de tus sueños, te llevará tu corazón hasta el fin de lo inefable. Cuando la noche negra se tienda en tu camino, mi canción será sobre tu cabeza como una estrella fiel. Se sentará en las niñas de tus ojos y guiará tu mirar al alma de las cosas.

Cuando mi voz enmudezca con la muerte, mi canción te seguirá hablando en tu corazón vivo.

DESPEDIDA

Es preciso partir, madre, me voy. Cuando, en la pálida oscuridad del alba triste, tiendas tus brazos hacia mi cama, yo te diré: **Tu hijo se ha ido.**

Madre, me voy.

Me convertiré en una delicada corriente de aire para acariciarte, seré el agua en que te bañes, y una y mil veces te besaré.

En la noche tempestuosa, cuando la lluvia se empape en las hojas y promueva un susurro tenue, oirás el murmullo de mi voz junto a tu cama, y mi risa te llegará con el relámpago, a través de la ventana abierta de tu cuarto.

Si estás desvelada pensando en tu hijo, desde la altura de las estrellas te cantaré: **Madre mía, duerme.** Montado en los rayos errantes de la luna llegaré a tu cama, y me reclinaré sobre tu pecho mientras duermas.

Seré un ensueño, y me disimularé en tu interior, entrando por tus párpados entreabiertos, y al despertarte y volver la vista asustada en torno tuyo, seré un pequeño insecto luminoso que despide chispas en las tinieblas.

En la gran fiesta de Juyá, cuando los niños de la vecindad vengan a jugar en torno de la casa, me incorporaré a los sonidos de la flauta, y durante todo el día resonaré en tu corazón.

Mi tía querida al traerte los regalos de Juyá, te preguntará: —¿Hermana, ¿dónde está tu hijo?

Y tu, madre, mía, le dirás:—En las pupilas de mis ojos, en mi cuerpo, en mi alma.

La eximia cantante de fama mundial, Srta. Fanny Anitúa, y que tan brillante actuación ha tenido en la última temporada de ópera da su opinión sobre la COCOA PEPTONIZADA RAFF.

Me declaro entusiasta de la exquisita "Cocoa" Peptonizada Raff" pues por ella conservo mi estómago en perfectas condiciones y por consiguiente un cutis siempre joven y salud envidiable

Fanny Anitúa

PARA LAS HACENDOSAS

Manera de limpiar las almohadas de pluma.

Para limpiar las almohadas de plumas y para desinfectarlas, si hay necesidad—salvo en los casos en que hayan servido para enfermos contagiosos, en los cuales deben emplearse procedimientos especiales de desinfección—se extraerá la pluma de la funda que las contiene, la cual será lavada con lejía y a las plumas se las tratará aparte segun las siguientes prescripciones, que tomamos de un tratado de higiene:

En 5 litros de agua se ponen poco a poco 500 gramos de cal viva, se mezcla el total durante 10 ó 15 minutos y luego se deja en reposo. La parte de la cal que no se haya disuelto se depositará en el fondo del recipiente.

Entonces se echa despacio el agua de cal limpia en otro recipiente a proposito, en el cual se habrán colocado préviamente las plumas, hasta tanto que el nivel del agua se eleve dos o tres centímetros por encima de la masa de éstas. De cuando en cuando se mezcla el total, hasta que las plumas estén bien empapadas y no floten en el líquido. Así se dejan durante un par de días y luego se tira el agua sucia, enjuagando las plumas dos o tres veces.

Para secar las plumas se ponen al sol cubiertas con una tela cualquiera, de preferencia de color oscuro, a fin de acelerar la operación. Una tela blanca, difundiendo mejor el calor que recibe, impediría la desecación rápida.

Para limpiar el crespón de luto .

Para dejar como nuevo el tejido de crespón, se lo tiene, sin ponerlo tirante, sobre el vapor de agua hirviendo. Téngase cuidado de no mojarlo nunca. Después se lo deja secar, tendiéndolo cerca del fuego.

Las gotas de agua de lluvia dejan sobre el crespón negro un rastro que se hace desaparecer del modo siguiente: se extiende el crespón sobre una mesa, manteniéndolo tenso con pesos, debajo del punto manchado se coloca un trocito de tela negra. Sobre la mancha se pone entonces, ayudada por un pincel, un poco de tinta común y se seca enseguida con un trozo de seda. La gota de tinta se secará rápidamente y hará desaparecer por completo la mancha del agua.

Para evitar que la franela encoja

Si se quiere evitar que la franela encoja, hay que tenerla en agua fría durante algunas horas y luego en agua caliente, antes de emplearla en las prendas de vestir a que se destina. También se puede colocar en un lavatorio y echarle encima cuatro litros de agua hirviente en la que se habrán disuelto previamente 25 gramos de jabón ordinario. Se deja la franela en este líquido hasta que el agua esté fría, se escurre y se pone a secar.

Cuando se quiere que la franela blanquee desde el primer momento, hay que disolver una cucharada de bórax en un litro de agua y se pone en el agua caliente en que se va a lavar la franela para evitar que después encoja.

Manera de destruir el pasto en los caminos de los parques.

El mejor método consiste en arrancar una a una las plantas con sus raíces y tubérculos, pero esto es largo y costoso. El cortar las plantas al nivel de las raíces y quemar las partes cortadas no hace más que determinar, en la mayoría de los casos, un mayor desarrollo en las malezas.

Un sistema muy seguro y sencillo, recientemente preconizado, consiste en regar el pasto, por medio de pequeñas regaderas de jardín, con parafina ordinaria. De este modo se pueden también destruir los musgos que se producen en las balaustradas y en las escalinatas húmedas. Mejor todavía que la parafina, parece ser una emulsión por partes iguales de agua con parafina.

Lavado de los tejidos de lana hechos a mano.

Tanto las labores hechas a palillos como a crochet, necesitan, a ser lavadas, cuidados especiales para que la lana no encoja y, por lo tanto, el tejido se deforme. Para esto es necesario sumergirlas primeramente en agua tibia. Entretanto se hace hervir jabón blanco en agua y se bate el todo para formar mucha espuma, entonces se traslada el tejido que estará en agua tibia a este nuevo baño y se estruja dentro de él, pero sin refregarlo, hasta que parezca limpio. Después se enjuaga con mucha agua tibia limpia, siempre sin refregar, pues en otra forma el tejido encoje.

Acababa esta primera operación se toma aproximadamente un litro de agua clara ,algo más que tibia y se le agrega dos cucharadas grandes de goma arábiga, agitando hasta que se disuelve, entonces se sumerge en ella el tejido, se estruja, procurando que la solución gomosa impregne por parejo. Se escurre luego, primero entre las manos, luego entre dos paños secos y se extiende sobre una toalla prendiéndolo con alfileres, se tapa con otra toalla y se deja secar. En esta forma el tejido quedará limpio y como nuevo.

Para impermeabilizar papel

Se impregna el papel por las dos caras con una solución hecha de una parte de gelatina, cuatro partes de agua y una parte de glicerina. Después se coagula la gelatina sumergiendo el papel en una solución de 750 centímetros cúbicos de aldehido fórmico en 5 litros de agua. Se deja secar el papel así tratado, que en estas condiciones queda impermeable hasta para el vapor del agua.

Lavado y blanqueado de los sombreros de paja.

Si están los sombreros manchados por la humedad, se sumergen durante dos o tres horas en una solución de sal de acederas (oxalato ácido de potasa), después se ponen en una horma de madera blanca, se colocan sobre una mesa y se frotan con una esponja embebida en una solución débil de potasa. Se enjuagan con agua acidulada, también por medio de una esponja.

Para quitar el color oscuro de la paja vieja, se la introduce en un baño de jabón y se la somete luego a la sulfuración. Se le da de nuevo el apresto al sombrero, mojándolo uniformemente con una esponja embebida en una solución tibia de gelatina y de alumbre. Finalmente se plancha, interponiendo una hoja de papel entre el sombrero y la plancha.

EL MATIZ Por **José Enrique Rodo**

Lo característico del sentido crítico de la mayoría es no entender de matices. En arte como en moral, como en cualquier género de ideas, la ausencia de la intuición de los matices es el límite propio de la muchedumbre. Allí donde la retina cultivada percibirá nueve matices de color, la retina vulgar no percibirá más que tres. Allí donde el oído cultivado percibirá doce matices de sonido, el oído vulgar no percibirá sino cuatro. Allí donde el criterio cultivado percibirá veinte matices de sentimientos y de ideas, para elegir entre ellos aquel en que esté el punto de equidad y la verdad, el criterio vulgar no percibirá más que dos matices: el del "sí" y el "no", el de la afirmación absoluta y el de la negación absoluta, para arrojar de un lado el peso de la fe ciega y del otro todo el peso del odio iracundo.

COLONIA
Flor de Espino

La Mejor Colonia Nacional

Pídala a la
BOTICA FRANCIA
ESTADO, 154

La Mejor Colonia Nacional

AROMA EXQUISITO

PRIMAVERA — VERANO

HA LLEGADO EL TIEMPO DE LOS DELICIOSOS ALMUERZOS SOBRE EL PASTO

La organización de un almuerzo en el pasto, está íntimamente ligada con sus medios de transporte de que se dispone. Pueden presentarse tres casos. El más sencillo es el del turista que ha partido por la mañana y para todo el día, y se instala con el propósito de almorzar las provisiones que trae en su saco.

El segundo caso es el de una sociedad, jóvenes y niñas, que se deciden ir a almorzar a cualquier sitio pintoresco situado no muy lejos. Se cargan entonces algunas sestas con vituallas y se dirigen todos al sitio elegido de antemano.

El tercer caso es el de los automovilistas, que recorren los caminos, conduciendo en los cofres del coche el material necesario para hacer una comida sustancial, a medio día, en cualquier punto de los alrededores.

El menú de estas tres clases de excursionistas debe ser, como se comprende, perfectamente,

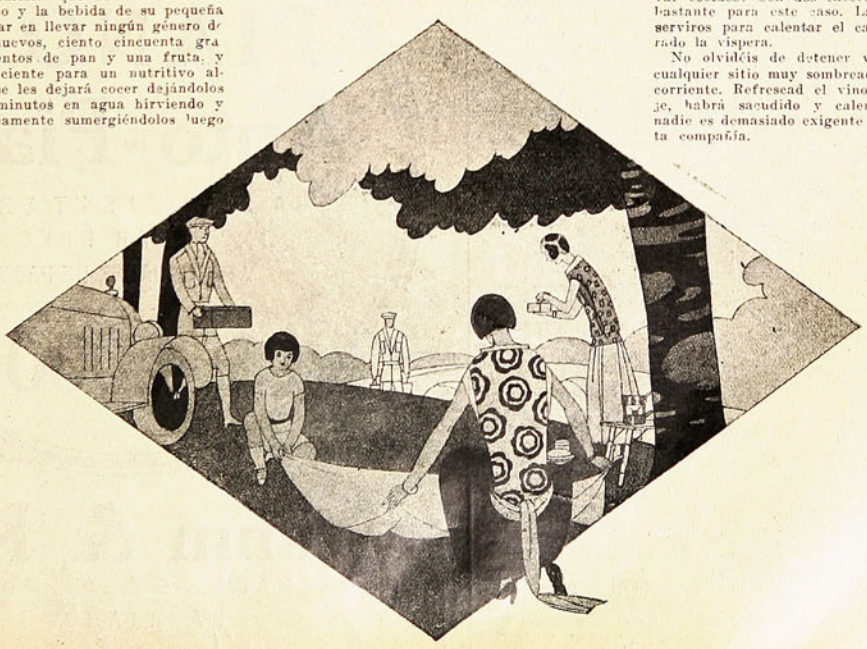
muy diferente. El turista que se contenta con los víveres de su saco y la bebida de su pequeña botella, no debe pensar en llevar ningún género de bagaje inútil. Dos huevos, ciento cincuenta gramos de carne, doscientos de pan y una fruta, y tendrá más que suficiente para un nutritivo almuerzo. Los huevos se les dejará cocer dejándolos hervir durante seis minutos en agua hirviendo y se les enfriará bruscamente sumergiéndolos luego en agua fría.

Se conservarán muy bien, y no provocarán ese efecto de extrangulación que se experimenta con los huevos cocidos, todos duros. La carne debe estar muy cocida. Un trozo de queso gruyére y una fruta firme, naranja, manzana o pera, completarán la comida. La botella debe contener un litro de agua pura que se perfumará con algunas gotas de esencia de café o de aguardiente. Este almuerzo simple pero sustancioso, convendrá mucho al que quiere hacer un poco de "footing" o que gusta de largas excursiones. Muy diferente tiene que ser el pic-nic del segundo caso. El almuerzo sobre la yerba es para los invitados una partida de placer. La composición del menú, debe ser en tal caso, muchísimo más escogida.

La elección del sitio, tiene desde luego la mayor importancia. Buscar una parte muy sombreada donde no falte el agua para refrescar las bebidas.

El cubierto puede ser sumario: un cuchillo, una cuchara y un tenedor para cada uno. En lugar de vajilla, los platos de cartón. Se conducen perfectamente unos sobre los otros, son ligeros y se les quema después de usados. Por lo demás, cuestan muy barato. Los vasos pueden ser de palo o de aluminio. Un mantel y servilletas de papel, completan el equipo. Se comenzará por los huevos que se cocinarán como ya se ha dicho más arriba. Se puede continuar por un trozo de pescado frío, y luego carne fría con ensalada, con lo que habrá terminado el almuerzo. El café será servido frío, a menos que se haya transportado en termo, o se haya llevado consigo anafe. Serviá los huevos con mostaza y sal. Por lo que respecta a la ensalada, aliñándolas con aceite, vinagre, sal y pimienta, que llevaréis preparada de antemano en un frasquito. Los vinos serán muy ligeros, porque el sol es enemigo de los vinos gruesos. Si se va en automóvil, es fácil transportar un pequeño anafe de petróleo sobre el cual pueden prepararse los huevos que en tal caso, no se necesita llevar cocidos. Con dos cacerolitas de aluminio hay bastante para este caso. La más pequeña puede serviros para calentar el café que habréis preparado la víspera.

No olvidéis de detener vuestro coche junto a cualquier sitio muy sombreado y donde haya agua corriente. Refrescad el vino que, durante el viaje, habrá sacudido y calentado. Por lo demás, nadie es demasiado exigente al aire libre y en grata compañía.



CARTAS DE UN MEDICO A UNA MADRE JOVEN

TIENES razón completa al afirmar que, aun con la mejor voluntad del mundo, no es siempre posible substraerse a la influencia de muchas impresiones de ánimo, como la inquietud, las preocupaciones o el miedo, pues son sencillamente una consecuencia de la suerte a la que debemos someternos. Sin embargo, como las mismas disposiciones de la suerte, o, por mejor decir, de la Providencia, ejercen una influencia muy diferente en las personas según las condiciones de éstas, de manera que unas tienen por insoportable lo que hace reír a otras, no podemos substraernos a la idea de que lo que perturba la felicidad del hombre, no son tanto los acontecimientos mismos de la vida como la manera con que nos hemos acostumbrado a tomarlos, según el modo de pensar y el temperamento especiales de cada uno. Aquí es precisamente donde el hombre debe vigilarse a sí mismo. Estas condiciones de nuestro carácter y temperamento nos deben hacer estar siempre en guardia, si queremos mantenernos felices.

En esta materia, es necesaria, por decirlo así, una especie de Dietética del alma adecuada al modo de ser, innato o adquirido, de ésta. Sin embargo, una verdadera religiosidad es la que nos guarda de un modo seguro de la acción perturbadora del temperamento, es decir, la fe firme en una Sabiduría y Bondad infinitas, que dirige nuestros destinos, y la persuación íntima de que si ponemos de nuestra parte un esfuerzo sincero, nada podrá sucedernos que no sea conveniente para nuestro bien, por más que la limitada razón del hombre no pueda penetrar las intenciones de Aquél que rige los mundos. Pero, ¿a qué hablarte de esto? Sé muy bien, amada hija, cuán intensamente la Fe, la Caridad y la Esperanza iluminan, dan calor y subliman toda tu vida interior.

Me limito a decir unas pocas palabras sobre un asunto que será nuevo para ti, y que, sin embargo, te afecta ya ahora de un modo especial. Me refiero al temor que sienten casi todas las mujeres en tu estado, sobre las consecuencias definitivas del mismo, sobre el parto y los pligros que pueden acompañarle. ¿No es cierto que pasas, de vez en cuando, horas de opresión angustiosa, temiendo que en vez de la ansiada dicha que esperas, te podría estar reservada una suerte muy diferente? Sin embargo, anímate, amada hija: semejante estado de ánimo es propio, casi siempre, del embarazo y constituye una advertencia de la naturaleza para que se tengan precauciones que, de otra manera, con harta frecuencia serían pasadas por alto. Así, hasta en los animales se observa de un modo manifiesto una cosa parecida. Piensa también que el parto no es otra cosa que el desarrollo propio de un estado completamente natural, y un hecho que puede experimentar ciertamente trastornos, alguna vez que otra, a consecuencia de la imprudencia o de una asistencia defectuosa, pero que en la gran mayoría de los casos termina de una manera satisfactoria. ¿A qué, pues, abrigar temores sobre esto?

En cuanto al modo de vestir, conveniente para tu estado actual, no tengo necesidad de llamar tu atención sobre los peligros de usar prendas que opriman el talle, pues gracias a los cuidados de tu inolvidable madre, has escapado felizmente a la perniciosa influencia del corsé, lo cual, entre paréntesis sea dicho, ha sido una de las causas principales de tu excelente desarrollo y de tu salud floreciente, como tal vez te explicaré detalladamente otro día. Sin embargo, te será preciso cambiar algo, poco a poco, en tu manera de vestir, teniendo siempre en cuenta, como principio fundamental, que tu traje te abrigue de una manera suficiente pero sin oponer obstáculo alguno al desarrollo del abdomen durante el embarazo, ni el crecimiento del niño. Fácilmente puedes comprender cuán perjudicial ha de ser, bajo este concepto, el uso de corsés que aprieten el talle con ballenas, láminas de acero, tirantes de goma, etc. En esta materia, existe en muchas mujeres una inconsciencia incomprensible.

En cambio, debe recomendarse en muchos casos, llevar una faja adecuada para abrigar el abdomen y para sostenerlo, si es que hay necesidad de ello, durante los últimos meses del embarazo. Esta faja abdominal de algodón grueso o de lienzo doblado, debe ser ancha por delante y estar dispuesta, en esta parte, en forma abombada para adaptarse a la del abdomen, al paso que irá estrechándose en las partes laterales y se sujetará detrás del cuerpo por medio de cintas o de hebillas.

SIENTO sinceramente el percance que ha destruído las esperanzas de tu nueva amiga, la señora N***. La conocí, hace unos dos años, en los baños de Pyrmont, a donde había acudido para el tratamiento de una clorosis incipiente, y comprendo bien que vuestros caracteres simpaticen mutuamente y que su desgracia te haya afectado mucho. Por lo demás, lo peor del caso es que la culpa es propiamente suya pues podía saber que las sacudidas producidas por montar a caballo pueden muy fácilmente ser perjudiciales durante el embarazo, tanto más cuanto que, según tengo entendido, se entrega inmoderadamente y de un modo algo violento a este ejercicio. Esto ha sido una imprudencia mayor todavía, después que hubo notado algunas pérdidas de sangre.

Debes tomar este percance de tu amiga como un ejemplo, amable Luisa. Has de guardarte, en tu estado actual, de los movimientos violentos de este género, así como de ir en coche por caminos pedregosos en ferrocarril o en tranvía, de paseos tan largos que lleguen a cansarte y especialmente de ascensiones a las montañas, así como de dar saltos de llevar objetos pesados, etc. Hasta el levantar los brazos encima de la cabeza, como se hace al coger objetos puestos muy alto o al poner la ropa a secar, y el esfuerzo que se hace al planchar, durante el cual se interrumpe la respiración, pueden ocasionar resultados perjudiciales.

De todos modos, siempre que durante el curso del embarazo adviertas algo que despierte tus sospechas, por ejemplo, una sensación desacostumbrada de presión en el bajo vientre, como la que suele presentarse antes de aparecer la menstruación, y, sobre todo, si notas una pérdida de sangre, debes tener muchas precauciones y empezar, en primer término por guardar un reposo absoluto. En estos casos, lo mejor es acostarse en cama inmediatamente, en posición completamente horizontal, de manera que la cabeza esté tan sólo un poco más alta que el cuerpo, y no, como suele hacerse de ordinario, en un sofá, en posición casi sentada. Hecho esto, debes hacer llamar al médico.

Esta o parecida conducta debe ser igualmente recomendada con insistencia en algunos otros casos, como, por ejemplo, si hay tendencia

(Continúa en la pág. subsiguiente)

EL MEJOR REGALO PARA Pascua y Año Nuevo

ES UN PIANO o Auto-Piano

ROGAMOS VISITARNOS, CONSULTAR PRECIOS Y FACILIDADES DE PAGO

MODELOS DESDE $ 4,000

Grimm & Kern

AHUMADA, 99 ESQ. MONEDA

SANTIAGO.

UN MAGO DEL PAIS DE LA SOMBRA

Señora Camila Bari de Zañartu, interpretando el tatalo boliviano

Señora Camila Bari en el baile del huayñu, con el traje de chola paceña

CUAL mejor título que éste, tan cinematográfico, para hablar de Georges Sauré. ¡Un mago del país de la Sombra!

Este maravilloso país, no es precisamente Hollywood ni alguno de los Studios Europeos, ni de ningún país del mundo, porque "Shadowland" está en todas partes y para todas las estrellas.

Es "La Sombra", enemiga y amante del Sol; la Sombra y la Luz, polaridades eternas... Pero no nos lancemos a trascendentalismo fáciles, sino al contrario, complazcámonos con el encanto de sus matices, con las mil posibilidades de sus penumbras, gratas siempre para el amor y los artistas.

Hablemos de La Sombra y de los Artistas; o mejor dicho, de un artista y de la sombra. Empecemos. El claro-oscuro, señoras, lo descubrió Rembrand para el arte; muchos años después, el señor Daguerre, un bárbaro con seguridad, halló la manera de mecanizar el invento del pintor, magnífico, proyectando, por la cámara oscura, la imagen de la realidad inerte. Sí; es esto porque la fotografía fué, desde su nacimiento, el sorprender y transcribir instantes muertos de las cosas vivas; la sombra era un elemento esencial, desvalorizado, incomprendido en absoluto.

El fotógrafo casi nunca era un artista; el arte, si intervenía allí, lo hacía sólo con las manos del pintor que quiere halagar una vanidad muchas veces ridícula. Pero la fotografía se ha elevado hoy hasta ser un medio del arte puro; ahí está la pantalla del cine con sus realidades infinitas y prodigiosas. La sombra es hoy un elemento vivo, dúctil, con elocuencia propia, con plasticidad creadora, si puede decirse así. Un estudio fotográfico de arte, serio, honrado, necesita un artista múltiple; esa especie de "monstrum" de hoy, que se llama un Director de Película; cocktail cerebral hecho con sentido de la línea, con sentido pictórico de las masas y del color "monocromo"; el de la psicología expresiva y de la arquitectura constructiva. Algo así como decorador, pintor, arquitecto y literato.

Precisamente todo esto es Georges Sauré.

Mientras charla, con una muy suya manera y actitud, que recuerda un poco a los danzantes rusos, "posse" que no quiere ser "posse" pero que sabe, sin embargo, cómo lo es, analizamos estas cosas mirando esos fantásticos grupos de Jazz, y algunos retratos femeninos admirables. Es él quien ha hallado su símil en un cocktail de sentidos artísticos y raigambres raciales.

El fotógrafo corriente compone su modelo con los elementos inmediatos y mecánicos; la sonrisa, el plegado del traje, la actitud casi siempre patética, el mueble ostentoso. Sauré casi prescinde de todo esto; busca o interpreta el valor psi-

Tocando la sampoña

Notable caracterización de Camila Bari de la "mamala", tipo boliviano

cológico de su modelo, lo hace actuar "como es" el yo íntimo. Compone, luego, con simplicidad, amalgamando con el sujeto uno o dos elementos sobrios, un "Arabesco", un total decorativo simple y armonioso. Entonces entra a actuar "la sombra", que envuelve, amarra, crece más allá, luciendo su belleza propia, su valor ornamental neto; actúa, independiente por sí sola, como elemento puro de belleza. Belleza que está en la realidad, sin pintura, sin retoque.

El pintor latente en Sauré, no interviene ahora directamente en sus fotografías; se conforma con dirigir a la realidad desde la sombra.

LUIS MELENDEZ

CARTAS DE UN MEDICO A UNA MADRE JOVEN

(Conclusión)

a la diarrea, tanto si va acompañada de dolores como en caso contrario, pues, con mucha frecuencia estos trastornos se propagan a los órganos vecinos, modificados por el embarazo, y provocan contracciones cuya consecuencia es casi siempre el aborto.

Tu amiga hará bien en no tomar lo que le ha sucedido como cosa muy ligera, y así deberá observar una conducta prudente, parecida a la que exigiera un parto ocurrido a su debido tiempo. Además, más adelante, cuando, como es de esperar, vuelva a estar en cinta, debe tener un cuidado extremado, pues, después de un embarazo en el que ha ocurrido un aborto, es muy frecuente que ocurra el mismo accidente en el embarazo siguiente, al llegar al mismo período en que ocurrió la primera vez. Lo mejor, en tales casos, es permanecer algunas semanas en cama, al acercarse esta época. Sin embargo, puede para ello aconsejarse con su médico.

Por lo demás, debo recomendarte que hagas cada día ejercicio al aire libre, pero evitando igualmente en esto todo exceso y la fatiga exagerada. La respiración al aire libre es sumamente beneficiosa durante el embarazo, para dar buenas condiciones a la sangre, que de otro modo adquiere una composición viciosa, contribuyendo así a aumentar el estado de ánimo deprimido y angustioso, que, aun sin intervenir aquella causa, se desarrolla con tanta frecuencia en la mujer en cinta.

Finalmente, amada Luisa, te recuerdo la conveniencia de disponer a su debido tiempo los vestidos convenientes para el pequeño ser, cuyo nacimiento esperas, y cuyos vigorosos movimientos tú misma sientes con gran satisfacción, desde hace algunas semanas, según me escribes. Es verdad que con arreglo a los cálculos ordinarios, no debes esperar el parto hasta principios de Febrero, esto es, veinte o veintidós semanas después de sentir los primeros movimientos. Sin embargo, no hay que contar con la exactitud de estos pronósticos. En este cálculo es muy fácil equivocarse de algunas semanas, sobre todo en el primer parto, el cual, en la mayoría de los casos, sobreviene ya antes de terminar las cuarenta semanas del embarazo, de manera que el primer movimiento percibido por la madre de una manera clara, corresponde, generalmente con bastante exactitud, a la mitad del embarazo.

Si quieres calcular aproximadamente la fecha del parto, sin tener en cuenta los movimientos del feto, puedes partir de la base de que el embarazo ha principiado dos semanas después de la última menstruación y contar cuarenta semanas a partir de este día.

Te ruego que me digas si deseas servirte para entonces de la asistencia de un médico o de la comadrona. No sé qué es lo que se acostumbra ahí, en este punto, y no puedo darte ningún consejo preciso. Esta es una cuestión que debe resolverse con arreglo a las circunstancias, y lo mejor que puedes hacer es consultarlo con tus amigas de esa.

¿ES UN DON O ES UN MALEFICIO LA BELLEZA?

Se está tentado a responder que es un maleficio, si se toma en cuenta que las mujeres favorecidas por ella, han sido en su mayoría inmensamente desgraciadas. Y a la razón, es explicable. La belleza despierta en torno de la que la posee, un extraordinario interés. Se urden mil intrigas para conseguirla; se rodea al ídolo de tal cantidad de nubes de incienso, que si no es muy fuerte o no posee una inteligencia muy segura, acaba por desvanecerse y caer.

La historia nos proporciona muchos ejemplos de mujeres bellas, cuyo hechizo ha cambiado la faz de los pueblos, ha producido hondos trastornos en la política, ha provocado sangrientas guerras, etc., etc. Emma Liona, luego Lady Hamilton, constituye uno de los más extraordinarios ejemplos de lo que puede una mujer bella, de lo que es capaz, y de la extraordinaria altura donde puede llegar sin poseer para subir tan alto otra cosa que el mágico talismán de una maravillosa hermosura, codicia de reyes y guerreros gloriosos, que expusieron por ella su honor ante la posteridad. Y para los que pretenden juzgarlos, ahí están las telas pintadas por Romney, pintor inglés, que no quiso dedicar su arte sino a copiar y dejar así memoria del más admirable semblante que la mano de Dios haya modelado, semblante que produjo a su dueña los más vivos placeres y las más amargas dezasones, que no hay en este mundo gloria que no sea duramente compensada con su justo tributo de dolor y angustias.

Lady Hamilton, nacida Emma Liona, era de pequeñuela una campesinita, hija ilegítima de un mal padre y de una bondadosa mujer. A los diez y seis años fué empleada en calidad de niñera por su madre, que no tenía cómo subvenir a su crianza y educación.

Es inútil decir que belleza tan soberbia no podía despertar a su paso sino odios y amores formidables: odio en las mujeres, amor en los hombres y, como resultado, la imposibilidad de vivir en ningún sitio en paz y de trabajar honradamente.

Emma Liona acabó por desesperarse, y fatigada por las rudísimas luchas a que había sido toda su vida sometida, se entregó a un amigo, con el propósito de encontrar reposo, y proponiéndose no mostrar a nadie su rostro, para que las turbulencias de odios y pasiones no volvieran a atormentarla. Pero un día, que sintió la tentación de salir con su amante a una fiesta callejera, se levantó en torno suyo tal tumulto de admiración y de sorpresa, que su amante se puso celoso y Emma terminó por regresar a su casa llorando.

Matilde Wsendonck, musa de Wagner en Tristán e Isolda.

Se prometió de nuevo no volver a salir, pero su amante la remitió a casa de su madre, so pretexto de un viaje, en realidad para abandonarla. Era pobre, y no se sentía capaz de sobrellevar la carga de una mujer. Emma padeció mucho. Su propio amante buscó para ella un reemplazante, que no fué otro que Lord Hamilton, hombre maduro y rico, que se enamoró de ella tan perdidamente, que terminó por desposarla.

No pararon aquí por cierto las aventuras de la campesinita, convertida por arte de su belleza en Lady Hamilton, o sea en poseedora de uno de los más ilustres nombres ingleses. Las guerras de Nápoles llevaron a Lord Hamilton hasta aquella ciudad, y la fama de la belleza de Emma abrió para ella las más herméticas puertas, incluso las del palacio real.

María Teresa de Austria, reina de Nápoles, experimentó por Lady Hamilton un ciego afecto, que resistió a las rivalidades propias de una mujer hermosa que tiene en su presencia a otra mucho más hermosa todavía. Lady Hamilton, además de hermosa, era inteligente. Tenía una bella voz y danzaba en forma extraordinaria.

Empezó pues a constituir el encanto de las fiestas palaciegas, en una de las cuales conoció a Lord Nelson, notable guerrero, viejo ya, y de férreo carácter, que no supo ni pudo resistir las zalamerías de Lady Hamilton, que por instigación de la reina y por personal ambición, le fingió un gran amor.

Hasta ahí la carrera ascendente de la belleza. Hasta ahí las emociones, los triunfos y la dicha. Lord Nelson murió y María Teresa huyó de su reino. Lord Hamilton murió también, y Lady Hamilton, que no contaba sino con apoyos artificiales, rodó olvidada por todos los caminos de Europa, hasta asentarse en Londres, que era casi su

Lady Hamilton, pintada por George Romney.

Lizzie Siddal, musa del poeta inglés Dante Gabriel Rosetti.

La bailarina Lola Montes, amada por el rey Luis I de Babiera

ciudad natal. De Lord Nelson hubo una hija, que murió también.

La belleza de Lady Hamilton había casi desaparecido, su cuerpo sorprendente mórbido, pero lleno de gracia y flexibilidad, tanta, que Romney la pintó en una de sus más bellas telas. Como Diana Cazadora, había engrosado mucho.

Desprovista de su talismán, odiada en su patria porque se le atribuían, quizás con alguna exageración, los fracasos de Nelson, no encontró un sólo apoyo. Murió de alguna edad y en la miseria, miseria mil veces más dolorosa, porque como dice Dante: "No hay peor dolor que rememorar en la desgracia los bienes perdidos."

Consultorio Sentimental

P. Soy soltera y tengo 22 años. Tengo un amigo a quien he visto pocas veces, pero me gustan su conversación, su cara, sus modales. En fin, estoy enamorada de él. Ultimamente he sabido que es casado. Lo he sabido por él mismo. ¿Qué hacer en este caso? Yo lo rechazo en consideración a su esposa, como es mi deber, pero él insiste en acercarse a mí, asegurándome que sólo a mí ama, y que daría cualquiera cosa por deshacer la locura cometida en su juventud. Su mujer le es indiferente. ¿Qué me aconseja usted?

R. Que se separe cuanto antes de tan peligroso galán. Lo más probable es que no quiera ni a usted ni a su esposa. Y por lo que toca a su deber, no es otro que no ver nunca más al individuo ese, que, lejos de usted, volverá seguramente al lado de su compañera. No hay felicidad en el mundo que pueda cimentarse sobre la desgracia ajena, de modo que no espere usted le felicidad apoderándose del bien de otro. Es muy grave su caso, señorita. Si no lo resuelve usted pronto, es que es usted una mala mujer.

P. Tengo diez y seis años y me encuentro resolviendo un problema de pololeo, sin lograr dar con la solución. Se trata de lo siguiente: En noviembre del año pasado, comencé a pololear con E., un señor de 21 años. Pololeamos ocho meses y rompimos, porque yo no acepté cierta manifestación de cariño, que él consideraba necesaria y yo muy comprometente. Entonces, buscó pretexto para romper conmigo, y no lo vi más. Por otra parte, yo sabía que dicho señor mantenía relaciones con una señora de esas que no son BUENAS, y cuando se lo eché en cara, se volvió un energúmeno en contra mía. Pero pasó un poco de tiempo y nos encontramos en un carro, y como quien quiere todo lo olvida, yo lo perdoné y seguimos amándonos. Quedamos, entonces, de juntarnos al día siguiente en un paseo, pero él no fué, y yo encontré en dicho paseo a R., quien comenzó a pololearme y a asegurarme que me quería. Yo no le creí, pero acepté que nos juntáramos el domingo en la matinee del Splendid. Me fué a dejar hasta mi casa, diciéndome que al día siguiente iría a buscarme al colegio. De regreso, se encontró con el pololo de mi hermana, quien me desacreditó mucho, diciéndole que yo era muy polola y MALAZA. Quizás por esa razón no vino al colegio, y aunque yo le dejé recado, no fué al Splendid en la tarde. Y cuando lo vi en el paseo de la Alameda, me miró muy serio y no se juntó conmigo. ¿Qué hago? ¿Pololeo con los dos? ¿O será mejor que los deje y busque un tercero?

R. Lo mejor es que usted estudie, señorita precoz. Su carta está bastante mal escrita para una jovencita de diez y seis años, y aquel endiablado enredo de pololeo es bastante difícil de desentrañar. Pololee usted, un poquito, pero con más decelicia, con uno solo, y sin perder todo su tiempo tan lamentablemente. Ya ve usted. De su carta se deduce que los dos muchachos la han calabaceado a usted lindamente, y eso, ¿por qué?, porque seguramente tiene usuted fama de "malaza" y los muchachos la consideran a usted una coquetuela sin ton ni son. Conviértase usted en una señorita fina y encantadora, mejore su letra y su redacción y verá usted cómo los pololos no la dejan esperando a la puerta del Splendid... ¡Y ya tiene usted resuelto su problema de pololeo!

P. Tengo diez y seis años y estoy enamorada de un chico. Me corresponde, pero desde hace tres años vive con una mujer que no lo deja ni a sol ni a sombra. ¿Qué debo hacer?—NENA.

R. No enamorarse a tan temprana edad, jovencita. ¿Qué quiere usted hacer? Ya encontrará usted otro "chico" que la querrá a usted, y que no tendrá ataduras de ninguna clase. Una muchachita como usted, debe pensar en estudiar o en trabajar y cuando quiera a alguien, debe querer a un muchacho "completamente soltero", que se pueda casar y que no la incomode con complicaciones dolorosas y desagradables. No pase usted pena. Los amores de los diez y seis años son tan superficiales y tan simples que se olvidan con un sombrero nuevo. Dígale usted a su mamá que le compre un sombrero nuevo, y piense en otra cosa.

P. Soy soltero y tengo veinte años. Sin darme cuenta yo mismo, me enamoré de una mujer a la que no creo poder olvidar nunca. Ella es casada y tiene una hijita. Su marido la abandonó para casarse con otra, porque estaban casados solo por la iglesia. Su misma desgracia ha influido en mí para que la quiera mucho más. ¿Podría casarme con ella, aunque ni mi familia ni la suya estén conformes con esta solucion? Yo la he dado mi palabra de hacerlo y lo deseo con todo mi corazón, pero de todos modos, quisiera saber su opinion en este asunto.—COLBUNINO.

R. ¡Qué responsabilidad tan grande sería aconsejar en estas materias si no se tuviera la evidencia que sólo se escuchan los consejos que de antemano se está resuelto a ejecutar! Si usted la quiere tanto, y, sobre todo, si está usted seguro de que ella lo quiere también; si tiene usted la evidencia de no sentir nunca celos de la niña habida en el matrimonio anterior; si es usted capaz de querer como un VERDADERO padre y cumplir con ella todos los deberes, aun los penosos a que la paternidad obliga. Si sabe usted positivamente que no hará usted DIFERENCIA alguna entre esa niñita y los propios hijos que pueda usted tener, cásese. Legitimará un niño sin padre y servirá usted de apoyo a una mujer abandonada. Hará usted, pues obra generosa, al mismo tiempo que satisfará sus propios deseos. Cásese y cumpla usted después con su deber.

Señor M. M., Valparaiso.—Sentimos no complacer a usted, pero en este consultorio, no está contemplado el género de demanda que usted nos hace.

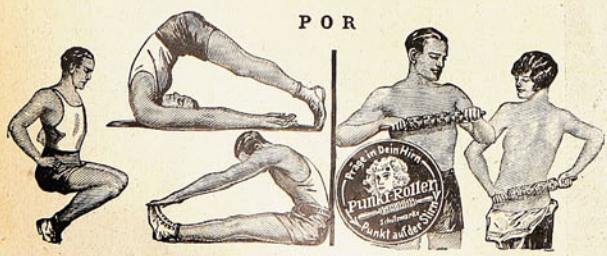
P. Tengo veintidos años y todavia no existen para mi probabilidades matrimoniales. No quiero quedar soltera, le tengo horror al celibato y nadie quiere darse cuenta de ello. ¿Qué hacer?—LILI.

R. Veintidós años es muy poca edad. ¿Es usted muy fea? Tendría que ser usted muy fea, pero muy fea y muy poco simpática para no encontrar un novio, si no es usted demasiado exigente. Pero, en todo caso, no se desconsuele usted. La solteria ya no es como antes, una desgracia ridicula. Ha dejado de serlo, desde que las mujeres, ¡oh colmo del progreso!, suelen quedarse solteras por propia voluntad, a pesar de no escasear los pretendientes. Lo importante es no amargarse. La solterona es casi siempre un personaje odioso, porque se constituye en un ser amargado que las emprende contra los hombres y contra el amor, y hace de su forzosa castidad una ridicula virtud que esgrime como un arma contra todo el mundo. Cuando exista la solterona no amargada, el ridiculizado personaje, se convertirá en un ser muy simpático como el solterón. ¿Se da usted cuenta de lo diferente que es un solterón de una solterona? Pues, hay que imitar al solterón... Pero, eso, cuando tenga usted treinta años por lo menos...

P. Amo platónicamente a un hombre muy feo y a quien apenas conozco. El día entero pienso en su fea boca y en sus insignificantes ojos. ¿Cabe ridiculez mayor? Dígame usted algo a este respecto...

R. Desde luego le digo que es usted la misma solterona de la carta anterior. La felicito. Amar platónicamente a un hombre muy feo, es un agradable consuelo. Es preferible que lo ame usted platónicamente. Los amores no platónicos suelen no resistir tanta fealdad. Y para una muchacha temerosa de quedarse solterona, es una entretención muy agradable. Para las gentes ociosas, los amores platónicos son casi una ocupación. La gente que trabaja no se enamora jamás platónicamente. No tiene tiempo... Y lo de ociosa, no lo tome usted mal, que hay ociosos que aseguran que el ocio es una virtud...

VIVIR 10 AÑOS MAS
REJUVENECER 10 AÑOS
POR



GIMNASIA O MASAJES CON PUNKT-ROLLER
M. R.

VACUNA ANTI-ALFA FERRAN
(INYECCIONES)

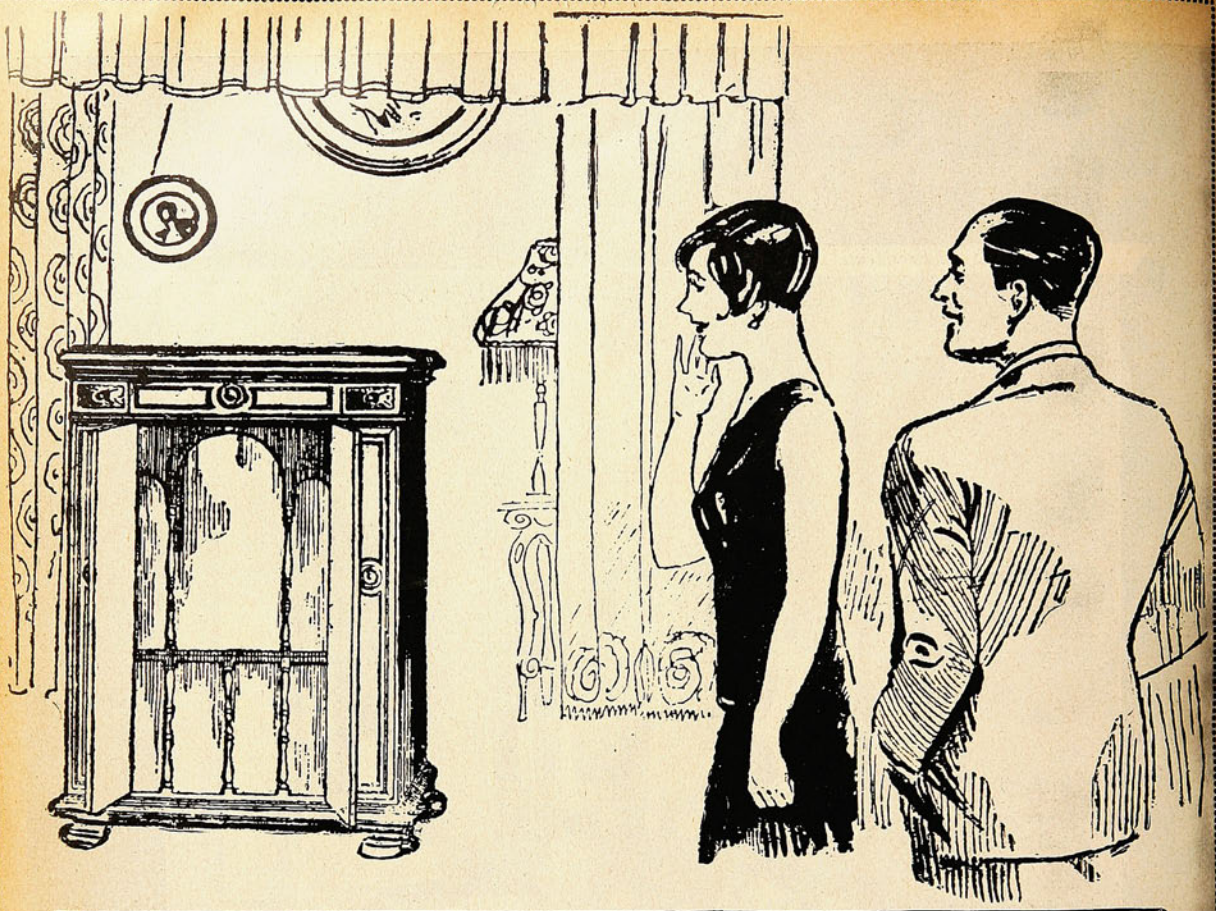
Previene la Tuberculosis. Cura: Pre-Tuberculosis, Asma, Convulsiva, bronquitis, toses rebeldes, queratitis, tracoma, xerosis. hemorragias del vitreo y retina, tisis globo ocular, coroiditis macular, iridocoroiditis tuberculosa, CATARRO INTESTINAL, etc. Absoluta inocuidad. Certificados de mundiales eminencias médicas, ocupan cientos de brillantes páginas. POR REAL DECRETO DECLARADA OBLIGATORIA EN ESPAÑA. (Base: Bacterias Alfas).

HEMOGLOBINA ANTIFIMICA FERRAN
(GOTAS)

HEMO-VIVA-ANTITOXICA. Hipermunizando caballos con ALFAS, se obtiene el SUERO ANTI-ALFA y este gran tónico antituberculoso, que con 1 frasco, máximo $ 15, cura y da vida aún al que por tisis, estados febriles ,inapetencia, anemia, agotamiento, raquitismo, esté al borde de la tumba. Si sigue postrado es porque quiere: Anti-Alfa-Antifimica, es Vida. Buenas boticas y R. Ribot, Casilla 1485, Santiago.

El matrimonio del Presidente

S. E. el Presidente de la República, General don Carlos Ibáñez del campo y su esposa, la señora Graciela Letelier Velasco



¡UN MATRIMONIO FELIZ!

Ella anhelaba tener en su recién formado hogar una nueva

Victrola
ORTOFONICA (M.R.)

que con sus admirables reproducciones musicales entretuviese sus horas de descanso y amenizar sus fiestas y reuniones íntimas.

El nos visitó un dia, después de haber escuchado varios instrumentos similares a los nuestros y nosotros le brindamos extraordinarias facilidades para el pago.

Ahora la nueva Victrola Ortofónica ha entrado a formar parte del hogar y la joven esposa no cabe en sí de alegría, y tiene razón, la nueva VICTROLA ORTOFONICA (M. R.)

Es por excelencia el instrumento musical que proporciona, con absoluta fidelidad las interpretaciones de los más detacados artistas en todos los géneros musicales y del Universo entero.

La NUEVA VICTROLA ORTOFONICA es el instrumento musical que señala rumbos, y, por lo tanto, el que tiene más imitadores.

Es construido científicamente por la VICTOR TALKING MACHINE CO., de Camden, y si nuevas patentes, nuevas innovaciones y perfeccionamientos pudiesen caber dentro de la ciencia fonográfica, la Fábrica VICTOR las presentará mejor y más perfectas, adelantándose a todos los instrumentos similares.

UD. PUEDE LLEVAR UNA NUEVA VICTROLA ORTOFONICA A SU HOGAR EN CONDICIONES MUY VENTAJOSAS, — SIRVASE CONSULTARNOS.

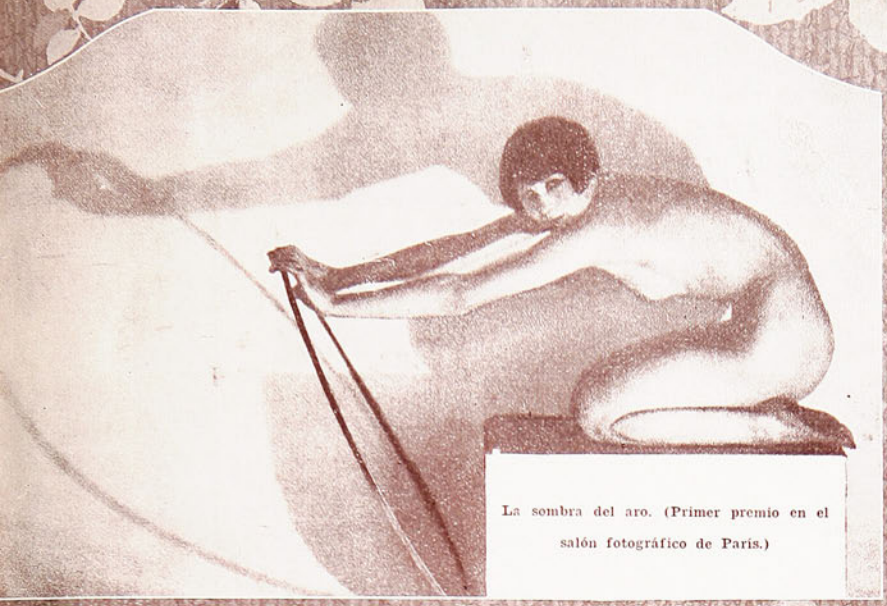
Distribuidores Exclusivos para CHILE:

CURPHEY y JOFRE Ltda.

SANTIAGO, AHUMADA 200, ESQ. AGUSTINAS. — VALPARAISO, ESMERALDA 99. — BLANCO 637.

Victor — La Voz del amo

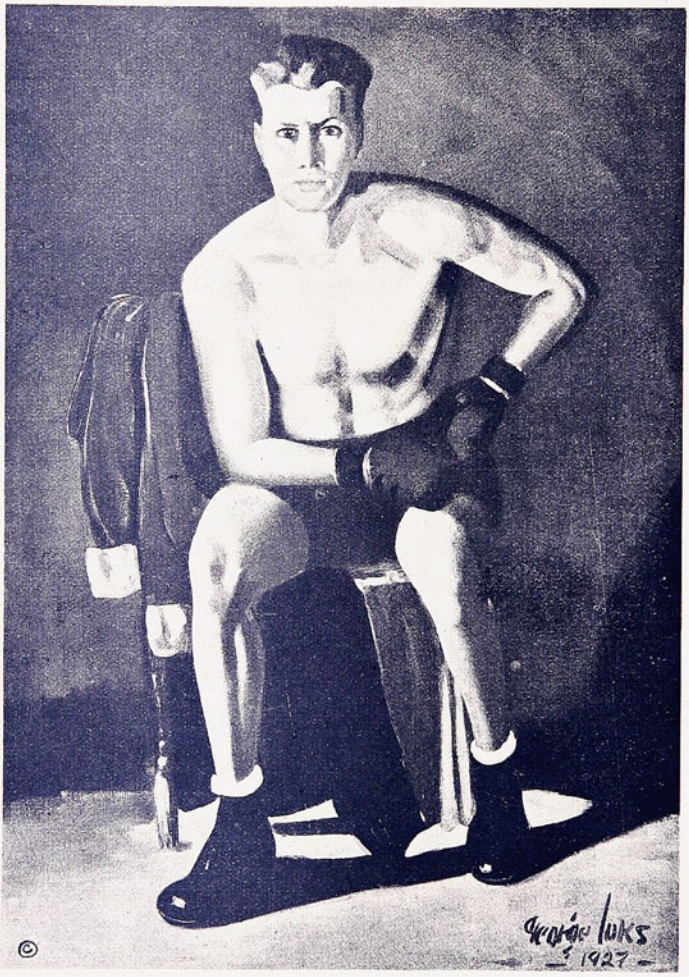
MILAGRO DE LA FOTOGRAFIA



La sombra del aro. (Primer premio en el salón fotográfico de Paris.)

Ana Pavlowa y el cisne

UN CAMPEON



GENE TUNNEY, campeón del mundo de box, pintado por George Luks.

LA DAMA DE LOS CISNES, FOTOGRAFIA PRIMOROSA DE E. GOS

FRAULEIN STOESEL-WIEN

MADAME P...

DORIT EYSER

INGE EPP

INOCENTE CONCURSO DE BONITAS PIERNAS

Después de las admiraciones devotas que atraían las finas piernas de la Mistinguette, no había ideado otro empresario la que acaba de realizar "Uhu", la bonita revista alemana: un concurso de finas piernas, entre las mejores artistas. En esta página podrán admirar los resultados los lectores de "Para Todos", a quienes les damos a elegir en este jardín de bellezas célebres.

Hoy que las faldas son tan cortas... ni siquiera se peca venialmente con lucir las piernas, cuando son bonitas y están bien formadas.

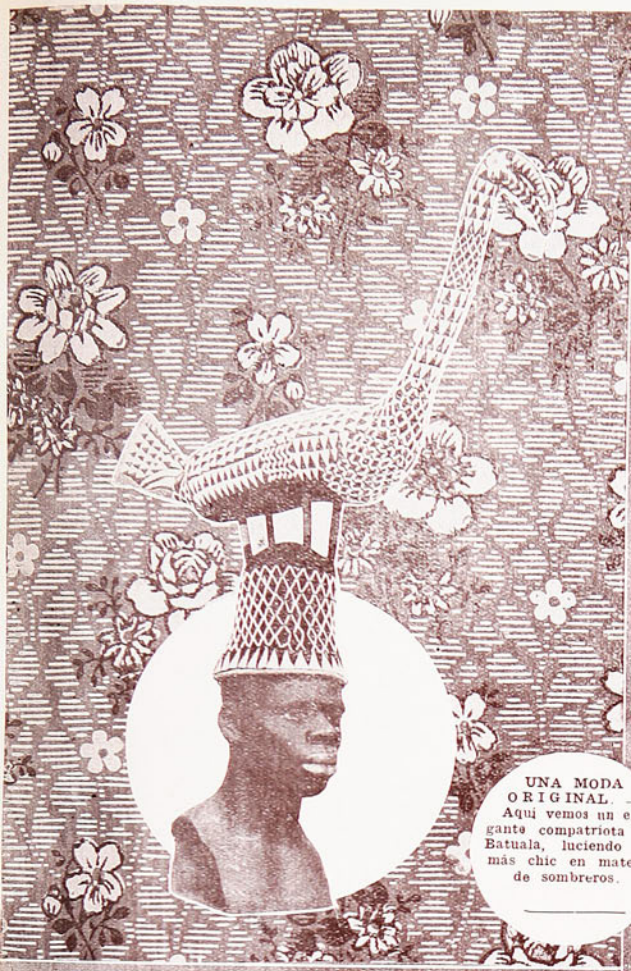
LANTEIME DURRER

SENTA DE COURT

MARIA CORDA

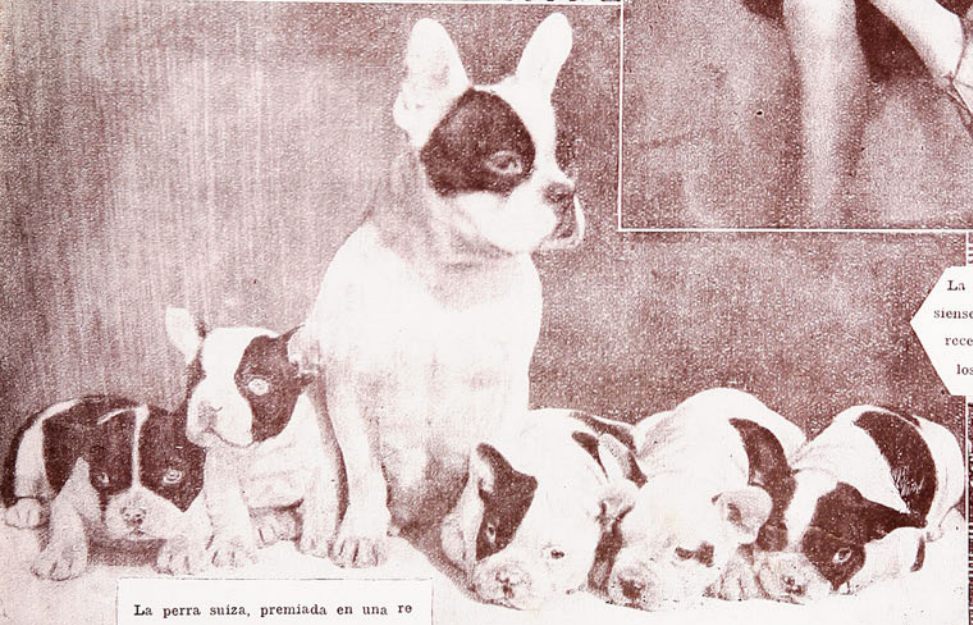
ASTA GUNDT

MARION MILL



UNA MODA ORIGINAL. — Aquí vemos un elegante compatriota de Batuala, luciendo lo más chic en materia de sombreros.

La deliciosa estrella parisiense, Marcela Rhana, que parece ser la última locura de los teatros de europa.



La perra suiza, premiada en una reciente exposición canina en Londres, acompañada por sus cinco pichichos que valen una fortuna.

La oración de la piedra

MADONA CON EL NIÑO, ESTUPENDA ESCULTURA EN PIEDRA DEL GENIAL IVAN MESTROVIC EL MAS GRANDE DE LOS ESCULTORES DE ESTOS TIEMPOS DESPUES DE RODIN. ESTA OBRA ACABA DE SER ADQUIRIDA EN ESTADOS UNIDOS.

OTRA VEZ LA FALDA LARGA

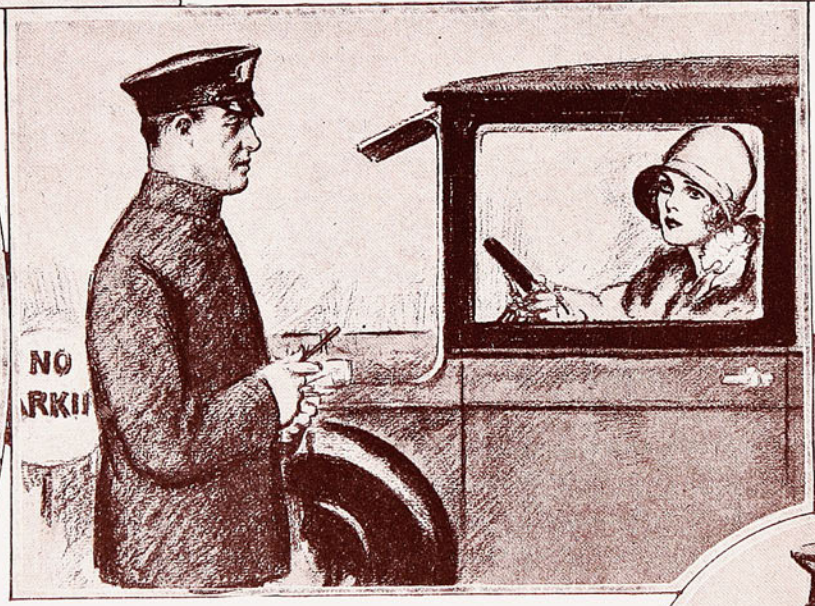
¿Falda larga? ¿Falda corta? He aquí un nuevo modelo presentado por la artista húngara **PAULETTE MÉEZAROS**, para encanto de sus muchos admiradores.

¿Empiezan las mujeres a aburrirse del traje corto? Quizás. La fantasía de los trajes de noche, lo revela así. He aquí un modelo que recuerda la crinolina, con sus encajes y exquisitos terciopelos.

Verdaderamente, el traje largo tiene un atractivo de feminidad y delicadeza, que el traje corto no ha tenido nunca.

TENER UN AUTOMOVIL... ES TENER TAMBIEN ALGUNAS PREOCUPACIONES

¿Quiere que le cuide el auto, señor?'' Este uchacho es una buena persona y por la mo- esta suma de cincuenta centavos le vigila- su coche cuando usted tenga que dejarlo la calle para atender un asunto cualquiera. sta partida debe ser entrada en los libros y añadida a su cuenta de gastos.

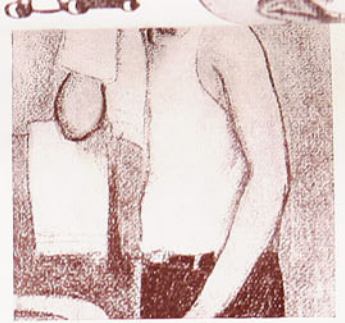


El gurdián testarudo, el miembro de su familia que detendrá el carro precisamente en el sitio en que no debe detenerse, y las pequeñas contravenciones a la ley del tráfico que significan una multa para mañana. Esta es precisamente otra pequeña partida que usted debe anotar en su libro de los gastos que le exige el mantenimiento de su auto.

Los gastos que usted tiene que hacer para comprar accesorios, re-

—"¡Enrique, no trates de pasar a ese auto! ¡Nos van a llevar presos!" La cantidad de energía nerviosa gastada en combatir a una compañera pusilánime durante un año, si fuese convertida en fuerza motriz, según dicen los peritos, serviría para el mantenimiento de una docena de automóviles caros durante algunos años.

Esas pequeñas excursiones de sábado a lunes forman también una partida cara en el libro de gastos de un propietario de auto. Si el camino pasa por algunas aldeas que exhiben en las ventanas de sus almacenes artículos regionales, es muy probable que esos gastos suban de una manera extraordinaria antes del lunes por la mañana. Principalmente si la mujercita del propietario es una de esas mujeres que se vuelven locas de envidia con los muebles u objetos antiguos que ven en los salones de sus amigas.



Las cuentas de la lavandería también suman algo en los gastos de esas familias en que Pepita y Julio les gusta manejar por sí mismo el auto. Una buena toalla es mucho mejor para limpiarse la grasa y el aceite que trapos y wipe. La toalla del papá es mucho mejor aún.

vo Winton. En ese tiempo una niña elegante debía tener un abrigo especial, anteojos, guantes, gorra y velo para automóviles, si quería permanecer a la moda.

El dinero que se gasta en accesorios de automóviles aumenta considerablemente si se tiene por vecino a una persona que le gusta pedir herramientas prestadas. Especialmente si su garage queda cerca del de dicha persona. A veces sucede que el vecino devuelve las herramientas.

Miguel, el chofer, y Manuel, el propietario del garage, sostienen una amistosa conversación acerca de la cuenta mensual del garage. Miguel cree que la cuenta es un poco cara, pero gracias a los superiores conocimientos de Manuel, se separará más que satisfecho, aunque la cuenta aumenta un poco más después de esta conversación.

Algo que debe tomar en cuenta en los gastos el propietario de un coche, es el dinero que se gasta en bicarbonato de soda después de una tarde dedicada a pasear en auto por algún camino público. Es indudable que aquellos que aseguran que los sandwichs y arrollados y los chorizos no son dañinos para el estómago, deben ser accionistas de alguna compañía fabricante de bicarbonato de soda.

CARMEN PRIMO DE RIVERA, HIJA DEL GENERAL DEL MISMO NOMBRE, CORONADA COMO REINA DE UNOS RECIENTES JUEGOS FLORALES.

S. E. BENITO MUSSOLINI.

MADRES DICHOSAS

"Divino amor el de madre, porque es la alegría perfecta del corazón."—, Vanvernagues.

Tres notables telas persas, donde la fantasía oriental se desarrolla con singular encanto.

Cómo se divierten los de Hollywood en una playa vecina.

Louise Brooks, joven actriz de Paramount.

Con sus zapatos y pantalones inverosímiles, con su bigotillo y su varita traviesa, Chaplin oculta su fracasada vida matrimonial.

La "gloriosa" Gloria Swanson se muestra ufana del garbo que le presta su rico mantón español.

PARA LAS JOVENCITAS

Traje de espumilla roja con círculos blancos. Cuello, cintura y borde de la falda en seda roja lisa. Corbata de crepe Georgette blanca.

Abajo.—Traje derecho en lana verde, con la falda adornada de grupos de pliegues y cintura con hebilla de galatita. Pequeña chaqueta de género verde con dibujos blancos encuadrada en género liso. Cuello y puños de espumilla blanca.

(Modelos de Jeanne Lanvin)

Traje de tafetán azul adornado por una guarda modernista de triángulos blancos y azules. La falda muy fruncida es abierta adelante sobre falso blanco, gran lazo marcando el talle adelante.

Un hermano de Valentino

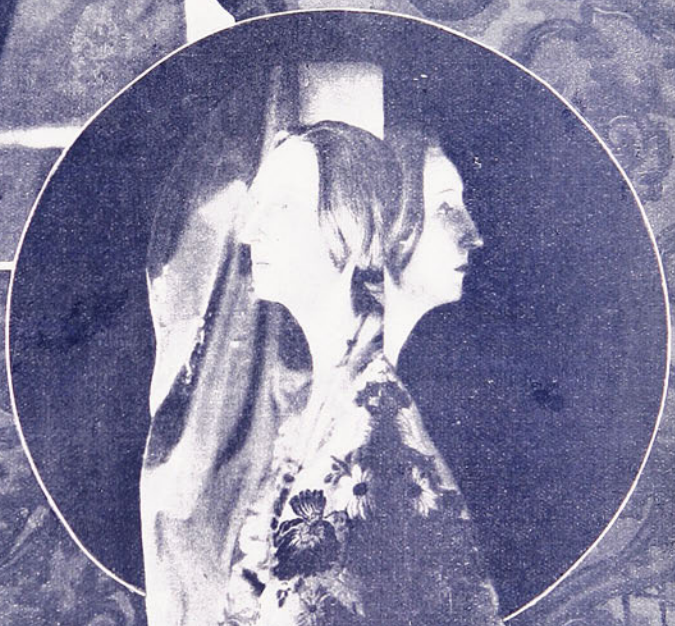
Alberto Valentino, hermano de Rodolfo, antes de la operación en la nariz.

Alberto, después de la operación para hermosearse la cara y presentarse como candidato a actor de cine.

Gloria Swanson con su marido, el marqués Henri de la Falaise de la Coudraye, en "locación", en la isla de Catalina.

GISA GERT, en un salto de bañista, salto verdaderamente extraordinario.

¿Volveremos al cabello largo? Así parece probarlo MISS LUISA BROWN, la aristocrática artista inglesa.



UNA MODERNA ESFINGE: ALICE DIANI

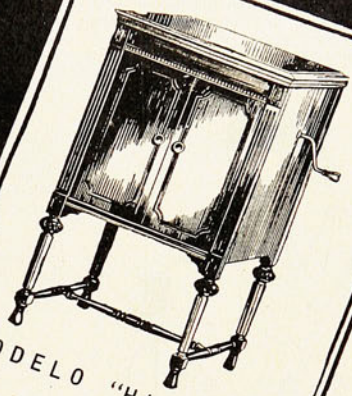
UN RETRATO EXTRAVAGANTE EXPUESTO ULTIMAMENTE EN LONDRES, EN EL SALON DE OTOÑO.

MARGARITA LIVINGSTONE,
EN SU LINDA TOILETTE
VERANIEGA

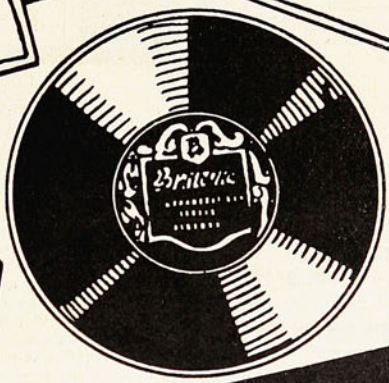
PRESENTAMOS A UD. VARIAS OFERTAS

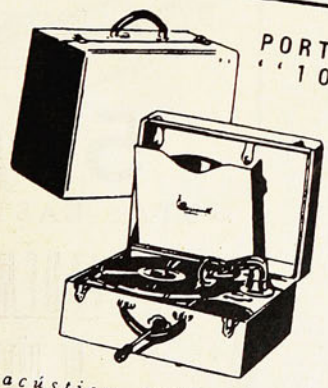
UN EXTENSO SURTIDO
DE DISCOS
BRUNSWICK

MODELO "MADRID"
$ 2,600



MODELO "HIDALGO"
$ 1,550





PORTATIL
"102"

Panacústico BRUNSWICK
$ 490

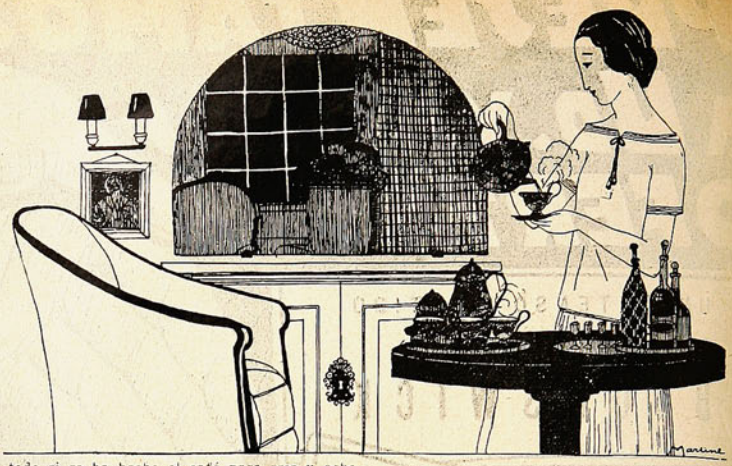
CASA HANS FREY

SANTIAGO
Portal Fernández Concha. 936. Estado 196

VALPARAISO
Esmeralda. 60. Condell 324

EN NUESTRA CASA

Las bebidas que pueden ofrecerse después de comer



Es después de comer, cuando debe manifestarse mejor a los convidados, la solicitud del ama de casa. Huguette Garnier, decía últimamente, que el buen café es una cosa rarísima aún en las mejores casas. Augusto Strinberg, se lamentaba también de que casi ninguna dueña de casa, fuese capaz de preparar esta bebida "tan amada al poeta". El célebre misógino, exageraba. Sin embargo, es bueno decir, que el café preparado en la cocina, rara vez está suficientemente cargado de arma, y no responde casi jamás a la excelencia del grano con que se le ha preparado.

La razón es de las más sencillas. Para que el café sea bueno, luego de haber escogido la materia prima en una casa segura, son necesarias dos condiciones esenciales: que sea molido muy fino; que el agua siempre hirviente, sea vertida a intervalos regulares, un instante solamente antes, que la dosis precedente esté completamente filtrada. Ciertamente que no es agradable conducir al salón toda una srie de útiles de cocina, pero se confeccionan muy lindos filtros, y nada más fácil que poseer agua hirviente siempre gracias a los anafes eléctricos, siempre de presencia muy agradable y de facilísimo manejo. Tened en cuenta que para el café molido muy fino, la dosis es de una cucharada sopera para dos tazas, sobre todo si se ha hecho el café para seis u ocho. Para dos tazas solamente hay que poner un poco más a causa del desperdicio que se hace siempre con la primera agua.

A menudo se prepara el té en el salón, pero rara vez se tiene cuidado de que el agua esté hirviendo y casi nunca se calienta la tetera. Hay que tener presente, que la tetera demanda casi tantos cuidados como la pipa de un buen fumador. Las teteras japonesas de tierra roja son, a mi juicio, las mejores; pero tampoco tengo nada que decir de las teteras inglesas de metal. Huíd como del fuego, de las teteras de porcelana, que no se impregnan jamás de perfumados recuerdos. Elegid con cuidado, la tetera que se vacia bien, es decir, con el pico derecho o muy poco curbo.

Para confeccionar el té, empezad por calentar

vuestra tetera con agua hirviendo y vaciad esta agua en seguida. Esta ceremonia tiene por objeto calentar sus paredes y desprenderla del perfume depositado en ellas.Si vertís en seguida vuestra agua hirviendo en la tetera fría, no obtendréis el calor necesario para deshacer las hojas que colocáis en la tetera caliente, a razón de una cucharada de café por persona. Verted en seguida una media taza de agua hirviente, y dejad la infusión hacerse por dos minutos, no más. Llenad en seguida la tetera y aguardad un instante. Se vierte en la taza propia el primer té y la segunda taza, cuando el aroma se ha desarrollado a punto de la mayor perfección, se reserva para la persona a quien se quiere honrar. El agua hirviente que aclarará el té demasiado fuerte, la mantequilla, el azúcar y aún el alcohol se sirven aparte, lo mismo que los minúsculos trocitos de limón, que nuestros amigos rusos han puesto de moda. El té con limón, pasa por tener la propiedad de enflaquecer. Al mismo tiempo que el té y el café, presentaréis diversos licores; es agradable poseer junto a aquellos que llevan la marca de lejanos países, otros preparados en casa, por nuestras propias manos, para los cuales existen recetas excelentes, de las cuales os transmito algunas.

Licor de verbenas.—Cogedlas, antes de que estén del todo abiertas, y ponedlas en infusión, a razón de un buen puñado de flores por litro de aguardiente.

En el verano, colocad el tiesto en que preparáis vuestro licor en la ventana, cada vez que haya sol, y retiradle una vez que éste se haya

entrado. Es el medio más simple de hacer dar a la planta, todo el sumo que contiene. La destilación misma y todo otro medio, quita el sabor y la finura a esta bebida. En septiembre o abril, preparad un buen jarabe, disolviendo 750 gramos de azúcar en un cuarto de litro de agua, para tres cuartos de litro de vuestro alcohol. Haced hervir muy fuerte, de modo que vuestro jarabe, aclare y espese Vertedlo en una fuente de porcelana, djadlo enfriar y agregadle vuestro aguardiente, de antemano filtrado. Cuando el todo esté a medio enfriar, metedlo en botellas, y no lo uséis durante ese invierno, sino al segundo o al tercero, teniendo cuidado de colocar al sol vuestras botelias cada vez que haya ocasión.

LAS CANAS

DAN ASPECTO DE VEJEZ; CURELAS CON LA LOCION

Matacanas

LLUCH XX

M. R.

No es nociva ni irritante;
No mancha ni perjudica,
Es una loción fragante
Que da cabello abundante
Y la raíz fortifica.

PUNTOS DE VENTA:

SANTIAGO: Daube y Cía.; Droguería Francesa, Huérfanos, 840, y buenas boticas.
VALPARAISO: Daube y Cía.; L. Despouy y Cía.; Botica Hermes, Victoria, 612; Botica Unión Viña y boticas.
CONCEPCION: Casa Daube y Cía.
ANTOFAGASTA: Casa Daube y Cía.

Si su farmacéutico no lo tiene, haga que lo pida a Daube y Cía.

Base: A. Rosas. Quina, Nogal, Azufre, etc.

EL "DON JUAN DE NUESTROS DIAS"

NATACHA RAMBOVA CUENTA LA VIDA DE SU ESPOSO, RODOLFO VALENTINO

(CONTINUACION)

Rudy había comprado así todas las existencias de la tiendecita en su entusiasmo momentáneo; así, pues, toda nuestra familia disfrutó de recuerdos en forma de encajes y durante algún tiempo mantuvieron vivo este episodio de una novela temprana.

Seguimos nuestro viaje a la mañana siguiente y nos detuvimos en Bolonia el tiempo suficiente para almorzar. Rudy tenía prisa para llegar a Milán, porque allí nos esperaba su hermana María, que nos acompañó durante el resto de la excursión.

Cuando por fin llegamos a nuestro destino nos encontramos en el hotel un telegrama de María, en el que no sdecía que había ido a Génova para darnos una sorpresa, y como no nos había encontrado, volvía atrás a nuestro encuentro. Llegó a la mañana siguiente, mientras estábamos desayunando. Fué un encuentro emocionante entre dos hermanos que habían estado separados desde hacía más de once años. ¡Qué cambios hace el tiempo! María estaba llena de emoción y de orgullo al contemplar a su hermoso y célebre hermano.

Nada había tan divertido como escuchar a aquellos dos hermanos tan opuestos en todos los puntos de vista y, sin embargo, tan parecidos en carácter. Los dos eran muy tercos, pero también muy vivos de pensamiento y muy fáciles para cambiar de criterio tan pronto como se convencían de que estaban equivocados.

Hacía muy poco tiempo que María se había hecho mujer. Era muy bella y tenía los hermosos ojos de Rudy, su admirable dentadura y su encantadora sonrisa.

DE COMPRAS EN ROMA

TODO el tiempo que no empleábamos en ir de tiendas con María,lo pasábamos en visitar las iglesias. María era muy religiosa e insistía en mostrarnos las bellezas de la catedral de Milán, que ya habíamos visto; pero que, sin embargo, merecía bien una segunda visita. Aparte de su espléndida arquitectura y de sus vidrieras emplomadas, la verdaderamente notable colección de joyas merecía ya por sí sola esta nueva visita. Esas joyas fascinaban a Rudy, que siempre había tenido un gusto oriental por las bellas joyas.

Después de cinco días pasados en Milán nos fuimos a Roma.

Pasamos de camino por la antigua ciudad de Siena, en donde nos dijeron que se habla el más puro italiano de toda Italia. Encontramos aquí una tienda de antigüedades con muchas cosas interesantes, y particularmente una pequeña pintura representando a Ana de Cleves, y firmada por Holbein. Esto nos llamó la atención. La compramos por una pequeña cantidad, y continuamos nuestra marcha.

Estábamos intrigadísimos. ¿Nos habríamos encontrado por casualidad con un Holbein auténtico? Como parecer, lo parecía. ¿Qué podrá compararse con la nerviosidad de un coleccionista que cree haber descubierto una obra de arte desconocida?

Paramos aquella noche en una pequeña posada campesina entre Siena y Florencia. Era un sitio muy agradable y, afortunadamente, limpio. Nuestra habitación estaba enladrillada con viejos baldosines rojos, algunos una cuarta más altos que los otros.

MENSAJES DE LA MADRE DE RODOLFO

SENTIAMOS gran impaciencia por practicar la escritura automática para ver si podíamos averiguar si nuestra pintura era o no auténtica. Como no había sillas en la habitación, sino sólo un pequeño taburete, utilizábamos las camas para sentarnos, y eso que eran enormes camas antiguas, a las cuales había que ascender por un escabel. En estas alturas, sentados sobre las piernas cruzadas y alumbrados por una bujía, Rudy se puso a escribir.

Antes de comenzar a escribir, examinamos muy detenidamente nuestro tesoro. La tabla sobre la que se había pintado era, indiscutiblemente, antigua. Con una horquilla encontramos en seguida los agujeros de la polilla. Estábamos casi convencidos de que éramos poseedores de un Holbein auténtico.

Después de esperar un ratito, la escritura comenzó. Hablamos aquella noche (por medio del lápiz) con la madre de Rodolfo, con Jenny y con otras muchas amistades espirituales. Preguntamos si nos podían decir algo sobre la pintura y nos contestaron que poco más tarde vendría un amigo que había hecho estudios sobre la materia y nos informaría.

Con gran desilusión nos dijo éste que nuestra pintura no era original, como habíamos creído, sino una copia antigua. Por lo menos era antigua, y esto ya era algo. Al volver a Niza, un entendido nos confirmó este dictamen.

Yo, por lo menos, llegué a Roma suspirando por poder descansar. El pensamiento de un baño próximo y de verme libre del polvo y de la manera de conducir de Rudy me mantuvo viva los últimos días. Las carreteras de Italia en aquella época del año eran siempre malas, y el polvo en un coche abierto, intolerable. Todos los que tengan propensión por coger calenturas me darán la razón.

Pasamos diez días deliciosos en Roma, haciendo más excursiones todavía en automóvil. La mayoría de nuestras diversiones y entretenimientos aquí fueron arreglados por el barón Fassini, que había tenido la atención de poner a nuestra disposición su hermoso palacio en las afueras de Florencia mientras estuvimos allí. Habíamos decli-

NO HAY POR QUE ACEPTAR EL ESTADO CANOSO, HAY QUE CONSERVAR SIEMPRE EL ESTADO JUVENIL

Para aumentar la hermosura del cabello, sólo hay un procedimiento, no se trata de lavados o pérdidas de tiempo, sólo es dedicar unos cuantos minutos a friccionarse el cuero cabelludo con un cepillo de los dientes, el cual debe estar humedecido en un poco de Específico Boliviano Benguria. Este penetra a la raíz, alimentando el pigmento y el cabello vuelve a su color primitivo. Este tónico vegetal, preparado científicamente por el Dr. R. Benguria B., es lo más bondadoso que existe para atacar toda afección al cuero cabelludo. Como se ve, conservar el estado del pelo de su color natural es sumamente fácil: es la curación radical de las canas lo más rápido, se trata del tónico por excelencia el mejor del mundo: no daña, no ensucia, penetra a los tejidos capilares dejando completamente limpia la parte donde se ha aplicado.

Por estas cualidades del ESPECIFICO BENGURIA, millares de damas y caballeros del mundo entero lo usan, unos por curar las canas y otros por prevención. Es así cómo una cabellera se mantiene siempre suave y sedosa, haciendo resaltar toda su vida y brillo, dejándolo fresco y limpio.

Es el Específico Boliviano Benguria el más eficaz en la curación de la calvicie, caída de cabello, caspas, grasas, aceites, peladas, tiñas, seborreas y toda enfermedad capilar. En el tratamiento de calvicie obra por tonificación, haciendo salir de nuevo y abundante cabello al poco tiempo de usarlo.

El Específico Boliviano Benguria puede conseguirlo en Moneda, 875, donde se atiende de 9 de la mañana hasta las siete de la tarde, y en provincias en las siguientes partes:

Valparaíso, Malarée Hnos. Cóndell, 173; A. Presciutty y Cía., Cóndell, 165; La Joven Italia, Cóndell, 235; Botica Petersen, Plaza Echaurren. — Viña del Mar, Botica Central, Olegario A. Guzmán.— Antofagasta, Droguería Germana, señor Marcelino Rimassa. — Iquique, Droguería Victoria, señor A. Zepeda. — Tocopilla, Francisco Chefoux.— Arica, Droguería Italiana, E. Camasio. — Valdivia, Casa Carstens.— Temuco, Droguería Alemana.— Concepción (por Mayor), Vergara, González y Cía.; al detalle, Casa Harosteguy.—Chillán, La Belle Jardiniere y Casa Francesa.—San Carlos, Botica San Carlos.— Parral, Botica Bristol.— Linares, Casa Real.— Talca, Droguería Valenzuela, Botica Anguita y Botica El Indio.—Curicó, Botica Iris, señor Samuel Ródena.—San Fernando, Botica Internacional.—Rancagua, José Iráguen. — Los Andes, Droguerías Unión y Cóndor.

DOCTOR R. BENGURIA B.

MONEDA, 875. — CASILLA 2426. — TELEFONO 6882. — SANTIAGO.

A base: vegetal, Decoc, de Cusi-Cusi, Hasnu, Huichinga y Suphur.

Benguria

nado esta oportunidad de vivir en un sitio histórico porque nuestra visita a Florencia fué muy corta.

Me acordaré siempre de un día muy divertido que pasamos en Roma mientras nos entreteníamos en ver cómo filmaban la película "Quo Vadis?". Esta estaba dirigida por dos personas: un director alemán y otro italiano, cada uno de los cuales tenía a sus órdenes varios ayudantes de su país y varios intérpretes. Ninguno de los dos directores se entendía directamente con el otro.

UN RETORNO AGRADABLE

RUDY se proponía ir en automóvil hasta el extremo sur de Italia, a Castellaneta y Taranto, y que nos detuviésemos en esta ciudad para ver a su hermano Alberto. Como las carreteras estaban en condiciones terribles, y el polvo mucho peor del que habíamos soportado hasta entonces, Rudy pensó que sería mejor para mí que me volviese a la finca de mis padres para esperar allí su regreso. Todos estaban encantados de volverse a casa después de una excursión en la que recogimos mucho más polvo que placer.

Yo no conocí a Alberto hasta que en otra de nuestras estancias en el "chateau" vino a pasar unos días con nosotros. Al comenzar noviembre, María se volvió a Milán y Rudy y yo nos embarcamos para América, lo cual puso un punto final a esta magnífica excursión.

Poco después de nuestra llegada a Nueva York, nuestras diferencias con la Sociedad Famous Players quedaron amigablemente resueltas. Rudy comenzó sus preparativos para un nuevo "film", después de unas vacaciones de año y medio.

* *

"Recibí un telegrama de los chicos—dice la madre de Natacha—, en el que me anunciaban que querían pasar las Pascuas de Navidad y el año nuevo en París con nosotros. En consecuencia, yo llegué a París la mañana del día en que el barco llegaba a Francia. Fuí a la estación a la llegada del tren que traía a los pasajeros, pero los chicos no llegaron en él. Como madre cariñosa estaba terriblemente inquieta, y me volví al hotel para esperar los acontecimientos.

A las cuatro de la mañana Rudy entró en mi cuarto diciéndome que había venido desde el buque por carretera y que Natacha había tenido que quedarse en América. Cuando vió mi disgusto, me echó los brazos al cuello y me dijo que Natacha había tenido necesidad de quedarse en Nueva York, diez días más, a causa de importantes asuntos, y que, por lo tanto, él había venido sólo para estar conmigo.

Cuando, por fin, Natacha se reunió con nosotros faltaban ya tan pocos días para las Navidades, que tuvimos que correr en "auto" día y noche para llegar a Jeanles-Pins la mañana del 24.

Nos habíamos propuesto celebrar las fiestas a la americana; pero evidentemente jamás se había oído hablar de un árbol de Navidad en la Riviera. Tratamos de comprar un árbol en alguna parte. Mr. De Langley se compadeció de nosotros y dijo a su jardinero que cortase el pinito más hermoso de su finca. Cuando nos lo llevaron a casa hubo necesidad de todos nosotros, sirvientes y jardineros inclusive, para poderlo meter en el "hall". Con la ayuda de varios carpinteros pudimos, por fin, ponerlo derecho en su sitio.

Entonces las dificultades fueron las de encontrar suficiente número de adornos para un árbol de semejante tamaño. Pero con gran sorpresa mía, los muchachos habían traído dos enormes cofres que desbordaban de toda clase concebible de cosas para adornarlo. La Santa Claus que se colocó en lo alto del árbol era enorme, y de sus brazos pendían cientos de metros de hilos de plata y oro. Había estrellas de plata, globos de vivos colores y mil otras bagatelas que brillaban como para rivalizar con las maravillas de las mil y una noches.

Rudy, Natacha y yo trabajamos toda la noche para poner todo esto en condiciones. Mi marido insistía en que había que poner en el árbol lucesitas eléctricas azules, rojas y blancas los colores norteamericanos. Los chicos no se opusieron a que se colocasen las bombillas de colores, pero siempre y cuando que se encendiesen las velillas que habían colocado en cada extremo de las ramas.

Los regalos pequeños se ataron a las ramas del árbol, y los de gran tamaño se pusieron al pie. El toque final fué desparramar algodón en rama, finamente desmenuzado para imitar la nieve y rociarlo todo con polvo de talco. Cuando se terminó de adornar, resultó la cosa más espléndida que pudo verse.

Habíamos convenido en que nadie lo vería hasta que se encendiesen las candelillas, de manera que todo el mundo tuvo que ir al comedor por la escalera de servicio. Al terminar la comida, la familia se declaró en rebeldía y todos dijeron que querían ver cómo Natacha y Rudy encendían el árbol. Como no tenían encendedores, ataron una vela a la punta de un bastón, y subidos en sillas alcanzaron las ramas más altas.

Casi todo el árbol estaba ya encendido cuando Rudy descubrió una pequeña bujía sin encender, bastante adentro de una de las ramas. Al querer encenderla un trozo de algodón empezó a arder. Con la rapidez de un relámpago, todo el árbol se prendió fuego y ardió como una antorcha.

Perdimos la cabeza, con excepción de mi hermana Teresa, que fué siempre la esencia de la tranquilidad. Su único pensamiento fué salvar nuestros regalos, y mientras todos dábamos vueltas lamentándonos de aquella tragedia, ella salvó casi todos los tesoros.

El marido dijo a Rudy que trajese la bomba para incendios, y a Natacha que echase agua con fuerza. Esto me devolvió el sentido. En un momento pensé que aquello era el fin de mis hermosos tapices de Gobelinos, mis maravillosas sillas de punto de aguja de Saint Cyre, que eran mis más preciadas posesiones. Al ver a Rudy que volvía, pensé que el "hall" no podría arder porque estaba construído enteramente de piedra. En mi nerviosidad tropecé con la bomba que tenía Rudy en las manos, y grité que viniesen todos con recipientes con agua para arrojarlos al árbol por la galería superior.

Todo el mundo se precipitó en busca de agua. Unos con cubos, otros con calderas, algunos con tazas de té y otros con vasos. De esta manera el fuego quedó pronto extinguido; pero no así el humo negro que llenaba todo el "hall". ¡El árbol estaba hecho una lástima!

Medio asfixiados y buscando aire para respirar, comenzamos todos a lamentarnos por la pérdida de nuestros regalos. Pero la práctica Teresa nos condujo al salón, donde encima de una mesa estaban todos los salvados. Había rescatado casi todo, a excepción de algunas bagatelas sujetas a las ramas más altas, y que estaban destinadas a los niños del jardinero.

Lagrimeando por efecto del humo, nos sentamos en el suelo y comenzamos a desatar nuestros paquetes, riendo de algería como si hubiésemos vuel-

AGUA BLANCA
"CASANOVAS"

PARA EXTIRPAR LAS

Pecas, Paños, Barros, Manchas, Granos, Puntos Negros, Manchas de Viruela, Etc.

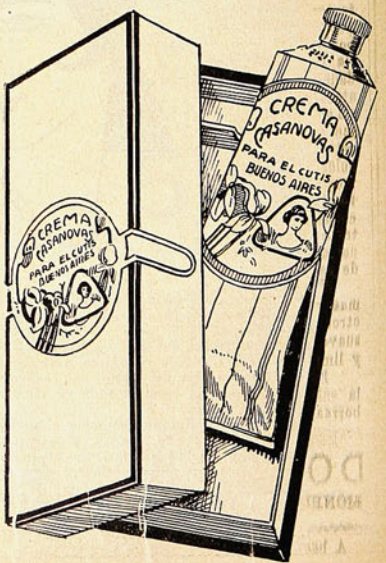
Hay cértificados de distinguidos médicos que acreditan su indiscutible bondad

Precio: $ 12 m/c el frasco
$ 6 m/c el tubo

De venta en las principales Farmacias y donde los Agentes Generales para Chile:

DAUBE y Cía.

VALPARAISO - SANTIAGO
CONCEPCION Y ANTOFAGASTA



to a los años de nuestra infancia. Se trajo champaña para reanimarnos, y la alegría duró hasta muy entrada la mañana.

El día de Año Nuevo, míster y mistress John Weathon dieron una fiesta para los niños en el hotel Negresco, de Niza.

Entre dos bailes era costumbre entre americanos entrar en el "bar" y beber un "cock-tail".

Conforme pasábamos míster Weathon y yo por allí cerca, vimos que había una animación inusitada en el "bar". Nos abrimos paso a codazos entre la gente y vimos a Rudy que estaba haciendo una exhibición de su papel de torero en "Sangre y arena". Estaba de rodillas dando puñaladas a un toro imaginario con un bastón. Al verme, se dirigió a mí, diciéndome con su encantadora sonrisa de siempre: "¡Esta vez he matado yo al toro!"

Me precipité adonde estaba nuestra mesa, y dije a Natacha que Rudy acababa de matar un toro en el "bar", y que antes que matase alguno más convendría que fuese por él y nos lo trajese.

—¿Qué dices?—exclamó Natacha—; y sin pedir excusas se levantó como una exhalación de la mesa y fué en su busca. Cuando volvió, Natacha, que estaba del mejor humor, trajo algunas lindas muchachas para que bailasen con Rudy, y esto la hizo en extremo popular.

La orquesta tocaba el famoso "Hogar, dulce hogar"; pero los chicos no mostraban el menor deseo de marcharse. Así, pues, nuestros amables huéspedes indicaron que podríamos ir al Perroquet y acabar allí la fiesta hasta que fuese de día. Ocho de entre nosotros nos metimos en nuestro gran Renault, mientras que Rudy y un amigo suyo se subieron al techo, dando con sus pies en la cabeza del "chauffeur".

Después de uno o dos bailes en el alegre "cabaret" del Perroquet, tomamos unos "sandwichs" de huevo y jamón, y café caliente. Cansados mortalmente, casi todos íbamos durmiendo en el coche al ir a casa adonde no llegamos mucho antes de la hora del desayuno.

Este día de Año Nuevo terminó las vacaciones de Pascuas de los muchachos, porque al día siguiente marcharon para embarcar para América. Tenían prisa por llegar para comenzar "Monsieur Beaucaire", porque ya se habían arreglado amigablemente con la Sociedad Famous Players, después de un pleito de casi un año. Su único pensamiento consistía en terminar la impresión de la película para poder regresar al "chateau", donde ya habían hecho planes para futuros días felices.

Rudy había pensado que al llegar a Nueva York compraría y nos remitiría una máquina de proyectar películas, con objeto de que pudiésemos ver sus cintas tan pronto las impresionase. De este modo guardaría también un recuerdo completo de todas sus obras.

Rudy fué siempre muy generoso y necesitaba lo mejor de todo; así, pues, al elegir la máquina quiso una exactamente igual que la del Capitol Theatre, de Nueva York. Le dijeron que la máquina era demasiado grande y que no podía utilizarse en una casa particular; pero contestó que el "hall" del "chateu" era lo suficientemente grande para que pudiese servir para nosotros. Nada le parecía suficientemente grande y bueno para nosotros.

La máquina llegó en grandes cajas, que parecían como barriles. Necesitó tres hombres para el transporte, y fueron menester diez para poder meterla dentro de la casa. Rudy nos había escrito que la máquina estaba en camino, así como una reproducción de "Sangre y arena". Ambas cosas llegaron al mismo tiempo. Naturalmente, estábamos muy impacientes por estrenarlas. Pero, ¿quién iba a montar la máquina? Mandamos a buscar a todos los electricistas del distrito; pero ninguno había visto nunca una máquina de proyecciones, y se negaron a montarla. Estábamos desesperados. Oscar Colcaire, uno de los discípulos de Jean de Reszeka, tuvo la brillante idea de enviarnos a un muchacho que una vez había hecho funcionar la máquina del teatro Ideal de Niza.

El muchacho trabajó día y noche en esta tarea durante algunas semanas. Cada vez que creía haber terminado el trabajo nos sentábamos conteniendo la respiración en cómodas sillas, esperando regalarnos con la película. Pero unas veces las vistas resultaban demasiado altas; otras, las figuras eran tan grandes que no cabían dentro de la pantalla, o cuando lo hacían era sin cabeza. Nuestro mecánico hacía las cosas más divertidas.

Desesperados ya, escribimos a Marsella solicitando como un gran favor a los Lasky si podían enviarnos a alguien capaz de poner en marcha la máquina. No se dieron por enterados en absoluto de nuestras súplicas.

Con gran sentimiento, nos decidimos a guardarlo todo hasta la próxima vuelta de Rudy el verano siguiente.

Al comenzar agosto del año 1924 los chicos llegaron de París en un nuevo coche Voisin, de carreras, que Rudy había encargado un año antes. Era magnífico. El exterior, de gris acero; el interior, de brillante marroquín rojo de la mejor calidad. En el asiento del fondo venía Natacha, con un nuevo abrigo y cinco pekineses de la raza más fina. En el volante venía Rudy, con un abrigo de piel de alto cuello y grandes anteojos, viajando de incógnito para escapar a sus admiradores.

Al descender del coche entraron en el "chateau" con toda su "menagerie". Era imposible dar un paso sin tropezar con algún perro. Natacha creyó necesario disculparse por viajar con tanto bicho. El más pequeño, blanco, lo compró porque parecía estar muy triste. "Ulic", el campeón, por caber dentro de las mangas, se compró porque,

LA ADVERTENCIA

Pasó el filósofo y me dijo:
"Yo puedo darte la verdad."
Distraído por una nube,
Dejé al filóso pasar.
Pasó el filántropo y me dijo:
"Ven al festín de mi bondad."
Seducido por una rosa,
No tuve tiempo de llegar.
Pasó una hada que iba cantando:
"¿Quién quiere la felicidad?..."
Pero tan rápida volaba,
Que era imposible de alcanzar.
Pasó el amor y me hizo señas,
Con sonrisa confidencial.
Pero detrás de un niño ciego,
¿Quién se podía aventurar?
Pasó otro día la esperanza,
Pasó la generosidad.
¡Ay de mí, con ninguna de ellas
Me resolvía yo a marchar!
"Pasó al fin la sabiduría,
Y me dijo con gravedad:
"Ten cuidado, que ya no queda
Sino una sola por pasar".

LEOPOLDO LUGONES

como habían pedido tres mil dólares por él y lo habían dejado por mil quinientos, no había más remedio que aceptarlo. Los tres más pequeñitos eran tan monos, que no se sabía cuál escoger de entre ellos: así, pues, los compraron todos.

Todo era hablar de "Beaucaire". Los chicos traían la película consigo. Estábamos impacientes por verla, a causa de las admirables instalaciones y los preciosos trajes.

En seguida de comer, Rudy se puso a trabajar en la famosa máquina. Maldijo a todos los electricistas y los llamaba idiotas y estúpidos, porque en América esa máquina habría sido montada y puesta en disposición en menos de un día.

—No entiendo nada de esto—dijo—; pero voy a enseñarles dos o tres cosas. Mire usted, tío Fick: no han sido capaces de poner las piezas junto a las que llevan números correspondientes.

Desmontó toda la máquina, y antes de cenar la había vuelto a montar de nuevo, prometiéndonos que después de comer contemplaríamos el exquisito "Monsieur Beaucaire".

Pero Rudy estaba tan nervioso, que no podía resistir hasta la hora de cenar. Nos llamó al salón para que viésemos la proyección del primer trozo. Todo marchó admirablemente durante diez minutos, y en el momento en que Rudy iba a hacer su entrada en la pantalla hubo un estallido y todo el edificio se quedó a oscuras. Todos los plomos de la casa se habían fundido.

No estando preparados para esta contingencia, no teníamos en la casa más que seis bujías que nuestro cocinero dijo necesitar, porque de otro modo, no podría preparar la comida.

Al día siguiente se pusieron nuevos fusibles mientras que Rudy y Natacha pasaron el día buscando viejos marfiles y armaduras en las tiendas de antigüedades.

Por la noche Rudy decidió hacer otro ensayo después de comer. Echó a correr hacia la biblioteca, que había convertido en sala de proyecciones, dió a la corriente y ¡cataplum!, otra vez sumergidos en la oscuridad.

En este instante oímos gritos y voces que venían de la cocina. Era que el jefe amenazaba con dimitir. Felizmente mi marido, con insospechada previsión, había comprado varios paquetes de bujías. La calma renació.

Este segundo fracaso con la máquina ultraperfeccionada hizo comprender a mi marido que era necesario el consejo de un técnico antes de exponernos a perecer todos el mejor día. Llamó al primer electricista de la fábrica de Antibes, y éste explicó que la máquina necesitaba dos cables especiales y que no había suficiente voltaje para echar a andar la máquina en casa.

Una semana después estaba todo arreglado y la máquina funcionaba a maravilla.

¡Y por fin vimos "Beaucaire"!

* * *

Por las noches Rudy enseñaba a bailar el tango a su hermana María y a mi sobrina Margarita Dinwoodey, que pasaba una temporada con nosotros.

Se ponía nervioso porque el piano eléctrico no marcaba el tiempo según él quería. Así, pues, mientras que los electricistas instalaban los cables para la máquina de proyecciones, él se dedicó a desencantar el piano en mil pedazos.

Todo el "hall" estaba sembrado de cuantas infinitas piececillas componen ese mecanismo, que nunca pudo volver a poner juntas para reconstruir el piano. ¡Se le había olvidado numerar las piezas! Llegando a reconocer que aquello era demasiado difícil para él, Rudy insistió en que lo sabría terminar a tiempo. Pero este momento no llegó nunca. Fué necesario escribir a Inglaterra para que nos enviasen un técnico capaz de poner el piano en condiciones.

Rudy tenía a veces las ideas más extravagantes. Esperaba llegar a tener millones y más millones, a fin de poder poner en práctica sus sueños. Estaba pensando siempre en canoas automóviles, siendo curioso el ver lo bien que las manejaba sin conocer nada de su mecanismo. Este parecía ser una de sus dotes prácticas. Alquiló una e hizo multitud de carreras por toda la Riviera. Era un espectáculo magnífico verlo en el volante, descubierto, vestido solamente con un traje de baño, negro, la cara llena de espuma que le salpicaba.

Nos deteníamos a menudo en la hermosa isla de Saint-Lerins y extendíamos los manteles para almorzar bajo las ruinas del castillo medioeval, que bajan bastante al mar. Uno de sus sueños más extravagantes consistía en comprar el castillo al Gobierno francés y restaurarlo para vivir en él con Natacha, llenándolo con maravillosos tesoros antiguos de la época a que perteneció el castillo.

Nunca olvidaré una mañana en la que Rudy me llevó a un rincón del castillo, desde donde se dominan la carretera y el mar. "Muzzie—me dijo—, aquí es donde construiré mi embarcadero".

Entonces comenzó a contarme sus planes. El embarcadero sería una construcción enorme, capaz de albergar un yate y dos canoas automóviles. Necesitaría hacerse además un túnel bajo la carretera para llegar hasta el mar, con objeto de que los barcos pudieran ser izados por medio de poleas hasta el albergue de invierno. Sacó del bolsillo un lápiz y un cuadernito y tomó las medidas de la casa del embarcadero, que, una vez terminado, haría que el castillo pareciese a su lado la garita del guarda.

A corta distancia, y detrás de nuestra finca, está la casa para los invitados, la cual contenía trece habitaciones. Una de ellas fué transformada por Rudy en cuarto para fotografías que, según dijeron varios fotógrafos muy conocidos, era el laboratorio mejor montado de toda Francia.

(Continuará el próximo número)

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello **Sobre** el cutis, en cambio Vytt deshace el vello **y la raíz debajo del cutis.**

Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se aplicó y el vello ha desaparecido.

El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro posta, al agente general L. J. Webb, Casilla, 1161, Santiago.

El "Vyt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

Base: Natrium sulphide, Barium Sulphide, Calcium carbonate, Glycerine, Agua.

VYTT

PARA LOS NIÑOS

Machucho y Pilongo
Cazadores

I

LAS estrellas que durante toda la noche habían lucido sin interrupción y sin más rival que la Luna en la inmensidad del firmamento, guiñaron sus ojos llenos de sueño, y, al aparecer la Aurora vestida de rosa y oro, palidecieron de envidia y al fin quedaron dormidas... Entonces Beppo, el intrépido cazador alpino, armado de todas sus armas, salió de su cabaña..."

Esto era lo que Pilongo, levantado al despuntar el día, como sus compañeros, leía en una de las páginas traseras del Registro de viajeros del Refugio. Abraham, que con harto trabajo había logrado vestirse, se acercó al grupo.

—Pero, ¿es que no se almuerza hoy?

—¡Por Dios, hombre, si aun no ha salido el Sol!

—No importa... Ya clarea y tengo un apetito voraz.

Y sin decir más se puso a encender el fuego, aprovechando las ramas sobrantes de la víspera, tarea en la que le ayudaron los demás.

—A propósito, Mr. Jhon—dijo Abraham cesando un momento de soplar el fuego—, su historia de ayer era muy interesante.

—¡Debí quedarme dormido!—dijo Jhon con sorna.

—Eso debió de ser—dijo el americano imperturbable—. De modo que ahora me toca a mí, si ustedes quieren prestarme atención.

El fuego crepitaba devorando las ramas secas. Abraham clavó en el asador un trozo enorme de cabrito, y, mientras le daba vueltas y seguía amorosamente con la mirada sus sabrosas evoluciones, comenzó así:

—"Ustedes no ignoran que el oso gris es el más feroz de su especie; se parece al oso vulgar, pero es más grueso.

"Un día, abandoné a mis amigos en el camping que habíamos establecido en uno de los sitios más pintorescos de la Yosemite Valley, y me interné solo en la selva. No tuve que andar mucho. Un descomunal oso me salió al paso con intenciones poco tranquilizadoras.

"Quise echar mano a mi carabina, y con la desesperación consiguiente me di cuenta de que la había olvidado en la tienda.

"Eché a correr sin rumbo fijo, pues el oso me cortaba el paso hacia mis compañeros, y galopé hasta que en mi mente bulló una idea salvadora; recordé que el oso gris no trepa a los árboles. Desde que tuve la idea hasta que la puse en práctica, medió solamente el tiempo preciso para recorrer el trecho que me separaba de un árbol altísimo, por el que subí más rápidamente que si éste tuviese bajo su corteza un ascensor. El árbol no medía menos de 20 metros de altura, y cuando llegué a la copa no pude subir más y, sentándome en una rama transversal, me puse a hacer carantoñas al oso que meneando su cabezota se había sentado precisamente debajo de mí.

"Como no tenía más armas que el cuchillo, pues la carabina, como dije...

—...la perdió usted al huír precipitadamente de la fiera—interrumpió Mr. Jhon que no perdía ocasión de zaherir al americano.

—Eso...

Como Abraham no tenía ojos ni oídos más que para el asado, no pudo notar las risas comprimidas de sus oyentes.

—"He tenido siempre un ojo seguro y certero; así es que, desenvainé el cuchillo, me agarré con fuerza al tronco más próximo y, balanceando el arma un instante, la lancé con la violencia de una catapulta sobre el cuerpo del oso... Pero, el tremendo impulso de mi cuerpo desgajó la rama, y caí tras del cuchillo. El batacazo fué horroroso, pero no me rompí nada. Cuando se aclararon mis sentidos, me incorporé temiendo que el oso me despedazase, pero una rápida ojeada me devolvió la confianza. El oso gris estaba muerto, y yo estaba sentado encima de su cabeza, que estaba hecha papilla por la violencia del golpe..."

—¿Le había usted clavado el cuchillo?—preguntó Pilongo.

Abraham no respondió. Estaba demasiado ocupado. Separó el asado del asador relamiéndose, desenvainó su cuchillo de monte que llevaba en el cinto, y se puso a hacer cuatro partes iguales de la dorada pitanza.

—¡Vana pregunta es ésa, Pilongo!—dijo Jhon al ver que el americano no contestaba.—Antes nos dijo que tenía el ojo muy certero... y ahora ha dicho que volvió en sí sentado en la cabeza del oso. Si eso no es tener el ojo certero...

Jhon, apoderándose de su trozo de cabrito, se puso a devorarlo para contener la risa que le subía garganta arriba, y Machucho y Pilongo hicieron lo mismo. En cuanto a Abraham, devoraba su parte emitiendo un gruñido de satisfacción, que sin duda provenía de las tenebrosas profundidades de su estómago.

El sol iluminaba ya las cumbres, y sus rayos, al introducirse en el refugio a través de los empañados cristales de sus ventanas, vestían al vetusto caserón de galas insospechadas.

II

Los excursionistas cargaron todos sus efectos en sus robustas espaldas y, volviéndolas a Cortina de Ampezzo, que era un punto lejano y hondísimo, se lanzaron vertientes abajo en busca de sitios menos elevados, con la esperanza de encontrar caza.

Algunos rebaños de cabras salvajes corrían de roca en roca ante los excursionistas. Algunas veces, Abraham se echaba lenta y parsimoniosamente su soberbia winchester a la cara, encaño-

Comprendí que el gorila enarbolaba su estaca...

aquí en

AHUMADA 32

SE ESTÁ INSTALANDO

EL ALMACEN CENTRAL DE

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

SANTIAGO

Propietaria también de { Empresa Zig-Zag. Soc. Imp. y Litog. "Concepción". Emp. Gráfica. Artículos Réclame "EGAR"

naba durante un momento a los ágiles animales... pero jamás disparaba, por miedo sin duda a errar el tiro.

De cuando en cuando, alguna soberbia liebre abandonaba una mata y salía veloz en busca de su madriguera. Machucho y Pilongo no desdeñaban esta caza, a la que sus acompañantes no dedicaban una mirada, y de unos cuantos balazos certeros lograron matar hasta media docena de estos animales que fueron recogiendo y metiendo en su zurrón.

Toda la mañana la pasaron de aquel modo, hasta que los sorprendió el mediodía en una meseta llena de arbolado y rocas. Una fuente brotaba espontáneamente por entre unas piedras, y se trasformaba en un arroyuelo que atravesaba diagonalmente la meseta, hasta que, formando una serie de saltos de agua y cascadas, caía en un vallecito en donde corría en busca del Piave.

A todos gustó el sitio y, como estaban bastante cansados, se dispusieron a comer.

—¡Qué lástima no haber matado todavía un oso! Les asaría un pedazo y verían lo sabroso que es—dijo Abraham relamiéndose.

—Pues no debe de andar muy lejos—dijo Mr. Jhon con calma.

—¿De veras?—preguntaron los cazadores poniéndose en pie.

—Sí; pero hay tiempo de comer. Es triste cosa salir en persecución de una fiera con el vientre vacío... Ahora, si Abraham quiere regalarnos con su carne, puede ir en aquella dirección donde no hace dos minutos acabo de ver a un plantígrado... Nosotros lo esperaremos hasta la hora de cenar, comiendo esas riquísimas liebres.

—No se debe bromear con la comida, Jhon—dijo Abraham sentenciosamente y sentándose, en lo que le imitaron todos. Luego se dispuso a hacer en campo raso lo mismo que había hecho en el refugio.

Mientras que los demás despojaban a los animales de su piel y de los desperdicios, el americano encendió fuego, para lo que parecía tener cierta práctica, y fabricó un asador rudimentario en el que ensartó las dos primeras liebres que estuvieron listas.

—Por cierto, señores—dijo Abraham a quien los preparativos de comida volvían locuaz invariablemente—, que aun no les he contado la aventura que me ocurrió hace unos diez años en el río Gaboti, en el Africa occidental:

—"Me hallaba yo entonces solo, es decir, sin ningún europeo por compañero en aquellas soledades inmensas, surcadas de hondos valles flanqueados por colinas llenas de matorrales y malezas espesísimas, que hacen casi imposible el paso al hombre más curtido en el duro y difícil arte de cazar. Llevaba conmigo a 20 negros maupurguos que acarreaban mi cuantiosa impedimenta en víveres, municiones, ropas y regalos.

"Había yo recibido noticias en Boma, en la desembocadura del Congo, en donde me hallaba descansando de una larga campaña contra los elefantes, de que a unos 400 kilómetros tierra adentro una familia de gorilas gigantescos campaba por sus respetos en aquellas frondosísimas selvas, y desolaba los pobres cultivos de las tribus negras de aquellos parajes. En seguida hice mis preparativos. Alquilé mis negros, sin decirles, claro está, la empresa a que los destinaba, fleté un barquito de vapor y remonté el río en busca de los terribles animales.

"Al llegar a la confluencia del Shanga y del Ubhangi, confesé a los negros el verdadero objeto de mi viaje... y todos quisieron quedarse en el barco de centinelas. Al fin, tuve que dar triple paga para que me siguiesen cuatro de los más resueltos, que me eran indispensables para llevar parte de mi bagaje, y me interné resueltamente en la selva, procurando adquirir noticias ciertas en cada kraal que encontrábamos al paso.

"El pánico de mis compañeros crecía por momentos, y como medida de precaución me puse en banderola mis dos carabinas, y llené de municiones mi canana. De sobra sabía que al primer ¡kahiii! del gorila, los negros huirían como alma que lleva el diablo.

"Un atardecer, buscaba cautelosamente a mi enemigo, que presumía cercano, cuando un soberbio león salió de repente de unos matorrales, galopó en derredor mío durante unos segundos, y al fin se campó fieramente a poca distancia, batiendo sus flancos con su cola.

"¡Leones a mí!... Dejé una carabina en el suelo y apunté con mi rifle cuidadosamente. Ya apoyaba el dedo en el gatillo, cuando un grito agudísimo llenó el bosque y desgarró mis oídos. Era el feroz grito del gorila. Miré al entorno. Los negros habían desaparecido. Miré tras de mí, y la sangre se me heló en las venas y cosquilleó en mi nuca. Un descomunal gorila venía ágilmente a mi encuentro con un tronco de árbol en la mano, balanceándolo como si fuese una pluma.

"Enfrente de mí, mirándome con sus ojos enrojecidos, tenía al rey de los animales... pero no vacilé. No sé si arrojé la carabina o si se me enredó en la maleza, el caso fué que, indefenso y alocado, corrí en busca del león, como implorando su misericordia.

...y, al fin se acampó fieramente a poca distancia...

"El gorila estaba a diez metros tras de mí, el león a unos ocho metros. A mi espalda, oí un silbido, e instantáneamente un aire violento me azotó el cogote. Comprendí que el gorila enarbolada su estaca. El terror pudo más que yo, y caí de rodillas esperando el golpe fatal que iba a reducir a papilla mi cráneo. El león saltaba hacia mí en aquel instante, y hecho un ovillo caí a una zanja de unos dos metros de profundidad, sin duda una trampa en construcción.

"Mientras caía, oí un silbido, un grito sobrehumano, un rugido estridente y rabioso... y un restallar de huesos aplastados. Dos sombras gigantescas cayeron simultáneamente encima de mi agujero y, al mismo tiempo que me envolvía la oscuridad más completa, un líquido ardiente y pegajoso cayó en gran cantidad sobre mí, inundándome y llenando también el fondo de la cueva...

"De pronto, sentí la necesidad de marcharme de aquel agujero maldito. Desenvainé mi cuchillo, ascendí a gatas por el declive, y me harté de dar cuchilladas a los dos cuerpos que me cerraban el paso al aire libre, y que en espasmos de agonía se movían locamente... Y al fin, salí, y el aire frío de la noche aclaró mis sentidos.

"Yo debía la vida al agujero, pero también la debía al león... que era quien había recibido el garrotazo y quien había herido al gorila, al que yo, en el ímpetu de mi desesperación ante el terror súbito de morir ahogado en sangre, me atreví a hacer lo que hacen los japoneses cuando se suicidan..."

Y el bueno de Abraham, levantándose, quiso hacer en el aire con su cuchillo una cruz gigantesca; pero se quedó en la mitad. La liebre que

Se lanzaron vertientes abajo...

pendía de su mano izquierda cayó al suelo por ley de gravedad. El brazo derecho quedó en alto, armado del cuchillo, como si buscase el sitio mejor para abrir cielo y tierra en dos mitades.

Jhon, Machucho y Pilongo, que escuchaban con interés su dramático relato, leyeron tal estupefacción pintada en todos y cada uno de sus rasgos fisonómicos, que instintivamente volvieron la cabeza.

Entonces llegó su turno de abrir la boca. Una pareja de osos, macho y hembra, atraídos por el sabroso olor de la carne asada, se había acercado sin ruido y estaba a menos de seis pasos de distancia. En un instante los cuatro se pusieron en pie, y precipitadamente se aprestaron a la defensa. Un rugido doble contestó sus movimientos, y los plantígrados, irguiéndose, abrieron sus garras. La batalla iba a empezar.

se abalanzaron de bruces...

III

Machucho y Pilongo dieron un salto de costado, y, apoderándose de sus carabinas, las pusieron en posición de disparar, mientras que el americano y el inglés, empuñando sus cuchillos, quedaron frente a las fieras.

Machucho y Pilongo dispararon, pero por desgracia habían apuntado al mismo animal, que quedó detenido por la muerte en su carrera, en tanto que el otro se lanzó a la vez sobre Abraham y Jhon, les echó encima su enorme peso, y los tres, revueltos y confundidos, cayeron al precipicio.

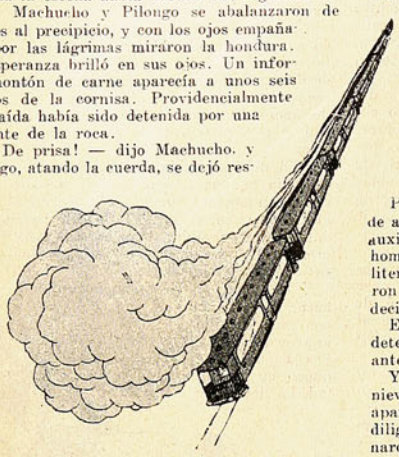
Las últimas visiones que de sus amigos tuvieron Machucho y Pilongo, fueron el relámpago del cuchillo de Abraham, que continuaba la trayectoria que había quedado detenida en su mitad al aparecer los osos, y una colosal vo-

lunta de humo que, desprendiéndose de los labios de Jhon, quedó flotando en la atmósfera.

Jhon, como buen filósofo y amante del tabaco, no había querido sucumbir siu dar su última chupada.

Toda la escena había durado dos segundos escasos. Machucho y Pilongo se abalanzaron de bruces al precipicio, y con los ojos empañados por las lágrimas miraron la hondura. La esperanza brilló en sus ojos. Un informe montón de carne aparecía a unos seis metros de la cornisa. Providencialmente su caída había sido detenida por una saliente de la roca.

—¡De prisa! — dijo Machucho. y Pilongo, atando la cuerda, se dejó res-



balar a riesgo de quemarse las manos por el rápido frotamiento. Al momento bajó Machucho, y los dos hermanos presenciaron de cerca un espeluznante cuadro.

Por fortuna, el oso yacía muerto debájo de Abraham, con el cuchillo clavado hasta el mango en el corazón. El infortunado americano estaba de bruces encima de la fiera, una de cuyas garras aún estaba encima de su hombro, del que se desprendía un hilillo de sangre. Mr. Jhon estaba encima de Abraham, y no había abandonado la pipa, cuyo tubo habían destrozado sus dientes.

En un instante los muchachos organizaron el salvamento, y, tras de desesperados esfuerzos, pudieron llevar a sus amigos a lo alto de la roca. Allí reconocieron sus heridas, y trataron de volverles a la vida por medio de agua fresca. Abraham no tenía más heridas visibles que las del hombro, y Jhon, únicamente magullamiento general.

Los dos próceres, al volver en sí, evidenciaron sus aficiones. Jhon pidió su pipa y Abraham su liebre, a la que atizó un par de bocados por vía de ensayo. El uno con sus chupadas y el otro con su comida, se reanimaron algo, y hasta cambiaron algunas palabras con gran alegría de los muchachos.

—Si... en vez de caer encima... del oso, se cae usted encima de mí... me hubiese usted convertido en papilla—dijo Jhon con voz gangosa y renqueante.

—Ahora... se convencerá usted de... que tengo el ojo certero—dijo Abraham; y los dos amigos **irreconciliables** se dieron las manos sonriendo.

Pilongo salió entonces a la carrera en busca de alguna majada de pastores a la que pedió auxilo, y volvió media hora después con varios hombres. Allí mismo fabricaron unas rústicas literas, y por vericuetos ignorados los condujeron a Cortina de Ampezzo, en donde no hay que decir que su llegada produjo sensación.

El médico del lugar, después de reconocerlos detenidamente, se comprometió a darles de alta antes de ocho días, y cumplió su palabra.

Y, a principios de diciembre, cuando ya la nieve en blancos torbellinos hacía su primera aparición en Cortina, los cuatro amigos en la diligencia, ahora convertida en trineo, abandonaron el pueblo que por poco les había sido fatal, en busca del reposo y la calma.

En Brixen pidieron tren especial, y raudamente recorrieron el camino que quince días antes habían hecho hasta Milán, en donde, siguiendo por la costa, por Génova y Niza, rindieron viaje en los Pirineos españoles.

El telégrafo había corrido más que ellos, así es que en la estación los esperaban nutridas comisiones deportivas, el alcalde, el gobernador y la ciudad en masa.

Trabajo les costó deshacerse cortésmente de aquella gente venida a darles el parabién; pero, escudándose en la quebrantada salud de Jhon y de Abraham, Machucho y Pilongo pudieron romper por entre el gentío y abrazar a sus padres y hermanas... y al tío Juan. Pasadas las primeras efusiones, subieron en dos autos y se dirigieron a casa a escape.

Todo allí estaba cambiado. Donde un año antes había una humilde choza, albeaba una soberbia construcción rodeada de jardines y de flores.

—¡Muchachos!—les dijo Juan, cuando ellos, maravillados, daban saltos de alegría.—Todo esto lo debéis a vuestros puños, a vuestros pies, a vuestra cabeza, a vuestro cuerpo... y a vuestra habilidad y valor no desmentido. Pero, más que a nada ni a nadie, lo debéis a Dios que os ha guiado y preservado de todo mal...

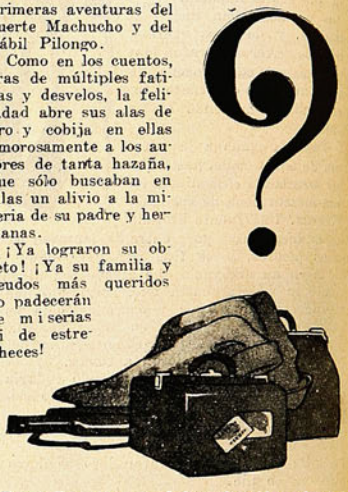
—Como os dije cuando entrásteis a formar parte del León F. C., os digo ahora. ¡Quiera Dios que los honores no se os suban a la cabeza, y lleguen a cegaros hasta olvidar que la felicidad únicamente se obtiene a fuerza de honradez y de laborosidad!

Y, el buen Juan, incapaz de disimular su emoción, les abrazó conmovido.

Y así terminan las primeras aventuras del fuerte Machucho y del hábil Pilongo.

Como en los cuentos, tras de múltiples fatigas y desvelos, la felicidad abre sus alas de oro y cobija en ellas amorosamente a los autores de tanta hazaña, que sólo buscaban en ellas un alivio a la miseria de su padre y hermanas.

¡Ya lograron su objeto! ¡Ya su familia y deudos más queridos no padecerán de miserias ni de estrecheces!



Pero ellos, ¿se avendrán a la vida sedentaria o, recordando las mieles del triunfo, volverán a salir a correr mundo en busca de nuevas aventuras?

Lo ignoramos.

EL CHASCO DE LA SEÑORA GATA

La señora Gata tenía tres hijitos, tres gatitos blancos de los cuales estaba muy orgullosa porque eran muy lindos, muy inteligentes y muy buenos. Una tarde estaba la señora Gata durmiendo la siesta en el huerto, debajo de una mesa sobre la cual estaban a su vez durmiendo los tres gatitos. En esto apareció por allí el perro Sultán, muy pacífico, sin otra intención que tomar un poco de agua en la tina. Pero la señora Gata, que siempre está viendo amenazas para sus gatitos, apenas vió a Sultán abrió el hocico. sacó las uñas y por fin enarcó el lomo, erizando todos sus pelos. Sultán tuvo miedo y echó a correr. Pero lo que pasó fué que al enarcar el lomo la señora Gata, levantó la mesa y los gatitos desprevenidos resbalaron y fueron a caer en la tina con agua, dándose un feroz baño helado que no les gustó ni pizca.

EL CIPRES Y LA ROSA

Yo no he elegido mi parte, hermana. Ella ha sido dada sin consultarme; como a tí la juventud, la gracia y el amor.

¿Pero quién negará belleza, honda, dolorosa belleza a mi follaje?

En los antiguos parques italianos, mi verdor sombrío y esbelto es cortina viviente sobre la que gustan destacar, su deslumbrante desnudez, las estatuas de blancura lunar.

Tu gracia, hermana, tu perfume, tu juventud y alegría, suspenden los sentidos; enamoran el alma, la envuelven y aprisionan en un sutil y voluptuoso encanto; pero mi oscuro y atercio-pelado follaje acoge con honda y dolorosa maternidad, con íntima comprensión, el dolor; porque mi alma, hermana, serenada y melancólica, porque lo ha visto todo y lo ha sufrido todo, sabe consolar y aquietar todo dolor.

Para el amor y la alegría, eres tú, hermana; hondo regazo el mío para el dolor.

Frívolas gentes nos creyeron rivales y enemigas; pero en la intimidad de nuestras vidas, yo sé que las gotas de rocío que salpicaban tus corolas, son lágrimas tuyas que convertiste en perlas para adornarte con ellas, porque en tu belleza y alegría te está vedado el dulce consuelo de llorar; y en tus horas de penas sufres el terrible tormento de parecer feliz...

Y tú, hermana, tú sola, sabes que hay un nido escondido entre mis ramas, y que mis hojas cantan, en los suaves crepúsculos otoñales, una dulce, misteriosa e íntima canción de amor...

¡Oh, hermana! Nosotros nos comprendemos y nos amamos.

Qué bien floreces junto a mi follaje oscuro, a donde no acuden los enamorados felices, sino aquellos que lloran hondas penas, porque saben que mis ramas tienen para ellos un maternal y grave gesto acogedor...

Enrosca mi fallaje la gracia perfumada de tus flores; él las preservará de la crueldad del viento y de la escarcha; y tus dulces corolas perfumarán de encanto la grave melancolía de mis horas...

Y la rosa, con gesto de infinita dulzura, deshojó sobre el ciprés enhiesto, la gracia juvenil de sus corolas perfumadas, en íntimo abrazo de comprensivo amor...

LUISA LUISI

LOS SOMBREROS

1. Pequeña campana de paja de Manila adornada por alforzas y una cinta de gros grain.

2. Sombrerito de paño color arena con el ala levantada adelante y una cinta de gros grain café anudada simplemente con un lazo plano atrás.

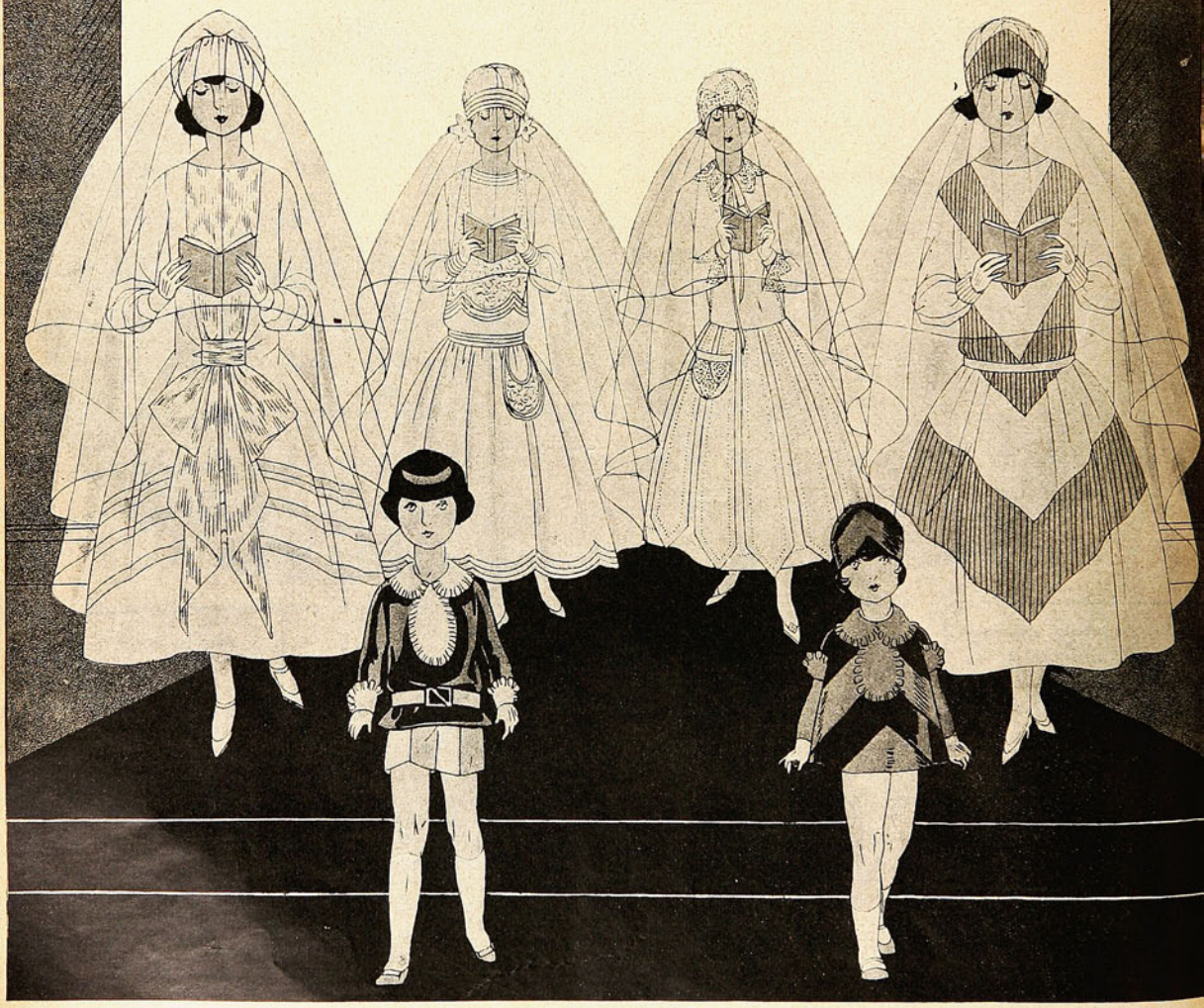
3. Sombrero con la copa de paja seda y el ala de fieltro con una flor de cuero glacé como adorno.

4. Sombrerito muy práctico para las mañanas en paja de Pita con una cinta azul marino anudada graciosamente.

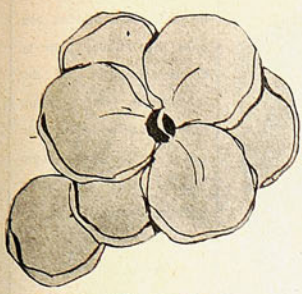
VICAR
CASILLA 13284
SANTIAGO

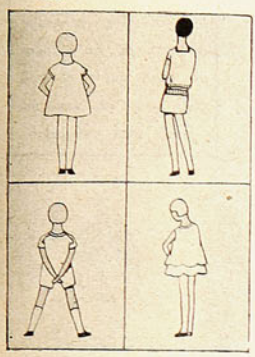
TÉCNICOS EN EL RAMO NOS OFRECEMOS PARA ADMINISTRAR O DIRIJIR PROPAGANDAS
CONFECCION DE AFFICHES, DIBUJOS Y CLICHEES

PARA LA PRIMERA COMUNION



1.—Traje de muselina adornado de tul. El plastrón en moiré, se continúa adelante de la falda por una gran lazada que cae casi hasta el suelo. — 2. Traje de organdí, adornado con sesgos muy finos del mismo género, dispuestos en ondas. El cuerpo lleva una incrustación de encaje. — 3. Falda muy amplia, sobre la que caen paños sueltos cortados en forma de pétalos. Cuello, puños y limosnera en encaje de Cluny. — 4. Organdí adornado con organdí alforzado, formando puntas, hacen de este vestido un modelo de suma elegancia. — 5. El niño lleva un pantalón de seda blanco, con una casaca de raso azul marino, adornado con cuello y puños de muselina de seda blanca. Cinturón de gamusa blanca. — 6. Traje para la niña, en crépe satín, empleado por sus dos caras para dar un efecto de tela brillante y tela opaca. Cuello plastrón y puños, en que se recuerdan los detalles del traje del hermanito.





LA MODA INFANTIL

LAS flores de cretona recortadas y aplicadas por medio de un punto de filete a los trajes estivales, hacen por el momento el más encantador adorno para los trajes de los niños. En los trajes de más vestir se encuentra el mismo adorno de flores, pero esta vez están recortados los pétalos en seda de diversos tonos, para dar un conjunto de mayor riqueza.

En el círculo, arriba, vemos un traje de niño hecho en brin de hilo azul porcelana, con un sesgo en el escote y alrededor de los hombros en género blanco, lo mismo que los bolsillos que llevan una flor de cretona incrustada. En el traje con casaca de la niña están las flores dispuestas en el pecho a modo de monograma. La pequeña tiene su vestido de velo color de rosa adornado con unas coronas de flores llenas de gracia. El traje muy simpático de la chica, es de una pieza, con dos volantes cortados en ondas, formando la faldita y cada onda realzada por una flor. Sesgo en el cuello y en el plastrón en género blanco. Botones de nácar rojo, igual al color del vestido.

A la izquierda, llevando de paseo al pichicho, vemos una encantadora jovencita con un traje de popelina de media seda color azufre, con la pollera tableada simplemente y la casaca bordeada de popelina blanca, material con que se han hecho las flores que la adornan regularmente. Al centro encontramos un modelo de espumilla azul y rosa en que las flores de seda de colores vivos sirven de unión a los dos géneros.

Y por fin tenemos este traje de crepe georgette marfil con pétalos recortados en tafetán bordeando la falda, y dos grandes flores en el hombro y otra en la cintura.

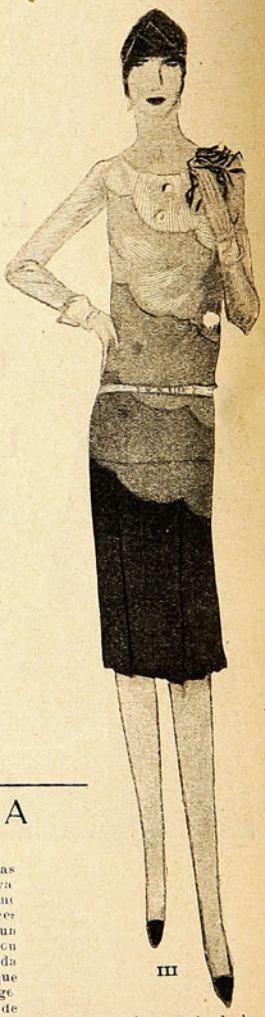
Sobriedad —y— elegancia

I. Vestido de popelina de media seda adornado simplemente con alforzas. Falda con una quilla plisada al lado. Nótese en el cuello el cordón de oro que ha puesto de moda el gran modisto parisién Premet.

II. Traje de espumilla de seda azul marino con parte del cuerpo y de la falda alforzada. El delantero de ésta tiene un movimiento muy leve de godet. Atrás paño recto y más largo. Una aleta pone una línea nueva en la espalda del cuerpo. Cuello echarpe.

3. Vestido de espumilla de seda en cinco tonos de azul, desde el azul cielo hasta el azul noche. Muy original.

I



III

ECONOMIA DOMESTICA

Entre los problemas de orden práctico que suelen suscitarse a una mujer en el arreglo de una casa, es el de poder adaptar las cortinas que han servido para determinar puerta o ventana, a otra de mayor o menor dimensión, a la cual no se acomodan aquellas sin previo algún arreglo, o se hacen indispensables unas nuevas.

Hay, sin embargo, medios prácticos de solucionar este problema sin gasto mayor, aprovechando siempre las mismas cortinas, con lo cual se habrá conseguido, de paso, dar novedad al decorado.

Para alargar cortinas de toile, taffetas, reps, o de alguna otra tela lisa, se les cose arriba y abajo una banda de otro color que armonice con el de un punto montado en hilo de un color igual al de la tela de tono más fuerte, que se destacará sobre la cortina alargada.

Trate de que las anillas abrazaderas sean del mismo color de la tela añadida. Para completar el efecto de la nueva decoración se puede bordar la tela de la cortina anterior con unas motitas del mismo color de la tela nueva.

Cuando las cortinas deben ser al mismo tiempo alargadas y ensanchadas, entonces se procede de esta manera: se busca un doble efecto prolongando la cortina con una banda de satiné, que será disimulada con otra banda de terciopelo de tono que contraste armoniosamente con el matiz general de la cortina; y al borde lateral de ésta se le incrusta, en forma dentada, una banda semejante a la de la parte superior.

Si por acaso quedase un pequeño resto de tela empleada para la cortina que se ha querido alargar, se pueden convertir en tiritas cruzadas en forma de enrejado, colocándolas arriba y abajo sobre las bandas añadidas. El resultado será de gran efecto y de muy buen gusto.

Este pequeño adorno del galoncito enrejado puede hacerse también de otra tela ,pero que tenga el mismo color.

Refinada sencillez de los modelos actuales

Elégante ejemplo de vestido estampado, útil para todas las ocasiones, es este modelo de espumilla de seda color aljaba con grupos de pequeñas flores blancas. El canesú es de "chiffon" color aljaba. Sombrero de paja negra con cinta de terciopelo.

Traje de tarde de pesado georgette negro estampado con un original dibujo en azul, verde y violeta. La blusa suelta y anchas mangas, tomadas en el puño, contrastan con la estrecha falda de líneas rectas.

DETALLES que se hallan, frecuentemente sobre los vestidos de la estación presente, son los recortes en puntas, en rectángulos, en sexcircunferencias, en arcos; son recortes que se ven en el corpiño y que reaparecen sobre la falda, una especie de volados planos, si se dejan flotar uno sobre otro, y de bandas unidas entre sí, si se juntan con pespuntes o vainillas.

Muchas veces, si el tejido se presta a la combinación, se emplea el revés y el derecho simultáneamente, obteniendo así diferencias de reflejo muy notables y logrando que el vestido no pierda ninguno de sus minuciosos y preciosos detalles. Si esas bandas o esos volados planos reposan libremente en la base sobre un fondo ligero y flexible, el vestido adquiere una extremada gracia, que las mujeres coquetas aprecian mucho.

Aunque se hable de modelos sencillos, generalmente ellos lo son sólo en apariencia, por su forma esbelta y necesariamente recta; pero esa aparente sencillez esconde una cantidad de encantadores trabajos, tanto en el diseño como en la confección.

El traje deportivo será uno de los favoritos de esta temporada y los modistos se ingenian en variar su aspecto y sus guarniciones, sin quitar nada a su encanto juvenil y especial. Un modelo que constituye uno de los éxitos recientes es de armonía un poco audaz: la falda es en franela gris con la chaqueta azul Royal.

Una tela que renace para la moda primaveral es el satén encerado, muy empleado en cinturones y adornos de sombreros. La oposición del negro sobre matices claros es una de las notas más bonitas, que confieren al color negro un lugar preponderante.

Las capas y los tapados en terciopelo-muselina serán, a través de todo el verano, los abrigos elegidos para las cenas al aire libre, etcétera. La capa, muy ceñida abajo y muy amplia en los hombros, si se desea con un bello cuello de ligeras pieles, se considera el mejor complemento de los vestidos para veladas.

Muchos diseños de las muselinas y de los "crêpes" estampados tienen su origen en los motivos de la "broderie" inglesa; tanto este elemento de la moda como los ricos encajes venecianos, aparecen a menudo en las recientes creaciones.

La cuestión del escote preocupa a muchas mujeres, habituadas desde hace bastante tiempo a los vestidos casi demasiado escotados. Un cuello subido, un delantero poco abierto, resultan molestos y, sin embargo, hay que aceptar los corpiños nuevos, menos lisos que los de la estación precedente, y de cintura algo más subida.

Si se aplaude con alegría el retorno de los "canotiers" medianos y de las "cloches" de bordes anchos, que tan bien sientan a los rostros femeninos, no puede afirmarse lo mismo del casquito de aviador. Esa forma sin adorno alguno, ajustada a las orejas, no queda bien a nadie y es más bien una extravagancia que no conviene adoptar. En cambio, los velitos de encaje, que se llevan en el ala del sombrero, dan un aire misterioso, pleno de encanto, a la bella portadora.

FAJAS Nirvana

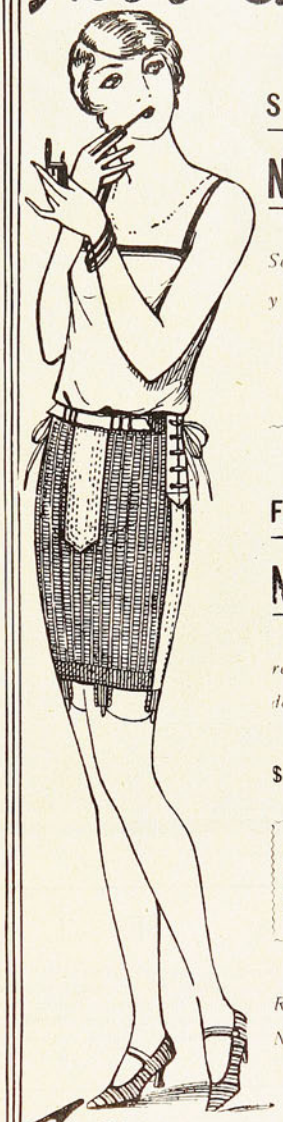
Y

SOSTEN-SENOS

NIRVANAS

M. R.

Son los modelos más perfectos y los preferidos del mundo elegante.



FAJAS ELASTICAS

NIRVANAS

recién llegadas en rico elástico de fuerte tensión; gran variedad de modelos nuevos, a

$ 190, $ 150, $ 120 Y $ 85

PEDIDOS DE PROVINCIAS

Atiéndese contra reembolso, enviando medidas de cintura, busto y caderas. Además, cámbiase en caso de no quedar bien, sin nuevo recargo de franqueo.

RECHACE LAS IMITACIONES. ESTA CASA NO TIENE SUCURSAL

Casa Nirvana

Ahumada 323

Entre Huérfanos y Plaza de Armas

PARA EL TENNIS

I. Traje de velo de hilo, color marfil, con una serie de sesgos de colores vivos incrustados en la blusa.—II. Traje de brin de hilo blanco, con dos ángulos en la casaca, hechos por una ancha tira de brin, color amarillo limón. Igual motivo en las mangas.—3. Falda de popelina blanca con pliegues encontrados. Casaca de espumilla de seda rosa muy pálido, con sesgos de un color rosa más subido. Cinturón de gamuza de este último tono. Pañuelo a cuadros verde agua y blanco.—IV. Falda de sarga inglesa color marfil. Blusa camisero de espumilla de seda blanca, con corbata larga de fantasía. Sweater de lana azul porcelana, con sesgo azul oscuro.

EL PERRO MUERTO

Jesús llegó una tarde a las puertas de una ciudad e hizo adelantarse a sus discípulos para preparar la cena. El, impelido al bien y a la caridad, internóse por las calles hasta la plaza del mercado.

Allí vió en un rincón algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo, y acercóse para ver qué cosa podía llamarles la atención.

Era un perro muerto, atado al cuello por la cuerda que había servido para arrastrarle por el lodo. Jamás cosa más vil, más repugnante, más impura se había ofrecido a los ojos de los hombres.

Y todos los que estaban en el grupo miraban hacia el suelo con desagrado.

—"Esto emponzoña el aire"—dijo uno de los presentes.

—"Este animal putrefacto estorbará la vía por mucho tiempo"—dijo otro.

—"Mirad su piel"—dijo un tercero. — "No hay un solo fragmento que pudiera aprovecharse para cortar unas sandalias".

—"Y sus orejas"—exclamó un cuarto—"son asquerosas y están llenas de sangre".

—"Habrá sido ahorcado por ladrón"—añadió otro.

Jesús les escuchó, y dirigiendo una mirada de compasión al animal inmundo: —"¡Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas!"—dijo.

Entonces el pueblo, admirado, volvióse hacia El exclamando.

—"¿Quién es éste?" "¿Será Jesús de Nazaret?" "¡Sólo El podía encontrar de qué condolerse y hasta algo que alabar en un perro muerto!"

Y todos siguieron, avergonzados, su camino, prosternándose ante el Hijo de Dios.

LEON TOLSTOY.

RELATOS DE HISTORIA NATURAL

El tacto y la vista

Si se cruza el índice sobre el dedo del corazón, y si entre los dos dedos así cruzados se coloca una bolita de papel o cualquiera otra sustancia, cerrando los ojos, se creerá tocar dos bolitas. Al abrir los ojos, se verá que no había sino una sola. Los dedos nos habían engañado, pero los ojos han rectificado el error.

Si se mira en un espejo bien limpio, preferentemente de un lado se creerá ver una ventana o una puerta, y parecerá que detrás hay algo. Tocando con el dedo, se notará que no era sino un espejo. Los ojos nos habían engañado, pero los dedos han rectificado el error.

PARA EL GOLF

I. Muy original modelo de lana inglesa, trabajado en bandas de colores diversos combinados en la casaca y mangas. Falda con dos pliegues encontrados adelante sujetos por bolsillos triangulares.—II. Vestido de popelina de media seda. Pequeño abrigo de malla bordada.—III. Falda de género escocés. Casaca de género liso con sesgos de un solo color. Pecherín blanco.—IV. Traje de brin de hilo, de forma muy simple, pero llena de encanto.

LA PIEL DEL LEOPARDO

FUE un regalo de boda, y es tan linda, tan linda, que en vez de ponerla a los pies de la cama, la señora la pone encima, a modo de edredón.

Cuando ella está acostada, las cuentas de vidrio de la disecada cabeza se apagan, y los ojos reales fosforecen — no importa si un poco más arriba—con un gris acerado y verdoso que produce miedo. A cada movimiento del cuerpo la piel adquiere una convexidad viva. Ondula con retráctil languidez; algo rizado—fuerza, astucia, perversidad—pasan por ella y se irradia de sus manchas maravillosas; las garras suben de tiempo en tiempo por los bordes del lecho, y se piensa en el salto, en la víctima, en mucho dolor y mucha sangre.

Los que más a menudo visitan las casas de fieras, no saben tan bien lo que es un leopardo como los que han entrado clandestinamente en su alcoba.

— ✲ —

"INTERIORES"

ERA un solar donde los perros gustaban de amarse, y entre cuyas zanjas, a veces, veíanse cruzar ratas enormes. Una mañana llegaron tres hombres, midieron con cordeles, escribieron datos y cifras en un cuadernito, y poco después los albañiles empezaron a incrustar en la tierra los cimientos de la casa, que fué elevándose poco a poco. Día a día las habitaciones se delineaban cual escenarios para farsas y dramas futuros. Un obrero se cayó de un andamio y quedó roto contra el borde de un quicio: ya entró en la nueva casa la Muerte. Una pareja perseguida por la luz de los faroles, traspuso la empalizada y, adosándose al hueco de una puerta, cayó largo rato con las bocas juntas: ya entró en la nueva casa el Amor. Luego los hombres de manos activas se dispersaron sin orgullo de creadores para perderse en otros solares, en la telaraña rígida de otros andamios; y gentes vinieron a vivir a la casa, y en sus pisos reunió el capricho ornamentos procedentes de animales. He aquí el inventario de estos adornos en cuya lista se han escrito, aprovechando la distracción del cunal, notas marginales tal vez un poco absurdas.

A. HERNANDEZ CATA

CAMISAS DE DORMIR

1. Camisa de dormir en espumilla de China blanca. De forma derecha, está adornada por una berta cortada en ondas y avivada por pintas de seda color limón incrustadas. Una cinta de este mismo color marca el talle.

2. Camisa de dormir de batista de hilo blanca. Cuello vuelto y abotonadura adelante. Pliegues a los lados sujetos por cuadrados de encajes de Venecia incrustados.

3. Camisa de dormir de velo de algodón malva adornada por velo del mismo color en tono más oscuro, monograma bordado.

4. Camisa de noche en opal rosa adornada por sesgos de un color más subido.

5. Camisa de dormir en linón coral. Sesgo blanco que se prolonga en una caída adelante, sujeta por un monograma bordado en coral sobre fondo blanco.

6. Camisa de espumilla de seda blanca, cerrada por unas lazadas de cinta y adornada por incrustaciones de tul de diferentes tamaños puestas en el canesú. Parte baja plisada.

7. Camisa de dormir de espumilla color pervinca. En el canesú va un triángulo de espumilla color azul noche en que se borda el monograma en negro. Pliegues para dar amplitud al ruedo.

—Pero, ¿por qué te has comprado el sombrero con esos adornos?

—Porque me gustan mucho las cerezas.

—También a mí me gustan las manos de cerdo y no las llevo en el sombrero.

ANTI-REUMATICO
ANALGESICO
SEDANTE

NEURALGIAS
JAQUECAS, GRIPPE
CIATICA, REUMATISMO
Resfrios, Dolores de cabeza y muelas

Alivio inmediato
sin efectos secundarios nocivos

ASCÉINE

Comprimidos de
Acido acetil-salicilico, Fenacetina
Cafeina

De venta en todas las Farmacias

menu

ALMUERZO

Truchas en vinagre

SE eligen truchas pequeñas que se limpian y se tienen con sal unas veinticuatro horas. Pasando este tiempo se fríen en aceite hirviendo, luego se escurren y se colocan en una fuente enlozada que sea bastante honda, vertiéndoles encima el escabeche que se hace cociendo agua, vinagre, sal, tomillo, laurel, pimienta en grano, un diente de ajo y una ramita de perejil. Se deja coser por unos tres cuartos de hora y cuando está frío se cubren en él las truchas para dejarlas en este adobo.

Dos días después están listas para servirse, lo que se hace poniendo en cada plato una trucha acompañada con una ensalada de papas aliñadas con aceite, vinagre, sal, pimienta y dos huevos duros picados muy finos.

Resulta un plato muy bonito y extraordinariamente sabroso.

Espárragos a la Pompadour.

Se cuecen, atados en un manojo, en agua salada, echándolos en ella cuando el agua esté hirviendo. Cuando estén a media cocción se les cambia el agua por otra que también esté hirviendo y sazonada. Una vez cocidos se cortan por parejo, calculando quitarles toda la parte no comible y se colocan en una fuente envueltos en una servilleta muy caliente para secarlos.

Entre tanto se prepara una salsa con mantequequilla y una cucharada de vinagre, mezclado con tres yemas de huevo, pimienta y sal, con lo cual se forma una crema que se espesa un poquito al baño de María o sobre el rescoldo.

Para servir los espárragos se colocan en una fuente redonda en forma de rosca, con las cabezas para adentro y se pone en el medio la salsa.

Lomo de ternera asado

Se toma un kilo de lomo se limpia perfectamente de nervios y de grasa y se mecha con tiras de tocino que se habrán tenido envueltas con sal y pimienta por espacio de un cuarto de hora.

Unos tres cuartos de hora antes de servir, se pone a asar en una cacerola con manteca de chancho, primero a fuego suave, luego a fuego más vivo. Cuando está a medio asar se espolvorea con sal y pimienta, dos o tres cucharadas de jugo de carne y unas gotas de jugo de limón.

Mientras se asa el lomo se riega con su propio jugo con frecuencia, porque mientras más se rocía mejor sale y cuando esté a punto se sirve rodeado de berros.

Monte blanco con fresas

Se toma medio litro de nata fresca y espesa, batiéndolo mucho, hasta que tenga bastante consistencia. Entonces se le pone, para unirlo con la nata, un cuarto de kilo de azúcar flor, una cantidad de fresas en proporción y polvo de vainilla. Todo junto se revuelve y mezcla bien, colocando en una compotera esta especie de crema, formando con ella una pirámide, poniendo en la parte más alta un fresón grande y otros de este mismo tamaño alrededor y cubriendo todo el resto con fresas pequeñitas.

COMIDA

Sopa a la Dubarry

Se cuecen, poniéndolas en el agua cuando ésta esté hirviendo, cuatro papas grandes con una coliflor también grande.

Una vez que estén bien cocidas se pasan por un colador o por una prensa para puré, añadiendo luego a la pasta que resulte unas dos cucharadas de las de sopa de mantequilla y agregándole después el caldo del puchero, clarificado y colado cuidadosamente.

Hecho esto se deja cocer otro poco para que espese. Al ir a servirla se le agrega una cucharada de nata, una de crema de arroz y dos yemas batidas con caldo frío.

Es una sopa muy fina.

Pudding de verduras

Se cuecen aparte las verduras que se deseen, tales como repollo, zanahorias, porotitos verdes arvejitas, lechuga, pencas. Una vez que estén todas cocidas por separado, se escurren y se pican muy bien, mezclándolo todo con cuatro huevos batidos, un pedazo de mantequilla y un poco de queso rayado. Todo bien unido se coloca en un molde untado con mantequilla y se cuece en el baño de María, dejándolo luego un momentito al horno para que se dore. Cuando esté cocido y dorado se vuelca en una fuente redonda y se sirve con una salsa blanca.

Riñones con vino

Se despellejan, limpian y se parten en rajaditas que se espolvorean con sal fina.

Luego se fríe aceite con ajo picado y así que estén dorados se sacan los ajos y se ponen en él los riñones con un poquito de perejil picado, se les da una vuelta, se les pone una cucharadita de las de café de harina y cuando ésta empiece a tomar color se le agrega caldo del puchero. Después se les machaca medio diente de ajo y unos granos de pimienta negra que se deshacen en el mortero con vino blanco, se vierte sobre los riñones, se los deja que den un hervor y se sirven.

Pollo azado con zanahorias

Después de pelado y limpio el pollo se le introduce en el interior una zanahoria partida en dos pedazos, una cebolla entera, unos cuantos cogollos de yerba buena, apio, perejil y sal.

Se pone manteca en una cacerola, medio limón cortado en rajas con la cáscara y el pollo, cubriéndolo todo con agua caliente. Se le agrega sal y se deja cocer. Cuando está a punto se le saca, se le deja un rato al horno y se le sirve con una salsa que se habrá hecho con las verduras que tenía adentro y el caldo, pasado todo por la prensa puré y hervido hasta que haya espesado.

Torta Moka

Este es un postre muy fácil de hacer y exquisito.

Para hacerlo para seis personas se toman cien gramos de azúcar flor, cincuenta de mantequilla fresca, doscientos gramos de tostadillas, cincuenta gramos de almendras tostadas, una tasa de café cargadísimo y una yema de huevo.

De la mantequilla se aparta una pequeñita porción para engrasar el molde y el resto se bate y se mezcla con la yema y el azúcar. Cuando está muy mezclado se le agrega el café, sin dejar de moverlo siempre.

Una vez engrasado el molde con mantequilla se reviste el fondo y las paredes con las tostadillas, de modo que el molde quede bien cubierto.

Sobre el fondo de las tostadillas se pone una capa de crema, otra de tostadillas y se sigue así hasta terminar por una de tostadillas en forma que quede el molde bien colmado. Sobre él se pone una tapadera que sea un poco más chica para que poniéndole peso se hunda, haciendo así que las tostadillas y la crema formen una pasta. Se deja así unas doce horas y luego se vuelca en una fuente redonda, cubriéndola encima con un poco de crema que se habrá dejado aparte y espolvoreándola con almendras tostadas molidas.

LA REVELACION

—¿Qué te ha dicho la alegría,
Que vuelves tan preocupada?
—La alegría no me ha dicho
Nada.
—¿Qué te ha dicho la ventura,
Que regresas tan callada?
—La ventura no me ha dicho
Nada.
—¿Te ha dicho, acaso, el silencio
Que estarás enamorada?
—El silencio no me ha dicho
Nada.
—Si fué el dolor, ¿qué te dijo
Que te angustió de ese modo?
—Ay de mí, el dolor me ha dicho
Todo...

LEOPOLDO LUGONES

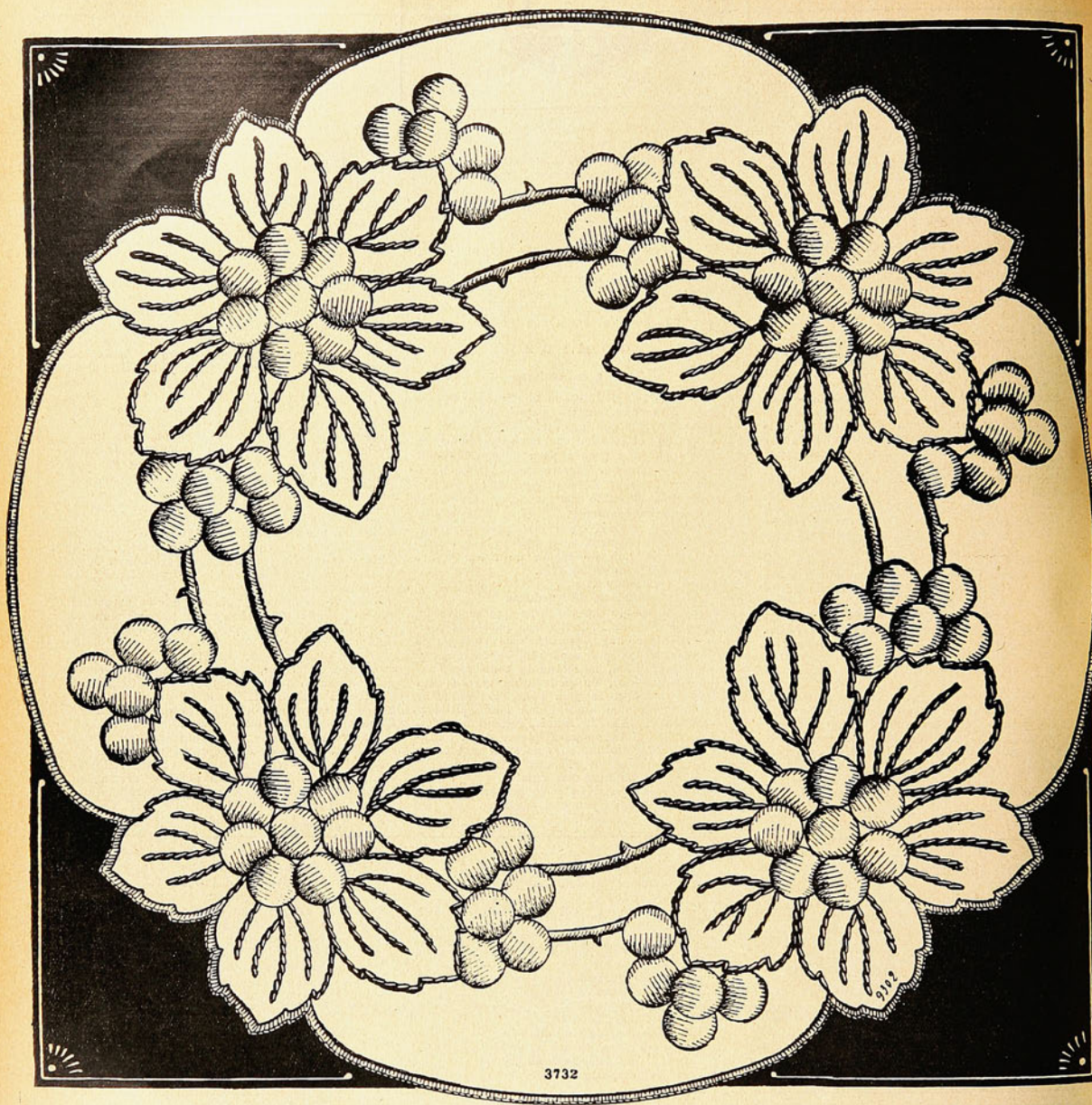
* *

LA COPLA ANDALUZA

Me gustaron primero
las rosas blancas,
que era como yo entonces
tenía el alma.
¡Fuí caminando...
y del rosa hasta el rojo
me fué gustando!
o culpemos la tierra
cuando está helada
y las cumbres de nieve
están cuajadas:
es que a su amado,
que es sol de los cielos,
no está a su lado.

Ya el invierno tenemos
sobre la tierra.
Ya a su helada caricia
todo se seca;
ya falta el fuego;
la tierra de los soles
no siente el beso.

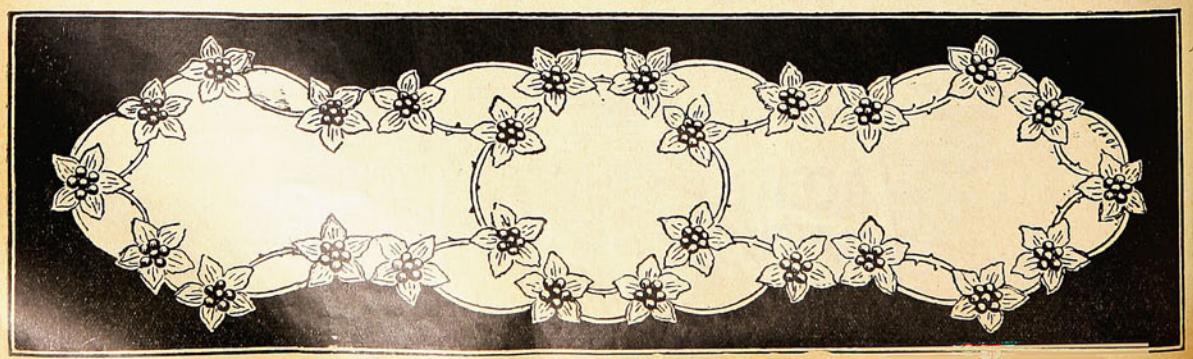
GLORIA DE LA PRADA



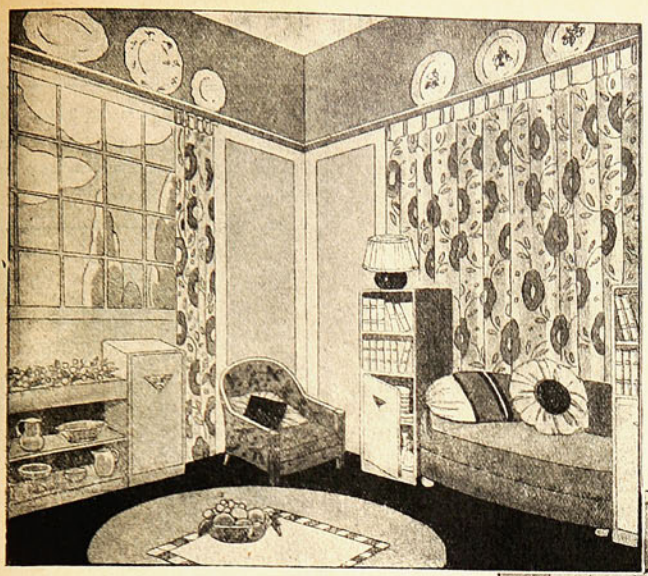
3732

BLANCO

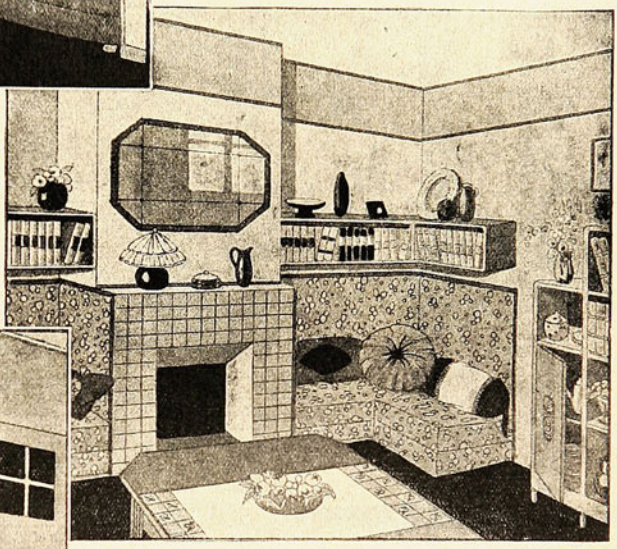
Dos lindos modelos de paño para plato y de sendero de mesa, respectivamente, que hechos en granité blanco con bordado al realce, quedarán extraordinariamente elegantes.



Una pieza con dos fines: El comedor-escritorio



LA exigüidad de las casas modernas obliga muchas veces a combinar piezas que sirvan para dos objetos: aquí tenemos tres modelos de comedores-escritorios en que todos los detalles han sido observados para dar en cualquiera de sus aspectos perfecta comodidad a esta pieza. La primera está iluminada por una ancha ventana bajo la cual están colocados dos armarios con una anaquelería en que guardarán todos los cristales y lozas destinados al servicio. En el otro lienzo de pared se arregla un lit de repos entre dos armarios bibliotecas, cuya parte inferior puede también destinarse a la vajilla. El lit está cubierto con un género liso que contrasta con el género floreado a que se adosa. Cortinas de este último género.



LA segunda pieza con su chimenea de azulejos deja un rincón a cada lado que se aprovechará magníficamente para colocar dos divanes esquinados, con una repisa encima destinada a los libros. Un mueble caprichoso con estanterías y armarios servirá para la vajilla, los libros y los potiches.

EN la tercera pieza, la mesa colocada en el centro está rodeada de sillas de mimbre. El diván que ocupa el fondo está cubierto por la misma tela que cubre ese lienzo de pared y estará encuadrado por armarios bibliotecas. Cerca del diván, una mesa ratona sirve para tomar el té o para poner una lámpara con pantalla. Un armario mural muy disimulado está destinado para guardar la loza y demás adminículos de comedor.

¿SABE USTED QUE...?

El órgano de la Catedral de Liverpool, que es el mayor del mundo, tiene cinco hileras de teclas y 10,974 tubos.

El geranio está perdiendo su popularidad entre los jardineros, viniendo a ser reemplazado por las begonias.

Las numerosas librerías de segunda mano de Londres reciben a diario grandes pedidos de la Universidad de Moscú y otras instituciones docentes de Rusia.

Además de los procedimientos antropométricos y dactilográficos, hoy en uso con los criminales, actualmente pueden sacarse discos fonográficos de su voz, sin que ellos se den cuenta.

El hielo formado del agua del mar, que tenga más de un año desde ocurrida su formación, está libre de toda sal.

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene intima

NEOLIDES

M.R.

antiséptico vaginal
ni cáustico • ni tóxico

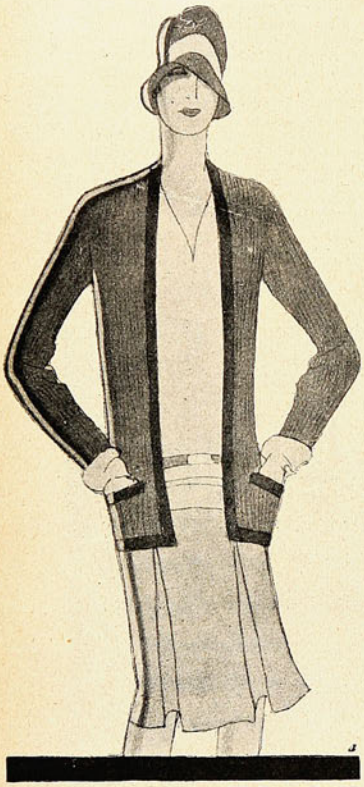
Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

LOS TRAJES MATINALES

1. Falda de espumilla plisada color azul marino unida a una blusa sin mangas de espumilla marfil. Pequeña chaqueta de kasha gris perla.



2. Sobre un vestido enterizo de espumilla roja laca, sin otro adorno que una quilla con godet en la falda y un cinturón de gamuza marfil, va una chaqueta lindamente trabajada en piezas y hecha en alpaca color arena.— 3. Falda de tusor azul rey con casaca de tusor rosa pálido. Paletó tejido a palillos en azul rey con azul neche.

4. Falda plegada de lanilla inglesa gris perla. Chaqueta de la misma lanilla a cuadritos negros y grises. Blusa blanca de espumilla de seda.

PARA TENER un aliento perfumado y conservar la boca libre de putrefacciones, cepíllese bien los dientes y enjuáguese bien la boca cada día, por la mañana, tarde y noche, con Odol. Es condición indispensable para tener la dentadura sana y hermosa.

M. R. A base de Salol

A LA VIRGEN

Por Antero de Quental

De noche, cuando acaba la certeza,
y ansiedad indecible me tortura,
yo te he visto mirarme con ternura,
y más que con ternura, con tristeza.
No era el brillo fugaz de la belleza,
ni de la mocedad la llama impura,
era distinta luz; una hermosura
como nunca soñó Naturaleza.
Un místico sufrir, un dulce encanto
formado de perdón, de amor, de llanto...
Era un preludio de la paz postrera.
¡Oh visión melancólica y piadosa!
Mírame así callada, así llorosa...
¡Y déjame soñar la vida entera!

(Traducción de Antonio Gómez Restrepo).

* * *

EL JARDINERO Y SUS HIJOS

Un jardinero quería habituar a sus hijos al trabajo. Cuando se sintió próximo a morir, hízolos llamar y les dijo: "Hijos míos, cuando haya muerto, buscad y rebuscad bien en mi huerta lo que en ella se encuentra enterrado". Los hijos creyeron que allí había un tesoro y, tan pronto como su padre hubo muerto, se pusieron a remover sin descanso toda la tierra de la huerta. No encontraron ningún tesoro enterrado. Pero habían removido tan bien el suelo de la huerta, aflojándolo y mezclando los distintos materiales que la cosecha ese año fué mucho más abundante y obtuvieron un verdadero tesoro de manzanas, duraznos y peras.

SOBRIEDAD Y ELEGANCIA

Falda de popelina burdeos con **casaca** de espumilla de fantasía en que prima este color. Conjunto muy juvenil y simpático.

Traje de espumilla de seda azul marino con la falda adornada de un drapeado en forma, sujeto por un broche de galatitta. La blusa lleva una incrustación de crepe azul porcelana.

Vestido de polpelga color azufre con un lazo incrustado que adorna el cuerpo formando una bonita novedad. Pliegues en la falda.

LA MUJER EN EL HOGAR

EL lavaplatos no está establecido fuera del lavatorio sino en las grandes casas y en ciertas localidades donde existe la costumbre, costumbre excelente de reservar una pequeña pieza para esa parte del servicio. Es la parte de la casa destinada a la limpieza de la vajilla y de la batería de cocina.

El lavaplatos se compone ordinariamente de una losa de piedra incrustada en el muro, acanalada en su superficie y provista de conductos para el derrame de las aguas.

Debe ser hecho de buena piedra, bien pulida y bastante dura, mejor de mármol.

Se empieza a hacer hoy lavaplatos de plomo, de un uso más cómodo que los de piedra. Si hubiese un grifo de agua caliente en el lavaplatos, sería útil, dándole forma de una pila, para lavar directamente en ella la vajilla.

En los grandes establecimientos el servicio del lavado no se hará propia y prontamente más que de este modo.

La vajilla debe ser enjugada cuando aún está húmeda; sin eso no quedará perfectamente limpia. Sin embargo, se debe dejarla destilar un poco, a fin de emplear en el enjugamiento menos rodillas, y sobre todo menos tiempo.

Se llama **vajillero** un aparato establecido para poner a gotear la vajilla.

Los vajilleros antiguos, en forma de cuna, tan incómodos como embarazosos, están reemplazados hoy por una **plancha de zinc** levantada en los bordes algunos centímetros y formando un plano ligeramente inclinado hacia un punto, en donde se encuentra el tubo de conducción para las aguas. La vajilla, en saliendo del lavaplatos, se coloca sencillamente en esta plancha, en donde se enjuga, sin ningún riesgo de rotura.

El contorno del cuarto de lavado debe estar provisto de armarios o de tablas a propósito para colocar la vajilla. Estas tablas no deben estar a demasiada altura, a fin que sean accesibles fácilmente.

Cuando se haya enjugado la vajilla se colocará en su sitio habitual. Los platos por orden de porte, para que la clasificación pueda hacerse por la simple costumbre de la vista. Un inventario, siempre al corriente, debe estar fijado en el lavatorio.

Cuchillos.—Los cuchillos de mesa jamás deben mojarse en agua caliente, que los despega, fundiéndoles la colofana por medio de la cual la hoja está asida al mango (1). Se les limpia al quitar de la mesa con un trapo húmedo, se les enjuga y después, despacio, se frota la hoja sobre una badana cubierta de piedra pómez en polvo. El tiempo de la limpieza se disminuye en la mitad de este modo.

En cuanto a los cubiertos de metal y plata, hay que atenerse a las recetas que para limpiar estos objetos daremos luego.

Limpieza de los cristales.—Cuando los vasos y los cristales son lisos, un simple lavado con agua fresca, seguido de un enjugamiento muy esmerado hecho con un lienzo fino, basta para darles una claridad y limpieza satisfactorias; pero los cristales grabados y tallados son mucho más difíciles de conservar en buen estado; sobre todo las botellas de vino, los frascos de vinos finos, conservan siempre vestigios de los líquidos que contenían y necesitan una limpieza más exigente. Las recetas recomendables son numerosas. Citaremos: las hojas de borraja, el papel gris sin cola cortado en pedazos pequeños, la sal en granos gruesos, pedazos de papas, cascarones de huevos, la arena fina, el carbón vegetal quebrantado; cualquiera de estas materias se introduce en las botellas con una pequeña cantidad de agua clara y se agita frecuentemente en todos los sentidos. El carbón tiene la ventaja sobre todas las otras recetas de quitar por completo los malos olores; es menester dejarlo reposar algunas horas en la botella que se desea desinfectar y enjuagarlo después con agua clara.

Las botellas y garrafones que hayan contenido líquidos grasos y las vinagreras se limpian con agua caliente, a la cual se añaden cristales de sosa, de vinagre o cenizas de madera. Se enjuaga con agua pura.

Importa no dejar las garrafas y botellas medio llenas, bajo la pena de ver formarse un círculo, que algunas veces es muy difícil que desaparezca. El agua misma contiene sales corrosivas que graban el cristal. Así, pues, las vasijas de vidrio deben estar siempre llenas o completamente vacías.

Los polvos de índigo, espolvoreados con un lienzo fino húmedo y bien frotados en seco luego, aumentan mucho la claridad de los cristales.

La rotura es inevitable, por buena que sea la organización, y en las grandes casas puede elevarse a una cifra considerable. El mejor medio de remediar esta pérdida, es dar, para este objeto, un tanto por mes a la cocinera o a la auxiliar del lavatorio. Si lo roto es menos, la demasía del dinero es para ella; si pasa, el exceso le es retenido sobre su sueldo. De este modo siempre tiene el inventario su efectivo completo. Pero es necesario que la dueña de la casa comprueba por sí misma y muy frecuentemente el estado de la vajilla.

La vajilla es generalmente de porcelana o de loza.

La porcelana no se raya con el cuchillo como la loza, pero el golpe la triza más fácilmente.

Hoy se fabrican servicios de loza estampada, dicha **tierra de hierro**, que son sólidos, dan en la mesa un golpe de vista elegante y cuestan menos caros que la porcelana blanca ordinaria.

El lavaplatos es el sitio que exige los más minuciosos cuidados de aseo.

Las aguas caseras ,cargadas de despojos orgánicos, son putrescibles en el más alto grado y los productos de su fermentación constituyen miasmas extremadamente pérniciosos.

El lavaplatos, cada vez que se sirven de él, debe ser lavado con agua de carbonato de sosa, que en cierta medida destruye los residuos grasientos, saponificándolos. Si es de piedra se le pasará sapolio de cuando en cuando para pulir y desgastarle la superficie, siempre impregnada de cuerpos grasos.

Los acueductos que parten del lavaplatos para ir al sumidero, deben ser de un calibre bastante grueso para limpiarlos fácilmente; no deben tener ni codos ni ángulos, porque cada ángulo vendrá a ser un punto de retención para los residuos.

Deben además estar provistos de un enrejado para tamizar las aguas grasas y un obturador para cerrar toda vía a las emanaciones de fuera. No queda ya más que conservar el aparato en buen estado de funcionamiento.

Eso es precisamente lo que no sucede siempre. Las cocineras que no comprenden su importancia, le manejan sin precaución y no tardan en ponerlos inservibles si no se las vigila de cerca.

Por lo menos una vez cada semana deben limpiarse los acueductos por medio de un junco y verter en ellos lentamente un cubo de agua hirviendo. Después se les echará, principalmente, durante los calores del estío, cerca de un litro de una solución de sulfato de cobre.

En las provincias, la cuestión de las aguas caseras, sobre todo para los grandes establecimientos, es con frecuencia difícil de resolver. Generalmente se proveen por sumideros que se establecen debajo de las ventanas del lavatorio.

Los sumideros son hoyos llenos de cascajos, o bien pozos de mampostería, a los cuales hacen conducir las aguas, que se pierden después en el terreno. Los sumideros están cerrados con losas y el suelo se halla reconstituído por debajo.

A menos que no estén en comunicación con el

(1) Si este accidente ocurriese, se quitará la hoja, se calentará en la luz de una bujía la parte que entra en el mango y se colocará en su sitio. La colofana fundirá y la hoja se adherirá de nuevo.

COLECCIONES DE SELLOS
PRECIOS REDUCIDOS

UNIVERSALES

1,000 sellos diferentes	$ 12.00
2,000 sellos diferentes	35.00
3,000 sellos diferentes	75.00
4,000 sellos diferentes	140.00
5,000 sellos diferentes	240.00
10,000 sellos diferentes	850.00

CHILENOS

30 sellos diferentes	$ 1.00
50 sellos diferentes	5.00
80 sellos diferentes	10.00
100 sellos diferentes	30.00
140 sellos diferentes	100.00
180 sellos diferentes	200.00

SUD AMERICA

100 sellos diferentes	$ 5.00
225 sellos diferentes	30.00
300 sellos diferentes	50.00
350 sellos diferentes	100.00

EUROPA

100 sellos diferentes	$ 1.00
500 sellos diferentes	7.00
1,000 sellos diferentes	25.00
2,000 sellos diferentes	100.00

COLONIAS FRANCESAS

100 sellos diferentes	$ 4.00
500 sellos diferentes	50.00
1,000 sellos diferentes	150.00

COLONIAS PORTUGUESAS

100 sellos diferentes	$ 5.00
500 sellos diferentes	60.00
1,000 sellos diferentes	180.00

AFRICA

100 sellos diferentes	$ 5.00
500 sellos diferentes	50.00
1,000 sellos diferentes	150.00

ASIA

100 sellos diferentes	$ 5.00
500 sellos diferentes	50.00
1,000 sellos diferentes	150.00

SOLICITE EL CATALOGO GRATIS PARA EL AÑO 1928

ENORME SURTIDO EN SELLOS
RAROS Y MEDIANOS
A 0.15 CENTAVOS EL FRANCO.

Poseo 30,000 sellos diferentes arreglados en libretas por países, por orden cronológico; constituye la base más importante de mi stock. Estos sellos han sido cuidadosamente examinados, excluyendo todos los sellos con defectos o especulativos. Estas libretas están catalogadas en francos, de acuerdo con el catálogo Yvert & Tellier, 1928.

SELLOS DE "2.a CALIDAD"
A 6 CENTAVOS EL FRANCO.

A los coleccionistas poco exigentes, ofrezco sellos de segunda calidad, al precio de 6 centavos por franco, según Yvert, 1928. Figuran en esta categoría, los sellos con ligeros defectos, tales como pelados, timbres fuertes, cortos de márgenes, mal centrados, especulativos, saldos, etc.

Todos los sellos vendidos en el Estudio Filatélico, son garantizados auténticos.

MARCOS RACHITOFF
1064—AGUSTINAS—1064

TALLER DE JUGUETES

POR PEDRO DE REPIDE

ROSA CRUZ, que de bailarina afortunada había pasado a ser estrella en los escenarios europeos, sentía a veces el hastío de su vida espléndida, y la nostalgia de los días aquellos en que, más atendidas las ilusiones que las necesidades, salía del obrador con su delantalillo de dril, y arrebujada en su pañuelo de crespón, volaba a la esquina donde un chico de su misma edad iba a esperarla cuando él también salía de su taller.

Un día, Antonio, aquel muchacho modelador que dejaba la escayola y los moldes para encontrar a Rosa, hubo de esperarla en vano un cuarto de hora, y media hora, y una hora. Y así al otro día, y al otro, y al otro también.

En balde arriesgóse a llegar hasta frente a la casa de ella, donde el temor a su presunto suegro le había obligado siempre a evitar las aproximaciones a aquel lugar.

Matilde, la rubia, alegre y dicharachera, que vivía en la misma casa que Rosita y era también su compañera de obrador, acertó a pasar por el lado de Antonio en una de aquellas esperas sin esperanza. Matilde contóle entonces cómo su compañera, su íntima y única amiga, había desaparecido de la noche a la mañana.

Su padre acudió sin resultado ninguno a las autoridades, y nada se podía saber de la fugitiva. Porque era seguro que había huido. Alguien de los alrededores había recibido una postal suya con una vista de una ciudad extranjera, de París a Francia, según decían.

A ella, a Matilde, no le había escrito, sin duda por lo mismo que había sido casi su hermana. Debía darle vergüenza escribirle, como se le daba al dirigirse a sus padres, proporcionándoles noticia de su extravío.

Luego, había pasado el tiempo, murieron los abuelos, y Rosa Cruz vivía con todos los esplendores debidos a su rango de princesa europea del molinete y del flin-flan. Tenía un hotelito en París, allá en las frondosidades de Neuilly, casi al lado del Bois. Pasaba los inviernos en Niza, y tenía una corte cosmopolitana durante su estación en la Riviera.

—¡Valientes cachos de primos!—solía decir ella las más de las veces delante de los mismos aristocráticos aludidos.

Y a pesar de la ausencia, o quizás por esa misma razón, cuanto más tiempo transcurría, más se rebelaba contra su ambiente y más pugnaba por manifestarse en ella la chula vocinglera que vivía bajo los encajes de Alencon y los sombreros de Liberty.

Una primavera aprovechó algunos días que le dejaron libre sus contratos y sintió que su España, y sobre todo su Madrid, la atraían como una antigua voz querida que se oye después de un silencio de años.

Y hacía pocos días que el real-express habíala devuelto al pueblo de sus alegrías y de sus recuerdos mejor amados.

Los pies y el espíritu lleváronla una mañana hacia sus viejos barrios. Una negra mantilla encuadraba su rostro, aquella cara morena de grandes ojos luminosos, y recogiendo con sus manos finas la falda que crujía al andar, taconeando menudito, luciendo aquellos pies diminutos y divinamente calzados, correteó por las calles donde cada rincón, cada esquina, cada balcón florido podía hablarle de un recuerdo.

Al llegar cerca de una casa volvióse atrás. Era donde ella trabajaba cuando vivía la vida familiar, y sintió la misma aversión al pasar por ella que ese respeto que a veces se tiene a las casas donde se ha muerto alguna persona a quien se quiso.

Metióse por otra calle y a cada momento entretenía su atención en aquellas tiendas pintorescas y aquellos escaparates divertidos.

En una casa nueva, cuyos ladrillos brillantes relucían al sol, había un establecimiento sobre cuya puerta colgaba un gran polichinela que había quedado inmóvil en medio de una admirable pirueta. Cerca de él colgaban unos aros maravillosos revestidos de una tela roja cruzada por un dorado y llenos de cascabeles por dentro de su circunferencia. Luego había un escaparate lleno de muñecas, y a la puerta formaban en solemne parada muchos caballos de cartón. Encima de la entrada había un gran rótulo donde se leía "Taller de juguetes".

El alma femenina es infantil, afortunadamente para ella, y Rosa Cruz sintió una grande alegría al ver tanto juguete junto. Como una niña extasióse ante el escaparate de las muñecas. Como una niña, ella hubiera querido hacer sonar los cascabeles de los aros.

Asomóse con curiosidad a la puerta y vió el local grande, lleno de moldes para fabricar los juguetes y juguetes a medio hacer. Al fondo había una puerta y en su dintel una mujer joven que avanzó sonriendo viendo a Rosa Cruz en la puerta. Creyóla parroquiana.

Algunas señoras, en vez de ir a los bazares, acudían al taller donde se fabricaban a comprar las delicias de sus chiquillos. La alegría de la vida es sagrada; la alegría de la infancia debe ser un culto para las personas grandes. Así los juguetes son algo de primera necesidad.

La mujer de la tienda avanzó sonriente.

—Pase, señora. Los chicos han ido a entregar. Por eso está esto solo. Yo la serviré a usted.

Rosa Cruz, que había entrado en el establecimiento, sintió al punto el remordimiento de haberse dejado llevar por la curiosidad.

De pronto, como un paisaje visto en la noche a la luz de un relámpago, toda su vida de otro tiempo pasó ante sus ojos. La mujer de la tienda se había acercado más, y no pudo por menos de llegarse hasta ella en un desbordamiento de afecto.

—¡Rosa, Rosa Cruz! ¡Pero si eres tú!

Y Rosa Cruz no pudo ya seguir su incógnito.

—Sí, Matilde. Soy yo. ¡Quién había de decir...!

—Que nos habíamos de encontrar ahora, ¿verdad? Pues, mira, no será porque no me acuerde de ti. ¡Pero calla, mujer, si estás hecha una princesa! Y tan reguapa como siempre.

—¿Sí? ¡Pues anda, que tú eres fea! ¿Te acuerdas de la de pelmas que llevábamos siempre?

Matilde arrastró a Rosa hasta el fondo de la tienda, y allí, entre una porción de borriquillos de cartón cargados de flores, había unos sillones de mimbre y en ellos se sentaron. Rosa Cruz tenía ganas de contar sus cosas. Sus éxitos sobre todo.

Matilde le contó también su historia. Una vida llena de luz y de encanto. Cuando charlotcaban, cuando reían, parecían pájaros en un amanecer.

Matilde preguntaba a Rosa:

Dime, chica, ¿eres feliz? Sí que lo serás. Joven, guapa, con tanto dinero, fama de artista, sin privarte de nada.

—Pues ¿y tú? ¿Qué más felicidad que la tuya, mujer? Tu chiquillo, que todavía no me lo has enseñado. Tu marido, que te quiere y que goza trabajando para ti. Será un chico muy guapo. Todavía no me has dicho cómo se llama. Ni me has dicho más sino que es muy buen mozo, y que tiene un bigote negro, así.

—Sí, tienes razón. Hablando, hablando, no me acordaba. Pasa, verás al niño. Tiene toda la cara de su padre.

En una habitación contigua jugaba el chiquillo, y reía con una risa bella como un rayo de sol.

Rosa Cruz compadeció íntimamente a Matilde, en cuyo fondo comprendió una incomprensible envidia hacia su vida falsa y de opulencia aventurera. Matilde, cogiendo la cara del chiquillo entre sus manos, repitió a su amiga:

—Tiene toda la cara de Antonio.

—¿De Antonio?

—Sí, Rosa. No sé por qué no me atrevía a decírtelo. El padre de este chico es Antonio. El novio que tú tenías, y que tú dejaste cuando lo abandonaste todo. Luego se casó conmigo. No me tendrás rabia por eso, ¿verdad?

Y Rosa contestó con una sonrisa, detrás de la cual se adivinaba una amargura.

Miró a Matilde, miró al niño, miró en su derredor, y pensó cómo las personas y las almas son también los juguetes de un gran niño invisible. Un gran niño que a su capricho nos hace, a su capricho nos destroza, y ríe al tenernos entre sus manos misteriosas, cuyo gesto caprichoso de amor o destrucción no puede ser previsto jamás.

(Conclusión)

LA MUJER EN EL HOGAR

rio o sumidero por medio de una canal, es peligroso conducir allí las aguas sucias.

Si el suelo está formado de una arena guijarrosa, en el cual las aguas grasas tienen poca presa, la filtración las conducirá hasta los lechos de las aguas subterráneas, de las cuales se alimentan los pozos vecinos, que también serán envenenadas. Si está, por el contrario, constituído por un fondo arcilloso, se impregnará de materias grasas que esas aguas acarrean y vendrá a hacerse muy pronto impermeable. Se formará entonces en el fondo del sumidero un hogar de infección. Si viene un año de calores excepcionales, este sumidero arrojará en la atmósfera los más formidables miasmas.

La cuestión de las aguas sucias, cuando se producen en cierta cantidad, está lejos de ser resuelta; lo mismo sucede cuando están próximas a un sumidero, porque éste va a llevar sus fermentos al río o arroyo, que infecta poco a poco.

Esperando que este difícil problema de higiene pública haya encontrado su solución, nosotros aconsejaremos, en el campo, hacer absorber las aguas sucias a algunos animales, volátiles o puercos, que se engordan muy bien, provistas con una mezcla de afrecho o de papas. Si esto no es posible, quedará el recurso de tirarlas a la tierra vegetal, que las transformará en abono. Lo difícil de resolver está en las ciudades, a pesar de sus eficientes alcantarillados.

Desinfección.—Este cuidado está considerado hoy, y con justo título, como de la mayor importancia. Los malos olores son producidos por la presencia de microbios nocivos; destruyendo los microbios se destruye el olor por sí mismo, y se salubrifica.

La desinfección se opera con la ayuda de los antisépticos. El sulfato de hierro o caparrosa verde, el cloruro de zinc, de cal, de sosa, el sublimado, el fenol, el timol, el salol, el zotal antisépticos son los más empleados para la desinfección de las habitaciones, de los utensilios, de los patios, de las caballerizas, de los establos, lecherías, carnicerías, etc.

Si el departamento fuese húmedo, se puede poner en los armarios, cerca del piso, una vasija llena de cloruro de calcio anhidro, sustancia que tiene la propiedad de absorber la humedad. Si la habitación ha de permanecer desocupada, se colocará en medio un recipiente profusamente lleno de este producto, y colocado este mismo en otro más grande destinado a recoger el exceso de agua absorbido por el calcio; puertas y ventanas serán cerradas con cuidado.

Los malos olores, los de la cocina, del tabaco, etcétera, son arrojados fácilmente por medio del pequeño aparato llamado ozonador.

Las ropas de cama y los vestidos, que se perjudican con el contacto de la mayor parte de los antisépticos, se desinfectan al vapor, bajo presión, en aparatos especiales. A falta de esto, es necesario golpearlos; en todo caso exponer al aire, y sobre todo al sol, los objetos que se crean contaminados, y en caso de epidemia ponerlos en un horno calentado a 120º centígrados. Este calor no altera los colores ni puede romper los tejidos.

La solución de sublimado corrosivo con el ácido tártrico o del cloruro de sodio, que es lo más generalmente empleado, puede deteriorar los objetos, y además, no penetra de una manera completa las tapicerías y las maderas.

Se lavar las cubas, escupideras, etc., con muchas aguas todos los días, añadiendo al agua un poco de sosa y potasa. Terminado el lavado, se echan en esas vasijas unas cuantas gotas de esencia de trementina o de alcanfor, o mejor una poca ceniza de madera, o bien arena muy mojada. Estas materias impiden los malos olores; se las debe dejar reposar en los recipientes.

Una sola gota de esencia de trementina echada de cuando en cuando en el hoyo del excusado, basta para hacer desaparecer todo mal olor. Del mismo modo para la limpieza de los fregaderos y los caños; algunas gotas en un cubo de agua y lavar completamente.

CORRESPONDENCIA

Por MERLINA

UNA GORDITA. — Para disminuir el volumen de su pecho debe empezar usted por ceñirse a un régimen alimenticio estricto, suprimiendo los farináceos y los dulces. En las mañanas tomará cuatro gotas de yodo yodurado en un vaso de agua fría. También a esta hora se dará una ducha de agua fría en los pechos, haciéndose luego un pequeño masaje con la siguiente preparación: Canela fría pulverizada, 20 gramos. Sulfato de alúmina, 4 gramos. Leche de almendras 100 gramos. Mirra en lágrimas, 4 gramos. Alcohol de 90 grados, 300 gramos. Vaya donde una buena corsetera que le haga un sostén senos armado a su cuerpo, en un género grueso para que se los mantenga en correcta posición. En la noche se dará usted una nueva ducha fría y se dará un nuevo masaje con esta pomada: Aristol. Vaselina pura y Esencia de menta mezclado todo en partes iguales. Una vez que la pomada con el masaje se haya introducido en la piel, se pondrá unas compresas calientes en que a un litro de agua le haya agregado una cucharadita de alumbre en polvo. Una vez que las compresas se hayan enfriado, se espolvorea los pechos con polvos hechos por esta fórmula: Flor de arroz, 150 gramos. Harina de castañas de las indias, 50 gramos. Fécula, 100 gramos. Magnesia calcinada, 20 gramos. Esencia de tomillo, 5 gramos. Esencia de clavo, 5 gramos. Esencia de geranio, 1 gramo. Esencia de iris, 0,10 gramos. Esencia de rosas, 2 gotas. Esencia de azahar, 2 gotas. Como ve usted es bastante complicado este tratamiento y para que dé resultado le advertimos que debe hacerlo sin descanso por lo menos durante tres meses.

R. M. E., Viña.— El luto por la madre debe llevarse por tres meses, completamente riguroso, es decir, con géneros lisos, mates, sin otro adorno que un sesgo de crespón blanco en el cuello y en las mangas, ya que estos trajes de gran duelo tienen siempre mangas largas y cuello subido. El sombrero será de velo o de crespón y a voluntad podrá usted usar caída de cualquiera de estos tres materiales, que hoy por hoy no se lleva colgando atrás, sino que pasa debajo de la barbilla y va a prenderse en la parte interna del ala, al otro lado. Después de estos tres meses de luto riguroso en que usted no saldrá sino a quehaceres indispensables, eligiendo para sus paseos los sitios no concurridos socialmente, empezará usted a usar géneros negros más de fantasía, espumilla, crepé satín, crepé georgette, velos, popelina, paño kasha, etc. Podrá ponerse collares de azabache en general y joyas en negro. Pero tampoco concurrirá a fiestas de ninguna especie. En los sombreros será suprimido el crespón lo mismo que el vestido. Pasados los seis meses, tiene usted a su disposición todos los géneros negros y ya puede usted salir a devolver las visitas de pésame y asistir a ciertas reuniones íntimas que no tengan gran carácter de fiestas. Sólo hasta pasado el año podrá usted hacer su vida social igual que antes y empezar a poner en su toilette notas de medio luto en que se combinen el gris, el morado, el lila y el blanco.

UNA DESESPERADA, Santiago. — Compre en la Librería Nascimento, el libro de Gimnasia Sueca Mon Sistème pour femmes, de Müller. Es un libro que existe en francés y en inglés solamente, si no posee ninguno de estos idiomas, consiga con algun amigo que se lo traduzca y puede apuntar cada ejercicio en una libreta, para luego, ayudada por las ilustraciones, practicarlas diariamente, empezando por los grados más fáciles. Si es usted constante verá que su defecto desaparece pasado algún tiempo. Mientras, para disimularlo, puede usted usar siempre una piel al cuello, trajes que tengan una pequeña talma o capita sobre los hombros, vestidos con una berta o un fichú.

SRTA. MORGAN, Santiago.— La revista "Para Todos" no es una revista de actualidades, por lo tanto, el retrato de que usted me habla no tendría cabida aquí. Mándelo a "Zig-Zag", donde sin cobrarle nada, se lo publicarán gustosamente. Diríjase usted al director de dicha revista, que encontrará usted en Teatinos 666, todas las mañanas antes de mediodía.

RUDY, Santiago.— Aquí tiene usted una fórmula de esmalte para dar brillo y color rosa fuerte a las uñas: Tintura de mirra, 100 gramos. Amoníaco, 100 gramos. Eosina, 0,10 gramos. Carmín en polvo, 50 centígramos. Este líquido se emplea con un pincelito. En cuanto a sus pestañas que no aumentan con el uso del aceite de ricino, he de advertirle que este sistema, como todos, desde luego, no da resultado sino después de mucho tiempo. No crea usted que haya remedio que se ponga un día para tener al siguiente las pestañas tupidas y crespas. Eso sería milagroso. Pero si quiere usted ensayar otro remedio, ahí va uno que da excelentes resultados, siempre que se le dé tiempo para darlo. Aceite de fenugreco, 0,50 gramos. Aceite de ajonjolí, 9 gramos. Aceite de ricino, 10 gramos. Nitrato de policarpina, 2 gramos. Cocaína, 0,75 gramos. Acido gálico, 0,25 gramos. Uselo en las noches con la ayuda de un pincelito, luego de lavarse los ojos con agua de rosas.

INSTITUTO DE BELLEZA

UNICO DE SU GENERO

EN SUD-AMERICA Y DE FAMA MUNDIAL

Señora Elva Larrazábal de Tagle, inventora del famoso tratamiento Bizzornini para la extracción radical del vello.

Mi tratamiento Bizzornini no se vende fuera del establecimiento; si alguien le ofrece algún preparado con ese nombre, tiene que ser una falsificación que puede ser muy perjudicial para usted.

Mi tratamiento Bizzornini está registrado con el N.o 11978, desde el año 1914. Todo pedido debe hacerse directamente al establecimiento.

PIDA PROSPECTO GRATIS

San Antonio, No. 265

Casilla 2165 - SANTIAGO

NOTA: Vendo preparaciones para embellecer. Regalo un frasco de esencia a cada compradora.

LECTORA DE "PARA TODOS", Antofagasta.— Use el agua trioxigenada mañana y noche, después de lavarse con agua templada que habrá hervido durante diez minutos con una bolsita llena de harina de avena y a la que agregará una cucharada de agua de Colonia. Una vez lavada y seca — evite los jabones — se pondrá el agua trioxigenada y como me dice que tiene el cútis seco, una vez que el agua trioxigenada se le haya evaporado en el cútis se pondrá la siguiente loción: Aceite de almendras dulces, 50 gramos. Agua de Colonia, 100 gramos. Agua de azahar, 50 gramos. Agua de tilo, 50 gramos. Tintura de mirra, 4 gramos. Esencia de azahar, 6 gramos. Como le digo, no debe usar jabón. Debe reemplazarlo en esta forma. Basta una hiel de vaca con dos huevos y un cuarto de kilo de azúcar candia, agregándole dos cucharadas de alcohol. Con este líquido empape un trapo de hilo viejo, que sea bastante grande. Lo deja secar. Para lavarse, use un pedazo de este trapo, empapado en agua tibia.

MANUEL.— Si usted tan joven tiene que estar en algún colegio en que le enseñarán gimnasia. Practíquela usted a diario y hágase además socio de algún club atlético para dedicarse al deporte que más le atraiga, ya sea natación, box, foot-ball. Y guarde un cierto régimen en las comidas, evitando los alimentos farináceos y todo lo que contenga azúcar.

A. AGUIRRE. AGUIRRE, Santiago. — En la Librería Nascimento, encontrará usted el libro sobre radio que desea. Para las espinillas, cuide ante todo la digestión, tomando en ayunas alguna bebida refrescante que sea a la vez laxante, ya sea sal de frutas, agua de tamarindos o kola. Lávese la cara en las mañanas y en las noches con agua templada, pasándose después un algodón empapado en alcohol alcanforado y dándose en las noches solamente, una untada con la siguiente crema: Glicerina ofi, 10 gramos. Oxido de zinc, 5 gramos. Aceite de almendras dulces, 10 gramos. Crema fría, 15 gramos. Almidón, 5 gramos.

UN LECTOR DE "PARA TODOS", Ancud.— Apenas la leche ordeñada y sin esperar que se enfríe, le pone usted el cuajo, ya sea de manzanilla o los polvos que hay con este objeto, aunque, de mi mucha vida pasada en el campo, he sacado en consecuencia que lo mejor es el cuajo de manzanilla. Si es verano pondrá usted la leche al sol, tapando el tiesto con un paño blanco para evitar que le caiga alguna basura. Si es invierno, pondrá usted el tiesto en un ladito de la cocina, para que le llegue cierto calorcillo. Apenas la leche cuajada, con una cuchara de madera le cortará usted en cruz, retirándola entonces del sol o del rescoldo. Mientras tendrá preparados los moldes en una mesa especial que tenga cierto declive para que el suero corra fácilmente y que tendrá por tres de sus lados un listón a modo de enmarcadura para que el suero sólo pueda salir por el otro extremo, el inclinado que será el sin listón. El suero estará suficientemente separado de la cuajada para poder sacarlo inmediatamente que la leche se corta con ayuda de un cacharro de fierro enlozado, haciendo presión. Cuando se haya realizado esta operación se sacará la cuajada colocándola en los moldes y haciendo presión sobre ella para dejarla lo más seca posible, ya que sino el queso resultará agrio. entonces se le pone la tapa a los moldes y se cargan, dejándolos así durante veinticuatro horas. Se rocían entonces con salmuera y se ponen a secar en tablas en una habitación fresca, sin luz y sin corrientes de aire. El queso hecho en esta forma resulta exquisito, siempre que la calidad de la leche sea buena, ya que con una leche flaca no se puede pretender fabricar sino quesos resecos y agrios. Otra fórmula de queso que da muy buen resultado es echarle a la cuajada antes de aprensarla, agua hirviendo con sal. En esta forma se hace el queso de Cordillera. Pero le vuelvo a advertir que la bondad del queso depende directamente de la gordura de la leche y de la prontitud con que se separa el suero de la cuajada, apenas se corta la leche.

MIMI, Santiago.— En este mismo número de "Para Todos", en la sección "Para las hacendosas", encontrará usted una excelente manera de limpiar los sombreros de paja o de pita, aunque en realidad no compensa el trabajo, ya que en cualquier sombrería se lo hacen a usted y le hornan nuevamente el sombrero por un precio muy bajo. La dirección de Jacques Catelain es Comedie Française.— París.— Francia.

ISABEL Y EVA, Santiago.— Muy encantada de que la revista tenga tanto éxito entre ustedes. Envíen las cartas a Tom Moore-Fox Corporation, Hollywood. Estados Unidos. Agregando 25 centavos oro americano, si desean contestación.

LOS LLORONES Y EL TOPO

Por RAFAEL POMBO

Ardiendo en tontos anhelos,
el mono y el asno un día
cayeron en la manía
de importunar a los cielos.

—¡Ah! sin cola ¿qué hago yo?
chilló el mono en tonos tiernos.
—Y por qué no tengo cuernos?
el jumento rebuznó.

—Necios que así os lamentáis,
les dijo el topo: ¿qué hiciérais
si ecmo yo, topos fuérais?
Tenéis vista y os quejáis!

"PROMONTA"

(EN TABLETAS Y EN POLVO)

MEDICAMENTO TONIFICANTE DEL SISTEMA NERVIOSO.

Preparado orgánico a base de sustancias provenientes del sistema nervioso central, combinadas con vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

Bajo el constante control de los profesores de la Universidad de Hamburgo. Drs. Weygandt y Hans Much, y del profesor de la Universidad de Berlín. Dr. Boruttau.

De venta en todas las boticas.

Agentes exclusivos para Chile: DAUBE y Cía.

LOS NAUFRAGADORES DE LA SONDA.—Por Guillermo Stocco

HACIA cuatro horas que el "München" navegaba con excesiva velocidad por el estrecho de Malaca hacia la isla de Karimón, lejana de la acostumbrada línea de los trasantlánticos y engolfándose cada vez más entre los islotes llamados de los Hermanos.

Pero la culpa del extraño itinerario no cabía importarle al comandante.

A causa de la rotura del timón, acaecida poco después de medio día a la altura de Manasaní, el vapor no podía ser gobernado. Y como en aquel punto la corriente tendía hacia el Sur—impulsando al barco hacia las costas inhospitalarias de Sumatra,—el capitán Schroeder había juzgado oportuno proseguir, a fin de detenerse en algún sitio cércano a Singapore, en cuyo puerto no les faltaría auxilios.

Pero a bordo no opinaban lo mismo todos, especialmente dos marineros embarcados en Madras: un tal Allen Wear y un tal Fred Thane los cuales procuraban que la tripulación se rebelara.

Uno decía:

—Si no echamos mano de los botes ahora que podemos, mal lo pasaremos esta noche.

El otro añadía:

—Iremos a rompernos la cabeza contra los escollos...

—¡Todo por la testarudez del capitán que pretende salvar el cargamento... Pero aunque el cargamento valiese lo que pesa en oro, no valdría lo que nuestras vidas.

El "München" era un vapor mercante de la "Sonda Peninsular Line", salido de la China con una partida de material ferroviario de considerable valor.

Pero prevaleció en todos la idea de que más valía sacrificar el cargamento y procurar ponerse en salvo en seguida.

Y fueron vanas exhortaciones a la calma, promesas y amenazas... La tripulación quería aprovechar las horas de luz que quedaban para ganar a fuerza de remos las 15 o 16 millas que separaban al vapor de la costa asiática, donde era más fácil encontrar auxilio.

Ya Wear y Thane, con otros, iban a echar un bote al agua, cuando apareció el capitán Schroeder, tras el cual iban dos oficiales.

La expresión imperativa del capitán y la vista de dos revólveres, paralizaron a los rebeldes.

Schroeder, con dominadora voz de inflexiones metálicas, dijo:

—¡Cada uno a su sitio!...

Y añadió silabeando con intención:

—Me parece que alguien falta a su deber. En tal caso me olvidaré de que soy el hermano mayor de la tripulación, para aparecer como capitán, al que la ley concede toda autoridad, hasta la más... dolorosa...

Las últimas palabras hicieron extremecer a los 18 hombres que había en el puente.

No obstante, Wear y Thane se atrevieron a sostener la mirada del jefe.

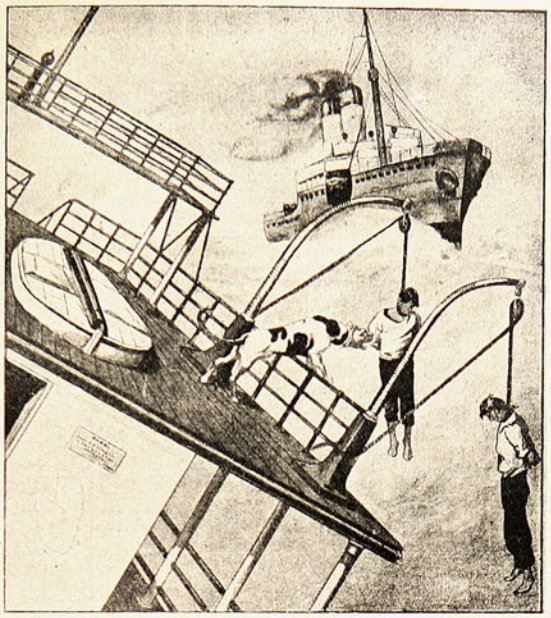
Y el capitán, refiriéndose a ellos, prosiguió:

—En cuanto a vosotros, seréis puestos en los hierros. Y podéis dar gracias a mi generosidad...

Al mismo tiempo un ruido de choque hizo crujir todo el vapor.

Luego se inclinó bruscamente a babor, permaneciendo inmóvil. ¡Había tocado los bajos fondos rocosos que rodean la isla de Karimón!

El capitán, que se descorazonó un poco, se rehizo al punto y mandó sin vacilar:



Desde el remolcador fueron vistos los dos ahorcados...

—¡Quietos todos!... Quizá haya llegado la hora de dejar el barco; pero la maniobra la he de dirigir yo... Esperad mis órdenes...

Y el capitán se dirigía hacia el interior del barco para examinar la avería, cuando apareció el secretario, diciendo:

—¡Lo he descubierto todo, capitán!... Le ruego que investigue en seguida quiénes son los dos marineros embarcados en Madras... Le aseguro que son emisarios de los naufragadores...

La inesperada noticia desconcertó al capitán y a los oficiales.

Y volviendo al puente, ordenaron al contramaestre llevara a los hierros a Wear y Thane.

Estos intentaron resistir, pero los revólveres y la falta de solidaridad en ellos de la tripulación —cuyo extravío fué momentáneo—, pudieron con los dos rebeldes.

. . . . . .

John Palwer—el secretario—había subido también en Madras.

Aunque su cargo parecía ser el de hacer prácticas, su verdadero fin, conocido sólo del capitán, era vigilar a Wear y Thane, por cuenta de la "Sonda Peninsular Linc", la compañía de navegación que en un año había perdido misteriosamente tres vapores abandonados a merced de las olas en el camino de la India a China.

Y lo que hizo sospechar a los directores de la Compañía era que en los tres casos había intervenido un remolcador inscrito en el puerto de Georgetown, en la islita de Poulo Pinang, al cual habían tocado la mayor parte de los despojos recobrados.

Así es que la Compañía tuvo que apelar a policías disfrazados de muy diversa manera para descubrir la causa de la "guigne" que perseguía a sus barcos.

Y John Palwer, registrando el equipaje de Wear y Thane había descubierto una libreta en la cual había notas bastantes para mandar a la horca a sus poseedores.

¡Se trata de dos emisarios de una sociedad de naufragadores que en pleno siglo XX habían escogido ese medio para acumular tesoros!

Sí; los autores de la misteriosa avería del timón del "München" eran Wear y Thane...

Cuando la tripulación se enteró, los habiera arrojado a los peces de no intervenir el capitán.

Este dijo con tristeza...

—No toca a nosotros hacer justicia. Los entregaremos a un tribunal marítimo.

Dicho lo cual, dictó órdenes para arrojar al mar los dos botes.

Pero uno, aplastado contra los escollos, estaba inservible.

Sobre el otro no cabían todos, como no fuera abandonando la caja de caudales, lo cual no haría ninguna gracia al capitán.

Schroeder, tras una breve meditación y mirando a los malhechores, dijo:

—¡El destino quiere que seamos ejecutores de la ley!

Poco después, cuatro robustos marineros cogieron a Wear y Thane para colgarlos de un nudo corredizo.

Y el capitán, acariciando al perro danés de a bordo, les dijo

—Os dejaré por compañero a "Dick", que no tiene sitio en el bote.

Diez minutos después la embarcación se separaba del "München".

Y durante la noche no se oyeron más que los ladridos desesperados de "Dick"...

* *

Un mes después, todos los jefes de la banda de naufragadores habían caído en poder de la justicia y pagaban sus hazañas con la pena capital.

Sólo el remolcador pudo esquivar durante algún tiempo toda investigación.

Pero 47 días después del desastre del "München", un buque de guerra inglés lo encontró a la deriva en el archipiélago de "Lingga", al Noreste de Sumatra.

A bordo no había más que muertos en la posición más espantosa...

¿Qué había ocurrido, si en la estiva no faltaban víveres?

Cuando el capitán Schroeder se enteró del encuentro y de que entre los muertos estaba el pobre "Dick", reconstruyó así lo sucedido:

Los naufragadores se habían acercado al "München" poco después de salir el bote.

Pero al ver a los conspiradores ahorcados, supusieron que estaban descubiertos y no pensaron más que en ponerse a salvo.

Sin embargo, no dejaron de hacer una visita al vapor para llevarse cuanto pudieran.

Y "Dick" les había seguido, llevando ,como un castigo, el azote de la rabia, de la hidrofobia que había estallado en él por causa desconocida.

Y los que escaparon a la justicia de los hombres, no se libraron de la justicia del destino, representada por un perro rabioso.

VIEJAS NOVEDADES

Los y las modistas comienzan a descorrer el velo... "¡Novedades! ¡Novedades!"—gritan las elegantes alzando las manos para asir lo inasible, aguzando la mirada para ver lo invisible—. Y al empezar a levantarse el telón píntase en los rostros, tradúcese en los murmullos, una impresión de decepción, de desencanto... "sufraguística". Este otoño, los trajes corte sastre "¡sabíamos ya!"—claman las elegantes—. Y su clamor no es justo. En la moda, todo, hasta lo más viejo, es novedad.

A pesar de cuanto acerca de un futuro recargamiento de adornos y formas en el atavío femenino se dijo, ese futuro no lleva trazas de convertirse en presente. La sencillez sigue siendo norma general de los árbitros de nuestras elegancias, y aunque se insinúa tímidamente una continuación de las tablas, pliegues, frunce y "godets"—propios de las telas de verano—en los trajes de invierno, la máxima verdad es que el favor general se inclina hacia la línea recta. Y esto, hasta el punto de que aquel ablusado que fué nota de originalidad en los abrigos y trajes del invierno pasado, se ve muy escasamente en los que las nuevas colecciones nos ofrecen para el próximo. En general, los abrigos de este año son rectos, envolventes sin cinturón—éste triunfa, en cambio, en los abrigos de mañana y deporte—y sin otro adorno que el que les presta la calidad de la tela y las pieles del cuello y los puños. No hay que decir cómo éstas constituyen todavía —siempre—la nota de distinción y riqueza de la temporada. Se usarán, sin embargo, con mayor discreción que en los últimos inviernos, tendiéndose a la total desaparición de las pieles de fantasía y a la de algunas—tal la del leopardo o la de la cebra—de absurdo empleo en el adorno del atavío y que una pretendida originalidad quiso entronizar no hace mucho tiempo.

El traje sastre, olvidado durante unas cuantas temporadas, vuelve a gozar gran preponderancia en nuestro ropero. De ello debemos alegrarnos, pues además de ser cómodo, práctico, dada nuestra vida moderna, es muy elegante siempre que se alíe con detalles—la blusa o "sweater", el sombrero, los guantes, el bolso—que den idea de exquisita feminidad y que eviten, por tanto, el caer en pecado de apariencia "sufraguística". Este otoño, los trajes corte sastre se hacen con la chaquetita corta y recta, y las solapas, del modelo clásico o bien de un corte más fantasía. Los colores preferidos son el negro, el azul marino y los cuadritos en blanco y negro, blanco y azul o blanco y marrón. Las telas a cuadritos pequeños se llevan mucho.

Los zapatos, de cuero rubio para el día y de antílope o raso-cuero para la noche. Bolsos, carteras, monederos, de telas recamadas o de piel—"tanné" en colores claros—. La sencillez del vestido requiere la suntuosidad, el lujo hasta la estridencia—siempre dentro del buen gusto, claro—de los detalles. Además... Pero el tema es largo. Quede ese además para otro día.

LA MUJER EN EL HOGAR

TODAS las mujeres desean un gabinete-tocador elegante y cómodo; es por excelencia su reino, el cómplice de su coquetería y también el auxiliar de su salud. Un gabinete-tocador puede ser lujoso y debe ser siempre confortable. Antiguamente los cuidados del tocador consistían sobre todo en el rizado del pelo, colocación de lunares, empleo de afeites; las abluciones estaban reducidas a la más simple expresión. Nada sorprendente entonces era la cantidad de muebles de la pieza, que servía tanto a la recepción como al tocador; las pinturas de alto precio cubrían las paredes, amenizaban el cielo raso, el oro de las ensambladuras alternaba con obras maestras. Actualmente todas esas lindas cosas desaparecen, pues el agua reina en este santuario. El tubo, la ducha, las numerosas y copiosas abluciones de agua caliente y fría, exigen un mobiliario menos frágil y las paredes se cubren, sea de loza barnizada, sea de esteras claras, sea de papel de colores. El buen gusto incluía la elección para el mobiliario del gabinete hacia los colores atenuados, las telas flexibles, que se armonizan con todos los tocados y les hacen resaltar.

El lujo permite todas las fantasías: tapicerías recubiertas de muselina, sederías antiguas, tapices espesos de tintes pálidos o linoleum, numerosos espejos o armarios de tres lunas, que una vez abiertos permiten abarcar de un golpe de vista todo el tocador, cajones hábilmente disimulados encierran los objetos de tocador y las provisiones de perfumería. En un gabinete de tocador lujoso no se debe ver ninguno de los utensilios que sirven para el tocado, excepto dos grandes mesas, una para el tocador, propiamente dicho, provista de cubetas, frascos, vaporizadores, jabonera, cepillera, cajas para polvos, etc. La otra sirve para el peinado; en ésta, revestida de tela y colgaduras y adornada con cintas y espejos, se tienen las horquillas, los alfileres, el juego de cepillos y peines, las cajas de polvos de arroz y los perfumes de todas clases.

Los tocadores más sencillos reemplazan el tapiz por el linoleum, los armarios por simples planchas de madera recubiertas de tela bajo las que se disimulan las perchas. Largas cortinas fijadas en el techo forman una separación en la que se colocan los mil objetos que no se quieren exponer a las miradas indiscretas.

Desde el punto de vista higiénico, el tocador debe ser claro, soleado y con buena ventilación, para que la humedad inevitable en él pueda secarse prontamente.

Las esponjas deben ser objeto de un cuidado esmeradísimo.

Para limpiarlas nos servimos de la espuma de jabón y el agua dulce del baño de leche diluída, de un poco carbonato de sosa en agua tibia, y en fin, del ácido clorhídrico muy debilitado (dos cucharadas en un litro de agua). Pero este último sistema sólo se emplea en caso de una gran limpieza, y siendo el olor del cloro muy desagradable, es necesario tener cuidado de completar la operación por un baño largo en agua fresca un poco perfumada y el enjugamiento al aire. Antes de servirse de una esponja fina para el tocado, se la debe poner siempre en remojo durante veinticuatro horas en una mezcla de agua pura y de leche, y se estará seguro entonces de su perfecta limpieza. Las esponjas finas jamás deben limpiarse con jabón.

Las esponjas se desengrasan con el ácido clorhídrico muy diluído; se las blanquea con la ayuda de la leche o del zumo de limón.

Para restaurar las esponjas viejas, hacerlas hervir durante algunas horas en una disolución de carbonato de sosa o ceniza de madera. Lavar con mucha agua. Esta primera colada tiene por objeto desemulsionar todas las materias grasientas. En seguida sumergir estas esponjas en ácido clorhídrico diluído durante veinticuatro horas. Esta segunda operación da por resultado el quitar las aranas calcáreas, las sustancias colorantes y los miasmas aprisionados en las celdas que hayan resistido en la primera manipulación. Enjuagar hasta la completa desaparición de todo olor de cloro. Una vez secas, servirse de las esponjas así restauradas con toda confianza, como si estuviesen nuevas.

Frecuentemente las esponjas están llenas en sus tejidos de arenas o de restos de conchas que no se sabe por qué medio quitar sin desgarrar la esponja. Para conseguirlo, después de seca se coloca sobre el asperón del fregadero y se apalea bien con un mango de madera. Las impurezas se reducirán así a polvo fino, que se quita sacudiendo en seguida la esponja contra la mano.

Cuarto de baños.—Las costumbres de higiene están actualmente muy generalizadas para que sea necesario insistir sobre la utilidad del cuarto de baños en las viviendas. Lo que era un lujo hace veinte años, viene a ser ahora una cosa enteramente natural, y en las casas nuevas el cuarto de baños se encuentra en todos los pisos Desgraciadamente todas las ciudades de provincia no siguen aún este buen ejemplo, y hay motivo para sentirlo; no se podrán seguir regularmente los tratamientos hidroterapéuticos mientras que no estén de modo qué no perturben la vida ordinaria, y falta mucho más tiempo para ir al establecimiento de baños que para tomar el baño o una ducha en casa.

El tener agua las casas modernas en todos los pisos permite la instalación de un cuarto de baños sin grandes gastos y los aparatos para calentar esta agua son perfeccionados y de un precio módico.

Un cuarto de baños debe estar muy claro, expuesto al sol, a fin de que la humedad no pueda impregnar la pieza y la convierta en fría y malsana. Las ventanas y las puertas estarán bien protegidas contra el aire, y si el clima fuese un poco riguroso, un sistema de doble cierre será preferido. Cuando las dimensiones de la vivienda lo permitan, vale más poner los calentadores y el generador en una pieza contigua; se evita así la elevación de la temperatura y todos los pequeños desagregados que resultan de la proximidad de estos aparatos. En cuanto a la instalación propiamente dicha del cuarto de baños, está subordinada a la situación de fortuna, al gusto, al lujo de cada uno.

Sin embargo, se deben observar algunas reglas importantes: alejar todas las combinaciones de pintura espesas, de tejidos, que se impregnarían de humedad y de miasmas; los cuartos de baños siempre deberán estar revestidos, no solamente los muros, sino también el piso, de losa, de cemento de estuco o de mármol; así el aseo y la salubridad estarían asegurados y el agua que salta durante las duchas se enjuga fácilmente.

La elección de la bañera es importante. Debe ser de materia bastante sólida para resistir a los ataques de las sustancias sulfurosas, alcalinas, etcétera, que entran en la composición de la mayor parte de los baños, y ha de poder conservarse limpio y brillante y no presentar ningún ornamento complicado, difícil de mantenerlo en buen estado. El palastro esmaltado parece presentar todas estas ventajas, y se debería emplear, no solamente para las pilas, sino también para todos los accesorios y aparatos hidroterápicos: pila o baño de asiento, tubo, palangana, etc. Las pilas de zinc se oxidan y se aplastan cuando el zinc está bruñido en el interior, y conservado con gran cuidado, esta deterioración es mucho más lenta; las de cobre, estañado en el interior, serían prácticas sin la presencia del vapor que oscurece el cobre y echa a perder la estañadura. El cobre niquelado, desgraciadamente, es todavía de un precio demasiado elevado para poder emplearlo; conserva la apariencia de la plata más brillante y su solidez es extremada. Las pilas de mármol son igualmente muy caras si éste es bueno, y además se rompe y conserva más difícilmente que el de fundición o de palastro esmaltado y el cobre esmaltado o cobre niquelado. Los romanos habían adoptado las pilas de mármol, porque esta materia se encuentra por todas partes en Italia. Existen algunas que son verdaderos objetos de arte, que todo el mundo ha podido admirar en los museos, bien en París, en Nápoles, Florencia, Roma, etc. Existen también bellas bañeras antiguas de pórfido.

La forma de la pila es variable; se adopta generalmente la ovoide, que tiene la ventaja de contener menos agua que las de figura de barco. Las pilas hundidas en el suelo, género oriental, son de un acceso más cómodo, sobre todo en caso de enfermedades o debilidades, y se debe preferir este sistema cuando la conformación de la casa lo haga posible.

Las alfombras de linoleum o de tela encerada protegen el entarimado y son menos frías y desagradables que las losas de mármol o de estuco; debajo de la pila es necesario poner una chapa de plomo, que será mejor preservativo de la humedad que el linoleum.

Además de los aparatos hidroterapéuticos, el cuarto de baño debe contener: una silla larga, sobre la cual puedan tenderse durante las fricciones y los masajes, o sencillamente para disfrutar un poco de reposo después del baño; un armario para guardar las ropas necesarias, los ingredientes empleados en los baños, los guantes de crin y los accesorios para las fricciones, etc. Si el cuarto de baños sirve al mismo tiempo de gabinete de tocador, es evidente que el mobiliario y arreglo de la pieza se modifican en consecuencia. Los espejos deben estar colocados en el interior de los armarios o replegarse sobre sí mismos, a fin de no estar expuestos a la acción del calor.

Formulario de Belleza Femenina

ESTHER RALSTON, famosa estrella de la Paramount

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

INDUDABLEMENTE, un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquiera indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis y además siempre se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas, pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo: pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las farmacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

Para evitar el vello

ES cosa muy fácil hacer desaparecer temporáneamente el vello: pero, evitar de un modo definitivo esa innecesaria abundancia de pelo, representa un problema distinto. No son muchas las damas que conocen los espléndidos resultados que se obtienen mediante el empleo del porlac pulverizado. El porlac se aplica directamente al pelo que se quiere eliminar. Este tratamiento recomiéndase no sólo para la instantánea desaparición del vello y de las superfluidades del cabello, sino que también para la destrucción definitiva de las raíces. Casi todos los boticarios pueden proporcionarle porlac, una onza, más o menos, cantidad suficiente para el experimento.

Manera de desprenderse de un cutis malo

ES una tontería intentar cubrir un color cetrino, cuando se le puede hacer desaparecer o cambiar el cutis. Lo mejor es aplicarse cera pura mercolizada lo mismo que si se tratara de cold cream, lavándose la cara por la mañana con agua caliente. El efecto, después de las primeras aplicaciones, es sencillamente maravilloso. Gradualmente y sin dolor, la cera absorbe la cutícula mortecina en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel nueva y aterciopelada que hay debajo. Ninguna mujer ostentará un cutis pálido, con ronchas, barrillos o pecas, si compra en la farmacia cera pura mercolizada y la usa en la forma indicada.

Un secreto contra los barrillos

LOS puntos negros, la graseza del cutis y la dilatación de los poros cutáneos del rostro, son molestias que en general nos asaltan juntas. Pero, tenemos la ventaja de poder combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua caliente una tableta de stymol, que, al disolverse, produce una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha cesado, se usa el agua, así "estimolizada", para bañarse el rostro, secándose, luego, con una toalla. Los intrusos puntos negros salen del cutis para desaparecer en la toalla: los grandes poros grasos se contraen como por encanto y se borran de la cara. Merced al stymol, que se halla en venta en todas las farmacias, la piel queda alisada, blanda y fresca, sin experimentar daño alguno.

Una de las más bellas glorietas del Parque de María Luisa, a la que el pueblo sevillano ha dado el nombre los hermanos Quintero. En la silueta, a la izquierda, los ilustres comediógrafos sevillanos.

LA GRACIA

Por

J. y S. ALVAREZ QUINTERO

LA mujer es la gracia de Dios. ¡No se puede tener más gracia! Y la gracia en la mujer es el supremo encanto, la esencia divina, el resplandor celeste.

Es la gracia hechizo inexplicable, aroma no percibido por quien lo lleva en sí; de tal suerte que pierde su virtud de aroma y de hechizo en el instante mismo en que se trueca, para quien lo posee, en cosa consciente y perceptible. Quien tiene más gracia, cuando se da cuenta de que la tiene, pierde lo mejor de ella; la desnaturaliza y desvirtúa. La gracia no tolera espejo: nunca se ve a sí misma. Ni tampoco se oye. La gracia existe espontáneamente donde existe, y se muestra a quien la contempla ajena de sí, desinteresada y puramente.

Cuando Dios hizo a la mujer, su obra magna, quiso adornarla, a no dudar, como con un reflejo de cuanto bello había ya creado, para que en ella pudieran admirarse juntas las maravillas naturales. De ahí que los poetas de todos los tiempos, interpretando la divina creación, hayan hallado siempre, al cantar a la mujer amada, venero inagotable de metáforas y de comparaciones, que han llegado a nuestros días harto consumidas y manoseadas, en verdad, como monedas que circularon durante muchos siglos, y que va al presente se diría que piden lugar en las vitrinas de algún museo arqueológico de la Poesía. Y, sin embargo, vivirán mientras haya mujeres y exista el mundo. Rayos del sol, trigos de los campos, sombras y negruras de la noche, altos luceros, tembladoras estrellas, faja de la luna, rocío de la aurora, arreboles del amanecer, perlas y corales, rumores de las aguas, trinos de los pájaros, sabor, color y olor de flores y de frutas, seréis eternamente cortejo galante de las mujeres bellas; las seguiréis como una brisa, como una sombra, como un eco, sonaréis, acordes perdurables, en todas las liras!... ¿Qué importa que las modas de entre los hombres quieran arrinconaros alguna vez, si llevá is en vuestro ser y condición el perenal aliento de las cosas eternas? Es gracia a la mujer concedida. A la mujer adorable, condensación de toda gracia.

...La gracia presta la caricia y el poder de lo irresistible a los mil encantos femeninos, que sin ella carecen del más seguro imán. La gracia pone en el amor su miel más sabrosa y le da sus redes más sutiles. Los ojos más bellos, si no tienen gracia al mirar, siempre serán vencidos por los que, aún sin serlo tanto, miren con cierta gracia. La boca más linda y perfecta se volverá insignificante al lado de otra que al hablar se mueva con gracia o que con gracia se sonría. Por este raro privilegio de la gracia es tan peligrosa en el amor la gracia del defecto. ¡Dios te libre, lector, si eres joven!—¡Si eres viejo no hay quien te libre!—de un entrecejo que alce una ceja más que la otra, de una nariz cuya suave curva se altere con la charla, de un ojo que bizquée fugazmente en algún momento de malicia, de un labio superior que cambie de forma durante el discurso, de un lunar imprevisto que asome y se esconda bajo el cabello de...! Basta. Sería el cuento de nunca acabar. E iríamos como de la mano a ponderar minuciosamente la gracia femenina en sus infinitas expresiones y en sus múltiples, varios y seductores matices. ¡La gracia en el andar, la gracia en la quietud, la gracia en la charla, la gracia en el silencio, la gracia en las manos elocuentes, la gracia en la risa, la gracia en el aire!...

Tengo en el alma puesto
su gesto tan hermoso,
y aquel saber estar adonde quiera;

el recoger honesto,
el alegre reposo,
el no se qué de no se qué manera...

Y siempre la gracia avalorándole y realzándolo todo, bañándolo de su claridad inefable. La gracia, cuyo mayor y mejor embeleso reside en las más hondas y delicadas palpitaciones del alma femenina en sus más puras y nobles virtudes, porque llega como a fundirse y hacerse consustancial con ellas mismas: a ser llama del propio fuego y resplandor de la propia luz.

Así gracia singular es en la mujer la modestia, que esquiva y rehuye toda ostentación y ruido; gracia es el candor, que abre los ojos para mirar sin ver muchas veces; gracia es la risa ingenua, nacida de la sana alegría; gracia es el inconsciente deseo de ser bella para agradarle a un solo hombre; gracia es la repugnancia instintiva a pintura y afeites; gracia, por lo mismo, es el rubor—color del alma—que florece en rosas en las suaves mejillas; gracia es hacer de los brazos cuna para mecer a un hijo...

* *

La gracia, en Andalucía, tiene un nombre revelador de su divino origen: se le llama frecuentemente "ángel". Y el ángel con que se hacen las cosas, buenas o malas, resuelve sobre ellas.

¡Tendrán, lectora, para tí algún ángel estos improvisados renglones? ¡Ojalá! Bien que, aunque no lo tuviesen, tú se lo prestas al leerlos.

COSTUMBRES JAPONESAS.-Por Kikou Yamata

Cuando ella os encuentra y saluda, esta japonesa se quita su echarpe. ¿No es transportar los usos de las grandes ceremonias a la vida ordinaria? Hay una hermosa idea de simplificación en este despojo, una preocupación de respeto y de verdad y de sentido estético.

Una francesa pondría un gesto coqueto y personal en la colocación de su estola. Tendría un gesto muy suyo para envolvérsela. La japonesa ignora esta clase de cosas, ignora la manera de poner en evidencia sus encantos. Fiel a la sobriedad y a la reserva de su raza, se quita este echarpe, fruto de una moda nueva, y se presenta en el uniforme de todas: el kimono tradicional, el ideal del vestido, tal como su raza lo ha soñado y que ella no abandonará de ninguna manera... Es en el arreglo de los clásicos pliegues, donde puede verse su preocupación de elegancia, pliegues que ningún alfiler retiene, pero que múltiples y secretas cinturas ajustan.

¿Y cuándo ella saluda, deslizando la mano hasta las rodillas, es para enseñar mejor la finura de sus dedos? La costumbre venida de la ceremonia del té, exige que ella esconda las palmas, siempre un poco sucias con el contacto de los objetos.

Aprended el significado de esta magnífica actitud de pavo real que contempla la japonesa, no sobre su sombrero puesto que no lo usa, sino sobre su mesa.

Lo que el extranjero llama ojos, es para ella la imagen del corazón que es preciso guardar para sí, todo entero, y tan nítido y limpio, como la verdad pluma rutilante bajo sus miradas.

El día de su matrimonio, lleva el "tsounokakoushi" diadema de seda ceñida sobre su frente. Quiere decir "disimulo". Ella ha prometido no ser celosa jamás, y sin saberlo, renuncia a la verdadera diadema que lleva con orgullo la francesa.

Sin embargo, así coronada, ella mantiene entre los pliegues de su cintura de esposa, un puñal dormido en una vaina de terciopelo, y la promesa de no sobrevivir ni un sólo día a su deshonra.

Ilustraciones de FOUJITA

LA HISTORIA TRAGICA.

EL COMBATE NAVAL DE LAS ISLAS MALVINAS

VON SPEE EN VALPARAISO

DESPUES de la victoria de Coronel, el almirante Von Spee llegó a Valparaíso el 3 de noviembre de 1914, con el "Sharnhorst" y el "Gneisenau", e inmediatamente los dos cruceros fueron circundados por una cantidad de barcos llenos de alemanes entusiasmados que vociferaban a voz en cuello sus "hochs" y reclamaban que el almirante victorioso se hiciese presente en la borda. Pero él no lo hizo así. Encerrado con su jefe de estado mayor en la cámara de consejo, preparaba su informe acerca de la batalla y leía anciosamente los cablegramas y despachos recibidos, puesto que durante muchos días había estado sin informaciones, como no fuesen las muy escasas e incompletas recogidas a través de la Reuter y la Havas.

El Ministro Plenipotenciario alemán, tan pronto como subió a bordo, comenzó una ampulosa arenga, saludando a Von Spee como el "dueño del mar"; pero el almirante, lleno de dignidad y gravedad, le interrumpió invitándole a entrar, acompañado del capitán de navío Fielitz, a su cámara, donde los tres permanecieron encerrados un par de horas.

Al terminar la conferencia, se observó que el almirante estaba aún más grave y pensativo, al par que la alegría del Ministro se había esfumado.

Entretanto, las bandas alemanas hacían retumbar en los ámbitos del puerto las notas de los cantos "Deutschland, Deutschland über Alles", "Wacht am Rheim" y "Heil dir im Siegerkranz".

El almirante se rehusó a aceptar ninguna de las invitaciones que se le hicieron, aunque terminó por hacer el sacrificio de concurrir al banquete que la colectividad alemana le ofreció en el Club Germánico, en el cual, naturalmente, se bebió vino espumante. "Incertidumbres del oficio", sea dicho para repetir la famosa frase del rey Humberto, a raíz de un atentado contra su vida.

A un miembro de la legación, amigo suyo de antaño, que le dijo: "Hasta la vista", Von Spee le contestó: "No: hasta la vista, no: ¡adiós!" Y a otro que le obsequió con un ramo de flores: "Las conservaré hasta el último instante; estarán frescas todavía el día de nuestros funerales".

Tal como escribió un poeta británico: "Los acontecimientos que sobrevienen, proyectan su sombra delante de sí mismos".

Después de Coronel fué precisamente cuando el almirantazgo germánico vió el "Mane, thécel, phares" escrito en el muro por la mano del destino y le ordenó a Von Spee que regresase con su escuadra a Alemania, pero manteniéndola unida. Parece que lo probable habría sido, sí él la hubiese fraccionado, dejando a cada una de las naves en libertad para que volviese a sus propios riesgos a la patria, dentro del mejor modo posible y evitando toda acción de guerra, alguna de ellas, si no todas, habría logrado salvarse.

DE VALPARAISO A LAS MALVINAS

Trascurridas las veinticuatro horas de permanencia en los puertos extranjeros concedidas por las reglamentaciones internacionales a las naves beligerantes, Von Spee partió de Valparaíso rumbo a Más-a-Fuera, con plena conciencia de que su situación se hacía cada día más grave, de que cada vez le iría resultando más difícil repararse en los puertos chilenos y abastecerse de carbón, y de que la pretendida organización alemana iba desha-ciéndose. Debió pasar muchas horas muy tristes con su alojamiento, a solas con sus propios pensamientos. Se dice que así como el mercurio del barómetro, descendiendo en un tubo de vidrio, advierte la proximidad de la tempestad, así también la sangre posee una recóndita y sutil propiedad gracias a la cual percibe las manos levantadas para espitarla de las venas. Si ello fuera cierto, la sangre del almirante germánico debió advertirlo de su destino.

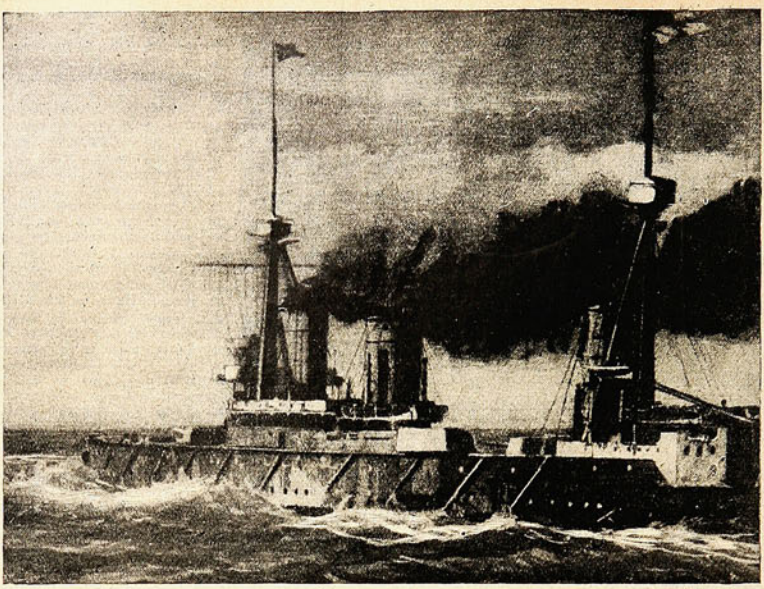
....

En efecto: quienes le vieron en Valparaíso y los pocos sobrevivientes de su flota, concuerdan en decir que después de Coronel el almirante Von Spee se trocó en otro hombre, obsesionado por la idea del desquite británico. Si al partir de Valparaíso hubiese procedido con la misma energía de que tantas pruebas había dado hasta entonces yendo hasta las Malvinas o hasta la costa de la Argentina, la historia naval de la guerra habría registrado una batalla menos. En cambio hizo una estadía de una semana en Mas-a-Fuera y en seguida otra de cinco días en la bahía de San Quintín, a trescientas millas al Oeste del Estrecho de Magallanes. Se diría que no sabía decidirse a abandonar aquellas aguas tranquilas o las hospitalarias playas del golfo de Penas, sonrientes en los primeros días primaverales.

La escuadra de Von Spee, navegando rumbo al Cabo de Hornos, encontró tiempo tan malo y mar tan gruesa que lo obligó a reducir la velocidad al mínimo necesario para gobernar... Las olas se quebraban contra las naves, que navegaban tardías y lentas debido a la sobrecarga de carbón, lo mismo que se rompen en los escollos a flor de agua. El viento soplaba a tempestad del Este y densas nubes se amontonaban envolviendo a las naves como en un manto fúnebre. Hasta que, finalmente, doblado el Cabo de Hornos, la tempestad comenzó a amainar. El crucero rápido "Leipzig" avistó y capturó un velero inglés cargado de carbón, y ésta fué una verdadera desgracia para Von Spee, porque haciendo remolcar al velero hasta la Isla Picton, a la entrada del Canal de Beagle, empleó tres días en hacer carbón, dándole así al almirante Sturdee el tiempo necesario para llegar a Puerto Stanley y decretando inconscientemente la destrucción de su propia escuadra.

En la mañana del 6 de diciembre, antes de zarpar de la Isla Picton, Von Spee llamó a consejo a los comandantes de las naves y les comunicó su intención de atacar Puerto Stanley. Todos ellos se sintieron muy sorprendidos, pero callaron, a excepción del jefe de estado mayor y del comandante de "Nürnberg", que aprobaron y del comandante del "Gneisenau", que manifestó abiertamente su opinión contraria, justificándola mediante la sospecha de que los ingleses hubieran concentrado en Puerto Stanley fuerzas superiores. Pero Von Spee estaba decidido, y a pesar de la actitud de sus subordinados, cerró la conferencia diciendo: "Señores: he dicho. Pasado mañana, a las ocho de la mañana, atacaremos a Puerto Stanley."

Fué aquella una escena dramática, que hace volver el recuerdo del consejo de guerra, reunido por Beauregard la noche que precedió a la segunda batalla de Shilch: "Señores:—dijo—mañana a la noche dormiremos en el campo enemigo." Pero los pronósticos del almirante Von Spee resultaron como los del general.



El crucero acorazado "Invencible", frente a las islas Malvinas, esperando la escuadra alemana que venía del Pacífico, al encontrarse con las unidades británicas que ya se hallaban allí. Grabado publicado en 1915 por "The Sphere".

LORD FISHER EN LA OBRA

Entretanto, en Londres, el almirante de la flota, lord Fisher—el Pescador—había tendido la red en que debía de caer fatalmente el almirante Von Spee.

Sabido es que cuando su jefe de estado mayor, el almirante Oliver, le llevó el cablegrama anunciador de la derrota de Cradock en Coronel, lord Fisher no dijo una sola palabra. Arrancó de la vasta carta náutica donde estaban señaladas con banderitas las posiciones de todas las naves de guerra aliadas y enemigas, las correspondientes al "Good Hope" y al "Monmouth" y las arrojó al suelo. Estuvo algunos minutos pensativo y luego midió las distancias que median entre Valparaíso y las Malvinas y entre éstas y el Canal de la Mancha. Hecho esto, dijo: "Llamadme a Sturdee". Había calculado las responsabilidades y trazado su plan. Una hora más tarde, el almirante Sturdee partía de Londres rumbo a Devonport, de donde se hizo a la mar el 11 denoviembre con los cruceros acorazados "Invencible" e "Inflexible", destacados de la flota de Jellicoe y alistados en una labor febril.

Quince días más tarde, el 26, llegaba a la sislas Abrolhos, donde lo esperaba con su escuadra de seis naves el contralmirante Stoddert, quien le comunicó que Von Spee llegaría al Plata hacia el 15 de diciembre. Pero Sturdee no quiso prestar fe a tal información, ni a la otra de que Von Spee hacía rumbo a Panamá. Lord Fisher, que, por lo demás, había tomado sus medidas enviando el crucero de batalla "Princess Royal" a las Indias Occidentales, le había prevenido que encontraría al enemigo en las Malvinas, de modo que el almirante Sturdee hizo rumbo a estas islas el 28 de noviembre, dos días después que los alemanes, y llegó a Puerto Stanley a las once de la mañana del 7 de diciembre e inmediatamente comenzó a hacer carbón, y a poner en orden a las máquinas.

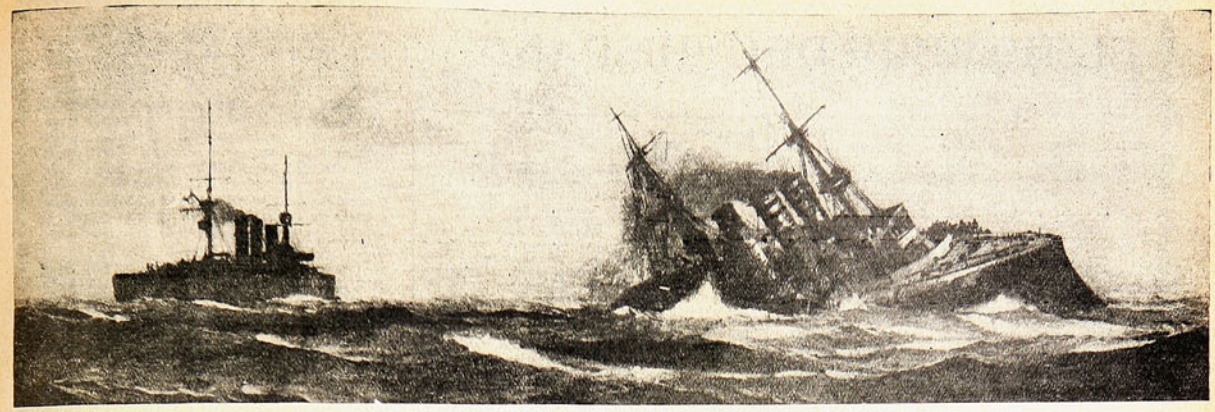
LA SORPRESA TRAGICA

Quizá no hay en toda la historia el recuerdo de una sorpresa más trágica y de más graves consecuencias que la que experimentó el teniente de navío Born, oficial de derrota del "Gneisenau", que iba a la cabeza de la formación, cuando, al aclarar el día 8 de diciembre, vió proyectarse sobre el cielo, por encima de las dunas arenosas, los mástiles en trípode de los cruceros de batalla británicos: todo el mundo comprendió que la jornada suprema de Von Spee había llegado.

A bordo de las naves alemanas, señales hechas apresuradamente: el "Gneisenau" y el "Nürnberg" comunicaban a Von Spee, que había quedado atrás con el "Sharnhorst", el trágico descubrimiento, y reciben de él inmediatamente esta respuesta: "Evitad el combate. Rumbo a levante a toda fuerza".

En aquel preciso instante Alemania perdió "la guerra de superficie", puesto que Von Spee, hasta aquel mismo preciso momento, había podido triunfar. Porque, efectivamente: la escuadra de Sturdee estaba anclada, con los fuegos encendidos, las naves carboneras atracadas y algunas piezas de máquinas desmontadas. Si Von Spee la hubiese atacado a fondo, Gran Bretaña habría registrado otro desastre naval.

En cambio, se puso en fuga: "quos vult perdere Deus dementat!", desde que presumía la existencia de fuerzas muy superiores.



Hundimiento del "Nürnberg" por el crucero británico "Kent", según un dibujo de Montagne Dawson.

LA CAZA Y LA DESTRUCCION

Pasaron dos horas y cinco minutos—"el tiempo para vencer"—antes de que las grandes naves de Sturdee estuviesen bajo presión para salir del puerto y comenzar la "gran caza".

Precedía el pequeño "Glasgow", sobre el rastro de los alemanes, que procuraban esconderse en enormes columnas de humo, pidiéndoles a las máquinas fatigadas el mayor esfuerzo.

El "Invencible" señaló a mediodía: "Que las tripulaciones almuercen"—porque los ingleses prefieren combatir "With a full belly" (con la barriga llena).

Los dos grandes cruceros de batalla navegaban en conserva, sin forzar, como en un desfile; sabían que la partida estaba decidida ya, antes de comenzarla.

El almirante alemán señala a los tres pequeños cruceros: "Libertad de maniobra. Procurad escapar hacia el Sur; el "Sharnhorst" y el "Gneisenau" morirán por todos".

Lentos, precisos, martilleantes, los cañones del "Inflexible" y del "Invencible" hieren a los cruceros alemanes, sin que los proyectiles adversarios consigan desflorarlos.

A las cuatro y cuarto de la tarde el "Sharnhorst", completamente demolido, se hunde casi súbitamente arrastrando en el vórtice a Von Spee junto con setecientos ochenta hombres...

Cinco semanas más tarde depositó el mar en la costa argentina un cajón de municiones: ese cajón contenía la bandera blanca con bandas negras y plateadas que había flameado al tope de la que fuera nave almirante de la flota alemana.

A las cinco y media tocó su turno al "Gneisenau": los ingleses lograron salvar 187 hombres de los seiscientos que constituían su tripulación.

Después, mientras la oscuridad bajó rápidamente sobre el mar y la Cruz del Sur palpita de diamantes en la inmensa noche austral, los tres pequeños cruceros alemanes, rodeados, en una caza implacable, ceden uno por uno y desaparecen...

Las naves inglesas, que no han tenido un solo muerto, regresan a su fondeadero de Puerto Stanley.

Y entonces, a bordo del "Kent", uno de los salvados del "Gneisenau" refiere un pequeño detalle que hace estremecer el aire y de la sensación de las frialdades de que es capaz un marino...

En el momento en que el "Sharnhorst", ya completamente desventrado por los cañonazos, estaba por hundirse. Von Spee, estoicamente tranquilo, radiotelegrafió al comandante del "Gneisenau": "Usted tenía razón. Ellos estaban en las Malvinas".

Roma, 1927.

ANTICIPACIONES

Por un momento se dijo, ¿recordáis?, que si hasta aquí habíamos llevado los sombreros chicos, pequeños, diminutos, ahora íbamos a llevarlos, como en tiempos lejanos, grandes, enormes, inmensos... Eso se dijo. Y ahora resulta que no hay nada de lo dicho. Apenas pasados los rigores de la canícula, nuestros sombreros, con lógica muy de agradecer, empiezan a reducir sus dimensiones hasta volver a las naturales, que no pueden ser otras que las de la cabeza. Y hace su aparición el sombrero de otoño, justo medio entre la "cloche", ya un poco agotada, y la toca sin ala, no del todo—ni para todas—favorecedora.

¿Qué se llevará, pues? ¿Con qué tocado adornaremos nuestras cabezas? Por ahora hay bastante donde escoger. Gorros de aviador, boinas infantiles, cascos romanos, bonetes frigios, todo, en fin, cuanto sigue la línea natural de la cabeza, está a la orden del día. Los materiales con que se confeccionan gorros, boinas, bonetes y cascos serán invariablemente de fieltro y terciopelo. Los adornos, pocos, casi ausentes, dominando entre ellos las aplicaciones de terciopelo o "gros grain", las escarapelas de cinta plegada y alguna diminuta fantasía de pluma. Los colores que de más favor gozarán, serán todos los grises, del más claro al más oscuro; los azules en toda la escala, del porcelana al verdoso; el negro, insustituíble, y todos los tonos que van del marrón al "beige" o que se mezclan de estos colores: tabaco, cacao, ladrillo, hoja seca...

Otra de las novedades que estos sombreros nos traen es la de llevarse muy hundidos de detrás y descubriendo un poco—muy poco—la frente.

Como otra novedad de la temporada que se aproxima háblase ya de "los cuatro piezas". Una combinación feliz para tener cuatro piezas en una, que se presta así a toda clase de trasformaciones. El "cuatro piezas" es, por regla general, un atavío en que se combinan con fortuna falda, blusita, "sweater" ligero y corto, y abrigo pesado y largo. Otra variación menos invernal es la que se compone de falda, blusita, chaleco sin mangas y chaqueta sastre. Otros nos ofrecen falda, "sweater", chaleco y abrigo... ¿Verdad que esta acumulación de prendas sobre una sola figura de mujer resulta un poco discordante con el actual culto por la línea?

Además...

Gozarán de gran preponderancia las túnicas y las faldas cortadas en secciones o volantes planos.

Las telas se emplearán con gran frecuencia colocadas en sentido diagonal o cortadas al bies.

En algunos vestidos de noche se llevarán mangas largas y escote muy reducido. En otros, la línea "Imperio" más impecable triunfará en absoluto.

Los "sweaters" se harán de lana muy fina y calada como un encaje. Seguirá dominando el gusto por las bufandas, "jerseys" y bordados de lanas de colores vivos.

Los zapateros anuncian que van a lanzar la forma "zueco", que será la más original y elegante. Mientras esto no llegue seguirá triunfando para la calle la forma americana ligeramente europeizada, en cuero rubio o cocodrilo claro. Con los trajes de noche continuará siendo lo más distinguido el zapato escotado, de raso ne[illegible] bordeado de un hilo de plata [illegible] sin broche ni hebilla.

Pero esto [illegible]ones.

El telón está sin descorrer. Los brujos de la Moda se afanan en estos momentos, rodeados de sus retortas y alambiques... Las señoritas maniquíes caen rendidas a la dura y dulce tarea de probarse trapos y más trapos. Nos hallamos en el crítico instante en que todo puede ser y todo puede no ser. A toda pregunta se nos responde con vagos "Quizás", "Tal vez...", "Acaso..."

Fenalgina M. R. Form. Fenilacetamida carbo-amoniatada.

EL HOMBRE DEL "HISPANO"

Por PIERRE FRONDAIE

Un calor seco y malsano se agarraba a la garganta y, hacia un extremo del coche, un viajero gigantesco fumaba su pipa ante una ventanilla abierta. Se abría y cerraba una puerta dando golpes...

Estefanía entró en su compartimento y Jorge la acostó como a un niño. Extendió el abrigo sobre los cobertores poco espesos, entreabrió los respiraderos y puso en un vaso dos rosas que se le habían caído a ella de la cintura. Ella le veía hacer, dichosa de ser objeto de tantas solicitudes. Arregló Jorge en el neceser las sortijas que habían quedado sobre la repisa del lavabo y cuando estuvo todo en orden para pasar la noche se sentó en un ángulo de la cama. Ella le sonreía sosegada tras el frenesí que poco antes les había agitado y, en el colmo de la felicidad se llevó la mano amada a los labios. Se arrodilló él entonces y las dos cabezas quedaron mirándose.

—¿Estás seguro de dejarme en Les Aubrais? preguntó ella como dudando. ¿No será mejor que te haga aquí un huequecito?

Percatábase de que le amaba locamente. Muy al oído respondió él que iba a apearse y que ella debía dormirse. Jorge le acariciaba la frente, la espesa cabellera y vió que los ojos de la amada iban entornándose hasta quedar cerrados. Hubiérase dicho que había él tenido la voluntad de procurarle el sueño. Percibió ella levemente que el tren había frenado y las voces extrañas del exterior. Y bruscamente, despertó. Jorge puesto en pie y encorvado hacia ella la contemplaba con expresión extraordinaria, con un especie de bondad sobrehumana. Estefanía apenas si tuvo tiempo de tenderle los brazos desnudos, de tomarle los labios y de balbucear que volvería pronto. Ya había salido del compartimento después de cambiar un beso silencioso. Saltó ella hacia la ventanilla, abrió la celosía de madera y acurrucada sobre la litera aun le divisaba sobre los andenes ensuciados por la lluvia. No hacía el mejor movimiento y miraba con estupor el gran tren lujoso que se la llevaba mientras ella tras los cristales, se despedía con el ademán gritándole: "¡Hasta pronto!" sin comprender que él, ya no la oía.

XV

Al día siguiente, al filo de las doce, el doméstico que le había proporcionado la agencia, seis semanas antes, le vió volver. Jorge iba lívido y cubierto de barro como si hubiera sufrido alguna caída. Ordenó que le dejasen dormir. El criado le pidió algún dinero para atender unos gastos. Lo dió y se encerró en su aposento.

Transcurrieron tarde y noche sin que diese señales de vida.

Al día siguiente tampoco apareció en toda la mañana y, al caer la tarde, la servidumbre comenzó a inquietarse. Ya deliberaban los criados en la cocina para saber a que atenerse cuando sonó el timbre. Pero el cuadro indicaba que no era el señorito quien llamaba: alguien se anunció en la puerta de entrada.

Abrieron. Un anciano preguntó si estaba allí el señor Dewalter. El sirviente le hizo pasar a salón. Dió el recién llegado su nombre, diciendo llamarse el señor Montnormand, notario.

Era un señor de pequeña estatura, de aspecto tímido y vestido con ropas demasiado holgadas. Los faldones de un gran abrigo caían sobre sus piernas vacilantes y a su cuello se arrollaba un pañolón de seda blanca moteada de redondelitas negras. Sus cabellos eran blancos y sedosos como los de un viejo músico. Llevaba una barba corta que, sobre sus mejillas, semejaba espuma de jabón. Tenía un cómico aspecto provinciano, pero su frente despejada y sus ojos henchidos de lealtad inspiraban respeto y simpatía. Avanzaba a pasos contados por el salón y, dando muestras de extrañeza, miraba alternativamente el lujo de la instalación y al ayuda de cámara, implacable con su frac de servicio. Al fin se decidió a preguntar con humildad:

—¿Es usted el doméstico del señor Dewalter?

—Sí, señor, respondió el sirviente sorprendido a su vez.

El viejo notario titubeó un sgundo e hizo una segunda pregunta:

—Pero... ¿antes... le conocía usted?

—¿Antes de qué, señor?

—¿Antes de ser su doméstico.

—No, señor...

Se mantenía en actitud correcta, propia de la librea; pero las singulares preguntas del visitante le inspiraban un cierto desdén. Pensó: "¡Vaya un sujeto!" El señor Montnormand meneaba la cabeza al mirarle. Parecía desorientado y sin acertar a comprender nada de todo aquello. Su interlocutor le creyó un viejo chocho.

—Voy a pasarle recado al señor, dijo.

Al salir observó con desagrado que el viejo le saludaba.

Al encontrarse solo, Montnormand recorrió la estancia con estupor. Sobre un diván arrastraba un mantón de seda perfumado, el hermoso mantón que Estefanía habíase puesto en cierta ocasión, y que había dejado allí en casa de su amigo. El notario tomó la prenda entre sus frágiles manos y la admiraba moviendo la cabeza. Al fin murmuró:

—¡Pobre muchacho!...

Había visto a Dewalter en la cuna; más adelante había conocido el secreto de su origen, cuando el verdadero padre se había marchado a la China; había juzgado las virtudes y defectos de su educación novelesca y, al morir la madre, Montmonrmand había experimentado inmenso pesar. Había amado, sin decírselo nunca, a aquella mujer cuyo corazón era fiel y que, al extinguirse su amante se había ido gastando también como los molinos que, sin granos que moler, siguen girando y girando. Había seguido la juventud de Jorge confiando en que sabría desenvolverse brillantemente. Más tarde, después de los primeros fracasos de la vida, había admirado su conducta en los combates y, últimamente, había aprobado el proyecto de su ida al Africa. Dewalter había ido a verle a Saint-Germain a propósito de una casita que poseía aún en Poissy, va una vez hipotecada, la casa natal, cuyos alquileres bastaban a pagar escasamente los tributos y que Jorge conservaba por recuerdo, diciéndose, sin formularlo, que en aquella casa su madre había amado. Juntos habían evocado diversos recuerdos [illegible] rge había comprendido que aquel anciano era el único amigo que le quedaba. Estaba contento de que le tuteara. Montnormand le había entregado lo poco que le quedaba, prediciéndole que allá en el Senegal se le ofrecería mejor destino... No habían transcurrido dos meses toda vía. El notario recordaba su semblante serio, tranquilo, hermoso, que parecía irradiar una serena energía. Estaba Montnormand pensando en ello y, al entrar Jorge no pudo evitarse un ademán de desolación.

Veía un ser maltrecho, herido por el dolor como por un arma: un enfermo, en suma. En un espacio de cuarenta horas había dejado comparecer de un golpe sus angustias internas que siempre había logrado esconderle a Estefanía por un milagro de voluntad. Allí estaban, reveladas por sus estigmas. Su fiebre, oculta durante días y días, llameaba. Veíase un incendio en los ojos. Había enflaquecido y estaba sin afeitar. La vieja energía, el dolor de ayer, habían cedido el puesto a una expresión de abatimiento nervioso como la de los jugadores, que lo jugaron todo y todo lo perdieron. Su aliento era ardoroso. Tenía sed.

Jorge sonrió a su viejo amigo sin atreverse a acercarse a él. Al fin le dijo:

—No esperaba que viniera usted.

—Pues si no lo esperabas, ¿porqué me escribiste? respondió Montnormand con bondad.

—Porque lo esperaba, a pesar de todo.

Mirábanse uno al otro, siempre a varios pasos de distancia. El pequeño notario movía la cabeza inexpresiva. Y murmuró apenado:

—¡Vaya un mal paso!

El semblante de Jorge pareció entristecerse más aún:

—Es el destino... dijo.

—¡Oh, el destino!... ¡el destino!

Pero añadió, sin poner fé en sus mismas palabras, para consolarle:

—¡Quien sabe si la cosa va a arreglarse bien!

—No, respondió Dewalter. Ella partió anteayer. Todo ha concluído.

Sentóse en la primera butaca a su alcance como con ademán mecánico y sus ojos parecían no ver nada más que el pasado. Tenía aspecto atormentado. Montnormand se acercó a él, con los ojos llenos de lágrimas, y le abrazó.

—Es usted muy bueno, articuló el deshichado Jorge con voz lenta.

—Es que te he visto tan pequeño... tan pequeño..., balbuceó el notario.

No acertaba a decir otra cosa, conmovido por el aspecto de aquella vida arruinada, por aquel intenso dolor de hombre. Su viejo corazón de idealista, su corazón de antaño, había despertado... Repetía su frase: "Te he visto tan pequeño..." Movía su cuerpo desmedrado, algo ridículo, que le había impedido siempre ser amado y, en la penumbra del salón, le parecía ver deslizarse una sombra, la sombra triste y ténue de una mujer muerta veinte años antes... Montnormand se decía que lo único que quedaba vivo de ella sobre la tierra era aquel hijo cuya salvación le pedía desde allá...

XVI

Jorge Dewalter se había puesto a contar su triste historia. Dos horas duraba ya el relato. El buen anciano escuchaba con cordura y piedad aquella narración que ya conocía por carta recibida anteriormente, la misma que Dewalter había, por fin, enviado. Pero el final era nuevo:

—En medio de la noche, decía Jorge Dewalter oí como se alejaba el tren. Ya no la veía pero el ruido de su marcha persistía y más lejos, cada vez más lejos, escuchaba el rumor de su avance qué se prolongaba en las tinieblas y veía su ruta en el cielo, un resplandor rojizo, inseguro y que iba disminuyendo. Hubo un momento en que, como por un capricho de la atmósfera los resoplidos de la máquina aumentaron así como el tumulto de los vagones que huían. Y luego sobrevino un súbito silencio. Me sentí completamente solo. Recuerdo que sonaba en la estación llamando a no se qué... Todas las sensaciones del exterior se me entraban vivamente por los sentidos.... En un depósito, balidos de ganado, cazadores con aves muertas ante una sala de espera, jaulas apiladas con gallinas prisioneras... No pensaba en nada y al propio tiempo lo veía todo. Después de unos minutos horribles salí de la estación y eché a andar en dirección de Orleans. Me dirigía instintivamente hacia donde el tren se la había llevado. El cielo se había despejado. L[illegible]

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN LOS NUMEROS ANTERIORES

DELEONE y Dewalter llegan a Biarritz en un magnífico Hispano, Deleone tenía su mujer en Biarritz y una querida en Burdeos. El Hispano lo había comprado Deleone para regalárselo a su querida, y como quería que su mujer ignorase tan significativa manifestación, resuelve pedirle a su amigo Dewalter que, arruinado, había pensado dirigirse al Africa para rehacer su fortuna, que le haga el inmenso favor de aparecer en Biarritz como dueño del magnífico automóvil. En el Casino de Biarritz, Estefanía, bellísima esposa del excéntrico millonario inglés William Meredith Oswill, vé a Dewalter, quien le es presentado. Sabe que es dueño de un coche magnífico y lo cree tan rico como ella misma. No amaba a su marido, con quien la han casado cuando ella no era capaz de reflexionar. Sin embargo, nunca ha tenido un amante. Teme enamorarse. Lo teme especialmente por su inmensa fortuna, que constituye para cualquiera una presa envidiable. Dewalter, con su coche magnífico y su bella estampa, la seduce de golpe y sin restricciones porque no le inspira desconfianza. Su fortuna le pone al abrigo de toda sospecha de interés. Dewalter había conocido a Oswill en el tren, antes de que su amigo le hiciese la estravagante recomendación de que quedase por dueño de un coche que no le pertenecía. Dewalter no sabía que Oswill era el marido de la linda mujer a quien acababa de ser presentado. En aquel viaje en tren, le cuenta él su situación y su pobreza y su proyecto de desterrarse al Africa. Cuando Oswill lo encuentra en Biarritz, dueño de un coche de multimillonario, lo interroga: Dewalter le cuenta la verdad, pero le hace prometer que no dirá a nadie una palabra.

Estefanía y Dewalter se enamoran el uno del otro, ella con sinceridad y confianza, y él con sinceridad y honda preocupación. Estefanía no oculta su amor al marido, y éste, después de un diálogo de gran escepticismo, se marcha al Africa. Ha sabido que su mujer está enamorada de Dewalter, el pobre diablo que no tiene sino la apariencia de la fortuna en el Hispano, que no le pertenece, y esto le procura cierta felicidad maligna mezclada con un odio feroz. Nada dice por maldad y por cumplir su palabra de callar la confidencia hecha por el desconocido. Estefanía, muy enamorada, y por primera vez enamorada, se entrega a Dewalter. En seguida huye con él a su casa de campo a gozar del amor de "toda la vida", porque piensa conseguir el divorcio y casarse con Dewalter...

luna se reflejaba vacilante sobre el camino gélido y yo iba como ebrio. Y luego empezó a llover de nuevo y penetré en un hotel, un hotel triste, un tabuco de arrieros. Allí pasé la noche... Me dieron una bujía, me condujeron a un cuarto infecto. Entonces me sentí en mi casa, en mi verdadera casa, en medio de toda mi miseria. Tenía la sensación de que el amo del fonducho desconfiaba en mí, que me vigilaba por la cerradura y que yo produciría la impresión, en aquel estado de un hombre que huyera después de un mal golpe... Pero todo me daba igual...

Contaba todo esto con voz sorda, sin inflexiones y presa de inmenso desaliento.

—Creo que dormí durante media hora. El despertar, cuando se es víctima del dolor ¡eso es lo terrible! Los primeros segundos está uno como alelado, hasta que se recobra la noción de las cosas. Imagínese que al principio yo había olvidado. Me decía: "Pero ¿qué es esto? ¿Dónde estoy?" Y, súbitamente, recordé. Fué lo peor. Después de haber dormido, la pena se reposa, y entonces... ¡si supiera usted lo que sentí! No puedo sarlo... No, ¡no puedo!...

Ocultó la cabeza entrambas manos y guardó silencio.

—¿Y porqué no se lo has referido todo? preguntó Montnormand titubeando.

Dewalter irguió la mitad superior de su cuerpo, lentamente y se quedó mirándole fijo. Hubo una larga pausa y el anciano hurtó los ojos.

—Ya lo ve usted, dijo Jorge.

Se puso en pie.

—Solo abrigaba un propósito: durar. He durado dos meses. Todo ha concluido.

—Ya olvidarás — balbució su amigo.

—No me lo diga, por amor de Dios, gritó Jorge. Sería horrible. Piense que ya no tendré más que eso: mi cabeza con un recuerdo dentro.

Pero el vejete se animó:

—¡Te hará tánto daño ese recuerdo! Si; te hará daño. Aquí donde me ves, el menos favorecido de los hombres, yo también tuve en mi juventud un amor. No se me dió a derechas. Pues bien; cuando vuelvo a pensar en ello... y...ya hace mucho tiempo... todavía sufro lo indecible.

Ahogábasele la voz en la garganta.

—Y usted ¿quisiera olvidar?

—Sí.

Todo un viejo dolor dictaba su respuesta pero Jorge dió un paso hacia y él habládole con violencia, como para aferrase a lo que había hecho, exclamó:

—Pues yo no. No y no. Me he enriquecido para toda la vida. Todo lo he tirado, hasta el último céntimo, para enriquecerme. ¿Dónde estaré dentro de seis meses, un año? ¿Dónde y cómo? Lo ignoro. ¿Obrero? Ni eso siquiera. No sé trabajar con mis manos... En fin, sea lo que sea y esté donde esté, cuando me encuentre transido de fatiga y bien a solas, destanaré mi cabeza, mi corazón y buscaré dentro. ¿Me predice usted mucho sufrimiento?... Ya sé. Soy como esos deshichados que, en una mañana de primavera, se proveen para todo el invierno...

Se puso a dar paseos por la estancia. Había cerrado la noche. Dió vuelta al conmutador. Montnormand le vió más lívido aun que antes.

—Te estás destrozando, le dijo, te intoxicas. Todo es obra de tu cerebro.

—¿Y qué es lo que no está en el cerebro? respondió Dewalter. El hombre está loco. ¿Cómo, sabiendo lo que yo sabía, sabiéndolo... condenado de antemano, cómo se explicaría usted que yo fuese feliz?

Siempre sucede así, murmuró el notario moviendo destempladamente sus cortos brazos con ademanes de muñeco. ¡Siempre!... Diez días... diez años... ¡Igual dá! Si se pensara siempre en el final...

—Es cierto, repuso Dewalter. Y, no obstante, construimos... He construido para ella, pieza por pieza, un personaje. Había cobrado vida hasta para mí mismo. Lo había fabricado con mis aspiraciones. Es a él a quien ella ama. Y era rico... ¡Ah! ¡Si supiera usted cuán rico era!...

Demasiado comprendía Montnormand de qué riqueza hablaba Jorge, riqueza del corazón, del espíritu, riquezas que la riqueza misma tenía que servir... A su vez, comenzó a decir lo que creía útil. Veía el inmenso dolor de su amigo y, para vencerlo, arremetió contra ella. Admirable y ridículo a un tiempo intentaba aniquilarla con tretas de enano que quisiera destruir a un gigante. Encontraba palabras espléndidas, frases llenas de sentido. Le encomendó valor, el gozo de engrandecerse con el sufrimiento. Finalmente, le ofreció dinero. Jorge rehusó. Insistió él.

—Tengo confianza en ti, decía, sé que eres honrado. Nada malo has hecho. Si fuistes débil e imprudente, bien pagaste tu falta con tu dolor. Gracias al cielo ya no te queda nada. Pero yo te prestaré lo bastante para que puedas partir e instalarte en el Senegal. Tengo confianza. Con mi dinero sé que te irás. Y, para restituírmelo y darme gusto, trabajarás. No tienes derecho a rechazarlo puesto que te impongo un deber. Si así lo deseas, escríbele desde allá a esa mujer. Podrás hacerlo sin temer un juicio suyo puesto que ya estarás lejos...

Pero Jorge le contestó que no: jamás sabría ella que le había mentido. Dijo que le enviaría una carta pretextando un viaje, y luego, más tarde, otra para decirle que su ausencia se prolongaba y que, por fin, daría tiempo al tiempo. Nunca más volvería a verla. Las palabras de su amigo le infundían valor. Se llevaría su congoja y lloraría a la amante como si hubiese muerto. Montnormand le pidió juramento de que partiría tal como explicaba. Jorge juró. Entonces, el viejo notario, le dió por salvado. Se abrazaron y Dewalter se quedó solo.

Abrió la ventana y respiró el aire frío de la noche.

Sentíase desesperado, pero decidido. Tuvo ánimos, que no había tenido desde cuarenta y ocho horas antes, para dedicar a su persona algunos cuidados. Se afeitó, se vistió y salió a la calle. Fué a comer a un pequeño restaurante enclavado a proximidad de la estación Saint-Lazare y se propuso leer un diario. Pero era incapaz de comprender una sola línea. Entonces se puso a examinar su pena sabiendo que iba a ser preciso vivir con ella. Se hallaba decidido a disciplinarla como a una compañera de todos los días, como a una criada fiel que iba a llevarse al destierro. Cada vez que se representaba la imagen de Estefanía la miraba frente a frente queriendo acostumbrarse a sonreirle. Sonreía en efecto, pero su tormento era espantoso. Pero, estaba satisfecho de su valor. Se sentía en el buen camino y recordaba su juramento y el dinero que había aceptado de Montnormand comprometiéndose a marcharse.

Volvió hacia la casa que no debía dejar hasta el día siguiente.

Mientras andaba, iba preguntándose si al llegar arriba, al encontrarse en aquellas estancias todavía impregnadas de su amante no flaquearían sus buenos propósitos. ¿No sería más cuerdo quedarse en un hotel? Pero pensó en su pobreza: en adelante iba a ser menester evitar gastos. Comprendió también que el dolor le acompañaría a todas partes y que huir del asilo de su dicha perdida resultaba cobarde e inútil. En esta disposición de ánimo llegó frente a la casa.

Y, en llegando, vió a la doncella de Estefanía.

La vió y dejó de verla al punto, pues la sacudida fué tan violenta que durante varios segundos perdió la luz de los ojos. Al fin, distinguió que alguien le hablaba.

Con voz rápida la doncella le advertía que había estado esperándole más de una hora, que lady Oswill había regresado de Biarritz, que su marido la había encontrado y que estaba arriba, él en persona. Añadía que Dewalter haría mal en subir, que sir Oswill siempre llevaba armas; pero que por "la señora..." no había nada que temer...

La doncella ya se había quedado hablando a solas. Jorge, proyectado por el ansia y quizás por la dicha había desaparecido, portal adentro y los pisos que escalaba parecían desaparecer bajo sus pasos.

XVII

Mientras Montnormand se esforzaba por salvar a Dewalter y en tanto que éste, al quedarse solo, pugnaba por lo mismo, dos otras fuerzas, una de amor y otra de odio, intervenían en su destino, cayendo sobre él a dentelladas.

Al llegar Estefanía a Biarritz donde solo regresaba para no estar ausente al retorno de Oswill se enteró de que éste ya había vuelto de su viaje, que había permanecido varios días en la quinta, y que había vuelto a marcharse. Interrogó a los domésticos y le dijeron que el señor había anunciado que nuevos negocios le reclamaban en Marruecos y que aprovechaba el viaje de la señora para volver allá. Oswill había añadido que estaría ausente durante un mes y que le avisasen si por azar, se reinstalaba la señora en su casa, antes que él. Esta manera de comportarse agradó a lady Oswill. Dedujo que su esposo había comprendido su situación verdadera y que estaba de acuerdo para que siguiesen gozando cada cual de su libertad.

Lo único que sentía era no haber sabido antes todo esto, para no separarse de Jorge inutilmente. Sentía la fortaleza de sus lazos y cada día de ausencia considerábalo perdido. Nada la obligaba a esperar. De modo que, apenas estuvo al tanto, formó el propósito de reunirse con Dewalter, y aquella misma noche tomaba otra vez el tren en La Negresse. La alegría que iba a darle a su amante compensábale las molestias del viaje. Llegó al Ritz al día siguiente hacia mediodía y, fatigada, se acostó. Deseaba presentarse en la avenida de los Campos Elíseos a la hora de comer, con todo su esplendor y de improviso. Gozaba de antemano por el grito de felicidad que iba a escuchar. Pero, a su llegada, Dewalter acaba de salir. El ayuda de cámara le explicó el abatimiento que había mostrado, y aquel dolor le causó a Estefanía agradable impresión. Se puso a esperarle. Como la cocinera estaba ausente pidió por teléfono una cena que le subieron del Fouquet's cercano. Estaba contentísima por encontrarse de nuevo entre aquellas paredes y, como todas las mujeres, hacía proyectos.

De pronto, la doncella hizo irrupción. Llegaba corriendo del Ritz y traía el semblante descompuesto.

—¿Qué sucede? dijo Estefanía.

—El marido de la señora está allí, señora, respondió Josefina. Estaba yo en la habitación arreglando los vestidos como me había ordenado. De pronto, me vuelvo: había un hombre...

—¿Un hombre?

—Sí, señora: el señor. Acababa de entrar. No puede explicarme como... No le he óido.

—¿Y qué le ha dicho él? preguntó lady Oswill.

—Pues me ha dicho: "Vengo de Marruecos. Prepáreme un baño."

- Pero ¿está usted loca?

—No, señora.

Josefina no cambiaba ni una sílaba. Pero Oswil había mentido. Lo del regreso a Africa había sido un engaño. Lo había anunciado a la servidumbre de Biarritz por precaución pues temía que le traicionasen. La verdad era que después de varios días de furor inútil se había precipitado hacia París. En las cercanías de Tours había lanzado su coche contra un viandante que le estorbaba el paso. Dicho viandante, con solo un salto a la derecha, había esquivado el peligro; pero un árbol más obstinado o con menos suerte había recibido de pleno al cincuenta H. P. El viandante, sin rencor, recogió a sir Oswill. Como era médico le dijo a título documental, que tenía una costilla rota, una luxación en el hombro y que con tres semanas de cama quedaría saldado. Le indicó un hotel vecino como excelente lugar de reposo y consintió en prometerle que haría enviar unas angarillas. El viandante añadió que, como iba de paseo, no hacía pagar la consulta. Y dejó a Oswill echando espuma.

Su convalecencia duró tres semanas, en efecto. Recluido cerca de Amboise en una alcoba Luis Felipe, veía el Loire desde allí. Es una época y un río que Oswill detestaba. La época le recordaba a lord Byron por quien sentía celos desde la infancia. El río, con sus deltas de arena rodeados de aguas vivas, le parecía afligido por una enfermedad de la piel. Recordaba también que su primera conversación con Dewalter, yendo en el tren, había comenzado justamente por aquellos alrededores casi a la altura donde su auto se había dado de bruces contra el álamo. Por la noche, oía un gramófono y al despuntar el alba le despertaban los cacareos estridentes de los gallos. La gente que transitaba por el camino, campesina en su mayor parte, hablaba un francés puro. Todo ello le ponía furiosamente iracundo. La idea de lo que su esposa estaría haciendo en París con su rufián mientras él vacía en su lecho de provincia le daba enfurecimientos bestiales. A veces quería levantarse, pero siempre volvía a caer cubierto de un sudor helado. Entonces maldecía como un carretero, amasándose en su ánimo un odio espantoso. Por fin, se encontró en disposición de marcharse. Dió gracias a sus hosteleros con una carga de injurias y tomó el tren.

Oswill descendió en el palacio del quai d'Orsay al día siguiente de aquel en que Estefanía había salido para Biarritz. Seguía sin saber a punto fijo lo que iba a decidir. Contaba con los dedos los cuatro o cinco hoteles donde tenía probabilidades de tropezarse con ella. En el Ritz dió su nombre con aire bonachón. Le in-

dicaron el número de las habitaciones de lady Oswill y así se explica que, de repente, se encontrara a espaldas de ella.

Mal repuesta todavía de aquel susto seguía contándole la aparición a Estefanía.

—En tanto que yo preparaba el baño, el señor se acercó, y me ha tendido un billete de quinientos francos diciéndome. — la señora dispense — diciéndome: "Deme la dirección del amante de la señora." Me he puesto lívida, he tomado el billete y no he contestado. Entonces...

—¿Entonces qué?

—Entonces el señor se ha puesto a recorrer la estancia como una fiera enjaulada. Me daba miedo Y, bruscamente ha dado un puñetazo sobre la consola: el necesser ha saltado hecho cisco. Después...

—¿Después?

—Después el señor me ha dicho: "Recoja eso, imbécil", y encendiendo un cigarrillo ha salido silbando. He cogido miedo, miedo, de verdad y he venido disparada... Creo que la señora haría bien en ir al hotel.

—¡Cá! nó; no iré.

Jamás había experimentado un sentimiento de rebelión tan grande. Se sentía de una raza a la que no se gobierna sin reinar. Pero en esto se oyó un altercado en el recibidor y la puerta se abrió dejando paso a Oswill.

Le hablaba al criado con altanería:

—Le repito que me deje en paz. Tome mi sombrero. Si no está contento pídale a su amo que le aumente la paga. Es lo bastante rico para hacerlo.

Y volviéndole la espalda dió dos pasos en el salón. Estaba mía, pálida de ira, se había puesto de pie. El le sonrió con una sonrisa en triángulo con sonrisa de fauno experto

—Muy buenas, querida amiga. Perdone que la moleste. Pero imagino que puedo presentarme allí donde esté usted ¿no es así?

Lanzó una mirada torva, llena de odio y desapareció la mueca. Dió media vuelta y cayó como plantándose sobre sus patas ante la doncella:

—¡Ah! ¿Está usted ahí? Pues bien: guardará un hermoso recuerdo: ha sido seguida por un hombre que no tiene costumbre de ir detrás de las mujeres. Y ahora puede irse a vaciar el baño. ¡Váyase!

Estefanía había recobrado su calma merced a un gran esfuerzo. Y axclamó claramente, sin levantar la voz:

—Vaya a mi alcoba, Josefina.

Oswill viró en redondo:

—¡Cómo! ¿Tiene usted aquí una alcoba? Por lo visto vive ahora en meublé.

Parecía resuelto a todas las maldades. Su rostro zumbón y expresivo reflejaba las imágenes de su pensamiento. Examinaba el lujo de aquel salón y su creencia de que ella "entretuviese" a Dewalter se afianzó. Al disponerse la doncella a salir Estefanía le musitó dos palabras que él oyó. Era:

—Espere al señor abajo y entérele.

El marido forzó la sonrisa. Cuando estuvo solo con su esposa rió a carcajadas:

—¿Cuánto le da cada mes a su confidente?

—¿Acaso vivo con el dinero de usted? dijo Estefanía.

—No. Ni yo del suyo.

Acercándose a la cara de su esposa siguió riendo.

Quedó estupefacta: pensó que se había vuelto loco; pero recordó que solía hacer excesos en la bebida; y conjeturó si estaría ebrio.

El contestó.

—Naturalmente, que lo estoy. Yo siempre estoy borracho. Eso me aclara las ideas. Resulta excelente para mis experiencias psicológicas.

—¿Pero ha venido a hacer experimentos?

Hizo él una seña afirmativa.

Ella le estaba mirando y acabó diciéndole que iba a ponerle en la puerta. Entonces el fulgor de los ojos de Oswill se hizo peligroso. Y articuló:

—Quisiera ver eso.

Su acento inglés había bruscamente aumentado. Recorría el salón dando muestras de nerviosismo. Siempre inmóvil y tranquila, ella prosiguió:

—No sería difícil que lo viera. ¿Ha perdido usted en Marruecos, por ventura, la noción exacta de sus derechos y de sus límites? ¿Se considera usted, acaso, un marido efectivo? Creo que el hecho de haberle yo pertenecido no implica que le pertenezca todavía. Hace ya largo tiempo que nos dimos todas las explicaciones pertinentes. Seis meses de matrimonio han bastado para que yo sea, en realidad, su viuda. Desde hace tres años usted no es para mí más que un simple amigo...

—Un excelente amigo... murmuró Oswill.

El había tomado un aire trapacero, pero ella proseguía con creciente franqueza, siempre de pie y en el mismo sitio:

—¿Un amigo? No es cierto. En Biarritz, cuando me negué a dejarme llevar de viaje como una maleta, supe a qué atenerme con respecto a sus sentimientos. Usted se fué al día siguiente sin verme y sin despedirse. Está bien. Tan libre es usted como yo.... Pero, ¿con qué derecho entra usted en mis habitaciones sin que le anuncien? Entra así y, además, rompe una mesa. ¡Está usted loco! Y aquí? ¿Qué viene a hacer aquí?

—¿Y usted?

Estaba a dos pasos de ella. Decidida a concluir de una vez Estefanía exclamó:

—Voy a decírselo puesto que me lo pide.

Oswill contestó.

—Ya lo sé.

Sonrió ella con desdén.

—En ese caso, todo está demás. ¡Váyase! Y procure guardarse, para en adelante, de violencias de amo... y todavía más—¡ah, si! todavía más, — de iracundias de celoso.

Guiñó él los ojos como una lechuza ante una lámpara.

—¿De celoso?

—¿De qué, si nó?

Oswill rió:

—Yo no soy celoso. No la amo a usted.

—En eso confío—dijo ella con altivez.

Hubo una pausa. Oswill estaba humillado, corroído y comprendió que llevaba las de perder. Se volvió de espaldas para que ella dejase de verle la mirada, e hizo un esfuerzo terrible para purgarla de su veneno. Advirtió que conseguía su propósito y entonces expuso un semblante plácido. Mientras tanto reflexionaba. Desconcertábale la actitud de Estefanía. Parecíale que la calidad de su amante habría tenido que empequeñecerla. Una mujer que paga tiene menos dignidad. No la comprendía. Tersgiversaba. Entonces tomó asiento. La butaca se hallaba junto a una mesa y, en la mesa, había un timbre. De repente, se le ocurrió llamar.

—¿Que hace usted? preguntó Estefanía.

Oswill la miró fijamente a los ojos y respondió con indolencia que iba a pedir té. Esperaba ver como reaccionaba ella...

—¿Sabe en casa de quien está? exclamó Estefanía con acritud.

Oswill se estremeció: la experiencia salía bien. Advirtió que la acción iba a concretarse. Entró el criado, recogió la orden y salió.

Oswill sonreía, instalado en su butaca:

—¿En casa de quien estoy? ¿Cómo es eso? Supongo que estoy en casa de usted.

—No, respondió ella, rápida y violenta.

Esta vez la concreción era absoluta. Puesto que Oswill simulaba no haber comprendido aún, ella le obligaba a verlo: no, Estefanía no estaba en su casa propia, sino en la de su amante. Y, en efecto, Oswill comprendió.

Comprendió que ella decía la verdad. Que no sabía nada. Comprendió que aquel salón, aquel lujo, eran el salón y el lujo de Dewalter. Sintió como un deslumbramiento. Pero siguió equivocándose: creyó que, por medios ilícitos, el impostor se había allegado recursos. Vió cambiar el horizonte y, vagamente tuvo la presciencia de que este hecho iba a procurarle un buen campo de maniobras. Replegóse en sí mismo y ya no avanzó sino con grandes precauciones, con celo de espía en tierra enemiga y audacias verbales de doble sentido para estudiar bien el terreno.

—¿Conque no estoy en su casa? dijo. ¡Pues, a fe mía, que lo hubiera creído!

Pensó ella que Oswill quería abrumarla con esta frase, pero estaba henchida de desdén. Se había puesto en pie y parecía avaluar a ojo todo aquello.

Sonrió:

—¿De manera que estoy en casa del señor Delwalter? Decididamente tiene un gusto exquisito. En Biarritz poseía un estupendo coche. Aquí tiene un piso lindísimo..

Ella le preguntó:

—¿Conoce usted al señor Dewalter?

Oswill contestó sin titubeos:

—Conocí uno; pero no es el mismo.

Tenía un aire sardónico que lady Oswill no acertaba a comprender. Creyó que el inglés sabría algo sobre cualquier pariente de su amigo.

Estefanía tornó a preguntar.

—¿Uno de los suyos?

—No, dijo Oswill. Un emigrante. No tiene ninguna relación con el Dewalter de usted.

Ella se encogió de hombros con indiferencia. ¿Qué podía importarle otro Dewalter, un emigrante?

—No me hable de eso, respondió Estefanía.

—Ya no le hablo.

Entró el doméstico, trayendo el té.

—¡Gracias! Retírese, dijo Oswill y volvió a sentarse como si hubiera estado en su propia casa.

Hacía un esfuerzo enorme para concretar una idea que se le estaba ocurriendo. Estefanía, exasperada, le veía verterse el azúcar.

—Le repito que voy a ponerle en la puerta, dijo. Sus excentricidades exceden la medida. Usted no conoce al señor Dewalter, el mío, como usted dice... Pero no es indispensable para conocer mis sentimientos. No tengo nada que ocultarle puesto que no tiene para conmigo ni deberes ni derechos. Dígame qué ha venido a hacer aquí. ¿Qué se propone? ¿Explíquese!...

Como él se ponía a beber, Estefanía se impacientó más aún.

—Le prevengo que dentro de tres minutos cortaré la entrevista. Dentro de tres minutos... Ya habrá tenido tiempo de beberse el té.

—Que es bastante malo, dijo Oswill con flema. Aconséjele al señor Dewalter que lo compre mejor.

Se levantó, empezando a dar pasos por la estancia. Creyó haber encontrado por fin su idea.

—Estoy esperando, exclamó Estefanía inmóvil.

Oswill se volvió hacia ella. Sonreía terriblemente.

—Empiezo por pedirle perdón, dijo Oswill. He entrado aquí con ánimo de romperlo todo, nervioso... ¡No puedo explicarme porqué! Y no tengo ningún derecho, lleva usted razón. No amo a usted, no estoy celoso...

Ella dijo:

—No soy su mujer.

—Ya lo sé, gritó él. ¡No lo repita a cada momento!

Estefanía le replicó, implacable:

—Pues no me obligue a ello.

Oswill sintió ganas de echarse sobre ella y de golpearla como solía hacer con las hembras del arroyo. Se frotó las manos y se le quedaron agarradas una con otra como garfios. Tenía un rictus de ferocidad, pero, de repente, se sintió con fuerzas para contenerse y continuó en tono conciliador y blandos ademanes:

—¡Vaya! ¿Quiere que hablemos cordialmente? Con verdadera simpatía... Cierto que yo no la amo y que no es usted mi mujer. Pero entendámonos; no es usted mi mujer, pero lo ha sido. Todavía lleva mi nombre... y, como dije al entrar, siempre puedo ir adonde usted se encuentre.

Calló Oswill, satisfecho de haber concretado este punto. Ella le escuchaba sin manifestar nada, impaciente por saber lo que quería, algo inquieta por su repentina cortesía y presta a la réplica. Manteníase en actitud altiva; su boca divina estaba cerrada escondía la llama de sus ojos bajo la sombra de las pestañas mientras él seguía hablando, y ahora sin mirarla como si hubiera temido desenmascarar sus intenciones:

—Vuelvo de viaje. Voy a Biarritz y no la encuentro en Biarritz. Voy al Ritz y usted no está en el Ritz. Siga a su doncella y la encuentro...aquí...en casa del señor Dewalter que, sin duda... es un gentleman, un perfecto caballero y, además, en disposición de amar a usted...

(Continuará)

"PARA TODOS"

M. R.

Es propiedad Empresa "ZIG-ZAG" perteneciente a la

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO

REVISTA QUINCENAL

AÑO I — NUM. 5

SANTIAGO DE CHILE

6 de diciembre de 1927

(M. R.)

Lo que distingue

la Bi-Oxyne *de los Dentífricos antíguos o recientes es el que es verdaderamente una* **Innovación Científica** *y puesta bajo el control de Médicos y Dentistas de la Facultad de Medicina de Paris.*

Lo que distingue

la **Bi-Oxyne** *es el que se adoptó en las Escuelas Dentales y que casi todos los dentistas la emplean ellos mismos.*

Lo que distingue

también y particularmente la **Bi-Oxyne** *es el que está compuesta de* **Dos Polvos** *agradablemente perfumados: uno* (blanco) *jabonoso, alcalino, no solo limpia, sino* **Blanquea los Dientes,** *el otro* (rosado) *aseptiza la boca y tonifica las encías.*

Los Dentífricos **Bi-Oxyne**

Polvos, Pastas, Jabones, Elixir, Cepillos

realizan integramente la higiene de la Boca y de los dientes.

A base de: Carbonato de Cal, Perborato de sosa, Bicarbonato de sosa, Glicerina, Talco, Jabón, Menta.

CINZANO
VERMOUTH
M. R.

N.º 6

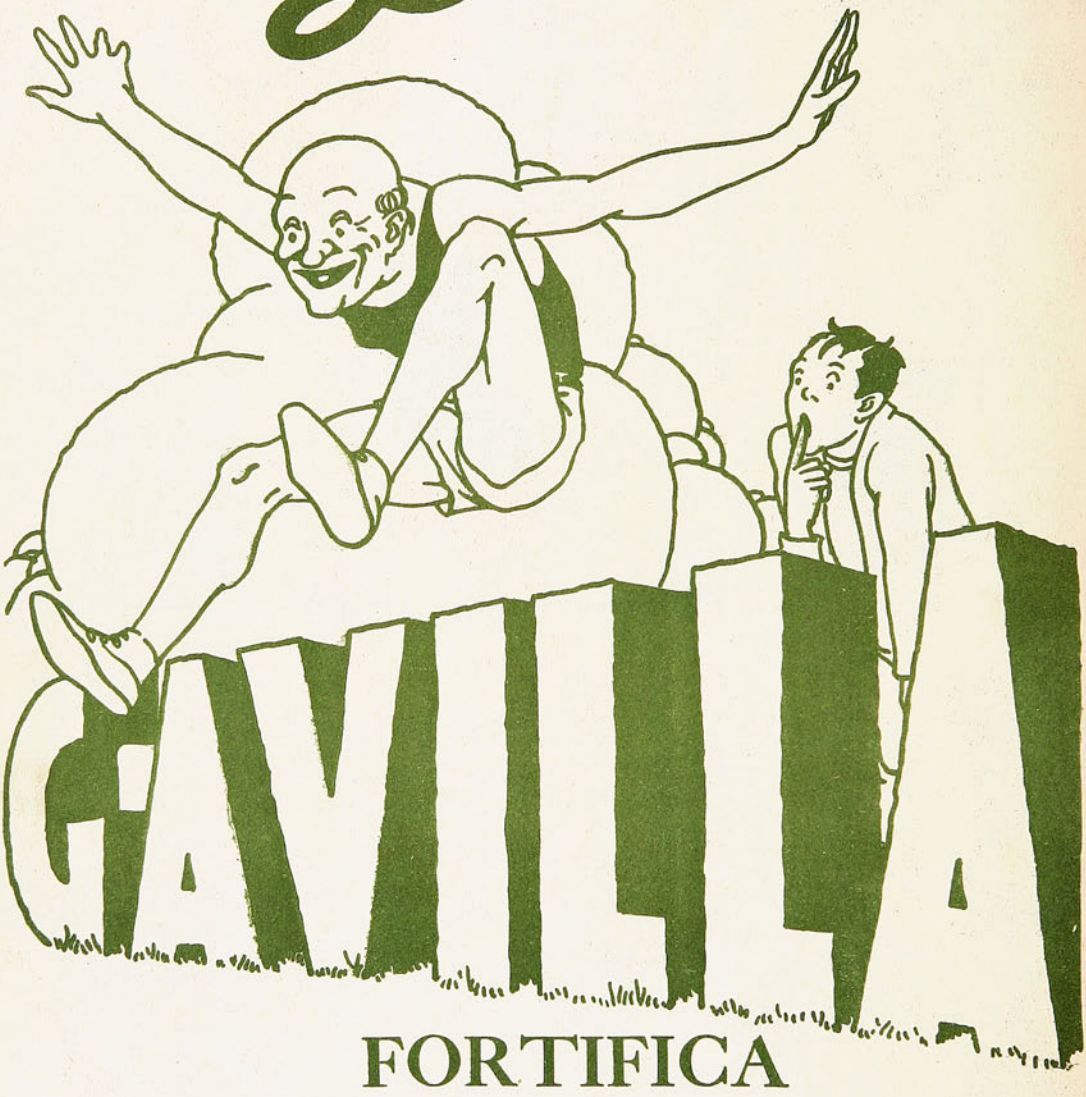
$1.20

Para Todos

M. R.

Es propiedad

La Avena



FORTIFICA

Todas las energias que se han derrochado en la juventud y todas las que en ella se están derrochando, se recuperan tomando diariamente

AVENA GAVILLA

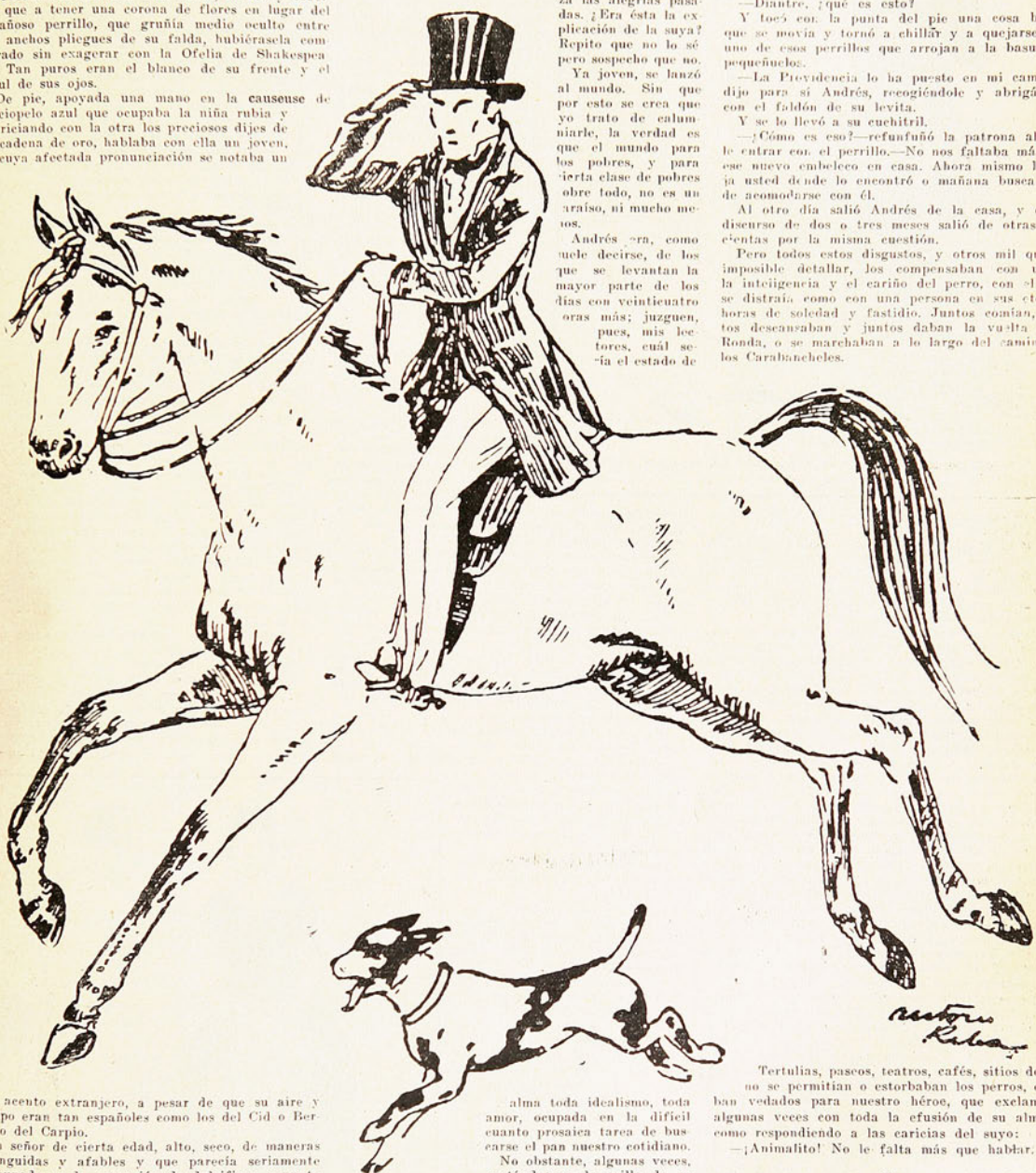
en leche (porridge).

Alimento delicioso, rico en vitaminas, proteinas y sales minerales y de asimilación rápida y fácil.

Prepare diariamente Avena Gavilla o consúmala en los Cafeés, Salones de Té, Hoteles y Restaurantes.

Casa de Leche "La Primavera"
Restaurant Naturista, Etc.

¡¡ESRARO!! Por Gustavo A. Becquer



TOMABAMOS el té en casa de una señora amiga mía, y se hablaba de esos dramas sociales que se desarrollan ignorados del mundo y cuyos protagonistas hemos conocido, si es que no hemos hecho un papel en algunas de sus escenas.

Entre otras muchas personas que no recuerdo, se encontraba allí una niña rubia, blanca y esbelta, que a tener una corona de flores en lugar del legañoso perrillo, que gruñía medio oculto entre los anchos pliegues de su falda, hubiérasela comparado sin exagerar con la Ofelia de Shakespeare. Tan puros eran el blanco de su frente y el azul de sus ojos.

De pie, apoyada una mano en la causeuse de terciopelo azul que ocupaba la niña rubia y acariciando con la otra los preciosos dijes de su cadena de oro, hablaba con ella un joven, en cuya afectada pronunciación se notaba un leve acento extranjero, a pesar de que su aire y su tipo eran tan españoles como los del Cid o Bernardo del Carpio.

Un señor de cierta edad, alto, seco, de maneras distinguidas y afables y que parecía seriamente preocupado en la operación de dulcificar a punto su taza de té, completaba el grupo de las personas más próximas a la chimenea, al calor de la cual me senté para contar esta historia.

Esta historia parece un cuento, pero no lo es: de ella pudiera hacerse un libro; yo lo he hecho algunas veces en mi imaginación. No obstante, la referiré en pocas palabras, pues para el que haya de comprenderla todavía sobrarán algunas.

I

Andrés, porque así se llamaba el héroe de mi narración, era uno de esos hombres en cuya alma rebosan el sentimiento que no han gastado nunca, y el cariño que no pueden depositar en nadie.

Huérfano casi al nacer, quedó al cuidado de unos parientes. Ignoro los detalles de su niñez; sólo puedo decir que cuando le hablaban de ella se oscurecía su frente y exclamaba con un suspiro:

—¡Ya pasó aquello!

Todos decimos lo mismo, recordando con tristeza las alegrías pasadas. ¿Era ésta la explicación de la suya? Repito que no lo sé pero sospecho que no.

Ya joven, se lanzó al mundo. Sin que por esto se crea que yo trato de calumniarle, la verdad es que el mundo para los pobres, y para cierta clase de pobres sobre todo, no es un paraíso, ni mucho menos.

Andrés era, como suele decirse, de los que se levantan la mayor parte de los días con veinticuatro horas más; juzguen, pues, mis lectores, cuál sería el estado de alma toda idealismo, toda amor, ocupada en la difícil cuanto prosaica tarea de buscarse el pan nuestro cotidiano.

No obstante, algunas veces, sentándose a la orilla de su solitario lecho, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, exclamaba:

—¡Si yo tuviese alguien a quien querer con toda mi alma...! ¡Una mujer, un caballo, un perro siquiera!

Como no tenía un cuarto, no le era posible tener nada, ningún objeto en que satisfacer su hambre de amor. Esta se exasperó hasta el punto de que en sus crisis llegó a cobrarle cariño al cuchitril donde habitaba, a los mezquinos muebles que le servían, hasta a la patrona, que era su genio del mal.

No hay que extrañarlo: Josefo refiere que durante el sitio de Jerusalén fué tal el hambre, que las madres se comieron a sus hijos.

Un día pudo proporcionarse un escasísimo sueldo para vivir. La noche de aquel día, cuando se retiraba a su casa, al atravesar una calle estrecha, oyó una especie de lamentos como lloros de una criatura recién nacida. No bien hubo dado algunos pasos más, después de oír aquellos gemidos, exclamó, deteniéndose:

—Diantre, ¿qué es esto?

Y tocó con la punta del pie una cosa blanda que se movía y tornó a chillar y a quejarse. Era uno de esos perrillos que arrojan a la basura de pequeñuelos.

—La Providencia lo ha puesto en mi camino—dijo para sí Andrés, recogiéndole y abrigándole con el faldón de su levita.

Y se lo llevó a su cuchitril.

—¿Cómo es eso?—refunfuñó la patrona al ver le entrar con el perrillo.—No nos faltaba más que ese nuevo embeleco en casa. Ahora mismo lo deja usted donde lo encontró o mañana busca donde acomodarse con él.

Al otro día salió Andrés de la casa, y en el discurso de dos o tres meses salió de otras doscientas por la misma cuestión.

Pero todos estos disgustos, y otros mil que es imposible detallar, los compensaban con usura la inteligencia y el cariño del perro, con el cual se distraía como con una persona en sus eternas horas de soledad y fastidio. Juntos comían, juntos descansaban y juntos daban la vuelta a la Ronda, o se marchaban a lo largo del camino de los Carabancheles.

Tertulias, paseos, teatros, cafés, sitios donde no se permitían o estorbaban los perros, estaban vedados para nuestro héroe, que exclamaba algunas veces con toda la efusión de su alma y como respondiendo a las caricias del suyo:

—¡Animalito! No le falta más que hablar.

II

Sería enfadoso explicar cómo, pero es el caso que Andrés mejoró algo de posición, y viéndose con algún dinero, dijo:

—¡Si yo tuviese una mujer...! Pero para tener una mujer es preciso mucho: los hombres como yo, antes de elegirla, necesitan un paraíso que ofrecerle, y hacer un paraíso de Madrid cuesta un ojo de la cara... ¡Si pudiera comprar un caballo...! No hay animal más noble ni más hermoso. ¡Cómo lo había de querer mi perro, cómo se divertirían el uno con el otro, y yo con los dos!

Una tarde fué a los toros, y antes de comenzar la función dirigióse maquinalmente al corral,

—¿Cómo es eso? ¡No nos faltaba más que ese nuevo embeleco en casa!

donde esperaban ensillados los que habían de salir a la lidia.

No sé si mis lectores habrán tenido alguna vez la curiosidad de ir a verlos. Yo de mí puedo asegurarles que, sin creerme tan sensible como el protagonista de esta historia, he tenido algunas veces ganas de comprarlos todos. Tal ha sido la lástima que me ha dado de ellos.

Andrés no pudo menos que experimentar una sensación penosísima al encontrarse en aquel sitio. Unos, cabizbajos, con la piel pegada a los huesos y la crin sucia y descompuesta, aguardaban inmóviles su turno, como si presintiesen la desastrosa muerte que había de poner término, dentro de breves horas, a la miserable vida que arrastraban; otros, medio ciegos, buscaban olfateando el pesebre y comían, o hiriendo el suelo con el casco y dando fuertes resoplidos pugnaban por desasirse y huír del peligro que olfateaban con horror.

Y todos aquellos animales habían sido jóvenes y hermosos. ¡Cuántas manos aristocráticas habrían acariciado sus cuellos! ¡Cuántas voces cariñosas los habrían alentado en su carrera, y ahora todo era juramentos por acá, palos por acullá, y por último la muerte, la muerte con una agonía horrible, acompañada de chanzonetas y silbidos!

—Si piensan algo—decía Andrés,—¿qué pensarán estos animales en el fondo de su confusa inteligencia, cuando en medio de la plaza se muerden la lengua y expiran con una contracción espantosa? En verdad que la ingratitud del hombre es algunas veces inconcebible.

De estas reflexiones vino a sacarle la aguardentosa voz de uno de los picadores, que juraba y maldecía mientras probaba las piernas de uno de los caballos dando con el cuento de la garrocha en la pared. El caballo no parecía del todo despreciable; por lo visto, debía de ser loco o tener alguna enfermedad de muerte.

Andrés pensó en adquirirle. Costar, no debiera costar mucho; pero, ¿y mantenerlo? El picador le hundió la espuela en el ijar y se dispuso a salir; nuestro joven vaciló un instante, y le detuvo.

Cómo lo hizo no lo sé, pero en menos de un cuarto de hora convenció al jinete para que lo dejase, buscó al asentista, ajustó el caballo y se quedó con él.

Creo excusado decir que aquella tarde no vió los toros.

Llevóse el caballo; pero el caballo, en efecto, estaba o parecía estar loco.

—Mucha leña en él—le dijo un inteligente.

—Poco de comer—aconsejó un mariscal.

El caballo seguía en sus trece.

—¡Bah!—exclamó al fin su dueño.—Démosle de comer lo que quiera y dejémosle hacer lo que le dé la gana.

El caballo no era viejo, y comenzó a engordar y a ser más dócil. Verdad que tenía sus caprichos y que nadie podía montarlo más que Andrés, pero decía éste:

—Así no me lo pedirán prestado, y en cuanto a rarezas, ya nos iremos acostumbrando mutuamente a las que tenemos.

Y llegaron a acostumbrarse de tal modo, que Andrés sabía cuándo el caballo tenía ganas de hacer una cosa y cuándo no, y a éste le bastaba una voz de su dueño para saltar, detenerse o partir al escape, rápido como un huracán.

Del perro no digamos nada: llegó a familiarizarse de tal modo con su nuevo camarada, que ni a beber salían el uno sin el otro.

Desde aquel punto, cuando se perdía al escape entre una nube de polvo por el camino de los Carabancheles y su perro le acompañaba saltando, y se adelantaba para tornar a buscarle o le dejaba pasar para volver a seguirle. Andrés se creía el más feliz de los hombres.

III

Pasó algún tiempo; nuestro joven estaba rico, o casi rico.

Un día, después de haber corrido mucho, se apeó fatigado junto a un árbol y se recostó a su sombra.

Era un día de primavera, luminoso y azul, de esos en que se respira con voluptuosidad una atmósfera tibia e impregnada de deseos, en que se oyen en las ráfagas del aire como armonías lejanas, en que los limpios horizontes se dibujan con líneas de oro y flotan ante nuestros ojos átomos brillantes de no sé qué, átomos que semejan formas transparentes que nos siguen, nos rodean y nos embriagan a un tiempo de tristeza y de felicidad.

—Yo quiero mucho a estos dos seres—exclamó Andrés, después de sentarse, mientras acariciaba a su perro con una mano y con la otra le daba a su caballo un puñado de hierbas,—mucho; pero todavía hay un hueco en mi corazón que no se ha llenado nunca; todavía me queda por emplear un cariño más grande, más santo, más puro. Decididamente necesito una mujer.

En aquel momento pasaba por el camino una muchacha con un cántaro en la cabeza.

Andrés no tenía sed, y sin embargo, le pidió agua. La muchacha se detuvo para ofrecérsela, y lo hizo con tanta amabilidad, que nuestro joven comprendió perfectamente uno de los más patriarcales episodios de la Biblia.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó así que hubo bebido.

—Plácida.

—¿Y en qué te ocupas?

—Soy hija de un comerciante que murió arruinado y perseguido por sus opiniones políticas. Después de su muerte, mi madre y yo nos retiramos a una aldea, donde lo pasamos bien mal, con una pensión de tres reales por todo recurso. Mi madre está enferma y yo tengo que hacerlo todo.

—¿Y cómo no te has casado?

—No sé; en el pueblo dicen que no sirvo para trabajar, que soy muy delicada, muy señorita.

La muchacha se alejó después de despedirse.

Mientras la miraba alejarse, Andrés permaneció en silencio; cuando la perdió de vista, dijo con la satisfacción del que resuelve un problema:

—Esa mujer me conviene.

Montó en su caballo, y seguido de su perro se dirigió a la aldea.

Pronto hizo conocimiento con la madre, y casi tan pronto se enamoró perdidamente de la hija.

Cuando al cabo de algunos meses ésta se quedó huérfana, se casó, enamorado de su mujer, que es una de las mayores felicidades de este mundo.

Casarse y establecerse en una quinta situada en uno de los sitios más pintorescos de su país, fué obra de algunos días.

Cuando se vió en ella, rico, con su mujer, su perro y su caballo, tuvo que restregarse los ojos: creía que soñaba. Tan feliz, tan completamente feliz era el pobre Andrés.

IV

Así vivió por espacio de algunos años, dichoso si Dios tenía qué, cuando una noche creyó observar que alguien rondaba su quinta, y más tarde sorprendió a un hombre modelando el ojo de la cerradura de una puerta del jardín.

—Ladrones tenemos—dijo.

Y determinó avisar al pueblo más cercano, donde había una pareja de guardias civiles.

—¿A dónde vas?—le preguntó su mujer.

—Al pueblo.

—¿A qué?

—A dar aviso a los civiles, porque sospecho que alguien nos ronda la quinta.

Cuando la mujer oyó esto, palideció ligeramente. El, dándole un beso, prosiguió:

—Me marcho a pie porque el camino es corto. ¡Adiós! Hasta la tarde.

Al pasar por el patio para dirigirse a la puerta, entró un momento en la cuadra, vió a su caballo y acariciándole le dijo:

—Adiós pobrecito, adiós; hoy descansarás, que ayer te di un mate como para ti solo.

El caballo, que acostumbraba salir todos los días con su dueño, relinchó tristemente al sentirle alejarse.

Cuando Andrés se disponía a abandonar la quinta, su perro comenzó a hacerle fiestas.

—No, no vienes conmigo—exclamó, hablándole como si lo entendiese.—Cuando vas al pueblo ladras a los muchachos y corres a las gallinas, y el mejor día del año te van a dar tal golpe, que no te queden ánimos de volver por otro... No abrirle hasta que yo me marche—prosiguió, dirigiéndose a un criado.

Y cerró la puerta para que no le siguiese.

Ya había dado la vuelta al camino cuando todavía escuchaba los largos aullidos del perro.

Fué al pueblo, despachó su diligencia, se entretuvo un poco con el alcalde, charlando de diversas cosas, y se volvió hacia su quinta. Al llegar a las inmediaciones, extrañó bastante que no saliese el perro a recibirle, el perro que otras veces, como si lo supiera, salía hasta la mitad del camino... Silba... ¡Nada! Entra en la posesión. ¡Ni un criado!

—¿Qué diantres será esto?—exclama con inquietud.

Y se dirige al caserío.

Llega a él, entra en el patio: lo primero que se ofrece a su vista es el perro tendido en un charco de sangre a la puerta de la cuadra. Algunos pedazos de ropa diseminados por el suelo, algunas hilachas pendientes aún de sus fauces, cu-

(Continúa más adelante).

—¿Y en qué te ocupas?

EL ROMANCE DE AMOR DE UN PRINCIPE

HELENE LUPESCU CUENTA SUS AMORES CON EL HEREDERO DEL TRONO DE RUMANIA

CAPITULO II

(CONCLUSION)

YA el telégrafo, a raíz de la muerte del Rey de Rumania, transmitió los escándalos, los incidentes políticos, suscitados en torno a la sucesión del trono en aquel país: el Príncipe Carol, heredero legítimo, había renunciado al trono para entregarse a sus amores. Primero una esposa morganática reclamaba derechos para su hijo; luego, una amante nueva, Helene Lupescu, le retenía entre sus brazos.

Y es esta, Helene Lupescu, quien ha escrito estos recuerdos, que ahora publicamos. No hay novela de amor más romántica que ésta, donde la pasión haya sacrificado un trono.

DURANTE el invierno de 1926, doquiera que íbamos Carol y yo, la prensa de la localidad pregonaba a los cuatro vientos nuestra "fuga amorosa". Circulaban y publicábanse las versiones más absurdas, y lo que era peor, el público les daba crédito. En Venecia—paraíso de amantes y de poetas—hallamos por fin un remanso de paz. De noche, cuando nadie nos veía ni espiaba, soliamos deslizarnos por los callados y misteriosos canales en una góndola negra, cuyo batelero jamás pudo imaginarse quiénes éramos.

Y flotando lánguidamente en el tranquilo cristal de la laguna, bajo una luna suave y acariciadora, destejíamos el ovillo de nuestros pensamientos con frases entrecortadas murmurantes, entre las cuales se abrían prolongados paréntesis de silencio, mientras el descanso y el sosiego se apoderaban de nuestras almas, acercándolas, uniéndolas... ¡Ah el silencio de los amantes! ¡Cuán contados son los que saben de la dulzura del amor sorbido en silencio!

—Estoy seguro—decía a veces mi pobre príncipe—de que a mí se me considera la oveja negra del rebaño. He frustrado las esperanzas en mí depositadas. Me llamarán cobarde desertor, llorarán mi recuerdo y se dolerán de mi suerte. ¡Pobre vagabundo condenado a arrastrar la ruina de su vida por lejanas tierras! ¡Infeliz derelicto humano, sin familia ni patria, laminado por las salobres aguas de todos los mares; azotado por todos los temporales; arrojado a todas las playas!

Y yo le respondía:

—No, Carol. Tú volverás a los tuyos. No te empeñes en torcer la ruta que el Destino te señala. Al final de la jornada verás que, a pesar de haber sido tan tortuoso, tu camino te conducirá al lugar que te corresponde. Tú volverás, Carol, tú volverás a los tuyos...

El callaba... y se sumía en hondas meditaciones.

Al cabo de unos minutos, salía de su silencio y con voz apagada exclamaba:

—Pero mientras tanto, "ella" sufre.

"Ella" era la Reina María, su madre.

UN IDILIO EN VENECIA

Bien sabía yo cuánto debía sufrir la Reina María y cuán poco podía hacer Carol para mitigar el dolor de su pobre madre. Por eso yo callaba y callando, hacía ver a Carol cuán bien comprendía la tragedia de su vida.

Corren por ahí mil horribles patrañas: mil infames calumnias respecto a los "affaires amorosos de Su Majestad"; viles murmuraciones desde largo tiempo ha desacreditadas; pero rehechas y amañadas constantemente en los boudoirs y recámaras de palacio, en la impunidad cobarde de los tés y "smokers". Son tales las bajas intrigas que rodean al trono que no se puede creer a nadie. El mundo no tiene idea de la tremenda miseria de esas conspiraciones.

Desde Venecia, paz de nuestros cuerpos y descanso de nuestras almas. Carol y yo fuimos a Niza, Montecarlo y Cannes. Nos mezclamos con las alegres turbas en el Casino; quisimos perdernos entre el gentío; pretendimos olvidarlo todo ante el tapete verde de las mesas de juego en la playa, en los cafées; pero era en vano. Todas las miradas se clavaban en nosotros y todas las lenguas desmenuzaban nuestras vidas.

¡Era tanta nuestra sed de olvido, nuestra ansia de paz, nuestro anhelo de ser simplemente "dos más": de vernos libres de los odios y confusiones del mundo! Algún amigo pronunció benévolamente la frase: "Vuestra luna de miel". Yo sonreí tristemente, pensando en la ironía de palabras tan dulces aplicadas a días tan amargos. Pero ¡ah! si para la luna de miel sólo hace falta amor, nosotros lo teníamos.

Y nadie se atrevía a negarlo.

—Probemos ahora a Biarritz—dijo el príncipe.

¡ADIOS, "LUNA DE MIEL"

Fué una gran idea; porque en la costa vasca podíamos perdernos entre aquella turbamulta de españoles, franceses, italianos, griegos y argentinos. Alojábamosnos en el Palace Hotel y pasábamos largas horas en la playa. Nos encanta bañarnos en el mar, y allí, en Biarritz obtuvimos nuestros dos primeros perros, espléndida pareja de Schanuser Pinscrs, que ahora tenemos a nuestro lado en Neuilly.

Nuestra familia "perruna" es numerosísima. Todos mis perros me profesan un cariño sin límites; lo sé por la inefable expresión de sus ojos. Sí; estoy convencida de que los perros saben comprender y no juzgan a nadie por las leyes y normas de los hombres. ¡Cuánto consuelo hallo en ellos!

Donde más tiempo estuvimos fué en Biarritz.

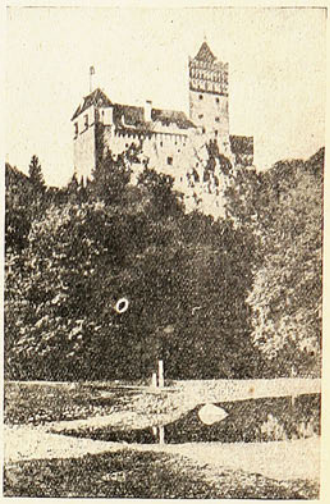
Llegó la primavera; sintiéronse los primeros calores; los bañistas empezaron a emigrar hacia los balnearios del Norte y poco a poco fué apoderándose de nosotros el deseo de regresar a París.

—Vámonos a vivir a una casita tranquila y tibia, lejos de la multitud y a esperar el curso que tomen los acontecimientos.

Creo que la idea salió de mi príncipe, aunque no estoy segura de que yó misma no haya pronunciado esas palabras.

—Sí vamos.—Y en realidad no sé todavía cuál de los dos contestó afirmativamente.

Mme. Lupescu en la Playa de Biarritz.



El castillo Brau, residencia habitual de los reyes de Rumania.

Así se terminó nuestra "luna de miel". Vinimos a París, y encontramos esta casa. Nos hizo falta no poco valor para declararnos amantes ante el mundo entero; heroico rasgo de sinceridad que nos erigía en una especie de archipecadores y enemigos de la sociedad constituída.

LLUEVEN LAS REPRIMENDAS

La tempestad se desencadenó casi en el acto y empezó a llegar de Rumania una avalancha de furiosas reprimendas. No me cansaré de decir que Carol carece de esa suave cualidad conocida por "tacto". Carol se niega a ocultar sus verdaderos sentimientos tras un velo de palabras bellas y amables modales. Esto, para él, constituye un subterfugio indigno: casi una falta de honradez y toda su vida ha sufrido las consecuencias de esta falta de "savoir faire".

Por eso cuando empezaron a llover las admoniciones, Carol ripostó encolerizado y, presa de súbito rapto de ira, amenazó con renunciar a sus derechos al Trono. Como he dicho ya, el Primer Ministro Bratianu, quiere ser el dueño de Rumania, y por lo tanto no le conviene un hombre enérgico y voluntarioso como Carol, al extremo de que su partido pretende eliminar a mi príncipe de la línea de sucesión. Para ello, tienen que cortar todas las relaciones entre Carol y su familia y se consagran con ahinco a envenenar la mente de sus regios parientes subrayando los "affaires amorosos" de Carol y diciendo que "está deshonrando a su patria".

Acto seguido, se le ordenó que regresase inmediatamente a Bucarest para firmar la renuncia. El se negó a ello. Luego, los emisarios del gobierno le prometieron que, si firmaba la abdicación, la mantendrían en secreto durante varios meses para darle tiempo a reacapacitar.

Carol firmó.

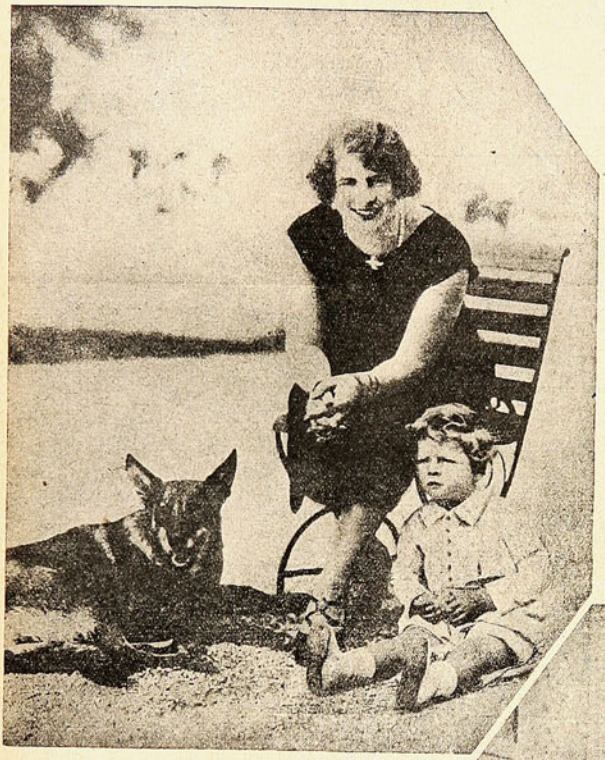
La abdicación se publicó inmediatamente, procediendo los empresarios a tergiversar los sentimientos de Carol para con la familia real y los de ésta para con él.

UN MENSAJE DE VERDAD Y HONRADEZ

No obstante, desde el momento de la firma gozamos de una paz relativa. Tenían ya lo que querían: la renuncia de Carol al trono. Lo único que restaba a los tenebrosos conspiradores, era seguir tergiversando la actitud de Carol, su gesto de desafío, su indiferencia hacia todo lo rumano y su "corrupta" vida conmigo en Neuilly.

Y desde las mudas paredes de nuestra villa, quiero enviar al mundo este mensaje de verdad y de honradez.

Las gentes pasan ante nuestra casa y se detienen a contemplarla, refocilándose al pensar en las fantásticas escenas, en las delirantes orgías, en las pecaminosas aventuras de amor desarrolladas en una atmósfera de sensualidad y de vicio en



La Princesa Helena, madre del actual rey, con el joven monarca. La Princesa Helena es la segunda esposa del Príncipe Carol, de quien se separó hace dos años.

este antro diabólico donde una mujer degradada y perversa hunde sus garras en el cuerpo y en el alma de un príncipe de sangre real, desterrado de su país, arrojado del seno de los suyos. ¡Pobre víctima de un amor fatal!

¡Cuán lejos de la verdad!

Rara vez reina la alegría en nuestro hogar, a no ser cuando desesperados de nuestra reclusión, nos esforzamos en reír y bromear para alejar de nosotros los recuerdos y salvarnos del abismo de tristeza que bajo nuestros pies abre su negra boca.

En realidad, vivimos como viven miles de jóvenes matrimonios sancionados por las leyes Divinas y Humanas, y aprobados por la sociedad. Nuestro "menaje" no puede ser más modesto. Tenemos tres sirvientes: un mayordomo que guía el automóvil de Carol, cuando éste no se sienta al timón, una doncella y una cocinera, todos rumanos. Teníamos una cocinera francesa, pero nos gusta mucho la cocina rumana y me fué imposible enseñarle a preparar los platos típicos de mi patria.

CAROL, SECANDO PLATOS

Cuando alquilamos nuestra villa no pudimos obtener servidumbre alguna, ni la tuvimos en seis interminables semanas. En ese transcurso el príncipe y yo nos vimos obligados a atender a todos los quehaceres domésticos. Yo no soy mala cocinera y ama de casa — mi madre tuvo muy buen cuidado de ello—y, con la mayor alegría, me dispuse a limpiar, fregar, sacudir el polvo y preparar la comida.

Mi príncipe me ayudaba de buen grado encargándose de hacer las camas, barrer, secar los platos y recibir a los que llamaban a la puerta. Cuando sus anchas espaldas derribaban un jarrón o sus torpes dedos dejaban caer un plato que se estrellaba contra el pavimento, yo reía, reía con toda mi alma, y me sentía orgullosa de él, como se siente toda mujer al ver que su hombre sabe hacer frente a cualquiera contingencia.

Por regla general pedía los víveres por teléfono; pero a veces iba yo misma a las tiendas a comprar carnes, frutas y hortalizas, exactamente lo mismo que la esposa de cualquier empleado. Aquello me encantaba. Si no fuera por las murmuraciones y críticas del vulgo, lo seguiría haciendo ahora mismo. ¡Qué delicioso es vivir y soñar en la paz de un hogar! Ni Carol ni yo tenemos gustos extravagantes. A él le gusta guiar su automóvil y volar en aeroplano, pero fuera de esos dos costosos deportes, creo que podría vivir felizmente con el equivalente de diez o doce mil dólares al año.

En lo que a mí se refiere, muchas son las mujeres que no me creerán si les digo que preferiría ser la amante y amada esposa de cualquier hombre modesto, con nuestra casita de blancos visillos, relucientes cacharros, limpio jardín y tibia chimenea ante la cual juegan niños y perros que una reina infeliz ... ¡Ya hice cuán felices son la mayoría de las reinas!

$ 265 DE RENTA AL MES, PAGA CAROL

Intentaré ahora describir nuestra "perversa" mansión y hacer el relato de uno de los días típicos de nuestra "disoluta" vida.

Por nuestra villa de Neuilly, Carol paga 80,000 francos al año. Creo que esto equivale a unos $ 265 mensuales.

Es una casita bastante modesta y estaba en parte amueblada cuando la alquilamos. Luego, adquirimos algunos objetos de uso personal; libros, tapices, bibelots, y un piano de cola sobre el cual puse un gran bordado rumano y fotografías de los grandes amores de Carol: su hijito el Rey Mihail, su madre, la Reina María, su hermano Nicolás, sus hermanas y su fallecido padre el Rey Fernando I. De las ventanas del dormitorio, situado en el primer piso, que dan al frente de la casa, colgué grandes jaulas doradas donde cantan día y noche una pareja de canarios, en tanto que la brisa mece las blancas cortinas.

La villa está a un lado del sombreado Boulevard Bineau, cubierto de frondosos árboles, hallándose separado del pavimento por un muro de escasa elevación, el jardín del frente. Abrese en el muro una verja de hierro, desde la cual un sendero caprichosamente enlosado conduce a la amplia porte-cochere. En la planta baja, están la sala, la biblioteca, y el comedor, al frente; y en la parte de atrás la cocina y la despensa cuyas puertas dan a un jardincillo y un garage. En la planta alta, media docena de habitaciones que, bajo ningún concepto, son más lujosas que las ocupadas a diario en los hoteles de segunda categoría por los viajeros y familias de la clase media.

EL DESAYUNO AL MEDIODIA

El Príncipe Carol recibe dinero todos los meses de Rumania, producto de las rentas que percibe por sus propiedades particulares, entre ellas los castillos que heredó de su padre y del tío de éste.

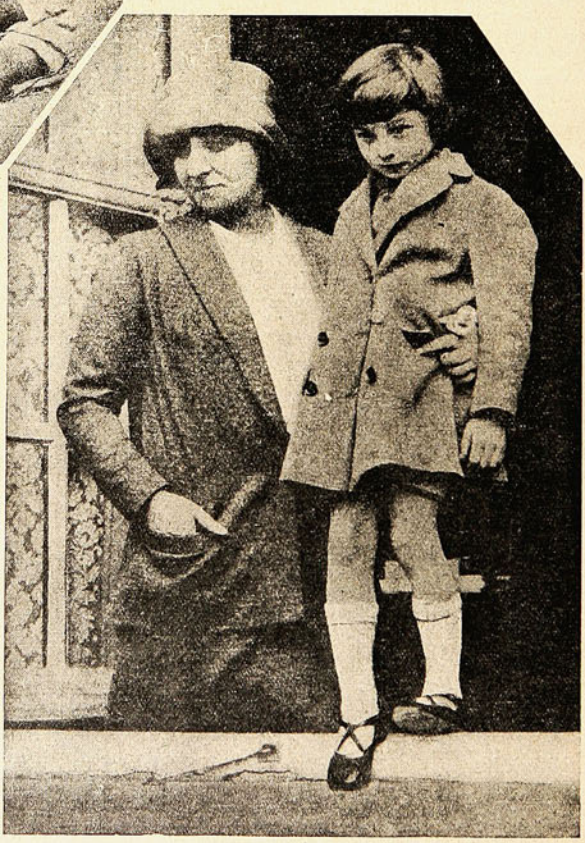
Rara vez nos levantamos temprano, porque nosotros, como todos los que se han educado en nuestro ambiente, permanecen en pie hasta una hora avanzada de la noche, es ya costumbre inveterada. Al mediodía hacemos que nos suban el desayuno al dormitorio; una taza de café con leche y un "brioche" amén de algunas confituras. Luego, nos vestimos para recibir las visitas. De tarde en tarde damos un paseo matutino a caballo por el "bois" y el verano pasado jugamos de vez en cuando el tennis; pero este año no nos sentimos ya con tantas energías...

Aunque al principio teníamos muy pocas visitas ahora recibimos más, en su mayoría aviadores rumanos, entre los cuales Carol goza de grandes amistades. Nos encanta tener invitados y recibir visitas, pero no hacerlas. El príncipe pasea mucho en automóvil y a caballo.

En las primeras horas de la tarde solemos salir de paseo con los perros y con ellos jugueteo en el jardín. ¡Qué lindos son! ¡Ah! tenemos también una camada de cachorritos, monísimos!

Frecuentemente tenemos invitados cuidadosamente escogidos entre el limitado número de amigos que nos aprecian y se abstienen de espiarnos y criticarnos, entre ellos un escritor francés, un diputado francés y la actriz rumana. Elvira Populescu, que está actuando en París.

Jamás nos cansamos de jugar al bridge y nuestras partidas duran hasta una hora avanzada de la noche. Luego, cenamos con un poco de vino y mucha y amena charla, evitando siempre todo tema profundo o de alta política hacia los cuales siente repugnancia Carol por ser precisamente la causa de su alejamiento de al Corte de Rumania.



Zisi Lambrino Hohenzollern y su hijo el Príncipe Mircea Gregorio Carol, primera esposa del Príncipe Carol, de quien éste tuvo que separarse por considerarse su matrimonio morganático.

YO NO ME QUEJO

Quienes califican a Carol de "cabeza dura", terco y obstinado, debieran verlo por las noches en casa feliz de verse rodeado de sus nuevos amigos, sencillo, cariñoso, solícito esforzándose siempre en no entristecer a nadie con sus desgracias. Lo que Carol necesita es una madre amante que lo comprenda, y muchas veces yo me veo tratándolo como si él fuera un niño y yo su madre.

Lucho lo indecible por hacerle suavizar sus rectilíneos modos de expresión y bruscos ademanes y él me obedece... hasta cierto punto. Esto ha dado lugar a la historia de mi "influjo" y mi "maléfico ascendiente" sobre él; pero nada más natural que las gentes sientan animadversión hacia una mujer que se ha entregado al amor y trata de consolar a un hombre en la adversidad.

Yo no me quejo. Desde el primer momento estuve dispuesta a hacer toda clase de sacrificios y a soportar todas las burlas por el bien de Carol y con él estoy dispuesta a ir hasta el fin del mundo.

Y mientras tanto, ¿qué mayor felicidad que la de estar con un hombre culto y correcto caballero como Carol? ¿Qué es un caballero? En mi entender, un caballero es un hombre bien educado, considerado, dotado de valor y dignidad y fiel a sus principios. Esa es mi idea del caballero, y Carol lo es.

Le encantan los libros de tesis científicas. Me acuerdo de cierta noche, al cabo de todo un día de prueba en que todo parecía salir mal. Carol estaba sentado arriba en mi dormitorio, silencioso, inmóvil, contemplando con aire cansado, apoyada la frente en la diestra, las volutas de humo de su cigarrillo, a la luz de mi lámpara de mesa, cuando entró el Mayordomo trayendo un paquete que, a mi juicio, carecía de interés, y lo depositó en un rincón.

NO SOMOS VANAS MARIPOSAS

La melancólica mirada de Carol se detuvo en el paquete; ilumináronse las pupilas y cuando, apoderándose del bulto desgarró la envoltura y lo abrió, dijérase que había atravesado por todo su ser una corriente eléctrica.

¡...Pues no eran otra cosa que dos gruesos volúmenes sobre la mecánica, pilotaje y construcción de aeroplanos, obra de un aviador francés! Y Carol se quedó allí leyéndolos absorto hasta las tres de la madrugada, olvidado de todo... ¡Hasta de mí!

También lee mucho inglés, sobre todo periódicos y revistas.

A veces siento envidia al verle dominar un idioma para mí lleno de lagunas y dificultades. Me gusta la literatura rumana y la historia y folklore de nuestro país y de cuando en cuando leo novelas francesas sintiendo especial preferencia por las de Maurice Dekobra.

En la intimidad, Carol y yo hablamos por regla general en francés que es, digámoslo así el idioma social de Rumania. Todos los rumanos de cierta cultura hablan francés y alemán y con frecuencia, inglés. El inglés que habla Carol es perfecto y en algunas ocasiones me da lecciones.

Así es de tranquila nuestra vida. Nada tenemos de "mariposas" del gran mundo: Ni Carol ni yo.

CAPITULO III

A buen seguro que el lector oirá decir de mí cosas verdaderamente terribles; pero yo creo que nada de terrible tengo. Nada más natural que una mujer que, después de todo no es fea, cultive sus amistades y le guste divertirse. Mas esas cosas jamás han ocupado en mi vida un lugar preferente, ya que de no ser así no llevaría la existencia de aislamiento que hoy llevo.

A pesar de que me gusta verme admirada y hacer resaltar todos mis atractivos—¿qué mujer no gusta de ello?—he evitado siempre la publicidad.

En Biarritz gané un premio por ser "la mujer mejor vestida del balneario", lo cual me divirtió grandemente y — ¿por qué no?—confesaré que me agradó no poco. El vestido que llevaba era gris, complementado con una gran aguamarina engarzada en un anillo que me regalara Carol. Los colores que mejor sientan con un pelo rojo como el mío son los "fríos" o "apagados" tales como el gris y el azul-verde. Mi príncipe posee un gusto exquisito para apreciar la belleza en todas sus formas; pero le desagradan las estridencias o los modales afectados.

También él viste admirablemente y luce bien porque su tipo es muy varonil y camina erguido, como un roble. Es rubio; tiene los ojos azules de su madre, la Reina María y el pelo castaño-claro y naturalmente ondulado. Usa un elegante y cuidado mostacho; pero aunque sus rasgos fisionómicos son agradables, yo no diría que sea "bello" en la excepción alta de la palabra. De todos modos, cuando se pone un uniforme o el frac... ¡casi, casi, es irresistible!

Jamás salimos a la calle sin que venga alguien a contemplarnos con curiosidad o a fotografiarnos. Nunca concedemos entrevistas a los periodistas ni hablamos con ellos siquiera. Estos capítulos constituyen mi primera aportación a la prensa y hasta ahora jamás he autorizado la publicación de ningún escrito mio. Confío, pues, en disipar cuántas versiones por ahí corren respecto a mi sed de notoriedad. Nadie la ansía menos que yo.

ASI OLVIDAMOS NUESTRAS PENAS

Ni Carol, ni yo vamos a ninguna parte, aunque deploramos amargamente las circunstancias que nos vedan hacerlo. ¡Más disfrutan de la alegre vida de París cualquier hortera y su novio, que el príncipe Carol y Helene Lupescu! Carol sólo ha estado en Montmartre dos veces en su vida.

Nuestra diversión más "disoluta" es el cine, porque allí se nos reconoce con menos facilidad que en el teatro o la ópera. Nos encantan las películas cómicas, como las de Buster Keaton, Charlie Chaplin, y Harold Lloyd. También nos agradan mucho Douglas Fairbanks y la cándida Mary Pickford. El cinematógrafo es una bendición para nosotros, porque allí olvidamos todas nuestras penas.

Ya he recibido proposiciones de diversos managers norteamericanos, para trabajar en la impresión de películas. Yo no me considero tan vanidosa o estúpida que vaya a creer que esos señores

La Reina María de Rumania, con el uniforme de coronel de la Guardia Real.

vean en mí una belleza o un talento extraordinarios. No se trata de mis aptitudes, sino de mi situación; he ahí el secreto.

Es tremendo eso de ser "un fenómeno de circo". Me gustaría, sí, trabajar para el cinematógrafo si supiera que servía y después de juzgar por mí misma mis propios méritos. Además, dicenme que no todas las mujeres, aunque sean mucho más bellas que yo, lucen bien en las películas, de cuya suerte mi entrada a las huestes de la farándula silente equivaldría a echar una carta al aire. Decididamente, yo no sirvo para los negocios. ¡Lo siento!

Tengo la firme convicción de que a todos los niños, lo mismo varones que hembras, debiera enseñárseles alguna profesión para que hoy o mañana puedan ganarse la vida. Y conste que sé muy bien lo que digo porque: ¿no está acaso mi porvenir lleno de negras dudas?

Quién sabe si algún día no tendré que buscar la forma de independizarme. La temida separación de Carol y yo tiene que sobrevenir inevitablemente. Es muy doloroso reconocerlo; pero es la verdad. Yo no puedo hundir la cabeza en la arena como un estúpido avestruz y cerrar los ojos a mis presentes disgustos y mis futuros temores.

YO NO ME HAGO ILUSIONES

Soy un derecho social; estoy desterrada, expatriada de mi tierra natal, de la tierra que amo. Hace dos años que no veo a mis padres y no sé si volveré a verlos jámás. Siempre me han querido entrañablemente y su porvenir turba mi sueña con harta frecuencia. Mi suprema ilusión es ponerlos a cubierto de toda necesidad, porque ya son viejos y tienen cifradas en mí todas sus esperanzas.

Mis padres son rumanos de pura cepa, y como poseen firmes convicciones en cuanto a lo que mi desgraciado país necesita, las autoridades se niegan a darles pasaporte para el extranjero, temerosas que le conspiren a favor de la restauración de Carol.

Tampoco a mí me quieren dar pasaporte. Si quisiera volver a Rumania, aunque sólo fuera para ver a los míos, me rechazarían en la frontera. No es muy agradable que digamos mi situación. Carol es mi única felicidad: ¡es todo! ¿Llegará por desgracia, un momento en que tenga que renunciar también a él? Yo no me hago ilusiones. ¡Quizá la única solución de nuestro problema estribe en la separación!

Cuando recibimos la noticia de que el Rey Fernando de Rumania estaba desahuciado y al borde de la tumba Carol cayó abrumado por el dolor, y supliqué que lo dejaran ir a Bucarest. Yo mismo pedía a Dios que le permitieran arrodillarse al lado del lecho de muerte de su padre y despedirse de él.

Mas, ¡a! le estaba vedado. Prohibióronle rígidamente acercarse siquiera a Rumania y hasta amenazaron con detenerlo en la frontera si lo hacía. Así, el único consuelo que tuvo Carol fué el de asistir, transido de dolor, a los funerales celebrados en la Capilla Rumana de París.

UNA RED DE INTRIGAS

Parecería cruel, pero Carol "había renunciado al trono" y se hallaba en el destierro "viviendo en el extranjero con una ambiciosa mujer que lo envuelve en su maléfico influjo para adueñarse de él por completo".

Puede ocurrírsele a nadie que ninguna "mujer ambiciosa" ame hasta tal punto al príncipe Carol que llegue al extremo de sacrificarse a él por completo?

¡Nó y mil veces nó! Pues bien; a pesar de todo estoy dispuesta a separarme a un lado en este mismo momento y dejarlo en plena libertad de volver a los brazos de la Princesa Helena, su esposa, si tal fuera posible.

Pero no es tan fácil como parece. Las circunstancias que nos rodean se pierden en una red de intrigas que envuelve a toda la familia real. Los conspiradores no cejan en sus esfuerzos por convencer al mundo de que la propia madre de Carol conspira también en la esperanza de llegar a erigirse en "Emperatriz de los Balkanes".

Ni siquiera respetan a la esposa de Carol, la Princesa Helena, en esos tenebrosos complots. Interceptan y sustraen sus cartas particulares, propalan canallescas mentiras acerca de su esposo y ponen en juego los más arteros recursos para impedir la reconciliación de ambos.

Desde hace mucho tiempo la Princesa Helena anhela tanto el divorcio como Carol mismo. Sus Sus caracteres son de todo punto incompatibles y por ello se habían puesto de acuerdo para efectuar algún arreglo mutuo.

Mas los enemigos de Carol convencieron a la Princesa Helena de que debía negarse a devolver la libertad a Carol y de esta suerte nos hallamos en un lío espantoso de complots y conspiraciones.

MIL RUMORES FALSOS

Varios amigos nuestros nos han puesto en antecedentes de un plan de vastos alcances que tiene por objeto influir en la opinión pública por medio de añagazas y falsedades hábilmente propaladas; y en un momento dado, los agitadores extranjeros provocarán una revolución y proclamarán la república soviética en Rumania.

¿No fué verdaderamente sorprendente la indiferencia del mundo ante la revolución rusa? ¿No se cuidaron muy bien los bolcheviques de tener preparada de antemano a la opinión pública para evitar que resaltaran sus atrocidades?

Desde que vivimos aquí, hemos sido víctimas de mil falsos rumores. Se ha dicho que se nos había visto en toda clase de lugares cuando lo cierto es que jamás abandonamos nuestra villa.

Una vez aseguraron en la prensa que Carol había llegado a Rapallo para ver a su esposa y a su hijo, cuando en realidad Carol estaba a mi lado, aquí mismo, enfermo de grippe. Todas esas falsedades las propalan para indisponerlo más aún con su familia y con la opinión pública.

Otra vez estábamos comiendo una noche, en cierto tranquilo restaurant, con dos amigos íntimos, uno de los cuales se sintió súbitamente enfermo. Varios espías nos vigilaban tras los cristales de la ventana y lanzaron a la circulación la fantástica historia de una "báquica orgía" en la cual nuestro amigo cayó rodando borracho como una cuba!

Hasta mi primo, Jorge Bogdan, que nació en Iassv, fué víctima de un diabólico complot fraguado para desacreditar a Carol en Rumania. Bogdan residió durante algún tiempo en París y como es natural, encontraba siempre abiertas las puertas de nuestra villa. Pues bien; nuestros enemigos

se dirigieron a la policía de París y a la Embajada británica aportando falsas "pruebas" de que mi primo había falsificado varios pasaportes y "visas" para que los emigrantes rumanos pudieran entrar en el Canadá.

¡NUESTRO UNICO CONSUELO: EL AMOR!

Lo detuvieron; pero al día siguiente la policía lo puso en libertad dándole mil explicaciones. ¡No habían podido comprobar la autenticidad de las "pruebas" aportadas!

Así quedó frustrado el complot; pero los conspiradores se aprovecharon de los sueltos publicados en los periódicos sobre la detención de Bogdan para probar a los rumanos que Carol estaba haciendo una vida indigna de un príncipe y se rozaba ¡hasta con criminales!

Con esta constante persecución por parte de nuestros enemigos, ¿tiene nada de particular que Carol y yo nos uniéramos más y más buscando consuelo en nuestro amor?

Las gentes me preguntarán por qué no abandono a Carol y arrebato a sus enemigos el arma más formidable que contra él esgrimen. En primer lugar, lo amo. Y lo amo tanto que no vacilaría en hacer por su felicidad cualquier sacrificio; hasta ese que se me pide; pero en nada solucionaría sus problemas

"¡HA SIDO TAN BUENO PARA MI"!

Si lo abandonara, el escándalo sería tremendo y la noticia se propagaría con la velocidad del rayo. Además, dirían que "me había ido en busca de otras conquistas". Y si él me abandonara, dirían que "lo había hecho por otra mujer" o "porque yo le había amenazado con asesinarlo ante el temor de que me dejara".

Y aunque él pudiera ir sin mí a Rumania, ¿cómo sé yo si sus enemigos no lo harán objeto de la más cobarde y sangrienta de las venganzas?

Nó, mil veces no. Mi puesto está a su lado.

Cuando le veo cansado y entristecido, me contemplo en sus ojos y sé en el acto que me necesita, que necesita mi amor, mi cariño... ¡qué es todo lo que puedo darle!

A Carol no puede obligársele; hay que llevarlo de la mano con amor y con dulzura; pero, ¿quién ha de guiarlo? Lo único que puedo hacer es amarlo y tratar de demostrarle mi gratitud. ¡Ha sido tan bueno para mí!

Al escribir estas líneas mis ojos se posan en los

El Príncipe Nicolás de Rumania.

mil regalos que recibí de él: brillantes, sortijas, pendantifs de esmeraldas... ¡todo, todo me lo dió con el corazón; con ternura; con amor...!

Cada vez que lee en mi cara la duda o la idea de abandonarle, me pregunta: "Y si tú te vas, ¿quién va a cuidar de tí? ¿quién va a defenderte?". ¡No hay contestación posible!

Con harta frecuencia, trato de hallar respuesta a las preguntas íntimas que mi propio corazón me hace, en los viejos cantares y en las arcaicas poesías épicas de Rumania, todas en toño menor. No sé tocar muy bien el piano; pero sí cantar. En mi infancia—ahora tengo veintiocho años—tenía muy buena voz y mis padres se cuidaron de cultivarla hasta cierto punto. ¡Cuán pocas veces canto ahora!

¡Ah! Se me olvidaba relatar un pequeño incidente graciosísimo.

Yo no sé qué causa me indujo a cantar ante nuestra perra y sus cachorrillos. "Después de todo—díjeme—ella no se dará cuenta si acabo llorando o cantando". Lejos de ello. ¡Al contrario! La perra me ayudó a cantar porque en el instante en que posé las manos en el teclado, rompió a ladrar con tal furia y estrépito que, aunque al principio me asustó un tanto, acabó de hacerme reír a carcajadas; como no había reído desde hacía meses.

"¿Y MI PORVENIR, QUE?"

Decididamente. Tengo que mantener en alto mi espíritu, suceda lo que suceda, y crearme mi propia filosofía. En el mundo no hay hueco para tristes. Por plomizo que esté el cielo, por negros que sean los nubarrones que se columbran en el horizonte ¡riamos, siempre! que cuando menos se espere vendrá el sol y disipará las brumas.

A veces me siento vencida y solitaria y busco en mi "secretairre" una cariñosa nota que cierta dama norteamericana me envió con una caja de pensamientos y un párrafo del filósofo norteamericano Emerson, que dice:

"Fácil es en el mundo vivir de acuerdo con las opiniones del mundo; fácil es vivir en la soledad con arreglo a las propias opiniones; pero el hombre verdaderamente Grande es aquel que, en medio de la multitud, conserva con perfecta dulzura la independencia de la soledad".

Muy bello y muy consolador.

Y ahora cerraré estos capítulos, imperfectamente escritos y llenos de incongruencia. Si en ellos he logrado pintar a Carol, Príncipe de Rumania, como hombre de altas virtudes y bellas cualidades; como hombre que tiene también sus faltas por el hecho de serlo; y como hombre alrededor del cual se tejen abominables y crueles intrigas egoístas, no obstante lo cual sabe mantener encendido en el fondo del corazón la santa llama del amor y del deber, veré colmado todo mi anhelo.

En cuanto a mí, Helene Lupescu, mujer cuyo pasado yace sepultado en Rumania, cuyo presente está tan íntimamente ligado al de un príncipe desterrado e infeliz, y cuyo futuro... ¡y mi futuro, qué? ¡Bah! ¡Vano será que intente desgarrar el velo!

¡Yo no soy más que la "rumana pelirroja" que vive con Carol.

París, 1927.

(Firmado).—HELENE LUPESCU.

¡¡ES RARO!!

(Conclusión)

biertas de una rojiza espuma, atestiguan que se ha defendido y que al defenderse debió de recibir las heridas que lo cubren.

Andrés lo llama por su nombre: el perro moribundo entre abre los ojos, hace un inútil esfuerzo para levantarse, menea débilmente la cola, lame la mano que lo acaricia, y muere.

—Mi caballo. ¿Dónde está mi caballo?—exclama entonces, con voz sorda y ahogada por la emoción, al ver desierto el pesebre y rota la cuerda que lo sujetaba a él.

Sale de allí como un loco: llama a su mujer, nadie responde; a sus criados tampoco; recorre toda la casa fuera de sí... Sola, abandonada.

Sale de nuevo al camino, ve las señales del casco de su caballo, del suyo, no le cabe duda, porque él conoce o cree conocer hasta las huellas de su animal favorito.

—Todo lo comprendo—dice como iluminado por una idea repentina:—los ladrones se han aprovechado de mi ausencia para hacer su negocio y se llevan a mi mujer para exigirme por su rescate una gran suma de dinero. ¡Dinero! ¡Mi sangre, la salvación daría por ella! ¡Pobre perro mío!—exclama volviéndole a mirar.

Y parte a correr como un desesperado, siguiendo la dirección de las pisadas.

Y corrió, corrió sin descansar un instante en pos de aquellas señales, una hora, dos, tres.

—¿Habéis visto—preguntaba a todo el mundo—un hombre a caballo con una mujer a la grupa?

—Sí—le respondían.

—¿Por dónde van?

—Por allí.

Y entonces Andrés tomaba nuevas fuerzas y seguía corriendo.

La noche comenzaba a caer. A la misma pregunta, siempre encontraba la misma respuesta; y corría, y corría, hasta que al fin divisó una aldea, y junto a la entrada, al pie de una cruz que señalaba el punto en que se dividía en dos el camino, vió un grupo de gente, gañanes, viejos, muchachos que contemplaban con curiosidad una cosa que él no podía distinguir.

Llega, hace la pregunta de siempre, y le dice uno de los del grupo:

—Sí, hemos visto esa pareja. Mirad, por más señas, el caballo que la conducía, que cayó aquí, reventado de correr.

Andrés vuelve los ojos en la dirección que le señalaban, y ve en efecto su caballo, su querido caballo, que algunos hombres del pueblo se disponían a desollar para aprovecharse de la piel. No pudo apenas resistir la emoción; pero reponiéndose en seguida, volvió a asaltarle la idea de su esposa.

—Y decidme—exclamó precipitadamente,—¿cómo no prestasteis ayuda a aquella mujer desgraciada?

—Vaya si se la prestamos—dijo otro de los del corro;—como que yo les he vendido otra caballería para que prosiguiesen su camino con toda la prisa que al parecer les importa.

—Pero—interrumpió Andrés—esa mujer va robada. ¡Ese hombre es un bandido que, sin hacer caso de sus lágrimas y sus lamentos, la arrastra no sé a dónde!

Los maliciosos patanes cambiaron entre sí una mirada, sonriéndose de compasión.

—¡Quiá, señorito! ¿Qué historias está usted contando?—prosiguió con sorna su interlocutor.—¡Robada! Pues si ella era la que decía con más ahinco: "Pronto, pronto, huyamos de estos lugares; no me veré tranquila hasta que los pierda de vista para siempre".

Andrés lo comprendió todo: una nube de sangre pasó por delante de sus ojos, de los que no brotó ni una lágrima, y cayó al suelo desplomado como un cadáver.

Estaba loco; a los pocos días, muerto.

Le hicieron la autopsia; no le encontraron lesión orgánica ninguna. ¡Ah! Si pudiera hacerse la disección del alma, ¡cuántas muertes semejantes a ésta se explicarían!

* * *

—¿Y efectivamente murió de eso?—exclamó el joven, que proseguía jugando con los dijes de su reloj, al concluir mi historia.

Yo le miré como diciendo:

—¿Le parece a usted poco?

El prosiguió, con cierto aire de profundidad.

—¡Es raro! ¡Yo sé lo que es sufrir; cuando en las últimas carreras tropezó mi Herminia, mató al jockey y se quebró una pierna, la desgracia de aquel animal me causó un disgusto horrible; pero, francamente, no tanto... no tanto.

Aun proseguía mirándole con asombro cuando hirió mi oído una voz armoniosa y ligeramente velada, la voz de la niña de los ojos azules.

—¡Efectivamente, es raro! Yo quiero mucho a mi **Medoro**—dijo dándole un beso en el hocico al enteco y legañoso faldero, que gruñó sordamente, —pero si se muriese o me lo mataran, no creo que me volvería loca ni cosa que lo valga.

Mi asombro rayaba en estupor; aquellas gentes no me habían comprendido o no querían comprenderme.

Al cabo me dirigí al señor que tomaba té, que en razón a sus años debía ser algo más razonable.

—Y a usted, ¿qué le parece—le pregunté.

—Le diré a usted — me respondió: — yo soy casado; quise a mi mujer, la aprecio todavía, me parece; tuvo lugar entre nosotros un disgustillo doméstico, que por su publicidad exigía una reparación por mi parte; sobrevino un duelo, tuve la fortuna de herir a mi adversario, un chico excelente, decidor y chistoso si los hay, con quien suelo aún tomar café algunas noches en la Iberia. Desde entonces dejé de hacer vida común con mi esposa y me dediqué a viajar... Cuando estoy en Madrid vivo con ella, pero como dos amigos: y todo esto sin violentarme, sin grandes emociones, sin sufrimientos extraordinarios. Después de este ligero bosquejo de mi carácter y de mi vida, ¿qué le he de decir a usted de explosiones fenomenales del sentimiento si no que todo eso me parece raro, muy raro?

Cuando mi interlocutor acabó de hablar, la niña rubia y el joven que le hacía el amor repasaban juntos un álbum de caricaturas de Gavarni.

A los pocos momentos, él mismo servía con una fruición deliciosa la tercera taza de té.

Al pensar que oyendo el desenlace de mi historia habían dicho—¡Es raro!,—exclamé yo para mí mismo: ¡Es natural!

Dos besos

POR

DOMINGO DE FUENMAYOR

CUANDO aquella mañana de domingo Mariquita Ordóñez, camino de la iglesia, se lanzó a la calle, tornó a salir el sol, amenecido hacía poco. Así de radiante iba la niña; así de graciosa y pinturera, bajo su mantilla. Chiquita y bonita. Española... ¡y de Madrid!

Dos veces, nada menos, salió el sol aquel día. Por lo que, cuando regresó de misa la chiquilla, llenando de luz y de trinos la casa, el padre—amargadillo él, viejales él... viudo él—alegró el semblante, mientras afirmaba, ''cayéndole la baba'':

—A oscuras ha debido quedarse la calle cuando la has dejado, hija mía.

La hija suya le besó entre risas, acarició el viejo rostro, tachado de ''patas de gallo'', y... se puso muy colorada. Apartóse pronto, triscó por el tránsito—limpio y breve, tal que lo era en aquella ''casa de muñecas''—y entonó no sé cuántas alegres canciones, seguida por el anciano, embobado.

Más, embobado y todo —¡tenía que nacer, quien a él se la diera!... — lanzó, certero:

—Muy contenta vienes. ¿Te ha salido novio, chiquilla?

Cesó Mariquita de cantar. Miró a hurtadillas, rápida, al espejo del perchero—¿lo llevaría escrito en la frente?—y simuló no haber oído.

Pero papá insistió:

—¿Te ha salido novio?

Y no hubo otro remedio que ''cantar de plano''. Efectivamente, le había ''salido'' novio.

—¡Como al que le sale un divieso! — dijo ella. — Es decir... — rectificó en seguida, — divieso, no; ni novio tampoco, a lo peor. Verás papaín. El domingo pasado noté que me seguía un caballero...

—Miren, miren... ¿Y cómo lo notó la niña?...

—¡Anda! ¡Pues porque iba detrás de mí!

—No es suficiente.

—¡Huy, bueno claro!... Pero el caso es que lo noté. Lo noté, como se notan esas cosas.

¡Vamos!... ¿Te ha ''seguido'' a ti alguien antes de ahora?

—Sí... Digo, no.

Más colorada aún, se puso, al contradecirse, embarullada. En una amapola convirtióse la rosa del rostro. No seguiría temblando, ¡ea!

—¡Pareces el juez!

—No parezco el juez, nenita mía. Soy tu padre. Muerta ''aquella santa'', es a mí a quien debes hacer todas tus confidencias,... sin reservarte secreto ninguno...

—No los tengo. ¿Que me siguió alguien en la calle alguna vez? ¡Pues claro que sí! Eso no es secreto, no debiera serlo para ti, por lo menos, que dices que cuando vuelvo a casa se nubla el sol en la calle... Pero secreto, lo que se dice secreto como el de hoy, no guardé ninguno. Y el de hoy... ¡ya no lo es tampoco!

—A medias... Decíamos que te ha seguido un señor hasta la iglesia...

—Un muchacho, papá. ¡Huy, un señor!... Un muchacho al que estoy haciendo la mar de devoto. ¡Si vieras con qué fervor oye las misas... a prudente distancia de mí, desde luego! Buena falta le haría, a lo mejor.

¿Te ha hablado?

—Me ofreció, al entrar, el agua bendita.

—¿Aceptaste?

—No..., sí..., es decir...

—Aceptaste.

—Acepté.

¿Y qué te dijo?

—La verdad: no lo sé. Me azoré una barbaridad. tomé un reclinatorio y huí hacia el presbiterio.

—Al concluir la misa...

—No hubo agua bendita. Esperaba a la puerta. Se acercó. ''Tenga la bondad de retirarse.'' ''No iba a quedarme jubilación''. ''En serio, que se retire usted''. ''En serio, que no me retiro''. No se retiró. Pero no habló tampoco. Me molestaba la escolta. Insistí: ''Retírese usted''. ''No sin ser oído.'' ''Hable.'' Y habló, habló, papaíto. ¡Si tú lo hubieras oído hablar....

—Probablemente no se habría atrevido... ¿Qué edad aparenta ese señor?

—No lo sé. Treinta años,... cuarenta quizás...

—¡Y diecisiete tú!... Mariquita, nena: nunca, ¿lo oyes?, nunca vuelvas a permitir que un desconocido te hable por la calle, ni en la iglesia, ni en ninguna parte. Si ese caballero, no quiero dudar de que lo sea, se siente inclina honradamente hacia ti, tienes un padre con el que debes contar antes que todo.

—¿Antes que conmigo?

—Antes. No hablemos más.

No hablaron más. La nena siguió cantando a veces, suspirando a veces — ¡qué cosa tan rara era el amor, Dios mío!, — y el papá se marchó a la calle hasta la hora de comer.

Apenas sola en la casa, llamaron a la puerta. Sabía que ''no podía ser nadie'' sino ''amita Luisa'', y no obstante, al oír el timbrazo le dió un vuelco el corazón.

Era amita Lucía, en efecto, que regresaba de la compra. Muy seria la vieja. Muy severa.

Dejó la cesta, Dejó unas monedas sobre la mesa de la cocina, quitóse el velo, lo dobló, prendióle unos alfileres, dió un suspiro, se subió al púlpito y comenzó el sermón.

—Marujita: En el portal encontré a tu padre.

—Muy bien. Os habréis saludado.

—Seguramente. Y me ha dicho, no sé si creerlo, que te ha salido novio.

Para acusarla de haber cometido un feo delito, no hubiera empleado, a buen seguro, amita Lucía, tono más severo.

Se echó a reír la chiquilla.

—¡Cualquiera diría!... En efecto, creo que me ha salido novio. Como te salió a ti en aquellos remotos tiempos, perdidos tal vez en la noche de los ídem.

—No es cosa de risa, hija mía. Hija mía, sí, pues si ''aquella santa'' te dió el ser, sangre de mi sangre te di yo para criarte. Como tu madre soy ahora, y te digo...

—¿Que dé parte a la policía?

—Que no des parte a nadie, pero sepas que el mundo ofrece peligros incontables, y que si tu, hija mía...

Se echó a llorar como una tonta.

¿Por qué aquella mañana gloriosa habría gente tan absurda que se echase a llorar? Indudablemente, ni papá ni amita Lucía eran en este mundo. O, por lo visto, que le saliese novio a una chica guapa era motivo de congojas y semillero de aflicciones.

Además, que...

—Además, amita Lucía, madrecita mía, que ni me ha salido novio, ni me ha salido nada. Simplemente que he gustado a un muchacho, el cual no me cabe duda de que no ha de volver a dirigirse a mí, sin hablar antes con papá.

—Dios lo quiera.

* * *

Dios lo quiso. Dios santo, Dios misericordioso, Dios amparador de todos sus buenos hijos, lo quiso. Don Quijote habló al padre de Dulcinea. Don Juan se arrodilló a los pies del Comendador de Ulloa.

Ni don Juan ni don Quijote, verdaderamente. Julio García de Monforte, nada más. ¡Si, sí, nada más!... Mucho más: ''abogado y procurador''.

Abogado y procurador. Dos en uno, como esos líquidos para el calzado. ¡Valiente comparación! Dos y uno. Es decir: vario y único; múltiple y singular. El.

El, que rebosando hombría de bien, habló con papá.

—Yo, señor, adoro a su hija. Vamos a ser felices. Le garantizo que hemos de ser felices. Soy honrado, soy trabajador, gano lo suficiente para formar un hogar. ¿Qué más quiere usted?

—Que ella le quiera.

—Llámela.

—Ahora, no. La presencia de usted la coaccionaría. Veámonos otro día.

—Veámonos.

De esta forma papá se procuró ''discretamente'' un plazo para informarse, que bien le constaba la inclinación de la chiquilla, favorabilísima al señor aquel de las dos carreras.

Se informó. Y don Julio García de Monforte era un caballero. Ce por be resultó cierto cuanto le había dicho. Sus padres en Asturias, disfrutaban de una regular fotunita, que pasaría a sus manos por su condición de unigénito. El era un gran trabajador, a quien se suponían ganancias lo bastante cuantiosas para labrarse un capital, a cuenta de su propio esfuerzo, en pocos años.

Y al saber todo esto tan grato, el viejecito — ¿de qué mundo sería, Señor? — se echó a llorar, como la nodriza aquella mañana de domingo en que la niña, al regresar de misa, había dejado sin luz de sol las calles de la villa.

* * *

''Desde ayer por la tarde'', hubiera contestado Mariquita Ordóñez si alguien le preguntara cuánto tiempo llevaba de noviazgo con su abogado y procurador.

Tales cosas no deben preguntarse nunca a los protagonistas de los cuentos.

Al autor, sí; el autor, colocado al margen de los entusiasmos de sus muñecos, dice en todo momento la verdad.

Y la verdad fué, en este caso, que Mariquita y su novio llevaban ya seis meses de relaciones. ¿Seis meses? Un instante. Un minuto, cuando más, delicioso y de venturas inefables. Primer amor en ella, último amor en él, para los dos el mundo les descubría encantos nuevos cada día. ¿El mundo? ¿Pero es que existía otro mundo que aquel de las veladas ante el padre, ante la nodriza vieja, tan llenas de encantos familiares?

Seis meses faltaban aún para la boda. ¿Seis meses? Un siglo; una eternidad, tan lejana como el fin de la misma eternidad.

Medio año tardaría en llegar la fecha que se fijó para la boda cuando ocurrió la catástrofe. Una catástrofe que a duras penas cupo en el pecho de amita Lucía, que pugnaba por salírsele por la boca, y por los ojos se le salió luego, muchas veces al mirar al ''infame''.

Infame, sí. Infame y tonto ladrón de su propio tesoro. Apedreador de su tejado. Impaciente hortelano incapaz de esperar a que el cura pusiese en sazón su fruta.

Tratárase de otra persona, y amita Lucía no se llenara tanto de cuidados ni de indignaciones. Porque total fué un beso. ¡Pero un beso robado a Mariquita, al ángel de la tierra! Robado, sí, bien lo vió, sin ser vista.

Salía a despedir al novio la nena, como todas las noches, y el ladrón, el bandido, le robó un beso.

—¿No estás bien, nena? pareces sofocada — preguntó papá cuando regresó la chiquilla al comedor.

¡Sofocada! ¡Sofocadas las dos! La novia por la agresión sufrida en

sus candores. La nodriza por haber callado sin echarlo todo a rodar, descubriendo el "aborto de los mismísimos infiernos", que era el señor don Julio García de Monforte.

Pero no volvería a ocurrir. ¡Vive Dios, que no sucedería de nuevo mientras Lucía alentara! Ya buscaría ella una excusa nueva cada noche para salir por el pasillo al tiempo que lo hiciera la parejita.

¡Miren que besar a la nena!... ¡Por encima del cadáver de la vieja habría de pasar el ladrón para robar otro beso antes de las bendiciones!

* * *

No tuvo que torturar mucho el magín amita Lucía. La niña no acompañó más a su novio hasta la puerta. La niña cayó enferma, gravemente enferma.

—La verdad, doctor—exigió el padre, con el temor de escuchar un designio mortal.

—La verdad — habló, llena de turbaciones la Ciencia,— no hay remedio en los pobres remedios humanos para su hija.

¡Ciencia cruel! Ciencia impotente que no servía para hurtar a la muerte a las niñas bonitas que eran el sol de la calle... ¡Maldita ciencia que dejaba a los padres sin sus hijos!

Julio, día tras día, acompañaba a papá y a la nodriza en los cuidados de la enferma. La nenita fué aniñándose, infantilizándose, hasta ser un poco como hija también del novio, que desvió su amor en una especie de bifurcación de afecto fraternal.

Querer a una novia como un padre es ya como dejar un poco de quererla. Julio no la quería ya tanto. Esta era la verdad.

La primavera se trocó en otoño. Los rosales perdieron su flor; su fronda, la enramada; el sol hízose opaco; los pájaros enmudecieron, y el agua no contó sus secretos al lecho del arroyo. La enfermedad robó sus encantos a la nenita.

Estando las dos solas, la enferma confió a su nodriza:

Qué fea estoy, ¿verdad?

—¡Hija mía! Si el sol del cielo es feo, si son feas las rositas de pitiminí, estás fea. ¡Estar fea, tú, hija mía, con tu cara de gloria!...

—Estoy fea, amita Lucía. Tengo los labios hinchados y los ojos hundidos, y las mejillas sin color. Estoy fea, y ya nunca me querrá Julio.

¡Hija mía! Ofendes a Dios, hija mía, hablando así.

Pero siguió la niña clarividente; dolorosa y firme; heroica, por encima de su angustia infinita:

—Ya nunca me querrá Julio. Ayer no vino. Apenas ha venido a verme durante toda la semana...

—Pero te ha escrito, y no es hombre que mienta, diciendo que le retuvieron asuntos inaplazables. No te gustaría que, cuando tú te pongas buena, lo hubiera descuidado él todo, hasta el punto de que no os pudierais casar. Digo, creo yo.

—Dices, pero no lo crees. Le repugnó, a Julio. Y lo comprendo. ¡Habría que tener vocación de hermana de la Caridad para acercarse a mi sin repugnancia!...

—¡Hija mía! ¡Hija mía, qué locuras dices! Loco por ti está Julio. Loco por ti.

—Calla.

Se iluminó el rostro de la enferma. Fué a arreglarse el pelo en un gesto de trágica coquetería, y el espejo al que consultó le devolvió su cabeza rapada.

—Calla—dijo de nuevo, sobreponiéndose: — es él. Ve a abrir.

Fué a abrir. Unos momentos bisbiseó por el pasillo con el novio. Entraron los dos juntos.

—Ahí la tiene usted.

—¡Nenita!

—¡Julio!

De pronto, amita Lucía recordó que no debía aplazar una inaplazable inspección en la cena antes de que llegara el amo de la casa.

Julio, ya solos, tomó a su novia de las manos:

—Nenita — dijo.—Guapa mía, nenita mía. Dame un beso.

¡Julio!...

—Un beso, nena mía, Marujita mía.

Apenas lo hubo dado, temblorosa, ruborosa, cuando resonaron por el tránsito las pisadas de amita Lucía, que regresaba.

—Gua pa mia, nenita mía, dame un beso.

La nena declaró que estaba mejor y que aquella noche quería verlos "cenar" antes de dormirse. Por encima de su dolor, sobre la enfermedad que quería matarla, que la iba torturando y consumiendo, triunfaba el instinto halagado de la Fémina eterna...

* * *

Cuando Mariquita Ordóñez regresó con su esposo — el señor don Julio García de Monforte, abogado y procurador — de su viaje de bodas, el flamante marido quedó un momento solo con amita Lucía, mientras la señora de García pretendía contar al mismo tiempo a su papá mil distintas impresiones de los países visitados.

Julio había quedado solo con amita Lucía, arreglando entre los dos el equipaje en la habitación del matrimonio. Y la vieja, como para quitarse un gran peso de encima, tal que dicho sin pensar y de pasada, declaró:

—¡Si aquella noche te niegas a besar a la nena, como hay Dios que te hubiera matado!...

Y había en sus palabras el acento de la verdad.

DESDE LEJANAS TIERRAS

La tierra del fuego eterno

Tal es el nombre de la notable región cerca del Mar Caspio, donde después de la puesta del sol, saliendo de las incontables grietas en interminables trechos de arcilla y cieno, pueden verse fantásticas lenguas de llamas sin humo, que alumbran la región alrededor con una luz infernal.

Los naturales creen que estas lenguas de fuego son las almas de los muertos y los demonios, y han erigido numerosos templos pequeños de los que salen geysers de una llama escarlata, "encarnación de los dioses que adornan estos adoradores del fuego". Estas columnas de fuego se dice que existen sin interrupción desde que nació Confucio.

Pero estos eternos no son las almas de hombres ni demonios. Son sencillamente corrientes de gas que salen de las regiones inferiores que se encienden espontáneamente al entrar en contacto con el aire.

Si usted así lo desea, puede abrir un hoyo en la tierra en esta región, y colocando un carbón encendido en la apertura, verá que este produce una llama en seguida. Es más, si se entierra un papel unas pulgadas en la tierra y encima se coloca un carbón encendido, comprobará que éste inmediatamente se convierte en una llama.

Se dice que las aguas del Mar Caspio se extendían hacia el Norte hasta unirse con el Atlántico. Pero con el tiempo el mar fué descendiendo hasta llegar a los límites actuales. Donde había agua en otro tiempo, hay hoy grandes tramos de tierra desnuda de arcilla roja y cenagosa.

* *

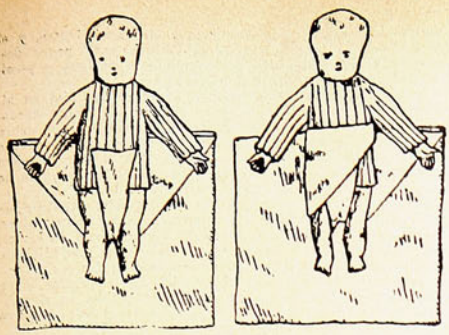
UNA MUÑEQUITA QUE SABE BESAR

Es una verdadera novedad la muñeca patentada por James A. Bolton, de Sayville, New York, pues es capaz de dar besos. Dentro del pecho tiene una pera de goma que está conectada a la boca de la muñeca mediante un tubo. El cuerpo de la muñeca es de un material flexible, de modo que cuando se le aprieta sale parte del aire de la pera.

Al soltarse el cuerpo, desaparece la presión, causando un vacío parcial en la pera, por lo cual absorbe aire con fuerza relativa por el tubo. Por tanto, si se oprime el cuerpo de la muñeca y su boca se le aplica a la mejilla de un niño, al soltar el cuerpo el aire será absorbido por los labios, produciendo un sonido semejante al de un beso.

Dice el inventor: "Esta simulación de un beso le es especialmente agradable al niño, y la muñeca de esa construcción constituye un juguete atractivo."

SAL DIGESTIVA
Bémecé
M. R.
Bicarbonato de Sosa, Magnesia, Carbonato de Cal
ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias, Gastritis, Hiperacidez, etc.
Dosis: Una cucharadita despues de cada comida
De Venta en todas las Farmacias
Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40



Lo que las madres deben saber

Por el DOCTOR ISAURO TORRES.

El primer aseo de la guagua hay que hacerlo tan pronto como la madre se haya desocupado bien. Ya dijimos que después de cortado el cordón se deja a un lado a la guagua para atender a la madre hasta que salga la placenta; pero si ésta se demora en salir y si hay otra persona que pueda atender debidamente al niño, se procederá al aseo de la guagua. Antes de todo, hay que cuidar que la pieza esté bien abrigada, casi calurosa (18°), porque de lo contrario el niño puede enfriarse y morirse inmediatamente o después a causa de una bronco-neumonía.

La limpieza de la guagua es indispensable porque el niño nace con el cuerpo completamente embetunado en una materia grasosa que hay que quitar limpiando rápidamente al niño con motas de algodón empapadas ya sea en aceite de almendras dulces o en aceite de comer, o mejor en una mezcla especial que se prepara uniendo partes iguales de agua cocida, alcohol y glicerina. Después de esta limpieza se jabona lo más rápidamente posible todo el cuerpo con motas de algodón mojadas en agua tibia y jabón y en seguida se baña al niño. El baño, que debe ser con agua cocida tibia (37°) no debe durar más de cinco minutos. Para bañarlo tómese al niño de la siguiente manera: pase usted su brazo izquierdo por debajo de los hombritos del niño y tómelo con su mano del hombrito y axila izquierda y trate de mantener la nuca descansando sobre su brazo; coloque en seguida su mano derecha debajo de las nalguitas y siéntelo en el baño. Retire entonces la mano derecha y manténgalo siempre tomado con la mano izquierda, y lávele con la derecha todo el cuerpo, incluso la cabeza, que siempre deberá estar fuera del agua.

No se le tome nunca de los bracitos, ni piernas, ni manos, ni pies, porque sería fácil producirle zafaduras o tronchaduras.

A los cinco minutos se le saca del baño y se le envuelve y seca en una toalla o sábana calentada de antemano; se le pone polvo de talco boratado (nunca polvos perfumados porque son irritantes) en el cuello, debajo de los brazos, en las ingles y entrepiernas y en las nalgas.

Hay que examinar bien la guagua para ver si es normal o si presenta alguna anomalía, algún defecto; sobre todo se verá si tiene ano, y si no tiene hay que llamar inmediatamente un médico para que lo abra, porque de lo contrario el niñito se muere; en cambio operándose a tiempo puede salvar y vivir perfectamente.

Se procede en seguida a pesarlo y medirlo.

Peso y tamaño. Un niño al nacer debe pesar más o menos 3½ kgs. y debe medir por término medio 47 centímetros.

Las niñitas pesan alrededor de 3 kgs. 250 gramos y miden comúnmente 45 centímetros.

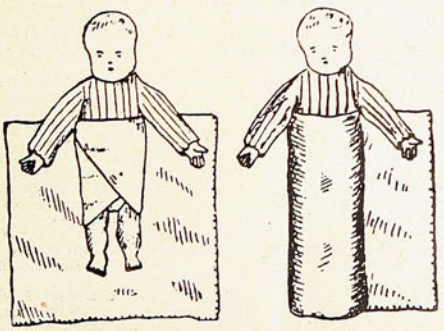
Sin embargo, éstas no son reglas absolutas.

En seguida se procede a la curación del cordón umbilical, lo que se hace de la siguiente manera: se corta un trozo cuadrado de varias capas de gasa exterilizada del porte de la palma de la mano y se le hace en el centro un agujero por que el pueda pasar holgadamente el cordón y se le cubre con las puntas de la gasa teniendo cuidado de dejar el cordón en dirección hacia arriba, a fin de que no se moje con la orina; en seguida se coloca encima un poco de algodón seco, y se sujeta toda esta curación con un ombliguero que al enrollarse alrededor del cuerpo no debe quedar ni muy suelto para que no se corra, ni muy apretado para que no comprima los órganos internos (hígado, intestino, etc).

Esta curación hay que cambiarla por lo menos una vez al día y cada vez que al mudar al niño se encuentre el ombliguero corrido o suelto, mojado o sucio.

En seguida se viste.

¿Cómo se viste la guagua? Ante todo hay que preparar previamente la ropita que se le va a poner. Primero se colocan **fuera del cuerpo** las mangas de la camisita dentro de las mangas del paletó de franela y en seguida se colocan las mangas del paletó de franela dentro de las mangas del paletó de piqué, y solamente una vez que se haya hecho esto, solamente entonces se le pondrá al niñito esta ropa, porque así resulta mucho más fácil y más rápido vestir a la guagua. No se debe poner, pues, estas piezas de una por una al cuerpo de la criatura, sino que se colocarán todas juntas. Tanto la camisa como los paletoes se cerrarán o mejor dicho se cruzarán atrás, en la espalda. En seguida se coloca al niño sobre el pañal y la mantilla, que deben estar preparados de antemano en la siguiente forma: la mantilla extendida estará debajo y el pañal estará encima, doblado por la mitad en forma de triángulo, cuya base o parte ancha quedará por en parte superior, en la espalda



LO QUE LAS MADRES DEBEN SABER.

(Conclusión)

del niñito, por debajo de los hombros, y el extremo formado por las dos puntas del pañal quedará hacia los pies.

Para envolver al niño se principia por subir las puntas de abajo del pañal por entre las piernas hasta colocar dichas puntas sobre el vientre del niño; en seguida se toma uno de los extremos laterales del pañal y se envolverá con él la guagua pasándolo primero por delante, dando la vuelta por un lado del cuerpo y dejándolo atrás; después se toma el otro extremo del pañal y se envuelve el niño hacia el otro lado.

Se toma a continuación el lado izquierdo de la mantilla y pasándolo por delante del cuerpo y por debajo de los brazos se envuelve el lado izquierdo del cuerpo hasta la espalda. En seguida con la otra mitad de la mantilla se envolverá el lado derecho del cuerpo y se fija con un alfiler de gancho colocado en la parte de arriba.

Después se tomará todo lo que sobra abajo, fuera de los pies, y se llevará hacia arriba doblándolo a nivel de los pies y poniéndolo por delante del cuerpo.

Por último se coloca el mantillón en la misma forma que la mantilla.

Yo recomiendo doblar la mantilla y el mantillón por delante (y no por detrás) para que los pliegues no estorben al niño cuando esté acostado de espaldas.

Tanto la mantilla como el mantillón se fijan con alfileres de gancho. El pañal queda suelto, es decir, no va sujeto con nada. El pañal y las mantillas deben quedar por encima de la camisa y paletóes. Solamente cuando los paletóes y camisas sean demasiado largos o cuando el niño se orine mucho, se pueden poner los pañales por debajo de la camisa.

La parte superior de los pañales y mantillas debe quedar por debajo de los brazos, un poco más arriba de la cintura; pero no muy arriba para no apretar el pecho y estorbar la respiración. No conviene dejar al niño muy apretado, es decir, no debe ceñirse mucho la ropa al cuerpo, por las siguientes razones: porque puede estorbársele la circulación de la sangre; porque se le pueden producir coceduras e irritaciones del cútis, sobre todo de las nalgas, y porque la guagua quedará rígida y sin movimientos, y el niño por el contrario necesita tener cierta desenvoltura para poder desarrollarse mejor; por eso se ha desterrado por completo la antigua y perniciosa costumbre de envolver a los niños con una faja.

En Invierno y para mayor abrigo se pueden envolver los pies en algodón antes de cubrilos con la mantilla; y para abrigar las manos durante las primeras semanas se puede poner el mantillón de manera que cubra por completo los bracitos, pero sin apretarlos, a fin de que en todo caso el bebé pueda mover a su gusto los brazos y manos. Con el mismo objeto puede usarse también un chalón o pañoleta, siempre que sean lisos, que no tengan frisas (para que el niñito no se lleve peluzas a la boca).

Para los pies pueden usarse también en vez de algodón, zapatitos de hilo de lana (escarpines), los cuales, por otra parte, no son indispensables, y, al contrario, durante las horas de calor, tanto de Verano como de Invierno (en los pueblos abrigados, de temperamento cálido) son perjudiciales.

Por último se coloca al niño la gorra, cuyas cintas o bridas en las primeras semanas no hay que amarrarlas alrededor del cuello, porque ciñen e irritan el cútis, sino que se fijarán con un alfiler de gancho en el mantillón, por delante del pecho. A las horas de calor durante el Verano no se debe poner la gorra al niño cuando esté detro de las piezas.

Generalmente no hay necesidad de poner babero al recién nacido, salvo cuando tenga el defecto de devolver la leche.

Tanto en Invierno como en Verano es conveniente calentar toda la ropa antes de ponerla, y tenerla lista antes de mudar al niñito para no mantenerlo mucho tiempo desnudo exponiéndolo a los resfríos.

Curación de los ojos. Cuando el recién nacido esté ya vestido y antes de ponerle la gorrita, debe procederse siempre a desinfectársele los ojitos, dejándole caer en cada ojo dos o tres gotas de solución de nitrato de plata al uno por ciento, teniendo cuidado de abrir los párpados a fin de que el nitrato bañe el ojo, siendo a veces necesario para esto que hayan dos personas: una que tenga la cabecita del niño para que no se mueva y que abra los párpados, y otra que deje caer las gotas. Esta desinfección es indispensable, pues si no se hace pueden sobrevenir graves enfermedades de los ojos que terminan casi siempre por la ceguera. La mayor parte de los llamados ciegos de nacimiento deben su desgracia a que no se les hizo la desinfección de los ojos al nacer.

Téngase presente que hay niños que nacen enfermos de los ojos aún en madres de apariencia sana; por eso la desnifección que acabo de indicar es absolutamente indispensable.

Si no hay solución de nitrato de plata pueden usarse unas gotas de jugo de limón, que dan también muy buenos resultados.

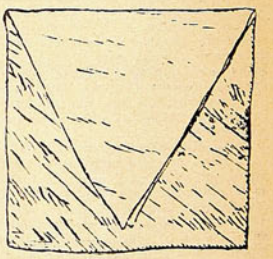
En todo caso, después de las gotas, ya sean de nitrato o de limón, no debe echarse nada más a la vista. No es necesario, por consiguiente, lavar los ojos después de las gotas so pretexto de neutralizarlas o impedir irritaciones. Después de las gotas, nada.

Aseo de la boca. Algunas personas acostumbran a limpiar el interior de la boca de los recién nacidos. Nosotros aconsejamos no hacer de ninguna manera dicho aseo, porque son más los peligros que las ventjas que reporta. En efecto, muchas afecciones graves de los recién nacidos provienen de haberse magullado o herido el paladar, la lengua o el interior de las mejillas al practicar la limpieza de la boquita, limpieza que en la inmensa mayoría de los casos no tiene objeto.

Si el niño no está asfixiado, si está respirando bien, no debe hacerse ningún aseo ni tocamiento en el interior de la boquita.

El niño se acostará en "su cuna" tan pronto como se le haya vestido, y si se está en pleno Invierno y hace demasiado frío será conveniente colocarle alrededor botellas de agua caliente "muy bien tapadas" y envueltas en géneros (mantillas, toallas o trozos de franela)) para no quemarlo. Deben usarse por lo menos dos botellas (una a cada lado.) Pero si no hace mucho frío es mejor no colocarle tales botellas a fin de no abrigarlo demasiado. El abrigo es muy necesario, pero no en exceso. En Verano las botellas de agua caliente son más bien perjudiciales; por eso recomendamos usarlas únicamente cuando haga un frío intenso.

Acostar la guagua en la cama de los padres es peligroso, porque pueden aplastarla. Muchos niños mueren asfixiados por esta mala costumbre, pues generalmente las personas (que durante el parto han estado en tensión nerviosa) caen a la cama fatigadas o luego se quedan completamente dormidas, matando sin darse cuena en cualquier movimiento durante el sueño a la pobre criaturita. Otras veces las madres, por temor de aplastar a la guagua, se ponen nerviosas, duermen sobresaltadas, sin gozar del sueño tranquilo que necesitan para reparar las fuerzas perdidas.



Los niños hay que acostarlos de lado, pues así no se ahogarán si les vienen vómitos.

El aseo consiste durante los primeros días en lavar con agua tibia y algodón las nalgas, ingles y piernecitas cada vez que se le mude ropa, espolvoreándole en seguida un poco de talco boratado.

No se le debe bañar mientras no se le haya caído el cordón: pero se lavará todos los días la carita y cuello con un poco de algodón mojado en un poco de agua tibia.

Durante estos días se friccionará diariamente la cabecita con una mota de algodón empapada en agua de Colonia a fin de que no se le críe caspa ni costras.

Al mudarse los pañales se cambiará también la curación del ombligo.

Curación del ombligo. Nunca se debe tirar el cordón para forzarlo a que se desprenda; hay que esperar que caiga solo. Y una vez que haya caído se curará el ombligo con polvos de licopodio o de dermatol o en último caso con talco boratado. Se colocará siempre un poco de algodón y se seguirá poniendo el ombliguero hasta que el niño entere un mes de edad.

A veces los niños nacen desfigurados por hinchazones de la cara o de la cabeza. Por regla general esto no tiene mayor importancia, por lo cual se recomienda no instituir para eso ningún tratamiento, no hacer absolutamente nada, pues poco a poco dichas hinchazones se beshacen solas.

El abrigo del dormitorio es indispensable en el invierno para los recién nacidos, que siempre son muy propensos a enfriarse y a resfriarse, pudiéndose morir a consecuencia de una bronconeumonia. Si hace frío debe, pues, mantenerse abrigado el aire.

El abrigo de la habitación (a 18° más o menos) debe mantenerse en las primeras semanas del niño, y poco a poco se irá disminuyendo a fin de acostumbrarlo a resistir temperaturas más bajas.

Sin embargo, en ningún caso el abrigo del dormitorio debe impedir su ventilación, pues el niño necesita no sólo una atmósfera abrigada, sino también un aire muy puro.

La fama mundial de la Fenalgina ha provocado innumerables imitaciones y falsificaciones de este producto. En beneficio de su propia salud debe Ud. rechazar las tabletas sueltas y exigir la Fenalgina en cajitas de 24 tabletas o en sobrecitos de 4 tabletas, a fin de tener la seguridad de recibir el producto legítimo y no una imitación ineficaz y nociva. La fenalgina es el único producto que los médicos recomiendan sin temor para las guaguas y los niños.

FENALGIN
(FENALGINA)

domina rápidamente el dolor, proporciona pronto y seguro alivio sin ninguno de los inconvenientes de los productos opiados u otras drogas narcóticas. Es indispensable en el hogar.

De venta en todas las Boticas.
Concesionario para Chile: Am. Ferraris
Compañía 1295 — Santiago — Casilla 29 D

Fenalgina M. R. Form. Fenilacetamida carbo-amoniatada

LAS VICTIMAS ROMANTICAS DEL VENENO

—¡Wilde! ¡Wilde!—gritamos en los planos astrales.

—¿Cuál de los Wildes?—nos respondió la sombra. ¿Oscar? ¿Eduardo? Los dos andan juntos.

—¡Eduardo!

Y el alma límpida del gran médico argentino, Eduardo Wilde, se acercó preguntando:

—¿Quién me busca? ¿Qué necesitan?

—Un reportaje, doctor, acerca de la epidemia del suicidio. Oiga lo que dicen los diarios de hoy.

Y le leímos:

"La dirección de la Asistencia Pública envió una circular a los hospitales disponiendo que en los botiquines de auxilio se lleve una solución de hiposulfito de sodio al treinta por ciento, para combatir los suicidios por cianuro de potasio. Su aplicación se concreta a inyecciones endovenosas de 10 cc. que pueden repetirse; completándose el tratamiento con lavajes de estómago, agua bien azucarada y respiración artificial".

El doctor Wilde nos interrumpió:

—¡Qué cosa más bárbara! Diríase imposible que la civilización haya podido conservar sabios tan respetuosos de la ciencia que no se atreven a modificar la ciencia de los viejos maestros! ¡Perseguir a los suicidas! Observo que la Asistencia Pública sigue siendo, en mi patria, un refugio de médicos, cuando en realidad debiera ser una tribuna de filósofos. ¿Cree el Gobierno que la Asistencia Pública puede combatir el suicidio? Se equivoca. Persiguiendo a los suicidas no se elimina el suicidio.

—¿Cómo?

—Para combatir el suicidio, que es una peste nacional, el gobierno no necesita médicos. El día en que los suicidas se enteren que los médicos han hallado una panacea para salvar a los envenenados con cianuro, los suicidas inventarán otros bonitos medios de matarse. Además, mientras haya médicos los suicidas podrán morir de tantas maneras como médicos haya. La limitación en el número de estudiantes de nuestra Facultad de Medicina, hubiera sido una buena medida para evitar las muertes prematuras.

—¿Qué remedio encuentra usted, doctor, para el flagelo del suicidio?

—Homeopático. El gobierno debería instalar en las escuelas, en las iglesias, en los bataclanes, en las universidades, en la Bolsa de Comercio, en los cabarets y en las escuelas de declaración numerosas cátedras de filosofía donde se predique la doctrina de los sofistas. Ustedes ignorarán seguramente, que sofista en griego significa literalmente sabio, y que la doctrina de los sofistas es la que más se aproxima a la verdad subconsciente que cultivan los hombres en secreto.

—¿Y con eso?

—Con eso, con discursos de Protágoras y de Gorgias, y no con inyecciones, se podría convencer al pueblo de la tontería del suicidio, demostrándole que todas las causas por las cuales el ser humano suele suicidarse, son mentiras de la vieja moral. Ya saben ustedes que Protágoras negó el criterio del sentido común. El suicida, señor mío, no se mata por su propia voluntad. Se mata perseguido por los prejuicios de la sociedad y por los malos consejos que dan las religiones y las adivinas. El exceso de moral que se aprende en el mundo es la única causa de tantos suicidios... Yo he dudado siempre de los consejos. ¿Sabe usted por qué? Porque los más partidarios de dar consejos son los comerciantes...

—¡Eh?... Pero la culpa de los suicidios, doctor, debe atribuirse también...

—¿Qué la culpa debe atribuirse también a los suicidas? Desde luego. "Todos los hombres—ha dicho Pascal—tratan, sin excepción, de ser dichosos. A pesar de la diferencia de procedimientos, todos buscan idéntico fin: la felicidad. ¡Hasta los que se suicidan!..."

—¿Y bien?

—Hasta los que se suicidan buscan la felicidad, porque el mundo, la sociedad, la moral estúpida les han hecho la tierra inhabitable. ¿Quieren ustedes que examinemos algunos "casos" de la vida real? Léanme la crónica de los suicidios de ayer...

—"Una pobre mujer llamada María Pelagatti (si fuera señora conocida lá llamaríamos N. N.), ingirió ayer una fuerte dosis de cianuro, falleciendo en el acto. El móvil del suicidio fué la grave enfermedad de que padecía...

—¡Basta!—nos gritó el doctor Wilde.—¿Han visto? ¡Una mujer que se mata porque tiene miedo de morir!... La pobre debió ser analfabeta. No había leído los anuncios de los específicos "que curan todas las enfermedades". No habría tenido médicos que le hayan dado esperanzas de curación. ¡Naturalmente! La habrá asistido algún médico gratis... Si a esa mujer la hubieran convencido desde niña que todas las enfermedades se curan, menos la última, ella hubiera podido tirar algunos años más. Pero, la sociedad, al verla enferma, la repudió seguramente. En ninguna parte habrán querido admitirla, por enferma, y la infeliz, contra su voluntad, se ha hundido en el piélago inmenso del cianuro. Otra cosa hubiera sucedido si la mujer, antes de matarse, oye a un sofista: "todos los males se curan con plata, y la falta de plata se cura tomándola".

—¿Seguimos la lectura?

—Sí.

—"Ayer, dos jóvenes enamorados... con cianuro".

¡Basta! Historia antigua. ¡Amor!... Ambos jóvenes se vieron y se amaron. Tanto Ella como El eran muchachos criados en la vieja moral. ¡Qué vergüenza—decía Manuelita Rosas—amar a un hombre sin que papá lo sepa. Y qué vergüenza casarse con un hombre que no sea del agrado de papá..." ¡Ridiculeces criminales! Esos dos suicidas no podían casarse porque los padres se oponían a sus amores. Y para no contrariar la moral de papá y mamá, se mataron. ¡Qué honra para los padres cuando han sabido la muerte trágica de los chiquillos! ¡Qué lección de obediencia!... En cambio, si esa pareja de novios no hubiera estado sujeta al prejuicio familiar, se salva del suicidio. Ambos novios hubieran tomado un automóvil hasta los tribunales. Y allí, con la anuencia del Juez de Menores, se hubieran casado. Después, papá y mamá habrían perdonado. Y si no perdonaban, peor para ellos, que no podrían besar la cara de los nietos... Por eso, en todas las plazas públicas y callejones amorosos el gobierno debería distribuir oradores sofistas, que dijeran: "Jóvenes enamorados: si alguien se opone a vuestro casamiento acudid a las nobles leyes del país. Ellas os ampararán mejor que el cianuro...

—Aquí — agregamos nosotros—hay otro suicidio, pero éste parece inevitable.

—Lean.

—"Por deudas, se..."

—No siga leyendo. Es el suicidio más inmoral que existe. Matarse por deudas o por trampas, es trampear doblemente a los deudos, a las deudas, a los acreedores. Pero el "suicida financiero" no tiene la culpa de su suicidio. La culpa es de las costumbres salvajes de la civilización que condenan a los delincuentes sin misericordia. La sociedad y los jueces usurpan la justicia de Dios y condenan, como Dios, a ciegas. (Dios enriquece a los más vivos y empobrece a los maestros de escuela y a los periodistas). Un hombre que hace malos negocios o que se equivoca diciendo lo que debe callar o apoderándose comercialmente de lo que hubiera podido robar, se convierte en delincuente gracias a la falsa moral del ambiente. El hombre se siente puro y honesto, pero la sociedad lo decreta culpable. Entonces se mata para que la familia quede avergonzada, en la miseria... ¡Cuánto mejor hubiera sido que el infeliz hubiera oído la palabra elocuente de los sofistas! No se hubiera suicidado si los oye decir:

—"Suicidarse por quiebra, sino a los hijos del que se suicida. Una quiebra, una bancarrota, la pérdida de una fortuna, son accidentes que no se remedian con la muerte. El remedio está en no ser sonso. Los más grandes millonarios son hombres que no se suicidan nunca. Por eso se los respeta. Por eso se suele decir de ellos que son "benefactores de la humanidad". Sólo un caballero es capaz de tirarse a morir en mitad de la marcha... Henry Ford—enemigo por cierto del caballo—ha dicho: "Si cada vez que fracasé en mis negocios hubiera pensado en el suicidio, yo no sería el hombre más rico de América".

—Muy bien, doctor Wilde. Pero hay estafas robos y otros delitos que sólo pueden lavarse con la muerte.

—¡Cállense la boca, cretinos! No digan disparates. Pueden oírlos en el cielo y... ¿Desde cuándo un delito se lava con la muerte? Un delito, por grave que sea, se lava fácilmente si ustedes encuentran un abogado de talento que se anime a lavarlo. ¿Para qué sirven los abogados? Para probar la inocencia de los delincuentes. Es la más santa y la más noble de las misiones humanas instituídas por Cristo. De ahí que en Córdoba (la provincia más cristiana del país), el noventa y cinco por ciento de los profesionales sean abogados... Ese infeliz comerciante que se suicidó por deudas", como dice el periódico, no hubiera incurrido en el sacrilegio de matarse si oye a los oradores sofistas decir: "Fulano va a salir inocente del proceso criminal que se sigue. ¿Por qué? Porque su defensor es un buen abogado, muy vinculado a la política y a los jueces. Quiere decir, entonces que la inocencia de un estafador, depende, gracias a Dios, de la habilidad de su abogado. En consecuencia, estafadores, en vez de acudir al cianuro, acudid a un abogado..."

Y el doctor Wilde se esfumó en las alturas. Desde lejos, el otro Wilde lo llamaba:

—¡Hermano mío!

Medios Mundialmente Empleados por las Mujeres para ser Hermosas

BETTY COMPSON, famosa estrella de la Paramount.

Por qué las actrices nunca envejecen

De todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perpetua juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: "¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta, y no representa ahora un años más de edad!" Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué sencillo es comprar cera pura mercolizada en la farmacia, aplicársela al cutis como cold cream, quitándola con agua caliente por la mañana! La cera absorbe la cutícula vieja en forma gradual e imperceptible, dejando el cutis nuevo y fresco, libre de arrugas y otras fealdades. Esta es la razón por la cual las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas no aprenden a aprovechar esta lección?

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

Indudablemente, un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquiera indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis y además siempre se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas, pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo: pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las farmacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

Cabelleras onduladas

Pocas personas sabea que el stallax puede ser usado como shampoo, y que es mucho mejor para este propósito, que cualquiera otra sustancia. Tiene una natural afinidad con el cabello, dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, en paquetes sellados, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoos. También se expende, por pocos centavos, en pequeños paquetes de muestra que contienen cantidad suficiente como para dos shampoos. La brillantez que confiere al cabello, es completamente inimitable e indescriptible.

Para evitar el vello

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporáneamente el vello: pero, evitar de un modo definitivo esa innecesaria abundancia de pelo, representa un problema distinto. No son muchas las damas que conocen los espléndidos resultados que se obtienen mediante el empleo del porlac pulverizado. El porlac se aplica directamente al pelo que se quiere eliminar. Este tratamiento recomiéndase no sólo para la instantánea desaparición del vello y de las superfluidades del cabello, sino que también para la destrucción definitiva de las raíces. Casi todos los boticarios pueden proporcionarle porlac, una onza, más o menos, cantidad suficiente para el experimento.

LAS MUÑECAS DE ESTILO

Para facilitar a nuestras lectoras la confección de estas muñecas, les damos algunas indicaciones sobre la forma en que hay que proceder para armarlas.

Los bustos se compran en cualquier bazar y hay obreros especialistas en la montura de los bustos a la armazón de alambres. Debe darse siempre la medida del alto y de la circunferencia que esta armazón debe tener, ya que si no hay una justa proporción entre busto y armazón, la muñeca quedará fea.

Los alambres se cubrirán con un sesgo de género ligero o con una cinta ordinaria, que se arrollará en torno a cada alambre.

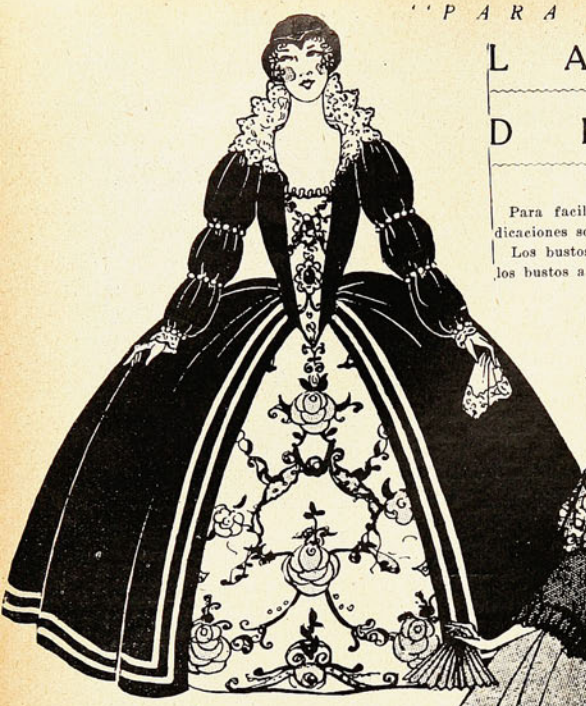
Luego se cubrirá todo con un forro de pongé, eligiendo un color que combine con el del género que llevará encima, para que la transparencia sea bonita. Así, por ejemplo, bajo un traje lila, el rosa será encantador; el amarillo bajo un traje rosa, será también delicioso; en cambio, el verde sólo admite un fondo blanco.

Una vez terminado el forro de la armazón, se hará el traje, cuidando de que las costuras estén muy bien terminadas.

Las faldas, que son con mucho ruedo, se fijan con algunas puntadas a la armazón, para evitar que se levanten.

Los cuerpos se cosen sobre las muñecas para que queden perfectamente ceñidos.

Los sombreros se hacen en espartric y se forran con pongé y luego con la seda. Cuando los cuerpos son muy armados —tal como lo es el del primer modelo que ofrecemos en estas páginas — vale forrarlos con un trocito de linón obispo, para que así sea más fácil mantenerlos rígidos. Para las mangas en globos, de este traje, se usa el mismo procedimiento.



LAS muñecas están siempre de moda y encuentran un sitio en el hogar. Colocadas sobre una armazón de alambre, con un leve traje de seda o un forro acolchado, están destinadas a pantallas o a cubre-tetera, siempre resultan bonitas, tanto, que se puede prescindir de un uso práctico para ellas y presentarlas como un simple adorno.

Damos a nuestras lectoras, tres modelos de muñecas vestidas a la moda de otras épocas, verdaderamente encantadoras y novísimas.

La primera, lleva el suntuoso traje del Renacimiento, con el cuerpo rígido — ¡las barbas de los corsés eran en ese entonces de madera! — con el peto bordado con pedrerías.

La falda, rodeada de un galón, se abre sobre un delantero de género brochado, o de terciopelo de Génova o de tejido de Oriente, de esos que importaba Venecia para sus dogaresas.

Las mangas están formadas por tres globos unidos por hileras de perlas.

El cuello, mantenido, por alambres, es de encaje y completa este vestido, con el cual sería tan difícil moverse. Olvidaba la toca de terciopelo, en punta, sobre la frente, con los lados separados de la cabeza, para dejar una especie de hueco al peinado de crespos y el pañuelo, que en ese entonces empezaba a ponerse en uso, y que era sólo privilegio de gran dama.

El traje de carnaval veneciano del siglo XVIII, popularizado por Loughi, está hecho en la falda con un tafetán claro, adornado adelante con un ancho galón y abierto sobre un fondo de tafetán oscuro.

Una manteleta de tafetán negro o café, cubre los hombros, teniendo atrás un capuchón que modela la cabeza como un casco, capuchón sobre el cual va colocado el gran tricornio de terciopelo negro, ribeteado de oro.

Un gran encaje prendido bajo el sombrero al capuchón, encuadra el rostro, dejando ver dos rizos blancos.

En una mano se lleva el abanico y en la otra el antifaz.

El último modelo, inspirado en el Segundo Imperio, no tiene menos encanto que los anteriores. Es un traje muy sencillo: "vestido de campo", dice la revista de modas del año 1850, de que fué tomado.

Está hecho en tafetán verde repollo y la falda lleva por adorno una greca de terciopelo negro.

El cuerpo se coloca sobre una blusa de organdí blanco.

Sombrero de paja de Italia, con el ala adornada interiormente por un ruche de organdí y sujeto a la barbilla por bridas de terciopelo negro.

Chal de las Indias de todos colores.

Pequeño quitasol de organdí blanco.

MATER PRUDENTISIMA

Por ENRIQUE FEIJOO Y RUBIO

LA discusión entre las dos hermanas se iba agriando por momentos. Aurora, simulando que leía una novela, observaba atentamente a sus hijas, y, cual un general en jefe que estudia las alternativas de una batalla, sonreía de vez en vez o fruncía el ceño al contemplar los avances, repliegues, emboscadas, etc., etc., con que el ingenio y la verbosidad vestían aquel ingenuo combate de almas.

Laura y Carmen, las deliciosas gladiadoras, no paraban mientes en su madre, arrebatadas juvenilmente como estaban en la fraternal contienda, en la que no sabemos si tomaba más parte la cabeza que el corazón.

—Dirás lo que quieras—afirmaba Laura con vehemencia, agitando el retrato de su primo Luis—. Los ojos es lo más bonito que tiene.

—No; la boca...—replicó Carmen.

—No seas terca; son los ojos.

—¡Jesús, qué tonta eres!... Fíjate; en su boca hay gracia y bondad...

En cambio, sus ojos no están mal, es verdad, pero son corrientes... Garzos y nada más.

—Son grises.

—Son garzos.

—¿Os pondréis de acuerdo, hijas mías?...—interrumpió Aurora, interviniendo.

Eranse Laura y Carmen, no obstante su prodigioso parecido, los tipos más opuestos que se puedan soñar. El contraste del oro y la endrina, de la azucena y del clavel rojo, del azul del cielo y de una noche oscurísima, se reflejaban en su pelo, en su cara y en sus ojos. En cuanto a sus caracteres... Invito a todos los Goethe, los Schopenhaüer y a cuantos filósofos, en fin, se han atrevido a hacer incursiones en la psicología femenina, a que me digan cómo es el alma de una mujer. La pedantería y convencional superioridad del sexo se permite a veces tener opinión. Mas, ¡ay!... Pobres hombres... Es el alma femenina un **sancta-sanctorum** del sentimiento, que no tiene iniciados ni sacerdotes, y que cuando los audaces en amor intentan violar sus misterios, o se estrellan, o se abrazan, o sin querer mancillan idealidades, más bien para soñadas que vividas.

Socialmente eran dos muchachas distinguidas y perfectamente educadas por el sistema pedagógico industrial de los colegios **bien**. Felizmente, la sensata orientación de Aurora, su madre, viuda desde muy joven, y que había sufrido y vivido intensamente, marcó una pátina de sinceridad y casta franqueza en sus caracteres, que hicieron de sus hijas dos criaturas atractivas y sencillas, que pisaban gentilmente en el plano social de las gentes acomodadas, que viven sin necesidad de pensar en la incógnita del mañana.

Había un terreno en el que coincidían: "Su primo era un muchacho encantador y tenía mucho talento'. ¡Era bueno?... He aquí otro problemita de difícil solución. Pero... ¿les interesa, acaso, a esas lindas muñecas que un hombre sea bueno?... Lo importante era que fuese guapo, culto y distinguido. La bondad, para ellas, tal vez era equivalente al valor supuesto que se consigna en algunas hojas de servicios, de militares, que no tuvieron ocasión de manifestarlo en función de guerra.

La ilusión era ya crisálida en sus corazones, y, sin darse cuenta, hallábanse ambas apasionadas del aún incógnito galán. Aurora, con fina suspicacia, observaba discretamente esta evolución sentimental de sus hijas, y tal vez su extrategia de madre meditaba alguna intervención oportuna y decisiva.

La discusión sobre el gusto estético de Luis volvía a avivar aquella hoguera de entusiasmos.

Tiene mucho talento, convéncete—afirmaba Laura.

—Si estoy convencida... Acuérdate de aquella aldeana morena que pintó...

—Era rubia.

—Perdona, hija; era morena.

—Siempre quieres tener razón.

—Es que la tengo.

—Lo que tienes es... orgullo.

—Y tú, envidia.

—¡Niñas, niñas!...—interrumpió Aurora con cierta severidad—. Y volviéndose hacia la puerta, por la que entraba un arrogante muchacho, prosiguió:

—¡Hombre! ¡Llegas oportunamente!... Haz el favor de fallar este pleito.

—¡Hola, tía!... ¡Hola, nenas!... ¿Qué pasa?...

—Sí, sí; que nos diga él su opinión—prorrumpieron las dos jóvenes.

—Tú qué prefieres—dijo Laura con vehemencia—, ¿las rubias o las morenas?...

—Sí, sí, dilo—continuó Carmen mirándole con insistencia—, ¿las morenas o las rubias?...

—¡Caramba!... Me ponéis en un compromiso... Esto es una encerrona—exclamó Luis, atusándose con graciosa petulancia el fino bigote. Y colocándose entre ambas hermanas, con seriedad dijo

—Me gustáis las dos...

—¿Las dos?...—interrumpió Aurora con cierto mohín de desagrado.

—Pero... si no era por nosotras—replicó Carmen, confusa, en tanto su hermana se hacía la distraída.

En la cara simpática del muchacho se apuntó la sonrisa de duda y petulencia que debieron reflejar, en vida, los rostros de los Mañaras, Casanovas y demás seductores de la Humanidad.

—Las dos me quieren—pensó.

Un criado anunció solemnemente la comida.

—Niñas, a la mesa—dijo Aurora.—Anda, Don Juan—continuó — dale el brazo a tu tía...

Y en el ajado y aún bello rostro de la dama se pintó con indelebles caracteres, que acababa de determinar en su interior algo trascendental.

* *

Y... efectivamente. Los hechos parecieron constituirse en aliados de Aurora, y el gentil primo Luis, ingeniero nuevecito, recibió órdenes de su Compañía de incorporarse urgentemente a su nuevo destino en una lejana provincia, para la explotación de unos saltos de agua, explanación de un ferrocarril y... qué sé yo que más.

Los primeros días casi fueron de duelo. Se hablaba mucho del ausente; se le recordaba con insistencia. No obstante, la incipiente rivalidad fraternal se suavizaba, y el trenzado y franco cariño de ambas niñas tomaba plaza en el lugar que antes ocuparan los celos, el amor propio y esas mil cositas que punzan y que cuidadosamente guardan las mujeres en su corazón.

El retrato había desaparecido. ¿En manos de quién? Alguien lo tenía bien guardado, y sonreía para sus adentros.

Un día hubo lagrimitas. El periódico de X... traía entre sus "ecos de sociedad" provincianos un rumor que a poco produce una catástrofe sentimental en las lindas lectoras:

"Se afirma en los círculos distinguidos de esta capital que por un joven y cultísimo ingeniero que lleva poco tiempo entre nosotros, ha sido pedida la mano de una bellísima señorita de esta localidad, hija de un opulento financiero, muy conocido en el mercado de minas. Se asegura que entre los novios ya se han cambiado valiosos regalos, lo que nos hace presumir que la boda se realizará en breve."

Laura y Carmen se observaron con atención, sorbiéndose oportunamente un par de indiscretas lágrimas, al tiempo que su madre entraba. Aurora, recelosa, con agudo golpe de vista, adivinó lo que pasaba. Sentóse en un elegante bufete y, simulando hojear papeles, dejó entre una carta al suelo. Después interrogó brevemente a sus hijas:

—¿Habéis visto cómo ha quedado el comedor?... Ya sabéis que hoy tenemos invitados.

—No, mamá. No hemos visto nada—dijo una de ellas.

—Entonces voy allá, no vaya a faltar algo...

Y uniendo la acción a la palabra, salió de la estancia.

Carmen, más impulsiva y curiosa que su hermana, cogió la carta y se reunió a Laura, cometiendo ambas el grave delito de indiscreción de enterarse de lo que—por extrañas razones—tal vez las importase. Leyeron el pomposo membrete:

"El Presidente del Consejo de Administración de la Compañía de Canalización y Riegos de X..."

Y continuaron:

"Muy distinguida señora y amiga: Después de nuestra interesante entrevista, poco he de decirla en esta carta. No iba usted equivocada al recordar la entrañable amistad que me unió a mi querido compañero, el pobre Carlos, su difunto esposo. He aquí por qué su retrato no podía serme indiferente. A esa pequeña comedia sentimental de que su casa era escenario, debíamos buscarle un desenlace lógico y humano, y... ya hemos llegado a él. Su joven sobrino e inteligente ingeniero nuestro, D. Luis de Anduaga, ha sido destinado a X... La determinación es un poco violenta, es verdad; pero no había otro recurso para que quedase usted complacida. En cuanto a las consecuencias de esta resolución, no tema usted nada; el tiempo borra sensaciones y recuerdos; sus hijas son jóvenes y bellas, y en cuanto a su sobrinito..., me permito creer que es ambicioso... Admiro rendidamente su prudencia y previsión maternales, y me reitero siempre su devoto admirador y viejo amigo, que sus pies besa, **El Barón de Castellgran**".

Carmen y Laura se miraron en silencio, profundamente emocionadas, mientras entraba nuevamente en la salita Aurora, radiante de maternidad y ternura.

¡Mamá!... ¡Mamá!...—gritaron ambas a un tiempo, y corrieron hacia ella como a un dulce refugio.

Y era primoroso en verdad el cuadro gentil que ofrecían aquellas antitéticas bellas cabecitas que ya no eran de mujeres, sino de niñas... Divina transformación que se operó al efluvio poderoso que irradiaba el noble regazo de la **Mater prudentísima**.

CARTAS DE UN MEDICO A UNA JOVEN MADRE

Por el Dr. GUILLERMO PLATH.

CARTA VII

¡Oh, mujer ejemplar! ¿Con que ya estás confeccionando todas las piezas del pequeño equipo? Debo alabarte. ¡Cuán grande alegría debe ser la tuya al ir reuniendo las pajas para la construcción del nido en medio de la alegría y de la esperanza, y cuán agradecida debes estar a la señora S..., que te ha ayudado con tan conmovedora amistad con sus cuidados y consejos, cual pudiera hacerlo una madre! No debes olvidarte de adquirir una bañera de zinc, de forma prolongada. La limpieza, que es una necesidad para el niño, se verifica evidentemente con más comodidad y de un modo más perfecto por medio de un baño tibio que por medio del simple lavado, tanto más cuanto que con este último es más fácil que sobrevenga un enfriamiento. También debes procurarte un pequeño termómetro de baño, porque la práctica de apreciar la temperatura del agua (32°-34° C.) por las simples impresiones de la mano o del brazo, está sujeta a muchos errores.

Me preguntas cómo debe disponerse la cuna y si debe mecerse al niño. Si bien, en mi opinión, hay muchos niños que no sufren perjuicio alguno por mecérseles con moderación, no hay duda de que, en general, esta práctica es superflua y con bastante frecuencia hasta perjudicial, sobre todo si el niño está enfermo. Es conveniente disponer la cuna de manera que se la pueda inmovilizar siempre que se quiera, evitando de esta manera la costumbre de mecer sin interrupción al niño, a la que tienen una especie de afición irresistible la mayor parte de las niñeras. De todos modos, sin embargo, es muy preferible mecer suavemente al niño, de vez en cuando, como medio de aquietarle, que cogerle en brazos y pasearle de una a otra parte, como suele hacerse en cuanto se pone intraquilo. En la mayoría de los casos, sin embargo, puede prescindirse del mecimiento, y así se hará bien en tener dispuesto un cochecito con cuatro ruedas y cortinas de color azul oscuro.

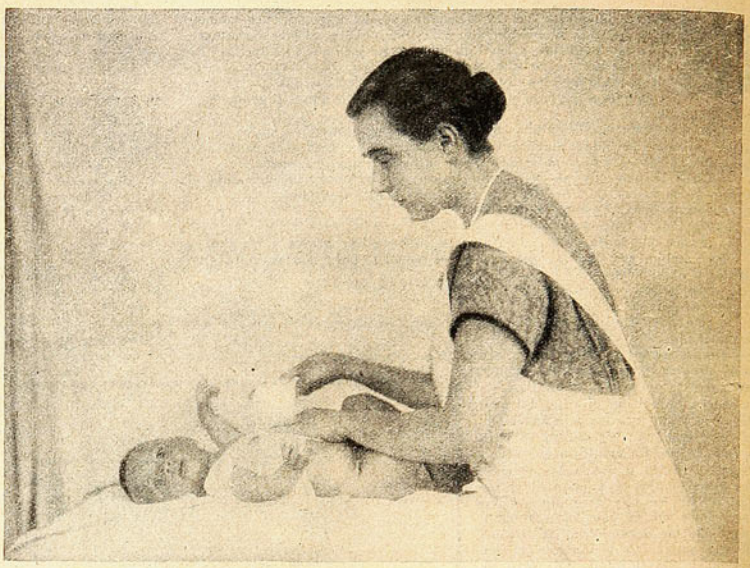
Como ajuar de cuna es muy conveniente un colchón, no muy relleno de crin de caballo, y una almohada del mismo género, y como abrigo, una manta sobre la cual se pone en caso necesario un edredón ligero. Sin embargo, durante las primeras semanas, sobre todo si se está en invierno, será mejor acostar entre plumas al niño, que es muy sensible al frío del ambiente, pues la experiencia enseña, que muchos recién nacidos no se sienten bien ni están tranquilos, más que siguiendo esta práctica. Esto es muy comprensible, si se considera cuán grande es la diferencia entre una cuna recién aderezada y, por lo mismo, todavía algo dura y los blandos tejidos que rodean al niño antes del nacimiento.

CARTA VIII

Tu última carta, amada Luisa, trata de una cuestión de la mayor importancia, y la opinión que manifiestas alrededor de ella revela una vez más, cuán certero es, las más de las veces, el juicio de la mujer libre de opiniones preconcebidas, cuando se trata de cuestiones en cuya resolución deben intervenir las exigencias de la naturaleza y de la sana razón, contraponiéndose a las preocupaciones y a las costumbres corrientes. Tienes completa razón al decir que: "la madre que está en condiciones de criar a su hijo y que en vez de hacerlo así, es capaz de entregarlo a una nodriza, sin motivos muy importantes, es una madre desnaturalizada".

Y en verdad, ¿qué cosa más desnaturalizada

La guagua debe ser pesada cada quince días, por lo menos.



Es muy conveniente fajar a las guaguas. Así se evitan hernias.

puede concebirse que una sea la madre que dé la vida a su hijo y otra que lo críe, infringiéndose así el sagrado deber de esta última para con su hijo propio, a quien priva, por una ganancia mercenaria, de lo que le pertenece y a él solo le corresponde?

Y sin embargo, tales como están hoy las cosas, se iría demasiado lejos si se quisiera, por lo menos actualmente, rechazar en absoluto el sistema de las nodrizas. Desgraciadamente, en nuestras condiciones sociales presentes, sobre todo en las grandes poblaciones, vivimos tan apartados de las condiciones naturales de la existencia (y esto es la causa de la mayoría de nuestros padecimientos corporales y psíquicos) que nos vemos precisados por este mismo apartamiento a irnos separando de ellas cada vez más y en nuevas direcciones. Y no sólo esto, sino que las condiciones de nuestro modo de vivir son tan artificiales en muchas materias, que aún las infracciones más groseras de las leyes naturales nos llaman apenas la tención y, consagradas por las costumbres y por la tradición, han adquirido entre nosotros carta de ciudadanía.

En ninguno de los animales más semejantes al hombre por su organización corporal, encontramos ejemplo alguno de que la madre no esté en condiciones de alimentar a sus pequeñuelos. Allí donde la bondadosa naturaleza llama a un ser a la vida, da igualmente los medios más apropiados para susbvenir a su sostenimiento. Lo mismo sucede en la especie humana mientras en su método de vida y en sus costumbres no se aleje demasiado de las leyes naturales, las cuales se adaptan igualmente, por modo maravilloso, a las exigencias de la razón y a las de la moral. Así, es un hecho excepcional entre los pueblos de vida sencilla y entre los habitantes del campo, que existan dificultades para que el niño sea criado por su propia madre.

Pero cuando, como sucede en las grandes poblaciones, el hombre se aparta más y más de lo sencillo y de lo natural, y la armonía de su desarrollo y las relaciones convenientes entre su actividad mental y su actividad corporal sufren trastornos a consecuencia de una mayor dureza en las condiciones de existencia, cuando a partir del principio de la educación del niño, toda ella está más encaminada a adaptarse a los prejuicios de la moda dominante que a atender a las prescripciones de la razón y de la naturaleza, la raza degenera y las consecuencias ineludibles de su degeneración se hacen sentir hasta la tercera y la cuarta generaciones.

Más adelante tendré tal vez, con frecuencia, ocasión de volver sobre este punto y de hacerte ver la verdad de mis asertos en muchas cuestiones particulares, así como de discutir las causas de todos esos trastornos. Por hoy, baste establecer como un hecho de triste observación de que son muchas, entre nosotros, las madres que no están en condiciones de criar a sus hijos o, por lo menos, de hacerlo con buenos resultados.

Las causas de esta incapacidad son, unas puramente corporales, y otras dependen del espíritu y del carácter y de la acción de ellos sobre la actividad material de nuestro organismo.

Entre las primeras debe contarse la falta de una secreción láctea, bastante abundante, la cual puede depender, a su vez, de una debilidad de la constitución entera o de una actividad insuficiente de los pechos, cuyo desarrollo natural encuentra, ya en la primera edad, un obstáculo en las prendas de vestir, que oprimen el pecho, y de ello resulta que sea completamente imposible para la madre criar al niño.

Por otra parte, cuando debe temerse que la madre tenga una tendencia hereditaria a padecer alguna enfermedad, sobre todo de los órganos del pecho o a sufrir convulsiones u otras enfermedades nerviosas, sería una inhumanidad fomentar el desarrollo de esta fatal predisposición o hacer que ésta se transmitiera al niño, y por lo mismo, es necesario entonces apelar a otros medios para criar a éste.

Entre los obstáculos que se oponen a la lactancia materna y que proceden del carácter, debe contarse de un modo especial la excitabilidad nerviosa que se encuentra con tanta frecuencia en las mujeres de las grandes ciudades, aquella excitabilidad de ánimo y de los nervios que perturba de tal manera el estado y las funciones del cuerpo, aun por causas insignificantes, que la leche de la madre no puede constituir para el niño una alimentación uniforme y provechosa. La experiencia, en efecto, demuestra que la composición de la leche varía según el estado de ánimo y del sistema nervioso, con arreglo a relaciones más o menos íntimas, y, por lo mismo, estas alteraciones ejercen la influencia más decisiva en el estado y en la salud del niño. Así, la lactancia materna puede ser perjudicial y hasta peligrosa para la vida de éste, cuando la madre está expuesta a la influencia de impresiones psíquicas violentas y no ha aprendido, a su debido tiempo, a moderarse y a dominarse a sí misma, o cuando la cólera y el mal humor agitan el ánimo y convierten la leche en un verdadero veneno. He presenciado casos trágicos, en que la leche en estas condiciones, había sido fatal para la vida del niño, en unas pocas horas. Estas desagradables consecuencias sobrevienen, por otra parte, con tanta mayor facilidad cuanto que la lactancia misma disminuye la resistencia del organismo, y con ello se da mayores vuelos a la excitabilidad del sistema nervioso.

Teniendo en cuenta estas reflexiones, he dicho que, hoy por hoy, no podemos prescindir por completo de las nodrizas. Por ahora, deben ser toleradas como un mal necesario. Si todas las madres, sin excepción, quisieran criar a sus hijos, muy pronto se observaría en unas y otros las perjudiciales consecuencias de este cambio. Muchas mujeres morirían prematuramente y la población habría degenerado, en buena parte, antes de medio siglo, convirtiéndose en una raza de pigmeos y de individuos debilitados de espíritu y de cuerpo.

Afortunadamente, no hay que temer para ti semejantes desgracias. Así, en mi próxima carta hablaré del deber de criar a tu hijo, que tienes como madre, ya que no has de tener ningún reparo en cumplirlo.

EL CANDADO

Por EMILIO MENDEZ DE LA TORRE

EN el reducido Casino provinciano sonó la voz cálida y vibrante de don Tomás, hombre joven y de teorías modernas.

—Señores — decía, paseando la docta mirada sobre los oyentes, — hay que educar a los niños en el culto a la verdad y en el santo horror a la fábula. La leyenda bajó con nuestros padres, al sepulcro, y allí reposa en silencio como venerable reliquia de tiempos pretéritos.

Don Cándido, un viejecillo de cabellera tan alba y resplandeciente como la de esos pastores inmovilizados en las nevadas sendas de los nacimientos, levantó su voz humilde contra la rotunda conclusión, pidiendo:

—¡Un poco de ilusión para la pobre vida! ¡Un poco de ilusión, que también Dios, sobre la tosca realidad de la tierra, tendió la risueña esperanza de su firmamento azul!

—¡Ja, ja, ja, — rió don Tomás. — La vida moderna se despoja de todo su bagaje inútil para caminar más de prisa. Hoy el mundo marcha raudo y veloz por los caminos de progreso.

—Tanto peor — contestó don Cándido — El agua se despeña por las torrenteras abajo buscando los ríos para recorrerlos apresurada, bien pronto desemboca en la amargura del mar. En cambio el agua pacífica, la que se remansa en las orillas, queda convertida en flor o sube al cielo transformada en nube.

—Esas son leyendas, don Cándido, y en los tiempos que alcanzamos hay que ser prácticos.

—¿Práctico, dices? — preguntó don Cándido.

—¡Práctico! — aseguró don Tomás.

—¿Aunque la voz de la sabiduría desgarre la fe del alma?

—¡Aunque que pase lo que pase!

—¡¡Mira bien lo que afirmas, y mira que los hombres somos lámparas y que de arriba baja la luz que nos enciende!

—¡Lo dicho,... dicho! — concluyó don Tomás.

—Pues bien, tú tienes tres hijos.

—Como tres soles.

—Que Dios te los conserve... Hoy es día 5 de enero.

—¿Y qué?

—¿Pasan para tus hijos los Reyes Magos?

—Hombre... — respondió don Tomás, sonriendo. — Ya sé por dónde van los tiros.

—No lo sabes aún. Pero ¿pasan los reyes para tus hijos?

—Claro que pasan.

—Pues bien. Esta noche iré yo, en nombre de la verdad que predicas, a quitarles la ilusión que tienen..

Un silencio absoluto acogió la frase del anciano. La discusión quedó bruscamente cortada por aquellas sentenciosas palabras que de modo tan impío se levantaban inquietantes sobre las inocentes cabezas pobladas con los primeros y más hermosos sueños de la vida.

¡Qué crueldad segar en flor las quimeras infantiles, tan espléndidas y lozanas como las flores que sobre la tierra virgen se abrieron bajo los oros triunfantes de la primera aurora de la Creación!

* * *

La noche no baja del cielo; la noche sube de la tierra. Es como un fugitivo vapor de tonos pardos que asciende condensándose en los espacios hasta hacerse umbrío. Entonces se abren en las alturas las claras luminarias de las estrellas, y entonces se encienden en los comedores de las casas las santas lámparas a cuyo resplandor cosen las madres, velan los padres y los hijos sueñan. Y la mansa luz, pendiente del techo como un pedazo de gloria santa, forman nimbos de plata sobre las frentes y cae silenciosamente derramando paz, consuelo y alegría en el sagrado regazo del remanso familiar.

Los hijos de don Tomás están alborotados. Aquella noche no pintan monos, ni ven estampas, ni recortan figurines. Aquella noche es solemne y está destinada por entero a fantasear.

El padre los atiende más solícito que nunca, los besa con mayor cariño viéndolos amenazados, y los niños ríen, charlan y cantan, ignorantes del peligro que corren.

El reloj cuenta el tiempo; la péndola va y viene cortando en trozos las horas, y cada tijeretazo suyo es un pedazo de vida que cae en la eternidad.

Los niños ya fueron a la cocina para meter prisa; quieren cenar pronto y acostarse a fin de estar dormidos cuando los Reyes pasen.

Mientras tanto, y frente al nacimiento, se entretienen en colocar los Reyes Magos delante del Portal de Belén. Los camellos descansan, a un lado, de su larga caminata a través del desierto, y los tres criados custodian los caballos cargados con fantásticos tesoros.

En esto suenan dos recios aldabonazos. Don Tomás se solivianta presintiendo la escena; le acometen violentos deseos de coger a sus hijos y esconderlos entre sus brazos para protegerlos del mal que les amenaza; siente impulsos generosos de gritar a voz en cuello:

—¡Hijos míos, no hagáis caso de lo que ese hombre os viene a decir!...

Pero ya era tarde, porque, abierta la puerta, don Cándido subió, y, penetrando en el comedor, se acercó al nacimiento como si fuese un pastorcillo rezagado que acudiese al portal de Belén para adorar a Jesús.

—¿Qué hacéis?—le preguntó sonriendo.

—Colocar los Reyes Magos, porque esta noche pasan por el mundo dejando juguetes a los niños.

—¡Ja, ja, ja!—rió don Cándido, mirando burlonamente a don Tomás, que, pálido y azorado, pugnaba entre su amor propio y su deseo de terminar la farsa.—Eso os lo habrá enseñado papá, ¿no?

—Papá y mamá — aseguraron los niños.

—¿Habréis escrito una carta?

—No, señor, que hemos escrito tres; cada uno la suya. Y las hemos puesto en un sobre que dice: "Señores Reyes Magos de Oriente. Camino del Cielo. Palacio de la Estrella brillante..." Y para que no se pierda, papá la ha llevado.

—¿Al cielo? — preguntó burlonamente don Cándido.

—¡Al cielo! ¡Qué tonto! — exclamaron los tres riendo a coro.

—Pues ¿a dónde entonces?

—Al campo de la Luna.

—¿Y qué campo es ese que yo no lo conozco.

—Pues un campo que hay lejos de aquí, mucho más allá de las huertas. Allí se dejan las cartas y luego viene un viento muy grande que se las lleva al cielo.

¡Vaya, vaya, vaya con las cosas que os cuenta tu papá... ¿Y nos os ha dicho ningún grandulón del colegio que todo eso de los Reyes Magos es una pura engañifa?

—Sí, Roberto, el cabezota feo, como yo digo; pero nosotros no le hemos creído.

—Pues habéis hecho mal. Ese cabezota feo es esclavo de la verdad, y no hay más remedio que ir por el camino que trazan los cabezotas esos.

—Entonces — preguntó desolada la mayorcita, — ¿son los padres los que dejan los juguetes?

—¡Los padres! — sentenció con lágrimas en los ojos don Cándido, cuyo corazón sangraba de dolor y cuyos labios temblaban de ira.

Don Tomás, sin fuerzas ya, aguardaba el final impasible.

—Para convenceros he traído un candadito, que lo vamos a colocar en el balcón. Yo me llevaré la llave. Y como encima no hay balcones y los del lado están lejos, quiere decir que tu papá no podrá poner los juguetes y que vuestros zapatos amanecerán vacíos.

Los niños se miraron tristemente. En silencio se puso el candado.

* * *

Imposible tirar la piedra sin que el aire se estremezca y sin que tiemble en el lago dormido su pureza de cristal.

De igual manera la duda no puede cruzar por nosotros sin turbar la diáfana serenidad del alma.

Los niños no cenaron; callados besaron a sus padres y callados cayeron en sus cunas. Otros años reinó la alegría a la hora de acostarse; aquella noche reinó la tristeza. Otros años se durmieron soñando; aquella noche velaban llorando.

La madre, esa santa figura que hace cuna de su regazo y trono de sus brazos, procuraba consolarlos.

—No hagáis caso, hijos míos, que ha sido una broma de don Cándido para probar vuestra fe. Los Reyes pasan para los niños que creen en ellos.

—¿Y cómo pasan, mamá?

—Veréis...

Los labios de la madre, cristalino manantial de ingenuas leyendas, dejaron escapar el susurro de un cuento, y a su mágico rumor de perlas y campanitas de oro, los niños se fueron quedando dormidos.

* * *

Pasa tiempo. Don Cándido, en cuyo corazón la amargura se cebaba con verdadero ahínco, no bien abandonó la casa de don Tomás, fuese a la dulcería. Allí escogió tres cestitas de mimbres dorados, mandó que las

llenaran de bombones, escribió una carta y, provisto de una escalera, marchó calle abajo, decidido a escalar el balcón de los tres hermanitos.

—Pero... ¿dónde va usted con esa escalera? — le preguntó el sereno. — ¡Así Dios me salve como que usted se volvió loco!

—Calla, Francisco, calla; que soy un criminal.

—¡Cristo me valga! — exclamó el sereno dando un salto atrás y poniéndole el chuzo al pecho.

En pocas palabras refirió al sereno lo ocurrido.

—Pero... ¡eso es un pecado mortal...! ¡Quitarle la ilusión a tres infelices criaturas!

Compadecido Francisco, ayudóle a colocar la escalera. Don Cándido ascendió emocionado por ella, mientras el sereno la sujetaba.

—Ahora, cáigase y rómpase la cabeza, que le estaría bien empleado por meterse donde no le llaman.

Por fin alcanzó la barandilla y se detuvo un instante para tomar alientos. Las piernas le temblaban y el corazón le brincaba dentro del pecho... Allí estaban los tres zapatitos como tres manos infantiles implorantes tendidas al cielo. ¡Lo que aquellos zapatitos habrían corrido, los saltos que habrían dado y la ilusión tan grande con que sus dueños los habrían dejado en el balcón!

En la habitación había luz. Miró a través de los cristales y vió a don Tomás sentado y en actitud de meditación profunda. Pensamiento tuvo de llamarlo; pero se contuvo. Y, dejando las cestitas, abandonó el balcón sin juguetes, balcón donde los tres zapatitos vacíos pregonaban la honda tragedia de los niños al despertar.

Ya en la calle, recogió la escalera y se alejó murmurando como si rezara:

—¡Que vea la llave, Dios mío!

* * *

Sigue el tiempo su marcha imperturbable. Don Tomás vela. A ratos pasea clavando los ojos en el cerrado balcón que no puede abrir, y luego, vencido y humillado, se dirige a la alcoba donde los hijos duermen soñando. Los besa en la frente y, arrasados los ojos en llanto, sale de puntillas para dirigirse al balcón que cierra el candado.

De pronto sus ojos se clavan, afanosos, en el Rey Melchor, de cuyo cuello pende una llavecita dorada.

—¡Dios mío...! ¿Será? — exclama esperanzado.

Apresuradamente la coge, prueba el candado y...

—¡¡Es!! — grita jubiloso, besando el montoncito de barro que constituye la majestuosa figurilla del Rey Melchor.

Y de rodillas, como si fuese un arca santa, abrió el balcón.

La augusta soledad de la noche, tachonada de estrellas y envuelta en su amplio ropaje de soberano silencio, penetró en la estancia.

* * *

Media la noche. El cuento de la madre toma cuerpo en las imaginaciones de los niños, tejiendo la realidad de un sueño.

Por los aires desfila la oriental cabalgata de los Reyes Magos. Nubes de ángeles cubren de astros el camino, y la rutilante estrella puebla los espacios de una tamizada claridad lunar. De las fabulosas jibas de los dromedarios brotan innumerables cantidades de juguetes que durante el año fabrican los niños que murieron en las inmensas regiones celestes bajo la dirección de los Reyes magos. Traviesos angelitos van y vienen, infatigables, desde los camellos a las casas esparciéndolos por ventanas y balcones con un vivo y agitado batir de alas.

Luego vuelve la oscuridad y la quietud a reinar en la calle. La brillante procesión se aleja, desvaneciéndose en el horizonte. Y así cruza mares, desiertos, montañas, llanuras y ríos, y dondequiera que hay un niño hay un angel también que, volando, deposita un juguete al pie del zapato

* * *

Ya cantó el gallo; ya las flechas del sol clavaron su oro en veletas, picachos y arboledas; ya suenan las campanas, y ya se abren en el cielo los anchurosos portones por donde a torrentes salen las encendidas claridades del día para caer sobre el mundo como serenas cataratas de luz y alegría.

Como bandada de pájaros, como nube de golondrinas despiertan los niños. Ese día hay más júbilo que ningún otro sobre la tierra.

¡Qué risas nerviosas, qué inquietud, qué impaciencia y qué inmensidad de ojos brillantes por la emoción y el rocío de las lágrimas!

No hay que despertalos. El Niño Jesús, desde el cielo, despierta a un mismo tiempo a todos los niños del mundo.

¡Vísteme, mamá.

—¡¡A mí primero!!

—¡¡¡A mí antes que a nadie!!!

¡¡A mí!!

¡¡A mí!!

—¡¡¡A míiiiiiiiiiiii!!!!

¡Qué cerca está el balcón y qué lejos!

¡Quisieran con la vista penetrar el misterio de la distancia que los separa!

—¿Habrán pasado, mamá?

—¿Nos habrán dejado algo?

—¿Habrá mentido don Cándido?

Los hijos de don Tomás se precipitan al balcón, abren el candado y... un grito de júbilo estalla.

No son sus bocas solamente las que ríen: es también su corazón y su alma lo que pregona el regocijo inmenso del hallazgo.

—¡Qué buenos son los Reyes Magos! — exclaman, besando los regalos y apretándolos contra el pecho; porque aquellos juguetes no son los corrientes de las tiendas, no; aquéllos tienen un origen divino y vienen de lejos, de allá, de donde baja el agua, y el sol, y la luz de las estrellas...

Sobre la mesa del comedor, confundidos con los desayunos, están los juguetes. Los padres ríen. En la puerta suenan dos aldabonazos. Don Cándido se presenta.

—¡Sí que pasan los Reyes, embusterillo! — claman los niños alborozados.

—¿Estáis seguros? — preguntó el aludido, besándolos en la frente.

—¡Y tan seguros!

—¿Habéis visto si el candadito estaba bien cerrado?

—Muy cerradito, sí. Yo misma lo abrí... y casi no podía de nerviosa que estaba.

—Pues la verdad es que no me lo explico.

—Y además nos han dejado tres cestitas de mimbres dorados, que no habíamos pedido, con una carta que dice: "No hagáis caso de don Cándido, que el pobrecillo está chiflado. Comeos esos bombones a su salud y perdonadlo. Muchos abrazos, y hasta el año que viene.—**Melchor, Gaspar y Baltasar.**"

—Pues ahora, cuando algún cabezota os diga lo contrario, enseñadle la carta; los bombones no, porque os los habréis comido... ¿Digo bien, amigo Tomás?

—Muy bien — respondió el padre.

Y luego, con la voz velada por la emoción, continuó diciendo:

—¡Pobres de aquellos para los cuales no pasan ni pasarán jamás los Reyes Magos, porque ellos perdieron una ilusión tan pura y tan blanca como el deseado traje de primera comunión...! Un poco de ilusión para la pobre vida, unas cuantas flores para cubrir los desgarradores yermos de la verdad, que también Dios, sobre la tosca realidad de la tierra, tendió la risueña esperanza de su firmamento azul.

PARA LAS HACENDOSAS

Para hacer madurar rápidamente los tomates

Los tomates se pueden hacer madurar rápidamente, tomándolos de la planta verdes, colocándolos entre polvo de carbón y exponiéndolos al sol. El calor absorvido por el sol los madura en seguida. Como es natural, será mejor dejarlos en la planta y apoyarlos en soportes que permitan rodearlos de los polvos de carbón.

También se acelera la madurez de los tomates cortando los brotes superiores de la planta en cuanto los tomates hayan adquirido el tamaño de un huevo de gallina.

Cuidados que deben darse a los pájaros

Los pájaros recluídos en jaulas deben ser objeto de solícitos cuidados si se quiere que se conserven sanos y hermosos, tanto más, cuanto que los pájaros domesticados o, mejor dicho, prisioneros, están sujetos a mayor número de enfermedades que los que viven en estado de libertad. Ello es debido en gran parte a la estrechez de las jaulas en que le los encierra, procúrese, entonces, que sean éstas ló más anchas posible. También contribuye a fomentar sus dolencias los bizcochos, el azúcar, etc., que se les ofrece con frecuencia inmoderada.

La longevidad de los pájaros depende en gran parte de los cuidados que se les prodigan. Así, por ejemplo: es necesario renovarles cada día, y aún dos veces diarias, el agua del bebedero y la que les sirve para bañarse, póngaseles grano nuevo en el depósito correspondiente y désele verdura fresca.

El grano, cualquiera que sea el que se les suministre, debe bastar ampliamente para un día y serle renovado en el siguiente, en caso contrario, como que los pajaritos escogen lo que más les apetece, desparramando el resto con el pico y las patitas, al día siguiente no hallan más que lo desechado y se ponen tristes y de mal humor.

Es importante procurar a los pájaros un alimento tan semejante como sea posible al que buscan por sí mismos, cuando están en libertad; así a los chincoles se les dará pan y semillas diversas, a los canarios mijo y alpiste con algunas semillas de cáñamo a los gilgueros, semilla de cáñamo solamente, a los cardenales, panizo. A los loros les gusta mucho la semilla de girasol y el maíz triturado. Lo que adoran todos sin excepción es la verdura, pero hay que evitarles en lo posible la lechuga que los debilita. Demasiada semilla de cáñamo es generalmente malo para los pájaros de pequeña talla, los predispone al asma y a la ceguera. Debe dárseles como golosina, pero no como alimento habitual.

El arte de servir el vino

El profesor Ottavi, insistiendo sobre el hecho de que es necesario saber presentar y servir el buen vino, si se quiere que sean apreciadas sus especiales cualidades, indica las siguientes reglas que toda dueña de casa debe saber:

Los vinos embotellados desde muchos años, habrán formado un conche más o menos sensible. Antes de servirlos es necesario dejar las botellas derechas por lo menos durante un día o dos, a fin de que los conchos se vayan sedimentando. A ser posible, es mejor trasvasijarlo por medio de un sifón.

Los vinos tintos son mejores a la temperatura del ambiente, por lo cual conviene dejarlos algunas horas en el comedor a fin de que adquieran la misma temperatura. Si falta tiempo para ello, se pueden colocar las botellas en un baño de agua templada.

Esta advertencia es inútil para los vinos blancos que se deben servir completamente fríos, en especial los generosos.

Los espumosos deben servirse fríos también y para ello es conveniente colocar las botellas en un balde de plaqué o de plata, envueltas en un paño, entre trozos de hielo.

Al servirse los vinos hay que guardar ciertas reglas para armonizarlos con los alimentos. Con los pescados y mariscos se servirán lo vinos blancos secos; con los guisos de verdura, de ave y carnes ligeras, más las frituras, vino rojo clarete; con el asado vino tinto viejo y generoso; al fin de la comida el vino más antiguo y de mayor estima que se posea; por último se servirán los vinos espumosos y los blancos generosos, intercalando entre éstos alguno dulce para las señoras.

El vino excesivamente enfriado carece de **bouquet**. Por eso debe siempre envolverse la botella que se pone en el balde con hielo en un paño doblado en varias capas. Un vino templado posee el máximo de olor y de sabor, sin embargo, sólo en casos de mucho apuro deben ponerse los vinos tintos en agua templada.

Base: Parafenilendiaminosulfónico.

Representantes: SALAZAR y NEY — A. Prat 910 — SANTIAGO.

PARA LAS COQUETAS

EL MASAJE

BIEN ejecutado aviva la respiración de los tejidos, la circulación de la sangre combate admirablemente la anquilosis, la deformación del cuerpo, de los miembros y de la cara. Pero no siempre se puede recurrir a un sabio masajista ni a una masajista titulada. La observación de algunas simples reglas permitirá, ya que no reemplazar a los especialistas, al menos suplirlos hasta cierto punto. Pero sólo aquellas personas que gozan de buena salud, pueden seguir sin peligros nuestras indicaciones. Los que no tengan este don precioso, deben consultar siempre al especialista.

Se empieza por el masaje del mentón.

Concerniente al masaje medicinal, nos limitaremos a advertir que sólo debe practicarse en caso de un dolor ligero y conocido por quien lo siente. El lugar del masaje debe estar situado en un sitio que favorezca el relajamiento de los tejidos. Se debe comenzar y terminar pasando la mano muy abierta y a plano, sobre el sitio elegido. Antes se hará un masaje de las partes más cercanas al corazón, para avivar la circulación de la sangre. Pero no dejaremos de repetirlo una vez más: sólo en muy contadas excepciones debe hacerse este masaje sin prescripciones del médico. Tampoco hablaremos del masaje eléctrico que tan maravillosos efectos produce. Sólo daremos a nuestras lectoras una breve indicación del masaje natural que ellas mismas, sin ningún peligro, pueden proporcionarse.

Fricción del cuerpo.—¿En qué momento debe hacerse? Después del baño. Antes de acostarse. En todo caso: una vez que la digestión haya sido hecha. Si la disribución de su casa la pone al abrigo de miradas indiscretas, abra usted las ventanas. Si esto es imposible, deje usted pasar la mayor cantidad de aire por las ventanas entreabiertas.

Hay que comenzar por los pies. Müller indica un medio muy ingenioso de hacerlo: con la parte baja, o sea la planta del pie, frota usted la parte superior del otro, teniendo cuidado de poner la punta del pie hacia afuera. En seguida se inclinará usted hacia adelante y posará fuertemente las manos sobre las piernas, ojalá sobre los pies, sin doblar las rodillas, y se alzará deslizando las manos por las piernas, por los muslos, por el cuerpo, hasta llegar al pecho. Después, inclinándose nuevamente, pondrá las dos manos en la espalda, lo más alto posible, y alzándose, las irá bajando hasta llegar a los talones. Sin alzarse, pasará las manos a la parte anterior de los pies y hará el movimiento anterior, subiendo hasta el pecho. Este doble movimiento se debe repetir veinte veces, máximo. Debe inspirar cuando se levanta y debe exhalar cuando se inclina.

Cada brazo se friccionará mediante los cuatro dedos de la otra mano, frotándolo de los dedos al hombro, del hombro a los dedos, después de la parte interna de la mano a la axila y de la axila a los dedos, por la parte interna de la mano.. El brazo friccionado debe permanecer paralelo al suelo.

Es también Müller el que aconseja que el cuello no debe friccionarse nada más que en caso de ser muy delgado o inelegante. Entonces debe hacerse el masaje todos los días, con las dos manos, de alto abajo, primero de la barbilla al pecho, después de un lado de las orejas al hombro, después de la nuca a la espalda.

Unos minutos de gimnasia luego del masaje, aumentarán considerablemente sus efectos. Los manuales de gimnasia son demasiado comunes y suficientemente ilustrados para que nos detengamos en explicarla. Pero no dejamos de recomendar la absoluta necesidad de aprender a respirar convenientemente. Debe dejarse a un lado todo sistema que no documente con toda exactitud sobre este tópico tan importante, usando y siguiendo con toda estrictez la forma de bien respirar que dé algún buen libro de gimnasia.

Masaje de la cara.— Bajo el mentón, echando la cabeza hacia atrás, colóquense los pulgares unidos en el centro, sepáreselos y llévese con ellos hasta las orejas. Este movimiento se repite diez veces.

Masaje del cuerpo

Las mejillas deben masa-

VELOUTY
DE DIXOR - PARIS
M. R.

HUGUETTE DUFLOS

una de las bellezas del Teatro Francés, artista tan aplaudida como elegante, dice:

—"Con la "VELOUTY de DIXOR", a toda hora del día, causaréis la impresión de recién haber dado la última mano a vuestra toilette."

ELVIRE POPESCO

la bella y turbadora intérprete de las obras de VERNEUIL, se expresa así:

—"La "VELOUTY de DIXOR" es, sin cuestión, el producto de belleza soñado para el rostro, las manos y el escote."

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS.

se vende a los siguientes precios:

1/4 tubo o tubo maletín	$	2.00
1/2 „	„	8.00
1/1 „ o super tubo	„	13.50

Tres colores:

BLANCO, ROSADO (NATURELLE) y MARFIL (IVOIRE)

EL SEGUNDO MATRIMONIO DE LA DISTRAIDA MISS FAWN GRAY.

PARECE QUE DEBIERA SER BASTANTE PARA UNA MUJER, DESPERTAR Y ENCONTRARSE CON UN MARIDO COMPLETAMENTE DESCONOCIDO PARA ELLA. PERO LA BELLA BAILARINA CONTRAE, POR SEGUNDA VEZ ESTA CLASE DE MATRIMONIOS, Y LA CORTE DECIDE QUE ESTE ULTIMO ES VALIDO.

La primera vez que Mrs. Gray descubrió que se había casado sin saberlo fué en un Hotel de Nueva York. Se hallaba sentada cerca de una ventana con mucho dolor de cabeza, cuando oyó una voz que decía: "Yo soy su marido ¿Qué no me recuerda Ud. ya?"

MISS Fawn Gray, la conocida bailarina que hace un año se casó distraidamente con un desconocido, ha vuelto a hacer la misma cosa otra vez. La primera vez Fawn se sintió muy apenada, cuando se despertó una tarde en una pieza extraña al que ella creía ser un hotel en Filadelfia. Pero sucedió que no se hallaba en Filadelfia sino que en Nueva York. Y aunque esto no era muy imporante, al despertar sintió mucho dolor de cabeza y un gusto amargo en la boca.

Se puso su traje que encontró al pie de la cama y se sentó en una silla al lado de la ventana, tratando de recordar lo que había sucedido. Su último recuerdo del día antes fué que se hallaba en una alegre fiesta en Filadelfia, con varias personas y en la que abundaban las bebidas. Fawn sólo tenía diez y nueve años, pero ganaba mucho dinero y era libre como el aire y no se sentía bien dispuesta hacia el matrimonio. Ahora se encontraba en un cuarto extraño y se sentía bastante mal.

Fawn Gray, la bailarina que se ha casado dos veces sin saberlo.

"¡Por qué no regresé anoche a mi casa?", se preguntó en voz alta.

—"Pero querida Fawn, dijo una voz de hombre, ¿no recuerdas que eres mi mujer?

Fawn Gray se levantó de la silla y miró a su alrededor. Allí sentado en el lecho, un hombre en pyjamas, completamente desconocido a ella, le sonreía. La muchacha le preguntó con voz colérica lo que hacía en el cuarto y el hombre le respondió: "Pero Fawn, ¿no recuerdas que soy tu marido?"

Miss Gray levantó la cortina y examinó al desconocido a la luz del día.

Le pareció que había visto su cara antes, pero no pudo recordar dónde ni cuándo se había casado con él.

"Levántese y salga de aquí al instante", le ordenó.

El hombre sin responder, se levantó del lecho y se dirigió a una silla en la que se encontraba su ropa, y, buscando en los bolsillos de sus pantalones sacó un papel que entregó a la joven. Fawn lo tomó y vió que era un certificado de matrimonio, que establecía que una tal Fawn Gray, soltera, se había casado con un tal Teodoro Mc-Farland, periodista. Miss Gray reconoció su mismo nombre, pero saber quien era Mr. Mc-Farland.

"Yo soy Mc-Farland y Ud. es Miss Mc-Farland".

Mr. Mc-Farland persuadió a la joven que lo dejara vestirse, así que ella lo dejó solo en la habitación diciéndole que lo esperaba en el hall del Hotel.

Al poco rato lo vió aparecer acompañado de algunas otras personas que se habían encontrado en la fiesta, las que persuadieron a Miss Gray que ella se había convertido por distracción en una mujer casada. El marido quiso aprovecharse de la situación y trató de rodear con sus brazos la cintura de su mujer, pero ésta lo rechazó indignada.

"Por la última vez le ordeno que se retire". "Ud. puede ser mi marido pero yo no lo conozco", y Mr. Mc-Farland se encontró solo en un corredor, siendo un marido únicamente en el nombre. La recién casada llevó su caso ante los tribunales y el juez, tomando en consideración su corta edad, anuló el matrimonio.

Después de un año, tiempo que es considerable en la vida de una mujer, Miss Gray conoció en

PARA LAS COQUETAS (Continuación)

jearse colocando los dedos índice y del corazón junto a la nariz, y con movimientos circulares subir hasta las sienes. La frente debe tratarse con los mismos dedos, tomando el centro como punto de partida y alejándose hacia las sienes. Las arrugas, llamadas vulgarmente patas de gallo, deben estirarse mediante dos dedos de una mano y con la otra libre, se hará el masaje muy suave del ojo hacia la sien. Este movimiento debe hacerse diez veces a cada lado. Las arrugas que bajan de la nariz a la boca se tratan con mayor vigor. Se tuerce la boca para el lado derecho cuando se hace el masaje en el lado izquierdo, y se tuerce hacia el lado izquierdo cuando se hace masaje en el derecho, entonces se pasan los dedos, fuertemente, sobre la fea arruga, lo mismo que si se tratara de borrarla con una goma, obrando siempre de arriba hacia abajo.

Para los cutis muy delicados no es conveniente hacer el masaje de la cara en seco, sino con la ayuda de un cold-cream. La vaselina, que sería la mejor de las cremas mirada por ciertas cualidades, tiene el gran inconveniente de favorecer la salida del vello, por lo cuál hay que rechazarla. De paso se puede decir que por esta propiedad, la vaselina está indicada para aquellas personas que tienen pocas pestañas y cejas, una aplicación nocturna de vaselina aumenta considerablemente la salida, crecimiento y fortificación de pestañas y cejas.

El masaje del cuero cabelludo.— ¿Hay que hacerse masaje en el cuero cabelludo? Algunos pretenden que el masaje daña la raíz de los cabellos.

(Concluye en la página del frente).

Reconstituir

la salud, levantar el ánimo, aumentar el apetito, tonificar los nervios, es la misión de

"PROMONTA"

en tabletas y en polvo.

Promonta es un preparado orgánico a base de susbstancias del sistema nervioso central, vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

De venta en todas las boticas.

Agentes exclusivos para Chile: DAUBE y Cía.

M. R.

El abogado de Mrs. Gray señaló severamente a su compañero y dijo: "Este hombre dice que es su marido."

Mrs. Gray, pensando tristemente en su segundomatrimonio

Baltimore a Hamáltong Smith, un escritor parisino que buscaba actrices. Fawn se hallaba de paso en la ciudad para ver a su abogado, Carlos Fagand, que la representaba en una demanda interpuesta por ella contra la International Marine Company. Mr. Smith escuchó con simpatía la historia de Fawn. Parece que antes de entrar a la zona del Canal, cada pasajero que iba a bordo del "Irland", barco de esa Compañía, tuvo que ser vacunado, lo que es un asunto grave para una bailarina de cabaret. ¿En qué parte del cuerpo podría vacunarse una muchacha cuyo oficio le obligaba a exhibir la mayor parte de su piel? Después de mucho pensar, Fawn eligió un "sitio" y el médico de a bordo la vacunó. Pero debió cometer alguna equivocación, pues la bailarina dice que, debido a la marca que le quedó en la piel, no pudo bailar por algunas semanas. Mr. Smith pensó compasivamente que la Compañía le debía regalar el "Finlandia" por el daño que le había causado. En ese caso él escribiría un argumento referente al barco y lo volaría o lo haría ensayar en la costa de Hollooway.

Mr. Smith se hallaba bajo la inspiración de una buena botella de wisky escocés, y su imaginación se había desarrollado mucho. S. Mr. Smith escribe alguna vez la historia del día que pasó con Fawn, y la lleva al cine, la primera escena debe representarse en un taxi, en el que se encuentra el mismo Mr. Smith, acompañado de Mrs. Gray y a ésta sucederá otra escena con el siguiente título: "Muchas horas después", que debe ser representada en el Roof Garden del Hotel Chateaux, mostrando a Mr. Smith y a Mrs. Gray, conversando animadamente. Otro hombre interviene y habla con Smith antes de que Fawn note su presencia. El desconocido parece inquieto y consigue finalmente atraer la atención de la dama. Título hablado por Mrs. Gray:

"Oh, yo sé quién es usted. Usted es mi abogado." El abogado parece sorprendido pero replica con otro título. "Este hombre dice que es su marido". "¿Ha vuelto usted a casarse del mismo modo que la primera vez?".

El resto de esa escena sería difícil de representar, Mrs. Gray quedó tan sorprendida que negó el hecho, pero Smith le presentó los documentos que probaban que él era el marido de Fawn, y la desgraciada muchacha estalló en sollozos.

Parece ser que después de haber conversado con Fawn, y de darle a beber varios vasos de wisky, Smith la convenció de que debía casarse con él y se apresuró a llevársela a un taxi para celebrar la ceremonia en la oficina más próxima del Registro Civil.

Alegando que Smith se había aprovechado de que ella se hallaba un poco excitada por el alcohol que el hombre le había dado a beber, Fawn se presentó ante los tribunales pidiendo que se declarara nulo el matrimonio. Pero el juez, miró severamente a la muchacha y desechó la petición. "Usted ya se ha casado una vez, más o menos en estas mismas circunstancias, y le he concedido el divorcio, pero dos veces es demasiado, y ahora Ud. debe soportar las consecuencias de su ligereza."

PARA LAS COQUETAS

(Conclusión)

No es verdad. Los cabellos que se caen en cada masaje son cabellos muertos que debían caerse. En cambio, los otros, ganan enormemente.

Una célebre coqueta que debía buena parte de su éxito a la exuberancia de su cabellera, afirmaba que esta exuberancia provenía de los siguientes cuidados que durante un cuarto de hora prodigaba todas las mañanas a su cuero cabelludo.

Apoyaba cuatro dedos de cada mano en el nacimiento del pelo, en la frente, y apoyando con fuerza los hacía resbalar hasta la coronilla. Sacaba los dedos y nuevamente los apoyaba en el nacimiento, buscando todos los puntos, para que toda la parte del frente de la cabeza quedara friccionada por parejo. Repetía el movimiento veinte veces y luego hacía lo mismo con la parte de atrás, tomando como punto de partida la nuca.

Bien se ve que el medio no puede ser más simple, y aunque no estemos en la época en que una cabellera larga sea necesaria para sentar plaza de belleza, la melena corta hace apreciar un pelo bonito, brillante y esponjado.

En fin, si la coquetería no es capaz de hacerlas a ustedes practicar diariamente el masaje, acuérdense ustedes que hay un refrán oriental que dice: "El masaje ahuyenta del cuerpo humano los malos espíritus..."

Tal vez ustedes no tengan en el alma buenos y bellos pensamientos que se reflejan en la belleza de un rostro joven y en la armonía de unos gestos llenos de gracia. ¿Entonces? Practiquen el masaje a pesar de todo... por precaución...

¿QUE SABE USTED?

¿Sabe usted que las nueces, por su gran valor nutritivo, deberían ser consideradas como alimentos principales, y no como golosinas o accesorios?

Por eso las nueces no deben comerse al final de la comida.

¿Sabe usted que las nueces contienen muy poca agua?

Por eso son un alimento altamente concentrado.

¿Sabe usted que las nueces del nogal blanco, el maní y las almendras (que son consideradas como nueces), contienen más proteína que un peso igual de carne?

Por eso esas nueces se usan con frecuencia en lugar de la carne.

¿Sabe usted que las nueces pecanas, del Brasil, del nogal blanco, del nogal americano, las avellanas y los cocos contienen mucho aceite?

Por eso las nueces, como todos los alimentos suculentos, cuando se comen en grandes cantidades causan desórdenes digestivos.

¿Sabe usted que las castañas son uno de los alimentos feculosos más valuables?

Por eso las castañas deberían servirse con carne frita o asada.

¿Sabe usted que la fécula de las castañas es difícil de digerir cuando se consume en su estado natural?

Por eso, y para mejorar su sabor, se tuestan las castañas.

¿Sabe usted que la sal no tiene influencia en la digestibilidad de las nueces, pero que mejora su sabor?

Por eso muchas nueces se sirven o se venden saladas.

¿Sabe usted que las nueces se descomponen fácilmente?

Por eso deben conservarse en un lugar frío durante los días de calor.

¿Sabe usted que las nueces peladas absorben muy rápidamente la humedad del aire?

Por eso deberían conservarse en un recipiente de vidrio herméticamente cerrado, y cuando sea necesario deberían calentarse para devolverles su frescura.

¿Sabe usted que el maní viene de una vaina que es enterrada en la tierra por la planta misma?

Por eso el maní, aunque tiene la apariencia y el sabor de la nuez, es considerado con frecuencia como una legumbre.

PARA ELLOS

LA TENIDA DEL NOVIO

POR PIERRE DE TRAVIERES

RECONOZCAMOLO generosamente... Muchos esfuerzos loables se han hecho en la actualidad para dotar y colorear con nuevos atractivos la ceremonia deliciosa y banalizada, llamativa y nostálgica del matrimonio religioso. Matrimonias en el campo, procesiones alrededor del dominio familiar en algún rincón de provincia sbrupto o romántico, matrimonios en góndola en Venecia, con los cuatro gondoleros vestidos a la usanza del siglo XVIII, pequeñas misas simples—último snobismo—celebradas muy de mañana en una capilla lateral, entrada despampanante por la nave central, de la novia sola—sola—rodeada de la canastilla movible, que son "las damas de honor".

¿Y la tenida del novio? ¡Qué impaciencia!... ¡Veamos!

Hace tiempo se casaban—hablo de la antigua Francia—con frac de raso bordado, con pasamanerías realzadas por diamantes colocados sobre terciopelo negro. Sombrero negro, adornado cun plumas de color fuego, moteadas de blanco... Esta fué la tenida del señor de Conti, cuando se casó con la señorita de Blois.

Este lujo sería juzgado, hoy por hoy, como ostentatorio y ridículo. Hemos llegado a la más modesta de las apariencias...

El frac se usó durante mucho tiempo. Después, de repente, hacia 1890, la levita tuvo sus días de gloria. Matrimonio del señor Boni de Castellane con levita gris perla, matrimonio del señor Paúl Poiret con levita gris humo, corbata color fuego... Pero el frac reconquistaba heroicamente su puesto.

Sobrevino la guerra. Elegancias rebuscadas. Audacias de detalles. Luego simplicidad. Adaptación a las costumbres modernas. Y el chaqué fué elegido para honrar el día nupcial y triunfal.

Los celadores de este nuevo estilo proclamaban:

—Un matrimonio no es una representación ni una exhibición de maniquíes. Es una ceremonia mundana. Discreción. Distinción. Chaqué. Además el frac sólo es aceptable a la luz artificial. Es divertida, por no decir ridícula, la visión de un señor que a medio día va de frac por las calles, camino de la iglesia.

Fué la hora decisiva del chaqué como tenida matrimonial. Chaqué de cheviland negro ribeteado o no. El ribete "hace" más dandy. Un botón o dos, según la audacia y la esveltez del novio. Chaleco cruzado del mismo genero.

Pantalón gris sin rayas. Atención: las rayas son fantasía y debe reservarse a los invitados. Zapatos de charol y polainas blancas.

Cuello derecho con las puntas anchamente vueltas. Corbata plastrón de género gris plateado. Flor en la solapa. No azahar, se entiende. Clavel púrpura, eso que en el lenguaje floral de los ingleses significa loyauty, fidelity y todas esas encantadoras virtudes sajonas que se escriben con una y al final.

Sombrero de copa. Guantes de piel mate gris, claro o beige, también muy claro. Nada de bastón. (Es demasiado pronto...)

Este es—éste era, diría mejor—el protocolo consagrado.

Este era. Porque una reacción sensible se manifiesta. Se vuelve dulcemente al frac. Los matrimonios superelegantes en San Fernando, en la Magdalena, en San Felipe de Roule, en San Pedro, se honran con el invencible frac. Se reconoce a esta tenida una cierta corrección un poco grave, que gusta y que tranquiliza en ese día de nervios.

En Londres los matrimonios fashionables de Santa Margarita de Westminster se celebran todos con chaqué o en uniforme militar, lo que es una bella cosa. Así se precisa la situación exacta. El punto actual. El chaqué ganó una batalla. ¿Será ahora derrotado por el frac?

VARIEDADES

El mesonero.—Aquel caballero dice que esta sopa no es buena ni para un perro.

El dueño.— ¡Entonces tráele algo que lo sea, estúpido!

A un hombre miope le voló el viento el sombrero. Se puso a seguirlo, pero cada vez que estaba a punto de alcanzarlo, volaba de nuevo. Una mujer gritó desde una ventana:

—¿Qué está usted haciendo?

El replicó que estaba tratando de recobrar su sombrero.

—¡Su sombrero! Allá está, junto al árbol. Eso que usted ha estado siguiendo es mi gallina negra.

El y su joven esposa fueron invitados a un paseo en automóvil. Ella admiraba la solicitud de su marido.

—¿Estás cómoda?—preguntó él.

—Muy cómoda.

—¿Es cómodo el asiento?

—Bastante.

—¿No está en una corriente de aire?

—óo.

—Entonces, cambiemos asientos.

El dentista volvía de la casa de unos de sus clientes, a donde había ido a cobrarle la cuenta, después de ponerle una colección completa de dientes postizos.

—¿Te pagó? — preguntó su mujer.

—¿Me pagó?—replicó el dentista. — No sólo rehusó pagarme, sino que tuvo el cinismo de gruñirme, ¡con mis propios dientes!

A base de Salol

El Odol es el primero y el único dentífrico, pues que su acción antiséptica y REFRESCANTE obra no sólo durante los pocos momentos que se emplea sino dura esa acción HORAS ENTERAS.

lo mejor para la dentadura

SEÑORITA

NO PIERDA TIEMPO

Con su vello no se casará jamás, pues es lo que más espanta a su novio, porque piensa verla cuando tenga más años, que le digan: Tu señora es bigotuda. Extráigalo lo más pronto con el tratamiento Bizzornini, que vende su inventora, señora

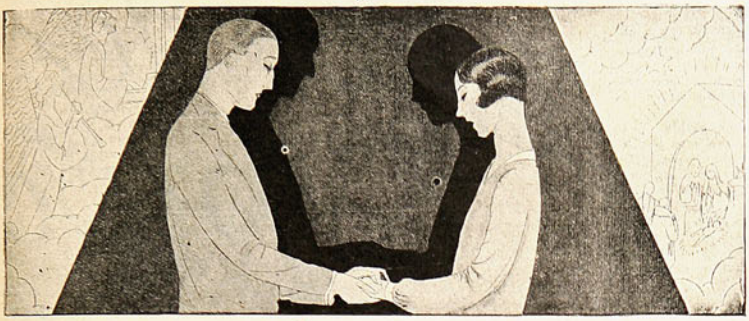
Elva Larrazábal de Tagle

San Antonio, 265 - Santiago

Pida Prospecto Grátis. Casilla 2165

EL DON MILAGROSO.—Por Gastón Ch. Richard

(CUENTO DE PASCUA)



—Diga, señorita Genoveva.

—¡Señora!

—¿No querría usted ir esta noche a Nuestra Señora? Es la misa de Pascua, ¿sabe? y tengo una invitación especial. Parece que el Cardenal-Arzobispo de París estará presente, acompañado por otros cinco o seis príncipes de la Iglesia... Será algo magnífico. A mí, con mi teatro, me es imposible asistir por la hora. Y más aún con el suplemento que se le ha agregado esta noche a la revista: "Desfile de Noche Buena". De seguro que acabará pasada la una de la mañana. Llegaría a Nuestra Señora en el momento en que cerraran las puertas de la casa del Buen Dios. Me mandaron la invitación con tantas recomendaciones que casi no me atrevo a decir que la perdí. ¿Me comprende usted? ¿Qué le parece, señorita Genoveva? ¿Le conviene?

—Pero claro que sí, señora... Y le doy infinitas gracias por haber pensado en mí.

—Muy bien. Aquí tiene la invitación. Estará usted en el coro que es como decir en un palco de primera fila. No perderá usted nada, ni un detalle... Además... voy a decirle... Usted que es tan seria y tan triste también, debe creer con todo el corazón en el Buen Dios, en Jesucristo y en la Santísima Virgen... Y yo he pensado que si usted quisiera... Esto, pero no me atrevo a decírselo...

—Se lo ruego, señora, hable...

—Usted sabe... Aunque yo sea Suzy Nellys, estrella del Palace y del Olimpia y tenga un auto, perlas, villa en Deauville y otras cosas más, no me hago ninguna ilusión... Sé demasiado lo que soy y adivino también demasiado lo que usted es. Una bella muchacha tal que usted que se gana la vida vendiendo guantes y frivolidades a un montón de tontas que hacen remilgos e historias—usted lo sabe demasiado, de seguro—tontas que no serían buenas ni para limpiarle la suela de los zapatos...

—Señora Nellys...

—Está bien... Me callo... Pero... querría tanto que dijera por mí una oración chiquitita, de todo corazón, de todo su corazón tan puro, mientras cantan por el Divino Niño. Yo, en esos momentos estaré haciendo "El pavo Trufado", en el desfile de la revista... Y me parece bueno que una boca bella y buena como la suya le pida al Buen Dios que me perdone. No soy una mala mujer, señorita Genoveva y hago veces que... en fin... Diga, ¿hará esto por mí?

—¡Oh! señora, de todo corazón.

—Pequeña querida... Gracias... Gracias... usted sabe... me toca en el medio de lo mejor que tengo, esto que usted va a hacer por mí... ¡Ya! Me salvo. No se olvide... Los guantes, el echarpe y los pañuelitos para esta noche, ¿no?

—No, señora... Gracias, señora...

Genoveva se inclinó con una sonrisa que decía su piedad un poco desdeñosa. Suzy Mellys, ya en la acera, subía en su auto, cuya portezuela abría un lacayo vestido suntuosamente con una pelliza de piel. La muchacha cerró la puerta-mampara del gran almacén del boulevard en que desde hacía varios años—pavesa aventada por la guerra—vendía frivolidades a todas las artistas de los teatros y de los music-hall de París.

Los guantes, los sedosos echarpes, los pañuelos tan finos, los saquitos, todo puesto nuevamente en su sitio, sacó de él, sobre que Suzy le había dado una tarjeta de bristol azul pálido, timbrado en rojo con una cruz en el centro de una almendra mística alrededor de la cual se destacaba una inscripción: "Arzobispado de París".

Y entonces tuvo una especie de deslumbramiento...

Porque en el ángulo derecho de la tarjeta se veía este nombre: M. H. de Serigny.

Bruscamente seis años se abolieron...

El coqueto almacén con los cristales, los espejos, los lindos plafoniers, los espesos tapices, desapareció.

Y fué trágico, en el otoño sangriento del año 1914, la visión de la aldea picarda, cuando empezaron los primeros ecos de la gran tormenta, en que ella vivía apaciblemente entre el abuelo, su padre, los dos hermanos y la tumba abierta seis años antes de su madre. Entonces ella era "la señorita del castillo de Hericourt". Y sus dieciocho años tenían la triple sonrisa de la vida: belleza, juventud y fortuna.

Ahora tenía veinticuatro y había tocado el fondo de las vanidades y de los dolores humanos. Conocía muy bien estas tres hermanas fúnebres. Pobreza, Dolor y Soledad que, una a una, vienen a instalarse en el hogar desierto de los desgraciados.

¿El castillo? ¿La aldea? La maleza había tejido un espeso sudario sobre sus escombros. ¿El abuelo? Agobiado de años, habíase mantenido hasta lo último en el castillo ruinoso por la metralla. Dos cruces, una en el Iser, y la otra al lado de Poivre, marcaban lo que restaba de sus dos hermanos mayores. ¿El padre? Había desaparecido en Verdún. Sola, desesperada, arruinada, huérfana, fué recogida por una vieja prima de su difunta madre: La señora de Lortsauf que era enfermera-mayor de un hospital en la Turena. Era una mujer ruda, fuerte y buena, que fumaba más que una chimenea y que juraba lo mismo que un sargento: "Dedícate al dolor de los demás, para que el dolor tuyo no te mate"—le dijo.

Y Genoveva obedeció.

Un día se recibió en el hospital un teniente de infantería. Un muchacho fuerte, buen mozo, rubio como los trigos, con los ojos gris azules, altivos, leales y tiernos, Huberto de Serigny venía a pedirle a los campos tureneses sangre para sus arterias y tranquilidad para sus nervios. Llevaba ya siete lesiones leves y nueve heridas graves. La última era la peor. Debía la vida solamente a un milagro. Pero con tanta sangre perdida estaba por completo exangüe.

No estaba en el servicio de Genoveva. Pero, a pesar de esto, habían cambiado algunas palabras. Una vez le ayudó a subir la escalinata de piedra, al azar de un encuentro en el jardín. Le gustaba sentir sobre ella su bello mirar melancólico y profundo.

Una noche, en la mesa, a la hora de la comida de enfermeras y doctores, el médico-jefe, a insinuación de alguien, habló del herido.

—Un muchacho chic. Un bello carácter... Es una lástima...

—¿Usted lo cree? ¿Liquidado?—preguntó Germana de Lortsauf—¿Está perdido entonces?

—No reacciona. Cada día se debilita más. Sería preciso hacerle la trans-

ES RECOMENDADA POR TODOS LOS DOCTORES DEL PAIS, POR SER UN PRODUCTO ELABORADO CIENTIFICAMENTE Y POR LA CALIDAD INSUPERABLE DE LOS ELEMENTOS QUE LA COMPONEN.

CONSULTE A SU MEDICO Y SE COVENCERA.

A base de cacao, malta, pentona, etc., (en forma de crema).

DETROIT

fusión de la sangre, de una sangre joven, fresca, pura, de un tipo análogo al suyo—murmuró el viejo doctor moviendo su cabeza gris.

Un silencio pesó alrededor de la mesa.

—Si reuniera las condiciones necesarias—dijo al fin Genoveva—yo daría con todo gusto mi sangre, señor Mayor.

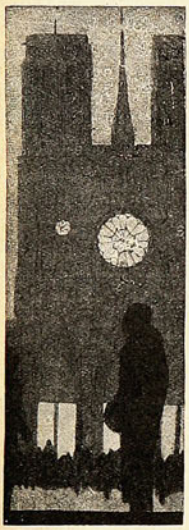
Bajo sus lentes bordeados de concha, el doctor mantuvo una larga mirada en la muchacha y dijo luego:

—Sí. ¿Usted? Tal vez... Si él acepta, yo no digo que no...

Al principio, él empezó por rehusar. Después, a las instancias de Genoveva, acabó por aceptar con un sollozo, por amor a esa vida que lentamente se iba escapando de él.

Una semana más tarde, Genoveva, dando el puro tesoro de su ser, sentía que por la arteria abierta se traspasaba su sangre vivificante al cuerpo casi agónico del herido.

Ella había tomado nuevamente su servicio, un poco más pálida. Y lo veía revivir, con mayor ardor y alegría cada vez. Pero tuvo que irse al Monte de los Pájaros, para reposarse, y no volvió hasta después, completamente repuesta. Y ya Huberto había partido a terminar su convalecencia en casa de su familia. Recibió de él una larga carta, generosa y cálida. Después él retornó a su regimiento. Y nunca más tuvo una noticia suya, ni siquiera lo oyó nombrar.



Y he aquí que de repente, en esta noche de Pascua, encontraba su nombre en la tarjeta que le diera Suzy Nellys, la deslumbrante estrella del Olimpia y del Palace.

Un suspiro levantó su pecho.

—Y bien, señorita Hericourt, ¿sueña usted con sus amores?

La "primera", dulcemente, tocó con la mano el hombro de la empleada. Genoveva despertó de su ensueño... y lentamente levantó los párpados, mostrando los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué? ¿Mariposas negras, Genoveva?

—Y azules también—contestó con una pobre sonrisa.

Sola en su habitación, Genoveva soñaba delante de la tarjeta azul pálido, puesta al lado de su saco de moiré negro. Si él había cedido a la artista su tarjeta era simplemente porque no pensaba ir a la ceremonia religiosa. Tuvo una melancólica sonrisa pensando que ella ocuparía "su puesto". Acabó de ponerse los guantes. Y se colocó el pequeño sombrero de línea neta y sobria. Entonces dióse una mirada en el espejo del armario de madera barata. Vió una bella y fuerte muchacha, esbelta, robusta, con los cabellos castaños, con los ojos oscuros y tiernos y la boca fina plegada en un gesto triste y altivo. Rectificó un pliegue de su abrigo. Apagó la luz, abrió la puerta, bajó la escalera.

—¡Bah! ¿Sabe usted, señorita Hericourt?—preguntó la directora de la pensión de familia.

—Sí, señora, voy a la misa de medianoche.

Salió. La calle estaba sombría y brillosa bajo la neblina. Iba ligera, caminando en el corazón mismo de la noche gélida. Las calles desiertas la acogieron desde la calle de los Santos Padres hasta la puerta San Miguel. Y después no fué nada más que una sombra, en la plazoleta de la iglesia, junto a las demás sombras que se apresuraban por entrar a la majestuosa basílica.

A su vez entró, mostró la tarjeta y se sentó en el sitio designado por una numeración precisa. La inmensa nave iba poco a poco llenándose de una multitud recogida, cuyo murmullo contenido palpitaba bajo las altas arcadas severas. El altar era una brasa con todos sus oros brillando a la luz de miles de luces. Mujeres, hombres, todos rezaban con la cara oculta entre las manos cruzadas, esperando que empezara el divino sacrificio. A su ejemplo, Genoveva se abismó en una oración ferviente y dolorosa. Evocó sus padres, su abuelo, sus hermanos, la tía de Lortsauf. Presentía, entre la multitud murmurante, sus sombras queridas y protectrices.

Bruscamente, en su recuerdo, apareció la promesa que había hecho a Suzy Nellys. "Una pequeña oración para mí... "Recordó a la joven mujer, un poco vulgar, con la belleza canallesca, cubierta de perlas que maquillada, empenachada, triunfante y provocadora entre las luces de los reflectores se mostraría sin duda a esa misma hora, insolente y medio desnuda, en el esplendor animal de su carne.

—Señor—imploró con la frente inclinada—por la pureza de vuestra Divina infancia tened piedad de ella... Vos que habéis perdonado a la Magdalena, vos que no dejasteis lapidar a la mujer adúltera, tened piedad de la pecadora en la hora de su arrepentimiento...

Como levantara la cabeza para enjugarse los ojos, una voz dulce murmuró muy bajo, a su oído:

—Le pido mil veces perdón, señorita; pero usted ocupa el sitio que me han asignado.

Genoveva miró con sorpresa a la que así la hablaba.

Era una señora vestida simplemente, con aire de gran dignidad, que llevaba prendido en el cuerpo de su traje dos pequeñas cintas, una roja y la otra tricolor, bordadas de oro. Un sacerdote la acompañaba.

—¿Quiere usted mostrarme su tarjeta?—preguntó éste a la joven.

Obedeció Genoveva, roja de confusión.

—Está curioso esto...—dijo el sacerdote—señor Enrique de Serigny, el nombre y el número de orden concuerdan. ¿De dónde ha sacado usted esta tarjeta, señorita?

—Me la han dado esta tarde misma, señor.

—Es lamentable. No puede usted ocupar este sitio destinado a la señora de Serigny. Tengo entonces que pedirle que se retire, señorita.

—Lo obedezco—contestó Genoveva simplemente.

Se iba, digna, delante de la legítima dueña del asiento.

—Le pido perdón, señorita—dijo la señora de Serigny.—Señor cura, ¿no podría usted colocar a la señorita en otro sitio?

—Desolado, señora, pero todas las sillas están destinadas y no hay un sólo hueco en que poder siquiera estar de pie. Con la mejor voluntad del mundo lo haría, pero es completamente imposible...

—De todas maneras le doy las gracias, señor cura.

Genoveva saludó y penosamente ganó la salida.

Una vez afuera se encontró de nuevo en la pequeña calle triste y negra. Y retornó a su departamento solitario con el corazón acongojado.

Cuando, una vez que se hubo quitado el abrigo y el sombrero, se encon-

Flor de Espino

El Agua de Colonia de la Suprema Distincion

MAX

GOYENECHE VIDON & CIA.
Casilla 2105—Teléfono 2132
BOTICA FRANCIA
SANTIAGO, ESTADO 154

tró en el cuadro familiar de su pequeña pieza modesta, se apercibió que había olvidado en la iglesia su saco de moiré. Lo había olvidado en su confusión sobre el reclinatorio. Iría a la mañana siguiente a reclamarlo a la sacristía, donde, seguramente, sería depositado. Si no lo hallaba la pérdida no sería mucha. Pero tenía en él su carnet de la Cruz Roja y varios papeles.

Aún había fuego en la chimenea. Echó unos trozos de madera en el rescoldo, se sentó cerca, en un sillón, y puso bajo su cabeza un cojín. Se sentía laxa, humillada, desesperanzada... Pero de todas maneras sonrió pensando que el voto de Suzy Nellys había sido cumplido por ella.

Evocó la figura de la señora de Serigny. Las dos pequeñas cintitas puestas sobre el pecho, sobre el traje negro. La Legión de Honor. El signo del duelo nacional. Sin duda, como tantos otros, Huberto de Serigny había caído en el campo de batalla. Y por eso nunca ella había tenido noticias suyas.

Dió un gran suspiro...

Después, vagamente, se abandonó a la ensoñación. Los recuerdos del pasado la llenaron de nuevo. Y poco a poco se quedó traspuesta, sintiendo como muy lejanos los ruidios que venían de la calle.

Un coche trepidó sobre el asfalto. Llamaron a su puerta. Despertó llena de sobresalto.

—¿Quién es?—preguntó antes de abrir.

—Yo, Huberto de Serigny. Mi madre me acompaña. Abra, señorita de Hericourt.

Abrió desfallecida.

No sabían qué decirse y estaban los tres mirándose, desconcertados. Al fin la señora de Serigny habló, presentando a la joven el saco que había olvidado en la iglesia.

—¿Este saco es suyo, señorita?

—Sí, señora.

—Bien te lo había dicho yo, mamá,—dijo a su turno Huberto—y tú ves que hemos hecho muy bien en venir, a pesar de la hora tardía.

—Me has hecho cometer una gran incorrección...

Pero se interrumpió y tendiendo los brazos a la Genoveva prosiguió:

—Mi querida hijita, antes que nada déjeme darle las gracias con todo el corazón, con toda el alma... Usted me ha conservado a mi hijo. ¿Quiere permitirme que la bese?

—Con todo gusto, señora.

Cambiaron un beso grave. Y la muchacha dijo:

—Siéntese, señora, tenga la bonñad—y la instaló en su propio sillón junto al fuego.—Tome asiento usted también, señor de Serigny.

—Cuando vi que usted había olvidado su saco en el reclinatorio, fuí a dejarlo en las manos del señor cura, una vez terminada la ceremonia. A éste se le dió vuelta su contenido y al recogerlo, Huberto vió su nombre en el carnet de la Cruz Roja. Pálido, rojo, lleno de emoción, dijo en un grito: "Genoveva de Haricourt. Ella... Ella". No tenía necesidad de decir más, que ya sé yo quién es ella para mi hijo. Ella en su boca no podía ser nada más que usted.

—Y gracias sean dadas a Dios por haberla encontrado... al fin—dijo Huberto con una profunda mirada.—¿Pero quién le dió a usted la invitación que me ha permitido encontrarla?

—Una clienta de la casa de modas en que estoy empleada. Suzy Mellys, la estrella del Palace.

—No la conozco ni de vista. Pero ya se... Yo perdí la invitación y tal vez esa persona la encontró. De todas maneras, a esa pérdida providencial debo la dicha de haberla encontrado.

—Es un verdadero milagro del que debemos dar gracias al Divino Niño. Es el regalo precioso que El nos hace para su Pascua. Teníamos tal deseo de encontrarla...—dijo la madre mirando a Genoveva llena de ternura.

—¿Por qué?—preguntó ésta casi inconscientemente.

—Porque... Pero esto no debo decirlo ya, habla, hijo mío...

—Sencillamente, Genoveva, porque hace seis años, desde que usted me dió generosamente su sangre para volverme a la vida, desde que mi corazón late por usted no ha cesado de latir para usted.

La muchacha se puso roja. Huberto había acercado su silla y con un gesto lleno de dulzura y de emoción, había tomado sus manos que no supieron esquivarse.

—Esa sangre que usted me dió—prosiguió el joven—ha sido para mí como si me inculcaran su propia personalidad de virtud y de fuerza. Desde entonces he vivido como si fuera usted. Durante las noches terribles de la guerra, en las horas de batalla o de ansiedad en la espera, luego en las horas llenas de embriaguez de la victoria, cuando la vida nos tomaba nuevamente con todos sus goces, usted estaba conmigo, en mi mismo, como una buena onda que me aislaba de todo, dejándome sólo la sensación de su puro encanto. ¿Comprende usted, Genoveva, el sitio que tiene usted en mí desde hace años y el que puede tener, el que deseo que tenga en lo que me resta de vida?

Genoveva lo miró, sin contestarle. Pero en sus ojos profundos, muy en lo hondo, una luz empezó a palpitar. El bello rostro de Huberto, viril y tierno, se cubría con una máscara de angustia, inclinándose hacia ella. En los ojos llenos de amor una pregunta se hacía imperiosa, tanto que los labios acabaron por formularla:

—Genoveva, contésteme, ¿será usted mi mujer?

Tuvo ella una larga sonrisa adorable. Con un mismo impulso ambos se pusieron de pie. Huberto abrió los brazos y Genoveva se echó en ellos con un movimiento friolento lleno de gracia.

El dijo bajito:

—La quiero, Genoveva. Cuando sea usted mi mujer, ¿me querrá un poco?

Ella contestó:

—Malo... Hace seis años que también yo lo espero... que lo espero con la misma ansia con que usted me esperaba...

Un largo beso, casto y apasionado, juntó sus labios.

—Señor—murmuró la madre juntando las manos.—Guárdalos de todo mal para siempre y házlos felices.

Pero ellos no la oían, embelesados en el encantamiento de haberse encontrado al fin... milagroso don de Pascua que la Providencia les hacía.

HABIENDOSE DISUELTO

LA ANTIGUA SOCIEDAD, EL ACREDITADO CALZADO

Artigas

SE EXPENDERA UNICAMENTE

En Nuestros Grandes Almacenes, ESTADO, 241-243 (Al lado de la Sala Imperio).—
PUENTE, 502-506 (Frente al Correo)

ALGUNOS ECOS DE LA MODA

Por MARY-SOL.

El sombrero que usted puede hacerse fácilmente

UNA tentativa en común están realizando los modistos parisinos para alargar la falda y darle amplitud mediante vuelos, frunces y godets ayudados por los ruedos. disparejos. Los trajes de noche son ya francamente largos. Los llamados de estilo llegan casi hasta el suelo y tienen el talle en su justo sitio. Los que nos recuerdan la moda deliciosa de las abuelas están llenos de amplitud y drapeados a un costado, guardando siempre la línea de la silueta, pero con lo imprevisto en el corte de los paños que cuelgan y forman un ruedo irregular. Guardando la falda corta en el sitio debajo de la rodilla, a que estamos habituadas, parece que sólo quedará el traje sastre o los pequeños trajes deportivos, de forma camisa y de casaca, ya que en los vestidos de tarde y de teatro se ve la misma irregularidad que en los de noche, dando todos la sensación de que las faldas alargan. Puede decirse que la irregularidad y el aparente largo de las faldas, más el talle en la cintura, son las dos características notables que la moda presenta y que insiste cada vez más en presentar.

Flores y lazos: adornos de moda para llevar al cuello

Si tiene usted una horma de paño vieja, puede con un poco de trabajo y un poco de buen gusto hacerse un lindo sombrero de última moda. Con un perforador de los que tiene de común el papá en el escritorio, perfore usted simétricamente la copa de la horma, tal cual lo indica el modelo que va con estas líneas. Una horma beige le quedará realmente encantadora. Entonces — una vez perforada la copa — con una seda muy gruesa de un color beige más tostado, le hace las puntadas que imitan las flores diseminadas. El ala puede hacerla en paja café, y en esa forma del modelo, pero si prefiere la campanita sombreadora de los ojos, sin alterar el chic del modelo hágala en esa forma. El forro de la copa será café.

Cada vez viene más la combinación del calzado con la cartera. Damos un modelo extraordinariamente elegante para la noche, en que la zapatilla está hecho con lama de oro, teniendo la barreta y los tacos en cuero dorado, imitando metal. Un broche de brillos adorna la trabilla. La cartera — sin bridas, como son casi todos los modelos elegantes para la noche — es de los mismos materiales, combinados con mucho arte y tiene por cierre un broche análogo al de las zapatillas.

Para las poseedoras de bonitas piernas, que no quieren ocultarlas bajo los paños sueltos y demás alifafes de los actuales trajes de noche, un modisto ha ideado un traje de noche que, reuniendo las condiciones de largura que por el momento privan, deja ver toda la belleza de las piernas. Es un modelo de tafetán glacé color fuego, con el cuerpo muy ajustado y ceñido a la cintura y la falda ancha hasta la rodilla. De esta altura hasta el suelo, la falda está hecha de tul de oro, con unas incrustaciones de lama de oro sobrebordadas con hilos metálicos, que suben por el tafetán y bajan por el tul, formando un caprichoso dibujo que recuerda vagamente las flores de agua. En esta forma el vestido no se puede decir que es largo ni corto, ya que a través del tul se luce la forma de las piernas con mucho mayor encanto que si fueran abiertamente al descubireto.

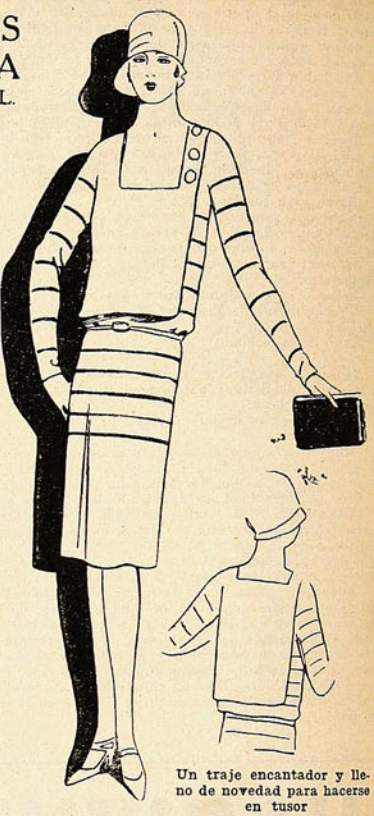
Los vestidos de calle serán este verano casi todos de seda lavables, predominando la espumilla y el tusor. Entre estas dos telas no es de dudar que el segundo tendrá mayor opción para los vestidos de mañana y que los pequeños trajes rectos o con casaca, tan encantadores, juveniles y prácticos, se confeccionarán en esta seda fresca que tan bien se adapta a las alforzas, pliegues, plisados y cortes, que predominan en los vestidos de última hora.

Damos un modelo lleno de novedad, que ha de placer a nuestras lectoras.

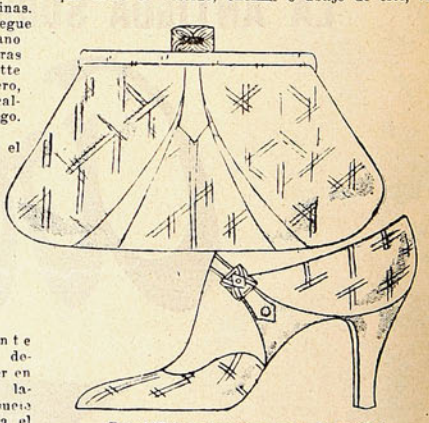
Una de las novedades más notadas en París en la última semana y que todos los correos traen como eco, son los zapatos de cretona que en el escenario de uno de los grandes teatros ha lucido una conocida y notabilísima actriz francesa. Eran de cretona azul con pequeñas flores azulinas. Puede que hasta nosotras llegue esta moda y que este verano veamos a alguna de nuestras elegantes luciendo una toilette de hilo crudo, con el sombrero, la cartera, la sombrilla y el calzado en cretona haciendo juego.

Algunos modelos traen en el cierre del cuello dos pequeñas flores de seda en una tonalidad más oscura que el traje. Otro adorno que tiene mucho éxito en la noche y que en cierta manera decora los escotes demasiado amplios de algunos trajes, es una cinta de lama de plata o de oro que se anuda sencillamente al cuello, dejándola caer en una larga lazada que suele llegar hasta el borde de la falda.

Con los vestidos de verano y géneros ligeros, toma una grande importancia el cinturón. Hechos en materiales riquísimos, algunos son verdaderas obras de joyería, en que grandes argollas de oro o de plata se unen por cabochones, por jades por corales, por ónixes o por placas esmaltadas. Otros, más al alcance de todas, están hechos en imitaciones lindamente trabajadas. Aun se ven los de cota de malla, angostos y cerrados por una simple hebilla de metal. Como decíamos en una crónica anterior, el cinturón aparece en todos los trajes y en algunos a más de un cinturón hecho en el género que tiene el vestido, encima o abajo de éste, va otro de fantasía, dándole un toque de suntuosidad al conjunto.



Un traje encantador y lleno de novedad para hacerse en tusor



Zapatillas y cartera para la noche

Un extraordinario adorno de mesa hemos visto hace poco en casa de una joven señora recién llegada de Europa. Consistía en una fuente de cristal verde agua, redonda, muy grande y muy baja, que en el centro de la mesa, a la hora del lunch, estaba colocada sobre un mantelillo redondo de linón verde, igual también, los pañitos en que descansaban los platos. En ese centro de cristal, lleno de agua, había una serie de nenúfares de cristal en colores, flotando en el agua, tan naturales que era de creer en un pequeño estanque trasladado a la mesa por obra de encantamiento. Nada más bonito que la verdosidad del cristal sobre el verde de la mantelería, todo en la luz que entraba al amplio ventanal tamizada por visillos de malla lisa color limón.

CRISTALES YODADOS PROOT
M. R.
EL ÚNICO PRODUCTO QUE OS DEVOLVERÁ LA SALUD.
BASE: SAL DE KARLSBAD YODADA.

EL ARTE DE CONSTRUIR

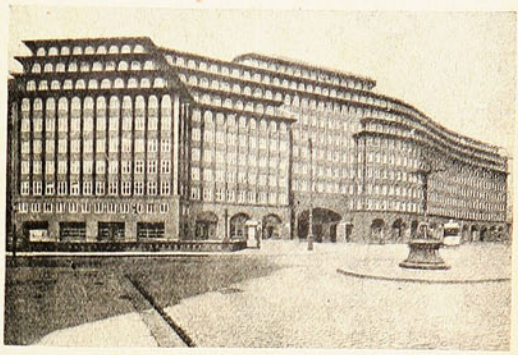
FRITZ HOEGER, NOVADOR GENIAL DE LA ARQUITECTURA ALEMANA

POR LUIS DE GALINSOGA

El arquitecto Fritz Hoeger, de Hamburgo

DE influencias germánicas en la moderna arquitectura dan fe la mayor parte de las construcciones de nuestro tiempo. Pero acaso el prurito de algunos artistas de la construcción, por parecer originales o, cuando menos, por disimular todo parentesco o cualquier parecido con los maestros de la arquitectura alemana, les haga incurrir en exageraciones que, desfigurando y retorciendo aquella influencia, ofrezcan al espectador, no una obra influída por el arte alemán de esta hora, sino una caricatura, una deformación de dicho arte.

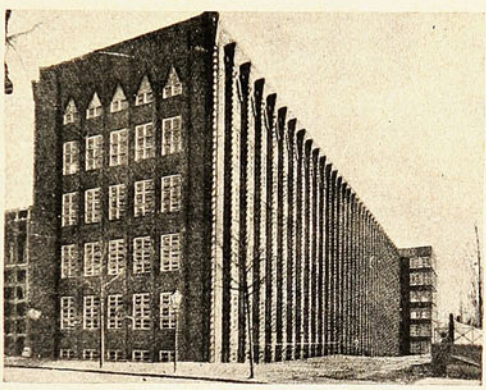
Quienquiera que pase su mirada por las fotografías que ilustran estas líneas, evocará, sin duda, algunos edificios nuevos de Santiago: "La Nación", La Caja de Crédito, de Ismael Edwards. "Esto se parece a aquéllo", puede, en efecto, pensarse. Esto—lo alemán—ha influído, de seguro, en aquéllo, y, sin embargo, a poco que el lector de estas líneas fije su observación concentrada en las fotografías que tiene delante, y recuerde, con intensidad en la remembranza, las construcciones que evocó, advertirá cómo en la comparación se va delineando el relieve de la diversidad, y aún del antagonismo, entre lo alemán y lo nuestro. Véase esa fachada de la Casa de Chile, de Hamburgo. Algo hay ya en Santiago que evidentemente quiere ser eso. ¿Lo es en relidad?...



Casa de Chile, en Hamburgo

Al más lego en materia arquitectónica, aún al más miope para divisar o al más torpe para discernir, se ofrece en la fachada de la Casa de Chile, de Hamburgo, con relieve de tanta monta que nadie pasará sin advertirlo, la nota de la euritmia La palabra podrá ser más o menos pretenciosa; pero el concepto es de una claridad diáfana. Y llámele como le llame a esa unidad de las partes con relación al conjunto, el espectador de una obra arquitectónica observará si ella se da en el edificio que contempla. Desde luego, el espectador habituado a ver mucho modernismo, va perdiendo la costumbre de ver euritmia en nuestra arquitectura.

Esa Casa de Chile, de Hamburgo, así como la Fábrica Neuerburg, de la misma gran ciudad, de las que dan noción las fotografías presentes, son obra de un gran arquitecto hamburgués, de un verdadero genio del arte de construir: Fritz Hoeger.



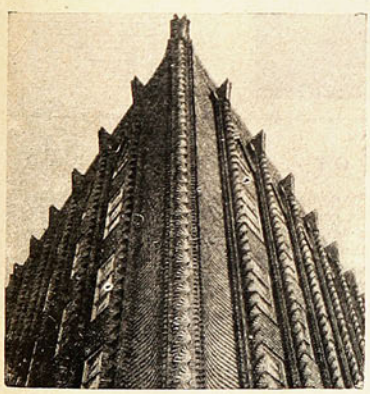
Pabellón de la Fábrica Neuerburg (Wandsbek-Hamburgo)

Su espíritu, inquietado por ideas nuevas, por teorías novadoras, pero con raíz bien adentrada en la fecunda estética, igual en todo tiempo, ha revolucionado la arquitectura coetánea en Alemania. Muchas obras pregonan la facilidad, la destreza con que Hoeger planea y ejecuta. Pero es, sin duda, la prueba más evidente de su concepción grandiosa la Casa de Chile...

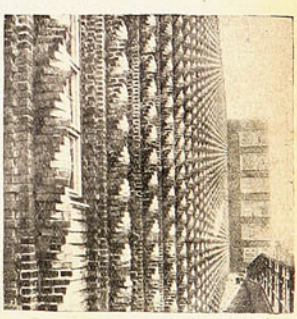
En un recatado barrio de Hamburgo ha levantado el gran constructor este palacio, en el que lo práctico—aprovechando alambicadamente el espacio—se acompasa a las necesidades de la suntuosidad y de la nota decorativa urbana. Hoeger ha sentido antes que ninguna otra esta inquietud: la de romper la monotonía que ya el modernismo arquitectónico iba creando; más que la igualdad, lo que impera es la identidad y, si se permite la licencia gramatical, la "mismez". Todos los edificios parecen lo mismo. Es que el arte de construir ha degenerado en la industria de edificar.

Pues bien: Hoeger ha sido, está siendo —con sus cincuenta años de edad, hállase en la plenitud de su carrera—el revolucionario más militante contra esa fea monotonía. En sus manos de artífice, trémulas por el afán de dar grandiosidad a sus creaciones, el ladrillo—uno de los agentes más eficaces para producir la vitanda igualdad monótona—ha adquirido insospechables destinos y aprovechamientos. A tal punto se ha especializado Hoeger en esta materia, que a él se debe la Exposición de construcciones de ladrillo, de éxito resonante desde el primer momento y de notoria influencia en la arquitectura alemana de esta hora.

Hoeger, científico y artista, da al ladrillo su doble utilidad de elemento constructivo y de elemento decorativo. En manos del gran arquitecto, el ladrillo multiplica sus aplicaciones, y no sólo entra a lograr edificios de la estabilidad y grandeza de la Fábrica Neuerburg—próxima a terminarse—sino que constituye un adorno, un accesorio ornamental del más sencillo, pero atrayente gusto. En verdad, se necesita todo el espíritu de artista de un arquitecto como Hoeger para dar a la materia única la enorme diversidad de efectos constructivos y, estéticos que puede apreciarse en las obras suyas. Y sólo un talento como el de Hoeger y una inspiración, no amanerada en el academicismo, pero afiliada a la tradición indígena de tiempos esplendorosos en la baja Alemania, pueden producir construcciones en las que la elegancia clásica se viste con exornos de modernidad y coadyuva a los fines prácticos que esa misma modernidad plantea...



Angulo de la Fábrica Neuerburg



Paramento de la Fábrica Neuerburg (Wandsbek-Hamburgo)

LA DESGRACIA

Por Mauricio Maeterlinck

Apenas ha pasado la desgracia, tenemos la sensación extraña de haber obedecido a una ley eterna, y no sé qué tranquilidad misteriosa, en el seno de los más grandes dolores, nos recompensa por nuestra propia obediencia.

Nunca nos pertenecemos más íntimamente que en el día que sigue a una catástrofe irreparable. Parece entonces que hayamos recobrado y hayamos reconquistado una parte desconocida y necesaria de nuestro ser. Produ-cese un apaciguamiento singular.

Desde hace días y a pesar nuestro, mientras no podíamos sonreír a los rostros y a las flores, las fuerzas rebeldes de nuestra alma luchaban terriblemente al borde del abismo y ahora que nos hallamos en el fondo, todo respira libremente.

Luchan sin descanso, en cada una de nuestras almas, y con frecuencia las vemos, pero sin darnos cuenta de ello porque no abrimos los ojos sino ante las cosas sin importancia, las sombras de esos combates en que nuestra voluntad no puede intervenir.

Armando Donoso

DIRECTOR Y CREADOR DE "PARA TODOS" VA A ESTADOS UNIDOS.

Los lectores de "Para Todos" no podrán recibir con indiferencia cuanto se relacione con la prosperidad y el éxito crecientes de esta revista que, en menos tiempo que el gastado por otras para darse a conocer, ha conquistado el más amplio y el más devoto de los públicos. En efecto, "Para Todos" ha cumplido con su promesa inicial de ser la publicación destinada a todos los intereses y a todas las curiosidades. Ha visto arrebatarse sus números de la circulación y crecer día a día su importancia.

Correspondiendo a lo que reclama el público, "Para Todos" comenzará a publicarse semanalmente a partir desde el 1.o de marzo próximo y, para este efecto, la Empresa ha resuelto introducir nuevas mejoras en sus servicios, llegando a hacer de la revista un dechado de buen gusto, de arte y de amenidad.

Aprovechando el reciente viaje del director y creador de esta publicación, don Armando Donoso, demasiado conocido de nuestro público, la Empresa le ha encomendado una interesante misión de estudio para el perfeccionamiento de "Para Todos" en Nueva York, sede de los mejores progresos tipográficos del momento. Buen conocedor de cuanto atañe al periodismo ilustrado, Donoso podrá como ninguno penetrarse de cuanto pueda significar algún progreso en la revista y darle luego a los lectores chilenos un eco del secreto de la belleza incomparable de las publicaciones norteamericanas.

Esperamos, pues, que el corto y provechoso viaje de Armando Donoso ha de redundar en beneficios positivos para el que en breve ha de contarse entre los semanarios chilenos.

El creador de "Para Todos" sabe mejor que otro alguno cuáles son las necesidades de su revista y el púbico habrá de corresponder luego al interés y al alcance de su esfuerzo.

La dirección de la revista despide a su director con un hasta luego, que envuelve una delicada promesa de trabajo y de nuevos éxitos.

EN EL JAPON NO SE BESA.—Por R. Lebrun

LA Academia Francesa de Bellas Artes envió a Tokio una serie de sus esculturas. Figuraban entre ellas "El beso", de Rodín, "Sueño", de Rafael Collín y otros desnudos en que hombres y mujeres se besan.

El Prefecto de Policía de Tokio, que tiene entre sus funciones, la de velar por la moralidad pública, ordenó que esos mármoles fueran cubiertos con bambúes, para que el público no pudiera verlos.

No es que el desnudo hiera el pudor japonés. Al contrario; en muchas playas japonesas, se bañan desnudos hombres y mujeres. Lo que lastima el sentimiento del pudor japonés, es el beso. El Japón, repudia el beso, de la civilización occidental, como impúdico, inmoral y antihigiénico. No sólo ha cubierto con hojas de parra, (bambúes, en el Japón) las esculturas en que se idealiza el beso, sino que en todas las películas cinematográficas de los Estados Unidos y de Europa, suprime la censura japonesa, las escenas en que se juntan los labios de los amantes.

La repudiación de las obras de arte francesas, que la Academia de Bellas Artes de Francia, institución oficial del Gobierno, prestó a la Galería Nacional de Bellas Artes del Japón causó grandes protestas de parte de Francia. El Embajador francés, reclamó ante el Ministro de Relaciones Exteriores del Japón, quien le contestó que la única autoridad a este respecto, era la del Perfecto de Policía.

El beso, es un hábito absolutamente ajeno a la civilización japonesa, y sería un desastre nacional, que fuera incorporado en nuestras costumbres. Es sucio, impúdico, indecoroso y antihigiénico.

El corresponsal de un diario inglés entrevistó al respecto al profesor, Ichinobata Kinnosuke, gran autoridad en la historia del arte japonés.

El profesor se expresó así: "Los artistas extranjeros no comprenden nuestra filosofía en lo que se refiere al beso. Los que hemos estudiado este pernicioso hábito, consideramos el beso como una expresión violenta de emoción, que no es inherente a la naturaleza humana. Fué ideado en el lejano pasado por algún grupo de degenerados europeos que buscaban una nueva forma de placer.

Es cierto que ha llegado a ser un hábito instintivo sobre los pueblos de civilización occidental; pero no es intuitivo en toda la raza humana, como lo demuestra el hecho de que los japoneses, que no han sido contaminados por los europeos no sientan jamás el impulso, sino que les repugna dar un beso.

"No objetamos el desnudo en estas horas de arte, japoneses. Veneramos la figura humana. Ustedes saben que los hombres y las mujeres se bañan juntos, desnudos en el Japón, sin desplegar ninguna emoción, lo que severamente censuramos desde el punto de vista artístico.

"Por otra parte, el beso es antihigiénico. No hay ninguna parte del cuerpo tan propensa a recibir infección como la boca. Estoy seguro de que una gran parte de las enfermedades de que sufren los pueblos occidentales se debe a la costumbre malsana del beso".

Y ahí estamos. El beso, que nosotros consideramos una expresión pura del amor los japoneses lo repudian como un acto de corrupción. El marido japonés consideraría que insulta o intenta corromper a su esposa al tratar de besarla. Su expresión de amor es darle un ligero golpe con los dedos en la espalda.

En esta lucha de la civilización del arroz con la civilización del pan, ¿cuál va a triunfar? ¿Concluirán los japoneses por corromperse y adoptar el beso europeo? ¿O adoptarán la civilización occidental la costumbre asiática? ¿Se conformaría usted con dar un golpecito en la espalda a la mujer a quien adora? Y si usted se conforma, ¿se conformaría ella?

UN magnífico REGALO

Casa Hans Frey

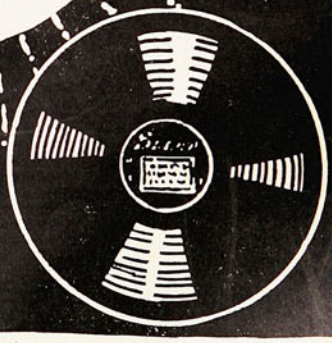
Distribuidores exclusivos de los afamados gramófonos y discos

Brunswick

Pida hoy mismo una demostración, quedará gratamente sorprendido y admirado.

MODELO PORTATIL
"104"
Pan-acústico
$ 490.—

Sevilla, Brunswick Panatrope.
$ 1,880.—



Sucursales en
SANTIAGO: Estado, 196.
VALPARAISO: Condell, 324.
Antofagasta — Copiapó — Coquimbo — Serena — Concepción — Temuco — Valdivia.

La danza del alma y la gimnasia del cuerpo

LOS catorce primeros años de este siglo fueron cumbre de una era y de su civilización aparente... Años de vida fácil, de progreso rápido y de esperanza ilimitada, parecían aurora de los tiempos felices buscados en vano al través de los siglos y por engañosos caminos de perfección... Más no eran sino crepúsculo y tras de ellos nos aguardaban la noche bárbara de la guerra y estas otras tinieblas del feudalismo industrial.

Como todos los bienes nobles de la vida, el arte ha perecido en la catástrofe, y aún está lejos de su resurrección. La danza, quizá por su condición de arte femenino, pareció sobrevivir a la hecatombe general. Pero su destino es el mismo, y al cabo muere víctima del baile gimnástico, del baile epiléptico y de los demás aspectos de ese frenesí que no es, al cabo, sino una nostalgia más o menos rítmica del salvajismo.

En vano Isadora Duncan, evocadora del clasicismo helénico, trató de reanudar, pasada la tormenta, su admirable apostolado de gracia y de belleza. Los públicos más entusiastas en otro tiempo no la comprenden ya... Y la Pavlowa, última gran rítmica después del ocaso de la Duncan, dice a los ingleses desde las columnas del "Daily Express", "Ya no hay arte en Inglaterra. El país ha muerto desde el punto de vista artístico. No existen óperas, ni dramas, ni orquestas. El Covent Garden sigue en pie; pero en él se baila el chárleston y el black-bottom con ruido infernal de jazz. Parece mentira que Shakespeare haya sido inglés, y que su pueblo sea este mismo que gasta el dinero en los dancings y niega la menor contribución a un espectáculo de arte..."

Sustituyamos lo de inglés por francés o español, y el recuerdo de Shakespeare por el de Cervantes o Moliére, y veremos que las amargas apreciaciones de la Pavlowa tienen aplicación general.

Aquel público devoto de los poemas musicales y coreográficos renovados por los sorprendentes artistas rusos de los "ballets", desapareció poco a poco sustituido por este otro, ignaro, de las revistas, de las super-revistas, de las hyper-revistas, con música negra, girls falsificadas y un primitivismo de guardarropía que es infinitamente lamentable.

Para el espectador de ahora, la danza es un conjunto de gritos y contorsiones tanto más interesantes cuanto más violentos y grotescos... Y este criterio del espectador no es consecuencia, sino origen y causa del envilecimiento del baile.

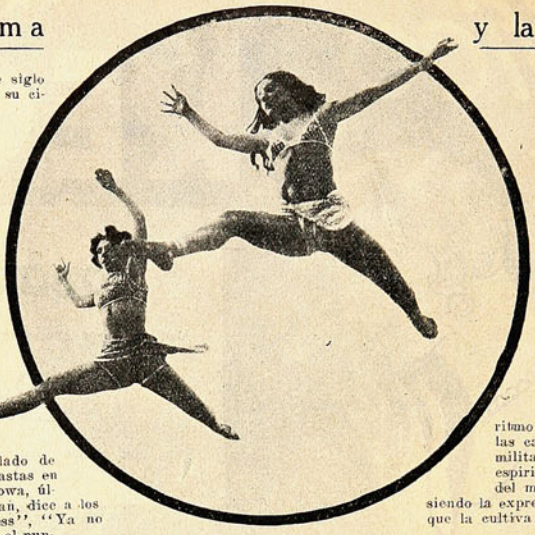
Más que la literatura y que la música, y mejor que cualquier otro aspecto del arte, la danza fué en todo tiempo expresión del espíritu de su época, y lo que pudiéramos llamar el rostro de la sociedad que la cultivó. Toda el alma del siglo XVIII está en la música y en las figuras de un minué... Y el romanticismo del siglo XIX tiene la cadencia y la ensoñada pasión de un vals... En las regiones que aun conservan sus danzas típicas y tradicionales, éstas son, igualmente, reflejo del carácter y de las costumbres populares, y en algunas ocasiones parecen complemento del paisaje... Otras danzas, como las de Siam, simbolizan toda una filosofía: el brazo tendido, con la mano abierta, es el saludo, la hospitalidad y el perdón; un paso adelante es el porvenir; una inclinación del busto es el acatamiento del destino...

Pero ved a un ejecutante de "bailes modernos": estira las piernas hacia la izquierda y hacia la derecha; sacude las puntas de los pies como si tuviese adheridas a las suelas de los zapatos, sendas pellas de barro; a veces parece borracho, a veces cojo y a veces zambo; los brazos cuelgan inertes, como los de un títere; el cuello, hundido entre los hombros, presta a la actitud de la cabeza animalidad simiesca; las nalgas preeminentes y las caderas oscilantes añaden al carácter bestial de las actitudes una absurda pornografía de chimpacé que hubiere aprendido la malicia; y todo esto, que en el ejecutante hombre — cuando es blanco, viste a la europea y tiene aspecto de civilizado—produce la impresión de una perfecta insensatez, da otra idea mucho más ambigua y triste de la ejecutante mujer...

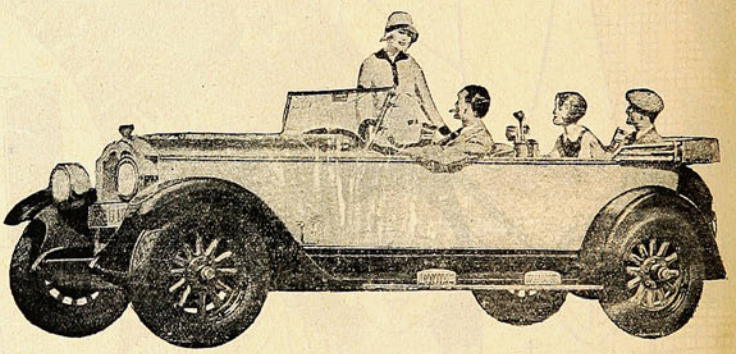
¿Danza?... No... Todavía el tango español y el tango argentino, eslabones de transición, guardaban en su lubricidad ingenua destellos de alma... Pero el "baile moderno" llámese como se llame el baile de jazz, de convulsiones y de estridencias, ha perdido toda relación con el espíritu y todo reflejo de él... Hace pocos días, Josefina Baker apareció sobre el escenario de Folies-Bergére con una langosta en las manos, y bailó el chárleston devorando el crustáceo. Estaba muy en carácter, y todos sus imitadores blancos debieran bailar así: con un trozo de langosta o con un hueso de chuleta entre los dientes...

Del carácter gimnástico epiléptico del "baile moderno" se ha contagiado la danza, y muere de ese mal.

Paulatinamente, lo que fué arte — y arte tan excelso que pocos le igualaron —pasó a ser pretexto para que los profesores de cultura física amenizaran la monotonía de sus gimnasias con un ritmo pedestre y automático, semejante al de las canciones de marcha y al de los himnos militares, y así trataran de vestir con disfraz espiritual lo que no es sino esfuerzo y gala del músculo. Hoy como ayer, la danza sigue siendo la expresión de su época y rostro de la sociedad que la cultiva. — ANTONIO G. DE LINARES.



Un ejemplo de la danza gimnástica y puramente muscular, es este género cultivado por las hermanas Hameda, sorprendidas por el fotógrafo durante una sesión de entrenamiento.



La confianza inspira a sus muchos compradores

La lealtad de los propietarios de automóviles "BUICK", hacia el nombre "BUICK", es una de las más hermosas tradiciones en el mundo automovilístico.

Muchos años de superioridad sobre sus competidores — y un renombre conocido y comentado dondequiera que hayan automóviles — han servido para estimular y acrecentar esta confianza en el "BUICK".

Esta confianza ha sido ganada, también, por un alto principio: por la preocupación constante de utilizar todo lo más nuevo y mejor en diseños de automóviles.

Muchas otras razones podrían darse del por qué todos los dueños "BUICK", adquieren otra vez un "BUICK" cuando necesitan un nuevo coche, pero lo evidentes es que tienen una confianza íntima en él, que no les permite ningún cambio.

Aproveche la experiencia de más de un millón de dueños de "BUICK", y decídase en adquirir uno para que pueda apreciar la satisfacción de poseer el mejor coche.

No olvide que "cuando se construyan mejores automóviles, "BUICK" los construirá".

AGENTES PARA CHILE:

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO. SANTIAGO.

Una matinée de Pascua para los niños

El árbol bien iluminado, las once con muchas golosinas, una representación de marionettes, es lo que comunmente se ofrece a los niños en una matinée de Pascua. Las indicaciones siguientes pueden ser útiles a las mamás, que piensan tener una fiesta de este género en su casa.

UNA tradición encantadora hace que Pascua sea por excelencia la fiesta de los niños. En la noche del 25 de diciembre ellos esperan ansiosamente los juguetes que los buenos Reyes Magos les dejarán en los zapatitos. Para completar este día de gozosas sorpresas, se tiene la costumbre de reunir a los niños en torno a un árbol de Pascua, todo iluminado.

Supongamos que se tiene la intención de reunir una veintena de niños, hombrecitos y mujercitas de cuatro a doce años de edad. Y pensemos de antemano en todo lo que puede causarles placer.

Los preparativos.—Los juguetes y los adornos que se pondrán en el árbol pueden ser comprados inmediatamente para evitarse así las aglomeraciones de última hora, habiendo además en estos días un surtido mucho más variado. La iluminación es una de las cosas que más debe tomarse en cuenta. Si se hace por medio de velitas de colores, hay que adquirir unos pequeños soportes especiales que las fijen firmemente al árbol. Las luces encendidas en medio de las ramas del árbol, y entre los juguetes y adornos de mil colores, hacen un efecto mágico en los niños. Pero hay que tener un especial cuidado con esta iluminación, por el peligro que encierra de que con cualquier movimiento brusco, alguna de las velitas prenda fuego al árbol. Es tal vez más prudente—aunque menos clásico—hacer la iluminación por medio de pequeñas ampolletas eléctricas de colores: el hilo conductor puede enchufarse en la lámpara central o en un simple enchufe mural.

¿Dónde se debe colocar el árbol de Pascua?—Colocado en medio del salón tendrá el inconveniente de impedir la alineación de las sillas para la representación teatral. Lo mejor será colocarlo en el comedor, retirando la mesa a una esquina, para dejar así el mayor espacio posible en torno al árbol.

Las once deben ser también objeto de una especial atención. Para encargar los dulces y las tortas a nuestro proveedor, hay que hacer el pedido con tiempo, ya que haciéndolo a última hora se corre el riesgo de quedarse sin él, por las muchas demandas. Si se sirven helados, se harán de preferencia de frutas, por ser los más sanos, y éstos si que deben ser siempre hechos en la casa para mayor seguridad. Hay que recordar que una falta de absoluto aseo en el bote, cualquiera de los ingredientes para los helados de mala calidad, puede ser causa de un trastorno intestinal en los niños. Los sandwichs también pueden prepararse en la casa, eligiendo para rellenarlos pastas a base de verduras y de aves, por ser las más fácilmente digestibles.

La representación teatral.—Debe empezarse la fiesta con ella. El guiñol obtiene generalmente un gran suceso, pero entre nosotros es difícil proporcionarse uno, y más que nada es difícil hacerse con una persona que lo maneje. Un pequeño teatro guiñol con cuatro o cinco personajes cuesta relativamente barato. Es una compra ventajosa si se piensa en las muchas tardes que los niños pueden pasar divertidos. Pero habría que contar entonces con alguien que se encargara de los muñecos, practicando con ellos hasta adquirir habilidad y rapidez: un papá complaciente o un hermano mayor entusiasta.

Un prestidigitador será bien acogido por los niños. Es más fácil de conseguir y tiene la ventaja de que él mismo trae todo el material necesario, siendo suficiente con proporcionarle una mesa y una carpeta. Hay que procurar sólo que entre esta mesa en que el prestidigitador actúa y los niños, haya una cierta distancia.

El vestuario.—Debe arreglarse la pieza de los niños con este objeto, habilitando también una pieza de toilette. En algún pequeño salón se hará una especie de sala de espera para las institutrices y gobernantes, ya que lo mejor en estos casos es dejar a los niños en entera libertad de acción. Basta solamente con que la mamá de los invitantes los vigile discretamente.

Una hora de baile

Cuando los invitados llegan.—Indicando que la fiesta comienza a las tres de la tarde, éstos llegarán a las tres y media. Los niños de la casa, con sus trajes de gran vestir, los recibirán en el vestíbulo o en el hall. La niñera o doncella de la casa se encargará de llevarlos al vestuario para que se saquen abrigos y sombreros, guantes y carteras, arreglando los moños y atendiendo a otras necesidades...

Una vez que todos han tomado asiento en el salón—esto será a las cuatro—el espectáculo comienza. No debe durar más de media hora o cuando más tres cuartos de hora, para que los niños estén atentos y no pierdan interés con el cansancio.

Mientras los niños están encantados con las aventuras de los marionettes o con las maravillas del prestidigitador, se encenderán las luces del árbol.

El árbol se ilumina: es la hora de las once. Los últimos aplausos resuenan en el salón. La función teatral ha terminado. Hágase entonces la oscuridad. Y ábrase la puerta que da al comedor, para que los niños tengan de repente la sorpresa del árbol iluminado, resplandeciente de chiches metálicos y cargado de juguetes.

Cuando lo hayan admirado lo suficiente, se procederá a colocar los niños alrededor de la mesa, que, como hemos dicho, estará colocada en un extremo de la pieza. Entonces se les reparten los bonetes de fantasía, que cada cual se pondrá en la cabeza.

Unas once para niños es siempre un verdadero problema para servir. Los más chiquititos están expuestos a mancharse los trajes. En este momento habrá que recurrir a las institutrices, gobernantas, sirvientas de la casa y en general, a toda la gente adulta de que se disponga, para anudar sólidamente las servilletas, hacer circular los platos con dulces y golosinas, velar porque los tímidos no se queden sin parte, hacer que los impetuosos no vuelquen alguna copa, procurar que los glotones no coman demasiado por el peligro que encierra de que enfermen. Una vez terminadas las once, se distribuirá a cada niño una "sorpresa".

Después se bailará durante una hora.—Mientras los niños toman once hay que preparar el número que sigue o sea la danza. Para esto hay que desembarazar el salón de las sillas, quitando también las alfombras. El piano invita a los niños a bailar. Si no hay piano, se suple con una victrola. Los mayorcitos se entregarán al baile con toda seriedad, mientras que los más chiquitos pueden hacer rondas, cogidos todos de la mano, lo que resulta verdaderamente delicioso.

Los niños bailan. La mesa ha sido nuevamente preparada y esta vez son los mayores los que toman el té. Terminado éste, la mesa se levanta rápidamente y se pone pegada a la pared, para dejar el mayor sitio libre. Puede dejarse sobre ella dulces secos y algún refresco.

A las seis y media el piano o victrola se calla: es la hora de repartir los juguetes del árbol.

La distribución.—Los niños estarán algo sorprendidos por todos los placeres que en esta tarde les han sido ofrecidos. Para que la distribución de los juguetes se haga sin accidentes, es preferible que dos personas grandes se encarguen de sacar una del árbol los juguetes y la otra de entregarlos a quien estén destinados. Si hay una gran variedad de juguetes, todos quedarán contentos en sus gustos.

Los juguetes para los pinos de Navidad se venden en los bazares por docenas. Se puede tener panoplias muy bonitas, fusiles, pelotas, juegos de todas clases, patines ,muñecas, trompetas, tambores, por un promedio de tres pesos la pieza. En este caso, la multiplicidad es lo que da el mayor encanto.

Cuando se dan objetos de más alto precio y hay que destinar sólo uno a cada niño, para evitar descontentos, se pondrá en cada regalo el nombre de su destinatario, basándose para hacer la elección en la edad y los gustos del niño.

Lo más prudente es hacer que durante la distribución los niños estén sentados. Suele ser difícil conseguirlo... pero esto facilita enormemente la tarea.

Los sacos con pastillas y bombones, que también adornan el árbol, se reparten a última hora. Hay veces que los niños reclaman los chiches y hay que emplear todo género de disculpas para evitar que despojen el árbol de estos adornos que muchas mamás prefieren guardar de un año para otro.

Así se van los niños con las mececitas llenas, y muy felices?

La partida, cargados de juguetes, radiantes de felicidad.

Las "sorpresas" que tanto gustan a los pequeños

El prestidigitador

EN EL PAIS DE LOS SUEÑOS

La prensa de las dos Américas se ha venido ocupando con bastante interés del matrimonio del joven argentino, Peralta Ramos, con la rica heredera norteamericana, Millicent Rogers, hija de uno de los magnates de la Standard Oil. Como los diarios de Chile, han informado detallada monte acerca de ese matrimonio y del viaje de los esposos Peralta-Rogers a la Argentina, "PARA TODOS" ofrece a sus lectores una primicia acerca de esta dama, cuyo nuevo matrimonio causó sensación en ambas Américas. Se trata nada menos que del proceso de divorcio de Millicent Rogers, con su primer marido, el Conde Salm, perteneciente a una de las más rancias familias de Austria. Este divorcio preocupó durante meses enteros la atención de toda la prensa de los Estados Unidos, y creemos que nuestros lectores sentirán revivir ese interés, ahora que la Condesa millonaria está tan de actualidad entre nosotros, leyendo esta antigua crónica norteamericana de los preliminares del divorcio Salm-Rogers.

Hábiles e inteligentes abogados guiaron al Conde y a la Condesa en la partida que ambos jugaron ante los Tribunales de Nueva York. El Conde juega por obtener una separación y la custodia de su hijo; la Condesa, por un divorcio completo y también por esa misma custodia.

"Los movimientos preliminares de un juego legal sumamente interesante, se efectúan ahora ante los Tribunales de Nueva York. El Conde Ludwig Salm von Hoogstraeten ha jugado la primera carta al pedir la separación de su mujer, la heredera norteamericana, Millicent Rogers, hija del multimillonario de la Standard Oil. La heredera americana ha tenido bastante con su marido austriaco y se halla cansada de él. Lo que la Condesa quiere es un divorcio y no una separación.

"¿Cómo podrá verse libre de él?

"¿Cuánto estaría dispuesto a pagar H. G. Rogers, el suegro del Conde, a su yerno, si éste aceptara un divorcio, abandonara sus pretensiones al niño y dejara las cosas como estaban antes de que Millicent se casara con él? El juego de la ley debe ser jugado de acuerdo con las reglas establecidas. El Conde Salm, tiene en sus manos algunas cartas buenas y sus abogados le dirán la manera cómo ha de jugarlas para obtener las mejoses ventajas. La Condesa también tiene varios triunfos y sus abogados, que observan su juego, le dirán cómo ha de manejarlos para anular el de su marido.

"El juego principió algunas semanas, cuando el Conde Salm notificó a su esposa desde el otro lado del Océano, que venía a reunirse con ella y a hacer valer sus derechos de marido y de padre de su pequeño hijo, que sólo cuenta un año. Esto era el movimiento legal correcto para abrir el juego.

"Los abogados de la Condesa le aconsejaron que no contestara. Si hubiera cablegrafiado a Salm que no viniera, habría sido una declaración de deserción y el Conde Salm habría ganado sin mucho trabajo, la primera basa.

"El siguiente movimiento del juego fué el de obedecer a la notificación y venir a los Estados Unidos, para poder presentar a los Tribunales la prueba de que había tratado de reunirse con su mujer. Y así sucedió que el otro día el Conde Salm desembarcó de un vapor y miró el muelle abandonado. Pero no fué recibido por los amantes brazos de su mujer ni de su hijo. La Condesa se había llevado al niño con ella a Florida. No tardó en saber que su mujer se hallaba viviendo en un cottage llamado "Waikiki", rodeado de un terreno cultivado y espacioso. ¿Qué debía hacer? ¿Se quedaría en Nueva York y renunciaría a toda tentativa de reconciliación, o la seguiría a Florida y trataría de concertar un encuentro con su mujer?

"Todavía hay otro movimiento posible. El Conde puede tratar de arrebatar el niño a sus guardianes y llevárselo con él a Austria, al otro lado del Océano. Este hecho pondría el caso entero en manos de Tribunales extranjeros, lo que tal vez habría sido muy buena estrategia y habría causado gran embarazo a la Condesa, al obligarla a pleitear en otro país con una posibilidad de perder la tutela del niño.

"Si el Conde Salm pensó o no en la posibilidad de arrebatar por la fuerza la posesión de la criatura, por los periódicos supo que la famalia Rogers había tomado precauciones contra este posible caso, y que la Condesa y su posesión en Florida se hallaban bien vigiladas por un cuerpo de rudos centinelas, que patrullaban en parejas día y noche el terreno, acompañados por perros grandes y feroces. El Conde no hizo ningún movimiento para apoderarse de su esposa, ni del niño, y en vista de ésto sus abogados dedujeron que se hallaban en una excelente posición estratégica para extender las actas, pidiendo la separación.

"En el mismo vapor, con el Conde, llegó su madre. ¿Por qué la hizo cruzar con él el Océano? Aunque parezca extraño, éste fué un movimiento muy importante en el juego, por una razón que pronto será explicada.

"En la demanda por separación, el Conde Salm juega una de sus mejores cartas cuando pide que le sea confiada la custodia del niño. Ahora bien, cuando un padre cualquiera viene a los tribunales a pedir que se le entregue la custodia de un hijo, quitándoselo a su madre, la primera cosa que hace el Juez es mirar a su alrededor para buscar una mano femenina que pueda sustituir a la de la madre. En este punto, la Condesa viuda será presentada como una persona completamente digna y propia para cuidar y educar al Condesito. Y por eso es de suprema importancia en el juego, que la madre del Conde se encuentre cerca.

"Si el Conde prueba ante la Corte que su mujer rehusa obstinadamente tener ninguna relación con él, el Juez dirá probablemente, que no necesita

El Conde Ludwing Salm von Hoogstraeten y su madre, la Condesa viuda

Millicent Rogers, la Condesa Salm von Hoogstraeten.

FORUNCULOSIS
ACNÉ-ANTRAX
sanan
tomando 4 a 8
comprimidos diarios de
STANNOXYL
Sales de estaño exentas de plomo
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Ella era una princesa del dólar, rubia y hermosa, y él, un argentino seductor. Y se casaron.

EL ROMANCE ROGER-PERALTA RAMOS

mantener por más tiempo a la heredera del magnate de la Standard Oil. Libertándolo de esta responsabilidad, no le hará un gran beneficio, porque en realidad ella nunca ha sido una carga económica para el Conde. Un Tribunal de Nueva York le concedería, probablemente, una separación, pero esa separación la tiene actualmente y bien garantizada por perros y guardianes. En algunos estados podría conseguir un divorcio basándolo en deserción y crueldad, especialmente si los perros llegasen a morderle.

"De cualquier modo, hay poco peligro de que el nombre sea obligado a pagar una indemnización. Puede regresar a Europa libre de toda responsabilidad y

¿QUIEN ES PERALTA RAMOS?

El joven argentino Arturo Peralta Ramos, que se casó hace poco con la célebre millonaria norteamericana, Millicent Rogers, es descendiente de una conocidísima familia de su país, que ha ocupado y ocupa, por intermedio de sus actuales representantes, posiciones privilegiadas en la sociedad argentina. En efecto, un Peralta Ramos fundó el famoso balneario llamado Mar del Plata, una de las ciudades veraniegas más hermosas de ambas Americas y una de las pocas que se citan en el mundo entero. El nombre del fundador de Mar del Plata se conserva en esta ciudad, en diversos paseos y calles

No es, pues, el señor Peralta Ramos un aventurero que ha conquistado, junto con el corazón de una mujer, una bolsa más o menos crecida. Nacido en la opulencia, su aventura tiene sólo relieves sentimentales qué, lógicamente, la avidez periodística ha acrecentado.

no tendrá que inquietarse mucho de que su mujer, con sus cuarenta millones, no alimente y eduque propiamente a su hijo. Pero ese es precisamente el punto principal. El necesita tener la custodia del niño, al que nunca ha visto. Intenta verlo y educarlo, así lo asegura a quien quiere oirlo.

"Aunque un hombre sea Conde, obtiene escasa consideración en los Tribunales cuando aparece en el humilde papel de marido. Pero desde el momento que añade a sus títulos el orgulloso de padre, los Tribunales le dan más importancia y lo toman más en consideración. Todos los derechos y poderes que el Conde Salm pueda tener en la batalla legal que se desarrolla, le vienen totalmente por ese niño de un año, que al presente es el único heredero al título de Salm von Hoogstraeten, y que algún día puede llegar a ser el jefe de la casa de Salm Salm, e incidentalmente heredero de todos los millones de la Standard Oil, acumulados por su bisabuelo, el gran H. H. Rogers, socio de John de Rockefeller. Un niño tan importante necesita la atención personal del Conde, así lo cree él, pero, ¿podrá ganar su custodia?

La cuestión que se presenta en primer lugar, es la de a cuál de los padres pertenece el niño. La ley no hace distinción a este respecto, un niño pertenece igualmente a ambos padres. Hasta que un Tribunal decida sobre cuál de los dos debe encargarse de su custodia, cada uno de los padres puede, según convenio mutuo, encargarse del niño.

"En teoría, el Conde podría ir a Waikiki, apoderarse de su hijo, atravesar el Golfo, desembarcar en Méjico o en Cuba, y desde allí, dirigirse a Austria, su país natal, sin violar ninguna ley. La madre podría, entonces, seguirlo y compartir el cuidado y el mantenimiento del niño, llegando a ser su esposa otra vez, o llevando el asunto ante los Tribunales austriacos y correr el riesgo de sus fallos.

"Sin embargo, el Conde Salm tiene que afrontar no una teoría, sino que algunos hechos precisos, como los guardianes y perros ya mencionados, así que le es muy difícil jugar esa carta en estas circunstancias. Después que los Tribunales hayan fallado a quien encargarle la custodia, no será ya más una buena carta para que ninguno de los padres la juegue, porque ya pasaría a ser un caso de rapto, y un delito por el que se puede pedir la extradición.

"Así, pues, aunque la Condesa en su calidad de esposa puede ocultarse y desconocer todas las acciones legales que su marido pueda hacer, como madre, tendrá que aparecer ante los Tribunales, y el Conde podrá, sin duda, mirarla a ella y también a su hijo desde la altura y suprema majestad del habeas corpus. Entonces principiará la verdadera batalla. La Condesa tendrá, sin duda, que admitir que el Conde es su marido y el padre de su hijo. Al hacer esto, tendrá que explicar por qué ha separado al niño de su padre.

"La contestación a esto se adivina fácilmente. Se han separado y ella no desea vivir más con él. Cuando los Tribunales oigan esto y también los requerimientos del padre y de la madre para ser nombrados guardianes del niño, cambiará por completo la actitud legal de los procedimientos. El niño se convertirá en ese instante en pupilo del estado, y sus padres en seres humanos de poca importancia. Quedarán rebajados al mismo nivel de dos que soliciten el mismo trabajo. No será cuestión de cuál de los dos tenga mejor derecho a esta preciosa propiedad humana, sino cuál de los dos podrá cumplir mejor el contrato de cuidarlo y educarlo. Virtualmente, el Estado se lo adjudicará al mejor postor.

"Sin duda, un niño debe tener alguien que lo cuide, y a menos de que Salm pueda mostrar alguna persona bien calificada para esa tarea, no es probable que los Tribunales le concedan la custodia del niño. Pero el Conde Salm ha previsto este punto, y ha traído con él una carta desde un lejano país de Europa; esta carta, como ya lo hemos explicado, es su madre. Difícilmente, se podrá negar que esta noble dama sea una madre tierna y amante con el pequeño, posiblemente más tierna y amante que su verdadera madre, pero aún así, esto no podría conmover a una Corte a tal grado de separar a una madre de su hijo.

"Según la antigua ley común, cuando los padres se separaban y todas las cosas parecían iguales en lo que se refiere a caracteres y fortuna, la ley concedía al padre la custodia del hijo, basándose en la antigua teoría de que era el más fuerte y el mejor capacitado para cuidar y guiar a sus descendientes. Este razonamiento no es tan cómico como parece a nuestros oídos modernos, porque en aquellos días una mujer divorciada era una mujer de dudosa reputación. Ahora esta costumbre ha caído en desuso. El niño, generalmente, se queda con su madre a menos de que las cosas sean muy desiguales. La costumbre y los precedentes hacen casi cierto que los Tribunales no separarán este niño de su madre, a menos de que el padre pueda presentar en su favor un fuerte caso o que logre probar que sería pernicioso para el niño permanecer bajo la influencia de su madre. Le corresponde al marido jugar algunas cartas altas lo más pronto posible; ¿cuáles podrán ser? Los Tribunales toman en consideración cuando uno de los padres tiene mayores recursos que el otro, para gastar en la educación del niño. Pero en este caso, esa carta se encuentra en las manos de la madre, cuya participación en los millones de los Rogers se calcula en cuarenta millones de dollars.

"La posición social también pesa en las resoluciones de los Tribunales y aquí el Conde puede tener mejores cartas que la Condesa. Puede aducir el hecho de que su hijo es heredero al título de Conde, y que por consiguiente puede ser educado entre la nobleza más granada de Austria. Si esta carta fuese jugada ante un Tribunal austriaco, no hay duda que no sólo ganaría una basa, sino que representaría varios puntos para la cuenta final; pero en un Tribunal americano, no será probablemente tan importante. El niño ha nacido en Norte América y si su madre dice que ella cree que los títulos son solamente vanidades ridículas, el Juez americano puede muy bien convenir con ella acerca de esto.

"Muy bien puede suceder que alguno le pregunte si siempre ha pensado así, y que por qué entonces, si considera el título de Conde, una ridícula vanidad, se fué a buscar un marido entre la nobleza europea. Esta pregunta y muchas otras le pueden ser dirigidas, porque en tales procedimientos se quedan suspendidas de hecho las regulaciones ordinarias. Estas regulaciones se han establecido para la protección de los intereses de las partes en un juicio. En este juicio la Corte no reconoce a los padres como padres, sino que solamente al niño. Este juicio traerá, indudablemente, una minuciosa investigación en la vida pública y privada de ambos conyuges. Si alguno de ellos no desea soportar esta prueba, puede retirarse cuando guste, y entonces perderá, probablemente, la custodia del niño.

"Muy a menudo se divide el tiempo de un niño entre sus padres. Supóngase que los Tribunales le conceden al Conde la custodia del niño por tres meses del año y aún por uno; en ese caso, él podía llevárselo con él a Austria y conseguir una orden de los Tribunales austriacos, autorizándolo a que permaneciera con él en ese país. Si esto sucede, su madre combatirá, naturalmente, esa sugestión con todas las armas de que pueda disponer. A pesar de eso, es costumbre, muy natural por otra parte, que los Tribunales permitan a un padre, si demuestra ser una persona digna como lo es en este caso, visitar a su hijo a lo menos por algún tiempo. Esto también sería una complicación, porque no sólo significaría algunos días de separación de la madre, sino que, probablemente, se estipularía un lugar dado dentro de la jurisdicción de los Tribunales del Estado. El pleito es casi seguro que se convertirá en un pleito personal y encarnizado, porque el fallo será dado basándose en los caracteres del padre y de la madre; éste es un procedimiento peculiar y los Tribunales permiten que se investigue todo lo referente a la vida de ambos padres, aún hechos sucedidos en la juventud o en la infancia de cada uno de ellos, para obtener un juicio sobre sus condiciones morales. Otra materia que es casi cierto que se investigará, es la razón misteriosa que indujo a la Condesa a dejar a su marido durmiendo en un Hotel de Paris y a huir a los Estados Unidos. Una mujer que abandonara a su marido sin presentar una justa razón, podría parecer a la Corte, una persona caprichosa, a la que sería dudoso encargarle la custodia del niño. Y si como lo declara el Conde, sólo existen dos razones, el padre y la madre de Millicent, y ésta conviene en ellos, la Condesa abriría de ese modo camino al Conde para presentar una demanda contra sus padres por renajenamiento de afecciones.

"Habiendo tantos millones en causa, es interesante notar que tal vez este asunto pueda arreglarse como un simple negocio. Finalmente, se considera natural, y por consiguiente no deshonroso para una madre, comprarle a su marido los derechos que éste pueda tener sobre un niño.

"Sin embargo, un negocio de tal naturaleza, no valdría nada ante la ley, porque los Tribunales no consideran que los padres tengan poder o derecho sobre el niño.

"Salm dice que quiere una separación y no un divorcio. Su esposa quiere un divorcio y no una separación. Salm dice que ama a ese niño y que se le debe conceder su custodia, y la familia Rogers combatirá hasta el último extremo para quedarse con el pequeño.

"¿Cuántos de los millones de Rogers serán pagados a Salm si éste abandona los Estados Unidos para siempre y deja libre a la Condesa, y además encargada de la custodia del niño?"

MILLICENT ROGERS SE QUEDA CON SU HIJO

Hemos encontrado este extenso relato en una antigua revista norteamericana, que no da más detalles de este proceso ruidoso. Las consecuencias fueron, que, mediante cierta suma, Millicent se quedó con su hijo y el Conde Salm fué a disipar en Europa, en alegres diversiones, la suma así obtenida.

PARFUMERIE L. T. PIVER
M. R.
PARIS

LOCION FLORAMYE
LOCION POMPEIA

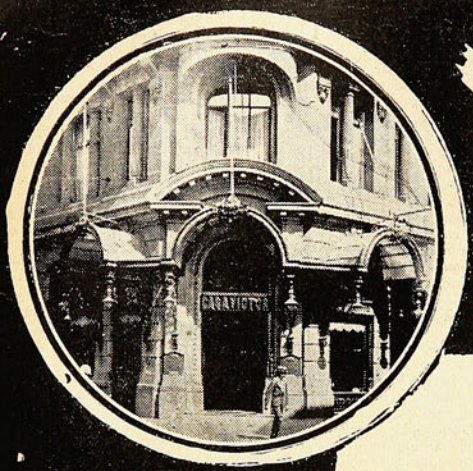
A $ 8.30 EL FRASCO, en Santiago

EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS
y también donde los Concesionarios:
SALAZAR & NEY — A. Prat N.o 219 — SANTIAGO

Para provincias, $ 9.00 el frasco por mínimo de 3 frascos, incluyendo gastos de embalaje y envío.

SU VISITA

a un establecimiento "Víctor", llevará la felicidad a su hogar para la NOCHE DE NAVIDAD..



La Nueva **Victrola** *Ortofónica* (M. R.)

Y los Discos "VICTOR" Ortofónicos, proporcionan con su exquisita reproducción de la mejor música del mundo, una valiosísima recreación para el hogar.

Cualquiera de nuestros admirables instrumentos es garantía absoluta de perfección científica, durabilidad y solidez, belleza de reproducción tonal, dicción asombrosa y sonoridad de volúmen absolutamente inconfundible y real.

SIN MAYORES TRÁMITES QUE UNA VISITA A NOSOTROS Y MEDIANTE NUESTRAS EXTRAORDINARIAS FACILIDADES DE PAGO, EN CUOTAS MENSUALES, USTED PUEDE CONVERTIR SU HOGAR EN UN CENTRO DE ATRACCION Y HARÁ QUE LA NOCHE DE NAVIDAD SEA LA FELICIDAD DE SU ESPOSA E HIJOS CON LA MEJOR MÚSICA DEL MUNDO.

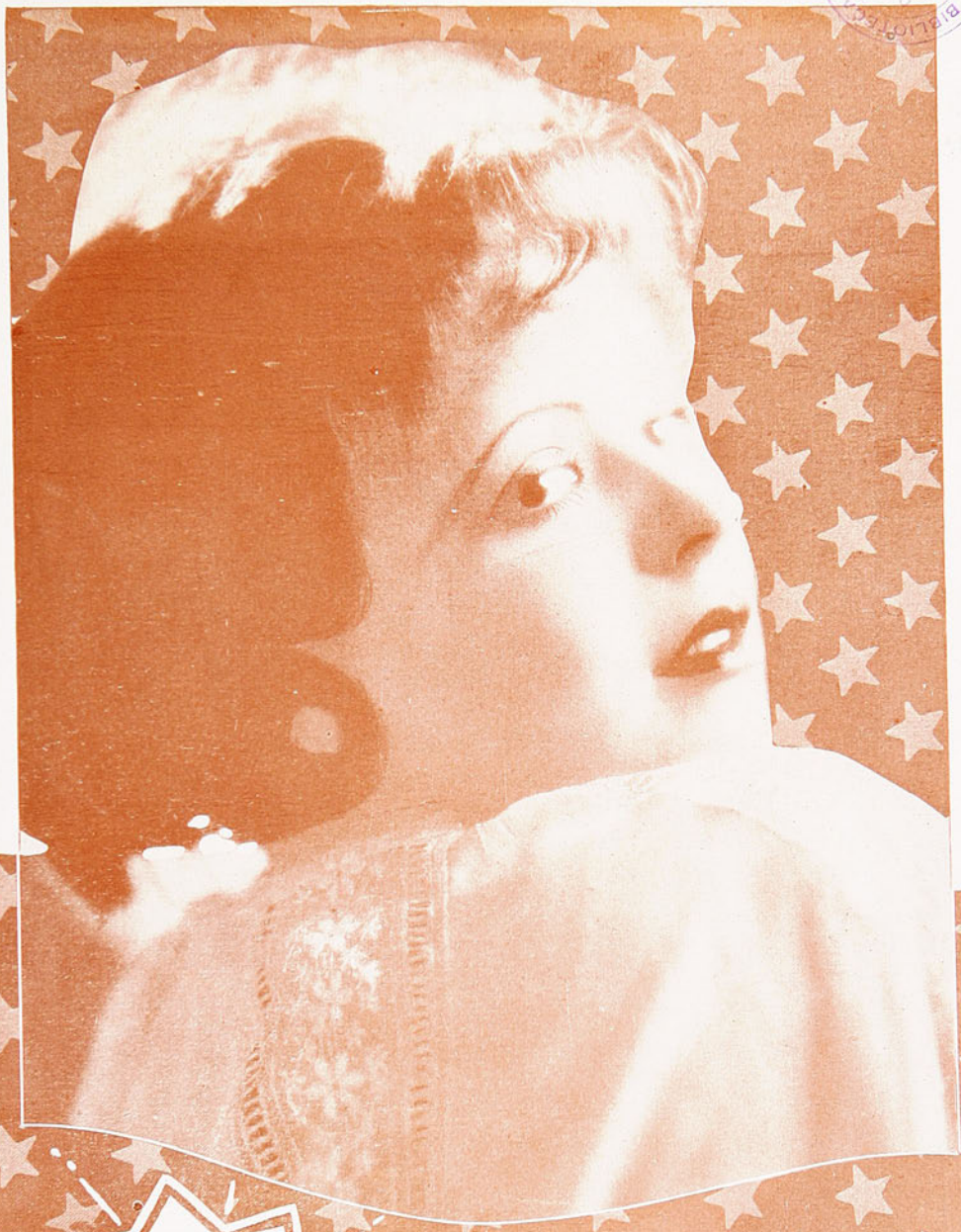
Solicítenos una demostración práctica de cualquier modelo de nuestro variado surtido de VICTROLAS ORTOFÓNICAS y SEMI-ORTOFÓNICAS.

Distribuidores Exclusivos de la Víctor Talking Machine Company, Candem:

CURPHEY Y JOFRE Ltda.

SANTIAGO: AHUMADA, 200 — VALPARAISO: BLANCO, 637

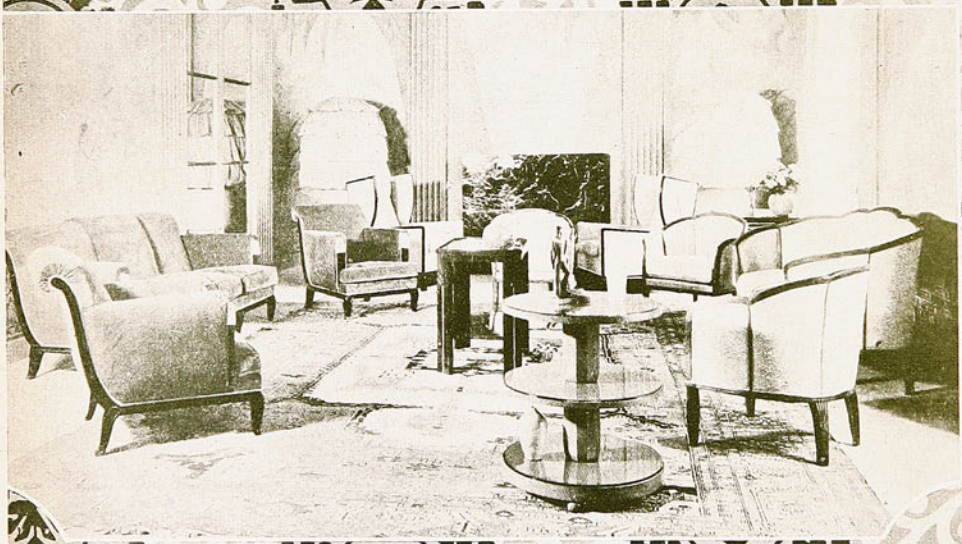
CON MAS DE 60 AGENCIAS "VICTOR" ESTABLECIDAS EN EL PAIS



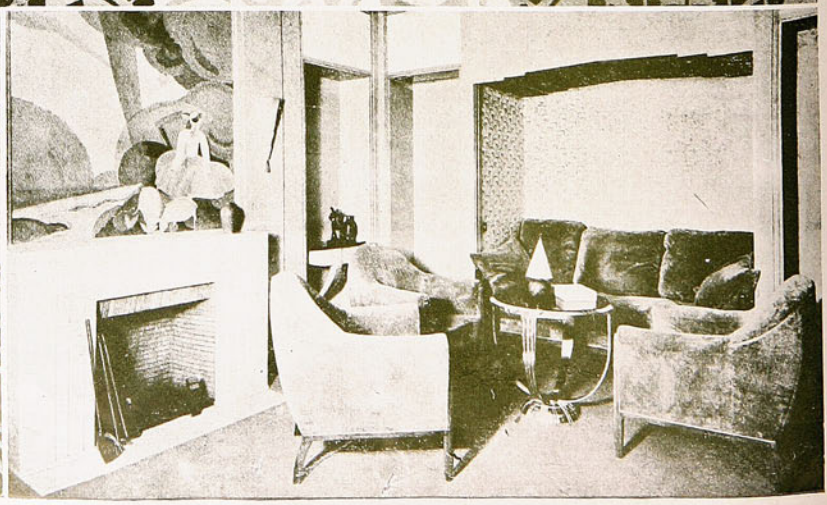
CLARA BOW,
la simpática estrella de la Paramount

LA SOBRIEDAD DE LOS INTERIORES MODERNOS

Gabinete de trabajo



Salón de recepciones.



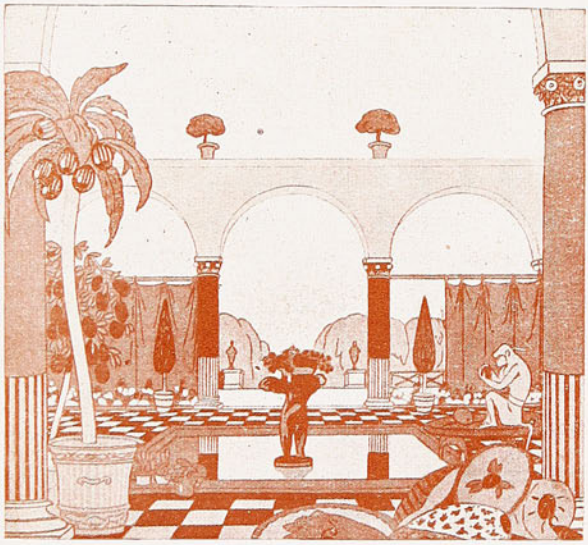
Boudoir

En los grandes centros de la elegancia mundial, han aparecido los primeros ejemplares de estos zapatos, cuyos tacones están repujados de piedras preciosas.

LA ULTIMA MODA EN ZAPATOS

LA OBRA DE RAYMOND CHARMAISON, PINTOR FRANCES DE JARDINES

KIOSCO CHINO



EL ATRIUM

EL JARDIN JAPONES

LAGO EN LA TARDE

PATIO ROSA

LA BELLEZA DE LA MUJER BAJO TODOS LOS CIELOS

La china, en su mujer moderna

La mestiza de la Martinica, ardiente como el sol de las Antillas

La javanesa con su tocado original

La hindú, de alma de misterio

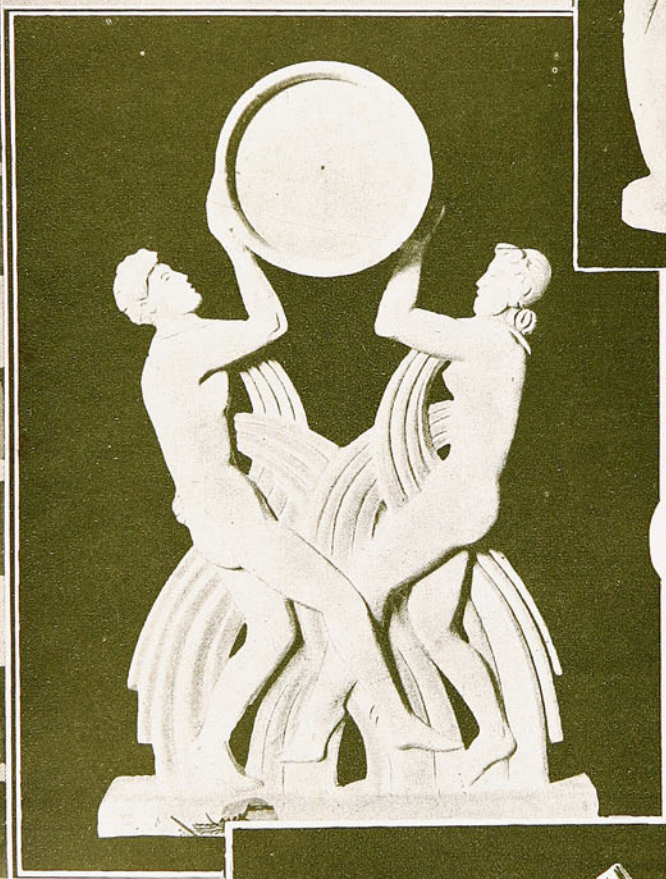
La eslava, compendio de todos los refinamientos

El encanto lleno de mon-

La maravillosa gracia de la europea

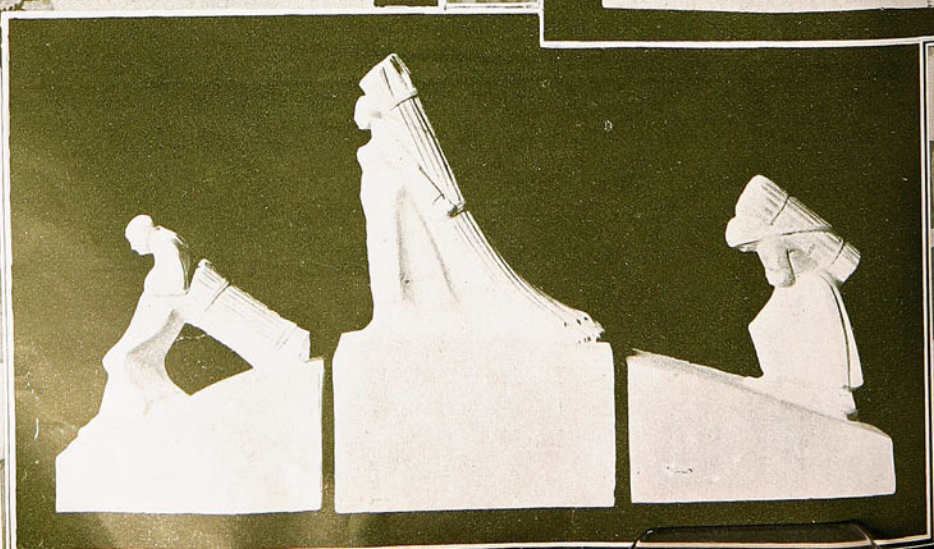
CERAMICA MODERNA

"Cantores Ambulantes", por Henri Martin.



Cow-Boy, por Pierre Toulgouat.

"Reloj", por Henri Martin.



El camino de la vida, obra de Raoul Mabru, ejecutada por la Manufactura Nacional de Sevres, en un tiraje de veinte ejemplares. Tercer premio en la última Exposición de Cerámica efectuada

Las majestuosas cataratas Victoria, en Rhodesia

"Una oficiala" del ejército chino

El traje de gala de un joven hindú

El deporte de las regatas en el lago Leman

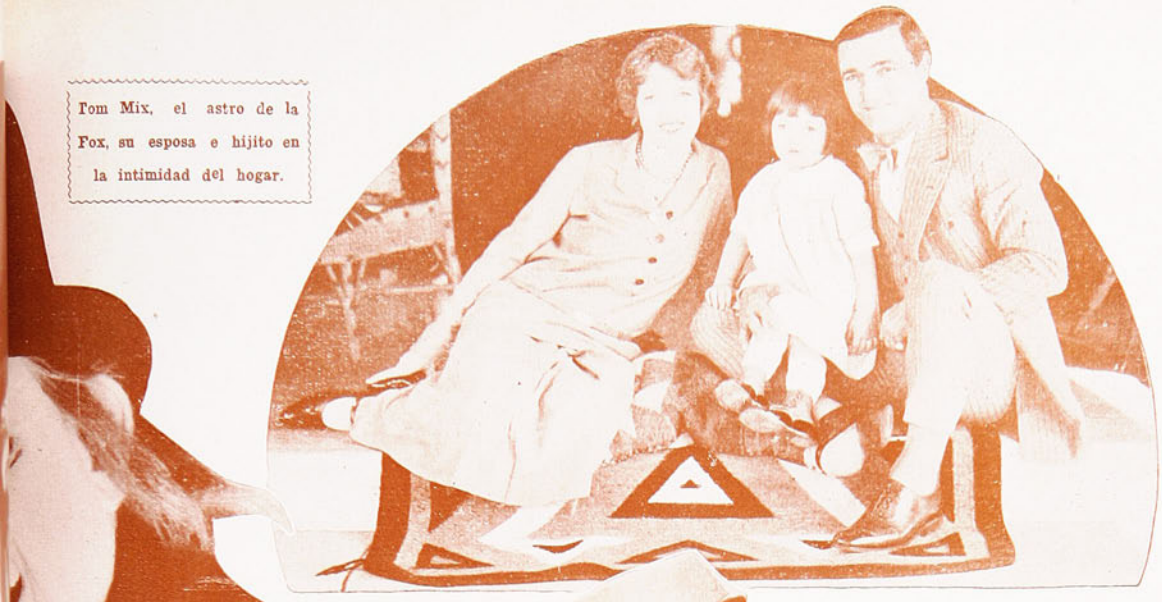
El boxeador millonario: Gene Tunney y su perro favorito

Una escena de la película "Los Héroes del Fuego", por May Mac Avoy, producción Metro.

CINE

Pauline Starke, como la heroína, y Goven Lee como una frívola y joven coqueta combinan sus esfuerzos en la producción Metro Goldwyn Mayer (Women Love Diamonds) "Las mujeres aman los diamantes"

Tom Mix, el astro de la Fox, su esposa e hijito en la intimidad del hogar.



La fuerza de las emociones humanas fuertemente representada por Paulina Starke en una de sus mejores producciones.

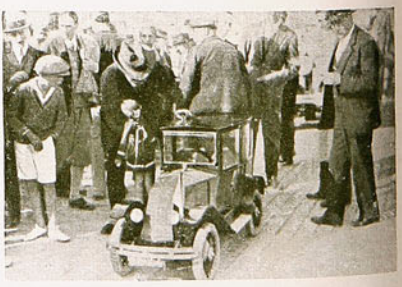
Este es el último estudio de Lon Chaney, el hombre que posee la fisonomía más cambiable del cinematógrafo, y posiblemente del mundo, tal como aparece en la nueva película "El Hipnotista".

Josefina Baker en una de las mil poses con que fascina al público parisiense

Fujita, el famoso pintor japonés, y su gato

Las alegres chicas de Berlín haciendo gimnasia luego del baño

Eduardo VII cuando era Príncipe de Gales e imponía la moda de su época, visto con los ojos del año 27. El traje de la reina Alejandra, que lo acompaña, era también el "dernier cri" de la moda femenina de aquel tiempo.



En el reciente concurso de elegancia automovilística realizado en Deauville, llamó la atención este coche, el más pequeño del mundo, que reune todas las perfecciones de los más lujosos y alcanza una velocidad de 30 kilómetros por hora.

La preciosa Norma Shearer saliendo de la iglesia del brazo de Irving Thalberg, con el cual contrajo matrimonio últimamente

UN NUEVO MODELO DE TRAJE DE BODA

El traje nupcial parecía ser hasta ahora el baluarte femenino a que aún no había llegado la tendencia arrolladora de la falda breve. Se "llevaban", aún, los vestidos severos y largos. Una falda corta—desenfado, gracia, alegría—no habría de rimar bien, es cierto, con la solemne emoción del momento en que dos vidas se unen para siempre. Pero he aquí ya un modelo que es la victoria de la nueva moda en el baluarte último de las viejas costumbres. En este modelo de traje nupcial—una gran preponderancia del encaje—la falda es ya tan breve como pueda serlo en el más audaz traje de calle. Parece un modelo de vestido de boda para segunda tiple o para chica de conjunto; para una de esas muchachas, en fin, cuyo vestuario de escena se resuelve siempre en un maravilloso alarde de pantorrillas.

VISIONES DE NUEVA YORK

Las nuevas construcciones dan una neta impresión cubista.

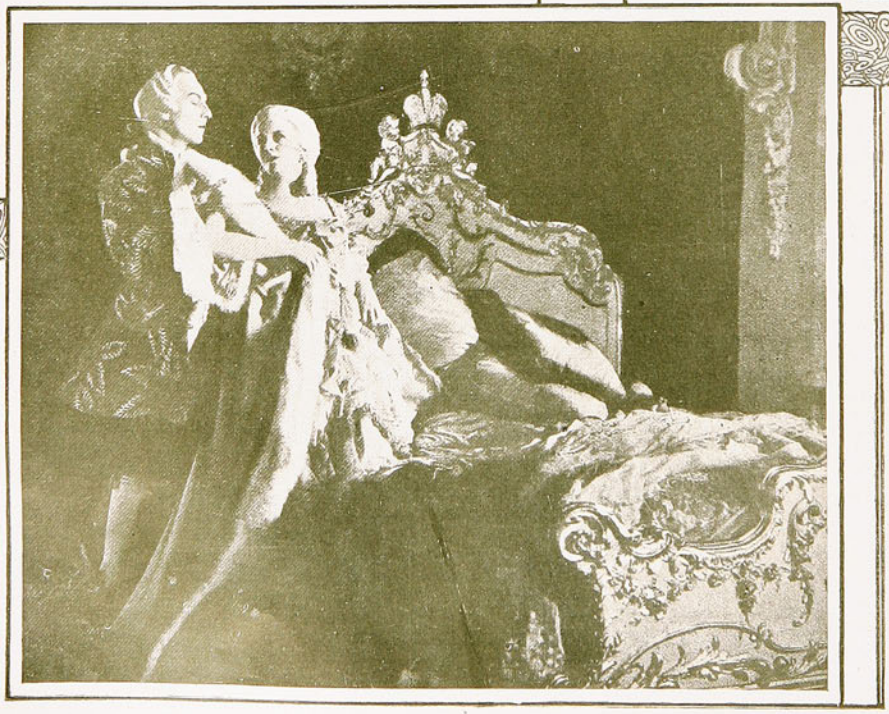
Otro aspecto muy siglo veinte de Nueva York.

SIRENAS DE FRANCIA

Dos bellas bañistas de la playa de Deauville, luciendo estos bellos y sugestivos modelos creados por el arte magnífico de Jean Patou.

Un diálogo de amor en la penumbra propicia de un pasillo.

Casanova — el gran actor Iván Mosjoukine — es recibido en la corte de Rusia por la Reina Ca-



Casanova y Catalina II, en una escena de romance

HENRY Roujon, que era un espíritu muy fino y muy culto, escribía, hace algunos años, en uno de sus sabrosos "Al Margen": "Es preciso considerar que **Casanova** ha sido la criatura más divertida que haya existido en el planeta, sin perder de vista que fué un truhán". Pues bien; sea. No perdemos de vista que fué un truhán. No perdamos de vista, sobre todo, que fué una criatura divertida. Esto último nos hará disimular aquello.

Atravesó Europa en todos sentidos; frecuentó gentes curiosas, célebres, de las más divertidas clases; tuvo innumerables éxitos, debidos a su buena fortuna, y le acontecieron aventuras insensatas. Es un héroe de novela. Las abundantes memorias que ha dejado, son uno de los libros más apasionados que conozco.

Evidentemente no siempre dijo la verdad; pero tampoco mintió siempre. Don Juan y pícaro, fué más pícaro que Don Juan. Sus biógrafos, muy numerosos, han escudriñado a conciencia sus Memorias. Auxiliándose con unos y otros, se puede reconstruir exactamente la existencia del hombre.

Es un veneciano. Nació en la ciudad de los Dogos, en 1725. Su padre había salido de Parma, cuna de la familia, para seguir a una comediante, Fragoletta, ya no muy joven, pero todavía hermosa. Se hizo doctor, por agradarla. Le gustó, y la abandonó luego. Volvemos a encontrarlo, en 1724, enamorado de la hija de un zapatero: la bella Zanetta.

Se casó con ella el mismo año y tuvieron seis hijos. Murió en 1733 Jacobo, el mayor, tenía entonces ocho años. Fué su abuela materna la que lo educó. Esta buena señora estaba loca. Sometió a su nieto a las prácticas ocultas de la magia popular. En el **Compendio de su vida**, Casanova declara: "Fuí imbécil hasta los ocho años y medio".

En esta época comenzó, en efecto, sus estudios en Padua. Se sabe que era excelente latinista y que poseía amplios conocimientos. El mismo se jacta de haber recibido, además, el grado de doctor. ¿Jactancia? ¡Tal vez! En efecto, no hay datos precisos.

Abandona el colegio para volver a Venecia, donde decide entrar en las órdenes y recibe la tonsura. Ejerce su ministerio bastante bien; pero se le ve con más frecuencia en las casas de juego, entre cortesanas.

Al ser divulgados sus entretenimientos, lo obligan a abandonar Venecia, en 1743. Parte entonces para La Calabria y se reune a cierto obispo de Martorano, amigo de su madre, quien le promete hacer su fortuna. Mas el país le desagrada, y he

de don Juan CASANOVA

VERSION CINEMATOGRAFICA

El aventurero Casanova, en sus dias de golfemia

talina II — la bella artista Susana Bianchetti.

aqui que, sin dinero y sin recomendaciones, se dirige hacia Constantinopla.

Tiene apenas diecinueve años. Obligado a atravesar las armadas austriacas y españolas, se convierte en oficial. En Turquia un señor adinerado le ofrece su hija en matrimonio. No se deja tentar y vuelve a Venecia, cansado de la carrera militar. Toca el violín en la orquesta de un teatro. A la salida del espectáculo se entrega en compañía de jóvenes calaveras a lamentables travesuras, llegando hasta a introducirse en los "campaniles" para repicar las campanas.

Alienta la manía de un opulento burgués picado por las ciencias ocultas, lo cual le da resultado. Luego, cierto dia, dejando tras él mujeres y muchachas seducidas, se ve obligado a abandonar el campo sin tardanza.

Durante dos años vive en Verona, Milán, Cremona, Mantua. Enriquecido por el juego, presume de mago. Mientras tanto, los nombres de mujeres van agregándose en su lista, tan larga como la de las amantes de Don Juan. En 1750 vuelve a Venecia y a principios de junio ya va en camino de Paris.

Se establece en un hotel vecino a la Comedia Italiana y a los Balette, cuyo hijo había llegado a ser, en Italia, su amigo intimo. La señora Balette tenia entonces cincuenta años y era una mujer honesta. Su marido y ella permitieron a Casanova que penetrara en los pasillos de la Comedia Italiana. Diariamente se le ve en el Palacio Real. En aquel ambiente conoce a d'Alembert, Fontanelle, una mujer de letras, Mme. Happoncourt, el autor de las Cartas Peruanas, a quien encuentra muy espiritual, y el Embajador de Venecia, Morosini, que le acoge bien, personalmente; trata, además, a otros embajadores.

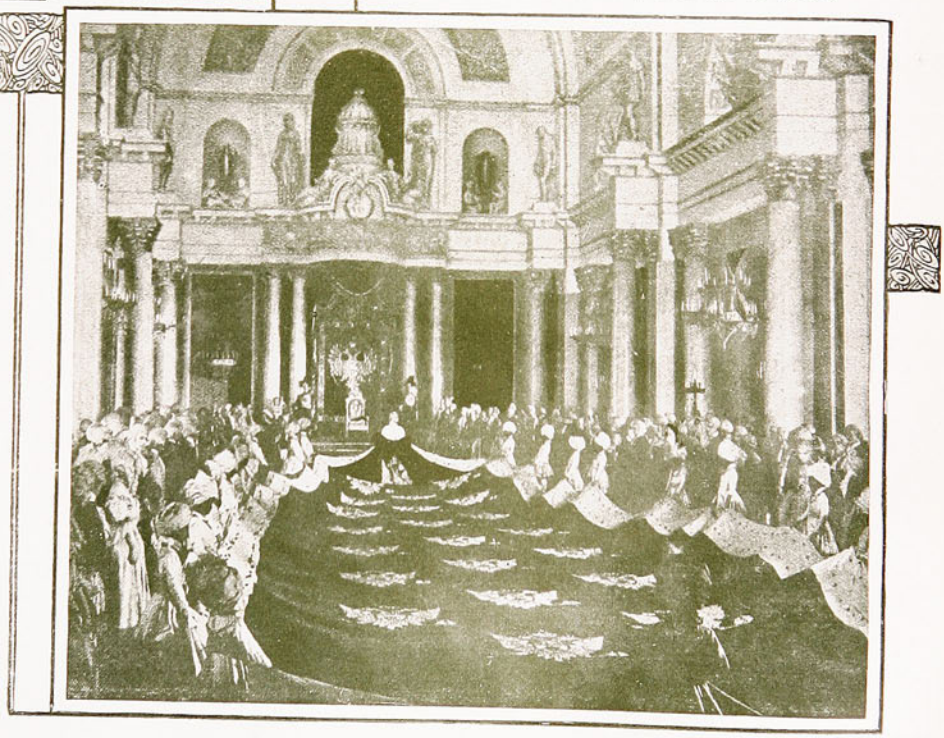
Entre sus aventuras amorosas en Paris, es preciso anotar las de una dnzarina, Mimí Quinson, la hija de su patrona, Mlle. Vézian, que algunos años más tarde debutó en la Opera, y Mlle. Morphy, que fué la amante de Luis XV, en el Parque de los Ciervos.

En París, habiendo oído Casanova el **Zoroastro**, de Rameau, decidió traducir esta ópera para el teatro de Dresde (donde la pieza fué representada con éxito en 1752). El "Mercure de France" se ocupó extensamente de esa hábil adaptación.

También puso mano en los Tesalianos, estrenados por sus amigos de la Comedia Italiana.

El teatro tentó con frecuencia a Casanova. Tradujo "La Escocesa", de Voltaire, y escribió, si-

(Continúa más adelante)



La suntuosa corte de Rusia, en los tiempos de Catalina II.

Curiosa fotografía cubista, hecha por Sauré a Hochhaustler, el conocido fotógrafo, de quien ha publicado "Para Todos"

LOS GRANDES RESULTADOS DEL ESPECIFICO BOLIVIANO BENGURIA EN LA CURACION DE LAS CANAS, EVITAN LA ADMIRACION DE LOS QUE LE RODEAN; SON DESAPARECIDAS TAN PRONTO COMO APARECEN Y NO SE NOTA QUE ANTES FUERON CABELLOS ENVEJECIDOS.

Es el Específico Boliviano Benguria el tónico vegetal más conocido que existe en toda Europa y América; los grandes resultados en atacar toda enfermedad al cuero cabelludo y el estado de canocidad, calvicie y grasas, lo colocan en lugar único. Son atacadas las Canas maravillosamente; empiezan a desaparecer a medida que el cuero cabelludo se alimenta; una vez tonificado los tejidos capilares, el cabello blanco se transforma rápidamente en cabellos de su color natural, sin que éstos se noten que antes fueron descoloridos; la forma en que empieza la mejoría, no da lugar a comentarios, pues se nota completamente el desarrollo de la mejoría en las primeras aplicaciones. Es el Específico Benguria, un preparado que sólo necesita un poco de atención; es su aplicación muy sencilla y requiere constancia, mientras dure el tratamiento, el cual debe seguirse hasta conseguido el resultado; una vez que las canas han desaparecido, no hay la necesidad de seguir usando el maravilloso Específico Boliviano Benguria.

El cuidado del cabello proporciona la hermosura de él, las canas no son otra cosa que su propio descuido; preste atención al pelo y no tendrá jamás las molestas Canas; la ondulación, suavidad, brillo y limpieza es el mejor adorno que pueda lucir; cuando el cabello está opaco, quebradizo o quemado, es por falta de cuidado y se debe recurrir a medicamentos conocidos a fin de evitar el crecimiento de las enfermedades. Es el más recomendado de los productos para atacar toda afección, el conocido Específico Boliviano Benguria; este producto ha sido premiado en varias Exposiciones científicas de Europa, en las que ha obtenido las más altas distinciones.

En la curación de la Calvicie, obra muy rápidamente el Específico Boliviano Benguria; en sus primeras aplicaciones, detiene toda caída de cabello, caspas, grasas, aceites, seborreas y toda afección. Al poco tiempo de usarlo, la Calvicie ha dasaparecido, se nota la salida de nuevos cabellos después de haberse aplicado el primer frasco; sus aplicaciones son muy sencillas y deja el cráneo muy limpio.

Se atiende en Moneda, 875, de 9 A. M. a 7 P. M., y todo pedido dentro y fuera del país es atendido el mismo día de recibir la orden; y para la mejor atención se han establecido las siguientes Agencias en el país:

Valparaíso: A. Presciutty, Condell, 165; Malareé Hnos., Condell, 173; "La Joven Italia", Condell, N.o 235; Botica Petersen, Plaza Echaurren; Droguería Internacional y Americana, Independencia, N.o 2; Viña del Mar; Droguería Central; Iquique: Droguería Victoria; Antofagasta: Droguería Germania; Arica: Droguería Italiana; Tocopilla: Francisco Choloux; Taltal: J. Strohabach; Concepción: Casa Harosteguy, y por mayor: Vergara González y Cía.; Talca. Droguería Valenzuela, Botica Anguita y Droguería El Indio; Linares: Casa Real; Parral: Botica Bristol, San Carlos, Botica San Carlos; San Fernando: Botica Internacional; Chillán: Casa Francesa y la Belle Jardiniere; Temuco: Droguería Alemania; Valdivia: Casa Carstens; Punta Arenas: José Peruzovic.

Pida en todas partes el Específico Boliviano Benguria.—Moneda, 875. — Casilla, 2426. — Teléfono, 6882.—Santiago.

Pida en todas partes el Específico Boliviano

Moneda, 875 – Casilla 2426 – Teléf. 6882 – Stgo.

Benguria

A base vegetal: Decoc. de Cusi-Cusi, Hasnu Huichinca y Suphur.

Sólo para caballeros

YA Londres, la cuna de las modas masculinas, cuyo cetro no logró quitarle París, y aun no lo ha logrado New York, se ha declarado abiertamente partidaria del color en la ropa de noche.

El Príncipe de Gales, el célebre heredero del trono británico, nieto de aquel inolvidable Alberto Eduardo aprueba el azul oscuro en la tela de su ropa nocherniega, y aduce para ello que el azul hace de noche un "perfect black". Sin embargo los elegantes tendrán además de su "chaqueta de comer" azul, un smoking negro, pues en el verano, que anochece tarde, muchas veces hay que salir bajo los agonizantes rayos del rey-astro, para llegar a tiempo a la mesa de lejano anfitrión. Se habla, también, del frac marrón.

He aquí el último hit. Es un blazel de color entero con el monograma del club en el bolsillo del pecho

* * *

De vez en cuando se habla de sorpresas e innovaciones en la indumentaria masculina, pero los conservadores todavía dominan y no se salen de los negros, browns, azules y grises. Una de las pocas novedades, dignas de mencionar, es el ojal ancho de la solapa para llevar un clavel (flor de ancha base) que los "incroyables" de hoy imponen ya rojos, ya blancos. La flor grande con ropa de noche es the latest entre la gentry de París, de Londres y New York.

* * *

El bois de rose, ese delicado color que desde hace dos o tres años es el fad entre "ellas", parece que gana terreno entre "ellos". Hace tiempo que se nota una marcada tendencia a los grises muy claros, los blancos, y cremas.

El bois de rose será una variedad agradable dentro del tema.

* * *

Este año los chalecos se usan con o sin solapas. Los cruzados llevan la solapa casi siempre y los sencillos prescinden de ella la mayoría de las veces.

Los hombros siguen con insinuación hacia lo cuadrado. El largo del saco es normal y poco suelto, sin llegar a lo muy ajustado.

El saco de dos botones, que antes se consideraba sólo para el estío, se usa mucho este invierno.

POR EL MUNDO DE DON JUAN

El Abate Casanova (Conclusión)

guiendo su propia inspiración, una tragicomedia en tres actos: **La calumnia desenmascarada por el "esprit".**

Casanova dejó París, tras una riña con un tremendo perdonavidas, en 1752, y volvió a la alegre Venecia. Allí no hizo otra cosa que divertirse y gastar un dinero cuyos orígenes siguen siendo misteriosos, ante los ojos de sus compatriotas.

Se enamoró de una bella religiosa, a pesar del público desprecio que mostraba por la religión y que fué causa de su arresto en 1755. Fué condenado a cinco años de cárcel. Nos encontramos con el episodio más célebre y más dramático de la vida de este extraordinario personaje.

La cárcel, en Venecia, estaba instalada bajo los "Plomos"; es decir, en el remate del Palacio Ducal. El calor allí era tórrido en verano y se moría de frío en invierno.

Casanova logró, practicando un agujero en el techo, escapar por las azoteas que la niebla hacía resbaladizas y que la luna iluminaba peligrosamente.

Es preciso leer en **La historia de mi huída,** donde Casanova no miente — cosa digna de mención — el relato de esta terrible noche del 31 de octubre de 1756.

Después de haber franqueado la frontera veneciana, Casanova llegó a Munich, desde donde pudo trasladarse a París. Llegó en 1757, el mismo día en que Damiens intentó matar a Luis XV.

¿Colaboró realmente en la creación de la Lotería de la Escuela Militar? Al menos, se unió allí de una manera muy íntima con los promotores de aquélla, los Calzaligi, y volvió a encontrar a su hermano.

En el mes de marzo de 1759, después de un corto viaje por Holanda, se sintió amenazado. Temía ser aprehendido de nuevo. ¿Por qué causa? Tantas maldades había cometido que no sabía exactamente por cuál. Va, pues, a ver al comisario de policía, para advertirle que algunos calumniadores se disponen a denunciarlo.

Por esta misma época sueña en fundar en París, una casa de impresiones sobre seda, porque es el tipo del hombre de proyectos; pero no todas sus empresas son tan honorables.

Sigue frecuentando los garitos, sobre todo el de una tal Cristina, que pretende ser nieta del Papa. Comete algunas pilladas aquí y allá. Son historias muy enredadas de pagarés no cubiertos que le llevan a menudo ante los jueces.

En 1759 fué arrestado y conducido a For l'Evêque. Casanova no calla este arresto en sus Memorias; pero arregla los hechos a su modo. Perseguido por falsía, el aventurero veneciano logra salir de la prisión reconociendo una deuda de tres mil quinientas libras; mas, apenas acaba de lograr esto cuando el negocio vuelve a presentarse bajo una nueva faz.

Seis meses después dictan otra orden de arresto contra él. Ya es demasiado tarde: el truhán ha salido de Francia ocho semanas antes. Volverá a París, pero siempre por cortas temporadas.

En 1764 volvemos a encontrar a Casanova en Mittan, Curlandia. Allí traba conocimiento con un joven príncipe, a quien le agradan las carreras, las mujeres y los despilfarros.

Se les ve juntos en Varsovia y en San Petersburgo. Cuando el príncipe parte para Venecia, Casanova le da entusiastas recomendaciones para sus amigos, las cuales, según dice, no eran despreciables. Poco después el príncipe fué detenido en París, por haber fabricado letras de cambio falsas, y se le envió a La Bastilla.

Entre los papeles que le confiscaron se encontró una carta muy curiosa, en la que Casanova indica a su noble amigo el modo de fabricar oro.

En 1766, el aventurero se halla en Polonia. Se bate en duelo, en Varsovia, con cierto conde de Branieki; luego pasa a Dresde, donde encuentra a su familia; parte para Praga, Viena, Polonia, Spa; toca a París en 1767; va a España; llega a Madrid; visita Toledo, Zaragoza.

Aprehendido en Barcelona, preso en Madrid, regresa al Sur de Francia y vuelve a entrar en Italia. Se halla en Florencia en 1771. Una orden del Gran Duque lo conmina a abandonar la ciudad en el término de ocho días.

Obedece e intenta pasar a Venecia. En Trieste, en 1774, tiene noticias del indulto y regresa a su patria. Entonces se dedica a escribir y sirve de espía al Tribunal de la Inquisición. El mismo confiesa que sirvió con "sus débiles luces la secreta Inquisición"; pero una historia demasiado desagradable lo obliga a reanudar el curso de sus aventuras en 1783. "O yo no he sido hecho para Venecia, dice, o Venecia no fué hecha para mí".

Y después de haber pasado por Viena hélo aquí aún, por última vez, en París. Quiere publicar una gaceta, ir a Madagascar, y se le ve en las academias. Lo presentan con Franklin y se interesa por la aeronáutica.

Deja París por Alemania el 13 de noviembre, con su hermano, y una vez instalado en Dresde titubea entre veinte proyectos. Hace fracasar un magnífico matrimonio; piensa en meterse de monje cuando se convierte en bibliotecario de un singular gran señor bohemio que lo lleva a su castillo de Dux, donde el famoso aventurero escribe sus Memorias.

Murió piadosamente en 1798, al llegar a los setenta y cuatro años.

Fué sepultado en un pequeño cementerio: "Habiendo derribado una tormenta — según refieren — la cruz que fué colocada algunos años después sobre la sepultura, los garfios de hierro ocultos entre la hierba enganchaban, a veces, al pasar por allí las mujeres sus faldas".

Bonita leyenda, pero leyenda al cabo; — ¿es preciso advertirlo? — Remata bien la historia de este ser extraño, mujeriego y pícaro.

—¿A esta hora vuelves?
—¡No hay más remedio!... ¡Todas las cantinas están cerradas!

—Monsieur, ¿cómo halló el beafsteak?
—Debajo de esta papita.

HÉMOSTYL D. ROUSSEL
M. R.

FÓRMULA:
SANGRE HEMOPOYETICA TOTAL
CLICEROFOSFATO DE SOSA
NUEZ VÓMICA-ESENCIAS
TÓNICAS Y ESTOMACALES
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
TONICO PODEROSO PARA ADULTOS Y NIÑOS
TUBERCULOSIS - ANEMIA
CONVALECENCIA-CRECIMIENTO-DEBILIDAD
RAQUITISMO-CLOROSIS-EMBARAZO-LACTANCIA

EN LAS CARRERAS

1. Vestido de popelina azul marino con la parte baja de la casaca cortada en ondas. Falda en que los plisados van cosidos hasta cierta altura.— 2. Modelo muy original en espumilla de seda color azufre. — 3. Traje de crepella color verde manzana adornado el cuerpo con sesgos terminados en flechas bordadas. Falda formada por tres volantes planos cortados en ondas.— 4. Vestido de crepe satín azul con sesgos gris plata formando ángulos, motivo que se repite en las mangas.

I II III IV

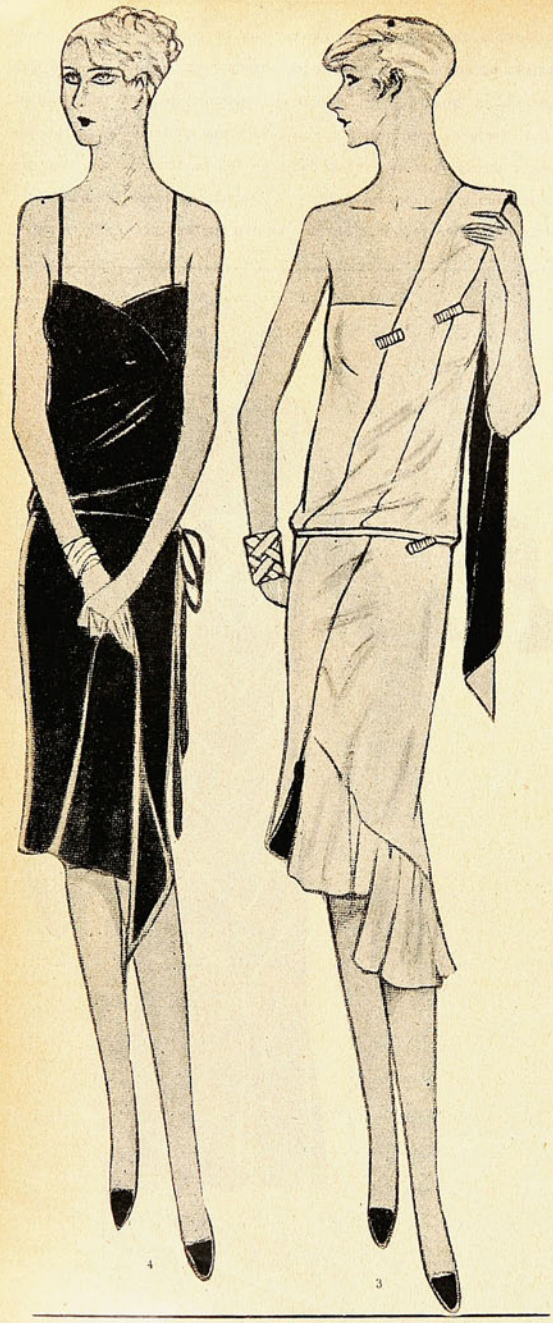
MI MADRE. — Por Edmundo d'Amicis

¡En presencia de la maestra de tu hermano, faltaste al respeto a tu madre! ¡Que esto no suceda más Enrique mío! Tu palabra irreverente se me ha clavado en el corazón como un dardo. Piensa en tu madre, cuando años atrás estaba inclinada toda la noche sobre tu cama, midiendo tu respiración, llorando lágrimas de angustia y apretando los dientes de terror, porque creía perderte, y temía que le falta la razón, y con este pensamiento experimentarás cierta especie de terror hacia ti. ¡Tú, ofender a tu madre, a tu madre, que daría un año de felicidad por quitarte una hora de dolor, que pediría limosna por tí, que se dejaría matar por salvar tu vida! Oye, Enrique mío; fija bien en la mente este pensamiento. Considera que te esperan en la vida muchos días terribles, pues el más terrible de todos será el día que pierdas a tu madre. Mil veces, Enrique, cuando ya seas hombre fuerte y probado en toda clase de contrariedades, tú la invocarás, oprimido tu corazón de un deseo inmenso de volver a oír su voz y de volver a sus brazos abiertos para arrojarte en ellos sollozando como pobre niño sin protección y sin consuelo. ¡Cómo te acordarás entonces de todas las amarguras que le hayas causado y con qué remordimiento desgraciado, las contarás todas! No esperes tranquilidad en tu vida, si has contristado a tu madre. Tú te arrepentirás, le pedirás perdón, venerarás su memoria inútilmente; la conciencia no te dejará vivir en paz; aquella imagen dulce y buena tendrá siempre para tí una expresión de tristeza y reconvención que pondrá tu alma en tortura. ¡Oh, Enrique, mucho cuidado! Este es el más sagrado de los humanos afectos.

¡Desgraciado del que los profane! El asesino que respeta a su madre, aun tiene algo de honrado y algo de noble en su corazón; el mejor de los hombres que la hace sufrir o la ofende, no es más que miserable criatura. Que no salga nunca de tu boca una palabra dura para la que te ha dado el ser. Y si alguna se te escapa, no sea el temor de tu padre, sino un impulso del alma lo que te haga arrojarte a sus pies, suplicándole que con el beso del perdón borre de tu frente la mancha de la ingratitud. Yo te quiero, hijo mío; tú eres la esperanza más querida de mi vida; pero mejor quiero verte muerto que saber que eres ingrato con tu madre. Vete, y por un poco de tiempo no me hagas caricias; no podré devolvértelas con cariño. — **Tu padre.**

Talles cortos: Ruedos disparejos

1. Traje de crepe satin negro, todo entero formado por piezas. La falda de lama metálica lleva un movimiento de godet que cae en una punta. — 2. Extraordinariamente original es este vestido de espumilla blanca y azul porcelana. La falda tiene un vuelo alrededor, que se continúa en un paño que sube hasta el hombro, formando una especie de echarpe que a la vez sirve de tirante para sujetar el cuerpo. Broches de atrás fijando el echarpe, motivo que se repite en la cintura.—3. Traje de crepe georgette color marfil con una quilla formando godet en la falda y otra quilla en la misma forma cayendo desde un hombro. Una y otra van sujetas por un broche de brillos.—4. Sencillo y elegante traje de crepe satín negro con el solo adorno de un doble prendido de perlas en la costura y en el echarpe.



DE JULES RENARD. — HISTORIAS NATURALES

LA GALLINA

Juntas las patas, salta del gallinero, apenas le abren la puerta.

Es una gallina común, engalanada modestamente, y que nunca ha puesto huevos de oro.

Deslumbrada por la luz, da algunos pasos, indecisa, por el patio.

Lo primero que ve es el montón de cenizas donde todas las mañanas acostumbra recrearse.

Allá va a rodar, y agitando vivamente las alas y esponjando las plumas, se sacude las pulgas de la noche.

Después se va a beber a un hoyito que el último aguacero ha llenado.

La gallina no bebe más que agua.

Bebe a gorgoritos, echando atrás el cogote y equilibrándose en los bordes del hoyo.

En seguida, busca su alimento diseminado.

Para ella son las yerbezuelas, los insectos y los granos esparcidos.

Pica, pica, infatigable.

De tiempo en tiempo se detiene.

Erguida, bajo su bonete frigio, vivo el ojo, el buche saliente, escucha con una y otra oreja.

Y segura, de que nada hay de nuevo, retorna a su búsqueda.

Levanta en alto sus patas rapientas como lo hacen los golosos. Separa los dedos y los posa en tierra con precaución, sin ruido.

Se diría que marcha con los pies descalzos.

SI UD. FUERA REY MAGO, ¿QUE LES TRAERIA A SUS AMIGOS?

"Para Todos" ha hecho esta pregunta a conocidos escritores y periodistas, los que han contestado en la siguiente forma:

Aprovechando la próxima Conferencia Pan - Americana, obsequiaría a Bolivia un mar interior de toda confianza para que no tenga que pedirle salida a nadie; y al Perú un Leguía de repuesto para cuando se le gaste el que ahora tiene en uso.—**C. Silva Vildósola.**

Mis mejores deseos para que alguna vez, antes del juicio final, salieran favorecidos en la Lotería de Concepción. — **Clemente Díaz León.**

Un millón de pesos para los amigos, con la esperanza de que yo podría reservarme algo más .— **Raúl Silva Castro.**

Si yo fuera Rey Mago, a mis amigos y a mis amigas, les traería un trencito para que se fueran en él y no volvieran nunca más. — **Víctor Silva Joacham.**

Una gramática castellana y un pequeño Larousse a cada uno, en la esperanza de que dejarán un poco de tranquilidad al Averiguador Universal.—**Emilio Vaisse.**

Les traería el incienso y la mirra y yo me quedaría con el oro.—**Ramón de Lartundo.**

Si yo fuera uno de los Reyes Magos, no les daría a mis amigos otra cosa que un fuerte y leal apretón de manos.

¿Para qué más?

El oro pueden ganárselo El incienso tendrán que aspirarlo por la fuerza algún día. En cuanto a la mirra, creo que ni ellos ni yo la veremos nunca. — **Manuel Eduardo Hübner.**

Las obras completas de Renan, empastadas en piel de cordero.—**Hernán Díaz Arrieta.**

Una gota de bondad en el corazón de cada amigo y otra de amor por mí en el corazón de cada amiga. —**Ernesto Torrealba.**

Si fuera Rey Mago, juntaría todas las dádivas en una sola y las daría:

A los amigos pobres, oro; a los poderosos, incienso; y a los que tienen ambas cosas, mirra—la sustancia con que se embalsamaba—para que se conserven, así, sin corromperse. — **Jenaro Prieto.**

Yo, dinero, dinero a manos llenas. —**Tomás Lagos.**

—A los amigos, una amiga.

—A las amigas, un amigo.—**César Cascabel.**

No les traería nada, porque son muchos y el oro está muy escaso, el incienso no me gusta y no conozco la mirra.—**Luis Cruz Almeida.**

La visita de una persona tan simpática e inteligente como la que hace esta encuesta.—**Luis Silva.**

Mi camella no traería carga alguna, porque, afortunadamente, yo no tengo amigos.—**Daniel de la Vega**

NAVIDAD SE ACERCA...

¡Juguetes a miles!

¡Maravillosa feria en nuestro 2.o piso!

Muñecas, automóviles, velocípedos, meccanos, ajuares, cocinas, aeroplanos, etc., etc., y otros muchos juguetes que constituyen la última palabra de la producción moderna.

¡¡Traiga a sus niños!!

GATH & CHAVES les proporcionará un momento de alegría!

¡¡NOCHE BUENA Y AÑO NUEVO!!

Que no falte en su mesa el delicioso Pan de Pascua.

Riquísima elaboración de nuestro Tea Room.

PARA REGALOS PRACTICOS

útiles y de distinción, a ojos cerrados, a GATH & CHAVES

EL "DON JUAN" DE NUESTROS DIAS

NATACHA RAMBOVA CUENTA LA VIDA DE SU ESPOSO, RODOLFO VALENTINO

(CONTINUACION)

RUDY, COLECCIONADOR

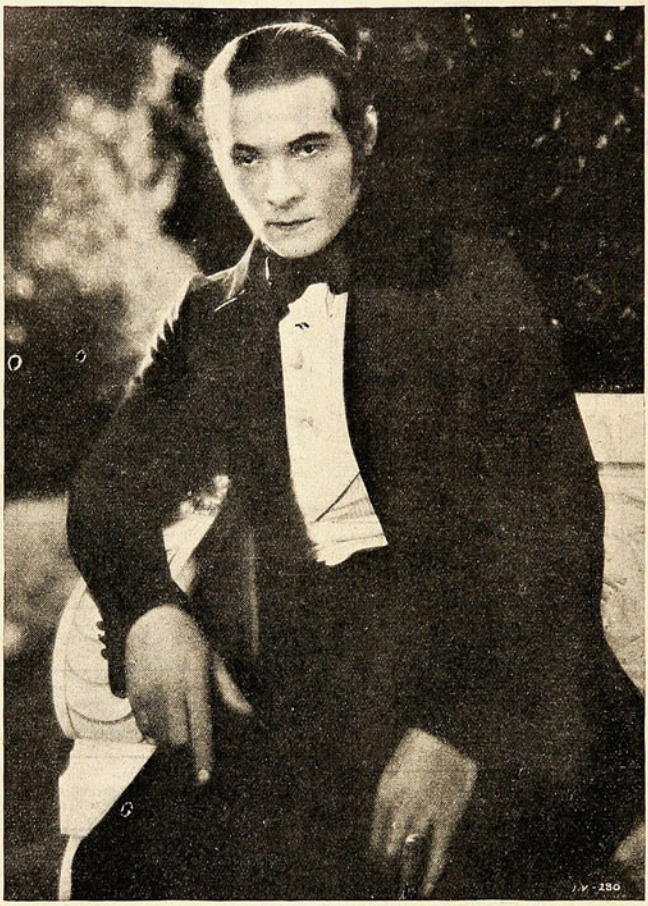
Una de las manías de Rudy consistía en coleccionar máquinas de retratar: pequeñas, grandes y regulares. Cuando se veía acorralado por nuestras bromas, nos decía que aquello era su única extravagancia. Se pasaba casi todo el día tomando vistas, y nosotros teníamos que posar otras varias horas para que nos retratase; sólo que, después de reveladas las películas, se veía que había impresionado dos o tres en el mismo clisé. Rudy decía que eso era defecto de la máquina, y salió a comprar otra nueva.

Cuando llegó septiembre y los días refrescaron un poco y el esplendor del otoño comenzó, decidimos hacer un viaje a España. Rudy había pensado hacer la excursión en automóvil; pero el mal estado de las carreteras hizo que, malhumorados, renunciásemos al proyecto y nos decidiéramos a hacer el viaje en tren. Natacha y yo habíamos visitado España con anterioridad; pero ahora preveíamos un nuevo interés por ver este país a través de Rudy. Sus puntos de vista eran siempre nuevos, siempre entusiastas, en su capacidad infantil para maravillarse.

En los trenes, Rudy siempre insistía en que tomásemos tres departamentos: uno doble para él y Natacha, uno para mí y otro para sus máquinas de retratar y sus voluminosa impedimenta. Todo el mundo nos miraba como si fuésemos una compañía de cómicos ambulantes.

Viajar por España con un montón de maletas, bultos inútiles, no es ninguna broma, como pronto pudimos convencernos, porque teníamos que transportar nuestra propia impedimenta del tren al "taxi" y viceversa, a causa de la escasez de mozos de cuerda.

La primera impresión de Rudy en España fué en Madrid. Llegamos un día en que no hacía calor y el color del ambiente era maravilloso. Tomamos dos "taxis" para que nos condujeran al Hotel Ritz. Nos acomodamos en uno y el equipaje fué en el otro.



Rodolfo Valentino en "Monsieur Beaucaire".

Personas y maletas quedamos en el vestíbulo, porque Rudy, negándose a tomar las habitaciones ni aún a hacer la nota de declaración en el Hotel, echó a correr para ver una colección de armaduras antiguas, cuya venta había leído en un periódico. Le dejamos marchar y nosotras buscamos una clara y alegre serie de piezas que daban a preciosos jardines.

Después de tomar un baño y de vestirnos con frescos peinadores de muselina, y no habiendo desayunado, bajamos al comedor a comer algo ligero. Estuvimos esperando hasta las dos, pero Rudy no aparecía. No pudiendo aguantar más el apetito, nos decidimos a comer solas.

Estábamos furiosas y apenas supimos qué es lo que pedíamos al camarero. Como Rudy se había olvidado de llevar consigo una máquina, supusimos que volvería, pronto o tarde. Cuando estábamos pensando lo que habíamos de decir a nuestro desertor, éste entró en el comedor lleno de hambre y de hierros viejos.

Al terminar el almuerzo, se nos hizo imposible escuchar las interminables descripciones entusiastas de cosas en las que no entendíamos nada. Para las mujeres, todas las armaduras parecen iguales.

Rudy nunca creía perder el tiempo. Quería verlo todo en un día. Así, pues, después de tragar unos cuantos bocados, echó a correr, como los maniáticos, para ver las maravillas de Madrid. Rudy era un buen observador y no dejaba de ver nada interesante.

Todo un día entero se dedicó a la caza de antigüedades. Rudy compraba armaduras: Natacha, marfiles, y yo, azabaches. En-

M. R.

EL UNICO tamaño en venta

HERMETICAMENTE CERRADO EN VACIO

LATA DE VENTA. FIJESE BIEN EN EL PESO: 310 GRAMOS, Y NO ACEPTE OTRO TAMAÑO.

Pida Muestra Gratis al Representante: Casiila 1673. SANTIAGO

Enviando este cupón con su

Nombre .....

Dirección .....

Localidad .....

Es Leche en Polvo.
Cría Niños Sanos y Robustos.
A cada madre que lo solicite enviaré el valiosísimo libro

"CONSEJO GLAXO PARA MADRE Y NIÑO"

RECHACE TODA LATA QUE NO SEA DE 310 GRAMOS.

El representante agradecerá la atención de sus clientes avisándole si y cuando una Farmacia les ofrece tarros de otro tamaño.

contramos tales maravillas que estimamos peligroso el continuar mucho tiempo en Madrid, porque nuestras carteras disminuían demasiado rápidamente y veíamos que no podíamos continuar el viaje.

TRAJES PARA RUDY

De Madrid marchamos a Sevilla. Esta ciudad nos pareció aún más fascinadora, tanto por sus viejos rincones como por ser menos visitada por los turistas. Sevilla interesaba a Rudy mucho más que todas las demás ciudades, a causa del recuerdo de su enorme éxito en "Sangre y arena". Rudy, que había vivido el carácter de Gallardo en el mundo ficticio de la escena, creía ahora revivirlo en la realidad. El autor del argumento, Ibáñez, había dibujado un carácter sacándolo de la vida de un famoso torero que había vivido en su tiempo en esta ciudad.

Rudy preguntó al empleado del hotel dónde se encontraba la casita y la calle donde el personaje había vivido. Obtuvimos permiso para verla detenidamente. Era un curioso rincón olvidado. Allí fué donde el matador vivió y soñó sus sueños de celebridad en sus primeras jornadas. En el momento de nuestra visita estaba ocupado por gentes pobres con un aspecto muy descuidado. Con gran tristeza en el corazón nos marchamos de aquel lugar.

En la misma calle vivía un hombre que compraba los trajes de los toreros después de morir éstos. Una superstición extendida entre las familias de los toreros quiere que las ropas de éstos desaparezcan de la vista lo más pronto posible; de otro modo, creen que traen mala suerte.

Este hombre vendía aquellas telas espléndidas hechas de seda y terciopelo, bordadas a mano con hilo de oro puro, por casi nada, mientras que a quienes las compraron les habían valido una fortuna. Rudy compró a este hombre el más bello traje de torero que se haya visto nunca.

Verdad o no, el hombre convenció a Rudy de que aquel traje había pertenecido al amigo más íntimo del famoso matador.

UNA CORRIDA DE TOROS

La cosa que más preocupa ahora a Rudy era ver una corrida de toros de verdad. Al día siguiente, que era domingo, se celebraba una corrida de gala, dada bajo la presidencia de la Familia Real, a beneficio de la Cruz Roja; tuvimos la suerte de encontrar asientos precisamente bajo el palco regio.

Rudy se llevó consigo una máquina para impresionar películas cinematográficas y otra para exposiciones. Si no hubiera sido un día de gala y no hubiese habido tanta excitación, creo que Rudy no hubiera podido entrar con toda aquella impedimenta.

Desde nuestros asientos se gozaba de una vista maravillosa del ruedo. Era cosa espléndida observar a aquellas mujeres tan hermosas de Sevilla mientras entraban a ocupar sus sitios, cerca del palco Real.

Estaban vestidas a la manera tradicional: trajes de seda negra que les llegaban a los tobillos, con corpiños apretados y mangas cortas. Sus grandes peinetas españolas eran muy bellas algunas con preciosos adornos de oro, y otras de carey finamente hecho. Sobre estas peinetas lucían maravillosas mantillas antiguas de verdadero encaje, algunas negras, otras de un blanco aderezado, que pertenecían a cada familia a través de varias generaciones.

En los brazos llevaban magníficos mantones de seda, bordados a mano con los más alegres colores, con pájaros, flores y brillantes adornos imposibles de describir.

En un principio, Natacha se negó rotundamente a ir a la corrida, porque su amor por los animales la hacía incapaz de ver cómo se los torturaba. Fué la gran alegría de Rudy el que yo consintiese en ir. Solamente cuando ya estábamos en el coche, Natacha se decidió a acompañarnos.

En su gran nerviosidad por atender a todos los detalles de la corrida, Rudy se olvidó completamente de tomar sus fotografías, en las cuales había estado pensando días enteros. Estaba apoyado en la barandilla, y después de haber arrojado su sombrero a la arena, aplaudía como un loco, mientras que se había quedado ronco de tanto chillar. Tanto Natacha como yo teníamos que sujetarlo y pasar mil apuros para evitar que se echase al ruedo.

Temblroso y con lágrimas en los ojos se volvió hacia nosotras, diciéndonos: "¡Esto es lo más maravilloso que he visto en la vida! Desde ahora mismo abandono el cinematógrafo. Me quedo a vivir en España. ¡Me dedicaré a torero!"

Esta decisión de convertirse al toreo produjo grandes discusiones entre Rudy y Natacha, que me hacían mucha gracia, porque yo sabía perfectamente que sólo se trataba de una fantasía momentánea, debido a que cualquier papel característico que le interesaba y ganaba su admiración en la vida tanto como en la escena, le producía el deseo de convertirse inmediatamente a aquella profesión o asemejarse a aquel carácter, lo cual, a mi ver, era la razón por la cual alcanzó tanto éxito como actor.

Mientras que Rudy estaba bajo la ilusión de dedicarse al toreo, nos llevó una tarde varios kilómetros fuera de Sevilla, a ver uno de los cortijos donde se crían los toros. Era una tarde, al anochecer de la cual iban a ser trasladados a la ciudad los toros que habían sido cuidadosamente seleccionados para la corrida.

La tarde era pesada y calurosa, y nosotras íbamos vestidas con trajes ligeros y sin ningún abrigo. Tardamos más de tres horas en llegar hasta el cortijo. Natacha y yo, que habíamos llevado un día muy cansado, nos quedamos dormidas. Al llegar al lugar, Rudy nos dejó sin molestarnos, y encontrándose con uno de los encargados de guardar los toros, se marchó donde estaban éstos, pasando un rato agradabilísimo inspeccionando los que habían de ser muertos al día siguiente.

Eran las doce de la noche cuando llegamos a casa. La noche se había vuelto extraordinariamente fría, y era casi de madrugada cuando llegamos al hotel. Entramos en casa estornudando y tosiendo y amanecimos con fuertes resfriados.

Rudy nos dijo que esto no habría ocurrido si nos hubiésemos tomado más interés en la tienta de los toros, mostrándose muy disgustado porque nuestro sueño había hecho inútiles todas sus magníficas descripciones de lo que hubiéramos podido ver, pues en efecto, dormimos todo el tiempo que duró el espectáculo.

Mientras estuvimos en Sevilla, Rudy quería regalarnos cada lindo mantón español antiguo que veía. Casi junto a las puertas del Alcázar había un vendedor que poseía la más maravillosa colección de mantones antiguos de España. Mirando y mirando tales tesoros, Natacha tuvo la idea brillante de comprar los mantones más hermosos de la colección y venderlos con grandes ganancias en las tiendas más "chics" de Nueva York. Tan entusiasmados parecían los muchachos ante aquella idea, que yo misma quedé hipnotizada por su elocuencia y me dejé convencer por ella.

Rudy y Natacha eligieron los más bellos ejemplares de la colección, y la cuenta sólo alcanzó la modesta suma de 10,000 dólares (cerca de 14,000 duros al cambio de entonces). Se embarcaron los mantones, y no hay necesidad de decir que no se vendió ni uno, sino que estos generosos muchachos regalaron casi todos a sus amigos. Yo misma soy poseedora de tres de entre los mejores.

Pasamos tres días más en Sevilla, gozando de las bellezas del Alcázar y de sus espléndidos jardines. Rudy tomó cientos de fotografías a todas

aquí en

AHUMADA 32

SE ESTÁ INSTALANDO

EL ALMACEN CENTRAL DE

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO

SANTIAGO

Propietaria también de | Empresa Zig-Zag. Soc. Imp. y Litog. "Concepción". Emp. Gráfica. Artículos Réclame "EGAR"

horas: a la luz incierta de la mañana temprano, en la brillante luz de mediodía y por la noche, a la luz de la luna. Se pasaba allí horas enteras con sus máquinas favoritas, impresionando cientos de metros de película en el patio del Alcázar, sin pararse a pensar que, como no había un alma a aquellas horas, no había tampoco acción.

Todo lo retrató. Exteriores e interiores. Creo que no dejé un rincón de ese palacio verdaderamente magnífico, porque esta excursión se verificó en realidad con objeto de reunir datos para su próxima película "El halcón de caperuza".

Mientras estuvieron en París, Natacha había encargado la confección de los trajes, que había dibujado con gran habilidad y gusto artístico. Nita Naldi había sido elegida, por su exótica belleza, para jugar el papel femenino más importante, el 'role" de muchacha morisca. Estaba entonces en París muy atareada. Los trajes, muy diferentes de los de "Beaucaire", eran aún más exquisitos.

En este "film", Rudy debía representar el papel de príncipe español del siglo XIV. Habíamos encontrado en un museo un retrato de esta época que impresionó de tal manera a Rudy, que lo había adoptado inmediatamente como modelo para basar en él toda la caracterización del personaje. Se dejó crecer la barba y después la hizo recortar exactamente como en el retrato, lo cual produjo un parecido notorio entre ambos rostros. Tan espiritual era Rudy en su composición interior de un personaje, que, habiéndose asimilado las particularidades del carácter español, y hablando este idioma a la perfección y sin el menor acento extranjero, se le tomaba continuamente por un español real. La primitiva personalidad de Rudy había desaparecido.

Un día, yendo a un Banco para reponer sus casi exhaustos fondos, el cajero le preguntó por su nacionalidad. Al decir "italiano", el cajero expresó sus dudas porque, según dijo, su aspecto y acento eran perfectamente españoles. Tuvo que mostrar su pasaporte para convencerlo.

Todos nosotros éramos muy aficionados a las antigüedades y nos gustaban mucho los hermosos muebles de época. Algunas de las piezas más notables de la colección de armaduras de Rudy y de la de marfiles de Natacha se encontraron en Sevilla.

Rudy quería reproducir algunos lugares de la Alhambra en su "film" "El halcón de caperuza"; tuvimos que dejar Sevilla, con gran sentimiento, y marchamos a Granada. Esta debía ser nuestra última jornada en España.

* * *

Terminada nuestra excursión a España, los muchachos decidieron hacer una excursión por la parte de Turena, visitando los famosos castillos a orillas del Loira.

Salimos una espléndida mañana de octubre, algo fría, en el coche de carreras de Rudy. Los excursionistas éramos Nita Naldi, Margarita Dinwoodey, mi sobrina, Natacha, Rudy y yo. El primer día hizo sol, con una temperatura muy agradable; pero al segundo llovía horrorosamente.

Al detenernos en Chambord, Rudy nos acompañó cortésmente, cobijándonos bajo un paraguas, y, excusándose, se volvió al "auto". Sacó todas las mantas de viaje, calientes y secas, y cubrió con ellas todo el coche siendo a su parecer más importante la apariencia del coche que la comodidad de sus ocupantes.

Chambord, el mayor y más sombrío de todos los castillos, se compone de más de cuatrocientas habitaciones. Rudy se sintió inflamado repentinamente de entusiasmo y corriendo tras de nosotras nos arrastró por largos corredores, oscuros y húmedos, y fríos salones, hasta que nos dejó medio muertas, jadeantes de cansancio. Pero él no se cansaba nunca. Se imaginaba que todo aquello era suyo y que iba a invitar a sus amigos el año siguiente a una partida de caza.

Natacha exclamó:

—Todo eso está muy bien, Rudy; pero como vivimos en la época moderna, ¿cómo te las ibas a arreglar para calentar tan enorme local? ¿Y cuántos criados ibas a necesitar? Con dos o tres criados para el piso de cada habitación no tendrías bastante.

SIGUE HABLANDO LA MADRE DE NATACHA

—¡Oh! Todo eso es muy sencillo—contestó Rudy—. Se dan a cada invitado una bujía, un guía, un calientapiés y una botella de "whisky", y ¿qué más necesitan?

Lo que más le divertía a Rudy en Chambord era la misteriosa doble escalera que permite que unos suban y otros bajen al mismo tiempo por ella sin que los unos se vean a los otros. Rudy estaba muy preocupado por averiguar el secreto de esa escalera, que creía era de mucho interés para llevarlo a sus amigos de Hollywood.

Era ya casi de noche cuando salimos del palacio y nos volvimos al coche. No es posible imaginarse nuestro horror cuando nos encontramos con nuestras cómodas mantas de viaje hechas una sopa. Imposible echárnoslas encima. Las retorcimos lo mejor posible y las metimos en el fondo del coche, llegando al hotel temblando de frío.

La mañana que visitamos nos Chambord llegamos cuando un grupo de turistas salía del castillo. Nita, con sus ojos tan exóticos y chocantes, llamaba la atención de todo el mundo. Mientras que todos los ojos de los turistas la estaban devorando, ella se echó a llorar diciendo:

—"¡Mimí!", "¡Mimí!" ¡Preciosa mía! ¡Se me ha perdido mi princesa china!

La princesa de largas uñas y ojos llenos de nubes había desaparecido.

La gente se echó a correr por todas partes, con la esperanza de echar la vista encima a la princesa china, a fin de ver resplandecer los ojos de Nita cuando pudiera volver a tener en sus manos al perrito blanco y canela, lleno de barro, mojado, tembloroso y gruñendo.

El tal perrito nos causó muchas noches de insomnio, porque estaba perdiéndose constantemente.

Nita era entretenidísima y nos divertía mucho. Corrientemente, en los comedores del hotel, su voz dominaba sobre la de todo el mundo cuando contaba un recuerdo de su vida escénica.

RUDY Y UN ESQUELETO

Este castillo, con sus barbacanas y puentes levadizos, no es el mayor de entre ellos; pero encontramos que era el más interesante, porque se conserva aún en su estado original. Las habitaciones de Catalina de Médicis y Ruggieri, su astrólogo y "medium", están amuebladas exactamente como ellos las habitaron.

Los departamentos de la reina madre fascinaban sobre todo a Rudy y a Natacha, a causa de su interés por las cosas psíquicas. Todos sentimos gran emoción al entrar en la alcoba de Ruggieri, en la cual habitación, según nos cuenta la Historia, dió una sesión a la reina durante la que vió desfilar a todos los reyes que fueron de Francia.

Muy pocos turistas tienen permiso para subir por las escaleras secretas que conducen de la habitación de Catalina al laboratorio secreto en donde Ruggieri preparaba los venenos sutilmente utilizados por la reina. Pero Rudy Era siempre el "Sésamo ábrete" que conseguía que se nos admitiese en todas las habitaciones reservadas.

Cuando las pequeñas alacenas empotradas en el muro fueron abiertas, Rudy esperaba que hubiese todavía en ellas viejas botellitas y frascos; pero nada hay allí encerrado, sino el recuerdo de tales cosas. La sensibilidad psíquica de Rudy le hacía vivir las emociones de aquellos días remotos.

Mientras visitamos las viejas ruinas de Loche, Rudy tuvo otra experiencia notable. Supimos que el actual conservador del edificio había excavado en algunos antiguos calabozos, exhumando algunos objetos interesantes, tales como pequeñas figuras de hierro, cruces y muchas monedas antiguas; por lo cual ese investigador había sido felicitado por el Gobierno francés.

Rudy inmediatamente quiso ver los calabozos. Margarita, Nita y yo juzgamos peligroso el descenso, por razón de las piedras y tierra removidas que había allí aglomeradas. Pero a los dos aventureros nada parecía peligroso, y mientras ellos desaparecían bajo las bóvedas subterráneas, nosotras les esperamos en un patizuelo.

Era un día triste y frío, y nos pareció que los muchachos habían bajado hacía ya siglos, cuando Rudy apareció de repente con los ojos como platos y los pelos de punta. En su excitación se había olvidado enteramente de Natacha, que estaba allá abajo con el guía.

Rudy nos dijo que al ir por un estrecho pasadizo había oído gemidos. Conforme es detenido para entrar por una puerta muy baja, sintió helársele la sangre al oír un horrible estertor de agonía que nos juraba ser demasiado real para ser imaginario.

(Continuará en el próximo número).

EL EXITO DE "PARA TODOS" EN EL EXTRANJERO

Es para nosotros muy grato y satisfactorio ver que el éxito de nuestra revista ha pasado las fronteras, y ya no solamente podemos contar con una gran circulación dentro del país, sino, además, con la de la República Argentina, donde "Para Todos" ha alcanzado gran éxito, a pesar de que cuenta el país vecino con muy buenas y modernas revistas, similares a la nuestra. En efecto, para ultimar detalles con grandes agentes de Buenos Aires, de Mendoza y de otras provincias que lo han solicitado, el Gerente de la Empresa Zig-Zag se trasladará en estos días a la Argentina.

Así, agregando esto a la venta actual, podemos afirmar que desde las próximas ediciones solamente en la Argentina colocaremos veinte mil ejemplares. Esto, como se comprende, halaga al patriotismo nuestro y nos servirá de poderoso estímulo para mejorar día a día nuestra publicación.

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos Depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello **Sobre** el cutis, en cambio Vytt deshace el vello y la raíz **debajo del cutis.**

Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se aplicó y el vello ha desaparecido.

El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, **Casilla, 1161, Santiago.**

El "Vytt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

Base: Natrium sulphide, Barium Sulphide, Calcium carbonate, Glycerine, Agua.

VYTT

¡El Hogar Feliz! Alegría, Belleza, Salud y Vigor

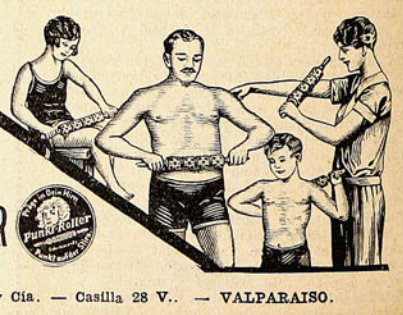
Elimine el exceso de gordura que perjudica el físico y el organismo.

ADELGACE

sin drogas, ni cremas y sin régimen, empleando tan sólo 10 minutos diariamente, el

PUNKT-ROLLER

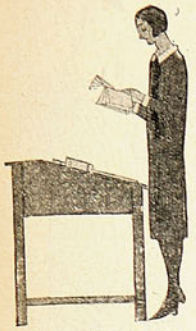
Pida Folleto Explicativo a



DAUBE y Cía. — Casilla 28 V.. — VALPARAISO.

Se vende también en Farmacias, Casas de Ortopedia, Sport, etc.

¿HAREMOS HACER A NUESTRAS HIJAS ESTUDIOS CLASICOS? — LA DISCUSION DE ESTE PROBLEMA EN FRANCIA. — Por Marta Pattez



Quieren utilizar bien los años que preceden al matrimonio.

ESTA compleja cuestión se ha expuesto a las más calificadas personalidades de Francia, a fin de guiar a los padres indecisos. He aquí las opiniones recogidas, tan útiles a los padres de allá como a los de acá. La facilidad y gusto por los estudios secundarios que manifiestan nuestras niñas en general, ¿puede llegar a alejarlas de sus deberes familiares y de las sanas tradiciones que es preciso conservar para la felicidad de la familia? A este respecto, el Rector de la Universidad de Francia, Monseñor Baudrillart, miembro de la Academia Francesa, ha contestado lo siguiente:

"¿Latín para las mujeres? Hay en esto su pro y su contra. Pero seamos o no partidarios del hecho, éste se impone a nosotros por las circunstancias. Las jóvenes golpean a las puertas de las universidades, sea para obtener los grados necesarios para la consecución de una carrera, sea para participar en la cultura clásica, que nuestro mundo afanoso y perplejo abandona, siendo, pues, ellas las llamadas a salvarla y a honrarla. ¿Conviene acogerlas entonces a despecho de las inquietudes legítimas que este deseo suyo suscita? No podemos dudar en decir que sí, y en nuestro Instituto no hemos tenido que arrepentirnos de ello. He ahí la razón por la cual yo he participado en la fundación de un Colegio de señoritas donde se harán solamente estudios latinos. Su directora os puede decir los resultados..."

Lo que dice el señor Leon Bérard, ex-Ministro de Instrucción Pública.

"No soy enteramente partidario, dice, de que las muchachas estudien latín. Es verdad que fuí yo quien hice votar la ley en virtud de la cual siguen ellas las mismas clases que los jóvenes, porque me parecía necesario hacer desaparecer el ilogismo de la ley anterior que imponía a las niñas estudios secundarios perfectamente diferentes a los de los hombres. Por lo tanto, no soy yo quien estaría dispuesto a oponerse a que aumente el número de las bachilleras. Siempre que la mujer pueda distinguirse en los estudios clásicos sin abandonar los viejos moldes, no veo el inconveniente para que se la proporcione la cultura que le hace falta para llegar a las carreras liberales".

Opina Mademoiselle Jenny Pomor, Directora General del Colegio de Hults.

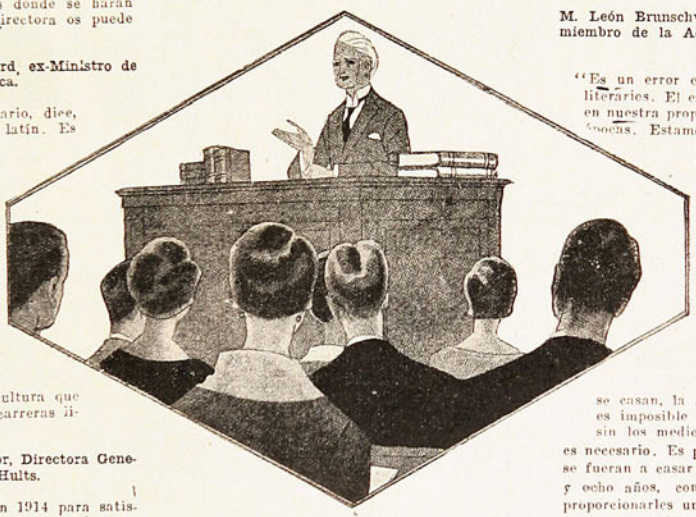
"Fundamos nuestro Colegio en 1914 para satisfacer los deseos de Monseñor Baudrillart. Las señoritas de la clase acomodada, no quieren perder los años que preceden al matrimonio, y por el contrario, desean emplearlos útilmente. Por otra parte, considerando los padres la incertidumbre de nuestra época, procuran armar a sus hijas para todas las luchas posibles. Las objeciones que se han hecho antes respecto de los estudios clásicos para las mujeres, no tienen ya razón de ser, desde el momento en que se advierte para ellas, cualquiera que sea su medio social, la necesidad de una carrera que eventualmente reemplazaría la dote... La inteligencia de las mujeres es más intuitiva que deductiva. El estudio del latín, lengua del Derecho, que exige un esfuerzo de razonamiento, fortifica el juicio femenino. Del esfuerzo intelectual se desprende el esfuerzo moral; la muchacha que estudia concienzudamente el latín, aprende al mismo tiempo a corregirse a sí misma y a juzgar las cosas y las gentes. Nuestras alumnas salen del colegio con el bachillerato. Por regla general, se casan poco después de sus exámenes. Hacen sus estudios para tener más prestigio ante sus hijos y para ayudarles cuando a su vez ellos estén en el colegio. Nuestra primera alumna, casada en 1918, acaba de dar a luz su sexto hijo. He aquí un resultado consolador. Se puede ser bachiller y madre de familia".

La mayor parte de nuestras bachilleres han hecho sus estudios para ayudar a sus hijos. Una de ellas acaba de dar a luz a su sexto hijo.

Mlle. Ivonne de Coubertin, Directora General de la Asociación Fenelón.

"Esta pregunta implica la existencia de prejuicios todavía tenaces — nos dice nuestra entrevistada. — Si por estudios clásicos se entiende la existencia de disciplinas intelectuales y morales que lentamente elaboradas por la sabiduría humana, han facilitado los medios del bien pensar y del bien vivir, ¿por qué sería razonable privar a las mujeres de estos beneficios? La mujer, tanto como el hombre, más que el hombre quizás, no puede sino ganar con el estudio de las humanidades. No tiene absolutamente nada que perder. A los que desconfían de sus fuerzas intelectuales, de su tendencia a la subjetividad, podemos responderles que los estudios clásicos, en razón de su largo y perseverante esfuerzo, y del desinterés que exigen, de las cualidades de lógica y de juicio que desarrollan, fortifican en la mujer las cualidades de orden superior. A aquellos que temen la degeneración del tipo femenino por su causa, podemos argüirles que es en las humanidades y gracias a las humanidades, que se han formulado las reglas de la belleza eterna, y que la transgresión y la ignorancia de estas reglas han comprometido las producciones del genio. Se nos ha conservado el recuerdo de las gracias de Cypris ,de los encantos de Helena, de la tristeza de Andrómaca... Las humanidades que enseñan a conducirse bien, enseñan también las leyes de la armonía, concibiendo tipos acabados...

Los estudios clásicos, lejos de perjudicar a la mujer, nos parecen, por el contrario, necesarios a su desenvolvimiento completo. La familia y la sociedad no pueden esperar sino felices efectos de su disciplina. Ponerlos como base de la instrucción femenina, es multiplicar en el mundo la semilla del orden y de la verdad".



De M. Lacour-Gayet, miembro del Instituto

"En general, estimo que las mujeres deben ser cultivadas. No hay ninguna razón para que no hagan ellas los mismos estudios que los hombres. El interés de la enseñanza secundaria es el de preparar el espíritu para una cultura más extensa. Es cierto que los muchachos están llamados a aprovechar más que las niñas de esta cultura. Pero la mujer, destinada a casarse y a tener hijos, debe ser apta para ayudar a su marido en cualquier momento y, sobre todo, debe ser capaz de vigilar la educación de sus hijos. No podrá hacerlo de manera eficaz, si no ha estudiado ella misma lo que se les interroga. Monseñor Dupanloup era partidario de la instrucción de las mujeres en los límites de la enseñanza secundaria. Sus ideas me parecen muy justas. Si la enseñanza superior no puede abrirse sino a mujeres de élite y en condiciones excepcionales, la enseñanza secundaria debe proporcionarse a todas las inteligencias femeninas".

M. León Brunschvigg, Profesor de la Sorbona y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

"Es un error el llamar clásicos a los estudios literarios. El estudio clásico es el que nos sitúa en nuestra propia civilización y no en el de otras épocas. Estamos en el tiempo de Pasteur, no en el de Platón, y Platón mismo sería de opinión que debemos vivir con nuestro siglo. Desde ese punto de vista, sin duda alguna, las jóvenes deben hacer estudios clásicos para estar preparadas para la vida. El gran drama femenino es el de la mujer ignorante y sin defensa".

Colette Iver, la notable novelista.

"Siempre aconsejaré a las jóvenes una carrera con tal que, si se casan, la abandonen. En la época actual, es imposible colocar en la vida a una joven sin los medios de ganarse el pan, si esto le es necesario. Es preciso hacer siempre como si no se fueran a casar y no esperar que tengan treinta y ocho años, como se hace generalmente, para proporcionarles una carrera.

A esta edad, cuando no se han hecho estudios, se adopta cualquiera situación: institutriz, dama de compañía, etc... Estas, naturalmente, no son situaciones. La mujer sola y sin profesión, es una pavesa...

Considero muy culpable a los padres que cuentan siempre con el matrimonio de sus hijas, y dicen: "quiero que mi hija sea educada como lo ha sido su madre". Cuando la muchacha se dé cuenta que es necesario hacer estudios, será demasiado tarde. Es pues, a los padres, a quienes corresponde tomar esta prevención".

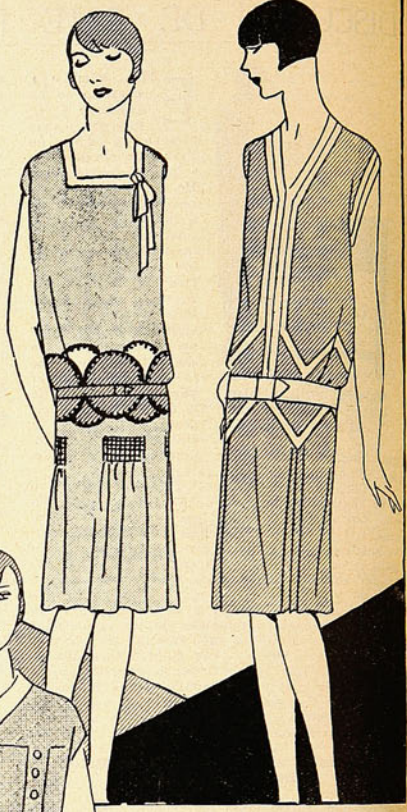
Monseñor Baudrillart, de la Academia Francesa.

¡Dama de compañía! Es una triste solución que pone a la juventud en manos de la vejez, por lo general intransigente

MODELOS PARA JOVENCITAS

I. Vestido de popelina de media seda. El bolero y las mangas muy cortas, llevan un ribete de cinta de falla en el tono del traje, que es color verde manzana. Los botones son de galalita. Grandes pliegues dan amplitud a la falda. — II. Vestido de crépe Georgette azulino. El canesú cuadrado, está bordado con un tono más oscuro en el centro, empalideciéndose en los lados. El cuerpo, ablusado, lleva unas pequeñas alforzas a los lados del canesú. Vuelos ligeramente en forma sobrepuesta a la falda.

I II



III IV

III. Encantador trajecito en espumilla de seda color chartreuse, con el escote encuadrado por un sesgo verde pálido. En la cintura lleva aplicadas unas redondelas de espumilla de seda verde pálido y blanco,, ribeteadas por una puntada, de filete en seda café. Grupos de nidos de abeja dan ruedo a la pollera. — IV. Vestido de brin de hilo color cereza con sesgos blancos. Cinturón de gamuza blanca. Modelo lleno de encanto juvenil. — V. Tusor color crudo y tusor color azul rey se emplean en este traje cuya blusa está hecha con el primero de los materiales, teniendo cuello, puños y doble cinturón en el tono azul, tono empleado en la pollera plegada que forma ondas en la unión con la blusa.

V VI VII

VI. Vestido sin mangas, de crépe marroquín de hilo, color rosa vieja, trabajado con alforzas muy finas. Falda plisada en dos grupos, que salen de debajo de los bolsillos. Cuello de organdí blanco. Cinturón de charol de este mismo color. Larga corbata de cinta de tres tonos de rosa. — VII. Vestido de seda cruda, muy gruesa. Canesú con patas, que bajan hasta la falda. Botones de concha perla blancos. Cuello de espumilla blanca y cinturón blanco de gamuza. La falda lleva a todo alrededor nido de abeja.

MI FLORERO

Hoy os habéis adornado con rosas, ¡qué bonitas, qué fragantes y qué frescas! Cómo lucen tan lozanas, cariñosas, empinadas y amistosas, en lo alto de sus tallos verde oscuro, adornados del divino desarrollo de sus hojas! Hoy no han sido los claveles, las orquídeas, los jacintos, las gardenias, los jazmines; hoy ha estado mucho más cerca de mi alma, ha sentido mi recuerdo; hoy día él me ha enviado rosas... ¡Qué gentil y qué orgulloso hoy estás, florero mío! Me parece que sintieras tú conmigo, la enorme atracción y sensación que experimento al tocarlas, al hablarlas y besarlas. Me parece que consciente de tu carga te volteas y mirando hacia arriba, las contemplas, te sonríes y me dices: — ¡Qué soberbias, qué galanas, hoy me siento más contento, dueña mía, hoy día él nos envió rosas!... ¡Qué fragancia exquisita, almibarada, la que exhalan! ¡Qué recuerdo tan vibrante! ¡Qué compañía tan grata!... ¡Son sus manos, son sus ojos, su cabello, sus miradas y su voz y su sonrisa la veo al través de ellas? ¡Yo no sé si es por él que las admiro, o es por ellas que lo amo! ¡Rosas bellas, rosas nobles, rosas castas, predilectas, consentidas y a la vez que sumisas sois altivas!... ¡Cómo quiero asemejarme a vosotras y poder llamaros siempre mis hermanas, mis amigas, mis eternas compañeras!

LOS MODELOS SIMPLES Y PRÁCTICOS

1 2 3 4

1. Vestido de brin de hilo beige, abierto adelante y abotonado de arriba abajo por botones de concha-perla blancos. Las caderas están netamente marcadas por la ausencia de costuras, cuando éstas adornan todo el resto del vestido.— 2. El doble cuello y la doble cintura son los detalles característicos de este modelo hecho en tusor de dos tonos de azul. Falda con pliegues. Chaqueta suelta.— 3. Jumper de espumilla de seda de fantasía, a rayas de tonos grises. Falda de espumilla de seda lisa, color gris acero, material que se emplea en las incrustaciones que adornan el jumper. Monograma bordado en seda roja.— 4. Modelo muy chic en espumilla de seda color rosa ceniza. Falda plisada, con los plisados cosidos hasta cierta altura. El cuerpo es ablusado y tiene, formando cierre, dos pequeñas corbatas llenas de gracia que se repiten en los puños.

1 2 3 4

1. Modelo de conjunto para viaje, hecho en jersey de lana, liso y jaspeado. Las incrustaciones llenas de novedad hacen este modelo muy elegante.— 2. Traje de tres piezas de brin de hilo rojo y beige. Falda roja con grandes pliegues encontrados. Jumper sin mangas en color beige con cuello rojo. Chaqueta roja trabajada en piezas, alguna de las cuales forma los bolsillos en los costados. — 3. Falda de lana inglesa gris acero, jumper gris perla con incrustaciones acero. Cinturon negro de charol. Chaqueta acero ribeteada de perla y bufanda haciendo juego. Lindo conjunto para deporte.— 4. Traje de tusor crudo adornado por sesgos celestes y azules. Falda en forma en la parte delantera que lleva frunces. Cuello y cintura formado por dos pañuelos que se anudan simplemente adelante.

FAJAS Nirvana

Y

SOSTEN-SENOS

NIRVANA

M. R.

SON LOS MODELOS MAS PERFECTOS Y LOS PREFERIDOS DEL MUNDO ELEGANTE

FAJAS ELASTICAS

NIRVANA

recién llegadas en ricos elásticos de fuerte tensión; gran variedad de modelos nuevos. a

$ 190, $ 150, $ 120, $ 85
$ 48 Y $ 35

PEDIDOS DE PROVINCIAS

Atiéndese contra reembolso, enviando medidas de cintura, busto y caderas. Además, cámbiase en caso de no quedar bien, sin nuevo recargo de franqueo.

Rechace las imitaciones. Esta casa no tiene sucursal

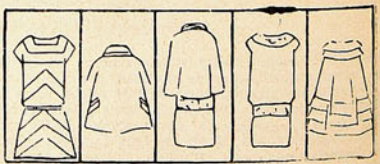
Casa Nirvana

Ahumada 323

Entre Huérfanos y Plaza de Armas

EL TE EN EL PARQUE

1. Tafetán de dos tonos de azul han sido empleados en este traje de corte muy moderno.— 2. Abrigo para niñita en tafetán de dos colores de rosa. Sombrerito del tono más oscuro con rosas hechas en tafetán del otro tono.— 3. Muy elegante este conjunto de crepe georgette y ottomán. La chaqueta corta y amplia está hecha en crepe georgette rosa con un bordado de plata en el ruedo y cuello y puños de marabú blanco. La faldita es de ottomán azul marino con un cinturón azul rey y un peto del mismo género que la chaqueta. Sombrero azul marino.— 4. Con los mismos materiales está hecho este traje de la hermanita menor.— 5. Vestidito de crepe georgette color lila adornado con sesgos y un lazo de cinta en la espalda.



HUMORISMO

Cliente. — Mesonero, ¡aquí veo una mosca en mi sopa!

Mesonero.—Déjela que se ahogue, y luego la sacaremos.

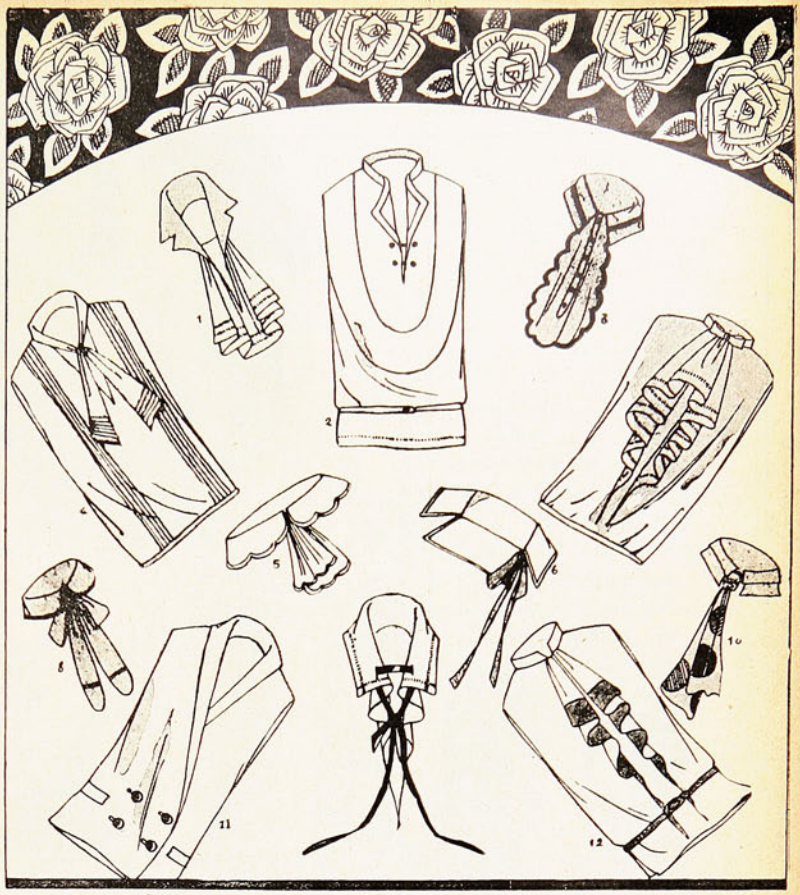
Un nuevo sastre se instaló en la ciudad y puso frente a su casa un anuncio, que se componía de su nombre y de una manzana muy grande.

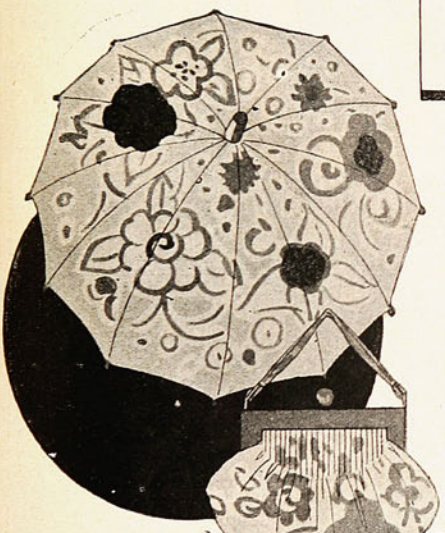
Los vecinos se asombraron, y por último uno de ellos entró para preguntar el significado de aquel anuncio.

—Bueno — replicó el sastre, — ¡quisiera saber si habría negocio de sastrería si Eva no se hubiera comido la manzana!

Chalecos, pecheras y cuellos

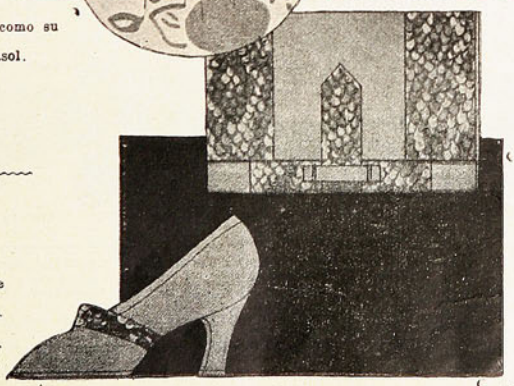
1. Cuello en linón color de rosa, con chorrera adornada por hilos tirados.
2. Chaleco en crepe de China, rosa pálido, adornado de un estrechísimo sesgo negro. Botones gemelos también negros.
3. Cuello en organdí amarillo limón, rayado por organdí azul vivo. Plastrón simulando botonadura cortado en ondas ribeteadas por el género azul vivo.
4. Chaleco de linón lila sencillamente adornado por grupos de pliegues.
5. Cuello y corbata de espumilla blanca, adornada por un filete en color.
6. Cuelo vuelto en piel de seda color marfil. Sesgos color coral y cinta al lado del mismo tono.
7. Chaleco en velo de seda color fresa. Cuello derecho y chorrera adornada con tela de un tono más oscuro, siempre en el mismo color fresa. Cinturón de gamuza color fresa.
8. Cuello vuelto y corbata en velo de hilo rosa viejo y azul marino.
9. Cuello en batista blanca, adornado de valenciennes, que se prolonga graciosamente en una chorrera. Lazada de cinta de terciopelo azul rey.
10. Pequeño cuello vuelto en tela de seda color marfil, avivado por una corbata de fular blanco con pintas rojas.
11. Chaleco de otomán, de seda blanco con cuello, chal y cuatro botones de nácar, cerrándolo muy sencillamente.
12. Chaleco de espumilla gris plata, sujeto por una estrecha cintura color rojo, laca y guarnecido de una doble chorrera con sesgos de este color.





En cretona como su quitasol.

En fieltro como su sombrero.



Con adornos de piel de serpiente como su calzado.

¿Cómo será su cartera?

¿Cómo se hacen las fotografías?

El lado sensitivo de la película tiene una capa muy delgada de compuesto de plata. Este compuesto es muy sensitivo a la luz, y cuando la luz lo toca se cambia instantáneamente. Entonces se "desarrolla" con una substancia química que endurece a la plata en los lugares en donde fué tocada por la luz.

¿Por qué el papel secante absorbe la tinta?

Porque las fibras del papel están muy separadas, de manera que el papel es muy poroso. Esto forma muchos millones de pequeñas cavidades dentro del papel, que se llenan de tinta. El papel ordinario es menos poroso; las fibras están más juntas.

¿Cómo puede hacerse agua potable del agua salada?

Destilándola; es decir, convirtiéndola en vapor y luego condensando ese vapor. La sal no puede evaporarse, y de esa manera se separa del agua. Los barcos hacen con frecuencia agua potable del agua salada cuando se encuentran en medio del océano.

¿Por qué tenemos cabellos en la cabeza y no en todo el cuerpo?

Los sabios creen que los antecesores del hombre tenían pelos en todo el cuerpo, como los monos. El hombre ha perdido el pelo gradualmente por su costumbre de usar ropas que hacen innecesaria la protección del pelo. Todavía tenemos cabellos en la cabeza, porque los sombreros fueron inventados después de las ropas.

LOS JUEGOS EN EL JARDIN

1. Traje de kasha color vicuña adornado de pequeños sesgos y de un cinturón de cuero marrón.—2. Para el bebé que empieza a hacer sus pinitos es una lindeza este delantal de linón blanco, adornado de un encaje plegado y de un bordado en la parte delantera que va fruncida.—3. Delantal en estilo de campesina hecho en tela de hilo color rosa seca, con el corselete cerrado por una cinta de terciopelo.—4. Delantal de cretona multicolor.—5. Trajecito de linón color de rosa con la falda con tablones encontrados y nudo en el hombro que se repite en la cintura.—6. Traje de brin de hilo azul marino con pintas rojas, con adorno de brin de un solo color.—7. Traje para niño en tela de hilo crudo adornado de punto de cruz rojo.—8. Vestidito en franela inglesa rosa, con dos sesgos en tonos de rosa más oscuros y un gran bolsillo bordado del que cuelgan dos borlas.

UNA ROSA EN PUNTO TURCO

1. Camisa y calzón en linón lila. Sobre una doble línea de hilos tirados, la rosa está hecha en el canesú de la camisa y en el borde del calzón. Rebeca de estos en forma, con ondas

2. Camisa y calzón en pongé. El calzón está abierto a los lados. La rosa va bordada en seda color coral.

3. Camisa-sobre, en velo marfil con el canesú en lila, bordada la rosa en marfil. Tirantes en terciopelo negro.

4. Camisa y calzón en espumilla de seda color limón. La camisa lleva un faldón plisado, y las rosas van bordadas en negro sobre el ancho canesú. Calzón abierto a los costados, con un movimiento en las esquinas que repite las dos ondas que hace a los costados de la camisa el canesú.

JOYERIA

Cajita para rapé en plata, labrada y esmalte de colores.
Reloj para viaje en oro blanco, con la esfera de oro amarillo y los punteros luminosos.
Reloj de sobre mesa, en porcelana blanca y de color.

Las pulseras son cada vez más anchas y más se desborda en ellas la fantasía de los joyeros. Este modelo está hecho en platino, zafiros y brillantes. Los pequeños broches se usan para sujetar los cuellos, como adornos en los sombreros o en los cierres de las carteras. El primero de estos modelos está trabajado en ónix y brillantes, el segundo en brillantes y zafiros, lo que permitirá a su dueña creer que es poseedora del pájaro azul.

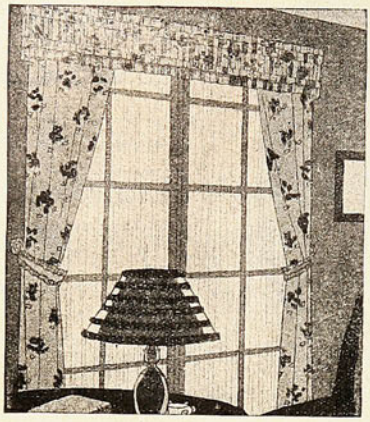
Magníficos solitarios de brillantes que valen una fortuna.

Compotera de plata calada en estilo español que sobre la madera oscura de un aparador hará un lindo efecto de contraste.

LOS VUELOS DE TUL O CRETONA EN LA DECORACION MODERNA

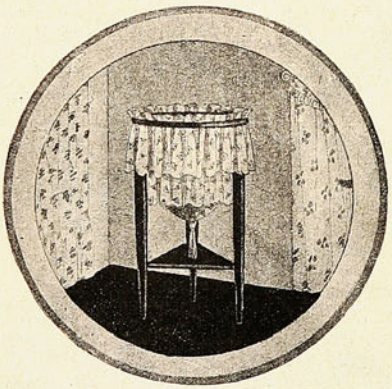
Hay miles de maneras deliciosas de elegancia y de simplicidad para poner al borde de una tela un vuelo destinado a una cortina, una sobrecama, una mesa tocador, un costurero.

En esta página vemos primero una cortina de cretona, en que la parte alta está abullonada y luego realzada por dos pequeños volantes puestos dos hacia abajo y dos hacia arriba. Los mismos pequeños volantes se hallan en las abrazaderas.

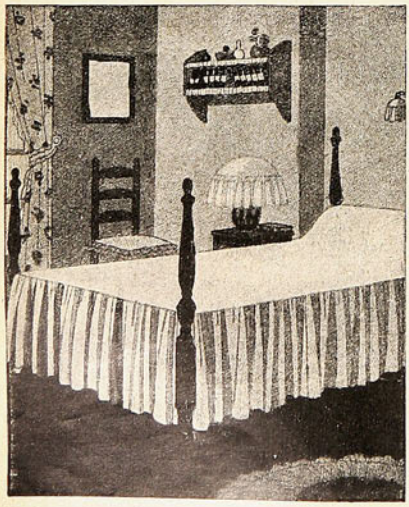


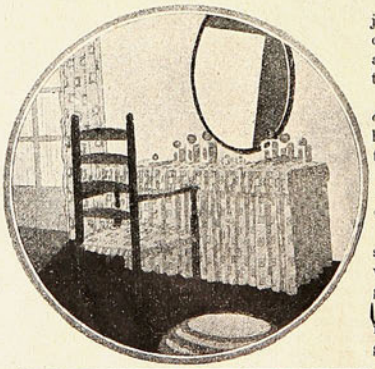
El segundo modelo presenta un costurero simplemente vestido por dos anchos vuelos de cretona y un tercero que se recoge cerrándolo y terminándolo en una larga borla.

La mesa tocador está vestida por muselina blanca con un dibujo menudo de color, puesto sobre un fondo de satín marfil. Cortinas y cojín del sillón haciendo juego.



Cubre cama hecho exactamente a la medida en seda lisa color marfil con un vuelo de tul de seda del mismo color. La pantalla está hecha con los mismos géneros. Cortinas de cretona marfil con follaje de colores. El estantito para los libros, tiene también sus pequeños vuelos de seda adornándolo.





Ropa Blanca Fina - Ajuares para Novias -

Mantelería - Ropa de Cama.

DE IMPECABLE CALIDAD Y BUEN GUSTO.
PRECIOS MODICOS

El Rimassa y Cia

CLARAS, 270

Casilla 2696 — Teléfono 4017

CHISTES

Cliente.—¿Cuánto vale este sombrero?
Dependiente.—Diez pesos, al contado.
Cliente.—¿Y en abonos?
Dependiente.—Quince pesos; diez pesos al contado y un peso semanal, por cinco semanas.

—¡Qué alfombra tan extraña la que está bajo el elefante!—dijo un caballero que visitaba el circo.

—Esa no es un alfombra—dijo el cuidador de animales.—Es un hombre que le dió un ají picante al elefante.

ERRAR CREYENDO

Vale más errar creyendo que errar dudando.

Si dudas de todo, en todo hallarás el aguijón de la pena, porque muchas cosas te acaecerán conforme a tu duda, y lo bueno que acaezca, a pesar de ella, estará amargado por tu escepticismo interior.

En cambio, si en todo tienes fe, tus propios desengaños te serán gratos, recordando que hasta que no llegaron esperaste. Y tus dichas florecerán como rosas plenas.

La belleza muchas veces sólo necesita para realizarse, como una condición última, tu fe en ella.

El amor no vacila al nacer, rompiendo resueltamente su capullo si le atrae la primavera de la fe, la ama eficaz que todo lo hace germinar.

Si crees, habrá además en tus ojos algo imperioso y dulce al propio tiempo, que juzgará y avasallará las almas.

Tus pies se posarán en la tierra con seguridad de dominio y tendrá tu andar un ritmo viril, a cuyo compás gustará ajustarse la buena fortuna.

AMADO NERVO

SEPAMOS ENVEJECER

CON NUESTROS AMIGOS Y NUESTRAS RELACIONES

Por Mme. DURIEZ-MAURY

MULTIPLES, banales, tumultuosas y cambiantes, son las amistades entre los jóvenes. Demasiado a menudo, el mismo día en que se las vé nacer, se las vé también pasar. La amiga de la víspera, se convierte al día siguiente en la rival y al subsiguiente en la enemiga. Aquélla, que ayer sólo era una indiferente, es hoy la amiga, la inseparable, la elegida, la confidente. De tal manera a los veinte años, se hace derroche de la amistad!

Sin embargo, los días suceden a los días, y cada uno de ellos se desliza, atenuando ese exceso de prodigalidad. Sobreviene la madurez, y la amistad se economiza, para ser avara de ella en la vejez. En los viejos días, anciamos conservar lo que, según dice el poeta, se convierte en el pan cotidiano de nuestro corazón: la amistad.

Asegurarse para el porvenir de ese precioso elemento, deberá ser uno de los cuidados de la época, en que, estando en posesión de todas las fuerzas físicas e intelectuales, es dable elegir a sus amigos, poniendo en esta elección todo el cuidado que ella requiere, porque de nuestra aptitud de hacernos de buenos y fieles amigos, depende por lo general nuestra felicidad.

En el dominio afectivo lo mismo que en el dominio intelectual, conviene preparar de anticipado nuestro porvenir. Goethe asegura que, como los títulos viejos, la antigüedad es la que hace a las amistades preciosas. Procediendo en consecuencia, procuremos formar, para nuestra vejez, un círculo estrecho, pero fiel de amistades. Conservemos estas amistades como verdaderos tesoros y dispongamos nuestra vida de tal manera que ellas alumbren nuestra vejez con su sonrisa. ¡Ah! las deliciosas reuniones de buenos camaradas, de amigos seguros y abnegados, de los cuales se puede decir, puesto que se les ha puesto a prueba: "Les sabemos fieles, les sabemos sinceros". ¿Hay algo más grato para los corazones que envejecen que evocar el pasado en una quieta conversación? Alegrías gustadas en común, placeres participados, penas que la amistad apacigua, uno a uno desfilan los recuerdos felices o amargos. Ese amigo ha conocido a los amados desaparecidos: padres, esposos, hijos quizás. Os habla tiernamente de ellos, y al influjo de su voz, vuestras memorias se hacen más vivas

No estáis solos para apreciar sus cualidades, para gozar con el recuerdo de sus inocentes manías, para conmoveros con las memorias de su belleza y de su espiritualidad.

Son los interlocutores a los cuales podías interrogar sin temor de que nada hayan olvidado: "¿Te acuerdas?...

Ciertamente que sí. Cómo olvidar el tiempo en que joven, alegre y confiado, se tenía toda la vida delante de sí. Habiendo sido testigos de vuestros pasados acontecimientos, os place invocar a cada paso, su testimonio. Delante de los que contemplan vuestros cabellos grises, vuestros ojos cansados por la edad o por el sufrimiento, pueden servir de testigos para los que dudan del encanto de vuestros veinte años, de la esbeltez que poseía entonces vuestro cuerpo, y podrán confirmar vuestras gracias de antaño.

Incidentalmente interrogaréis:

—¿Recuerda usted, querida amiga, de aquella fiesta en que obtuve yo tanto éxito? Vos llevabais un fresco y exquisito traje.

—Y qué delicioso era también el vuestro, responde la amiga. Entre nosotros casi provocásteis un escándalo: belleza, elegancia, coquetería. Era demasiado en nuestros tiempos, para que las lenguas no hiciesen lo suyo.

Y triunfáis, puesto que, delante del incrédulo, se ha dicho que erais bella, elegante y coqueta, y esta amiga se os hace tan amada, que a la primera ocasión, os hallaréis dispuesta a proporcionarle la misma alegría.

El haber asistido a los mismos acontecimientos, conocido las mismas cosas, y visto a las mismas personas, sirve muchas veces para anudar una amistad tan estrecha como no puede serlo más.

Si es en la juventud difícil el hacerse de buenos amigos, más difícil es todavía en la vejez conservarlos. Un novelista inglés ha dicho: "Sólo los grandes corazones pueden tener verdaderos amigos". Los mezquinos, los portrones, no comprenderán jamás lo que es la verdadera amistad". No comprender, jamás, anticipadamente, qué indulgencia, bondad, paciencia, olvido de sí mismo discreción y buena voluntad, en una palabra, toda la serie de cualidades altruistas, son las armas de una mujer en su crepúsculo, para conservar las amistades juzgadas preciosas. Excusando muchas cosas, tolerando sin envalentonarlas las veleidades sin importancia, y no usando tal indulgencia como pretexto para usar de reciprocidad, la indulgencia ha de ser constante y firme. Y como la discreción es la piedra de toque de las amistades en la mujer, es conveniente, al envejecer, el ejercerla en muchas de sus acepciones, sea no divulgando lo que se adivina, se ve o se entiende, sea evitando el inmiscuirse bajo pretexto de amistad en la vida de sus amigos, comentando sus actos, y tergiversando sus dichos.

Lo mismo que la indulgencia une, la bondad conmueve y la discreción encanta, el autoritarismo fatiga la amistad. Es difícil tolerar que se dirija, se mande, se imponga en los gustos. Aún viniendo de los amigos más queridos, se aprecian poco las observaciones repetidas y los consejos reiterados. Otra enemiga de la amistad: las jeremiadas. Es preciso para soportar la frecuencia y la importunidad de ciertas lamentaciones, una paciencia inalterable, una educación perfecta y un carácter no menos perfecto. Cuando emanan de una linda boca, las quejas se soportan y aún se participan. Repetida por una boca fea o vieja, la queja fatiga, su persistencia la vuelve sin valor y pone en fuga y destruye las amistades más robustas. No hacerse importunas es uno de los puntos fundamentales de saber envejecer, y esto con todos, parientes y amigos.

A menudo se confunde el núcleo de visitas habituales que en suma, constituyen las relaciones, con los verdaderos amigos, para los cuales es preciso gastarse la coquetería de envejecer con belleza y bondad. Así como para soportar la vejez, es indispensable crearse un círculo de amigos, la necesidad de tener relaciones múltiples y brillantes, no se impone a una edad, en que hace falta ahorrar cualquier cansancio excesivo, que implique inútil preocupación.

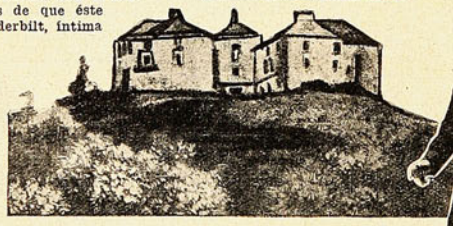
—Dinos, hijo: Si tu madre y yo nos divorciáramos, ¿con quién de los dos te quedarías?
—¿Yo?... Con el que se quede con el auto.

LA ULTIMA COMPLICACION DOMESTICA
de la hermosa Dorotea Deacon

No congeniando con su segundo y noble marido, ella recurre al primero, el rico Príncipe Radziwill, para pedirle consejo. Y la alta sociedad ha principiado a hablar de un posible reenlace entre los dos ex-cónyuges.

Lady Deacon, la mayor de las célebres hermanas, que causó gran sensación en los círculos aristocráticos de Europa al casarse con el Duque de Marborough, después de que éste se divorció de Consuelo Vanderbilt, íntima amiga de su nueva esposa.

La Princesa Radziwill, ahora Condesa Palffy, que ha recurrido a su anterior marido para pedirle consejo y protección contra el segundo.



El célebre e histórico Castillo de Nieswiez, propiedad del Príncipe Radziwill

Dorotea Deacon, Princesa Radziwill y Condesa de Palffy, haciendo entrada triunfal a una fiesta social, en un coche tirado por un león y por un leopardo

El Príncipe Radziwill, jefe de la famalia más noble de Polonia. Fotografía tomada en 1910, en la época de su matrimonio con Dorotea Deacon.

París, 1.o de octubre.

DOROTEA Deacon, una de las tres célebres hermanas norteamericanas, se encuentra ahora con una complicación sumamente dramática.

Dorotea se casó el año 1910 con el Príncipe Alberto Radziwill, miembro principal de la célebre familia polaca que es dueña de las mayores posesiones que puedan encontrarse en Polonia o en Lituania. A los ojos del mundo, Dorotea había sido hasta entonces nada más que la hermana menor de Gladys, que en su juventud fué amada con frenesí por el Kromprinz, y en 1921 se casó con el Duque de Marborough, después que éste se divorciara de su anterior mujer, Consuelo Vanderbilt.

Dorotea atrajo la atención pública cuando en 1921 pidió y obtuvo la anulación de su matrimonio con el Príncipe Radziwill ante los tribunales de Roma.

Después de esto la ex-Princesa Dorotea se casó en 1921 con el Conde Francisco Palffy, un apuesto, atrevido y noble húngaro, que cuenta con Príncipes en su familia y que tiene muchas relaciones con la nobleza italiana.

Ahora bien, según sus íntimos, la Condesa Dorotea encontró en este segundo matrimonio, crueles dificultades domésticas, y la única persona que le ofreció consejo y simpatía fué su primer marido. Ella no congeniaba con su hermoso marido húngaro, que según se dice, le reprochaba su inclinación a divertirse. Además el Conde Palffy le pedía continuamente dinero.

Su actitud llegó a hacerse tan intolerable que la Condesa decidió separarse por algún tiempo de su marido. Fiel a su carácter fantástico, le pidió a su primer marido el Príncipe Radziwill si le podía encontrar un retiro en uno de sus castillos donde pudiese descansar, y tal vez relatarle sus dificultades. Dorotea tenía una hija de Radziwill y sin duda, ésta fué una de las razones que la impulsaron a visitar al Príncipe.

Se dice que el Príncipe admiraba siempre a su ex-esposa y a su pedido de hospitalidad le telegrafió en respuesta: "Te espero con impaciencia".

El Príncipe la recibió en la estación con gran cortesía y respeto. Le tenía preparado un magnífico departamento en su gran castillo de Nieswiez, en Polonia, que era tan enorme que dos personas podían vivir en él separadas por miles de pies. La Princesa iba compañada por la hija de Radziwill y los dos hijos del Conde Ralffy.

Muchos miembros prominentes de la nobleza polaca fueron invitados al Castillo y entre ellos vino la madre del Príncipe, la altanera, formidable y anciana Princesa Radziwill Branicka, que siempre había desaprobado el matrimonio de su hijo y se enfureció al volver a encontrar a su nuera en el Castillo de la familia.

Después de haber descansado durante algún tiempo en el Castillo, la Condesa Dorotea regresó a Viena con sus dos pequeños hijos, donde después se reunió la hija de Radziwill.

Ahora bien, corre un rumor sensacional, que Dorotea Deacon tratará de hacer anular su actual matrimonio con el Conde Palffy para volver a casarse con el Príncipe Radziwill. Indudablemente, si fuese libre, se podría casar de nuevo con el Príncipe, pero no existe ejemplo de una persona que haya tenido de la Santa Sede la anulación de los matrimonios.

Se creyó que la anulación de su primer matrimonio se debía en gran parte al dominante carácter de su suegra, que la hacía muy infeliz. La anciana Princesa, que es pariente de varias de las casas reinantes de Alemania, declaró públicamente que la hermosa Dorotea no era de un rango igual al de su hijo.

Cuando el padre del Príncipe murió loco, la Princesa creyó que podía habitar los históricos castillos de su marido en Polonia. Pero pronto se desengañó, pues el Príncipe Radziwill había contraído con su madre el compromiso de dejárselos a ella en vida, como compensación del dinero que su madre le había prestado para pagar sus deudas de juego. Este fué el principio de las dificultades suscitadas entre ambos cónyuges, que ni aún el nacimiento de una hija, ocurrido siete años después, pudo subsanar.

Dorotea huyó a Roma para pedir de la Santa Sede la anulación de su matrimonio y casi inmediatamente después de obtenerla se casó con el Conde de Palffy. Después de la boda, Dorotea se dedicó a divertirse en Roma. Continuaba haciéndose llamar la "Princesa", lo que le atrajo el enojo de su suegra. En ese tiempo, Mrs. Dora Labouchere, hija de un parlamentario británico, que se había casado con un noble italiano, atraía todas las atenciones sociales de la sociedad cosmopolita de la capital italiana; y la Condesa Palffy determinó arrebatarle el cetro de la popularidad.

Poco después de su matrimonio con el Conde Palffy, la Condesa Dorotea hizo una entrada sensacional a una fiesta, en un carro tirado por un león y un leopardo. El aplauso que acogió su entrada fué ensordecedor, pero se notó que muchos de los invitados desaparecían prudentemente de la sala. La hermosa conductora guiaba con descuido sus extraordinarios corceles, que poco a poco fueron excitándose hasta que tuvieron que acudir domadores profesionales para calmarlos y hacerlos entrar en sus jaulas. La rivalidad entre las dos mujeres fué creciendo en tal modo, que el marido de la Princesa Dorotea retó a duelo dos veces al Conde y ambas veces el Conde rehusó el desafío, prefiriendo someter el asunto a una Corte de Honor. Esta Corte se componía de cuatro embajadores, dieciocho ministros y

(Continúa al frente).

menu

ALMUERZO

Bacalao a la Vizcaina.

Para hacer este plato debe elegirse un bacalao de Escocia que llaman Langa, siendo mejor el delgado. Se parte en trozos regulares, teniéndolo en agua por espacio de veinticuatro horas. Se le muda el agua tres o cuatro veces, se le escama y se pone luego en una olla al lado de la hornilla, bien cubierto de agua, teniendo cuidado de que no hierva y retirándolo en cuanto haga espuma.

Se fríe aceite, quitándole el gusto con un pedazo de pan que luego se retira, entonces se echa en el aceite cebolla en abundancia y bien picada, poniendo la sartén a fuego suave. Cuando esté casi frita la cebolla se le pone salsa de tomate, también en bastante cantidad. Se tiene pimientos colorados secos, que, limpios de pepitas y puestos a remojar durante veinticuatro horas, se han escurrido en un eclador. Así reblandecidos se pasan por la prensa puré y se agregan a la cebolla y al tomate. Si hay dificultad para que los pimientos pasen por la prensa puré, se les agrega una taza del agua en que se ha cocido el bacalao, agregándolo, como anteriormente se ha dicho, a la fritura que está en la sartén. Se deja que esta salsa espese, sin dejar de moverla, y se le añade la sal necesaria, más un poquito de azúcar. Si la salsa no espesa lo suficiente se le agrega un poco de pan frito machacado.

Estando la salsa lista se limpia de espinas el bacalao, sin quitarle los pellejos, se pone después en una fuente de greda, a ser posible con los pellejos para arriba, echándole por encima la salsa pasada por el colador y se deja la fuente a fuego lento por espacio de una hora. Se lo mueve de vez en cuando tomando la fuente por las asas.

La proporción es para catorce tajadas de bacalao tres cebollas grandes blancas, una docena de pimientos de los mejores y una lata grande de tomate en salsa.

Habas tiernas con arroz

Se desgranan y fríen en aceite con sal, cebolla, perejil, yerba buena y cilantro, fresco todo. Cuando están fritas se espolvorean con pimiento molido, se les pone agua en seguida, se trasladan de la sartén a una cacerola y cuando el agua hierve se le agrega el arroz.

Así que esté medio cocido se le pone pimienta, clavo, comino y ajo, machacado todo y desleído con un poquito de agua y se deja entonces que se acabe de cocer para servirlo.

Ternera al minuto

Se toman unos filetes delgados de ternara, se maceran y se espolvorean con sal y zumo de limón. Después se envuelven en pan rayado revuelto con queso también rayado y perejil picado muy fino, mojando antes la carne en manteca derretida para que el rayado pegue mejor.

Una vez preparados se colocan en una cacerola al horno o entre dos fuegos por espacio de quince a veinte minutos y se sirven acompañados de una ensalada de lechuga.

Pronto hecho

Se baten dos huevos enteros deshaciendo en ellos harina, hasta formar una pasta, la cual se deshace después en leche para hacer una papilla. Entonces se le agrega azúcar flor agua de flor de naranja, vainilla y raspadura de cáscara de limón. Hecho esto se unta un molde con mantequilla, se vierte en ella la papilla que se cuece a fuego vivo en el horno, hasta que la pasta suba como si fuera una tortilla suflé.

Se le pone encima miel de palma y se sirve.

COMIDA

Sopa ecnonómica.

Se fríe en un poco de aceite cebolla, un diente de ajo y tomate picado con un poco de perejil, todo muy fino, se fríe, sazonándolo con sal y luego se le añede el agua suficiente.

Cuando haya hervido se pasa por el tamiz y se pone en una cacerola con trozos de pan tostado para que dé otro hervor. Se sirve poniéndole un huevo duro picado muy fino.

Lenguados con berejenas.

Se toman dos o tres lenguados muy frescos, que pesen entre todos un kilo aproximadamente. Si no fueren muy frescos se les conocerá en que tienen los ojos un poco empañados.

Para limpiarlos se les quita de un tirón la piel oscura, se raspan por el otro lado, cortándoles la cabeza y aletas y sacándoles las tripas.

Cuando estén bien lavados y escurridos se secan con un paño, se espolvorean con sal y pimienta blanca, se enharinan bien, sacudiéndolos un poco y se colocan en una cacerola muy extendida, puestos unos al lado de otros y sobre mantequilla.

Hecho esto se pone la cacerola al fuego; pasado un ratito se les da vuelta para que queden cocidos por los dos lados y dorados por igual.

Mientras se cortan y se espolvorean con sal y pimienta unas ruedas de berenjenas, se enharinan y fríen después por ambos lados en cantidad de veinte a veinticinco aproximadamente y cuando estén fritas y los lenguados preparados, hay que servirlos inmediatamente, porque sino pierden el mérito.

Para esto se ponen los lenguados uno al lado del otro sobre una fuente que esté recalentada de antemano, se espolvorean con perejil muy fino y se riegan con jugo de limón.

Se escurren bien de grasa las ruedas de berenjenas y colocándolas alrededor de los lenguados, se vierte sobre éstos mantequilla dorada que esté hirviendo a borbotones, ya que la gracia es que llegue a la mesa aún levantando burbujitas.

Es un plato exquisito y muy fino.

Polenta de carne

Se pica muy finamente un kilo de carne gruesa, sin piel, nervios ni huesos, se le pone luego una cebolla picada fina, una cucharada de perejil, picado también finamente, sal y pimienta en polvo, media taza de miga de pan y un huevo duro picado.

Se hacen con esta masa unas albondiguillas del tamaño de una nuez, las cuales se ponen en una salsa de tomate muy maduros y pasados por el colador.

Hecho esto se pone todo junto al fuego por espacio de una hora y se sirve acompañado de macarrones cocidos en agua con sal y pimienta, un manojo de perejil y un puerro.

Vaca con callampas

Se deshuesa y limpia bien de nervios y de grasa un pedazo de espaldilla que se espolvorea con sal y se medio fríe en una cacerola con manteca. Cuando esté sancochada se aparta en un plato y en el jugo que queda en la cacerola se pone una cucharada de harina tostada que en seguida se deshace con un vaso de vino de jerez y otro de caldo.

Se deja cocer un poquito, se pone luego el pedazo de espaldilla y las callampas y cuando esté todo cocido se sirve, adornando la fuente con cogollos de lechuga y aceitunas.

Mouseline

Se baten, a punto de nieve, cinco claras de huevo, añadiéndoles poquito a poco, media taza de azúcar molida pasada por el sedazo y otra media taza de flor de arroz, mezclando últimamente las cinco yemas.

Hecho esto se pone la mezela en un molde, untada con mantequilla y se cuece al horno suave, poniendo un papel también untado con mantequilla encima para que no se tueste. Para saber si está cocido se le introduce una aguja de las de hacer medias.

Al sacarlo del horno se le espolvorea con azúcar molida.

LA ULTIMA COMPLICACION DOMESTICA DE LA HERMOSA DOROTEA DEACON

(Conclusión).

otros personajes políticos de importancia que decretaron que los dos nobles no podían combatir.

Las hermanas Deacon nacieron en un ambiente de tragedia y toda la alta sociedad recuerda la sensación que causó en su círculo la noticia de que el padre de estas niñas, Eduardo Parker Deacon, había muerto en un acceso de celos a Emilio Abeiguer, un parisiense muy conocido, a quien acusaba de relaciones con su esposa. El juicio fué seguido en el Palacio de Justicia de Niza y Mr. Deacon fué sentenciado a un año de prisión, pero fué perdonado por el Presidente Carnot antes de haber cumplido la sentencia.

¿Cómo reproduce el fonógrado los sonidos?

Los sonidos se marcan primero en un disco de cera blanda. El sonido de la música entra por la bocina y hace que la aguja vibre. Esas vibraciones de la aguja hacen marcas microscópicas en la cera. Esas marcas son un dibujo exacto del sonido. Cuando un disco ordinario se hace con el disco de cera, contiene las misas marcas. La aguja del fonógrafo, al tocar las marcas, vibra de la misma manera y produce exactamente los mismos sonidos.

¿Cómo es posible tocar más notas en un violin que tiene sólo unas cuantas cuerdas que en un piano que tiene tantas?

En la música una nota se diferencia de otra en el número de vibraciones que tiene por segundo. El violinista toca notas diferentes poniendo los dedos sobre las cuerdas en lugares diferentes, y de esa manera cambiando la longitud de la cuerda. Como una distancia insignificante producirá una nota diferente, es fácil ver por qué se puede tocar tantas notas en el violín.

CORRESPONDENCIA

Por MERLINA

PORTEÑITA.—Valparaíso. — Bien su cuento, pero demasiado audaz para la índole de esta revista. Mándenos otra cosa. Muy agradecida de sus palabras cariñosas.

PRETENCIOSA DESPUES DE VIEJA.—Concepción.—Empezaremos por las manos. Debe lavarse siempre con agua templada y en el invierno no aproximar nunca las manos al fuego estando frías y húmedas. Los grandes fríos, el calor, los cambios bruscos del agua caliente a la fría, agrietan las manos. Hay que procurar, siempre que se lavan, secarlas bien. Una vez secas se pondrá un poco de agua blanca, secándolas nuevamente con todo cuidado y mediante un paño de hilo liso. Entonces se pone la crema siguiente: Alcohol de 90 grados, 100 gramos. Glicerina neutra, 50 gramos. Agua de rosas, 30 gramos. Acido fénico, 2 gramos. Aceite alcanforado, 10 gramos. Puede hacer este tratamiento en la noche, antes de acostarse y para no manchar las sábanas, se pondrá unos guantes de hilo viejos. Para los puntos negros usará usted este sistema. Todas las noches se pasará por la cara, en una especie de ligero masaje, un algodón embebido en alcohol alcanforado. Luego se pondrá la loción que sigue: Alcohol alcanforado, 25 gramos. Azufre precipitado, 10 gramos. Agua hervida, 50 gramos. Glicerina neutra, 25 gramos. Agua de rosas, 100 gramos. Tintura de quillay, 15 gramos. En la mañana se lava con agua templada en que habrá puesto un saquito lleno con afrecho, no empleando jabón. Entonces se pone esta otra loción, que no es grasosa y que le aclarará y marizará el cutis: Agua de rosas, 250 gramos. Leche de almendras, 150 gramos. Tintura de benjuí, 15 gramos. Tintura de Hamamelis, 15 gramos. Bórax, 2 gramos. Como le digo, esta loción no es grasosa, por lo cual puede usarla durante el día sin molestias, si gusta, una vez que se le haya secado sobre el cutis se pone polvos o si no se la deja sola, usando los polvos cuando vaya a salir. Espero que estos remedios le darán los resultados que desea.

LECTORA DE "PARA TODOS". — No conocemos la preparación de que usted nos habla. Para limpiarse el cutis en la noche, lo mejor es usar un algodón empapado en alcohol alcanforado, sirve no sólo para sacar los polvos y pinturas que se lleven durante el día, sino que también disuelve las grasas acumuladas en los poros, siendo, por lo tanto, un excelente remedio para los puntos negros. Una señora amiga mía ha usado para los puntos negros un remedio muy sencillo que le dió muy buenos resultados. Mezcla zumo de puerros con igual cantidad de leche azucarada y se pone esta mezcla sobre los puntos negros, dejándola secar. Según ella los puntos negros salen solos o basta a que salgan, una leve presión. Puede usted ensayar. Como le digo, me han recomendado mucho este remedio. Para las pecas use agua trioxigenada. Por lo que usted me dice saco en consecuencia que tiene el cutis grasoso, entonces, una vez que el agua trioxigenada se le haya secado en la cara, se pondrá esta loción. Alcohol de 90 grados, 200 gramos. Aceite de almendras dulces, 100 gramos. Borato de soda, 20 gramos. Agua de rosas, 100 gramos. Tintura de benjuí, 10 gramos. Esencia de limón, 10 gramos. No tiene usted necesidad de usar otra loción, ya que a más de servir para hacer desaparecer las pecas, esta que le receto contribuye al hermoseamiento total del cutis.

ORIENTAL.—Linares.—Haremos lo posible por complacerla. Estamos buscando la poesía que usted desea ver publicada.

COLETTE.—Antofagasta.—Debe usted por empezar cuidando su sistema digestivo. La mayoría de las veces esos granos vienen de estreñimiento. Tome algún laxante por las noches. Vigile además sus alimentos, suprimiendo el alcohol, las grasas, los dulces, el té y el café, más los aliños. Pásese en las noches un algodón con alcohol alcanforado sobre el cutis, para limpiarlo, y después se pone esta preparación: Azufre sin lavar, 20 gramos. Jabón negro, 20 gramos. Tintura de benjuí, 10 gramos. Agua de rosas, 75 gramos. Alcohol de 85 grados, 25 gramos. En la mañana se lava con agua tibia y jabón de Marsella, poniéndose esta otra loción: Leche de almendras dulces 250 gramos. Glicerina, 10 gramos. Benzoato de litina, 4 gramos. Leche de azufre, 1 gramo. Puede agregarle algunas gotas de perfume y así le sirve para ponerse encima los polvos. La chasquilla está de moda, puede usarla con toda tranquilidad, segura de ser chic. Para los puntos negros, ver la contestación que anteriormente le doy a una lectora de "Para Todos". La pasta depilatorio que me nombra es lo mejor que conocemos para la extirpación del vello.

ROBERTINA SEPULVEDA. — Chillán. — No se contesta particularmente. Los números que han aparecido de la revista están agotados, completamente agotados, por lo tanto si usted desea los números 1 y 3, debe conseguirlos con algún revendedor o por medio de algún aviso en un diario. Siempre hay personas que están dispuestas a ceder sus números.

FLOR DE CANELO. — Santiago. — Imposible publicarle su colaboración.

NENA.—Ha de saber usted que hoy por hoy las mujeres flacas como tablas, sin forma alguna, están completamente pasadas de moda. No se desespere con su gordura. Y no se apriete en esa forma en que dice: puede usted enfermarse seriamente con la falta de circulación que esas apreturas le provocan. Haga mucha gimnasia y dese duchas frías y un ligero masaje con esta preparación: Canela fina pulverizada, 20 gramos. Pimiento, 10 gramos. Cardamono, 15 gramos. Quina en polvo, 6 gramos. Sulfato de alúmina, 4 gramos. Leche de almendras 100 gramos. Mirra en lagrimas, 4 gramos. Alcohol de 90 grados, 300 gramos.

AIDA.—Santiago.—Si usted tiene el cutis grasoso debe limpiárselo en las noches con un algodón con alcohol alcanforado. Nada es más tónico y más definitivo que este sistema de aseo. El jabón empleado con agua tibia debe usted dejarlo para las mañanas, con su calidad de cutis todos los días debe emplear jabón, de preferencia el blanco de Marsella que no daña en absoluto. Una excelente loción para el cutis que le dará los resultados que usted desea es ésta: Agua de rosas, 50 gramos. Agua de laurel cerezo, 50 gramos. Glicerina pura 40 gramos. Bibórax, 10 gramos. Tintura de benjuí, 5 gramos. Agua de Colonia, 5 gramos.

SIDRO CANTO F.—Victoria. — Diríjase usted para el pedido de revistas al señor Administrador de la Empresa "Zig-Zag", Teatinos 666, Santiago.

AGUA BLANCA
"CASANOVAS"

PARA EXTIRPAR LAS

Pecas, Paños, Barros, Manchas, Granos, Puntos Negros, Manchas de Viruela, Etc.

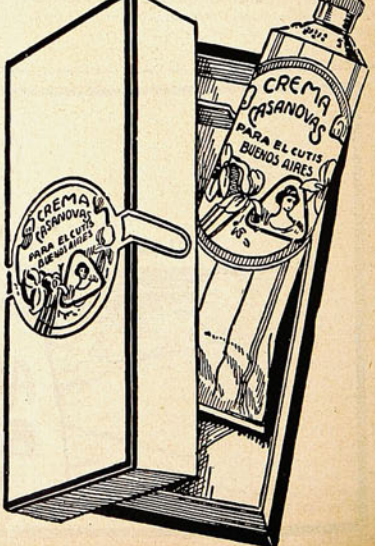
Hay certificados de distinguidos médicos que acreditan su indiscutible bondad

Precio: $ 12 m/c el frasco
$ 6 m/c el tubo

De venta en las principales Farmacias y donde los Agentes Generales para Chile:

DAUBE y Cía.

VALPARAISO - SANTIAGO
CONCEPCION Y ANTOFAGASTA



I

EL Hall del Hotel Astor rebosaba de gente. Innumerables periodistas paseaban por la amplia sala formando grupos y sosteniendo animadas conversaciones. La enorme puerta de cristales que comunicaba con el salón daba vueltas y más vueltas sobre sus engrasados goznes y de minuto en minuto llegaban más periodistas, más fotógrafos y más dibujantes.

Ante aquella ruidosa invasión el gerente anunció que iba en busca de sus huéspedes y minutos después se abrían las puertas del ascensor y el digno hombre anunciaba con voz orgullosa:

—¡Señores... Mr. Machucho... Mr. Pilongo!

Las conversaciones cesaron de repente y un murmullo recorrió los apretados grupos. El decano de los periodistas parisinos, adelantándose, saludó y formuló unas preguntas.

—¡Señores!—dijo Machucho interrumpiéndole cortésmente—, voy a hablar para todos a la vez, lo cual será más cómodo. Pueden tomar nota.

Y Machucho contó unas cuantas anécdotas y explicó someramente algunas de sus aventuras.

Durante cerca de una hora no se oyó sino la voz grave de Machucho y el nervioso arañar de las plumas sobre el papel al tomar notas taquigráficas.

—¿Proyectos?... ¿En qué pruebas esportivas van ustedes a tomar parte?—preguntó el decano de los periodistas.

—Pues, la verdad, no lo sabemos todavía... Ya mandaremos nota a los periódicos.

La audiencia estaba terminada. Los periodistas desfilaron por delante de los dos hermanos y les fueron dando la mano, y, al fin, los dos hermanos, acompañados de Mr. Jhon, abandonaron el hall con un inmenso suspiro de alivio y subieron a almorzar a su cuarto.

Alegres como unas castañuelas, se pusieron a devorar el suculento desayuno. Pilongo entre bocado y bocado abría las cartas que acababa de traer el mozo de hotel, recorría su contenido rápidamente y cuando juzgaba el asunto de interés lo ponía en conocimiento de Mr. Jhon y de Machucho que conversaban.

—¡Ya está!—dijo de pronto Pilongo alborozadísimo exhibiendo una de las cartas—. ¡Ya tenemos caballos para las carreras! ¡El representante del Duque de Sevilla pone a nuestra disposición a **Rolando, Bustamante, Ramillete y Clavel!**

En aquel mismo instante llamaron a la puerta y apenas habían pronunciado el consabido "Adelante" cuando un caballero de corta estatura, gordo, coloradote, con unas descomunales barbas y bigotes negros hizo su aparición.

Machucho, Pilongo y Mr. John se levantaron cortésmente de sus asientos a tiempo que el hombrecillo, haciendo una reverencia, se presentaba él mismo con voz agria y metálica:

—Señores... Mr. Abraham Pott de Filadelfia... americano de pura cepa... llamado el rey de los caracoles marinos...

—Mucho gusto... Servidor de usted—pudieron balbucear los muchachos conteniendo a duras penas su alegría motivada por la enunciación del último título.

—Me acaban de enterar de que son ustedes deportistas excéntricos y vengo a cambiar impresiones... Yo soy el sportsman más excéntrico de toda América...

Machucho y Pilongo le indicaron un asiento, que el raro individuo rehusó con un gesto.

—He recorrido el mundo de N. a S. y de E. a O.—empezó diciendo Mr. Abraham Pott de Filadelfia y rey de los caracoles.

—¡Yo también!—dijo Mr. Jhon interrumpiéndole.

—He visitado el hermético Thibet, la dorada y polvorienta Manchuria, el helado Kamchatka, la milenaria China...

—Sí... sí... puede usted ahorrarse descripciones. Ha recorrido usted todo el mundo. ¡Conformes!

Una chispa de indignación brilló en las grises pupilas del americano, quien con voz mal segura continuó:

—He cazado leones, osos, tigres, gorilas, elefantes...

Machucho y Pilongo, Jockeys

—¡Basta!... ¡Basta! — dijo entonces Mr. Jhon—. ¿Nos toma usted por niños de pecho? Yo mismo he hecho más excentricidades que usted y jamás me había pasado por la mente envanecerme de ello... Por primera vez en mi vida voy a hablar de estos asuntos. Sepa usted que por **esport** he permanecido durante cinco años en una isla desierta de Oceanía imitando las hazañas de Robinson. He descendido al cráter del Koropatki. Me he bañado en los lagos de cieno sulfuroso de Islandia... y tantas más cosas he hecho que necesitaría más de un día para enumerarlas.

—Bueno—dijo Mr. Abraham temblando de indignación—. ¡Bueno! — repitió con énfasis—. Eso ha hecho usted; pero estos muchachos, ¿qué han hecho para que los periódicos llenen con sus supuestas o verdaderas hazañas columnas enteras de los periódicos?...

—¡Lo que usted no hará nunca! Ahora mismo acaban de atravesar la Mancha en día de tempestad. Su aeroplano cayó al agua... ¿Sabe usted cómo salieron del atolladero?... Pues transformándolo en globo...

El hombrecillo se sentía vencido, pero antes hubiera muerto que confesar su derrota.

—Quiero entrar en competencia con ustedes, pues presiento que vamos a ser dignos rivales. Pienso tomar parte en las pruebas a que ustedes concurran...

Machucho y Pilongo se rieron destemplada mente en sus barbas.

—Claro está — rectificó el americano — que según qué pruebas no lo haré yo mismo sino que les haré batir por mis representantes...

—Perdone una pregunta—dijo Mr. Jhon impertinentemente—. ¿Ha recorrido usted el mundo, o bien lo ha hecho recorrer a otros?

—¡Caballero, me dará usted razón de su descortesía!

—A sus órdenes, señor.

—¡Oh, no crea usted que le propongo un duelo mano a mano!...

—¡Ya!—dijo con desprecio Mr. Jhon— ¡sin duda por medio de sus representantes!

—Machucho y Pilongo volvieron a reír a carcajadas. El americano, incapaz de contenerse, empezó a romper a patadas muebles, jarros y bibelots.

—Esta farsa ha durado demasiado—dijo Machucho encarándose con el americano—. ¿Usted qué quiere?

—Sencillamente saber en qué pruebas esportivas van ustedes a tomar parte.

—Pues podía usted haberse ahorrado la visita con sólo haber leído la prensa de esta tarde. En las carreras de caballos de Longchamps. Yo monto en el premio **Mont d'Or**, mi hermano en el **Cote d'Azur** y los dos corremos el Gran Premio del medio millón

—Pues por mi parte en esos mismos premios correrán mis jockeys Liner, Parker y Edwards en esas tres carreras con mis caballos americanos. ¡Veremos quién gana!

Y Mr. Abraham dió media vuelta y se dispuso a salir; pero Mr. Jhon le cerró el paso.

—¿Y nuestro duelo, caballero?

—¡Ya no me acordaba! Pues bien, nuestro duelo será a... dólares. Apuesto contra usted la cantidad que usted quiera.

—¡Well! Entonces, si le parece bien, serán 10 mil libras para cada una de las carreras y el resto de mi fortuna para el Gran Premio.

—¡Acepto, pero con una ligera modificación! Usted sin duda apuesta por...

...—Por Machucho en la primera, por Pilongo en la segunda y por Machucho y Pilongo en el Gran Premio.

—Pues le propongo la siguiente modificación. Pondremos los nombres de sus favoritos en un papel, la cantidad apostada en otro. Yo haré lo mismo con mis elegidos y sacaremos a la suerte las apuestas.

Machucho y Pilongo se entrenaban diariamente en la pista...

...agarrando la brida del caballo de Machucho...

—Me es igual, a condición de que hasta el momento de terminarse la carrera, ni nosotros mismos hemos de saber por quién hemos apostado.

El americano hizo un signo de aprobación. Machucho escribió su nombre en un papel que dobló cuidadosamente. Luego hizo la misma operación con Liner, el jockey de Abraham. Revueltos y confundidos los dos papeles les fueron presentados a los rivales en un sombrero y cada cual escogió uno de ellos. En seguida cada papel fué encerrado en un sobre aparte y estos sobres fueron metidos en otro mayor que fué cuidadosamente lacrado, poniendo después en el sobrescrito la inscripción: "Primera carrera".

Lo mismo fué efectuado con las dos restantes y, terminadas a gusto de todos las complicadas operaciones, salieron a depositar los tres sobres en un Banco.

A la salida volvieron los cuatro paseando por el bulevar. Los periódicos parisinos publicaban ediciones extraordinarias dando cuenta de las increíbles apuestas cruzadas entre Mr. Jhon y Mr. Abraham.

II

Machucho y Pilongo se entrenaban diariamente en la pista y seguían escrupulosamente los consejos técnicos que les daba el gerente de la caballada del Duque de Sevilla. Por abstraídos que estuviesen en su faena, no podían menos que notar el despego y animadversión con que eran mirados por los demás jockeys que acudían a entrenarse en sus caballos respectivos.

Más de una vez, Machucho, al pasar ante un grupo, tuvo que cuadrarse y mirar a sus componentes cara a cara. Los envidiosos no tenían entonces más remedio que iniciar una desbandada, pues no ignoraban la potencia de sus puños.

Sin embargo, un día, al pasar los dos hermanos con los caballos de la brida, después del entrenamiento, un jockey dió un latigazo al caballo de Pilongo. El animal relinchó dolorosamente.

Rápido como una centella, Machucho se plantó frente al agresor y, de un descomunal directo a

la cara, lo envió rodando, con la boca cubierta de sangre, a unos cuantos metros de distancia.

—¡Teman ustedes todo de esa gentuza! —les dijo el gerente—y sobre todo, en la carrera sigan mis instrucciones al pie de la letra y sin compasión de ninguna clase... porque ellos tampoco la tendrán con ustedes.

Aquella noche y las que quedaban hasta el día de la carrera los dos valientes hermanos durmieron al lado de sus caballos por prudencia.

III

Mr. Jhon Smart, de Manchester, y Mr. Abraham Pott, de Filadelfia, eran tan irreconciliables enemigos como cuando se vieron por vez primera en el Hotel Astor; pero la flema británica del uno, al chocar con el indomable orgullo del otro, producía una especie de calma parecida a la que se produce al arrojar un barril de aceite en las aguas agitadas por la tempestad.

Así Mr. Jhon y Mr. Abraham eran inseparables y hasta eran citados por los que no estaban al tanto del asunto, como modelos de amistad. Nada tiene de partiicular, pues, que el día de las carreras salieseu también juntos, que pasasen por el Banco a recoger los tres pliegos de sus apuestas y que se dirigiesen después a Longchamps, siempre en amigable compañía, a ocupar las localidades que en el mejor sitio de la tribuna se habían hecho reservar.

Las dos primeras carreras pasaron como un soplo, sin conmover ni entusiasmar ni a uno solo de los 100,000 espectadores; pero, al anunciarse la tercera, en la que corrían Machucho y Liner, el público se agolpó a su paso animándoles con vítores y aclamaciones.

Los caballos, invadiendo la pista, fueron a colocarse tras el starter, quien con grandes voces procuraba mantener una alineación casi imposible. El banderín rojo ondeó un momento en el aire y se hizo un gran silencio que llenaron los gritos de los jockeys refrenando sus caballos. El starter aprovechó un momento en que la alineación era casi completa y bajó la mano. Los centauros salieron a escape tratando todos ellos de coger la cuerda o sea la parte interior de la pista.

La carrera era a dos vueltas y Machucho, que conocía a maravilla las condiciones de velocidad de su corcel, procuró pegarse a los caballos delanteros, pero sin tratar de pasarles. Los caballos pasaron como un torbellino ante la tribuna. Liner iba delante espoleando sin cesar. Seguían dos caballos más que con manifiesta mala fe cerraban el paso a Machucho que iba el cuarto. Este último estaba perdido si no se daba cuenta a tiempo de la combinación; pero, aunque la había visto, fingió no darse cuenta de ella y pegándose al cuello de su generosa montura quiso demostrar con su actitud que estaba agotado y que bastante haría con conservar su posición de cuarto hasta el fin de la carrera.

Los jockeys delanteros se engañaron, en efecto, y sus gritos pregonaban su triunfo. Entonces, juzgando innecesarias más precauciones, quisieron disputar a Liner el primer puesto y sus caballos para correr más desembarazadamente abrieron entre ellos un pequeño espacio. Esto era lo que esperaba Machucho y, animando de repente a su caballo con el gesto y con la voz le hizo emprender rápida carrera, pasó como un huracán por entre los desprevenidos rivales y atacó a Liner, quien, habiendo agotado a su caballo para mantener el tren, no estaba en situación de resistirle, así que sin esforzarse apenas gracias a su táctica Machucho llegó a la meta con un cuerpo de ventaja.

La ovación era grandiosa e interminable. Mr. Jhon iba a salir al encuentro del vencedor, pero Abraham reteniéndole le indicó con un gesto el pliego cerrado. No había tiempo que perder. Rompió la primera envoltura y tomando el sobre que llevaba su nombre lo abrió rápidamente. El papelito doblado del interior decía: "Machucho".

—¡He ganado, Sir!—dijo y sin tomarse tiempo de respirar salió al encuentro del vencedor, que ya llegaba a la puerta. Apartó a los curiosos a codazos y agarrando por la brida al caballo de Machucho, feliz cual nunca lo había sido, paseó al héroe de la carrera por entre el gentío.

Al desmontar tropezaron con Abraham que hablaba con Pilongo y Parker. El americano saludó a Machucho con rudeza, no exenta de gracia.

—¡Enhorabuena, joven! Me ha hecho usted perder 10,000 libras; pero, como la suerte podía haber hecho que yo apostase por usted, no le guardo rencor.

Mientras hablaba había extendido un cheque y lo alargó a Mr. Jhon, quien se lo guardó en el bolsillo sin mirarlo.

—¿Sabes quién corre contigo, Pilongo?—preguntó Machucho—. El jockey Brokes, aquel a quien yo chafé las narices... de modo que no te digo más.

Volvió a repetirse la refulgente escena anterior. Los caballos querían correr y se encabritaban al ser contenidos por sus jinetes, haciendo casi imposible la labor del starter. Esta vez, Pilongo estaba en buenísima situación, pues que la suerte le había colocado en la parte interior de la pista. Conociendo la resistencia de su caballo, resolvió en su fuero interno no dejarse pasar por nadie en ningún momento. No tuvo tiempo de reflexionar, porque el banderín rojo acababa de caer como un relámpago y él, soltando las riendas, devoró el espacio. Tras él, sentía el frenético galopar de sus perseguidores y llenando todo, delante, detrás y a los lados un alarido inmenso. El público se desgañitaba gritando. Al pasar nuevamente por frente a las tribunas, o sea, al empezar la última vuelta, Pilongo se arriesgó a echar un vistazo detrás de sí. A una distancia de cuatro metros seguían tres jinetes que esperaban de un momento a otro que su caballo flaquease. Quedaba una vuelta completa y Pilongo para lograr que sus perseguidores se agotasen en un esfuerzo antes de tiempo, refrenó un poco a su caballo.

Brokes galopó unos instantes al par suyo y luego como si quisiera pasarle, pero con la intención de aplastarle contra la valla, dirigió su caballo en diagonal al de Pilongo; pero éste, en el preciso momento que adivinó más que vió que Brokes se lanzaba sobre él, paró su caballo casi en seco y salió limpiamente por la grupa sin perder apenas terreno, mientras que Brokes al encontrar el vacío en vez del caballo de Pilongo no pudo refrenar el suyo y chocando contra la valla fué lanzado al espacio en medio de un grito de terror, pero sin ser compadecido por nadie, ya que todo el mundo había presenciado su criminal intento.

Mientras tanto, Pilongo, sin inquietarse ya de nada, aflojó todas las riendas y volviendo a pasar a sus enemigos agotados en el esfuerzo anterior, devoró sin ser apenas inquietado los pocos metros que lo separaban de la meta.

Mr. Abraham abrió el pliego de la apuesta y, sin duda, le satisfizo el contenido, porque se puso colorado, se encasquetó el sombrero de un puñetazo y salió a coger la brida del caballo de Pilongo, al que paseó con orgullo por el pesaje.

IV

Faltaban dos carreras más para el Gran Premio del Medio Millón, como era vulgarmente llamado.

Machucho y Pilongo, esta vez, eran favoritos de un público que había visto la sencillez con que habían ganado los premios anteriores. Aclamados y vitoreados hasta el delirio, tomaron su sitio ante la cinta de partida, acompañados de

—¡Re... pámpano!—gritó Machucho...
—¡Re... cuerno!—había vociferado Pilongo...

quince participantes más. El starter bajó el banderín y los diez y siete centauros tomaron la salida vertiginosamente.

Machucho y Pilongo habían reservado para esta carrera los caballos más resistentes y los más veloces ,pues esta vez eran necesarias tres vueltas para ganar. Tan pronto el uno delante como el otro detrás, entrenándose mutuamente, procuraban mantener el aliento de sus monturas sin fatigarlas demasiado. Siguiendo esta prudentísima táctica, lograron mantenerse en el segundo pelotón durante la primera vuelta y pasar al primero en la segunda cuando los caballos hasta entonces delanteros, fatigados de llevar el tren, pasaron a su vez a segundo lugar. Al empezar la tercera vuelta solamente tres caballos les llevaban una ventaja de dos o tres metros, la cual lograban mantener a fuerza de arrear a sus monturas mientras que Machucho y Pilongo ni siquiera con la voz habían animado a las suyas. Sus tres adversarios, dándose cuenta del peligro de llevar a sus espaldas a los dos hermanos, tácitamente habían adoptado una posición que era la más a propósito para impedirles el paso en el último momento; pero aquéllos no quisieron arriesgarse a pasar por entre sus contrincantes y al llegar a la recta de la meta y a unos doscientos metros de ella forzaron el tranco imperceptiblemente hasta llegar a formar con sus adversarios una línea recta. Luego se aplastaron a la vez sobre el cuello de sus monturas y con unos latigazos les exigieron el último esfuerzo. Los generosos animales relincharon dolorosamente y en cuatro brincos gigantescos distanciaron a sus contrincantes tapándoles el paso al mismo tiempo en una diagonal ceñidísima.

En el momento de pisar la meta la ovación era ensordecedora; pero se transformó al instante en un inmenso alarido de espanto. Los tres caballos que les seguían se habían precipitado sobre ellos y Machucho y Pilongo caían de cabeza a la pelouse. La misma violencia del golpe les impidió morir bajo los pies de los caballos propios y de sus enemigos, que formaban un confuso montón a 20 metros de la línea de llegada.

—¡Re... pámpano!—gritó Machucho apenas cesó de dar volteretas por la hierba.

—¡Re... cuerno!—había vociferado Pilongo cuando logró frenar.

Y, al quedar sentados el uno cerca del otro, se miraron, se palparon las partes doloridas y se echaron a reír. Y luego, como si no hubiese pasado nada, corrieron en busca de sus caballos que también se habían incorporado y pacían a corta distancia. Montaron y se dirigieron a la puerta

(Continúa en la página del frente).

Método Fácil para Engordar y Desarrollar sus Formas

Ganará usted de 3 á 8 kilos de carnes en pocas semanas

Si es que en realidad desea Ud. aumentar sus carnes y fuerzas y embellecer así sus formas, vaya hoy mismo a la botica, compre un frasco de CARNOL (pastillas, fáciles de tomar y que no requieren dieta) y empiece a tomar 4 pastillas al día. A las pocas semanas Ud. mismo (o misma) se sorprenderá de los resultados pues habrá Ud. ganado en peso 2 o 3 kilos y continuando el tratamiento alcanzará Ud. su peso y fuerza normal en proporción a su estatura.

Se sentirá Ud. mejor, comerá mejor y se verá mejor, con su cuerpo lleno y bien formado.

Las personas débiles se contagian y enferman con mayor facilidad que las robustas; de ahí la necesidad de toda persona delgada de engruesar y fortalecerse. De nada vale comer más de lo necesario para engordar, sinó que es indispensable digerir, asimilar y retener lo que se come. Es bien sabido que la mayoría de las personas delgadas comen más que las personas gruesas, pero sin provecho, porque su organismo carece de algo que necesitan para ayudarlas a digerir, asimilar y retener los alimentos que reciben. CARNOL, una pastilla con cada comida, contiene los ingredientes que reaccionan químicamente en el estómago y que es lo que necesitan dichas personas para que en su caso forme el lazo de unión entre el comer y el engordar. Hombres y mujeres delgados que toman CARNOL con cada comida, pronto notan los buenos resultados y a menudo aumenta de 1 a 2 kilos por semana. Sea Ud. uno de ellos y no pierda tiempo en tomar el CARNOL.

Compralo en cualquier botica.

NOTA. { Personas que sufran del estómago NO deberán tomar CARNOL a no ser que también deseen aumentar algunos kilos.

Base: Extr. Sabal, hipofosfito de calcio, sodio, potasio, lecitina, hemoglobina, fosfuro de zinc.

Para su catarro tome jarabe de Résyl

Curación segura de las **Bronquitis y Toses rebeldes**

Preservación y alivio de la TUBERCULOSIS

Se presenta tambien en comprimidos, forma muy práctica para las personas ocupadas

RÉSYL

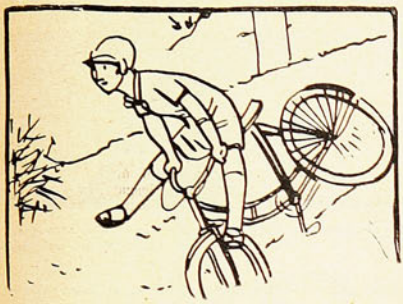
Urea glicero-guayacólico Soluble - M.R. - De venta en toda Farmacia

LA NIÑITA QUE LO SABIA TODO

Siempre que se le decía algo a Mónica, tenía la costumbre de contestar indignada: —"¡Ya lo sé!" Y como nunca aceptaba que se le dieseu explicaciones, había roto sucesivamente un aparato fotográfico, una soberbia victrola y numerosos objetos.

A pesar de esto, su padrino, que la mimaba mucho, le ofreció una bicicleta cuando cumplió nueve años. —"Esta vez", dijo, "no necesito que nadie me enseñe. Claudia me ha mostrado la suya muchas veces, y yo haré reparaciones en la mía mejor que un chauffeur."

Por apoyar lo dicho, dió algunas vueltas por las avenidas. —"Ya que sabes tanto", le dijo su primo Claudio, "demos un paseo antes de ir a almorzar al molino".



Como sabía que la muchachita era muy novicia, Claudio le gritó en una pendiente: —"Apóyate sobre el freno de atrás". Mónica tuvo un sobresalto de indignación. Naturalmente, sabe también servirse del freno, pero se equivoca lamentablemente.

Fraternalmente, Claudio procura consolarla: —"Siempre hay porrazo cuando sólo se frena adelante". —"No es verdad", repite la incorregible, "la culpa está en mis frenos nuevos". Pero volviéndose prudente, termina la carrera sin accidentes.

Por las arenas del jardín, un clavo se enreda en un neumático, que estalla. Claudio quiere ayudarla a repararlo, pero Mónica se opone: —"Vete al molino", le dice, "yo te cogeré a la vuelta".

"Es muy sencillo. Sacar el clavo y lavar en seguida con agua de Colonia". Mónica corre a buscarla y empapa nerviosamente el neumático de su máquina.

Listo. No hay nada más fácil. La máquina va a estar arreglada en pocos momentos más.

Todo marcha a maravilla. Pero, ¡oh! estupefacción, por más que sopla, el neumático está siempre plano. Mientras tanto, su primo, se encamina hacia ella cansado de aguardar.

MACHUCHO Y PILONGO, JOCKEYS

(Conclusión)

aclamados por todo el público. En la misma entrada los esperaban ansiosamente Mr. Jhon y Mr. Abraham, ambos con las facciones rebosando júbilo.

—¡Hola!—dijeron los dos hermanos—. ¿Pero qué ha sucedido?

—Pues que los dos habéis entrado en la meta juntos y habéis ganado exequo la carrera...

V

Parecía que los franceses iban a darse por satisfechos tras esta nueva prueba de lo que eran capaces los dos héroes españoles, pero no fué así.

Los periódicos se liaron en abierta polémica, los unos a favor y los otros en contra, y el resultado fué que los muchachos no tenían punto de reposo. En cada esquina, en cada salón, en el parque y en mitad de la calle una larga fila de periodistas espiaba sus pasos, anotaba sus menores gestos y solicitaba interviús a cada momento por los más fútiles motivos.

Un día Abraham, con cara radiante, abrió la puerta de su cuarto sin hacerse anunciar ni llamar previamente como era su costumbre.

—¡Señores!—dijo—, para el circuito de Lyon les ofrezco el coche más rápido del mundo... Un "Stude", nuevo modelo.

Machucho y Pilongo se miraron el uno al otro y, por fin, Machucho sacó de su bolsillo un extenso telegrama y lo alargó al acaudalado americano; pero, antes de que éste se apoderara del documento, entró en el cuarto Mr. Jhon, todo sofocado.

—¡Amigos míos Tengo un coche, nuevo modelo, para ustedes... La marca mejor...

—Pues, amigos nuestros—dijo Machucho dirigiéndose al americano y al inglés,— nos es imposible aceptar.

De pronto, Mr. Abraham se arrancó el sombrero de copa de la cabeza, lo arrojó al suelo y lo pateó furiosamente. Mr. Jhon pronunció palabras ininteligibles, mientras llenaba su pipa y como terminó esta delicada operación al mismo tiempo que Abraham su desenfrenada danza, los dos se dirigieron a la puerta, serios, ceñudos...

VACUNA ANTI-ALFA FERRAN

(INYECCIONES)

Previene la Tuberculosis. Cura: Pre-Tuberculosis, Asma, Convulsiva, bronquitis, toses rebeldes, queratitis, tracoma, xerosis hemorragias del vítreo y retina, tisis globo ocular, coroiditis macular, iridocoroiditis tuberculosa, CATARRO INTESTINAL, etc. Absoluta inocuidad. Certificados de mundiales eminencias médicas, ocupan cientos de brillantes páginas. POR REAL DECRETO DECLARADA OBLIGATORIA EN ESPAÑA. (Base: Bacterias Alfas).

HEMOGLOBINA ANTIFIMICA FERRAN

(GOTAS)

HEMO-VIVA-ANTITOXICA. Hipermunizando caballos con ALFAS, se obtiene el SUERO ANTI-ALFA y este gran tónico antituberculoso, que con 1 frasco, máximo $ 15, cura y da vida aún al que por tisis, estados febriles ,inapetencia, anemia, agotamiento, raquitismo, esté al borde de la tumba. Si sigue postrado es porque quiere; Anti-Alfa-Antifímica, es Vida. Buenas boticas y R. Ribot, Casilla 1485, Santiago.

Cuando se acerca a ella, la encuentra sentada en el suelo con los brazos rendidos, la frente cubierta de sudor.—"¡No se inicha el peumo, Claudio, ayúdame!"

Claudio le demuestra que ha hecho un disparate, y que esas son las consecuencias de querer saberlo siempre todo.

Mónica abraza a su primo y le promete que la lección le será provechosa. Ha aprendido que tiene necesidad de consejos y se promete no rehusar jamás las buenas indicaciones que se le den.

UNA MALA INTENCION CASTIGADA

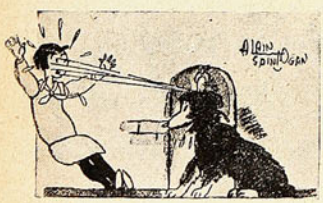
1. Bertita es un verdadero diablo. Ha ido con sus padres a pasar un mes al campo, y no hace otra cosa que hacer maldades, persiguiendo a los animales, corre cando a las gallinas, asustando a los patos, tirándole piedras a los pájaros.

2. Héla aquí que medita alguna nueva picardía...

3. Sultán, el buen perro del mayordomo, duerme tranquilamente; ha elegido para su siesta un buen sitio al sol, porque hace algo de frío.

4. ¡Ah!... Pero, ¡qué idea se le ha ocurrido a Bertita!... El perro está justamente debajo de la llave del agua... Será muy divertido darle una lluvia...

5. Bertita se apresura a poner en práctica su propósito.



6. Pero Sultán, sorprendido en su sueño, se levanta bruscamente, y vean ustedes lo que le pasó a la traviesa niñita.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS ACERCA DE LA VERDADES DE LA CIENCIA MODERNA

¿Puede quemarse la dinamita sin que haga explosión?

La explosión de la dinamita es una clase de disgregación. Todos los átomos se separan brúscamente. Esto puede causarse sólo por medio de un choque, tal como el golpe de una bala, o la explosión de un fulminante. Si la dinamita se quema no hay nada que cause esa disgregación y por eso no hace explosión.

¿Por qué los mineros usan canarios para probar el aire de las minas?

Uno de los gases venenosos que se encuentran en las minas es el monóxido de carbón. No tiene olor, y los mineros no se dan cuenta de su presencia sino hasta que están mortalmente envenenados. Pero los canarios son muy sensitivos a esa clase de gas. Por eso los mineros, al explorar una mina peligrosa, llevan un canario en una jaula. Cuando el canario pierde el sentido, el minero sabe que hay monóxido de carbón en la mina. El pajarillo se recobra de una manera completa al ser sacado al aire puro.

¿Cómo podríamos empezar un fuego si no tuviéramos fósforos?

Con un vidrio de aumento podríamos encender un trozo de papel o de madera. Con un trozo de acero y un pedernal podríamos fácilmente producir chispas, y encender con ellas un poco de algodón seco o un trozo de yesca.

¿Por qué es la gasolina más explosiva que la parafina?

Porque la gasolina se evapora más fácilmente. El aire se llena de gasolina, y eso produce una mezcla explosiva. La parafina se evapora muy lentamente, y por eso no se inflama con tanta facilidad.

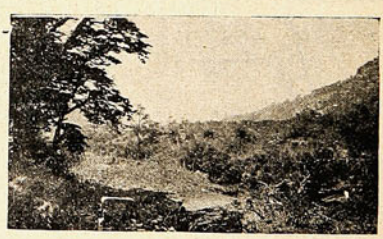
¿Por qué algunas veces el pasto húmedo se enciende por sí solo?

Ciertas clases de microbios crecen en el pasto y producen calor. Las capas de pasto evitan que ese calor se pierda y por eso aumenta sin cesar. A veces llega a ser tan intenso, que el pasto se enciende.

¿Por qué la pérdida de una gran cantidad de sangre causa la muerte?

Porque la sangre que queda en el cuerpo no es suficiente para seguir moviendo el corazón con la regularidad necesaria, la circulación se hace más lenta, y lleva muy poco oxígeno a los tejidos del cuerpo. Por eso los doctores inyectan una solución salina en tales casos. Esa solución permite que el corazón siga funcionando. Las fábricas de corpúsculos que se encuentran en los huesos siguen trabajando con gran rapidez y producen una gran cantidad de corpúsculos, de manera que pronto la solución salina está casi tan llena de corpúsculos como la sangre.

TOLHUACA (¡Lea usted atentamente!).



A medio camino entre Curacautín y las Termas. —Antiguo relevo de caballos, de cuando se viajaba en coches.

Es el nombre de las dos TERMAS de aguas sulfurosas que se conocen en Chile surgen de profundidades inimaginables con la TEMPERATURA DE 96° CENTIG.

Están ubicadas cerca del Volcán de su nombre, 30 kilómetros al norte de la Estación de CURACAUTIN, a no más de mil metros de altura s|m.

Servicio de autos de la Empresa entre las Termas y Curacautín y viceversa; en Curacautín se encuentran numerosos autos de alquiler.

HOTEL espacioso, alimentación sana y abundante; atmósfera SATURADA de emanaciones radio-activas de acción sedante y vivificadora inmediatas.

Le rodea una montaña virgen, espesa y milenaria de muchas leguas de extensión, con panoramas y sitios umbríos de hermosura incomparables.

Como aguas sulfurosas curan todas las enfermedades que ceden a la acción del azufre y del hidrógeno sulfurado; anotamos en seguida sólo algunas de las afecciones cuya curación consta de los libros y de la memoria de muchos asiduos visitantes.

PARALISIS total y parcial, OBSTRUCCION de arterias y venas, **DEFORMACIONES** reumáticas, QUEBRADURAS pectorales, ankilosis articulares, REUMATISMO y GOTA, Arterio Esclerosis, ciertas formas de la **ESTERILIDAD**, heridas y úlceras rebeldes, etc., etc. En avisos posteriores recordaremos otras.

Para saber cómo se llega a TOLHUACA y lo que valen pasajes y estada en las TERMAS, ocurrir a la AGENCIA: **HUERFANOS, 1153, Of. 38.**

LA JAPONESITA

Pintado este motivo con colores de pintura al batik sobre el fondo de seda marfil de un cojín, hará un extraordinario efecto si se tiene además el gusto de pintarle las letras en oro y ponerle uno que otro toque de este color en el candelabro y en las horquillas que lleva en el peinado la gheisa llena de donaire.

UN SALVADOR INCOGNITO

Por MARIA ENRIQUETA

LIDIA descendió por la angosta escalera del "Afgania", anclado durante algunas horas a corta distancia del puerto; entró en el bote, se acomodó en el asiento después de colocar a un lado su maletilla de viaje, y alzando el rostro dijo a sus amigos, que la miraban sonriendo, apoyados en la barandilla del buque:

—Todo será cuestión de una hora. Si pasada ésta no vuelvo al "Afgania" para continuar el viaje, señal será de que me quedo aquí. Segura estoy de no volver; cuento de antemano con un buen éxito.. Bastarán tres palabras; bastará mi presencia...

—Así lo creo—dijo desde cubierta la más joven del grupo, haciendo un guiño entre risillas maliciosas.

—Adiós, entonces — gritaron los demás, agitando los pañuelos y las gorras.—Ya nos escribirás...

—Sí, sí; ya os diré todo; adiós, amigos míos... ¡Que siga el viaje con buena estrella!...

Las brisas del mar apagaron las últimas palabras de Lidia, y el bote partió con ligereza rumbo al puerto.

Radiante y bello estaba el rostro de la viajera; elegante y llamativo su traje; casi enigmática la sonrisa de su boca...

Mientras los remos trabajaban con presteza, la dama ponía en orden sus pensamientos y monologaba interiormente.

Sí: era preciso hacer las paces, volver a él... Cierto que en su compañía las escapadas a las fiestas; el ir y venir de amigos costaban disputas locas, celos escenas terribles; más, ¡era Luis tan espléndido! ¡Sabía tan fácilmente pagar las cuentas del tapicero, del modisto, de la peinadora! Había que volver a él...

Verdad era que la última ruptura databa ya de un año. Verdad era también que, después que ella huyó él había salido de la ciudad, dirigiéndose a ese puerto, y que allí, por noticias casuales, se sabía que llevaba vida tranquila, recibiendo en su casa gente seria y cultivando de nuevo sus aficiones literarias... La ausencia, el medio, podían haber influido...

Pero no: esta vez, como siempre, ella sería perdonada al presentarse. Todo dependía de su entrada en esa casa. Poner los pies en ella y llamarse de nuevo dueña y señora de cuanto aquel interior guardaba sería una sola cosa... ¡Tan débil era Luis ante aquel loco amor que le dominaba como un yugo!! ¡Y tan fuertemente estaba atada la cadena...! No: ese hombre era un forzado, y los forzados no hacen lo que quieren.

Si así no hubiera sido, él se habría libertado desde los primeros tiempos, porque verdaderamente, ¡qué penar el suyo!... Sin razón, eso sí, pues ella no tenía la culpa de hacer conquistas con su belleza; pero si eso amargaba los días de aquel desventurado, más le hubiese valido eliminarse; y si no lo había hecho, habría sido, seguramente, porque le faltaban las fuerzas para llevarlo a cabo.

No era, pues, digna de tomarse en cuenta su partida hacia otras tierras, puesto que Lidia había sido la primera en abandonarle. Tras una situación semejante no queda sino la huída. Esto evita las preguntas indiscretas de los amigos, las posiciones desairadas... A Luis no le quedaba sino partir; y había partido.

Eso era todo. Más, escapar al yugo, romper la cadena,... no, no era fácil; e iba a verse inmediatamente. No haría ella sino entrar en aquella casa, soltar la melodía de su voz, más persuasiva que la del pájaro en la rama, y vencer, vencer como siempre...

Lidia echó una rápida ojeada a su traje, confeccionado en seda de Venecia y salpicado de motivos bordados al realce. Las brisas marinas agitaban el velillo de su sombrero, entresacando por los intersticios del punto algunas guedejas de cabellos finos, que hacían pensar en el oro alumbrado por el fuego.

Los ojos de la dama, fieros, pero hermosos, se alzaron para medir la distancia que separaba el bote de la orilla. Poco faltaba ya para ganar la tirra.

Lidia volvió a sonreír enigmáticamente...

¡Qué sorpresa para Luis cuando la viese entrar en el salón!...

Pedro, el viejo criado, que la reconocería en el acto, sería el heraldo que la condujese por aquel interior ignorado de ella y de sus finas zapatillas de raso... ¿Cómo sería la nueva casa?... ¿Dónde estarían los ricos gobelinos que antes adornaban el estudio de Luis? ¿Y el cupido de bronce ¿Y el espejo florentino ante el cual ella probaba la riqueza y elegancia de sus nuevas "toilettes"?... Frío debía estar todo ese lujo, pidiendo una mano de mujer que fuese a darle en canto... Oportuna sería su presencia.

Luis tendría que perdonarla, que aceptarla, que retenerla junto a sí... El éxito era seguro. Luis le amaba aún; ella lo había de sobra, lo sentía; aquella verdad se palpaba hasta en el viento era seguro. Luis la amaba año lo que ha sido alimento de la vida, y ella había sido para Luis más necesaria que la vida. No era, pues, cosa de duda: el "Afgania" partiría sin ella; un sillón y unos brazos la esperaban en el puerto...

Lidia sonrió abiertamente, juzgando que era ya tiempo de dar escape libre a las emociones arrancadas por su triunfo.

En esos momentos, el bote atracaba junto al muelle.

—Hay que esperar aquí—dijo Lidia al botero, mientras le daba unas monedas y saltaba a tierra con la maletilla en al mano.—Si pasada una hora no he vuelto, ya no habrá que aguardar; más antes de ella, el bote es mío.

Segura estaba Lidia de su triunfo; pero había que pensar también en lo imprevisto. Las señas de la casa de Luis podían no ser exactas. Aquellas informaciones recibidas a la ligera, por boca de un concurrente a cierto baile, bien podían resultar falsas... Había que preveerlo todo.

Aunque, por otra parte, en aquella empresa no se arriesgaba nada, pues con volver al "Afgania" si se presentaban dificultades, quedaba el asunto arreglado. Malos son los proyectos cuando en ellos se juegan cosas de trascendencia, el corazón, al menos; pero allí, ¿qué se perdía con probar?...

Una chispilla de remordimiento pasó por la frente de Lidia, al pensar en lo mucho que Luis la había querido — que la quería, seguramente — y en lo mucho que por ella había sufrido aquel guapo muchacho tan digno de suerte mejor...

Pero el tiempo se iba, y el "Afgania" sólo estaría unas horas en el puerto: había que apresurarse.

Rapídamente cruzó la estación, que le pareció larguísima, y dirigiéndoes al primer auto que tuvo delante, dió sus órdenes y entró en él.

La mañana era alegre. Por las calles del puerto discurría la muchedumbre, llenando el ambiente con gritos de vendedores, con rodar de carruajes, con rumor de mar que se inquieta bajo un fuerte viento.

Después de algunos minutos de marcha, las calles comenzaron a ser tranquilas, y las casas dejaron bajar sus escaleras entre follajes y jardinillos.

Lidia, un poco nerviosa, las miraba pasar ante sus ojos, rápidamente, como películas que sé desenrrollan. ¿Cuál de aquellas "villas" sería la que habitaba Luis?

De pronto, bruscamente, el auto se detuvo, y el chofer descendió para abrir la portezuela.

—Hemos llegado, señora.

Lidia alzó los ojos y vió una residencia elegante, color de pizarra, ceñida por las enredaderas, con amplia terraza en el piso primero y balcones de piedra, velados en su interior por espesas cortinas de tul.

Una ligera emoción la sacudió levemente al pensar que pronto su belleza pondría en aquella terraza una nota de vida y ecquetería...

Bajó del auto, arregló los pliegues de su traje y llamó a la puerta.

Después de un largo silencio oyóse en el interior ruido de pasos, y en seguida la puerta se abrió.

—¡Pedro! — gritó Lidia con júbilo, mirando asomar la figura de un viejo cuyo rostro tenía mucha nobleza bajo las guedejas canas que le caían por la frente — ¡Pedro! avisa al señor que aquí estoy... Vengo de viaje en el "Afgania", y aprovecho los momentos que el buque se detiene en el puerto para saludar a Luis. Avísale presto que aquí estoy.

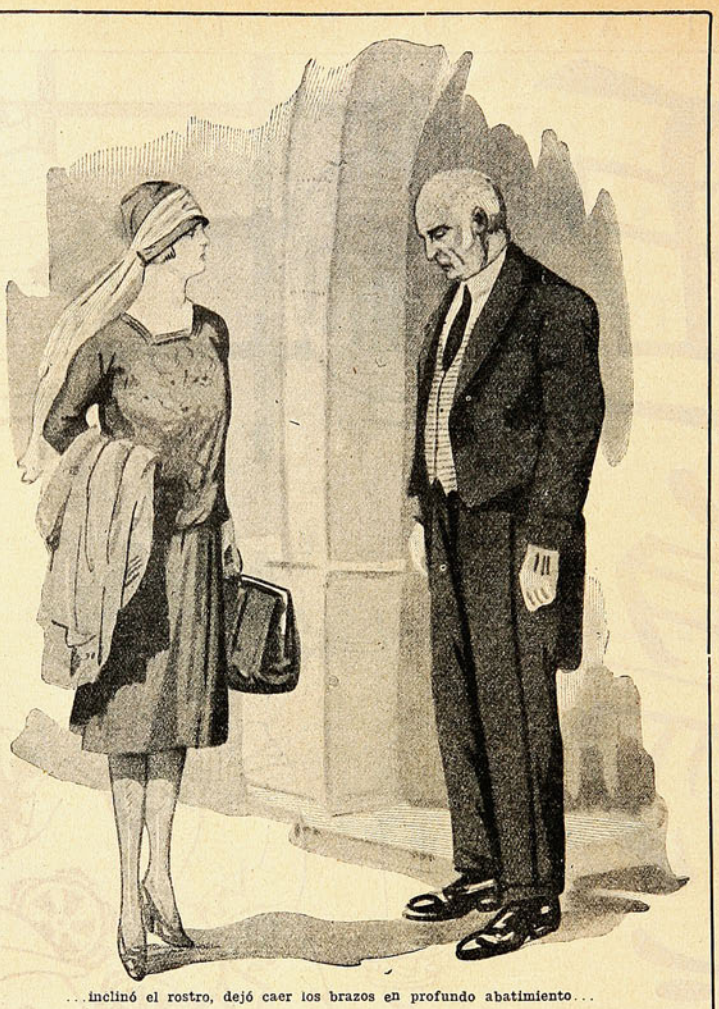
El viejo, tras un movimiento de sorpresa, apacignó poco a poco su actitud, inclinó el rostro, dejó caer los brazos en profundo abatimiento, y dijo así, con gravedad y sentenciosamente:

Cumpliera con el mandato de la señora si aun tuviese yo la dicha de ver a mi amo en esta casa; más Dios, que sabe la hora justa en que debe llamar a sus siervos, se acordó de mi señor, y hace dos meses que él roposa bajo tierra...

—¡Muerto!... ¿Muerto Luis?... — gritó Lidia con espanto.

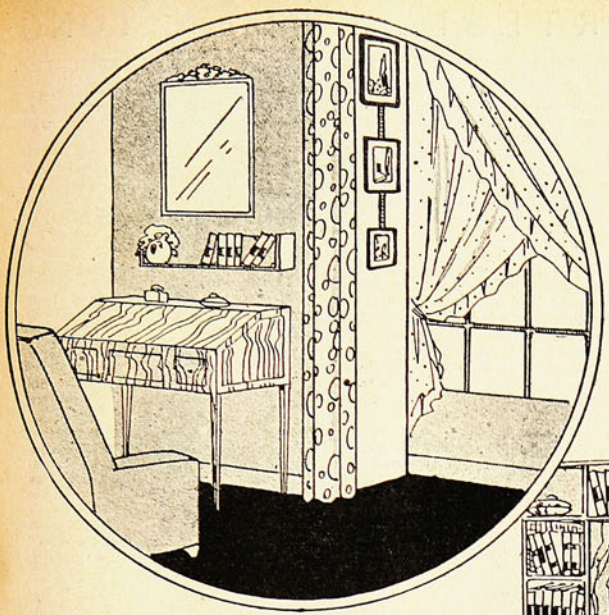
—Sí, señora; muerto para desdicha mía y de su padre, que llora de con-

(Continúa a la página del frente).



...inclinó el rostro, dejó caer los brazos en profundo abatimiento...

El buen gusto de los interiores



EL secreto del arreglo de un dormitorio, de un hall o de un saloncito, consiste, a veces, en el buen gusto en los detalles y en cierta noción indispensable para colocar los espejos, de las mesas, de los cuadros. Colocado frente a una puerta, a la abertura de ella, un espejo, multiplica hasta la sensación del espacio, del tamaño que en realidad tiene.

Todo depende de esa sensación que es preciso tener de los detalles y de los conjuntos, donde es posible aplicar todo el arte de la ornamentación y del confort.

Cuando se tiene un cuadro o varias miniaturas, es preciso saber colocarlas con discreción y tino. La tela espaciosa no puede estar a la misma altura que la estampa pequeñita, donde la vista debe posarse muy cerca para poderla ver.

Una simple colección de tarjetas postales que den idea de la totalidad de una ciudad, pueden presentar un interés de primer orden si el buen gusto de la mano discreta que las arregla en el muro ha sabido sacar partido de su valor decorativo.

Los espejos suelen emplearse para animar los rincones oscuros. Un panneau puede sentar a maravillas entre dos ventanas claras.

He aquí, por ejemplo, las ideas de arreglo y buen gusto que dan los muebles que aparecen en esta página: nada en ellos es costoso. Están al alcance de cualquier bolsillo y son tan sólo los detalles los que constituyen el aire de elegancia y de distinción sencilla que los anima.

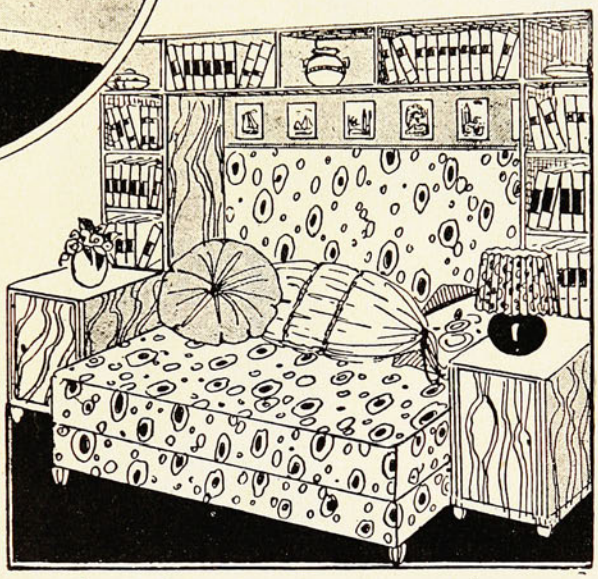
Dos candelabros, un vaso para flores, ornamentan una repisa de la manera más sencilla y agradable.

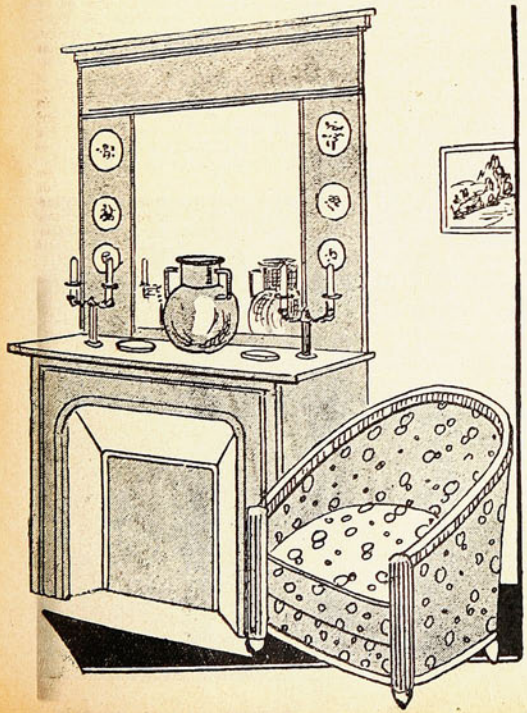
Una cretona o una tela de tonos vivos hace de ese pequeño sillón algo grato para reposar y verlo en nuestro cuarto, junto a cualquier chifonier.

Un rincón, con su espejo, el pequeño escritorito, algunos libros, una cortina en el hueco de la puerta, dos o tres cuadritos, bastan para iluminar esa parte de un cuarto juvenil.

Luego un sofá amplio con sus repisas, sus columnas, sus cojines, su lamparita y su vaso con una flor, son suficientes para sentir el deseo de poseer un mueble tan sencillo que basta para decorar un hall.

Y es que, es preciso ver cómo, en el gusto de lo moderno, prima lo sencillo, lo confortable, donde el buen gusto ha sabido suplir el artesonado costoso que por la nota viva del color y de la gracia decorativa.





UN SALVADOR INCOGNITO

(Conclusión)

tinuo en lo alto de esta casa, mientras los tapiceros desclavan cuadros y alfombras.

El viejo, al concluir estas palabras, ocultó su cabeza entre las manos, dejando escapar un llanto silencioso.

Y Lidia, que por breves instantes se había olvidado de ella misma y de todo, cayendo de nuevo en la realidad, se halló de pronto sola en esa puerta, sin casa, sin Luis, en mitad de una calle desconocida, entre la frialdad de una tierra extraña...

Entonces, con uno de aquellos ímpetus bruscos que a veces quitaban belleza a su persona, lanzóse al auto, gritando destempladamente:

—¡Al muelle! ¡Al muelle a toda prisa, que el "Afgania" se marcha!...

Pedro levantó los ojos y miró en silencio aquella nube de humo que se alejaba a escape entre ruidos estridentes y toques de corneta, y sin esperar a que toda esa balumba terminase, dió vuelta y entró en la casa.

Por la escalera bajaba de prisa y con visible emoción un hombre joven, de rostro intensamente pálido:

—¡Pedro! ¡No me engañes! ¡La verdad, la verdad solamente!... Dime si era ella... ¿No es su voz la que he escuchado?

—Señor — respondió con respeto el anciano, — si ella hubiera sido, ¿se habría conformado con quedarse en la puerta?... ¿Quién soy yo para impedirle el paso?... Ella sabe lo que puede. Si viene algún día será para entrar hasta donde esté el señor... Nadie logrará detenerla...

—¡Es verdad! — dijo el joven, suspirando. — Débiles somos tú y yo ante tanta voluntad y sortilegio, más espero — añadió con vehemencia — que ella misma será mi salvadora no viniendo a buscarme jamás.

—¡Que así sea! — dijo el anciano en tono solemne de plegaria. — Dios querrá escuchar tal deseo. ¡Y haga esa mujer lo que no pudo hacer este viejo que ama a su señor con toda el alma y que hubiera dado la vida por salvarle!...

Y mientras Luis subía de nuevo, abatido y silencioso, Pedro hacía a su espalda el signo de apretarle entre los brazos...

CORTESIA Y BUEN TONO

Elegante y correcto modo sentarse

EL SALUDO

COMO todas las cosas, el saludo ha sufrido modificaciones desde que los primeros hombres corteses que hubo en el mundo, lo inventaron.

Hoy día apenas se comprende el epitafio de Martínez de la Rosa, en su Cementerio de Momo:

"Aquí yace un cortesano
que se quebró la cintura
un día de besamano".

Ya los hombres y las mujeres no se inclinan profundas y graciosamente al encontrarse. Ya no es costumbre que un caballero permanezca descubierto en la calle o en un paseo ante una señora que le está hablando. Ya las señoras mejor educadas no inclinan levemente la cabeza y el busto al recibir el saludo de un conocido o de un amigo.

Sin embargo, dicen los que son autoridad en la materia, que se debe saludar a las señoras con sumo respeto y que les toca a ellas corresponder el saludo, demostrando que lo agradecen, y para ello no estará de más que se inclinen ligeramente y sonrían al propio tiempo.

Así seguramente los hombres, algunos hombres, bastantes, mejor dicho, perderán la costumbre adquirida y nada cortés, de saludar a las señoras que encuentran en la calle llevando la mano al ala de su sombrero, pero sin llegar a descubrirse, como si temieran pillar un resfriado.

Tampoco se debe saludar de igual manera a un anciano que a un camarada. Es preciso que el saludo marque el respeto que el saludado inspira. Lo propio puede decirse de las jovencitas cuando saludan a una amiga de su madre o a una señora anciana.

Son muchos los hombres que al cruzarse por la escalera con una señora joven o vieja se arriman a la pared y se quitan el sombrero hasta que la señora ha pasado; pero no son pocos los que no se cuidan poco ni mucho de quien baja o sube una escalera en sentido contrario al que llevan. ¡Cuesta tan poco, sin embargo, ser cortés y produce tan buen efecto la cortesía!

Poco a poco va perdiéndose también la costumbre de ceder el paso a las señoras al entrar en un espectáculo, al subir a un coche público. No son muchos los que se descubren cuando una señora desconocida les dirige la palabra, ni cuando son ellos los que la preguntan algo.

Tampoco son numerosos los que saludan quitándose el sombrero a las muchachas de condición humilde. Guardan el sombrerazo para las damas ricas y elegantes, demostrando con ello que no han sabido jamás aquellos versos que dicen:

"Que es honrar las mujeres
deuda a que obligados nacen
todos los hombres de bien
por el primer hospedaje"...

DE LA CONVERSACION

En sociedad la conversación tiene gran valor, puesto que, gracias a ella, aprenden las gentes a apreciarse después de haberse conocido.

Entre dos personas que mutuamente simpatizaron a primera vista, puede una falta cometida hablando, convertir la buena impresión en antipatía profunda.

Como en una visita sería ridículo seguir el consejo del filósofo que ordenaba a sus discípulos contar hasta treinta antes de responder a una pregunta, lo que conviene es tener presente las reglas que ha dictado el buen tono a fin de que nadie pueda sentirse ofendido por las palabras que otro pronuncia.

La dueña de la casa en los días de visita procurará encauzar las conversaciones de sus conocidos y amigos de tal suerte que puedan brillar en ellas la originalidad, el talento, la instrucción de las distintas personas, y cuidará de que no se hable de religión ni de política, materias en que no todos los hombres están de acuerdo y que pueden ocasionar discusiones harto animadas para que sean del agrado de los demás concurrentes.

Pero a pesar de todos los esfuerzos y de toda la habilidad de una señora inteligente y diestra, cuando están reunidas en un salón muchas docenas de personas, puede originarse alguna discusión enojosa entre los concurrentes, si éstos no tienen siempre presentes las reglas que imponen la cortesía y el buen tono de consumo.

• • •

Las señoras que han recibido buena educación, saben perfectamente que jamás han de murmurar de una persona ausente; que no deben criticar los defectos ajenos; que al hacerlo denuncian uno propio. En cambio, se les agradecerá que defiendan a una amiga ausente si alguien la atacara; que canten las alabanzas ajenas y que jamás, ni por soñación, se les ocurra exaltar, más o menos claramente, los méritos propios.

Si se acuerdan a tiempo, y no es difícil hacerlo, que siempre se puede callar una palabra o una frase ofensiva, y que es necesario no herir las convicciones de nadie; si tienen presente cuánto halaga un elogio que no trascienda a lisonja y cuán profundamente hiere una crítica despiadada, siempre se mantendrá la conversación en los límites que requiere la cortesía.

No se debe elogiar a nadie a boca de jarro; porque ese elogio inesperado y brusco puede molestar a las personas tímidas y ariscas, que se ven obligadas a agradecer unas palabras que antes les cohiben que les agradan.

Si es prudente prescindir de elogios directos; ¿qué diremos de las críticas rudas y hechas cara a cara, aun cuando la amabilidad de las palabras vele la intención avisada o la torpeza del pensamiento? La persona que se entrega a tales escarceos críticos, tenga la seguridad de que será antipática a la mayoría de sus conocidos y que jamás podrá contar con una amiga a toda prueba.

• • •

Por lo que toca a los hombres, evitarán asimismo los escollos señalados y cuidarán de mostrarse amables con todo el mundo, sin contradecir a nadie, aun cuando adviertan que sus interlocutores se equivocan de un modo lamentable, explicando la historia o las ciencias, según su especial modo de entender y apreciar.

Por grandes que sean los errores cometidos, procuren no burlarse de ellos, ni sonreír siquiera. Y si el curso de la conversación requiere que enmienden lo que se acaba de decir, háganlo con toda suerte de precauciones oratorias y cuidando de no molestar al preopinante.

Este, viendo o reconociendo que el que le contradice es persona instruída y de exquisita educación, asentirá probablemente, y, en todo caso, no encontrará motivo para incomodarse, evitándose así un mal rato.

Un descocamiento chocante

GESTOS Y ADEMANES

Son bastantes las personas que no pueden hablar sin mover los brazos, manos, cabeza y hasta las piernas. Y a fin de dar mayor fuerza a unas palabras, todas sus facciones toman parte en la mímica a que se entregan con verdadero frenesí. Giran los ojos en sus órbitas, se frunce el sobrecejo, enárcanse las cejas, palpitan las alas de la nariz, se hinchan los carrillos, tiembla el mentón y la boca toma en un instante varias expresiones distintas y aun contrapuestas.

Una persona medianamente seria y culta siente que la risa le retoza en el cuerpo al ver los esfuerzos de aquel hombre que parece haber dado con el secreto del movimiento continuo. Si la cortesía se lo permitiera, de buena gana le diría que no es necesario tanta mímica para decir lo que pretende, y que todos los movimientos de brazos y manos, que todos los visajes no añaden ni pizca de claridad ni un adarme de fuerza a lo que está diciendo y que podría explicar cansándose mucho menos y sin dar ocasión a que se le ridiculizara.

La palabra sirve, precisamente, para expresar con toda claridad y concisión, lo que hay necesidad de decir, sin que sea necesario hacer el menor ademán ni gesto.

No quiere esto decir que no se pueda de vez en cuando, hacer algunos ademanes sobrios y aún algún gesto para acompañar las palabras; pero se debe huír en absoluto de esa mímica que cansa a quien la ejecuta y al que la contempla.

Es un resabio, un atavismo, un recuerdo de la época, ya lejana, en que el hombre tenía escasísimo caudal de palabras para expresar sus ideas y echaba mano de los ademanes para dar a entender lo que pretendía decir. Pase, pues, como resabio; pero no se quiera que substituyan los ademanes y gestos al lenguaje claro y armonioso, pues sería lo mismo que salir a caza armados de dardos y azconas, teniendo a mano magníficos Winchesters, que hieren con mayor precisión y fuerza que aquellos.

Un besamanos totalmente incorrecto

Un saludo correcto al encontrarse en la calle.

REGLAS QUE HAY QUE SEGUIR

No es posible estampar aquí, al pie de la letra, las frases que hay que pronunciar en una visita; pero sí indicar la mejor manera de no cometer ninguna falta de tacto y lograr que nuestra conversación no moleste a nadie y sea del gusto de todos.

A menudo se encuentra en las reuniones gente habladora que acapara la atención de uno de los concurrentes y le tiene durante largo rato pendiente de sus relatos interminables.

Todo el que frecuenta la sociedad sabe cuán enojoso resulta un charlatán incorregible. Por lo mismo que su modo de ser resulta molesto para los demás, debemos abstenernos de caer en tal defecto. Pero, como muchas veces el sempiterno hablador es una buena persona, se dará una prueba de exquisita cortesía escuchándole con atención y sin demostrar la menor impaciencia.

* * *

Es de todo punto necesario, cuando se habla con alguien, no distraerse poco ni mucho y estar atento a lo que dice nuestro interlocutor, demostrándole, de vez en cuando y de una manera discreta, que sigue su pensamiento con todo cuidado. Se logra dar esa impresión de interés sugeriendo un nombre o una fecha a quien nos habla cuando vacila un instante su memmoria. Ayudar a los demás a expresar su pensamiento patentiza a sus ojos que se le escucha con gusto, y quien tal hace merece muy buen concepto de su interlocutor.

* * *

Por muy aburrida y fastidiosa que sea la conversación entablada, no se debe manifestar nunca la más mínima impaciencia, ni se debe interrumpir sino para corroborar las ideas que expone el que habla o para aclarar con un ejemplo, y, en brevísimas palabras, el concepto que se desarrolla.

* * *

En hacer prevalecer sus ideas y opiniones; evítese toda señal que indique que se ha advertido algún dislate ajeno.

* * *

No hay que repetir lo que se ha entendido a medias sino cuando es del todo punto necesario contestar a ello. No se debe estar distraído, sino atento.

* * *

Mucha gente que no sabe de qué hablar, entabla la conversación hablando del calor y del frío y demuestra con ello que no tiene muchos recursos mentales a su disposición. Otros se lanzan a explicar sus asuntos particulares o los de su familia con toda suerte de detalles y consiguen con ello aburrir profundamente a sus interlocutores, a no ser que éstos, por alguna razón especial, puedan tener interés en enterarse de lo que se les dice.

Igualmente se debe evitar lanzarse a un largo discurso acerca de los asuntos profesionales que a uno le interesan, pero que son indiferentes por completo a quien escucha.

* * *

Tienen algunas personas la manía de esmaltar sus conversaciones con citas extranjeras, con frases y palabras francesas, inglesas, alemanas, italianas, sin duda para demostrar sus conocimientos. Con ello demuestra una erudición de pacotilla las más de las veces y hacen que algunos de los que oyen sus palabras se queden en ayunas de lo que quiren decir las palabras extranjeras. No hay necesidad ninguna de decir "toast" por brindis, ni "hangar" por cobertizo, ni **fraulein** por señorita. Lo mejor es hablar en buen castellano cuando se está en Castilla y en correcto francés cuando se vive en Francia.

A toda costa es preciso evitar toda señal de admiración o asombro en la mayoría de los casos.

Lo conveniente es permanecer impasible cuando se anuncia algo inesperado, a no ser cuando se trata de algún acontecimiento fausto que es natural que alegre a cuantos tienen conocimiento de él.

Cuando, por ejemplo, una persona que nos parecía apocada o poco lista cuenta alguna hazaña o relata algún rasgo de ingenio de que hizo gala en una ocasión determinada, no se debe manifestar el menor asombro, pues, revelaría que nos sorprende lo hecho por nuestro interlocutor y delataría que teníamos de él un pobre concepto.

Manera poco cortés de ofrecer la mano a una dama para bajar del auto.

* * *

Cuando alguna señora habla de determinados temas debe esbozar algunos hechos sin precisarlos máxime si hay presente algún hombre. Pero aún cuando se hable entre señoras, es preferible prescindir de hablar de determinados asuntos, que denotan a veces una curiosidad poco recomendable.

* * *

Exigen la cortesía y el buen tono que en las visitas y en el seno de la familia, se soporte la contradicción sin dar señales de impaciencia ni de enfado, pues, el enojo de verse contradicho denota una educación rudimentaria y escaso dominio de sí mismo. Aun cuando se esté convencido de que uno está en lo cierto, no hay que esforzarse en imponer una opinión, pues, no todo el mundo piensa de igual manera y en muchos asuntos cabe tener opiniones distintas, sin que ninguna de ellas sea equivocada en absoluto.

A las damas modernas hay que ofrecerles la lumbre para sus cigarrillos con toda gentileza

EL HOMBRE DEL "HISPANO"

Por PIERRE FRONDAIE

Suspendió su discurso y, esta vez, la examinó. Vió que ninguna de sus palabras le parecía irónica a aquella mujer. Entonces, dueño en adelante de si mismo, siguió diciendo:

—Ya ve usted que obro con lealtad; no trato de derrocar su ídolo y, sin duda, no podría hacerlo. La conozco a usted y sé que cultiva el honor y la dignidad. Además es usted lista. Para que le guste, menester es que en el señor Dewalter concurran todas las virtudes imaginables.

Ella respondió:

—Así es.

El se inclinó respetuosamente:

—No lo dudo. No pertenece usted a esa clase de enamoradas sin discernimiento y que pueden engañarse sobre el valor moral y mercante del hombre que las interesa. Reconozco que el señor Dewalter es inexpugnable.

—¿Y bien?

—Que resulta desolador para mi...

—Y para mi feliz, dijo ella.

Oswill sonrió; su sonrisa era una obra maestra. Un gran actor no hubiera sabido hacerlo mejor. Había en aquella sonrisa bondad, pesadumbre, una sombra de tristeza, un relieve de amargura... pero ¡ni la más mínima ironía! La dama ya no tenía ante si más que a un hombre honrado que, valerosamente, hacía el elogio de enemigo. Y hasta insistía él:

—No cabe duda que será inteligente, leal. Sincero... muy adinerado...

Había dejado de mirarla. Tenía la vista distraída como hombre pendiente de un solo pensamiento.

—¿En qué piensa usted, Oswill? preguntó ella.

El respondió con profunda delicadeza:

—Pienso en lo que habré de hacer...

—¿Y qué va usted a hacer?

Su expresión se hizo angélica. Y dijo:

Todo lo esperaba Estefanía menos aquello.

—Voy a divorciarme.

Conocía la testeruder de Oswill y la llenaba de estupor aquella confesión de derrota. No dabs crédito a sus oídos. Pero él seguía sonriendo con expresión tan paternal que quedó desarmada:

—Se lo agradezco, dijo ella. Se anticipa usted a mis deseos. No le habría pedido mi libertad completa. La ansiaba pero no quería abandonarle. Puesto que me la ofrece...

—Hago algo más que ofrecérsela, respondió él. Deseo que esté completamente libre y a solas con el héroe elegido por su corazón. No hay de qué darme las gracias. ¿Para qué interponerme como un obstáculo en el camino de su felicidad?... Sería inútil.

Experimentaba Oswill una satisfacción tremenda. Hacía esfuerzos titánicos para no revelarla, y poder engañar a sí a Estefanía hasta el fin. Y, verdaderamente, de tal modo lograba disimular Oswill sus tenebrosos designios que Estefanía no pudo menos que creerle sincero. Fingía él burlarse tristemente de si mismo.

Y dijo:

—Resulto algo grotesco y todos hacen chacota de mi y de mis experiencias. Pero esas experiencias son las que me han enseñado a comprender los deseos humanos. Ahora poco, me ha faltado sangre fría... Carecía de razón y me arrepiento. Después, he reflexionado... Rica y hermosa como es usted—por mi mal—mi deber hubiera sido protegerla contra un aventurero, un estafador cualquiera de cariño y de dinero... El caso del señor Dewalter es distinto. Es honorable y rico. En tales circunstancias, tengo el deber de dejárselo... Deploro perder a usted; pero mi orgullo se consuela de perderla por semejante hombre. No podía haber caído usted en mejores manos.

Oswill se deleitaba sádicamente al pronunciar estas palabras, compendio de ironía, y sobre todo de decirlas con un tono de tanta franqueza y de tan perfecta sensibilidad que su esposa no sospechaba la menor emboscada. Y, en efecto, con su magnífica lealtad, agradecida por la justicia hecha a su amigo, tuvo un impulso de nobleza para con Oswill. Le tendió la mano.

—No, dijo él sintiendo recrudecérsele el odio. Más tarde.

Cruzó ante ella. ¡Que súbita inquietud hubiera sentido Estefanía si hubiera sorprendido la expresión repentina de su semblante oculto! Pero ya regresaba Oswill sonriendo.

—Solo le pido una cosa, dijo.

Ella respondió:

—Concedida:

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN LOS DOS ULTIMOS NUMEROS

Con el fin de evitar obligaciones y costumbres que la sustraen a él, Estefanía abandona el pueblecito para irse a París con Dewalter, el que ha comunicado a su amigo que no se va al Africa. Ya en París, devuelve el auto y comienza una vida de ansiedades por el futuro económico, salpicada de inefables horas de felicidad.

Oswill, entretanto, trazaba planes sombríos desde la lejanía de su voluntario destierro.

En amorosos diálogos, Jorge vacila. Ya confiesa. Pero calla. Y llega el momento en que ella resuelve regresar a Biarritz a arreglar su situación con Oswill, a quien imagina allí.

Parte el tren. Se han despedido tiernamente. De pronto Dewalter se lanza sobre el convoy y de un salto está junto a Estefanía. Y siguen ambos hacia Biarritz, hilvanando un nuevo capítulo de su romance amoroso.

Se baja Dewalter en una pequeña estación y regresa a París, desolado, y allí hace su dolorosa confidencia al viejo notario Montnormand, que le ofrece su ayuda paternal para que rehaga su vida en Africa.

Y cuando ya estaba decidido, el destino lo pone otra vez frente a su amor.

Estefanía ha vuelto a París, y también Lord Oswill, con el cual tiene una violenta entrevista, en la que ella lanza su desprecio y él sangrientas ironías que apenas contienen a su despecho.

El insistió, con expresión bondadosa:

—¿De antemano?

—Sí, repitió Estefanía... Sí... Es lo menos en día como hoy.

El pareció encantado. Sabía que ella, una vez que prometía algo, era incapaz de regatear la ejecución. Oswill ya habló con tono más firme:

—Pues bien; quiero anunciarle yo mismo al señor Dewalter mi abdicación, la felicidad de usted, y su buena fortuna.

Sorprendida, ella se negó. Oswill, sonriendo de nuevo, adujo la promesa que acababa de hacerle.

—¿Qué se propone usted? preguntó Estefanía.

—Quiero que me conozca—respondió él.

Y añadió que no tenía nada que temer pues entre gentes de buena sociedad no era posible ningún escándalo. En el momento de su sacrificio creía justo que se le consintiera juzgar por sus propios ojos a aquel por quien se inmolaba. Tenía aspecto tranquilizador, el de un vencido que perdona. Creyó ella que su manía de hacer experimentos sobrevivía a su maldad.

—¿No irá usted a provocarle? dijo.

Tomó él un aire apesadumbrado y sacudió la cabeza.

—De ningún modo. Si usted no fuera todavía lady Oswill, más bien le felicitaría por atesorar todas las virtudes que a mi me faltan... La ociosidad y la fortuna no le han corrompido.

Ella no contestó; pero en su hermoso semblante resplandecía todo su amor. Pensaba en la ternura de Jorge, en su pasión deliciosa, en su cuidado constante de adornarse para gustarle, en tantas cosas delicadas que le hacían incomparable. Pensaba que su amante había nacido libre de las preocupaciones de la vida para tener tiempo de amarla, como otros se dispensaban de la lucha en las ciudades para tener ocasión de orar en los templos. No, seguro que no: la ociosidad y la fortuna no le habían corrompido.

Contemplábala Oswill con sus ojillos bicolores; y leía en su espíritu.

—Le envidio, dijo. ¡A mi me han corrompido!

Le pareció a Estefanía que no tenían más que hablar. Ya era libre. Una entrevista, por correcta que fuese, entre Oswill y Dewalter lo disgutaba, pero tenía confianza en la delicadeza de su amigo. No temía en modo alguno que se encelara por el pasado. Muy al revés, la presencia de aquel marido, tan manifiestamente extraño a ella, contribuiría a destruir en Jorge todo posible sentimiento de tal naturaleza. Conocía la limpieza de su corazón y no le imaginaba recrcándose en visiones desagradables. Pero, por encima de todo, comprendía que ya no podía evitar el encuentro. Oswill la había decidido. Examinóle de nuevo y le vió tan tranquilo, algo tristón y benévolo. Estefanía se tranquilizó. De pronto, oyeron que Jorge penetraba en el recibidor:

—Lo prometido, dijo Oswill.

—Lo prometido, sí. Pero abrevie.

Estefanía cruzó ante él, dirigiéndose hacia una salida. El la seguía, encorvado, obsequioso:

—Le agradezco esta última obediencia.

Cerró ella la puerta sin volverse. Entonces, y bruscamene, Oswill se transformó.

Inclinado hacia adelante, con el rostro innoble, los dientes al descubierto, las manos en los bolsillos, los pies apartados y bien clavados sobre el tapiz, ebrio de alegría malsana, se había quedado de cara a la puerta de entrada y esperaba...

Esperaba la aparición del señor Jorge Dewalter, su antiguo confidente.

XVIII

Jorge no hubiera podido explicar, cuando abrió la puerta del piso lo que había pensado mientras subía vertiginosamente las escaleras. Un minuto no es largo. Y fué el tiempo justo que empleó para llegar de la doncella al ayuda de cámara .Encontró a éste todavía mohino por la entrada tempestuosa de sir Oswill. Dijo:

—He servido el té.

Tenía los ojos asustados. Dewalter no pudo obtener ninguna explicación. Estaba frenético y desorientado al mismo tiempo. ¿Qué clase de hombre sería aquel marido desconocido? Como un combatiente que ignorara a su adversario entró en el salón.

Vió a Oswill.

Y un Oswill tal como estaba, preparado con actitud de tirarse a fondo y riendo; a Oswill, el hombre del tren y de Biarritz. Titubeó. Dos segundos después, había comprendido.

Prorrumpió en una risita sin voz, rota, la risa nerviosa del hombre que se vé agotado y perdido. Balbuceó:

—¿Pero es posible... es posible?...

—El mundo es pequeño, ¿verdad? — dijo Oswill. Buenas noches...

Y añadió con delectación:

—Si, soy efectivamente yo.

Dewalter soltó una maldición, llena de desaliento. Le interrogó con súbito aire avergonzado, vencido.

—¿La ha visto usted?...

—¿A quién, a mi mujer? dijo Oswill. Sí. La he visto.

Dewalter vaciló, desolado. ¡Tantos esfuerzos, tantas amarguras para llegar a aquel extremo: a ser desenmascarado! Contemplaba a su confidente. Por dos veces, repitió:

Y ella sabe... ella sabe...

—Ella no sabe absolutamente nada, respondió Oswill.

—¿Porqué?

—¿Cómo porqué?

Dewalter se agarró al respaldo de un butacón. Veía el refinamiento del enemigo.

—¿Me esperaba usted? murmuró.

Oswill reforzó su áspera sonrisa. Y dijo:

—No tengo prisa.

Dewalter se estremeció.

—¿Cómo?

Su pobre dolor era cada vez más visible. Viendo que el inglés no se movía dió una patada en el suelo:

—Llámela, articuló Dewalter, y acabemos de una vez. Dígale...

Alardeando de una calma espantosa Oswill declaró.

—Yo no le diré absolutamente nada.

Jorge no le quitaba ojo, presintiendo un cepo.

—¿Porqué?

—Porque se lo prometí a usted en cierta ocasión.

Reía de nuevo y comenzaba a avanzar, siempre inclinado hacia adelante.

De pronto reveló su propósito.

—¡Sería demasiado cómodo, porque conozco su secreto ir a decirlo! No. Lo he pensado mejor. Ella sabrá la verdad por usted.

Y avanzando hacia Jorge añadió:

—¡Usted se lo dirá! Usted mismo ha de decirle; "Soy un aventurero, un estafador. Ud. tiene millones y yo no poseo un céntimo. Es cosa que puede arreglarse".

Silbaba sus palabras a fin de que no se oyeran a través de las paredes. Dewalter, frente al insulto, solo pensaba en aquel peligro. Apoyado contra una mesa miraba hacia donde había salido Estefanía. Oswill le comprendió. Y rompiendo a reir exclamó:

—Esté tranquilo. No escucha. Tiene confianza.

—¡Canalla! dijo Jorge a media voz.

Oswill evolucionaba en torno suyo, hablándole como si le escupiese su triunfo a la cara.

—Ya ve usted que no soy como esos pequeños burgueses que se precipitarían sobre la verdad como estorninos... La verdad es una arma segura, pero de doble filo... Las mujeres son como los déspotas. Mandan ejecutar a los portadores de malas noticias. El portador será Ud. Lo he dispuesto así. Yo me quedo fuera para ser el amo del juego.

Se había colocado detrás de Dewalter el cual seguía contemplando la puerta por donde Estefanía podía entrar. El desventurado se volvió; temblaba de pies a cabeza.

—¿Y eso le divierte?

—Me interesa.

—Aunque yo reviente.

—No reventará. Seguirá viviendo.

—Vaya con cuidado.

Estuvo a punto de lanzarse contra él.

—¡Haya paz! dijo Oswill interponiendo negligentemente un brazo. No apriete los puños.

Jorge comprendió que iba a caer como una tromba contra Oswill. Pero ella lo oiría, apresurándose a acudir. Atravesó el salón para resistir a la idea del choque. No obstante se sentía con unas fuerzas terribles y sabía que sus estado de nervios, demolería al coloso con un solo revés. Respiraba a pleno pulmón para contenerse.

Oswill daba libre curso a su odio. Apretando los dientes, insultábale con precipitación:

—Es usted un bonito regalo para cualquiera damisela sentimental que busque un Romeo. No ha tenido necesidad de ir al Senegal para ser un caballero de industria. Ha inventado un personaje para seducir a una mujer... No apriete los puños, le digo; ¡mañana tendrá usted las manos!

Jorge pensó: "Voy a matarle."

Y con voz sorda dijo:

—¡Cállese!...

Oswill prosiguió:

—No. Le digo lo que es usted. Al venir yo aquí creía que su víctima se hallaba al corriente de todo, envilecida al extremo de soportarle a pesar de conocerle. Pero no. He respirado. Ella no sabe nada. El timo de usted es de mayores alientos. Fortifica sus posiciones. Quiere durar.

Dewalter se había quedado mirándole con estupor. No podía concebir que le juzgasen así el alma. Nunca hubiera creído que tal cosa sucediera... Pensaba en el calvario que estaba recorriendo desde hacía tres días.

Oswill seguía burlándose:

—Sin duda se ha asociado usted con algún usurero para resistir hasta que todo salga bien. Va usted a caza de la riqueza.

Exasperado y avanzando el busto Jorge gritó, extrangulando sus palabras.

—¡Canalla! ¡Corazón de plomo y de fango!... Daría en este momento mi vida entera para matarle como a un perro, sí, como a un perro. Despierta usted en mí un odio salvaje, sí, de salvaje, en mi que soy todo amor.

Oswill rompió a reir:

—¡Todo amor!

Dewalter sintió crecer su ira:

—Sí, todo amor, sí... imbécil. ¡Desgraciado incapaz de concebir ninguna nobleza! ¡Ah, qué lástima le tengo! todo lo del mundo lo posee usted...si, todo, usted, bruto, hasta el dinero que consiente que, con todo, pueda hacerte todo... Tiene una mujer... y como sin embargo es usted un pobrete, el más pobre de los pobres, por ser pobre de corazón y de instinto, no ha sabido guardarla... ¡Y usted me insulta a mí, el rico, el verdadero rico entre los dos...

Estaba a menos de un metro de él y siempre algo encorvado para poder lanzarle las palabras sin gritar. Pero se las lanzaba al rostro, lívido, indignado, como si se las escupiera.

—¡Sapo! Si ella no estuviera ahí a dos pasos para protegerle, le digo que le reventaría, borracho de gusto, mejor que antiguamente en la trinchera... ¡Canalla!

El inglés tuvo como un relampagueo de duda: verdaderamente, aquel frenesí, aquella rabia, eran las de hombre honrado herido en su dignidad. Pero su propio natural le impidió creerlo. Hizo un pequeño ademán con la mano, un pequeño ademán de desprecio más insolente, más perentorio que un gran ademán:

—Cálmese. Todavía no lo he dicho todo.

Pero Dewalter, fuera de sí, se le anticipó, ordenando:

—No. ¡Basta! No diga nada más. ¡Basta! Ahora es a mí a quien le toca hablar, a mí...

Se rehizo:

—De manera que su mujer, ¿piensa usted que su mujer va a descubrir el engaño? ¿qué tiene usted razón? ¿que el amor y el timo son una misma cosa? ¿que voy a seguir y a espiar con su ternura y su piedad? ¿que el triunfo es de usted?

—Sí, respondio Oswill violentamente.

Jorge se irguió, ahogando una carcajada trágica:

—¡Necio!

Se acercó más aun a Oswill. Llegábale el turno de invectivar. Adivinaba cómo hacerle el mayor daño. Había comprendido por qué le odiaba aquel hombre, y su sed oscura de asemejársele.

—Todo lo ha previsto usted, dijo Jorge con un acento donde vibraba una especie de triunfo... todo lo ha previsto ¡menos las cosas hermosas! Ya no tengo un céntimo, ¿lo oye usted?... ni un céntimo... Fastidiese un poco... sufra...pues, sin amor, revienta usted de odio y de envidia... Sufra: ¡yo la amo! ¡Yo sí puedo amar! ¡Yo la amo! yo me he arruinado por ella...

Advirtió la sacudida del adversario...

—Sí, arruinado... ¡Yo la amo!... Muérase de envidia, la amo. Y voy a ausentarme. Con toda honestidad. Sin un ochavo. Me voy.

—No, gritó Oswill.

Tenía un actitud victoriosa.

—¡Necio!—repitió Dewalter.

Le volvió la espalda y, como agotado, fué a buscar apoyo sobre la cheminea. Oswill le siguió hasta allí.

—No, usted no se irá. Usted se queda. Le tengo cogido en la trampa. Usted no se vá. Todo lo tengo bien previsto.

Su semblante era un monumento de maldad. Había comprendido que Dewalter hablaba sobre seguro y que arriesgaba desaparecer quedando en airosa postura. Oswill se opuso a ello. Y a dentelladas, como una fiera que muerde, le gritó la venganza preparada:

—Todo lo he previsto. Voy a privarle del "bello gesto". No quiero que, a la postre, resulte usted una especie de héroe desaparecido y que aún le compadezcan. Usted ya no puede marcharse.

Parecía tan seguro de sí mismo que Dewalter sintió un escalofrío.

Oswill concluyó:

—Convierto a usted en un regalo para su timada. Se casa con usted: yo me divorcio. Sí, a causa de usted. Me divorcio.

Y añadió, apretando los puños:

—¡Eso, lo hago!

Dewalter volvió a murmurar inmóvil:

—¡Canalla!

—Usted, en cambio es un perfecto caballero, dijo Oswill con insultante ironía. Va a casarse con la misma mujer deshonrada por usted. ¡Es usted rico!

Y, como Dewalter permanecía inmóvil, aproximó la cara muy cerca de la suya y con repugnante alegría, acentuando mucho las palabras, le dijo:

—Usted es rico... Pero será menester hablar, confesar... y que ella le escuche.

Quedaron uno frente a otro, amenazadores, ligados por el odio y tan cerca que formaban un solo grupo. De repente sintieron un estremecimiento simultáneo: pensaron que Estefanía iba a volver. Sus insultos, su frenesí se les habían escapado con tan contenida violencia que estaban seguros de que ella no había oído nada. Sabían también que era una mujer incapaz de ponerse a escuchar tras una puerta. Dewalter hizo un esfuerzo sobrehumano para devolverle una apariencia de calma a su semblante. Oswill dió un salto de simio y se apartó un buen espacio.

Quedó con aire bonachón, como un actor prodigioso, en medio del salón y tal era el aspecto que ofrecía al entrar ella.

El la acogió con benevolencia:

—¡Ah! ¿Es usted?... Precisamente acabamos de concluir el señor Dewalter y yo.

Oswill les contempló a uno después del otro con bondad:

—Ya ven ustedes como todo se ha arreglado... Adiós.

Estefanía dió un paso hacia él. Estaba agradecida, libre y su antiguo odio se apaciguaba.

—¿No volverá a verlo, Oswill? preguntó.

—¡No! dijo; y en su corazón henchido de furor hervía la sangre. Pero la satisfacción de lo que estaba haciendo le daba la facultad de sonreir. Se limitó a explicar:

—Mi notario, mi abogado, los suyos...

Y añadió dirigiéndose a Dewalter:

—Los del señor... arreglarán las cosas ajenas a nosotros.

Se dispuso a coger el sombrero:

—Amiga mía, he perdido. Había apostado que no encontraría nunca entre nuestro rango un hombre digno de usted y de su amor... Ha encontrado al señor Dewalter...

Examinó de nuevo a éste. Le vió tieso, correcto, cruzado de brazos. Adivinó el esfuerzo que estaba haciendo para no desplomarse. Y le dijo sonriente:

—Hágala feliz. Le será fácil: usted es un perfecto caballero.

Y envolviéndolos en una mirada que era como una red donde les tuviera cogidos, salió de la estancia sin añadir palabra.

—Es un pobre hombre, murmuró Estefanía.

XIX

Oswill se lanzó a la calle poseído de feroz delectación. Descendía los Campos Elíseos haciendo embriones de gestos, como un beodo a pesar de que no había bebido. Los celos se le enseñoreaban como una borrachera, y no solamente los celos sino su innoble hermana: la no herida sino úlcera. Envidiaba a Dewalter. Le envidiaba por ser Oswill. Con su inteligencia roma, pero sólida, había comprendido por qué jardines misteriosos, florecidos de ideas, enviadia, la envidia, supuración del alma, ya paseaba aquel paria: jardines prohibidos sin candados a cuyo alrededor merodeaba Oswill como un mendigo.

No obstante decíase que en esos jardines acaba uno muriéndose de hambre. Tarde o temparno hay que salir de ellos. Y entonces se regocijaba. Como un apache, esperaba a su rival a la salida.

¿Cómo iba a serle posible a Dewalter evadirse de allí limpiamente? De ningún modo. Esta vez, el terrible excéntrico estaba seguro de ello. Eran las once de la noche. Al día siguiente antes de mediodía iría a casa de su abogado. Daría las órdenes pertinentes. La demanda de divorcio sería tramitada inmediatamente. Embriagada por la dicha de verse libre, Estefanía tendría el orgullo de no discutir. Ya no pensaba más que en el nuevo marido... ¿El nuevo marido? Aquí es donde Oswill estallaba de gozo.

Imaginábase con exactitud el comienzo de las negras confesiones. "La verdad está en marcha", decíase riendo.

Ya le parecía estar escuchando a Dewalter:

—"¿El alquiler? — No tengo dinero. — ¿El viaje? — Tome usted los billetes. — ¿Los gastos de la casa? — Haga el favor de darme un cheque para la cocina. Y se desea ropa blanca, o cigarrillos, o... no se olvide de meterme unos billetes en la chaqueta."

Oswill reía, todo lo estaba escuchando. En el cruce de la calle Boissy-d'Anglas, frente al viejo **Epatant**, simuló un paso de jiga sobre la acera...

Quedábale al hombre la fuga posible, mejor que la afrenta. Pues bien, no: nadie se va, a menos de ser un cualquiera, cuando la mujer comprometida se divorcia. Y si lo hace, ¡qué desprecio por parte de ella, qué resentimientos y qué estupor! Oswill estaba tranquilo: Dewalter no tenía escapatoria posible. No tendría más remedio que hablar.

¿Y después?

¿No podría gritarle ella: "¡Qué importa!", y murmurarle: "Te amo a pesar de todo?" No era probable. Cuando se es cincuenta veces millonaria como en el caso de Estefanía Coulevaí, enterarse de que un hombre se ha disfrazado de rico para llegarse, hacerse amar, conducirle al escándalo y decirle a la postre: "A propósito, querida amiga, no tengo un ochavo, ni uno solo... Me olvidé de ponerla al tanto por un exceso de delicadeza..." es cosa para pensársele bien. Puede tenerse manga ancha; pero ¿y el mañana? Y, en materia de amor, lo importante es el mañana...

Oswill experimentaba cada vez mayor contento: ¡había maniobrado con perspicacia! Entró en **Maxim**. Este lugar epiléptico parecía hecho exprofeso para él aquella noche. Allí se encontró con Deleone y Florinette Soinsoin. Tenía ella el aspecto de una muñeca mecánica y su rostro agradable desaparecía bajo una capa de pomadas y colorete. Estaba de moda. Llamaba la atención y Deleone rebosaba contento. Oswill fué a sentarse con ellos.

—Voy a divorciarme, dijo. Mi mujer se casa con aquel amigo de usted. Los tres estamos satisfechísimos.

Bebió. Deleone no sabía que contestar, pero

la noticia le alegraba mucho. Se dijo que había acertado en sus juicios sobre su camarada de guerra. Ardía en deseos de interrogar a Oswill, pero no se atrevía, pues el inglés, la mirada fija y el aire concentrado, se había puesto a silbar como un cow-boy. Se veía que estaba furioso y con el pensamiento puesto muy lejos. La Soinsoin le contemplaba con extrañeza:

—¿En que pensará?...

Pensaba simplemente que en un país más nuevo que París hubiera cogido un cuchillo que había allí sobre la mesa y lo habría plantado con satisfacción en la garganta de su vecino para enseñarle a no volver a llevar a Biarritz la gente destinada a Bamacko.

Otra vez comenzaba a torturarse.

Y se fué.

Al día siguiente, ascendiendo a pie por los Campos Elíseos vió, en un auto, a Estefanía y Dewalter que cruzaban en sentido contrario. Parecían dichosos. Dedujo que Dewalter aún no había hablado. Pero él salía de ver a su abogado; la tramitación estaba en marcha. Y sonrió, seguro de su golpe.

Por la tarde de aquel mismo día, lady Oswill encontró a Pascualina Rareteyre "chez Martial et Armand" en la plaza Vendome, en aquel gran salón donde, según se dice fué presentada la señorita Eugenia de Montijo al que debía hacerla emperatriz. Unas yanquis se lanzaban sobre los modelos nuevos y las **mannequins** desfilaban con ademanes estudiados y parejos. La mayoría de estas muchachas eran lindas y bien seleccionadas. La directora, ataviada con sencillez, atendía solícita a sus clientes suntuosas. Disponíalo todo con gran soltura, fruto de la costumbre, y llovían los pedidos. Estefanía encargó cinco vestidos para dos días después. Advirtió que se iba de París y mientras iban a buscar las telas, comunicábale a su amiga el divorcio ofrecido por Oswill y el placer de que estaba gozando.

—Le estoy agradecida, exclamaba con nobleza...

Ha comprendido que tenía yo derecho a un desquite del destino y, ante nuestro amor, se ha rendido. Cualesquiera que sean sus errores pasados se los perdono desde ahora. Me saca de una cárcel.

—¿Y qué piensa Dewalter? preguntó Pascualina.

—Su dicha iguala la que yo experimento, contestó Estefanía. ¿Cómo podría explicarte lo que es su alma sin aguas? Oswill y yo estamos acordes en proceder con rapidez. Antes de tres meses seré libre. La ley me impone luego ciertas demoras. ¡Qué importa! Jorge y yo viajaremos. Ya has oído que me voy dentro de dos días.

—¿Dónde iréis?

Estefanía, jovial movió la cabeza.

—Imaginate que todavía no lo sé.

—¿Cómo?

—No, de verdad, no lo sé aún. Jorge me dijo ayer que un asunto que le retenía en París ha terminado. Ya puede irse cuando quiera y yo prefiero que sea cuanto antes. Yo pensaba haber ido a Roma. El objeta que la temporada no es la más a propósito. Le hablé del Cairo. Parece pensar que más vale no alejarse mucho durante los trámites de mi divorcio. Puede, pues, que sea Palermo. O Saint-Moritz...

—Ya haces todo lo que él quiere, amonestó en broma Pascualina.

—Es muy recíproco, contestó la amante con orgullosa alegría.

Ayudada por su amiga procedió a la elección de las telas. Y juntas descendieron la plaza Vendóme hasta el Ritz. Encontraron a Jorge en el hall. Pascualina observó sin decir nada que había enflaquecido y que sus rasgados ojos, tan claros antes, se habían oscurecido. Pero admiró, como siempre, su apostura y aquella adoración muda con que recibía siempre a su amada. Estefanía la retuvo:

—Subid los dos a tomar el té, dijo. Serás la primera y la única en saber donde vamos; en adelante puesto que ya somos libres estamos resueltos a ocultarnos.

Y añadió dirigiéndose a Dewalter:

—Es menester que nos decidamos, Jorge. Dentro de un cuarto de hora debemos saber adonde pensamos ir.

Servido el té en las habitaciones de Estefanía siguieron tratando de la misma cuestión. Dewalter combatió hábilmente a Palermo y Saint-Moritz. Abrigaba el secreto propósito de volver con lady Oswill a su vieja residencia de Olorón. Tendía a ello con todas sus fuerzas aunque con cuidado de disimularlo. A partir de su tropiezo con el marido nadie hubiera sido capaz de sospechar lo que Jorge pensaba. Lo único que hubiera podido discernir un observador sagaz era su voluntad de ser siempre, y hasta en los menores detalles, dueño de sí y hermético.

—Se me ocurre una idea, dijo Pascualina. Veo que estais buscando una soledad hermosa, un dichoso retiro y... estamos en invierno. Pues bien: idos a mi país natal. Allí viviréis completamente el uno para el otro.

Se estremeció Jorge y, por muy preocupado que estuviese para no manifestar nada, tuvo deseos de gritar: sí. Recordaba que la señora Rareteyre había nacido en Arcachón, es decir, en el camino, o casi, de París a Olorón.

—No es mal consejo, dijo Estefanía. Allí estaríamos bien ocultos.

Siendo niña, habíanla llevado varias veces a aquella región. Conocía su encanto algo solemne, su armonía tranquila y la libertad con que allí se vive. Dewalter no insistía, pero lo deseaba con toda su alma. Con áspera voluntad quería que lady Oswill retornase a su tierra.

Pascualina contribuía inocentemente al deseo de Jorge:

—Iré a veros, decía. Por un día ¡terribles enamorados! tendreis que soportar la presencia de la amistad.

Dewalter contemplaba a Estefanía.

—Bueno pues, le dijo ella, ¿quieres?

El respondió:

—Sí.

Añadiendo luego:

—Al bajar le daremos instrucciones al conserje.

—¿Estás viendo, Pascualina? dijo Estefanía riendo. Ya te dije que serías la primera en conocer nuestro escondite.

Se sentía demasiado feliz para tener preferencias por uno u otro sitio. Daba igual. En cualquier parte iba a ser dichosa.

Cambiaron de conversación. El no manifestaba la menor inquietud, pero le parecía que va se aligeraba el peso abrumador que gravitaba sobre su ánimo. Pensaba que, para conseguir cualquiera cosa que sea, lo primero, es marchar en su dirección.

XX

Dos días después Jorge Dewalter salió de París. Por tercera vez después de dos meses pasaba por esta estación del Quai d'Orsay. Al hacer su primera salida había creido marcharse para muchísimo tiempo, por espacio de años y más años. En la segunda habíase abalanzado sobre el tren que se llavaba a su amante. Hoy, partía junto con ella y muy feliz aparentemente. Pero sabía que no volvería más. Cierta decisión que había adoptado le daba la seguridad de partir hacia un destierro definitivo. Jorge había resuelto desaparecer como esas brumas que el cielo absorbe de pronto y cuyas formas fugitivas nunca repiten dos veces su silueta.

Estaba persuadido de que, a menos de sufrir una afrenta insoportable, no podía dejar de disolverse en otro medio cualquiera y que le era indispensable hacerlo sin tardar. Faltábale saber como se las compondría para esfumarse según su deseo.

Montnormand había cumplido su palabra. La víspera le había remitido un cheque de veinte mil francos acompañado de una carta sencilla y bondadosa. Le recordaba la promesa de partir. Jorge a pesar de que bajo el imperio de tantas emociones comenzaba a embotarse, había derramado al leerla sus últimas lágrimas. Seguro ya de que devolvería aquel dinero destinado a su salvación, había cobrado el cheque. Al propio tiempo, con lo que le quedaba en el bolsillo había estado pagando las facturas atrasadas en los Campos Elíseos y dado propinas a los domésticos. Al arrancar el tren (era el gran tren de la mañana, el lujo que se va alrededor de las diez) llevaba íntegramente la cantidad enviada por su amigo. Al anochecer llegaron a Arcachón. Jorge iba tranquilo, contento, casi alegre y siempre solícito para con su amante.

Descendieron en el hotel Victoria. Por los collares de lady Oswill el director coligió que sus huéspedes eran gentes de opulenta situación. Les instaló lo mejor que pudo. La casa era provinciana y resultaba calmosa en aquella temporada de invierno. El hotelero era un antiguo pintor, un herido de guerra que por su herida en el brazo derecho había resuelto dedicarse a su nueva profesión. Tenía el arte de mostrarse siempre alborozado. Su acogida, llena de buen humor le hizo gracia a Estefanía. No tardó mucho en enseñarles las pinturas al fresco que él mismo había ejecutado y dijo que la mayor ventaja de su nueva profesión consistía en recibir, de vez en cuando, viajeros de calidad. Poseía una colección de autógrafos de la que estaba muy orgulloso. Dijo que varios literatos a los que nombró iban a trabajar a su hotel y que ciertos amantes ilustres, que no nombraba, tenían allí su escondite habitual.

Presentía alguna historia en sus huéspedes, una fuga novelesca, una pareja excepcional y se ingeniaba para demostrarles que lo adivinaba. Lady Oswill, libre y radiante por su libertad escuchábale complaciente Dewalter, en cambio, no le prestaba la menor atención. Pensaba que a despecho de las buenas intenciones del hotelero aquella casa no se parecía ni de lejos a los Ruhl o a los Carlton que tenía costumbre de frecuentar su querida y, algunos días después no le sería difícil sugerirle la idea de partir. No dejaba de pensar en su propósito...

Pero en las cuarenta y ocho horas que llevaban viviendo allí parecía encantada de la estancia.

Pasaban las tardes en barca sobre esa ensenada única en Europa. Una suave melancolía, una paz modesta, pero dulce como la renunciación mézclanse allí a los perfiles sencillos de la naturaleza. Cuando la luz sutil de Atlántico, luz verde, nerviosa, nostálgica, palpitante, presente por doquiera desde Brest hasta Hendaya, no está dramatizada por los temporales, no hay en toda Francia paisaje de más suaves tintes y matices. Hacia las orillas opuestas a la ciudad que le da nombre, evoca ¡quien sabe qué Polinesias, que Indias del tiempo de La Bourdonnais!; las cabañas de los pescadores, con sus velas izadas frente a las fachadas, toman a la puesta del sol aspecto de estampas japonesas; pero, de repente, hacia enmedio del gran espacio salado se sale del Asia para entrar, como por arte de magia en el Egipto. Unas velas primitivas se deslizan sobre anchos ríos, creados por el reflujo de la marea y la aparición de los islotes de arena, poco antes casi ocultos por el nivel de las aguas. Es, verdaderamente, como un paisaje del Nilo. Pronto van surgiendo los dominios de las ostras mientras que por el firmamento verdoso cruzan los triángulos de las aves emigratorias. A veces, a dos brazadas de la barquichuela, unos mónstruos ágiles rayan el lecho de las aguas. Son los grandes peces con lomos de zafiro negro que juguetean a la luz del crepúsculo.

Estefanía le dijo a Dewalter que debían alquilar alguna quinta por aquellos contornos exasiantes, pero él le hizo observar que peligraban tropezarse con ajuares demasiado modestos. Rió ella, reconociendo en esta respuesta el refinamiento de su gusto. Por la noche Jorge se quejó injustamente del hotel. Era la primera vez que ella le oía quejarse de algo. Y le hizo impresión. Temió que su amante echase de menos la ausencia de su fasto habitual. Pero la comarca seducía a la amante:

—Compraré un terreno, dijo y tú harás construir en él un palacete que responda a tus gustos. Así podremos volver por aquí.

Ya se divertía ella combinando los planos e imaginando una residencia preciosa. Alzábase ésta, completamente terminada, en su espíritu. Dewalter fingía interesarse mucho por su proyecto; hasta inventaba detalles para embellecer aquel palacete futuro pero sólo retenía una palabra: volver... Ya pensaba ella en la marcha y esto era lo que únicamente le importaba. En determinado momento Jorge hizo una alusión sagaz a la finca de Olorón. Todo su pensamiento ardiente sugería a la amante el retorno a su viejo solar.

(Continuará)

"PARA TODOS"
M. R.
Es propiedad Empresa "ZIG-ZAG" perteneciente a la
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO
REVISTA QUINCENAL
AÑO I — NUM. 6
SANTIAGO DE CHILE
20 de diciembre de 1927

Impreso en los Talleres de la Emp. Zig-Zag.

JOLI - SOIR

de Francia viene esta "Linda Tarde"

CHERAMY

A Europa huyó el invierno; Chile ya despierta en la dulzura veraniega; guardados el abrigo de pieles y el coche cerrado. Señorita: usted va florecer en trajes alegres. diáfanos, después del invierno triste.

La armonía femenina es triple: el traje no es nada sin la gracia; la gracia con el traje son poco sin el perfume.

Que no le falte la frescure suave, el mismo aliento de la temporada florida, el JOLI-SOIR, encanto veraniego!

Polvo - Talco - Extracto - Colonia - Loción - Brillantina.

JOLI - SOIR

por

CHERAMY

(M. R.)

Cinzano
Cinzano
Cinzano
VERMOUTH
Cinzano
VERMOUTH
Cinzano
CINZANO
VERMOUTH
M. R.

N.º 7

$1.20

Para Todos

M. R.

Es propiedad

COMO EN LOS TIEMPOS DE CAPA Y ESPADA..

La vida moderna exige estar siempre preparados para la lucha.

Ayer fué con la espada; hoy lo es con la salud.

En esto la alimentación desempeña un importante papel. Un plato diario de porridge de

AVENA GAVILLA

ayuda a mantener fuerte el organismo o a recuperar las fuerzas perdidas, porque el porridge de Avena Gavilla, contiene todos los elementos necesarios para una buena nutrición.

Coma Ud. Porridge diariamente y notará un apreciable mejoramiento en la salud.

PARA TODOS MR

Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía UNIVERSO

REVISTA QUINCENAL

AÑO I — NUM. 7

Santiago de Chile, 3 de enero de 1928

WEE Willie WINKIE

por Rudyard Kipling

Este es uno de los más hermosos cuentos del gran autor de los "Jungle Books". En él se encuentra refinado el estilo claro y breve de Kipling, que ha hecho de su obra literaria la más solicitada por los públicos de todas las razas.

El relato de la aventura de Wee Willie Winkie, el niño héroe, produce la emoción más pura y deja en el espíritu la sensación de las cosas perfectas.

Su verdadero nombre era Percival William Williams, pero había adoptado el otro de una recopilación de cuentos, y aquello fué como la terminación de su nombre de pila. La "ayah" de su madre le llamaba Willie-Baba, pero como jamás él se dignaba prestar la más ligera atención a lo que la "ayah" le decía, la habilidad de ésta no cambió en lo más mínimo las cosas.

Su padre era coronel del 195.o, y desde que Wee Willie Winkie se halló en edad de comprender lo que significaban las palabras "disciplina militar", el coronel Williams le sometió a ella. No quedaba otra manera de sacar algo en limpio del niño. Cuando se había comportado debidamente durante una semana, recibía la paga de buena conducta; y cuando había andado mal, se le privaba de sus galones.

Por lo regular se portaba mal, porque la India ofrece muchas oportunidades de pillerías a los chiquillos de seis años.

Los niños se resienten de la familiaridad con las personas extrañas, y Wee Willie Winkie era un muchacho muy susceptible. Una vez que había aceptado una relación, dignábase complacido a romper el hielo. Simpatizó desde el primer instante con Brandis, un teniente del 195°. Brandis tomaba el té en casa del coronel, cuando Wee Willie Winkie llegó, envanecido al poder exhibir los galones del buen comportamiento. Consideró a Brandis, con gravedad, lo menos por espacio de diez minutos, y luego:

—Usted me agrada,—díjole lentamente, retirando su silla y aproximándola a la de Brandis. —Usted me agrada. Le llamaré Coppy (1), a causa de su cabello... ¿No le molestará que le llame "Coppi"? Es por sus cabellos... ¿sabe?

Se trataba de una de las singularidades más desconcertantes de Wee Willie Winkie. Quedábase contemplando durante algunos momentos a cualquier extraño, y después, sin mayor cuidado ni explicación, le aplicaba un nombre. Y, el nombre perduraba. Ni las penitencias y castigos militares bastaban para reprimir y curar a Wee Willie Winkie de semejante costumbre. Un día perdió sus galones de buena conducta por haber bautizado a la esposa del intendente con el nombre de "Pobs"; pero nada de aquello sirvióle al coronel para hacerle olvidar aquel remoquete, pues la señora Collen quedó "Pobs" hasta el fin de su residencia en la localidad. Fué así, pues, cómo Brandis se vió bautizado con el sobrenombre de "Coppy", y, en consecuencia, acrecentado en la estima que le dispensaban en el regimiento.

Si Wee Willie Winkie tomaba interés por alguno, el feliz mortal trocábase en objeto de envidia a la vez por el rancho, la cantina o la cuadra. Y, esta envidia no se mezclaba en lo más mínimo a la sombra de un cálculo. El "hijo del coronel" no debía sino a sus propios méritos la idolatría de que era objeto. Wee Willie Winkie, no era, desde ya, lindo. Tenía el rostro casi siempre salpicado de barro, las piernas plagadas de arañazos, y, pese a las reconvenciones y casi las lágrimas de su madre, había insistido para que le cortaran sus largos bucles dorados y le dejaran la cabeza de acuerdo con las ordenanzas militares.

—Yo quiero tener los cabellos como el sargento Tummil,—había dicho Wee Willie Winkie.

Y, animándola su padre, consiguió que el sacrificio se consumara.

Tres semanas más tarde de haber hecho el presente de sus afecciones juveniles al teniente Brandis—que, para abreviar, de aquí en adelante, llamaremos "Coppy"—Wee Willie Winkie fué llamado a ver cosas extrañas y en extremo fuera del alcance de su comprensión.

Coppy le devolvía su amistad con usura. Coppy habíale dejado llevar su gran sable,—un sable de la talla de Wee Willie Winkie,—por espacio de cinco delirantes minutos. Coppy habíale prometido un pequeño fox-terrier; finalmente, Coppy habíale consentido presenciar esa misteriosa operación que consiste en afeitarse. Más aún. Coppy había declarado que el mismo Wee Willie Winkie, sería, llegado el momento, elevado al rango de propietario de un estuche de láminas relucientes, una caja de jabón y una brocha con mango de plata, a la que Wee Willie Winkie llamaba "el pincel de la espuma".

Decididamente, aparte de su padre, que podía otorgar o retirar los galones de buena conducta, no había persona más sabia, más fuerte ni más valiente que Coppy con sus medallas del Afghanistan y de Egipto sobre el pecho. ¿Por qué, entonces, Coppy podía tener la debilidad, indigna de un hombre, de abrazar — de abrazarla muy fuerte—a toda una señorita, a la señorita Allardyce en persona?

En el curso de un paseo matinal a caballo, Wee Willie Winkie había visto a Coppy proceder de aquella manera, y, caballero como él era, había vuelto las bridas de su cabalgadura para ir al encuentro de su "groom", temerosos de que el asistente también les hubiera visto.

En tiempo regular hubiera hablado de aquello a su padre; pero, instintivamente, sentía que se trataba de una cosa sobre la cual Coppy debía ser el más interesado.

—¡Coppy!—gritó Wee Willie Winkie, sofrenando su poney una mañana temprano, frente al "bungalow" de su teniente.—¡Tengo necesidad de verte, Coppy!

—¡Adelante, jovenzuelo!—replicó Coppy que tomaba su desayuno rodeado de los perros.—¿Qué es lo que te acurre?

Wee Willie Winkie no había hecho nada de particularmente reprensible desde hacía tres días, y materialmente estaba como coronando el pedestal de la virtud.

—He hecho una cosa mal,—le dijo.

Colocó sus piernas sobre una silla procurando estudiar el aire de laxitud que poseía el coronel, después de la revista y en un día de calor. Sepultó su nariz llena de pecas en una taza de té, y abriendo mucho los ojos, preguntó:

—Dime, pues, Coppy... ¿Es conveniente abrazar a las señoritas?

—¡No, mi hombrecito! ¡Comienzas muy temprano! ¿A quién quieres abrazar?

—A nadie. Mamá me abraza todos los días... Y, si no está bien... ¿por qué abrazaste a la hija del mayor Allardyce, ayer de mañana, cabe el canal?...

Las cejas de Coppy se fruncieron. El y la señorita Allardyce habían, a fuerza de habilidad, logrado tener aquellas citas secretas desde hacía una quincena. Existían urgentes e imperiosos motivos para que el mayor Allardyce ignorara todo aquello, por lo menos, hasta que hubiera transcurrido un mes. ¡Y, aquel demonio de chiquillo, le había descubierto inmediatamente!

—Yo te he visto,—dijo Wee Willie Winkie con calma.—Pero el "sais" (1) no vió nada. Yo le dije: "Hut jao" (2).

—¡Oh! Verdaderamente, has tenido gran presencia de ánimo, bribonzuelo—gruñó el pobre Coppy, entre jovial y malhumorado. ¿Y, a cuántas personas les has referido lo que has visto?

—Sólo a mí sólo. Tú también callaste cuando yo quise montar al búfalo y tenía a mi poney manco. Y, además, sabía mu bien que la cosa te hubiera contrariado.

(1) De 'Crop''; cortar los cabellos al rape.

(1) Groom, ordenanza.
(2) ¡Márchate!

—Winkie,—exclamó Coppy en su entusiasmo, sacudiéndole la mano, —eres el mejor de mis amigos. Escucha. Tú no puedes comprender todo esto. Uno de estos días, — ¡Diablo! ¿Cómo explicártelo? — uno de estos días me casaré con la señorita Allardyce, y entonces ella será la señora Coppy, como tú dices. Si en el fondo de tu joven corazón te sientes escandalizado ante la idea de que se puede abrazar a las señoritas, ve y cuéntale la cosa a tu padre.

—¿Que sucedería, entonces?—preguntóle Wee Willie Winkie que creía, firmemente, en la omnipotencia de su padre.

—Se me molestará,—dijo Coppy, jugando su triunfo con una mirada suplicante sobre el detentor del as.

—Entonces, yo no le diré nada,—declaró Wee Willie Winkie con tono seguro. Mas, mi padre me ha dicho que es indigno de un hombre estar besándose siempre, y yo no quiero creerte capaz de semejante cosa, Coppy...

—Pero, mi atrevido, yo no estoy besándola ni abrazándola continuamente. Es sólo de vez en cuando, y una vez que tengas más edad, harás lo mismo. Tu padre quiere decir que no es bueno para los niños...

—¡Ah!—dijo Wee Willie Winkie, comprendiéndolo todo.—¿Es como "el pincel de la espuma"?

—Precisamente,—agregó Coppy con tono grave.

—Pero yo no tendré necesidad de besar a las señoritas, excepto mi mamá. Y eso, es preciso, tú sabes...

Hubo un largo silencio, que Wee Willie Winkie rompió:

—¿Quieres mucho a la hija del mayor, Coppy?

—Terriblemente contestó Coppy.

—Más que a Bell o la Butcha (1) o a mí?

—La amo de otra manera, — dijo Coppy.— Como tú, comprenderás, un día de estos la señorita Allardyce será mía, en tanto que tú, tú crecerás y comandarás el regimiento y toda suerte de asuntos similares. No es la misma cosa, ¿comprendes?...

—Muy bien — dijo Wee Willie Winkie, levantándose.— Si tanto amas a la señorita esa, no se lo diré a nadie. Entretanto es preciso que me marche...

Coppy levantóse para acompañar a su pequeño visitante hasta la puerta, agregando:

—Eres el mejor de los pilluelos, Winkie. Mira, te lo voy a decir. Dentro de treinta días, a partir del día de hoy, se lo podrás decir a todo el mundo.

Fué así como el secreto del compromiso amoroso Brandis-Allardyce permaneció pendiente de la palabra de un niño. Coppy, que conocía las ideas de Wee Willie Winkie sobre la lealtad, estaba tranquilo, porque sabía que el pequeño no traicionaría su promesa.

Wee Willie Winkie, a su vez, testimoniábale a la señorita Allardyce un especial y desacostumbrado interés, y, dando vueltas en torno de la rubia joven, bastante embarazada por aquel proceder, acostumbróse a mirarla gravemente, con los ojos fijos. El pequeño trataba de descubrir por qué Coppy había podido abrazarla. Estaba muy lejos de ser tan gentil como su madre. Por otra parte, era propiedad de Coppy, y en el tiempo preciso pertenecería a este último. Convenía, por lo tanto, en que debía tratarla con el mismo respeto que al sable o a la deslumbrante pistola de Coppy.

La idea de que compartía un gran secreto con Coppy mantuvo a Wee Willie Winkie, de una manera inédita, durante tres semanas en el camino de la virtud. Al cabo de este lapso comenzóse a descarriar y encendió en el fondo del jardín una "fogata de vivac", como él decía. ¿Cómo iba a poder prever que las chispas que de ella se escaparon iban a caer sobre las pilas de heno del coronel y consumirle la provisión de una semana que allí tenía para sus caballos? El castigo no se hizo esperar,—privanza del galón de buena conducta y, lo más molesto de todo, dos días sin salida,— en la casa y la terraza— conjuntamente con la de contemplar esa luz que para él era el rostro de su

(1) Nombres de perro y perra, respectivamente.

padre. Aceptó el arresto como un hombre, esforzándose en aparecer como tal; se cuadró ante su padre, temblorosos los labios, saludó, y, una vez fuera del despacho, corrió a sollozar amargamente en su "nursery",—bautizada por él "mis cuarteles". Coppy llegó después de mediodía e intentó consolar al delincuente.

A la mañana siguiente, muy temprano, subió

a la terraza de la casa,—cosa que no le habían prohibido,—y sorprendió a la señorita Allardyce en el instante de salir para dar su paseo a caballo.

—¿Dónde vas?—gritóle Wee Willie Winkie.

—Hasta el otro lado del río,—respondióle ella. Y, continuó galopando.

Entonces el acantonamiento donde se hallaba el 195° limitaba al norte con un riacho,—seco en invierno. Desde muy pequeño, Wee Willie Winkie tenía prohibido atravesar el cauce, y había observado que el mismo Coppy, el casi omnipotente Coppy, no había puesto los pies del otro lado. Le habían leído, un día, a Wee Willie Winkie, en un hermoso libro de tapas azules, la historia de la Princesa y los Duendes (1)—historia maravillosa a más no poder de un país en el que los duendes no cesaban de hacer la guerra a los hijos de los hombres hasta el momento en que fueron derrotados por un cierto Caballero llamado Curdie. A partir de aquella fecha, parecíale siempre que las montañas desnudas, negras y violáceas, que se elevaban del otro lado del río, hallábanse habitadas por los duendes, y, efectivamente, todo el mundo había pretendido que allí moraban toda índole de hombres perversos. Y allí estaba el caso de su propia casa donde, de no haberse tenido la previsión de cubrir la parte de los cristales con un papel verde, estos hubieran podido ver el interior y penetrar para encender fuego en los salones y en las confortables habitaciones. No había duda: del otro lado del río, donde terminaba la tierra, debían morar los malos hombres. ¡Y, he aquí que la más grande de las hijas del mayor Allardyce, la propiedad de Coppy, se disponía a aventurarse más allá de sus fronteras! ¿Qué diría, pues, Coppy, si le acontecía cualquiera cosa? ¡Y, si los duendes procedían con ella como habían procedido anteriormente con la Princesa de Curdie. Era preciso, a toda costa, hacerla retroceder.

La casa estaba tranquila. Wee Willie Winkie reflexionó algunos instantes en la cólera terrible del coronel; y después... ¡rompió su arresto! Era un crimen para el cual no habían palabras. El sol, aun bajo, proyectaba la sombra de Wee Willie Winkie, muy grande y muy negra, sobre los senderos rastrillados del jardín, mientras bajaba a las caballerizas para ordenar que le ensillaran su poney. Parecíale en la calma del alba que el universo entero había sido invitado a permanecer tranquilo para contemplar a Wee Willie Winkie culpable del delito de insumisión. El "sais", medio dormido aún, le entregó su montura, y, como un gran pecado hace a los otros insignificantes, Wee Willie Winkie declaró que iba a casa de Coppy Sahib, y salió al paso, haciendo marchar a su poney por la alfombra muelle de los canteros de flores.

La huella devastadora de los cascos del poney fué el último desaguisado que apartó a Wee Willie Winkie del resto de la humanidad y de su simpatía. Dió vuelta al llegar al camino, se inclinó hacia adelante, y echó a correr tan rápidamente como pudo el poney poner sus patas una delante de la otra en dirección del riacho.

Mas, el más rápido de los poneys de dos años no puede en manera alguna aventajar gran cosa al galope de un Waler (2). La señorita Allardyce, llevándole gran ventaja, había atravesado los campos de cultivo, y franqueado los puestos de policía donde aún dormían los guardias; los cascos de su cabalgadura se hundían entre los guijarros del río en el momento en que Wee Willie Winkie dejaba tras de sí el acantonamiento y la India Británica.

El cuerpo inclinado hacia adelante, sin que por eso dejara de blandir su fusta, Wee Willie Winkie penetró en territorio afghan, y llegó a columbrar a la señorita Allardyce que revoloteaba como una manchita negra a través de la llanura pedregosa. El motivo de su escapada, era bastante sencillo. Coppy, con un tono autoritario, quizá demasiado prematuro, habíale prevenido que no debía pasear a caballo del otro lado del río. Y ella, para darle una lección a Coppy y demostrarle que sólo hacía lo que le daba la gana, para aquel lado habíase encaminado.

Casi al pie de las inhospitalarias montañas, Wee Willie Winkie vió al Waler saltar y caer pesadamente. La señorita Allardyce consiguió librarse del peso de la montura, pero, habiéndose torcido un tobillo, no podía mantenerse en pie. Demostrado de esta manera que ella no hacía sino lo que quería, comenzó a llorar. Fué entonces cuando quedó sorprendida al ver aparecer al niño, pálido, los ojos dilatados, trajeado de kaki y montando un poney sin resuello.

—¿Se ha hecho mucho, mucho daño?—gritóle Wee Willie Winkie desde que la tuvo al alcance de su voz.—No ha debido venir hasta aquí.

—Yo no sé—dijo tristemente la señorita Allardyce, sin reparar en el reproche.—¡Pero, bondad divina! ¿Qué haces por aquí, tú, pequeño?

—Usted me dijo que iba a atravesar el río,— dijo Wee Willie Winkie, anhelante, bajándose del poney. Y nadie.—ni aún Coppy,—debe atravesar el río. Por eso he venido detrás de usted, a todo galope, aunque no me ha querido escuchar. Y, he aquí que se ha hecho daño, y Coppy se va a enojar conmigo y, además, me he escapado de la penitencia. ¡He roto mi arresto!

El futuro coronel del 195.o echóse a tierra y comenzó a sollozar. A despecho de su dolor en el tobillo, la señorita Allardyce sintióse conmovida.

—¿Has venido a caballo hasta aquí, desde el acantonamiento, hombrecito mío? ¿Y por qué?

—Usted pertenece a Coppy. ¡Coppy me lo ha dicho!— gimió Wee Willie Winkie, incoonsolable. — Yo le vi cuando la abrazaba, y me ha dicho que la quiere a usted más que a Bell, o a Butcha, o a mí. Por eso he venido. Es preciso que se levante y regrese. No debe quedarse aquí. Es un mal lugar. Yo, para eso, he roto mi arresto...

—No puedo moverme, Winkie.—dijo la joven, con un gemido.—Me he lastimado un pie. ¿Qué hacer?

Mostrábase dispuesta a llorar nuevamente, lo que devolvió toda su serenidad a Wee Willie Winkie, educado en la creencia de que las lágrimas eran el último grado en la pérdida de la virilidad. Pese a que ello se permitía estallar en el caso de un pecador tan grande como lo era Wee Willie Winkie.

—Winkie,—tornó a decirle la señorita Allardyce,—cuando hayas descansado un poco, regresarás para pedir que envíen cualquier cosa donde yo pueda regresar. El caminar me haría daño.

El niño permaneció tranquilo unos instantes y la señorita Allardyce cerró los ojos; el dolor era tan fuerte que casi la privaba del conocimiento. Se recobró un tanto al escuchar a Wee Willie Winkie que, después de haberse incorporado, ataba las riendas a su poney, le palmeaba el cuello y le ponía en libertad dándole un fustazo que le hizo saltar. El pequeño e inteligente animal, al galope, tomó en dirección hacia el campamento.

—¡Oh, Winkie! ¿qué haces?

—¡Chitón!—dijo Wee Willie Winkie. He aquí un hombre que se aproxima, uno de los malos hombres, sin duda... Es preciso dice que me quede con usted. Mi padre dice que un hombre siempre debe velar por la seguridad de una mujer. Jack regresará a la casa y entonces vendrán en busca de nosotros. Es por eso que yo le he dejado ir.

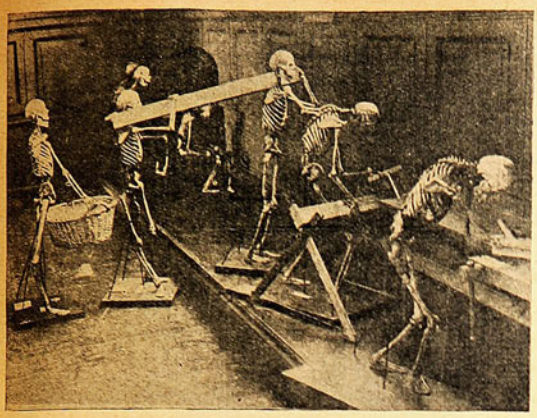
No era uno, sino dos o tres hombres los que aparecieron, saliendo de entre las rocas de la montaña, y Wee Willie Winkie sintió que las fuerzas le faltaban, porque justamente de esta suerte era como acostumbraban a hacerlo los Litones cuando querían atormentar el alma de Curdie. Era así, ni más ni menos, como andaban por el jardín de Curdie,—él había visto

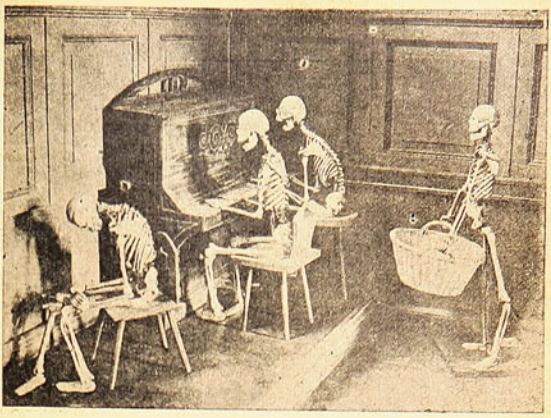
(Concluye en la pág. 4)

(1) "The Princess and the Goblins". Cuento del doctor Jorge Macdonal, célebre novelista escocés.

(2) Caballo de Nueva Gales del Sur.

CURIOSIDADES





En Alemania se ha llegado a un maravilloso perfeccionamiento en la enseñanza de la cultura física. Estos panoramas del otro mundo que nos ofrecen las fotografías son nada menos que demostraciones objetivas que se le hacen a los alumnos acerca de los inconvenientes que significan las posturas forzadas o la vehemencia al cargar o portar objetos pesados.

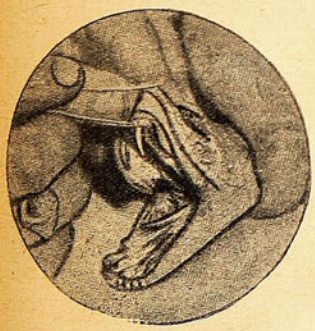
EL NUEVO BAILE "MECANICO"

El "danse mecanique", que fué introducido en Rusia por bailarinas francesas, fué ejecutado recientemente en los teatros principales de Berlín por Mildred Meinhard. La bailarina imita una máquina a vapor y la música, los ruidos metálicos que se oyen en las fábricas.

La joven bailarina alemana alcanzó un gran éxito ante la sociedad de Berlín. En el grabado aparece luciendo el curioso trajo con que baila.

TRAJE ORIGINAL

Cansado de organizar certámenes de belleza, un empresario londinense organizó un certamen de trajes. Se adjudicó el primer premio la hermosa bailarina Billie Telvin, cuyo traje se reducía a dos grandes rosas de cinta. Uno de los miembros del jurado dijo que era "cual una nerviosa mariposa en un ambiente perfumado de jardín."



LA CULEBRA DE CASCABEL

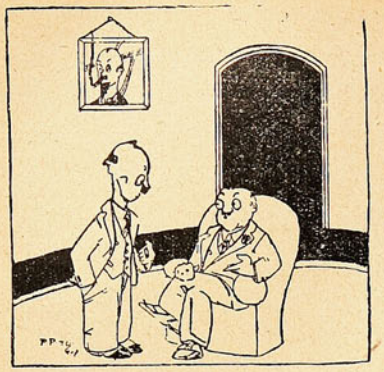
Operación para extraer el colmillo por el cual el peligroso reptil inyecta su terrible veneno al cuerpo de su víctima.

EN LA MAÑANA

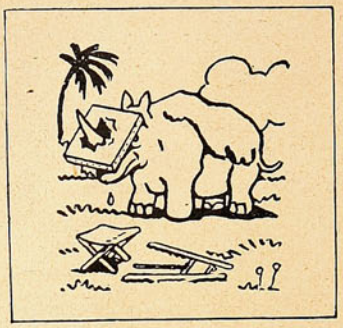
Frente a mi casa hay un tupido cerco de enredaderas. Y todas las mañanas amanece azul como si un trozo de cielo, durante la noche, se hubiera desmenuzado sobre él. Muy temprano, apenas me levanto, corro a abrir la ventana de mi cuarto para mirar el hermoso cerco azul. Debe ocultar muchos nidos, porque son muchos los gorriones que entran, salen y se agitan chillando entre el verde laberinto de sus tallos. A veces los chicos del barrio arrancan puñados de sus bellas flores y se las ponen en las gorras mugrientas. Es como si llevaran penachos de cielo sobre la sucia cabeza. Pero las tiran en seguida. Ayer vi que el lechero, al pasar, pegó al cerco con el látigo, y la vereda quedó cubierta de campanillas mutiladas.

No sé por qué me apacigua ese cerco tan lleno de viva y sana belleza. Y creo que me da una constante lección de optimismo, floreciendo sin tasa, cubriéndose de mañana a mañana con sus campanillas azules, a pesar de la avidez inconsciente de los muchachos del barrio y de la crueldad torpe del lechero que, al pasar, le pega con el látigo. JUANA DE IBARBOROU.

HUMORISMO



—¿De modo que usted quiere casarse con mi hija? ¿Y en qué trabaja usted?
—Pues yo vendo instrumentos musicales. Hoy, por ejemplo, vendí más de mil.
—¡Ah! ¡Magnífico! ¿Pianos tal vez?
—No, señor. Agujas de fonógrafo.



EL RINOCERONTE "PUMPIER".—Esta pintura moderna sólo metiendo las narices se comprende...

—Ahora me vas a contar los chismes que hubo mientras estuve en Nueva York.
—No ha habido ninguno, querida, mientras tú estabas ausente.

WEE WILLIE WINKIE

(Conclusión) (De la página 2)

la imagen—y así como procedieran para atemorizar a la nodriza de la princesa. Les oyó hablar entre ellos, y reconoció con alegría la jerga bastarda del "pushto", que había aprendido del ordenanza de su padre, recientemente licenciado. Gente que hablara esa lengua, en manera alguna, podía pertenecer a las legiones de los malos hombres. No se trataba sino de indígenas.

Treparon sobre las gruesas piedras donde el caballo de la señorita Allardyce había caído.

Entonces se levantó Wee Willie Winkie, hijo de la raza dominadora, de seis años y nueve meses, diciendo con tono breve y enérgico:

—"Jao".

El poney acababa de atravesar el lecho del río.

Los hombres echáronse a reír; pero, aquella risa en boca de los indígenas era cosa que Wee Willie Winkie no sabía tolerar. Les preguntó qué querían y por qué no se marchaban de una vez. Otros hombres con rostros más horribles aún y armados con fusiles surgieron de entre las peñas, hasta el punto que, bien pronto, Wee Willie Winkie se encontró cara a cara con un auditorio de lo menos veinte individuos. La señora Allardyce comenzó a gritar.

—¿Quién eres?—les interrogó uno de los hombres.

—Soy el hijo del coronel Sahib, y mi orden es que os marchéis al momento. Con vuestros rostros negros asustáis a la señorita Allardyce. Es preciso que uno de vosotros corra hasta el acantonamiento para anunciar que la señorita Allardyce se ha hecho daño, y que el hijo del coronel está aquí con ella.

—¿Hacemos caer en la trampa?—le replicó riendo.—¡Escuchad al pequeño!

—Decidles que soy yo quien os he enviado, yo, el hijo del coronel. Se os dará dinero en compensación.

—¿Para qué tantas palabras?—dijo, por detrás, una voz perteneciente a un hombre invisible. Recoged al niño y a la muchacha, y podremos, así, al menos, pedir algo por el rescate.

Eran los hombres malos,—peores que los Lutines,—y fué preciso que Wee Willie Winkie apelara a toda su educación para no estallar en lágrimas. Pero, sabía que el acto de llorar ante un indígena,—a menos, únicamente, que se tratara del "ayah" de su madre,—implicaría una infamia más grande que no importa qué delito de insumisión. Además, en su condición de futuro coronel del 195°, sentía a sus espaldas aquel terrible regimiento.

—¿Acaso queréis llevarnos?—preguntóles Wee Willie Winkie, palidísimo y muy mal, a pesar suyo.

—Sí, mi pequeño "Sahib Bahadur" (1)—dijo el más corpulento de los hombres, agregando:—Os comeremos inmediatamente.

—¡Esas son chiquillerías!—exclamó Wee Willie Winkie.—Los hombres no comen a los hombres.

Un coro de carcajadas le interrumpió, pero él prosiguió con firmeza:

—Y, si vosotros nos lleváis, os advierto que el regimiento subirá en una sola jornada y os matará a todos sin que quede uno solo. ¿Quién quiere llevar mi mensaje al coronel Sahib?

Erale más fácil al niño, que no sabía aún pronunciar debidamente las "r", las "j" y las "ch", discurrir en no importa qué jerga del país. Y, tres de entre ellos le eran familiares a Wee Willie Winkie.

Otro hombre vino a tomar parte en la conferencia, gritando:

—Oh, imbéciles! Lo que dice este niño es verdad. Es el corazón del corazón de esas tropas blancas. En nombre de la paz, dejadles marchar a los dos, porque si les retenéis todo el regimiento avanzará sobre el valle. Nuestras moradas en el valle están, y ni nosotros ni ellas escaparemos de su furia. Ese regimiento está constituído por verdaderos demonios. Fueron ellos quienes destrozaron a patadas a Khoda Yar cuando intentó coger los fusiles; y, si nosotros tocamos a este niño, quemarán, violarán y se entregarán al pillaje durante un mes entero, hasta que no quede nada. Es preferible enviar un hombre con el mensaje y aguardar la recompensa. Repito que este niño es como el Dios de esa gente, y que no nos perdonarán ni a nosotros ni a nuestras mujeres si le llegamos a causar algún daño.

Era Din Mahommed, el ordenanza licenciado del coronel. A aquellas palabras sucedió una discusión cálida y animada. Wee Willie Winkie, de pie y a la vera de la señorita Allardyce, aguardaba el resultado. Era indudable que "su regimiento", "su regimiento", no le abandonaría en el caso de llegar las cosas al extremo que se temía.

. . . . . .

El poney, sin su jinete, llevó la noticia al 195°, por más que ya hacía una hora que reinaba la consternación en la casa del coronel. El pequeño animal llegó al campo de maniobras, justamente frente a la cuadra principal, donde los hombres estaban en vías de instalarse para jugar una partida de naipes hasta el mediodía.

Devlin, el sargento abanderado de la compañía E, vió al punto la silla vacía y echó a correr a través de las salas, donde, al pasar, con un puntapié, despertó al cabo de guardia.

—¡Arriba, muchachos! ¡Algo le ha ocurrido al hijo del coronel!—gritó.

—¡No puede haberse caído! ¡Dios de Dios! ¡No ha podido caerse, no!—exclamaba un tambor.—Vamos en busca de él, por la otra parte del río. Es por ahí donde, si ha caído, corre más peligro. Son, quizá, los Pahtans quienes le han cogido. ¡Por el amor de Dios, no le busquéis en los "mullahs" (1)! ¡Vamos a la otra parte del río!

—Tiene algo de razón este pequeño mott...—exclamó Devlin.—¡A ver! ¡Compañía E, a paso redoblado hasta el río! ¡En marcha!

Fué así cómo la compañía E, en mangas de camisa, tomó el paso redoblado de sus corazones; detrás de ellos, acuciándoles, el sargento.

El campamento quedó cubierto por los hombres del 195°, corriendo en busca de Wee Willie Winkie, y el coronel, finalmente, se agregó a la compañía E, bastante sofocado para jurar como acostumbraba, en el instante en que sus hombres se debatían en medio de los guijarros del lecho del río.

Desde la cúspide de la colina, al pie de la cual los malos hombres discutían sobre la mayor o menor discreción del que debía llevar al niño y a la joven, un vigía afghan hizo dos disparos.

—¿Qué os decía...—exclamó Din Mahommed.—¡Nos persiguen! ¡Los "fulton" están ya en camino para atravesar la llanura!! ¡Huyamos! ¡Qué no nos vean con el pequeño!

Los hombres aguardaron un instante, luego, ante el aviso de un nuevo disparo, se retiraron a sus montañas, silenciosamente, como habían aparecido.

—El regimiento se aproxima,—dijo Wee Willie Winkie a la señorita Allardyce, con un tono de confianza absoluta.—Todo va bien. ¡No llore más!

Y, bien que necesitaba consejero él también, porque, diez minutos más tarde, cuando llegó su padre, lloraba amargamente, la cabeza sobre las rodillas de la señorita Allardyce.

Los hombres del 195° les transportaron a la casa en medio de gritos de entusiasmo; y Coppy, que había echado su caballo por un vado, les alcanzó, y, le besó con efusión ante los hombres.

Pero, él sintió que la herida sufrida por su dignidad, recibía, también, un bálsamo. Su padre le afirmó que no solamente le perdonaba el haber roto el arresto, sino, que el galón de buena conducta le sería devuelto tan pronto como su madre se lo pudiera coser sobre la manga de su blusa. La señorita Allardyce le había relatado toda la aventura al coronel y éste sentíase satisfechísimo de su hijo.

—Ella te pertenece, Coppy,—dijo Wee Willie Winkie, señalándole a la señorita Allardyce con el extremo de su índice un poco sucio de tierra.—Yo "sabía" que ella no debía atravesar el río; yo sabía que el regimiento vendría a buscarme si le enviaba a Jack.

—Eres un héroe, Winkie,—declaró Coppy.—¡Un "pukka" (1) héroe!

—Yo no sé qué quieres decirme con eso,—dijo Wee Willie Winkie.—Pero, no es preciso llamarme Winkie. Yo soy Percival William Williams.

Y, fué de esta manera cómo Wee Willie Winkie entró en la edad viril.

(1) "Bahadur": jefe.

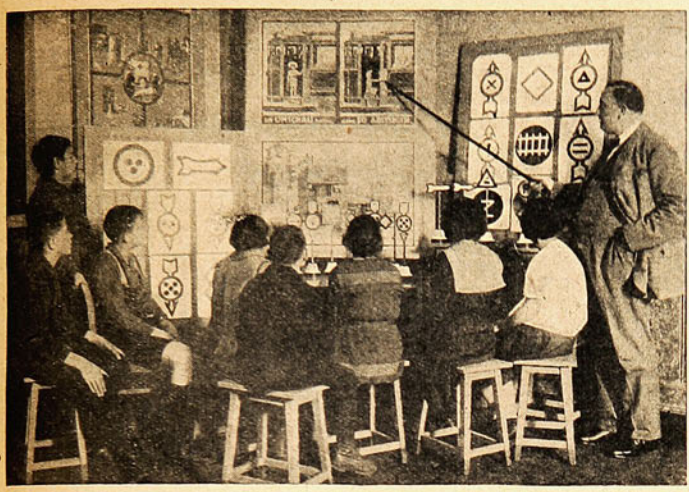
(1) Palabra indígena para designar a los pequeños barrancos.

(1) "Pukka": verdadero.

LA CULTURA CALLEJERA

Cómo se enseñan las necesidades que impone la vida moderna

Tomamos de una revista española el siguiente comentario sobre las escuelas de "Cultura callejera", inauguradas con gran éxito en Alemania.



Enseñanzas prácticas de maneras de conducirse en la vía pública, en una escuela alemana de "cultura callejera".

EN una de sus crónicas sobre la vida americana, discurre José M.ª Salaverría estudiando un problema que él denomina de "cultura callejera". El tema nos parece atractivo y la denominación exacta.

Efectivamente; existe en la actualidad este problema en todas las grandes capitales, acentuado en estos últimos tiempos por lo que se ha dado en llamar "dinamismo". Este dinamismo es tan vario como los pueblos y las razas. El español no podrá conducirse nunca como un sajón ni como un americano. El carácter y las costumbres nos lo vedarán. Sin embargo, como ese dinamismo ciudadano es un resultante de la vida moderna, toda agitación y tumulto, no hay pueblo en que no se manifieste, si bien con distintas características y hasta resultados. De ahí el que exista efectivamente un dinamismo inútil y pintoresco, cual es el que caracteriza a los latinos, y un dinamismo extraordinariamente práctico a los demás habitantes del planeta. A Salaverría le parece el más atrayente y loable aquel que resulta de ambas mezclas; es decir, el de los pueblos hispanoamericanos que poseen un dinamismo esencialmente práctico, y hasta pudiéramos decir científico, pero dulcificado y armonizado por la sobreabundancia de la gracia latina. Creemos haber entendido así el pensamiento del ilustre cronista.

Si, en realidad, para darse cuenta de una población, en su aspecto psicológico, no existe otro procedimiento que "entregarse a la marea ciudadana, sumergirse en la ola de la calle, transitar como se pueda por las aceras atascadas, saltar al taxí y al autobús o hundirse en el **Metro**", pobres de nosotros, los madrileños, cuyo dinamismo consiste en atropellarse constantemente, desobedecer todas las órdenes de policía, hacer cada uno su santa voluntad, a veces en contra de la del vecino, y producirse, en fin, con el desorden y precipitación que nos caracteriza.

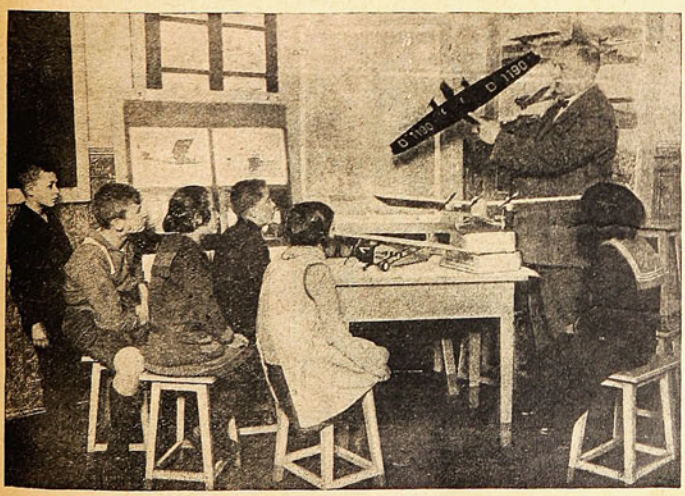
Varios años lleva la Empresa del **Metro** madrileño intentando lograr que los viajeros entren y salgan de los coches por distintas puertas, sin conseguirlo, y no han sido todavía suficientes las luces y timbres instalados en nuestras vías, ni los pitos y porras de los guardias urbanos para lograr una perfecta circulación de vehículos y peatones, aunque algo se vaya consiguiendo.

El mecanismo, el ritmo de esa vida ciudadana es difícil de inculcar a las muchedumbres con la rapidez que esa misma vida cada día más complicada exige. Las generaciones venideras estarán más a tono con ellos si nos preocupamos de inculcárselo al niño desde sus primeros años, pues de lo contrario, como ese dinamismo aumenta conforme el progreso avanza, difícil será que puedan constituir la calle y la ciudad la escuela práctica necesaria.

Ved en Alemania cómo han comenzado a preocupar estas enseñanzas a maestros y pedagogos.

Al niño hay que ponerle en condiciones de desenvolverse en esa vida a la que se le va a lanzar. Será preciso, por tanto, aleccionarle en el manejo del teléfono, en el franqueo y distribución de la correspondencia, en esos mil detalles que sólo la práctica hasta ahora era la encargada de enseñarles, con un evidente retraso. Ved en las fotografías que ilustran estas líneas cómo el profesor va aleccionando a sus alumnos sobre la forma de apearse de un tranvía, dándoles a conocer las señales e indicaciones ferroviarias y automovilistas, la forma de cruzar las calles y de conducirse en ellas evitando los peligros, la manera de acudir en socorro de las víctimas de los accidentes callejeros, sin olvidar la trascendencia que para la vida futura tendrá la aviación, cada día más pujante.

Aprendiendo a manejar el teléfono.



Explicación a los alumnos de los grandes "raids" de aviación

He aquí la cultura callejera, de extraordinaria importancia, no sólo porque ella nos traerá una mayor comodidad aparejada a la actividad ciudadana, sino porque contribuirá a que la técnica, el ritmo de nuestra vida, esté a tono con las necesidades de la vida moderna y no seamos una excepción en el universal progreso de los pueblos.

Demos a este dinamismo toda la gracia, toda la vehemencia de nuestro temperamento y de nuestro carácter, y así lograremos poseer una fisonomía propia, que, a la tradicional y típica alegría de nuestro pueblo, sabrá unir la cada día más necesaria "ordenación del movimiento", difícil de lograr si no lo hacemos consubstancial a nuestra manera de conducirnos y a nuestra forma de vida en común.

Para ello será preciso prescindir de algunos vicios muy arraigados en nuestras costumbres. Se inculcará a las gentes la conveniencia de no formar grupos en las plazas públicas, de no "tomar el sol" fuera de los paseos y lugares apartados, de no atravesar las calles leyendo periódicos, de no apearse de los tranvías en marcha y de no jugar al fútbol más que en los campos de deportes establecidos para el caso.

Todo esto debe procurarse que vaya desapareciendo de nuestras costumbres.

Inculcando a los niños estas enseñanzas de "cultura callejera" conseguiremos que los hombres de mañana tengan un concepto más acorde, más exacto de lo que es la vida en los pueblos modernos.

UN ROMANCE TRAGICO EN EL BARRIO CHINO DE SAN FRANCISCO, CALIFORNIA

La misteriosa muerte de Ham Leong, la Mariposa Oriental que quemó sus alas en el sol de Occidente.

EL barrio chino de San Francisco, California, se ha estremecido, recientemente, con un crimen perpetrado en el misterio, en que fué víctima del puñal anónimo Ham Leong la muchacha "mariposa", que paseó su belleza por las calles en penumbra de esta colonia asiática.

Es un romance de amor, que se epilogó en el hallazgo de un cuerpo femenino, joven y hermoso, atravesado por unas tijeras de barbería.

Ham Leong era una encantadora muchacha que solía, como la polilla, girar alrededor de la peligrosa llama que caracteriza a ese barrio. Cuando caminaba, avanzaba la tarde, en Waverly Place—"Calle del Templo del Cielo"—con su guardián, gigantesco carabinero cantonés. Las gentes solían murmurar en voz no muy baja acerca de su vida. Era ella tan alegre como hermosa. Cuando frisaba en los diez y seis años, adornada con los encantos de la adolescencia, llena de antojos juveniles, dijo en una ocasión a sus augustos padres, que tenía deseos de conocer el "honorable" mundo que la rodeaba. Pero quiso la fatalidad que en vez de las fruiciones que esperaba hallar, tropezara con la muerte.

Cuando se encontró su inerte cuerpo, se halló, asimismo, atravesado por las afiladas tijeras de barbería, un papel escrito en caracteres chinos que contenía la siguiente leyenda, según la versión que se ha hecho:

Juvenil y bella, mensajera de su país en el corazón de San Francisco de California, Ham Leong vivió el minuto de oro de la riqueza y fué la mariposa del Oriente desilusionada por la civilización moderna en los Estados Unidos.

"La muerte es la recompensa de la felicidad".

En una mesa que estaba situada a corta distancia de su cama yacía, despedazada, una caprichosa mariposa de nefrita y oro, incrustada de piedras preciosas.

La identidad de la persona que pudo pasar hasta sus habitaciones, burlando la vigilancia de los guardianes de la casa, quien se cree que llevó hasta ese recinto privado el arma homicida, permanece todavía en la oscuridad de los misterios que envuelven al barrio chino.

La tragedia vino a poner al descubierto por primera vez y con gran sorpresa general, que la "mariposa", como solía llamarse, estaba bajo la "protección" de un rico influyente comerciante chino, lo que equivale al "padrote" de azúcar, ampliamente conocido en el Broadway de la ciudad de Nueva York. Pero, sea cual fuere el nombre con el cual se describa el romance, el hecho es que el "protector" a que nos referimos no se ha mezclado, según se ha venido a saber, en el asesinato, ni puede culpársele de complicidad.

La policía, al dejar las cosas así establecidas, dió un informe de honorabilidad en favor del anciano joyero, de piel blanca y arrugada como la de un momo de granito. El era el mismo que había dado a Ham Leong la trágil y costosa mariposa que simbolizaba la vida que ella había escogido deliberadamente, la cual lucía perlas y esmeraldas, fuera de otras piedras de gran riqueza y atracción.

Los amigos de Ham Leong recuerdan que ella les había dicho que esa mariposa, hecha del mas puro oro, la había escogido como un símbolo, porque era usada exclusivamente por los artífices chinos; y llegan a creer, por eso, que en alguna forma es responsable, por su influencia maligna, de la suerte fatal a que la condujo el destino.

Talentosa, ilustrada y con cierta inclinación al teatro, Ham Leong es recordada por sus amigos debido a su arte maravilloso para personificar a celebridades de ambos sexos. Pero ella era infatigable. Como muchos millares de sus hermanas de los Estados Unidos, se irritaba por las restricciones que le imponía su raza, suspirando por gozar de la libertad que veía a todos lados. A la larga logró encontrarla, lo mismo que centenares de muchachas chinas que como vendedoras en los almacenes, como meseras en los hoteles y como operadoras de ascensores, le han dado una atmósfera peculiar a San Francisco. Estas muchachas son un producto híbrido muy extraño; en el mundo de los negocios, su valor estriba en su habilidad para vestirse de acuerdo con las costumbres chinas. Pero, a la verdad, usan de esas modas como un signo de lucro.

El día menos pensado se presentó, en que nuestra protagonista no volvió al salón de té donde trabajaba. Se hallaba viviendo lujosamente. Se había convertido en una "mariposa", no obstante el hecho de que ella no procedía de la clase de familia que suministra a las "esclavas" chinas.

Y una mañana fué encontrado el cuerpo inerte de Ham Leong, y atravesado por las afiladas tijeras de barbería un papel en caracteres chinos que decía: "la muerte es la recompensa de la felicidad".

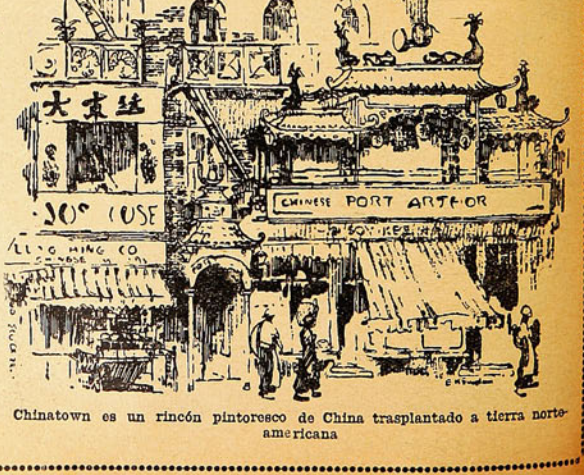
Sin embargo, nunca rompió de una manera total las relaciones con su familia, aunque su medio de comunicación con ella no era el cordón de seda de la antigua China, sino el alambre metálico del teléfono moderno. Por las noches solía decir a su madre "aló"; porque aún ella, como las demás muchachas de su nacionalidad, acostumbraban interpretar a su manera el sonido producido por la palabra inglesa "hello".

Y a la larga ha sido ese "eslabón" el que vino a poner al descubierto el hecho de que había sido asesinada, porque aunque su madre no solía ir a su apartamento a visitarla, al menos todas las noches hablaba con ella por teléfono. Una vez, después de haber pasado dos noches sin que la muchacha la llamara, la ansiosa madre persuadió a sus amigos de que se acercaran a su apartamento en busca de noticias acerca de su hija.

Entonces fué cuando hallaron Ham Leong tendida sobre su cojín de seda con el corazón atravesado, y sobre la mesa cercana encontraron a la mariposa de oro despedazada.

La policía no encontró ningún vestigio que pudiera guiarla en la investigación del caso, a no ser el papel escrito en caracteres chinos sobre su pecho y la rota mariposa de oro y piedras preciosas; lo que, a la verdad, no suministraba ninguna luz para la investigación del crimen.

Mientras tanto, los amigos de Ham Leong están de acuerdo en atribuir su trágica muerte al siniestro poder de la mariposa; al invisible presagio de muerte impreso en la fundida imagen que había escogido como símbolo de su vida.



Chinatown es un rincón pintoresco de China trasplantado a tierra norteamericana

La Conciencia en el Arte del Timo

Por O. HENRRY

—Un tallador egipcio llamado Khafra, hizo dos iguales para el Rey Ramses II

JAMAS pude inculcar en el ánimo de mi socio Andy Tucker la legítima moral que reside en el timo limpio y puro—díjome Jefferson un día.

Andy tenía demasiada imaginación para ser honrado. Sus planes para la extracción de dinero solían ser tan fraudulentos y tan parecidos a los de la alta finanza, que ni siquiera cabían en los estatutos de una compañía de ferrocarriles secundarios.

A mí nunca me ha parecido bien tomar un dólar de nadie si no le daba algo a cambio, ya fuera en forma de joyas chapadas, o de semillas, o de unturas contra el lumbago, o de acciones, o de pastas para pulir estufas, o algo, en fin, por el estilo.

Creo que mis antepasados deben de haber venido a este país con los famosos peregrinos ingleses y que he heredado un poco de su santo temor a la policía.

En cambio, estoy convencido de que el árbol genealógico de Andy debe de radicar en alguna familia financiera.

Un verano, cuando trabajamos juntos en el Oeste, vendiendo en el valle de Chío lotes que comprendían un álbum para los retratos de la familia, un remedio infalible contra el dolor de cabeza y un insecticida, se le ocurrió a Andy uno de sus temerarios proyectos financieros.

—Jefferson—me dijo:—he pensado que debiéramos abandonar este vil negocio y meternos en algo más productivo. Si continuamos aquí no vamos a ganar ni para calzarnos. ¿Qué te parece si nos fuéramos a la región de los rascacielos y las emprendiéramos con aquella gente?

—Mira, Andy—le respondí,—tú ya conoces mi idiosincrasia. Yo prefiero un negocio claro, casi legal, tal como lo estamos haciendo ahora. Yo, cuando tomo dinero, quiero dejar algo tangible en las manos del comprador, a fin de que pueda contemplarlo y se distraiga. Pero si tienes alguna idea nueva, Andy, dímela. No estoy tan encariñado con estos timitos, que rehusara entrar en un negocio que nos diese más ganancia.

—Estaba pensando—dijo Andy—en una cacería sin cuerno, perros ni rifles, entre el gran atajo de la especie de **Midas Americanus**, más comúnmente conocida por el nombre de Millonarios Pitsburgenses.

—¿En Nueva York?—pregunté.

—No, señor: en Pitsburgo, porque allí viven. No les gusta Nueva York. Van allí sólo de cuando en cuando.

Un millonario pitsburgense, en Nueva York, parece una mosca en una taza de café caliente: llama la atención y provoca comentarios, pero no está a gusto. Nueva York le toma el pelo por el mucho dinero que "derrocha" en aquella ciudad de víboras, petimetres y presuntuosos. Pero la verdad es que no gasta nada mientras está allí.

Una vez vi una nota de los gastos que hizo en un viaje a la ciudad del embuste un millonario pitsburgense. Decía así:

Billete de ida y vuelta..	$	21
Coche de la estación al hotel y viceversa..	"	2
Estancia en el hotel a $ 5 por día..	"	50
Propinas..	"	5750
	$	5823

Ahí tienes una muestra de lo que es Nueva York—continuó diciendo Andy.—Aquella ciudad es el camarero mayor de los Estados Unidos. Si das demasiada propina, la gente se colocará a la puerta y desde el primero hasta el último alargarán la mano burlándose al mismo tiempo de ti. No, Jefferson; cuando un pitsburgense quiere gastar dinero y divertirse, se queda en su ciudad natal. Y allí vamos a buscarlo.

Para condensar mi densa historia diré que Andy y yo escondimos nuestros álbumes y nuestros polvos de antipirina en el sótano de la casa de un amigo y marchamos hacia Pitsburgo.

Andy no tenía ningún proyecto determinado; como siempre, confiaba en que su innata inmoralidad sabría aprovechar cualquiera oportunidad que se presentara.

Como una concesión a mi rectitud y a mi deseo de propia conservación, me prometió que, si era preciso que yo tomara parte en alguna aventura comercial que se nos pudiera ocurrir, me confiaría el papel del que entrega algo real y tangible a la víctima, a fin de que mi conciencia quedase tranquila. Después de tal promesa, me sentí más a gusto e iba más alegre.

—Andy—le dije, mientras nos paseábamos por entre el humo del sendero de cenizas que llaman calle de Smithfield,—dime: ¿has pensado ya en cómo vamos a trabar amistad con los reyes del cok y con los forjadores del hierro? No es que yo desee imponer mi sistema acerca de cómo debe uno portarse en los salones y de cómo se ha de manejar el tenedor de las aceitunas o el cuchillo para pastas, más creo que nuestra entrada en los salones de esos pervertidores de la atmósfera va a ser mucho más difícil de lo que tú te figuras.

—Si hay alguna dificultad—contestó Andy,—consistirá precisamente en nuestro propio refinamiento y en nuestra cultura. Los millonarios pitsburgenses son gente de corazón y modales sencillos, muy democráticos. Son rudos y descorteses en su manera de ser, de ademanes poco pulidos y ruidosos en su manera de expresarse. Si procedemos de un modo sencillo, sin amaneramiento, y no nos alejamos demasiado de las tabernas, no promoviendo, además, ruidos semejantes al que crearía el impuesto de aduana sobre raíles de acero, no nos será difícil trabar amistad social con alguno de ellos.

Andy y yo nos paseamos durante tres días por la ciudad para conocerla bien, y tuvimos la dicha de ver de lejos a algunos millonarios.

Uno de éstos solía hacer detener su automóvil delante del hotel en que estábamos hospedados. Mandaba que le llevasen al coche una botella de champaña que, abierta por el camarero, vaciaba bebiendo en la misma botella. Lo que nos reveló que antes de enriquecerse debió de ser soplador de vidrio.

Una noche, Andy no se presentó en el hotel a la hora de la cena. A las once de la noche regresó y entró en mi habitación.

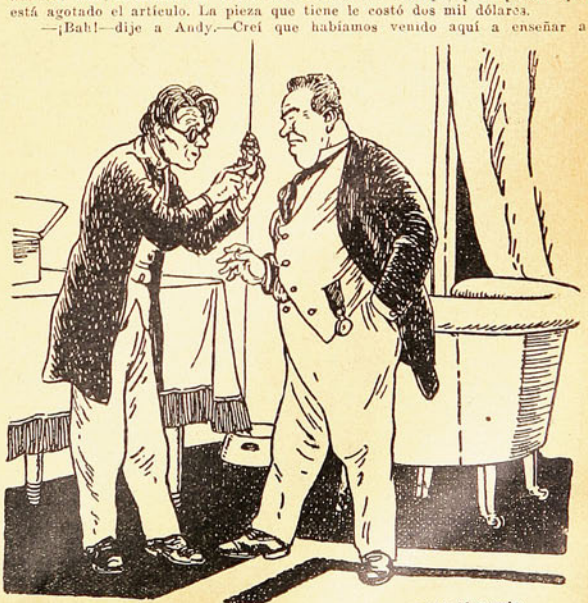
—Ya tenemos uno, Jefferson—me dijo, ufano.—Doce millones. Petróleo, fábricas laminadoras, bienes raíces y gas natural. Es un hombre simpático, nada afectado. Ganó su inmensa fortuna en cinco años. Ahora emplea varios profesores para que le pongan al día en cuanto a educación, arte, literatura y otras menudencias por el estilo. Cuando le conocí acababa de ganar una apuesta de diez mil dólares a un accionista de la Corporación del Acero. Había afirmado que hoy habría cuatro suicidios en la fábrica laminadora de Allegheny. El resultado fué, naturalmente, que todas las personas presentes tuvieron que tomar parte brindando por su salud. Se encariñó conmigo y me invitó a cenar. Fuimos a un restaurante en Diamond Alley. Ocupamos taburetes frente al mostrador, y nos sirvieron mosela espumoso, almejas en polvo y fritadas de manzana. Después mostró deseos de enseñarme su piso en la Liberty Street. Tiene allí diez habitaciones sobre una pescadería, con derecho a utilizar el baño del piso superior. Me dijo que se había gastado diez y ocho mil dólares en amueblar el piso, y lo creo.

En una de las habitaciones guarda cuadros por valor de cuarenta mil dólares, y en la otra por veinte mil dólares de curiosidades y antiguallas. Se llama Scudder y tiene cuarenta y cinco años de edad. Toma lecciones de piano y saca quince mil barriles diarios de sus pozos.

—Perfectamente—dije a Andy:—los preliminares son satisfactorios. Pero ¿para qué nos sirven esos cachivaches y ese petróleo?

—¡No interrumpas!—exclamó mi socio sentándose meditabundo sobre la cama.—Ese hombre no es lo que pudiéramos llamar un ente ordinario. Cuando me enseñaba su gabinete de curiosidades artísticas, su rostro se iluminó como la puerta de un horno de cok. Me contó que si se realizara alguno de sus grandes proyectos financieros haría que la colección de tapices y alfombras que tiene J. P. Morgan quedase malparada al lado del museo particular que él crearía para su uso. Después me enseñó una pequeña talla que a los ojos de cualquiera ha de parecer una maravilla. Me dijo que databa de dos mil años. Representaba una flor de loto de la que se asomaba el rostro de una mujer, todo tallado en una pieza de marfil. Scudder tomó el catálogo y me describió la maravilla. Un tallador egipcio llamado Khafra hizo dos iguales para el rey Ramsés II, que vivió no sé cuántos años antes de Jesucristo. No se ha podido encontrar la pareja. Los anticuarios y maniáticos han husmeado en todos los rincones de Europa, pero parece que está agotado el artículo. La pieza que tiene le costó dos mil dólares.

—¡Bah!—dije a Andy.—Creí que habíamos venido aquí a enseñar a



Yo le enseñé el marfil, que Scudder examinó detenidamente.

esos millonarios el arte del negocio y no a que ellos nos enseñaran antigualias.

—Ten paciencia—me rogó Andy, amablemente.—Tal vez tardaremos poco en ver que un rayo de luz penetra en esta ciudad llena de humo.

La mañana siguiente la pasó mi amigo fuera del hotel y no le vi hasta el mediodía. Cuando llegó me llamó a su habitación y, una vez allí, extrajo de su bolsillo un objeto redondo del tamaño de un huevo de ganso. Resultó ser una talla en marfil semejante a la que poseía el millonario, a juzgar por la descripción que me había hecho Andy.

—Hace poco entré en una tienda de objetos antiguos, que es, a la vez, casa de préstamos. Allí, medio oculta entre armas mohosas y platos de cobre, me encontré esta talla. El dueño de la tienda me dijo que la tenía desde hace algunos años y que la pignoraron unos árabes o turcos que solían vivir cerca del río. Le ofrecí dos dólares por ella, pero parece que mi cara me delató, porque me contestó que no estaba dispuesto a entablar negociacioines conmigo si no tenía la seguridad de cobrar, cuando menos, treinta y cinco dólares. Finalmente la adquirí por veinticinco.

Jefferson—continuó diciendo Andy:—esta talla es exactamente la pareja de la de Scudder, y como tal, es objeto vendido. Pagará dos mil dólares por ella con la misma rapidez con que se pone una servilleta. Por otra parte, me pregunto: ¿por qué no había de ser esta talla una de las dos que aquel viejo egipcio hizo hace tanto tiempo?

—Sí, ¿por qué no había de ser?—contesté.—Y dime: ¿cómo nos las vamos a arreglar para que Scudder la compre?

Andy ya había pensado en todo, y diré brevemente cómo llevamos nuestro negocio a cabo.

Me compré unas gafas de cristales azules, me puse mi levita negra, me desaliñé el pelo y me convertí en el profesor Pickleman. Cambié de hotel, me inscribí con mi nueva dignidad en el registro, y envié un aviso a Scudder, rogándole que viniera a verme para tratar de un importante asunto de arte.

Antes de una hora apareció en mi habitación. Era un hombre corpulento, con una voz que asustaba, y olía a cuero de Connecticut y naftalina.

—¡Hola, profesor!—gritó.—¿Qué tal se encuentra?

Me desaliñé un poco más el pelo y le miré fijamente a través de los cristales azules.

—Señor—le dije:—¿es usted Cornelius T. Scudder? ¿De Pitsburgo, estado de Pensilvania?

—El mismo—me respondió.—Venga conmigo, que vamos a beber.

—No tengo ni tiempo ni deseo para tales diversiones perniciosas y deletéreas. Vengo de Nueva York a un nego..., a un asunto de arte. He sabido que usted posee una talla egipcia del tiempo de Ramsés II, que representa la cabeza de la reina Isis dentro de una flor de loto. Sólo se hicieron dos ejemplares. Uno de éstos estuvo perdido durante muchísimos años. Recientemente lo descubrí y compré en una casa de prés..., digo, en una casa de antigüedades de Viena. Deseo comprar el que usted tiene. Dígame su precio.

—¡Caramba con el señor profesor!—exclamó Scudder.—¿De modo que encontró usted el otro ejemplar? ¿Y cree usted que voy a venderle el mío? ¡Quite usted! Cornelius Scudder no tiene necesidad de vender nada de aquello que le gusta retener en su poder. ¿Tiene usted ahí el ejemplar?

Yo le enseñé el marfil, que Scudder examinó detenidamente.

—Es la pareja, no cabe duda—dijo después.—Todas las líneas, todos los detalles corresponden maravillosamente. Le diré lo que voy a hacer. Yo no vendo: compro. Le daré dos mil quinientos dólares por el suyo.

—Puesto que no quiere usted vender, venderé yo—respondí.—Soy hombre de pocas palabras. He de volver a Nueva York esta misma noche. Doy mañana una conferencia en el Acuario.

Scudder extendió un cheque, mandó a un mozo para que lo hiciera efectivo en la caja del hotel y me pagó. Luego se marchó con la antigualla, y yo regresé rápidamente al hotel donde Andy me esperaba en su habitación con el reloj en la mano.

—¿Qué me cuentas?—preguntó.

—Me ha dado dos mil quinientos dólares en efectivo.

—Tenemos justamente once minutos—dijo Andy—para tomar el tren Baltimore y Ohio hacia el Oeste. Coge tu maleta.

—¿Qué prisa hay?—pregunté.—El negocio ha sido absolutamente legal. Y aun cuando el objeto no fuese más que una imitación del original, tardará algún tiempo en descubierto. Scudder estaba muy seguro de que se trataba del original.

—¡Como que lo fué!—exclamó Andy.—Era el suyo. Cuando yo estaba ayer examinando los diversos objetos que había en la habitación de Scudder, éste salió por un momento y yo lo aproveché para meterme el marfil en el bolsillo. ¿Quieres recoger ahora a prisa tu maleta y venir conmigo?

—Pero, entonces—exclamé,—¿por qué me contaste la historia de la casa de préstamos?

—Tu delicada conciencia me merece mucho respeto. ¡Vámonos!

HUMORISMO

A una señora se le muere el marido repentinamente, y saliendo a la calle dando gritos, reúne gran cantidad de público y entre este un policía que le pregunta:

—¿Cuál cree usted que ha sido la causa de una muerte tan repentina?

La mujer.—Lo único que se me ocurre es que como era un hombre tan distraído, a lo mejor se le olvidó de respirar.

—El colmo de un guardia de la porra:

—Hacer parar la circulación de la sangre.

—Qué moreno has venido del veraneo; como se conoce que has tomado el sol...

—¡Ca; no lo creas. No salí de casa!...

—Entonces ¿es que te has pintado con yodo?

—Nada de eso; es que he bebido mucha cerveza negra.

Un gitano fué a ver un compadre suyo, que había muerto, y una vez delante del cadáver, dijo:

—Probesito Frasquito, has tenío que morirte pa variar de situción.

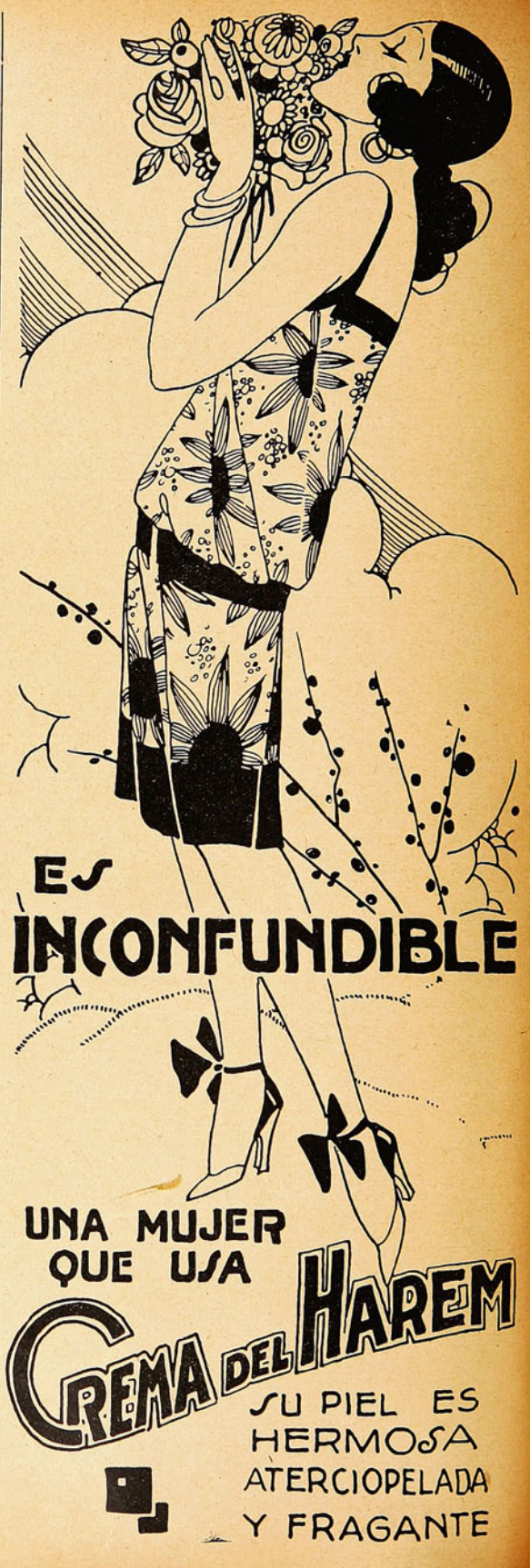
Y dice la viuda:

—¿Porqué dices eso, Pepe Lui?

—Porque siempre ha estao a dos vela y ahora está a cuatro.

Entre amo y criada.

—Diga a la señora de Gutiérrez que habíamos pensado ir a dar el pésame a su esposo; pero nos hemos enterado de la muerte de éste, por lo cual hemos desistido de nuestra visita.



LOS CADETES SON ENAMORADOS EN TODAS PARTES DEL MUNDO.

Pero los de West Point tienen la ventaja de estar cerca de las estrellas de cine.—Una pintoresca aventura que le ocurrió a Joan Crawford con tres de ellos.

Joan Crawford en una de sus poses favoritas

WEST Point es un pintoresco rincón del estado de Nueva York, a orillas del Río Hudson. Y es ahí donde los Estados Unidos se enorgullecen de tener su Escuela Militar, cuyas tradiciones verdaderamente son brillantísimas. Una tradición existe en West Point, que es peculiarmente extraña, frente a la proclamada riqueza que impera en la gran democracia del Tío Sam: los cadetes militares, por más ricos que sean, no pueden hacer ninguna demostración de su dinero. En cuanto ingresan como alumnos militares, la Escuela les provee de vales por medio de los que pueden hacer sus compras de pequeños artículos dentro de los límites del establecimiento.

Y ¡es el caso que la Metro-Goldiwn Mayer, tuvo en producción una película que se refería a diversos aspectos de la vida íntima de la Academia Militar de West Point, y con ese objeto, Joan Crawford y William Haines, artistas de aquella Compañía, pasaron tres semanas en dicho punto dedicados a los trabajos de la mencionada cinta. Los cadetes, como es natural, mostráronse muy interesados en presenciar el progreso de la actuación de los artistas, no perdiendo de vista, como es lógico, a la radiante estrella que es Joan Crawford, de fama conocida en films, como "La Bailarina del Taxi", "The Unknown" y otros de la M. G. M.

Entre los cadetes, tres novatos del primer año no perdieron ninguna oportunidad de estar presentes en la filmación; y de ahí que se estableciese entre ellos y la artista un cierto grado de camaradería. Cierto día, el más "antiguo" de ellos convidó a la estrella, en nombre de los tres, para ir al cinema. Por extraño que parezca es una verdad que para los artistas de la pantalla, el cinema constituye una de sus diversiones preferidas.

El convite fué aceptado con placer.

A la hora señalada aparecieron en el hotel los tres mozalbetes, vistiendo garbosamente sus uniformes, relucientes de pies a cabeza.

Estándoles prohibido por el reglamento llevar dinero, los jóvenes se hallaban frente al problema del pago de las entradas, pero la solución fué fácil: se dirigieron al otro artista, William Haines, y le pidieron prestados dos dólares.

Dividida entre cuatro esa cantidad, no les permitía más de cincuenta centavos por cabeza. ¡Y decir que la estrella estaba incluída en ese presupuesto, cuando su salario monta a muchos dólares por minuto.

De todas maneras, se inició el programa. Primero fué necesario alquilar un taxi hasta la ciudad más próxima. El viaje costó setenta y cinco centavos. Después, la entrada, otros setenta y cinco centavos. El saldo, de otros cincuenta centavos, se empleó en tomar unos helados, que costaron cuarenta y cinco. Restando, pues, sólo cinco centavos, esto es: un níquel. Pero la noche estaba espléndida y la luna brillaba como un sol. ¿Por qué no regresar a pie? Había tanto que comentar, tanto de qué hablar... Y así se hizo. Después de la aventura, los cadetes contaron a la artista su pillería y como se trataba de tres muchachos ricos, la pillería fué celebradísima. Joan Crawford, que espera permanecer en Nueva York, algunas semanas después de terminada la película, ha convidado a los tres simpáticos cadetes a un té con tostadas, en el que no habrá que tener preocupación alguna, de medir el dinero que haya de costar.

LA BALADA DEL RIO.—Por Julio Flores

Al monte, al valle y al río,
¿en dónde estás, amor mío,
en dónde está? pregunté.
Monte y valle enmudecieron
y como no respondieron,
murmuró el río: yo sé.

La que te amó tanto, inerme,
sobre mis arenas duerme
debajo de aquel bambú:
más ya es mía: en su despecho
vino a acostarse en mi lecho,
cuando la olvidaste tú.

En ese bambú, parleros
le cuentan los clarineros
sus desventuras de amor;
y en la noche le hacen dúos
melancólicos, los buhos,
de la luna al resplandor.

Por el viento desgreñada,
¡pobrecita! una callada
noche a mi orilla llegó.
me habló de ti... ¡pérfido hombre!
y sollozando tu nombre
en mis olas se arrojó!

Por un milagro divino,
ya su cuerpo alabastrino
nunca se disgregará:
al arrullo de mis ondas
y al amparo de estas frondas
para siempre dormirá.

A los rayos de la luna
parece una ondina; una
ondina que esparce luz;
con mis piedras la he formado
un cementerio; un cercado,
una losa y una cruz.

Cuando primavera brilla
en esta cálida orilla
y comienza a florecer
cae una y otra flor bella,
y como todas son de ella,
quizás las sienta caer.

De mi amor en el exceso
noche y día yo la beso,
y la cubro sin cesar
con mis espumas lucientes
mis olas transparentes
más puras que las del mar.

Ven, si acaso quieres verla,
pensarás que es una perla
que se cuajó en mi cristal;
como el sol tanto fulgura
sobre su blanca hermosura
de espumas he puesto un chal.

Desconsolado a la orilla
llegué, doblé la rodilla,
y en el claro fondo ví
su cuerpo al pie de una roca:
me sonreía su boca
como un doliente rubí.

Mas, ¡ay! que en un arrebato
de celos, el río—ingrato!
me dijo—¡vete de aquí!
¡Ya es mía! duerme en mi lecho..
a ella no tienes derecho...
¿no la abandonastes?... ¡di!

Y para aumentar mi pena,
la fué cubriend de arena
aquel celoso hablador,
en tanto que murmuraba
te amaba mucho... te amaba...
pero ya es mío su amor.

Desde entonces, alma mía
cuando va a morir el día
allí me voy a sentar
y, con hondo sentimiento,
lleno de remordimiento,
no hago más que sollozar!

Y cuando la noche llega
y con sus sombras la vega
inunda, empiezo a gritar
como un loco: ¡Río! ¡Río!
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar...

LAS "GARCONNES"

POR Fernando Ortiz Echagüe

NO sabes lo que te perdiste. Nos miraba todo el mundo, ¿verdad, Marta? Yo creo que la mitad de la gente se quedó en ayunas de "La Prisonniere" por mirar al palco.

—Y lo más gracioso — ¿te fijaste, Chula? — es que algunos nos miraban con aire picarezco, no de tenorios sino de hombres de mundo que están en el secreto.

—Los del "avant-scéne" se volvían cada vez que en la escena una frase o un gesto subrayaba la situación para ver que efecto nos hacía. Uno de monóculo, con cara de idiota, me miraba con impertinencia, como queriendo leer en mis ojos el enigma psicológico de la pieza, que no comprendía.

—Alfredo estaría furioso...

—Afortunadamente no lo tomó a lo trágico.

—Pero lanzaba miradas furibundas a los del "avant-scéne" y quería romperle las narices al del monóculo.

—"Il n'est plus a la page". Cree que vivimos todavía en los tiempos en que los galantes caballeros defendían el honor de sus damas.

—¡Ya no hay galantes caballeros!

—¿Qué iban a defender?

—Es muy divertida vuestra aventura de anoche porque demuestra la perplejidad, la desorientación de los pobres hombres ante nuestras extravagancias. Estoy segura que todo el teatro, pendiente de vosotras, se preguntaba: "¿Serán "cocottes"? ¿Serán artistas? ¿Serán colegialas traviesas? ¿O serán prisonnieres", como la de la escena?"

—Pues eso es lo divertido: despistar.

—Despistar, si, ¿pero hasta dónde? Si llegara a faltarnos el homenaje masculino moriríamos de asfixia. Al mismísimo Don Juan quisiera yo ver hoy ante una de nosotras. Lo último que se le ocurriría sería galantearnos.

—Jugaríamos una copa a los dados hablando de mujeres.

—No lo creáis. El hombre es siempre el mismo y el instinto le dice claramente que nosotras también, y que a través de nuestras infinitas mudanzas, somos siempre mujeres.

—"Plus ça change..."

—Es cierto. Todas estas audacias con las que algunas veces creemos mejorar la condición de nuestro sexo, no son más que el frívolo ropaje, la cambiante envoltura del alma femenina inmutable y eterna.

—Ivonne, no te pongas solemne. Yo no atribuyo ninguna trascendencia a la moda. ¿Qué es una exentricidad más en el tumulto de París?

—Nada y mucho, según como se mire.

—Si lo que buscamos es epatar al hombre, perdemos el tiempo. Los hombres no se asombran ya de nada nuestro. Ayunos, por miedo de parecer provincianos y otros, de inmensa mayoría, porque de nosotras sólo les interesa, como el niño con la muñeca, ver qué tenemos dentro.

—Tienes razón, Marta. Los hombres que conocen la vida saben que cuanto más los imitamos en lo externo, somos más femeninas. Suele hacerse alarde de lo que se carece.

Pero la mujer hombruna, la "garçonne", siempre ha ejercido no sé qué atracción malsana sobre el sexo fuerte, una especie de curiosidad perversa. Yo recuerdo que el único disgusto serio de mi vida conyugal me lo proporcionó una mujer muy fea, en un baile de máscaras, disfrazada de hombre. Cuando reproché a mi marido su mal gusto, el pobre no acertaba a explicarse la aventura y parecía decirme, como a quien se le ha escapado un tiro: "¡Quien iba a pensar que estaba cargada!"

—Tu máscara se disfrazaba de hombre con la esperanza de seducir por el contraste y lo logró. Eso buscamos todas: Seducir. Las que no pueden ser admiradas se contentan con ser miradas. Todo, menos pasar inadvertidas.

—Eso es lo terrible y esa es la lucha eterna de la humanidad. Un hombre que pasa inadvertido, tiene siempre la esperanza del futuro, de hacer algo que lo destaque, de que su talento cuaje algún día, pero una mujer que pase inadvertida sabe que no hay esperanza para ella y que el porvenir será más triste que el presente.

—Seducir... Seducir con tiempo de minué o de charleston, con arpa o con jazz, con abanico o con "rouge", con miriñaque o con "maillot". Aunque cambie la flecha, el arco está siempre tendido hacia el blanco.

—Y hoy está más tendido que nunca. El hombre nos interesa cada día más. Fijaos bien que no digo "nos apasiona".

—Nos interesa como instrumento de una independencia que no sabemos conquistar. Una mujer no puede gozar de la vida moderna sin un hombre que responda de las barbaridades que tiene ganas de hacer todos los días. Con un hombre al lado se va a todas partes. ¡Viva el hombre-pasaporte!

—Toma un turco...

—¡Fósforos!

—Esta Chula suele decir siempre lo contrario de lo que piensa. En el fondo es una romántica que acabará casándose por amor.

—¡Lagarto, lagarto! El amor debe evitarse como una enfermedad sucia. Marta sabe las lágrimas que cuesta poner toda su fe en un hombre.

—Y lo que nos reiremos de esos pasionales que sufren y que matan por celos cuando algún sabio alemán descubra la vacuna contra el amor.

—Ya está descubierta, ¿verdad, Ivonne? Explica tu teoría sobre la autovacuna.

—Te diré... El tratamiento local no inmuniza para toda la vida y el sacramental resulta un poco largo.

—Esperemos entonces que la ciencia descubra el medio de vivir sin corazón, ese órgano estúpido que se atribuye las cosas del estómago. ¡Yo espero todavía operarme de "corazonitis", como de apendicitis, y a vivir!

—"Nous allons un peu fort"... ¿Otra taza?

—¡Quimeras! Somos y seremos las mismas. Dentro de poco nadie se volverá para mirarnos cuando entremos al teatro o al "dancing". Aquella melenita que nos parecía tan revolucionria es hoy la melena burguesa de toda la clase media del mundo. En mis minas de Bolivia, las hijas de los mineros van al pueblo el domingo para igualarse el corte. Y algunas cabecitas, allí a miles de leguas de la civilización, me recordaban a Raquel Meller y Maud Loty.

—¡Claro, todo se vulgariza! En suma, nosotras, hijas espirituales de La Garçonne y de la Prisonniere, no hacemos más que anticiparnos un poco a nuestro tiempo. Eso es lo importante en la vida: adelantarse.

—Adelantarse... ¡Qué ilusiones! No adelantamos nada. Seguimos el ritmo del progreso del mundo, pero como el mundo entero adelanta, nos quedamos siempre en el mismo lugar.

—Sí, te comprendo... Como esos ciclistas que corren en los velódromos tras las motocicletas. Cada vuelta más de prisa, pero lo que corre es la motocicleta y ellos se contentan con no despegarse.

—¡Exacto! El hombre es la motocicleta, el motor humano que mueve el mundo y la mujer pedalea desesperadamente detrás de él para no despegarse.

—En suma, que seguimos siendo las mujeres de ideas cortas y de cabellos largos.

—Sólo ha cambiado la longitud del pelo.

—¿Un cigarrillo?

—"Merci". prefiero un cigarro.

—¡Mary, los "cocktails!

... ...

CRISTALES YODADOS PROOT M. R.
PURIFICAN LA SANGRE, REFRESCAN EL CUERPO,
EMBELLECEN EL CUTIS, DETIENEN LA VEJEZ.
BASE: SAL DE KARLSBAD YODADA.

PARA LAS COQUETAS

LA TRANSPIRACION

La belleza no reside únicamente en la pureza del cutis y en la regularidad de las facciones, una mujer no será bella si alguna particularidad chocante, por pequeña que sea, empaña el conjunto de sus cualidades físicas.

La transpiración es una de estas particularidades. Aunque no sea muy agradable tratar este asunto, por bien de nuestras lectoras coquetas o no coquetas — que en esta materia todas deben tener una escrupulosa atención consigo mismas —daremos algunos consejos que han de serles provechosos

La abundancia de la traspiración es solamente desagradable y enfermiza, ya que la transpiración es una función indispensable a la piel. Todos los doctores dirán que la transpiración es continua en toda la superficie del cuerpo y que la especie de vapor acuoso de que está compuesta se evapora inmediatamente por obra del aire, o es absorvida, también inmediatamente, por las ropas. Esta transpiración, llamada insencible, pasa por lo general desapercibida y tiene por fin desembarazar al cuerpo de los diversos principios malsanos que forman una parte de la nutrición, entre los cuales se clasifica una gran cantidad de agua y de ácido carbónico. En un adulto de buena salud, el agua eliminada en esta forma se calcula en las 24 horas del día en un promedio de quinientos gramos a un kilo. Por cierto que esta eliminación es muy superior en tiempo cálido que en invierno.

Suprimir esta función sería lo mismo que suprimir la vida. Muchos reumatismos, disenterías e hidropesías no tienen otro origen que el mal funcionamiento de la transpiración insensible.

Pero si siendo ésta discreta es benéfica, cuando se vuelve copiosa es sencillamente intolerable y entonces no se puede decir que sea benéfica. No todas las partes del cuerpo transpiran en la misma forma. Pies, manos, axilas, frente y pecho, son las partes en que más se intensifica, llegando en algunas personas a ser una verdadera enfermedad que hay que poner en tratamiento, procurando disminuirla, ya que nunca, en ningún caso, debe tratarse de suprimirla enteramente. Hay que recordar lo que ha dicho un célebre médico: "La transpiración es el aseo porvidencial indispensable para la salud de la piel, los poros no pueden y no deben limpiarse a fondo sino de adentro hacia afuera".

Ciertas transpiraciones abundantes sirven de indicios a los doctores. Las de los tuberculosos y los artríticos. En cambio es absolutamente necesaria a los obesos y su suspensión sería para ellos la antesala de la diabetes.

Si una transpiración normal eliminadora de materias nocivas no es molesta, en cambio la abundancia de las transpiraciones localizadas es desagradable y puede y debe ser disminuida, ya que en muchos casos llega hasta ser perjudicial para la salud.

En el cuero cabelludo puede provocar una calvicie prematura. En la piel en general provoca eczemas y otras irritaciones indescables. En las guaguas determina lo que comúnmente se llama la "cocedura" que las torna lloronas y desesperadas. En los pies la transpiración causa ampollas, pela la piel, dificulta el andar y, cosa más grave aún, suele producir mal olor. Menos fuerte, pero no con menos inconvenientes, es la transpiración en las axilas, ya que mancha los vestidos y muchas veces los inutiliza por completo, agregando a la mancha, el que por sus cualidades corrosivas quema la tela.

Para curar la desgracia que es una excesiva y habitual transpiración loclizada hay que empezar por poner en uso las lociones corrientes que para este fin se recomiendan, agregando los polvos astringentes. En caso de que la transpiración continúe en el mismo grado de abundancia, se procederá con mayor energía. Antes que nada hay que empezar, eso sí, por guardar la más absoluta limpieza en esas partes del cuerpo, practicando varias veces al día aseos locales y cambiándose de ropa interior muy seguido. Las telas rígidas, los zapatos de cuero grueso impermeable, las sobaqueras de goma, serán proscritos por favorecer la transpiración e irritar la piel.

Los baños con plantas aromáticas, con agua de Colonia, con tintura de benjuí o con borato de soda combaten de una manera a la vez agradable e higiénica las secreciones de la piel. Las mujeres gordas deben tener un especial cuidado consigo mismas, ya que por su contextura son las más expuestas a los desagrados de la transpiración. Ninguna de ellas debe dejar de darse un baño diario en la forma que antes indicamos, secándose cuidadosamente, para luego empolvarse todo el cuerpo, y en especial las partes por donde más transpiren, con los siguientes polvos: Polvos de arroz, 50 gramos. Nitrato de Bismuto, 4 gramos. Permanganato de potasa, 4 gramos. Polvos de talco, 4 gramos.

VELOUTY
DE DIXOR - PARIS
M. R.

HUGUETTE DUFLOS

una de las bellezas del Teatro Francés, artista tan aplaudida como elegante, dice:

—"Con la "VELOUTY de DIXOR", a toda hora del día, causaréis la impresión de recién haber dado la última mano a vuestra toilette."

ELVIRE POPESCO

la bella y turbadora intérprete de las obras de VERNEUIL, se expresa así:

—"La "VELOUTY de DIXOR" es, sin cuestión, el producto de belleza soñado para el rostro, las manos y el escote."

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS.

se vende a los siguientes precios:

1|4 tubo o tubo maletín	$ 2.00
1|2 "	" 8.00
1|1 " o super tubo	" 13.50

Tres colores:

BLANCO, ROSADO (NATURELLE) y MARFIL (IVOIRE)

LOS NIÑOS BIEN EDUCADOS

POR EL DOCTOR SAIMBRAUM

LAS PRIMERAS BUENAS COSTUMBRES

Su importancia

=BIEN. Por esta vez, dejémosle. ¿Qué vamos a lograr de un nene de un año? —Va usted a lograr, señora, no hacerle esclavo de una funesta costumbre, que le perderá un día tal vez.

En no pocas familias, padre y madre andan en continua polémica, acerca de lo que se debe tolerar y lo que no se debe tolerar a sus pequeñines. La madre, por lo general, está siempre pronta a tolerarles cuántas caprichosas acciones les vengan en mientes. El padre, algo más firme, no está dispuesto a aflojar la rienda al bebé.

Estas disputas son molestas. Son, sin embargo, interesantes y aún dignas de ser renovadas, pese a las molestias que puedan causarnos. ¡No es prudente abandonar al pequeño al azar de sus caprichos! Estos sedimentarán, gota a gota, acto por acto, un carácter intolerable y torcido. Habremos querido ser condescendientes y amables con él, y habremos cometido, a la larga, una crueldad verdaderamente indigna de unos padres. ¡Un bebé de un año, decís! ¿Y qué? ¿Por ventura no va habituándose este muñeco a hablar, a levantar la manecita cuando se lo mandáis, a acercar la cabeza a vuestro seno cuando os descubrís el pecho, a conocer la fisonomía de sus allegados, a llorar cuando no le satisfacéis un capricho?

Los hábitos, las costumbres, no sólo no reconocen edad, sino que son más fáciles de adquirir cuanto menos edad se tiene. Un hábito se adquiere a los diez años mejor y más rápidamente que a los veinte; a los dos años, mejor y más rápidamente que a los diez. Cuando el tiempo ha posado sus huellas sobre nosotros y nos ha moldeado, enchufar en nuestros hábitos una nueva costumbre, es difícil, y al contrario, cuando el alma es virgen y desconoce los estragos del tiempo, moldearla, habituarla, es tarea relativamente fácil y de seguro éxito.

Os dirán que hay chicos que nacen con ciertas gracias internas, mientras otros aparecen como marcados de un maléfico estigma. Os repetirán que

"unos nacen con estrella,
y otros nacen estrellados,

como pregona uno de tantos banales dichos del vulgo. Pero esto es inexacto. Vuestro hijo, como todos los hijos de padre y madre, hereda con la sangre una serie de predisposiciones. Pero su naturaleza, aún estando predispuesta, es virgen, informe, está sin moldear. Si la abandonáis al azar de las cosas, caerá esta naturaleza del lado de la predisposición. Si la cuidáis esmeradamente y trabajáis en su formación, será tal cual la queráis. He aquí, pues, la importancia suma de trabajar esta estatua viviente desde sus primeros momentos, los más favorables, los más preciosos de la vida del niño.

Ved al escultor. Para moldear su obra, necesita que el barro esté blando, con lo que obedece a sus manos; que esté informe, pronto a ser conformado según las líneas que su inspiración concibió. Cuando la estatua esté seca, podrá el artista retocarla, pulirla minuciosamente, purificarla. Sólo estando blanda puede imprimir en ella la forma esencial que ha de convertirla en obra de arte.

Por esto es de gran ignorancia la exclamación de la madre con que hemos abierto este párrafo

Los hábitos, las costumbres "no son más que simples actos repetidos". Dejarle hacer hoy una vez esto, es matar el hábito bueno, que no es más que este una vez repetido; es sedimentarle un hábito malo, el cual no es más que este una vez, de ayer, de hoy, de mañana.

No se debe ceder nunca "una vez". Es el camino único de habituar a uno a una cosa, cuando se emprende con seriedad la formación de un ser vivo.

LAS COSTUMBRES FISICAS

Las costumbres del cuerpo.— La inteligencia del pequeñín funciona, si bien de una manera muy imperfecta. Hay, pues, que tratarle muy distintamente que a un animal; pero a la vez muy distintamente que a un joven o a un hombre ya formado.

Por esto cuando la vida comienza, tienen una gran importancia los hábitos físicos, las costumbres del cuerpo; mucho más que los hábitos que vayan derechos a la razón, envuelta todavía en la nebulosa de la materia.

El pequeñín se mete el dedo en la boca. Muerde las sábanas, y cuanto se pone a su alcance. Se roe las uñas, cuando ha crecido algo más. Exige que lo columpien en la cuna o en brazos de alguien que lo pasee. Ect., etc.

No hay que tolerar ninguno de estos defectos, que le dañarían el cuerpo y le acostumbrarían a ser juguete de sus propios caprichos.

Claro que el niño, cuando hace aquello, siente una especie de necesidad de hacerlo. Aun así, no debe tolerársele. También después, en la vida, quien obra mal, siente una especie de necesidad de hacer lo que hace. Quien no se lava, por exigencias de la pereza. Quien no estudia, por necesidad de acudir a cortejar a una muchacha. Quien pega un tiro a su enemigo, por necesidad de satisfacer su venganza o su amor propio. Quien se embriaga, por necesidad de olvidar o de divertirse. Un hombre de valer pasa su vida venciendo necesidades irracionales, que quieren gobernarle; y por eso vale. Es preciso acostumbrar al niño a no hacer lo que no le conviene, venciendo la inclinación que le impele a obrar de aquella manera.

Modos de habituar el cuerpo.—Existen tres grados, o, si se quiere, tres procedimientos para lograr vencer estos defectos del niño:

1.o Cortarle la acción repetidas veces.—Cuando el bebé se mete el dedo en la boca, se le baja la mano suavemente. En volviendo a hacerlo, se le baja otra vez. Y así varias veces. Podrá suceder que se dé cuenta de la corrección y no la repita. Pero podrá suceder que se enfade y rompa a llorar, empeñándose en la acción inconveniente. En este caso, hay que acudir a otros procedimientos.

2.o Distraerle.—Cuando se echa a llorar a causa de nuestra firmeza en corregirle, puede suceder que este lloro sea una especie de reacción o compensa-

ción, lo cual sucede siempre en los menores de cuatro años y también en los mayorcitos, cuando se les corrige las primeras veces. En este caso, no hay más que distraerles. Al bebé, al propio tiempo que no se le tolera que muerda, por ejemplo, se le llama la atención hacia algo luminoso o sonoro que pueda interesarle. Al mayorcito se le habla de una cosa curiosa o de una persona o suceso que atraiga y divierta su atención. Con ello no sentirán la necesidad de repetir la acción que tratamos de corregirles, y aun comprenderán que les distraemos para no reñirles, sedimentando en ellos un buen afecto hacia nosotros, sin el cual no podríamos educarles racionalmente.

3. **Una privación cualquiera.**—Puede acaecer que el lloro, más que una especie de necesaria compensación física—aquella compensación de los hombres ya formados, que también lloran en ciertos casos—represente una especie de rabia del pequeño contra nosotros, algo así como una manifestación de pataleo, de venganza y de impotencia a la vez. En este caso, hay que acudir a una privación cualquiera; pero, entiéndase bien, a una privación que bajo ningún aspecto dañe en lo más mínimo su cuerpo o su alma. Por ejemplo: no llevarles de paseo en aquel instante, si a él debían ir, sin perjuicio de llevarlos en otra ocasión que substituya a la que se suprimió.

EL LLANTO DE LOS PEQUEÑOS

Las lágrimas son respetables.—Ellas constituyen una de las manifestaciones más esencialmente humanas. Cuando el hombre es más hombre, es decir, cuando siente su corazón hondamente agitado por el dolor, o ensanchado por la alegría de un éxito, o simplemente conmovido ante una espectáculo sublime, las lágrimas empañan los ojos, desahogando nuestra alma saturada de emoción.

Cuando un niño llora, nunca hay derecho a burlarse de sus lágrimas. Lenguaje mudo, pero elocuentísimo, ellas son la expresión de los estados más delicados de nuestro espíritu. Si el de la burla secara las lágrimas de vuestros hijos, estaríais en peligro inminente de secarles con ellas el corazón, educándoles en una insensibilidad y dureza de alma que les convertiría después en hombres infelices y en tiranos para los demás.

Es general entre los padres lo de hacer burla del llanto de los pequeños, tachándoles de bebés y de cobardes. Y, sin embargo, es regla general, que los cobardes sean los que no lloran. El temperamento apocado de los que pudiéramos llamar **hombres secos**, no les permite hacer frente a los peligros ni atacar soluciones extremas. No se hallan nunca, así, en el terreno de las grandes emociones. No hay razón para que las lágrimas delaten estados afectivos que no existen.

Los héroes y los sabios, los hombres fuertes de todas las épocas, han llorado. Desde el valiente Príamo del viejo Homero, hasta el moderno Napoleón, pasando por la figura inmortal de Cristo, ninguno de los grandes hombres—dotados, por lo mismo que son grandes, de un gran corazón—se ha avergonzado de llorar.

Lágrimas explicables y lágrimas caprichosas.—Entre los pequeños, como entre los grandes, hay lágrimas que acuden a los ojos indebidamente.

Y los padres deben conocerlas, a fin de educar a sus hijos en un plano tal, que diste igualmente de la sequedad de corazón de los insensibles y de aquella otra sequedad de corazón de los llorones, generalmente caprichosos y versátiles, cuyas lágrimas, siempre prontas a acudir a los ojos, no salen de las profundidades de la emoción.

El estado natural del niño, al nacer, es la alegría. Para un hombre hecho y en batalla, podrá discutirse si el mundo es o no un valle de lágrimas. Para un bebé, sin luchas, sin esfuerzos, sin comprensión, no. El pequeño conoce de la vida sólo lo placentero.

De ahí que el llanto, en un bebé, sea señal inequívoca de que está sufriendo. Es el toque de alarma que nos dice que le aqueja algún dolor.

El hambre, una postura violenta o demasiado duradera, de la cual no puede salir, una luz fuerte que le molesta los ojos, una caterva de mosquitos que le chupa la sangre, la suciedad, el no poderse mover libremente, etcétera, les molesta mucho. Y lloran hasta que la molestia ha sido suprimida.

Entre las causas puse "el no poderse mover libremente". He aquí el motivo de que el niño, como suele decirse, "nazca llorando". Se le agarrota bárbaramente entre pañales; se le violentan los pulmones, el vientre y todos los órganos nutritivos; se le empaquetan las piernas; se le enfunda la cabeza bajo doble envoltura. Y el niño, cuya ley de crecimiento es la libertad plena de sus miembros, brama como un desesperado. Lo único que se le dejó libre es la boca. ¡Y extrañamos que la abra continuamente, protestando a grito pelado de la barbarie con que se le trata!

Llanto del cual no hay que hacer caso.—Fíjense los padres en el proceso que vamos a explicar. Les servirá grandemente para la formación de sus hijos.

Cuando el bebé llora, madres poco inteligentes no saben adivinar la causa. Les cogen malhumoradas y les dan el pecho o un bombón, o los pasean y distraen. El niño cesa de llorar, parte por su cansancio, parte porque se distrae mamando u oyendo los mimos que se le hacen. La madre cree que ha cesado de llorar porque tenía hambre, por ejemplo, y ya no la tiene, y no es así. "El niño ve una vez, dos, seis, cien veces, que, al llorar, le dan el pecho, o un bombón, o le pasean". Y así como el perrito de los amaestradores se acostumbra a bailar cuando quiere comer, porque ha visto que, tras el baile, venía la tajada, así el pequeñín se acostumbra a llorar para obtener cualquier cosa, porque ha visto que, tras el lloro, viene lo que solicita su capricho.

Esto es muy importante. A los pocos meses un pequeñín tiene ya exigencias, caprichos, impertinencias, que van creciendo con la edad. Si tras el llanto le dais algo para hacerle callar, fomentáis un carácter caprichoso, intolerante, versátil, que será luego arrastrado por cualquiera pasión y navegará después en la vida a merced de todas las corrientes, nunca por los rieles de la razón y bajo el timón de la voluntad.

Cuando un bebé llora: no hay que darle el pecho ni pasearle. Hay que investigar la causa de su dolor y satisfacerle en ella.

Cuando un niño, por mal proceder de sus padres, ha aprendido que tras el llanto viene el capricho satisfecho, hay que atacar el peligro de frente: no hacer caso alguno de sus lágrimas.

Dejar que brame cuanto quiera, como si no oyésemos nada.

Físicamente no se le daña. Sus pulmones ganarán en ejercicio y fortaleza.

Espiritualmente, no se le hace mal. Eran lágrimas superficiales del capricho, no de emociones del corazón.

Moralmente, irá viendo que tras el llanto no viene la satisfacción del capricho, ni aun la caricia y la compasión. Y el llanto desaparecerá a las pocas veces de hacer la prueba. Lo tirará como instrumento inútil.

Y educativamente, se le forma el carácter alejado de caprichos, y se le enseña a hacer de las lágrimas el uso debido.

He aquí, pues, la regla general acerca del llanto: nunca burlarse de él, sea sincero o no lo sea.

Si es sincero, atenderle, buscando su causa.

Si es insincero, no hacerle caso alguno.

EL CONTENTAMIENTO O FELICIDAD

La primera condición para estar contento.—Es estar ocupado. La pereza, suele decirse hablando de los hombres, es madre de todos los vicios. Es más: es origen de un gran descontamiento, de un intolerable mal humor. ¿Sabéis por qué en ciertos sitios se critica y se censura todo? Porque allí no se hace nada. Raras veces veréis a personas de actividad, a hombres originales y activos, a mujeres que no hallan bastantes horas para sus quehaceres, ser mordaces y murmuradores.

En las peñas de los Ateneos y Casinos, donde se vive en la más estulta inacción, nacen las más odiosas campañas. En el fondo de los calabozos, o siquiera paseando las calles sin objetivo, nacen el odio a los hombres y se forman los criminales.

Un desocupado no está contento de nadie, ni aún de sí mismo. Naturaleza, ofendida por la inacción de aquel ser inútil, se venga en él, sembrando en su corazón la tristeza, el tedio, el descontento, la infelicidad.

En un niño hay que tener esto muy en cuenta. Niño que no tenga qué hacer, siquiera sea un bebé de catorce meses, niño infeliz. Sentad a vuestro mamón en una sillita de brazos y dejadle allí. ¿Puede ser feliz en aquella prisión estrecha, sin objeto en qué trabajar o jugar? Hemos hablado del llanto de los pequeños: ¿puede dejar de llorar aquel bebé?

Extended una alfombra en el suelo. Echadle allí cuatro cosillas: piedras, un muñeco de diez céntimos, un diario, un almohadón, un pañuelo. Ahí le tenéis contento y satisfecho. Juega. A su modo, trabaja. Sus ojos tienen objeto donde reposar; sus manos, cosas hacia las cuales alargarse. Su espíritu no se aburre en las lobregueces de la inacción; su cuerpo se mueve constantemente.

Cuando el niño crece, cambian los objetos de su trabajo o juego. No cambia, empero, su necesidad de estar ocupado. Vuestra hija lo revuelve todo. Es que no habéis acudido a su necesidad de hacer algo. Mandadle poner la mesa, hacer su cama, barrer la escalera, fregar un plato, regar las plantas. Veréis cómo se mueve satisfecha, orgullosa de sí misma y afanosa de contentaros.

Segunda condición para estar contento.—No sufrir físicamente. Si agarrotáis al niño dentro de absurdos envoltorios; si le retenéis eternamente en el lecho; si le herís la vista con una luz intensa directa; si por cualquier otro medio le hacéis sufrir, no hay posibilidad de que vea las cosas con deleitamiento, y tome amor al mundo, y sea feliz.

Hay unas formas de sufrimiento que a veces los padres consideran como una gracia. Cuando levantáis a un bebé por encima de vuestra cabeza, le producís una sensación agradable durante los primeros momentos. Sufre, después, la horrible monotonía de las cosas sin objetivo, puramente deportivas. Reír con él a tontas y a locas, puede producirle un momento de hilaridad; luego, puro aburrimiento.

Ocupación, no atolondramiento.—He aquí dos niños. El uno, hijo de unos pobres labradores, vive semiabandonado en su casita blanca, en medio de gatos, perros, gallinas, aperos y útiles de labranza, a la sombra tibia de un pajar. Está gordo, ocupado, alegre, feliz. No ambiciona nada, ni envidia a nadie. En el reposo de su distracción, en la serenidad de su calma, en el natural variar los diversos objetos o departamento de la granja, hallan reposo su cuerpo y su alma. El otro niño, hijo de unos banqueros, vive constantemente en brazos de dos niñeras, en el regazo de la madre, en el seno de la nodriza, acariciado, halagado, ahito de todo aquello que, según las gentes, puede hacer feliz a un bebé. Se le mide la leche con el frasco graduado, el médico examina constantemente a la nodriza, se le pesa diariamente; todos se preocupan de él. Vedle, sin embargo. Está triste, de mal humor, descontento. La infelicidad ronda prematuramente aquel corazón tierno.

La agitación, los cuidados, los halagos, aquel cinematográfico ir y venir y tomarle y hablarle y acariciarle, matan al infeliz. Están tratándole con una crueldad espantosa, siquiera la envuelvan en delicadas envolturas de amor.

El niño requiere estar ocupado. No quiere agitación. Su desarrollo corpóreo exige calma. Su alma no tiene la virtud de irse acomodando constantemente a nuevas acciones.

Ni aun sus ojos pueden soportar tanto movimiento.

Ocupad a los niños con cosas, no con personas. Las cosas son serenas, encalmadas, ordenadas, suaves. La personas son nervios, agitación, discordancia, fatiga.

El hábito del descontento.—No se trata solamente de tener a nuetro hijo contento y verle feliz, durante las largas horas de su niñez. Esto, que es interesantísimo, no es nada, comparado con los sedimentos de amor u odio, de agrado o rebeldía que van posándose en el fondo de su alma y plasmando su ser.

UN NOVIAZGO ORIGINAL

Por *María del Carmen Segura*

LA llegada del rápido al pueblecillo de la costa es siempre un acontecimiento.

Se agrupan los curiosos para contemplar el paso de la civilización y de la vida. Ven la elegancia moderna, que llega, sonríe y vuelve a marchar; sin dejar en el rinconcito costeño más que una sombra de alegría: la de aquellos labios — pintados de carmín, — que han sonreído misericordiosos. Siempre es una mujer la que les mira. Siempre una boquita roja como una cereza la que se abre para hablar o sonreir. Siempre unos ojos cariñosos, que posan su estela de luz y amor en aquellos pobrecitos, siempre es alguna manita enguantada la que distribuye monedas a los menesterosos... Por eso en el pueblo miran con buenos ojos a las mujercitas que pasan por su vida en viaje de **rápido**.

En abril, con un sol espléndido, llegó Ela al pueblecito costeño, cargada de maletas y envoltorios raros y elegantes. Una señora de edad y una muchacha la acompañaban. Era una mujercita pequeña, sonriente, con unos ojazos — parlachines y reidores — que "no le cabían en la cara" como el andaluz de cierta historia.

La damita parecía contenta de ver la muchedumbre de gente que llenaba la estación y miraba con dulzura...

En una casona patriarcal, que sirvió de cuna a héroes y santos, se hallaba instalada Ela, pues también ella descendía de aquellos ilustres varones.

Cerrada estuvo un cuarto de siglo la señorial morada, pero el entarimado de roble, perfectamente encerado, y las tapicerías de gobelinos, conservadas sin una polilla, sin deterioros visibles, mostraban a las claras el celo de aquellos guardianes, que miraron por ella como si fuera propio.

En largas centurias se proveyó a la casa de todas las riquezas que encontró Ela — tan admirablemente distribuídas, — que no quiso cambiar de sitio, porque comprendió que toda modificación sería torpe. Y paseó su figurita moderna por salones y desvanes, sintiendo no haber conocido antes aquel ignorado paraíso.

Después quiso ver el mar, y salió como una tromba, corriendo y saltando, feliz por verse libre de tutores y parientes. ¡Qué dicha volar horas y horas por estos campos floridos, junto a esta playa deliciosa, y soñando en **amores imposibles**..., porque la **razón de estado** se imponía, y la pobre Ela nunca sería dueña de escoger su marido...

Hacía cuatro meses que era novia **semi-oficial** de un desconocido, un niño bonito, cuyos padres habían trabado amistad con no se sabe quien... y convinieron, consejo de familia, padres, tutor y **tuti li mundi**, en que era un magnífico casamiento. Y se lo participaron a la interesada con los mismos pelos y señales que acabo yo de explicar al lector. Total, que estaba tan enterada como nosotros. Que sufría porque se acercaba la fecha de la presentación, y para poderla retardar, buscó a su médico, le dijo que estaba muy enferma y se lo **hizo creer**... tanto, que le recetó dos meses de campo y playa, sin parientes, amigos ni enemigos..., sólo con su ama de llaves y su doncella particular. Las dos la querían y la dejarían en libertad de hacer y decir cuanto quisiera, que fué el tratamiento que impuso el doctor. Y por ahora se iba cumpliendo al pié de la letra.

A Ela le gustaban muchísimo las novelas. Tenía una imaginación arrebatada y gozaba en la lectura de obritas románticas, "escritas para las jóvenes" (la única literatura que conocía).

Un acontecimiento cualquiera tomaba en su mente proporciones gigantescas, y el más leve incidente dábale pie para inventar un argumento novelesco. Ahora, que jamás se le ocurrió escribir. Las novelas las leía, las sentía, las soñaba, las inventaba; pero jamás las escribía... ¡Oh, eso nunca! No quería descubrir a los extraños aquel rinconcito de su corazón que era su santuario, donde ella se recogía muchas veces para soñar...

Una tarde Ela estaba leyendo como de costumbre, en la playa. Su doncella cortaba flores silvestres y las reunía en ramos, que iba dejando a los pies de su señorita. Esta oyó caminar sobre la arena... y vió pasar un caballero en sencillo traje de campo. Llevaba el sombrero en la mano y el aire movía sus ensortijados cabellos. Ella levantó los ojos, vió aquella frente serena, aquella cabeza de forma perfecta, que pertenecía a un hombre alto (su ideal), y no necesitó más para inventar una historia, en que los dos eran protagonistas.

Ella, que se dormía junto a la playa. Las olas, que llegaban y la arrebataban mar adentro. **El**, que la veía y se echaba al agua y la salvaba con peligro de su vida. Y luego... empezó a soñar mirando la alta silueta que se iba perdiendo... y quiso encontrar un final adecuado, y después de mucho pensar lo halló. **El** le pedía que fuera su esposa. **Ella** le hablaba de su compromiso. **El**... se moría de amor y pena. **Ella**, desesperada se metía en un convento, para pensar siempre en **él**.

Todas las novelas que inventaba acababan en muertes y conventos. En todas había **amores imposibles... desesperaciones... y finales trágicos.**

Cuando más distraída estaba en su meditación, notó un pinchazo en el pie. Movióse y todavía creció el dolor. Se había clavado una espina y sufría horriblemente. ¡Era una criatura tan frágil, tan delicada!...

La doncella probó de arrancarla. Trabajo inútil. Se le quebró en las manos, mientras la pobrecilla soñadora... caía desmayada... La criadita lloraba y se lamentaba, cuando se le ocurrió una gran idea. Correr tras aquel caballero que había pasado...

. . . . . .

Cuando el joven hallóse al lado de Ela se arrodilló y contempló la largo rato, sin atreverse a hablar. Aquella palidez de rostro y aquellas flores..., todo cosa de muerte, parecían...

. . . . . .

Con mil precauciones quitóle el zapato y la media, ayudado por la doncella, que no dejaba el llanto, ni los lamentos.

—¡Pobre señorita! ¡Tan buena que es! ¡La quiero más que a mi madre! Señorita de mi alma. ¡No se muera; despiértese, por Dios!

Pero la señorita seguía inmóvil y el caballero con el diminuto pie entre sus manos, miraba consternado la pequeña herida y temblaba sólo al pensar el dolor tan agudo que debió sentir y el que todavía le esperaba.

Sacó unas pinzas de un estuche de bolsillo, y con gran paciencia llevó a cabo la operación. La **muerta** dió un ligero grito, pero era tan grande el dolor físico para aquella mujercita que no estaba acostumbrada al sufrimiento, que el desmayo repitióse.

. . . . . .

Un atardecer rosado y bello del mes de mayo. Mucho perfume de azahar y de rosa. Músicas de pájaros y brisas, poesía por todas partes. Ela despertóse y sintió junto a su oído el latido violento de un corazón... Iba en brazos de un hombre. Adivinó sus cabellos ensortijados y su frente serena. Era el mismo que había visto en la playa, aquel con quien ella había soñado...

Volvió a cerrar los ojos y él la besó repetidas veces, estrechándola más y más contra su corazón...

Iban por un sendero abierto en una huerta de naranjos. Ela creía soñar al sentirse acariciada y mimada de este modo.

El perfume de azahar, unido a otro muy sutil que se desprendía de las ropas de aquel hombre, la iban adormeciendo en un sopor dulce y tranquilo...

Todas las tardes el simpático joven visitaba a Ela y la acompañaba hasta el atardecer.

Se le iba curando el pie... y enfermando el corazón. ¡Pobrecilla!... Cada vez que él se levantaba para irse le decía mimosamente, como una chiquilla.

—No se vaya. Un ratito más. Y el ratito se convertía en una hora, en dos, en cuatro...

(Continúa en la página del frente)

SECRETOS DE BELLEZA

Marion Nixon, famosa estrella de la Universal Pictures Corporation

Manera de desprenderse de un cutis malo

Es una tontería intentar cubrir un color cetrino, cuando se le puede hacer desaparecer o cambiar el cutis. Lo mejor es aplicarse cera pura mercolizada lo mismo que si se tratara de cold cream, lavándose la cara por la mañana con agua caliente. El efecto, después de las primeras aplicaciones, es sencillamente maravilloso. Gradualmente y sin dolor, la cera absorbe la cutícula mortecina en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel nueva y aterciopelada que hay debajo. Ninguna mujer ostentará un cutis pálido, con ronchas, barrillos o pecas, si compra en la farmacia cera pura mercolizada y la usa en la forma indicada.

Para evitar el vello

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporáneamente el vello; pero, evitar de un modo definitivo esa innecesaria abundancia de pelo representa un problema distinto. No son muchas las damas que conocen los espléndidos resultados que se obtienen mediante el empleo del porlac pulverizado. El porlac se aplica directamente al pelo que se quiere eliminar. Este tratamiento recomiéndase no sólo para la instantánea desaparición del vello y de las superfluidades del cabello, sino que también para la destrucción definitiva de las raíces. Casi todos los boticarios pueden proporcionarle porlac, una onza, más o menos, cantidad suficiente para el experimento.

Un secreto contra los barrillos

Los puntos negros, la graseza del cutis y la dilatación de los poros cutáneos del rostro, son molestias que en general nos asaltan juntas. Pero, tenemos la ventaja de poder combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua caliente una tableta de stymol, que, al disolverse, produce una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha cesado, se usa el agua, así "estimolizada", para bañarse el rostro, secándose, luego, con una toalla. Los intrusos puntos negros salen del cutis para desaparecer en la toalla: los grandes poros grasos se contraen como por encanto y se borran de la cara. Merced al stymol, que se halla en venta en todas las farmacias, la piel queda alisada, blanda y fresca, sin experimentar daño alguno.

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

Indudablemente, un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquiera indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis y además se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas, pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo: pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las farmacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

NUESTROS DIBUJANTES

Estrada Gómez

ESA era otra modalidad. Entonces Estrada Gómez anteponía a sus cualidades de dibujante su rara imaginación artística. Situado uno a la orilla de cualquier grabado suyo tenía que admirarlo sin retenerse.

No es el dibujante que se pone a mirar cara a cara la realidad sin importancia, para copiarla fidedignamente o con la precisión de los fotógrafos. Por encima de todo esto, en Estrada Gómez juega el artista que ve las cosas con los solos ojos de su sensibilidad, pero de una sensibilidad libre de atajaderas. Y de todos modos, en este caso la emoción obra con más rapidez, es más duradera y honrada.

En sus antiguos dibujos Estrada Gómez ponía un cierto sabor bíblico que obrada despegándose del papel como un perfume. Un retorno hacia el hombre desnudo e idealmente humano, aunque esto simule una paradoja. La figura, estilizada con delicadeza y sabiduría se pierde en contorsiones sucesivas. El papel de los ojos ante sus dibujos no es ver, sino conducir la actitud hacia el alma, en el vehículo de la emoción.

Estrada Gómez.

Por eso desde lejos, yo también lo admiraba sin retenerme.

Ahora Estrada Gómez ha lanzado su evolución por otros caminos, distintos técnicamente de la estilización del dibujo pero iguales en aquello de dejar que sea la imaginación del artista quien dirija la mano del dibujante: el grabado en madera.

Es como si se pudiera pegar sobre un pedazo de madera cualquiera determinada situación de espíritu que lo lleve a uno a sentir cosas extrañas, vistas sólo interiormente La línea abundante que emerge del cuchillo del artista y se prolonga en una u otra espiral y que a pesar de ser siempre de colores oscuros parece completamente luminosa. Los detalles se pierden, porque también desaparece su importancia.

Así como antes obraba en sus dibujos cierta frondosidad bíblica, ahora llega con el grabado en madera a la emoción más sintética.

Después de todo, Estrada Gómez descansa desde hace tiempo sobre una personalidad bien ganada.

Su nombre suena entre los de los artistas más honrados de Chile.

Sólo quería decir que delante de su obra mi alegría se abre como una flor.

LUIS ENRIQUE DELANO

UN NOVIAZGO ORIGINAL

(Conclusión).

hasta que la reflexión del hombre se imponía y se marchaba... más muerto que vivo.

Ella pensaba siempre en él.

El pensaba siempre en ella.

Hablaban, se miraban, sonreían y les salía la felicidad por los ojos, porque el amor que los dos sentían les bastaba para su dicha.

Si él, al saludarla, le cogía las manos y las besaba, devolvíale ella también la caricia, como niña sumisa que pone un ósculo en la mano de su padre para demostrale su respeto.

Era tan mimosa, tan dulce, tan **chiquilla**, que Mario, el equilibrado Mario, perdía casi el juicio. Cuando recordaba la visión de muerte que le sugirió al verla desmayada, parecía que traspasaba su corazón. En cambio, el viaje de la playa a la casa, con tan preciosa carga, le parecía cosa del cielo. Hasta aquellos besos furtivos — no por eso menos apasionados — le sabían a gloria. Si alguien intentara apartar aquella mujercita de su lado, sería capaz de matar o de morir.

En sus monólogos de hombre enamorado decía:

—Es mía; quiero que sea mía. Sin esta deliciosa criatura — que se apoderó desde el primer momento de mi alma y de mis sentidos — yo no sería capaz de vivir. ¡Oh, muñeca mía, te necesito para mi felicidad! Aunque tuviera que derribar medio mundo para conseguirte, no dejaría mi empresa, por atrevida que te parezca...

¡Pobre Mario! El amor... el amor es cosa triste.

Así las cosas, recibió Ela una carta apremiante de su tutor, en la que le daba ocho días de tiempo para volver a R.

El timbre sonó, y corriendo salió a recibir al enamorado... y le echó los brazos al cuello, llorando como una Magdalena.

—Mario, amigo mío; la vida nos separa. Debo marchar a R. para conocer a mi prometido y casarme con él, y no le quiero.

—¿Le has visto alguna vez?

—No. Le conozco sólo por retrato y no me gusta. A quien quiero es a ti... y, sin embargo, me obligarán a unirme a ese ruin desconocido, a quien nunca querré.

—Nadie puede obligarte, chiquilla mía. Hazlo como yo. También estaba prometido. He escrito a mis padres. Ellos están conformes en que me case con quien yo quiera. Niégate tú también y verás como no hay fuerza humana que te obligue.

—¡Oh, Mario! ¡No conocéis a mi tutor ni a mis parientes!... El es un ogro y ellos... unas fieras. Se han propuesto hacerme un casamiento de conveniencia... y no se vuelven atrás.

—Mira, nena, hay un medio de evitarlo.

—¿Cuál es? Dímelo.

—Procurarte una entrevista con el novio, sin tutores... y decirle claramente que no te casas con él, porque no le quieres, porque hay otro, que es en realidad tu prometido. Si esto no fuera bastante, le dices que te negarás en absoluto a cuantos intercedan en favor de él. En fin, creo yo, que por poco talento que tenga ese **novio postizo**, él mismo te allanará el camino y contribuirá a disuadir al tutor y familia.

Un criado de toda su confianza llevó el recado de Ela y al día siguiente salió a misa temprano, se encomendó a Dios de todo corazón y subió al auto. A los diez minutos paraba frente al Museo de Arte Egipcio.

Entró y en el salón, de "**reminiscencias faraónicas**" encontró a Mario.

Loquilla, como siempre, corrió a su encuentro y se dejó besar las manos repetidas veces.

—¿Dónde vas tan temprano, muñequita?

—¡Oh, no digas nada! He venido para despedir a mi novio.

—Entonces, me marcho; no quiero estorbar.

—De ningún modo. Me vas a servir de ayuda, porque voy perdiendo las fuerzas.

Entonces él se explicó que también — por rara casualidad — había sido citado por su ex futura para tener una conferencia

—Así que tendré que irme, chiquillo, porque voy a ser otro estorbo.

—No, mujer. Tú te quedas. Yo me quedo. Ellos llegan. Les hablamos, y si se gustan... que se arreglen. ¿Comprendes?

—Magnífico.

Y empezaron a curiosear por los distintos pabellones, sin encontrar alma viviente

Pasó una hora, y dos, y cuatro. Cansados de esperar se marcharon.

Ela volvió a repetir el llamamiento y al día siguiente se encontró otra vez con Mario, que la esperaba en el parque del E., junto al monumento de X.

—¿Cómo es esto, niño? ¿Es que esperas a tu novia?

—Sí. ¿Y tú? ¿Vienes por lo de ayer?

—Claro.

Entonces Mario sacó de su bolsillo un retrato y lo enseñó a Ela. Esta púsose a reir a carcajadas, y sacó de su monedero otra fotografía. La segunda carcajada, la del joven enamorado, era algo así como el repique de las campanas en día de fiesta.

Los novios odiados eran ellos mismos. Ela había tenido una ocurrencia graciosa. En lugar de mandar su retrato al antipático marido que le proponían, envió el de una amiga. Mario había hecho lo mismo, movido por una inspiración fantástica.

PARA LAS HACENDOSAS

El cultivo de los berros

El cutivo del berro es fácil cuando se dispone de una corriente de agua, por pequeña que sea. Cuando esta condición sea difícil,de sonseguir puede emplearse el siguiente procedimiento que está al alcance de todos.

Un barreño o un barril partido por la mitad constituyen el receptáculo necesario, se coloca en un sitio a la sombra y se llena de agua. En la superficie se fija una tela metálica u otro tejido semejante, sobre el cual se disponen ramos frescos de berros. Al cabo de quince días los berros habrán hechado raíces y se habrán desarrollado hasta cubrir todo el recipiente.

Es inútil cambiar el agua, solamente es necesario mantener el recipiente lo más lleno posible. Como abono, lo mejor es emplear una mezcla de cinco gramos de sulfato de amoníaco y un gramo de sulfato de hierro por cada diez litros de agua.

Al hacer la recolección de los brotes es mejor cortar allí donde estén más espesos, a fin de permitir el acceso de luz y del aire, favoreciendo el desarrollo de las plantas que quedan.

Cuando se posee un pequeño espacio de tierra se puede hacer una plantación de berros de una manera muy sencilla. Se entierran, dispuestos en zig-zag, fondos de botellas u otros objetos parecidos, rellenando los intervalos con tierra. Se llenan de agua los recipientes y en la tierra intermedia se siembran los berros que crecerán prontamente y se abrevarán en seguida en el agua de las botellas, que alcanzarán con facilidad. Estas botellas que sirven de recipientes, estarán entre sí a una distancia de quince a veinte centímetros, cuidando de tenerlas llenas de agua.

El berro constituye una excelente ensalada para acompañar los asados y además sirve para decorar las fuentes en que estos van servidos. Constituye uno de los mejores depurativos, abre el apetito, activa la secreción de la saliva y goza además de numerosas propiedades medicinales que sería largo enumerar.

Para lavar los foulards

He aquí una manera de lavar los foulards, aún los teñidos con colores más delicados.

Se sumerge la tela en agua fría; una vez embebida, se lava rápidamente con jabón ordinario adicionado de un poco de alcohol perfumado (no se emplee nunca el jabón blanco de Marsella porque deja un olor graso muy desagradable). Después de la enjabonadura se enjuaga el foulard con abundante agua fresca, se comprime ligeramente entre las manos, se envuelve en un lienzo blanco y se comprime nuevamente, de modo que quede casi seco. Entonces se plancha, cubriéndolo para ello con otro lienzo fino, de modo que la plancha no toque nunca la seda. Cuanto más rápida se ejecute esta operación, tanto mejor. Por poco que se deje la seda en el agua o envuelta en el lienzo, el color se puede alterar y entonces se forman manchas o listas que es imposible hacer desaparecer después. Una persona hábil puede ejecutar el lavado completo en diez minutos. si la pieza está adornada con encajes, plisados, etc., el secado es más lento, entonces se debe cambiar varias veces el lienzo de envolver, hasta conseguir que seque, para planchalo en seguida. El resultado obtenido por este método es irreprochable.

Para cambiar de macetero las plantas.

La operación de cambiar de macetero las plantas perennes se hace por lo general en la primavera, ya que esta es la época en que las plantas salen de su reposo, ora absoluto, ora aparente. El fin principal es dar a la planta, crecida en la anterior estación, un espacio mayor y por lo tanto una mayor cantidad de tierra. El nuevo macetero debe ser de dos a tres centímetros mayor que el anterior, no más, para que no resulte excesivo, ya que la planta, en un macetero demasiado grande, no puede absorver toda el agua de los riegos y entonces esta queda estancada en la maceta para perjuicio de la planta.

No encierra gran dificultad el cambio de macetero, pero sí exige cierto cuidado y atención y por esto vamos a señalar algunos preceptos generales.

Prepárese ante todo el nuevo materos no lo tienen), entonces se povado, haciéndole en el fondo un orificio para dar salida al agua sobrante de los riegos (muchos maceteros no lo tienen), entonces se pone en el fondo una capa de tierra vegetal. Tómese enseguida el macetero en que está la planta y si es pequeña, se invierte y teniendo el tallo de la planta entre los dedos de la mano izquierda, se golpea la maceta con la derecha hasta conseguir que se desprenda todo el pan de tierra. Poniendo entonces derecha la planta se le saca con la ayuda de un palito la capa superficial de tierra. En algunas plantas se pueden cortar también los extremos de las raíces, sin causar daño a la planta, pero si así se hace hay que ser muy cautos. Téngase en cuenta que más vale cortar una raíz que no lacerarla y dejarla así dañada en el nuevo macetero.

Verificada esta operación preliminar descrita, se colocará la planta en el centro de la nueva maceta, bien derecha y de modo que la parte superior del pan quede a cuatro o cinco centímetros por debajo del borde, entonces se verterá en ella la nueva tierra, poco a poco, comprimiéndola más o menos, según la naturaleza de la planta y la calidad de la tierra. que debe poseer una humedad media; demasiado seca se comprime mal y no toma bien el agua del riego; demasiado húmeda se comprime en exceso. Por último, la planta será convenientemente regada.

Cuando se hayan cortado algunas raíces, se tendrá el nuevo macetero con la planta a la sombra y convendrá también rociar con agua las hojas.

En general, el cambio de macetero se verifica todos los años, pero hay algunas plantas que pueden estar en el mismo macetero hasta dos años. El año en que no se realiza el cambio, se acostumbra a remover con un palo la superficie de la tierra, separar una porción y renovarla con tierra mezclada con estiércol viejo. También es conveniente, durante el verano, remover dos o tres veces la tierra superficial, la cual con los repetidos riegos y el calor forma una especie de costra que impide que el agua y el aire penetren en la masa de la tierra.

Para desinfectar las jaulas de los pájaros

Las jaulas donde se tienen pájaros cautivos exhalan por lo regular muy mal olor, del cual es fácil librarse Basta para ello esparcir por el fondo de la jaula yeso en polvo y cubrirlo de arena. Cuando se trata de grandes instalaciones, este y es o constituye un excelente abono.

Da también buenos resultados el lavado completo de las jaulas con lechada de cal, la operación se ha de repetir con frecuencia.

Para librar las jaulas de los parásitos que suelen molestar a los pájaros, después de haberlas lavado, se rocían con bencina, tanto exterior como interiormente, mediante un pincel; después se expone la jaula a la acción de los rayos solares para que evapore la bencina, quedando así completamente limpia de parásitos.

FOX Stars

COMO SE VERA EN SEGUIDA, NO SE TRATA DE UN NUEVO BAILE

La belleza de MADGE BELLAMY se realza con este sombrero de hermosa sencillez.

MARIA CASAJUANA, la hermosa española que ganó el Concurso "Fox" en su país.

Una suntuosa toilette de OLIVE BORDEN

LA TRAGEDIA AMOROSA DE

MAS JOVEN Y MAS BELLA, YVONNE VALLÉ, LE QUITÓ A MAURICIO CHEVALIER, EL MEJOR BAILARIN FRANCES Y EL GRAN AMOR DE SU VIDA

Mauricio Chevalier, y su novia, Ivonne Valle.

El cortejo de la boda pasó, por una cruel coincidencia, frente a las puertas de esa casa cerrada, y se dice que se vió descorrer una cortina dejando en descubierto una cara trágica y bañada por las lágrimas.

LA alegre boda celebrada recientemente en la alcaldía del distrito décimo sexto en París, de Mauricio Chevalier, el artista favorito de la capital francesa, e Ivonne Vallé, tuvo por resultado la desgracia de otra mujer. No es un secreto para nadie que esa mujer es la Mistinguette.

Desde el tiempo en que Nueva York examinó crítica y entusiastamente su "piernas de un millón de dollars", el nombre de la Mistinguette y algo del romance que la ligaba a Chevalier, son conocidos en el mundo entero.

Su caso es más conmovedor porque precisamente antes de su matrimonio, Chevalier autorizó la publicación de un volumen de sus Memorias en las que relata su romance con la madura actriz, y dice también de una manera brutal por qué puso fin a ese romance. No es extraño entonces que cuando el compromiso se hizo público, la Mistinguette se encerrace en su casa y negáse su puerta aún a sus más íntimos amigos. Por una cruel coincidencia, el cortejo de la boda pasó frente a la puerta de esa casa cerrada y se dice que se vió una cortina de una de las ventanas levantarse y detrás de sus cristales asomar una cara trágica, bañada en lágrimas. Mistinguette ha respondido con un digno silencio a las acusaciones que Chevalier le hace. Pero sus amigos conocen la profunda amargura que embarga su corazón y predicen que pronto ejecutará el clásico gesto, de las mujeres que han sufrido desengaños de amor, buscando la paz y la tranquilidad del convento para cerrar la herida de su afligido corazón. En sus memorias Chevalier recuerda su primer encuentro con la mujer que ha ocupado tan gran espacio en su vida. La escena fué en los bastidores del Casino de París. Un amigo común lo introdujo en el momento en que la Mistinguette salía de su camarín. Chevalier en ese tiempo era un muchacho imberbe y su fisonomía gustó a la hermosa actriz entonces en el apogeo de su celebridad.

"Tú tienes una cara simpática y hermosa, muchacho, le dijo familiarmente la actriz. Con esas cualidades te abrirás camino en la vida".

La Mistinguette no sospechaba entonces que sería ella misma la que iba a poner la base en la futura carrera de Chevalier. La Mistinguette era entonces la estrella principal del Folies Berguere, y los accidentes de su carrera arrojaron a Chevalier en su camino. Se necesitaba una pareja para ella que reuniera algunas condiciones de altura y aspecto, el joven se presentó y fué aceptado.

El primer baile que efectuaron juntos, tuvo un éxito sensacional, y sin embargo, todas las noches cuando concluían su trabajo, Chevalier se inclinaba respetuosamente ante Mistinguette y se retiraba sin decir palabra.

Una noche la estrella le preguntó:

—"¿Dónde vive Ud.?"

—"Muy lejos del Folies Berguere, le contestó el".

"Pobre muchacho", dijo la Mistinguette compasivamente. "Espéreme esta noche a la salida del teatro, que yo lo pasaré a dejar en mi automóvil".

Esto provocó una escena de celos, porque otro de los actores pretendía el privilegio de escoltar cada noche a la actriz. A la tarde siguiente, este

EL LARGO EXACTO DEL CALZADO FEMENINO

Después de muchos meses de estudios y experimentos ha llegado Salvatore Ferragamo, de Hollywood, experto en cuestiones que afectan la belleza de la mujer, a la conclusión de que los pies de las mujeres, para ser perfectamente proporcionados al resto de su cuerpo, deben ser lo suficientemente largos para que se extiendan hasta una línea a plomo imaginaria que caiga desde la punta de la nariz de la dama.

En otras palabras, una plomada suspendida de la punta de una nariz femenina debe caer exactamente sobre la punta de los pies de la misma persona. O, según se expresa el mismo Ferragamo, "desde la punta de su nariz hasta la punta de sus pies".

Ferragamo estudió los zapatos y pies de varios centenares de damas y consultó a varios artistas y escultores y a su propio gusto estético antes de llegar a tal conclusión. También ha preparado un aparato medido mediante el cual puede determinar fácilmente si los pies de una mujer son demasiado largos o lo contrario, de acuerdo con la norma que él ha fijado.

Las deficiencias son fáciles de ajustar. El largo del zapato de la mujer se puede acortar haciendo más altos los tacones, y se aumenta reduciéndoles la altura. Si la punta de los pies se extiende más allá de la línea a plomo que caiga desde la punta de la nariz, la mujer debe usar tacones más altos. Si no llegan hasta la línea, pues tacones más bajos.

El método Ferragamos del tamaño científico de los zapatos será puesto en práctica por las peleterías de lujo.

* *

LA MISTINGUETTE

Este es un emocionante relato del drama íntimo y pasional de la madura bailarina francesa, que, a pesar de poseer las famosas "piernas de un millón de dólares", a los cincuenta y cinco años de edad, pero en plena hermosura, ha visto a su joven asociado, a cuya fortuna y celebridad ella había contribuido, casarse con una mujer no tan inteligente, pero sí más joven. "¡Juventud, divino tesoro!" . . .

autor se dirigió al camarín de Chevalier, abrió violentamente la puerta y dió una bofetada al joven artista. Todos los actores se reunieron después de la función para presenciar el combate que necesariamente debía seguir a este insulto, y la misma Mistinguette, con lágrimas de ansiedad en sus ojos, fué testigo de la lucha que ella había provocado inconscientemente.

En la puerta del teatro los dos hombres se encontraron. Sus armas fueron sus puños, pero la pelea fué de corta duración. Chevalier era más joven y más robusto que el otro y, además, podía felicitarse de haber conocido a un oscuro y joven boxeador llamado Carpentier que le había dado algunas lecciones en el arte del boxeo. Desde ese tiempo Chevalier fué el inseparable compañero de la célebre actriz de la que sólo se separó durante la guerra. En uno de los primeros combates fué tomado prisionero e internado en un campo de concentración. Un año después, consiguió escaparse a Suiza y volvió a París y se reunió de nuevo con la Mistinguette. A pesar de las querellas que se suscitaban continuamente entre ellos, los éxitos que obtenían en el teatro los mantenían unidos, pero finalmente las cosas llegaron a su período álgido y decidieron separarse.

Pero ahora se dieron cuenta de que no podían hacerlo. Chevalier cantaba sólo en Londres, y Mistinguette representaba también sola en París, pero únicamente un éxito mediano coronaba sus separados esfuerzos.

Los ex-amantes concluyen una paz insegura, y aparecen juntos otra vez en el casino de París.

Mistinguette y Chevalier, haciendo un baile caricaturesco, cuando trabajaban juntos en los escenarios parisienses.

En la Compañía trabaja una hermosa muchacha que no posee más cualidad que su hermosura, llamada Ivonne, y que figura en las listas de pago con el sobrenombre de Valle. Mistinguette no tarda en observar que la mirada de su asociado persigue continuamente en escena a la linda figura de esta corista, cuya fresca y juvenil belleza contrasta notablemente con el ajado esplendor de sus propios encantos. Mistinguette posee toda las ventajas sobre su rival, excepto la juventud. Es célebre, adulada, bella, pero tiene cincuenta y cinco años y la pequeña Ivonne sólo tien veinte.

La Mistinguette emplea, desesperada, su último recurso: los celos. Públicamente se demuestra interesada por un nuevo artista. Earleslie, un joven bailarín americano que trabaja en los teatros de París. Este romance termina pronto, las querellas se suceden y una noche en que los tres paseaban en auto, sobreviene una discusión y la Mistinguette ordena a su chofer que arroje al joven americano fuera del auto.

Mistinguette, a los sesenta años, aparece en escena tan fresca como en su juventud.

Mientras tanto Chevalier se muestra en todas partes de París en Compañía de Mlle. Valle. Poco tiempo después, la desgraciada Mistinguette ve desvanecerse su última esperanza al leer el compromiso oficial entre su ex-asociado y su hermosa e insignificante rival...

París, 15 de diciembre, 1927.

LA TIERRA DE LA CALMA MATUTINA.—*Por Temple Manning.*

"La tierra de la Calma Matutina" es el encantador nombre que le han dado o que mejor dicho han escogido para Corea los japoneses. Este pequeño país que actualmente pertenece al Japón y que es un poco más grande que el estado de Kansas, tiene una población de más de dieciocho millones de almas. Los coreanos se parecen a los japoneses puesto que tienen los ojos en forma de almendra, pero ahí termina todo el parecido, pues sus facciones tienen más bien las características de la raza negra. Su mentalidad está considerada por algunos igual a la de los japoneses y su habilidad en las matemáticas es en extremo notable.

El coreano presenta una apariencia muy grotesca, teniendo un gran parecido con un payaso de circo. Viste un batilongo blanco que se amarra debajo del brazo con unos cordeles. Algunas veces lleva una cinta azul en los tobillos y en la cintura, y cuando llega a la mayoría de edad se peina con un moño especial que es la señal de que ya es un hombre con todos los derechos legales. Lleva además unos pantalones blancos que forman bombaches en los tobillos y unos zapatos inmensos. Generalmente usa una patilla larga y fina y unos espejuelos con arco de carey, los que unidos al sombrero transparente que usa presenta un aspecto sumamente ridículo.

Cuando lleva luto de un pariente masculino el coreano usa un sombrero de paja de forma muy rara. Generalmente se le puede ver fumando una pipa que tiene una boquilla de más de una vara de largo con un fogón del tamaño de un dedal.

Las mujeres presentan un aspecto tan raro como los hombres. Generalmente gruesas y con el cabello liso, llevan unas sayas de algodón muy anchas en forma de globos. La chaqueta es muy corta y con escote muy bajo. Los hombres se preocupan muy poco de las mujeres y pasan la mayor parte del tiempo en los teatros y otros lugares de diversiones. La mujer coreana goza de muy pocas consideraciones.

* * *

LA MUJER EN EL HOGAR

LA BATERIA DE COCINA

Se designan bajo el nombre de **batería de cocina** todos los utensilios que sirven para las operaciones culinarias. Uno de los muros de la cocina debe estar provisto de vasares y portaclavos para recibir e instalar la batería de cocina.

Estos utensilios se fabrican de cobre, de hierro batido, de hierro blanco, de palastro esmaltado, de fundición, de barro o de zinc.

Los utensilios de **cobre** cuestan caros, se venden al peso y siempre es necesario tomarlos de un espesor suficiente para resistir los golpes de calor que se llaman en la cocina **golpes de fuego**; son, además, de conservación bastante penosa; deben frotarse cada vez que hay que servirse de ellos Pero su duración es casi indefinida, y de todos los utensilios posibles, si exceptuamos las vajillas de barro, son los menos sensibles a la acción de un fuego demasiado vivo.

Aunque el cobre no sea tan venenoso como se ha creído por mucho tiempo, debe tenerse cuidado de conservar los utensilios de cobre en buen estado de estañadura.

La **estañadura** es un revestimiento de estaño con el cual se guarnece el interior de la mayor parte de los utensilios de cocina. Debe ser hecho con buen estaño fino. Si el estaño está falsificado con el plomo, como ocurre frecuentemente, su acción en ciertos alimentos puede dar

lugar a sales más venenosas que las del cobre.

Por consiguiente, siempre hay más seguridad dirigiéndose a casas de confianza para la estañadura de los utensilios de cocina.

Cuando se emplean utensilios estañados, es necesario no olvidar nunca que el estaño se funde a una temperatura de 228 grados, es decir, muy inferior al hornillo sobre el cual se opera. Cuando se trata de caldos, de salsas, o asimismo de viandas jugosas, la vaporización del agua mantiene a 100 grados la temperatura interior del recipiente; pero si se opera a fuerte calor seco, como cuando se hace caramelo, la cazuela se eleva fácilmente a 228 grados; el estaño entonces se desprende en gotas y cae en la preparación.

En casos particulares en los que se teme ver producirse este efecto, se servirán de vasijas de cobre no estañadas o de barro.

El **hierro batido** hace, sobre poco más o menos, en la cocina los mismos servicios que el cobre, y sirve para idénticos objetos. Cuesta más barato, se empaña más fácilmente y se conserva sin mucho trabajo. Representa la batería de cocina más cómoda para una familia modesta, donde la dueña de la casa está obligada a hacer por sí misma su trabajo.

El hierro batido, como el hierro blanco, se compone de una plancha de hierro batido en lámina (palastro) y recubierta de una capa de estaño; pero los utensilios de hierro batido son fabricados antes del estañado y al fuego rojo, mientras que los utensilios de hierro blanco son sacados de las planchas de palastro estañado y soldados solamente con estaño. Los primeros resisten a todas las temperaturas, casi en las mismas condiciones que el cobre, mientras que los otros, a menos de estar llenos de agua y mantenidos así a una temperatura que no pase mucho de 100 grados, caen en pedazos por fusión de su soldadura.

Comparado al cobre, el hierro batido tiene poca inferioridad. Si una vasija en contacto con un fuego demasiado vivo llegase a enrojecer, la vasija de cobre tiene necesidad que sea restablecido su estañado, pero el cobre no altera su naturaleza íntima. Una basija de hierro batido se pierde fácilmente ,porque el palastro, en enrojeciendo, se oxida. Estos accidentes, que sólo ocurren a las cocineras negligentes, serán en parte prevenidos si se tiene cuidado d escoger el hierro batido suficientemente grueso.

Diferentes utensilios de cocina principalmente las cazuelas y ollas se fabrican también de palastro esmaltado, es decir, recubiertas en el interior de un esmalte o barniz de naturaleza vidriosa.

Esta clase de utensilios son de fácil limpieza y de uso cómodo, pero cuestan bastante caros y duran poco; el fuego hace estallar muy pronto el esmalte, que luego se despega poco a poco. Todas las precauciones del mundo no pueden impedir que se produzca ese accidente y no existe ningún medio para remediarlo.

La **fundición** está provista de cierto número de utensilios muy cómodos, de un precio poco elevado, de fácil conservación y que dan excelentes resultados en la cocina, a causa del calor que en ella se puede concentrar. Las preparaciones al vapor se hacen allí mejor que en cualquiera otra parte. Las cazuelas de fundición se llaman en algunos lugares **cocotte** o **coquelle**, o aún **huguenotte**. Se fabrican también ollas y utensilios de cocina de fundición. El inconveniente está en la fragilidad de la función, que se quiebra fácilmente por el choque, sobre todo cuando está caliente, y la facilidad de oxidación. Se evitará este último inconveniente, poniendo los utensilios de fundición en un sitio muy seco y teniendo cuidado de no dejar jamás enfriar los alimentos más allá de ciertos límites. Contraerían mal gusto. Por lo demás, se sabe que el óxido de hierro o herrumbre no tiene nada de venenoso.

El **barro cocido y barnizado** o **vajilla de barro** proveerá a la batería de cocina de muchas piezas importantes.

Las propiedades refractarias de la arcilla dan cochura más delicada en los cacharros de alfarería que en los de metal; el caldo de la carne en ellos será excelente. Las preparaciones del oficio a mucho fuego, las salsas fáciles a agriarse, se harán muy bien en los utensilios de barro.

Hay dos clases de vajillas de barro: las de greda y las de arcilla.

Las **vajillas de greda** tienen ventajas muy grandes; sus elementos, habiendo sufrido en la cocción una media fusión, están perfectamente impermeables, y el ligero barniz que se les da no puede de ningún modo descomponerse por la acción de los ácidos. Desgraciadamente, esas vajillas no van al fuego; el cambio brusco de temperatura, determina su rotura instantánea.

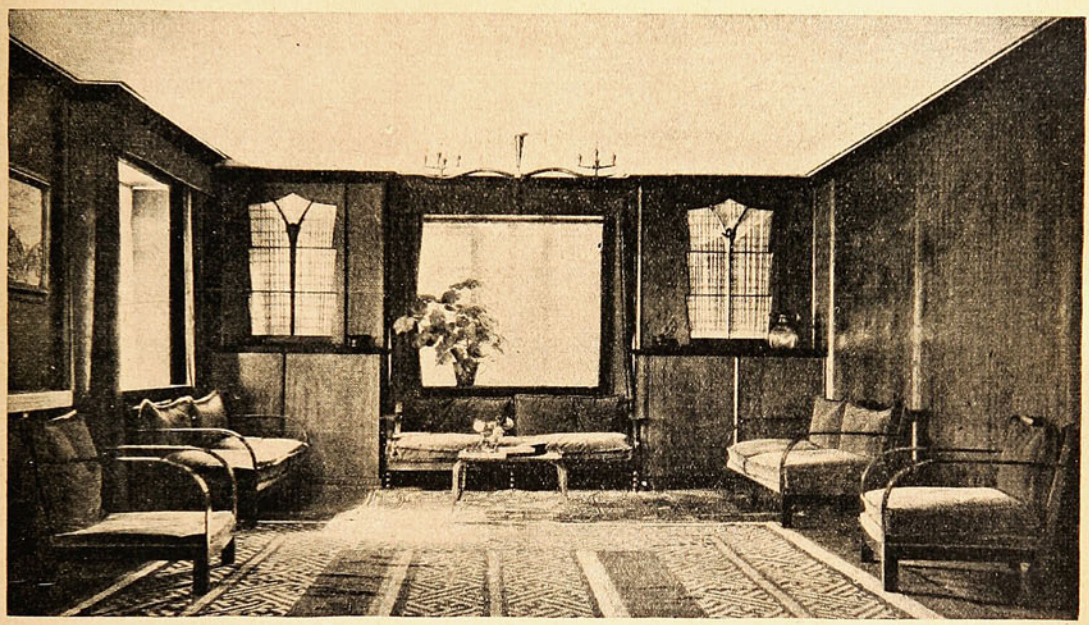
(Concluye en la página 24)

EL ENCANTO DE LA CASA MODERNA

CADA vez, después de la guerra, se define más el gusto por la sencillez en las construcciones y en los interiores. Parece que estas gentes, complicadas por mil refinamientos espirituales, que son las modernas, quisieran, por contraste, para vivienda, lo más sobrio, lo más apaciguante. Así las fachadas lisas, sólo con el vano de las anchas ventanas, bajas de techos, con los jardines en torno y los árboles detrás, todo riente y umbroso para paz del espíritu. Lo mismo los interiores. Piezas armoniosas de proporciones. Techos claros. Paredes oscuras. Enmaderaciones sobrias. Tonos reposantes. Muebles confortables. Nada que distraiga. La línea, la masa, el color.

Así estas fotografías ilustradoras muestran una de las casas más características de esta modalidad, edificada en los alrededores de Berlín últimamente por uno de los arquitectos modernos más de fama. La fachada tiene una bella serenidad, algo que recuerda vagamente un claustro. El hall enmaderado

La fachada de techos bajos y anchas ventanas, con el jardín riente y umbroso en torno.

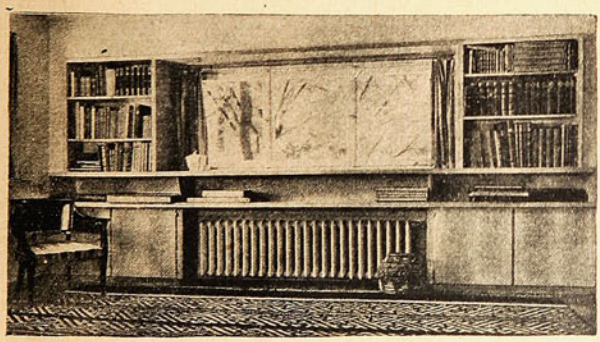


El hall con muebles confortables.

de roble tiene bajo las ventanas, y formando parte de la enmaderación, armarios para libros y licores. Muebles confortables, de roble y terciopelo color oro viejo. Alfombra con dibujo mejicano. Lámpara de hierro. Una mesa enana, unos floreros, la luz dulcificada por cortinas y visillos oro viejo. Nada más en este conjunto exquisito.

Luego un rincón de comedor. Paredes completamente lisas, pintadas de claro. Piso de anchas losetas rojas. Muebles negros, de línea neta y elegantísima. La terraza, cubierta con la vista espléndida de los jardines y abajo la biblioteca, enmarcando un ventanal, clara, llena de reposo y de serenidad.

La vivienda ideal para el hombre moderno, sensibilizado hasta lo enfermiso.



La biblioteca enmarcando un ancho ventanal.

NAPOLEON EN ANECDOTAS

Napoleón tenía la costumbre de hacer paralelos entre cualquieraopinión que de él fuera solicitada y el carácter y costumbres de las mujeres.

—Las mejores tropas son las que ganan más batallas — respondió un día sonriendo y con una expresión harto elocuente en la cara a una pregunta que le fuera hecha.

Y agregó luego con una entonación calmosa y apagada, que reflejaba todo su escepticismo en el amor:

—Son todas ellas tan caprichosas e inconstantes como las mujeres.

PARFUMERIE L.T. PIVER
M.R
PARIS

LOCION FLORAMYE
LOCION POMPEIA

A $ 8.30 EL FRASCO, en Santiago

EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS
y también donde los Concesionarios:
SALAZAR & NEY — A. Prat N.o 219 — SANTIAGO
Para provincias, $ 9.00 el frasco por mínimo de 3 frascos, incluyendo gastos de embalaje y envío.

LA MUJER EN EL HOGAR (Conclusión)

Si se quisieran pasar frituras, caldos o confituras, es necesario tener cuidado de dejar enfriar un poco estas preparaciones antes de ponerlas en la vasija.

Las **vajillas de arcilla común** no tienen ese inconveniente, pero tienen otro, sobre el cual no se puede llamar demasiado la atención de las dueñas de casa. Como el barro cocido es muy poroso, se le recubre para volverlo impermeable de un barniz a base de plomo. Este barniz, en las condiciones ordinarias, no puede comunicar ninguna propiedad tóxica a los alimentos; pero si está usado, resquebrajado o rayado por mucho uso, y viene a meterse allí una sustancia ácida o solamente asimismo si esta sustancia ácida reposa mucho tiempo allí el plomo será atacado y se formará un óxido de plomo venenoso, que se introducirá en todo el conjunto. Será, pues, prudente conservar más bien en las vasijas de greda las preparaciones ácidas o susceptibles de agriarse.

Las **vajillas de barros inferiores** y mal cocidas, como se encuentran en algunas provincias, las que al primer cocimiento despiden un olor desagradable o comunican un sabor insípido y nauseabundo al agua que en él han hecho hervir, deben ser desechadas como sospechosas.

Las **vajillas finas, loza y porcelana**, no tienen ningún inconveniente, pero no sirven para el fuego.

El **zinc**, en fin, también nos dará cierta cantidad de utensilios, a muy buen precio y fuerte resistencia, tales como cubos para contener agua y lebrillos para lavar las legumbres.

Pero la fusibilidad del zinc a 500 grados, la desventaja que tiene de trocarse frágil a 200 grados, y las propiedades venenosas de sus óxidos, nunca permitirán generalizar su empleo en los usos de la cocina. Lo mismo ocurre con el **hierro galvanizado**, que no es otra cosa que el palastro recubierto de una capa de zinc, y que se emplea en la fabricación de los mismos utensilios. A nuestro juicio, los mejores son los recubiertos con baño de porcelana blanca, aunque se resquebrajan mucho.

Siempre se debe recordar que las sustancias ácidas contraen propiedades tóxicas; en otra clase de vasijas se debe evitar poner vino o agua avinagrada en los recipientes de zinc o de hierro galvanizado, así como también el hacer preparar pasteles de frutas o de manzanas sobre planchas de estos mismos metales.

—Poca cosa tenemos que decir de las mesas de cocina, cuya forma varía según las localidades. Existen unas mesas o armarios cuya parte superior es una tabla de madera de fresno de cinco centímetros de espesor. Sobre esta tabla se manipulan las carnes, las legumbres, y en general, todo género que se emplea en las operaciones culinarias. Ordinariamente está provista de una ranura destinada a guardar los cuchillos y picaderas, y de cajones para contener diversos objetos, cucharas de madera, sacacorchos, vaciamanzanas y cuánto se puede necesitar en el curso de las operaciones culinarias.

Asimismo en las casas, aún en las más modestas, es útil que la cocina esté provista de un armario con cierre de llave para guardar en él los trapos en uso del servicio, el sobrante de ciertas provisiones, como la manteca, el azúcar y el vino. Esta llave, que le está permitido siempre a la cocinera guardarla en su bolsillo, establece claramente las responsabilidades y evita muchos disgustos. No queda ya, para organizar completamente la cocina, sino proveerla de diversos objetos que someramente vamos a enumerar.

1.o Un fieltro, del cual hablaremos en detalle cuando nos ocupemos de la cuestión aguas.

2.o Una jofaina pequeña con su caja para el jabón y una toalla colgada al lado.

3.o Un reloj sencillo, pero de buena fabricación.

4.o Instrumentos de pesar y medir, a saber: una balanza y una serie de tres medidas de capacidad de lata: un litro, un medio litro y un decílitro.

La cocinera estará asimismo autorizada para usar ampliamente de estas últimas medidas como de tazas ordinarias. Eso dará una gran precisión a su trabajo y costará menos caro que las tazas y vasos, de los cuales se rompen una gran porción en la cocina.

En cuanto a la balanza, se escogerá de fuerza de 20 kilos.

El arreglo de los objetos que componen el mobiliario de una cocina se modificará según el local de que se dispone; lo esencial es establecer un método y sostenerlo.

Será bueno si la dueña de la casa puede de un solo golpe de vista asegurarse de que todo está en orden, y si la cocinera encuentra instantáneamente bajo su mano aquello de que tiene necesidad, sin indecisión, sin esfuerzos de memoria, sin rebuscar a derecha o a izquierda.

Una gran economía de tiempo y de dinero serán el resultado.

NEGOCIOS PELIGROSOS

(Conclusión)

Me pareció la frescura más enorme que había oído en mi vida; pero, ¿qué quieres?, me dejé convencer.

Para abreviar: a los seis meses estaba mi amigo casado con la muchacha en cuestión, y en mi poder las cuarenta mil pesetas. El poco escrúpulo de mi amigo me quitó casi todos los míos, y vi mi salvación en unos cuantos negocios como aquél. Después de todo, esto era mejor que casarme yo por el interés, ¿no te parece? Como el negocio era nuevo, me dió excelentes resultados y con poquísimo trabajo. Era así. Yo me acercaba a una muchacha, me enteraba de si tenía ganas de casarse y de su dote, y después se la proponía al que sabía yo que había de convenirle... En dos años hice tres bodas y casi reconstituí mi fortuna. Yo, en cambio, ya ves, por nada del mundo me habría casado sin cariño. Fina no tiene un céntimo, y yo al llevármela me he considerado el más feliz de los hombres. Al casarme abandoné el "negocio"; pero, temiendo que aumentasen las necesidades, decidí volver a él, aunque me resultaba más dificultoso.

Y ahora vamos a lo de ayer, que aún no está explicado. El retrato es de una muchacha que está en las condiciones que te decía y que le he propuesto a un chico que vive en León, y la mujer de la Villa Mouriscot es la "mademoiselle" de dicha señorita, que me ha proporcionado el retrato, y que también llevando su comisión, por supuesto, me ha dicho exactamente la fortuna de la chica, y facilitará después la presentación de mi aspirante.

Ya lo tienes todo explicado; yo no había dado cuenta a Fina de mis asuntos por vergüenza, ¿sabes?; pero explicado el caso me perdonará, ¿verdad?

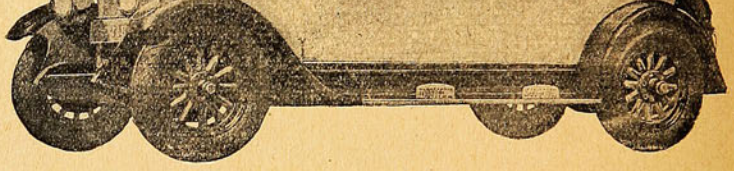
—¿Cómo no ha de perdonarte?—respondí.—Una mujer enamorada lo perdona todo, menos la infidelidad. Yo, por cariño a ella, celebro también esta solución; pero tú has perdido a mis ojos mucho más como "agente de matrimonios" que como marido infiel...

Me sentía con ánimos de sermonear un poco; pero de improviso se abrió la puerta del gabinete, y Fina, precipitándose en el salón, fué a caer en brazos de su marido.

—Lo he oído todo, Luciano. Perdóname por haber dudado de ti.

Yo me retiré discretamente, pensando:

—Fina dijo antes...: "No; porque mi dignidad no me permite...". Decididamente, la mujer al casarse cambia de nombre y de dignidad...



La confianza inspira a sus muchos compradores

La lealtad de los propietarios de automóviles "BUICK", hacia el nombre "BUICK", es una de las más hermosas tradiciones en el mundo automovilístico.

Muchos años de superioridad sobre sus competidores — y un renombre conocido y comentado dondequiera que haya automóviles — han servido para estimular y acrecentar esta confianza en el "BUICK".

Esta confianza ha sido ganada, también, por un alto principio: por la preocupación constante de utilizar todo lo más nuevo y mejor en diseños de automóviles.

Muchas otras razones podrían darse del por qué todos los dueños "BUICK", adquieren otra vez un "BUICK" cuando necesitan un nuevo coche, pero lo evidente es que tienen una confianza íntima en él, que no les permite ningún cambio.

Aproveche la experiencia de más de un millón de dueños de "BUICK", y decídase en adquirir uno para que pueda apreciar la satisfacción de poseer el mejor coche.

No olvide que "cuando se construyan mejores automóviles, "BUICK" los construirá".

AGENTES PARA CHILE:

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO. SANTIAGO.

VA A MORIR EN ESTOS DIAS RUTH SNYDER

La señora Ruth Snyder, acusada de haber asesinado a su esposo

LA HERMOSA MUJER QUE INCITÓ A UN AMIGO PARA QUE MATARA A SU ESPOSO.

¿Qué sabemos de este crimen sensacional?

El periodista Albert Snyder, asesinado por su esposa en la Villa de la Reina, Nueva York

EL asesinato del periodista Alberto Snyder ha sido uno de los hechos que más han apasionado a la opinión pública norteamericana en los últimos tiempos. Era un hombre bueno, que no tenía más preocupación que el bienestar de su hogar, y fué muerto, a instancias de su esposa, por un amigo de ésta, que lo era también de la casa.

Una breve síntesis de la forma en que se desarrolló el crimen, ilustrará a los lectores al respecto, hoy que la próxima electrocutación de Ruth Snyder pone tan de actualidad este asunto.

Hace dos años, un sábado por la mañana amaneció asesinado en su alcoba de Queen's Village el editor Snyder. A su lado, fuertemente maniatada, estaba su esposa. En la pieza se notaba un fuerte olor a cloroformo.

A la llegada de los policías, Ruth manifestó que en la noche habían entrado asaltantes enmascarados, los cuales habían asesinado a su marido. Este aparecía con el cráneo fracturado por golpes de arma contundente y ella, como decimos, atada de pies y manos.

Después de rápidas investigaciones, la policía entró en dudas y resolvió detener a Ruth y a su amigo Enrique Judd Gray. Los primeros careos y declaraciones aumentaron las sospechas en su contra, y luego Gray terminaba por confesar que él, a instancias de la Snyder, había asesinado a su esposo y amarrado a ella, a fin de despistar las pesquisas. Agregó el asesino que todo lo había hecho bajo la siniestra influencia de Ruth, que lo tenía completamente dominado.

Ella también hubo de confesar y se siguió un proceso que terminó con la condena a muerte de ambos. Muchas gestiones se han hecho para salvarlos de la terrible silla eléctrica, pero todo ha sido inútil. La justicia, representando a la horrorizada opinión pública, ha sido inexorable, sobre todo al demostrarse la feroz premeditación de Ruth, la cual, pocos días antes de hacerlo asesinar, convenció a Mr. Snyder para que se asegurara en cincuenta mil dólares, habiendo él accedido solamente a tomar una póliza por diez mil. Además, ella lo anestesió para que Gray lo matara.

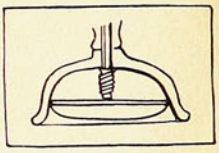
Según las noticias recientes, ambos deberán ser electrocutados en los primeros días de enero.

Esta es una de las últimas fotografías de Enrique Judd Gray, amigo de la Snyder y cómplice de ésta en la muerte del editor Alberto Snyder, esposo de aquélla

Roberto Elliot, el verdugo, que electrocutará a Ruth Snyder y a Enrique Gray

El condenado durante la ejecución.

La silla del condenado, vista de frente.



Casquete que cubre la cabeza del reo.

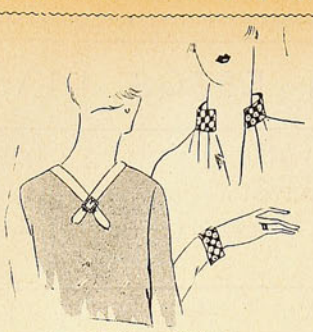
HISTORIA SINTETICA DE LA VIDA DE RUTH SNYDER Y DE SU CRIMEN

La señora Snyder, que ha sido condenada a morir en la silla eléctrica, es hija de una enfermera y de William Broun, más tarde apellidado Brown, de profesión carpintero. Nació Ruth el 24 de marzo de 1894, contando pues, en la actualidad, 33 años. Cuando sólo tenía 15, a raíz de una incidencia amorosa, tuvo una riña con una de sus compañeras de colegio, en la que disputaban por un maestro. Luego de abandonar la escuela, se hizo telefonista. Tenía 16 años; pero no duró en esa profesión por ser excesivamente nerviosa. Se hizo luego mecanógrafa en una fábrica litográfica, donde trabó conocimiento con Alberto Schneider, más tarde Snyder, artista de profesión. Casaron en 1917. Después de nacer su hija Lorraine, ahora de nueve años de edad, los Snyder se trasladaron a Queen's Village (N. Y.), donde Ruth se hizo amiga de gente de mal vivir. En 1924, encontróse con Henry Judd Gray, en un restaurant. Tuvieron relaciones e incitó a su amante a que matara a su esposo. Por este crimen ambos serán electrocutados.

ALGUNOS ECOS DE LA MODA

Por Mary Sol

Entre las novedades que figuran en la última exposición de modas hecha por los modistos franceses, hay que anotar la insistencia de los cuellos y cinturones, y adornos en general, que se anudan a la espalda con un lazo o que se cierran en ese mismo sitio mediante una hebilla. Lelong presenta un traje de baile de tafetán, cuyo único adorno consiste en una doble lazada que se anuda en medio de la espalda y cae casi hasta el ruedo de la falda. Premet tiene un cuello lleno de gracia anudado simplemente. Worth muestra un pequeño cuello recto de fantasía que hace juego con los puños. Junto a este modelo está uno consistente en una cinta que se cierra atrás por medio de una hebilla de brillos.



Cuellos originales

La elegancia de un simple lazo.

Uno de los modelos de sombreros que tuvo más éxito en dicha exposición — la "Fiesta de la Moda" que se celebra en París a la entrada de cada temporada — es de paño rojo y negro, la mitad de la copa y del ala de cada color. Es una verdadera novedad. Por todo adorno tiene una simple cinta de gros grain con un lacito adelante. El ala es más ancha a un lado que a otro. Este movimiento se encuentra en muchos modelos y parece que será una de las características de los nuevos sombreros.

Los guantes mosqueteros ya no se cierran por broches, como hasta aquí hemos visto. Los más ultra en esta materia tienen en lugar de los broches de presión una hilera de ojetillos a cada lado y se cierran por medio de un cordón, igual que si fueran un zapato. El cordón en los guantes de mucho vestir, es de oro mezclado con el color que tenga el guante y se termina por un par de borlas. Los de diario son sencillamente de color y se terminan por un grueso nudo.

El chic de un pequeño lazo.

Cheruit insiste en la voga del smoking en la vestimenta femenina. Hasta sus modelos de noche lo tienen y así presenta un vestido de encajes de oro formado por tres vuelos, muy ancho y muy disparejo en el ruedo. El cuerpo es un smocking de terciopelo rojo laca, con manga larga por cierto, cerrado por dos botones de oro cincelado y abierto sobre un pechero de tul color carne. No nos convence esta originalidad. En los trajes de calle varía hasta el infinito la forma del smoking y lo presenta en terciopelo, crepé satín, panna de seda y raso. Siempre es de un color más oscuro que el conjunto o traje que acompaña.

Con mucho mayor encanto y feminidad, Lelong tiene un modelo en diversas variaciones en que se encuentra algo de la rigidez del indumento masculino, pero con detalles que cambian en absoluto su aspecto. Es una chaqueta cerrada por tres botones o cruzada y cerrada por cuatro, que abre generalmente sobre un peto de crepé Georgette y que de este material lleva unas grandes vueltas en forma de chorrera que le dan un exquisito encanto y elegancia.

El modelo lleno de gracia de Lelong.

Las mangas tienden a agitarse en la parte baja. Muchas de ellas llegan hasta el codo muy ceñidas y desde esta altura hasta la muñeca son enormes de anchas, para recogerse en un puño estrecho, liso, o que se ata con una lazada.

Los trajes de baño son de una fantasía inaudita y de una exigüedad que raya en lo inverosímil. Cierto que para estar en la playa se usa la bata de esponja, llena de colores, de forma recta y atada por un grueso cordón. Esta bata cubre un tanto las desnudeces hasta que se entra al agua, pero como después hay que darse el baño de sol, muslos, piernas y brazos quedan a la vista para regocijo de los mirones.

En las playas europeas más concurridas por el mundo cosmopolita, en Deauville, en Ostende, en Biarritz, en El Lido, en San Sebastián, tanto mujeres como hombres, en la hora que precede al baño, circulan por la playa en pijama, tomando los aperitivos y bailando en esta tenida tan poco a propósito. Así sabemos por las crónicas mundanas, que en Lido doña María Volpi, hija del conde Volpi y hoy día princesa Ruspoli, llevaba un pijama de espumilla blanca y que la baronesa de Rothschild vestía uno color limón. Lady Mondl, en Deauville, mostraba uno de estilo chino, con el pantalón de raso negro y la casaca bordada de pájaros fantásticos en colores restallantes.

No deja de tener originalidad o mejor dicho extravagancia, una moda como esta. Pero es de desear que nuestras damas elegantes no la sigan este verano en las playas chilenas.

El smoking que presenta Cheruit.

La mujer que quiere ser chic debe llevar:

El abrigo de corte recto en color habano o rubio, forrado en seda ligera, abrigo que hará juego con todos sus trajes estivales.

Dos alegres ramitos de flores, uno en el sombrero y otro en el cuello del vestido a la izquierda. Si puede disponerse de flores naturales será tanto más nuevo. En caso contrario debe elegir dos ramos pequeños que armonicen con el color del traje que lleve.

Para la noche los trajes de baile blancos o negros, usará un chaquetón de género laminado, con tonos champaña y oro.

Para llevar a la playa su labor tendrá una gran bolsa de gamuza de color vivo, cerrada por cordones terminados en borlas.

En el campo, a orillas del mar, se pondrá calzado con taco bajo, de preferencia de forma de sandalia, perforados.

Durante la fiesta de la noche usará el cisne de los polvos en una bolsita cuadrada de brochado cuya cubierta está provista de un espejo.

Para los deportes procurará que su calzado y su cartera sean de mimo cuero, ya sea de piel de serpiente o de cocodrilo.

Para el día, medias del mismo color de sus brazos desnudos. La media banca sólo se reserva para el tenis.

El sombrero nuevo

SEÑORITAS

QUITEN SUS ARRUGAS

No espere que sus años hagan que sean imposigle el que usted recobre su juventud; debe principiar a rotener las arrugas desde luego, y le será más fácil y le costará menos dinero . . . . . .

Use de las afamadas preparaciones que vende la doctora Elva Larrazábal de Tagle, en su Instituto de Belleza, único en su género en Sud América y de fama mundial.

Pida prospecto gratis. Se envía todo pedido que se haga de fuera.

SAN ANTONIO, 265 - CASILLA 2165

LOS DRAMAS SILENCIOSOS DEL FONDO DEL MAR

SOBRE LA VICTIMA DESPREVENIDA CAE LA MASA ASFIXIANTE DEL ENEMIGO FEROZ QUE LA DEVORA — CURIOSOS DETALLES DE MOLUSCOS Y EQUINODERMOS.

Con este artículo inicia "PARA TODOS" una serie de publicaciones de difusión científica que, estamos seguros, conquistarán el interés de sus lectores. Responden ellas al carácter universal de la revista, y al mismo tiempo que refrescan nuestros conocimientos de Historia Natural, cumplen el hermoso objetivo de dar a los niños recreo y enseñanza. Escritas en estilo ameno y agradable por el conocido naturalista don Enrique Ernesto Gigoux, están hechas con la maestría necesaria para salvar todas las asperezas de la terminología científica y obtener, así, provecho de lo que se ha leído para distracción.

HAY rincones en las playas donde la tranquilidad y transparencia de las aguas, en ocasiones, hacen de aquellos sitios verdaderos acuariums naturales, donde los peces nadan despacio, tan despacio, que parecen suspendidos y no avanzan.

Se ven los caracoles y crustáceos moviéndose en el fondo o trepando en las algas inmóviles, como plantas secas.

En ese panorama submarino, la nota más interesante la dan las actinias, con tanta razón llamadas anémonas de mar, con su gama de colores hermosos y sus formas caprichosas que imitan abiertas flores espléndidas, o capullos de corolas que entreabren sus pétalos.

Y fijas en las piedras, como grandes condecoraciones, se ven las estrellas de mar, doradas, oscuras o encarnadas, **Asteria gelatinosa, Asteria alta y Asteriocantion aurantiacus**, y los soles opacos, **Heliaster helianthus**, devorando por grupos con aquéllas, los pequeños moluscos que fueron sorprendidos por el ataque simultáneo de varios equinodermos.

En esta ocasión me referiré a los moluscos como presas de los radiados, ya que son las víctimas obligadas de la voracidad de aquéllos, lo que se demuestra con la gran cantidad de conchas, especialmente pequeñas, que el mar arroja a las playas, en las vecindades de rompientes en cuyas rocas se fijan los moluscos univalvos.

Todos sabemos de la fuerza de adherencia a las piedras de las **concholepas, fissurellas, acmoeas**, etc. Y es tal ese conocimiento, que ha derivado la expresión común: "se pega como lapa", para significar la adherencia más completa.

También se sabe que para **mariscar** estos moluscos hay que sorprenderlos con un movimiento brusco y repentino de desprendimiento para separarlos de la piedra, porque si se yerra el golpe, el molusco se adhiere con una fuerza extraordinaria para su tamaño, y se dejarán hacer pedazos antes de aflojarse.

Los moluscos se dan cuenta de la proximidad de los radiados, y al notarlos se desprenden bruscamente de la roca, se dejan caer al fondo y huyen a otra roca vecina o se meten debajo de ella si es posible. Pero, ésto no lo pueden hacer siempre, porque los soles y estrellas de mar se convidan para ir varios al ataque y rodear la piedra designada, logrando entonces atrapar a casi todos los moluscos que habitan en ella.

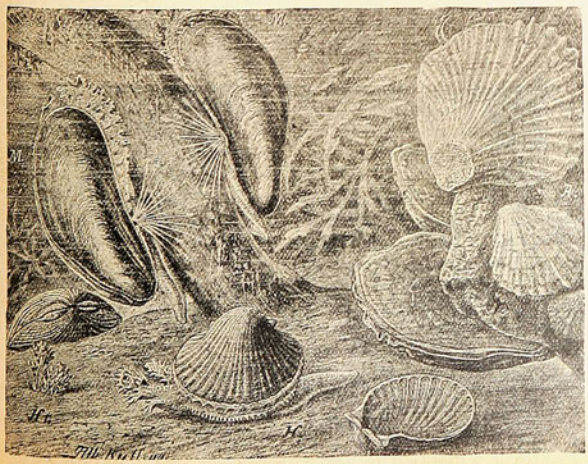
Generalmente, el asalto individual lo hace el radiado de abajo a arriba, y llevando un poco levantados los extremos de los brazos superiores respecto de los que quedan inferiores en la marcha. Las víctimas que en estas circunstancias se dejan caer, en este caso del ataque por debajo, huyen hacia arriba, pero muchos se desprenden y son recibidos por las ventosas de los brazos levantados del equinodermo que los devorará indefectiblemente.

Conociendo estos hábitos de mis observados, hice muchas veces esta experiencia:

Ya fuese en el mar o en un acuarium de que disponía, tocaba a éstos esos moluscos para obligarlos a adherirse con fuerza, y a una distancia de un metro, más o menos, colocaba un sol o una estrella. Muy luego el loco o lapa más cercano se movía y huía ligero.

Sabían que el enemigo llegaba.

¿No es admirable que estos seres que más parecen cosas que animales, den manifestaciones tan claras de una inteligencia que a veces se les niega?



Varios moluscos bivalvos—choros, ostiones y ostras—huyen ante el avance de las feroces estrellas y soles de mar.

¿Cómo los radiados se comunican el propósito de un ataque combinado contra los moluscos, y éstos cómo presienten el avance de los enemigos a la distancia?

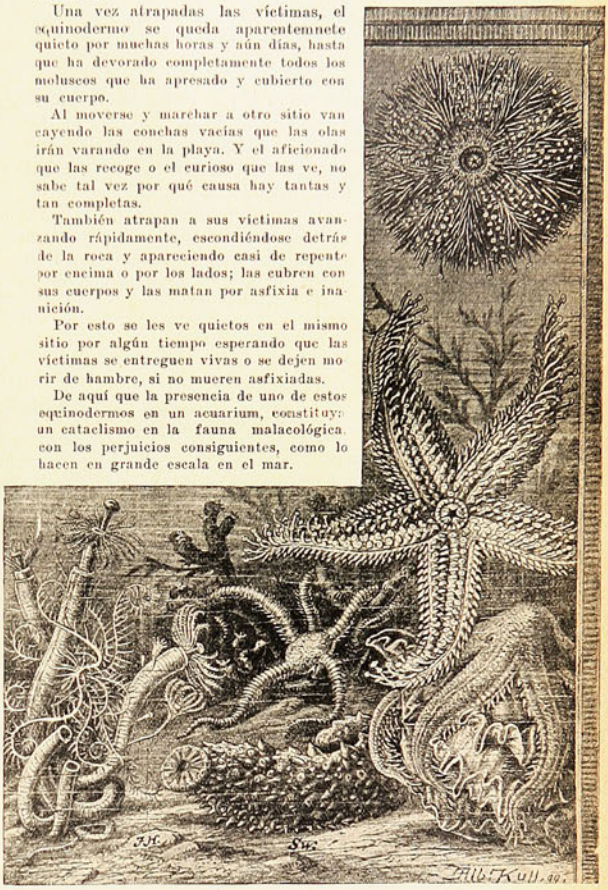
Una vez atrapadas las víctimas, el equinodermo se queda aparentemente quieto por muchas horas y aún días, hasta que ha devorado completamente todos los moluscos que ha apresado y cubierto con su cuerpo.

Al moverse y marchar a otro sitio van cayendo las conchas vacías que las olas irán varando en la playa. Y el aficionado que las recoge o el curioso que las ve, no sabe tal vez por qué causa hay tantas y tan completas.

También atrapan a sus víctimas avanzando rápidamente, escondiéndose detrás de la roca y apareciendo casi de repente por encima o por los lados; las cubren con sus cuerpos y las matan por asfixia e inanición.

Por esto se les ve quietos en el mismo sitio por algún tiempo esperando que las víctimas se entreguen vivas o se dejen morir de hambre, si no mueren asfixiadas.

De aquí que la presencia de uno de estos equinodermos en un acuarium, constituya un cataclismo en la fauna malacológica con los perjuicios consiguientes, como lo hacen en grande escala en el mar.



Un hermoso paisaje submarino en que se puede ver varios equinodermos. Uno de ellos se han lanzado sobre un gran molusco para devorarlo.

MEDIA HORA CON NOE, EL DEL ARCA.

Por PHILIP C. WYLE

LA tarea de ser repórter de a bordo es sin fin. Si no es una reina, es una artista o el hombre que inventó la combinación "tenedor-cuchara-cuchillo", y usted es enviado al puerto para saber qué piensa él sobre Rusia. Yo estaba tranquilamente tratando de aprender el "black-bottom", en diez lecciones, cuando sonó el teléfono y oí la voz del jefe:

—¿Es usted?

—No—contesté—es mi hermano. Yo estoy en el campo...

—Bueno, pues búsquese en seguida. Tengo un trabajo para usted.

Dejé el alegato. Soy yo después de todo. Estaba equivocado en este momento, jefe.

—Mejor; corra hasta el Dique 4. Están ya atracando el Arca y quiero que le haga una interview a Noé.

—A la minuta—dije yo.

Terminé de aprender el paso de baile en que se salta y llegué así al final de la escalera, adonde, para terminar el salto, me metí en un taxi.

Ya estaba allí el Arca. Empujaban mucho con los remolcadores para poder meter cada metro cuadrado de ella en el Puerto.

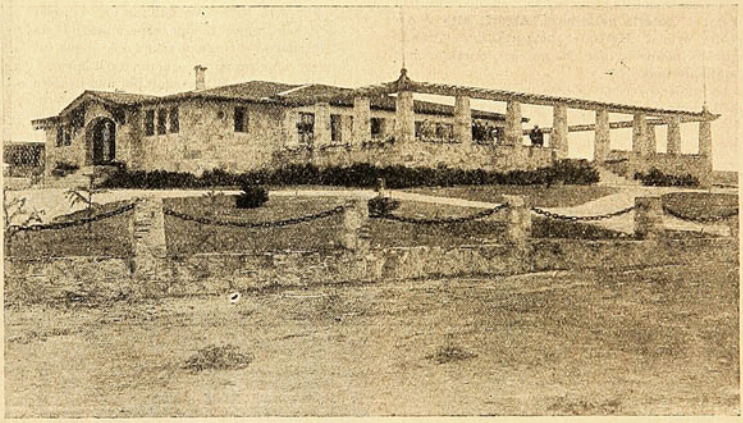
La cabeza de una jirafa salía por un ojo de buey y un mono estaba trepado en las escalas de cuerda. Noé estaba en el puente dando órdenes, y uno de los elefantes desenroscaba un cable, mientras su compañera lo

(Continúa en la página 30)

Un trozo de La Costa Azul en Chile

HAY en Europa una extensión de costa del Mediterráneo, que por la benignidad de su clima, la hermosura de sus paisajes, la tersura de su mar, la suavidad de su oleaje y la nota de poesía y confort, de elegancia y buen gusto de sus mansiones y hoteles, ha merecido el nombre de "Costa Azul", denominación consagrada en relatos de viaje y obras literarias, en conferencias y hasta cintas cinematográficas que ahí van a copiar los más variados encantos, para desparramarlos por las pantallas de todos los teatros del mundo.

Pecado nacional muy repetido es la falta de conocimiento que muchos de nuestros compatriotas tienen de la tierra chilena, y no han sido pocas las sorpresas que se han experimentado muchas veces, al oír a extranjeros ilustres, a hombres experimentados en cuanto hay de hermoso y atrayente, que Chile cuenta con paraies y paisajes que envidiaría Europa. De ahí tal vez la inspiración que ha tenido el Gobierno de formar la atracción del turismo, coadyuvando a la construcción de hoteles en las regiones más hermosas de Chile y estimulando las nuevas vías de comunicación que den a ellos un acceso fácil y de corto tiempo de viaje.



El "Yatching Club", orgullo de los veraneantes de Quinteros.

Hay sin embargo, en nuestro país, parajes y ciudades que son ya una realidad en tales atractivos y a las cuáles solo falta un poco de conocimiento para nacionales y extranjeros, a fin de llegar a poseer en el turismo, la atracción merecida.

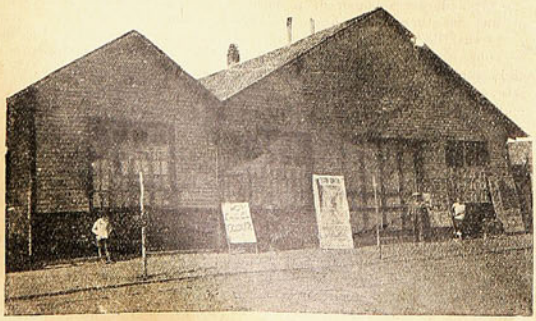
Sin duda alguna, que uno de esos parajes es por ahora la costa de Quinteros, a un paso de Valparaíso, con facilísimo acceso por ferrocarril y automóvil: mediante el primero, con una vía que sale de San Pedro, y mediante el segundo, por dos caminos modernos y bien tenidos que salen de la misma estación de San Pedro el uno, y de Viña del Mar el otro.

El una hora se llega comodamente de Valparaíso a Quinteros: en poco más de hora y media, desde Santiago.

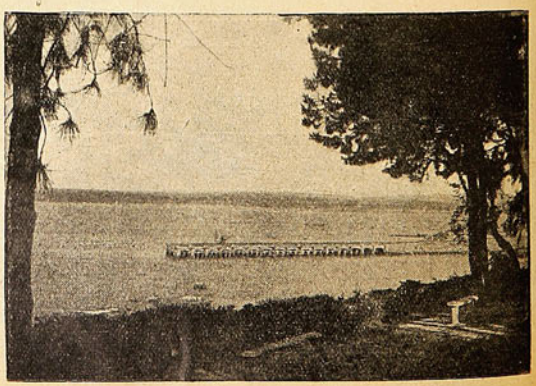
Por cualquiera de las dos vías terrestres, como por la ferroviaria, el viajero va gozando del panorama hermosísimo que se extiende a uno y otro lado del río Aconcagua, que riega un valle fertilísimo y cultivado con todo esmero, y antes de dar término al recorrido, desde las alturas de suaves colinas que forman los cerros de la costa, se divisa el hermoso puerto de Quinteros, con sus construcciones de estilo chalet, sembradas por todas partes y perfumando el aire con el aroma de sus jardines.

Entre todas esas construcciones que va de por sí, predisponen al viajero a dar por muy bien empleado el tiempo que ha asignado a su descanso, se destacan los edificios del Yatching Club, del Hotel Mónaco, del Gran Hotel, del teatro, de la escuela pública, de la base naval de aviación, de la estación de los Ferrocarriles y de una serie de propietarios que parece hubiéran rivalizado en buen gusto para construír sus casas. Entre éstas construcciones particulares merece, sin duda, especial mención, el chalet de la señora Luisa S. de Cousiño, una dama a quien debe mucho la localidad, y dueña de un gran fundo, "Normandie" que a las puertas del puerto, es también el prolífico proveedor de verduras, granos, frutas, leche y carne: la verdadera gran despensa de aquel hermoso pueblo que se aprovisiona barato y de primera calidad.

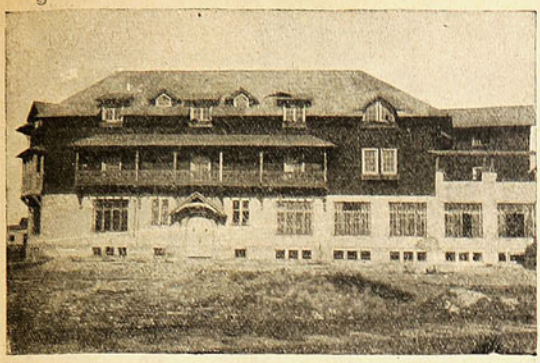
En el mar, la Sociedad Pesquera "Estrella de Chile" se ha



Teatro Quinteros, de propiedad de don Ricardo Escobar.



Hermosa vista del muelle.



El espléndido edificio que ocupa el Hotel Mónaco, de propiedad del señor Atilio Cosmelli.

Grand Hot el Quinteros.

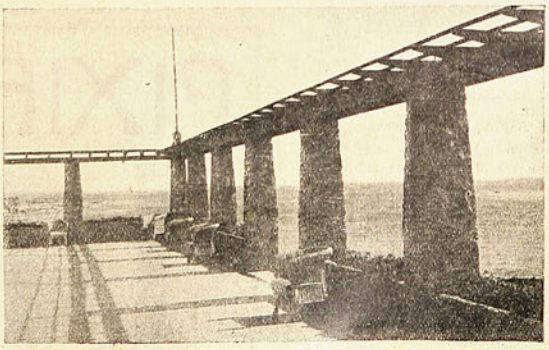
instalado en Quinteros y Concón, para obtener en esos puertos, el mejor pescado que, por sí sólo se recomienda en los más elegantes y exigentes hoteles de Santiago y Valparaíso.

El confort de los hoteles lo hemos admirado en una visita que hicimos al hermoso balneario chileno: el Mónaco que nada tiene que envidiar a los establecimientos europeos, con su rico menaje elaborado en los talleres de San Vicente, en Santiago, que cuenta con dormitorios lujosísimos, gran comedor para más de doscientas personas, azotea, salón de lectura, billares, autos para el servicio de los pasajeros que deseen hacer excursiones por los lindos lugares de los alrededores, embarcaciones de paseo, etc. — El Yatching Club, establecimiento que hace recordar en el acto, los grandes casinos de moda de que hacen referencia relatos de viajeros, revistas y obras literarias, con su gran comedor que se interna en el mar, azotea elevada y de una vista soberbia, salas de baile y una serie de detalles que sería largo enumerar. — El Gran Hotel, establecimiento que hace algunos años, fué el primero que atrajó el turismo a Quinteros, y que, sin tener las instalaciones accesorias de los otros, nada desdice de ellos en comodidades y confort, buen servicio y esmerada atención del viajero.

La fama de Quinteros ha transpasado la frontera, y son muchas las distinguidas familias argentinas, y hasta uruguayas que se aprestan para venir a Chile a pasar una temporada de verano en el hermoso puerto chileno, que está llamado a ser el centro de atracción más lujoso y distinguido de Sud América.

La Municipalidad del balneario no desdice en nada del progreso a que lo han impulsado la Empresa constructora y los particulares: mantiene las calles en perfecto estado de conservación y aseo, muy bien alumbradas y pavimentadas, y cuenta con un teatro que haría honor a una gran ciudad y por él cual se han interesado empresas cinematográficas que harán pasar las mejores películas de actualidad, al mismo tiempo que en Santiago y Valparaíso, alternando estos espectáculos con algunos elementos de variedades y de concierto.

Contribuímos pues, gustosísimos a dar a conocer a nuestros lectores lo que es ya el gran balneario de moda de la provincia de Valparaíso, balneario que se ha anticipado a traducir los anhelos del Gobierno, de tener en Chile hoteles modernos y establecimientos que atraígan el turismo a Chile, como se esfuerza un solícito dueño de casa, por llenar de atractivos su hogar, para satisfacción de las visitas que han de agradecer junto con las gentilezas de la atención esmerada, los encantos y artística distribución de toda la morada que les invitó a pasar una agradable tertulia.



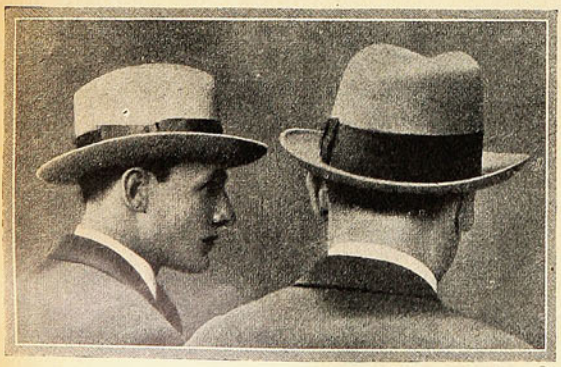
Un detalle de la terraza con vista al mar que posee el "Yatching Club"

MODAS MASCULINAS

El buen gusto para colocarse el sombrero

Un modelo de sombrero de diario

El tarro de pelo, que debe acompañar exclusivamente al frac



Variación del sombrero de diario

MEDIA HORA CON NOE, EL DEL ARCA. — (Conclusión)

miraba ansiosamente. Yo subí a bordo. Hay que saber lo que es trepar a bordo... Yo soy uno de los mejores en ese sentido; sé hasta subir por una escala de cuerda...

¿No les da eso envidia a ustedes?

Se sintió un crujido. El Arca había atracado.

Entonces bajó Noé del puente. Alguien había puesto la boa constrictor por la roldana creyendo que era un cable, él rescató al pobre reptil antes de que lo ataran alrededor de un bulto.

Cuando terminó esa tarea, vino a estrecharme la mano.

—Entre—me dijo.—Quería ofrecerle algo de beber, pero no traíamos más que dos botellas, que se terminaron en los dos primeros días.

—¡Está bien—respondí desabridamente—yo no bebo!

—Bueno, haga fuego—contestó.

La mayoría de los grandes hombres dicen eso a los repórters, y éstos, en la mayoría de los casos, también desearía poderla hacer efectiva. Empecé el interrogatorio:

—¿Cómo fué el viaje?

—¡Terrible!—contestó Noé, acariciándose su barba de dos metros que tenía anudada para más comodidad.—¡Terrible!

—¿De veras?—murmuré yo, pensando en los peligros que había corrido la humanidad...

—Joven, ¿no se echó usted nunca a la mar con un par de animales de cada clase para un viaje indefinido?

Yo sacudí la cabeza negativamente.

—Entonces no lo haga, es indescriptible. Yo empecé por poner a todos los animales de la misma forma en la misma jaula, y lo primero que pasó fué que la jirafa se comió las plumas del avestruz. Por eso cambié la disposición. La foca se escapó al agua. ¿Nunca ha tratado usted de agarrar a una foca en el océano? Pues se dará cuenta igual del trabajo que tuvimos. Tuve que darle arenques ahumados a su compañera para que lo hiciese volver a bordo. Usted comprenderá que además de los ahumados tenemos también dos arenques vivos. Yo iba tomando nota con apura. Un lagarto se me subió a las rodillas, pero yo lo largué al suelo de un sopapo. Continuó hablando Noé.

—Traíamos dos conejos, pero en corto plazo había más de setecientos. Empezamos a alimentar con ellos a los leones y tigres. Al fin de la segunda semana, éstos mandaron al puma a hablar conmigo: —"Noé—dijo—estamos hartos de conejos."

—Bueno, viejo, les queda el recurso de pescar... Pero no me entendió. —"Esto es una advertencia— continuó diciendo el puma, mientras se lamía los bigotes—si usted no deja de servirnos conejos, vamos a cambiar nuestra dieta... Usted sabe lo que eso significa...

—Al principio no lo entendí, pero la mirada que me echó me hizo ver claro. Entonces di a Cam y a Sem una caña de pescar a cada uno y los mandé a popa. Eso le dará a usted una idea de cómo marchaban las cosas.

Para empeorarlas, vi que los ratones se multiplicaban como los conejos. Entonces tuve que sacar el techo del Arca un día, y dejar a los halcones y las águilas que limpiaran al buque de los ratones. Creí que éstos habrían acabado con ellos, pero imagínese mi sorpresa cuando encontré un nido de éstos en un bolsillo de mi frac...

—¿Cuál es su animal favorito?—le pregunté.

Me miró como si su zapato lo hubiera mordido y respondió diciéndome

—¿Cuál es su veneno favorito?

—¡Ya comprendo!

—¿Y cuál es el que a usted le desagrada más?

—Todos ellos; no puedo soportar la vista de un animal.

—No me extraña—respondí.

—Me mataré si me hacen vivir cerca del Zoo. Cada vez que veo un gorrión, grito...

—Adiós—me dijo, sacándome del cuello una de las dos tarántulas.

Yo di por terminada mi interview...

PIXIAVON

es una excelente preparación para el lavado del cabello. Siendo a base de alquitrán, evita la caída del pelo, dejándolo suave y libre de caspa.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

M. R.

Tres cuentos de Esperanza Iris

La ilustre artista mejicana ha tenido la gentileza de contar algunos de sus célebres cuentos para los lectores de "PARA TODOS". Son los que reproducimos en esta página.

La Iris caracterizada de cubana

CUENTO CUBANO

"Un joven contaba a un amigo el disgusto que pasó cuando Rodríguez le prestó un frac para ir a un baile, y allí en el baile le decía, delante de todos: "Qué bien te queda, ten cuidado, no me lo manches", y otras cosas semejantes. El amigo dijo entonces al joven: "¡Qué grosería! Cuando necesites frac, yo te prestaré uno. No pidas favores a Rodríguez."

Días más tarde el joven pidió a su amigo el frac y, muy satisfecho, se presentó en el baile. Y cuando su amigo lo veía, le decía en voz alta y delante de todos: "Ve tranquilo, hombre. Haz lo que quieras. Mánchalo y úsalo como si fuera tuyo."

CUENTO ESPAÑOL

En Sevilla

"Dos gitanos que tenían una borrachera muy bien colocada, se empeñaron en llevar la Torre del Oro y colocarla junto a la Giralda. Empezaron a empujar la torre y, como sudaban mucho, se quitaron las chaquetas y las pusieron en el suelo. Seguían empujando con ardoroso afán, cuando un ladronzuelo, sin ser visto, se llevó las chaquetas. Transcurrieron unos minutos. Entonces dice uno de los gitanos: "Oye, amigo, yo creo que no hemos avanzao ná." Y responde el otro: "Miá tú si habremos avanzao que ya ni se divisan las chaquetas."

Con más gracia que una española auténtica

En traje nacional de Méjico, su patria

CUENTO MEJICANO

"Un indio, que nunca vió una bicicleta, se quedó asombrado al ver a un buen hombre que, montado en una de ellas, va por una carretera.

El indio.—Párese, amigo ¿a dónde va montado en ese aparato?

El hombre se detiene, baja de la bicicleta y dice al indio:

—¿Qué le pasa? ¿Ud. no ha visto nunca una bicicleta?

—No, señor. Véndamela. Se la compro.

—Muy bien. Deme doscientos pesos y ya es suya.

—¡Ay qué caray! Con doscientos pesos me compro una vaca bien gorda.

—Sí, pero qué bonita facha haría Ud. montado en la vaca.

—La misma que haría Ud. ordeñando la bicicleta."

GIRONES DE ARLEQUIN

CORREN Y CORREN Y NUNCA SE ALCANZAN...

1927, un viejo barbado que se va, y 1928, un angelote rollizo y alegre que llega. A las 24 justas del 31 de diciembre los pobrecitos, con todo lo que se quieren, no alcanzan a verse las caras. Es el único instante en que logran estar realmente cerca. Porque el angelito viene persiguiendo al viejo a través de los 365 días del año, y el 31 de diciembre se diría que está a punto de alcanzarlo, que de un salto va a abrazarse a su cuello para jugar con su barba de dios cansado. Pero allí mismo el viejo es devorado por las negras fauces de la noche. Y el chiquillo echa a correr, despavorido. Corre, corre, huyendo de la noche y también del otro nene que se le aproxima día a día, jinete en el caballo alado del tiempo. Ese trae también su número de orden y cuando no le falta ni una milésima de segundo para darle alcance, a 1928 también se lo habrá tragado la noche.

LAS HOJAS DE LOS VEINTE AÑOS

A los veinte años, que son el polo de la verdadera juventud, se miran los primeros días de enero como las páginas iniciales de un libro en blanco. Las manos se impacientan adivinando los trazos joviales que tejerán en ellas.

Aquí, unos labios rojos, allá las dos almendras oscuras de unos ojos imaginarios, por acá risas, por allí las desatadas serpientes de los deseos, y por todas partes luz, fuerza, pasión y esperanzas en lo grande y en lo pequeño.

Hojas de color, como alas de mariposas; la tarde las irá sepultando en su saquito de tul.

DIALOGO DE LOS VIEJOS RESIGNADOS

MIRANDO como saltan los niños en sus carros ligeros, los viejos dicen:

—¡Ay, qué será de nosotros este año; las piernas se niegan a moverse y la brisa nos cierra el pecho!

Sainte-Beuve, agudo y bribón, les grita desde lejos:

—¡Nada de quejas, amigos! La vejez es el único descubrimiento que se ha hecho hasta hoy para prolongar la vida.

EL PATRIARCA VUTCHINITCH

APROVECHANDO tal descubrimiento, el patriarca montenegrino Vutchinitch ha logrado vivir 115 años. Era una gran figura y un corazón infatigable. Muy joven se dió cuenta de que el mundo padecía graves males y se entregó a luchar contra ellos. Peleó así durante cien años. Tal vez entonces se dió cuenta de que el mundo no tenía remedio. Mientras llegaba a esta conclusión se le había olvidado morirse; y claro como a esa edad se ama el buen orden de las cosas, se murió.

EL EMIR DE AFGHANISTAN

COMO muchos príncipes del Asia, el Emir de Afghanistan ha salido de paseo. Mientras los cristianos se reunían en sus hogares para esperar en familia la llegada de la Pascua y del año nuevo, él, que es islamita, abandonaba su tierra para detener en las grandes capitales del occidente la mirada infantil de la raza británica.

Pero la civilización europea comenzó asombrándole desde la partida. El no conocía los aeroplanos, y en Karachi pudo ver uno, piloteado por una aviadora británica.

Al presenciar su vuelo, se agachó, temeroso de que cayera sobre él.

Luego tuvo que embarcarse en un vapor, monstruo para él desconocido.

Al salir de allí, abría corrido a abrazar a Jonás si hubiese sabido que éste también permaneció varios días en el vientre de una ballena.

Pero el occidente es el gran conquistador del alma asiática. Y ya el emir ha confesado su deseo de regresar a su patria en aeroplano.

EL BAILE

DESDE hace mucho tiempo, con todo lo que se habla acerca del baile, nada nuevo había podido decirse acerca de él. Sir John Cockburn, Presidente de una Facultad de Arte de Londres tiene el honor de haber roto semejante monotonía. El ha dicho que el baile fué el origen de todas las artes. Y ha agregado que no es posible expresarse sin bailar. Los perros, ha añadido, tienen la cola cuyas oscilaciones exteriorizan las íntimas alegrías o los crueles desencantos. Nosotros bailamos, puesto que no tenemos cola. Como se ve, Sir John Cockburn maneja un espléndido estilo, pero él no cree que eso sea bastante expresivo.

POSTIZOS

CON el fin de 1927 saludamos el término de un año en el que cada día tuvimos que llevar algún obejeto postizo.

¿Qué cosa, en efecto, más postiza que un paraguas?

Pues bien, el día en que no tuvimos que llevar paraguas, fué preciso que nos resignásemos a llevar en la solapa el papelito de las colectas... o quedarnos postizos en casa.

LA MADRE DE LINDBERGH

CUANDO el hijo iba en medio del océano a la misma distancia de América y de Europa, ella sentía retumbar en el corazón el canto parejo y profundo del gran pájaro mecánico.

Por la afinidad de su esencia, el alma de la madre de Lindbergh ha atravesado junto con él el Atlántico y ha hecho todos sus raids.

Eso explica que un buen día, la señora haya montado con toda naturalidad en un aeroplano y, como nosotros vamos del Correo a la calle Huérfanos, ella fuese desde Detroit a Méjico.

En Méjico han declarado a Lindbergh el primer ciudadano de los Estados Unidos. A ella le corresponde el puesto de primera mujer.

LA GRANDIOSIDAD

DEL INSTRUMENTO "REY"

Y DE LAS MULTICOLORES VOCES DE LOS COROS SON REPRODUCIDAS CON EXACTITUD A SOMBEROSA POR

La Nueva **Victrola** *Ortofónica* (M R)

Instrumento cuyas características resaltantes son:

VOLUMEN — SONORIDAD BELLEZA DE MATICES

REGISTRO COMPLETO DE VOCES — DICCION NITIDA Y NATURAL

LOS DISCOS "VICTOR" ORTOFONICOS PROPORCIONAN TODA CLASE DE MUSICA Y EN SUS MAS VARIADOS ESTILOS, INTERPRETADA POR LOS MEJORES ARTISTAS DEL ORBE. Y LA NUEVA VICTROLA ORTOFONICA ES EL UNICO MEDIO DE PODER APRECIAR SUS INTERPRETACIONES TAL CUAL LOS ARTISTAS DESEAN SER ESCUCHADOS.

CONCEDEMOS FACILIDADES PARA EL PAGO.

Distribuidores Exclusivos para CHILE:

CURPHEY y JOFRE Ltda.

SANTIAGO, AHUMADA 200, ESQ. AGUSTINAS. — VALPARAISO, ESMERALDA 99. — BLANCO 637.

La estrella y el Príncipe

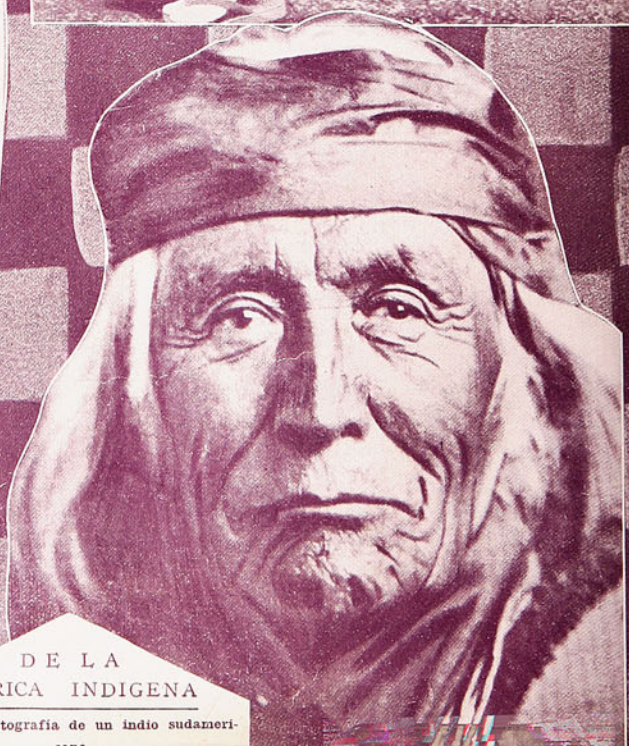
Pola Negri y su esposo, el príncipe Mdivani, en una pose romántica.

¿SE ATREVERA UD. A ESCANDALIZARSE?

Un numero sensacional de atracción en la revista "¿Cuándo y Dónde?", en el cual está haciendo furor la bailarina Helena Wehrle

UNA BELLA NOTA EXOTICA

Una dama china asiste a las carreras de Longchamps ataviada a la usanza de su tierra



DE LA AMERICA INDIGENA

Una bella fotografía de un indio sudameri-

CUATRO ASES DE LA NATACION

Duke Kahanamoku, Betty Becker, Jonny Weismüller y Clarence Pinkston, Kahanamoku y Weismüller, son los más veloces del mundo Betty y Pinkston son campeones olímpicos de saltos ornamentales.

PARA ELLAS, SIEMPRE CAMPEON

Georges Carpentier, el hombre que más se ha acercado a Valentino en la admiración femenina, ya no pega bofetadas fulminantes, pero es campeón de baile. Aquí lo vemos en una danza de bataclán con la danzarina Ayleen Hamilton.

Por una apuesta de 25,000 dólares, Miss Voncicl Viking, belleza anglo-americana, realiza en estos momentos un raid a caballo de Nueva York a Los Angeles, ciudades entre las que media una distancia superior a cuatro mil kilómetros. La fotografía nos la muestra al llegar a Washington.

SU MAJESTAD LA MODA

Crepe, satín blanco y negro, hacen de esta toilette un exquisito conjunto para la tarde. La falda va bordada con mostacillas de porcelana blanca.

Traje para garden-party en crepe Georgette color limón, adornado con encajes de seda en color crudo. Sombrero de crin limón con cinta de gros grain morada. Conjunto extraordinariamente elegante.

Traje de baile para jovencita. Está hecho en crepe Georgette blanco y lleva un lindo adorno de mostacillas brillantes del mismo color.

LOS NUEVOS Y LOS VIEJOS

Por Azorín

Todo es perecedero acá en la tierra, y la belleza es tan contingente y delezuable como todo... Cuando las generaciones nuevas tratan de destruir los hombres antiguos, "consagrados", se estremecen de horror los viejos.

Y no hay nada definitivo; los viejos hicieron sus consagraciones: ¿qué razón hay para que las acepten los jóvenes? Su criterio vale, por lo menos, tanto como el de sus antesesores. Yo me siento viejo, enfermo y olvidado, pero mi espíritu ansía la juventud perenne.

No hay nadie "consagrado". La vida es movimiento, cambio, transformación. Y esa inmovilidad que los viejos pretenden poner a sus consagraciones va contra todo el orden de las cosas. La sensibilidad del hombre se afina a través de los tiempos.

El sentido estético no es el mismo. La belleza cambia. Tenemos otra sintaxis, otra analogía otra dialéctica, hasta otra ortología. ¿Cómo hemos de encontrar el mismo placer en las obras viejas que en las nuevas?

Los hombres que admiten sin regateos las innovaciones de la estética son más humanos que los viejos, la innovación es admitida por todos: pero los jóvenes la acógen desde el primer momento con entusiasmo, y los viejos, cuando la fuerza del uso general les pone en el trance de admitirla, es decir, cuando ya está sancionada por dos o tres generaciones...

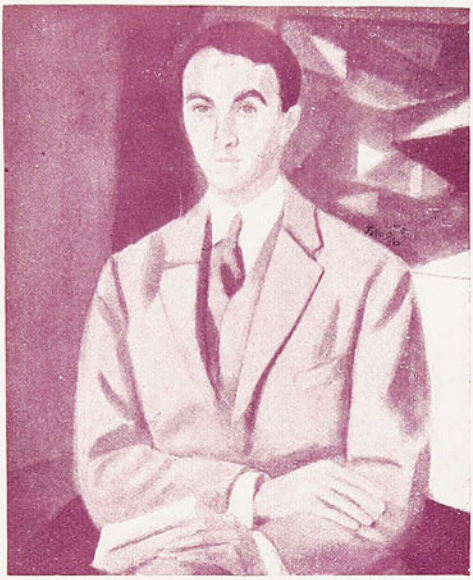
SU MAJESTAD LA MODA

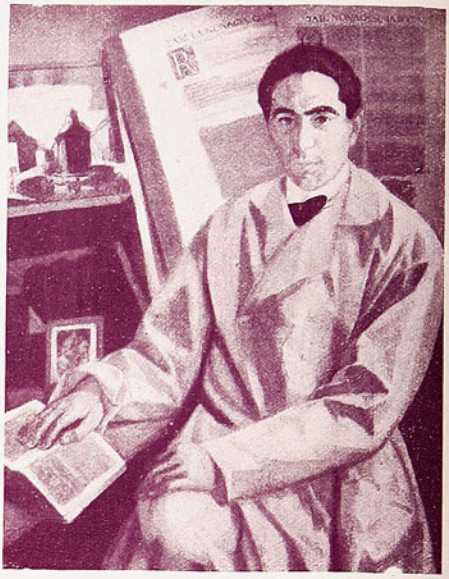
Un suntuoso modelo para recepción en la tarde hecho en espumilla de seda malva con encajes del mismo tono y rico bordado en sedas y mostacillas de colores vivos. Calzado de lama de plata y medias malva- rosa. Abanico malva

Encantador este modelo para jovencita, en espumilla de seda blanca adornado simplemente por un galón de colores búlgaros que se repite en el final de la casaca y en la rebeca de la falda. Otro pequeño galón en el mismo estilo borda el escote y las mangas. Una escarapela en el hombro izquierdo completa el chic insuperable de esta creación de Jeanne Lanvin.

VIDA ARTISTICA

Daniel Vásquez Díaz





"Retrato de hombre"

"El doctor Marañón"

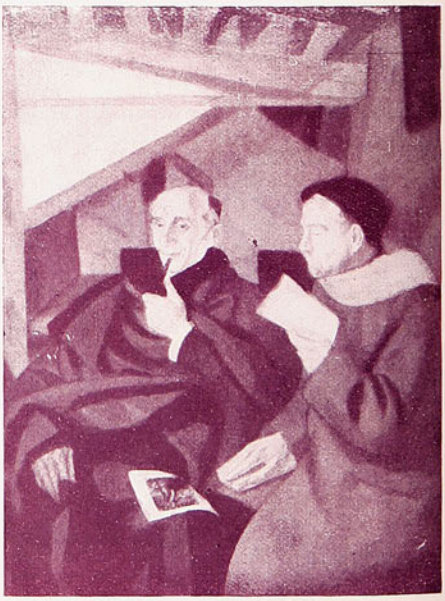
"Retrato de señora"

"Los hermanos Baroja"

Sr. Daniel Vásquez Díaz, ilustre pintor que acaba de celebrar una exposición en el Palacio de Bibliotecas y Museos

UN GRAN PINTOR ESPAÑOL

La pintura española actual ofrece aspectos tan interesantes como el de Daniel Vásquez Díaz, cuyo retrato damos aquí con algunas de las obras que acaba de exponer en Madrid.



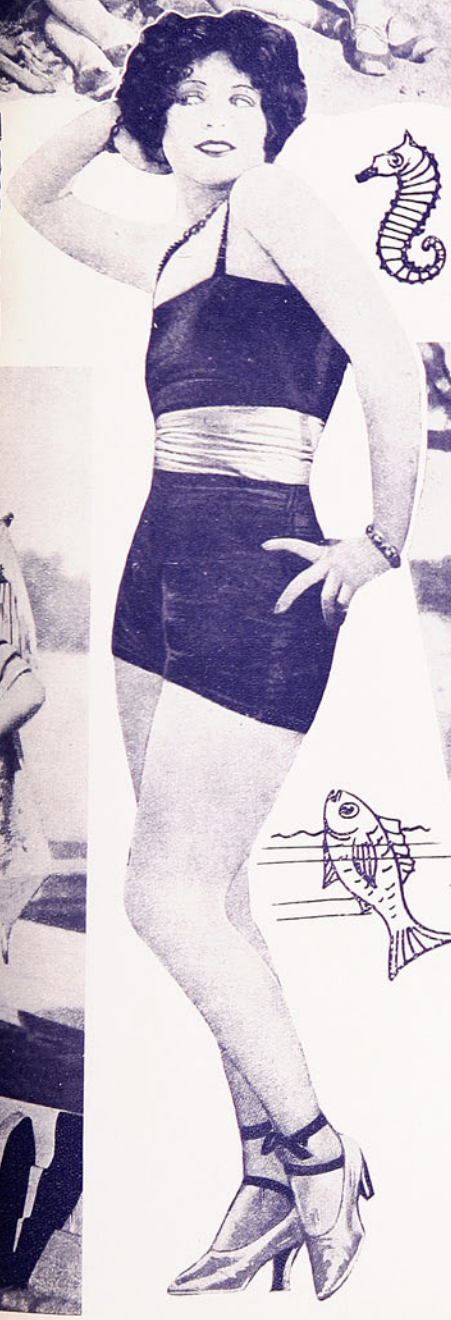
VAN DESFILANDO "ESTRELLAS"...

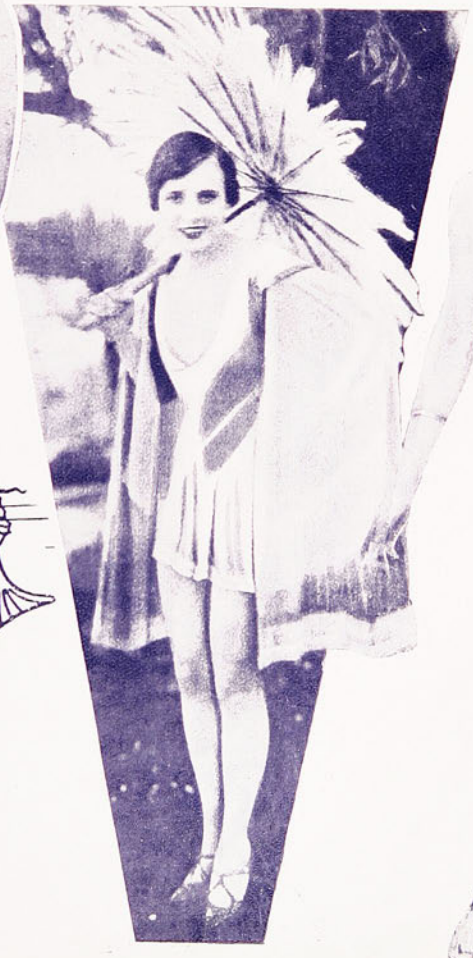
JOAN CRAWFORD — SOBRE LA CUAL PUBLICAMOS EN LAS PRIMERAS PAGINAS DETALLES DE UNA DIVERTIDA AVENTURA QUE LE OCURRIO CON UNOS CADETES DE WEST POINT —ANTES DE LANZARSE AL AGUA SE COLOCA EN EL TOBILLO UNA CADENITA DE IDENTIFICACION

NORMA SHEARER, EN SU CAMARIN, VACILA ANTES DE DARSE EL ULTIMO TOQUE DE "ROUGE" PARA UNA CARACTERIZACION

La ALEGRÍA del MAR

Fotografías tomadas en las principales playas de Europa, durante la pasada temporada veraniega. Las elegantes de todo el mundo lucen los modelos de trajes de baño, creados por los magos, que se llaman Patou, Lanvin, Lelong, Poiret, Drecol, Agnes, Groult, Paquin, Worth.





EDMONDE GUY,
EL NUEVO IDOLO
DE LOS
PUBLICOS
EUROPEOS.

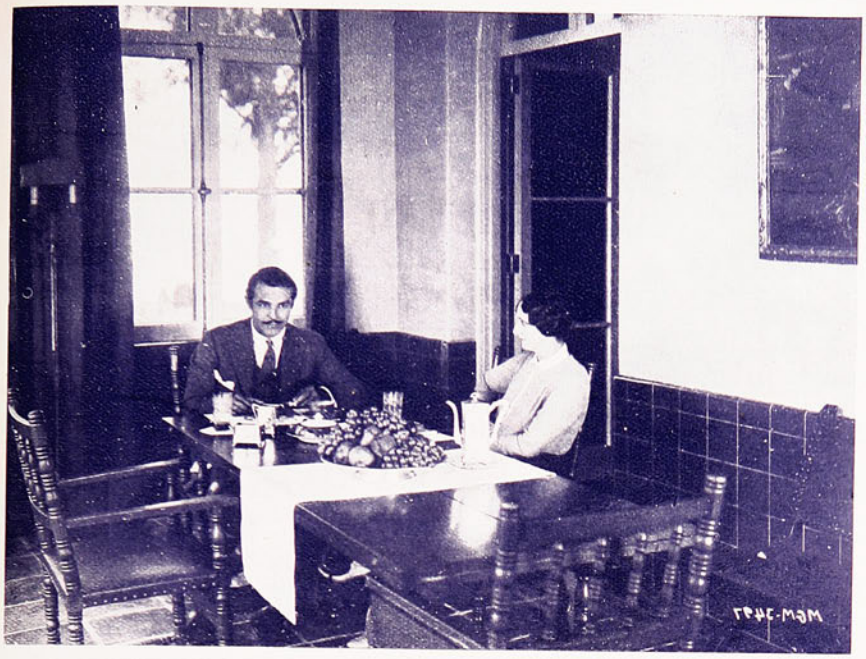
ENTRE TODOS ESTOS DIVERSOS CORTES DE MELENA, USTED PUEDE ELEGIR EL QUE MEJOR LE VENGA A SU TIPO

OLVIDEMONOS DEL CALOR POR UN INSTANTE...

Indudablemente, dejaremos de transpirar un poco, admirando estas hermosas fotografías de los deportes de la nieve en Suiza, en los cuales, la coquetería femenina encuentra motivos para lucir trajes llenos de gracia. Una de las fotografías nos muestra un arriesgado salto con "sky", hecho por un campeón.

RINCONCITOS PARA TOMAR EL TE

LA ENCANTADORA FRIVOLIDAD DE UN RINCON, ARREGLADO CON GUSTO, NOS PUEDE HACER MAS AMABLE LA HORA DE ONCE. VEAMOS COMO LO HACEN ALGUNOS ACTORES DEL CINE



La mesa sencilla y graciosa de Antonio Moreno

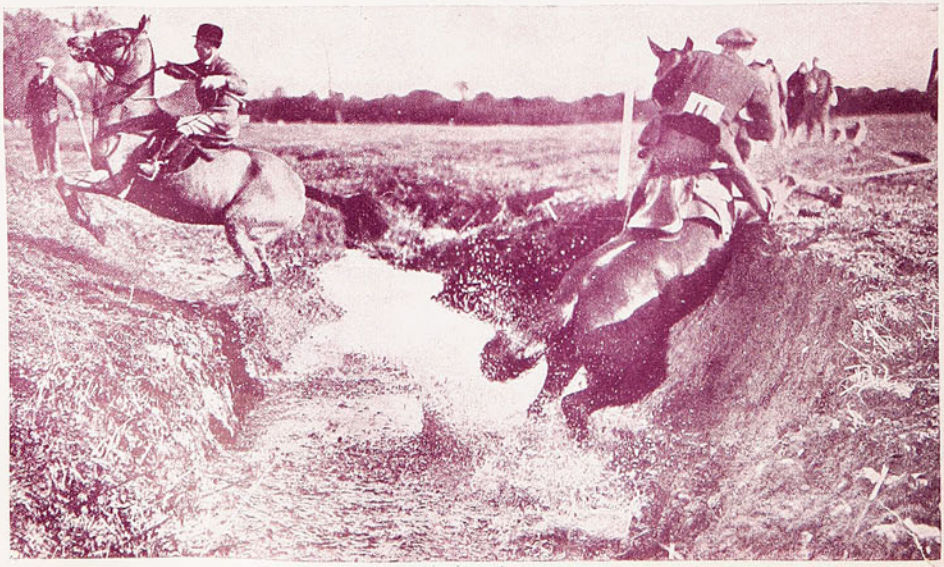
Bajo una glorieta acogedora toma el te Conrad Nagel

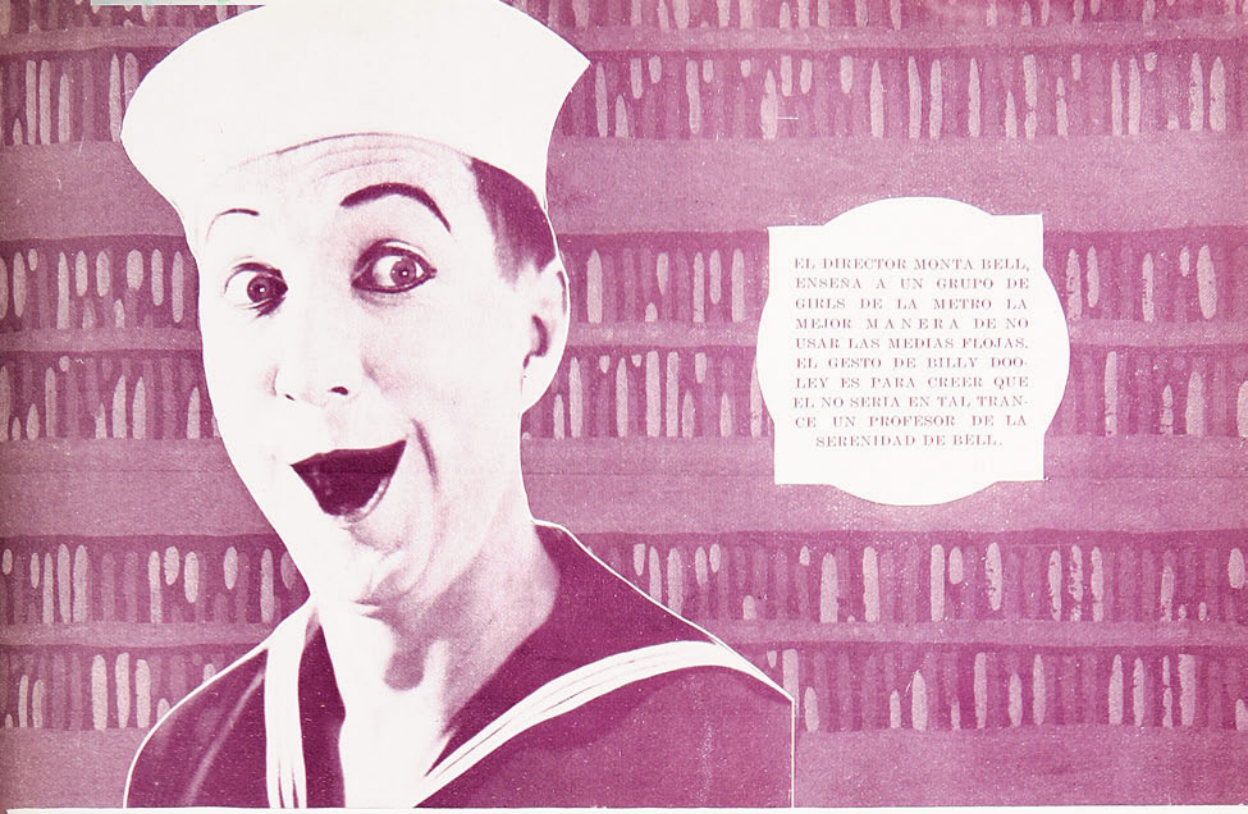
Lars Hanson en un hermoso rincón de puro estilo moderno

EN EL PELIGRO DEL PAPERCHASSE ESTA SU ENCANTO

Esa es la disculpa del Príncipe de Gales cada vez que se cae del caballo. Para su consuelo, no es él sólo. Estas fotografías nos muestran las rodadas de algunos aristócratas ingleses durante una cacería en que tomaba parte el Príncipe. Este, en cambio, salva limpiamente una valla.

En compañía de Lord Manner Cup, corriendo en el Gran Concurso realizado en el Regimiento de Granaderos de la Guardia.





EL DIRECTOR MONTA BELL, ENSEÑA A UN GRUPO DE GIRLS DE LA METRO LA MEJOR MANERA DE NO USAR LAS MEDIAS FLOJAS. EL GESTO DE BILLY DOOLEY ES PARA CREER QUE EL NO SERIA EN TAL TRANCE UN PROFESOR DE LA SERENIDAD DE BELL.

LAS "ESTRELLAS" HACEN CHISTES SOBRE LA MODA

DOROTHY SEBASTIAN DICE QUE SE PUEDE ESTILIZAR UN TRAJE DE BAILE MODERNO, ECHANDOSE CON GRACIA UN MANTON DE MANILA SOBRE EL CUERPO.

LUISA BROOCKS DICE QUE CUANDO SE HA DORMIDO CON UN LINDO "PIJAMA", CON SOLO PONERLE UNA FLOR EN LA SOLAPA, SE PUEDE TENER UN GRACIOSO TRAJE DE PLAYA.

Algunos de los premios obtenidos por el Específico Boliviano Benguria

Medalla de Oro.
Dirección General de Sanidad.
Roma.

EL ESPECIFICO BOLIVIANO

Benguria

HA SIDO RECONOCIDO EN TODO EL MUNDO COMO INSUPERABLE PARA EL TRATAMIENTO DE LAS AFECCIONES DEL CABELLO, CALVICIE, CASPAS, CAIDAS DEL PELO Y CURACION RADICAL DE LAS CANAS, SIN TINTURAS.

Y esto queda demostrado por los grandes premios que ha obtenido en concursos de las Exposiciones científicas y Universales de Europa y América.

Medalla de Oro.
Bruxelas.

LA EFICACIA DEL ESPECIFICO BOLIVIANO

Benguria

queda demostrada desde las primeras aplicaciones, por cuanto inmediatamente ataca la caspa, detiene la caída del cabello, haciéndolo salir nuevo en abundancia, aún en los casos más antiguos de calvicie.

Las canas recobran el color natural primitivo, sin necesidad de usar las molestas tinturas.

No ensucia, no mancha ni tiñe, y cada frasco lleva sus respectivas instrucciones.

Para cualquier pedido o consulta, diríjase a: Dr. Rafael Benguria B., Moneda, 875. Casilla 2426. Teléfono 6882.— Santiago.—Solicítelo en todos los establecimientos principales de Farmacias de toda la República.

Exposición Internacional.
Londres.

Medalla de Oro.
Bélgica.

Exposición Internacional.
Bruxelas.

Medalla de Oro.
Barcelona.

Medalla de Oro.
Ministerio del Interior.
Roma.

Primer premio.
París.

Medalla de Oro.
Londres.

Primer premio.
Barcelona.

Medalla de Oro.
Exposición de Higiene.
París.

Primer premio.
Londres.

SIMPLICIDAD Y ELEGANCIA

1. Vestido de popelina de media seda en color azul rey, adornado con el mismo género.
2. Vestido en drapella verde pálido. Cintura y corbata de cinta plateada. Hebilla del cinturón de metal plateado.
3. Vestido de espumilla de seda blanca finamente rayada de rojo formando cuadros. Sesgos rojos en la parte baja de la falda y mangas, y en la encuadradura del plastrón. Este va hecho en espumilla blanca. Conjunto muy nuevo.
4. De tusor verde Nilo con adornos del mismo género en un tono más oscuro.
5. Este vestido está hecho casi enteramente de velo de seda color jacinto plisado muy fino. Sólo el canesú, los puños y el cinturón muy ancho son lisos.
6. Vestido de popelina de media seda en color marfil adornado por plegados.

POPELINA DE MEDIA SEDA

1. Muy juvenil este modelo de popelina de media seda color verde jade. Falda con Pliegues laterales. Casaca adornada por un bordado a punto de cruz hecho en gruesa seda lavable en color verde oscuro. Cuello de Georgette blanco. Cintura de gamuza de este último color. — 2. La falda de este modelo en color azulino va finamente plisada. Casaca con alforzas. Una larga chorrera del mismo genero forma el adorno que da chic a este vestido.

3. Lleno de originalidad, este traje tiene un corte en el delantero que lo hace novísimo y extraordinariamente elegante.— 4. En colores azulino y azul marino(sirviendo este último color como adorno de la casaca, este modelito también tiene su novedad y su encanto.

Artigas

CALZADO DE ALTA CALIDAD.

Son tantos y tan variados sus modelos y las combinaciones de cueros y colores y tan acentuado su lujo, que completan maravillosamente con el traje más hermoso.

Unicos depósitos de esta marca.

CASA ARTIGAS

241 — ESTADO — 243

(AL LADO SALA IMPERIO)

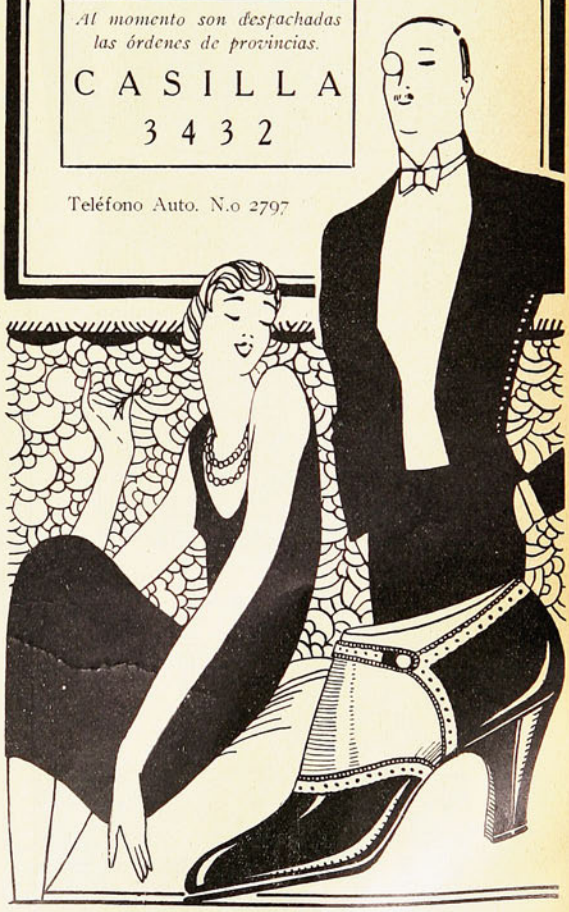
502 — PUENTE — 506

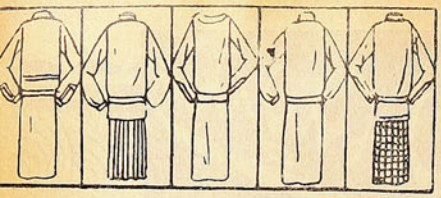
LA FLORIDA

Al momento son despachadas las órdenes de provincias.

CASILLA 3432

Teléfono Auto. N.o 2797





3 4 5

LOS TRAJES QUE SE PUEDEN CONFECCIONAR EN CASA

1.— Traje de popelina color cobre. En las mangas y en los bolsillos, pequeñas incrustaciones de espumilla de seda plisada. Cuello de crepe Georgette blanco.— 2 Traje de espumilla de seda color horizonte. Falda plisada. Cintura de metal.— 3 De tusor rojo, este vestido lleva un galón de colores que le adorna graciosamente.— 4 Vestido de crepelaine marfil con botones de nácar blancos.— 5 Lanilla escocesa azul, verde y amarilla y lanilla verde hacen este conjunto tan simpático.

1

BRIN

1. Traje de brin a cuadritos beige y rojo y brin rojo. Cinturón de cuero rojo con hebilla del mismo color.

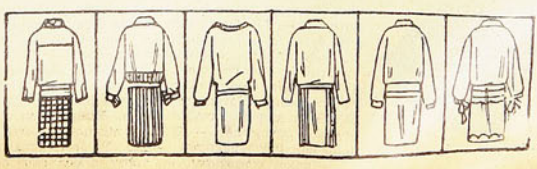
2. Traje de brin color arena con la falda finamente plisada. El plastrón se cierra con botones de nácar blancos.

3. Traje de brin azul bandera adornado por un galón de colores en que predomina el azul marino, el amarillo y el rojo.

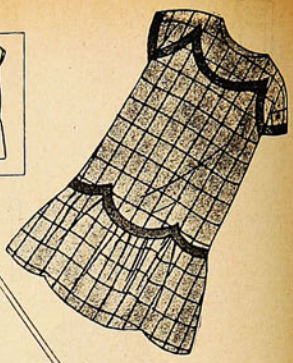
4. Traje de brin color durazno con la falda plegada a los lados. Botones de cristal blanco en el cierre de la blusa.

5. Traje de brin rojo. Parte del delantero de la blusa y de la falda van plisados. Pequeño plastrón bordado en sedas de colores y canutillos de porcelana.

6. Traje de brin azulino adornado con dientes redondos hechos en la misma tela. Corbata y puños con lazadas.



LOS TRAJES DELANTALES



I.—Traje-delantal para niñita, en brin azul marino, con un adorno de puntas bordadas en seda lavable color rojo. — II. Traje-delantal de género escocés y género liso. — III. Traje-delantal para niño, en vichy a cuadritos, con corbata de pongé liso. Botones en los bolsillos, haciendo juego con el color de la corbata. — IV. Traje-delantal de forma muy simple, con el canesú y los bolsillos adornados por una pauta bordada de notas. V. Saco de brin ,abotonado adelante. — VI. Delantal clásico, en brin de un sólo color. — VII. Traje-delantal en satín negro, abotonado al costado por botones de nácar blanco. — VIII. Vichy escocés, forma recta y dos bolsillos por todo adorno.— IX. Satín negro y cuello blanco. Pliegues encontrados, sujetos por dos cinturones. — X. Los mismos materiales en otro modelo, con largo plastrón. — XI. Traje-delantal en vichy de un color, con adorno de vichy, a pequeños cuadritos.

CORRESPONDENCIA

Por MERLINA

Enriqueta Morven.—Santiago.— Imposible de publicar su colaboración.

Vieja Joven. — Santiago.— Si usted es joven y su pelo rubio está encanecido, le aconsejamos que no se lo pinte. El agua oxigenada es nociva para los ojos, mezclada con amoniaco da un feo rojizo, le henné reseca el pelo y lo quebraja. Así por el estilo es el resultado de todos los remedios. Lo mejor es que usted muestre orgullosamente el pelo canoso junto a su cutís terso de juventud. Este contraste es tan bonito que muchas mujeres, sobre todo, en Europa, no vacilan en empolvarse el pelo o usar peluca blanca para conseguirlo.

Una Ignorante. — Angol.—Lea usted en este mismo número de "Para Todos", en la sección "Para las Coquetas" todo un sistema para evitar la traspiración que ha de darle excelentes resultados.

Emery. — Busque usted en una buena Librería un tomo que se llama "Iniciación al Espiritismo". Ahí encontrará usted la explicación de todo lo que le parece oscuro en el párrafo de la "Vida de Valentino" que nos copia.

Germana. — Santiago.—Siga con confianza el método de masajes que dimos en nuestra revista número cuatro. Las dos fórmulas de cremas son muy buenas y no tema que le aumenten el vello. Si este temor es muy grande en usted, puede, una vez que se haya jabonado la cara, pasarse aprovechando la espuma del jabón, una piedra pómez lisa que venden especialmente en las boticas o perfumerías con ese objeto. Dos veces por semana usará una loción de agua oxigenada. Tanto la piedra pómez como el agua oxigenada son con el exclusivo objeto de que su vello no solo no aumenta sino que desaparezca lentamente. Use el jabón blanco de Marsella que es lo más inofensivo para el cutís. El jabón Cadum que antes vendía la Casa Francesa es también excelente, pero no sabemos si aún esta casa lo importará. Para los poros dilatados está indicado el masaje vibratorio, lo mismo para las piedrecillas. Vaya con toda confianza donde Potin. Con una sesión cada quince días será suficiente para que en seis veces se le componga ese defecto. Después puede seguir usted misma haciéndose los masajes manuales que hemos indicado y a los cuales usted se refiere. Muy agradecida de las palabras elogiosas que tiene para la revista.

Eliana. — Santiago.—La única manera radical y rápida de extirpar el vello es la aplicación de la electricidad en un buen instituto y por un buen doctor. Si usted no quiere recurrir a este medio, páse se la "Gilette" y luego sigue, mañana y noche, lavándose las piernas con abundante jabón y piedra pómez lisa, refregándose con esta tan fuerte como le sea posible. Después se pone agua oxigenada y en caso de que el cutís se le haya irritado, le puede agregar unas gotas de glicerina y de agua de rosas. Claro que el vello vuelve a salir. Nuevamente se pasa la "Gilette" y sigue con los otros remedios. Al fin el vello parece cansarse y va desapareciendo. Es cuestión de paciencia.

Mariposa. — Viña del Mar.— Empiece por vigilar su digestión. De veinte casos en que me consultan sobre la manera de sanar las espinillas, tengo la absoluta seguridad que dieciocho provienen de estreñimiento y que es eso lo que hay que atacar. Si usted tiene malas digestiones, tome en las noches una cuharada de Amerol, o sea vaselina líquida, que le lubricará los intestinos y normalizará su digestión. Para el cutís y su limpieza, lea las indicaciones que hemos hecho en el número cuatro, en la sección "Para las Coquetas". Ese aseo diario le evitará los puntos en la nariz. Para oscurecer las pestañas use en las noches aceite de ricino puesto en la raíz, con un pincelito. Se oscurecen, se fortalecen y aumentan. En el día puede ponerse una infusión muy cargada de té o de agua de hojas de nogal. Las pecas desaparecen trantándolas con agua trioxigenada durante un largo tiempo.

Necha. — Santiago.—Use para su piel grasosa la siguiente leche: —Glicerina neutra, 60 gramos. Agua de laurel cerezo, 50 gramos. Agua de colonia, 100 gramos. Tintura de benjuí, 5 gramos. Biboraz oriental, 1 cucharadita de café. — Los polvos mejores que conocemos y que tienen las propiedades adherentes y aterciopeladoras que usted desea son los "Tabac Blond" de la perfumería Caron. En una buena botica puede usted conseguirlos. Tienen el solo defecto de ser caros.

Maritza. — Santiago.—La revista cuenta con un excelente traductor. Gracias por su ofrecimiento, pero es imposible aceptarlo.

Edith Morgan. — Santiago. — Simpática su poesía, reveladora de buenas dotes. Pero es imposible publicarla. Hemos tenido que tomar la resolucción de no publicar colaboraciones espontáneas, porque nos llegan por montones, y entre cien, apenas hay una que tenga méritos medianos. La suya me ha interesado. Mándeme otras prosas, en que usted talvez está mejor. Tendré el mayor agrado en darle mi opinión privadamente, con mayor conocimiento de lo que de usted se puede esperar. Muchas gracias por sus atentas palabras.

Lector Norte Americano. — Antofagasta. — Lo que debe hacer su amigo es dejarse de averiguar qué pena tendrá por haber seducido a esa muchacha y casarse con ella cuanto antes. Ahora debe pensar solamente en el hijo, posponiendo todo interés. Que cuanto antes arregle su situación y haga que su niñito nazca legalizado. Ese es su deber de chileno y de caballero.

Una pobre Fea. — Quillota. — Lea en el número cuatro, en la sección "Para las Coquetas", la manera cómo debe tratarse el cutis para conservarlo sin arrugas y terso. Use debajo de los polvos — que han de ser de una clase muy buena,—la siguiente leche que es inmejorable para esas peladuras que usted padece: — Agua de azahar, 200 gramos. Glicerina, 150 gramos. Agua destilada, 200 gramos. Esencia de Iris, 15 gramos. Acido salicílico, 1 gramo. Agua de rosas, 100 gramos. Vea lo que más arriba le digo a Germana, para extirpar el vello de la cara.

Recomendación fervorosa que hace la simpática artista, Esperanza Iris, de las

Fajas y Sosten-Senos "NIRVANA"

Véase la adjunta fotografía.

CASA NIRVANA

UNICA ESPECIALISTA EN

FAJAS Y SOSTEN-SENOS "NIRVANA"

AHUMADA, 323. ENTRE HUERFANOS Y PLAZA DE ARMAS. – TELEFONO AUTO. 4486

PEDIDOS DE PROVINCIAS

Atiéndese contra reembolso, enviando medidas de cintura, busto y caderas. Además, cámbiase, en caso de no quedar bien, sin nuevo recargo de franqueo

RECHACE LAS IMITACIONES. ESTA CASA NO TIENE SUCURSAL

EN LA PUNTA DE LOS PIES

Por RAYMOND GENTY

(Tradujo del francés León Barros)

¡ESTAS gordo, mi viejo!—dijo Sergio.

No hombre — yo te aseguro que no, replicó Alfredo.

Naturalmente, se dice siempre lo mismo, y nadie se apercibe que está en ese estado.

Lo que es mi sastre dice que me enflaquezco.

¡Ta... ta ra ta! ¡Los sastres son unos aduladores; ellos procuran agradar a sus clientes a costa de sus propias debilidades!

En fin, a ti no te gusta verme obeso. — Te daré en el gusto.

—No te preocupes más. — A tu edad hay que someterse A propósito. ¿Qué edad tienes tú? —¡Oh!— 50 años...

Te ves bien. Tienes una bonita calva. ¿Tomas café después de las comidas?— Naturalmente.

—Mis negocios marchan a la perfección, mi mujer me es fiel, mi querida es bastante bonita. La vida es hermosa para mí.

—En fin.—¿Tú eres feliz?

—Muy feliz.

—Está bien, es lo que yo pensaba. Se diría que tú me lo reprochas.

—No, eso no solamente...

¿Solamente que?

Es necesario saber conservar su felicidad, servirse de ella, viejo, lo menos ligero posible.

Vaya.

No hay nada más fácil.

¿Conoces tú algun medio?

...¿Practicas la cultura física?

No.—¿Pero eso qué importa?

Yo creo que sí.

¿Qué quieres decir?

Es muy simple. Tú tienes tendencia a ser obeso, a engrosar de vientre.

¡Oh!—¡No me fastidies!

Pues bien, en la mañana al levantarte anda en la punta de los pies durante un cuarto de hora.

¿En la punta de los pies?—Eso es una tontería.

No hombre.—Tú no tienes más que recorrer tu habitación con la actitud de un bailarín que aprende su lección.

¿Y eso es suficiente?

—Perfectamente, cuando tú hayas seguido mi sistema durante un mes me cuentas las novedades que haya. Así por ejemplo.

Ensaya.—Tu mismo verás: en tres semanas habrás adquirido un talle de jovencita, serás esbelto, serás amado por lo que eres físicamente, y me lo agradecerás viejo, y te acordarás de mí.

—Alfredo. Aquí hay un taxi. Te pido perdón pero tengo algo urgente que hacer.— ¿Tú me permites?

—Al momento, viejo, • ¡piensa en lo que te he dicho. Lo que te indico es la receta de tu felicidad, simplemente.

II

Después de haberse separado de su amigo Sergio, Alfredo se puso a reflexionar.

—Puede tener razón. Hay que tratar de no verse tan avejentado.

Lulú cree que yo ya lo estoy pareciendo. Un cuarto de hora en la punta de los pies no se para desesperar después de todo; y si mi felicidad depende de eso, voy a ensayarlo.

Al día siguiente en la mañana, después de levantarse, Alfredo en pijamas empezó la experiencia. Después de cinco minutos de ejercicio se dejaba caer en un sillón, completamente agotado.

—¡Esto es brutal! Jamás podría continuarlo... Pero poco a poco se fué sintiendo más despejado. Al día siguiente pudo constatar una soltura nueva en sus articulaciones. A la segunda semana ya estaba bien perito, y danzaba a flor de tierra como una mariposa. Su campo de ejercicios habitual no le fué suficiente. Trató entonces de recorrer otros departamentos desiertos a esa hora matinal. Atravesó bailando, el salón, le comedor y la antecámara. Llegó sin hacer ruido hasta la cocina, donde pudo darse cuenta de que la sirvienta estaba en esos momentos en los brazos del carnicero. Indulgente y silencioso, se batió en retirada diciendo: tengo la suerte de poseer el talismán de las mil y una noches. Veo y no me ven. Me siento tan ligero y tan sutil como el céfiro. Realmente este es un ejercicio muy agradable.

Siempre en la punta de los pies atravesó el pequeño salón y penetró al escritorio de su mujer. Una tabla del parquet chirrió.

Jacqueline, que estaba escribiendo se volvió, lanzó un grito, y cerró precipitadamente su secreter.

¿Eres tú?—Me has hecho pasar un susto.

Pero Alfredo cuya mirada se había posado en el escritorio le objetó imperiosamente.—¿A quién le escribías?

A ninguna persona, mi querido.—¿Dame esa carta!

Tú estás loco.—Te he dicho que yo no escribía.

¡La carta que has escondido en el secreter! ¡Alfredo!

Pero Alfredo no escuchó más, brutalmente, se inclinó hacia el escritorio donde se veía toda arrugada una hoja de papel de carta.

Entonces, leyó esos caracteres que parecían bailar delante de sus ojos.

"...Mi marc; no he podido acudir a nuestra cita ayer. Alfredo llegó más temprano que de costumbre. He tenido que esperar el alba para escribirte estas palabras por carta, para decirte que mañana a las tres sin falta..."

Esto era todo, estas tres líneas como en un soneto eran toda una revelación, la revelación de la infidelidad. Jacqueline sollozaba. Alfredo, trómulo y sombrío, contemplaba de vez en cuando la cabecita blonda de su mujer, y la carta cruel que apretaba entre sus manos. ¡Ah! Esto era demasiado. Bien, aplicaría inmediatamente la ley del Talión, y se marcharía a reconfortarse con la ternura de su querida Lulú. Hacía tres días a que él no la visitaba.

Llegando a casa de Lulú con su maletín de viaje en la mano, Alfredo pensaba: ella no me espera pero yo creo que será mejor así. ¡Qué sorpresa cuando me vea. Le voy a proponer ir a pasarnos ocho días a la Costa Azul.

Llegó muy cerca de su departamento y notó que la llave estaba puesta en la cerradura. Abrió dulcemente y entró. Avanzaba en la punta de los pies para no perder la costumbre. Escuchó rumor de palabras y se detuvo un instante. El ruido había cesado, penetró entonces en el comedor. Por la cortina transparente podía ver todo lo que pasaba en el saloncito. Se detuvo, siempre en la punta de los pies, y pudo reconocer la silueta de su querida, amorosamente reclinada, en los brazos de un jovencito.

Y Escuchó sin moverse.

Mi querido... Mi Lulú... Yo te amo... Yo te adoro...

¡Qué podía añadir Alfredo a este lenguaje que forma el fondo del repertorio clásico del amor!

Constató entonces la totalidad de su infortunio, y saliendo de ahí descendió las escaleras, ¡lo que es la costumbre!, ¡en la punta de los pies!

Alfredo melancólico, recorrió el boulevard. Esperaba a Lulú para echarle en cara su perfidia, cuando Sergio lo abordó.

Buenos días, viejo.

Buenos días.

¡Qué es lo que has hecho! ¡Pero párate, mírame! Estás soberbio. Rejuvenecido.—Es el ejercicio. Yo creo que tú puedes felicitarme.—Felicitarte! Para bromas está bueno. Yo te felicito de no haber recibido el par de cuernos con que a mí me han obsequiado.

Como que he descubierto que mi cocinera estaba en líos con el carnicero, he sorprendido a mi mujer escribiéndole a su amante, he cortado con mi querida, y todavía quieres que te dé las gracias.

¡Ah! No, viejo.—No me harás leso dos veces. Para no seguir tus consejos, yo no ando más... Ni aún en la punta de los pies.

CAJAS DE MARIPOSAS

ESTAN detrás de la silla donde suele sentarse a escribir el dueño de la casa, a uno y otro lado del testero, en el sitio reservado por otros a los diplomas universitarios. Y no es que carezca de diplomas, no; pero, tal vez por dedicarse a labores áridas, gusta de tener siempre ante sí flores—flores de papel—, y, detrás, dos cajas de mariposas momificadas.

Bajo los vidrios, las alas, muy rígidas, alíneanse con simetría multicolor. Entre cada dos alas el gusanito muerto muestra la cabeza plateada de un alfiler. Las hay rosadas, las hay de tierno amarillo, de aterciopelados violetas, esmeraldinas, de carmín, jaspeadas, azules irisadas; una recuerda la piel del jaguar, otra parece haber recibido en su traslúcida superficie todo el polen de una floresta. otra sugiere la imagen de una paleta de pintor.

En el decorado sombrío del despacho, las dos cajas cuadrangulares semejan ventanitas abiertas a un jardín de primavera. Cuando el dueño trabaja enfilando cifras y cifras sobre el papel, su gruesa cabeza se interpone entre la luz y las mariposas, que obscurecen hasta confundirse con el muro. Pero a veces, en la alta noche, el matemático saca de lo más hondo de un cajón una amarillenta fotografía desde donde le sonríen los ojos melancólicos de una mujer que no está ya en el mundo: la mira largo rato, larguísimo rato; se inclina sobre ella, y, al inclinarse, la luz se derrama sobre el testero súbitamente.

Y dijérase que entonces, sólo entonces, la gran mariposa llamada Psiquis que el trágico cotidiano ha clavado dentro de aquel cuerpo con el alfiler del deber, abre sus alas; y que las mariposas reverberantes de las cajas, son el eco de aquel tardío aleteo, los pensamientos de la pobre cabeza caída.

A. HERNANDEZ CATA

EXCESO DE ACIDEZ EN EL ESTOMAGO

MODO DE ELIMINARLO

El exceso de acidez estomacal puede terminar en graves desórdenes en el aparato digestivo; es, pues, muy importante que los alimentos pasen al intestino en grado invariable de acidez, de manera que éste no pueda irritarse fácilmente. Para combatir los dolores estomacales, basta tomar media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada (M. R.) en un poco de agua caliente, que al neutralizar la acidez excesiva, origen de estas dolencias, protege las paredes irritadas del tramo digestivo e intestinal, permitiendo así una función normal y sin dolor. Los Médicos recomiendan la Magnesia Bisurada.

Base: Magnesia y Bismuto.

EL ULTIMO INVENTO

COMODIDADES, VENTAJAS Y ATRACTIVOS DEL NUEVO "YACTH" DE TIERRA

Por José Luis Menéndez

Exterior del "Yacht" de tierra

¡El yacht de tierra! Acaso no constituye ninguna novedad. Acaso tiene viejos antecedentes. Pero son éstos tan humildes, que no pueden ser considerados como su verdadero origen.

Esos antecedentes hay que buscarlos en los circos ambulantes, en los barracones de feria, en esos desvaídos tinglados de la farsa que iban—y aún van—de pueblo en pueblo, llevando, a través de los áridos caminos reales, los desmayados rugidos de una hambrienta colección de fieras, la inofensiva monstruosidad de un fenómeno o la pintarrajeada algarabía de una cuadrilla de cómicos de la legua. Con frecuencia, estos titiriteros, histriones o simplemente feriantes, no se hospedan en ninguna parte. El mismo carricoche que les sirvió de vehículo les sirve también de aposento. Tienen en él su comedor, su cocina, sus alcobas, sus cuartos de aseo... Hace poco tiempo, un circo famoso que estuvo instalado en Madrid trajo varios automóviles, donde se alojaban cómodamente centenares de artistas y empleados, que allí tenían incluso sus oficinas y despachos. Eran verdaderas casas ambulantes, instaladas con toda clase de comodidades, hasta con lujo. Verdaderos yachts de tierra...

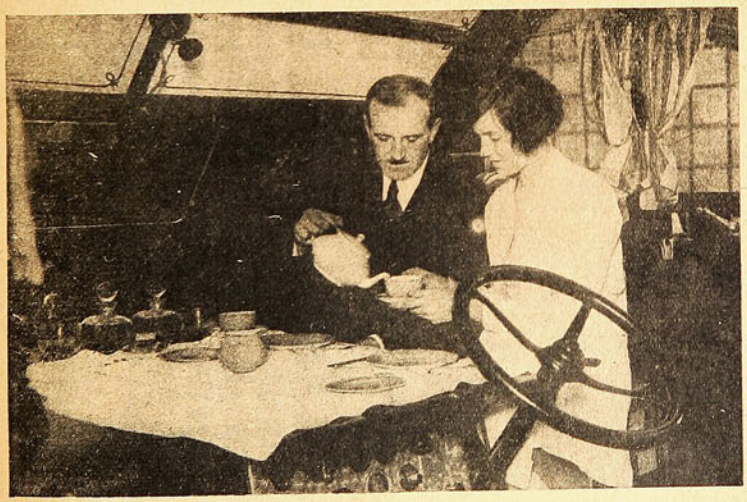
Pero les separaba de éstos una positiva distancia, difícil de salvar. Los auto-casas del circo tenían su origen en la necesidad que es ley que preside todos los grandes artilugios, mientras que el yacht de tierra propiamente dicho, tal como lo ha entendido su ingenioso inventor, responde exclusivamente al capricho, que es la única razón de casi todas las modernas comodidades... y de muchas incomodidades.

Desde luego, digan lo que digan, lo más cómodo para viajar por tierra es el tren, como lo más cómodo para viajar por mar el el transatlántico. En el tren existe el lujo del vagón cama, del salón de fumar, del coche comedor. En el transatlántico, no hay qué decir. Contiene todos los refinamientos, todo el regalo, todo el confort posible. Pero el dinero es estrafalario, antojadizo, egoísta, y no todos los que lo poseen se resignan a disfrutar colectivamente con otras personas las comodidades que ofrecen el transatlántico y el tren. Así nacieron, hace algunos años, los yachts marinos y así acaba de nacer ahora el yacht terrestre. La tendencia de los ricos modernos es cruzar el mar y la tierra en casa propia.

El yacht de tierra lo ha inventado míster Pemberton Billings, antiguo miembro del Parlamento inglés, y podrá ser visto dentro de muy pocos días en la Exposición motorista de Olimpia. Es un automóvil de 18 pies de largo y de forma rara, un poco parecida a la de los tanques de guerra. Consta de cinco departamentos y se adapta a cualquier chassis. Lleva comedor, dos cabinas con literas, lavabo con agua caliente y fría, y ducha y cocina. Cuesta 300 libras.

Meter todos esos servicios en un espacio tan reducido es cosa verdaderamente asombrosa y más si se tiene en cuenta que, aparte de los utensilios necesarios para ellos, van otros que pudiéramos llamar superfluos, tal como el aparato de radio, que también ocupa su lugar correspondiente. ¿Cómo es posible acoplar tantos objetos en tan poco sitio?

Lavando los cacharros en la cocina



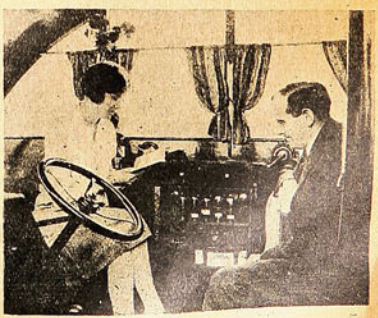
La hora del te en el "Yatch" de tierra

Haciéndose la toilette

Desde luego, hemos de advertir que todo se reduce a lo meramente indispensable para dos personas. Pero ¿a qué llaman lo meramente indispensable dos personas excéntricas, caprichosas, como necesariamente han de ser los tripulantes del yacht de tierra? No lo sabemos. Hay que convenir en que desde el momento que montan literas y duchas, comedor y cocina, y se proveen de un aparato de radio, es porque tienen el decidido propósito de emprender un largo viaje y hacer vida de yacht durante muchos días, quizá durante algunos meses. Y ahora es cuando nos asalta una duda terrible: ¿será lo suficientemente cómodo el yacht de tierra para poder vivir en él durante un par de semanas, sin sentir cansancio, ni incomodidad, ni aburrimiento? No sabemos qué responder. Quizá para nuestras impaciencias meridionales resultase insoportablemente monótona esa vida obligada de yacht. ¡Nosotros, que creemos que hacer un viaje a Cercedilla constituye una proeza singular...!

Sea o no adaptable a nuestra idiosincrasia, hemos de confesar que el yacht de tierra es un invento de positiva importancia. Porque, por muchas deficiencias que se puedan observar en su comedor, en su cocina y en sus literas, no cabe duda de que comparadas con las que ofrecen las mesas y las camas de algunos hoteles han de resultar el colmo de la comodidad. Y, además, el de la economía. No hay que olvidarlo.

Sin embargo, no hay que olvidar tampoco que para algunas personas el colmo de la comodidad consiste en no hacer nada por sí, y dejar que todo lo hagan los demás. ¿Qué esta comodidad tiene el nombre genérico de holgazanería? Es muy posible. Pero, de todas maneras, hay que tenerlo muy presente, siempre que se trate de interpretar los gustos particulares, contra los que, como reza el antiguo y popular adagio, nada se ha escrito todavía.



Escuchando la radio

EL "DON JUAN DE NUESTROS DIAS

NATACHA RAMBOVA CUENTA LA VIDA DE SU ESPOSO RODOLFO VALENTINO

(CONTINUACION)

Aquella noche, estando en nuestras habitaciones del hotel, Rudy nos dijo a Natacha y a mí que mientras deambulaba solo por las cuevas subterráneas había entrado en una que contenía grandes anillas, ganchos y cadenas que pendían de las paredes. Se había quedado horrorizado al ver la blanca osamenta de un esqueleto humano con el cuello sujeto por un anillo, los brazos extendidos y los pies blanquecinos y descarnados pendientes a unas cuantas pulgadas del suelo.

Creyendo que ese esqueleto era auténtico, se acercó a él para examinarlo, hasta llegar casi a la pared. Entonces los huesos se desvanecieron ante sus ojos, atónitos, dejando tan sólo a su vista unas cuantas cadenas enmohecidas. Posteriormente, el guía comprobó esta aventura, explicándonos que aquella cueva era una habitación de tortura. Toda la casa estaba frecuentada por los espíritus, y la mujer del guardián se había negado a seguir habitando allí.

NATACHA REANUDA SUS MEMORIAS.—EL REGRESO A AMERICA.—SE NUBLA EL SOL.

Después de pasar tres meses en España y Francia, embarcamos en el mes de noviembre para América en el "Leviathan". Nita Naldi nos acompañaba.

A nuestra vuelta a Nueva York celebramos varias conferencias con J. D. Williams, jefe de la Ritz Film Company, con quien Rudy había firmado contrato.

La intención de la Compañía era la de hacer en Nueva York las dos películas para las que se había obtenido la asistencia de Rudy. Pero el problema del estudio no pudo resolverse favorablemente, y por fin se decidió marchar a Hollywood, la indispensable capital de Cinelandia.

Después de pasar tres semanas en Nueva York nos marchamos a la costa.

La malhadada incomprensión que desde hacía seis u ocho meses comenzaba a interponerse entre Rudy y yo llegó a su apogeo poco después de haber comenzado los trabajos para "El aguila"

El principio de las disputas ocurrió con unos artículos ridículos y con unas insinuaciones malévolas, en los periódicos de que Rudy era un calzonazos y que yo era "quien llevaba los pantalones".

Esto, naturalmente, tenía que hacer efecto en cualquier hombre, sobre todo en uno tan orgulloso y sensible como Rudy.

Comenzó entonces a decirse que yo había estropeado su carrera.

Por ejemplo, **Beaucaire.** Yo era la culpable, y luego de **El demonio santificado**, y **Cobra. Beaucaire** había sido elegido por la Compañía Famous Players y fué sometido el argumento a nuestra aprobación. Es verdad que lo aceptamos, pero nadie oyó nunca decir que quienes primero lo habían elegido fueron ellos.

Mientras se "filmaba" **Beaucaire** se habló mucho de mi **temible intromisión** porque yo tenía la inspección artística de la película, e insistí en que los detalles históricos fuesen interpretados con exactitud.

Aunque yo ejercía la inspección artística en virtud de contrato, decliné el honor de que se mencionase mi nombre en los carteles, para evitar que pareciese que me quería meter en el público de Rudy. Se me había llamado muchas veces la atención de que era perjudicial para un actor romántico el que se le supiese casado.

Cuando se proyectó la película causó sensación y fué aclamada por el público y por los críticos como un verdadero triunfo artístico. Todos los que más se lamentaron de mi ingerencia se olvidaban ahora de que yo había intervenido en la realización.

El argumento de Rex Beach, **El fin de la maroma**, se nos ofreció, entre otros, como segunda película de Rudy. Este argumento, tal como nos lo leyó el señor Beach, presentaba inmensas perspectivas. La trama dependía del resultado que tuviese la guerra.

Cuando se aceptó el argumento y se pagó, se decidió, después, por quienes podían hacerlo, que a causa de las relaciones políticas internacionales (o probablemente por los gastos que exigía), era preciso que se suprimiese del argumento todo lo que se refería a la guerra; es decir, que se extirpaba la razón de ser de la película, la espina dorsal del argumento. Yo me opuse terminantemente, pero se pasó por encima de mí.

Cuando se abandonó el flojo argumento que había resultado con la amputación, también se me echaron las culpas.

Por fin se me acusaba de sacrificar a Rudy a mis propias ambiciones egoístas, porque, se decía, yo me proponía llegar a ser una **fuerza** en la industria cinematográfica.

Afortunadamente mi conciencia está limpia de esta miserable acusación.

No es que esto me disculpe de las muchas equivocaciones que tuve; lo comprendo y lo reconozco.

REPROCHES Y AMBICIONES

Tanto Rudy como yo éramos grandes soñadores y teníamos ambiciones artísticas excesivas. El era tan gran admirador de la belleza como yo. Ambos habíamos tomado como modelo a Douglas Fairbanks, cuyo gran sentido por los negocios y habilidad comercial unida a su juicio artístico y a su valentía forman una combinación difícil de igualar.

No. Mi falta no era la ambición egoísta sino la presunción. Tenía la presunción de creer que podía obligar a los empresarios a que diesen a Rudy la índole de trabajo apropiada a nuestras artísticas ambiciones; producciones tales como **Robin Hood, El ladrón de Bagdad** o **El Pirata Negro.**

Yo no me podía imaginar por qué con su talento, sugestión, encanto y su reiterada fuerza plástica, Rudy no había de ser el mejor, y por qué tenía que estar metido continuamente en películas insignificantes, vulgares, baratas y comerciales, mientras que otros artistas de mucho menos talento y popularidad eran protagonistas de argumentos importantes y de grandes producciones.

La injusticia me volvía furiosa, y tercamente me empeñé en que no continuase aquella situación de cosas.

¿Por qué tenía que ser siempre Rudy la víctima de las garras impuras de aquel comercialismo? Pero ese gran ídolo de cobre se reía de mis insignificantes esfuerzos y apretaba aún más violentamente su puño de hierro.

Mi amor apasionado por la historia y la belleza es lo que causaba todo el trastorno y lo que llevaba a todas las cosas a un extremo irrazonable.

En mi intenso deseo de incorporar la belleza a las producciones de Rudy perdí la justa perspectiva. Perdí de vista el hecho de que la belleza cuando está utilizada tan sólo para producir una mezquina satisfacción de los ojos y no está combinada con el alimento del espíritu, entonces no es más que una vaciedad dorada.

Esto es lo que he podido aprender. El público aceptará un argumento conmovedor o que hable al alma aunque no posea belleza externa, pero no aceptaría la belleza vacía desprovista de espiritualidad. Las insignificancias domésticas pronto tomaron la magnitud de una montaña en colaboración con los numerosos "amigos" que no perdían oportunidad de mostrar a Rudy los artículos de los periódicos en los que se hacían alusiones molestas a sus "calzones". Era desagradable en extremo para Rudy el que diariamente le estuviesen compadeciendo por tener una mujer que le hacía sacrificar su carrera a sus propias ambiciones y egoísmos.

Otro punto criticable consistía en que, según parecía, se veía muy mal que no asistiésemos a los espectáculos de Hollywood o que no saliésemos por las noches. Esto era, según se decía, otra prueba de mi tiranía doméstica. Es que yo era celosa, por supuesto, y tenía miedo a que Rudy alternase con otras mujeres.

COMO ES HOLLYWOOD EN LA REALIDAD

Los amigos de Rudy le insistían en que debía restablecer su prestigio ante los ojos de Hollywood. Yo tenía la culpa de que se le titulase erróneamente de "super-actor". Debía mostrar a Hollywood y al mundo entero que no era más que un actor regular.

Comenzamos a salir más a menudo. Hicimos lo que se quería y nos adherimos a las diversiones usuales. Bailamos, charlamos, flirteamos, comentamos, reímos y bebimos y tuvimos grandes éxitos aguantando latas soberanas. Hasta participamos de aquellas "alegres expediciones" a la titulada Venecia (la Conney Island de Hollywood), donde comíamos porquerías, nos mezclábamos con aquellas gentes alegres y aparentábamos habernos divertido muchísimo.

No voy a meterme en descripciones ni detalles acerca de las personalidades más pregonadas de Hollywood ni tampoco voy a decir que sea ésta una ciudad viciosa. Nada de esto, sino que es, a su vez, la vacía cáscara dorada de un reino de ficciones. Nada más que engaño y fingimiento.

Hollywood, es decir, lo que en esta ciudad se refiere a la colonia cinematográfica, no es más que una aglomeración de nulidades en lucha por ser algo, todas con la pretensión de ser lo que no son. Muchachas que se gastan hasta su último dólar en tranos y peluqueros a fin de parecerse a alguna estrella de la que están muy lejos, y con la ferviente esperanza de llamar la atención de algún director de escena que pase por su lado. Estrellas del pasado que pretenden seguir siendo lo que ya no son. Estrellas del presente que pretenden ser en público lo que sus admiradores creen que son en la realidad y que en privado no son sino mariposas de cabeza hueca que ciegamente se abrazan en la brillantez de una vida ficticia, o bien luchadores vencidos, cansados desilusionados, que locamente intentan agarrarse a un triunfo que permanentemente se les escapa.

¡Loca carrera tras una ilusión fugaz!

El trabajo es lo único que hace tolerable la vida en Hollywood.

Hogares destrozados, dolores de cabeza, nervios

VACUNA ANTI-ALFA FERRAN
(INYECCIONES)

Previene la Tuberculosis. Cura: **Pre-Tuberculosis, Asma, Convulsiva,** bronquitis, toses rebeldes, queratitis, tracoma, xerosis hemorragias del vítreo y retina, tisis globo ocular, coroiditis macular, iridocoroiditis tuberculosa, CATARRO INTESTINAL, etc. Absoluta inocuidad. Certificados de mundiales eminencias médicas, ocupan cientos de brillantes páginas. POR REAL DECRETO DECLARADA OBLIGATORIA EN ESPAÑA. (Base: Bacterias Alfas).

HEMOGLOBINA ANTIFIMICA FERRAN
(GOTAS)

HEMO-VIVA-ANTITOXICA. Hipermunizando caballos con ALFAS, se obtiene el **SUERO ANTI-ALFA** y este gran tónico antituberculoso, que con 1 frasco, máximo $ 15, cura y da vida aún al que por tisis, estados febriles ,inapetencia, anemia, agotamiento, raquitismo, esté al borde de la tumba. Si sigue postrado es porque quiere; Anti-Alfa-Antifímica, es Vida. Buenas boticas y R. Ribot, Casilla 1485, Santiago.

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene íntima

NEOLIDES

antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

agotados, intriga, amarguras, mala salud, agotamiento, ruina y tragedia, constituyen el impuesto que cada año paga Hollywood por su celebridad.

El orgullo resentido es lo que ha venido a sustituir al compañerismo y a la confianza, de tal modo, que Hollywood no es el sitio ideal para cruzarse de brazos y continuar viviendo en paz y tranquilidad.

Cuando la desilución nos abre los ojos a la frialdad desnuda de los hechos, generalmente acudimos a un anestésico que amortigüe nuestras amarguras. Yo no fuí una excepción a la generalidad.

Se ha dicho que esta vida terrenal es la escuela en donde aprendemos nuestras lecciones. Hollywood, para mí, como para tantas otras personas, se me presentó bajo el aspecto de un examen que vencer y, como estas otras, fracasé. Aprendemos nuestras lecciones a costa de una amarga experiencia. Creo que la vez próxima sabré aprobar en el examen. Rudy fué más feliz que yo. Ya ha pasado a un grado más elevado.

La madre de Natacha cuenta sus impresiones del divorcio

En julio de 1925, como si un bólido estallase en un cielo azul, recibí un telegrama de mi hermana Teresa, diciéndome que Ruby y Natacha se habían separado y que ésta venía a encontrarse con nosotros en Europa. De sus constantes cartas sacaba la impresión de que ambos estaban fatigados por exceso de trabajo y que estaban próximos a enfermar de los nervios. Pero nunca se me pudo ocurrir que este estado pudiese conducir a determinaciones tan extremas. Esta noticia me produjo un gran dolor, tanto como a mi marido, pero no podíamos entrever la esperanza de que pudiera arreglarse pronto una reconciliación.

Recibimos largos telegramas diarios de Rudy, diciéndonos que le era imposible venir porque estaba en plena impresión de su nueva película. Nos parecía imposible poder suavizar las diferencias surgidas entre estos dos muchachos agotados por el trabajo y de genio tan vivo. Ambos eran demasiado orgullosos ,precipitados e impulsivos y el divorcio se llevó a cabo. Inmediatamente después, Natacha regresó a América para continuar trabajando.

Al comenzar diciembre recibimos un telegrama de Rudy diciéndonos que iba a pasar unas semanas en Londres con sus hermanos y que vendría a vernos después. Le contestamos inmediatamente invitándole a pasar las Navidades con nosotros. El, contestó: "Queridos tío Dick y Muzzie: Mi corazón se llena de amargura al pensar que habría de pasar las fiestas en una casa donde han trascurrido los días más felices de mi vida. Iré a verles en los primeros días de enero".

Así lo hizo y siempre fué el mismo muchacho encantador y cariñoso que conocíamos. Le fué imposible pasar muchos días con nosotros porque su tristeza era inmensa. Iba frecuentemente al cuarto de Natacha para sentarse allí solo, y después venía junto a mí y de rodillas ponía la cabeza en mi regazo y lloraba como un niño.

Yo tenía el corazón destrozado, pero esperaba siempre que habría una reconciliación, y me siento feliz al decir que, en efecto, la reconciliación llegó mientras estuvo enfermo, aunque desgraciadamente sólo unos días antes de su muerte.

Mis muchos amigos me habían oído decir y lo repito ahora, que si yo hubiese tenido que escoger entre todos los yernos del mundo, sólo hubiera elegido a nuestro querido Rudy. La muerte ha sido pindosa. Le sorprendió en la cúspide de su fama antes de que, años más tarde, su excepcional popularidad se hubiese desvanecido. Más aún, la muerte no nos ha separado. El velo que separa este mundo y el otro no es cruelmente denso. Su trasparencia nos permite reunirnos con él.

Rodolfo Valentino en "El Aguila Negra"

Para prepararnos para la gran pena que estaba cerniéndose sobre nosotros, Dios nos envió en el mes de mayo al amado psíquico norteamericano George Benjamín Wehner, que fué huésped nuestro durante seis admirables meses. George es el más notable **medium** que he visto nunca, y he tratado a muchos. ¿Y cómo no, siendo como es, el instrumento escogido por ese alma maravillosa y amada de Elena Petrovna Blavatsky que nos trajo durante su vida terrenal las verdades de la religión y sabiduría orientales?

En el mismo momento en que los médicos daban a Rudy como fuera de peligro se presentó la profecía de que Rudy estaba a punto de abandonar su envoltura mortal. Pocos días después, la profecía se había cumplido.

Desde aquel momento hemos estado en constante comunicación con Rudy. Al principio parecía desorientado, lamentándose de que se le hubiese arrancado al trabajo que tanto amaba. El gran tributo que su público había rendido a su memoria, tributo que ningún rey recibió nunca, pareció mantener en él durante algún tiempo la nostalgia de la tierra.

Pero la luz espiritual pareció presentársele a través de la bienvenida de aquellos a quienes encontró primero: su madre y su padre y Caruso, su paisano, a quien él siempre había admirado tanto, y por aquellos otros dos compañeros suyos, en arte Wally Reid, la favorita de millones de gentes, y la pequeña Olive Thomas, amada por todos los que la conocieron. Estos amigos amantes le libertaron de sus lazos terrenales y le condujeron a la verdadera vida del espíritu.

Dos años antes de su tránsito, Rudy me había interesado en las verdades psíquicas, que me han proporcionado tanta felicidad en mi vida. El mismo era extraordinariamente mediúmnico y frecuentemente nos admiraba por los excelentes mensajes que recibía por medio de escritura automática.

LA MUERTE DE RODOLFO. — HABLA NATACHA

El lunes temprano, día 16 de agosto, mientras yo estaba en la finca de mis padres en Juan les Pins, recibí un cable de Mr. Ullman, al administrador de Rudy, enviado a petición de éste, participándonos su repentina enfermedad y próxima operación.

Este telegrama constituyó una gran emoción para todos nosotros, que suponíamos a Rudy en perfecta salud. Conociendo su magnífica robustez no pudimos pensar por un sólo instante que su enfermedad podía ser fatal.

Todas las pequeñeces de nuestros resentimientos parecían desvanecidas ante la ansiedad de este nueva e inesperada calamidad. Telegrafié inmediatamente y desde este momento hasta el fin estuve en constante comunicación con Mr. Ullman, que nos comunicaba el menor cambio en la enfermedad de Rudy.

El miércoles, por la noche, celebrábamos nuestro reunión familiar acostumbrada con Mr. Wehner, el psíquico norteamericano a quien hospedábamos en esta época con nosotros. Mientras la sesión, y cuando Mr. Wehner estaba en un profundo trance, Rudy, utilizando aquel valioso instrumento, "vino a nosotros" murmurando algunas frases incoherentes y llamando a nuestra tía por su nombre y a mí. Para quienes han investigado en los fenómenos psíquicos, esto no parecerá engañoso, porque no es una cosa inusitada que la conciencia de una persona que aún vive en este mundo pueda manifestarse o comunicar a distancia mientras que su propio cuerpo duerme o está

(Continuará en el próximo número).

¡CUIDADO!

Circulan imitaciones del verdadero aparato para automasajes

PUNKT-ROLLER

M. R.

con nombre parecido.

No se deje Ud. engañar y pida exprseamente

PUNKT-ROLLER

"Con el punto en la frente"

De venta en todas las boticas y en el Instituto Ortopédico Alemán de Santiago, en cuya sección, Masajes Medicinales, se hacen demostraciones prácticas.

Ud. recibirá un folleto explicativo enviándonos el cupón adjunto.

Sres. DAUBE Y CIA. — Valparaíso — Casilla 28 V.

Ruego enviarme un folleto explicativo sobre el aparato para automasajes Punkt-roller.

NOMBRE y APELLIDO .....

CIUDAD .....

CALLE o CASILLA .....

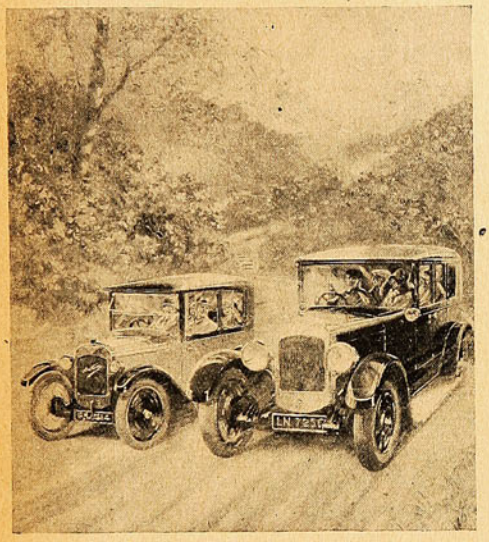
EL VALOR DE LAS PRUEBAS

Por MAURICE DEKOBRA

DESPUES de ordenar al chauffeur que la llevara al Bois de Boulogne, la señora Telmán subió a su automóvil. Cómodamente instalada en el suntuoso coche, abandonábase a la alegría de vivir, cuando, prontó, atrajo su atención un pedazo de papel azul claro, que asomaba entre los almohadones. Con su mano enguantada se apoderó del azulado papel. Grande fué su estupor así que hubo leído estas líneas:

"Querido: Si la estúpida de tu mujer te deja en paz mañana por la noche, ven sin falta a nuestro nidito... Mis brazos te aguadan. Mis ojos te sonríen desde ahora. Mis labios están impacientes. Mis nervios se estremecen.—Tu mononn".

Fué un rudo golpe. La señora Telmán leyó y releyó aquellas explícitas líneas. Sin dificultad halló los argumentos en que apoyar su convicción. El señor Telmán había salido por la mañana con el coche. Y había cometido la torpeza de dejar aquella prueba flagrante entre los almohadones.



...anoche, a los doce cuarenta, su chofer...

—¡Edmundo! — gritó la señora Telmán por el tubo acústico.—¡ A casa!

El automóvil viró frente a la puerta Dauphine y dejó a la enfuerecida esposa delante del número 166 de la calle de la Pompe.

— * —

A las siete de la tarde el señor Federico Telmán entró en el gabinete de su mujer. El semblante de la señora Telmán no presagiaba nada bueno. Pero como Federico conocía el carácter variable de su cónyuge, no se alarmó por ello, y le dijo bromeando:

—Buenas tardes, Didina... ¿Estás enojada con tu Federiquín?

Armandina esquivó bruscamente las manos de su marido. A semejanza de un justiciero que estuviera enunciando el acta de acusación, repitió los términos de la carta, que ya se sabía de memoria:

"Si la estúpida de tu mujer te deja en paz mañana por la noche, ven sin falta a nuestro nidito..."

Federico escuchaba. Su sorpresa parecía sincera.

—¿A qué viene todo esto, Didina?

Pero Didina continuó implacable:

"Mis brazos te aguardan. Mis ojos te sonríen Mis labios están impacientes. Mis nervios se estremecen".

—¿Estás recitándome versos Divina?

—¡Ah, por favor, amigo mío!... Basta de disimulo... Estoy enterada...

—¿Enterada de qué?

—De tu infame conducta...

—¿Que yo tengo una conducta infame? ¿Desde cuándo?

—¡Cállate!... Que me engañaras en secreto, con discreción, con disimulo, pase... Vosotros, los hombres, sois todos iguales... No tienen más remedio que tomar su partido o emigrar a una isla desierta. Pero que tengas el valor de tolerar que tu amiguita me trate de estúpida... ¡Ah, no!... ¡Eso no!...

—¿Cómo?... ¿Qué yo tengo una amiguita que te trata de estúpida?

—No lo niegues. Lo sé.

—Otra vez con chismes tontos...

—No, tengo la prueba evidente... una prueba escrita por la misma miserable con quien te burlas de mí.

Federico parecía consternado. Desempeñaba a la perfección el papel de hombre inocente, víctima de la más deplorable de las concidencias. Y repitió:

—¿Qué yo tengo una amiguita que te trata de estúplida?

—Oyeme... Basta de Comedia... Cuida de que no vaya a pegarle un par de bofetadas a tu Monona.

—¿Mi Monona?... ¿Con que ahora resulta que tengo una Monona?

La señora Telmán exasperada, mostró a su marido la carta azul, Federico la leyó y releyó.

—Me es completamente desconocido — dijo al fin, encogiéndose de hombros. — ¿Dónde has encontrado esto?

—Entre los almohadones del coche... Hace quince días que no salimos con ninguno de nuestros amigos. Y esta carta lleva fecha 12 de septiembre... De ayer... ¿Entonces?

—Entonces es una tontería, porque yo nada tengo que ver con esto.

—¿Niegas la evidencia?

El señor Telmán no pudo contestar. Llamaron a la puerta. La camarera apareció con una tarjeta en una bandeja...

—Este caballero desea hablar con el señor...

Federico se inclinó para leer la tarjeta: "Harry-Son, detective privado". Hizo un gesto evasivo y dijo:

—Hágalo pasar.

El detective entró. Era un mocetón afeitado, de anchas orejas y manos de boxeador. Saludó, pidió disculpas y dijo:

—Lamento venir a importunarle, señor; pero ¿es cierto que es usted el propietario del coche 72-74-G-9?

—Efectivamente, señor...

—¿Un automóvil cerrado, negro?

—Sí, señor.

—Permítame una pregunta, señor: ¿Dónde estaba anoche su automóvil a las doce y cuarenta?

—Estaría en el garage, puesto que mi mujer y yo regresamos a casa a las once.

—Siento tener que quitarles esta ilusión, señor... Anoche, a las doce y cuarenta, su chauffeur, que, sin duda, emplea su coche como taxi a escondidas de usted, tomó un pasajero en la avenida Wagram, precisamente un señor a quien tengo la misión de vigilar por encargo de un marido celoso... Lo ví subir al 72-74-G-9, con una carta que acababa de retirar de la portería de la casa de su amiga. En el momento de bajar de su coche le sorprendí escondiendo la carta entre los almohadones... Continué mi misión que me obligó a seguir a aquel personaje durante el curso de sus andanzas nocturnas, y hasta esta tarde a las siete no he podido obtener la autorización de su chauffeur para registrar su coche..., la carta había desaparecido... Si la hubiese usted encontrado por casualidad, le agradecería mucho que me la entregara... Se trata de mi honor profesional.

—Le contestaré a usted, sencillamente, que su honor profesional raya en la más intolerable de las indiscreciones... En cuanto a esa carta ni mi señora ni yo la hemos encontrado... Buenas noches, señor...

El detective saludó, volvió a disculparse y salió. Entonces, Federico se volvió hacia Armandina y dijo alegre y triunfante:

—En primer lugar, voy a echar a la calle al chauffeur, por utilizar el coche como taxi... Luego, quieres pedirme perdón de rodillas?

—Sí, querido... Te pido perdón...

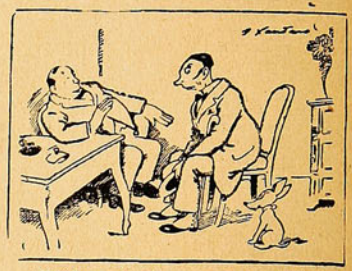
—Te perdono, Didina... Pero con todo, para castigarte un poco por haber sospechado de mí, esta noche me iré a comer al círculo.

—Ve, Federico, si tienes gusto en ello...

—De acuerdo... Buenas noches, Didina... Volveré a media noche.

El señor Telmán tomó el sombrero, el bastón y los guantes. Bajó, llamó muy resuelto un taxi en la esquina de la calle y le dió la dirección de una de sus amiguitas.

UN NOVIO DECIDIDO



—¡Hombre esto sí que es curioso! Viene usted a pedirme la mano de mi hija, y yo no tengo ninguna...

—¡Pues, no hemos perdido nada! Esperaré...

NAPOLEON EN ANECDOTAS.

El General Berthier acompañaba siempre a Napoleón cuando éste salía para las campañas. Su elección entre otros generales se debía exclusivamente a que aquél tomaba excelentes apuntes de los planos y disposiciones, que transmitía de inmediato a la primera parada. Jamás descansaba estando al lado de su jefe. Eran de él características indiscutibles, la regularidad, prontitud y precisión, y por sobre todo la sumisión a su jefe.

—Esto es lo que me encanta de Berthier— decía Napoleón—. Y es indiscutiblemente su principal mérito. Generales que puedan mandar hay muchos. Que se puedan mandar, sólo Berthier. Y lo prefiero a mi lado por eso, porque sabe obedecer.

Base: Salol

LA CHICA DE LOS GLOBOS

Nada más simpático que este motivo de cojín que puede hacerse a voluntad, ya sea pintado o con aplicaciones de géneros hechas a punto de espiga y de filete esparcido. El fondo del cojín es de raso en color gris. Los globos se pueden hacer en colores vivos cortando las redondelas en pedazos de tafetán. El traje de la pequeña es de cretona multicolor. Sombrero combinado con el color que sea el del fondo de la cretona. Calcetines blancos y zapatillas negras. Lo que representa el cutis en espumilla color rosa pálida. Abajo, briznas de pasto en verde, corazón de las flores, rojo.

LAS DOS ULTIMAS OBRAS DE JUAN CRISTOBAL

Busto del maestro Falla, en bronce y pórfido erigido por suscripción pública en la ciudad de Cádiz

Entre los escultores españoles contemporáneos, Juan Cristóbal, es uno de los más valiosos y representativos, cuyas obras gozan de alto y merecido prestigio en los centros artísticos, no sólo de España, sino también del extranjero. Muchas de sus producciones, como éstas que aquí ofrecemos, figuran ya en varias poblaciones importantes de la Península, como el mejor ornato—que ya quisiéramos para nosotros—de sus parques, paseos y avenidas.

Puka (cabeza de mujer asturiana), tallada en pórfido

AGUA BLANCA "CASANOVAS"

PARA EXTIRPAR LAS

Pecas, Paños, Barros, Manchas, Granos, Puntos Negros, Manchas de Viruela, Etc.

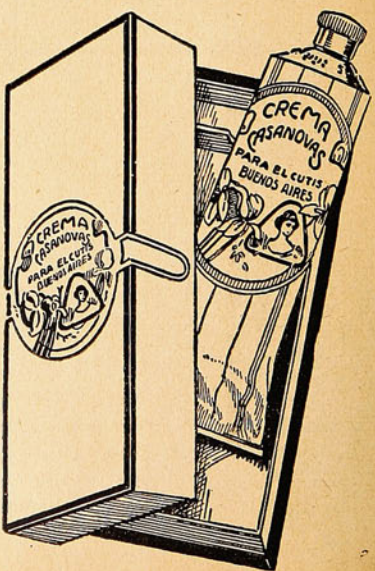
Hay cértificados de distinguidos médicos que acreditan su indiscutible bondad

Precio: $ 12 m/c el frasco
$ 6 m/c el tubo

De venta en las principales Farmacias y donde los Agentes Generales para Chile:

DAUBE y Cía.

VALPARAISO - SANTIAGO
CONCEPCION Y ANTOFAGASTA



EL PERDON

Por François Coppee

En la casa—una gran casa de habitaciones para obreros de la Rue Delambre—donde Antonio Robec ocupaba una habitación, después de seis meses todo el mundo lo creía viudo. Y recientemente, puesto que su chiquillo tan arreglado—como por los cuidados de una madre—tenía apenas seis años. Daba gusto ver al padre y al hijo tan limpios y tan bien presentados, sin una mancha en el vestido.

Todos los días, por la mañana, Antonio Robec, que trabajaba como obrero impresor en una imprenta del Barrio Latino, partía con su pequeño Adrián, todavía soñoliento, llevándolo en brazos y lo dejaba en una escuela cerca de donde vivía. Terminado el trabajo del día iba por él, entraba en la carnicería y en la frutería, llevando al chiquitín de la mano; compraba sus provisiones como lo hubiera hecho una ama de casa y se encerraba hasta el día siguiente.

Las comadres de buen corazón compadecían a este pobre padre—cuarenta años cuando más, todavía buen mozo, con un aire tan triste en su faz pálida, su barba negra con hebras de plata y sus ojos de un mirar sereno,—y decían detrás de él:

—Este hombre debía volverse a casar... un buen sujeto, muy ordenado... seguramente encontraría una buena mujer que cuidara a él y a su hijito... ¿Se ha fijado usted cómo el chiquitín anda siempre tan bien arreglado?... Un hombre de orden, bien se ve en seguida, y que gana más de veinte francos al día.

Se deseaba hacer amistad con él. Ordinariamente esto no es difícil en las casas de vecindad, donde se vive con la puerta abierta. Pero Antonio tenía un aire reservado, una manera tan digna de saludar en la escalera, que intimidaba.

Cada domingo, el padre y el hijo, limpios y arreglados, salían a pasearse. Iban a los museos, al jardín de plantas. Se les había visto, asimismo, antes de la hora de comer, en un pequeño café del barrio, donde Antonio se permitía su sola distracción en la semana y bebía un vaso de vino, lentamente, a pequeños sorbos, en tanto que Adrián, sentado a su lado sobre la banca de cuero, miraba los periódicos ilustrados.

—Ah, señores, decía a sus vecinos la portera sentimental: "ese viudo no se volverá a casar". El otro día nos cruzamos en una callecita del cementerio de Montparnasse... Es sin duda allí donde su mujer está enterrada... Daba pena verle con el huerfanito a su lado... Estoy segura de que adoraba a su difunta... Es raro, pero los hay... un inconsolable...

¡Hélas! Sí. Antonio Robec había tiernamente amado a su mujer y no se consolaba de haberla perdido. Solamente que no era viudo.

—¡Oh!, bien sencilla y sin felicidad había sido su vida.

Obrero concienzudo, pero de un talento mediano, no había llegado a ganar altos salarios, sino un poco tarde. Durante mucho tiempo había ganado escaso sueldo y por esta razón pensó no casarse hasta pasar de los treinta años. Debía haberlo hecho con una mujer razonable, que hubiera conocido la miseria como él; ¡pero el amor se ocupa tan poco de las conveniencias! Antonio perdió la cabeza delante de la fresca y deliciosa presencia de una personita de 19 años, florista honesta sin duda, pero tan frívola, no pensando más que en vestidos, y, por otra parte, sabiendo vestirse con cuatro trapos como una pequeña princesa.

El tenía algunas economías, con las cuales pudo casarse decentemente: un ropero de luna—80 francos en el foubourg Saint Antonie—donde su esposa podía mirarse de pies a cabeza. Durante los primeros meses vivió un sueño delicioso. Clementina era maravillosa. ¡Cómo se amaban! Tenían un departamento con dos piezas, en el quinto piso, boulevard de Port-Royal, con un balcón pequeño y la vista de todo París.

Todas las noches, al salir de la imprenta situada sobre la orilla izquierda del río, Antonio Robec, su abrigo cubriendo sus ropas de obrero, con la apariencia de un señor, iba a esperar en la esquina del Puente de los Santos Padres a su mujercita, que venía de la Rue Saint Honoré, donde estaba su taller. Con los brazos enlazados, muy juntos, apretado el uno contra el otro, entraban a su casa para preparar su pequeña cena. Los domingos eran encantadores.

—El se levantaba, sorprendiéndola con un beso en el cuello.—Déjame... exclamaba... tan dulcemente... Después un chiquillo, su pequeño Félix, a quien iba a ver a la casa de su nodriza, en Margeney, cada quince días y que murió de convulsiones después de un año. Se habían consolado bien pronto con el nacimiento de Adrián, a quien su madre quiso criar. Dejó el taller y se puso a trabajar en su casa, haciendo labores que le encomendaban: ganaba menos; se componía, sin embargo y parecía una dama en el Luxemburgo, llevando delante de ella a su bebé, en un pequeño cochecillo de mimbre.

Y aunque Antonio trabajaba todo el día en la imprenta y después en un periódico de noche, el matrimonio iba mal, sobre todo por las múltiples deudas. Después el chiquillo empezó a ir a la escuela, y la madre frecuentemente sin que hacer, se fastidiaba en la casa y empezó a tomar el hábito de salir a la calle constantemente. Ved desde aquí la tragedia de ese pobre hombre, envejecido antes de tiempo, lleno de preocupaciones y de trabajos, y esa cabecita de 23 años, bonita como un Greuze... Una noche al entrar con el chiquillo, a quien había ido a recoger a la escuela. Antonio Robec encontró sobre la chimenea una carta, de cuyo interior cayó, cuando abría la cubierta, el anillo de matrimonio de Clementina. En esa carta aquella muchacha frívola y tonta les decía adiós a él y a su hijito, pidiéndoles perdón.

¡Oh románticos burgueses del jurado que absolvéis siempre, bajo el pretexto de crimen pasional, a los maridos ultrajados que ven rojo y matan a la mujer y al amante! Váis a encontrar al pobre Antonio bien ridículo y casi un poco vil. Pero él tuvo más de dolor que de cólera. Lloró mucho, y cuando su Adrián le decía: "¿Dónde está mi mamá, vendrá pronto?" Lo besaba apasionadamente y le respondía: —"No lo sé..."

Clementina había huído en los primeros días de mayo. ¡Oh, cómo el olor de las lilas es perverso a veces!—Antonio, un poco de tiempo después, vendió casi todo su mobiliario para cubrir sus deudas y vino a habitar a la Rue Delambre. Era ahí donde vivía tan discretamente con su pequeño hijo y en donde se le creía viudo.

Al final de septiembre el obrero recibió una carta de su mujer, cuatro páginas incoherentes, donde la tinta estaba borrada por las lágrimas. Su amante, un estudiante de Medicina, había partido a vacaciones desde hacía cinco semanas, muy lejos, allá en el Mediodía, y no escribía, no daba señales de vida. La había abandonado: traicionado a su vez a la traidora! Y se arrepentía: imploraba, pedía gracia.

¡Cómo le hacía mal la lectura de esa carta al pobre Antonio! Pero tranquilizáos, señores jurados, fieras que tenéis el alma del Moro de Venecia y por favor devolved un instante vuestra emancipación al pobre hombre. Fué orgulloso y no respondió nada a la esposa culpable.

No tuvo ninguna noticia de Clementina hasta la víspera de Nochebuena.

Ese día, después de varios años, él tenía la costumbre de llevar, junto con su mujer, un modesto ramo—unas violetas con alguna rosa enmedio—a depositarlo sobre la tumba de su pequeño Félix, de su primogénito, muerto mientras le estaban criando, y que habían querido tener cerca de ellos, en Montparnasse.

Ella había huído con un estudiante de medicina...

Por la primera vez, Antonio Robec tuvo que hacer esta peregrinación solo, con su pequeño Adrián. Al franquear la puerta del cementerio bajo un fúnebre cielo de invierno—despreciad de nuevo a este corazón sin energía, terribles Otelos del jurado!—sufría más que nunca con el recuerdo de la ausente, de la fugitiva.

—¿Dónde estará?, pensaba él. ¿Qué le habrá pasado? ¿Qué vida tendrá?

Pero al llegar a la tumba de Félix, que encontró con dificultad, se detuvo todo sorprendido.

Había en la lápida tres o cuatro juguetes, como los que se regalan a los más pobres chiquillos—una trompeta, un polichinela, un tamborcillo—que acababan de dejar allí, porque estaban todos nuevos y habían sido comprados evidentemente el mismo día.

—¡Juguetes!—gritó jubilosamente Adrián al encontrarlos.

Pero el padre habiendo percibido un pedazo de papel prendido en ellos, se inclinó a tomarlo y leyó estas palabras, cuya escritura reconoció también:

"Para Adrián, de parte de su hermano Félix, que está con el Niño Jesús".

De pronto sintió a su hijito apretarse contra él, oyéndolo murmurar con voz asustada:

—¡Mamá!

A algunos pasos de allí, arrodillada cerca de un grupo de cipreses, vió a una mujer vestida con un traje y con un chal que revelaban mucha pobreza. ¡Los ojos muy tristes!, y tendiendo hacia él sus manos enjutas y suplicantes.

Entre nosotros, señores jurados sanguinarios, yo no creo que Antonio Robec haya pensado entonces en aquel que nació en el día de Noel y que enseñó, por la palabra y por el ejemplo, el perdón de las injurias. El obrero no era religioso. Pero su corazón de plebeyo ignoraba el amor propio y el rencor.

Después de un estremecimiento, más por piedad de ver en un estado tan miserable a la mujer que había amado tanto, que por el recuerdo de la ofensa, empujó dulcemente al chiquillo hacia ella.

—Adrián—le dijo—ve a abrazar a tu madre...

Ella abrazó a su hijito con un abrazo furioso de angustia y de amor infinito, dándole besos en los cabellos, y después, levantándose y volviéndose a su marido con una mirada que imploraba: —¡Qué bueno eres!—murmuró.

Pero él se había acercado a ella y le respondió con la boca seca, casi bruscamente: —No hables y dame el brazo.

No están muy lejos el cementerio de la Rue Delambre: hicieron el trayecto a grandes pasos. Antonio sentía el brazo de Clementina temblar sobre el suyo. El chiquillo caminaba cerca de ellos con el espíritu en otra parte, admirando los juguetes.

La portera de la casa de donde habitaba Antonio, estaba sentada sobre el umbral de la puerta.

—Madame, le dijo Antonio: he aquí a mi mujer; hacía seis meses estaba en provincia, cerca de su madre enferma y ahora viene a vivir nuevamente conmigo. Y al subir la escalera tuvo que sostener, que llevar casi, a la desdichada, que estallaba en sollozos y desfallecía de emoción y de júbilo.

Al llegar a su pobre habitación Antonio hizo sentar a su mujer sobre el único sillón, arrojó en sus brazos nuevamente a su hijo; después abrió un cajón de la cómoda y sacando una pobre caja de cartón tomó de ella el anillo de alianza, lo volvió a su dedo; y solamente entonces, sin un reproche, sin una palabra amarga sobre el pasado, silenciosamente, gravemente, con la generosidad de los corazones simples, le besó sobre la frente para que estuviera bien segura de que la perdonaba.

El tuvo más dolor que cólera...

...mi mamá, ¿volverá pronto?

EL ALMA NUEVA

Por E. RAMIREZ ANGEL

ESCENA I

La madre, el padre, el hijo

Vuelve el padre a la casa. La madre, junto a las muselinas del balcón, trajina con el cestillo de la costura. El hijo—nueve, diez años—magníficamente tumbado debajo de la mesa, cara al suelo, con un vago aire de esfinge, lee un libro.

El padre.—¡Hola! ¡Qué calladitos estáis! (Se acerca a besar a su mujer; agáchase luego, para repetir con el muchacho, que apenas se mueve temeroso de una interrupción).—¿Qué haces, chipilín, estudias?

El hijo (sin levantar la vista).—Estoy leyendo.

El padre.—Ya lo veo. ¿Y qué lees?

La madre (al paño).—¿Qué quieres que sea? Lo que más le gusta: cuentos.

El padre (sentándose y limpiándose el sudor que le bruñe la frente).—Este chico lee demasiado y estudia muy poco. Con tanta paparrucha y tanto novelón impropios de su edad, va a echarse a perder antes de tiempo.

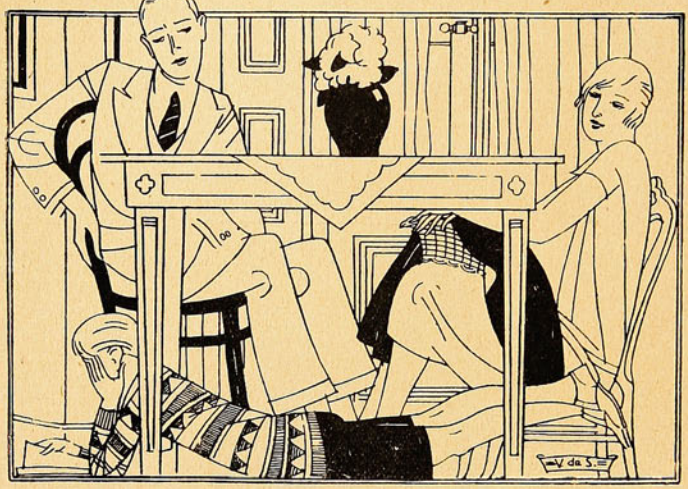
La madre (sonriendo dulcemente).—¡Qué cosas tienes! ¡Echarse a perder antes de tiempo! ¿Por qué?

El padre.—Porque sí. Todo eso que se mete en la cabeza es humo, espuma, afán de malograrse... Es una calentura, mujer. Que estudie. Que aprenda cosas útiles. Qué se haga hombre...

La madre (irguiéndose bruscamente, como si acabaran de herirla).—¡No; que se haga hombre, no! Déjale. Es muy pequeñín.

El padre.—A su edad ya estaba yo en el preparatorio del bachillerato. No creo que le quieras tú ni más ni mejor que yo. El día menos pensado doy un reventón, harto de aguantar a jefes y a clientes groserotes... ¿y qué pasa? Con las novelerías esas no se sabe ni es uno útil a nadie.

La madre (levantándose y dirigiéndose hacia su marido, cuya frente acaricia).—No digas bobadas, hombre. Vienes de la calle, ya lo sé, de soportar, de buscar, de transigir... de matarte, para nosotros. Dios te ayudará, nos ayudará. Vas a ser muy viejo, muy viejo, lo mismo que yo, y para entonces ganarás el dinero a montones. Calma, hombre, calma. Dentro de una docena de añitos tendremos a este chipilín hecho un hombre ilustre.



El padre.—Sí, cazador de musarañas en el Far West o capitán de un barco de piratas en la Cochinchina... Desengáñate: es un disparate que se atiborre a todas horas de novelas de aventuras y pamplinas de cuentos encantados. Si sigue así, vas a hacer del nene un tonto perdido, sin noción de la realidad.

La madre (reprimiendo un suspiro).—¡Ojalá no la tuviese nunca! Mal que le pese y nos pese, ya se enterará a su tiempo de todo lo que le convenga. Ahora le divierte leer, fantasear, creer. Déjale. Parece que te da rabia que siga siendo niño...

El padre.—No me da rabia. Me entristece pensar que se trague todas esas patrañas y que llegue a hombre equivocado y candidote, para que le engañe cualquiera...

La madre.—Mal bicho te ha picado hoy. ¡Ya ves, y a mí que me gusta que tenga imaginación, que sueñe con lo que no ha visto aún, que divague un poco, que corra mundo sin romper zapatos!... ¿Sabes tú cuándo me salen a mí los remiendos y los zurcidos más maravillosos? Pues siempre que me pongo junto al balcón a ver pasar gente y me lee Pitusín un pedazo de su novela.

El padre.—No te da la real gana de salir nunca.

La madre.—Sí, sí, salimos... ¿Verdad, Pitusín?

El hijo (asomando la cabeza por bajo del tablero).—Salimos a ver escaparates, y al cine, y a preguntar en los bazares.

El padre (sin darse todavía por convencido)—¿Y al campo? ¿Por qué no vais al campo alguna vez?

El hijo.—Aún no hay mariposas ni zarzamoras. A mí no me gusta ir al campo con gabán.

"PROMONTA"

(alimento de los nervios)

en tabletas y en polvo)

es un alimento conocido para el sistema nervioso, como tónico y reconstituyente.

PROMONTA es recomendado y prescrito por los médicos y está en uso en los grandes Hospitales de Europa.

PROMONTA es un preparado orgánico en tabletas y en polvo, a base de sustancias provenientes del sistema nervioso central, combinadas con vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

De venta en todas las boticas.

Agentes exclusivos para Chile: DAUBE y Cía.

M. R.

esa caverna misteriosa, que te voy a dar un beso grandote, grandote...

¿Hasta cuánto me quieres?

El hijo.—Hasta Nueva York...

El padre.—¿Y de qué país es la capital Nueva York?

La madre (corriendo a refugiarse en el pecho del esposo y apagando la voz).—Déjale, hombre. Yo misma no estoy tampoco segura de saberlo...

ESCENA II

La viuda y el huérfano

Ha pasado algún tiempo. El padre, como auguró receloso más de una vez, "reventó" inopinadamente. Madre e hijo, trajeados de luto, se sumen silenciosos en la soñolencia del aposento, siempre alliofiado y radiante. Junto al balcón, el hijo, ya adolescente, hojea un impreso. En un ángulo, la madre, calados los espejuelos, menea presurosa el ganchito de la labor.

La madre (mirando al mozo entre inquieta y curiosa).—Pero, ¿se puede saber lo que estás leyendo? Versos no son. Ni novelas, tampoco.

El hijo (con voz gravemente afectuosa).—No; ni novelas ni versos. Mira...

La madre.—Trae acá.

El hijo (se levanta pálido y trémulo, con forzada sonrisa, que pugna por parecer alegre).—Mira si soy formalito. Lee.

La madre (en alta voz, lentamente). — La "Gaceta del Opositor... Y, ¿qué es esto?

El hijo.—El folleto de una Academia preparatoria. Porque... me gustaría estudiar una carrera corta, mamá, en cuanto acabe el bachillerato. Porque médicos que se mueren de asco en un pueblo y abogados sin pleitos, los hay a montones...

La madre (sin adivinar aún).—Muy bien. Pues tú dispones. ¿Has pensado ya qué carrera corta vas a seguir?

El hijo.—Sí.

La madre.—¿Cuál?

El hijo (animándose).—Una, formidable: la de marino.

La madre.—¿La de marino?

El hijo.—Sí, mamá... Pero no creas que es por el uniforme, y eso que es precioso; muy serio y muy precioso. Es que se viaja, se ven países nuevos, se aprende mucho, se da vuelta al mundo... (Pausa prolongada).

La madre.—Pero, hijo, te irás lejos de mí... Te veré de año en año...

El hijo.—Mira, en Ceylán, en la isla de Ceylán, hay unos bosques de canela enormes... Desde muchas horas antes de que llegue el barco, viene el olor. En Noruega hay muchos sitios donde se sigue viendo el sol por la noche. Las cataratas del Niágara, fíjate, las cata...

La madre.—¿Y las tormentas en alta mar? ¿Y la angustia de recibir cartas tuyas cada dos o tres meses, hijo mío?

El hijo.—...Las cataratas del Niágara, que se hielan en invierno, tienen, fíjate, cerca de 300 metros de anchura por unas partes y más de 600 por otras. Caen desde 50, desde 60 metros de altura... En el río Ganges, en Benarés...

La madre.—Yo sola, cada vez más vieja, ¿qué voy a hacer sin ti?

El hijo.—El Ganges es un río sagrado, donde queman a los muertos para que se vayan al cielo. Y en vez de caballos la gente se monta en elefantes, y...

La madre.—Hijo mío, piensa que no nos veremos casi nunca. ¿Qué idea te dió?

El hijo.—Quiero correr mundo, ver cosas, muchas cosas, y países donde no haya tranvías ni cines; fantasear asomado a la ventanita redonda de mi camarote... Verás los regalos raros que te voy a traer. Ya estoy soñando con ellos. Hay que tener imaginación.

La madre.—Pero, ¿y si naufragáis?

El hijo.—¡Qué vamos a naufragar, mamá! No seas inocente. Hoy se construyen buques estupendamente seguros.

...La madre.—¿Y... y si un día, cuando seas todo un hombretón, te casas por allá lejos y no vuelves?

El hijo.—Yo me casaré con una española. Pero, en último caso, te llamamos o vengo a buscarte. ¿Con lo que te ha gustado viajar! Confiesa que vivir siempre aquí, y ver las mismas caras, y comer los mismos platos, es aburridísimo. Mira: haremos una cosa: en cuanto apruebe los estudios y saque el título, nos embarcamos juntos, y, hala, a correr aventuras. ¡Qué bien!...

Palmotea el hijo, ardientes los ojos, insegura de emocionado júbilo la voz. Como fascinado, torna a hincar la mirada en la "Gaceta", que ya le huele a los bosques de Ceylán, y le envuelve en los yertos resplandores del sol de medianoche. La madre, en su rincón, sin ánimos para seguir argumentando, torna a calarse los espejuelos. Tras el cristalito, súbitamente turbio, los ojos que antaño querían ver, se cierran ahora, cobardes, para rechazar, para no seguir contemplando...

HUMORISMO

—¿Cuánto ganas a la semana?—preguntaron a un organillero.

—Veinte pesos.

—¡Qué! ¿Veinte pesos por tocar un órgano?

—No; porque no lo toque.

En casa de Telésforo están varios amigos tomando café en un velador. De pronto se le sale a éste una pata, y todos van a colocársela; pero Telesforo exclama, entre orgulloso y severo:

—¡Quietos! ¡Dejad! ¡Aquí no mete la pata nadie más que yo!

RECETAS PRACTICAS DE COCINA

Seguramente que a nuestros lectores les llamará la atención la forma en que publicamos nuestras recetas, pero al hacerlo así, creemos solucionar uno de los grandes problemas de las dueñas de casa, que es el de confeccionar un menú a la vez agradable, elegante y económico. Tanto nuestras revistas como las extranjeras sólo han publicado hasta la fecha recetas muy buenas pero caras y complicadas, las que no están al alcance de muchos.

"Para Todos" les ofrece ahora recetas prácticas, exquisitas y muy económicas, y verán solucionado tan difícil y complicado problema.

ALMUERZO

TOMATES CON JAMON

(Para cuatro personas)

Una entrada fresca y muy agradable

Ingredientes:	
4 Tomates	$ 0.20
1 Huevo	0.30
1 Limón	0.10
Jamón	0.50
	$ 1.10

Se pelan los tomates y se les saca la comida de adentro, dejándolos huecos. Se muele el jamón en la máquina, se junta con un poco del tomate que se ha sacado de adentro y se rellenan, cubriéndolos con una mayonesa no muy espesa, la que se hace batiendo una yema y agregándole poco a poco aceite, más o menos dos cucharadas, y el jugo de medio limón.

PASTEL DE PAPAS

(Para seis personas)

Un guiso sencillo y de un sabor delicioso.

Ingredientes:	
1 Kilo de papas	$ 0.25
1 Pan	0.10
Queso blanco	0.80
	$ 1.10

Las papas se cuecen y se cortan en torrejas, el queso se parte en rebanadas no muy gruesas, el pan se remoja en agua y se pasa por el cedazo, se le pone al pan un poco de leche, cebolla picada, un poco de color y se pone al fuego hasta que quede una salsa clara. En una pastelera se coloca, por capas, el queso, las papas y la salsa, hasta llenarla. Se le pone encima una capa de salsa. En seguida se pone al horno para que se dore.

HUEVOS REBOZADOS

(Para cuatro personas)

Muy económico y bien presentado.

Ingredientes:	
2 Huevos	$ 0.60
2 Chorizos	0.40
Posta	0.80
	$ 1.80

Se cuecen los huevos hasta que queden duros, se muele en la máquina la posta y los chorizos y con esto se forma una pasta, agregándole una cucharada de chuño, se envuelven los huevos en esta pasta y se fríen, una vez fritos se parten por la mitad y se sirven con puré de papas.

CREMA CON FRUTILLAS

(Para seis personas)

Un postre fácil y exquisito.

Ingredientes:	
2 Huevos	$ 0.60
¼ Kilo de frutillas	0.50
3 Cucharadas de azúcar granulada	0.10
	$ 1.20

Con el azúcar se hace una almíbar de pelo, se baten las claras y se les va agregando el almíbar hasta que queden como para merengue. Con las dos llemas y un cuarto de taza de leche se hace una crema y una vez frío se mezcla todo agregándole la frutilla picada.

PARA LA HORA DEL TE

QUEQUE CON DOS HUEVOS

(Para diez personas)

Exquisito para la hora del té, económico y muy cundidor.

Ingredientes:	
2 Huevos	$ 0.60
2 Cucharadas de mantequilla	0.50
1 Taza de azúcar flor	0.25
1 Taza de harina	0.15
	$ 1.50

Se bate el azúcar con la mantequilla, se le agrega la harina poco a poco, se le ponen las yemas sin batir y las claras batidas como para merengue, una cucharada de té de polvos Royal y una media taza de leche; se sigue batiendo hasta que esté todo bien unido y se pone al horno en un molde untado con mantequilla, o en varios moldes chicos.

Para saber cuándo está cocido basta enterrar un palito de escoba y cuando éste salva completamente seco, es señal que está listo.

SANDWICHS DE ESPARRAGOS

(Para diez personas)

Muy finos y delicados.

Ingredientes:	
1 Huevo	$ 0.30
1 Limón	0.10
1 Atado de espárragos verdes	0.40
¼ Pan de mantequilla	0.60
Pan de molde rebanado	0.80
	$ 2.20

Se cuecen los espárragos con sal, se parten en pedacitos, se mezclan con una mayonesa hecha con un huevo, un poco de aceite y el jugo de medio limón. Se coloca sobre el pan que debe estar con mantequilla y cortado en la forma que se quiera.

CURIOSIDADES EXTRANJERAS

En casi todos los países de Europa y en los Estados Unidos se toma un desayuno muy abundante, y se come muy poco a las horas de almuerzo y comida.

En Alemania son muy caros los artículos de comestibles, sobre todo aquellos que pasan a ser de lujo, como las aves.

En los vapores ingleses y americanos se consume una enorme cantidad de fruta, con preferencia naranjas y manzanas.

En París puede obtenerse una buena pensión y bien situada por 50 francos diarios.

En Estados Unidos existen restaurants muy baratos donde el cliente se sirve por sí mismo.

Es costumbre en muchos países europeos y americanos, comer a las siete y media de la tarde.

También existe la costumbre de cenar a la salida de los teatros sobre todo en aquellos países donde hay gran variedad de espectáculos y están al alcance de todo el mundo.

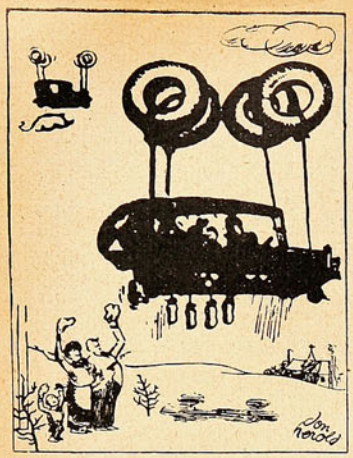
La bebida favorita de los americanos a la hora de almuerzo es el té helado con una torreja de limón; es muy agradable y muy fácil de preparar.

DULCE DE FRUTILLAS

La manera más fácil de hacerlo con los mejores resultados.

Ingredientes:	
1 Kilo de frutillas	$ 2.00
1 Kilo de azúcar granulada	1.10
	$ 3.10

(A la vuelta.)



Como deberían de utilizarse las gomas balón

Se limpian muy bien las frutillas y se ponen en una cacerola una capa de frutillas y otra de azúcar, hasta llenar la cacerola. Se dejan así un par de horas para que expriman el jugo; se ponen luego al fuego y una vez que empiecen a hervir se revuelven constantemente hasta que estén de punto. Se saca el dulce del fuego y una vez frío se vacía en un frasco de vidrio.

COMIDA

SOPA DE TOMATES

(Para cuatro personas)

Se hace sin carne y sin embargo resulta muy agradable.

Ingredientes:

4 Tomates	$ 0.20
3 Tazas de leche	0.45
1 Cebolla	0.05
1 Cucharada de harina de maíz	0.05
1 Cucharada de mantequilla	0.20
	$ 0.95

Se ponen los tomates al horno para que se les suelte el pellejo, se pelan y se pasan por el colador. Se fríe cebolla picada finita en una cucharada de mantequilla, se le agregan las tazas de leche, el tomate pasado y se espesa con una cucharada de harina de maíz.

CORBINA CON PIMIENTOS

(Para cuatro personas)

Muy agradable y de elegante presentación:

Ingredientes:

½ Kilo de corbina	$ 2.00
2 Pimentones	0.40
1 Huevo	0.30
1 Cucharada de mantequilla	0.20
1 Cucharada de harina de maíz	0.10
1 Taza de leche	0.10
	$ 3.10

Se parte la corbina en trozos, se pone a cocer con sal, y se cubre con la siguiente salsa: se cuecen los pimientos y se pasan por el cedazo. A una taza de leche se le agrega una cucharada de mantequilla, una yema, una cucharada de harina de maíz y los pimientos, se hace hervir hasta que espese y se pone sobre los trozos de corbina al tiempo de servirla.

—Estoy admirada de que un hombre tan grande y fuerte como usted necesite pedir limosna.

—Vea, señora; mi gordura ha sido mi ruina. Me ganaba la vida tocando el bombo, pero nunca pude alcanzar hasta el centro del instrumento.

FLAN DE MAIZ

(Para seis personas)

Muy fino y delicado.

Ingredientes:

4 Choclos	$ 0.40
2 Huevos	0.60
1 Cucharada de azúcar flor	0.05
1 Cucharada de mantequilla	0.20
½ Cucharada de harina de maíz	0.05
¼ Litro de leche	0.15
	$ 1.45

Se rayan los choclos, se baten las dos claras y una yema, las que se unen a los choclos, se les agrega media taza de leche, media cucharada de mantequilla, azúcar, sal y se une todo. Se coloca en un molde untado con mantequilla y se pone al baño de María por 40 minutos.

Se sirve con la siguiente crema: media taza de leche, media cucharada de mantequilla, sal, una yema y media cucharada de harina de maíz; se disuelve todo, se hace hervir hasta que espese y se vacía sobre el flan.

POLLO A LA JARDINERA

(Para seis personas)

Este pollo hace un guiso elegante y fino.

Ingredientes:

1 Pollo	$ 5.00
1 Cebolla	0.05
Papas	0.10
Zanahoria	0.05
Arvejas	0.10
Porotitos verdes	0.10
Perejil y una rama de apio	0.10
	$ 5.50

Se despresa el ave, se pone en una cacerola agregándole una cucharada de manteca. Se pican las verduras, cortando las papas y zanahorias en forma de cuadrados y se le agregan cuando el pollo esté dorado, dejándose cocer a fuego lento.

MACEDONIA HELADA

(Para seis personas)

Postre fresco, muy agradable en esta época:

Ingredientes:

½ Kilo de cerezas	$ 1.00
3 Plátanos	0.60
3 Duraznos	0.50
6 Damascos	0.50
	$ 2.60

Se pela la fruta y se corta en pedacitos, se le agrega azúcar al paladar, agua y un poco de vino blanco. Se pone en un bote cargado de hielo y se cuaja, una vez bien espeso se le saca la paleta, se aprieta bien, se deja otro rato bien tapado y se saca amoldado. Para que sea más fácil sacarlo del cubo sin que se deforme, se moja una servilleta en agua caliente y se forra en ella el cubo por un instante y en seguida se saca.

UNA VIDENTE

—¡No, caramba, no! ¡Fíjate bien, que este señor no se llama así!

—Eso se figura el, pero su padre se llama Rodríguez...

JESUS Y EL LOBO

Por José Enrique Rodó

Era en la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, se apareció una forma blanca también, como el caminante cubierto de nieve. En derredor de esa forma flotaba una claridad que venía, no de la luz, sino del nimbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allí donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene como receloso a su encuentro. A medida que el resplandor divino lo alumbra, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escuálido y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan: párase el lobo al borde de una roca, ya a pocos palmos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el espíritu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca... ya se avalanza a la presa... ya es suya... cuando El, con una sonrisa que filtra a través de su inefable suavidad de palabras:

—"Soy yo"—le dice.

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él, en el mismo rapidísimo espacio, muda maravillosamente de apariencia; se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de fragantes flores. A los pies de Jesús, entre la nieve, las flores forman como una nube rústica, sobre la que el divino cuerpo flotara.

El señor, mirando las flores que a sus plantas había, hizo sonar los dedos, como quien llama un animal doméstico. Entonces de debajo del manto de flores se levantó, cual si despertara, un perro grande, fuerte y de mirada dulce y noble, de la casta de aquellos que en las sendas del monte San Bernando van en socorro del viajero perdido.

Se expende en tubos de 20 tabletas y en sobrecitos de 1 y 2 tabletas. No acepte tabletas sueltas que pueden ser sustitutos nocivos.

MANOS DE MUJER

LA PREDESTINADA A LA FORTUNA

MISTERIOSO e imprevisto, más poderoso que todas las leyes humanas, el destino marca a su voluntad en las manos infantiles, los signos simbólicos del porvenir. El dolor o la alegría, el esfuerzo o la quietud, se dibujan desde el alba de la existencia en la red frágil de las líneas de las manos. Poco a poco, a medida que se efectúa el desarrollo general del niño, las manos modificarán su estructura, pero los caracteres grabados en las manos continúan siendo los de antes.

Ya en las manos de una pequeña niña indiferente y alegre, se puede prever el desarrollo del destino sentimental y el de su fortuna.

He aquí, primero, la mano de una niña de muy corta edad, completamente ignorante respecto a la orientación que tendrá su porvenir.

Esta mano es larga y estrecha. Los dedos ligeramente afilados y el índice se eleva a la altura del dedo mayor, lo que ya anuncia posibilidades de elevación social y gustos suntuosos, destinados a realizarse fácilmente. El pulgar es largo y su primera falange, armada de la uña, es más importante que la que la une a la mano.

Las líneas son de un color fresco y vivo. Están trazadas con armonía, y debajo del dedo de Júpiter (el segundo dedo), una estrella de cinco ramas bien formadas presagia un casamiento brillante. Debajo del cuarto dedo, una bella línea solar se extiende en forma de haz; eso confirma las promesas de la estrella y promete la fortuna a esta criatura privilegiada.

En resumen, la niña que posee una mano semejante, puede vivir sin temor, esperando que se realice su destino. Su marido sabrá defenderla y amarla. Le asegurará una situación mundana envidiable.

En la otra mano que examinamos, los sufrimientos morales y las preocupaciones pecuniarias están inscritos con violencia hasta la edad de treinta años. El monte de la base pulgar está surcado por líneas en forma de rejilla cerca de la línea del corazón. (Ruina de la familia y existencia llena de amarguras en el umbral de la vida).

Una línea transversal, interrumpida en diversos puntos y cuyos fragmentos se unen penosamente, sale de este mismo monte para dirigirse hacia el dedo meñique. En su nacimiento está rodeada de cuatro líneas, formando un cuadro: este signo anuncia un mal casamiento, seguido de una separación destinada a producir la ruina momentánea de la joven mujer.

Podemos prever aquí también, una unión nueva, afortunada, a causa de la claridad de la línea del destino en la segunda parte de su recorrido.

Debajo del dedo meñique, numerosas líneas verticales y alargadas simbolizan también grandes oportunidades de dinero y de riquezas considerables.

Empero, no debe olvidarse que la fortuna puede ser devuelta a sus privilegiados bajo formas diferentes, y el amor no es el único dispensador de sus tesoros.

Las sucesiones, los grandes premios, pueden enriquecer de repente a un ser desheredado hasta entonces del destino. Estos acontecimientos son anunciados por una doble línea de cabeza que es igual en sus dos ramales y terminaba inclinándose hacia la parte baja de la mano.

Los quirománticos de la Edad Media, inspirándose en la antigüedad, creyeron que las influencias planetarias se afirmaban no solamente en el tipo general de las fisonomías, sino que también en las líneas de la mano.

Las influencias más favorables son las que emanan de Venus, reina del Olimpo; del Sol, astro radiante, y de Mercurio, que simboliza la fineza de espíritu, la habilidad y las oportunidades de enriquecimiento.

Venus ofrece a las mujeres que protege, la gracia física y el don de inspirar simpatías y sentimientos profundos.

Se reconoce una venusiana por el brillo de sus ojos, la agradabilidad de su sonrisa, su andar armonioso y su voz bien timbrada.

Graciosa, espontánea, más impulsiva que reflexiva, confiada de su encanto irresistible, vive sin inquietud y siempre preservada contra las desgracias que la amenazan por una intervención providencial. Muy imprudente, provoca a menudo el destino por humoradas, a las que su naturaleza la predispone. Pero su propio aturdimiento no puede enturbiar un destino tan sólidamente protegido por el amor y el afecto.

La línea del corazón está surcada por numerosos puntos rojos (conquistas de amor, entusiasmos pasajeros, coquetería agradable y superficial). La parte bajo de la mano está hinchada, signo de sensualismo y de caprichos repentinos e imperiosos.

La influencia del sol es más grave y más noble. Se revela en los espíritus superiores, cultivados, dispuestos a lograr mediante el trabajo su propia felicidad.

Las manos de las mujeres artistas, letradas y cuya actividad se adapta a todas las exigencias de la vida, son influenciadas por el sol.

A menudo su personalidad se eleva hasta el talento, aún hasta el genio. En estos casos, la belleza exterior de sus manos toma un aspecto extraordinario y todas las líneas interiores son largas, iguales, profundas.

Su alma no se interesa más por las ideas generales, y su espíritu elevado no les permite, en manera alguna, ocuparse de los elementos que constituyen las peripecias de la existencia ordinaria.

Estas indiferencias las predispone a ser muy a menudo no comprendidas, y pocas personas sospechan el grado de emotividad de su vida interior, tanto saben sustraerse a la curiosidad.

Mercurio, en cambio, trae consigo todos los dones de la alegría, de la jovialidad y de la gracia. Es sutil, espiritual, irónico. Presiente de antemano las situaciones y los acontecimientos. Sus favores son indispensables para la felicidad, tal como nosotros la concebimos en esta tierra. Ágiles y encantadoras, más bien radiantes que bellas, pero llenas de seducción y de imprevisto, las mercurianas inspiran pasiones profundas.

Indudablemente, no es una tarea muy sencilla la de poder establecer por las exterioridades de las manos, el carácter, las aptitudes y el porvenir de las personas.

Pero una detenida observación y un estudio intensivo permite hallar secretos cuya revelación nos proporcionan no pocos gratos momentos.

Independientemente, del estudio de líneas y protuberancias, y esto para los más incrédulos, hay signos inequívocos que hasta los más profanos pueden describir y que señalan particularidades reales de la persona estudiada.

Una mano que no se da francamente, que huye el contacto con otra, revela falta de sinceridad; y, por lo contrario, la que se entrega al apretón, indica nobleza y honradez de pensamiento. Las manos blancas, sin tensión, son características de las personas apáticas y tranquilas; las nerviosas, movibles, eléctricas, son propias de los espíritus inquietos, buscadores de emociones y hechos para los "impromtus".

Por lo demás, las manos cuadradas, cortadas por planos, son propias de las personas de escasa sensibilidad, amantes del número, de lo positivo, de lo que se traduce, en realidades tangibles. En cambio, las manos de dedos alargados, finos, que se pierden en extremos afiladísimos, son manos de artistas.

LAS CANAS
DAN ASPECTO DE VEJEZ
LA CASPA
HACE QUE CAIGA EL CABELLO

CABELLERAS NEVADAS

En el otoño de la vida hay personas que miran despreciativamente las CANAS, sin sospechar la triste impresión de frío que comunican a los seres que los rodean.
Si es usted una de ellas, pruebe la loción

Matacanas
LLUCH XX

(M. R.)

No es tintura. No requiere el menor cuidado ni precaución, pues es inofensivo. Basta una aplicación diaria con las manos, como loción, para ver desaparecer en breve las canas más rebeldes. Pruébelo.

FORTIFICA Y EVITA LA CAIDA DEL CABELLO. QUITA LA CASPA AL PRIMER FRASCO

Puntos de venta:
SANTIAGO: Daube y Cía. y Botica y Droguería Francesa, Huérfanos, 840.
VALPARAISO: Daube y Cía., L. Despouy y Cía., Botica Hermes, Victoria, 612-614 y buenas boticas.
VIÑA: Botica Unión.
CONCEPCION Y ANTOFAGASTA: Daube y Cía. Si no lo tiene su farmacéutico, haga que lo pida a Daube y Cía.
Base: Agua Rosas, Quina, Nogal, Azufre, etc.

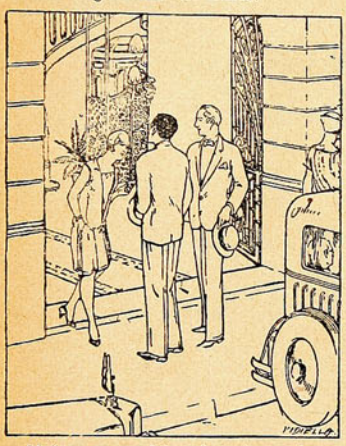
Dos hombres y una mujer

Por José Montero Alonso

SE habían sentado, al atardecer, en la terraza de un café céntrico. Pasaba ante ellos la multitud espesa, inquieta. En la amplia calle, aquella hora tenía una ruidosa palpitación.

Atronaba continuamente el escándalo de coches y tranvías. Sobre la muchedumbre gris brillaban los colorines de los trajes de las mujeres. El rojo, el verde, el azul de las leves vestimentas eran más vivos sobre el fondo confuso, borroso, de aquella primera penumbra del atardecer.

Los dos amigos hablaban lentamente, perezosamente, con palabras sueltas, sin brío, sin interés. Todas las tardes aquella hora los sorprendía allí, en la misma terraza, ante la misma mesa, diciendo casi las mismas palabras. Comentaban con indiferencia aquel diario pasar de la multitud hacia el trabajo o el amor, hacia el "flirt" o la tristeza. Ellos eran espectadores siempre. Por sus almas plácidas no pasó la tentación de querer ser, alguna vez, protagonistas, actores, en esta liviana tragicomedia del mundo.



..—Mañana no vendrán mis amigas a buscarme y así bajaremos juntos.

—Es bonito Madrid a esta hora, ¿verdad?

—Está muy bien, sí. Día a día van notándose sus transformaciones. Se convierte en una ciudad nueva.

—Una ciudad que será la desesperación de los viejos sainteteros empeñados en ver a un Madrid con organillos, "simones" y pañuelos de crespón...

—Sin todo esto, un ambiente que pasó, el Madrid actual es sencillamente encantador. Más amplio, más limpio y más alegre...

—Todo en él ha mejorado: las calles, las casas, los cafés, los teatros...

—Y las mujeres...

—... y las mujeres, sí...

* * *

Y así, sencillas, triviales, plácidas, eran siempre las conversaciones de los dos amigos. En ellas nunca se encendía la violencia de una discusión. Los dos pensaban igual, opinaban igual, sentían igual...

A esas charlas se asomaba lo que en las palabras de los hombres suele ser combate y pasión: la política, el arte la moral... Sólo temas menudos, nimios, iban surgiendo en sus pensamientos y de sus bocas, mansamente. La dos vidas eran dos ríos paralelos y tranquilos.

La amistad, perfecta, cumplida, había encontrado un admirable ejemplo en estos dos hombres a quienes nada divorció nunca. Eran francos y leales. Sus frentes eran diáfanas, y fuerte y noble el vigor de sus manos al enlazarse en el saludo o en la despedida. Miguel y Luis no eran un amigo y otro amigo. Eran los Amigos...

* * *

Nunca se habían conocido el uno al otro una pasión de mujer. Las miraban, las veían pasar, simplemente... La amistad había mutilado en ellos todo otro sentimiento vivo, pasional: el arte, la política, el amor.

Si alguna vez la mujer pasó junto a ellos fué sólo fugitivamente. Distracción, entretenimiento, nunca amor e inquietud. Los amigos, en el escalón de los treinta años, no conocían aún el gran amor.

¿Qué diablo sutil, una lírica tarde de primavera, sembró en ellos la rara e inesperada semilla? No sabrían explicárselo. Desde lo subconsciente, una voz callada, una fuerza honda empujó aquellas palabras que señalaban en sus vidas un ritmo insospechado, nuevo, desconcertante.

Hablaban, como todas las tardes, en la terraza de un café céntrico. Tenía todo, en aquella hora, una sutil, una indefinible fragancia de mujer. Unas acacias próximas habían abierto el pomo de su aroma primaveral. La calle se llenaba de claros trajes femeninos.

Y la idea, diablesa, punzante, se clavó en los dos pensamientos, abrió surco a través de ellos, y cantó en la boca, triunfalmente:

—... Yo no pensé nunca en ello. Pero ¿no crees tú que nos hace falta una mujer?

—Sí. Nos hace falta... ¿Cómo no habíamos de estar en ello de acuerdo también?

—Una novia ¿eh?

—Una novia bonita, a quien querer, a quien acompañar en estas tardes tan admirables. Hemos de hacerlo...

—Debe ser bonito querer de veras a una mujer, ¿no?

—Y que ella quiera también de verdad... La buscaremos, la buscaremos... Una novia ahora, que...

—... que más tarde puede llevarnos hasta el dulce yugo matrimonial...

—La novia, la mujer, el hogar... Nos hacemos ya dos personas serias, querido Luis...

—Sí. El hogar, la mujer, la novia... Sobre todo la novia, indispensablemente... Lo primero, la novia...

—La novia, eso es...

Y la palabra blanca, la palabra luminosa, "novia", dejaba un estela de ingenua emoción en el ánimo y en la charla de los dos amigos...

* * *

Buscaron la novia. La voz de sus treinta años no supo decirles que el amor no se busca como se busca un destino, un libro o un dinero que nos hace falta. El amor llega y se va porque sí, imprevistamente, bohemiamente. El amor, irreflexivo y absurdo, pueril y complicado a un tiempo, está más allá de toda lógica y de todo esfuerzo El amor — está en su belleza — escapa a las más absoluta ley racional o matemática.

Pero de esto no sabían los dos amigos. Las palabras bonitas de la vida—aventura, imprevisto...—¿qué eran para sus existencias plácidas, sin ambición y sin sueños? Reducían el amor a una cuestión de propósito, nada más. Y, en efecto, buscaron la novia...

La buscaron, como si se tratara de algo hallable en una feria, en los sitios más frecuentados por las burguesitas. Porque su novia había de ser una burguesita, claro... Los dos amigos carecían de tacto y de sensibilidad para modelar el alma de una mujer de abajo—intuición, pureza—y pulirla y afinarla como una creación nueva, propia. Y carecían, también, de la ambición y el espíritu necesarios para conseguir una mujer superior a ellos en posición, en inteligencia o en sentimientos. Sus dos almas plácidas habían de rimar, necesariamente, con un alma de burguesita...

Pasearon, en la amable busca, por Rosales y Recoletos, en las horas lentas de la tarde. Y un día encontraron la novia... Entre los de muchachas se estableció, sin palabras, una mutua simpatía. Era en las vueltas dadas por las muchachas, los hombres se acercaron. Hablaron unos y otras, y a la media hora parecían todos viejos amigos. Alma y capitán del grupo femenino era una mujercita menuda y morena. Todo, en ella, lo eran los ojos: unos ojos grandes, vivos, luminosos...

Pasearon juntos un día y otro, y otro. Las preferencias de los dos amigos se concretaron en aquella misma mujer. Eran sus sentimientos, los dos lados de un ángulo que convergían a un mismo vértice. Ella tenía un nombre sonoro y español. Se llamaba Soledad. Era vivaz, risueña e inteligente. Sostenía perfectamente la doble conversación con Miguel y Con Luis. Hablaban los tres, y las muchachas restantes, borrosas, quedaban como en un segundo término....

Un día la acompañaron a su casa. Al día siguiente, también... Ella tenía palabras y sonrisas para los dos. Ninguno podía considerarse estimado inferiormente al otro. Y los dos estaban retenidos en el dulce maleficio de la misma mujer.

* * *

—Mañana — dijo Soledad un día a los dos amigos, ante la puerta de la casa, al despedirse — no vendrán mis amigas a buscarme. Me encontraré allí en el paseo, con ellas. Si quieren, pueden venir ustedes a buscarme, y así bajaremos juntos, ¿eh? Quedamos en eso, entonces... Me vienen a recoger, a las seis...

* * *

Aquella noche, entre las nieblas del insomnio, la imaginación de Luis cabalgó desenfrenada, por regiones imprevistas. ¿Qué situación extraña era aquella de los dos amigos ante la misma mujer? ¿Qué se proponía ésta, sin decidirse por ninguno de los dos? ¿Cuál podía ser el final de aquella relación que con miras al noviazgo comenzaron?...

Estas preguntas encendían continuamente su luz investigadora entre la sombra densa del cerebro de Luis. Realmente, la mujer no se había decidido por ninguno de los dos; pero ¿es que podía decidirse, sin riesgo de caer en delito de descortesía ante el otro?

Una luz triste fué haciéndose en el pensamiento de Luis. El debía dejar íntegramente el campo

(Concluye en la página del frente).

TOLHUACA (¡Lea Ud. atentamente!)

Bosque virgen a pocos metros de la Lechería (3 kilómetros de las Termas).

Es el nombre de una de las dos TERMAS de aguas sulfurosas que se conocen en Chile; surgen de profundidades inimaginables con la TEMPERATURA DE 96° CENTIG.

Están ubicadas cerca del Volcán de su nombre, 30 kmts. al norte de la Estación de CURACAUTIN, a no más de mil metros de altura s|m.

Servicio de autos de la Empresa entre las Termas y Curacautín y vice-versa; en Curacautín se encuentran numerosos autos de alquiler.

HOTEL espacioso, alimentación sana y abundante; atmósfera SATURADA de emanaciones radio-activas de acción sedante y vivificadora inmediatas.

Le rodea una montaña virgen, espesa y milenaria de muchas leguas de extensión, con panoramas y sitios umbríos de hermosura incomparables.

Como aguas sulfurosas curan todas las enfermedades que ceden a la acción del azufre y del hidrógeno sulfurado; anotamos en seguida sólo algunas de las afecciones cuya curación consta de los libros y de la memoria de muchos asiduos visitantes.

PARALISIS total y parcial, OBSTRUCCION de arterias y venas, **DEFORMACIONES** reumáticas, QUEBRADURAS pectorales, ankilosis articulares, REUMATISMO y GOTA, Arterio Esclerosis, ciertas formas de la **ESTERILIDAD**, heridas y úlceras rebeldes, etc., etc. En avisos posteriores recordaremos otras.

Para saber cómo se llega a TOLHUACA y lo que valen pasajes y estada en las TERMAS, ocurrir a la AGENCIA:

HUERFANOS, 1153, Of. 38

DE BAUDELAIRE

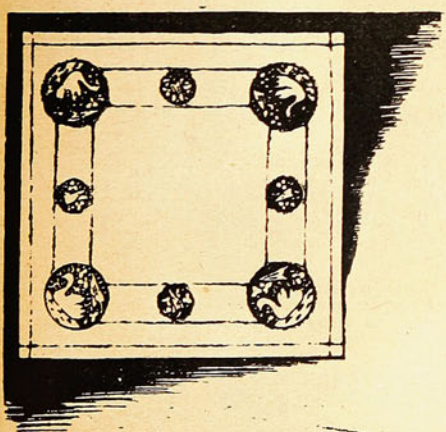
La desesperación de la vieja

La viejecita arrugada sintió un gran regocijo viendo aquel lindo niño a quien todos hacían fiestas, a quien todo el mundo quería entretener; aquel lindo ser tan delicado como la viejecita y sin dientes ni cabellos también como ella.

Se acercó a él, queriendo hacerle mimos y gestos agradables.

Pero el niño, aterrado, se debatía bajo las caricias de la buena mujer decrépita, y atronaba la casa con sus chillidos.

Entonces la buena viejecita se retiró a su soledad eterna, y llorando en un rincón se decía: "¡Ah, para nosotras las desgraciadas viejas, pasó la edad de agradar hasta a los inocentes! ¡Causamos espanto a los niños a quienes queremos amar!"



UNA MANTELERIA BORDADA CON RICHELIEU

Es una mantelería moderna compuesta de doce cuadrados para los platos y uno para el centro de la mesa en tamaño doble. Las servilletas llevan en un extremo el motivo floral del modelo. Hecho en granité blanco quedará muy elegante.

DOS HOMBRES Y UNA MUJER — *(Conclusión)*

l amigo. Prefería perder la mujer ahora conocida, a perder el amigo a quien estimó siempre. Soledad sólo pedía ser de uno: que fuese de Miguel, ya que éste parecía verdaderamente entusiasmado ante la probable novia. El renunciaría al amor para conservar la amistad...

Con esta misma idea despertó la mañana siguiente, el día en que habían de verse los dos amigos con la mujer. Sí, estaba decidido. No iría a la cita. Que fuera sólo el otro, para que de este modo el amor de él y de ella encontraran más llano el camino...

Y a las seis, en vez de lo convenido, se dirigió al café céntrico de tantos días anteriores. Se sentó en la terraza. Melancólicamente, fué imaginando que a aquella hora Soledad y Miguel se encontrarían, y comenzarían a andar, en el prólogo de su amor...

Una voz lo sacó de su viaje imaginativo:

a su amigo. Debía retirarse antes de que fuera la mujer la que se lo indicara o antes de que la violencia de la situación le hiciera perder

—¡Cómo! ¿Tú aquí?

¡Miguel! ¿Qué ha pasado que no has ido?

Era Miguel, el amigo. También él había querido ceder el campo a Luis. Se lo contaron el uno al otro con palabras breves, rápidas. Un mismo sentimiento, una misma fuerza, un mismo espíritu de sacrificio les empujó allí. Recíprocamente, en homenaje a la amistad, habían renunciado al amor, creyendo cada uno que el otro sería el apasionado y el fortunado.

—Yo—hablaba Miguel—creí que irías tú esta tarde. Preferí que fueses tú el que se arreglara con ella. Por eso me vine aquí, al café, suponiendo que a esa hora vosotros os iríais juntos...

Quedaron en silencio. La amistad había ahogado al amor. Ya, todas las tardes, volvieron juntos al mismo café, como antes de aquel breve paréntesis sentimental. De sus almas tranquilas marchó, ahuyentada, la idea de la novia, también... No volvieron a ver a Soledad. Soledad había amenazado ser, en la quietud de sus vidas plácidas, "la piedra en el lago". Pero la piedra no llegó a caer, y aquel lago de amistad leal continua, no perdió su quietud de siempre. Una quietud que era ahora, es verdad, un poco triste...

PARA LOS NIÑOS

Machucho y Pilongo, alpinistas

I

DESDE Lyon, la opulenta ciudad bañada por el Ródano, parte la línea férrea que audazmente se interna en los Alpes, camino de Suiza y de Italia.

De la conferencia celebrada últimamente en el hotel, habían sacado Machucho y Pilongo las ganas de visitar las maravillas anunciadas por Mr. Jhon, y al día siguiente, mientras un telegrama precediendo a su carta notificaba a sus padres que su ausencia sería, cuando más, de una semana, ellos, cómodamente instalados en uno de los confortables departamentos del expreso, podían contemplar la mole del Chamonix que a su derecha erguía su frente coronada de nieves eternas.

Todo el trayecto era una maravilla. El tren agujereaba los macizos, bordeaba precipicios, subía por rampas inverosímiles, hasta que jadeante saludaba con agudo silbido, repetido mil veces por el eco, al amplio valle de Ginebra, donde la melancólica y puritana ciudad del mismo nombre refleja sus antiguas y negruzcas casas en las tempestuosas aguas del lago.

Allí, la locomotora se toma un pequeño descanso, y reconfortada con agua y carbón se lanza por entre el Jungfrau y el Mont-Rose, a los que separa con la brillante línea de sus rieles y, al encontrarse con el formidable muro del Simplón, no vacila en transformarse en topo y, durante minutos que parecen siglos, el tren se desliza por entre paredes sonoras que rezuman agua hirviendo... A la salida de aquel infierno, el tren desciende en busca de las llanuras lombardas hasta encontrar a Milán, la ciudad artística.

Los viajeros dejaron atrás a Milán y su calado Duomo, y atravesando Italia llegaron a Verona al pie del lago Garda, y allí, abandonando la línea que une a París con el extremo Oriente, cogieron otra que los llevó a Bozen, siguiendo y remontando la ribera del Adige en la que aún eran visibles los estragos que la pasada guerra europea había hecho en aquellos hermosísimos parajes, antes austriacos y ahora italianos.

Bozen... Habían llegado al centro del Tirol. En el horizonte rodeado de picos nevados, una mole extrañamente amenazadora llamó en seguida su atención. El agua y la nieve, al resbalar por las rocas calcáreas, las han gastado, y la Naturaleza se ha complacido en dejar al descubierto soberbios torreones, enormes cubos, anchos fosos y altas torres circundadas de murallas ciclópeas...

Si, como dijo un célebre autor, cada pedazo de mármol contiene en su interior una obra de arte y el artista nada más tiene que arrancar a martillazos el mármol que sobra, la Naturaleza, insigne artista cuya mano Dios guía, ha descubierto en los flancos rocosos del Vajolet las ruinas de un fantástico castillo feudal.

Machucho y Pilongo podían haber continuado hasta Merano, centro del turismo elegante; pero, aviniéndose a las opiniones de Mr. Jhon, prefirieron acercarse lo más posible a la montaña, y, tomando una desvencijada y antiquísima diligencia se hicieron conducir al pueblecillo de Cortina de Ampezo, que, medio escondido en las rocosas estribaciones del gigante, les iba a servir a maravilla de centro de excursiones. Mr. Jhon y Mr. Abraham, que conocían aquellos lugares por haberlos visitado más de una vez, acordaron pedir hospitalidad al guía Mario Pippino, conocido de ambos, en vez de dirigirse a la modesta hospedería del pueblo.

II

El fuego crepitaba alegremente en el hogar caldeando la temperatura, que, al desaparecer el sol, se vuelve algo fresca. Nuestros amigos estaban, por decirlo así, de sobremesa, y, sentados en los toscos bancos de alrededor del fuego, descansaban de una de las cortas pero admirables excursiones que es dado hacer en aquellos lugares. Mr. Jhon fumaba su pipa y contemplaba encantado las azules espirales que por bocanadas continuas se desprendían de ella. Mr. Abraham escribía unas notas en un abultado cuaderno, mientras que soplaba como un cachalote. El guía Pippino atendía a la conversación y a sus intereses, puesto que sentado en un rincón limpiaba cuidadosamente los útiles de su oficio. En cuanto a Machucho y Pilongo, charlaban por los codos comentando los episodios del día.

—Mañana—, decía en aquel momento Pilongo—, podemos, si les parece bien, subir a las Cinco Torres. Pippino nos señalará la ruta más cómoda y emprenderemos la excursión solos, pues, el ir acompañados por un conocedor de la montaña, quita a mi entender el gusto al paseo...

—La excursión es larga y atrevida—comentó Mr. Jhon sin quitarse la pipa de la boca, lo que hacía que masticase extrañamente las palabras—. Tendremos que hacer noche en el camino, y éste es tan malo que no permite a mi reuma el subirlo.

—Por mi parte—dijo Abraham—, no tengo ni veo ningún inconveniente en la excursión... (En realidad estaba cansadísimo, pero al comprender que si la excursión se suspendía sería debido a Mr. Jhon, quiso hacerse el valiente).

—Pues, por mí, no quede—dijo Jhon comprendiendo la maniobra del yanki—. Por ahí anda todavía un burro, propiedad de Pippino. Haré la excursión en él, y seguramente no seré el último en llegar...

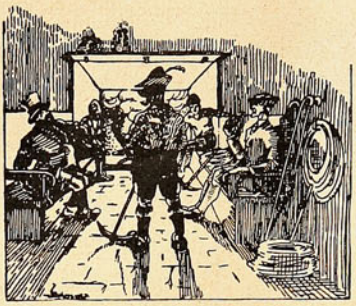
—Bien. Pues por acompañarle, que me traigan a mí otro burro—; dijo Abraham como aquel que no quiere la cosa.

—Esto sí que lo siento—dijo el guía socarronamente—; pero no tengo más que un orejudo. Por lo demás, no creo que en todo el pueblo hubiese un burro capaz de llevarlo.

—¿Quiere usted decir, tal vez, que soy demasiado gordo?—dijo Abraham temblando de indignación, más por la falta de burro que por la supuesta incorrección del guía.

—¡No me ha dejado usted terminar, signore! Quise decir, que no hay burro capaz de llevarlo por los vericuetos que usted sin duda querrá ascender.

Hubo un momento de silencio. El aire alpino empezaba a silbar en el exterior, y de cuando en cuando, una ráfaga más poderosa que las demás, introduciéndose por el cañón de la chimenea, ha-



—¿Quiere usted, decir, tal vez, que soy demasiado gordo?

aquí en

AHUMADA 32

SE ESTÁ INSTALANDO

EL ALMACEN CENTRAL DE

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

SANTIAGO

Propietaria también de { Empresa Zig-Zag. Soc. Imp. y Litog. "Concepción". Emp. Gráfica. Artículos Réclame "EGAR"

Machucho volteó las cuerdas con fuerza...

cía arder con más fuerza el fuego del hogar y desparramaba las brasas que corrían por los ángulos oscuros de la cocina semejante a ojos sangrientos.

—Esta noche sopla el cierzo— comentó Pippino,— lo cual es señal de que a pesar de los ruidos que oigan y por tremenda que les parezca la tempestad, mañana habrá un día magnífico.

Mr. Abraham, que parecía enfrascado en hondas meditaciones, levantó de pronto la cabeza y preguntó al guía, sin parecer darle importancia:

—¿Hay algún automóvil aquí en el pueblo?

—Sí, señor— dijo Pippino.— Más de uno hay... En la hospedería grande tienen dos de alquiler.

El aire, como había sido previsto, soplaba cada vez con más fuerza. Machucho y Pilongo miraban con intención a Jhon y al guía, quienes esperaban tranquilamente el fin de los circunloquios de Abraham. La observación no duró mucho rato, pues que de pronto el americano se irguió en su asiento con aire de satisfacción, descabezó el puro que acababa de extraer de su petaca de oro, de una dentellada furiosa, y sin atreverse a mirar cara a cara a ninguno de los circunstantes, dijo:

—¡Magnífico! ¡Pippino, vas a alquilar el auto que encuentres; si es posible, de marca americana!...

—¡Pero es que usted pretende subir a las Cinco Torres en auto?—preguntó Mr. Jhon entre enfadado y alegre.

—Caballero, si el auto es americano, subiré hasta donde usted suba con su burro...

—No dudo que usted suba hasta cerca del refugio, pero no concedo que pueda llegar hasta él...

—¡Señores! —tercio Machucho—. Lo mejor será dejar la excursión para otro día. Seguramente lo que se avecina es una verdadera tempestad.

Por desgracia, cuando a Jhon y a Abraham se les metía algo en la cabeza, era imposible hacerles retroceder.

—De ningún modo. Haré la excursión en el burro de Pippino, y llegaré sano y salvo al refugio... y, si me apuran, diré que llegaré antes que ninguno de los presentes...

—¡Apuesta tenemos!—gritó el guía alborozadísimo.

Abraham se apresuró a recoger el reto. ¡Más le convenía perder la apuesta por subir en auto, que no apostar y tener que acarrear él mismo su propia barriga!

—Es usted muy arrogante, Mr. Jhon—dijo con fingido enojo—; pero da usted con uno que no se arredra. Veremos quién llega antes allá arriba de nosotros dos. Y—anadió dirigiéndose a los dos hermanos, que con no escasos síntomas de alborozo presenciaban la disputa—pueden ustedes suponer que mi reto lo hago extensivo a cualquiera...

—Señores nosotros no tenemos ningún interés en llegar antes ni después; pero, como ustedes, apostadores empedernidos, no tendrían ningún placer en una excursión sin apuesta, aceptamos, con la condición que nos imponemos de no subir por ningún sendero sino escalando... Además, en esta primera etapa, Abraham llevará en el auto el almuerzo de todos, y, para castigar de algún modo al que pierda, propongo que sea el encargado de llevar sobre sus espaldas la comida de mañana.

—Aceptado—dijeron a coro el americano y el inglés.

—¿A qué hora despertaré a los señores?—preguntó el guía.

—A las 4—dijo Mr. Jhon consultando con la mirada a sus compañeros.

Y todos se retiraron a descansar.

. . . . . .

Afuera, el viento hecho jirones por las puntiagudas rocas, aullaba y rugía con formidable ímpetu, sacudiendo las paredes, golpeando en las claveteadas puertas y ventanas, volcando chimeneas y barriéndolas a lo largo de las empinadas calles de Cortina de Ampezo.

Bañadas por la suave luz de la luna, las Cinco Torres mostraban su silueta espectral en el cielo, inconmovibles ante el vendaval, desafiándole más bien con la pujanza y solidez de sus torres góticas.

. . . . . .

Tal como había previsto el guía, el día prometía ser magnífico. El sol acababa de aparecer por Oriente envuelto en nubes de color de rosa, y sus rayos oblicuos herían las heladas cumbres alpinas vistiéndolas de oro.

Los excursionistas, envueltos en sus bufandas, abandonaron la hospedería de Pippino, y Machucho y Pilongo a pie, y Jhon y Abraham montados, el uno en su burro y el otro en su auto, se encaminaron a buen paso a la salida del pueblo. Pero era inútil la rapidez en un pueblo tan madrugador. Aún no habían andado diez pasos cuando todo Cortina, asomado a las puertas y ventanas, les deseaba una feliz excursión.

A la salida del pueblo, los cuatro amigos se formaron en línea, y a una señal de Pippino que hacía de juez árbitro, partieron Machucho y Pilongo a pie con paso ágil; Mr. Jhon en su burro, al cual arreaba sin descanso, y Mr. Abraham, rutilante de orgullo, en su auto, y poco a poco.

III

Mr. Abraham y Mr. Jhon, apenas se encontraron solos, a pesar de su flema sajona, trataron de darse prisa. Mr. Jhon espoleó a su cabalgadura y la hizo ascender a buen paso por el sendero. En cuanto al americano, considerando el camino por entonces relativamente cómodo y más adelante seguramente dificultoso, hundió el acelerador y dejó que los ecos de la montaña atronaran el aire repitiendo los ronquidos de su motor.

Los dos hermanos, acostumbrados en sus soledades pirenáicas a despreciar los caminos y a mofarse del vértigo, escogieron la línea recta como la más corta, y clavando sus **alpenstocks** y desarrollando sus cuerdas, empezaron alegremente a escalar las escarpadas laderas. Hasta ellos llegaban de cuando en cuando los rebuznos de la cabalgadura de Jhon y el tronar persistente del auto de Abraham.

Una cabeza sobresalía en aquel instante al borde del abismo, y sonaron dos disparos...

Media mañana había pasado ya, y los muchachos, a fuerza de puños y de arrojo, seguían subiendo rápidamente. Ya no se oía ningún ruido. Tal vez Jhon y Abraham habían llegado ya a las dificultades del recorrido, o bien el aire no traía sus ruidos en aquella dirección.

—¡A ver si van a llegar antes que nosotros! —dijo Pilongo dejando traslucir en su exclamación unos dejos de amor propio.

—¡Pues, arriba!—dijo Machucho.

Ante ellos, una plazoleta escarpada servía de base a una gigantesca torre calcárea. Examinaron atentamente las menores incidencias de la roca por si les era posible subir por su pie, y no hallándolas se dispusieron a usar del recurso supremo. Juntaron las dos cuerdas, y con ellas formaron un lazo. Machucho, como más forzudo, fué el encargado de lanzarlo apuntando a un saliente a unos seis metros más arriba. Tras unas tentativas desafortunadas, la cuerda mordió y los dos hermanos treparon apoyándose en sus **piolets**. Una vez arriba, volvieron a medir el terreno con la vista. Todavía faltaban unos veinte metros para llegar a una plazoleta que presumían debía encontrarse detrás de aquella muralla de roca. Esta vez se ataron uno a otro, y, apoyando los pies en salientes apenas perceptibles, lograron ascender trabajosamente unos siete u ocho metros más, hasta que les cerró el paso una roca completamente vertical.

—¡Viva la Pepa!—gritó Pilongo; y tras esta exclamación se sentó en la roca que apenas tenía medio metro aprovechable, y sacando las provisiones de su morral se dispuso a hincar en ellas su voraz diente. Machucho no se hizo de rogar para imitarle y allí, entre cielo y tierra, comieron con toda alegría.

—¡Malo se presenta esto, eh?

—¡Psh!—dijo Machucho—. Probaremos fortuna, y si la cuerda no agarra, no tendremos más remedio que ret...

Machucho se interrumpió de pronto. Un rumor tenue repercutía por aquellas gargantas.

—¡Abraham...!

Recogieron rápidamente los restos de la comida y se ciñeron al busto sus fuertes cinturones, mientras escuchaban con sus cinco sentidos para tratar de averiguar la probable altura de su rival.

El ruido se hizo de pronto atronador.

—¡Está encima—dijo Pilongo con amargura—; y nosotros aquí comiendo!

Machucho no dijo nada. Era evidente que Abraham había andado más ligero.

—Llegaremos los segundos...

Pero, como para darles un mentís, precisamente encima de ellos, entre los estampidos del motor se percibió la desagradable voz del burro de míster Jhon.

—Aquella fué como el toque de trompeta del Juicio Final. Machucho volteó las cuerdas con fuerza, y lanzó el lazo con violencia a riesgo de caer de espaldas al precipio. La cuerda no llegó hasta la parte superior, pues perdió la fuerza al dar contra un saliente de la roca, y volvió a caer a los pies de los excursionistas.

—¡Relámpago, qué velocidad llevan!—gritó Machucho rabioso, y en el ímpetu de la desesperación lanzó el lazo corredizo hacia lo alto. La cuerda ascendió silbando, pasó la cornisa, y cayó, quedó tirante y resistió perfectamente el tirón de los dos hermanos, que sin perder momento empezaron con algo de angustia la ascensión.

. . . . . .

Abraham estaba bastante castigado por su pereza, pues en más de veinte pasajes difíciles había tenido que tirar de su auto. En cuanto a Mr. Jhon, el burro se le había rebelado al llegar a las rampas más difíciles. Jhon tuvo que desmontar y enseñar el camino al recalcitrante cuadrúpedo. Así es que los dos, el yanki y el inglés, llegaron con poca diferencia a una amplia meseta en donde se quedaron un momento a descansar y a tomar un bocado.

Jhon desmontó, dejó al rucio que paciera a su gusto, y, sacando sus provisiones, empezó a devorarlas sentado en un peñasco.

Abraham, que sin duda había comido antes, **desmontó** de su auto y se puso a contemplar con aire de insolencia al burro de Pippino, que sin hacerle caso comía tranquilamente yerba.

Una cuerda en cuyo extremo había un nudo corredizo ascendió rápidamente del precipicio, y al caer sujetó por mitad del cuerpo al americano, que quedó así reducido a la impotencia. Un segundo tirón lo acercó mal de su grado al abismo dando traspiés. El americano gritó a Mr. Jhon que continuaba impasible fumando:

—¡Por Dios, Jhon, ayúdeme!

—No puedo detenerme, amigo—dijo Jhon y, levantándose se fué tranquilamente en busca de su jumento; pero, luego, comadecido, subió al auto, lo puso en marcha y lo hizo retroceder interponiéndolo entre Abraham y el precipicio.

—¡¡Los ladrones!!—gritó Abraham asustado, al oír voces y ruidos extraños por la parte del precipicio, y, haciendo esfuerzos desesperados, logró sacar su revólver. Jhon se acercó al auto y se apoderó a su vez de una carabina.

Una cabeza sobresalía en aquel instante al borde del abismo, y sonaron dos disparos seguidos de un rebuzno de dolor.

El propietario de la cabeza, que no era otro que Machucho, apareció poco después izándose por la cuerda a fuerza de puños, seguido a poca distancia por su hermano Pilongo.

Abraham y Jhon, desencajados, con las armas humeando todavía, no volvían de su sorpresa, y ponían una cara tan cómica que los hermanos no pudieron aguantar la risa.

—¡Vamos, Abraham, salga usted de ahí debajo! ¿Es que tiene usted **panne** de motor?—dijo Machucho acercándose seguido de su hermano.

Pero, al comprender por qué no salía de debajo del auto, no pudieron menos que reírse con toda su alma, mientras lo desataban con toda la rapidez que les fué posible.

—...Ustedes han perdido la carrera por haberme detenido a viva fuerza—dijo a Machucho y Pilongo, mientras se levantaba—. Ahora el duelo es entre nosotros dos—continuó dirigiéndose a Mr. Jhon.

—Ustedes han perdido la carrera por haberme detenido a viva fuerza...

Pero éste no se movió; se limitó a señalar el burro muerto de un balazo.

—¡Mejor que mejor!—dijo Abraham—. ¡Ha fracasado la tracción de sangre!

—¡Como usted puede ver—agregó Jhon señalando los neumáticos del coche reventados—, ha fracasado también la tracción por gasolina... gracias a mi disparo!

Y entonces, los cuatro, en espontáneo movimiento, se alargaron y estrecharon las manos sonriendo. La apuesta había terminado.

En santa paz y compañía se repartieron las armas y provisiones que venían en el auto, y lentamente, descansando a cada paso y gozando del paisaje, fueron ascendiendo hasta que tres horas más tarde llegaban al refugio alpino, en donde encendieron fuego y cenaron haciendo proyectos para el día siguiente.

La conversación empezaba a languidecer. Jhon sentado en una de las camas, empezó a explicar una de sus aventuras de caza:

—Hace ya muchos años, estaba yo enamorado de una señorita, en cuyo honor celebré una cacería. Tenía yo entonces ochenta perros de pura raza...

El farol de aceite, agotado ya, brilló un momento y se apagó. La luna entonces, introduciéndose por la ventana, bañó los objetos en luz difusa. Jhon dió dos vigorosas chupadas, y continuó hablando durante más de una hora, al cabo de la cual, sospechando que nadie lo escuchase, se calló para mirar a sus compañeros.

En aquel momento sonaron tres fuertes ronquidos, y cubrieron el espacio de silencio producido al callar el inglés.

Mr. Jhon tiró la pipa con rabia a un rincón, se arrebujo en su manta, y casi dormido él también, pudo aún articular con raro desconsuelo:

—¡By gove!... Juraría que están todos dormidos...

NAPOLEON EN ANECDOTAS

El célebre general austriaco Wurmser, anciano respetable y digno caballero, se vió obligado, después del sitio de Mantua, y al verificarse el trascendental acto de la rendición de la plaza, a entregar su espada a Napoleón, con la solemnidad que el caso requería. Con tal objeto se presentó a éste, al frente de su guarnición, compuesta de 20,000 soldados.

Napoleón excusó su presencia en este acto, para evitar así el doloroso espectáculo que su asistencia ocasionaría.

Extrañado su ayudante de tan inesperado proceder, le interrogó:

—Pero ¿no seréis vos el que reciba en persona la espada de Wurmser?

—No—respondió Bonaparte emocionado—. ¡No puedo evitarlo! ¡Qué queréis que haga! Para esas cosas me reconozco el hombre más cobarde del mundo.

LENIN, JUZGADO POR KERENSKY

Por A. TRAVELLER

VLADIMIRO Ilitch Ulanov, conocido y temido en la política bajo el nombre de **Lenin**, el apóstol del bolchevismo, murió, como se recordará el 21 de enero de 1924. Al cumplirse el tercer aniversario de su fallecimiento, hemos querido celebrar una entrevista con Alejandro Kerensky, jefe del movimiento revolucionario ruso que estalló hace diez años, y antiguo presidente del Gobierno Provisional, derribado de su alta posición por los marinos bolcheviques de Lenin.

Kerensky accedió, amable, a nuestros deseos. Sin más preámbulos, nuestra primera pregunta fué esta:

—¿Por qué se rindió usted a los sublevados de Lenin?

—Para nadie es un secreto que Lenin — aun antes de su retorno de Suiza — no operaba aisladamente. Fué siempre, no obstante la distancia, el verdadero director de la acción revolucionaria. Por medio de Cracovia mantenía relaciones estrechísimas con sus partidarios rusos.

Durante mucho tiempo no tuvo Lenin grandes esperanzas de triunfo. A su llegada a Rusia, en marzo, las perspectivas eran poco halagüeñas. El ejército desorganizado, pedía la paz a todo trance, y procuraba llegar a una inteligencia con los alemanes, sus enemigos victoriosos. Pero, al consolidarse el Gobierno revolucionario, el panorama cambió por completo. Del caos nació un nuevo orden de cosas. Y ello pareció señalar el ocaso de las ideas bolcheviques.

En los primeros días de mayo, Lenin había observado la deserción de gran número de adeptos a su causa; por otra parte, se robustecía cada vez más la moral del ejército, aumentando la resistencia hasta el punto de que los alemanes no podían mover de nuestro frente occidental ni un sólo regimiento. La situación resultaba, por tanto, poco propicia a Lenin, que ya en los últimos días del verano, y al advertir que sus partdarios disminuían a ojos vistas, se juzgó fracasado.

En septiembre, el golpe de mano reaccionario del general Kornilov vino a favorecerle de improviso, modificando radicalmente la situación. Lenin debió su triunfo a la reacción, y, sobre todo, a la descabellada tentativa de Kornilov.

Apenas instaurado el Gobierno revolucionario, pudo constatar Lenin que no había nadie que ejecutase sus ordenes. No existían autoridades en ninguna parte; las provincias, las ciudades y los pueblos se hallaban en plena anarquía, sin un sólo representante del poder central. Llegaba ello al extremo de carecer los comités locales de autoridad reconocida: ni aún las estaciones tenían un jefe que regulase el movimiento de trenes. Nada puede dar mejor idea de esta situación lamentable que este hecho: en todo Petrogrado no permanecía en su puesto un sólo agente policíaco. Un país de 120 millones de habitantes sin administración, sin disciplina, sin una autoridad que hiciese respetar y cumplir la ley.

Tal era la herencia de la revolución. Fué en tan crítico instante cuando surgió Lenin, acusando al Gobierno de haber traicionado la revolución, y diciendo al mismo tiempo, que ese Gobierno quería reconciliarse con los enemigos del pueblo: vióse entonces preconizar en la plaza pública y en el mitin la urgencia de una acción inmediata, el derrotismo y la fraternización en las trincheras. Yo, en cambio, quería continuar la guerra, aquella guerra que recibimos como triste legado del zarismo, bien que nuestro gobierno no quisiese aceptar sus responsabilidades.

Con todo, Lenin no tenía aún los triunfos en su mano. El impulso de la revolución era intenso; la autoridad moral de nuestro Gobierno aumentaba de hora en hora. Tranquilizadas las fuerzas combatientes por los comisarios civiles, renacía en ellas confianza y combatían bizarramente a las órdenes de sus antiguos jefes, cuya substitución era, por lo pronto, imposible.

La inopinada intervención de Kornilov en la política del momento preparó admirablemente en favor de Lenin la jugada decisiva. Toda aquella tentativa contrarrevolucionaria fué algo ridículo, lamentable, pueril. Y era lo peor que con ello se demostraba que el mismo general en jefe de los ejércitos revolucionarios, y de quien yo había respondido ante el pueblo, era el peor de los traidores. Creíase que los comisarios del Gobierno se habían burlado de los oficiales, favoreciendo el golpe de mano. ¿Cómo extrañar, pues, que la autoridad moral del Gobierno provisorio quedase destruída a los ojos del pueblo y que las masas corriesen a alistarse bajo las banderas leninistas?

Ello fué la consecuencia más natural y lógica del intento contrarrevolucionario, tanto más favorable a Lenin cuanto que el ejército había perdido en absoluto la confianza en nosotros. Vencer era ya un juego de niños para Lenin. Y así ocurrió. Una revolución sangrienta, pero victoriosa, sucedió a la del mes de marzo, en la que no hubo una sola víctima.

En el extranjero se concede mucha importancia a la escena teatral en que Lenin disperso a la Asamblea nacional. No fué entonces, ni por este acto secundario, lo que dió a Lenin la última baza en la partida contra nosotros entablada. Nos había vencido antes en la batalla de Gaezina, el día 30 de octubre. Cuando cayó el Gobierno revolucionario se derrumbaron también la revolución y la libertad. En vez de la tiranía blanca tuvo Rusia la tiranía roja, que es infinitamente peor.

Hubo de nuestra parte, no he de negarlo, errores e inexperiencia, a más de poca fortuna. Pero esta revolución que nosotros hicimos nos ha enseñado algo. Y es que la libre democracia, las convicciones arraigadas y la lucha noble por las libertades cuidadanas, son los mejores medios para el progreso pacífico y el orden social sano.

Mister Jaes Stoppilenn, vecino de la calle ciento cincuenta, y tres, número 1257, piso décimosexto; galería R-53, cuarto P. S.-3, letra B, llega borracho a su casa.

—¿Mil francos ese sillón del siglo XIII? Es caro.

—Pero fíjese en que acaba de salir de nuestros talleres.

Base: Salol

La industria de las mil y una noches

Hablemos del cine, de sus reyes, de sus princesas y de sus palacios

Esta interesantísima crónica nos cuenta detalles desconocidos sobre la industria cinematográfica en todos sus aspectos, no siendo de los menos importantes el que se refiere a los comienzos de sus magnates, algunos de los cuales comenzaron su vida de hombres ganando dos dólares a la semana. Además, nos habla del monumental teatro Paramount y del maravilloso Cine "ROXY".

LA industria cinematográfica recientemente pudo permitirse realizar la construcción de un "rascacielos", símbolo monumental de los enormes recursos y del capital que esta clase de espectáculos ha logrado crear de la más intangible forma de un activo.

El Edificio Paramount en Nueva York, inaugurado recientemente, tiene en su piso bajo uno de los más nuevos y más llamativos salones cinematográficos, pero ha quedado ya sobrepasado en magnitud por el Teatro Roxy, también inaugurado en Nueva York recientemente, y que es el más grande del mundo, pues tiene asientos para 6,200 personas.

El Teatro Roxy se vió visitado durante su primera semana por 158,000 personas, quienes pagaron por ese privilegio la cantidad de $ 129,000. El dueño de una pequeña sala cinematográfica en Texas escribió al gerente del Teatro Roxy, felicitándolo por haber recaudado en una semana tanto dinero como el empresario texano había recaudado en su pequeño teatro durante 13 años que llevaba de explotarlo.

Ese contraste puede considerarse como típico del mundo de la cinematografía, porque las películas se exhiben lo mismo en dorados palacios de diversiones, como en humildísimas cabañas, en las fronteras mismas del mundo civilizado. Y en unos y en otros parajes, el público, ve a los mismos actores y a las mismas actrices. Charlie Chaplin y Mary Pickford hablan un idioma universal por que no emplean ninguno en la pantalla. Aparecen simultáneamente en todo el continente americano, lo mismo que en el resto del mundo, ante públicos de todas las clases y condiciones imaginables.

Más del 85 por ciento de las películas cinematográficas que se hacen en el mundo, son de procedencia americana. Quizás desde el punto de vista artístico sea de lamentarse que haya una proporción tan grande, porque se pierde algo del intercambio artístico, cultural y de tradiciones naturales, como ocurre en las otras artes.

Pero el cinematógrafo no es tan sólo un arte, sino una industria. Esa industria se ha desarrollado tan profundamente americana, a causa de ciertos factores. Uno de ellos, es el del clima, especialmente el clima de California, que tiene una claridad atmosférica extraordinaria. Otro, es el enorme mercado con que se cuenta en los propios Estados Unidos. Todos esos factores han permitido a las compañías cinematográficas atraer actores, fotógrafos, directores y gentes de teatro con sueldos más elevados, así como hacer mayores erogaciones en la producción, que los que serían posibles en un país donde determinada película sólo contara con un mercado muy reducido. Los enormes sueldos que perciben los actores de cinematógrafos, se deben desde el punto de vista económico, a la vasta duplicación de sus esfuerzos, gracias al número ilimitado que puede hacerse de cada película.

Una producción dramática puede costar a lo sumo $ 25,000, pero algunas de las películas cinematográficas cuestan más de un millón de dólares. El promedio del costo de dichas películas puede calcularse como en $ 100,000.

Un monumento a la cinematografía. El edificio y Teatro Paramount de Nueva York, que representa una inversión de $ 17,000,000, es símbolo de. enorme capital que se halla actualmente consagrado a la industria de películas cinematográficas.

Pero no obstante que el 85 por ciento de la industria es americano, y a pesar de que su centro se halla en Hollywood, California, se trata de una industria realmente internacional. Porque algunas de las estrellas y algunos de los astros más grades de Hollywood, son puramente europeos, como se comprueba con citar los nombres de Charlie Chaplin, Emil Jannings, Pola Negri y el extinto Rodolfo Valentino.

Un reciente análisis de la lista de los más importantes actores, directores y fotógrafos de Hollywood, indicaba que 60 de ellos son ingleses, 26 canadienses, 23 alemanes, 16 rusos, 12 franceses, 10 austriacos, 11 suecos, 7 italianos, 6 húngaros, 4 japoneses, 3 mexicanos, 3 daneses, y otros más proceden de la Argentina de China, de Rumania, del Brasil, de Polonia, de Checoeslovaquia, de Servia, de Irlanda, de Suiza y de Turquía.

Este año se exportarán de los Estados Unidos, para fines de exhibición, 45,000 millas de películas cinematográficas. El valor de dichas películas se puede calcular como en $ 7.000,000. Con frecuencia se hacen en Europa otras reproducciones con las negativas que al efecto se envían desde los Estados Unidos.

El teatro cinematográfico más grande del mundo. Vista exterior del Teatro Roxy, recientemente inaugurado en Nueva York.

Además, se exportarán como unas 7,000 millas de películas sin revelar para usarse en producciones cinematográficas hechas en el extranjero, y ese material representa un valor como de $ 1.200,000.

Vienen en seguida las máquinas de proyección, las cámaras, las sillas para teatros, las pantallas para exhibiciones y otros artículos americanos del ramo cinematográfico, que se exportarán de los Estados Unidos para la industria en otros países.

Muchos hombres de negocios consideran que en la industria cinematográfica no se han adoptado sanos principios comerciales ni hay una gran economía y si derroche, por lo que estiman que las grandes fortunas que se han hecho en la cinematografía, son más bien el resultado de la buena suerte que de un sabio criterio en los negocios.

Sin embargo, hace ya mucho tiempo que Wall Street abrió de par en par sus puertas a los negocios cinematográficos, cuyos valores se cotizan con aprecio en la Bolsa, y la gran expansión ocurrida durante los años recientes, como se encuentra representada por la construcción del Edificio Paramount, ha sido posible gracias al apoyo prestado por las figuras dominantes en el mundo financiero.

Así, cuando una de las grandes compañías productoras anunció recientemente una rebaja de 10 por ciento en los sueldos de todos los empleados, incluyendo los actores, que ganan más de $ 50 por semana, se dijo que Wall Street había exigido una administración más económica. La triste suerte de las figuras favoritas de la cinematografía, al ver reducido su sueldo semanal de $ 5,000, a unos mezquinos $ 4,500, causó gran irritación, a pesar de lo cual, hasta el momento de escribirse las presentes líneas, esa rebaja continúa en vigor.

Hace pocas semanas, Will Hays, que se separó del Gabinete del Presidente de los Estados Unidos, para fungir como benévolo déspota de las grandes compañías productoras de cinematógrafo, dió una conferencia sobre el negocio cinematográfico en la Escuela de Administración Comercial de la Universidad de Harvard.

Mr. Hays dijo que los sueldos de los actores, directores, fotógrafos y ayudantes, sólo representan como el treinta y cinco por ciento del costo total de una producción. En ese porcentaje no se hallan incluídos los emolumentos de quienes escriben los argumentos, de los obreros, de los arquitectos y dibujantes de trajes, de los carpinteros, de los electricistas y de otros colaboradores de la obra completa.

Cada dólar que se gasta en la producción de una película, se halla dividido, por término medio, como sigue:

Sueldos de los actores.	$ 0.25
Directores, fotógrafos y ayudantes. . . .	0.10
Argumentos para las películas.	0.10
Decoraciones (fabricadas).	0.19
Gastos generales del estudio (incluyendo gerencia, corte, arreglo y títulos de las películas).	0.20
Trajes, vestidos, etc.	0.03
Vistas fuera del estudio (renta de terrenos y gastos para el transporte de la compañía).	0.08
Costo de la película sin impresionar. . . .	0.05
Total.	$ 1.00

Después de que se ha terminado una película dijo Mr. Hays, se envían ejemplares de ella a las sucursales que los distribuidores tienen en los Estados Unidos, y cuyo número varía entre treinta y cuarenta y cinco. Se envían también ejemplares al Canadá y a los países extranjeros. Algunas de las compañías hacen tres negativos, uno de los cuales se envía a Europa, donde se hacen los ejemplares que se necesitan.

Para considerar inteligentemente la venta de las películas cinematográficas, debe comprenderse que una dificultad básica que hay en la venta de este producto, consiste en que nadie sabe cuál es el valor de una película sino hasta después de que se la ha exhibido. Ese valor depende de lo que dicha película produce en cada teatro, y esa cifra no se conoce sino hasta después de que se ha hecho la venta.

Un fabricante de zapatos puede fijar un precio a cada modelo. Naturalmente, hay que tomar en cuenta la ley de la oferta y de la demanda, pero dicha ley se deja sentir de una manera muy caprichosa en el caso de que venimos ocupándonos, no existiendo por lo tanto una base sólida en que se puedan fundar los cálculos.

Una película que ha costado medio millón de dólares para su producción puede realmente merecer que se pague por ella un alquiler de quinientos dólares a la semana, cuando se exhibe en cierto teatro, mientras que el mismo teatro podrá pagar un alquiler de mil dólares semanales por una película que haya costado la quinta parte que la primera. Si el público no acude a ver una película, el precio que por ella carga el distribuidor es excesivo. Si por el contrario, el teatro se halla constantemente lleno, probablemente el precio que se cobró por la película fué demasiado bajo.

Hay actualmente seis figuras dominantes en la industria de la cinematografía: Carl Laemmle, presidente de la Universal Pictures Corporation; Adolph Zukor, presidente de la

William Fox.

ADOLFO ZUKOR
Presidente de la Paramount Famous Lasky Corporation, que domina en 547 teatros.

Paramount Famous Players Lasky Corporation; Jesse L. Lasky, primer vicepresidente encargado de la producción de la Paramount; Marcus Loew, presidente de la Metro-Goldwyn-Mayer Pictures y jefe de las empresas de diversiones que llevan su nombre (1); William Fox, presidente de la Fox Film Corporation, y Joseph M. Schenk, presidente y jefe de la Junta Directiva de la United Artist Corporation.

Todos y cada uno de esos hombres, comenzaron sin recursos de ninguna especie. Aquí también, como ocurre en el caso de los actores, se trata de un grupo internacional, pues tres de los seis son de procedencia europea.

La primera ocupación de Carl Laemmle en los Estados Unidos, después de llegar de Hamburgo, fué como muchacho encargado de hacer mandados en una droguería de Nueva York. Más tarde llegó a ser un experto en materia de contabilidad, y 22 años después de llegar a los Estados Unidos tenía un capital de $ 2.500.000, con lo que estableció un saloncito de cinematógrafo en Chicago. La Universal Pictures cuenta ahora con 300 teatros en los Estados Unidos y en el Canadá, y está construyendo otros más en diversas partes del mundo.

Adolph Zukor vino de Hungría a los Estados Unidos hace 34 años. Su primera ocupación le produjo $ 2.00 a la semana. Más tarde se dedicó al negocio de peletería, y prosperó. Se sintió impresionado al ver la forma cómo millares de personas favorecían los lugares donde había máquinas automáticas de diversiones. Vió que esas máquinas eran capaces de hacerle millonario, y lo mismo ocurrió en el caso de Marcus Loew. Bien pronto, aquellos dos jóvenes tenían toda una serie de establecimientos de esa naturaleza, trabajando en diversos Estados de la parte oriental del país. Las películas cinematográficas eran entonces una novedad. Zukor y Loew instalaron cinematógrafos en sus centros de diversiones, habiendo decidido Zukor hacer películas por su propia cuenta, por lo que organizó la Famous Players Film Company. La Paramount-Famous-Lasky Corporation es la empresa dueña de mayor número de propiedades teatrales en los Estados Unidos, pues tiene bajo su dominio 547 teatros.

Jesse Lasky nació en San Francisco y comenzó a ganarse la vida como músico profesional. Luego se embarcó en negocios teatrales. En 1914 organizó la Lasky Feature Play Company, asociado con Samuel Goldwyn y con Cecil B. de Mille, habiéndose fusionado los intereses de dicha compañía con los de la Famous Players en 1916.

Marcus Loew nació en Nueva York, y trabajó sucesivamente como vocedor de periódicos, impresor, editor de periódico, comerciante, y, por último, dueño de teatro. De su primitiva inversión en un centro de diversiones baratas en la Calle Catorce de Nueva York, sus intereses teatrales han crecido hasta el punto de que haora tiene bajo su dominio más de trescientos teatros, siendo a la vez el jefe de tres de las más grandes compañías cinematográficas del mundo.

JOSEPH M. SCHENCK
Jefe de la United Artits Corporation, que cuenta con 20 teatros.

William Fox, como Marcus Loew y como Adolph Zukor, comenzó con un negocio de máquinas automáticas para diversiones. Luego llegó a ser propietario de teatro y juzgó que había un excelente porvenir para el negocio cinematográfico. Formó una compañía para alquilar películas, y no tardó en convertirse en productor de películas. Esto ocurría hace doce años. La Fox Film Corporation es actualmente una de las más grandes empresas productoras. Según el "Wall Street Journal", la Fox Theatres Corporation, organizada hace como un año, está proyectando constituir treinta teatros, con capacidad para 4,000 a 5,000 personas cada uno.

JESSE L. LASKY
Vicepresidente encargado de la producción de la Paramount Famous Lasky Corporation.

(1) Como se sabe, Mr. Loew falleció últimamente.

DE BAUDELAIRE

EL EXTRANJERO

—Dí, ¿a quién amas más, hombre enigmático, a tu padre, a tu madre, a tu hermana o a tu hermano?

—No tengo ni padre, ni madre, ni hermana ni hermano.

—¿A tus amigos?

—Empleas una palabra cuyo sentido me ha sido desconocido hasta hoy.

—¿A tu patria?

—No sé bajo qué latitud está situada.

—¿A la belleza?

—La amaría gustoso, diosa e inmortal.

—¿Al oro?

—Le aborrezco como tú aborreces a Dios.

—Entonces ¿a quién amas, singular extranjero?

—Amo las nubes... las nubes que pasan... allá lejos... ¡las nubes maravillosas!

EL LOCO Y LA VENUS

¡Qué día más admirable! El amplio parque desfallece bajo la mirada abrasadora del sol, como la juventud bajo el imperio del amor.

El éxtasis universal de las cosas no se expresa por ruido alguno; las aguas mismas están como dormidas. A diferencias de las fiestas humanas, la de aquí es una orgía silenciosa.

Diríase que una luz siempre en aumento, hace centellear los objetos cada vez más, que las flores excitadas arden en deseos de rivalizar con el azul del cielo por la energía de sus colores, y que el calor, tornando visibles los perfumes, los hace subir hacia el astro como humaredas.

Y, sin embargo, entre este goce universal, he visto a un ser afligido.

A los pies de una Venus colosal, uno de esos locos artificiales, uno de esos bufones voluntarios encargados de hacer reír a los reyes cuando el Remordimiento o el Tedio les abruman, disfrazado con un traje chillón y ridículo, tocado con campanillas y cuernos, apelotonado contra el pedestal, alza unos ojos llenos de lágrimas hacia la Diosa inmortal.

Y sus ojos dicen: "Soy el último y el más solitario de los humanos, privado de amor y de amistad y muy inferior bajo ese aspecto al más imperfecto de los animales. ¡Y, sin embargo, también yo estoy conformado para comprender y para sentir la Belleza inmortal! ¡Ah, Diosa! ¡Tened piedad de mi tristeza y de mi delirio!"

Pero la Venus, implacable, mira no sé qué a lo lejos, con sus ojos de mármol.

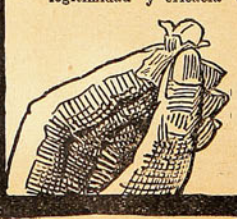
PHENALGIN
(FENALGINA)

Dolores Femeniles
Dolor de Cabeza
Neuralgias - Fiebre
Jaquecas - Grippe

Se alivian y desaparecen rápidamente con el uso de la Fenalgina. Efecto seguro, completamente inofensiva.

La Fenalgina legítima no se vende suelta

sino en cajitas de 24 tabletas o en sobrecitos de 4 tabletas, que tienen la ventaja de asegurar al público la legitimidad y eficacia de este popular remedio. La Fenalgina legítima es el único preparado que puede darse a las guaguas y a los niños, en casos de fiebre, a la dosis de 1/2 a 2 tabletas, sin ningún peligro.

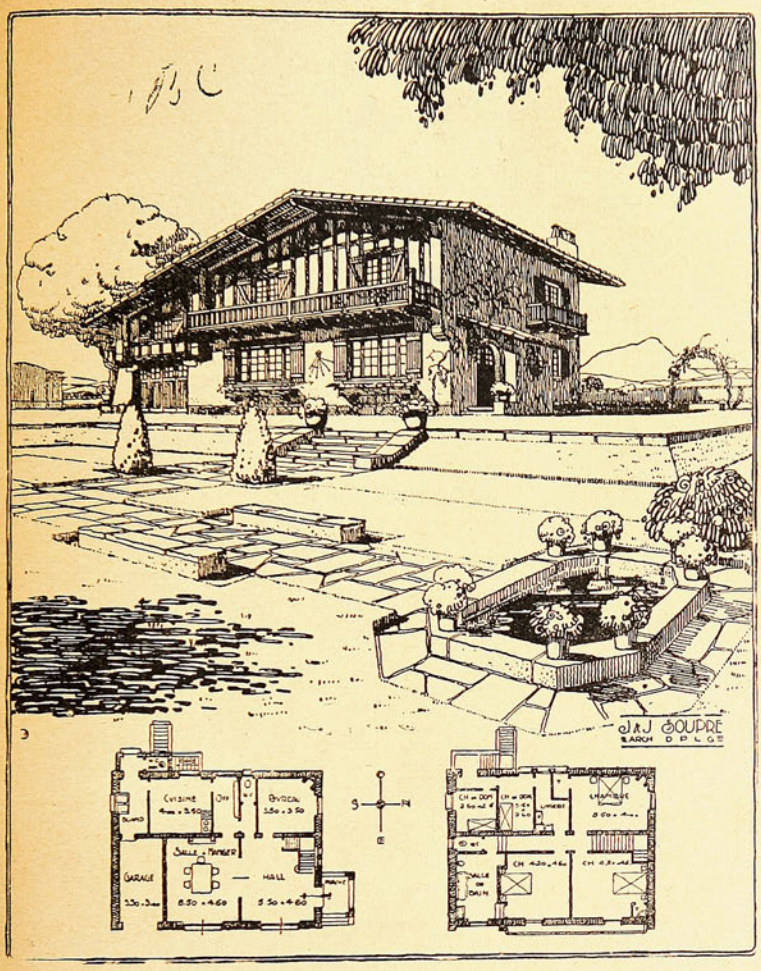


Unico concesionario
AM. FERRARIS
Teatinos, 417 — Santiago

Fenalgina M. R. Form. Fenilacetamida carbo-amoniatada

NOTAS DE ARQUITECTURA

UNA CASA DE ESTILO VASCO



ENTRE nosotros se ha generalizado muy poco este estilo vasco, lleno de movimiento, que hoy por hoy está tan de moda en Europa. Estas casas anchas y chatas con lo blanco de la cal, roto por las enmaderaciones que forman los balcones salediz os, las amplias ventanas y los postigos exteriores, tienen bajo el alero saliente de sus techos de rojas tejas, un gran atractivo de novedad. Gustan porque entre nosotros apenas si se conocen y gustan más que nada por la serenidad de sus líneas simples en su pequeña complicación.

Este modelo que ofrecemos a nuestros lectores, está destinado a una regular familia y cuenta con toda clase de comodidades, incluso garage en el mismo cuerpo de edificio de la casa. Se entra por un pórtico lateral con un arco de medio punto, que recibe luz por dos ventanas redondas enrejadas exteriormente. La puerta de entrada es también de medio punto, con unos pocos vidrios de colores en lo alto. Abre sobre el hall provisto de una gran ventana, idéntica a la que ilumina el comedor. El escritorio da al hall, y tanto esta pieza como el comedor, cuenta con una gran chimenea de campana. La escalera que lleva al piso alto, arranca del hall.

El resto de este piso está ocupado por el repostero, la cocina y la lavandería, más una toilette para la familia y otro de servicio. El garage tiene su portón en la fachada y se comunica por dentro con la lavandería, para así poder cerrarlo interiormente. La puerta de servicio queda entre la lavandería y la toilet de la servidumbre. Una escalera externa llena de colorido vasco, comunica esta parte del edificio con el segundo piso, con el departamento de la servidumbre, que está en los altos. Y ahí también queda la puertecilla con la escalera del subterráneo, en que hay varios compartimentos destinados a bodega, leñera, carbonera, despensa, etc.

La escalera del hall desemboca en un pasillo, al cual abren tres grandes dormitorios, todos muy bien iluminados y aireados. Uno de ellos tiene chimenea. Dos cuentan con un pequeño recorte en que va empotrado en la pared un armario, poseyendo, además, un lavatorio de agua corriente. El tercero, comunica con la pieza de baño, dotada de todas las comodidades. Luego queda la pieza de la ropa, con armarios murales, que a su vez se comunica con las dos habitaciones destinadas a la servidumbre.

Como se ve, en una casa que cuenta con todo el confort moderno, dentro de las características de las casas vascas llenas de originalidad y encanto.

MODA DEL PANTALON ANCHO Y DEL CORTO

POR ANTONIO AZPEITUA

ESTE tema se ha dejado a la explotación de los escritores festivos, los cronistas de salones y los caricaturistas. No se le ha considerado trascendente. Sin embargo, hubiésemos querido que se estudiase con propósitos de averiguar la razón íntima. Porque la moda es algo más que capricho sin contenido. La moda es expresión de un momento psicológico, de un estado social, y así vemos cómo las diferentes épocas tienen sus respectivas y adecuadas indumentarias. Y los trajes nacionales y regionales sintetizan las almas nacionales y regionales... (Trataremos de no desviarnos).

Decimos que este tema de si el pantalón ancho o el pantalón corto no ha sido estudiado seriamente. ¿Por qué a la del ancho se quiso oponer la del corto? ¿Cuál fué la razón del triunfo de una y cuál la causa del fracaso de la otra? Cuestiones de gusto contestará alguien, sin pensar en que hablar de gustos es tocar a la cultura. Los diferentes gustos de los hombres al través de la vida del mundo escribieron las páginas en que leemos su espiritualidad, por sus gustos sabemos cómo eran y podemos establecer la escala de la civilización. ¡Ah, es nada hablar de gustos!

Fijémonos bien: el pantalón ancho viene de Norteamérica; no de Inglaterra, como los ingleses intentan interesadamente en hacer creer, sino de Norte América. Es decir. Europa no viste según su gusto a los hombres de otro continente, sino que ella gusta del gusto ajeno. Esto ya es grave.

Norte América es el modelo que copia Europa. Antes era lo contrario. ¿Por qué se han cambiado las tornas? Hasta el final del siglo XIX eran los norteamericanos hombres sin formas: cuando más, patrón de choriceros vulgares. No estaba sola España en tal juicio, aunque, por voluntad del Destino, fué España la piedra de toque para que Europa valorizase a Norte América. En la propia Inglaterra el norteamericano era un ente cuya aspiración inasequible consistía en parecer un gentleman inglés.

Ahora no es así: el norteamericano no quiere que le confundan con el inglés. Inventa el pantalón ancho. Y el inglés se lo copia. En París, en Madrid, en Berlín, en Varsovia también. Otro síntoma de que la iniciativa y la directiva han pasado el Atlántico. Lo mismo que el dólar circula como moneda corriente en todos los pueblos europeos y asiáticos. Las cosas se cotizan internacionalmente en dólares. Aquí en Ginebra, en la fecha de la Independance day, en todos los hoteles lució la bandera estrellada. El 14 de julio, no. El día del Reich, tampoco. La admiración del mundo está clavada en Norte América. Todos se ponen el pantalón ancho, todos los que son hombres del momento, de las grandes audacias, de la juventud rica y alegre. Los viejos o casi viejos le dicen al sastre: "El pantalón, como siempre; yo soy un hombre serio". Hay en estas palabras despecho y rabia al ver que las chicas encuentran bien el pantalón ancho, Y cuando la mujer se decide por algo, es que el triunfo de ese algo está asegurado. Allí donde apunta el ojo de la mujer está la fuerza: es la mejor brújula para encontrar el Polo del éxito.

El pantalón ancho es signo de la actualidad, modo del hombre en quien convergen todas las curiosidades. Su adopción general implica admiración y supremacía. Sin embargo, Europa ha intentado resistir. En París sacaron el pantalón corto. Lo acogió una carcajada. París no iba a ser más fuerte que Londres contra Nueva York. Olvida Francia cómo pasó a París la directiva de la moda femenina. Se la dió el genio militar de Napoleón. Lo perdió Viena. El pantalón corto no podía prosperar; es anacrónico. Evocación del siglo XVIII, en que la gente perdía el tiempo admirando un epigrama o buscando doble sentido al Diccionario.

Pero no es cuestión de forma, sino de lo que lleva. Impone la moda quien puede y, sin proponérselo, con la soltura y la despreocupación que dan la confianza en la propia fuerza. Norte América se ha puesto los pantalones. Ese es el hecho.

5 DOLLARS VALE UNA

CINCO dollars por cabeza paga una sociedad de misioneros ingleses para rescatar del poder de los turcos, árabes y kurdos, las jóvenes cristianas que estos mahometanos han robado y esclavizado. Estas infelices esclavas blancas, degradadas, torturadas y muchas de ellas marcadas, como ganado con la marca de sus dueños, están llegando desde todos los rincones del desierto de Arabia.

Parece un caso milagroso que los misioneros, empleando el oro británico, hayan tenido éxito en esos lugares en el que han fracasado todos los Ejércitos y la diplomacia de Europa.

Según un cálculo reciente, todavía se encuentran cautivas más de treinta mil de estas mujeres, y si el dinero continúa afluyendo a la misión, la mayor parte de ellas se verán pronto en libertad.

Algunas de las jóvenes, principalmente aquellas pertenecientes a buenas familias armenias y sirias, no desean ser rescatadas y resisten hasta que se les promete que sus familias las volverán a recibir en su seno.

Estas jóvenes son tan mártires de la fe cristiana, como aquellos quemados por Nerón para complacer al populacho de Roma, pues ellas podían haber entrado a los harems de sus amos mahometanos si se hubiesen convertido al islamismo.

Fotografías de jóvenes armenias que han sido rescatadas del cautiverio y... grupo de verdaderos jefes árabes, sus verdugos y sus amos.

Permaneciendo cristianas, su suerte ha sido completamente diferente y han tenido que servir como concubinas o como simples esclavas de las esposas de sus amos.

Las torturas que han tenido que padecer por permanecer firmes en la fe de sus padres, pueden ser demostradas en el caso de una muchacha armenia, Nouritsa Kardoshian, robada una noche por algunos bandidos turcos.

Pasó a ser propiedad de Sheik. Este Sheik, mirado desde distancia sobre su caballo, parecía una figura romántica, pero no era tan interesante cuando uno se acercaba a él.

Nunca se había bañado y tampoco intentaba hacerlo. El agua escasea en el desierto y se le emplea solamente para cocinar y beber.

Cuando el Sheik creía que era tiempo de acicalarse, se frotaba el cuerpo con la seca arena del desierto.

Nouritsa tuvo que escoger, o en convertirse en mahometana y llegar a ser la cuarta esposa de su señor, o en servir como esclava.

La niña se negó a abjurar de su religión y el Sheik la marcó en la espalda con un hierro enrojecido al fuego. Ella gimió y se desmayó, pero persistió en su negativa. Todos los días, durante una semana, la joven fué llevada ante su amo, desnudada y marcada con el hierro.

Viendo que ella avaluaba tanto la cruz, el Sheik ordenó marcarla en la espalda con una quemadura en forma de un crucifijo.

Mientras sus hombres la mantenían de bruces sobre una alfombra, él marcó sobre su espalda el símbolo de la fe que él odiaba, con tanto cuidado, como si estuviese labrándolo en madera.

Es difícil comprender cómo esa joven pudo escapar con vida después de haber sufrido tales torturas, pero su frágil cuerpo encerraba un fuerte corazón y continuó firme hasta que los misioneros consiguieron rescatarla y conducirla a un hospital, en Mardín.

Los tiempos son difíciles y el dinero muy escaso en el mundo mahometano desde la guerra; así es que los fieros beduinos del desierto entregan sus esclavas por un poco de oro cristiano y sonríen sardónicamente.

La mayor parte de las jóvenes que entregan, han perdido su belleza y su salud a causa de los padecimientos sufridos y para el dueño no tienen más valor que el de un caballo estropeado.

Los agentes de Kemal Pasha, entraron a la aldea de Harpoot y obligaron a la mayoría de los habitantes a emigrar a la ciudad de Der-el-sor en los bordes del desierto.

Al llegar allí después de treinta días de viaje, los ancianos padres de Elmas y Marián Azarián, murieron y dejaron a las jóvenes solas en el mundo.

Un jefe árabe se sintió atraído por las hermosas formas de Elmas y de su pequeña hermana de doce años, y una noche las raptó y se las llevó a su tienda, en el desierto.

Allí las hizo escoger entre abjurar al cristianismo o la esclavitud y les dió una noche entera para que pensaran lo que debían hacer. Las dos jóvenes respondieron en la mañana con la negativa. El jefe árabe no se mostró disgustado; con impasible semblante se dirigió al sitio donde ardía la hoguera y enterró en ella su puñal y cuando éste estuvo rojo, quemó con él la frente, las mejillas y los labios de ambas muchachas.

Por alguna razón ordenó que las niñas no fuesen llevadas al harem hasta que sanaran de sus heridas, pero durante ese tiempo un niño camellero las vió y pensó que se le presentaba una oportunidad de ganarse diez dollars y dió aviso a los misioneros de Der-el-sor.

El niño consiguió introducir su cabeza bajo la tela de la tienda en que estaban encerradas las jóvenes y les dijo lo que se proponía hacer; pero una vieja esclava négra que las cuidaba, concibió sospechas y se llevó a una de ellas a otra tienda. Pero como no se les había prohibido cantar, durante toda la noche cantaron himnos religiosos, en los que intercalaban trozos de conversación, hasta que al amanecer el camellero las hizo salir de sus tiendas y las llevó a casa del misionero. Quizás la raza

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos Depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello Sobre el cutis, en cambio Vytt deshace el vello y la raíz debajo del cutis.

Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se arlieó y el vello ha desaparecido.

El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, Casilla, 1161, Santiago.

El "Vytt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

Base: Natrium sulphide, Barium Sulphide, Calcium carbonate, Glycerine, Agua.

VYTT.

SAL DIGESTIVA

Bémecé

M. R.

Bicarbonato de Sosa, Magnesia, Carbonato de Cal

ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias, Gastritis, Hiperacidez, etc.

Dosis: Una cucharadita despues de cada comida

de Venta en todas las Farmacias

Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40

HERMOSA ESCLAVA ARMENIA

LOS MISIONEROS SE ENCUENTRAN AHORA EMPEÑADOS EN REDIMIR DEL CAUTIVERIO Y DE LA VERGÜENZA A LAS DESGRACIADAS VICTIMAS DE LOS TURCOS Y LOS KURDOS. EL ORO OBTIENE EXITO DONDE LA DIPLOMACIA HA FRACASADO DURANTE TANTOS AÑOS.

más cruel que ha existido en el mundo, ha sido la turca. Antes de la guerra, las naciones cristianas protestaban todos los años de estas atrocidades, y muchas veces Rusia trató de perseguir a estos crueles tiranuelos, pero Inglaterra se opuso por temor de que Rusia pudiese apoderarse de Constantinopla. Hace algunas semanas, se presentaron pruebas ante la Liga de las Naciones, de algunas atrocidades cometidas últimamente por los turcos. Estas pruebas preparadas por el General Laidoner demuestran con tan espantosos detalles estas crueldades, que parecen ejecutadas por energúmenos; y sin embargo, eran obras de los soldados turcos que sólo cumplian órdenes recibidas.

El refinamiento de crueldad que sólo puede ser alcanzado por un cerebro turco, se revela en el caso de una niña rescatada, dado a luz por un misionero. "Con sus párpados cerrados", escribe este misionero, "ella era la joven más hermosa que he encontrado entre este pueblo célebre por la belleza de sus mujeres.

"Pero cuando abría los ojos, causaba horror y compasión mirarla. Uno de sus ojos colgaba en su órbita de un modo tan grotesco que el que la miraba sentía repulsión por su persona".

"Su historia era la historia de todas estas jóvenes cautivas. Había sido vendida a un turco como esclava y su amo concibió la idea que poseía "mal de ojo", y para corregir este defecto la hizo conducir al Hospital y operar por un diestro cirujano turco, que empleó toda su experiencia en desfigurarla y convertirla en repulsiva".

Fotografía de una joven armenia rescatada de la esclavitud, mostrando las marcas que su dueño le hizo en su piel con su hierro candente.

Un soldado turco raptando a una joven armenia.

EL HOMBRE PRIMITIVO

Unos exploradores que se dedican afanosamente al descubrimiento de fósiles cerca de la ciudad de Bilings, han hallado en unos lechos carboníferos de Bear Creek Field, cerca de dicha población, huesos que, al parecer, pertenecieron al hombre primitivo, anterior al de Neanderthal y al de Picanthetropus, o sea el hombre de Jaba, del período pleirtoceno, que habitó en aquellas tierras en las primeras edades de los mamíferos.

Débese esta exhumación al hallazgo en lo más profundo de los lechos carboníferos, a 70 kilómetros de dicha ciudad, de un diente humano cuyo esmalte hace algún tiempo que se convirtió en carbón y la cal de las raíces en hierro.

Este diente, según los dentistas de la ciudad, es el segundo molar de un ser humano. Fué hallado por el doctor J. C. Siegfriedt, de Iowa.

El depósito de carbón se halla en la formación fortuniana, la más baja del período coceno, con más de un millón de años. Se hallaron en el depósito muchos fósiles, incluso pescados, conchas de tortugas y dientes de tiburones; y el doctor Siegfriedt asegura que constituyen un material prolífico para las investigaciones de los fósiles y del dinosaurio.

LOS ANILLOS DE MODA

Nunca se han lucido tantos anillos como ahora, ni se ha visto semejante variedad en las colecciones de los destinados a las elegantes. Vean ustedes el horario de una mujer de mundo, según las piedras que enjoyan sus dedos: Para dormir, topacio del Brasil o marcasita; para llevar con el piyama, anillo de oro, cincelado o sortija de sello; para el paseo de la mañana, el ópalo encendido, inquietante; para la hora de almuerzo, la esmeralda; para el teatro, el diamante; para las recepciones en casa o las reuniones íntimas, la perla; y para... que un marido pueda sufragar los gastos de esa joyería doméstica, ¡una montaña de plata!...

EL ROBO DE AUTOMOVILES EN INGLATERRA

La revista inglesa "Motor", se lamenta del número de automóviles robados anualmente y estudia, en un artículo muy curioso, los métodos de "trabajo" de los "especialistas" en esta clase de fechorías.

Hay dos clases de robo de automóviles: el ladrón aislado que aprovecha la ocasión de hallarse poco guardado o vigilado un automóvil para huir en él, y la banda organizada y compuesta por individuos que conocen perfectamente la mecánica.

Es a la puerta de los teatros, de los "music-halls" o de los "restaurants", donde se efectúan con más frecuencia los robos de "autos", pues el ladrón puede darse cuenta, aproximadamente, del tiempo que tiene para operar. Poco importa la presencia de un guardián, ante la audacia del ladrón. Este entra en el teatro o en el "restaurant", pero se cuida de salir antes que el propietario del "auto". Se dirige resueltamente hacia el coche que él ha elegido, da una propina al guardián y parte. Aunque, a primera vista, esto parezca imposible, no hay que olvidar que el ladrón de "autos" viste elegantemente y obra con una resolución firmísima. Aún en el caso de que el guardián crea que el que se apodera del coche no se parece al que le encargó de su custodia, el aplomo imperturbable de aquél le desconcierta. Naturalmente, el ladrón tiene buen cuidado de no "atacar" el "auto" de un habitual concurrente a aquel teatro o "restaurant".

Hay otro procedimiento. El ladrón se ha fijado en un coche que se estaciona todos los días en el mismo sitio, mientras que su propietario ha entrado en una oficina o en un Banco o en un establecimiento.

Un día, un camión automóvil se detiene a su lado, descienden dos mecánicos, y sin apresuramientos, examinan el coche, se consultan y deciden llevárselo a remolque.

Si se presenta el dueño de improviso, los mecánicos le muestran la orden de un "garage", cuyo nombre figura en el camión, y todo se reduce a creer que ha sido un error.

EL HOMBRE DEL "HISPANO"

Por PIERRE FRONDAIE

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN LOS NUMEROS ANTERIORES

DELEONE y Dewalter llegan a Biarritz en un magnífico Hispano. Deleone tenía su mujer en Biarritz y una querida en Burdeos. El Hispano lo había comprado Deleone para regalárselo a su querida, y como quería que su mujer ignorase tan significativa manifestación, resuelve pedirle a su amigo Dewalter que, arruinado, había pensado dirigirse al Africa para rehacer su fortuna, que le haga el inmenso favor de aparecer en Biarritz como dueño del magnífico automóvil. En el Casino de Biarritz, Estefanía, bellísima esposa del excéntrico millonario inglés William Meredith Oswill, vé a Dewalter, quien le es presentado. Sabe que es dueño de un coche magnífico y lo cree tan rico como ella misma. No amaba a su marido, con quien la han casado cuando ella no era capaz de reflexionar. Sin embargo, nunca ha tenido un amante. Teme enamorarse. Lo teme especialmente por su inmensa fortuna, que constituye para cualquiera una presa envidiable. Dewalter, con su coche magnífico y su bella estampa, la seduce de golpe y sin restricciones porque no le inspira desconfianza. Su fortuna le pone al abrigo de toda sospecha de interés. Dewalter había conocido a Oswill en el tren, antes de que su amigo le hiciese la estravagante recomendación de que quedase por dueño de un coche que no le pertenecía. Dewalter no sabía que Oswill era el marido de la linda mujer a quien acababa de ser presentado. En aquel viaje en tren, le cuenta él su situación y su pobreza y su proyecto de desterrarse al Africa. Cuando Oswill lo encuentra en Biarritz, dueño de un coche de multimillonario, lo interroga: Dewalter le cuenta la verdad, pero le hace prometer que no dirá a nadie una palabra.

Estefanía y Dewalter se enamoran el uno del otro, ella con sinceridad y confianza, y él con sinceridad y honda preocupación. Estefanía no oculta su amor al marido, y éste, después de un diálogo de gran escepticismo, se marcha al Africa. Ha sabido que su mujer está enamorada de Dewalter, el pobre diablo que no tiene sino la apariencia de la fortuna en el Hispano, que no le pertenece, y esto le procura cierta felicidad maligna mezclada con un odio feroz. Nada dice por maldad y por cumplir su palabra de callar la confidencia hecha por el desconocido. Estefanía, muy enamorada, y por primera vez enamorada, se entrega a Dewalter. En seguida huye con él a su casa de campo a gozar del amor de "toda la vida", porque piensa conseguir el divorcio y casarse con Dewalter...

Con el fin de evitar obligaciones y costumbres que la sustraen a él. Estefanía abandona el pueblecito para irse a París, con Dewalter, el que ha comunicado a su amigo que no se va al Africa. Ya en París, devuelve el auto y comienza una vida de ansiedades por el futuro económico, salpicada de inefables horas de felicidad.

Oswill, entretanto, trazaba planes sombríos desde la lejanía de sú voluntario destierro.

Los amorosos diálogos. Jorge vacila. Ya confiesa. Pero calla. Y llega el momento en que ella resuelve regresar a Biarritz a arreglar su situación con Oswill, a quien imagina allí.

Parte el tren. Se han despedido tiernamente. De pronto Dewalter se lanza sobre el convoy y de un salto está junto a Estefanía. Y siguen ambos hacia Biarritz, hilvanando un nuevo capítulo de su romance amoroso.

Se baja Dewalter en una pequeña estación y regresa a París, desolado, y allí hace su dolorosa confidencia al viejo notario Montnormand, que le ofrece su ayuda paternal para que rehaga su vida en Africa.

Y cuando ya estaba decidido, el destino lo pone otra vez frente a su amor.

Estefanía ha vuelto a París, y también Lord Oswill, con el cual tiene una violenta entrevista, en la que ella lanza su desprecio y él sangrientas ironías que apenas contienen a su despecho.

Hay después una entrevista entre Oswill y Dewalter, a raíz de haber manifestado el primero a Lady Oswill su propósito de divorciarse. Toda la perversidad de alma del lord quedá allí de manifiesto. Quiere hundir, reventar a Dewalter que, ya en la miseria, la calla por conservar su amor.

Lady Oswill y Dewalter parten al campo.

Llegada la noche, mientras ella dormía, reanudó él la sugestión. Reposaban con la ventana abierta. Los astros poblaban los abismos del cielo. Veíalos él desde el lecho y su claridad difusa se posaba en el semblante y en los brazos desnudos de Estefanía. Inclinado sobre ella, sin despertarla, repetíale Jorge en voz baja que debía regresar a su castillo, suplicándole que ella misma se lo pidiese. Al día siguiente, minutos después de despertar, Estefanía fué la primera en hablar de ello:

—¿Qué hacemos aquí?, exclamó mirando con extrañeza la estrecha alcoba. Donde estaríamos bien sería en mi buena casona.

La necesidad imponía ciertos disimulos a Dewalter, pero era demasiado leal para estarse fingiendo demasiado, e inmediatamente aprobó. Palmoteó ella alegremente. Imaginaba el júbilo que iban a darle a la vieja Antonia. Tomó el baño, y, metida en el agua, le refirió a Jorge chistosas anécdotas de su nodriza. Resolvió telegrafiarle que llegarían al día siguiente.

—De este modo, dijo Estefanía llena de contento, todo estará preparado para recibirnos. ¿Cómo no lo hemos pensado antes? También podríamos haber ido a tu casa de Sologne.. Pero en Olorón seremos dichosos. Daremos una fiesta. Como el divorcio está en trámites no podría recibírsenos juntos; pero a mi casa vendrán todos mis amigos pues me quiren y me respetan.

Jorge la enlazó con los brazos, rebosando ternura triste e infinita. Yo solo pensaba en atenuar el golpe que pronto iba a asestarle. Seguía ignorando como partiría pero ya llevaba ganado un punto: cuando él desapareciese, ella se encontraría en su casa, apoyada en los blasones de su casa solariega. Dispondría de ese apoyo en su brusco aislamiento. Respiró.

El hotelero, desolado de perder tan simpáticos clientes les aconsejó que antes de alejarse de la región recorriesen por lo menos algunos trozos de aquella soledad resinosa que se extiende a lo largo del mar, desde las dunas magestuosas del Pyla a las novelescas riberas del Adour. Compónese de arenales y de pinos, monótona, religiosa, festoneada con anchos estanques. Al internarse por el bosque, a través de los árboles espaciados, todos heridos por la mano del hombre y llevando el recipiente precioso donde se acumula su esencia, sorprende su silencio. Parece que una incesante música debería emanar de aquellos frisos naturales y que todas aquellas columnas vegetales estén dispuestas por misteriosos conciertos. Pero, en medio de la calma que allí existe, solo se escuchan las voces estridentes y acompasadas de los insectos que pululan por entre el ramaje de las copas.

Alejáronse de la costa. Crecían zarzales de moras, cardos espinosos y brezos en donde el paso de los caballos y de los hombres provocaba la fuga blanda de las culebras. Algunos pájaros se despertaban sin más rumor que el aleteo de sus alas cortas. Nadie. De vez en cuando cruzaban ante una choza, deshabitada al parecer; pero los relejes recientes de los caminos, la marca ligera de un casco de mula y algún pozo, testimoniaban que la vida humana, no estaba ausente de aquella región inanimada. Jorge y Estefanía, absortos en su soledad, la recorrieron hasta la caída de la tarde. Habían alquilado un vehículo de los llamados "de arena" y cuyas ruedas eran anchísimas como hechas exprofeso para vencer al suelo flúido.

Tiraban de él dos animales y un cochero gascón los excitaba con la voz cuando había que trepar por las colinas.

Al anunciarse la noche hicieron alto no lejos de las dunas desde cuyas cumbres se recibe la impresión de esta contemplando un desierto. Unas nubes venidas por el lado del mar apelotonábanse tan próximas a la tierra que parecían iban a sufrir desgarrones en la punta de los árboles. La luz tornábase cada vez más lívida de minuto en minuto y pronto quedó todo convertido en un cendal de plomo: el bosque inmediato, el océano, cuyo furor creciente arrojaba allá abajo sus espumarajos, las lepras areniscas de los pasos de entrada de la dársena y la calma insidiosa de su masa líquida, tras ellas. Una especie de sudario se cernía sobre la tierra, sobre las aguas y, por momentos, como respiración de un dios, un gran hálito tibio y lento circulaba por entre los pinos. Adquirían un carácter extraordinario.

Para curar las anchas heridas que desde el suelo subían hasta la altura de un hombre, la resina secante había recubierto la talla de los troncos con una materia plateada. En la sombra, donde se perdían ahora las cimas borrosas de la arboleda, donde los propios árboles eran como franjas oscuras solo quedaban visibles aquellas manchas lechosas y brillantes. Surgían por centenares y parecían alumbrar como cirios a medida que se iban perdiendo los otros detalles de la selva. Se les veía retorcidas e inmóviles según la forma exacta de su trazado a lo largo de los cortes resinosos. Por encima de ellas las tinieblas invasoras cerradas por el techo del ramaje formaban una bóveda. Hubiérase dicho pues, que aquello era un subterráneo donde se multiplicaban los pasadizos alumbrados por antorchas. Un goteo que caía de lo alto y cuyo ruido, no obstante amortiguarse al caer sobre la vegetación parecía un chirriar de ratas, parecía querer apagar esta iluminación fúnebre. Crepitaba en medio del silencio y, del lado del mar, caía sobre la playa en grandes goterones espaciados.

Estefanía apretujábase contra Jorge no encontrando palabras para expresar tanta belleza fúnebre. El la sentía estremecerse contra su brazo. Callaba él como ella, sin noción de la hora ni del lugar. Fuera de sí, imaginó que su destino se anunciaba, que su muerte estaba decidida y que veía desarrollarse, en vida, sus propios funerales. Inmóvil, contemplaba aquel bosque poco antes inundado de sol y transformado ahora en cripta iluminada por la apariencia natural de la materia blanca sobre las heridas de los viejos árboles, entre la noche y la llovizna. Temblaba de emoción y tuvo que hacer esfuerzos para no empezar a gritos comunicándole a Estefanía la espantosa turbación que experimentaba. Pero el cochero habló con su acento gascón y dijo alegremente:

—Miren las estrellas.

El cielo se despajaba bruscamente. Un olor de resina fresca, de tierra húmeda y de mariscos cercanos acabó de disipar los fantasmas y divisaron de nuevo sobre el océano la claridad postrera del poniente.

—Ha terminado, murmuró Estefanía.

No añadió palabra pero estaba contenta de que los pinos acuchillados hubieran perdido su terrible aspecto.

Rieron al unísono, como tratando de disipar su impresión. Pero les entró prisa por marcharse.

Pronto estuvo otra vez el vehículo sobre la playa. Lo sentían rodar sin tropiezos y los cascos de los caballos se hundían en el blando suelo. A veces trazaban un arco para no aplastar a las medusas o para sortear las anclas de las embarcaciones puestas en seco por la bajamar. Tres jinetes presurosos les tomaron la delantera y vieron desaparecer en la oscuridad la silueta de las bestias, mientras se prolongaba el ruido sordo de su galope y los aullidos de los perros que les seguían.

Veíanse al propio tiempo, alejados de la orilla, a los sardinales que navegaban hacia alta mar. Los amantes se arrullaban en voz baja, apretujados y frioleros, mientras miraban cómo las sombras de la luna corrían sobre la arena mojada.

XXI

El arribo de Estefaía a Olorón fué mencionado por la "Gaceta de Biarritz", hoja oficial del buen tono desde Bayona a San Sebastián. De modo que todo el mundo se enteró en las ciudades y castillos de cien kilómetros a la redonda. Por otra parte, Oswill había vuelto a instalarse en su casa. Veíasele errar, hosco y solitario, con sus excéntricas vestimentas de golf. No le hablaba casi a nadie, excepto a sus domésticos, en el bar o en su casa. Era verdaderamente desgraciado. Su carácter singular le hacía adentrarse en la soledad. Para consolarse se imaginaba apartarse de los que evitaban su encuentro y decía:

—El desierto tiene una hermana que es la superioridad.

Aquel hombre sólido, no obstante las experiencias que había practicado en el alma de los demás, ignoraba completamente la suya propia. Creíase insensible y, sin embargo odiaba, luego era capaz de apasionarse. Desde que se había entablado el divorcio padecía. Y, de añadidura, sufría por su padecimiento. Profesaba la creencia de que el sufrimiento es un bagaje y los bagajes hay que cargárselos a los otros.

Ahora temía a Dewalter. Se lo figuraba como un truhán de primer orden, un caza-fortunas; pensó que acaso Dewalter fuese capaz de salir sutil y victorioso de la aventura. Indudablemente iba a serle preciso hacer confesiones, pero ¿cómo las haría? Con qué embustes de catástrofe financiera, de riqueza hundida de repente, desmoranada en una especulación? Las mujeres son crédulas. Oswill telegrafió a París.

Al día siguiente recibía la visita de un desconocido que venía exprofeso de la rue Montmartre.

El tal desconocido carecía en absoluto de singularidades. No era feo ni guapo, alto ni bajo, vulgar ni distinguido. Sus ojos se guarecían tras unos lentes, su boca bajo un bigote y sus manos estaban enguantadas. Llevaba botas con botones, chaquet con brillo, corbata de lazo hecho, una condecoración multicolor, un poco roja, un poco amarilla, un poco verde, desteñida.

Oswill, tendido sobre su cama llena de peletería le dió órdenes. Aparentaba un tono exagerado.

—Ya conozco su casa, dijo, por haberme servido de ella varias veces. Es una oficina altamente asquerosa que da buenos informes. No le supongo a usted tonto. Tiene usted aire de serlo pero siempre resulta una ventaja para un policía privado. No se le ve. Al mirarle, lo

mismo puede parecer usted un veterinario que una señorita de compañía. Me gusta. Ahí, al lado de mis calcetines hay dos mil francos. Tómelos. Son para empezar. Se trata de proporcionarme una documentación completa sobre un individuo que me interesa. Es un muerto de hambre. Quiero saber donde ha vivido desde hace tres años y obtener certificados de sus antiguos patronos. No invente nada sino que tráigame documentos sobre sus viejas miserias.

El hombre, impasible, tomaba apuntes. Con el rabillo del ojo observaba a sir Oswill. Bajo su pijama entreabierto veía las mariposas y flores tatuadas. No abría la boca. Y cuteneces, el inglés, aburrido, empezó a contarle anécdotas. Trató de demostrarle que él mismo era el primer detective del mundo. Le recomendó que acelerase sus pesquisas, no fuese cosa que muriese antes de llegar a buen fin. Añadió que le veía mal color, bolsitas sospechosas bajo los ojos, que su respiración se le antojaba corta y que, con un corazón lesionado, arriesgaba reventar de un momento a otro. Le aconsejó que se retirase al campo tan pronto como el actual asunto hubiere concluido. Acabó pidiéndole los informes para un plazo de ocho días. Cuando el polizonte hubo cogido los billetes de banco, de al lado de los calcetines, Oswill le recomendó cortesmente que no le robara las ligas. Y gritó:

—Con los policías nunca está uno seguro.

Oswill bromeaba, el hombre sonreía; y al fin se fué.

Al quedarse solo Osiwll se dió cuenta de que había estado haciendo el clown inútilmente y que su aburrimiento crecía de minuto en minuto. Empezaba a sufrir de nuevo. Ya no tenía confianza en el porvenir.

Hallándose de paseo por Biarritz encontró a Pascualina Rareteyre. Hacía tres días que estaba de regreso. Oswill le preguntó qué pensaba de Dewalter. Ella le contestó que todos le encontraban muy simpático y añadió, en cuanto a Oswill, que se apreciaba también la conducta correcta que había observado con su esposa.

—Estefanía me ha puesto al corriente, dijo Pascualina. Ha obrado usted muy bien. Ellos se aman. ¡Que sean felices!

Desde su nacimiento fué en aquel minuto cuando Pascualina estuvo en mayor peligro de muerte. Pero ella lo ignoraba y sonreía gatamente a Oswill mientras éste le llenaba mentalmente de improperios. Pascualina le interrogó:

—Y usted, querido amigo, ¿qué piensa hacer?

—Yo, dijo Oswill, seguro que volveré a casarme varias veces para tener ocasión de hacer otras buenas obras del género de esta y merecer su asentimiento cada vez que desembarace de mi persona a alguna de mis mujeres. Al final me casaré con usted para estar seguro de que ya no me engañen más. Pero usted me guardará hasta el fin: y usted pagará por todas...

Reía furiosamente sin ruido y se fué. Demasiado bien sabía ella el concepto de mujer frágil que inspiraba para no haber discernido su ironía. Pero era viuda. Pensó que Oswill iba a ser libre, que era capaz verdaderamente de meterse en la cabeza casarse con ella y que le tendería horribles celadas de no acceder ella. Por la noche le vió en sueños. Oswill la conducía por fuerza a la iglesia de San Juan de Luz y le echaba bocanadas de humo a la cara mientras les estaba casando el sacerdote.

Dos días después se hallaba almorzando Pascualina en casa del coronel de Saint-Bremond, en Ustaritz. Allí encontró al marqués de Solá, al señor y a la señora de Jouvre y varias personas más. Refirió ella su sueño, que a todos hizo mucha gracia.

—Ese Oswill no es tan terrible como parece, dijo el coronel. Se dice que en las Indias cebaba la caza con pequeños indús. Evidentemente es cosa que yo no haría; pero hay que tener en cuenta que en Sologne no cazó más que perdices. De todos modos el tal señor Dewalter que ha seducido a lady Oswill no me parece muy inteligente. Estuve hablando con él, un día, en casa de ella y me dió la impresión de ser un distraído. Le creo un ocioso. Dicen que es muy rico. Tanto mejor para él. De otro modo no hubiera servido para gran cosa.

—Es un apuesto muchacho, dijo la señora de Jouvre, y le encuentro simpático. Hace quince días estaba yo en París y les ví a los dos en el palco de un teatro. Parecían enamoradísimos uno de otro. Me han contado que él es huérfano, que tiene rango de consejero de embajada y que, al encontrarse con Estefanía, estaba en viaje para irse a cazar leones.

—Si realmente se iba a cazar leones ya es otra cosa, exclamó el señor de Saint-Bremond devorando y alternando los manjares con buenos tragos de Sauternes. No será tan tonto. El león es un animal muy particular y que vale realmente la pena de hacer el viaje. No es nada demócrata.

—En todo caso, querida señora Rareteyre, interrumpió el marqués de Solá, le aconsejo que, suceda lo que quiera, le niegue la mano a Oswill. Su mujer bien sabe lo que hace abandonándole. Es casi, casi, un insensato. Ayer, me encontraba yo en el bar vasco. Vino él, trayendo mala cara. Uno de los clientes, creo que portugués, dijo al verle: "Vean un gentleman norteamericano". Oswill, sin comentario le tiró su vaso de ginebra a la cara. Y no creo que fuera insultante.

—Quizás sí, para un inglés, dijo la señora de Jouvre.

—Admiro su arrebato, gritó el señor de Saint-Bremond. He sido alumno de Saumur; y no me gustaría que me dijesen que monto a caballo como un cow-boy de cinema.

—Estefanía se echa de encima a Oswill con razón, prosiguió el señor de Solá. Será feliz con le señor Dewalter. Lo sé de buena tinta.

Pascualina le envió una sonrisa aprobadora.

Contaban que había tenido flaquezas para con Solá. Le preguntó que era lo que habían dicho de Dewalter. Eran cosas ambiguas. Pero los de Jouvre parecían estar más al corriente. Creían que el amante de Estefanía había heredado años antes de un tío cardenal, que Jorge era buen católico y que seguramente obtendría en lo futuro facilidades para que quedara roto en Roma el casamiento religioso de Estefanía.

—Sería menester que Oswill consintiese en ello y fingiese uno de los casos de anulación, repuso el señor de Solá Su Majestad Alfonso XIII me refirió en cierta ocasión que ni El mismo había podido obtenerlo para una pareja española, protegida suya.

—Es extremadamente difícil afirmó el coronel. Ya en tiempos de Napoleón, aunque se tenía al papa en un puño resultaba complicadísimo. Pero ¡qué importa! Esos jóvenes en Olorón, se abstienen perfectamente de toda clase de matrimonio, incluso del civil.

—He ahí lo escabroso, se aventuró a decir uno de los contertulios.

—Lady Oswill merece toda clase de excusas, le replicó la señora de Jouvre.

—Ciertamente, afirmó otro No vayamos a ponerla en tela de juicio. Hasta hace unas semanas era la más irreprochable de las mujeres y bien merece la felicidad.

Esta opinión se atrajo todos los sufragios. Quedó acordado que Estefanía tenía mil razones y Jorge Dewalter mil méritos. Como nunca había hablado a nadie de su amor sería de muy mal tono darse por enterados. De manera que si lady Oswill anunciaba por teléfono o daba a conocer directamente su presencia en Olorón nadie debía dispensarse de ir a visitarla. Fingirían encontrarse con el señor Dewalter en la casa a igual título que sus otros amigos. Por lo que se refería a Oswill seguirían invitándole a todas partes por deber, puesto que se trataba de un personaje importante.

—Por lo demás esto puede hacerse sin riesgo alguno, exclamó el coronel devorando un mondadientes. Oswill suele excusarse. Siempre se encuentra borracho.

—Y cuando no lo está, añadió Cinegiak desde el extremo de la mesa, aparenta estarlo para que le dejen en paz. En el fondo sospecho que le regocija su divorcio. Imagínense ustedes que estuve a verle hace tres días de parte de mi tío Latuilliere, su agente de bolsa. Dijéronme al principio que no estaba en casa, cosa que yo no podía creer pues estaba escuchando un estrépito de dancing. Deduje que Oswill aprovechaba su libertad para ofrecerles un bailoteo a sus sílfides. Insistí en entrar pues el recado que le llevaba era de importancia. Al fin me introdujeron y presenció un espectáculo extraño: Oswill, absolutamente solo en un gabinete se hallaba agachado frente a un jazz y él mismo se estaba envolviendo, sin pestañear, en un estrépito ensordecedor. Con la pierna derecha, pedaleaba tocando el bombo; con ambas manos golpeaba a la vez un tambor, agitaba unos campanillos y hacía mugir un clakson. Iba puesto de smoking y fumaba una pipa brillante. Intenté hablarle pero fué inútil. Para obligarme a callar arreció en su gimnástica. Al fin, sin interrumpirse, me dijo gritando que su mujer había estado fastidiándole durante años enteros tocándole melodías de Bach en un piano y que, gracias a Dios, le llegaba el turno de divertirse con un jazz. Parecía completamente tranquilo y satisfecho.

—Es un loco, exclamó el señor de Saint-Bremond.

—Solo peligroso para mí, afirmó Pascualina riendo.

Análogas cosas a las que se decían en aquel almuerzo hubiéranse podido escuchar en términos aproximados, exceptuando la anécdota del jazz, en casa de la señora de Joze, en Billiéres, en la del banquero Chillet, en la tertulia del viejo Baragnas y en veinte casas distintas de Bayona.

Hasta se hubiera podido escuchar en sitios más populares, cerca de los mercados de Pau, en el restaurant Supervie. Nicolás, el guarda, cada vez que iba a la ciudad, no dejaba de ir allí. Sabía que daban bien de comer y los días de mercado aquel restaurant estaba animadísimo. Por la escalera grasienta, llena de hedores, toda la humanidad subía atraída por las promiscuaciones de la mesa redonda. Un olor de col, ajo, carnes asadas, etc. se exhalaba de la cocina por el vano el m nda-platos. Era la lucha victoriosa de los humillos apetitos contra las emanaciones nauseabundas de la entrada. Las paredes, calentadas por la afluencia humana sudaban como torsos de obreros en las fábricas de vidrio. La mantelería resultaba húmeda y fría bajo el tacto; pero el buen humor y la simpatía del patrón sembraban la alegría y, al circular los primeros platos, oíanse en los manjares servidos toda la suculencia del Bearne. Campesinos, viajantes de comercio, recaderos, alternaban con propietarios de ganado caballar, aviadores de l'onlong, aristócratas de la comarca y varios gastrónomos de tránsito. Una vieja galante discreteaba con un anticuario de París y hasta podía verse, en aquella atmósfera recargada de tantas respiraciones algunas damas anémicas, en tratamiento en la ciudad y que su médico enviaba al almuerzo para que hiciese una cura de engrase. Cuando un servicio se hacía esperar, el hotelero, para que la clientela tragase los minutos los sazonaba con comentarios picantes. Nicolás, seco y sobrio en Olorón, mostraba allí una voracidad extraordinaria. Gastábanle bromas:

—Nicolás, gritaba Supervie, ¿ves esa perdiz que estás comiendo? ¿La ves bien? Pues viene de tu casa. Me la trajo un cazador furtivo. Y luego, tendrás que pagarla.

—Cuando le meta yo a ese cazador furtivo una carga de perdigones en el trasero, ya me lo asarás, decía Nicolás con la boca llena.

Supervie, enterado de todo, interrogaba también al anticuario:

—Dende podría usted hacer buena caza es en el castillo de los amos de éste. ¡Vaya que hay allí buenas cosas!

—Ya lo sé, rezongaba el anticuario; sin inventario solo por los muebles, pondría yo ciento cincuenta mil francos en un cheque.

—Pues no te molestes, ironizó Supervie tuteándolo de pronto como un mercader de aves. En casa de los Coulevai no hay nada que vender, y hasta hoy, que hay divorcio... ¡oye, tú! ¿es verdad lo que me han dicho? Parece que el nuevo marido también tiene perras.

—Las tiene, contestó el guardia.

Yo les he encontrado en Biarritz, dijo un caballero de la comarca. Lleva él un coche... de rey... Es un señorito rico.

—Tráete a almorzar a tu nuevo patrón, bromeó dirigiéndose a Nicolás. Se lo haré pagar todo a precio fuerte.

—Y parece que es guapo mozo, exclamó desde su rincón la antigua galante. Es una novela, una verdadera novela. Lo sé por mi criada que es nativa de Olorón. Un domingo estaba ella allá y los vió en la pastelería.

El viejo guardia seguía comiendo y, por respeto ya no decía nada. Si hubiera hablado, habría confirmado lo que estaba escuchando: amor, fortuna, belleza, todo le parecía claro como el día. La opinión pública es una epidemia. No se sabe qué microbio la propaga.

Mientras tanto, muy lejos de allí, en la gran "terraza" de Saint-Germain-en-Laye, donde cada tarde desde hacía treinta años, paseábase a razón de una hora diaria, Montnormand meditaba en la nueva carta que había recibido de Dewalter. En dicha carta Dewalter le decía que se encontraba en Olorón, que pronto se arreglaría todo y que le rogaba acudiese a verle. El estilo era tranquilo, nítido y sin trazas de depresión. Montnormand se regocijaba creyendo a su amigo salvado. Miraba hacia París, mudo a lo lejos bajo un cendal de humaredas. Admirábase de que las plegarias de los hombres fuesen oídas cuando, tan próxima sin embargo, la ciudad saturada de gritos parecía envuelta en silencio. Su alma tímida y hermosa se elevaba. Pero en los barrios pobres de la gran ciudad el sabueso ya estaba husmeando por cuenta de sir Oswill...

XXII

Mientras toda una región ocupábase así de ella, Estefanía vivía una existencia de hechizo desde el regreso a su vieja casona. Nunca hubiera podido desear más. Allí toda su raza, en las últimas generaciones, había respirado, se había renovado y, de edad en edad, disuelto en la paz serena de la tierra. Parecíale que aquellos árboles, robustos y solemnes no eran otra cosa que parientes misteriosos. Los adoraba y, llevada de su amor por Jorge, agradecía a este que le hubiera despertado tantos sentimientos hondos y nebulosos. Seguía siendo la mujer más sencilla del mundo; nada imaginaba fuera de lo que veía; jamás ponía en duda

una palabra de su amigo; y era pródiga de sí misma, bella de espíritu y de carne. No pertenecía al género de esas criaturas complicadas, fatales que suelen encontrarse en las novelas; lo único novelesco en ella era su buena fe.

Por espacio de dos semanas sólo se vieron a sí mismo, en un universo ceñido entre los límites de la heredad. Jorge ya conocía el lugar perfectamente. Conocía los árboles, los campos, la granja repleta de animales, los senderos del parque, aún aquellos por donde no pasaba nadie nunca. Se habían aventurado ambos por allí. No ignoraba ningún recodo del castillo; hubiera podido detallar el mobiliario de las piezas y describir el paisaje que se veía desde cada ventana.

Desde su alcoba veíase el trozo más hermoso de los jardines: a lo lejos los linderos de un bosque de robles y castaños y muy cerca, a unos doscientos metros, el estanque, aquel peligroso estanque protegido por Estefanía. No había paso, hasta el puentecito roído de insectos y carcomido por las lluvias de veinte años, que Dewalter no conociese. No lo había atravesado; pero una mañana, paseándose solo por el parque, había comprendido su fragilidad, pensando que al menor peso, se derrumbaría.

Estefanía se sentía dichosa viendo a su amigo interesarse por su casa. Y le decía:

—Yo haré lo mismo cuando vaya a la tuya.

El se quedaba mirándola. Un día le dijo:

—La vida es un viaje. Cuando se es rico y sensible a las visiones se viaja para poblar la cabeza. Al final, en el momento de partir a otros horizontes, en algunos segundos se vuelve a ver todo lo de éste. ¡Somos tan dichosos en esa casa! ¡Es talmente tu misma esta propiedad! quiero tenerla en el cerebro.

Ella rió, gritando como ya lo había hecho una vez en París:

—Eres demasiado complicado para mí. Sé sencillo. Yo soy una campesina, una inocente campesina de Olorón.

El respondió:

—Sí... una campesina que me he encontrado en Biarritz.

Pusiéronse serios de repente. Comprendieron que juntos evocaban el mismo minuto, vivo en sus memorias.

Ya ves, dijo Jorge, como tengo razón. Hay que ir colgándose las cosas en la cabeza y hacer de la cabeza un museo. Pero precisa conocer también su colocación para volver a verlas u ocultarlas a placer.

—Eso hay que poder hacerlo, murmuró ella.

El respondió:

—Ahora, yo lo puedo.

En ocasiones llegábanse juntos hasta Pau. Cierta tarde tuvo que hacer ella un par de visitas y, mientras las hacía, Jorge, solitario, púsose a pasear por el boulevar de los Pirineos.

El invierno tenía una trasparencia primaveral. Apenas si, en frente, había despojado las colinas de Jurançon, ornadas de vistosos viñedos y boscajes. Un arroyuelo culebreante y de poco fondo corría al pie de los muros que sostenían la elevada villa. Bajando la vista descubríase la estación infecta y un paisaje estropeado. Pero en el conjunto de los vastos cuadros expuestos a la mirada desaparecían estos pequeños planos miserables. Luego el llano se extendía hasta las escarpaduras, surcado de graciosas carreteras. Veíanse quintas y castillos sobre los flancos de las alturas llenas de arboleda. Más lejos toda la cordillera nevada de las grandes montañas se elevaba y, tras ellas, ya era otro mundo, la España que no cambia, protegida por aquella muralla sublime, la verdadera y única barrera entre el Asia, Europa y los imperios de Africa. (1) De este a oeste, sin una grieta, erguíase con sus formas eternas pero la luz cambiante de cada minuto no cesaba de transformarla. Resplandeciente poco antes y de cruda blancura, unas nubes color de rosa caían ahora sobre las cumbres y bruscamente parecieron arder. Llameaban. En la gloria fatigada del día el viejo sol corría de montaña en montaña alumbrando incendios.

Jorge, apartando los ojos del vasto panorama de los Pirineos miró en torno suyo. Sobre los bancos del paseo unos ancianos indiferentes a tanta hermosura, cabeceaban sus sueñecitos en la blanda tibieza del boulevard; varios enfermos, hundidos de pecho, pascaban lentamente.

Aspiraban el aire con fruición y su esperanza de durar se leía en sus ojos ávidos. Sus rostros demacrados mostraban todavía su placer de vivir. Una vida, reducida muy lentamente, les animaba y, entre los esplendores de aquella naturaleza sólo pensaba de la energía nueva que allí podían cobrar para fortalecer, economizando las suyas.

—No quieren morir, pensó Dewalter con desdén.

Pero se percataba que tenía con ellos algo de común y que aquella hermosa tarde se asemejaba a los extenuados.

Apretó el paso, camino del castillo. Iba por un amplio sendero que se internaba por un bosquecillo. Bajo los árboles desnudos iba pisando pequeñas manchas de luz. Un olor de moho rampaba bajo el ramaje árido; los techos de la ciudad baja se oscurecían. Las tejas azuleaban, poníanse grises luego y, de pronto cayó la noche.

Jorge reanudó su marcha en sentido inverso hasta una iglesia enclavada entre los dos grandes hoteles de la villa. Entró. Incapaz de orar, se entregó a la meditación.

Por fin, oyó que daban las cinco, y se reunió con Estefanía que le aguardaba desde momentos antes en su coche, a pocos pasos, ante un pequeño té que habían elegido como punto de reunión.

Una música temblona se filtraba del interior al abrir la puerta y se veía una tienda torpemente dispuesta en sala de consumo. La iluminación era pobre y el lugar mediocre. Pero afluía allí la gente y las parejas que bailaban mal acompañadas por tres músicos vulgares daban, sin ser numerosas una impresión de multitud en el estrecho local. Estefanía y Dewalter se encontraron con el varón de Baragnas, que ella no había vuelto a ver desde su visita en Biarritz. Pareció muy contento de encontrar a lady Oswill; díjole que conocía su regreso y preguntó a Dewalter si intervendría en las cacerías de zorras. Alabó las dificultades del recorrido y afirmó, no sin orgullo, que los sportsmen venían de lejos por amor al peligro. Refirió que el joven Chillet, en una nueva caída del caballo había sufrido una luxación en la muñeca. Y reía despiadado. Pero su ojo verde y seco de viejo bruto se suavizaba para mirar a Estefanía y se hacía simpático para observar a Dewalter. Prometió ir en breve a Olorón.

—Reuniré a varios amigos una de estas noches.

Baragnas recomendó que no le olvidase a él. La había visto niña. Adivinábala dichosa, y, con el acierto sutil de caballero de calidad sin asomos de impertinencia y claramente, sin embargo, le dió a entender los votos que formulaba por su felicidad.

—Aún recuerdo de cuando Estefanía era muchacha, le dijo a Dewalter. En nuestros pequeños escuadrones era una amazona fuerte. Siempre me tomaba la delantera y el jefe del equipo, siempre estaba seguro, al volver la cabeza de encontrarse con ella, la primera tras él. Mucho tiempo hacía que había renunciado a los hermosos placeres sencillos de la vida; pero vamos a contarla de nuevo entre nosotros.

Ella, reía contenta por la confianza que Baragnas ponía en las virtudes dichosas de su amor y, verdaderamente, con la alegría nueva de una mujer cuya vida acaba de empezar. Safieron. La atmósfera era tibia, perfumada, y había desaparecido la frescura del crepúsculo. En medio de la noche luminosa, las grandes montañas se erguían a lo lejos cual un muro sombrío. Los pasos resonaban en la calle silenciosa. Estefanía se detuvo ante la tienda de un anticuario y Baragnas se fué. Había visto en la vitrina un collar cuya belleza le había llamado la atención, una especie de aderezo compuesto de brillantes antiguos. Jorge la invitó a entrar para examinar la joya.

El mercader, gordo y amarillento, ponderaba las excelencias del artículo con acento italiano y tras él su esposa, opulenta y lustrosa, le ayudaba. Estaban obesos y torpes por su existencia sedentaria. Vivían día y noche entre un hacinamiento de muebles, telas, bibelots, vajillas, cuadros de arte, estatuas religiosas, etc. La tienda era honda y se hallaba repleta de objetos dispares como gigantesco carro de mudanzas y, por los estrechos pasillos que habían reservado, circulaban con agilidad como ratas en el vientre de un buque. En torno de ellos, dormían bajo el polvo verdaderas fortunas, borrosas entre la semi-oscuridad que allí reinaba por economía. En ocasiones, de noche y una vez cerrada la tienda, los anticuarios sacaban de los cajones sedas maravillosas y las hacían gruñir gustosos junto a la mesa coja donde habían comido un mísero guisado.

El collar expuesto en la vitrina jugaba ahora en las manos de Stefanía. Era una bonita joya. El napolitano pedía por él catorce mil francos.

—No es caro, decía, agitando unas manos redondas, como sin huesos y semejantes a pequeños pulpos, no es nada caro. Relardo pagó trece mil...

El tal Relardo, de quien hablaba con afecto de cómplice, era él mismo. Y la señora de Relardo mostrando unos ojos cándidos en su rostro abotargado sonreía obsequiosa pensando en los seis mil francos que había dado para adquirir el viejo aderezo.

Conocía a lady Oswill y ya se barruntaba que iba a vender al precio pedido. Estefanía parecía decidirse. Jorge se anticipó y le ofreció la joya. Sonrió ella y dijo que se la pondría con frecuencia.

Ayudada por la vendedora se la puso al cuello mientras Dewalter pagaba al italiano. Entonces, le quedaron en el bolsillo tres mil francos.

Cumpliánse quince días que estaba en Olorón.

Llegada la noche, mientras se estaba ella arreglando para la comida Jorge le dijo dos cosas: que tenía un viejo notario antiguo tutor suyo entre la muerte de su padre y su mayoría de edad, fiel servidor suyo, y que pensaba hacerle venir por un par de días. Le explicó que el tal Montnormand se ocupaba de sus asuntos mejor que él mismo. Distraída lady Oswill respondió que tendría mucho gusto en verle. También le dijo Dewalter que debía ella invitar para varios días a Pascualina Rarateyre. Pensaba que se le había prometido y añadió que era mejor hacerlo cuanto antes, mientras estuviese allí el notario. Así no se perturbaría su soledad más que una vez. Rió ella, de acuerdo.

Estefanía añadió que aprovecharía la ocasión para dar una cena a varios íntimos y comunicó a Jorge los nombres. Quedaron conformes en fijar la fecha para cinco días más tarde, el 1.o de diciembre exactamente.

—Hará justo tres meses que te encontré en casa de Deleone, dijo Ella.

El se quedó mirándola y acercándosele respondió:

—Hubiera dado mi vida por un solo día.

Bajaron al salón comedor. Dos domésticos puestos de librea hacían el servicio, presentando el arte culinario de la vieja Antonia. Un antiguo reloj de pared, en medio del solemne silencio medía los minutos. Y parecía que volaban...

XXIII

—¡Bravo, señor! ¡Hermoso escopetazo!, exclamó Nicolás con admiración.

—¿Verdad?, aprobó lady Oswill.

Dewalter tendió al guarda el arma aún caliente y el patito ensangrentado.

—Le he tirado detrás del estanque, dijo.

Regresaban de un paseo de dos horas por tierras de la heredad. Habíales tentado la belleza de la noche, noche clarísima iluminada por una luna campesina, carillena y rojiza como un rostro de payés. Eran las diez. Dos vueltas más de la gran manecilla de los relojes del castillo, dos pasos de la pequeña, y allí estaría ya diciembre.

La nieve, rara en aquellas regiones, había descendido de los montes por la tarde. Había espolvoreado los árboles y luego el viento la había barrido hacia los Pirineos, donde estaba como en su casa. En aquellos momentos la que había caído se estaba congelando sobre el parque, dándole un inesperado aspecto de paisaje norteño. Unas bandadas de pájaros habían cruzado raudas por el cielo.

—Nuestros invitados encontrarán fangosa la carretera, observó Estefanía.

Dióse la cena según estaba proyectado. Había invitado a Pascualina Rareteyre, a los de Lutze, Cinegiak, Baragnas y otros varios, habiéndoseles preparado habitaciones. Pasarían veinticuatro horas en el castillo. Y Dewalter esperaba a Montnormand. Pero Estefanía, segura de que el servicio iba a marchar bien después de aumentar los sirvientes en la cocina y otras dependencias, no se ocupaba de la recepción. No pensaba más que en el paseo que acababa de dar con su amigo.

—Es hermoso todo esto, ¿verdad?, dijo ella.

—Sí, respondió Dewalter. El suelo honrado que pisamos, los robles inmóviles y, en torno, la tierra silenciosa... la noche... y todo el cielo entre las paredes...

Hablaba gravemente, con expresión serena, de pie ante ella, sentada en un gran sillón de la sala de entrada. El aire frío había hecho afluir la sangre a sus semblantes. Estefanía estaba bonita, con hermosura esplendente y dichosa. Y dijo:

—Es algo muy grato golpear con el pie el suelo natal que nos pertenece. Me inspiran lástima los que no tienen la sana sensación de la propiedad.

—Sí, son dignos de lástima, dijo él.

Quedóse mirándola. Rasgó de pronto el silencio de la noche, el alarido reiterado de un tren. Jorge preguntó:

(1) Lo cual supone bien poca cosa con el inmenso vaso comunicante de nuestro Mediterráneo que, para efectos de la civilización, pasada y futura, anula esa y cien otras barreras que viera líricamente Monsieur Frondaie. Y excúsese el diálogo. (N. del T.)

Impreso en los talleres de la Emp. "Zig Zag"

El Mayor placer para una Mujer es el de ser bonita

Lo conseguirá Vd ó conservará la belleza que ya posee, empleando para su tocado diario la inimitable **CRÈME SIMON**

CRÈME SIMON

es sinónimo de Juventud y Belleza.

M. R.

CINZANO
M. R.
VERMOUTH

N.º 8

$1.20

BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Para Todos

M. R.

Es propiedad

Los doctores aconsejan

el
consumo
diario
del porridge
de

AVENA GAVILLA

porque
ellos conocen
exactamente
el papel que
desempeñan
en el organismo
sus excepcionales condiciones nutritivas.

Acostúmbrese Ud. a tomarlo todos los días ya sea en el desayuno o a la hora de once.

No hace engordar pero sin embargo tonifica.

Es el alimento ideal para todas las edades.

Porridgee Ud. diariamente.

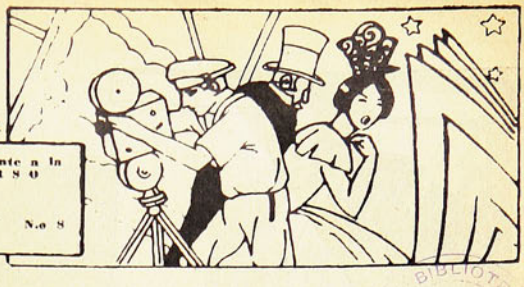
PARA TODOS MR

Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía UNIVERSO

REVISTA QUINCENAL

Año I — N.o 8

Santiago de Chile, 17 de enero de 1928



BIBLIOTECA DIARIO ILUSTRADO Y REVISTAS Chilenas

A la luz de la Estrella

por María Rodziewicz

I

UN hondo silencio. Del cielo ha huído el sol, y lentamente van asomando los granitos de plata de los astros. En la tierra cesó todo esfuerzo, y en los hogares, agazapados en las ondulaciones del monte las luecitas de las casas hacen guiños ingénuos a las claras estrellas. Para el hombre, para el sol y para los bancales florecientes, fina un largo día de mayo. Baña los campos el relente, tal el sudor de la tierra fatigada. Hablan los astros del ímpetu incansable de los mundos, y los cantares de la noche, del vigor indomable de los hombres.

Un río cruza el pueblo, y ahora él sólo vive, susurra y parlotea. Llega al agua el reflejo centelleante de las casas vecinas, y se esparce sobre la trémula superficie como una larga pincelada sangrienta. Brota de la aldea una copla, que rasga virilmente el silencio.

Dentro de una de las casas hay cuatro personas. Un campesino medio tumbado fuma indolentemente su pipa. Una mujer adereza una cacerola de patatas, y junto a la ventana tañe el violín un mozo, acompañando a la copla.

Y recostada cerca del hogar, hay una hermosa joven, que enlazadas las manos en la nuca, voluptuoso el perfil, mira provocativamente al campesino.

Un pañuelo de seda abigarrado recoge su cabellera recortada. Se advierte en ella a una mujer casada, porque no lleva al cuello ninguno de esos lindos collares que delatan a las muchachas solteras.

Es joven y arrogante, de cejas negras y de morena tez. Alta y ágil. Hay algo de salvaje en su ademán y una chispa de exaltación en sus pupilas.

Hace un rato que canta en la misma lánguida postura. Se yergue, a veces, provocativa, excitando al labriego con miradas fulgurantes, mostrándole la púrpura sensual de sus labios.

Cada vez que el hogar se amortigua, la anciana añade unos troncos al fogón, y al pasar acaricia tiernamente a la mujer. En fin, el mozo deja caer el arco y la joven calla. Se produce una extraña inquietud en el hogar.

—Canta más—apunta la anciana.

—¡Ya basta! ¡Se ha terminado!—contesta, muy engallada, la joven.

—¿Cómo es eso? ¿Por qué ha de terminarse?—dice el campesino.—¡Todavía no cantaste la copla de la boda!

—¡De la boda!—replicó la joven desdeñosamente.—A ti te la han cantado. Y a mí, también.

Tristemente inclina la cabeza, como si en aquel instante se sintiese envejecer.

—¿Qué importa?—contestó él adelantándose.—Nos han cantado la boda a los dos por separado... La cantaremos hoy juntos.

—¡Ah, pillo—dice riendo la vieja.—No tienes prisa por ir con tu mujercita.

—¡No se escapará—contestó el campesino bruscamente.—¡Marynka! ¡Sigue cantando!

Se ríe de un modo sarcástico. Echa atrás la cabeza hasta el punto de que el pañuelo se le arrolla al cuello, y comienza la copla de la boda, que es poco divertida. El labriego la canta también.

En este momento se abre la puerta de par en par y se oye el saludo acostumbrado.

—¡Alabado sea Dios!

La canción se interrumpe bruscamente. La joven mira hacia el recién llegado. Se echa un poco atrás y palidece. El labriego se levanta, e instintivamente se apodera de un remo que hay en un rincón. La anciana da un grito, palmoteando.

Sólo el dueño parece no sorprenderse. Se inclina hacia el visitante y contesta:

—¡Por todos los siglos!

El huésped entra, cerrando tras sí la puerta. Es joven, robusto y bien proporcionado. Es un rostro sereno y melancólico. Lleva una pelliza gris con trencillas verdes, una gorra con galones de guarda forestal y botas de monte. Lleva al hombro un zurrón y un fusil que descuelga al punto, dejándolo en un rincón. Luego se vuelve a la joven y le dice:

—Buenas noches, Marynka.

Y sonríe forzadamente.

—Buenas noches, Jacobo—contesta ella indiferente.

—Y lo mismo a ustedes, padre y madre, y a ti, Matías... ¿Qué tal os va? ¿Todo bien?

—Sí... Siempre lo mismo... ¿Y tú, qué cuentas hijo?

—Bah... Igual...—contesta él, asintiendo con la cabeza.

—¿Tienes apetito, verdad?

—No. Sólo estoy cansado. Es un buen trecho de camino... Quisiera descansar un poco.

Se seca con la manga el sudor de la frente. Debe ser el suyo un raro cansancio, porque está pálido, y tiene resecos los labios. Se desploma sobre un banco y suspira.

—¡Quieres una copa de aguardiente!—dice Matías.—Se ve que has tropezado con algún fantasma...

—Las penas son más fuertes que los fantasmas... Muchas gracias por la copa. Después de mi boda juré no beber nunca.

Sigue un silencio angustioso. El huésped, que mira por la ventana, rompe este silencio abrumador.

—¡Noche, divina noche! ¡Ni un movimiento, ni una voz! Su aliento me llega al alma. ¡Va a ser muy hermoso mi viaje de regreso!

—¿No te quedas esta noche?—pregunta la anciana.

—¡Ah, no! Tengo mucha prisa de volver a casa. El trabajo me llama... Me quedaré una hora, hasta que asome la luna.

Se levanta. Se aproxima a la joven. Se sienta al lado de ella y le toma una mano entre las suyas.

—¿Cantabas coplas cuando yo llegué? Canta ahora para mí... Canta otra vez.

Ella se deja mimar, indiferente, como de mármol. Mira con ojos sombríos hacia las estrellas. El clava en aquellos ojos los suyos, tan tristes, mendigando una mirada.

Fuera, los vigila Matías, receloso e intranquilo, al principio; luego arrogante y retador. Carga la pipa y comienza a tatarear una copla, entre sonrisas burlonas.

—Bonita copla cantas—le interrumpe Jacobo.—Da gusto oirte...

Y vuelve la cabeza, abatido por la helada indiferencia de Marynka. Esconde la frente entre las manos, y queda adormecido, absorto.

Matías sigue cantando, sin que de su boca se borre la cínica sonrisa.

—Sí, eso es!—dice con brusquedad Jacobo.

Se yergue altivamente y añade:

—Mi mujer nunca quiere ya cantar para mí... ¡Gracias por tus coplas! En mi cabaña nunca se oye cantar. Así es que oirte a ti es para mí una gran cosa... En mi casa, la noche es muy tranquila. Mi vieja madrecita gimotea, los grillos tañen sus violines rotos y los árboles zumban con el viento..

Se echa a reír. Se ajusta la pelliza y toma el fusil.

—Queda mucho por andar. Ya es hora. Prepárate, Marynka—dice, cargando la pipa.

—Mejor sería que te quedases esta noche—replica la vieja.

—No. Se rema bien. El camino es largo y amanece pronto... Es hora de marchar a casa.

La joven se levanta como un autómata, sin protesta alguna. Pero centellea en sus ojos una cólera refrenada. Calladamente comienza a disponer sus enseres para el viaje. La madre le ayuda con manos temblorosas. Matías da las buenas noches y desaparece. Jacobo, con la mirada fija en el fogón, aguarda impaciente a su mujer.

—Escúchame, hijo—implora el viejo.—Tú tienes buen sentido... No la castigues mucho. ¡Es una infeliz!

La vieja se apodera de una de las manos de Jacobo:

—¡Ten piedad! No le pegues... Ya volverá al buen camino—le ruega, clavando en él sus ojos apagados.

Jacobo miró en torno. Marynka estaba ya dispuesta. Lleva su envoltorio bajo el brazo, y le mira con más curiosidad que miedo.

—¡Trae! ¡Yo te lo llevo!—dice él rápidamente.

Luego se inclina ante los viejos, quitándose la gorra.

—¡Alabado sea Dios!

—¡Por todos los siglos! ¡Buen viaje!

Chirría la puerta al cerrarse, y todo queda en reposo.

II

Jacobo y Marynka descienden hacia el río sin cambiar una palabra. La luna dibuja en el camino las dos siluetas que siguen a los dos esposos como una escolta de espectros.

Encuentran a algunas muchachas con cántaros a la cintura, que vienen a buscar agua. Se saludan al pasar; pero cuando Marynka y Jacobo se alejan, las mozas ríen y cuchichean.

—¿Véis? Ahí tenéis al bueno de Jacobo que fué a buscar otra vez a su querida mujercita.

—Es que le quiere domar su sangre gitana, el pobrecillo... !Ja, ja, ja!

Jacobo ha escuchado el bisbiseo. Bajó la cabeza y se encendió de rubor su cara. Pero nada dice. Por el prado desciende hasta el río, que con suave murmullo va meciendo una barquilla. Hay juncos secos en el fondo.

Marynka se recuesta sobre los juncos acomodándose para dormir. Jacobo le da el envoltorio y empuja la barca, saltando en ella.

Pronto se acercan a la otra orilla, perdiéndose en las sombras de un cañaveral. En una curva del río pierden de vista la aldea. Están ya solos, completamente solos, en esta hermosa noche de mayo.

Jacobo se quita la pelliza, se descuelga el fusil y el zurrón. El aliento de la noche, que antes sintió llegar al corazón, lo envuelve ahora por entero. La luna le inunda con su luz y abre en el río surcos blancos.

Jacobo mira tristemente a lo lejos. Un olor acre y húmedo se alza del fondo del agua, al

En este momento se abre la puerta de par en par...

agitar con el remo el musgo podrido del cauce.

En la lámina azul del río brillaban lirios acuáticos y grises masas de juncos. En los bosques ribereños cantan los risueñores. Hay fuegos fátuos a lo lejos y ruedan por el aire vagas neblinas. No se distingue rastro humano en todo el contorno.

Jacobo sigue remando silenciosamente, como si no quisiese turbar la honda quietud de la noche. Marynka, acostada en el fondo de la barca, simula dormir.

Al fin comienza Jacobo a implorar, apasionado:

—Marynka... ¿Me quieres escuchar?

—¡Habla!—contesta Marynka, ceñuda y sordamente.

—Dime... ¿Qué te pasa?

—Nada... Me fastidias...—susurra ella.

—¡Ah! Mi madre dijo la verdad... "Recoge un perro vagabundo, acaríciale, dale de comer, y te será fiel... Pero no hagas lo mismo con los hombres. Te morderán, te abandonarán..."

—Ha sido la verdad. Tú no debiste juntarte conmigo.

Jacobo la mira asombrado.

—No viniste conmigo a la fuerza... ¿Es que ya lo has olvidado. Hace dos años que nos encontramos, la noche de San Juan, en aquel bosque tan oscuro. Los mozos habían encendido hogueras; las muchachas cantaban viejas coplas... Yo salté la hoguera más alta y tú cantaste la copla más bella. ¡Marynka! ¿Qué mal te hice yo por quererte? ¿Y cómo pude yo sospechar que tú solo me querías aquella noche? Entonces bien conocí que me querías, desgraciada... Bajo aquella encina esperamos el amanecer, juntas las manos, entre encendidas palabras de cariño... ¡Tú lo has olvidado, pero yo nunca lo olvido! Y ¿qué mal te hice después? Visité a tus padres, me humillé ante ellos, y tú me secundaste... Los otros te querían para satisfacer un capricho; pero ninguno hubiera dado por ti la vida... ¡Yo sí! Esta es toda mi culpa.

Hunde el remo en las ondas. Algunos peces aletean en la superficie. Callan un instante los pájaros. Cabecea bruscamente la barca. El silencio nocturno aquieta, al fin, a Jacobo. Con voz emocionada comienza a recordar el pasado:

—Visité a tus padres, y en la entrevista a la orilla de este río, te hablé con toda el alma: "Mi ruiseñor, mi jilguero, ven a mi casa, mi reina, mi amada... Eres toda mi fortuna. Serás allí como las niñas de mis ojos. No me importa lo que digan de ti. A ti sola te quiero. Sacrificaré mi vida para que tú vivas contenta..." Y fuiste mía. Te dejaste acariciar; encadenaste mi razón. Cuando me incliné ante tus padres para pedir tu mano, tú llorabas como una mujer buena. Era feliz entonces... ¡oh, noche, noche inolvidable! A mi vuelta sólo la noche era testigo de mi felicidad, de mi jubiloso orgullo... Muchas veces iba yo entonces por los parajes donde brinca el demonio sobre el agua, donde las ondas llevan témpanos de hielo que amenazan de muerte y nunca tuve miedo... ¡Tan fuerte me sentía y tan tranquilo por ti! ¡Tú eras mi destino y mi fortaleza! ¿Y qué ha quedado de todo? Seis meses apenas duró aquello. Desde el altar te llevé a mi casa en una noche como ésta, para que allí fueses mi alegría y mi paz, mi riqueza y toda mi felicidad... Ya no piensas en esto, mujer... ¡Dios! Si yo hubiera matado a un hombre y fuera con su huérfano tan bueno como contigo, me hubiera redimido ante él de la sangre de su padre, y tú has mordido mi mano y has hecho de mi alma un guiñapo... Mi vieja madre dijo la verdad: "¡No quieras a nadie!"

Seguía gimiendo sordamente:

—Me has abandonado, has huído de mí... Me revolcaba entonces en el polvo, mordía las piedras, no había en mí una vena ni un hueso que no me doliese atrozmente. Había sangre entre mis lágrimas y una gran locura destrozaba mi cerebro... ¡oh buen Dios! Una madre no llora tanto a su hijo único como yo te lloré a ti. Me has herido entonces de muerte; pero me aferraba a esta idea: "¡Volverá en sí. Se recobrará. Le daré cuenta de mi tortura..." Y me fuí a tu casa, te llevé conmigo, sin prestar atención a las risas, a las ironías, a las vergonzosas alusiones... Así me aconsejó entonces la noche. La escuchaba al remar en tu camino, y susurraba a mi oído: "¡Sé paciente! ¡Con la bondad la has de vencer!" Y cuando volviste, sólo te pedí que trabajases, pensando que habían huído de ti los malos pensamientos. No te maltraté. No te toqué un sólo cabello... Sólo te imploré dulcemente... En premio, te fuiste otra vez. Mi madre me dijo: "déjala!" Pero yo no podía. La gente me decía: "¡Mátala!" Pero yo no quise.

—¡Debiste matarme!—interrumpe Marynka. —¡Matarme, terminar ya de una vez!

Jacobo la mira un instante, lleno de terror. Luego vuelve los ojos y permanece callado largo tiempo.

—Ninguna buena idea se me ocurría. Mis labios habían olvidado la sonrisa, y el mundo que yo veía era gris y turbio, como sumergido en un eterno otoño. Entonces decidí acabar. Sabía bien que no había de arrancarte de los brazos de Matías, ni con amenazas ni con súplicas, ni por piedad, ni por la sangre. Ya no quise luchar más. Aprendí a repetirme muchas veces esta idea hasta que mi alma quedó destrozada, hasta que vencí la amargura y la vergüenza, y mi corazón quedó muerto de dolor... "Sí, ¡hay que terminar! Es hora. Uno de nosotros está de sobra en el mundo..." Hasta que llegó la primavera. Tú llorabas escondiéndote por los rincones. Tus ojos estaban fríos. Estabas como petrificada por la desesperación. Cada día volvía a casa más inquieto, esperando siempre no hallarte ya... Y una noche miré... ¡No estabas! Tú misma has pronunciado el fallo.

—¿Qué fallo?

Marynka palidece y mira aterrada a Jacobo.

Se yergue ante ella todo iluminado de luna. Por encima de su cabeza miraba el río inquieto. Un negro molino de viento emerge como un fantasma.

Jacobo gira repentinamente a la derecha, internándose en un angosto desfiladero.

—¡Este no es nuestro camino!—grita la mujer levantándose.

—¡Nuestro no es! ¡Pero sí es el tuyo! Por aquí tendrás más cerca a tu Matías.

Marynka comienza a impacientarse y mira ansiosa hacia las orillas. Busca un sitio propicio para saltar y huir. Jacobo lo advierte y sonríe con irónica tristeza.

—Sí, sí, Marynka... Has abandonado a un hombre bueno para buscar a un amante; pero está cerca tu castigo... No tendrás que esperar la muerte mucho tiempo... No la verás llegar cuando la vejez la hace menos terrible... ¡Sí, sí, no podrás escapar a tu destino!

III

Habla Jacobo lentamente, con gran serenidad.

con una firme decisión. Ambas orillas del río están llenas de fango, y por aquel trecho es muy profundo el cauce. La luna se desliza con ellos por el agua. El silencio es más hondo, porque los ruiseñores no cantan en las riberas fangosas.

—Aquí y allí brillan, como chispas, las luciérnagas. Apenas se oyen unos sordos gemidos que no se sabe de dónde llegan, del aire, del fondo del río o del valle lejano.

De vez en cuando la niebla blanquecina de la noche dibuja extrañas siluetas que huyen ante la barca, se esconden en una curva del río, vuelven a surgir, persiguiéndolas.

Una terrible angustia se apodera de Marynka. Siente que algo trágico le amenaza. Tiembla todo su cuerpo, y se acurruca en el fondo de la barca.

También Jacobo parece escuchar y comprender. Su rostro se endurece poco a poco. Un sudor frío perla su frente. Todavía lucha con los restos de su gran amor. En su alma escucha aun la súplica de gracia... Lucha sordamente consigo mismo..

Pero comienza a oír el consejo de los malos espíritus de la noche. Se aferra a su diabólica intención...

Del angosto desfiladero desemboca la lancha a un desnudo y ancho remanso. No crecen aquí lirios acuáticos. Pequeños remolinos se agitan como serpientes. Jacobo continúa con voz reconcentrada.

—Me has cerrado el mundo, y yo te lo he cerrado a ti. Pero no pertenecerás ni a mí ni a nadie... ¡Qué quieres, di, más en el mundo? Hay que acabar con todo... Así está escrito. Como cuerpo sin alma, así estaré yo sin ti, como tu estarás sin mí. Por última vez. Fuí a buscarte... Ahora cumpliré tu deseo. El río va hacia la aldea. Vas a volver a la casa, hacia tu amante... Estarás en libertad de acariciarle. Ya podrá él, en las noches oscuras, cantar bajo tu ventana... Te regalaré a él...

Deja el remo, y del bolsillo del pantalón saca un gran pañuelo, ricamente bordado en los cuatro ángulos...

—Ya que has sido mi mujer, te voy a despedir con este pañuelo de fiesta.

La barca gira sobre sí misma en un remolino.

—¡Jacobo!—grita la mujer.—¡Déjame vivir!

—¡Y tú, me has dejado vivir?

Se abalanza a ella.

—¡Asesino! ¡Jacobo!

Su voz se apaga. Jacobo sujeta a Marynka con una mano, y con la otra le rodea fuertemente la cara con el pañuelo, anudándoselo en la garganta. Sigue defendiéndose débilmente bajo aquella violenta robustez de oso irritado. El la levanta en los brazos, duda un momento, y luego la empuja lejos de sí, hacia el remolino.

El agua se cubre de espumas, y acepta la ofrenda. Cebándose en su tortura la arroja una y otra vez a la superficie como burlándose de los últimos e inútiles esfuerzos de Marynka.

El blanco pañuelo brilla un instante, se ven asomar rígidos los brazos... Luego, nada. Sólo se escucha el silbido del agua arremolinada que se aquieta en círculos cada vez más anchos.

Jacobo se limpia con la manga el frío sudor de su frente. Levanta el remo y se dirige al desfiladero.

Otra vez el gran silencio. Le sigue la luna plateada, y las neblinas grises que parecían querer colgarse de la lancha. Las cruzadas aspas del molino le obstruyen el paso, como un indicio de la fatalidad. La lancha sigue por el blanco sendero de la luna. Aligerada de la mitad de su peso, avanza por la corriente. Su último canto del amanecer.

De pronto Jacobo se deja caer en el fondo de la lancha, gimiendo, sollozando, aullando, en una desesperación salvaje. La corriente empuja la barca hacia un pequeño seno, y otra vez un sollozo interrumpe el silencio nocturno, el canto de los ruiseñores y rasga la brisa ligera del amanecer.

IV

Seis meses después, cuando el otoño muere entre sollozos del viento y una fría lluvia golpea los cristales, Jacobo se despide de su madre.

Está el reo sentado en un jergón, ya dispuesto para la larga caminata, ya borrado para siempre de la sociedad de los hombres. Como de costumbre, permanece tranquilo, en su tristeza, inclinada la cabeza sobre el pecho y tendidos los brazos a lo largo del cuerpo.

La madre se sienta en el suelo junto a Jacobo. Entre los dos reposa el equipaje del condenado, que ella misma cosió y aderezó para el viaje. También ella está preparada. Unas alforjas cuelgan de su hombro, y en la mano tiene un cayado de mendigo.

Así están uno frente al otro, al parecer lejanos de toda protesta de dolor. Sólo en los ojos de la anciana se consumen las últimas arenas del llanto. Pronto en su rostro, casi petrificado, todo quedaría inerte, insensible.

Están ya dispuestos desde hace tiempo: ella, a la vejez sin socorro alguno; él, al castigo de la justicia de los hombres.

Nada tienen ya que decirse. El, no sabe escribir; no podrá enviarle sus noticias. Ella, la mendiga, tampoco podrá recibirlas. Son dos cadáveres que

—¡Jacobo! ¡Déjame vivir!...
—¿Y tú me has dejado vivir?

(Ilustró Arévalo)

por un capricho de la suerte se mueven todavía, entre la indiferencia de los hombres.

Después de un largo silencio, dice, al fin, la madre:

—¿Te sientes mejor, hijo?

—¿Por qué lo dices?

—Ella ya no te atormentará...

—No—interrumpe Jacobo.—De mí no puedo arrojarla. Aquí la tengo hasta la muerte. La borré del mundo, no por aliviar mi vida, sino por un afán justiciero. Corto fué su sufrir, pero el mío no tendrá otro fin que la muerte. Ni un momento se alejó de mí. ¡La llevo siempre conmigo! ¡Siempre!

—¡Maldita, maldita sea!—prorrumpe la anciana, entre gemidos.

—¡Calla, calla, madre!—replica Jacobo, amenazador.—No pienses tú en ella. No la maldigas. Ya la arrojé del mundo. Allí está, en el fondo del río. Nada importa ya Marynka a nadie. No existe para ti; ¡déjala en paz! Sólo a mí me importa.

—¡Hijo!

—¡Vete, vete! Se acerca ya la noche. Es preciso despedirnos.

Se levanta y besa las manos nudosas de la anciana.

—¡Gracias, por tu cariño y por tu lástima!—y añade sordamente:—Y también por todo esto... No necesito más. ¡Vete, madre!

Temblando de dolor, se alza la vieja del suelo. Corren nuevas lágrimas por sus aradas mejillas. Con sus manos vacilantes se seca el llanto, y acostumbrada a obedecer a aquel que fué el amparo de su vejez, avanza lentamente hacia la puerta de la alcoba celda.

—¡Madre! — grita Jacobo. — ¡Piensa bien en eso! No la maldigas. ¡Qué descanse en paz!

La anciana se detiene. Jacobo sigue hablando:

—Tenía que expiar su traición... ¡Promete que cumplirás mi deseo, que la dejarás en paz!

—¡Lo cumpliré hijo mío!—responde ella sollozando.

En el umbral se vuelve de nuevo hacia Jacobo.

—¡Alabado sea Dios!—dice como de costumbre, en despedida.

Y él contesta, inclinando, abrumado, la cabeza:

—¡Por todos los siglos!

¿QUE TIMBRE DE VOZ TIENE

LAS HAY SUAVES COMO CARICIA

Pola Negri: cada ruego, un mandato; cada mandato, una caricia. Tal es su voz.

¿Ha pensado alguna vez qué sonido de voz tiene la artista cinematográfica a quien usted tanto admira? Esto ha sido un misterio hasta ahora, pero no lo continuará siendo en el futuro.

Clara Bow, la bella rubia de movimientos rápidos y sentires intensos, tiene una voz suave, sonora y atrayente. Cuando habla parece que acaricia.

Bebé Daniels, al contrario de lo que aparece en la pantalla, tiene una voz melodiosa, sentimental y llena de ternura. Cuando habla conquista más corazones que cuando actúa.

Pola Negri conserva en su voz todo el colorido de su patria y todo el misterioso encanto del sentimentalismo ruso. Su tono es firme, voz que impone respeto y admiración. Cada ruego es un mandato; cada mandato una caricia.

Esther Ralston tiene un sonido de voz que no difiere del de la generalidad. Ni alto ni bajo, no hiere el oído ni llega al corazón.

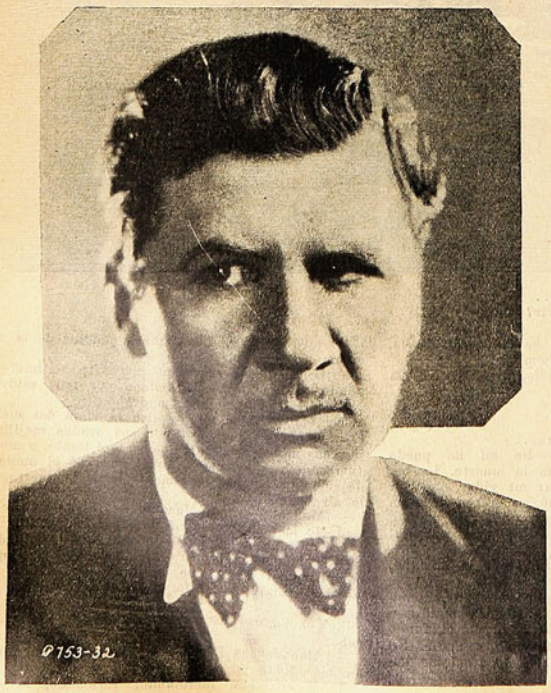
Entre los actores, la cosa es distinta. Cada uno de ellos tiene algo peculiar y todos ellos un mucho en común. Debido a que todos aprendieron vocalización, sus voces conservan mucho de la gravedad de sus maestros. Con todo, cada uno de ellos tiene algo distinto que lo hace único.

George Bancroft y Richard Dix hablan con acento dramático. Al oírlos se puede notar el acento de sinceridad que ponen en sus expresiones. Thomas Meighan y Adolphe Menjou se pueden oír a un kilómetro de distancia. Chester Conklin, por el contrario, tiene una voz fina, apagada, voz de escena silente, como él mismo dice. Cuando Conklin y Bancroft se ponen a discutir cualquier asunto acerca de su nueva producción "Dícelo a otro" dan la impresión de un ratoncito que riñe con un león. Tal es la diferencia de sus voces.

Emil Jannings tiene una voz fuerte, pudiéramos decir "cuadrada", como su tipo.

Raymond Hatton oscila entre el tenor y el barítono, un intermedio entre la urraca y la cotorra.

Si algún día el cinema dejase de ser escena silente para pasar a ser escena hablada, la voz de estos artistas no les favorecería mucho.



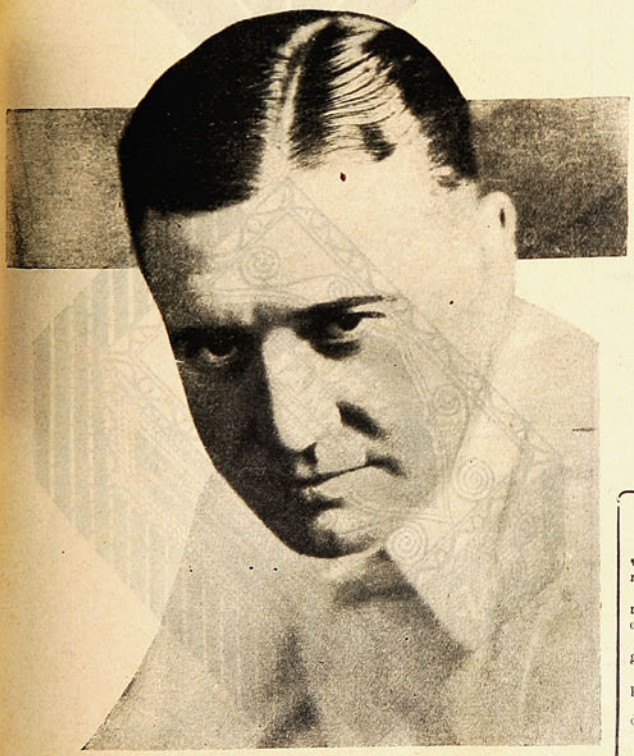
George Bancroft tiene voz de locomotora.

Clara Bow acaricia cuando habla. Pero habla poco.

SU "ESTRELLA" FAVORITA?

Y, ASPERAS COMO CHILLIDOS DE COTORRA

Bebé Daniels posee una voz tierna y sentimental.



Richard Dix habla con acento dramático

Esther Ralston tiene una voz vulgar.

CHISTES

Un mendigo llamó a la puerta de una casa, y el sirviente chino apareció.

—¡Me muero de hambre! — gimió el mendigo. — Dame algo que comer.

—¿Te gusta el pescado? — preguntó el chino.

—¡Seguro que me gusta! — replicó el mendigo.

—¡Entonces vuelve el viernes! — dijo el chino cerrando la puerta.

—Señor,— dice el mendigo haraposo, — no tengo casa y...

—No tienes que pagar renta, — le interrumpió el hombre a quien se dirigía. — Permíteme que te felicite.

—No tengo empleo...

—¡Hombre afortunado! No podrás perderlo.

—Pero, seriamente, señor, — dijo el mendigo. —No tengo dinero y...

—Y por consiguiente no tienes la tentación de darlo a mendigos perezosos. ¡Qué afortunado eres! ¡Adiós!

DE JULES RENARD

HISTORIAS NATURALES

La vaca

Se llama simplemente "la vaca". Es el nombre que le viene mejor.

La pulga

Un grano de tabaco con resorte.

La mariposa

Un dulce billete, doblado en dos pliegues, que busca una dirección de flor.

El matapiojo

Cura su oftalmía.

De una orilla a otra del río no hace más que lavar, en el agua fresca, sus ojos hinchados.

Y se estremece como si le estuvieran aplicando electricidad.

El caracol

Se pasea en los días de sol; pero no sabe caminar más que sobre la lengua.

La luciérnaga

¡Una gota de luna en la yerba!

El grajo

El subprefecto de los campos.

El cuervo

El acento grave sobre el surco.

La araña

Una manecita negra y peluda crispada sobre los cabellos.

El lagarto verde

¡Cuidado con la pintura!

La serpiente

I

Muy larga.

II

La diez millonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre.

La culebra

¿De qué vientre ha caído este cólico?

La comadreja

Pobre, pero limpia y distinguida; pasa y vuelve a pasar, a saltitos, por el camino y va de un surco a otro dando lecciones de distinción.

La langosta

¿Es el gendarme de los insectos?

Todo el día salta y se encarniza en la persecución de invisibles cazadores furtivos que nunca consigue atrapar.

Las yerbas más altas no la arredran.

A nadie tiene miedo, porque tiene botas de siete leguas, un cuello de toro, la frente de un pensador, alas de celuloide, cuernos diabóticos y un gran sable en la trasera.

Más como es imposible tener las virtudes de un gendarme sin poseer también sus vicios, menester es confesarlo: la langosta masca tabaco.

Si crees que yo miento, persíguela con tus dedos, salta tras ella en las cuatro direcciones y cuando hayas conseguido cogerla, entre dos saltos sobre una hoja de alfalfa, observa su boca: por entre sus terribles mandíbulas, secreta una espuma verde como mascaduras de tabaco.

Pero ya no la tendrás más. La furia de saltar se apodera de ella. El monstruo verde se te escapa, con un brusco esuerzo, y, frágil, desmontable, te deja un muslito en la mano.

El pavo real

Se va a casar seguramente hoy día. Esto debió haber sido ayer. En traje de gala, él estaba listo. No aguardaba más que a su prometida. Pero ella no vino. No puede, por lo tanto, tardar.

Victorioso, se pasea con su porte de príncipe indiano, y lleva sobre él los ricos presentes de costumbres. El amor aviva el brillo de sus colores y su penacho tiembla como una lira.

La novia no llega.

Se sube a lo alto del tejado y mira hacia el lado del sol. Lanza su grito diabólico:

—¡León! ¡León!

Así es como él llama a su novia. El camino está solitario y nadie responde. Las aves del corral, habituadas, ya no levantan la cabeza. Están cansadas de admirarlo. El desciende al patio, tan seguro está de su hermosura que es incapaz de rencor.

Su casamiento será para mañana.

Entretanto, no sabiendo qué hacer en el resto del día, se dirige a la escalinata. Sube las gradas, como las gradas de un templo, con paso ceremonioso.

Despliega su traje de cola ante los ojos que lo siguen.

Y repite, una vez más, la ceremonia.

El grillo

En la hora en que, después de errar, el insecto negro, vuelve de paseo y repara con inquietud en el desorden de su casa.

Primero raspa sus estrechos caminos de arena.

Hace excrementos y los aleja del umbral de su retiro.

Lima la raíz de un gran yerbaje que lo está molestando.

Reposa.

Después entra en su casa y cierra su puerta.

Durante mucho rato hace girar la llave en la cerradura delicada.

Y escucha:

Ninguna alarma, afuera.

Pero él no se encuentra seguro.

Y como por una cadenita, cuya polea chirriase, desciende hasta el fondo de la tierra.

Ya no se oye nada.

En la campiña silenciosa, los álamos se dirigen como dedos al cielo y señalan la luna.

La ballena

Tiene en la boca material para hacerse un corsé, pero con ese talle!...

El sollo

Inmóvil, a la sombra de un sauce, es el puñal escondido en el cinto de un viejo bandido.

Lo hacen un Dios o lo matan

Los indios salvajes brasileros, que guardan las perdidas minas de oro y de diamante, todavía recuerdan las crueldades de los conquistadores, por lo cual los exploradores blancos que penetran en sus selvas corren grandes peligros.

EN la región habitada por los indios Nambiquara, en los densos bosques de Matto Grosso, en la parte central y meridional del Brasil, un hombre blanco puede convertirse en cuarenta y ocho horas en una gran divinidad o en un cadáver. Francis Gow-Smith, que regresó recientemente de un viaje de exploración a través de la región de Matto Grosso, relata sombrías historias de la apasionada adoración que rinden los indios al hombre blanco, al que obligan a convertirse en su divinidad, y de las sangrientas venganzas que ejercen sobre aquellos que no cumplen con todos los requisitos exigidos para ser un Dios.

Desde 1728, los indios Nambiquara han alimentado un odio mortal contra los blancos, porque en esa época fueron sometidos a las grandes crueldades ejercitadas por los conquistadores españoles, que viajando a través de las selvas de la parte central de Sud América en busca de oro, pasaron por sus tierras. Forma parte del ritual de su religión, cantar una especie de himno de odio, diariamente, contra sus antiguos opresores. Sin embargo, al mismo tiempo el hombre blanco ejerce una extraña fascinación sobre ellos y lo consideran tan superior a los hombres de su raza, que muchas veces llegan a hacer de él un Dios.

Según Mr. Gow-Smith, es cuestión de buena o mala suerte ganar la buena voluntad de los indios. Muchas partidas de exploradores han tratado de penetrar en el país de Matto Grosso, una y otra vez, en busca de la Mina de los Mártires, descubierta por los jesuítas en 1728 y cuyas huellas se han perdido debido a la hostilidad de los indios. Pocos de esos exploradores han regresado, y ninguno pudo penetrar a las regiones hóstiles, pobladas por los indios. La mayor parte de los hombres que no regresaron, fueron muertos por ellos; pero se sabe en todo el país de las selvas, que dos o tres hombres blancos han sido consagrados como divinidades en las aldeas indias, ocultas en el corazón de las selvas de Matto Grosso.

Aquel que es escogido para ser una divinidad, languidecerá hasta el fin de sus días, en una vida ociosa y regalada. Las mujeres de la tribu le servirán de escolta como guardia de honor; y tan fieles son a su honrado deber que el Dios nunca queda sólo. Algunas veces bajo una cubierta fabricada con hojas de palmera y decorada con las flores rojas, amarillas y azules que crecen en las selvas. Las mujeres se inclinan ante él o cantan sus alabanzas a medias. Los frutos que producen las selvas se le traen cada día como alimento y además se le dan hormigas fritas, lagartos y peces frescos del río. El Dios debe compartir la suerte de los nativos, pero no está obligado a cazar, a pescar o a ejecutar ninguna clase de trabajo que parezca indigno de su divinidad. El Dios blanco no tiene libertad, porque su celoso cuerpo de guardia se halla siempre a su lado. Es casi imposible para él escaparse, cuando ha sido nombrado Dios no se le permiten largos paseos, aunque sea acompañado por su guardia de honor.

Mr. Gow-Smith cree que sería imposible para un hombre blanco vivir mucho tiempo en la espesura, si no fuese ayudado por los indios. La caza no abunda en esas intrincadas florestas y un hombre blanco no pensaría nunca en utilizar hormigas, serpientes, lagartos y cucarachas como alimento. Los ríos que serpentean a través de los bosques, son de agua tan clara, que hacen imposible la pesca por medio de anzuelo. Los indios permanecen atentos en la ribera del río y cuando pasa un pez le arrojan una especie de arpón. Esta manera de pescar, requiere considrable destreza que sólo puede ser adquirida por una larga práctica. Así es que, si uno desea vivir en Matto Grosso, lo mejor que puede hacer es solicitar que lo consagren Dios.

"Personalmente, considero que no debe visitarse esa región", añade Mr. Gow-Smith. "La comarca no es, ciertamente, un paraíso, mirado desde el punto de vista gastronómico; aunque es hermosa y agradable a la vista. Tapices de flores cuelgan desde las ramas de los árboles, y aún el viento es perfumado; pero el placer que se espera sentir por este derroche de color, es destruído por la increíble profusión de insectos. Existen docenas de variedades de crueles insectos, cualquiera de ellas más activa y molesta que todos los insectos que se conocen en las otras regiones de América. Sin embargo, se dice que después de cierto tiempo se acostumbra uno a sus picaduras.

"Cuando me decidí a penetrar en la región de las selvas de Matto Grosso, en busca de la Mina de los Mártires y de los fabulosos depósitos de diamantes, que según se dice, se hallan ocultos allí, sabía que debía encontrar algún medio de aplicar a los indios hostiles, si quería vivir. Es casi imposible anticipar lo que puede conquistar su favor; pero me decidí por un surtido de tabaco, telas de brillantes colores y avalorios. A estos artículos añadí un cargamento de flautas. Cuando llegué cerca de las primeras aldeas de los indios hostiles, saqué el tabaco y algunos avalorios, pero aunque los aceptaron, no parecían estar muy bien impresionados, y todo el

(Continúa a la vuelta)

El hombre blanco que es nombrado Dios por los indios de Nambiquara, se halla siempre bajo la custodia de las mujeres de la tribu y gozará de todo, excepto de la libertad.

LA ULTIMA CRONICA DE GOMEZ CARRILLO

Pocos días antes de morir, el ilustre cronista guatemalteco, Gómez Carrillo, envió al diario madrileño "A. B. C.", este interesante artículo, uno de los últimos escritos producidos por su infatigable pluma. El tema de este trabajo es por demás insinuante. Dentro de la poesía japonesa, el "hai kai" representa el máximo de la condensación, la mayor agilidad de pensamiento, la más leve y musitada expresión literaria. Este sentidor exquisito del alma oriental, detuvo sus ojos, ya moribundos, en esa forma poética leve como el ala de la mariposa. ¿Fué un presentimiento?

LOS MAS ILUSTRES MODELOS DE "HAIKAIS" JAPONESES

—Hablando en serio, ¿se siente usted capaz de escribir todas las mañanas según "haikai"?

De cien poetas europeos a quienes se les dirija esta pregunta no hay uno que conteste:

—No, señor.

Y es que para un occidental, orgulloso de su cultura, imbuído de sus ideas generales, habituado al reflejo de todas las filosofías, nada parece más fácil y más pueril, cuando sale de la lectura atenta de una antología japonesa, que eso de imitar los breves poemas en los cuales el país entero del Yamato ha querido concentrar la sutileza y la sentimentalidad de su genio milenario. Para comprenderlo, nada es más fácil que hacer el mismo experimento. Hé aquí, pues, un florilegio que los mandarines consideran cual uno de los más bellos del país. ¿Queréis que os cite algunas de sus composiciones en su lengua original? Esta es del célebre Izembo, y sólo encarna un "tour de force" por el distinto significado que en su texto tienen tres palabras que se escriben de la misma manera:

"Shiguré keri
Hashiriiri keri,
Haré ni keri".

Y, si eso no os satisface, escuchad el "haikai" que Mr. B. Chamberlain, gran doctor en artes niponas, considera como el modelo del género:

"Asagao ni,
Tsurubé torareté,
Morai mizu."

Y, la verdad sea dicha, por muchos deseos que tengo de haceros saborear el exotismo ideológico de las clásicas crisantemas del Parnaso amarillo, apenas me atrevo a deciros lo que, según el "hanbook of Colloquial Japanese", se nos ofrece como traducción de esas rápidas líneas, y que reza:

"Habiendo visto el cubo
de mi pozo, arrebatado por las yerbas.
Pensé: ofrenda de agua."

Y seguramente esto debe de ser muy penetrante, muy fino, muy hondo, muy raro, puesto que todos los eruditos lo consideran como una perla. Mas a nosotros, pobres bárbaros de otras razas, no se nos alcanza a descifrar lo que en sus términos hay de admirable. Afortunadamente, todas las antologías no se han quedado sin traducir. Una hay, una antología de antologías, en la que algunos poetas franceses se han complacido en reunir, en su lengua, las florecillas que contienen "la esencia mejor del alma nipona". En este libro voy, pues, a recoger algunas corolas representativas.

Escuchad a la gloriosa Chiyo:

I

"Que yo vele
o que yo duerma, ¡ay!, el mosquitero
me parece siempre grande.

II

El niño cazador de libélulas,
hoy ¿hacia qué país ignoto
se ha marchado a cazar?"

Todos los orientales conocen estos dos críticos de dueño de la Safo de Tokio. Es lo único, según creo, que de ella se conserva. Es, tal vez, lo único que ella escribió en su dolorosa vida de viuda. Pero no todos los hacedores de "haikais" tienen la misma sobriedad. Saikaku por ejemplo, compuso en una sola mañana de buen humor, unos veinte mil "haikais" impecables. Claro que los veinte mil no caben en ningún florilegio... Entre ellos los hay, no obstante, que, al decir de los más doctos "haijins" pueden servir de "modelos eternos del género en lo que tiene de más útil y de más popular a la vez". Yo, en todo caso prefiero escoger algunas estrofas de autores célebres variados para dar una idea, aunque no sea sino aproximativa, de la retórica y la psicología del "haikai", tal cual los europeos tratan ahora de implantarlo.

De Rannetsu:

"¡Ah!, una hoja muerta.
¿Por qué habrá venido a caer
sobre una piedra tubal?"

De Shiko:

"¡Ah!, las blancas nubes
que atraviesan el cercado.
Deben de ser los lirios."

De Hokushi:

"Mi casa se ha quemado.
Sin embargo, en el jardín,
las flores siguen vivas."

De Buson:

I

"El arriero
pasa por su camino
y ni siquiera ve las flores del almendro.

II

Ante los lotos blancos,
el clérigo no sueña
sino en el que va a escoger.

III

El ruiseñor
y su familia,
hay que ver
los
a la hora en
que comen."

De Yokoi Yayu:

"¡Ah!, el frostro del mundo,
al cual ningún rocío
le llega nunca a tiempo."

De Shushiki:

"De los ensueños que sueño,
cuando estoy despierto
recuerdo que tienen color de iris."

Y no me atrevo a citar más... No porque falten en las antologías. No porque sean muy inferiores unos a otros. No porque cambien nunca de acento. Al contrario. Lo que me obliga a detenerme es precisamente la idea de que, por mucho que me esfuerce en escoger, nunca lograré hallar la diferencia que existe entre dos estrofas célebres del Yamato. Y lo que me consuela en esta melancolía es que tal sensación de uniformidad nacional no soy yo solo quien la percibe. Monsieur Couchoud, gran especialista en japonerías, acaba por preguntarse, después de haber hojeado todos los florilegios japoneses: "¿Es posible distinguir entre las voces que forman el concierto de los cantores de "haikaí?" Y, sintiéndose incapaz de dar una respuesta personal a tal problema, acaba por pedir que sean los japoneses mismos los que contesten. Pero, en realidad, esta contestación hace siglos que los nipones la han dado, asegurando que su poesía está hecha de alma y de cerebro, sin ninguna retórica. Lo malo, ahora, es que si el "haikaí" se implanta, como todo parece indicarlo, en el Parnaso occidental, no será fácil que los poetas nuevos, por enemigos que sean de las imágenes y de los ritmos, logren fabricar bien esos comprimidos, en los cuales, sin embuste lo confieso, he buscado siempre mucho más de lo que he hallado.

E. GOMEZ CARRILLO.

París, noviembre, 1927.

LO HACEN UN DIOS O LO MATAN (Conclusión)

tiempo blandían sus flechas emponzoñadas, de un modo que no me causaba ningún agrado.

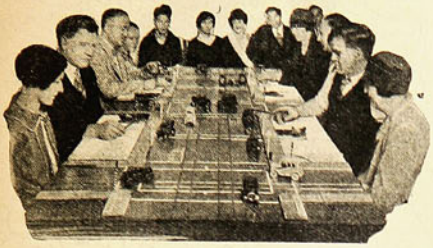
"En este crítico momento tuve la presencia de espíritu de sacar de uno de mis bolsillos una flauta y principiar a tocar "Home, Sweet Home", para divertirlos. Esto los entretuvo en extremo y sus sangrientas sospechas se trocaron en amistosa admiración. Movían los pies al ritmo de la antigua canción, cantando y gesticulando todo el tiempo.

"Después les regalé flautas a los jefes y a los hechiceros de la tribu y esto me ganó inmediatamente su favor, aunque yo no me quedé mucho tiempo con ellos para que me demostrasen su atención. Entonces no tenía ningún deseo de convertirme en una de sus divinidades y temí que la popularidad que me habían conquistado las flautas me obligaran a aceptar el cargo de dios de la tribu".

Una expedición que se está formando para recorrer las regiones salvajes de Matto Grosso, en busca del Coronel P. H. Fawcett, que ha estado perdido por más de tres años, empleará aeroplanos para recorrer las selvas. Se aconseja el uso de aeroplanos, porque es muy posible que estos aparatos atemoricen a los nativos hóstiles.

Si los indios creen que un hombre que toca la flauta, puede ser elegido como un dios, entonces un hombre que desciende del azul del cielo, llevado por las enormes alas de una gran ave blanca, debería, según todas las probabilidades, ser considerado, por lo menos, por una superdivinidad.

OCHO CURIOSIDADES



En los Estados Unidos no es juguete obtener carnet de competencia para manejar automóviles. Una de las pruebas a que se somete a los candidatos es la que nos muestra la fotografía. Sobre un gran tablero, los futuros "chauffeurs" deben expedirse correctamente ante los problemas que con autos pequeñísimos plantean los jefes del tránsito.

Los servicios sanitarios han sido modernizados en Corea. En efecto, han sido abandonados los servicios de estos grotescos ídolos de madera, a los cuales se les asignaban propiedades maravillosas para curar las diversas enfermedades. El primero de la izquierda era el "Dios del Reumatismo".

Este hombre cubista es una señal para anunciar peligro, que ha sido colocada a la entrada de un puente en Estados Unidos. Se asegura que como señalizador es perfecto. Mejor que un hombre de carne y hueso.

En las piscinas de Inglaterra se ha lanzado la moda de una rueda que se coloca al centro de la piscina. Por medio de un dispositivo especial, dos personas la hacen girar vertiginosamente, en tanto que los restantes sobre la rueda tratan de no ser lanzados al agua. Pero esto último no lo consiguen nunca y provocan gran hilaridad con sus esfuerzos.

Esto que no se sabe qué es lo que es, es un elefante del Príncipe de Mysory, de la India, adornado con regios tapados y valiosas joyas, para que tome parte en una procesión

Muestra la fotografía el nuevo sistema ideado por un acróbata alemán para practicar el "looping the loop"

En una playa de Estados Unidos un hombre se encontró esta ballena. La benefició y obtuvo cuatro mil dólares de ella. Pero no terminó ahí su fortuna. En el interior del animal halló un trozo de ambar gris—el que se ve junto a la ballena—por el que le dieron 6,720 dólares. En total, casi cien mil pesos chilenos.

Acaba de ser inventada una nueva máquina para afeitarse, que se asegura resolverá este problema tan viejo. Accionada eléctricamente, está compuesta de hojas que se mueven de lado a lado con gran rapidez, afeitando con matemática seguridad y, sobre todo, sin ninguna molestia.

COMO CRIAR HIJOS SANOS

LA ALIMENTACION DE LA GUAGUA

Por el DR. ISAURO TORRES

El alimento natural del niño es la leche.

Los diferentes sistemas de alimentación varían según la leche que se dé: leche de la madre (lactancia materna); leche de ama o nodriza loctancia mercenaria); leche de animal doméstico: vaca, burra o cabra (lectancia artificial) o leche de mujer y animal doméstico al mismo tiempo (lactancia mixta).

"La mejor alimentación es la lactancia materna, porque la leche de la madre es el alimento más natural, más lógico, más saludable, más fácil de digerir, el que origina menos enfermedades, el que causa menos mortalidad infantil y el que produce niños más sanos y más robustos".

Las familias deben tomar en cuenta además que la alimentación más económica, más barata, es la crianza maternal bien reglamentada, pues por una parte no se gasta en amas, leches de vaca o burra o alimentos de botica y, por otra parte, se ahorra el dinero que tendrá que invertirse en médico y en remedios, que es el alimento más sano, el niño está propenso a enfermarse. Toda buena madre pudiéndolo hacer, debe amamantar a su hijo. Sólo las madres desnaturalizadas, las que no tienen conciencia de sus sagrados deberes, las amorales que prefieren el lujo, el pasco y la vida mundana, repudian el nobilísimo placer, el legítimo orgullo y la inefable satisfacción que siente toda madre que cría ella y nada más que ella al idolatrado hijo de sus entrañas.

A las casquivanas les repugna criar a sus hijos porque temen deformar las líneas del cuerpo; pero debe saberse que no es la crianza la que desfigura las formas, sino el embarazo.

El niño criado con la leche de de su madre es mucho más sano y robusto y resiste mucho mejor las enfermedades que el desgraciado niño criado con leche de vaca, burra o cabra o con alimentos de botica. Y este es un hecho que cualquiera madre puede comprobar, pues si se fija en sus amistades podrá ver que por regla general, salvo escasas excepciones, los niños que no han sido criados con leche de gente, aún cuando estén muy hermosos y lozanos, cogen con gran facilidad las infecciones y resisten muy poco las enfermedades, las cuales tienen generalmente para ellos un carácter gravísimo y con muchísima frecuencia mortal.

Es un hecho perfectamente comprobado que la mortalidad de los niños criados con leche humana es "muchísimo menor" que la de los alimentados con otra clase de leche o con harinas; o sea que el niño que en sus primeros meses no tome únicamente leche de gente está mucho más expuesto a las enfermedades y a la muerte que el que ha tenido la fortuna de tener una madre sana que comprendiendo sus nobles deberes alimente ella misma a su hijito.

Las madres ricas que no se dan la molestia de criar ellas mismas a sus hijos se admiran de que con menos cuidado crecen sin embargo mejor el hijo de la lavandera o de la cocinera. El secreto reside única y exclusivamente en el hecho de que el hijo de la cocinera o lavandera es criado con la leche de su propia madre.

Ninguna madre debe ignorar esta verdad: su hijo es hijo de mujer; no es hijo de vaca ni de burra! Esa criatura para vivir y desarrollarse necesita por consiguiente, el único alimento que le ha predestinado la sabia Naturaleza: ¡la leche de su madre!

Por eso las mujeres que, pudiéndolo hacer, no crían ellas mismas a sus hijos, no merecen el sagrado nombre de madre; porque el hecho de haber llevado a la criatura en sus entrañas y haberla dado a luz con dolor no es por lo general un sacrificio voluntario, sino únicamente el resultado inevitable del amor tradacido en un placer.

De ahí que las únicas madres que se dignifican ante sus hijos y ante la Patria, porque cumplen debidamente su noble misión, son las que se sacrifican amamantando ellas mismas el fruto de su amor.

Pero puede suceder, sin embargo, que contra toda su voluntad y "previo examen de un médico", no pueda criar una madre a su hijo, ya porque le falte leche y para tenerla haya agotado todos los recursos posibles (que aconsejamos en el Capítulo que sigue,) o porque padezca de alguna de las enfermedades que indicaremos más adelante. Entonces, y sólo entonces, quedará excenta de criar a su hijo, y apelará en tal caso a alguno de los otros sistemas de alimentación que exponemos aquí.

Y sea cual fuere el sistema que se emplee, nunca se debe alimentar al niño tan pronto nace; hay que esperar todo un día, o sean veinticuatro horas, sin darle absolutamente nada: ni leche, ni aguas azucaradas, ni tampoco de hojas de naranjo ni de ninguna clase, como acostumbran indebida y perniciosamente algunas madres; ni siquiera agua pura!

Al recién nacido en su primer día de vida no se le pondrá, pues el pecho, ni se hará tomar ningún alimento, ni se le dará nada, absolutamente nada!

Tampoco debe darse ningún purgante al recién nacido. La primera leche de la madre tiene ciertas propiedades laxantes. Para hacer evacuar al niño no se necesita entonces otra cosa que ponerlo al pecho de la madre. Los purgantes, los remedios y las preparaciones domésticas (infusiones: aguas de te, anís, etc.') son en el primer mes de la vida más bien perjudiciales que beneficiosos. No deben, pues, emplearse.

"El éxito de la alimentación estriba en dar el alimento en forma reglamentada". La reglamentación consiste en dar el pecho cada tres horas y la leche animal cada cuatro horas; nunca antes.

De este modo el niño nunca se enfermará del estómago y podrá desarrollarse muy bien.

Nada hay más desastrozo que dar alimento al niño cada vez que llora. Los niños no sólo lloran de hambre. Si nembargo, es una pésima costumbre muy generalizada la de hacer callar la guagua a fuerza de leche, siendo que lo natural es averiguar primero el motivo del llanto. Las causas del llanto del niño son muchas, como lo veremos en el Capítulo XII, así es que incurren en un error grosero y perjudicial las madres que en todos los casos creen que sus hijos no lloran sino de hambre.

Cuando la guagua llore hay que investigar la causa probable del llanto y ponerle inmediato remedio.

Pero se debe ser inexorable en el sentido de no darle alimento sino a la hora que le corresponda.

Cuando se le da de comer muy seguido el estómago se le desgasta.

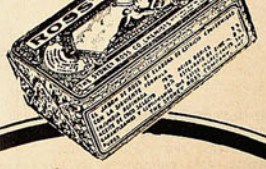
Las complacencias de la madre son un perjuicio para el niño.

Obtenga la frescura y belleza de su piel, usando solamente

Jabon de Ross

(Certificado Puro)

El jabon que rivaliza con el perfume de las flores.



El señor Leonard

POR LUIS DE ROBERT

—Entra, dijo él.

EL señor Leonard acababa de despedir a su empleada por la noche, y se recogió en un escritorio, en cuyo hogar consumíase un fuego agonizante. Bajó un poco la mecha de la lámpara, y se absorvió en la lectura de un periódico. Dió las nueve un reloj, y después de un breve silencio, el sonido del timbre anunció que alguien llamaba a la puerta. El señor Leonard no esperaba a nadie, y no se movió. Pero habiendo sonado el timbre por segunda vez, se incorporó, tomó la lámpara y fué a abrir.

En la escalera, una forma negra esperaba. El señor Leonard reconoció a su mujer.

—¡Tú!

Ella permaneció inmóvil aguardaba en silencio.

—Entra, dijo él.

La condujo hasta el escritorio y la hizo sentarse. Se miraron. Cinco años hacía que la vió la última vez. Una noche lo dejó para seguir a un artista, a un músico. Al regreso, el señor Leonard había encontrado la casa vacía y, encima de la mesa, una carta escrita con lápiz, en la cual ella le decía adiós. Y después de cinco años de separación, ella volvía, estaba en presencia de él, hermosa aún, vestida de negro, con el semblante algo marchito y melancólico, bellamente empalidecido por el abatimiento.

contó, en pequeñas frases cortadas, que su amigo, el hombre con quien ella había querido compartir su existencia, habíala abandonado, dejándola sola en el mundo. Pasó dos días llorando, no había comido; esa tarde sintió desesperados deseos de salir sin ningún rumbo fijo; pasó por su puerta y llamó.

El señor Leonard nada decía aún. Y en ese silencio palpitante, recordó cinco años de su vida. Cuando ella partió, el golpe fué para él tan brutal, que quedó anonadado; pensó que jamás lograría consolarse, y vivió como un pobre hombre desventurado. Eso duró seis meses, un año. Ninguna noticia le llegó de ella, y la esperanza, que aún brillaba en la ruina de su existencia, terminó por morir también. Entonces ya no pensó más, y se abandonó al curso de los días. Lentamente, sus caracteres habituales volvían a tomarlo; volvióse a encontrar con sus manías, en sus cuartos familiares, en medio de sus muebles. El olvido había llegado.

Ahora ella estaba de nuevo a su lado. Miraba su rostro pálido, y advertía en su cuerpo la huella del sufrimiento y quizás también de las privaciones. Recordó que no había comido, y luego de hacerla aproximarse al hogar, fué al interior con el propósito de buscar algún alimento. Encontró un poco de sopa, aún tibia, y un poco de carne fría. Se lo llevó. Sirvióle en una esquina de la mesa, donde colocó una servilleta y, mientras ella comía, fué nuevamente a la cocina, trajo un vaso de vino y le puso también para que bebiese. A poco él veía colorearse sus mejillas, adivinaba que un bienestar inmenso la invadía, en medio de aquella atmósfera tibia, donde había satisfecho su hambre. Ahora, en efecto, ella se hundía suavemente en su sillón, sintiéndose bien allí. Volvía a encontrarlo, su sillón de otro tiempo, así como encontraba todas las cosas, en su mismo sitio. Nada había cambiado; los muebles, los objetos, los adornos, todo guardaba su aire familiar, tibio y afectuoso. La lámpara en la mesa, era la misma que alumbraba sus noches de otra época.

Entonces miró al señor Leonard. Con su gran nariz, su barba gris, su pecho hundido, sus manos largas y pálidas, sufría la debilidad de la gente privada de ejercicio y que vive demasiado recluída. Su corbata, en la parte de atrás, subía encima del cuello, faltaba un botón en su chaqueta. El estaba allí, tranquilo, suave, descuidado; no parecía conmovido. Sin ternura y sin cólera, no le acudía a los labios ni una palabra de reproche, ni tampoco una palabra de piedad. Esa mujer, sentada delante de él, que lo miraba, ¿no era, tal vez, una extraña? La otra, la mujer que él había amado, la esposa, ya no existía, esa había muerto. El mismo había llegado a ser un hombre distinto. ¡Oh!, Ella no se hacía ilusiones. Lo que iba a pasar luego, lo preveía con una penosa lucidez. En un momento, él, se levantaría, abriría el escritorio que estaba cerca de ella y sacaría un billete que deslizaría fríamente en su mano.

—Toma, diría. Y cuando necesites más, avísamelo.

Entonces, ella se levantaría. Tomaría la lámpara — sin decirle una palabra, caminarían lentamente. Ya en la puerta, sintiendo que volvería de nuevo a la negra noche, titubearía; pero él, sin mirarla, abriría la puerta. En la escalera, él levantaría la lámpara, como a la llegada, bañándola de luz, y le repetiría con voz tranquila, leve e inexpresiva:

—Cuando necesites más, avísame.

Y luego la puerta se cerraría tras de ella, y cansada, vencida, miserable, oiría su propio paso vacilante.

En ese momento, el señor Leonard se levantó. Ella se extremeció. El instante terrible había llegado. Humilde y sumisa, se levantó también. Pero él la miró largamente, con sus ojos serenos, un poco cansados. Una expresión de bondad había en su semblante. Le puso la mano en el hombro, y le dijo, sencillamente:

—Quédate.

(Traducciones especiales de "Para Todos")

HEMOSTYL Dr. ROUSSEL

M. R.

FÓRMULA:
SANGRE HEMOPOYETICA TOTAL
GLICEROFOSFATO DE SOSA

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

TONICO PODEROSO PARA ADULTOS Y NIÑOS
TUBERCULOSIS - ANEMIAS
CONVALECENCIA - CRECIMIENTO - DEBILIDAD
RAQUITISMO - CLOROSIS - EMBARAZO - LACTANCIA

LA CIUDAD MAS RECATADA

Las autoridades de Budapest han resuelto que aquella ciudad sea antes de dos meses, la ciudad más recatada de Europa.

Se ha prohibido a las mujeres llevar trajes ceñidos que destaquen el contorno del cuerpo, el uso de medias de color carne y faldas que no cubran los tobillos.

Se han prohibido, además, el tango y el "charleston".

El prefecto de policía ha declarado inmoral la Venus de Milo y las reproducciones en grabados o en escultura han sido embargadas y destruídas.

—Oye, mamá, ¿por qué trotan los caballos?
—Por salir del paso, hijo mío.

ASTILLAS CINEMATOGRAFICAS

BESOS DE AMOR ANTE EL OBJETIVO

NINGUNA expresión humana, ningún acto tiene quizá más elocuencia y consecuencias que el beso. Según quién lo dé, cómo y donde, su significado varía fundamentalmente.

Así como el amor es múltiple, el beso posee formas distintas, orígenes diversos y finalidades complejas.

En la pantalla, o, mejor dicho, "detrás de la pantalla", el ósculo cinematográfico suele tener aspectos y consecuencias contradictorias y a veces funestas para los buenos "besadores".

Clara Windsor, por ejemplo, es incommovible al más ardiente y apasionado de los besos. Su temperamento i su voluntad, ¡vaya uno a saber!, es hielo que resiste altas calorías.

Discutiendo el aspecto en los "estudios", varios compañeros de la simpática actriz llegaron a un acuerdo.

Aquel a quien le correspondía primero actuar con Clara, habría de besarla hasta conmoverla... o hacerla enrojecer, por lo menos.

Pronto llegó la oportunidad.

William Haines fué designado para filmar una cinta pseudo romántica, con la Windsor. Los compañeros recordaron a aquél lo acordado respecto al beso, y fueron turnándose para observar si Haines cumplía su promesa.

Llegada la escena culminante de la obra, el beso se imponía. Lo marcaba el autor del asunto, lo ordenaba el director y todos estaban de perfecto acuerdo en ello.

—No te olvides, William—dijéronle los amigos.

—Pierdan cuidado. Me tengo fe.

Comienza la filmación, y llega por fin el momento esperado. Clara, interpretando fielmente su rol, ofrece su boca. William Haines, en un beso veloz e inquietante, se corre de la boca al cuello y allí aprieta sus labios, incansable... Uno, dos, tres minutos y el beso continuaba. El director mostrábase encantado de esa realidad, y cuando todos creían que Clara enmudecía, presa de la emoción de aquel beso, óyenla exclamar fríamente:

—William, me parece que es mucho beso esto. ¿No ve que me quita el polvo del cuello?

Una carcajada general acogió la linda salida de la actriz "de hielo".

En cambio, las hay que durante la filmación de un beso, viven un dulcísimo instante amoroso.

Una de ellas es Juana Gaynor. Su espíritu alegre y alocado, es famoso en los "estudios". Donde hay risas y grandes exteriorizaciones de juven-

Clara Windsor es indiferente al beso más apasionado.

tud dichosa, allí está Juanita. Es una chiquilla—aunque pasa los veinte—pero besando es una mujer completa, aunque parezca una chiquilla.

También es cierto que pasado el instante del "beso cinematográfico", se olvida por completo de quién la besó y de las emociones que disfrutara.

Y como último aspecto del beso "detrás de la pantalla", está la resistencia de algunas actrices a ofrecer la boca aún para el ósculo más casto.

La más destacada entre éstas es Billie Dove, una de las más bellas actrices de Halliwood. Raro es el actor que ha conseguido ante el objetivo, imprimir un beso en los labios de Billie.

Aun los más avisados, se ven burlados por la linda joven, que en el momento culminante y con gran desesperación de su director, levanta el rostro, hurtando la boca...

Sin duda, procede así porque conserva frescos y puros los besos para su amado.

COMO SE CONQUISTA UN PUESTO

En algunos estudios de Halliwood realízanse periódicamente concursos de belleza a fin de seleccionar jóvenes que luego actuarán como figuras decorativas, en las grandes escenas.

En tales ocasiones la presentación de las respectivas candidatas se efectúa por turno.

Cierta vez, realizábase un interesante concurso en uno de los más afamados estudios. El número de las aspirantes era excesivo, y llegadas las seis de la tarde, dióse orden de cerrar las puertas.

Oyéronse entonces gritos, silbidos, voces de protesta y, de pronto, una joven rubia, de agraciado rostro, irrumpe en la sala de los jurados.

—No me dejaban pasar—dice exasperada.

—Es que, señorita—responde el director—hemos dado orden de cerrar, porque ya se han cubierto las vacantes.

—Perfectamente, pero yo vengo de lejos y, como no puedo estar viajando todos los días, deseo ser examinada.

Y sin más fué quitándose la ropa con una prisa sorprendente. Los jurados se miraban entre ellos y quedaron francamente pasmados ante la escultura viviente que se les presentaba a la vista en traje de baño.

—Camine usted—ordenó uno.

Y si bella era inmóvil, su belleza acrecentábase andando.

Cinco minutos después, le ofrecían un papelote a la firma. Y a bella joven estampó este nombre, feliz y contenta: Ruth Hiatt.

Desde entonces le llaman en los estudios "la conquistadera".

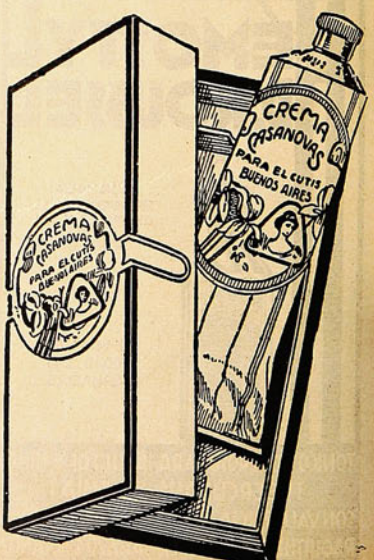
AGUA BLANCA
"CASANOVAS"
PARA EXTIRPAR LAS
Pecas, Paños, Barros, Manchas, Granos, Puntos Negros, Manchas de Viruela, Etc.

Hay cértificados de distinguidos médicos que acreditan su indiscutible bondad

Precio: $ 12 m/c el frasco
$ 6 m/c el tubo

De venta en las principales Farmacias y donde los Agentes Generales para Chile:

DAUBE y Cía.
VALPARAISO - SANTIAGO
CONCEPCION Y ANTOFAGASTA



UN RINCON JAPONES

UNA nota de exotismo en nuestro departamento lo embellece y agrada, lo mismo que, en una comida a la francesa, es una buena sorpresa un guiso extranjero de sabor imprevisto. Una decoración japonesa o china —cuyos estilos comúnmente se confunden—se acomoda muy bien en cualquier rincón de salón o de escritorio y puede hacerse sin un gasto excesivo. No es necesario recurrir a los muebles auténticos, piezas raras que se venden a precio de oro en casa de los anticuarios y de los coleccionistas. Los bazares, los grandes almacenes, los remates nos ofrecen ocasiones para comprar muebles bonitos y baratos, y aún pueden conseguirse a más módico precio si se hacen fabricar por un buen mueblista.

Es verdaderamente delicioso arreglar un rincón en la casa que es "nuestra casa", para que lo gocen aquellos seres que nos son queridos y para los cuales toda nuestra de interés por el hogar y por ellos a de ser apreciada intensamente.

Sobre el piso se pondrá una alfombra de color liso, sobre la cual irán colocadas las pequeñas alfombras de dibujos persas y tunecinos. Con menor gasto e igual colorido oriental, puede colocarse en vez de estas alfombras una estera de coloridos vivos, en esta estera se esparcerán unos cojines, en los cuales la prolijidad y la fantasía de la dueña de casa han de hacer primores. Los tonos para estos cojines serán los verdes, los violetas, los naranja, los azules. Si los fondos elejidos para bordar estos cojines son de colores pálidos, hay que reforzar la nota restallante en los bordados y aplicaciones, poniendo siempre algún toque de hilo de oro.

Se pueden hacer estos cojines sobre géneros de seda y también sobre unas especies de pajas brillantes, que venden con este objeto las casas chinas o japonesas.

Pero pasemos a los muebles, que, por su altura mínima, recuerdan los muebles de las piezas de niños.

Nada de complicaciones de tailaduras. Unos sillones de líneas netas y una mesa redonda, sólida y sobria. Se hacen en madera blanca y después se esmaltan con pintura al laqué de color vivo. Recomendamos el rojo que es el color más en el estilo. No hay que tenerle miedo. Este rojo laca resulta divertido entre los tonos oscuros de la casa moderna y en los días de invierno, es verdaderamente reconfortante.

En el fondo se extenderá un biombo de género gris, en que una glicina bordada y pintada pondrá el encanto de sus flores exquisitas. Son tan lijeras, tan frescas, tan aéreas, que parece que de pronto alguna de ellas fuera a desprenderse y a caer graciosamente sobre el piso.

Detrás de este biombo se verán unas cuantas esteras murales, largas y angostas, de colores grises con caracteres pintados en rojo, en negro o en verde, caracteres indescifrables para nosotros los occidentales, pero que en la escritura de Confucio significarán sabios consejos de máxima cordura.

El papel que cubrirá las paredes puede ser de un color gris muy claro. En lo alto habrá una guarda de papel a rayas verticales, muy finas, rojas, negras y gris. Sobre este fondo un motivo decorativo chino, se repetirá cada cierto trecho.

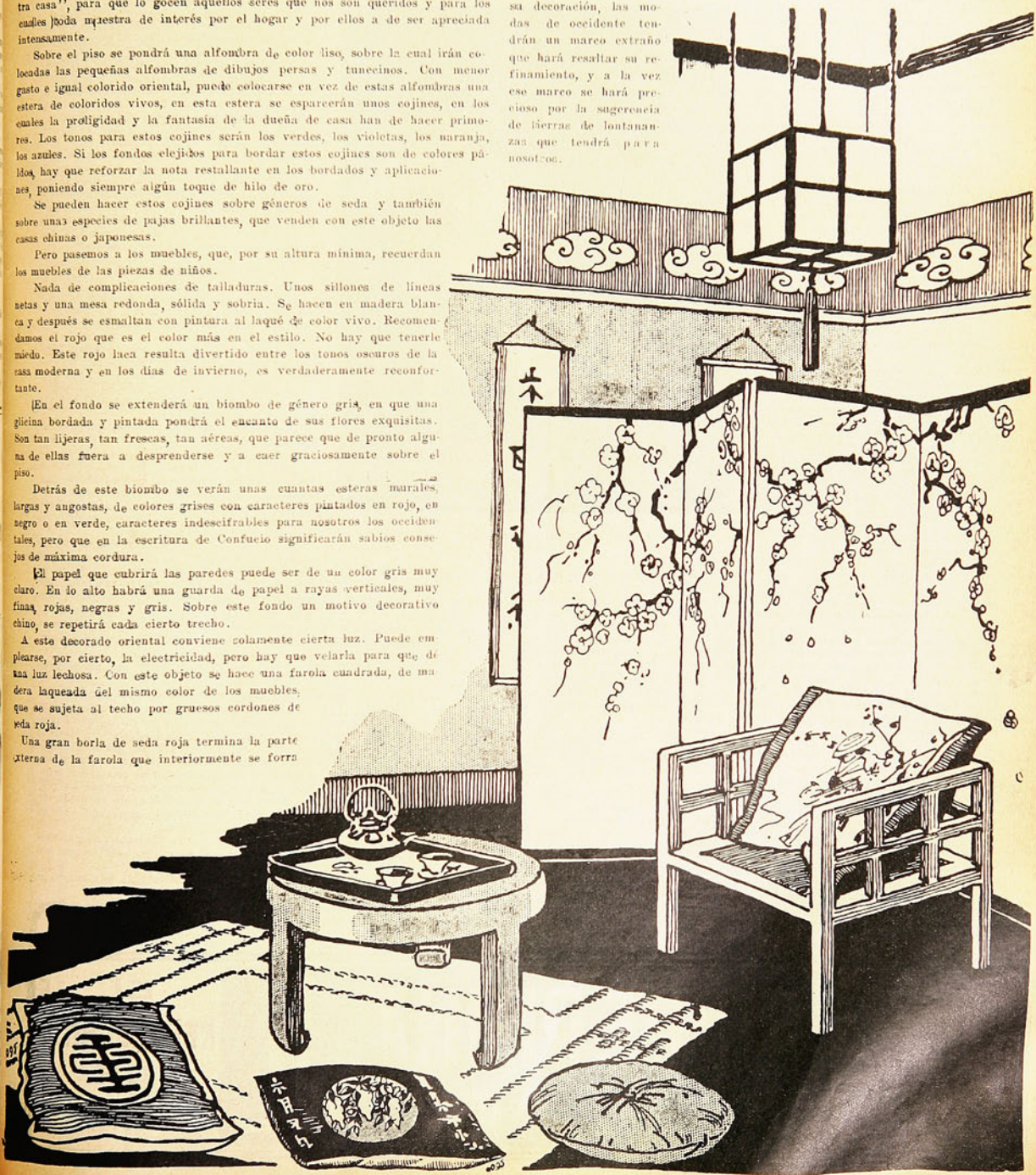
A este decorado oriental conviene solamente cierta luz. Puede emplearse, por cierto, la electricidad, pero hay que velarla para que de una luz lechosa. Con este objeto se hace una farola cuadrada, de madera laqueada del mismo color de los muebles, que se sujeta al techo por gruesos cordones de seda roja.

Una gran borla de seda roja termina la parte externa de la farola que interiormente se forra con seda color marfil o con papel pergamino, que dará más o menos el mismo efecto que la seda, y costará por cierto mucho más barato.

Sobre la mesa se pondrá una bandeja con la tetera del te y las tazas, que serán al uso de la China, cónicas y sin asa. Muy pequeñas, se bebe en ellas varias veces y seguido, para que el te no se enfríe.

En otra pequeña mesa, del mismo estilo, se colocarán los demás aditamentos del te occidental, ya que para nosotros hay que agregar a la exquisita bebida de los mandarines, las tortas, los dulces, los candwichs y las mil golosinas a que tan aficionados somos.

Para tomar el te de las cinco este rincón resultará verdaderamente encantador, ya que en su decoración, las modas de occidente tendrán un marco extraño que hará resaltar su refinamiento, y a la vez ese marco se hará precioso por la sugerencia de tierras de lontananzas que tendrá para nosotros.



CORTESIA Y BUEN TONO.—Por la Condesa de Collalto

ACTITUD Y DEBER DE UNA DUEÑA DE CASA

DICE la famosa duquesa de Woailles en unos "Apuntes para los que quieran conocer los usos de la buena sociedad", que "la dueña de casa debe reunir muchas y excelentes condiciones para ser apreciada por sus amistades y relaciones, pues, si no sabe a la perfección sus deberes de sociedad, si no reúne al buen tono una educación exquisita, no podrá jamás juntar en torno suyo un grupo escogido de personas de esas, cuyo trato permite olvidar el curso de las horas y de los años". Vamos aquí a hablar de lo que la costumbre aceptada y practicada por la buena sociedad exige de las señoras que periódicamente, una vez por semana o por quincena, "se quedan en casa".

Las horas generalmente designadas para recibir las amistades, son de seis a ocho y media de la tarde.

La dueña de casa procura vestir un traje elegante y rico; pero sencillo y sin muchos ni valiosos adornos, de manera que no pueda ofuscar con su lujo la riqueza y elegancia de los vestidos de las amigas y conocidas que acuden a saludarla y pasar un rato con ella y con otras amigas comunes.

Se sienta entre dos balcones o ventanas, de espaldas a la luz, a fin de que las miradas no se fijen en ella, que está en la penumbra, sino en la belleza de sus amigas, que reciben de lleno la luz. Si es en invierno, escoge un lugar junto a la chimenea y dando siempre cara a la puerta de entrada, a fin de ver a los que le hacen el honor de visitarla y para acogerlos como se merecen y el buen tono exige.

Cuando el que entra es un caballero, la dueña de la casa permanece sentada, y sin levantarse contesta a su saludo. Cuando la persona que penetra en el salón es una señora, la dueña se pone en pie y da dos pasos hacia ella para salirle al encuentro y saludarla.

Entonces le indica un sillón o una silla, y a medida que va llenándose el salón, se forma un semicírculo en torno a la dueña de la casa.

El sitio de mayor confianza y que representa mayor distinción, es el cercano a la dueña.

Esta es la que indica con un ademán a las personas que le son particularmente agradables, el puesto que deben ocupar.

Por regla general, son señoras las que se sientan junto a la chimenea; pero si asiste a la reunión algún caballero anciano a él compete tal honor.

Las muchachas procuran siempre ceder a las personas de mayor respeto el lugar mejor. Y la conversación se entabla y en ella toman parte todos los reunidos con la discreción necesaria, para que todos puedan hablar a su vez y no haya ninguno que durante mucho rato acapare la atención general, pues entonces, en vez de una conversación amena, entre personas bien educadas, pareceria la reunión una conferencia dada a los demás por uno sólo de los reunidos.

La actitud llena de gracia que la mujer debe tener en un salón.

A veces, y sin darse cuenta de ello, ni con asomos de mala intención, pero llevado uno de los concurrentes de su propensión a hablar más de lo que la discreción aconseja, no para de contar anécdotas o alarga indefinidamente una relación. Por más que sea su palabra fluida y correcta, su dicción y aún cuando los asuntos de que trata resulten interesantes y sean escuchadas con gusto por la concurrencia, el ama de la casa interviene y por medio de una interrupción oportuna y una pregunta hecha a tiempo a otra persona, que forzosamente ha de contestar, detiene el torrente de palabras que fluye de la boca del contumaz hablador y logra que la conversación se generalice, pudiendo así lucir su ingenio cuantos asisten a la reunión.

Véase un ejemplo de ello.

El que tiene la palabra desde hace mucho rato, habla de las costumbres andaluzas, de los frescos patios de Sevilla y Granada, de sus encantadores jardines, del clima templado o cálido, de la belleza de los cármenes...

Aquella descripción amenaza no terminar.

Entonces la señora de la casa, dirigiéndose a una de las que están en torno suyo, le dice, aprovechando una pausa del narrador o de la narradora.

—¿Creo que usted, Carmen, estuvo también mucho tiempo en Andalucía?

Ha de responder forzosamente la aludida, replica la dueña y se ve obligado a callar, quien acaparaba con su charla excesiva la atención general, no siempre a gusto de todos.

La dueña de la casa no debe jamás ausentarse del salón ni para despedir a sus más íntimas amigas ni para acompañar a una persona de gran influencia y mayor respeto. A todos se debe y no a una persona sola. Sólo puede, so pena de faltar a las reglas establecidas por la costumbre del buen tono, levantarse y permanecer de pie hasta que la persona que se marcha ha llegado a la puerta. Entonces se sienta de nuevo y la reunión continúa. Si la dueña tiene una hermana o una hija ya crecida, éstas se encargan de acompañar a las señoras que se retiran, y si asiste a la reunión, el esposo o algún hijo de la dueña de casa, ellos son los que acompañan a los caballeros hasta la puerta.

* * *

Hemos dicho que la señora no ha de levantarse, cuando llega al salón un caballero; pero ya sabemos que no hay regla sin excepción.

Si el que llega es un hombre anciano o lleva un nombre ilustre, entonces la dueña se levanta y va a su encuentro y le designa el mejor sitio.

Tales prerrogativas merecen la edad, la inteligencia o las hazañas.

Alguna vez, cuando la conversación es más animada entre los concurrentes, entra en el salón un criado o una camarera llevando en una bandeja el correo que acaba de llegar.

La buena educación impone que la señora dé una mirada a las cartas, sin abrir ninguna y diga al criado que puede retirarse con la correspondencia.

Sin embargo, en algunas ocasiones y cuando las circunstancias lo aconsejan, la dueña de la casa escoge una de las misivas, y dice en tanto que rompe el sobre:

—Veamos qué es lo que dicen de Africa—o de Indochina, o de Alemania—pues, creo que a todos ustedes les interesará como a mí misma las noticias que nos trae el correo.

Y lee en alta voz aquella carta, que ya sabe por la letra de quién es y que no ha de hablar de ningún asunto íntimo.

Esto sólo se lo puede permitir una perfecta ama de casa, cuando sepa con seguridad que las noticias que contiene la carta han de despertar el interés de todas sus amigas y amigos. Unicamente, en caso de recibir un telegrama con la indicación de "urgente", lo abrirá y se enterará de su contenido, pidiendo antes permiso a los presentes.

EL LENGUAJE

Es de todo punto necesario huír del empleo de expresiones triviales; no conviene hablar el mismo lenguaje que la gente inculta; no se debe nunca decir como hemos oído de labios de personas que parecían bien educadas e instruídas: "Voy a por tal cosa". "Fuí a por unos guantes". Esos modismos propios de la clase baja, se han pegado a mucha gente que los emplean al hablar, como si fuera permitido.

Hay también muchas personas que, faltas, sin duda, de palabra abundante, para dar ocasión adecuada a que se les ocurra la expresión justa, el término propio, repiten a cada momento, ¿entiende, usted? Dicen, por ejemplo: "Eran las ocho de la mañana, ¿entiende, usted? Y era, sin embargo, preciso, ¿entiende, usted?, ir al próximo pueblo lo antes posible, ¿entiende usted?"

Ganas dan de contestar al que así se explica: "Sí, señor, le entiendo a usted perfectamente, aunque se expresa usted de un modo poco correcto". Otros la dan por decir: "¿sabe?" a trochimoche y resulta un sonsonete tan insufrible como el anterior. Hay quién prefiere el "¿comprende?", capaz de poner nervioso a cualquiera.

Con un poco de cuidado, es fácil evitar semejantes defectos que inducen a creer que el que está aquejado de ellos, no ha recibido una educación esmerada ni mucho menos.

Igualmente que de la trivialidad y vulgaridad debe huírse del preciosismo y alambicamiento.

Un buen señor, pedante benemérito y tonto de capirote, decía con toda seriedad en una reunión: "No me agradan los ejercicios terpsicóreos, porque con la trepidación pedánea se levantan tantas particulas pulvúreas que obstaliza el libre juego de los pulmones". A la maritornes le decía: "Tráete el licor de Baco". Y preguntaba a la sirvienta, a voz en grito, desde la cama: "¿Ha salido ya el rubicundo Febo?" No había manera de hacerle hablar como Dios manda y era la desesperación de cuántos hablaban con él en serio.

Aún cuando no llevando una manía, hasta tal punto, son muchas las personas—hombres y mujeres—que imaginan que se debe hablar de un modo enredado para que crean los oyentes que están en contacto con una persona culta.

Existen otros que dan en la flor de esmaltar la conversación con palabras que se les antojan, científicas o distinguidas y que aplican todo lo que mal pueden.

Hemos conocido a un caballero que dijo un día, hablando de una mujer joven que acababa de morir:

—No pueden ustedes imaginar el susto que tuve anoche al acudir a su casa. Llegó, entró en su habitación: era "féretro". (Quería decir cadáver). En

Compárese la anterior con esta desgraciada actitud.

otra ocasión, era verano, llegó sofocado, con el sombrero en la mano, enjugándose el sudor y dijo, dirigiéndose a mí:

—"Estoy sudado herméticamente".

—"¡Sudar es!"

A un patio le llamaba "desván", la catástrofe más horrenda la calificaba de "pintoresca".

Y recordaba involuntariamente a los que le oían a Ernesto Bark, el famoso ruso aclimatado en España, que durante los primeros meses de su estancia en nuestra tierra, si alguien relataba un crimen espeluznante, decía: "¡Curioso! ¡Curioso!", y exclamaba: "¡Horrible!", cuando se trataba de una inocente jugarreta, de una escena de sainete.

Las personas aquejadas de semejantes manías, deben enmendarse y no usar jamás palabras cuyo significado desconozcan. Por lo que se refiere a las que hablan de modo del de las "partículas pulvúreas", abandonan su jerga ridícula que sólo sirve para ponerles en evidencia ante los que son mucho más instruídos que ellos.

* *

Hablando de su esposa, no dirá jamás un marido: "Mi señora", sino, simplemente "Mi mujer". El duque de Osuna dijo en una ocasión, delante de varios hombres, poco acostumbrados a la buena sociedad y al buen tono:

—"Yo tengo mujer; mi portero, tiene señora".

Los padres, hablando de sus hijas, dicen: "Mis hijas"; jamás, "Mis señoritas".

Una señora no debe decir nunca: "Cuando era señorita", sino: "Cuando era muchacha".

A una persona de la nobleza, que tenga título, no se debe mentar éste, cuando se la interpela. Dirigiéndose a un marqués, por ejemplo, no debe decírsele:

—"¡Buenos días, marqués!", sino sencillamente: "¡Buenos días, caballero", o "¡Buenos días, querido!", según el grado de amistad que existe entre ambos.

A una condesa no se le dirá: "¡Señora condesa!", sino "¡Señora!".

VARIEDADES

PARA DORMIR BIEN

El doctor Jules Regnault ha hecho una interesante comunicación a la Sociedad de Patología comparada, de París.

En esa comunicación, el doctor Regnault demuestra que la orientación del cuerpo humano no carece de importancia y que modifica tanto la excitabilidad de los reflejos como la constitución de la sangre.

Los experimentos realizados prueban que la posición "cabeza al Oeste y pies al Este" es la peor de todas, y que en posición "cabeza al Norte y pies al Sur" es en la que la fórmula de la sangre se mantiene más estable. Esto, añade el doctor, puede explicar la calma y el excelente sueño recuperado por gran número de personas que han adoptado esa orientación para dormir.

Así, pues, caro lector, acuéstate con la cabeza al Norte y los pies al Sur, que es la dirección de la imantación terrestre, y dormirás bien y hasta puede que tengas deliciosos ensueños.

PENSAMIENTOS

Cada pensamiento, cada palabra, cada acción, son semillas que se siembran; aguarda la cosecha centuplicada.

Pureza en tus pensamientos, pureza en tus palabras; pureza en tus acciones; ¡no lo olvidéis!

La verdad es el camino; la belleza es la luz.

La galantería es una flor; cuida no tomarla por las espinas.

Por la educación de las mujeres debe comenzar la de los hombres.

No envidies a la estrella su blancura y sus fulgores; con más amor que aquélla, forjó Dios tu alma pura.

No envidies al lirio del valle su blancura y sus fragancia, porque eso y más puso Dios en tu alma que fué su obra predilecta.

Tu alma fué hecha a imagen y semejanza de Dios. ¿Comprendes el tesoro que encierras?

ELOGIO DE LOS PERFUMES

El perfume no es sólo el distintivo de las flores. Lo es también de la mujer.

El perfume delicado en la mujer es el complemento de la belleza, es la exquisita aureola por la cual se manifiestan el refinamiento, el temperamento, y hasta el medio ambiente en que vive.

Debe desecharse todo perfume fuerte, elegirse los suaves y agradables, de tal forma que no se perciba más que una debilísima fragancia como si emanase de un jardín lejano.

El perfumarse con buen gusto es una coquetería más de la mujer que completa el atractivo de su belleza.

Los perfumes conocidos tienen ya poca atracción para las elegantes, y los encargados de servir sus caprichos se devanan los sesos, a fin de satisfacer el ansia de novedad que impera en las damas.

París ha empezado a lanzar la moda de perfumarse con esencia de fruta. ¡Singular y exótica idea que no tardará en ponerse en moda en tolas las ciudades modernas, donde la gracia y el "chic" de la mujer saben hacer dulce copia del gracejo y de la coquetería parisién!

VELOUTY
DE DIXOR - PARIS
M. R.

HUGUETTE DUFLOS

una de las bellezas del Teatro Francés, artista tan aplaudida como elegante, dice:

—"Con la "VELOUTY de DIXOR", a toda hora del día, causaréis la impresión de recién haber dado la última mano a vuestra toilette."

ELVIRE POPESCO

la bella y turbadora intérprete de las obras de VERNEUIL, se expresa así:

—"La "VELOUTY de DIXOR" es, sin cuestión, el producto de belleza soñado para el rostro, las manos y el escote."

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS.

se vende a los siguientes precios:

1|4 tubo o tubo maletín	$ 2.00
1|2 "	" 8.00
1|1 " o super tubo	" 13.50

Tres colores:

BLANCO, ROSADO (NATURELLE) y MARFIL (IVOIRE)

BALLENAS VERSUS SUBMARINOS

El drama de los balleneros

Por J. J. BELL

(Traducciones especiales de "Para Todos")

He estado leyendo **Moby Dick**, ese sinfónico poema en prosa del mar, y he llegado a su terrible conclusión. El barco ballenero espoloneado y hundido por el cachalote, el Capitán enlazado por la cuerda corrediza y arrastrado desde el pequeño bote ballenero a las profunidades del abismo y sólo un sobreviviente para que pudiese ver "La Gran Mortaja del Mar" extenderse sobre las víctimas como lo ha hecho desde el prinicipio del mundo.

Desde los días de **Moby Dick** hasta los actuales de los submarinos ha pasado mucho tiempo. Probablemente los hombres que hoy día trabajan bajo el agua, no consagran jamás, aunque hayan leido Moby Dick, un pensamiento a las ballenas. Tienen muchos otros riesgos que considerar, y las ballenas son riesgos contra los cuales no hay defensa posible.

Si la ballena pasa por un acceso de cólera, o carga impulsada por el pánico, todo habrá concluido; y la ballena no dirá porqué el sumbarino no volvió más a la superficie.

No puede dudarse de la fuerza de una ballena. Si un cachalote puede, de una sola embestida, destrozar el sólido casco de una barca de madera, ¿podrá detener su ataque el casco de metal de un submarino? En verdad, Moby Dick es en cierto modo sólo un cuento; pero también representa la pura y simple verdad bajo el manto de la imaginación; pues muchos barcos han sido hundidos por ballenas, aunque los cronistas que relataron los desastres no hayan tenido el arte de Hernán Melville. Por ejemplo, en Noviembre de 1819, el barco ballenero Essex fué acometido dos veces en el Pacífico, fué hundido y muy pocos de su tripulación que alcanzaron a embarcarse en los botes regresaron a sus hogares. El 20 de agosto de 1851, también en el Pacífico, el Ann Alexander, de New Bedford, encontró una suerte parecida. La ballena volcó el bote desde el cual se le había arponeado, hizo pedazos otro, y después cargó contra el barco abriéndole una vía de agua por la que entró el mar a torrentes. Dos meses después, la misma ballena fué muerta por otro buque ballenero, con el arpón del Ann Alexander clavado en su costado y muchas piezas de ese buque enterradas en su cabeza. En 1902, en las costas brasileras, fué hundido el schooner Kathaleen; pero esta vez la ballena lo hizo impulsada por el pánico y se estrelló ciegamente con el casco, quedando media muerta. Otra vez, hace alrededor de ochenta años, en el Mar del Norte, una ballena que salía a la superficie volcó un barco mercante que se hundió. Para citar otro ejemplo, no muy lejano, cuando los noruegos cazaban en los mares que rodean a Islandia, una ballena herida se arrojó a toda velocidad contra el ballenero, y le causó una avería tan fatal que ni un torpedo hubiera podido hacérsela parecida. Su cabeza se introdujo por el casco hasta las máquinas, y la ballena y el ballenero descendieron juntos a los abismos del mar.

Generalmente la mayor parte de las ballenas conocidas son monstruos inofensivos, pero el cachalote es una fiera. Combate contra los individuos de su especie; se pueden contar las cicatrices sobre su enorme cabeza; talvez se puede ver su mandíbula inferior retorcida o con dientes de menos, resultado de un combate con el macho más fuerte y más joven que lo venció y lo hizo huir de las hembras, y lo convirtió en un nómade errante de los mares, donde permanecerá siendo un extraño, hasta que la edad o los barcos balleneros terminen con él.

Imagínese entonces a este viejo indolente guerrero, de carácter colérico: derrotado una vez más no sometido del todo; rápido aún si se despierta su cólera, arremeter con sus toneladas de vida y de fuerza contra el perturbador de su soledad. No se puede imaginar qué ariete representa esa cabeza enorme y maciza, sino se le encuentra adelante. Entonces se puede imaginar de un modo vago el terrible y desvastador poder que lleva el cachalote en sus correrías a través de las olas, y comprender qué poca cosa es el hombre en la creación.

En aquellos malos, pero todavía no viejos días, cuando todos pensábamos en los submarinos, escribí un pequeño folleto en el que trataba de describir lo que podía suceder. Coloque la escena en el Atlántico, cerca de la siniestra Rockall, pues en mis días de ballenero, había visto cachalotes allí. Solitarios y viejos machos, astutos y bravíos, que a veces, no siempre felizmente, nos hacían perder mucho tiempo y presentaban desesperados combates.

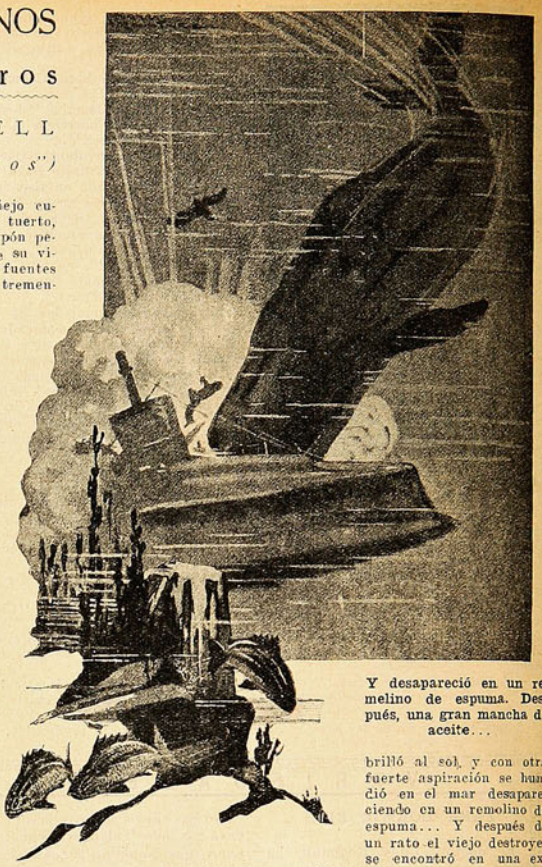
Uno que yo recuerdo, un viejo cubierto de terribles cicatrices, y tuerto, recibió cuatro arpones, cada arpón pesando cien libras, antes de que su vida se escapase por las oscuras fuentes de sangre que derramaban sus tremendas heridas. Herido fatalmente arrojó algo que parecían grandes tentáculos, algunos de ellos de varias yardas de largo, pertenecientes sin duda a algún pulpo gigante que le había servido de alimento en las profundidades. Y después, cuando abrimos su cuerpo, encontramos un surtido de cosas heterogéneas, tales como latas de carne en conserva, piedras, moluscos y un viejo y enmohecido anzuelo para pescar tiburones con una cadena de una brazada de largo. Probablemente se había tragado al tiburón, porque en otro cetáceo de su misma especie que se mostró una vez, se podían ver los restos de un tiburón de doce pies de largo, escasamente digerido, y partido en dos de una sola dentellada.

El cachalote no habita generalmente en nuestras aguas del norte. No hace mucho, uno fué cazado por los noruegos que cazan alrededor de la Shetland, y ha sido el primero que se ha visto allí en muchos años. Media cincuenta y dos pies de largo, un buen tamaño para un cachalote cuyo largo rara vez pasa de sesenta pies. Pero comparado con la ballena azul es una criatura pequeña, pues esta última muy a menudo mide más de cien pies.

Bien, para volver a la ballena y al submarino, es así como yo lo imaginé, el cachalote se encontraba en la superficie llenando sus pulmones después de una larga inmersión. A la distancia un barco hundido y más cerca un destroyer de tipo anticuado. El submarino que ha lanzado su torpedo con exito se acercaba manteniéndo prudentemente debajo del agua a su víctima, en la misma dirección en que se hallaba el cachalote. De pronto, el cachalote pareció sentirse intranquilo. Probablemente oyó algo, o más bien sintió una vibración, pues su oído es sólo un pequeño orificio. Antes él había sentido vibraciones en el mar; pero ésta era diferente. Llegaba desde las profundidades y no se sintió intranquilo. Este fenómeno lo intrigó, despertó su cólera y toda su cautela. Con un impulso de su poderosa cola dirigió la masa de su cuerpo hacia el sitio del que parecía proceder esa misteriosa vibración. Arrojó por sus narices un enorme chorro de agua y aspiró el aire a plenos pulmones. Se hallaba listo para sumergirse en un instante, y listo también para presentar combate.

Pero el objeto misterioso que producía la vibración, aunque se acercaba más y más, permanecía oculto por el agua. Repentinamente sus sospechas se convirtieron en cólera.

Un enemigo oculto se acercaba sin duda para atacarlo, y excepto los individuos de su misma especie, ninguna criatura que viviese en las aguas se hubiese atrevido a hacer eso. Sintió que debía atacar; y no quiso esperar la arremetida del otro. Una cólera furiosa lo embargó. Elevó su cola que



Y desapareció en un remolino de espuma. Después, una gran mancha de aceite...

brilló al sol, y con otra fuerte aspiración se hundió en el mar desapareciendo en un remolino de espuma... Y después de un rato el viejo destroyer se encontró en una extensión de agua cubierta de aceite.

Esto será nada más que un poco de imaginación; pero yo desearía que nunca fuese verdad lo que aquí relato.

CURIOSIDADES

Existe diferencia entre lo que pesan los objetos en el Polo y en el Ecuador. Un kilógramo en el Polo, 996.5 gramos en el Ecuador, cuando se pesa con una balanza de resorte.

A los animales tropicales del Jardín Zoológico de Londres se les aplicó el pasado invierno los rayos ultravioletas.

Existe una variedad de arañas acuáticas que pueden atravesar una extensión líquida, valiéndose de unos flotadores neumáticos que tienen en las patas.

LA MEJOR TINTURA
ABSOLUTAMENTE INOFENSIVA
SIMILAX
NUEVO DESCUBRIMIENTO FRANCES
HACE DESAPARECER LAS CANAS EN 15 MINUTOS
Base: Parafenilendiaminosulfónico
Representantes: SALAZAR y NEY — A. Prat 219 — SANTIAGO.

UN REMEDIO CONTRA LOS CELOS

Mi amigo era simpático y amabilísimo, pero tenía una falta muy grande: sus celos no conocían límites. Con las flechas de su desconfianza hería a sus más inocentes contemporáneos.

En cada criatura masculina veía un rival; en todas partes encontraba infidelidades y traiciones. Así es que a su linda y joven esposa, hermanita mía, le hacía la vida infernal. Era terrible.

Un día trajo Raúl, mi citado amigo y cuñado, tres billetes para el gran baile de máscaras que se realizaba en el Hotel G..., diciéndonos:

—Miren, muchachos; vamos el miércoles al baile. Lissy vestirá de paje con el precioso trajecito que llevó el año pasado a casa de los señores de E. Tú y yo, me dijo, iremos de frac. ¿Están conformes?

Lissy, contra lo que yo me esperaba, no parecía estar contenta con la idea. Preguntándole yo el por qué de su descontento, repuso:

—Yo conozco demasiado bien a Raúl. Estoy segurísima de que no me voy a divertir ni un momento en el famoso baile. Raúl no me dejará ni a sol ni a sombra, y si no es así, después cuando lleguemos a casa me hará grandes reprensiones y terribles escenas de celos. Mejor yo no voy. Me quedo en casa.

Lissy me daba pena. Y, además, hacía ya tiempo que tenía yo ganas de darle una pequeña lección a mi cuñado para que dejara de atormentar a mi hermana con sus celos infundados. Ahora se me presentaba la ocasión.

—Deja todo en mis manos —consolé a Lissy.—Tú te divertirás en el baile, te lo prometo. Cuenta conmigo.

—Pero eso es imposible. Sí él conoce mi traje.

—Bueno, oye; tú irás de paje, como te dijo Raúl; pero no te quedarás de paje. Sabes, yo llevaré secretamente dos dominós, uno verde y otro rojo, los cuales te puedes poner sobre el traje en un momento y cambiar así su apariencia como un camaleón. Ya verás la broma que le vamos a dar a Raulito.

Lissy palmoteaba de gusto. Le agradaba el complot contra el marido.

Y llegó la noche del baile. Lissy se veía encantadora en su traje de fantasía. Raúl y yo también estábamos ya listos. Yo tenía guardados en una bolsa de mi saco los dominós que había prometido a mi hermana.

Llegamos al Hotel X... Ya estaba repleto de máscaras. Lujo, perfumes, confetti por doquier. Nosotros habíamos reservado una mesa junto a las grandes ventanas que daban sobre el parque.

Un cuarto de hora después estaba sentado junto a mí un dominó verde. Aventábamos confetti y serpentinas, riéndonos y charlando de lo lindo.

Lissy se le había escapado a Raúl y éste buscaba ahora en todos los salones a su "paje", sin pensar siquiera, naturalmente, que el paje se había convertido en un dominó verde.

Por fin, dando un pisotón aquí y un codazo más allá, pudo Raúl llegar hasta donde estábamos mi hermana y yo.

—Dispensa que te interrumpa—dijo impaciente examinando a mi más cara compañera con una mirada corta y discreta.—¿No has visto por alguna parte a Lissy?

—Por ninguna—mentí.

—Es para desesperarse con esta mujer. Parece que se la ha tragado la tierra. Pero siempre lo hace así.

Y diciendo esto, Raúl se abrió camino entre las innumerables parejas de danzantes para seguir buscando a su Lissy.

—Bueno—dije yo a mi hermanita—y ahora viene el gran bromazo. Vamos a ver si tu Raulito, que te martiriza con sus tremendos celos, cumple también al pie de la letra, en su apreciable persona, todo lo que pide de las otras. Ahorita te cambias pronto de disfraz, poniéndote el dominó rojo en vez de este verde, y luego vas y buscar a Raúl, conquistándolo, ¿comprendes? Creo que no tengo que dar más explicaciones, ¿verdad?

Y tuvimos suerte. Todo salía a nuestro deseo. Raúl no se hizo sordo al oír una dulce vocecita que complacía a su oído. Y poco tiempo después se hallaban él y el dominó lejos en discreto rincón conversando dulcemente.

—Quítate ese horror de antifaz—rogaba él.

Anda, sólo un momento. Y la quiso besar. Entonces ella, con ligereza, evadióse y en un abrir y cerrar de ojos viose Raúl solo. El dominó rojo había desaparecido entre las múltiples máscaras.

Y minutos después Lissy estaba sentada junto a mí, contándome sus aventuras. Esta vez había dejado los dominós y estaba en su traje de paje.

—Pues sí—me decía—me alegro de poderle dar esta lección. Ya verá.

En esto vemos a Raúl que venía hacia nosotros, desaforado.

—Por fin te encuentro—le dijo a Lissy.—Es incomprensible que ni siquiera un momento te hayas ocupado de mí. ¿En dónde estabas?

—Muy cerca de ti—repuso Lissy con irónica sonrisa—pero no te quise molestar en tu cariñoso téte a teté con un dominó rojo. Si quieres, te puedo repetir toda la conversación que sostuvieron ustedes, yo creo que prefieres que no lo haga ¿verdad? Así lo haré, pero con una condición: que de hoy en adelante me dejes en paz con todos tus infundados celos.

Raúl estaba desconcertado y corrido y yo me mordía los labios para no soltar la carcajada...

Y cuando a la mañana siguiente Raúl vió sobre la chaise-longue del boudoir de Lissy un vestido de paje, un dominó rojo y otro verde, empezó el marido a comprender la lección de su mujercita.

Lothar Sachs.

PARA LAS COQUETAS

CUIDE USTED DE NO ENGORDAR

La belleza y la obesidad no pueden ir jamás unidas, ya que no hay silueta que resista el exceso de grasa. Recuerdo los términos que un hombre de ciencia empleaba para describir la gordura extraordinaria de una de sus clientes: "Su cuerpo tenía formas monstruosas, las mejillas caídas por el acumulamiento de las grasas, formaban un triple mentón, acorazando el tronco y el abdómen, más el talle; en esta forma la figura antes encantadora volvíase inexpresiva, sin ninguna línea neta, ya que las carnes fofas deshacían por completo el antiguo encanto".

Este retrato, demasiado verídico, quita el sueño a todas las mujeres poseedoras de una amable redondez, susceptible, en cualquier momento, a convertirse en obesidad. ¿Qué se hará para ahuyentar esa pesadilla? ¿Qué régimen seguir? Antes que nada hay que averiguar la causa de la obesidad. Puede ser ésta hereditaria, provenir de una asimilación defectuosa, ser la consecuencia de falta de ejercicios o de exceso de alimentación. La edad y el temperamento tienen también influencia sobre el desarrollo de las grasas. Cuando hacia la mitad de la vida, en la época de la segunda juventud, un ser linfático se abandona a la buena vida. hace poco ejercicio, posee una dosis de filosifía suficiente para gozar de una gran tranquilidad de alma, es éste ser el indicado para ser una presa de la obesidad

Un humorista, riéndose de las víctimas de esta deformidad que algunos juzgan enfermedad, decía: "Las mujeres que empiezan a engordar, dejan de ser mujeres, para devenir suegras".

Hay que saber si la obesidad es una enfermedad. Nada mortal, en apariencia al menos; pero hay que tener en cuenta que la grasa invade el corazón y los pulmones, amenazando con sofocaciones y asfixia.

Además, es generalmente reconocido que las gentes demasiado gordas son las que más padecen enfermdades, y que, entre dos enfermos, si uno es manifiestamente gordo y el otro es de proporciones medianas, éste último tendrá diez probabilidades más de mejoría que el enfermo gordo.

Con esta documentación, no será cuestión de coquetería el evitar la gordura; hay que recordar el caso de la infortunada emperatriz de Austria, que habiendo constatado una amenaza de gordura, renunció a la equitación—su deporte favorito—para dedicarse cotidianamente a largas marchas forzadas. Igual miedo tuvo la reina viuda de Italia; pero ésta dedicó su actividad al alpinismo, e hizo ascensión sobre ascension.

Son curas heroicas, a las cuales no habrá que recurrir si desde el principio se observa un régimen. Para empezar este régimen hay que renunciar a los dos más hermosos pecados capitales: la pereza y la gula. ¡Adios comidas copiosas...' ¡Adiós largas siestas, en que el espíritu se adormece...! Privarse y moverse: tales han de ser las bases de un régimen. De la cabeza a los piés fricciones cotidianas con agua salada, luego, una gimnasia suficientemente violenta para provocar transpiración. Como alimentación: carne asada, verduras cocidas, galletas de agua, y té sin azúcar. Este régimen asegura los más excelentes resultados, pero por más enérgicas que sean las jóvenes modernas, cuando se trata de su belleza, no creemos que tenga suficiente perseverancia pára seguir un régimen tan estricto.

La curación de la obesidad reposa sobre tres principios intangibles: ejercicios frecuentes, moderación en el sueño, discreción en la comida. A la primera mirada, parece que estos principios no fueran molestos, pero si han de ser seguidos por una persona ya obesa, constituirán para ella un verdadero suplicio. Hacer ejercicio cuando cualquier movimiento cuesta un esfuerzo, no dormir cuando el sueño cierra los párpados, no comer cuando el hambre hace sentir sus efectos, son actos de verdadero coraje, que sólo se pueden ejecutar con una fuerte voluntad; por lo tanto, insistimos que no debe esperarse la obesidad para seguir un régimen.

1.o Físicamente vida muy activa: andar, hacer gimnasia, dedicarse a todo género de deportes, (la equitación y el automovilismo, son las excepciones), trabajos manuales, (jardinería, repujado en acero, tallado en madera).

2.o Alimentación poco abundante, que tenga por base carne blanca y legumbres. Quedan prohibidas las papas, lentejas, porotos granados y arvejas, éstos por feculentos. Levantarse de la mesa con un ligero apetito. Privación absoluta de cerveza y de sidra, nada de agua y poco vino.

3.o tomar tres veces por semana un ligero laxativo (una cucharadita chica de sulfato de soda en una taza de agua caliente-, cuidar que la digestión marche siempre regularmente.

4.o Acostarse tarde, si es posible sin comer; de comer, tomar solamente una porción de carne asada y una taza de té sin azúcar. Levantarse temprano y hacer en la mañana una larga caminata a pie. El máximo de sueño de un obeso ,debe ser seis horas.

5.o Ocupar el espiritu, interesarlo, darle una gran actividad, semejante a la que se le da al cuerpo.

He aquí, trazado en grandes líneas, un excelente régimen, que no dañará el organismo, puesto que ninguna droga destruye el aparato digestivo.

Este régimen puede tener algunas variaciones. He aquí otros detalles, que pueden activar la disminución de la gordura.

Se recomienda las abluciones de agua salada y las fricciones hechas con alcohol puro; estas fricciones serán bi-cotidianas, y se hacen sobre las partes recargadas de grasa, vigorosamente. Su duración puede ser de un cuarto de hora a media hora.

Otra preparación para ayudar a las fricciones es la siguiente: Raspaduras de jabón blanco, 100 gramos; jugo de limón, 20 gramos; yoduro de potasio, 10 gramos; vaselina blanca, 20 gramos.

Más simple todavía, y más fácil de preparar, es la siguiente mezcla, que sólo tiene el inconveniente de manchar la piel: Glicerina, 100 gramos; tintura de yodo, 20 gramos.

Los jabones yodados son igualmente activos, como todos los medicamentos yodados, aplicados **exteriormente**; son eficaces contra la obesidad A propósito subrayamos la palabra **exteriormente** ya que todos los remedios internos que contienen yodo pueden provocar graves desórdenes en el organismo. Por lo tanto, hay que desconfiar de todos los medicamentos internos a base de yodo que los periódicos anuncian con un grabado en que se ve una especie de tonel, que es el obeso antes de empezar a tomar el remedio, y luego otro grabado que representa al mismo obeso, al mes de tomar el medicamento, convertido en una especie de espárrago.

La hidroterapia, los baños a vapor, los masajes sabiamente ejecutados, pueden ayudar al adelgazamiento corporal, teniendo una gran importancia en la cura de la obesidad, pero esta cura no debe nunca prescribirse sin recomendarse los análisis de la orina, ya que es muy importante darse cuenta, para obrar con eficacia y sin peligro, de la cantidad de úrea eliminada por el enfermo; porque si la úrea es excesiva—como en el caso de los artríticos—no se podrá condenarlos a régimen seco, siendo que éste conviene perfectamente a los enfermos en los cuales la dosis de úrea es insignificante. El régimen seco es en este caso indicado, aunque puede romperse en las comidas, bebiendo té sin azúcar, que es a la vez tónico y desasimilador; el caldo desgrasado y el cefé puro, son igualmente permitidos.

EXCESO DE ACIDEZ EN EL ESTOMAGO

MODO DE ELIMINARLO

El exceso de acidez estomacal puede terminar en graves desórdenes en el aparato digestivo; es, pues, muy importante que los alimentos pasen al intestino en grado invariable de acidez, de manera que éste no pueda irritarse fácilmente. Para combatir los dolores estomacales, basta tomar media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada (M. R.) en un poco de agua caliente, que al neutralizar la acidez excesiva. origen de estas dolencias, protege las paredes irritadas del tramo digestivo e intestinal, permitiendo así una función normal y sin dolor. Los médicos recomiendan la Magnesia Bisurada.

Base Magnesia y Bismuto.

ALREDEDOR DEL AMOR Y LA MUJER

La mujer ama, padece y desea el apoyo de una mano amante, y, esto, más que ninguna otra cosa, ha fortalecido el amor en la especie humana y consolidado la unión.

El amor te renovará, aunque seas poco digno aunque al pasar por sobre los nogocios y los intereses te hubiera salpicado el lodo del mundo. Su llamado lo consumirá todo, y hallarás en un rincón ignorado del corazón la grandeza de los divinos deseos para sostener a la que en ti se apoya...

El amor está llamado hoy más que nunca, a merecer su excelso título de mediador del mundo.

Se ha dicho con frecuencia que era la debilidad de los hijos, que, prolongando los cuidados de la educación, ha creado la familia En efecto, el hijo retiene a la madre; pero lo que retiene al hombre en el hogar es la misma madre

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos Depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello **Sobre** el cutis, en cambio Vytt deshace el vello y la raíz **debajo del cutis.**

Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se aplicó y el vello ha desaparecido.

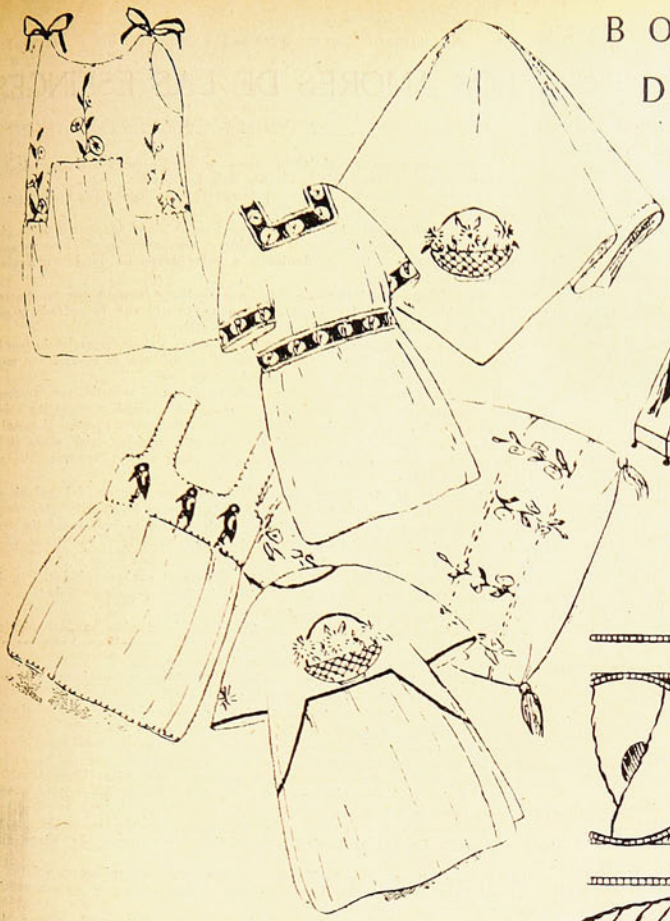
El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, **Casilla, 1161, Santiago.**

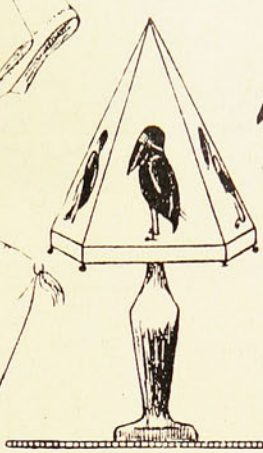
El "Vytt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

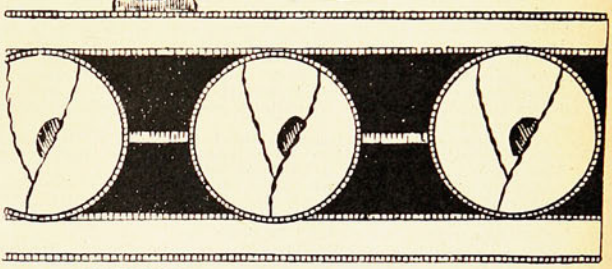
Base: Natrium sulphide, Barium Sulphide, Calcium carbonate, Glycerine, Agua.

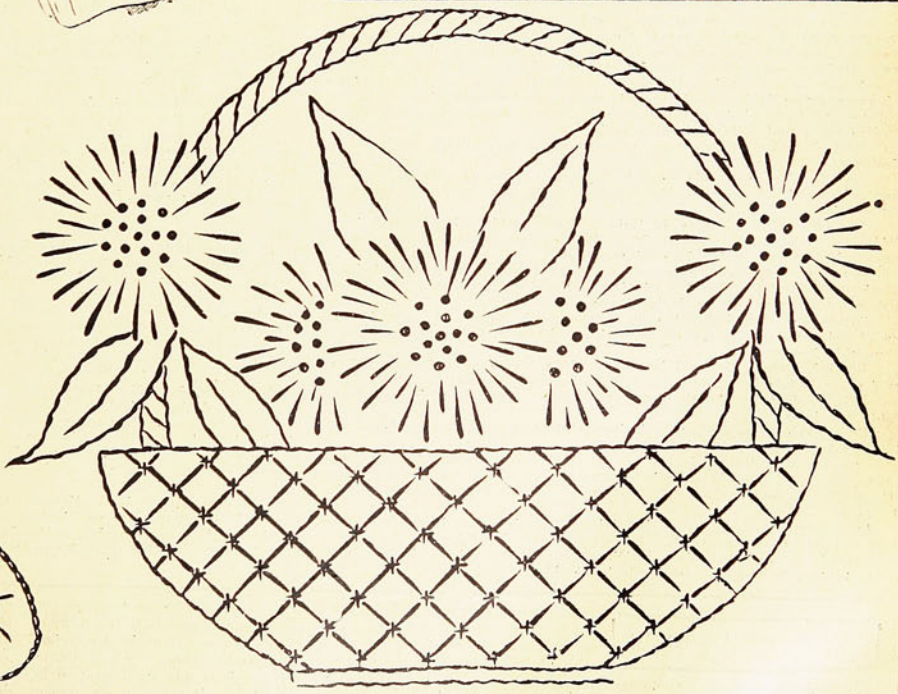
VYTT.

BORDADOS DE COLORES









Los dibujos de bordados que damos en esta página pueden servir para adorno de delantales de niño, para cojines y pañuelos y hasta para una divertida pequeña pantalla. De ejecución muy simple, la rama de flores está hecha con punto de cadeneta. El canasto se borda con punto de tallo y las flores se hacen con largas puntadas y con nudos para los pistilos. El galón va hecho con punto de Richelieu punto de espiga y punto al realce. En cuanto al pelícano, va recortado en género oscuro y aplicado con punto de cadeneta de color.

Las diversas etapas de la metamorfosis de la "esfinge".

En el mundo maravilloso de las mariposas

LOS AMORES DE LAS ESFINGES

Por ENRIQUE ERNESTO GIGOUX

A repugnante oruga que disimula su presencia colocándose del mismo tono de la planta donde vive y que destruye, abandona su glotonería cuando la naturaleza le indica que ha llegado el momento de pasar al estado de crisálida. Y las orugas de las esfinges, bajan de las ramas donde devoraron las hojas, perforan la tierra, y vivas, como los fakires de la India, se sepultan para admirar como ellos después, con una sorprendente resurección y la transformación maravillosa en un ser alado, de colores hermosos, que levanta el vuelo a la hora del crepúsculo para ir de flor en flor, como los brillantes colibríes, haciendo una vida aérea y libando mieles, tan distinta de aquella otra en que se arrastraba como reptil y comía yerbas como los rumiantes.

Las mariposas, en su metamorfosis completa, pasando por las cuatro fases de huevo, larva, crisálida e insecto perfecto, es más interesante y curiosa en los lepidópteros que en los demás insectos

Las esfinges, esas mariposas grandes, de cuerpo robusto, de colores sombríos en sus alas superiores, y generalmente con manchas vivas ocultas por aquéllas en las inferiores, vuelan por la tarde y noche, haciendo de picaflores crepusculares y cuya talla tienen.

Había seguido la metamorfosis de varias de ellas, y como notase que al romper su capullo de crisálida, derramando un líquido aromático color de rosa, la mariposa, con sus alas plegadas en muchos dobleces, lo mismo que un pétalo de amapola que se arruga, su primer impulso es trepar, me convencí, era para que sus alas blandas y susceptibles de inutilizarse en este estado, se endureciesen estiradas en una posición conveniente.

A una de ellas le impedí hacerlo obligándola a no moverse. Entonces vi que sus alas débiles quedaron deformadas por las ondulaciones y concavidades que le imprimieron los objetos que obstaculizaron sus movimientos y detuvieron su impulso natural y sabio.

No pudo volar. Sus alas, que se ponen duras muy pronto, quedaron defectuosas.

La coloqué en una jaula llena de flores que cambiaba cada día y donde una red metálica la defendía de cualquier accidente y conservaba para mi observación.

Inclinado sobre mi mesa de trabajo, donde estaba mi prisionera inválida, una noche fuí sorprendido de repente por un zumbido y una sombra que pasó, para volver girando a mi alrededor.

Era una esfinge que había entrado, una **Frotoparce sexta coestri**, igual al ejemplar que tenía. Entró a mi pieza desde el jardín distante, donde llegaban los aromas confusos de las flores.

Supuse que el visitante era un macho, partiendo de la base de que en el orden natural es siempre éste el que busca a su futura compañera, y no a la inversa.

El alado galanteador, adivinando sin duda la presencia de mi cautiva, se posó en la tela de la jaula, agitando suavemente sus alas de felpa gris.

Volaba alrededor de la pieza para volver muy pronto a revolotear junto a la jaula.

El zumbido y la sombra se hicieron dobles, porque otra mariposa entró a la habitación.

Las dos se agitaban delante de la tela, volaban persiguiéndose, chocando contra las paredes o dando vueltas una al lado de la otra, en dirección vertical, como dos remolinos invertidos que se adhieren o se separan del techo.

Se perseguían, se alejaban, describiendo círculos en todo sentido, para llegar siempre a zumbar, temblando contra la tela de la jaula.

Después de una serie de repeticiones que parecían interminables, una persiguiendo a la otra, salieron de la habitación.

¿Cómo supieron en el jardín estos supuestos machos de que dentro de una pieza, en una prisión, había una hembra?

Es que los insectos tienen su telegrafía sin hilos, que en las mariposas son emanaciones aromáticas.

A la noche siguiente, ya con intención, no cerré la puerta de la pieza. De repente oigo otra vez el zumbido y veo pasar los círculos de sombras. El galán volvía y se dedicaba a volar despacio, dando vueltas alrededor de la jaula.

La prisionera agitaba sus alas imperfectas y trepaba por las flores.

Corrido un bastidor de tela, el visitante dió con la entrada y penetró a la prisión, de donde no intentó salir.

A la noche siguiente, el macho que subía y bajaba andando por la jaula, moviendo con suave temblor sus alas, dió con la abertura y salió volando, recorrió la pieza y se fué al jardín

Cuando creí que era el tiempo de la postura, recordé que la oruga de esta mariposa la encontré en una planta de palqui, y como las había visto iguales en otras plantas de la familia de las Solanáceas, como el tomate, etc., plantas que eligen estos esfingídos en nuestra región, quise saber si la mariposa pondría sus huevos sólo en una de ellas o, indiferentemente, en cualquiera o en todas.

La circunstancia de haber comprobado de que larvas del palqui no comen las hojas del tomate, ni aún obligándolas por el hambre, y vice-versa, orugas que se transforman en la misma mariposa en la metamorfosis, trataba de saber si los mismos escrúpulos de éstas, tendría la mariposa para poner sus huevos en estas plantas.

Coloqué diversas de ellas en la jaula, en maceteros apropiados, y pude ver que la mariposa elige cierta planta después de reconocerlas todas, y prefirió el palqui para su primera postura.

Este macetero fué sacado. La mariposa volvió a observar las plantas que quedaban y, no encontrando su preferida, se resolvió a hacer su segunda postura en las hojas de una planta de tomate.

Esta también fué sacada y la mariposa se obligó a continuar sus posturas en otras plantas de la misma familia, ají, etc.

Para lograr este objeto, interrumpía la postura que la mariposa efectuaba en la planta elegida, sacándola de la jaula y dejándole las otras

Luego, la elección de los vegetales en que deposita sus huevos, ¿es cuestión de simple preferencia, casualidad o necesidad, por no encontrar inmediatamente más que una u otra, o la prefiere, por obligación natural?

Yo no sé por qué esta preferencia o elección, que dá los mismos resultados en la propagación de la especie.

Cuando nacieron las orugas, cada una comía las hojas de la planta donde nació. Y repetida la tentativa de obligarlas a comer de otras, fué inútil.

Se alejaban de las nuevas hojas y permanecían encogidas y quietas.

Al ponerles su alimento, se animaban, devorándolo con un exagerado apetito

Y cuando ya estuvieron desarrolladas, un día dejaron de comer, pasando en continuo movimiento, introduciéndose en la tierra que les había puesto, para volver a salir, permaneciendo más o menos tiempo dentro de ella.

Su piel verde cambia de color, adquiriendo un amarillo desteñido. Se introducen por fin en la tierra y se quedan sin movimiento.

Doce días después empezaban a transformarse en crisálidas, operación que se efectúa rompiéndose la piel de la oruga, que se ha contraído, en medio de la cabeza, recogiéndose la piel hacia atras y dejando en descubierto la crisálida, que aparece muy blanda, color verde claro adelante y blanquizca en su extremo inferior.

El estuche cilíndrico que encierra la lengua y que se dobla sobre la parte ventral, se muestra aplanado y con poco relieve, pero, muy pronto se va desarrollando casi a la vista del observador.

Después de algunos días la crisálida toma un color rojizo claro, para alcanzar más tarde un tono café oscuro intenso y aspecto apergaminado.

Al aproximarse la última fase de su metamorfosis, la mariposa en su crisálida parece consta de dos partes: una piel seca, quebradiza, afuera, y adentro un cuerpo desprendido de aquélla.

A los 43 días de permanecer en su estado de crisálida, nació la primera mariposa, rompiendo el capullo por el centro de la parte superior de la cabeza. Arroja aquel líquido rosado y aromático y trepa lentamente donde puede, mostrando rudimentos de alas, tan plegadas y finas se ven, para tomar la posición vertical.

Poco a poco los pequeños muñecos se van abriendo y estirando, haciendo el efecto que crecen mientras se les mira.

Para ésto la joven mariposa sube a un sitio alto y de donde pueda colgarse para que sus alas queden pendientes y se endurezcan mientras está en esa posición.

Con poca diferencia de tiempo nacieron todas las demás mariposas y una tarde fueron puestas en libertad.

La banda voló al jardín zumbando delante de las flores y confundiéndose después con ellas entre las sombras de la noche.

E. E. G.

GUIA PRACTICA

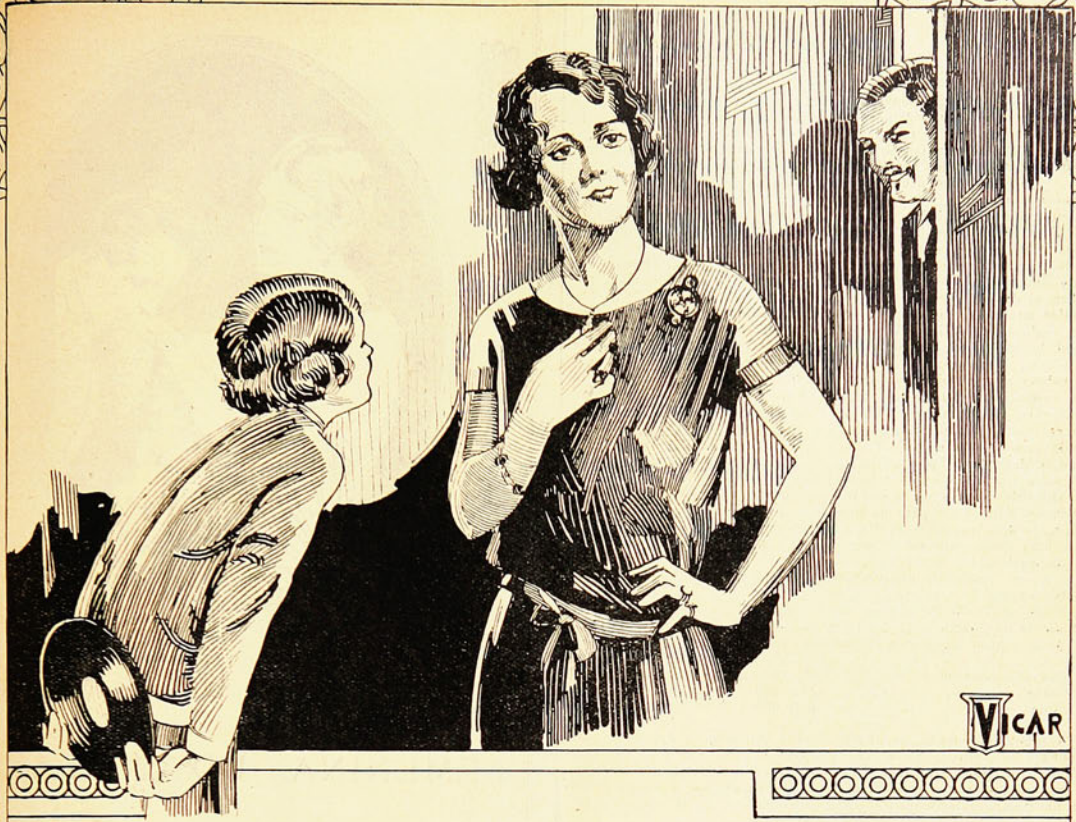
La molestia causada por la picadura de los mosquitos desaparece frotándose la parte atacada con un dedo humedecido e impregnado de ceniza de tabaco.

Las manzanas comidas en ayunas, constituyen uno de los laxantes mejores que se conocen.

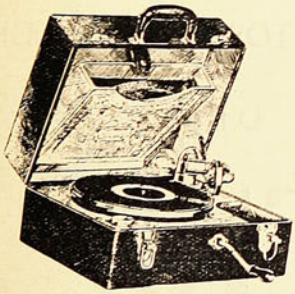
Contra la dureza de los pies es bueno aplicar al ir a acostarse la siguiente mezcla: Acido salicílico una parte; ácido láctico, una parte; colodión, ocho partes. También da buen resultado aplicarse durante el día sobre ellos pulpa de limón.

Un buen barniz para hacer impermeables toda clase de tejidos es el que se consigue de este modo: Se disuelve goma elástica en el betún o brea que se obtiene en la fábricación del gas; se dan cinco o seis manos y se deja secar. Si antes de que se seque se pone encima, estando aún blando el barniz, otra tela más fina pegada exactamente, y se pasa todo por entre dos cilindros, se obtendrá tejido impermeable para varios usos.

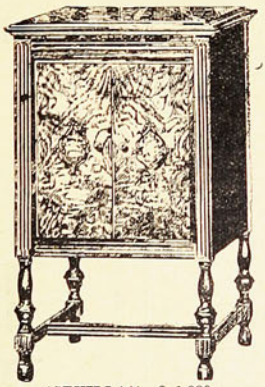
Para conocer si un tejido de seda contiene algodón, se aproxima un retazo a la llama de una vela. Si es de seda pura, forma una aglomerado de materia carbonosa, pero sin producir llama. Si produce llama, es de algodón.



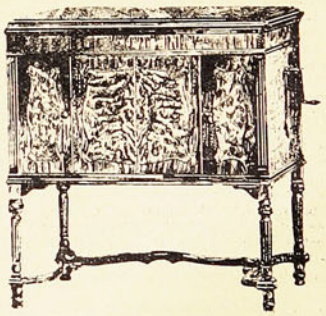
Brunswick



MODELO 104. $ 490.



"SEVILLA". $ 1,880.



"MADRID". $ 2,600.

ALGUNOS DE NUESTROS MODELOS DE MAYOR ACEPTACION.

NUESTRAS VENTAJOSAS CONDICIONES DE PAGO, PONEN AL ALCANCE DE CADA UNO ESTAS ESPLENDIDAS MAQUINAS PARLANTES.

Casa Hans Frey

ESTADO, 196, ESQ. AGUSTINAS

Sucursales en Antofagasta, Copiapó, Coquimbo, Serena, Valparaíso, Santiago, Concepción, Temuco, Valdivia. Agentes en todas las ciudades importantes.

LA MUJER EN EL HOGAR

TEORIA DE LA ALIMENTACION

NUESTROS organismos se gastan por el continuo trabajo y reclaman imperiosamente la reparación, que por medio de la alimentación se verifica.

Las substancias propias para reconstituir nuestros órganos son de dos suertes:

1o Materias azoadas y albuminosas.

2.o Sales minerales.

Particularmente la fibrina, caseína, albúmina, que provienen del reino animal, así como gelatina, substancia poco asimilable; el gluten, la leguminosa y la amandina, de que nos proveen los vegetales.

Las materias albuminosas se transforman por los jugos orgánicos en un líquido llamado peptona o albuminosa, propio para ser absorbido por las membranas del organismo y pasar a la sangre.

Ls sales minerales que juegan papel importante son: el carbonato de potasa, el fosfato de cal, base del esqueleto y de los dientes, el cloruro de sodio o sal de cocina que entra en la mayoría de nuestros líquidos, y las sales de hierro, que coloran y fortalecen la sangre.

Las substancias propias para aportar el carbono necesario al gasto del calor animal son: los licores fermentados, las materias azucaradas y las feculentas, que se transforman en glucosa, y las grasas, que no se transforman, pero se emulsionan y pasan a la sangre.

Cuando la nutrición no es suficiente o los alimentos son incompletos, sobreviene la delgadez y la anemia, las fuerzas desaparecen y el cuerpo está más expuesto a todas las enfermedades.

Hay alimentos completos, la leche y los huevos; pero los demás es preciso mezclarlos sabiamente para no privarnos de ninguno de sus elementos.

El hombre debe consumir al día 15 gramos de azoe y 250 de carbono. Así, pues, hace falta emplear un régimen que no sea exclusivamente vegetal ni exclusivamente carnívoro.

En el primer caso para absorver esos 15 gramos de azoe, se necesitaría absorber exceso de carbono.

Así, como conclusión se impone que la alimentación deberá ser mixta, conteniendo de un cuarto a un tercio de carne.

Las proporciones siguientes constiuyen un excelente régimen:

Pan o legumbres	de	800 a 1.000 gramos
Carne	de	200 a 300 gramos
Agua	de	1.500 a 2.000 gramos

En la práctica, empero, es absolutamente imposible determinar para cada alimento su proporción en azoe, carbono y sales minerales; se puede exponer el principio siguiente: "La alimentación debe ser lo suficientemente variada para que todos los elementos necesarios a su nutrición sean, en un tiempo relativamente corto, introducidos en la corriente circulatoria".

Algunos elementos, como el vino, la cerveza y los licores fermentados, no son de absoluta necesidad.

Los pueblos del Norte (suizos, holandeses, daneses, escoceses, finlandeses y rusos) beben habitualmente agua y se desenvuelven maravillosamente. Hallan el carbono necesario en los cuerpos grasos, especialmente en la leche y la manteca, de la cual hacen gran uso.

En el extremo Norte (Laponia), donde carecen de manteca, la suplen con la grasa de pescados.

Así, pues, sólo el **agua es la bebida absolutamente indispensable.**

Los alimentos no contienen siempre en el mismo peso la misma cantidad de substancias elementales que les son propias. Esta cantidad es extremadamente variable. En las plantas se modifica con la edad,, la naturaleza del suelo, la cantidad de agua que absorben, etc. Entre los animales varía también según la edad y la alimentación. Una carne joven es menos nutritiva. Si se toma más en cantidad de alimento de la que es necesaria, el estómago se fatiga por un trabajo excesivo e inútil. Si se desea conservar bien el estómago, es preciso no darle más trabajo que el indispensable: para esto, mezclar con cuidado los alimentos ricos en jugos y fáciles de digerir.

Hay que tener en cuenta para la alimentación la edad, el sexo y las ocupaciones. Si un hombre fuerte, joven, que hace considerable gasto de sus fuerzas, puede tomar vinos generosos y viandas suculentas en gran cantidad, los niños y los viejos necesitan otra alimentación más en armonía con su naturaleza, y el hombre y la mujer sedentarios han de usar los alimentos con más moderación. Hay una regla de proporción entre el trabajo digestivo y las fuerzas de cada individuo. Es un error creer que un niño puede comer carnes sanguinolentas en cantidad y beber vino puro. Este régimen le dificultaría el desarrollo, haciéndolo delgado y raquítico.

Un niño en el crecimiento necesita reponer a cada momento con una gran reserva de grasas los gastos de su organismo. En el pan, las féculas un poco de vino ordinario y mucha agua, hallará los elementos necesarios Es precisa también la carne, porque la carne hace los músculos, pero sin imponer a su estómago un trabajo excesivo.

Los ancianos necesitan una alimentación ligeramente excitante, que con un poco de volumen sea abundante en materias reparadoras. Carne tierna, buenos caldos, leche, huevos, legumbres cocidas y el vino aguado

Es un error creer que las carnes asadas son más alimenticias que las cocidas. Si un estómago está debilitado por enfermedad es conveniente presentarle el jugo y la sangre que casi instantáneamente absorbe; pero si goza de buena salud, le es igual la carne asada o cocida, con tal que la cocción no haya coagulado los principios albuminosos.

Una cocción mal entendida puede hacer insoluble, y por consiguiente inasimilable, una parte de los principios albuminosos; por consiguiente no es sólo por proporcionarnos los placeres de una buena comida en el sentido del gusto, sino para excitar nuestros órganos digestivos al trabajo de la nutrición, para lo que es importante la preparación de los alimentos.

Muchas personas no tienen esto en cuenta y suprimen los condimentos creyéndolos perjudiciales, cuando por el contrario, excitan el gusto y las secreciones del estómago y de los intestinos, ejerciendo acción saludable

AL BESAR UNA MANO FEMENINA, UD. NOTARÁ, POR SU SUAVIDAD Y AROMA,

LOS EFECTOS INCONFUNDIBLES DE LA

COLONIA

FLOR de ESPINO

BOTICA FRANCIA ESTADO, 154

El chic insuperable de un motivo decorativo

He aquí tres modelos de vestidos para distintas horas, en que un motivo decorativo pone la nota chic. El primero, es un traje de popelina azul marino, de línea muy sobria. Las mangas muy anchas y las puntas de la bufanda llevan una aplicación hecho sobre esterilla, con un cordoncillo y ribeteada con mostacilla opaca. La rosa está hecha en distintos tonos rojos y en las hojas se matizan los verdes. La mostacilla será negra, para que así sirva como una silueta a los contornos. El modelo del centro, es un traje de noche, en crépe satín negro, sencillamente drapeado adelante. La parte alta del cuerpo tiene dos canesús en crépe georgette en dos tonos de rosa. Y en la cintura, adelante, haciendo una leve curva muy graciosa, va el motivo bordado en lentejuelas de todos colores, que con las luces artificiales producen el más hermoso de los efectos.

El tercer traje es para la calle, en forma de casaca, con la falda recogida adelante y el motivo decorativo a un lado, hecho en cinta, con el corazón de las flores formado por mostacillas alargadas.

PARA LAS HACENDOSAS

CONSERVACION DE LOS ESPEJOS Y VIDRIERAS.— El mejor medio de limpiar un espejo, es humedecerlo por medio de un lienzo empapado en agua clara y alcohol puro. Se enjuga con la gamusa

El papel es excelente para frotar los cristales, los espejos, no hace pelusa como las telas y no tiene el inconveniente de rayar el espejo como los papeles ordinarios.

Otro procedimiento consiste en lavar los espejos o las vidrieras con una esponja embebida con agua jabonosa tibia, enjugar completamente, y cuando el espejo está seco, frotar con una gamuza espolvoreada con polvos blancos de España. A fin de evitar el rayado, se deslíe el blanco de España en un poco de agua, se cuela a través de un lienzo muy fino y se decanta el líquido; el depósito que se ha formado en el fondo del recipiente sirve para la limpieza.

También todos estos espejos se limpian con la creta desleída en un líquido alcalino, particularmente en agua amoniacal. Se cubre la superficie con la mezcla, se deja reposar y se frota poco a poco con lienzos. Algunas veces se forman en los cristales de las lámparas manchas oscuras que ninguno de estos procedimientos les hace desaparecer. Se les quita frotándolas con papel de lija, piedra pómez, o en caso de necesidad, con polvos de esmeril.

Para limpiar las pinturas.— Se toma un poco de blanco de España sobre una franela húmeda, se frota ligeramente la superficie de la pintura y se lava con agua. El efecto es sorprendente. El jabón mineral bueno da también resultados satisfactorios.

Para conservar las pinturas sobre madera y sobre hierro, expuestas a las interperies, se las lava minuciosamente y se las cubre con una capa de aceite de linaza hirviente. La pintura así preparada jamás se agrieta.

Conservación de los tapetes de mesa.— Se les cepilla todos los días y se les sacude una vez por semana, así como las cubiertas de lanas puestas sobre los manteles. Cuando es necesaria una limpieza más completa, basta sumergir el tapete o la cubierta en agua de Panamá bastante fuerte (madera de Panamá macerada durante veinticuatro horas), mezclada con agua caliente. Se lava con cuidado, se tuerce la tela y se la hace secar extendida.

Cuidado de los mármoles.— Según su grado de engrasamiento, los mármoles se lavarán, ya sea con agua de jabón o con agua de amoníaco cada vez más concentrada. Se les enjuaga luego con agua pura.

Las manchas de grasa o de tinta se quitarán por los procedimientos ordinarios. Se guardará de ensayar el efecto de los ácidos, porque atacan las piedras calcáreas.

Limpiado el mármol, se le barnizará con un encáustico o la esencia de trementina, en el cual la cera amarilla será reemplazada por cera blanca de primera calidad.

Se le conserva después frotándolo de cuando en cuando con un trapo de franela, ligeramente empapada en aceite.

Escaleras de piedra.— Se lavan con agua de lejía o jabón, se les frota con piedra pómez o mejor con ladrillo inglés y se les enjuaga con agua pura.

Alabastro (limpieza).— El humo, el polvo, amarillentan el alabastro; se debe entonces lavarle con agua jabonosa, limpiar lavando con agua pura, después frotar con una especie de caña empleada por los torneros para pulir la madera, y que se llama **cola de caballo seca.** A falta de la coda de caballo, frotar con un pincel duro cubierto de yeso pulverizado.

Aseo de bronces lorados.— Limpiar el objeto con una disolución caliente de potasa o de soda, después extender sobre un tapón de lienzo un poco de la mezcla siguiente:

Agua	125 gramos
Carbonato de soda	7 "
Blanco de España	15 "
Alcohol a 85 grados	50 "

Dejar secar y quitar el revestimiento con un trapo fino o un cepillo suave. El dorado vuelve a tomar todo su brillo.

Para los objetos que no reclaman gran cuidado, basta cepillarlos con agua hirviente de jabón y restregarlos cuidadosamente con agua caliente, dejándolos secar al aire sin enjugarlos, y por último pasarle una piel fina o lienzo fino solamente sobre sus parte brillantes.

Dorados sobre madera o aplicaciones al barniz.— Con un difumino muy suave se pasa sobre los dorados una ligera capa de amoníaco; después de algunos minutos se le quitan suavemente las manchas con un lienzo de batista usado.

Es una operación muy delicada y que necesita grandes precauciones para no deteriorar los dorados.

Limpieza del cobre.— Una mezcla de 30 gramos de ácido oxálico, o ácido sulfúrico en un litro de agua, dan inmediatamente a los objetos de cobre un bruñido muy hermoso; pero esta mezcla, conocida bajo el nombre de **agua de cobre,** es peligrosa emplearla. La más pequeña desolladura en las manos puede producir, bajo su acción, una considerable hinchazón: es además un veneno enérgico que no es prudente usar.

Un poco de **trípoli** desleído en vinagre da, sin riesgo, el mismo resultado.

Otras fórmulas muy recomendables son como sigue: 60 gramos de jabón negro disuelto en 500 gramos de agua pura; 100 gramos de légamo reducido a polvo fino; 60 gramos de alcohol; 100 gramos de esencia de trementina. Ponerlo todo en una botella bien tapada después de haber agitado la mezcla. En el instante de la limpieza, empapar un pedazo de paño o de franela y frotar el objeto de cobre, enjugar con gran cuidado con la ayuda de un lienzo muy flexible y bien seco, después de pasarle la piel.

El cobre se limpia igualmente en el **trípoli rojo o trípoli** de Venecia, o con el **trípoli blanco** o **trípoli de Berlín.** Este último se emplea diluyéndolo con una pequeña cantidad de aceite de olivas. También se puede emplear el rojo inglés mezclado con légamo en el aceite de olivas.

Para limpiar los objetos de cobre se pueden servir de una solución de 20 gramos de ácido oxálico en 12.5 de agua, o mejor:

Acido oxálico	8 gramos
Acido sulfúrico	8 "
Légamo	70 "
Agua	1 litro

Agítese en el momento de emplearlo.

Sin embargo, se pretende que es un error emplear un ácido para limpiar el latón. Este se vuelve descolorido en muy poco tiempo. El aceite de olivas y el **trípoli** muy fino, después lavado con agua de jabón, es el mejor medio de conservar el brillo.

Para colorear el cobre no barnizado y darle un color de oro, se le frota con una pasta de sal de amoníaco reducida a polvo y agua pura; en seguida se le hace calentar sobre un fuego de carbón y se le hace brillar, cuando está así seco, con el blanco de España.

¿PADECE UD. DE CATARROS, COLITIS, DISPEPSIAS O DE OTRAS AFECCIONES INTESTINALES?

EL PRODUCTO INDICADO PARA TALES AFECCIONES, COMO SE HA COMPROBADO CON CIENTOS DE CARTAS MEDICAS DADAS A LA PUBLICIDAD, ES LA ANTIGUA Y ACREDITADA

Cocoa

PEPTONIZADA

RAFF

A base de cacao, malta, peptona, etc. (En forma de crema)

Girones de Arlequín

EL AÑO NUEVO DEL OPULENTO IBRAHIM

Al generoso Ibrahim acaban de preguntarle cuál fué el mejor saludo que recibió para el Año Nuevo. Sin siquiera hacer un esfuerzo para recordarlo, ha respondido:

—Felicidad. Que en este año trabaje usted menos y gane usted más.

El ha puesto este buen augurio a la cabecera de su lecho. Porque Ibrahim es un filósofo práctico y nunca se olvida del mejoramiento de la Humanidad, de esa parte tan considerable de la Humanidad, que es él.

Pero ahora se encuentra con el problema de cómo podrá llegar a trabajar menos que el año pasado. Porque el año pasado no hizo nada.

Y con pensar en esto, el pobre Ibrahim tiene ya bastante trabajo.

LA RESURRECCION DE GEUE

El comentario puede ser viejo, pero la justicia jamás deja de ser oportuna. A Geue debemos hacerle justicia. Geue había muerto y nadie lo sabía. A la tumba de la amada incomprensible y romántica se agolparon todas las lágrimas, todos los sentimientos y toda la piedad que el misterioso drama suscitó en las gentes.

Géue, entre tanto, era el hombre desaparecido monstruoso, casi fantasmal, cuyo nombre sufría absolutamente todos los comentarios, desde el que le hacía más generoso hasta el que le veía más vil. Pocas veces la memoria de un individuo se encontró en el tremendo caso que era el suyo. A medida que avanzaba el tiempo, los comentarios crueles eran más agudos y los generosos se tornaban crueles Y el nombre de Geue descendía más y más.

Cuentan que un gran amigo suyo dijo:

Si yo le encontrase alguna vez, le diría:

—Anda y mátate.

De esta manera todos acabaron condenándolo a muerte y matándolo moralmente, porque se le suponía vivo.

A la postre, resultó que Geue había muerto. Que había muerto el día y en la forma en que la conciencia pública hubiera querido que muriese: es decir, cumpliendo el compromiso sellado sobre el corazón de su amada.

Nadie le ha hecho la reparación de reconocerlo.

Porque la verdad es que la noticia de la muerte de Geue es precisamente su resurrección.

EL BATACLAN EN LA PROPAGANDA

He aquí—ya lo sabéis, señores—que un conjunto de bataclanas se encargará de hacerles propaganda a los muchos valores de Francia. Es difícil que se conciba otra forma de propaganda más interesante. Todo cuanto haya de recomendar unas piernas esculturales y unas sonrisas dibujadas graciosamente entre los carmines, los lápices y los pomos de unos bellos rostros, será reconocido automáticamente.

Era este empleo lo que faltaba a las bataclanas para hacerse universales.

NICARAGUA

Sud América le debe cada día mayores servicios a los Estados Unidos. Como en la América Española se ha desarrollado tanto el bandolerismo, el gran país sin nombre de la otra América ha pasado todo el año de 1927 exterminándolo en Nicaragua.

Haciéndolo también ha comenzado el de 1928. Con el incidente de Quilali comenzó una nueva ofensiva. Como allí había, al parecer, muchos bandidos, los soldados norteamericanos de marina liquidaron a un buen número de aquéllos y, en cobro de tan importante servicio, se apoderaron de la ciudad.

EL "TROMPIFAY" DE LAS PELICULAS NORTEAMERICANAS

Se ha dicho que estos episodios se parecen a los de "Trompifay" de las películas norteamericanas. En efecto, Trompifay es el señor de una calleja cuyos faroles curvados guardan las huellas de sus puñetazos. La policía hace inauditos rodeos para no acercarse a la calleja en que reina "Trompifay". El se pasea con los codos hacia los lados, con un garrote, que bien puede ser una Doctrina, colgando del cinturón.

De pronto cree que en alguna de las casas, que le rinden vasallaje, se ven amagados sus intereses.

Entonces penetra en ella, apalea a sus moradores y se instala definitiva y cómodamente en el dormitorio.

El único que ha podido derrotar a "Trompifay" es "Chaplin". Pero ello ocurrió en el sueño celestial en que los dos personajes vuelan como las mariposas

UN HOMBRE DE CONCIENCIA

Cuando el diminuto hombrecillo de 'Los Intereses Creados" comenzó a escribir sus famosas "Cartas a las mujeres", confirmó en ellas ese profundo conocimiento de la esencia femenina que unos le reconocen y otros le niegan tan denodadamente.

Hasta hace poco, esta cualidad del pequeño gigante era todavía cosa de discutirse, y en el fondo de la discusión palpitaba la duda de si Benavente valorizaba o no con exactitud el alma sutil e inasible de la mujer.

Ahora acaba de dar término a todas las dudas, y gracias a ello sabemos cómo el agitador de los "gnomos" latinos siente el respeto de hablar entre señoras.

Ha sido invitado por las graciosas damas que constituyen el Liceum Club de Madrid, a cerrar el año con una de sus alocuciones espirituales.

Y él—excusándose—ha contestado al emisario:

—Dígales que me sería difícil complacerlas, que necesitaría prepararme... que no me gusta hablar a tontas y a locas...

SIN CIGARRILLOS

DIALOGO con la cigarrera:

—Deme, señorita, un Westminster

—No hay, señor.

—Un Abdulia.

—Tampoco, señor.

—Un Cabañas, entonces.

—También se acabaron.

—A ver, un My-Lord.

—¡Vaya, no tenemos de ninguno de esos, señor.

—¡Caramba la peluquería bien mala!

—Esta no es peluquería, señor

—¡Pero tampoco es cigarrería!

MOTIVOS ORNAMENTALES

El ciudadano Lipika, de Belgrado, tuvo una ligera reyerta con el director de un diario nacionalista. El ciudadano Lipika nunca había tomado en serio la famosa frase que ha dado tanto dinero a su autor, y que ha hecho gastarlo a los papanatas: "Puede quien cree que puede".

Y tenía razón. Porque el ciudadano Lipika nunca creyó que pudiese matar al director de un diario nacionalista. Y, sin embargo, lo mató.

Si antes de eso le hubiera dicho que iba a levantarle una estatua al mismo director, tampoco lo hubiera creído Y, sin embargo, se la ha levantado.

Quiere decir que el ciudadano Lipika mató al periodista y que las autoridades de Belgrado lo condenaron a erigirle una estatua a la víctima y a ser ejecutado.

Nada, absolutamente nada de todo esto, hubiera podido creerlo el ciudadano Lipika. Como se ve, no hacía ninguna falta que lo creyera

HUMORISMO.

EL VIRTUOSO DE LA CIRUGIA

Por JULIO CAMBA

A un amigo mío lo tenían que operar de apendicitis.

—Voy a quedarme arruinado—me dijo:—pero no tendré más remedio que acudir a un gran cirujano.

Era un amigo querido y yo me alarmé.

—No haga usted semejante cosa—le respondí.—Llame usted un mediocuho cualquiera.. Llame usted a un sastre. Llame usted a un barbero o a un ebanista, pero no llame usted a un gran cirujano. El gran cirujano le considerará a usted el apéndice así como un virtuoso del violín puede considerar la Sonata de Kreutzer, y de manera muy artística, le matará a usted...

Yo he visto trabajar una vez a un virtuoso de la cirugía. Rodeado de un coro de admiradores se dirigió a una mesa de mármol, donde, convenientemente narcotizado yacía el enfermo. El virtuoso cogió unas pinzas y un bisturí y se dirigió a nosotros.

—Para la mayoría de los cirujanos,—nos explicó — esta operación no ofrecería dificultad ninguna. Es una operación sencillísima, que está resuelta desde hace mucho tiempo, y que puede realizar cualquiera sin el menor peligro. Comprenderán ustedes, sin embargo, que después de reunir aquí a tantos buenos amigos, yo no voy a defraudar su espectación. Las posibilidades quirúrgicas son ilimitadas para todo médico que tenga sangre de artista, y yo voy a demostrarlo ensayando con este enfermo un procedimiento inédito y completamente personal Es un procedimiento peligroso indudablemente, pero en eso consiste su encanto. Ya saben ustedes, señores, que a mí no me arredra el peligro...

Y, con un gesto a lo Thuillier, el gran cirujano se lanzó sobre el enfermo, quien, bajo la influencia del cloroformo había comenzado a cantar. Los admiradores no pudieron contenerse y rompieron a aplaudir.

—Van ustedes a ver con qué rapidez procedo,—añadió el gran cirujano. Toda la operación se reduce a tres trazos. ¡Zas!... ¡Zas!... ¡Zas!...

El gran cirujano hizo sus tres trazos y el enfermo dejó de cantar.

—Se le va el pulso—observó un ayudante.

Otro ayudante cogió con unas pinzas la lengua del pobre hombre y se puso a tirar de ella desesperadamente, pero todo fué inútil. Al poco rato el enfermo había muerto.

—Qué lástima—exclamó uno.

—¡Verdaderamente! — exclamó otro.—Quizá fuese yo mismo. Este pequeño detalle enturbia un poco el éxito de la operación...

El príncipe de a cirugía se lavó las manos, y si alguien se ha lavado alguna vez las manos como Pilatos, fué precisamente aquel hombre. Salimos a la calle: pero, como de costumbre, no se veía un vigilante...

Amigo lector: permítame usted que le dé el mismo consejo con que ya favorecí al amigo de quien he hablado antes. Si alguna vez necesita usted que lo operen llame usted a un mediocuho cualquiera. Llame a un sastre llame a un barbero o a un ebanista; pero no a un gran cirujano...

PUESTO QUE DON JUAN ES ETERNO...

¿Cuál es el tipo de "Don Juan" para las mujeres de 1928? ¿El atleta, el bailarín, el peliculero, el dandy o el "Hombre Gris"?

La literatura ha puesto de moda el "hombre gris", mundano y discreto, en cuya experiencia de todo, confían todas las mujeres...

SO, quienes han de decirlo son ellas. Sobre Don Juan—eterno, siempre galán, audaz, guerrero infatigable para torneos de Eros—debe opinar Eva—eterna, curiosa, enamorada. Que opinen, sí, las mujeres. Pero no sobre el hipotético Don Juan zorrillesco.

Ese Don Juan no puede interesar a las mujeres de hoy... Sobre ese Don Juan tendrían razones para opinar las bellezas de la época de Carlos I.

Ese Don Juan de ayer, bigotudo, barbudo, melenudo, perfumado y retórico, es ya para nosotros un personaje que duerme en las guardarropías de los teatros y que sale una sola vez al año a tomar el aire otoñal... Si el Don Juan de ayer se presentara en un dancing o en un Palace de hoy, haría un lamentable papel. Todo lo más semejaría una de esas figuras giratorias, untuosas, cabelludas y cursis que adornan los escaparates de ciertas peluquerías.

Este galán un poco ambiguo, dandy y equívoco, ¿será el "Don Juan" de hoy?...

No es de ese Don Juan, pues, del que opinarán nuestras mujeres... Puesto que Don Juan es eterno... ¿Cuál es el tipo del Don Juan de 1928?

Nos interesa que digan las mujeres de hogaño cuál es "su tipo", su "príncipe soñado", como se llamaba en las novelas cursis del siglo anterior.

Que hablen del Don Juan de hoy, del Don Juan de carne y hueso y nervios que va por nuestras calles, que acude en taxi a las citas y no desconoce el teléfono, ni la radio, ni la aviación... El Don Juan de americana, de "sleeping-car" y de transantlántico, de "rascacielos" y de vermuth con seltz... Porque, señores míos, si Don Juan es eterno, en 1928 debe, como siempre, haber Don Juanes apuñados... Ahora bien...

Así como lo mejor—y lo peor—de nosotros nos lo dicen los otros, de los hombros saben hablar las mujeres. Para hablar, las mujeres apenas si necesitan un pretexto. Claro que muchas veces el pretexto no es indispensable... Pero, para las tímidas—que aún quedan en este siglo de **chárleston**—vamos a exponer el motivo...

Un Don Juan de hoy, ¿por qué no?, puede serlo el atleta. La fiebre deportiva sostiene convulso al mundo actual... Boxeadores, futbolistas, corredores campeones de toda suerte de esfuerzo físico, son ídolos de las muchedumbres... ¿Es el Don Juan de hoy el tipo favorito de las mujeres, el hombre más fuerte, de pletórica belleza viril, de perfecta anatomía, dueño del ritmo y la potencia física?...

Otro tipo: el bailarín, triunfador de los salones, virtuoso del "paso de la zorra", as del **chárleston** y del **fox**. ¿Es el tipo preferido el hombre que sabe interpretar la danza, ese medio de expresión tan antiguo y eterno como la Humanidad misma?

El bailarín, el virtuoso de los salones, es otro de los tipos del "Don Juan" de 1928.

Pero no olvidemos al más selecto **specimen**: el peliculero. El Apolo de la pantalla es un héroe moderno Esos muchachos, esbeltos y fotogénicos, príncipes del fantástico reino de Hollywood, hacen soñar a muchas mujeres... El "teatro del silencio" tiene una difusión universal: el actor que hace un gesto gracioso o patético en un estudio de los Angeles, lo reproduce unánime en un palacio cinematográfico de París y en una barraca de feria en un poblado de mujiks... La **star de cine** logra la máxima popularidad. ¿Es el peliculero el Don Juan de hoy?

...Pocos rivalizan, sin embargo con el peliculero... El héroe de la pantalla, gestero y fotogénico, es el ídolo de muchos corazones femeninos...

¿O lo es acaso el dandy, el hombre de salón y de **boudoir**, culto, exquisito, refinado, conversador, galante y algo femenino, producto decadente de civilización, versado en todas las complicaciones y amigo de esos artificiales paraísos que forjan la literatura y los venenos agradables?

Y no olvidemos al hombre de color... En la racha negra que padece el mundo, la moda hace triunfar el baile negro, la música negra: ¿Será el negro el "Don Juan" exótico de las caprichosas?...

Y el "hombre gris" de las películas y las novelas galantes? ¿Será el Don Juan de hoy, el dueño del aureo secreto para dominar mujeres, el varón de aplomo y prestancia discretas, hombre de mundo tolerante y reservado que ya lleva entre las cenizas del cabello reliquias de haber sabido vivirlo todo y comprenderlo todo, que es el arte de perdonarlo casi todo?...

Ese "hombre gris", mundano y comprensivo, en el que aún la salud bien cuidada acusa vigores juveniles en contraste con su experiencia, también está de moda... ¿Será él el Don Juan de 1928?...

Y no desdeñemos a la Moda, caprichosa, absurda y tiránica como una mujer coqueta. Ella ha impuesto al mundo "la racha negra" que padece. "Lo negro" está de moda. Triunfa el arte negro, el baile negro, la música negra; hasta la literatura se toca de esa selvática, salvaje, estridente, primitiva e insoportable negrura: que no a otra cosa se pueden atribuir los versos ultraístas y las divagaciones de algunos superintelectuales contemporáneos...

El negro, exaltado en la película y en la novela, exhibido "a toda luz" en **palaces** y **cabarets**, está de moda. ¿Será éste acaso el Don Juan de las caprichosas torturadas por exóticas curiosidades?...

Como siempre, "ellas" dirán la última palabra

That is the question..., como dijo Hamlet, aquel príncipe norteño, gordo y neurasténico, que no fué seguramente un Don Juan...

El problema es éste, señoras mías: ¿cuál de los tipos modernos encarna a Don Juan? **¿Cuál es el Don Juan de 1928?**

Y ahora, vosotras, mujercitas de los campeonatos deportivos y los tés elegantes, muchachas de los autos raudos y los teatros de moda, damas del hogar y del gran mundo, taquígrafas y obreritas, artistas famosas y señoritas del conjunto, féminas del taller y de la fábrica, reinas de la Moda y esclavas de la oficina y de la aguja...

Mujeres... A todas vosotras, ensueño, acicate, botín y gloria del eterno Don Juan, curiosas, enamoradas, soñadoras de Don Juan, hijas del hombre que para el amor del hombre y por su amor y para los hijos de su amor vivís, os corresponde decir la última palabra... Como ayer, como siempre...

JUAN FERRAGUT.

También el atleta, el hombre en toda su pujante plenitud física, puede alardear de ser uno de los favoritos de la mujer actual...

La muerte y el doctor

POR

P. C. ASBJORNSEN

CIERTA vez hubo un muchacho que había vivido mucho tiempo en calidad de criado de un hombre de los países del norte, maestro en el arte de hacer cerveza, y tan extraordinariamente bueno, que no había quien lo igualase. Cuando el muchacho quiso abandonar su ocupación, y el hombre fué a pagar los salarios que había devengado, no quiso admitir otra recompensa que un barrilito de cerveza de Pascua. El bondadoso maestro se lo entregó, y el muchacho partió con él, llevándole mucho tiempo a cuestas y a gran distancia; pero cuanto más tiempo lo llevaba cargado, más pesado el barril se hacía, por lo cual empezó a mirar a todas partes por si venía alguien con quien poder beber, a fin de que la cerveza disminuyese y el barril se aligerase. Por fin, y al cabo de muchísimo tiempo, encontró a un anciano de larga barba.

—Buenos días dijo el hombre.

—Buenos los tengáis — respondió el muchacho.

—¿A dónde se va? — preguntó el anciano.

Voy en busca de alguien con quien beber para aligerar de peso mi barril — dijo el muchacho.

—¿No podéis beber conmigo lo mismo que con otro cualquiera? — dijo el hombre. — ¡He viajado mucho y siento sed y cansancio!

—¡Pues ya lo creo! ¿por qué no? — dijo el muchacho; — pero decidme de dónde venís y qué clase de hombre sois.

—Yo soy Dios y vengo del cielo — dijo el anciano.

—Contigo no he de beber — dijo el muchacho, — porque haces tales distinciones en el mundo entre las personas, y repartes las propiedades tan desigualmente, que mientras unos son sumamente ricos, otros nada poseen. ¡No! contigo no beberé — y diciendo esto, continuó de nuevo la marcha con su barril a cuestas.

No bien se hubo alejado un poco, se le hizo el barril tan pesado, que creyó que no podría llevarlo por más tiempo si no venía alguien a beber con él, y disminuyendo así la cantidad de cerveza que contenía. En efecto, encontró a un hombre feo, seco y huesoso que venía caminando en ayunas y furioso.

—Buenos días — dijo el hombre.

—Buenos los tengáis — respondió el muchacho.

—¿A dónde se va — preguntó el primero.

¡O! estoy buscando a alguien con quien beber para aligerar el peso de mi barril — dijo el otro.

—¿Y no podéis beber conmigo lo mismo que con otro cualquiera?— dijo el hombre, — he viajado por todas partes y siento sed y cansancio.

—¡Pues ya lo creo! ¿por qué no? — contestó el muchacho, — ¿pero, quién sois vos y de dónde venís?

—¿Que quién soy yo? Soy el demonio y vengo del infierno; de ahí es de donde vengo — dijo el hombre.

—¡No! — replicó el muchacho; — tú no haces más que molestar y atormentar a las pobres gentes, y si sobrevive alguna desgracia siempre dicen que es por tu culpa. Contigo no beberé.

Marchóse, pues, otra vez más lejos con su barrilito de cerveza sobre los hombros, hasta que comprendió que ya pesaba tanto, que era imposible llevarlo más lejos. Volvió a mirar de nuevo a su alrededor por si venía alguien con quien poder beber y aligerar su barril. Al cabo de muchísimo tiempo, llegó otro hombre, tan seco y chupado, que causaba admiración que sus huesos se conservasen aun unidos.

—Buenos días — dijo el hombre.

—Buenos los tengáis — contestó el muchacho.

—¿A dónde se va? — preguntó el primero.

—¡Oh! sólo miraba si veía venir a alguien con quien beber para que mi barril se haga más liviano, pues es muy pesado de llevar.

—¿Y no podéis beber conmigo lo mismo que con cualquiera — dijo el hombre.

—¿Por qué no?, ¡ya lo creo! — respondió el muchacho. — Pero, ¿qué clase de hombre sois?

—Me llaman la Muerte — replicó el hombre.

—Precisamente el hombre que yo busco—exclamó el muchacho.—Me satisface mucho beber en su compañía.—Y diciendo esto descargó el barril y comenzó a echar cerveza en un jarro.—Tú eres un hombre honrado y fidedigno, porque tratas de una misma manera al rico que al pobre.

Bebieron, pues, ambos, cada uno a la salud del otro, y la Muerte declaró que jamás había probado una bebida semejante a aquella; y como al muchacho le gustaba, bebieron jarro tras jarro, hasta que la cerveza hubo disminuído y el barril se hizo liviano.

Al fin la Muerte dijo:

Jamás he probado una bebida que tanto me gustase y me hiciese tanto bien como esta cerveza que me habéis dado, y no sé qué ofreceros en pago.

Pero, después de meditar un momento, dijo que el barril jamás se vaciaría, por mucho que de él bebiesen, y que la cerveza que en el mismo se encerrase sería una bebida salutífera, merced a la cual el joven podría curar a los enfermos mejor que un doctor. Dijo, también, que cuando el muchacho entrase en la habitación de un enfermo, siempre encontraría allí a la Muerte y se haría visible de él; y que podía tomar como señal inequívoca, que si le veía junto al enfermo sanaría con un trago de aquella cerveza; pero que si la veía junto a la almohada, no había curación posible ni medicina que le valiese, pues el enfermo le pertenecía.

De ello resultó que el muchacho pronto se hizo famoso y lo llamaban de todas partes, devolviendo la salud a muchos que habían desahuciado. Cuando entraba y veía el lugar de la cama en que la muerte estaba sentada, profetizaba si el paciente había de morir o sanar, jamás se equivocaba en sus pronósticos. Hízose rico y poderoso a la vez, y por último lo llamaron para asistir a la hija del rey de un país apartadísimo del mundo. Hallábase tan grave la enferma, que ningún médico creía que quedase ya remedio humano que aplicarle; así fué que el rey le ofreció todo lo que pudiese desear, si salvaba la vida de su hija.

Cuando penetró en el cuarto de la princesa, vió a la muerte sentada en la almohada; pero a veces dormitaba y daba cabezadas, y cuando esto ocurría la enferma se sentía más aliviada.

—Es esta, una cuestión de vida o muerte — dijo el doctor, — y, por lo que veo, temo que no haya esperanza.

Dijéronle, empero, que "tenía" que salvarla, aunque costase la tierra y el reino. Miró entonces a la Muerte, y aprovechando un momento en que ésta dormitaba de nuevo, indicó a los criados que diesen vuelta a la cama, con tanta rapidez, que la Muerte quedó sentada a los pies, y en el mismo instante en que verificaba aquella operación, el doctor administró a la princesa el consabido trago de cerveza y le salvó la vida.

—Me la habéis pegado — dijo la Muerte, — y ya no existe compromiso alguno entre nosotros.

Me ví forzado a ello — respondió el doctor — para no perder tierras y reino.

Pues de poco os aprovechará — replicó la Muerte; — vuestros días han terminado y ahora me pertenecéis.

—Bien, — dijo el muchacho; — lo que tiene que suceder que suceda; pero, ¿no me daréis tiempo primero para rezar el Padre Nuestro?

Sí que se lo concedió; pero el improvisado doctor tuvo buen cuidado de no rezarlo nunca; rezó todas las demás oraciones, pero el Padre nuestro jamás salió de sus labios, y, al fin, creyó que había engañado a la Muerte para siempre. Pero cuando ésta juzgó que ya había esperado demasiado, penetró una noche en la casa del muchacho y colgó enfrente de su cama un gran tablero con el Padre nuestro escrito en él. De esta manera, cuando el muchacho se despertó por la mañana, empezó a leer el cartel, y no se dió cuenta de lo que estaba haciendo, hasta que llegó al "Amén"; pero ya era tarde y la Muerte se apoderó de él.

A través de las olas traicioneras: por entre la obscuridad amenazante: a despecho del huracán alevoso, la brújula, como una mano fiel va indicando siempre: "por aquí, por aquí . . ." Nada la aparta de su objeto. Nunca engaña. Jamás guía al peligro.

La **CRUZ BAYER** es como una brújula. Siempre segura a través de los años, sin que nada la aparte de sus deberes. Siempre fiel a los más altos principios de honradez. Siempre marcando el buen camino por entre la peligrosa marejada de falsificaciones y substitutos.

De los productos que ella ampara, los que mayor fama alcanzan son:

BAYASPIRINA
(Tabletas Bayer de Aspirina)
Prescrita por los médicos en todas partes del mundo.

CAFIASPIRINA
(Premiada con Medalla de Oro)
El analgésico por excelencia para los dolores con depresión nerviosa, y

FENASPIRINA
El remedio moderno para los resfriados, la grippe, la influenza, etc., cuya caracteristicaes la de ser perfectamente bien tolerada por el estómago.

BAYER

ALGUNOS ECOS DE LA MODA

Por MARI — SOL

FLORES de paño... Flores de cuero... Flores de seda... Flores de terciopelo... Flores de tul... Flores de pluma... Esto es lo más nuevo en la sucesión de pequeñas obras de arte con que adornamos la solapa del traje sastre, el cuello del abrigo de piel, el hombro del traje de tarde, la cintura de la toilette de noche. Nunca se había usado tanto y con tanta constancia este lindo complemento de la vestimenta femenina. Ahora se presenta la variación de las flores de pluma, verdaderamente encantadoras y fantásticas. En tonos pálidos las vemos adornando los trajes de tarde y noche, poniendo una nota de exotismo sobre la simplicidad aparente que detentan los modelos actuales.

Vuelve el velo en el sombrero, pero no el velo que cubre toda la cara, sino que un velo corto, redondo, que se echa sobre una toca, una campana o un turbante y que alcanza a llegar solamente hasta la nariz, cubriendo los ojos y dándoles un encanto de misterio, ese encanto de sombra que tanto place a la mujer para ocultar tal vez a dónde van dirigidas sus miradas.

Junto a esta novedad del velo en los sombreros aparece, en este mismo capítulo de la moda femenina, el de las plumas adornándolos, plumas desrizadas, manojos de aigrettes y de aves del paraíso, dispuestos las más de las veces a los lados del sombrero—pequeño y muy encajado en la cabeza—dirigidas hacia la cara, formando una especie de melena sobre las orejas, sobre las mejillas. Son encantadores para la tarde y en los tées y reuniones de cinco a ocho, acompañando un vestido elegante, han de resultar de un supremo chic

Hay un verdadero furor por los lazos, hechos en cintas. Ya hemos dicho en ecos anteriores cómo se ven completando toda clase de vestidos, ya sea puestos en el cuello o en los hombros. Ahora presentamos a nuestras lectoras dos variaciones más de esta moda tan linda y graciosa, ambas creaciones de Chantal. El uno es un traje de espumilla color beige, sin otro adorno que dos lazos a su vez dobles, colocado el primero en el pecho y el segundo en la cadera Están hechos en cinta de falla beige más tostado y azul natier. El lazo beige va incrustado en la espumilla del traje, mientras que el otro va anudado y suelto en el centro del primero. No se puede soñar nada más bonito y sencillo.

Otra variación de los lazos.

Vuelven las plumas en los sombreros.

Modelo de espumilla blanca, con lazos planos.

Chaqueta de paño naranja.

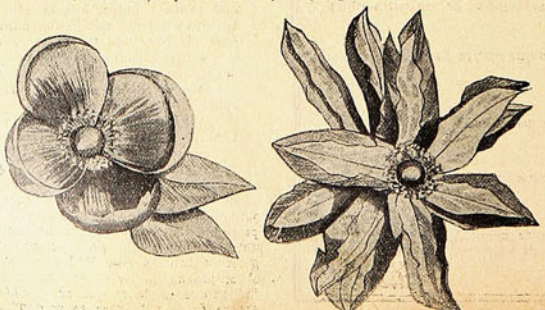
El segundo modelo es un vestido de espumilla blanca, la falda lleva un grupo de pliegues al costado y la casaca, hechas en la misma tela del traje, lleva tres incrustaciones a modo de cintas, puestas en ángulos y terminadas por un lazo plano. Sobre este traje extraordinariamente juvenil, va una chaqueta de paño naranja forrada de amarillo limón.

Si quiere usted ir calzada a la última moda elija sus zapatos del mismo tono del vestido, pero siempre algo más oscuros, nunca más claros Ha de saber que en París se están haciendo zapatos de todos colores, hasta de aquellos que antes nos hubieran parecido absurdos, rosas, celestes, verde manzana, amarillos; de cretona, de seda, de raso, de espumilla, de crepe de Chine, ya no hay color ni material que no empleen los zapateros en su afán de completar armoniosamente la vestimenta de la mujer.

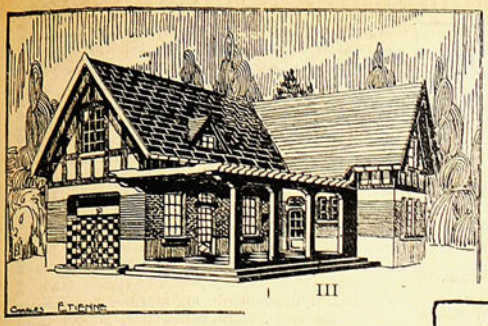
En el matrimonio de la princesa Ana de Francia, celebrado últimamente en Nápoles, llamó extraordinariamente la atención el traje de cierta gran dama de la nobleza francesa, hecho de una tela de oro, especie de tul y muy ligero recamado en oro opaco, con motivos de oro brillante, muy simple de líneas, casi una túnica clásica, que envolvía la figura espigada, prolongándose atrás en una larga cola cuadrada. Un tul de oro liso en la cabeza sujeto por una antigua corona de duquesa, que desde largos siglos pertenece a la familia de su marido, una corona de oro constelada de brillantes y esmeraldas, zapatillas de lama de oro y un pequeño bolsón de este mismo material, completaban esta toilette, que fué una de las más celebradas en esta fiesta de realeza y que, según un cronista social, hacía parecer a su portadora "una imágen bizantina que por obra de milagro se hubiera puesto en movimiento"

Jeanne Lanvin ha creado una novedad que ha de prestar grandes servicios a las aficionadas al excursionismo que este verano pasen una temporada en las playas o en los campos. Se trata de un quitasol de firme caña con una tela lo suficientemente gruesa para proteger bien del sol y al mismo tiempo lo necesariamente delgada para no ocupar gran espacio al estar arrollada en torno a la caña Este quitasol va metido en una vaina de madera plegable, articulada, que, puesta, convierte el quitasol en un cómodo bastón especial para las excursiones. Una vez quitada la vaina, por su calidad de plegadiza, puede ponerse en la cartera sin ocupar un sitio que abulte y moleste.

El velo de moda.

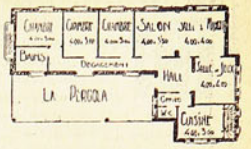


Lo más chic: flores de plumas de colores


III

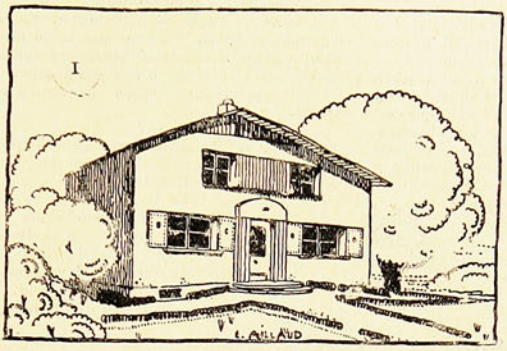
ARQUITECTURA PRACTICA

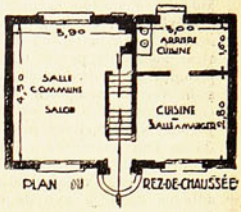
CUATRO CASAS CUATRO FORTUNAS



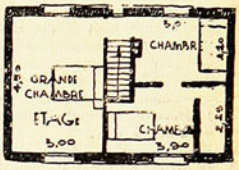
EL primer modelo, muy simple y muy armonioso, está indicado para una persona de fortuna modesta. Edificado en un plan rectangular, cuenta en el piso bajo con un living room, pieza llena de luz que será la preferida de la familia. De aquí arranca la escalera que lleva al piso alto. Fuera de este living, cuentan los bajos con un comedor y una cocina, teniendo arriba dos dormitorios y una sala de baño.

Vemos en seguida otra casa que corresponde al mismo tipo de edificación económica, con mayor movimiento en la fachada. Cuenta con


I

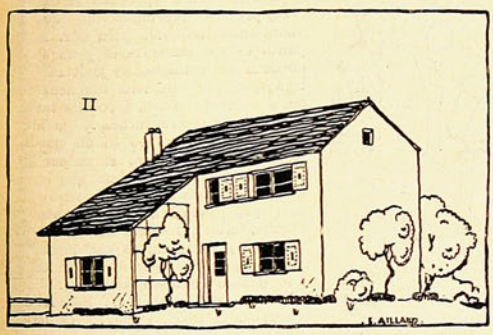


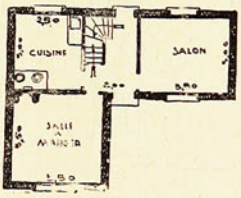
PLAN DU

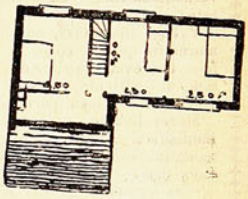


de baño y una pieza para la ropa. De estos tres dormitorios, hay que contar con que uno está destinado a las sirvientas.

Esperamos que nuestros lectores encuentren en estos planos alguno que convenga a sus intereses, ya que están selecionados cuidadosamente, teniendo en cuenta de que las fortunas son variadas, y con ellas varían también las comodidades que cada cual puede proporcionarse.


II

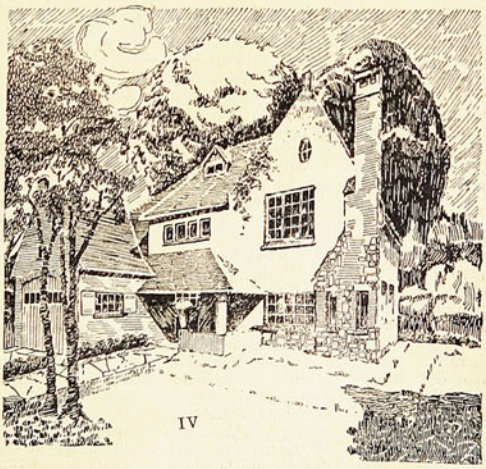


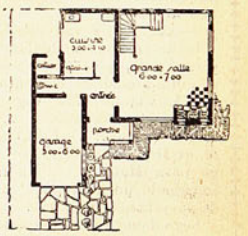


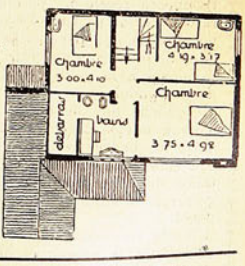
un salón, un comedor, un pequeño hall y la cocina en el piso primero en el segundo con tres dormitorios y baño.

Luego tenemos un cottage encantador, edificado en un piso, con una pérgola y una fuente de azulejos en una de las fachadas, detalles de gran novedad Tiene dos entradas, una que da al hall y otra al pasillo, a que abren las habitaciones que son un comedor, salón, sala de juego para los niños, cocina, repostero y toilette para la servidumbre. Además hay tres dormitorios y un baño. La cocina tiene una escalera que comunica con el piso alto, abuhardillado, en que hay dos piezas para la servidumbre, una despensa y otra pieza bastante grande, que puede servir de dormitorio de familia en un caso dado.

Por fin tenemos una casa de fachada muy original y que cuenta con muchas comodidades, incluso un garage. El pórtico da entrada al hall, que a su vez comunica con la gran sala que hace las veces de salón y de comedor, pieza iluminada por tres grandes ventanas y dos pequeñas, que cuenta en un extremo con una ancha chimenea de campana. La cocina tiene al lado un repostero y una despensa. El resto de este piso está ocupado por una toilette y el garage. La escalera que lleva al piso superior queda en la gran sala. Cuenta este piso con tres dormitorios, una sala


IV





AL OIDO DE NUESTRAS MUJERES

Por — *Gregorio Martínez Sierra*

El fruto que ustedes, mujeres de mañana, han de dar al mundo, han de ser sus hijos. Piensen ustedes en esto valerosamente, sin falso rubor; el rubor no está bien en cosa santa, y el más santo, más alto y más noble privilegio del mundo, es sostener a una madre en las dificultades de su santa misión. La madre es creadora con Dios; puede y debe ser redentora con él.

Piensen ustedes en la gloria de dar al mundo un hombre, y tiemblen ante la tremenda responsabilidad de tener entre los brazos un hijo y no saber hacer un hombre de él.

LA ABNEGADA

Por LUIS DE TERAN

DESPEREZABASE el mar con lánguidas ondulaciones y se expandía mansamente sobre la playa. La humareda de un vapor, apercibido al zarpar del puerto, ascendía recta, y afuera, un bergantín, aproado a la bocana, permanecía inmóvil, izadas en balde sus desheuchadas velas. Igualmente paranzados se mantenían unos estratos en el horizonte neblinoso y unas gaviotas prolongaban su baño, sin afanarse por atrapar presa. El tañido de una campana en un templo próximo sonó como lejano, no propagadas sus vibraciones en la quietud del aire. Todo era pereza o, más bien, serenidad, una serenidad augusta en la naturaleza toda.

María Luz, en la galería exterior del balneario, acodada sobre el barandal parecía estar absorbida por el encanto de la mañana plácida. Empero, observada bien, no acusaba a la verdad apacibles sentimientos. Tenía contraídos los labios de tal suerte que sus jugosas y encendidas pulpas se habían trocado en una línea seca y pálida; el habitual azul límpido de sus ojos estaba ensombrecido; frecuentes crispaciones desdibujaban sus afilados dedos y uno de sus piececitos golpeaba el suelo con marcada nerviosidad...

—Buenos días María Luz.

Volvióse ésta sobresaltada.

—¿He asustado a usted?—interrogó Alvear sonriendo.

—Como estaba pensando..., es decir, contemplando distraída... —balbució ella.

—Pensando. No rectifique. Y no es difícil adivinar en qué o, mejor dicho, en quién — replicó Alvear acentuada su sonrisa.

Vivo carmín coloreó las nacaradas mejillas de la muchacha; y él, sin dejar de sonreír, pero con disonante acento, añadió:

—Ojalá que ese hombre sea verdaderamente merecedor de usted.

Y tras una pausa, no riente ya, murmuró quedo, como si sus labios hubiesen traicionado un pensamiento íntimo:

—Sería un bien para todos.

María Luz le oyó y le miró inquisitiva. Alvear, entonces, con repentino cambio de expresión y tono, dijo:

—Se presenta un día espléndido. Siento tener que marcharme hoy a Madrid.

—Ah... ¿Se van ustedes hoy?

La interrogación de María Luz fué de sorpresa, pero, a la par, se pudo percibir en ella un asomo de contento.

—Amalia no. Me voy yo solo por unos días... Me han avisado... He recordado un asunto urgente...—Cortó Alvear su vacilante explicación diciendo:—Si quiere usted algo para Madrid... Me marcho ahora. He encargado un auto para alcanzar el rápido en la estación próxima.

Seguidamente se despidió. María Luz, en la que había surgido un pensamiento instintivamente receloso, permaneció todavía un rato en el balneario. Bajó luego a la playa, no poblada aun por sus habituales concurrentes. El primero en acudir fué Ricardo, quien se allegó a la gentil y pensativa muchacha, preguntándole:

—¿Estás hoy de mejor talante?

Eran novios desde hacía unos dos años, y entre los padres de él y la viuda madre de ella estaba tácitamente convenido que la petición de mano habría de hacerse cuando regresaran a Madrid, terminado el veraneo aquel.

María Luz contestó con un mohín de descontento a la pregunta de Ricardo, el cual, en tono de resignación irónica, exclamó:

—Vaya. Veo que sigue el mismo disco. ¿Qué te pasa, mujer?

—Nada...—murmuró ella.

—Tú te entenderás, hijita. Pero te advierto que, desde hace algún tiempo, nuestros coloquios son muy poco divertidos.

No replicó la maltratada. Se limitó a mirar a su desabrido novio con expresión de honda tristeza.

—¿Cómo está hoy tu madre?—interrogó él entonces, evidentemente, más que por interés, por mudar de tema.

No obstante, María Luz, cuya expresión de tristeza revistió un nuevo matiz, dijo:

—Está peor. Se ha despertado muy mareada y más fatigosa. Yo creo que no le sientan bien estos aires y que deberíamos volvernos a Madrid antes de lo que pensábamos.

—Opino lo mismo. Debéis marcharos en seguida.

—¿Te vas a quedar tú?

—Ya ves... Me complacería irme contigo, pero sabes que mis padres piensan venir aquí cuando regresen de Biarritz y...

—No les chocaría no encontrarte habiéndome ido yo.

—Veremos. No sé... De todos modos no falta tanto para que concluya el veraneo y nos reunamos en Madrid...

—Mira, Ricardo: basta de

—Te ruego que terminemos esta escena, María Luz...

engaños y subterfugios. Ten, por lo menos, franqueza en tu conducta.

—¿Qué quieres decir?

—La verdad. Que te has cansado de mí, si es que alguna vez te he entretenido. Que te pesan nuestras relaciones porque aspiras a otras de otro género y...

—No ensartes simplezas, nena. Y sobre todo no hagas alusiones de dudoso gusto.

—Seguramente que no lo es de alguien tu proceder... Y te advierto que debes tener cuidado.

—¡Ah! ¿Me amenazas?

—Yo no, pero tal vez estés amenazado por quien tiene derecho a ello...

—Bien. Te ruego que terminemos esta escena, María Luz... Repara, además, que ya ha empezado a llegar gente.

Y Ricardo echó a andar hacia los grupos. María Luz hubo de seguirle, esforzándose en reprimir su congoja. Ricardo, después de saludar a algunas personas, se puso a hablar aparte con Amalia, la mujer de Alvear. María Luz, pretextando el estado de su madre, dejó pronto la playa y corrió a cobijarse en su hospedaje.

Allí dió amplia libertad a su aflicción la dolorida enamorada.

No se la volvió a ver en todo el día. Por la noche, avanzada ya sin poder conciliar el sueño, se vistió someramente y se asomó al balcón. Daba éste a un cercano yacimiento de peñas que las aguas cubrían en marea alta. En aquellos momentos era una de las bajas y el claror estelar iluminaba, aunque por modo tenue, aquel lugar sombrío.

María Luz miraba sin ver, embargada por sus penosísimos pensamientos, cuando, no obstante, atrajo su atención algo que surgió ante sus ojos. Le pareció haber visto el bulto de una persona. Se sintió intrigada, atisbó y vió que, en efecto, alguien avanzaba, cautelosamente se diría, por entre el conglomerado peñascoso... A los pocos segundos, María Luz hubo de reprimir un grito. Había reconocido a Alvear. Volvió a ella entonces, con evidencia esta vez, lo que sospecho por la mañana. Sin duda alguna, Alvear había recurrido a lo que se pudiera llamar tradicional maquinación de los maridos recelosos, al fingido viaje, estratagema que, no por infinitas veces realizada, deja de seguir obteniendo, merced a la tradicional también negligencia de los amantes, el resultado apetecido. Y quizás en la ocasión aquella se iba a repetir el caso.

Así lo pensó María Luz y, olvidada en el acto de los agravios recibidos ante el peligro en que pudiera estar Ricardo, salió de la casa con tanto sigilo como premura y echó a correr por una vereda umbrosa, conducente a la quinta que los Alvear tenían alquilada. Conocedora de ésta, María Luz se dirigió a una de las ventanas del piso bajo, pertenecientes a las habitaciones íntimas de Amalia, pero, al acercarse, quedó paralizada, mas que por lo anheloso que le había dejado su carrera, por la cruel comprobación de sus sospechas. Claramente apercibió el expresivo murmullo de dos voces inconfundibles para ella. A punto estuvo de volverse y abandonar a los traidores al justo castigo que, por manera inminente los amenazaba. Pero, sofocado tal estímulo, la desventurada y generosa muchacha golpeó en un cristal. Al instante cesó el murmullo, y el silencio absoluto que siguió fué revelador de la impresión que produjera el inesperado llamamiento. Insistió en él María Luz, y esta vez, en voz queda, pero que pudiese ser oída por los que dentro callaban, balbució:

—Soy yo... Abrid... Sal, Ricardo... Alvear viene... Le he visto... No tardará en estar aquí.

Asomóse entonces el requerido, pálido, trémulo, desbordante de pánico, y saltó apresuradamente afuera. Amalia, más serena, volvió a cerrar cristales y maderas.

—Ven conmigo—dijo María Luz a Ricardo, que evidentemente se mostraba indeciso por dónde huir o en dónde esconderse.

Obedeció él y echaron a andar juntos hacia el poblado, pero, a los pocos pasos, se detuvo Ricardo y exclamó:

—Por ahí viene Alvear... Nos va a ver...

María Luz miró a su acompañante o, mejor dicho, acompañado empavorecido, y con mordaz acento le dijo:

—Mejor para ti. Así no tendrá sospecha alguna. Pero procura recatar tu miedo.

Fué esta última advertencia como un latigaso en pleno rostro para el apostrofado, pero, sobrepuesto su pavor a la vergüenza, no replicó nada.

Alvear los vió, en efecto, y fué a ellos, muy sorprendido.

—Ah...—murmuró.—Ustedes...

—Sí—contestó ella sin vacilar, aunque muy encendida—Hace una noche tan hermosa... aliviar de un peso.

—Muy bien hecho, muy bien hecho—aprobó Alvear con inequívoca expresión de contento. Y a continuación, muy sonriente, agregó:—No quiero interrumpirles el idilio. Buenas noches.

Se alejó ligero, como el que se acaba de aliviar de un peso.

Y Ricardo, aliviado a su vez, rompió a hablar: **(Concluye en la pág. del frente).**

Correspondencia

POR MERLINA

OSVALDO PIZARRO, Los Andes.—Muy agradecidos de su oferta, pero no la aceptamos porque las casas productoras de películas nos proveen de las fotografías que da la revista y que son exclusivas. Usted no podría hacer otro tanto. De todos modos, nuevamente nuestras gracias.

Anita, Santiago.— Hágase examinar por un médico, bien puede provenirle todo eso de una enfermedad al hígado. No use jabón para lavarse la cara, sino que haga esta preparación: bata una hiel de vaca con dos huevos, dos cucharadas de azúcar cande y dos cucharadas de alcohol. Empape con esto un trapo de hilo y lo deja secar. Para lavarse, use un trozo de este trapo, empapado en agua. Se lavará tarde y noche, poniéndose después agua oxigenada de doce volúmenes y la siguiente loción: Aceite de Almendras dulces, 50 gramos. Agua de Colonia, 100 gramos. Agua de azahar, 50 gramos. Agua de tilo, 50 gramos. Tintura de mirra, 4 gramos. Esencia de azahar, 6 gramos. Use polvos finos de color rachel. Esperamos que con este sistema su defecto tan molesto desaparecerá.

María Victoria, Santiago.— No admitimos colaboraciones. Las suscripciones se atenderán en la administración de la Empresa "Zig-Zag", Teatinos 666, desde mayo del presente año. Muy gentiles sus palabras de aprecio por la revista. Agradecidísimos.

T. G. H., Santiago.—Lea mucho buenos autores, así poco a poco se le irá formando el gusto y espere para escribir que la vida le dé un sacudón de emoción, que ponga algo dentro de usted que pueda comunicar al lector en sus escritos.

Es una sabiduría saber esperar.

Olga A. de Castillo, Curicó.— Todos nuestros pensamientos y a sus órdenes gentiles, señora.

Una interesada, Concepción.— Pida agua oxigenada de 12 volúmenes, y si hay de veinte, tanto mejor. El resultado es, en todo caso el mismo de excelente.

No me olvides, Viña.— Lávese con jabón blanco, de Marcella en la mañana y en la noche. En la mañana, para debajo de los polvos, se pondrá esta leche: Leche de almendras dulces, 150 gramos. Jugo de pepinos, 150 gramos. Glicerina neutra 100 gramos. Agua de azahar, 200 gramos. En la noche, después de lavarse con agua templada y jabón de Marsella, se pasa un algodón empapado en alcohol alcanforado, y se pone esta otra preparación: Mantequilla de cacao, 15 gramos. Miel de Melocotón, 10 gramos. Glicerina, 6 gramos. Tintura de Benjuí, 3 gramos. Tintura de Amamelis, 3 gramos. Esencia de rosas, 2 gotas. Esencia de azahar, 5 gotas. Estos remedios son tanto para la cara como para el cuello. Vigile su digestión; nunca dejaremos de recomendar este cuidado a las que quieran poseer un lindo cutis.

Fiorello Lorenzini, Talcahuano.— Le devolvemos a usted los sellos que nos envía. Ese número de la revista está agotado. Cuando quiera usted hacer pedidos de "Para Todos", diríjase a la administración de la revista, Teatinos 666, Santiago.

M. L. de R., Concepción.— Dése duchas de agua fría todas las mañanas y haga después el siguiente ejercicio: Junte los talones, levante los brazos hasta ponerlos paralelos al suelo, sin perder la posición recta del cuerpo, lleve los brazos hacia adelante hasta juntar las manos, luego eche los brazos atrás, tanto como le sea posible, hasta que consiga que las manos se junten a su espalda. Repita veinte veces este doble movimiento. Cuando haya terminado este ejercicio, en las mañanas, se dará en los senos una friega ligera con alcohol puro, y en la noche, luego de la ducha y del ejercicio nuevamente, se hará un pequeño masaje con la siguiente preparación: Canela fina pulverizada, 20 gramos. Pimienta, 10 gramos. Cardamomo, 15 gramos. Quina en polvo, 6 gramos. Sulfato de alúmina, 4 gramos. Leche de almendras, 100 gramos. Mirra en lágrimas, 4 gramos. Alcohol de 90 grados, 300 gramos.

Para sus pecas en comienzo vea lo que le digo a Anita más arriba. La loción que le doy a ella es para cutis seco, en caso de que el suyo sea grasoso, me escribe nuevamente para darle otra receta. Tendré sumo agrado en servirla y espero que el tratamiento que le doy le de buen resultado.

Raúl Colín.— Se usan los pantalones de un ancho moderado. Las personas realmente elegantes no extreman nunca la moda en lo que llevan puesto. El Charlestón no se baila actualmente en sociedad, lo que es de felicitarse. Me parece difícil que un baile tan contorsionado pueda aprenderse por correspondencia.

María Elena.— Probablemente usted sufra de estreñimiento. Cuide su digestión y si no marcha bien, tome un laxante todas las mañanas, leche de magnesia, por ejemplo. Si prefiere tomar la medicina en las noches, le recomiendo el uso del Amerol, que es excelente en todo sentido. Láveso la cara con agua templada y jabón blanco de Marsella y luego se pone esta mezcla: Jugo de pepinos frescos, 250 gramos. Alcohol de 90 grados, 100 gramos. Almendras dulces, 50 gramos. Cera blanca, 5 gramos Aceite de almendras dulces, 5 gramos. Jabón blanco de Marsella, 5 gramos. Agua de azahar, 5 gramos. Esencia de lirio, 2 gramos. Agua de rosas, 100 gramos. Sobre esta preparación extendida cuidadosamente sobre el cutis y una vez seca por medio de un pequeño masaje, puede usted ponerse los polvos En la noche se limpia el cutis con algodón impregnado en alcohol alcanforado y se pone esta otra pomada, que es para las espinillas: Vaselina, 15 gramos. Lanolina, 20 gramos. Alcoholato de castañas de la India, 10 gramos. Aceite de alivas, 30 gramos. Flor de azufre, 6 gramos.

Esas manchas que le han aparecido a su amiga en las sienes y en los labios, pueden provenir de una afección al hígado. Lo más prudente es que se haga examinar por un buen médico

Juan de Juanes—No admitimos colaboraciones Ya hemos explicado el por qué.

María R. R., Talca.— No conocemos la composición a que usted se refiere, sino tendríamos el mayor gusto en haberla complacido publicándola.

Jorge Recón Borne, Freirina.— Muy interesante su artículo, pero nos parece más indicado para un diario que para una revista de la índole de la nuestra. Muy agradecidos de las palabras entusiastas que tiene usted para nuestra labor. El público está con nosotros y esperamos que siga favoreciéndonos hasta llegar a hacer de nuestra revista una de las mejores del continente en su género.

María Teresa, Parral.— La dirección de Ramón Novarro es Metro-Goldwyn-Mayer Studio. Culver City, Hollywood. Estados Unidos de Norte Amé-

de m
1830, con
pequeñas manga
unas capotas en est
y largas de adelante, ce
ruche del mismo tafetán p

Una novia, Talca.— Muche
usted decidida a arreglar parte
con los muebles antiguos que po
están tan de moda sería verdaderam
nable no aprovec
haga caso de lo que
esas amigas, que pr
mente serán unas tontas
vidiosas. Acá en Santiago
todo el mundo hace lo po
sible por adquirir muebles
de caoba, y es tanta la de
manda, que tanto los auténticos como los imitados, alcanzan precios fantásticos. Digo que hacen lo posible por adquirir, ya que hay pocas que tengan la suerte suya de poseer por herencia un tan lindo lote de muebles como el que usted describe.

Con el mayor agrado le daré una idea para arreglar el comedor y el dormitorio. Para la primera pieza busque un papel liso morado, y ya que le están refaccionando la casa, haga que le pongan el cielo raso de tela pintada de amarillo. No se imagina qué linda resulta la combinación de estos dos colores. De tul amarillo serán los visillos lisos, recogidos simplemente arriba y abajo, en una varilla de bronce. Las cortinas y el forro del asiento en las sillas tienen que ser en género morado, y como en eso no sé lo que usted estará dispuesa a gastar, no le indico calidad de género; pero ya sea de arpillera, de popclina o de brocado, serán las cortinas lisas y anchas, para poder correrlas a voluntad. coloque las dos mesas de arrimo, poniendo sobre ellas un sendero hecho en la tela de las cortinas, y sobre este sendero ponga unos candelabros, alguna linda porcelana, uno que otro cristal, alguna pieza de plata antigua. La mesa redonda irá cubierta con un mantel cuadrado, en color lila o en amarillo, buscando siempre la armonía del conjunto. Un centro de porcelana o de cristal. Y las sillas alrededor, colocando el sofá en un testero. Verá usted que con tan poco su comedor será de una sobriedad encantadora. Me olvidaba de la lámpara, que puede ser de madera o de hierro, imitando las antiguas. Si tiene usted una de esas de bronce que usaban con parafina las abuelas, hágale usted colocar una ampolleta, arréglele una pantalla en la forma que sea posible, y cuélguela sobre la mesa, lo más baja posible. Ninguna lámpara le quedará mejor armonizada con el conjunto. Si quiere usted completar con todo refinamiento el arreglo de su comedor, compre el servicio de mesa en porcelana color lila o amarilla y la cristalería en uno de estos colores, combinando con el otro, es decir, si compra la loza lila compre los cristales amarillos. Procurando siempre que las flores que tenga puestas sean de uno de estos tonos, tendrá usted siempre su comedor en un pie de verdadera exquisitez

Y por ahora no le hablo más, porque mis otras corresponsales se quejarían de favoritismo .Hasta el próximo número, en que le diré algo sobre el arreglo del dormitorio.

LA ABNEGADA (Conclusión)

—¡Qué buena eres, María Luz! Perdóname. Ha sido una ofuscación, un desvarío, pero el grande amor que te tengo...

—¡Calla!—le interrumpió ella.—No extremes tu vileza... Ya estás en salvo... Vete de mí... y para siempre...

María Luz volvió a su balcón.

Habíase iniciado la pleamar, avivada por rachas del noroeste, y en el yacimiento peñasqoso era turbulenta la zarabanda de las olas. Esparcíanse por el aire salpicaduras espumosas. Algunas fueron a mezclar su amargor con el de las lágrimas que vertían los ojos de la abnegada.

LA GRANDIOSIDAD

DEL INSTRUMENTO "REY"

Y DE LAS MULTICOLORES VOCES DE LOS COROS SON REPRODUCIDAS CON EXACTITUD ASOMBROSA POR

La Nueva Victrola *Ortofónica* (M. R.)

Instrumento cuyas características resaltan tes son:

VOLUMEN — SONORIDAD BELLEZA DE MATICES

REGISTRO COMPLETO DE VOCES — DICCION NITIDA Y NATURAL

LOS DISCOS "VICTOR" ORTOFONICOS PROPORCIONAN TODA CLASE DE MUSICA Y EN SUS MAS VARIADOS ESTILOS, INTERPRETADA POR LOS MEJORES ARTISTAS DEL ORBE, Y LA NUEVA VICTROLA ORTOFONICA ES EL UNICO MEDIO DE PODER APRECIAR SUS INTERPRETACIONES TAL CUAL LOS ARTISTAS DESEAN SER ESCUCHADOS.

CONCEDEMOS FACILIDADES PARA EL PAGO.

Distribuidores Exclusivos para CHILE:

CURPHEY y JOFRE Ltda.

SANTIAGO, AHUMADA 200, ESQ. AGUSTINAS. — VALPARAISO, ESMERALDA 99. — BLANCO 637.

PINTURA Y FOTOGRAFIA

La fantasía del retratista moderno, se ha desarrollado plenamente en esta magnífica tela del pintor inglés, William Ablett, donde oriente y occidente suman su encanto y su refinamiento, para procurar una maravillosa perfección de conjunto.

Y la fotografía realiza este esfuerzo de arte y buen gusto, al darnos tan magnífico retrato de Dorita Ceprano, estrella española de bataclán.

ARCHIDUQUES EN HOLLYWOOD

LEOPOLDO de Austria, legítimo archiduque, ha sentado sus reales en Hollywood, donde gana el pan de cada día trabajando como extra. El archiduque vino a Hollywood como turista, pero al agotarse sus recursos, tuvo la feliz idea de solicitar trabajo en un estudio, resolviéndose favorablemente su solicitud. Su título de Hapsburgo, a decir verdad, fué un factor de importancia en su provecho.

En seis meses de labor activa, el archiduque ha ganado ochocientos cincuenta dólares, suma muy superior a la que generalmente ganan los "extras" en tan corto período de tiempo.

El aristócrata austriaco trabaja ahora en el papel de un noble inglés, en la película "El Hombre que Ríe", basada en la inmortal novela de Víctor Hugo, que se está filmando bajo la dirección del checoeslavo, Paul Kobuer

Las fotografías corresponden a la reciente visita del archiduque Fernando, a Hollywood, a donde llegó acompañado de un brillante séquito de ayudantes que recuerdan el esplendor vienés. En la foto superior, charla con Janey Gaynor, la estrella de la Fox, y en la de abajo (primero de la izquierda), brindando con Janet, el conde von Luckner y el famoso segundo Comandante del "Emden", capitán Lanterbach. Todavía no se sabe si Fernando opte también por quedarse en Hollywood.

LAS ESTRELLAS DE CINE SON TAMBIEN ESTRELLAS DE MAR

Esther Ralston, en una preciosa tenid de baño.

Sally Blane, ha hecho una caricatura de su amigo footballista.

Thelma Tedd, hace "skating" en la arena y se rie, seguramente, de los peces de colores.

En las playas de California las chicas cinematográficas pasan la estación de los calores en una vida que no tiene, por supuesto, nada de parecido con la violenta que hacen en los estudios. Las presentes fotografías nos dan una idea de la forma en que olvidan las penurias a que las obligan los directores y las exigencias de los "cameraman".

Sally Blane, ensaya un nuevo juego de deslizadores.

Thelma Tedd y Doris Hill, usando el mismo "slide" que hace el encanto de los alpinistas al deslizarse

Un atorrante simpático.

Futura campeona de 65 metros, estilo libre.

La primera pose.

LA
GRIA
LOS
ÑOS

Corderito, sal de mi huerta...

En la piscina para niños del "Sport Verein".

Los futuroe campeones de natación en la piscina infantil del Sport Verein".

Campeones de las 24 horas ciclistas.

Una futura aviadora, se enoja con el fotógrafo.

LOS VIEJOS CELEBRES DE LA PANTALLA

177

EDWARD CONNELLY

Jack Duffy luce su atlética esbeltez al lanzar el disco

Al cumplir trece años trabajando para la Metro-Goldwin, Edward Connelly pinta una alegoría sobre la puerta de su camarín. Connelly tiene el honor de haber trabajado cincuenta veces como primer ministro.

Charlie Murray y Chester Conklin en una película de filmación reciente.

Miscelánea de la "Metro"

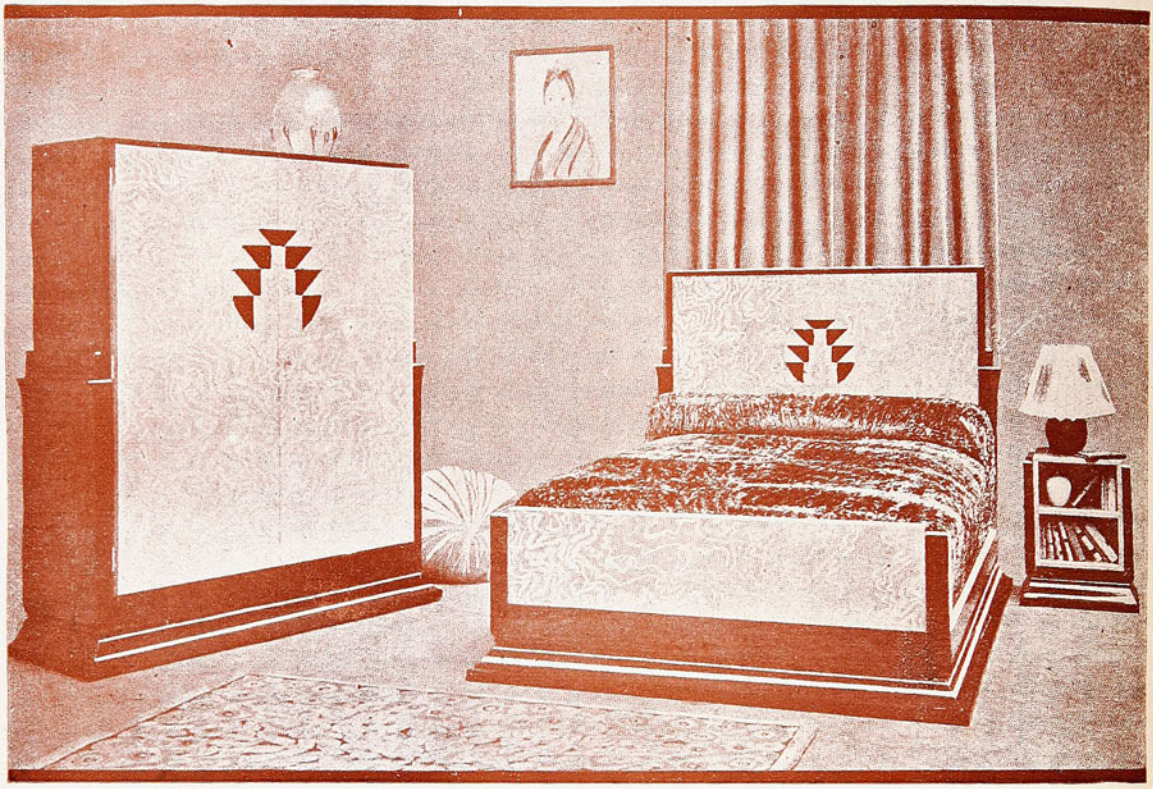
Karl Dane, el conocido característico de "El Gran Desfile", de la Metro Goldwin, sigue al pie de la letra las indicaciones para buena crianza de niños, en la película "Baby Mine".

Charlotte Greenwood y Marie Dressler, no lo hacen tan mal ensayando una figura de cake-walk.

La famosa pandilla de "cabros", de la Metro, durante el lunch en el salón de la escuela que para ellos se mantiene. Puede observarse que el gordo no lo hace tan mal, tratándose de comer.

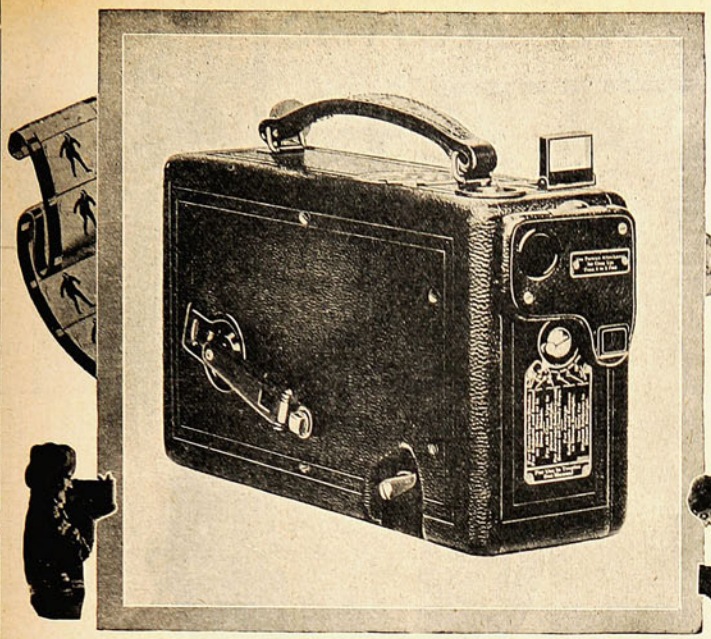
¡VAMOS!

EL QUE YA HA TRIUNFADO Y EL OTRO

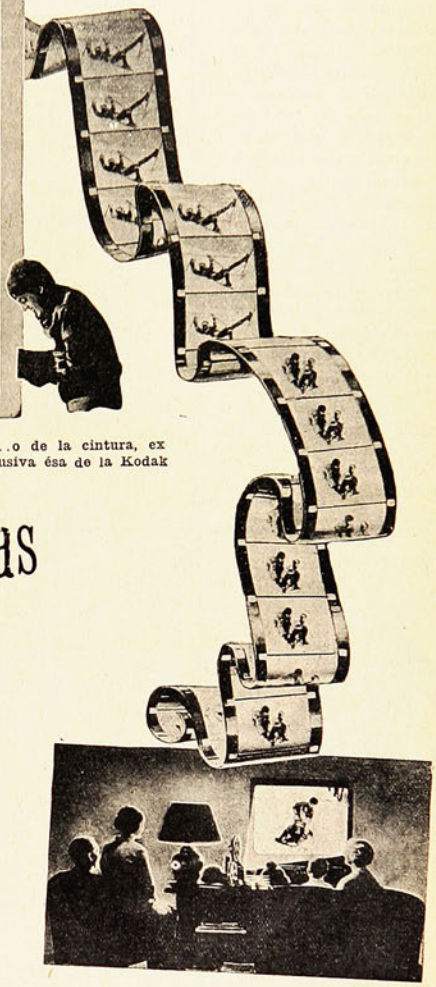


Este dormitorio de orientación cubista que ha compuesto una afamada casa francesa, cautiva desde el primer momento por su agradable y pura elegancia.

Las adjuntas fotografías presentan a la consideración del lector dos significativas muestras del arte moderno, que halla una de sus manifestaciones más convincentes en la Exposición, que todos los años por esta época, se celebra en Berlín con el audaz título de "Der Sturm", que quiere decir "El asalto", "El huracán" y otras denominaciones expresivas, y que, como podrá observarse, no deja un viejo molde sano. En la Exposición de este otoño y en la sección de escenografía aparecen los dos "specimen" en referencia, que, según sus autores respectivos, son un modelo de marioneta y una decoración para "El Mercado de Venecia", concebidas con arreglo al llamado principio "constructivo". La marioneta representa una dama veneciana con su antifaz y todo, y la decoración el Gran Canal de noche, con concurso de columpios y lunas a discreción.



El Cine-Kodak se suclusiva ésta de la Kodak



...o de la cintura, exclusiva ésa de la Kodak

El Cine Kodak "filma" películas

LA CAMARA ilustrada más arriba es el Cine-Kodak, nuevo aparato de fabricación Kodak que sirve para "filmar" películas por aficionados. ¿Cómo? Muy fácilmente: basta dirigir la cámara hacia el sujeto, apretar el disparador y... ¡se está "filmando"!

Al placer de tomar la película se une la alegría de proyectarla con el Kodascope, digno complemento del Cine-Kodak. Luego la alegría es completa: puede uno "filmar" a los niños en sus diversiones o pillerías, a los mayores en sus pasatiempos, o bien cinematografiar los acontecimientos deportivos, los incidentes de una excursión, etc. Y no sólo "filmarlo", sino proyectarlo más tarde uno mismo en su casa.

El Cine-Kodak y el Kodascope representan, pues, la simplificación de la cinematografía por el método Kodak. Y el costo por este sistema es sólo la sexta parte del de la cinematografía profesional.

Los laboratorios Kodak, situados en los principales centros, se encargarán de revelar las películas y entregarlas listas para su proyección, sin gasto adicional por parte del aficionado.

Examínense en los establecimientos del ramo o pídasenos folleto descriptivo.

Basta conectar el Kodascope, dar la vuelta al conmutador, y en la pantalla de casa aparece la película tomada por uno mismo.

EN LA BIBLIOTECA KODASCOPE, QUE TENEMOS HABILITADA PARA ARRIENDO, ENCONTRARA USTED PELICULAS DE ARGUMENTO.

KODAK CHILENA, Ltd. Casilla 74.-V.—Valparaíso.

PARA TODAS LAS HORAS

I. Traje de jersey azul eléctrico, adornado por bandas de crépe de satín negro. Traje muy a propósito para una señora de respeto. — II. Traje de brin de hilo, de forma muy simple y práctica. — III De popelina azul marino con vueltas, puños y bolsillos en raso gris perla. Pechera de crépe georgette rosa pálido. — IV. Confeccionado en brin de hilo, este trajecito encantador, lleva un galón de colores que le presta grande encanto.. — V. También especial para señora, este modelo es de polpelga azul rey, con la falda plisada y el cuerpo con un movimiento de bolero, más una larga hilera de botones azules y un pequeño pechero de colores que avivan el conjunto. — VI. Vestido de popelina verde esmeralda, adornado por tafetán a rayas esmeralda y marrón. — VII. De crépe satín azul marino y falla acero con botones de carozo azules. — VIII. Traje de espumilla color obispo, con el cuello en chiffón amarillo limón. — IX.—Muy sencillo este vestido de línea recta en popelina de media seda color arena. — X. Traje de brin celeste, adornado por botones de nácar. —XI. De corte recto, este vestido es de falla de algodón cereza, con vueltas blancas. Cinturón de gamuza blanca. —XII. Traje de crépe satín negro, en que el género se utiliza por sus dos caras, para obtener así el adorno con la parte opaca.

GUIA PRACTICA

Las manchas de café se quitan frotándolas con glicerina pura aclarando la prenda con agua tibia y planchándola por el revés.

Para evitar o corregir la molestia del olor a pintura fresca en las habitaciones recién pintadas, dicen que basta colocar en medio de la habitación un canasto que contenga trozos de miga de pan, pues ésta ejerce un gran poder absorbente sobre los vapores olorosos.

Cuando las perlas pierden su blancura da muy buen resultado guardarlas en una caja que contenga magnesia pulverizada.

Para limpiar las hojas de cuchillos y navajas, lo mejor es frotarlas contra un pedazo de patata.

I II III

MODELOS PRACTICOS

I. Vestido de tusor de color natural adornado por una caída en forma, de tusor rojo, que se prolonga en cuello y cae atrás en una lazada. Cintura de charol rojo.

II. Traje para comida en velo de fantasía, color ócre, puesto sobre un fondo de tafetán color fuego. Modelo muy sencillo y elegante.

III. Traje de tarde en crepé satín negro con una ancha vuelta y pechera de crepe Georgette color rosa pálido. Muy a propósito para señora de cierta edad.

IV. Para la playa. Conjunto de jersey de lana color arena con cuello, puños, cinturón y bolsillos en jersey de fantasía azul y arena.

V. Traje de tarde de espumilla de seda color azulino. Paños delanteros en la falda cortados en forma y sueltos. La falda lleva en el ruedo sesgos de diversos colores, adorno que se encuentra en los puños y rodeando el pequeño cuello de macramé. Un doble sesgo azul, marca la línea delantera del cuerpo y de los paños sueltos. Ancho cinturón de fantasía.

VI. Traje liso de espumilla blanca sobre el cual va puesto un chaleco sin mangas de espumilla de dibujos cubistas.

IV V VI

Recomendación fervorosa que hace la simpática artista, Esperanza Iris, de las

Fajas y Sosten-Senos "NIRVANA"

VEASE LA ADJUNTA FOTOGRAFIA

Casa Nirvana

UNICA ESPECIALISTA EN

FAJAS Y SOSTEN-SENOS "NIRVANA"

AHUMADA, 323, ENTRE HUERFANOS Y PLAZA DE ARMAS. TELEFONO AUTO. 4486.

PEDIDOS DE PROVINCIAS

Atiéndense contra reembolso enviando medidas de cintura, busto y caderas. Además, cámbianse en caso de no quedar bien, sin nuevo recargo de franqueo.

RECHACE LAS IMITACIONES. ESTA CASA NO TIENE SUCURSAL.

Las mañanas dedicadas al deporte

I. Vestido de brin de hilo, adornado simplemente por un bordado hecho a punto de cruz con sedas de colores vivos.

II. Falda plisada en tusor crudo. La casaca es del mismo género en color azul cielo, bordada al punto de cruz en azul marino. Muy encantador y juvenil modelo.

III. Traje de crespón de fantasía, a cuadros gris y azulino. La chaqueta lleva un pechero de espumilla, blanca, material en que están forrados internamente los grandes pliegues de la falda.

IV. Falda de lanilla inglesa plisada. Casaca de espumilla a cuadros con una simple corbata de un color vivo.

V. Casaca de tusor crudo, con el bolsillo adornado por una pata azul marino. Falda de lana a cuadritos azules y blancos.

VI. Traje de brin de hilo beige y rojo, en que las incrustaciones de este último color llevan una orla de punto a cruz. Bufanda haciendo juego

Para todas las horas

I. Traje de espumilla de fantasía beige y rojo. Una parte de las mangas y del cuerpo está hecha con crepé Georgette rojo.— II. Traje de espumilla azul marino con pequeñas flores amarillo claro. Sesgos lisos de este último color adornan el cuerpo, dando una línea de bolero.— III. Muy chic este traje de espumilla a cuadros muy diminutos azules y beige. La falda va sencillamente drapeada adelante y el cuerpo tiene un corte original. Cinturón de gamuza azul.— IV. Traje de espumilla blanca con dibujos negros, azules y amarillos. Falda recogida en la cintura con nido de abeja. Los sesgos que lo decoran son en tafetán azul.— V. La falda de este vestido está cortada en forma. Cuerpo cruzado simplemente. Es de espumilla de fantasía en tonos azules y azulinos con rosa seca.

Para los bellos días estivales

1. Traje de espumilla de seda azul marino, alivianado adelante por un paño de foulard beige con pintas azules y rojas, igual al que forma la parte baja de las mangas.

2. Traje de espumilla de fantasía en tonos claros. La falda cruzada adelante está bordada por un pequeño volante plisado, idéntico al que llevan las mangas y el gran cuello.

3. De velo de fantasía, este traje presenta un nuevo y lindo movimiento de bolero marcado con una cinta de color vivo. La falda tiene tres volantes ondeados, en que se halla la cinta, poniendo una nota restallante. Cintura, corbata y adorno de las mangas también de cinta.

4. Muy simpático este modelo de espumilla de seda color miel con lunares del mismo color en un tono más oscuro. La falda tiene tres volantes recogidos. Dos cintas terminadas por borlas forman todo el adorno.

5. Traje de foulard liso y a pintas. La falda plisada, lleva una rebeca.

6. Casaca de espumilla blanca con pintas de fantasía. Larga corbata azul. La pollera va plisada a trechos y está hecha con espumilla azul y blanca.

LAS NOCHES DE BAILE EN EL BALNEARIO

De arriba a abajo y de izquierda a derecha:

1. Traje de baile en chiffón rosa. Cuerpo liso y falda enteramente formada por vuelos cortados en forma. Rosa de lama de plata en el hombro, del que caen las puntas sueltas del cuello chal.

2. Modelo de Lanvín en tafetán blanco. La falda muy ancha en las caderas está formada por vuelos de tul blanco con un pequeño ribete de taffetán para darles cierta rigidez. Gran nudo de terciopelo negro al costado, que hace un lindo efecto en la blancura de conjunto.

3. Raso blanco y raso rosado forman en este vestido un encantador modelo que recuerda las modas del Segundo Imperio.

4. De tafetán rosa pálido bordado con plata, bordeado por ruches y con prendidos que dan una vaga idea de crinolina, esta es una de las más celebradas creaciones de Jenny.

5. Muselina rosa en dos tonos, bordada por atrás hacen de este vestido el ideal para bailar.

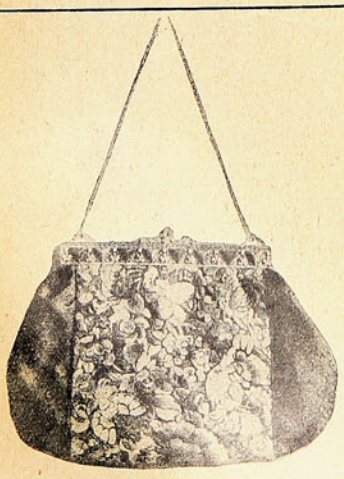
6. Traje lleno de distinción en crepe satín negro, adornado por una caída de encaje de Chantilly que vale una fortuna.

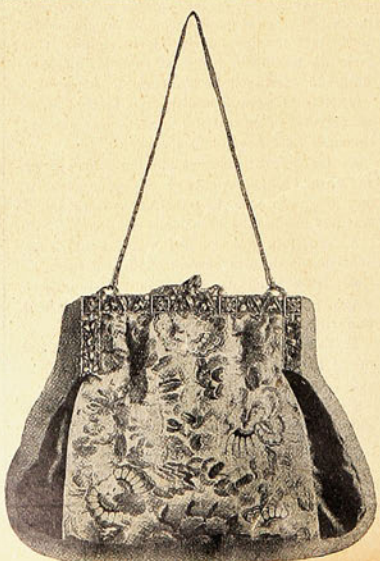
7. Unos cuantos cortes en espumilla rosa bastan a Beer para formar con su gusto exquisito este vestido lleno de chic.

8. Del mismo gran modisto es el modelo siguiente, hecho en muselina color cielo.

LAS CINTAS

1.—Camisa y calzón de espumilla de seda blanca. De forma derecha este elegante juego se adorna con una cinta de raso lila y con un monograma bordado también en color lila.
2.—Camisa y calzón de velo de algodón coral. Puesta sencillamente sobre la camisa derecha, una doble hilera de cinta coral encuadra un monograma bordado en negro. El mismo adorno se repite en el calzón.
3.—Camisa y calzón en opal amarillo limón. Ribeteado por opal azulino, este coqueto juego lleva cintas azulinas pasadas por ojetillo y anudadas graciosamente.
4.—Camisa-sobre, de crepé de chine marfil. Enchada la parte baja por pliegues laterales, tiene la parte superior adornada por una serie de cintas de distinto ancho en color rosa vivo. Monograma negro.
5.—Camisa y calzón de pongé amarillo con adorno de cintas lilas.
6.—Camisa y calzón de espumilla de seda rosa pálida. Una y otro llevan un enrejado de cintas del mismo color en un tono más fuerte.





Maletines para la noche en sedas lisas y brochadas, con los cierres de plata cincelada suntuosamente, tal como conviene a estos complementos de las toilettes de gran vestir.

Ropa Blanca
Mantelería
Ropa de cama

SECCION ESPECIAL
AJUARES
para
NOVIAS

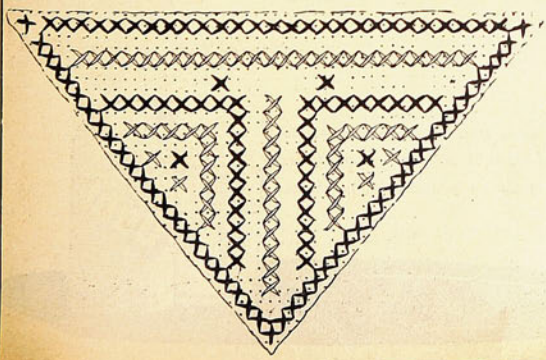
Confecciones sobre medida
Ajuares para bebés

Rimassa y Cía
SANTIAGO
Fabricantes en Lencería Fina.
CLARAS, 270
Casilla 2696. Teléfono 4017.
Dirección telegráfica:
RIMASCO
Santiago

Los Bordados Rusos a punto de Cruz

De los tres niños que juegan con el Lulú de Pomerania, el primero lleva una vestimenta de brin de hilo, simple casaca recta puesta sobre una pollera tableada. Un plastrón y la parte baja de las mangas van bordadas a punto de cruz en hilo—seda lavable de colores fuertes.—La segunda lleva un vestidito recto, con dos aplicaciones en el delantero, en que se encuentra el bordado ocultando unos grupos de fruncidos. En cuanto al mameluco del chiquitín, es de tela de hilo y lleva un bolsillo bordado.

Arriba tenemos un bonito modelo de kasha beige, adornado por kasha azul rey, con los puños y los bolsillos bordados en colorines. El traje que sigue es de raso azul marino con incrustaciones de raso blanco bordado. Luego tenemos un encantador modelo en brin de hilo color habano, ribeteado de rojo y con el delantero bordado de rojo, ocre y beige. Por fin, el niñito, va vestido por una casaca de espumilla marfil, con las puntas del cuello y el bolsillo bordado. Pantalón de raso azul marino.



El "Don Juan" de nuestros días

NATACHA RAMBOVA CUENTA LA VIDA DE SU ESPOSO RODOLFO VALENTINO

(CONTINUACION)

—en estado de inconsciencia. Al despertar, esta persona suele recordar a menudo estos hechos, creyéndolos ser un sueño.

El viernes, por la mañana, el telegrama nos traía la alegre noticia de que Rudy había mejorado mucho y que estaba en vías de restablecimiento.

Aquella noche decidimos tener otra sesión, y casi inmediatamente que Mr. Wehner estuvo en trance, Pluma Negra, el espíritu conductor de Rudy, se presentó para decirnos que tenía que estar con su "jefe" y que no podía abandonarlo. Entonces, Jenny, otro espíritu guía, habló y nos dijo que había estado acompañando constantemente a Rudy desde el comienzo de su enfermedad. El mismo le había llegado a ver mientras era conducido a la ambulancia.

Estas comunicaciones me confundían. No parecían anunciar nada agradable o dichoso, según yo esperaba después del telegrama recibido aquella mañana.

Meselope, el hermano egipcio de quien Rudy y yo habíamos recibido frecuentes lecciones, vino a su vez. Habló conmigo durante mucho rato, dulcemente y con mucha compasión, hablándome, como nunca le había oído hablar, de cosas personales, de detalles de la vida de Rudy, de su carácter y de su carrera. Me decía que comprendiese la importancia y objeto de esta vida terrenal, escuela a la que son enviados una y otra vez, hasta que aprenden todas las lecciones necesarias para este nuevo estado de nuestra evolución espiritual.

Si nos pudiésemos percatar de esto completamente, cuántas cosas haríamos de un modo distinto al que las hacemos.

La vida no es un juego que venimos a gozar hasta que pasamos con la muerte a un completo olvido.

Meslope nos explicó que el término presente de la vida terrenal de Rudy había expirado y que al cabo de pocos días iba a pasar a otro plazo más elevado de conciencia en la eterna vida.

Aún cuando en nuestro fuero íntimo comprendamos la paz, verdad y realidad del ser, es, sin embargo, difícil para nosotros, mientras que estamos ligados a las limitaciones terrenales, el emplear bien nuestro entendimiento cuando estamos agobiados por un sentimiento de pérdida y separación.

Por la mañana temprano telegrafié a Mr. Ullman preguntándole por el estado de Rudy. El cable no obtuvo contestación. ¿Qué es lo que iba a decir?

Sabíamos bien cuál era la respuesta; pero cuando no queremos que suceda una cosa procuramos engañar a nuestros corazones.

El lunes, por la mañana, me desperté, encontrándome en mi cuarto un fuerte perfume de tuberosas. Comprendí que Rudy había muerto.

Cuando el martes, por la mañana, los cables retrasados llegaron anunciando la muerte de Rudy, sentí gratitud por la profecía que me había hecho Meselope, que con su inteligencia había dulcificado la crueldad de estas noticias.

El miércoles, por la noche, volvimos a tener otra sesión, aunque nuestra tristeza e incapacidad de fijar las ideas perjudican ligeramente a la fuerza usual en nuestras comunicaciones.

Al tercer día después de su muerte, Rudy vino a nosotros por primera vez, traído por su madre Gabriela.

Su actitud mental, su resentimiento por haber sido raptado en el momento cumbre de su carrera, cuando su obra no estaba aún terminada, hicieron que este primer y casi inconsciente contacto nos produjese una impresión muy dolorosa.

Repetidamente llamaba a nuestra tía Teresa por su nombre. De repente, nos abandonó y su madre siguió hablando con nosotros. Estaba más distraída por su estado sentimental, y nos dijo que lamentaba profundamente el día que le permitió salir de Italia. No podía ver qué beneficio traía un éxito que solamente le proporcionó amargura y angustia.

Nuestra H. P. B. vino a confortarnos explicándonos, según su maravillosa manera, que la actual situación de Rudy era absolutamente natural, que tuviésemos paciencia y que procurásemos ayudarle a nuestra manera. Ella también le ayudaría. Esta oscuridad pasaría pronto.

La misma semana de la muerte de Rudy recibí una carta desde Nueva York. Entre otros detalles de la enfermedad de Rudy, me decía que éste había visto el espíritu de Jenny y le llamó por su nombre cuando se le llevaba a la ambulancia. Se lo habían dicho el señor y la señora Ullman, que lo acompañaban. Dijo esto como medio, entre otros muchos, de comprobar lo que Jenny nos había comunicado el día anterior.

Solamente después de los últimos ritos que se verificaron en Hollywood, empezamos a notar el primer gran cambio en la actitud de Rudy. Parecía más reconciliado con su nueva situación, y nos contó sus encuentros con Crallan Reid y la Pequeña Olive Thomas. También había vuelto a ver a Jenny y a Pluma Negra, que, según dijo, tenía un aspecto muy agradable por ser indio.

Su madre era también mucho más feliz. Desde este tiempo, cuando se la llevó a los "Centros" del plano actual, visitó teatros y templos, y quedó, no sólo contento, sino entusiasmado hasta las maravillas que la nueva vida le anunciaba.

Como sus comunicaciones eran cada vez más importantes, nos dijo que quería que, de algún modo, sus experiencias pudiesen beneficiar a los demás, contándoles las maravillas de la vida futura. Si durante su vida terrenal había tenido la fortuna de dar a los demás alguna alegría, haciéndoles olvidar tristezas, ¿no podría permitírsele que siguiese haciéndolo? ¿No podría, en cierto modo, buscar el modo de recompensar por medio de los mensajes de nueva inteligencia, la gratitud que sentía hacia aquellos que le habían mostrado en la tierra tanto amor y entusiasmo?

Los mensajes que van a leerse nos fueron dictados por Rudy por medio de nuestro amigo, sujeto a fuerte trance. Son, pues, sus propios mensajes preparados por éste, e impresos aquí tal como fueron trasmitidos.

Algunas personas que yo sé encontrarán consuelo y felicidad en su verdad.

A los que no están dispuestos a creer, pido solamente que respeten al espíritu en que fueron dictados, un espíritu de amor y de ayuda.

EL PRIMER MENSAJE DE RUDY

"Quiero contaros de qué modo encontré a ese gran espíritu que me ha ayudado a encontrarme a mí mismo en estos nuevos lugares, y que está enseñándome para comprender las realidades del ser: hablo del espíritu H. P. B. (Helena Petrovna Blavatsky, la fundadora de la Sociedad Teosófica).

Al volver precipitadamente a Nueva York y a vosotros poco después de mi tránsito, lo cual hacía de una manera subconsciente, y el haber encontrado el modo de aproximarme a vosotros a través de Jorge — este "medium" o como lo llaméis ahí — debe de haber atraído mi atención hacia su maestro H. P. B.

Ocurrió esto mientras se traladaba mi cuerpo al Oriente. Comenzaba entonces a sentir cómo se separaba de mí la atención del público, después de haber sido el centro de ella, y, en algún modo, habiendo estado sujeto a la tierra por ella misma. Pero conforme la notoriedad de los diarios iba palideciendo y mis restos iban conducidos al lugar de su descanso terrenal, comencé a sentirme cada vez más solo. En el momento en que el halagador efecto de la atención pública desapareció, comprendí cuán lejos estaba de todo ese mundo, tan lejano de cuanto a la vista o al oído se refiere.

Ellos me creían muerto y desaparecido, y, en realidad, para lo que a ellos concierne, muerto sí lo estaba.

Me sentía solo y triste. Como tú sabes, Natacha, siempre me ha producido gran efecto el halago o lo lisonja. Los obstáculos que he vencido y las dificultades sobre las que he triunfado, me hacían aún más caro ese placer de la atención pública.

Pero, ahora, estoy solo. Nadie me elogia. Principio a sentir con amaragura que se me ha arrancado en el momento del apogeo de mi actividad. Estoy asustado al pensar que me había tasado demasiado favorablemente, porque no podía concebir cómo iban a marchar las cosas sin mí. Ahora me río de ello; pero al principio me parecía que esto constituía una gran desgracia.

No había nadie con quien hablar de esto. Me fuí a pasear de arriba y abajo por Broadway. Yo me sentía tan real y corporal como lo fuí siempre. Pero nadie reparaba en mí. Apenas podía comprender porqué no me veían. Me sentía tan real y veía a ellos tan reales, que el darme cuenta de mi cambio de estado se hacía muy difícil.

Me canasaba de tener que apartarme del camino de gentes que parecían resueltas a abalan-

zarse sobre mí. Una vez que me echó encima de una mujer que parecía querer embestirme con la cabeza. Ella tembló, y agarrándose del brazo del hombre que la acompañaba, dijo: "¡Qué viento frío he sentido junto a mí!"

Esto me puso furioso. ¡Así, pues, la muerte me había convertido en un viento frío! No quería admitirlo. Me precipité sobre un grupo de actores que estaban a la entrada del Palace Theatre. Cogí a uno de aquellos hombres por un brazo y grité: "¡Yo soy Rodolfo Valentino!" pero él no se dió cuenta y continuó riendo y hablando.

La injusticia de mi situación me desesperaba. Había algo que estaba muy mal. Aquí estaba yo, perfectamente robusto y fuerte, sin más que haber saltado de mi cuerpo físico, no muerto, sino lleno de fuerza y de vida, y en pie en el mismo sitio en que me había encontrado cien veces antes, y sin embargo, nadie podía comprender que yo estaba allí. Natacha, cree que nunca he amado tanto al mundo o he ansiado tanto la compañía como en aquel momento.

La vida me parecía absurda. Se me hacía increíble que yo, a quien tanto se había admirado antes, estuviese ahora tan absolutamente puesto de lado. ¡Oh! Te digo que la vida me parecía cruel.

Entonces comenzó a aclararse en qué consistía el error. Aquella gente no quería ser cruel. Eran gentes tan cordiales como yo. Pero ignoraban. Nunca habían sido instruídas en la verdad, obraban tan sólo de acuerdo con lo que se les había enseñado.

Comprendí entonces que la falta no estaba en ellos. ¿En quién estaba, pues? ¿En sus padres? ¿Era la culpa de la sociedad entera? No; no era eso. Por fin, la idea se me reveló. ¿Quién enseña a la sociedad las verdades de la vida?

Las Iglesias.

Había algunas en quienes estaba la falta. ¿Qué es lo que se proponen? Con todas sus predicaciones acerca de las recompensas en la vida futura y en la salvación eterna y todo lo demás ¿para qué servía todo ello si me dejaban allí solo, en Broadway, sin que nadie pudiese conocerme? Mis sentimientos eran todo, menos benevolencia hacia las Iglesias. Aquí estaba yo, muerto para el mundo, y todo porque las Iglesias han inoculado en la conciencia de los pueblos la falsa idea de que los espíritus no pueden volver a mirar atrás a través de su velo.

Mi propia Iglesia, la católica romana, había comprendido estos hechos. El sacerdote que me administró los Santos Sacramentos sabía que podía dar a mi alma un tránsito de paz. Así lo hizo. Te digo, Natacha, que todo ello está equivocado. Nunca habrá una paz real y felicidad en la tierra hasta que la verdad de la vida, y de la vida imperecedera, sea un hecho dado para las gentes. Las Iglesias no han sido capaces de limpiar el mundo de crimen e injusticia. Pero las verdades de la vida y la continuación positiva y activa de la vida lo limpiarán. Porque el pueblo comprenderá por qué ha sido inclinado al mal. Y comprenderá la futilidad del mal. Comprenderá qué inútil es enloquecerse a sí propios y a los demás porque el espíritu lo ve todo.

¡Cuántos pensamientos desfilaron por mi conciencia mientras me encontraba en aquel rincón de aquella calle! Lloraba de pena y de indignación. Mas de nada servía.

Entonces, repentinamente, pensé en ti y en los telegramas que me habías enviado mientras estaba enfermo. Pensé en los mensajes de Muzzie y del tío Dick, y entonces, de improviso, sentí que alguien me tocaba el brazo.

Me volví y miré. Una mujer fuertemente constituída, de dulces ojos, estaba delante de mí. Nunca olvidaré su voz, tan suave y tan confortadora; mas la vehemencia de su lenguaje me invadió en seguida.

"Ven — dijo. — No hay nada equivocado en las queridas viejas Iglesias, sino que están ciegas. Lo que tú necesitas es una amistad. Yo te la daré. Yo soy H. P. B.

Natacha: No supe qué contestar y quedé absorto. Estas iniciales H. P. B., no significaban nada para mí. No recordaba haber oído hablar de ellas antes.

Pero este extraño se rió y me dijo: "Ven. Perdí la conciencia no sé por cuanto tiempo; pero cuando me desperté, me encontré en pie en el gran "hall" de piedra del castillo del tío Dick. Era de noche y el gran candelabro de la escalera estaba encendido."

H. P. B. estaba el pie de las escaleras y me hacía señas. Fuí donde tantas veces había ido en mi vida terrena. Ella me condujo al cuarto de Muzzie y aquí te vi a ti y a ella. George estaba durmiendo, según me parecía, en una gran butaca.

"Está en trance — dijo H. P. B. — ahora podrás hablar a las gentes que amas."

Así es Natacha queridísima, cómo por primera vez pude comounicar contigo. Y así es cómo entré en contacto con H. P. B.

Algún tiempo después me habló acerca de la reencarnación de la Teosofía. Reía diciéndome que le divertía al ver a ciertos teósofos encoger la nariz ante la idea de su camaradería con el espíritu de un peliculero muerto. Pero añadió en seguida:

"Si la Teosofía no enseña el amor y la ayuda a cada ser viviente de la creación, ¿qué es lo que va a enseñar?

Me parecía todo muy agradable, y contesté asintiendo. Pero desde luego apenas sabía algo respecto a la Teosofía o los teósofos. Cuando pregunté a H. P. B. qué es lo que la Teosofía significa, me dijo: "La Teosofía es la vida y cómo vivirla." Esto me dejó en silencio durante mucho rato, porque me pareció algo de un orden superior.

La fuerza se acaba. Debo dejaros. Vendré pronto. Buenas noches.—**Rudy.**

RUDY VUELVE A HABLARNOS

"No puedo considerar ahora las cosas como en tiempo atrás. Tratando de encontraros después de

mi tránsito y de ponerme en comunicación con vosotras por medio de George, me atrajo la atención H. P. B., como todos la llaman.

¡Qué mujer! Al principio me asustaba. Su luminosa radiación, como creo que debo denominarla, casi me cegaba. Sus ojos me desasosegaban. Parecían penetrar en mis secretos más íntimos. Todo ello ocurría en el cuarto de Muzzie, donde ahora estáis sentadas.

George, en un trance, y yo, en otro, esperando mi turno para hablar. H. P. B. me miraba tan fijamente y su luz aumentaba con tal brillo—de un color de oro blanquecino,—que yo estaba perplejo a punto de marcharme, cuando un rayo de un hermoso color verde—creo que "rayo" es la palabra,—un claro de haz de un verde luminoso que partía de ella me inundó mientras que oía su voz dulce y queda, que me llamaba "Rudy" y "Hermanito".

Todo aturdimiento desapareció, y me acerqué a ella. Me rodeó con sus brazos y me dijo: "Bien, hijo mío; ya has dejado eso", y señaló las paredes del cuarto de Muzzie.

Me pareció que había ocurrido un cambio en mi vista, porque los muros, el techo, el suelo y los muebles proyectaban una especie de luz que era borrosa y turbia, una especie de betún gris y pardo.

Me era posible ver a través de las paredes del castillo y en plena oscuridad. La noche no era tan oscura como me parecía cuando vivía dentro de mi cuerpo. parecía llena de una neblina luminosa que lucía entre partículas de oscuridad.

Es muy difícil explicaros esto. Apenas puedo encontrar palabras para explicaros estos nuevos aspectos y sensaciones. Puedo ver los árboles y las terrazas, y el Mediterráneo que las rodea, y todo ello proyecta una especie de luz, pero turbia y pálida de color.

Ya sabes cuánto me han gustado siempre los colores brillantes. Tú solías decir que era a causa de mi sangre italiana. Esta extraña nebulosidad me intrigaba. H. P. B. debió de haber leído mi pensamiento, porque me dijo: "Estás viendo la nebulosidad del plano terrenal, el pálido reflejo de las esferas más altas y más brillantes." Todo miedo me abandonó.

Desde aquel momento en que os encontré a ti, y a Muzzie, y a George, H. P. B. me ha estado ayudando siempre.

Hay tantas cosas que aprender, que es fácil confundirse a veces. Tengo que dejar, según parece ,el viejo sistema de ver las cosas. En el mundo terrestre, yo, o vosotras, miramos solamente la apariencia de las gentes, las cosas y los acontecimientos. No podemos remediarlo, porque sólo vemos el exterior, Pero aquí lo vemos todo, lo interior tanto como lo externo.

Es realmente muy interesante, porque el interior de las cosas parece siempre mucho más brillante y dotado de mayor actividad que el exterior. Me parece pensar en el fuego interno del viejo Vesubio. De este modo, cuando miro ahora a la gente de la tierra la miro a través del cuerpo y de su personalidad superficial, viendo directamente su interioridad real. A veces ésta es aún más turbia que el cuerpo. Otras es mucho más brillante y hermosa.

Este es el aspecto visual de las cosas que he aprendido, y creo que comprendo ya muy bien; pero su interpretación es algo que cae fuera de mi alcance. Ya sabes que siempre me he propuesto realizar bien lo que tengo que hacer, aun cuando ello me lleve algún tiempo.

Es extraño, que desde que estoy en este nuevo plano de vida no me siento agitado ni con prisa. Cuando tenía antes que hacer algo, sentía como si estuviese apresurado, como si temiera que me iba a faltar el tiempo para realizarlo. Ahora es diferente. Ahora me parece que sé algo y que tendré tiempo para todo sin más que dedicarme con ahinco.

Solamente cuando estoy contigo y con Muzzie me siento un poco inquieto por los resultados, y cuando la voz de H. P. B. me llama desde alguna parte: "¡Firme, querido, firme!". Su voz me suena a veces al lado del oído, aun cuando mis ojos no la vean, o bien mis sentidos sienten su presencia.

AMISTADES EN EL MAS ALLA

¿Dónde está ella que puede conocer todo lo que estoy haciendo y puede responder a mis pensamientos cuando está invisible? He aquí otra cosa que aprenderé cuando sea hora.

Esta guía invisible no me asusta ya. ¿Te acuerdas de las impresiones que me causaban antes las cosas, o el pensar que la gente se estaba ocupando de mí y cómo todo esto me sobresaltaba?

(Continuará)

L.T.PIVER
PARIS

Las Lociones
POMPEIA FLORAMYE
En Santiago, $ 8.30 el frasco.
En provincias: $ 9 el frasco.
SALAZAR Y NEY
A. Prat, 219.—Santiago.

GRANDES DETECTIVES DE "SCOTLAND YARD"

Una de las principales autoridades de Scotland Yard, la famosa Sección de Seguridad de Londres, Mr. George Dinolt, ha escrito una serie de sensacionales artículos que "Para Todos" ofrece como una primicia a sus lectores; en ellos, Mr. Dinolt relata algunos de los casos más interesantes en que han intervedido los mejores detectives de ese célebre departamento. Damos aquí el primer artículo de la serie.

Puso ante Julián, vino y algunos comestibles y, dándole un beso, se despidió de él.

EDWARD DREW Y EL CASO DE LAS JOYAS DEL MARQUES DE ANGLESEA

EDWARD Drew era el hombre más apuesto de todo el Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard. Sabía también vestirse tanto cuando era Inspector de los Detectives de la División de Vine Street, en el corazón del Londres elegante, como cuando fué nombrado inspector detective jefe, y en muchas ocasiones se le pudo tomar por la figura más distinguida en varios círculos aristocráticos.

Pero, a pesar de la elegancia de Drew, de su impecable corrección en el vestir y de su bien cuidadas manos, era un hombre fuerte y de personalidad. Poseía la reputación de no fallar nunca en cualquiera de los casos que se le encomendara. Su buena voluntad, su fecundidad de recursos, le conquistaron tanto entre sus colegas como en el mundo criminal, el sobrenombre de "el astuto Drew". El justificó el adjetivo y era uno de los detectives más temidos de Scotland Yard.

Sucedió un día que el joven Marqués de Anglesea, un joven de costumbres excéntricas y muy derrochador, decidió ir a Londres. Ahora bien, era un hombre que tenía la pasión de coleccionar joyas, principalmente para uso personal. Estas joyas, que valían tal vez alrededor de setecientos cincuenta mil dólares, lo acompañaban a todas partes, encerradas con descuido en un estuche de joyas. El Marqués no se preocupaba mucho de su seguridad.

Así fué que él y sus acompañantes fijaron su residencia en el Walsingham House Hotel, en Piccadilly, y el joven noble principió a darse una gran vida. Drew supo su llegada, porque el Marqués era un hombre pintoresco y los periódicos se interesaban en algunos de sus hechos. El elegante inspector sabía que Londres era descuidado y se sentía casi seguro que tarde o temprano algún pillo atrevido intentaría algo contra su famosa colección de joyas. Por consiguiente se mantuvo a la expectativa, pero, en realidad, no sucedió nada.

El brillante y joven noble no cambió de conducta. Nunca se le ocurrió que sus joyas podían despertar la codicia de los caballeros de industria. Las había colocado bajo el cuidado de su valet, un joven francés de buena figura, llamado Julián Gault, al que había contratado seis semanas antes en un hotel inglés.

Una tarde el Marqués decidió convidar a alguno de sus amigos a ver la representación de Sherlock Holmes, que entonces gustaba mucho en Londres. Era su costumbre estas ocasiones elegir con meticuloso cuidado las joyas que debía ponerse, y con ese objeto hacía extender la brillante colección sobre su lecho, para simplificar la comparación y la elección entre ellas. Esa noche siguió su costumbre.

Sucedió que mientras él estaba en el teatro, una de las doncellas del hotel entró a la alcoba y notó que Gault salía por otra puerta. Al principio ésto no le llamó la atención, pero, al acercarse a arreglar el lecho lo movió un poco contra la pared. La doncella dió un grito de sorpresa. Al lado de la cama se veía un brillante montón de joyas que parecían haber sido arrojadas allí apresuradamente. Aún el excéntrico Marqués no descuidaría una fortuna como esa, de tal modo. Concibió sospechas y corrió a contar el hecho al administrador del hotel.

Un llamado telefónico atrajo al impasible Drew al lugar de la escena. Un par de preguntas y una simple mirada le dió a conocer el fondo del asunto. Envió a llamar al Marqués, pero ese señor se hallaba demasiado interesado en las aventuras del detective, en la escena, para apresurarse a responder al llamado de un detective verdadero. Sin preocuparse más del asunto determinó que la pérdida del medio millón de dólares en joyas no valía la pena de hacerlo retirar del teatro antes de que terminara la representación. El inspector tomó las medidas del caso y esperó. Aún antes del regreso del Marqués se hizo evidente que Golt, el valet de confianza, se había escapado con lo mejor de la colección.

Drew sabía que este robo podía ser uno de esos grandes robos cometidos por un amateur, aprovechándose de la oportunidad. Por otra parte, alguno de los mayores ladrones profesionales de joyas, que siempre están en acecho para aprovechar esta clase de oportunidades, también podía haberlo cometido. Se tomó una descripción detallada de las joyas perdidas y se avisó a los comerciantes de diamantes de Amsterdam y de otros lugares. Drew mandó vigilar por alguno de sus hombres a

FORUNCULOSIS
ACNÉ-ANTRAX
sanan
tomando 4 a 8
comprimidos diarios de
STANNOXYL M.R.
¡Sales de estaño evanles de plomo
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

¡O J O!

Si usted no quiere sufrir desengaños, al comprar Tintura para el pelo, exija siempre la

Tintura Francois Instantánea
M. R.

la única que desde veinte años sigue elaborada con los mismos procedimientos.

Devuelve al pelo o barba el color primitivo de la juventud, sea en negro, castaño oscuro, castaño y castaño claro.

La única legítima es la que lleva el retrato del inventor.

De venta en todas las farmacias.

varios de los pillos que podían haber intervenido en el asunto en cuestión.

Estas fueron ordinarias y acostumbradas precauciones. La gran cosa era encontrar al valet desaparecido. No se poseía ninguna fotografía de él y, como de costumbre, las descripciones que trató de sacar de la servidumbre, fueron vagas y no arrojaron ninguna luz sobre el caso. Drew adoptó una medida extraordinaria. Reunió un grupo de amigos y también de los servidores del Marqués que habían conocido a Goult, y los convirtió en detectives aficionados. A cada una de estas personas la envió a uno de los grandes puertos del país, con una carta de introducción a las autoridades de la policía local.

A medida que los días pasaban, estos hombres se sintieron cansados de este trabajo monótono, y Drew tuvo que usar de mucho tacto y diplomacia para hacerlos continuar en su trabajo.

"En el cuarto día,", Drew me dijo, "uno de estos señores a quien había enviado a Dover, se hallaba paseando en el muelle de atraque de uno de los vapores que cruzan el Canal, y vió aproximarse a un hombre que vestía un grueso sobretodo, parecido a uno de los del Marqués de Anglesea. Su frente se hallaba oculta por un sombrero de fieltro encasquetado hasta las orejas, y su cara llamaba la atención porque dejaba ver que hacía muchos días que no se afeitaba. Goult iba siempre completamente afeitado y acostumbraba a rodearse el cuello con una sucia bufanda. Este pobre disfráz fué conocido antes de que el hombre pusiese pié en el barco. Fué detenido e inmediatamente confesó que él era el hombre a quien se buscaba."

Se hallaba hambriento y sin un penique, pero la pesquisa más rigurosa no pudo descubrir ninguna huella en él de las joyas perdidas. Su captor envió un triunfante telegrama anunciando su captura, y Drew corrió a Dover y regresó a Londres con él en un tren especial. Trató a Goult con gran consideración, porque, aunque Drew era implacable durante un juicio, podía ser muy humano después de un arresto. Creía que un buen trato sería eficaz para sacar alguna confesión de Goult. El detective ya se había formado una opinión de que, además del valet, habían otras manos metidas en el caso.

Tenía razón. Goult habló, y fué una historia singular la que dijo. Después que el Marqués abandonó el hotel para dirigirse al teatro, Goult había salido para dar un paseo. Por una de esas coincidencias, que parecen imposibles en una novela pero que suelen suceder en la vida real, se encontró con una joven francesa, con la que había mantenido relaciones amorosas. Esta hermosa dama era, en realidad, aunque Goult no lo supo sino después, miembro de una de las más atrevidas bandas de ladrones de joyas del mundo, y podemos imaginarnos el placer que debe haber sentido al encontrarse con su antiguo novio tan inesperadamente, y al escuchar la ingénua relación que éste le hizo de las fabulosas joyas que poseía su opulento y excéntrico patrón. Escuchó el relato de Goult con ansiosa atención y condujo la conversación hacia donde ella deseaba. Sus brillantes ojos relucieron cuando él le contó acerca del montón de joyas que yacían amontonadas a esa hora sobre el lecho.

Si su encuentro fué realmente una casualidad, si fué una pura coincidencia, no se ha podido saber hasta hoy, pero la dama debe haber creído que la providencia había guiado sus pasos.

Astucia o coincidencia, la joven fué lista en aprovechar la oportunidad, aseguró a Goult que él era el único hombre a quien ella había amado. Su pobreza común era el sólo obstáculo a su unión. Pero ahora, ¡ahora!, si lo que él decía era verdad, allí al alcance de su mano yacía un montón de joyas esparcidas sobre el lecho, en el cuarto de un hotel, un cuarto al que tenía derecho de entrar. Todo lo que tenía que hacer era regresar al hotel, recoger las joyas, y entonces juntos...

Su brazo se deslizó alrededor del cuello de Goult.

El joven valet no era un San Antonio y se entregó a la tentación. Regresaron al hotel y mientras ella esperaba afuera en un coche, él se dirigió a la alcoba y llenó sus bolsillos al azar con las joyas que todavía se hallaban sobre el lecho. La entrada de la doncella le impidió que se las llevara todas. Apresuradamente arrojó el resto de las joyas al suelo, entre la cama y la pared, y corrió a reunirse con la sirena que lo esperaba afuera.

Esta nueva Dalila había improvisado un astuto plan. Se dirigió con él a su departamento y allí el joven y fatuo valet, depositó en su falda las joyas por valor de medio millón de dólares. Lo besó y le dió cuarenta dólares en billetes. Si su amado Julián le permitía ausentarse por cierto tiempo, podría buscar a alguien que le aconsejara un medio para deshacerse de las joyas. Ella no tardaría en regresar a su lado. Pero antes quería ver al objeto de su amor, que se repusiera de las emociones de la noche.

Lanzando una sonora y cristalina carcajada, lo obligó a sentarse ante la mesa y puso ante él algunas viandas y una botella de vino, y dándole un último beso y un abrazo se despidió de él.

Obró con ingenio y delicadeza. El pobre tonto no pensó que era objeto de un engaño y que diez minutos después ella se encontraría con otro hombre que la esperaba con un par de maletines, la manera cómo se había desembarazado del incauto.

Su plan había sido bien preparado. La atención de la policía sería atraída inmediatamente sobre Goult, que no se atrevía a intentar escaparse, hasta que se le concluyesen las monedas que ella le había facilitado. Mientras tanto, ella y el bandido internacional, que era su amante, tendrían ancho campo para escapar ¿Qué les importaba lo que podría sucederle a Goult?

Sus cálculos probaron ser correctos. El joven esperó algunos días más, no sabiendo si la mujer lo había traicionado o había caído en manos de la policía. Por fin se decidió a tratar de escaparse.

Drew se aseguró que Goult decía la verdad, y no tardó en averiguar la identidad de la mujer y de su compañero. Goult fué condenado a cinco años de trabajos forzados.

Ahora principió la parte más larga y difícil de la investigación. La condena no podía satisfacer al Marqués, que necesitaba que le devolviesen sus joyas. Drew no se sentía menos ansioso en capturar a los ladrones. Sabía quiénes eran, pero no se podía averiguar su paradero.

Los meses pasaron. En todas partes del mundo se continuaba cuidadosamente las investigaciones. Drew localizó a la dama en cuestión y a su amante, en una región salvaje del Brasil, pero supo que se habían desembarazado de su botín antes de huir a esa parte del mundo. Aún más, se sentía seguro que las joyas se encontraban en París.

Ahora bien, en ese tiempo, la ley ha cambiado desde entonces, no era ningún crimen poseer artículos robados en el extranjero, a menos que la persona que los poseyera se encontrase implicada directamente en el robo. Este hecho, como salta a la vista, tenía gran valor en los círculos de los caballeros de industria. Significaba, en verdad, que los recibidores de artículos robados podían comerciar libremente en esa clase de objetos en todo el continente europeo.

Así fué que cuando Drew supo que las joyas de Anglesea se hallaban en manos de cinco hombres en París, el conocimiento no le produjo mucho placer. Nadie sabía mejor que él, que sería prácticamente imposible demostrar que esos hombres habían estado implicados en el robo.

Pero, "El Astuto Drew" no se había ganado su sobrenombre, sin razón. Se dirigió ocultamente a París, y tuvo una conversación con los hombres del servicio de seguridad francesa.

La escena fué preparada con todas las minuciosidades que se acostumbran en el teatro. Los cinco se hallaban cómiendo, sin sospechar que el diligente mozo que los servía en la mesa era un detective francés, y la conversación era mantenida por los vinos más caros y escogidos.

A poca distancia un alegre grupo, en cuyo centro se veía un alto y elegante inglés con una flor en el ojal,

Es muy raro que un detective británico efectúe un arresto de este modo tan teatral.

ocupaban una de las mesas vecinas. La comida del primer grupo llegaba a su fin. El diligente mozo sirvió café y cigarros, y uno de los comensales introdujo la mano en un bolsillo y sacó un rollo de billetes de Banco.

"Un momento", interrumpió el hombre que se hallaba a su izquierda. "Puede retirarse, mozo no necesitamos nada más."

El mozo se inclinó con deferencia; "bien, monsieur". Sin aparentar interés en lo que iba a seguir, se movió algunos pasos y se puso a recoger algunos platos vacíos.

Otro de los hombres tendió un paquete por sobre la mesa, al hombre que había sacado los billetes. Los platos cayeron al suelo con estrépito. El mozo, el elegante inglés y los hombres de la segunda partida, se levantaron movidos por un sólo impulso y rodearon la otra mesa. Algunas mujeres se desmayaron, y los hombres se precipitaron afuera a llamar la policía. Solamente los detectives sabían lo que estaba sucediendo.

Es muy raro que un detective británico efectúe un arresto de esta manera dramática. Pero había un propósito en esta excentricidad de Drew. Los detectives se apoderaron de los billetes y las joyas y tres de los hombres fueron detenidos y llevados a la Estación de Policía. Durante la confusión, el otro individuo consiguió escaparse. Ninguno de los otros tres se imaginaban que habían sido víctimas de una comedia bien preparada. En la Estación de Policía, los asombrados prisioneros, hicieron exactamente lo que había esperado Drew que harían. Protestaron ruidosamente que las joyas no les pertenecían. Todos eran hombres honrados y allí se había cometido una equivocación. Si algo había sucedido, ellos eran solamente víctimas.

Se hallaban demasiado agitados para reflexionar, y firmaron una declaración en la que se establecía pertenecían al hombre que había escapado. El astuto Drew los vió escribir sus firmas al pie, pero su cara no demostró ninguna satisfacción. Ellos ignoraban, pero él lo sabía, que estaban firmando una declaración por la que dejaban constancia que las joyas no les pertenecían y no tenían ningún derecho sobre ellas.

Solamente principiaron a sospechar la verdad cuando los policías franceses les manifestaron sonriendo, que se hallaban en libertad. No existía contra ellos ningún cargo concreto; y fué entonces cuando el inspector Drew se permitió dejar aparecer una sonrisa en su impasible fisonomía, y esa demostración de alegría les hizo comprender que el calmado y flemático detective se había burlado de ellos. Cuando por fin, se dieron cuenta de que habían caído en un lazo; se presentaron con todo descaro ante los tribunales pidiendo la devolución de las joyas.

En esto cometieron una gran torpeza, pues Drew había tomado sus precauciones. Todos esos hombres habían sido expulsados algunos años ante de Francia y habían perdido sus derechos civiles lo que significaba que no podían presentar una demanda ante los tribunales. Todo lo que ganaron con su audacia fué atraer sobre ellos la atención del Gobierno, que los deportó de nuevo.

El Marqués se contentó con recibir sus joyas y dejó a la mujer y a su amante que continuaran viviendo en Brasil.

En cuanto al incauto Gault, al cumplir su condena, regresó a Francia y no sabiendo cómo ganarse la vida, decidió convertirse en un profesional del delito, con tan mala suerte que en su primer robo fué sorprendido, capturado y condenado una vez más a prisión. Al salir en libertad, intentó penetrar en el departameto de una dama en sus para robarla, y encontrando a esta dama en sus habitaciones, perdió la cabeza y la mató de una puñalada. Poco después fué detenido y expío su crimen en la guillotina

Hasta el final de sus días, el Inspector Drew usó en su corbata un magnífico prendedor de brillantes Esc prendedor le fué regalado por el Marqués de Anglesea, en recuerdo de su hábil pesquisa en el robo de su colección de joyas.

UN PRECIOSO CUENTO PARA LOS NIÑOS

La Historia de un Príncipe y Dos Ratones

CUANDO nació el príncipe, la reina dijo al rey:

—Hijo, es necesario tener mucho tiento con las invitaciones, porque ya sabes lo que son las hadas. Invítese las o no, siempre van a los bautizos, y si por olvido se deja de invitar a una, no para hasta que lo hecha todo a perder.

—No tengas cuidado, hija, que a todas las invitaré, — contestó el monarca; y sacando su estilógrafo con punta de diamante, puso inmediatamente las tarjetas.

Pero en aquel instante llegó su heraldo con noticias de guerra, y el rey tuvo que salir precipitadamente. Enviáronse las invitaciones, aunque el bautizo tuvo que aplazarse para un año más tarde. Al cabo de este tiempo, el rey venció a sus enemigos; estaba muy contento de sí mismo. Un año tenía el príncipe, y estaba también muy contento de sí mismo, como todos los niños buenos, y encontraba en los reales deditos de las manos y de los pies un sabor misterioso y delcitable. Ya la reina estaba igualmente satisfecha de sí misma, como toda buena madre lo está, de modo que las cosas no podían ir mejor. El palacio estaba engalanado con colgaduras tejidas de plata y lleno todo de margaritas, en celebración del día de gozo; y cuando todos hubieron comido y bebido a qué quieres boca, llegaron las hadas con los presentes que traían al príncipe, su ahijado.

Será guapo de veras—dijo la primera de todas.

—Y listo—profetizó la segunda.

— tendrá una novia muy bonita...—continuó la tercera.

—...que le querrá mucho—terminó la cuarta.

Y así fueron pasando, prediciéndole cada cual una cosa buena y apetecible; y conforme le iban dando sus presentes, parábanse ante el principito, le besaban y, abriendo después sus alitas de gasa muy sutiles, salían volando por el jardín. Iba decreciendo cada vez más la muchedumbre de las hadas y sólo quedaban tres, cuando la reina tiró de la manga al rey y murmuró a su oído:

—Pero, hijo, ¿dónde está Malévola?

—Yo le mandé invitación,—dijo el rey, girando en derredor una mirada llena de ansiedad.

—Pues se habrá extraviado por el camino,—observó la reina,—porque, si no, aquí estaría.

—Aquí está,—dijo una voz profunda al oído de la reina. De pronto, la sala se oscureció, pardas nubes velaron el sol y todas las margaritas que alfombraban el suelo se cerraron. La pobre reina dió un salto y lanzó una exclamación; el rey, con ser un valeroso, se puso pálido, porque Malévola era un hada terrible y el vestido que llevaba no era lo más a propósito para un bautizo. Estaba echo de telarañas cosidas, sucio y enmohecido por el vaho de las cuevas y el polvo de las mazmorras. Tenía grandes alas de murciélago, llevaba al cuello lagartijas y arañas, una serpiente se arrollaba en su cintura y muchas víboras se enroscaban y rebullían entre sus ásperos cabellos negros.

Tan terrible mirada echó a la reina, que su pobre magestad dió un chillido.

—¡No, no! — gritó luego, rodeando la cuna con sus brazos. El príncipe se sentía feliz, jugaba con su collar de corales y cascabeles y miraba al gato de palacio, que se atusaba los bigotes a los pies de la cuna.

—Oidme, ahora, — dijo Malévola con aquella voz profunda y ronca, que tan terrible era. — No me invitásteis al bautizo. He leído muchos cuentos y sé lo que le corresponde hacer a un hada de quien se ha prescindido en ocasión como ésta. Me propongo maldecir a vuestro hijo.

Todos los reyes y reinas que habían concurrido al bautizo desearon entonces hallarse a cien leguas de allí; ellos y los cortesanos cayeron de rodillas y pidieron a Malévola que tuviese compasión. Las otras tres hadas que aún quedaban escondiéronse detrás de los visillos, y las damas de la corte, mirándolas de reojo por entre los dedos decían:

—¡Está bonito, dejar así al ahijado! ¡Vaya unas hadas!

Pero la reina y el rey no hacían más que llorar, y el príncipe jugaba con su sonajero y miraba al gato.

Malévola dijo en tono de zumba:

—Gran rey y poderoso soberano, Malévola no se merecía que la invitases al bautizo. Pero tu familia ha de venir a menos; tu hijo se enamorará de una fregona y se casará con una dama sin manos y con cuatro pies.

Un estremecimiento de horror pasó por la sala, y Malévola desapareció. Al instante el sol volvió a lucir, y todos levantaron la cabeza, atreviéndose por fin a mirarse. Y las margaritas abrieron igualmente sus hojas.

Las buenas hadas salieron entonces de detrás de los visillos, y la pobre reina cayó de rodillas ante ellas.

—¿No podéis hacer algo?—preguntó.—¿No podéis deshacer lo que ha ofrecido y lograr que no se cumpla?

—No hay hada que pueda conseguir que no se cumpla lo que ha de cumplirse,—dijeron las hadas buenas en tono de tristeza.—Las palabras de Malévola se cumplirán; pero el príncipe tiene ya muchos regalos y aún le faltan los nuestros, que podréis elegir. Lo que deseéis, eso tendrá.

Entonces el rey recobrándose un poco del terror en que el hada Malévola le había sumido, y recordando lo bien que él mismo y los de su estirpe se habían portado en los combates, dijo de pronto.

—Que sea valiente.

—Valiente será,—dijo una de las hadas buenas.—No tendrá temor a nada.

En el mismo punto perdió el príncipe todo temor al gato de palacio; sacando la mano, le tiró de la cola con tanta solicitud que Michino se volvió y le arañó en el bracito, haciéndole saltar la sangre.

—¡Hijo!—exclamó la madre.—¡Bien decíais que iba a ser intrépido! Yo quisiera que temiese a los gatos, el pobrecillo.

—Así ha de ser,—dijo el hada segunda;—tu deseo se cumplirá.

Y, en efecto, el príncipe dió un grito, escondió la cara y se apartó del gato paladino con tal horror que el rey sacó su lápiz y su libro de memorias y escribió un edicto desterrando inmediatamente de sus dominios a todos los gatos. Pero su irritación no cesaba.

—Vuestra Majestad ha desperdiciado un deseo,—dijo muy cortésmente a la reina;—pongamos, pues, el último en manos de la última hada.

Se expende en tubos de 20 tabletas y en sobrecitos de 1 y 2 tabletas. No acepte tabletas sueltas que pueden ser sustitutos nocivos.

La última hada se acercó a besar al príncipe, que entre sollozos iba quedándose dormido.

—Será feliz,—aseguró;—logrará los deseos de su corazón.

Desvaneciése el hada, y todos los reyes y reinas se despidieron cuando llegaron a buscarlos sus carrozas de oro, y el rey y la reina se quedaron solos, con las colgaduras de plata, las margaritas abiertas y el niño.—¡Qué horror, hijo, qué horror!—dijo la reina.—¡Una fregona! ¡Y una dama sin manos y con cuatro patas!

—No es verosímil que tengamos fregonas que carezcan de manos,—dijo el rey.

—Ya nos las arreglaremos para no tener más que fregatrices con título,—dijo tímidamente la reina.

—Es verdad,—contestó el rey;—así se arreglaría lo del enamoramiento. Pero, ¿y lo del matrimonio?

—Se casará con la dama que le guste.

—No suele suceder eso en el mundo,—dijo el rey.—Sea como quiera, esperemos que le guste la dama con quien se case. O si no...

—O si no ¿qué?

—Nada podemos saber de eso, ¿verdad, reina y señora mía?—preguntó cogiéndola por la cintura. Y en su cariño por su esposa y su hijo, el rey volvió a sentirse casi dichoso; los tres estaban allí, y como el niño reposaba en la cuna, lo de su matrimonio parecía cosa aún muy lejana.

Pero la reina estaba llena de ansiedad y temor, y siendo el príncipe niño todavía, despachó mensajeros a todas las cortes de los reyes y reinas vecinos a que les contaran la predicción, que, por otra parte,conocían los más por haberse hallado en el bautizo. Y pidió a cuantos tenían hijas que se las enviasen como fregonas, para que el príncipe se enamorase por lo menos de una princesa de verdad.

El príncipe crecía, muy guapo, muy valeroso, sin temor a nada, excepto a los gatos, aunque nunca los había visto; pero soñaba con ellos, y a menudo se despertaba dando gritos. Era además tan despejado y tan bueno que, como el reino de su padre era el más hermoso, sin comparación posible, del mundo entero, las hijas de los demás reyes rivalizaban entre sí por alcanzar favor a los ojos de la reina madre y entraban a servir a las cocinas, cada una con la esperanza de que el príncipe llegase a verla y a enamorarse y quizá a casarse con ella. Y él las trataba muy bien a todas, pero de ninguna se enamoraba; hasta que un día vió en una ventana de la torre en que estaban las cocinas una hermosa faz y unos hermosísimos cabellos medio envueltos en un pañuelo escarlata. Apenas la hubo mirado, ella desapareció, pero el príncipe había dejado ya de ser dueño de su corazón. Al quedarse sin él, puso en su lugar el secreto y empezó a calcular cómo podría ver de nuevo a la hermosa doncella; porque cuando la buscó entre las reales fregatrices, con ellas no estaba. La buscó de mañana, al mediodía, por la tarde, y nunca pudo verla. Entonces dijo para sí:

—Velaré de noche, porque acaso esté encerrada en la torre, en lo alto de las cocinas; de noche, los que la guardan pueden quedarse dormidos y acaso logre yo hablar con ella.

Púsose un traje oscuro, se escondió en el patio de palacio, en la sombra y vigiló una noche entera. Nada vió. Pero, al romper el alba, cuando la luna que se ponía y el sol levante mezclaba sus resplandores en el cielo, oyó descorrer un pequeño cerrojo y vió que la puerta de la torre en que las cocinas estaban se abría muy despacio. Ocultóse el príncipe tras un contrafuerte y, acechando, vió a la hermosa doncella de los rubios cabellos ocultos por un pañuelo escarlata. Pasó ella el umbral y fué a sacar agua del pozo que había en medio del patio; y luego se arrastró él hasta la ventana de la cocina y la vió encender lumbre, fregar los platos y limpiarlo y arreglarlo todo. Los ojos del príncipe iban siguiendo todos sus movimientos, y cuanto más la miraba más enamorado se sentía; pero oyó ruido de gente arriba, y arrastrándose otra vez, sin apartarse del muro, se volvió a sus habitaciones. Lo mismo ocurrió a la mañana siguiente y a la otra. Y a la tercera, cuando estaba mirando por la ventana a la doncella de los cabellos espléndidos y del brillante pañuelo, la cadena de oro que llevaba chocó con el alféizar. Asustóse la muchacha, y el tazón que tenía en las manos se cayó al suelo y se hizo añicos; y ella, entonces, sentándose en el suelo junto a los pedazos, se echó a llorar amargamente.

Entró corriendo el príncipe, y arrodillándose junto a ella, le dijo:

—No llores; yo te daré otro tazón.

—No es por eso,—gimió ella,—sino porque ahora me despedirán.

—¿Quién ha de despedirte?

Las fregonas nobles. Me tienen para que les haga el trabajo, porque ellas, como son hijas de reyes, no saben hacer nada; la reina ignora que hay aquí una fregona de verdad, y esa es la razón que van a tener para despedirme.

Y rompió a llorar de nuevo.

—¿De modo, que eres una fregona de verdad, que no eres noble?—dijo el príncipe.

Interrumpiendo un momento su llanto le contestó ella:

—No.

—Pues no importa,—prosiguió él.—Eres el doble de bonita que todas esas hijas de reyes juntas, y veinte veces más digna de ser amada que ellas.

Al oír esto, cesó ella definitivamente de llorar y levantó los ojos a él desde el suelo en que estaba sentada.

—Sí, lo eres,—insistió él,—y te quiero con todo mi corazón.

Y diciendo así, la cogió entre sus brazos y le dió un beso; y la fregona de verdad apoyó la cabeza en su hombro, palpitándole mucho el corazón, porque sabía lo que el príncipe ignoraba, lo que todo el pueblo sabía menos el príncipe, es decir, que aquello se le había pronosticado en su bautizo; pero sabía también que por mucho amor que él le tuviera no había de casarse con ella, puesto que su terrible destino le guardaba para ser esposo de una dama con cuatro pies y sin manos.

—¡Ojalá no tuviese yo manos y sí cuatro pies!—dijo para sus adentros la fregona de verdad.—Nada me importaría, ya que amí es a quien quiero.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó el príncipe.

—Digo que debiérais marcharos,—contestó.—Si sus altezas fregonas os encuentran aquí me van a hacer añicos, porque todas os aman, Alteza.

—Y tú,—murmuró él,—¿cuánto me quieres?

—¡Ay!—contestó ella,—os quiero más que a mi mano derecha y a mi mano izquierda.

Algo rara encontró el príncipe la contestación. Todo aquel día se lo pasó en un sueño de felicidad; pero a nadie contó su sueño para que no se le acarrease ningún mal a la fregona de verdad. Porque se proponía casarse con ella y tenía el presentimiento de que sus padres habían de oponerse a la boda.

Por la noche, cuando todo el palacio estuvo dormido, la verdadera fregona salió, pasando por delante del centinela amodorrado, fué a la alquería de su padre y, montada en uno de sus fuertes caballos de tiro, se dirigió a través de los bosques a la caverna en que el Gran Ratón Blanco vigilaba sin adormecerse para guardar el Ojo de gato encantado.

Todos se preguntaban por qué lo guardaría tan cuidadosamente, puesto que, al parecer, era una piedra sin valor ninguno. Pero el caso era que el Gran Ratón Blanco velaba sin descansar ni cerrar nunca uno de sus brillantes ojillos redondos de ratón; y cuando la gente iba a coger la piedra, decía:

—Ten cuidado; poder tiene para que te conviertas en ratón.

Y la gente, al oírlo, la soltaba en seguida y continuaba su camino, dejándola entregado a su vigilancia.

La fregoncilla se le acercó a pedirle ayuda, porque él tenía miles de años y más sabiduría en los sesos que todos los libros del mundo. Le contó lo ocurrido.

—¿Qué puedo hacer ahora? — le dijo al fin. Y el Gran Ratón Blanco, sin apartar los ojos de la piedra encantada, le dijo:

—Sigue tu propia determinación y vive contenta. El príncipe te ama.

—Pero no ha de casarse conmigo, — dijo la fregona de verdad, — sino con una horrible criatura de cuatro pies y sin manos.

—Guarda tu secreto y vive contenta, —repitió el Gran Ratón Blanco, — y si alguna vez le vieras en peligro por causa de una dama de cuatro pies y sin manos, acude a mí sin vacilar.

Con esto la verdadera fregona se volvió al palacio y se puso a limpiar cacharros y cacerolas, porque ya era de día, brillaba el rocío matinal y la noche se había disipado. Y antes de que los otros se levantaran, su príncipe fué a verla y a repetirla que la quería más que a su vida; y ella guardando el secreto vivió dichosa.

A raíz del bautizo del príncipe, el rey había desterrado de sus reinos a todos los gatos, porque no tenía ánimo para ver asustarse a su hijo por cosa alguna. Pero de tarde en tarde, algunos extranjeros que desconocían el edicto llevaron gatos al país; en cuanto el príncipe veía uno, le entraba un temblor y una palidez que se quedaba como una piedra, y luego, lanzaba gritos de terror, huía. Pero había pasado ya mucho tiempo sin que viera un gato.

Y ocurrió que poco después de haber descubierto el príncipe a la fregona verdadera, la reina y el rey murieron de repente, cogidos de la mano, porque tanto se habían querido que les era imposible estar el uno sin el otro.

Lloró el príncipe amargamente, inconsolable, y la Corte se mantenía en pie, rodeándole, llevando con aspecto de dolor su reciente luto. Mientras él estaba sentado, con el rostro escondido entre las manos, hubo algo que entró por las puertas de palacio, subió las escaleras marmóreas y se introdujo en el salón donde estaba el príncipe llorando tristemente, sentado en las gradas del trono paterno. Y antes de que los cortesanos abrieran la boca o decidiera si entraba o no en el ceremonial de la Corte que ellos hicieran algo más que permanecer inmóviles y mostrarse entristecidos mientras el príncipe lloraba, aquello se llegó hasta el príncipe y empezó a frotarse contra su brazo. Y él, todavía con el rostro escondido, alargó la mano y lo tocó.

Lanzó un profundo suspiro de ansiedad toda la corte al ver que aquello que había entrado era una gataza negra. Pero el príncipe levantó los ojos, y cuando todos esperaban que se estremeciera y empezara a gritar, le vieron pasar la mano por la negra piel, diciendo:

—¡Michito, Michito!

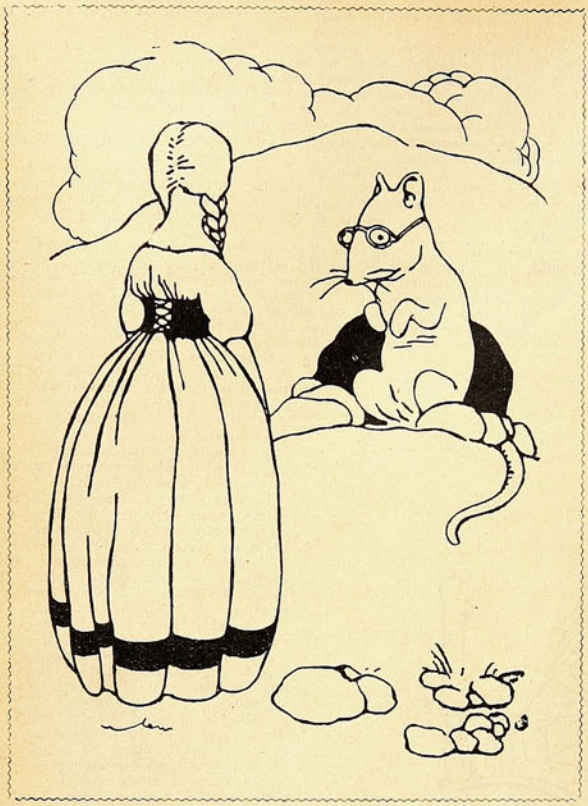
Apenas lo hubieron oído, todos se precipitaron afuera del salón por puertas y ventanas. Los cortesanos montaron a caballo, los que tenían carruajes se metieron en ellos, los que no los tenían se fueron a pie y en menos de un minuto el príncipe y la gata se quedaron solos.

Eran los cortesanos expertos en las leyes de la brujería, y, conocedores del horror que el príncipe sentía por los gatos, al ver uno que no le asustaba, comprendieron que no era tal gato, sino una hechicera que había tomado su forma. Por eso los cortesanos y toda la casa real huyeron a buscar refugio, temblando de miedo.

Todos, menos la verdadera fregoncilla. Vió ésta con terror que la gata, o, por mejor decir, la hechicera en forma de gata, había conseguido lo que nadie logró, esto es, sacar al príncipe de su negro ensimismamiento. Y recordó entonces la suerte que le había predicho el hada Malévola: que se había de casar con una dama de cuatro pies y sin manos.

Pensó en los crueles vaticinios.

Así pensaba, oculta entre los tapices azules, retorciéndose las manos y dejando correr las lágrimas por sus mejillas. Y mientras tanto, la gata negra halagaba al príncipe y el príncipe pasaba la mano por el lomo de la gata negra, y todos hubieran podido ver que a cada momento iba quedándose más profundamente embrujado. Y la fregatriz verdadera seguía acu-



rrueada detrás del tapiz, sin encontrar en su dolorido corazón medio alguno de salvarle. De repente recordó las palabras del Gran Ratón Blanco: "Si alguna vez le vieras en peligro por causa de una dama de cuatro pies y sin manos, acude a mí sin vacilar".

Había llegado el momento, pues, a lo que veía, el príncipe corría desesperado peligro.

La verdadera fregatriz se deslizó silenciosa por las escaleras de mármol, y en cuanto estuvo fuera de Palacio, corrió ligera como el viento a las caballerizas. Nadie había en ellas; todos habían seguido el ejemplo de la Corte, echando a correr en cuanto se enteraron del raro suceso de la gata bruja. Y de los muchos caballos que allí había, uno solo quedaba, porque cada cual en su precipitación había ensillado el primero que encontró a mano para escapar con mayor rapidez. Y el único que allí quedaba era el caballo negro del príncipe. No había consentido que le ensillase un extraño, y al que lo intentó hubo de pisotearle y morderle, consiguiendo al fin que le dejara.

La verdadera fregoncilla sacó de su armario la silla de montar bordada en oro del príncipe; tal era su peso que no la hubiera podido llevar a no ser por el ánimo de su corazón, encendido de amor por el príncipe, y el riesgo en que le veía. Ensilló el potro y le puso riendas enjoyadas, mientras él relinchaba de gozo, porque tenía conocimiento y ya se imaginaba lo que iba a pasar. Una vez ensillado, se arrodilló para que ella montase y luego salió con la rapidez del viento, sin necesidad de que le guiaran con las riendas: él mismo encontró el camino sin desviarse. Galopó, galopó, el sol se puso, fué oscureciéndose la noche, y siguió galopando y galopando, sin vacilar ni detenerse, hasta que, al despuntar de la luna, fué a pararse junto a la morada del Gran Ratón Blanco.

Al mismo tiempo que la verdadera fregatriz echaba pie a tierra, el Gran Ratón Blanco se asomó a la puerta de su casa y preguntó:

—Conque ¿vienes a buscarlo?

—¿A buscar qué?

—El Ojo de gato encantado .Miles de años lo he tenido bajo mi custodia, porque sabía que al fin habría de servir para algo. Podrá salvarse el príncipe si hay quien le quiera tanto que esté dispuesto a morir por él.

—Yo lo estoy,—dijo la verdadera fregoncilla, tomando el Ojo de gato.

—Trágatelo,—dijo el Ratón Blanco,—y te volverás ratoncillo.

Tragócelo ella sin vacilar, y de repente se convirtió en ratoncillo.

—¿Qué he de hacer ahora?—preguntó.

—No te lo puedo decir,—contestó el Gran Ratón Blanco,—pero el amor te lo dirá.

La fregoncilla convertida en ratón, trepando por una pierna del caballo, fué a ponerse en la silla, a la que se agarró con sus uñitas menudas. Y mientras el fuerte caballo regresaba a Palacio galopando a la luz de la luna, iba ella dándole vueltas al pensamiento, hasta que se dijo:

—La bruja tiene forma de gato y tendrá inclinaciones de gato; si ve un ratón, correrá tras él. De modo, que correrá detrás de mí, y si yo consigo llevarla hasta un arroyo, para saltarlo tendrá que recuperar su propia forma. Eso debe de ser lo que me indicaba el Gran Ratón Blanco. Si la gata me coge, por lo menos, si no salvo a mi príncipe, moriré por él.

Con tales pensamientos se reanimó su espíritu, mientras el caballo trotaba a la primera luz del amanecer.

Cuando por último, avanzando con sus patitas suaves y silenciosas, el ratón fregoncilla volvió a entrar en la sala del trono, vió que llegaba oportunamente, porque la gata negra, ronroneando, volvíase a mirar al príncipe mientras se encaminaba, moviendo la negra cola, a la puerta del salón, y el príncipe, más hechizado que nunca, iba siguiéndola poco a poco.

Entonces, la verdadera fregatriz ratoncillo lanzó un chillido, y pasó corriendo por el suelo de pórfido. La gata, fiel a su naturaleza gatuna, cesó en sus halagos al príncipe y echó a correr tras el ratón, que, dándose toda la prisa posible, salió al jardín, donde corría el arroyo que alimentaba las pilas de mármol en que daban vueltas los pececillos reales. De nada se dió cuenta el príncipe sino de que la gata hechicera se alejaba de él y en un instante le dejaba solo. Salió a la puerta, vió que la gata iba por la calle que arrancaba de la escalera principal, echó tras ella rápidamente y la vió entrar por otra calle que daba vuelta hacia la escalinata trasera. Estaba la escalinata trasera hecha una cascada: el agua caía por los escalones y se extendía luego, formando un arroyo, a la débil luz del sol naciente.

Cuando el ratoncillo lo vió, dijo:—¡Estoy salvado!—pues no creía encontrar un arroyo que brotara de la escalinata trasera de palacio ni sabía cómo había podido nacer.

Cuando más tarde lo pensó detenidamente, llegó a convencerse de que no era ajeno a ello el Gran Ratón Blanco; y nunca supo que era el agua del cuarto de baño regio, cuyos grifos habían dejado abiertos las camareras reales en su precipitación por huír de la hechicera.

Atravesó el ratoncillo aquel arroyo; la gata vió el peligro, pero no pudo ya contenerse. Lo fué a atravesar también, y para ello se volvió a convertir en la maldita hada Malévola, con sus telarañas, serpientes, lagartijas, alas de murciélago y todo.

El príncipe se llevó las manos a la cabeza como quien despierta de un sueño, y la horrible hada se desvaneció de pronto y para siempre.

El ratoncillo corrió entonces tembloroso hacia el príncipe y con su aguda vocecilla de ratón se lo refirió todo.

Amada y señora mía,—contestó él, cogiendo al ratón y apretándoselo contra la mejilla,—voy a casarme contigo. Con esto se acabará la profecía de la malvada bruja. Después iremos juntos a la morada del Gran Ratón Blanco, y te convertirá en princesa.

Y el príncipe tocó las campanas de la iglesia hasta que todo el pueblo salió de los escondrijos en que estaba agazapado para ver el extraño espectáculo de un príncipe que se casaba con un ratón.

En cuanto los casaron, montados en el negro corcel dirigiéronse a la morada del Gran Ratón Blanco para darle cuenta de lo ocurrido.

—Y ahora,—terminó el príncipe lleno de gozo,—si la puedes convertir de nuevo en mujer, nos iremos juntos a casa y viviremos felices para siempre.

El Gran Ratón Blanco los miró con gravedad.

—Es imposible,—afirmó.—Lo siento mucho, pero los efectos del Ojo de gato encantado son permanentes. El que una vez es ratón, ratón ha de ser toda su vida, si le ha enratonado el Ojo de gato encantado.

El príncipe y el ratoncillo se miraron tristemente. Todo se lo esperaban menos una cosa así. El Gran Ratón Blanco los miraba, muy serio. Luego dijo:

—Por si acaso os pudiera servir, aquí tengo otro Ojo de gato encantado.

Cuando se lo mostró, el príncipe lo tomó con alegría. El reino y la vida de rey nada eran para él comparados con el amor de una verdadera fregona convertida en ratoncillo. Se llevó la piedra a los labios.

—Ya sabes lo que te va a pasar,—le observó el Gran Ratón Blanco.

—Me convertiré en ratoncillo, pero viviré feliz,—contestó el príncipe, satisfecho.

—Quizá,—dijo el Gran Ratón Blanco:—nada es imposible cuando el amor anda por medio.

—No lo hagas,—gritó el ratoncillo, tratando de interponerse entre los labios de él y la piedra encantada.

—Verdadera fregona mía querida,—exclamó el príncipe con ternura, —me has salvado la vida y mi vida eres tú. Prefiero ser ratón contigo a ser rey sin tí.

Y diciendo esto, se tragó la piedra. Dos ratoncillos, apretados el uno junto al otro, estaban a los pies del Gran Ratón Blanco, que los miraba con cariño. De pronto se arrancó un pelo de la paletilla izquierda y lo echó entre los dos lomos pardos de los ratones, y, un momento después, allí surgían un príncipe y una princesa, a cuyos pies yacían, sin nada dentro, dos pieles oscuras de ratón.

—Ha sido una suerte,—dijo el Gran Ratón Blanco,—que te decidieses a tragarte el Ojo de gato, porque cuando uno se ha convertido en ratón no puede ser desenratonado más que con su pareja. Nada es imposible cuando el amor anda por medio.

El príncipe y su esposa volvieron a palacio y fueron toda su vida muy dichosos. Tan dichosos eran como si continuasen siendo ratones, los cuales no cabe duda de que lo son en un país donde no hay gatos. Al príncipe le dan miedo todavía, y lo más raro del caso es que a su mujer también la asustan. Quizá les cogió miedo cuando era ratoncillo por amor a él. El, cuando se volvió ratoncillo por ella, sólo aprendió esta lección, que viene a ser la moraleja del cuento: "No hay nada imposible cuando el amor anda por medio".

SEÑORITAS

QUITEN SUS ARRUGAS

No espere que sus años hagan que sean imposible el que usted recobre su juventud; debe principiar a retener las arrugas desde luego, y le será más fácil y le costará menos dinero . . . . . .

Use de las afamadas preparaciones que vende la doctora Elva Larrazábal de Tagle, en su Instituto de Belleza, único en su género en Sud América y de fama mundial.

Pida prospecto gratis. Se envía todo pedido que se haga de fuera.

SAN ANTONIO, 265 - CASILLA 2165

—24—

ALMUERZO

BETARRAGAS RRELLENAS
(Para seis personas)

Esta entrada se hace con la carne fría del día anterior.

Ingredientes:

6 Betarragas	$ 0.60
1 Huevo	0.40
1 Lechuga	0.10
Perejil y pimienta	0.10
	$ 1.20

Se cuecen las betarragas y una vez cocidas se les saca la parte de adentro dejándolas huecas,, se rellenan con carne molida en la máquina, lechuga betarraga y perejil picado, un poquito de pimienta y sal. Todo esto junto se pone dentro de las betarragas y se cubre con una mayonesa clara y se adorna con una ramita de perejil.

—25—

CONGRIO CON SALSA DE CALLAMPAS
(Para seis personas)

Este es un guiso que puede servirse tanto al almuerzo como a la comida y es muy fino y muy delicado.

Ingredientes:

1 Kilo de congrio	$ 4.00
1 Cucharada de mantequilla	0.20
½ litro de leche	0.40
1 Huevo	0.40
Callampas	0.60
	$ 5.60

Se cuece el pescado después de haberle quitado la piel. Las callampas se cuecen y una vez cocidas se muelen en la máquina. A una taza y media de leche hirviendo se le agrega una cucharada de postre de mantequilla, una yema y una cucharadita de té de maizena, cuando haya espesado se le agregan las callampas y un poco de caldo en donde se cocieron las callampas. Con esta salsa se cubre el pescado en el momento de servirlo.

—26—

BEEFSTEAK CON SALSA DE PEREJIL

(Para seis personas)

Este beefsteak puede servirse además con una ensalada de verdura fría.

Ingredientes:

Lomo	$ 2.00
Perejil	0.10
1 Limón	0.10
	$ 2.20

Se asa el beefsteak en la parrilla y cuando esté por un lado, se vuelve y se le pone la siguiente salsa: un puñado de perejil se muele hasta hacerlo una pasta, se une con un pedazo de mantequilla y el ácido de un limón. Al tiempo de poner el beefsteak en la fuente se le pone la salsa encima.

RECETAS PRACTICAS DE COCINA

—28—

PARA LA HORA DEL TE

PANCITOS DE TE
(Scones)

Estos pancitos se sirven calientes y tapados con una servilleta.

Ingredientes:

1 Huevo	$ 0.40
1 Libra de harina	0.45
1 Cucharada de mantequilla	0.20
1 Taza de azúcar flor	0.35
1 Taza de leche	0.15
1 Cucharada sopera de polvos Royal	0.30
Un poquito de sal	
	$ 1.85

Todo esto se junta sin amasarlo se uslerean gruesos y se cortan con un molde redondo. Se ponen al horno bien caliente y se sirven con mantequilla.

—29—

TORTA DE CHOCOLATE
(Para doce personas)

Esta torta es deliciosa y poco común.

Ingredientes:

6 Onzas de mantequilla	$ 1.80
6 Onzas de chocolate	0.60
6 Onzas de azúcar flor	0.75
¼ Taza de leche	0.05
3 Huevos	1.20
1 Cucharada sopera de polvos Royal	0.30
½ Libra de harina	0.25
	$ 4.95

Para la crema:

½ Taza de agua	
10 Onzas de azúcar flor	$ 0.60
2 Onzas de chocolate	0.20
	$ 0.80

—30—

COMIDA

SOPA JULIANA
(Para seis personas)

Muy fina y agradable.

Ingredientes:

Hueso	$ 0.80
Zanahorias	0.10
Arvejitas	0.10
Porotitos verdes	0.10
Lechuga	0.10
Apio y perejil	0.10
Cebolla	0.05
1 Huevo	0.40
¼ Pan de mantequilla	0.50
	$ 2.25

Se pican las verduras bien finitas, se fríen en mantequilla y se le agregan al caldo dejándolo caer con todas las verduras, se le pone sal y un poco de pimienta, al tiempo de servirlo se le agrega una yema de huevo y un pedacito de mantequilla.

—31—

POLLO A LA RUSA
(Para seis personas)

Exquisito y económico.

Ingredientes:

1 Pollo	$ 5.00
1 Taza de leche	0.15
1 Cucharada de mantequilla	0.20
1 Cebolla	0.05
Perejil y pimienta	0.10
	$ 5.50

Se despresa el pollo y se pone en una cacerola con una cucharada de mantequilla, sal, pimienta entera, perejil y un pedazo de cebolla, se deja dorar y se le pone un poquito de caldo o de agua, lo necesario para que se cueza sin hacer salsa. Al tiempo de mandarlo a la mesa y que esté hirviendo el pollo se le deja caer una taza de leche hirviendo. Esta leche debe hacerse una salsita.

—32—

CANASTITOS DE CREMA CON QUESO
(Para seis personas)

Muy fino y elegante.

Ingredientes:

3 Huevos	$ 1.20
½ Paquete de mantequilla	1.40

(Continúa a la vuelta)

		$ 5.75

Se bate la mantequilla con el azúcar hasta estar como espuma y se le agregan los huevos uno a uno sin batirlos. Se pone una cacerola al fuego con la leche y el chocolate y este se une a la pasta de mantequilla. Luego se le agrega la harina y los polvos Royal y se pone todo en un molde untado con mantequilla después de batirlo muy bien. Se deja enfriar y se cubre con el siguiente betún: se ponen las dos onzas de chocolate con la media taza de agua al fuego hasta deshacerlo y luego frío se junta con las 10 onzas de azúcar, calentándolo de nuevo hasta que esté espeso y suave. Se betuna la torta y se adorna con almendras peladas.

½ Libra de harina	0.20
½ Litro de leche	0.40
2 Cucharadas de harina de maiz	0.20
Queso para rayar	0.40
	$ 3.80

Con la harina, la media libra de mantequilla, media taza de leche y las yemas, se hace una masa blanda; se trabaja mucho y se hacen los canastitos que se colocan en moldes de lata al horno. Se rellenan con crema de queso.

CREMA DE QUESO.—A la leche hervida y caliente se le agregan dos cucharadas de harina de maiz disueltas en leche fría y se deja hervir un rato. Se saca del fuego y se le agrega una yema y tres claras batidas como para merengue, una cucharada de mantequilla, sal, pimienta y queso rayado.

—34—

LOMO DE VACA CON TOMATES

(Para seis personas)

Un asado muy bueno y económico.

Ingredientes:

Lomo	$ 2.00
Tomates	0.20
	$ 2.20

Se limpia bien la carne de nervios y de grasa, se le espolvorea sal y se pone al horno en una asadera, cuando esté cocido se retira y se parte en tajadas delgadas las que se sirven con ensalada de tomate fría.

—35—

CREMA RUSA

Este postre servido en copitas es muy elegante y muy bueno.

Ingredientes:

3 Huevos	$ 1.20
1 Taza de leche	0.15
½ Kilo de azúcar flor	1.00
	$ 2.35

Se divide el azúcar en tres partes, una se pone al fuego con la leche y un palito de vainilla, se deja bastante rato hasta que empiece a espesar. Las claras se baten como para merengue y entonces se le pone una parte de azúcar, enseguida se banten muy bien las yemas hasta que estén bien espesas, se les pone el azúcar y se siguen batiendo un rato. La leche que ya había espesado, se le va dejando caer poco a poco a las yemas, se pone nuevamente en la cacerola y se le agregan las claras que ya están con el azúcar, se pone al fuego lento por un rato y se revuelve todo el tiempo para que no se corte. Se pone en copitas y se adorna con nueces o almendras molidas.

CARTA DE UNA PARISIENSE

PARA LAS NIÑAS — CONSEJOS A LAS ABUELAS — EL ESPOSO

Muchas nenas llevan en la actualidad, por la mañana y antes de acostarse, es decir, a las horas de la "toilette", el "pyjama" cerrado con alamares. Es ésta la indumentaria favorita para practicar diariamente la gimnasia rítmica. Para los paseos matutinos, calzadas con zapatos en fuerte cuero marrón, ellas visten un tapado muy corto, ligeramente cortado en forma y con pequeña pelerina. Se prefiere confeccionar esta prenda en algún tejido asargado, en tono verde crudo, amarillo limón o rojo inglés, completando el conjunto con un tricornio con bridas, en el mismo tejido pespunteado.

A la entrada de la primavera, el tapado se reemplazará por bonitos vestidos enterizos en ligeras telas de lana, o por un trajecito compuesto de una falda plisada en "crépe marocain" y de una chaqueta de la misma seda, ribeteada con "crépe de Chine" negro. Para terminar esta combinación, se optará por una pequeña 'cloche" de paja negra o colorada.

Otro bonito modelo consiste en un vestido de "kasha" rayado en tonos vivos, con un saquito en estilo bretón.

Muy gentil, y diferenciándose de lo común, es esta vistosa indumentaria para niñas de doce años: vestido enteramente recto en taffetán negro, adornado con valencianas de tono ocre, bastante angostas; no lleva mangas, y para intensificar aún el carácter 1830, pueden elegirse medias blancas y zapatos escotados de cabritilla charolada.

En lo que se refiere al peinado, está en boga ahora el estilo "Juana de Arco": los cabellos caen a cada lado del rostro, hasta algo más abajo de las orejas y cubriéndolas por completo.

Se ha generalizado aquí una moda bastante singular; las niñas, imitando a las jóvenes, salen a la calle sin sombrero y algunas de ellas lo llevan en la mano. Hasta he podido ver en algunos "tés elegantes" ciertas jóvenes señoras que, despojándose de sus sombreros, permanecían sencillamente con la cabeza descubierta.

El arte de no envejecer es difícil, y no todo el mundo sabe practicarlo a tiempo. Naturalmente resulta violento y triste comprobar cada día los estragos de los años; hay sin embargo muchas mujeres, que, cuidando regular y seriamente sus persona, saben mantener su organismo fuerte, sano y joven durante más tiempo que otras.

Asimismo el masaje diario y bien ejecutado produce milagrosos efectos, pero desgraciadamente todo tiene un final; viene un momento en que es preciso abdicar y hasta resulta más conveniente no aferrarse excesivamente a la juventud que huye y contemplar sin amargura cómo los cabellos de día a día se vuelven más blancos. Y es mejor entonces dejar a las mujeres muy jovencitas las audacias de la moda.

La elección de los modelos y estilos será simplemente una cuestión de justa medida que cualquiera mujer inteligente y aun coqueta sabrá interpretar debidamente.

Por lo general, se prefieren los colores oscuros, principalmente el negro, que siempre expresa una suprema distinción.

Es posible seguir la moda de cerca, sin constituirse en su esclavo sumiso. Una dama de edad puede llevar la falda corta, hasta los tobillos, y en ciertas ocasiones una bella "toilette" escotada sin exceso.

Para que los vestidos conserven la línea esbelta, se les comunicará amplitud por medio de pliegues o incrustaciones plisadas. El talle no será muy bajo, ni las mangas muy cortas. El color blanco agregará al conjunto severo una nota clara y discreta, y los encajes, las sedas y los "crépes" son guarniciones muy útiles en este sentido.

Los trajes "sastre" y los tapados adoptarán un corte clásico; las chaquetas serán bastante largas y rectas. La regla general consiste, no obstante, en evitar las líneas demasiado simples y demasiado rígidas, también para los sombreros. Un rostro algo marchito y fatigado exige contornos suaves, sombreros con bordes, tul y encaje alrededor del cuello y de los hombros.

Los deportes y las obligaciones mundanas hacen que la mujer de la época actual lleve una existencia tan agitada, que apenas le queda el tiempo suficiente para el necesario reposo. Sin embargo, muchos médicos están de acuerdo en que, para no malgastar las fuerzas físicas y morales, es indispensable el descanso y la calma.

No es posible conservar intactos los nervios, ni la salud, ni la alegría, si no se practica el reposo completo, aunque sea sólo unos minutos durante el día. La mejor forma consite en recostarse cinco minutos después de cada comida, y mientras pasa ese tiempo, no pensar absolutamente en nada, dejando todo el cuerpo en un estado de perfecta laxitud y abandono.

También da buenos resultados permanecer varias veces en el día en completa rigidez, ya sea en el tranvía, en el tren o en el hogar, es decir, no hacer un solo movimiento durante cinco minutos.

El reposo aclara las ideas, alarga la vida y asegura la felicidad, conserva la memoria y todas las facultades mentales.

BARONESA LIVET

París, 1927.

LA CONQUISTA DE LA BELLEZA

FAY WRAY, estrella de la Universal Pictures Corporation.

Renovación del cutis por absorción

Si su cutis está desfigurado por manchas, palidez, barrillos, pecas, etc., de nada sirve que use usted pinturas, cremas u otros ingredientes. Tales imperfecciones no desaparecerán y con el uso de materias nocivas sólo conseguirá desfigurarse un poco más. Lo mejor es quitar el cutis mismo con todos sus defectos y para ello basta comprar cera pura mercolizada, que se extiende por el rostro todas las noches lo mismo que si fuera cold cream, quitándola por la mañana con un poco de agua caliente. La cera mercolizada absorbe el velo mortecino en pequeñas partículas, de manera que nadie puede notar que está Ud. arreglándose la cara, a no ser por el resultado, que es realmente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis lozano y hermoso.

¿Por qué hay mujeres que aparentan ser viejas?

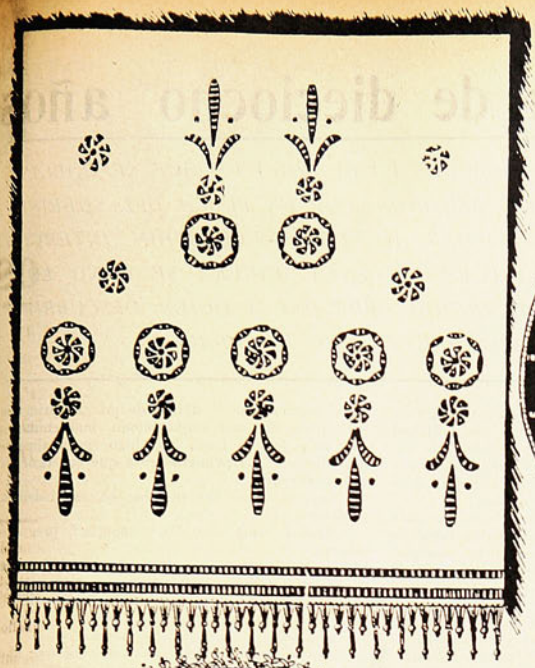
Generalmente, por sus mejillas descoloridas. La belleza es muy fugitiva, pero una mujer inteligente sabrá retenerla, contrarrestando los efectos de los años. Si sus mejillas palidecen, ella renovará su colorido, no con rouge, que es ordinario y se nota, sino que con un discreto toque de rubinol en polvo, que da un suave color exactamente igual al rosado natural. El rubinol se obtiene en cualquiera farmacia o perfumería. Toda mujer sabía conoce también el encanto de unos brazos hermosos y de unas manos delicadas, y sabe asimismo que para tener y conservar dichos dones no son necesarios esos costosos "alimentos de cutis", sino tan sólo el uso de la cera pura mercolizada

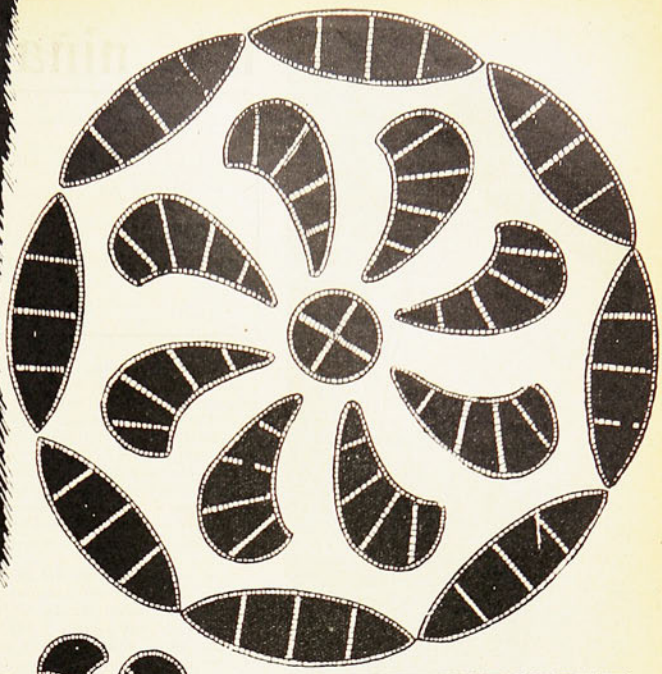
Eficaz remedio contra el vello

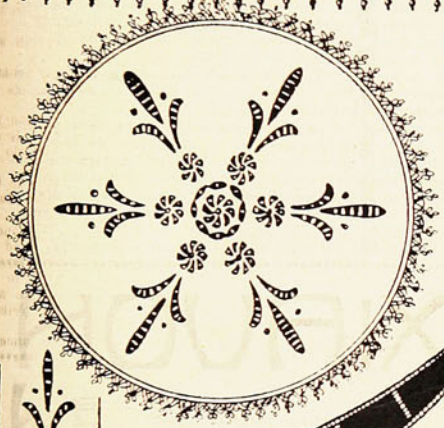
Muchas damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento de vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y apliquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del vello o pelo superfluo, sino que el de matar las raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.

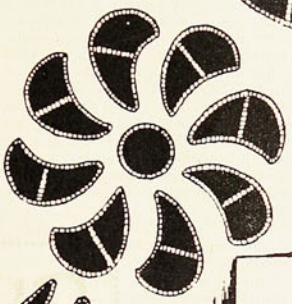
Desaparición instantánea de los barrillos

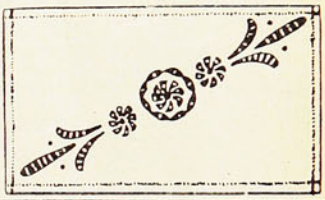
Un procedimiento muy sencillo, inofensivo y agradable, está ahora en uso para limpiar el rostro de puntos negros, librarlo de grasas y hacer que desaparezcan los anchos poros que lo afean. Basta con que eche usted una tableta de stymol (de venta en todas las boticas), en un vaso de agua caliente y que se lave la cara con el líquido después que haya desaparecido la efervescencia que produce. Los puntos negros pigmentosos salen como por encanto de su nido y se confunden en la toalla; los poros se contraen y la grasa desaparece dejando un cutis liso, suave y fresco, libre de toda mancha. Pero a fin de que este rápido resultado se convierta en permanente, es preciso que repita usted el tratamiento varias veces, con intervalos de cuatro o cinco días.

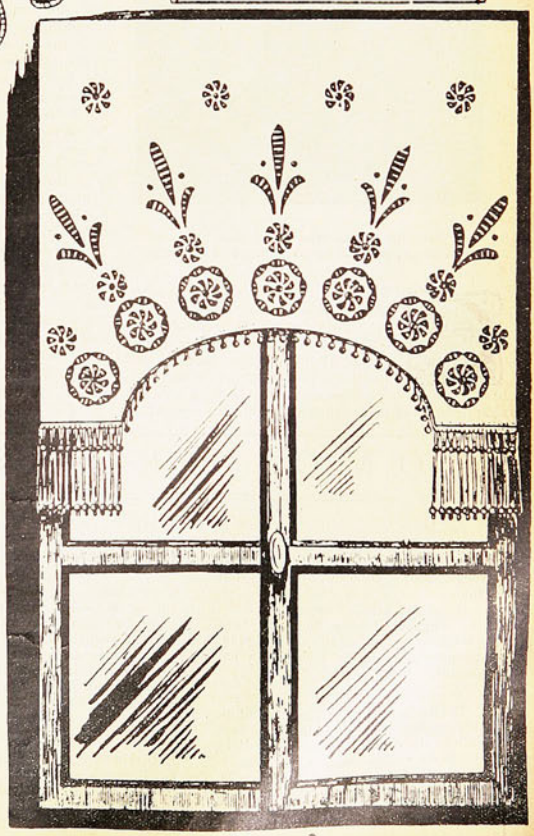


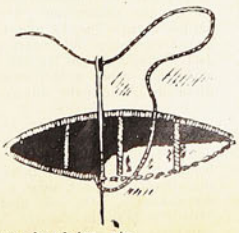












BLANCO

Bordado para blanco hecho a la inglesa con barretas, que puede aplicarse a stores, mantelillos, fondos de platos, paños para bandejas, etc.

LA niña de dieciocho años

ENCONTRO EN LOS BOSQUES LA GUARIDA EN QUE SE HABIAN OCULTADO LOS TRES ASESINOS; FUE EN BUSCA DEL SHERIFF Y CONDUJO A LA POLICIA AL SITIO EN CUESTION, INTERVINIENDO EN SU CAPTURA. DE ESTA MANERA SE GANO LOS MIL DOLLARES DEL PREMIO OFRECIDO A QUIEN DESCUBRIERA A LOS PRESIDIARIOS ESCAPADOS.

Miss. Rita Jarris, la niña campesina que condujo a la captura de los presidiarios escapados.

CUANDO Rita Jarris, belleza campesina de dieciocho años, dejó su casa para buscar flores en el bosque, no soñaba en ganar mil dólares. Mientras Rita, vestida de pantalón corto con una canasta al brazo, se hallaba recogiendo violetas y pensamientos, doscientos cincuenta policías recorrían la ciudad y los suburbios en busca de algunos hombres. Los campesinos del país se hallaban armados y vigilaban todos los caminos; la radio, el teléfono y los periódicos anunciaban que el scheriff ofrecía un premio de mil dólares a quien capturara a los tres criminales.

Rita era una niña valiente. Podía manejar el rifle y la pistola. Su padre le había regalado uno en uno de sus cumpleaños y su tío una pistola en la última navidad. Cuando Rita sale de excursión siempre lleva consigo una de estas armas.

A las dos de la tarde del 29 de enero del año pasado, cinco hombres armados y enmascarados asaltaron un Banco en la ciudad de Menphis, robaron ocho mil dólares y huyeron en automóvil. Dos meses después y a la misma hora, otro hombre entró al mismo Banco, pistola en mano, y se robó otros tres mil dólares. Cuatro de estos hombres fueron detenidos, y tres de ellos llamados Garrity, Jordán y White, se escaparon una noche de la prisión, dejando cuatro cadáveres de sus guardianes detrás de ellos. Llevaban dos escopetas, tres rifles, una pistola cada uno y municiones suficientes para sostener un sitio durante mucho tiempo; tomando un automóvil huyeron de la ciudad en dirección a los bosques.

Rita Jarris se hallaba descansando a la sombra de una encina cuando los fugitivos penetraron al bosque y encontraron un sitio que les convenía para esconderse. Ese sitio se hallaba cercano a la encina bajo la cual estaba Rita.

—"No los oí venir le contó la muchacha después al sheriff. Debo haber estado dormitando."

Poco después al darme cuenta de que la noche se venía encima me preparé para volver a mi casa. Me sentí inquieta, pues me había retardado mucho y mis padres se enojarían conmigo.

"Fué entonces cuando oí algunas voces detrás de mí. Al principio sólo pude oír una conversación mantenida en voz baja que al final, se hizo gradualmente más distinta. La primera frase que conseguí oír me amedrentó.

"Tengan listas las pistolas en sus bolsillos, oí decir.

"¿Qué haremos con las escopetas?, preguntó otra voz.

"Ocúltenlas entre el follaje, en algún sitio seco", dijo la primera voz.

"Traté de huir, pero los hombres se encontraban en la dirección que debía seguir para llegar a mi casa y temí que me viesen.

"Prosiguieron su conversación y oí que uno de ellos decía: "¡Qué golpe tan terrible le dista al carcelero! Cayó desplomado al suelo sin exhalar un gemido."

"No necesité oír más. Comprendí que se trataba de algunos presidiarios escapados de la cárcel de la ciudad.

"La noche era muy oscura, pero yo conocía el bosque como las muchachas de la ciudad conocen los paseos. Dejé mi canasta con flores y me arrastré ciento cincuenta yardas por lo menos en dirección al camino que conduce a la ciudad. Entonces me levanté y seguí corriendo inclinada por más de una milla.

"Deben haber sido más o menos las once de

PIXIAVON

es una excelente preparación para el lavado del cabello. Siendo a base de alquitrán, evita la caída del pelo, dejándolo suave y libre de caspa.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

M. R.

COMO ME MANTENGO ESBELTA

Por ELEONOR BOARDMAN

La leche es el alimento que le puede hacer a usted engordar o adelgazar, dependiendo ello desde luego de la manera en que usted tome.

Otras palabras, si usted está gruesa, póngase a dieta de leche para adelgazar, y si usted es delgada, póngase a dieta de leche para engordar.

Donde las otras dietas se adoptan ansiosamente para quitarse esas libras de exceso de peso, la dieta de leche es tan popular entre aquellos que desean aumentar en peso, como entre aquellas que quieren reducir sus formas demasiado abultadas. En otras palabras, la dieta de leche, al revés de todas las demás en esta vida, se puede emplear para ambos fines.

Sin embargo, la diferencia entre la dieta de leche para reducir el peso y la dieta para ganar peso, es que al reducir usted elimina todos los demás alimentos y subsiste solamente con leche, mientras que para aumentar usted agrega la leche a su comida habitual.

Naturalmente, puesto que yo pesaba ligeramente menos del peso corriente y, por consiguiente, tenía que aumentar a fin de pesar de acuerdo con mi estatura, tuve que agregar un litro de leche a mis comidas.

Puesto que la mayoría de las mujeres, sin embargo, desean reducir en peso, tendrán más interés en saber lo que tienen que hacer para perder carnes que lo que tuve yo que hacer para aumentar. ¿No es así? Por ello es que les voy a decir a ustedes cómo deben emplear la dieta de leche para adelgazar.

Primeramente elimine todo alimento de su dieta con excepción de la leche, tómese seis vasos de leche al día, uno al levantarse, otro unas horas después, otro a la hora de almuerzo, otro al medio día, otro a la hora de comer y antes de acostarse.

Esta dieta, adoptada regularmente, si es posible, hace reducir de tres a cinco libras por semana. Algunas veces reduce más, pues cada persona reacciona distintamente, de acuerdo con la dieta.

Pero nunca debe uno permanecer durante más de uno o dos días consecutivos, por semana, con esta dieta de leche, puesto que tiende a debilitar.

Algunas personas, sin embargo, no pueden subsistir con leche solamente. Para éstas sugiero que coman viandas crudas o cocinadas junto a la leche.

que capturó a los presidiarios escapados

la noche cuando llegué a la casa de una familia amiga que tenía teléfono, y despertando a los dueños de casa pedí comunicación con la oficina del sheriff. Le dije quien era y a lo que había ido.

"Espéreme allí, señorita, me dijo y si son los hombres que andamos buscando Ud. puede contar desde ahora con los mil dólares de premio que han ofrecido por su captura.

"No pasarían quince minutos antes de que llegaran los automóviles. En ellos venían el sheriff y treinta hombres, algunos de ellos agentes de policía, otros policías de uniforme y algunos detectives. Venían armados de carabinas recortadas y en uno de los coches traían una ametralladora. Nunca en la vida he sufrido una emoción más intensa.

"Después de explicarle la dirección, el sheriff principió a dar orden. Y entonces los hombres comenzaron a formarse en un círculo que abarcaba una extensión de dos millas de diámetro y cuyo centro era el matorral donde los hombres se habían ocultado. Nosotros seguimos el camino en el acto del sheriff.

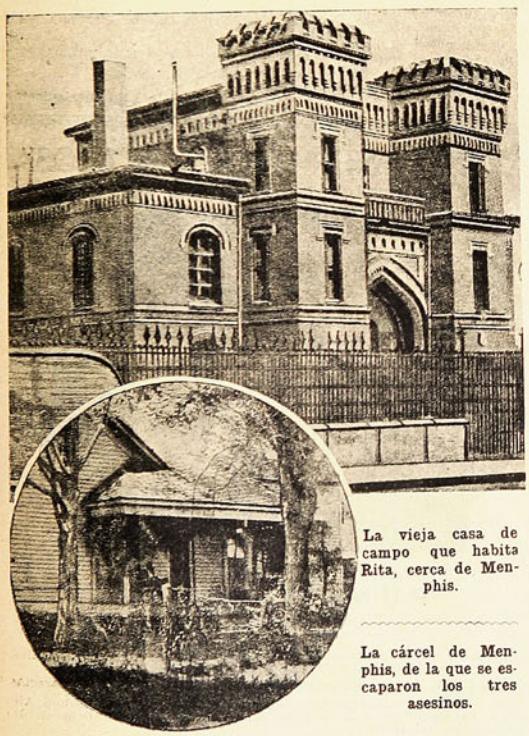
"Ahora, señorita, me dijo el sheriff cuando nos detuvimos, le voy a dar tres hombres escogidos de mi escuadrón para que la acompañen a usted ¿Siente algún temor?, me preguntó sonriendo con bondad al separarse de mí. Los otros policías me miraban también sonriendo, y eso me dió valor y le contesté que no sentía miedo alguno. Partimos arrastrándonos como serpientes hasta que nos encontramos a cincuenta o sesenta yardas del matorral. Les expliqué en voz baja la situación y ellos me dijeron que me resguardase detrás de un tronco y que allí esperase su regreso.

"Vi sus formas desaparecer y me tapé los oídos con las manos. Me imaginé que muy pronto oiría los disparos y los gritos de los hombres heridos o moribundos. Pero nada turbó el silencio. Los policías habían enconerado durmiendo a los criminales.

"Si el sheriff me envió un cheque al día siguiente", dice la niña al concluír su narración, "no sé lo que voy a hacer con este dinero y mi padre lo ha puesto en el Banco a nombre mío, pues dice que no hay mejor sitio para guardarlo."

Jordán, Garrity y Withe fueron llevados a la penitenciaría y han sido condenados a trabajos forzados.

Asomándose por entre las ramas, Rita vió a los tres hombres armados y oyó su conversación.



La vieja casa de campo que habita Rita, cerca de Menphis.

La cárcel de Menphis, de la que se escaparon los tres asesinos.

Interesante a Toda Persona Que Desee Reponer sus Carnes

Ganará de 3 a 8 kilos en corto tiempo

Hombres y mujeres que deseen aumentar sus carnes y fuerzas, hermoseando así su cuerpo y mejorando su digestión, sin duda se alegrarán saber que la ciencia ha puesto a su alcance una preparación, en forma de pastillas, fáciles de tomar y que no requieren dieta, con la cual podrán ganar de 3 a 8 kilos de carnes en pocas semanas. Esta preparación se llama CARNOL, fabricada a base de las ya famosas vitaminas y otros magníficos ingrecientes para engordar, fortalecer y mejorar la digestión.

Parece ser opinión general que infinidad de personas no engruesan, por mucho que coman, porque su organismo no asimila ni absorbe los alimentos que recibe, dejándolo pasar sin provecho alguno, igual que pasa el agua por una canasta.

CARNOL, debido a los 8 magníficos ingredientes que contiene (entre ellos las famosas vitaminas) reacciona químicamente en el estómago, evita que se desperdicien los alimentos, ayuda a digerirlos y retenerlos, y a convertir una buena parte de ellos en carnes y fuerzas, igual que los convierte, sin ayuda extraña y en forma natural, toda persona de buena asimilación.

El aumentar de 3 a 8 kilos en cortas semanas tomando el CARNOL es cosa corriente y toda persona que desee ganar carnes y fuerzas y mejorar su digestion debiera tomarlo en primera oportunidad. Cómprelo en las boticas.

IMPORTANTE. Personas débiles, gastadas, nerviosas, no deberán tomar CARNOL si es que no desean también reponer sus carnes.

Base: Extr. Sabal, hipofosfito de calcio, sodio, potasio, lecitina, hemoglobina, fosfuro de zinc.

EL ENTUSIASMO. — Por RICARDO LEON

El entusiasmo es la espada mejor para el combate de la vida.

Porque la vida no es una ciencia sino un arte; hay que sentirla en vez de razonarla.

Para vivir es preciso, ante todo, sensibilidad. Estamos llenos de fórmulas y de abstracciones; nuestra filosofía es una escuela de falacias y orgullos; ahogamos las sencillas verdades bajo un turbión de palabras engañadoras y abandonamos las fuentes eternas de la alegría, los bienes fundamentales.

La vida es buena o mala, triste o alegre, según el cristal con que se mire. ¿Por qué mirarla con ojos turbios?

Ni aun el dolor merece desdén o rebeldías, ya que es la fuente del amor eterno.

Cuando llegamos al fin de la jornada, de la breve jornada de la vida, nuestro mejor tesoro será el recuerdo de las lágrimas, de las divinas emociones que han sacudido nuestros nervios y abrasado nuestras mejillas, y arrancado al alma una chispa de luz. El único bien que me queda en el mundo, ha dicho un poeta, es el haber llorado algunas veces.

Un ardid sentimental

por

BERTA RUCK

I

OMENZÓ leyendo con curiosidad, siguió con asombro y su asombro creció hasta convertirse en espanto al llegar al final. Sentada con cierto abandono, Sybil Ashton leía un diario de la mañana. La mesa del desayuno estaba adornada con narcisos, y en el coquetón gabinete lleno de sol, veíanse, aquí y allá, un poco en todas partes, lindas chucherías que acusaban una mano femenina, un buen gusto juvenil y la ausencia absoluta del hombre.

Sybil era una muchacha de veinticinco años, vestida sin pretensiones, que pasaría por muy bonita si hubiera alguien que fijase en ella su atención, ya que la atención es a la belleza lo que el sol a las flores.

Algunas veces se imaginaba tener ojos bonitos, aún cuando nadie se lo había dicho.

¿Qué es lo que leían ahora estos ojos?

La siguiente noticia:

"Ha sido pedida la mano de Sybil, hija del difunto general Ashton de Maidenheat y sobrina de la señorita Ashton, para Arturo Wye, primogénito del coronel Wye de Shropshire. La boda se celebrará en breve."

—¡Dios mío!—exclamó la joven.—¡Tía!

La tía de cabellos grises, vestida de satén gris, dejó la novela que estaba leyendo y preguntó con voz nerviosa:

—¿Qué te pasa?

—¡Lee esto!

Sybil mostróle el periódico con indignación, indicándole con el índice el anuncio de su próxima boda, de la que no sabía nada.

A la misma hora, un buen mozo, magnífica figura de hombre viril, que ostentaba su juventud con alguna despreocupación, recibía una sorpresa igual al leer el mismo periódico:

—¡Gran Dios! ¿Qué diablos significa esto? No lo entiendo así me aspen. ¿Estaré soñando? Perla, ¿quieres escuchar?

Y procedió a leer en voz alta y con mucha claridad la noticia que decía:

"Ha sido pedida la mano", etc

Su constante compañera se había acurrucado debajo de una silla y miraba fijamente a su amo, que la interpeló:

—Perla, ¿puedes explicarme cómo ha podido suceder esto? ¡Casarme yo, después de lo que te llevo dicho, no una, sino cien veces, de que tú serías la única de tu sexo a la que consentiría vivir en mi casa!... Estoy seguro de que se trata de alguna mala persona que tiene la absurda pretensión de suplantarte. Por supuesto, aquí hay un error. Pero...

Callóse de pronto y su rostro expresó un mayor asombro.

—¡Cristo Padre! ¡Y en el periódico! Todo el mundo lo habrá visto; todos se habrán enterado...

El timbre del teléfono vino a interrumpirle. Arturo Wye tendió la mano para coger el auricular, rectificó su ademán y llamó:

¡Federico!

—Señor—respondió la voz de su criado desde la cocina.

Y a poco presentóse Federico, ex sargento de la última guerra, de irreprochable continente.

—Conteste al teléfono, ¿quieres?... Me parece que no estoy en casa.

—Bien, señor.

El diálogo telefónico entablóse en el acto.

—Sí, señora... soy el criado del señor Wye... Sí, soy Federico... Lo siento, señora... el señor Wye no se encuentra en casa... salió de excursión. ¿Qué dice usted?...

La imposibilidad de Federico trocóse en súbito estupor.

—...No sabría decírselo... Espero un telegrama para saber cuándo volverá el señor... Descuide... le diré que usted ha llamado... No sabría

—¡Pero ,señorita! — suplicó el director.

decírselo... El señor Wye no me ha dicho nada... Buenos días, señora..

Federico se volvió hacia su amo y dijo en seco:

—La señora Austruth desea felicitarle a usted por su próxima boda.

—¡Mi abuela, Dios santo!—gruñó Arturo con desmayo—Ella, que es un poco sorda, ha sido la primera en enterarse.

—Sí, señor—contestó el sargento, como si su amo hablara con él.—La señora parece disgustada por no haber sabido la noticia directamente por usted. Si me permite el señor...

De nuevo sonó el timbre del teléfono y Federico volvió a ponerse al aparato.

—¿Quién ha llamado?—preguntó Wye

—El coronel Phillips y su señora le envían sus más cariñosas felicitaciones; han leído la noticia y están muy contentos porque...

—¿Conque contentos?—interrumpió Arturo exasperado.—Supongo que ahora todos mis conocidos me llamarán por teléfono... Voy a procurar que esta misma noche los periódicos desmientan la noticia

—Acaso la noticia de su bo...

—Es completamente falsa. No voy a casarme ni me casaré nunca.

—Señor...

—Déjate de conversación y vete a la puerta, que me parece que llaman; di que no estoy.

Pero la voz del visitante se oyó a la entrada del piso, rotunda y un poco insolente:

—A mí no me engañas tú, Federico... Yo sé que está en casa... ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Canalla, ya sé que estás ahí! Hola, Perla; tu presencia es la mejor señal de que tu amo no ha salido... Buenos días.

Y Jorge Hope, vecino del piso segundo, entró en las habitaciones de Wye, llevando en la mano los diarios de la mañana.

—¡Ah, querido!—exclamó viendo al joven vestido con un albornoz, como si acabase de salir del baño.—¿Es ese el traje que le conviene a un hombre que se va a casar?... Vengo para que me des aquellas cinco libras esterlinas.

—¿Cinco libras?—preguntó Wye con estrañeza.

—Sí, las cinco de la apuesta que acabas de perder... He leído la noticia.... Vamos, dámelas.

—Te aseguro que no te comprendo.

—No te hagas el tonto. El día del armisticio apostamos a que te casarías antes de dos años, y esta mañana, al abrir el periódico, lo primero que leí fué la siguiente noticia: **"Ha sido pedida la mano de..."**

—¡Cállate, por favor! Yo mismo acabo de leerla.

—¿Que acabas de leerla? Supongo que te habrá faltado tiempo para enterarte. ¡Y qué callado te lo tenías!... Hablemos sériamente: conste que me alegro mucho. Eso era lo que te convenía... Pero, ¿qué te pasa?

—Estoy esperando a que concluyas para poder hablar.

Muy bien; cuéntame algo de ella.

—¡Eres un estúpido! No tengo nada que contarte—afirmó Arturo con energía.—Algún tío idiota ha pretendido burlarse de mí. Se trata de un error.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que esta desdichada noticia es falsa!

Y señaló con rabia el periódico que su amigo llevaba en la mano.

—No pienso casarme—añadió

Entonces ¿esto no es más que un rumor?

—¿Qué rumor? ¡Una mentira!

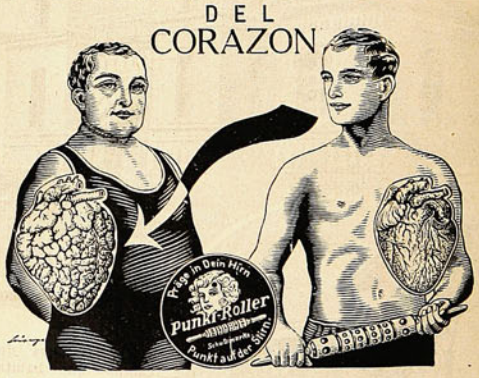
—No hay humo sin fuego. ¿Cómo es posible que naciera una noticia así, sin fundamento?

—¡Pero si yo ni siquiera conozco a la muchacha con la que quiere casarme el periódico!

—¿Acaso no la has visto nunca?

(Continúa en la pág. subsiguiente)

LA DEGENERACION GRASOSA DEL CORAZON



10 minutos diarios de automasaje con el aparato

PUNKT-ROLLER

"con el punto en la frente"

M. R.

bastan para terminar con todo tejido grasoso, perjudicial y superfluo. El nombre de PUNKT-ROLLER está registrado.

Rechaze Ud. las imitaciones que llevan nombre parecido

De venta en todas las boticas y en el Instituto Ortopédico Alemán de Santiago, en cuya sección, Masajes Medicinales; se hacen demostraciones prácticas.

Ud. recibirá un folleto explicativo enviándonos el CUPON adjunto.

Sres. DAUBE Y CIA. — Valparaíso — Casilla 28 V.

Ruego enviarme un folleto explicativo sobre el aparato Punkt-Roller.

NOMBRE y APELLIDO .....

CIUDAD .....

CALLE o CASILLA .....

—¿Quiere Ud. que realicemos el sueño de su tía?

—Creo que la he visto una vez—contestó Arturo volviendo a leer el periódico—Sybil Ashton... señorita Sybil Ashton... Me parece que la vi en el campo en una ocasión. Casi no recuerdo.

—¿No es guapa?

—¡Oh, sí, bastante! Y simpática. Al menos, así me lo pareció. Voz bonita, ojos azules, pero ¡qué diablo! desde entonces no he vuelto a verla. Y esto del periódico es absurdo. Quisiera saber...

Hope echóse a reir estrepitosamente.

—Creedme, es divertido.

—¿Cómo divertido? Es inaguantable. Ahora mismo voy a hacer que desmientan la noticia. Yo...

El teléfono lo interrumpió una vez más. Y el impasible Federico habló de nuevo y transmitió a su amo una nueva felicitación.

—Esto te demuestra que todos tus amigos desean que te cases—observó Hope.—¿Y qué dirá esa Sybil? ¿Qué pensará de su inesperado novio?

El inesperado **novio** no contestó, y ordenó a su criado que le preparase la ropa para vestirse.

—Claro, tendrás mucha prisa en ir a verla—dijo Hope, sonriendo.

—¡Imbécil! A quien voy a ver es al director del periódico... Federico, date prisa; y si alguien llama...

(En aquel momento sonó el teléfono).

—...no contestes—concluyó.

Y sin hacer caso de las advertencias de su amigo salió como una flecha en busca de una víctima.

II

A los empleados del periódico, que le dijeron que no sabían si el director le recibiría, Wye contestó

—¡Usted!—exclamó ella.

—A mí me recibirá.

Y sin otras explicaciones, pasó adelante y entró secamente:

sin llamar en el santuario del director, donde halló a dos personas tan enfrascadas en su conversación que no advirtieron su presencia.

El director estaba sentado a su mesa y tenía enfrente a una joven, vuelta de espaldas a la puerta, que discutía con él, y a la que Arturo oyó decir:

—¡Es una infamia! Debía usted avergonzarse.

—¡Pero, señorita!—suplicó el director.

—Me extraña que un diario de la reputación del suyo—prosiguió la irritada joven—se permita dar noticias tan delicadas como ésta, sin comprobarlas antes.

—Muy bien—se dijo Wye.—Aquí hay otra persona que ha sido víctima de estos plumíferos. ¡Granujas!... Y la muchacha no se muerde la lengua. Es valiente. ¿Quién será?

La joven volvióse de pronto. Era una bonita criatura: las mejillas rojas de indignación y los ojos como záfiros llameantes. ¡Oh, deliciosa!

Arturo quedóse con la boca abierta.

—¡La señorita Ashton!

El director, viendo que se las tenía que haber con un hombre, prefirió dirigirse a él. Pero Sybil le cortó la palabra.

—Usted ha dicho en su periódico que yo estoy prometida.

—Que nosotros estamos prometidos—interrumpió Arturo, avanzando un paso.—Ahora mismo me va usted a explicar qué significa esto—añadió, mostrándole la noticia en el diario.

—¿Que qué significa?

—Sí; usted sabe que todos mis amigos y los de la señorita Ashton han leído la noticia, y no es difícil presumir que ahora tendrán asunto para burlarse de nosotros durante una temporada. Los muy idiotas han gastado esta mañana mi teléfono para enviarme sus felicitaciones.

—Lo mismo me sucedió a mí—lamentó Sybil.—Incluso hemos recibido telegramas.

—Pero...—comenzó diciendo el director.

Una mirada fulgurante de la ofendida lo hizo enmudecer.

—Seremos motivo de risa en todo Londres—continuó Arturo.—¡Maldita sea!... Yo quisiera saber qué es lo que tiene usted que decir a todo esto. No veo cómo podrá excusarse.

—¿Excusarme?—preguntó el director con desconcierto.—Señorita, usted misma, al parecer, envió la noticia para su inserción.

—¡Yo!—exclamó ella horrorizada.—¿Pues no dice que yo la envié?

—¿Cómo se atreve usted a imputar a esta señorita un hecho semejante?—gritó Arturo impetuoso.—Mucho me temo que me juzgue a mí capaz de lo mismo.

—No tengo el gusto de conocer a usted.

—Sin embargo, parece usted muy enterado de mis asuntos. Me llamo Arturo Wye, y le aconsejo que se ande con tiento en lo que dice.

Mi querido señor, todos sabemos que es costumbre de los parientes de las prometidas...

—No le valdrán esas argucias—interrumpió Arturo, animado por la mirada de indignación de la encantadora joven.—Sea como sea, usted ha ofendido a una señorita...

—¿Qué dice usted?

Y no hablemos de la situación en que me colocó a mí.

—¿Yo?

—¡Usted! Y exijo que desmienta en su periódico de una manera cortés ese rumor... tendencioso. Además, le perseguiré a uster por libelista.

—¡Y yo también!—declaró Sybil.

Después de esta exclamación, la señorita Ashton retiróse del despacho con aire retador, y Arturo Wye salió tras ella, abriéndole galantemente la puerta.

Juntos llegaron a la escalera. Juntos se detuvieron a la vez y a un tiempo exclamaron:

—No sabe usted cuanto...

Y se echaron a reir.

—¿Quién hubiera pensado la noche aquella del baile que volveríamos a encontrarnos aquí? ¿Ha vuelto usted a ver a sus amigos de entonces, señorita Ashton?

—No; los que me invitaron sólo eran amigos de mis amigos. Fué una casualidad que yo estuviese en su casa.

NUESTROS MUESTRARIOS ESTAN A SU DISPOSICION.

¡VISITENOS!

EN NUESTRO LOCAL CENTRAL

AHUMADA, 32

y podrá darse cuenta del grado de desarrollo adquirido por la industria gráfica en Chile.

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

CASILLA 1017. SANTIAGO TELEFONO 7078.

—Y, sin duda, ahora le escribirán expresándole su alegría, porque nos conocimos en un baile dado por ellos... ¡No sé en qué parará todo este lío del que yo tengo la culpa!

—Nada de eso.

—A mí me parece que soy el culpable.

—No, la culpa es del periódico.

—En realidad—observó Arturo—no sé qué hacer... Si usted quisiera indicarme cómo desmentir la noticia... Pero no podemos discutir esto en la escalera. Si a usted no le desagrada, tomaremos un coche y nos dirigiremos a algún lugar retirado, donde podamos hablar tranquilamente.

III

Si Arturo Wye no hubiera perdido la serenidad en aquellos momentos, sin duda no habría elegido el parque como sitio propicio para hablar. ¿A quién se le ocurre que un parque esté solitario en una hermosa mañana de primavera?

Y ya era tarde cuando advirtió que los jardines estaban llenos de conocidos de él, de ella y de los dos. Todos los vieron. Todos se sonrieron. En los rostros de todos pudieron leer este comentario: "¡Qué pareja más deliciosa!" Y por último el destino dispuso que los amigos que dieron el baile a que había aludido Arturo, estuvieran también allí.

—Fíjese; vienen hacia nosotros—murmuró la señorita Ashton.—Haga como si no los hubiera visto. Démosles a entender que nos dirigimos a saludar a esa anciana.

Y Sybil llevó a Arturo hacia el sitio donde se encontraba una viejecita de pelo blanco, que exclamó muy sorprendida en cuanto los vió:

—¡Artero!

—¡Abuelita!

—Buenos días, hijo mío—añadió la anciana alegremente.

—Te agradezco que hayas tenido la gentileza de venir a pedirme perdón. ¡Bonita manera la tuya de portarte conmigo! Permites que tu pobre abuela se entere por el periódico de tu boda, y luego dices a Federico que te has ido al campo... Bueno, esto no es exactamnte lo que dijo tu criado: pero como es tan estúpido, apenas si se le entiende. Y esta es—mirando con aprobación a la desconcertada Cybil—tu prometida, ¿verdad? Señorita, mucho gusto en conocerla. Se parece usted a su abuelo, a quien conocí de joven. Tuvimos un "flirt" allá en Simla, hace ya muchos años. ¿Cuándo vendrá usted a verme? Venga mañana a comer con nosotros, si no, mejor será que vengáis los dos ahora mismo...

Arturo se dió cuenta de que aquél no era el lugar indicado para dar explicaciones a una señora sorda.

—Lo siento, abuelita... Otro día... Hoy he de comer con... con... la familia de ella... Adiós, abuelita, y perdónanos.. Vamos a tomar aquel coche.

Y tomaron el coche.

—Desde luego, señorita, la acompañaré a su casa—dijo Wye, en cuanto el coche se puso en marcha.—Y si me lo permite, subiré un momento para saludar a su familia... Quisiera explicarles que todo este desgraciado asunto no tiene nada que ver... mejor dicho, que me disgustaría mucho si creyeran que yo soy el culpable de esta broma.

—Broma!—exclamó Sybil.

—¿Cree usted que pueda haber alguien capaz de hacer esto por broma?

—No sé—apresuróse él a contestar, concibiendo de pronto una sospecha. ¿Y si fuera una broma? ¿Quién habría ido aquella mañana a tomarle el pelo por lo de la boda?

Parecía imposible que Hope tuviese la culpa; sin embargo, ¿quién si no él hubiera podido ser?

—Hemos llegado—dijo Sybil, que parecía mucho más nerviosa que antes.

IV

—Tiita, te presento al señor Wye, compañero mío en sufrimientos—dijo la joven haciendo la presentación de Arturo a la perpleja señora, que se hallaba en el saloncito.—Nos hemos encontrado en la dirección del periódico.

—¿Pero has estado allí?—preguntó la tía con sobresalto.—¿Cómo te atreviste a ir?

—Sí, fuimos los dos—contestó Wye riéndose—y no hemos podido sacar nada en claro del director. Cuando le expusimos nuestro propósito de perseguirle por libelista...

Se interrumpió al observar el sorprendente cambio que se operaba en el delgado rostro de la señora.

—¿Una denuncia? Usted no debe hacer eso...

—¿Por qué no, tiita?

La señora Ashton, roja, emocionada, crispó los dedos sobre la cadena de sus lentes, y declaró con tono lastimoso:

—Porque fuí yo quien envió la noticia.

Hubo una larga pausa. Sybil se puso pálida. Y en los ojos de Arturo se alboreó una mirada de comprensión.

"¡Pobre señora!", pensó. "Esta buena tiita, al parecer la única parienta de Sybil, debía estar en un manicomio."

Sin embargo, la tía era lo bastante inteligente para adivinar los pensamientos de Arturo.

—No estoy loca, aunque lo parezca—dijo con voz trémula.—Me explicaré. Haga el favor de sentarse, señor Wye. Voy a contárselo todo... ¿No conoce usted la historia del joven granjero que no tenía amigos y se sentía muy sólo viviendo lejos de la ciudad?

—¿A qué te refieres?—preguntó Sybil con asombro.

—Voy a decírtelo. El joven granjero deseaba entablar relaciones con alguna muchacha guapa. Pero no las había en el sitio donde vivía. Así fué que, en cierta ocasión, al embarcar un cargamento de manzanas para Inglaterra, escribió con una aguja su nombre y dirección en la piel de una de las frutas y puso debajo: **Escríbame.**

—¡Per· tiita!

—La muchacha inglesa que leyó aquello, accedió a los deseos del desconocido, poniéndose en correspondencia con él; y todo terminó con el viaje de la muchacha a California o donde fuera, para casarse con el joven granjero...

—Tía—interrumpió friamente Sybil—no entiendo qué relación guarda lo que nos cuentas con lo nuestro. Esa historia debes haberla leído en una novela.

—Cierto; ¡pero era tan bonita y conmovedora!—continuó la solterona.—¡Y lo que le sucedió al granjero se parece tanto a lo que te sucede a ti!...

—¡A mí!

—Sí, hija mía... Son muchas las jóvenes bonitas a las que no se les ofrece oportunidad de crearse amistades entre los hombres, como le pasaba al granjero del cuento con las mujeres... No, no; déjame acabar. Hay, en efecto, muchachas, algunas muy bonitas, que no tienen hermanos ni conocidos que les faciliten la amistad de otros hombres. Yo he sido una de ellas... Mis cabellos eran de un color de oro tan fino como el tuyo; ahora son grises, y ningún sueño romántico, como no sea el de los libros, ha acariciado mi juventud. En verdad, fué algo horrible...

—¡Tía!

—Permíteme que acabe. Yo no quise que tú sufrieras como yo sufrí...

La pobre señora volvióse hacia Arturo, en cuyos ojos honrados reflejábase una honda emoción. Luego, con gesto suplicante, miró a su sobrina, cada vez más irritada. Y no atreviéndose a pedir perdón, apeló al recurso de su sexo: las lágrimas. Y, avergonzada, retiróse a su cuarto.

—¡Pobre señora!—exclamó Wye, apenado.

—Usted no tiene por qué compadecerla—replicó Sybil con acritud.—Después de esto, mi tía es un baldón para mi familia.

—¡Pero si se ha ido llorando!... Señorita, hágame el favor: vaya a consolarla. Dígale que no se preocupe de mí. En cuanto a denunciar al director, nunca pensé hacerlo.

Ella y él se miraron, y sucedió algo inesperado. Una llama encendióse en los ojos de Arturo, y Sybil creyó ver que aquellos ojos le decían:

"¿No me conoces? ¿Será ésta la última vez que nos veamos? Lo sentiría. No quisiera que nos separásemos más."

Y fué el alma de Sybil la que, asomándose a sus ojos, preguntó:

"¿Por qué has de marcharte?"

Luego, el convencimiento cogió las riendas otra vez, y Arturo habló:

—¿Qué le parece si mantuviéramos el engaño de nuestras relaciones durante quince días? Por supuesto, de una manera oficial, nada más: y así, si usted al cabo de esos quince días rompe conmigo, nadie podrá extrañarse.

—Me parece bien—contestó Sybil.

—Estamos, pues, de acuerdo. No me marcharé, sin embargo, hasta que usted le explique a su tía nuestro convenio y la tranquilice.

V

La señorita Ashton encontró a su tía llorando desconsoladamente.

—No llores más—le dijo;—todo está arreglado... El señor Wye se ha portado correctamente y no pasará nada. Pero quisiera saber...

—¿Qué, hija mía?

—¿Por qué elegiste el nombre de él—y al decirlo envolvió su rostro una llamarada de rubor—entre los de todos tus conocidos?

—Porque una vez bailé con un tío suyo—contestó la solterona suspirando.—Era un hombre muy simpático, lo mismo que su sobrino. Y cuando hace un año me dijiste que habías bailado con Arturo Wye, recordé a su tío, y toda mi juventud, llena de esperanzas que no se lograron, desfiló ante mí. Lo confieso, fué el sueño tonto de una vieja... Yo quise ver vuestros dos nombres juntos en el periódico, como un día, ya lejano, soñé ver el mío junto al del tío de Arturo... No me riñas, Sybil.

Sybil se enterneció.

—¡Qué absurda eres, tiita!—dijo, inclinándose para besarla.

—Entonces, ya que todo quedó arreglado—insinuó tímidamente la solterona—¿quieres hacer el favor de decirle al señor Wye que se quede a almorzar con nosotros?

¿Por qué vaciló en aquel momento Sybil? ¿Por qué se encendieron sus mejillas cuando volvió al lado de Arturo para transmitirle la invitación de su tía?

Las palabras temblaron en sus labios, y toda ella se estremeció al sentir que él le cogía la mano y le preguntaba con voz temblorosa:

—Sybil, ¿quiere usted?... Esto... le ruego... ¿Por qué han de ser nuestras relaciones un engaño, pudiendo ser algo serio?... ¿Quiere usted que realicemos el sueño de su tía?

Ella no contestó, pero tampoco retiró la mano que Arturo retenía entre las suyas.

. . . . . .

Quince días después los periódicos publicaban la noticia de la boda de Sybil, hija del difunto general Asthon de Maidenheat y sobrina de la señorita Ashton, con Arturo Wye, primogénito del coronel Wye de Shropshire.

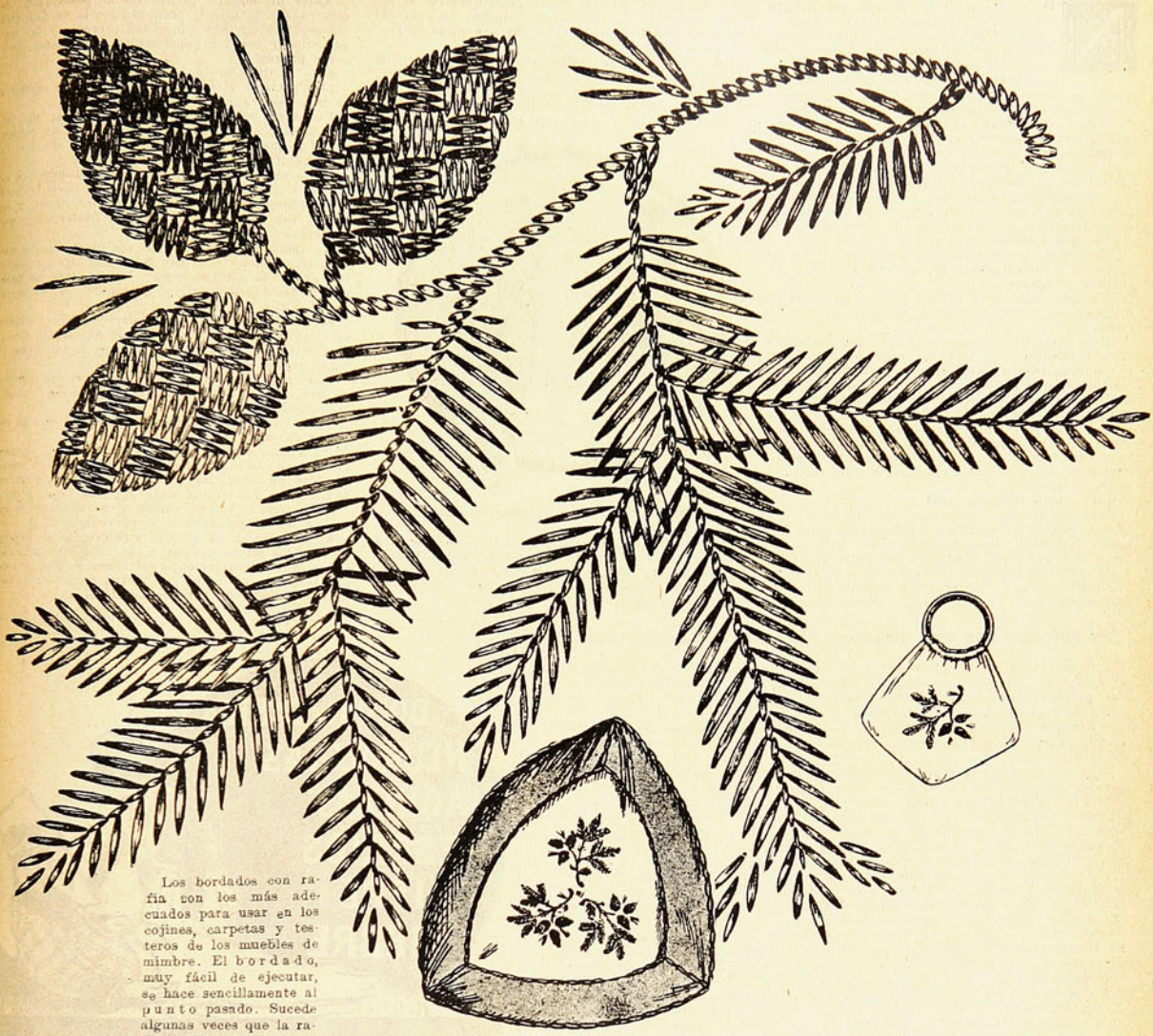
ANTE EL SEPULCRO DE CRISTO

Maquinalmente, los labios van pronunciando ante cada responsorio los nombres aprendidos de memoria. Aquí está la piedra de la unción, la divina piedra sobre la cual el cuerpo del Señor fué tendido, entre la mirra y el óleo; aquí está el lugar donde fué plantada la cruz; aquí está el sitio donde el ángel anunció la próxima resurrección a las santas mujeres; aquí está la columna donde el cuerpo del Señor fué flagelado; aquí está la tierra en la cual el Señor puso el pie en el instante de subir al cielo; aquí está el rinconcillo en el que el Señor se apareció a Magdalena, vestido de jardinero; aquí está el calabozo donde el Señor fué encerrado algunas horas antes del suplicio; aquí está el banco donde los soldados de Pilatos se repartieron las vestiduras del Señor; aquí está la cueva donde se encuentra la corona de espinas; aquí está la columna de los improperios; aquí está la sangre que los cruzados vieron al entrar triunfantes a Jerusalén; aquí están las huellas de los pilares que lloran.

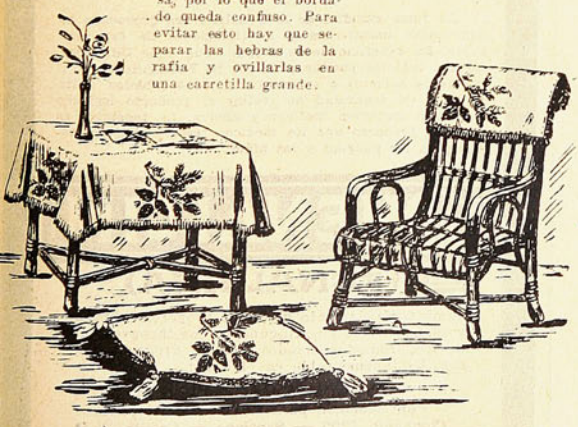
Y místicamente todo se confunde en la sombra. Del órgano, que acaba de despertarse, un gemido interminable se exhala, suave muy triste. La angustia oprime los corazones, y una piedad infinita nos hace sentirnos casi tan piadosos como esos miserables seres de dolor que besan, con sus besos ardientes de fiebre, todas las piedras. En la cripta estrecha que un fraile griego custodia perpetuamente, la emoción religiosa es invisible. Las rodillas se doblan sin que nuestra voluntad intervenga. Nuestra boca se acerca al mármol, besado por otros millones de bocas al través de los siglos... Las preses confusas acuden a la memoria, y el dulce nombre de Jesús, como una letanía, sube a los labios, ante la tumba maravillosa del más dulce de los hombres. ¡Creo! ¡Creo!

E. GOMEZ CARRILLO

LOS BORDADOS CON RAFIA



Los bordados con rafia con los más adecuados para usar en los cojines, carpetas y testeros de los muebles de mimbre. El bordado, muy fácil de ejecutar, se hace sencillamente al punto pasado. Sucede algunas veces que la rafia es demasiado gruesa, por lo que el bordado queda confuso. Para evitar esto hay que separar las hebras de la rafia y ovillarlas en una carretilla grande.



El dibujo que damos se hace tomando para las hojas de pino unos cuantos tonos de verde, para las ramas un verde rojizo y para los piñones dos tonos castaños, trabajando los cuadrados uno en el tono claro y otro en el obscuro. Se hará el bordado sobre tela de hilo crudo o sobre brin marfil, poniéndole alrededor una guarda de rafia en forma de fleco.

MENTE SANA EN CUERPO SANO
ESO LO CONSEGUIRÉIS TOMANDO
CRISTALES YODADOS PROOT
BASE: SAL DE KARLSBAD YODADA. M. R.

LOS EVANGELIOS DE LA MATERNIDAD

¡NO MINTAIS A LOS NIÑOS!...

Por — *EL DR. CESAR JUARROS*

NO. no les mintáis. Nunca, por ningún motivo, con ningún pretexto. La formación de un espíritu noble, selecto, capaz de felicidades sin cuento, encontrará siempre un obstáculo infranqueable en el mentir de los padres. ¡Pero los niños son muy preguntones y, a veces, interrogan sobre cuestiones muy delicadas! ¿Se les va a decir la verdad? ¿No será un peligro desgarrar prematuramente los cendales que ocultan el enigma de la vida?

Sí, lectora, sí, se les debe decir la verdad, y en decirla no hay peligro, cuando de estos menesteres psicológicos se tiene idea exacta. Sobre ello he de volver en otros artículos. Por hoy, me limito a aconsejarte que no mientas jamás a los niños.

¿Por qué motivo vas a mentir a los niños?

¿Para meterles miedo en el espíritu? ¿Para retrasarles el conocimiento de la verdad? ¿Para disimular tu ignorancia?

Sólo por estas tres causas puedes mentirles y ninguna de las tres es lícita, ni leal, ni beneficiosa.

¡Para meterles miedo! Pero, ¿es que no sabes hacerte obedecer sin pedir colaboración al miedo? ¿Es que no posees otros resortes para mantener la disciplina, que apelar a la creación de un "Cuco"? Si es así, no tienes razón para mostrarte satisfecha de ti misma. La obediencia del hijo ha de ser constantemente una obra de colaboración espiritual, en la que debes buscar que se interese tu pequeñín, hasta encontrar, en cada acto de sumisión a ti, a tus órdenes, el placer de una victoria sobre sí mismo.

Que, ¿cómo lograrás esto?

Pues estudiando el modo de ser de tu hijo y aprovechando su condición dominante, buena o mala. Ninguna obediencia más firme que la que tiene el orgullo por cimientos. El Cuco no es un buen amigo de los niños. Cuando dices ¡que viene el Cuco!, lo que anuncias es la llegada de un temor malsano a lo desconocido, y cuando el bebé sea mayor, no tendrás razón para quejarte si encuentras a tu hijo débil, pusilánime, sin energía ante los embates de la vida. Es que sigue creyendo en el Cuco y no confiando en sí.

¿Le mentirás para retrasarle el conocimiento de la verdad? Pero, ¿no te das cuenta, mujer, cuya vida ungió de trascedencia el don divino de la maternidad, que tu mentira sólo sirve para que llegue al fruto de tus entrañas una verdad plebeya,

Diga usted que no estamos en casa.

desfigurada, que se encargará de trasmitirle una criada procaz u otro niño lleno de malicia? Sólo salida de tus labios, será inofensiva la verdad. Que la iniciación sea obra tuya, pues únicamente así carecerá de riesgo.

Antes de mentir, piensa en la posibilidad de que, cuando tu hijo te pregunte por la verdad, crea él poseerla ya; ¡hay niños tan precoces y tan mal educados y con tan poco hábito de no estar junto a sus padres!

¿Por ocultar tu ignorancia?

¿No sentirás el rubor, la vergüenza de mentir a tu hijo por vanidad?

Por nada peor podías mentirle. Piensa que tienes, a los ojos de tus hijos, el valor de un modelo moral y que, por tenerlo, te expones a sembrar en ellos hábitos de embustes por vanidad.

Si no sabes una cosa, confiesa lealmente que no la sabes, y enseña a tu hijo que las cosas, cuando se ignoran, pueden aprenderse en los libros, y leyendo uno delante de él, dale la contestación que te pedía.

No temas desmerecer ante sus ojos; cuanto más humana te muestres, más intensamente conquistarás el cariño de tus hijos. Las madres de palo, con pretensiones de rígida omnipotencia, no inspiraron jamás ternura.

Has de ser flexible, delicada, femenina; cuanto más femenina, mejor. Y, ya que de mentir hablamos, debo aconsejarte que ahorres a tus hijos la mala lección de verte mentir.

¡Qué pensará de ti y de tu moral el pequeñuelo, al que acabas de castigar por mentiroso, cuando te oiga decir a la criada:

—¡Si viene don Francisco, diga usted que no estamos en casa!

¡Si vieras cuántos prestigios maternales se desmoronaron así! No mientas jamás, ni aún escudándote en artificios pseudo-razonables, como los analizados. La lealtad para con tus hijos y para contigo misma, frente a ellos, tiene el valor de un seguro de felicidad para lo porvenir.

Si la mentira es pecado siempre, lo es mucho más en los labios de una madre. Si este artículo, de modesta divulgación, contribuye a que lo tengas presente en todos los instantes, se dará por muy satisfecho de haberlo escrito él.

UN SUICIDIO POR UNA CITACION JUDICIAL.—Por Antonio Cases.

No se podía dudar nunca de la seriedad de don Ramiro. Hombre dulce y bondadoso, tenía, sin embargo, del honor, un concepto rígido y estrecho. Sus palabras eran inaplazables, y nadie pudo asegurar que una promesa otorgada fuese incumplida o retirada.

Por esa terquedad calderoniana, don Ramiro, que heredó de su patrimonio, llegó a los cincuenta años arruinado y vencida su salud por amarguras y disgustos.

Se dió a escribir. Latente la revolución en Rusia — país que él conocía por sus andanzas de juventud, — don Ramiro comenzó a ahondar en los antecedentes de la más grande conmoción de un pueblo, cuya clase rica la formaban propietarios, allí nobles, comerciantes y burgueses. Hubo de observar don Ramiro en uno de sus viajes a aquel país, según Dostowsky, paradógico, inverosímil y fantástico, que casi todo el comercio estaba en manos de extranjeros, alemanes, los cuales habían fundado colonias.

En Petrogrado, las grandes casas de comercio eran, en realidad, sucursales de las casas de Berlín, de París, de Lóndres. Sin embargo, en Moscou existía un comerciante ruso llamado Kuptusy, de origen tan plebeyo, que ese mismo nombre con que se le distinguía era una palabra de desprecio, ofensiva y equivalnte a ladrón por especulación, es decir, al ladrón legal. El Kuptusy daba trabajo a cinco millones de obreros y contenía la ola librecambista del Gobierno con la riqueza minera del país y facilidades de transporte de sus ríos.

A don Ramiro le cupo en suerte asistir en primavera a las ferias de Nijni-Navgorod, en la orilla del Volga, a donde llegan vendedores de todos los países asiáticos, industriales del Oural y del Cáucaso, caravanas chinas y persas, y en el momento en que describía la preponderancia del judío, rico sobre la vida de Rusia, se le anunció una enojosa visita: la de don Juan Acacio y Rocamora, mísero usurero que exigía el cobro de una deuda.

Pero este añadió aún:

—Además, esto tiene las características de estafa, no espero más que hasta mañana. Si no paga le denunciaré por estafador.

¿Por qué no lo mató don Ramiro? Fué la vergüenza y la congoja que invadieron al noble arruinado, que ni tuvo fuerzas para contestar al miserable.

Pasó el plazo y unos días más. Don Ramiro recibió una citación de un Juzgado de Madrid, y en ella no se le decía para qué se le llamaba. Se citaban al margen unos artículos de la ley de Enjuiciamiento Criminal, con penas para los que no acudiesen al llamamiento. Se hacía constar el Juzgado, la secretaría, el número del sumario; todo, menos la causa por la que se llamaba.

Don Ramiro no vacila: la denuncia de Acacio Rocamora.

Y acudió a un abogado:

—Está usted seguro de que se trata del usurero? — preguntó éste.

—Seguro, claro está. Nada tengo pendiente. A nadie hago daño. Estoy sólo con mi criada en la casa. Con persona alguna cruzo palabra.

—¿Alguna riña? ¿Algún documento o contrato que se concertó en presencia de usted? ¿Alguna discusión de la vecindad? ¿Algún?...

—Nada, nada. Llevo encerrado en mi habitación más de un mes, estudiando los antecedentes de la revolución rusa.

El abogado le aconsejó la comparecencia. Era lo correcto. Y, don Ramiro no acudió aquella mañana al Juzgado, en donde le esperaba el abogado de la parte que interesaba su presencia. Se trataba, en suma, de una de tantas denuncias cómicas y absurdas. Sobre una criada había caído la acusación de hurto, que no estaba probado. Se le pidieron antecedentes a la criada, y ésta pensó: Hace seis meses que estuve en la casa de don Ramiro. ¿Quién mejor que este hombre, bueno y tolerante? ¡Y dió su nombre!

Don Ramiro no quiso convivir al deshonor. Le horrorizó el escándalo. Y el mismo día los periódicos dieron cuenta que, por motivos que se ignoraban, se había dado un tiro en la cabeza un señor don Ramiro, que se alimentaba de nueces y escribía la historia de la revolución rusa.

Fenalgina M. R. Form. Fenilacetamida carbo-amoniatada

Humorismo

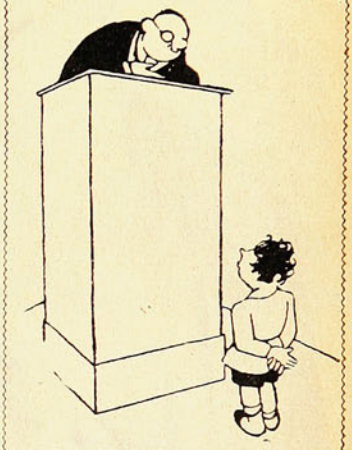
El.—Todas las mañanas mi primer pensamiento es para ti.
Ella.—Eso mismo me dice tu hermano.
El.—Sí; pero yo me levanto media hora antes que él.

El padre.—¿En qué te fundas para creer que se casará contigo?
La hija.—En que todos los regalos que me hace son objetos necesarios para una casa.

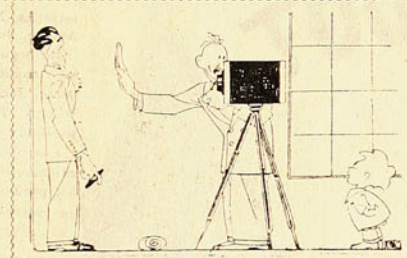
—¿Por qué está calvo papá?
—Porque tiene mucho talento.
—Y tú, mamá, ¿por qué tienes tanto pelo?
—...Bueno, niña... Vete a estudiar tus lecciones.

LA SEÑORITA LUTGARDA, EN LA PLAYA

Cómo teme que la vean. Cómo espera que la vean. Como la ven en realidad.



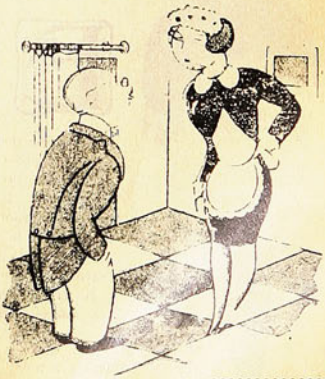
—Pero, hijo, ¿cómo no te peinas nunca?
—Es que no tengo peine.
—¿Y por qué no dices en casa que te compren uno?
—Porque entonces tendría que peinarme.



El fotógrafo.—¡Sonríase usted!
El cliente.—Es difícil; yo no me río nunca.
El fotógrafo (a su hijo).—Periquito; enséñale a este señor el sombrero azul eléctrico que se compró ayer tu madre.

—Le encuentro a usted mucho mejor. Sin duda es el efecto del medicamento que le receté ayer.
—No, doctor. No me he atrevido a tomar lo porque en el frasco hay una etiqueta que dice: "Consérvese bien tapado".

PEPITO (después de intentar inútilmente abrir el armario de las golosinas.— Nada, no puedo abrir con ninguna llave.
—Entonces esperaremos a que venga mamá y le pediremos algo por haber sido buenos



El marido "Juan Lanas". — ¿Sabe usted si mi señora va a ir este verano a Viña del Mar?
La doncella.—Sí, señor.
—¿Y sabe usted si piensa llevarme con ella?

¿COMO HAY QUE SER PARA

SOLAMENTE COMO LO DESEE LA CAMARA FOTOGRAFICA, LA MAS VELEIDOSA DE TODAS LAS MAQUINAS.

Contra su veto no hay apelación

Dorothy Sebastián, uno de los más hermosos tipos de morena.

Eleanor Boardman es rubia de ojos azules, como Marión Davis.

Ramón Novarro, moreno con tendencia a mate, tiene ojos color café oscuro.

EL LENTE DE LA CAMARA da su voto a favor o en contra de cada aspirante a artista del cinema, y para su veto no hay apelación. Ningún aspirante a ganar fama en el cine, tiene la menor oportunidad de conseguirlo, aún siendo un hábil actor, cuando el lente rehusa hacer completa justicia a su rostro y figura.

Parece no haber regla que rija la peculiar aprobración o aversión de esta sensitiva pieza de la cámara. Cuando un director tiene un "Hallazgo", que no ha trabajado nunca en el cine, hay que hacer cuidadosas pruebas fotogénicas. Hasta que estas pruebas están hechas nadie sabe si un par de ojos extraordinariamente raros o un cutis perfecto pueden dar el tono exigido por la pantalla.

Como prueba del carácter excéntrico del lente solo hay que hacer un retrato de los principales artistas de las compañías más importantes.

De las cuarenta y seis estrellas y demás artistas del estudio de la Metro-Goldwyn-Mayer, diez son rubias y treinta y seis morenas, pero entre las cuarenta y seis, cuatro quintas partes tienen ojos azules. Hay tres tipos distintos. Rubias con ojos azules; Marión Davies, Greta Garbo, Lillian Gish y Eleanor Boardman. Morenas de ojos azules; las muy conocidas estrellas Norma Shearer, Lon Chaney, William Haines, Renée Adoree, Joan Crawford, y Karl Dane.

En segundo término están las morenas que trabajan en papeles románticos, cuya tez y ojos son ambos oscuros: Ramón Novarro, Jackie Coogan, John Gilbert, Dorothy Sebastián, y Roy D'Arcy, Tim Mc Coy es la única estrella masculina de la Metro-Goldwyn, de pelo rubio y ojos azules.

Los ojos proceden de diferentes modos frente a la cámara y cuidadosos estudios han indicado que los poseedores de ojos azules pueden desempeñar muchos más papeles distintos que los que poseen ojos oscuros. Los ojos azules fotografían bien en casi

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene intima

NEOLIDES

M.R

antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

TRIUNFAR EN EL CINE?

todas las caracterizaciones, pero los oscuros o negros no pueden expresar de manera tan completa, esas emociones momentáneas. La consecuencia es que los artistas de ojos negros sólo pueden representar tipos latinos, amantes ardientes, poetas, y todos esos carácteres en que el temperamento y las emociones no varían grandemente. Sin embargo, los ojos negros pueden ser fotografiados fácilmente y tienen mucha popularidad en la pantalla a pesar de esta desventaja en la caracterización de ciertos papeles.

En cuanto al color de la tez algunos artistas pueden aparecer como rubios o morenos. Esto es lo que más ha contribuido a la gran popularidad que han adquirido Dorothy Sebastián y Gertrude Olmsted, tanto con los directores como con el público; que el color de su tez les permite usar la peluca que la ocasión requiera. Otras pierden su atractivo personal al usar un color de pelo que no es el propio. Como Norma Shearer es la única estrella morena, algunas de las otras artistas tienen que ser rubias para darle a la película el equilibrio necesario, ya sea éste el color natural de su pelo o no.

En el color del cabello hay una diferencia, sin embargo. Hay más morenos que rubios en el mundo, por lo tanto hay más artistas morenos que rubios, pero las actrices de cabello claro parecen tener más disposición teatral, y en consecuencia en la cumbre, la estrella brilla más cuanto más brillante es su cabello.

Desde luego que el apreciar el físico de los artistas es una cuestión de la incumbencia del veto de la cámara; pero la habilidad teatral, el encanto personal, etc., son cualidades que sólo aprueban o rechazan los directores y el público; y este último veto es muchas veces interpuesto después que el actor ha sido favorecido por la popularidad durante muchos años.

Greta Garbo, la hermosa escandinava, tiene pelo rubio y ojos azules, y, además, un cuerpo escultural.

Otra de las famosas rubias de la Metro: Lilian Gish.

MADRE DESVENTURADA

La mujer hila junto al hogar. Algunas chispas brillan todavía entre las cenizas. A intérvalos, la lamparilla de aceite vierte su luz sobre la dulce cara, que parece de marfil. La mujer hila con las manos cansadas. No es vieja aún; pero sus cabellos están todos blancos, y sus ojos hundidos por las lágrimas innumerables.

—¡Su hijo ha matado a un rey! ¡Nunca más le verá en este mundo! ¡Sólo está ya, y para siempre, vivo y muerto, en el fondo de un abismo lleno de sangre negra que brota y corre en oleadas, salpicando el corazón de la madre! ¡Oh, el horror siempre renovado de los largos días y de las largas noches!

Ella no se había rebelado nunca. Curvada sobre el surco ajeno, gastó su vida, con hambre, con tristeza y con fatiga, y sin reposo y sin alegría aró la tierra y arrulló la cuna. A su lado crecía un niño ágil y blanco como una muchacha, que le pedía, terco, con ojos ansiosos, una "historia de rey".—"Yo no sé historias de rey. ¿Qué sabe del rey la pobre gente? El rey está sólo y lejos como un dios. Toda la tierra y todo el mar separan sus torres de nuestra casita. Está muy lejos de nosotros y muy arriba, ¡hijo mío!" ...Y el hijito se fué. Oyó, en las ruidosas fábricas, entre los tristes cantos de las mujeres, el torvo jadear de los monstruos de mil caras y de mil garras. Oyó su tremendo silencio en las huelgas, cuando los monstruos se quedan mudos e inertes, con los ojos bien abiertos, prontos a aferrar de nuevo la presa. Y pasó... Buscaba a alguno más allá de las multitudes, con su mirada gris, aguda como una espada y llena de relámpagos. Pasó entre el hedor de las tabernas, entre la podredumbre, donde la pobre gente languidece y llora sangre. Conoció el horror de las cárceles y los asilos, y pasó con una lámpara de odio encendida en el corazón y con sus ojos felinos siempre en acecho. Y un día, ¡por fin!, encontró al que buscaba desde hacía tanto tiempo, y, hendiendo una muralla humana, le hincó en el pecho su cuchillo.

Tú hilas, madre, junto al hogar ensangrentado. Tus labios pálidos, que bebieron en la copa de la muerte, no saben ya, no osan ya rogar. Nada ha cambiado en tu tugurio; la misma miseria, la misma desnuda tristeza, el mismo hálito glacial como de cueva salvaje abandonada. Tú hilas, ¡oh, madre!, ¡oh, mártir!, la mortaja que te envolverá en el día de tu paz y tu corazón pide un sitio al lado de tu hijo, porque no quieres que esté sólo ni en la muerte...

Amas al hijo a quien el destino mandó odiar... Acaso, sin que tú lo supieras, tu propia alma dormida fecundó su delito. Y lo amas, rerida en él y por él condenada a la vergüenza y a la angustia del remordimiento.

Ada Negri

SAL DIGESTIVA
Bémecé
M. R.
Bicarbonato de Sosa, Magnesia, Carbonato de Cal
ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias, Gastritis, Hiperacidez, etc.
Dosis: Una cucharadita despues de cada comida
De Venta en todas las Farmacias
Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40

EL HOMBRE DEL "HISPANO"

Por PIERRE FRONDAIE

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN LOS NUMEROS ANTERIORES

DELEONE y Dewalter llegan a Biarritz en un magnífico Hispano, Deleone tenía su mujer en Biarritz y una querida en Burdeos. El Hispano lo había comprado Deleone para regalárselo a su querida, y como quería que su mujer ignorase tan significativa manifestación, resuelve perderle a su amigo Dewalter que, arruinado, había pensado dirigirse al Africa para rehacer su fortuna, que le haga el inmenso favor de aparecer en Biarritz como dueño del magnífico automóvil. En el Casino de Biarritz, Estefanía, bellísima esposa del excéntrico millonario inglés William Meredith Oswill, vé a Dewalter, quien le es presentado. Sabe que es dueño de un coche magnífico y lo cree tan rico como ella misma. No amaba a su marido, con quien la han casado cuando ella no era capaz de reflexionar. Sin embargo, nunca ha tenido un amante. Teme enamorarse. Lo teme especialmente por su inmensa fortuna, que constituye para cualquiera una presa envidiable. Dewalter, con su coche magnífico y su bella estampa, la seduce de golpe y sin restricciones porque no le inspira desconfianza. Su fortuna le pone al abrigo de toda sospecha de interés. Dewalter había conocido a Oswill en el tren, antes de que su amigo le hiciese la extravagante recomendación de que quedase por dueño de un coche que no le pertenecía. Dewalter no sabía que Oswill era el marido de la linda mujer a quien acababa de ser presentado. En aquel viaje en tren, le cuenta él su situación y su pobreza y su proyecto de desterrarse al Africa. Cuando Oswill lo encuentra en Biarritz, dueño de un coche de multimillonario, lo interroga: Dewalter le cuenta la verdad, pero le hace prometer que no dirá a nadie una palabra.

Estefanía y Dewalter se enamoran el uno del otro, ella con sinceridad y confianza, y él con sinceridad y honda preocupación. Estefanía no oculta su amor al marido, y éste, después de un diálogo de gran escepticismo, se marcha al Africa. Ha sabido que su mujer está enamorada de Dewalter, el pobre diablo que no tiene sino la apariencia de la fortuna en el Hispano, que no le pertenece, y esto le procura cierta felicidad maligna mezclada por un odio feroz. Nada dice por mañana y por cumplir su palabra de callar la confidencia hecha por el desconocido, Estefanía, muy enamorada, y por primera vez enamorada, se entrega a Dewalter. En seguida huye con él a su casa de campo a gozar del amor de "toda la vida", porque piensan conseguir el divorcio y casarse con Dewalter...

Con el fin de evitar obligaciones y costumbres que la sustraen a él, Estefanía abandona el pueblecito para irse a París, con Dewalter, el que ha comunicado a su amigo que no se va al Africa. Ya en París, devuelve el auto y comienza una vida de ansiedades para el futuro económico, salpicada de inefables horas de felicidad.

Oswill, entretanto, trazaba planes sombríos desde la lejanía de su voluntario destierro.

En amorosos diálogos, Jorge vacila. Ya confiesa. Pero calla. Y llega el momento en que ella resuelve regresar a Biarritz a arreglar su situación con Oswill, a quien imagina allí.

Parte el tren. Se han despedido tiernamente. De pronto Dewalter se lanza sobre el convoy y de un salto está junto a Estefanía. Y siguen ambos hacia Biarritz, hilvanando un nuevo capítulo de su romance amoroso.

Se baja Dewalter en una pequeña estación y regresa a París, desolado, y allí hace su dolorosa confidencia al viejo notario Montnormand, que le ofrece su ayuda paternal para que rehaga su vida en Africa.

Y cuando ya estaba decidido, el destino lo pone otra vez frente a su amor.

Estefanía a vuelto a París, y también Lord Oswill, con el cual tiene una violenta entrevista, en la que ella lanza su desprecio y él sangrientas ironías que apenas contienen su despecho.

Hay después una entrevista entre Oswill y Dewalter, a raíz de haber manifestado el primero a Lady Oswill su propósito de divorciarse. Toda la perversidad de alma del lord queda allí de manifiesto. Quiere hundir, reventar a Dewalter que, ya en la miseria, la calla por conservar su amor.

Lady Oswill y Dewalter parten al campo.

Regresan en seguida a la propiedad de Estefanía en Oloron. La "Gaceta de Biarritz", suelta, con un párrafo en que se anuncia su llegada, un benévolo comentario social en torno de ellos.

Lord Oswill encarga a un policía particular los antecedentes de Dewalter, para asegurar su venganza.

Entre tanto los últimos miles de francos de éste se van en un collar antiguo que le regaló a su amada, mientras ella palpaba la felicidad de su amor y él prolonga la del suyo sólo a costas del secreto de su pobreza, que cada día le es más difícil guardar.

—¿Es ese el expreso de París, Nicolás?

El viejo guarda se había internado por la casa; pero Josefina, ocupada en descalzar a Estefanía, adivinó el motivo de la pregunta, y dijo:

—El tren de París ha llegado, señor. El auto está de regreso. El señor Montnormand está en su habitación, abajo, la que hay junto al fumadero. Tiene a sus órdenes un ayuda de cámara. Se le ha servido un pisolabis que no ha tomado, pues comió en la estación de Puyo.

Dewalter sintió un escalofrío, como si la presencia de su amigo marcara para él una hora decisiva.

Bromeó.

—¡Pobre Montnormand!... Debe estar cohibido. Voy a verle, querida.

Ella le retuvo, diciéndole que ya le vería después. Jorge le preguntó si le incomodaba su llegada.

—No, repuso ella con indiferencia. Puesto que lo mandaste a llamar será porque tienes que hablarle. ¿Le encomendaste, al menos, que se entrevistara con mi abogado?

Jorge hizo signos negativos con la cabeza, excusándose por haberlo olvidado.

—Mereces unos azotes, exclamó ella amenazándole con el dedo. Hay que mover a toda esa gente. Ya estoy harta de que me llamen lady Oswill.

De repente se oyeron unos ladridos que venían del lado del parque.

—Cazadores furtivos; estoy seguro, dijo Nicolás ya de regreso. ¡Ah bandidos!

Y se abalanzó a la salida.

—¡Pobres gentes! murmuró Dewalter.

Ella se echó a reír.

—¿Cómo pobres? Pero es que los aguantas en tu casa?

Jorge dijo con singular acento:

—¡Oh, no! En mi casa tengo mucho ojo.

La vieja Antonia rondaba familiarmente alrededor de ellos.

—Pues ¡no faltaba más! exclamó, esos miserables, muertos de hambre. ¡No faltaría más que un señor como don Jorge soportase eso!!

—Oye lo que dice, dijo Estefanía jovial.

Preguntó si las chimeneas del salón estaban encendidas.

—Lo están, respondió Antonia. Y hay que ver cómo tiran.

—Mis viejas chimeneas devoran árboles, dijo Estefanía sin dejar de sonreír.

Un orgullo inconsciente dictaba sus palabras. Cada una de ellas precisaba su rango y su fortuna. Jorge permanecía impertérrito; pensaba que él también era como un cazador furtivo o bien se comparaba a aquellos árboles como los que ella decía que devoraban sus chimeneas. Al igual que ellos, también él había ardido por Estefanía. Pero la consideraba digna de todos los sacrificios y semejante también en esto a los leños, tampoco Jorge se quejaba.

En la penumbra de la habitación dieron las diez y media. Recordóle él que en aquel mismo minuto, Pascualina y sus otros amigos se habían dado cita en Biarritz, tomando asiento en sus coches. Sin duda, ya sus faros estarían registrando las frías tinieblas de la noche.

Estefanía se puso en pie.

—Vamos a embellecernos.

Pero de repente se sentía cansada por el paseo que venían de dar por el campo. Reía y graciosamente divertíase en mostrarse vacilante.

—Estoy muy cansada, dijo ella. He corrido demasiado por entre esas breñas... Y la alcoba está tan lejos... el pasillo, la escalera; tener que subir todo eso y volver a bajar...

Veía él en sus palabras surgir todo el vasto y silencioso palacio.

—Sube en coche, le murmuró Jorge al oído.

Se inclinó sobre ella, la tomó entre los brazos y se la llevó como a una niaturilla... Y, al punto, volvieron a ladrar afuera los perros...

Jorge atravesó el oscuro corredor. Una sola linterna de hierro forjado lo alumbraba y, como fantasmas veíanse armaduras puestas sobre zócalos negros. En las paredes pendían despojos de grandes cacerías de ultramar. Mientras él casi corría, llevándosela, sus sombras se alargaban sobre las piedras del muro. Al fondo arrancaba la escalinata, suntuosa de formas y con anchos peldaños de mármol gris. En esto, se abrió una puerta de ángulo dando paso a un hombrecillo poseído de la mayor extrañeza. Dewalter se detuvo, plantando a Estefanía sobre sus piernas. Risueña, oyó que Jorge le presentaba al señor Montnormand.

—Ya ve que estamos locos, dijo Estefanía radiante de contento. Sea usted bienvenido a mi casa. Dispense que su amigo no haya salido a su encuentro. Fuí yo quien le retuvo. Me ha dicho que estima a usted mucho y lo veo justificado. Comió mal, pero cenará. Y mañana ya se ocuparán de sus asuntos...

Estefanía empujó a Jorge. Y Montnormand, lleno de turbación, volvió a las habitaciones donde le habían instalado.

Sentíase desorientado entre aquellos paredones y envuelto en una vieja opulencia abrumadora. No sabía qué pensar y se sintió lleno de inquietudes. En su segunda carta, Dewalter le había puesto al corriente en cuatro palabras del divorcio y le había explicado el juego terrible del marido. Y luego había abreviado y, sin decirle nada sobre sus proyectos, sólo le había pedido, con febril insistencia, que acudiese a Olorón. Casi que le había requisado, como se llama a un padrino para un duelo.

El anciano habíase puesto en camino sin saber ni palabra; pero imaginando que el asunto iba bien y que la sinceridad de Jorge había vencido. Al ver a Estefanía quedó deslumbrado y un poco atemorizado de su belleza. Comprendía la locura de su amigo. La alegría de lady Oswill le incitaba a pensar que su dicha no estaba ya amenazada. Pero al propio tiempo había observado a Dewalter y en sus ojos, con solo una mirada, había reconocido la caída, y titubeaba. Ignoraba si había ido a enterarse de su felicidad o a sacarle del abismo. Sentía un miedo repentino en aquel gran castillo como si estuviese en tierras enemigas; y paseaba a través de la habitación con zancadas temblorosas e inútiles.

XXIV

Mientras Montnormand maduraba sus inquietudes, y Estefanía y Dewalter se vestían para la cena, y que en pleno campo, los autos se acercaban a Olorón, la vieja Antonia, henchida de gozo había entrado en el gran salón donde tenía que servirse la cena. Era la maravilla, el museo de los Coulevai. Allí se hacinaban los tesoros que el primer constructor de la casona había traído de las Indias.

La sala era espaciosa, situada en un ala del castillo y sin otra cosa encima que un granero. El techo era altísimo y adornado de unos frescos ejecutados en el siglo XVIII por un artista hábil. De enmedio pendía una araña de viejos cristales venecianos, iluminada durante las recepciones y apagada ahora. Sólo unos lampadarios y linternas japonesas alumbraban vagamente el conjunto de la vasta sala, creando en ella lagos de sombra y macizos de luz coloreada. Ponían allí como el hechizo y algunos muebles brillaban con reflejos dorados. Sobre las paredes pendían retratos de numerosos personajes. Sillones indios esculpidos por generaciones de artesanos ostentaban sus espléndidas bellezas. Había también numerosos tapices procedentes de los talleres de Persia y de Mosul, hermosos como alas de aves. Azulencos idolillos chinos parecían descender de un cielo extraño y unas ánforas todavía exhalaban, al inclinarse sobre sus bocas, un olor lechoso de cabras del Tibet.

En uno de los ángulos una extraordinaria estatua de una talla doble de la humana, una estatua de piedra, contemporánea asiática de Alejandro el Griego, mostraba unas manazas puestas sobre los muslos de sus piernas deformes. Pero una sonrisa divina se le dibujaba en la boca; y, tras los párpados entornados, parecía conocer todo lo que los ojos no veían, después de haber llevado siglos de siglos de inmovilidad en un templo, en el fondo de los húmedos bosques de Mathura aquella estatua había cruzado los mares robada por un Coulevai y, en tierra bearnesa, seguía proclamando la gloria desconocida del genio que la había esculpido.

Frente a ella reía un busto de Houdon. Varios cuadritos militares del tiempo del Imperio francés recordaban que un Coulevai, más reciente había recorrido Europa con uniforme de la Guardia, con el ensueño de las obras maestras antiguas, esos pequeños lienzos mezclaban las imágenes de la acción. En todas partes hallaba la mano una materia preciosa que acariciar.

Antonia iba y venía por entre tanta maravilla sin discernirlas. Toda su atención atraíala la mesa puesta, resplandeciente de cristales de Bohemia y cubierta de flores. Asegurábase de si el lujo, siempre de rigor en la casa, no dejaba nada que desear. Satisfecha de su inspección daba vueltas por la pieza como una gata vieja.

Lo que más le gustaba era la gran puerta de doble hoja, de cuatro metros de altura, precedida de unos peldaños que daban acceso al corredor exterior. También le gustaba mirar el parque y el estanque por la amplia ventana.

Aquella noche ,sobre todo, bajo la nieve y la luna, nada le parecía tan admirable como aquel cuadro de su tierra. Animada por un vigor de

vieja campesina y confortada por los leños enormes que crepitaban en la vasta chimenea, contemplaba satisfecha el aspecto siniestro de diciembre. De pronto retrocedió un paso. Acababa sin duda de divisar algo extraordinario. Avanzó de nuevo, haciendo de tripas corazón para percatarse de si habría visto visiones; y ya sólo vió el paisaje invernal.

Antonia suspiró satisfecha.

Y luego volvió a cortársele la respiración; trase ella, una puerta, una puertecita que daba al parque, se abría sigilosamente. Alguien entró, alguien que, momentos antes habiendo pegado la cabeza a los cristales, le había dado vuelta al salón por la parte de afuera, introduciendo una llave en la cerradura, Antonia quedó petrificada de terror. Y luego, su silueta de anciana comenzó a temblar de pies a cabeza.

XXV

Tras unos segundos angustiosos, Antonia tuvo alientos para murmurar.

—¡Bien lo había visto!

Y quiso huir.

—Quédese ahí sin moverse, se lo ruego; no llame a nadie, dijo Oswill.

Iba impecablemente vestido. Sobre la camisa almidonada de su smoking llevaba un botón de zafiro guarnecido de brillantes. Su corbata parecía esculpida como una mariposa de onix. Una pelliza abierta, con cuello y bocamangas guarnecidas de zibelina, le había servido para el anto. Calzaba guantes de gamo; por un milagro de vigor y con ayuda de cosméticos sus cabellos blancos, arqueados poco antes por el viento, guardaban sobre su rostro curtido la forma redonda y ajustada de un bonete de baño. Sus ojos bicolores permanecían inmóviles, protegidos por la doble barra de las cejas. Sonreía diabólicamente.

—¡Qué tal, Antonia?..., dijo. Sigue usted teniendo el aspecto de una vieja patata cocida con su piel...

Casaron, en el parque, los ladridos. Oswill masculló:

—¡Al fin se callan esos perros! ¡Es notable! en esta casa, donde creo que tengo derecho a venir, cuando yo llego, los perros ladran, las viejas criadas se quedan enseñándome los dientes. Debiera haber traido un látigo.

Avanzó, vió la mesa resplandeciente y murmuró.

—Supongo que habrá engordado.

—¿Qué viene a hacer aquí el señor? se atrevió a preguntar Antonia.

—Ya lo verá, respondió él.

Y como ella intentase deslizarse entre los muebles para salir, Osyill añadió.

—¿Conque tiene ganas de marcharse? Pues no; cierrte la puerta ahora mismo.

Antonia obedeció temblando. El bromeó:

—Acoquino a las mujeres, incluso a las viejas.

Ella quiso evadirse de nuevo; pero él la retuvo con un ademán:

—¿Dónde está su ama?

—En su habitación, señor.

—¿Y su amante?

Ella guardó silencio.

—Bien; dijo Oswill, él también. En el otro extremo de la casa?

Antonia dijo que sí por señas, inmóvil de espanto.

El sonrió:

—Estamos tranquilos.

Una vez más, Antonia intentó marcharse. Oswill la dejó llegar hasta la escalera con aviesa intención. Y cuando la anciana puso pié en el primer peldaño, le gritó:

—¡Antonia!

Ella volvió sobre sus pasos como una goma que vuelve a su medida después de haberse estirado.

Oswill prosiguió.

—Oiga, Antonia; ahora poco ha llegado aquí un señor viejo muy pequeño y muy feo... Es un notario, quiero hablarle. Tráigamelo en seguida.

Ella volvió sobre sus pasos como una goma Oswill la ayudaba a marcharse. Podría, correr al otro extremo del castillo y avisar a Estefanía. Pero él adivinó lo que estaba pensando la anciana; y en el momento en que iba a desaparecer de su vista la retuvo de nuevo diciéndole con furor ahogado.

—Pero sin decir nada a nadie, ¿eh? Si dice usted algo hago una atrocidad. La mato a usted. Mato al notario. Mato al ama. Mato a su amante. Mato los perros. Mato a todo el mundo, se lo aseguro.

Tendía el brazo hacia ella, avanzando el busto con la actitud grotesca de un clown exasperado. Ella salió aterrorizada. Aun murmuró él: "Vieja patata" para asustarla; pero lo cierto es que apretaba verdaderamente los puños. Po-

—Hago mal representando la comedia de decir que mataré a todo el mundo. Sería capaz de hacerlo... ¡Granuja!

Cogió una botella de champaña que había sobre la mesa, sirvióse un gran vaso que bebió de un trago luego otro. Entonces, pareció menos excéntrico, más lúcido.

Había salido dos horas antes y de improviso despés de haber encontrado a Laberose, que, señala un furor repentino. Y pensó:

al ver a Oswill había murmurado como de costumbre "¡Vaya un loro!" Pero Cinegiak, ausente, no había podido responder: "¿Has dicho cebra?" como decía siempre. Osyill palmoteaba en el hombro de Laberose a riesgo de precipitarle sobre el bar:

—Pero ¿qué diabios ha hecho de su cornac? ¿Como sale sin compañía? ¡Cuidado con los accidentes!

Laberose respondió aviesamente que Cinegiak estaba en Olorón invitado por ciertas personas. Las nombró Oswill se sintió apuñalado. Rechazó la bebida y salió. Iba a grandes zancadas, ¿De modo—pensaba— que Deswalter resistía? Nada había dicho, es que lady Oswill se lo guarda ba a pesar de todo. En medio de su flaqueza, ¡aun se atrevía a invitar a sus amigos para presentarles a su chulo?

Oswill hubiera jurado que no conocía muy bien a Estefanía. Era indudable que seguía siendo engañada. ¡Y de qué manera!

El policía había traído apuella mañana los informes. Oswill ya poseía las pruebas de la vieja miseria de su enemigo. También se había enterado de la existencia de Montnormand. Envió al espía a Olorón. De vuelta a su casa debatíase entre mil hipótesis cuando el sabueso telefoneó, confirmando la llegada del notario y la recepción. El inglés pensó que todo estaba organizado para comprometer más aun a layd Oswill; Dewalter habría imaginado darle a conocer la realidad por Montnormand. Le contarían alguna fábula de ruina repentina. Sorprenderían su buena fe. La venganza se derrumbaba... Oswill se precipté sobre su coche.

Ya al volante reflexionaba. Pensó que el aventur-ro quizás no buscara más que dinero. Se detuvo para sorber una taza de café caliente. Mientras se echaba el azúcar tomó una decisión.

La vieja Antonia reapareció en el salón, echándose a un lado casi oculta tras de un mueble. Seguía a la sirviente un humilde personaje que avanzaba algo encorvado todo lo aprisa que podían hacerlo sus frágiles piernas. Descendió los peldaños estupefactos de ver tanta riqueza. Cuando estuvo enmedio del salón surgió Oswill. Había recobrado de pronto un aire excéntrico para aterrorizar al buen hombre.

Y dijo:

—Antonia; quédese ahí de centinela... Si viene alguien dígalo. Ya se que le repugna servirme pero ¡qué le hemos de hacer!

Reía como un simio. La vieja tomó asiento, desolada, demasiado distante para oír pero sin que el ojo de Oswill la perdiera de vista. Transformóse en algo duro y tajante. Midió a Montnormand con la mirada y con un ademán imperioso hizo que, a su vez, se sentara.

Montnormand obedeció; pero manteniéndose tímidamente en el borde del sillón, agitado, frotándose las manos húmedas de emoción, y moviendo los párpados asustadizos. Sin embargo, se le había fortalecido el ánimo.

—No me extraña encontrarle a usted aquí, dijo Oswill. Supe que ha prestado veinte mil francos a su interesante amigo y también he sabido que había dejado su pequeña oficina para venir a casa de lady Oswill.

—¡Ah! ¿Utiliza usted polizontes? preguntó Montnormand.

—No se trata en rigor de polizontes, respondió el inglés imperturbable. Lo que tengo son confidentes. Cuando es preciso, es preciso.

Y añadió:

—No me mire usted así. Para otros es para quienes debe guardar su desprecio.

Se sentó y hubo una pausa. De repente gritó:

—¡Antonia!

Esta había intentado escurrirse.

Se retrepó de nuevo en su silla. Veíasela en lo alto de los peldaños bajo una luz de vidrios de color. La chimenea iluminaba una parte del salón y todo e resto permanecía en la penumbra; solo estaban alumbradas algunas viejas linternas chinas. Montnormand examinaba a Oswill y le encontraba repulsivo pero arrogante.

—¿Qué desea usted de mi, caballero? dijo el notario.

Oswill se puso de pie:

—¿Que qué deseo? Bien sencillo. Que me desembarace en seguida y para siempre del señor Dewalter. Eso es. Había pensado divorciarme; pero ya no lo quiero. Quizás resulte extraordinario, pero es así.

Y prosiguió diciendo:

—Había meditado para uso de mi esposa una pequeña demostración. Quería que descubriera ella de por si—pero ya es tarde—que había caído en un cepo. Era mi venganza. Conocía por adolantado el asco que sentiría por su "adorado tormento" cuando viese qué clase de pájaro era. Iba a ser divertido.

—¡Divertido! repitió Montnormand con desprecio.

Oswill tuvo una sonrisa áspera:

—Las tortillas se hacen con los huevos y las experiencia con la gente. Pero ¡le diré!...

Crispábase ahora su semblante:

Mi experiencia me ha conducido a sitio distinto de donde yo quería. También yo me he sometido a la experiencia... He descubierto, desde hace tres semanas, desde que le dije: "Quiero divorciarme", he descubierto que me gusta mi mujer. No la amo pero me gusta.

Añadió brutalmente:

—Sufro mucho. Es fastidioso. Me molesta. Lléveselo.

Sus palabras caían como nueces. Montnormand estaba estupefacto. Veía sufrir a un hombre celoso, a la vez que comprendía que nada había cambiado aun en el destino de Dewalter. Púsose en pie.

—¿Llevármelo? murmuró... Le aseguro, caballero, que si es cosa que de mi depende... ignoro en absoluto lo que ocurre y es precisamente por eso por lo que he venido. Permítame sin embargo, que le diga: antes de su experiencia—como usted dice— mi amigo se hallaba dispuesto a partir. Tenía yo su promesa y es hombre que no miente jamás.

—¿Que no miente jamás? exclamó Oswill en son de burla.; Luego mi mujer sabe que es un desharrapado?

El hombrecillo se encogió de hombros.

—Eso ya es otra cosa, dijo. Se ha visto cogido en un engranaje. Una primera flaqueza —bien excusable—le ha inducido a representar un personaje del que no sabe como salir... ¡Dice usted, caballero, ser bien psicólogo? No lo dudo. Pero el corazón comprende más y mejor que el cerebro. La mentira de amor no es más que un deseo de embellecerse. En el caso del señor Devalter hay una nobleza que usted no comprende, de seguro. Además, cada cual se adorna con arreglo a sus gustos. Usted juega a ser cínico y sin duda que el juego le induce a serlo un poco. Dewalter juega a ser gran señor. ¡Quien sabe si realmente no lo es!

Oswill hizo entre sus mandíbulas un pequeño susurro e avista, y exclamó de nuevo.

—¡Un gran señor!

Pero Montnormand se había puesto en pie y su emoción creciente le daba una autoridad singular. Y mirando al inglés de hito en hito repitió agitando los brazos:

—Pues sí; un gran señor. Dewalter es un gran señor. Yo conocí a su madre... Sé como y de qué manera se encontró solo ante la vida... Si no hubiera sido "un señor" como digo no estaría en la penosa situación en que se ve. Pero los pobres, cuando son honrados y carecen de celos son tal vez lo más decente de la humanidad. Suelen tener muy buenas cualidades y sólo les falta la ferocidad que proporcionan los grandes éxitos.

Oswill le interrumpió, no ya con un ademán sino con sólo una mirada. Se hallaba frío, como metálico. El pequeño notario agitábase en vano ante él como un juguete mecánico ante una armadura.

Oswill dijo:

—¿Quiere Ud. que vayamos al grano? Cambio de parecer. Lo que no quiero es que el señor Dewalter, por interesante que sea, continúe interesando a lady Oswill. En cuanto a que se vaya sin sacar partido...

Detúvose un segundo, ponderando una última vez la hipótesis de aquella marcha. Y añadió:

—No lo creo. ¡Pues vaya! entrego por mediación de usted doscientos mil francos a un amigo... un cheque, pagadero en el Senegal. Dígaselo.

—No seré yo quien se lo diga, caballero, respondió Montnormand.

Pero el otro dió un paso y su contenida violencia estalló:

—Se lo dirá usted. Y se lo dirá en seguida. Tengo aquí, en el bolsillo, toda una documentación que le concierne. Ya no podrá seguir mintiendo. Poseo copia de los últimos recibos de alquiler de su habitación amueblada... cincuenta francos semanales; no es muy caro que digamos. También tengo ciertos certificados. Me dicen que puedo darle ochocientos francos al

mes por algún empleillo subalterno, y los vale... Y aún tengo otras cosas con que devolverle a su verdadero puesto, dentro de un rato, al final de la cena...

Hubo una pausa. Montnormand veía la espaciosa pieza de abrumadoras riquezas y comprendía que Oswill cumpliría su amenaza. Tuvo miedo, comprendiendo la necesidad de evitarle a Dewalter aquella afrenta.

Aun tuvo fuerzas, no obstante, para sonreir con desprecio, preguntando:

—Puesto que tiene usted todo eso... ¿Por qué ofrece dinero?

—Por dos razones, respondió Oswill. La primera —y lo repito—porque temo que lo guarden apesar de todo. Y la segunda porque recuerdo lo que me dijo una noche en el tren. Tengo piedad de él. Nadie es perfecto.

Era sincera. A despecho de su furor celoso adivinaba el martirio de su enemigo. Ahora juzgaba. En Montnormand veía un hombre honrado. Y aunque raro, exagerado, desorbitado y maligno, era, con todo, un individuo de buena raza. Sentíase menos implacable. Seguía creyendo que Dewalter trataba de quedarse pero admitía que en un principio no le había guiado el interés. Su desdén cambiaba de forma y de motivo.

El notario se le acercó un poco más:

—¿Y si mi amigo se vá, sin más complicaciones?

—No hagamos novela, dijo Oswill.

—¡Hagámosla! Si se marcha, como digo, arruinado... ¿será usted capaz de descubrirle?

—No se irá.

Dió dos o tres pasos, con las manos metidas en los bolsillos de su pelliza. Volvió hacia Montnormand y concretó, insistiendo:

—He dicho doscientos mil. Llegaría hasta trescientos. De lo contrario le juro que dentro de un rato, aquí, delante de todo el mundo, le ejecuto. Tanto peor para mi mujer...

Hizo una nueva pausa y acabó, sonriendo y en voz baja:

—Haga decidir a su amigo, señor Montnormand. Me voy a mi antiguo fumador. Estaré muy sólo con mi pipa. Y no deje de traerme la respuesta ¿eh?

Oswill cruzó frente a Antonia que sin haber escuchado ni comprendido nada había seguido la escena desde lejos.

Y le dijo:

—Ya puede usted marcharse. Y cállese.

Desde lo alto de la escalera miró al viejo notario y haciéndole señas con la mano, le gritó:

—Hasta luego.

Y se fué.

Montnormand enjugóse la frente comprendía que Jorge estaba perdido y que debía huir inmediatamente sin pararse ni a coger el sombrero.

Le dijo a Antonia:

—No le cuente nada a Lady Oswill. No se inquiete. Voy a arreglarlo todo. Procure únicamente ver el modo de que el señor Dewalter venga a mi habitación.

Pero, con creciente angustia, vió a Estefanía, suntuosamente ataviada y a Jorge de smoking. Descendían de sus habitaciones. Apoyábase ella en su brazo y hablaban en voz baja, como dichosos. Al propio tiempo, del lado del parque, oíase la llegada de varios vehículos.

XXVI

Los de Lutze, Baragnas, Cinegiak, Juan de Aigregorch, Pascalina Raretavre, y otros aún, todos íntimos suyos, eran recibidos por Estefanía. Y todos la cumplimentaban por su belleza. Montnormand, con palabra rápida, enteraba a Dewalter, en un extremo del salón, de la presencia de Oswill, de la amenaza y de la transacción que proponía. Su viveza de pensamiento le consintió decirlo todo sin frases con palabras sajadas y justas. Bastaron un par de minutos. Dijo también que sólo la fuga podría evitar el escándalo. Pero ya esta misma fuga iba a producirlo.

Dewalter no hizo el menor movimiento; sabía que los amigos de su amada ya tenían puestos los ojos en él. Bajo las apariencias discretas requeridas por la cortesía, estaban observándole. Era algo así como un héroe de novela. Inmóvil y sonriente, fingiendo ocuparse de frivolidades, rogó Jorge al notario que se fuese en seguida al fumador en busca de Oswill y que le encareciese un poco de paciencia. Pasado un rato Jorge iría a verle, le daría satisfacciones y se entenderían sin duda alguna. ¿Entenderse? Montnormand, estupefacto, obedeció. Pasmábale la calma de Dewalter, inquietándole además la escasa importancia que fingía concederle al asunto.

Cuando Montnormand estuvo de regreso vió que Estefanía colocaba alegremente a sus invitados alrededor de la mesa. Jorge, una vez hechas las presentaciones, mostraba entre ellos gran desenvoltura. Con una mirada comprendió que Oswill se avenía a esperar la prometida entrevista; sacó la mano del bolsillo derecho de su smoking. Con una breve seña dio gracias a Montnormand por haberle hecho el encargo. Y al acomodarse todos ante la mesa, hízole sentar a su lado.

Los domésticos dieron comienzo al servicio. Llevaban la vieja librea tradicional de la casa. Lady Oswill, a carsa de la delicada situación en que le había puesto su amor, no había invitado a cenar más que amigos de toda confianza. Pero, con todo, había querido dar a aquella recepción íntima un sutil carácter de media gala a fin de demostrar que conservaba su disciplina. Después de la sopa, las conversaciones, al principio prudentes, se animaron. Cinegiak contó con gracia el cuento de un inglés que no conocía a nadie y que daba la vuelta al mundo con una cotorra amaestrada. La cotorra sabía el nombre del inglés y tenía a su cargo el presentarle. Cada vez que le tiraban de la cola gritaba: ¡Le presento a mister Cuick!"

—Hay muchos loros en el mundo, dijo la señora de Lutze a Dewalter que se captaba resueltamente sus simpatías. He encontrado algunos que me han hablado de usted; y todos me han repetido que es usted espiritual, que tiene un gran corazón y que hará dichosa a mi amiga.

—Debían ser loros sabios, respondió Estefanía, pues sabían muy bien lo que decían.

Enorgullecíala su felicidad y no perdía ocasión de adornar con ella a Dewalter.

—Es usted un hombre feliz, proclamó Juan d'Aigregorch... si, además, le gusta la pintura y tiene un coto en Sologne..

—¿Tiene usted un coto en Sologne? preguntó Baragnas.

Dewalter, tranquilamente, respondió que sí. Y añadió:

—Tengo también grandes espacios; pero no en sus regiones.

—¿Dónde pues? exclamó Pascualina.

Jorge rió, bebió una copa de champaña y proclamó dejando atónito a Montnormand.

—En la China.

—¿En la China? dijo otro de los comensales. No se priva usted de nada.

—Es que Dios no ha querido negármelo, prosiguió Dewalter. Pensó sin duda que un país donde había quimeras me debía algo.

—De todos modos no tiene usted aspecto quimérico, dijo Cinegiak.

Dewalter sonrió:

—¿Cree usted?

Sentíase el blanco de todas las miradas. Cinegiak continuó:

—No. Es usted rotundo, frío... diga usted. Estefanía. ¿Es quimérico el señor Dewalter?

—Puesto que él lo dice..., respondió ella.

—¡Entendámonos!, reanudó Dewalter. Lo que yo tengo es mucha suerte; y realizo. Soy propietario de quimeras, no sólo en China, sino también en Francia.

Estefanía radiante, intervino:

—El hecho de haberme encontrado ya es realizar una quimera.

—Buena suerte es, prosiguió Cinegiak. Perdices en Sologne, quimeras en la China... ¿qué más?

Y añadió:

—Creo que no es la primera vez que tengo el gusto de encontrarle.

Mirábale con mayor atención.

Montnormand se echó a temblar, hundido en su asiento.

—¿Dónde?, preguntó Dewalter. ¿En Deauville? ¿En Venecia? ¿En el tiro de pichón?

Hablaba con displicencia. Hízole observar a Montnormand que no bebía.

—Es que tengo un poco de migraña, le respondió su viejo amigo.

Había como un matiz de reproche en el tono de su voz. No acertaba a comprender. Jorge imposible le miró y dijo:

—Pues es preciso tener la cabeza despejada.

Parecía estar completamente tranquilo y olvidado de su situación. En todo caso, si Oswill le inquietaba ocultábalo a las mil maravillas. En el hermoso salón donde se amontonaban tantos tesoros, parecía hallarse en su casa, como un señor en casa de su esposa. Los manjares eran exquisitos y saborecábalos lo mismo que los demás convidados; nadie hubiera podido dudar de que Dewalter se sintiese completamente feliz. La misma fiebre de sus ojos agrandados componíanle un semblante radioso.

Afuera, ladraron los perros. Estefanía explicó que los perros se ponían nerviosos de ver fosforescencias en el estanque.

—¿Almas en pena?, preguntó alegremente Pascualina Rareteyre.

—¿Y por qué han de ser almas en pena?, repuso sonriendo lady Oswill. Fuegos fátuos simplemente.

—Los conozco bien, bromeó el joven Aigregorch. Una noche estando en casa de mi abuela de Rives, en el castillo de Sauveterre, quise encender mi cigarro en un fuego fátuo... Y ¡cataplúm! al agua. ¡Vaya un baño!

—Aquí no hubiera usted nadado, respondió Estefanía. El estanque está cuajado de lianas y tiene diez metros de profundidad...

—No hay que seguir a los fuegos fátuos de la casa, dijo Baragnas jovialmente.

Dewalter habló entonces con firmeza:

—Son hermosos, sin embargo. Tienen algo de etéreo y de libre. Son como almas que no tienen nada que esconder; llama e idea libre que rememora...

—¡Poeta!, murmuró la señora de Lutze.

—Sí, dijo lady Oswill. ¡Si fuera ambicioso!...

—Lo soy, dijo Dewalter.

Pascualina preguntó si el hecho de serlo no implicaba un defecto. Unos opinaron que sí; otros que no. Y la conversación siguió con este tema. Dewalter estuvo ocurrente y brillantísimo. Al finalizar la cena ya contaba con las simpatías de todos los presentes. Estefanía estaba muy contenta. Declaró que iban a bailar en un salón contiguo donde habían servido los licores. Jorge se le acercó diciéndole que como a Monnormand le era indispensable partir al día siguiente por la mañana iba a quedarse con él un poco para concretar ciertas órdenes que iba a darle. Cuestión de minutos. Ella los concedió sonriendo; y se llevó a sus a sus amigos.

XXVII

Dewalter, llevándose consigo a Montnormand cruzó con paso rápido el gran corredor en penumbra. A través de las espesas paredes ya comenzaban a oírse las sonoridades procedentes del salón de música. Llegados ante la puerta del fumador se detuvieron.

—Hice mal en venir, Jorge, murmuró tristemente el notario.

Durante la cena no había acertado a comprender a su amigo, con su actitud paradógica y sus nuevas invenciones. Toda aquella esgrima aventurera le había sorprendido penosamente. Pero lo que le sublevaba sobre todo era que Jorge hubiese aceptado ver a Oswill y deseado entenderse con él. En realidad la oferta era cosa tentadora para la humana flaqueza y, desaparecer por desaparecer, perdido por perdido, una vez borrado para siempre de la sociedad regular mejor era irse con recursos y posibilidades de rehacer su vida en otra parte. Pero la honradez fundamental de Montnormand le daba una conciencia aguda del valor de las cosas. Nada consideraba tan temible como la incuria y la miseria, la verdadera miseria. Pero pareciale que Jorge hubiera podido probar fortuna en vez de agarrarse desesperadamente al puñado de cieno que Oswill le tendía. Se le desmoronaban todas las ideas.

Cuando ya había empuñado el picaporte del fumador, Dewalter le dijo:

—Voy a dejar abierto y así podrá usted vigilarom; Por más que el trato que voy a cerrar con ese hombre no implica gritos ni violencias. Vamos a entendernos o no. Ya verá cómo estamos tranquilos; y si viniera alguien, entre y cierre la puerta.

—No te entiendo, dijo Montnormand... Has cambiado... y no para bien.

—No he cambiado, respondió Dewalter con calma. Lo que ocurre es que estoy un poco nervioso porque me dispongo a hacer algo muy serio.

—¿Y qué es lo que te dispones a hacer?

—Ausentarme.

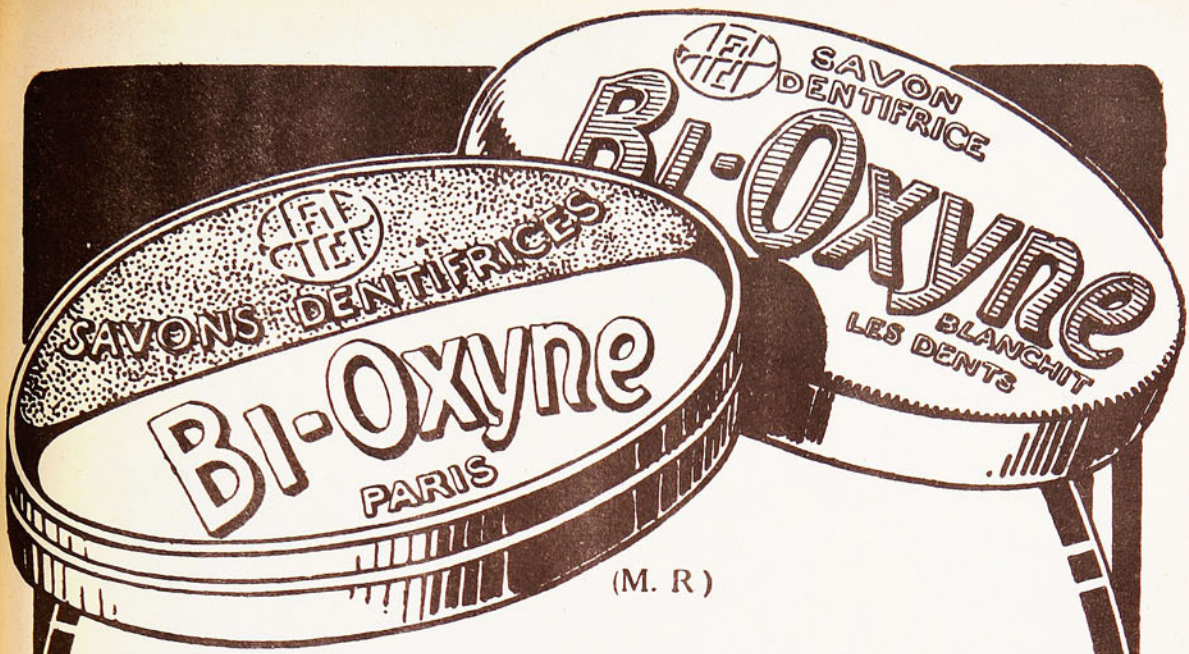
Hablaba con naturalidad... Hablaba de la transacción con el marido, de su marcha... El anciano cabeceó apenado. Iba a recomendarle una actitud digna; pero la puerta se abrió por el otro lado y apareció Oswill en le umbral.

—¡Ah! ¿Son ustedes? dijo con satisfacción. Creí que me habrían olvidado.

—Ya ve usted como no, replicó Jorge. Aunque no vaya a imaginarse que es usted mi pesadilla. Y entró el primero en el fumador, pasadilla. Y entró el primero en el fumador, pasando ante el inglés con resolución. Montnormand permaneció en el corredor. Había sustituido a Antonia y, como le había ocurrido a ella antes, veía de lejos sin oír.

(Concluirá).

Impreso en los Talleres de la Emp. "Zig-Zag".



(M. R)

no Jabonéis Vuestros Dientes
sino con un Buen Dentífrico
el Jabón Bi-Oxyne

preparado con esmero bajo el control de Médicos y Dentistas de la Facultad de Medicina de Paris

realiza integralmente la Higiene de la Boca, *es una* **Innovación Científica ;** *está compuesto de* **Dos Jabones** *agradablemente perfumados ; uno* (blanco) *alcalino no sólo limpia, sino*

Blanquea los Dientes

el otro (rosado) *aseptiza la boca y tonifica las encías ; no altera el esmalte*

Los Dentífricos Bi-Oxyne

Polvos - Pastas - Elixir - Jabones - Cepillos

se tienen adoptados por las **Escuelas Dentales**

A base de : Carbonato de Cal, Perborato de sosa, Bicarbonato de sosa, Glicerina, Talco, Jabón, Menta.

CINZANO
M. R.
VERMOUTH

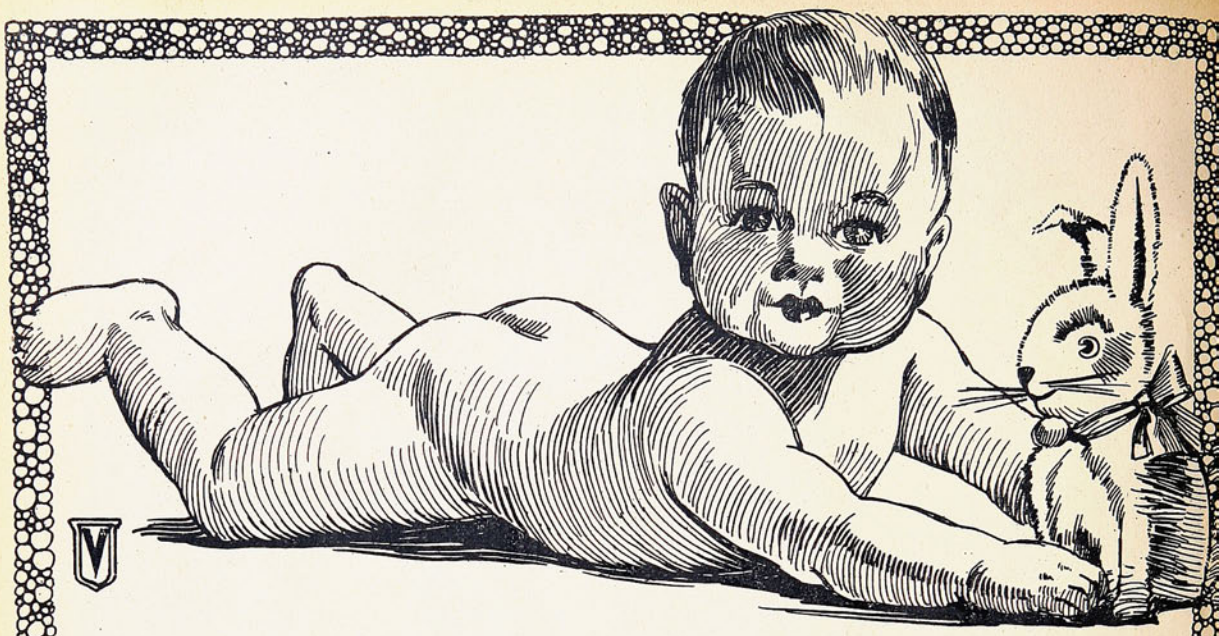
N.º 9

$1.20

Para Todos

M. R.

Es propiedad



Para el normal desarrollo de los niños.

Se necesita de una alimentación adecuada.

El porridge de Gavilla es un plato que fortalece los organismos en formación ayudándoles en su desarrollo.

La Gavilla es un plato exquisito, rico en proteinas, vitaminas y sales minerales; dá a los niños una fuerte vitalidad.

Es de sabor agradable, de fácil digestión, sencillo de preparar y muy económico.

Porridgee Ud. diariamente.

PARA TODOS MR

Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía UNIVERSO

REVISTA QUINCENAL

AÑO 1 — N.o 9

Santiago de Chile, 31 de enero de 1928

Historia de Carnaval

Por Jacinto Benavente

¿PERO de veras no fuiste el año pasado a ningún baile de máscaras? ¡Qué cosa! Yo, desde antes de casarme tenía decidido ir, después de casada, al primer baile que hubiera

—¡Sí es la calaverada de reglamento para los recién casados!

—Por la idea que yo tengo de los bailes no me parece que es lo más a propósito para matrimonios...

—Sí, ya lo sé ¡La diversión no es la cosa, es la curiosidad! ¡Me han hecho sufrir tanto los dichosos bailes! Porque ya era sabido, todos los años, al llegar el baile de escritores, regañina con Pepe... El protestaba siempre que no iría; la noche del baile se estaba en casa hasta más tarde que de costumbre, aparentaba estar muerto de sueño y venía con el traje más viejo que tuviera y hasta con la camisa sucia... Todo para convencerme del esfuerzo extraordinario que le costaría vestirse a las tantas de pies a cabeza — Era humor, la verdad... ¿quién no se convencía?

Pues con todo, a la mañana siguiente ya sabía yo que el caballero había estado en el baile muy divertido con una porción de amigotes y de... amigotas. — Ahí tiene por qué tengo capricho de ir a un baile: para ver lo que pasa allí, qué atractivos tiene para los hombres.

—Esa curiosidad comprendo que la tuvieras de soltera: pero ahora; ya puedes comprender los atractivos...

—Menos que antes. — No creo que un capuchón y una careta basten a cambiar el carcter ni la condición de una mujer... Para las que vayan al baile dispuestas a ser conquistadas, todo el año es Carnaval.

—¿No crees?

—Ellas son las mismas. Ellos los que cambian... Me he convencido de que los hombres son mucho más tímidos que nosotras... Se creen conquistadores y son los conquistados. Con la careta de ellas, no son ellas las que se atreven más con ellos. Con franqueza, vanidad aparte, ¿se te ha declarado algún hombre sin que antes te hayas tu clareado?

—Muchos... ni clareándome, vanidad aparte.

—Ahí tienes el encanto de un baile de máscaras para los hombres. Esa noche se atreven a todo. ¡Pobrecillos! ¡Si yo no sé cómo hay mujeres celosas! Con decirte que Trinidad Acevedo estaba locamente enamorada de mi marido y él no había notado nada; he sido yo quien ha tenido que advertirle, y no lo quiere creer.

—¡No te fíes! Sobre todo así es tu marido. Luis fué siempre muy formal...

—El angel de los "luises", garantizados por veinte años y por el P. Reinosa.

—¡Ay, Emilia! ¡Qué síntomas advierto en tí! Luna de miel en cuarto menguante... Me parece que de mejor gana iba al baile sola que con tu marido. Pero no descompongas mi plan. Pepe está convencido; es preciso embromar a Luis para que también nos acompañe. Dos a dos, no hay remedio; todo el bromazo que podemos permitirnos es cambiar de pareja para desorientar un poco a los amigos. Porque yo estoy decidida a dar bromas...

—¡Qué capricho! ¿Y cómo nos vestimos?

—Muy de serio, no vayan a tomarnos por cualquiera cosa.

—No, hija; si en cuanto nos vean muy encapuchadas de negro, cogiditas del brazo de nuestros maridos, se atrevernos a levantar la voz, muy acobardadas, nos tomarán por lo que somos, por dos pobrecillas cursis recién casaditas, que han ido a curiosear... De seguro que los amigos nos conocen y nos dicen: "a los pies de ustedes". ¡Nos vamos a divertir!

—¡No me desanimes! Es una vez en la vida...

—No, si, iremos, iremos... ¡sí, yo también tengo curiosidad.

Y como había previsto Emilia disfrazadas con largos capuchones negros de una seriedad casi penitente. Emilia del brazo de Pepe y su amiga Enriqueta del brazo de Luis, temerosas de llamar la atención, comunicándose las impresiones en voz baja; paseaban la noche del baile por el salón del teatro.

Los grupos bulliciosos, en que sobresalían chillonas voces de mascaritas entre voces y risotadas hombrunas, como entre los fraques negros, los colorines de algún mantón de Manila, se apartaban respetuosamente para dejar paso a las severas parejas.

—Serán dos señoras de la aristocracia — decían algunos; se citaban nombres.

De un grupo saludaron a los caballeros:

—Adiós, Luis; adiós, Pepe... Vienen con sus mujeres, — cuchicheaban luego.

¡Qué bromazo! Una pierrete con un antifaz tan escaso que más parecía una venda en los ojos; y un escote tan mal encubridor como un antifaz, se encaró con chulería:

—¡Jesús, qué pena! ¡Ahí va la Funeraria.

—¡La Funeraria! ¡La Funeraria! — repitieron otras voces con grandes carcajadas.

Emilia y Enriqueta se aferraban al brazo de los maridos con temblor nervioso. Otra máscara comenzó a embromar a Pepe:

—¿Con tu mujercita? Así me gusta. ¡Cómo te acordarás de otros tiempos! ¡Pobrecilla! ¡Si supiera qué tunante estás hecho! ¡Ya, ya le diría yo más de cuatro cosas!...

Enriqueta se había parado delante de la máscara y escuchaba ansiosa; su marido tiraba del brazo de Emilia: se abría paso a empellones para huir de la embromadora.

No le valió, porque a los pocos pasos le rodeaba un tropel de mujeres, una comparsa entera de "estudiantes" con mayor gritería y menos idea de las conveniencias.

Decidieron volar al palco y retirarse pronto del baile; los cuatro estaban abatidos, pesarosos, esquivando comunicarse impresiones; sólo cambiaban frases indiferentes, como personas entre sí desconocidas:

—¡Qué hermoso está el salón! Hay pocas máscaras bien vestidas... ¿No tienen ustedes mucho calor?

Y así por el estilo.

Las fiestas bulliciosas, que predisponen a intimar con quien no se conoce, rompen como por encanto la intimidad de los afectos cariñosos. Cuando el corazón desea adquirir, avanza abierto y franco; cuando ya consiguió y sólo desea conservar, se recoge silencioso, tímido. ¿Qué expansión puede hallar en un baile un afecto conyugal? Los dos matrimonios se aburrían visiblemente. Más que aburridas, las mujeres estaban tristes. Enriqueta recordaba la historia de los amores con su marido. Pepe tenía fama de mujeriego; unas por él mismo, otras por chismorreos de amigas, sabía ella de mil historias y trapisondas con mujeres casadas, con mozas alegres. Nunca había pensado en ellas con tristeza, en su vanidad de esposa triunfadora; pero aquella noche, cada pareja, cada mujer, evocaba un recuerdo; sentía celos retrospectivos de toda aquella vida de su marido, que no había sido suya; unos celos intensos, desesperados, de esos que impulsan a cometer una falta por igualar la partida o por lo menos inventarla, calumniándose.

Emilia en tanto, consideraba las circunstancias que le habían unido a Luis. El corazón nada le dijo nunca en favor suyo; en cambio, cuantos la rodeaban influían con ella para presentárselo como soñado esposo. ¡A todos les parecía tan bien! De no quererle habría pasado por loca o extravagante, y le aceptó como se acepta una moda. A ningún otro hombre había querido; pero comprendía que a cualquiera otro hubiera podido quererle más. Allí mismo, en el baile, ¡cuántos hombres apuestos, elegantes, cuántos a quien ella no conocería en su vida! ¡Y pudiendo haber amado a uno entre mil, er aesposa de uno elegido sin comparación!

De común acuerdo decidieron retirarse a casa. Podían despedirse de los bailes.

Ya en su casita cada matrimonio, Enriqueta rompió a llorar como una chiquilla; el marido se quedó espantado creyendo que se habría vuelto loca...

—¿Pero qué es esto? ¿Qué te pasa?

Y ella, abrazándole apasionada, lloró sus quejas, sus celos desesperados, preguntó implacable:

—¿Quién fué la primera? ¿A quién quisiste más? Cómo la conociste? ¿Por qué la dejaste?

Y Pepe, atolondrado, conmovido, tuvo que contestar a las preguntas una por una, y más expresivo que nunca en su cariño, tranquilizarla punto por punto...

—¡A tí más que a todas, más que a todas juntas!

Y Enriqueta rendida a la evidencia, sonreía resplandeciente, porque, en efecto, su marido tenía una respuesta tranquilizadora para cada nombre de mujer, preguntado.

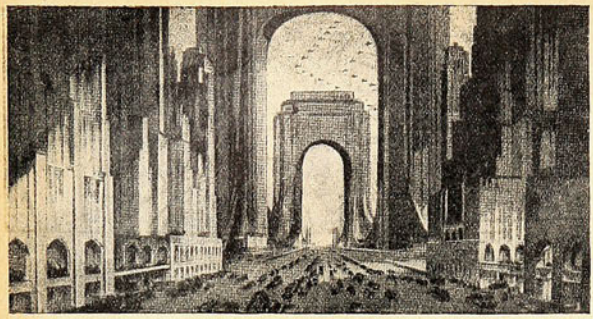
Luis, bien ajeno a los pensamientos de su mujer, pudo acostarse tranquilo, y aunque le pareció más cariñosa que nunca, ni él lo extrañó ni se le ocurrió preguntar nada, porque los hombres vanidosos creen que todo se lo merecen; pero, en rigor, también pudo preguntar algo.

GUIA PRACTICA

Las manchas de fruta en la ropa blanca se quitan casi todas cubriéndolas en seguida con almidón pulverizado. El almidón deberá dejarse sobre la mancha durante varias horas, a fin de que pueda absorber toda la materia colorante.

Para tener la tez muy blanca y muy fina, mézclese la cuarta parte del zumo de un limón con dos cucharadas de leche fresca y lociónese la cara, cuello y brazos todas las noches con esta mezcla.

Una fórmula excelente para pulir las uñas es la que se compone de: glicerina, 12 gramos: carmín, uno, y magnesia pulverizada, 12. Se cepillan fuertemente las uñas con cepillo o gamuza empapadas en esta solución.



Calle de la ciudad del porvenir, con los arcos de un vasto puente suspendido, tal como el que se ha empezado a construir sobre el río Hudson para unir a Nueva York con Nueva Jersey, al fondo.

¿Han llegado a su

Un arquitecto norteamericano afirma que sí; pero otro le responde con los planos fantásticos de las ciudades del porvenir.

¿SE alcanzó ya el máximum de altura en la construcción de rascacielos? ¿Empiezan los edificios altos a ofrecer la imposibilidad de ser habitados por seres humanos?

Hay manifestaciones que indican que las ciudades norteamericanas están próximas a hacer un alto en lo que respecta a la construcción de esos edificios tan altos que se pierden entre las nubes y penetran por otra parte a una gran profundidad en el suelo.

Se está llegando hasta a los límites físicos. Mientras más alto es un edificio, a mayor profundidad deben llegar los cimientos. Eso es natural pero no siempre es muy fácil seguir cavando hasta llegar a una base de roca sólida capaz de soportar el peso de millones de toneladas de concreto, acero y mármol.

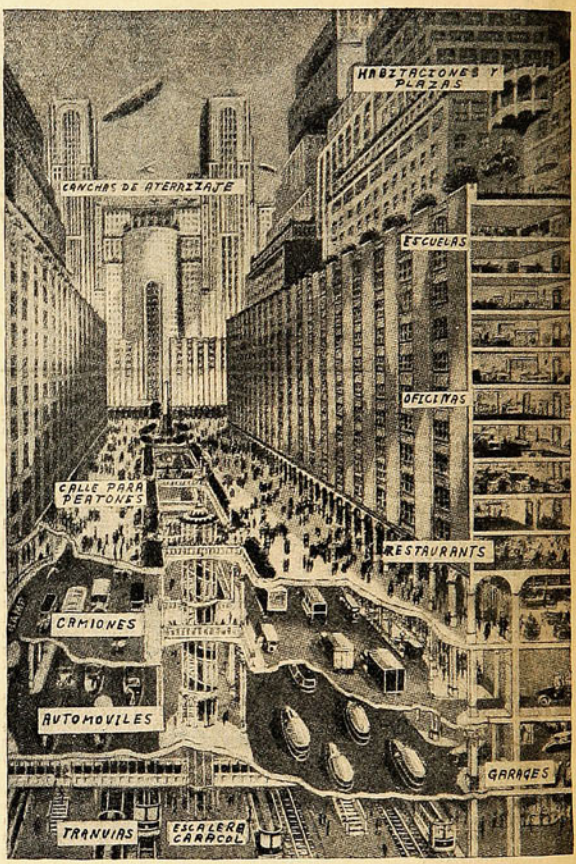
En la construcción del edificio de 34 pisos para las oficinas del Estado de Nueva York, en Albany, se ha descubierto que esto es efectivo. Durante cerca de un año se ha estado buscando una base sólida que soporte el gran edificio. Se han enterrado más de 2,000 postes de concreto en el cerro Capitol, y no se puede encontrar la base que se necesita. Las excavaciones son cada vez más profundas, y en algunos puntos no se acercan todavía a la parte superior de los postes de concreto enterrados en el cerro. Mientras tanto, hay diez pisos de esqueleto de acero almacenados a la espera de que se encuentre algo estable que los soporte.

Mientras son muchas las dificultades con que tropiezan los contratistas de las obras de Albany, los ingenieros dicen que se encuentran dificultades análogas a medida que aumenta la altura de los edificios. Los geólogos declaran que muchas ciudades están construídas sobre tierra sin gran consistencia y que, en lo que respecta a la construcción de rascacielos, tiene tanto valor como si la base fuera de lodo casi líquido.

Los tropiezos que deben afrontar los contratistas quedan ilustrados claramente con lo que ha ocurrido en Albany. Se calculaba que los pilares de concreto enterrados a una profundidad de 37 pies podrían soportar cada uno 35 toneladas de peso, y entonces mediante la colocación de un número suficiente de pilares se aseguraría para el edificio la altura deseada. El gran martillo que enterraba los pilares, llevó a uno de éstos hasta la profundidad de 37 pies menos una pulgada. Para enterrar el pilar la última pulgada fueron necesarios tres golpes del martillo de cinco toneladas, y sólo faltaba enterrarlo una pulgada más. Bajó el martillo una vez más, y el pilar simplemente desapareció. Con otros pilares se llegó a igual resultado. No había suficiente resistencia y los pilares desaparecían en la tierra blanda. Los ingenieros colocaron entonces un madero de 12 por 12 sobre uno de los postes de concreto, e hicieron funcionar el martillo. El pilar llegó a una profundidad de 112 pies antes de chocar contra algo sólido. Los geólogos que observaban la operación declararon que la roca sólida estaba a mayor profundidad aún.

El edificio de Albany no es un rascacielo tan enorme como otros conocidos. Está diseñado para ser de 34 pisos. A pesar de que Nueva York está construída sobre roca sólida, algunos geólogos sostienen que el peso que se puede acumular sobre ella tiene su límite.

Mientras tanto, en otras ciudades se proyecta la construcción de edificios gigantescos. Mr. Harvey Wiley Corbett, notable arquitecto, campeón de los rascacielos, predice para pronto ciudades americanas con edificios del



Corte transversal de la ciudad futura, como la ve Mr. Corbett, con numerosos niveles de tráfico subterráneo, calles elevadas para peatones únicamente y en la parte superior campos de aterrizaje para máquinas aéreas.

LA CAIDA DE LAS CEJAS

Como los cabellos, las cejas pueden caerse bajo la influencia de causas muy diversas. El tratamiento es, por lo tanto, variable, según la causa determinante, y sería un disparate indicar un solo remedio para todas las afecciones que perjudican a la vitalidad de las cejas. No es, preciso dividir el estudio de la caída de las cejas en tantos capítulos como casos distintos existen. Hablaré hoy de la caída originada por la seborrea. Es la causa más habitual y merece especial atención.

Todas las lectoras saben en qué consiste la seborrea y como merced a ella se transforma el cuero cabelludo en una superfcie aceitosa, llena de escamas y particularmente grasienta. Muchas veces se ha llamado la atención sobre los peligros de la seborrea, que casi inevitablemente acarrea la caída de los cabellos.

Esta seborrea puede resistir en las cejas, que se ponen entonces grasientas, relucientes. Una hoja de papel de seda aplicada sobre ellas se mancha inmediatamente de grasa, y pronto, si no acude al remedio, los cabellos caen dejando una zona depilada, que produce el más desagradable efecto.

¿Qué hacer en este caso?

En primer lugar, limpiar las cejas de las materias grasientas que la cubren. Algunos lavados hechos con una solución alcalina de bicarbonato de sosa, o mejor de jabón de miera, bastan para desembarazar la piel de toda caspa o corteza grasienta.

Efectuada esta limpieza, se friccionará la base de las cejas diariamente con un cepillo empapado en una solución excitante y antiséptica, tal como la siguiente:

Licor de Hoffman, 200 gramos; salol, 240 íd; alcohol de espliego, 25 íd.; agua destilada, 25 íd.

Al cabo de algún tiempo se reemplazará esta solución por otra. Es absolutamente necesario variar de vez en cuando la composición de las mixturas destinadas al cuero cabelludo y a las cejas, porque si no, los medicamentos pierden parte de su actividad a fuerza de repetirse. Se puede emplear entonces esta otra fórmula:

Formol a 40 por 100, 1,10 gramos sublimados, 0,5 íd.; ácido acético, 1 íd.; hidrato de cloral, 5 íd.; resorcina, 1 íd.; alcohol a 90, 200 íd.

No es conveniente emplear cuerpos grasosos, en pomadas, sobre las cejas atacadas de seborrea. Esto sería aumentar la proporción de grasa contenida en el sebo. Es preciso contentarse con lociones a base de alcohol o éter, únicas capaces de disolver el exceso de grasa segregada por la piel.

límite de altura los rascacielos?

Una falla en el cálculo de los ingenieros respecto de la hondura a que se encontraría la roca, durante la construcción del rascacielo para las oficinas del Estado de Nueva York, ha traído a la actualidad la ya tan discutida cuestión del futuro de estos enormes edificios. ¿Persistirán los constructores en elevarse cada día más? ¿Ha llegado a su límite la altura de los rascacielos? Esa es la cuestión. Un notable arquitecto americano asegura que no se llegará más arriba, y fundamenta su opinión; pero otro, famoso en tales construcciones, sostiene que se alcanzarán alturas fantásticas y ofrece los planos de las ciudades del porvenir. Con ellos ilustramos esta crónica, que seguramente cautivará el interés de nuestros lectores.

doble de la altura de aquellos que en la actualidad muchos consideran como excesivamente altos. Mr. Henry H. Curran, también de Nueva York, se opone a Mr. Corbett y sostiene la imposibilidad de construír tales edificios tanto desde el punto de vista de la felicidad humana como de la construcción misma.

Mr. Corbett como ingeniero muestra lo que cree que será Nueva York en 1975. Habrá otras ciudades parecidas, como ser Detroit, Chicago, Filadelfia, y posiblemente St. Louis. "Las ciudades americanas—dice—se compondrán de torres gigantescas. La movilización de los peatones se hará por caminos elevados, y además para la cómoda movilización de personas y mercaderías en vehículos habrá abajo amplios "canales".

"Las grandes ciudades—añade—serán modernas Venecias, por las cuales traficarán automóviles en vez de que el agua llene los canales. Los grandes almacenes tendrán dos entradas, una abajo para los automóviles y otra a la altura del segundo piso para los peatones. Las personas que salgan de compras podrán ir de un almacén a otro sin ser molestados por el tráfico. Las plazas abiertas serán elevadas hasta el nivel en que se hallen los caminos de los peatones y el espacio correspondiente abajo será empleado para la detención de los automóviles.

"Los rascacielos del porvenir tendrán escaleras movedizas en el exterior en vez de ascensores, con facilidad para que los pasajeros desciendan en cualquier piso.

"Habrá canchas de aterrizaje para aviones en todas partes—prosigue Mr. Corbett. La luz artificial, que se encuentra en la infancia, revolucionará nuestra vida y cambiará por completo la noche en día. Las horas de trabajo en los establecimientos comerciales serán 24, en vez de ocho o diez; el personal hará turnos de seis horas. Las iglesias estarán situadas encima de los grandes edificios comerciales, y sus torres llamarán la atención, o quedarán perdidas en los pisos bajo el nivel de las calles".

Mr. Corbett basa sus predicciones en su obra de muchos años como autor de los planos de incontables grandes edificios, en lo que es una autoridad mundial. Prosigue: "Habrá edificios que ocuparán varias manzanas de extensión y alcanzarán una altura enorme.

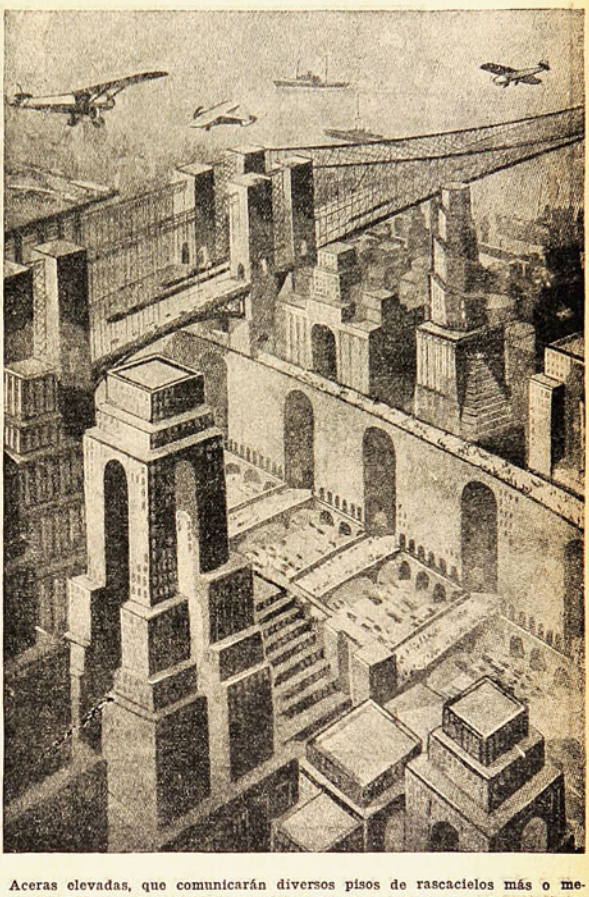
"Algunos de los rascacielos llegarán a media milla de altura y albergarán a pequeñas ciudades. Los almacenes ocuparán los pisos más bajos. En seguida habrá series de pisos destinados a oficinas. Más arriba estará la sección residencial, o sea pisos en los cuales podrán vivir los que trabajan en la sección comercial del edificio. Las escuelas, iglesias, teatros y otros sitios de reunión ocuparán la sección siguiente de pisos. El techo será usado para estaciones de aterrizaje de aviones.

"Imaginaos estas nuevas ciudades sin humo, y donde la calefacción, la energía y la luz son todas suministradas mediante corriente eléctrica que es producida en las mismas minas de carbón".

Mr. Curran, que es consejero de la Municipalidad de Nueva York, sostiene que no sólo los cimientos de los grandes edificios presentan un grave problema. Según él, los grandes edificios aumentan la incomodidad de los habitantes, especialmente por la fenomenal congestión que se produce a ciertas horas en los ascensores, ferrocarriles elevados y subterráneos. Mr. Curran agrega:

"¡Ahora un arquitecto neoyorkino anuncia un edificio de 110 pisos! Esta gigantesca construcción llegará a la altura de 1,200 pies, superando a la Torre Eiffel, que es todavía la construcción más alta del mundo".

Es posible que la dificultad física de cavar a gran profundidad detenga la construcción de edificios gigantescos O quizá llegue a producirse un grave accidente, pues mientras se cava el suelo para colocar los cimientos de un nuevo rascacielos, hay que observar constantemente los edificios vecinos. Además, siempre están presentes los peligros de inundación, incendio y explosión.



Aceras elevadas, que comunicarán diversos pisos de rascacielos más o menos uniformes, mientras sobre la parte alta de las torres habrá puentes de grandes dimensiones.

EVITANDO LAS ARRUGAS

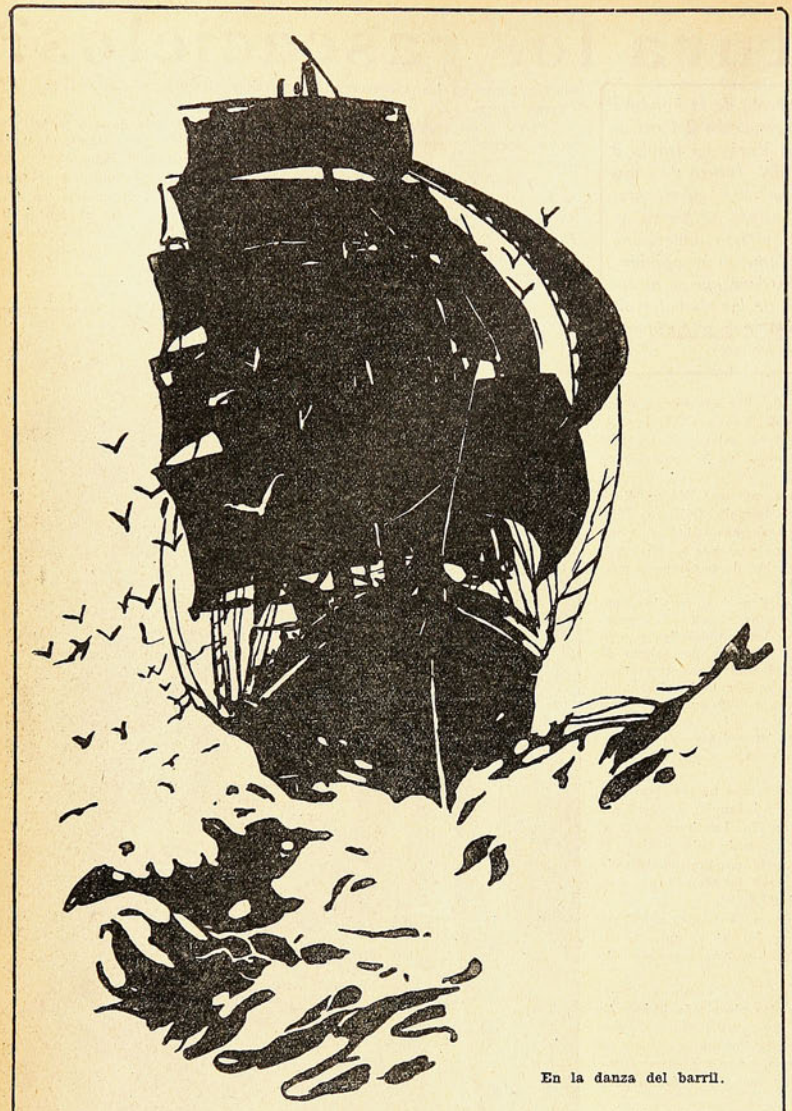
Evitar que las arrugas aparezcan en nuestros rostros no es cosa que requiere gran trabajo. Si las arrugas comienzan a iniciarse, con un masaje todos los días es suficiente; si aun no han aparecido, con aplicarse uno cada tres o cuatro días, todo está arreglado.

Desde luego, el masaje no es otra cosa que un tratamiento para la piel. Si los músculos fáciales se mantienen en una completa salud por medio del ejercicio general, la piel se mantendrá siempre bella y no será necesario este procedimiento artificial para rejuvenecer. Pero la naturaleza, cuando se muestra propicia con nosotros, hace que nos olvidemos de esto, y nos venimos a fijar cuando hay que atajar el mal de cualquier modo, bien por los ejercicios físicos o por procedimientos químicos. Entonces tenemos que poner gran parte de nuestra voluntad para remediar lo acaecido, y más aun, si se trata de las arrugas en la cara. Es muy cierto que las líneas de la risa son, por lo regular, las primeras en trocarse en arrugas, al igual que las del gesto tosco y malhumorado. Yo prefiero las arrugas que nos deja la risa, a las que surgen como una muestra real de nuestro estado psicológico. Las primeras tienen cierto matiz de alegría, que en la mayoría de los casos se hacen muy simpáticas. Las otras nos muestran de tal manera atormentados, que desearíamos que nunca aparecieran. Pero si una persona ha de llevar en su rostro alguno de sus rasgos interiores, ¿por qué no tener una arruga? No creo que sea cosa de la cual tengamos que renegar a muerte. Y, por lo tanto, si usted quiere tener un rostro interesante y bello, procure que su rostro luzca unas cuantas líneas alegres, y, de vez en cuando, una de esas que nos hacen aparecer algo inquietadas, como si en nuestro interior se desarrollase una escena bien cortada, en la cual hay que hacer un papel distinguido.

Para las bocas seriotas, que parecen no reír nunca, lo mejor es un masaje desde los labios hacia las orejas. Esto se puede practicar con crema para el rostro, que no sea de las más inferiores. Para las arrugas en torno a los ojos, utilice el dedo del corazón, y comenzando en la esquina más cercana a la boca, comience a frotarse con este dedo alrededor de todo el ojo, al igual que sobre el párpado. Para acabar con las de la frente, use todos los dedos de la mano, iniciando el masaje en el centro y terminando en las sienes, siempre en la misma dirección. Si para todo esto usted prefiere que al masaje de los dedos le acompañe alguna crema de casa, rica en perfumes puede hacerlo: en nada le perjudicaría. Y si le parece, puede dejar ésta en su rostro hasta el día siguiente.

LA DANZA DEL BARRIL

Por OSCAR LANAS



En la danza del barril.

CUANDO el hombre cayó al agua haría más de una hora que el buque se zandareaba bajo la lluvia copiosa, corriendo un temporal de cuarto cuadrante, en medio de la noche horrenda; pero aún en medio de aquella confusión se alcanzó a oír el grito del capitán, agrandado en el portavoz, y el agudo silvato del contramaestre.

Acto continuo los hombres se desparramaron en todas direcciones, cumpliendo las órdenes rapidísimos; porque las mangas de agua saltaban al abordaje como furibundos colazos de ballenas arponeadas.

Además, la resbalosa cubierta, baldeada por aquellos torrentes que se despedazaban con estruendo, chupados por los imbornales, seguía ofreciendo peligros hasta para los pies descalzos de esos hombres, cuyos dedos estaban acostumbrados a clavarse como garras en donde se afirmaran.

Sin embargo de esto, aunque el timonel iba descalzo, tuvo que hacerse amarrar a la barra, porque el viento le enviaba cada chubasco que lo dejaba ciego por momentos y a veces, cuando tenía que poner la proa al golpe traicionero que podía hacerlos dar la vuelta de campana, el oleaje se partía el corazón en la quilla y saltando por entre el bauprés en dos turbiones, caía azotándose bestialmente en la proa, para correr como avalancha hacia el timonel, levantándolo por los pies, mientras sus brazos de hierro, en un esfuerzo sobrehumano sujetaban la rueda; pero le llegaban a crujir los colmillos, lo mismo que los maderámenes del barco.

Piquetes de gavieros treparon por las estrechas escalerillas y cuando se soltó la primera driza, cayó una lluvia de maldiciones tan enfurecidas como el temporal.

Navegando acostados a una velocidad fantástica, que prolongaba una estela luminosa, como si el roce del foro con el agua hubiese dejado chispas o millares de ampolletitas flotantes, cada uno pensaba en su propia suerte, es decir, en la suerte del buque.

El viento mudó su largo inesperadamente. Volvióse a oír la voz acartonada del capitán en la bocina de órdenes y los hombres cogieron los cabos y empezaron a tirar a compás, para cambiar las lonas a la otra banda.

Entonces el buque se acostó del lado opuesto, sacudiéndose todo y estremeciéndose en un temblor, mientras rodaban los objetos, se quebraban algunos vidrios y de los pañoles de cadenas salía un destemplado ruido de grilletes, semejante a una danza de demonios, al compás de sonoros cascabeles de hierro.

Sin poder ponerse al pairo, volvió a empezar la carrera fantástica, rolando en medio de aquella inmensidad, que se hacía más inmensa con el eco de los truenos que parecían oírse del otro lado del mar, como simultáneas descargas de cañones, y otras veces como un sordo golpeteo de bombo en el negro parche del cielo trémulo.

De pronto se abría el terciopelo de la noche y se precipitaban en zig-zag, como escapados de entre los dedos de un puño, dos, tres y hasta cuatro dardos eléctricos, de un fulgor vivísimo, que taquigrafiaban en el espacio, quizás escribiendo una sentencia de muerte dictada por la "Ira de Dios", y caían con un fragor de montañas derrumbadas en el seno de las aguas

Había luz de sol por centésimos de segundo, pero nadie aprovecharía, porque los ojos se cerraban involuntariamente.

Y sólo los pulmones se quedaban apreciando una marcada emanación de azufre, que luego se convertía en ese olor que se suele aspirar en torno a los grandes calderos de hierro líquido de las fundiciones.

El viento que seguía bramando, soplaba de súbito en otras direcciones, y los tufos extraños eran desplazados por gruesas ráfagas impregnadas del yodo que despedían las plantas submarinas, flotantes en la revuelta superficie.

Aquella soberbia fragancia, que es la fragancia del sexo del océano despedazado por la borrasca, abultando los pechos robustos, hinchaba las narices de esos lobos que la aspiraban glotonamente, al par que ejecutaban las órdenes, moviéndose en las tinieblas.

Y como la maniobra de salvamento para el caído resultó infructuosa, se volvió a oír la voz vibrante del capitán, que ordenaba una nueva y desesperada maniobra.

—¡Eh! ¡Gato Flaco!... ¡Al sobre!...—gritó el contramaestre, dirigiéndose a un hombre delgadito, que sabía volar flechaste arriba, con una agilidad extraordinaria.

El aludido, de un salto llegó a la mesa de guarnición, y en pocos segundos alcanzó el cuello del mástil, cogiéndose a un cabo, por el que continuó trepando con pies y manos.

Sin poder evitarlo se le voló la gorra, arremolineándose el cabello largo, que se le entraba por los ojos, dificultándolo a cada instante.

Y de repente un golpe extraño del viento destempló una vela, alcanzando a cogerlo de socallada, en la cabeza.

El ágil gaviero perdió el conocimiento y sin darse cuenta resbaló cabo abajo, aunque sin soltarse, con lo cual se le descarnaron las manos y las piernas a causa del roce; y al tocar cubierta, el contramaestre le aplicó una tremenda patada, porque no se había dado cuenta de que venía aturdido:

—¡Toma...! ¡Perro, chancho, cobarde...!

El hombrecillo rodó unos cuantos metros y se quedó tumbado como un saco de huesos.

En ese momento una ola gigantesca se vino al abordaje, pasando de banda a banda para arrebatarse al contramaestre, sorprendiéndolo por la espalda y sacándolo en vilo por la borda opuesta, mientras el hombrecillo, que también fué arrastrado, se quedó enredado providencialmente en la batayola.

Se oyeron unos cuantos gritos de alarma:

—¡Eh! ¡Gente al agua!

—¡Al diablo!—contestó el capitán con el vozarrón exasperado, sin saber de quién se trataba.

Ante la pérdida del contramaestre, uno del equipaje corrió al puente, en donde se encontraba el capitán, y le avisó.

El capitán, entonces, se volvió rápidamente al timonel, ordenándole:

—¡Vira pronto, pedazo de...!

Cumpliendo la orden el timonel se cargó a toda fuerza, haciendo girar la rueda, pero un crugido de tabla que se rasgaba fué la única respuesta.

¡El timón se había roto!

Ahora el trabajo se hacía más difícil, con sólo el juego de las velas bajas, aunque no se podía gobernar, sino dejarse ir a merced del viento y de la gruesa corriente.

—¡A revisar averías!—ordenó el capitán, dirigiéndose al primer oficial que había acudido a pedir órdenes.

El oficial se cuadró, sin contestar. El capitán añadió:

—¡Baje con los hombres que pueda... y si hay brecha de inundación, avise en el acto!

El primer oficial bajó presuroso a cubierta y pidiendo una linterna se deslizó por una escotilla hacia el interior; pero cuando aún no llegaba a la mitad de la escalerilla de fierro, alcanzó a oír un espantoso concierto de rugidos, que parecía salir de la bodega inmediata.

—¡Ah!... ¡Caramba...! ¡Los tigres del Circo...!—pensó el oficial, recordando que en Buenos Aires habían tomado esa carga. Y se quedó cavi-

—¡Ah! ¡¡¡Los tigres del circo...!!!—y se quedó cavilando...

lando un instante con la idea de entrar por otra parte, pero reaccionó y continuó bajando rápidamente, ante la seguridad que ofrecían las jaulas en que estaban encerradas las bestias feroces.

La oscuridad no era tan grande dentro del buque para la linterna de mano, que arriba no alumbraba nada, y sólo constituía un leve puntito rojo; pero aquí la sombra no era tan densa para resistirla.

Llegado al primer plan, avanzó por el pasadizo equilibrándose instintivamente, y escuchando con suma atención.

No se alcanzaban a oír los ruidos de afuera, pero el azote de los tumbos inmensos resonaba en el interior como el eco de grandes combazos en las planchas de acero, que parecían abollarse.

De repente un resplandor verde y lívido iluminaba todas las claraboyas, en un pestañazo en que se alcanzaban a columbrar las colas de los rayos, como una especie de blanquísimas raíces o como fibras de sistema nervioso.

Entonces se oía un larguísimo "ahahahah..." como si se hubiera rasgado una nube, extendida en forma de sábana o como si se hubiera quebrado una cuaderna del Universo.

Después de revisar un lado, el oficial se dirigió al frente para ver de dónde provenía el agua que iba aumentando y parecía salir de la bodega en que venían las fieras del Circo.

A la luz de su linterna vió los barrotes en perfecto estado, pero le extrañó no ver al guarda de las bestias, que dormía al frente. Entonces iluminó hacia el interior de una jaula cercana y se le erizó el cabello, no por divisar la silueta de un tigre que lo miraba agazapado, con unos amenazantes ojos de redondelas fosforescentes, sino porque alcanzó a distinguir un paletó hecho pedazos...

Sin querer dió un paso atrás pero casi se resbaló en un charco, con un movimiento brusco del buque, que hizo resbalar algunas jaulas. En ese instante el tigre se le abalanzó, azotándose la soberbia cabezota en la reja y sacando las potentes manos, por entre los barrotes, con furia selvática.

De un golpe se le vino a la mente todo el drama: el guarda, que por encargo del Circo cuidaba las fieras, al acercarse imprudentemente a la jaula, había caído en las garras del tigre, que se lo devoró sin dejar otra huella que el gran charco de sangre en donde casi se había caído por el resbalón.

Aterrorizado con esta idea echó a correr hacia la escalerilla; pero se vió obligado a detenerse ante un rugido formidable que partió de una de las jaulas que se habían corrido hasta ese sitio, mediante la fuerte sacudida e inclinación del buque, interceptándole la pasada de escape.

Y durante un minuto, que para él fué una hora, escuchó a los tigres, que rugían, resoplaban como gigantescos perros rabiosos, tiraban arañazos o escarbaban el piso, ansiosos de salir para devorarse al que estaban olfateando.

A medida que el agua seguía inundando el recinto, los animales se iban enfureciendo más, y mordían los barrotes de las jaulas con una desesperación y rabia que daba espanto.

El agua al mojar el piso lo hizo fácil a los resbalones, y las jaulas empezaron a danzar de uno al otro lado, atropellapelladamente, volcándose a veces, o chocando contra los pilotes de sostén.

Se oía la tembladerilla de los fierros y objetos sueltos; rodaban los barriles de madera y al estrellarse contra las jaulas se desarmaban desgranando verdaderos abanicos de tolvas.

A veces, aunque por breves instantes, el buque se sosegaba y los tigres dejaban de rugir pero algunos, quizás mareados, lanzaban un largo gemido doloroso, como una queja humana, hasta que volvía a empezar la danza con más ímpetu y recrudecía la furia de los tigres.

El oficial aprovechó la confusión y a tiempo que iba a escapar, un barril de acero, de esos en que guardaban alcohol, se le vino encima vertiginosamente; pero antes de llegar a sus pies se devolvió, por una inclinación del buque, dándole tiempo para escapar hacia otro lado pero apenas alcanzó a dar tres brincos, por segunda vez se le acercó el barril que volvió en un abrir y cerrar de ojos, tambaleándose como un borracho y acorralándolo ante las jaulas, de tal manera que si retrocedía, los tigres le clavarían las garras por la espalda, y si avanzaba el barril lo destrozaría incudiblemente.

Entonces no se le ocurrió nada que hacer para evitar estos dos peligros y como no tenía tiempo para pensarlo, antes que el barril se le viniera encima, lo salvó de un salto, así como se salvan las grandes olas; y fué a caer rodando en el piso, en donde la linterna se hizo añicos, chisporroteando en el agua que apagó la llamarada.

Rápidamente se levantó, y aún con el dolor brutal de la caída, alcanzó a dar algunos pasos para huir del barril que ya le parecía tener encima. Sin embargo el barril no regresó, y cuando sintió que seguía danzando como entre las jaulas, pudo respirar con menos preocupación.

Alentado con la esperanza de que el barril no regresaría trató de buscar la escala y en la oscuridad en que se encontraba sumido divisó dos puntitos luminosos, como dos bolitas de vidrio, que lo miraban amenazantes.

En ese momento oyó un bronco choque seguido del gritazo de un tigre enfurecido, cuya jaula debió descuartizarse. Luego se volvió a repetir el estruendo de aquel golpe, y acto continuo otro, otro y otro... en distintas direcciones...

Con la quebrazón de las jaulas la situación se le hizo más tremenda, porque se dió cuenta de la presencia de los tigres sueltos, que respiraban fuertemente como resoplando con las narices.

Retrocedió dos o tres pasos para emprender nuevamente la carrera, y como el movimiento del buque era igual a la oscuridad, tropezó en un objeto, como cajón, barril o jaula, y cayó de espalda sintiendo un fuerte dolor en una de sus piernas como si se le hubiera fracturado la canilla.

Fué en ese instante cuando notó que un bulto pasaba por encima de su cabeza y se clavaba en la escalerilla, como un gato, descansando unos segundos para seguir subiendo silenciosamente.

Y en la penumbra rectangular de la escotilla alcanzó a ver el cuerpo de un tigre que abandonaba la bodega.

Casi sin fuerzas se llevó la mano al revólver para hacer fuego, con la esperanza de dar un aviso a los que se encontraban desprevenidos en cubierta pero un objeto, algo así como una gruesa tela de buque, se desprendió de lo alto [illegible] y deiándolo semiaturdido, aunque todavía pudo oír el rugido del tigre, quedesde lo alto parecía llamar a sus compañeros en medio de la noche!

Entonces ilumino hacia el interior de una jaula y se le erizó el cabello.

EL AMOR — Por — Santiago Rusiñol

En el fondo de nuestro corazón, todos hemos rezado la oración del amor. A lo largo de la vida, hasta la muerte, vamos rezando cada día una perla del dulcísimo rosario.

La vamos rezando cuando nace la primavera y el otoño, cuando nos alienta el estío y el invierno nos aturde, cuando clarea la aurora o cuando en el fondo del corazón del hombre entra la oscuridad.

La rezamos siempre que el alma despierta para levantar el vuelo; para dar vida a la vida y hacer que a la luz grane la tierra.

La oración del amor todo el mundo la reza en el vacío, la tierra la reza en el vacío; el viento la reza a las nubes, a las sierras; las olas a las playas y las playas a la salada espuma.

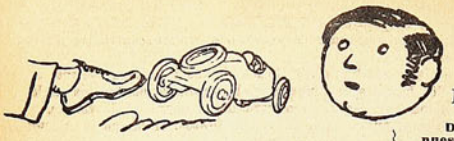
Rezan de amor, volando en parejas, las blancas mariposas; mecidas en el aire, rezan besándose, y a cada beso que dejan a la sombra de una planta, nace una flor.

Cantan su llanto, bajo la noche serena, las aves en los bosques; y, de aquellas quejas, hechas de suspiros y rezos, otras aves y otros suspiros nacen, rezando a coro.

El rezo de las plantas, que se lleva la brisa, es la semilla del amor que otras plantas esperan para estrechar sus labios y cerrar las corolas con un beso.

Como el ave y la planta, el viento y las olas, recemos al amor, vivamos ilusionándonos en el eterno abrazo, que del fondo del engaño que el amor nos prepara, sale la luz.

En el fondo de nuestro corazón, todos hemos rezado la oración del amor. A lo largo de la vida, hasta la muerte, sigamos rezando cada día una perla del dulcísimo rosario.



Greguerías

Por: RAMON GOMEZ DE LA SERNA

Del pontífice de la cripta de Pombo ofrecemos hoy a nuestros lectores un puñado de "Greguerías". La originalidad de Gómez de la Serna, que le ha hecho triunfar en España y fuera de España, destaca en sus "Greguerías", que, según definición del autor, son lo que queda, lo que vive, lo que surge entre el descreimiento, la acidez y la corrosión; lo que lo resiste todo.

Desde lejos, siempre parecerán los automóviles, en plena carrera, cosas a las que han dado un puntapié en salva sea la parte.

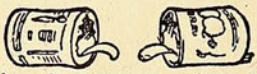
Acariciaba el melocotón con maternidad, como si fuese la empelusada cabeza de un bebé.

El aparato más sabio del mundo, es el de la cascada de agua para el retrete, con cuya cadena en la mano todos somos Moisés milagrosos.

Hay una nube esponjada y fresca, que merodea por el cielo, en las noches de luna, y que es como la borla de los polvos de la luna.

Si el ratón no pasase arrastrando su largo rabo, no le veríamos. Lo que pierde al ratón es su rabo.

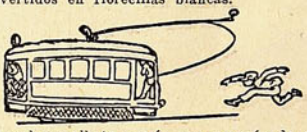
Hay unos ojos azules que son ojos de hijo de borracho, porque hay un aguardiente que azulea los ojos.



Las latas de conserva se quedaron con la lengua de hoja de lata fuera.

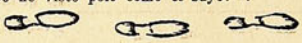
Todo sordo tiene un resquicio en su sordera, por el que oye cuando se le llama bruto. ¡Cuidado, pues!

El estanque estaba lleno de gritos de niños, convertidos en florecillas blancas.



Aquel mozalbete quería ser campeón de algo y por eso corría detrás de los tranvías hasta alcanzarlos.

Los peluqueros de señora tienen la psicología de enamorados, y así se hacen una buena clientela. Todos dicen a todas en la soledad: "¡No he visto pelo como el suyo!".



El asfalto recalentado, nos va tomando medida de unos zapatos.

El gesto más socorrido de la actriz, es el de moverse las sortijas alrededor del dedo.

—Yo no sé cuál será peor: si la mosca del sueño o la mosca que no tiene sueño.

Hay una manera de pizcar y separar con el tenedor los granos de arroz en el plato que revela que el que eso hace fué pollo en generaciones anteriores.

Ni la horca ni nada, nos amenaza tanto como el garfio de una percha de carnicería.

Las moscas más malditas, son las que se aprovechan de que nos estamos afeitando.

Se nota en las mujeres de piernas muy al aire, que una es más tímida que la otra... En la hora de las fotografías, sobre todo, la más tímida se oculta detrás de la más cínica.

IV

II

TITILEOS

III

I

I. **Luisa Brooks, de la Paramount,** en la piscina de su casa, en Hollywood

II. **Florence Vidor realza su hermosa silueta gracias al arte del fotógrafo**

III. **Gertrudes Olmster y Roy** D'Arcy, de la Metro-Goldwin, en una escena divertida. D'Arcy está disfrazado de pollo... ponedor.

IV. **Clara Bow (su cara lo está diciendo) prefiere en los muebles el estilo** moderno al Luis XV

Humorismo

—Anoche estrené una obra con verdadero éxito. Al final de todos los actos el público me llamó.
—¿Qué te llamó?

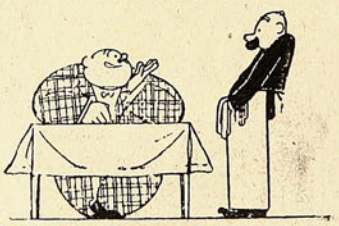
EL MARIDO DE LA AVIADORA.—¡Si se le ocurriese intentar la travesía del Atlántico, qué semanita tan tranquila me iba a pasar!

—Pepe y su mujer, andan de mal en peor. Hoy he visto a él darla una bofetada.
—Yo creí que vivían en perfecta comunión.
—Pues, ya ves: ahora están en la confirmación...

Después de cuarenta horas de estar colgados.—Aguanta un poco más, Nemesio, que así batiremos el "récord" de permanencia en el aire sin escala.

—Madre, ¿puedo ir a jugar al patio?
—¿Con esos agujeros en los pantalones?
—No; con los chicos de el lado.

AL PIE DE LA LETRA



1.—Un bisté de carnero, pero muy especial, ¿eh? Ni muy crudo ni muy cocido; con una pisca de tocino a cada lado y con mucho jugo y además unas pocas patatas, no muy cocidas, pero pocas, ¿eh?
—Sí, señor; sí, señor.

2.—(Al teléfono). — ¡¡Un bisté con patatas!!

SECRETOS DE BELLEZA

Marion Nixon, famosa estrella de la Universal Pictures Corporation

Manera de desprenderse de un cutis malo

Es una tontería intentar cubrir un color cetrino, cuando se le puede hacer desaparecer o cambiar el cutis. Lo mejor es aplicarse cera pura mercolizada lo mismo que si se tratara de cold cream, lavándose la cara por la mañana con agua caliente. El efecto, después de las primeras aplicaciones, es sencillamente maravilloso. Gradualmente y sin dolor, la cera absorbe la cutícula mortecina en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel nueva y aterciopelada que hay debajo. Ninguna mujer ostentará un cutis pálido, con ronchas, barrillos o pecas, si compra en la farmacia cera pura mercolizada y la usa en la forma indicada.

Para evitar el vello

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporáneamente el vello; pero, evitar de un modo definitivo esa innecesaria abundancia de pelo representa un problema distinto. No son muchas las damas que conocen los espléndidos resultados que se obtienen mediante el empleo del porlac pulverizado. El porlac se aplica directamente al pelo que se quiere eliminar. Este tratamiento recomiéndase no sólo para la instantánea desaparición del vello y de las superfluidades del cabello, sino que también para la destrucción definitiva de las raíces. Casi todos los boticarios pueden proporcionarle porlac, una onza, más o menos, cantidad suficiente para el experimento.

Un secreto contra los barrillos

Los puntos negros, la graseza del cutis y la dilatación de los poros cutáneos del rostro, son molestias que en general nos asaltan juntas. Pero, tenemos la ventaja de poder combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua caliente una tableta de stymol, que, al disolverse, produce una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha cesado, se usa el agua, así "estimolizada", para bañarse el rostro, secándose, luego, con una toalla. Los intrusos puntos negros salen del cutis para desaparecer en la toalla: los grandes poros grasos se contraen como por encanto y se borran de la cara. Merced al stymol, que se halla en venta en todas las farmacias, la piel queda alisada, blanda y fresca, sin experimentar daño alguno.

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

Indudablemente, un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquiera indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis y además se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas, pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo: pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las farmacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

Mientras Isadora bailaba alrededor del poeta, d'Annunzio la seguía con aterrados ojos. Y cuando intentó apagar la última candela, se escapó del estudio lanzando un alarido de terror.

Los sensacionales romances de Isadora Duncan

ALGUNAS FRANCAS REVELACIONES QUE CONTIENEN LAS "MEMORIAS" DE LA DESGRACIADA BAILARINA, Y QUE NO ALCANZO A TERMINARLAS

NO hace mucho los editores Boni & Liveright, de Nueva York, publicaron las Memorias de la desgraciada Isadora Duncan, bajo el título de "Capítulos de mi Vida". A través de sus páginas encontramos numerosos hombres y mujeres conocidos en el mundo entero y algunas de ellas no bendecirán ciertamente su memoria, cuando lean las páginas de este libro. Por ejemplo, el gran poeta italiano Gabriel d'Anunzio.

"Cuando d'Annunzio me encontró en París en 1912, relata Isadora, decidió emprender mi conquista. Esto no es una fatuidad de mi parte, porque d'Annunzio se dedica a hacer el amor a todas las mujeres conocidas del mundo. Pero yo me resistí a causa de la admiración que siempre había sentido por Eleanor Duce, a la que, según mi parecer, había tratado de una manera vergonzosa.

Cuando d'Annunzio desea conquistar a una mujer, le envía cada mañana un pequeño poema con una pequeña flor que expresa el poema. Todas las mañanas, a las ocho en punto, yo recibí esta pequeña flor.

Una noche (yo tenía entonces mi estudio cerca del Hotel Byron), d'Annunzio me dijo:

—"A media noche vendré a visitarla".

Durante el día yo y una amiga preparamos el estudio. Lo llenamos con lilas blancas y flores que se acostumbran en los funerales. Y encendimos miles de candelas. D'Annunzio quedó deslumbrado al penetrar al estudio, que parecía una catedral gótica con todas esas candelas encendidas y todas esas flores blancas.

Primero dancé en su presencia, después lo cubrí con flores y coloqué candelas, marchando suave y rítmicamente al compás de la marcha fúnebre de Chopin.

Gradualmente, fuí apagando una por una las candelas, dejando encendidas sólo las colocadas en su cabeza y en sus pies. Permanecía como hipnotizado, y entonces al son de la música apagué la luz de su pieza; pero cuando avanzaba solamente a apagar la que se hallaba en su cabez, d'Annunzio saltó sobre sus piés y lanzando un grito de terror escapó del estudio, mientras mi amiga y yo nos desmayábamos de risa."

Isadora confiesa que en su primer romance amoroso fracasó lamentablemente. Ella y su familia se hallaban en París y allí conocieron a Andre Beaunier, el novelista francés.

"Era pálido, de cara redonda y usaba anteojos, ¡pero qué cerebro!", escribe Isadora. "Yo he sido siempre una "cerebral", y aunque la gente no lo crea, mis asuntos amorosos de la cabeza, de los que he tenido muchos, fueron tan interesantes para mí como aquellos de mi corazón. Andre venía cada tarde a visitarme en mi estudio con un libro nuevo o una revista bajo el brazo. Mi madre no podía comprender mi entusiasmo por este hombre, pero yo lo admiraba por su gran cerebro.

Esta tranquila amistad había durado más de un año, cuando se me ocurrió darle otra expresión. Una tarde envíe a mi madre y a mi hermana a la Opera para quedar sola y compré clandestinamente una botella de champagne. Esa noche arreglé nuestra pequeña mesa con flores, champagne y dos vasos; me puse una túnica transparente y coroné mi cabello con rosas. Cuando llegó Andre se sintió asombrado y un poco molesto. Bailé para él pero permaneció distraído, y por fin me dejó pretextando que tenía mucho que escribir esa noche. Quedé sola con las rosas y el champagne y lloré amargamente esa noche."

Otro de los grandes pesares de Isadora parece haber sido Rodin, el gran escultor que murió no hace muchos años. Isadora hace una interesante descripción del maestro.

"Desde que vi sus obras en la exposición, me sentí atraída por el genio de Rodin. Rodin, era chico, cuadrado, recio, de barba larga y de cabello muy corto. Me mostró sus obras con la simplicidad de los hombres verdaderamente grandes. Me parecía que cuando sus manos acariciaban las estatuas, el mármol parecía fluir de ellas como plomo derretido. Por último tomó una pequeña cantidad de arcilla y la presionó entre sus manos. En pocos momentos formó el torso de una mujer que palpitaba bajo sus dedos.

También fué a visitarme a mi estudio y también dancé para él y le expliqué mis teorías acerca de la danza, pero pronto noté que no me escuchaba. Su cerebro se hallaba en otra parte. Muchas veces he sentido el pesar de no haber sabido comprender al genial artista.

Nunca se ha sabido quién fué el padre de los dos hermosos hijos de Isadora que murieron de una manera tan trágica en un accidente de automóvil, de la misma manera que murió después su madre. Isadora asegura francamente que Gordon Craig, el actor artista y director

(Concluye a la vuelta).

Bernard Shaw respondió negativamente a la curiosa invitación de Isadora

Candidatas a estrellas: OID.—

Por qué las jovenes deben huírle a Hollywood

Por Marceline Day

HOLLYWOOD es como una lotería—de los mil que compran billetes uno sólo sale premiado—y ésta es la razón por la que siempre trato de desanimar a las jóvenes que quieren hacerse artistas de cine. Hay muchas, muchísimas jóvenes hoy en Hollywood, desconocidas, sin amigos, y que nunca serán conocidas como artistas por el público. Luego están las pocas, sobre las que habéis leído, cuyas vidas han sido romances tan emocionantes y bellos como las mismas películas.

Los periódicos y magazines no tienen espacio suficiente para publicar las historias de miles y miles de jóvenes que luchan contra inmensas dificultades sin encontrar ayuda. Innumerables jóvenes de ambos sexos están esperando la oportunidad para ver siquiera el interior de un estudio. Hay más de éstos, que actores empleados. Unidos a éstos están los cientos que aparecen como extras, quienes nunca llegan a ser nada más que extras, y que nunca tienen suficiente trabajo para ganar su vida.

Quizá esos que vemos por las calles, tristes y descorazonados, porque no han podido verse nunca frente a una cámara cinemagráfica, debían estar más lejos aún, que el grupo que ha fracasado en la prueba. El fracaso es algo espantoso, una tragedia que se repite en las películas.

Algunas jóvenes consiguen trabajo como extras por pocos días. Luego sus ahorros desaparecen y pronto se encuentran muertas de hambre, sin un centavo siquiera para salir de Hollywood, donde tienen que quedarse desilusionadas, lavando platos, trabajando en fábricas, etc.

Irse a Hollywood a hacerse artista—suena muy bien. Llegar es muy fácil, pero luego es lo terrible. Si alguna de ustedes quiere hacer la prueba aún, provéase por lo menos de suficiente dinero para poder esperar muchos meses, sino años. En otras palabras: compre su pasaje de ida y vuelta, porque bien puede ser que usted no sea de las afortunadas.

A través de las olas traicioneras: por entre la obscuridad amenazante: a despecho del huracán alevoso. la brújula. como una mano fiel va indicando siempre: "por aquí. por aquí . . . " Nada la aparta de su objeto. Nunca engaña. Jamás guía al peligro.

La **CRUZ BAYER** es como una brújula. Siempre segura a través de los años. sin que nada la aparte de sus deberes. Siempre fiel a los más altos principios de honradez. Siempre marcando el buen camino por entre la peligrosa marejada de falsificaciones y substitutos.

De los productos que ella ampara. los que mayor fama alcanzan son:

BAYASPIRINA
(Tabletas Bayer de Aspirina)
Prescrita por los médicos en todas partes del mundo. M. R.

CAFIASPIRINA
(Premiada con Medalla de Oro)
El analgésico por excelencia para los dolores con depresión nerviosa. y

FENASPIRINA
El remedio moderno para los resfriados. la grippe. la influenza. etc.. cuya característicaes la de ser perfectamente bien tolerada por el estómago.

BAYER

Bayaspirina: de éter compuesto etánico del ácido orto-oxibenzoico.
Cafiaspirina: M. R.: éter compuesto etánico del ácido orto-benzoico con 0.05 gr. Cafeína.
Fenaspirina. M. R.: éter compuesto etánico del ácido orto-oxibenzoico con paracetfenetidina.

LOS SENSACIONALES ROMANCES DE ISADORA DUNCAN

(Conclusión)

teatral inglés, fué el padre de uno. El padre del otro fué un americano inmensamente rico, a quien ella llama en sus Memorias "Lochimvar".

Isadora amaba locamente a los niños, y a este respecto se cuenta la historia de una carta que escribió a George Bernard Shaw, en la que le decía: "Qué cosa más maravillosa sería dar al mundo un niño con mi cara y su cerebro."

Pero el Saturnino Shaw le respondió así:

"No puedo aceptar su bondadosa invitación. El riesgo es demasiado grande. Supóngase que el niño sacara su cerebro y mi cara."

La trágica muerte de Isadora, ocurrida en París, cortó bruscamente sus Memorias. Las había escrito hasta relatar su encuentro con Sergio Essanin, el poeta ruso loco, que fué el único de sus amantes con quien se casó. Sus Memorias son muy interesantes.

GUIA PRACTICA

El mármol sucio de los lavablos, mesitas de noche puede limpiarse perfectamente con sal húmeda.

Una buena tinta para escribir sobre celuloide se hace disolviendo tinta china en ácido acético en cantidad suficiente para obtener una tinta clara o espesa, según se desee.

LA MUSICA Y LOS MUSICOS

F. CHALIAPIN

EL bajo ruso Feodor, o Fedya, Chaliapin es, posiblemente, el primer artista de ópera del mundo en la actualidad.

Su voz de bajo cantante, de hermosísimo timbre, su espléndida apostura y su gran dominio escénico, hacen de él un artista favorito de todos los públicos, y la popularidad de que hoy goza en el mundo entero no tiene paralelo y sólo es comparable con la que alcanzara el célebre tenor Enrico Caruso.

A pesar de los prejuicios del que estas líneas escribe contra la ópera, nos vemos precisados a hacer referencia a ella, pues la ópera ha brindado a Chaliapin las oportunidades para colocarse en el sitio que actualmente ocupa.

Chaliapin es un artista profundamente humano, que vive los papeles que interpreta. Nació en Kazan en 1873, y su vigorosa personalidad empezó a forjarse a una tierna edad. A los siete años fué aprendiz de zapatería, y antes de cumplir los 16 años fué sucesivamente tallador en madera, encuadernador, empleado de un monte de piedad, novicio en un monasterio de la Iglesia Rusa y obrero en los malecones del Volga. Esa vida de trabajo intenso, matador, llevada con un cortejo de amarguras y privaciones, lejos de envenenar la vida de Chaliapin formó definitivamente su carácter férreo, al mismo tiempo que le hizo compenetrarse de la sensibilidad profundamente romántica de las gentes humildes de Rusia. De ahí que una melodía popular rusa cantada por Chaliapin lleve invariablemente un sello individual que la hace llegar hasta lo más profundo del alma. En las rudas tareas en las riberas del Volga, Chaliapin tuvo por compañero al célebre escritor Máximo Gorki, con quien cultivó desde entonces una estrecha amistad.

Cuando aún era muy niño Chaliapin, cantaba en las Iglesias, y la mísera remuneración que percibía le servía para ayudar a su madre. A los 17 años se incorporó a una compañía de opereta. Recibía una paga insignificante y debía desempeñar diversas tareas, incluso las de cantante. El maestro Usakoff lo descubrió y se ofreció a enseñarle gratuitamente. Fué en seguida contratado para actuar en Moscú, y luego viajó y alcanzó mayor popularidad, hasta llegar a ser una de las grandes personalidades de la ópera.

En las interpretaciones de sus personajes ha introducido ideas propias, revolucionando las ridículas normas que existían. En "Mefistofeles" de Boito, por ejemplo, aparece en escena con la parte superior del cuerpo completamente desnuda y cubierta de una pintura luminosa. Sus representaciones de los personajes bárbaricos y jefes de la Rusia medioeval son igualmente notables. En la ópera "Boris Godunoff", de Moussorgsky, y en otras obras de los maestros rusos, Chaliapin realiza creaciones que difícilmente otro artista podrá igualar.

Chaliapin es poseedor de una voz hermosa y flexible, que maravilla por su enorme poder y por la calidad de su timbre. Esto, unido a su vigor dramático y a una dicción impecable, capacita a Chaliapin para desempeñarse con brillo y originalidad extraordinarios.

"Para Todos" inicia sin pretensiones esta sección. Ella no refleja otro propósito que el de ocupar un sitio en el programa que se ha trazado esta revista, y que consiste en tener una sección de interés para todo lector, sean cuales fueren sus tendencias o predilecciones. Empezamos ésta con la resolución de mejorarla en cada número. Su índole guardará relación con las finalidades de "Para Todos", y no se omitirán esfuerzos por combinar la vulgarización de conocimientos con la nota amena, novedosa e interesante. Como es natural, no hallarán aquí cabida los tecnicismos ni las opiniones críticas de fondo.

A partir de uno de los números próximos esperamos incluir un breve noticiario del movimiento musical en el extranjero, como así mismo las actualidades nacionales, a lo que siempre irán unidas las anécdotas, pensamientos de personajes célebres y breves reseñas biográficas de grandes músicos del presente y del pasado.

ACTUALIDADES MUSICALES EN EL EXTERIOR

AURELIANO PERTILE, a raíz de haber alcanzado triunfos resonantes en los teatros Scala de Milán, Covent Garden, y otros, parece haber sido consagrado por la crítica europea como el más destacado "tenore robusto" que se ha escuchado desde los tiempos de Francesco Tamagno.

* * *

UN RECORD, en lo que respecta a remuneración de un cantante en Gran Bretaña, fué alcanzado hace poco por el célebre Chaliapin. Por dos conciertos en el Albert Hall de Londres, Chaliapin recibió la suma de 2,500 libras esterlinas, o sean unos 100,000 pesos de nuestra moneda.

* * *

CHOPIN, no tiene en la actualidad un intérprete que supere a Vladimir de Pachmann, a pesar de que este famoso pianista está próximo a cumplir los ochenta años. A la edad de 73 años, renovó totalmente su técnica de ejecución, y desde entonces al tocar en un concierto limita su acción al movimiento de los dedos y de la muñeca, en vez de subir y bajar los brazos.

* * *

FERNAND ANSEAU, el tenor belga, es un cantante que cautiva como pocos a su auditorio, tanto por su escuela perfecta como por el admirable timbre de voz. El famoso crítico británico Ernest Newman compara la voz de Anseau con los tonos del violín en manos de un virtuoso consumado.

PABLO CASALS

Cataluña, tierra fecunda en artistas admirables, tiene especiales motivos para enorgullecerse del violoncelista Pablo Casals. ¿Quién es Pablo Casals? He aquí una pregunta que debería ser superflua; pero no, pues son contados en nuestro país los que tienen referencias sobre la personalidad de este gran artista.

Casals nació en Vendrell, en diciembre de 1876. Recibió de su padre las primeras lecciones de música, y llegó a dominar varios instrumentos, especialmente la flauta, el piano y el violín, para dedicarse en seguida de lleno al violoncelo. Al ser descubiertas sus raras condiciones de ejecutante, fué enviado al Real Conservatorio de Música de Madrid y después pasó al Conservatorio de Bruselas.

Hizo en París su primera presentación en público y alcanzó un éxito resonante. Su fama no tardó en extenderse a todos los países de Europa.

Desde 1898 hasta la fecha Casals ha recorrido las ciudades más importantes de dos continentes, y siempre la crítica y los públicos más exigentes han tenido para él aplausos sin reservas y la más fervorosa admiración. Y con sobrada justicia, pues ya sea como solista de violoncelo o como director de orquesta, las interpretaciones de Casals son insuperables, perfectas. Quienes han tenido la suerte de escuchar a Casals conservan para toda la vida un recuerdo emocionante. Casals toca siempre ante salas desbordantes, pues vasta el anuncio de un concierto suyo en Londres, París, Madrid o Nueva York para que las entradas se agoten con varias semanas de anticipación. El público que llena la sala ve avanzar a un hombrecillo insignificante, modesto, hasta descuidado en el vestir. Casals toma asiento tímidamente con su violoncelo, y junto con dejar oír el instrumento su primera nota, Casals cierra los ojos, se olvida de todos y de todo, menos de su arte, y se siente transportado a un mundo superior al que le siguen sus oyentes. Terminada la pieza, el público se queda inmóvil, maravillado, y tarda un instante en volver a la realidad para tributar una ovación delirante al artista portentoso.

Críticos de prestigio mundial y de la más intachable seriedad no han trepidado en calificar a Casals como el más genial de los intérpretes musicales de todos los tiempos. Afirmación tan definitiva hace que resulte pueril cualquiera tentativa de añadir una palabra de elogio.

Se recuerda que Grieg, el célebre compositor de la música interpretativa del poema dramático "Peer Gvint", de Ibsen, sentía una admiración sin límites por Pablo Casals. Cuando presintió que su vida se extinguía, Grieg hizo llamar a Casals y le suplicó que interpretara en el violoncelo su suite predilecta de Bach. Casals accedió, y jamás tuvo esa música maravillosa un intérprete más sincero que al ser ejecutada por Casals para endulzar los instantes postreros de la vida de Grieg. El gran compositor murió llorando, mientras Pablo Casals, tembloroso, y llorando también, arrancaba de su violoncelo las notas finales de la música celestial de Bach.

PENSAMIENTOS DE LOS GRANDES MUSICOS

Las notas tienen un sentido por lo menos tan determinado como las palabras, aunque éstas no sean capaces de traducirlo.

MENDELSSOHN

* * *

La música es el corazón de la vida. Por ella habla el amor; sin ella no hay bien posible, y con ella todo es hermoso.

LISTZ.

La música es como el ajedréz. La Reina (la melodía) tiene el poder supremo; pero quien decide el juego es siempre el Rey (la armonía).

SCHUMANN

* * *

Así como las pasiones, sean o no sean violentas, jamás deben ser expresadas hasta la saciedad, así la música, aún en las situaciones más terribles, no debe ofender al oído, sino, aún entonces, encantarlo y ser, en fin, siempre música.

MOZART

Esta música (la "Misa Solemne") procede del corazón. ¡Ojalá llegue asimismo al corazón!

BEETHOVEN

* * *

Beethoven no es comparable a los demás artistas; todos se esfuman ante él. Shakespeare es la realidad, la vida, pero en Beethoven todo está revestido de una realidad ideal: ¡es una pura revelación!

WAGNER.

LAUTARO A. BARAHONA

Una Llamada Telefónica

POR ANDRE BIRABEAU

¡Pues bien; aquella noche, Gontrán saqueaba el departamento del señor Modinat. Si, llamábase Gontrán, ladrón de profesión. Porque si os imagináis que Gontrán es un nombre reservado a la aristocracia, estáis en un error. Este nombre está en el calendario y lo toma quien quiere.

Si os hubieseis encontrado en la escalera en ol momento en que Gontrán introducía su ganzúa en la cerradura del señor Modinant, habríais creído en un buen burgués que volvía a su casa: iba correctamente vestido y tatareaba como un bravo obrero aburguesado, feliz de entregarse a su trabajo.

¡Caramba! cuando uno está contento tiene ganas de tatarear. Y Gontrán está contento por dos razones. Primera, porque su empresa de esta noche es agradable, interesante y fácil. Causa placer, realmente, el robar a un hombre como el señor Modinant. Tiene hábitos de solterón, es un divorciado; todos los martes regularmente se ausenta de siete a medianoche — va a comer con amigos, sin duda; — a las siete y cinco, por consiguiente, los sirvientes han desaparecido del departamento; se goza, pues, de la más completa tranquilidad para elegir allí objetos de precio. He aquí la primera razón que tiene Gontrán para estar contento. La segunda no la adivinaréis seguramente. Voy a deciroslo yo: Gontrán va a tener un hijo.

¡Sí, válgame Dios! Se puede ser ladrón y padre de familia. Se puede ser ladrón y ser feliz, no obstante, con la perspectiva de un primer hijo.

Es posible que Gontrán hubiera podido ser otra cosa que ladrón; pero en su familia, desde hace varias generaciones, son ladrones de padres a hijos. Su padre robaba bajo Félix Faure; su abuelo robaba bajo Napoleón III. Y después de todo, no veo por qué se va a privar a priori a un ladrón de los sentimientos naturales de un corazón humano. Un hombre puede ser honrado y detestar a los niños. ¿Por qué entonces no se puede ser ladrón y adorarlos? En todo caso, yo os aseguro que Gontrán está loco de alegría desde que sabe que va a ser papá.

Por eso tatarea al forzar la puerta del señor Modinant, y sigue tatareando cuando abre en medio del gabinente de trabajo la valija donde va a meter los objetos que pueda robar.

De repente deja de tatarear. Su corazón se ilumina. Acaba de ver sobre la mesa-escritorio una fotografía que coge y mira. Representa un rincón de jardín y en él una niñita que sonríe. Podrá tener cinco años, tiene mejillas llenas, cabellos ligeros. El señor Modinant está divorciado; pero, por lo visto, tiene una hijita que la madre guarda...

Gontrán mueve graciosamente la cabeza mirando el retrato. Es realmente gentil aquella pequeñuela. Si él tiene una hija mujer, se ha de parecer tal vez, a ésta...

Pero el tiempo pasa. No se trata de enternecerse. Al trabajo. Gontrán coloca la fotografía nuevamente y comienza a meter cosas tras cosas en la valija.

De repente, ¡drim!... Un campanillazo. El teléfono. ¡Drim!... ¿No es estúpido aquello? Un campanillazo es una presencia. Es como alguien lejano que extendiera el brazo. Gontrán no se siente solo ya. En el centro de la habitación, con un objeto en cada mano, permanece embarazado, inquieto. El aparato está ahí plantado sobre el escritorio, flemático y misterioso: la campanilla insiste... ¡Ah!, imposible, verdaderamente imposible continuar amontonando en una valija las joyas y objetos que se roban con un campanilleo, semejante a la espalda.

Instintivametne ha descolgado el aparato.

—¿Quién?

—¿Muette, 21-22?

Tal vez sea así. El nada sabe.

—¿Está ahí el señor Modinant?

—No, señora.

—¿Es usted su criado?

—Sí, señora.

No puede decir, naturalmente: "No, señora; soy un ladrón."

—¿No sabe usted dónde se encuentra?

—No, señora.

—¡Ah, Dios mío! ¡Qué desgracia! Es preciso, de cualquiera manera, que lo informe usted en cuanto regrese. Soy una vecina de la señora Modinant, en el Bésinet. Estoy encargada de comunicar al señor Modinant,... por eso he corrido a casa de unos amigos para telefonear... En fin, encontrándose usted ahí podrá prevenirlo. Dígale que su hijita está gravísima y se teme no pase la noche. Que venga en seguida si quiere encontrarla con vida... ¡Pobre hombre! El, que la adora... Cuento con usted ¿no es verdad?... En cuanto regrese, ¿sí?... Espérelo usted levantado, ¡por Dios!

—Sí, señora.

La voz calla. Gontrán cuelga. No se mueve. No se atreve a moverse... Ha oído estas palabras: "Su hijita está gravísima, se teme que no pase la noche", y aquello le ha producido una impresión singular.

La valija está abierta en medio de la pieza. "Si quiere encontrarla con vida"... Conserva todavía un florero de Sévres en la mano izquierda... "¡El, que la adora!"... No se mueve... "En cuanto regrese"... Cuando regrese no recibirá otra impresión que la de encontrar su departamento robado...

Allá, en el Bésinet, estarán acechando su llegada, ya que el encargo se ha cumplido, ¿no es cierto? Ya que su criado ha respondido que lo esperaría levantado y que podrá contar con él...

Gontrán no se mueve. Irritase contra lo que siente en su interior. ¿Es que acaso le atañe a él lo que le sucede? ¡Claro que no! Pero, a pesar suyo, su mirada se fija en esa fotografía, donde sonríe una niña de mejillas llenas, de cabellos ligeros... ¿Qué podrá hacer?... "Espérelo usted levantado"... ¿Cómo iba a poder esperarlo?

Durante largo tiempo continúa inmóvil. Y después saca, uno a uno, los objetos metidos en la valija, los coloca de nuevo, cuidadosamente en su sitio, va al escritorio toma papel y escribe: "Su hija está gravísima. Se le espera a usted en el Bésinet". Se va, cierra la puerta de entrada con su ganzúa, deliza la carta por debajo, baja la escalera con su valija vacía en la mano y un no sé qué de gruñón y de feliz a la vez en el corazón.

Y yo me percato de que al contaros una historia de ladrones os he contado tal vez, al mismo tiempo, una historia en la que hay bondad, abnegación, delicadeza y amor.

DESORDENES INTESTINALES

CONSECUENCIA DE MALAS DIGESTIONES

Una de las más importantes funciones del estómago estriba en proteger las paredes intestinales. La cavidad estomacal recibe frecuentemente los alimentos poco masticados, excesivamente calientes o fríos, debiendo transmitirlos al intestino en partículas diminutas y en grado invariable de acidez y de temperatura. Si el estómago no ejecuta esta función protectora e inicial, todo el trabajo digestivo se efectúa por mediación del intestino y sus consecuencias son el estreñimiento, diarrea o enteritis. Los que sufren de estos males deben prodigar todos los cuidados necesarios a su estómago, tomando la Magnesia Bisurada que neutraliza todo exceso de acidez y calma las paredes irritadas de este órgano. La Magnesia Bisurada (M. R.) regulariza las más importantes funciones digestivas, protegiendo debidamente las paredes intestinales. Se vende en todas las Farmacias. Los médicos recomiendan la Magnesia Bisurada.

Base: Magnesia y Bismuto.

La Pavlowa no está sola, ni la Duncan es irreemplazable

Dicen los críticos norteamericanos ante la aparición de Helba Huara, una bailarina peruana, que es en estos momentos la sensación de Broadway.

Presentada por los hermanos Schubert como centro de "Una Noche en España", gigantesca revista neoyorkina, Helba Huara, una interesante bailarina peruana, constituye en la actualidad el mayor suceso artístico de Broadway.

La crítica de la gran ciudad norteamericana la ha consagrado como una artista de extraordinaria personalidad, dueña de una estética propia, creadora de nuevas formas y nuevos conceptos sobre la danza. Helba Huara—cuyo apellido auténtico es Muñoz-Huara, proclama, además de una total renovación de la técnica, una nueva concepción de la "arquitectura coreográfica", basándose en lo que ella llama "la estilización de la línea, de la expresión y del movimiento".

Uno de los más sagaces críticos yanquis, ha dicho:

—"Si Raquel Meller bailara, bailaría así".

BUEN TENOR Y MEJOR PADRE

Le preguntaron a Tito Schipa, el gran tenor italiano:

—¿Qué es lo que a usted le gusta más en el mundo?

—Mi hija.

—¿Cuándo ha cantado usted mejor?

—Cuando entonaba para ella canciones de cuna.

Y es que en realidad la pequeña Elena no sólo es una chica bonita, sino que muy inteligente y se merece todo el cariño de su ilustre padre.

Uno de los más recientes retratos de Tito Schipa.

Una dulce serenidad se advierte en el bonito rostro de Elenita Schipa.

Panoramas Aconcagüinos
Quintero y sus bellezas

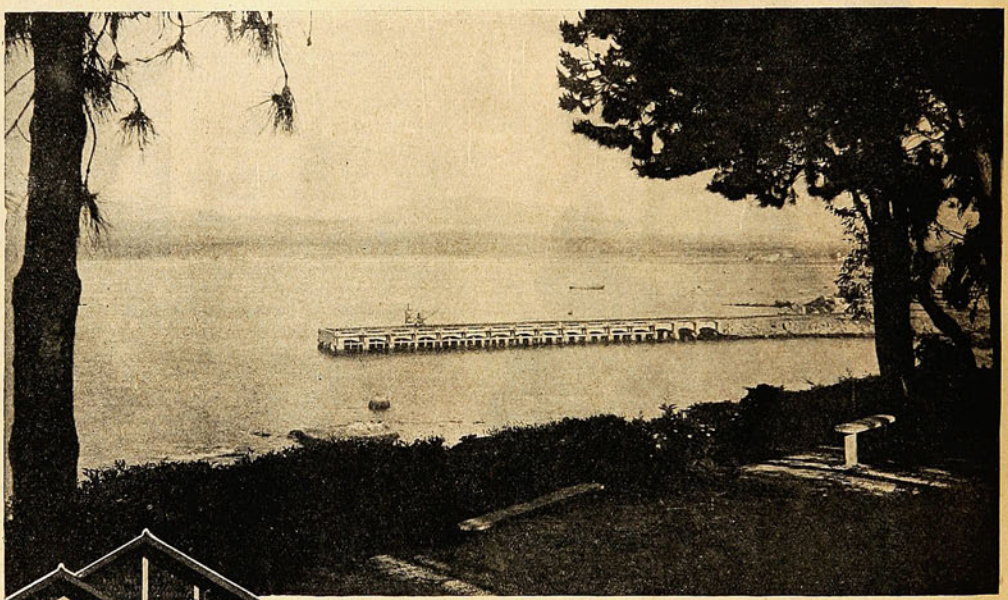
La prensa ha publicado la noticia de una visita que han hecho a Quintero S. E. el Presidente de la República, algunos de sus Ministros del despacho y varios funcionarios, como también ha dado detalles del recibimiento hecho a los distinguidos visitantes, en el pintoresco puerto que está llamado a convertirse, a corto plazo, en uno de esos balnearios europeos de alto exponente social.

Con esta visita, indudablemente, el Gobierno podrá aquilatar "de visu" lo que ya es y puede ser Quintero como atracción para turistas, idea que nuestros mandatarios han expresado con la resolución firme de acometer la empresa.

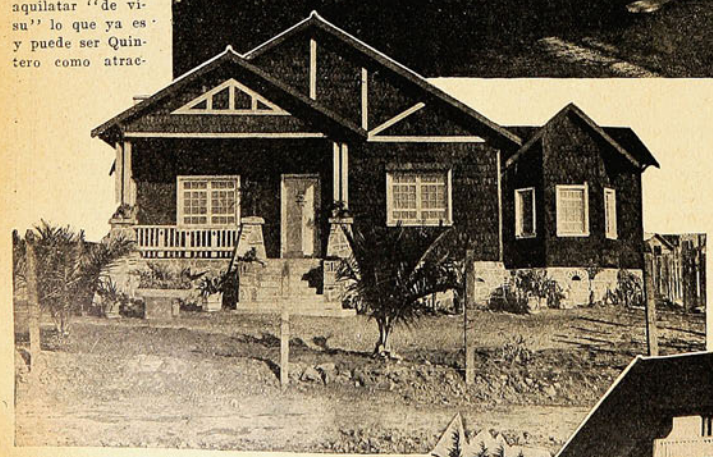
Podrá también el Gobierno, con esta visita, constatar cómo la sociedad del balneario en referencia, se ha anticipado patrióticamente a los propósitos administrativos con la instalación de los establecimientos modelos en su género, como el Yatching Club, el Mónaco Hotel y el Gran Hotel, con sus comodidades, lujo de menajes, atractivos para los viajeros y atenciones que los turistas más acostumbrados a los refinamientos europeos, encontrarán que han sido transportados al hermoso puerto de la costa chilena.

Verá, igualmente, que no se ha detenido ahí la obra de atracción, sino que tampoco se han descuidado sus complementos: un magnífico y bien atendido ferrocarril; espléndidos caminos para sus dos vías de acceso para automóviles: el camino de Quillota, bordeando el Aconcagua, con sus fértiles campiñas, y el de Viña del Mar a Concón y Quintero, cómodo, suave y pletórico de paisajes hermosísimos en todo su recorrido.

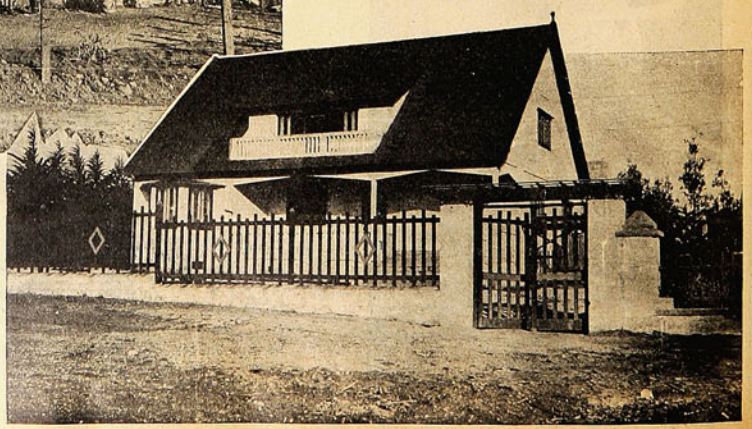
Encontrará, del mismo modo, que hay en Quintero una Municipalidad modelo, que tiene dotada a la ciudad de buen pavimento y alumbrado y de un teatro espléndido en que podrán exhibirse, al mismo tiempo que en Valparaíso y Santiago, los estrenos cinematográficos de mayor mérito y novedad, y en el que también podrán actuar compañías que, en los veranos, hagan del teatro local el más preferido y elegante "rendez-vous" de la sociedad ve-



El muelle de Quintero



Chalet de propiedad del señor Ricardo Escobar



Residencia veraniega del doctor Eduardo Manss.

raneante; una escuela que podría figurar con brillo en una gran ciudad; la buena estación de los Ferrocarriles, como no la tenemos en Valparaíso; espléndidos muelles de paseo y malecones; la moderna atención fotográfica para los visitantes, para los cuales la Kodak Chilena Ltda. mantiene allí no sólo la venta de artículos del ramo, sino un departamento especial, para los procedimientos de desarrollo e impresión de trabajos que hubieren tomado los gráficos y aficionados con sus máquinas; el fundo de Normandie, proveedor de vitualla fresca a todo el balneario y a sus hoteles: verdura, leche, fruta, carne, huevos y aves.

Han podido cerciorarse nuestros hombres de Gobierno cómo han ido multiplicándose allí las construcciones particulares, entre las cuales cada chalet es, con los demás, una competencia de buen gusto y de elegancia; encontrarán ahí la prueba del gusto por construir en la gran barraca de maderas y de materiales que hay en el balneario y la cual ha debido renovar muchas veces sus existencias, que se agotan rápidamente.

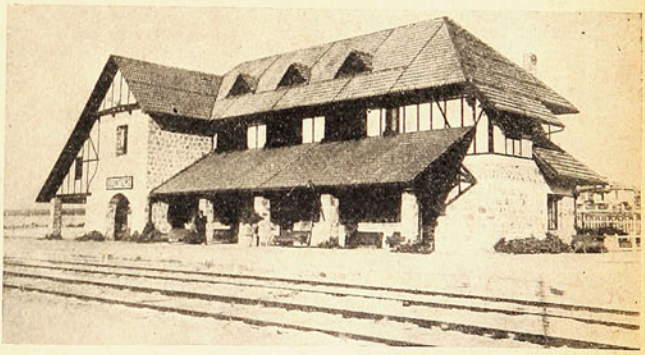
Corona toda esta serie de atractivos la gran Base Naval de Aviación, calificada por los entendidos que la han visitado como un modelo en su género.

Todo esto, como suele acontecer muchas veces, ha interesado ya en el exterior, y de ahí que numerosas familias de la Argentina, del Uruguay, y hasta del Brasil, hayan anunciado su propósito de trasladarse a Chile, para pasar una temporada en Quintero, realzando con su presencia y refinamiento el período veraniego del lindo puerto en referencia.

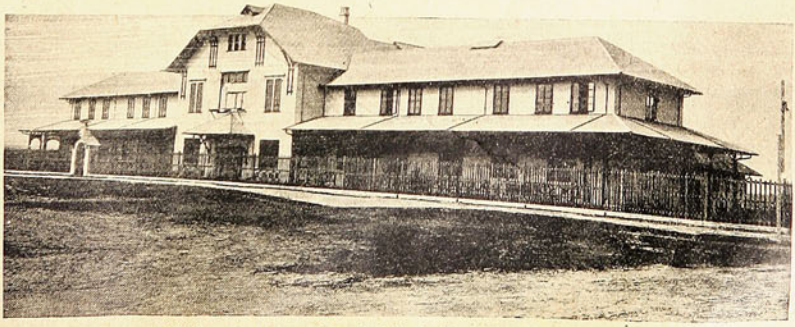
Y nosotros, al relatar lo que hemos visto personalmente en Quintero, creemos también hacer obra de bien, puntualizando la gran obra realizada por la sociedad del balneario, a fin de atraer el turismo de nacionales y extranjeros, o sea, cumplir desde luego con el propósito manifestado por el propio Gobierno.

El espléndido edificio con que cuenta la Escuela Pública en Quintero.

Puente del ferrocarril sobre el río Aconcagua.



Hermoso y sólido edificio que ocupa la Estación de los Ferrocarriles.



Edificio que ocupa el cuartel de la Base de Aviación Naval.

BIOGRAFIA DE ESTRELLAS

NORMA SHEARER

ESTRELLA DE LA METRO-GOLDWIN-MAYER

NO fué precisamente un golpe de suerte, sino circunstancias adversas, las que han formado una estrella de creciente popularidad de la señorita Shearer. Sus padres eran ricos vecinos de la ciudad canadiense de Montreal y el caballero Shearer figuraba como uno de los más prominentes hombres de negocios de aquella metrópoli, hasta que una inversión desgraciada dió cuenta de la fortuna de la familia.

Norma no era de aquellas que consideran vergonzoso trabajar para vivir y que rechazan de plano una oportunidad de triunfo artístico, de manera que se propuso deliberadamente hacer un ensayo de su personita en la pantalla cinematográfica. Con este objeto se trasladó a Nueva York con su hermana en pos de fortuna con qué llenar los vacíos cofres de la familia.

A la hermana pronto la dejaron fuera de carrera, gracias a un importuno que la convenció de las delicias del matrimonio; de modo que ahora, sola ya, era tanto más necesario tener éxito. Recorrió agencias, y oficinas, teatrales y cinematográficas, sin desperdiciar ninguna oportunidad. En esto estaba cuando la conoció Louis B. Mayer, a quien impresionó inmediatamente su belleza, de un tipo enteramente nuevo para la pantalla.

Mayer buscaba entonces caras originales y Miss Shearer era, en este sentido toda una revelación. El contrato se firmó en el acto y a Norma la embarcaron con rumbo a los estudios de California. Desde su debut en películas, ella ha sido la regalona de los críticos cinematográficos. Casi sin experiencia artística, comenzó con roles de segunda importancia, llegando a ser protagonista de su tercera producción: "Broadway Crepuscular", dirigido por Monta Bell. Fué tan considerable su éxito que, desde entonces, sólo ha recibido halagos de todos los periódicos y de todos los entendidos.

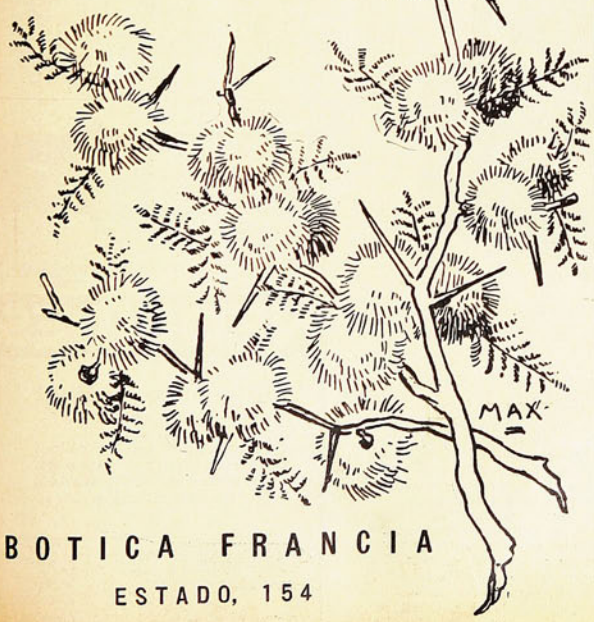
Y es indudable que durante su permanencia con Metro-Goldwyn-Mayer, ha revelado una personalidad multiforme que se adapta a roles profundamente diversos entre sí. En "El Snob" aparecía como maestra de escuela; en "El que recibe las bofetadas", era una artista francesa de circo; en "Perdóname" interpretaba un rol de comedia ligera; en "La Dama Nocturna" un tipo de cabaret; y en "Esclava de la Moda" era una muchacha de humilde origen a quien las circunstancias la convierten en millonaria lujosa.

Norma Shearer tiene, sin duda, un tipo especial y trae a la pantalla mucho más que su belleza. Es una actriz de talento y, ya que se deba a su educación, al medio en que ha vivido o a su extraordinaria cultura, no puede discutirse que tiene ese chic femenino único que tantas estrellas tratan de llegar a poseer, infructuosamente.

Su creciente popularidad promete llegar a convertir su nombre dentro de poco en uno de aquellos que atraen al público por sí solos. Sus más recientes producciones para Metro-Goldwin-Mayer son "Labios en Libertad", "Entre Bastidores", "Con sus mismas armas", etc.

Flor de Espino

El Agua de Colonia de la Suprema Distincion



BOTICA FRANCIA

ESTADO, 154

Para las hacendosas

Para que las flores se conserven frescas

Cortadas las flores se sumergen los tallos en agua caliente y se dejan en ella hasta que se enfríe. Una vez fría se le echa un poquito de biscarbonato de soda, colocándolas en los floreros con esta misma agua. De este modo las flores se conservan frescas por lo menos quince días.

Papel albuminado para clarificar

Se bate a punto de nieve una clara de huevo y entonces se sumerge en ella papel sin cola y se deja secar. Se repite esta operación del bañado y secado varias veces. Para clarificar vinos, licores y otros líquidos se parte el papel en pedacitos, se pone en el líquido y se agita.

Limpieza de los objetos de plata

Para devolver su color primitivo y natural a los objetos de plata que hayan tomado un color sucio o indefinido, el químico alemán Boettner aconseja colocarlos en una vasija de zinc agujereada a manera de tamiz y poner esta jaula en una solución saturada de bórax o en una lejía cáustica de concentración regular, que esté hirviendo enérgicamente. Las manchas no tardarán en desaparecer, luciendo los objetos otra vez con su purísimo brillo argentino.

Para alejar los gusanos de las plantas

Se frota el tronco con un pedazo de cobre el cual deja en la planta un sabor muy amargo. Igual resultado se consigue untando con hiel de buey las raíces, ya que los gusanos son atraídos por las sustancias dulces que éstas contienen, el amargo de la hiel los aleja inmediatamente.

Manera de perfumar las habitaciones

Se hace una mezcla por partes iguales de almáciga, mirra, estoraque, incienso, azúcar y enebro.

Una vez todo pulverizado, se echa sobre unas brasas o en un quemaperfume cuando se desee aromatizar una habitación.

La limpieza de los tapices.

Los tapices antiguos se limpian sacudiéndolos y cepillándolos primero con cuidado, para que no les quede nada de polvo y luego se les unta por el revés hiel de vaca mezclada en diez partes de su volúmen con agua, procurando que el líquido penetre bien entre los hilos y lanas del tejido.

Después de esta operación los colores recobran su aspecto primitivo.

Para exterminar las hormigas

El remedio más eficaz contra las hormigas es la parafina. Cuando invaden una habitación lo mejor es rociar el pavimento y las paredes con un pulverizador que las ahuyenta enseguida. En general basta un par de días de este tratamiento para exterminar las hormigas.

El lavado de las medias de seda

No se debe jamás lavar las medias de seda con agua pura ni servirse de jabón. Se restregan suavemente con agua de afrecho, se enjuagan en agua con sal y se dejan así por lo menos media hora. Al sacarlas se deben poner en una horma de madera que no cueste cara y que es lo que contribuye a darles un aspecto de nuevas.

Contra los zapatos que crujen

Poner aceite en una fuente y colocar ahí los zapatos en forma de que sólo se unte la suela. En algunas horas el aceite será absorvido. Entonces se frota enérgicamente con una franela seca para evitar que al ponérselos se manchen los pisos. Tratado en esta forma el calzado no crujirá más y estará por añadidura preservado de la humedad.

Para quitar manchas de sangre

Se lava la parte manchada con agua fría en la que se ha disuelto un poquito de ácido tartárico. Después se enjuaga apretando bastante

Encoladura para porcelanas y cristales.

Se hace un cemento con las materias siguientes: Almáciga 50 gramos. Cola de pescado, 50 gramos. Goma amoníaco, 25 gramos.

Disuélvase la almáciga en espíritu de vino y la cola de pescado en ron. Caliéntese ligeramente los trozos rotos que se quieren pegar y se untan con el cemento derretido, dejándolas en contacto durante un día entero. Si se trata de objetos frágiles, como vasos de Venecia o de Bohemia, recójanse minuciosamente los pedazos y péguense con silicato de potasa puro.

Manchas de grasa en puertas y artesonados

Es indispensable limpiar la pintura de las puertas en el lugar del cierre. Las placas de cristal no siempre bastan para protegerlas. Muy preferible al agua de jabón y agua de cal es el uso de la bencina para este objeto, ya que no deteriora la pintura y es de fácil uso.

Se conserva fácilmente el artesonado blanco, apomazándolo, para lo cual se limpia con piedra pómez en polvo y un trapo húmedo. No hay que frotar y luego se enjuaga con agua. Este procedimiento conviene a toda madera con tal de no abusar de él, pues acabaría por perjudicar la pintura.

Para devolver a las alfombras su color

Para devolver a las alfombras sus primitivos colores, basta después de cepillarlas bien, sumergirlas en una tinaja de agua con un poco de alcalí o vinagre. Después se aclaran con agua fría y se ponen a secar al aire, pero al abrigo del sol.

Un ensueño de amor

por Pierre Villetard

ILUSTRÓ ARÉVALO

¡Rosa Mireuil! — dijo Pablo Vigne melancólicamente. — ¿Está usted bien seguro del nombre de esta mujer? Le aseguro que no la habría reconocido jamás.

Es verdad que han pasado diez años desde nuestra aventura.

Rosa Mireuil era la reina del restaurant nocturno. Grande, rubia, con la voz canalla y los ojos cansados, separaba rápidamente de la punta de su bota las naranjas que un volatinero colocaba en equilibrio sobre su puño cerrado. Se abatía, en

...era grande, rubia, con la voz canalla y los ojos cansados.

fin, rendida de fatiga, sobre el mantel sucio, mientras los violines estiraban un vals de amor y un loco chubasco, crepitante, cruzaba la noche parisiense.

—Imaginaos — dijo Pablo Vigne — una delicada niña de la calle de la Paix, desplegando sus alas, de pronto, en los mediodías de la primavera, sobre el asfalto húmedo, donde las vitrinas proyectan sobre la acera un reflejo de pedrerías y de terciopelo, donde los ejes rechinan, donde las mujeres embalsaman, donde todo el encanto de París se envuelve en aire puro, en sol nuevo, en violetas mojadas... Rosa era uno de esos pequeños seres. A las doce y dos minutos, ella se iba a almorzar con Fernanda, Margarita, Clemnetina, toda la pandilla deliciosa que se moría de risa sobre un banco de las Tullerías picando al azar, el jamón o el paté de foie... Yo tenía veinte años, y era tímido, seguía a Rosa con todos mis mudos deseos. Bastó la herencia imprevista de una tía abuela, diez billetes de mil francos, para darme de golpe y porrazo el tono y la apariencia de un señor importante. Inmediatamente me lleé de audacia... ¡Ah! los comienzos no fueron fáciles. Rosa quería algo bueno. Emplée tres semanas en aprovisionarla.

Pero llegó el tiempo exquisito en que íbamos brazo con brazo, en los crepúsculos malva, a lo largo de los muelles. Una vez en éxtasis la jovencita juntó sus manos ante los carteles de una empalizada. Representaban las estaciones que dormitaban al sol para los ocios de los aristócratas. Rosa tocaba los carteles con el dedo, pueril mente, ansiosa de deseos que no expresaba. Luego, el dedo se detuvo, y ella dijo: "Aquí es donde yo quisiera vivir."

—¿En Italia? ¡Maldición, niña! En fin, no hay nada más hermoso para ti. Te llevaré.

¡Oh! ese viaje delirante, loco, extraordinario, la fuga en una mañana de lluvia, con las risas del amor y del miedo, los besos frioleros esparramados a lo largo de la ruta en los rincones del tren de lujo, las presiones de las manos, los gritos de sorpresa delante de las montañas y, de pronto, al salir del Simplón, ese cielo de lapislázuli, esas ondas de perfumes que nos golpeaban las narices, esas casas finas colocadas al borde de los torrentes como juguetes frágiles. Rosa callaba, un poco pálida ante el mundo desconocido que se le revelaba, y después, en la noche, bruscamente, en la gran alcoba de Pallanza, dominando el Lago Mayor sembrado de luces, se echó en mis brazos y se apegó a mi cuerpo:

—¡Amor mío: qué feliz soy!

Entonces fué la fiesta maravillosa; nada de remordimientos, nada de preocupaciones por el porvenir; sólo la alegría de ser jóvenes, de amarse, de errar libremente en un hermoso país. Mentalmente, yo había sacado la cuenta de nuestra locura. Con el ímpetu tomado, no tendríamos para más de tres semanas. ¡Pero qué importaba! Éramos como los niños para quienes el mañana no llegará jamás. Habíamos paseado nuestro amor, bajo las magnolias y los naranjeros, en todos los rincones del lago blanco de nieve reflejada donde yo no veía sino ojos profundos, los labios húmedos y los cabellos vaporosos de mi pequeña Rosa. En la noche comíamos uno frente al otro, bajo pantallas azules parecidas a grandes lirios abiertos por la noche. Frente a nosotros, un hombre comía solo. Era un mayor inglés, inflado de billetes de banco y exudando esplín. Me pareció — no sé qué — que, al encender su cigarro, miraba a mi amada con insolencia. Cambiamos de sitio; nos siguió. No pude soportarlo. ¡Caramba! Yo tenía veinte años, la sangre ardiente, la mano lista y tal vez el deseo de probarle a Rosa que era, en suma, un hombre animoso digno de su estima y de su amor. Después de cambiar quince palabras, golpée al hombre con mi mano abierta... Al día siguiente nos batimos en un llano iluminado por el sol, surcado por los cantos de los pájaros, frente al lago inmóvil, inundado de luz.

Tiré primero y esperé friamente la respuesta. Fué precisa. Me pareció recibir un puñetazo en el pecho, el cielo vaciló, mis piernas se doblaron y me desmayé.

Morir no es nada, amigos míos, porque hay despertares más atroces. Terminado el sueño con sus flores relucientes y sus campanitas que tañían en el aire azul, aspiré en mi alcoba cerrada, un terrible olor a yodoformo. Rosa, convertida en enfermera, circulaba en medio de las vendas y los remedios. Me dió sus labios.

—Estás salvado, mi queridito. La bala fué extraída. No se trata ahora sino de reposar.

Yo estaba terriblemente débil; huía de la claridad del día. Un rayo de sol, que atravesaba las cortinas, me daba fiebre. Pero, poco a poco, tomé nuevamente fuerzas. Rosa no me abandonaba. Yo tenía necesidad de sus grandes ojos y de sus manos finas. Poco a poco había perdido la noción del tiempo. Me abandonaba blandamente, sin reflexionar, a la dulzura de una resurrección. Una noche, sin embargo, me desperté sobresaltado, con las sienes heladas y los dientes rechinantes:

—¡Rosa, Rosa, hace ya más de mes que estamos aquí. ¡El dinero!

Con su mano me tocó la frente:

—Bah — me dijo; — preocúpate de tu curación. Por lo demás, ya se verá más tarde. Pero no tengas cuidado: no he tocado el dinero de la vuelta; el último billete está intacto.

No insistí; estaba en uno de esos períodos de exquisita laxitud que siguen a las grandes crisis. Vino el otoño, despojando a las encinas, envolviendo en una gasa brumosa el lago, que palpitaba como un gran ojo triste. Jamás Rosa me

(Continúa en la pág. 20)

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene íntima

PARA LA HIGIENE INTIMA DE LA MUJER

NEOLIDES

M. P.

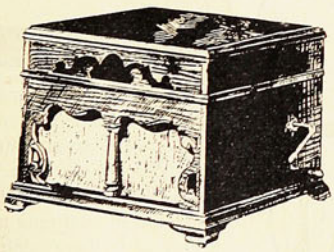
antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

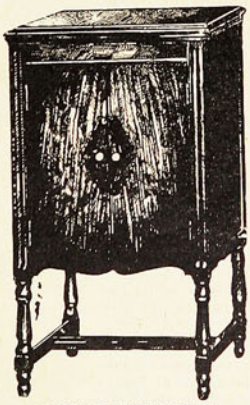
Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Brunswick



MODELO "SALVADOR"
$ 850.—



MODELO "HIDALGO"
$ 1,500.—

MODELO "FLORIDA"
$ 2,700.—

ALGUNOS DE NUESTROS MODELOS DE MAYOR ACEPTACION.

NUESTRAS VENTAJOSAS CONDICIONES DE PAGO, PONEN AL ALCANCE DE CADA UNO ESTAS ESPLENDIDAS MAQUINAS PARLANTES.

Casa Hans Frey

ESTADO, 196, ESQ. AGUSTINAS

Sucursales en Antofagasta, Copiapó, Coquimbo, Serena, Valparaíso, Santiago, Concepción, Temuco, Valdivia. Agentes en todas las ciudades importantes.

¿Es inmoral besarse en la calle?

En Estados Unidos un sargento muy celoso de su deber fué multado por arrestar a dos esposos que se besaban. Tan simpático acontecimiento es el que relatamos en seguida, ya que viene a sentar jurisprudencia sobre materia tan discutida.

HOY día los besos cuestan precios de fábula, son extremadamente caros... Son besos avaluados en miles de pesos los que pretendemos reseñar en esta crónica de ahora. Se diría de esos besos que rematan los labios hermosos en las kermesses de provincia. Vosotros no creeréis, de buenas ganas, que estos besos — asunto que llegó ante el severo gesto de la gente de la Corte Suprema — fueron valorizados en la no muy insignificante alzada de tres mil seiscientos cincuenta dólares; algo así como treinta mil pesos chilenos. Un premio semi gordo de una lotería de caridad.

Una fortuna. Y todo por unos pausados besos de amor... Bien que esto no tiene nada de extraño en nuestros días de charleston; en esta hora loca de aturdimiento y alegría en que la mujer maneja con más habilidad el volante de un Packard que la cocina de la casa, y que sabe fumar "abdullas" con más desparpajo que un estudiante de preparatoria...

Basta de preámbulos: En Boston hay un sargento de policía que no puede ver a un Romeo y a una Julieta de este siglo veinte. Mejor dicho: no los podía divisar, antes de lo que le ocurrió debido a su celo de vigilante... Se llama Franck Rolfe y ahora se muestra muy apenado de haber seguido la profesión. Bueno, que enamorados hay en los cuatro caminos del mundo y sargentos Rolfe también: en los parques, en el Santa Lucía, en la Quinta, en el Forestal, en Apoquindo, en el San Cristóbal. Son los eternos enemigos del beso al aire libre...

Pues bien, Rolfe — la historia es corta — con un escuadrón montado, la lanza en el regatón y en la diestra una indiscreta linterna y sorda por añadidura, lo suficiente poderosa para el objeto, sorprendió a dos jóvenes esposos que confundían con ardor ejemplar sus labios. Digo ejemplar porque en la mayoría de los casos los besos de los casados no son ardorosos ni ejemplares... Esto ocurría no hace mucho y en un automóvil. Demasiado conocido es que un automóvil, aunque sea Ford, es un cómodo sitio para ubicar cuantos besos se desee.

—Eh. ¿Qué están haciendo ustedes ahí?

La respuesta no vino en el acto, como lo suponía Rolfe... Sin que se confundiera por la súbita y molesta aparición de la linterna del sargento y de sus acompañantes, Mr. Mack — que así se llama el marido — apartó sus labios calmadamente de los de su esposa para poder hablar:

—Ya lo ve usted, hombre: besándonos.

El policeman se sintió irritado. Con la ayuda de sus hombres sacó del coche a los esposos y los condujo ante el puesto de policía más próximo. Ante el oficial el terrible sargento explicó el "escándalo" de estos dos esposos que se estaban besando plácidamente en plena calle pública. El oficial debió sonreir, buenamente, y escribió los nombres en el libro de novedades. Era su deber. Y dejó citados a los "hechores" para comparecer al día siguiente ante el juzgado.

Entretanto, la joven lloraba con amargura y con cierta vergüenza: ¿Qué crimen he cometido, Dios mío? ¿Qué terrible delito he hecho yo al besar a mi esposo? ¿En qué mal tan grande he incurrido? Y ¿acaso le está prohibido a una mujer que ama a su esposo, besarlo cuando se le ocurra? ¿O es que acaso la mujere tiene tan sólo el privilegio de poder besar a un hombre cuando es su novio, entonces...?

Estas y otras filosofías y consideraciones salían a través de los azules ojos de la joven americana. El, más sereno, explicaba el "affaire" así al Director de Seguridad:

—"Cuando efectuamos el viaje de nuestra luna de miel, hicimos el viaje en automóvil y atravesamos muchas ciudades. A menudo viajamos de noche para eludir las horas de gran tráfico.

Y me sentía cansado, nos deteníamos un momento y nos besábamos tranquilamente, señor Director. Esto es terrible, ilegítimo para dos casados. Es una aberración". Y golpeó fuertemente con su puño vigoroso la mesa del comisario.

—Los acompaño de todo corazón, le respondió. Ahora no puedo hacer otra cosa que presentar un escrito para los tribunales de orden civil.

Lógicamente: Mr. Mack y la señora besada al aire libre siguieron el camino que les aconsejaba el buen Director de policía.

Y el sargento, este moderno inquisidor del beso, Rolfe, fué multado en tres mil seiscientos cincuenta dólares. Abandonó su linterna por un momento y paso a paso fuese donde estaban sus ahorros de muchos años de servicio policial. No hubo apelación...

Porque: ¿Quién ha dicho que es inmoral un beso dado en la calle?

Nadie. Por el contrario, debe ser protegido. El beso no es inmoral ante ningún código moderno. Es decorativo. Es estético. Y entre marido y mujer tiene prestigio de cátedra. Estos comentarios los hizo el juez que aplicó la multa al sargento.

—¡Viva el beso al aire libre!

Y esta exclamación también.

Odol
lo mejor para los dientes
Base: Salol

UN ENSUEÑO DE AMOR

(Conclusión)

había parecido más tierna. Me rodeaba de mil cuidados deliciosos. Llegó, en fin, el día en que pude, apoyado en ella, dar algunos pasos en el jardín tibio. Me volvieron a dominar mis inquietudes.

—¡Pobrecita mía! ¿Qué vamos a hacer?

Ella enrojeció un poco:

—No te hagas mala sangre. Todo está arreglado.

—¿Cómo?—dije yo, mirándola con ansiedad.

Volvió la cabeza:

Un poquito de paciencia. Todo lo sabrás mañana.

A la mañana siguiente, al levantarme, extendí un brazo. El sitio, junto a mí, estaba vacío. Rosa se había ido. Pero sobre una mesa, allí cerca, divisé un trozo de papel. Leí a la carrera, a través de las lágrimas:

"Perdóname, amigo querido; no sé mentir. ¿Para qué necesito decirte que he luchado aquí con un nido de gente que buscaba nuestra miseria? Te aseguro que he pasado momentos terribles. Pues bien, comprende que es él quien ha pagado el hotel, el médico y todo, él, nuestro enemigo, el mayor inglés, el que debió matarte... Pero he pensado que me despreciarías, y para no ver tus ojos llenos de reproches, me voy. Adiós, querido amigo."

En la misma mesita estaba todavía mi cartera con un billete de mil francos, el último, el dinero de la vuelta. Volví a París y he buscado a esta mujer inútilmente durante tres años y no la hallo sino ahora, perdida y acabada... ¡Caramba! La vida es imbécil. Os juro que hay instantes en que lamento que el mayor no hubiese apuntado más arriba, a fin de paralizar mi corazón definitivamente.

¿Toma Vd. baños de mar?

Si se baña Vd. en el mar, habrá notado, seguramente, la necesidad de "tomar algo" fortificante o estimulante después del baño.

En especial, cuando se trata de personas que no son muy robustas, esta necesidad se hace sentir con tanta fuerza que, en ocasiones, hasta llega a producir mareos.

Pues bien; si en vez de vinos, masas u otros comestibles toma Vd., después del baño, una o dos cucharadas de

IPERBIOTINA M.R. MALESCI

observará que, no solamente se multiplican los efectos saludables del agua del mar, si no que además su cuerpo todo cobrará nuevo vigor y mayor agilidad. Los nervios se fortalecerán y la sangre se volverá pura y rica en glóbulos rojos.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci-Firenze (Italia).

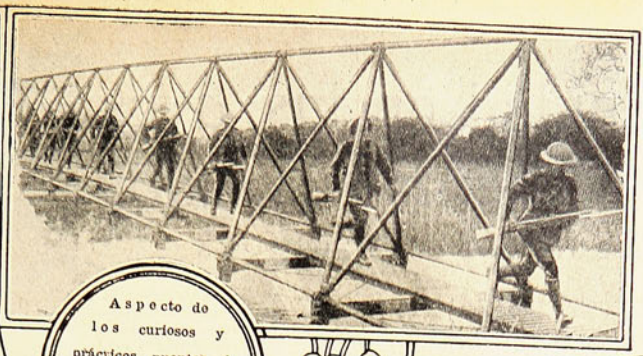
VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS.

Concesionarios para Chile: SALAZAR Y NEY, Santiago, A. Prat, 219

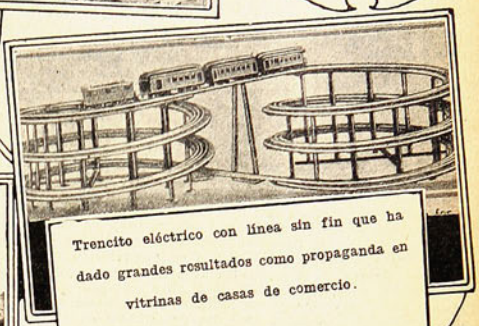
A base de: Extracto glandular taurino.

Curiosidades

Las peligrosas caídas de los pequeñuelos con sus sillas, se evita clavando en éstas una tabla de 1 x 1 pulgadas en la forma en que se alcanza a ver en el grabado.

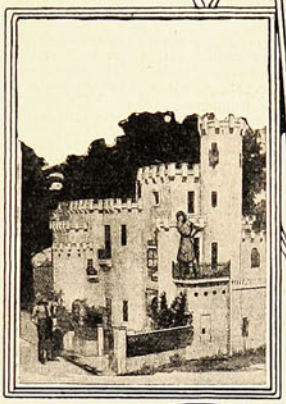


Aspecto de los curiosos y prácticos puentes de tubos de metal que usa el ejército norteamericano.



Trencito eléctrico con línea sin fin que ha dado grandes resultados como propaganda en vitrinas de casas de comercio.

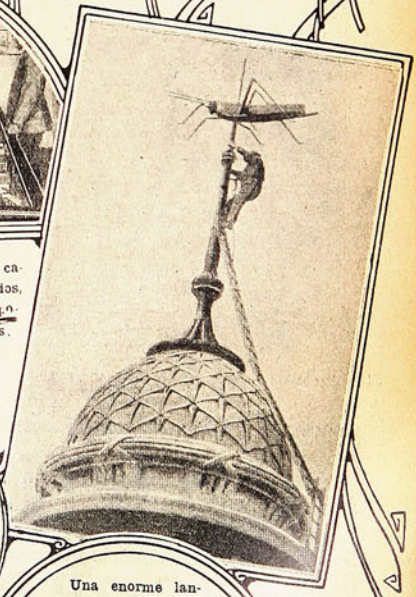
Este coche-comedor puede ser sacado de la línea y colocado en parques y playas sobre grandes patas especiales, como las que muestra la fotografía.

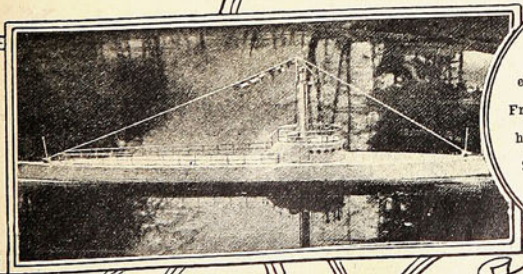


Un arquitecto californiano construyó este castillo en miniatura, por cuyos interiores puede andar una persona.

Gigantesca planta de pensamientos cultivada por un jardinero de Connecticut. Las flores tienen 12 ctm. de ancho.

Clases de ubicación de calles, alarma de incendios, etc., a los nuevos policías berlineses.





Un francés ha inventado este barco en el que espera trasladarse de Francia a Nueva York en 5(horas. Tiene ocho motores y 2.400 caballos de fuerza. Velocidad: 86 millas por hora.

Una enorme langosta corona la cúpula de la Bolsa de Londres y anuncia la dirección del viento. Limpiarla no es tarea fácil.

PAGINA CIENTIFICA

La maternidad en las aves y el arte de hacer sus nidos

Por ENRIQUE ERNESTO GIGOUX

El clamidorero manchado. Macho y hembra en su corte de amor

La maternidad, siempre sublime en toda la escala animal, desde la raza humana hasta la humilde especie de los seres más pequeños, tiene en las aves un encanto de tierna poesía que inspira sentimientos elevados, con el ejemplo de tanta abnegación y tan inmenso cariño por sus hijos.

"Los cantores de los bosques", como los llaman los poetas, artífices de cunas suspendidas, con sus cantos melodiosos, con el esplendor de sus plumajes de colores, de brillos metálicos, de movimientos ágiles, son los seres más hermosos y los soberanos del extenso dominio de los aires.

Grandes, imponen y admiran; pequeños, seducen y atraen.

El cóndor de los Andes, con su magestad heráldica y su mutismo de rey severo, atiende y vigila su nido en la cumbre solitaria, con la misma solicitud que el modesto ruiseñor, el cantor nocturno de la selva silenciosa, que trina junto al nido para que su amada duerma.

La fatídica lechuza que grazna en el viejo campanario, es madre afectuosa como la inquieta golondrina que recorre los campos con rápido vuelo buscando el sustento para sus hijos. Siempre el nido será una cuna y siempre el ave será una madre. Hay una curiosa relación entre el vuelo y el arte de construir sus nidos, entre las aves de gran tamaño y las pequeñas.

Los cóndores, águilas, albatros, etc., voltejean y se remontan sin agitar, ni mover sus alas, y sus nidos no son a veces más que unas pocas ramas quebradas o pedazos de palos depositados en el hueco de una roca o en la cumbre de un picacho inaccesible. Los picaflores, que son las aves más pequeñas (uno de los cuales, **Ornimya minima**, originario de la Isla de Santo Domingo, mide 5½ centímetros, contando el pico y la cola), agitan sus alas con rapidez tan vertiginosa, que ellas no se ven cuando la avecita detiene el impulso de su vuelo frente a una flor para chupar el néctar de su cáliz y tragar los diminutos insectos que en él se encuentran. Y sus nidos, pequeñitos como ellos, son un prodigio de arte y de confortabilidad para la prole, donde los padres cariñosos y previsores han elegido para su construcción los materiales más suaves y apropiados para el abrigo de sus hijuelos.

El siete colores, cuyo rombre técnicc es ahora Tachurás Rubrigastra Rubrigastra

La hermosura del plumaje de estos bellos artífices y el rápido movimiento de sus alas en el vuelo está en relación con la proligidad que emplean en la confección de sus preciosos nidos.

Algunos los hacen solamente de plumas finas muy bien entrelazadas con crines o fibras de plantas. Otros, de lana, algodón o sedas vegetales.

He visto uno que estaba hecho con los desperdicios de una piel de nutria, que habría quedado al alcance de los vivaces picaflores.

Como la adaptación de las aves a los distintos medios y su hábito mundial para las tantas y diversas especies es tan vasto como numerosas las especies mismas, todos los hogares son apropiados para sus nido, de conformidad a sus costumbres, topografía de la comarca donde viven y necesidad de conservación y de propagación.

La espesura de los follajes, los aleros de las casas, las cuevas abandonadas, las grietas, las desigualdades del terreno, las aberturas de las rocas, las ruinas y los jardines, las torres y las tumbas, todos son itios que convienen a la aves para colocar sus nidos.

Y cuando la domesticidad, por la bondad del hombre que va perdiendo los instintos malos, permite el acercamiento, las aves llegan a hacer sus nidos en sus mismas habitaciones, como ocurrió en Marnay, en Francia, donde una pareja de golondrinas hizo su nido en el soporte de la lámpara de una de las piezas de la casa.

Muchas aves emigran cada año a otros países, y al volver, saben el sitio de su antiguo nido, que vuelven a ocupar de nuevo.

Un Troglodita, muy común en España, hace tres o cuatro nidos. Los primeros no los oculta, los termina igual por fuera, pero, por dentro quedan sin concluir. El último que está más oculto es el que va a ocupar y lo concluye con hábil proligidad. Desde él verá cómo sus enemigos que registran los nidos vacíos no encuentran nada.

El Verderón común, **Spinus viridis**, de Europa, esconde de tal manera su nido entre los líquenes que se crían en las ramas de algunos árboles, que es sumamente difícil encontrarlos

El Republicano social, **Philetaerus socius**, de Africa, tiene la particularidad de que para hacer el nido se reunen muchas parejas y empiezan por hacer un techo de paja y ramas, debajo del cual colocan juntos todos los nidos que necesitan, con aberturas para cada uno.

Al año siguiente vuelven a construir nuevos nidos a continuación de los antiguos, que ya no les sirven, y así hasta que el peso de tantos hace caer la construcción rompiendo la rama de que pende.

El Tilonorinco y el Clamádero, aves de Australia, no solamente hacen nidos muy artísticos, sino también lo que los naturalistas han llamado **cunas**, que son pequeñas glorietas que hacen aprovechando algunas plantas bien situadas donde entrelazan ramitas y yerbas secas. A esos lugares llevan todo lo que creen que son adornos, como huesos, caracoles, frutos secos, que distribuyen a la entrada y lados.

Todo el tiempo que no emplean en buscar alimento, lo pasan en su glorieta, entregados a ciertos movimientos de regocijo, con cantos y saltos o reposan tranquilamente.

(Concluye en la pág. del frente)

CARNOL

el bien conocido remedio para

ENGORDAR

Ganar Fuerzas y Mejorar la Digestion

Hace aumentar de 3 a 8 kilos en pocas semanas

Contiene las Famosas VITAMINAS.

Comprelo en las Boticas.

Base: Extr. Sabal, hipofosfito de calcio, sodio, potasio, lecitina, hemoglobina, fosfuro de zinc.

LAS CANAS

DAN ASPECTO DE VEJEZ

LA CASPA

HACE QUE CAIGA EL CABELLO

CABELLERAS NEVADAS

En el otoño de la vida hay personas que miran despreciativamente las CANAS, sin sospechar la triste impresión de frío que comunican a los seres que los rodean.

Si es usted una de ellas, pruebe la loción

Matacanas

LLUCH XX

(M. R.)

No es tintura. No requiere el menor cuidado ni precaución, pues es inofensivo. Basta una aplicación diaria con las manos, como loción, para ver desaparecer en breve las canas más rebeldes. Pruébelo.

FORTIFICA Y EVITA LA CAIDA DEL CABELLO. QUITA LA CASPA AL PRIMER FRASCO

Puntos de venta:

SANTIAGO: Daube y Cía. y Botica y Droguería Francesa, Huérfanos, 840.

VALPARAISO: Daube y Cía., L. Despouy y Cía., Botica Hermes, Victoria, 612-614 y buenas boticas.

VIÑA: Botica Unión.

CONCEPCION Y ANTOFAGASTA: Daube y Cía. Si no lo tiene su farmacéutico, haga que lo pida a Daube y Cía.

Base: Agua Rosas, Quina, Nogal, Azufre, etc.

DE AYER Y DE HOY

La evolución de la elegancia masculina.

AYER: El Emperador Francisco José de Austria, el elegante de su época, luciendo la tenida con que asistía a los concursos hípicos de los primeros años de su reinado.

HOY: Lord Buchanan, el hombre que mejor se viste hoy día en Inglaterra, en las carreras de ''El Derby'', impecablemente elegante.

LA MATERNIDAD EN LAS AVES Y EL ARTE DE HACER SUS NIDOS

(Conclusión)

El Hornero rojo del Brasil, ave muy hermosa y pequeña, hace una labor titánica para su tamaño, construyendo sobre una rama fuerte un horno de barro con una abertura. Adentro hace el verdadero nido con plumas y fibra.

Es numerosa la variedad de nidos que hacen las aves, ya cosiendo hojas de plantas con fibras o hilos, colgantes o fijos, perforando troncos secos o cavando la tierra, y empleando toda clase de materiales.

Se cita el caso de que en Bezançon, donde hay muchas fábricas de relojes, unos gorriones hicieron su nido con cuerdas delgadas del reloj que los obreros tiraban por malas sobre los techos.

Pero, el nido más difícil de obtener es el del Martín pescador, que lo hace de huesos y espinas de peces, muy hábilmente entreverados y sujetos entre sí.

Esta ave coloca su nido en lo más profundo de las madrigueras abandonadas y cuya entrada está en el corte de un terreno que dé al agua y cubierto con vegetación. De modo que es muy difícil dar con él. El Museo de Londres pagó 100 libras esterlinas en 1904 al ornitólogo Mr. Gould, por uno de estos nidos, gracias a su paciencia y perseverancia, pues, ese Museo no lo tenía.

Así como hay aves incansables en el trabajo del acarreo de materiales y artísticas en la confección de sus nidos, hay unas pocas que lo hacen mal, y el Cuclillo y el Molotro, que nunca lo hacen. La hembra de estas especies pone sus huevos en nidos ajenos, aprovechando la ausencia de sus dueños, y lo hacen una vez en uno y después en otro. No se preocupan de empollar, ni de alimentar a sus hijos, que son atendidos por sus padres adoptivos, que no se perciben del intruso que se impone en el nido y quita el alimento a los verdaderos hijos y hasta los maltrata.

La costumbre de estas especies de eludir los deberes de la misión maternal, no es exclusiva de ellas. En la raza humana, donde no están incluídas estas aves, es sumamente común la misma costumbre de que muchas madres no crían a sus hijos, ni se preocupan de ellos, con la diferencia de que entre las aves la excepción es casi nula al lado de la regla, mientras que en la humanidad la regla es casi igual a la excepción.

Si estas dos aves dan ese ejemplo, todas las demás lo dan de abnegación y cariño por sus hijos.

VELOUTY

DE DIXOR - PARIS

M. R.

Opinión que dá sobre La Velouty de Dixor, la hermosa y celebrada bailarina

GINE PALERME:

''En el Teatro como en la ciudad, empleo la ''Velouty'' de Dixor. Este producto debería de estar en el tocador de todas las mujeres elegantes. A mí me encanta.''

''GINE PALERME''

FALCONETTI,

la encantadora y aplaudida artista, también opina:

''Con su maravillosa Velouty, Dixor ha realizado la fórmula de éxito ante todas las mujeres preocupadas de su belleza. ''Estoy encantada con este producto.

FALCONETTI.''

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS.

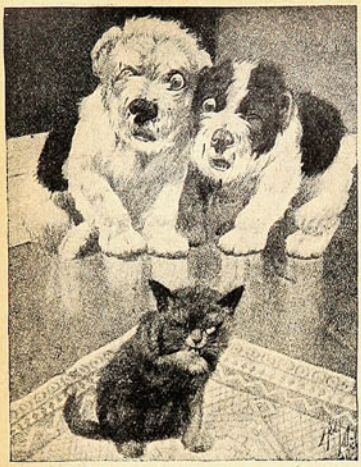
se vende a los siguientes precios:

1|4	tubo o tubo maletín	$ 2.00
1|2	„	„ 8.00
1|1	„ o super tubo	„ 13.50

Tres colores:

BLANCO, ROSADO (NATURELLE) y MARFIL (IVOIRE)

PARA LA NEURASTENIA



¡Quién hubiera pensado que tenía un "punch" tan brutal en ambas patas!

PELAMBRILLO

El acaudalado hombre de negocios realiza una obra noble.

"Le remuerde la conciencia", dice la dactilógrafa.

"Desea publicidad"(, dice el tenedor de libros.

"Busca ganarse la buena voluntad de los vecinos", dice el embalador.

"Su mujer lo obligó a hacerlo", dice la telefonista.

"Acababa de darse una fenomenal comilona" dice el suche.

Y... todos tenían razón.

EL MANAGER DEL CIRCO (desesperado): ¿Dónde está el Hombre de Goma? Parece haber desaparecido.

EL BARRISTA: Se borró...

INFALIBLE

A.—¿Conoces algo que detenga la caída del cabello? . . . . .

B.—¡Claro! Cázalo antes de que llegue al suelo!

¡Oh! ¡Qué valiente eres, amor mío!

COMUNISMO

—Usted es dueño de la casa que habita, ¿verdad?

—No. Tenemos invitados la mayor parte del tiempo.

El de los cursos por correspondencia se atrasó en la lección...

SOBRA TIEMPO

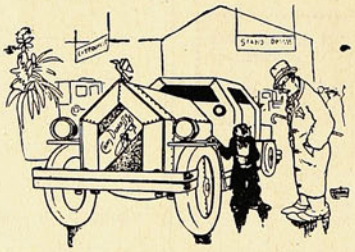
El eminente hombre de ciencia Charles Nordmann, dice que el sol durará unos 150,000.000,000 de años. Esto dará tiempo al mundo para que el último hombre sea levantado y reformado por la ley.

ARRASAN CON TODO

ELLA: Jamás se oye de una cajera que se apodere del dinero de su patrón y huya.

EL: No; pero cuando llega a ocurrir, se apoderan del patrón también.

EL CHICO DE ESPIRITU COMERCIAL: ¿Me da un cinco, papá? Quiero comprar a plazo un bañito de helados de a veinte!



"... Y en el interior hay una lista completa de todos los hospitales del país".

(Le Rire - París).

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

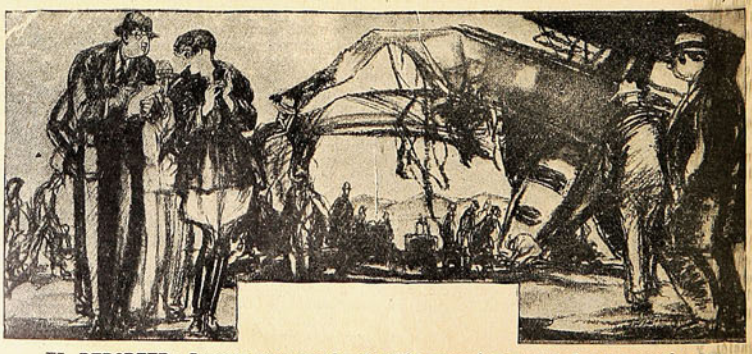
ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos Depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello **Sobre** el cutis, en cambio Vytt deshace el vello y la raiz **debajo** del **cutis.** Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se aplicó y el vello ha desaparecido.

El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, **Casilla, 1161, Santiago.**

El "Vytt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

Base: Natrium sulphide, Barium Sulphide, Calcium carbonate, Glycerine, Agua.

VYTT.



EL REPORTER: Supongo que cuando el avión empezó a caer, todos sus pecados acudieron a su mente.

LA ACTRIZ DEL CINE (pensativa): ¡Oh! No. Apenas caímos de unos 4,500 metros!

Desde la playa

por Daniel de la Vega

De Raquel a Clara. (Fragmento).

...Aquí estamos, por fin. Como todos los años, desde antes de llegar, en el tren, mamá dió el escándalo de las maletas que se perdían, que se buscaban bajo todos los asientos, obligando a ponerse de pie a una cantidad de caballeros mal humorados.

Había instantes en que la desesperación de mamá adquiría entonaciones desgarradoras, y empezaba a enumerar todos los objetos que ella había puesto en las maletas desaparecidas.

El abrigo de Pepe, las llaves de los muebles, mis guantes nuevos, el despertador...

Yo metía la cabeza—la cabeza medio transtornada,—por el ventanillo, como si el paisaje abrasado bajo el sol, me fascinara. Ya empezaba a divisar unas sonrisas compasivas en algunos pasajeros. Mi hermano, que es un bandido para saber hacer las cosas con oportunidad, en ese preciso instante se durmió profundamente.

Papá, que a pesar de la experiencia de catorce años de viajes de veraneo, todavía cree que las maletas se pueden perder, simulaba buscarlas, tal vez con la remota esperanza de calmar los nervios de mamá. Pero no lo conseguía y mamá seguía con las enumeraciones, y yo temblaba de vergüenza al pensar en la hora en que empezara a contarle a los pasajeros la cantidad de ropa mía que se había perdido, y salieron mis medias, mis combinaciones... ¡Tú comprendes!

Las maletas no se pierden jamás. Un año aparecen bajo el mismo asiento de mamá, otro verano van en el carro del equipaje. Ayer resultó que ella misma las había enviado con la sirviente, que se vino en el tren anterior a esperarnos. Pero la escena la dió a conciencia. Con tantos años, ya tiene práctica y una barbaridad de recursos inesperados.

Un muchacho que durante todo el trayecto vino devorándome con los ojos, en cuanto comenzó la escena de mamá, se entregó con toda el alma a buscar las maletas. Bueno; te diré francamente, que, en realidad, quien revolucionó todo el vagón fué él. Jamás mamá encontró cómplice mejor. Yo comprendía que su amabilidad con mamá era pasión por mí, traducida a la circunstancia.

Y cada vez que casi desaparecía bajo los asientos de los demás pasajeros, yo casi me emocionaba. Cada uno de sus esfuerzos era un piropo que caía a mis pies. Ya que no podía decírmelo, buscaba las maletas sofocadamente.

Quedó en una facha lamentable. Manchado de polvo y carboncillo, perdida la línea del pantalón, fuera de las mangas los puños. Nunca la arrogancia de Don Juan cayó desde tan alto. Por fin, el siglo de los minutos de la llegada pasó. Y una hora después, ya estábamos en el chalet abriendo las maletas perdidas. Mamá, satisfechísima. Ella dice que es porque este aire le sienta muy bien, pero creo que es por la escena que dió. No sé si en la playa veré al muchacho. Me gustaría que me lo presentaran las López, que conocen a todo el mundo, para poder contarle que las maletas desaparecidas estaban aquí. No tengo otro interés. Porque no te vayas tú a creer...

CORRESPONDENCIA

Por MERLINA

M. E. V., Chuquicamata.—No admitimos colaboraciones. De todas maneras le agradecemos su atención.

Necha, Santiago.—Tuvimos el agrado de darle contestación a su pregunta en el número siete de "Para Todos". Nuestras excusas por la demora, pero tenemos tantas preguntas que contestar...

Un corto de genio, Concepción.—Lea la sección "Cortesía y Buen Tono", que se publica en "Para Todos". Ahí encontrará usted las reglas necesarias para bien conducirse en sociedad.

Barón de San Telmo, Santiago.—Vea lo que le contestamos más arriba a M. E. V.

Agustín Martínez Hermoso, Santiago.—La misma contestación que al anterior.

Una Pretenciosa, Santiago.—Para su caso lo mejor es hacer gimnasia sueca que por parejo le fortalecerá los músculos relajados por la maternidad. Hay un libro de gimnasia espléndidamente explicado que puede usted adquirir en una buena librería del centro. Se llama "Mon Système pour femmes, de Müller. Lo hay en francés y en inglés. Puede usted elegir el idioma que convenga a sus conocimientos de idiomas. Le hago una advertencia. Empiece a practicar los ejercicios con moderación y en sus grados más fáciles. Así se librará usted de dolores musculares en los primeros días, dolores que pueden llegar hasta desilusionarla respecto a la bondad del sistema.

Lya y Zita, Talca.—Jacques Catelain tiene por dirección: Comedie Francaise, París, Francia. La de Ramón Novarro es Metro-Goldwyn-Mayer Studio, Culver City, Hollywood, Estados Unidos de Norte América. Pongan veinticinco centavos de franqueo a las cartas.

Ludovina Violeta, Santiago.—Si tiene tanta disposición para la danza, vaya usted donde el administrador del Municipal que la hará ingresar en la escuela de danzas que funciona en dicho teatro a costa del Estado para formar las bailarinas y el cuerpo de baile de la Opera.

Silvio Porcella, Chillán.—Ese número de "Para Todos" está agotado. Cuando quiera usted hacer pedidos de revistas diríjase a la Administración de la misma: Teatinos 666, Santiago.

Elsa Sepúlveda, Antofagasta.—Muy agradecida pero no aceptamos colaboraciones.

Chiffón, Santiago.—Pierrette Fiori está en la Argentina, pero no sabemos dónde a punto fijo, por aquello de que anda en jira y constantemente cambia de ciudad. Gloria Swanson no tiene hijos de su matrimonio con un noble francés.

Mirta, Santiago.—Chaplin fué casado primero con Midrel Harris cuya unión fué un desastre. Se divorciaron y luego el gran bufo casó con Lita Grey de la cual acaba también de divorciarse. Con Pola sólo hubo un flirt.

Leila.—No admitimos colaboraciones. La suya nos parece reveladora de buenas dotes y le decimos que trabaje empeñosamente.

Armanda de la Vega, Santiago.—Si usted ha ensayado todas las recetas que hemos dado en "Para Todos" no es milagro que ninguna le haya hecho bien. Así, sin conocimiento de su cutis y de su estado de salud y sobre eso sin constancia, es imposible que nada le haga nada. Para las pestañas use en las noches aceite de ricino puesto con un pincelito sobre el borde de los párpados. Para su nariz ñata no le doy remedio porque aún no se ha inventado ningún salitre con el objeto de hacerla crecer. Los dientes le blanquearán usando esta preparación: Carbón pulverizado, 100 gramos. Sulfato de quinina, 16 gramos. Magnesia, 16 gramos. Para evitar la transpiración empiece por observar el más escrupuloso de los aseos y dos veces par semana, en las noches, use el Oro-Do-No que en cualquier botica puede adquirir. Haga gimnasia, en especial con el tronco y las piernas, para que le adelgacen las caderas.

Ze-Fuhe.—H. G.—La dirección literaria de la revista no admite colaboraciones. Muy agradecidos de todos modos.

Aura Martí, Santiago.—Lávese en la noche con agua caliente, lo más caliente que pueda resistir y después con agua fría. Al lavarse con el agua caliente use jabón blanco de Marsella. Una vez enjuagada en agua fría y bien seca, se pasa un algodón con alcohol alcanforado, para que los poros aprieten y los puntos negros vayan desapareciendo poco a poco. En todos los tratamientos del cutis hay que tener constancia, sin esta virtud es imposible mejorar. Una vez seco el alcohol alcanforado sobre la cara, se pone en la parte en que tiene las espinillas esta crema: Leche de azufre, 2 gramos. Resorcina, 2 gramos. Manteca benzoada, 30 gramos. Kaolín, 4 gramos. Jabón, 6 gramos. En la mañana no se lava, sino que se limpia el cutis con alcohol alcanforado y se pone esta Agua de Belleza, especial para los cutis grasosos y los poros dilatados: Agua de Colonia, 250 gramos. Agua de azahar, 50 gramos. Borato de soda, 15 gramos. Mentol, 0.30 gramos. Espere que esta preparación se seque y se echa los polvos, que han de ser muy buenos. Para evitar esa rojez de la nariz, póngase en las partes afectadas una mezcla por partes iguales de Betol, Magnesia y Bicarbonato de soda. Esperamos que estos remedios han de hacerle bien. Vigile siempre su digestión y sea constante en el tratamiento.

Nenita Linda, Temuco.—Los guantes a que usted se refiere dan un excelente resultado para la belleza de las manos y se preparan en la siguiente forma: Cera virgen, 15 gramos. Blanco de ballena, 15 gramos. Jabón blanco, 15 gramos. Grasa de riñón de cordero, 25 gramos. Mantequilla de cacao, 4 gramos. Se deshacen por separado estas sustancias y se mezclan después, derritiéndolas al baño de María. Una vez bien unidas se les añade: Aceite común, 46 gramos. Pomada rosada, 46 gramos. Benjuí, 4 gramos. Bálsamo del Perú, 4 gramos. Esencia de rosas, 90 gotas. Agua de miel, 15 gramos. Se revuelve bastante para que se forme una pasta perfecta. Mientras, se han vuelto del lado del revés unos guantes de hilo blancos que estén perfectamente limpios. Se colocan sobre una mesa y con un pincel se los va untando con la mezcla que estará muy calientes. Una vez los guantes untados por todas partes, se vuelven al derecho y se los sopla, para que hinchen y así al secarse no se peguen los dedos. Entonces se ponen en un sitio cálido. Por las noches, una vez que se haya lavado las manos con agua templada y jabón blanco de Marsella, se pondrá estos guantes, durmiendo con ellos. Verá cómo al poco tiempo sus manos adquieren una blancura y una suavidad realmente maravillosas.

EL VERANEO DE LOS MARIDOS

CRONICAS FRESCAS A PROPOSITO DEL CALOR

—"Son todos iguales" — me dijo no hace mucho una viuda, que por tercera vez quería contraer. — "En cuanto una los deja solos se vuelven los mil demonios". — Así terminó su discurso fulminante esta experimentada mujer, que, a pesar de los pesares, busca un nuevo marido.

Como no deseaba creerle, me puse en busca de un "caso" que le diera la razón, y desgraciadamente, me encontré con que el tema de este cuento que no es cuento, ocurre en repetidas ocasiones dentro de nuestro ambiente.

—"¡Adiós, Pepe, no dejes pasar el sábado!..."

—"¡Adiós, Melania, que aproveches bien el veraneo y que te bañes mucho. Cuida a los niños!!..."

El pitazo de partida termina con este desabrido diálogo matrimonial, y mientras el tren echa a correr furiosamente con rumbo a Cartagena, Pepe, este Pepe que tanto abunda en época de vacaciones, agita su pañuelo en la forma que la tradición obliga.

Ya, Pepe está sólo, y sólo recién comienza a darse cuenta de su nueva situación.

La casa ha quedado "cerrada". No vale la pena que por él se pague luz, agua potable, sirvienta y cocinera. Comerá mientras regresan los suyos en una pensión italiana muy barata y en la que se sirve comida "de familia". En la noche irá a dormir a la casa, pero como se ha ordenado a la Compañía de Alumbrado que corte el medidor durante la temporada de veraneo, se alumbrará con una simple vela.

Pepe sale de la Estación y después de suspirar con desahogo muy envidiable, echa manos a su cartera, donde encuentra el último billete de cinco pesos.

Con mirada inquieta, vaga, incoherente, abarca todo un letrero que dice "BAR", y aún cuando él nunca bebe fuera de las comidas, un algo de su "nueva vida" le induce a penetrar al recinto "de la pianola y el olor a alcohol..."

—"Pepe!... ¡tú!... ¡Cuánto tiempo sin verte!... Qué cambiado estás."

—"¡Hola, Juanito! Tanto gusto por el encuentro, ¡Tú siempre estás igual!"

Es el compañero de colegio, el amigo de la infancia. Ese amigo que a todos nos ocurre encontrarlo después de muchos años, en el interior de la primera cantina que pisamos.

Semi abrazados, ambos se cuentan su vida, su historia, sus milagros y todo aquello que les parece interesante.

—"Ahora estoy sólo, mi mujer se acaba de ir a Cartagena. Creo que me voy a aburrir soberanamente. No sé qué hacer."

—"Pues por ahora juguemos un cacho."

Y Pepe, que no sabía lo que era un cacho, en sus diez primeros minutos de separación conyugal, se transformó en el campeón del cacho.

Ambos amigos abandonan alegres y risueños ese bar siniestro que los ha reunido, y juntos se disponen a almorzar.

—"Vente conmigo. He tomado pensión de mesa mientras regresa mi familia. Dicen que la comida es muy buena."

—"¡No faltaba más! Hoy almorzaremos donde Gage. Hay que celebrar dignamente el encuentro."

—"Es que... la verdad... ando sin dinero... las malditas vacaciones..."

—"Yo te facilito. Me armé el domingo con La Pingüina. No te preocupes, ñatito, por tan poca cosa."

. . . . . .

El almuerzo terminó a las cuatro.

Pepe, que se ha quedado en Santiago sin poder gozar del veraneo junto a su encantadora mujercita, por las obligaciones de su oficina,

Se expende en tubos de 20 tabletas y en sobrecitos de 1 y 2 tabletas. No acepte tabletas sueltas que pueden ser sustitutos nocivos.

llama a un mensajero y con pulso febril y tiritón redacta una excusa para su jefe, anunciándole que no podrá ir al trabajo por encontrarse "sériamente enfermo".

—"Agrégale que crees que mañana continuarás enfermo", anota con sonrisa maliciosa el amigo experimentado.

—"Pero es una barbaridad! No voy a vacaciones por el trabajo y ahora resulta que no asisto a la oficina."

—"Dos ausencias no constituyen falta", sentencia el filósofo Juanito.

Se redacta la carta, y Pepe, más tranquilo, se deja llevar por los consejos del viejo amigo...

. . . . . .

A las seis y cuarto, los encontramos en primera fila de un teatro de bataclán.

Pepe, algo o muy chispa, se siente en un mundo nuevo.

Esas bataclanas desnudas que bailan voluptuosamente y le sonríen con picardía, le parecen un cielo, un infierno, un no sabe qué. El también empieza a sonreír.

Comienza a producir efectos la telegrafía visual.

—"Yo quiero conocerla!", exclama arrebatado.

—"Pero si de eso se trata! Yo soy amigo del empresario. En el entreacto le pediremos que nos las presente, y luego las invitamos a comer."

A Pepe la idea le parece excelente. Y el amigo lo hace a las mil maravillas.

A la salida de la vespertina se reúnen con las bataclanas y comen juntos en un "reservado". Pepe se demuestra ídem. Pero las muchachas, con sus burlas y sus descocos, logran transformarlo en un Pepe nuevo. En un Pepe jaranero, bullicioso, charlador y manilargo.

La telegrafía manil entra en acción.

¡¡¡Qué diría Melania si los viera!!!

Las cuatro, después de un corto debate, acuerdan organizar una maravillosa jira nocturna, digna de causar envidias al Rey de los Noctámbulos...

Demás está decir que la jira se llevó a efecto a pedir de boca, y que Pepe confirmó plenamente las expectativas de su buen amigo.

A la mañana siguiente, el venturoso o desgraciado marido de Melania, se bebió todo el botiquín casero, compuesto de bicarbonato, Leche de Magnesia, aspirina y yerba de la plata.

Con el cuerpo malo, sin deseos de trabajar, Pepe, admiró el espíritu observador y preventivo de Juanito, a quien le debía un nuevo día sin trabajo, y de acuerdo con lo pactado se vistió elegantemente, echó a su bolsillo algunos objetos de valor que pasó a depositar al aristócrata Montepío, y luego se reunió en el centro con su admirable maestro...

. . . . . .

Y los días de alegre farra, de fiestas interminables, se repitieron en forma por demás admirable.

Y una noche en que acompañado de dos regias bataclanas se entregaba a los dulces brazos de Baco y Tepsícores, de uno de sus bolsillos en que trabajaba mano extraña, cayó un pequeño papelito.

Era el inquieto telegrama de su pobre Melania, que había visto llegar durante dos sábados ese tren de los maridos que nunca le llevaba al suyo.

Con remordimientos recogió respetuoso el papelucho y se dispuso a contestarlo en la forma siguiente.

"Dos asuntos importantes me retienen. Si los alcanzo a despachar hoy, iré mañana sábado en nuestro tren. Besos para ti y los niños..."

La telegrafía del Estado entró en acción, pero en acción demasiado débil por desgracia.

Llegó el sábado y Pepe no pudo alcanzar el tren.

Y así terminó el veraneo sin que la pobre Melania pudiera exhibir orgullosa en las playas de Cartagena al marido que Dios y la ley tuvieron a gracia concederle...

. . . . . .

Moraleja. Si usted, señora, tiene marido menor de ochenta años, absténgase de veranear si éste no va en su compañía.

A. FISHER.

GIRONES DE ARLEQUIN

"RAHU" QUISO ENGULLIRSE A LA LUNA

HABEIS de saber que miles de peregrinos hindúes, han visto desde la orilla del Ganges cómo el demonio "Rahu" quiso comerse a la Luna.

Antes de eso, millares de penitentes afluían hacia el Ganges desde los suburbios de Calcuta. Se acercaba la hora en que el demonio triunfa y derrama sus impurezas sobre la tierra. Ellos iban a salvarse de toda mancha, bañándose en las aguas sagradas a las cuales llevaban ofrendas como hojas y cocos, en recuerdo de sus muertos.

Ya en la orilla del río, sólo aguardaban el aparecimiento del demonio. De pronto una sombra oscura penetra en un borde de la Luna. Poco a poco la sombra avanza y cubre por completo el gran disco de plata Al primer aviso, los peregrinos se lanzan al agua entonando cantos religiosos. Una gran oscuridad ha invadido la tierra. Y con la sombra, el terror hace presa en todos. Entonces las autoridades del puerto ordenan encender las luces de la bahía, y el espanto se aleja un poco del ánimo de todos, puesto que ello es vencer algo al demonio.

Lentamente la sombra va abandonando también la Luna hasta que aparece completamente libre y resplandeciente. El demonio ha huído, y los peregrinos, después de arrojar todos los objetos tocados por la sombra, limpios de toda impureza, vuelven a la vida con sus esperanzas y sus desdichas, creyendo sinceramente que el mal está ya mucho más lejos que la Luna.

Para los niños inocentes, digamos que todo esto es tan solo un eclipse visto casi en el corazón del Asia.

POLEMICAS DONOSAS

ENTRE "La Nación", órgano oficial de la dictadura española, y el resto de los periódicos madrileños, acaba de desarrollarse una de la incidencias más donosas ocurridas de hace mucho tiempo entre la prensa de aquella corte.

"La Nación" hizo hace poco en sus columnas editoriales una crítica de las costumbres. Y como se precia de ser un órgano constructivo, dió naturalmente las normas de una transformación.

Sintetizando estas normas, para comentarlas en seguida, "La Voz" dijo:

"El órgano de la U. P. quiere que todos los españoles se levanten a las ocho de la mañana, tomen en ayunas una taza de té, café o manzanilla, hagan un almuerzo frugal a las once, coman cocido a las seis, vayan al teatro y se acuesten a las doce, después de ingerir un chocolate o un vaso de leche".

En el comentario manifiesta su disconformidad. "En primer lugar, aborrece el cocido; no quiere comerlo en ningún momento y menos a las seis de la tarde. Las seis de la tarde es la hora más bella de Madrid, la del paseo lento por las calles céntricas, la del flirteo, la de la sección vermouth de cines y teatros, la de la revista mujeril de escaparates lujosos, la de las compras innecesarias..."

"¿Cómo podrá el órgano de la U. P., por muchos medios coercitivos de que disponga, obligar a los madrileños a meterse en sus casas a las seis de la tarde para comer cocido, manjar grosero e indigesto,, que agarbanza la individualidad y la divorcia de las exquisiteces espirituales?..."

Todos los diarios han expresado su discordancia. Parece que "El Sol", sin duda uno de los más prestigiosos, ha observado, entre otras cosas, la manera con que el órgano de la U. P. escribe sus artículos de fondo. Y "La Nación" ha contestado muy buenamente:

"Que en "El Sol" crean o no crean que nosotros sabemos escribir artículos periodísticos, nos tiene sin cuidado, aunque con gusto nos someteríamos a una prueba de comparación, sentados frente a frente, sin asesorías ni consistorios, con límite de tiempo e indicación de temas en el acto, a ver quién los escribía antes y mejor, periodísticamente juzgados. Eso, a cualquiera hora y cuando a "El Sol" le plazca".

Metido ya el periódico en este callejón, ha recibido de "El Sol" la siguiente respuesta:

"No; no podemos aceptar ese torneo. Sería más reído aún por el público que la reforma de las costumbres. Y a lo mejor nos ganaría el órgano de la U. P. escribiendo antes y mejor que nosotros, y nos quitaría los lectores; cosa que no ha conseguido todavía".

LA VOZ EVANGELICA

"La soberanía de las pequeñas naciones es respetada".

(Frase propuesta por Mr. Coolidge para su análisis gramatical en la Conferencia Panamericana).

UN IMPRESO FINO Y ELEGANTE

ES LA PROPAGANDA QUE MEJOR ACREDITARÁ SU NEGOCIO

CONSULTE A

EDAR

EMPRESA GRÁFICA ARTICULOS RÉCLAME

DEPARTAMENTO DE

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

SANTIAGO AHUMADA 32

VALPARAISO T. RAMOS 147

BEN-HVR

LA GRANDIOSA EPOPEYA DE UN PRINCIPE JUDIO

LA Roma pagana hállase en el cénit de su poderío. La tierra tiembla al paso de sus férreas legiones; los pueblos todos del sojuzgado mundo, dejan oír sus lamentos, clamando por un libertador. Jerusalén, la magnífica, conquistada y oprimida, lloraba a la sombra de sus muros.

Era el día 24 de diciembre. A la puerta de Jafa interminable río humano arremolinábase. Roma, la tirana, queriendo que todo el mundo le rindiera tributo, hacía que todos los ciudadanos de los pueblos oprimidos por ella se presentaran en la tierra natal para ser empadronados.

Al mismo tiempo dos fatigados viajeros tratan de llegar a Belén antes de que anochezca. Son los elegidos José y María. Llega la noche y rendidos, sin albergue, se cobijan en la cueva donde David, siendo pastor reposó sus rebaños. Y allí fué Madre y quedó Virgen la que fué desde aquel momento el faro de la humanidad cristiana. El Divino Niño había nacido. Pastores y príncipes llegaron a rendirle vasallaje, entre ellos Melchor el hindú, Gaspar el griego, y Baltasar el egipcio.

Pasan varios años. La figura del niño nazareno se esfuma en la lejanía del recuerdo.

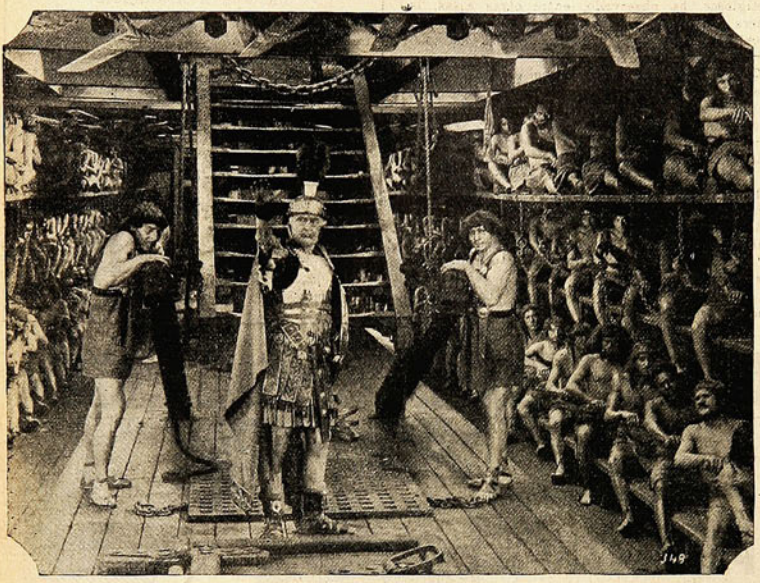
Jerusalén espera, llena de sordo descontento, la llegada de Graco, el nuevo tirano que Roma le envía. En el palacio de Hur reina también el descontento. Allí habitan la madre, princesa viuda, Ben Hur, valiente mozo y su hermana Tirzah.

La princesa encarga al esclavo Simonides que ponga en salvo el tesoro de la casa. Este esclavo, que vive como un liberto, gracias a la bondad de la princesa de Hur, es padre de una hermosa niña llamada Esther.

Desde una azotea del palacio, Ben Hur, su madre y hermana presencian indignados la llegada de Graco a Jerusalén. Ben Hur, apoyado en el barandal de la azotea, nervioso y sin querer, hace desprenderse un ladrillo que va a rozar la capa de Graco.

Messala, antiguo amigo de Ben Hur, y que ha renegado de la causa judía, llevado por su envidia hacia el joven príncipe, lo acusa de conspiración contra el poder romano y lo hace prender.

Después de su prisión, el joven Ben Hur es condenado a remar en las galeras. Sus bienes son con-



En la galera almirante de la flota romana, sufre Ben Hur amarrado a su remo.

LOS AUTOPIANOS

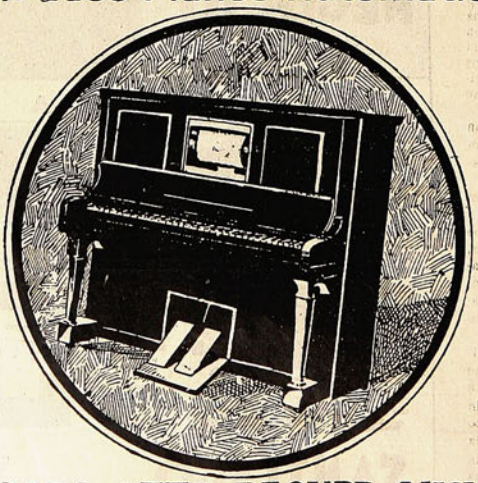
"J. & FISCHE" y "ROTHBROS"

SE RECOMIENDAN POR SI SOLOS

Pase Ud. a nuestro salón y le demostraremos practicamente las ventajas de estos

Afamados Pianos Automáticos

CON LA MEJOR ACCION AUTOMATICA "STANDARD" CON TRANSPOSICION DE TONO Y ADHESION DE MANDOLINA.



CON EL MECANISMO ESPECIAL "MELOTHEME", QUE REPRODUCE FIELMENTE EL SENTIMIENTO Y EJECUCION DE LOS GRANDES PIANISTAS

SANTIAGO Ahumada, 113.

SUCESORA OTTO BECKER LIMITADA

VALPARAISO Esmeralda, 205.

fiscados y su madre y hermana se ven precisadas a implorar la caridad de sus antiguos servidores, hasta que el despotismo romano las encierra para siempre en infectas mazmorras. Simonides, sin embargo, ha logrado ocultar en Antioquía la mayor parte del tesoro de Hur.

Ben Hur es llevado a través del desierto hasta el mar. En el camino, muerto de sed, recibe la ayuda de un desconocido, que no es otro que el divino Salvador de la humanidad, que vive todavía en el taller de carpintero de su padre, esperando el momento de iniciar su misión.

En la galera almirante de la flota romana, Ben Hur, amarrado a su remo sufre un tormento cien veces peor que el del infierno. Su entereza de ánimo, su orgullo de príncipe, llaman la atención de Quinto Arrio, almirante de la flota. Es así cómo al tener un encuentro con los barcos del pirata Golthar el terrible, Arrio ordena que dejen a Ben Hur sin su cadena y en libertad de combatir.

La lucha de las naves romanas contra los bajeles piratas es homérica. Ben Hur pone de manifiesto su sangre principesca luchando como un tigre y salvando la vida del almirante Arrio.

Arrio, al ser recogido después del naufragio de la nave almirante en compañía de Ben Hur, que le salvó la existencia, exclama, cuando los marinos le preguntan acerca del destino que darán al esclavo:

—¡No como esclavo, sino como a mi hijo adoptivo os suplico que lo tratéis!

Pasa el tiempo. El hijo adoptivo de Arrio, a cuyos músculos diera vigor y resistencia la rigurosa faena de las galeras, descollaba en los juegos del circo y se veía aclamado como el ídolo de la moda de Roma. Nadie, sin embargo, adivinaba el secreto pesar que devoraba a Ben Hur ante la inutilidad de sus esfuerzos para encontrar a la madre y a la hermana que lloraba pérdidas.

Un día Ben Hur obtiene noticias de que en Antioquía reside un avaro que no es otro que Simonides, antiguo mayordomo de la casa de Hur. Obtiene permiso de su padre adoptivo y parte en su busca.

En tanto, en los subterráneos que se extienden bajo las calles de Jerusalén, la madre y la hermana de Ben Hur, olvidadas por sus verdugos, sin recibir auxilio de sus carceleros, contraen la horrible enfermedad de la lepra. Ben Hur se presenta en casa de Simonides y se queda admirado ante la belleza de Esther, la hija de éste, cuyo rostro recuerda confusamente. Una verdadera pasión nace repentinamente entre ambos jóvenes.

El anciano Simonides cree en un principio que Ben Hur es un impostor, pues supone que el hijo de sus antiguos amos murió en las galeras. De aquella entrevista el joven judío no saca más que una mayor certidumbre de que su madre y hermana han muerto.

El joven príncipe judío jura a Esther que se casará con ella.

En las afueras de Antioquía ha alzado sus tiendas el Jeque Ilderim, famoso por sus caballos de carrera. Ben Hur, sabiendo que uno de los competidores de aquel torneo es su antiguo amigo Messala, se ofrece para guiar el carro de Ilderim. El árabe, que conoce bien la fama del joven judío, acepta con regocijo su oferta.

Entre Messala y Ben Hur se hace una apuesta de diez mil monedas de oro para el ganador de las carreras de carros.

Acuden al circo de Antioquía millares de espectadores. Y ocurre lo esperado. El triunfo de Ben Hur es inmenso.

Ben Hur vuelve a Jerusalén y, noticioso de que el Mesías anunciando por los profetas ha empezado su obra, se pone incondicionalmente a sus órdenes, pues cree que Jesús emprenderá la guerra para libertar al oprimido pueblo de Israel.

Además, el joven príncipe judío jura a Esther que, apenas se restablezca la soberanía de su pueblo, se casará con ella.

En tanto Jesús, seguido por sus discípulos, pronunciaba las divinas palabras que quedaron esculpidas en el mundo cristiano:

—"Aquel de entre vosotros que esté sin pecado, que arroje la primera piedra".

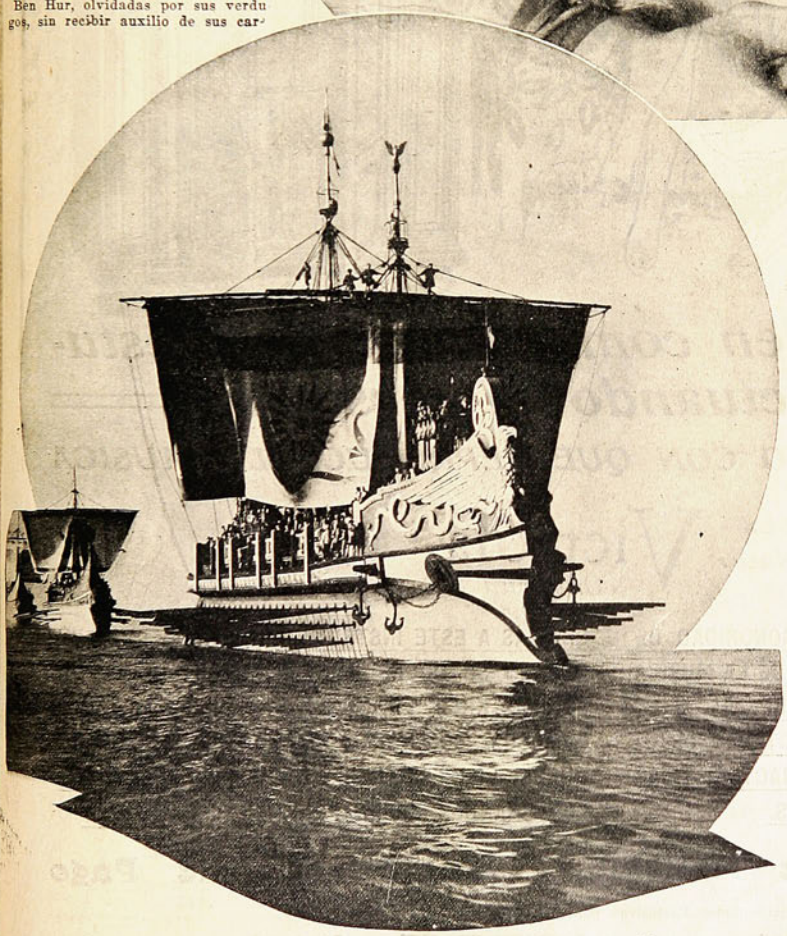
Pasan algunos días, Ben Hur, ayudado por Ilderim, prepara los ejércitos que quiere poner a las órdenes de Jesús. Mas el Divino Redentor sigue su prédica de amor, hasta que es hecho prisionero por el gobierno romano.

Por una casualidad, Esther descubre a la madre y a la hermana de Ben Hur en el valle de los leprosos. Ellas se niegan a salir de allí temerosas de contagiar a los demás con su terrible enfermedad, pero Esther las convence de que vayan en busca de Jesús que las sanará.

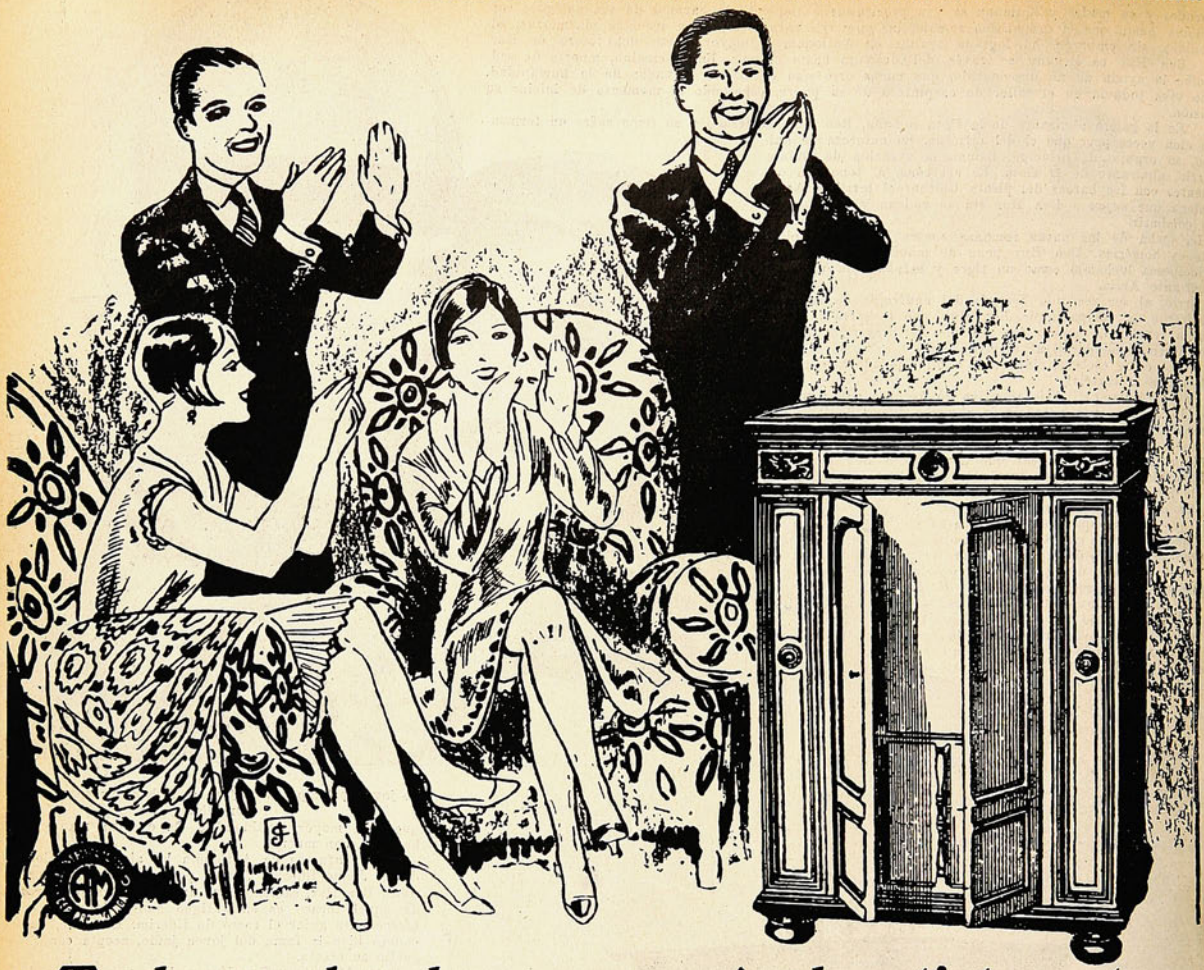
Ya el Hijo de Dios marcha al Calvario. La madre y hermana de Ben Hur, postradas a su paso, son sanadas por su misericordia. Ben Hur al reconocerlas las abraza con inmenso cariño, pero luego recuerda su misión, y, poniéndose en el camino del Divino Mártir, le ofrece su espada para libertarlo. Pero entonces la voz del Maestro llega hasta él y le dice:

—"Mi reino no es de este mundo. Guarda tu espada para libertarlo. Pero entonces la voz del Maestro llega hasta él y le dice.

—"Mi reino no es de este mundo. Guarda tu espada, que no ha venido el Hijo del Hombre a quitar la vida, sino a darla". Y entonces Ben Hur depone las armas y sigue toda la pasión del Dios Hombre, después de la cual casóse con Esther.



La lucha de las naves romanas contra los bajeles piratas es homérica.



Todos aplauden como si el artista estuviera actuando en persona

TAL ES EL REALISMO CON QUE REPRODUCE LA MUSICA

La Nueva **Victrola** *Ortofónica* (m.a.)

EL COLORIDO DE LAS VOCES, LA SONORIDAD DE LOS INSTRUMENTOS, LA TONALIDAD DE LA MUSICA Y EL ARTE PROPIO DE CADA INTERPRETE SON REPRODUCIDOS POR LA NUEVA VICTROLA ORTOFONICA EN SUS VERDADERAS CARACTERISTICAS DE BELLEZA Y PUREZA ARTISTICAS.

GRACIAS A ESTE INSTRUMENTO MARAVILLOSO UD. OYE EN SU HOGAR LAS INTERPRETACIONES DE SCHIPA, KREISLER, GIGLI Y OTROS ARTISTAS FAMOSOS, CON IGUAL ENTUSIASMO Y EMOCION QUE SI LOS ESTUVIERA OYENDO EN PERSONA EN LOS GRANDES ESCENARIOS EN QUE ACTUAN.

Gran Variedad de Modelos y Facilidades de Pago

Distribuidores Exclusivos para CHILE:

CURPHEY y JOFRE Ltda.

SANTIAGO, AHUMADA 200, ESQ. AGUSTINAS. — VALPARAISO, ESMERALDA 99. — BLANCO 637.

MARION DAVIES, LA FAMOSA ESTRELLA DE METRO-GOLDWIN-MAYER, QUE POSEE UNOS HERMOSOS OJOS AZULES, ES UNA DE LAS QUE DEJO PASAR HACIA LA GLORIA LA TERRIBLE CAMARA FOTOGRAFICA, QUE COMO LO DIJIMOS EN OTRO NUMERO, NO ACEPTA DISCUSIONES. MARION DAVIES ES LA NOVIA DE HEARST, EL CONOCIDO PERIODISTA QUE ES DUEÑO DE UNA TREINTENA DE LOS MAS IMPORTANTES DIARIOS NORTEAMERICANOS, Y QUE EN LOS ULTIMOS DIAS HA OCUPADO BASTANTE ESPACIO EN LA ACTUALIDAD CABLEGRAFICA.

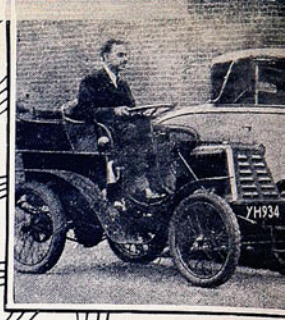
Joyas femeninas y mujeres importantes

La pulsera de piedras de colores, en que el joyero ha puesto su arte y su fantasía para mejor adornar la gracia de la mujer moderna.

La emperatriz Zaudita, de Abisinia, hija del rey Menelik; nació en 1876 y fué coronada en Addis Abbeba el 11 de febrero de 1917, habiendo sido designada emperatriz en septiembre de 1916 a raiz de la deposición de Li Yasu.

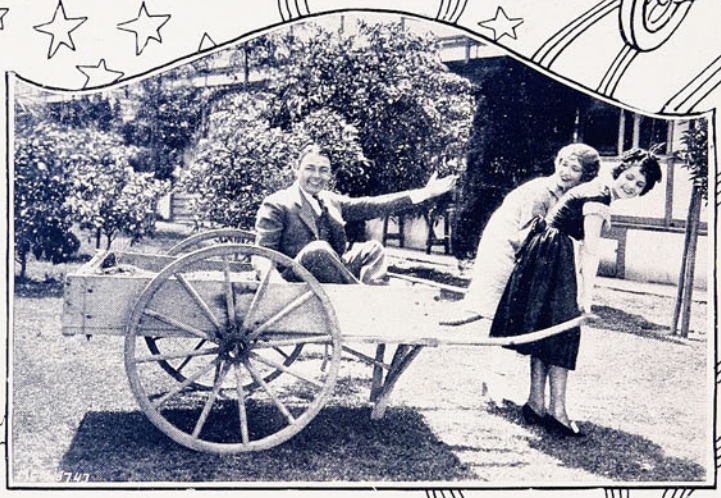
Hermosa fotografía de las hermanas Dolly, las famosas bailarinas norteamericanas que fueron el furor de la última temporada de bataclán parisiense.

FRANCES LEE, QUE VA CAMINO DE ESTRELLA, YA HA LLEGADO A LA LUNA
HELEN FAIRWEATHER Y JEAN MARQUIS HACEN UN NUEVO Y SIMPATICO ARLEQUIN
Bataclana
PARAMOUNT
HELEN FAIRWEATHER NO ES TODAVIA ESTRELLA PERO POR LO MENOS YA ES UN "AS" DE COPAS.



1898-1927, he aquí e

Luisa Lorraine y Mac Arthur hacen una escena de un Guillermo Tell de su creación.

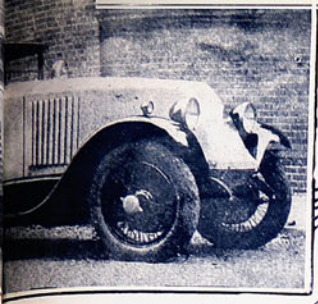


George Mac Arthur es un actor afortunado: artistas tan lindas como Dorothy Sebastian y Luisa Lorraine le tiran el carro.

Jimmy Murray y el perro Buddy, que está aprendiendo a "cameraman"

Cuando Aileen Pringle decidió cortarse melena, casi se arrepiente a mitad de camino.

Variedades del Cine y de las otras



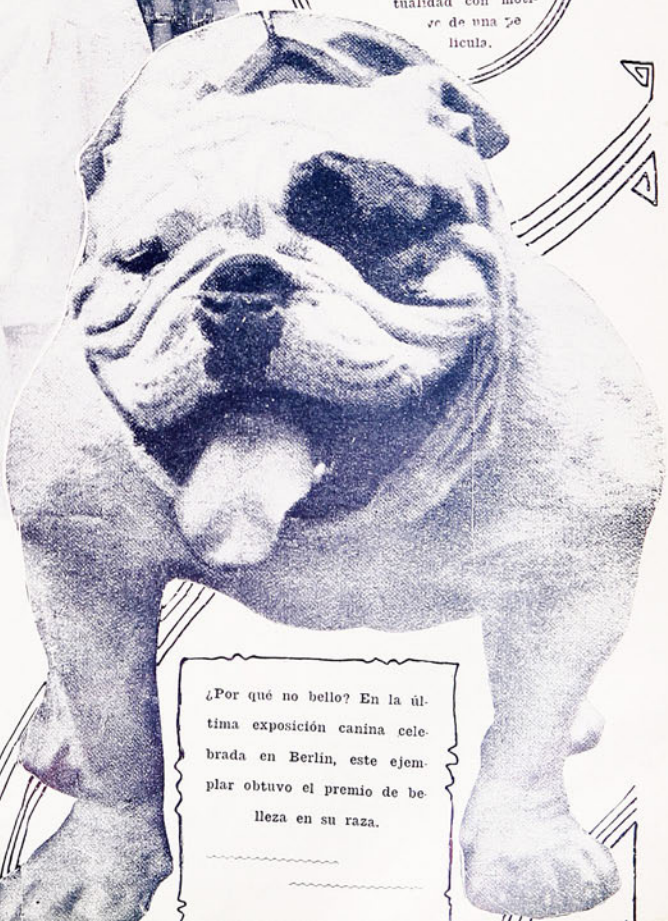
y uno de los últimos coches
ault

La duquesa Margarita de Corinto, que pasó a la historia con el prestigio de ser la mujer más fea del mundo. Ultimamente su recuerdo ha sido puesto en la actualidad con motivo de una película.

James Adamson, peluquero de la Metro, tiene una curiosa colección de mechones de "estrellas".

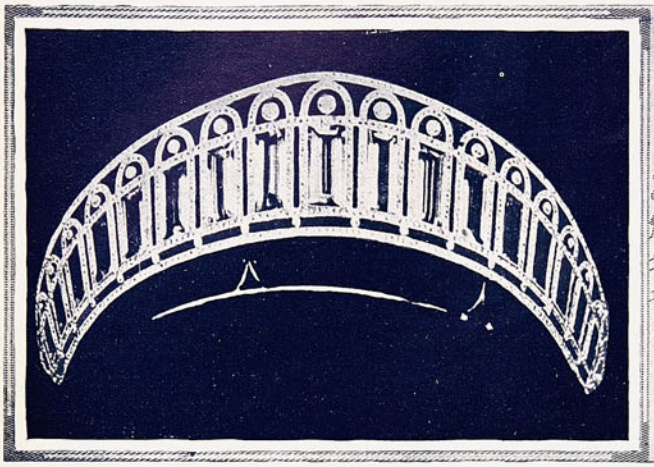
LA DAMA Y SU FAVORITO

¿Por qué iban a ser siempre el perro o el gato los favoritos de las mujeres. He aquí una hija de Eva que ta dedicado todos sus mimos y su amor a un caballo "pura sangre".

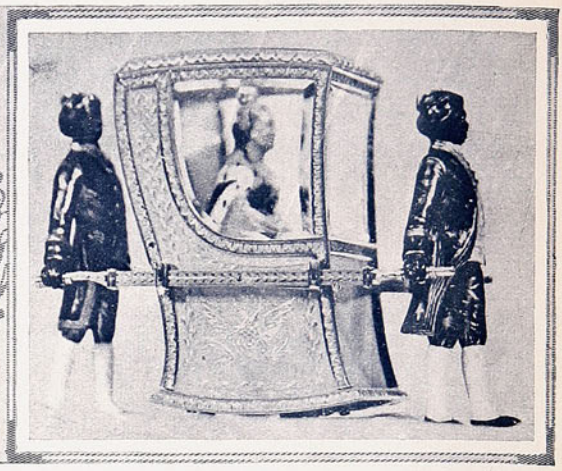


¿Por qué no bello? En la última exposición canina celebrada en Berlín, este ejemplar obtuvo el premio de belleza en su raza.

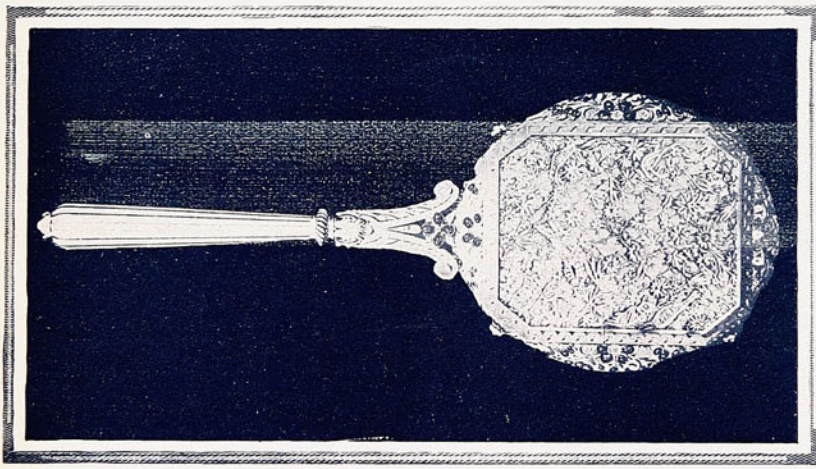
Tesoros Reales de la Rusia Imperial vendidos por el Soviet



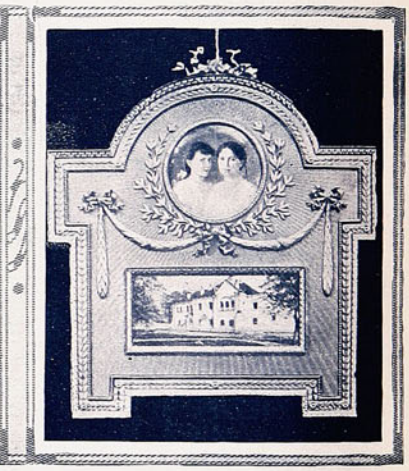
Diadema de diamantes de una colección de joyas llevada a París por miembros del Gobierno Soviético.



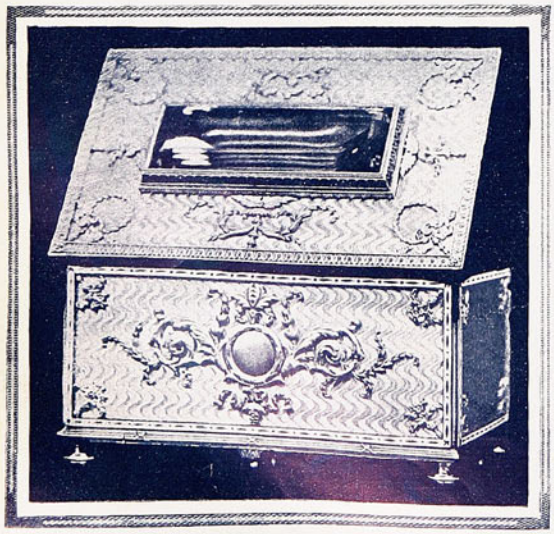
Modelo de una silla de manos, representando a Catalina II.



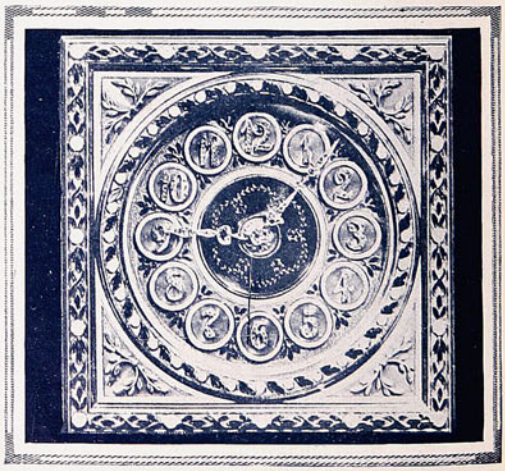
Espejo de mano presentado a la finada Emperatriz, por la ciudad de París. Su espaldar se compone de una enorme turquesa; está ornamentado con oro y el marco lleva diamantes, rubíes y zafiros.



Hermoso marco con fotografías de dos hijas de los malogrados Emperadores y del Palacio de Invierno

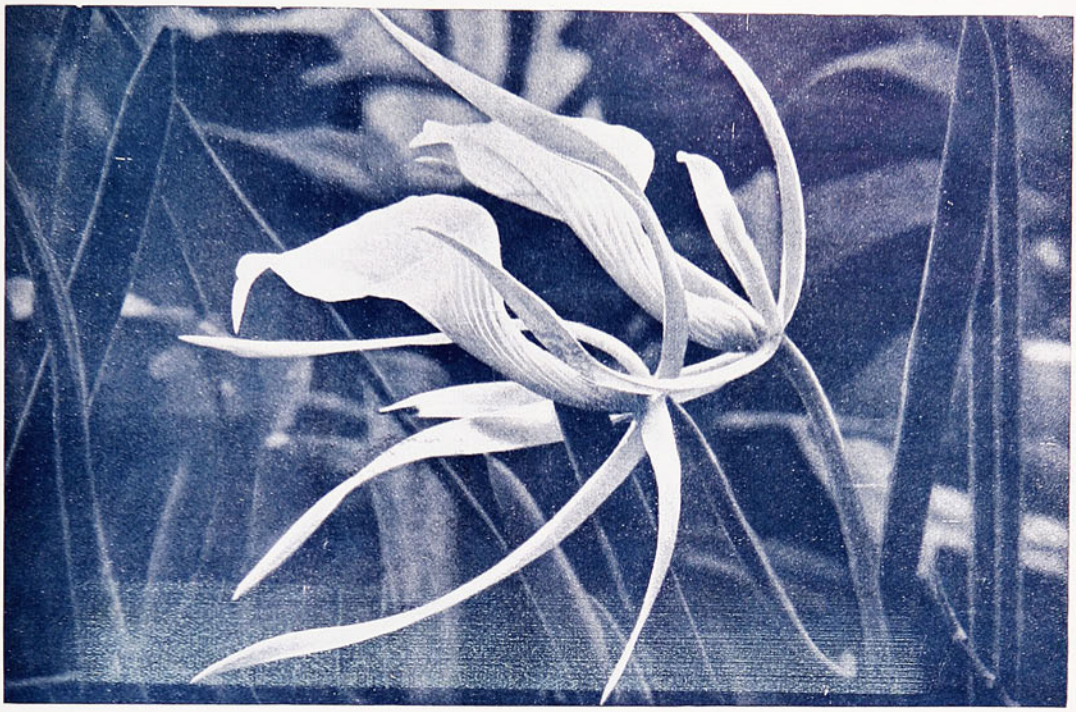


Riquísimo cofre de oro y plata.



Reloj de diamantes y esmalte de oro y plata, de propiedad de la Emperatriz. Se dice que es la mejor obra de arte de Fabergé.

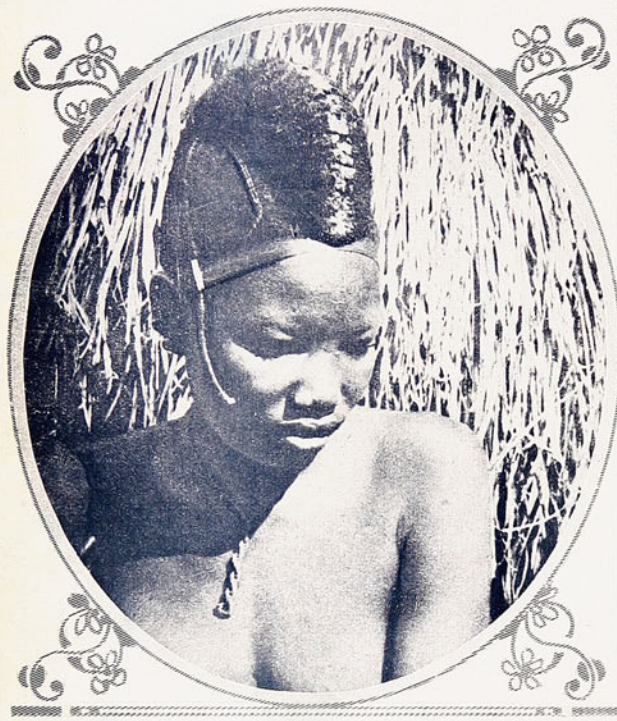
ORQUIDEAS



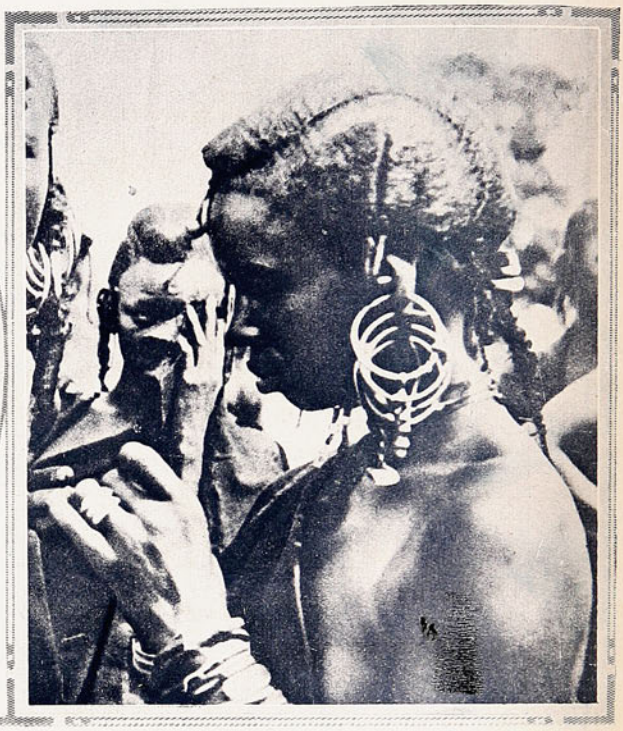
¿Pájaros? ¿Flores? ¿Quimeras de un poeta? Flores, sí, orquídeas nacidas casi por obra de milagro para regalo de millonarios.

Sobre Gustos...

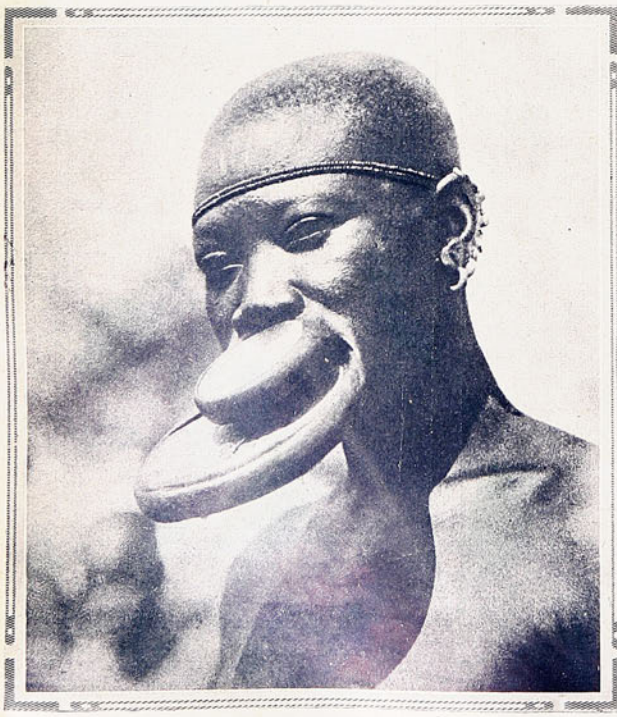
CUATRO TIPOS DE BELLEZA AFRICANA



Muy interesante peinado que es el orgullo de esta joven del Africa ecuatorial francesa. Es considerada la mujer más linda de una gran población.



Los mejores adornos de esta joven negra lo constituyen los cinco pares de aros — puestos a todo el largo de la oreja — y los numerosos y enormes brazaletes



La horrorosa deformación de la boca, conseguida con discos de madera, realiza una forma de belleza entre los negros de la región de los lagos africanos.

A pesar de los verdugones que le cruzan la cara, esta muchacha negra tiene, indudablemente, mucha simpatía. Su gran collar vale una fortuna.

ALGUNOS ECOS DE LA MODA

Por MARI-SOL

OS trajes de baile tienen cada día mayor aspecto de salidos del baúl de la abuelita, de ese baúl que guarda las galas que ella luciera allá por años lejanos. Hechos en tafetán, llegando hasta los tobillos en ruedo parejo, ondeados otros, cortos de adelante y largos de atrás, estos trajes tienen siempre un grande encanto y un chic que las mujeres bien saben apreciar. Solteras o casadas, la generalidad los ha adoptado como trajes de noche y los modistos se ingenian para variar sus formas hasta lo infinito. Ahora acaban de presentar un modelo verdaderamente delicioso y lo más apropiado que soñarse pueda para una jovencita. Es íntegro de tul blanco, con una gran pollera cortada en forma de campana en espumilla de seda, sobre esta especie de fondo van colocados los vuelos de tul que son nada menos que diez. El cuerpo es de espumilla, liso, un poquito drapeado en el talle que va colocado justamente en la cintura. Un gran echarpe de tul se arrolla al cuello, sujeto a un hombro por dos flores de tul de dos tonos de rosa muy pálidos ambos. Este tul cae atrás con mucha gracia, prestando a quien lo lleva un aire aéreo lleno de encanto. Otras dos flores se fijan en la cintura. Nada puede dar idea de la maravilla que resulta este modelo llevado por una muchacha joven de silueta espigada.

Imitando las modas del tiempo de la abuelita.

* *

Los grandes creadores de la moda se han preocupado en la temporada última de todo un capítulo de la moda que hasta ahora tenían completamente olvidado: los trajes de baño. Nunca se habían puesto a la tarea de hacer modelos con este objeto. Las elegantes tenían que bañarse con un traje de baño cualquiera, comprado entre otros muchos idénticos. Algunas adoptaban modelos un tanto extravagantes, tomados de los que usan las artistas de cine, lo que les daba un lamentable aspecto de chicas atléticas. Otras aficionadas a la natación, preferían el simple maillot oscuro, sin ningún adorno, que no complica en absoluto los movimientos. Las primeras son aquellas que se van a dejar de ver en un exhibicionismo más o menos pintoresco. Las segundas son las que sólo se preocupan del deporte, del goce del ejercicio, sin acordarse para nada de la coquetería. Pero las mujeres verdaderamente elegantes, esas que nunca se salen de su marco de refinamiento las que se visten para su propio placer, no tenían otro remedio que hacerse crear por algún modisto un traje de baño que armonizara con su silueta. Pero no había el goce de la elección. Ahora pueden tenerlo, que las grandes casas parisinas han creado toda una serie de trajes, de batas, de quitasoles, de sacos, de gorras, de zapatillas, destinados exclusivamente al baño de mar. Uno de los modelos de traje que más éxito ha tenido pertenece a Patou y es un mameluco de jersey color azul vivo, completamente liso, sobre el cual va un saco recto de género de esponja blanco estampado con un dibujo que imita las plumas del pavo real en todo su colorido. Como se permanece toda la mañana en la playa en traje de baño, cada traje lleva como complemento una bata o uno de estos sacos rectos, que algo tapa las desnudeces en que deja la exigüidad del primero. Tan imprescindible como la bata o saco es el quitasol; las zapatillas y la gorra, en cambio, sólo las usan algunas, aquellas que llevan el pelo pintado y que tienen feos pies. Estas colecciones de modelos para la playa se completan con otra de pyjamas destinadas al mismo sitio, moda que sólo algunas aceptan y que en realidad es bien poco bonita.

El donaire de un mantón de Manila.

Vuelve el pañuelo anudado al cuello.

* *

Vuelven los pañuelos puestos sobre los vestidos a manera de chal, de fichú o colocados como al descuido, con las puntas cayendo en cualquiera forma.

Esta moda del pañuelo parece haber tenido una grande aceptación, porque algunos vestidos llevan los cuellos cortados en esta misma forma, hechos en el mismo género, ya sea en igual tono o en otro más pálido o fuerte. En algunos modelos para la noche, se los halla hechos por un grande encaje antiguo de inestimable valor o en tul de oro o de plata.

En toda forma resultan juvenilmetne deliciosos.

* *

Se iba perdiendo la costumbre tan linda de vestir iguales a los hermanitos pequeños. Se decía desdeñosamente "parecen colegio". Pues la moda vuelve. Y es de alegrarse, por lo encantador que resulta ver dos o tres niños vestidos en la misma forma, con iguales colores e idénticos adornos. Los modelos que damos a las mamás no pueden ser más bonitos. En uno vemos a la hermanita mayor y al niño, contemplando los juguetes que el primero recibió para Pascua. Van vestidos: la hermanita con un vestido de brin de hilo beige sobre el cual se coloca un chaleco de brin rojo laca con cinturón de cuero beige y bordados trasversales de punto de araña, hechos en gruesa seda lavable de color beige. El traje del niño es idéntico, con el trajo interior de brin beige y el chaleco rojo laca. Las dos hermanitas llevan trajecitos de crepe Georgette celeste con cintas azul rey colocadas en una forma muy sencilla, pero llena de chic.

Una chaqueta que será muy útil en la playa.

* *

Los mantones de Manila toman un sitio de preferencia en el guarda-ropa feemnino durante esta temporada de veraneo, ya que para las noches algo frescas, de las playas, nada presta mayor servicio que uno de estos chales maravillosos puestos sobre los hombros para librarse del relente de la noche, durante las comidas efectuadas en la terraza del balneario y en el parque del hotel. Sobre un traje de colores claros, un mantón de Manila negro con flecos del mismo color y un pájaro fantástico en tonos restallantes que parece justamente el pájaro de la leyenda, será de una insuperable elegancia.

Las hermanitas vestidas idénticamente.

* *

Si en la noche es útil un mantón de Manila, mucho más lo serán en las mañanas algo frescas que suelen haber en la costa, un chaleco de kasha o una chaquetita de este mismo género prestarán grandes servicios. La que sea prolija puede hacérselo ella misma, bordándole alrededor una guarda como la que tiene el modelo que presentamos. Consiste en un ribete de kasha rojo (el chaleco o chaqueta será blanco o beige), que se incrusta por medio de varias hileras de puntos de cadeneta en lanas de colores vivos. Luego se le borda una serie de redondelas, una roja o otra amarilla limón, unidas por una hilera de punto de tallo café oscuro. La que sea prolija puede hacerse una linda prenda a poquísimo costo, resultándole algo sumamente útil y elegante.

La variación de un mismo modelo para la niña y el niño.

¿Cual elejir?

I. Traje de espumilla azul rey y espumilla beige. El cuerpo de este último color lleva un sesgo en tono beige más oscuro que acentúa el corte de bolero. Igual adorno se repite

en la unión de la falda. Cintura y corbata de terciopelo negro. Cuello de chiffón blanco. Conjunto muy elegante en su sobriedad.

II. Vestido de popelina verde manzana, cuello de espumilla blanca y botones también blancos de nácar.

III. Este modelo está confeccionado en crépe satín negro y lleva un plastrón de forma muy nueva en crépe Georgette rosa pálido con botones de cristal negro.

IV. Muy encantador trajecito en tusor color natural con la falda adornada por un grupo de pliegues. Plastrón plegado y cuello de espumilla blanca.

V. De jersey de seda color limón. El cuerpo lleva un bordado en rosa, negro y lila. Cuello blanco.

VI. Traje de espumilla azul vivo con adornos de espumilla azul marino. La unión de las dos telas se hace por medio de un pequeño galón de oro.

VII. Traje de kasha color habano ribeteado de espumilla de seda color marfil y negra y puesto sobre un fondo de espumilla color marfil enteramente plisado.

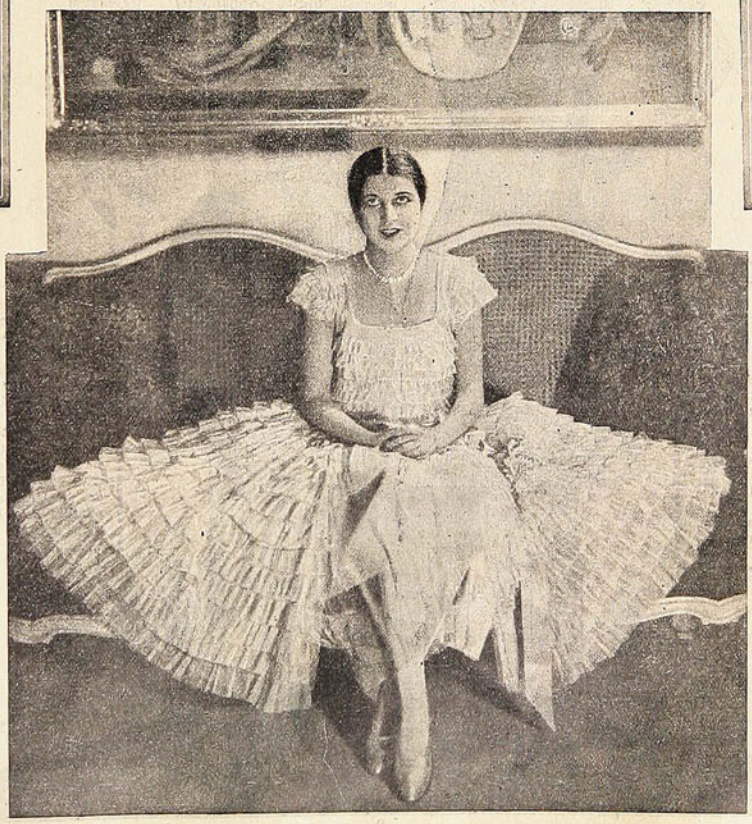
El pyjama, que con tanto donaire viste a la mujer moderna

El suntuoso teegown que la gran dama viste en las tardes. Encaje de oro y crespón de la China se combinan en líneas sobrias.

LA ELEGANCIA EN CASA

El Oriente dando su nota exótica en esta bata china.

Salto de cama de seda brochada con adornos de piel de cisne.



También especialmente creado para debutante, este vestido blanco, hecho en tul, tiene la falda abierta a los lados, formando unas especies de panniers que dejan ver una estrecha falda interior de tul sobre un falso de raso blanco. El cuerpo y las pequeñas mangas están formadas por vuelos. Nudo de cinta con flores en la cintura.

La juventud que baila

I II

1.—Traje de baile para jovencita, hecho en tafetán color rosa fuerte. Cuerpo liso y falda compuesta de dos volantes que forman puntas. Flor de lana de oro en la cintura y en el talle.

2.—Vestido en crépe de Chine en que la falda es de color amarillo limón y se adorna en la parte baja con cintas de color naranja. De este color, en terciopelo, es el cuerpo que se cruza sencillamente para formar un lazo al lado derecho.

3.—De tafetán color azul Saxe, este lindo modelo lleva por adorno una cinta de gros grain en tono más oscuro, incrustada caprichosamente.

V VI

4.—Muy lindo modelo en espumilla blanca nieve. Vuelos plisados en crépe Georgette. Flor de velo en el hombro.

5.—Vestido de espumilla de seda verde agua. La falda está hecha íntegra con vuelos planos que forman picos. Mangas iguales. Cuello chal anudado sencillamente.

6.—De espumilla de fantasía, este traje tan encantador tiene en el cuerpo un movimiento de bolero que le imprime una gran gracia. Tanto el bolero como el ruedo de la falda están ribeteados con espumilla de color vivo, igual a la forma la ancha cintura que cae en un lazo.

III IV

A ORILLAS DEL MAR

I.—Sweater en franela inglesa, rayada en diferentes colores, puesto sobre una falda de jersey color arena. Sombrero de fieltro suelto de este último color.—II. Pollera plisada en espumilla de seda azul marino. Saco de género de fantasía en gustos escoceses, ribeteado con espumilla azul. Botones de nácar blancos. Toca de estilo oriental, de espumilla azul con una pequeña vuelta blanca.—III. Traje de jersey rojo laca enhuinchado de blanco. Botones de carozo blanco y cinturón de gamuza del mismo color. Echarpe blanco. Sombrero campana en rojo laca con cinta blanca de gros grain.—IV Muy encantador conjunto de brin de hilo liso y a cuadros. Corbata de terciopelo negro y cinturón de charol igual.—V. Traje de dos piezas compuesto de una falda cortada con godets en espumilla azul rey y de una casaca de espumilla blanca con pequeñitas flores azules, casaca que lleva ribetes del género de la falda y en la parte baja un bordado hecho con lanas de colores. Gran capelina de paja de Manila blanca.—VI. Vestido de crépe verde jade adornado por bandas cortadas en forma del mismo género en color blanco. Echarpe con igual adorno. Cuello plastrón y puños de crépe de un verde más pálido. Sombrero de paño de este color último. — VII. Traje blanco de popelina de media seda. Chaleco sin mangas en duvetina de diferentes tonos del beige, que en su parte baja llega al café. Sombrero de fieltro café.

I. Abrigo de kasha beige, adornado simplemente por un cuello y unos puños de liebre café. — II. Traje de lanilla azul marino, cortado caprichosamente en ondas. — III. De espumilla de seda azul cielo, este vestido lleva una cintura anudada al costado y que se termina por flecos. Chorrera de crépe georgette del mismo tono. Botones de cristal, blancos. — IV. Encantadora de juventud, esta toilette, compuesta de un trajecito sin mangas, en lana inglesa gris perla, con el cuerpo entero cortado en piezas pespunteadas y una chaquetita suelta, cerrada por una corbata de terciopelo negro. Cuello y puños de espumilla blanca. — V. Otro conjunto muy lindo. Falda de lanilla a cuadros azules y blancos. Blusa camisero de espumilla blanca y larga, chaqueta recta del género de la falda.— VI. La novedad de este modelo, reside en la parte baja de las mangas, en forma de globo, recordando las modas renacentistas. El traje es de espumilla azul marino y tanto esa parte de las mangas, como el doble cinturón y el cuello, están hechos en tafetán bayadera. — VII. Muy distinguido este modelo de crépe de Chine, rosa fuerte. El adorno está hecho con seda de un tono algo más fuerte y va incrustado por medio de un punto al aire.

PARA LAS MAÑANAS FRESCAS EN LA PLAYA

Ropa Blanca
Mantelería
Ropa de cama

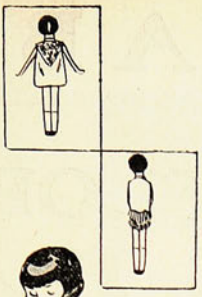
SECCION ESPECIAL
AJUARES
para
NOVIAS

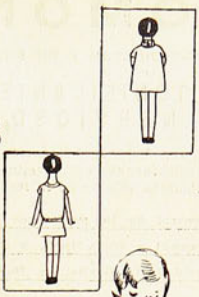
Confecciones sobre medida
Ajuares para bebés

El Rimassa y Cía
SANTIAGO

Fabricantes en Lencería Fina.
CLARAS, 270
Casilla 2696. Teléfono 4017.
Dirección telegráfica:
RIMASCO
Santiago

Modas Infantiles





HE aquí una hermosa página en que damos a las mamás las modas infantiles más nuevas y que ellas han de saber apreciar y aprovechar para vestir con todo chic a sus pimpollos.

A la izquierda, arriba, vemos un encantador traje para la nenita, hecho en espumilla de seda con un simple canesú en punta de encaje color ocre. Pequeño cuello chal de espumilla que se ata graciosamente por un lazo. La chica que sigue está vestida con un modelo de crepella color azul cobalto, cuya falda se compone de dos vuelos plisados, el primero de los cuales va pegado al cuerpo formando ondas. A la derecha, arriba, vemos un vestido de espumilla color cereza, muy original de corte, que se abre sobre un delantero de espumilla a cuadros. El traje que sigue está hecho en brin de hilo de dos tonos de celeste. Muy práctico para la playa y el campo. En el centro, a la izquierda, la pequeña va vestida con un traje muy a propósito para los días frescos, es de jersey de hilo color verde manzana, con la cintura de la casaca alforzada y el delantero de la faldita adornado por un grupo de pliegues. Luego vemos a las tres niñas mayorcitas vestida la primera con un lindo y elegante modelo de espumilla azul marino, adornado con un cuello y un cinturón de espumilla blanca. Botones de concha blanca. La del medio lleva un traje de crepé Georgette color beige, adornado por crepé del mismo tono cuadriculado de rayas rojas. La tercera de las niñas lleva un vestido de velo impreso y velo liso. Sobre un pantalón y un chaleco sin mangas en tela de hilo de fantasía, el hermanito lleva una chaqueta de género liso ribeteada por dos sesgos de color. Abajo tenemos un vestido de encaje y espumilla, sin mangas, apropiado para una fiesta y un traje de cretona de dibujo nuevo, muy sencillo de hechura.

"PROMONTA"

(EN TABLETAS Y EN POLVO)

MEDICAMENTO TONIFICANTE DEL SISTEMA NERVIOSO.

Preparado orgánico a base de sustancias provenientes del sistema nervioso central, combinadas con vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

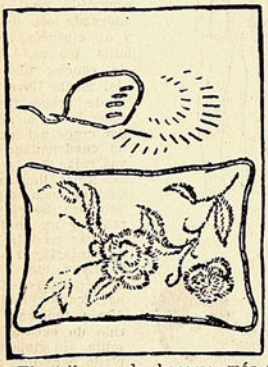
Bajo el constante control de los profesores de la Universidad de Hamburgo, Drs. Weygandt y Hans Much, y del profesor de la Universidad de Berlín, Dr. Boruttau.

De venta en todas las boticas.

Agentes exclusivos para Chile: DAUBE y Cía.

LABORES DECORATIVAS

Un cojín y un motivo de adorno.



El cojín puede hacerse más o menos lujoso, cambiando la tela, que en nuestro modelo es guesa "argentina" ocre, con aplicaciones de seda blanca.

El dibujo se transmite sobre el fondo cualquiera que sea la tela elegida y sobre la seda que forma la aplicación.

Para ésta se dibujan cuidadosamente los cotornos de las flores y se fijan en el sitio indicado por las líneas iguales que aparecen en la tela de fondo sobre el cual se fijará con pequeños hilvanes a la orilla.

Con hilaza mercerizada del número treinta, o seda, si fué este el material elegido, se bordan los cortornos al pasado hueco, con dos tonos rosa coral, más oscuro en su línea inferior y más claro en la superior y en la del centro; con verde para las hojas y los tallos, marcando las líneas interiores a punto de tallo y las de afuera al pasado hueco.

Las hiedras que completan el motivo se sombrean con tres tonos de verde. Un cordón de seda rodea el cojín.

Sobre los muebles rústicos siempre de moda, las pequeñas labores de rafia son preferibles a los bordados de otra índole, más adecuada para mobiliarios clásicos.

El motivo, que en tamaño de ejecución, damos en el grabado inserto, es un ángulo para carpeta, que puede transformarse a voluntad, en centro de mesa, cojín redondo o cuadrado, etc.

Debe usarse rafia de vivos colores, sobre fondo crudo y completar el adorno con cuentas de madera ensartadas en la misma rafia, que forma el borde del dibujo.

L.T.PIVER

PARIS

Las Lociones

POMPEIA FLORAMYE

En Santiago, $ 8.30 el frasco.
En provincias: $ 9 el frasco.

SALAZAR Y NEY
A. Prat, 219.—Santiago.

JABON

FLORES DE PRAVIA

LO MAS FINO Y EXQUISITO

Prefiera siempre los Productos

Flores DE Pravia

Jabón, Polvos,

Crema, Colonia

Extracto para el Pañuelo

Los sombreros

He aquí una linda colección de sombreros en que vemos la insistencia con que los modistos parisinos presentan el modelo llamado aviador y que entre nosotros tuviera tan poca vida. Junto a esta forma, la toca con reminiscencias orientales tiene grande aceptación, pero siempre, para todas, el preferido será el sombrerito campana que tan deliciosamente sombrea los ojos y presta tanto encanto a la figura femenina.

Artigas

HA REUNIDO EN SUS NUEVOS MODELOS
CALIDAD, ELEGANCIA
Y REFINADO GUSTO ARTISTICO

PIDANOS A
CASILLA 3432
NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

SOMOS LOS UNICOS EXPENDEDORES DE ESTA ACREDITADA MARCA

VISITE NUESTROS GRANDES ALMACENES

CASA ARTIGAS
LA FLORIDA
502 — PUENTE — 506

LOS GRANDES DETECTIVES DE SCOTLAND YARD

POR GEORGE DINOLT, JEFE SUPERIOR DE SCOTLAND YARD

"Madame Douat no había perdido nada de su peso cuando, ataviada de riguroso luto, se presentó a la oficina de la Compañía de Seguros y anunció la muerte de su esposo".

NATANIEL BRUSCOVICH Y EL CASO DEL ATAUD MISTERIOSO

NO hay duda que Nataniel Druscovich se dejó engañar permitiendo que una banda de pillos lo emplease como herramienta y pagó su culpa. Esta es una historia de la policía con la que nada tengo que hacer aquí. La catástrofe de su carrera se la debe a sí mismo, pero no puedo dejar sin mención los méritos de una persona que en su tiempo, demostró poseer muchas de las cualidades de un gran detective.

En la epoca a que me refiero, Druscovich era el niño mimado de Scotland Yard un hombre del que se esperaba mucho. Se había labrado una reputación por su rápida inteligencia y por sus recursos, que había demostrado en diferentes casos. Sobresalía entre sus colegas porque era un hombre culto y bien educado. En esos días, dejando a un lado lo efecientes y activos que pueden haber sido los hombres de Scotland Yard, eran de un tipo más grosero que los hombres de hoy. Druscovich era versado no sólo en criminalogia extranjera sino que también en lenguas extranjeras. Casi todos los casos continentales que llegaban a Scotland Yard eran confiados a Druscovich y generalmente los resolvía con competencia y honestidad.

Propiamente hablando, debía haber comenzado esta historia, no con Druscovich sino con M. Vital Douat, majestuoso y próspero propietario de uno de los, al parecer, más florecientes establecimientos de vino de Burdeos. El y Mme. Douat, tan rolliza y astuta como su marido, vivían como deben vivir grandes comerciantes, en una magnífica villa en los alrededores de la ciudad. Daban grandes fiestas y como se verá, no eran de los ciudadanos menos destacados de la gran ciudad "que la malicia se cebara en ellos no era nada más que natural, todo hombre afortunado es objeto de ataques de parte de los envidiosos.

Era extraño que un hombre prudente como M. Douat, se hubiera olvidado de proteger a su abnegada esposa en caso de accidente, hasta que alcanzó una edad madura. Los cuidados de los negocios y los deberes sociales le imponían una pesada carga, así no es extraño entonces que se hubiese olvidado de asegurarse la vida. Reconoció esta injusticia a tiempo y no tan pronto como lo recordó, efectuó un viaje a París y abrió negociaciones con algunas de las más grandes compañías de seguros de Francia. Les explicó quién era y presentó cartas de introducción y propuso si se podía llegar a un arreglo satisfactorio, tomar una póliza por valor de 25,000 a 35,000 dólares americanos.

Tanta impresión produjo con sus maneras, que la compañía de seguros se prestó a lo que él decía y después de un examen médico, pagó la primera prima y regresó a Burdeos con la póliza en su bolsillo. Es natural que confiara este documento a su abnegada esposa.

Poco tiempo después de esto se comenzó a susurrar en ciertos círculos de Burdeos, que los negocios de M. Douat no marchaban tan bien como se decía. Siempre mantenía su cabeza erguida pero había firmas comerciales que sentían que habían sido incautas, y extendido grandes créditos a Douat, y pensaban que ya era tiempo que éste les pagase. El comerciante de vinos no dió ninguna importancia a estos rumores y efectuó otros pedidos. Estos no fueron aceptados y llegó a ser evidente que la cuestión debía resolverse cuanto antes.

En esta crisis M. Douat tomó una determinación que ha sido siempre el recurso de los hombres pequeños. Se declaró en quiebra. Aunque parezca extraño, sus desgracias no le ganaron la compasión de sus muchos conocidos. Se decía que Douat había salido muy bien librado de su quiebra y que tenía fuertes sumas de dinero ocultas en alguna parte.

Tan insistentes se hicieron estos rumores que llamaron la atención de las autoridades. M. Douat se resistió de que se dudase de su buena fe. Abrazó a su mujer, ya que nada podía probarse contra ella, y abandonó Burdeos para dirigirse a Londres, a tratar de rehacer su fortuna.

Madame Douat quedó, pues, sola y no parecía pasarlo peor por eso.

No había perdido en peso, cuando, vestida de luto riguroso, se presentó en las oficinas de las compañías de seguros de París y con lágrimas en sus expresivos ojos, anunció la muerte de su marido. Llevaba todos los documentos que probaban el fallecimiento de Vital Douat. Su historia era completa en todos sus detalles.

Cuando se había dirigido a Londres, M. Douat había tomado alojamiento en una pequeña casa de Ann Street y allí había fallecido el 29 de noviembre de un aneurisma al corazón. Mostró un certificado del doctor que lo había atendido y otro certificado de defunción del Registro Civil. También presentó un recibo por los gastos del entierro en el Cementerio de St. Patrick. La viuda dijo que éstas eran sólo formalidades y que no había duda que se le pagaría la póliza a la brevedad posible.

Los empleados le dijeron que dejase los documentos en la oficina y que inmediatamente se principiaría a prestarle debida atención a su caso.

Pero, la Compañía envió un emisario a Burdeos para que investigase acerca del matrimonio. Sus informaciones despertaron el recelo de la Compañía. La coincidencia del seguro de vida, quiebra fraudulenta, huída y muerte eran demasiado extraordinarios. Cuando la dama renovó sus súplicas con amenazas de intervención legal si no se pagaba inmediatamente su póliza, se encontró con una franca negativa.

Pero, la Compañía sabía que a pesar de lo sospechosas que se presentaban las circunstancias, tarde o temprano tendría que pagar la póliza, a menos de que pudiese probar la estafa.

Consultaron a un alto oficial del servicio de seguridad, el que los informó que Douat era necesitado por la policía para que explicase su quiebra, y que la policía francesa creía que realmente se encontraba en Londres; aconsejó a la Compañía que se dirigiera a Scotland Yard para que averiguase qué había de cierto en el asunto.

Y así fué cómo los documentos llegaron a manos de Druscovich.

El servicio de seguridad tenía la fecha del vapor en el cual se creía que se había embarcado Douat, pero en las listas de pasajeros llegados a Inglaterra no se mencionaba a ninguna persona de ese nombre. Druscovich estudió varias listas de pasajeros e hizo averiguaciones precisas acerca de cada una de las personas que figuraban en ellas. Iba borrando los nombres hasta que sólo quedó uno. Era un señor que se hacía llamar Ro-

Odol
lo mejor para los dientes
Base: Salol

¡OJO!

Si usted no quiere sufrir desengaños, al comprar Tintura para el pelo, exija siempre la

TINTURA FRANCOIS INSTANTANEA M. R.

la única que desde veinte años sigue elaborada con los mismos procedimientos.

Devuelve al pelo o barba el color primitivo de la juventud, sea en negro, castaño oscuro, castaño y castaño claro.

La única legítima es la que lleva el retrato del inventor.

De venta en todas las farmacias.

EN NUESTRO NUMERO ANTERIOR PUBLICAMOS "EDWARD DREW Y EL CASO DE LAS JOYAS DEL MARQUES DE ANGLESEA"

berti. Por todos los datos, Roberti era un francés gordo y jovial. Nada sabía quién era ni adónde se había dirigido después de desembarcar. El detective se inclinaba a creer que Roberti no podía ser otro que el comerciante fugitivo.

Druscovich fué a inspeccionar la casa de Ann Street, que se daba como el lugar del fallecimiento. Resultó ser una pobre vivienda con un cartelón en el que se anunciaba su arriendo. El cuidador dijo todo lo que sabía.

"Hace pocas semanas un señor extranjero arrendó la casa, dijo. Se hacía llamar Bernardi. No podía hablar inglés muy bien, pero por lo que pude comprenderle, trabajaba como mozo o algo parecido y quería una casa donde pudiera vivir y cuidar a un amigo enfermo. ¿Referencias? No, no me dió ninguna referencia. Hizo algo mejor todavía, me pagó un mes adelantado".

—¿Vió usted por casualidad a su amigo?, le preguntó **Druscovich.**

—No, no lo vi. En ese tiempo me pareció raro. No había ocupado la casa más de dos días cuando me dijo que su amigo había muerto. Bernardi le hizo un gran funeral, que se llevó a efecto un domingo, pero él nunca volvió a la casa de Ann Street. Supongo que no le gustaría quedarse en la casa en donde había muerto su amigo".

Druscovich pasó algunas horas conversando con otros de los huéspedes de la casa, y pronto se convenció que Bernardi era el Roberti jovial del vapor. Pero en Ann Street había vivido muy retirado y no había hablado con nadie. Nadie había visto a su amigo y nadie había notado un doctor en la casa. Druscovich comenzó a creer en la posibilidad de encontrarse ante un caso de asesinato.

Ya se sentía seguro de una cosa. Si el certificado era falso, no había sido escrito ni por Douat ni por Mad. Douat. La firma era difícil de descifrar y el documento no llevaba dirección. Después de un atento examen leyó el nombre "Critti", y el libro de referencias le indicó que había un doctor de ese nombre. Druscovich fué a visitarlo y el doctor examinó la hoja de papel en la que aparecía su firma, con cara de asombrado. Esto es un fraude completo, declaró. "No se parece en lo más mínimo a mi escritura y no han tratado tampoco de imitarla. No he conocido nunca al llamado Vital Douat, ni tampoco he atendido a ningún paciente en Ann Street. No sé absolutamente nada del asunto".

Druscovich pasó muchos días explorando hoteles y casas de pensión, por si le habían dado alojamiento a un francés recién llegado. Por fin dió con un pequeño hotel cerca del Strand, donde uno de los mozos recordó a un francés gordo y jovial que dijo llamarse Roberti.

Había un mozo francés en el establecimiento y Druscovich calculó que éste era el hombre que podía conocer más detalles referentes al extranjero. Pidió una botella de vino y se enfrascó en una amigable conversación con el mozo. Este, estimulado por un vaso de Borgoña se sintió dispuesto a hablar sobre Roberti.

"Un caballero muy bueno, dijo el mozo. Me daba muy poco trabajo y con mucha frecuencia me hacía el honor de invitarme a compartir con él una botella de vino. Hablábamos mucho juntos, porque rara vez salía del hotel y además hablaba bien el inglés y naturalmente buscaba la compañía de su compatriota".

Druscovich lo miró por encima del vaso. "¿Sabe usted por qué había venido a Londres?"

—"Ya lo creo. Era vendedor viajero de una casa importadora de vinos y tenía negocios aquí".

—¿Hablaba bien el inglés?

El mozo hizo un gesto negativo. El conocía poco del idioma y como era muy bromista lo ayudé en una broma que le gastó a un amigo suyo. Me hizo escribirle algo en inglés para él".

El detective llenó la copa vacía del mozo.

—¿Sí?

—Sí, señor. Tenía un amigo, un señor Vital Douat, que según él nunca contestaba sus cartas. Así que me hizo escribirle un falso certificado de defunción de M. Douat, para enviárselo con una carta diciéndole que ahora comprendía su silencio puesto que se hallaba muerto".

El mozo no había vuelto a oir hablar de Roberti y Druscovich habiendo averiguado todo lo que deseaba saber, dió por terminada la entrevista.

Quedaba el cementerio. Las autoridades recordaban el entierro de un hombre llamado Vital Douat. Los arreglos habían sido hechos por un amigo del difunto, un tal Rubini-Douat, parece haber tenido predilección por los nombres italianos.

Rubini había presentado un certificado del Registro Civil, pagado el precio correspondiente, y arreglado los detalles para que la ceremonia se efectuase el domingo siguiente. El servicio fúnebre se había celebrado conforme a los ritos de la Iglesia Católica por el reverendo Padre M'Quoid, y Rubini había sido el único asistente. Druscovich supo también el nombre del empresario de pompas fúnebres.

Este individuo también recordaba a Rubini. Ese señor le había encargado un ataúd con una cubierta particularmente gruesa. Había insistido en que las manillas se debían cambiar de los lados a los extremos como era costumbre en Francia.

—¿Vió usted el cadáver?, preguntó el detective.

—Para decirle la verdad, no lo vi, respondió. Dejamos el ataúd en Ann Street. Rubini nos dijo que no teníamos nada más que hacer.

Si Druscovich tuvo algunas dudas acerca de la ignorancia o de la inocencia del fabricante de ataúdes, no dijo nada entonces. El hombre legalmente tenía razón al aceptar el certificado del Registro Civil y tampoco tenía obligación de poner el cadáver en el ataúd. Y en cuanto al oficial del Registro Civil que había extendido el certificado, lo había hecho después de ver el falso certificado de muerte extendido por un doctor.

Pero Druscovich había recogido pruebas suficientes para pedirle a la tumba que le confiara su secreto. Pidió y obtuvo de las autoridades una orden para la exhumación del pseudo cadáver.

Todo esto se hizo con mucho sigilo. El detective no deseaba que Douat supiese algo acerca de sus actividades.

A pedido suyo se trajeron de Francia, a dos hombres que conocían a Douat y que juraron guardar silencio.

Una fría mañana de invierno, se puso una cortina provisoria alrededor de la tumba para ocultarle a la mirada de los curiosos. Dentro de ese espacio Druscovich, un doctor, algunos policías y dos testigos contemplaban a un pequeño grupo de trabajadores que atacaban la tierra helada provistos de palas y picotas. El ataúd fué elevado a la superficie y los policías se arrodillaron para abrirlo. ¿Qué iban a descubrir en él? Sólo el detective había llegado ya a una conclusión, pero permaneció callado. La cubierta fué alzada. Los policías sólo encontraron unos pocos pedazos de metal colocados allí para hacer peso. Todo el entierro no había sido más que una farsa.

Lo único que le quedaba que hacer a Druscovich era apoderarse de Douat y para que vigilara a la persona de su mujer, Druscovich se dirigió al Servicio de Seguridad de París.

Sin embargo, esta dama no pudo ser encontrada. Algo la había atemorizado sin duda y había desaparecido. Druscovich armado con una orden de arreste extendida contra M. Douat, le siguió las huellas hasta Liverpool, y allí supo de una manera concluyente que su hombre había partido a América bajo un nombre supuesto.

El detective no podía hacer más, pues era dudoso que las acciones del Douat en Inglaterra constituyeran un delito legal. La captura del fugitivo correspondía desde entonces a la policía francesa.

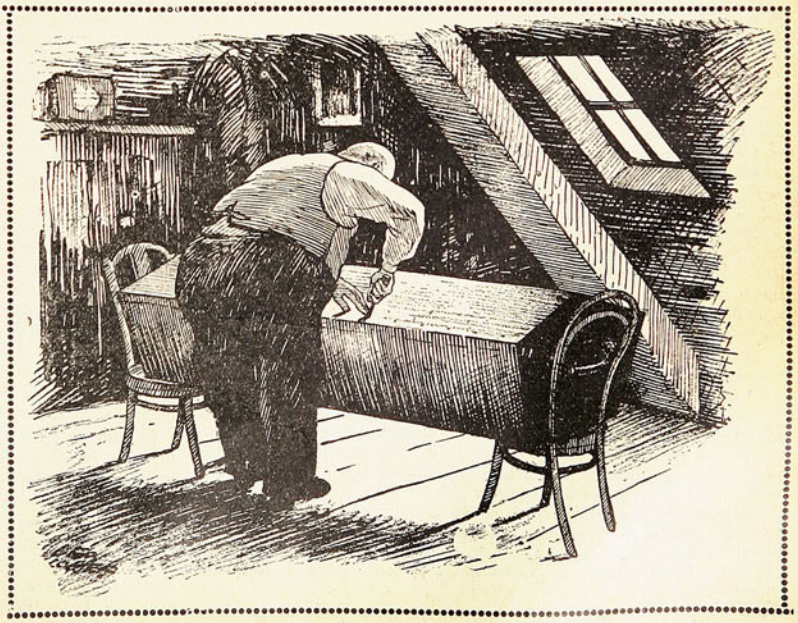
Por una u otra razón las autoridades francesas no buscaron a Douat, ni pidieron su extradición al gobierno de los Estados Unidos. Y el hombre creyéndose olvidado regresó a Europa y fijó su residencia en Amberes, donde usó otro nombre y se hizo pasar como un exportador.

Ciertas mercaderías que enviaba a puertos extranjeros, en el vapor "Duc de Brabant" fueron consumidas por el fuego antes de ser embarcadas y M. Douat pidió una indemnización de 25,000 dólares, presentados los documentos que probaban que la mercadería valía, por lo menos, dos veces más. Pudo haber tenido éxito a no haber sido por un pequeño detalle que se le escapó. Un empleado de la Compañía de Seguros que curioseaba entre los restos del incendio, encontró dos barriles de alquitrán, y las cajas y envases de los artículos que escaparon a la acción del fuego demostraron, después de un prolijo examen que habían contenido resina, alcohol, pólvora y carboncillo.

A pesar de sus protestas, fué arrestado y poco después identificado como un tal Douat de Burdeos, reclamado por la policía francesa.

El Gobierno francés pidió su extradición alegando que tenía derecho de prioridad sobre su persona, y los belgas lo enviaron a París.

Druscovich se presentó como testigo y en el tribunal vió por primera vez al hombre a quien había perseguido tanto tiempo. Douat fué condenado a muchos años de prisión, pero nunca se ha vuelto a saber de su mujer, la gorda y astuta Mad Douat.



"Rubini se encargó de la tarea de colocar el cadáver en el ataúd y él, personalmente, lo atornilló".

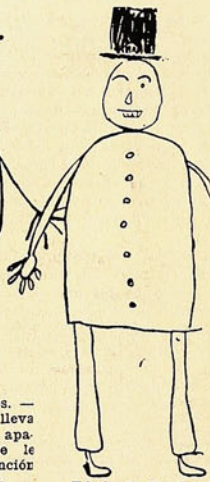
COMO SE PUEDE PROBAR LA INTELIGENCIA DE UN NIÑO POR EL DIBUJO

El método más sencillo posible para probar la inteligencia de un niño, es hacerle dibujar la figura de un hombre. Los dibujos reproducidos en esta página han sido reunidos por Cyril Scott, el psicologista británico. Estos dibujos son once y abarcan las producciones de varios niños desde cuatro a trece años, incluyendo un dibujo hecho por un niño de inteligencia defectuosa. Empleando estos dibujos como base, se puede calcular la inteligencia media de cualquier niño, asignándole puntos según las 16 subdivisiones de cada uno de los dibujos. La tabla de puntos ha sido hecha por el profesor Florencio Goodenough, de la Universidad de Minnesota.

Edad de 4 años. —Refleja solamente vagas impresiones. La figura no tiene orejas ni nariz y el tronco sólo está sugerido.

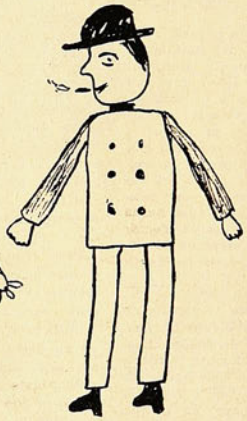
Mucho antes de que apareciera la escritura, apareció el dibujo; y se puede decir que la escritura no es nada más que una especie de dibujo. Désele un lápiz a un salvaje y pídasele que escriba una descripción de cualquier hombre de su tribu, y con seguridad no lo podrá hacer. Pero, ese mismo salvaje será capaz de dibujar, de un modo grosero, si se quiere, la figura del hombre aludido. Los niños aprenden a dibujar mucho antes que a escribir. Se les tiene que enseñar a dibujar porque las letras son símbolos arbitrarios. Los niños dibujan instintivamente. Sus ojos ven un objeto, y sus manos, empleando el lápiz, tratan de reproducirlo, según la rapidez de concepción de su cerebro. A menudo los resultados son grotescos, pero sirven al mismo tiempo para probar su inteligencia. Debemos hacer notar que esto no tiene nada que hacer con el talento natural que pueda poseer cualquiera de ellos para el dibujo.

Edad de 5 años. — La observación del niño ha mejorado notablemente. Se le ha puesto nariz a la figura, y aparecen los pies y los dedos de la mano.



Edad de 6 años. — El "hombre" lleva ahora sombrero, aparece el torso y se le ha dado más atención a las piernas.

Edad de 7 años. —La figura lleva sombrero de copa; su cuerpo es simétrico, la cara tiene cierta expresión y los pies se ven separados de las piernas por los pantalones.



Edad de 8 años.—El cuello hace su aparición. El artista ha dado al hombre ropa moderna, incluyendo un tongo; y lo que es más notable, le ha puesto un cigarrillo en la boca. También le nace el cabello.

Los psicologistas han aplicado esta teoría en una prueba que cualquier padre de familia puede usar. Una serie de dibujos escogidos al azar se emplea como base para la comparación. Esta serie va reproducida en esta página. Y fué escogida por Cyril Scott, psicologista británico, para representar la inteligencia media de algunos niños de diferentes edades.

Supongamos que el dibujante que se sujeta a prueba tiene ocho años. Se le dice, entonces, que dibuje la figura de un hombre y se compara su producción con los dibujos seleccionados por Mr. Scott. Si ese dibujo se asemeja a la figura dibujada por un muchacho de 10 años, es evidente que el niño puesto a prueba posee una inteligencia mayor que la normal.

Mr. Scott sugiere que los padres debían probar a sus hijos por este medio, por lo menos, una vez al año.

"Una galería de dibujos que traten el mismo tema, dice, y todos ejecutado por el mismo individuo, año por año, desde que pase de la infancia a la adolescencia, procurará una valuable y vívida auto-historia, por la que todos pueden comprender el desarrollo del cerebro del niño, y su progreso mental, manual e imaginativo. Esa colección de dibujos no dejará de interesar al mismo niño."

El profesor Florencio Goodnough, de la Universidad de Minnesota, autor de "Grados de la Inteligencia establecidos por medio del dibujo", asegura que los resultados obtenidos por esta clase de prueba, indican que es tan buena y tan segura como la mayor parte de las pruebas de uso corriente.

Concede, sin embargo, que es más eficaz con niños de cierta edad. Cuando los niños y niñas pasan de tres años, es más difícil comparar sus inteligencias tomando como base sus edades.

Damos aquí una tabla simplificada que puede usarse en comparar cualquiera representación de un hombre:

1. Cabeza; 2. Tronco; 3. Piernas; 4. Brazos; 5. Hombros; 6. Cuello; 7. Ojo u ojos; 8. Nariz; 9. Boca; 10. Ventanillas de la nariz; 11 Cabello; 12 Ropa, 13. Dedos; 14. Orejas; 15. Frente; 16. Perfil del cuerpo.

La idea es la de comparar cualquiera de estos rasgos fisonómicos en el dibujo del niño sujeto a prueba, con los rasgos parecidos de los dibujos de esta página.

No sólo se demuestra en los dibujos la capacidad mental; sino que también pueden revelarse varias otras cosas.

Por ejemplo, el sexo del artista se revelará en cada línea. Los niños ponen más acción en sus dibujos; sus "hombres" mantendrán frecuentemente un revólver en su mano, o fumarán pipas o cigarrillos.

Las niñas se dedican particularmente a embellecer sus dibujos con cabellos rizados, dibujos de trajes y fondos decorativos.

Es interesante notar los progresos realizados año por año en los dibujos seleccionados como modelos por Mr. Scott.

Las figuras ejecutadas por un niño de 4 años reflejan solamente las impresiones más vagas.

La figura no tiene ni oídos ni nariz, y el tronco está sólo sujerido. El dibujo hecho por el niño de 5 años demuestra un notable adelanto. La nariz y los dedos aparecen y se nota un esfuerzo a hacer aparecer los pies.

El dibujo del niño de 6 años ya lleva sombrero, y el de 7, no sólo tiene sombrero sino que también ha cambiado de forma y se ha convertido en sombrero de copa.

En este dibujo, se ve por la primera vez algo que se aproxima a la simetría.

Ya se nota cierta expresión en la cara. Pero aún no se ve el cuello.

Al cerebro del niño, el cuello es aparentemente la parte menos importante del cuerpo y no hace su aparición hasta la figura dibujada por el niño de 8 años, y entonces aparece de una manera fundamental.

La primera oreja se presenta en el dibujo hecha por el niño de 9 años, y con ella para aquilatar las propiedades que demuestran el desarrollo de los sentidos de observación del niño, lleva una pipa y un paraguas.

SAL DIGESTIVA
Bémecé
M. R.
Bicarbonato de Sosa. Magnesia. Carbonato de Cal
ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias, Gastritis, Hiperacidez, etc.
Dosis: Una cucharadita despues de cada comida
De Venta en todas las Farmacias
Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40

LA INTELIGENCIA DE UN NIÑO POR SUS DIBUJOS

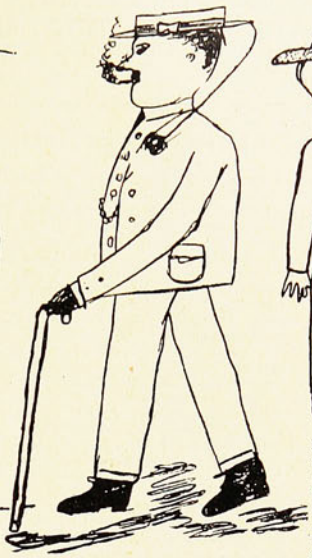
A los 10 años, el hombre lleva un sobretodo a los 11, bastón, flor en el ojal, cadena de reloj y un sombrero de paja, provisto de un cordoncillo para que no sea volado por el viento.

Los dibujos de niños atrasados y de inteligencia defectuosa, muestran a veces los brazos saliendo de la cabeza, o dos narices, una en el perfil y otra en el frente.

Las características más notables de los dibujos defectuosos, dice Cyril Scott, consisten en una falta de proporción, no sólo en la cantidad de espacio, sino que también en la cantidad de atención y trabajo derrochada en algunas partes.

Edad de 9 años.—El niño principia a poner más atención a su trabajo. El cigarrillo ha sido sustituído por una pipa; el hombre tiene bigotes y afortunadamente una oreja. Ahora, su túnica lleva bolsillos. Para dar mayor realismo al dibujo, se le ha añadido un paraguas.

Edad de 10 años. —Aparece el sobretodo, se da más atención a los detalles. Se ve el sobretodo con traba y con cuello, y habiéndose representado de perfil, el artista desea hacer ver que el hombre tiene dos piernas.



Edad de 11 años.—Al dibujo han sido agregados un bastón, una flor en el ojal, cadena de reloj y los pantalones se ven con doblez.

Edad de 12 años. — El niño abandona toda idea de embelesos y se dedica a mejorar la técnica, dejando a un lado los detalles.

Edad de 13 años.—Un "boy scout" sustituye al "hombre" del año último. La inteligencia y la observación del artista han mejorado en tal forma que no sólo trata de pintar "tipos" sino que no deja fuera ningún detalle esencial.

De inteligencia defectuosa.—En este dibujo, los poderes de observación aparecen muy restringidos y la figura dibujada de frente y de perfil. El contorno de la cabeza, particularmente la nariz y el cabello, se ven de perfil; los dos ojos, dos brazos, dos piernas y las dos hileras de botones, quedan al frente. Mientras la cabeza se dirige a la derecha, los pies se vuelven a la izquierda; la figura tiene dos bocas, pero carece de orejas.

LAS JOYAS DE MODA

Las alhajas de fantasía están en voga, la orfebrería ha evolucionado y sigue las tendencias que en materia artística le señala nuestro siglo. Ahora triunfa el color, la forma ostentosa, la gracia de los contrastes. En joyas, las más perfectas imitaciones sorprenden hasta a los acreditados conocedores de alhajas, hay sartas de perlas imitadas, con el mismo aspecto de las legítimas. Hay collares de cuentas de cristal, de ámbar, de galalith, de pasta, en todos los tonos y estilos imaginables.

Los aretes son casi todos largos, de toscas piedras muy vistosas y de poco precio. Las imitaciones de filigrana antigua son muy solicitadas, los fabricados con guajitos, canastitas y otras chucherías por el estilo, se llevan mucho con trajes de india y china poblana.

Las pulseras también tienen un lugar preferente entre las alhajas de fantasía; las de grandes eslabones llamadas "Charleston" son las más en moda. Las hay con piedras rojas, verdes, amarillas, rosa, etc.

Las joyas esmaltadas también gozan en el día de gran favor y su mayor aplicación se encuentra en los anillos con calograma.

LA PERSEVERANCIA

Había una vez un gran príncipe asiático al cual una larga serie de reveses había descorazonado.

Retirado, vivía en una tienda de campaña pensando siempre en su desgracia, cuando vió un día una hormiga que subía lentamente por el borde de la carpa. El príncipe la hizo caer varias veces, pero el insecto se obstinaba en subir. Deseoso de ver hasta cuándo insistiría, hizo caer a la hormiga ochenta veces, sin que ésta se descorazonara. El príncipe se dió por vencido y en su admiración exclamó:

—Imitémosla. Nosotros también venceremos con perseverancia.

SOBRE LA AMISTAD Y EL SECTARISMO

Nuestros sentimientos por los hombres los visten de un solo color. Si los amamos nos parecen todos blancos; si no los amamos nos parecen negros. Ahora bien, en todos hay blanco y negro. Busca el negro en los que amas y el blanco en los que odias.

Terribles son las gentes que quieren tener razón. Están dispuestas a todo, a condenar justos y santos, a Dios mismo, para conservar la razón.—León Tolstoy.

JARABE DE HEMOSTYL
del Dr ROUSSEL
M.R.
TONICO NUTRITIVO

EL más PODEROSO y AGRADABLE de los RECONSTITUYENTES para curar la ANEMIA, DEBILIDAD para el desarrollo de los Niños, para las Personas Débiles y Convalecientes
De venta en todas las Farmacias.

LOS MARAVILLOSOS Y SORPRENDENTES PROGRESOS ALCANZADOS POR LA ORTOPEDIA

NOTABLES ADELANTOS QUE SE HA OBTENIDO EN LA CONSTRUCCION DE MIEMBROS ARTIFICIALES. —MILES DE MUTILADOS HAN RECUPERADO SU FELICIDAD Y PUEDEN TRABAJAR.—MANOS ARTIFICIALES AUTOMATICAS, CON LAS QUE SE PUEDE COMER Y ESCRIBIR Y LEVANTAR UN PESO HASTA DE 40 KILOS.—UNA VISITA AL INSTITUTO ORTOPEDICO ALEMAN DE ESTA CAPITAL.—CONTRATACION DE UN ESPECIALISTA EN ALEMANIA.

Hasta hace seis o siete años a esta parte, el ramo de la Ortopedia, puede decirse, se encontraba en pañales, poco se había progresado en la construcción de miembros artificiales con que reemplazar los de aquellas personas que los habían perdido a causa de un accidente o una enfermedad.

El término de la gran guerra mundial marcó el comienzo de una era de gran actividad y de notables progresos para la Ortopedia. Es necesario incorporar a las actividades del trabajo a aquellos cientos de miles de amputados que habían sido víctimas de la guerra, y, en ese sentido, los Gobiernos de diversos países se preocuparon de impulsar todo lo relacionado con la construcción y el perfeccionamiento de los miembros artificiales.

Alemania, cuya capacidad inventiva y productora ha quedado latente no obstante las hondas perturbaciones que acarreó la gran guerra, fué la que más se preocupó, desde un primer momento, de restituir a las actividades del trabajo a aquellos centenares de miles de lisiados.

Al llamado que hizo el Gobierno de ese país, respondieron entendidos y no entendidos, médicos e ingenieros, mecánicos ortopédicos, amputados, etc. Se presentaron centenares de nuevos inventos y registros de nuevas marcas y antiguas construcciones fueron nuevamente patentadas.

Los resultados de ese esfuerzo mancomunado de las principales actividades productoras de Alemania fueron realmente sorprendentes. Hace pocos años un notable médico alemán que nos visitó, dió a conocer los últimos progresos de la ortopedia durante varias conferencias que dictó en la Universidad de Chile. Hombres que habían perdido sus brazos y piernas se veían después, puede decirse, rehechos. Brazos y piernas artificiales venían a suplir los miembros que habían tenido la desgracia de perder.

EL INSTITUTO ORTOPEDICO ALEMAN

Todos esos progresos, todas las innovaciones que últimamente se han introducido en la construcción de miembros artificiales, son ya conocidos en nuestro país. El Instituto Ortopédico Alemán, ubicado en la calle San Antonio números 540-546, y que fué fundado hace sólo pocos años, ha logrado colocarse a la altura de los principales establecimientos ortopédicos europeos.

Sabedores de que últimamente había llegado a ese establecimiento un competente técnico, especialmente contratado en Alemania, en días pasados efectuamos una visita al local de ese Instituto, en la calle San Antonio.

Allí se nos informó que, en efecto, sólo hace poco, había llegado un especialista de Alemania con el objeto de aplicar aquí los últimos adelantos que en el ramo de su especialidad se han alcanzado en Europa.

Además, dentro de pocas semanas deberán llegar maquinarias especiales, que dejarán al Instituto en condiciones de poder fabricar los aparatos más delicados y complicados en igual forma que en los grandes establecimientos europeos de ese mismo ramo.

UN ESTABLECIMIENTO PRESTIGIOSO

Como ya lo hemos dicho, ese Instituto fué fundado sólo pocos años, pero ya ha logrado labrarse una situación espectable, gracias a la buena calidad de los trabajos que allí se ejecutan y a la seriedad del establecimiento, por lo cual ha merecido no sólo la confianza de los médicos, sino también la de centenares de accidentados, de aquellas personas que sufrieron la amputación de alguno de sus miembros y que ahora, mediante el uso de aparatos apropiados, han podido recuperar en gran parte su felicidad.

En Chile, aunque parezca extraño, es enorme el número de amputados. Los accidentes del tránsito, que a diario se producen en las calles de la ciudad, los que ocurren en las salitreras, en los grandes establecimientos mineros y en las fábricas, son causa de numerosas desgracias. Felizmente la mayoría de éstas no son irreparables; los progresos de la Ortopedia moderna, puestos en práctica por el Instituto Ortopédico Alemán, permiten restituír a la mayoría de esos accidentados los miembros que han perdido.

La especialidad de ese Instituto es la construcción de piernas, pies, brazos, manos, corsés ortopédicos, enderezadores para niños jóvenes y adultos que, por mala costumbre, andan agachados: aparatos de corrección de distintas ejecuciones, plantillas para pie plano y adolorido, brageros de su propia marca "Tota", fajas anatómicas sobre medida, etc.

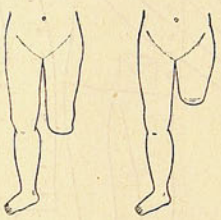
NUMEROSOS PREMIOS

Hablan en forma muy elocuente es la construcción de piernas, pies, Instituto los premios que por ellos ha obtenido últimamente. En la Exposición Internacional del Centenario de Bolivia, a la cual concurrieron los más grandes establecimientos de América, obtuvo un Primer Premio y Medalla de Oro. En la Exposición Industrial Regional de Valparaíso el año 1924, obtuvo un Premio Unico y Medalla de Oro que le otorgó el Comité de Honor por sus aparatos ortopédicos y miembros articulados.

En el XXII Congreso de la Asociación Alemana de Ortopedia, que tuvo lugar los días 19, 20 y 21 de septiembre próximo pasado, en Nuremberg, participó don Ernesto Engels, uno de los socios del Instituto Ortopédico Alemán.

Además de los artículos que hemos enumerado anteriormente en una sección especial el Instituto Ortopédico Alemán mantiene un stock permanente de medias, rodilleras, tobilleras y vendas elásticas para várises y ulceraciones; aparatos para masajes como el "Inoa", nuevo y sencillo tratamiento que no es nocivo para alejar la gordura superabundante; el famoso uslero legítimo "Paginski" Doppelpunktroller; modeladores de nariz; aparatos para la corrección del juanete; artículos de goma como ser brageros para guaguas, baberos, frenteros, aparatos para anos ilíaque, fístula, etc.; cinturones y vendas de salud y un sinnúmero de artículos concernientes al ramo.

PIERNAS ARTIFICIALES



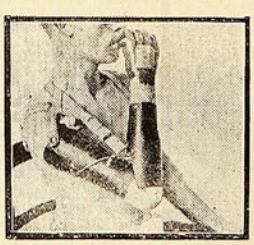
En materia de construcción de piernas artificiales el Instituto Ortopédico Alemán acusa un notable progreso. Hay prótesis para amputación en el tobillo (Pyrogoff), para más abajo y más arriba de la rodilla hasta para exarticulaciones. Todas ellas son de excelentes materiales, elegidos cuidadosamente. La adquisición de una patente alemana pondrá dentro de poco al Instituto en condiciones de introducir un procedimiento completamente nuevo, en la construcción de piernas artificiales.

BRAZOS Y MANOS ARTIFICIALES

La pérdida de un brazo o de una mano es una gran desgracia, pero no irreparable. Los progresos de la ortopedia permiten al accidentado continuar trabajando y ganarse la vida en alguna forma.

Para ello hay manos artificiales de madera con los dedos articulados o manos de fieltro comprimido con sus dedos flexibles. Un notable avance en la ortopedia significa el brazo automático.

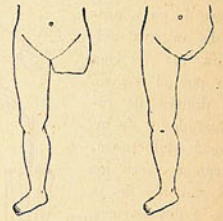
Por medio de una construcción ingeniosa, el mecanismo reacciona



a la menor presión del hombro y pone a voluntad en movimiento de tijeras el pulgar y el conjunto de los demás dedos. Por consiguiente, puede apretar, tomar y llevar cualquier objeto que no sea muy voluminoso; pero sostiene un peso hasta de 40 kilos.

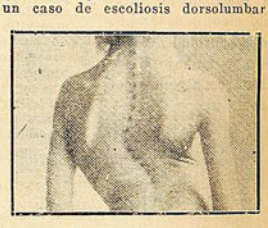
Hay también un tipo de brazo artificial para trabajar con gancho universal al que se puede fijar toda clase de herramientas. En Europa ha tenido gran demanda para accidentados de la industria y agricultura.

Una vez instalada la nueva maquinaria, el Instituto Ortopédico Alemán empezará en Chile mismo la ejecución de tales brazos automáticos que representan un trabajo finísimo de precisión.



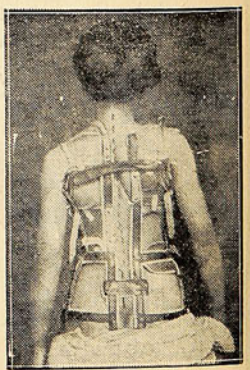
CORSES ORTOPEDICOS

Especial cuidado ha encontrado en el Instituto Ortopédico Alemán la confección de corsés ortopédicos para las distintas formas de Escoliosis, como por ejemplo para desviación de la columna vertebral a causa de raquitismo, tuberculosis (Mal de Pott), escoliosis habitual y escolar, lordosis, etc. Uno de los grabados que insertamos muestra un caso de escoliosis dorsolumbar



a causa de raquitismo y su tratamiento eficaz con un corsé apropiado de confección del Instituto Ortopédico Alemán.

El tratamiento combinado con gimnasia médica es casi indispensable en todos estos casos.



APARATOS ORTOPEDICOS DE CORRECCION

Un vasto campo en la actuación del Instituto Ortopédico Alemán ocupa la confección individual de aparatos de corrección para tratamientos tan importantes como los de las enfermedades del pie, de la pierna y de la cadera, como por ejemplo del pie zambo (pie Bott,

LOS MARAVILLOSOS Y SORPRENDENTES PROGRESOS ALCANZADOS POR LA ORTOPEDIA

pies—O—y—X—) acortamiento de la pierna, etc.

En Chile se presentan todos estos casos con mucha frecuencia y el uso de aparatos apropiados al lado del tratamiento médico ortopédico presta no solamente excelentes servicios sino que es casi indispensable.

Entre los aparatos de corrección gozan de fama los modelos según el Profesor doctor Hessing que por

su firmeza y excelente sostenimiento ayudan en forma sorprendente en el tratamiento de la parálisis infantil, especialmente cuando gran parte de los músculos de la pierna están paralizados o atrofiados. Muchos niños enfermos andan dentro de poco tiempo, lo que sin aparato les sería imposible.

La misma clase de aparatos es indispensable usar después de un tratamiento médico ortopédico en casos de tuberculosis de los huesos, sea en la rodilla o en la cadera, como medio de eliminar el peso del cuerpo en las partes delicadas y para evitar que vuelva la misma enfermedad. Lo mismo se indica para el caso de luxación congénita de la cadera, donde el aparato sirve después de la operación como sostén de la cadera y para evitar deformaciones irreparables.

El Instituto Ortopédico Alemán mantiene a precios módicos **Cursos de Masaje y de Gimnasia médica** en combinación con la confección de aparatos ortopédicos y también aparte para niños, jóvenes y adultos para un tratamiento eficaz en caso de principio de desviación de la columna vertebral, raquitismo, parálisis infantil, obesidad, etc.

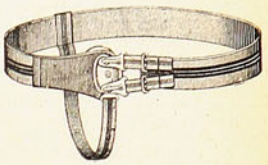
PLANTILLAS

Un sinnúmero de personas padecen de dolores sumamente molestos en el pie y en la planta del pie, cuando andan o bien cuando están de pie. Esto, en el 90 por ciento de los casos indica la existencia de pie plano o doloroso.

El Instituto Ortopédico Alemán confecciona en estos casos con excelentes resultados plantillas especiales sobre molde de yeso que tienen la gran ventaja de ajustar anatómicamente bien. Estas plantillas levantan el pie, dejándolo en una posición normal, con lo cual se alivian los dolores.

FAJAS ANATOMICAS Y BRAGUEROS

Las fajas anatómicas sobre medida recomendadas por todas las eminencias médicas, sea para estómago caído, riñón suelto, para operados, contra la obesidad, etc., han tenido una aceptación unánime gracias a sus maravillosos efectos. Numerosos son los certificados en que se expresan agradecimientos. Los bragueros de la afamada marca "Tota", en su gran variedad de modelos para las hernias más delicadas, proporcionan un tratamiento



incomparable y ningún aparato es colocado sin previo examen del especialista que al mismo tiempo indica la clase más apropiada para cada caso que se presenta, lo que significa un máximum de garantía para el interesado.

Muchos otros notables adelantos pudimos conocer durante nuestra visita al Instituto Ortopédico Alemán, pero ellos serían largos de detallar.

En breve ese Instituto abrirá una sucursal en Valparaíso para poder atender en forma más fácil a la numerosa clientela de ese puerto y de la zona norte del país.

VALENTIN EL CEREMONIOSO

CON la ayuda de vuestros recuerdos cinematográficos, imaginad un gran balcón de casa lujosa, un gran balcón de amplias ventanas contra cuyos cristales ha ido a estrellarse, como lanzado por una honda, un gentil caballero, correcto y atildado, que yace en la vereda entre un montón de vidrios, mientras corren los transeuntes a levantarle.

Debería llamarse Angel Cortez, o Amable Cumplido, o Serafín Donoso. Pero se llama Valentín Altamirano, aunque es cortés, cumplido, donoso y ceremonioso. Cierto es que lo cortés no quita lo "valentín", mas es indudable que muchos nombres le ajustarán mejor que el que tenía.

Valentín era el apasionado de los saludos. Ninguna persona se le gastaban tanto como a él los sombreros y la manga derecha del vestón; tanto subía y bajaba su mano desde los bordes de la chaqueta hasta el siempre despierto pajizo o el calañez resignado. Con qué fruición saludaba a todos sus amigos en la calle. Ni siquiera había necesidad de ser relativamente conocido por Valentín. Hasta el que le había pisado el pie en el tranvía era acreedor a su afecto ceremonioso.

Cuando el distinguido Valentín divisaba a lo lejos a una persona a la cual podía saludar, experimentaba un henchimiento de gozo en el corazón. Aclaraba la garganta, ponía su andar a paso de parada, se arreglaba la corbata y comenzaba una sonrisa maestra.

No hay palabras para describir su alborozo cuando aquella persona era de las que corresponden con entusiasmo a todos los saludos. Entonces él tenía por realizada la mayor proeza del día.

Cuentecitos por Mailef

Ahora acaba de encontrarse con un señor que tiene su misma debilidad por los saludos. Fué una cosa sorpresiva, instantánea. Al atravesar una calle divisa una mano que mueve un sombrero ni más ni menos que como los marineros agitan los trapos de la semáfora. El retira inmediatamente el suyo de la cabeza y contesta con la más sublime efusión. Sonríe, dice palabras amables en voz muy baja, se inclina, vuelve a sonreír y a inclinarse. El es en ese momento el centro del Universo. Cuando un automóvil lo tomó velzomente con la trompa y lo lanzó contra el balcón en que le hemos encontrado, Valentín saludaba todavía.

Aún ahora mismo, parece que nos ha reconocido y que de un salto se pondrá de pie sobre los vidrios rotos para comenzar el saludo más largo y más insinuante de toda su vida.

EL HALLAZGO

Si dijéramos su nombre, nadie creería que tuviese tanta hambre. Porque nadie concibe que tenga hambre un hombre medianamente conocido, un Juan Pérez o un Segundo Leiva. Porque Pérez y Leiva son seres reales y el que padece hambre está en la categoría de los fantasmas. Hasta se les tiene miedo.

La verdad es que aquel hombre había olvidado cómo se llamaba y era un fantasma. Arrastrándose lentamente por las calles, parecía un enfermo que iría a caer al próximo paso. Pero no era un enfermo: era casi un muerto. Tenía hambre. Antes pensó muchas veces en lanzarse sobre los comestibles que exponen los almacenes y las chancherías y tuvo fuerzas para rechazar esta tentación que lo humillaba. Ahora lo haría resueltamente. Desfalleciente y cobarde, no iba a realizar ningún acto de valor. No era su corazón ni era su cerebro agobiados los que harían esta gran prueba salvadora y triste. Era el estómago desesperado que se sobreponía a las razones incomprensibles por las cuales aquel desgraciado se había resistido a tomar siquiera una salchicha de donde las había en tanta abundancia.

Ahora tenía ante sus ojos hermosas pirámides de fruta, magníficos salchichones plateados y jamones que colgaban a la puerta del almacén de comestibles. Se acercó solapadamente y tendió la mano. Pero en el mismo instante alguien le tocaba en el hombro. Era un carabinero. El hambriento bajó entonces la mano y comprendiendo que los vigilantes le observaban desde hacía algunas horas, siguió andando mientras hacía esfuerzos para simular el aire de un comprador exigente.

Todo se había frustrado. Ya no pensaba en caminar más e iba a echarse a la orilla de la vereda o a sentarse hasta morir sobre las gradas de alguna puerta. Sin embargo, estaba escrito que había de realizar un nuevo esfuerzo. Allá, a un cuarto de cuadra, relucía en el suelo un paquetito blanco semejante a los que suelen llevarse a casa a la hora del almuerzo. Continuó pues andando hacia él, sobrecogido por el temor de que alguien lo alcanzase. Llegó al fin, recogió el paquete y se puso a abrirlo con ansiedad, sentado al borde de la calzada. El cañamito fino fué desatado, el papel abierto. Pero al ver el contenido, el hombre se desmayó. Era un libro de cocina.

EL MEDICO

Me ha contado Saadi de Chiraz:

Un hombre sufría del estómago y no podía conciliar el sueño.

Un médico fué a verle y le declaró:

—A juzgar por el modo con que este hombre come, me sorprendería que pasara de la noche; que un bocado pase mal y mis temores se habrán cumplido.

El médico murió aquella misma noche. Hace de esto cuarenta años y el enfermo vive todavía.

LEYENDA PERSA

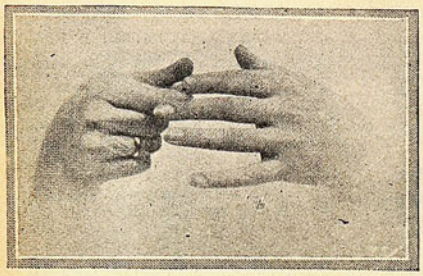
Un visir excitaba al rey Amrou para que diera muerte a un esclavo. Este, arrodillándose a los piés del rey, le dijo:

—Si quieres absolutamente matarme, dame alguna apariencia de derecho a fin de que no tengas que responder de mi suplicio.

El rey le preguntó qué era lo que entendía por ese derecho.

—Gran rey—respondió el esclavo—permíteme primero que mate a ese visir y después será justo que vengues su muerte con la mía.

El rey rió de este rasgo de ingenio y no hizo matar al esclavo.



PARA LAS COQUETAS

EL CUIDADO DE LAS MANOS Y LOS PIES

Con frecuencia se descuida la belleza de los pies, aún ahora que el calzado amplio limita un tanto antiguas e inevitables deformaciones. Y, sin embargo, un pie bien proporcionado al resto de la figura constituye uno de los mayores encantos de la mujer. La bella estructura de los pies, cuando no se posee, puede adquirirse por medio de ejercicios adecuados.

El caminar descalzo contribuye extraordinariamente a corregir las deformidades de los pies. Esta práctica es en extremo beneficiosa para curar la caída del arco del pie y para combatir la debilidad del mismo.

Un buen ejercicio es levantarse sobre la punta de los dedos, sobre todo si se carga ligeramente el peso del cuerpo sobre la parte exterior del pie. El segundo tiempo de este ejercicio, que también fortalece y embellece el pie, consiste en levantar lo más posible la parte anterior del pie, apoyándose en los talones.

Un espléndido ejercicio que comunica además mucha agilidad, consiste en hacer girar el pie, primero en una dirección y luego en la otra.

Complemento de estos ejercicios es el que consiste en doblar hacia abajo los dedos de los pies y después levantarlos cuanto sea posible, separándolos luego unos de otros. Esto da a los músculos de los pies una fuerza grande.

El mejor y tal vez el único medio seguro de practicar estos ejercicios es hacerlos con los pies desnudos.

Para la belleza de los tobillos, el empeine y el arco del pie, es conveniente practicar a menudo el siguiente ejercicio: Con las rodillas rígidas, dóblense los tobillos hacia arriba, levántese la parte de los pies que queda hacia adentro y apóyese el peso en la parte de afuera. Repítase este ejercicio apoyando el peso del cuerpo en la parte de adentro del pie y levantando la de afuera. Inclínese hacia adentro la punta del pie, levántese después el talón y repítase este ejercicio a la inversa.

Sobre todos los ejercicios beneficiosos a la belleza de los pies está el que produce el andar. La marcha ("footing", que dicen los ingleses, creadores, no del deporte, pero sí de la palabra), es el más natural de los ejercicios físicos y hasta es el mejor en ciertos casos.

La marcha tiene la ventaja de prestarse a todas las combinaciones del ejercicio. Puede ser éste más moderado si se anda a pasos lentos sobre una superficie lisa y alcanza la categoría de los más violentos si se anda por senderos escarpados, se salvan obstáculos o se escalan cumbres. Es la marcha, en todo caso, el primer deporte, el insustituíble.

LA BELLEZA DE LAS MANOS

Hemos de suponer en las manos un perfecto estado de limpieza, lisura y suavidad, lo que se consigue a fuerza de lavarlas continuamente. Hacemos hincapié en esta circunstancia por lo delicado y tenue de la epidermis.

Nada sería tan útil como poder cubrirlas con guantes protectores, pues el calor o el frío brusco o excesivos, producen en los dedos y en las palmas de las manos irritaciones, cuando no entorpecen la libre circulación de la sangre en las falanges.

La mano ociosa conserva por más tiempo su suavidad y su morbidez que la que labora o produce un trabajo más o menos continuo. Desde el momento en que los dedos están quietos, tanto menos sufre su delicadeza superficial.

Los dedos de las manos femeninas, por ejemplo, ignoran en absoluto esas callosidades, esas escoriaciones que suelen presentar las manos del hombre que trabaja rudamente. Pero tenga o no las manos ocupadas en algún menester casero u oficinesco, ninguna mujer que se estime debe de abandonar el cuidado de sus manos.

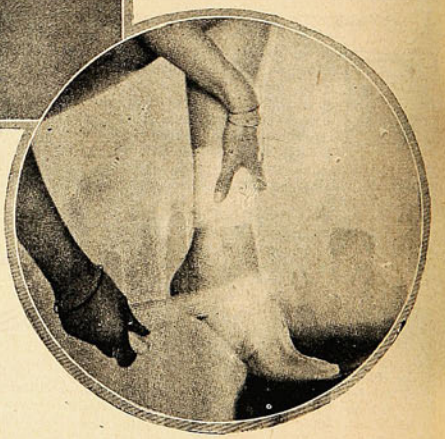
Insistimos en aconsejar como primero y primordial cuidado para las manos el lavarlas a menudo, pues los dedos recogen corpúsculos, granos de polvo, partículas nocivos que flotando en el ambiente, no hallan punto mejor para alojarse que la epidermis. El agua que se emplea no debe ser fría, sino templada, a fin de evitar en todo tiempo y en particular en invierno, insiciones y agrietaduras peligrosas en el cutis.

El agua muy fría es bastante nociva. A veces nadie se da cuenta de los motivos de un dolor de cabeza muy pronunciado, como de neuralgias imprevistas y molestas, ello no reconoce otra causa que ciertos temperamentos muy nerviosos a los cuáles producen trastornos las abluciones frías.

Bajo este aspecto nuestras queridas lectoras deben tomar por norma el uso del agua templada para lavarse las manos. No es indispensable para este objeto el uso del jabón. Sólo se lo debe emplear cuando las manos realmente sucias lo requieran.

Para blanquear las manos se empleará la siguiente fórmula: Glicerina 350 gramos. Borato sódico 118 gramos. Lanolina 50 gramos. Eucaliptol 7 gramos. Esencia de almendras amargas 3 gotas.

Se untan por las noches las manos en esta pomada, espolvoreándolas luego con harina de avena y poniéndose encima unos guantes viejos de hilo para dormir con ellos y así no ensuciar la ropa de la cama.



Para su catarro tome jarabe de Résyl

Curación segura de las Bronquitis y Toses rebeldes

Preservación y alivio de la TUBERCULOSIS

Se presenta tambien en comprimidos, forma muy práctica para las personas ocupadas

RÉSYL

Eter glicero-guayacólico Soluble - M.R. - De venta en toda Farmacia.

¡¡MADRES DEL FUTURO CHILE!!

Año nuevo, vida nueva. Buscad al Doctor, que aplique a vuestros hijos, (en particular al mes de vida), 5 c.c. mínimo de VACUNA ANTI-ALFA FERRAN (½ c.c. semanal). No serán TUBERCULOSOS, COQUELUCHOSOS, no sufrirán CATARRO INTESTINAL y serán robustos cual Caupolicán. Lo exige el más alto sentimiento de amor Patrio-Maternal (base bacterias Alfas). DECLARADA OBLIGATORIA EN ESPAÑA.

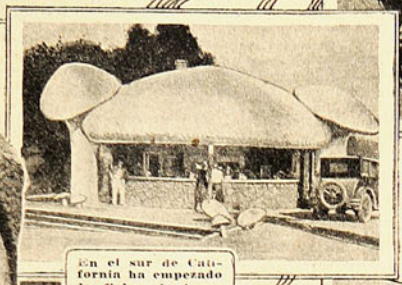
HEMOGLOBINA ANTIFIMICA FERRAN

HEMO-VIVA-ANTITOXICA. Hipermunizando caballos con Alfas, se obtiene el SUERO ANTI-ALFA y este gran tónico antituberculoso, que con un frasco máximo $ 15—, cura y dá vida aún al que por tisis, estados febriles, inapetencia, anemia, agotamiento, raquitismo, esté al borde de la tumba. Si sigue postrado es porque quiere: Anti-Alfa-Antifímica es Vida. Buenas Boticas y

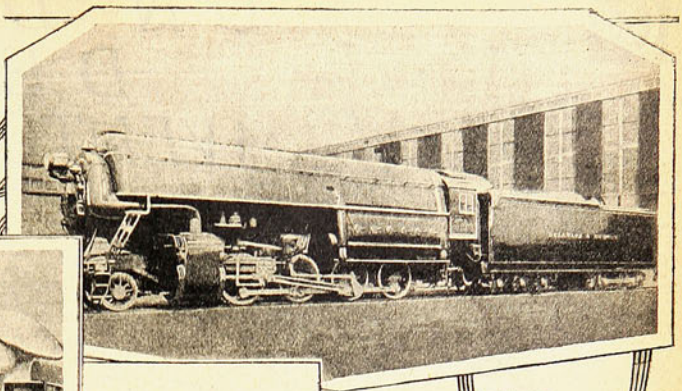
R. RIBOT. — Casilla 1485. — Santiago.

Curiosidades

UNA ARQUITECTURA FANTASTICA PARA LA VENTA DE HELADOS

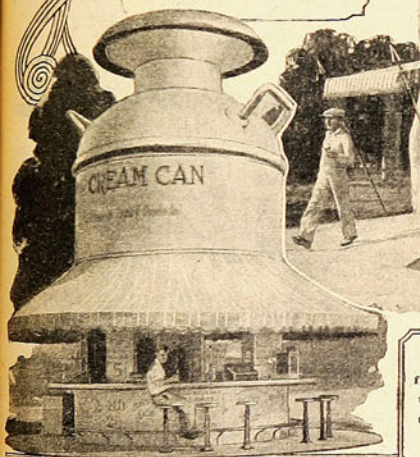


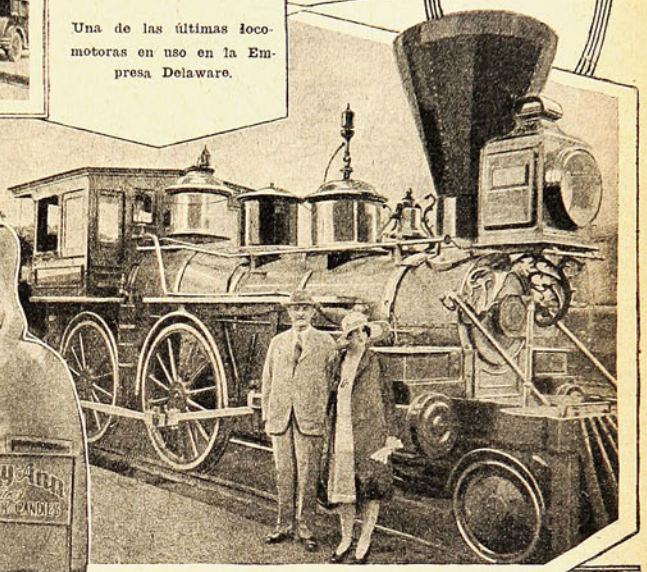
En el sur de California ha empezado la fiebre de hacer construcciones raras y fantásticas al borde de los caminos.



Una de las últimas locomotoras en uso en la Empresa Delaware.

Los turistas encuentran a cada paso animales y aves curiosas, callampas gigantescas, réplicas de tamaño enorme de tarros lecheros.





Hay también gigantescas figuras humanas de concreto, bajo cuyos amplios vestidos se cobijan los empleados, clientes y mozos.

El portentoso desarrollo del "caballo de hierro" en los últimos años queda demostrado al comparar la más nueva de las locomotoras, la "John B. Jervis", de la Empresa Delaware and Hudson, con la locomotora "William Crooks", construída para la misma compañía en 1862. Esta última fué la primera locomotora que circuló por los estados del nor-oeste de los Estados Unidos y pesa 314 toneladas.

PIXIAVON

es una excelente preparación para el lavado del cabello. Siendo a base de alquitrán, evita la caída del pelo, dejándolo suave y libre de caspa.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

M. R.

LA MEJOR TINTURA ABSOLUTAMENTE INOFENSIVA

SIMILAX

M. R.

NUEVO DESCUBRIMIENTO FRANCES HACE DESAPARECER LAS CANAS EN 15 MINUTOS

Base: Parafenilendiaminosulfónico

Representantes: SALAZAR y NEY — A. Prat 219 — SANTIAGO.

UN DIA DE AVENTURAS

Por ARCADIO AVERCENCO

CIERTO día, Ignacio tuvo que hacer un viaje a una ciudad provinciana. Como llegase demasiado temprano para cumplir la misión comercial que le fuera encomendada, ocupó una mesa en el restaurant de la estación, se hizo servir un "cocktail" fuerteecito, ordenó un opíparo almuerzo, y con el cigarrillo en la boca y los pulgares en las sisas del chaleco, se puso a dirigir miradas incendiarias a una joven y bellísima rubia que se hallaba sentada a una mesa vecina.

De pronto, alguien le golpeó amistosamente en el hombro, y una voz atiplada exclamó:

—¡Hola, ingeniero!... ¡Cuánto tiempo sin vernos!... ¿Qué tal?

Ignacio se volvió y vió a un hombrecillo rechoncho, de cabellos rojizos y nariz de bebedor. El desconocido le tomó la mano y se la sacudió con fuerza, repitiendo:

—¡Buenos días! ¿Qué tal? ¿Cómo marchan sus negocios, querido amigo?

—"¡Diablos!", pensó Ignacio. "Debo de tener muy mala memoria. Quizá me hayan presentado a este tonel en alguna parte... Mentiría si dijese que lo conozco, pero tampoco puedo asegurar que me sea completamente desconocido..."

Y aunque indeciso, respondió:

—¡Bien, muchas gracias!... ¿Y usted?

El hombrecillo se echó a reír destempladamente.

—¡Je, je, je!... ¿Cómo quiere que me vaya? ¡Como siempre!... ¿Los suyos están buenos?

—¡Gracias a Dios!—repuso Ignacio, con sonrisa ambigua.

Y dispuesto a divertirse a expensas de su interlocutor, inquirió:

—¿Dónde se ha escondido usted durante estos últimos meses? ¿Por qué no se le veía en ninguna parte?

—¿A quién, a mí?... ¡Je, je, je!... ¡Tiene gracia su pregunta!... Mi esposa le manda muchos recuerdos... Estoy seguro de que me habrá usted maldecido más de una vez...

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué motivos tenía para maldecirle? ¡Siempre hemos sido buenos amigos!—aventuró Ignacio contra todo riesgo.

—Sí, es cierto. ¡Pero, qué mala memoria tiene, compañero! ¿Ya no se acuerda de las trescientas pesetas que me prestó hace seis meses? ¡Los perdí al póker aquella misma noche!... ¿Me permite que se los devuelva ahora?

—¡Si no le es molesto!...

El hombrecillo sacó la cartera del bolsillo y entregó a Ignacio tres billetes de a cien.

—¡Gracias!...—murmuró Ignacio, embolsándoselos con toda frescura.

—¡Gracias a usted!... ¡Y disculpe la tardanza!...

—¡No hay de qué!... A propósito, me va usted a permitir... Tal vez pueda retribuirme ahora mismo el servicio... Necesito urgentemente, hasta mañana, quinientas pesetas... ¡Los tiempos son ahora tan malos!... Casi no hay cliente que pague con puntualidad... Si puede usted complacerme, le devolvería su préstamo mañana mismo...

—¡Cómo no!... ¡Con el mayor placer!... Celebro infinitamente poder serle útil... Me devolverá usted el dinero cuando nos veamos en el club... No hay prisa... ¡Ah! Me olvidaba... Quería preguntarle... ¿Qué hacemos con la madera? Casualmente le escribí a usted esta misma mañana, consultándole... Si no la retiramos dentro de cuarenta y ocho horas, tendremos que pagar almacenaje...

—Guárdela por ahora en su casa—repuso Ignacio, sin asimilarse.

—¡Je, je! ¡Qué ingeniero este! ¡Siempre tan bromista!... Son tres vagones...

—Resuelva usted el punto como mejor le parezca; y perdóneme que me retire. Estoy muy apurado. ¡Mozo, la cuenta! ¡Saludos a su señora!...

—¡Gracias!

* *

Después de cumplir la misión que había motivado su viaje, se fué a pasar un rato al parque municipal. Apenas hubo tomado asiento en un banco solitario con ánimo de reflexionar sobre la aventura del restaurant, se le acercó una joven elegantísima, que exclamó, sorprendida:

—¡Vladimiro!... ¡Tú? ¡Qué sorpresa! ¡No esperaba verte hoy!... ¡Cómo has cambiado en pocas semanas!... ¿Por qué no llevas el uniforme?

—"Es hermosísima", pensó Ignacio. "¡Qué ojos!... ¡Qué tez!... ¡Qué cabellos!... Indudablemente, mi otro yo, el ingeniero, es un hombre afortunado".

Y contestó a la joven:—¡Por capricho, preciosa!... A veces me gusta vestir de civil para pasar inadvertido entre la gente... ¿Por qué no te acercas? ¡Ni siquiera me has dado un beso!

—¿Un beso? ¿No me dijiste que querías poner fin a nuestras relaciones... que era necesario que nos separásemos?

—Créeme: estoy arrepentido de mis palabras. Lo he pensado mejor, y he resuelto hacerte mi esposa. ¡Ven!—añadió, tomándola familiarmente del brazo.—Sentémonos en ese banco... Este sendero está más sólo que ninguno...

La hermosa joven le dirigió una mirada apasionada.

—¡Escucha, reina!—díjole Ignacio después de haberla besado.—No puedo seguir viviendo lejos de ti. Te vendrás a vivir conmigo. Nos casaremos...—¿Y esa mujer?—preguntó ella, sorprendida.

—¿Qué mujer?

—¡La tuya!

—¡Ah, sí!... Pues... te diré... No... no es mi esposa. Estás en un error... Esa mujer encierra un terrible secreto. No puedo revelártelo aún. En realidad es mi hermana.

—Pero... ¿y los dos niños?

—Son hijos de uno de mis mejores amigos... Sí, un gran amigo mío que murió en la guerra... Los hemos adoptado, ¡pobres huérfanos!

La voz de Ignacio temblaba de emoción.

—En fin—añadió—prepara tus cosas. Mañana nos casaremos.

—Pero... ¿qué dirá tu hermana?

—Se pondrá muy contenta... Entre los tres educaremos a los pobres huerfanitos; les enseñaremos a respetar a los mayores, a no mentir nunca...

—¡Dios mío!—susurró la joven, conmovida.—Casi me resisto a creerlo... ¡Estás hoy tan cambiado, tan distinto de otros días!... ¡Hablas con tanta amabilidad!

—Me siento feliz, sumamente feliz... ¡Bueno, ahora debemos separarnos! ¡Tengo una cita de negocios!... Así pues, hasta mañana, alma, tesoro, luz... ¡Iré por ti muy temprano!

Volvió a besarla, la estrechó entre sus brazos, salió del parque, tomó un automóvil y se hizo conducir al mejor restaurant de la ciudad.

* *

Al entrar en la sala, le dijo el **maitre d'hotel**, haciendo una profunda reverencia:

—El señor ingeniero Saizew, parece haberse olvidado de nosotros...

¡Por fin sabía cómo se llamaba su otro yo!

Una orquesta de señoritas tocaba un shimmy... La violinista era encantadora, y nuestro héroe resolvió pasar con ella la velada...

Los mozos trajeron vinos, licores, frutas... El improvisado ingeniero sentíase muy alegre, y su alegría iba en aumento de minuto en minuto, hasta que llegó un momento en que se puso a hacer juegos de equilibrio con las botellas de champaña.

Una de las botellas, mal lanzadas por el aire con excesiva violencia, fué a estrellarse contra uno de los espejos del salón, que quedó hecho añicos...

Frenético por sus copiosas libaciones, Ignacio se puso a bailar un charlestón sobre la mesa, acompañándo a la orquesta con gritos destemplados.

Uno de los comensales de una mesa contigua, gritó: —¡Basta! ¡Esto es intolerable!...

...propinándole a renglón seguido una serie de puñetazos...

Pero Ignacio no hizo caso

Inicióse entonces una discusión violenta, que terminó en batalla campal a puñetazo limpio.

¡Aquello parecía un Waterloo!

(Concluye en la página del frente).

LA IMITACION ES LA FORMA MAS SINCERA DE HOMENAJE Y LA MEJOR PRUEBA DE LA EFICACIA DE UN PRODUCTO. NINGÚN PRODUCTO ES MAS IMITADO QUE LOS INIMITABLES

CRISTALES YODADOS PROOT

BASE: SAL DE KARLSBAD YODADA M. R.

HERMANASTROS

La perra como ama de cría de tres cachorros de león.

TODO el mundo sabe que el perro y el gato son enemigos innatos. Pero entre animales criados juntos y acostumbrados a una convivencia desde su juventud no se observa nunca esta mutua aversión. Al contrario, perro y gato pueden ser muy buenos amigos y conservar esta simpatía recíproca hasta el término de sus días. De cachorros suelen hacer buenas migas también el león y el perro, y más de un bebé de ese fiero felino fué lactado por una perra en nuestros jardines zoológicos. Más tarde, empero, se suele perder esta buena armonía. Es casi una regla general que animales jóvenes siempre se avienen el uno con el otro, aunque en la mayoría de los casos estas amistades son el producto de un adiestramiento artificial; pues al poder seguir su impulso ingénito, se aislan inevitablemente las diferentes especies animales. No se confundan con "amistad" esas asociaciones voluntarias que son tan frecuentes en la naturaleza, pero que siempre son de carácter netamente utilitario. Hay, por ejemplo, una ave, el crotófago, que vive en constante compañía con reses mayores, librándolas de las sabandijas que las atormentan. Animales que tienen muy desarrollado el órgano de la visión pero relativamente débil el oído, buscan la sociedad de otros que tienen particularmente agudo este último sentido. En ello no hay nada de amistad sino un egoísmo bien entendido.

Una estufa viva, piensa el mono al dar un abrazo al perro de aguas.

¿Una buena comida o un camarada de juego?

¡Dos almas que no congenian. La comunidad de intereses se restringe—al pasto.

ELOGIO SENTIMENTAL AL DEL ACORDEON

¡Oh, la extraña poesía de las cosas vulgares!

Esa voz humilde, que aburre, que cansa, que fastidia al principio, revela poco a poco los secretos que oculta entre sus notas: se traslucen las miserias del vivir de los rudos marineros, de los infelices pescadores; las penalidades de los que luchan en el mar y en la tierra, con la vela y con la máquina; la amargura de todos los hombres uniformados con el traje azul y sufrido y pobre del trabajo.

¡Oh modestos acordeones! ¡Simpáticos acordeones! Vosotros no contáis grandes mentiras poéticas como la fastuosa guitarra; vosotros no inventáis leyendas pastoriles como la zampoña o la gaita; vosotros no llenáis de humo la cabeza de los hombres, como las estridentes cornetas y tambores. Vosotros sois de nuestra época; humildes, sinceros, dulcemente plebeyos; pero vosotros decís de la vida lo que quizá la vida es en realidad: una melodía vulgar, monótona, ramplona ante el horizonte iluminado...

PIO BAROJA

UN DIA DE AVENTURAS (Conclusión)

Hubo que llamar a la policía. El agente que se presentó, levantó un atestado, que Ignacio firmó con el nombre de su otro yo:

'Ingeniero Vladimiro Saizew".

—¡Mándeme la cuenta a mi casa!—ordenó al dueño del restaurant.—¿Cuánto importa?... ¿Seiscientos sesenta y ocho pesos? ¡Muy bien!... Ya sabe mi dirección...

Trazando pequeñas eses, abandonó el salón.

* * *

Cuando despertó, a la mañana siguiente, sintióse de muy buen humor...

Gracias a su semejanza física con el ingeniero Saizew, había podido divertirse a sus anchas y llenar su cartera de billetes de banco...

Era peligroso permanecer por más tiempo en la ciudad. De consiguiente, resolvió marcharse en el primer tren.

Al llegar a la estación, se le acercó un joven elegante que se quitó el sombrero y le preguntó cortesmente:

—Si no me equivoco, ya hemos sido presentados... Hace varias horas que ando buscándole... Usted es el ingeniero Saizew, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué se le ofrece?—apresuróse Ignacio a contestar, pensando en una nueva dádiva inesperada.

—¿Niega usted haber hecho sobre mí, el jueves pasado, una observación injuriosa en casa de la familia Ivanov?

—¡Claro que lo niego!

El joven elegante no profirió palabra: levantó la mano y asestó al ingeniero una formidable bofetada.

—¡Pero, señor!...—exclamó Ignacio, dolorido.—¿Qué mal le he hecho?...

—Así aprenderá a no tratar de tramposo a un caballero—repuso el otro, propinándole a renglón seguido una serie de puñetazos.

Calmada su sed de venganza, el desconocido giró sobre sus talones y se alejó tranquilamente de la estación.

Ignacio quiso correr detrás de él, decirle que no era el ingeniero Saizew, que había sido un error lamentable; pero en ese preciso instante sintió que lo llamaban.

—Oiga, oiga, **ingeniero!**

Deseos tenía de seguir andando, cuando sintió que lo tomaban dulcemente por un brazo.

—Discúlpeme usted la inoportunidad, pero es necesario que hablemos. No voy a sospechar ni remotamente que usted haya procedido de mala fe, eso nunca; pero es necesario subsanar un pequeño inconveniente ahora mismo.

—Veamos, qué pasa—exclamó ya impaciente el **ingeniero.**

—El cheque, ¿sabe usted?, su cheque... es decir, el que usted me dió, no me lo pagaron en el banco. Me dijeron que no tenía fondos...

—¿Y a mí qué me dice?

—¿Cómo? No esperaba yo semejante cosa. Ahora mismo me hace efectivas usted las tres mil seiscientas pesetas, o lo hago llevar preso por estafador. ¡No faltaba más!

—Permítame, usted—objetó Ignacio, dispuesto a decir la verdad.

Pero ocurrió algo mejor. Sonó un pito y una voz potente gritó:

—¡Señores viajeros, al tren!...

Subió rápidamente al vagón, sin que el acreedor de su otro yo pudiera evitarlo. Se miró en un espejo: tenía los ojos circuídos de manchas violáceas y las mejillas rojas e hinchadas. Había desaparecido su alegría.

El dinero que le reportara su aventura, resultábale ahora indiferente.

Pero, en medio de su dolor, no pudo menos que echarse a reír pensando en lo que todavía le esperaba al verdadero ingeniero Saizew.

OS condimentos se clasifican en tres grupos: los que despiertan el apetito por su aroma; los que excitan por su sabor picante la actividad de las funciones digestivas en la boca, el estómago y los intestinos y los que por ciertas propiedades antisépticas o vermífugas, obran sobre el organismo como calmantes. Estos últimos, sobre todo, tienen una importancia extrema.

Se distinguen además dos especies de condimentos: los indígenas y los exóticos.

La sal es un condimento universal, que se emplea tanto en los pueblos salvajes como en los civilizados. Es no sólo condimento, sino nutritiva de los líquidos de nuestro cuerpo, de los que forma parte.

Los principales condimentos indígenas son:

La cebolla, rica en azufre y mucílago, y sobre todo antiséptica y laxante.

El ajo, vermífugo en alto grado; perejil y apio, aperitivos y febrífugos de acción enérgica. No se debe usar la raíz del perejil ni el cogollo que pueden producir intoxicaciones.

La angélica, el anís y el comino son tónicos estomacales. El laurel sudorífico y antiséptico, pero el laurel cereza tiene un aceite esencial con sabor de almendra amarga, muy venenoso (ácido prúsico) y le da cualidades sedativas.

El jhyn es estimulante y antiséptico por excelencia; tiene todas las propiedades del ácido fénico.

La pimpinela es astringente y diurética; el estragón vermífugo; el gengibre y el azafrán estimulantes y la mostaza tónica, antiescrofulosa y aperitiva.

Todas estas yerbas que sirven de condimento, reciben el nombre de finas yerbas.

Los condimentos exóticos hay que tener cuidado para usarlos, porque suelen producir irritaciones.

La pimienta, originaria de las islas de Sonda, es blanca o negra, de sabor acre, picante y estimulante de las funciones del estómago. Los clavillos son estimulantes y antisépticos. La nuez moscada tiene propiedades calmantes. La canela tiene un sabor agradable y propiedades digestivas. El anís estrellado de la China es en todas sus condiciones semejante al nuestro; el gengibre, que viene de las Antillas, tiene un sabor muy aromático y facilita la digestión.

Bajo el nombre de especias se comprenden en la cocina la nuez moscada, canela, pimienta negra, clavillos y pimentón, que es el polvo del pimiento encarnado después de seco y molido. Lo hay dulce y picante; mezclado al azafrán, constituye el **kari** indiano; se considera exótico por la procedencia india. En cuanto a sus propiedades, son en alto grado estimulantes y antisépticas.

Los condimentos exóticos deben prohibírsele a los niños, los enfermos y los ancianos. Los de nuestro país, por el contrario, son favorables a todas las edades y temperamentos.

Con estas indicaciones y un buen libro de cocina, las señoras sabrán elegir y componer los platos más en armonía con las condiciones de las personas que hayan de comerlos, y fácilmente se advierte qué perjudicial es para la salud de la familia la ignorancia de las cosas que a esta materia se refieren, en la que desdichadamente están muchas dueñas de casa.

LA MUJER EN EL HOGAR

He aquí un cuadro de la digestibilidad de alimentos que debe tenerse muy en cuenta:

DIGESTIBILIDAD DE LOS ALIMENTOS

	Horas	Min.
El arroz se digiere en	1	—
La sopa de pasta	1	30
Tapioca	1	45
Trucha y salmón	1	20
Leche cocida y huevos crudos	2	—
Leche sin cocer, huevos fritos	1	15
Volatería cocida	2	30
Vaca cocida, ostras	2	45
Huevos blandos, vaca asada	3	—
Pan, vaca rotí, queso, huevos duros	3	20
Volatería asada, tocino	4	30
Ternera asada	4	—
Jamón	5	—
Manteca de vaca, vaca salada	5	30

Hay que observar que la digestibilidad de las legumbres es mucho más rápida que la de otros alimentos. Las bebidas pasan todavía más rápidamente.

Conviene a la dueña de casa conocer las condiciones de los alimentos de que hace provisión, para no ser engañada por los abastecedores y saber las condiciones que deben reunir.

Empezaremos a hacer un ligero análisis de los alimentos más comunes y de los de primera necesidad.

El pan.—Constituye la base de la alimentación en todos los pueblos de Europa y América.

Hay que examinar el pan desde el punto de vista de las substancias que entran en su composición, de su fabricación, de su conservación y de las falsificaciones de que pueda ser objeto.

Composición del pan.—Todos los cereales contienen dos elementos principales: un principio azoado o albuminoso, el **gluten**, y un principio feculento, el **almidón**, además de un cuerpo graso y del tejido celular.

El gluten es un cuerpo muy complejo, en el que se encuentra albúmina, caseína y leguminosa o principio inmediato de esta clase de plantas. Es una especie de carne vegetal por sus cualidades nutritivas.

El almidón contiene el principio amiláceo de la harina, y forma un polvo blanco, que a veces azulea por la acción del yodo. Tiene la propiedad de transformarse en azúcar por una serie de reacciones químicas.

Se ha creído durante mucho tiempo que el pan debía su color a la mayor o menor cantidad de gluten, y que por consiguiente, el pan moreno era más nutritivo que el blanco, pero se ha demostrado que esto no es así.

El pan de trigo contiene, de 100 partes, 19 de gluten y 55 de almidón, y el pan de centeno 13 de gluten y 65 de almidón.

Fabricación del pan.—El pan de buena calidad debe tener la corteza dorada y la miga esponjosa y bien cocida.

Para hacer el pan es preciso levadura o fermento, que vulgarmente llamamos **reciente.** Se emplea para esto la levadura de cerveza, pero es mejor guardar una porción de masa, que fermenta y sirve para **reciente.** Esta masa se deslíe bien para emplearla en seis u ocho litros de agua caliente y se mezcla al agua en que se va a amasar, cuidando de que no le queden partes duras. Se le añade la harina, se trabaja bien y se le deja en sitio caliente, poniéndole por cima un paño de lana, con lo que al cabo de dos horas ya ha fermentado. Durante ese corto espacio de tiempo, tres transformaciones sucesivas se han operado bajo la acción combinada de la levadura y el calor; el almidón ha pasado a dextrina, ésta a glucosa y la glucosa ha dado alcohol y ácido carbónico, que hincha la pasta y produce los ojos del pan. Es preciso velar para detener la fermentación en el momento preciso, a fin de que no pase a la acidez. Entonces se hacen los panes y se les cuece en el horno. Se hacen también en algunos países panes sin levadura. La fabricación de bizcochos, pastas y galletas es muy semejante.

Falsificaciones del pan.—El pan puede ser falsificado por **exceso de agua en la panificación,** que lo hace indigesto y fácil de enmohecer. Por la intervención del sulfato de cobre que se le mezcla a fin de obtenerlo perfectamente blanco con harinas de clase inferior. Introduciendo en la harina de trigo otras más económicas, como la de maíz, habas, lentejas y hasta serrín, y lo que es peor, con centeno atacado de cornezuelo, que puede ser origen de graves accidentes.

La primera falsificación es fácil de conocer, pero las otras necesitan el empleo del microscopio y de reacciones químicas.

Pastas.—Para las compras de las pastas hay que tener presente que las mejores son las de Italia. Para ser de buena calidad han de cocerse sin perder la forma y conservando el caldo todo su sabor.

Otros cereales.—El arroz, bajo todas sus formas, es alimento excelente, rico en principios nutritivos y muy fácil de conocer por su blancura y forma de sus granos.

La cebada perlada con leche resulta de un gusto agradable.

La harina de avena en gachas es un alimento digerible para los estómagos delicados y muy nutritiva.

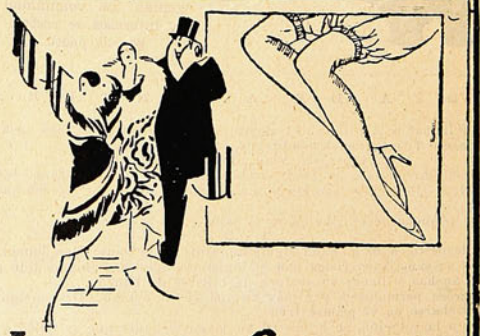
El maíz tiene, además, propiedades refrescantes. Es preciso saber escogerlo bien seco, pues si no se corre el peligro de erupciones producidas por un hongo que cría el maíz mal seco o conservado en sitio húmedo.

El gluten granulado se vende para los enfermos y niñas débiles y da resultados excelentes.

Las féculas, tales como la tapioca, **sagon, arrow-root,** etc., habrá que tomarlas bien frescas, prefiriendo comprar en los grandes almacenes, mejor surtidos y cuya provisión se renueva con facilidad.

PARIS —
LUCILE —
HOLEPROOF —

París es el centro de la moda. - Lucile es una de las famosas creadoras de la moda de París. Y exclusivamente para Holeproof, Lucile crea los más hermosos matices de colores.



Medias Holeproof

(Pronúnciase Jolpruf)

Lisas y con cuchilla calada.
Exíjalas con su marca en todas las tiendas.

Representante: O. H. Mitchell, Huérfanos 761, Santiago
Al por mayor: Emile Samuel, Huérfanos 736, Santiago

EL JARDIN DE LOS POETAS

SOBREMESA ALEGRE

Por Manuel Magallanes Moure.

La viejecita ríe como una muchachuela
contándonos la historia de sus días más bellos,
Dice la viejecita: "¡Oh que tiempos aquellos
cuando yo enamoraba a ocultas de la abuela!"

La viejecita ríe como una picaruela
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos,
¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos
sobre su tez rugosa de color de canela.

La viejecita olvida todo cuanto la agobia
y ríen las arrugas de su cara bendita
y corren por su cuerpo deliciosos temblores.

Y mi novia me mira y yo miro a mi novia
y reímos, reímos... mientras la viejecita
nos refiere la historia blanca de sus amores.

LA PARTIDA

Por Lord Byron.

¡Todo acabó! La vela temblorosa
se despliega a la brisa de la mar,
y yo dejo esta playa cariñosa
¡ay!... la sola mujer que puedo amar.

Si pudiera ser hoy lo que antes era
y mi frente abatida reclinar
en ese seno que por mí latiera
quizás no abandonara esta ribera
y a la sola mujer que puedo amar!

Yo no he visto hace tiempo aquellos ojos
que fueron mi contento y mi pesar;
Los amo a pesar de sus enojos,
pero abandono a Albión, tierra de abrojos
y a la sola mujer que puedo amar.

Y rompiendo las olas de los mares
a tierra extraña, patriá iré a buscar:
mas, no hallaré consuelo a mis pesares,
y pensaré desde extranjeros lares
y en la sola mujer que puedo amar.

Como una viuda tórtola doliente
mi corazón abandonado está,
porque en medio de turba indiferente
jamás encuentro la mirada ardiente
de la sola mujer que puedo amar.

Jamás el infeliz halla consuelo
ausente del amor y la amistad,
y yo proscrito en extranjero suelo,
remedio no hallará para mi duelo
leos de la muer que puedo amar.

Mujeres más hermosas he encontrado
mas no han hecho mi seno palpitar,
que el corazón ya estaba consagrado
a la fe de otro objeto idolatrado.
A la sola mujer que puedo amar.

Adiós, en fin. Oculto en mi retiro,
en el ausente nadie ha de pensar,
ni un solo recuerdo, ni un suspiro
me dará la mujer por quien deliro.
¡ay! la sola mujer que puedo amar!

Comparando el pasado y el presente.
el corazón se rompe de pesar,
pero yo sufro con serena frente,
y mi pecho palpita eternamente
por la sola mujer que puedo amar.

Su nombre es un secreto de mi vida.
que el mundo para siempre ignorará;
y la causa fatal de mi partida
la sabrá sólo la mujer querida
¡ay! la sola mujer que puedo amar.

¡Adiós!... Quisiera verla... mas, me acuer
[do
que todo para siempre va a acabar:
la patria y el amor, todo lo pierdo...
pero llevo el dulcísimo recuerdo
de la sola mujer que puedo amar!...

EL CRISTO de VELASQUEZ

Por José María y Galán.

¡Lo amaba! ¡Lo amaba!
¡No fué sólo milagro del genio!.
Lo intuyó cuando estaba dormido,
porque sólo en las sombras del sueño
se nos dan las sublimes visiones,
se nos dan los divinos conceptos,
la luz de lo grande,
la miel de lo bello...
¡Lo amaba! ¡Lo amaba!
¡Nacióle en el pecho!
No se puede soñar sin amores,
no se puede crear sin su fuego,
no se puede sentir sin sus dardos,
no se puede vibrar sin sus ecos,
volar sin sus alas,
vivir sin su aliento...
El sublime vidente dormía
del amor y del Arte los sueños
—los sueños divinos
que duermen los genios!
¡Los que ven llamaradas de gloria
por hermosos resquicios de cielo!...
Y el amor, el imán de las almas,
le acercó la visión del cordero,
la visión del dulcísimo mártir
clavado en el leño,
con su frente de Dios dolorida,
con sus labios de Dios amargados,
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados
con su boca de Dios sin aliento...
¡Muerto por los hombres,
por amarlos, muerto!...

Y el artista lo vió como era,
lo sintió Dios y mártir a un tiempo,
lo amó con entrañas
cargadas de fuego,
y en la santa visión empapado,
con divinos arrobos angélicos,
con magnéticos éxtasis líricos,
con sabrosos deliquios ascéticos,
con el ascua del fuego dramático,
con la fiebre de artísticos vértigos,
la memoria tornando a los hombres
ingratos y ciegos
débiles o locos,
ruines o perversos;
invocó a la divina Belleza,
donde beben bellezas los genios,
los justos, los santos,
los limpios, los buenos...
Y al conjuro bajaron los ángeles
y al artista inspirado asistieron,
su paleta cargaron de sombras
y luces de cielo,
alzaron el trípode,
tendieron el lienzo,
y arrancándose plumas de raso
de las alas, pinceles le hicieron.
Y el mago del arte,
el sublime elegido, entreabriendo
los extáticos ojos cargados
de penumbra de místico ensueño;
tomó los pinceles
sonámbulo, trémulo...
De rodillas cayeron los ángeles,
y en el aire solemnes cayeron
todas las tristezas,
todos los silencios...
Y el genio del Arte
se posó sobre el borde del lienzo!
Con fiebre en la frente,
con fuego en el pecho,
con miradas de Dios en los ojos
y en la mente arrebatos de genio,
el artista empapaba de sombras
y de luces de sombras el lienzo...
No eran tintes que copian inertes,
eran vivos dolientes tormentos,
eran sangre caliente de mártir,
eran huellas de crimen de réprobos,
eran voces justicia clamando,
y suspiros clemencia pidiendo...
¡era el Drama del mundo deicida,
y el grito del cielo!...
¡Y el sueño del hombre
quedó sobre el lienzo!...
¡Lo amaba! ¡Lo amaba!
¡El amor es un ala del genio!

EL VASO ROTO

Por Eduardo de la Barra.

Ese vaso en que mueren las verbenas
a un golpe de abanico se trizó;
debió el golpe sutil rozarlo apenas,
pues ni el más leve ruido se sintió.

Mas aquella ligera trizadura,
cundiendo día a día, fué fatal;
su marcha imperceptible fué segura
y lentamente circundó el cristal.

Por allí filtró el agua gota a gota
y las flores sin jugo mueren ya;
nadie el daño impalpable... nadie nota.
¡Por Dios! ¡no lo toquéis, que roto está!

Así suele la mano más querida
con leve toque el corazón trizar,
y el corazón se parte... y ya pérdida
ve la verbena de su amor pasar.

EL SOLDADITO de PLOMO

Por T. Kinglor.

Mi padre asador, mi madre cuchara.
Yo soy soldadito de liviana tropa.
Mi padre asador, mi madre cuchara
de sopa.

Tengo una peana de raíz de brezo
redonda; no tiene de talón asomo.
Tengo una peana de raíz de brezo
y un cuerpo de plomo.

Tengo la barriga pintada de azul,
y de hinchada, temo que estalle y me muera.
Tengo la barriga pintada de azul,
y de rojo la parte trasera.

No me muevo ni poco, ni mucho,
y en mi aparador hago centinela
No me muevo ni poco, ni mucho,
viendo a Doña Rata por donde se cuela.

Y si andando el tiempo llego a capitán,
tres galones de oro mis mangas tendrán,
y si andando el tiempo llega a capitán,
me uniré con una muñeca de palo.

La pondrán sus damas linda y blanca toda,
su traje de cola, del novio regalo;
y alegres tonadas de clarín oiréis,
como cuando celebran su boda
la reina y el rey.

FUGITIVA

Por Juana Ibarbourou.

Glotona por las moras tempraneras,
es noche cuando torno a la alquería,
cansada de ambular, durante el día,
por la selva, en procura de moreras.

Radiante, satisfecha y despeinada,
con un gajo de aromo en la cabeza,
parezco una morena satiresa
por la senda de acacias extraviada.

Mas me asalta el temor ardiente y vivo
que me sigue un fauno en la penumbra,
tan cerca, que mi oído ya columbra
el eco de su paso fugitivo.

Y huyó corriendo, palpitante y loca
de miedo, pues tan próximo parece,
que mi gajo de aromos se estremece
rozando por las barbas de su boca.

El "Don Juan" de nuestros días

NATACHA RAMBOVA CUENTA LA VIDA DE SU ESPOSO, RODOLFO VALENTINO

(CONTINUACION)

Esto se ha acabado ya. Las cosas más insólitas me parecen perfectamente naturales ahora.

Nunca he visto tanto amor. Todos parecen resplandecer con él. Caruso, a quien, como tú recordarás, he admirado siempre, viene a verme frecuentemente. No estoy seguro si es que él viene a verme o si soy yo quien voy a verle.

Cuando se lo pregunté se echó a reír y me contestó: "Bien, mio figlio", ¿qué más da? ¿No estamos juntos?

No se parece a como era antes. Se parece más bien a como sonaba su música, si es que puedes imaginarte lo que quiero decir. Ya ves, no parece que haya palabras exactas para expresar estas cosas de un modo inteligible. Pero lo hago lo mejor que puedo, y confío en tu propia perspicacia. Tú eras muy rápida de pensamiento. Espero que ahora lo serás también.

¡Así pues, esto es lo que la gente llama estar muerto! Natacha, no sabes lo que están diciendo. ¡Están tan agarrados a sus propios cuerpecillos, tan atados a sus propias ideas de suficiencia, miran tan hacia abajo. ¡Qué diferente es la verdad real!

Tengo ahora un maravilloso sentido de la libertad y ningún miedo. Siento como si pudiese realizarlo todo y sabiendo como realizarlo. Desde luego, la gente también lo cree en la Tierra: pero allí tienen siempre la sensación de que hay que vencer grandes obstáculos. Aquí no siento tales obstáculos. Unicamente necesito que me muestren el camino y comenzar a marchar por él. Por tanto, creo que podré llegar a hacer algún trabajo útil cuando sea hora. Si aprendí a ser un buen actor en la Tierra, ¿por qué no puedo ayudar a los otros después de que aprenda a hacerlo? Quiero que sea así. Ya no paseo arriba y abajo por Broadway.

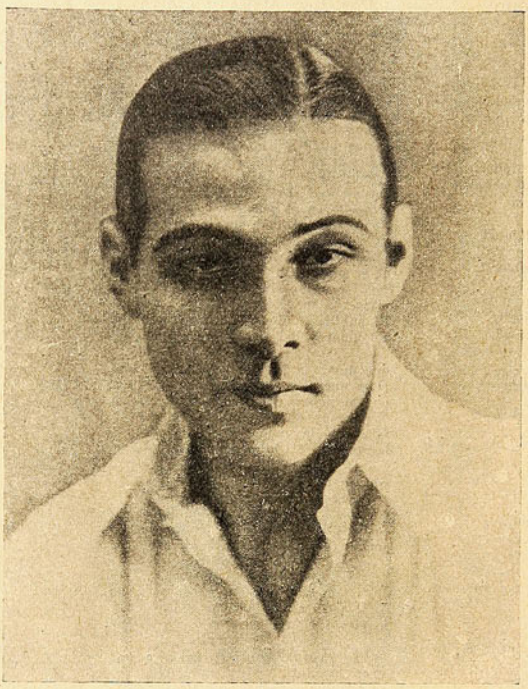
No sirve para nada. Nadie sabe que estoy allí, y resulta difícil para mí el sentirme feliz allí.

Algunas veces he ido a los teatros donde se exhiben mis creaciones. Pero ahora no me parecen tan reales como antes me lo parecían. Tampoco me siento tan nervioso cuando el público se siente emocionado por mi actuación o por la de los otros. Algo de lo que se relaciona con la Tierra está debilitándose.

El mundo me parece palidecer en lo referente a mi vida escénica.

Las gentes que no han estado nunca cerca de mí y que no me han amado realmente, me parecen ahora confusas e indistintas a mi conciencia. Y, sin embargo, amo aún a la Tierra y a sus gentes. Creo que mis lazos con la Tierra van siendo gradualmente contados.

No puedo sostener la fuerza por más tiempo. Buenas noches, Natacha querida. No me olvides. Trasmite mi cariño a Muzzie, al tío Dick y a la tía Tessie. Creo que todo va bien para la tía Tessie. Se parecía tanto a Gabriela, mi querida madre, y si ella me consoló tanto, ¿por qué no puedo darla yo el consuelo terrenal? ¿Quién tiene derecho a cambiar mi mente después de que he marchado del mundo? Hago con mis cariños terrestres lo que creo mejor y más bello. Alberto, María y la tía Tessie me fueron entonces los más queridos. Eran mi pequeña familia. ¿Por qué no voy a seguir compartiendo su cariño? Espero que Dios me dejará que mi camino sea el más bello. Buenas noches. Volveré pronto.—**Rudy**".



Rodolfo Valentino, el ídolo que fuera de las mujeres del mundo entero.

EL TERCER MENSAJE DE RUDY

"Cuando estaba tan enfermo, pero antes de que se creyese que iba a morir, vi repentinamente a Jenny (Rudy se refiere a un espíritu-guía-.

Me sorprendió tanto esto, que creo que la llamé por su nombre. Sólo la vi un instante.

Estaba ante mí en una nube de luz coloreada de rosa. Me miraba y me sonreía conforme lo hacía en sus días terrenales; cuando ella comprendió que yo necesitaba un consejo, y me echó los brazos al cuello.

Su sonrisa parecía querer decir: "No te inquietes"; pero no la vi pronunciar palabra alguna. Esta visión apenas duró un segundo. Pero entonces comprendí, Natacha, que tenía que morir. En lo profundo de mi ser comprendí que mis días terrenales se habían terminado. Esto me horrorizaba. No quería morir. Tenía la extraña sensación de que todo se hundía.

El mundo me parecía más brillante y amable que nunca. Pensaba en mi trabajo y lo amaba. Pensaba en mi casa, en mis cosas, en mis caprichos. Rápidamente, un pensamiento tras otro invadieron mi mente como en un torbellino. Los automóviles, los viajes, yates, trajes y dinero, todas las cosas materiales me parecían doblemente valiosas ahora.

El sentimiento de que todas esas cosas iban a desaparecer rápidamente, me acongojaba. Mi cuerpo me parecía mortalmente pesado, y, al mismo tiempo, algo dentro de mí me parecía muy ligero y como si yo mismo hubiese de volar.

El tiempo me pareció ser cosa muy importante. Algo desconocido se tejía ante mí. Una espantosa sensación de inmensidad me rodeaba sobresaltando mi alma.

Comencé a pensar en centenares de cosas que había querido hacer, cosas importantes o triviales.

Aún las cartas que había dejado sin contestar se me presentaron a través de mi imaginación. Pero la visión flotante de "Jenny", intensamente clara, me había privado en cierto modo de la capacidad de poder realizar todos estos deseos míos. Su extraña y bella sonrisa, sus brazos extendidos hacia mí, la luz supraterrenal que la rodeaba, me obsesionaban.

Durante todo este tiempo sentía un gran ruido a mi alrededor, como si estuviese dentro de un vehículo trepidante. No estoy seguro; pero creo que oí la voz de mister Ullman. (Mr. Ullman era el administrador de Rudy).

EL TRANSITO

El pensamiento en la gente llenaba mi imaginación. ¡Rostros, rostros, rostros! Rostros de los que había visto pocos días antes, y rostros de gentes que había conocido muchos años atrás. Pensaba en mis alegres compañeros de trabajo, en gentes que confiaban en mi ayuda, en gentes de una u otra clase, que corrían tras de mí por diferentes motivos.

El rostro de María, el de Alberto, el de Ada, el de la tía Tessie, el de Schenck, el de Muzzie, el tuyo... Muchos, muchos. Recuerdos infantiles de mi madre y de mi padre. Infancia. Italia. La escuela. Mi primer viaje a América. Mis primeros papeles de cuidadanía. Esta afluencia de pensamientos ahogaba mi pena.

Los más ridículos acontecimientos de mi vida pasaban por mi memoria con la vitalidad del primer momento. Locuras, placeres, pesadumbres. Todo lo que hice me parecía surgir de alguna parte hacia la superficie. Esto me aturrullaba. Perdí el sentido.

Cuando volví en mí, me habían hecho la operación. Todo el mundo me sonreía como para darme ánimos. Tenía que estar muy quieto, aunque sentía como si tuviese que hablar mucho.

Pero durante todos estos días, aunque a ratos me sentía mejor, un peso de plomo gravitaba sobre mi corazón. Me imaginaba que si me podía levantar y hacer muchas cosas que había dejado pendientes, este peso me desaparecía. Naturalmente, no me dejaron levantar. Tu telegrama estaba a mi lado y esto me daba ánimos...

Tenía el presentimiento de que pronto iba a veros y de que de un momento a otro ibas a entrar en mi habitación. H. P. B. me ha dicho después que esto se debía a que iba yo a ir pronto hacia vosotros.

Comencé entonces a respirar con dificultad y comprendí que todo estaba próximo a su fin. Estaba terriblemente asustado. Era demasiado rápido para poder darme cuenta de ello. No creo que es que estuviese asustado de morir, sino que era lo desconocido que se levantaba ante mí lo que me aterrorizaba. Tú sabes cómo me inquietaron siempre las cosas desconocidas.

Te digo, Natacha, que comencé entonces a comprender que las cosas estaban transformándose. Sentía que mi cuerpo y mi inteligencia se desplazaban. Algo parecía como si se desprendiese de mí. A ratos sentía una impresión como si se me estuviese arrancando una parte de mí mismo.

Pensaba en lo que ocurriría después con mi cuerpo. Funerales, cremación, la fosa. Todo esto me llenaba de horror.

Entonces vino el sacerdote. Me pareció como una luz en la oscuridad. Me volví hacia él con todos mis temores, mi horror, mi incertidumbre. Mi infancia emergía de nuevo. Las naves de las viejas catedrales surgieron ante mis ojos.

¡Los últimos Sacramentos!

Después de que se terminó la sencilla ceremonia me sentí desprendido de la Tierra. Mi actitud mental había cambiado. La Iglesia, como una mano firme, me sostenía. Quería estar solo. El miedo me abandonó. Los rostros que me rodeaban se oscurecieron. Silencio. Oscuridad. Inconsciencia.

No sé cuánto tiempo duró esto. Como si despertase de un largo sueño, abrí mis ojos, sintiendo al mismo tiempo una impresión de ser rápidamente elevado. Entonces me inundó una luz maravillosa. Y en seguida, Pluma Negra, Jenny y Gabriela, mi madre.

¡Estaba muerto! ¡Estaba vivo!

Esto es, Natacha, lo que recuerdo de mi tránsito.—**Rudy**".

Como ya sabía yo algo de lo que era la Vida después de la muerte antes de ocurrir mi tránsito, no necesité tanto tiempo como otros para encontrarme a mí mismo. Esto es, para aclimatarme a las nuevas condiciones. Mis escrituras automáticas, que tanto te gustaban, Natacha, me enseñaron mucho.

Pero desde que vine a este otro mundo, la memoria de estas escrituras me sirvió para ponerme en contacto con la Vida tal como realmente es, y no con el falso aspecto con que ordinariamente aparece a la gente que sabe poco o nada de ella. Mis naturales poderes de observación me ayudaron a progresar con más rapidez que en el caso de otras personas.

He encontrado que las facultades de nuestro cuerpo son casi las mismas que en vida, pero elevadas a un grado considerable cuando nos vemos libertados de la materia. Soy, pues, siempre el mismo Rudy que conocisteis. Solamente que mis emociones son más agudas. Los espíritus me dicen que esto ocurre porque estoy aún en el cuerpo de mi deseo astral. Ellos me dijeron que este cuerpo, imbuído en el cuerpo terrenal, es el que siente todas las experiencias que realizamos.

El cuerpo humano propiamente dicho no siente, pues es sólo una envoltura material o capara-

zón del cuerpo astral, que es el que siente. Me alegro mucho de poder deciros esto para que cuando sintáis alguna pena sepáis que no es vuestro cuerpo el que sufre, sino vuestro cuerpo astral.

Por la noche he visto cómo vuestro cuerpo astral emerge del físico, y he podido acercarme mucho a vuestra conciencia y hablaros. A veces lo habéis podido notar al despertaros y pensar que habíais estado soñando. No era un sueño. Era la viviente realidad.

Cuando George cae en trance, su cuerpo astral sale fuera. En la vida física, cuando esto ocurre, el cuerpo astral está ligado al físico por una especie de cuerda brillante, que parece estar unida a la cabeza. No comprendo todavía por qué es esto así, pero así es como me parece haberlo visto.

Los espíritus me han dicho también que cuando se toma un anestesiante, el cuerpo astral emerge, y que por esto no se siente ninguna sensación en el cuerpo físico. Todo esto me interesa mucho. Las gentes que tienen la facultad de curar a otras poniéndoles las manos encima es que dejan fluir su corriente vital a través de la parte desvitalizada de los otros cuerpos.

He aprendido muchas de estas cosas en varias lecturas a las que he asistido. Natacha, te gustarían mucho la sconferencias aquí. La vida es cosa realmente sorprendente, y cada vez me gusta más.

He visto algunas casas preciosas por aquí. Algunas son pequeñas "villas", otras son grandes y magníficas. Estas parecen ser qué pertenecen a gentes que fueron muy humildes en la otra vida, o muy pobres. Pero fueron gentes que no negaron nunca asilo a quien por necesidad llamó a sus puertas. Compartieron su alimento con los que estaban hambrientos. Y en recompensa a su generosidad, han encontrado estas casas construídas para ellos con la sustancia de sus buenas acciones.

Esto me pareció muy conmovedor, y no pude retener las lágrimas cuando me enteré de cómo se había realizado.

También he visto hermosas casas, que pertenecen a gentes que fueron ricas en la Tierra. Pero éstas fueron gentes que nunca dejaron de ayudar a quienes lo necesitaban. Compartieron sus riquezas. Comprendieron para qué servían sus riquezas.

Me hubiera gustado convertirme en un espíritu guía. Pero amigos de mi profesión a los que he encontrado aquí me dicen que podré prestar mejor ayuda en el teatro.

Resulta que ese magnetismo que yo poseía cuando aparecía en la pantalla se debió a que ya había sido actor en anteriores existencias.

Mis amigos me han llevado a ver los teatros. Son enormes y muy hermosos. Están también construídos de sustancia mental, que proviene de los ideales de los verdaderos poetas. No puedes imaginarte qué maravillosos son en forma y color estos teatros.

Todos los grandes actores trabajan en ellos. Pero existe una gran diferencia entre trabajar aquí y en la Tierra. En el plano terrenal, un artista inteligente puede reflejar un papel que le dan los empresarios. Aquí no es así. No hay aquí sólo inteligencia. Todo es, además, sinceridad.

Ningún artista puede expresar una emoción que no sienta su alma en realidad. La imitación no existe. No hay interpretación. Todo es real. Todo es genuino. Todo es verdad.

Una actriz no puede representar un papel de noble calidad a menos de que ella no haya desarrollado esta noble calidad dentro de su alma La ficción no existe.

Un hombre no puede interpretar un papel de rey a menos que no posea un carácter o un alma majestuosos.

Los artistas no pueden representar papeles de malvados a menos que el mal que han de representar no haya sido dominado por esos artistas en anteriores existencias. Sólo se representa el mal para que sirva de ejemplo, para realzar el efecto del bien.

¡Oh Natacha! Comprendo cuánto te gustaría todo esto.

Sí. Comprendo que pertenezco al teatro, y seré feliz cuando me permitan comenzar a representar, aunque los papeles que me den al principio sean modestos.

Me han dicho que no existe la envidia entre los artistas como ocurre en el mundo terrenal. Aquí no puede existir. Todos saben que nadie puede representar más que lo que les está apropiado merced a su experiencia espiritual. Nadie puede intentar suplantar a otro aquí y jugar el papel de este otro, porque no hay dos emociones idénticas. La vida tiene demasiados aspectos para que se pueda hacer esto. Todos trabajan conjuntamente en armonía, y sólo se preocupan por el interés del drama y por el servicio que puede prestar a los espectadores.

La fuerza se va. No puedo seguir más. Tengo más que decir de esto y continuaré otro día.—Rudy".

"Me han llevado a ver algunas óperas maravillosas. Ya sabes cuánto me gusta la música.

Las óperas no se representan en teatros, como en el mundo terrenal, sino en inmensos templos maravillosos. La música es aquí sagrada y siempre se escucha con reverencia. No te alarme esto, Natacha. Cuando puedas oir la clase de música de que se trata, comprenderás. No tenéis música semejante en la Tierra.

No podría explicarte todo esto referente a la música si no fuese porque Caruso me lo ha explicado a mí. El fué el que me llevó a oir la ópera y el que me llevó también al templo. Caruso canta aquí muy a menudo, lo mismo que todos los cantantes que han pasado a este otro mundo.

Caruso dice que los grandes compositores que hay aquí saben que la Vida misma es Música, y han aprendido a pulsar la clave de muchas vibraciones. Por supuesto, no han aprendido aún a dominarlas todas, pero están estudiando continuamente para conseguirlo. Puesto que todo es vibración, puedes comprender qué clases de estudios serán.

"De este modo—dice Caruso—se créa la música real y verdadera. Música que refleja cada emoción que la mente humana es capaz de expresar, tanto como los innumerables sonidos del mundo de la Naturaleza y la música supraterrenal del movimiento de los planetas".

Tú sabes que hay narraciones y leyendas de marineros que oían extrañas músicas en medio de las tempestades y cuando las aguas estaban misteriosamente calmadas. Estas historias están fundadas todas en hechos psíquicos.

Ciertas curaciones también me habían sorprendido mucho. Florencia Kuiseñor, el aya que conocimos en nuestro mundo, me habló de ésto. Dice que muy frecuentemente los enfermos que están próximos a las puertas de la muerte oyen como en sueños hermosas músicas etéreas, preciosas voces, tras de lo cual sanan pronto a la vida terrenal. Y otras veces el alma presta a partir, oye esta música maravillosa de las esferas conforme sale del cuerpo y es recibida más allá del velo del mundo espiritual.

¡Oh, Natacha, querida mía! Este velo no está muy lejos ni es tan espeso como la gente terrenal cree.

Las óperas se representan de un modo análogo a los dramas; pero el despliegue de colorido es mayor. Tú, con tus concepciones terrestres, no puedes concebir la intrincada belleza y la hermosura de este juego de colores. La música parece ver ella misma en colores aún más brillantes y más penetrantes que los pensamientos-formas.

No hace mucho—creo que es así como debo decirlo, porque he perdido aquí el sentido del tiempo—oía Caruso en una ópera titulada "La jornada del Alma".

Natacha, no he oído nada semejante a esta ópera en toda mi actual experiencia. Mi alma entera lloraba de alegría. La voz de Caruso se elevaba como los sonidos de un gran órgano.

Después de esta ópera estaba tan excitado, que sentí la necesidad de traer tu cuerpo astral mientras dormías para que la oyese una vez.

"Buona notte", por ahora. Volveré pronto. Me siento feliz y dichoso de poder encontrarnos otra vez, y tú, "carissima", sabes por qué.—Rudy".

"He visto a Haroldo Lockwood. Me alegro mucho verle y observar cómo ha desarrollado su espiritualidad. Estoy seguro de que ha de ayudar me. Siempre fué un muchacho serio en el mundo. Naturalmente, está muy interesado en ayudar a la gente de la profesión a que se encuentren a sí mismos cuando llegan aquí.

Haroldo dice que todos los actores son muy infantiles por naturaleza y que su manera tan ingenua de considerar las cosas les hace muy susceptibles a las buenas o malas influencias. Su llegada al plano astral es un momento crítico para ellos, dice. Entregados frecuentemente a todos los placeres mundanales, y de corazón muy ligero, están expuestos a caer en las tentaciones y engaños del plano astral más inferior.

Admito de buena gana, Natacha, que yo mismo he encontrado la visita a ese plano astral particular como cosa muy fascinadora. En ella, las ilusiones materiales de la alegría están enormemente aumentadas, fuera de toda proporción

Este plano astral inferior es un paraíso chispeante, pero falso, si puedo decirlo así. Un sitio más brillante en sus luminares que el más luminoso faro de Broadway, un sitio más sombrío y miedoso que las más negras sentinas de Limebouse.

Los edificios aquí no son iguales a los que he descrito en el plano astral superior. Recordarás que, según te dije, éstos están construídos de fuerza mental. Bien en este plano astral inferior son de fuerza mental también, pero de muy inferior calidad. No hay nada inspirado en ellos. Parecen casi idénticos a los edificios del plano terrenal.

Hay sitios semejantes a los palacios de "jazz-band" y "cabarets" nocturnos. La gente a quien en la Tierra le gustaba frecuentar esos sitios, va a ellos también aquí. Es triste ver a tantas almas sujetas aún a la Tierra por tales ideas.

Haroldo Lockwood, Wally Reid y Oliva Thomas me llevaron consigo a visitar ese plano.

Aquí no hay limitaciones de ninguna clase. Cada cual hace exactamente lo que le da la gana. Algunos cantan hasta desgañitarse. Otros gritan desesperadamente.

Cuando la gente llega a lo que parece ser el colmo de su frenesí, se agrupan en grandes nubes de color oscuro rojizo, pardo y de un anaranjado oscuro, marchando hacia la Tierra para satisfacer, convertidos en seres humanos, sus desenfrenados deseos. Como no tienen cuerpos físicos propios, se ven forzados a meterse en cuerpos de otros seres que viven aún en la Tierra.

Así es como me doy cuenta ahora de las perversiones de toda índole, borrachos habituales, aficionados a las drogas hipnóticas y personas degeneradas, todas ellas débiles, mal dominadas.

Haroldo me dijo que querrían volver a ver vacío ese plano astral, pronto o tarde.

Hay en él millares de espíritus que están buscando el medio de ayudar a millares de amigos que están atados a la Tierra engañosamente.

Haroldo Lockwood era muy buen "medium" en la vida terrenal, y su conocimiento del más allá le ayudó inmensamente, según dice, para progresar rápidamente. El y yo hemos tenido mucha suerte en tener luminosos auxiliares, y no es menor felicidad el haber tenido un "medium" tan claro para expresarnos a través de él.

Haroldo dice que ha ido con frecuencia a la Tierra a través de los "mediums". Dice que Virginia Pearson es "medium" y que frecuentemente va a visitarla.

Creo que Pola Negri sería también "médium" si se lo propusiera. Tiene muy claras impresiones de la gente y de las cosas apenas las ve, pero apenas hace caso de ellas. Estoy seguro de que sintió mi presencia cuando fué a visitar mis restos, porque me dirigí a ella y la agarré por el brazo, diciéndole al oído que no estaba muerto y que me entristecía mucho verla tan apenada. Pero ella no podía oirme. Sí. Pola es psíquica. Por eso es tan temperamental, tan impresionable. Yo quisiera que ella lo comprendiese.

Mucha gente es psíquica en mayor o menor proporción. Casi todo el mundo.

Charlie Chaplin lo es también. El lo sabe, pero se sonreiría si yo se lo dijere. Es en exceso impresionable y trabaja en plena inspiración.

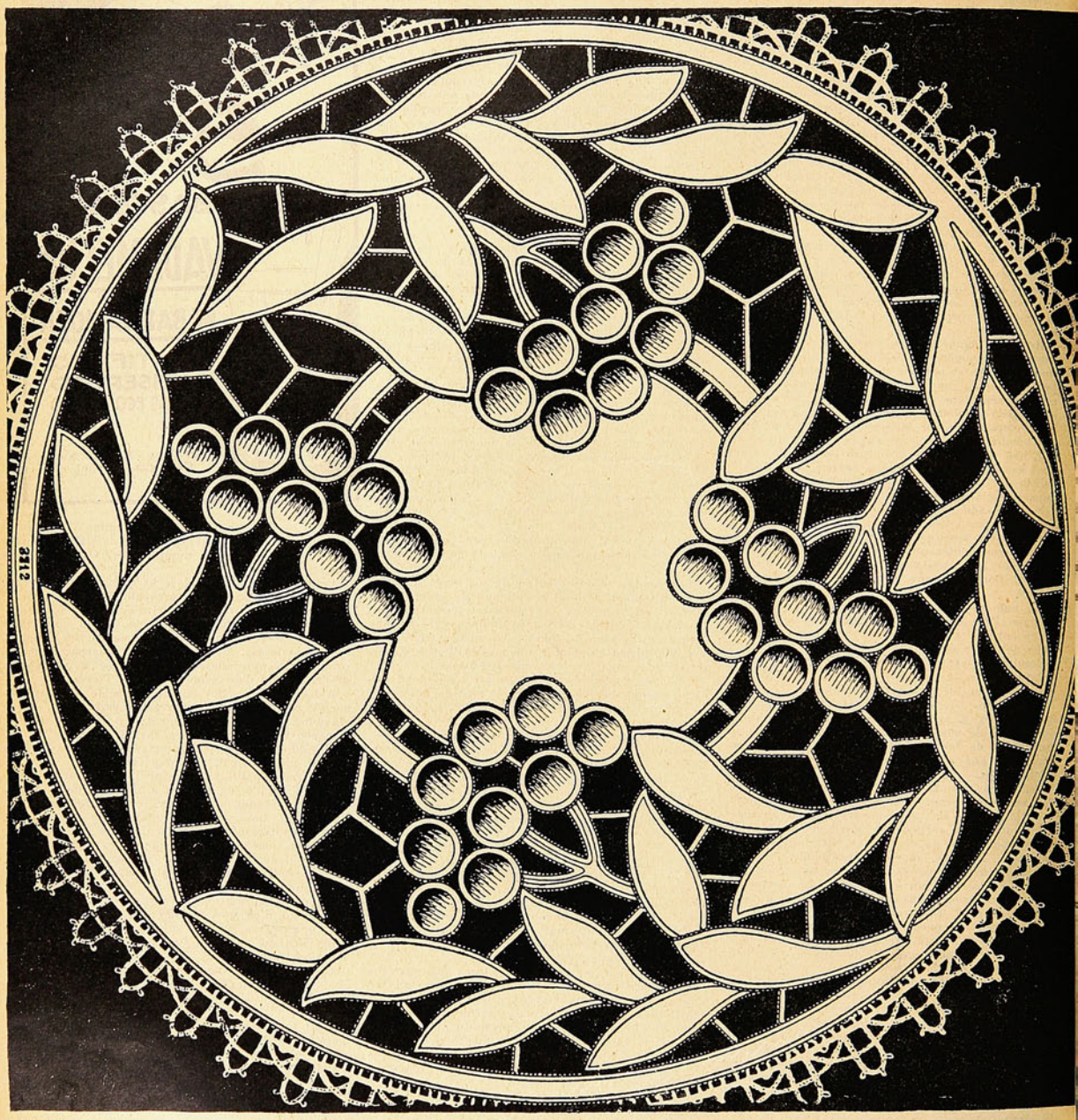
Doris Kenyon es otro caso de "mediumnidad" natural. No ve los espíritus, pero puede oírlos en virtud de su interno oído psíquico. Por eso puede recibir escritos espiritistas. No es que crea que carece de facultad para escribir por cuenta propia pero a veces ciertos espíritus la inspiran. Ena Wheeler Wilcox dice que va a visitarla algunas veces.

Pero hay una persona a la que conozco y que apenas puede llamarse psíquica: es Jimmy Quirk.

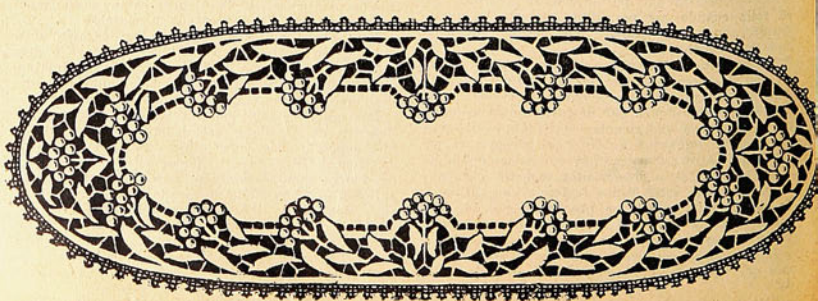
Mientras se exponía mi cuerpo en la capilla ardiente, en Nueva York, fuí a la oficina de Jimmy varias veces, donde le encontré, procurando convencerle de que estaba aún vivo. Le toqué, golpeé en su escritorio. Pero Jimmy no pareció oír.

(Concluirá en el número próximo)

EL BORDADO EN BLANCO

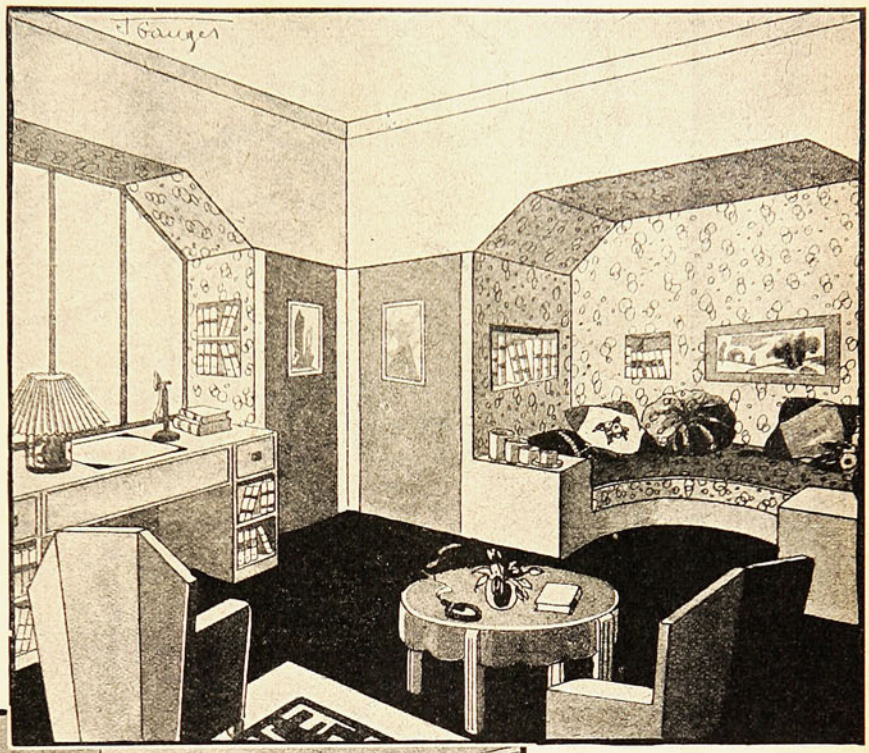


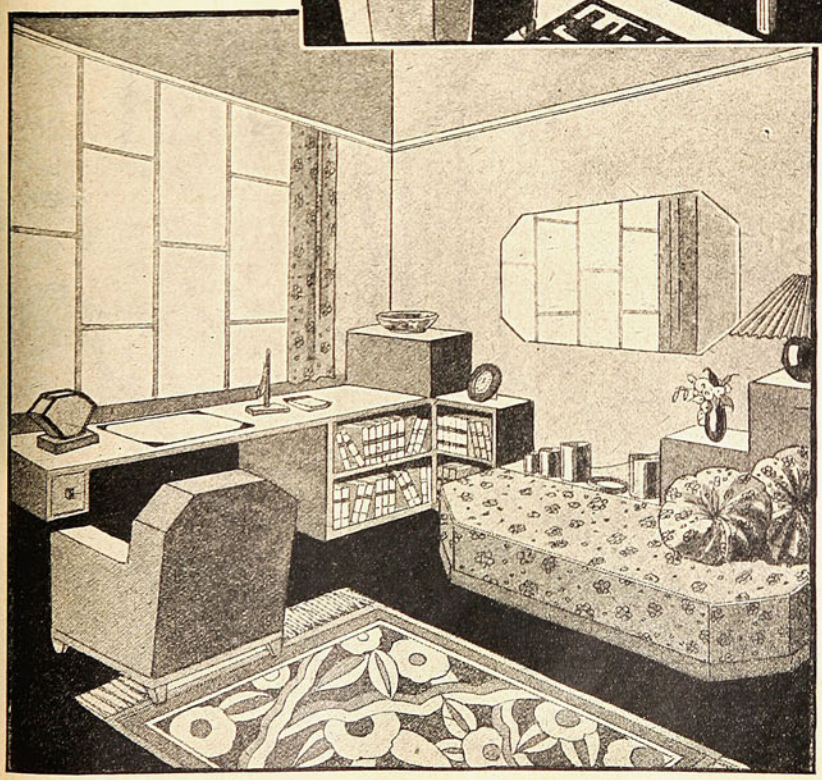
Modelos de camino de mesa y de paño para plato hechos en granité blanco con bordado de Richelieu y de plumetis y un pequeño encaje de bolillos alrededor.



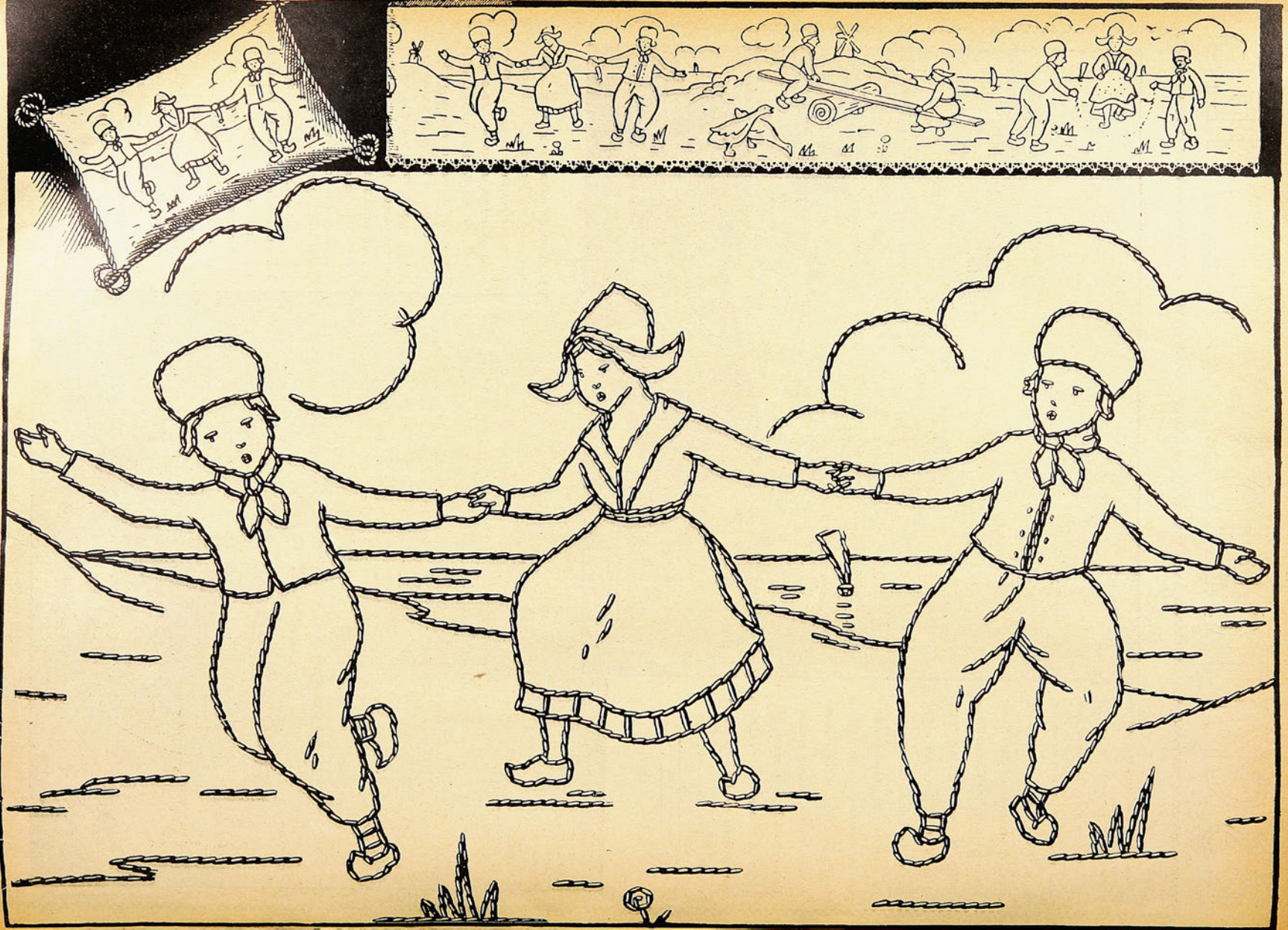
ESCRITORIOS-SALONES

Las paredes se cubrirán con un papel verde, llevando en lo alto un friso ocre claro. La ancha ventana y el hueco en que vá colocado el diván, están forrados con papel de cretona que hace juego con el tapíz de este último. El escritorio va encajado en la ventana, el suelo está cubierto por una alfombra de color verde oscuro unido, sobre la cual pequeñas alfombras de colores violentos dan una linda nota alegre. Sillones de cuero verde anchos, bajos y confortables, junto a la mesa enana, completan la armonía de esta pieza que puede hacer también las veces de salón.





El modelo de escritorio que presentamos posee una serie de líneas imprevistas que entran en el campo del modernismo. La mesa escritorio tiene al lado derecho, formando ángulo, estanterías para libros. Al lado derecho solo ostenta un cajoncito. Recibe la luz de una gran ventana, cuyas cortinas son de cretona de dibujos nuevos. El diván no está directamente apoyado en la pared, sino que se adosa a una cajonería escalonada que hace juego y armoniza con el rincón del escritorio en que quedan los libros. En esta especie de gradería están colocados los retratos, floreros, lámparas, los cacharros y el servicio para los fumadores. Forrados en la misma cretona de que están hechas las cortinas, unos cuantos cojines redondos dan mayor comodidad a este diván. Sillón de cuero café, alfombra de centro negra, blanca y amarilla. Paredes empapeladas de amarillo. Un grande espejo moderno de forma octogonal dá un lindo efecto sobre el diván.



ALMUERZO

—13—

POLLO FRIO CON JALEA
(Para seis u ocho personas)

Una entrada elegante y exquisita.

Ingredientes:

1 Pollo	$ 5.00
2 Cucharadas de harina	0.05
2 Cucharadas de mantequilla	0.40
2 Huevos	0.80
3 Hojas de colapis	0.30
	$ 6.55

Se cuece el pollo en caldo después de limpio con todos sus recortes. Una vez cocido se deja enfriar en el mismo caldo y se deshuesa. Se pone la carne del ave en los platos que se van a servir y se cubre con la siguiente salsa: se ponen dos cucharadas de azúcar granulada se hace una almícacerola, la harina que de cocerla quede tan amarilla que no se conozca que es harina. En seguida se le agregan dos cucharadas de caldo frío, del mismo donde se ha cocido el pollo y se revuelve bien. Se le da un hervor y se le agregan dos yemas y dos cucharadas grandes de leche (o crema líquida), tres hojas de colapis remojado en un poquito de agua y vino blanco al paladar, se pone nuevamente al fuego sin dejar de revolverlo. Con esta salsa se cubre el pollo.

—14—

TOMATES CON HUEVO
(Para cuatro personas)

Tan económico como bien presentado y exquisito.

Ingredientes:

4 Tomates	$ 0.40
4 Huevos	1.60
1 Taza de leche	0.15
	$ 2.15

Se eligen cuatro tomates bonitos y una vez limpios se les saca la comida de adentro sin perlarlos, se le pone a cada tomate un huevo entero, un poco de leche, sal y pimienta, al haber natas o crema se le puede poner un poco y quedan mucho mejor. Se ponen al horno hasta que el huevo esté bien cocido cuidando que no queden duros, se sirven bien calientes.

—15—

BUDIN DE DAMASCOS
(Para seis personas)

Este budín puede hacerse con claras sobrantes y resulta muy económico.

Ingredientes:

1 Docena de damascos	$ 2.00
4 Claras	1 60
3 Cucharadas de azúcar granulada	0.10
4 Cucharadas de azúcar flor.	0.20
	$ 3.90

Se baten las claras a punto de nieve y se les va agregando las cucharadas de azúcar flor; 6 damascos se pelan y se pasan por el cedazo, se le agregan a las claras, se pone en un molde untado con caramelo y se cuecen durante quince minutos al baño de María.

Se sirven con la siguiente salsa: con tres cucharadas de azúcar granulada se hace un almíbar clara y una vez fría se le agregan seis damascos pelados y pasados por el cedazo.

RECETAS PRACTICAS DE COCINA

PARA LA HORA DEL TE

—16— GALLETAS DE ESPUMA

Estas galletas puestas en un tarro de lata pueden durar mucho tiempo.

Ingredientes:

4 Huevos	$ 1.60
½ Libra de harina	0.25
½ Libra de azúcar flor	0.50
1 Limón	0.10
	$ 2.45

Se baten las claras como para merengue y en seguida se le agregan las yemas y el azúcar y se sigue batiendo otro poco, se le agrega la raspadura del limón y la harina, se bate mucho todo junto y se pone en latas untadas con mantequilla, colocándolas bien separadas para que no se peguen. Se ponen al horno bien caliente.

—17— SANDWICHS DE QUESO
(Para diez personas)

Estos sandwinchs pueden servirse sobre pan o galletas.

Ingredientes:

2 Tazas de leche	$ 0.30
2 Huevos	0.80
1 Cucharada de postre de maicena	0.05
Pan de molde	0.80
Queso colorado	0.80
	$ 2.75

En una taza de leche se pone a hervir un poco de mantequilla, en otra taza de leche se deshacen dos yemas, una cucharada de postre de maicena (ají cayena si se quiere) y se le agrega a la que está hirviendo; cuando haya hervido un momento se le agregan una taza de queso colorado rayado, se revuelve un instante en el fuego, se retira y una vez frío se coloca sobre el pan y se sirven destapados.

COMIDA

—18—

SOPA DE ALCACHOFAS
(Para seis personas)

Sopa muy fina y económica.

Ingredientes:

Hueso	$ 0.80
4 Alcachofas	0.80
1 Huevo	0.40
	$ 2.00

Una vez cocidas las alcachofas se muele la mitad y la otra mitad se parten en pedacitos. Se pone a hervir el hueso y con un poco del mismo caldo se hace una salsa con un poquito de harina, esto se agrega al caldo poniéndole en seguida las alcachofas y una yema de huevo al tiempo de servirla.

—19—

TALLARINES A LA ITALIANA
(Para diez personas)

Este es un plato delicioso y el secreto consiste en hacerlo reposado.

Ingredientes:

2 Huevos	$ 0.80
2 Tazas de harina	0.60
3 Cucharadas de aceite	0.30
2 Zanahorias	0.05
1 Tarro de salsa de tomates	0.40
Callampas	0.80
Queso Parmesano	1 00
Pollo de ganso	2.00
	$ 6.00

Con los dos huevos enteros y dos tazas de leche se hace una masa bien dura, se uslerea muy delgada, se moja en harina para que no se pegue, se envuelve en redondo como los panqueques y se corta muy delgadita, se despegan las tiras, se cuecen y en seguida se desaguan en el colador.

En una cacerola se pone el trozo de carne con tres cucharadas de aceite y una de manteca, una cabeza grande cebolla partida en cuatro, dos zanahorias peladas, las callampas, la salsa de tomates y una hoja de laurel, se tapa muy bien y se deja hervir a fuego muy lento y sin moverlo para que vaya haciendo la salsa muy concentrada. Cuando la carne esté bien cocida se retira del fuego y se cuela todo.

Se arma el guiso en una fuente poniendo una capa de tallarines y otra de salsa poniendo entre cada una queso rayado, después de la última capa se pone un instante al horno para que dore y se adorna con queso rayado.

—20—

TOSTADAS DE PAN CON ARVEJITAS TIERNAS
(Para seis personas)

Un guiso sencillo y agradable.

Ingredientes:

1 Cucharada de mantequilla	$ 0.20
1 Taza de leche	0.15
1 Huevo	0.40
Arvejas	0.20
Pan de molde	0.60
	$ 1.55

Se cuecen las arvejitas con sal, se les agrega un poco de leche, media cucharada de mantequilla, una yema y un poquito de harina de maíz para que espese. Al pan se le quita la cáscara y se fríe, enseguida se colocan las arvejitas sobre el pan y se adornan con la clara cocida y molida.

VELOS DE DOS COLORES

1. Camisa y calzón de velo de algodón blanco. De forma derecha, este juego está adornado por un sesgo de velo azul vivo incrustado graciosamente. La camisa tiene amplitud por unos grupos de pliegues que lleva a los costados.— 2. Camisa y calzón de velo de algodón color rosa. Una ancha banda de velo blanco, cortada en ondas, forma el canesú y sirve para sujetar los pliegues de la camisa. El calzón lleva unas aplicaciones laterales de velo blanco.— 3. Camisa y calzón de velo de hilo lila. El adorno está hecho con velo amarillo limón, formando un conjunto sencillo, pero lleno de chic.— 4. Camisa y calzón de velo de hilo color coral. Canesú en forma en velo blanco, incrustado por un punto en zig zag, bordado al realce en un tono coral más oscuro. El mismo adorno se encuentra en el calzón.— 5. Camisa y calzón en velo de algodón verde jade. Van ribeteados por un color verde más acentuado, género que también se emplea para la incrustación redonda en que va bordado el monograma y que sujeta los pliegues en la camisa y en el calzón.

PIPPERMINT LAPLACE JL

EL REFRESCANTE DE VERANO

EN TORNO DE LA MODA

EL CREPUSCULO DE LAS DIOSAS

LOS infortunados mortales no son las únicas víctimas del Destino... Pueden sufrir los Dioses mismos los duros designios de la Fatalidad inexorable. La humanidad pacientemente se venga... Jupiter que en sus transformaciones zoológicas y botánicas dejó tantos amantes inconsolables, la irascible Juno, Apolo cruel, el sutil Mercurio, ven su culto abandonado, su memoria ultrajada.

La Venus misma, la Venus madre de las Gracias y del Amor, aparece a los ojos de sus súbditos en rebeldía, como la imagen de una matrona descabellada y como el símbolo de la exageración extremada de alguna "nueva rica" del Olimpo, enriquecida, por medio de Marte en el girar de los óbuses o bien en las fraguas de Vulcano.

Se le niega toda belleza, todo encanto y las admirables estatuas que le consagró la Antigüedad pasan a los ojos de nuestras elegantes por el triunfo de la adiposidad y de lo "vulgar"—condena ésta sin apelación.

¿Qué "parisienne" de hoy día quisiera evocar la Venus de Médicis, hacer revivir o imitar la Venus Magnífica, parecerse, rasgo por rasgo, a la Venus de Milo, aún con sus brazos recuperados?

Una sola Diosa ha encontrado gracia en medio de este destierro: Diana, Diana la de los pies ligeros, delicada, flexible, sportiva.

El ideal de la mujer moderna es esta esbelta figura de largas piernas y de torso fino...

Todo gravita alrededor de este ideal irreductible: modas, costumbres, hábitos, progreso.

Buscad sabiamente, doctamente, las características de la elegancia actual, el criterio sagrado de las modas del día. Una tela: el "crepe". Un estilo: los plisados... Todo da vueltas alrededor de estas sutilezas, de esta parquedad de líneas.

Faldas plisadas, trajes tejidos, fuera de eso no hay salvación.

Y ¿no es sorprendente que se pueda dividir el camino errante de la Humanidad, separar la marcha de los siglos por estos menudos detalles del vestuario?

¿La Edad Media, el Renacimiento, los Tiempos Modernos...?—Pésima clasificación... ¡La Edad de Bronce, la Era Glacial? —Abstracciones de un paleontólogo somnoliento. ¡El siglo del vapor, de la electricidad? —Nebulosas elucubraciones.

No hay para clasificar los tiempos como la orientación de una moda, como las características de un traje. El reino de Valois sintetiza la era del verdugado; el siglo dieciocho fué propiamente hablando, la edad del "panier" y nosotros vivimos—divinamente—el tiempo de los plisados.

Los plisados nos gobiernan. Los plisados nos dirigen y nos exaltan. ¡Cómo podremos justificar su imperio y explicarnos su virtud? —Es que el plisado corresponde a ese doble ideal actual: la sutileza y el movimiento.

Vivimos tiempos concisos e inteligentes, sin sobrecargas ni tasas de ninguna especie. Todo lo que pesa e incomoda se elimina automáticamente. La gordura — ese "caput mortum" de los Antiguos—es el enemigo ultrajante.

Ser delgado, todo es esto... El talento es árido—no delicado—la Pasión desalentada, el Genio liso y tardío. No se conseguirá jamás que un crítico de arte admita que una mujer pueda ser gorda y alimentar generosas ideas y pensamientos amplios.

¿Apariencias engañadoras o realidades tangibles? Uno de mis amigos, ironista fino, pero marido poco galante, dice de su mujer: "Janie, sobrenadó su delgadez. Es más descarnada de lo que supone".

Y esta no es la síntesis de la Diana moderna. Delgada pero densa, musculosa, activa. Y es así entonces como aparece la segunda faz de las costumbres modernas: el movimiento, el sport, la actividad.

Según la gran palabra de un no menos gran costurero, nuestras modas deben ser "cinéticas". Se terminó bien el tiempo de los tées lánguidos donde una docena de damas en círculo y con faldas drapeadas, conversaban sobre el precio del tilete y de la calefacción de las escaleras.

Figura delgada pero flexible, silueta fina pero músculos alertas. A menudo esta fragilidad se conmueve este torso fino se despliega, estas piernas nerviosas, rodeadas de seda clara, se desarrollan y se enriquecen de euritmia. Todo se detiene, se despierta y se reduce a esta sola palabra: plisados.

Este artificio maravilloso y de una técnica tan ingeniosa, ha resuelto la cuadratura del círculo, llegando a la unión de estos dos factores incompatibles: líneas derechas y curvas suaves, reposo, dilección, movimiento, sport.

El humilde artista que los creó, ¿se daría cuenta de la revolución que aportaba al mundo?

Creo que entre las cosas ocultas de los Dioses se prepara algún prodigio. Los monótonos pliegues sencillos ceden su lugar a los plisados quiméricos asociados en grupos opuestos, cruzados, siguiendo los juegos movibles de la luz y la sombra, plisados pareados, a cuadros, romboidales, plisados "ala de paloma".

Hemos conocido los plisados acordeón, sol, cristal... He aquí ahora, los pequeños plisados que respetan la línea realzando las menores gracias. Los plisados harán resaltar aún mejor, con la suavidad de sus pliegues, los frescos sombríos, los motivos floreados, los decorados futuristas, los frisos armoniosos y toda clase de telas dibujadas.

Amo esta sobriedad, esta discresión, esta sencilla elegancia, la desaparición de los pesados y costosos bordados.

Y ¿no es sintomática esta moda que debe realzar sus méritos todavía en el próximo Invierno? ¿Qué son los deliciosos trajes de hoy día? —Algunos pequeños plisados juntos... geometría, lucidez...

El plisado: sagacidad, costumbre, moralidad, gracia... flexibilidad, altivez... Diana os digo... Diana, ¿no llevaba ella—en tiempos lejanos—una túnica plisada? Si no lo creéis id a verla en el Museo del Louvre...

GUIA PRACTICA

Puede mejorarse notablemente el aroma del café añadiéndole un poco de clavo al tostarlo. Para darle aroma de moka, java o cualquier otro café superior, se ponen en el tostador algunos gramos del café cuyo aroma se desee. Estos gramos serán suficientes para dar a todo el café un aroma especial.

Existe la costumbre de atribuir en gran número de casos las pequeñas indisposiciones de los niños a las lómbrices. Según un reputado doctor, siempre que un niño tenga fiebre deben abandonarse las socorridas hipótesis de la dentición y las lómbrices y recurrir al médico. Añade que los niños no pueden tener lómbrices antes de los seis meses, y que sean, aquéllas de la especie que sean, es rarísimo que causen fiebre.

Cuando se observa que la polilla ha comenzado a roer una alfombra colocada o que no se quiere tocar, se pone encima de la parte atacada un trozo de paño mojado, pasando luego una plancha caliente. El vapor de agua mata al molesto insecto.

Uno de los más sencillos y eficaces procedimientos para limpiar guantes de cabritilla consiste en humedecer ligeramente un pedazo de franela, pasándolo en seguida sobre jabón en polvo y frotando con ello los guantes, colocados en las manos o tendidos sobre unas varillas. Se puede emplear también de igual manera una mezcla líquida de leche y carbonato de sosa.

Por muy sucias que estén las botellas quedarán perfectamente limpias si se mete dentro de ellas agua y pedazos de papel, agitándolo todo después.

En los últimos seis años los ladrones han robado del servicio postal de los Estados Unidos cincuenta millones de dólares aproximadamente.

El vinagre se conserva mucho tiempo claro y puro si al adquirirlo se pone a hervir durante unos minutos.

Para curar las pecas es bueno lavarse todas las noches con una esponja empapada en el siguiente líquido, filtrado a los dos días de exposición al sol, alcohol de 85°, ocho gramos; vinagre rectificado, 67 ídem; limón en pedazos 12.5: esencia de lavanda, 2,5; esencia de rosas, 0,1, y esencia de sidra, 0,6.

EL HOMBRE DEL "HISPANO"

(CONCLUSION)

Por PIERRE FRONDAIE

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN LOS NUMEROS ANTERIORES

DELEONE y Dewalter llegan a Biarritz en un magnífico Hispano; Deleone tenía su mujer en Biarritz y una querida en Burdeos. El Hispano lo había comprado Deleone para regalárselo a su querida, y como quería que su mujer ignorase tan significativa manifestación, resuelve pedirle a su amigo Dewalter que, arruinado, había pensado dirigirse al Africa para rehacer su fortuna, que le haga el inmenso favor de parecer en Biarritz como dueño del magnífico automóvil. En el Casino de Biarritz, Estefanía, bellísima esposa del excéntrico millonario inglés William Meredith Oswill, vé a Dewalter, quien le es presentado. Sabe que es dueño de un coche magnífico y lo cree tan rico como ella misma. No amaba a su marido, con quien la habían casado cuando ella no era capaz de reflexionar. Sin embargo, nunca ha tenido un amante. Teme enamorarse. Lo teme especialmente por su inmensa fortuna, que constituye para cualquiera una presa envidiable. Dewalter, con su coche magnífico y su bella estampa, la seduce de golpe y sin restricciones porque no le inspira desconfianza. Su fortuna le pone al abrigo de toda sospecha de interés. Dewalter había conocido a Oswill en el tren, antes de que su amigo le hiciese la extravagante recomendación de que quedase por dueño de un coche que no le pertenecía. Dewalter no sabía que Oswill era el marido de la linda mujer a quien acababa de ser presentado. En aquel viaje en tren, le cuenta él su situación y su pobreza y su proyecto de desterrarse al Africa. Cuando Oswill lo encuentra en Biarritz, dueño de un coche de multimillonario, lo interroga; Dewalter le cuenta la verdad, pero le hace prometer que no dirá a nadie una palabra.

Estefanía y Dewalter se enamoran el uno del otro, ella con sinceridad y confianza, y él con sinceridad y honda preocupación. Estefanía no confía su amor al marido, y éste, después de un diálogo de gran escepticismo, se marcha al Africa. Ha sabido que su mujer está enamorada de Dewalter, el pobre diablo que no tiene sino la apariencia de la fortuna en el Hispano, que no le pertenece, y esto le procura cierta felicidad maligna mezclada por un odio feroz. Nada dice por maldad y por cumplir su palabra de callar la confidencia hecha por el desconocido. Estefanía, muy enamorada, y por primera vez enamorada, se entrega a Dewalter. En seguida huye con él a su casa de campo a gozar del amor de "toda la vida", porque piensa conseguir el divorcio y casarse con Dewalter.

Con el fin de evitar obligaciones y costumbres que la sustraen a él, Estefanía abandona el pueblecito para irse a París con Dewalter, el que ha comunicado a su amigo que no se va al Africa. Ya en París, devuelve el auto y comienza una vida de ansiedades para el futuro económico, salpicada de inefables horas de felicidad.

Oswill, entretanto, trazaba planes sombríos desde la lejanía de su voluntario destierro.

En amorosos diálogos, Jorge vacila. Ya confiesa. Pero calla. Y llega el momento en que ella resuelve regresar a Biarritz a arreglar su situación con Oswill, a quien imagina allí.

Parte el tren. Se han despedido tiernamente. De pronto Dewalter se lanza sobre el convoy y de un salto está junto a Estefanía. Y siguen ambos hacia Biarritz, hilvanando un nuevo capítulo de su romance amoroso.

Se baja Dewalter, en una pequeña estación y regresa a París, desolado, y allí hace su dolorosa confidencia al viejo notario Montnormand, que le ofrece su ayuda paternal para que rehaga su vida en Africa.

Y cuando ya estaba decidido, el destino lo pone otra vez frente a su amor.

Estefanía ha vuelto a París, y también Lord Oswill, con el cual tiene una violenta entrevista, en la que ella lanza su desprecio y él sangrientas ironías que apenas contienen su despecho.

Hay después una entrevista entre Oswill y Dewalter, a raíz de haber manifestado el primero a Lady Oswill su propósito de divorciarse. Toda la perversidad de alma del lord queda allí de manifiesto. Quiere humillar, reventar a Dewalter que, ya en la miseria, la calla por conservar su amor.

Lady Oswill y Dewalter parten al campo. Regresan en seguida a la propiedad de Estefanía en Oloron. La "Gaceta de Biarritz" suelta, con un párrafo en que se anuncia su llegada, un benévolo comentario social en torno de ellos.

Lord Oswill encarga a un policía particular los antecedentes de Dewalter, para asegurar su venganza.

Entre tanto los últimos miles de francos de éste se van en un collar antiguo que le regaló a su amada, mientras ella paladea la felicidad de su amor y él prolonga la del suyo sólo a costas del secreto de su pobreza, que cada día le es más difícil guardar.

A la casa llega el viejo notario Montnormand, llamado por Dewalter, al cual se le hace a cada momento más angustiosa la situación.

Secretamente, Lord Oswill se introduce en la casa y logra hablar con el notario, para pedirle consiga el alejamiento de Jorge, ya que él ha desistido de divorciarse. El viejo amigo de Dewalter comunica a éste lo manifestado por el lord, aún sus ofertas de dinero.

Termina el capítulo XXVII cuando se ha iniciado una conferencia entre Dewalter y Lord Oswill.

El fumador era una pieza exigua que había sido amueblada en tiempos de Carlos X con viejas butacas españolas. Los cueros eran hermosos y estaban lustrados por el tiempo. Y era al propio tiempo biblioteca. Varios frisos de encuadernaciones selectas corrían a lo largo de los zócalos y, en las paredes, pendían gruesos tapices con temas inspirados en hazañas caballerescas. Esto hacía pensar en algún rincón de estudio de un Escorial. Un olor de tabaco de Virginia producido por la pipa de Oswill desdecía en aquel ambiente, como una melodía inglesa en medio de un oratorio.

Al entrar, sólo, poco antes, Oswill había intentado dar la luz; pero en vano; un corta circuito había detenido la fuerza eléctrica y desde hacía largo tiempo sin duda, en la habitación inutilizada. Oswill había encendido las bugías de un candelabro y esperó. Por la ventana, estaba viendo los reflejos lejanos del salón iluminado, el salón de baile, correr por el gran parque helado y sobre el estanque. Retozaba envuelto en la semi oscuridad temblorosa y confusa de la vieja iluminación. Estaba seguro de sí mismo; Montnormand había venido a anunciarle que Dewalter admitía la conversación. Había preparado el cheque. Pero se le hacía muy larga aquella cena. Y se prometió que, apenas su vencido rival recibiera el dinero, le daría también orden de largarse en seguida.

Cuando el adversario estuvo allí presente ya le pareció la cosa algo más difícil.

Veía a Jorge Dewalter por cuarta vez, y a decir verdad, no le conocía aún. Midiéronse ambos con la vista, en silencio, mientras se estiraban sus sombras inmóviles.

—Bueno, señor Oswill, dijo al fin Dewalter.

—Bueno, ¿qué?

—¿Se empeña usted en que yo me vaya?

—Me empeño, sí. La experiencia ha concluído.

—¿Cree usted?

—Estoy seguro de ello.

Seguían cruzando las miradas. Oswill tenía las manos en los bolsillos de su pelliza y Dewalter en las de su smoking. Ansioso y dando sus cortos pasos por el corredor Montnormand observaba desde lejos.

—¿Qué es lo que usted decide? preguntó Oswill.

Hubo una pausa, un largo segundo en suspenso. Dewalter respondió con lentitud.

—Voy a partir, señor Oswill.

Oswill sonrió; había ganado. Y sin cuidarse de simular su desprecio dijo:

—Perfectamente. ¿Doscientos o trescientos?

Dewalter, siempre sin pestañear sonrió:

—¡Oh!... ¡trescientos!

Oswill exclamó sarcástico:

—Lo había adivinado. He preparado el cheque.

Y lo extrajo del bolsillo de su pelliza.

Jorge seguía sonriendo:

—A fin de año no notará este pequeño dispendio, dijo.

Palidecía.

—Ni siquiera a fin de mes, replicó Oswill.

—¡Feliz mortal! ¡De modo que lo importante es que yo desaparezca?

—Sí; eso es lo importante.

No ocultaba su deseo el ver el puesto libre junto a lady Oswill. Midiéronse de nuevo y otra vez en silencio. Dewalter prorrumpió:

—¿Y que le dirá usted a su mujer?

—¡Nada le importa!, replicó el inglés con súbita violencia.

—¿Cómo que no me importa? dijo Dewalter. Y dió un paso. Concretó:

—Cuando yo le hice aquella confidencia, ignorando desde luego su nombre, usted me dió su silencio en garantía y su palabra de callarse.

—¿Y bien?

—Pues que conoce usted mi verdad pero no tiene derecho a decirla.

—¿Pero se está usted burlando de mí? preguntó Oswill, lívido de ira.

Dewalter hizo ademán de desdeñar aquella ira y dió un segundo paso hacia su adversario. Se hallaba materialmente sobre el rostro mismo de Oswill y abría frente a él sus grandes ojos febriles. Exclamó:

—Queda entendido ¿eh?... entendido... que una vez yo desaparezca, nunca, en ningún caso, repito que en ninguno, usted no dirá a nadie, a nadie en el mundo, lo que sabe de mí. Yo desaparezco y usted se calla. Tal es el pacto.

Una sacudida de rabia recorrió a Oswill de pies a cabeza. ¡Encima de que pagaba aun le pedían una promesa! Gritó encabritado:

—Y si digo que hablaré usted se quedará ¿no es eso? Es un verdadero chantage. Pues si me da la gana, hablaré.

Dewalter no había hecho el menor movimiento de brazos. Seguía con las manos metidas en los bolsillos del smoking. Ante la invectiva de Oswill respondió primero con una sonrisa cual hasta entonces no había tenido, una extraña sonrisa de combate. Su semblante era claro y terso. Y luego habló sin acelerarse:

—Señor Oswill, dijo... Tengo en el bolsillo, en mi mano, apuntando sobre usted un revólver. Antes que dé usted un paso, si no obtengo respuesta, le levanto la tapa de los sesos. Después de la detonación, sin dar tiempo a que nadie entre aquí, me mato.

—Me río de su revólver, replicó Oswill sin pestañear.

Pero a través de la ropa, veía ya las formas de la mano y del arma; y sabía que Dewalter no mentía.

Y Jorge dijo:

—Hace usted mal.

—No se trata ahora de eso, cortó el inglés.

Y procuró leer hasta el fondo aqdel corazón de hombre.

Por vez primera lo logró, comprendiendo que Dewalter le mataría antes que consentirle hablar. No tuvo miedo. Pero Oswill iba a lo suyo. Y lo suyo, en este caso, era su mujer, su mujer en su casa. Aceptó pues el pacto.

—Comprendo muy bien su propósito, dijo. Le doy mi palabra de honor; váyase, y no diré nada.

—¿Nada, nunca?

—Nada, nunca.

Dewalter respiró profundamente, libre de la necesidad del crimen y repentinamente cierto de que Oswill no mentía. Le volvió la espalda y dió dos pasos hacia la ventana. Veía el parque y el estanque.

Se volvió y dijo:

—Esta misma noche, me iré.

Oswill, impasible, le tendió el cheque. Jorge lo tomó, se puso a examinarlo.

—Está muy en regla... Para usted no supone nada.

—Para mí, emigrante, es la vida...

—Tiene ahí lo bastante con que levantar una fortuna profirió su vencedor con negligencia.

Y, sacando una pitillera de oro macizo, tomó un cigarrillo. Dewalter le miraba. Una desvinculación absoluta de todo, un desdén soberano resplandecíale en la cara.

—¿Quiere usted fuego?, dijo.

En una de las bujías del candelabro encendió el cheque, tendiéndole el papel llameante. No le daba la menor pena quemar una fortuna porque estaba agotado. Desde quince días antes había llegado a los límites de la fatiga nerviosa y sólo pensaba en descansar.

Oswill comenzó a muequear enfurecido. Avanzaba, fuera de sí:

—Está bien, exclamó. Me lo pensaba. Puesto que usted se niega, ya que no quiere marcharse por las buenas...

—Cállese, dijo Dewalter brutalmente.

Oswill, ante aquel tono repentino de mando, se detuvo. Dewalter se le acercó. Parecía como un condenado que ve los fusiles, pero que va a dar él mismo la señal de la descarga. Continuó:

—Míreme bien. Tengo su palabra; usted calla. Tiene la mía; yo parto. Esta noche, esta misma noche, antes de una hora... Yo parto.

Y concretó, inmóvil:

Desaparezco...

Oswill tuvo un sobresalto. Cruzábanse las miradas hasta el fondo del alma y el inglés vió la muerte en la de su rival.

Lentamente le dijo:

—Le creo.

—No se equivoca usted, respondió Dewalter sencillamente

Después de una pausa, añadió, como dándose el lujo de la sorna:

—¿No me pregunta donde voy?

—Me da lo mismo, dijo el marido. Lo importante es que no vuelva.

Agolpábansele las ideas con extraordinario torbelino. Su odio triunfaba; pero se veía humillado. Al propio tiempo y por vez primera en su vida, sentía admiración.

Se fué.

Ya en la puerta, se volvió y no dejó de manifestar cierta nobleza:

—Le saludo, señor Dewalter, dijo. Tiene usted mi palabra. No diré nada... Puede desaparecer en paz.

Salió, cruzando frente a Montnormand; pero sin verle. Segundos después, hallábase en el parque. Merodeaba en torno a la casa como un desharrapado, seguro de que su rival iba a perecer, un rival que le había vencido de antemano.

XXVIII.

Montnormand había visto como Dewalter prendía fuego al cheque. Precipitóse hacia él, avergonzado de haber puesto en duda su honradez. Le cogió las manos y se lo dijo. Dewalter dió unas palmadas afectuosas en el hombro de su amigo. Desde allí oían danzar a los invitados.

—¿Y qué vas a hacer ahora?, preguntó Montnormand.

—¿Le parece difícil, eh?, respondió Jorge.

Nunca había estado tan simpático. Pero en sus ojos notábase una especie de extravío, la embriaguez de una idea fija. Prosiguió:

—¿Hablar?, imposible. Con tanto como usted me conoce ha llegado a dudar. ¡Figúrese lo que serían los otros! ¡Imagínese la ironía de la opinión y qué insulto para Estefanía!... Admita también mi propia opinión y...

Se explicaba sin énfasis, con el tono firme y algo monótono de quienes repiten lo que saben muy a fondo. Había junto a ellos un gran butacón. Hizo sentar a Montnormand y él se sentó a su lado sobre uno de los brazos del mueble. Así, dominaba a su confidente. Lo tenía prisionero impidiendo que se levantara en un momento dado. Inclinábase y pronunciaba lentamente las palabras:

—Oigame, viejito... Es preciso tener ánimo... He encontrado el medio, el verdadero, el único medio de durar: voy a matarme.

—¡Pero estás loco?, exclamó Montnormand, palideciendo intensamente.

—Quiso ponerse en pie; pero Dewalter le mantenía en su sitio.

—¡Loco? replicó Jorge... no, sino el más cuerdo de los hombres. Oigame. Ante todo un detalle: he aquí un testamento en regla, en este pequeño sobre...

El anciano, abrumado de dolor, ya no hacía el menor movimiento. Sintió que Jorge le metía el papel en el bolsillo del chaquet. Y, vagamente, oía estas palabras.

—Sólo me queda en Poissy una casita, la casa donde nació mi madre. El producto de su venta saldará aquellos billetes que usted me prestó. Con lo que me quedaba de dichos billetes compré el otro día en Pau una bagatela para Estefanía. He vivido aquí veinte días, ¿comprende usted? Tendrá ese recuerdo mío.

—¡Desdichado!

Ahora, comprendía Montnormand con mayor claridad. Tuvo fuerzas para escapar de su asiento y escuchó muy bien las últimas palabras:

—¿Desdichado? No. He sido, durante dos meses, príncipe y amante.

Su amigo saltó hacia él;

—¿Y ella? exclamó.

Por vez primera, a Jorge le tembló la voz:

—¡Ella! dijo... ¡Ah! si yo pudiera evitarle una pena! Pero no puedo. En París me hubiera sido posible partir. Lo hice. Estefanía no había cambiado su vida para nada. Regresó. Con su vuelta, me ha matado. Hoy estamos ligados. Y si parto, huyo. Se encontrará sola, con esta idea: 'Me ha abandonado... no me amaba''. O bien se enteraría... ¡No, no quiero! Pero si en plena fiesta... un accidente...

Jorge seguía sentado y habiendo alzado ligeramente la cabeza miraba ante él. Sobre su semblante veíase surgir gradualmente y a medida que iba hablando, su maravilloso frenesí...

—Loco ... loco... repetía Montnormand con voz entrecortada.

Dewalter razonó:

—Nada de eso. Supongamos que parto, que huyo, que cometo esa cobardía: ¿qué sucede? Aquí, un gran señor, un amante en el colmo de la dicha, se derrumba en el corazón de una mujer. Muere. Y en cualquier rincón, no importa donde, sobrevive un pobre diablo, perdido, roto, un fantasma inútil, desesperado y que ya andie conoce... sí, por el contrario, asesino a ese pobre diablo en cualquier rincón...

Resumió:

—Ya sabe usted que hoy la vida de un hombre...

Pensaba Jorge en todos los que había visto caer en aras de una idea, en aquellos sacrificados que habían dado la vida por defender lo que no obtuvieron, en los románticos que mueren por una bandera, en los ambiciosos que corren al martirio por perdurar en la frágil historia de los hombres...

—Cállate, gritó Montnormand con entereza. Todo fin humano es el fin de un mundo.

Dewalter respondió:

—Eso es; nada más que eso; una estrella fugaz.

Púsose en pie y de repente concretó:

—En mí, somos dos; el que soy y el que he querido ser. Es preciso que uno de los dos desaparezca.

—Sé valeroso, volvió a gritar Montnormand, mata al otro.

—No, respondió Jorge. Es demasiado hermoso.

Su amigo retrocedió. Veíale tan hermoso, en efecto que lo consideró perdido. Exclamó juntando las manos:

—¡Y aun eres capaz de estar contento!

—Lo estoy, dijo Dewalter transfigurado. Lo estoy. Oswill se callará, no me cabe duda. Ya le tengo bien sujeto. Es feroz pero leal. Aunque se ahogue de rabia callará... Mi hermoso personaje vivirá tanto como Estefanía. Me llorará sin que tenga para mí la humillación de un dolor vergonzante. Nadie sabrá que he sido un impostor. Sólo ella hablará de mí, bastando para hacerme sobrevivir. Permaneceré en su corazón tal y como me he creado e inventado para ella... Duraré; ¡bien ve usted que no me mato!

Montnormand murmuró agotando sus recursos.

—¿Y el más allá... desdichado?

Dewalter respondió:

—Es el recuerdo o la amnesia. En ambos casos... Tras de ellos, escucharon una hermosa y clara voz:

—¿Y bien? ¿Han concluído ustedes con sus cuestiones de dinero?

Lady Oswill acababa de entrar.

El vicio sintió su breve mano apretada con fuerza en la de Jorge; al propio tiempo vió con gran estupor como se volvía impasible el semblante de aquel condenado. Sólo tuvo ya ante él a un cliente muy cortés que decía:

—Sí, sí, hemos concluído. Ya está liquidada esa cuenta.

Hizo un humilde esfuerzo para ocultar también su turbación aunque Estefanía ni siquiera le miraba. Montnormand insistió:

—Aún nos queda por tratar...

Nuevamente estuvo a punto de gritar bajo una mano de hierro. Pero Jorge sonreía y exclamaba dirigiéndose a su amante:

—No sabes cuán terco es:

Y luego, a él;

—Hasta mañana, querido.

Montnormand resniró. Aquel ''mañana'' va era un plazo. Abrigó una esperanza. Estefanía reía de verle importunar a su amigo.

—¡Tan complicada es la cosa? dijo.

—No, respondió Dewalter con absoluta sencillez. Cree que voy a hacer un mal negocio. Pero se engaña.

Hinchó el tono en son de broma.

—Vaya, viejo terco. Dígenos. Váyase a dormir. La noche trae consejo.

Le empujaba hacia la puerta bromeando:

—Siempre necesita usted que le estén diciendo refranes.

Le miró.

—Mañana seguiremos hablando.

—Eso confío, balbuceó el notario.

—Sí, dijo Dewalter gravemente.

Con una voluntad invisible de la mano le obligó a salir. Vió sus espaldas encorvadas en el gran corredor. Pero tenía la certeza de haberle tranquilizado momentáneamente. Pensó: ¿Me perdonará por haberle mentido otra vez?''

Volvióse hacia Estefanía. Había encendido ella un cigarrillo, desinteresándose ya de Montnormand. No obstante rió, extrañada, después de que se hubo marchado el anciano:

—Ni siquiera me ha dado las buenas noches.

—Está loco, dijo Jorge. Quiere que compre petróleo. ¿Qué te parece?

Ella le interrumpió.

—¡Ah, no se una palabra de esas cosas! Mejor será que vengas conmigo. Mientras vosotros manejábais capitales... nosotros hemos bailado. Voy un momento a mi habitación para reponerme.

Decíalo ella por coquetería. El la siguió. En la habitación de Estefanía reinaba un desorden de placer. Los domésticos, ocupados en otra parte, no habían vuelto por allí desde que Estefanía y Dewalter, entre el paseo y la cena, habíanse vestido uno después del otro. Nada estaba ordenado, ni los vestidos esparcidos, ni los objetos familiares, ni los cojines de la cama. Mientras pasábase ella la borla de los polvos por la cara Jorge se aproximó a la ventana aplicando la frente al frío cristal.

—¿Qué haces? gritó Estefanía.

Jorge, al volverse, la vió cuatro veces ante el triple espejo, en cuyo fondo parecía nadar su esplendor.

Y dijo:

—Estaba mirando el invierno. Tengo un poco de migraña. Voy a fumarme un cigarro y a dar unos pasos por ahí afuera...

Ella respondió:

—Pero vuelve pronto. Han comenzado un poker; y si tú quieres...

Jorge preguntó si Pascualina se acostaría verdaderamente en el castillo. Ella lo confirmó. Pareció satisfecho. Habíalo querido insidiosamente, deseando que hubiera mucha gente alrededor de Estefanía.

Preguntóle después si le amaba.

Ella sonrió:

—Pero ¿a qué viene esa pregunta? ¿Por qué no he de quererte? ¿De quién dudas? ¿De mí o de tí?

—Ni de ti, ni de mí, respondió él.

Pareció extravasarse la irradiación de su alma. Se había vuelto maravillosamente bello. Contemplábale ella con orgullo.

—Todos los amigos me han felicitado, murmuró Estefanía acercándole la cabeza. ¡Si supieras qué contenta estoy!

—¿Qué te han dicho?, preguntó Jorge.

—Mil cosas muy halagadoras...

Hablaba ella con voz algo seria, despaciosa. Se había sentado. Y él se echó a sus pies, alzando hacia ellas sus ojos sombríos y apasionados.

Jorge dijo:

—Yo no tenía amigos esta noche. El único en aplaudirme era mi corazón.

—¿Tan fuertes eran sus latidos?, preguntó ella sonriendo.

—Latía como de costumbre, repuso Jorge. Y, sin embargo, me aplaudía...

Le había cogido las manos y ella se sentía fascinada como siempre al contacto de su fervor. Inclinóse como para mejor escucharle. Jorge dijo:

—¡Cuántas alegrías me han dado tus ojos! ¡Qué inmensa felicidad infinita he recibido de ti, Estefanía!... ¡Mi dulce, mi hermoso amor! Deja que te mire... Bésame.

—Queridísimo mío, murmuró ella sobre sus labios.

Sabía él que era uno de los besos postreros; pero ella, ignorante del próximo drama, lo prolongó tan sólo por placer. Al fin dijo, como quejosa:

—¿Por qué hemos invitado a toda esa gente? Tu eres quien lo ha querido. Nos están robando nuestra soledad.

Jorge volvió a ponerse en pie y la tomó suavemente por los brazos, murmurándole al oído:

—Necesitaba testigos de nuestra gran felicidad.

—Ambicioso, dijo ella sonriendo.

Descendieron. Estefanía apoyábase en él con pereza sensualidad, impaciente ya de que concluyera la recepción. Llegados ante el fumador Jorge se detuvo. Ella siguió estancia adentro. Allí habían sido dichas las palabras terribles que ignoraba.

—Vamos... Fúmate pronto el cigarro en el parque y no tardes en volver... Voy a dártelo yo misma.

—Eso es, respondió con voz apagada.

Rebuscaba ella en la caja plana de madera oscura que Nicolás había traído de Pau días antes; no se decidía a escoger y, con sus hermosos dedos tentaba los rollitos de hojas para encontrar uno sin defecto. Jorge la contemplaba con gravedad y el humo salió torpemente de los labios, mientras ella reía.

—¡Uf! Huele bien..., pero muy bien...

Y, ofreciéndole con ternura el cigarro, le echó al cuello los brazos, aquellos brazos que tanto había amado él.

—¿Sigue esa migraña?, preguntó Estefanía... ¿Te molesta mucho?

El dijo:

—Dentro de cinco minutos se me habrá pasado.

Y para disipar la inquietud de la amante sonrió con una gran sonrisa sana y franca, una sonrisa de héroe. Quedó muy contenta. Estremecíase bajo la mirada amorosa de Jorge, sintiéndose más enamorada que nunca. Estrechóla él con un fuerte abrazo; y, ahora, a lo largo de todo el cuerpo sentía ella el de Jorge y le devolvía un beso. Le mordió los labios sintiéndose casi asfixiada bajo el abrazo rotundo e inacabable. Al fin se desprendió:

Loco, mas que loco murmuró ella.

Saludóle con un ademán de felicidad y gritó:

—Anda... yo voy a ver cómo sigue el poker... y luego ¡a bailar! Vuelve en seguida.

—Sí, dijo él.

Estefanía salió.

Jorge no hizo el menor movimiento hacia ella; sentía el calor de su sangre y, a la vez, el agotamiento espantoso de sus nervios. Las bujías, ya muy bajas y próximas a su fin creaban un temblor de luz, ya tenebrosa, alrededor de Jorge. Cerró la puerta del corredor. Entonces observó que la recubría un gran espejo que le reflejó de pies a cabeza. Cogió un candelabro, aquel donde momentos antes había quemado el cheque y lo levantó para mejor examinarse. Tenía una desnuda palidez de actor caracterizado. Inclinó la cabeza y, al hacer su doble el mismo gesto, parecieron dos rivales saludándose antes del combate.

Volvió a colocar en su sitio el candelabro. A través de los espesos paredones de la vieja casona oíase el vago rumor de la música con que Estefanía obsequiaba a sus amigos. Le había puesto el cigarro en los labios. Saboreaba su aroma tal vez. Abrió una puerta-ventana que daba sobre el parque silencioso y Jorge contempló con desfallecido corazón el último paisaje de su vida...

XXIX.

En los veinte minutos transcurridos desde que se había separado de su amigo, Montnormand no había oído nada. Parecíale imposible que Jorge se ejecutase en el acto y torturábase pensando en los medios de desviar el destino, una vez transcurriera la noche. Pero el silencio de su habitación desconocida le dió miedo. Pensó de repente que había obrado mal separándose de Dewalter. Pensaba en su fúnebre contento.

Precipitóse fuera de sus habitaciones, atravesó el corredor y llegó al salón. Vió que el amante no estaba allí, y a Estefanía bailando con Baragnas. Se encaminó hacia la sala de la cena y encontró a la vieja Antonia, que, ayudada por Nicolás, recogía las preciosas cubiertas de plata. Sobre sus cortas piernas titubeantes Montnormand descendió los peldaños y acudió presuroso hacia la reja.

—¿Se encuentra muy fatigado el señor notario?, preguntó el guarda.

—No, no, dijo Montnormand... Busco al señor Dewalter.

—El señor Dewalter acaba de salir al parque, respondió Nicolás.

Montnormand estuvo a punto de caerse redondo al suelo; y ya casi no oyó al viejo criado que proseguía tranquilamente:

—Vengo del fumador. Le he visto alejarse...

Un grito de Antonia, que se había acercado a la ventana, les hizo volver la cabeza:

—En el estanque, balbució... en el estanque, alguien acaba de caer...

Nicolás dijo frunciendo el ceño:

—¡Algún cazador furtivo!... Algún malhechor que ha pasado sobre las tablas podridas del puente.

No saldrá a causa de los hierbajos. Le ocurrirá como al que cayó hace sesenta años... Se fastidió, ¡consecuencia de irse a cazar en tierras de ricos!...

Antonia se precipitó hacia fuera en pos de Nicolás. Montnormand intentó seguirles pero desfalleció, pues sus piernas se negaban a sostenerle. Quedó a solas en medio de las riquezas amontonadas por los Coulevai, agarrado con sus débiles manos al respaldo de un sillón, haciendo penosos esfuerzos para no desplomarse. Por fin, pudo llegarse hasta la puerta y allí encontró a Oswill tal como le había visto momentos antes, rígido e impecable. En su semblante leyó la muerte de Dewalter.

El anciano le gritó con voz ahogada:

—¿Se ha matado?

—Le he visto caer entre las hierbas.

Oswill dió un paso. Montnormand se irguió y dijo:

—¡Usted le ha empujado al suicidio!

Pero el inglés hizo siguos negativos con la cabeza.

—Yo no; él.

Dió otro paso decidido y articuló en voz baja recalcando las palabras:

—No le compadezca demasiado. Deja aquí un buen recuerdo.

Miráronse uno al otro. En torno a ellos la habitación inmensa, el museo hereditario, ya casi a oscuras; afuera, el silencio del parque.

—¿Destruirá usted ese recuerdo?, preguntó Montnormand.

Oswill pareció sufir un tormento feroz y repentino. A pesar de su victoria se sentía prisionero de un pacto.

—No, respondió. He hecho un trato con el señor Dewalter. El señor Dewalter lo ha cumplido... puede usted avisar... por ahí... que su amigo... su rico amigo... acaba de morir... de un accidente.

Mostró la dirección de la sala de donde venían fragmentos musicales. Escaló los peldaños, bajo el imperio de unos celos tremendos, persuadido de que Jorge Dewalter había vencido pues para guardarse a lady Oswill y no devolverla jamás a nadie se había fraguado, minutos antes, el verdadero camino del triunfo.

Garavan, enero 1924.
Arcachón, septiembre 1924.

EL YANQUI INFALIBLE

Era uno de esos yanquis voluntarios, enérgicos, orgullosos y ricos en millares de millones, que adquieren un castillo de igual modo que los simples contribuyentes compran una caja de cerillas y alquilan un tren especial de la misma manera que nosotros alquilamos un taximetro.

Se llama Tohm Hattphar.

Cierta noche comí con él en casa de un amigo común. Nos encontrábamos allí unos treinta invitados, y apenas habíamos terminado los postres pasamos todos al salón de fumar para tomar el café.

Divididos en pequeños grupos, conversábamos a media voz, cuando al cabo de un cuarto de hora, Thom Hattphar, acodado sobre el mármol de la chimenea, exclamó en un tono que tenía más de mando que de ruego:

—Un poco de silencio, señores; deseo contarles a ustedes algo interesante.

Las conversaciones cesaron.

—Mi relato—declaró—no será muy extenso; pero les ruego que no me interrupan, porque eso me molesta extraordinariamente.

Empeñamos nuestra palabra de honor de permanecer mudos.

—Si es tanta su afición, ¿como no ha solicitado usted ingresar en una compañía de películas?

—¡Tengo tan mala letra?

—¿Qué importa eso? Para el "cine" basta con que sepa "filmar".

—La historia verdaderamente graciosa que voy a referir ocurrió hace pocos años en la ciudad de Chicago. Todos cuantos desempeñaron papel en el asunto han fallecido, y especialmente James Paddoc, un viejo "jockey" hirsuto y tuerto, cuyos fracasos son legendarios. Este James Paddoc...

—¡Perdón!...—interrumpió alguien de los presentes.

Thom Hattphar, furioso, volvióse hacia el imprudente.

—No me interrumpa—dijo en tono imperioso. — Ya les he dicho que no puedo tolerarlo.

Pero el interruptor, otro americano que respondía al nombre de Jhon Johnston, insistió:

—Si me permito interrumpirle, querido Thom, es únicamente para rectificar un error en que ha incurrido.

—¡Yo no me equivoco jamás!

—Sin embargo, en este momento se ha equivocado al decir que Paddock ha muerto.

—Estoy bien enterado. Afirmo, y nadie podrá asegurar lo contrario, que el viejo "jockey" en cuestión ha fallecido definitivamente.

Entonces, Johnston, encogiéndose de hombros, añadió:

—Pues si ha muerto definitivamente, según usted dice, ¿cómo lo he encontrado en el bulevar al venir aquí?

Thom se mostró muy contrariado.

—¿Dice usted que le ha visto hoy mismo?

—Como lo veo a usted, querido Thom. No hace de esto ni tres horas.

El otro americano, lívido de rabia, no encontró nada que responder; pero dirigiéndose a todos nosotros declaró:

—Queridos amigos: lamento infinitamente este incidente... Pero después de lo que acaba de suceder no puedo proseguir con calma mi relato. Mañana pienso reanudarlo, si me hacen ustedes el honor de venir a mi casa, a las seis y media en punto... ¿Cuento también con usted, Johnston?

Y salió del salón visiblemente contrariado.

Muy intrigados, nos encontrabamos todos al día siguiente, y a la hora señalada en casa del orgulloso americano.

¿Qué sorpresa nos preparaba? ¿Qué venganza iba a tomar del imprudente que lo había humillado la víspera?

No nos hizo aguardar mucho tiempo. Cuando todos estuvimos instalados en el salón, en derredor de Thom Hattphar, éste se expresó en los siguiente términos:

La historia que voy a contarles a ustedes se desarrolló hace pocos años en la ciudad de Chicago. Todos los que desempeñaron en ella algún papel, como les decía ayer, han fallecido, y especialmente James Paddock, un viejo "jockey" tan hirsuto como tuerto...

—¡Eso es ya demasiado!—gritó sin poderse contener el americano Johnston.

—¡Repito una vez más que James Paddock vive todavía!

—¿Qué sabe usted?

—No afirmo más que lo que sé de una manera fehaciente. Habiendo visto ayer al "jockey", puedo asegurar que vive.

—Pues está usted equivocado, querido amigo. James Paddock está completamente muerto. Y me consta, porque esta mañana le he agujereado la piel con seis balas de mi revólver...

Luego, satisfecho de la razón que le asistía y del efecto producido, Thom acabó su relato... y se marchó a la Comisaría de Policía para constituírse preso.

JEAN BONOT

—Pues mi patrón ha subido mucho en eso de la profesión.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, antes era callista y ahora es dentista.

Impreso en los Talleres de la Emp. "Zig-Zag".

Liegé - Raisin
en tubes grandes
Grenat - Carmin - Orange.
PARFUMS
CHERAMY
PARIS
FRANCE

CINZANO
CINZANO
VERMOUTH
M. R.

N.º 10

$1.20

Para Todos

M. R.

Es propiedad

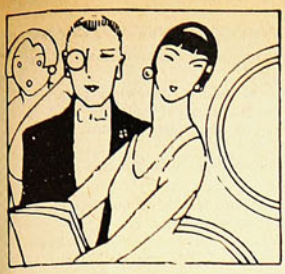
Una silueta Elegante

Se mantiene siempre con el consumo diario del porridge de

AVENA GAVILLA

Este agradable alimento tonifica sin hacer engordar; es el alimento ideal para las niñas modernas que se preocupan de la esbeltez de la silueta.

Porridgee Ud. diariamente y se mantendrá vigorosa sin perder la línea graciosa de las formas.



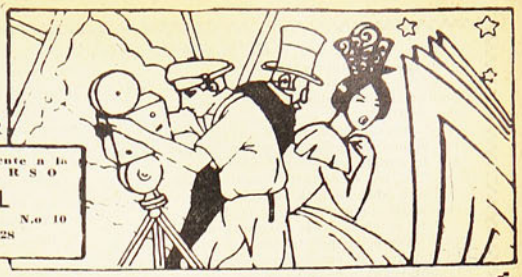
PARA TODOS MR

Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía UNIVERSO

REVISTA QUINCENAL

AÑO I — N.o 10

Santiago de Chile, 14 de febrero de 1928



MEDIA NOCHE EN LA AVENIDA BEAUCHAMP

POR K. GREEN

Medianoche, la hora tradicional y fatídica de los crímenes. En este relato no falta nada. Es medianoche, la nieve, el terror, el drama . . . un drama espantoso que nadie se espera.

(Traducciones especiales de "Para Todos")

ERA la última casa de la avenida que atravesaba Beauchamp. Durante el día tenía un hermoso aspecto, pero, a la caída de la noche, sus pequeñas ventanas le daban un aire desolado, a pesar de la luz roja del vestíbulo que brillaba a través de la enredadera virgen que encuadraba la puerta.

Ned Chivers, casado desde hacía seis meses, habitaba en ella con su joven esposa. Como era un muchacho muy preocupado por sus negocios y que amaba el placer, sucedía a menudo, que la bonita Letty Chivers permanecía sola hasta cerca de medianoche.

Esa noche del 24 de diciembre de 1911, ella creía, sin embargo, que su marido la acompañaría, pues no solamente era la víspera de Navidad, sino que también era la fecha en la que, en su calidad de gerente de una gran firma manufacturera, traía desde Nueva York el dinero necesario para el pago de los obreros, y nunca la dejaba sola cuando tenía una suma importante en la casa. Sin embargo, al primer golpe de vista que lanzó sobre él, cuando apareció en la Avenida, Letty se dió cuenta de que por alguna circunstancia imprevista, tendría que pasar sola la velada. Corrió apresuradamente a su encuentro.

—"¡Oh! Ned, exclamó, qué aire tan preocupado traes! Adivino que saldrás tan pronto como comas... ¡Pero es imposible que me abandones esta noche! Le he dado permiso a Tennie (el único doméstico del matrimonio) y no puedo quedarme sola en la casa con eso."

Y señaló la pequeña valija que llevaba su marido y que sabía que estaba llena de billetes de banco.

—"Lo siento mucho, respondió Ned; pero es necesario que esta misma noche vaya a caballo a Fairbank. Mr. Pierson me ha encargado que vaya a esa ciudad para cerrar un negocio. Perdería mi empleo si no ejecutara esta orden; por otra parte, excepto Hasbrouck y Soffern, nadie sabe que el dinero está aquí. Siempre he dejado creer que lo depositaba durante la noche en la caja fuerte de Hale."

—"Pero yo no podré soportar el pensamiento de que me encuentro aquí sola con una suma tan gruesa, insistió la mujer. Si lo hubiese sabido no le habría dado permiso a Tennie... Pasaré la velada en las "Melezes" o mejor todavía, le pediré a Mr. y Miss Talcokt que vengan a acompañarme".

Su marido no aprobó esta idea. Le aconsejó que no pensara más en el dinero, que él se encargaría de ocultarlo en un sitio seguro.

—"¡Oh, déjame ocultarlo, le suplicó. Me refiero al dinero y no a la valija, porque todo el mundo la conoce; nunca me atrevería a dejar en ella los billetes".

Y después de rogarle que abriera la valija, comenzó a vaciarla con un apuro febril que inquietó un poco a su marido. El la ayudó a arreglar los billetes en el sitio que Letty había escogido, después volvió a llenar la valija con facturas viejas, colocó algunos billetes encima para despistar, la cerró y se metió la llave en el bolsillo.

—"Ya está listo, querida! exclamó. Si algún ladrón penetra en la casa durante mi ausencia, puedes estar segura que se sentirá sorprendido al descubrir este objeto que yo voy a ocultar donde lo oculto siempre, en el pequeño armario encima de mi mesa de trabajo.

—"¿A qué horas regresarás? le preguntó su mujer, temblando a pesar de todos estos preparativos.

—"A la una de la mañana si puedo. Y de cualquier modo antes de las doce".

Durante la comida, conservó una actitud tan natural, que el semblante de su marido se serenó rápidamente y fué con un aire alegre como se levantó de la mesa para ir a cerrar la casa y alistarse para ejecutar su comisión, a través de la montaña, hasta Fairbank. Tennie se hallaba ausente y por lo tanto Letty tuvo que lavar la vajilla de la comida. Se sorprendió al darse cuenta de que tarareaba un aire popular mientras iba y venía del comedor a la cocina.

El la oyó y sonrió, al mismo tiempo que aseguraba los barrotes de la ventana del piso bajo y examinaba la cerradura de las tres puertas.

Después de ponerse el abrigo, vino a abrazarla a la cocina, y le recomendó de que echara el cerrojo de la puerta de entrada, tan pronto como él saliera.

—"Ten cuidado, le suplicó ella. Temo mucho este viaje, sobre todo en esta noche".

Corrió detrás de él hasta la puerta para mirar afuera.

—"La noche está, en verdad, muy oscura, respondió él; pero voy a escoger uno de los caballos más seguros de Brown; no te inquietes por mí; o tú no eres la valerosa mujercita por la que yo he tenido siempre".

Ella se echó a reír; pero su risa sonaba falsa.

—"Va a nevar, volvió a decir, sé prudente al atravesar la quebrada, Ned. Durante una tormenta de nieve es un sitio peligroso".

El hombre le afirmó que no nevaría antes del día, y abrazándola por última vez, se perdió en el sendero que conducía a la casa de Brown, el alquilador de caballos.

—"¡Oh!, ¿por qué me siento tan turbada?, murmuró Letty, mientras el ruido de los pasos de su marido se apagaban a lo lejos. No me creía tan tímida."

Cuando ella entró, los primeros copos de nieve, que según Ned, no debían aparecer antes de la mañana, comenzaron a caer.

Ocupó cierto tiempo en poner la cocina en orden, y dieron las nueve antes de que pudiera tomar un merecido reposo. Se había hallado tan ocupada que no había notado que el viento soplaba con fuerza y que la nieve caía en grandes copos. Pero cuando fué hasta la puerta de entrada para lanzar una mirada sobre la avenida, retrocedió espantada por la violencia de la tempestad y por la enorme masa de nieve que se había acumulado sobre las gradas.

Cerró la puerta con cerrojo, puso la barra y regresó al pequeño salón en el que ardía un buen fuego. Se sentó y comenzó a coser.

—"¡Oh, qué víspera de Navidad, pensó entre sí.

El piso bajo de la casa se componía del comedor, de la cocina y de la habitación donde acababa de instalarse. Esta última servía a la vez de salón y de gabinete de trabajo, de modo que su piano y el escritorio de su marido eran los muebles principales. Para ir desde esta pieza al comedor minúsculo había que atravesar un corredor que conducía a una puerta que daba directamente al aire libre. Aunque una lámpara ardía en este corredor, Letty se preguntaba por qué parecía tan sombrío, cuando un ligero ruido se hizo oír en la puerta que se hallaba al final. ¿Qué podía haber causado ese ruido?

Se quedó sentada, escuchando con todos sus oídos, pero no oyó nada más.

Después de algunos minutos de silencioso espanto, comenzaba a persuadirse de que había juguete de sus temores, cuando, repentinamente se sintió un golpe en la puerta de la cocina.

Aterrada, se dirigió a la puerta y poniendo la mano en la cerradura, preguntó quién era el que golpeaba. Pero no recibió ninguna respuesta. Más turbada por este extraño silencio que por el golpe que había oído, retrocedió y se refugió en el comedor. Entonces, bruscamente, con profundo terror de su parte, se sacudió violentamente la puerta del corredor, que ella creía cerrada con cerrojo, y se abrió repentinamente como impulsada por una fuerte ráfaga; un hombre cubierto de nieve apareció en el umbral.

El hombre se echó hacia atrás la capa que lo cubría y Letty se encontró cara a cara con un ser cuya apariencia y fisonomía las hicieron palidecer de espanto.

—"¡Uf, dijo el hombre con voz vulgar. Una ruda noche, señora. Perdonadme la libertad; pero no he podido esperar a que se me abriese: el viento me ha impulsado directamente al interior".

—"¿No estaba entonces cerrada la puerta?" preguntó con voz débil la mujer.

—"No mucho, murmuró el desconocido. Por esto yo supongo que deben ser muy hospitalarios aquí en esta casa".

Y sus ojos fueron desde la cara de Letty al fuego que ardía en el salón.

—"¿Es un asilo lo que usted busca?, preguntó ella disimulando en lo posible el temor que sentía.

—"Naturalmente señora... ¿Quiere que cierre la puerta? preguntó con una mezcla singular de agrado y de seguridad.

—"Yo iré a cerrarla", replicó ella casi decidida a huír de este siniestro desconocido, escapándose en medio de la noche.

Pero la vista de la tormenta de nieve la retuvo. Cerró la puerta sin echarle el cerrojo. El hombre, de cuyas ropas chorreaba el agua, la observaba con una sonrisa cínica; después, sin esperar una invitación, entró al comedor, lo atravesó y se dirigió hacia el fuego de la cocina.

—"¡Ah, ah! ¡Que se siente bien uno aquí! exclamó. ¿Sabe usted, señora, que voy a verme obligado a quedarme toda la noche en su casa? No puedo partir con esta tempestad".

Después agregó:

—"¿Está usted sola, señora?"

—La brusquedad con que hizo la pregunta y la mirada que le acompañó, produjeron un sobresalto en Letty.

—"No es nada, señora, todo está bien... Deme solamente un pedazo de carne fría y una taza de té o de cualquiera otra cosa, y nos entenderemos muy bien".

—"Espero a mi marido de un momento a otro", se apresuró a decirle Letty.

Y como le pareciese ver que la actitud del hombre cambiaba a estas palabras tomó repentinamente un aire satisfecho y se precipitó hacia la puerta de entrada de la casa.

—"¡Ya está aquí! ¡Creo que oigo sus pasos! exclamó.

Quería ganar tiempo y si le era posible, encontrar el medio para retirar el dinero del lugar donde lo había ocultado, a fin de trasladarlo a un escondite más seguro.

—"Si puedo ocultarlo en mi delantal, se decía, lo lanzaré fuera sobre la nieve que se ha acumulado cerca de la puerta. Estará más seguro que aquí".

Bruscamente se precipitó en el salón, aparentó descolgar un chal colocado sobre un biombo y disimuló en él los billetes que habían estado ocultos entre los libros de la biblioteca. Podía oír al hombre moverse en la cocina, pero él no la siguió. Aprovechándose de este momento, Letty, sacó la barra de la puerta y, inclinándose hacia afuera llamó alegremente a su marido.

Su astucia tuvo el éxito que deseaba y pudo arrojar los billetes en un sitio en el que los copos de nieve continuaban cayendo, los cubrirían completamente en poco tiempo. Después, sintiéndose con más valor, ahora que el dinero no se hallaba en la casa, entró lentamente, diciendo que se había engañado y lo que había oído era sólo el ruido del viento.

El hombre lanzó una sonora carcajada y se puso a vigilarla, siguiéndola paso a paso mientras ella se preparaba a servirle de comer. Con un gruñido de satisfacción, tomó una silla y se sentó ante el alimento que evidentemente le parecía de lo más sabroso.

Turbada por las miradas inquisidoras con que el desconocido comenzaba a examinar los muros y los armarios, Letty, se dirigió vivamente a la ventana que tenía vista sobre la casa más próxima, y levantando la cortina miró hacia afuera. No pudo ver más que un torbellino de copos de nieve. No podía ni ver a sus vecinos ni ser vista por ellos. Si gritaba, no oirían sus gritos.

—"Mi única esperanza está en Dios, murmuró al abandonar la ventana. Eran ahora las diez y media.

—"¿Ha terminado usted?", preguntó.

—"Sí, señora, contestó el hombre. ¿Quiere que le lave la vajilla?"

Llevó su plato y su taza al lavadero, y abrió la llave.

—"Si se le ocurriese solamente la idea de entrar a la oficina, pensó Letty, podría encerrarlo ahí con llave y tenerlo prisionero hasta el regreso de Ned".

Pero antes que sus esperanzas hubiesen podido realizarse, el hombre se dirigió hacia el salón.

—"¡Qué bonito es esto! exclamó. Me pregunto..."

Se detuvo repentinamente; su mirada acababa de caer sobre el pequeño armario que se hallaba en el escritorio de Ned.

El hombre se estremeció y la miró un momento con aire feroz. Pero, como ella no se alteró, se dirigió retrocediendo, y masculando algunas frases ininteligibles hacia el corredor.

Una ruda noche, señora. Perdonadme la libertad...

Era evidente que gozaba con el terror que causaba a la mujer. Una vez llegado al corredor, vaciló, y después fué lentamente hasta el abrigo que había dejado allí al entrar, se inclinó y recogió un grueso bastón. Entonces entró, como a pesar suyo, en la cocina.

—"¡Que Dios Todopoderoso me proteja! rogó Letty.

Pero, repentinamente, la puerta que se encontraba en la extremidad del corredor se abrió, dejando paso a un nuevo recien llegado, de aspecto tan amenazador que Letty olvidó todos sus temores precedentes, al quedar frente a frente de esta terrorífica aparición.

El que llegaba era un negro de estatura gigantesca. Se detuvo en el umbral de la puerta; su aspecto atrevido y feroz, su aire de resolución, contrastaban con las maneras insinuantes del hombre que lo había precedido en la casa.

—"¿Es dinero, es dinero lo que usted quiere?" preguntó Letty estremecida de espanto. "Aquí está mi maletín, mis anillos, mi reloj. ¡Tómelos y váyase!"

—"Guarde esas bagatelas, gruñó el miserable. Lo que yo quiero es el dinero de la compañía. Ud. lo tiene... dos mil dóllars. ¡Muéstreme dónde está!

—"Pero si aquí no hay una suma parecida! exclamó Letty. ¿Cree usted que Mr. Chibers me dejaría sola en esta casa con dos mil dóllars?"

El negro, jurando que ella mentía, se avalanzó al salón.

Pero pronto se dió cuenta de que sus investigaciones eran infructuosas.

Abandonando la biblioteca, rechazó los libros con el pie, cogió a Letty por el brazo y la sacudió violentamente, al mismo tiempo que una expresión homicida aparecía sobre sus extrañas facciones descompuestas.

—"¿Dónde está el dinero? aulló. Dímelo o si no..."

Levantó el puño. Letty se encogió creyendo que su fin había llegado; pero de improviso, un hombre se precipitó entre ellos y el negro cayó golpeado por el bastón que ella, durante tanto tiempo había esperado ver caer sobre su misma cabeza. El desconocido, que por tantas horas había despertado su terror, se había convertido en su protector en el momento del peligro. Letty se desvaneció...

Cuando recobró el conocimiento, el desconocido se hallaba todavía inclinado sobre su adversario.

—"Señora, dijo con aire humilde que ella no le había visto todavía, creo que este hombre está muerto." Y empujó con el pie el cuerpo de formas hercúleas que yacía extendido ante él.

—"¡Oh! no, exclamó Letty, sería demasiado horrible; se ha desvanecido; estará sólo aturdido..."

Pero el vagabundo insistió:

—"Creo que ha cesado de vivir, dijo. No he podido soportar ver a este negro aterrorizar a una dama como usted... ¿Quiere que lo arroje afuera?"

—"Asegurémonos primero que ya no respira."

Y, sabiendo apenas lo que hacía, Letty se inclinó y miró los ojos vidriosos del cadáver. Repentinamente, se puso lívida, y, retrocediendo principió a temblar en tal modo que el vagabundo creyó que había descubierto un resto de vida en esos ojos de mirada fija. La vió inclinarse, arrancar la camisa del negro y examinar su piel desnuda. ¡Esa piel era blanca!

—"¡Oh!, Dios mío, gimió".

Y elevando con sus dos manos la cabeza del muerto, examinó ávidamente las facciones inmóviles.

—"¡Agua, gritó, tráigame un poco de agua!"

Pero, antes de que el desconocido pudiese obedecer la orden, Letty arrancó la peluca rizada que cubría la cabeza del muerto. A la vista de los bucles rubios que se disimulaban en ella, Letty lanzó un grito horrible. ¡Acababa de reconocer a su marido!

Se comprobó más tarde, que Ned había minuciosamente preparado este robo desde hacía muchos meses, y que, sin la presencia del vagabundo en la casa, habría seguramente conseguido realizarlo y probar una cohartada tan clara que habría conservado la confianza de su mujer y también la de su patrón.

No se supo jamás si el vagabundo lo mató, por abnegación hacia la joven mujer sin defensa, o por despecho al haber fracasado en la realización de su propio designio.

K. GREEN

Ilustraciones de Dallón

FUERTE COMO LA MUERTE

Por

Pedro Matta

DE PIE, con las manos en los bolsillos, frente a la luna del escaparate, estuvo largo rato mirando, vacilante y perplejo, sin acabar de decidirse. Se decidió por fin.

—A ver, ese collar... ¿Me hace usted el favor?

Un dependiente le sacó del escaparate y le extendió en el mostrador sobre un retal de terciopelo azul. El le examinó detenida y minuciosamente.

—Sí, está bien... es bonito. Me gusto; ¿qué vale?

—Para usted 1,200 pesetas.

—¡Precio fijo?

El dueño de la tienda intervino.

—A un cliente como usted, don Joaquín, no se le pide en esta casa más que lo justo. Es usted bastante inteligente para que haya necesidad de hacer el artículo. De todos modos, usted se lo lleva, le manda tasar, y con arreglo a la tasación me da usted lo que guste.

—Es que, además, no las llevo encima.

—Usted se pasa por aquí cuando quiera. No hay prisa ninguna.

Salió muy contento, satisfechísimo de la compra. Llegó a la casa, y en la misma puerta preguntó a la doncella que le salió a abrir:

—¿Cómo está la señorita?

—Bien; muy tranquila toda la tarde. Hace poco se quedó dormida.

Entró de puntillas en la alcoba y dilatando las pupilas para orientarse bien en la penumbra llegó pausadamente hasta la cama y se inclinó sobre la enferma. Al roce imperceptible de la ropa, Paulina abrió los ojos.

—Creí que dormías.

—No.

—¿Cómo estás?

—Parece que mejor. No tengo fatiga. He podido descansar un ratito.

—Naturalmente, mujer, y te pondrás muy pronto buena. Roldán me dijo ayer que estás en franca mejoría. Lo que hace falta es que no seas aprensiva, que te animes. Es necesario que pongas de tu parte un poquito de buena voluntad.

—¡Voluntad! ¡Ay, si con la voluntad se pudiera vivir!

—Vamos, no seas tonta; no quiero verte así.—Dió luz al globo de cristal que colgaba sobre la cabecera y se sentó en el borde de la cama.—Te he comprado una cosa, una sorpresa, ¿sabes? ¿Qué me das si te gusta?

—Pobrecita de mí, ¡qué quieres que te dé!

—Un poco de alegría. Yo con verte reír tengo bastante.—Sacó el estuche del bolsillo y la entregó el collar. Ella, al verle, dió un grito de contento y lo cogió con sus manos febriles.—¡Ay, qué lindo! ¡Qué bonito!... ¡Qué cosa más preciosa! — Mas en seguida, con una brusca transición, cambió de tono:—Pero, ¿por qué haces esto? ¿Por qué te gastas el dinero en esto? ¡Yo para qué lo quiero, si no lo he de lucir!

—¿Que no? En cuantito que te pongas buena.

Y como ella moviese la cabeza con ademán de desaliento, agregó vivamente, temblorosa la voz de amor y de ternura: —Tontita, si no creyese que le ibas a lucir, ¿te lo compraría? Ven acá, te lo voy a poner. Verás qué lindo.—Y, en efecto, él mismo se lo puso, cerró el broche y fué a buscar un espejo para que se mirase.—¡Eh! ¿Qué tal?

—Muy lindo.

Paulina abrió los ojos... El dijo: —"Creí que dormías".

Acodada sobre las almohadas, el espejo en la mano, se estuvo contemplando mucho tiempo. Separó con los dedos algunos bucles desrizados que le caían sobre la frente y se mordisqueó los labios exangües y descoloridos.

—¡Qué pálida estoy!

—Es la luz, nena.

—Por Dios, no digas... Estoy horrible. Parezco una muerta.—Dió un gran suspiro, tiró el espejo y se dejó caer sobre la almohada.—Estoy muy mala, Joaquín. Vosotros no me queréis creer, no me hacéis caso y yo estoy muy mala.

El, conmovido, la miró en silencio. Luego, de pronto:

—Oye, es una tarde magnífica; no hace nada de frío. ¿Quieres que abra un momento el balcón?

—Sí, abre un poquito, para que se ventile. Huele mal, ¿verdad?

—No, nenita, no es eso. No huele más que a etilo, y ya sabes que a mí este olor no me disgusta. Me sabe a plátanos y a ilang-ilang. Era para fumar un cigarro.

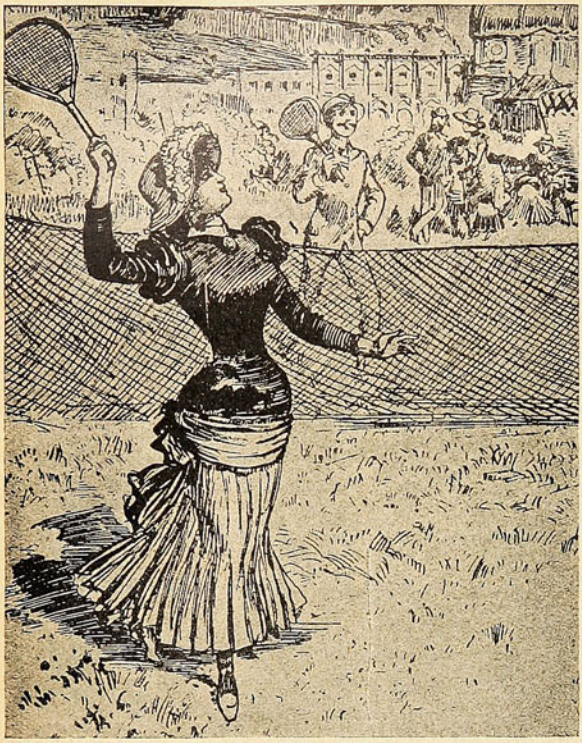
Para fumar un cigarro y para que ella no viese que las lágrimas le llenaban los ojos. Cruzó el gabinete, abrió el balcón y se acodó en la barandilla. Sobre la línea recta y dura de los tejados de la casa de enfrente, la tarde comenzaba a morir en un crepúsculo de color de malva de una diafanidad imponderable. A lo lejos, por el andén del bulevar, unas niñas venían cantando enlazadas del talle. Ennoblecida por la distancia, sonaba la canción melancólica y triste.

—¿Dónde vas, Alfonso doce,
dónde vas, triste de ti?
—Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi.

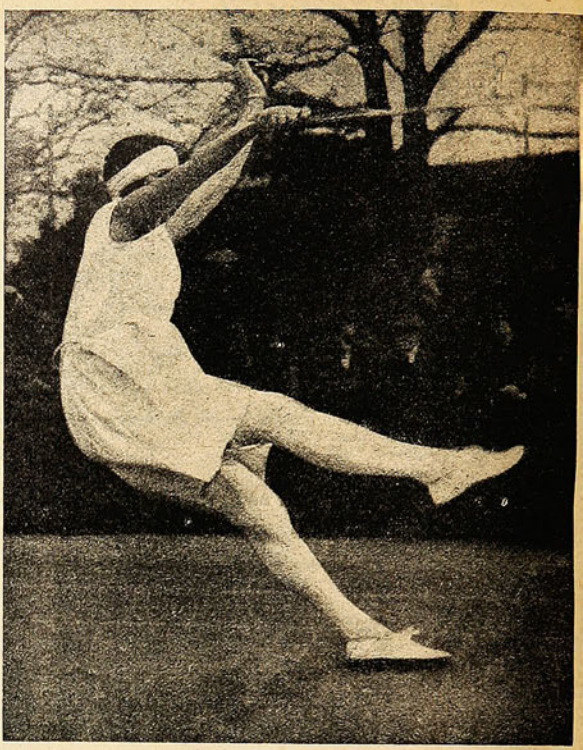
La canción infantil se metió como un puñal en su corazón dolorido. También él dentro de poco no vería más a su Paulina. ¡Qué horror!... ¡Qué pena! Morir en plena juventud, cuando con más ansia se ambiciona la vida... Morir a los treinta años, ¡tan bonita, tan buena, tan adorada, tan feliz!... Alzó los ojos, y turbios de llanto los clavó en la serenidad del crepúsculo —¡Señor, Señor, qué te hemos hecho para que nos trastes así! ¡Por qué no me eliges a mí y la salvas a ella! ¿Por qué te complaces en segar las vidas en flor?

Desde que se dió cuenta de la gravedad de su mujer, todos los días, en sus oraciones, elevaba a Dios la misma súplica. Mas Dios no la atendía. El, a pesar de sus cincuenta años de vida de luchador, ajetreada y dura, cada vez estaba más fuerte, más robusto, más lleno de salud; y, en cambio ella, la pobre nena, rodeada de lujos y de comodidades, mimada y consentida, tenía en el pecho un corazón que no servía para nada, un corazón inútil que se iría a romper cualquier momento como una figurita de biscuit. Los médicos se lo habían dicho leal y rudamente. Todo es inútil. No se puede hacer nada. No queda más que resignarse y esperar.

Y así llevaba esperando dos años, viéndola vivir artificialmente a fuerza de tónicos y cordiales; asistiendo impotente a los tremendos ataques de disnea; contemplando con horror cómo aumentaba la hinchazón del cuerpo, cómo se embotaba la sensibilidad, cómo se abría la piel en llagas espantosas. Así llevaba dos años, rodeándola de cuidado y de mimo, concretado exclusivamente a ella, siempre vigilante y atento para hacerle las horas agradables, el ambiente propicio, para apartar de la tristeza de la alcoba todo lo que pudiera ser emoción violenta y sensación desagradable, y, sobre todo, para infiltrar en su alma, día tras día, con tenacidad piadosa, el engaño sutil de una mentira — (Concluye en la página 8).



Una tennista de 1882.



Susana Lenglen, en 1928.

Modas femeninas

HACE 50 AÑOS Y HOY DIA

LA moda actual es la Composición de tres características: **Deportiva, Emancipada y Práctica.** Hay modas que duran muy poco; basta una mala mueca del tiempo para que desaparezcan en seguida. Hay otras que son la expresión y monumento de su época. Sólo tiempos que tienen fisonomía pueden reflejarse. Sólo épocas con propias características y tendencias dejan hechos imperecederos. Su relieve amolda figuras típicas. La mujer ya no es más la muñequita de lujo. Se acabaron los tiempos en que se exterminaban determinadas clases de pájaros, incursionando en territorios vedados, y todo por el sombrero de la mujer. Pasaron los tiempos del "cul de París", la terrible cola y otros abusos incómodos por el estilo. La moda subrayaba todas las curvas y atractivos; llegaba hasta crear nuevas "formas"; pero tapaba totalmente las carnes. El desnudo y las formas naturales eran más que pasadas de moda, impropios.

En los años **1842** a **1850** no se dejaba vida tranquila a las tinas de baño. En el Estado de Virginia se cobraba por cada tina un impuesto de 30 dólares. En Philadelphia se prohibía bañarse desde el 1.o de noviembre hasta el 15 de marzo; y en Boston se prohibió el baño en absoluto, salvo receta médica. Hoy día

Una bañista de hace medio siglo.

Y una ondina muy siglo veinte.

Estados Unidos es la patria de los campeones mundiales de natación y de las mejores instalaciones de piezas de baño. Hoy, hay que ser limpio y hay que bañarse. No basta con asearse la cara y las manos, sino también el cuello, las piernas y todo. Se hace con tanto gusto. En las calles ya no quieren llevar las colas que levantaban tanto polvo y para el baño no se quiere llevar vestidos, corpiños, sombreros, zapatos, calzones, etc., como hace treinta o cuarenta años. Hoy

Hace 50 años: la hija lleva un vestido igual al de la madre.

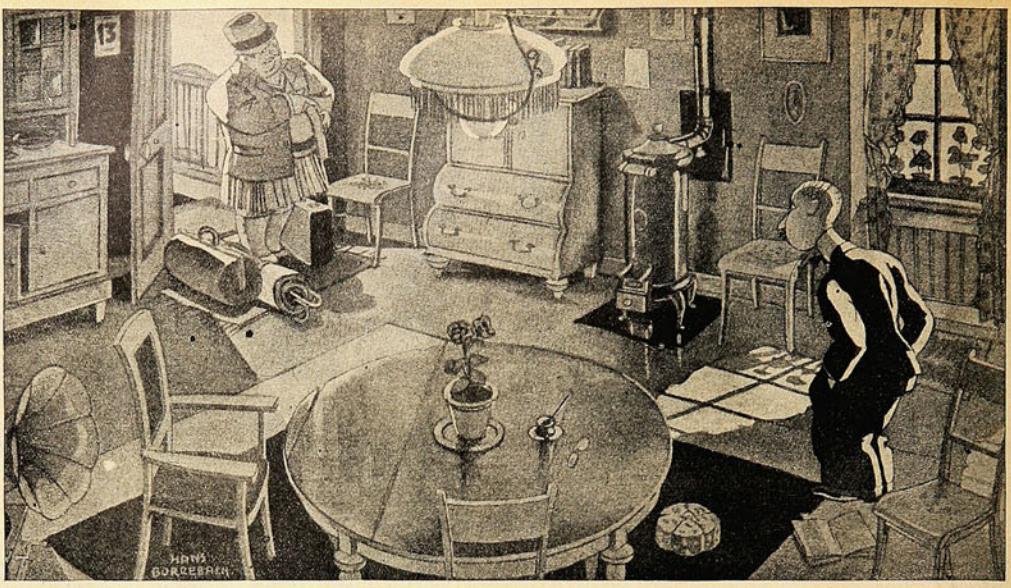
Hoy: la madre, para sus vestidos, se inspira en los de su hija.

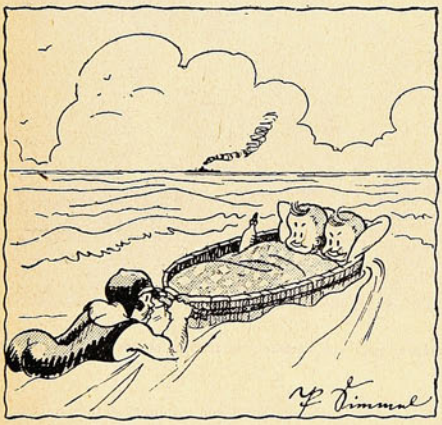
día el fin determina la forma. Se quiere nadar, asolearse y jugar en la playa y se lleva sólo tricot. Hace cincuenta años se vestía a los niños al uso de los grandes. Hoy día se visten los grandes al uso de los niños. Hay muchos que no se pueden acostumbrar a la nueva moda; pero la moda griega, el valse tan suave, la tina de baño eran igualmente repudiados, desdeñados y tildados de impropios, como la melena, el jazz-band o el baño común. Piernas libres, melenas, afán de sport y deseos de baño son conquistas que no se podrán quitar a la actual generación. No hay camino que lleve ahora de vuelta al corsé con barbas y la trenza larga.

Schopenhauer describió el camino de la idea de sport... "cada problema recorre hasta su reconocimiento tres etapas: En la primera parece ridículo, en la segunda se le combate y en la tercera pasa por lógico y natural."

Una escena de playa en 1878.

Escena junto al mar en 1928.





NOTICIAS DEL CABLE. — Una madre de dos niños intenta la travesía del Canal de la Mancha a nado.

CLIENTE: Camarero, las porciones eran más grandes el año pasado.

CAMARERO: Es un efecto de óptica, señor. Como hemos agrandado el restaurante, parecen más pequeñas. — Péle Méle, París.

—¿Qué clase de chico es Jack?

—Te diré: anoche, estando juntos, se fundieron los fusibles eléctricos, dejándonos a oscuras... y se pasó toda la visita arreglándolos. Juzga por ti misma.

— Punch.

DE VUELTA DEL VERANEO. — ¡Augusto, hay un rico perfume en la casa! ¡Confiesa que ha estado una mujer extraña aquí!

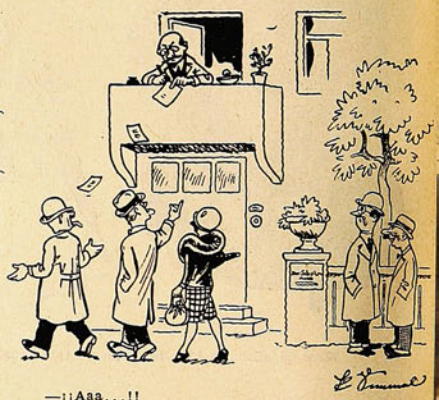
CHISTES

—Mira qué linda melena rubia.

—Sí. Eso lo tiene de su padre.

—¿Qué el viejo tenía tan bonito pelo?

—No, es fabricante de pelucas.



—¡¡Aaa...!!

—Ese hombre debe ser muy odiado en la ciudad.

—No, amigo; si ese es el médico especialista del estómago de la Cooperativa Iris, que por comodidad hace desfilar a los pacientes por la calle...

(Alto costo de la ignorancia).— Jovenzuelo: ¿cuánto me costará arreglar mi auto?

Mecánico.—¿Qué defecto tiene?

—Lo ignoro.

—Cincuenta y dos dólares y sesenta centavos.

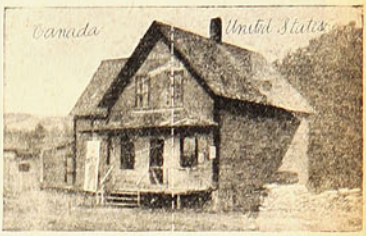
Parsing Show.

Para casarse, basta con pronunciar breves palabras en la iglesia. Para divorciarse, basta con pronunciar el nombre de otra mujer, en sueños.

DEL PANORAMA UNIVERSAL

Mademoiselle Vincent, la parisina encantadora, reina de la belleza en la Ciudad Luz

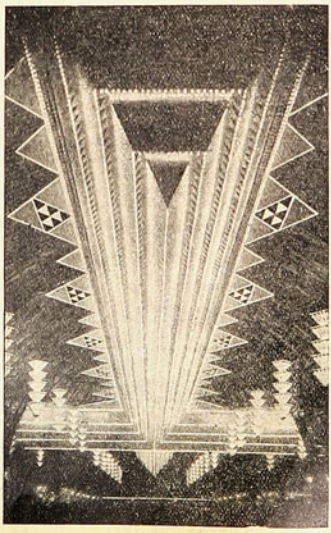
PARISINA Y VIENESA.—¿CUAL CREE USTED QUE HA DE SER LA DETENTADORA DE LA BELLEZA Y DEL CHIC EUROPEO? Fraulein Zammel, declarada reina de la belleza en Viena.



Una casa que se encuentra en la frontera de los Estados Unidos. Una parte queda en territorio de este país, y la otra en el Canadá.

REGALO DE PASCUA

Dos de las más celebradas artistas vienesas tuvieron la idea bastante original de rifar para Pascua, entre sus admiradores, muñecas que las representaban en los trajes de teatro que vestían esa noche.



Sigue corriendo la noticia del próximo matrimonio entre el príncipe Humberto y la princesa María José, hija de los Reyes de Bélgica. La fotografía nos los muestra del brazo durante el matrimonio del duque de las Apulias con Ana de Francia, realizado últimamente.

ILUMINACION FANTASTICA.— Para el Salón Francés del Automóvil en el Grand Palais de París, los ingenieros electricistas trabajaron empeñosamente por alcanzar un éxito notable. Su triunfo fué completo, pues mediante una habilísima combinación de miles de luces y colgaduras de terciopelo, se ha logrado producir un efecto verdaderamente admirable.

LA PROPIA ESTIMACION

Cómo nos vemos en el espejo y cómo somos en realidad

LAS GAVIOTAS

Por ═══ *Enrique Banchs*

LAS gaviotas siguen el arado. Cuando éste camina, bajan al surco; cuando se detiene, se levantan en un tumulto de alas y de gritos. Son las aves de los puertos. Caen al agua y surgen llevando en el pico un pececillo palpitante, que sobre su pecho negro brilla al sol como un aderezo. Giran alrededor de las inmóviles velas de los navíos cargados de arena dorada y de frutas bermejas. De los navíos que parecen grandes murciélagos caídos con una ala abierta. Pero son también las aves de los campos. Y cada mañana vienen de la aurora a seguir el arado silencioso.

Primero son tres, luego diez, luego tantas, que se diría que tiene el arado un dosel de alas. Caen tan suavemente que están en el suelo y tienen todavía las alas abiertas. Pero en el suelo arrastran la lentitud de los cisnes.

Los grandes terrones de gleba húmeda vuelta al sol están llenos de gusanos. Los hay de todos los matices; los blancos y anillados como rizos de niñas rubias, los rojizos como manchas de herrumbre en el rostro de una estatua. Y todos brillan al modo de piedras preciosas. Entonces las gaviotas se arrojan al surco en tropel y hacen festín.

El hombre del arado se vuelve y hace gritar en el aire el látigo con que apresura los caballos unidos a la herramienta triptolémica.

Las gaviotas se levantan en bandadas, pero pertinaces, vuelven a caer sobre la tierra que empieza a exhalar un humo sutil de los rayos del sol.

Como se ara un campo que fué de batalla, a veces el arado rompe la espalda verde de un guerrero muerto. Entonces el labrador, sin asombrarse del horrible hallazgo, cruza las manos sobre el pecho y reza.

La paz campesina es también como una plegaria recitada sin cesar sobre los corazones sencillos.

Aun no se ha dado vuelta y ya las gaviotas se arrojan sobre el soldado muerto.. Tiene un pueblo entero de gusanos palpitando en el flanco. Y son tan menuditos que parecen dientes de niño. Las gaviotas hacen fiesta. Caen unas sobre otras como las hojas que el viento amontona en los rincones de los jardines.

Una gaviota dice:

—Es un hombre, lo sé. El arador debe tener como éste, muchos, muchísimos gusanos. ¿Lo asaltaremos?

—No, dice otra, este es un muerto. Ved qué silencioso está. El hombre del arado no tiene gusanos; le he oído cantar.

Sí, la gaviota ha oído la plegaria del labrador.

FUERTE COMO LA MUERTE ═══ (Conclusión).

que ella se negaba a aceptar.—No, Joaquín, no; yo estoy muy mala. Estoy mucho más mala de lo que creéis.

Unas voces argentinas que sonaban en la alcoba le trajeron a la realidad. Eran los nenes, que habían vuelto del colegio y entraban a besar a su madre. Joaquín cerró el balcón y fué a verlos. Joaquinito, el pequeño, se había encaramado y trepaba gateando por la colcha arriba. Luisita, la mayor, jugaba con las cuentas del collar.

—¡Qué bonito! Di, mamá, ¿te lo ha traído papá?

—Sí, ángel mío.

—¿Y a mí no me ha traído ninguno?

Paulina alzó la mano y sus dedos hinchados y torpes acariciaron los cabellos dorados de la niña.

—No te ha traído ninguno porque éste es para ti. Para ti, ángel mío. Tú le llevarás cuando yo me muera.

—Bueno; pero como tú no te vas a morir...

Ella no contestó. Un gesto doloroso crispó toda su cara, y se le llenaron de lágrimas los ojos. Joaquín cogió a los niños y los puso dulcemente en el pasillo.

—Id a la cocina y decid a Juana que os dé de comer algo.

Luego, al ver que Paulina seguía sollozando:

—Pero, nena, por Dios, no seas así... no te pongas así... ¿No comprendes que te perjudicas? Te excitas, te emocionas, viene la fatiga y...

Paulina seguía llorando. Se inclinó sobre ella y la besó en los ojos con caricias de inefable ternura.

—Mi nenita... ¡mi nena!... Vamos, ¿lo ves?... ¿Lo ves?... ¡Si ya lo sabía yo!

Fué tremendo el ataque; tan violento que, a pesar de estar él acostumbrado a presenciarlos, hubo un instante en que perdió la serenidad y se asustó, creyendo que era el último. Afortunadamente, la digital y el cloruro de etilo surtieron sus efectos, y el ataque pasó; aclaróse la vidriosidad de las pupilas; cesaron las violentas sacudidas crispantes; los saltos descompasados del corazón y el ronco silbar de la garganta. Quedóse de cara a la pared, bañada en sudor, aniquilada, destrozada, rendida. El, conmovido, la miraba en silencio. Luego, al cabo de un rato:

—¿Quieres que te quite el collar? Te molesta, ¿verdad?

Pasó dulcemente una mano por debajo del cuello y desabrochó el cierre. Al ir a retirarla, sus dedos tropezaron debajo de la almohada con una hoja de papel. La cogió inconscientemente, sin darse cuenta. Ella no se movió. Fué al gabinete a dejar el collar y, por curiosidad, miró el papel: medio pliego de cartas escrito con lápiz.

"Mi alma:

Una convulsión nerviosa le cerró los ojos. Los volvió a abrir.

"Mi alma: Te escribo estas dos líneas aprovechando un momento en que me dejan sola. Estoy muy mala. Sé que nunca más me volverás a ver. Esta es la única pena que tengo: morirme sin..."

No decía más.

Se llevó una mano a los ojos y con la otra se apoyó en una silla, porque todo su cuerpo vacilaba. Así estuvo mucho tiempo, mucho. Luego, lentamente, volvió a la alcoba. A medida que avanzaba hacia el lecho, se le aceraban las pupilas y las manos se le crispaban como garras de presa; tremolaron un segundo sobre la cabeza de Paulina y en seguida se estrujaron, enlazadas con ademán de desesperación y de impotencia. Ella no se había movido. Dormía dulcemente, reposadamente.

De pie junto a la cama, la miró largo rato. Al suave resplandor del globo azul colgado de la cabecera estuvo contemplando los bucles desrizados y marchitos, los párpados translúcidos, las ojeras amoratadas y profundas, los labios secos, incoloros y exangües; las manchas cárdenas de la piel, lustrosas aún de sudor. Una carcajada infantil resonó en el pasillo, y pasaron los niños retozando.

Abrió muy despacio la puerta y, con ademán imperioso, les impuso silencio:

—¡Chiss...! Mamá está dormida. No hagáis ruido.

Ilustró Dallón.

Formulario de Belleza Femenina

ESTHER RALSTON, famosa estrella de la Paramount

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

INDUDABLEMENTE, un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquiera indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis y además siempre se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas, pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo: pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las farmacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

Para evitar el vello

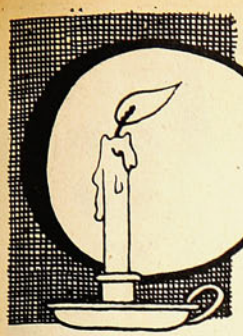
ES cosa muy fácil hacer desaparecer temporáneamente el vello: pero, evitar de un modo definitivo esa innecesaria abundancia de pelo, representa un problema distinto. No son muchas las damas que conocen los espléndidos resultados que se obtienen mediante el empleo del porlac pulverizado. El porlac se aplica directamente al pelo que se quiere eliminar. Este tratamiento recomiéndase no sólo para la instantánea desaparición del vello y de las superfluidades del cabello, sino que también para la destrucción definitiva de las raíces. Casi todos los boticarios pueden proporcionarle porlac, una onza, más o menos, cantidad suficiente para el experimento.

Manera de desprenderse de un cutis malo

ES una tontería intentar cubrir un color cetrino, cuando se le puede hacer desaparecer o cambiar el cutis. Lo mejor es aplicarse cera pura mercolizada lo mismo que si se tratara de cold cream, lavándose la cara por la mañana con agua caliente. El efecto, después de las primeras aplicaciones, es sencillamente maravilloso. Gradualmente y sin dolor, la cera absorbe la cutícula mortecina en particulas imperceptibles, mostrando la hermosa piel nueva y aterciopelada que hay debajo. Ninguna mujer ostentará un cutis pálido, con ronchas, barrillos o pecas, si compra en la farmacia cera pura mercolizada y la usa en la forma indicada.

Un secreto contra los barrillos

LOS puntos negros, la graseza del cutis y la dilatación de los poros cutáneos del rostro, son molestias que en general nos asaltan juntas. Pero, tenemos la ventaja de poder combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua caliente una tableta de stymol, que, al disolverse, produce una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha cesado, se usa el agua, así "estimolizada", para bañarse el rostro, secándose, luego, con una toalla. Los intrusos puntos negros salen del cutis para desaparecer en la toalla: los grandes poros grasos se contraen como por encanto y se borran de la cara. Merced al stymol, que se halla en venta en todas las farmacias, la piel queda alisada, blanda y fresca, sin experimentar daño alguno.



LA LUZ DE UNA VELA

Comentarios sobre la mujer de hoy y el ratón de siempre

SUCEDE que hoy, en el siglo de la luz, como nos iluminamos con electricidad, todo lo vemos distinto a como lo veían nuestros abuelos. Yo quiero probar con esto que no es la mujer moderna tan temible como la pintan, sino que, claro, es distinta a su abuela por muchas razones y una de ellas, quizás más poderosa de lo que todos se imaginan, es el cambio de la luz.

Hoy día tomaré un caso y probaré que tengo razón; vamos a ver, por ejemplo, lo más mujer de la mujer: el miedo a los ratones. Que no hay en el mundo enemigo más declarado del sexo bello que el ratón, eso es probado, como que el ratón es de lo más horrible que existe en el universo y no puede ser amigo de lo más hermoso.

Antiguamente, si una muchacha despertaba de noche con el ruido de una laucha, lo primero que hacía era dar un grito, enseguida encender la vela y apenas descubierto el cuerpo del delito repetir otro grito más agudo que el primero. Si era valiente entre las valientes, se ponía las zapatillas, bajaba del lecho y, armada de coraje y de la vela, quería salir a pedir auxilio, pero la infeliz veía que la laucha caminaba y brincaba, subía y bajaba de la pared, corría a su largo camisón y trepaba a su garganta y mientras más oscilaba la luz de la vela, más veía dantescas visiones de lauchas horribles, carreras espantosas de regimientos de ratones y como lógicamente le caía una gota de esperma caliente sobre la mano, la infeliz, agotada de gritar, lanzaba una última nota agudísima y se desplomaba sin sentido. Cuando alguien acudía a socorrerla la encontraba fría de espanto.

La niña de hoy día se despierta con el ruido de una laucha, enciende su lamparita de velador, le quita la pantalla para ver mejor y claro, no lo niego, grita igualmente fuerte que la otra y si es tan valiente como ella, baja del lecho en zapatillas y como sabe bailar y no lleva una vela en la mano, salta y brinca como en su clase de charleston, hasta que llega a la puerta donde, entre grito y grito, da con el interruptor, que ilumina toda la pieza. Con tanto salto ella sabe que la laucha no puede preferir una pared movible a una fija y luego ella no usa camisón largo sino una especie de camisita de día, que aún se la sube todo lo que puede.

Yo no niego que mientras llegan a auxiliarla ella da ver-

daderos bramidos de espanto, pero como a la luz fija de la electricidad ella ve sólo una laucha, no la encuentran desmayada como a la otra pobre, que veía a cada movimiento de la vela cien mil ratones en fila...

Es natural que a la otra la recogían del suelo y a ésta la bajan al suelo, pues ya se había trepado arriba del ropero, porque los roperos de hoy son más bajos y las muchachas más ágiles y sin camisón...

Ya ven ustedes, el miedo y el terror son iguales o peores; mas, la luz de hoy economiza muchas cosas: sales aromáticas, compresas heladas, el resfrío consiguiente, el incendio inevitable con tanta carrera, con tanta vela y por último la noche pasada en vela, porque la laucha no se podía pillar jamás.

Así, pues, la mujer es tan mujer como antes. Si ha habido un cambio, es debido al cambio de la luz.

Lew Cody, famoso "villano" de la Metro, que constituye el sueño amoroso de muchas chicas.

Las Mujeres PREFIEREN A LOS VILLANOS

POR LO MENOS, ESO ES LO QUE ESTA SUCEDIENDO CON LOS ACTORES DE CINE

Roy D'Arcy, otro de los "hombres siniestros" de las películas, que ha partido más de un corazón.

JUZGANDO por las cartas que reciben los actores de la pantalla que representan el tipo de villano, son éstos tan populares, sino más, que los héroes. ¿Será que el hombre enamorado, parrandero, cínico, intriga a las mujeres, o es la personalidad de los actores y no sus caracterizaciones, lo que logra para ellos la admiración femenina?

Dos notables ejemplos de esta admiración que realmente es más que admiración, son Roy D'Arcy y Lew Cody, ambos de la compañía Metro Goldwyn Mayer.

Cuando Lew Cody decidió abandonar sus papeles de "hombre malo", su secretario quemó diez mil cartas dirigidas al actor por mujeres, todas escritas en términos cariñosos, felicitándole por su labor artística, haciéndole proposiciones de matrimonio, ofreciéndole dinero, sugiriéndole aventuras románticas, tal como las que se ven en la pantalla, etc.

No pocas de las autoras de estas cartas, vienen a Hollywood, y aunque no han recibido contestación, hablan a la residencia del actor para recordarle que les ayude a principiar su carrera cinematográfica.

Ahora, el secretario de Lew, contesta todas las cartas, aconsejando a las aventuradas muchachas, que permanezcan en sus hogares; Lew opina que muchas muchachas, sobre todo de los pueblos, escriben únicamente con el objeto de obtener una respuesta que enseñar a sus amigas o causarle celos al novio; pero no cabe duda que también son muchas las que lo hacen, sinceras en sus deseos y en sus proposiciones. No solamente de Estados Unidos vienen las amorosas misivas, a veces curiosas, a veces patéticas.

Del Canadá y de todas partes de Europa, las admiradoras de los villanos les escriben. Una señorita de Alemania, mandó junto con su carta, "su retrato". Era el de una mujer bellísima, pero no faltó quién reconociera en él, al original, nada menos que una famosa actriz vienesa.

La alemancita, seguramente lo compró o lo recibió de la bella actriz. Desde entonces, Lew rehusa ver los retratos que le envían.

Roy D'Arcy ha representado siempre al perfecto villano de la novela, y no es este un papel para inspirar simpatías, mucho menos amor, a pesar de lo cual Roy recibe la misma cantidad de cartas de amor que otros artistas que representan personajes heroicos, como Conrad Nagel, Ramón Novarro, Ralph Forbes, Owen Moore, etc. Al exhibirse "La Viuda Alegre", el actor de la sonrisa sarcástica recibió más de quinientas cartas amorosas, ninguna de las cuales contestó personalmente.

Y desde un lejano estado, una joven muy conocida por la riqueza y posición social que goza su familia, hizo un viaje hasta California, acompañada de su padre, con el único objeto de conocer personalmente al famoso villano de la pantalla.

Tres meses más tarde, esta joven decidió permanecer en Hollywood y cambiar su apellido por el del actor que tanto le había simpatizado. Es ahora la señora D'Arcy. Como todos los actores, D'Arcy nunca da una contestación personal a cartas de admiradores a quienes no conoce. Asegura que la mayor parte son escritas por jovencitas sin experiencia, o por mujeres que pasan de los cuarenta años, pero que no parecen haber aprovechado la experiencia de sus años. En la mayoría de estas cartas, quienes las escriben, juran amor, y terminan por ofrecer venir a California y trabajar en el cine. Una señorita de New York, propuso a Roy D'Arcy casarse con él, poniendo como única condición que la hiciera estrella. Otra joven de Iowa ofreció vender su rancho en aquel estado y comprar uno en California, si el actor prometía constituírse en manager del rancho y esposo de la dueña; ella también quería trabajar en el cine. Una viuda de Oklahoma, rica petrolera, indicó que ella gustosamente facilitaría el capital necesario para que D'Arcy dejara de trabajar por otra compañía y se hiciera productor independiente; esto, si con su dinero, aceptaba a la viuda en matrimonio. Otra de Arkansas escribió que se conformaría con papeles secundarios, hasta que hubiese probado su valor artístico. Y no son pocas las que confiesan ingenuamente que harían el viaje a Hollywood si tuviesen el dinero para el pasaje.

Son tantas las niñas que están seguras, que llegarían a ser notables trágicas e irresistibles comediantas, porque algunos amigos les han dicho que se parecen a tal o cual estrella, o que besan divinamente, a lo cinelandia...

ARQUITECTURA PRACTICA

UN BUNGALOW EN ESTILO ESPAÑOL

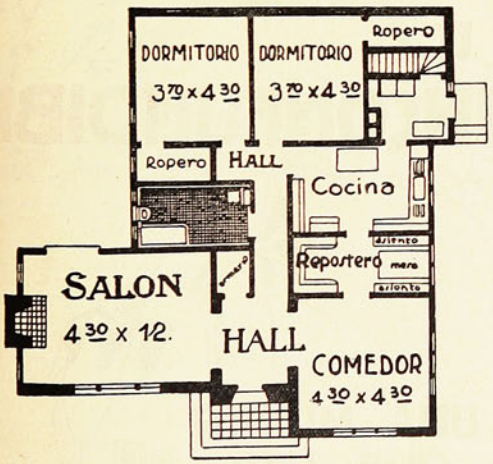
ESPAÑA es el país del color; siempre lo hemos mirado lleno de un raro y variado colorido a través de sus chales y encajes, y luciendo todo el sol de su tierra entre las tejas de sus sencillas techumbres o en los vistosos arabescos de sus porcelanas.

Ahora, recién, estamos buscando en España inspiración para nuestra arquitectura, porque nos damos cuenta que el estilo español nos queda muy bien, sobre todo en nuestros campos. Se armonizan bien sus líneas con nuestro suelo disparejo, que ya nos permite dominar desde una loma toda una alfombra de verdura, o bien nos deja en un valle rodeado de gigantescas montañas.

En el bungalow que ilustra esta página se nota decididamente la influencia española. El estuco de cemento de un color marfil viejo es una linda terminación para sus paredes que presentan un vistoso contraste con la teja española. La madera oscura de las ventanas y ferretería de los balcones luce bien sobre el estuco.

Se ha dedicado especial interés a la distribución interior. Los dormitorios, sobre todo, están colocados al fondo, lo que permite para esas piezas completa independencia al mismo tiempo que quedan comunicadas con el hall de entrada y con las piezas de servicio. Ambos dormitorios tienen grandes ventanas y cada uno su propio "closet" o guardarropas cuya necesidad notamos cada día más. En uno de los dormitorios las ventanas están estudiadas de manera que pueda ventilarse diagonalmente. La "toilette" es grande y cómoda y todas las piezas tienen fácil acceso a ella.

El hall de entrada, el living-room, y el comedor están dispuestos de manera que puedan fácilmente transformarse, para una fiesta, en una sola pieza. El living-room tiene una gran chimenea entre dos ventanas, en la pared del fondo, lo que le da un aspecto muy simpático; en las otras paredes hay una gran ventana de tres cuerpos en una y en la otra una puerta toda de vidrios que abre sobre un patio o jardín.



El comedor a la derecha del hall de entrada tiene un agregado en la pieza contigua para tomar el desayuno.

La cocina, que comunica con el repostero, está equipada de todo lo necesario y se ha dejado al lado de ella un espacio especial para un lavaplatos y un refrigerador.

Este tipo de casa es apropiado para familia modesta o para matrimonios solos, donde todo se ha estudiado para que la dueña de casa pueda atender personalmente los quehaceres domésticos.

GRATUITAMENTE A NUESTROS LECTORES

TENDREMOS EL MAYOR GUSTO EN CONTESTAR TODA CONSULTA SOBRE CONSTRUCCIONES O DISTRIBUCIONES INTERIORES.

Meditaciones de una Mujer Casada

POR HELEN ROWLAN

Todo hombre es un niño grande en el fondo, aventurero por idiosincracia, hombre prehistórico según su imaginación y marido solamente por la fuerza de las circunstancias—o la voluntad de una mujer.

Hay una gran variación entre la joven que se dirige a un hombre diciéndole "Señor" casi hasta el mismo día de la boda y la mujer que le dice "amor mío" después de la tercera contradanza.

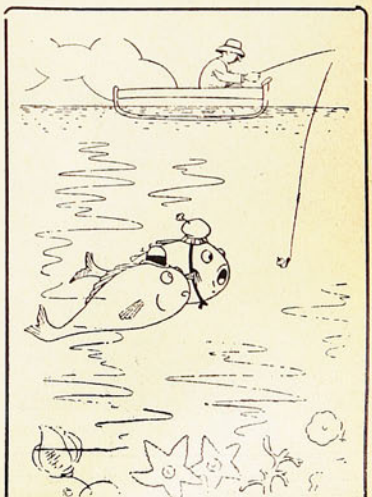
El buscar calor en las cenizas de un amor pasado, es un asunto muy frío.

La manera de enamorar de un hombre es como un cocktail sintético, una croqueta de pollo o una nueva religión, para que ello produzca una verdadera emoción hay que creerlo todo a pie juntillas.

Cuando una mujer deja de saber cuando la llave de su marido da la vuelta en la cerradura de la puerta, durante la noche, es señal o de confianza ciega o de perfecta indiferencia.

Es curioso como el hombre que suele conocer de memoria la luz que brilla en las miradas de la mujer y todos los tonos de su voz en el mes de julio, apenas si se acuerda del número de su teléfono en diciembre.

El hombre desconoce tanto sus propias emociones, que la mayoría de las veces no sabe si es el temor de que ella lo rechace o de que lo acepte, lo que le hace titubear al declarársele a una mujer.



El yerno a la suegra.—¡Oh! Estos parajes le gustarán a usted mucho. Además, los alimentos son sanísimos.

LAS CARRERAS DE GALGOS EN INGLATERRA

Este deporte nuevo y fascinante, ha debido gran parte de su auge al entusiasmo femenino. La fotografía superior, nos muestra a una entusiasta "carrerista", Mrs. Stringer, con tres de sus valiosos galgos. En la de abajo aparecen dos populares bataclasas londinenses, acariciando a la liebre eléctrica, tras de la cual se lanzan los perros en fantásticas carreras.

Ir por lana...

Por O. HENRY

JEFFERSON Peters mostrábase siempre muy elocuente cuando hablaba de la ética de su profesión.

—Las pocas veces—me contó—en que se interrumpian las cordiales relaciones que nos unian a Andy y a mí, fueron aquellas en que disentiamos acerca del aspecto moral del arte de los timos. Andy opinaba de distinto modo que yo. Yo no aprobaba todas las artimañas que él empleaba para imponer contribuciones al público, y él creía que mi conciencia se interponia con demasiada frecuencia en nuestros negocios, con manifiesto daño para nuestros intereses. A veces discutíamos enérgicamente sobre estas diferencias. Una vez nos acaloramos tanto que Andy llegó a decirme que yo le recordaba a Rockefeller. ¡Sé muy bien lo que quieres decir con esta comparación, Andy—le dije entonces—pero hace tanto tiempo que somos amigos, que no puedo darme por ofendido por una insinuación de la que estoy seguro de que te arrepentirás en cuanto te hayas serenado. Y no se hable más del asunto."

Aquel verano habíamos decidido descansar una temporada y nos retiramos a una pequeña ciudad en el estado de Kentucky, llamada Grassdale.

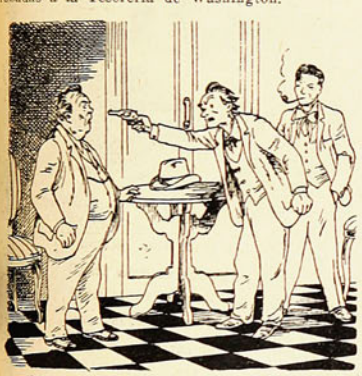
Allí nos hicimos pasar por ganaderos que veraneaban. La gente de Grassdale nos acogió muy bien, en vista de lo cual y de que nos habíamos impuesto un descanso, determinamos sériamente conceder un armisticio a la sociedad y no aventurarnos ni al más inocente engaño durante nuestra estada en Grassdale. Una tarde llegó al hotel donde vivíamos el comerciante de ferretería más importante de la ciudad, y entabló conversación con nosotros al pasar por el vestíbulo, donde Andy y yo nos hallábamos fumando. Nosotros ya le conocíamos de vista y nos había llamado la atención por sus modales y por la gritería que armaba en las reuniones.

Era un hombre de pelo rojo, de recia voz y con el vientre abultado; todos lo respetaban.

Después de agotar la conversación acerca de los asuntos del día, el señor Murkinson (así se llamaba el respetable personaje) sacó del bolsillo una carta y nos la entregó, afectando un desembarazo que no sentía, rogándonos que la leyéramos.

—¿Qué les parece a ustedes esto? — preguntó riendo. — ¡Venirme a mí con estas cartas!

Andy y yo vimos inmediatamente de qué se trataba, pero hicimos como si leyésemos toda la carta. Tratábase de uno de aquellos escritos de los tiempos de Mariscastaña, en que se ofrecía a la víctima venderle por mil dólares billetes de banco por valor de cinco mil dólares, billetes falsos pero en todo iguales a los auténticos, puesto que estaban hechos con planchas robadas a la Tesorería de Washington.



—Señor Murkinson—dije, dirigiéndole la palabra y apuntándole con el arma.

—¡Escribirme una carta de estas a mí! ¡A mí —volvió a insistir.

—Muchas personas muy respetables las reciben—le dijo Andy.—Basta que no conteste usted para que quede el asunto terminado. Si se aventura a contestar, volvería a escribirle y le citarían en tal o cual parte para realizar el negocio.

—¡Pensar que se hayan atrevido a escribirme una carta así! ¡A mí! —repitió nuestro hombre muy indignado.

Pocos días después volvió a aparecer en el hotel.

—Señores—nos dijo—Sé que son Uds. personas decentes y que puedo confiarles lo que voy a decir. He escrito a esos canallas para divertirme un poco. Acabo de recibir respuesta, en la que me dicen que vaya a Chicago y que antes de salir telegrafíe a un tal J. Smith. Al llegar a la capital he de ir a cierta calle, donde habré de esperar hasta que pase un hombre vestido con un traje gris. Este dejará caer un periódico y yo le he de preguntar "cómo está el agua", y así me conocerá.

—Exactamente — dijo Andy con la boca abierta, — es el mismo timo de siempre. Lo he visto relatar muchas veces en los diarios. Una vez trabado conocimiento, el hombre lo lleva al degolladero privado del hotel en el que el señor Jones se aloja. Allí le enseñan los billetes nuevos, absolutamente auténticos, que le ofrecen por la quinta parte de su valor. Si está usted conforme con el negocio, ponen los billetes en un sobre para evitarle trabajo. Naturalmente, cuando usted ha salido del hotel y abre de nuevo el sobre no encuentra en él sino recortes de periódicos.

—No sé... Creo que no me engañarán — dijo Murkinson. — No en balde he logrado establecer aquí el negocio que más rendimiento da, y esto no se hace sin poseer inteligencia. Y ¿dice usted, señor Tucker, que lo que le enseñan a uno son billetes auténticos?

—Yo siempre lo he hecho... digo leído así en los periódicos — contestó Andy.

—Miren ustedes, señores — exclamó Murkinson, — yo creo estar seguro de que esos bribones no podrán timarme. Creo, por tanto, que me pondré dos mil dólares en el bolsillo e iré allí para darles su merecido. Una vez que yo haya visto los billetes buenos, no se me escaparán, eso se lo aseguro yo. Ofrecen cinco por uno y yo les obligaré a cumplir el ofrecimiento. Nada, nada; que hago el negocio.

Andy y yo procuramos quitarle de la cabeza tan descabellada idea, pero no se dejó convencer. Se empeñaba en realizar lo que él llamaba un acto de deber ciudadano para darles a aquellos bribones una buena lección. Cuando Murkinson nos hubo dejado, Andy y yo nos quedamos meditando, durante los ratos de ocio solíamos hacer gimnasia mental.

—Jefferson — me dijo Andy al cabo de un largo silencio. — Ya sabes que pocas veces hemos estado de acuerdo cuando tú te empeñabas en involucrar tu dichosa conciencia en los asuntos de nuestro negocio. Puedo haberme equivocado algunas veces, mas en el presente caso creo que podemos estar de acuerdo. Tengo la íntima convicción de que haríamos mal en consentir que ese Murkinson fuese solo a Chicago. No cabe duda de que a él se la pegarán. ¿No crees que haríamos bien interviniendo en el asunto para evitar el robo?

Al oirle hablar de esta manera, me levanté y le estreché efusivamente la mano.

—Andy — le dije, — es posible que yo haya incurrido en el error de calificar de desalmado tu proceder, pero me retracto solemnemente. Sí, Andy: pienso igual que tú. No obraríamos honradamente si dejáramos que Murkinson llevara a fin sus provectos. Si está tan determinado a ir, acompañémosle para evitar que se realice el timo.

Andy estuvo conforme conmigo y yo sentí gran satisfacción al ver que él estaba seriamente decidido a evitar el timo que se preparaba.

—Yo no soy un creyente convencido — dije a mi socio, — ni menos un fanático en cuestiones morales, pero no puedo ver que un timador poco escrupuloso, que es una amenaza para la salud pública, vaya a robar a un hombre que con sus propios esfuerzos y valiéndose únicamente de su inteligencia ha logrado crear un negocio.

—Muy bien dicho, Jefferson — exclamó Andy. — Iremos con Murkinson si insiste en ir a Chicago, y evitaremos que se cometa la estafa. Lo mismo que a ti, me disgusta a mí que timen el dinero de esa manera.

Nos fuimos inmediatamente a ver al señor Murkinson.

—No, señores, no — nos dijo. — No puedo consentir que los cantos de la sirena de Chicago se pierdan en la brisa estival. Yo he de darles un castigo ejemplar o no me llamo Murkinson. Por lo demás, me encanta que ustedes quieran acompañarme. Será más divertido y es posible que puedan ustedes prestarme alguna ayuda en mi proyecto.

Al salir de Grassdale dijo Murkinson a sus amigos que se iba de viaje a Virginia del Oeste con los señores Peters y Tucker, para examinar una mina de hierro. Telegrafió también al señor J Smith y los tres marchamos hacia Chicago.

Durante el camino se divirtió Murkinson comentando el hecho.

—Un personaje vestido de gris — decía, — que pasará por el cruce de la avenida Wabash con la calle de Lake; allí dejará caer un periódico y yo le preguntaré "cómo está el agua". ¡Dios mío, qué risa!

Y reía durante cinco minutos

A veces, sin embargo, Murkinson se quedaba serio y trataba de desvanecer ciertas preocupaciones que nosotros desconocíamos.

—Amigos míos — dijo una vez, — he de advertirles que ni por diez mil dólares quisiera yo que se supiera en Grassdale lo que llevo entre manos. Si lo supiesen quedaría arruinado. Pero sé muy bien que no tengo nada que temer de ustedes en este sentido. Estoy convencido de que es el deber de todo buen ciudadano acabar con esos ladrones que explotan la credulidad del público. Yo les enseñaré de lo que soy capaz, obligándoles a cumplir estrictamente lo que ofrecieron.

Llegamos a Chicago a las siete de la tarde. Estaba convenido que Murkinson vería al hombre del traje gris a las nueve y media. En tanto llegaba la hora nos fuimos a cenar a un hotel y luego subimos a la habitación que Murkinson había tomado.

—Y ahora amigos — dijo nuestro hombre, — vamos a ver si entre los tres combinamos un plan para derrotar al enemigo. Creo que lo mejor será que, mientras me doy a conocer al bribón del traje gris, ustedes aparezcan allí como casualmente y me saluden con mucha familiaridad y demostrando gran sorpresa. Entonces yo me llevo al bribón aparte y le digo que son ustedes Jenkins y Brown, excelentes personas de Grassdale, y que tal vez estén dispuestos a hacer negocios también, ya que se hallan aquí. Y naturalmente él dirá: "Que vengan, si tienen ganas de hacer un buen negocio." ¿Qué les parece mi proyecto?

—¿Qué dices tú a eso, Jefferson? — me preguntó Andy.

—Les diré mi opinión — contesté. — Creo que lo mejor es arreglar el asunto aquí mismo; no veo la necesidad de malgastar el tiempo...

Base: Parafenilendiaminosulfónico

Representantes: SALAZAR y NEY — A. Prat 219 — SANTIAGO.

DILATACION DEL ESTOMAGO

Esta dolencia es provocada generalmente por un exceso de acidez en el jugo gástrico, la cual se acumula fácilmente en el estómago y motiva la fermentación de los alimentos, origen de sensaciones desagradables e hinchazones dolorosas. Para evitar la dilatación, tómese media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada después de haber comido o al observar los primeros síntomas de la indigestión. La magnesia Bisurada (M. R.), neutraliza la acidez y evita la formación de gases, acedías, pesadez, eructaciones ácidas, indigestiones, etc., etc., y asegura una digestión sana y normal. Se vende en todas las farmacias. Se garantiza un resultado satisfactorio o se devuelve el importe del coste. Los médicos recomiendan la Magnesia Bisurada.

Base: Magnesia y Bismuto.

Y en diciendo esto, saqué de mi pistolera un bonito revólver niquelado del calibre nueve y di unas cuantas vueltas a la cámara.

—Señor Murkinson — dije, dirigiéndole la palabra y apuntándole con el arma, — es usted un perro judío, un sinvergüenza y un canalla. Ahora mismo va a sacar de su bolsillo los dos mil dólares y los va a poner encima de la mesa. Y obedezca con velocidad, porque se expone usted a recibir alguna bala. Yo soy de carácter apacible, más de cuando en cuando suelo llegar a actitudes extremas.

Cuando él hubo dejado el dinero sobre la mesa, dije:

—Hombres como usted son causa de que hayan todavía cárceles y tribunales. Usted ha venido aquí para robar a aquellos hombres su dinero. ¿Acaso puede ser una excusa para usted que ellos trataran de timarle? No, señor, de ningún modo. Es usted diez veces peor que ellos. Usted en su pueblo, va todos los domingos a la iglesia y pretende usted ser un buen ciudadano, un hombre decente, y en cambio, viene usted a Chicago para robar a unos hombres que han establecido un negocio sano y provechoso en el que se ven obligados a tratar con tan despreciables canallas como usted se ha mostrado hoy. ¿No sabe usted que acaso esos honrados escamoteadores tienen una numerosa familia que mantener con su negocio?... Son precisamente ustedes, que pasan por respetables ciudadanos, los que siempre andan a la busca de algo que nada les cueste, los que mantienen la lotería y los timos y los juegos de bolsa de este país. Si no fuera por ustedes, estos negocios se habrían arruinado ya. Seguramente el escamoteador al que usted iba a robar se ha pasado largos años estudiando su negocio. Y a cada paso arriesga su dinero, su libertad y su vida. Y se viene usted aquí aparentando decencia y con patente de honradez, a estafarle a él. Si él logra escamotearle el dinero como se propone, usted tendría derecho a pedir auxilio a la policía. Pero si el engañado resulta él, lo único que puede hacer es empeñar el traje gris para poder cenar. El señor Tucker y yo hemos adivinado sus propósitos desde el primer momento y hemos venido aquí con usted para darle su merecido. Vengan esos dos mil dólares, hipócrita.

Me puse los dos mil dólares (todos los billetes eran de veinte) en el bolsillo interior de mi chaleco.

—Y ahora saque el reloj — ordené a Murkinson. — No, no piense quedarme con él. Déjelo en la mesa y permanezca sentado en la silla hasta que haya transcurrido una hora. Luego puede marcharse. Si se le ocurre hacer ruido o marcharse antes de la hora, nosotros haremos saber a todos los ciudadanos de Grassdale lo sinvergüenza que es usted. Supongo que mantener su reputación en aquella ciudad bien vale dos mil dólares.

Y dicho esto salí seguido de mi socio.

Ya en el tren, caminando hacia otras regiones, Andy guardó silencio durante un gran rato.

De pronto dijo:

—Jefferson, ¿me permites que te haga una pregunta?

—Vengan las que quieras.

—¿Era ese tu proyecto — preguntó Andy — cuando salimos de Grassdale con Murkinson?

—Naturalemente — le dije. — ¿Qué otra cosa hubiera podido ocurrírseme? ¿No pensabas tú igual?

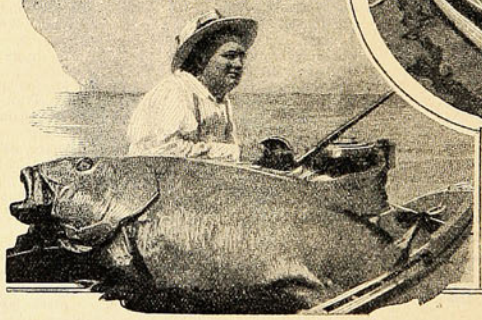
Andy guardó silencio durante media hora. Luego volvió a hablar. Tengo para mí que Andy muchas veces no alcanza a comprender mi ética y mi moral.

—Jefferson — me dijo: — quisiera que, cuando no tengas nada que hacer, me hicieses un gráfico de tu conciencia con notas al pie, para que yo pueda consultarlo en caso de duda, porque a la verdad, tu sistema ético me desconcierta a veces.

Pesca de enormes piezas en botes pequeños

Un pez-martillo de 17[illegible] libras de peso, pescado en un bote que pesaba 200 libras.

Regresando a casa con u[illegible]atún de 143 libras, el cua[illegible]dió una verdadera batalla [illegible] tripulante del bote de 1[illegible] pies de largo. (Abajo). Una enorme corvina pescada en un pequeño bote-motor; el pez pesa tanto como el bote y su robusto tripulante.



Un gran atún pescado con caña en esta frágil gasolinera. Pesó justamente ocho libras más que el pescador, o sean 153 libras.

SAL DIGESTIVA

Bémecé

M. R.

Bicarbonato de Soda, Magnesia, Carbonato de Cal

ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias, Gastritis, Hiperacidez, etc.

Dosis: Una cucharadita despues de cada comida

De Venta en todas las Farmacias

Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40

LAS JOYAS

Por CARMEN DE BURGOS

LAS joyas son obra de orfebrería, muy buscadas para el adorno de la toilette y las usan los hombres y las mujeres. Para las mujeres, los brazaletes, collares, aros, cinturones, sortijas, alfileres, broches, medallones, dijes, cadenas, peines, relojes, etc.

Para los hombres, tabaqueras, alfileres, sortijas, puños de bastón y otros muchos objetos. El uso de las joyas es muy antiguo, pues se menciona desde las épocas más remotas. Han variado infinitamente las formas y los estilos, pero siempre imperó la joya, por su riqueza y su trabajo artístico. Las piedras preciosas, entre las que se incluyen sin serlo, la perla, el ámbar y el coral, son adorno valioso de las joyas.

Una dama elegante no debe recargarse de joyas, sino llevarlas buenas y de mérito artístico, ya sean de época o modernas.

Los aderezos necesitan, si llevan piedras, que éstas armonicen con el color de los ojos, los cabellos y sobre todo, con la piel de quien las lleva, puesto que por su proximidad ejercen en el conjunto una gran influencia.

Las jovencitas deben llevar muy pocas joyas y las que usen deben tener por adorno las perlas y las turquesas. A las señoras les están permitidas todas y a las de edad les sientan mejor los brillantes.

Los diamantes y los brillantes pueden usarlos rubias y morenas. A las primeras les convienen las turquesa, los rubíes, las esmeraldas y las perlas. A las morenas, el coral, el ópalo, la amatista y el ágata.

Veamos algo de las piedras más usadas.

El coral presenta todos los matices de la escala, desde el rojo intenso, hasta el blanco, y su valor depende de su coloración. El de tintas rosadas es el más estimado de todos y el que más escasea. Se le ha designado con nombres poéticos: flor de sangre y espuma de sangre. Hasta el siglo XVIII se creyó que era un arbusto que vivía y se desarrollaba en el fondo de los mares, y Mr. de Peysonnel encontró grandes dificultades para hacer creer que las flores de este arguso eran sólo animallitos radiados. Estos animalillos de ocho tentáculos puntiagudos y completamente blancos, tienen aspecto de una bella flor unida al tallo.

El coral tiene la propiedad en extremo curiosa, de que ciertas personas no lo pueden llevar sobre la piel sin que pierda su color. Esto sucede con todas las personas enfermas. Aunque los naturalistas y los químicos han querido inquirir la naturaleza de esta singular materia colorante tan impresionable y han efectuado muchos trabajos con objeto de llegar a este conocimiento, el problema está aún sin resolver.

En los adornos femeninos, el coral da una nota juvenil, alegre, cálida y riente, que se estima en menos de su belleza, porque no es costoso.

Las perlas son uno de los más lindos elementos de la joyería y ocupan un importantísimo papel entre los adornos femeninos.

Las conchas en que se producen las perlas, pertenecen a distintas familias de moluscos: la más importante es la **avícula perlera**, que suministra también grandes cantidades de nácar. La forma de la perla depende de la situación donde la casualidad haya colocado el núcleo de esta secreción animal. Si se halla entre la carne del molusco, es redonda; y si está cerca de las charnelas es aplastada.

Pulseras de oro labrado, de platino calado, de oro verde liso. Un gran solitario en un anillo y una esmeralda en otro anillo, completan el soberbio adorno de estas manos, que pudieran ser las de una favorita oriental.

Una perla de primera, ha de tener blancura depurada y esplendores que centellean a la luz: las que tienen reflejos ligeramente azulados son las mejores.

Desde los tiempos antiguos, la perla juega un importantísimo papel.

Cleopatra, la famosa Reina de Egipto, queriendo competir con Antonio en liberalidad, desprendió una de las dos perlas que llevaba en las orejas y después de disolverla en vinagre, se la bebió. La perla había costado lo que equivale a cuatro millones de pesos en nuestra moneda.

La perla Peregrina, traída de Panamá, costó a Felipe II doscientas cincuenta mil pesetas españolas. Muchas reinas, grandes damas y grandes artistas, poseen un capital en perlas.

Ahora se imitan a la perfección con las llamadas perlas químicas. Recientemente, se les ha dado otra aplicación, el de los polvos para la cara, que dicen, sin que podamos asegurarlo, que dan resultados maravillosos para la belleza del cutis.

El brillante es el rey de las piedras preciosas, el monarca austero y al mismo tiempo alegre, que no ha podido ser desterrado del imperio de sus luces.

Los diamantes se encuentran en tres estados moluculares: el cristalizado, cristalino y amorfo. Abundan en los terrenos de aluvión, formados por las disgregaciones de rocas silicatadas que arrastraron las aguas.

El cristalizado es el que sirve para las joyerías, y los otros dos se reducen a polvo para labrar el primero.

Los antiguos creyeron que el diamante resistía hasta el choque del martillo y este error se conservó mucho tiempo, confundiendo la dureza mineral con su fragilidad a los golpes.

De tal modo, se creía en su dureza, que en 1476, después de la batalla de Morat, los suizos hicieron añicos, para cerciorarse de su legitimidad, una porción de bellos diamantes de Carlos el Temerario.

El diamante juega un papel principal en la historia y necesitaría mucho espacio para referir todas las anécdotas a que ha dado lugar el rey de las piedras preciosas.

El **Gran Mongol** tiene la forma de medio huevo y está avaluado en doce millones de francos. Actuamente está en París, pues lo arrebató el famoso Nadir Schah.

..El **Rajah de Matum**, tiene la forma de pera y pesa 318 quilates.

El **Regente** de Francia, cuya historia necesitaría un volumen, es de los más célebres y se citan también el de **Sancy**, la **Estrella Polar**, el **Piggott**, el **Pasah de Egipto** y el **Diamante Azul**, de míster Hop.

La invención de la talla del diamante con sus mismos polvos sobre discos metálicos, se debe a Luis van Berquen y se practicó por primera vez en 1456.

Hoy, los brillantes se imitan de un modo tan perfecto, que es muy difícil reconocerlos. Pero los naturales tienen una potencia singular para descomponer la luz, lanzando de cada una de sus aristas esos rápidos centelleos de colores, que constituyen el mayor de sus méritos.

Pendientes de perlas y brillantes. Una de las pulseras está hecha con estas mismas piedras preciosas. En la otra se han empleado brillantes y cabochones de rubíes.

Los rubíes han amenazado con frecuencia destronar al brillante, y alcanzan tanto precio como ellos.

Los más hermosos, proceden de Ceylán, de las Indias y de la China. Los de Siam se distinguen por su coloración de un rojo sombrío.

El más apreciado es el Oriental, cuyas propiedades de más valor son el volúmen y que sus tintas tengan la misma fuerza a la luz solar que a la artificial.

Puede tenerse idea de su color, por el de las vidrieras rojas de las antiguas Catedrales, cuando brillan a los rayos del sol.

Las piedras blancas o violadas, llamadas rubibalaja, no tienen tanto valor.

Entre los más célebres está el de Sha de Persia, que pesa 175 quilates, y otro que pertenecía al rey de Visapur y se vendió en 74.550 francos.

El que Gustavo Adolfo regaló a la czarina, en 1777, era del tamaño de un huevo de gallina.

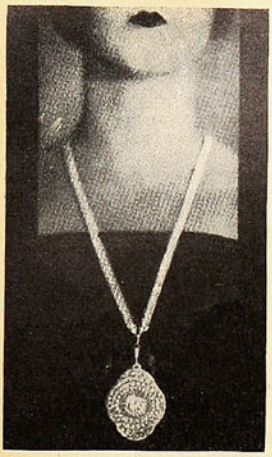
De las piedras que menos abundan son los topacios; y aún así, no alcanzan precios altos.

El topacio es un corindón de un bello color de oro, debido a la presencia del óxido de hierro, pero difieren entre sí notablemente de color.

Los más notables son los del Brasil, Sajonia, Siberia y Méjico.

Otra piedra bellísima

Collar y pulsera de brillantes. Anillo formado por una perla y un grueso brillante.



Pendantif de brillantes y perlas, sujeto al cuello por un cordón de finas perlas trenzadas.

es la esmeralda, que debe su color verde a la mezcla de óxido de cromo, y es el que constituye su valor.

Cuando presenta su color limpio, es de los más preciados, pero por lo general, es débil o incoloro.

Con ellos se confunde a veces otra piedra de la misma familia, el berilo o agua marina.

Esta es la piedra que domina el globo en la corona de Inglaterra, y una de 55 por 36 milímetros adornaba la tiara de Julio II.

Son muy fáciles de grabar y hay hechas en ellas verdaderas obras maestras.

Todas estas piedras lanzan hermosos destellos sobre la blancura de la piel.

A los zafiros se les veneraba en la antigüedad como piedras sagradas.

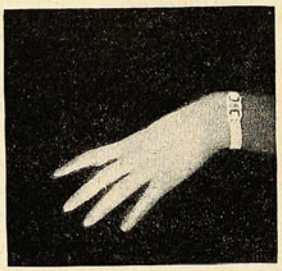
Se observa en ellos, con frecuencia, unos rasgos o hilitos entrecruzados que se dirigen en sentido de los prismas de seis caras, los que al reflejarse en ellos la luz, parecen entrecruzados, formando una estrella de seis radios.

Estos zafiros estrellados no presentan ningún misterio para los inteligentes: los hilitos son debidos a materias extrañas o algunos vacíos dejados entre sus moléculas en el momento de la cristalización, pero los orientales las miran con respeto. El color del zafiro varía de azul más oscuro, al más pálido, pasando por el azul rojizo y el verde amarillo. Los más apreciados son los azules de aguas verdosas.

Estos son bastante raros: los primeros traídos a Europa, venían de la Arabia y la Persia; hoy se traen de Asia y del Brasil.

En la Isla de Ceylán se encuentra una piedra verdosa bastante rara, llamada "ojo de gato", que presenta lindos cambiantes al reflejar la luz intensamente en los hilos de amianto blanco, que tiene en el interior.

Estas piedras son de un color verde amarillo y se parecen a los zafiros.



Hilos de perlas pequeñitas y hebilla de perlas, sujetando el reloj cuadrado, que rodean brillantes en chispas.

Otra piedra azul es la turquesa, y a pesar de su encanto, abunda tanto que se le da poco valor. La más extraordinaria que se conoce, es la de la galería de Florencia, del tamaño de una bola de billar, que tiene grabada una cabeza de César. Las turquesas no son en realidad más que marfil puesto en contacto con sustancias plomizas, que le dan la apariencia de piedras.

Las más apreciadas son las de Oriente, de la Roca Vieja, mina a tres jornadas de Meched, Persia.

Las turquesas orientales tienen el color blanquecino.

Ancha pulsera de brillantes bordeada de zafiros. Pulseras de aguas marinas. Anillo de brillantes rodeando un zafiro.

¿QUE ES LO QUE NOS DESPIERTA POR LAS MAÑANAS?

No dormimos del mismo modo durante toda la noche. Al principio dormimos profundamente y eso es muy bueno. Es lo que nos da el aire robusto y el tinte fresco de la buena salud. Pero durante las horas subsiguientes nuestro sueño se hace cada vez menos profundo.

Podemos darnos cuenta de esto anotando exactamente la fuerza del ruido necesario para despertar a cualquiera en diferentes momentos de su sueño. Veremos entonces que cuando se ha dormido suficientemente, bastará para despertarse un pequeñito ruido, del que no se habría enterado el durmiente algunas horas antes. Es lo que pasa cuando nos despertamos. Ya hace entonces algún tiempo que hemos dormido más o menos profundamente; se puede suponer, por lo tanto, que el cerebro, de uno u otro modo, se ha despertado por sí mismo. Sobreviene entonces un ruido o un rayo de luz o nos revolvemos en el lecho y nos damos cuenta de este movimiento, y como ya estamos casi despiertos, el ruido, la luz o la sensación de este movimiento nos despierta totalmente.

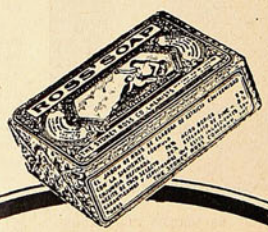
Vivimos un género de vida artificial; pero si habitásemos al aire libre, en medio de la Naturaleza, como hacían los hombres antiguos, sería, como es justo, la luz del amanecer la que nos despertaría.

Obtenga la frescura y belleza de su piel, usando solamente

Jabon de Ross

(Certificado Puro)

El jabon que rivaliza con el perfume de las flores.



BIOGRAFIAS DE ARTISTAS

Lon Chaney

LON Chaney, a pesar de su ceño adusto y de su mirada severa, es en realidad nada más que muy gentil y caballeroso ciudadano del Estado de Colorado, EE. UU, de A.—Explica su entrada al cinematógrafo asegurando que, desde muy niño, sentía una atracción especial por todo lo relacionado con representaciones teatrales. Siempre cuenta que, hace muchos años y siendo todavía muchachos, él y su hermano representaron en una fiesta de familia cierta comedia que entreambos habían ideado. Por cierto que, aunque se tratase de algo parecido a "La Caperucita Roja", los dos usaban trajes dignos de Hamlet, cosa que no parece haber influído en el éxito que tuvieron con el público que asistió a la comedia.

Ya más hombre, la atracción de las tablas seguía siendo muy fuerte, y se contrató en circos ambulantes como jefe de guardarropía. Como el sueldo era muy pequeño, hubo de dedicarse por algún tiempo a negocios de transporte. Su más alto puesto teatral fué, en aquella época, decorador de interiores en Compañías de regular nombre.

En 1913, desilusionado enteramente del teatro hablado, llegó a los escenarios cinematográficos. Durante mucho tiempo, sólo se le dieron papeles de secundaria importancia en las comedias cortas de carreras y bofetadas que se hacían en aquellos tiempos. Por fin, en "El Hombre Milagroso", se le asignó un rol de relativa importancia: figuraba como un pobre paralítico cansado de la vida. Los numerosos desengaños que hasta entonces había sufrido debieron influír en el feliz desempeño que hizo de este personaje triste y profundamente humano. El hecho es que, desde esa fecha, data su gran reputación de actor admirable en la interpretacin del dolor humano.

Numerosas son las maravillas de interpretación que, desde "El Hombre Milagroso" han hecho célebre a Lon Chaney. Bástenos recordar aquí obras de imperecedero recuerdo "El Rey de los Infiernos", "Nuestra Señora de París" y "El Fantasma de la Opera". Es hoy día un hecho incontrovertible que, con Emil Jannings, Chaney ha llegado a la cumbre de lo que puede pedirse a un actor de carácter.

El señor Chaney sostiene que nada hay de anormal ni de curioso en su manera de vivir; pero entre sus amigos de la colonia cinematográfica en California se dice siempre que nadie como él sabe entrar a una cocina y preparar un regio banquete.—"Es un cocinero por temperamento", ha dicho Mrs. Chaney, con quien se casó en los días en que la fama era muy esquiva,—"y sólo cocina cuando está muy de buen humor; pero hay que ver como quedan sus patos asados".

Las últimas producciones de Lon Chaney, marca Metro-Goldwyn-Mayer, son "Wu-Li-Chang", el famoso drama que hizo célebre a Vilches, "El Sargento Malacara", "El siervo de la condesa", "El Desconocido" y "El Hipnotizador".

El hombre de los mil gestos en una de sus mejores caracterizaciones.

LA DECORACION DE LAS VENTANAS

Entre los problemas de orden práctico que suelen suscitarse a una mujer en el arreglo de una casa, es el de poder adaptar las cortinas que han servido para determinada puerta o ventana, a otra de mayor o menor dimensión, a la cual no se acomodan aquéllas sin un previo arreglo, o se hacen indispensables unas nuevas.

Hay, sin embargo, medios prácticos de resolver este problema sin gasto mayor, aprovechando siempre las mismas cortinas, con lo cual se habrá conseguido, de paso, dar novedad al decorado. Véase cómo:

Para alargar cortinas de toile, taffetas, reps o de alguna otra tela lisa, se les cose arriba y abajo, una banda de otro color que armonice con el de las cortinas, uniéndolas por medio de un punto montado en hilo de un color igual al de la tela, de tono más fuerte, que se destacará sobre la cortina alargada.

Trátese de que las anillas abrazaderas sean del mismo color de la tela añadida.

Para completar el efecto de la nueva decoración se puede bordar la tela de la cortina anterior con unas motitas del mismo color de la tela nueva.

Cuando las cortinas deben ser al mismo tiempo alargadas y ensanchadas, entonces se procede de esta manera: se busca un doble efecto, prolongando la cortina con una banda de satiné, que será disimulada con otra banda de terciopelo de tono que contraste armoniosamente con el matiz general de la cortina; y al borde lateral de ésta se le incrusta, en forma dentada, una banda semejante a la de la parte superior.

Si por acaso quedase un pequeño resto de la tela empleada para la cortina que se ha querido alargar, se pueden convertir en tiritas cruzadas, en forma de enrejado, colocándolas arriba y abajo sobre las bandas añadidas. El resultado será de gran efecto y de muy buen gusto. Este pequeño adorno del galoncito enrejado puede hacerse también de otra tela, pero que tenga el mismo color.

CURACION DE LOS DIVIESOS

Los médicos sajones de tiempos lejanos aconsejaban para curar los diviesos el siguiente tratamiento: Tomar nueve huevos y cocerlos hasta que estuvieran duros. Luego se tiraba la clara, y la yema se engrasaba en una sartén; una vez colado este aceite se mezclaba con nueve gotas de vino, agregando un número igual de gotas de miel, aceite común, decocción de hinojo. Pasado por un cedazo, se daba a tomar al enfermo, que curaba sin tardanza.

GIRONES DE ARLEQUIN

ENTRE hombres meritorios. — Dos procesos resonantes se han verificado recientemente en Rusia.

La Alta Corte de Moscú ha condenado a Poliakov, director del departamento de Cereales del Banco del Estado, a la pena capital y la confiscación de sus bienes. Estaba acusado de dar informaciones secretas a los comerciantes particulares y favorecer así sus especulaciones con detrimento grave del interés público. Junto con él han muerto tres ciudadanos más, complicados en el asunto.

Como se ve, los rusos siguen procediendo radicalmente. Ahora pueden estar seguros de que el tal Poliakov resistirá y triunfará contra cualquiera tentación de volver a proporcionar informaciones secretas a los comerciantes particulares. Ya han forjado su honestidad eterna.

El otro proceso ha tenido por objeto el castigo de Vassilli Abalakof, ex-oficial cosaco, por actos de crueldad cometidos en 1919. Se le acusaba de más de 400 muertes. Los testigos declararon que habían visto al oficial haciendo enterrar vivas a numerosas víctimas. A otras les había dado muerte a latigazos.

Nosotros creemos estos relatos con mucha dificultad. En cambio a los rusos rojos y blancos les cuesta muy poco. Y es que ellos se conocen, y sobre esta base de mutua confianza se cobran y se pagan.

LA serpiente enamorada.—Hasta ahora se sabía que los lagartos persiguen a las mujeres, creencia muy común entre los campesinos de muchos países. Los la-

gartos, al parecer, han heredado el alma de los viejos sátiros. Felizmente no han heredado nada más que su alma.

Acaba de verse el caso de la persecución de una mujer por una serpiente.

La señora Keith Miller, que con el capitán Lancaster, realiza un vuelo de Inglaterra a Australia, advirtió que debajo de su asiento, en el aeroplano en marcha, se movía una horrible serpiente de color castaño. La señora tuvo bastante dominio para tomar un palo y matar al reptil a garrotazos.

Esta serpiente había subido al aparato durante un descenso hecho en Rangoom.

Sin duda, se trata de la bíblica serpiente que, enrollada en el árbol de la ciencia del bien y del mal, engañó un día a la frágil Eva del Paraíso. Al ver a la señora Miller en el aeroplano habrá creído reconocerla. Quien sabe si la simpática dama le habrá dado tiempo de desengañarse antes de romperle la cabeza.

A nosotros sólo nos queda que lamentar que en el Jardín del Edén el Señor no hubiese colocado en lugar de Eva a una inglesa enérgica y deportista como la señora Miller.

UNA conferencia de M. Maurois. —M. André Mourois, de la Sociedad de Amigos de Balzac, dió en París una conferencia acerca de los Estados Unidos. Evocó el "confort cotidiano" del vigoroso polizonte, el confort tipo "standard" de la peluquería, del tren, del hotel, del restaurant, de las relojerías.

Desgraciadamente, no advirtió el tipo "standard" de la defensa de los intereses norteamericanos en los países débiles.

AL Arbol de la Paz. — Cuéntase que todos los países participantes en la Conferencia Pan-Americana de La Habana han enviado a esa sede un cajón con tierra de su suelo para sustentar el Arbol de la Paz que ya debe de haberse plantado en La Habana, como símbolo de la paz, la concor-

dia, el respeto mutuo y la cordialidad que reina entre todos estos países.

Nicaragua, el más generoso, envió dos cajones.

El arboricultor de este árbol será los impecables Estados Unidos de Norte América.

EN favor del hombre más rico de Hungría. — La Liga de los Derechos del Hombre está haciendo gestiones en favor del conde Karolyi.

Karolyi fué el hombre más rico de Hungría, y ocupó la presidencia de su país. El nuevo régimen lo condenó a perder todos sus bienes y el hombre tuvo que huir a París, donde trabaja como periodista mientras su mujer atiende un modesto negocio de antigüedades.

La Liga, apoyándose en el Tratado de Trianón, persigue la devolución de sus bienes al conde Karolyi. Es una iniciativa generosa, como muchas de la Liga de Derechos del Hombre.

Entre tanto, Karolyi sonríe con un filosófico escepticismo. El no cree que le devolverán su fortuna. Y es que, como rico que ha sido,

sabe ponerse con mucha exactitud en el caso de su Gobierno.

Por lo demás, vive tranquilo y la resignación le ha hecho remontarse sobre muchas ambiciones.

Flor de Espino

El Agua de Colonia de la Suprema Distincion

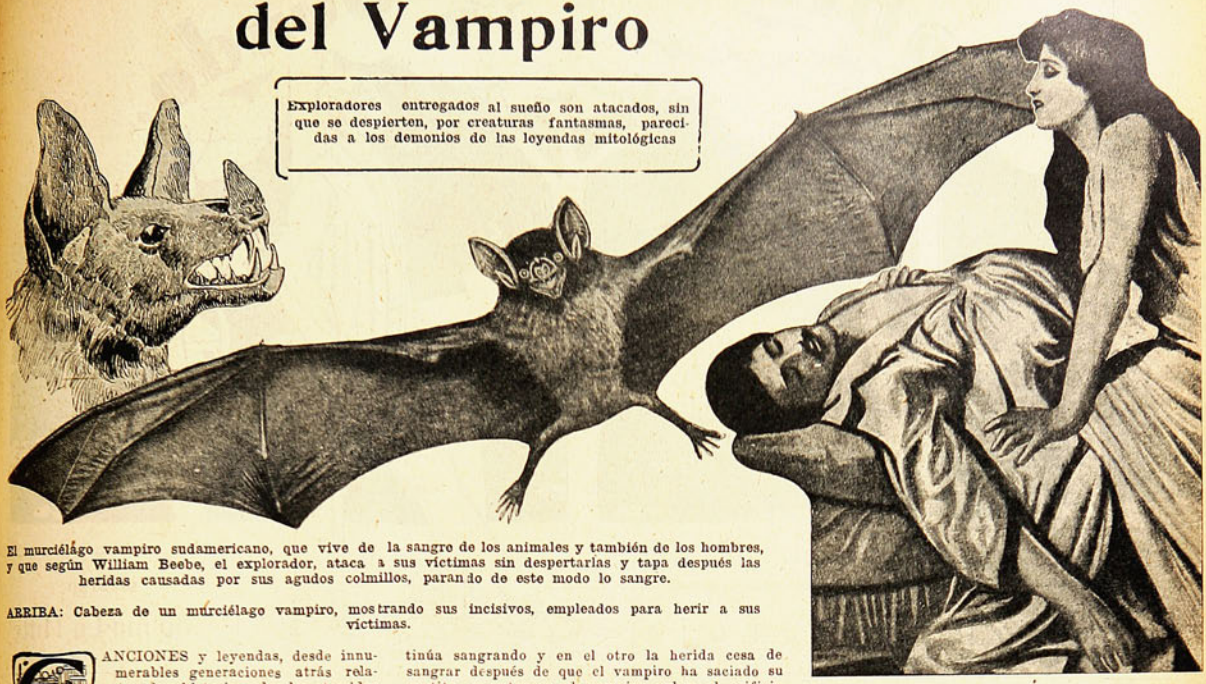
MAX

BOTICA FRANCIA

ESTADO, 154

El Misterio de la Mordedura del Vampiro

Exploradores entregados al sueño son atacados, sin que se despierten, por creaturas fantasmas, parecidas a los demonios de las leyendas mitológicas



El murciélago vampiro sudamericano, que vive de la sangre de los animales y también de los hombres, y que según William Beebe, el explorador, ataca a sus víctimas sin despertarlas y tapa después las heridas causadas por sus agudos colmillos, parando de este modo lo sangre.

ARRIBA: Cabeza de un murciélago vampiro, mostrando sus incisivos, empleados para herir a sus víctimas.

LEYENDAS y leyendas, desde innumerables generaciones atrás relatan las historias de los temidos murciélagos vampiros, y de sus prototipos humanos que sólo viven de la sangre que extraen de las venas de sus víctimas entregadas al sueño; víctimas que no despiertan hasta saciar el apetito de sus verdugos y que con frecuencia no volvían jamás a despertar.

Pero la ciencia sólo ha podido reunir pocas pruebas relativas a este asunto. Es un hecho conocido que el murciélago vampiro de Sudamérica, y otras especies afines, que existen en la actualidad son chupadores de sangre. Pero, debido al hecho de que el murciélago vampiro nunca se presenta mientras haya la menor luz alrededor de la víctima, ha sido extremadamente difícil obtener una información concluyente a este respecto.

William Beebe, el famoso explorador y naturalista cuya visita reciente al Mar de Sargazos, despertó un interés internacional, es uno de los pocos que ha podido comprobar personalmente la existencia de los murciélagos vampiros. Mr. Beebe, en varios artículos escritos para el "New York Zoological Bulletin", ha podido dar, como resultado de sus observaciones una explicación satisfactoria a dos discutidas incógnitas.

La primera es, que cuatro veces de cinco el murciélago vampiro puede morder a sus víctimas sin despertarlas. La otra se refiere a los dos métodos de ataque empleados por el murciélago. En uno de estos métodos la herida de la víctima continúa sangrando y en el otro la herida cesa de sangrar después de que el vampiro ha saciado su apetito, y entonces el vampiro cubre el orificio de la herida con una sustancia parecida a la seda. Esta última mordedura es difícil que llegue a turbar el sueño de la víctima, dice Mr. Beebe, y basa su opinión en muchos casos observados por él.

Mr. Beebe se extraña más que todo de la habilidad del vampiro para chupar la sangre sin despertar a la víctima. Estaba tan impresionado por esto que efectuó el experimento en personas dormidas con agujas finísimas, tratando de sacar les una sola gota de sangre sin despertar al paciente, pero en todos los casos fracasó.

Parece que no le interesa al murciélago vampiro el punto de donde pueda sacar la sangre. En el oeste de Méjico, Beebe conoció un murciélago vampiro que atacaba a los caballos.

"Todas las mañanas, dice, los caballos demostraban señales evidentes de las visitas de los murciélagos sedientos de sangre; largos hilillos de sangre colgaban de sus cabezas y de sus espaldas. Y en la Guinea británica, los vampiros abundaban tanto en Matope, que todas las tardes uno de los servidores reunía los cojines de las sillas que se hallaban en el corredor y los ocultaba en el interior de la casa debajo de un sofá. De otro modo, los perros, que acostumbraban a dormir en esos cojines, los habrían manchado con su sangre".

El Revdo. Walter G. White, un misionero describiendo sus experiencias, dice: "Los perros de los indios pierden casi todos sus cachorros debido a los ataques de los vampiros. Las madres saben cómo revolcarse y aplastar a estas horribles creaturas; pero son impotentes para salvar a sus cachorros. Una de nuestras perras preferidas acostumbraba a correr de aquí allá aullando y ladrando a las puertas de nuestras alcobas, pidiéndonos ayuda para librar a sus cachorros de estos terribles enemigos.

"Debíamos proteger los gallineros con redes de alambre y los terneros sufrían mucho por los ataques de los vampiros. Enflaquecían y muchos morían antes de alcanzar un tamaño que les permitiera soportar esta continua pérdida de sangre. En cierta ocasión, mientras dormía fuí atacado por un vampiro. No supe nada hasta la mañana siguiente, cuando llamó mi atención una gran mancha de sangre en mi hamaca. El examen de mis pies me mostró un hoyo redondo de cerca de tres octavos de pulgada de diámetro y un octavo de pulgada de profundidad en uno de mis dedos. La circunferencia de la herida era muy regular".

Hablando de sus observaciones personales con vampiros, Mr. Beebe dice:

"Yo he sido mordido varias veces por murciélagos. Sólo en dos ocasiones desperté y debido a eso perdí más sangre que la que podía contener el estómago del vampiro que es poco más grande que un dedal. Cuando el murciélago emplea uno de sus métodos de mordedura, la herida sangra rara vez. Si el murciélago concluye su operación sin ser molestado, no se pierde una gota de sangre y la herida no se infecciona. El mismo vampiro se encarga de llenar la herida con una materia parecida a la seda. La naturaleza exacta de este método empleado, la razón por qué el durmiente rara vez despierta y el origen y naturaleza de este tapón antiséptico, son cosas que todavía tiene que explicar la ciencia".

Un estudio de los murciélagos vampiros explica por qué los antiguos aceptaron con tanta credulidad las horribles historias y leyendas de hechos perpetrados por los vampiros, no sólo irracionales sino que también humanos, como el que se ve en el famoso cuadro "El Vampiro", pintado por Sir Edward Burne-Jones, basado en tantas leyendas de las edades antiguas. Muchas de estas historias de vampiros tienen su origen en los murciélagos chupadores de sangre.

El famoso cuadro de Sir Edward Burne-Jones, "El Vampiro", en el que se ve un demonio en forma humana, atacando a una persona dormida. Las horribles tradiciones y leyendas de la Edad Media que hablan de vampiros, tienen, según los hombres científicos de hoy día, su origen en los murciélagos chupadores de sangre.

Se expende en tubos de 20 tabletas y en sobrecitos de 1 y 2 tabletas. No acepte tabletas sueltas que pueden ser sustitutos nocivos.

Elizabide el vagabundo

¿Cer zala usté cenuben enamoratzia?
Sillau ís hira eta guitarra jotzia.

(Canto popular)

Por

Pío Baroja

ILUSTRO

Molina La Hitte

MUCHAS veces, mientras trabajaba en aquel abandonado jardín, Elizabide el Vagabundo, se decía, al ver pasar a Maintoni, que volvía de la iglesia:

—¿Qué pensará? ¿Vivirá satisfecha?

¡La vida de Maintoni le parecía tan extraña! Porque era natural que quien como él había andado siempre a la buena de Dios rodando por el mundo, encontrara la calma y el silencio de la aldea deliciosos; pero ella, que no había salido nunca de aquel rincón, ¿no sentiría deseos de asistir a teatros, a fiestas, a diversiones, de vivir otra vida más espléndida, más intensa? Y como Elizabide el Vagabundo, no se daba respuesta a su pregunta, seguía removiendo la tierra con su azadón filosóficamente.

—Es una mujer fuerte—pensaba después; —su alma es tan serena, tan clara, que llega a preocupar. Una preocupación científica, sólo científica, eso es claro. Y Elizabide el Vagabundo, satisfecho de la seguridad que es concedía a sí mismo de que íntimamente no tomaba parte en aquella preocupación, seguía trabajando en el jardín abandonado de su casa.

Era un tipo curioso el de Elizabide el Vagabundo. Reunía todas las cualidades y defectos del vascongado de la costa: era audaz, irónico, perezoso, burlón. La ligereza y el olvido constituían la base de su temperamento: no daba importancia a nada, se olvidaba de todo. Había gastado casi entero su escaso capital en sus correrías por América, de periodista en un pueblo, de negociante en otro, aquí vendiendo ganado, allá comerciando en vinos. Estuvo muchas veces a punto de hacer fortuna, lo que no consiguió por indiferencia. Era de esos hombres que se dejan llevar por los acontecimientos sin protestar nunca. Su vida, él la comparaba con la marcha de uno de esos troncos que van por el río, que si nadie los recoge se pierden al fin en el mar.

Su inercia y su pereza eran más de un pensamiento que de manos; su alma huía de él muchas veces: le bastaba mirar al agua corriente, contemplar una nube o una estrella para olvidar el proyecto más importante de su vida, y cuando no lo olvidaba por esto, lo abandonaba por cualquier otra cosa, sin saber por qué muchas veces.

Ultimamente se había encontrado en una estancia del Uruguay, y como Elizabide era agradable en su trato y no muy desagradable en su aspecto, aunque tenía ya sus treinta y ocho años, el dueño de la estancia le ofreció la mano de su hija, una muchacha bastante fea que estaba en amores con un mulato. Elizabide, a quien no le parecía mal la vida salvaje de la estancia, aceptó, y ya estaba para casarse cuando sintió la nostalgia de su pueblo, del color a heno de sus montes, del paisaje brumoso de la tierra vascongada. Como en sus planes no entraban las explicaciones bruscas, una mañana, al amanecer, advirtió a los padres de su futura que iba a ir a Montevideo a comprar el regalo de boda; montó a caballo, luego en el tren; llegó a la capital, se embarcó en un transatlántico, y después de saludar cariñosamente la tierra hospitalaria de América, se volvió a España.

Llegó a su pueblo, un pueblecillo de la provincia de Guipúzcoa; abrazó a su hermano Ignacio, que estaba allí de boticario; fué a ver a su nodriza, a quien prometió no hacer ninguna escapatoria más, y se instaló en su casa. Cuando corrió por el pueblo la voz de que no sólo no había hecho dinero en América, sino que lo había perdido, todo el mundo recordó que antes de salir de la aldea ya tenía fama de fatuo, de insubstancial y de vagabundo.

El no se preocupaba absolutamente nada por estas cosas; cavaba su huerta, y en los ratos perdidos trabajaba en construir una canoa para andar por el río, cosa que a todo el pueblo indignaba.

Elizabide el Vagabundo creía que su hermano Ignacio, la mujer y los hijos de éste le desdeñaban, y por eso no iba a visitarles más que de cuando en cuando; pero pronto vió que su hermano y su cuñada le estimaban y le hacían reproches porque no iba a verlos. Elizabide comenzó a acudir a casa de su hermano con más frecuencia.

La casa del boticario estaba a la salida del pueblo, completamente aislada; por la parte que miraba al camino tenía un jardín rodeado de una tapia, y por encima de ella salían ramas de laurel de un verde osbcuro que protegían algo la fachada del viento norte. Pasando el jardín estaba la botica.

La casa no tenía balcones, sino sólo ventanas, y éstas abiertas en la pared sin simetría alguna; quizás esto era debido a que algunas de ellas estaban tapiadas.

Al pasar en el tren o en el coche de las provincias del norte, ¿no habéis visto casas solitarias que, sin saber por qué os daban envidia? Parece que allá dentro se debe vivir bien, se adivina una existencia dulce y apacible; las ventanas con cortinas hablan de interiores casi monásticos, de grandes habitaciones amuebladas con arcas y cómodas de nogal, de inmensas camas de madera; de una existencia tranquila, sosegada, cuyas horas pasan lentas, medidas por el viejo reloj de alta caja que lanza en la noche su sonoro tictac.

La casa del boticario era de éstas: en el jardín se veían jacintos, heliotropos, rosales y enormes hortensias que llegaban hasta la altura de los balcones del piso bajo. Por encima de la tapia del jardín caían como en cascada un torrente de rosas blancas, sencillas, que en vascuence se llaman **choruas** (locas) por lo frívolas que son y por lo pronto que se marchitan y se caen.

Cuando Elizabide el Vagabundo fué a casa de su hermano, ya con más confianza, el boticario y su mujer, seguidos de todos los chicos, le enseñaron la casa, limpia, clara y bien oliente; después fueron a ver la huerta, y aquí Elizabide el Vagabundo vió por primera vez a Maintoni, que, con la cabeza cubierta con un sombrero de paja,

(Continúa en la página siguiente)

estaba recogiendo guisantes en la falda del delantal. Elizabide y ella se saludaron fríamente.

—Vamos hacia el río — le dijo a su hermana la mujer del boticario. — Diles a las chicas que lleven el chocolate allí.

Maintoni se fué hacia la casa, y los demás, por una especie de túnel largo formado por perales que tenían las ramas extendidas como las varillas de un abanico, bajaron a una plazoleta que estaba junto al río, entre árboles, en donde había una mesa rústica y un banco de piedra. El sol, al penetrar entre el follaje, iluminaba el fondo del río y se veían las piedras redondas del cauce y los peces que pasaban lentamente brillando como si fueran de plata. La tarde era de una tranquilidad admirable: el cielo azul, puro y tranquilo.

Antes del caer de la tarde las dos muchachas de casa del boticario vinieron con bandejas en la mano trayendo chocolate y bizcochos. Los chicos se abalanzaron sobre los bizcochos como fieras. Elizabide el Vagabundo habló de sus viajes, contó algunas aventuras, y tuvo suspensos de sus labios a todos. Sólo ella, Maintoni, pareció no entusiasmarse gran cosa con aquellas narrarraciones.

—Mañana vendrás, tío Pablo, ¿verdad? — le decían los chicos.

—Sí, vendré.

Y Elizabide el Vagabundo se marchó a su casa y pensó en Maintoni y soñó con ella. La veía en su imaginación tal cual era: chiquitilla, esbelta, con sus ojos negros, brillantes, rodeada de sus sobrinos, que la abrazaban y la besuqueaban.

Como el mayor de los hijos del boticario estudiaba el tercer año del bachillerato, Elizabide se dedicó a darles lecciones de francés, y a estas lecciones se agregó Maintoni.

Elizabide comenzaba a sentirse preocupado con la hermana de su cuñada, tan serena, tan inmutable; no se comprendía si su alma era una alma de niña sin deseos ni aspiraciones, o si era una mujer indiferente a todo lo que no se relacionase con las personas que vivían en su hogar. El vagabundo la solía mirar absorto. ¿Qué pensará?, se preguntaba. Una vez se sintió atrevido, y la dijo:

—¿Y usted no piensa casarse, Maintoni?

—¡Yo! ¡casarme!

—¿Por qué no?

—¿Quién va a cuidar de los chicos si me caso? Además, yo ya soy **nesca-zarra** (solterona) — contestó ella riéndose.

—¡A los veintisiete años solterona! Entonces yo, que tengo treinta y ocho, debo de estar en el último grado de la decrepitud.

Maintoni a esto no dijo nada; no hizo más que sonreír.

Aquella noche Elizabide se asombró al ver lo que le preocupaba Maintoni.

—¿Qué clase de mujer es ésta? — se decía. — De orgullosa no tiene nada, de romántica tampoco, y sin embargo...

En la orilla del río, cerca de un estrecho desfiladero, brotaba una fuente que tenía un estanque profundísimo; el agua parecía allí de cristal por lo inmóvil. Así era quizás el alma de Maintoni — se decía Elizabide — y sin embargo...— Sin embargo, a pesar de sus definiciones, la preocupación no se desvanecía; al revés iba haciéndose mayor.

Llegó el verano; en el jardín de la casa del boticario reuníanse toda la familia, Maintoni y Elizabide el Vagabundo. Nunca fué éste tan exacto como entonces, nunca tan dichoso y tan desgraciado al mismo tiempo. Al anochecer, cuando el cielo se llenaba de estrellas y la luz pálida de Júpiter brillaba en el firmamento, las conversaciones se hacían más íntimas, más familiares, cortadas por el canto de los sapos. Maintoni se mostraba más expansiva, más locuaz.

A las nueve de la noche, cuando se oía el sonar de los cascabeles de la diligencia que pasaba por el pueblo con un gran farol sobre la capota del pescante, se disolvía la reunión y Elizabide se marchaba a su casa haciendo proyectos para el día le mañana, que giraban siempre alrededor de Maintoni.

A veces, desalentado, se preguntaba: — ¿No es imbécil haber recorrido el mundo para venir a caer en un pueblecillo y enamorarse de una señorita de aldea? ¡Y quién se atrevía a decirle nada a aquella mujer, tan serena, tan impasible!

Fué pasando el verano, llegó la época de las fiestas, y el boticario y su familia se dispusieron a celebrar la romería de Arnazabal como todos los años.

—¿Tú también vendrás con nosotros? — le preguntó el boticario a su hermano.

—Yo, no.

—¿Por qué no?

—No tengo ganas.

—Bueno, bueno; pero te advierto que te vas a quedar solo, porque hasta las muchachas vendrán a quedar con nosotros.

—¿Y usted también? — dijo Elizabide a Maintoni.

—Sí. ¡Ya lo creo! A mí me gustan mucho las romerías.

—No hagas caso, que no es por eso— replicó el boticario. —Va a ver al médico de Arnazabal, que es un muchacho joven que el año pasado le hizo el amor.

—¿Y por qué no? —exclamó Maintoni, sonriendo.

Elizabide el Vagabundo palideció, enrojeció; pero no dijo nada.

La víspera de la romería, el boticario le volvió a preguntar a su hermano:

—Conque vienes o no?

—Bueno, iré—murmuró el vagabundo.

Al día siguiente, se levantaron temprano y salieron del pueblo, tomaron la carretera, y después, siguiendo veredas, atravesando prados cubiertos de altas hierbas y de púrpuras digitales, se internaron en el monte. La mañana estaba húmeda, templada; el campo mojado por el rocío; el cielo azul muy pálido, con algunas nubecillas blancas que se deshilachaban en estrías tenues. A las diez de la mañana, llegaron a Arnazabal, un pueblo en un alto, con su iglesia, su juego de pelota en la plaza, y dos o tres calles formadas por caseríos.

Entraron en el caserío, propiedad de la mujer del boticario, y pasaron a la cocina. Allí comenzaron los agasajos y los grandes recibimientos de la vieja de la casa, que abandonó su labor de echar ramas al fuego y de mecer la cuna de un niño; se levantó del fogón bajo, en donde estaba sentada, y saludó a todos, besando a Maintoni, a su hermana y a los chicos. Era una vieja flaca, acartonada, con un pañuelo negro en la cabeza; tenía la nariz larga y ganchuda, la boca sin dientes, la cara llena de arrugas y el pelo blanco.

—¿Y vuestra merced es el que estaba en las Indias? — preguntó la vieja a Elizabide, encarándose con él.

—Sí; yo era el que estaba allá.

Como habían dado las diez, y a esta hora empezaba la Misa mayor, no quedaba en casa más que la vieja. Todos se dirigieron a la iglesia.

Antes de comer, el boticario, ayudado de su cuñada y de los chicos, disparó desde una ventana del caserío una barbaridad de cohetes, y después bajaron todos al comedor. Había más de veinte personas en la mesa, entre ellas el médico del pueblo, que se sentó cerca de Maintoni, y tuvo para ella y para su hermano un sin fin de galanterías y de oficiosidades.

Elizabide el Vagabundo sintió una tristeza tan grande en aquel momento, que pensó en dejar la aldea y volverse a América. Durante la comida, Maintoni le miraba mucho a Elizabide.

—Es para burlarse de mí — pensaba éste. — Ha sospechado que la quiero, y coquetea con el otro. El golfo de Méjico tendrá que ser otra vez conmigo.

Al terminar la comida eran más de las cuatro; había comenzado el baile. El médico, sin separarse de Maintoni, seguía galanteándola, y ella seguía mirando a Elizabide.

Al anochecer, cuando la fiesta estaba en su esplendor, comenzó el **aurrescu**. Los muchachos, agarrados de las manos, iban dando vuelta a la plaza, precedidos de los tamborileros; dos de los mozos se destacaron, se hablaron, parecieron vacilar, y descubriéndose, con las boinas en la mano, invitaron a Maintoni para ser la primera, la reina del baile. Ella trató de disuadirles en vascuence: miró a su cuñado, que sonreía; a su hermana, que también sonreía, y a Elizabide, que estaba fúnebre.

—Anda, no seas tonta, — le dijo su hermana.

Y comenzó el baile con todas sus ceremonias y sus saludos, recuerdos de una edad primitiva y heroica. Concluído el **aurrescu**, el boticario sacó a bailar el fandango a su mujer, y el médico joven a Maintoni.

Obscureció: fueron encendiéndose hogueras en la plaza, y la gente fué pensando en la vuelta. Después de tomar chocolate en el caserío, la familia del boticario y Elizabide emprendieron el camino hacia la casa.

A lo lejos, entre los montes, se oían los **irrintzis** de los que volvían de la romería, gritos como relinchos salvajes. En las espesuras brillaban los gusanos de luz como estrellas azuladas, y los sapos lanzaban su nota de cristal en el silencio de la noche serena.

De vez en cuando, al bajar alguna cuesta, al boticario se le ocurría que se agarraran todos de la mano, y bajaban la cuesta cantando:

Aita San Antoniyo Urquiyolacua. Ascoren biyotzeco santo devotua.

A pesar de que Elizabide quería alejarse de Maintoni, con la cual estaba indignado, dió la coincidencia de que ella se encontraba junto a él. Al formar la cadena ella le daba la mano, una mano pequeña, suave y tibia. De pronto, al boticario, que iba el primero, se le ocurría pararse y empujar para atrás, y entonces se daban encontronazos los unos contra los otros, y a veces Elizabide recibía en sus brazos a Maintoni. Ella reñía alegremente a su cuñado, y miraba al vagabundo siempre fúnebre.

—Y usted, ¿por qué está triste? — le preguntó Maintoni con voz maliciosa, y sus ojos negros brillaron en la noche.

—¡Yo! No sé. Esta maldad de hombre que sin querer le entristecen las alegrías de los demás.

—Pero usted no es malo — dijo Maintoni, y le miró tan profundamente con sus ojos negros, que Elizabide el Vagabundo se quedó tan turbado, que pensó que hasta las mismas estrellas notarían su turbación.

—No, no soy malo — murmuró Elizabide; — pero soy un fatuo, un hombre inútil, como dice todo el pueblo.

—¿Y eso le preocupa a usted, lo que dice la gente que no le conoce?

—Sí, temo que sea la verdad, y para un hombre que tendrá que marcharse otra vez a América, ese es un temor grave.

¡Marcharse! ¿Se va usted a marchar? — murmuró Maintoni con voz triste.

—Sí

—¿Pero por qué?

—¡Oh! A usted no se lo puedo decir.

—¿Y si yo lo adivinara?

(Concluye a la vuelta)

BARQUITOS de papel....

El timón es la certeza de llegar al puerto. Verlo comunica fé, da valor, infunde confianza. El nos guiará por entre azares y peligros a la seguridad y al descanso de la tierra firme.

La **CRUZ BAYER** es un nombre que inspira ese mismo sentimiento. Producto que la lleva es nave con "timón". Y ese "timón" que por años y años ha cumplido tan gloriosamente su deber, es prenda segura de que hallaremos el alivio buscado.

¡Imitaciones, novedades, substitutos? ¡Barquitos de papel! ¡Juguetes de un instante que la ola del buen sentido barre hacia la nada!

Los tres productos **BAYER** que más beneficios han prestado a la humanidad son;

BAYASPIRINA
(Tabletas Bayer de Aspirina)
Prescrita por los médicos en todas partes del mundo.

CAFIASPIRINA
(Premiada con Medalla de Oro)
El analgésico por excelencia para los dolores con depresión nerviosa y

FENASPIRINA
El remedio moderno para los resfriados, la grippe, la influenza, etc., cuya característica es la de ser perfectamente bien tolerada por el estómago.

BAYER M.E.R.

Bayaspirina: de éter compuesto etánico del ácido orto-oxibenzoico.
Cafiaspirina: M. R.: éter compuesto etánico del ácido orto-benzoico con 0.05 gr. Cafeína.
Fenaspirina. M. R.: éter compuesto etánico del ácido orto-oxibenzoico con paracetfenetidina.

PARA LAS HACENDOSAS

Para dar brillo a los muebles

Se hace una muñequilla con un trozo de franela suave envuelto en un trapo usado y se echan en esta muñequilla dos gotas de aceite de almendras y otras dos gotas de espíritu de vino, frotando en seguida el mueble en sentido circular, hasta sacar el lustre requerido.

Para planchar bordados

Se dobla varias veces una manta hasta formar una especie de almohada. Se colocan encima los bordados por la parte del revés y se planchan muy por igual.

Para quitar las manchas de café

Estas manchas no resisten mucho a varios tratamientos de los cuales el más eficaz es frotar la parte manchada con un poco de glicerina o, mejor, con una mezcla de yema de huevo con glicerina en partes iguales. Después se lava la prenda con agua caliente y la mancha desaparece.

Para pegar los objetos de yeso

Para ello se disuelven pequeños fragmentos de celuloide en éter y después de tenerlos en maceración dos horas, se decanta la mezcla; la parte espesa que queda es un excelente cemento insoluble en el agua y, por lo tanto, que no se desprende con la humedad, como pasa con otras composiciones que se suelen emplear para pegar yeso.

Para exterminar los ratones

Recomendamos este procedimiento tan sencillo que da los mejores resultados. Se echan en agua unos cuantos periódicos viejos, hasta que el papel quede reducido a pulpa, esta pulpa se empapa después con una solución de ácido oxálico — una cucharada para un litro de agua — y antes de que se seque se tapa con esta especie de pasta las entradas de las cuevas de los ratones. Haciendo con cuidado esta operación, se verá que al poco tiempo las ratas con todos sus inconvenientes han desaparecido.

Para limpiar los metales

Con este objeto se venden unas servilletas llamadas mágicas o brujas las cuales son sumamente sencillas de preparar en casa, resultando muy económicas.

Se toma un trozo de tela de algodón de unos setenta centímetros de largo por cuarenta de ancho y se impregna de una solución compuesta de las sustancias siguientes: Agua, 20 gramos. Trípoli blanco, 2 gramos. Jabón blanco, 4 gramos. Se deja secar la tela y con ella se frotan los plaqués y bronces, obteniendo un brillo extraordinario.

Para conservar las alfombras

Las hojas de té que ya han suministrado infusiones se conservarán con cuidado, sirviéndose de de ellas para frotar ligeramente las alfombras de lana y de este modo se avivarán los colores. En los países fríos se frotan las alfombras con nieve, el polvo es absorbido y vuelven de nuevo los colores brillantes. Muchas personas prefieren al empleo de las hojas de té, el de las hojas secas de zanahorias u hojas de col cortadas en pedazos. Estos procedimientos son, en efecto, mejores cuando se trata de alfombras de colores claros o blancos. También se pueden limpiar con bencina ayudada de una muñequilla de franela. Pero es necesario no usar estos medios muy seguido, debiendo abstenerse de barrer las alfombras todos los días. La pelusa se quita a diario por medio de un escobillón de cerdas suaves.

Las dueñas de casa previsoras hacen poner debajo de las alfombras una gruesa capa de papel de envolver, lo que impide la humedad en los pisos bajos y por lo tanto el deterioro que la humedad trae para la alfombra.

Para conservar las pieles

Las pieles pueden fácilmente conservarse al abrigo de los ataques de la polilla y de otros insectos dañinos si se las sacude cuidadosamente. Esta operación de sacudir al aire debe ser seguida de la aplicación de un peine de púas largas, de este modo, peinándolas, se les quita todo el polvo y la polilla, que forma su nido en las pequeñas acumulaciones de polvo se destruye infaliblemente. Esta receta es preferible al empleo de plantas aromáticas, alcanfor, neftalina, pimienta, que para ser eficaz debe repetirse con frecuencia.

La bencina mata los insectos, pero se evapora demasiado pronto, el ácido fénico gasta más tiempo en evaporarse y aleja la polilla. Su empleo es el siguiente: Se llena hasta la mitad un frasco con ácido fénico, teniendo cuidado de haber antes introducido en el frasco una esponja, para lo cual se elegirá un frasco que tenga el gollete ancho. Este frasco destapado se coloca en los armarios o cajones de la cómoda que contenga los objetos que se quiere preservar.

Para lavar franela

La franela tiene el defecto de contraerse al lavarse, sobre todo la franela fina. Es necesario, además, tanto para ésta como para la franela cruzada, tomar muchas precauciones al lavarla.

Antes de hacer las prendas a que esté destinada la franela, es conveniente hacerla sufrir la siguiente preparación: Bien sacudida para quitarle el apresto, se pone doblada en una tina y se le echa poco a poco agua hirviendo, en la cual se habrán disuelto 25 gramos de jabón amarillo por cada cuatro litros de agua. Se la deja sumergida hasta que el agua se enfríe. Se saca entonces la franela, se tuerce y se seca al aire libre. Preparada así la franela ya no encoje después al lavarla nuevamente.

Para limpiar las frazadas

Se dejan toda una noche en un baño en que se habrán disuelto tres cucharadas de bórax y de jabón. Se frotan muy ligeramente por la mañana, se enjuagan en dos aguas y se cuelgan para que sequen. No hay necesidad de torcerlas. El bórax no sólo está indicado para las frazadas de lana, sino para las de algodón. Debe preferirse a la soda.

—¿Cuántas clases de imán conoce usted?
—Dos.
—¿Quiere usted nombrarlas?
—Sí, señor; rubias y morenas.

ELIZABIDE EL VAGABUNDO (Conclusión)

—Entonces lo sentiría mucho, porque se burlaría usted de mí, que soy viejo...

—¡Oh, no!

—Que soy pobre.

—No importa.

—¡Oh, Maintoni! ¿De veras? ¿No me rechazaría usted?

—No; al revés.

—Entonces... ¿me querrás como yo te quiero? —murmuró Elizabide el Vagabundo en vascuence.

—Siempre, siempre... — Y Maintoni inclinó su cabeza sobre el pecho de Elizabide y éste la besó en su cabellera castaña.

—¡Mantoni! ¡Aquí! — le dijo su hermana, y ella se alejó de él; pero se volvió a mirarle una vez, y muchas.

Y siguieron todos andando hacia el pueblo por los caminos solitarios. En derredor vibraba la noche llena de misterios; en el cielo palpitaban los astros. Elizabide el Vagabundo, con el corazón anegado de sensaciones inefables, sofocado de felicidad, miraba con los ojos muy abiertos una estrella lejana, y le hablaba en voz baja...

CUENTOS INFANTILES

LA MERIENDA

Matilde, tras de mucho corretear por el campo, encontró el mejor sitio.

Fresca y cristalina brotaba una fuente bajo las ramas de una tupida higuera, y estaban éstas tan bien dispuestas, que ofrecían de una vez al cansado caminante, comedor, mesa, silla y postres, grata y gratuitamente.

Matilde se dispuso, por lo tanto, a merendar, mejor dicho, a devorar todo cuanto de apetitoso le había puesto su madre en la cestita, cuando el dolorido y estridente piar de un ave rasgó la plácida quietud campestre.

Matilde aguzó el oído.

De no muy lejos llegaba el lastimero pío de un zorzal pidiendo socorro...

No tardó Matilde en descubrir un astroso y muy feo asaltador de nidos.

En la torpe mano del rapaz, dos tiernos pichoncitos contestaban al angustioso piar del padre.

Matilde, tras mucha insistencia, rescató los dos cautivos mediante la entrega de su merienda. Encaramóse al árbol la bondadosa niña, y de esta suerte volvió a reinar en el nido la interrumpida alegría.

Cantaron los pequeñines de puro contento al verse de nuevo en casa.

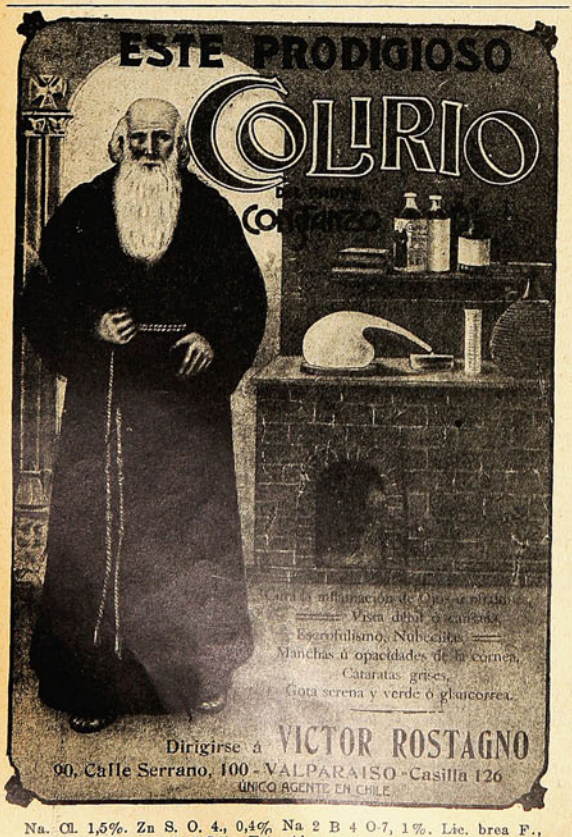
Pero por mucho que demostraron su gratitud con sus cantos, Matilde no tardó en echar de menos su merienda y lloró, ¡lloró mucho, sin imaginarse que otro contratiempo le amenazaba, cien veces peor todavía!

En efecto, una horrible gitana, oculta tras el tronco de un árbol, espiaba a la niña, y no tardó en echarse sobre la presa...

—¡Es inútil, no chilles! ¡El campo está desierto y nadie ha de socorrerte! ¡Dormirás junto a un oso y tocarás la pandereta cuando baile! ¡Anda, vente conmigo sin tardanza!

Matilde sintióse desfallecer. ¡Nadie llegaba a socorrerla, y la gitana le tapaba la boca!

Y a no ser por las aves, que, descargando su furia a picotazos en los verdes ojos de la gitana, devolvieron el favor recibido, Matilde no hubiese podido merendar, al cabo de poco rato, ya en su casa, dulcemente recostada en el regazo materno.



Na. Cl. 1,5%. Zn S. O. 4., 0,4%, Na 2 B 4 O 7, 1%. Lic. brea F., N. 0,5%, Est. Aloe sec, c. c.

Difusión Científica

LAS VALVAS DE UN MOLUSCO FOSIL QUE SIEMPRE SE ENCUENTRAN QUEBRADAS

LA MISTERIOSA CYPRICARDIA ENIGMATICA

Por Enrique Ernesto Gigoux

EN la región litoral del norte del país, donde la falta de vegetación permanente o su intermitencia irregular en tenerla, permite el inmediato conocimiento del terreno que se presenta como un mapa, exponiendo sus accidentes y detalles, se puede juzgar de la elocuencia muda con que la naturaleza cuenta capítulos de su pasada historia que tiene escritos en sus capas geológicas, en sus rocas y fósiles, en sus areniscas y conglomerados.

Cuando se recorren esos campos, las lecciones brotan de aquel suelo y la meditación del cerebro, al considerar ese lejano pasado que tiene un archivo inalterable y permanente, y sólo útil e inteligible para los que saben leerle.

Mientras más cerca se llega hacia el mar, más evidente son las demostraciones que dejó la vida antigua con sus restos completos o fragmentados en alta proporción.

Son esos lugares donde los vientos ayudan al reconocimiento de los terrenos, siempre descubiertos; hay grandes desniveles del suelo, como en el puerto de Caldera, que simulan escalones, como si enormes olas terrosas hubiesen detenido su avance, petrificadas de repente.

Ahí está "La Cantera", con sus gruesas capas de arcillas terciarias y por donde pasan los dilatados terrenos fosilíferos. Y como en toda la extensión de ese campo, los aluviones han acarreado materiales diversos y disfrazado las diferentes capas geológicas que en ocasiones cuesta reconocer.

Esa parte es rica en fósiles, y entre vértebras grandes y pequeñas y otros huesos variados, se encuentran por miles y por millones conchas de distintos moluscos.

Entre muchas, relativamente frágiles, se encuentra la **Cypricardia enigmática**, molusco bivalvo, de concha muy gruesa, blanca, de un purísimo blanco añoo por el tiempo, y opaco, que mide por término medio, 150 mm. de diámetro antero-posterior, y cada valva tiene un espesor de 16 mm. más o menos en la parte media e inmediata a la charnela.

Pero, esta concha tan gruesa, tan firme, tan sólida, se encuentra invariablemente quebrada, hasta el extremo de que nadie nunca ha encontrado una completa.

Con trabajadores preparados y dirigiendo personalmente la faena de excavar y revolver el terreno, no encontré jamás una completa, y apenas si alguna vez hallé menos de la mitad de alguna, pues, no alcanzan a ese tamaño los pedazos que se recogen.

El ilustre don Claudio Gay, tuvo que conformarse con un fragmento para representar la especie en las láminas de su atlas.

El Dr. Philippi no fué más afortunado. El no vió nunca una entera.

Parece que una hada fatídica empleó toda una época milenaria en romper todas las conchas de **Cypricardia enigmática**, para no dejar ni una completa a los coleccionadores y naturalistas de aquel porvenir.

Quiero suponer que aquella hada perverse se murió al terminar la destrucción de todas las **Cypricardias**, porque las conchas de las demás especies de moluscos, algunas muy frágiles o débiles, no presentan señales de esa masacre y generalmente se encuentran en buen estado y enteras.

Cuando aquella concha ingresó al reino de los fósiles, el hombre no habría aparecido sobre la tierra. Y después, para ningún anfepasado, para ninguno de aquellos habitantes primitivos sería tarea útil o divertida la de ocupar la vida machacando sólo esas conchas y no otras también, o todas.

Si la destrucción fué ocasionada por animales que se alimentaban de ella, como ocurre con las gaviotas que se elevan llevando en el pico un molusco bivalvo y lo sueltan sobre las piedras desde cierta altura, para romperlo así y comérselo en seguida, habría la objeción de que no todas las valvas de tal molusco están quebradas, porque el mar arroja conchas que las aves no tienen ya para qué romper.

Y muchos moluscos mueren antes que los pájaros los cojan vivos y entonces las conchas se abren, evitando su destrucción por el golpe de la caída, porque la gaviota come el contenido sin hacer ningún trabajo.

A la naturaleza, que no tiene uniformidad en sus hechos maléficos, no se le puede culpar de la destrucción general de las **Cypricardias**, porque los elementos destructores, como fuerza bruta, romperían todo o nada.

Si fueron mamíferos, grandes peces o reptiles, los que para alimentarse también con ellas las quebraban, hay siempre la objeción de que no es posible admitir de que todos aquellos moluscos murieron reventados por aquellas mandíbulas, porque muchísimos perecían por otras causas que conservaban sus conchas.

Y las causas físicas o químicas habrían influido mejor en las conchas delgadas que se han conservado intactas y completas, que las gruesas destruídas.

Esa destrucción de la **Cypricardia enigmática**, es, hasta hoy, un enigma, y seguramente la especie seguirá llamándose **Cypricardia enigmática**.

E L E G A N C I A S

Los trajes y abrigos de tarde para la presente temporada tienen una sobriedad refinada, y cada modelo, con su propio "sprit" y personalidad, se adapta a cada tipo de mujer.

La línea recta y el talle bajo son, en los abrigos, las características más salientes, así como la amplitud de la parte baja, conseguida por frunces y volantes superpuestos.

En los trajes, la línea recta es obtenida por una sucesión de cortes complicados que disimulan la amplitud de la falda.

Tanto en los abrigos como en los trajes, las caderas son el punto esencial de la nueva línea. De ellas parten, cuando se trata de cortes en forma de campana, los volantes, frunces, godets, drapeados y enroulements.

Se nota alguna irregularidad en el largo de las faldas; en ningún caso resulta un atentado a la silueta actual; todo lo contrario la mujer gana en esbeltez, gracilidad y belleza de línea. Por conquistar estas tres cosas, Fémina está completamente decidida a no admitir ninguna tendencia que tienda a alterar la línea graciosa y joven que le presta la falda corta; pero, en realidad, ésta se mantiene en el mismo límite, y sólo tienen mayor largura los adornos superpuestos, que son los que hacen la silueta irregular.

Las sedas semi rígidas que se utilizan en los actuales trajes y abrigos de vestir se prestan mejor que los tejidos flojos para la confección muy "habillée" que caracteriza la moda presente. Moiré, satén espeso, terciopelo liso o estampado (este material cuajado de puntos de confetti, estrellas, hojas y flores minúsculas, motivos imitando breves trazos de pluma), terciopelos estampados sobre vuelos, crespón, muselina, lamés muy fuertes, etc., tales son los tejidos más en boga para los trajes de tarde.

En cuanto a los abrigos, éstos son variados en extremo en la forma y en las telas que se utilizan para su confección. Todas las lanas mezcladas con seda, los terciopelos de lana, las lanillas de dos caras, el twill de seda, el terciopelo inglés, el satín flojo y rígido son los predilectos para el abrigo de vestir.

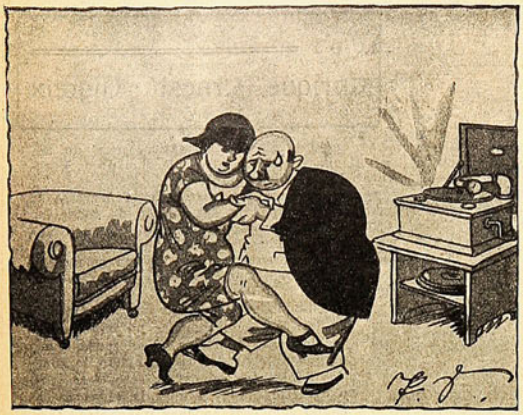
Generalmente éstos van guarnecidos ricamente de costosas pieles en el cuello y puños, y en algunos modelos bordeando la parte de abajo total o parcialmente. Se usan el astrakán, le renard, el chevrette y el armiño, éste primorosamente trabajado, formando incrustaciones cuadriculadas y dibujos exóticos. El kolinsky natural, el cordero rasé, visón, topo natural y decolorado, gacela, antílope, mono y chinchilla y el lapin, trabajado como la más delicada piel, cierran el conjunto de las más en boga.

La nota nueva y verdaderamente original la ofrecen los abrigos de piel de serpiente y de elefante, que no sabemos la aceptación que tendrán, pues los primeros son de muy poca duración y los segundos resultan de tacto muy desagradable.

En cuanto a los colores que imperan para trajes y abrigos de tarde, los más elegantes y que más se llevan son el negro, marrón beige en toda la escala, beige malva, beige rosa, parchemín, miel, etc. Los azules, tales como el real, amatista, pastel, agua marina, océano, jacinto; los rojos en todas las gamas, el laca verde, gris, rosa vieja, blanco, nácar, topacio y grége, nos ofrecen la gaya policromía de sus tonos bellos y juveniles.

CHISTES

CHARLESTON CON 30.° DE CALOR

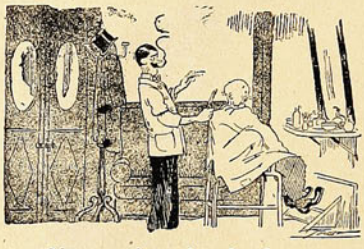


Escena inaugural.

Escena final

DISTINTA MEDIDA

Lo que haces por la hija...
¡No debes negárselo a tu suegra!



—¿Cómo arreglamos la cabeza?
—Más redondita.

—¡"Permita" Dios que seas juez y tengas que tomar declaración a cuarenta gitanos!

PRECOCIDAD

—Figúrate, mamá, que la Evita, esa chiquilla tonta, tiene un lápiz de chocolate.

Nerviosidad

decaimiento, anemia, precisan para su restablecimiento el empleo de

"PROMONTA"

(En tabletas y en polvo)

que es un preparado orgánico a base de substancias provenientes del sistema nervioso central, combinadas con vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

De venta en todas las boticas.

Agentes exclusivos para Chile: DAUBE y Cía.

M. r

PIXIAVON

es una excelente preparación para el lavado del cabello. Siendo a base de alquitrán, evita la caída del pelo, dejándolo suave y libre de caspa.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

M. R.

La musica y los musicos

Franz Schubert.

EL "AÑO DE SCHUBERT" EN AUSTRIA

Se encuentra en pleno desarrollo en Austria un programa de proyecciones verdaderamente gigantescas, en conmemoración del centenario de la muerte del gran compositor. Se inició dicho programa en el día de año nuevo, con la ejecución de la "Misa Alemana" de Schubert en todas las iglesias del país. El 22 de enero hubo un Festival de Schubert organizado por la Opera del Estado en colaboración con la Orquesta Filarmónica, y el 20 del mes en curso la Sociedad Vienesa de Oratorio representará tres números del melodrama "El Arpa Mágica".

Entre el 3 y el 17 de junio se celebrará la "Quincena Festiva de Viena", que consistirá en conciertos al aire libre por las más prestigiosas agrupaciones corales del país. Seguirá el 10.o Festival de Cantantes Alemanes, que reunirá en Viena entre el 19 y el 23 de junio a unos 150,000 miembros de sociedades corales alemanas del mundo entero. Se anticipa una grave congestión de los servicios de transporte y de los hoteles de Viena y ciudades vecinas, como consecuencia de tan enorme afluencia de forasteros. Para los conciertos vocales en masa se ha iniciado la construcción de una sala inmensa, toda de madera, con capacidad para 150,000 personas y el costo de la cual no bajará de 750,000 pesos de nuestra moneda.

La conmemoración oficial se efectuará cerca de la fecha del centenario de la muerte de Schubert, el 19 de noviembre. El progarama está en vías de preparación: será en sus líneas generales análogo al que se confeccionó para conmemorar el año pasado el centenario de Beethoven, aunque en este caso predominará la nota más liviana y alegre, en armonía con el carácter de la música de Schubert.

ANDRES SEGOVIA TRIUNFÓ RUIDOSAMENTE EN NUEVA YORK.

Andrés Segovia, el guitarrista español, ha ido avanzando con paso firme hasta colocarse en un puesto envidiable en el mundo de la música. Después de recorrer triunfalmente las capitales europeas, Segovia se ha presentado ante el público neoyorkino y ha obtenido un éxito memorable. Los críticos más reputados agotaron los superlativos al calificar la virtuosidad de Segovia. Fritz Kreisler, que junto con ser el primer violinista del mundo es un crítico musical de grande autoridad, tuvo para Segovia las siguientes palabras: "Sólo existen dos grandes músicos en el mundo: Casals y Segovia".

EL VICE-PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS, MUSICO

El General Charles G. Dawes, vice-Presidente de los Estados Unidos de Norte América, ha logrado destacarse en forma notable en diversas esferas de actividad. A sus condiciones de brillante militar, financista y banquero de nota, político sagaz y estadista, une la de ser un aficionado de la música de cualidades sobresalientes. En efecto, Mr. Dawes ha compuesto varias obras. Su "Melodía en La Mayor" es una composición de excelente factura. Los entendidos le asignan verdadero mérito, y tanto agrada a los públicos que la mayoría de los grandes violinistas la han incorporado a su repertorio.

Niccolo Paganini.

NICCOLO PAGANINI, 1781-1840

Paganini, el más famoso de todos los violinistas que el mundo ha conocido, nació en Génova en 1784, y murió en Niza en 1840. Alto, pálido, de figura espectral y ejecutante de diabólica habilidad, daba sin duda motivos para que la creencia popular le atribuyera facultades sobrenaturales y hasta pactos con Satán. Paganini alentaba tales creencias y se complacía en hacer resaltar las extrañas características de su personalidad.

En sus composiciones originales introdujo dificultades que sólo él podía dominar, y sus jiras de conciertos por Europa alcanzaron éxitos jamás superados. En Londres era seguido a todas partes por conpactas muchedumbres que apenas le permitían moverse, y que se estrechaban para tocarlo y cerciorarse de que realmente era de carne y hueso. Paganini inventó ciertos efectos en la ejecución de trozos para violín y desarrolló el pizzicato y los armónicos.

En la vida privada, Paganini también mostraba sus rarezas. Al encontrarse reunido con algunos amigos, era siempre el más jovial y conversador de todos; pero si alguien hablaba de música, en el acto se ponía taciturno y se retiraba. Por otra parte, cuando se encontraba solo conversaba con sí mismo durante horas.

Se dice que cuando Paganini estaba moribundo extendió la mano para que se le pasara su violín, el fiel compañero de su asombrosa carrera. Los que le escucharon han declarado que su improvisación de entonces fué la más notable de toda su vida.

El violín "Guarnerius" de Paganini es conservado en el Palacio Municipal de Génova.

CAPRICHOS Y RAREZAS DE LOS MUSICOS

BRAHMS parecía experimentar satisfacción con hacerse desagradable ante las personas a quienes recién conocía. En cierta ocasión, cuando había transcurrido cerca de una hora en una fiesta con nutrida concurrencia, Mozart se dirigió en voz alta a los presentes y con toda frescura les dijo: "Si hay aquí alguna persona a quien yo no haya ofendido esta noche, le pido mil perdones por la omisión."

* * *

ROSSINI, si no hubiera alcanzado celebridad como compositor musical, tal vez se habría hecho recordar por su indiferencia a toda prueba. Dícese que el autor de "Il Barbiere" dirigió la orquesta en el estreno de esta ópera. A los pocos minutos de iniciada la representación el público empezó a exteriorizar su desagrado, y aquello no tardó en convertirse en griterío ensordecedor. Con la mayor tranquilidad, Rosini continuó dirigiendo la obra hasta su última nota y se retiró como si nada hubiera ocurrido. Los artistas se vistieron apresuradamente para llevar una palabra de consuelo al pobre maestro, pero recibieron la más completa de las sorpresas, pues Rossini estaba profundamente dormido.

* * *

CHERUBINI era famoso por la mordacidad de algunas de sus observaciones. Cierta vez, mientras cruzaba con algunos amigos el patio de los Menus-Plaisirs, fué invitado a escuchar una sinfonía de un joven compositor que estaba suscitando agrias controversias. "¡Déjame", exclamó Cherubini. "No tengo interés por saber cómo no debe componerse."

LAS MAQUINAS PARLANTES Y LOS DISCOS

No sabemos si todavía existen personas empecinadas en desconocer a la máquina parlante sus méritos como elemento educacional y de vulgarización de la música de calidad.

Desde muchos años a esta parte la máquina parlante y el disco vienen llenando esa misión de valor indiscutible. Se argumentaba mucho en su contra, sosteniendo que eran elementos "mecánicos" por los cuales se fomentaba el mal gusto y se perjudicaban los entusiasmos de la juventud entregada a los largos y tediosos estudios de la música. Semejante argumentación es muy relativa.

DISCOS BUENOS Y DISCOS MALOS

No desconoceremos que ha existido, existe y existirá una proporción enorme de discos grabados con música de calidad pésima o de dudoso gusto; pero junto a éstos el público ha tenido la oportunidad de adquirir la mejor música de los compositores más célebres, interpretada por artistas de fama mundial.

LOS ULTIMOS ADELANTOS

Mediante la grabación eléctrica, los discos entregados a la venta en los últimos meses son admirables bajo muchos aspectos. Las ondulaciones diminutas en los surcos de los discos retienen todo el colorido de la música instrumental y los matices de la voz humana. Si se toman las precauciones elementales respecto del empleo de una aguja adecuada y se toca el disco a la velocidad requerida, se obtendrán resultados verdaderamente espléndidos. Si a ello se une el hecho de que en los nuevos discos se ha llegado a la eliminación casi total de los ruidos extraños causados antes por el roce de la aguja, y que los nuevos instrumentos reproducen todos los tonos y hasta la resonancia de la sala en que fué grabado el disco, se llegará a la conclusión de que la máquina parlante es un elemento no sólo de grande utilidad sino indispensable.

SECCION NUEVA DE "PARA TODOS"

El hecho de que existan discos de calidad excelente al lado de otros medioceres o pésimos, cosa que las compañías del ramo no pueden evitar para satisfacer las variadas exigencias de su clientela, nos induce a iniciar una nueva sección. En ella encontrarán nuestros lectores datos de interés relacionados con los mejores discos que se entreguen a la venta, las características que distinguen a los grandes artistan que graban discos, los inventos que agreguen nuevos perfeccionamientos a los instrumentos o a los discos, detalles sobre los cuidados requeridos para obtener los mejores resultados, etc.

PENSAMIENTOS DE LOS GRANDES MUSICOS

Componer música sin sentirla es mentir, porque las notas tienen un sentido tanto o más preciso que las palabras.

MENDELSSOHN

* * *

La primera concepción es la mejor y siempre la más natural. La razón puede equivocarse; el sentimiento, no.

SCHUMANN.

* * *

La simplicidad, la veracidad y la naturalidad son los grandes principios de lo bello en todas las producciones de las artes.

GLUCK

* * *

La música es un arte que nos ha dado Dios, y en la cual las voces de todas las naciones deben juntar sus plegarias en armonioso ritmo.

HALEVI

* * *

Una sonata es un discurso. ¿Qué diríamos de un hombre que partiera un discurso en dos partes y repitiera dos veces cada una de ellas? Tal es el efecto que me producen las repeticiones en música.

GRETRY.

* * *

Las grandes sonatas de Beethoven servirán de escala para medir el desenvolvimiento de nuestra inteligencia musical.

BERLIOZ

CORRESPONDENCIA

Por MERLINA

Un lector de "Para Todos".—Linares.— Haga preparar la mezcla siguiente: Tintura de nuez vómica, 10 gramos. Tintura de cantáridas, 1 gramo. Tintura de capsicum, 2 gramos. Tintura de quillay, 75 gramos. Tintura de jaborandi, 30 gramos. Agua de Colonia, 40 gramos. Durante tres semanas se hace una fricción diaria, en las mañanas, con un poco de esta mezcla, friccionando vigorosamente todo el cuero cabelludo. Luego hará las fricciones cada dos días y por fin dos veces por semana, hasta terminar el tratamiento con una sola vez a la semana, abandonándolo cuando vea que su pelo crece con vigor y en las condiciones que usted tanto desea.

Una lectora.—Santiago. — "Los motivos del Lobo" ya están entregados para su próxima publicación, bien puede que en esta misma revista aparezcan. En cuanto a la poesía de Chamizo, tendremos el mayor agrado en publicarla. Muchas gracias por sus palabras gentiles.

Nacha.—Valparaíso.—Si usted se casa privadamente en su residencia, puede y debe improvisar un altar en el salón para efectuar la ceremonia religiosa. Una mesa de arrimo cubierta por una bonita carpeta de brocado hará de altar, presidida por un crucifijo o una imágen del Sagrado Corazón o de la Inmaculada. Ponga a los lados unos candelabros y muchas flores, que en ese día usted ha de disponer de una cantidad enviadas por sus amigos. Puede casarse con un traje de color, es cuestión de gusto, pero siempre resulta más bonito y dentro de la tradición el traje blanco. El traje de calle está más indicado para caso de matrimonio estrictamente privado, lo que parece que no es el caso suyo, ya que habla de bailar luego. Claro que puede usted bailar con sus amigos, pidiéndole antes autorización a su novio para evitarse algún disgustillo, pues esos señores suelen ser muy quisquillosos y sentirse heridos en sus derechos de maridos flamantes por cualquiera cosa.

Los recién casados presiden en la mesa, ocupando uno un centro de ésta y el otro el fronterizo. La novia tiene a su derecha al padre de su novio y a la izquierda al invitado más importante. El novio estará entre la madre de la novia a la derecha y al otro lado una señora respetable. En las cabeceras de la mesa se sentarán respectivamente la madre del novio y el padre de la novia, teniendo a su lado a señoras y señores también de gran respeto. En esta forma la mesa tendrá cuatro sitios de honor. Para la gente joven puede usted distribuir en el hall o en cualquiera otra habitación una serie de pequeñas mesitas de cuatro asientos, donde estarán en mayor libertad.

Pretencioso.—Santiago. — Cualquier depilatorio que usara usted le quitaría su defecto temporalmente. Recurra a las pinzas, es lento y doloroso, pero seguro. Además, puede usted dejarse la frente en la forma que quiera, lo que con otro procedimiento sería muy difícil de calcular.

Diva.—Ciudad.— Esas manchas que le han salido en la cara son provocadas por alguna afección al hígado que usted padece. Hágase ver por un buen médico. Es inútil cuanto usted haga, ninguna crema, ninguna loción la mejorará. Debe usted ponerse en tratamiento cuanto antes, seguir estrictamente el régimen que le de el médico. Verá cómo las manchas van desapareciendo a medida que su enfermedad interna mejora. Compre en una buena botica del centro una caja de Avenalir. Estas cajas traen unos saquitos, de los cuales pondrá usted uno en el lavatorio en la noche, echándole encima agua templada y dejándolo reposar por cinco minutos. Luego exprime el saquito y en el agua lechosa que queda se lava usted, pasándose además el propio saquito por la cara en una especie de masaje. No se enjuague. En la mañana hace la misma operación. Una vez bien seca se pone esta leche:

Agua de rosas, 250 gramos. Leche de almendras, 150 gramos. Tintura de benjuí, 15 gramos. Tintura de Hamamelis, 15 gramos. Bórax, 2 gramos. Sobre esta leche, que esperará usted que se seque naturalmente, se pondrá los polvos. Si usted quiere usar una marca excelente, compre los "Tabac Blond", de Caron. Son los mejores que conocemos. Cuando note que la nariz sé le pone brillosa, limpiesela con un algodoncito empapado en Agua de Colonia mentolada, empolvándosela después.

En cuanto al pésimo resultado que le han dado los remedios que ha usado usted para las canas, no vemos otro camino que conformarse con este estado de cosas y esperar que el pelo, al crecer, tome su color natural, con canas o sin ellas, pero un color al fin, que cualquiera que sea es preferible a tener la cabeza como un arco iris. No entiendo por qué las mujeres no se dejan las canas. Las canas no indican vejez. Es la expresión del rostro la que da sensación de años. Una cara fresca, unos ojos vivos, una boca juvenil, aunque tengan por marco una cabellera cana o francamente blanca, ¿por qué ha de verse vieja?

Déjese de intentar tinturas. Si quiere usted un consejo bien sincero, allá va: córtese el pelo a navaja, use por un tiempo una pequeña peluca y espere que su pelo vaya creciendo en el color que quiera, que siempre ha de ser bonito; además, en esta forma, tendrá usted nuevamente el pelo crespo y brilloso. En seis meses el pelo estará suficientemente largo para permitirle usar una melenita de pibe.

El remedio para hacer crecer las pestañas, a que usted se refiere, lo hemos tomado de un recetario muy recomendado que lleva la firma de un excelente doctor. Pero si no le inspira confianza, allá va otro tratamiento, que es muy conocido: ponerse mañana y noche en el borde de los párpados aceite de ricino con un pincelito suave. No conocemos el producto por que nos pregunta en la nota final. Deseamos que quede usted satisfecha con nuestra respuesta y que los remedios que le indicamos sean eficaces. Pero no dejamos de recomendarle que vaya cuanto antes a ver doctor para su enfermedad al hígado.

E. Mühlenbrock Lira.—Santiago. —La dirección literaria de la revista no admite colaboraciones. Con todo, nuestros agradecimientos por la gentileza de su envío.

Dueña de Casa.—Yungay.—Aquí tiene una excelente receta de elixir dentífrico: Timol, 1 gramo. Mentol, 1 gramo. Alcohol de menta, 10 gramos. Cochinilla, 2 gramos. Alcohol de 90 grados, 1 litro. La Leche Virginal se prepara en la siguiente forma: Tintura de benjuí, 5 gramos. Agua de rosas, 950 gramos. Agua de Colonia superior, 25 gramos. Bibrato de sosa, 25 gramos. Se mezcla bien y se filtra a través de una batista fina.

CASA NIRVANA

PEDIDOS DE PROVINCIAS

atiéndense contra reembolso; basta para ello enviar medidas de cintura, busto y caderas; además, cámbiase en caso de no quedar bien, sin nuevo recargo de franqueo.

AHUMADA, — 323 —

ENTRE HUERFANOS Y PLAZA DE ARMAS — TELEFONO AUTO. 4486

RECHACE LAS IMITACIONES. —

ESTA CASA NO TIENE SUCURSAL.

Faja Elástica Nirvana en rica calidad de seda modelos nuevos, a $ 150.—

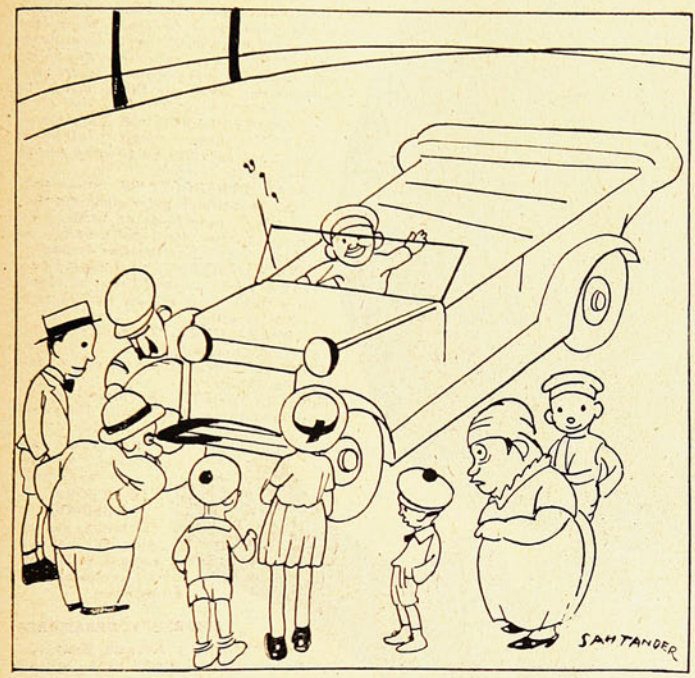
En elástico de hilo muy durable, a $ 85.—, $ 50.— y $ 35.—

LAS DELICIAS DEL AUTOMOVILISMO

COMENTARIOS LIGEROS SOBRE UNA EXCURSION DE PLACER
(Que resultan "clavados" para cualquiera excursión).

DON Orozimbo Pimentel y su numerosa familia padecían de la sutil monomanía del automovilismo; de manera que a nadie extrañó, cuando fué ascendido en su oficina, que aprovechara el mayor sueldo para adquirir un hermoso auto turismo, siete asientos.

Satisfechos tan justos deseos, la familia Pimentel resolvió celebrar la anhelada compra, organizando una familiar excursión automovilística y dominguera. Alrededor de la mesa de comer, don Orozimbo, doña Evangelina, su adorada costilla, y los seis descendientes, discuten los pormenores del fenomenal e inusitado paseo, viejo sueño de doña Evangelina, que el bueno de don Orozimbo, como galante marido de esta época contemporánea, ha convertido en la más hermosa de las realidades.



A las cinco de la mañana todos estaban dispuestos a partir...

A don Orozimbo le ocurre siempre que manifiesta una idea, que el resto de su familia no está de acuerdo con los dictados de su patria potestad.

Por eso, cuando sumisamente propone que la excursión se haga a la Laguna de Peñuelas, todos se oponen y unos piden que sea a Cauquenes, otros a Los Queltehues y no faltan quiénes aconsejan que se tome la ruta que conduce a Punta Arenas.

Pero para estos conflictos, está Orizombito, el Benjamín de la casa, quien tiene un tino y una elocuencia convincente:

—"Yo quelo quel pateo tea a Teuel, pa ver los guingos", exclama el niño prodigio, y como teme que alguien lo contradiga, se tira al suelo víctima de una pataleta de padre y señor mío.

Por cierto que ya nadie más discute y resuelven que a la mañana siguiente saldrán con destino a Sewell.

Después de una noche agitada y casi interminable, a las cinco de la madrugada todos están en pie y dispuestos a partir.

Mientras don Orozimbo da las últimas instrucciones al chofer, Orozimbito cree oportuno repetir la pataleta de la noche, pues ha oído que la almohada es muy mala consejera y se imagina que los papás pueden haber cambiado la dirección de la brújula excursionista.

Los papás se afanan para consolarlo, prometiéndole formalmente respetar sus deseos, y cuando se logra un poco de serenidad, todos tranquilos y contentos trepan al auto, cuyo motor nuevo y potente se burla abiertamente de la ley del ruido.

Ya el auto está en marcha. Los chiquillos cantan y doña Evangelina suspira, y, agradecida, aprieta la mano velluda del "pater familis", que se siente el hombre más feliz de la existencia.

Un poco antes de llegar a la Estación Central, a la menorcita de las niñas se le ocurre una mala idea:

—"¡Apúrese, mamita, que yo no quiero que el papito me pegue porque mojo los cojines nuevos". El auto se ve obligado a parar en la mitad de la calle, y mientras la pobre mamá solicita la hospitalidad para el caso, que de muy mala gana le da un turco vendedor de camisas y calzoncitos de goma, un Carabinero invita a don Orozimbo a pasar el lunes a las nueve por el Juzgado de Policía Local, a pagar la multita de infracción al tránsito.

Satisfecho el caprichito de la pequeña, el auto se interna por la Avenida Exposición, a una velocidad que llama la atención de otros tres Carabineros de Chile, que graban en sus mentes y luego en sus libretas, el número de la patente del refractario burlador del tránsito.

Cuando van a cinco kilómetros de la ciudad, y los niños entonan a grandes voces: "Non e vero qui sa morto Garibaldi, pum", un ¡pum!, ¡pum!, mucho más fuerte y sonoro, alarma atrozmente a los excursionistas y detiene de súbito la marcha del vehículo.

—"¿Qué ha pasado, Dios mío?", exclama semi desmayada la pobre señora.

—"Nada, patrona, casi nada. Un neumático que se reventó. "Ya lo cambiaremos", agrega el chofer.

Después de dos horas de trabajo, el auto quedó en condiciones de seguir su marcha.

Los niños ya no cantan. Todos se han dormido en las rodillas del feliz matrimonio. Con un sol achicharrante y sudando poco menos que tinta china, los dichosos excursionistas siguen su paseo.

En una curva, al llegar a San Bernardo, doña Evangelina lanza un grito:

—"¡Dios mío! ¿Qué se ha hecho Orozimbito?

Todos lo buscan en balde por la capota, por debajo de los cojines; los niños mayores, muy nerviosos, lo buscan hasta por dentro del sandwichs. Don Orozimbo, desesperado, salta del auto y a veinte metros de distancia lo encuentra tendido en medio del camino.

—"Si es por culpa de estas curvas", exclama el experimentado chofer. "A todos los niños les ocurre lo mismo".

Afortunadamente, a Orozimbito no le ha pasado nada, pero como es de temperamento nervioso, resuelve llorar por espacio de media hora, mientras el auto continúa su veloz carrera.

Frente a Nos se revienta otro neumático.

Son las doce y media del día, y como no han almorzado, resuelven dirigirse a un rancho donde se ve un letrero que dice: "Empanadas".

Al chofer le encargan el arreglo del neumático.

Don Orozimbo, con hambre rabiosa, hinca un diente a la empanada, y, ¡zas!, se topa con una piedra que le hace perder dos muelas.

A la vista de la sangre, su esposa se desespera, los niños lloran y el "empanadero" trata de justificarse, diciendo que el buey que se usó para el "pino", padecía de piedrecillas al hígado. Pero don Orozimbo, que a pesar de todo, está dispuesto a divertirse, sonríe y sigue atracándole a la empanada.

A las dos y media de la tarde, con una empanada y un sandwich en el cuerpo, resuelven seguir a Sewell.

Más optimistas y esperanzados en que los inconvenientes terminaran, siguieron camino a Sewell, pero como el hombre propone y Dios dispone, al llegar a Angosturas el auto no encontró pasada y se estrelló contra una carreta de pasto.

Ahí fué la grande. Los niños saltaron e hicieron en el aire dos loopings de loops; don Orozimbo cayó abrazado sobre su costilla, que le lanzó un sopapo maravilloso. Sólo el chofer quedó ileso y sonriente. — "Y ahora, ¿no podremos continuar?", pregunta inquieto don Orozimbo.

En un examen a la ligera, el gobernador del volante constató la rotura del radiador y de tres neumáticos, la quebradura de la dirección, la desconección de las baterías y la explosión del motor. En cuanto a la carrocería, ésta sí que había sufrido perjuicios de consideración.

Desesperado, lanzando más blasfemias que el mismo carretero causa de la colisión, don Orozimbo se dió cabal cuenta de que ahí había terminado la excursión de placer.

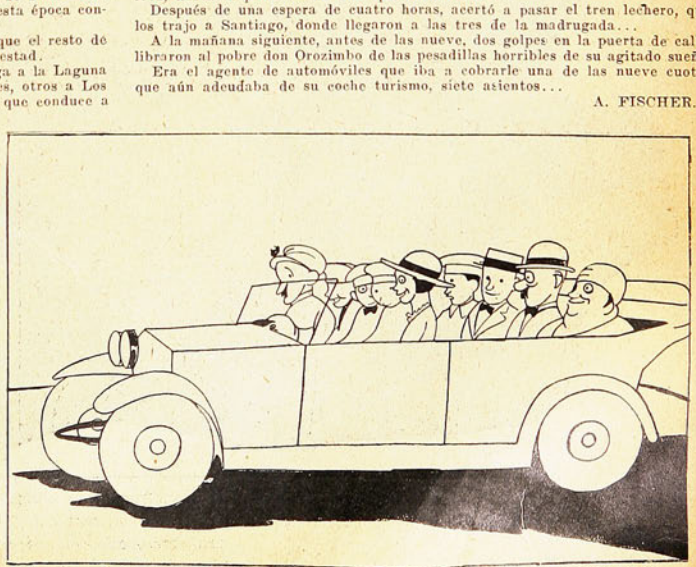
Y con el alma destrozada, ordenó a la familia que siguiera por la línea férrea, hasta la primera estación que encontraran...

Después de una espera de cuatro horas, acertó a pasar el tren lechero, que los trajo a Santiago, donde llegaron a las tres de la madrugada...

A la mañana siguiente, antes de las nueve, dos golpes en la puerta de calle, libraron al pobre don Orozimbo de las pesadillas horribles de su agitado sueño.

Era el agente de automóviles que iba a cobrarle una de las nueve cuotas que aún adeudaba de su coche turismo, siete asientos...

A. FISCHER.



Poco antes de llegar a la Estación Central, a la menorcita se le ocurre una mala idea...

Astillas Cinematográficas

NOTICIAS, CHISMES, CURIOSIDADES, AMORES Y AMORIOS

CAPRICHOS DE ESTRELLAS

Una periodista ha hecho una curiosa pregunta a varios artistas de cine, para obligarlos a ser verídicos en cuanto a ella dependiese, llevó consigo una Biblia, sobre la cual hizo a cada uno de los entrevistados, jurar que diría la verdad.

He aquí su pregunta y las contestaciones que obtuvo de algunos de los artistas entrevistados:

LA CURIOSA INVESTIGADORA: "¿Cuál es el deseo más grande de su corazón, aquel que por nada quisiera usted que llegase a conocimiento del público"? Pero conste que, tan pronto como usted acabe de responder, tendrá usted que jurarme, sobre esta Biblia, que me ha dicho usted la verdad".

LAURA LA PLANTE: "Mi deseo más recóndito es llegar a poder peinarme de modo que me caiga un pequeño rizo en medio de la frente".

JEAN HERSHOLT: "Mi íntima esperanza consiste en poder algún día tirar al alto la baqueta de un bombo y cogerla otra vez, como suelen hacerlo los muchachos de las orquestas de jazz".

NORMAN KERRY: "Que llegue un día en que pueda yo arrodillarme en el suelo y jugar a las canicas con los rapaces de la calle".

BARBARA KENT: "Quisiera ser mecánica de automóviles".

GLEN TRYON: "Tener y cuidar una cria de gallinas".

BARBARA WORTH: Se muere de ganas de andar por el boulevard Hollywood con los pies descalzos.

GEORGE SIEGMAN: Anhela arrojar un huevo en un ventilador eléctrico.

RESUMEN: El respeto que inspira la Biblia a algunos peliculeros es decididamente ejemplar.

AMORES Y DESAMORES

MARY Astor y Kenneth Hawks parece que se han puesto ya de acuerdo para contraer matrimonio en este mes. Sólo para entonces podrán estar los dos desocupados simultáneamente durante bastante tiempo para celebrar la boda que, por estar ocupados, unas veces él y otras ella, han venido aplazando desde hace varios meses.

LORNA Dunn y Charlie Taylor, contrajeron matrimonio en Tijuana.

OLIVE BORDEN se enorgullece de su colección de muñecas, oriundas de todos los países del planeta, y Billie Dove cuenta con una interesante familia de pulgas vestidas, cuya indumentaria fué confeccionada en Méjico.

EL MAYOR MONSTRUO...

CUENTO
DE
EMILIO PALOMO

Pero, ¿a sus años?

—A mis años. Parece increíble, ¿verdad? A mis años, y cuando el número de pasiones tormentosas era ya incontable.

—Pero, ¿fué amor de verdad?

—¿Y quién sabe lo que es amor? De mí sé decirle que en las numerosas veces que me he sentido atraído por la dulce enemiga, jamás han sido iguales las sensaciones. Siempre ha sido amor, porque al surgir ella en el contorno de mi vida, todo mi ser sentía un suave y deleitable alborozo... Pero era a veces un querer plácido que anhelaba los parajes callados y la vida en silencio; y otras era la interna desazón y la constante angustia que oprimía mi ser y martirizaba mi carne. Así, nunca supe advertir cuándo era amor, porque cada vez llegaba a mí en forma distinta; hasta que un día, o una lágrima o una infinita tristeza me hacían comprender que de nuevo el alma se había encadenado.

—¿Y este de ahora?

—Este de ahora ha sido el peor y el más irresistible, porque ha sido amor con celos.

—Pero, ¿usted esclavo de ese sentimiento? ¿Uusted, un hombre libre, tolerante, apóstol de todas las libertades, caer en ese tormento humillante?

—Pues caí en él como el más ciego de los seres: intenté reaccionar, volver en mí, hacer de mi voluntad, que siempre había sido ciega para la obediencia, una mano que, llegando a mi entraña, arrancase aquel cardo heridor que había florecido a traición. Todo fué inútil. En mi soledad—que sólo estaba con mi angustia aún en medio de la multitud—mi razón trataba de reconvenir a mi pasión. Era una lucha feroz la que se entablaba. Mi palabra, en contra de esa ley natural que la atrae hacia afuera, iba adentro, hacia lo más hondo de mi ser, al recoveco misterioso y oculto en donde se había agazapado aquella mala alimaña. Le hablaba en todos los tonos; era a veces el razonamiento frío y austero de un filósofo estoico. ¿Por qué te escondes—decía—en mí? ¿No vez cómo mi cerebro no ha sido ofuscado? ¿No adviertes cómo fluye mi sangre en una corriente serena? ¿No percibes ahí tan cerca el ritmo inalterable de mi corazón? Te has equivocado; buscabas una alma llena de limitaciones, de superstición, de brutal atavismo; buscabas una alma encarcelada en una carne sensual,

y te encuentras con que todo mi ser es equilibrio y libertad. Ya hace tiempo que Afrodita calmó aquella sed inextinguible que me consumía. ¡Oh, su gran secreto! Ella me reveló toda esta tragedia del amor humano. Me condujo a la cumbre del palacio de Dido, y la vi, moribunda, mientras Eneas surcaba el Océano siguiendo la voz de los dioses; me llevó a presencia de Medea, y vi cómo degollaba a sus propios hijos para vengarse del dueño del vellocino de oro que, siendo su esposo, le había abandonado; llegamos hasta Fedra cuando confesaba a Hipólito su amor incestuoso, y presenciamos cólo la hermosa hija de Pasifae daba su blanco cuello a la horca. ¿Comprendes ahora—continuaba mi razón—por qué te echo de mí? Mi espíritu es fuerte, y ante la Gracia y la Belleza tan sólo se para a contemplar. Mi carne, en la que mordieron todas las Furias, tiene ya la serenidad y la quietud de los mármoles. Y mi deseo, que aprendió, al fin, que todo es huidizo, se satisface con abrazar a la estatua, mientras a la estatua no le nacen alas para desasirse. Vete, cardo heridor, que si a ella le nacieron alas para huir, mi carne y mi alma quedan contentas porque comprendieron que los dones de los dioses son breves y fugaces.

* *

—¿Y la mala alimaña?...

—La mala alimaña sin salir; agazapada, triunfante, indiferente, poderosa ante aquella débil arma hecha de palabras y palabras. Y ante aquella resistencia, ante aquel desdén, mi ánimo se abatía y llegaba... Tal vez me compadezca usted o le dé risa; pero llegaba hasta acariciar aquel dolor y prodigarle ternuras.

Ya sé que merezco esa sonrisa irónica con que usted va subrayando este relato: ¿no es la cuita de un cadete enamorado? Pero no se ría ni se crea segura en esa gloriosa cima en que hoy reposa su belleza de sol poniente. Muchas veces desplegué mis velas con rumbo a Citerea, y siempre volví con el alma encendida en el deseo de tornar, porque me creí hábil para conducir mi nave y esquivar el riesgo de Escila y de Caribdis. Yo también, como usted, tenía una risa desdeñosa para esas pobres almas wertherianas que iban al suicidio como remedio a sus quiméricos dolores.

—Pero, ¿a tanto llegó su locura, que pensó en Werther, justificándole?

—No le justifiqué; pero tuve miedo a que él fuese para mí ejemplo y precepto. Escudriñé con ahinco y con pasión el alma de esos seres, sublimes algunos, que habían caído en ese abismo de las pasiones tormentosas. y sentí terror porque en mí había en aquellas horas como una raíz que se nutría en la savia de esta eterna tragedia humana. ¡A qué remedios recurrí para librarme de tal obsesión! Devoraba hagiografías; buscaba en la vida de los santos el remedio a la tentación de la mujer, y aquellas sequedades de los duros eremitas encendían más mis anhelos. Iba a buscar

(Continúa en la pág. 43).

VELOUTY
DE DIXOR - PARIS
M. R.

Opinión que dá sobre La Velouty de Dixor, la hermosa y celebrada bailarina

GINE PALERME:

"En el Teatro como en la ciudad, empleo la "Velouty" de Dixor. Este producto debería de estar en el tocador de todas las mujeres elegantes. A mí me encanta."

"GINE PALERME"

FALCONETTI,

la encantadora y aplaudida artista, también opina:

"Con su maravillosa Velouty, Dixor ha realizado la fórmula de éxito ante todas las mujeres preocupadas de su belleza. "Estoy encantada con este producto.

FALCONETTI."

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS.

se vende a los siguientes precios:

1|4	tubo o tubo maletín	$ 2.00
1|2	"	" 8.00
1|1	., o super tubo	" 13.50

Tres colores:

BLANCO, ROSADO (NATURELLE) y MARFIL (IVOIRE)

Un remedio contra los zancudos

Si te persiguen los zancudos

busca a un pelado, mejor si es fornido

párate detrás de él y espera que un zoncudo se pare en su cabeza

mata el zancudo con un fuerte golpe

después de lo cual el hombre se arremangará

te echará unos improperios terribles.

Después te pescará

dándote un par de vueltas por el aire y al final quebrará la mesa en tu cabeza.

Desde entonces los zancudos darán una gran vuelta a tu rededor, porque no pueden soportar el olor a yodoformo.

Algunos ecos de la moda

Por

MARI SOL

EN Estados Unidos se está usando con verdadera furia una moda que llegará a imponerse por su originalidad. Se trata de las medias con talones de color. ¿Lleva usted un traje azul? Pues sus medias serán beige con una flor de lis o una flecha o una doble flecha o un trébol en el talón en color azul. Si además sus zapatos son de cabritilla azul, puede Ud. darse a sí misma la seguridad de ir impecablemente elegante. Muy bonitas son estas modas, muy armoniosas, muy llamadas a completar la toilette femenina hasta en los detalles más pequeñitos, pero es el caso de que cada vez se complica más esa toilette y a fuerza de detalles cada una vale un dineral y se aleja más del bolsillo de las mujeres modestamente dotadas por la fortuna. ¿Quién recuerda ya los tiempos en que se tenía dos trajecitos de calle y uno de noche, con un abrigo que se ponía indistintamente con cualquier vestido y en que el mismo sombrero y el mismo calzado se usaba con cualquier vestido también? Ahora cada vestido necesita abrigo, sombrero, cartera, calzado y guantes haciendo juego, mas este detalle de las medias que ahora nos cae de yanquilandia. En buenas cuentas: cada tenida de ahora es un guarda-ropa completo de antes.

Conjunto de cartera y encás, en que se ve la boga de que goza la piel de serpiente.

* *

JEANNE LANVIN ha creado un trajecito lleno de encanto juvenil que ha de gustar extraordinariamente a nuestras lectoras. Se trata de una falda un poco campana, con un cuerpo terminado por tirantes sujetos por hebillas de plata con strás. Todo esto en crepe satín negro o azul sumamente oscuro. La parte alta está formada por una blusa camisero en espumilla de seda blanca, con cuello de colegiala y una corbata de terciopelo negro o azul marino, según sea el color del resto del traje. Una toca azul o negra completa la exquisita elegancia de este modelo.

Jeanne Lanvin ha creado este modelo encantador para una jovencita. Está hecho en crepe satín negro y espumilla de seda blanca. Hebillas de strás en los tirantes.

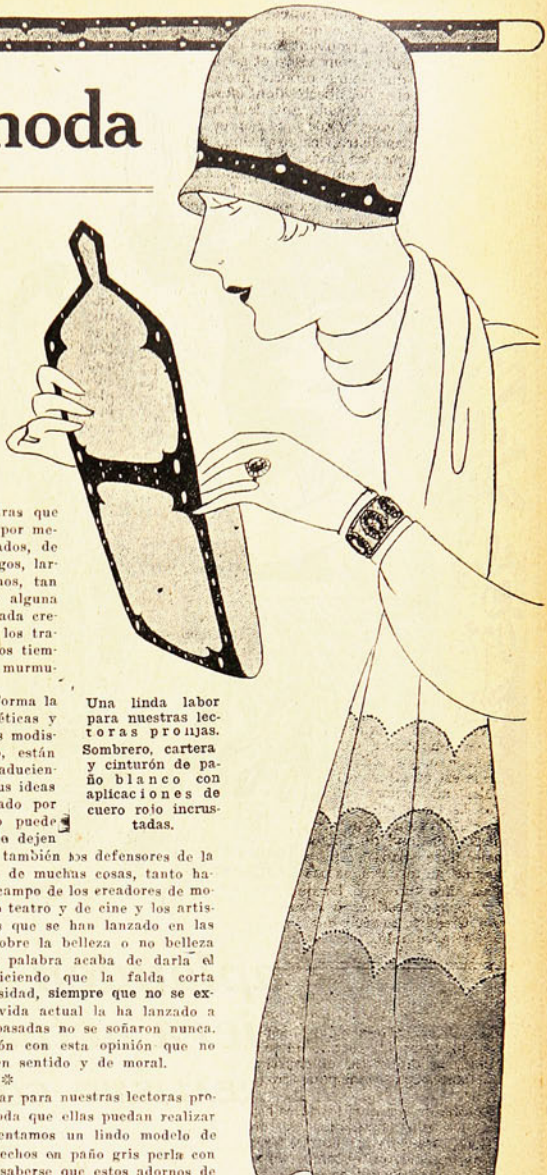
* *

LA PIEL DE SERPIENTE sigue usándose con predilección. Se ven muy hermosas combinaciones de cuero de un solo color con este material, formando zapatos, carteras y cachas de quitasoles, de encás y de paraguas.

* *

HAY ACTUALMENTE EN PARIS una grande discusión entre los modistos sobre si debe o no mantenerse en boga la falda corta. Poiret opina que la falda corta es antiestética y que son pocas las mujeres que resisten el mostrar las piernas hasta la rodilla, ya que son pocas las que poseen unas hermosas piernas. Pero, como las mujeres no aceptan la moda de la falda larga que durante los quehaceres del día y la práctica de los deportes las incomodaría enormemente, y que además les echaría encima una buena carga de años, Poiret ha hecho una especie de arreglo amistoso entre sus ideas y las predilecciones de sus clientes y así sus modelos para deportes y para la calle son francamente cortos, mientras que los trajes de tarde se alargan por medio de paños sueltos, de plisados, de godets y los de noche son largos, largos hasta los tobillos, y anchos, tan largos y anchos que más de alguna abuelita ha de sonreír emocionada creyendo que se trata de uno de los trajes que ella usara en sus buenos tiempos, allá cuando el abuelito le murmuraba madrigales al oído.

Si Poiret soluciona en esta forma la disparidad entre sus ideas estéticas y los gustos de las mujeres, otros modistos como Jenny, por ejemplo, están en contra de la falda larga, aduciendo que la mujer moderna con sus ideas deportivas y su vivir atareado por preocupaciones económicas, no puede sino vestir trajes cortos que le dejen todo movimiento libre. Hablan también los defensores de la falda corta de higiene, hablan de muchas cosas, tanto hablan, que la polémica salió del campo de los creadores de modas y son ahora los artistas de teatro y de cine y los artistas del pincel y del cincel los que se han lanzado en las discusiones más apasionadas sobre la belleza o no belleza de la falda corta. La última palabra acaba de darla el señor Arzobispo de París, diciendo que la falda corta debe usarla la mujer por necesidad, **siempre que no se extreme su cortura**, ya que la vida actual la ha lanzado a actividades que nuestras antepasadas no se soñaron nunca. Y aquí está ahora la discusión con esta opinión que no habla de estética, sino de buen sentido y de moral.

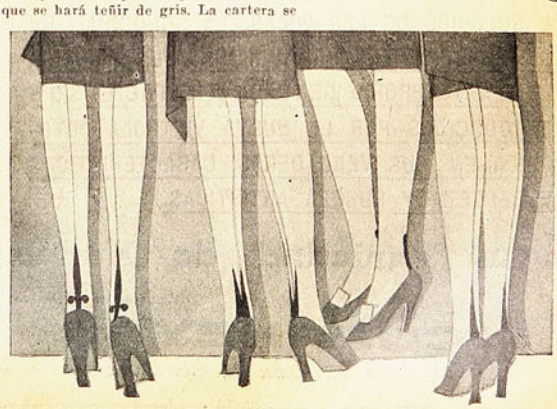


Una linda labor para nuestras lectoras prolijas. Sombrero, cartera y cinturón de paño blanco con aplicaciones de cuero rojo incrustadas.

* *

SIEMPRE NOS AGRADA dar para nuestras lectoras prolijas alguna bonita nota de moda que ellas puedan realizar fácil y económicamente. Presentamos un lindo modelo de sombrero, cinturón y cartera hechos en paño gris perla con adornos de cuero rojo. Ha de saberse que estos adornos de cuero son una de las novedades de la temporada y que se los ve en todos los detalles de la toilette femenina, hasta en los vestidos de seda.

Para hacer el modelo que damos puede aprovecharse una horma vieja blanca que se hará teñir de gris. La cartera se hace en forma sobre y el cinturón es una simple tira recta que se cierra por una hebilla. El cuero será cabritilla, que es mucho más durable que la gamuza. Se cortan las aplicaciones y se perforan, pegándolas luego al paño con buena goma. Las que quieran una obra más prolija, pueden pegar las aplicaciones al paño por medio de un punto de seda negra.



Las medias que nos llegan de Norte América tienen el talón de color y están llamadas a una gran popularidad.

Todos aplauden como si el artista estuviera actuando en persona

TAL ES EL REALISMO CON QUE REPRODUCE LA MUSICA

La Nueva **Victrola** *Ortofónica* (m.a.)

EL COLORIDO DE LAS VOCES, LA SONORIDAD DE LOS INSTRUMENTOS, LA TONALIDAD DE LA MUSICA Y EL ARTE PROPIO DE CADA INTERPRETE SON REPRODUCIDOS POR LA NUEVA VICTROLA ORTOFONICA EN SUS VERDADERAS CARACTERISTICAS DE BELLEZA Y PUREZA ARTISTICAS.

GRACIAS A ESTE INSTRUMENTO MARAVILLOSO UD. OYE EN SU HOGAR LAS INTERPRETACIONES DE SCHIPA, KREISLER, GIGLI Y OTROS ARTISTAS FAMOSOS, CON IGUAL ENTUSIASMO Y EMOCION QUE SI LOS ESTUVIERA OYENDO EN PERSONA EN LOS GRANDES ESCENARIOS EN QUE ACTUAN.

Gran Variedad de Modelos y Facilidades de Pago

Distribuidores Exclusivos para CHILE:

CURPHEY y JOFRE Ltda.

SANTIAGO, AHUMADA 200, ESQ. AGUSTINAS. — VALPARAISO, ESMERALDA 99. — BLANCO 637.

CONSTELACIONES

Mary Brian, estrella de la Paramount.

Lya de Putti, estrella de la Universal.

LON CHANEY, el insigne actor de las muecas insuperables y cuya biografía publicamos en otra página de esta edición, ha proporcionado la fama a las dos estrellas que aparecen con él en esta fotografía: Betty Compson, que trabajó con él en su primera película, "El Hombre Maravilloso", y Marceline Day, que lo hizo en "Las Tinieblas de Londres".

4 COSAS interesantes

La bailarina Gilda Gray, en una de sus celebradas danzas orientales.

¿Desfachatez? Tal vez. La opinión pacata de la gente, seguramente retrocederá espantada ante este gesto, tan moderno como sobrio. Esta bella berlinesa hace un alto en el camino y enciende su cigarrillo. ¿Es por eso menos femenina su actitud? El que así lo piense, venga y pruébenoslo.

PERROS Y GATOS.—Se está perdiendo un poco la leyenda de la enemistad de perros y gatos. Aquí vemos a un perro que en ausencia de la señora Gata, cuida de los gatitos con la mayor de las amorosidades.

"MI MADRE"

Escultura del famoso artista Ivan Mestrovic, que ha sido adquirida por

POR LOS fueros DEL BIGOTE

"UN BESO SIN BIGOTES ES COMO UN HUEVO SIN SAL".

¿SE PONDRA DE ACTUALIDAD ESTE ADAGIO DE NUESTRAS ABUELAS?

TAL vez parecerá paradoja, pero es lo cierto que Adolphe Menjou debe parte de su éxito artístico a la calidad de su bigote. El gran actor de la Paramount, explica el hecho de la siguiente manera:

—"Hace más de seis años que un amigo me dijo: "si no se corta el bigote, no espere jamás caracterizar el papel de protagonista". Tomé el consejo del amigo; arreglé mi bigote y al poco tiempo mi nombre comenzó a aparecer a la cabeza de los repartos. Puede ser que no fuese el bigote el causante de tal hecho, pero lo cierto es que desde entonces he ganado popularidad... y dinero".

Al igual que Adolphe Menjou, hay otros artistas que deben a su bigote parte de la popularidad que tienen.

Ejemplo de ello, son: Chaplin, Griffith, Moreno y Holt. Cada uno tiene un bigote distinto y un arte único y personal. Sus figuras están ya tan grabadas en la mente popular, acompañadas del bigote, que si alguno de ellos se lo cortase, dejaría de ser el mismo artista para la generalidad de la gente. Y, además, a sus admiradoras les gustan más así...

EXQU

MO

NOVEDADES
DE LA MODA

Sombrero hecho enteramente con hojas de terciopelo de diferentes tonos. Modelo que ha tenido un grande éxito en la última temporada parisina.

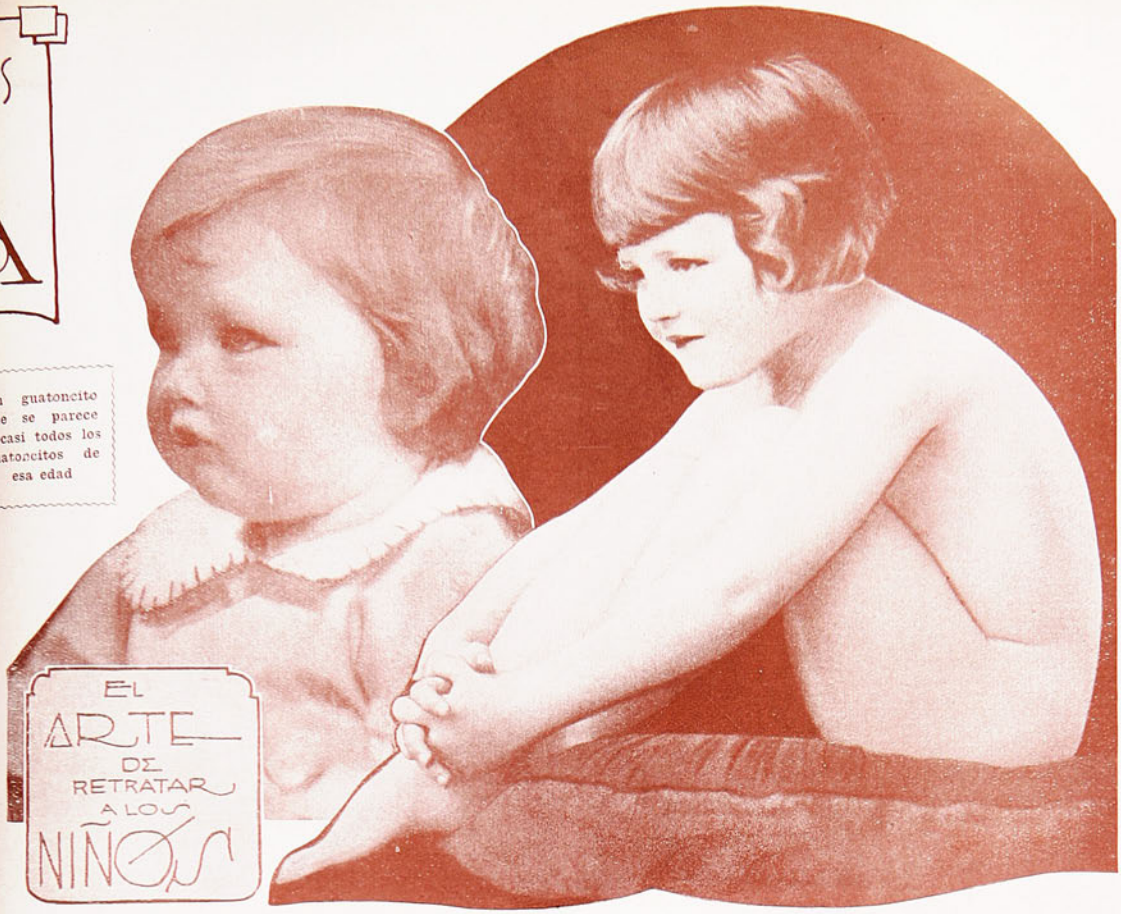
Turbante de lama de pl
te galalitte al frente.
una de las grandes nov
ta la mo

Turbante de seda roja adornado simplemente por un broche de brillantes

Tul blanco en volantes forman la amplia falda de este traje. El cuerpo liso tiene un fichú sujeto por un ramo de flores, flores que se repiten en el adorno de la cabeza. ¿Cabe soñar algo más delicioso para un traje?

Un guatoncito que se parece a casi todos los guatoncitos de esa edad

El Arte de retratar a los Niños

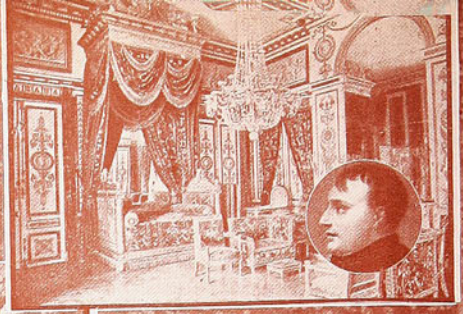


Hermosa fotografía de un niño, hecha por un fotógrafo inglés

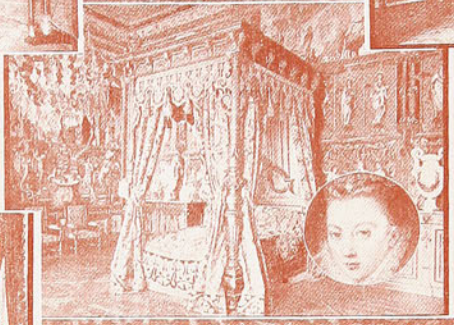
Enrika Solervicens González, Fot. María Rosa González, Concepción.

LA ANTIGÜEDAD, EL ARTE, LA BELLEZA.

EL AGUILA, en Fontainebleau, tenía para su reposo esta habitación.



—LOS HECHOS QUE FUERON.— El dormitorio de la Emperatriz Josefina, en la Malmaison.



La cámara de Ana de Austria, mujer de Luis XIII.

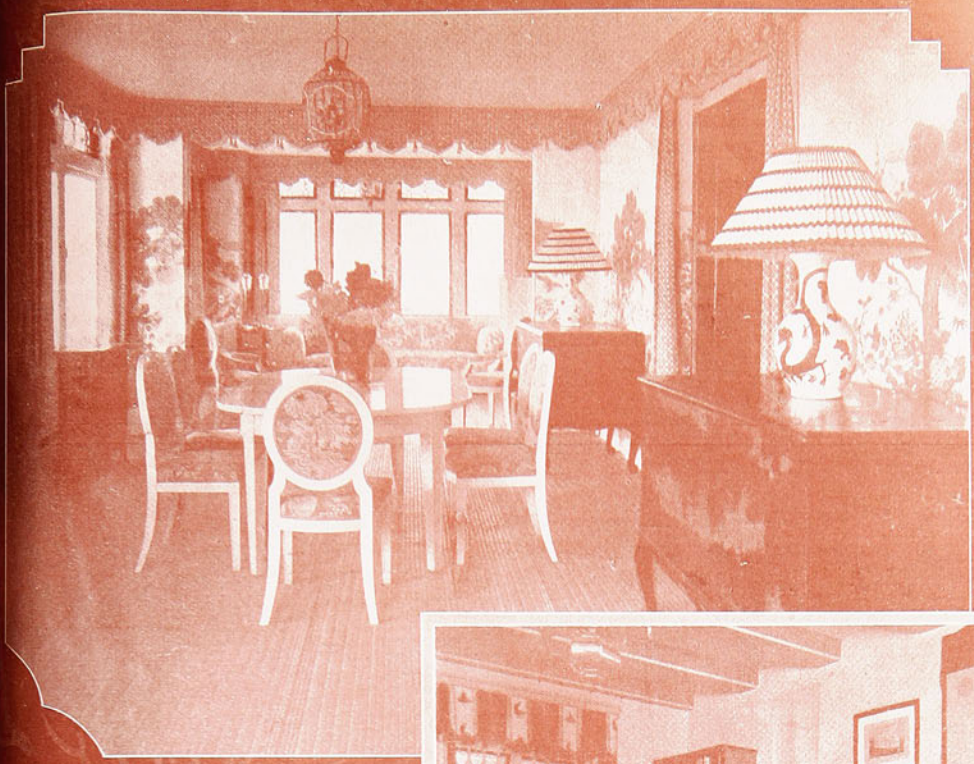
María Antonieta, la infortunada, dirigió ella misma la decoración de este su dormitorio.

El galgo Rex, que fué premiado hace poco en una Exposición Internacional por la limpia belleza de sus líneas. Rex pertenece a la familia conocida popularmente con el nombre de "Galgo Ruso"

Artístico peinado de la actriz cinematográfica Mlle. Lily Damita.

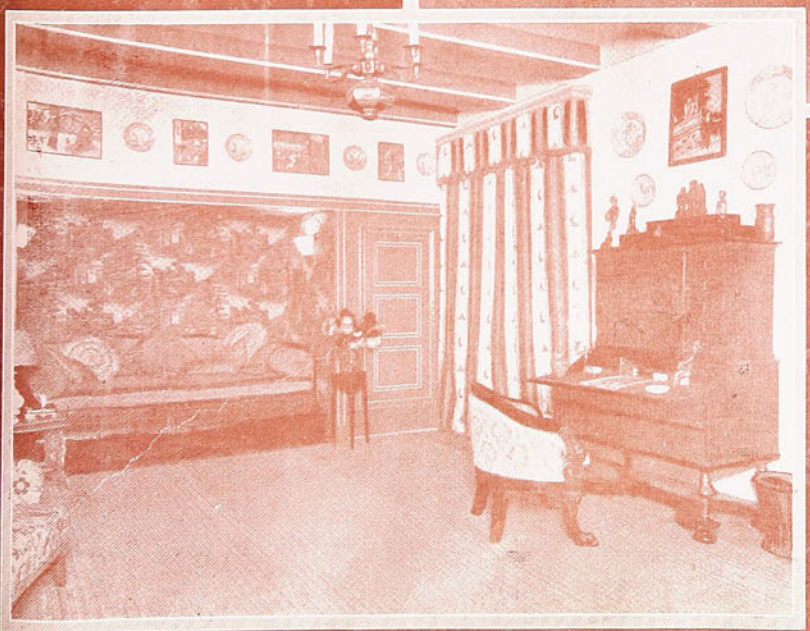
LOS QUE TRIUNFAN EN PARIS.—El pintor japonés Fujita, una de las primeras figuras de la pintura moderna, que ha triunfado ampliamente en Europa. En esta foto, lo vemos acompañado de su mujer.

DIANA MODERNA. —Una hermosísima composición fotográfica.



Muebles antiguos,
Muebles modernos,
Muebles orientales,
Muebles occidentales.

Hé aquí el encantador conjunto que una conocida artista alemana ha llegado a reunir en su hogar, presentando la más armoniosa mezcla de viejos y nuevos estilos, con el oriente y el occidente amalgamados para formar el confort de los interiores.



LA ITALIA HISTORICA Y PINTORESCA

Viajando en el Ferrocarril Roma-Nápoles

La línea costea, en un buen trecho, hermosos paisajes de la Vía Apia.

Se pasa junto al famoso acueducto de Claudio.

Un hermoso efecto de reflejos en el agua.

Pueden verse pintorescas majadas pastando entre las aguadas de las Pontine.

EL "DON JUAN" DE NUESTROS DIAS

NATACHA RAMBOVA CUENTA LA VIDA DE SU ESPOSO, RODOLFO VALENTINO

(CONCLUSION)

Estaba rodeado por una montaña de los hechos de cada día para poder intentar acercársele. Sin embargo, las impresiones de Jimmy respecto de la gente son exactas. A veces, bajo toda esta complejidad de sensaciones salta la chispa psíquica, que, bajo ciertas condiciones, puede llegar a convertirse en llama.

Conforme dejamos el mundo de las brillantes ilusiones pasamos revista a varios aspectos desagradables de la vida. Me alegraba estar entonces con mis amigos. Negras formas se nos acercaban murmurando; otros sollozaban; muchos lloraban y gritaban dando grandes voces. El espectáculo de tanto dolor y miseria es la peor cosa que he visto.

Quisiera poner un fin a esta situación.

Necesitaba decir a esas almas del más amable y elevado plano astral dónde estoy yo viviendo. Me parece tan injusto que esas almas estén condenadas de tal modo...

Precisamente cuando este deseo mío surgía como una ola de todo mi ser, una negra forma oscura se abalanzó hacia mí, rodeándome con sus brazos. Una voz me llamó: "¡Rudy! ¡Rudy!"

Me quedé mirándola. Su contacto conmigo produjo en ella una ligera iluminación.

La sorpresa de reconocerla hizo temblar toda mi alma.

¡Era el espíritu de Bobby Haron!

Bobby me abrazaba como si nunca más volviera a verme. Parecía horrorizado y lleno de pánico y respiraba anhelosamente, como si se ahogase. "¡Dame luz, dame luz!", gritaba lo mismo que una persona en la Tierra clama pidiendo aire.

Yo no sabía qué hacer. Haroldo, Wally y Oliva Thomas nos rodearon. "Ya estás libre ahora — dijo Haroldo—. Hemos estado buscándote. Has pedido luz, y nosotros venimos ahora a dártela".

Pasó algún tiempo antes que Bobby pudiera calmar su excitación. "¡Fué demasiado pronto!", repetía una y otra vez, refiriéndose a su muerte repentina.

Esto me conmovió tanto que no podía retener las lágrimas. Pero mi emoción era de alegría.

Estaba contentísimo de haber tomado parte en su rescate.

Esta fué la primera vez que semejante episodio se me ha presentado. Cuando Bobby se tranquilizó nos dijo que desde que ocurrió su prematura muerte, en un accidente repentino, estaba rodeado por una constante oscuridad.

"Pero ahora estarás ya siempre con nosotros en la luz", le dijo Haroldo.

Oliva Thomas me dijo que ella misma había pasado por tan triste experiencia.

"Nadie sabe — me dijo, — más que quien lo ha pasado, lo horroso que esto es".

Hay muchos espíritus que se dedican exclusivamente a la salvación de estas gentes atadas aún a la Tierra.

Ellos han elegido este trabajo.

"Yo creo que me gustaría también dedicarme a ello; pero no llevo aquí el tiempo necesario", me dijo Haroldo.

La fuerza se va. No puedo hablar más. Buenas noches. Pronto volveré.—**Rudy.**"

"Te sorprenderá si te digo que he encontrado aquí a Curley. Te acordarás de que Curley era el domador de animales. Me alegró mucho el verle, y él pareció complacido con encontrarme.

Naturalmente hablamos de los animales. Curley sabe mucho más sobre ellos ahora que cuando vivía en la Tierra.

Curley cree que si hubiese sabido algo referente a la vida psíquica mientras vivía, hubiera conseguido mucho mejores resultados con los animales.

Le pregunté si creía que era acertado el intentar la doma de animales salvajes. Si no se emplean métodos bondadosos, no lo es, desde luego.

Curley estudia ahora a los animales desde un punto de vista psíquico, lo cual les hace aparecer bajo un diferente aspecto. Los encuentra más sensibles a la influencia astral que a los hombres. Gente verdaderamente psíquica roza a menudo con planos astrales y pasa más allá de ellos. Pero los animales, y también la gente primitiva o salvaje, están más cerca de las corrientes que emana la Tierra y el plano astral inferior. Curley me ha dicho que la Tierra está llena de magnetismo, y la atmósfera, de electricidad, y sabe que los animales responden a estas fuerzas con mayor espontaneidad que la mayoría de los seres humanos.

El divide el mundo animal (dejando aparte el hombre, como diferente tipo de ser, aun cuando utilice un cuerpo de semejanza animal) en las siguientes divisiones: reptiles, incluso peces e insectos; mamíferos y volátiles. Los reptiles, según Curley, sacan su poder motor del magnetismo de la Tierra cuando está caldeada por los rayos del Sol. Por esto no tienen patas o las tienen muy cortas. La Naturaleza necesita que se apoyen en el suelo la mayor parte del tiempo, a fin de que absorban las corrientes que los mantienen. Los reptiles se alimentan mucho menos que los mamíferos, porque el alimento sólo lo necesitan para su crecimiento físico; su poder motor no depende de esto. Las culebras, especialmente, tienen mayor actividad después de un largo ayuno.

En el invierno, cuando las fuerzas magnéticas tienen menor actividad y las corrientes eléctricas son más potentes, los reptiles no pueden absorber el suficiente magnetismo terrestre para permanecer activos, y se quedan dormidos hasta que se renuevan las fuerzas. Psíquicamente, el invierno parece ser como una época dedicada a **cargar de nuevo la fuerza.**

No sólo los reptiles, sino también algunos otros animales (por ejemplo, los osos y los gallos silvestres), pasan también estos letargos invernales. Curley cree que los animales a quienes eso ocurre no son carniceros. Las criaturas que pasan estas crisis invernales viven en cuevas o agujeros lo más profundos posibles, para que el magnetismo que tienen la facultad de absorber los mantenga cargados con las corrientes vitales.

Todo esto me interesa mucho. Curley no me lo explica en términos técnicos, que yo no podría comprender. Del mismo modo te lo explico yo a ti, confiando en que me haré comprender.

Curley dice que los insectos y los lagartos toman su magnetismo a las plantas y a los árboles, que están siempre muy cargados de él. Por esa razón, dice, los árboles húmedos suelen ser heridos por el rayo. Por lo que he podido aprender, en este plano astral hay muchos insectos que pertenecen a un grado de evolución más avanzada que algunos reptiles y mamíferos.

Entre los animales hay muchos, especialmente los perros, que por su afectuosa lealtad, su fidelidad y su valor, han sobrepasado mucho más esas cualidades que ciertos seres humanos. Muchos caballos han existido cuya fina inteligencia ha salvado más de una vida humana cuando las circunstancias impedían a la inteligencia humana el ver bien su camino.

Y pensar que hay gentes mezquinas y estúpidas que creen que estas criaturas no tienen alma... La muerte me ha enseñado, Natacha, que cada criatura de Dios, todas las cosas animadas o las que parecen animadas, están provistas de una alma. Todas ellas lo están, en diferentes grados de evolución.

Los perros, gatos, papagayos, caballos y elefantes ven frecuentemente a los espíritus con gran clarividencia. Y los espíritus pueden a veces influir a los animales para que verifiquen los que son, al parecer milagros. ¿Qué fuerza es la que guía a un caballo y su jinete a través de los horrores del huracán? Es la mano del guía guardián del jinete que conduce psíquicamente al caballo a la salvación.

¿Por qué aullan los perros frecuentemente poco antes de morir una persona de la familia? ¿Es una mera coincidencia? No. Es que el fino sentido psíquico del perro nota el cambio sutil que comienza a verificarse en el organismo físico de la persona para la que se acerca la hora, y este cambio, ese misterioso desprendimiento del espíritu de sus cadenas corporales produce una vibración peculiar que inquieta y alarma al perro. Esto es lo que he aprendido respecto a los animales; pero cuando pase el tiempo y aprenda más cosas, espero que podré participarte todos mis conocimientos.

Valentino en una de sus películas españolas.

Ahora voy a contarte algo sobre "Sheik". Una de las primeras cosas que vi apenas había cambiado de vida fué este querido perro policía. Sabes cuánto me quería y cuánto me echaba de menos cuando lo dejaba.

También sabes por qué me vi obligado a dejarlo y cómo enfermó de nostalgia de mí, terminando por morir. Siento verdadera compasión por esto. Comprendo que hice muy mal abandonando al pobre "Sheik", cuando con muy poco trabajo habría podido llevarlo conmigo. Aquí he podido aprender lo grande que fué mi equivocación. También he aprendido que existen leyes no escritas que gobiernan cada una de nuestras acciones, buenas o malas.

Me sentía bastante solo y no muy acostumbrado a mi nueva situación, dispuesto a recibir contento a quien fuese, cuando, como pidiéndome ser bien recibidos, vi dos ojos luminosos y en seguida las orejas puntiagudas y la agitada cola de "Sheik". Yo estaba radiante de alegría. Me pa-

reció que él era un amigo que me necesitaba. Pero en el instante en que le eché mis brazos, desapareció y me volví a quedar solo. Sentí como si me hubiesen hecho daño. Entonces comprendí que eso mismo fué lo que sintió el pobre "Sheik" cuando yo lo abandoné.

Mi consuelo es saber que Curley está cuidando de "Sheik" para entregármelo.

Creo que te alegrará saber todo lo referente a "Sheik". Acuérdate que cuando unimos los animales a nosotros contraemos una responsabilidad para con ellos. Nosotros somos sus espíritus guardianes.

La fuerza cesa. Deseo marcharme. Buenas noches, Natacha, buenas noches.—**Rudy.**"

ARTE FOTOGRAFICO

A LOS AFICIONADOS

"PARA TODOS" pagará cinco pesos por cada fotografía interesante que se nos envíe y se publique. Por las tres mejores pagaremos $ 10.— y $ 20.— por la que se destaque de todo el conjunto.

Los temas son libres. Sólo exigimos originalidad, CLARIDAD, nombre y dirección. Diríjanse las fotografías al Director de "PARA TODOS", Casilla 84-D.— Santiago.

OTRO MENSAJE

"Una cosa que me complace, sobre todo, es que existe aquí un mundo de la Naturaleza igual que en el otro, sólo que aquí es más radiante, más hermoso. Hay llanuras, montañas, ríos y lagos, árboles, flores y pájaros.

Los árboles parecen de mayor altura, y sus elevadas ramas son de más tupido follaje y de un verde más claro y más brillante que el de la Tierra. Las flores tienen un brillo intenso y no parecen formadas por los pétalos que vemos en la Tierra, sino que parecen más bien formas de viviente color, vibrante y de un brillo constante. Es muy difícil para mí el poder describirte esto.

Parece existir aquí cada una de las variedades de flores que se ven en la Tierra, y otras muchas, distintas, que jamás he visto hasta ahora. La belleza de estas flores astrales es superior a mis poderes descriptivos.

Hay una clase de flores que se desarrolla hacia arriba en forma de espiral, acabando en un punto. Poseen todos los colores del prisma y se llaman las "llamas del alma".

Otra clase de flores es muy interesante y es la llamada "latidos del corazón". Son muy delicadas y no tienen más que una hoja pendiente, en forma de corazón, de la que emana una luz brillante. Una corriente de roja fuerza vital surca continuamente la planta y aparece en el centro de la flor, semi transparente, pulsando lo mismo que un rubí que latiese como un corazón.

Las flores son tan sensibles para reaccionar a las condiciones o vibraciones a las cuales han sido asimiladas, que los espíritus las utilizan como una especie de barómetro por medio del cual conocen la salud de sus amigos terrenales y el estado de los asuntos que les conciernen. Es la planta más curiosa que he visto, y no hay una sola casa donde no floresca en el jardín.

No te sorprenda que te diga que también existe aquí el baile; pero no es exactamente igual al de la Tierra. Es algo casi simbólico y con una expresión en acción de las más elevadas emociones de uno. Me imagino a algunos de nuestros amigos, Natacha, pensando que es un baile pedante; pero no es así. La música es tan maravillosa, que todo el mundo está impresionado de ella, permitiéndole que al abandonarse a sí mismo se exprese en forma de ritmo. Te agradará muchísimo cuando vengas aquí, porque tú eres una danzarina nata.

Las almas elevadas te dirán que aquí no existe el "jazz"; pero no es cierto. Existe, pero es necesario saber dónde se puede encontrar.

Wally Reid me ha dicho todo lo que se refiere al "jazz", y aun cuando va a llevarme a verlo. Se encuentra esta clase de música en el plano astral más bajo, en esa parte del mundo astral que, como sabes, está lindando con la Tierra. Así, pues, esta clase de música está muy cerca de vosotros. Ya te contaré cosas sobre este punto otro día.

Te agradará saber que he encontrado aquí a Vernon Castle otra vez. Es el mismo camarada encantador de siempre. Me ha enseñado también muchas cosas sobre el baile.

Vernon dice que para las gentes terrenales el baile es una cosa magnífica. Me explicaba cómo el baile pone en movimiento a través del cuerpo físico corrientes de fuerza nerviosa.

Vernon Castle dice que las corrientes de fuerza nerviosa estimulan estos centros, y las vibraciones del danzarín se multiplican de modo que se pone parcialmente en contacto con un más alto plano astral y entra en éxtasis. Por esta razón, la gente es tan locamente aficionada al baile.

Me dijo además que las fuerzas inferiores del baile no son buenas, porque atraen entidades perjudiciales y dificultan los progresos del alma.

El estudio de todos estos hechos me fascina y me aclara muchas cosas que me interesaban durante mi vida terrena. Comprendo ahora cuál es la causa de las acciones de ciertas gentes con quienes antes me encontraba y que, lamento decirlo, condenaba demasiado a la ligera. Ahora sé por qué arrojan sus posibilidades vitales por los aires al permitir que intervengan en ella entidades que estimulan sus bajos deseos; y esto me desconsuela por lo que a su suerte se refiere.

Querido, alegre Hollywood, escenarios de mis luchas y mis triunfos, ¡qué lugar eres de almas atrasadas! Hay también allí almas maravillosas. Almas destrozadas, también. Y existe asimismo allí almas que podían ser grandes y que no lo son por estar ahogadas por el intenso materialismo de su vida, tan artificial.

Con el conocimiento que ahora he adquirido de la vida por mis claras percepciones y la ayuda de mis maestros, no me preocupa el deseo de volver a la vida de Hollywood.

La vida allí es superficial y trivial, y tales circunstancias no pueden perdurar. Siempre me gustó el aire libre de la Naturaleza, y esto creo yo es lo que me sostuvo en medio de todo esto. La gente no se percata de la importancia de sus vidas. La vida tiene importancia porque está muy íntimametne ligada a nosotros por medio del cuerpo físico, y al mismo tiempo con nuestro carácter más íntimo.

Los cuerpos truncados están compuestos por los elementos de la Tierra; las mismas corrientes de fuerza flotan a través de ellos, y toda la belleza que la Tierra puede producir se refleja en nuestro carácter íntimo.

—¡Oh, Natacha! Quiero decir a las gentes que vayan al campo, que amen los árboles, las flores y los pájaros. Díselo tú también a tus amigos. Contemplad alegremente el éter azul, y pensad que los grandes planos de la vida están en él. Entonces volveos a la Naturaleza y pensad que ella misma es ya un gran plano espiritual. Pensad después que íntimamente ligados están estos planos entre sí, como los anillos de una hermosa cadena; si pensáis en la unión que todos los planos tienen entre sí, comprenderéis la idea de la fraternidad universal.

La fuerza se va. Todavía podré volver otra vez más.—**Rudy.**"

EL ULTIMO MENSAJE DE RUDY

"He encontrado aquí almas maravillosas. No hay que esperar que nos presente unos a otros. Nada parecido a esto, sino que la vida aquí es una verdadera hermandad. Nuestras inclinaciones y deseos están inmediatamente respondidos de una manera inteligente.

Si se admiraba antes a alguna persona particular por su vida o por su obra, esta persona lo sabe psíquicamente, sin necesidad de palabras que se lo expliquen, e inmediatamente tiende hacia usted la mano de la amistad. Así, pues, puedes ver que la vida en estos planos se verifica sobre una base más verdadera que la que hemos conocido antes de ahora.

Cada uno de nuestros pensamientos más íntimos se revela, según he podido aprender, instantáneamente a todos los demás espíritus que poseen el mismo grado o un grado superior de conocimiento. Por ejemplo: todos los espíritus que han alcanzado un grado de desarrollo de alma igual al mío, y creo que hay muy pocos así, pueden leer mis más profundos pensamientos. Y las almas que están más avanzadas que yo leen no sólo estos pensamientos míos, sino que además pueden ver las razones que los motivan y que yacen bajo de ellos. De tal modo comprenderás que no existen secretos, y por esta clara manera de ver unos dentro de otros es como solamente es posible la ayuda mutua.

Al principio me encontraba molesto, porque todos nosotros tenemos un loco orgullo y no queremos que nuestras simpatías y antipatías puedan conocerse. Pero cuando comprendí que esta manera de leer en el carácter de uno era un hecho inapelable, pensé que lo mejor era obrar como un buen deportista, y, por lo tanto, dejé mi orgullo a un lado.

Con gran sorpresa mía, sentí en ello un gran consuelo. Me pareció que una losa de plomo se me quitaba de encima. Me sentí cerca de la verdad que nunca, y más cerca del prójimo, del prójimo verdadero, comprendiendo que la fraternidad, unidad y protección son un hecho real aquí.

La vida terrenal cambiaría profundamente, estoy seguro, si la gente conociese las circunstancias por las que, pronto o tarde, ha de pasar des-

Ropa Blanca
Mantelería
Ropa de cama

SECCION ESPECIAL
AJUARES
para
NOVIAS

Confecciones sobre medida
Ajuares para bebés

El Rimassa y Cía.
SANTIAGO

Fabricantes en Lencería Fina.
CLARAS, 270
Casilla 2696. Teléfono 4017.
Dirección telegráfica:
RIMASCO
Santiago

pués de su muerte. Por tal razón siendo necesidad imperiosa de descubriros estos hechos.

Ahora nos encontramos absolutamente desprendidos de todo esto; es decir, del deseo de continuar por el mismo camino, descubriendo en nosotros una disposición para comenzar enteramente una nueva vida y de lo que al parecer se nos presenta como un indeciso futuro. Si no tenemos noticias de este futuro antes de pasar de la vieja vida mundana a esta otra del espíritu, este cambio produce literalmente una gran conmoción. Muchos no pueden vencer esa conmoción y sorpresa. Con su ignorancia, miedo y sentimiento por haber sido arrancado de ese mundo material que tanto amaban, pierden todo su tiempo en frecuentar sus lugares terrenales y permanecen ligados mentalmente a la Tierra. Están aún en el plano astral inferior, fuera del mundo, y sin embargo, dentro de él a causa de su tenaz inclinación hacia las actitudes mundanales de su pensamiento. Estos infortunados son los que a veces aparecen en nuestras escrituras automáticas.

Me han dicho que estas almas son tan tercas, tan arraigadas están a su primitivo modo de pensar, que están realmente ciegas, y ni pueden ver ni comprender las posibilidades del progreso que la nueva vida les ofrece. Son inadaptables, obstinados y retrógrados.

Hay algunos que cuando vivían en ese mundo eran los primeros en ofrecerse a las innovaciones de cualquiera clase que fuesen. Y causa sorpresa el ver que provienen de todas las clases de la vida social terrestre. Debo decirte que si algunas veces, al principio, me pareció dejarme arrastrar por mi egoísmo terrenal. Ahora puedo mirar hacia atrás y me río de ello.

Me imaginaba entonces que el arte de la cinematografía iba a ser imposible sin mí. Me creía el actor más grande de la Tierra. Después de haber visto representar a los actores de aquí, me sonrojo interiormente de haber estado tan engañado.

Sentía cólera, además, cuando mis protectores me ponían frente a mis egoísmos, porque en el fondo sentía la vergüenza de comprobar que tenían razón. Comprendo que incluso te lo hice conocer a ti misma — este colosal orgullo mío — cuando te expresaba mis opiniones a través del "medium" que utilizaba en vuestro castillo.

¡Ellos, la gente, el prójimo, es lo que realmente tiene importancia! Amo cada día más a mi prójimo conforme voy aprendiendo a conocerlo de un modo espiritual. ¿Qué es la vida? Nada más que un mar infinito, y las gotas de agua de este mar son el prójimo.

La vida me parece ahora tremendamente hermosa, llena, real, alegre. Vivo en un mundo de artistas: actores, músicos, escritores, pintores, escultores, arquitectos, sí, y aun jardineros de paisajes. ¿Por qué no he llegado a ser un dibujante de jardines, cuando esto fué lo que primeramente se pensó que fuese yo? Porque la experiencia adquirida después de varias vidas en las que fuí actor estaba en cierto modo como depositada en mi conciencia y le era necesario volver a expresarse de nuevo, a fin de vencer algún nuevo obstáculo que hasta entonces parecía indomable.

Soy feliz en este mundo de artistas.

La fuerza se ha agotado ya. Buenas noches.— **Rudy.**

FIN

EL MAYOR MONSTTRUO. — (Conclusión)

las bíblicas imprecaciones de teólogos y ascetas, y, fatalmente, acababa en aquel amor amasado de espíritu y de carne que María Magdalena sintió por el blondo galileo. Cuando el **Eclesiastes** vertía sobre mi orgullo herido el bálsamo de su desdén para lo terreno y humano. **El Cantar de los Cantares** murmuraba en mi oído: "Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo; porque fuerte es como la muerte el amor; duro como el sepulcro el celo; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama."

Lo repito que no deben antojársele hiperbólicos estos sentimientos que le expreso. Mi alma, desnuda en este instante, guarda aún las huellas de aquella tormenta. Si la pudiera conservar en un estado aprehensible, limpio y duradero, sería una maravillosa donación que yo haría gustoso a los hombres de los siglos futuros. Estas huellas que conservo serían para los filólogos de dentro de diez siglos como aquel **graffito** del Palatino en el que Alexandros permanece en adoración frente a un Dios crucificado y con cabeza de burro. ¿Qué pensarían de los hombres de hoy? ¿Se explicarían bien claramente qué quiere decir **celos** y creerían que esto producía un dolor lacerante?

* *

—¿Que cómo surgió en mí esta tortura? Aquella tarde, como todas las de esa luminosa primavera que Madrid tiene, ella y yo fuimos al Retiro. Terminado mi trabajo, había ido a recogerla con el alborozo con que se va a ver a una novia a quien se quiere con toda el alma. Este había sido el gran secreto de mi felicidad: que aún después de casados seguíamos siendo novios.

El Retiro era para nosotros un espectáculo maravilloso. Su estanque, con pretensiones de gran lago, sus ocultas fuentecillas, sus arroyuelos, su exuberante vegetación, sus solitarios parajes, en donde el amor tejía sus fantasías y sus ilusiones, todo exacerbaba en nuestro sentimiento la alegría de vivir, porque nuestra vida era una perpetua llama de ideal que ponía, hasta en los caminos más oscuros, una luminosidad risueña parecida a una esperanza...

Al llegar a nuestro sitio predilecto, frente al banco que de ordinario ocupábamos, un hombre joven, enlutado y triste, acariciaba a un niño extraordinariamente hermoso. Desde el primer instante toda nuestra atención prendió en aquella criatura. Pero nuestra contemplación silenciosa se interrumpió, al cabo, al lamentarse **Ella**, en un lamento desgarrador, de que Dios no nos hubiera concedido un hijo... Y después de este lamento, un silencio doloroso que iba llegando al alma cruelmente, acaballaba nuestros sentimientos de afecto, y hacía que enmudeciera nuestra ilusión, que había cantado victoriosa hasta entonces. Y en aquel silencio yo sentí cómo saltaban en pedazos todos los resortes de mi espíritu, y cómo iba hundiéndoseme el alma, y cómo se ensombrecían aquellas claridades interiores que proyectaron tanta luz sobre todos mis caminos.

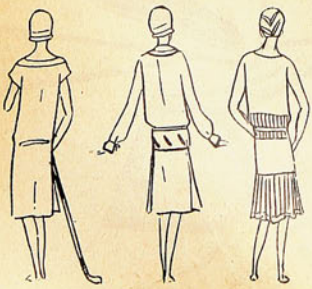
Al cabo de un rato, aquel hermoso niño se sentía atraído por el dulce mirar de Ella, y llegaba confiado a su regazo, ansioso de una caricia maternal.

Ella le acogió dulcemente y puso en el abrazo que le dió una, para mí, desconocida ternura. Una vaga inquietud se apoderó de mí. ¿Qué sentimientos agitaban el alma de la mujer amada? Besó a aquel hermoso niño, y mientras le besaba, sus ojos, aquellos ojos que jamás descansaron con fruición y goce en nadie que no fuera yo, fueron en una serena mirada hacia los ojos de aquel hombre triste...

* *

Siguió, sigue la vida pasando por nuestra pobre existencia, y **Ella** es siempre la misma: "cara de siempre novia", mimos de siempre novia, dulzura de novia eterna para mi silenciosa tristeza. Pero desde aquel día jamás la volveré a mirar, por miedo de ver cómo van sus ojos por un camino de luz hacia los ojos del hombre triste que tenía un hijo... Y consume mi vida esta terrible enfermedad de los celos; de los peores celos, que son los que se alimentan con la duda de si el pensamiento de la mujer querida ya nunca será transparente ni nuestro.

PARA EL TENNIS Y EL GOLF

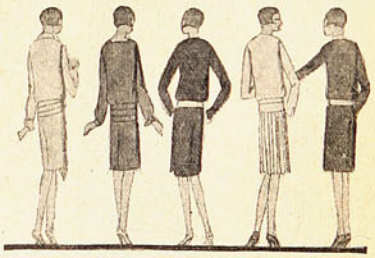


1.—De jersey color arena con la falda cortada en forma y un original cuello terminado por una borla roja colgando de unas placas de galalita, roja, con un cinturón de cuero también rojo, este modelo ha de gustar a nuestras lectoras. 2.—Traje compuesto por una falda de kasha blanca y un chaleco sin mangas del mismo material. Uno y otra van adornados por incrustaciones de cuero rojo. Blusa camisero de espumilla de seda blanca con corbata de cinta y pequeños botones de este mismo color.—3. Traje de tusor verde agua, finamente plisado, en el cual se recuerdan las líneas de los trajes de las gitanas, sabiamente evocadas por los recortes de tela lisa. 4.—El modernismo impera en este modelo de Agnés. Está hecho con tela de tres tonos de beige y el más oscuro es el que forma el godet de la falda. 5.—Vestido de espumilla blanca cortado en una forma curiosa sobre un fino plisado. 6.—Traje de brin de hilo azul cielo y blanco, adornado de bordados de todos colores. Modelo muy práctico.

El Encanto de los Modelos Simples

I. Traje en espumilla de seda color limón, adornado por una chorrera plisada en crépe georgette del mismo tono. Puños y paño suelto en la falda, también plisados. El cuerpo va ablusado sobre una especie de rebeca, cortada en forma. — II. Traje de jersey de media seda, verde almendra. Doble cintura en la casaca. Pliegues encontrados en la falda. Una flor en cuero, adorna el escote. — III De popelina azul marino, este modelo lleva un plastrón en georgette beige y cintura y botones en beige, hechos en gamuza. — IV. Muy encantador vestido en espumilla blanca. Falda con pliegues huecos. Corbata de terciopelo azul rey. —

V. Otro modelo verdaderamente delicioso, en crépe satín castaña, adornado con espumilla rosa fuerte. La falda va fruncida sólo en el delantero, entre los dos bolsillos, que son una nota llena de originalidad.



OFRENDA

(A mi madre, con todo cariño)

Desde que el sol inunda la tierra con su brillo diamantino, hasta la noche con sus insondables misterios, te recuerdo, madre mía. Encuentro en ti algo de divino por la inmensidad de tu amor, por tu incansable solicitud de mujer. Tienes la dulzura de los ángeles para suavizar la angustia de los seres a quienes has dado vida y la resignación santa para perdonar su ingratitud; y es por eso, madre, que desde el momento que por primera vez abandoné mi hogar en busca de nuevos horizontes, comprendí cuánto es el infinito tesoro de abnegación, amor y bondad que tu corazón encierra.

¡Cuántos días aciagos, de tristezas y angustias infinitas no has aliviado sólo con tu nombre!

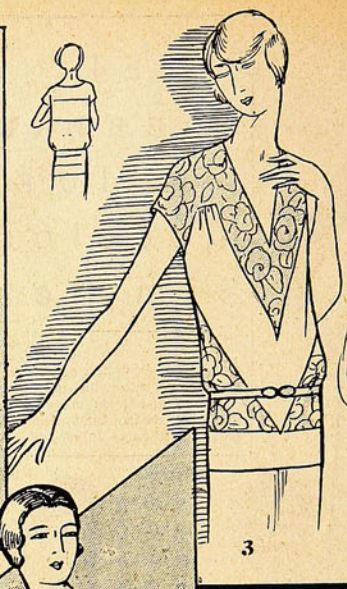
Tu recuerdo no se aparta jamás de mí; como otrora, te veo tranquila, risueña y mi corazón rebosa de alegría. Una vaga canción de amor, como la brisa que juega con las hojas de los árboles, como las aves que cantan con su voz cadenciosa y suave las melodías matinales, llega a mi corazón, a mi alma, como un cántico divino en pos de ti, mi madre querida, y para ofrendar a tu cariño inmenso, no basta con todos los dones de la naturaleza. Y al ser esto así, ¿qué puedo ofrendarte? Bien sabes, mi amor, mis ilusiones, mis alegrías y pensamientos son para ti, y fuera de esto, ¿puede haber algo más? Sí, madrecita; sí, tienes el corazón de tu hija que llora, si tú lloras; ríe, si tú ríes y la gratitud inmensa por el bien que a su vida has hecho, y es esto lo que yo te ofrendo, ¡madre mía!

JULIA URBINA E.

BLUSAS

1

2



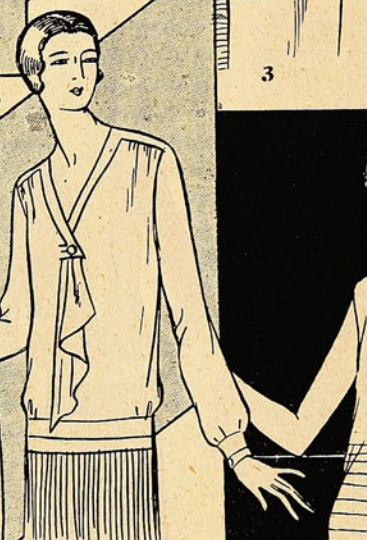
3

4

5

6

7



8

9

SIMONS

10

1.—Blusa de crepé Georgette adornada por pequeñas alforzas y botones de cristal. 2.—Camisero de linón de hilo adornado también con alforzas. Iniciales bordadas en azul marino. 3.—Blusa de espumilla lisa y de fantasía que forma adelante un lindo movimiento de ángulo. 4.—En crepé satín verde almendra con las mangas en velo de seda del mismo tono, esta blusa lleva por adorno un anillo de galalite del que cuelga una larga borla. 5.—Camisero de espumilla de seda blanca con alforzas, que forman un doble plastrón. Botones de nácar. 6.—Blusa de crespón de China azul rey adornada por una chorrera plisada. Cuatro cinturones encontrados y alforzados forman una especie de rebeca. 7.—Blusa-chaleco en género de fantasía, adornada por género liso. 8.—Muy sencilla, esta blusa de espumilla no lleva más adorno que una chorrera en forma. 9.—Crepé satín negro empleado por los dos lados hace esta blusa cuyo cuello se anuda en un lazo. 10.—Blusa de tusor beige con adornos de tusor rojo. Cuello-pañuelo, sujeto por un broche de fantasía rojo.

LA NOVIA Y SU CORTEJO

I. Traje de novia, de crépe satín blanco marfil. Este modelo presentado por Poiret y lucido por una gran dama francesa el día de su matrimonio, tiene la originalidad de que la cola sale de la cintura. La falda es corta adelante y larga atrás, tiene godets y muestra en la parte delantera un falso de crépe georgette plisado. El cuerpo, escotado en punta, deja ver un camisolín de este género, también plisado. Gran velo de tul sujeto por una tiara de estilo ruso.

II. Vestido para la madre de la novia, en raso negro. La falda, cortada en ondas, es mucho más larga por un lado. Tul amarrado al cuello y que cae atrás hasta arrastrar.

III. Para una hermana casada de la novia, este modelo en crépe satín gris azul, está muy indicado. El cuerpo forma bolero atrás, cayendo sobre una ancha cintura de raso encerado, azul marino. La falda lleva cuatro paños en forma que caen en puntas. Grandes botones de cristal blanco.

IV. Traje de espumilla lila. Falda cruzada y drapeada al costado. Pequeña capa suelta en la espalda.

V. De crespón de China, negro, muy ceñido en la espalda y con todo el ruedo a un lado, este modelo, adelante, se cruza sencillamente, haciendo una especie de envoltorio que convendrá mucho a una mujer de silueta alta y delgada.

VI. Traje de marrocain beige y de raso beige más oscuro. El echarpe y la parte de atrás de la falda, son de raso, el resto en la otra tela.

EL SILENCIO

El silencio es el elemento en que se forman las cosas graves, para que al fin puedan surgir, majestuosamente y perfectas, a la luz de la vida que han de dominar.

La palabra es, con demasiada frecuencia, no el arte de ahogar y suspender éste de manera que nada quede que ocultar.

La palabra es tiempo, pero el silencio es eternidad.

La mayoría de los hombres no comprende y no admite el silencio más que dos o tres veces en la vida.

El silencio es quien determina y fija el sabor del amor. Si estuviera privado de él, el amor no tendría ni gusto ni perfumes eternos. ¿Quién de nosotros no ha conocido aquellos minutos mudos que separaban los labios para reunir las almas?

Es menester buscarlos sin cesar.

No hay silencio más débil que el silencio del amor, y es verdaderamente el único que es sólo nuestro.

Los otros grandes silencios, el de la muerte, el dolor o el destino, no nos pertenecen. Avanzan hacia nosotros del fondo de los sucesos, a la hora que les place, y aquellos a quienes no encuentran no tienen reproches que hacerse. Pero nosotros podemos adelantarnos al encuentro de los silencios del amor. Esperan noche y día en los umbrales de nuestra puerta y son tan bellos como sus hermanos.

MAURICIO MAETERLINCK

LUTOS

1.—Traje de popelina adornado con sesgos del mismo género que encuadran aplicaciones de crespón.

2.—Abrigo en reps en que la parte de atrás de la cintura está formada por varias hileras de galones. Cuello de crespón.

3.—Otro modelo de abrigo para gran duelo. El crespón se encuentra en el cuello, mangas y parte delantera.

4.—Abrigo en sarga en que el crespón va cortado en puntas que se incrustan prolijamente a la tela.

5.—Abrigo de cachemira con perlina y adornos de crespón.

6.—Vestido de crepella con adorno de crespón.

7.—Falda de crespón de China mate y chaleco de crespón de luto con pechero de la tela de la falda.

8.—De lana inglesa con adornos de crespón, este modelo tiene una cintura con hebilla forrada, todo ello en gamuza opaca

Para duelo no tan reciente, todos estos modelos pueden llevarse, quitándoles los crespones que los hacen de luto riguroso. En algunos el crespón se cambiara por adornos de crepe Georgette, lo que queda al gusto de las lectoras.

JUGANDO EN LA TERRAZA

1. Vestido para niñita en sarga azul marino aclarado por sarga beige, bordada de pintas rojas.
2. Muy sencillo y práctico, este vestido está hecho en sarga gris. Cuerpo ablusado y falda con pliegues.
3. Traje de crepella cereza con el plastrón y la falda plisada.
4. Terno para niño en kasha color natural envivado con género igual
5. Para una niñita muy pequeña resulta encantador este trajecito de lana inglesa unida y lana inglesa a cuadros.

HECHOS HISTORICOS

Un niño esclavo, que llegó a ser el mejor legislador del mundo

Preciso es recordar aquí, cómo tiempo después de ocurrido el caso de José, todos los hijos de Israel pasaron a ser esclavos de Egipto, no esclavos de diversos amos, sino del Estado, quedando cruelmente sometidos a los más rudos trabajos.

Un niño, hijo de esclavos, a quien su madre había abandonado a la corriente del Nilo, en una cestilla de mimbre, fué hallado por la hija del rey, que había ido al río acompañada de sus esclavas a bañarse. Este niño fué educado como hijo del rey, y cuando, en edad madura, fué el guía de Israel, lo condujo a la tierra prometida y dictó leyes maravillosas por su claridad y sabiduría. Este hombre fué Moisés. Algunos cultivadores de la historia, creen que ha existido una dinastía de esclavos, es decir, una familia descendiente de esclavos, que rebelados contra los egipcios, dueños de sus tierras, los vencieron, colocando en el trono de Egipto a uno de los suyos y a su descendencia: más nada se sabe de cierto.

Otros dos esclavos de la antigüedad, se hicieron célebres, pero de modo diverso. De uno de ellos ya nos es conocido el nombre, pues todos hemos leído sus fábulas. Era Esopo. Cuéntase que, mientras dos ciudadanos estaban en guerra, un muchacho llamado Esopo, fué hecho prisionero y esclavo. Pero era tan sutil su ingenio que el amo que le compró, le hizo instruír, y después de pasados muchos años, le dió la libertad.

SI DESEÁIS GOZAR DE BUENA SALUD. RECURRID A LOS

CRISTALES YODADOS

M. PROOT R.

Base: Sal de Karlsbad Yodada.

PARA LAS COQUETAS

EL CABELLO, SU CALIDAD Y SUS ENFERMEDADES

La cabellera debe cepillarse todos los días con cepillo de crin suave.

RECONOCIDA la extrema importancia del rostro, no podemos menos de poner de relieve la trascendencia de una bella, fuerte y espléndida cabellera, por ser el más ideal, el más acabado adorno y complemento de una fisonomía. Convendrá conocer la constitución de la cabellera para percatarse de su valía.

Bueno será además indicar las distintas enfermedades que pueden arrebatarle a una persona el cabello y conocer los accidentes que contribuyen a su rápida caída.

Sabido es que los cabellos son filamentos cilíndricos compuestos de una parte que sobresale de la piel y de otra que, infiltrándose en el cuero cabelludo, permanece invisible. Más o menos prolongada la porción libre de dicho filamento, conocido vulgarmente por cabello, crece alrededor de unos ocho centímetros por año.

De esto se infiere que la cabellera, al llegar a la época de su completo crecimiento, conserve un mismo aspecto de esplendor, descontando la caída del cabello, teniendo en cuenta que la actividad de su desarrollo producese por medios mecánicos y completamente regulares.

Considerase necesario el espacio de diez años para que se efectue la renovación completa de una cabellera. Será lisa o rizada la contextura de los cabellos, segun la raza a que pertenezca el individuo.

El cabello, incapaz por sí mismo de variación sensible, debe su crecimiento y propiedades variables a tres elementos primordiales:

1. El folículo piloso en las profundidades de la piel.

2. El bulbo, o sea el apéndice en que termina en el interior del cuero cabelludo el anterior folículo.

3. La llamada papila, cierta eminencia cónica saliente. Se completa la parte productiva de los cabellos por medio de diminutos surcos, por donde circula la sangre que les proporciona constante vitalidad.

Las cabelleras lisas son, por lo general de gran longitud, (ahora con la melena poco puede apreciarse esta cualidad), en tanto que las cabelleras rizadas y a veces enmarañadas, propias de las razas incultas, se arrollan en espirales a manera de virutas, no permitiendo que la savia descienda en completa libertad por los cabellos, cuya longitud es mucho más corta que en los lisos. Las cabelleras de muchas personas resultan naturalmente brillantes y sedosas, en cambio otros cabellos son rudos y gruesos.

Como hemos dicho, el cabello vive de ocho a diez años y cae después: fisiológicamente caen cierto número cada día. De los cuarenta a los cincuenta años la caída es más abundante, pues el cuero cabelludo se atrofia. Las causas de la caída precoz del cabello pueden ser generales y locales. Entre las generales tenemos: el estado de la nutrición que desempeña un papel muy importante. El ejercicio y el régimen lactovegetariano están indicados en los casos de temperamento pletórico. Los disgustos, inquietudes, vigilias prolongadas, el trabajo intelectual, los dolores de cabeza, las molestias infecciosas son factores de la calvicie.

Entre las causas locales debemos indicar, por una parte, la mala higiene del cabello y, por otra, la seborrea del cuero cabelludo.

Hay dos clases de seborrea:

1. Seborrea grasa (aspecto graso del cuero cabelludo y del cabello en sí, descamación, cabellos quebradizos y por último, caída tan abundante que llega a la calvicie).

2. Seborrea seca (descamación pelicular y después caída del cabello).

El tratamiento de la seborrea comprende:

1. Lavados con jabón raspado con el cual se friccionará el cuero cabelludo, dejando la espuma por espacio de diez minutos, para luego enjuagar abundantemente.

2. Aplicación de una pomada sulfurosa, fórmula análoga a la de Lassar, con leves movimientos de masaje, superficiales y blandos durante seis a diez minutos, repetidos dos o tres veces por semana.

La fórmula es la siguiente: Manteca benzoica, 60 gramos. Líquido corrosivo, 3 gramos. Azufre precipitado, 3 gramos.

Se hacen dos aplicaciones semanales, alternando con dos lavados de cabeza con jabón raspado, en la forma que anteriormente hemos indicado.

La calvicie puede combatirse locionando primero el cuero cabelludo con agua sublimada al uno por mil y friccionando después la parte calva enérgicamente con este preparado: Aceite de ricino, 25 gramos. Esencia de mejorana, 20 gramos. Aguardiente o ron, 26 gramos. Sal amoníaco, 10 gotas.

La caspa es un serio peligro para la cabellera, contribuyendo a su caída en mil ocasiones y por diversidad de causas. Para aliviar esta dolencia es muy eficaz una loción de: Agua destilada, 200 gramos. Amoníaco, 10 gotas.

Fricciónese el cuero cabelludo una vez al día al levantarse.

Aquellas personas que tienen su cabellera en buen estado de salud, deben solamente preocuparse de mantenerla con grande higiene. Sólo debe tomarse en cuenta el uso de un buen champoing. Para las rubias recomendamos el siguiente: Agua de colonia 1,000 gramos. Alcohol de 30 grados, 1,000 gramos. Glicerina, 30 gramos. Bórax, 70 gramos.

Disuélvase y se guarda embotellado, poniendo, cuando llegue el caso, una cucharada en un lavatorio de agua templada, para lavarse la cabeza, enjuagando después abundantemente.

Elíjase para peinarse un peine de marfil

RECETAS PRACTICAS DE COCINA

ALMUERZO

—35—

SESOS FRIOS

(Para seis personas)

Una entrada fresca y muy agradable.

Ingredientes:

1 Cabeza de sesos	$ 3.00
Porotos verdes	0.10
Zanahorias	0.10
Arvejitas	0.10
Papas	0.10
	$ 3.40

Se cuecen los sesos después de haberlos pelado. Una vez cocidos se dejan enfriar, se cortan en tajadas y se adornan con las verduras cocidas y picadas bien finitas. Las verduras deben estar frías y aliñadas.

—36—

LOMITOS CON MAIZ

(Para seis personas)

Guiso económico a la vez que muy sabroso.

Ingredientes:

Lomo	$ 2.00
5 Choclos	0.75
	$ 2.75

Se parte el lomo en rebanadas, se limpia muy bien sacándole los nervios y se fríe en grasa. Se cuecen los choclos, se rebanan, se les pone sal y un buen pedazo de mantequilla, se ponen en una fuente los lomitos al medio y el maíz alrededor.

—37—

ZANAHORIAS CON CREMA

(Para seis personas)

Este es un guiso de verdura muy sano y delicioso.

Ingredientes:

Zanahorias	$ 0.50
1 Huevo	0.35
1 Taza de leche	0.15
1 Cucharada de mantequilla	0.25
1 Cucharada de harina de maíz	0.05
	$ 1.30

Se cuecen las zanahorias peladas, se cortan en rajaditas, se saltan en mantequilla y se les agrega la siguiente salsa: a una taza de leche hirviendo se le agrega una cucharada de mantequilla, una yema de huevo y una cucharada de harina de maíz, se une todo, se hace hervir hasta que espese y se vacía sobre las zanahorias en el momento antes de servirlas.

—38—

FRESAS CON CREMA CHANTILLY

(Para seis personas)

Postre muy agradable para esta época.

Ingredientes:

Fresas	$ 2.00
Crema Chantilly	2.00
	$ 4.00

Se limpian bien las fresas y se mezclan con la crema que debe estar lo suficientemente dulce para que las fresas no se sientan ácidas. Si se quiere aumentar la crema se le agrega una clara de huevo batida como para merengue.

PARA LA HORA DEL TE

—39—

ROSCAS

Muy finas y delicadas para la hora del té.

Ingredientes:

½ Libra de harina	$ 0.65
½ Libra de mantequilla	2.20
4 Huevos	1.40
2 Cucharadas de polvos royal	0.40
	$ 4.65

Se hace un montón con la harina y los polvos; en el medio se le pone la mantequilla derretida, el azúcar y los huevos. Se une todo muy bien y una vez que está unido se hacen unos lulos delgaditos con los que se hacen las roscas que se ponen al horno.

La masa no debe sobarse.

—40—

SANDWICHS DE HUEVO

Muy agradables y económicos.

Ingredientes:

1 Paquete de galletes de agua	$ 1.10
3 Huevos	1.05
	$ 2.15

Se cuecen los huevos hasta que queden duros, se pelan y se muelen con un tenedor; se aliñan con sal, pimienta y un poquito de caldo o vino blanco, para que no queden tan secos. Se coloca esta pasta sobre las galletas untadas con mantequilla.

COMIDA

—40—

SOPA DE ARVEJITAS

(Para seis personas)

Una sopa económica y muy fina.

Ingredientes:

Hueso	$ 1.50
Arvejitas	0.20
1 Huevo	0.35
	$ 2.05

Se hace el caldo con el hueso y en un poco del mismo caldo se hace una salsa con un poquito de harina para que espese, se le agregan las arvejitas y al tiempo de servirla un yema de huevo.

—43—

RIÑONCITOS DE CORDERO SOBRE TOSTADAS DE PAN

(Para seis personas)

Guiso muy fácil y exquisito.

Ingredientes:

4 Riñones de cordero	$ 2.00
1 Limón	0.15
1 Cucharada de mantequilla	0.25
Pan de molde	0.60
Perejil	0.10
	$ 3.10

Se pelan y limpian muy bien los riñones, se cortan en tajadas y se saltan en mantequilla. Se colocan sobre tostadas de pan frito y se les pone encima bastante perejil picado y jugo de limón.

Si se quiere se acompañan con puré de papas.

—44—

ZAPALLITOS RELLENOS

(Para seis personas)

Un guiso de verdura sencillo y de muy buena presentación.

Ingredientes:

6 Zapallitos	$ 0.60
1 Huevo	0.35
1 Cebolla	0.05
1 Taza de leche	0.15
1 Cucharada de mantequilla	0.25
	$ 1.30

Se cuecen los zapallitos, se les quita la tapa y la comida de adentro. Se pone mantequilla en una sartén con un poquito de cebolla picada muy fina, sal, pimienta; la comida de los zapallitos, un poquito de harina y una taza de leche hirviendo, se le revuelve un huevo y se rellenan con ésto los zapallitos, se les pone encima un poco de miga de pan y mantequilla y se ponen un poquito al horno antes de servirlos.

CORTESIA Y BUEN TONO

Por la CONDESA de COLLALTO

Cómo se debe comer

CUANDO se está junto a personas bien educadas, es necesario observar ciertas reglas que, de ser olvidadas, ocasionan molestias a los vecinos y les dan una pobre idea del que está sentado junto a ellos. Digamos, ante todo, que no se debe tocar nada, absolutamente nada de cuanto se sirve para comer con las manos, ni con la punta de los dedos siquiera. El pan, porque no ensucia, es lo único que se puede llevar a la boca con las manos. Contra lo que cree mucha gente todavía que se figura que no se puede empezar a comer la sopa en la comida y los entremeses en el almuerzo antes que estén servidos todos los invitados, es costumbre establecida que se como una vez que esté uno servido. De esa manera no hay necesidad de hacer largos entreactos entre plato y plato, porque los camareros empiezan a cambiar los platos a medida que se limpian y no es preciso cambiarlos todos a la vez, como cuando terminan todos los comensales al mismo tiempo.

Para comer la verdura se emplea el tenedor con ayuda del cuchillo

* * *

En las mesas bien servidas no sale nunca la sopera.

Los platos están ya en la mesa cuando entran los invitados, que empiezan a comer sin tardanza.

Aún cuando la sopa sea excelente, no se pide más a los criados. La razón es obvia. Si se llena el estómago de líquidos, apenas queda sitio para los sólidos, que son los platos en que ha apurado el cocinero toda su ciencia culinaria.

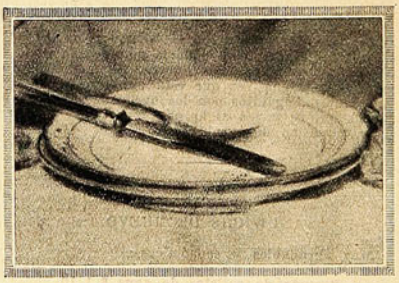
El plato no está nunca lleno hasta los bordes y hay que dejar algo en su fondo, porque no está permitido inclinar el recipiente para apurar con la cuchara el líquido que queda en él.

Para comer una tajada de carne en su jugo o con salsa, se toma el cuchillo con la mano derecha, el tenedor en la izquierda y se procede a cortar un pedazo, ni muy grande ni demasiado pequeño, y a llevarlo a la boca.

No se debe cortar toda la carne de una vez sino trozo a trozo, a medida que se va comiendo y llevando las tajadas a la boca con el tenedor, que empuña la mano izquierda.

Cuando hay en la carne algún hueso, se descarna lo mejor que se puede con un cuchillo y se deja al borde del plato. Al descarnar el hueso hay que proceder con mucho tiento para evitar que se escurra y manche al comensal que está al lado.

Al aparecer el pescado los camareros han distribuído ya un tenedor y un cuchillo especiales que tienen forma distinta de los demás cubiertos y cuyo cuchillo ostenta una hoja de plata y no de acero. En algunas casas no hay esos tenedores y cuchillos especiales. Entonces se toma el tenedor ordinario y, ayudándose con un pedazo de pan que sostiene la mano izquierda, se procede a partir el pescado. También está permitido, y en Alemania lo hace todo el mundo, emplear el cuchillo corriente de hoja de acero, cosa que resulta mucho más práctica que el pedazo de pan.



Una vez terminado el plato los cubiertos se dejan juntos, paralelamente

Arte de trinchar los manjares

Todas las aves, exceptuando las muy pequeñas y los pájaros, se cortan del mismo modo y siguiendo iguales reglas. Es decir, no se cortan, que se descuartizan con pulcritud, debiendo soltarse las coyunturas así que se solicitan en sentido contrario y despegando después las pechugas, sin que en la carne del ave aparezca un solo corte de cuchillo.

Se sueltan, pues, los cuatro miembros del ave levantando con los alones, y arrancada de cuajo la mayor parte de la carne del estómago, sirviéndose para esto del trinchante de puntas de acero, con el que se enristra el ave, y del cuchillo que con él hace juego, que ha de estar siempre bien afilado, para que, cuando se haya desarmado por entero el ave, se pueda hacer cuartos del caparazón sin forcejeo.

Las carnes deben cortarse a contrafibra, lo propio que el jamón.

Los pescados no deben cortarse jamás con el cuchillo, sino con una paleta y donde no la hubiere, se emplea la cuchara, el tenedor o una espátula de madera o marfil.

También es necesario saber cortar las tortillas. Las hechas a la francesa, se despuntan y se sirve el trozo que sigue, de modo que cuando ya no hay tortilla queden en la fuente las dos extremidades.

La tortilla española, por su forma y cocción, se divide con una cuchara, tajando con ella cada pedazo. No se debe trazar radios o cuadrados en esas tortillas, como se hace en algunos mesones.

Entre las frutas solamente se parten la sandía y el melón, que se cortan en rajas; pero a veces, y, como adorno, se parte a la andaluza el melón, desmochándolo primero por ambos lados y haciendo cortes oblícuos y paralelos desde arriba abajo, a una distancia de tres dedos y sólo en la faja o zona central, grande como las de los extremos juntos, y después, volviendo el melón del revés y haciendo igual operación de modo que los cortes no coincidan todos al final y formen ángulos.

Se coge entonces el melón por los dos cabos y se tira de ellos, resultando una estrella en cada mitad. Se limpia su interior y se coloca así el melón en la mesa, cada mitad en un plato hondo.

Las fresas han de presentarse a la mesa bien lavadas y escurridas. Las uvas cortados los racimos con tijeras en porciones pequeñas y lavadas todas éstas por separado y escurridas con esmero antes de colocarlas en el frutero.

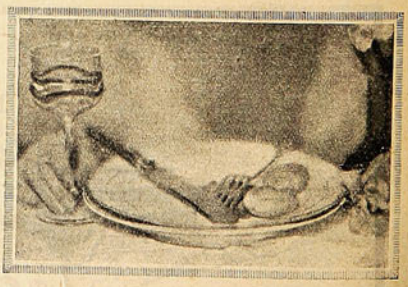
En algunas mesas se las presenta cortadas, como queda dicho, y en una fuente honda donde hay algo de agua y trocitos de hielo.

Los melocotones, peras, manzanas, albaricoques, etc., se limpian con un paño antes de presentarlos a los comensales.

Los quesos duros se cortan en hojas delgadas y los blandos en cachos de corte vertical, operación que ejecutarán los comensales con su propio cuchillo de postre, que ha de estar limpio.

Lo análogo se prescribe para los dulces de almíbar, jaleas o mermeladas. A la dulcera o compotera acompaña una canastilla con cucharillas. El comensal coge una, se sirve con ella y con ella come el postre.

Por grande que sea el pastel o trozo de bizcocho o torta que se coma, siempre que sea de masa seca, se come con la mano, teniéndolo de una vez desde que se empiece hasta que se concluye.



Mientras se bebe se deja el cubierto sobre el plato

La mujer bien educada se revela en todo detalle

ODOL es el gran dentífrico que deja los dientes sanos, blancos y brillantes, perfuma el aliento y desinfecta la cabidad bucal.

Base: Salol.

Noche servia

Por Blasco Ibáñez

ILUSTRO DALLÓN

En Menton (Francia), a los sesenta y un años, murió, hace algunos días, Vicente Blasco Ibáñez, gran novelista y gran español. Deja una obra vasta, que le valió en vida muchos aplausos, grandes éxitos, hasta la fortuna.

"Para Todos" publica con emoción este cuento del gran Valenciano y rinde con él homenaje al talento egregio de este hombre que vertió vida, y no sólo tinta, en las venas de los varios cientos de hombres que pueblan las páginas de sus libros.

LAS once de la noche. Es la hora en que cierran sus puertas los teatros de París. Media hora antes cafés y restaurants han echado igualmente su público a la calle. Nuestro grupo queda indeciso en una acera del bulevar, mientras se desliza en la penumbra la muchedumbre que sale de los espectáculos. Los faroles, escasos y encapuchados, derraman una luz fúnebre, rápidamente absorbida por la sombra. El cielo, negro, con párpadeos de fulgor sideral, atrae las miradas inquietas. Antes, la noche sólo tenía estrellas; ahora, puede ofrecer de pronto teatrales mangas de luz, en cuyo extremo amarillea el zepelino como un cigarro de ámbar.

Sentimos el deseo de prolongar nuestra velada. Somos cuatro: un escritor francés, dos capitanes servios y yo. ¿Adónde ir en este París oscuro, que tiene cerradas todas sus puertas?... Uno de los servios nos habla del bar de cierto hotel elegante, que continúa abierto para los huéspedes del establecimiento. Todos los oficiales que quieren trasnochar se deslizan en él como si fuesen de la casa. Es un secreto que se comunican los hermanos de armas de diversas naciones cuando pasan unos días en París.

Entramos cautelosamente en el salón profusamente iluminado. El tránsito es brusco de la calle oscura a este hall que parece el interior de un enorme fanal, con sus innumerables espejos reflejando racimos de ampolletas eléctricas. Creemos haber saltado en el tiempo, cayendo dos años atrás. Mujeres elegantes y pintadas, champán, violines que gimen las notas de una danza de negros con el temblor sentimental de las romanzas desgarradoras. Es un espectáculo de antes de la guerra. Pero en la concurrencia masculina no se ve un solo frac.

Todos los hombres llevan uniformes — oficiales franceses, belgas, ingleses, rusos, servios —y estos uniformes son polvorientos y sombríos. Los violines los tocan unos militares británicos que contestan con sonrisa de brillante marfil a los aplausos y aclamaciones del público. Sustituyen a los antiguos zíngaros de casaca roja. Las mujeres señalan a uno de ellos, repitiéndose el nombre del padre, lord célebre por su nobleza y sus millones. "Gocemos locamente hermanos, que mañana hemos de morir". Y todos estos hombres, que han colgado su vida como ofrenda en el altar de la diosa Pálida, beben la existencia a grandes tragos, ríen, copean, cantan y besan con el entusiasmo exasperado de los marinos que pasan una noche en tierra y al romper el alba deben volver al encuentro de la tempestad.

Los dos servios son jóvenes y parecen satisfechos de que las aventuras de su patria los hayan arrastrado hasta París, ciudad de ensueño que tantas veces ocupó su pensamiento en la bárbara monotonía de una guarnición del interior.

Ambos "saben contar", habilidad no ordinaria en un país donde casi todos son poetas. Lamartine, al recorrer hace tres cuartos de siglo la Servia feudataria de los turcos, quedó asombrado de la importancia de la poesía en este pueblo de pastores y guerreros. Como muy pocos conocían el abecedario, emplearon el verso para guardar más estrechamente las ideas en su memoria. Los guzleros fueron los historiadores nacionales y todos prolongaron la Ilíada servia, improvisando nuevos cantos.

Mientras beben champán los dos capitanes, evocan las miserias de su retirada hace unos meses; la lucha con el hambre y el frío; las batallas en la nieve, uno contra diez; el éxodo de las multitudes, personas y animales en pavorosa confusión, al mismo tiempo que a la cola de la columna crepitan incesantemente fusiles y ametralladoras; los pueblos que arden, los heridos y rezagados, aullando entre llamas; las mujeres viendo en su agonía una espiral de cuervos que ávidos descienden; la marcha del octogenario rey Pedro, sin más apoyo que una rama nudosa, agarrotado por el reumatismo, y continuando su calvario a través de los blancos desfiladeros, encarvado, silencioso, desafiando al destino, como un monarca shakesperiano.

Examino a mis dos servios mientras hablan. Son mocetes carnosos, esbeltos, duros, con la nariz extremadamente aguileña, un verdadero pico de ave de combate. Llevan erguidos bigotes. Por debajo de la gorra, que tiene la forma de una casita con techo de doble vertiente, se escapa

una media melena de peluquero heroico. Son el hombre ideal, el "artista", tal como lo veían las señoritas sentimentales de hace cuarenta años, pero con uniforme color de mostaza y el aire tranquilo y audaz de los que viven en continuo roce con la muerte.

Siguen hablando. Relatan cosas ocurridas hace unos meses y parece que recitan las remotas hazañas de Marko Kraliovitch, el Cid servio, que peleaba con las Wilas, vampiros de los bosques, armados de una serpiente a guisa de lanza. Estos hombres que evocan sus recuerdos en un bar de París, han vivido hace unas semanas la existencia bárbara e implacable de la humanidad en su más cruel infancia.

El amigo francés se ha marchado. Uni de los capitanes interrumpe su relato para lanzar ojeadas a una mesa próxima. Le interesan, sin duda, dos pupilas circundadas de negro que se fijan en él, entre el ala de un gran sombrero empenachado y la pluma sedosa de una boa blanca. Al fin, con irresistible atracción, se traslada de nuestra mesa a la otra. Poco después desaparece, y con él se borran el sombrero y la boa.

Me veo a solas con el capitán más joven, que es el que menos ha hablado. Bebe; mira el reloj que está sobre el mostrador. Vuelve a beber. Me examina un momento con esa mirada que precede siempre a una confidencia grave. Adivino su necesidad de comunicar algo penoso que le atormenta la memoria con gravitación de suplicio. Mira otra vez el reloj. La una.

—Fué a esta misma hora—dice sin preámbulo, saltando del pensamiento a la palabra para continuar un monólogo mudo. Hoy hace cuatro meses.

Y mientras sigue hablando, yo veo la noche oscura, el valle cubierto de nieve, las montañas blancas, de las que emergen hayas y pinos, sacudiendo al viento las vedijas algodonadas de su ramaje. Veo también las ruinas de un caserío, y en estas ruinas el extremo de la retaguardia de una división servia que se retira hacia la costa del Adriático.

Mi amigo manda el extremo de esta retaguardia, una masa de hombres que fué una compañía y ahora es una muchedumbre. A la unidad militar se han adherido campesinos embrutecidos por la persecución y la desgracia, que se mueven como autómatas y a los que hay que impelir a golpes; mujeres que aullan arrastrando rosarios de pequeñuelos; otras mujeres, morenas, altas y hueseudas, que callan con trágico silencio, e inclinándose sobre los muertos les toman el fusil y la cartuchera. La sombra se colora con la pincelada roja y fugaz del disparo, surgiendo de las ruinas. De las profundidades de la noche contestan otros fulgores mortales. En el ambiente negro zumban los proyectiles, invisibles insectos de la noche.

Al amanecer será el ataque arrollador, irresistible. Ignoran quién es el enemigo que se va amasando en la sombra. ¿Alemanes, austriacos, búlgaros, turcos?... ¡Son tantos contra ellos!

—Debíamos retroceder—continúa el servio—abandonando lo que nos estorbaba. Necesitábamos ganar la montaña antes de que viniese el día.

Los largos cordones de mujeres, niños y viejos, se habían sumido ya en la noche, revueltos con las bestias portadoras de fardos. Sólo quedaban en la aldea los hombres útiles que hacían fuego al amparo de los escombros. Una parte de ellos emprendió a su vez la retirada. De pronto el capitán sufrió la angustia de un mal recuerdo: "¡Los heridos! ¿Qué hacer de ellos?..." En un granero de techo agujereado, tendidos en la paja, había más de cincuenta cuerpos humanos, sumidos en doloroso sopor o revolviéndose entre lamentos. Eran heridos de los días anteriores que habían logrado arrastrarse hasta allí; heridos de la misma noche que restañaban la sangre fresca con vendajes improvisados; mujeres alcanzadas por las sapileaduras del combate. El capitán entró en este refugio, que olía a carne descompuesta, sangre seca, ropas sucias y alientos agrios. A sus primeras palabras, todos los que conservaban alguna energía se agitaron bajo la luz humosa del único faro!

Cesaron los quejidos. Se hizo un silencio de sorpresa, de vapor, como si estos moribundos pudiesen temer algo más grave que la muerte.

Al oír que iban a quedar abandonados a la clemencia del enemigo, todos intentaron un movimiento para incorporarse; pero los más volvieron a caer.

Un coro de súplicas desesperadas, de ruegos dolorosos, fué hasta el capitán y los soldados que le seguían...

—¡Hermanos, no nos dejéis!... ¡Hermanos, por Jesús!

Luego reconocieron lentamente la necesidad del abandono, aceptando su suerte con resignación. ¿Pero caer en manos de los adversarios? ¿Quedar a merced del búlgaro o el turco, enemigos de largos siglos?... Los ojos completaron lo que las bocas no se atrevían a proferir. Ser servio equivale a una maldición cuando se cae prisionero. Muchos que estaban próximos a morir temblaban ante la idea de perder su libertad.

La venganza balkánica es algo más temible que la muerte.

"¡Hermano! ¡Hermano!" El capitán, adivinando los deseos ocultos en estas súplicas, evitaba el mirarles. "¿Lo queréis?", preguntó varias veces. Y todos movían la cabeza afirmativamente. Ya que era preciso su abandono, no debía alejarse dejando a sus espaldas un servio con vida.

¿No habría suplicado él lo mismo al verse en igual situación?...

La retirada, con sus dificultades de aprovisionamientos, hacía escasear las municiones. Los combatientes guardaban avaramente sus cartuchos.

El capitán desenvainó el sable. Algunos soldados habían empezado ya el trabajo empleando las bayonetas, pero su labor era torpe, desmañada, ruidosa; cuchilladas a ciegas, agonías interminables, arroyos de sangre. Todos los heridos se arrastraban hacia el capitán, atraídos por su categoría, que representaba un honor, admirados de su hábil prontitud.

—¡A mí, hermano!... ¡A mí!

Teniendo hacia fuera el filo del sable, los hería con la punta en el cuello, buscando partir la yugular del primer golpe.

—¡Tac!... ¡Tac!...—marcaba el capitán, evocando ante mí esta escena de horror.

Acudían arrastrándose sobre manos y pies; surgían como larvas de las sombras de los rincones; se apelotonaban contra sus piernas. El había intentado volver la cada para no presenciar su obra; los ojos se le llenaban de lágrimas; pero este desfallecimiento sólo servía para herir torpemente, repitiendo los golpes y prolongando el dolor. ¡Serenidad! ¡Mano fuerte y corazón duro!... Tac..., tac...

—¡Hermano, a mí!... ¡A mí!

Se disputaban e Isitio como si temieran la llegada del enemigo antes de que el fraternal sacrificador finalizase su tarea. Habían aprendido instintivamente la postura favorable Ladeaban la cabeza para que el cuello en tensión ofreciese la arteria rígida y visible a la picadura mortal. "¡Hermano, a mí!" Y expeliendo un caño de sangre se recostaban sobre los otros cuerpos que iban vaciándose lo mismo que odres rojos.

. . . . . .

El bar empieza a despoblarse. Salen mujeres apoyadas en brazos con galones, dejando detrás de ellas una estela de perfumes y polvos de arroz. Los violines de los ingleses lanzan sus últimos lamentos entre risas de alegría infantil.

El servio tiene en la mano un pequeño cuchillo sucio de crema, y con el gesto de un hombre que no puede olvidar, que no olvidará nunca, sigue golpeando maquinalmente la mesa... ¡Tac!... ¡Tac!...

¡Usted no Necesita Entenderse con Tanta Gente!

Si necesita Catálogos, Prospectos o Folletos Ilustrados, entiéndase con UNA Organización Especialista.

Método Moderno

OCURRA A

EGAR
EMPRESA-GRÁFICA-ARTICULOS-RÉCLAME

DEPARTAMENTO DE

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

SANTIAGO
AHUMADA, 32

VALPARAISO
TOMAS RAMOS, 147

UN RINCON MODERNO

EL "propio hogar" tiene una atmósfera especial donde se respira mejor y con más agrado que en cualquiera otra parte; sea grandioso o pequeño, ningún nido parecerá más dulce. Hay que evitar, al ornamentarlo, la banalidad de los muebles hechos por series y en los que la uniformidad fatiga la vista. Introduzcamos el arte en nuestro hogar y para ello démosle una nota imprevista.

Actualmente, agradan los pequeños rincones arreglados como un oasis dentro de una pieza severa, en un escritorio o en un comedor confortable.

Este pequeño rincón mullido, de nuestro modelo, puede hacerse con elementos diversos; no necesita armonía de coloridos, ni exactitud de estilo; al contrario, le agrada el capricho que le da la variedad de los objetos que le decoran.

No tendremos buen éxito sin trabajo, sin rebuscas. Busquemos aquí y allá, en casa de nuestros abuelos, en el campo o entre los revendedores, hasta descubrir los pequeños cachivaches decorativos y los muebles que nos puedan servir y, con la ayuda de ellos, organicemos un rincón coquete donde la familia se agrupe con delicia, o donde podamos recibir nuestras amigas para conversar largamente.

Veréis cómo ese nido, preparado brizna a brizna, tendrá sabor e intimidad y cómo será el preferido del hogar.

Con un poco de audacia ¿por qué no ensayaremos de copiar este de un aspecto tan mullido, amable y acogedor?

Para ello el talento femenino solo, es insuficiente; será preciso recurrir a una mano masculina que haga el trabajo de carpintería en banquetas y tablas y que coloque los pequeños armarios, pero una vez hecha esta primera tarea la dueña de casa puede encargarse de concluirlo.

El estante que ornamenta el lado izquierdo será de encina o de nogal adornado de guarniciones metálicas, en acero; se encuentran todavía gran número de estos viejos armarios de líneas sencillas en los campos. El interior está cubierto de una tela que armoniza con la del diván.

El mueble de la derecha se compone en la parte baja o inferior, de un estante antiguo y de una caja de reloj también de encina o de nogal. La pequeña puerta arrancada, deja ver las divisiones en que están alineados, al alcance de la mano, los libros que gustamos leer y releer. Sobre la cubierta una frágil estatuita de yeso, pintada al estilo antiguo, parece salir de su nicho, poniendo una nota de arte en este rincón.

Encima de esta especie de nicho hay un pequeño armario en que se pueden guardar algunos objetos delicados.

Si usted no tiene la suerte de encontrar a tiempo estos muebles de campo será preciso que se contente con hacerlos reproducir en madera blanca y con pintarlos en tono gris con las molduras verdes. El plinto del diván, la tabla, se pintarán también en el mismo matiz.

El diván que sirve de puente entre los dos muebles, puede ser una caja tapada en la que se guardará ropa u objetos que no sean de uso diario. Este diván se cubrirá con una tela cualquiera o granité grueso en color gris unido. Encima se colocará un confortable colchón de lana y crin hecho en género de colchón suizo y forrado en cotí a rayas grises y verdes.

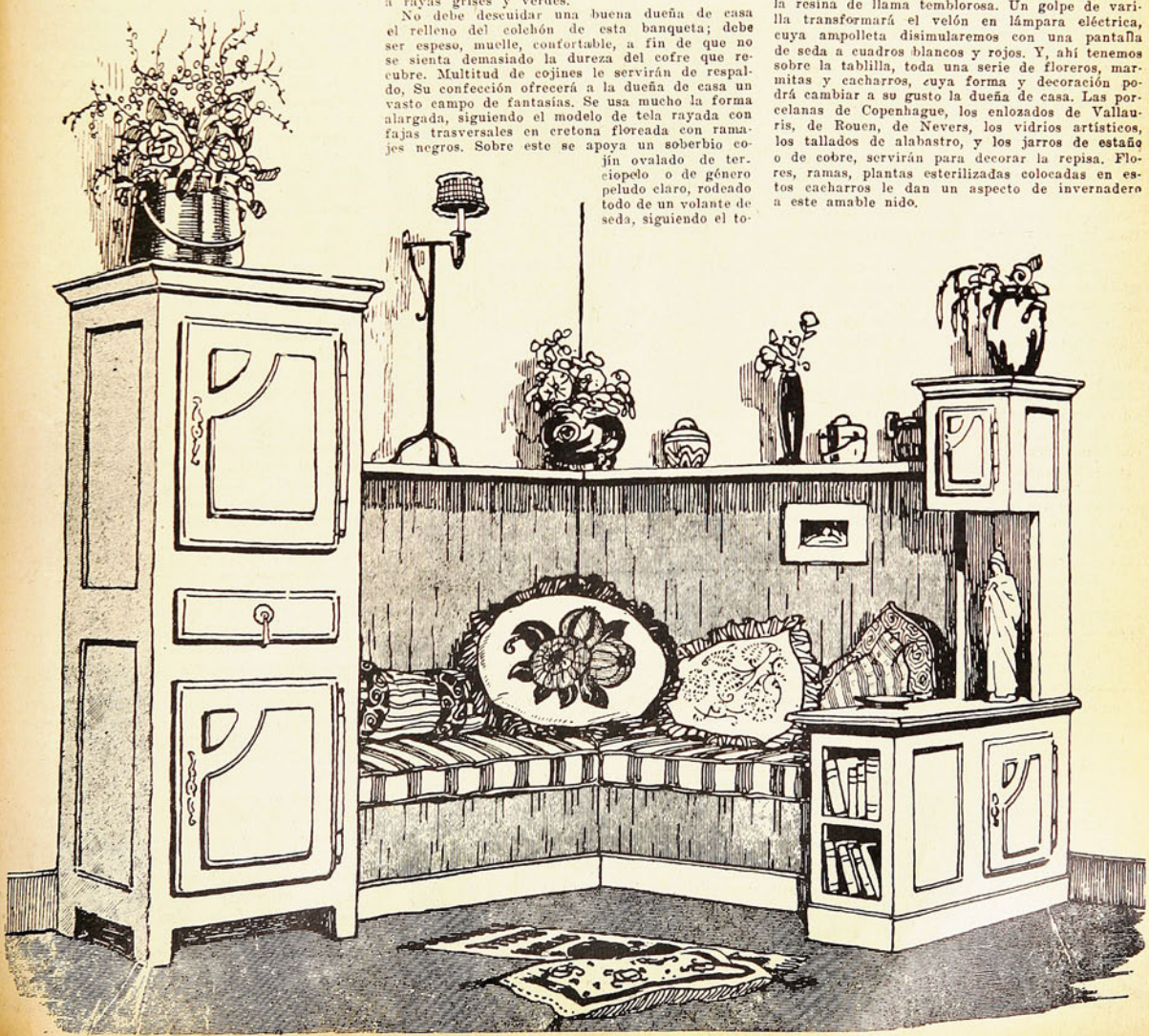
No debe descuidar una buena dueña de casa el relleno del colchón de esta banqueta; debe ser espeso, muelle, confortable, a fin de que no se sienta demasiado la dureza del cofre que recubre. Multitud de cojines le servirán de respaldo, Su confección ofrecerá a la dueña de casa un vasto campo de fantasías. Se usa mucho la forma alargada, siguiendo el modelo de tela rayada con fajas trasversales en cretona floreada con ramajes negros. Sobre este se apoya un soberbio cojin ovalado de terciopelo o de género peludo claro, rodeado todo de un volante de seda, siguiendo el tono que domina a la aplicación central del cojin. Esta aplicación es de terciopelo y nos representa frutas y flores maravillosas de tonos vivos, verdes, azules y rojos, realzados con un bordado a punto, de cadeneta. Este conjunto de tonos fuertes, resalta con violencia sobre el fondo claro, produciendo con ello un efecto extremadamente decorativo; basta aplicarle el punto de cadeneta; es como un cuadro de alegría luminosa detenido en el ángulo de este rincón familiar. Un cojín mullido en forma de corazón, es su vecino. Está trabajado en tela crema, adornado con un diseño en bordado inglés a barretas y con un volante de linón que ondula alrededor.

Para el cojín siguiente, se usará muselina o foulard en que los dibujos pueden ser diferentes de aquellos indicados en el modelo.

El muro, entre la tablilla superior y el diván se cubrirá con tela gris como el diván mismo, y un pequeño cuadro, paisaje o naturaleza muerta se colgará, solo, en un rincón de la tapicería. Este cuadrito no tiene marco, solamente está cubierto de un vidrio con "passe-partout" de color gris. Sobre la repisa se halla el reino del bibelot, del arte y de la fantasía.

Una marmita de cobre o de fierro bruñido se coloca encima del armario sin ninguna ostentación; su silueta un poco pesada se corrige con la alegría que esparce un ramo de flores que suma su nota poética y coloreada a la del cobre brillante.

En aquellos tiempos en que el hada electricidad no alumbraba con su varita mágica nuestros interiores, la lámpara de pie colocada sobre la tablilla mural, era el velón en que se quemaba la resina de llama temblorosa. Un golpe de varilla transformará el velón en lámpara eléctrica, cuya ampolleta disimularemos con una pantalla de seda a cuadros blancos y rojos. Y, ahí tenemos sobre la tablilla, toda una serie de floreros, marmitas y cacharros, cuya forma y decoración podrá cambiar a su gusto la dueña de casa. Las porcelanas de Copenhague, los enlozados de Vallauris, de Rouen, de Nevers, los vidrios artísticos, los tallados de alabastro, y los jarros de estaño o de cobre, servirán para decorar la repisa. Flores, ramas, plantas esterilizadas colocadas en estos cacharros le dan un aspecto de invernadero a este amable nido.



HÉMOSTYL
Dr. ROUSSEL
M. R.

FÓRMULA:
SANGRE HEMOPOYETICA TOTAL
CLICEROFOSFATO DE SOSA

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

TONICO PODEROSO PARA ADULTOS Y NIÑOS
TUBERCULOSIS - ANEMIAS
CONVALECENCIA - CRECIMIENTO - DEBILIDAD
RAQUITISMO - CLOROSIS - EMBARAZO - LACTANCIA

UNA GRAN PELICULA
EL LEGADO TENEBROSO

"El legado tenebroso" es una producción de la Universal, que seguramente causará sensación al estrenarse. Por creerlo de interés para nuestros lectores, damos aquí un resumen completo de esta película, que está protagonizada por la hermosa Laura la Plante.

Sus muchos millones no hicieron feliz al solterón Cirilo West, que murió perseguido por la manía de que sus parientes deseábanle la muerte para heredarlo.

Para vengarse, dejó toda su fortuna al pariente más lejano que hubiera de su nombre; pero a condición de que cierto Dr. Lazar lo encontrara "absolutamente sensato". En caso contrario, la herencia pasaría a poder del individuo nombrado en un sobre cerrado, adjunto al testamento. Este debía guardarse, inviolable, en una caja de caudales que sólo podía abrir el abogado Crosby, veinte años después de la defunción de West, en su tenebrosa y grotesca morada, dejada en la sola custodia de aquella su ama de llaves, huraña y sombría como una lechuza.

Durante esos veinte años corrió la voz de que el espíritu de Cirilo West recorría de noche la finca, y así lo confirmó el ama al abogado Crosby, cuando en la noche en que debía abrirse el testamento se encontró aquél con que éste, el sobre adjunto y la caja en que se guardaban, presentaban indicios de haber sido violados.

La llegada de Crosby al sombrío castillo, fué seguida de la de una docena de parientes y a las doce de la noche, la hora señalada para la apertura del testamento, un reloj que se suponía parado hacía veinte años, desgranó doce lúgubres campanadas, por si algo faltaba que añadir al azoramiento de los circunstantes.

Leído el testamento, la señorita Anita West resulta ser la heredera en medio de la indignación de sus defraudados parientes y de la estupefacción de la favorecida, que aguarda con medroso temor la llegada del médico, que debe juzgar de su mentalidad. En esto se presenta un loquero, un guardia de un manicomio vecino que dice ir en persecución de un loco furioso que se ha entrado en el castillo, "un loco de garras como un tigre que abre las mujeres en canal". Las mujeres tiemblan y el primo Enrique se ofrece a acompañar al loquero, para que registre la casa.

Poseída de espantosa zozobra, Anita es conducida por la misteriosa ama al que fué dormitorio del difunto West—"nadie ha dormido en él por veinte años", dice el ama, que, al desear fríamente las buenas noches a la heredera, deja en su poder un sobre, donde se le ordena dar con cierto resorte oculto que la hará dueña del "célebre collar de brillantes de los West".

Anita, al dar con la joya se la pone, deslumbrada por su magnificencia, y a poco de caer en el lecho, rendida de emoción y sueño, se abre un hueco en la pared y una mano como una garra sale y arranca del rosado seno de la niña el collar de diamantes. A sus gritos acuden los despechados parientes, cuya esperanza vuelve a renacer bajo la creencia de que la excitación de Anita y lo que les cuenta de la "garra y el arrebatamiento del collar", son síntomas de estar "mal de la cabeza".

Su primo, Pablo Jones, el único que muestra estar contento de la suerte de Anita y que trata de infundirle cómicamente la calma que él mismo necesita, se ofrece a velarla, lo que rechaza Crosby, el abogado, que despide a todos para hacerlo él. Ya sólos, Crosby advierte a Anita contra las asechanzas de alguien, que quiere apoderarse de la herencia; sin duda el mismo que violó la caja de caudales y el testamento; "probablemente el mismo que se nombra en este sobre y que sería el heredero, de hallarse a usted mentalmente incapacitada". Apenas dijo así, el abogado, mientras extendía el sobre hacia Anita, se abre el muro y otra vez la misma garra que arrebató el collar, tira hacia sí del abogado... y el muro vuelve a cerrarse. Anita se desploma y grita; todos acuden otra vez y por las confusas explicaciones de ella todos afirman en que la heredera está falta de juicio... todos, menos su fiel e ingenuo primo Pablo, cuyas aventuras con los duendes y sus otras primas por otros confines de la casa le han infundido un pánico cerval. Los dos son tenidos por tan locos de remate como el difunto West; salvo una prima, que sospecha que la desaparición del abogado con el sobre, en el que todos se lo figuran con su nombre, pudiera muy bien ser una fechoría de Anita.

El terrible monstruo se arrastraba por los tenebrosos corredores.

Más todos se quedan fríos de terror cuando la pared se abre repentinamente para arrojar el cadáver del abogado Crosby.

Los hombres quedan petrificados, las mujeres se desmayan y sólo una vieja parienta tiene ánimos para huír como alma que lleva el diablo.

Los hombres se recobran primero. Llaman a la policía por teléfono... pero la comunicación ha sido cortada.

Los primos Carlos y Enrique, se disputan el ir en busca de auxilio; Enrique va, mientras el primo, Pablo, quizás por primera vez en su vida, discurre.

Discurre que allí hay gato encerrado, encerrado o suelto, pero tras las paredes. Palpa éstas, resigue las molduras, relieves y hendiduras... y al ceder algo, bajo su presión, se abre un boquete en el muro. Pablo se precipita por él sin oír los ruegos de temor de su dulce prima Anita, ni la voz de "¡alto!" del loquero, que aparece siniestramente ensangrentado, lanzándose tras de Pablo.

Anita vuelve a desmayarse y apenas vuelve en sí, se encuentra con un tétrico anciano de aspecto y además misterioso, que dice ser el doctor Lazar, el médico que debe examinarla.

Ella dice encontrarse indispuesta, perturbada por todo lo acaecido. El supuesto médico quiere darle algo a beber... "¡No lo beba!...", grita el ama; mientras que, en el subterráneo, Pablo se ve atacado por un monstruo humano, con un ojo que le salta de la órbita, colmillos de jabalí y garras de buitre ensangrentadas.

Ruedan ambos por el suelo y cuando Pablo lleva la de ganar, le salta el loquero encima... La vieja parienta encuentra en su huída a una patrulla motocilista de policía y cuenta que los duendes están matando gente en el castillo West.—¿Duendes?

La llegada de la policía salva a Pablo de perecer a manos del loquero y del "monstruo", como pereció el abogado Crosby; y el "monstruo" resulta ser... el primo Enrique, disfrazado, el "alma" de Cirilo West, que decíase rondar por veinte años el castillo; el violador de la caja de caudales y del testamento; el individuo nombrado en el sobre cerrado....

Enrique se había propuesto enloquecer a Anita, para arrebatarle la herencia con ayuda del loquero, su cómplice.

Y al amanecer de aquella madrugada tenebro-

Un monstruo con un ojo que se le salta de la órbita...

sa, Anita se dispone a compartir con su primo, Pablo, cuya fidelidad como primo, la promete mejor empleo como esposo, la herencia que el jura hubiera compartido con ella, de haber sido él el favorecido.

LA PERLA INTERIOR

Se cuenta que un hombre, ansioso de poseer grandes caudales, se decidió a vender la parcela de tierra que poseía, para dedicarse a la búsqueda de diamantes, que, en su concepto, habrían de proporcionarle la riqueza que apetecía.

Negociada la propiedad se echó por el mundo en busca de las piedras deseadas, y anduvo, anduvo sin encontrar el vellocino buscado.

Volvió, después, al solar nativo y se encontró con que el dueño de su vieja parcela habíase transformado en gran señor, de modo que el peregrino hubo de preguntarle a qué debía su grandeza.

—Sencillamente — le contestó el tranquilo hombre — que encontré en mis terrenos, a orillas del mar, un diamante que me produjo buenos reales.

Es decir que, en las propias tierras del inconforme estaba la riqueza.

Como ese impaciente abundan, en el mundo, quienes busquen afuera la grandeza que puede darnos el diamante interior de la energía latente con que Dios nos ha dotado.—JOSE ENRIQUE RODO.

Se abre un hueco en la pared y una mano como una garra...

EL ASESINATO

Era una joven esposa árabe, y cuando su marido la sorprendió conversando con otro hombre, los mató a ambos. ¿Fué absuelto? Naturalmente, porque el hecho sucedió en el Sahara.

La noticia nos llegó mientras dormíamos la siesta y el hecho ocurrió media hora antes de que llegara a nuestro conocimiento. Las noticias se esparcen rápidamente en la tierra de Arabia, aunque no siempre de una manera exacta. Algunos dicen que ella era joven y tan blanca como una mujer occidental, otros que sólo era una negra. Pero eso no es lo que importa, lo cierto es que una mujer había sido asesinada por su marido.

Nadie pudo decir quién había traído esa noticia a través del seco y arenoso desierto de medio kilómetro de ancho que nos separaba de Filieche.

Mi lugar favorito en el jardín es un asiento situado debajo de un olivo, desde donde podía extender mi mirada por el dorado vacío llamado Sahara, cortado a media distancia por un pequeño sembrado de un verde brillante que constituye Filieche. Siempre me ha parecido que Alá, el Supremo Artista, colocó ese pequeño oasis exactamente en el sitio en que debía encontrarse para cortar la interminable monotonía. Siempre he sentido un sentimiento de profunda gratitud por Filieche—es una de las pocas cosas en que uno puede complacerse sin tener que pagar por esa complacencia. El Bash Agha, jefe y gobernante único (nombrado por los franceses) de todos los oasis desde Biskra a Ouargla en el lejano sur y desde Tolda en el oeste, hasta mucho más allá de Sidi Obba en el este, me dijo un día por broma:

—"Usted debía pagar una renta anual a Filieche, por el placer que procura su vista".

Este Agha es verdaderamente un hombre bondadoso, severo en su administración cuando es necesario, pero renombrado por su justicia. Cuando llega balanceándose majestuosamente a mi jardín envuelto en sus blancas vestiduras de seda y un amplio y bordado manto ribeteado de oro, parecido a la pintura de Mohamed el Conquistador, Lakdar el jardinero, y Haafa, el hijo de Lakdar, y Alí Ben Ouaman, el albañil que está construyendo mi casa, y Sai y Hamid, los dos trabajadores que lo ayudan en su tarea, arrojan sus herramientas y se apresuran a venir de todos lados para besar respetuosamente el hombro del Bash Agha, o el cordón de seda que circunda su turbante. Entonces él sonríe graciosamente y les dirige algunas palabras amistosas, preguntándoles sobre la salud de los suyos—y ellos se van muy complacidos, lo mismo que algunos trabajadores de Inglaterra que han sido visitados por el Rey, y dicen que su jefe es en todo respecto un hombre admirable. Yo sólo lo menciono, sin embargo, porque representa un pequeño papel en esta historia.

Se hallaban conversando en el pozo y ella se había levantado el velo

Después de las primeras noticias del asesinato cometido en Filieche, comenzaron a llegar detalles. Lakdar oyó decir que el hombre no sólo había muerto a su esposa, sino que también al hombre que estaba con ella, a lo que Ouaman Alí añadió que el hombre asesinado era un servidor del hombre que había cometido el crimen.

—¿Pero quiénes son ellos?, pregunté. Nadie lo sabía.

—Dicen que es uno de los hombres del Bash Agha que trabajaba en su plantación y el hombre que mató era el administrador".

—¿Qué se hallaban haciendo?

Inmediatamente que hice la pregunta, lo sentí, pues tal vez a Alí le sería difícil contestarla.

—Estaban conversando, respondió.

—¿Conversando?

—Ella se hallaba sin velo, sacando agua del pozo, dijo Lakdar.

—No, contradijo Alí. Se hallaban a la orilla del huerto, cerca de los rápidos, solos.

—¿Tenía él alguna razón para suponer...?, iba a preguntar, cuando Haafa, el niño, me interrumpió señalando excitadamente a un carro pintado de color naranja y rojo arrastrado por un tardo caballo blanco y que se destacaba en el azul del horizonte. Se dirigía suavemente desde los alrededores de Filieche en la dirección de Biskra.

—Ese es el "tombrin", en el que acostumbran a transportar el estiércol. Los dos muertos van en él, colocados uno junto a otro. El cuchillo se halla todavía clavado en el corazón de la mujer. El mató después cortando la garganta del hombre. La mujer corrió por el llano gritando como una liebre herida, antes de que él la tocara. Pero él corrió en su persecución y logró cogerla. Los llevan ahora para que los vea el Bash Agha y examine los cadáveres antes del entierro.

—¡Haafa!, exclamé, ¿dónde has averiguado todo esto?

—Lo supe en el café. Voy a volver allí para tratar de oír algo más.

Quedé solo, sentado bajo el olivo, observando, como alguien que se encuentra fascinado, el lento movimiento del tombrin pintado de rojo y de naranja. La tranquilidad del oasis en la hora de la siesta, y la paz del desierto que sobrepasa toda comprensión, eran abrumadores.

Paz, absoluta paz, eso no lo podía hacer desvanecer ninguna violencia humana... Alrededor de las cuatro, el mundo comenzó a despertar. El día incoloro y sin sombra principió a llenarse de luz y de matiz. Un nómade que conducía sus camellos en dirección al sur, pasó cantando un himno de amor. Oí la melodía de una flauta que alguien tocaba entre los árboles y que pareció a mis oídos igual a la "Apres-Midi d'Une Faune", de Debussy, y entonces — ¡oh, horror! — las agudas voces de los turistas montados en camellos. Pasaban por

L.T.PIVER
PARIS

Las Lociones
POMPEIA FLORAMYE
En Santiago, $ 8.30 el frasco.
En provincias: $ 9 el frasco.
SALAZAR Y NEY
A. Prat, 219.—Santiago.

DE AYESHA

Por CLARA SHERIDAN

(Escultora, exploradora y ex-corresponsal de "The World")

el camino detrás del muro de mi jardín y se dirigían al desierto.

Nadie **puede mirar** sobre mi muralla, excepto desde la espalda de un camello, y yo no puedo ver los camellos cuando pasan, sino sólo las absurdas figuras balanceándose de un lado a otro con suave y ridículo movimiento.

El sonido de voces inglesas me obligó a mirar a mi alrededor. Dos damas de mediana edad, vestidas de negro y otra de cabellos blancos y de cara austera, se mantenían con tanta firmeza en sus monturas, que seguían violentamente el balanceo de los camellos en lugar de dejarse mecer y llevar el compás con sus cuerpos.

—Francamente, prefiero el pullman del expreso de Pensilvania, a este camello, dijo una.

—No te desanimes. Piensa en lo que dirán nuestros amigos cuando de regreso a nuestras casas les mostremos las fotografías.

Entonces se dieron cuenta que yo me sonreía y ellas también me sonrieron en respuesta.

—La muralla, dijo Lakdar, deslizándose silenciosamente hasta mí sobre sus pies desnudos, "debió haber sido más alta.

—La muralla, le contesté, "serán más alta, Lakdar. (Pero yo perderé una gran distracción).

Haafa regresó después de una prolongada ausencia. Había recorrido los dos kilómetros que nos separaban de Biskra y traído el correo. Mientras examinaba los sobres, pues había llegado correspondencia de Inglaterra, permaneció mirándome con vacilación.

—Bien, ¿qué es lo que te pasa, Haafa?

—La muchacha, y no noté ni una sombra de vacilación en su cara o en su voz, la muchacha muerta es Ayesha.

—¡Ayesha! ¿La pequeña hija de la viuda?

Haafa hizo un signo de asentimiento.

Ayesha era muy amiga mía, y su asesinato me afectó indirectamente, porque yo fuí la causa de su matrimonio. Sucedió que ella poseía una parte de un jardín que yo deseaba comprar y que, de acuerdo con la Ley del Profeta, compartía proporcionalmente con su madre viuda, su hermana y su hermano. El día de la transacción todos aparecieron como es debido, ante el notario francés para firmar el documento y recibir el pago. Tanto a la madre como a las hijas no se les podía ver la cara, pues la llevaban cubierta al igual que los niños cuando juegan a los fantasmas, con algo que parecía una sobrecama de algodón. Apenas se atrevían a mirar con un ojo a través de la pequeña abertura de esa cubierta, que cada una apretaba convulsivamente con nerviosos dedos como si temieran ser asaltadas. El notario les preguntó a cada una su nombre y su edad. Ayesha, que estaba encogida sobre el suelo en un rincón, se atemorizó tanto, que no se le pudo obligar a que respondiera. Su hermano, muy joven todavía (aunque juró que se le acababa de llamar para el servicio militar), contestó por ella:

—Tiene catorce años.

—Si es así, es menor de edad y no tiene derecho a vender nada", dijo el notario.

El hermano se sintió avergonzado y su madre le lanzó algunas maldiciones en árabe, y él protestó y por medio del intérprete declaró que se había engañado y que tenía veintiún años. El notario me dirigió una mirada maliciosa. El conocía a los árabes.

—Como no puedo ver la cara de tu hermana, dijo, no puedo verificar su edad. Tu hermana puede tener diez años más o puede tener treinta años, pero yo me niego a tratar este asunto.

El entonces me explicó que según la ley árabe, les está prohibido vender a un menor de edad y que su consentimiento no es válido para una venta; y que una muchacha es menor de edad hasta que cumpla veintiún años o que contraiga matrimonio.

A través de la pequeña abertura de sus velos, un ojo de cada una de las mujeres no se apartaba de la colección de billetes de mil francos que yacían sobre la mesa y que ahora no podían ser suyos. El niño también parecía ávido, porque su parte era mayor que la de las mujeres. La familia era muy pobre, el marido de la mujer había muerto hacía diez años, y su hijo era muy joven todavía para ayudarla. Sin embargo, ninguno de ellos demostró más impaciencia y contrariedad que yo.

—¿De manera que no puedo comprar el jardín?, pregunté.

—No, hasta que la niña cumpla su mayor edad.

Repentinamente la cara del muchacho se iluminó con una idea brillante, y volviéndose al intérprete, dijo:

—Di que Ayesha estará casada dentro de diez días.

Y así sucedió que el jardín llegó a ser mío porque Ayesha, heredera de algunos palmos de terrenos plantados de palmeras, encontró rápidamente un marido. En ese tiempo sentí cierta inquietud por ser el responsable de ese matrimonio, y ahora me parecía que la parte que yo había representado en su destino la había conducido a su trágica muerte.

Arrojé, sin abrirlas, mis cartas a un lado.

—Cuéntame lo que sepas, Haafa.

El niño se sentó a mis pies en el arenoso sendero y veló su mirada con sus largas pestañas pero permaneció imperturbable.

—Dicen que Mohamed Ben Brahim había estado esperando esta oportunidad por algún tiempo. Los vecinos le habían contado que Ayesha se solía encontrar con Daraji Ben Ahmed. Su marido le prohibió que dejara la casa, pero cuando salía a trabajar, ella siempre iba a buscar agua al pozo. Algunas veces dejaba caer el velo de su cara. Dicen que usted le enseñó a emanciparse. Mohamed no se atrevía a castigarla. Sabía que si le pegaba, ella se lo diría a usted.

"Ayer, cuando Mohamed regresó a su casa, no encontró en ella a Ayesha. Ella le había dicho a los vecinos que iba a venirlo a ver a usted. Hoy, cuando Mohamed regresó a su casa inesperadamente al mediodía, los vecinos le dijeron que ella había salido otra vez en dirección al "oued". La siguió y la encontró... sin velo y hablando con Daraji.

—¿Qué estaban haciendo?

—Estaban conversando.

—¿Nada más que conversando?

—Conversando, nada más.

—¿Y los mató nada más que por eso? ¡Qué salvaje!

—Tenía razón.

—¿Cómo te atreves a decir eso, Haafa?

La mirada de Haafa se perdió enigmáticamente en el horizonte y no contestó.

—Ustedes son un grupo de bárbaros, añadí, irritado por su silencio y por su actitud.

Haafa no se movió. Recordé mis cartas y no me inquieté más por él. Había una de A... Fué la primera que abrí, esperando conocer la fecha de su llegada. En lugar de eso ella me escribía:

"Me voy a Marruecos. No puedo soportar su Biskra y nunca comprenderé cómo usted ha podido fijar su residencia en un lugar tan banal, tan moderno, tan europeizado..."

—Mme., dijo una voz profunda al lado mío que me sobresaltó, ¿la molesto a usted?

Era Ferhat, el sobrino y secretario del Bash Agha. Esta era la hora para los visitantes árabes que sabían que los esperaba el café hirviente y perfumado, y la hora también que reflejaba en la arena del desierto el pintoresco crepúsculo cuya vista daba celebridad en mi jardín. Hice sitio para él sobre la colorida carpeta de lana de camello y le di fuego para su cigarrillo. Haafa desapareció para hacer el café.

—Bienvenido, como siempre, le dije. ¿Qué noticias hay?

—Sin duda usted ya las ha oído, me contestó mirándome tímidamente, adivinando de antemano mi silenciosa opinión.

—He oído la historia tal como la cuentan en la aldea, pero cuénteme algunos detalles.

—Me hallaba sentado en el patio exterior de la casa del Bash Agha, principió Ferhat, cuando Mohamed, a quien conozco muy bien; trabaja para el Bash Agha, vino hacia mí con sus manos y ropas cubiertas de sangre. Yo le dije: ¿Qué "halouf" (cerdo) has muerto, Mohamed? El me contestó: —He muerto a mi mujer y a Daraji, el administrador, y vengo a denunciarme al Bash Agha. Yo le dije: —Mejor sería que te lavaras las manos, Mohamed, y ordené a mis servidores que trajeran agua...

—¿Y qué dijo el Bash Agha?, le interrumpí.

—El Bash Agha lo recibió, escuchó su historia y ordenó después que le dieran otro traje. Lo dejará alojar en su casa esta noche, y mañana lo entregará al Bureau Arab (comisión que administra justicia a los árabes por intermedio del Bash Agha).

—¿Qué sucederá después?

—Lo absolverán.

—¡Imposible, Ferhat! Usted no puede creer eso.

—¿Por qué no?

—Pero ha cometido un asesinato.

—Tenía razón para cometerlo.

—¿Porque su mujer estaba hablando con un hombre?

—Ciertamente.

—Pero usted, Ferhat, es un hombre culto, que se ha educado en un liceo francés y asociado con occidentales, usted tiene amigos franceses, usted lee clásicos franceses, usted ha viajado en el extranjero... ¿Cómo puede expresar una opinión tan bárbara y tan cruda?

—Mme., me contestó suavemente, "comprendo todo lo que usted dice y conozco su punto de vista, pero usted debe recordar que nosotros los árabes no somos como los europeos, y que nuestras mujeres no son iguales a las suyas. Si un hombre árabe habla con una mujer árabe, no habla para discutir de política o de literatura, ni tampoco para hablar sobre el tiempo. Sólo puede haber un tema de conversación entre un hombre árabe y una mujer árabe, hay una sola idea entre ellos, hay un sólo objeto en su encuentro... y eso merece la muerte.

—¿Habría usted obrado del mismo modo?

—Ciertamente.

—¿Y los franceses no intervendrán en este asunto?

Ferhat sonrió.

—Mohamed no ha muerto a ningún francés.

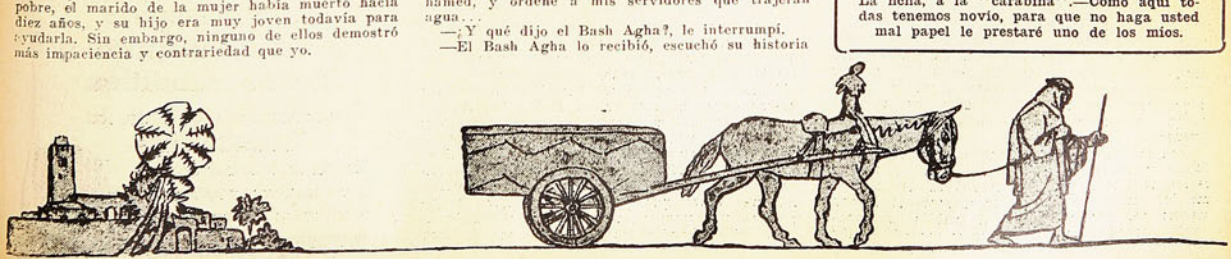
En ese mismo momento, regresaban los camellos con las damas norteamericanas, y una voz débil dijo dirigiéndose a los que venían detrás:

—¡Dios mío! ¡Ya he tenido bastante de esto! ¡Guía, llévenos inmediatamente al hotel Transatlantique!

—¿Qué dicen?, me preguntó Ferhat.

—Dicen, le respondí, que Biskra es demasiado civilizada; dicen que pronto se dirigirán a Marruecos.

La nena, a la "carabina".—Como aquí todas tenemos novio, para que no haga usted mal papel le prestaré uno de los míos.



Ese es el "tombrín", que lleva los dos cadáveres

Cartas de un médico a una joven madre

Por el Dr. Guillermo Plath

CARTA IX

HAS de tenerte por verdaderamente dichosa al pensar que te es dado ser, para tu hijo futuro, una madre en toda la plenitud de la palabra, sin que hayas de tener el sentimiento de que te sea arrebatado, ni siquiera por una temporada. Podrás proporcionar a tu hijo el primer alimento y hacerle participante del beneficio de tu propia salud de alma y cuerpo, al calor del amor maternal, que ha impreso en el corazón de la mujer la bondadosa naturaleza, cuyos pensamientos son siempre más bellos que los que el hombre puede imaginar. Tienes motivos sobrados para estar satisfecha de tu suerte, que ha preservado tu juventud de las numerosas influencias perjudiciales a cuyas perturbadoras consecuencias me refería en mi última carta, y por mi propia parte, puedo decir con orgullo e íntima satisfacción, que he contribuído en algo a esta fortuna.

Permítome que vuelva mis miradas al tiempo pasado para hablarte de tus primeros años.

Tu difunta y querida madre, cuya amable imagen está todavía presente en mi memoria al cabo de veinte años, era una de las pocas mujeres en quienes una tierna sensibilidad femenina está completada por la clara visión de las cosas, por un juicio acertado y por la energía de la voluntad, y no retrocedía ante dificultad ninguna cuando se trataba de poner en práctica una cosa, una vez la consideraba justa. Une a esto una confianza ilimitada en su médico, cuyas opiniones, como sabes, se apartan con frecuencia de las admitidas comúnmente, y comprenderás que tu educación debía ser, desde el principio, muy diferente de lo que solía ser la de la mayoría de las niñas en aquella época. Digo en aquella época, porque de día en día arraiga con más firmeza, en bien de la humanidad, la convicción de que los esfuerzos del médico, a quien incumbe la asistencia de un niño, deben encaminarse en primer término y de un modo preferente, a impedir, por medio de un arreglo conveniente del método de vida, la aparición de las enfermedades de más o menos importancia que podemos evitar y cuyas causas dependen, en la gran mayoría de los casos, de una dirección desacertada de los primeros años de la vida.

Así, a pesar de todos los consejos, indudablemente bien intencionados, pero muy desacertados, procedentes de las más variadas personas, de los cuales, por desgracia, no siempre puede defenderse una madre joven e inexperimentada, tu desarrollo, así corporal como intelectual, se verificó bajo influencias muy distintas, y, por lo mismo, proporcionó resultados totalmente diferentes de los que se observan en la mayoría de las demás jóvenes.

Todavía me dan ganas de reír cuando recuerdo las variadas quejas que oía entonces, las profecías de las desgracias que habían de sobrevenir, los juicios no muy piadosos sobre la inconsciencia del médico, gracias al cual la muchacha había llegado a los ocho años y todavía estaba tan atrasada en leer, que no tenía apenas afición a los libros; sobre la falta de buen gusto del mismo médico, bajo cuya influencia los vestidos, con harta frecuencia, estaban hechos precisamente al revés de lo que exigía la moda, de manera que no era raro que las modistas tuvieran reparos en encargarse de su confección; sobre su terquedad, por la cual se privaba a la pobre niña de dulces y golosinas, y en cambio se le permitía brincar a sus anchas por el campo y el jardín, casi a la manera de un bullicioso muchacho, bien que por maravilla no perdiera, ni aún cumplidos sus doce años, el tierno amor a su muñeca y la afición a cuidar de su pequeña cocina.

¡Cuántas desgracias se pronosticaron entonces sin que se hayan realizado luego! ¿Cómo podrá crecer tiesa y derecha esta niña, se decía, si no se le ponen desde ahora trajes ajustados al cuerpo? ¿Cómo podrá adquirir un buen busto sin llevar corsé? ¿Qué será de ella, si en vez de estudiar va corriendo por el campo, saltando los fosos y trepando a los árboles, patinando en competencia con los más traviesos muchachos, con su piel abandonada, sin protección, así a los rayos del sol de julio como al frío del invierno, de manera que más bien se la tomaría por perteneciente a una cuadrilla de gitanos que por la hija bien educada de una casa decente? A todo esto, tu madre permanecía firme. Escuchaba sonriente y de buen humor todos los consejos, decía sí a todo, pues en estas cosas la gente no quiere que se la contradiga, pero seguía obrando con arreglo a las prescripciones de su médico.

Y bien, ¿qué ha sido de todo ello? Has crecido derecha como un pino y más de una vez eras objeto de envidia sin saberlo, y aquel descuido y errónea educación de entonces te han proporcionado una frescura de cutis irreprochable. Pero veo que te ruborizas, precisamente cuando me faltaba todavía hablar de tus dotes intelectuales. Así, me callaré, pues correría el peligro de que creyeras que pinto tu retrato con colores demasiado bellos. Puedes, pues, gozarte en la dicha de tu salud corporal y espiritual, separada igualmente de una instrucción exagerada y de la falta de cultura intelectual en la esfera de lo que la mujer debe saber, y alégrate de que después de haber atravesado con toda felicidad la edad de tu infancia, hayas llegado a la plena eflorescencia de todo tu ser, cuyos frutos serán útiles a tus hijos.

Estamos, pues, decididos: vas a criar a tu hijo.

Debo hacerte algunas observaciones sobre la pequeña preparación a que deben someterse algunas veces los pezones antes de la primera lactancia, pues puede suceder que aquéllos no estén bastante desarrollados para que puedan ser cogidos fácilmente por el niño, de manera que no es raro que a consecuencia de las frecuentes y repetidas tentativas hechas por éste, se produzcan en los pezones grietas y ulceraciones dolorosas, sobre todo en las mujeres rubias, de piel delicada e irritable. Si te pareciera necesaria esta preparación, te recomendaría que durante las cuatro o seis últimas semanas del embarazo te aplicaras, durante algunos momentos, por la mañana y por la noche, uno de estos pequeños aparatos de cristal y goma que se expenden para desarrollar suavemente los pezones. Inmediatamente después se lavan éstos con algún líquido espirituoso, como coñac, ron o aguardiente, para fortalecer la piel. En la mayoría de los casos, este procedimiento es suficiente para evitar las ulceraciones mencionadas. Por lo demás, puedes continuar practicando sin inconveniente los lavados con agua fría que empleas ahora.

¿Todavía no estás decidida sobre el médico o matrona que quieres llamar para que te asista? No difieras demasiado esta elección. Cuando hayas tomado una resolución fija sobre este asunto, te sentirás más tranquila y confiada.

MEDIDA CASERA

Contra la epistaxis ligera

Ceden casi siempre, comprimiendo el ala de la nariz por donde sale la sangre contra el tabique del mismo lado.

Si este medio no bastase para cohibir la hemorragia, se introduce en la nariz un tapón de algodón impregnado en cualquier líquido astringente o hemostático, con particularidad en una solución concentrada de antipirina o de cocaína al 1 o 10 por ciento respectivamente. Es indispensable mantener el tapón empapado en estas soluciones dentro de la nariz, para lo cual se tiene apoyado el dedo sobre el ala de la misma. Estos medios son mejores que las soluciones comunmente usadas de percloruro de hierro, nitrato de plata, alumbre, limón y vinagre.

LAS CINCO CAUSAS DEL MAREO

Por JAVIER NOBAFE

EL SECRETO PARECE RESIDIR EN LA PARTE INTERIOR DE LA OREJA. AUNQUE CONVIENE ABSTENERSE DE COMER DEMASIADAS GOLOSINAS Y PERMANECER LO MAS QUE SE PUEDA AL AIRE LIBRE.

No mata, pero a veces, se desearía padecer de alguna enfermedad grave, en vez de las odiosas náuseas.

EL mareo es una de las enfermedades más molestas, aunque no causa nunca la muerte. Todo el que está mareado, ocasiona lástima, cuando no mal disimulada sorna, y sólo los que han pasado por los horrores del "mal de mer" como le llaman los franceses, comprenden que en esos momentos, se preferiría tal vez alguna enfermedad grave, a tan molesta cuanto inofensiva dolencia.

El Dr. P. H. Desnoe, jefe de sanidad de la United Fruit Company, ha publicado hace poco en el "Journal of the American Medical Association" una explicación del mareo, basada tanto en sus largas pesquizas en bibliografía médica, como en sus observaciones personales, complementadas por las estadísticas médicas de los numerosos barcos pasados bajo su escrutadora mirada en los últimos veinte años.

Sienta allí el mencionado galeno, las cinco principales causas del mareo, y la manera de curarlo, omitiendo de una vez por todas los incontables remedios caseros, con que todo viajero inexperto trata de evitar el terrible mal.

La causa principal del mareo, en todo ser normalmente constituído, consiste justamente en tener el oído demasiado bien desarrollado.

Los niños son casi siempre inmunes al mareo, porque el delicado aparato del oído no se halla plenamente desarrollado en ellos. Los sordomudos tampoco sufren nunca de mareo. Aunque parezca paradógico, el perfecto desarrollo del oído produce el mareo que de tal manera afecta las demás partes del cuerpo.

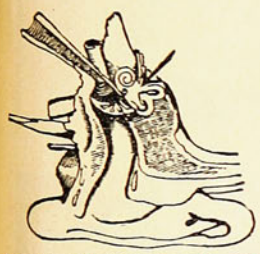


Diagrama del oído y la oreja, mostrando el delicado organismo que origina el mareo.

Por regla general, el mareo no deja lugar a reflexiones científicas a sus desgraciadas víctimas, pero sería interesante si esta pudiera imaginarse lo que se desarrolla en sus oídos, cuando el barco comienza a cabecear.

Todo ser humano normalmente constituído, posee en el oído dos pequeñísimas células, de cuyo contorno cuelgan filamentos muy delgados sumergidos en un líquido pegajoso llamado Endolymph.

En dicho líquido flotan también minúsculos cristales de carbonato de calcio. Al moverse nuestros cuerpos en cualquiera dirección, nos lo avisa esta combinación de filamentos y cristales. Vienen luego tres canales semi-circulares, tapizados de filamentos idénticos y llenos de un fluido que se altera con cualquier movimiento angular.

Estos indicadores de dirección, trabajan con relativa calma en condiciones normales. Se hallan conectados con los centros motores del cerebro por una red complicada de nervios, que provocan actos reflejos exactamente como debe ser. Al comenzar a moverse los muros y el suelo ocurren en tan sensibles aparatos, cambios singulares.

El fluído encerrado en las dos pequeñas células y en los canales semi-circulares tiene una serie de olas y remolinos muy peculiar. Estos órganos reciben una dosis demasiado fuerte de sobreexcitación. En otras palabras, las evoluciones normales de los filamentos y de los cristales, se centuplican, agitándose locamente por doquiera. En vez de herir y poner en movimiento los nervios que van al cerebro, tropiezan locamente con otros nervios que nada tienen que ver en el asunto. Irritan el vagus, y siendo este el más importante de los nervios que conduce al esófago, estómago, corazón e hígado, provoca un desorden tal que ocurre al punto lo que generalmente se conoce bajo el nombre de mareo.

Cuando comienza el barco a cabecear, se alteran los órganos del oído, excitando el vagus. Siendo este un nervio importante que conduce al esófago, corazón, e hígado pueden provocarse grandes trastornos.

Estos órganos pueden, empero, acostumbrarse al movimiento, si se les ejercita poco a poco. El Dr. Fisher de Nueva York acostumbra recomendar a sus pacientes que intentan atravesar el océano, que se sometan por varios días a un tratamiento especial, donde una silla maniobrada de cierta manera, reproduce los movimientos de un barco en alta mar. Ha notado que tras breves sesiones, el paciente adquiere inmunidad casi completa.

Existen más de mil y un remedios perfectamente inútiles.

Este sistema tiene sus detractores que alegan que todo barco cabecea diferentemente, pues se han visto casos de marinos que han cruzado las más furetes tempestades, y se han mareado más tarde al cruzar un río

El cansancio de la vista es otra causa importante de mareo, como habrán podido comprobarlo los inexpertos viajeros que creen no marearse al leer continuamente. Si han olvidado la precaución de proteger sus ojos del reflejo del cielo en el agua, notarán una marcada fatiga en los músculos visuales, llamado vértigo ocular, el cual ocasiona instantáneamente dolor de cabeza, vahidos y otros síntomas alarmantes. Los que permanecen en la barandilla siguiendo con la vista la estela de espuma dejada por el barco, o el juguetear de las olas, correrán la misma suerte. Los ciegos sin embargo, también se marean, de manera que el cansancio de la vista no es la única causa de mareo.

Por desgracia para el viajero, tenemos en el cuerpo ciertos órganos, que pueden mo-

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos Depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello **Sobre** el cutis, en cambio Vytt deshace el vello y la raíz **debajo** del cutis. Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se aplicó y el vello ha desaparecido.

El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, **Casilla, 1161, Santiago.**

El "Vytt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

Base: Natrium sulphide, Barium Sulphide, Calcium carbonate, Glycerine, Agua.

VYTT

verse más o menos libremnete en la envoltura del estómago. Los movimientos del barco, causan naturalmente, movimientos más acentuados, afectando los nexos nerviosos de los mismos órganos. El músculo que envuelve el conducto gastro intestinal tiene un ritmo de contracción muy característico, variando sus movimientos según el sitio, de tres a veinte veces por minuto. Al estar irritados sobremanera, los nervios de unión emiten impulsos desordenados que alteran el curso normal de las contracciones, causando el abandono casi total de los comedores durante los primeros días de la travesía.

No pudiendo ordenar a nuestros nervios ni a nuestros órganos que actúen de tal o cual manera en ciertos momentos dados, no nos quedará más remedio que tomar precauciones, fortaleciendo nuestros cuerpos para aminorar el mareo. Recomienda el Dr. Desnoe la adopción de algunas reglas muy sencillas, que deberán seguirse una semana antes de embarcarse. Debe dormirse mucho, de manera que el sistema nervioso central se halle en buenas condiciones. También se hará ejercicio al aire libre, para prepararse al exceso de oxígeno de alta mar, y entonar los pulmones. Se recomienda especialmente montar a caballo y nadar.

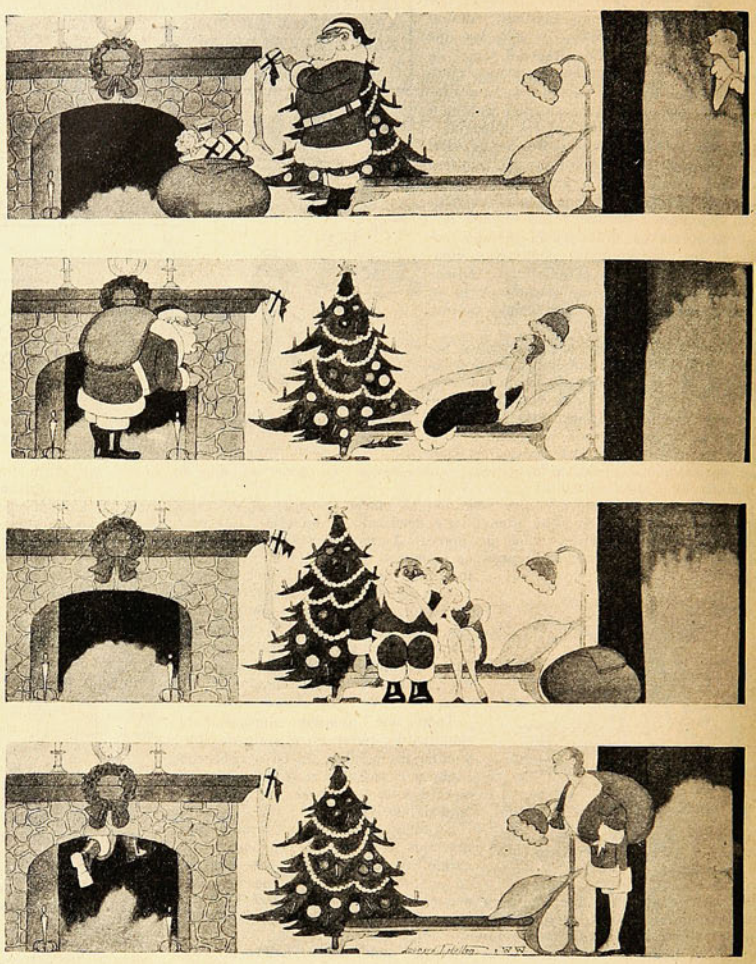
El régimen alimenticio evitará todo alimento con reacción ácida pues tal es una de las más frecuentes tendencias del mareo. Se recomiendan las frutas, las legumbres y la leche. Deberá prescindirse cuanto se pueda de carnes, cereales, frejoles y golosinas. Estas deberán evitarse cuidadosamente, pues permanecen largo tiempo en los órganos intestinales, provocando fermentaciones peligrosas.

Una vez a bordo, debe limitarse la alimentación a lo que más nos llame la atención, limitando la cantidad. No deberá tomarse líquido alguno con las comidas, sino entre ellas. Será conveniente tomar algún laxante suave, para hacer funcionar el estómago diariamente. Deberá además pasarse el mayor tiempo posible sobre cubierta, conservando la imaginación ocupada en algún juego o pasatiempo, pues en el 80 por ciento de los casos, el mareo es un problema puramente psicológico, que cuesta gran trabajo dominar.

Si a pesar de todas las precauciones citadas, la persona se marea, debe atribuirlo a algún desorden en el oído, recomendando el Dr. Desnoes acudir al médico de abordo, pidiéndole una dosis de scopolamine hydrobromida, que se asemeja bastante a la atropina. Se toma en forma de cápsula, 400 de grano cada hora, mezclado con chlorbutanpl, que sirve de narcótico. No deberán tomarse estas drogas sin prescripción médica.

Al cabo de tres o cuatro días, el viajero está inmune a los efectos del mareo, pues el oído y el cerebro, se van acostumbrando a los movimientos bruscos del barco. Si se viaja con frecuencia, se adquirirá completa inmunidad contra el mareo, debido a la misma práctica, pudiendo entonces embarcarse sin temor en cualquier tiempo.

COMEDIAS MUDAS



Lo que le pasó a Santa Claus con una vampiresa de Hollywood.

LAS CANAS
DAN ASPECTO DE VEJEZ
LA CASPA
HACE QUE CAIGA EL CABELLO

CABELLERAS NEVADAS

En el otoño de la vida hay personas que miran despreciativamente las CANAS, sin sospechar la triste impresión de frío que comunican a los seres que los rodean.
Si es usted una de ellas, pruebe la loción

Matacanas
LLUCH XX

(M. R.)

No es tintura. No requiere el menor cuidado ni precaución, pues es inofensivo. Basta una aplicación diaria con las manos, como loción, para ver desaparecer en breve las canas más rebeldes. Pruébelo.

FORTIFICA Y EVITA LA CAIDA DEL CABELLO. QUITA LA CASPA AL PRIMER FRASCO

Puntos de venta:
SANTIAGO: Daube y Cía. y Botica y Droguería Francesa, Huérfanos, 810.
VALPARAISO: Daube y Cía., L. Despouy y Cía., Botica Hermes, Victoria, 612-614 y buenas boticas.
VIÑA: Botica Unión.
CONCEPCION Y ANTOFAGASTA: Daube y Cía. Si no lo tiene su farmacéutico, haga que lo pida a Daube y Cía.
Base: Agua Rosas, Quina, Nogal, Azufre, etc.

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene íntima

NEOLIDES

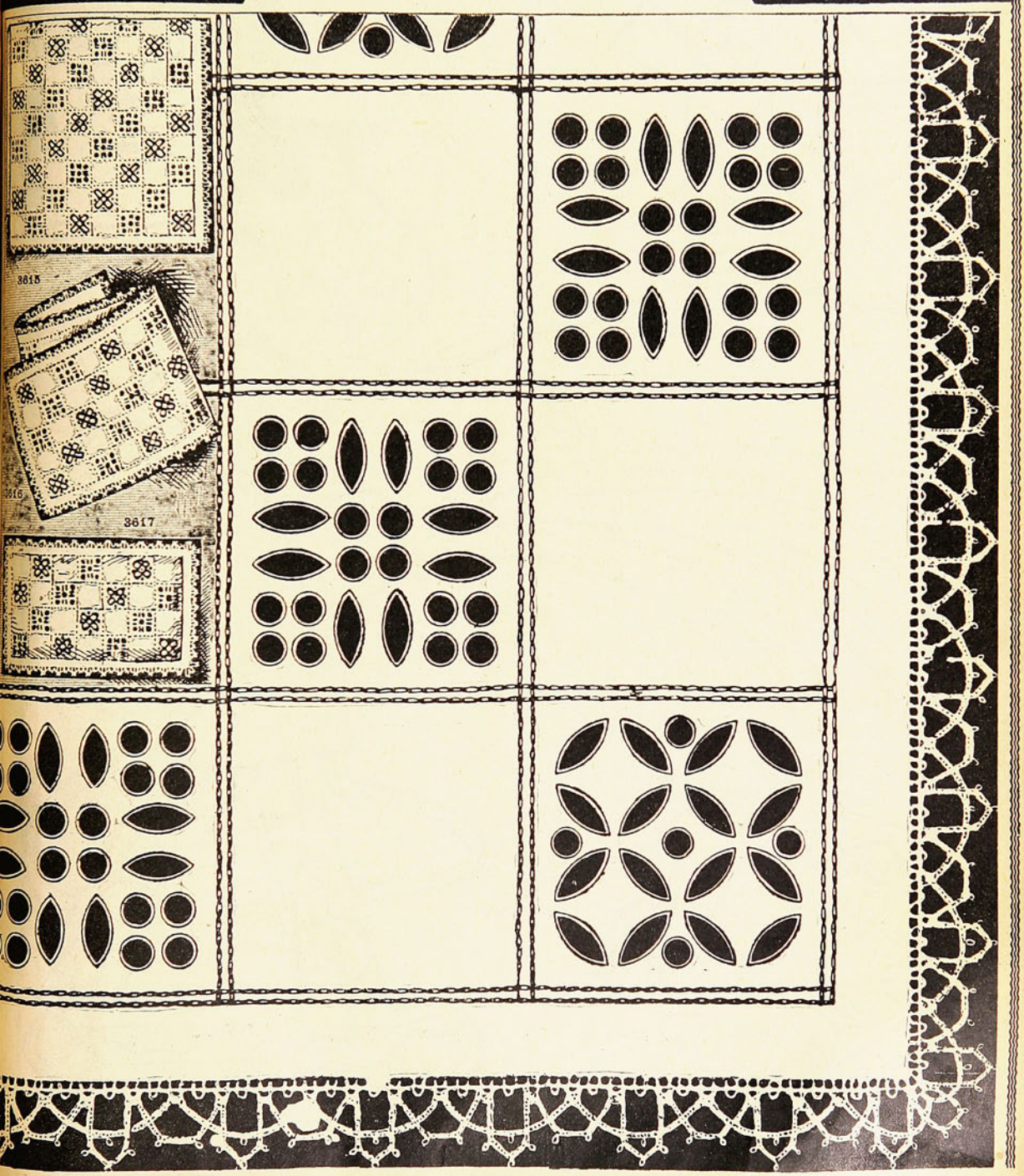
antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

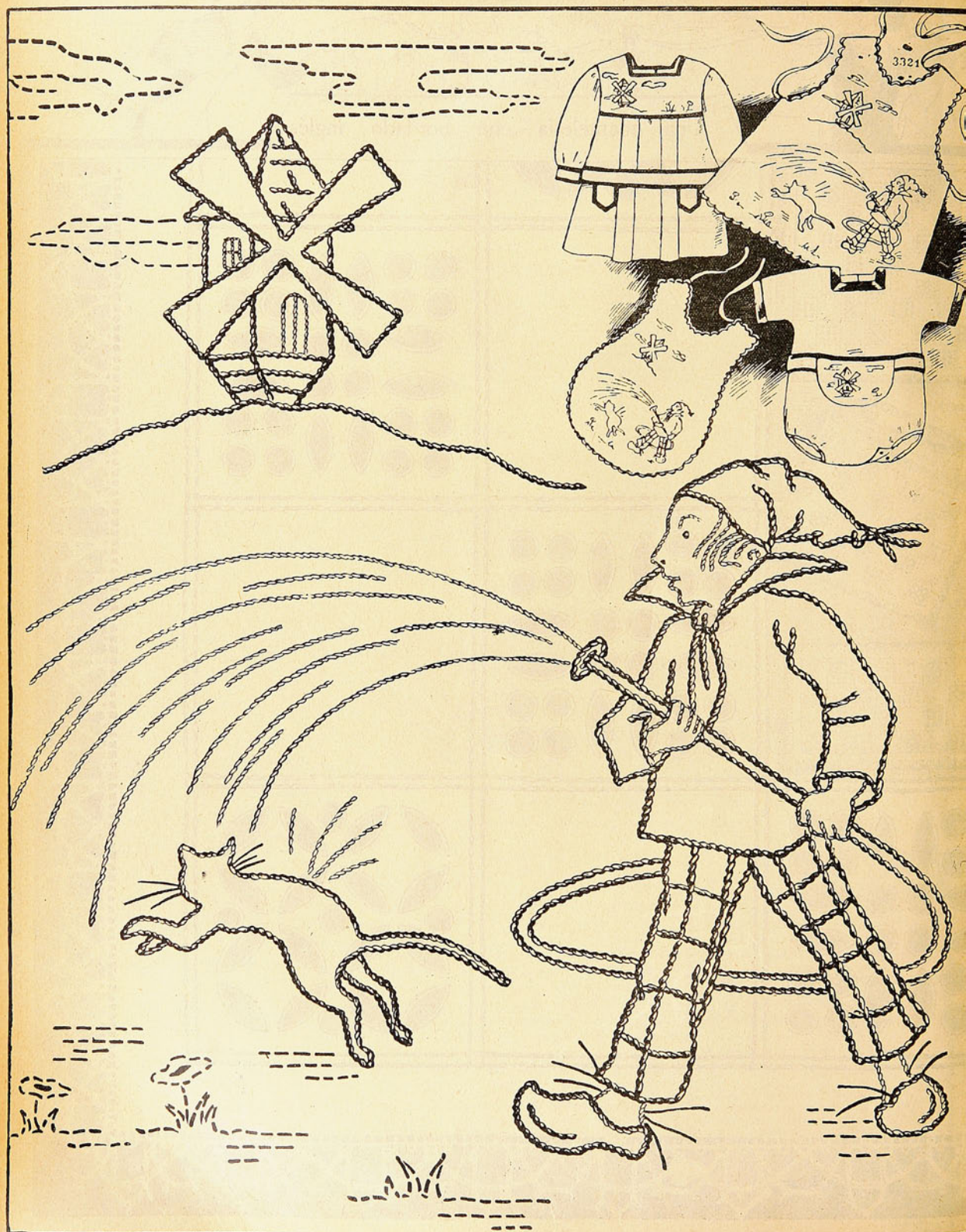
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Una mantelería con bordado inglés



Muy sencillo este conjunto de manteles, paños y senderos de mesa en que repite el mismo dibujo en cuadrados hechos en bordado inglés y rodeados de un encaje a bolillos.

PARA LA ROPA DEL NIÑO



Motivos bordados a punto de espiga, que se pueden aplicar a los baberos, a los delantales y a los mamelucos del niño.

DEL PRINCIPE DE LOS HUMORISTAS

NOVELA MEDIOEVAL

POR

Mark Twain

CAPITULO I

EL SECRETO REVELADO

ERA de noche. Reinaba el silencio en el viejo castillo feudal de Klugenstein.

El año 1222 tocaba a su término.

En el torreón del castillo más elevado brillaba una luz con mortecinos fulgores.

Allí se celebraba secreto conciliábulo, presidido por el anciano señor de Klugenstein.

De improviso abandonó éste su meditabunda actitud, y con emocionado acento exclamó:

—¡Hija mía!

Un apuesto doncel, armado de punta en blanco, que se hallaba próximo al alto sitial del conde Klugenstein, dijo:

—Hablad, padre mío.

—Ha llegado el momento — continuó el conde — de revelar el misterio que envuelve tu existencia; misterio que tiene su origen en los hechos que hoy te he de exponer.

"Mi hermano Ulrico es el gran duque de Brandemburgo. Nuestro padre decidió, al morir, que si Ulrico carecía de sucesión directa masculina, la corona debería pasar a mis sienes, suponiendo que yo tuviera hijos varones. En el caso de que Ulrico y yo dejáramos de tener descendencia masculina, y la tuviéramos, en cambio femenina, los derechos a la corona recaerían en la hija de Ulrico, si su honor se conservaba sin tacha, o en nuestra hija, si sobre concedernos Dios algún vástago del sexo débil, no empañaba ésta el honor de sus mayores.

"Desde aquel momento dirigimos al cielo, mi esposa y yo, fervientes plegarias pidiéndoles un hijo.

"Nuestros ruegos fueron estériles; naciste tú, colmándonos de desilusión. La riqueza y el poder se escapaban de mis manos; el porvenir espléndido se trocaba en tristisima realidad, precisamente cuando yo veía próximo el triunfo. Ulrico no había tenido hijos después de seis años de matrimonio.

"Entonces surgió en mi mente una idea salvadora.

'Tú habías venido al mundo a medianoche, y sólo tenían noticia de tu nacimiento, el médico del castillo, la nodriza y seis criados. Aquella misma noche los hice ahorcar.

"Cuando rompió el día, los siervos del condado estuvieron a punto de enloquecer de gozo, al anunciar los heraldos que el poderoso Brandemburgo tenía ya un heredero varón.

"El secreto ha permanecido cuidadosamente guardado. Te crió tu misma tía materna, y hasta ahora nos hemos visto libres de temores.

"Al cumplir tú, diez años, nació de Ulrico una hija. Ese suceso nos causó mucha pena. Confiábamos, sin embargo, en la escarlatina, en los médicos y en otros enemigos naturales de la infancia. ¡Vanas ilusiones! Tu prima creció saludable y robusta. ¡Maldígala el cielo!

"Me tranquilizó, no obstante, pensando en que, merced a mi astucia, voy a vencer a los adversos decretos del destino. Porque, ¿no es cierto que tengo un hijo, que ese hijo se llama Conrado, y que a él le corresponde de pleno derecho el ducado de Brandemburgo?...

"Pues bien, hija mía, quiero decir hijo mío, has cumplido tu vigésimo octavo año de edad. La vejez deja ya sentir su peso sobre la noble frente de mi hermano. La carga del poder es ya muy superior a sus fuerzas, y por eso me suplica que vayas a sus Estados, para que los gobiernes, en su nombre, en tanto que llega el momento de tu ascención definitiva al trono.

"Los servidores que han de acompañarte se encuentran ya dispuestos. Preciso es que partas esta misma noche.

'Ahora escúchame bien, y que cada una de mis palabras se clave hondamente en tu pensamiento.

"Existe una ley tan antigua como Germania, según la cual debe morir aquella mujer que se siente en el viejo trono ducal de Brandemburgo, sin haber sido coronada en debida forma ante el pueblo.

"Es, pues, necesario que, en tanto llega el instante de tu solemne coronación, te apartes del trono a toda costa.

"Afecta la humildad; pronuncia tus fallos desde el sitial del primer ministro, que, según las pragmáticas, ocupa lugar inmediato al solio. Condúcete de esta suerte hasta que muera el venerable duque, mi hermano, y te salvarás, iluminando con los esplendores de tu reinado los últimos días de este tu anciano padre.

"Aunque me parece poco probable que sea descubierto tu verdadero sexo en la corte de Brandemburgo, será prudente que adoptes las precauciones necesarias al objeto. Todo es posible en esta traidora existencia terrestre.

—¡Oh, padre mío! — exclamó el joven Conrado. — ¿No estimas ya crueldad inaudita el haber convertido mi vida en un constante engaño, y ahora maquinas y decides la usurpación de derechos que por entero corresponden a un inofensivo deudo? ¡Sed bondadoso, señor, y evitadme una traición que repugna a la nobleza de mis sentimientos!

—¡Ah, mísero de mí! He ahí la recompensa que obtengo por la enviable suerte que te preparo. ¡Por los huesos de mi padre, que no he de hacer ningún caso de tus lloriqueos sentimentales! Haz de marchar hoy mismo, o ¡vive Dios!, que he de hacer un escarmiento.

Tal fué la plática sostenida en el torreón más elevado del viejo castillo feudal de Klugenstein, cierta oscura noche del año 1222.

Baste saber que los ruegos y las lágrimas del amable doncel, antes hubieran ablandado los berroqueños cimientos de la mansión señorial, que la voluntad del ambicioso conde; sus férreas decisiones ni se torcían ni se enmendaban jamás.

La desventurada joven vió, pues, cerrarse tras de sí las puertas de la esperanza.

Al amanecer de aquel día, cabalgaba hacia Brandemburgo, llevando en su compañía lucida escolta de hombres de armas.

Apenas se había perdido en el horizonte la gallarda silueta de Conrado, el conde Klugenstein, que presenciaba la marcha desde la torre del homenaje, dijo, volviéndose en dirección a su esposa.

—¡Por las barbas de Gambrindo, que el asunto va a pedir de boca! No ignoras que hace tres meses envíe a la corte de Brandemburgo al hábil y hermoso conde de Detzin, encargándole la diabólica misión de hacerse amar de mi sobrina Constanza. En el caso de que fracasen sus planes, no ganaremos gran cosa; pero si sale vencedor en su empresa, no habrá quien impida a nuestra hija ser duquesa de Brandemburgo.

—¡Asaltan mi corazón crueles temores! — replicó la condesa. — Sin embargo, quizá nos proteja la fortuna.

—¡Callaos, señora! Dad tiempo al tiempo, y no desconfiéis de nuestra estrella. Ahora, recojámonos y soñemos con Brandemburgo y sus grandezas.

CAPITULO II

FIESTAS Y LAGRIMAS

HABIAN transcurrido seis meses desde que se desarrollaron los acontecimientos narrados en el capítulo anterior.

La gentil y gallarda apostura del heredero del trono, sus afables maneras, su llano trato, no desprovisto de señorial dignidad, lograron, en efecto, conquistar desde el primer instante todas las voluntades.

Anunciábase un porvenir risueño.

Los temores y precauciones del duque se desvanecían ante la presencia de Conrado, cual se disipan y se alejan ante los primeros rayos del sol matutino las brumas de la noche.

Entretanto, allá, en una cámara apartada del palacio ducal, ocultábase un terrible drama. Constanza, la única hija del soberano, derramaba un torrente de lágrimas, sentada junto al alféizar de una ventana.

Estaba sola y decía en alta voz, dejando traslucir graves preocupaciones de su espíritu:

—Ha venido el cruel Detzin, ha venido, y héme aquí sin ducado, sin poder y sin honor. ¡Y yo le amaba; le amaba, aunque sabía que al amarle desobedecía los mandatos de mi padre!

"Pero hoy le odio, le desprecio, le desprecio tanto como antes le quise. Estoy loca. ¡Dios mío! ¡Me he perdido para siempre! ¡No hay esperanza de redención!

CAPITULO III

SE ENREDA LA INTRIGA

OTROS seis meses han pasado, durante los cuales, la popularidad del joven Regente de Brandemburgo no ha hecho sino crecer hasta un extremo jamás previsto por el conde de Klugenstein.

Los brandemburgueses elogiaban sin reservas el sano juicio, la sabia elocuencia que presidía todos los actos de Conrado, su modestia igualaba a su firmeza; su espíritu de justicia, a su bondad de sentimientos.

—He ahí — decían los ancianos — un príncipe ejemplar, que hará felices a sus vasallos.

Parecería natural que un príncipe, a quien tanto se amaba, fuera del todo punto dichoso. Mas, ¡cosa extraña! Conrado no podía ser más feliz.

Con verdadero espanto advertía que su prima Constanza le cobraba afición, demostrándoselo de modo que no dejaba lugar a dudas.

El amor del resto de los mortales hubiera sido para Conrado una buena fortuna; pero el de su prima estaba lleno de peligros.

Lo peor del caso era que el duque, lejos de desaprobar las inclinaciones de Constanza, les daba estímulo, soñando ya con un matrimonio por él juzgado ventajoso a todas luces.

Advertía el duque con extremo gozo, que poco a poco iban desapareciendo de los ojos de Constanza ciertas sombras de tristeza, que algo antes de la llegada de Conrado había creído notar.

La bella princesa estaba, ciertamente, desconocida. Su mirada resplandecía con un brillo singular; su voz era más dulce, más acariciadora; sus actitudes y movimientos más lánguidos... El amor, sin duda, tiranizaba el alma de Constanza.

Conrado advertía aterrorizado los progresos que el dulce sentimiento iba realizando en el corazón de su prima. Maldecía mil veces el instante en que, cediendo a ocultos impulsos, había buscado el trato íntimo de una persona de su sexo con quien compartir las primeras impresiones de su llegada a Brandemburgo.

Luego observó que aquel momento de debilidad instintiva, le había planteado el más terrible de los conflictos. ¡Constanza enamorada de él! Y enamorada hasta el punto de llegar a perseguirle con verdadero encarnizamiento.

Era preciso poner remedio estabelciendo valladares infranqueables entre la apasionada princesa y el fingido doncel. Para ello ocurriósele afectar creciente desvío hacia Constanza. En su desconocimiento del alma humana, ignoraba el mísero que los desprecios, lejos de entibiar los ardores de la princesa, habían de ser nuevo combustible arrojado a la hoguera. Desde el punto y hora en que adoptó la equivocada táctica, la persecución de Constanza llegó a ser angustiosa para el objeto de sus ansias.

Esta situación no podía prolongarse. El enamoramiento de la princesa era la comidilla de los palaciegos. El duque empezaba a mostrar intensa preocupación. El miedo y el desaliento habían hecho presa en Conrado, convirtiéndole en una sombra. ¡Tan mustio y flaco se hallaba al llegar a este punto los acontecimientos! Cierto día en que, pensativo, y con paso

NOVELA MEDIOEVAL
(Conclusión)

vacilante abandonaba su cámara, encontróse con la princesa en una galería de palacio.

—¿Por qué huyes de mí, ingrato? — interrogó Constanza, cogiendo entre las suyas, amorosamente, la mano del doncel. —¿Qué he hecho yo para merecer tan cruel desvío y para atraer tu antipatía? ¿Crees que he olvidado que a tu llegada a palacio, fuí yo quién mereció los honores de tu amistad? Ten piedad de mí, Conrado; no te complazcas en torturar este corazón que palpita sólo por ti. No puedo callar más tiempo del que he callado; el silencio me mataría. Te amo, te amo con locura. Despréciame, si quieres; pero sabe que prepefiría los tormentos más crueles a renunciar a tu amor.

Al ver Constanza que el príncipe continuaba mudo, palideció un instante; luego se colorearon sus mejillas, brilló en sus ojos un relámpago de salvaje alegría, y rodeando con sus ebúrneos brazos el cuello de Conrado, exclamó:

—¡Ah! Por fin accedes a mis súplicas. Tú correspondes a mi amor. Dilo, dilo, una y otra vez. No temas pronunciar las divinas palabras. Eres libre, yo te idolatro, y nada ni nadie en el mundo se opondrá a nuestra felicidad.

Conrado exhaló un gemido.

Extrema palidez cubrió sus mejillas. Agitáronse sus miembros con un estremecimiento mortal, y haciendo un último esfuerzo, rechazó los insinuantes abrazos de Constanza, diciéndole:

—¡Huye, desdichada!, de mi presencia! No puedo, no puedo amarte...

Y sollozando como un niño, apartóse el príncipe de la hermosa sirena, dejándola, al parecer, sumida en honda desesperación.

Pasados unos momentos, dirigió Constanza una mirada de odio hacia la cámara donde había penetrado el desdeñoso príncipe y extendiendo la mano, pronunció con voz entrecortada por la cólera, la siguiente amenaza:

—Has pisoteado mi dignidad de mujer; has rechazado como a un perro a la hija del gran duque de Brandemburgo. Pues, bien: ¡juro por lo más sagrado, que he de vengarme de un modo horrible!

CAPITULO IV
TREMENDA REVELACION

PASO el tiempo. La tristeza imprimió ostensible huella sobre las en un tiempo maravillosas, facciones de Constanza. Ni por casualidad volvióse a ver juntos a los dos, antes inseparables primos. El duque perdió por completo las esperanzas de un regio enlace que uniese las ramas de Brandemburgo y de Klugenstein.

Por el contrario, Conrado, libre de los amores de Constanza, empezó a recobrar las fuerzas y los colores; la alegría reanimó de nuevo el semblante del futuro heredero de la corona. Exento ya de preocupaciones, continuó gobernando el reino con prudencia y sabiduría crecientes. Un rumor extraño se deslizó en palacio cierto día. Creció el rumor, propagándose a la ciudad primero, y todo el ducado después. Por todas partes se decía que la princesa Constanza acababa de tener un hijo.

Cuando llegó la noticia a oídos del señor de Klugenstein, quitóse éste el casco, y agitándolo por tres veces en alto, gritó:

—¡Viva el duque Conrado! Su corona se halla segura de ahora en adelante. El pícaro Detzin ha cumplido mi orden con toda exactitud. ¡Bien merece espléndida y señalada recompensa!

Incontinenti, hizo publicar por sus heraldos la fausta nueva. Durante dos días, los fieles súbditos del condado, disfrutaron de brillantes fiestas, pagadas por el poderoso Klugenstein.

CAPITULO V
ESPANTOSA CATASTROFE

EL proceso seguía su curso. Los altos y poderosos feudatarios del duque de Brandemburgo, encontrábanse reunidos en la sala de justicia del palacio ducal. No había un sólo puesto desocupado en torno del vasto e imponente recinto; tanta era la afluencia de curiosos. Conrado, vistiendo purpóreo manto, ocupaba la silla presidencial, y dirigía la marcha del juicio. El viejo duque le había ordenado que el proceso de su hija Constanza se siguiera con todo rigor.

Transida el alma por la pena, renunció el burlado padre a juzgar el crimen de su hija, y luego de encargar a Conrado que hiciera estricta justicia, se dirigió al lecho, comprendiendo que sus días estaban contados. Inútilmente había suplicado el joven príncipe, que se le evitase el dolor de sentenciar a su prima. El duque mostróse inexorable. En aquella numerosa asamblea no había, pues, corazón más acongojado que el de nuestro héroe.

En cambio, rebosaba de gozo el del conde Klugenstein, quien, sin ser visto de su hija, permanecía oculto en el grupo de nobles, presenciando el imponente acto.

Los heraldos acababan de proclamar en alta voz el delito de la princesa Constanza, anunciando a continuación que iba a dar comienzo al juicio.

Terminaron los demás preliminares; el venerable ministro de la Justicia pronunció las sacramentales palabras:

—¡Acusada, levantaos!...

La infeliz princesa obedeció con lento ademán.

El presidente, continuó entonces:

—Muy noble señora: hase probado ante los grandes jueces del Reino, que Vuestra Gracia ha tenido un hijo fuera de los sagrados lazos del matrimonio. Nuestras leyes determinan una pena bien terrible para ese grave crimen: la pena de muerte. Sólo os resta un recurso para salvaros: de él podréis hacer uso en la forma que Su Gracia, el duque reinante, va a poner en vuestro conocimiento. Prestad, pues, atención.

Conrado, llena su alma de mortales angustias, extendió el cetro, y se dispuso a hablar. Su pobre corazón femenino latía con violencia; la compasión que le inspiraba aquella triste víctima del amor, hacía afluir a sus ojos las lágrimas, y anudaba su lengua. No obstante, intentó un supremo esfuerzo. Cuando iban a despegarse sus labios, el Ministro de la Justicia díjole, precipitadamente:

—Desde ahí no, señor; desde ahí no. Vuestra sentencia no sería válida. El fallo contra una persona de raza ducal, sólo puede ser pronunciado desde el Trono.

El príncipe dudó unos instantes, pálido de terror. Era preciso consumar el terrible atentado. No había minuto que perder. Las miradas de los circunstantes le seguían con creciente curiosidad, prontas a tornarse en miradas de desconfianza a la menor vacilación de su parte. Con reposado continente, subió el príncipe las primeras gradas del Trono. Volvió a extender el cetro, y dijo:

—Acusada: en nombre de nuestro Soberano, señor Ulrico IV, duque de Brandemburgo, cumplo la sagrada misión que me ha impuesto. Escuchadme:

"Según nuestras leyes, únicamente evitaréis la tremenda pena que os ha sido impuesta, entregando al verdugo al cómplice de vuestro delito. Aceptad este medio de salvación. Decid cómo se llama el padre de vuestro hijo".

Un silencio solemne siguió a estas palabras; silencio tan profundo, que podía oírse el latir de los corazones.

Levantó Constanza la cabeza, dirigió al tribunal una mirada de odio, y señalando con el dedo índice a Conrado, exclamó firmemente:

—El padre de mi hijo es ese hombre.

Conrado y el feroz autor de sus días cayeron desvanecidos al suelo...

. . . . . .

Ni ahora, ni luego, ni mañana, ni nunca, encontrarán mis lectores el epílogo de esta palpitante y dramática narración. ¿Por qué? Pues, sencillamente: porque he colocado a mi héroe; mejor dicho a mi heroína, en situación tan difícil, que, a la verdad, no veo modo de resolver el conflicto.

Me lavo, pues las manos en este asunto; arrégleselas Conrado como buenamente pueda, y salga adelante si así le place, o permanezca desmayado si ese es su gusto.

Declaro, para concluir, que, en un principio, creía que me iba a ser posible desenredar con facilidad la madeja. Pero, escribiendo, escribiendo, he cambiado de opinión.

DOS FLORES EN PUNTO TURCO

I. Camisa-sobre, en crépe de Chine rosa pálido. La cinta, de un tono más vivo, que forma las hombreras, se prolonga en la camisa, incrustada a plano y encuadra las dos flores hechas en el tono de la cinta. Faldón plegado.— II. Camisa y calzón de linón amarillo. Grupo de pliegues en el delantero de la camisa, que lleva un ancho canesú, cortado en forma, en linón lila y en el cual van caladas las dos flores. El mismo adorno se repite en el calzón.— III. Camisa y calzón en velo, de hilo azufre. Las flores, acompañadas por una doble hilera de puntos al aire, están trabajadas con hilo negro.— IV. Camisa y calzón en batista blanca. Las dos flores se repiten graciosamente en este juego, completadas por una cifra, todo ello hecho en blanco.

UN PRECIOSO CUENTO PARA NIÑOS

KAKATUKAN
O
La Linda Aventura de Matilde

MATILDE tenía las orejas coloradas y relucientes, igual que las mejillas; rojas también las manos. Todo porque su aya Felisa acababa de lavarla, no de ese modo habitual que le deja a uno limpio y a gusto, sino con un lavado minucioso, de los que producen un ardor y un escozor tales que el paciente anhelaría ser un pobre niño salvaje para no saber nada, correr medio desnudo al aire libre y no meterse en el agua más que cuando sintiese calor. Matilde hubiera deseado pertenecer a una tribu salvaje, mejor que haber nacido en la ciudad.

—A los niños salvajes—decía—no se les lava minuciosamente las orejas, ni se les ponen vestidos que tiran por debajo de los brazos y pinchan en el cuello; ¿verdad Felisa?

Pero ella contestaba: —¡Qué tonterías dices!—y después añadía: —¡Estáte quieta, niña, por el amor de Dios!

Felisa era la niñera de Matilde, que muchas veces la encontraba molesta. Tenía razón la chiquilla cuando pensaba que los niños salvajes no llevan vestidos estrechos, y también es verdad que no los lavan excesivamente, ni los cepillan, ni los peinan, ni los calzan, ni menos les ponen los guantes y el sombrero para llevárselos en un ómnibus a Quintaseria, a ver a tía-abuela Pilar. Tal iba a ser el sino de Matilde, según había dispuesto su madre. Felisa la había arreglado ya, y ella, sabiendo lo vana que sería toda resistencia, mostrábase sumisa.

Pero no habían consultado al Destino, y el Destino tenía otros proyectos relativos a ella.

Cuando estuvo abrochado el último botón de las botas de Matilde (el abrochador estaba siempre de malas, sobre todo si le daban prisa, y aquella vez dió un pellizco bastante cruel a la muchacha en una pierna), tiraron de la pobre criatura escaleras abajo, y la sentaron en una silla del recibimiento, a esperar a que Felisa se emperifollase.

—No tardaré ni un minuto—había dicho el aya. Pero Matilde ya sabía lo que pasaba, y se sentó a esperar, con las piernas colgando, en postura lastimosa.

Ya había estado otras veces en casa de tía-abuela Pilar y sabía exactamente lo que iba a ocurrir. La preguntarían por sus lecciones, cuántos premios tenía y si había sido buena.

Me parece que las personas mayores no se dan cuenta de lo impertinentes que son tales preguntas. Figuráos que les contestáis de este modo: "Estoy la primera en mi clase, gracias, Tita, y he sido muy buena. Pero ocupémonos un poco de usted. Dígame, querida tía, ¿cuánto dinero tiene usted? ¿Ha reñido mucho a las criadas? ¿Ha tratado de mostrarse paciente y complaciente, como debe ser toda persona mayor?

Ensayad este método con una tía vuestra la primera vez que os haga preguntas, y escribidme en seguida contándome la cara que pone.

Se sabía de memoria Matilde cuáles iban a ser las preguntas de tía Pilar, y que, en cuanto ella contestara, le darían un bollito con granos de ajonjolí por encima y le dirían que se fuese con Felisa, para que le lavase otra vez cara y manos. Luego le mandarían de paseo al jardín, que tenía un senderito lleno de piedras y unos cuantos geranios, calceolarias y lobelias; pero no se podía coger nada. Un poco de ternera para comer, tres cortecitas de pan alrededor del plato y un budín de tapioca. Luego toda la tarde con un librote encuadernado impreso en letra muy chica y con vidas de niños muertos en tierna edad, porque eran demasiado buenos para seguir en este mundo.

Matilde daba vueltas en su asiento. Si hubiese estado un poco menos incómoda, se habría echado a llorar; pero tanto le tiraba y apretaba el vestido nuevo, que ni siquiera llorar le dejaba, ni pensar en otra cosa que en el daño que le hacía.

Cuando, por último, se presentó Felisa, le dijo:

—¡Vergüenza te debía dar esa cara tan aburrida!

—¡Si no lo estoy! — dijo Matilde.

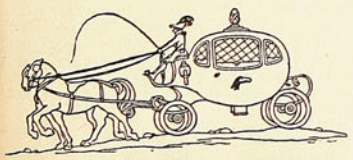
—Sí que lo estás—replicó Felisa—sabes quién eres y no aprecias lo que tienes.

—¡Si tía Pilar fuese tía de usted!—exclamó Matilde.

—¡Niña tonta, niña descarada!—gritó Felisa agarrando a Matilde por un brazo.

Matilde trató de largar un manotón a su aya, y las dos bajaron la escalora, encolerizadas una contra otra. Por el camino, que no tenía nada de agradable, fueron a buscar el ómnibus, que tampoco tenía nada de agradable; Matilde iba dando hipidos.

Era Felisa, aunque irritable, muy cuidadosa; aún el más cuidadoso se descuida alguna vez, y aquella mañana tenía que equivocarse de ómnibus .., porque, si no, no habría cuen-



¡Sálvela Vd.!

Si su joven esposa, su hermana o su hija adolescente van poco a poco consumiéndose, adelgazando visiblemente día a día; si la inapetencia ha hecho presa en ellas; si el rostro ha perdido sus colores habituales y la anemia va ganando terreno, imponga usted entonces su voluntad de hombre y sin perder un momento inicie la reconstrucción de ese organismo que rápidamente se derrumba.

IPERBIOTINA
M. R
MALESCI

es el tónico más poderoso de los tiempos modernos. Es un preparado lleno de vida, de vigor animal, que penetra al cuerpo para asimilarse a la economía general del organismo, devolviendo a éste su normalidad, enriqueciendo la sangre y dando fuerzas a los nervios.

Preparación patentada del Establecimiento Quimico Dr. Malesci - Firenze (Italia)
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Base: Glándula taurina.
SALAZAR Y NEY — Santiago — Unicos concesionarios.

to? Esto indica que hasta las equivocaciones son útiles a veces; de modo que no hay que reírse mucho de las personas mayores aunque hagan algo que no esté bien. Después de todo, bien sabéis que casi nunca ocurre tal cosa.

Era un ómnibus verde y dorado, muy nuevecito, y dentro tenía unos almohadones verdes también y muy blandos. Matilde y su aya

lo disfrutaban ellas solas, y la niña empezó a sentirse más a gusto, sobre todo luego que consiguió romper un pespunte del hombro, con lo cual el vestido le estaba un poco menos apretado.

Entonces dijo: —Siento haberme enfadado, querida Felisa.

—Así debe ser—contestó ella, sin añadir que también sentía haberse irritado; pero no esperéis nunca que diga cosas por el estilo una persona mayor.

No era, ciertamente, aquel ómnibus el que debían haber tomado, porque en lugar de ir dando tumbos por callas largas y polvorientas, iba despacito y muy suavemente por una verde pradera, con setos floridos y árboles verdes. Tan encantada iba Matilde, que no se movía, cosa rara en ella. Felisa iba leyendo un novelón, "La Venganza de Lady Constanza" y no se enteraba de más.

—No importa; yo no se lo digo—pensó Matilde—. Mandaría parar el ómnibus, quieras que no—. Paró, al fin, el ómnibus, por su propia voluntad. Felisa se guardó la novela en el bolsillo y saltó afuera.

—¡Anda!, ¿qué es esto?—exclamó, y corriendo se fué hacia donde los caballos estaban. Eran blancos, con arneses verdes, y tenían larguísimas colas.

—Oiga, joven—dijo Felisa al conductor del ómnibus—, nos ha traído usted a un sitio equivocado. Esto no es Quintasería; no lo es.

El conductor era el más gallardo conductor de ómnibus que jamás se viera, y su traje tan hermoso como él. Llevaba medias y camisa de seda blanca, con rizada pechera, levitón y calzas de color verde y oro, lo mismo que el sombrero de tres picos, que se quitó muy cortésmente cuando Felisa le hablaba.

—Temo—dijo con la mayor amabilidad—que por una circunstancia fortuita y lamentable se hayan equivocado ustedes de ómnibus.

—¿Y cuándo regresa?

—Este ómnibus no hace viajes de regreso. Sale de la ciudad una vez al mes, pero no vuelve.

—Pero tendrá que ir allá, aunque no sea más que para volver a salir—indicó Matilde.

—Para cada viaje se pone un ómnibus nuevo—dijo el conductor, volviendo a saludar con su sombrero de tres picos.

—¿Y qué se hace de los viejos?

—¡Ah!—dijo el cochero, sonriente—, según y conforme. Nadie lo puede saber de antemano, porque hoy las cosas cambian muy rápidamente. Adiós, y muchas gracias. No, señora, de ninguna manera.

Y rechazando la moneda que Felisa le ofrecía, se alejó en su coche a toda velocidad.

No, no era aquello Quintasería, y bien lo advirtieron en cuanto miraron alrededor. El ómnibus que por equivocación habían tomado les dejó en un extraño pueblo el pueblo más limpio, más agradable, más rojo, más verde, más pulcro, más bonito del mundo. Agrupábanse las casas en torno a una verde pradera donde los niños jugaban vestidos con claros trajes o amplios delantalillos. En tan dichoso lugar no se concebía un vestido que tirase por debajo del brazo. Matilde, envalentonada, se saltó dos o tres corchetes y rompió un poquito más la costura del hombro.

Pero las tiendas parecían algo estrafalarias, según advirtió. Sus nombres no indicaban las cosas que en ellas se vendían. Por ejemplo, allí donde ponía "Elías Antúnez, hojalatero", ostentábanse en el escaparate hogazas y bollos; la tienda que tenía rótulo de "Panadería" estaba llena de cochecitos de niño; el tendero de comestibles y el constructor de carros parecían haber hecho trueque de nombres o de mercancías y la señorita Amalia, modista, exponía al público salchichas y tocino.

—¡Qué país tan bonito y tan de broma!—exclamó Matilde—. Me alegro de que nos hayamos equivocado de ómnibus.

Un niño de pocos años que llevaba delantal amarillo se acercó a ellas.

—Dispensen—insinuó con finura—pero todo extranjero tiene que ser conducido inmediatamente ante el Rey. Hagan el favor de seguirme.

—¡Vaya un descaro!—dijo Felisa—. ¿Extranjeras nosotras? ¿Y tú, quién eres?

—Yo—repuso el niño haciéndole una reverencia profunda—soy el Presidente del Consejo de Ministros. Ya sé que no lo parezco, pero en ocasiones las apariencias engañan. Es posible que mañana vuelva a tomar mi propia figura.

Algo murmuró entre dientes Felisa, que no llegó a oídos del muchacho. Matilde pescó algunas palabras: "azotes", "a la cama", "pan y agua", que le eran muy familiares.

—¡Qué juego tan bonito!—dijo Matilde al niño—. Yo también quiero jugar.

El frunció el ceño.

—Les intimo a que vengan inmediatamente—dijo en tono tan severo, que la misma Felisa se quedó un poco asustada—. El Palacio de Su Majestad está por este lado—. Echó a andar, y Matilde, dando un brinco, se soltó de la mano de su aya y se fué tras él. De modo que Felisa no tuvo más remedio que seguirlos, sin dejar de gruñir.

El Palacio estaba en medio de un vasto parque verde, engalanado con flores blancas. No se parecía a otros palacios reales, al de Madrid, o al de San Jaime, por ejemplo, puesto que era muy hermoso y estaba muy limpio. Al entrar vieron que las colgaduras eran de seda verde. Verde y oro era la librea de los lacayos, y los trajes de los palaciegos ostentaban los mismos colores.

Matilde y Felisa tuvieron que esperar unos instantes a que el Rey cambiase de cetro y se pusiese una corona nuevecita, y luego las pasaron a la cámara de audiencias. El Rey salió a su encuentro.

—¡No sé cómo agradecer la visita, viniendo ustedes de tan lejos!—exclamó—. Por supuesto, ¿vivirán en Palacio?—continuó, mirando con interés a Matilde.

—¿Se siente usted a gusto?—le preguntó, dudoso. Y como Matilde, para ser muchacha, era bastante amiga de decir la verdad, le contestó en seguida:

—No: este vestido me aprieta alrededor de los brazos.

—¡Ah!—dijo el Rey—. ¿Y no traen equipaje? Puede que algún vestido de la Princesa... uno de los antiguos, ése es... Y esta señora es su doncella... ¿verdad?

En aquel punto una pesada risa atravesó resonante el salón. El Rey, desconcertado, miró en torno suyo, como en espera de que ocurriese algo; pero, al parecer, nada ocurría.

—Sí—le contestó Matilde—, es Felisa... Pero... ¿qué es eso?...

Porque, ante sus ojos, el aya experimentaba un cambio terrible. Al cabo de un instante, de la primitiva Felisa sólo quedaban las botas y el último volante de la falda: todo lo demás se había convertido en hierro barnizado de rojo y en cristal, y mientras Matilde miraba, el volante inferior se iba poniendo también plano, duro, cuadrado y los dos pies se convertían en cuatro pies de hierro, sin que ya hubiese Felisa por ninguna parte.

—¡Hija mía!—dijo el Rey a Matilde—, tu doncella se ha convertido en máquina automática!

Y era así. La niñera se había convertido en una de esas máquinas que se ven a la entrada de los teatros, codiciosas, arrebatadoras, que os dejan sin una moneda de diez céntimos y os dan, en su lugar, una pieza de chocolate, sin devolver siquiera un perro chico.

Pero no era chocolate lo que se veía a través de los cristales de la máquina que antes era Felisa, sino unos papelitos enrollados.

El Rey alargó en silencio a Matilde unas monedas. Matilde echó una dentro de la máquina, y tiró del cajoncito. Dentro había un papel; lo desenvolvió Matilde y leyó: "No seas pesada"—. Repitió la suerte, y el que entonces sacó decía: "Si no te estás quieta, se lo digo a mamá en cuanto llegue". El que sacó después: "Quite usted de ahí, niña fastidiosa". Entonces Matilde se dió cuenta de lo ocurrido.

—Sí—dijo el Rey—. No es posible la duda. Tu doncella se ha convertido en máquina automática de regañar. Pero no importa, hija mía, mañana será otra cosa.

—No se apure, que más me gusta así—replicó vivamente Matilde—. Ya verá cómo no tengo necesidad de echarle más monedas.

—Pero no vamos a ser descorteses ni olvidadizos—contestó amable el Rey, echando una moneda por la abertura, y lo que sacó fué ésto:

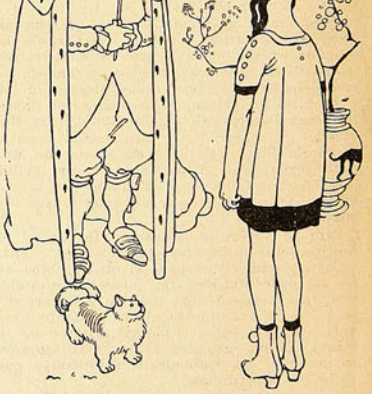
"No te pongas pesado. Ya verás dentro de un minuto".

—No puedo hacer nada por ella—continuó el Rey, pesaroso—. No tiene usted idea de lo rápidamente que cambian aquí las cosas. Ocurre ésto porque...; pero ya se lo referiré todo cuando tomemos el té. Que la doncella la acompañe ahora, hija mía, a ver si entre los vestidos de la Princesa hay alguno que le pueda servir.

Una doncella linda y amable condujo a Matilde a las habitaciones de la Princesa, le quitó el traje que tanto daño le hacía y le puso una bata de seda verde, tan suave que parecía hecha de plumón; Matilde, al verse tan cómoda, le dió un beso, de puro alegre que se puso.

—Y ahora, señorita, ¿querrá ver a la Princesa, verdad? Cuidado, no se lastime con ella. ¡Es tan afilada!

Esto no lo entendió Matilde hasta después. La guió la doncella por varios corredores



de mármol, hízole subir y bajar muchas escaleras, de mármol también, y por último llegaron a un jardín cuajadito de rosas blancas, en medio del cual estaba la Princesa, vestida de blanco y sentada sobre un almohadón de rosas, tan grueso como un colchón de plumas.

Al ver a Matilde se levantó. Era como vara y media de cinta blanca, sostenida sobre uno de sus extremos y un poco encorvada; vara y media de cinta un poco ancha, naturalmente; pero lo que para cinta sería ancho, para Princesa era bastante estrecho.

—¿Cómo está usted?—preguntó Matilde, que sabía bien la Urbanidad.

—Delgadísima, gracias—contestó la Princesa—. Y así era en efecto. Tenía la cara tan blanca y fina que parecía hecha de una con-

chita de ostra; las manos, finas y blancas, a Matilde le parecieron espinas; negros eran el cabello y los ojos. Matilde pensó que un poco más gruesa, hubiese sido bonita. Cuando le tendió la mano, sintió que unos huesos la lastimaban.

La Princesa parecía complacerse en la visita y la invitó a sentarse en el almohadón mismo en que Su Alteza se sentaba.

—Tengo que andar con mucho cuidado para no partirme—dijo—; por eso es tan suave este cojín; y no puedo jugar, no sea que me ocurra un accidente. ¿Sabe usted algún juego en que se pueda estar sentada?

Matilde no sabía más juego que el de la cunita, y se lo enseñó a la Princesa, poniéndose las dos a jugar sentadas en el verde almohadón; la Princesa, con sus dedos espinosos, mostrábase mucho más hábil que Matilde con sus manazas rojas.

Mientras jugaban, no cesaba Matilde de mirar en torno suyo, admirándose de todo y preguntando, naturalmente, muchas cosas. Sujeto con una cadena a una alcándara, dentro de una jaula muy grande, había un corpulento pájaro. Tan grande era la jaula, a decir verdad, que ocupaba un lado entero del jardín. El pájaro tenía cresta amarilla como las cacatúas y largo pico, como los tucanes. (Si no sabéis lo que es un tucán, no sois dignos de que os vuelva a llevar al Jardín Zoológico).

—¿Qué pájaro es ese?—preguntó Matilde.

—¡Ah! — dijo la princesa — es mi Kakatukán favorito; un ave de mucho valor. Si se muriera o lo robasen, Tierra Verde se pondría tan mustia como el país más miserable del mundo.

—¡Qué horror!—comentó Matilde.

—Claro está que yo no he visto los lugares más miserables del mundo — añadió la Princesa, estremeciéndose; — pero por la Geografía sé que los hay.

—¿Sabe usted mucha Geografía?

—Hasta las exportaciones e importaciones de cada país—contestó la Princesa—. Pero, adiós. Estoy tan débil, que tengo que descansar a menudo para no perder fuerzas. Doncella, acompáñala.

Acompañó la doncella a Matilde hasta un salón maravilloso, en donde se entretuvo hasta la hora del té con toda clase de juguetes de los que veis en las tiendas y se os antojan cuando alguien va a compraros una caja de construcciones o un rompecabezas, esos juguetes que no os compran nunca porque son muy caros.

Matilde tomó el té en compañía del Rey. Era verdaderamente un hombre bien educado y trató a Matilde como si ella fuese persona mayor, de modo que la niña se sentía dichosa en extremo y se portaba admirablemente.

El Rey le contó sus quebraderos de cabeza.

—Ya lo ves—comenzó—. Tierra Verde era un país agradabilísimo en otro tiempo. Hoy mismo tiene sus encantos, pero ya no es lo que era. Ese pajarraco, ese Kakatukán tiene la culpa, y ni a matarle ni a echarle nos atrevemos. Cada vez que se ríe, ocasiona un cambio. Mira mi primer Ministro: era un hombretón que no cabía por esa puerta, y ahora, en cambio, puedo levantarle con una mano sola. Y mira también lo de tu pobre doncella. Ese pajarraco tiene la culpa de todo.

—Pero, ¿por qué se ríe?—preguntó Matilde.

—No lo sé a punto fijo—contestó el Rey—; no veo nada que pueda hacerle reír.

—¿Por qué no le hacen estudiar o algo desagradable por el estilo, a ver si se entristece?

—Ya lo he intentado todo, créeme, hija mía. Pero no hay profesor capaz de dar lecciones a ese pajarraco.

—¿Y qué es lo que come?

—Tortas de Reyes. Pero lo mismo da una cosa que otra. Ese avechucho es capaz de reírse aunque se le alimente con garbanzos crudos.

Suspiró Su Majestad y dió a Matilde una rebanadita de pan con manteca. Luego continuó:

—No tienes idea de las cosas que ocurren. Un día que celebramos consejo, todos mis ministros se volvieron niños de pecho con calcetines amarillos. Y no podemos dar decreto ninguno hasta que no recobren su ser primitivo. Ellos no tienen culpa, y yo no puedo proveer sus vacantes, claro está; ¡pobrecillos!

—Naturalmente,—asintió Matilde.

—Había cierto dragón—fué diciendo el Rey—, y cuando se presentó aquí yo ofrecí la mano de la Princesa y la mitad de mi reino al que lo matara. Es lo que se suele ofrecer como recompensa, según sabrás.

—Sí—dijo Matilde.

—Bueno, pues de tierras muy lejanas llegó un Príncipe joven y respetable, y todo el mundo acudió a verle luchar con el dragón. Hubo quien pagó más de setenta y cinco céntimos por un asiento de primera fila, te lo aseguro. Sonó la trompeta, como para indicar al dragón que ya era hora de comer; tiró el Príncipe de su brillante espada, lanzamos todos un grito, y en aquel momento el condenado avechucho se echó a reír, el dragón se convirtió en un gato, y el Príncipe, que tenía la espada en alto, no pudo contener su empuje y le mató. El populacho estaba furioso.

—¿Y qué sucedió entonces?—preguntó Matilde.

—Yo, por mi parte, hice cuanto estaba de mi mano. Dije que le concedería la de la Princesa como si tal cosa, acompañé al Príncipe hasta el palacio, y cuando llegamos aquí el Kakatukán había vuelto a echarse a reír, y la Princesa se había convertido en una viejísima institutriz alemana. El Príncipe se volvió a su país corriendo y de mal humor. A los dos o tres días la Princesa volvió a tomar su figura. ¡Qué tiempos aquéllos, hija mía!

—¡Ya sufrirían ustedes!—dijo Matilde tomando un sorbo de refresco de zarzaparrilla.

—¡Bien puedes decirlo!—contestó el desventurado monarca—. Pero si fuera a contar los disturbios que ese pájaro ha traído a mi pobre reino, te entretendría hasta mucho más tarde de lo conveniente.

—No importa—dijo Matilde con amabilidad—. Cuénteme algo más.

—¡Pensar—continuó el Rey—, pensar que una leve carcajada del repugnante bicharraco volvió rojas y vulgares las fisonomías de mi larga serie de antepasados! Todos ellos empezaron a renunciar a sus títulos y a decir que se llamaban Fulanos o Zutanos, los nombres más vulgares.

—¡Qué horror!—

—Y una vez—prosiguió lanzando un gemido—se rió tan fuerte que fueron a caer juntos dos domingos, y el jueves siguiente se perdió y fué a colocarse después de Nochebuena. Pero—dijo súbitamente—ya es hora de irse a acostar.

—¿Me retiro?—preguntó Matilde.

—Sí, haz el favor—dijo el Rey—. Siempre cuento estas cosas trágicas a los extranjeros, por si alguno hubiese tan inteligente que pudiera ayudarme. Tú eres una muchacha muy simpática. ¿Te tienes también por inteligente?

Es muy agradable que le pregunten a uno si es inteligente. Tía-abuela Pilar sabe ya que "uno" no lo es; pero los Reyes están muy bien educados y Matilde se sintió muy satisfecha.

—No me tengo por inteligente—empezó a decir para no faltar a la verdad; mas, de pronto, el sonido de una carcajada ronca atravesó el comedor de gala. Matilde se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ay!—gritó—. ¡Qué cambiada me siento!... Espere un instante... ¿Qué es esto?... ¡Ay!

Permaneció un instante callada, y luego, mirando al Rey, le dijo:

—No estaba en lo cierto, Majestad. Soy inteligente y reconozco que no me conviene estar en vela hasta muy tarde. Buenas noches. Le agradezco mucho su amable invitación. Me parece que mañana por la mañana tendré inteligencia bastante para darle ayuda, a no ser que el pájaro, riéndose otra vez, me vuelva a convertir en la Matilde de antes.

Pero a la mañana siguiente Matilde sentía en su cabeza una lucidez extraordinaria; sólo que cuando bajó a almorzar, combinando proyectos para ayudar al Rey, se encontró con que el Kakatukán debía de haberse reído durante la noche, porque el hermoso palacio se había convertido en tienda de carnicero, y el Rey, harto prudente para luchar con el Destino, se había despojado de sus regias vestiduras y estaba ocupadísimo en pesar media libra de chuletas de cordero para una niña que llevaba una cesta.

—No sé en qué vas a ayudarme ahora—dijo en tono desesperado—; mientras el palacio esté así, no hay que echárselas de Rey ni de cosa por el estilo; trataré solamente de ser un buen carnicero. Si quieres llevarme las cuentas hasta que el pájaro se ría otra vez y me devuelva mi palacio...

Y el Rey se dedicó al negocio, respetado por sus súbditos, cada uno de los cuales, desde el advenimiento del Kakatukán, había tenido sus más y sus menos. Matilde llevaba los libros, hacía facturas y no lo pasaba del todo mal. Felisa, convertida en máquina, estaba en la tienda y atraía a no pocos parroquianos, que solían llevar a sus chiquillos para que los pobres inocentes echasen una moneda, que el aya recompensaba con un regaño. ¡Hay padres que son capaces de cualquiera cosa! La Princesa iba a sentarse al jardín con el Kakatukán, y Matilde iba todas las tardes a jugar con ella. Pero un día en que el Rey había ido en coche a otro reino, el otro Rey de aquel reino se asomó a una de las ventanas de su palacio, y cuando el Rey pasaba, se echó a reír y le gritó:

—¡Carnicero!

No reparó en tal cosa el Carnicero-Rey, que, aúnque rudo, era honrado. Pero cuando el otro Rey se puso a gritarle:

—¿A cómo está la carne de gato?—sintió mucha pena, porque la carne que vendía era siempre de calidad superior. Cuando se lo contó a Matilde, ella le dijo:

—Mande un ejército que le aniquile.

Mandó el Rey su ejército y el enemigo fué aniquilado. El pájaro se rió de nuevo, el Rey volvió a ocupar su trono, y con la risa desapareció la tienda de carnicero, en el momento mismo en que Su Majestad decretaba un día de fiesta nacional y organizaba un magnífico recibimiento para sus tropas. Matilde ayudó al Rey a disponerlo todo. Gozaba con deleite el placer hasta entonces desconocido de sentirse inteligente, y se irritó sobremanera al oír la risa del Kakatukán en cuanto el recibimiento estuvo perfectamente organizado. Se rió el avechucho, y la fiesta nacional se convirtió en un impuesto sobre la renta; la recepción espléndida, en una reprimenda de padre y muy señor mío, y el ejército, de repente, en una alborotada escuela dominical de chiquillos que estuvieron gritando y haciendo diabluras hasta que les dieron bollos y los llevaron a casa con riendas.

—Hay que tomar una determinación—dijo el Rey.

—Sí—contestó Matilde—; he pensado que me nombre aya de la Princesa, a ver si se puede hacer algo. Ahora me siento muy inteligente.

—Para ello he de abrir el Parlamento—contestó el Rey—; es asunto constitucional.

Y fuése corriendo para abrir el Parlamento en seguida, pero el pájaro asomo la cabeza y se echó a reír cuando él pasaba. Corría él, y su linda corona aumentó de tamaño, se hizo de hierro, y sus piedras se volvieron trozos de vidrio del peor gusto. El terciopelo y el armiño de su traje se cambiaron en franela y piel de conejo. El cetro se alargó, hasta medir veinte piés, y se hizo tan pesado que no podía con él. Pero él persistió en su propósito.

—No hay pájaro—exclamó—que me desvíe de mi deber y de mi Parlamento.

Tan agitado estaba cuando llegó, que no pudo dar con la llave a propósito para abrir el Senado: echó a perder la cerradura, y ante la imposibilidad de abrirlo, todos los miembros del Parlamento salieron por las calles echando discursos y entorpeciendo gravemente el tráfico.

El pobre Rey volvió a su casa y se echó a llorar.

—Esto es demasiado, Matilde—dijo—. Siempre me has consolado. A mi lado estuviste mientras fuí carnicero; tú llevabas los libros, tú apuntabas los encargos; tú ordenabas las existencias. Si eres inteligente de veras, ha llegado el momento de que hagas algo por mí. Si no lo haces, me retiro de los negocios, y dejo la corona. Me haré carnicero en cualquiera parte y buscaré otra muchacha que me lleve los libros.

Aquello decidió a Matilde, que le habló así:

—Bien está, señor; déjeme rondar, de noche, a ver si descubro lo que hace reír al Kakatukán: si lo consigo, trataremos de que no vuelva a ocurrir, sea lo que fuere.

—¡Ay!—exclamó el pobre Rey—, ¡si lo lograras!...

Aquella noche, cuando Matilde se fué a la cama, no se durmió. Esperó, acostada, a que el palacio estuviese en silencio, y después, deslizándose con suavidad gatuna, salió a los jardines, donde estaba la jaula del Kakatukán, y se ocultó detrás de unos rosales, a observar y escuchar. Nada ocurrió hasta la hora del alba, en que se despertó el Kakatukán. Pero cuando el sol aparecía redondo y cuando brillaba sobre la techumbre del palacio, alguien se acercó deslizándose con suavidad ratonil; parecía vara y media de cinta blanca que se arrastrase, y era la Princesa en persona.

Pausadamente llegó hasta la jaula y, escurriéndose entre los barrotes; muy juntos estaban, pero vara y medio de cinta blanca bien puede pasar por entre los hierros de una jaula de pájaro, sea del tamaño que sea. Llegándose la Princesa a donde estaba el Kakatukán, le hizo cosquillas debajo de las alas, hasta que soltó una risotada. Luego, rápida como el pensamiento, la Princesa se volvió a deslizar a través de los barrotes, y antes de que el pájaro acabara de reírse, ya estaba otra vez en sus habitaciones. Matilde se volvió a acostar. Al otro día, todos los gorriones se habían vuelto caballos de tiro, y las carreteras estaban intransitables.

Cuando fué, como de costumbre, a jugar con la Princesa, Matilde le preguntó de repente:

—Princesa, ¿por qué está usted tan delgada?

La Princesa estrechó las manos de Matilde con verdadera emoción.

—Matilde—dijo con sencillez—, tiene usted un corazón muy noble. Nadie me ha preguntado jamás tal cosa, ni aún los que han intentado curarme. Y si a una no le preguntan, ¿cómo va a contestar? Es una historia triste y trágica, Matilde. Tiempo atrás, yo estaba tan gorda como usted.

—Yo no estoy gorda—dijo Matilde, indignada.

—Bueno—dijo la Princesa impaciente—, pues yo estaba bastante gorda. Y luego me puse delgada...

—Pero ¿cómo?

—Porque no me quisieron dar todos los días mi pudín favorito.

—¡Qué vergüenza!—exclamó Matilde.—¿Y cuál es su pudín favorito?

—El de pan y leche espolvoreado con hojas de rosa y pizcas de manzana.

Matilde fué, como es natural, a contárselo en seguida al Rey; pero antes de llegar a donde él estaba, el Kakatukán se rió de nuevo. Cuando Matilde vió al Rey, ya no estaba en disposición de pedir la comida, porque se había convertido en casa de campo repleta de adelantos modernos. Unicamente le reconoció Matilde, que se había sentado muy triste en el porque, por la corona que estaba de lado sobre una de las chimeneas y por el ribete de armiño que bordeaba la senda principal del

jardín. En vista de ello encargó, bajo su responsabilidad, que hiciesen a la Princesa su pudín favorito, y toda la Corte lo tuvo que comer a diario en adelante, hasta que no hubo palaciego que no aborreciese la leche y el pan y no prefiriese correr una porción de kilómetros antes de encontrarse con una pizca de manzana. A la misma Matilde le llegó a hartar, aunque, inteligente como era, conocía lo bien que le sentaban el pan y la leche.

Pero la Princesa iba poniéndose cada vez más gruesa y más sonrosada. Tuvo que abandonar sus trajes de papel de seda, y luego tuvo que dejar los que antes le estaban anchos, y después los que ya había usado Matilde, y, por último, tuvo que mandarse hacer vestidos nuevos, y conforme iba tomando carnes, iba volviéndose afectuosa y Matilde llegó a sentir verdadera amistad por ella.

Un mes había estado el Kakatukán sin reírse.

Cuando la Princesa llegó a ponerse todo lo gruesa que debe estar una Princesa, Matilde se acercó a ella un día, y echándole los brazos al cuello la besó. Besóla también la Princesa y dijo:

—Siento lo que ha ocurrido. Antes lo sentía igualmente, pero no quería confesarlo; ahora sí. El Kakatukán no se ríe nunca sino cuando le hacen cosquillas. Más aún: detesta la risa.

—¿Y no le volverá usted a hacer cosquillas, verdad?

—No, claro que no—dijo la Princesa muy sorprendida—, ¿por qué he de hacérselas? Cuando estaba delgada, sentía mucho rencor, pero ahora que ya estoy gruesa quiero ver a todo el mundo dichoso.

—¿Y cómo pueden ser dichosos—preguntó severamente Matilde—los que están convertidos en algo distinto a lo que son en realidad? Ahí tiene usted a su padre querido, vuelto casa de campo, y al Presidente del Consejo de Ministros, que era una criatura, y cuando cambió fué para convertirse en Opera Cómica. La mitad de las doncellas de palacio son olas que van a romperse contra la vajilla; la marina ve cambiados todos sus hombres en perros de aguas, y el ejército en salchichas de Francfort. Su doncella favorita es un próspero lavadero mecánico y yo, pobre de mí, tengo doble inteligencia que antes. ¿No podría ese horrible pájaro dejar otra vez las cosas como estaban?

—No—dijo la Princesa, deshaciéndose en lágrimas ante cuadro tan terrorífico—. Me dijo en cierta ocasión que cuando se reía podía hacer que las cossa cambiasen una o dos veces, pero que después, si volvía a reírse, se le cambiaban en cosas que ni él mismo sospechaba. No habría más que un medio para que todo volviese a su ser primitivo..., ¡pero es imposible! ¡Si pudiéramos lograr que riese al revés!... En eso estriba todo, según me dijo, pero yo no sé lo que es eso ni cómo se puede conseguir. ¿Y usted, Matilde, lo sabe?

—No—repuso Matilde—, pero se lo diré bajito, porque nos está escuchando: Felisa es quien lo sabe. Muchas veces me amenazó con hacerme reír al revés, pero nunca lo hizo. ¡Ah, Princesa, se me ocurre una idea!

Pusiéronse las dos a cuchichear, tan por lo bajo, que no pudo oírlas el Kakatukán, por mucho que lo intentó. Matilde y la Princesa le dejaron con un palmo de orejas.

Oyóse de pronto un rechinar de ruedas. Cuatro hombres entraron en el jardín llevando en una carretilla un objeto rojo, muy grande. Lo dejaron frente al Kakatukán, que se puso a columpiarse rabiosamente en su alcándara.

—¡Ah!—exclamó—. Si alguien me obligase a reír, lo único que cambiaría había de ser esta horrible casa, lo aseguro. Y se cambiaría en algo más horrible de lo que ahora es; lo siento en todas mis plumas.

Abrió la Princesa la jaula con la llave del Primer Ministro, se deslizó hasta donde estaba el Kakatukán y le hizo cosquillas, primero en un ala y luego en la otra. Fijó el ave sus fatídicos ojos en la rojiza máquina y soltó una carcajada muy fuerte y muy larga; vió que el hierro y el cristal tomaban ante sus ojos la forma de Felisa. Tenía las mejillas rojas de cólera y sus ojos brillaban como el cristal, de furia que tenían.

—¡Bonita educación!—dijo al Kakatukán—. ¿De qué se ríe usted? ¡Ya le enseñaré yo... ya le haré yo reír al revés, amiguito!

Hizo irrupción en la jaula, y ante la Corte atónita cogió por el pescuezo al Kakatukán y le hizo reírse al revés. Era un espectáculo tremendo, y el sonido de aquella risa contraria, terrible de oír.

Mas, de pronto, las cosas volvieron como por arte de magia al estado que primeramente tenían. El lavadero automático se volvió doncella, la casa de campo se convirtió en Rey, y todos los demás recpueraron su antigua forma; hasta la maravillosa inteligencia de Matilde se apagó como pavesa de candela.

El Kakatukán mismo se desdobló: una mitad de él se volvió Tucán ordinario y vulgar, como el que habréis visto cien veces en el Jardín Zoológico, si os han juzgado dignos de visitar lugar tan distinguido, y la otra mitad se volvió gallo de veleta, de esos que, como sabéis, cambian constantemente y hacen cambiar al viento. De modo que no ha perdido del todo sus facultades; sólo que ahora, como está partido en dos, no hace falta risa para que emplee el poder que le resta. El pobre Kakatukán partido, como cierto famoso Rey de Inglaterra no ha vuelto a sonreír desde aquel triste día.

El Rey, agradecido, ordenó que Matilde y su aya fuesen conducidas a su casa con el ejército entero por escolta; los soldados ya no iban disfrazados de salchichas, sino que lucían brillantes uniformes. Pero Matilde estaba como amodorrada; tanto tiempo había sido inteligente, que sentía cansancio, porque la inteligencia fatiga mucho, como sabréis por experiencia. Y también los soldados debían tener sueño, porque uno tras otro desaparecían, y cuando Matilde y el aya llegaron a su casa no quedaba más que uno, y resultó ser el guardia de la esquina.

Al día siguiente Matilde trató de hablar a Felisa de Tierra Verde y del Kakatukán y del Rey-Casa-de-Campo, pero el aya la interrumpió:

—¿Qué tonterías son ésas? ¡Las niñas callan!

Matilde comprendió fácilmente que a Felisa no le gustaba que le recordasen el tiempo en que había sido máquina automática de regañar, y como era una muchacha muy amable y de buena educación, no volvió a tocar el asunto.

No quiso Matilde contar sus aventuras a los demás, porque todos en su casa creían que había pasado todo aquel tiempo con tía-abuela Pilar, y comprendió que si decía que no había estado allá la mandarían inmediatamente..., lo cual no era muy halagüeño.

Muchas veces he tratado de que el aya Felisa se equivoque nuevamente de ómnibus, único medio posible de ir a Tierra Verde; pero sólo una vez lo conseguí, y entonces el ómnibus no fué a Tierra Verde, sino al Matadero municipal. Porque ninguna niña se ha de hacer la ilusión de que se puede ir a Tierra Verde más de una vez en la vida. Muchas hay que ni siquiera una vez han tenido la fortuna de ir.

Impreso en los talleres de la Emp. "Zig Zag"

CURA GÁSTRICA

Gelosa, Gelatina, Caolín purificado

ARDOR ACIDEZ
PESADEZ CALAMBRES

GASTRALOSE

M.R

TABLETAS

Dosis.

DOS TABLETAS UNA MEDIA HORA ANTES DE CADA UNA DE LAS COMIDAS PRINCIPALES, POR LA MAÑANA AL LEVANTARSE, POR LA NOCHE ANTES DE ACOSTARSE; EN CASO DE NECESIDAD EN EL MOMENTO DE LAS CRISIS DOLOROSAS.

La GASTRALOSE tomase al natural o disuelta en un poco de agua

LABORATORIOS LICARDY_38 Bd Bourdon_NEUILLY-PARIS

Fórmula: (Solución 40 cm3.) Passiflora incarnata (extracto fluido): Cratoegus Oxyacantha; Beleño (extracto blando) sesenta centígramos; Glicerina; Jarabe de cáscara de naranjas amargas CSP.

CINZANO

VERMOUTH

M. R.

N.º 11

$1.20

Para Todos

M. R.

Es propiedad

Vida

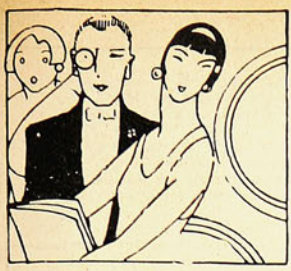
El plato diario de

Avena Gavilla

con leche (porridge) es vida porque contiene todos los elementos necesarios para mantener el organismo sano y fuerte.

Ayuda a los niños en su desarrollo y a los adultos a recuperar las energías gastadas.

Porridgee Ud. diariamente con Gavilla.



PARA TODOS MR

Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía UNIVERSO

REVISTA QUINCENAL

AÑO I — N.o 11

Santiago de Chile, 28 de febrero de 1928

La doble vida del doctor BOUGRAT

RELATO SOBRE EL HECHO DE POLICIA MAS SENSACIONAL OCURRIDO EN FRANCIA EN LOS ULTIMOS AÑOS.

NOTA DEL AUTOR

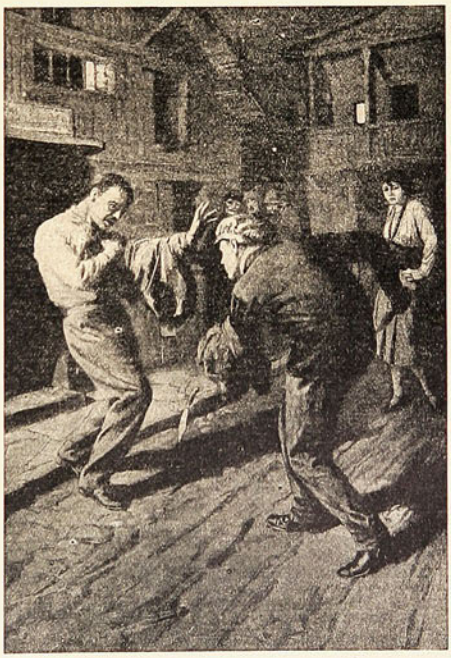
Todos los detalles del presente relato son estrictamente verídicos, y figuran en los expedientes del proceso. He omitido o suavizado uno o dos detalles con el único fin de evitar dolores innecesarios o reabrir viejas heridas.

Por H. ASHTON-WOLFE, intérprete de los Tribunales del Crimen de Francia.

NO CABE DUDA acerca de la existencia de una segunda personalidad, que todos arrastramos desde la cuna hasta la tumba, en la misma forma que un presidiario de la Isla del Diablo arrastra sus pesadas cadenas. Esa personalidad, inspirada sólo por el mal, permanece encerrada en la mente subconsciente, tras una puerta en que aparece grabada la palabra "Civilización". Está siempre alerta y a la primera oportunidad ganará su libertad de acción. Algunos son afortunados, y la puerta no cede ante los esfuerzos del espíritu del mal por libertarse; en otros la barrera es más débil, y en un momento dado puede bastar un pensamiento sensual para derribarla.

El último de los casos expuestos corresponde al del Dr. Pierre Bougrat, de Marsella, notable médico-cirujano, joven, feliz, y de reputación envidiable. Su carrera profesional y su vida de hogar debieron colocarlo muy por encima de la tentación.

Había nacido en Annecy, en 1890. Era estimado de todos por su gran simpatía personal. En la guerra combatió valientemente y recibió la preciada condecoración de la Legión de Honor. En 1920 el Dr. Bougrat se estableció en un espacioso departamento en calle Senac, N.o 37, Marsella, y luego después contrajo matrimonio con la hija del Dr. Avicrinos. Este, como regalo de boda, entregó a su yerno la mayor parte de su escogida clientela. Es inconcebible que un hombre tan agraciado por el Destino llegara a convertirse, en el breve espacio de dos años, en un criminal; pero así ocurrió, y el médico distinguido pasó a ser un apache vil y sanguinario, que frecuentaba las más inmundas guaridas de los delincuentes y usaba con naturalidad su lenguaje grosero; de día era un perfecto caballero, de finos modales y elegancia impecable, y de noche era un individuo despreciable. Y así continuó su vida hasta que un cobarde asesinato lo llevó a la celda de los condenados. Los que creen en la invasión de una mente humana por el demonio encontrarán pocos casos más sorprendentes que éste y que ofrezcan más campo para la investigación. Además, no se trata de un hecho de épocas pasadas, pues el Dr. Pierre Bougrat fué sentenciado a ser guillotinado por el tribunal de Aix-en-Provence en mayo de 1927.



"¡Basta! ¡No me mates! ¡Te compraré a Andrea!".

Me encontraba por casualidad en Marsella, en la investigación de otro asunto, cuando Bougrat fué arrestado bajo la acusación de girar cheques sin fondos. Estoy, pues, en situación de relatar los hechos basados en mis propias investigaciones y de acuerdo con datos contenidos en los archivos policiales.

El matrimonio del Dr. Bougrat.

Un matrimonio, casi podría decirse un matrimonio de la alta sociedad, había congregado a una multitud de curiosos frente a las severas puertas de bronce de Nuestra Señora de los Dolores. El día era de espléndido sol y bajo un cielo muy azul soplaba esa brisa perfumada que es característica de los puertos del sur de Francia.

La ceremonia había terminado; las campanas hicieron oír su voz sonora y alegre, mientras el órgano emitía los delicados acordes de una música nupcial. Aparecieron los recién desposados. El novio era el Dr. Pierre Bougrat, joven, de magnífica apostura, correctísimamente vestido. De su brazo iba la novia, radiante de felicidad y reflejando en su mirada la adoración que sentía por el dueño de su existencia.

Entre la multitud se hallaba una muchacha que se había abierto paso trabajosamente hasta colocarse en primer término. Tenía ojos muy negros y brillantes; su cabellera era rizada, de color castaño. Con la boca entreabierta miraba a la pareja. Los ojos de la muchacha se encontraron con los de Bougrat, y por un instante ambos permanecieron con la mirada fija como hipnotizados. Junto con subir la pareja al carruaje que la esperaba, se dispersó el grupo. Andrea Audibert, la muchacha, se alejó sonriente y despreocupada.

Ese momento fué decisivo para la vida del Dr. Bougrat. Un tumulto de ideas fantásticas llenaba su cerebro mientras el automóvil corría velozmente. Aparentemente, se hallaba tranquilo; pero los ojos crueles y brillantes de Andrea estaban grabados en su mente. La voz de su esposa interrumpió sus meditaciones.

"¿Quién era esa muchacha, Pierre? ¡Qué manera de mirarte! ¿La conoces?"

—No, hijita—repuso Bougrat. Jamás la había visto antes. Pero esa gente del pueblo es así; le agrada hacer que los demás piensen toda clase de cosas. Creí que te miraba a ti".

Cuando la pareja tomó el tren que la conduciría en su luna de miel a la región de los lagos italianos, la novia dió un suspiro de alivio. No había vuelto a ocuparse del incidente, pero aquella mirada había dejado una leve huella de amargura en ese día que debió ser de felicidad completa.

Bougrat no puede olvidar

La visión de los ojos de Andrea no se apartaban un instante de la mente de Bougrat. Esa mirada de fuego y esa boca sonriente de Andrea ocupaban sus pensamientos a toda hora del día, y por la noche soñaba con ellos. La carta en que un corredor de propiedades le ofrecía un departamento en la calle Senac fué un buen pretexto para abreviar la luna de miel.

Bougrat y su esposa regresaron a Marsella. El se entregó a la tarea de instalar su estudio, y ella dedicaba la mayor parte de su tiempo a embellecer el nuevo hogar. Los jóvenes esposos recibían diariamente invitaciones a fiestas y comidas; por otra parte, la clientela de Bougrat aumentaba incesantemente. Todo parecía sonreirles. Pero el doctor Bougrat no estaba satis-

fecho, y no lo estaría mientras no descubriera a la muchacha que le había fascinado. Se hizo irritable y taciturno, y a las interrogaciones de su esposa contestaba culpando a las consecuencias de los sufrimientos que soportara durante la guerra.

A medida que aumentaba su clientela, el joven médico empezó a especializarse en ginecología. Ella le daba la esperanza de que entre sus pacientes del sexo femenino llegara hasta su estudio la mujer que deseaba conocer. Por las noches salía por la puerta falsa de la casa y vagaba por calles extraviadas; pero sin resultado y llegó a creer que la muchacha de los ojos negros había abandonado la ciudad.

Sus rarezas y el abandono en que dejaba a su esposa, dieron origen a frecuentes riñas. Nació una hija, que debió ser el lazo de unión entre esposo y esposa. Tal cosa no ocurrió sino por un brevísimo espacio de tiempo. La esposa transfirió su amor a su hija y así el doctor Bougrat obtuvo la libertad que secretamente ansiaba.

Dr. Pierre Bougrat

Vuelve a ver a Andrea

En las carreras, mientras un grupo bullicioso escoltaba al caballo vencedor de una importante prueba, Bougrat vió nuevamente los ojos y labios que atormentaban su cerebro. Se abrió paso entre la muchedumbre hasta acercarse a la muchacha, pero no pudo hablarle. Varios individuos de los que en el sur de Francia se llaman "Nervi", y que corresponden a los apaches de París, la acompañaban. Bougrat no pudo hacer otra cosa que seguirla para saber dónde vivía, aunque ya podía adivinar que pertenecía a la más baja de las esferas sociales. Esta idea, lejos de desilusionarlo, casi fué de su agrado; pensó que así la muchacha llegaría más fácilmente a ser suya. Siguió al grupo durante varias horas, de taberna en taberna. Por fin, una bulliciosa despedida le anunció que la muchacha se dirigiría a su domicilio. Uno de los hombres, joven, fornido, acompañó a la muchacha hasta una vivienda del peor barrio del puerto, una guarida de ladrones quizá. Bougrat se instaló en el lado opuesto de la calle en un café chino. Vestía con la mayor corrección, pero su estado anormal hacía que no se diera cuenta de las miradas y comentarios de los hombres y mujeres que ocupaban las demás mesas. Una muchacha a quien miró descuidadamente se le acercó y le preguntó:

—"¿Es usted de la policía?"

—"No"—dijo Bougrat;—"espero a la niña de los ojos negros que vive allí". E indicó con la cabeza hacia la inmunda guarida.

Andrea "La Guapa".

—"¡Oh! Se refiere usted a Andrea, "La Guapa"; pero es la novia de "La Pantera", Mario, uno de los Nervi más temibles de Marsella. Le dará una cuchillada en las costillas si trata de mezclarse en sus asuntos de amor".

—"¿Andrea, dice? ¿Y qué más?"

—"Andrea Audibert. Es de Arles. La llaman "La Guapa" porque parece española. Abandonó su hogar por seguir a Mario. Si quiere, iré a decirle que usted desea conocerla. Pero... siempre que valga la pena, porque Mario me matará si lo sabe".

Un instante después, la muchacha ocultaba en su media los billetes que le obsequiara Bougrat, y salía sonriente. El doctor la siguió hasta la puerta. Tras alguna tardanza llegó el instante tan ansiado, pues dos delgadas figuras femeninas aparecieron en el umbral opuesto y una de ellas hizo una señal con la mano. Sin vacilar, Bougrat avanzó a través de la calle y entró. A un paso tenía a la visión de sus sueños y una oleada de perfume aumentó la intoxicación de sus sentidos.

Mme. Lepic.

—"Señorita"—balbuceó tímidamente—"yo la he amado desde el día en que me casé..."

Una carcajada estridente le hizo darse cuenta de lo absurdo de sus palabras. La muchacha que había servido de mensajero estimó prudente retirarse y dejarlos solos. Entonces las palabras apasionadas de Bougrat brotaron a torrentes. Explicó cómo ella había sido durante largos meses su única preocupación, y cómo la había buscado incansablemente hasta encontrarla.

—"¿Es rico usted?"—preguntó ávidamente Andrea, que hasta ese instante no había pronunciado una palabra. La pasión de Bougrat se disipó un tanto, pero encogiéndose de hombros contestó:

—"Sí soy rico, y puedo hacerle muchos regalos, joyas, pieles, lindos vestidos..."

—"¡Bien! ¿Y Mario dónde queda?"—Estas palabras salieron como un rugido de la oscuridad, y un segundo después el rostro de "La Pantera" se hallaba a pocos centímetros del de Bougrat. Este no alcanzó a decir otra palabra, pues cayó derribado junto con recibir un terrible puñetazo en el estómago.

Una nota fatal

Cuando el doctor recobró el conocimiento se hallaba en una zanja. Presentaba diversas magulladuras y su ropa estaba destrozada y ensangrentada. Su paletó, cartera, prendedor, reloj y anillos habían desaparecido. Trabajosamente se abrió paso hasta orientarse y poder llegar a su domicilio. A su esposa le explicó que había sido asaltado y robado. Su apariencia confirmaba su relato, pero la esposa encontró en un bolsillo del chaleco un papel que decía:

—"¡Imbécil! No tratarás otra vez de robarle su mujer a otro hombre".

Para mayor desventura de la esposa, ese día era su cumpleaños, y Bougrat se había olvidado por completo de ella. Mme. Bougrat arregló sus maletas, regresó con su hijita a casa de su padre e inició juicio de divorcio.

En medio del infortunio que se precipitó sobre Bougrat, es posible que el espíritu maligno murmurara a su oído: "Ahora estás libre; libre para buscar el amor de Andrea".

Bougrat se entregó durante varios días a la morfina, en la esperanza de que sus pensamientos se desvanecieran. Pero era imposible; sus ideas convergían todas hacia un mismo punto: ¡Andrea! Despertó por fin de su letargo pero sólo fué para entregar parte de su estudio al cuidado de un colega, a fin de dedicarse locamente a buscar a Andrea. Se vistió como apache y con un revólver en el bolsillo salió ocultamente en dirección a la bahía. Iba resuelto a matar a Mario a la primera provocación. Un crimen ya no le parecía nada, si en esa forma podía ganarse el corazón de Andrea. Pero la casa estaba vacía. Andrea y su amante habían huído, pues estaban en conocimiento de la identidad de Bougrat mediante los papeles y tarjetas que éste tenía en su cartera. Bougrat sonrió amargamente cuando la misma niña que había ido en busca de Andrea le relató la precipitada fuga de ésta y de Mario.

—"¡Como si el demonio pudiera sacarla de mi vida!"—exclamó Bougrat.—"Estamos unidos por cadenas forjadas en el infierno. La encontraré y será mía!"

Bougrat dedicó desde entonces toda sus noches a vagar por los peores sitios de Marsella. Sabiendo que Andrea jamás se elevaría hasta su categoría, el doctor se rebajó deliberadamente hasta el nivel de ella. Los negros, coolíes chinos, y las mujeres de su mundo de vicio y de crimen, le enseñaron sus modales y lenguaje. En corto tiempo fué uno de ellos. Su apariencia ya no daba lugar a comentarios, pues vestía y hablaba exactamente lo mismo que esa gente depravada. Las riñas a cuchillo y pistola eran cosa de todas las noches, y muchas veces llegó a su casa herido.

Odette Lepocal.

Nació en él una astucia que hacía que nadie sospechara que el médico de modales distinguidos, vestido con la mayor corrección y que con exquisita amabilidad atendía a sus pacientes durante el día fuera durante la noche un ser de hábitos despreciables y que poseía todos los vicios.

Una pelea por Andrea

Y vió nuevamente a Andrea en compañía de su amante. Esta vez Bougrat nada temía. Avanzó rápidamente y de un golpe derribó a Mario. En un instante todo fué confusión; las mesas eran empujadas de su sitio y las sillas tomadas por las patas, mientras botellas y vasos volaban en todas direcciones. Se formaron instantáneamente dos partidos, pues Bougrat contaba con camaradas en la misma forma que el apache. Era inminente un combate general cuando Andrea saltó sobre una mesa, gritando:

—"¡Alto! ¡Alto! Mi amante Mario peleará con su rival, y yo perteneceré al que triunfe".

Jacques Rumébe.

En un sitio solitario cerca de la playa Bougrat entregó su revólver y recibió un puñal, mientras otra de estas armas era entregada al apache. La muchacha observaría la pelea y los demás vigilarían el camino en ambas direcciones.

Como bestias salvajes ambos hombres se miraron. Un segundo después Bougrat recibía una puñalada en un hombro. Sus piernas temblaron y el arma cayó de sus manos. Mario se disponía a terminar con él atravesándole el corazón con su puñal, cuando Bougrat exclamó:

—"¡Basta! ¡No me mates! ¡Te compraré a Andrea!"

Mario se enderezó. ¡Dinero! Sí; el dinero era mejor que un crimen..

—"Bien"—dijo. —"¿Cuánto me ofrece usted?"

—"Dos mil francos".

La voz estridente de Andrea se dejó oír: "¡Miserable! ¿Eso es lo que valgo? ¡Mátalo, Mario!"

Los demás intervinieron, sabían que parte del dinero se invertiría en licor. Se llegó a una trasacción. El doctor se quedaría con Andrea mediante el pago inmediato de cuatro mil francos; además entregaría a Mario una mensualidad de 300 francos. El apache y Andrea acompañaron al doctor hasta la calle Senac. Allí Bougrat se vendó la herida, entregó la suma convenida, y "La Pantera" se alejó, dejándole a Andrea. En el rostro pálido y demacrado de Bougrat se dibujó una sonrisa de salvaje satisfacción; había alcanzado el ideal que perseguía.

Pero Andrea no necesitaba amor: sólo quería dinero, dinero y más dinero! Bougrat se lo entregaba a manos llenas y ella lo gastaba torpemente en agasajar a sus antiguos amigos, en joyas vistosas y en locos caprichos. Contrariamente a otras mujeres de su clase, Andrea no ambicionaba elevar su categoría social; pertenecía a un mundo de perdición, allí se quedaría, y hasta allí arrastraría al hombre débil y sin voluntad.

Bougrat en la Corte.

Naturalmente, Bougrat llegó pronto a una situación de estrechez monetaria. Seguía aparentando tranquilidad y corrección durante el día, pero cada vez se le hacía más difícil ocultar la crudeza de sus modales. Imperceptiblemente a un principio, pero siempre ganando terreno, la bestia primitiva fué apoderándose del alma de Bougrat. Bougrat luchó en vano, y por un tiempo se resistió a cometer un crimen. Andrea jugó entonces una carta decisiva: desapareció de la residencia de la calle Senac. Ahí terminó la resistencia del doctor. El dinero la haría regresar, y dinero él obtendría por algún medio.

El primer crimen

Mademoiselle Odette Lepocal, hermosa joven griega, figuraba entre las pacientes del doctor Bougrat. Lo visitaba una vez por semana para aplicarse inyecciones de cierto suero. Odette vivía en una villa solitaria en las afueras le Marsella. En un día de la visita, el doctor se presentó a la villa, situada en La Ciotat.

—"Vine a ver a otro cliente en La Ciotat"—expresó—"y pensé que le ahorraría el viaje a Marsella. Si usted se recuesta en este diván, le colocaré la inyección".

Sin sospechar nada, Mlle. Lepocal, que vivía sola, accedió. Junto con recibir el pinchazo de la aguja sintió un terrible dolor; dió un grito y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, estaba fuertemente atada a un catre de una vivienda desconocida. Un hombre enmascarado, que ella cree fuera Bougrat, la hacía respirar las emanaciones de un frasco de sales. Otros individuos de aspecto siniestro estaban sentados junto a una mesa. El enmascarado le tomó el pulso, sacando inconscientemente del bolsillo un reloj de oro. Con voz ronca le dijo que permanecería prisionera mientras no revelara en qué sitio guardaba su dinero y joyas. Odette intentó gritar, pero los efectos de la inyección no le permitían articular una palabra. Movió la cabeza en un signo negativo y otra vez perdió el conocimiento. Esa misma noche un grupo de bandidos enmascarados atacó a un automóvil y le destrozaron el parabrisas, afortunadamente sin herir a sus ocupantes, los que imprimieron gran velocidad al coche y escaparon.

Dos pacientes, que no quisieron hacer oportunamente el denuncio a la policía, declararon más tarde que después de haberles aplicado el doctor Bougrat una inyección, hallándose ellas en sus respectivos domicilios, perdieron el conocimiento. Cuando volvieron en sí encontraron al doctor a su lado. Después de darles estimulantes, el médico les dijo que nada grave les había ocurrido. Efectivamente, una de ellas mejoró pronto, pero la otra, Mlle. Lepic, estuvo gravemente enferma durante mucho tiempo. Cuando el médico se hubo retirado, ambas encontraron que sus joyas y dinero habían desaparecido.

Medidas desesperadas

Bougrat comprendía que no podía seguir por mucho tiempo su táctica sin caer en manos de la policía. Necesitaba procurarse otra víctima que le proporcionara los medios de atraerse a Andrea. Sin piedad escogió a su antiguo camarada del ejército, Jacques Rumebe, pagador de una fábrica el que todos los sábados llevaba 20,000 francos del banco al establecimiento. Rumebe era cliente y todos los sábados por la mañana iba a recibir tratamiento. El 13 de marzo se presentó como de costumbre. El doctor tras un rápido examen, le informó que sería necesaria una segunda inyección, y le dijo que pasara a su regreso del Banco. A fin de ahorrarle tiempo le sugirió que entrara por la puerta del Laboratorio y entonces lo atendería sin demora. Rumebe entró con su maletín en el que esa vez sólo llevaba 9,000 francos. ¡Entró, y jamás volvió a ser visto con vida!

Esa misma noche Bougrat fué visto gastando dinero libremente. Se encontró con Andrea a una hora avazanada y la indujo a regresar mostrándole un puñado de billetes y prometiéndole más dinero para después. Mientras tanto, la pobre Mlle. Odette seguía prisionera y vigilada por el apache Mario, que había pasado a ser aliado del médico. Se negó terminantemente a ceder pero sus fuerzas se extinguieron muy pronto. El desaparecimiento de Rumebe y de Mlle Odette causó inmensa sensación en Marsella. Nadie sospechaba del Dr. Bougrat y se creyó que el pagador se había fugado con el dinero. La viuda, en su desesperación fué a ver al médico y camarada de su esposo. "Si ha sido asesinado"—le manifestó Bougrat—"yo haré gratuitamente la autopsia".

Esta observación encierra un cinismo espantoso pues más tarde quedó demostrado que cuando las palabras de Bougrat fueron pronunciadas el cadáver de Rumebe estaba oculto en la misma sala donde se hallaba sentada la esposa del pagador.

El Dr. Bougrat caía ya vertiginosamente por la pendiente del crimen. Los 9,000 francos fueron una gota de agua en medio del océano. Es seguro que Andrés y Mario adivinaban la perpetración del crimen, si no habían participado en él.

Bougrat comprendió que necesitaba dinero urgentemente. Debía fugarse rápidamente, pues de lo contrario la descomposición del cadáver lo denunciaría. Dos días después del asesinato de su amigo visitó a un joyero llamado Arietti. Pidió un buen anillo que pensaba regalar a su novia. El mejor valía 39,000 francos. Bougrat pagó con un cheque, pero solicitó que no fuera cobrado hasta que no regresara a decir si la joya había sido del agrado de su novia. La firma de Bougrat era demasiado respetable en Marsella para que el joyero abrigara sospechas. Regresó al día siguiente a decir que el anillo no había agradado a su novia. El joyero estaba preparado y tenía otro, por valor de 49,000 francos. Bougrat lo llevó, dejando a cuenta el mismo cheque sin valor. Antes de salir, dijo al joyero:

—"Tengo una paciente de la colonia rusa. Es una condesa anciana que desea vender sus joyas. La colección vale por lo menos 200,000 francos, pero estaría dispuesta a venderla en 50,000. Si usted gusta, venga a mi casa esta noche; la condesa lo esperará allí, y si usted lleva el dinero cerrará el negocio en el acto".

El joyero repuso que sólo tenía 30,000 francos en su caja de fondos.

—"No importa" — dijo Bougrat— "yo le anticiparé el resto. O mejor, traiga algunos collares de perlas para que mi novia escoja uno, y con lo que yo le pague usted completará la suma que necesita".

El joyero se mostró contentísimo, pero su esposa no se sintió cautivada por la atrayente personalidad del médico, e insistió en que Arietti se hiciera acompañar por su ayudante.

Tan pronto como el joyero estuvo en su estudio, el Dr. Bougrat le pidió que se sentara mientras iba en busca de la condesa. En realidad salió a asomarse y examinar cuidadosamente la calle. Pero frente a la casa estaba el ayudante de Arietti esperando en un automóvil. El crimen fracasó.

—"Hemos tenido mala suerte"— dijo Bougrat al regresar,— "la condesa no ha podido venir, pero nos podemos reunir mañana a esta misma hora".

Al día siguiente, el joyero recibió una enorme sorpresa al tener noticias de que el anillo había sido vendido a un colega suyo en la suma de 15,000 francos. Presentó inmediatamente el cheque al Banco, y supo que la cuenta estaba sobregirada. Visitó con su amigo al doctor y le amenazó con denunciarlo a la policía. El dinero había corrido la misma suerte que las demás sumas; pero el joyero, en vista de una promesa firmada por Bougrat de que pagaría la suma total al día siguiente, decidió esperar.

Desesperado, Bougrat hizo una última tentativa. Un amigo, M. Bonnett, había recibido de su tía la suma de 15,000 francos, y estaba celebrando el acontecimiento en el Café Riche. Entre los que participaban en la fiesta estaba el Dr. Bougrat. Mientras conversaban, uno de los mozos informó a M. Bonnett, que era muy conocido, que una señorita lo llamaba por teléfono. Muy sorprendido, M. Bonnett se dirigió al instrumento, pero la persona que llamaba se había retirado. Más tarde se supo que la "señorita" era Andrea.

Bonnett regresó a tiempo para ver a Bougrat echar algo en su vaso de licor. Muy temeroso ya, Bonnett logró volcar el vaso, ante el visible disgusto de Bougrat, que se retiró luego después. Fué esa la última noche de libertad del doctor. Al día siguiente, cuando ya estaba instalado en un tren, fué arrestado por la policía, acusado de girar cheques sin fondos. Fué enviado a la prisión de Chave.

Una pista de Edgard Poe

Me encontraba entre los detectives que allanaron la casa de la calle Senac, en vista de ciertos rumores graves que circulaban. No se encontró nada extraordinario, y nos disponíamos a partir cuando tomé un libro que estaba sobre una mesa de cirugía. Era una traducción de Edgard Allan Poe, por Baudelaire. El libro estaba abierto en el cuento "El Gato Negro", y con lápiz estaba marcado el pasaje relativo a la ocultación de un cadáver en la muralla de un subterráneo. Llamé la atención del jefe de Seguridad. Interrogada la servidumbre, la cocinera manifestó que en la sala de cirugía hubo una abertura sobre el estante de medicinas, pero que ese sitio estaba ahora empapelado. — **(Concluye en la pág. 7).**

Colonia penal de Cayena, donde purgará sus crímenes el Dr. Bougrat.

"Jueves 9 de abril.

RAIMUNDO:

"Hay instantes supremos en la vida de toda persona: son las crisis en el alza y baja de toda existencia. A partir de ellos, somos felices o íntimamente desgraciados.

"No sé cuál será mi porvenir, ni lo preveo; sólo sé que el presente me llena tanto la vida, que ya ni pasado ni futuro tengo.

"Esta noche eres el más profundamente feliz de los hombres: yo te doy esa felicidad plena, como tú un día me diste el dolor absoluto.

"Me pediste esta tarde volviera a ti, que reconstruyéramos el nido deshecho por tu propia mano; necesitas del amor de tu esposa y de la ternura de tu hijo. Accedí.

"Bien; serénate y lee.

"Cuando te conocí, en aquel bazar de donde era cajera, no presentí te adoraría luego; tanto me eras indiferente.

"Estaba yo sola en el mundo; huérfana y pobre, luchaba desesperadamente frente a la vida, después de haber conocido las ternuras del hogar y los halagos de una existencia cómoda.

"Ni juventud, ni bondad, ni belleza te impidieron continuar tu obra lenta, segura y obstinada de asedio; antes bien, fueron manjares codiciados a tu fino paladar de gustador sensible.

"Te amé, ¡oh Dios mío!, cómo te amé; te quise honda, profundamente; tanto, que creí vivir con el aire que tú respirabas y pensar con tu propio cerebro. Fundí mi vida total, absolutamente en la tuya; me estremecí al ruido de tus pasos, tu perfume me turbaba, tu presencia me hacía desfallecer.

"¿Te acuerdas cuando lloré por primera vez abrazada a tu cuello? ¿Sabes por qué?

"Me besaste, tú, que eras mi Dios, a mí, que estaba perdida en el mundo, como a una hoja o un bichito, como nada, a mí, que me consideraba excluída del amor.

"Nos casamos.

"Días embriagadores de primavera, junto al mar.

"Rayos deslumbrantes del sol de octubre, reverberando en la dorada arena de la playa;; aguas mansas, ondulantes, que morían a nuestros pies en eterna lucha por alcanzarlos; olas altas, bravías, rabiosas, que rompían contra las rocas sembrando de perlas nuestros rostros y nuestras manos; blancas gaviotas que nos vieron pasar tomados del brazo, absortos en nuestro amor; mudos, sentados en la arena, comprendiendo la enorme felicidad nuestra, que, rebosando del pecho, tocaba el horizonte, el límite de los mares, del mundo del infinito, y se condensaba en una pequeña, clara lágrima que se deslizaba sin querer por mi mejilla y que tú secabas con tus besos, ante la más estupenda puesta de sol que pueda dar la Naturaleza.

"¿Te acuerdas cuando, frente a este mismo mar, me dijiste llorando (de felicidad, tus propias palabras) y apoyada tu cabeza en mi pecho (¡cómo me sentí todopoderosa en ese instante!): "te juro, te amaré siempre, tesorito adorado, mujercita mía"?

"Olas van, olas vienen, se llevaron tus palabras, y allá en la otra lejana orilla "el" repetirá a "ella" las mismas palabras que le dicten las olas.

"Tomamos después, con paso sereno, el ritmo de la vida común.

"¿Te acuerdas de nuestro hogar? ¿De los cuadros colgados entre beso y beso? ¿De la terraza cubierta de rosas, como un tibio nido, perfumado de amor?

"¡Cómo te reíste de mí el día en que me hallaste llorando convulsa, arrodillada frente a mi gatita, rodeada por tres copitos de nieve, de suave hociquito, que apenas se movían y ya chupaban tanto!

"¡Y cómo lloraste tú, sobre mis manos exangües, cuando la cigüeña trajo del lejano país maravilloso un montoncito de carne rosada, que copiaba tan bien mis ojos azules y tu amada boca! ¡Cuánto tiempo duró mi felicidad!

"Espérate que haga memoria; sí, tres años; luego me abandonaste. ¿Ves con qué tranquilidad lo digo!: luego me abandonaste.

"Súbitamente, sin que nadie pudiera sospecharlo, el rayo cayó sobre nuestro hogar. Te fuiste con la "Dorita", una bailarina de "music-hall".

"Me dejaste una breve carta: "Perdóname. Sé que te causaré dolor; pero algo superior me arrastra. La casa te pertenece, y el doctor Aguilar te enviará un cheque todos los meses. Recuérdame en las oraciones de Raúl. Perdón y olvida". Nada más.

"¿Sabes lo que es llegar al límite del dolor? ¿Sabes lo que es el estupor, el aniquilamiento? ¿Ese huir de las ideas, ese esfumarse de la vida toda, diluirse en nada, achicarse, desaparecer y no ser más que un par de ojos para llorar y una boca para gemir?

"¡Ah! ¿Y sabes, acaso, del andar sonámbulo por la casa; del dolor atroz del recuerdo de una caricia, de una voz, de un abrir de puertas, del chocar del bastón sobre el piso; del recuerdo todo del amado, de la afrenta, del olvido y del dolor que se clava, se revuelve y se diluye en las entrañas como plomo derretido?

"¿Sabes tú del derrumbe total, absoluto de una vida joven, de una alma feliz?

"¿Sabes tú, acaso, del tormento de velar noches enteras al lado de una pobre cuna, aprisionando entre las manos yertas una manecita ardiendo y una vocecita trémula, débil, tan débil que temas no oirla más clamar: papá, papá?

"¡Ah, no! No sabes nada de esto; porque si lo supieras no hubieras basado todo, ¿oyes bien?, todo sobre mentiras.

"Mentira tu amor por mí. Mentira tus ternuras, tu sensibilidad, tus lágrimas, tus besos; falsa tu voz que imploraba, que gemía, que otorgaba; tus ojos que lloraron; mentira todo, todo tú.

"Y te fuiste con otra, otra a quien luego habrás amado. No, ¿amado tú? Imposible, eres incapaz de amar.

"No se pisotea una vida como la mía, como la de mi hijo (¿entiendes?, "mi hijo"), teniendo corazón; más, te diré, conciencia; y tú no tienes ni alma, ni corazón, ni conciencia: tienes sólo, como dueño único de todo tu ser, el instinto del mal, de la bestia. Eres un cínico.

"Lentamente fuí volviendo a la vida; una tenue claridad me envolvió: era la convalecencia, y viví para mi hijo. Las mujeres sacamos fuerzas titánicas del amor maternal.

"Me salvó mi bondad, incapaz de comprender toda la alevosía de tu enorme culpa. Te arrojé de mi alma, de mi vida, como a algo repugnante; sólo el recuerdo de tu existencia me avergonzaba de haberte amado.

"El tiempo, enormemente piadoso y justo, se encargó de lo demás: me fuiste profundamente indiferente; para mi hijo también habías muerto, estabas más allá de nuestras vidas.

"Trabajé para los dos; ni uno solo de tus centavos ha sido tocado.

"Cuando, hace un mes, después de ocho años, volviste arrepentido, convencido de que debías alcanzar el perdón, ya que es clásico que la mujer siempre perdone la afrenta más honda y el dolor más profundo, con muchos hilos de plata en tu negra cabellera, y una muy grande amargura en el alma, exteriorizada en el pliegue de la boca, del fondo de mi indiferecia, removidas las aguas del olvido, se levantó un hondo desprecio.

"¿Perdonar? ¿Con qué derecho, con qué ley de fieras pides perdón?

"Olvidar, perdonar. ¿A quién? ¿A ti, que fuiste el más canalla, el más cobarde de los canallas; a ti, que no fuiste ni buen esposo ni buen padre?

"¿Qué le diré a mi hijo cuando sea hombre? La verdad. Serenamente, de corazón a corazón, como amigos, le diré todo: tu obra.

"Se puede perdonar al que mata en un instante de ofuscación, o al delincuente que desde la infancia bebió el vicio con la leche misma; pero no se perdona al "civilizado" que, como tú, con despreocupación infinita empaña dos vidas.

"Supe disimular. Mi cara impasible, mi boca sellada, no te dieron el más leve indicio de lo que pasaba en mi corazón".

"No te hice un reproche; ¿para qué?

"Te dejé hablar, disculparte, mesarte los cabellos, llorar, arrodillarte, besarme el ruedo del vestido, rogarme por nuestro hijo te perdonara.

"No, nunca; en nombre de mi hijo y de mi vida te lo niego.

"Náufrago en la vida por tu culpa, volviste al puerto; pero no llegarás, no, que te faltan pocos centímetros: la medida de mis brazos.

"¿Me amas? Yo también te amaba.

"¿Necesitas de mi apoyo? Yo también te necesité, por mí y por mi hijo'

"¿Quieres a tu hijo entre tus brazos? El también tendía un día los suyos en vano: estaba sin padre.

"¿Sufres? Yo también sufrí.

"Vete, piérdete en el mundo o mátate. No me importa, ni tengo piedad.

"Eres un extraño en mi vida, y no quiero que entres. Mi hijo no te conoce, no sabe que tiene padre; lo sabrá un día y juzgará; yo lo alimenté, yo lo educaré; por mí vivirá y se hará hombre; tú lo abandonaste; por ti se hubiera muerto peor que un perro.

"Vete entre los hombres y que se apiaden de ti; que Dios infinito y misericordioso, te perdone: yo no soy más que una pobre mujer y no puedo perdonar.

JUANA.

"...de velar noches enteras al lado de una pobre cuna..."

UNA CARTA

POR

ELVIRA M. DEL MÓNICO

LA DOBLE VIDA DEL DOCTOR BOUGRAT

(Conclusión)

Se hizo traer a Bougrat. Maniatado, y mortalmente pálido entró guiado por un gendarme.

—"Bougrat"—dijo el jefe—"¿qué ha ocultado usted ahí? ¿El cuerpo de su amigo Rumebe?"

"No, no"—gritó el médico con voz ronca, dando un paso hacia atrás. "No hay nada ahí".

—"Bien, veremos"—replicó M. Robert, e inmediatamente un detective trepó a una escala y empezó a remover los ladrillos con un cincel y martillo. A cada ladrillo que se sacaba, el prisionero lanzaba gritos terribles de desesperación. A los pocos minutos se despojó la incógnita. Ahí estaba el cadáver de Jacques Rumebe.

Interrogado, Bougrat relató una historia fantástica. Su amigo había llegado en un estado de terrible agitación, pues le habían robado el dinero con que debía pagar al personal de la fábrica, y en su desesperación le imploró al médico que le prestara la suma que faltaba. Salió esperando obtenerla de un amigo, pero no lo consiguió. Al regresar, su amigo estaba moribundo, pues había ingerido un veneno que sacó de un estante. Espantado ante su propio peligro, le había administrado reactivos, pero su amigo murió pocos minutos después. Entonces decidió ocultar el cadáver en la muralla.

Arresto del apache

El descubrimiento del cadáver creó una agitación loca en la ciudad. La policía había tomado posesión del departamento y arrestado a Andrea. Mientras se registraban los papeles del médico, se abrió algunos centímetros la puerta del laboratorio, y apareció un rostro horrible y bestial. Era "La Pantera" que iba en busca de su mensualidad. A la vista de la policía cerró violentamente la puerta y huyó. Tras largas horas de persecución, Mario fué arrestado. En una guarida cerca de la playa se encontró a la pobre niña griega atada de pies y manos. Nos relató su historia.

Acusado de una serie de crímenes, pero especialmente del asesinato de Rumebe, que según se comprobó había sucumbido a consecuencia de una inyección que le aplicara Bougrat, éste hizo esfuerzos por probar una coartada, esfuerzos que fueron inútiles, pues fué declarado culpable y sentenciado a ser guillotinado. La sentencia fué conmutada por el Presidente Doumergue por la deportación perpetua a la colonia penal de Cayena, a donde Bougrat será enviado en breve.

Su profesión de médico le brinda una oportunidad de redimir en parte su pasado mediante la atención de los demás presos.

Eduardo

LAS DINASTIAS DE LOS ROTHSCHILD

TRADICIONES DE CODICIA Y LIBERALIDAD

EN 1921, el barón Edmundo de Rothschild, de la dinastía francesa de este apellido famoso, hizo una donación de diez millones de francos a la Academia de Ciencias, para la creación de un laboratorio de química. La Academia invirtió el legado y dió a la fundación el nombre del millonario generoso.

Hace poco, el barón Edmundo ha agregado treinta millones de francos al caudal anterior, para convertir el laboratorio en un gran Instituto de Biología Fisicoquímica, donde se investiguen "los mecanismos físicoquímicos de los fenómenos de la vida, con objeto de conocer mejor el funcionamiento del cuerpo humano, tomando como directivas generales las doctrinas de Claudio Bernard sobre el determinismo físicoquímico de la vida..."

Este Edmundo de Rotchschild, miembro de la Academia de Bellas Artes, no es un pródigo dilapidador que rompa las tradiciones de la familia. En las dinastías de ayer y de hoy, alemana, austriaca, inglesa, francesa y hasta napolitana de estos Rothschild, encumbrados en la cima de la más dilatada fama que pudo gozarse en el siglo XIX, por el genio, el tesón y la bravura de Anselmo, el triste judío de Francfort, se ha repetido bastantes veces este tipo de hombre, amador de las letras, las ciencias o las bellas artes; si no desdeñador del dinero, donador dadivoso de sus caudales para las obras del bien y de la cultura.

Así, junto a los nombres de los que sólo fueron banqueros, lanzadores de empréstitos, financieros de ferrocarriles, tesoreros de príncipes, proveedores de guerras, se recuerda a Carlos, entomólogo apasionado, a quién se deben curiosos descubrimientos; a Arturo, especializado en estudios postales; a Enrique, médico y literato; a Fernando, que regaló sus colecciones de arte al British Museum, y fué administrador de esta institución con la asiduidad y laboriosidad de un funcionario a sueldo; a Eduardo, abogado que defendía gratuitamente a cuantos infortunados se le acercaban, y que, cansado de buscar inútilmente justicia entre los hombres, se suicidó en París; al mismo fundador de la dinastía, Anselmo, el de Francfort, que en 1806, ante la invasión napoleónica, logró salvar, con harto riesgo de su vida, la fortuna entera del príncipe de Hesse.

Durante todo el siglo XIX, la palabra "Rothschild" mantiene su significado simbólico de acaparación de dinero, de resonante tintineo de oro, de explotación privilegiada de negocios de los Estados... La prodigiosa red tendida por Anselmo envuelve a todas las naciones europeas aprisionan todos los tesoros públicos, extrae utilidades de todas las haciendas... Aquel modesto escritorio de la calle de los Judíos, en Francfort, que ensanchada y embellecida hoy conserva restos de la humilde tiendecilla de los padres de Anselmo, fué la escuela donde gobernantes y hacendistas y financieros y catedráticos de Economía aprendieron cuanto hoy se sabe de ciencia dineraria.

De Anselmo son discípulos los Rockefeller, los Morgan, los Brothers, los tratadistas y los ministros y los banqueros que realizan hoy con el sortilegio del crédito el milagro de los panes y los peces... Y esto, en horas de apasionada lucha, cuando se encrespan prejuicios políticos y religiosos, puede llevar a la arrebatada ira con que Demachy escribe su libelo: "Los Rothschild: una familia de financieros judíos..."; pero, en realidad, historiadores más serenos dilucidarán en su día la influencia que ejercieron estos hombres singulares en las Cortes de Alemania y Dinamarca, en la de Francia durante los reinados de Luis Felipe y Napoleón III, en la de Inglaterra, mientras Eduardo fué príncipe de Gales; en la de España, durante el reinado de Isabel II, en la de Asturias, en los reinos y ducados de Italia...

Por ser hebreos se les consideró sin patria; por tener dineros sobrados tuvieron cuantas quisieron tener. Y no sólo pudieron nacionalizarse austriacos, franceses o ingleses, sino que, ennoblecidos con baronía de Austria, fueron en los distintos países donde se establecieron, diputados, consejeros, cónsules, senadores, representantes en la Cámara de los Comunes y en la Cámara de los Lores, en la Cámara de Señores de Prusia, en la Asamblea de la Confederación de Alemania del Norte, en el Reichstag y en el Landstag...

En Inglaterra se modificó la fórmula tradicional del juramento para que un Rothschild pudiera entrar en la Cámara; en Francia, el catolicísimo Luis Felipe puso sobre el pecho de Jacobo las insignias de gran oficial de la Legión de Honor...

Y hoy ya, los Rothschild herederos apenas conservan algunos negocios de los antepasados; van abandonando la tradición de casarse con sus primas hermanas o con sus sobrinas, como hicieron los cinco hijos varones de Anselmo, fundadores de las dinastías actuales; alguno de ellos oculta su apellido originario tras el título de príncipe de Wagram; otros, como Mauricio, Eduardo y Jacobo, dedican sus rentas cuantiosas a fomentar las razas caballares, disputando premios en las carreras...

Mauricio

En los Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia misma, otros financieros les han superado en cuantioso caudal, en osadías financieras, en ambiciosos tratos con los gobiernos... Los Rothschild, sin embargo, perdurarán en la Historia como representación característica de la aristocracia del dinero, que sustituyó a la aristocracia que se ungía en los azares de las guerras y en las intrigas de las Cortes.

Y entre todos estos Rothschild, ¿cómo podrá olvidarse a Jacobo, el fundador de la dinastía francesa? Es el menor de los hijos de Anselmo, el de Francfort, y supera el genio financiero de su padre. Se instala en París en 1812, cuando comienza a palidecer la estrella de Napoleón... Todo le es hostil en aquel ambiente; su profesión de fé judía; su procedencia alemana; el apoyo prestado por su padre a los enemigos de Napoleón y de Francia... Le es hostil su propia figura. Era pequeño, desmedrado, huesudo; tenía aspecto enfermizo y vestía descuidadamente; apariencia ruin, que confirmaba la leyanda de codicia y avaricia que le acompañaba. Cuando, muerto su padre aquel mismo año, substituyó en la puerta de su despacho la inscripción alemana: "Mayer-Anselm de Rothschild", que era la razón social de la casa matriz de Francfort, con esta inscripción francesa: "Rotchschild Fréres", se le tuvo por espía, que quería hacer olvidar su origen y su nacionalidad.

Edmond

James

Bien pronto, sin embargo, fué popular en París. Primero en la Bolsa, y luego en los círculos aristocráticos y entre los comerciantes e industriales, conquistó más que el afecto y la amistad de cuantos lo veían una sola vez. Era sencillo, humilde, afable; hablaba con voz suave y daba consejos paternales a quienes acudían a pedirle dinero.

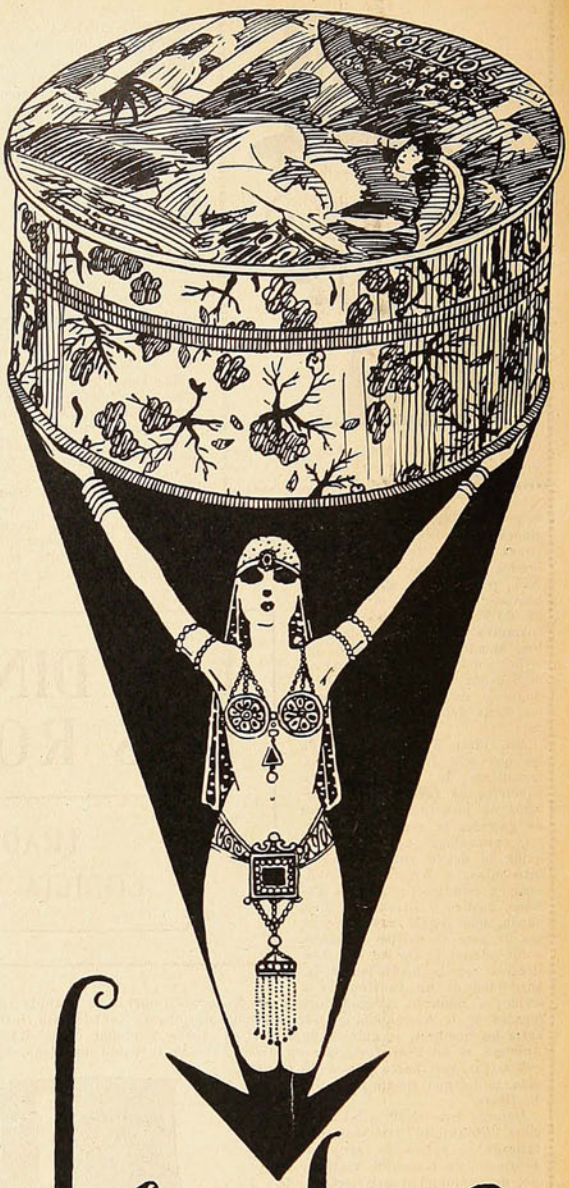
Contemplándolo tan poquita cosa, tan escaso gozador del dinero que amontonaba, tan llanamente vestido, tan sobrio en la mesa que apenas se alimentaba mañana y tarde de otro plato que de "choucroute", caminando siempre a pie, abstraído en sus preocupaciones matrimoniales con la hija de uno de sus hermanos, por no perder tiempo en buscar novia, huroneando por las tiendas de los anticuarios y enviando a hacer las compras a su ayuda de cámara para lograrlas más baratas. París llegó a sentir el orgullo de tener en su recinto ciudadano tan original.

(Concluye en la página 7)

LA PISTA DE UN CRIMEN

EL SUCESO MISTERIOSO DE LA CARRETERA DE BRADLEY

(De "The Humorist", de Londres).



Los polvos del Harem

TIENEN EL SECRETO DE LOS PERFUMES DE ORIENTE

No use otros!

¿QUE VA A PASAR EN 1928?

LAS PROFECIAS DEL PROFESOR ALEMAN GRIMM

BREVE HISTORIA DE LOS PRONOSTICOS CELEBRES

En el mes de agosto del año 1914, al principio de la guerra mundial, algunos soldados alemanes fueron alojados en la casa de un sacerdote católico en Rosheim, Alsacia. Preguntando a los soldados cuánto tiempo duraría la guerra, ellos contestaron con toda confianza: "Nada más que 4 ó 6 semanas. Por Pascua de Navidad esperamos con toda seguridad estar en nuestros hogares".

Entonces contestó el sacerdote: "Si ustedes supieran francés, podrían leer en un libro que tengo, que dice cómo la guerra de 1866 y otras guerras han sido correctamente pronosticadas. También sobre esta guerra se trata en el libro de mi referencia y dice que va a demorar cuatro años y Uds. pueden darse por satisfechos si llegan a sus hogares para la Pascua del año 1918. Según esta obra maestra, Alemania va a vencer en los campos de batalla, pero, sin embargo, al final perderá la guerra". La obra de la cual el sacerdote hablaba era el libro "Las Profecías" de Nostradamus, nuevamente publicado en París el año 1867 por Anatole Lapelletier. Es un libro muy notable, lleno de profecías de la suerte del mundo, algunas un poco oscuras y difíciles de comprender, que hacen recordar las profecías del oráculo de Delfos, otras con una claridad muy notable y detalladas. En este libro, por primera vez publicado el año 1553, se pronosticó detalladamente la revolución francesa y la fuga del Rey y de la Reina el año 1792. También predijo el gran incendio de Moscú el año 1812, la marcha de los rusos a Francia el año 1814, el destierro de Napoleón a Santa Elena, etc.

¿Quién era este Miguel Nostradamus, este profeta, que llamó tanto la atención en las épocas pasadas y en la presente? Nació el año 1503 en St. Remy. Su padre era judío y fué bautizado en Notre Dame, en París, y en seguida tomó su apellido del nombre de esta iglesia. Como muchos de sus antepasados, Miguel Nostradamus era médico, muy valiente y bondadoso, lo que especialmente demostró cuando hubo en Francia una peste asiática, muy terrible, durante la cual murieron su esposa y sus hijos. Desesperado, abandonó Francia y anduvo vagando por toda la Europa durante diez años para poder olvidar su gran pena. Habiendo regresado a Francia, fué a vivir en el Salón de Provence y allá se casó otra vez el año 1554. Entonces dejó la profesión de médico y se dedicó a investigaciones astronómicas y al amanecer tenía sus visiones proféticas. El año 1559 murió el rey Enrique II, cuya muerte fué pronosticada por Nostradamus, lo que llamó mucho la atención a la Corte real, y fué nombrado médico de cuerpo del rey Carlos IX, lo que duró hasta su propio fallecimiento el año 1566, también pronosticado por él. Otro notable profeta fué Jacques Cazotte, quien pronosticó la revolución francesa el año 1788, durante una fiesta donde el duque de Choiseul, lo que ha sido contado, entre otros, por el autor inglés William Burts, en su libro "Observations on the curiosities of nature". Durante la fiesta citada, expresaron algunos su descontento con todo y la esperanza de la victoria de la razón sobre el fanatismo y la religión, etc., y algunas de las visitas más ancianas expresaron su duda de poder vivir hasta que llegara el progreso en estos asuntos.

Entonces se levantó Cazotte y dijo: "Estén contentos, señoras y señores, pues todos los presentes serán testigos de este progreso, de esta revolución, que ustedes desean tanto", y en seguida pronosticó la muerte en el cadalso de varios de los presentes. "¿Entonces Francia va a caer bajo el poder de los turcos o de los tártaros?" le preguntaron. "De ningún modo", les contestó Cazotte. "Ustedes serán puestos bajo el manejo de la Razón y de la Filosofía y ellos, que van a tratar a ustedes de esa manera, serán filósofos y en Francia no existirán durante ese período más que los que hayan sido consagrados a la Razón. La duquesa de Gramont, que tomó las palabras como una broma jovial y alegre, dijo, sonriéndose, que suponía que, como sucede en esas revoluciones, no tratarían mal a las mujeres, a lo cual Cazotte contestó: "el hecho de que ustedes sean mujeres, no les será de ningún provecho. Usted, duquesa, como tantas otras damas de la aristocracia, serán llevadas en el carretón del verdugo, con las manos amarradas, al cadalso". Todo lo pronosticado por Cazotte en esta ocasión se realizó durante la Revolución Francesa.

El actual astrónomo alemán Grimm tiene ya mucha fama con motivo de sus profecías. Varias catástrofes de la naturaleza y de los ferrocarriles, predichos en su "Calendario profético del año 1927" han sucedido al tiempo anunciado. Sus profecías para el año 1928 son leídas ahora con gran interés por el público y han sido publicadas en Wolfenbüttel. El astrónomo Carlos Grimm pronostica movimientos revolucionarios, accidentes de ferrocarril, conflictos guerreros y luchas sangrientas. Un alto personaje, probablemente un soberano, será tomado preso o asesinado. La situación de los planetas Marte y Saturno en conjunción tienen la culpa de todo esto. Como una consolación, se hace presente que la posición de Venus tiene una influencia favorable sobre la vida comercial y los negocios. Como dato curioso, damos el detalle de sus pronósticos:

El astrónomo Carlos Grimm

En enero el fallecimiento de un personaje notable llama la atención y causa inquietud.

Febrero: hay que esperar un gran invento.

Marzo: dificultades respecto a las finanzas.

Abril y mayo: hay apariencias de guerra.

Junio: catástrofes financieras y encuentros sangrientos entre partidos políticos.

Julio: paro general de los ferrocarriles.

Agosto, septiembre, octubre y noviembre: tirantez entre las grandes potencias. La paz será amenazada.

Diciembre: la situación mundial se mejorará y también la de las finanzas. La tensión disminuirá.

¿Podemos atrevernos a tener esperanzas en el futuro y tener confianza en el dicho: "cuando el fin es bueno, todo es bueno"? En todo caso, podemos desearnos una feliz continuación del año nuevo.

En la pirámide Gizeh, en "la cámara de las tres velas", un arqueólogo inglés ha encontrado inscripciones secretas, que pronostican una guerra mundial, que va a principiar en mayo este año y va a durar ocho años, es decir, durará hasta el 16 de septiembre de 1936. El astrólogo alemán Offermann cree haber visto en las estrellas que el año venidero habrá una guerra entre Gran Bretaña y Rusia Roja.

J. TEODORO HOLM

LAS DINASTIAS DE LOS ROTHSCHILD
(Conclusión)

Cuando en 1822 Austria ennobleció a esta familia, haciendo barones a todos sus individuos, menos a los de Londres. Jacobo vió su título convertido en un apelativo autonomásico. Fué desde entonces el "barón", como si no hubiese otro en París. Sus aciertos en la Bolsa, donde producía el alza o la baja a su antojo; sus rasgos de ingenio, sus originalidades y extravagancias, se contaban en anécdotas picarescas y graciosas. Digérase que así, incrustándose en el carácter, en las costumbres, en los modos de los parisienses, quedó nacionalizado francés antes de que hubiera logrado la ciudadanía.

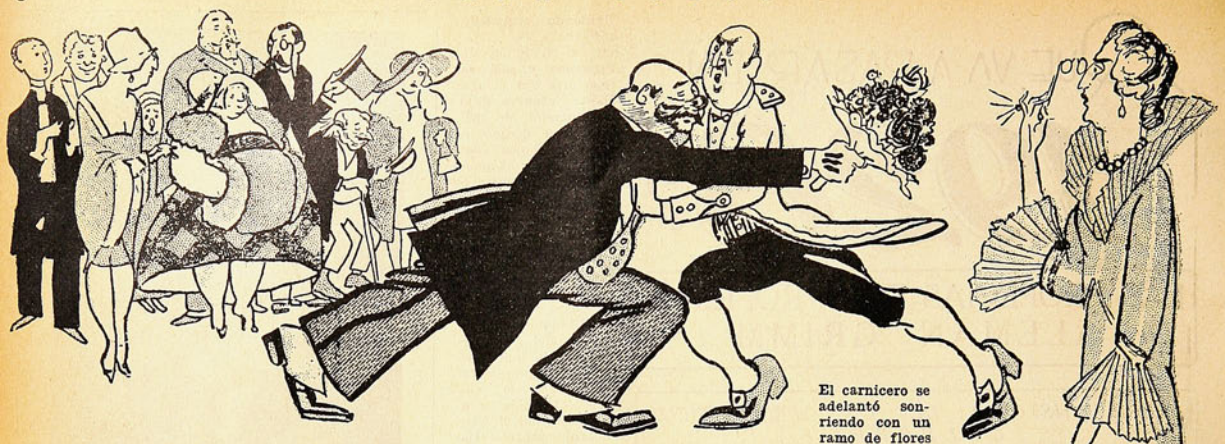
En los tiempos alborotados de Luis XVIII y de Carlos X, París, sin el "barón" admirado, envidiado, caricaturizado, no hubiera sido París. Se le había ajustado la cuenta de sus rentas y sus ganancias: 8 francos y 20 céntimos por minuto, cifra asombrosa entonces.

Cuando escaló el trono Luis Felipe, el "barón" fué consejero y auxiliar de Laffitte, de Casimiro Perier, de Guizot, de Thiers, de cuantos gobernaron entonces. Con el empréstito de treinta millones, hecho en el mismo año de la exaltación de Luis Felipe, salvó al nuevo régimen de la penuria en que se encontraba el Tesoro. Al año siguiente, ciento veinte millones más, y al otro, 1832, ciento cincuenta millones... Fué acreedor del Tesoro por trescientos millones, y en 1844, cuando ya vacilaba el trono de Luis Felipe ante las acometidas de Luis Napoleón, que creía más legítimo su derecho divino a reinar, Jacobo prestó doscientos millones para soportar luego la racha de impopularidad del Orleans vencido...

¡Avaro, tacaño, codicioso, mísero, fiero en los negocios, inexorable en los tratos?... Muchos artistas, muchos escritores, hombres de negocios en ruina, familias en desamparo, propalaron también noticias de sus dádivas, ni regateadas ni escasas, sazonadas muchas veces con detalles de gracioso humorismo... Era amigo y protector del viejo compositor italiano Fernando Paer, que debía más fama a esta amistad que a su música. Un día de Año Nuevo le regaló una tabaquera de oro sin iniciales. Paer creyó demasiado lujo tomar su rapé en ella y fué a venderla en casa de un joyero. El orifice exclamó al verla: "Es la misma que vendí ayer al barón Rothschild". Y entregó al músico mil quinientos francos. Al año siguiente, en el día de Año Nuevo, Paer recibió, de parte del barón, la misma tabaquera. Paer volvió a venderla al mismo joyero, que, sonriendo, le dijo: "Le esperaba a usted... Esta vez le pagaré quinientos francos más..."

Transcurridos doce meses, el mismo día, a la misma hora, un criado de Rothschild entregaba al músico la misma tabaquera, que el joyero valoraba en cada sucesiva transacción en quinientos francos más... Y así, doce años, hasta que en 1839 murió Paer... Y en este tiempo, acudiendo el músico casi a diario a casa de Rothschild a recrearlo tocando el piano, ni una pregunta, ni una alusión al misterioso regalo...

Así este barón Edmond, que ha entregado treinta millones para proteger estudios de biología físicoquímica, continúa la tradición de aquel barón Jacobo, que recibía cada mañana un centenar de cartas, pidiéndole dinero con plañideras razones, y las leía enteramente, una a una, procurando adivinar cuáles expresaban una angustia verdadera y una necesidad cierta...



El carnicero se adelantó sonriendo con un ramo de flores

Los inesperados invitados a la boda de la señorita Kylsant

Por Andres Clermont

"SCOTLAND Yard", que es, como se sabe, la famosa Sección de Investigaciones de la policía de Londres, ha dedicado sus mejores detectives para descubrir a unos falsificadores. No se trata de hábiles estafadores que se hayan atrevido a falsificar los billetes del Banco de Inglaterra, o de grandes valores de compañías comerciales. Los delincuentes que a esta hora persiguen los sabuesos de "Scotland Yard", ¡son falsificadores de invitaciones de casamiento!

No se ha podido aclarar si quienes falsificaron las invitaciones para la boda de la hija de lord y lady Kylsant lo hicieron por venganza o por simple broma. Pero ha sido tal el disgusto sufrido por esta aristocrática familia, que mediante sus poderosas influencias personales, y su no menos poderoso dinero, ha logrado que la misma policía londinense se interese en este asunto, que para los señores Kylsant es trágico y para la mayoría de la gente resulta de una comicidad inimitable.

Las invitaciones, falsificadas y hábilmente distribuídas por el bromista en cuestión, se referían a la brillante recepción que después de la ceremonia nupcial ofrecerían los esposos Kilsant en su castillo de Chelsea. Es verdad que ya en la iglesia de Santa Margarita se notaba entre los invitados a personas extrañas a las familias de los novios. Pero siempre abundan en estas clases de ceremonias gentes que, de una u otra manera, logran asistir a aquéllas.

Sin embargo, llamó la atención de los lacayos que, a pesar de haberse ajustado el número de los invitados al de los asientos, muchas señoras y no pocos caballeros se quedaban de pie. Cuando aparecieron los novios en la puerta del templo, un gran número de público, que parecía compuesto por los curiosos infaltables a esta clase de espectáculos, se atropellá queriendo entrar a la iglesia. Porteros, lacayos y sacristanes se opusieron a ello. Era un desmán de la plebe jamás visto en una boda aristocrática.

Poro los que atropellaban lo hacían con todo derecho, como que exhibían, ante los sorprendidos ojos de los porteros, sus respectivas invitaciones Naturalmente que ni la familia del novio ni de la novia se dieron cuenta de lo que ocurría. Todos estaban demasiado interesados en la ceremonia religiosa. Y una vez terminada ésta, el cortejo nupcial tuvo que abrirse paso poco menos que a empellones a través de un gentío que tenía de todo, menos de distinguido. Había mujeres ridículamente vestidas; hombres exhibiendo ropas domingueras o alquiladas, cosa nunca vista ni oída! Esa gente hacía señas familiares a los desposados, saludándo'os con las manos, mientras se escuchaban exclamaciones amables, pintorescas, pero fuera de lugar: "¡Qué papa la novia!" "El es buen mozo, pero parece zonzo." "Con la cola de ese vestido yo vestiría a mis tres nenas de primera comunión", y otras que se iban de lo pintoresco a lo guarango.

Era tan cómico, tan ridículo, que el único que allí faltaba era Carlitos Chaplin, con sus tamangos, su galerita y su bastoncito, dando traspiés y tratando de besar a la novia.

Apenas terminada la ceremonia, los concurrentes se apresuraron a ir al castillo de Chelsea. Pero no pocos habían dejado de ir a la iglesia y se fueron directamente allá con la idea nada estúpida de que al que llega primero, primero lo sirven. Más de veinte invitados se colaron en el castillo antes de que los sirvientes tuvieran todo listo. Es verdad que esa gente ni hablaba ni vestía, ni se comportaba como persona educada; pero cada uno de ellos tenía su invitación.

Cuando llegaron los que habían estado en la iglesia, los sirvientes pensaron en cerrar las puertas y parapetarse en el jardín, porque parecía la invasión de los bárbaros. El mayordomo dió orden de no dejar entrar a nadie más hasta que llegaran los desposados. Los que se quedaron en la calle iniciaron una ruidosa protesta. Hubo gritos, gestos y hasta un conato de asalto al castillo, que fracasó con la llegada de un camión conduciendo a ocho vigilantes, que el mayordomo de lord Kylsant había pedido por teléfono.

Es de imaginarse el efecto que produjo en lady Kylsant la clase de gente que se había metido en su casa.

Apenas entró al gran hall, se le adelantó, sonriendo, y con un ramo de flores en la mano, el carnicero.

—Querida lady — le dijo—os presento estas lindas flores, que me costaron seis chelines, como un obsequio en este día del casamiento de María Luisa.

Lord Kylsant, entretanto, hacía lo posible por librarse de los apretones de mano que le prodigaba el barbero.

En un rincón, tres mujeres, con el uniforme del Ejército de Salvación, esperaban, pacientemente, la oportunidad de felicitar a lady Kylsant.

A todo esto, los verdaderos invitados no sabían qué juicio hacerse. Se veían rodeados por una clase de gente extraña, que les hablaba con familiaridad inexplicable; que les hacían chistes groseros, que los llevaban por delante o los hacían a un lado, tratando de acercarse a las mesas abundantes de viandas y licores.

Lady Kylsant dió orden de expulsar de la casa a todos los "colados". Pero esa orden no se podía cumplir. Allí, en honor de la verdad, no había colados, todos exhibían su invitación. De ciento cincuenta invitaciones enviadas, des-

Tener la piel limpia es una necesidad imprescindible para el hombre civilizado; pero no bastan para limpiarla el agua y el jabón.

Con agua y jabón no se quitan los barros, las pústulas, ni los eczemas. Esa clase de limpieza, tan imprescindible como la otra, hay que hacerla en la sangre, usando un poderoso purificador que como

IPERBIOTINA M.R. MALESCI

elimina en una forma natural las impurezas que circulan por las venas, sustituyéndolas por glóbulos rojos,

¡Lávese Vd. por dentro con Iperbiotina!

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)

Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Base: Glándula taurina

SALAZAR Y NEY — Santiago — Unicos concesionarios.

Lo que puede el Amor

Por Miguel Corde

DESPUES de almorzar, sentados todavía a la mesita colocada bajo el emparrado, Paulina y Mauricio cambiaban sonrisas tiernas y miradas ardientes. El tenía un rostro enjuto y de líneas simpáticas. Ella era menuda, bella, fresca, blonda y rosada. Paulina acababa de cumplir veinte años; Mauricio frisaba en los veinticinco. Habíanse casado tres semanas antes.

Se conocían desde la adolescencia y se habían unido libremente: un verdadero matrimonio de amor. Se adoraban.

Mauricio era pintor. Su fortuna le permitía aguardar sin inquietudes el éxito pleno que presagiaban sus primeras telas.

Frecuentemente, dirigíanse en pequeñas excursiones hacia los Pirineos, en automóvil, sin otro guía que su capricho, y se detenían en un punto cualquiera, imprevisto, cuando el paisaje les atraía.

Aquella mañana habían hecho alto en una pequeña hostería, junto a un diminuto pueblecito de Landos. El hostelero, ingenioso y vivaz, les había preparado un almuerzo campestre, pero suculento...

Al final del pequeño jardín, esplendoroso bajo el sol, insinuábase la masa obscura y densa del bosque. Ningún ruido. Paulina y Mauricio sentíanse lejos del mundo y más cerca que nunca el uno del otro. Resolvieron quedarse allí hasta el día siguiente.

* * *

Las siete. La tarde de septiembre iba esfumándose. Paso a paso, muy juntos, los felices esposos regresaban de su paseo por el bosque; de pronto, Paulina palideció, torturada por un repentino malestar.

Asustado y sin perder un instante, Mauricio la tomó en sus brazos, recorrió el breve trecho que distaba del albergue y la condujo al cuarto que el hostelero les había preparado. Comenzaba a prodigarle sus caricias y sus cuidados, cuando bruscamente, él también sintióse atenaceado por idénticos síntomas. Y, casi de inmediato, una atroz idea se grabó en su mente: ¡estaban envenenados!

Recordó el plato de hongos, aquel montoncito de pepitas oscuras que el hostelero, triunfalmente les había puesto a la mesa a la hora del amuerzo. Una verdadera primicia del bosque. Recordó que habían fingido desconfianza, con gran indignación del hostelero, en tanto que ellos vaciaban el plato sabroso con su joven y buen apetito... ¡Envenenados!

Su tortura empeoraba. El hostelero, aterrado, corría de un lado para otro, golpeándose la cabeza y el pecho.

¿Qué hacer? Seis leguas les separaban del poblado más próximo, donde habitaba el médico. El iría al poblado, con toda la rapidez que le permitiera su modesto carricoche, pues Mauricio no se hallaba en estado de conducir el auto. Traería al doctor en el transcurso de tres o cuatro horas, lo más pronto. Pero, mientras tanto, ¿a quién confiar sus dos enfermos? Los esposos, como él, ignoraban los primeros auxilios eficaces. Pero, de pronto, el hostelero tuvo una inspiración:

—Voy a buscar al señor Pierles. El debe saber...

Era un viejo oficial de marina, retirado al villorrio natal. Su vida nómade habíale proporcionado una especie de aptitud para todos los menesteres, una experiencia universal, merced a la cual era consultado por sus vecinos en cualquiera circunstancia que salía de lo normal.

El hostelero corrió a buscarle. Era alto y grueso, de figura imponente, la barba blanca, la voz sonora. Inmediatamente reconoció las huellas del envenenamiento, y se apiadó:

—Pobres muchachos!

Hurgó en su memoria. Sí, él había presenciado esa clase de envenenamientos. No disponía de medicinas activas. Unicamente podría traerlas el doctor, algunas horas después: eméticos, vomitivos... ¡ah!, un sólo remedio inmediato podría aliviarles, aislando los tóxicos en el estómago y permitiendo aguardar la llegada del médico: la leche, la leche en grandes dósis...

* * *

Con una jarra en la mano, él mismo organizó la batida. Pero no cifraba grandes esperanzas. Sabía que el ganado era escaso en la aldea y que todos los días, alrededor de las seis de la tarde, pasaba un lechero en su carro, recogiendo y comprando la producción. ¡Ay!, apenas si, después de haber llamado de puerta en puerta, había podido recoger dos litros de leche. ¡Y ni un lugar habitado, ni una granja en un radio de veinte kilómetros!

El viejo oficial se encaminó apresuradamente al albergue. Pero la angustia contraía su semblante rudo y grave. Sentíase aplanado por un pensamiento terrible e inesperado: ¡aquella ración de leche bastaba apenas para salvar a una sola persona!

—¿Cómo advertir a los infortunados? ¡Oh, las precauciones oratorias no eran su fuerte!

En la habitación, iluminada por la luz indecisa de una bujía, los dos enfermos estaban postrados por el dolor. Desde el umbral, el señor Pierles habló claramente.

Blanca y helada, la joven se hallaba reclinada sobre un diván...

LOS INESPERADOS INVITADOS A LA BODA DE LA SEÑORITA KYLSANT

(Conclusión)

pués de escrupulosísima selección, ahora aparecían ¡más de trescientas!

Los más groseros, los que se destacaban por su guaranguería, fueron expulsados. Como es de suponer, ellos eran inocentes. ¿Para qué se les había invitado? ¿Para echarlos a la calle como a perros sarnosos?

No se querían ir. Hubo un carbonero que pretendió sacarse el saco para pelear. A él no lo sacaba nadie a la fuerza. Con buenas palabras lo convenció lady Kylsant. El hombre se fué refunfuñando y maldiciendo.

La parte más interesante de esta broma sangrienta reside en que quienes la hicieron no repartieron caprichosamente las invitaciones falsas. Sino que las distribuyeron entre gente que, de una u otra manera, algo tenían que ver con la familia de Kylsant. Al cochero que semanalmente llevaba el equipaje del lord a la estación, al mozo que le servía el almuerzo todos los días en el restaurant; a la lavandera de la señora, a tres o cuatro mujeres que la señora protegía caritativamente; al jefe de los muchachos del club, donde el lord jugaba al golf, a tipos así, que conocían a los Kylsant y consideraron la invitación como un favor o una distinción.

Como no es éste el único caso semejante, y a ciertas fiestas, como ésta, concurren miembros de la familia real, la policía ha tomado cartas en el asunto, para que tales bromas, cuya grosería salta a la vista, no se repitan.

He aquí todo lo que he encontrado por el instante. Es inútil que se repartan la ración, porque la mitad sería ineficaz para cada uno y se perdería así la salud de uno de ustedes. Por consiguiente, no hay que titubear. Comprendo que es doloroso, pero no hay otro remedio. Decídanse pronto. Mientras tanto, trataré de encontrar una nueva provisión.

Sabía que esto era inútil, pero lo dijo como un pretexto para retirarse de allí y sustraerse a la horrible lucha que el destino imponía a los dos infortunados.

Tan pronto se hubo cerrado la puerta, Mauricio se irguió:

—¡Pronto, pronto; bebe, Paulina!

Blanca y helada, la joven se hallaba reclinada sobre un diván; sus ropas estaban en desórden. sacudió negativamente su pálida cabeza, perlada de sudor:

—¡No... tú!

Mauricio se levantó, vacilante, y se aproximó a su esposa:

—¡Vamos, es una locura! Sabes bien que yo soy más fuerte, más resistente que tú, que puedo esperar, sin ayuda, sin socorro, el regreso del señor Pierles, y hasta la llegada del médico... Te lo suplico...

Con sus manos agitadas por la fiebre, él llenó un vaso y lo tendió a Paulina. Ella lo rechazó suavemente:

—No, no. Te aseguro, Mauricio, que yo también puedo esperar. Estoy más abatida, pero puedo resistir tanto como tú. Los más fuertes son generalmente los más atacados por estas cosas... Me sostengo. ¡Bebe tú!

El se arrodilló a su lado:

—Tratas de engañarme; mi pobre Paulina... ¡Vamos el tiempo apremia! Cada segundo es precioso. Te lo suplico de nuevo. Ya has oído lo que dice ese hombre. Bebe pronto, bébelo todo...

Ella se levantó a su vez, encontrando fuerzas para la lucha en su propia tortura.

—Sí, lo he oído; y si uno de nosotros debe sobrevivir, eres tú, tú unicamente, porque tienes una misión que cumplir, obras que crear, un nombre que hacer ilustre... Yo no supongo nada, no soy nada... ¿Qué importa?

El se rebeló desesperado, de rodillas al lado de Paulina:

—Dios mío, qué de palabras inútiles cuando el tiempo huye, cuando la salvación está aquí, junto a nosotros, al alcance de la mano... Paulina, mi Paulina adorada, bebe, bebe enseguida! Que yo te vea salvada. Porque tú no puedes pensar que yo acepte tu sacrificio...

—¡Y tú me exiges que acepte el tuyo!

El gimió:

Pero es porque yo quiero, ante todo, que te libres del dolor. Sufro más por tu suplicio que por el mío... Por piedad, Paulina. Pronto, o será demasiado tarde!

Ella dejó caer su cabeza:

—Pero tú no sabes lo que dices, mi pobre Mauricio... ¿Querrías que yo viviese sin tí después de haber comprado mi existencia con la tuya? Sería horrible...

Mauricio se irguió, emocionadísimo:

—Sí, tienes razón. No lo había pensado. No había ido tan lejos. Quería salvarte porque te amo más que a mi vida, más que a mí mismo. No pensaba en la existencia que aguardaría al sobreviviente... Es verdad. Es inaceptable, es imposible, tanto para el uno como para el otro...

Con un nuevo sobresalto, ella se irguió y con una especie de delirio, dijo:

—Sí, ¿verdad que tengo razón, que eso no es posible? Ah, más vale morir juntos, esposo mio! Dejemos ahí la salud, puesto que no podría obtenerla más que uno de nosotros, y no queremos ni debemos separarnos. Acércate. Ven a mi lado. Más cerca. Dame tu mano. ¿Qué puede importarnos morir, si hemos de morir juntos?...

Y, durante tres horas sufrieron unidos, abrazados, todos los asaltos del dolor, en tanto que sobre la mesa inmediata seguía intacta la jarra que contenía la salvación, la vida.

* * *

Bruscamente en el silencio nocturno, restalló un látigo y percibióse el ruido de un carruaje, arrastrado por un caballo a galope tendido.

Un ruido de pasos llenó la escalera. Entró el médico, corrió al lado de los enfermos. Y entre cuidados y órdenes, pronunció las palabras mágicas:

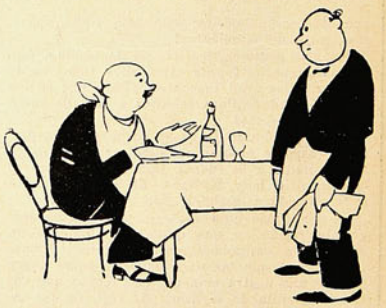
—Sí, sí, hay tiempo todavía. Les salvaré a los dos.

El señor Pierles también había penetrado en el aposento. Se inclinó sobre la jarra de leche, y la vió tal como la había dejado.

En tres palabras cuchicheadas, aprovechando una tregua, puso en antecedentes al médico, le contó la historia...

Entonces aquellos dos hombres que habían visto con tanta frecuencia el feroz deseo de vivir — el uno a través del vasto mundo, el otro a la cabecera de los murientes, — aquellos dos hombres se inclinaron, emocianados al último límite por la grandeza y la belleza de aquel amor.

MIGUEL GORDE



Un caballero entra en un restaurant, y después de estudiar detenidamente la carta ha pedido sopa de tortuga.

Cuando se acerca el fondista para saber qué más platos ha de servirle, le dice el cliente:

—¡Excelente sopa de tortuga!

—¿Le ha gustado al señor?

—Mucho. Hacía tiempo que tenía deseos de probarla, porque he oído hablar siempre de ella con grandes elogios; tengo un paciente en Inglaterra que ha hecho una fortuna vendiendo tortugas.

—¿Tortugas de veras?

—Naturalmente.

—Entonces... ¿es verdad que se hace sopa con las tortugas?

El noviazgo de Gilberta

Por LEO DARTEY

EL auto corría, poderosa y silenciosamente. Borracha de aire libre y de velocidad, Gilberta de Marnes distinguió por entre sus pestañas aproximadas por la atención, un grupo inmóvil en medio del camino.

Con una vigorosa llamada del claxón quiso deshacerlo, pero el grupo, que a cien metros se reveló formado por una vieja vestida al modo de los gitanos y por un niño que apretaba contra ella, no hizo un movimiento.

Otra llamada apremiante del claxón, una pequeña cólera interior contra esos inoportunos y luego un brusco frenar. Detenida a algunos pasos de la vieja y del niño, Gilberta, furiosa por la frenada y por el esfuerzo, quiso nuevamente poner en marcha el motor. Pero la vieja, satisfecha, sin duda de haber llegado al fin que se propusiera, se acercó al auto y subió a la pisadera, teniendo siempre al niño sujeto contra ella.

Gilberta tuvo un gesto de limosna. La vieja la detuvo y con una voz profética se puso a salmodiar:

—Muchacha de veinte años que en vísperas de Pascua encuentra en su camino, hija de Bohemia, casará con el hombre encontrado en el mismo día y que lleve el nombre de este niño. Si antes de la última campanada de medianoche no lo ha encontrado... es que su destino es ser solterona.

Hizo una pausa, avanzó el niño hasta dejarlo bien enfrente de Gilberta y acabó con un tono más simple:

—Se llama Sinforiano.

Gilberta rompió a reír sonoramente.

—¡Sinforiano...! Y bien, creo que me quedaré solterona. Verdaderamente no es un nombre común. No importa. Tome esto por su profecía y tú, pequeño, para tu Pascua. Hasta luego...

Pero el motor, resentido con la frenada, se empecinó en no querer partir al primer mandato. En vano Gilberta se cegaba sobre el acelerador. La vieja y el niño estaban ya muy lejos y aún no había podido moverse. De un brinco elástico, sin abrir siquiera la portezuela, la muchacha estuvo en medio del camino y abrió el capote. Pero todas sus rebuscas fueron inútiles. Tal vez sería en la partida eléctrica donde se ocultaba la panne. En cuclillas, con la nariz metida en las entrañas del coche recalcitrante, no sintió venir un caballo lanzado al galope por el camino que el auto y ella misma ocupaban en toda su anchura. Algunos "Hep" vigorosos le dieron al fin aviso, entonces, tranquilamente, en lugar de hacerse a un lado, se puso de pie, yendo a colocarse en medio del camino. El jinete redobló sus "Hep, hep" siguiendo el mismo tren de carrera hasta llegar casi a tocar a la joven, entonces, viendo que el propósito de ésta era no moverse exponiéndose a ser arrollada, detuvo bruscamente su cabalgadura.

—¡Bravo!—gritó Gilberta entusiasmada con la maestría de la maniobra rápida.

Pero el jinete, un joven desconocido, parecía enojado, y respondió con bastante brusquedad inclinándose sobre el cuello del caballo:

—He aquí una hazaña que es más de su gusto que del de Mirko, señorita. Pudo costarnos la vida a los dos. Hay que ser completamente temeraria y no conocer nada del hipismo para haberla provocado.

Sin darse por apercibida del reproche que envolvía la frase, contestó tranquilamente:

—Tiene usted razón, si conozco muy bien los veinte caballos de mi auto, no sabría en absoluto entendérmelas con uno solo y menos montarlo...

El la miró y al ver su tenida de deportista, los cabellos cortados como los de un chico y el aire decidido, contestó con tono seco:

—Eso no me extraña...

—¡Vaya! ¿Y por qué?—preguntó ella, picada en lo vivo.

—Poco importa, señorita—se excusó, vuelto a la galantería por esta pregunta tan femenina.—La sola cosa interesante en este minuto es para mí saber si puedo serle útil. Porque supongo que fué con la intención de pedirme un servicio que usted me cortó el camino hace un instante.

—Servicio es una palabra demasiado grande—dijo ella aún un poco molesta por la hostilidad sorda que adivinaba en él.—Lo que quiero es que me ayude a hacer partir el auto.

El desconocido bajó de su caballo y se acercó diciendo:

—Estoy enteramente a sus órdenes. Pero con la condición de que no me ponga frente a un problema mecánico, porque entonces declino toda responsabilidad.

Siempre trabajando, Gilberta lo examinó de reojo.

—¿Es posible?—preguntó.—Un hombre joven y vigoroso... Porque tiene usted un biceps sólido. Acaba de demostrarlo al detener su caballo.

—El hábito de los deportes...

—¿Pero no del automóvil?

—No considero el automovilismo como un deporte, señorita...

—¡Bah!

—...sino como un medio de transporte, sencillamente. Es que no soy moderno en absoluto... El caballo, la esgrima, la gimnasia, la natación, he ahí lo que considero como verdaderos deportes, capaces de desarrollar, al mismo tiempo que los músculos, la energía, la voluntad y la sangre fría, cualidades máximas para un hombre...

—...pero indescubles para una mujer, ¿no es cierto? No proteste, lo he adivinado desde el primer momento en su mirada. Debe usted detestar las muchachas modernas y sus cualidades le molestan... tanto como sus defectos...

La reparación terminaba. El joven se alzó y muy francamente, sin huir la mirada burlesca que lo interrogaba:

—Es posible—contestó—que a las fuertes cualidades necesarias a un hombre, prefiera que una mujer posea las virtudes de otros tiempos.

Gilberta se echó a reír.

—El traje de lana, la tapicería interminable y el peinado en bandós... ¡Qué sentimental debe ser usted! Apostaría que es usted el nuevo propietario de la torre de Alegre.

—¿Cómo lo adivinó usted?—preguntó riendo a su vez.

—Porque hay que tener un sentimentalismo por todo lo alto para comprar, a precio de oro, esa vieja bicoca en ruinas que es la torre, sólo porque fué la cuna de la familia. ¿Pero por qué, señor, nuestro vecino, mis padres en el castillo de Marnes no han recibido su visita aún?

—Excúseme—y tuvo un movimiento como de retroceso—pero soy un salvaje.

—Supo por la fama de que goza a mil léguas a la redonda, que nuestro castillo albergaba toda una tribu de esos monstruos que son para usted las muchachas modernas tan odiadas...

Sin contestar directamente, él se inclinó sobre su mano para besarla.

—Odiar es demasiado.

—Tanto mejor—dijo Gilberta saltando de nuevo al coche.—Pero mire, está usted por perder algo.

Sobre el asiento el joven había dejado un anillo, un enorme y antiguo anillo de oro cincelado. Se lo tendió diciendo:

—¡Qué lindo es! Verdaderamente hubiera sido una lástima perderlo.

—Para mí hubiera sido un buen disgusto, porque lo tengo en grande estima—contestó el joven poniéndolo en su dedo.

Como se inclinara en un último saludo, Gilberta no pudo menos de preguntarle impulsivamente:

—¿Cómo se llama usted?

—Vizconde de Alegre.

—No, no su título ni su apellido, es su nombre de pila el que quiero conocer.

—Juan—contestó un poco sorprendido.

—¡Ah!—dijo Gilberta con un tono levemente apesarado.

Dió la partida y el auto comenzó a deslizarse. Ya en plena marcha, imprudentemente, se volvió para mirar la alta silueta vigorosa el viril rostro del joven en el cual los ojos de soñador ponían una dulzura infinita.

—¡Juan!—murmuró.—Tanto peor... Pero es lástima...

* *

Esa noche, para celebrar la Pascua, había fiesta en el castillo de Marnes. Muy femenina, bella y encantadora en su vestido blanco íntegramente bordado con strás, Gilberta inspeccionaba los últimos preparativos. Un momento inmovilizada delante de un espejo, contempló la silueta elegante que le devolvía y se dijo burlesca:

—Hijita, no te queda otro remedio que encontrar entre todos los invitados de esta noche al llamado Sinforiano... No será fácil... Pero hasta cierto punto es agradable saber de antemano qué reserva el destino. Solterona... En realidad sería una lástima...—y se sonrió con gran malicia.

(Sigue a la vuelta)

Tal como lo pensaba no encontró ningún Sinforiano. Se entretuvo preguntándole el nombre a todos los invitados... pero en vano. Cerca de la medianoche abandonó sus búsquedas, dijo una palabra a sus padres y desapareció entre dos charleston.

En el vestíbulo se puso una especie de larga capa oscura que ocultó completamente su traje brillante como una joya y saliendo al patio, se instaló dentro de un coche cerrado, su otro auto, en que un sirviente acababa de colocar numerosos paquetes de todos tamaños y formas.

—¿Puso los dulces, Bautista?—preguntó.

—Sí, señorita y también una botella de viejo Burdeos que su señor padre destina para cada casa.

—¡Querido papá!—exclamó encantada.—Mis chiquillos tendrán una Pascua deliciosa...

Y dejando el castillo en plena fiesta, sola, lanzó el auto a toda velocidad por el camino que llevaba a la aldea. Iba, como todos los años, a dejar a los niños de los aldeanos su regalo de Pascua, para que también ellos tuvieran una noche alegre: una muchacha práctica y moderna puede tener el corazón bondadoso.

* *

—Gracias, gracias, señorita...—decían los niños rodeando a Gilberta—una vez más gracias. Diga, ¿podemos darle un beso?...

Era la tercera parada. Había encontrado a los niños en vela, atisbándola detrás de los visillos, acostumbrados como estaban a sus regalonerías anuales. Uno de ellos, a quien acababan sus padres de hacer una pequeña observación, se acercó vivamente a ella, tomándose de la capa que resbaló por los hombros de Gilberta hasta caer al suelo. Y apareció el traje blanco, deslumbrador de pedrerías en la penumbra llena de humo del modesto hogar. Los niños lanzaron exclamaciones de asombro, en tanto que ella, vagamente molesta, quiso ponerse nuevamente la capa.

Entonces tomó la capa de Gilberta...

—¡El Hada! ¡El Hada! Diga, señorita, ¿por qué escondía usted su traje tan lindo?

En este instante una exclamación hizo sobresaltarse a todo el mundo.

—¡Oh! ¡Oh! Veo que he sido precedido...

—El viejito de Pascua...—gritaron los niños, en tanto que Gilberta, estupefacta, veía en efecto aparecer en la puerta la silueta de una especie de gran gnomo, padre Noel auténtico bajo su capuchón inmaculado, con la espalda cargada de juguetes, la cara desfigurada por la larga barba blanca y los anteojos negros que lo hacían irreconocible.

—¡El viejito de Pascua...! ¡y el Hada también...!—gritaban los niños encantados y emocionados.

Mientras los padres un poco sorprendidos no sabían qué pensar y Gilberta desorientada hacía lo posible por penetrar en el incógnito de este colega en prodigalidades, el padre Noel, con un movimiento decidido, empezó a sacar de su canasto varios paquetes que fué repartiendo a los niños. Después, con una voz que simulaba la de un viejo, dijo:

—El padre Noel después del Hada. Esta noche, mis queridos niños, es para ustedes una noche verdaderamente milagrosa.

Entonces tomó la capa de Gilberta, la colocó galantemente sobre sus hombros y se hizo a un lado para dejarla franquear primero la salida.

—Luego que usted, señora Hada....—dijo haciendo una gran reverencia.

Gilberta se echó a reír y salió luego de despedirse, encontrándose en medio de la calle oscura en compañía del viejito, que con su traje constituía el más prodigioso anacronismo junto al auto que esperaba en el camino.

—Padre Noel — dijo riendo siempre— si como lo creo seguimos el mismo itinerario, ¿quiere usted aprovechar la carroza, un poco moderna ¡ay! del Hada? Supongo que no tendrá usted la intención de terminar su jira a pie.

El padre Noel protestó.

—Mire. Tengo mi mulito. Iremos muy despacio, pero ¡qué importa!

—Eso no me extraña — dijo él en tono seco.

—Respeta usted la tradición—dijo Gilberta con algo de burla. Pero, ¿no cree usted que sus generosidades serán bienvenidas igualmente si llegan en auto?

—Un Hada puede permitirse llegar en auto. Un padre Noel no. Le falta gracia para hacerse perdonar este desafío a la leyenda.

Con una gravedad afectada subía a su mulo. Gilberta, ganada por lo divertido de la situación, sintió que no aceptara su ofrecimiento y llevada por el deseo de romper el misterio del generoso benefactor que había tenido su misma idea al regalar a los niños de la región, preguntó antes de poner en movimiento el auto:

—Antes de separarse del Hada, ¿le dirá usted su nombre, padre Noel?

Entonces el viejito contestó haciendo un grave saludo desde lo alto de su cabalgadura:

—Sinforiano.

* *

Sorprendida, Gilberta se quedó un instante sin pensamiento ante la revelación repentina. Este nombre tantas veces repetido durante unas horas y que desde la mañana tenía un significado misterioso e irónico para ella, este nombre dicho ahí, en la noche de Pascua, mientras las campanas daban los doce sonoros golpes de la medianoche... y dicho por el viejito que se alejaba al paso tranquilo del mulo arcaico... Era para desconcertar hasta a un espíritu tan positivo y reflexivo como el suyo. Estaba por creer que era aquello el signo misterioso de su destino que se realizaba. Pero escéptica a pesar de todo, se dijo burlescamente, una vez que pasó el primer momento de estupor:

—Linda aventura... Pequeña, o tu estás algo loca o eres el juguete de una banda de mistificadores...

—Sin embargo, una dulzura se apoderó de ella mientras ponía el

(Continúa en la pág. 14)

LA MEJOR TINTURA

ABSOLUTAMENTE INOFENSIVA

SIMILAX

NUEVO DESCUBRIMIENTO FRANCES

HACE DESAPARECER LAS CANAS EN 15 MINUTOS

Base: Parafenilendiaminosulfónico

Representantes: SALAZAR y NEY — A. Prat 219 — SANTIAGO.

LA INFLAMACION DEL INTESTINO

RESULTADO DE DISTURBIOS DIGESTIVOS

La inflamación del intestino o enteritis se origina frecuentemete por el abandono de las enfermedades de las vias digestivas. Si éstas funcionan mal, dificultan el trabajo intestinal, cuyo primer efecto es la inflamación de los epitelios Si sufre Ud. del estómago debe evitar tales disturbios con sus graves consecuencias, tomando media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada en un poco de agua después de las comidas. La Magnesia Bisurada neutraliza el exceso de ácido estomacal, calmando las paredes inflamadas, y permite una digestión fácil y normal de los alimentos antes de su paso al intestino, donde han de asimilarse definitivamente. Sólo pueden evitarse las afecciones intestinales, sometiendo el estómago al tratamiento racional de la Magnesia Bisurada (M. R.), remedio soberano para los desórdenes digestivos. Se vende en todas las farmacias. Los médicos recomiendan la Magnesia Bisurada.

Base: Magnesia y Bismuto.

cine

Una escena de la comedia Metro-Goldwin "El Boulevard", en que hacen los principales papeles Renée Adorée y Lew Cody.

Luisa Lorraine ensaya un espejo de reciente invención, por medio del cual cualquiera muchacha que se respete puede satisfacer su coquetería de noche

Lew Cody, mozo de hotel que hace una fortuna en "El Boulevard", se ve envuelto en problemas complicados como éste.

Fay Webb, con ayuda de un libro que se llama "Cómo desarmar una máquina cinematográfica", desarmó ésta con que lo vemos en la fotografía. El apuro de Fay consiste ahora en que el segundo tomo, que trata de la manera de armarla, se le perdió.

EL NOVIAZGO DE GILBERTA (Continuación)

auto en marcha y firme en el propósito de descubrir la identidad del padre Noel, lo siguió lentamente desde lejos.

Así llegaron al mismo tiempo a la casa en que él iba a penetrar y en la cual también ella debía dejar sus golosinas y juguetes.

—¿No ve cómo tenía razón? Seguimos el mismo camino. Pase primero, mi venerable colega...

—Nada de eso, entraremos juntos—dijo con la voz que se disimulaba siempre, queriendo parecer la de un viejo.—Dos habitantes celestes pueden bien asociarse en una noche como esta, pero debe usted quitarse la capa, señora Hada. Su imagen deslumbradora hará más felices a los niños que todos los regalos...

La voz dejó inconscientemente de disimularse y con una inflexión cálida siguió diciendo:

—Es también necesario poner un poco de ensueño en los corazones de estos pequeños.

Sonriente, Gilberta obedeció. La dulzura de antes se acentuó en ella y se hizo alegre. Porque en la voz un instante develada por la intención romántica, creyó reconocer la voz del apuesto jinete de la mañana.

* *

Durante más de una hora, de casa en casa, de sorpresa en maravilla, fueron distribuyendo sus regalos, dejando también el encanto misterioso de sus presencias legendarias. Cuando hubieron dejado el último paquete en la última de las manecitas infantiles, Gilberta propuso:

—Ahora no puede usted rehusar un asiento en mi coche. Venga. El mulito puede quedar aquí, estas buenas gentes sabrán guardarlo hasta mañana. Hagamos el camino de vuelta juntos, padre Noel.

Aceptó con apresuramiento y al instalar su vestido blanco en el auto junto a la oscura capa, preguntó con malicia:

—Pero, ¿a dónde va usted a conducirme?

—Lo llevaré a la vieja torre de Alegre, venerable padre Noel.

—¿Cómo me descubrió?—dijo riendo y sacándose los anteojos.

—Por su voz... por su sentimentalismo... y también por su anillo—bromeó ella.—¿Por qué ese nombre de Sinforiano que me lanzó hace un rato? ¿Por qué esa invención?

—Es mi nombre—contestó

Gilberta dió un ligero grito de sorpresa.

—Sí, me llamo Juan Sinforiano de Alegre. Pero no uso, por encontrarlo un poco pasado de moda y también un poco ridículo, el segundo de esos nombres. Por eso se lo di, porque así no podría usted reconocerme. A mi vez pregunto, ¿por qué parece usted tan estupefacta?

—Es toda una historia...

Y se la contó.

El auto se deslizaba relativamente despacio a causa de la nieve caída en la tarde. Charlaban como dos viejos amigos. En un instante en que la atención de Gilberta iba distraída, sin que se dieran cuenta y sin ninguna brusquedad, el coche patinó, yendo a volcarse en la cuneta.

—¡Ningún mal!—dijo Gilberta desenredándose de la capa. — ¿Y usted?

—Tampoco—contestó él con idéntico buen humor.—Pero confiese que un accidente igual hubiera sido imposible con mi modesta caballadura de hace un rato. ¡El progreso tiene sus inconvenientes!

—Convengo en todo lo que usted quiera. Pero, ¿qué hacemos ahora?

Un poco risueños, un poco serios, miraban el coche volcado sobre la nieve. Fué el espíritu práctico de Gilberta el que decidió prontamente.

—No hay que soñar en poder ponerlo en marcha. Lo que hay que hacer es ir sencillamente a pedir hospitalidad en aquella granja que se divisa allá. Son unas bravas gentes que estarán encantadas de darnos hospitalidad por la noche. Haremos avisar al castillo, para que mis padres estén tranquilos.

Un cuarto de hora de marcha dificultosa por la nieve. Cuando llegaron a la puerta de la granja, oyeron detrás un murmullo de voces infantiles.

Escucharon:

—Lo que me ha gustado más—decía una vocecita—es que el Hada me besara.

—Tonto... ¿No te hubiera gustado entonces, que sólo te hubiera traído los regalos?

—Sí—contestó la otra voz cálida.—Pero no hubiera sido lo mismo...

Gilberta se volvió hacia Juan de Alegre y dijo con una linda sonrisa:

—Tenía usted razón al querer darles además el ensueño.

Por toda la delicadeza y la sincera bondad que había descubierto en esa muchachita con músculos ejercitados y espíritu práctico, él dijo a su vez:

—También tenía usted razón.

* *

En la gran sala ahumada cerca de la chimenea en que las llamas tenían un crepitar malicioso, Gilberta y Juan, servidos por la granjera, tuvieron su parte en la cena de Pascua.

El traje del Hada se avecinaba amistosamente con el capuchón del padre Noel. Y debían haber en el aire ángeles invisibles y querubines... Aquello era un verdadero encantamiento.

De pronto el padre Noel preguntó:

—¿Así que usted me reconoció en seguida?

—¡Pero claro!—dijo ella riente.—Una joya igual a esta no se encuentra todos los días. ¿De dónde le viene este anillo?

—Es el anillo que desde hace muchos siglos los Alegre ponen en el dedo de su novia en señal de compromiso. Todas mis abuelas lo han llevado. Yo lo heredé de mi madre. Un día...

Más tarde, cuando se deseaban las buenas noches antes de ganar las piezas que acababa la granjera de prepararles apresuradamente, Gilberta dijo burlesca, queriendo reaccionar contra la dulzura que cada vez se le entraba más en el sentimiento:

—Sobre todo, padre Noel, no olvide usted mi zapato en esta no-

(Continúa en la pág. sub-siguiente)

Lima y su Palacio de Gobierno

Por

MARIA MONVEL

CALLAO. Es la tercera vez que pasamos por el Callao, y la tercera vez también que debemos trepar nos en las hondas lanchas a gasolina que nos asaltan como tumultuoso rebaño de sardinas blancas. La baja mar no permite a los barcos allegar sus inmensas moles a los muelles inútiles. En tierra un nuevo asalto de automóviles y un rápido viaje por las principales calles del puerto, puerto pobre, indigno de las grandes riquezas del Perú legendario "la tierra del oro" de los conquistadores ambiciosos y de los altares de plata maciza.

La fisonomía de alguno de nuestros puertos del norte: Iquique, a veces; otras, Arica. Luego el inesperado arranque de la civilización en la cinta de plata que va hacia Lima sobre ondulates laderas y largos planos rectos, bordeada por una vegetación menuda y monótona. De pronto, echamos de menos con súbita nostalgia el encadenamiento blanco y azul de nuestra cordillera, descubrimos su imponente grandeza y no concebimos ninguna ciudad hermosa si ha de carecer de tan majestuoso baluarte.

Llevamos gran velocidad. Una mezcla de placer y de miedo en el aumento progresivo con que se tragan las ruedas los planos iguales del paisaje. 70... 80... 90... Un velocísimo viraje al enfrentarnos con otro automóvil y alguna emoción ante un acusador monumento: "Despacio se va lejos". Encima yace un automóvil destrozado, cuyo accidente costó la vida a cinco...

Lima

Algunos chalets como en Los Leones, como en Antonio Bellet. Luego una amplia avenida, luego una calle estrecha. El chauffeur, improvisado cicerone, dice:

—Unión, la calle principal de Lima.

Escaso movimiento. Es temprano. Algunas góndolas flamantes. Una que otra limeña de pies pequeños y garboso andar. La plaza con sus palmeras altas y avaras de sombra.

La Catedral

¿Entramos? ¿Por qué no? De entre sus tinieblas, como inventado de repente, sale un hombrecillo pequeño como un gnomo, de estraño hablar, como si no pudiera manejar la lengua.

—¿Quieren ustedes ver los restos de Pizarro?

Hacemos un movimiento displicente. No serán muy distintos de todos los restos.

Pero el guía dando por sentado que no podemos marcharnos sin verlos, monologa solo, allí, frente a nosotros.

Una vaga curiosidad y un piadoso movimiento nos aproxima al sitio en que están los restos. Es él, efectivamente. Pizarro, terroso esqueleto de trescientos años, cuyo cráneo reposa sobre doble almohadilla de terciopelo. Pequeño en su urna de cristal, enseña las fracturas de las costillas a un costado, y sobre los huesos de los tobillos la marca indeleble de las ligaduras. ¡Qué espanto!

Salimos, pero el inteligible gnomo nos detiene junto al altar, todo de plata maciza limpia y brillante con repujados de oro.

Por primera vez se ofrece a nuestros ojos el rico Perú, cebo de aventureros y de atrevidos señores.

Salimos ya por el otro extremo después de cumplir devotamente rezando junto al altar mayor un Ave-María.

Pero el guía nos muestra una escalinata de cinco peldaños que conduce ¿a una cueva quizás? donde posiblemente encontraremos una zarabanda de gnomos de largos zapatos y puntiagudos bonetes, como en los subsuelos de los castillos de cuentos. Pues, muchos sitiales y ¡oh imaginación irrefrenable y pecadora! que se nos antojan por la noche poblados de los mismos pequeños y misteriosos individuos, aunque el guía nos señale el del centro, diciéndonos que pertenecen a Santo Toribio que con Santa Rosa son los dos santos de la ciudad y que si nos sentamos allí un segundo nos será concedida cualquiera gracia.

Salimos y obtenemos un encuentro amable. Díez Canedo, solo, atraviesa la catedral. Parece haberse metido en ella por equivocación y busca ansioso la salida.

—No quiero catedrales — dice — La calle, las gentes, es lo que enseña la fisonomía de un país.

La Catedral de Lima

Es verdad. La calle. Las gentes.

Pero las gentes no tienen nada de particular.

Menos elegancia y menos caras bonitas que en el centro, a causa quizás de la hora temprana, que en nuestro centro radiante de doce a una. El pueblo que circula es igual, con excepción de algunas cholas sentadas en los quicios de las puertas con sus crías en brazos, o pascando, si son doncellas, cierta gracia gitana y juvenil, trenzas sueltas, sucias, y andar garboso, con su cesto de frutas.

—¿Esto es el palacio de Gobierno? — decimos al chauffeur.

—Si.

—Vamos allá.

Es una especie de moneda rústica, menos solemne y menos hermosa. Nos recibe un guardia, que nos conduce con una afabilidad de que nuestro pueblo carece, donde otro guardia de más graduación.

—¿Podemos hablar con el señor edecán de turno?

Nos conduce a una sala de espera y nos pide nuestras tarjetas.

—Periodistas chilenos, dígale usted.

El buen hombre nos mira con curiosidad benévola, sin encono. Enemigos? Mentira. ¿Cómo serlo? ¿Si es nuestra raza y en la dulce y hermosa ciudad de Lima ni siquiera sentimos que estamos fuera de nuestro país? Un gallardo edecán, rubio como un hombre del norte, de fresca risa y gentilísimas maneras, viene a nuestro encuentro. Viste el uniforme del ejército francés, de rigor en la milicia peruana.

—Señores, sírvanse ustedes pasar por acá.

Llegamos a la antesala de la presidencia.

El nuevo Hotel Bolívar, donde se alojan los turistas en Lima

—Tenemos la pretensión de solicitar una entrevista de Leguía... ¿Sería posible?

—Por qué no. Sólo que en estos momentos atiende a una embajada. ¿Podrían ustedes esperar unos veinte minutos? ¿Sería mucho, quizás?

Miro mi reloj. De Lima al Callao, media hora. De allí a bordo, diéz minutos más. El barco parte a las doce en punto. Imposible. Lo más, lo más, un cuarto de hora.

—Es lástima. Pero puede ser. Quizás en un cuarto de hora se habrán marchado esos señores.

En estos momentos otro peruano aparece por allí. Es un caballero moreno, de lentes. Resulta que tiene una hermana casada en Chile con chileno, y honda simpatía no disimulada por nuestro país.

Para hacernos grata nuestra espera, el bizarro militar de los galones de oro y la risa fresca (a bordo supimos por una dama limeña, viuda de Grau, el hijo del héroe, que el rubio edecán se llama Cavada) nos conduce a los diversos departamentos de palacio y nos enseña, entre otras cosas, el nuevo comedor, hermosa sala, estilo colonial, presidida por una gran tela 1927 del pintor más anciano y notable que posee Perú. Vemos también un patiezuelo andaluz con los clásicos azulejos y los cantarines chorritos de agua. Regresamos. El caballero de los lentes nos enseña otro patio en que hay una higuera viejísima. Fué plantada por Pizarro y está casi tan carcomida como los restos que vimos en la catedral. Todavía, sin embargo, verdean las hojas y hecha ramas por algunos sitios, la tres veces centenaria. Se habla de Chile con simpatía. Correspondemos gentilmente. Nos sentimos en casa, tan en casa, como nos sintiéramos en Madrid, quizás más. Aparte de la ausencia blanca de la cordillera y de la presencia de las palmeras exóticas, no diferencian de nuestro paisaje ni hombres ni plantas. Una viva fraternidad y un vivo deseo de paz se ahonda en nuestros corazones.

Leguía continúa invisible con sus embajadores. El gentil edecán nos acompaña hasta la puerta.

—Será de regreso — nos dice estrechando la mano que le tendemos.

—Si, será de regreso...

—¿Y la persecución de los peruanos y el odio que reflejan algunos periódicos peruanos?

Mentiras, mentiras de gacetilleros y de políticos. Cuando estamos juntos peruanos y chilenos, todo ello se desvanece, como el espejismo del mar y de los barcos, presente a cada rato, en el claro camino de asfalto entre Lima y Callao. La voz de la Sangre se alza y no somos sino hermanos, hermanos que se reconocen.

M. M.

LAS CANAS

DAN ASPECTO DE VEJEZ

LA CASPA

HACE QUE CAIGA EL CABELLO

CABELLERAS NEVADAS

En el otoño de la vida hay personas que miran despreciativamente las CANAS, sin sospechar la triste impresión de frío que comunican a los seres que los rodean.

Si es usted una de ellas, pruebe la loción

Matacanas

LLUCH XX

(M. R.)

No es tintura. No requiere el menor cuidado ni precaución, pues es inofensivo. Basta una aplicación diaria con las manos, como loción, para ver desaparecer en breve las canas más rebeldes. Pruébelo.

FORTIFICA Y EVITA LA CAIDA DEL CABELLO. QUITA LA CASPA AL PRIMER FRASCO

Puntos de venta:

SANTIAGO: Daube y Cía. y Botica y Droguería Francesa, Huérfanos, 810.

VALPARAISO: Daube y Cía., L. Despouy y Cía., Botica Hermes, Victoria, 612-614 y buenas boticas.

VINA: Botica Unión.

CONCEPCION Y ANTOFAGASTA: Daube y Cía. Si no lo tiene su farmacéutico, haga que lo pida a Daube y Cía.

Base: Agua Rosas, Quina, Nogal, Azufre, etc.

El Peor Enemigo del Amor

Por Dorothy Flack

"Cuidado con los celos, son el monstruo terrible de ojos verdes..."

Hace muchos años que el Bardo de Avon daba de tal suerte la voz de alarma contra el peor enemigo que tiene el Amor. Es de sabios mantener siempre en la memoria las palabras del poeta, sobre todo aquellos que estén enamorados.

Si perdieras todo el gozo que encierra la vida, todas las dichas a que tenéis derecho; todo el contento y toda la paz espiritual, en una palabra, si perdierais el don más grande que pueden recibir los mortales, el de amar y ser amado, entonces, dejáos guiar por el monstruo de los ojos verdes.

Porque los celos pueden destruir el más grande amor que exista en el mundo. Pueden destruir toda la belleza, todo el encanto de los romances más deliciosos que forjar pudieran juntos dos corazones que se adoran; pueden reducir a cenizas las llamas del pecho más ardiente.

Cuidad por lo tanto de que vuestro amor se asiente en bases de fe y confianza respetuosa e ilimitada. Arrancad la semilla de la desconfianza y de la sospecha que pueda haberse colocado subrepticiamente en vuestro corazón, dejando abierto el resquicio por donde ha de penetrar el monstruo de verdes ojos. Que las alas de vuestro amor os transporten más allá del alcance de las garras de ese monstruo repugnante y odioso para que podáis mantener siempre puestos vuestros pensamientos en el camino luminoso de la felicidad y la mutua confianza.

EL NOVIAZGO DE GILBERTA (Conclusión)

cha. Vea, lo dejo aquí, en el rellano de la escalera.

El padre Noel contempló gravemente y sonriendo el pequeño zapato que la nieve había mojado y afeado.

—No hay cuidado de que lo olvide, pierda cuidado—dijo.

Al día siguiente, cuando una mañana helada por la nieve que seguía cayendo de nuevo, despertó a Gilberta sorprendida de encontrarse en esa pieza extraña, las voces infantiles llamaron a su puerta:

—Señorita... Señorita... Levántese ligero... Venga a ver... El padre Noel ha puesto un regalo lindo para usted en su zapatito... Venga luego...

Se vistió muy rápida y en un instante estuvo junto al zapato, mientras los niños batían palmas ante su sorpresa.

Y Gilberta juntó las manos lo mismo que los pequeños ante los regalos que ella les diera en la noche anterior.

En el zapato había un padre Noel, un padre Noel pequeñito, vestido de blanco, con las largas barbas blancas también, y en la mano un anillo de oro cincelado que ella conocía bien. En la otra mano una tarjeta decía: —"Juan Sinforiano de Alegre", y abajo, escrito con lápiz: —"En caso de no convenir, se ruega devolverlo al remitente".

Gilberta no devolvió nada al remitente.

Deslizó el anillo en su dedo con un sentimiento de emoción que llenó sus ojos de lágrimas y tomando al viejito de Pascua, lo besó tiernamente, fogosamente, sobre las dos mejillas.

Más tarde fué el otro viejito de Pascua, pero esta vez sin disfraz, el que selló el compromiso del noviazgo con dos besos en sus mejillas.

¿Que Sabe Usted....?

¿SABE USTED que las especias y condimentos dan sabor a los alimentos, pero nada agregan a su valor nutritivo?

POR ESO deberían ser consideradas sólo como "accesorios".

¿SABE USTED que al moler las especias, como al moler el café, se libertan los aceites aromáticos?

POR ESO los fabricantes ponen las especias molidas en recipientes herméticamente cerrados.

¿SABE USTED que las especias son valiosas como preservativos y que para ese objeto la canela, la mostaza y el clavo de olor son las mejores?

POR ESO los alimentos que contienen una cantidad suficiente de esas especias se pueden conservar por mucho tiempo.

¿SABE USTED que la blancura de la nuez moscada se debe a una capa de cal, y que nada tiene que ver con el sabor o la calidad?

POR ESO las mejores nueces moscadas son café y no blancas.

¿SABE USTED que la pimienta negra y la pimienta blanca son frutos del mismo arbol pero tratados de manera diferente durante el proceso de curación?

POR ESO la pimienta negra es más fuerte, y la pimienta blanca es más aromática.

¿SABE USTED que el jenjibre es la única especia que se saca de una raíz?

POR ESO pequeñas partículas de fibras se encuentran a veces en el jenjibre molido y se cree erróneamente que son impurezas.

¿SABE USTED que los días en que las especias eran adulteradas han pasado ya?

POR ESO, con un poco de cuidado, es posible ahora comprar especias molidas puras y de alta calidad.

LA CONQUISTA DE LA BELLEZA

FAY WRAY, estrella de la Universal Pictures Corporation.

Renovación del cutis por absorción

SI su cutis está desfigurado por manchas, palidez, barrillos, pecas, etc., de nada sirve que use usted pinturas, cremas u otros ingredientes. Tales imperfecciones no desaparecerán y con el uso de materias nocivas sólo conseguirá desfigurarse un poco más. Lo mejor es quitar el cutis mismo con todos sus defectos y para ello basta comprar cera pura mercolizada, que se extiende por el rostro todas las noches lo mismo que si fuera cold cream, quitándola por la mañana con un poco de agua caliente. La cera mercolizada absorbe el velo mortecino en pequeñas partículas, de manera que nadie puede notar que está Ud. arreglándose la cara, a no ser por el resultado, que es realmente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis lozano y hermoso.

¿Por qué hay mujeres que aparentan ser viejas?

GENERALMENTE, por sus mejillas descoloridas. La belleza es muy fugitiva, pero una mujer inteligente sabrá retenerla, contrarrestando los efectos de los años. Si sus mejillas palidecen, ella renovará su colorido, no con rouge, que es ordinario y se nota, sino que con un discreto toque de rubinol en polvo, que da un suave color exactamente igual al rosado natural. El rubinol se obtiene en cualquiera farmacia o perfumería. Toda mujer sabía conoce también el encanto de unos brazos hermosos y de unas manos delicadas, y sabe asimismo que para tener y conservar dichos dones no son necesarios esos costosos "alimentos de cutis", sino tan sólo el uso de la cera pura mercolizada

Eficaz remedio contra el vello

MUCHAS damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento de vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y apliquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del vello o pelo superfluo, sino que el de matar las raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.

Desaparición instantánea de los barrillos

UN procedimiento muy sencillo, inofensivo y agradable, está ahora en uso para limpiar el rostro de puntos negros, librarlo de grasas y hacer que desaparezcan los anchos poros que lo afean. Basta con qúe eche usted una tableta de stymol (de venta en todas las boticas), en un vaso de agua caliente y que se lave la cara con el líquido después que haya desaparecido la efervescencia que produce. Los puntos negros pigmentosos salen como por encanto de su nido y se confunden en la toalla; los poros se contraen y la grasa desaparece dejando un cutis liso, suave y fresco, libre de toda mancha. Pero a fin de que este rápido resultado se convierta en permanente, es preciso que repita usted el tratamiento varias veces, con intervalos de cuatro o cinco días.

De corista a artista del cinema

Por DOROTHY SEBASTIAN

EL principio de mi carrera cinematográfica data de 1924, cuando obtuve un puesto como corista en "George White's Scandals". Hasta entonces fuí una muchacha del sur, de mediana educación y gran afición a la música y al dibujo, pero sin conocimiento alguno del teatro. Añadí experiencia a mi educación en esta comedia musical, y luego entré al cinema en Hollywood.

Debo decir, que no poseía ningún talento excepcional. Sólo deseos de trabajar en teatro, como otras muchas jóvenes, y busqué un medio de hacerlo. Mi opinión es que toda joven aspirante a ganar fama en el cine, debe buscarse un medio de probar en el teatro su habilidad dramática antes de franquear las altas y difíciles barreras de Hollywood. Es mejor haber triunfado como artista de variedades, si no se tiene otro medio. La experiencia en las tablas da el suficiente equilibrio, publicidad y confianza en sí misma. Antes de poseer esto es difícil atraer la atención de productores y directores.

Mi propia carrera está exenta de todo detalle significativo excepto mi trabajo en la comedia musical. Mi padre trabajaba en el negocio de bienes raíces, con suficiente éxito para poderme mandar a un colegio y más tarde ayudarme para que pudiera trabajar como decoradora y pintora. Mi abuelo fué el que estableció la primera iglesia presbiteriana en el estado de Alabama, después de dedicar, junto con mi abuela, cuatro años a las misiones cristianas en Turquía.

Cansada del limitado campo de acción de mi vida en Birmingham, resolví empezar otra vida en N. Y., y aquí debido a mi perseverancia, George White me contrató. Había conseguido que el portero del teatro me dejase estar entre bastidores para observar un ensayo, cuando Mr. White, me vió, invitándome a que me uniera a las demás coristas y probara. Le gusté y me contrató.

Atraje la atención porque trabajé tanto como nunca he trabajado en mi vida. Fuí conocida en los círculos teatrales y cuando "Los Escándalos" llegaron a Hollywood, se me abrió el camino de los estudios. Desde entonces he estado siempre trabajando en películas.

Mi primera aparición fué en "Sackcloth and Ashes" (Su honor), filmada a fines de 1924. Entre mis otras películas está "Winds of Chance" (Así es mi suerte), "Why Women Love" (Por qué Quieren las Mujeres), "Blue Beard's Seven Wives" (Las Siete Mujeres de Barba Azul, y "Broken Butterfly" (La Mariposa de las Alas Rotas). Por lo general aparezco en comedias o haciendo el papel de vampiresa simpática.

Me sirvió de mucho mi experiencia en el teatro, pero más que a nada atribuyo la ayuda que me prestaron mis directores a mi gran deseo de trabajar, aunque mi práctica teatral fué la llave que me abrió paso para adquirir fama en el cinema.

TONTERIAS

—¿Qué hace iguales a todas las mujeres, lo mismo a las hermosas que a las feas?
—La oscuridad...

—¿Qué es lo que se ve una vez en minutos, dos en momentos y ninguna en Siglos?
—La letra M...

—¿A quién se le debe la invención del coche?
—Al pavo, que fué el primer animal que hizo la rueda...

—¿Qué música se pega más al oído?
—La que se toca con piano de cola...

—¿Por qué no es bueno comer arroz?
—Porque la boca se llena de granos...

—¿Qué diferencia hay entre un dentista y un matemático?
—En que el matemático extrae las raíces y las eleva al cubo, y el dentista también las extrae, pero las arroja al cubo...

—¿Por qué enflaquece el que se arruina en Inglaterra?
—Porque pierde muchas libras...

—¿Por qué los borrachos ven las cosas dobles?
—Porque el nombre ya lo dice: beo-dos...

(Con el Juez del Crimen don Rafael Fontecilla)

Mas Allá del TRABAJO y de la Diaria Labor.

De cómo el frío de la ley entumece un poco el corazón.— Juicios y declaraciones.— El amor, el divorcio, la música y el teatro. — La legislación criminal y los jueces del futuro.

¿Quién no ha tenido una referencia suya, o quién, en la prensa diaria no ha leído su nombre, mezclado con acontecimientos judiciales y policiales en los cuales le ha correspondido intervenir?

¿Quién no sabe de la rectitud y de la pureza profesional del juez del crimen don Rafael Fontecilla?

Acodado en su sillón de magistrado, la cabeza un poco hundida en sus hombros ya inclinados por su propio dinamismo y por el estudio, la mirada sorprendida y curiosa mirándonos tras de los cristales de sus anteojos biselados, se dispuso a escucharnos y a dejar que la charla rodara fácil y amable desde el amor hasta la jurisprudencia, desde el crimen hasta la conmiseración.

La plática se inició sencilla y llena de mil preguntas que fuimos lanzándole desordenadamente, con deseos de que ninguna quedara sin respuesta. Así:

—¿Está usted contento de ser juez?

—Sí. Estoy satisfecho, a pesar de reconocer de que es difícil la misión de juzgar a los demás.

—¿Ha pensado ser otra cosa? ¿Qué le habría gustado ser?

—Cuando me recibí de bachiller en humanidades, pensé estudiar Medicina, y al efecto asistí varios meses a la Escuela Médica. Me retiré después, porque no pude, nunca, familiarizarme con los cadáveres.

En los ojos inquietos del juez creemos sorprender algo así como una sombra de resignación, acaso, porque piensa que el rumbo de su profesión de abogado lo ha llevado, sin querer, no sólo a familiarizarse con cadáveres, sino a mirar de cerca la muerte y la miseria.

—¿Qué opina de los jueces del porvenir? ¿Cómo cree que van a ser?

—Más humanos, nos responde sin titubear; y menos aferrados a los dogmas legales. Creo que harán más obra social que en el presente.

Un juez moderno, nos agrega, debe ser menos dogmático, debe vivir más cerca de la realidad y no encastillarse en las abstracciones del Derecho. Debe preocuparse más de los pobres, de los desamparados, que son los que más necesitan de la justicia.

Decirle a uno de los tantos infelices que llegan a diario a los juzgados del crimen: "preséntese por escrito", "ocurra donde corresponda", es sencillamente una denegación de justicia'

—¿Eso a pesar de lo que dice el Código?...

—Sí, señor. Aunque el Código diga que la presentación debe ser escrita, es un absurdo contestar en esa forma a quien probablemente no sabe escribir ni firmarse y que tendrá que recurrir a algún tinterillo para que le haga el escrito de cajón... Este aspecto social debe ser ampliamente considerado.

—¿Cómo piensa que será la legislación criminal del futuro?

—Eso es muy relativo. Depende del ambiente.

Las leyes penales responden a las exigencias de la sociedad. ¿Mejorarán nuestras costumbres? ¿Cambiarán nuestros hábitos y tendencias? Esa es la cuestión.

La ley penal debe buscar su apoyo en la moral. Aquí estamos atrasados.

El punto débil de nuestro Derecho moderno, es el desamparo en que ha colocado al honor y a la dignidad humana. Engañar a una mujer, ofrecerle palabra de matrimonio y abandonarla en seguida, no es delito penado por nuestra ley.

El honor, entonces, sin el amparo de la justicia, busca la legítima defensa, y, allí surge el drama pasional...

Eso no está bien. Se nota un vacío en la legislación actual.

Creo que la del futuro será menos materialista y dará algún resguardo al honor que, para muchas personas, vale más que las riquezas.

—¿Cuál ha sido el caso que más lo ha impresionado?—seguimos preguntando, encantados de la facilidad con que el joven y severo magistrado discurre.

—Sin duda, la mayor impresión que he sentido me la procuró la muerte del ex-Gobernador de Los Andes, don Manuel Mardones.

Yo era entonces juez de aquel departamento. Comenzaba mi carrera y era capaz de impresionarme.

Un buen día, un loco se instaló en el Consulado argentino y el Cónsul acudió donde el Gobernador, el cual consultó el caso conmigo. Cambiamos algunas ideas.

Recuerdo que estuvimos de acuerdo en que debía vigilársele para evitar cualquier conflicto y trasladarlo a algún pensionado, mientras la familia disponía lo conveniente. Se trataba, debo advertirles, de una distinguida personalidad argentina.

Cinco minutos después de estar conversando con el señor Mardones, un carabinero me anunció que el loco había disparado contra su hijo y contra el Gobernador, hiriendo a ambos y suicidándose después.

El cuadro que presencié no es para relatarlo. Tuve que constituirme en el mismo sitio del suceso (la oficina del Cónsul argentino), y sobreponiéndome a la dolorosa impresión que me causaba la muerte del amigo, coordinar las ideas para redactar los hechos y demás diligencias del levantamiento del cadáver, etc., etc.

Mientras la visión del crimen revolotea en nuestra imaginación, hacemos esfuerzos por coordinar también las interrogaciones. Y seguimos charlando plácidamente en la quietud de aquella oficina tras cuyas ventanas se levanta el sombrío edificio carcelario, donde como almas en pena los delincuentes ven vagar por las galerías, el espectro de su ansiada libertad que es aire puro y gavilla de sol.

Y avanzamos.

—Convencido de un delito o probado, ¿ha sentido, alguna vez, compasión de condenar a un delincuente?

—Siempre, en el fondo de todo individuo, existo algo de conmiseración por el desgraciado; pero, en el juez, no debe existir esa especie de piedad inconsciente.

—¡El frío de la ley entumece un poco el corazón!

—¿Qué piensa de las mujeres delincuentes?

—Las mujeres delinquen, generalmente, por amor y por necesidad. En el primer caso están los dramas pasionales, y en el segundo las lavanderas que empeñan la ropa...

Con las mujeres cuesta más investigar la verdad, porque manejan la mentira con más habilidad que el hombre...

—¿Qué papel desempeña la psicología en las investigaciones?

—Es una gran ayuda. La psicología del inculpado es de lo más interesante.

—¿Qué vacíos encuentra en la legislación penal chilena?

—Muchos: modificar algunas leyes y suprimir algunos delitos. Uno, por ejemplo, el adulterio de la mujer y, sobre todo, el derecho del marido ultrajado para quitar la vida a su mujer y a su amante. Esto me parece una aberración ¡autorizar que el marido se constituya en juez y parte!... ¡Oh!

Deben crearse otros delitos, sobre todo los que afectan al honor, etc.

—¿Qué opina de los jurados en los los casos criminales?

—Tengo buena impresión del jurado; pero entre nosotros, por el momento, creo que iríamos a un fracaso.

Los jurados fallan en conciencia y mucho temo que todavía la conciencia de nuestros hombres no esté bien saneada de esa enfermedad que se llamó "politiquería"... enfermedad esta que endiosó la mentira y el disimulo y la falsificación.

—¿Cuál cree que debe ser el papel del periodista en materia de informaciones policiales?

—Ponerse de acuerdo con el juez, para dar a los lectores sólo noticias que no perjudiquen el éxito de las pesquisas y hacer cruzadas de los delitos más frecuentes.

—¿Qué opina de la pena de muerte?

—Debe existir, por ahora. La experiencia demuestra que mientras más fuerte es la sanción, menos recrudece el delito.

—¿Cuál es su opinión de los regímenes carcelarios?

(Continúa a la vuelta)

"PARA TODOS" inicia complacido una nueva sección: las entrevistas a personajes del día, sobre los cuales necesite el público satisfacer una legítima curiosidad.

Es especialmente grato para esta revista iniciar esta nueva sección, con las declaraciones, francas y talentosas, del Juez Fontecilla. Magistrado joven, inteligente, sagaz, animado de un concepto nuevo de la justicia penal, no creemos aventurarnos al suponer al Juez Fontecilla el precursor de una renovación en los procedimientos judiciales y en la legislación penal chilena.

La prueba de nuestro aserto va en las líneas que siguen Son el trasunto de una detenida conversación con un magistrado que hace honor a su profesión, y que, no hace mucho tiempo, absolvió a un hombre que robó por hambre.

Baile al compas de un

Brunswick

EL MEJOR INSTRUMENTO PARA BAILES

SIEMPRE LISTO PARA SERVIRLE BIEN

Entre los diversos Brunswick, hay uno para usted. Estos instrumentos no sólo lo recrearán con la reproducción fiel de la música de cámara, ópera o con sus canciones favoritas; también ponen a su alcance los bailes más en boga, interpretados por orquestas de renombre mundial.

El Florida $ 2.700.

Estilo exponential el Nuevo Hidalgo $ 1.550.

Un modelo Brunswick muy popular. Hay muchos otros que puede ver en cualesquiera de nuestros almacenes.

Compre un Brunswick

y su Hogar se llenará de alegría

Nuestras facilidades de pago, hacen facil esta adquisición

Nos complaceremos en demostrarle nuestros varios modelos Brunswick sin compromiso alguno para Ud

Los discos Brunswick son impresos eléctricamente, por medio del nuevo sistema de fotografía musical "Light Right".

Casa Hans Frey

ESTADO ESQ. AGUSTINAS

Casas en Valparaíso - Santiago - Concepción - Temuco - Valdivia - Coquimbo - La Serena - Copiapó - Antofagasta.

—Debe aplicarse cualquiera de los métodos modernos que tenga por objeto reeducar al individuo, mejorándolo.

—¿Qué se persigue con la pena?

—Dos cosas: evitar que un individuo continúe perturbando a la sociedad con sus actos delictuosos y corregirlo.

—Si una madre robara para dar de comer a sus hijos, ¿la condenaría usted?

—No, señor—nos dice resuelto y levantando un poco el tono suave de su voz.

—Esa mujer, prosigue, está exenta de responsabilidad, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 10 N.o 7 del Código Penal. Ya he aplicado esa disposición en un fallo reciente de un individuo que robó por hambre y esa sentencia ha sido favorablemente acogida y comentada por la prensa de Santiago y, especialmente, por la de Buenos Aires, donde la cuestión social es más intensa que en Chile.

—Podría decirnos, ¿hay en su carrera algún fallo dudoso que lo haya hecho arrepentirse?

—Ninguno.

—¿Qué opina del alcoholismo?

—Lo que se ha dicho siempre: es el enemigo mortal de nuestra raza.

—¿Siente que su corazón se ha endurecido un poco con el ejercicio de su carrera?

—No. Conservo toda mi sensibilidad natural; pero un juez no debe exteriorizarla.

—Alguna vez, ¿ha pretendido alguien sobornarlo?

—No. Nadie me ha hecho una ofensa semejante.

En nuestro ánimo puede más la curiosidad periodística que una discreción más o menos estudiada. Y seguros como Wilde de que las preguntas no son indiscretas, sino las contestaciones, seguimos interrogando al juez señor Fontecilla, aún a trueque de parecer impertinentes.

—¿Le ha correspondido juzgar y condenar a un amigo?—seguimos.

—Felizmente, nunca.

—¿Cree que tiene muchos enemigos?

—Carezco de enemigos visibles. Ignoro si existen entre bastidores. Y no les tengo miedo; tampoco temo a los amigos que son mucho más peligrosos que los enemigos... nos dice el señor Fontecilla mientras una sonrisa que ha de ser la de la propia experiencia se dibuja en sus labios, irónicamente.

—¿Ha sido alguna vez asaltado?

—Nunca.

—¿Por qué cree, señor, que le ha correspondido conocer de los últimos procesos que, como Vías y Obras, usura y otros, tanta sensación han causado?

—Por nada y sólo porque estaba de turno cuando se denunciaron esos hechos.

—¿Cuál es su distracción favorita?

—No tengo tiempo de distraerme.

—Fuera de los estudios legales, ¿qué otros le han atraído?

—La biología y la ética. Tengo varios estudios al respecto.

—¿Cuál es su autor favorito?

—En literatura no tengo autores favoritos. Leo, sí, de preferencia, a los autores rusos. Los admiro por la fuerza psicológica de sus personajes.

—¿Alguna vez ha hecho versos?

—Fuera de los que son de rigor a los veinte años, después no he vuelto a delinquir...

—Perdone, señor, ¿se ha sentido alguna vez enamorado?

—Puede ser...

—¿Qué ha pensado a veces cuando ante sus ojos ha desfilado tanta miseria y tanta maldad?

—Nada. Me he acostumbrado a mirar serenamente esas cosas(nos dice subrayando las palabras.

—¿Cuál es el proceso que con más interés ha tramitado?

—Todos.

—¿Tiene anécdotas su vida?

—Lo ignoro.

—¿Ha sentido miedo alguna vez?

—No recuerdo.

—¿Pensó cuando estudiante seguir la carrera del magisterio?

—No.

—¿Cuál ha sido la mayor alegría de su vida?

—No he tenido alegrías.

—De todas las artes, ¿cuál prefiere?

—La música. He hecho de ella una especie de religión. Y la prefiero a las demás porque es el arte que con más fe nos habla del ideal. La música buscó su expresión en el sonido, como la pintura en la luz y en el color, como la estatuaria en la forma y en la línea, como la danza en el movimiento.

Con ese deleite propio de los espíritus seleccionados, el señor Fontecilla sigue ahondando en su arte preferido.

La música, nos dice, encontró en el tiempo, lo que las artes plásticas en el espacio: el medio donde debía desenvolverse. De allí que sea la más inmaterial de todas las artes.

—¿Y cuáles son en música sus autores predilectos?

—Entre otros, Beethoven, Wagner y Mozart.

Beethoven es el Júpiter del arte musical. Es el Dios de los Dioses. Este sordo mártir fué el constructor de las nueve sinfonías, las nueve catedrales del arte, como se ha denominado a estas producciones, siempre veneradas y nunca superadas por genio alguno.

A Wagner lo venero por ser un revolucionario, un innovador. Es en la música lo que Zolá en la novela. Fué el creador del drama lírico. Detuvo la invasión del romanticismo musical.

Y Mozart, el representante del arte clásico con sus caracteres de felicidad y serenidad, que son los rasgos fundamentales de la belleza. Hay en sus sonatas una luz clara y pura, como en la poesía de Virgilio, como en la pintura de Rafael, como en la estatuaria griega.

—De teatro, ¿qué podría decirnos?

—Muy poco. Fuera de Esquilo, el padre del teatro, no me entusiasman otros.

—¿Cuál es la obra de Esquilo que más le impresiona?

—Prometeo.

—¿Cuáles son las razones?

—Vea. Como usted sabe, Prometeo escaló el Olimpo en busca del fuego sagrado, patrimonio exclusivo de los Dioses, para repartirlo, abajo, entre los mortales, comunicándoles, por este medio, el conocimiento de las artes y de las ciencias. Ese fué su crimen.

VELOUTY

DE DIXOR - PARIS

M. R.

Opinión que dá sobre La Velouty de Dixor, la hermosa y celebrada bailarina

GINE PALERME:

"En el Teatro como en la ciudad, empleo la "Velouty" de Dixor. Este producto debería de estar en el tocador de todas las mujeres elegantes. A mí me encanta."

"GINE PALERME"

FALCONETTI,

la encantadora y aplaudida artista, también opina:

"Con su maravillosa Velouty, Dixor ha realizado la fórmula de éxito ante todas las mujeres preocupadas de su belleza. "Estoy encantada con este producto.

FALCONETTI."

LA VELOUTY constituye el mejor descubrimiento del siglo en el arte de embellecer a la mujer.

Es el único producto que reúne la suavidad de las cremas al aterciopelado de los polvos.

Por eso es la preferida de las elegantes de todo el mundo, de las Reinas de la Moda, de las artistas más cortejadas.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, No. 219 SANTIAGO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS BIEN SURTIDAS.

se vende a los siguientes precios:

1|4 tubo o tubo maletín	$ 2.00
1|2 „	„ 8.00
1|1 „ o super tubo	„ 13.50

Tres colores:

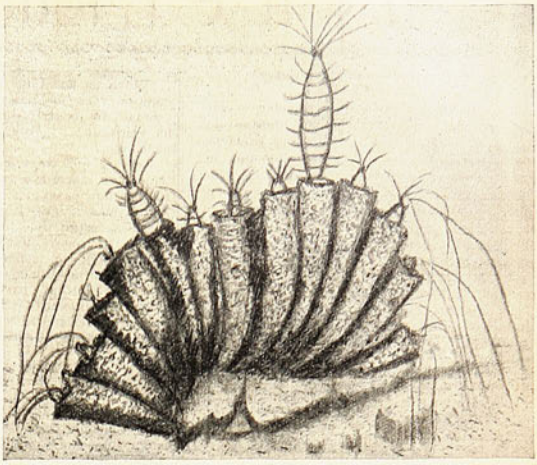
BLANCO, ROSADO (NATURELLE) y MARFIL (IVOIRE)

Gusanos de Mar

ingeniosos constructores de sus habitaciones

Las Pectinarias

Por ENRIQUE ERNESTO G'COUX



PARA el que observa una costa durante las bajas mareas, llaman la atención esas grandes agrupaciones tubulares formadas de granos de arena, que se ven entre las rocas cuando el mar las deja en descubierto y que son las viviendas de las Pectinarias, débiles anillados, en apariencia, pero, hábiles artífices que en la lucha por la vida, han sabido construir su artísticas habitaciones agrupando granos de arena alrededor de sus cuerpos, haciendo un estuche para éstos, que los proteje y los oculta.

Teniendo interés en verlas trabajar y en saber cómo construían sus habitaciones, llevé algunas a mi casa colocándolas en un aquarium, donde no hicieron ninguna manifestación de actividad, ni dieron señales de vida. Pero, después de algunas horas, poco a poco fueron apareciendo lindos hacecillos de pelos en el extremo de cada tubo y en seguida sacando la cabeza y parte del cuerpo.

Y era seguramente una exploración hecha con precauciones, porque al menor movimiento extraño, se encogían con viveza para volver a salir tímidamente agitando los hacecillos.

Para obligarlas a ejecutar el trabajo que deseaba conocer, destruí una mañana la parte superior de algunos tubos.

Las pectinarias de los tubos rotos se ocultaron y no volvieron a salir sino en la tarde de aquel día, después de esa larga reclusión e inmovilidad.

Al observarlas por la noche las encontré en pleno trabajo reparando mis averías. No se intimidaban por la luz artificial, pero, sí como antes, con los movimientos.

Habían echado unos largos y finos tentáculos serpentiformes, como hilos muy delgados, de color sanguíneo, más bellos en colorido viéndolos por transparencia, y en número de ocho o diez en cada uno de los tubos, donde escondían casi toda la cabeza, dejando afuera y agitándose a los tentáculos.

Estos llegaban hasta el fondo del aquarium, alargándose o recogiéndose, desde una altura de cuatro a ocho centímetros.

Este continuo movimiento significaba la ascensión de los materiales para la reparación de los tubos rotos. Cuando un tentáculo llegaba al fondo, donde había arena y concha molida, cogía un grano y lo suspendía encogiéndose. A medio camino, a veces, acudía otro tentáculo o dos o tres más y ayudaban a elevarlo, porque tal vez resultaba pesado para uno solo, hasta llegar al borde del tubo donde lo colocaban.

La pectinaria entonces hacía un suave movimiento de cabeza acercándola mucho al punto donde fué depositado el grano.

Creo que sería con el objeto de aplicar una especie de secreción aglutinante con que parece están fijados los granos. Mientras tanto los tentáculos seguían en su tarea de subir y ayudar a subir los materiales. Y lo hacen como si cada uno de ellos fuera un individuo, un animalillo, porque trabajan solos o en compañía, lo mismo que independientes, eligen los materiales, desechan unos, toman otros que elevan juntos o separados.

Viéndolos en este trabajo, recuerdan un grupo de lombrices de tierra que fueran delgadísimas y de color escarlata, agitadas de su movimiento característico. Y cuando quedan un instante en reposo imitan una hebra deshilada de seda roja.

Aunque parece que consiguen tomar y suspender los granos de arena por medio de ventosas, nace la sospecha de que logran tomarlos secretando un líquido pegajoso como el que empleará la pectinaria para fijar los materiales al tubo de su habitación.

Tocando los tentáculos con un estilete cuando estaban trabajando, se retraían hasta desaparecer encogiéndose, por la boca del tubo, donde quedaban ocultos un largo rato mientras los demás trabajaban lo mismo que si estuviesen los ausentes, que volvían a salir más tarde a incorporarse en las actividades de la faena común, incesante, continua, de escoger y subir los granos de arena y pedacitos de conchas, materiales de sus construcciones.

Uno, dos o tres suben; otros en igual o más número bajan desocupados; quedan algunos en la mitad del camino serpenteando, esperando la oportunidad de ayudar a los que trabajan. Todos se mueven.

Una de las pectinarias consiguió reparar su vivienda en cuatro horas, reconstruyendo tres milímetros en una circunsferencia de dos milímetros de diámetro.

Pude notar que las más pequeñas eran más diligentes y activas en el trabajo.

Al cabo de tres días el mayor número de ellas había reparado sus tubos de la manera que expongo(quedando todos iguales en altura, como si estos arquitectos se hubiesen puesto de acuerdo para esa uniformidad en la reconstrucción obligada de sus habitaciones.

MAS ALLA DEL TRABAJO Y DE LA DIARIA LABOR (Conclusión)

Sorprendido en su audaz ascensión fué castigado por Júpiter, y enclavado en las rocas del Cáucaso, con su cuerpo expuesto a los picotazos de las aves de rapiña. Es esta la obra gigantesca que haya producido el ingenio humano. Hace más de dos mil años que asiste a los actos de la Humanidad.

Prometeo es el mártir de todas las épocas. Es el símbolo de todos los tiempos. Es el hombre moderno que ha sucumbido por servir a la Humanidad. Y en esto está dicho todo.

Si mil veces Prometeo se desprendiera de sus ligaduras volvería otras tantas a sustraer el fuego sagrado para repartirlo entre los mortales. Es el revolucionario, el personaje que nunca morirá.

—¿Qué piensa del matrimonio y qué del divorcio?

—El matrimonio es el estado normal del individuo. Es la base de la sociedad.

Creo que nos hace falta el divorcio, a fin de concluír con las inmoralidades que significa la unión entre dos seres que se odian.

—¿Por qué cree usted que está soltero aún?

—Porque no he estado todavía en... en la hora...

—Si tuviera un hijo, ¿qué carrera le gustaría que abrazara?

—Medicina, por creer que es la carrera más noble y más humana.

—¿Qué edad tiene usted, señor? Y perdone.

—38 años.

—Siga perdonándome. ¿Ha estado de novio alguna vez?

—Así dicen... exclama, evitando una contestación categórica.

—Por último y para terminar, ¿qué piensa de los periodistas preguntones?

Como al comienzo de la plática, los ojos acerados y penetrantes del juez están frente a frente de las miradas ávidas e inquietas del periodista. Hay un momento de silencio que a intervalos se quiebra con la triste entonación de un preso que, allá en su calabozo, canta para alegrar la pena de su encierro, desde el cual apenas si divisa un pedazo pequeñito de cielo azul.

Las miradas vuelven a encontrarse y el juez que ya está de pie, creyendo que es en verdad la última pregunta, poniendo toda la ironía de sus ojos que observan atentos tras los cristales biselados de sus anteojos, deja caer las palabras pausadamente, livianamente:

—Prefiero dejar a usted la contestación...

LORD LISTER

CARNOL

el bien conocido remedio para

ENGORDAR

Ganar Fuerzas y Mejorar la Digestion

Hace aumentar de 3 a 8 kilos en pocas semanas

Contiene las Famosas VITAMINAS.

Comprelo en las Boticas.

Base: Extr. Sabal, hipofosfito de calcio, sodio, potasio, lecitina, he- de zinc.

"PROMONTA"

(alimento de los nervios)

en tabletas y en polvo)

es un alimento conocido para el sistema nervioso, como tónico y reconstituyente.

PROMONTA es recomendado y prescrito por los médicos y está en uso en los grandes Hospitales de Europa.

PROMONTA es un preparado orgánico en tabletas y en polvo, a base de sustancias provenientes del sistema nervioso central, combinadas con vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

De venta en todas las boticas.

Agentes exclusivos para Chile: DAUBE y Cía.

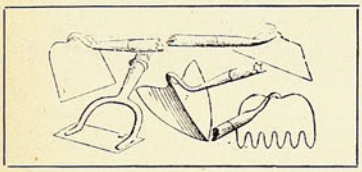
M. R.

Jardinería Práctica

Tierra que requieren las flores

La calidad de la tierra ejerce poderosa influencia en la vegetación de las plantas de un jardín. Cuando el suelo es de una excelente composición química, el desarrollo que se advierte en las plantas es vigoroso y las flores que se producen son siempre grandes y hermosas. Pero si, como suele ocurrir con frecuencia, sólo se dispone de un reducido espacio de terreno, donde las raíces no alcanzan a absorber todas las sustancias nutritivas necesarias a su vida, entonces estas plantas no se desarrollan, pierden su vigor y las flores que producen son muy pocas y muy feas.

Una planta, cualquiera que sea su especie o su familia, no puede vivir si no absorbe del suelo ázoe, fósforo, potasa y cal, cuatro elemen-



tos químicos a los cuales con mucha propiedad se ha dado en llamar elementos fundamentales de la nutrición vegetal.

En todo terreno se encuentran estas sustancias, pero a veces en cantidad muy reducida o en un estado que no pueden ser asimiladas por las raíces. Otras veces se observa que en un suelo predomina un elemento más que otro.

Como no sería fácil para un jardinero determinar en cada caso la composición química de un suelo destinado al cultivo de las flores, es recomendable, que al iniciar cualquiera plantación, formemos, antes que nada, una buena tierra, si queremos obtener flores de hermosa presentación.

De diferentes maneras podemos obtener tierra de jardín de buena calidad; pero lo más sencillo es prepararla con un 25 por ciento de tierra común de la más fértil que se encuentre, ojalá que sea tierra de migajón; otro 25 por ciento le agregamos de tierra de hojas y un 50 por ciento de arena de río.

También podría formarse la tierra de jardín con un 25 por ciento de arcilla, 60 por ciento de arena común, 10 por ciento de mantillo o tierra humífera, y un 5 por ciento de cal.

En la práctica los jardineros, cada vez que desean hacer un almácigo de flores, toman una palada de tierra común bien harneada, dos paladas de tierra de hojas y una de arena.

¿Quién no tiene una planta en su casa? ¿Y cuántas veces no nos encontramos en la necesidad de recurrir a un consejo "porque se ha apestado" o porque hay que desgajar un codo, etc.?

La casa que tiene un jardín o, simplemente, cuatro maceteros con otras tantas plantitas, es una casa más alegre, más simpática. Tanto más alegre y simpática cuanto más hermosas están esas plantas.

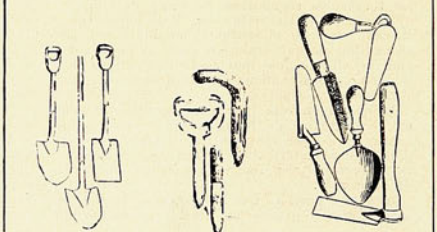
De ahí, pues, que hayamos solicitado la colaboración del conocido ingeniero agrónomo don Julio Chacón del Campo, profesor de vasta cultura, para entregarle esta sección, que creemos que será de positivo valor para nuestros lectores.

Para reunir los diferentes componentes de la buena tierra de jardín no se requieren conocimientos especiales. La tierra que hemos denominado de mantillo o humífera, no es otra sino la misma tierra de hojas, que se forma en un rincón del jardín, haciendo una zanja y depositando en ella las hojas que caigan de los árboles, las cuales, una vez descompuestas completamente, constituyen una tierra de excelente calidad.

La tierra de **migajón**, no es otra si no aquella que ofrece mayor fertilidad y que se llama así porque está formada por cal, humus, arcilla y arena. Es por lo tanto una mezcla de las principales sustancias químicas.

La arcilla es lo que en el lenguaje corriente se conoce con el nombre de greda, o sea el elemento que sirve de materia prima a la fabricación de objetos de barro.

Si el jardín ocupa una extensión más o menos considerable, no sería económico desparramar a toda la superficie esta tierra de buena calidad; basta únicamente destinarla a los almácigos o bien para el pie de cada planta.

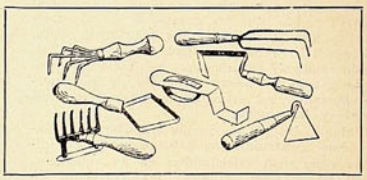


Instrumentos manuales de labranza

Pero si la superficie es muy pequeña o si las plantas están en tinas de madera o en maceteros especiales, toda la tierra debe ser de la mejor calidad.

Cuando el jardín es extenso debe labrarse la tierra con anticipación, a unos 40 cm. de profundidad, lo que se consigue con instrumentos aratorios de tracción animal. En caso de disponer de unos cuantos metros de suelo, las labores de labranza se hacen a mano, picando la tierra lo más que se pueda, ya sea con azadones, con layas o con picotas; en seguida se destruyen los terrones, se extraen las malezas y se agrega una buena porción de guano seco, que se incorporará al suelo mediante una nueva labor que se hace con rastrillos.

Es muy conveniente que el suelo se labre lo mejor que sea posible a fin de que se maten todas las semillas de las malezas y se eviten



más tarde los trabajos de escarda y limpia, que siempre resultan antieconómicos y que por lo mismo rara vez se ejecutan.

Un terreno bien labrado, perfectamente mullido y que ha permanecido un tiempo expuesto a la acción de los agentes atmosféricos, gana tanto en fertilidad como si hubiese sido abonado con los mejores elementos fertilizantes, pues el sol y todos los meteoros le dan a la tierra bien labrada, más vitalidad y mayor fuerza, puesto que, gracias al sol, al aire y a la humedad, muchas de las sustancias de difícil asimilación se transforman y quedan aptas para ser absorbidas por las raíces.

Mediante la remoción del suelo se consigue además reducir al mínimum las partículas de tierra, lo que se traduce en una mayor asimilación de las sustancias nutritivas, las cuales rara vez pasan a las raíces si el terreno no ha sido bien trabajado.

Resumiendo lo dicho, vemos que hay absoluta necesidad en que a una buena tierra de jardín debe ir siempre unida una perfecta preparación del suelo.. Esto último se consigue mediante el uso de las herramientas modernas, que el ingenio humano ha inventado para cada labor cultural.

JULIO CHACON

UN LINDO JUEGO DE TOCADOR AL ALCANCE DE TODAS

¿Verdad que es lindo este servicio de tocador y que él por sí solo puede adornar la mesa de una dama elegante? Pues es muy sencillo y fácil de poseer; no se trata de un anuncio de esos que dicen "por sólo unos cuantos centavos, etc.", no, es aún más fácil, si tiene usted algún ingenio, (y quiero suponer que todas mis lectoras lo tienen.)

Los tiestos de cristal que le han quedado a usted vacíos, después de haber consumido el contenido que trajeron del almacén de provisiones, como conservas, salsas etc., o si no puede adquirirlos a diez centavos cada uno en cualquiera tienda de 5 y 10 u otras por el estilo; si usted sabe pintar, no hay que decirle nada más; el grabado está diciéndole; pero si no puede usted pintar flores, paisajes o cualquiera figura, tome un pincel, lo empapa de pintura esmalte, bastante espesa y va trazando líneas hasta formar el dibujo que está en los utensilios del grabado; si usted se fija, verá que todo él está formado con una línea caprichosa, la cual va diseñando las flores y las ramitas.

También queda muy bonito decorándolo con sellos de correo usados, recortados en formas caprichosas y pegándolos con goma, variando y combinando los colores; después se le pasan unas pinceladas de barniz para darles brillo; unos cuantos toques de dorado y ya tenemos con un gasto ínfimo y un poco de sentido artístico un objeto útil y bonito sobre la mesa del tocador.

¡OJO!

Si usted no quiere sufrir desengaños, al comprar Tintura para el pelo, exija siempre la

TINTURA FRANCOIS
INSTANTANEA M. R.

la única que desde veinte años sigue elaborada con los mismos procedimientos.

Devuelve al pelo o barba el color primitivo de la juventud, sea en negro, castaño oscuro, castaño y castaño claro.

La única legítima es la que lleva el retrato del inventor.

De venta en todas las farmacias.

Girones de Arlequín

Con la raqueta.—

La brillante actuación de los hermanos Torralva en el campeonato francés de tennis, ha agitado un instante sobre París las dos sílabas del nombre exótico de Chile.

A la raqueta de los Torralva se le debe el que este nombrecito diminuto se haya encumbrado a la vista de todos, lo mismo que una triunfante pelota de tennis.

Malas manos han manejado tantas veces esto nombre, que hay que saludar con agradecimiento a esos dos hermanos que han sabido agitarlo airosamente en el aire, aunque sea en el vuelo de las pelotas de tennis.

El maharajá de Indore.—

Sin ánimo de zaherir a ninguna potestad del cielo o de la tierra, puede confesarse que las po-

testades tienen siempre, para el gran público, un valor espectacular.

De origen divino, electivo o simplemente providencial, las potestades gustan de guardar las formas antiguas, y las muchedumbres se asoman ansiosamente a verlas pasar. De esta curiosidad no tienen la culpa las muchedumbres.

Entre todas las potestades, ¿han visto ustedes una más vistosa que la de un Maharajá? Aquí estuvo uno, y llenó sus departamentos del hotel con sus ayudantes, sus escribientes, sus secretarios, sus ayudas de cámara, sus sirvientes y sus cocineros.

Por eso las cosas de un Maharajá interesan mucho a la curiosidad del público. Pero hay uno que ha perdido el buen humor para dejarse bucear por los periodistas y encantar por su conducto la mente de sus búbditos y de los que no lo son.

Es el Maharajá de Indore. Según un despacho cablegráfico, él celebra su noviazgo con la "norteamericana" Miller. ¡El matrimonio de un Maharajá del centro de la India, príncipe vasallo de Inglaterra, con una "norteamericana"!

Un acontecimiento así requiere la intervención del periodista.

Pero, cosa rara, el Maharajá se negó a decir palabra. Y el periodista, como una pequeña venganza, termina la noticia de su fracaso diciendo:

—"La Miller también se negó rotundamente a dejarse entrevistar."

Más prudente que el Departamento de Estado, ella obra y calla.

Contra Voronoff.—

En una reunión de médicos celebrada en Viena, numerosas eminencias se han pronunciado acerca del procedimiento de Voronoff. La mayoría de ellos — atención, jóvenes barbados — estuvo de acuerdo en que la ciencia médica no ha conseguido llegar todavía al verdadero rejuvenecimiento del hombre.

Muchos aseguraron que el injerto Voronoff sólo procura una regeneración momentánea. Y todavía quedaría por averiguar cuánto influye en ésto la autosugestión, agregó el Dr. Schoenbahuer.

Voronoff, naturalmente, defendió su procedimiento.

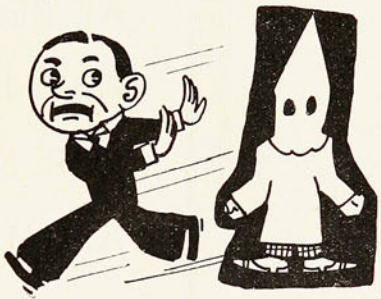
Por tendencia natural, tomaríamos en este caso el partido de la minoría, que es siempre la más simpática y que aquí gana en fuerza íntima, precisamente porque consta de una sola persona, de Voronoff.

Pero hay un viejo formidable que nos conquista con un vozarrón enérgico de guerrero. Es el doctor Scheyer, que repudió abiertamente las prácticas del rejuvenecimiento.

Con su propio ejemplo debe de haber convencido a mucha gente. Porque, en cuanto a rejuvenecimiento, exactamente, él ni lo necesita.

Sin capuchones.—

Desde el 22 de este mes el famoso Ku-Klux-Klan ha dejado de usar capuchones.



Es difícil concebir qué van a hacer en lo sucesivo esas valientes personas cuando sientan despertar en su sangre al troglodita fanático y torturador que antes disfrazaban sin mucha eficacia bajo el cucurucho.

Quién sabe si el Departamento de Estado, con su ánimo de cortesía hacia la América española, los manda en excursión de turismo, a Nicaragua.

Las pobres brujas.—

He aquí que la Corte Suprema de Hungría acaba de absolver a cuatro individuos confesos de haber asesinado a una bruja.

Hasta este punto ha llegado la decadencia de la hechicería.

El carácter de la mujer asesinada ha determinado de un modo concluyente el acuerdo del alto tribunal, de modo que los acusados obtuvieron la revocatoria de la sentencia que los condenaba, precisamente porque su víctima no era ni más ni menos que una bruja.

Los acusados tenían un amigo enfermo, el cual atribuía sus desdichas a las visitas de una vieja limosnera que con sus maleficios lo introdujo el demonio en el cuerpo. Un día en que el enfermo relataba esta historia por centésima vez a sus cuatro amigos, entró en la habitación una anciana miserable que tendía la mano. Los presentes la atormentaron desde luego a preguntas, y como la vieja no se explicase con mucha fluidez, tomaron un hacha y la agitaron hasta cansarse sobre el cuerpo de la mendiga.

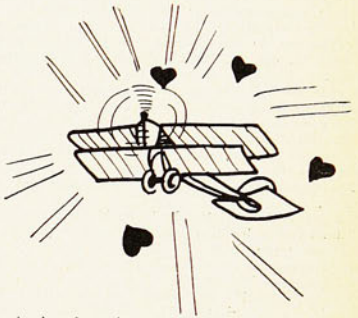
Habían creído que, efectivamente, era una bruja. Pero eso no lo han creído solamente ellos. Lo ha aceptado con una certidumbre irrevocable uno de los mismos jueces, quien ha terminado el resumen de su opinión sobre el asesinato, diciendo que todas las circunstancias señalaban que, en efecto, aquellos cuatro hombres pusilánimes se encontraban frente a una terrible hechicera.

Todo este trance no contraría las leyendas, puesto que es fama que, no obstante todo su poder, las brujas pueden ser muertas a hachazos. La diferencia con el caso presente reside en que los que antes las mataban solían casarse muy pronto con alguna princesa sonámbula o yacente del bosque.

Los de ahora han estado a punto de quedarse a la sombra.

El vuelo nupcial de Angela Medina.—

No queremos decir que Angela Medina sea la reina de algún panal, y que haya realizado el vue-



lo hacia el zenit, que tanta importancia tiene para las rubias abejas.

Pero Angela, alentada tal vez por las evocaciones que sugiere su nombre, ha volado en un aeroplano, ya que no dispone de las alas bíblicas. Por lo demás, siempre ha intentado ser la soberana de sus actos.

Como sus padres no le permitieran casarse con el pequeño José Rastrans, tomó a su novio, lo embutió en un aeroplano y voló hasta la ciudad de Méjico desde Tampico.

Desgraciadamente, al aterrizar, fué recibida por un destacamento de policía, a solicitud de sus padres.

Es la primera fuga aérea de novios que ha ocurrido en Méjico. Y a pesar de su término, sería imposible negar que ha resultado un ensayo magnífico.

Por ahora han sobrado los papás y la policía.

Lindbergh en La Habana.—

El alcalde de La Habana presentó a Lindbergh las llaves de la ciudad, como un homenaje a sus proezas.

Un nicaragüense que presenció la ceremonia ha declarado que admira más al aviador desde ese momento, pues al ver la cortesía del alcalde, sufrió un horrible temor de que el norteamericano se guardase tranquilamente la llave en el bolsillo y apareciesen después algunos buquecitos. en el puerto.

Naturalmente, se trataba de un "temor infundado".

ARTE FOTOGRAFICO

A LOS AFICIONADOS

"PARA TODOS" pagará cinco pesos por cada fotografía interesante que se nos envíe y se publique. Por las tres mejores pagaremos $ 10.— y $ 20.— por la que se destaque de todo el conjunto.

Los temas son libres. Sólo exigimos originalidad, CLARIDAD, nombre y dirección. Diríjanse las fotografías al Director de "PARA TODOS", Casilla 84-D. — Santiago.

LA MUJER EN EL HOGAR

LA DESPENSA

AS compras diarias han de hacerse de las materias difíciles de guardar, mientras que las que pueden conservarse bien en la despensa es mejor comprarlas en grandes cantidades, dichas **al por mayor**, pues así se consiguen grandes ventajas en el peso, la calidad y el precio. Para colocar estas compras, que reciben el nombre de provisiones, se necesita tener una habitación reservada a la conservación de los alimentos, que recibe el nombre de **despensa**. Las alacenas o armarios sólo sirven para contener objetos de gasto inmediato, y las llamadas **fresqueras** o ventanillas de tela metálica, en que se colocan al fresco los alimentos son más bien para las sobras de comida o alimentos que al día siguiente se hayan de preparar.

Las despensas deben estar orientadas al Norte o al Este para que sean bien ventiladas, con grandes ventanas y corrientes de aire, con cuerdas y garfios para colgar viandas, tablas y botes en donde guardar conservas, y espacio para las salazones, etc. Los sótanos, no siendo húmedos, reúnen por lo general buenas condiciones.

Un termómetro, para cuidar de que la temperatura no se eleve a más de 10° centígrados, es de absoluta necesidad.

Habrá que tener siempre provisión de sustancias propias para retardar la fermentación en virtud de sus propiedades químicas: sal, pimienta, carbón de madera y cenizas.

La teoría de la conservación de los alimentos es muy sencilla; reposa toda ella sobre la de las fermentaciones.

La descomposición de una sustancia orgánica no es más que la transformación de sus elementos bajo la acción de una causa viviente mal definida, que se llama **fermento**. Los gérmenes de la fermentación existen con profusión en todos los medios, desde que la acción superior de la vida no defiende los cuerpos orgánicos; estos terribles agentes les descomponen y vuelven a la Naturaleza cada uno de los elementos que los componían. La acción de los fermentos está limitada entre 0 y 100° de temperatura, y se hace tanto más activa cuanto más se eleva ésta. Una vez que se conocen estos principios, la teoría es fácil de comprender. Se reduce a cuatro reglas:

1.a Impedir la acción de los fermentos por una temperatura inferior a 0°.

2.a Librar los objetos de la acción del aire.

3.a Absorber los líquidos o gases que puedan fermentar por medio de sustancias químicas.

4.a Neutralizar con un cuerpo alcalino los productos de la fermentación, que son siempre ácidos.

Es bien conocido de todos el procedimiento Appert para la conservación de las carnes. Consiste en privarlas del aire encerrándolas herméticamente en botes de hierro blanco, que se echan en agua y se les va calentando hasta que hiervan, manteniéndolas durante bastante tiempo a 100 grados para que se destruyan los fermentos.

Este procedimiento se sigue en las casas en parte cuando se guardan las longanizas y las carnes fritas en aceite en ollas herméticamente tapadas, que es una de las conservas más fáciles.

Otro procedimiento de conservar la carne es en sal. Se hace de dos maneras: ya poniendo los pedazos de carne en una tina llena de agua de sal, ya salando en seco. Este procedimiento es el que más se sigue, sobre todo con la carne de chancho.

Se frotan con sal los pedazos que se desea salar y después se van enterrando en capas de sal de modo que no se toquen, recubriéndolos con una tela blanca. Al cabo de quince días la salazón está hecha y se puede conservar largo tiempo sin andar tocando más que de vez en cuando para llevarse el pedazo que se desee.

Lo general es retirar la carne de la salazón y colgarla en sitio fresco. Para evitar que se enrancie se recubre con una capa de tierra de greda.

A los jamones finos se les añade en cada kilógramo de sal 50 gramos de pimienta, frotándolos bien, y se dejan en la salazón ocho días. Al cabo de ese tiempo se cuelgan al humo y se pone la salmuera al fuego, añadiéndole:

Clavillo, 60 grs.; Gengibre, 60 grs.; Pimienta en grano, 250 grs.; Ginebre, 250 grs.; Melaza, 2 kilos, orégano, laurel y mejorana, albahaca y sange. Se hace hervir hasta que esté bastante densa para que un huevo flote; se retira y se deja enfriar. Se cubre de nuevo a los jamones con esta salmuera por espacio de tres semanas, se prensan y enjugan frotándolos en sitio seco. En algunas casas los meten dentro de una funda de lienzo, con hierbas aromáticas y los suspenden de la chimenea.

Las carnes secas se preparan metiéndolas en agua de sal un par de días y exponiéndolas después al sol y guardándolas del aire de noche.

Unas y otras suelen ahumarse. Para esto se necesita una habitación **ad-hoc**, donde se cuelgan los pedazos y se ponen bajo la acción de humo de leña del monte. Este las conserva por sus propiedades antisépticas y les da un gusto muy del agrado de algunas personas.

Las lenguas a la escarlata se ponen en adobo como el que hemos dicho para el jamón y después se curan al humo.

La manteca derretida y las grasas fáciles de enranciar se conservan librándolas del contacto del aire.

Los huevos se mantienen frescos en una ligera agua de cal.

Los pescados se conservan fritos en aceite, salados y secos, como dejamos dicho para las carnes. Los calamares se secan también.

Pero el pescado tiene otra manera de conservarse en escabeche. Después de frito envuelto en harina en buen aceite, se coloca en una tinaja vidriada y se le pone cáscara de limón y naranja, tomillo, laurel, pimienta, canela y clavo y se llena de buen vinagre. Se cubre todo con aceite frito, que sobrenada y evita penetre el aire, y se conserva así largo tiempo.

AL BESAR UNA MANO FEMENINA, UD. NOTARÁ, POR SU SUAVIDAD Y AROMA, LOS EFECTOS INCONFUNDIBLES DE LA

COLONIA

FLOR de ESPINO

BOTICA FRANCIA ESTADO, 154

ANÉCDOTAS DEL JUEGO EN MONTECARLO

Principes y Pobres Diablos que se han Creido en Posesión del Secreto de la Ruleta

El Sagaz Ingeniero que Trajo de Cabeza al Casino

Por——————Paul De Ketchiva

ESTA serie de artículos sobre casinos y juego desde varios puntos de vista sería incompleta si no se dedicase alguno a hablar de los ingeniosos sistemas que de vez en cuando se han puesto en práctica para **hacer saltar** la banca y llevarse de la mesa una fortuna.

Puedo comenzar por afirmar que nunca se ha ideado sistema ninguno capaz de ganar en el propio juego a la banca en los últimos veinticinco años; y, según mi noticia, sólo una persona ha derrotado a la banca del Casino de Montecarlo con procedimientos más o menos legítimos.

EL TERRIBLE JAGGERS

Fué un hombre apellidado Jaggers. Vino del norte de Inglaterra y es sin duda figura extraordinaria por la perseverancia incansable que puso en su determinación de saltar la banca de Montecarlo no podían haber sido tan perfectamente equilibradas que no se inclinasen en la dirección de algunos números. Argüía que los fabricantes no podían haber dado absoluta exactitud al ajuste de las ruedas y que, por tanto, en puntos determinados, la ruleta habría de traicionar a la banca en favor del punto. Con un capital de unos miles de libras, pocos, Jaggers se puso a la obra de derrotar a la banca.

Tomó varios empleados, a los que encomendó que observasen las ruletas del Casino e hiciesen una lista de los números que ganaban. Todas las noches la estudiaba cuidadosamente, y llegó a describir que en cada mesa salían ciertos números más que los otros.

Hizo una lista de estos números, fué al Casino y guiado por la particularidad de cada ruleta, empezó a jugar. En pocos días se había llevado de la banca 120,000 libras esterlinas.

Algo supo la Administración del Casino de las averiguaciones logradas respecto de cada ruleta, y sigilosamente, durante las horas de la noche en que no se juega, cambió las ruletas de unas mesas a otras. Ignorante del cambio, fué Jaggers al Casino al día siguiente, y, con gran sorpresa suya, el sistema fracasó y la banca recuperó 50 mil libras de las 120,000 que él le había ganado. Seguro de que allí había ocurrido algo, Jaggers se propuso aclarar el misterio y con cuidadosas observaciones vino en conocimiento de cómo le había buscado las vueltas el Casino.

Pero este genio de los sistemas no se dió por vencido y estudió cuidadosamente cada ruleta misma, de tal modo que por alguna marca o señal las reconociese y así no pudiera sufrir nuevo engaño. En algún caso, la señal, una pequeña rozadura en el esmalte.

Y nuevamente ganó Jaggers y recuperó las 50 mil libras que había perdido. La banca, no sabiendo ya qué hacer, envió a toda prisa un mensajero a París para que consultara el caso con el fabricante de las ruletas. El jefe de la fábrica ideó al instante un medio para que abortara el sistema de Jaggers: hacer los agujeritos de la rueda en que entra la bola de celuloide intercambiables, de modo que cada noche pudieran variarse, alterando con ello la irregularidad que pudiera haber en el equilibrio de la rueda. Esta fué la derrota de Jaggers; pero cuando él se dió cuenta de que le habían vencido y se volvió a su casa provinciana del norte de Inglaterra, se llevaba 80,000 libras del Casino.

"MONTECARLO WELLS"

No pasa una temporada en Montecarlo sin que cientos de jugadores aguecen su ingenio dando vueltas a las leyes de probabilidades y de equilibrio, con la esperanza de vencer a la banca. Muchos creen haber hallado un sistema y acaban siendo víctimas de su propio ingenio.

Son numerosos también los que, con el sistema descubierto, van al Casino y ganan, y porque han ganado aseguran a sus amigos que han logrado lo imposible y encontrado al fin el medio seguro de llevar al Casino a la quiebra; pero como lo ocurrido a ellos no fué sino pura casualidad, suele el que sigue su sistema pasar el resto de su vida maldiciendo del inventor.

Montecarlo Wells estuvo ciertamente al borde de descubrir un sistema infalible. Dió a la Administración del Casino muchos malos ratos, y se llevó de la banca buena cantidad de dinero. No obstante, tomó la adicional precaución de empezar jugando con dinero ajeno, cuya posesión le costó verse encerrado una buena temporada.

Era su sistema el muy sencillo de apuntar dentro de los diez números que seguían al cero por cada color; porque había comprobado que de cada diez casos, en nuevo la oscilación no iba más allá de estos diez puntos, en uno u otro sentido. La observación era cierta, porque, después del sensacional desbanco de varias mesas, peritos llamados por el Casino vieron que un defecto mecánico en la construcción de las ruletas era causa de esta anomalía. Pero cuando esto ocurrió, ya Mr. Wells estaba retirado, en varias acepciones de la palabra.

EDUARDO VII Y GUILLERMO II

El Rey Eduardo VII, muy interesado en la ruleta, hizo un estudio de ella durante una estancia en Montecarlo. Poco tiempo después se susurró, con toda la discreción obligada, que el Rey Eduardo había descubierto un sistema. Se despertó gran curiosidad, y todos esperaron el resultado. Se dijo que el sistema se había ensayado en el Casino con resultado no satisfactorio. Todos, no obstante, querían averiguar cuál era la base del sistema. Se puso en circulación algo después que el Rey había observado o creído observar que el rojo tenía una atracción magnética, en virtud de la cual de cada diez boladas, siete u ocho eran, invariablemente, a favor del rojo. Y deducía de ello el Rey Eduardo que, doblando las posturas, el punto podía contar con la certeza de un balance favorable al término de cada doce boladas. Mucha gente trató de perfeccionar la ingeniosa idea del Rey **Taddy's**; pero ninguna de las tentativas que se hicieron resultó favorable.

El Káiser, en la última visita que hizo a la Riviera antes de la guerra, supo que un profesor alemán llamado Schott, de la Universidad de Heidelberg, acababa de dar los últimos retoques a lo que él, como cada cual en su caso, tenía por sistema perfecto de juego. El Emperador alemán envió a buscar desde Niza al profesor, que le puso al corriente de su invento, y deseoso de

(Concluye en la página 27)

Armanda de la Vega.—Santiago.—Le incluyo dos recetas, de las cuales la primera es la mejor. Si le conviene el precio que le cobren por hacérsela, prefiérala. En caso contrario confórmese con la otra que también es buena: Quina roja, 15 gramos. Magnesia inglesa, 62 gramos. Cochinilla, 11 gramos. Alumbre, 8 gramos. Crémor tártaro, 125 gramos. Aceite de menta inglesa, 5 gramos. Aceite de esencia de canela, 3 gramos. Espíritu de ámbar almizclado, 1 gramo. Se reducen primero a polvo impalpable las cinco primeras sustancias, el alumbre se pulveriza en seguida con la cochinilla, a fin de que tome bien el color, después se añade el crémor y la quina, las esencias se vierten en otro tarro con la magnesia y cuando se han absorbido se mezcla con las primeras sustancias y se pasa todo por un tamiz de cerda muy fino.

El modo de usar estos polvos consiste en frotar los dientes con un cepillo muy suave dos o tres veces por semana. Deben guardarse herméticamente cerrados.

La otra receta es la siguiente: Bicarbonato de soda, 10 gramos. Creta precipitada, 25 gramos. Talco de Venecia, 25 gramos. Mirra, 2 gotas.

Para apretar las carnes dese duchas frías y haga ejercicios gimnásticos. No tiene por qué pedir disculpas. Tenemos el mayor agrado en atender a nuestras lectoras.

Lectorcita.—Si hace usted el viaje en un vapor de clase única en que la diferencia de los precios venga de la ubicación de los camarotes y de las comodidades con que éstos cuenten y sobre todo si el vapor pertenece a una compañía inglesa, tiene usted que proveerse de trajes de etiqueta, para ir en la noche al comedor. Si va usted en vapor con clases completamente diferenciadas se simplifica mucho la cuestión vestimenta. En el primer caso necesita usted un par de trajes de diario, para estar en las mañanas en cubierta, uno puede ser de brin de hilo y el otro de tusor. Para las mañanas frescas tendrá unos pull-overs de lana tejida a palillos. Si es usted prolija puede confeccionarse dos que combinen con los colores de sus trajes o con una falda plisada de popelina de lana blanca. En esta forma, con los dos trajes, la falda y los dos pull-overs, siempre estará usted chic y variará su presentación. Con estas tenidas mañaneras se almuerza y se continúa hasta la hora del te, en que es necesario cambiar el traje por otro de medio vestir, una bata de espumilla, por ejemplo, con mangas largas y sencillas. Para la hora de la comida necesita cambiarse nuevamente, poniéndose un traje de noche. Como en las tardes suele refrescar, tendrá que ponerse un abrigo para estar en cubierta, los más prácticos son los de kasha. Para el mismo objeto en la noche puede usar un abrigo de seda o una capa del mismo material o si no, es lo más elegante, un mantón de Manila. Por cierto que necesitaría usted dos trajes de tarde y dos de noche. Elija colores suaves y formas simples, que son condiciones que no cansan en un vestido. Para los trajes de mañana le son necesarios zapatos de taco bajo y suela de goma. Es lo más práctico. En la tarde y noche elegirá usted su calzado en armonía con los vestidos que lleve. En la

Correspondencia

Por — *MERLINA*

cabeza no se usa nada ahora pues la melena hace que el viento no despeine considerablemente, pero hay muchas que se ponen una banda de seda del color del traje o una de esas especies de tiaras que usan algunas jugadoras de tennis. Esto es cuestión de gusto.

Cuanto le indico está dicho tomando en cuenta la fortuna modesta que usted dice poseer. En los vapores hay un lujo extraordinario. Seis vestidos, dos abrigos, una falda y dos poll-overs es lo imprescindible para no hacer un papel deslucido.

Magda.—Santiago.—Los guantes no se usan, ni aún en esa ceremonia en que a usted le parecen de rigor. Los trajes de novia últimamente creados por los modistos parisinos son de raso y crépe Georgette, de crépe satín y lama de plata, de espumilla y tul. En resumen: son de telas combinadas. Si su vestido tiene algún adorno de lama prefiera el calzado de este material que enriquece el conjunto, si no lleve unos de raso.

Para el matrimonio civil póngase un vestido de espumilla de color claro, beige, por ejemplo, con el sombrero, el calzado, las medias, la cartera y los guantes haciendo juego. El traje que debe usar en la fiesta que siga a la ceremonia religiosa es el que lleve en esa ceremonia. Si se casa usted con el clásico traje blanco, debe permanecer con él hasta el momento en que se vista para emprender el viaje de bodas.

Aurelia.—Talcahuano.—No conocemos ese producto porque usted nos pregunta, pero hemos oído recomendarlo a amigas que lo han experimentado. Eso sí que entendemos que debe usarse a modo de medicina, por las noches, y no como crema para poner en el día debajo de los polvos. Para sus poros dilatados siga el siguiente sistema. Lávese en las noches con agua caliente, lo más caliente que pueda resistir y luego con agua fría, si es posible pasándose por la cara un trozo de hielo. Se pone enseguida la siguiente agua de belleza: Agua de Colonia de muy buena calidad, 250 gramos. Agua de azahar, 50 gramos. Borato de soda, 15 gramos. Mentol, 0.30 gramos. En la mañana no se lava, sino que se pasa por la cara un trocito de algodón empapado en alcohol alcanforado. Deje que el alcohol se evapore sobre el cutis y se empolva solamente. Use buenos polvos, los Tabac Blond, de Caron, por ejemplo, que son caros, pero que no dañan el cutis y son extraordinariamente adherentes. Si tiene que salir, se pasa otro algodón en la misma forma y se empolva. No use cremas debajo de los polvos. Observe este sistema durante un mes y si no le da resultado me avisa para darle otro. No deje de cuidar su digestión. Ya ve usted que contesto sus preguntas con el mayor de los agrados.

G. Salve Vera.—Ercilla.—La dirección literaria de la revista ha acordado no admitir colaboraciones. Muy agradecidos de su ofrecimiento de todos modos.

Manuel Montes.—Iquique.—Lo mismo que al anterior

Pola Negri.—Valparaíso.—Para sus ojos sólo le aconsejamos que se haga ver por un buen oculista Esas cosas son demasiado delicadas para que se pueda recetar cualquier remedio. Sólo conocemos una clase de pepinos, la que se usa para ensalada y que es justamente la que debe emplear para lo que usted desea.

Pache.—Chillán.—Dése duchas frías y haga mucha gimnasia. Sométase además a un régimen alimenticio. En números anteriores de la revista podrá usted encontrar la forma en que debe proceder para hacer la gimnasia. Si quiere mayores explicaciones respecto a los ejercicios, encargue a una buena librería de la capital el libro **"Mon Sisthéme pour Femmes"**, de Müller. Es el mejor y más explicativo de los libros de gimnasia sueca que conocemos.

Una lectora, N. N.—Antofagasta.—No me explica usted qué carácter tiene su eczema. Si está en el primer período y le produce picazón debe usted hacer una cura húmeda, ponerse en las manos compresas de agua hervida, renovándolas hasta que la picazón haya pasado. Entonces usará usted esta pasta: Oxido de zinc, 10 gramos. Agua de cal, 15 gramos. Aceite de olivas, 10 gramos. Almidón, 12 gramos.

Si tiene costras debe emplear esta preparación en vez de la anterior: Ungüento simple, 25 gramos. Oxido blanco de zinc, 9 gramos. Almidón en polvo, 10 gramos.

Si en vez de costras tiene unas pequeñas escamas, es ésta la pomada, o, mejor dicho linimento, que debe usar: Agua destilada, 100 gramos. Glicerina, 3 gramos. Goma tragacanto, 6 gramos. Brea, 8 gramos.

Las dos primeras fórmulas se usan dos veces por día, la última sólo una vez. Obsérvese usted y vea en qué período está su enfermedad para aplicarse en consecuencia el remedio. Debe seguir además un régimen alimenticio especial, suprimiendo de sus comidas las materias grasas, las carnes negras, el alcohol, el café, el te. Probablemente el mal estado de su cutis provenga de alguna deficiencia digestiva, lo mismo que puede provenir el eczema. Vigile mucho, tanto la alimentación como la digestión. Lávese la cara por las noches con agua templada y jabón blanco de Marsella, poniéndose luego esta loción: Agua aromática de lilas, 500 gramos. Alcohol de 90 grados, 250 gramos. Glicerina neutra, 225 gramos. Leche de almendras dulces, 125 gramos. Acido salicílico, 3 gramos. En la mañana se lava con agua templada y sin jabón, se pone nuevamente la loción y se empolva, cuidando de que los polvos que use sean de muy buena calidad.

Valdiviano enamorado.—Niebla.—Sí, señor, Clara Bow es soltera. Y con eso, ¿qué gana usted?

Aziyadé.—Valdivia.—Haga preparar la siguiente loción: Agua de azahar, 65 gramos. Tintura de benjuí, 5 gramos. Tintura de Hamamelis, 30 gotas. Bórax, 2 gramos. Con ella se hará fricciones todos los días en la parte amagada por las arrugas, empezando por el ángulo interno del ojo, junto a la nariz, para frotar suavemente los párpados con un movimiento circular. Para evitar las patas de gallo, se hace el masaje desde el ángulo externo del ojo hasta la sien. Para que los ojos no se enrojezcan evite ir demasiado seguido al cine o leer con luz artificial. Lávese los ojos todos los días con una copita especial—que en cualquiera botica puede conseguir—en que pondrá agua boricada o agua de rosas. Ese preparado que usted usa puede contribuír a esa irritación. No lo use. Haga mejor lo siguiente que le espesará las pestañas, se las oscurecerá y le dará sombra a los párpados. Ahume un plato con una vela y con la yema de un dedo delicadamente, póngase un poco de este humo sobre las pestañas y párpados. Luego se empareja con un poco de vaselina líquida o con aceite de ricino. Las pestañas quedarán oscuras y brillantes, siendo fácil darles una bonita curva. El párpado, en la parte cercana al lagrimal, debe quedar más sombreado y esta sombra debe mantenerse hasta la parte central, disminuyendo desde ahí hasta perderse en las sienes. El párpado inferior no debe sombrearse sino un poquito cerca del lagrimal. Verá como en esta forma tiene usted todas las ventajas que ahora le da ese producto que usa, sin tener ninguno de sus inconvenientes. Para endurecer las uñas y darles belleza le recomiendo este preparado: Aceite de nueces, 30 gramos. Cera blanca, 5 gramos. Colofonia, 10 gramos. Alumbre, 2 gramos. Pónganse todos los ingredientes a fuego lento y revuélvanse bien. Consérvese luego en tarro de porcelana de cierre hermético. Todas las noches se pondrá un poquito de esta pomada sobre las uñas. Muchas gracias por su atento saludo que correspondemos con igual afecto.

NUNCA SE SIENTE COHIBIDA

ni sufre con el desagradable aspecto y continuo crecimiento del vello, que quita completamente el encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la Crema Vytt ofrece la más satisfactoria y segura solución para el embarazoso problema con el cual la mayoría de las mujeres tienen que enfrentarse. Si Ud. es una esclava de la navaja o tiene que recurrir a molestos Depilatorios anticuados, se hará un bien enorme probando esta perfumada y sedosa crema. Además, las navajas y depilatorios comunes solamente cortan el vello **sobre** el cutis, en cambio Vytt deshace el vello y la **raíz debajo del cutis.**

Vytt viene en tubos cuya aplicación se reduce sólo a extenderlo, esperar unos minutos, luego lavar la parte donde se aplicó y el vello ha desaparecido.

El "Vytt" se remite por correo, enviando $ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, **Casilla, 1161, Santiago.**

El "Vytt" se vende también a $ 6.50, en todas las boticas y perfumerías.

Calcium Sulphydrate. Carbonate. Almidón. Perfume. Agua.

VYTT®

JARABE DE HEMOSTYL del Dr ROUSSEL M.R.

TONICO NUTRITIVO

Form. Sangre hemo fosfat. Glicerin Soda M.Veg. Cort. Cane. Nar.

EL más PODEROSO y AGRADABLE de los RECONSTITUYENTES para curar la ANEMIA, DEBILIDAD para el desarrollo de los Niños, para las Personas Débiles y Convalecientes

De venta en todas las Farmacias.

Algunos Ecos de la Moda

Por Mary Sol

LAS carteras toman variantes muy dignas de atención. Para la mañana siguen usándose las de forma sobre, lo suficiente grandes para que tengan cabida en ellas las mil cosas que una mujer necesita en sus correrías matinales: dinero, muestras, papeles, llaves, polvos, rouge, etc. Las más de moda tienen en el cierre un motivo decorativo de plata, en el cual suele estar incluido el monograma. Son generalmente de cuero del color del calzado que se lleva.

Para la tarde se prefiere la cartera de gamuza, de serpiente o de piel de fantasía, viéndose también algunos modelos de raso, moiré y otomán. Tienen por lo general cierres de plata y algún adorno de este mismo metal. La forma varía inmensamente, pero son más pequeñas que las carteras de mañana y tienen bridas para poderlas colgar del brazo. En las carteras de noche se mantiene el tamaño moderado y entran en su confección los brocados ricamente hechos con hilos de oro y de plata, las mostacillas, las perlas y los strás.

Hay aún dos variantes de carteras: las destinadas al deporte, que el chic refinado exige de cuero igual que el calzado y con la cifra del club a que se pertenece, y las carteras de viaje, que son unas especies de bolsas, también de cuero, bastante holgadas para que quepa en ellas un pequeño necesaire y con carteritas externas destinadas a los billetes del ferrocarril, al dinero suelto y al carnet, pasaportes y demás papeles que sea útil tener a mano.

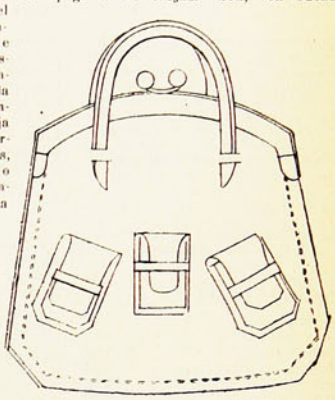
Paño gris perla con adorno de acero. Este modelo tiene todas las características que la moda impone.

Canesú pespunteado

Los trajes, a este paso, van a terminar por ser unos verdaderos mosaicos de piezas. Parece que los modistos, luego de los trajes enterizos en que sólo había las costuras laterales, han empezado a jugar a quién le pone más piezas. Aquellos modelos que no tienen piezas hasta causar marco, tienen nerviaturas, pespuntes, alforzas, galones, todo lo que pueda dar la sensación de cortes geométricos sobre un vestido. A esta hora de los trajes de piezas, se le podrá llamar la hora de prueba de las costureras, que si un vestido enterizo es fácil de hacer y armar, uno de piezas es un verdadero escollo en que muchas han de darse de cabeza.

Traje de espumilla beige adornado por un galón más oscuro incrustado a punto de cordoncillo.

Ya se puede hablar de los sombreros que se usarán en la próxima temporada de otoño. Son pequeñitos, sumamente encajados en la cabeza y todos tienen un movimiento en el ala—o en la copa, cuando son turbantes o tocas—que los apega a las orejas. Son, en buenas cuentas, el modelo llamado de aviador. Este movimiento comba la parte delantera y deja en descubierto las cejas, o una ceja, o un trozo central de la frente. Algunos parecen cascos, otros recuerdan las capotas del año 30. Los adornos son pinchos de metal solo, o de metal con piedras brillantes, en los modelos de tarde resucitan los aigrettes y los velos, pero ya hemos dicho que estos últimos llegan nada más que hasta la nariz.



Este saco de cuero está destinado exclusivamente a los viajes

Para la noche serán preferidos los turbantes sujetos por una linda joya de fantasía, que algunas se darán el lujo de usar legítima. Estos turbantes son de terciopelo brochado, de sedas metálicas o de lamas. Para los sombreros de tarde se dará preferencia al fieltro y al paño taupé, dejando el paño para los modelitos prácticos destinados a los deportes y a la mañana.

Los adornos de los sombreros son joyas finas o lindas imitaciones

Un lindo y sencillo modelo de trajecito de tarde es el que damos a las lectoras aficionadas a la costura para que lo realicen prolijamente. Es de espumilla de seda color beige. La casaca y la falda tienen por adorno un pequeño galón beige más oscuro, con unos cuantos hilos de oro casi imperceptibles en el tejido, pero que alcanzan a darle un brillo muy bonito. Este galón va incrustado con un punto de cordoncillo y forma también la decoración del escote y de las mangas. La falda plisada va dentada en el ruedo en la misma forma que el dibujo que hace el galón.

Falda con el ruedo disparejo

TERMAS DE TOLHUACA

La Cocina y Atención al Pasajero

En oposición a las deficiencias que dos pasajeros encontraron en las Termas de Tolhuaca, los propietarios, señores Muñoz y Richaud, han recibido manifestaciones espontáneas de felicitación, cuyos originales se encuentran en la Agencia. Entre otras conviene citar:

Al señor Coronel don Pedro Garretón: dice que ha pasado con su señora "una magnífica temporada, perfectamente atendido en todo momento y en todo sentido".

Al señor Domingo Oyharcahuel, señora e hijas: "estiman el servicio del todo irreprochable y muy superior al de años anteriores".

Al señor Santiago Zanelli, prestigioso abogado de Valparaíso, señora y hermanas:

"La atención médica es espléndida. El servicio de Comedor y Cocina al gusto hasta de los más exigentes en el arte culinario. El servicio de habitaciones, perfecto."

El señor Federico G. Rudolph, suscribe las anteriores apreciaciones.

Como el mes de marzo fué el año pasado de temperatura y calma atmosférica excepcional, y como el variable verano actual augura un mes de marzo tranquilo y sin cambios, igual o superior al pasado, avisamos a las personas que necesiten de las aguas de Tolhuaca que pueden aprovechar sus virtudes en una verdadera Tebaida, desde el 1.o al último día de la luna del entrante mes, con tarifas moderadas.

Informaciones, Itinerarios y Tarifas en la AGENCIA

HUERFANOS, 1153, Of. 38

HORACIO ECHEGOYEN.

TOMAD CRISTALES YODADOS M. PROOT R.

CONTRA OBESIDAD, ESTREÑIMIENTO, CONGESTIONES. Base: Sal de Karlsbad yodada.

ALMUERZO

—47—

HUEVOS CON MANTEQUILLA

(Para cuatro personas)

Este guiso debe servirse muy caliente.

Ingredientes:

4 huevos	$ 1.40
11 cucharadas de leche	0.05
Pan de molde	0.60
Mantequilla	0.60
	$ 2.65

Se revuelven los huevos y se les agrega un poco de leche y sal. La mantequilla se derrite y cuando está caliente se deja caer sobre los huevos revolviéndolos sin cesar hasta que se endurezcan. El pan se parte en rebanadas y una vez fritas se colocan sobre ellas los huevos revueltos. Se adornan con un poco de queso rayado.

—48—

PEJERREYES APANADOS

(Para seis personas)

Manera fácil y económica de preparar los pejerreyes.

Ingredientes:

6 pejerreyes	$ 1.00
1 huevo	0.35
Perejil	0.10
1 limón	0.10
	$ 1.55

Se limpian muy bien los pejerreyes quitándoles el espinazo y todas las espinas, se mojan en batido de huevo y se revuelcan en miga de pan. Se fríen en grasa o manteca y se adornan con perejil picado y cascos de limón.

—49—

POROTOS CON JAMON

(Para seis personas)

Un guiso muy agradable y económico.

Ingredientes:

Medio kilo de porotos	$ 0.60
1 cucharada de mantequilla	0.25
Jamón	1.00
Tocino	0.40
	$ 2.25

Se cuecen los porotos que deben estar remojados desde el día anterior, después de cocerlos se lavan y se ponen en una cacerola con pedazos de jamón y pedacitos de tocino frito; se les agrega una cucharada de harina desecha en agua y el caldo necesario para que se guisen. Se sirven poniéndoles encima tajadas de jamón y un pedazo de mantequilla.

—50—

POSTRE LIGERO

(Para seis personas)

Este postre se puede hacer con sobras de claras y resulta económico y exquisito.

Ingredientes:

3 onzas de azúcar granulada	$ 0.80
1 huevo	0.35
1 taza de leche	0.15
1 cucharada de harina de maíz	0.10
Vainilla	0.10
	$ 1.50

Se bate la leche con la harina de maíz, el azúcar y las yemas, se cuece en baño de María hasta que espese, se deja enfriar y se le agrega la vainilla. Se bate las claras a punto de merengue y se le agrega una almíbar gruesa con un palo de vainilla. Se pone en un molde acaramelado por diez minutos al baño de María. Se sirve con una crema de una taza de leche, una yema, una cucharada de harina de maíz y azúcar.

—51—

PARA LA HORA DEL TE

TORTITAS NEGRAS

Ingredientes:

½ libra de mantequilla	$ 2.20
3 tazas de harina	0.70
4 huevos	1.40
1 taza de leche	0.15
1½ tazas de azúcar amarilla	0.50
Libra de pasas de Corinto	1.20
1 limón	0.10
1 cucharadita de té de bicarbonato	
	$ 6.25

La mantequilla con el azúcar, la harina, los cuatro huevos batidos juntos, una taza de leche, las pasas, la raspadura de un limón y el bicarbonato disuelto en un poquito de agua caliente, todo esto se junta y se coloca en un molde untado con mantequilla, se pone al horno caliente por espacio más o menos de media hora.

Cuando se saca del horno se le espolvorea azúcar en polvo. Se puede hacer un solo molde o en varios moldecitos chicos.

—52—

COMIDA

SOPA DE ZANAHORIAS TIERNAS

(Para seis personas)

Sopa de elegante presentación y muy agradable al paladar.

Ingredientes:

Hueso	$ 1.50
Zanahorias	0.10
	$ 1.60

Se pelan las zanahorias, se cortan en forma de fosforitos, se fríen en manteca o mantequilla, se agregan al caldo y se deja hervir por una hora.

—53—

GUATITAS CON PAPAS FRITAS

(Para seis personas)

Guiso de diario muy sabroso.

Ingredientes:

Guatitas	$ 1.00
1 huevo	0.35
1 cebolla	0.05
Papas	0.20
	$ 1.60

Se cortan las guatitas delgadas y largas, se fríe en mantequilla un poco de cebolla, se une a las guatitas, se les pone sal, pimienta, un poquito de caldo para que queden bien jugosas, miga de pan y un huevo entero. Una vez guisadas se sirven con papitas fritas.

LA MUSICA Y LOS MUSICOS

ACTIVIDADES DIVERSAS EN EL EXTERIOR

Ernestine Schumann-Heink ha finalizado recientemente su jira de despedida de veinticinco conciertos, en los cuales no menos de 75 mil personas la escucharon en diversas ciudades norteamericanas.

La carrera de Mme. Schuman-Heink figurará siempre como una de las más extraordinarias que haya realizado artista alguno. Nacida en Praga en 1861, inició seriamente los estudios de canto a la edad de doce años, y en 1878 efectuaba su debut en el papel de Azucena, de "Il Trovatore", en la Opera de Dresden. Luego después su presentación ante el público berlinés la consagró como una contralto de grandes méritos, y desde entonces estuvo actuando por espacio de medio siglo ante los públicos más exigentes de Europa y América. Cada aparición suya en una ópera o un concierto fué un éxito, y a los aplausos del auditorio seguían los comentarios entusiastas de los críticos, muchos de los cuales la han proclamado la primera contralto de su tiempo.

Ignace Jan Paderewsky ha iniciado con todo éxito su jira de 50 conciertos en los Estados Unidos, a raíz de su paseo triunfal por Australia, Nueva Zelandia y Europa. A pesar de que el célebre pianista polaco cumplió 67 años en noviembre último, no es ésta su jira de despedida, pues Paderewsky mantiene la declaración que hiciera hace algún tiempo, y que dice: "Para mí no habrá jira de despedida. Tan pronto como me dé cuenta de que no realizo progresos en la música, dejaré de tocar, pero este hecho no será dado a la publicidad".

PENSAMIENTOS DE LOS GRANDES MUSICOS

Haendel es el maestro incomparable, el maestro de los maestros. Id a él y aprended a producir, con pocos medios, los más fulminantes efectos.—**Beethoven.**

¡Oh, Mozart, inmortal Mozart, cuántas imperecederas nociones de una vida mejor que ésta has grabado en mi alma!—**Schubert.**

Llevar la luz a las profundidades del corazón ¡esa es la misión del artista!—**Schumann.**

Chopin fué el contrabandista genial que, en las hojas de su música, hizo volar por encima de las fronteras el prohibido amor a Polonia. — **Paderewsky.**

¡Ah! ¡Si los artistas comprendieran de una vez lo **verdadero**! Entonces ya no habría más músicos del porvenir ni del pasado; no más pintores veristas, realistas o idealistas; no más poetas clásicos o románticos, sino poetas verdaderos, pintores verdaderos, músicos verdaderos.—**Verdi.**

En un principio era el ritmo.—**Hans von Bulow.**

DOS INVENTOS NOTABLES

El "Pianor"

El "pianor", instrumento destinado posiblemente a revolucionar la técnica del piano, es el fruto de diez años de pacientes estudios realizados por dos inventores franceses.

En pocas palabras trataremos de dar una idea de lo que es el "pianor". Se trata de un instrumento muy parecido a un piano vertical corriente, aunque algo más voluminoso a causa de que debe dar cabida a un mecanismo de electroimanes, base de la admirable innovación.

El "pianor" tiene las cuerdas metálicas que conocemos en los pianos comunes; pero las vibraciones de las cuerdas son reguladas por la acción de electroimanes situados a un milímetro de ellas. Al pasar una corriente eléctrica, la cuerda es atraída por el electroimán y se curva hacia él; si se interrumpe la corriente, la cuerda vuelve a su posición normal y vibra como si hubiera recibido el golpe del macillo del piano. Al ser abierta y cerrada la corriente con gran rapidez, se producirán en el sonido oscilaciones que el macillo solo no podría producir. Para obtener el funcionamiento de este sistema, a cada nota corresponde un grupo eléctrico cuyos hilos terminan en la tecla. El mecanismo se conecta como una lamparilla de luz eléctrica.

En resumen, las ventajas del nuevo instrumento consisten en que puede accionarse como un piano corriente; luego, se pueden lograr efectos parecidos al órgano, procurando que los macillos no hieran las cuerdas; finalmente, se pueden combinar los dos efectos, con resultados magníficos de volúmen, sonoridad, vibración y pureza de sonido.

Máquina para escribir música.

Miss Kahterine Gorin, pianista y compositora, ha inventado una máquina para escribir música. Así los compositores podrán ahorrarse la laboriosa escritura de sus producciones a mano.

Existía una máquina alemana para la escritura de música, pero se asegura que la de Miss Gorin es mucho más sencilla.

SERGEI RACHMANINOFF e IGNACE PADEREWSKI; he aquí a dos colosos del mundo musical. Ambos son compositores notables; ambos, virtuosos que triunfan siempre por la delicadeza de su temperamento interpretativo, por su técnica maravillosa, por la sinceridad de su arte.

LAS MAQUINAS PARLANTES Y LOS DISCOS

Las marcas de mayor fama entre nosotros, tales como "Víctor", "Columbia", "Brunswick", "Sonora", etc., adoptaron casi simultáneamente un nuevo sistema de reproducción. Todas estas máquinas tienen en sus modelos de fecha reciente, dispositivos ingeniosísimos, que pueden diferenciarse grandemente entre uno y otro, pero que alcanzan en mayor o menor grado el ideal de reproducir la música grabada en el disco con suma riqueza de detalle, amplitud de sonoridad y una naturalidad sorprendente que da la impresión de la vida misma.

Discos

Se ha llegado ya, en lo que a máquinas parlantes respecta, a un grado de perfección que satisface al más exigente. Quedan por resolver algunos problemas que afectan a detalles pequeños pero importantes. Uno de éstos, y a nuestro juicio el más importante de todos, es el relacionado con la eliminación **total** del ruido de la aguja al tocar los discos. Mucho se ha avanzado en ese sentido; hay discos de superficie muy suave, pero todavía queda bastante por hacer.

Agujas

Somos de opinión de que las agujas de tono fuerte y extra-fuerte han sido fabricadas exclusivamente para los ricos y para los aficionados al baile. He aquí nuestras razones: los que bailan necesitan ruido y ritmo, y relegan a segundo término la melodía en sus justas proporciones; los ricos, por su parte, están en situación de renovar con frecuencia, si lo desean, su colección de costosos discos. Con esto queremos decir que consideramos las agujas de tono fuerte excelentes para la música de baile, e igualmente excelentes para obtener de cualquier disco vocal o instrumental el máximum de detalle y colorido; pero... son así mismo lo mejor que se ha ideado para deteriorar los discos.

Si el "discómano" (?) no está en condiciones de renovar periódicamente sus discos, dé preferencia a las agujas de medio tono o suaves. Se disminuirá el ruido de la superficie de los discos y éstos durarán mucho. Y su duración será indefinida con el empleo de agujas de madera. Si se toca un disco con agujas de madera hasta "acostumbrarlo", se obtendrán resultados deliciosos.

Velocidad

Es éste un punto de la más alta importancia. Si los discos son tocados a una velocidad mayor o menor que la indicada por los fabricantes, los resultados serán deficientes y en muchos casos verdaderamente desastrosos. Si se tiene buen cuidado en tocar los discos a la velocidad **exacta** con que fueron grabados, el aficionado recibirá muchas sorpresas agradables; y algunos discos que sonarán mal al ser tocados con excesiva rapidez o lentitud, a la velocidad precisa revelarán ser verdaderas joyas musicales.

Los mejores discos

Hemos publicado las explicaciones precedentes en la confianza de que sean de utilidad a la legión de aficionados a la buena música fonográfica. Ya en nuestro próximo número empezaremos de lleno el análisis de los discos de mayor mérito que editen las casas más prestigiosas. En ello procederemos con franqueza y sin otro propósito en vista que el de servir a nuestros lectores.

EL TANGO-CANCION

Sin necesidad de desarrollar esfuerzo alguno se puede comprender y explicar el éxito alcanzado por el tango en París, Londres, Bruselas y otras capitales europeas. Esos públicos que durante largos años tuvieron ante su vista el fantasma horrible de la guerra, que sufrieron las mayores torturas físicas y morales, que hubieron de llevar una vida de restricciones, se entregaron, una vez curadas en parte sus heridas, a la obra de renovación y de olvido de un pasado doloroso. Las ansias de olvido les llevaron a esperar demasiado de los bailes modernos y exóticos. El tango llegó y se impuso, al lado del fox-trot. ¿Las causas? Posiblemente las enunciadas en las líneas precedentes, pero cabe preguntar si eso durará. Creemos firmemente que no. Públicos aquellos que buscan afanosamente novedades, se darán cuenta de que casi todos los tangos son iguales; todos cansan con su dejo Morón; todos carecen en absoluto de originalidad, de buen gusto y de gracia. Y, afortunadamente para el tango, nadie en Europa parece haber intentado traducir fielmente la letra de cualesquiera de los tangos de moda. De haberlo hecho, el tango argentino habría desaparecido inmediatamente.

Hemos dicho que consideramos explicable hasta cierto punto el éxito del tango en algunas capitales europeas; pero lo que no tiene explicación alguna, ni excusa, es el hecho de que el tango, el tango-canción de preferencia, goce entre nosotros de un auge que jamas conociera otra forma musical. ¿A dónde se puede ir en nuestro país sin que martiricen nuestros oídos los compases llorones del tango de moda? Este triunfa, para cansar en seguida y ser olvidado; pero otro le espera y le reemplaza, formando con los que le siguen una cadena interminable. En los teatros, en las funciones de beneficencia, en los salones de la mejor sociedad y ¡hasta en las fiestas escolares! el tango es un elemento inevitable. No alcanzamos a comprender cómo es posible que nadie se inmute al presentarse en público alguna tierna criatura a cantar emocionada la letra indecente de un tango. La concurrencia aplaudiría con locura y exigiría el bis...

En el género del tango suele aparecer alguna pieza realmente agradable y de mérito musical, pero una ligera investigación nos demostrará casi siempre en un caso de esa índole que el autor no es argentino, sino español o de otra nacionalidad. El tango genuinamente argentino, junto con carecer de valor musical no refleja en su letra, en muchos casos, sino las escenas del medio en que actúan algunos de sus autores, personas incultas, que acoplan unos compases grotescos con unos versos abominablemente estúpidos en que se glorifica la perdición de las muchachas, la venganza, la traición, la embriaguez, el matonaje y cuanto vicio halla cabida en los bajos fondos de una gran ciudad como Buenos Aires. Hablamos en términos generales, pues hay muchísimas excepciones y no ponemos en duda la existencia de buena música popular argentina; y en lo que respecta a música seria, los argentinos cuentan con brillantes compositores. Pero esa música no se divulga aquí y, si viene, desaparece, se pulveriza, en medio de la avalancha de los tangos.

A nuestras censuras se opondrá la contención de que los fox-trots tienen igualmente una letra absurda. Convenido; absurda, pero que no va más allá de ser una palabrería vacía de significado. Provocará nuestro desdén por su falta de gracia,

(Continúa en la pág. 30)

ser el primero que pusiera el sistema en uso (y con ello desbancar el Casino de Montecarlo), decidió comprar por una bonita suma el sistema al profesor Schott.

Pocos días después hacía de incógnito la visita al Casino y ensayaba el sistema. Con gran pesadumbre de Su Majestad Imperial, el sistema le costó dejar en la banca cinco mil luises. No se sabe si el profesor de Heidelberg volvió a presentarse por su cátedra, ni, caso de hacerlo, lo que le ocurrió.

INFALIBLE... PARA EL QUE LO HA INVENTADO

Así como en el **turf** mundial hay el **tipster** profesional, así en todo Casino y playa de moda donde se juega existe el profesional vendedor de sistemas infalibles. Desde luego, la **élite** de esta discutible profesión está en Montecarlo, y es la peste de los jugadores del Casino.

A pesar de que se tiene buen cuidado de poner en guardia a los jugadores contra tales **martingalistas**, éstos van saliendo adelante. Buenos psicólogos, una ojeada les basta para descubrir entre los concurrentes, a una sala al jugador novel. La falta de aplomo en el entrar y el acercarse a las mesas son para ellos signos inconfundibles.

Resulta curioso observar la caza de estos novatos por los **martingalistas** y la proposición y venta de los sistemas infalibles para saltar la banca. Por de contado que estos vividores no tienen la menor fe en su propio sistema, pues bien seguros están de que si tuviera alguna eficacia hubiera servido para redimirlos a ellos de la precaria vida que llevan. Por excepción, hay alguno que tienen fe ciega en el sistema por él inventado, y que anda a la busca de algún jugador poco experimentado que le preste el dinero preciso para hacer la fortuna de los dos.

Estos viejos optimistas—son viejos invariablemente—son un espectáculo lamentable. Se los ve arrimarse a aquel que les ha parecido hombre opulento y, llamándole la atención con un golpecito en el brazo, empezar a hablarle en cuchicheo confidencial. No es necesario escuchar. El **martingalista** ha contado el mismo cuento innumerables veces: todas las noches durante años, en todos los casinos del continente.

—¿El señor quiere ganar?—es su primera pregunta.

El jugador novato asiente. Y entonces comienza la conspiración. El **martingalista** continúa:

—Yo puedo hacer que usted gane, señor.

—¿Cómo?

—Tengo un sistema (el novato empieza a levantarse) que no se ha ensayado nunca.

Se detiene.

El novato... ¿Quién sabe? Después de todo, puede haber algo de verdad en lo que aquel hombre dice. Su interés y su atención aumentan.

¡Números! Nueva invocación falsa a la ley de probabilidades. El **martingalista** baraja números, colores, habla de **á cheval, en plein, refait** y toda la jerga de la sala de juego. El novato se impresiona. Pero pregunta agudamente:

—Y usted, ¿por qué no se ha hecho una fortuna?

—¡Ah, señor! —se lamenta el **martingalista**—. Yo soy un pobre. Con un pequeño capital haría la fortuna de los dos.

—¿Cuánto?—pregunta el novato resueltamente, llevando la mano a la cartera. Brillan los ojos del **martingalista**, y sus dedos se agitan, ávidos de coger el dinero.

—Cinco mil francos, señor, aventura tímidamente, y el novato alarga la cantidad.

La pareja va hacia la mesa, y al sentarse el **martingalista**, el **croupier**, yo mismo a veces, lanza una mirada irónica hacia ellos. Otro cordero al sacrificio.

El **martingalista** juega, pierde, y el novato se marcha maldiciéndole. El **martingalista** se levanta y luego desliza en su bolsillo uno de los cinco billetes de mil francos que el cándido jugador le entregara. Un poco de prestidigitación ha bastado para que el pobre no se dé cuenta de que el **martingalista** sólo ha perdido los cuatro billetes y se ha quedado con uno.

Unos cuantos golpes de éstos, y no puede negarse que el **sistema** es realmente infalible para el que lo ha inventado.

LOS "TECNICOS" DE ALQUILER

Queda otro tipo de **martingalista**: el caballero amable que por unos francos juega por cuenta del recién llegado inexperto en las lides del juego.

Estos **instructores** profesionales en el arte y los misterios del juego son muy mal vistos por las autoridades del Casino, y en Montecarlo se persigue su tráfico, aunque es difícil impedirles que jueguen si subrepticiamente han conseguido un arreglo con alguien.

Desde luego, estos jugadores **por poder** reclaman una buena parte de las ganancias generales; reclamación para la que es preciso no poco descaro, ya que los tales no arriesgan jamás nada suyo. Cuando dan algún golpe afortunado no suele ser aquel por cuya cuenta juegan remiso en pagar con esplendidez sus conocimientos **especiales** sobre el modo de sacarle los cuartos a la banca.

UN PROCEDIMENTO PARA NO PERDER MUCHO

En los casinos del continente abundan los visitantes que echan dinero sobre las mesas a tontas y a locas, sin el menor orden ni conciencia de lo que hacen. En muchos casos no se enteran de que han ganado, y es otro honrado y amable punto el que les llama la atención.

Me acuerdo de una bonita inglesa que en Montecarlo puso diez y ocho luises, el máximo a **cheval**, y ganó. Como al caballo corresponden diez y siete por uno, su postura ganó 306 luises. Pero creyendo haber perdido, la mujer se apartó de la mesa, y seguramente no hubiera vuelto a saber nada del dinero que le correspondía a no ser por un amable compatriota que se levantó tras ella, la llamó y le explicó que su postura había ganado. De otro modo, no hubiera faltado el jugador sin escrúpulo que hubiera **levantado el muerto**.

Por mas que no haya sistema posible para que el punto venza a la banca, hay, sin embargo, ciertos metodos de juego que evitan al jugador malbaratar su dinero y perder con excesiva abundancia. De los **buzos**, de los que se lanzan sin reparo, es de los que la banca saca la mayor parte del dinero. El que apunta moderadamente disfruta la emoción de la ruleta sin grave riesgo de bancarrota.

Como ex-**croupier**, séame permitido indicaros que al menos os es posible preveniros contra las pérdidas desastrosas. Adviértase bien que no hablo de sistema ninguno infalible para saltar la banca ni de nada por el estilo. Sólo quiero mostraros el modo de jugar razonablemente.

El método mejor es apuntar 1, 2, 3 y 6 con un tanto mientras se gana y el aumento a dos tantos en la primera pérdida. Si se vuelve a perder, auméntense los tantos a tres, y a seis si se pierde de tres veces consecutivas. Parece esto **bucear**, pero no lo es. El resultado de este método de apuntar es que, ganando la primera o la segunda vez, se gana una unidad, que se embolsa como ganancia, mientras se deja en juego la postura original. Si se pierde en las dos primeras veces y se gana en la tercera o en la cuarta, se recupera lo perdido, y no hay que desembolsar. Es decir, que con este sistema necesita la banca daros cuatro golpes en contra para haceros perder, lo cual supone un riesgo que puede correrse.

Pero en ninguna manera llevéis la idea de que con este método vais a hacer una fortuna. Seguramente no. Lo único que conseguiréis es sentir en cierta medida la emoción del juego con un riesgo ínfimo. Lo que el tanto sea para cada uno—un luis, diez, más—depende de la posibilidad y el deseo de cada uno. De nada os sirve esta enseñanza si tenéis resuelto no ir a los casinos; pero sí suponéis que alguna vez habéis de veros en ellos, conocer el sistema y ponerlo por obra puede libraros de entregar en dos días cuanto llevéis a las cajas insaciables de la banca.

LA MUSICA Y LOS MUSICOS. *(Conclusión.)*

pero nadie puede presentarnos un fox-trot en que los versos digan las irritantes groserías de tangos como "Señor Comisario", "Mientras rezonga un fuelle" y cien más. También se dirá que algunas de nuestras tonadas y estilos populares dejan mucho que desear en cuanto a moralidad. Efectivamente; pero es muy reducido el número de las piezas de esa índole y no alcanzan el éxito triunfal de los tangos. Son música para cierta gente y ciertas ocasiones, que permanece semi-olvidada y avergonzada sale a la luz de vez en cuando, para volver a ocultarse.

Nos parece que ha llegado el momento de reaccionar. No toleremos por más tiempo que nuestras mujeres, nuestras hermanas y nuestras hijas repitan maquinalmente a toda hora la letra inmunda de los tangos, cuyo significado desconocen y que tan reñido está con la pureza de sus sentimientos; no permitamos que los seres que nos son más queridos, junto con oír las notas quejumbrosas de un tango, se entreguen a describir las contorsiones ridículas que exige esa música arrabalera.

No atinamos a pensar por qué no se ha puesto ya en la Argentina algún remedio a esta fiebre del tango-canción de dudosa calidad. Ese pueblo viril, de sentimientos nobles, digno de admiración por muchos conceptos, ¿seguirá aceptando que se divulgue como su música genuinamente popular la que ha invadido gran parte del mundo? Esperemos sinceramente que no. Los argentinos pueden producir mucho de positivo mérito musical. Que venga eso. Y si es tan irresistible la fiebre del tango, que por lo menos se establezcan nuevas normas respecto de la letra. Esta, en su forma actual, es bajo todo punto de vista inaceptable.

L. A. B.

TRATAMIENTOS ELECTRICOS PARA LIMPIAR EL CUTIS

Ahora el mundo femenino tiene toda facilidad para hacer un nuevo cutis con masaje, baño de vapor y luz artificial eléctrica. El vapor abre los poros de la piel y los rayos de luz azul eléctrica estimulan la circulación, quitando la grasa de la cara, manchas, palidez, barrillos, pecas, contra la pesadez que forma las arrugas. Es el único tratamiento eficaz para librar al cutis de toda impureza.

Estos cuidados de belleza son aplicados por Especialistas, según indicaciones dadas por médicos dermatólogos.

Se atiende a Señoras y Caballeros

DELICIAS 24

NERVIOS EN TENSION

El insomnio es una de las formas manifestadas de la debilidad nerviosa. Inútil es intentar una reacción definitiva con medicaciones calmantes de efectos momentáneos.
Para combatir el insomnio, en su origen, es inigualable la Fitina, célebre especialidad recetada por la mayoría de los médicos especialistas.
La Fitina, fósforo orgánico asimilable, extraído de semillas de plantas, el elemento vital del cerebro y de los nervios, corrige el insomnio nervioso e infunde nuevas energías morales al recobrar el cerebro su potencia y lucidez. Su médico puede confirmarlo.

FITINA

REINTEGRA LA VITALIDAD
En sellos, cápsulas y comprimidos

Fabricantes:
SOCIEDAD PARA LA INDUSTRIA QUIMICA EN BASILEA (Suiza)

Pida folletos a los agentes generales:
EMILIO RAAS & Cía., Ltda.
Santiago — Casilla, 2658.

Fitina, M. R., a base de fósforo orgánico vegetal.

Midinettes SANTIAGUINAS

por JUAN • SANTIAGO

"Bonita como todas nuestras midinettes"

ES lástima que no haya en nuestro idioma una palabra que sirva para denominar a ese gran número de chicas que luchan fieramente por el diario vivir tras los mostradores de las tiendas o de las cigarrerías. Midinettes se llaman en París, la ciudad en que lo mejor de la vida ha encontrado un culto, y donde ellas han llegado a constituir una falange numerosa, admirable y admirada; en que ellas forman legión y tienen sobre sí, por lo menos un día al año, todas las miradas de la Villa-Luz, llenas de contento y de alegría.

Aquí ellas no tienen su día. Para ellas la vida corre igual y sin variantes. Y a pesar de todo siempre mueve sus labios una sonrisa amable, y en sus ojos, que tantas veces habrán sido nublados por las inquietudes de la vida, juegan miradas llenas de suaves transparencias. Trabajan sin descanso y con una fe en el mañana que es como su guía y camarada; son las sacerdotisas del trabajo. Trabajan con entusiasmo, acariciando con sus manos menudas y delicadas la prosa, la inmensa prosa de cada día: son las poetisas del trabajo.

Jamás oiremos de sus labios ni la menor queja contra su suerte, y acaso sean entre nosotros, un ejemplo para los hombres que pasan el tiempo a la espera del mamá providencial que les permitirá pasar sin esfuerzo.

—¿Tiene usted novio? — hemos preguntado a una morena de enormes ojos.

Y ella, asustada tal vez de nuestra pregunta, y temerosa de una indiscreción no acierta a responder. Insistimos y, con un poco de temblor en los labios:

—Sí — nos responde.

—¿Trabaja mucho su novio?

Mientras el novio espera en la esquina.

"Picando Joaquín".

—¡Oh, sí, tal vez demasiado; yo le digo que no se mortifique, pero él pone cada vez más empeño.

—Y se casarán...

—Cuando ya tengamos algo reunido.

Los ojos—ojos grandes y bien dispuestos a soñar,—los ojos de esta morena miran un punto, lejano por el momento, hacia el que quiere llegar. Es un hogar. En sus pupilas se adivina la ternura que pone en este pensamiento. La casa soñada desde tanto tiempo, la vida tranquila, el amor del hombre bueno, los hijos. Y las miradas siguen detenidas en ese lejano punto que será el objeto de todas sus dulzuras.

—Yo trabajo,—contesta una rubia alta y de mirar fuerte,—porque debo sostener mi casa. Tengo a mi madre y a cinco hermanitos.

—¿Nunca ha sentido cansancio de tanto luchar?

—Quien sabe. Tal vez una que otra ocasión haya tenido para eso. Pero debo pensar en tantas cosas, que pronto las malas ideas se ahuyentan.

—¿Es usted de carácter alegre?

—Sí, soy muy alegre. Creo que no debemos dejar que la tristeza nos domine. ¿Para qué? ¿Qué sacamos con ello? Hay que poner buena cara a todos los tiempos.

Esta chica viva, de ojillos inquietos no quiere saber nada trascendental. Para ella el amor es algo así como un problema de política internacional que ni la Liga de las Naciones puede resolver. Pololear, he ahí el gran deporte. Pololear y olvidarse de que hay días grises.

Tres cruceros, y el acorazado insignia.

—Yo soy terriblemente romántica — dice otra. Para mí el crepúsculo, la luna y el charleston son los factores de mi sentimentalismo.

Todas tienen algo que decir; todas tratan de ser alegres, aunque a veces haya una tragedia en su interior. Saben tomar la vida, y viven felices.

Son románticas y tienen como prueba de ello un gran amor al charleston.

Son soñadoras y forjan un poema de amor en sus cabecitas rubias.

Son reidoras y tejen una red de amorosas miradas con sus ojos morenos.

Muchachas que van del brazo del trabajo, midinettes santiaguinas, es lo mejor de la vida para vosotras, luchadoras de esta tierra y eternas forjadoras del ideal.

J. S.

Todos aplauden como si el artista estuviera actuando en persona

TAL ES EL REALISMO CON QUE REPRODUCE LA MUSICA

La Nueva **Victrola** *Ortofónica*

EL COLORIDO DE LAS VOCES, LA SONORIDAD DE LOS INSTRUMENTOS, LA TONALIDAD DE LA MUSICA Y EL ARTE PROPIO DE CADA INTERPRETE SON REPRODUCIDOS POR LA NUEVA VICTROLA ORTOFONICA EN SUS VERDADERAS CARACTERISTICAS DE BELLEZA Y PUREZA ARTISTICAS.

GRACIAS A ESTE INSTRUMENTO MARAVILLOSO UD. OYE EN SU HOGAR LAS INTERPRETACIONES DE SCHIPA, KREISLER, GIGLI Y OTROS ARTISTAS FAMOSOS. CON IGUAL ENTUSIASMO Y EMOCION QUE SI LOS ESTUVIERA OYENDO EN PERSONA EN LOS GRANDES ESCENARIOS EN QUE ACTUAN.

Gran Variedad de Modelos y Facilidades de Pago

Distribuidores Exclusivos para CHILE:

CURPHEY y JOFRE Ltda.

SANTIAGO, AHUMADA 200, ESQ. AGUSTINAS. — VALPARAISO, ESMERALDA 99. — BLANCO 637.

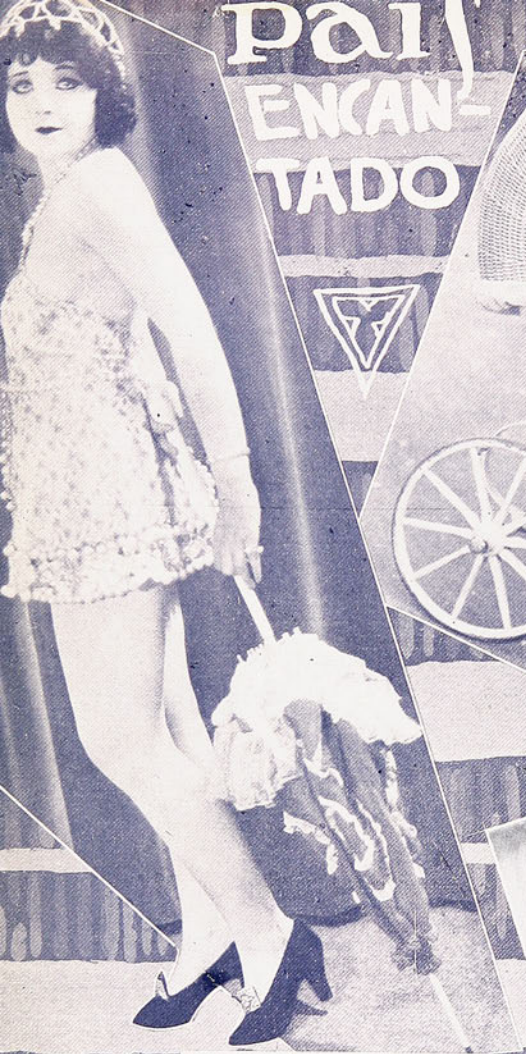
En el Reino de la Nieve.

UN EJERCITO DE "SKIS" AVANZA POR LAS LADERAS QUE QUEDAN SOBRE SAINT MORITZ

Los dominios de la reina de la nieve en las laderas alpinas, son teatro, anualmente, de "raids" que efectúa un ejército, cada vez más numeroso, el cual marcha bajo la bandera de Hygeia, la reina de la salud y del recreo. "Día tras día, durante la estación de deportes de invierno", escribe el artista al explicar su dibujo, "una muchedumbre feliz sube desde Saint Moritz hacia los campos nevados de Chantarella, que constituyen un paraíso para los que corren sobre "skis".

Cuando se mira atrás, y sobre el camino que parte desde el funicular (que se divisa a media distancia al lado izquierdo), después de la llegada de un tren, las personas que avanzan cerro arriba llevando sus "skis" se asemejan a un ejército invasor. Se hace difícil darse cuenta del hecho de que Saint Moritz, en el valle al pie de Chantarella, esté situado a seis mil noventa pies sobre el nivel del mar".

Pal ENCANTADO



Virginia Nobbs, futura estrella, no olvida que fué bataclana. El día qué se retrató con este traje usolo por última vez, enviándolo al modisto para que de el hiciera dos.

Carlota Greenwood sufre una "panne", en su moderno cuarenta caballos.

Roy D'Arcy, celoso de este ganso que se manifiesta gran admirador de Marceline Day, va a matarlo sin contemplaciones. La cara y el ademán de Marceline indican que ella prefiere al ganso

LINDBERGH SE RINDE ANTE LA PANTALLA

En la fotografía se ve al glorioso aviador Lindbergh en un ambiente muy de Hollywood. De derecha a izquierda, Gertrude Almsted, Ramón Novarro, Marceline Day, ejecutador jefe Louis B. Mayer, "Lindy" en persona, William Haines, Marión Davies, Ralph Forbes, ejecutador

DE TODO

Dos sobrinos de Harold Lloyd

Panne...

Original casaca tejida a palillos en colores azul rey y beige

La Srta. Agnete Grote, de la alta aristocracia alemana, considerada como la más bella de su círculo

DEL VIVIR EXOTICO:

Nativos de la isla de Java en traje nupcial

VISIONES

LA INUNDACIÓN DE LONDRES

Aspectos del crudo invierno europeo: enormes olas rompen en el recinto cercano a los muelles en Blackpool, al oeste de Inglaterra.

Un par de ingleses de gran sentido práctico reemplazan al foyeque por una canoa de velamen modernista en los suburbios de Londres.

La chica que vemos nadando encantada, se ganó muchas libras en la tarea de sacar objetos valiosos de los edificios inundados.

Las aguas desbordadas del Támesis pasan por debajo de los tajamares de Barlow.

Un bote varado en un malecón de Grosvenor.

Un hermoso nieto del Rey de Italia: Mauricio d'Assia, primogénito de la Princesa Mafalda y del Príncipe Felipe d'Assia.

M. Fernando
sidente de l
de Francia,
gestos duran

DE EVROPA

...on, reelegido pre-
...ara de Diputados
...ndido en diversos
...a discusión parla-
...aria.

Con gran pompa se realizó últimamente en Roma el matrimonio de la señorita sudamericana, Magdalena Suárez, con el conde Pozzo del Borgo. Vemos aquí a la novia con sus damas de honor, vestidas a la última moda para esta clase de ceremonias. Entre ellas están las condesas de Alliotti e Arrivabene y de Hirschell de Minerbi.

Un hermoso paisaje nevado en Suiza.

El Premier Mussolini saluda al Rey Victor Manuel antes de que ambos se dirigieran al Te-Deum celebrado en Roma, con motivo del aniversario del armisticio.

El cable anunció hace algunas semanas el inminente peligro de muerte en que se encontró el Rey Alberto de Bélgica mientras hacía deportes de nieve en Saint-Moritz. La fotografía nos lo muestra en el momento de lanzarse en un deslizador que se volcó en aquella oportunidad. El Rey es el segundo de la derecha.

¡BATACLAN!...

Senta Born, la bailarina que hoy por hoy enloquece al público vienés

Josefina Baker, la negra delirante que ha sido llamada la reina del bataclán. Su última hazaña, como ya se ha dicho, ha sido su tremendo lío con los inválidos franceses de la Gran Guerra. Josefina, que no cree en ninguna deshumanización fuera de la del arte teatral, manifestó que le cargaban los inválidos.

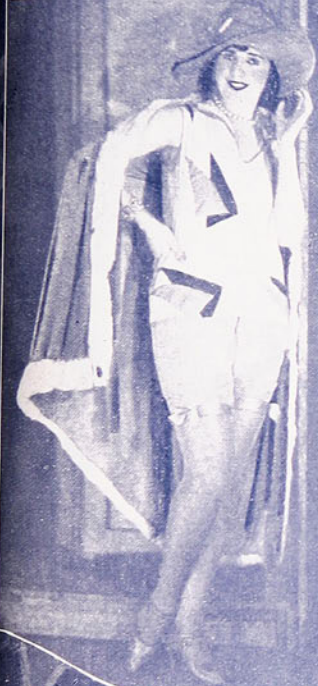
rn, una chicuela lla-
tener grandes éxi-
n el arte de la
za frívola del
"B T. C."

Lysia, la estrella de music-hall francesa, ante el espejo de su camarín, "ya vestida", pone un toque de vermellón a los labios

La frivolidad triunfante del bataclán

Cine Europeo

Emma Haig aguarda pacientemente su turno en compañía de su mascota inseparable.



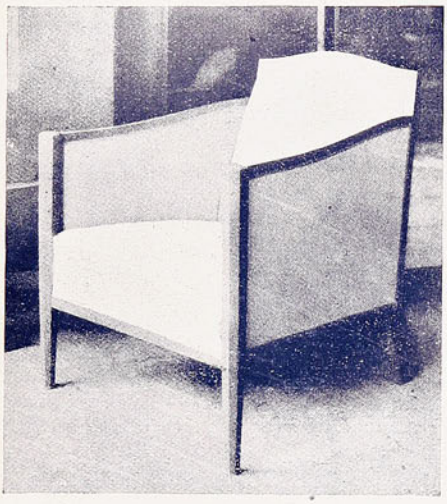
Stella Maty entre la barahunda de los bastidores.

Enid Taylor hace ya poses de cancionetista.

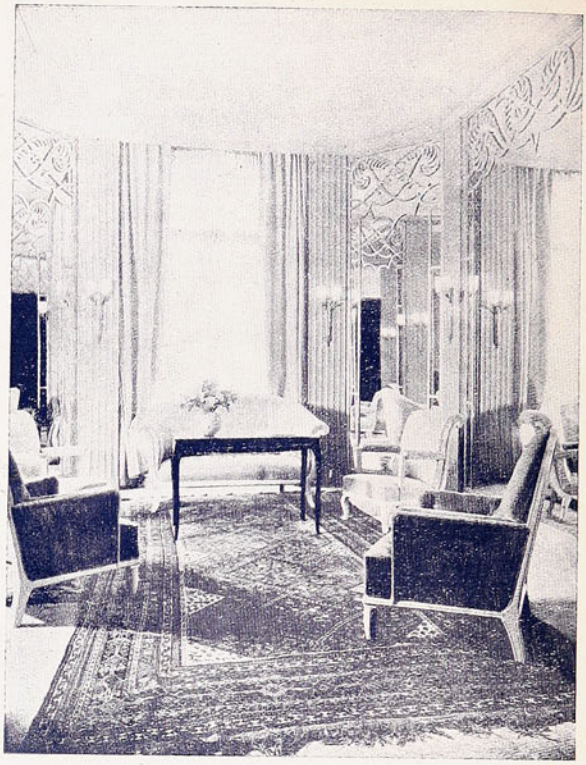
Muy desenfadadamente Phyllis Monkman reposa entre charlestón y charlestón.

Gertrude Lawrence da las últimas recomendaciones a su compañero de escena.

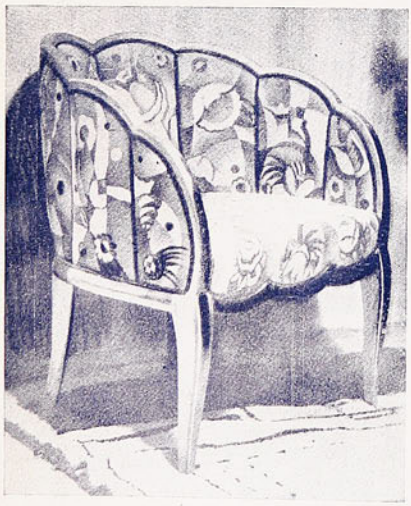
Muebles e Interiores Modernos



Sillón
para dormitorio



Pequeño
salón



Sillón de madera
dorada
para budoir

Salón

Se sujeta al nivel de la cintura... y basta apretar el disparador.

Películas "filmadas" por uno mismo con Kodak

Se sujeta al nivel de los ojos... y basta apretar el disparador.

Dondequiera que se encuentre uno, sea a bordo o viajando por Oriente, siempre hay algo interesante digno de fotografiarse. Y ahora se puede "filmar" con una Kodak y contemplar más tarde en casa en la pantalla.

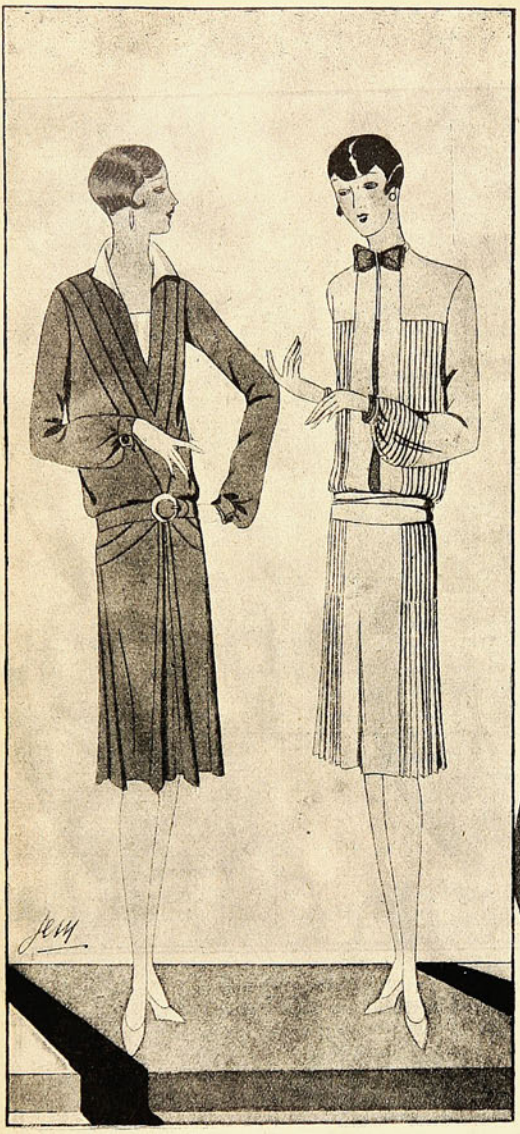
Y todo esto de una manera sencilla: para "filmar" basta apretar el disparador del Cine-Kodak; para proyectar, sólo hay que conectar el Kodascope.

El precio es módico: el Cine-Kodak y el Kodascope cuestan apenas un poco más que una Kodak de mano, y el costo del "cine" por el método Kodak es la sexta parte del de las películas profesionales.

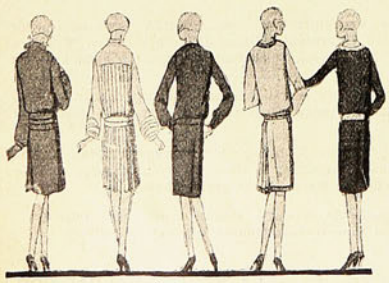
Véanse en los comercios de artículos Kodak o pídasenos folleto descriptivo acerca del Cine-Kodak, Modelo B y del Kodascope, C.

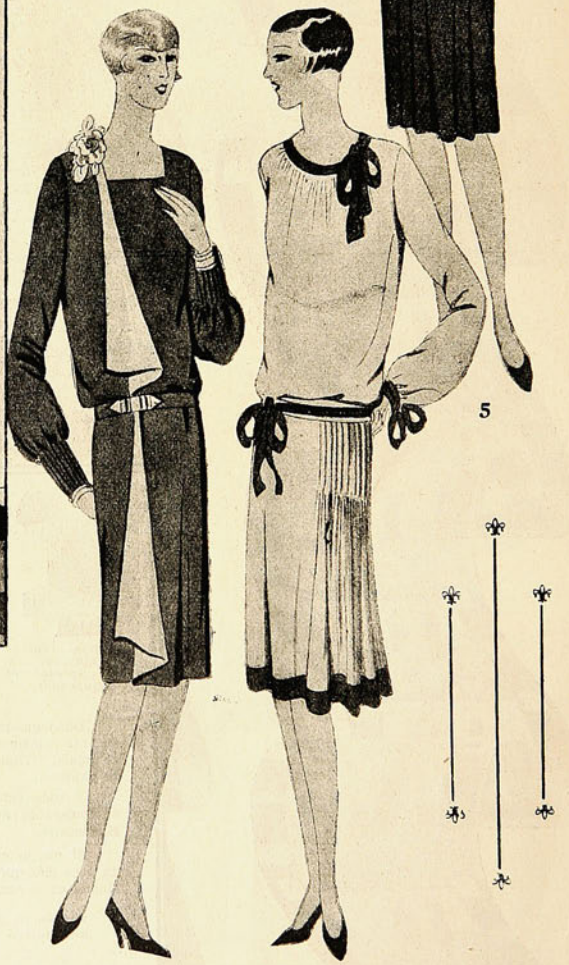
KODAK CHILENA, LTD., CASILLA 74-V. – VALPARAISO

Para Todos Los Gustos



1 2





3 4

5

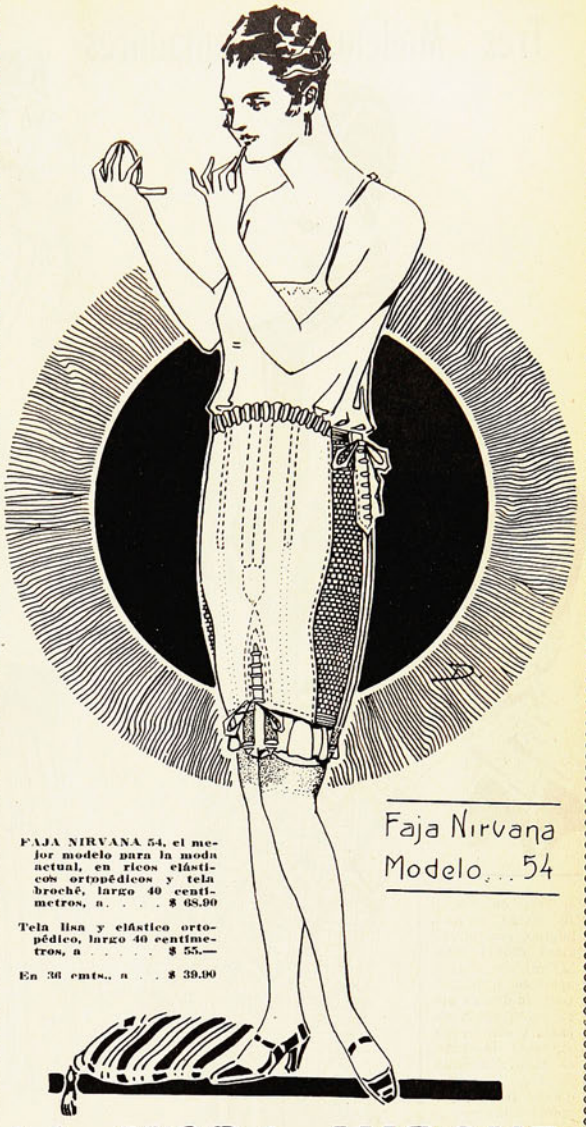
1. Vestido de crespón de China azulino adornado por pequeños sesgos en forma que decoran la blusa y la parte alta de la falda. Cuello y pechera de crepe Georgette rosa pálido. Hebilla de nácar. La falda lleva incrustados godets que le dan amplitud para la marcha.— 2. Muy nuevo este modelo le popelina verde claro con pliegues muy finos sobrecosidos. Corbata, puños y pechera de cuero verde oscuro.— 3. Vestido de crepe satín negro con vueltas de crepe satín blanco y hebilla blanca con strás, en que se demuestra la insuperable elegancia que siempre tiene la unión de estos dos colores.— 4. Otro vestido lleno de detalles nuevos es éste de espumilla color azul celeste con adornos de espumilla azul marino. La falda tiene toda la amplitud por un grupo de alforzas que van a un sólo costado. La blusa se recoge en el escote. Lazos en la cintura, en los puños y en el cuello.— 5. Lleno de encanto juvenil, este modelo en espumilla de seda azul marino lleva cuello, corbata y puños de batista blanca y un cinturón de gamuza de este último color.

Los trajes de noche muestran un gran refinamiento

1. Traje en tafetán color cereza. Cuerpo recto, mantenido en las caderas por una cintura de brillos. Falda muy amplia, cortada en forma que hace el ruedo y la unión al talle dispareja. — 2. Traje de una elegante simplicidad, hecho en espumilla de seda verde Nilo, con sesgos de un tono más oscuro. — 3. Traje de velo de seda color rosa azalea, con un lindo bordado en hilo.

PARA TARDE Y NOCHE

1. Traje de tarde de crépe georgette muy grueso, color rosa pálida. Falda con tres grandes ondas, que corresponden a tres pliegues encontrados. Mangas muy originales. El adorno está formado por cabochones de brillos rosa fuerte, mezclados con strás. Ancho cinturón del mismo género con hebilla forrada en lama de plata. — 2. Abrigo para la noche, en espumilla de seda color habano, adornado con cuello y anchos puños de liebre beige. — 3. Traje para comida, en espumilla color limón, adornado por un motivo decorativo, en mostacillas plateadas, amarillas y rosa muy pálido.



Faja Nirvana
Modelo... 54

FAJA NIRVANA 54, el mejor modelo para la moda actual, en ricos elásticos ortopédicos y tela broché, largo 40 centímetros, a . . . . $ 68.90

Tela lisa y elástico ortopédico, largo 40 centímetros, a . . . . . $ 55.—

En 36 cmts., a . . . $ 39.90

LA MODA IMPONE

Cada vez más la reducción de las caderas, al mismo tiempo que una silueta sostenida, pero flexible y armoniosa. Además, como coronamiento, la línea marcadísima del busto. Esto lo conseguirá únicamente usando los nuevos modelos de

FAJAS

Precios fuera de toda competencia

y

Sostén - Senos NIRVANA

PEDIDOS DE PROVINCIAS

atiéndese contra reembolso, enviando medidas de cintura, caderas y busto. Además, cámbianse en caso de no quedar bien, sin nuevo recargo de franqueo.

M. R.

AHUMADA 323

ENTRE HUERFANOS Y PLAZA DE ARMAS.—TELEFONO AUTO 4486

Rechace las imitaciones. Esta Casa no tiene sucursal.

Tres Modelos Encantadores

1. Traje de crespón de China negro, impreso con un original dibujo escocés rojo, gris, azul, amarillo y blanco. Cortado de una pieza, recto en la espalda y con un movimiento de godet al lado izquierdo, adelante, este modelo insuperablemente chic lleva un echarpe que hace juego.

2. Vestido de espumilla de seda en dos tonos de beige. El cinturon es de gamuza castaña con hebilla y aplicaciones de acero.

3. De espumilla de fantasía en fondo marfil y flores negras y rojas. El cuerpo tiene el escote irregular y una chorrera que se continúa en la parte delantera de la falda, sujeta a todo lo largo por un sesgo de seda lisa roja.

Los Nuevos Trajes Sastre

1. Traje sastre de lana inglesa a cuadritos azules y gris perla. Cinturón de cuero azul con hebilla de acero. Chaleco de piqué blanco cerrado por botones de nácar.—2. Lleno de originalidad este traje en que la chaqueta está hecha con kasha azul marino con vuelta y sesgos de kasha beige. Botones y forro de este color, como también la falda con godets adelante.—3. Traje sastre de crepella gris claro, adornado por un galón plateado y por pespuntes de hilo de plata. Casaca de espumilla de seda color rosa.—4. Traje sastre con chaqueta corta que casi parece bolero. Está hecho en paño azul marino. La falda va unida a una blusa de espumilla de seda blanca con corbata blanca y azul. Cinturón de gamuza blanca. Los botones son blancos igualmente.

Un traje para dos fines

1 2

Los modistos se están preocupando de crear modelos, en que con dos cuerpos se pueda usar la misma falda, pudiendo así transformar un traje en forma de usarlo con distintos fines.

1. Traje de noche de crepe satín negro con bordado de stras y gran nudo caído sujeto por una hebilla de las mismas piedras. Este traje se transforma en elegantísima toilette de tarde, mediante una chaqueta ajustada a las caderas, con mangas largas y unas nerviaduras que van a terminar en el moño del nudo.

2. Traje para noche de espumilla de seda color gris perla. La falda tiene un vuelo en forma, colocado a modo de delantal que termina a un lado por una caída. Hebilla de stras en la cintura. Este mismo traje tiene un bolero con mangas que se coloca sobre el cuerpo y que lo transforma en un elegante traje de tarde, muy apropiado para recepción. El bolero tiene adelante un movimiento de godets que armoniza con el de la falda. En los puños y en el escote, cinta de lama de plata.

TREINTA Y CINCO SABIOS SE EMBARCAN EN BUSCA DE LA SERPIENTE DE MAR

Y TAMBIEN DE ALGUN DINERO

Nueva York, febrero.—Según despachos de San Francisco de California, el domingo próximo zarpará de dicho puerto el yate "Sultana", llevando a bordo una comisión científica, compuesta de 35 sabios norteamericanos, procedentes de diversos institutos y universidades.

Esta comisión científica se propone efectuar un largo viaje por las islas del Pacífico, con el objeto de estudiar su prehistoria.

Primeramente el "Sultana" irá a las islas de los Galápagos, en pleno Ecuador. En una de ellas hay unas grandes excavaciones con restos de monstruos gigantescos. Estas excavaciones son denominadas "El cementerio de lo dinosaurios".

Una vez terminados los trabajos en las islas de los Galápagos, el "Sultana" se dirigirá al hemisferio austral en busca de la serpiente de mar, famosa en los anales periodísticos de todo el mundo.

Creen los sabios que van a bordo del yate, que la serpiente de mar existe, y se fundan en que han visto numerosos marinos en distintas épocas y en diversos mares, coincidiendo todos en las descripciones que han hecho del monstruoso animal.

Calculan que ahora estará la serpiente en el Océano Austral, y por eso el "Sultana" irá a él cuando salga de las islas de los Galápagos.

A la vuelta los científicos viajeros del "Sultana" pasarán algunas semanas en las islas de los Cocos, en frente del litoral de Costa Rica.

Como se sabe, en toda la América Central y en las Antillas circula, desde hace dos siglos, la leyenda de que unos célebres y sanguinarios piratas guardaban en unas cavernas de las islas de los Cocos el producto de sus crímenes.

Se ha llegado a decir que ese tesoro asciende a 35 millones de dólares, y los sabios del "Sultana" esperan descubrirlo y repartírselo a medias con la casa armadora del barco.

Seguramente no lo sabía

Cuando la dueña de casa, antes de que lleguen los invitados, va a dar el último golpe de vista en la mesa cubierta de cristales, flores, carpetitas y servilletas bordadas, está lejos de imaginarse que el uso de la servilleta es relativamente reciente.

Nuestros antepasados eran muy amantes de la ostentación, pero ignoraban completamente las reglas de la higiene y del confort. La servilleta, que primeramente era destinada sólo a los niños, hizo su aparición para los mayores bajo el reinado de Carlos VII. Antes, los invitados se limitaban a secarse los dedos con el mantel.

Apenas unos días después de haber hecho su aparición la servilleta, se colocó en el hombro, luego en el brazo izquierdo y finalmente se ató al cuello. Operación ésta bastante difícil en la época en que se usaban gorgueras muy almidonadas.

En el siglo XVI la servilleta no había penetrado aún en la buena sociedad, y fué bajo el reinado de Luis XIII que su uso se generalizó en la burguesía. Aparecía doblada en los platos de diferentes maneras: imitando gallos, liebres, palomas, melones, tortugas, cruces, etc., etc. Había para contentar a todos los gustos.

El tenedor

Se recuerda como un acontecimiento memorable que Carlos V tenía media docena de tenedores. Pero poseía más de ciento cincuenta platos y fuentes de oro y más de cien docenas de platos de plata. A juzgar por estas cifras, se puede ver que nuestros antepasados adoraban el lujo, pero desgraciadamente eran poco delicados. Los reyes arruinaban el país para comprar magníficos juegos de oro y de plata, se hacían servir en una sola comida más de treinta platos, pero los príncipes y las princesas comían con los dedos.

Ropa Blanca
Mantelería
Ropa de cama

SECCION ESPECIAL
AJUARES
para
NOVIAS

Confecciones sobre medida
Ajuares para bebés

El Rimassa y Cía.
SANTIAGO

Fabricantes en Lencería Fina,
CLARAS, 270
Casilla 2696. Teléfono 4017.
Dirección telegráfica:
RIMASCO
Santiago

LOS DIAS FRESCOS

I. Bonito traje de popelina azul rey con adornos de cuero azul marino. La falda lleva los pliegues cosidos hasta cierta altura. Hebilla de plata en el cinturón. — II. Vestido de crespón javanés verde Nilo. Cortado en piezas y pespunteado, tiene la hebilla y los botones de acero. — III. Traje de franela inglesa blanca, también cortado en piezas y pespunteado. Botones y hebilla de nácar blanco. — 4. Traje de kasha beige, trabajado todo con nerviaduras. Botones de carozo blancos. Chaqueta de kasha roja con vueltas de kasha beige y forro de espumilla de este color. El sombrero de paño beige tiene la parte delantera roja. Conjunto extraordinariamente chic

Sombreros y echarpes de sport

1.— Sombrero de paño blanco con la vuelta del ala en kasha de fantasía. Pincho de composición pintado con los mismos dibujos del género. Echarpe de kasha terminado en flecos.

2.— Sombrero de paño beige con el ala doblada atrás. Echarpe de seda pintada.

3.— Sombrero de fieltro blanco. El ala simula un cinturón con su respectiva hebilla y ojetillos. Echarpe negro de seda con las puntas pintadas al batik.

4.— Sombrero de paño gris con una parte de la copa en género a rayas. El echarpe hace juego con este género.

5.— Sombrero con la copa de cascos hecha en género de fantasía, en que dominan los cuadros. Ala vuelta adelante en paño blanco. Echarpe de género con flecos abajo.

ELEGANCIAS

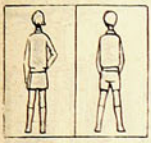
1.— Muy nuevo este modelo de traje para comida. Está hecho en raso color flor de durazno y se adorna con un bordado de strás y tres botones de plata cincelada también, con aplicaciones de strás.

2.— Para recepción en la tarde está muy indicado este traje de espumilla verde oscuro, cuya falda se compone de volantes superpuestos, con godets y caídas a un lado. Flor de terciopelo en el hombro izquierdo.

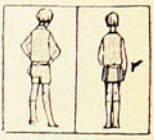
3.— Bonita variación de modelo de tres piezas. Es de espumilla impresa en colores rojo y blanco. Sesgos del primer color, como la cintura de cuero. La pata de la blusa sujeta un paño suelto cortado en forma. Chaqueta recta, ribeteada de rojo y cerrada por tres botones de carozo rojo.

LOS NIÑOS

I. Encantador trajecito para niñita, hecho por dos vuelos con godet unidos a un canesú, todo alforzado. Cuello también en forma, cerrado por una corbata de cinta.— II. Para el pequeño será una lindeza este traje, que recuerda el de los aldeanos búlgaros y que se compone de un pantalón de terciopelo negro, sujeto por botones a un petillo con mangas de raso blanco. El bolero de terciopelo negro va ribeteado de blanco y bordado en colores vivos.— III. Traje para niña en espumilla de seda azul marino con vueltas y cintura de espumilla blanca-marfil.— IV. De popelina blanca con el plastrón y los costados de la falda plisados.— V. Muy original el corte de este vestido de seda cruda.— VI. Brin azul fuerte sobre un pato interior blanco hacen de este traje para niño un modelo lleno de novedad.— VII. Traje de popelina de media seda color coral.— VIII. Velo de hilo de fantasía y velo liso. Nótese el grupo de alforzas que dan amplitud a la parte delantera de la falda.— IX. Vestido de espumilla de seda azul marino. Cuerpo cortado en piezas que forman una especie de collar. Parte baja del cuerpo y falda plegadas.— X. Para jovencita. Vestido de crépe satín negro muy simple, con cuello chal de raso blanco.— XI. Vestido de kasha beige con las hombreras, puños y falda plisados.



II



I

IV

III

VII VIII IX

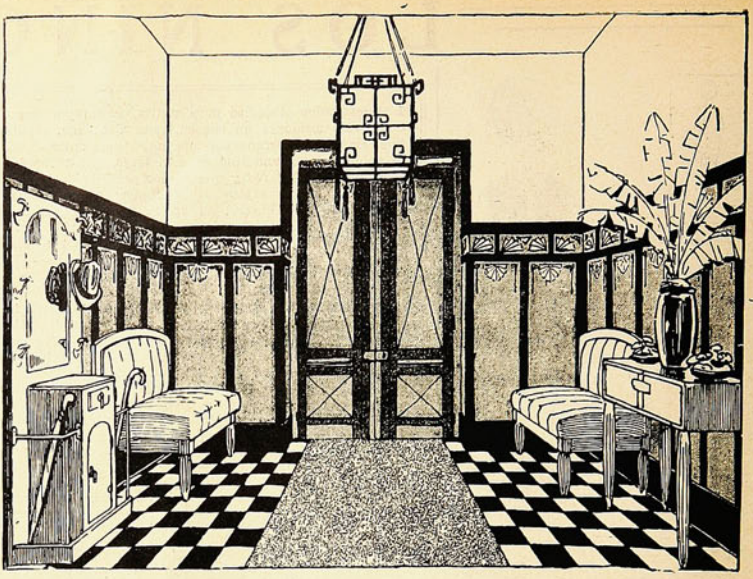
VI

V

X

XI

El arreglo del Vestíbulo



SI LAS DIMENSIONES de su departamento o casa se lo permiten, no deje usted, señora, de arreglar el vestíbulo so pretexto de que esta pieza es sólo de tránsito.

El vestíbulo es la primera pieza en que entra el visitante y es por ella por donde debe entrarle la primera impresión de su casa, toda. Arreglada coquetamente hará prever que el resto tiene las mismas características de aseo, orden y hermosa disposición.

Si se tiene la suerte de poseer un vestíbulo claro, no se debe bajo ningún pretexto ensombrecerlo por medio de cortinas, visillos o tapices. Hay que dejar la plena luz con la seguridad de que nada será más bello.

En el vestíbulo que presentamos, la luz entra por una gran ventana que queda al fondo, justamente en el sitio desde donde ha sido tomado el apunte. Sobre el piso de ladrillos de composición, blancos y negros, va colocada, una tira de alfombra amarilla y café.

Los muebles del vestíbulo son generalmente banales y están destinados a dar una agradable sensación al ojo, más que a prestar comodidad, ya que esta pieza es sólo de paso y nunca se está en ella, sirviendo a ciertas gentes, como proveedores, desconocidos, etc., para esperar unos cortos instantes.

El mueble principal es siempre un perchero. En estos últimos tiempos se ha reemplazado el perchero clásico por un cofre, o arca, sobre el cual se dejan los abrigos y sombreros, colocando los bastones y paraguas en una especie de canasto redondo y alto con dos pequeñas asas a los lados. En algunas casas en vez del arca o cofre se coloca un banco de madera o una banqueta sin respaldo, colocando sobre ella, en la pared, un espejo moderno, sin marco, en forma de oval y sujeto por gruesos cordones de seda terminados a los lados por borlas de seda.

En este vestíbulo que presentamos se ha guardado la tradición y es un perchero el que sirve para que los recién llegados dejen sombreros y bastones. Frente al perchero se pondrá un pequeño mueble, especie de escritorio en que se tendrá papeles y cáñamos para algún paquete que sea necesario hacer; papel de escribir, tinta, secante, etc., para el caso de tener que dar o recibir un recibo. En el veladorcito que tiene el perchero se guardará una bandeja para llevar las cartas y las tarjetas a los señores, una escobilla de ropa y otra de zapatos, más un pequeño plumero para sacudir la tierra del calzado.

Dos banquetas colocadas a cada lado de la puerta de entrada completan el mobiliario de este vestíbulo simple, pero agradable a la vista. La madera de estas banquetas, como la de los dos muebles restantes es de un color claro. El tapiz es de cuero café. Las paredes completan la armonía que se ha buscado en los colores café y amarillo.

La parte alta está pintada de amarillo claro. La enmaderación es café con los centros ponceados en amarillo con algunos motivos decorativos en tonos de violeta, amarillo y café. En la puerta se repiten los dos colores.

El farol central es de madera café con un falso de seda amarillo y cordones y borlas violetas y amarillas, mezcladas las sedas.

Completan el agrado del conjunto una planta colocada en un largo florero de bronce y unos cuantos adornos de cerámica.

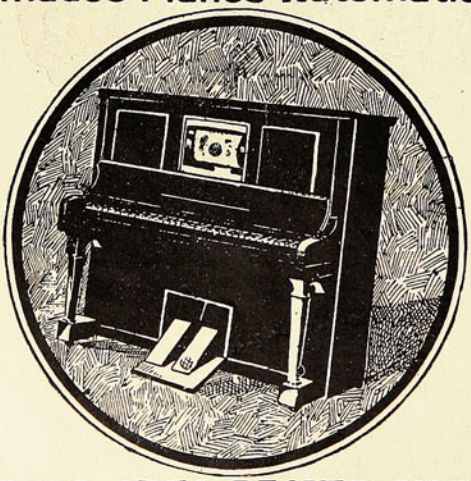
LOS AUTOPIANOS

"J. & C. FISCHER" y "ROTH BROS"

SE RECOMIENDAN POR SI SOLOS

Pase Ud. a nuestro salón y le demostraremos practicamente las ventajas de estos Afamados Pianos Automáticos

CON LA MEJOR ACCION AUTOMATICA "STANDARD" CON TRANSPOSICION DE TONO Y ADHESION DE MANDOLINA.

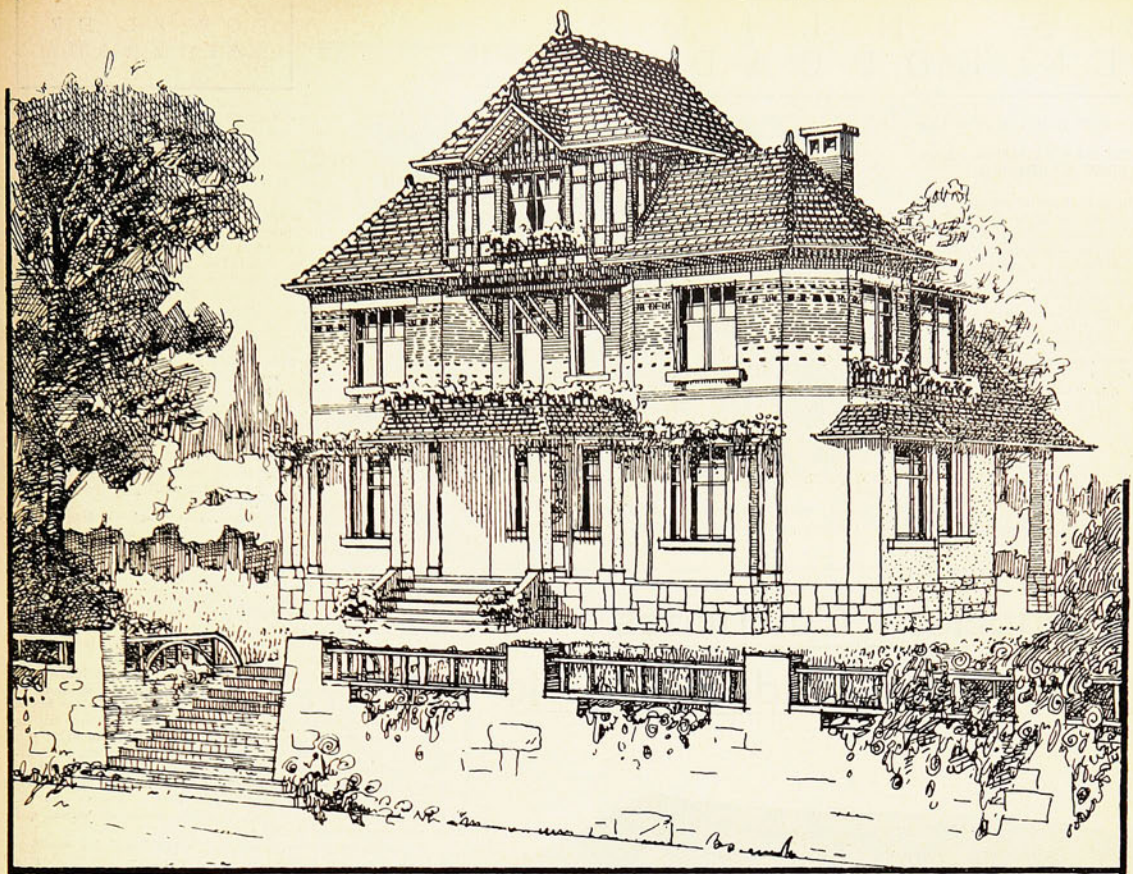


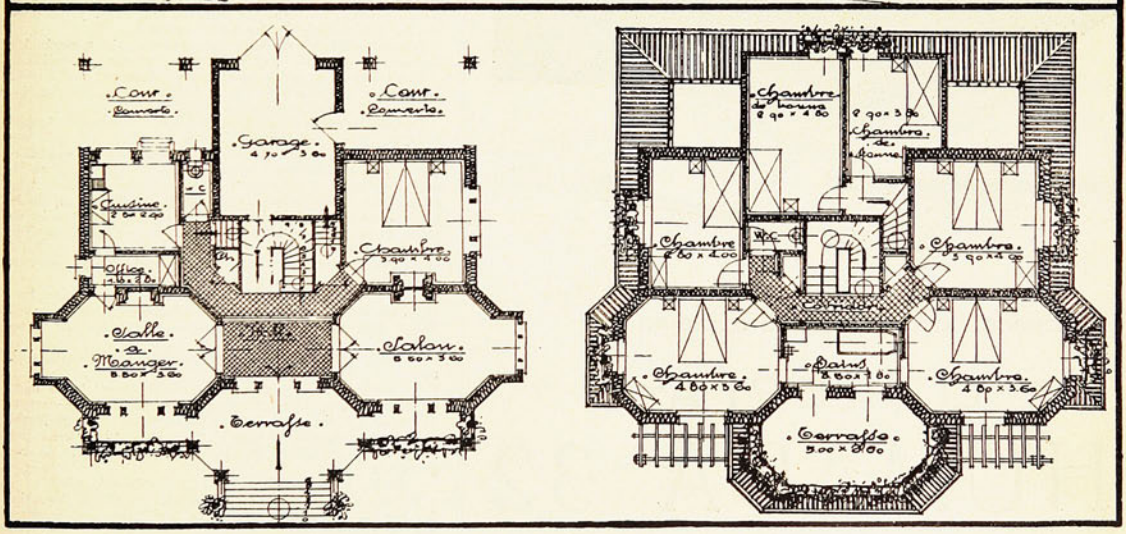
CON EL MECANISMO ESPECIAL "MELOTHEME", QUE REPRODUCE FIELMENTE EL SENTIMIENTO Y EJECUCION DE LOS GRANDES PIANISTAS

SANTIAGO Ahumada, 113.

SUCESORA OTTO BECKER LIMITADA

VALPARAISO Esmeralda, 205.





La Vivienda Holgada

La vivienda holgada que empieza por requerir una situación económica también holgada... Para los felices mortales que están en tren de edificar en esas condiciones, ofrecemos este plano de casa, llena de cuanto confort se puede desear, con novedad en la fachada y lo suficientemente espaciosa para albergar una familia numerosa.

Cuenta con una escalinata que lleva a la terraza. Una gran puerta comunica con el hall solado muy modernamente, con losetas negras y blancas. Tres grandes piezas abren sobre este hall. El comedor, el salón y otra pieza, que puede ser el escritorio o un dormitorio. Las tres poseen chimeneas y amplias ventanas, que las proveen de luz y aire. Comunicado con el comedor queda el repostero, que a su vez, comunica con la cocina. Esta última pieza tiene salida a uno de los dos patios cubiertos que son en la fachada trasera una de las notas más originales de este edificio. Un W. C., un ropero mural, la escala, la escala de servicio y el garage completan este primer piso.

En el otro quedan cuatro dormitorios llenos de luz y de desahogo, el cuarto de baño, un W. C., una pieza para la ropa y una gran terraza, más las dos piezas de las sirvientas con su escala especial.

En el tercer piso hay otra pieza de servidumbre y el baño para ella destinado.

En los sótanos queda la despensa, carbonera, leñera, lavandería y demás dependencias.

LOS HIJOS BIEN EDUCADOS

POR EL DR. SAIMBRAUM

DE LA OBEDIENCIA

ALGUNAS FORMAS USUALES PARA HACERSE OBEDECER

—¡Pepito, que te caes al fuego! Joaquina, sal de ahí; acabarás por hacerte daño! — Y la madre grita para apartar de los peligros a sus hijos, cuando un sencillo hábito de obedecer podría guiarles de una manera suave y amosa. Quiere hacerse obedecer alzando continuamente el grito. Mas eso no lleva nunca a la obediencia. Esas órdenes bruscas, siempre repetidas y jamás obedecidas, suenan en los oídos infantiles como pura música, áspera música, de la cual no hay que hacer caso. Hay que mandar bien una vez; y con eso hay ya bastante.

Un chiquillo, a pesar de la prohibición del padre, se escapa de casa y se va a la orilla del río, para jugar con sus compañeros.

—No irás, pese a tus caprichos!— dice incomodado su padre, cogiéndole violentamente entre sus brazos y llevándoselo; — no irás, porque obedecerás a la fuerza; yo soy el más fuerte y el que mando.

—¡Volveré después!—grita el rebelde, que se defiende pataleando en el aire y forcejeando con sus manos. La fuerza bruta no le ha convencido, antes al contrario, le ha irritado. Antes iba al río por ganas de jugar. Ahora le atraen a él dos fuerzas: las ganas de jugar y su amor propio ofendido.

Es inútil que su padre, agarrándose a su autoridad, amenace con llamar a los guardias y meterle en la cárcel o en el hospicio. Si el chico es apocado, cogerá miedo, nuevo defecto que se añadirá al del espíritu de desobediencia. Si el chico es avisado, se reirá al cabo de pocos días; ya sabe que aquellas terribles amenazas nunca se cumplen.

El amor propio del niño es tan grande, su ingenuidad tan delicada, su vergüenza por no saberlo todo tan honda, que en cuanto comprenda — y llegará este momento — que el padre abusó del su ingenuidad amenazándolo con imaginarios y risibles castigos, perderá todo respeto al que le humilló con fantasmas vanos.

—¡Espera que ahora voy yo! ¡Verás tú como obedeces! — dice el padre amenazando estúpidamente. Aunque el niño le haga lo que deseáis, eso no es obediencia. Que regañéis o no, que estéis cerca o lejos de vuestro hijo, él debe obedeceros y respetaros.

—¡En cuanto me enfade, vas a ver como callas y obedeces! — ¿Enfadarse, enfurecerse, airarse, encolerizarse? Si el hijo es débil y de pocos recursos, vais a atemorizarle y a inculcar el odio en su corazón. Si es listo y bravucón, va a divertirse no poco viéndoos representar un papel violento y brutal.

Contad, además, con el peligro de la imitación. Como un diapasón comunica a otros que están a su lado la nota que a él le hace vibrar, así nuestros afectos hacen vibrar semejantemente a nuestros vecinos. Si montáis en cólera, es posible que monte en cólera vuestro hijo; y a compás de vuestras violencias, se levanten en su corazón tempestades de violencias; y enredados en palabras impropias y acciones inconvenientes, vais al fin a terminar vuestras reyertas con una paliza, que es una catástrofe fisiológica, y con una ebullición de odios, que es una catástrofe moral.

¡Demasiados gritos, demasiadas palabras! La obediencia no requiere largos discursos y menos aún violentas increpaciones. Son esos los caminos del temor y del miedo, no del respeto obediente y amoroso.

¡Pocas palabras! Ordenes dulces o enérgicas, según las circunstancias, pero siempre breves, claras, y sencillas.

Ellas lograrán seáis obedecidos, siempre que hayáis iniciado a vuestro hijo en el hábito de la obediencia, del cual hablaremos en el capítulo siguiente.

La condescendencia.—Una madre se levanta por la mañana de mal humor y prohibe a su hijita un acto determinado. A compás de las circunstancias va cambiando su estado afectivo; y por la noche, ya contenta la madre permite a su hija lo que le había prohibido por la mañana. Este es el camino de la incoherencia, de la versatilidad. La obediencia, entonces, no tiene razón de ser, ya que se funda en ligeros caprichos de la madre. Y ésta ha entrado en un camino a cuyo fin se halla el desprecio por parte del hijo, juguete de los nervios maternales.

Un chiquelo goloso pide terrones de azúcar, uno tras otro. La madre se niega al fin. El goloso se pone a chillar y a meter ruido. La madre le alarga un par te terrones.

—Anda, toma, y no chilles, muchacho... ¿Estás contento?

Sí, señora, el muñeco está contento. Usted le ha dado no sólo un empacho de azúcar, sino también el secreto de lograrlo todo en adelante. Conoce ya el procedimiento.

Otra madre, viendo que su hijo no se da mucha prisa en llevar el recado que le ha encomendado, le da una golosina:

—Anda, toma este chocolate, y ve de una vez.

Habéis vestido a vuestro hijo con la librea del criado. No habléis ya de obediencia. Trabajará por la paga, por la golosina. Trabajará, no obedecerá.

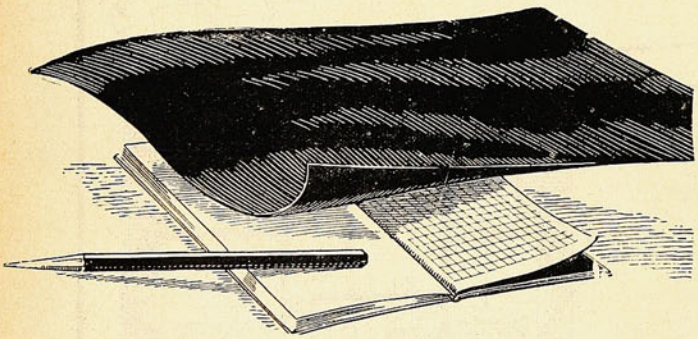
He aquí otra madre que da muestras de gran ligereza ante su hija de ocho años:

—Si no haces lo que te digo, no te compro el vestido que deseas; ¿te enteras?

Aquí tienen ustedes sedimentados en la rapaza los deseos de cosas inútiles, además de dejar maltrecha a la obediencia. Porque si aquel vestido es necesario, se lo compraréis aunque no obedezca; y si no es necesario, no sólo le enseñáis a guiarse por la vanidad, comprando cosas inútiles, sino que ponéis a esa vanidad como motivo o como paga de una obediencia que no lográis.

Homos dicho antes: ¡demasiadas palabras! Una cosa semejante debemos añadir ahora: ¡demasiada condescendencia! Ni la brutalidad de los gritos ni las concesiones llevan a la obediencia. Pueden lograr el mismo efecto externo que la obediencia. Pero, en lo interior, mientras esta edifica y modela, aquellos pésimos procedimientos destruyen y llevan al hijo a la perdición.

Papeles - Cartulinas
Libros - Artículos de Escritorio



Encontrará un Gran Surtido en la
— LIBRERIA —
AHUMADA 32
DE LA
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA
SANTIAGO
Casilla 1017 Teléfono 7078

El Jardín de los Poetas

LA NACENCIA

Por Luis Chamisso.

Bruñó los recios nubarrones pardos
la luz del sol que s'agachó en un cerro
y las artas cogollas de los árboles
d'un coló de naranja se tiñeron.

A bocanás el aire nos traía
los ruíos d'allá lejos
y el toque d'oración de las campanas
de l'iglesia del pueblo.

Íbamos dambos juntos en la burra
por el camino nuevo;
mi mujé mu malita,
suspirando y gimiendo.

Bandás de gorriatos montesinos
volaban, chirriando, por el cielo,
y volaban pal sol, qu'en los canchales
daba relumbres d'espejuelos.

Los grillos y las ranas
cantaban a lo lejos,
y cantaban también los colorines
sobre las jaras y los brezos;
y, roando, roando, de las sierras
llegaba el dolondón de los cencerros.
¡Qué tarde más bonita!
¡Qu'anochecer más güeno!
¡Qué tarde más alegre
si juéramos contentos!...

—No pué ser más—me ijo — vaite, vaite,
con la burra pal pueblo,
y güérvete de prisa con la güela
la comadre o el meico.

Y bajó de la burra poco a poco,
s'arrellanó en el suelo,
juntó las manos y miró p'arriba,
pa los bruñíos nubarrones recios.

Dirme dejarla sola
dejarla yo a ella sola com'un perro
en metá de la jesa,
una legua del pueblo...
¡Eso no! De la rama
d'arriba d'un guapero,
con sus ojos reondos
me miraba un mochuelo;
un mochuelo con ojos vedriao
como los ojos de los muertos...

¡No tengo fuerzas pa dejarla sola!
pero yo de qué sirvo si me queo.
La burra que roía los tomillos
floridos del lindero,
careaba las moscas con el rabo
y dejaba el careo;
levantaba el jocico, me miraba
y seguía royendo.
¡Qué pensarán las burras
si es que tienen las burras pensamientos!

Me juí junt'a mi Juana,
me jinqué de roillas en el suelo,
jice por recordá las oraciones
que me enseñaron cuando nuevo.
No tenía pacencia
p'hacé memoria de los rezos...
¡Quién podrá socorrerla si me voy!
¡Quién va por la comadre si me queo!

Aturdío del tó gorví los ojos
pa los ojos reondos del mochuelo
y aquellos ojos verdes,
tan grandes, tan abiertos,
qu'otras veces a mí me dieron risa,
hora me daban mieo.
¡Qué mirarán tan fijos
los ojos del mochuelo!

No cantaban las ranas,
los grillos no cantaban a lo lejos,
las bocanás del aire s'aplacaron,
s'asomaron la luna y el lucero,
no llegaba roando, de las sierras,
el dolondón de los cencerros...
¡Daba tanta quietú mucha congoja!
¡Daba yo no sé qué tanto silencio!

M'arrimé más pa ella;
l'abrasaba el aliento,
le temblaban las manos,
tiritaba su cuerpo...
Y a la luz de la luna eran sus ojos
más grandes y más negros.

Yo sentí que los míos chorreaban
lagrimones de fuego.
Uno cayó roando
y prendió d'un pelo;
en metá de su frente
se quedó reluciendo.
¡Qué bonita y qué güena
quién pudiera sé méico!

Señó: tú que lo sabes
lo mucho que la quiero.
Tú que sabes que estamos bien casaos.
Señó, tú que eres güeno;
tú que jaces que broten las simientes

que echamos en el suelo;
tú que jaces que granen las espigas,
cuando llega su tiempo,
tú que jaces que paran las ovejas,
sin comadres ni méicos...
¿por qué, Señó, se va a morí mi Juana,
con lo que yo la quiero;
siendo yo tan honrao
y siendo tú tan güeno?

¡Ay! qué noche más larga
de tanto sufrimiento;
¡Qué cosas pasarían
que decilas no puedo!
. . . . . .

Jizo Dios un milagro;
¡No podía por menos!

II

Tóito lleno de tierra
le levanté del suelo;
le miré mu despacio, mu despacio,
con una miaja de respeto.
Era un hijo, ¡mi hijo!
hijo d'ambos hijo nuestro...
Ella me lo pedía
con los brazos abiertos.
¡Qué bonita qu'estaba
llorando y sonriyendo!

Venía clareando;
s'oían a lo lejos
las risotás de los pastores
y el dolondón de los cencerros.

Besé a la madre y le quité mi hijo
salí con él corriendo,
en regacho d'agua clara
le lavé tó su cuerpo.
Me sentí más honrao,
más cristiano, más güeno,
bautizando a mi hijo como el cura
bautiza los muchachos en el pueblo.

Tié que ser campesino,
tié que ser de los nuestros,
que por algo nació baj'una encina
del caminito nuevo.

Asina que nació besó la tierra,
que, agradecía, se pegó a su cuerpo:
y jué la mesma luna
quien le pegó aquel beso...

Dos salimos del chozo;
tres golvimos al pueblo.
Jizo Dios un milagro en el camino:
¡no podía por menos!

¿NUNCA YA?

Por Víctor Domingo Silva.

Nunca ya tu mano breve,
mitad ámbar, mitad nieve
me enviará,
otra dulce carta escrita
con su letra menudita?
¿nunca ya?

En la tarde visionaria,
la casita solitaria,
¿siempre está?
¿Siempre está la blanca puerta?
¿Siempre el aire por la huerta
viene y va?

A lo largo del camino
suelta un pájaro, un divino
trino en la?
En un chorro de armonía
el torreón despide el día
que se va?

El jardín con sus violetas...
Ah, las puras, las discretas
flores! ¡Ah
Los ramitos que tú hacías!
Y esas fuesinas que eran mías,
¡todo está!

El rosal que hoy tu despojas
ya no da sus gracias rojas,
ya no da.
Y la obscura madreselva
ya no espera que yo vuelva
por allá!

El nogal junto a la reja...
el sendero que se aleja...
—"Vamos ya?"
Luego, arriba, entre gorjeos,
inauditos cuchicheos;
"¡Besalá!"

Esa risa ese alborozo,
esa charla junto al pozo:
—"¿Quieres?"—"Bah!"
¡Esa charla tan sin charla
no podremos reanudarla
nunca ya!

"¡Cuenta un cuento!"—"Dime un verso!"
—"Qué capricho más perverso!
—"¡Allá va!"
Aún recuerdo la leyenda,
bella, mágica estupenda
de la **Flor del Lilolá!**

Y tu flor, la favorita,
la fragante, la exquisita
resedá,
sola acaso, acaso mustia
y abatida por la angustia
¿qué dirá?

Yo era bueno. Tú eras niña.
¿Quién al alto de la viña
subirá,
como entonces nos subimos
a jugar con los racimos?
¿Quién lo hará?

Las palomas siempre en fiesta...
Y aquel gallo de alta cresta
¿dónde está?
No conversa ya contigo,
no pregunta por su amigo,
Monsieur K...?

Ojalá me hables de todo:
de aquel sol, de aquel recodo
que iba allá;
de tus aves, de tus flores...
Y ojalá escribiendo llores,
ojalá!

Y tu carta cuando llegue
y a mis ojos se despliegue,
me dirá
que la novia de otros días
eras tú que me decías:
—"¡Ven acá!

"Ven acá, mi amor te espera.
En mi amor la primavera
siempre está..."
¿Dónde está que no me invita?
¿Qué será de mi aldeanita,
qué será?

Nunca ya mi amor se olvide
del perfume que despide
tu recuerdo: resedá...
Y en los éxtasis supremos,
nunca ya nos separaremos,
¡nunca ya!

LAS TRA

Vió a Emilia cuando intentaba arrojarse al agua, siendo detenida a tiempo.

William Mc Fee, famoso escritor marino, analiza el extraordinario caso Kingsway y nos dice la sombría y apasionada historia del desgraciado barco y de su extraña tripulación.

NO siempre escoge el destino un grandioso escenario para representar las humanas tragedias.

Aquí tenemos, por ejemplo, al "Kingsway", una barca de cuatro palos y de dos mil doscientas setenta y dos toneladas, con velas enormes que necesitaban fuerza a vapor para ser izadas a sus topes. Un extraño escenario para un conmovedor y trágico episodio de los mares.

Al principio de ese terrible viaje, que ha concluído recientemente ante los tribunales federales en Nueva York, nada indicaba lo que iba a suceder. Para ser precisos, los principales actores no habían aparecido todavía. Se hallaban diseminados en toda la tierra.

El "Kingsway", fletado en Perth Amboy para la Costa de Oro, en el Africa ecuatorial, era un barco tan tranquilo como cualquiera de los que se suelen encontrar en los puertos

El Kingsway, mandado por el Capitán Chase, dejó Perth Amboy en julio de 1926 y dirigió rumbo a Pensacola para ser cargado con madera. No era interesante en ningún modo excepto por su segundo, Frederick Mortimer, antiguo marinero que había acompañado a veces a un hombre a quien el mundo conoce por el nombre de Jack London, autor del "motín del Elsinore". Ahora bien, nadie puede predecir lo que la celebridad puede llegar a ser para un hombre. Algunas veces los humos se le suben a la cabeza y se hace insoportable a su compañero, otras la herida es más profunda y se verá consumido por secretas tristezas...

Fred Mortimer el viejo segundo del Kingsway, había conseguido gradualmente llegar a identificarse por completo con Mr. Pikes, el segundo del Elsinore, descrito por Jack London. Había pasado cerca de sesenta años de su vida en el mar y es fácil imaginarse que esta gloria refleja era una de las cosas que lo conservaban vivo. El cerebro de un viejo marinero es compartivamente un organismo sencillo. Mr. Mortimer creía ser Mr. Pikes, el impulsivo y brutal marino del Elsinore.

En realidad era un fracaso, y los propietarios del Kingsway ya no lo consideraban más como un posible capitán, y la prueba de ésto lo obtuvo cuando el capitán Chase cayó enfermo en Pensacola y fué substituido por el capitán F. E. Lawry, de sesenta y cinco años de edad que tomó el mando del buque. Y el espectro de Mr. Pikes, el amotinado del Elsinore, principió a vagar en la cubierta del Kingsway. La última oportunidad que habría podido tener en el mundo para mandar un barco se desvanecía en la noche. Era el final de todas sus ilusiones.

Había un hombre, sin embargo, en Kingsway, que poseía algo del carácter de un sedicioso. Waldemar Karl Badke, el alemán a cargo del "donkey", era uno de esos hombres tan comunes en los barcos británicos antes de la guerra. Era un hombre alto y fuerte que hablaba inglés con acento alemán y despreciaba a los compañeros que servían con él.

Su inteligencia, su experiencia adquirida en la Marina Imperial alemana, sus éxitos con las mujeres de las Palmas, donde había vivido, le habían conquistado un considerable prestigio personal a bordo del Kingsway. Con él servían algunos de sus compatriotas, además de un sueco y de uno o dos noruegos. Badke dominaba toda esta gente y demostraron su simpatía, al pobre y viejo segundo, cuando el nuevo capitán tomó posesión del barco. De este modo el viaje podía haber seguido el curso de tantos otros, en que hombres de diversas y antagónicas razas están obligados a vivir juntos durante semanas enteras sintiéndose heridos por las imperfecciones de los demás y la falta de justicia que hay en el mundo. Pero en San Juan de Puerto Rico, donde recaló el Kingsway antes de hacerse a la vela para la Costa de Oro el cocinero desertó del barco y el capitán Lawry, se dispuso a contratar otro.

No es fácil encontrar un cocinero, cualquiera mujer lo puede decir. Muchos capitanes han tenido que recurrir a ardides para conquistarse un cocinero de otro barco. Un barco con un buen cocinero es un barco feliz. El capitán Lawry necesitaba un cocinero cualquiera, y cuando se encontró a un joven mulato que había servido en las aduanas de Puerto Rico, el capitán lo recibió con entusiasmo.

Earle Leo Battice de veintitrés años y oriundo de Gulfport, consintió en embarcarse bajo una condición; haría el viaje si era acompañado por su mujer

El capitán Lawry conocía ya lo bastante a su tripulación para saber lo que sucedía si se embarcaba una mujer. No le gustó la idea, pero no veía el medio de evitarlo. Consintió que Battice trajera a su mujer que por un dolar mensual podría servir. "stewardess".

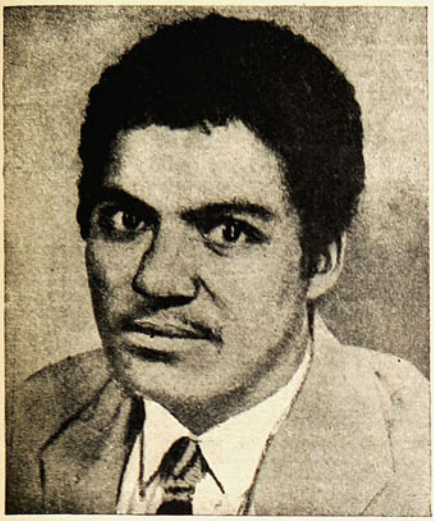
L.T.PIVER
PARIS

Las Lociones
POMPEIA FLORAMYE
En Santiago, $ 8.30 el frasco.
En provincias: $ 9 el frasco.
SALAZAR Y NEY
A. Prat, 219.—Santiago.

PIXIAVON
es una excelente preparación para el lavado del cabello. Siendo a base de alquitrán, evita la caída del pelo, dejándolo suave y libre de caspa.
DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS
M. R.

JEDIAS del MAR

Por WILLIAM Mc. FEE



Earle Leo Battice, el joven cocinero negro, cuyas intrigas amorosas causaron la tragedia.

Tal vez Emilia era víctima del amor también. tal vez sentía una ardiente pasión por ese hombre de otra raza y de otro color.

Battice había concebido entonces la inspiración, de embarcarse con su mujer en el Kingsway. una vez a bordo se escaparía para reunirse con Emilia y todo marcharía a pedir de sus deseos. En la simplicidad de su atormentado corazón, él creía, no encontrar obstáculos a su empresa. Pero Mrs. Battice descubrió por casualidad que su marido ya no estaba empleado en la aduana, y principió a investigar acerca de esto. No tardó en saber que su marido se había contratado como cocinero en el Kingsway, y más todavía que debía embarcarse con su esposa.

Otra mujer se hubiese sentido asombrada; pero Mrs. Battice conocía al hombre con quien se había casado y no tenía intención de perderlo. Sabía que estaba locamente enamorado de Emilia, que les había enseñado a los dos español. Por eso se decidió a embarcarse en el Kingsway donde sería la única mujer entre los diez hombres que ocmponían su tripulación. Y el primer hombre a quien vieron sus ojos fué el grande y rubio mecánico alemán que ella había encontrado a veces en la playa. Durante esas primeras horas pasadas en el barco, Mrs. Battice debió experimentar una gran satisfacción. Veía a su marido sumido en la consternación al pensar en el fracaso de todas sus esperanzas, y en la joven que dejara en la playa. Y entonces sintiendo placer al contemplar la agonía del hombre, volvía sus ojos con una sonrisa tierna y prometedora, hacia la hercúlea figura de Karl. Pero todavía el destino perseguía al desgraciado Battice. Ya la vida era bastante desgraciada para él, pero aún se complicó más.

Emilia que había quedado esperándolo en el cuarto de un hotel, no pudo soportar por más tiempo su ausencia.

Según contó después, había tomado un bote y había llegado en él al Kingaway. Subió a bordo y se encontró con Battice. "Me has dejado abandonada", le dijo. Battice se limitó a contestar: "Ella está aquí".

Emilia lo miró estupefacta. "¿Qién está aquí?, preguntó y la desgraciada criatura, la víctima del amor sólo acertó a contestar "mi esposa".

Debe haber sido un extraño encuentro el de estas tres personas en la cubierta del Kingsway. Allí se encontraron el negro y sus dos mujeres, ambas perdidas para él. Allí se hallaba Emilia la joven blanca que había sido burlada y allí también se encontraba la mulata, dominando la situación — la mulata que pronto iba a dejar de existir.

—"Ella fué muy buena conmigo", dijo la pobre Emilia. "Me contó que él era un malvado".

Emilia lloró y por fin se le hizo comprender que no podía quedarse más tiempo, que debía regresar a la playa.

El hombre la siguió con la vista, con su corazón destrozado de amargura. La vió cuando intentó arrojarse al agua siendo detenida a tiempo.

Antes de partir, Emilia le había pedido a Mrs. Battice que la matara allí mismo. La súplica de la niña llegó a los oídos de uno de los marineros. Ella era joven y no podía leer en los corazones de los hombres.

Pero para Lucía el mundo se le aparecía lleno de intoxicante júbilo. Waldemar Karl había puesto sus ojos en ella. El era la figura dominante del barco, un hombre superior, que no temía a nadie ni aún al capitán. Continuamente se le veía junto a Lucía haciéndole el amor ante los ojos de su marido. Era el superhombre de Nietzche, en acción. La mujer que atraía sus miradas él la tomaba. Y aún cuando el capitán le ordenó en el enérgico lenguaje usado en el mar que dejara tranquila a la mujer, Karl le devolvió palabra por palabra y lo desafió a que se atreviese a ponerle las esposas. Tenía, le dijo, demasiados amigos a bordo. Y así prosiguió su camino, fuerte en su orgullo de raza y en sus proezas viriles, despreciando a todos excepto a la mujer, y apartando a todos los que se atrevían a interponerse entre él y el objeto de sus deseos.

Tal vez el destino, que observaba al Kingsway surcando los mares en dirección al Africa ecuatorial, había decretado ya que las cosas pasarían de distinta manera, y para esto se valió del cocinero que apartado de todos y sufriendo el desprecio de todos, sólo soñaba en su amada Emilia que había querido morir por su causa. Leo, comenzó a pensar que más le convenía aliarse con el desdeñoso alemán, pues, así se vería libre de una vez por todas de su mujer. Algún día concluiría el viaje y ella lo abandonaría para siempre de su propia voluntad.

Pero el mulato, que no era un león, después de todo, encontró que la naturaleza humana tiene sus límites. Las sarcásticas miradas y las burlas de la tripulación, la indiferencia del capitán, y los coqueteos de su mujer principiaron a hacer impresión en su cerebro. El pensamiento de que faltaban todavía varias semanas para completar el viaje se le hizo insoportable. Su mujer y el alemán se hallaban juntos todo el tiempo. Leo se lo dijo un día a Lucía en tono de amenaza y la mujer lo miró con incrédulo asombro. "Tú no eres capaz de matar a un mosquito", le respondió, "lo veré cuando se me antoje."

Se sentía muy segura de sí misma ahora y se hallaba embriagada de júbilo al pensar en el éxito de su venganza. Le halagaba pensar que toda la tripulación pensaba en ella, se preocupaba de donde se hallaba, de lo que decía y de lo que hacía. En su imaginación, la veían en los brazos del alemán. Se sentía transportada de júbilo. Su marido estaba enloquecido y ella también se sentía un poco exaltada y resolvió por fin concederle una cita al alemán. Y él acudió a la cita. En la noche antes de darse a la vela se encontraron dos mujeres y un hombre. ahora el asunto se iba a tratar entre dos hombres y una mujer. Leo, tendido en su hamaca murmuró su amenaza otra vez. "No juegues con fuego", le dijo.

Pero ella se limitó a sonreir y un momento después se deslizaba hacia la bodega para reunirse con su amante. Lucía no sintió cuando Leo saltó de la cama y sacó una navaja de debajo del colchón. Deslizándose suavemente por el corredor el mulato le siguió los pasos.

Repentinametne, cuando se hallaba entre los brazos de Karl, Lucía vió aparecer la muerte a la entrada de la bodega. Lanzó un grito de terror, y Waldemar Karl el superhombre, el matón del barco, huyó dejándola abandonada a su suerte. Volvió a gritar cuando su marido loco de cólera saltó sobre ella esgrimiendo su puñal.

Algunos gemidos se dejaban oír en al oscuridad de la bodega, y cuando el capitán entró con su linterna, vió a Lucia tendida en el suelo, con su garganta cortada y su cuerpo y sus brazos sangrando por una docena de heridas; y a Leo con la navaja en la mano chorreando sangre, inclinado sobre ella con la demencia pintada en sus facciones.

Lucía sobrevivió una semana a sus heridas y murió al llegar el barco a la vista de las costas del Africa.

No concluyeron aquí las desventuras del desgraciado barco, el primero en morir fué Mr. Pikes

La primera figura con que tropezaron sus ojos fué la del grande y rubio alemán.

EL GATO DE DOÑA MENCIA. — Cuento de Humberto Pérez de la Ossa

I

El sol de enero llegaba tibio hasta el estrado de damasco carmesí, encendiendo en un débil relámpago el oro de las borlas y el bordado de los cojines en que se recostaba doña Mencía, la esposa del señor Adelantado don Bernardo de Almazara. Junto a la dama, don César, retorciendo los viriles mostachos que se habían agitado triunfadores en Flandes a los gritos de mando, decía un madrigal. El caballero era muy guapo; tenía la color dorada de la guerra y la barba castaña; en sus pálidas manos afiladas, la muerte era un juguete, y en sus ojos profundos, el amor, un enigma.

Doña Mencía le escuchaba con la complacencia de unos dieciocho años, que ligaban muy mal con los setenta del señor Adelantado. Un gran gato de Angora se esponjaba dormido sobre la falda de la dama, que le iba acariciando con las menudas manos perfumadas.

—Hay que cortar las rosas de la vida cuando están sonrosadas, y no esperar a que el cierzo las marchite—decía el caballero, insinuante, mientras su silla se iba acercando imperceptiblemente al sofá de la joven.

La chimenea, como queriendo apoyar al galán, lanzaba alegres llamas, que llenaban la sala de reflejos rosados coloreando los rostros de las santas y nobles señoras que en telas de Coello y Pantoja adornaban la estancia.

Doña Mencía, ruborosa, con la gracia de una Madona de Morales, inclinaba la frente, sin poder resistir por más tiempo a la dulce sugestión del amor que tan lejos anduvo de de sus bodas. Ya el demonio se sonreía cuando un gran estornudo llenó de su plebeya sonoridad la estancia; el encanto quedó roto. Dama y galán se miraron a través de una sonrisa que disimulaba su disgusto, mientras el causante del estrépito, el gran gato de Angora, impasible, lamiéndose el hociquito rosa, descendía de las rodillas de su dueña, donde estuvo entronado.

¡Oh, el maldito estornudo del felino! Doña Mencía, sin saber por qué, se acordó de su esposo. Don César guardó silencio, sin hallar modo de reanudar sus gentiles razonamientos.

El primer aletazo de sombra crepuscular amortiguó los colores de la estancia, y encendió en un rosa más vivo las ascuas de la chimenea; los dos jóvenes se miraron a los ojos.

El gato, que estaba en pie frente al fuego, arqueó repentinamente el lomo, erizó el pelo y salió despavorido de la estancia.

—Don César, don César,—dijo, temerosa, la dama, que se había dado cuenta—¿habéis visto el gato? ¿Qué habrán visto sus ojos que de tal modo se asusta? ¿Será el diablo o la muerte el que nos ronda?

El caballero, que no temió a la muerte cuando en la guerra la veía cabalgar sobre los botes de metralla, y que se había burlado del diablo cuando entró a saco en las ciudades, sintió un escalofrío por la espalda y, con una gran reverencia, besó la mano que la señora le alargaba, digna, altiva, encerrada otra vez en la torre de su virtud.

II

—Sábado de judíos, y andan los gatos de aquelarre—decía, santiguándose, doña Jiménez, una vieja dueña del servicio del señor Adelantado.—Santa María nos libre de los malos espíritus que están sueltos esta noche. Virgen santa, si parecen pisadas de hombre lo que se oye en el tejado!...

Y fué tanto su miedo, que, sin atreverse ni siquiera a chillar, se arropó entre las sábanas, y así se estuvo acurrucada toda la noche, mientras su señor luchaba con el asma y su señora ahuyentaba con jaculatorias las tentaciones.

A la mañana siguiente, cuando, medrosica, refirió su susto en la cocina, Ginés, el galopín, se rió mucho. ¿Era tal vez que él no creía en brujas?

III

Se revolvió toda la casa inútilmente; pero el gran Angora no apareció por parte alguna. Doña Mencía sintió extraordinariamente la pérdida del felino. ¡Es tan útil un gato! Allá en lo más íntimo de su alma pensó mal de las monjas sus vecinas; ellas, sin duda, se lo habían hecho robar, y hasta lloró de rabia, jurando desquitarse. Doña Jiménez, en cambio, aseguraba que habían sido las brujas las que se habían llevado el gato para las abominaciones de sus sábados, discutiendo con la cocinera, que pretendía que el ladrón no era otro que alguno de los criados del señor Juan Riasti, el pastelero italiano. Sólo Ginesillo continuaba riéndose por lo bajo, y aún parece que puso poco celo en la busca del felino.

Mucho tiempo hubiese durado el sugestivo tema de la pérdida del gato en las conversaciones de los domésticos del señor Adelantado, si no se hubiese puesto a discusión el cuento que en la mañana del otro día trajo Jerónimo el cochero, un gallego supersticioso que había oído aquella noche ruidos extraños y aullidos infernales bajo el suelo de la cuadra. La cosa extrañó en un principio; pero como en las noches sucesivas continuaron los ruidos, pronto fueron varias las personas que pudieron escucharlos. Jerónimo llegó hasta pegar al incrédulo de Ginés, que parecía burlarse de sus afirmaciones, porque el cochero, que era hombre muy veraz, no podía sufrir que un pilluelo desvergonzado se burlase de sus palabras. Y Ginesillo—no cabía duda—era un tuno redomado, en opinión de todos los criados. ¡Conseguía hasta tener dinero! ¿De dónde lo sacaría el maldito?

IV

La juventud y el diablo armaron la celada. Fué una oscura noche de aquel mismo invierno. El señor Adelantado cenó con apetito y se dejó acostar tranquilamente. Cuando quedó dormido con el rosario entre los dedos, doña Mencía salió de la habitación quedamente, y fué a ver si los criados dormían, y luego bajó hasta la puerta de la calle, sin duda, a mirar si se hallaba bien cerrada, porque se la oyó andar en los cerrojos.

Cuando volvió a subir, junto al roce amortiguado de las faldas rozagando, parecía que sonaban otras pisadas más recias y sentadas. ¡Pero era la noche tan oscura!

Luego todo se quedó en paz; en la noche silenciosa iban cayendo paletadas de tiempo al compás del martillo de un reloj oculto; la mano pordiosera de los vientos llamaba en los cristales, y la lamparilla puesta a los pies del Cristo en la alcoba de don Bernardo parpadeaba como si estuviese rezando.

Hacia la medianoche, los criados, despavoridos, despertaron; don Bernardo, muy agravado en sus males, llamaba a gritos; todo fueron carreras y prisas. Doña Mencía debía de hallarse ya muy dormida, porque tardó mucho tiempo en aparecer; fué preciso que las criadas llamasen varias veces a su cámara.

V

Cuando don César pudo salir por una buhardilla al tejado, se creyó ya libre: nadie le había visto; bajar hasta la calle no sería difícil, y el honor de su dama quedaría incólume. La noche estaba oscura, y el pobre caballero tuvo que andar a tientas para no despeñarse; por fin halló un saliente en la pared: era una gruesa tubería para la conducción del agua. Descolgarse por allí era juego de niños.

No fué costoso el descenso; pronto sintió el capitán que sus pies tropezaban en una especie de povata, y entonces comenzó a temer haber bajado a algún patio, en lugar de a la calle. Decidióse, con todo, a comprobarlo, y desasió las manos para saltar.

Los pies se encontraron en el vacío: chocó la espalda contra una pared, y, sintiéndose resbalar por una especie de embudo, fué a caer en un suelo fangoso y pestilente. La oscuridad era completa; la atmósfera, casi tan espesa que pudiera tocarse, estaba cargada de todos los olores repugnantes y viscosos, y el pobre caballero pareció sentir en toda la piel el contacto escalofriante de los reptiles.

Don César procuró serenarse; era necesario saber en dónde había caído, intentar salir de aquel encierro; al levantarse, adelantó con las manos extendidas hasta encontrar una pared por la que el agua chorreaba; ya más seguro con este encuentro, volvióse para recorrerla en toda su extensión, y divisó a lo lejos, en medio de la densa noche, dos llamitas verdosas, redondas y muy quietas. Se detuvo inquieto; por primera vez tuvo miedo el capitán que fué glorioso en Flandes.

Las lucecillas avanzaron; el caballero, siempre arrimado a la pared, buscó el puñal para defenderse; mas, en las precipitaciones de la huída, le debió perder en algún sitio; estaba indefenso. Las lucecitas se habían detenido a algunos pasos; el terror paralizaba al caballero, que presentía el ataque. Y el ataque llegó: un gran salto, dos garras afiladas que se clavaron en su carne, y una lucha desesperada, cuerpo a cuerpo. Por fin el animal huyó, y el hombre, jadeando, se palpó ávidamente el cuerpo para reconocer las heridas que sangraban.

Pasó algún tiempo, un tiempo eterno en medio de la noche, y la lucha se volvió a repetir; aquella vez, el pobre caballero ya peleó con menos ahínco: tenía la vaga sospecha de morir a manos del cruel animal desconocido; pero, con todo, logró ahuyentarle.

VI

Después que pasó el luto riguroso de su viudez, doña Mencía pensó en arreglar algunas cosas en aquel desmantelado caserón que le legó su esposo. Sobre todo, quería cegar una antigua cisterna que no se usaba desde hacía muchos años, y que entonces despedía un hedor insoportable.

Al hacer las obras, los trabajadores, horrorizados, descubrieron dos cadáveres dentro de la cisterna: el de un hombre y el de un gato. Doña Mencía, cuando lo supo, no se impresionó en lo más mínimo.

Hacía mucho tiempo que tenía otro gato de Angora.

LAS TRAGEDIAS DEL MAR

(Conclusión)

el anciano segundo, y su cadáver fué arrojado al mar. Leo, se hallaba preso con grillos a bordo por el asesinato de su mujer, y así el capitán tuvo que buscar un nuevo cocinero, y en la Costa de Oro, recibió a bordo a otro ser extraño. Su nombre era Codgo y era un negro africano puro que acababa de dejar sus selvas primitivas. Su único equipaje consistía en una manta fabricada de cabellos humanos y de un juego de misteriosos amuletos que podían ser los utensilios de cocina de un caníbal, o los símbolos de un hechicero de su tribu. Principió a cocinar y todo el mundo cayó enfermo. La tripulación se sintió envenenada y encabezada por el alemán estuvo a punto de amotinarse, pero pasaron los días y dos de la tripulación murieron y sus cadáveres tuvieron la misma suerte del cadáver del segundo. El alemán no tardó en seguirlos y cuando el barco llegó a los Estados Unidos, de toda su tripulación sólo quedaban cuatro hombres débiles y enfermos y el capitán que parecía un espectro.

Y así concluyó la historia, relatada en los tribunales de Nueva York, que condenaron a Bettice a diez años de prisión, del desgraciado barco Kingsway.

Esta era una pastora...

Es un motivo de cuento, pero en este caso se ha aplicado a la ropa de los niños muy lindamente. Hecha en géneros de colores e incrustada a los vestiditos de brin, de linón o a los delantales de tela de hilo, resultarán efectos muy simpáticos. En esta página tenemos el dibujo hecho en el tamaño requerido y dos aplicaciones, dos modelitos llenos de encanto, más otro trajecito para niña en velo de hilo lila con sesgos violetas, una marinera clásica para niño y un traje de una pieza para niño también, lleno de originalidad.

COMO CONVERTIR UNA MESA VIEJA EN UN AGRADABLE TOCADOR

En todas partes hay una mesa vieja, fea, que ha perdido su barniz, que han arañado, el tiempo, y el mal trato; este mueble, sirve de estorbo en la casa y más de una vez habrá surgido la idea de tirarla a la calle para que la recoja y se la lleve el basurero.

Damos una idea original, bonita y baratísima cómo transformar esa pobre mesa, en un coqueto mueble de tocador, con diez centavos de pintura y unas cuantas yardas de cretona de a veinte centavos por yarda.

No se necesitan grandes explicaciones para comprender la forma de proceder; basta recoger la cretona con pequeños clavitos en torno de la cubierta cubriéndola con un volante del mismo material; al frente la cretona irá sujeta al cajón, a fin de poder abrir y cerrar éste con facilidad.

Un espejo atrás, en el muro, una pequeña lámpara portátil y unos cuantos bibelots y ya tenemos convertida en un detalle coqueto y útil, la mesa que un día pensamos tirar a la calle para que se la llevara el basurero.

CAMISAS DE NOCHE

1. Camisa de noche en espumilla de seda marfil, adornada por un encaje de Binche incrustado como plastrón. Otras pequeñas aplicaciones del mismo encaje adornan los bolsillos. Dos grupos de pliegues laterales dan amplitud a esta camisa que puede servir como traje de interior. La cintura es de cinta color coral.—2. Camisa de noche de batista blanca. El canesú se termina por una doble hilera de entredoces de encaje de Valenciennes. Cifra bordada en blanco.—3. Camisa de noche de opal lila. De forma recta, un entredós de Binche simula el canesú de una manera bastante original. Monograma bordado en color morado.—4. Camisa de noche de velo de algodón rosa pálido. Faldón plisado. Los ribetes están hechos en velo rosa fuerte. Rosa bordada o pintada al batik en colores naturales. Conjunto muy nuevo.—5. Camisa de noche en crespón de seda blanco. Una banda de crespón de fantasía va incrustada a la altura del talle y ribeteada por cinta de color, igual a la que termina el escote, el hueco de los brazos y el ruedo.—6. Camisa de noche de espumilla de seda amarilla. Plastrón de seda de fantasía con cuello vuelto amarillo. Ojetillos en la cintura, que se marca con una cinta azul eléctrico.—7. Camisa de noche de batista blanca. Hilos tirados. Al lado izquierdo lleva dos incrustaciones, una lila y otra morada, que sujetan un grupo de pliegues planchados. En la primera de las incrustaciones va un monograma bordado en morado.

CONTRA EL INSOMNIO

Una buena cama, suave y mullida; un dormitorio con buena temperatura, silencio alrededor, sentir un verdadero cansancio y bastante sueño. Tumbarse en la cama, arroparse bien, y a dormir. ¡Qué delicia! En cambio, si con todos esos requisitos dice el cerebro: "no me da la gana de dormir", el tormento de una noche de insomnio es algo horrible, dantesco, abrumador.

Los desgraciados que sufren de tal molestia acuden a varias drogas, que al principio dan resultado; luego va flaqueando el efecto y terminan por no hacer ninguno en el sentido del sueño, pero sí efectos fatales para el organismo.

Hace poco se ensayó en Nueva York un sencillo aparato, un pequeño reflector eléctrico, que envía haces de luz de diferentes colores sobre el que quiere dormir. El paciente, mientras oprime suavemente la perilla de un alambre que va a parar a la lámpara, recibe de ésta en la cara, ráfagas de brillante luz, que pasa por todos los colores del espectro, lo que hace que en poco tiempo el paciente quede profundamente dormido. Al cesar la presión de la mano, la lámpara se extingue y la oscuridad envuelve al durmiente.

CHISTE

—¡Qué calor! ¿Eh?
—Sí, chico; la mar.
—Dicen que es una ola.

DOLOR DE Padre.

Por JOAQUIN ADAN

CASI corría Gabriel cuando llegó a su casa. Había tenido que abrirse paso con violencia entre la muchedumbre que llevaba rumbo contrario al suyo, en aquel soleado atardecer de Jueves Santo. Apretadas en sus manos iban las medicinas que acababa de comprar. Penetró en su cuarto. Su mujer estaba — como ya tantos días, como ya tantas noches — espiando un gesto o un gemido en el cuerpo casi inerte de su hijito.

—¿Ha terminado la consulta?—preguntó Gabriel.

—Sí: se han ido ya.

—¿Qué han dicho?

Rompió ella en sollozos, desolada, al dar la respuesta.

—¡Que se nos muere, Gabriel! ¡Que sólo queda un milagro!

Se mezcló la ira con la pena en el pecho del padre.

—Pero entonces ¿qué saben esos hombres? — gritó. — ¿De qué les vale su ciencia? Y son ellos los que hablan de un milagro...

Paseó un momento silencioso y exasperado.

—¡Un milagro! — prosiguió con sarcasmo. — Dios no se ocupa hoy de eso. Tiene bastante con recibir la adoración de la turba. ¡Un milagro! Aunque Dios existiera, no tendría tiempo para pensar en nosotros.

—¡Gabriel! Te prohibo que sigas.

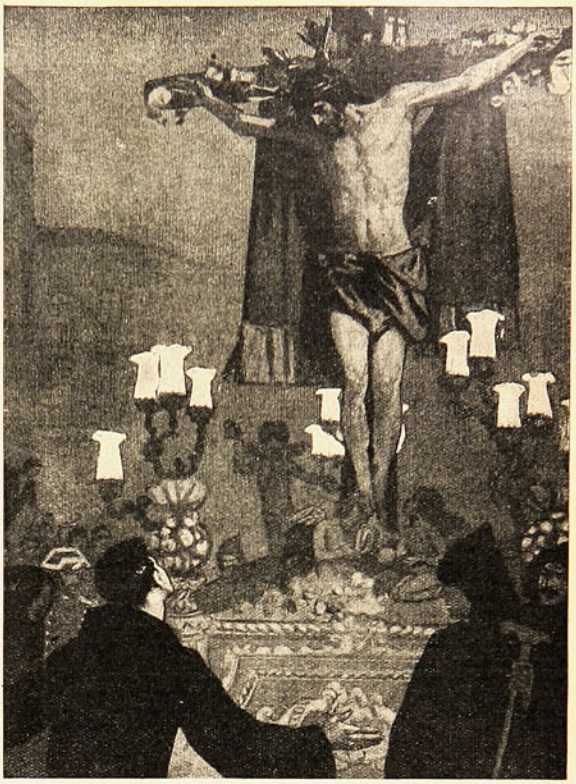
Era ella la que había dado la voz imperativa; ella, la esposa dócil, sumisa, que se alzaba ante él por primera vez, dispuesta a todo. Nunca la vió así, y el estupor fué más grande que el mandato, el que impuso silencio a su boca.

—Te prohibo que blasfemes — siguió ella, erguida y firme. — Día tras día has renegado de Dios y has empujado a los hombres contra El. Ni mis ruegos ni mis lágrimas te han contenido, y mi vida ha tenido ese dolor. Yo soy débil y torpe; tú tienes firmeza y talento. He cedido siempre, siempre, más ahora, cuando llega el castigo que tanto temí, cuando ese angel se nos va, te prohibo que blasfemes. ¡Por ti se me muere mi hijo, tú me lo matas!

Estaba exaltada y frenética. Gabriel recibió la acusación como un zarpazo que le desgarrara el pecho..

—¡Mujer! ¿Tú sabes lo que dices? Por darle la vida sería capaz de todo. ¡Mientes! No eres capaz de pedírselo a Dios. — Gabriel quedó un momento en suspenso. En seguida contagiado por aquel vértigo desesperado exclamó:

—¡También eso! ¡Quiero ir hacia Dios, llamarle para que venga a mí o me deje llegar hasta El! Creo en Dios porque, no siendo El, nadie me da ya consuelo de una esperanza.



Rápido, sin aguardar una respuesta, salió de su casa. Desde el balcón, su mujer le vió ir calle abajo, perderse entre la gente.

II

Esta vez Gabriel siguió el mismo rumbo de la multitud y llegó hasta la Catedral. La procesión salía. Estaban ya en la calle la escuadra de la Guardia civil, fieles con sirios y estandartes, algunos de los pasos. Gabriel abrió camino brutalmente y entró en el templo. En el trasaltar estaban todavía los pasos últimos.

—Una túnica — pidió con energía. — Quiero llevar un paso

Alguien que le reconoció no disimuló el asombro.

—¿Usted?

—Yo. Si Dios me rechaza o me acoge, nadie lo sabe.

Se vistió la túnica. El capuchón echóselo hacia atrás y quedó con el rostro descubierto.

—¡Preparaos!—mandó una voz.

Fué hacia uno de los pasos. Los portadores, jayanes fornidos, cambiaron guiños al verle.

—Mucho es esto para ti, muchacho — le dijo uno. — Pronto te doblará.

Al impulso unánimo quedó el paso cabalgando sobre los hombros. Sintió Gabriel algo como el chascar de sus huesos, y un dolor físico atormentó su carne débil, inhabituada al esfuerzo. Salió el paso de la Catedral, y con lenta marcha empezó el largo recorrido. Entre todos los encapuchados, sólo Gabriel llevaba desnuda su cabeza. Hasta llegaba la sensación del estupor de las gentes al ver al relapso penitente. Notaba hundírsele la carne bajo el peso enorme de las andas, y en sus sienes las venas sobresalían abultadas, mientras las golpeaba un latido cruento. En el paso, un Nazareno, rodeado de sayones, caía bajo el peso de la cruz. Hacia la divina cabeza abatida, hacia el cuerpo ensangrentado, fueron la mirada y la plegaria de Gabriel:

—Aquí me tienes. Te provoqué, te negué, y hoy mis fuerzas humanas, mi carne mortal, sirven para tu gloria. ¡Alzate, Señor, sobre mi hombros! Doy al aire mi frente, libre del velo de encapuchado. De cara al cielo blafemé, Señor; de cara al cielo te confieso. Todo te lo ofrendo. Rompo la obra obsecada de mi vida; rompo el molde que de mi mismo hice. Mañana han de denostarme mis amigos y seguidores, pero esa amargura de soledad que me aguarda y el escarnio y el desprecio que han de venir sobre mí no me abatirán. ¡Caiga mi orgullo, Señor: caiga mi soberbia, puesto que así lo quieres, pero dame la vida de mi hijo que agoniza! Tú eres bueno y misericordioso, mas si guardas sólo el dolor para mí, yo me rindo y te glorifico con el castigo de mi cuerpo, con la retractación de mi conciencia. ¡Mi hijo, Señor, dame mi hijo!

Fué entonces cuando, entre el ardor de su frente y el velo de las lágrimas que enturbiaban sus ojos, Gabriel vió alzarse levemente la cabeza del Nazareno. Un gesto de angustia contrajo un momento la cara divina; en la frente se avivó el carmesí de

la diadema sangrienta, y los ojos dulcísimos y tristes, se posaron en los ojos del penitente. Dentro de sí — en su corazón, en sus sienes, no sabía dónde — escuchó Gabriel la respuesta de una voz inefable.

—Has venido... Tú eres de los que siempre están cerca de mí. No eres como aquellos tibios contra los que mi Padre lanzó anatema cuando habló a Juan en Patmos. Eres ardiente; lo has sido para combatirme. ¿Por qué tu mismo fuego no había de traerte? Vienes a mí y me das tu oración hecha fuego, hecha queja, hecha orgullo. ¿Por qué me inculpas de no ser bueno y misericordioso contigo? ¿Por qué me inculpas de tener para ti sólo dolor? No. Yo doy siempre mi bondad y mi amor, pero vosotros sois ciegos. Sólo el dolor os atrae hacia mí. Yo soy el que llena de peces las jábegas del pescador, el que convierte en vino el agua de los odres, el que multiplica los manjares para la multitud que le sigue. Aquellos prodigios de mi vida terrena no acabarán nunca. ¿Tú que sabes cuántas veces he alimentado yo tu mesa y he abrigado tus carnes? Por ello nunca te acordaste de mí. Mas ahora cuando el dolor te atormenta, vienes. ¿Quién te dice que antes no te llamé? Eres ingrato; ingrato como todos. ¡Jerusalén, Jerusalén, la que no oías la voz del profeta mi Padre, que te vaticinaba la desolación! ¡Pueblo israelita que no supiste llegar fiel a la tierra prometida! ¡Ingratos, que sólo cedéis al dolor!

—¡Señor!—balbuceó Gabriel.—Yo no supe verte.

—Y sin embargo, — replicó la voz, — yo puse ojos en tu espíritu. Yo te di la inteligencia que es don de dones. Allí donde los demás no me vieron, tú debiste verme. No te hice necio, sino de corazón sensible. Debiste verme en la misma lucha de las conciencias, en la contienda humana, en la verdad de mi doctrina. El don de inteligencia te lo di para ver mejor que los demás, para comprender mejor que los demás. Pero se te llenó el corazón de soberbia, y en vez de conocerme, me negaste. ¡Humilla tu inteligencia fatua: humillala, que hasta en tu plegaria de arrepentido se desbordaba el orgullo!

—¡Señor! — tornó a balbucir Gabriel! — Soy culpable de haberte ofendido. Humilla y ciega mi razón ensoberbecida. Mas ¿por qué Señor, castigas mis culpas en mi hijo?

—Acaso para que conozcas el dolor que puede salvarte. Nadie sabe los designios de mi Padre. Piadoso fué siempre con los hijos de sus servidores. Los libró en Egipto de la plaga terrible de la muerte de los primogénitos y detuvo el brazo de Abraham. Mas vosotros, ¿qué hicisteis de mí? Hijo de Dios era y me sacrificasteis: hijo de Dios era y le disteis el dolor de mi inmolación. Y tras ese dolor le dais cada día el otro dolor del desprecio y del olvido, de la blasfemia y del desafío. Bastó que los hombres le ofrecieran sus hijos para que no les dejara consumar el sacrificio y les premiara con largueza inexhausta. Pero cuando me tuvisteis entre vosotros ni fuisteis piadosos para con El. Le disteis el dolor de mi crucificación, el dolor de ver cómo mi Madre seguia desfallecida el sendero de gotas de sangre, a lo largo del camino del Calvario, para tener mi cuerpo muerto en su regazo.Y tanto sacrificio de Dios, que os entregó su Hijo. ¿cómo lo pagais, hombres, sino con ingratitud?

Calló un momento la voz misteriosa. Gabriel fijó sus ojos en aquella frente animada, por la que ya se desprendian gotas de sangre; en aquellas pupilas llenas de tristeza.

—Entonces, Señor — preguntó, — ¿mi hijo debe morir?

Le miraron los ojos divinos con grave fijeza.

—¿Y si así fuera Gabriel?

Sintió Gabriel dentro de su pecho como si el corazón se le despedazara. Quedó sin fuerzas su carne rendida; una congoja le oprimió la garganta.

—Señor — murmuró inclinando la cabeza, — si así ha de ser, hágase tu voluntad.

—Gabriel—murmuró entonces la voz.—Tu hijo vivirá.

No se dió cuenta de más. No se dió cuenta de cómo llegó al final de la carrera, de cómo alguien le quitó la túnica y le dió su sombrero, de cómo pasó entre la gente, tambaleándose. Sólo cuando llegó a su casa se le disipó el sopor, como la bruma bajo el sol. Salió a su encuentro la esposa, otra vez mansa, otra vez agobiada.

—¡Se nos muere, Gabriel; se nos muere!

—¡No! ¡Vivirá! ¡Me lo ha dicho Jesús!

Y fué tan vibrante el grito que salió de su pecho—confianza y dicha, claridad y creencia—que la esposa no supo si, con el dolor de la muerte, entraba en el hogar el dolor de la locura.

III

Gabriel encontró, sobre la mesa de su despacho, un montón de cartas. Sabía lo que habían de decirle. Eran iguales a las que recibió el día anterior, a las que habría de recibir. Unas, de amigos que inquirían asombrados; otras, de antiguos partidarios, ahora hostiles; otras insultantes, preguntando el precio de la traición. Las separó con bondadoso desdén. Tenía en el alma una fortaleza que nada humano podría ya quebrantar.

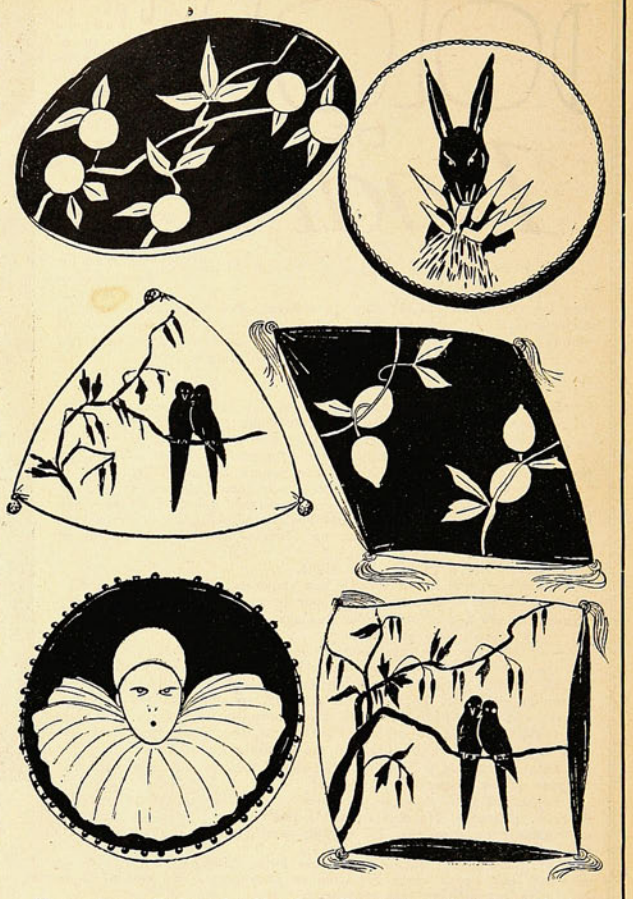
Su mujer entró gozosa.

—¡Tenemos hijo, Gabriel. El médico, todos, están asombrados; ya no hay asomo de peligro. Hoy por la mañana se despertó, le hice unos mimos y se ha reído. ¡Si vieras cómo me ha sonado en el corazón esa risa!

Gabriel besó a su mujercita buena, dócil, obsecuente. Un zumbido lejano, un bordoneo, llegó por el espacio. Eran las campanas de la Catedral, que daban la señal de toque de gloria. Más distantes o más cercanas, las campanas de las otras iglesias las siguieron. Y en el santo gozo triunfal de las lenguas de bronce, Gabriel creyó escuchar el sonido de la risa pura de su hijo, que Jesús le había devuelto.

(Dibujos de Huertas)

LOS COJINES



He aquí una linda colección de cojines para adornar el *lit* de *respos* de una salita.

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene íntima

NEOLIDES

antiséptico vaginal
ni cáustico • ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

LA MUERTE DE RUTH SNYDER.

PRETENDIAN RESUCITARLA

Y así se lo ofrecieron

Nueva York, enero.—Los periódicos publican unas declaraciones sensacionales de míster Lonardo, defensor de Ruth Snyder, la mujer electrocutada últimamente, según las cuales para hacerle menos amargo el terrible trance de la electrocución, se le hizo creer que, una vez electrocutada y redactado por los médicos el certificado de defunción, se la volvería a la vida aplicándole inyecciones de cloruro de adrenalina.

Ella marchó a la silla eléctrica sollozando, pero confiada, sin embargo, en que su muerte sería sólo aparente.

Su madre también creía lo mismo, y había pedido autorización para recoger el cadáver sin que fuera practicada a éste la autopsia, y tenía avisados a tres médicos, los cuales esperaban en una casa próxima a la prisión de Sing-Sing. El director de la prisión se negó a entregar el cadáver, y éste fué inhumado.

Estas declaraciones del abogado Lonardo han causado una gran disputa científica entre los médicos de esta ciudad, pues muchos de ellos sostienen que la electrocución origina sólo la muerte aparente, y que aplicando al corazón del electrocutado inyecciones de cloruro de adrenalina puede resucitar al cabo de cierto tiempo.

Cartas de un Medico a una joven Madre

Por el doctor——Guillermo Plath

CARTA XIV

HOY, amada Luisa, puedo hablarte a gusto, ya que por las noticias que he recibido todo sigue una marcha satisfactoria y ha pasado sin contratiempo el período de la subida de la leche. Era ya de esperar que ésta no te causaría molestia alguna, pues si se da de mamar al niño del modo debido y los pechos están bien desarrollados y con precaución cuidados, no suelen presentarse perturbaciones.

No dudo de que debes hallarte feliz en tus nuevas condiciones. Procura tan sólo que tu esposo no se ponga celoso de su propio hijo. Sus cartas respiran una alegría tan pura por vuestra dicha, un amor tan profundo y conmovedor hacia ti y un agradecimiento tan íntimo hacia el Dador de todos los bienes, que no me canso de leerlas una y otra vez y de alegrarme de que se hayan encontrado mutuamente dos corazones semejantes.

El niño debe pesarse.

El doctor A me escribe que apenas recuerda una enfermedad en que todo haya marchado de un modo tan regular como ha sucedido contigo, hasta ahora. Al mismo tiempo me insta a que sin consideración alguna a su carácter de médico de la familia, te dé los consejos que tenga por convenientes, ya que te conozco desde niña y estoy en el caso de apreciar tal vez algunas cosas mejor que él, tanto más cuanto que, como médico joven, no puede contar con una confianza tan incondicional de parte de ti como tu viejo amigo. La delicada atención para ti y para mí que revela esta cordialidad, es muy de agradecer y le honra verdaderamente como hombre y como médico.

Puedes figurarte tú misma con cuánto gusto haré uso de este permiso. Sin embargo, debes tener en cuenta, de una vez para todas que subscribo de antemano toda modificación de mis prescripciones que el doctor A pueda tener por necesaria, pues en materia de Medicina un consejo dado desde lejos podrá, en algunos casos, ser poco conveniente. Por lo tanto, te ruego que des siempre a conocer al doctor A todos los puntos del contenido de mis cartas que puedan tener importancia desde el punto de vista médico.

Por lo demás, mi correspondencia contigo tendrá por materia preferente las consideraciones relativas al régimen a que debes someter a tu hijo, en el concepto dietético, en el sentido más amplio de la palabra, ya que es de esperar que ni tú ni él necesitaréis con frecuencia una asistencia médica propiamente dicha. Sabes ya por experiencia cuántas veces bastan, para corregir pequeños trastornos, un buen consejo o un sencillo remedio casero, y cuánta importancia tiene evitar la aparición de verdaderas enfermedades, por medio de un modo de vivir adecuado. Tendría una gran satisfacción en que me fuera dado lograr desde lejos estos resultados, como me lo era cuando estaba cerca de ti.

Tu régimen alimenticio que, como es natural, por más que te lamentes de ello, era muy sencillo durante los primeros días y consistía tan sólo en sopas de caldo, sémola, puré de papas, sopas de leche, leche y agua a lo cual se añadía a lo más una taza de té con leche y algún bizcocho, puede sufrir ya algunos cambios paulatinos, ya que es de esperar que se habrán restablecido las deposiciones intestinales. Así, te es permitida una taza de tu café tan estimado, con tal que no sea muy concentrado, con un pequeño panecillo con mantequilla. También puedes comer una sopa algo más abundante, platos ligeros de carne, huevos y papillas, pescado, (que no sea frito) y verduras. En cuanto a los alimentos y bebidas de digestión difícil, a las sustancias grasosas, ácidas, flatulentas y excitantes, así como ciertas frutas crudas, debes abstenerte de ellos, aun durante el tiempo en que cries, a fin de que no produzcan desarreglos en el niño. Sin embago, se te puede permitir un vaso de cerveza, si tu hijo no experimenta por ello trastorno alguno.

Empero, no siempre hay necesidad, tratándose de mujeres sanas, de un rigor tan grande en la dieta. Las prescripciones demasiado minuciosas, que se encuentran en algunos libros que tratan de este asunto, dejan a la pobre madre una elección tan limitada de alimentos, que tan sólo un paladar acostumbrado a la sencillez más extremada puede contentarse con ellos. Así, algunos médicos prohibían antes a la mujer durante el tiempo de la lactancia, el uso de pescado de toda clase, de anchoas, de arenques, de ostras, de espárragos, de legumbres y frutas de todas clases y hasta de papas, este elemento imprescindible de la alimentación.

No hay necesidad de una prudencia tan excesiva. Conozco muchas mujeres que al cabo de pocas semanas no se imponen limitación alguna, sino que comen ensalada, coles, etc., sin inconveniente alguno, y tan sólo tienen la precaución de comer, al principio, pequeñas cantidades de estos platos, a fin de que la alteración que naturalmente experimenta la leche, por la acción de este cambio en el régimen alimenticio, aparezca por una transición muy paulatina, de manera que el niño apenas se resienta de ello. Por otra parte, no sé tampoco, cómo sería posible emplear una dieta tan limitada en las mujeres de la clase obrera y, sin embargo, sus hijos se desarrollan de ordinario en muy buenas condiciones. No obstante, debe tenerse en cuenta que las constituciones, en este terreno, son variadas. No siempre lo que va bien a una, puede ser empleado en otra. Sin embargo, el que a los veinte años, no sabe todavía lo que le va bien, no lo aprenderá en toda su vida. Es cierto que me dirás que no tienes más que diez y nueve años, siete meses y algunos días.

Para disminuir la sensibilidad de los pezones, te aconsejo que empieces simplemente por la aplicación de paños empapados en agua fría, para suprimir la irritación de la piel que aparece fácilmente durante los primeros tiempos de la lactancia. Al mismo tiempo, sin embargo, es necesario ahorrar a los pezones, en todo lo posible, la causa de donde procede esta irritación, esto es, no poner al niño al pecho con demasiada frecuencia, porque en esto, sobre todo debe buscarse el origen de aquella molestia.

Esto debe recomendarse con tanto mayor motivo cuanto que la introducción de cierta regla y de intervalos precisos entre las horas en que se da el pecho, es absolutamente necesaria para el niño ya desde los primeros tiempos de la lactancia. Durante las primeras semanas, puedes dar el pecho unas siete veces durante las veinte y cuatro horas, pero más tarde las reducirás a seis, de manera que des cada pecho tres veces al día, suponiendo que uno de ellos deje satisfecho al niño.

En caso de que el niño al mamar te ocasionara dolores intensos, puedes probar de prote-

ger el pezón con una pezonera, entre las cuales prefiero las de cristal y goma. Si aparecen grietas, hay que cubrir el pezón con un pequeño lienzo empapado en una disolución de ácido bórico.

Otro día entraré en explicaciones más detalladas sobre el modo de criar al niño.

CARTA XV

Permíteme que empiece por contestar a una pregunta que me haces en tu última carta, sobre si cometiste una falta por omisión, no siguiendo la recomendación que te hizo la señora X de que te aplicaras una faja apretada en el abdómen inmediatamente después de la enfermedad y si a consecuencia de ello habrás perdido la esbeltez de tu talle.

No tengas cuidado. Puedo hablar de este asunto, fundándome en una experiencia suficiente. La creencia en la necesidad de este vendaje, forma parte de la negra lista de las preocupaciones que dominan todavía y cuyo número no tiene fin. Atiende a lo siguiente:

En las mujeres que tenían un talle esbelto antes del embarazo (y esto sucede, sobre todo, en aquellas en quienes la musculatura no ha sido debilitada por el uso de corsés estrechos), las condiciones anteriores se restablecen poco a poco y del modo más perfecto. Por el contrario, cuando desde la infancia los músculos se han debilitado bajo la influencia de la compresión ejercida por vestidos demasiado apretados, haciéndose incapaces de sostener convenientemente las vísceras contenidas en el abdómen, las cosas siguen un curso muy distinto. En este caso, indudablemente, es necesario un medio exterior que supla la falta de energía muscular y proporcione, por decirlo así, un talle artificial, en vez del natural.

Sin embargo, este medio no es cosa del todo inocente. Aun en las condiciones ordinarias, el uso de prendas de vestir que opriman el abdómen, es perjudicial porque altera la posición natural de los órganos internos, y este resultado perjudicial será mayor todavía durante los primeros tiempos que siguen al nacimiento del niño. Los órganos que han adquirido grandes dimensiones durante el embarazo, y, especialmente los ligamentos que mantienen en su situación el órgano en el que se desarrolla el niño, no vuelven a adquirir su estado anterior más que de un modo paulatino y, como es natural, experimentan para ello una dificultad mayor o menor, siempre que existe una compresión del abdomen que empuja hacia abajo las vísceras contenidas en éste. Así, el empleo de prendas de vestir demasiado apretadas, durante los primeros tiempos que siguen al parto, impide el restablecimieto completo de las condiciones en que se encontraban antes los ligamentos mencionados, los cuales quedan flácidos y débiles, de lo cual puede resultar una enfermedad que molesta más tarde en gran manera a la mujer, y cuya curación ofrece de ordinario bastantes dificultades. Tu antipatía por los vestidos demasiado ajustados te ha sido muy ventajosa, y puedes estar completamente tranquila sobre este punto.

He visto por tu carta, que tu esposo, excelente hombre de negocios, ha pesado al chiquitín desde sus primeros días. Esto es una costumbre muy acertada y de la que me alegro hasta el punto de que le aconsejo que siga pesando al niño cada ocho días y anote el resultado que obtenga cada vez. Después del nacimiento, puede considerarse como peso ordinario de 3,000 a 3,500 gramos.

Por lo que me dices, durante los primeros días el niño no tenía mucho apetito y su peso disminuyó, cosa que, por lo demás, sucede casi siempre durante los primeros días, pero veo que ahora ha recobrado todo lo perdido. Has hecho bien en no desazonarte demasiado por esta disminución de peso, como sucede, por desgracia, en muchos casos y a consecuencia de la alarma la madre se pone el pequeño al pecho a cada momento. Se pretende que el niño mame y é

Forma en que se debe mudar el niño.

El cambio de ropa de la criatura.

no lo hace de modo suficiente. Por otra parte, la madre debe dar leche a su hijo y no la tiene porque hace un momento que acaba de darle de mamar. Así has tenido mucha razón en pensar que el niño tomará el pecho buenamente cuando deba, y firme en tu manera de pensar, te has salido con la tuya, sin más que saber esperar de una manera razonable. Te confieso que acabaré por sentir hacia ti una profunda veneración.

¡Ojalá que todas las jóvenes madres fueran capaces de hacer prevalecer de un modo parecido los simples dictados de la razón y las indicaciones de la naturaleza sobre las preocupaciones de los que las rodean! En verdad, variaría considerablemente el modo como se desarrolla este primer período de la lactancia. Te horrorizarías, amada Luisa, si supieras con cuánta frecuencia la madre, en verdad dotada de la mejor voluntad del mundo, pero firmemente convencida de la infalibilidad de sus consejeras y con frecuencia contradiciendo abiertamente las prescripciones del médico, echa a perder de todos los modos posibles la sana constitución de su hijo y acaba por destruirla por completo. Te asombrarías si vieras cómo, a veces, se pretende obligar al recién nacido a tomar alimento del modo dicho, antes de que aquél sienta necesidad de hacerlo, y en caso de que el niño se obstine en no tomar el pecho, se le atiborra de agua azucarada, de infusión de manzanilla y de una porción de cosas completamente inconvenientes, hasta que acaba por vomitar. En otros casos, por el contrario, se retarda de una manera irracional el momento de dar el pecho durante una porción de días, a pesar de que la madre tiene leche en abundancia, hasta que cuando al fin se da de mamar al niño, le es difícil coger el pezón a causa de la excesiva plenitud del pecho, y se producen grietas en aquél y tal vez inflamaciones de la mama.

También te parecerá inconcebible que deba hacerse objeto de prácticas erróneas a un niño completamente sano, administrándole medicamentos, así que llega al mundo. De ello resulta, que aquél se pone intranquilo y llora, atestiguando los agradables efectos de aquella costumbre. Tampoco comprenderías, por qué motivo no se ha de permitir al niño que mueva libremente sus pequeños miembros, siendo así que este ejercicio es tan beneficioso para él, como lo demuestra de una manera evidente la expresión de bienestar que revela cuando se le quitan los pañales. Es una verdadera lástima y una triste cosa para el médico y para todo aquel que tenga sentimientos humanitarios, tener que presenciar semejantes cosas y adquirir la desagradable experiencia de que todas las explicaciones y todas las advertencias caen con frecuencia en el vacío y de que la lucha contra las preocupaciones arraigadas es inútil en la mayoría de los casos. Ya veo que me preguntarás, qué es lo que debe hacer una madre falta de experiencia propia y de una enseñanza conveniente. ¿En quién debe poner su confianza si no lo hace en mujeres que o bien son del oficio o bien poseen experiencia propia en la materia? ¿No deberá temblar al pensar en la responsabilidad que pesa sobre ella, y al considerar las dificultades de llevar a término la cría de su hijo de una manera conveniente? ¿No será forzoso que caiga en errores o que vacile ante las diferencias y hasta contradicciones que existen entre los consejos que le dan otras madres? ¿Será preciso, que en medio de estas penosas dudas, pague con la paz de su alma, la dicha de ser madre?

En términos generales, amada Luisa, tendrías razón. Sin embargo, toda cuestión tiene dos aspectos, y en mi próxima carta examinaremos con algunos detalles el aspecto opuesto de este asunto.

LA FALDA CORTA Y LA CIRCULACION URBANA

Londres, febrero.— H. L. Kenworthy, conductor de tranvías de esta capital desde hace cuarenta y siete años, asegura que una de las causas favorables a la solución del problema de la circulación urbana es que las mujeres llevan la falda corta.

Kenworthy, que es una autoridad tranviaria, pues ha recorrido en todos sus años de servicios más de un millón de millas y transportado unos treinta y tres millones de personas, afirma que hace algunos años se perdía una cantidad considerable de tiempo mientras las mujeres se recogían las faldas al subir o bajar al tranvía. Además, tenían necesidad de subir y bajar despacio, pues si no las faldas se les enredaban en las piernas y se caían. Todo esto ocasionaba grandes perjuicios a los otros viajeros, a las compañías de tranvías, que no podían organizar bien los servicios, y además perturbaba la circulación, pues el tranvía tenía que estar parado más tiempo del necesario en cada parada.

HABLEMOS DE LA CIUDAD MARAVILLOSA.

HOLLYWOOD

LA CAPITAL DEL MUNDO

Por WILL H. HAYS

HOLLYWOOD, el centro del cine, es una empresa internacional. Desde los días de Damasco, Babilonia, Atenas, Roma y otros centros antiguos de cambio internacional del pensamiento, hemos tenido diferentes ciudades que aspiran al título universal. Pero jamás hemos visto una comunidad con más derecho a este título que Hollywood.

La colonia del cine en Hollywood es una mezcla de ideas, filosofías, idiomas, religiones y razas de todo el mundo.

El mundo entero ve en Hollywood su proveedor de diversiones y felicidad. Y Hollywood, por otra parte, busca en todo el mundo el material que ha de convertir en recreo de la humanidad.

El alimento sin recreo no sostiene al hombre. La salud mental es tan importante como la física. Esto ha sido así desde el comienzo del mundo. En los días del imperio romano el poeta y satirista Juvenal dijo del pueblo romano: "Sólo se preocupan por su pan y sus deportes." Y es por esta característica del género humano que tenemos a Hollywood.

Dentro del área de Hollywood, que hace apenas una década, era un mísero suburbio de Los Angeles, se producen hoy más de cuatro quintas partes de las proyecciones cinematográficas del mundo. Viven en esta ciudad ciudadanos de setenta países hablando 3,400 idiomas y dialectos.

La naturaleza ha sido pródiga con esta ciudad. Tiene sol, montañas, mar y cielo. Tiene calles bellísimas y desiertos inimitables. Estas propiedades naturales de esta ciudad son esenciales a la industria cinematográfica, como el hierro y la hulla lo son al fabricante de artículos de acero.

Cerca de esta ciudad maravillosa, al alcance de los empresarios, está la ciudad, el mar, el desierto, la montaña y la tierra extranjera, ya que Méjico está a corta distancia. Cualquiera que sea el lugar descrito en el manuscrito de un autor, Hollywood lo tiene a la mano.

Los mejores artistas del mundo se han residenciado en este centro ideal, donde tienen la oportunidad para exteriorizar las maravillas de su ingenio creador.

Un censo tomado hace poco demostró que hay en Hollywood artistas prominentes de las siguientes naciones: 60 ingleses, 26 canadienses, 23 alemanes, 16 rusos, 12 franceses, 10 austriacos, 11 suecos, 7 italianos, 6 húngaros, 4 japoneses, 3 mejicanos, 3 daneses y otros de India, Argentina, Chile, Rumania, Brasil, Polonia, Checo-Eslovaquia, Servia, Irlanda, Suiza y Turquía.

El producto de los escritores del mundo se usa en Hollywood. La lista de autores ingleses cuyas obras han sido obtenidas para el cine, es inmensa y comprende los mejores novelistas del idioma inglés.

No es raro el caso en Hollywood de que una novela escrita por un autor inglés sea arreglada por un escenarista alemán para que una artista americana sea la heroína delante de una escena diseñada por un italiano y representada ante una cámara manipulada por un irlandés. Es por ésto que Hollywood es internacional y el cine es el único idioma universal que conocemos.

El siguiente ejemplo demuestra palmariamente la universalidad del cine. En una de las producciones recientes el director era americano, la estrella canadiense; el diseñador de trajes, inglés; el de los escenarios, irlandés; el superintendente de efectos mecánicos, bávaro. Con la estrella trabajaron: una actriz inglesa, un húsar húngaro, un soldado finlandés, otro francés, una joven china, otra filipina, una bailarina de Hawaii, y los dos fotógratos eran uno danés y el otro siciliano.

Los fotógrafos expertos ingleses están en mayoría. Hay seis de ellos: cinco son alemanes, tres franceses, dos italianos, uno es chino, otro ruso, otro polaco, otro bohemio y otros de distintos países.

Entre los directores artísticos y diseñadores, Inglaterra tiene otra mayoría, habiendo nueve ingleses, seis alemanes, cuatro franceses, dos italianos y dos rusos.

Filmando una escena en los Estudios "Fox" en Hollywood.

Este complejo internacional se manifiesta entre los directores escenaristas, estrellas y otros caracteres principales, pero la masa es también internacional, aunque no en la proporción de los primeros.

En quince años la industria cinematográfica en Hollywood se ha levantado de la nada al capital actual de mil quinientos millones de dólares, y la organización que esta industria representa influye mucho en el progreso del Estado de California.

Hollywood alberga, pues, el centro de un negocio muy lucrativo. Sus habitantes se han establecido en los campos del arte y del comercio. Hollywood emplea anualmente 330,000 kilómetros de película para dar recreo al mundo. En cuatro años esta ciudad ha exportado cincuenta mil millones de metros de películas por estafeta postal o por express. Hay un estudio que posee un millar de acres—casi cuatro mil hectáreas de terreno—para su trabajo. Hay otro que emplea veintitrés edificios grandes en la producción de sus cintas.

La industria mantiene una enorme corporación, la Central Casting Corporation, que se ocupa de procurar empleo adecuado a 18,00 actores que constantemente trabajaban en los distintos estudios. Además, escoge lo mejor que se presenta y le da oportunidad de principiar en el cine.

El año pasado,—su primer año—la Central Casting Corporation colocó 259,259 extras, promediando 710 por día. En sus oficinas está la historia y rasgos característicos, habilidad y talento de cada uno de los 18,000 actores reconocidos en Hollywood.

En cualquier momento dado el productor selecciona los caracteres que necesita entre los archivos voluminosos de la Casting. Hay en esta lista "duplicados" de los personajes más famosos del mundo, personas que han servido en todas las fases de la vida, desde el diplomático hasta el enano de circo; del poeta al mendigo, y del estratega al simple cosaco.

Cuando un estudio se prepara para una producción, generalmente telefonea a la Casting pidiendo los caracteres necesarios para que se presenten temprano al día siguiente. Este pedido puede ser así: nueve vaqueros, dos lacayos, dos camareros, tres juveniles, cinco enanos, una mujer gorda, un bebé, veinte soldados alemanes, un "duplicado" para el artista tal o cual que quiere caerse de un caballo.

Naturalmente, para llenar un pedido de tal naturaleza en un par de horas, es preciso una organización gigante. Y no se podría hacer ésto en ninguna gran ciudad del mundo. Sólo en Hollywood es posible conseguir tipos tan variados sin demora alguna.

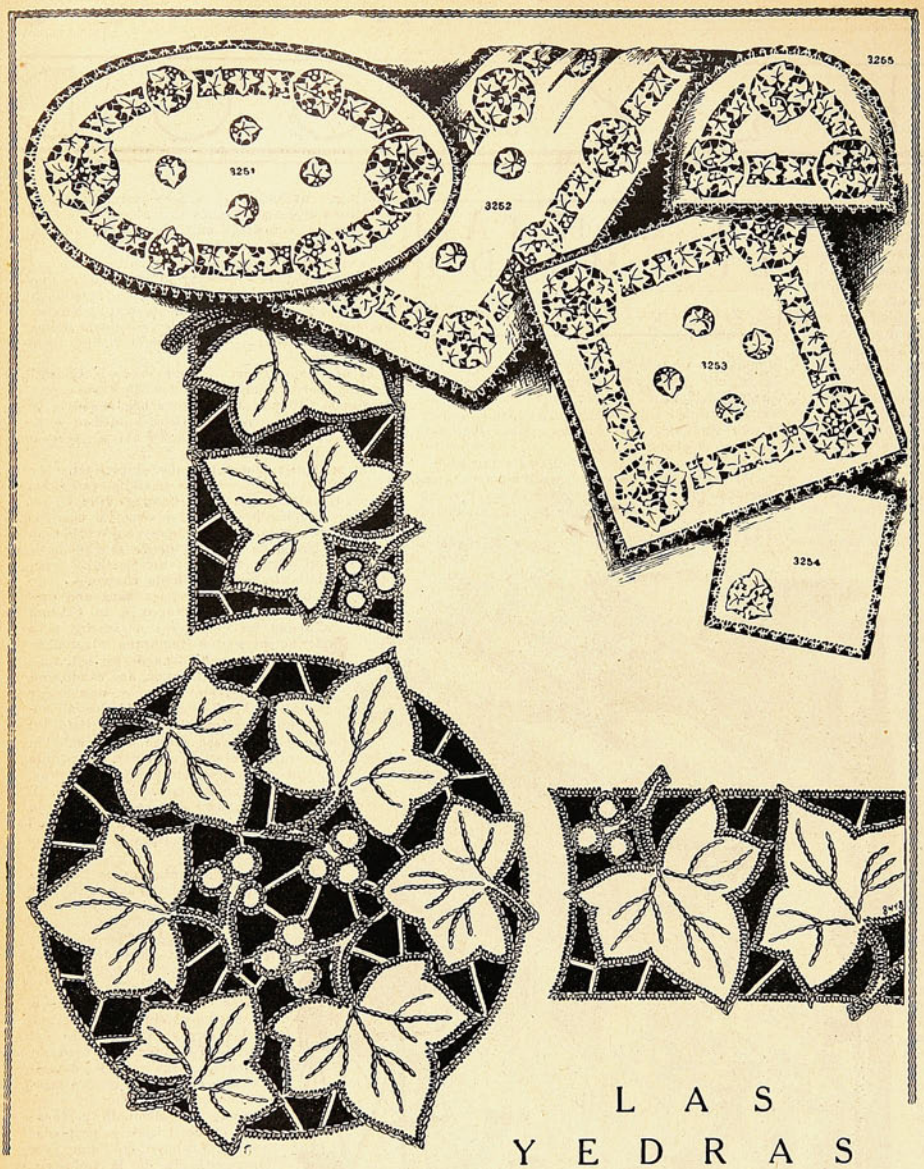
La colección de animales es tan surtida como la de seres humanos. Hay dos enormes jardines zoolgicos en esta parte de California, uno de los cuales es el maor del mundo. Tiene más de veinte leones; más de 30 tigres y muestra de todo animal conocido.

Estos animales se utilizan a menudo en el cine. Además, uno de los circos más grandes del país viene a invernar cerca de Hollywood y sus animales domesticados y entrenados entran temporalmente al servicio del cine.

Aparte del elemento personal entra el de trajes y propiedades. Este constituye una fase importantísima de la industria. Si el manuscrito indica una batalla de Aníbal en las guerras púnicas, hay que tener los uniformes, y no solo los uniformes sino el tipo exacto de armas y escudos. Es imposible que cada productor posea tanta parafernalia, porque sería demasiado costoso para el uso escaso que de ello se haría. Así que Hollywood mantiene casas que trafican en trajes. Hay una casa que ha coleccionado trajes por más de doce años y su surtido vale hoy varios millones de dólares. En sus vastos almacenes se encuentran desde la indumentaria de Adán hasta la de nuestros días. Esta casa mantiene representantes en todos los países del mundo que le mantienen informada de los cambios de moda en cada país.

Hay otras casas que se ocupan en suplir la dirección técnica. Por ejemplo: si se precisa un baile diplomático en Londres, esta casa dirige el procedimiento con toda la etiqueta del caso.

Otras casas trafican en muebles, que abarcan todas las épocas de la humanidad. Todas estas necesidades se combinan para hacer a Hollywood supremo. Será preciso un gasto enorme y ni aún así podría hacerse tan rápidamente como aquí. Es por eso que Hollywood marcha a la cabeza del mundo cinematográfico.



LAS YEDRAS

Un motivo para bordar al Richelieu y fácilmente aplicable a manteles, servilletas, paños para bandejas, cubre-teteras y en general para toda clase de mantelerías. . .

Ríase Usted

—¿Qué es lo que ha conducido a vuestro amor a terminar de tan mísero modo?

—Incompatibilidad de caracteres, o mejor, de temperatura: pies fríos y cabeza caliente!...

Un soldado peligrosamente enfermo acaba de sufrir una dieta rigurosa de varias semanas. Leche... leche... nada más que leche... siempre leche... ¡¡Uff!!

Una mañana, por fin, ya con la fiebre disminuída, el mayor autoriza que se le de una ligera comida; el soldado que se aburría bastante, obtiene permiso para leer... ¡Había llegado pues a la convalescencia bendita!...

Y delante de los ojos un poco brillantes todavía del enfermo, pasaban visiones encantadas: bifes jugosos, manzanas asadas, vino generoso...

En eso llega la enfermera a traerle su esperada comida:

—¡¡Oh!! eso es una comida... En un plato hondo, un poco de agua caliente.

—Vamos, amigo mío, siendo su primera comida, supongo que no pensará...

—¿Cómo?... Es que todo va a estar en proporción a esta sopa?

La enfermera se esfuerza por endulzar la decepción del desgraciado. Ella razona tan bien y es tan bonita, que consigue hacerle oír la voz de la razón, y hacer brotar una sonrisa de sus labios.

—¡Sea!, se resigna él, pero a lo menos, podré leer, no es cierto?

—Pero sí, sí... ¿qué desea?

Entonces él, con una sonrisa, dice:

—Si le parece... no será demasiado abusar para la primera vez... yo le pediría... una estampilla...

—Quisiera saber cuál es el más delicado de los cinco sentidos.

—Vea: ponga una aguja gruesa en el asiento de su poltrona; usted no la ve, no la huele, no la gusta, no la toca, pero la siente; por lo tanto, el tacto es el más delicado...

En una exposición de pintura figuraba un cuadro, en el que no había absolutamente nada dibujado, y que mareaba un alto precio.

Un curioso se acerca al pintor y pregúntale:

—¿Qué significado tiene este cuadro?

—Ya lo dice en el catálogo, caballero: "Lo que puede ver un ciego"...

ASPIRACIONES A LA FAMA

—"Yo fuí paje de honor en un matrimonio una vez".

—"¡Bah! Ayer yo fuí testigo de un juicio de divorcio!"

(Life)

ROSETTA

Por

W. C. Beale

ELLA era una criatura de hermosura, de fineza, esta Rosetta. A mí siempre me parecía tan fuera de lugar entre los pescadores de la aldea de Gargantilla, como un cisne entre cerdos.

Yo la había visto en Gargantilla varias veces—yo compro pescado y productos de pescado para una casa de Buenos Aires, y todos los años hago un viaje que me lleva desde Punta Arenas hasta Panamá—y todos los años el misterio de Rosetta, de su hermosura, de su presencia en aquella humilde aldehuela de pescadores, crecía para mí. Todos los años yo veía a esta mujer cruzar las calles de la aldea ,con una gracia llena de calma y majestad, con su cara pálida serenamente hermosa bajo las bandas negras de sus cabellos, y su porte parecía dar la mentira a sus pobres ropas y a sus manos ásperas y enrojecidas.

Llegué a saber todo lo que había por saber —que ella vivía en la colonia de pescadores italianos, que con ella vivían dos hermanos—uno llamado Pietro, un napolitano alto y robusto; el otro era Angelo, un joven totalmente ciego, que sin embargo tenía una tienda y tocaba el violín de una manera maravillosa. Y eso fué todo lo que pude saber, hasta este año. Este año oí la historia completa de esta Rosetta. Pietro, el hermano mayor, me la contó.

No puedo deciros cuánto me impresionó. Por ejemplo, yo estaba cansado de mi trabajo, disgustado con este negocio que me obligaba a comprar y a manejar sobras, desperdicios. Y había llegado a considerar a los pobres pescadores con quienes negociaba como sobras humanas, como desperdicios del mundo. Había empezado a odiarlos.

Ahora me siento un poco avergonzado. Avergonzado de haber dudado siquiera por un momento que entre aquellos humildes pescadores la vida y el amor valían menos, Dios era menos Dios.

Llegué a Gargantilla al caer la tarde, y el primero a quien encontré al día siguiente fué a Pietro Gaspari, el mayor de los dos hermanos Los pescados de este hombre eran siempre una obra de arte; nadie puede superar a los italianos cuando vuelven su naturaleza artística hacia cualquiera de las industrias, aún la pesca. El siempre tenía el mejor aceite, la mejor pescada para colapez, blanca y seca y de una limpieza increíble.

Lo encontré limpiando abadejos cerca de la playa. Y me pareció que se sentía melancólico esta hermosa mañana. No me saludó con su acostumbrado buen humor.

—No pareces dispuesto a negociar conmigo esta mañana, amigo, — le dije. — ¿Qué pasa?

El levantó la cabeza. En el otro lado de la ensenada los primeros colores del otoño brillaban bajo el sol. El levantó el cuchillo y los señaló.—Es el otoño, **signore**. Siempre... me impresiona.

Y ahora yo vi lo que no había visto antes. Del otro lado de la ensenada un nadador se dirigía hacia nosotros nadando con la facilidad y rapidez de una gran foca blanca. Luego salió del agua y, de pie, permaneció inmóvil un momento. Todo lo que vestía era un tosco par de calzones cortos, y su cuerpo brillaba al sol, un cuerpo tan espléndido, que no podía menos de excitar admiración. Luego se alejó de la orilla del agua, y yo vi que era el hermano ciego.

—Angelo se baña,—dijo el hermano mayor. —Esta mañana me ayudó a pescar.

Yo estaba sorprendido.—¿Pero se baña solo... ciego?

Sí, **signore** El conoce la ensenada mejor que nosotros, que tenemos ojos.

—Pero su mujer, Rosetta,—yo no sabía si ella era su mujer.—¿No se inquieta?

—No, **signore**.

—Yo los he visto juntos en la tienda. Ella parece serle muy adicta,—dije yo.

—Adicta hasta el fin de su vida,—él replicó gravemente.

Entonces fué cuando él me contó la historia de Angelo y de Rosetta. La historia empezó en Italia, y aun ahora viene a mi memoria con destellos del color con que está llena la vida de esa gente—el oro puro y el rojo sangriento del amor ardiente y de las pasiones encendidas, el color purpúreo de sus tragedias, el negro de sus penas...

* *

"Cuando el otoño viene, **signore**, recuerdo los días en que Rosetta amaba sólo a la vida, y... en que Angelo no estaba ciego. Aquí, en esta misma ensenada, el buen Dios arregló todas las cosas, como pronto os diré, pero esto empezó en Italia.

"En Italia vivíamos cerca de Nápoles, en una casita de Piedigrotta! Conocíamos muy bien las pesquerías de la bahía y trabajábamos mucho... mucho, **signore**, porque entonces era cuando queríamos venir a América, a reunirnos con nuestros parientes que ya estaban aquí, y contábamos los días.

"Recuerdo la noche en que todas las cosas que pasaron después parecen haber empezado. Habíamos terminado de pescar, y, como esta mañana, Angelo se bañó en el mar. ... qué hermosa era la tarde! La bahía era un espejo de oro. Allá lejos el Vesubio humeaba lánguidamente; e Ischia brillaba bajo el sol poniente, como una perla.

"Angelo se bañó muy bien aquella tarde. Era la noche de la fiesta en la cual Angelo iba a tocar el violín. ¡La música de Angelo! Por ella trabajábamos de esta manera. Angelo no había nacido para ser un pescador; desde que era casi un niño podía tocar el violín de una manera admirable. En la fiesta, la novia de Angelo—Rosetta, **signore**—iba a cantar. Rosetta había venido del norte de Italia. Lo que primero atrajo a mi hermano fué la hermosura de su voz, pero, ah, había sangre de piratas en las venas de Rosetta, y aún cuando era una chicuela arrebata de las manos de Angelo todo lo que él poseía.

* *

"En nuestra casita, aquella noche, Angelo no probó bocado. Tomó su violín y salió a la oscuridad de la noche para arrancarle secretos melodiosos, mientras yo comía solo. Y después fuimos a la ciudad.

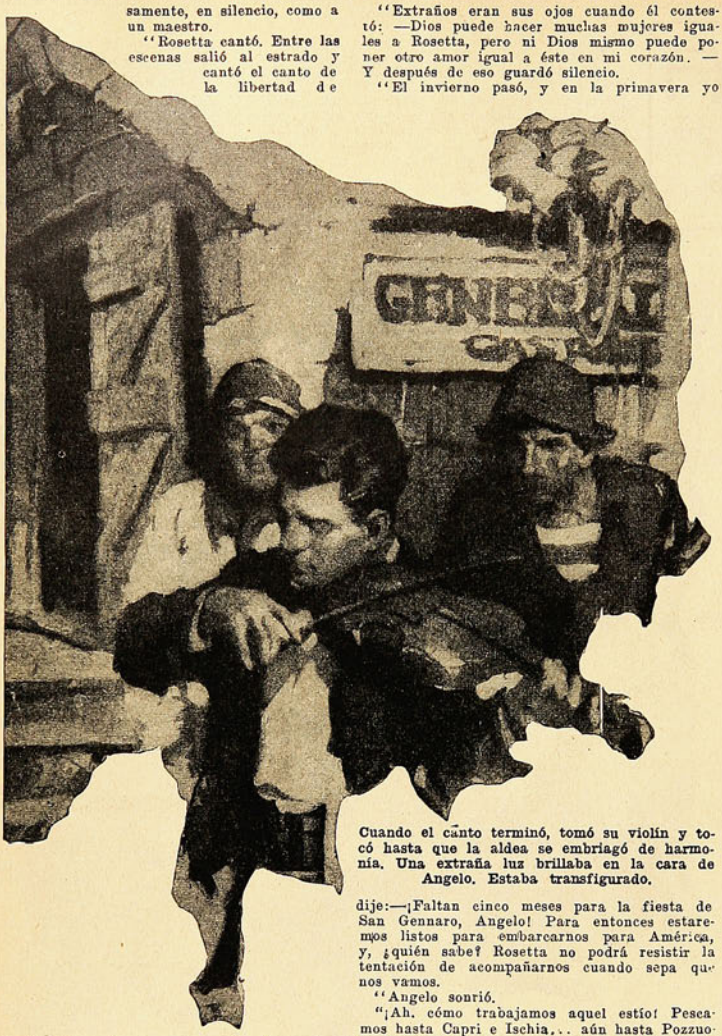
"En la calle, junto a la entrada del teatro, recuerdo que vi una cosa extraña: un automóvil enorme y brillante estaba allí, un automóvil que había venido de Nápoles, y un hombre de camisa muy blanca bajaba de él. Me pregunté lo que él hacía aquí; me pregunté si era posible que nuestra fiesta pudiera interesar a un hombre como él. Y lo observé Su cara era muy blanca. Su cuello era muy grueso. Y me encontré pensando, **signore**, lo que sentiría si pudiera tomarlo con mis manos y apretarlo... ¡así! Aquello me divirtió. Me reí.

"El teatro estaba lleno. En uno de los palcos, junto al escenario, estaba nuestro buen cura, el Padre Salvatore, que tenía siempre una sonrisa y un saludo para todos. En otro palco estaba el hombre de la camisa blanca y del cuello grueso.

"La orquesta empezó a tocar, y Angelo la guiaba con su violín. ¡Ah, me hizo recordar muchas cosas! Yo era ya un hombre cuando Angelo nació. Lo podía ver ahora, un chiquillo, extendiendo el brazo en el cuello del violín, que era demasiado grande para él, empuñando con la otra mano el arco, que era demasiado largo, con sus bellos ojos muy abiertos como si los ángeles le hablaran al oído, mientras que el violín sollozaba las notas de "Santa Lucía". Luego lo vi, unos cuantos años más tarde, un jovencito muy apuesto, tocando orgullosamente, mientras que el viejo maestro de Piedigrotta, que le había enseñado todo lo que sabía, se lo comía con los ojos, y toda la gente lo escuchaba, respetuo-

samente, en silencio, como a un maestro.

"Rosetta cantó. Entre las escenas salió al estrado y cantó el canto de la libertad de



Cuando el canto terminó, tomó su violín y tocó hasta que la aldea se embriagó de harmonía. Una extraña luz brillaba en la cara de Angelo. Estaba transfigurado.

"Traviata", y Angelo se puso de pie en medio de la orquesta y tocó **obbligato** con su violín.

"Se necesitaba el espíritu atrevido de Rosetta para cantar este hermoso canto ante la gente. Al oírla, me puse a pensar. Rosetta era siempre extraña. El buen Dios se ha de haber equivocado al hacerla. En primer lugar era demasiado hermosa. Tenía la piel blanca y los ojos bronceados de las mujeres toscanas. Además, tenía cosas maravillosas en la garganta, aun entonces, que no había estudiado canto. Y por último, siempre había tenido una gran inquietud en el alma—una herencia de sus errantes antepasados—y un gran deseo de poseer las cosas mejores de la vida que la suerte le había negado. Su espíritu parecía ser tan inquieto y ardiente como el Vesubio mismo.

"Terminaron, y toda la gente se puso de pie en el teatro y gritó:—¡Rosetta! ¡Rosetta! ¡Angelo! ¡Angelo!—loca de alegría.

"Y ellos se vieron obligados a tocar y cantar de nuevo.

"Y luego, **signore**, me estremecí. El hombre de la camisa blanca se había acercado al estrado, y estaba dando a Rosetta un gran ramillete de flores.

"Ese fué el principio de lo que vino después. Aquel desconocido era Caracci, de la Opera Nápoli, el hombre que jugaba con voces y con mujeres. Y él abrió la vida para Rosetta, como quien abre una caja de joyas ante los ojos de una mujer. Y Rosetta, después, se fué a vivir a Nápoles, a estudiar con el gran maestro.

"En los días que siguieron dije a Angelo: —Ten valor, hermano; Rosetta volverá a nosotros, y si no... ¿acaso no puede el buen Dios hacer otra mujer igual a Rosetta?

"Extraños eran sus ojos cuando él contestó: —Dios puede hacer muchas mujeres iguales a Rosetta, pero ni Dios mismo puede poner otro amor igual a éste en mi corazón. — Y después de eso guardó silencio.

"El invierno pasó, y en la primavera yo dije:—¡Faltan cinco meses para la fiesta de San Gennaro, Angelo! Para entonces estaremos listos para embarcarnos para América, y, ¿quién sabe? Rosetta no podrá resistir la tentación de acompañarnos cuando sepa que nos vamos.

"Angelo sonrió.

"¡Ah, cómo trabajamos aquel estío! Pescamos hasta Capri e Ischia... aún hasta Pozzuoli. Y en las noches, cuando Angelo, demasiado delicado para trabajo tan duro, se rendía al cansancio, yo seguía pescando solo, alumbrándome con una antorcha. Y cuando volvía, al amanecer, encontraba a Angelo trabajando tan incansablemente con su violín como yo con mis redes, con sus **staccati**, sus harmonías, sus **pizzicati**.

* *

"Pero... ¡el buen Dios lo sabe!... la suerte parecía burlarse de nosotros. La pesca no era buena. Y luego nuestra madre se enfermó y murió, y nos quedamos solos en nuestra casita. Oramos a la Santa Virgen por el alma de nuestra madre, y, solos en la noche, embalsamamos sus manos y sus pies con un poco de aquel precioso aceite de rosas que yo había traído de Argel. Y quiero que recordéis bien esto, **signore**. Aquel frasquito de esencia era la única cosa de valor que había en toda la casa. Y recuerdo una cosa extraña: un día una gota de aquel aceite cayó en un rasguño que tenía en la mano, y sentí como si hubiera sido herido con una aguja de hielo y luego quemado con un carbón ardiente.

"Después de la muerte de mi madre trabajé con más energía. Y Angelo... sus facciones juveniles adquirieron la firmeza del propósito que animaba su alma. De vez en cuando oíamos hablar de Rosetta, cosas inquietantes... que la vida la había deslumbrado, la había enloquecido.

"Septiembre llegó, y con él el gran día de la fiesta en San Gennaro, el día que iba a traernos el fruto de nuestros planes. Hasta ahora parecía que habíamos fracasado, Angelo y yo. América parecía muy lejana, Rosetta más lejos aún. Pero una esperanza me animaba todavía en el corazón. San Gennaro era el patrón de **Nápoli**, de Rosette. Ese día todas las oraciones eran escuchadas. Y yo me preparé a orar con todo el fervor de mi alma y a pedir a San Gennaro todo lo que la suerte nos había negado.

* *

"Tal vez no lo sabéis, **signore**, pero en **Nápoli**, este es uno de los días más solemnes de todo el año, el día del bendito San Gennaro que sufrió el martirio por su fe, hace muchos, muchos años. Este día un vaso de cristal, lleno con la sangre del santo, se pone en el altar de la gran iglesia de San Gennaro, y a la misma hora en que él murió, la sangre se convierte en aceite y se quema durante todo el día. Es entonces cuando la gente de **Nápoli** dice sus oraciones, y es entonces cuando el santo les concede lo que desean.

"Salimos temprano, nosotros los que vivíamos lejos de la ciudad, para empezar nuestro día de fiesta y de regocijo. Nos dirigimos a la ciudad, Angelo y yo. A lo largo del camino todos los altares de la Santa Virgen brillaban todavía con las lamparitas de la noche anterior. Yo caminaba devotamente, firme en el propósito de que nada en el camino, nada en el día, pudiera distraer mi alma de su objeto. Devotamente yo rezaba mi rosario, pero...

"¡Oh, tan hermoso era el campo por donde corría el camino! ¡Tan rojas eran las camelias, tan rojas y tan bellas! Y, rojas también, las uvas en las vides, rojas y tentadoras, como rubíes; los olmos, y los castaños, tenían hojas enrojecidas, como si hubieran sido rociadas con sangre...

"Yo seguía orando devotamente, pero...

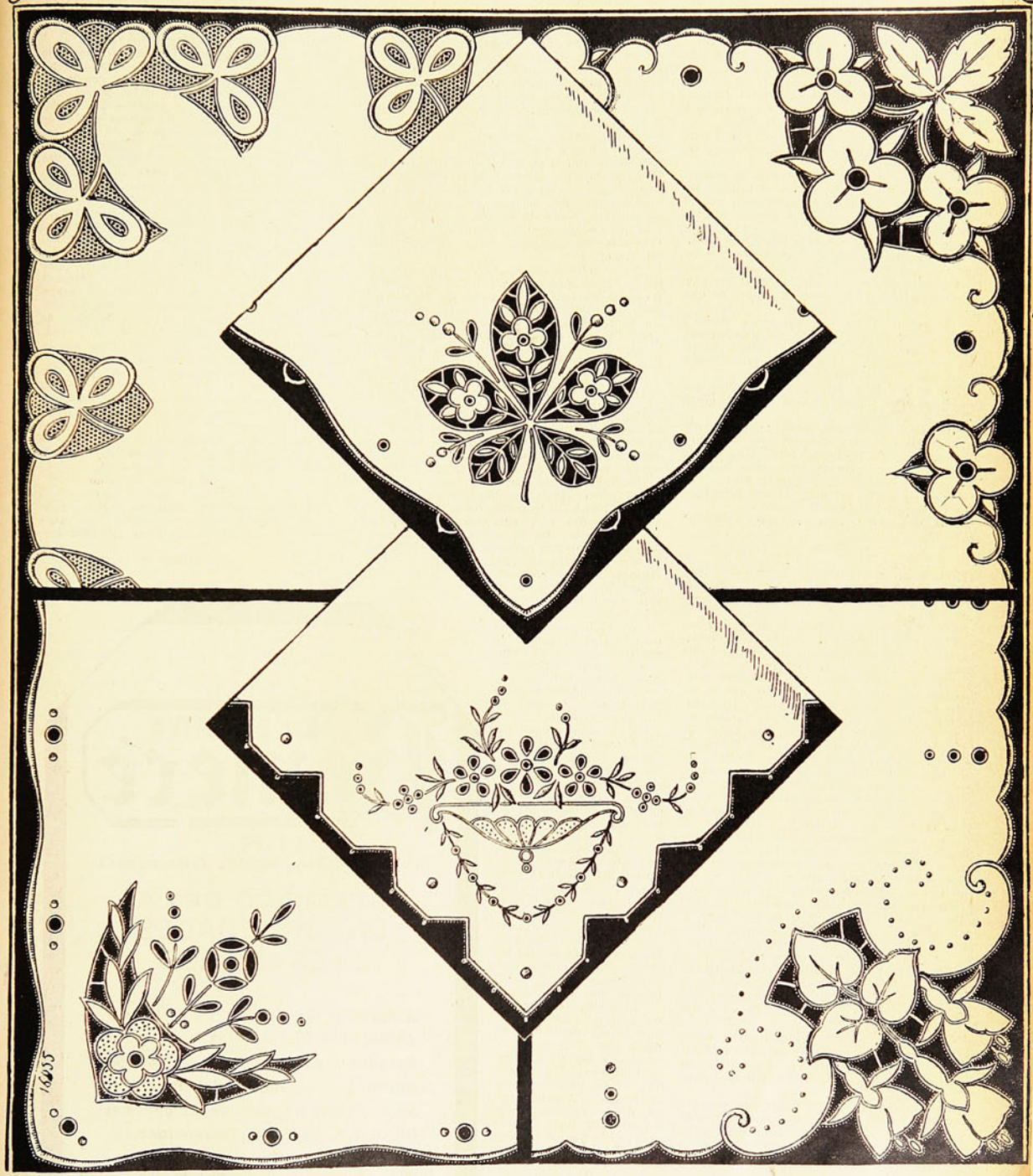
"Los puestos de pescado frito... ¡tan bien que olían!

"¡Bah! Me irrité contra mi devoción tan voluble. Cerré los ojos y seguí orando:—¡Oh, bendito San Gennaro. Yo soy sólo un pobre pecador, pero mi hermano Angelo tiene un don del buen Dios. El ama tanto a una mujer...

(Continúa en la pág. 68)

Se expende en tubos de 20 tabletas y en sobrecitos de 1 y 2 tabletas. No acepte tabletas sueltas que pueden ser sustitutos nocivos.

LA ELEGANCIA DE LOS PAÑUELOS BLANCOS



Mucha ha sido la boga de los pañuelos de color y aun continúa, pero son muchas las tradicionalistas que sólo admiten el pañuelo de batista blanca, prolijamente bordado con una ciencia y paciencia notables. Para ellas estos dibujos.

ruega por él, bendito San Gennaro... déjalo que encuentre la felicidad en su gran amor... y toda mi vida te lo agradeceré!

"Ahora ya casi habíamos llegado a la ciudad. La cara de Angelo brillaba. Tomó un paquetito de su bolsa.

—"Pietro mío,—dijo, y sus hermosos ojos tenían una expresión inefable.—Aquel altar es el de la Virgen de los Amantes. He traído nuestra más preciosa posesión para dejarla a sus pies. ¿Me perdonas, hermano?

"Me mostró el paquetito... era el frasquito del precioso aceite de rosas, del aceite que quemaba, que yo había traído de Argel.

"La sorpresa me privó de la palabra. Luego una gran ternura me invadió, y dije:—Es tuyo, hermano.

"Y luego... aún en la distancia la reconocí. Un automóvil, con Rosetta y el hombre del cuello grueso, se adelantó lentamente por el camino polvoriento, entre los grupos que lo poblaban.

"Angelo se había detenido frente al altar. Pero ahora vió a Rosetta. Y olvidó sus oraciones. Llamó a Rosetta, y corrió hacia ella entre la gente. Rosetta lo miró como si sus ojos fueran de vidrio y su cabeza la cabeza de una muñeca.

—"¡Rosetta, te he esperado tanto tiempo! Díme cómo estás,—le suplicó,—y díme cuándo vas a volver a nosotros. Díme cuándo terminan tus estudios... ¿Yo? Ahora estoy tocando el Concierto de Mendelssohn, y...

"Ella se volvió y dijo algo al hombre que la acompañaba; luego se bajó del automóvil, y Angelo la siguió.

"Las palabras salieron como un torrente cruel de los labios de Rosetta: ¿No has oído? Me preparo para la ópera. Estoy aprendiendo Violetta. Ya soy conocida. Hoy canto frente a San Gennaro; así lo ha pedido la gente.

—"Pero, Rosetta, mi vida, pronto esperamos salir para América. Como... como...

"Tras de ellos yo oraba sin cesar, esperando, confiando...

* *

"Rosetta estaba hablando ahora:—Yo también voy a América, con Caracci... después de mi estreno. Caracci dice que allá el triunfo será fácil.

"Abrí los ojos, y contuve el aliento, y me sentí temblar ante lo que Angelo había hecho. Angelo tomó el frasquito de aceite que había puesto en el altar, y su cara era la cara de un niño que sufre cruelmente.—Rosetta mía. Yo traje esto para la Santa Virgen, con un corazón lleno de adoración, pero, ¡oh, Dios, carísima! ¡cuando te veo, sé que si hubiera sólo un latido más en mi corazón, ese latido sería para ti, y no habría lugar para la Virgen! Te ofrezco esta esencia preciosa. Es todo lo que tengo. ¿La dejarás que sea una promesa de amor entre nosotros dos?

"Rosetta lo hizo bruscamente a un lado.

"Angelo la tomó del brazo, y en su cara se había extendido una palidez gris. Ella se desasió con la misma brusquedad y tomando el frasquito se lo arrojó a la cara. Los fragmentos cayeron al suelo, y Angelo permaneció de pie, con la cabeza entre las manos.

"Aterrado estaba yo ante el sacrilegio de mi hermano, que había cometido el terrible pecado de tomar su ofrenda para la Virgen y ofrecerla a una mujer. Luego una gran cólera contra aquella mujer se encendió en mi alma. Pero el cuerpo de Angelo estaba temblando en mis brazos. Lo alejé de allí... comprendiendo lo que sentía. Y luego una vez más empecé a orar. ¿No era éste el día de los milagros? San Gennaro no se olvidaría de mí, si le pedía con fe y con humildad.

"Nos internamos entre la multitud y llegamos a la iglesia. Y yo seguí mirando a lo alto, y orando, porque sabía que si permitía que mi corazón se llenara de cólera, mis oraciones serían inútiles.

"Dentro de la iglesia un profundo encanto se apoderó de mí. De rodillas avancé sobre el piso de mármol hasta que me confundí con la muchedumbre cuyas oraciones subían hasta el santo, con un murmullo como de millones de alas.

"La hora sagrada había llegado. Yo fijé mis humildes ojos en el vaso de sangre que estaba sobre el altar mayor. Y oré. ¡Ah, cómo oré en la angustia de mi deseo y de mi súplica!

"Y luego... un gran silencio. Mi alma empezó a temblar de pavor. Mi vida pareció flotar y penetrar en un reino silente. El vaso sagrado cambió de color. Y luego... una llama se levantó de él... una llama blanca y azul, que temblaba y brillaba como si fuera la propia luz de Dios.

"Angelo no estaba cerca de mí. Salí de rodillas, como había entrado. Estaba lleno de una esperanza triunfante.

"A la puerta de la iglesia, con la cabeza entre las manos, estaba Angelo. Me llegué a grandes pasos a su lado.—Angelo mío,—grité.—La sangre de San Gennaro arde. Con mis ojos la he visto. ¡Ven pronto! ¡Angelo! ¡Ven pronto y haz tu petición! ¿Por qué aquí afuera?

—"¡Yo... yo me detuve para oir a Rosetta!

"Un poco de mi cólera pasada me volvió. Pero Angelo tenía los ojos cerrados y no la vió.—¡Pero Angelo, prepara tus oraciones! ¡Pronto! ¡Ven a ver!

"Lentamente, él abrió los ojos. ¡Oh, Dios!... Hice rápidamente la señal de la cruz. Mi hermano Angelo... mi pobre hermano... era una cosa horrible, una máscara que parecía mirarme con ojos llenos de sangre.

—"¡Pietro, hermano! ¡No puedo entrar! ¡La Virgen me ha castigado! No puedo ver... ¡estoy ciego!

"Yo levanté la cabeza. El canto de una mujer se hundió como un torrente de cuchillos de fuego en mi corazón. Mi garganta hizo explosión con maldiciones frenéticas, vibrantes, contra la fe, contra el amor, contra las oraciones... Y todo el mundo se enrojeció ante mis ojos... el rojo del fuego... el rojo de la sangre... el rojo de la venganza...!

* *

El italiano dejó de hablar. El fuego murió en sus ojos. Por una media hora vívida había vuelto a Italia. Ahora estaba dominando sus emociones. Cuando habló de nuevo, era otra vez un pobre pescador... de Gargantilla.

"Los inviernos de América... ¡son tan fríos! Aquel primer invierno nos heló el alma. ¡Y el mar! Nos infunde pavor. No es nuestro buen amigo, nuestro camarada, como en Nápoles. ¡Es tan vasto, tan poderoso, tan misterioso! Juega con nuestros destinos como un gato juega con un ratón. Así jugó con nuestra suerte, signore. Pero ya nada me importaba. En vez de la vida, vibrando dulce y anhelante en mi corazón, sentía sólo el deseo de vengarme de aquella mujer, de aquella mujer que no podía morir, porque Angelo todavía la amaba!

"Pero olvidaba deciros. Poco después nos embarcamos para América.

"En el vapor Angelo tocaba, tocaba en el entrepuente. Tocaba para alentar a los que se alejaban con tristeza de Italia. Y un día los pasajeros de primera clase lo mandaron llamar, y yo tuve que llevarlo. El estaba tranquilo e inmutable, como si su alma hubiera muerto. Una señora dijo: — Toca el "Adiós" de Tosti— Angelo lo tocó. Otra dijo:— ¿Sabes las "Variaciones Venecianas" de Paganini? — Y un hombre.—El Aria de Bach. — Angelo las tocó. Y ellos lo aplaudieron y le dieron dinero. Y todos los días él tocó.

"Llegamos a Buenos Aires, y un pescador nos condujo hasta aquí. Oh, la pesca era diferente, con cuerdas y sin redes. ¡Pero el dinero era bueno, bueno! En dos años teníamos la tienda, y Angelo sabía en dónde estaban todas las cosas. Y ahora yo pescaba solo. No me atrevía a confiar mi hermano al mar.

"Y Angelo... algo parecido a la felicidad descendió sobre Angelo. Nunca había dejado de orar. ¿Yo? ni la vista de Angelo orando podía endulzar todas las cosas amargas que vivían en mi corazón. ¡Oraciones! ¡Bah! Yo era un hombre sin Dios. Lo había dejado en Italia. Pero para Angelo todo era diferente. En Angelo el placer de vivir, que en mí había muerto, parecía renacer. Yo no podía comprenderlo. Sabía que su amor vivía todavía, pero era como si todavía esperara, si tal cosa podía ser posible.

"Y luego... un día pareció que algo había oído las oraciones del alma de Angelo.

"Era un domingo muy hermoso. Ni una sola vela en el azul del mar. Angelo estaba sentado en el umbral de nuestra puerta, con la cara hacia la luz. Llena de asombro parecía esa cara. Se volvía hacia los hombres que hablaban cerca, y luego hacia las colinas verdes de donde llegaba el sonido vago de las campanillas del ganado. Parecía como si escuchara algo que yo no podía oír. De súbito, en una casa vecina, alguien empezó a tocar un fonógrafo.

"Mi corazón latió más de prisa, y sentí que la cólera me corría en ondas ardientes por las venas. Una voz de mujer empezó a cantar... a cantar el canto de Violetta de Traviata... el saludo impetuoso de Violetta a la libertad. La música salió por la ventana abierta, y floté sobre nosotros, dulce y... enloquecedora. En un instante me vi de nuevo en la plaza de San Gennaro, y, lo sabía, lo mismo pasaba con mi hermano. ¡Pero de manera tan diferente! Una extraña luz brillaba en la cara de Angelo. Estaba transfigurado. Cuando el canto terminó, tomó su violín y tocó hasta que la aldea se embriagó de harmonía.

—"Angelo,—pregunté por último,—¿qué ha pasado?

"Su cara se volvió hacia mí, hermosa con su sonrisa bajo aquellos ojos vacíos.—¡La Virgen me ha perdonado!

—"¡Bah! ¿Qué significa eso?

—"No puedo decirlo. Pero así lo siento. Y pronto lo sabré.

* *

"En las semanas que siguieron llegué a pensar que Angelo estaba esperando algo, algo parecido a una revelación. Y su felicidad cre-

(Continúa en la pág. 70)

SAL DIGESTIVA
Bémecé
M. R.
Bicarbonato de Sosa, Magnesia Carbonato de Cal
ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias. Gastritis, Hiperacidez, etc
DOSIS : Una cucharadita despues de cada comida
de Venta en todas las Farmacias
Caja chica $ 2.00 — Caja grande $ 5.40

CORAZON DE ORO

1. —Vete de aquí, tonto.—2. —¡Te digo que te vayas!—3. —¡Como no te vayas!—4. —¡Toma!—5. —¡Pobrecito! ¿Pero es que no sabes soportar una broma?

(De "Simplicissimus")

—¿SE ACUERDA USTED DE AQUEL MUCHACHO RUBIO...?

—No caigo... No caigo... —¡Ah, sí...! ¡¡Ya caigo!!

ANECDOTAS

Un aficionado había encargado a un pintor un cuadro en el que debía aparecer la iglesia del pueblo. En la fecha convenida, acudió a hacerse cargo de la obra de arte. Manifestóse admirado de la ejecución, pero no encontró el cuadro de acuerdo con lo convenido.

—¿Por qué no ha puesto usted en el cuadro algún ser viviente?, preguntó, ante la confusión del artista, que había olvidado ese detalle.

—Señor, explicó el pintor, señalando la iglesia, es que se trata de una vista tomada mientras el vecindario está en la iglesia oyendo misa.

—Bueno, siendo así, repuso el cliente, me llevaré el cuadro a casa, y ya se lo pagaré cuando el vecindario haya salido de oír misa...

Alguien felicitaba a madame Denis, sobrina de Voltaire, por la forma en que acababa de desempeñar el papel de "Zaira".

—Para hacer bien este papel, protestó, coqueteando, la artista, hace falta una mujer joven y bella.

—Sin embargo, repuso con toda ingenuidad el interlocutor, acaba usted de demostrar lo contrario.

CAPRICHOS DE MUJER

—Mira, Jorge, ahora que has traído todas estas piedras, siento tener que decirte que me gusta más el lugar donde estaban antes.

CHISTES

En la Academia Francesa hacíase cierto día una colecta para una obra de caridad, y cada uno de los académicos había ido depositando su óbolo en el cepillo que el secretario iba pasando. No habiendo reparado este funcionario en que uno de los académicos, hombre famoso por su avaricia, había depositado ya una moneda, le presentó el cepillo por segunda vez.

—Ya he contribuido, aseguró el avaro.

—Lo creo, contestó el secretario, pero no lo he visto.

—En cuanto a mí, interrumpió Fontenelle, que presenciaba la escena, lo he visto, pero no lo creo.

El profesor. (Dirigiéndose a la clase). — Podría decirme alguno de ustedes, ¿cuál es el sentido más sensible de todos?

Un alumno.—El tacto.

—¿Cómo lo podría demostrar yo?

—¡Sentándose en una silla que tuviera una aguja clavada!...

Pichín se viste de nuevo, y después de una disputa sin importancia, se hace el santito, con grave perjuicio para Bebé.

cía más y más. Hacía hermosos juguetes para los niños. Tocaba con frecuencia su violín. Hasta empezó a nadar de nuevo, y yo no pude impedirlo. Nadaba de una manera maravillosa, como antes, siempre lejos de la playa, y luego volvía en línea recta. Y hacía esto casi todos los días.

"El estío se acercaba al otoño. Y luego algo pasó que cambió la vida entera de mi hermano y la mía. Una tarde un automóvil se detuvo en la aldea y los que lo ocupaban preguntaron el camino de la ciudad. Angelo estaba tocando su violín detrás de la tienda, y un hombre se bajó del automóvil y se acercó a escuchar. Me pareció reconocerlo. Después se alejó, sólo para volver acompañado por otro hombre y dos señoras... nuestros amigos del vapor. Las señoras estaban excitadas. Al día siguiente volvieron. Querían que Angelo fuera a la ciudad y tocara en una gran función.

"Angelo me llevó a un lado.—Una cantante que está allá, una cantante joven que ellos no conocen, iba a cantar,—me dijo.—Pero la pobre mujer corre el peligro de perder su voz y no debe cantar. En su lugar, quieren que yo toque el violín. ¿No debo pagarles su bondad?

"Fuimos, Angelo y yo. Querían llevarnos en un automóvil, pero Angelo dijo:—Pietro me llevará por la costa en su barca.

"Nos llevaron a una gran casa, y al día siguiente muchos automóviles vinieron, y Angelo tocó.

"Y luego—aquello fué tan extraño—cuando toda aquella gente aplaudía ruidosamente, vi que mi hermano palidecía y se dirigía a mí.

"Angelo me tomó la mano.—Pietro... siento que alguien está cerca... alguien a quien conozco. ¿Quién es, Pietro?

"Yo volví la vista a todos lados para complacerlo. Y... casi desfallecí... vi a... Rosetta. Entraba en aquel momento, con Caracci. La vi ver a Angelo con los ojos muy abiertos... era la primera vez que lo veía ciego... y luego yo empecé a ver rojo. Por un momento no pude hablar. Luego dije: —A nadie veo, Angelo. ¡Pero ven! Ya no tocarás más. Salgamos de aquí.—Y temiendo lo que yo podía hacer si permaneciamos allí, me alejé con él.

* *

"No puedo deciros lo que sentí. Y parecía que aquella mujer nos perseguía. Porque en el puerto se mecía un pequeño yate de vapor, junto a mi barca, y al darme a la vela, vi su nombre, **"Rosetta"**.

"Durante cuatro días no pude olvidar, no pude sentirme tranquilo. El campo estaba tomando los colores del otoño. Me sentía lleno de recuerdos amargos. Me dije que si volvía a ver a aquella mujer tendría que ver también el color de su sangre.

"Una noche Angelo me tomó de la mano.—Pietro, hermano, tu alma está enferma. Lo siento. ¿Te has olvidado de orar?

—"¡Orar!—rugí yo.—¿A quién? ¿Al diablo? El es más poderoso.

"El se acercó más a mí, y sonrió.—A San Gennaro, Pietro. Debes pedirle la felicidad... la paz.

"La cólera me subió a la cabeza.—No. ¡Diez millones de veces no! San Gennaro se burla de nosotros y de todos los necios... se ríe, se burla!

—"No, Pietro, no! Muchas veces siento que nuestras oraciones serán oídas. Yo siempre espero. Y sigo orando a San Gennaro.

"Al amanecer del día siguiente salté de mi cama. La ventana de mi cuarto se abre hacia el oriente, y las paredes reflejaban una luz rojiza. Me acerqué a la ventana. En el oriente había una gran nube purpúrea, y bajo ella una línea de fuego, como si por ella se viera un horno ardiente. Y el mar aparecía negro y amenazador, excepto en donde se azotaba contra las rocas y se encendía con el fuego del oriente.

"Bajé a la playa. Los pescadores,, a medio vestir, se apresuraban a atar sus barcas contra la tormenta que ya empezaba a rugir.

"Una mano me tocó el brazo. Era Angelo, y yo me volví hacia él.—Es una tormenta, Angelo. Una tormenta horrible. El mar está tan rojo y negro como el cielo. Tal vez de esta manera tu santo responde a tus oraciones!

"El sonrió.—Y sin embargo, sigo esperando, hermano.—La luz rojiza del día se reflejó en su cara. Luego se oscureció de súbito. El trueno rugió. La tormenta estaba sobre nosotros, y se desencadenaba en una furia de viento y de lluvia. Yo rodeé con mis brazos el cuerpo de mi hermano, para protegerlo, y lo obligué a que se refugiara en un cobertizo.—Este no es lugar para ti, Angelo,—le grité al oído.—¿Crees que la respuesta a tus oraciones va a llegar del mar?

"El volvió hacia mí su rostro pálido y agonizante.—Sí—dijo.

"Un pescador se acercó y señaló algo en el mar. Una barca pescadora había entrado a la ensenada y luchaba por llegar a la playa sin estrellarse contra las rocas. Entramos al mar, y logramos sacarla a la arena. Y el pescador, medio ahogado, seguía señalando el mar y hablando a gritos.

"Yo no podía oírlo... pero vi. En un instante de suprema furia, allá lejos, vi la forma ligera y graciosa del yate que había anclado junto a mi barca... la **Rosetta**. El corazón me empezó a latir violentamente. Alguna gran maniobra de la suerte parecía haber empezado.

"Bajo el cobertizo la voz del pescador se oía ahora claramente.—La máquina ha dejado de funcionar, y el viento la está arrojando contra las rocas.

—"¿Viste su nombre?—preguntó alguien.

—"Sí. ¡La **Rosetta!**

* *

"Un grito agudo vibró en mis oídos.—¡Oh, bendito San Gennaro!—Era Angelo, y su cara era una máscara de agonía.

"Yo levanté la cabeza.—Sí, tu Rosetta! ¡Ella está allí! Tus oraciones la han traído hasta aquí. ¡Pero ahora calma al mar con tus oraciones!—Y me dirigí a las rocas para ver lo que pasaba.

"¡Ah, en aquellos momentos probé la alegría de la venganza, una venganza extraña e inesperada y de una dulzura enloquecedora! Y vi...

"Vi que el mar se convertía en la ensenada en una cosa viviente y horrible... y llena de la belleza de la muerte. Vi que las aguas saltaban y chocaban y se agitaban enfurecidas. Vi que el mar arrojaba sus batallones contra las rocas; vi cascadas de perlas que se elevaban en el aire para volver al mar convertidas en arroyuelos espumeantes. Y allá lejos vi al yate levantado como un juguete y arrojado contra las rocas.

"En el primer momento de silencio grité de alegría. La venganza había llegado, y todas las oraciones de Angelo habían sido en vano.

"Pero ahora... permanecí inmóvil. Vi lo que, en mi locura, no había visto antes. Un bote con dos hombres se estaba acercando a las rocas. Y lo observé atentamente. Lo vi luchar valientemente, adelantándose, retrocediendo, avanzando de nuevo en la cresta de una ola. Algo familiar en la figura de la proa me oprimió el corazón. El bote desapareció tras de las rocas.

"Alguien me tocó el brazo... un pescador, pálido y sombrío. Yo lo sacudí ferozmente. —¿En dónde está Angelo?—grité.

"El señaló hacia el mar.—Vine a decirte,—replicó.

"Por un momento vacilé. En aquel momento morí una muerte horrible, signore. No puedo describirla. El mundo dejó de existir; no pude hablar o moverme.

"Y luego oí un gran grito, un grito de alegría. Me puse de pie, vacilando, y el pescador que estaba a mi lado tendió el brazo hacia la playa. Un hombre había salido del mar y subía por la playa. Otros dos lo siguieron. Y ahora, acercándose a los tres, otras dos cabezas, que nadaban juntas, aparecieron junto a la playa. Aun desde lejos las conocí... Angelo... y Rosetta.

"Bajé a la playa... nunca supe cómo. Di la vuelta a las rocas, sintiendo la locura de la cólera, del odio y de la venganza.

"Y luego me detuve...

"Nunca olvidaré aquel instante. Fué como si una mano divina hubiera disipado toda mi cólera. Angelo estaba tendido junto a las rocas, con la cabeza en los brazos de Rosetta. A su derredor Caracci, enloquecido, levantaba los brazos al cielo y juraba.—¡Pronto, levántate! ¡Tu voz... mujer... tu voz!

Angelo volvió en sí lentamente. Se llevó las manos de Rosetta a los labios. Y entonces... ¡ah, fué hermoso y terrible!... Rosetta sacrificó todo lo que poseía. Se puso de pie. Levantó la cabeza, y empezó a cantar, a cantar el canto de la libertad de **Violetta!**

—"¡**Siempre libera volglio io!**...—Y comprendí que ahora era libre... libre para vivir sólo para un gran amor.

"Caracci la amenazó.—¡Necia! ¡Necia!—gritó.—¡Como si el mar no fuera suficiente... tienes que cantar... y que despedirte para siempre de tu voz!...

"Rosetta terminó, y su cara me hizo pensar en una madonna. Habló, y su voz era ahora ronca y áspera.—Que así sea, Caracci. Ya no necesito mi voz. Mi voz me ha ofrecido muchos amantes, pero nunca el amor.

"Se inclinó y besó los cabellos húmedos de Angelo y lo ayudó a levantarse.—Ven, carissimo,—dijo.—Te vi aquel día en la ciudad, y quise acercarme a ti, pero Pietro se alejó contigo. Hace mucho que el mundo me ha enseñado lo que vale tu amor, y la Santa Virgen sabe lo que he llorado por él. Sabía que te encontraría aquí, y por eso vine. Y luego la tormenta llegó...

"Miré la cara de mi hermano. Su fe había triunfado. Una gran ternura me inundó el corazón... y, al cabo de un momento... comprendí que estaba orando!

* *

Pietro calló de nuevo.

Yo me separé de él en silencio. Angelo había amado mucho, había sufrido mucho. Pero yo estaba pensando en ella. Me detuve junto a las rocas. Cerca, Rosetta estaba mirando al mar. Noté, con sorpresa, que estaba cantando, en voz tan baja, que era apenas un murmullo... pero yo nunca había oído voz tan hermosa.

Me acerqué rápidamente. Sus ojos se encontraron con los míos, asustados, por un instante.—Rosetta... Signora Gaspari...—dije.—¡Estabais cantando! ¿Vuestra... vuestra voz ha vuelto?...

En sus ojos, fijos en los míos, el terror murió, para dar lugar a una súplica.

—¿No les diréis, **signore?**—suplicó ella.—Mi marido se creería una carga para mí—Se llevó las manos al pecho. Su cara de madonna se iluminó con una sonrisa gloriosa.

—Mi marido no lo sabe, pero cuando supe la causa de su ceguera, renuncié a mi voz. Mi voz, signore, no me ha dejado ni por un momento.

EL MAS BELLO CUENTO PARA LOS NIÑOS

Mostaza, Sal y Pimienta

O LA HISTORIA MARAVILLOSA DE TRES PERROS

MURIO el tio Martín, dejando en el mundo un hijo y una hija, una casita muy pobre y un rebaño tan reducido que sólo se componía de tres ovejas. El hijo tenía ganas de ver mundo, y, dejando en la casa a su hermana, se fué por esas tierras de Dios con las tres ovejas: así se repartieron como buenos hermanos la escasa herencia de su padre.

Un día en que el muchacho, Martinillo por nombre, estaba sentado al borde del camino mientras sus ovejas pacían no lejos de allí, vió venir hacia aquel lugar a un hombrecillo seguido de tres perros negros, uno muy chico, otro de tamaño regular, como un perro de caza, y otro muy fuerte y grandote, como un Terranova, pero los tres tan parecidos entre sí que el más chico parecía una miniatura del más grande, y éste una ampliación del mediano.

—Lindas ovejas tienes, —le dijo a Martinillo así que estuvo junto a él:—¿No querrías cambiármelas por estos tres perros?

—Y ¿cómo los voy a alimentar, si no tengo ni siquiera para comer yo? Mis ovejas, por lo menos, saben encontrar por sí mismas lo que les conviene y no me obligan a preocuparme de ellas.

—Te engañas,—replicó el hombrecillo.—Tú no sabes lo habilidosos que son estos perros. Mira, no tienes más que llamar a **Mostaza** y decirle: "Tengo hambre", para que en seguida te traiga de comer. **Sal**, que es el segundo perro, en cuanto se lo mandes, destrozará con sus dientes todo lo que te pueda hacer daño; y **Pimienta**, el mayor de los tres, puede romper toda clase de metales sin gran esfuerzo. ¿Conque, hacemos el trato?

No muy convencido, el pastor accedió a lo que se le pedía.—Después de todo,—pensaba.—a un pobre como yo, ¿qué más le dan tres perros que tres ovejas?

Sin embargo, para probar hasta qué punto era cierto lo que el hombrecillo le contó, dijo en voz alta al más pequeño de los tres perros:

—¡Mostaza, tengo hambre!

Oírlo el perrillo, echar a correr hasta perderse de vista y volver a los pocos minutos con una cesta entre los dientes, todo fué uno. Y como en la cesta había provisiones abundantes: jamón y huevos duros, un pollo asado, queso y hasta una botella de vino, con un pan blanco que parecía, por lo tierno y oloroso, recién salido del horno. Martinillo empezó a pensar que había hecho un negocio magnífico y que la fortuna le sonreía.

Después de comer, púsose de nuevo en camino, con los tres perros detrás. No había andado mucho cuando vió venir en dirección contraria un coche enlutado. Los caballos que tiraban de él, arrastrándolo lentamente y como de mala gana, llevaban guarniciones y penachos negros, y el cochero que los guiaba iba también de luto, mostrando en la cara un temor y un disgusto muy hondos. Dentro iba una joven hermosísima, enlutada también y mortalmente pálida.

—¿Qué desgracia os ha acontecido?—preguntó el pastor al cochero.

—Ninguna todavía; pero has de saber que en estas proximidades, en lo alto de aquel monte que allí se ve, vive el más desaforado dragón que vieron jamás ojos de hombre. Cada año hay que darle una linda doncella, que es devorada inmediatamente por él. La que va en el coche es la princesa Esmeralda, hija única del rey, a quien este año le ha tocado en suerte la terrible desdicha de ser entregada al dragón.

—¿Y no hay nadie capaz de impedirlo?

—Nadie; todos los que han intentado luchar con el monstruo, han muerto destrozados por él.

Entraron ganas a Martinillo de intentar la aventura, y así se lo dijo al cochero; éste trató de disuadirle, asegurándole que corría a una muerte cierta; mas todo fué inútil. Cuando echó a andar el coche, Martinillo se fué detrás, siempre seguido por los perros fieles.

Llegaron al río, pasaron el puente y empezaron a subir la cuesta de la montaña. Cuando el terreno se hizo tan quebrado y pendiente que el coche ya no podía seguir adelante, apeóse el cochero, dió la mano a la princesa para que bajara, y, despidiéndose de ella, la dejó sola y se volvió por donde había venido.

No la abandonó, sin embargo, Martinillo. Ella, al verle tan cerca, le rogó que la abandonase a su triste suerte, porque nada se adelantaría si el dragón, en vez de devorarla a ella, los devoraba a los dos.

Con un ruido de tormenta y unos resoplidos espantosos bajaba ya el dragón por las rocas. Tenía tres cabezas, cuerpo de serpiente, patas de tigre y alas de murciélago. La princesa había cerrado los ojos para no verle, cuando Martinillo gritó:

—¡Sal, acométele!

Sal, o sea el segundo de los perros, se lanzó como una flecha al cuello del dragón, y debía de saber perfectamente dónde le tenía que herir, porque al punto saltó un chorro de sangre negra y el monstruo, dando tremendos coletazos, rodó por el suelo sin vida. El perro se dió un buen festín con su carne, que encontraba sin duda muy sabrosa. El pastor le arrancó un colmillo de cada boca y se los guardó en la faltriquera.

La princesa, apenas repuesta del susto, dió gracias a su salvador:

—Mi padre el rey ha ofrecido mi mano al que diese muerte al dragón que tenía aterrorizado al país; nadie lo había conseguido hasta hoy. Ven conmigo a la corte y allí se harán las bodas.

Pero el buen Martinillo se encontraba muy bien soltero y tenía mucho mundo que ver todavía. No le parecía mal ser marido de una princesa tan guapa; sin embargo, decidió seguir sus viajes y volver en busca de ella al cabo de tres años. Ella, con sentimiento, le aseguró que le esperaría.

Fuese Martinillo por el otro lado de la montaña y la princesa volvió atrás, hacia la capital de su reino. Antes de que llegara al puente, encontró su coche; el cochero, al oír el estrépito del dragón, había puesto los caballos al galope; pero, como todo ruido cesó de pronto, los hizo parar, curioso por saber lo ocurrido.

Cuando vió volver sola a la princesa, comprendió el partido que podía sacar de los acontecimientos. Ella le contó el suceso tal como había pasado; el cochero, ambicioso y sin escrúpulos, decidió aprovecharse de la ausencia del salvador, y dijo a la princesa:

—Es necesario que digas al rey tu padre que yo he sido quien te salvó, dando muerte al dragón que asolaba su reino. Si no lo haces así, al pasar por el puente he de echarte al río y todos creerán que has sido devorada por el monstruo.

Muy capaz era aquel barbarote de hacer tamaña atrocidad. La princesa comprendió que, si no cedía, su muerte era segura, y, saltándosele las lágrimas, ofreció hacerlo así.

Llegaron a la capital donde el pueblo los acogió con júbilo inmenso. No era sólo el placer de ver salvada a la hermosa princesa lo que causaba tanto regocijo; era el pesar que ya había acabado la amenaza para todos, que ya ninguna familia tendría que sacrificar a sus hijas, que ya la tranquilidad iba a reinar en el país.

El rey y toda la corte se deshacían en elogios al cochero. La princesa, llorando siempre, tuvo que reconocerle por su salvador; todos atribuyeron el llanto a la emoción que sentía, y esperaban verla pronto risueña, en los preparativos de la boda. Con gran asombro ella pidió que se retrasara todo lo posible. Y el rey, muy contento por no separarse de ella, señaló el término de un año, durante el cual se educaría convenientemente al novio para que hiciese buena figura en la corte.

Pasó el año, y nuevamente la princesa encontró pretexto para otra dilación. Pero cuando también hubo pasado el segundo, como ya no tenía pretexto posible, le entró tal melancolía que cayó gravemente enferma, con lo cual fué necesario dejar la boda para más tarde. Enferma primero y fingiéndose enferma después, logró que pasara el tercer año, quería dar tiempo a que llegase Martinillo, de quien se había enamorado cuando le vió.

Pero Martinillo no venía. Fijóse, pues, el día de la boda, y precisamente cuando salían de la iglesia y entraban a la sala del festín, llegaba a la ciudad el joven con sus tres perros inseparables.

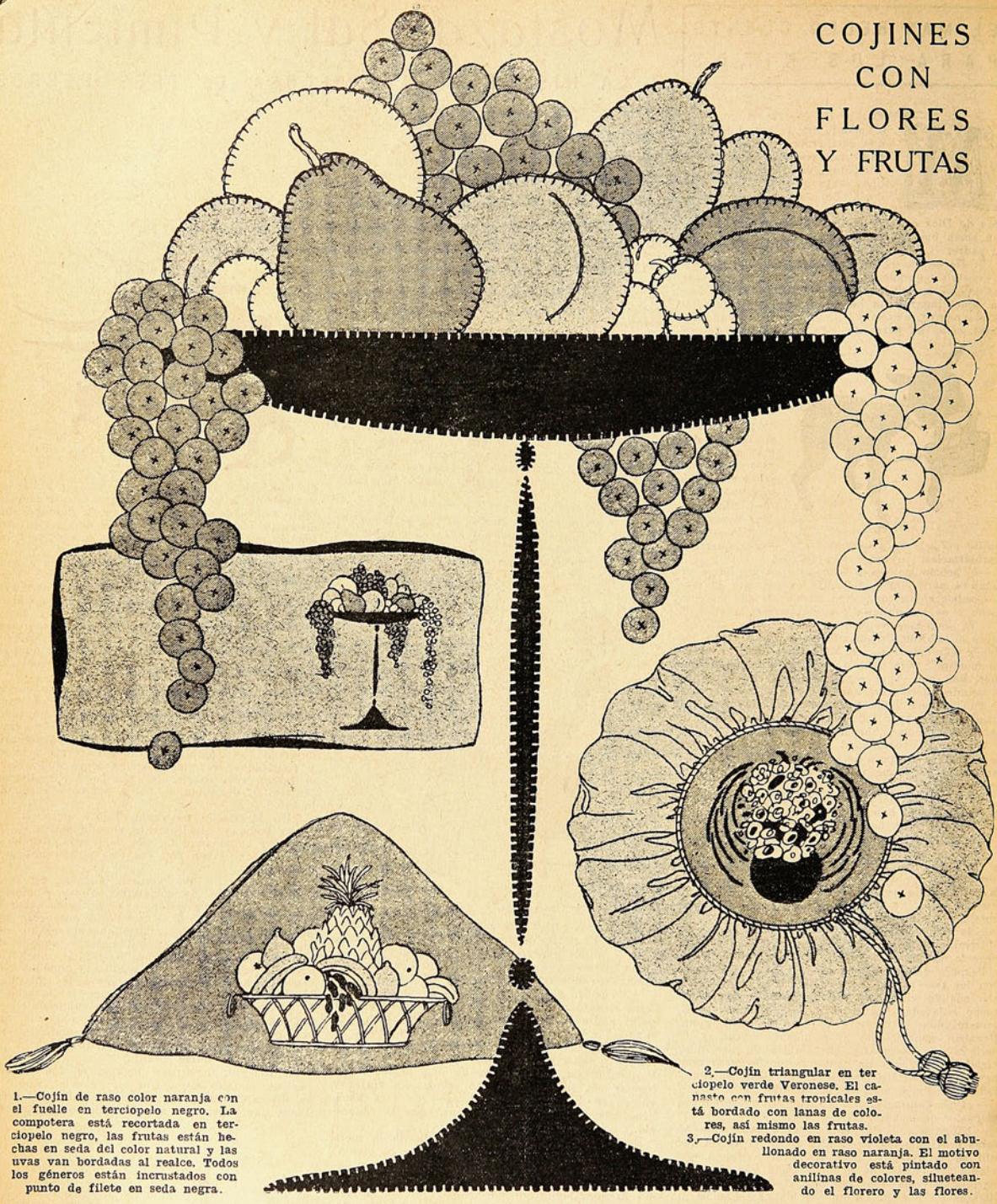
Preguntó a los que pasaban la causa del regocijo que llenaba de colgaduras, flores y música las calles de la población, y no tardó en saber lo que ocurría. Tal ira le acometió entonces, que delante de mucha gente dijo que el cochero era un impostor, que nunca había hecho aquello de que se alababa y que no le duraría mucho la suerte. Oyéronle con gran escándalo aquellas personas, y no faltó quien llamase a los guardias, los cuales, cargándole de cadenas, le llevaron a la prisión y le encerraron en un calabozo.

Cuando Martinillo estuvo encerrado, vió que sus perros le miraban melancólicamente, y, recordando cómo podía salvarse, gritó:

—¡Pimienta, dame auxilio!

Al instante, el perrazo que tenía el don de romper los metales por duros que fuesen rompió a mordiscos la puerta del calabozo y luego las cadenas que sujetaban a Martinillo. Este, que no

COJINES CON FLORES Y FRUTAS



1.—Cojín de raso color naranja con el fuelle en terciopelo negro. La compotera está recortada en terciopelo negro, las frutas están hechas en seda del color natural y las uvas van bordadas al realce. Todos los géneros están incrustados con punto de filete en seda negra.

2.—Cojín triangular en terciopelo verde Veronese. El canasto con frutas tropicales está bordado con lanas de colores, así mismo las frutas.

3.—Cojín redondo en raso violeta con el abullonado en raso naranja. El motivo decorativo está pintado con anilinas de colores, silueteando el florero y las flores.

MOSTAZA, SAL Y PIMIENTA

(Conclusión)

había tomado ningún alimento desde hacía varias horas, dijo al más chico de sus perros:

—¡Mostaza, tengo hambre!

¿A dónde diréis que se fué el perro? Como si se lo hubieran mandado expresamente, se dirigió a la sala del festín, y, entrando en ella, se acercó a la princesa Esmeralda.

La princesa le reconoció en seguida y comprendió que su verdadero salvador había llegado. Tomó de la mesa unos manjares, los lió en su misma servilleta adornada con la corona real y ató la servilleta al cuello del perrillo, que desapareció en seguida.

Sólo entonces tuvo la princesa valor para contar al rey la verdad de lo ocurrido tres años antes, el día de la muerte del dragón. Mandó Su Majestad que siguieran al perro y que trajesen a palacio a la persona que viesen junto a él, y a poco se presentó en la sala del festín Martinillo en persona, no con un perro, sino con tres: Mostaza, Sal y Pimienta.

—Este es el que mató al dragón, — dijo la princesa.

Tanto como ella, lo decía el terror pintado en el rostro del ex-cochero, que fué inmediatamente maniatado y conducido a la cárcel.

La princesa y el pastor se casaron en cuanto se anuló en Roma el matrimonio con el falsario, y no hubo en todo el reino pareja más feliz.

Un día, Martinillo, ya príncipe, se acordó de su hermana, y, acompañado de su esposa, fué en busca de ella para conducirla a la corte. El mismo día que instaló a su hermana, se le apareció el hombrecillo que se los cambió por sus ovejas.

—¡Sea en horabuena, Martín!— le dijo. — Mis perros ya no te sirven de nada, puesto que tienes todo lo que podías desear; los he dejado contigo hasta ver si en la felicidad, te acordabas de tu hermana, tan pobre. Ahora me los llevo otra vez. hizo una señal, los tres perros se convirtieron en pájaros, echaron a volar y nadie más volvió a verlos en este mundo.

Impreso en los Talleres de la Emp, "Zig-Zag".

pour la beauté du visage...

LES POUDRES CHERAMY

PARIS

Offrande... *Fausta*... Cappi...

CINZANO
VERMOUTH